3 1761 05066319 4

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO OCTAVO.

LS.C.
B 5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

DEL

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA,

CON UN PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR,

POR DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
SALON DEL PRADO, NÚM. 8.

1851.

PQ
6171
A285
t.8

20457
b

DE LA ORACION Y CONSIDERACION.

EPISTOLA DEL AUTOR

Á LOS MUY REVERENDOS SEÑORES,

EL SEÑOR ANTONIO DE CORDOVA, Y EL P. FR. LORENZO DE FIGUEROA.

No hallé otro lugar donde mejor pudiese encaminar este pequeño presente, que á las manos de vuestras Reverencias; porque dejadas aparte muchas y grandes razones, que para esto me obligaban, bastaba la mudanza de vida que vuestras Reverencias han hecho, y el ejemplo que en nuestros tiempos han dado al mundo, para que todos los que algun tanto deseamos la gloria de Cristo, sirvamos en esta jornada á los que han así amplificado su gloria. Bien pudiera yo agora hablar en esto mas largamente sin mentira y sin lisonja, y hablar en ello, no fuera emplear el tiempo en alabanzas de hombres, sino en alabanza de Dios; pues está claro, que esta mudanza no procedió de la carne, ni de la sangre, sino de la diestra del muy Alto. Mas porque á los que vestimos estos hábitos, no solo conviene carescer de lisonja, sino tambien de sospecha della, contentarme he al presente con solo dar gracias á nuestro Señor por este hecho, y confesar que hemos visto en nuestros tiempos aquella maravilla que Sant Hierónimo cuenta haber acaescido en los suyos, la cual escribe él á Rúfino en una Epístola, por estas palabras: Bonoso, nuestro comun amigo, ha subido ya por aquella escalera mística que vió Jacob, y conforme al sacramento y misterio de Moisen, ha sacrificado la serpiente de metal en el desierto, en el cual siembra con lágrimas para coger con alegría. Callen ante esta verdad todos los mentirosos milagros que escriben en sus historias los griegos y los latinos. Cata aqui un mancebo enseñado en nuestra compañía en todas las buenas artes y letras, á quien ni faltaban riquezas, ni honra y dignidad entre sus iguales, el cual desamparada la madre y las hermanas, y sobre todo, el hermano carísimo, se fué á una isla solitaria y temerosa, y combatida de diversos mares, como un nuevo morador del paraiso. Y estando en este lugar solo (mas no solo, pues está en compañía de Cristo), ve ya la gloria de Dios, la cual los apóstoles nunca vieron, sino estando en el monte solos. Cosa es esta para alabar á Dios en ella, como en una singular obra de su gracia, y no ménos es digno de ser alabado en vuestras Reverencias, que teniendo mucho mas que dejar en el mundo que Bonoso, en medio de la mocedad, uno en pos de otro, dejastes el mundo, y la hacienda, y el regalo de vuestros estados, y las esperanzas que se debian á vuestra nobleza y virtud, y á los méritos de vuestra familia, por abrazar la desnudez y obediencia de Cristo. No hecistes como aquel mozo del Evangelio, que visto lo mucho que tenia, no quiso seguir el camino de la perfeccion, que Cristo le enseñaba, sino como aquel sabio y prudente mercader, que despues de hallada la preciosa margarita, vendió todo lo que tenia por alcanzarla. Y si con esta mudanza juntáremos la que el ilustrísimo duque de Gandia ha hecho en nuestros tiempos, y la de otros que se podian aquí contar, claramente se veria que hay mas miel en el camino de Cristo, de la que el mundo piensa; pues los que tan larga experiencia tienen de lo uno y de lo otro, renuncian de buena gana todo lo que el mundo da y promete, por la menor de las migajas de Cristo, diciendo con la Esposa en los Cantares (*a*): Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciara.

Y pues todos es razon que sirvan á los que sirven á este Señor, parescióme que debia yo tambien servir algo en esta jornada, á lo ménos con este pequeño volúmen, que trata de la oracion, para que con ella fuesen algun tanto ayudados los ejercicios de vuestras Reverencias, los cuales confio en nuestro Señor, que con esto, y sin esto, serán siempre favorescidos y prosperados. Y aunque esta sea deuda que yo debo, todavía pido por la deuda, gracia; y la gracia sea, que vuestras Reverencias supliquen á nuestro Señor sea servido de favorescer esta escriptura, para que el provecho de los que la leyeren, sea conforme al trabajo del que la hizo, y á la voluntad con que la ofresce.

(*a*) Cantic. 8.

PROLOGO Y ARGUMENTO DESTE LIBRO.

Oracion, propriamente hablando, es una peticion que hacemos á Dios de las cosas que convienen para nuestra salud. Mas tómase tambien oracion en otro sentido mas largo, por cualquier levantamiento del corazon á Dios; y segun esto, la meditacion y contemplacion, y cualquier otro buen pensamiento se llama tambien oracion. Y desta manera usamos aquí deste vocablo; porque la principal materia deste tratado es de la meditacion y consideracion de las cosas divinas, y de los misterios principales de nuestra fe.

Lo que me movió á tratar esta materia, fué tener entendido que una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es falta de consideracion; como lo significó el profeta Hieremías, cuando dijo (*a*): Asolada y destruida está toda la tierra, porque no hay quien se pare á pensar con atencion las cosas de Dios. De lo cual parece que la causa de nuestros males no es tanto falta de fe, cuanto de consideracion de los misterios de nuestra fe; porque si esta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor dellos que atenta y devotamente se considerase, sería grande freno y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendria manos para hacer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del cielo y con pena perdurable?

Por do parece que aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones á lo bueno; mas como muchos de los cristianos nunca se ponen á considerar lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrian obrar. «Porque así como dicen los médicos » que para que las medicinas aprovechen, es menester que sean primero actuadas y digeridas » en el estómago con el calor natural (porque de otra manera ninguna cosa aprovecharian), así » tambien para que los misterios de nuestra fe nos sean provechosos y saludables, conviene » que sean primero actuados y digeridos en nuestro corazon con el calor de la devocion y me- » ditacion; porque de otra manera muy poco aprovecharán. Y por falta desto vemos á cada paso » muchos cristianos muy enteros en la fe, y muy rotos en la vida; porque nunca se paran á » considerar qué es lo que creen. Y así se tienen la fe como en un rincon del arca, ó como la » espada en la vaina, ó como la medicina en la botica, sin servirse della para lo que es. Creen » así á bulto, y á carga cerrada lo que tiene la Iglesia: creen que hay juicio, y pena, y gloria » para buenos y malos. Mas ¿cuántos hallarás que se paren á pensar qué tal haya de ser este jui- » cio, y esta pena, y esta gloria, con lo demas?

» Pues por esta causa nos es tan encomendada en las Escripturas sagradas la continua consi- » deracion y meditacion de la ley de Dios y de sus misterios; que es el estudio de la verdadera » sabiduría. Si no, mira cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel gran profeta y amigo » de Dios, Moysen (*b*), cuando dice: Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas » atadas como por señal en las manos, y enséñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. » Cuando estuvieres asentado en tu casa, ó anduvieres por el camino; cuando te acostares y » levantares, pensarás y rumiarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu » casa, para que siempre las trayas ante los ojos. ¿Con qué palabras se podia mas encomendar » la continua meditacion y consideracion de las cosas divinas, que con estas? Pues no ménos » encomienda este mesmo ejercicio Salomon en sus Proverbios (*c*), donde quiere que trayamos » siempre la ley de Dios como una cadena de oro, echada al cuello, y que de noche nos acos- » temos con ella, y á la mañana en despertando luego comencemos á platicar con ella. » Bienaventurado el que así lo hace, y por tal nos lo da el Eclesiástico, cuando dice (*d*): Bienaventurado el hombre que mora en la casa de la sabiduría, y piensa en la ley y mandamientos de Dios, y considera con toda atencion y sentido sus misterios; el que anda con cuidado en busca de la sabiduría, y se para en sus caminos, y se pone á escuchar por entre sus puertas, y arrima su bordon á las paredes della, y á par dellas edifica su casa. ¿Pues qué es todo esto sino explicarnos el Espíritu Sancto por todas estas metáforas el ejercicio continuo, y la perpetua consideracion con que el justo anda siempre escudriñando las obras y maravillas de Dios? Y por esta mesma causa entre las alabanzas del varon justo se pone por una de las mas principales, que pensará en la ley del Señor dia y noche (*e*). Y asimismo que morará en lo escondido de las parábolas; dando á entender que todo su trato y conversacion será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Y por esta misma causa son tantos los ojos con que se nos representan aquellos misteriosos animales de Ecequiel (*f*); para denotar cuánta mayor ne-

(*a*) Hierem. 12. (*b*) Deut. 6. (*c*) Prov. 1. et 3. (*d*) Eccli. 14. (*e*) Psalm. 1. Eccli. 39. (*f*) Ezech. 1.

cesidad tiene el varon justo de la continua consideracion y vista de las cosas espirituales, que de otros muchos ejercicios.

Todo esto declara bien cuán grande sea la necesidad que tenemos deste ejercicio, y por consiguiente cuán desatinados andan los que desprecian, ó hacen poco caso del ejercicio de la oracion y meditacion; pues no entienden que esto es abiertamente contradecir y deshacer lo que el Espíritu Sancto con tan grandes encarecimientos nos encomienda. Estos debrian leer aquellos cinco libros de la Consideracion que Sant Bernardo escribió al Papa Eugenio; y allí verian lo que importa este ejercicio para alcanzar tanto bien.

Pues por esta causa muchas personas católicas y religiosas, entendido el gran provecho que desta piadosa meditacion se sigue, procuran de ejercitarse en ella ordinariamente, y tener para esto señalados y diputados sus tiempos: las cuales muchas veces se enfrian y desisten desta obra tan sancta, por dos dificultades que hallan en ella. La una es falta de materia, y de consideraciones en que poder ocupar su pensamiento en aquél tiempo; y la otra es falta de calor y devocion, que es menester que acompañe este ejercicio para que sea fructuoso: en lugar de lo cual muchas veces hay grande sequedad de corazon y mucha guerra de pensamientos. Pues para remedio destos dos inconvenientes se ordenó la presente escriptura, la cual por eso va repartida en dos partes principales. En la primera de las cuales, para remedio del primero, se trata de la materia de la oracion ó meditacion: en la cual se ponen catorce meditaciones para todos los dias de la semana, para tarde y mañana, que tratan de los principales lugares y misterios de nuestra fe, y señaladamente de aquellos cuya consideracion es mas poderosa para enfrenar nuestros corazones, é inclinarlos mas al amor y temor de Dios, y aborrescimiento del pecado. Asimismo se trata en ella de las partes deste ejercicio, que son cinco: conviene saber, preparacion, licion, meditacion, hacimiento de gracias y peticion; para que así tenga el hombre mucha variedad de cosas en que ocupar su corazon, y con que despertar el gusto de la devocion, y finalmente con que alumbrar y enseñar su entendimiento con diversas consideraciones y doctrinas. Y demas desto tambien se trata en ella de seis géneros de cosas que se deben considerar en cada uno de los pasos de la Pasion del Salvador, para que esto con todo lo demas nos sea copiosa materia de meditacion. Entre estas cosas se tratan en la primera parte, para remedio del primer inconveniente que dijimos.

En la segunda, para remedio del segundo, se trata de las cosas que ayudan á la devocion, y de las que la impiden, y de las tentaciones mas comunes que suelen padescer las personas devotas, y asimismo se dan algunos avisos para no errar este camino. Estos cuatro artículos se tratarán en la segunda parte.

Despues desta se añadió la tercera (que sale ya desta necesidad susodicha), en la cual se trata de la virtud de la oracion, y de dos compañeras suyas, que son ayuno y limosna, para que, pues en todo el libro se trata de la oracion, y de las cargas que por ella se deben llevar, entienda el hombre por aquí cuán bien empleado sea el trabajo que sirve para alcanzar cosa de tanto provecho.

Podrá por ventura ofenderse el cristiano lector con la prolijidad de las meditaciones que van aquí señaladas para los dias de la semana; pero esto tiene muchas respuestas. La primera es, que como en ellas se traten los principales lugares y misterios de nuestra fe, cuya consideracion es tan gran remedio de nuestra vida, aquí principalmente convenía cargar la mano, por el gran fructo que de aquí se podia seguir. Porque no solo pretendemos en este libro dar materia de meditacion, sino mucho mas el fin desa meditacion, que es el temor de Dios y la emienda de la vida: para lo cual una de las cosas que mas aprovechan, es la profunda y larga consideracion de los misterios que en ellas se tratan. Porque en hecho de verdad estas catorce meditaciones son otros tantos sermones, en los cuales se da una como batería al corazon humano, para rendirlo (en cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su legítimo y verdadero Señor.

Esta fué la primera causa de la prolijidad, si así se puede llamar; y demas desto, no veo yo por qué se deba quejar el convidado de que le pongan la mesa llena de muchos manjares, pues no le obligan por eso, como en tormento, á que dé cabo de todos ellos, sino á que entre muchas cosas escoja la que mas hiciere á su propósito. Y sobre todo esto (porque ménos ocasion hubiese de querella) se puso la summa de toda la meditacion al principio; para que el que no quisiese pasar adelante, tuviese allí en breve lo necesario para la hora de su ejercicio.

COMIENZA EL LIBRO

DE LA ORACION Y CONSIDERACION.

PRIMERA PARTE.

QUE TRATA DE LA MATERIA DE LA CONSIDERACION.

CAPITULO PRIMERO.

De la utilidad y necesidad de la consideracion.

Porque en el ejercicio de la consideracion no puede dejar de haber trabajo (así por la ocupacion del tiempo que cada dia nos pide, como por la quietud y recogimiento de corazon que para él se requiere), paresce que será necesario ante todas cosas declarar aquí los provechos grandes que se siguen deste ejercicio, para que el corazon humano, que sin grandes promesas no se mueve á grandes trabajos, se pueda mover al amor y uso dél.

Pues la mayor alabanza que podemos dar á esta virtud, es ser ella una grande ayudadora de todas las otras virtudes (*a*), no para suplir el oficio dellas, sino para ayudarlas en su ejercicio. De suerte que así como la devocion es un estímulo y despertador general para toda virtud, como dice Sancto Tomás (*b*), y el oir sermon (si se oye con aquella atencion y devocion que él meresce ser oido), es tambien un ejercicio que nos mueve, no á una virtud sola, sino á toda virtud (pues á esto se endereza la buena doctrina); así tambien la consideracion es una grande ayuda, no para una virtud sola, sino para todo género de virtud. Porque no hay mas diferencia entre el sermon y la consideracion, que entre la licion y y consideracion desa mesma licion, ó que entre el manjar puesto en un plato, y él mesmo digerido y cocido en el estómago. Pues esta es una de las mayores y mas seguras alabanzas que podemos dar á esta virtud; porque desta manera no se echa fuera el trabajo de las otras virtudes, sino provéese de quien las ayude en su trabajo, y las provoque á trabajar. Pues esto es lo que con el favor de Dios pretendemos agora probar muy á la clara en este lugar.

Para cuyo entendimiento es de saber que entre las virtudes, unas hay que son communes al cristiano con el filósofo gentil (como son aquellas cuatro que llaman cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, de las cuales los filósofos alcanzaron y escribieron mucho), y otras hay que son proprias del cristiano en cuanto cristiano, de que nada supieron ni escribieron los filósofos, ó muy poco. Estas son primeramente aquellas tres nobilísimas virtudes que llaman teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objeto á Dios, y ordenan el hombre para con él; las cuales tienen el imperio y mando sobre todas las otras virtudes inferiores, y así las llaman y despiertan á sus operaciones cuando cumple para su servicio. Tras estas vienen otras muy principales y excelentes virtudes (que son muy vecinas á estas), cual es la virtud que llaman religion, que tiene por objeto el culto de Dios; y la devocion, que es acto de la mesma religion, que nos hace lijeros y promptos para todas las cosas de su servicio; y el temor de Dios, que nos aparta y refrena del mal; y la humildad, que tambien en su manera es raiz y fundamento de todas las virtudes, como dice Sancto Tomás (*c*), y la penitencia, que es la puerta de nuestra salud, á la cual pertenece el dolor de lo pasado, y el propósito y emienda de lo venidero. De todas estas virtudes muy poco ó nada alcanzaron los filósofos, con ser ellas las que tienen el señorío y principado sobre todas las otras, y las que son raices y fuentes de todo nuestro bien. Lo uno, porque por la mayor parte son virtudes espirituales, que tienen el cumplimiento de su perfeccion en lo íntimo de nuestra ánima, donde está toda la hermosura de la hija del Rey (*d*), y lo otro, porque todas ellas (excepto la fe) son virtudes afectivas, y por consiguiente nos son grandes estímulos y despertadores para bien obrar. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia de la divina gracia; porque así como la naturaleza nos proveyó de afectos y deseos naturales, que fuesen unas como espuelas para despertarnos á hacer todo lo que convenía para la vida natural, así tambien la gracia nos proveyó de otros afectos sobrenaturales, que nos fuesen tambien estímulos y despertadores para lo que convenía á la vida espiritual. Y estos son aquellas virtudes que dijimos, amor, temor, dolor, esperanza, con las demas, sin las cuales la vida espiritual fuera como un barco sin remos, ó un navío sin velas; porque no tuviera quien las moviera á bien obrar. Y aun desto teniamos mayor necesidad en esta vida que en la otra; porque como el camino de la virtud sea tan áspero y dificultoso, ¿qué fuera de nosotros, si no tuviéramos estas espuelas de amor, de temor y de esperanza que nos espolearan y hicieran andar por él? Pues por está causa son tan alabadas estas virtudes, porque demas de ser ellas tan principales (como dicho es), son tan grandes estímulos y incentivos para bien obrar.

Supuesto pues este fundamento, digo que las mayores alabanzas que damos á la virtud de la consideracion,

(*a*) Cassia. Collat. 9. c. 2. (*b*) 2. 2. q. 82. art. 2. (*c*) 2. 2. q. 161. art. 5. (*d*) Psalm. 44.

es ser ella una grande ministra y ayudadora de todas estas virtudes, así de las unas como de las otras, segun que agora declararémos. Por donde tambien se verá que si esta virtud es muy alabada, no lo es tanto por lo que es en sí, cuanto por el servicio y provecho que hace á las otras.

(1) Pues comenzando primeramente por la fe, ya se ve que esta es el primer principio y fundamento de toda la vida cristiana. Porque la fe nos hace creer que Dios es nuestro Criador, Gobernador, Redemptor, Sanctificador, Glorificador, y finalmente nuestro principio y nuestro último fin. Ella es la que nos enseña cómo hay otra vida despues desta, y juicio universal de todas nuestras obras, y pena y gloria perdurable para buenos y malos. Pues claro está que la fe y crédito destas cosas enfrena los corazones de los hombres, y los hace estar á raya, y vivir en temor de Dios. Porque á no estar esto de por medio, ¿qué sería de la vida de los hombres? Y por esto dijo el Profeta (*e*) que el justo vivia por fe, no porque ella basta para dárnos vida, sino porque con la representacion y consideracion de las cosas que ella nos enseña, nos provoca á apartar del mal, y seguir el bien, y por esto mesmo nos la manda tomar el Apóstol por escudo contra todas las saetas encendidas del enemigo (*f*); porque no hay mejor escudo contra las saetas del pecado, que traer á la memoria lo que la fe nos tiene contra él revelado.

Mas para que esta fe obre en nosotros este efecto es menester que algunas veces nos pongamos á rumiar y considerar con un poco de atencion y devocion eso que nos enseña la fe. Porque no habiendo esto, parece que la fe nos sería como una carta cerrada y sellada, que aunque vengan en ella nuevas de grandísima pena ó alegría, no nos mueve á lo uno ni á lo otro mas que si nada hubiésemos recebido; porque no habemos abierto la carta, ni mirado lo que viene en ella. Pues ¿qué cosa se puede decir mas á propósito de la fe de los malos, que esta? Porque no pueden ser cosas de mayor espanto y alegría que las que nos predica nuestra fe; mas como los malos nunca abren esta carta para ver lo que viene en ella (quiero decir, como nunca se acuerdan destos misterios, ó pasan tan de corrida por ellos), no causan en ellos esta manera de sentimiento y alteracion. Conviene pues que algunas veces abramos esta carta, y la leamos muy despacio, y miremos con atencion lo que en ella se nos enseña, lo cual se hace mediante el oficio de la consideracion, porque ella es la que desencierra lo encerrado, y despliega lo encogido, y aclara lo escuro; y así esclareciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, inclina nuestra voluntad (cuanto es de su parte) á vivir conforme á ellos. Este oficio figuró Dios en la ley singularmente, cuando entre las condiciones del animal limpio puso una, que fué rumiar lo que comia (*g*). Pues claro está que poco hacia esto al caso para ser el animal limpio ó no limpio, y poco cuidado tenia deso Dios; mas quiso él representarnos en esto la condicion y oficio de los animales espiritualmente limpios (que son los justos), los cuales no se contentasen con comer las cosas de Dios, creyéndolas por la fe, sino rumiándolas tambien despues de comidas, por la consideracion, y escudriñando los misterios que creyeron, y entendiendo el tomo y la grandeza dellos, repartiendo luego este manjar por todos los miembros espirituales del ánima para sustentacion y reparo della.

(2) De suerte que, mirando bien este negocio, hallarémos que así como el grano de la simiente del árbol, aunque virtualmente contiene dentro de sí la sustancia del árbol, todavía tiene necesidad de la virtud y influencias del cielo, y del beneficio y riegos de la tierra, para que salga á luz lo que allí está encerrado, y poco á poco se vaya haciendo árbol: así tambien decimos que aunque la fe sea la primera simiente y orígen de todo nuestro bien, tôdavía debe ser ayudada con este beneficio de la consideracion, para que por ella, mediante la caridad, salga á luz el árbol verde y fructuoso de la buena vida que en ella virtualmente se contenia.

§. II.

No ménos tambien ayuda á la virtud de la esperanza, que es un afecto de nuestra voluntad, que tiene su motivo y raiz en el entendimiento (*h*), como claramente nos lo muestra el Apóstol, diciendo (*i*): Todas las cosas que están escriptas, fuéron escriptas para nuestra doctrina, para que por la paciencia y consolacion que nos dan las escripturas tengamos esperanza en Dios. Porque esta es la fuente de donde el justo coge el agua de refrigerio con que se esfuerza á esperar en Dios. Porque primeramente ahí ve la grandeza de los servicios y merescimientos de Cristo, que es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Ahí ve en mil lugares expresada y declarada la grandeza de la bondad, y de la suavidad, y de la majestad de Dios; la providencia que tiene de los suyos, la benignidad con que recibe á los que se acogen á él, y las palabras y prendas que tiene dadas de no faltar á los que pusieren su esperanza en él; ve que ninguna otra cosa mas á menudo repiten los salmos, prometen los profetas, y cuentan las historias dende el principio del mundo, sino los favores, regalos y beneficios que continuamente el Señor hizo á los suyos, y cómo los ayudó y valió en todas sus angustias, cómo ayudó á Abraham en todos sus caminos, á Jacob en sus peligros, á Josef en su destierro, á David en sus persecuciones, á Job en sus enfermedades, á Tobías en su ceguedad, á Judit en su empresa, á Ester en su peticion, y á los nobles macabeos en sus batallas y triunfos, y finalmente á todos cuantos con humilde y religioso corazon se encomendaron á él. Estas y otras son las cosas que esfuerzan á nuestro corazon en los trabajos, y lo hacen esperar en Dios. Pues ¿qué hace aquí la consideracion? Toma esta medicina en las manos, y aplícala al miembro flaco y enfermo que la ha menester. Quiero decir: trae todas estas cosas á la memoria, y represéntalas á nuestro corazon, y escudriña y tantea la grandeza destas prendas y misericordias de Dios, y con esto lo anima y esfuerza para que no desmaye, sino que tambien él ponga su esperanza en aquel Señor, que nunca faltó á quien de todo corazon se acogió á él. ¿Ves pues cómo la consideracion es ministra de la esperanza, y cómo le sirve, y le pone delante todo lo que la ha de esforzar? Mas quien ninguna cosa destas considera, ni tiene ojos para ver nada desto, ¿con qué podrá esforzar y animar esta virtud para que le valga en sus trabajos?

(1) La consideracion ayuda á la fe. (*e*) Abac. 2. (*f*) Ephes. 6. (*g*) Lev. 11.

(2) Ayuda la consideracion á la esperanza. (*h*) Ex. D. Th. 2. 2. q. 18. art. 1. (*i*) Rom. 15.

§. III.

Despues de la esperanza se sigue la caridad, de cuyas alabanzas no se puede hablar con pocas palabras. Porque ella es la mas excelente de las virtudes, así teologales como cardinales; ella es vida y ánima de todas ellas; ella es el cumplimiento de toda la ley. Porque, como dice el Apóstol (*k*), el que ama, cumplido tiene con la ley. Ella es la que hace el yugo de Dios suave, y su carga liviana; ella es la medida por donde se ha de medir la porcion de la gloria que se nos ha de dar; ella es la que agrada á Dios, y por quien le es agradable todo lo que le es agradable; pues sin ella, ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tiene precio delante dél. Esta es finalmente la fuente y orígen de todas las otras virtudes (por razon del imperio y señorío que tiene para mandarlas, y hacerles usar de sus oficios), como el mesmo Apóstol lo confirma, diciendo (*l*): La caridad es paciente y benigna, no es invidiosa, no hace mal á nadie, no es soberbia, no ambiciosa, no busca sus intereses, no se ensaña, no piensa mal, no se goza de la maldad, y huélgase con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espéra, y todo lo lleva.

(3) Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aunque ayudan todas las virtudes y buenas obras, mas señaladamente sirve la consideracion. Porque cierto es que nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya adelante alumbráudola, y enseñándola lo que ha de querer, y cuánto lo ha de querer. Y tambien es cierto que, como dice Aristóteles (*m*), el bien es amable en sí; mas cada uno ama su propio bien. Pues para que nuestra voluntad se incline á amar á Dios, es menester que el entendimiento vaya adelante, declarándole y ponderándole cuán amable sea Dios en sí, y cuánto lo sea tambien para nosotros. Esto es, cuánta sea la grandeza de su bondad, de su benignidad, de su misericordia, de su hermosura, de su dulzura, de su mansedumbre, de su liberalidad y de su nobleza, y todas las otras perfecciones suyas, que son innumerables. Y despues desto, cuán piadoso haya sido para con nosotros, cuánto nos amó, cuánto por nuestra causa hizo y padesció dende el pesebre hasta la Cruz, cuántos bienes nos tiene aparejados para adelante, cuántos nos hace de presente, de cuántos males nos ha librado, con cuánta paciencia nos ha sufrido, y cuán benignamente nos ha tratado; con todos los otros beneficios suyos, que tambien son innumerables. Y considerando y ahondando mucho en la consideracion destas cosas, poco á poco se va encendiendo nuestro corazon en amor de tal Señor. Porque si aun las bestias fieras aman á sus bienhechores, y si las dádivas (como suelen decir) quebrantan peñas; y si (como dijo un filósofo) el que halló beneficios, halló cadenas para prender los corazones; ¿qué corazon habrá tan duro, ni tan de fiera, que considerando la inmensidad y grandeza de todos estos beneficios, no se encienda en amor de quien se los dió?

Júntase tambien con esto, que considerando el hombre estas cosas, y haciendo con el favor divino lo que es de su parte, hace Dios tambien lo que es de la suya; que es mover á quien se mueve, y ayudar á quien se ayuda; favoreciendo nuestra consideracion con la lumbre del Espíritu Sancto, y con el don del entendimiento; el cual cuanto mas penetra y entiende todas estas razones de amor, tanto nos enciende mas en ese amor. Porque así como aquella luz eterna, y palabra del Padre, no es palabra estéril, sino palabra fecunda, que juntamente con el Padre produce al Espíritu Sancto, que es amor consubstancial; así tambien lo hace esta luz y palabra de Dios en nuestros corazones, encendiendo y soplando en ellos este amor.

Esto aun se confirma y declara mas por otra razon. Porque claro está que aunque esta virtud crezca (come dijimos) con los actos de todas las otras virtudes hechos en gracia, pero señaladamente cresce con sus proprios actos, cuando son vehementes, como dice Sancto Tomás (*n*). Porque así como escribiendo bien y con cuidado, se hace uno escribano, y pintando se hace pintor, y tañendo tañedor, así tambien amando, se hace amador. Quiero decir, que así como el uso de escribir bien hace á un hombre escribano etc., así tambien el uso, y ejercicio, y continuacion de amar mucho á Dios, viene á hacer un hombre grande amador de Dios. Porque dado caso que esta habilidad y virtud celestial sea don de Dios, y cosa que él infunde y obra en nuestras ánimas, todavía obra él esto por este medio; queriendo que así las virtudes infusas como las acquisitas, crezcan con el ejercicio de sus actos, aunque en diferente manera. Donde se infiere que cuanto uno mas multiplicare actos de amor, cuanto mas se ejercitare en esta virtud, miéntras mas durare y perseverare en esta obra de amor, mas se arraigará y fortificará en él este don celestial. Pues esto ¿cómo se puede hacer sin el oficio de la consideracion? ¿Cómo puede estar la voluntad amando sin que el entendimiento la esté soplando, y atizando, y descubriendo causas de amor? Porque así como de dos caballos que van en un carro no puede el uno dar paso sin el otro, así estas dos potencias de tal manera están entre sí trabadas, que ordinariamente no puede la una dar paso sin la otra: á lo ménos la voluntad sin el entendimiento. Ves pues cuán intrínseco y cuán annexo sea el oficio de la consideracion al amor de Dios; pues nunca, ó apénas puede el hombre estar amando, sin que esté considerando, ó sin que haya considerado cosas que le muevan á este amor.

Y no solo para el acrescentamiento desta virtud, sino tambien para la conservacion della es menester que no falte alguna consideracion; esto es, no solo para que crezca, sino tambien para que no desfallezca entre tantas contradicciones y ofensivos como tiene en esta vida. Vemos que el pesce fuera del agua luego se muere, y una gota de agua fuera de la mar muy presto se seca, y el fuego fuera de su region mas presto se acaba, si no hay cuidado de cebarlo muchas veces con leña para que así se conserve. Pues esto mesmo ha menester tambien el fuego de la caridad para conservarse en esta vida, donde está como extranjera y peregrina; y la leña con que se conserva es la consideracion de los beneficios de Dios y de sus perfecciones; porque cada una destas cosas bien considerada es como un leño ó un tizon que atiza y enciende en nuestros corazones este fuego del amor. Por lo cual nos conviene cebar muchas veces este fuego con esta leña, para que así nunca desfallezca en él esta divina llama; como lo figuró Dios en la ley, cuando dijo (*o*): En mi altar (que es el corazon del justo) siempre habrá fuego. Y para esto se tendrá cuidado cada dia

(*k*) Rom. 13. (*l*) 1. Cor. 13. (3) Ayuda la consideracion para alcanzar la charidad. (*m*) Lib. 8. Ethicorum cap. 2.

(*n*) 2. 2. q. 24. art. 6. (*o*) Lev. 6

por la mañana de cebarlo con leña (que es con la consideracion de todas estas cosas), para que así se pueda siempre conservar. Y así, dice el salmo (*p*), con mi meditacion y consideracion se encenderá mas el fuego: conviene saber, de la caridad.

Esta mesma necesidad se prueba aun por otra razon. Porque vemos que todas las habilidades y gracias, así naturales como acquisitas, así como crescen con el uso y ejercicio dellas, así tambien se olvidan con la falta dél; lo cual vemos en las cosas aun muy naturales y muy usadas. Porque ¿qué cosa mas usada que la lengua con que el hombre nasce, y que mamó en la leche? Pues aun esta se viene por tiempo á olvidar cuando no se usa. Y ¿qué digo la lengua? Pues acaesce que si el hombre ha estado cuatro ó cinco meses en la cama enfermo, apénas acierta á andar cuando se levanta, con ser el andar una cosa tan natural y tan usada. Pues si las habilidades tan naturales y tan ejercitadas padescen tanto detrimento cuando no se usan, ¿qué harán las sobrenaturales que nos son como postizas y pegadizas? Y si la caridad, y todas las otras virtudes infusas entran en esta cuenta, ¿qué será de nosotros, si por maravilla nos ocupamos y ejercitamos en ellas? Si por esta causa se pierde lo natural, ¿qué hará lo sobrenatural? Si se pierde lo que está aferrado en las entrañas, ¿qué hará lo que está preso como con alfileres?

Item, si es verdad que todas las amistades se conservan y crescen con la communicacion, y se apagan con la falta della, como Aristóteles dice (*q*), ¿qué será de aquellos que ninguna communicacion tienen con Dios, que ni hablan con él, ni él con ellos, ni piensan ni tratan sus cosas? ¿Ves pues, hermano, cuánto nos importa el oficio de la consideracion y communicacion con Dios para la conservacion desta virtud?

§. IV.

(4) Y no ménos conviene tambien esto mesmo para todas las otras virtudes afectivas que dijimos, entre las cuales una muy principal es la devocion; la cual es una habilidad y don celestial que inclina nuestra voluntad á querer con grande ánimo y deseo todo aquello que pertenesce al servicio de Dios (*r*): que es una de las cosas de que el hombre tenia mayor necesidad en este estado de la naturaleza corrupta. Porque por experiencia vemos que no pecan los hombres tanto por falta de entendimiento, cuanto de voluntad; quiero decir, no pecan tanto por ignorancia del bien, cuanto por la desgana que tienen dél. La cual desgana no nasce de la condicion de la virtud (que de suyo es suavísima y muy conforme á la naturaleza del hombre), sino de la corrupcion del hombre. Pues como este sea el principal impedimento que tenemos para el bien, nuestro principal cuidado habia de ser buscar el remedio dél; para lo cual una de las cosas que mas nos ayudan es la devocion. Porque no es otra cosa devocion, sino un refresco del cielo, y un soplo y aliento del Espíritu Sancto; el cual rompe por todas estas dificultades, sacude esta pesadumbre, cura este desgusto de nuestra voluntad, y pone sabor en lo desabrido; y así nos hace promptos y lijeros para todo lo bueno. Lo cual experimentan cada dia los siervos de Dios cuando tienen alguna grande y señalada devocion, porque entónces se hallan mas ganosos y alentados para todo trabajo, y entónces parece que se alegra y renueva la juventud de sus ánimas, y entónces experimentan en sí la verdad de aquellas palabras del Profeta, que dicen (*s*): Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza; tomarán alas como de águila; correrán, y no se cansarán; andarán, y no desfallecerán.

Tiene tambien otra cosa la devocion, que es ser una como fuente y manantial de buenos deseos. Por donde en las Escripturas divinas se suele llamar ungüento; el cual se compone de muchas especies aromáticas, y así echa de sí muchos y muy suaves olores; y lo mesmo hace la devocion por el tiempo que dura en nuestro corazon, que toda ella se difunde en mil maneras de sanctos propósitos y deseos; y cuanto mas estos crescen y se dilatan, tanto mas descrecen los hedores de nuestro apetito, que son los malos deseos que proceden dél. Porque así como no se siente tanto el mal olor en la casa del doliente cuando se quema allí algun poco de encienso, ó alguna otra especie olorosa; así no se siente tanto el olor destos malos deseos cuando dura el olor suavísimo deste ungüento precioso. Y como sea verdad que todo el estrago de nuestra vida nazca de la corrupcion y hedor deste apetito, y de los malos deseos que nascen dél; con grandísima diligencia se debe procurar este ungüento celestial, que tanta parte es para diminuir y menoscabar este tan grande mal.

Y de la manera que la consideracion sirve á todo esto, así tambien sirve á todas las otras virtudes que arriba propusimos, que son temor de Dios, dolor de los pecados, desprecio de sí mesmo (en que consiste la virtud de la humildad), y agradescimiento de los beneficios divinos. Porque (como ya dijimos) ningun buen afecto puede haber en la voluntad, que no proceda de alguna consideracion del entendimiento. Porque ¿cómo puede uno tener dolor y contricion de sus pecados, sino considerando la fealdad y muchedumbre dellos, lo que se pierde por ellos, y el aborrescimiento que Dios tiene contra ellos, y cuán perdida y estragada queda un ánima por ellos? Item, ¿cómo podrá uno despertar su corazon á temor de Dios, sino considerando la alteza de su majestad, la grandeza de su justicia, la profundidad de sus juicios, la muchedumbre de sus pecados y otras cosas semejantes? ¿Cómo podrá humillarse de corazon, y despreciarse, si no considera la muchedumbre de sus flaquezas, de sus enfermedades, de sus caidas, de sus miserias? Porque si Sant Bernardo dice (*t*) que la humildad es desprecio de sí mesmo (el cual procede del conoscimiento de sí mesmo), cierto es que cuanto mas el hombre con la consideracion ahondare en este conoscimiento, y cavare en este muladar, tanto mas de véras conoscerá lo que es, y tanto mas se despreciará y humillará. Pues el agradescimiento de los beneficios de Dios (de donde nacen sus cantares y alabanzas, que es una principal parte de la verdadera religion) ¿de dónde procede sino de la profunda consideracion dellos? Porque cuanto mas el hombre con esta consideracion penetra y entiende la grandeza dellos, tanto mas se mueve á alabar y dar gracias á Dios de todo corazon por ellos. Callo aquí tambien el menosprecio del mundo, y el aborrescimiento del pecado, y otros semejantes afectos virtuosos; los cuales, despues de la gracia, es cierto que proceden desta consideracion, que es el estímulo y desper-

(*p*) Psalm. 38. (*q*) Lib. 8. Ethi. c. 5. (4) Ayuda la consideracion á las virtudes afectivas (*r*) Ex D. Thom. 2. 2. q. 82. art. 2.

(*s*) Isai. 40. (*t*) Epist. 42. propé medium.

tador dellos, y es el oleo con que se ceban las lámparas de todas estas virtudes y buenos afectos, y de otros semejantes.

§. V.

Y no ménos ayuda para esto mesmo la oracion, cuando se junta con la consideracion (como ordinariamente suele acaescer), sino á veces mucho mas; porque la consideracion communmente no se ocupa mas que en atizar uno destos afectos virtuosos; mas la oracion (cuando es atenta y devota, y va acompañada de espíritu y de fervor) todas estas virtudes susodichas suele despertar. Porque cuando el ánima se presenta á Dios con un gran deseo de aplacar su ira, y pedirle misericordia, no hay piedra que para esto no menee; quiero decir, que no hay afecto sancto de que para esto no se aproveche, como hace la madre que desea aplacar á su hijo, ó la buena mujer á su marido cuando lo siente enojado, que suele aprovecharse de todo cuanto para esto le puede ayudar. Porque allí el ánima religiosa se acusa delante de Dios; allí con el publicano se confunde y avergüenza por sus pecados (*v*); allí propone la emienda dellos; allí se humilla y treme ante aquella soberana Majestad; allí cree, allí espera, allí ama, allí adora, allí alaba, allí da gracias por todos los beneficios; allí ofrece á Dios sacrificio por sí y por todos sus prójimos. Todo esto pasa en la devota oracion; y como sea verdad que los hábitos de las virtudes crezcan con el ejercicio de sus actos, de aquí nasce quedar el ánima con este ejercicio muy ennoblecida, y perfeccionada en estas virtudes, como lo dice Sant Lorenzo Justiniano por estas palabras (*x*): En el ejercicio de la oracion se alimpia el ánima de los pecados, apasciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazon, descúbrese la verdad, véncese la tentacion, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquescida, despídese la tibieza, consúmese el orin de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor.

De aquí nasce ser este ejercicio convenientísimo para reformar el hombre sus costumbres y su vida, y mudarse en otro hombre; como á la clara nos lo representó el Salvador en el misterio de su gloriosa transfiguracion. Del cual escribe Sant Lúcas (*y*) que estando haciendo oracion en el monte, súbitamente se transfiguró de tal manera, que su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oracion si quisiera; mas quiso él de propósito que allí fuese, para mostrarnos en la transfiguracion de su cuerpo la virtud que la oración tiene para transfigurar las ánimas; que es para hacerles perder las costumbres del hombre viejo, y vestirse del nuevo, que es criado á imágen de Dios. Allí es donde se alumbra el entendimiento con los rayos del verdadero sol de justicia, y donde se renuevan las vestiduras y atavíos del ánima, y se paran mas blancas que la nieve. Esto mesmo es lo que significó Dios al sancto Job, cuando le dijo (*z*): ¿Por ventura por tu sabiduría muda las plumas el gavilan cuando bate sus alas al mediodía? Gran maravilla es por cierto que sepa esta ave desnudarse de las plumas viejas, y vestirse de las nuevas; y que para esto busque el aire caliente del mediodía, para que con su calor se dilaten los poros, y con su movimiento se despidan las plumas viejas, y se dé lugar á los cañones nuevos que comienzan á renascer. ¿Mas cuánto mayor maravilla es vèr un ánima desnudarse de Adam, y vestirse de Cristo; mudar las costumbres del hombre viejo, y vestirse del nuevo? Pues esta tan maravillosa mudanza se hace cuando el ánima devota se convierte al mediodía, y allí bate sus alas al aire. ¿Qué es convertirse al mediodía, sino levantar el espíritu á la consideracion de aquella luz eterna, y á los rayos de aquel verdadero sol de justicia? Y ¿qué es batir sus alas al aire, sino estar allí sospirando y aleando con afectos y deseos del cielo, invocando y pidiendo con grandes ansias el favor y gracia de Dios? Pues entónces sopla el aire de mediodía, que es aquel celestial frescor del Espíritu Sancto; y con su templado calor y dulce movimiento nos esfuerza y ayuda á echar fuera todas las plumas viejas del antiguo Adam, para que se dé lugar á las plumas nuevas de las virtudes y sanctos deseos que allí comienzan á renascer. Y esto es lo que por otras palabras significó el Eclesiástico, cuando dijo (*a*): Los que temen al Señor, aparejarán sus corazones, y sanctificarán sus ánimas delante dél. Lo cual señaladamente se hace en el ejercicio de la devota oracion; porque aquí es donde mas familiarmente se presenta el ánima delante de Dios, como dice Sant Bernardo (*b*), y aquí es donde llegándose á aquella luz eterna, ve mas claro sus defectos, y los llora, y los acusa, y procura el remedio dellos, pidiendo al Señor su gracia, y proponiendo de su parte la emienda; y así poco á poco va sanctificando y emendando su vida. Ves pues cuánto sirve este ejercicio para alcanzar aquellas altísimas virtudes que dijimos ser proprias del cristiano.

§. VI.

(5) Pues tambien ayuda en su manera para las otras cuatro virtudes que llaman cardinales, que son prudencia, justicia, fortaleza y templanza, como claramente lo dice Sant Bernardo en el libro de la Consideracion, por estas palabras (*c*): Primeramente la consideracion purifica y alimpia la mesma fuente de donde nasce, que es el ánima; despues desto rige las pasiones naturales, endereza las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida; y finalmente, da al hombre conoscimiento de las cosas divinas y humanas. Esta es la que distingue las cosas confusas, recoge las derramadas, escudriña las secretas, busca las verdaderas, y examina las aparentes y fingidas. Esta es la que ordena lo venidero, y piensa lo pasado, proveyendo lo uno, y llorando lo otro; para que ninguna cosa quede sin correccion y sin castigo. Esta es la que en medio de las prosperidades barrunta las adversidades; y así no desmaya cuando vienen, por haberlas ántes prevenido con la consideracion; de las cuales cosas la una pertenesce á la prudencia, y la otra á la fortaleza. Esta es la que asentada como juez para dar sentencia entre los deleites y las necesidades, señala su término á cada cual de las partes; dando á las necesidades lo que basta, y quitando á los deleites lo que sobra; y haciendo esto, cria y forma la virtud de la templanza, á la cual pertenesce

(*v*) Luc. 18. (*x*) Trac. De Casto connubio Verbi, et animæ c. 22. pauló infrá med. et Ligno vit. de Orat. cap. 2. in fin. et tract. de disc. et perf. Monast. cap. 18. in fin. (*y*) Luc. 9. (*z*) Iob. 39.

(*a*) Eccli. 2. (*b*) Serm. 57. super Cantica. (5) Ayuda la consideracion para las virtudes cardinales. (*c*) In Medio.

este oficio. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales ves cuán grande y cuán general ayuda sea esta para alcanzar estas virtudes.

(6) Y no solo ayuda para alcanzar las virtudes, sino tambien para resistir á los viciós sus contrarios. Porque dime: ¿qué género de tentacion hay contra quien no pelee el hombre con las armas de la oracion y consideracion? Porque dado caso que sean para esto menester otras armas, como son ayunos, disciplinas y limosnas, asperezas corporales, y evitar ocasiones de males, y otras cosas semejantes; mas para de presto ¿qué arma se puede hallar mas á la mano que oracion y consideracion? ¿Con qué otras armas pelea y vence en estas batallas el varon justo? Si le acomete el pensamiento de la delectacion carnal, escóndese todo en los agujeros de la piedra, que es en las llagas de Cristo crucificado. Si le combate la ira y el deseo de venganza, pónese á pensar en la paciencia y mansedumbre de Cristo, y en aquellas dulces palabras con que pedia perdon en la Cruz por aquellos que lo crucificaban. Si lo retienta la gula, y el deseo de la cama blanda, y de la vida regalada, alza los ojos á mirar la hiel y vinagre que por nosotros bebió aquella fuente de vida en la Cruz, y la dura cama en que murió, y la aspereza de la vida que vivió. Cuando lo levanta y engrandesce la soberbia, mira la grandeza de su humildad; cuando le enciende la cobdicia, considera el extremo de su pobreza; cuando le entorpece el sueño y la pereza, mira las vigilias y trabajos de sus oraciones; cuando lo fatigan los trabajos presentes, considera la grandeza de los bienes advenideros; cuando lo quieren engolosinar los deleites del mundo, mira la eternidad y acerbidad de las penas del infierno; cuando le fatigan los ejercicios de la penitencia, piensa en los ejemplos de los mártires, de los apóstoles, de los profetas, y de los monjes antiguos; y con la consideracion de lo pasado parécele poco todo lo presente. Y cuando con todos estos defensivos no puede con la carga, añade á la diligencia de la consideracion la voz de la oracion, llamando y implorando con grandes ansias á aquel que no desampara á los que le llaman, y promete que los oirá, y tiene dado ejemplos que nunca desamparó á quien le llamó de todo corazon. Esto es lo que en mil lugares dice David que hacia cuando se veia cercado de lazos de enemigos y de aflicciones (*d*). Presento (dice él) ante él mi oracion, y doile parte de mi tribulacion.

(7) Y no solo para vencer las tentaciones de los vicios, mas para cualquier obra ardua y dificultosa de virtud, nos ayudamos desa mesma consideracion. Porque cuando la disciplina, y el cilicio, y el andar á pié, y el pan y agua, y las vigilias de la media noche, y las turbaciones y persecuciones desta vida nos aprietan; si como fieles siervos de Dios queremos llevar adelante lo comenzado, ¿á qué otro puerto nos acogemos, sino al de la oracion y consideracion, pidiendo humilmente al Señor fortaleza y gracia para no caer con la carga, y extendiendo los ojos á considerar mil maneras de ejemplos y remedios que para esto nos pueden animar? Ves pues cuán grande ayuda y socorro tenemos en esta virtud para el servicio y uso de todas las otras virtudes.

(6) Ayuda la consideracion para resistir á los vicios.

(*d*) Psalm. 141. (7) Para cualquier obra ardua nos ayuda la consideracion.

§. VII.

Responde á algunas tácitas objecciones.

Mas no por esto piense nadie que se excusa el trabajo y estudio particular de cada una de las otras virtudes, por ser esta tan grande ayuda para alcanzarlas; porque las ayudas generales no excusan las particulares que para cada cosa se requieren. Y generales ayudas son para toda virtud, no sola la consideracion, sino tambien el ayuno, y el silencio, y la oracion, y el sermon, y la confesion, y la comunion, y la devocion, y otras virtudes semejantes, que son generales ayudas y estímulos para toda virtud. Mas allende destas ayudas generales que alumbran el entendimiento, y mueven la voluntad al bien, se requieren los ejercicios proprios de las mesmas virtudes para arraigar y perfeccionar mas los hábitos dellas con el uso, y facilitar mas al hombre en el ejercicio del bien obrar. Porque de otra manera, así como la espada que nunca salió de la vaina, suele ser mala de desenvainar al tiempo del menester; así el que nunca se ejercitó en los actos de las virtudes, no estará diestro ni lijero en ellas cuando fuere necesario.

Y dado caso que la mayor y mas general ayuda que tenemos para toda virtud sea la caridad; pero desta caridad es como instrumento general esta virtud para todo lo bueno, como habemos declarado. De donde así como el ánima es el primer principio de todas las obras del hombre, mas sírvese del calor natural, como de un instrumento general para todo lo que ha de hacer; así tambien la caridad es el principio de todas nuestras buenas obras, mas sírvese de la consideracion y de la devocion, como de instrumentos generales para todas ellas, segun que está ya declarado. Así que no deroga á la caridad dar esta preeminencia á estas virtudes; porque esto compete á ella como á maestra y principal agente, mas á estotras, como á instrumentos y ayudadoras suyas.

Dirás por ventura que estos ejercicios de orar, y considerar etc., pertenescen á los religiosos y sacerdotes, y no á los legos. Es verdad que á ellos principalmente pertenescen por razon de su estado; mas todavía no se excusan los legos de tener alguna manera de oracion (aunque no sea en tanto grado y perfeccion), si quieren perpetuamente conservarse, y vivir en temor de Dios, sin cometer pecado mortal. Porque tambien los legos han de tener fe, esperanza, caridad, humildad, temor de Dios, contricion, devocion y aborrescimiento del pecado. Pues como todas estas virtudes por la mayor parte sean afectivas (como ya dijimos), las cuales necesariamente han de proceder de alguna consideracion intelectual, si no hay esta consideracion, ¿cómo se conservarán estas virtudes? ¿Cómo se ayudará el hombre de la fe, si no se pone algunas veces á considerar eso que le dice la fe? ¿Cómo se encenderá en la caridad, y se fortalecerá en la esperanza, y se enfrenará con el temor de Dios, y se moverá á devocion, y á dolor de sus pecados, y al desprecio de sí mesmo (en lo cual consiste la virtud de la humildad que á todos pertenesce), si no se pone á considerar aquellas cosas con que se suelen encender estos afectos, segun que arriba declaramos? Ni debe pasar el hombre por estas cosas muy apriesa, y muy de corrida. Porque entre las miserias del corazon humano, una de las mayores es estar tan sensible para las cosas del mundo, y tan insensible para las de Dios; de manera que para las unas está como una yesca muy seca, y para

las otras como leña verde, que con muy gran trabajo se enciende. Y por esto no ha de pasar el hombre tan de corrida por estas cosas, que no se detenga algun tanto en ellas, mas ó ménos, segun que el Espíritu Sancto le enseñare, y segun que las ocupaciones de cada uno en su estado lo permitieren; aunque no sea necesario tener tiempos diputados cada dia para esto.

Júntanse tambien con esto los peligros del mundo, y la dificultad grande que hay en conservarse los hombres sin pecado en un cuerpo tan malo, y en un mundo tan peligroso, y entre tantos enemigos como tenemos. Y por tanto, si á tí (porque no eres religioso) no obliga á tanto tu estado, no deja de obligarte á algo la grandeza de tu peligro. El estado yo te confieso que es allí mayor; mas tu peligro es tambien mayor. Porque al religioso guárdanle el prelado, y la clausura, y la observancia, y la obediencia, y las oraciones, y los ayunos, y los oficios divinos, y las asperezas de la órden, y la buena compañía, y todos los otros ejercicios y ocupaciones de la vida monástica, y hasta las paredes mesmas le guardan; mas al lego (demas destar desnudo y desproveido de todos estos presidios) cércanle por todas partes dragónes y escorpiones, y anda siempre sobre serpientes y basiliscos, en casa y fuera de casa, dentro de sí y fuera de sí; y á la puerta y á la ventana, de noche y de dia tiene armados mil cuentos de lazos; entre los cuales guardar el corazon puro, y los ojos castos, y el cuerpo limpio en medio de los fuegos de la mocedad, y de las malas compañías y ejemplos del mundo (donde no se oye una palabra de Dios, sino para hacer burla de quien la dice) es una de las grandes maravillas que Dios obra en el mundo. Por donde si el religioso (porque de su profesion es hombre de guerra) ha de andar siempre armado, tambien lo ha de andar en su manera el lego (aunque no sea en tanto grado); no porque le obligue tanto á esto la perfeccion de su estado, cuanto la grandeza de su peligro; porque tambien andan armados los que tienen enemigos, como los soldados y gente de guerra: los unos por su obligacion, y los otros por su necesidad. Entre las cuales armas no solo ponemos la oracion, sino tambien el ayuno, y el silencio, y el sermon, y la licion, y los sacramentos, y el huir las ocasiones de los pecados, y todas las otras asperezas corporales. Las cuales cosas todas son como una salmuera, que detienen esta carne corruptible y mal inclinada, para que no crie gusanos y hieda. Porque sin dubda el mayor y mas arduo negocio del mundo es (despues de la corrupcion del pecado original) conservarse los hombres, en un tan mal mundo como este, mucho tiempo sin pecado mortal. Porque si aun los que todo esto hacen padescen trabajos y peligros, ¿qué harán los que nada hacen? Y si aquel sancto rey David (*e*), y otros muchos sanctos (que con tanto recaudo y disciplina vivian, y con tantas maneras de armas andaban armados) todavía, ofrescida una ocasion, dieron tan grandes caidas, ¿qué harán los que ninguna cuenta tienen con esto?

§. VIII.

Mas dirás: no soy yo obligado á guardar mas que los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Es verdad; mas para guardar ese muro es menester otro antemuro; para guardar ese vaso es menester una vasera; y para levantar ese edificio es menester un andamio con que se levante. Quiero decir, que para guardar esta ley son menester muchas cosas para esforzar y animar nuestro corazon á la guarda desta ley. Porque si la naturaleza humana estuviera de la manera que estaba ántes del pecado, facilísima cosa fuera cumplir con esa obligacion; mas agora que hay tantas contradicciones, son menester dos cuidados: uno para guardar la ley, y otro para fortalescer nuestro corazon, y vencer las contradicciones que nos impiden la guarda desa ley. Cuando los hijos de Israel, vueltos de la captividad de Babilonia, quisieron reedificar á Hierusalem, no pretendian ellos mas que esto (*f*); mas porque los pueblos comarcanos procuraban impedirles el edificio, dobióseles el trabajo; porque una parte de la gente entendia en hacer la obra, y otra en pelear y ojear los enemigos de la muralla. Pues como sean tantos los enemigos que nos impiden este espiritual edificio de las virtudes: los demonios por una parte con mil astucias, y el mundo por otra con mil maneras de escándalos y malos ejemplos; la carne por otra con tantas maneras de apetitos tan encendidos, y tan contrarios á la ley de Dios (porque él quiere castidad, y la carne sensualidad; él humildad, y ella vanidad; él aspereza, y ella regalos), si no hay armas para ojear estos enemigos, si no hay medicina para curar esta carne, ¿cómo guardará el hombre castidad entre tantos peligros, caridad entre tantos escándalos, paz entre tantas contradicciones, simplicidad entre tantas malicias, limpieza en un cuerpo tan sucio, y humildad en un mundo tan vano? Pues para curar esta carne y resistir á los que nos impiden este edificio de las virtudes, son menester otras virtudes: unas que lleven la carga, y otras que nos ayuden á llevarla. Porque la virtud de la castidad cumple con la carga del mandamiento que dice: No fornicarás; mas el ayuno, y la oracion, y el huir la ocasion, y la disciplina, y otros tales ejercicios, ayudan á mortificar la carne, para que mejor pueda con esa carga; las cuales virtudes aunque no sean siempre de precepto y de obligacion, muchas veces lo serán, cuando el peligro fuere tal.

Mas entre estas virtudes y defensivos que nos ayudan, uno de los principales es la oracion, por ser un medio tan principal para alcanzar la gracia, que es la que señaladamente puede con la carga de la ley divina. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*g*): El que guarda la ley, multiplica la oracion. Porque como ve por experiencia que no puede guardar la ley (con la cual se alcanza la gloria) sin la gracia, aprovéchase de la oracion para alcanzar la gracia, con la cual puede guardar la ley. La ley manda que sea continente; mas sobre esto añade el Espíritu Sancto, y dice por el Sabio (*h*): Como supiese yo que nadie podia ser continente, si tú, Señor, no le dieses gracia para ello (y era grande gracia saber cuyo era este don) fuíme al Señor, y pedíle esta gracia con todo mi corazon. Ves pues (lo que al principio deciamos) ¿cómo el muro ha menester antemuro, y el vaso ha menester vasera, y unas virtudes han menester otras virtudes para guardarse las espaldas unas á otras? Pues segun esto, si estás obligado á guardar la ley de Dios, y no hacer pecado mortal, en razon está que busques todas aquellas cosas que te ayudan á guardar esa ley, y conservarte sin pecado. Las cuales cosas aunque generalmente sean de consejo, y algunas veces podrán ser de precepto (segun dijimos) cuando la necesidad fuere tan

(*e*) 2. Reg. c. 11.

(*f*) Esdræ, lib. 2. c. 4. (*g*) Eccl. 35. (*h*) Sap. 8.

grande, que sin ellas no se puedan guardar los mesmos preceptos, como todos los doctores dicen: puesto caso que el buen cristiano que de véras desea su salvacion, no ha de aguardar á buscar los remedios en los postreros peligros, cuando está con el cuchillo á la garganta; sino mucho ántes ha de estar proveido y reparado para que así viva mas seguro. Tambien es verdad que estos medios (como dijimos) diferentemente competen al religioso, que al lego; y la mesma oracion y consideracion (que es uno dellos), de otra manera la ha de tomar el uno que el otro, porque el uno tiene esto por oficio (porque camina á la perfeccion), mas el otro tómala por medio para cumplir con su obligacion. Y por esto tanto ha de tomar de la medicina, cuanto baste para curar su dolencia; y tanto ha de tomar de los medios, cuanto baste para conseguir su fin. Bástale recogerse algunas veces para entrar dentro de sí, y mirar por su casa; y así con estos, como con cualesquier otros ejercicios y oraciones (porque no se hace fuerza mas en estos que en otros) entender en el reparo de su consciencia, y en la reformacion de su vida. Por que, pues este es el mayor de nuestros negocios, no ha de ser el postrero de nuestros cuidados.

Dicho pues ya de la utilidad y necesidad de la consideracion, y aficionados con esto los corazones á esta virtud, comencemos á tratar de la materia de la consideracion: que es de algunas piadosas y devotas consideraciones, que mas nos puedan inducir al amor y temor de Dios, aborrecimiento del pecado, y menosprecio del mundo. Para lo cual ningunas hay mejores ni mas eficaces, que las que se sacan de los principales artículos y misterios de nuestra fe: cuales son la Pasion y muerte de nuestro Salvador, la memoria del juicio, del infierno, del paraíso, de los beneficios divinos, y tambien de nuestros pecados, y de la vida y de la muerte: porque cada cosa destas bien pesada y considerada, mueve mucho nuestro corazon á todo lo dicho. Estos mesmos lugares trató Sant Buenaventura en un libro que llama *Fascicularius*; y repartiólos por los dias de la semana, para que cada dia tuviese el hombre nuevo pasto para su ánima, y nuevos motivos para la virtud; y así se pudiese evitar el hastío del pensar siempre una mesma cosa; y por esta causa me pareció que debia yo seguir el repartimiento deste tan señalado y sancto doctor, que es el que mas copiosamente trató estas materias. Y si alguno no holgare con este repartimiento, y quisiere seguir otro, licencia tiene para ello, y ejemplos que imitar; porque en esto va poco, y lo mejor en estas materias es aquello con que el hombre se halla mejor, y mas provecho recibe.

Tambien me pareció que pues el pasto y mantenimiento de nuestra ánima es la palabra de Dios, y consideracion de las cosas divinas (porque con esta se sustenta ella en la vida espiritual, la cual consiste en amor y temor de Dios); que así como al cuerpo damos ordinariamente dos veces cada dia su refeccion, para que no desfallezca en su vida, así tambien la debiamos dar á nuestra ánima, para que no desfalleciese en la suya; aunque esto no sea cosa de obligacion ni de precepto, sino de un saludable consejo, mayormente viendo que los sanctos hacian esto mas veces, pues el profeta Daniel tres veces al dia se recogia á este oficio (*i*), y el profeta David siete veces al dia tenia por estilo alabar á Dios (*k*). Por cuyo ejemplo la sancta madre Iglesia instituyó las siete horas canónicas (*l*); y por esta causa señalamos aquí dos maneras de meditaciones: unas para la mañana, que tratan de la Pasion de nuestro Redemptor, y otras para la tarde, ó para la noche, que tratan de los otros pasos y materias que dijimos.

Mas si alguno fuere tan pobre de tiempo ó de devocion, que no pueda recogerse dos veces al dia, á lo ménos trabaje por recogerse una. Y por no perder el fructo de todas estas meditaciones siguientes, podrá ejercitarse en las unas una semana, y en las otras otra; para que así guste y se aproveche de toda la doctrina que aquí se da.

(*i*) Danie. 6.

CAPITULO II.

De cinco partes que puede tener la oracion.

Estas que te vamos á proponer son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los dias de la semana; para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar, que ántes desta meditacion pueden preceder dos cosas, y seguirse otras dos; de manera que sean por todas cinco partes las que entrevengan en este ejercicio: conviene saber, preparacion, licion, meditacion, hacimiento de gracias y peticion.

Porque primeramente ántes que entremos en la oracion es necesario aparejar el corazon para aquel sancto ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer. Por lo cual, dijo el Eclesiástico, ántes de la oracion apareja tu ánima; y no seas como el hombre que tienta á Dios. Tentar á Dios es querer que haga milagros en las cosas que se pueden hacer por otros medios. Pues como el aparejo del corazon sea un tan principal medio para alcanzar la devocion, el que pretende alcanzarla sin este medio, por el mesmo caso quiere que Dios haga milagro; lo cual dice aquí el Eclesiástico que es como tentar á Dios.

Despues de la preparacion se sigue la licion del paso que se ha de meditar en aquel dia, segun el repartimiento de los dias de la semana que arriba se hizo. Lo cual sin dubda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Mas despues que por el uso de algunos dias se sabe ya esto, no será tan necesaria esta licion; sino luego podemos proceder á la meditacion.

Despues de la meditacion se puede seguir luego un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recebidos; el cual ha de acompañar siempre todas nuestras oraciones, segun que lo aconseja el Apóstol, diciendo (*a*): Ocupaos con mucha instancia en la oracion, velando en ella con hacimiento de gracias. Porque, como dice Sant Augustin (*b*), ¿qué cosa mejor podemos tener en el corazon, y pronunciar por la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: Gracias á Dios? No hay cosa que mas brevemente se diga, ni mas dulcemente se oya, ni mas alegremente se entienda, ni mas fructuosamente se haga.

La última parte es la peticion (que propriamente se llama oracion), en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos, y de toda la Iglesia.

Estas cincos partes pueden entrevenir en la oracion; las cuales entre otros provechos tienen tambien este:

(*k*) Psalm. 118. (*l*) Cap. Dolentes. de celebrat. Miss. et cap. Placuit. et cap. de his, 12. dis. (*a*) Colos. 4. (*b*) Super Psalm. 132. et epist. 77. tom. 2.

que dan al hombre aun mas copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares; para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes, ni esta órden es siempre necesaria para todos; mas todavía servirá esto á los que comienzan, para que tengan alguna órden y hilo por donde se puedan á los principios regir. Cierto es que algunas cosas son necesarias á los principios para enseñar una facultad, que despues de sabida serían demasiadas. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijéremos quiero que se haga ley perpetua, ni regla general; porque mi intento no fué hacer ley, sino introduccion para imponer á los nuevos en este camino: en el cual despues que hobieren entrado por esta puerta, el uso (como dijimos) y el Espíritu Sancto les enseñará lo demas. Lo cual dicho una vez en este lugar, quiero que se entienda en toda esta escriptura.

CAPITULO III.

De la preparacion que se requiere para ántes de la oracion.

Agora será bien que tratemos en particular de cada una destas cinco partes susodichas, y primero de la preparacion, que es la primera de todas.

Ya dijimos que era necesario algun aparejo para entrar en la oracion. Este aparejo puede ser de muchas maneras (*a*). Porque puede el hombre disponerse para la oracion trayendo á la memoria sus pecados, y señaladamente los de aquel dia, y acusarse dellos, y pedir al Señor perdon dellos, segun aquello del Sabio, que dice (*b*): El justo al principio es acusador de sí mesmo. Esto paresce que es descalzarse los piés para entrar en la tierra sancta (*c*), y lavar las vestiduras para salir á recebir á Dios cuando viene á tratar con los hombres, y enseñarles su sancta ley (*d*). Esta manera de aparejo nos enseña la mesma naturaleza; porque comun cosa es, cuando vamos á pedir algo á nuestros amigos, pedirles perdon si en algo los habemos ofendido, primero que les pidamos otra cosa. Esto se puede hacer á veces con solo el corazon, y á veces diciendo la confesion general, ó el salmo *Miserere mei, Deus* (*e*), ó otro semejante; con tanto que ninguna cosa destas se diga de corrida, sino con todo el reposo y sentimiento que sea posible.

Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideracion de los pecados (como hacen algunos que aquí comienzan y acaban, y aquí se les pasa toda la vida), porque aunque esto sea siempre bueno, y á los principios necesario; mas todavía conviene que se tome con tal medida, que no quite el lugar á otras cosas mejores. Y por esto no es menester que descienda el hombre á considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquellos cuya representacion le podria incitar á mal, sino basta que hecho uno como haz de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la divina bondad y misericordia, esperando el perdon y remedio della.

Tambien nos podemos aparejar considerando la majestad y grandeza de aquel Señor con quien vamos á hablar en la oracion. Porque esta consideracion nos enseñará con cuánta reverencia y humildad, y con cuánta atencion debe hablar una criatura miserable, como es el hombre, á un Señor de tanta majestad, como es Dios, sobre un negocio de tanta importancia como es su salvacion. Mas para entender algo desta divina Majestad, debes considerar que los cielos, y la tierra, y todo el universo no es mas que una hormiga, ó, como dijo el Sabio (*f*), un grano de peso que se carga en la balanza delante la majestad de Dios. Pues si todo lo criado no es mas que una hormiga delante dél, tú que tan pequeña parte eres de todo ello, ¿qué parescerás delante dél?

Esta consideracion es como una profunda reverencia que hace el ánima dentro de sí mesma delante del trono de aquella soberana Majestad, cuando entra en su palacio á hablar con ella. Con esta manera de humildad y reverencia nos enseñó á orar el Hijo de Dios, cuando se prostró en tierra para hacer oracion (*g*): para darnos á entender cuán derribado ha de estar el hombre, y cuán sumido en el abismo de su vileza, cuando se pone á hablar con Dios. Con este espíritu y sentimiento puede el hombre repetir las palabras de aquel sancto Patriarca que decia (*h*): Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

Sobre todo esto aprovecha mucho para este aparejo considerar lo que vamos á hacer cuando nos llegamos á la oracion. Porque bien mirado, no vamos allí á otra cosa sino á recebir el espíritu de Dios, y las influencias de su gracia, y el alegría de la caridad y devocion; de la cual vemos cuán llenas salen las ánimas de los justos acabada una larga y devota oracion. Y si esto es así, por aquí verás con cuánta humildad y reverencia, y con cuánta atencion y devocion debes estar cuando te llegas á abrir los senos del ánima para recebir á Dios. Mira con qué devocion ardian los apóstoles cuando estaban esperando la venida del Espíritu Sancto (*i*), y por aquí entenderás cómo debes tú estar cuando te llegas á esperar y recebir el mesmo Espíritu Sancto; aunque no sea con tanta plenitud. Por aquí verás cuán cerradas has de tener entónces las puertas de tu entendimiento y voluntad á todos los cuidados del mundo, y cuán abiertas á solo Dios; porque si viniere, no se vuelva por hallar cerrada la puerta, ó embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud (*k*), ó como aquel leproso que arrodillado ante sus piés, humilmente decia (*l*): Señor, si quieres, puédesme limpiar. Mira de la manera que está un perro ante la mesa de su señor halagándole con los ojos, y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa; y desta manera te debes presentar ante aquella rica mesa del Señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias, y pidiendo alguna partecica dellas para tí. Con este espíritu puedes decir aquel salmo (*m*): *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in cœlis*, etc. El cual aunque breve, es muy aparejado para despertar y encender este afecto susodicho.

Desta preparacion ó de la otra puedes usar como quisieres; sino que la primera paresce que conviene mas para la noche, cuando el hombre debe examinar su consciencia, y pedir perdon de los defectos de aquel dia, y la segunda para la mañana, cuando madruga á

(*a*) Cassianus collat. 9. cap. 3. Quales orantes volumus invenirí, tales nos ante orationis horam præparare debemus. (*b*) Prov. 18. (*c*) Exod. 3. (*d*) Exod. 19. (*e*) Psalm. 50.

(*f*) Sap. 11. (*g*) Matth. 26. (*h*) Genes. 18. (*i*) Actuum. 1. (*k*) Lucæ 14. (*l*) Matth. 8. Marci 1. (*m*) Psalm. 122.

pedir á Dios limosna y socorro de gracia para mejor emplear aquel dia en su servicio.

Y porque el saber orar como conviene, es muy especial don de Dios, y obra del Espiritu Sancto (*n*), pídele humilmente, así en la una preparacion como en la otra, que él te enseñe á hacer este oficio, y te dé gracia para estar allí hablando con él con aquella atencion y devocion, y con aquel recogimiento de corazon, y con aquel temor y reverencia que conviene á tan grande Majestad; y asimesmo para que de tal manera perseveres y gastes aquel poco de tiempo en este ejercicio, que salgas dél con nuevas fuerzas y aliento para las cosas de su servicio.

Tambien suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales ántes de la Meditacion: cuales son muchas que se hallan en diversas horas y libros devotos; y especialmente en las Meditaciones de Sant Augustin, y en el Salterio de David: donde hay algunos devotísimos salmos que ayudarán mucho á encender y despertar la devocion. Porque proprio es de las palabras devotas (si se dicen con sentido y atencion) herir el corazon y levantarlo á Dios, lo cual nos es tanto mas necesario, cuanto mas estuviere nuestro espíritu resfriado y distraido.

Y aun sirven mucho mas estas mesmas oraciones cuando son rimadas, como son muchos himnos de sanctos, prosas, y versos; porque (no sé como) las palabras de Dios en este estilo y armonía traen consigo mayor dulzura y suavidad. Y así hallamos en las obras de Sant Buenaventura (que fué un doctor devotísimo) muchos himnos destos, y algunos en Sant Bernardo, y otros tambien en otros. Tambien son muy alabados (y con razon) tres himnos devotísimos que hizo Hierónimo Vidas á las tres Personas Divinas, con otros semejantes: los cuales sabidos de coro, y pasados devotamente por la memoria, son como un suavísimo manná que comienza á endulzar el paladar de nuestra ánima, y disponerlo para el gusto de las cosas de Dios.

Aquí conviene avisar de la intencion con que el hombre se ha de llegar á la oracion; porque no se ha de llegar principalmente por su propria consolacion y regalo (como hacen algunos amadores de sí mesmos), sino solo por hacer en esto la voluntad de Dios, y pedirle su gracia, y disponerse para ella. Y con todo esto ha de ir el hombre tan puesto en las manos de Dios, que tan aparejado ha de estar para las consolaciones, como para las desconsolaciones; poniéndose humilmente en sus manos, para que disponga dél y de sus cosas todo lo que por bien tuviere, conosciendo por una parte que no es merecedor de nada, y creyendo por otra que aunque esto sea así, el Señor por su infinita bondad y clemencia hará aquello que mas convenga para su salud. Y por esto debe el hombre contentarse igualmente con lo poco, y con lo mucho, y con cualquier tratamiento que nuestro Señor le hiciere; teniéndose por indigno de todo lo que le dan, y estando aparejado para todo lo que le mandaren: no por lo que espera recebir, sino por lo que ya tiene recebido, y por lo que Dios merece. Contra lo cual vemos que hacen muchos, los cuales son como los mozos harones, que si no les bailan delante, van refunfuñando á los mandados.

Tambien conviene aquí avisar que cuando el hombre ha de tener su ejercicio de oracion por la mañana, se acueste con este cuidado de antenoche; y como los que han de amasar otro dia, suelen recentar de antenoche, así debe el hombre prevenir con una piadosa solicitud, y enconmendar al Señor lo que otro dia ha de meditar (*o*). Mas á la mañana en despertando, luego debe ocupar la posada con aquel sancto pensamiento, ántes que otro la ocupe; porque en aquella hora está el corazon tan dispuesto, que cualquier pensamiento que primero se le ofresce, de tal manera se apodera dél, que despues no hay quien lo pueda echar de casa.

Y porque la oracion de muchos es muy agradable á nuestro Señor, para esto será bien que en la oracion, así de la mañana como de la noche, pienses cuántos siervos y siervas de Dios, asi en monasterios como fuera dellos, estarán en aquella mesma hora velando, y perseverando ante el acatamiento divino, derramando muchas lágrimas, y por ventura mucha sangre por él; con los cuales te debes tú humilmente ayuntar, para que la presencia y la dulce memoria dellos te sea incentivo de devocion, y ejemplo de perseverancia en la oracion. Y asimesmo cuando te hallares negligente en aquel ejercicio, y te vinieren pensamientos de acabarlo, puedes avergonzarte y acusarte con el ejemplo de tantos buenos los cuales con tanta atencion y solicitud perseveran en aquel ejercicio sin cesar, ofresciendo allí sus cuerpos y ánimas á Dios en sacrificio.

CAPITULO IV.

De la licion.

Despues de la preparacion se sigue la licion, la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino muy sosegada y atenta, aplicando á ella no solo el entendimiento, para entender lo que se lee, sino mucho mas la voluntad, para gustar lo que se entiende. Y cuando hallaremos algun paso devoto, será bien detenernos un poco mas en él, y hacer allí una como estacion, pensando en lo que se ha leido, y haciendo alguna breve oracion sobre ello, segun que lo aconseja Sant Bernardo, diciendo (*a*): Menester es muchas veces recoger algun poco de espíritu y devocion de la escriptura que se lee, y cortar el hilo de la licion con alguna oracion, con la cual se levante el corazon á Dios, y hable con él, conforme á lo que pide el sentimiento y la materia del paso que se leyó.

Aquí conviene avisar que la licion no sea muy larga; porque no nos ocupe la mayor parte del tiempo, y así se hurte á los otros ejercicios mas principales. Porque, como dice Sant Augustin (*b*), bueno es orar y leer, si podemos hacer ambas cosas; mas si no las podemos hacer, mejor es la oracion que la licion. Mas porque en la oracion algunas veces hay trabajo, y en la licion facilidad; de aquí nasce que este nuestro miserable corazon muchas veces rehusa el trabajo de la oracion, y se acoge al regalo de la licion, como el mesmo Sant Bernardo, quejándose de sí mesmo, dice que algunas veces lo hacia (*c*).

Verdad es que así como á falta de pan de trigo suelen comer los hombres el de centeno, ó de cebada, por no quedar del todo ayunos; así cuando el corazon está tan distraido que no puede entrar en la oracion, puede detenerse algo mas en la licion, ó juntar en uno la medita-

(*n*) Rom. 8.

(*o*) Cassianus collat. 9. cap. 3. Quicquid enim ante orationis horam anima nostra conceperit, necesse est ut orantibus nobis per ingestionem recordationis occurrat. (*a*) De modo orandi, c. 7. et 8. et de form. honestæ vitæ c. 8. (*b*) SS. Aug. et Bernard. hic de modo benè viv. Serm. 50. Ille in Scala Parad. (*c*) In lib. medit. c. 7.

cion con la licion, leyendo un paso, y meditando sobre él, y luego otro, y otro de la mesma manera; porque yendo así atado el entendimiento á las palabras de la licion, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos, como cuando está libre y suelto. Aunque mejor sería luchar todo aquel tiempo con Dios, como el patriarca Jacob (*d*); porque en fin acabada la lucha nos daria su bendicion, ó dándonos la devocion que procuramos, ó alguna otra mayor gracia, la cual nunca se niega á los que fielmente trabajan y pelean por su amor.

CAPITULO V.

De la meditacion.

Despues de la licion se sigue la meditacion del paso que se ha leido. Acerca de lo cual es de saber que esta meditacion unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginacion, como son todos los pasos de la vida y pasion de Cristo, y otras de cosas que pertenescen mas al entendimiento que á la imaginacion; como cuando pensamos en los beneficios de Dios, ó en su bondad y misericordia, ó en cualquiera otra de sus perfecciones. Esta manera de meditacion se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, segun que la materia de las cosas lo requiere.

Y por esto cuando el misterio que queremos pensar es de la vida y Pasion de Cristo, ó de alguna otra cosa que se puede figurar con la imaginacion, como es el juicio final, ó el infierno, ó el paraíso, debemos figurar cada cosa destas con la imaginacion, de la manera que ella es, ó de la manera que pasaria, y hacer cuenta que allí en aquel mesmo lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra; para que con esta representacion de las cosas sea mas viva la consideracion y sentimiento dellas. Y algunos hay que dentro de su mesmo corazon imaginan que pasa cualquiera cosa destas que piensan; porque pues en él caben ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber tambien la representacion y figura destos misterios. Y aun esto suele ayudar mucho para traer el ánima recogida, entendiendo en labrar como abeja dentro de su corcho su panar de miel. De cualquiera destas dos maneras podemos usar en esta manera de meditacion imaginaria. Porque ir con el pensamiento á Hierusalem para meditar las cosas que allí pasaron en sus proprios lugares, es cosa que suele enflaquescer y hacer daño á las cabezas.

Y por esta mesma causa tampoco debe el hombre hincar mucho la imaginacion en las cosas que piensa; porque demas de fatigarse con esto la cabeza, podria tambien caer él en algun engaño con esta vehemente aprehension, paresciéndole que realmente ve lo que con esta fuerza imagina.

CAPITULO VI.

Del hacimiento de gracias.

Acabadas estas tres partes, se puede luego seguir hacimiento de gracias por los beneficios recebidos. Y por no cortar el hilo de la devocion con diversos afectos y materias, puede el hombre continuar esta parte con la precedente, tomando ocasion de lo que ha pensado, para dar gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello le hizo; y juntar con este beneficio todos los otros, y darle gracias por ellos. Porque acabando de pensar algun paso de la Pasion, podemos dar luego gracias á nuestro Señor por aquel beneficio de nuestra redempcion, y especialmente por habernos querido redemir con tantos trabajos, y luego darle tambien gracias por todos los otros beneficios. Asimesmo cuando hobieremos pensado en nuestros pecados, podemos darle gracias porque nos esperó tanto tiempo y nos llamó á penitencia; y cuando en las miserias desta vida, por las muchas de que nos habrá librado; y cuando en el paso de la muerte, porque nos ha dado vida, y esperado á penitencia; y cuando en la gloria del paraiso, porque nos crió para tan grande bien, y así en todos los demas. Y despues (segun dijimos) debe el hombre juntar con este beneficio todos los otros beneficios: como son, el beneficio de la creacion, y conservacion, y redempcion, y vocacion, y glorificacion, de los cuales se trató arriba en la meditacion del domingo en la noche. Por estos y otros infinitos beneficios, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y llame á todas las criaturas del cielo y de la tierra para que le ayuden á este oficio. Y con este espíritu podrá alguna vez decir aquel cántico (*a*): *Benedicite omnia opera Domini Domino*, etc., ó el salmo (*b*): *Benedic anima mea Domino, etc. omnia quæ, etc.*

CAPITULO VII.

De la peticion.

Resta la última parte de todas, que es la peticion; la cual contiene dos partes, en la una de las cuales pedimos para los prójimos, y en la otra para nosotros.

La primera se puede continuar con la pasada (que es con el hacimiento de gracias), deseando que todas las criaturas sirvan y alaben á un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo para con todas sus criaturas. Y así con este afecto y deseo de la gloria de Dios ruéguele primeramente por todo el universo mundo, porque todas las gentes conozcan y sirvan á tan gran Señor, y luego por la Iglesia cristiana, y por todas las cabezas della; para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conoscimiento y servicio de su Criador.

Asimesmo ruegue por todos los miembros desta Iglesia: por los justos, que Dios los conserve; y por los pecadores, que los perdone; y por los defunctos, que los lleve á su gloria perdurable. Asimesmo ruegue por todos sus deudos, amigos y bienhechores; y por todos los atribulados, captivos, enfermos, y encarcelados, con los cuales podrá sin discurso ni distraimiento cumplir las obras de misericordia, encomendándolos al Señor que los crió, y poniendo las necesidades de todos en aquellas manos que por todos se pusieron en cruz.

Despues desto debe pedir el hombre para sí lo que sintiere que ha menester, segun las particulares necesidades y miserias que siente en su ánima. Especialmente cuando pedimos remedio para contra algunos vicios y pasiones de que somos mas molestados, ó algunas virtudes de que tenemos mayor necesidad. Esta manera de peticion, entre otros provechos, tiene este: que renueva cada dia en el ánima los buenos propósitos y deseo de las virtudes, y la mueve mas á hacer aquello que tantas veces y con tanto deseo pidió; y avergüénzala mas cuando no lo hace, acordándose con cuánto deseo y instancia pidió al Señor gracia para hacerlo. Conforme á lo

(*d*) Gen. 32.

(*a*) Dan. 3. (*b*) Psalm. 102.

cual dice Sant Crisóstomo (*a*): Los que de véras hacen oracion, no les sufre el corazon cometer cosa indigna de tal ejercicio; sino teniendo respecto á Dios, con quien poco ántes trataron y conversaron, presto desechan de sí todas las sugestiones del demonio, pensando entre sí cuán gran mal sea el que poco ántes habló con Dios, y le pidió castidad y sanctidad con todas las otras virtudes, que se pase luego al bando del enemigo, y abra las puertas de su ánima á torpes y deshonestos deleites, y dé lugar al demonio en aquel pecho donde poco ántes moró el Espíritu Sancto.

Mas es mucho de doler que algunos dicen que no saben lo que han de pedir. No es excusa esta para recibir. Porque ¿qué bestia hay tan insensible que no sepa significar por alguna via la necesidad que tiene? ¿Qué enfermo hay que no sepa decir: aquí me duele? Mira pues, ó hombre, á ti mesmo; mira los vicios y pasiones que mas te combaten; si la avaricia, si la ira, si la vanagloria, si la dureza de tu propria voluntad, si la soltura de la lengua, si la liviandad de corazon, si el amor de la honra ó del regalo, si la inconstancia en los buenos propósitos que propones, el amor proprio, ó algunas otras semejantes pasiones y pestilencias del ánima; y descubre todas estas llagas una por una á aquel médico del cielo, para que él las cure con la uncion de su gracia.

Pedido ya el remedio para los vicios, pide luego todas aquellas virtudes que mas convienen para tu salud. Y porque esta es una principal parte deste ejercicio, en la cual á veces se suele gastar todo el tiempo de la oracion con mucho gusto y aprovechamiento, parescióme señalarte aquí las principales virtudes, que son como columnas de la vida espiritual; para que siempre sospires por ellas, y siempre las pidas al Señor en tu oracion.

§. I.

Peticion de las virtudes mas necesarias.

Primeramente debes pedir al Señor estas cuatro virtudes, que son como fundamento de toda la vida espiritual; las cuales se han de traer siempre ante los ojos, porque siempre y en todos los pasos de la vida son necesarias: conviene saber, composicion del hombre interior y exterior, discrecion y atencion en todo lo que se hobiere de hacer ó decir, para que todo vaya conforme al juicio de la razon; freno y cuenta con la lengua, y rigor y aspereza en el tratamiento de la persona. Entre las cuales virtudes pusimos por primera la composicion del hombre interior y exterior, porque es principio que dispone para todas las otras. Y la composicion del hombre interior consiste en traer á Dios presente en el corazon, y la del exterior en hacer todas las cosas como quien está en su presencia, y lo tiene siempre delante por juez y testigo de su vida (*b*).

Tras destas se siguen otras cuatro virtudes, en que consiste la summa de la perfeccion: las cuales están de tal manera entre sí annexas y subordinadas, que no se puede sustentar la una sin la otra. Estas son, obediencia perfecta, mortificacion de la propria voluntad, fortaleza para vencer toda dificultad y trabajo, y aborrescimiento y desprecio de sí mesmo. Porque está claro que la summa de toda la doctrina cristiana es una perfecta obediencia y conformidad con la divina voluntad, así en todo lo que manda, aconseja y inspira, como en todo lo que ordena acerca de nos. Esta obediencia no se puede guardar, si no tenemos un cuchillo en la mano para cortar todos los apetitos desordenados de nuestra propria sensualidad y voluntad, que contradicen á la divina. Mas este golpe nadie lo puede dar, si no tiene grande fortaleza de ánimo para pelear consigo mesmo, y hacer guerra mortal á sus proprias inclinaciones y apetitos. Y esta guerra nunca jamas hará sino el que por amor de Dios hobiere llegado á tener un verdadero y sancto aborrescimiento y desprecio de sí mesmo; porque donde hay aborrescimiento, fácilmente se sigue mal tratamiento y desprecio de lo aborrescido; mas donde no lo hay, sino amor, de mala gana toma el hombre el azote en la mano para maltratar á quien ama. Por do paresce que ninguna destas virtudes puede dar un solo paso sin el ayuda y socorro de la otra.

Despues desta se siguen luego otras cuatro altísimas y nobilísimas virtudes, que son: humildad interior y exterior, pobreza de espíritu y de cuerpo, paciencia en todas las adversidades y tribulaciones, pureza de intencion en las buenas obras; haciendo todo lo que hiciéremos puramente por amor de Dios, sin mezcla de otro interese ni respecto, asi temporal como espiritual.

Despues destas se siguen otras cuatro virtudes, que son el fin y principio de toda la perfeccion; las cuales son: fe firmísima de todo lo que Dios dice y promete; esperanza segura en él, como verdadero padre, en todas las necesidades y tribulaciones que se nos ofrecieren; amor de Dios, que siempre arda en nuestro corazon, y junto con el temor y reverencia de su grande Majestad y justicia: el cual siempre ha de acompañar todas nuestras obras.

Y con todo lo susodicho se ha de juntar la perseverancia y continuacion en el ejercicio de todas estas virtudes, la cual hace en poco tiempo arribar á la cumbre de la perfeccion. En estas susodichas virtudes principalmente consiste la summa de toda la perfeccion, y por eso todo nuestro estudio y diligencia se há de emplear en buscarlas por todos los medios que nos sea posible, y señaladamente por la oracion, que es el principal medio por do se alcanza todo bien.

Aquí me paresce dar aviso que cuando el hombre pidiere alguna destas virtudes, se detenga un poco, y haga una como estacion en cada una dellas, considerando brevemente los motivos principales que mas nos pueden inducir al mayor ejercicio de la tal virtud. Pongamos ejemplo. Cuando pidiéremos la virtud de la caridad, que es el amor de Dios, podemos decir: Señor, dame gracia para que te ame yo con todo mi corazon y ánima; pues tú eres una infinita bondad y hermosura que meresces ser amado con amor infinito; y demas desto, porque tú eres mi único bienhechor, y mi padre, y mi criador, y mi último fin, y el esposo de mi ánima, á quien se debe todo amor. Asimismo cuando pidieres la virtud de la esperanza, puedes decir: Dame tambien gracia para que en todas las necesidades y tribulaciones que en esta vida se me ofrecieren, espere en tí; pues tu misericordia es infinita, y tus promesas verdaderas, y los merescimientos de tu unigénito Hijo son de infinito valor: los cuales hablan y abogan por mí. Desta manera puedes pedir el temor de Dios, y la humildad, y algunas otras virtudes, cuyas peticiones no quise asentar aquí por escripto. Porque así como dicen que aprovecha mas al enfermo el manjar que él mesmo come y desmenuza con

(*a*) Tom. 5. lib. 2. de orando Deum, pauló post Init.
(*b*) De Bern. lib. meditationum c. 6.

los dientes, que el que se le da bebido; así suele ser mas provechosa la oracion que ordena el mesmo que ora con las palabras que el Espíritu Sancto le enseña, que la que va ordenada y compuesta con palabras ajenas: que muchas veces se rezan como oracion de ciego, sin atencion y sin afecto.

Esta última parte, que es la peticion, demas de ser muy fácil de hacer, es de grandísimo provecho; porque (como arriba dijimos) no solamente es ejercicio de oracion, sino tambien de todas las virtudes, y una como licion y conferencia de todas ellas; en la cual el hombre renueva todos sus buenos propósitos y deseos, y pasa por la memoria los principales puntos y capítulos de la ley de Dios: que es el ejercicio continuo del varon justo, de quien se dice que pensará en la ley del Señor dia y noche (*c*).

Estas cinco partes susodichas puede tener el ejercicio de la oracion; aunque (como dije) no son todas siempre necesarias; porque á las veces en la meditacion sola, ó en la peticion, se gasta todo aquel tiempo; pero señálanse todas estas, para que á lo ménos por falta de materia no deje nadie esta sancta ocupacion; y tambien porque en el tiempo que falta la devocion (en el cual no conviene por esto aflojar en los buenos ejercicios), tenga el hombre en qué poder ocuparse aquel rato de tiempo, haciendo de su parte lo que fuere en sí: que es lo que Dios principalmente nos pide.

Aquí es mucho de notar que entre todas estas cinco partes la mejor es cuando el ánima habla con Dios, como se hace en la peticion. Porque en la licion ó meditacion el entendimiento discurre con poco trabajo por do le paresce; mas cuando hablamos con Dios, allí se levanta el entendimiento á lo alto, y tras dél tambien la voluntad; y allí entreviene comunmente mayor devocion y atencion de parte del hombre, y mayor temor y reverencia de la divina Majestad con quien está hablando, junto con un humilde y encendido deseo de lo que le está pidiendo. Y este movimiento y levantamiento de espíritu con todos estos actos de virtudes que lo acompañan, dejan el ánima mas ennoblecida y edificada que otro cualquier discurso: como lo puede cada uno ver en sí por experiencia. Porque está claro que en el discurso de la meditacion no entreviene otra cosa mas que una piadiosa inquisicion y consideracion de las cosas espirituales, que así como es acto de entendimiento, así es de poco jugo y provecho; mas en la devota oracion entrevienen casi todas las virtudes, con cuyas alas el ánima se levanta á lo alto, y viene á juntarse con Dios.

Y como quiera que este coloquio espiritual con Dios sea el mejor bocado deste ejercicio, entre todos los coloquios el mejor es el del amor, cuando estamos actualmente amando á Dios, y alabándole, y pidiéndole con grandes ahincos y entrañables deseos este amor; porque como la caridad sea la mayor de las virtudes (*d*), ninguna cosa hay mas agradable á Dios, ni mas dulce y provechosa para el hombre, que es el uso y ejercicio della.

Este llaman los sanctos ejercicio de aspirar el amor divino. Y á este fin se ordena la meditacion, y la oracion, y todos los otros buenos ejercicios; por donde se da por regla general á todos los que oran, que procuren cuanto les sea posible levantar su espíritu á este divino coloquio, que es hablar y tratar con el mesmo Dios, mayormente en tratos de amor, y ejercicios de aspiracion. Y por esto será bien dejar esta peticion del amor para en fin de todo el ejercicio, guardando el mejor vino para el fin deste convite, y para que acabada ya su jornada, se pueda detener aquí el hombre todo lo que quisiere. Aunque no será inconveniente comenzar y acabar en esto, cuando el Espíritu Sancto abriere camino para ello.

Tambien conviene aquí avisar que en todas las cosas que pidiéremos, siempre alegüemos de nuestra parte los merescimientos de Cristo, nuestro único y verdadero Salvador; el cual, como dice el Apóstol (*e*), es nuestra justicia, y sabiduria, y sanctificacion, y redempcion. En estos ha de estribar principalmente nuestra confianza, y estos habemos de presentar ante el acatamiento divino, contándolos, y ofresciéndolos al Padre uno por uno, y tomando, como dice Sant Bernardo (*f*), de aquel tesoro todo lo que nos sea necesario. Porque este Señor es el que sanctificó, y ofresció á sí mesmo en sacrificio, para que nosotros fuesemos de verdad sanctos (*g*). Pues si Dios es por nos, ¿quién contra nos? Si Dios justifica, ¿quién hay que condene? Este es, dice Sant Pedro (*h*), aquel á quien todos los profetas dan testimonio que por él se recibe el perdon de los pecados. Pues en virtud y nombre deste Señor habemos de ir animados y confiados que todo lo que por él pidiéremos, se nos dará. Esta es la principal condicion que ha de tener nuestra peticion para que sea eficaz delante Dios, como dice Santiago (*i*), que es fe y confianza; y esta confianza no ha de estribar en nosotros principalmente, ni en nuestras obras y merescimientos, sino en los de Cristo, y junto con esto en la infinita bondad y misericordia de Dios, que con ningun género de maldades puede ser vencida; y demas desto en la verdad de las palabras y promesas de Dios, el cual en toda la escriptura Sagrada tiene prometido de nunca jamas faltar á quien de todo su corazon se convirtiere á él, y le llamare, y pusiere en él su esperanza. Y aunque haya sido hasta entónces grande pecador, no por eso ha de desmayar; porque, como dice Sant Hierónimo (*k*), los pecados pasados no nos dañan, si no nos agradan. Por do paresce cuán engañados viven los que considerando sus defectos y flaquezas, desconfían que Dios los oirá, y no miran que los principales estribos desta confianza son los merescimientos de Cristo, y la misericórdia divina, y la verdad de su palabra, que es (como dice el Profeta) escudo de los que esperan en él.

CAPITULO VIII.

De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de la meditacion.

Dicho ya de las principales partes deste ejercicio, será razon dar algunos avisos y documentos que se deben guardar en ellas, y señaladamente en la meditacion, que es de la que principalmente pretendemos aquí hablar.

§. I.

Primer aviso.

Sea pues el primer aviso (en lo que toca á la materia de la meditacion), que aunque será bien que el hombre

(*c*) Psalm. 1. (*d*) 1. Cor. 13.

(*e*) 1. Cor. 1. (*f*) Serm. 22. super Cantica, et in Sermone de Passione. (*g*) Rom. 8. (*h*) Act. 10. (*i*) Iacob. 1. (*k*) Super. cap. 16. D. Marci. Quod intellige secundum D. Bernard. lib. de conversione ad clericos, c. 23.

tenga señalados estos pasos que aquí van repartidos por los dias de la semana para ejercitarse en ellos; mas con todo esto, si á medio camino se ofresciere algun otro pensamiento donde halle mas miel ó mas provecho, que no le debe desechar por cumplir con su tarea; porque no es razon desechar la lumbre que el Espíritu Sancto nos comienza á dar en algun buen pensamiento, por ocuparnos en otro, donde por ventura no se nos dará. Y demas desto, como el fin principal destás meditaciones sea alcanzar alguna devocion y sentimiento de las cosas divinas, fuera de razon sería, alcanzando este con alguna buena consideracion, andar á buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzado por este.

Mas aunque esto (regularmente hablando) sea así, no por esto debe tomar aquí tanta licencia, que se mueva luego lijeramente por cada ocasion que se le ofrezca, á soltar de las manos lo que tiene, por lo que se le antojare; si no fuere cuando sintiere conoscida ventaja de lo uno á lo otro.

§. II.

Segundo aviso.

El segundo aviso sea que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulacion del entendimiento, y procure de tratar este negocio mas con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discurso y especulaciones de entendimiento.

Para lo cual es de saber que el entendimiento por una parte ayuda, y por otra puede impedir la operacion de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Porque así como es necesario que vaya delante guiando á la voluntad, y dándole conoscimiento de lo que ha de amar; así cuando es mucha su especulacion, impide esta mesma operacion de la voluntad; porque no le da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Onde así como dicen del veneno que se echa en la triaca, que si es poco es saludable y necesario; mas si es mucho, sería dañoso, así podemos en su manera decir en este ejercicio, que el entender á Dios con simplicidad ayuda á la voluntad para que mas lo ame; pero entenderlo con demasiada especulacion, impide esa mesma voluntad, y hace por entónces mas remisa y floja su operacion. Y la razon desto es, porque como la virtud de nuestra ánima sea finita y limitada, cuanto mas emplea su virtud por una parte, tanto ménos le queda que emplear por otra; así como la fuente que corre por dos caños, que cuanto mas se desagua por el uno, tanto ménos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el ánima por la operacion del entendimiento; por la cual (como sea tan íntima y tan noble) se desagua toda ella de tal manera, que cuasi nada obra por las otras potencias cuando está muy atenta y ocupada en esta ocupacion. Y así se ve por experiencia, que en cualquiera otro ejercicio corporal que se haga de manos, puede uno con mas facilidad conservar el afecto de la devocion, que cuando está con el entendimiento especulando algo con atencion. Porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra ánima, las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una, es bajar de la otra, y al reves. De manera que si cresce demasiadamente la especulacion, abaja la afeccion; y si por el contrario cresce la afeccion, abaja luego la especulacion. Por esto le encojaron al patriarca Jacob el uno de los dos piés cuando le dieron la bendicion (*a*); porque como tenga nuestra ánima dos piés para llegarse á Dios, que son entendimiento y voluntad, menester es que cojee y desfallezca el uno, que es el entendimiento en su especulacion, si la voluntad, que es el otro, ha de gozar de Dios en el reposo de la contemplacion. Y así se ve por experiencia que si cuando un ánima está gozando de Dios se desmanda á querer especular ó escudriñar algo del mesmo Dios, luego en ese punto pierde la devocion que tenia, y le desaparesce de entre los ojos aquel summo bien de que gozaba. Por donde no sin causa avisa el Esposo á la Esposa en los Cantares diciendo (*b*): Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar. Pues por esta causa se aconseja en este ejercicio que procure el hombre de especular con el entendimiento lo ménos curiosamente que sea posible, contentándose con una vista y conoscimiento sencillo de las cosas divinas; porque la virtud del ánima, recogidas todas sus fuerzas en uno, se pueda emplear por esta parte afectiva, amando y reverenciando á aquel summo bien.

De lo cual todo paresce cómo no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oracion á meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar: lo cual mas es derramar el espíritu, que recogerlo; y andar mas fuera de sí, que dentro de sí. De donde nasce que acabada su oracion se quedan secos y sin jugo de devocion, y tan fáciles y lijeros para cualquier liviandad, como lo estaban ántes; porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino parlado y estudiado; que es un negocio bien diferente de la oracion. Debrian los tales considerar que en este ejercicio mas nos llegamos á escuchar que á parlar; pues, como dijo el Profeta (*c*), los que se llegan á los piés del Señor, recibirán de su doctrina, como la recibia aquel que decia (*d*): Oiré lo que hablare dentro de mí el Señor Dios. Pues por esto sea todo su negocio parlar poco y amar mucho, y dar lugar á la voluntad para que se ayunte con todas sus fuerzas á Dios. No habemos de herir igualmente con las espuelas á estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad, y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos proprios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en un carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso; y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que al uno las aprietes, y al otro las aflojes, para que así se aguarden uno á otro.

Y si quieres otro ejemplo mas palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con la voluntad como el ama que cria un niño, la cual despues que le ha mastigado el manjar, se lo pone en la boca para que él lo guste, y se sustente con él. Porque de otra manera si le mastigase los bocados, y tambien se los comiese, dejando el niño sin comer, claro está que le hacia manifiesto agravio; pues lo dejaba morir de hambre, por comerse lo que le daban para él. Pues desta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad; porque á él, como á una ama, pertenesce mastigar y desmenuzar las verdades espirituales; mas no para que todo el negocio pare en solo esto, sino para que despues de así mastigadas las ofrezca á la voluntad, para que ella las guste, y las sienta, y se encienda, y confirme mas en lo bueno con el sentimiento dellas.

(*a*) Gen. 32. (*b*) Cant. 6. (*c*) Deut. 33. (*d*) Psalm. 84.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vitualias que entran por las puertas de la ciudad; mas si los porteros se alzasen con toda la provision, sin dejar llegar nada á la plaza, claro está que los moradores de la ciudad perecerian de hambre; pues desta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra ánima por donde le ha de entrar el mantenimiento espiritual, se toma para sí todo lo que habia de pasar por él, ¿qué tal estará la voluntad, sino ayuna, y seca, y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor. Pues desta mesma manera se ha de haber nuestro entendimiento cuando hobiere cazado alguna destas altas y secretas verdades, que no se ha de entregar él á solas en ella; sino ántes entregarla á la voluntad, para que ella como señora en esta parte se sirva della. Dichosas son por cierto algunas personas devotas y simples, las cuales así como saben poco, así cuando se llegan á Dios les hace poco embarazo el negocio del entender; y así hallan su voluntad mas tierna y mas aparejada para toda piadosa afeccion.

Pues si quieres saber cómo se haya de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay, podrás usar desta. En cualquier cosa buena que pensares en la oracion, ó fuera della, ten cuidado de ir luego con ella á Dios, como hace el niño, que con todas las cosas que halla se va luego á su madre; y allí la platica con él, y conforme á lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazon á amar, ó adorar, ó reverenciar, ó alabar á Dios por ella; y de allí tomar ocasion para humillarte delante dél, y pedirle su gracia. Ayuda tambien á esto mesmo el espíritu de la verdadera humildad; el cual hace estar el hombre delante de Dios muy empobrescido y desnudo, y muy prostrado ante aquella soberana Majestad, con mayor cuidado de pedirle misericordia para las grandes miserias que conosce en sí, que de escudriñar la grandeza de sus misterios para entenderlos. Y así viene á estar delante de Dios como estaria un malhechor sentenciado á muerte, cuando entrase en el palacio del rey á pedirle perdon; el cual iria con tanto sentimiento de su miseria, que apénas ternia ojos ni corazon para ver ni sentir otra cosa mas que su peligro (*e*).

§. III.

Tercero aviso.

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad; mas el presente pone tambien su tasa y medida á la mesma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devocion que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como piensan algunos, los cuales con demasiados ahincos, y tristezas forzadas, y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasion cuando piensan en la pasion del Salvador; porque esto suele secar mas el corazon, y hacerlo mas inhábil para la visitacion del Señor, como enseña Casiano (*f*). Y demas desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio; como cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y por esto, si el Señor diere lágrimas ó semejantes sentimientos, débense tomar humilmente; mas tomarlos el hombre como por fuerza, no es cordura. Conténtese con hacer buenamente lo que es de su parte; que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada, así lo que padesció, como el amor y caridad con que lo padesció; y hecho esto, no se congoje por lo demas cuando el Señor no lo diere.

Y quien esto no supiere hacer, y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio, no porfíe á pasar adelante; sino humíllese delante Dios con entrañable sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y si el Señor le hiciere merced de dar este sosiego de pensamiento, sentirá mas entrañable devocion de la que se suele sentir con el desasosiego del corazon, y que dure por muchos dias mas; y podrá estar el hombre pensando muy largos ratos de tiempo sin sentir pesadumbre; lo cual todo se hace al contrario, si de la otra manera piensa.

Y por esta causa conviene mirar mucho, que si alguna vez se levantaren en el ánima movimientos hervorosos de devocion sensible, ó demasiados sollozos y gemidos, que no se vaya la persona tras ellos, mas débelos templar y disimular, procurando guardar dentro de sí aquella consideracion y pensamiento que se los causó; quiero decir, que quitando de sí los alborotos de la carne, goce en el ánima con sosiego de la lumbre y devocion que Dios le dió; y desta manera durarle ha mas tiempo, y será su consolacion mas de raiz y mas entrañable, y no vendrá á dar muestras de sí con gemidos y otras señales exteriores; lo cual no se podrá evitar sin mucho trabajo, si una vez la persona se acostumbra á darse mucho á los dichos movimientos y fervores sensibles; los cuales cuanto mas recios parescen de fuera, tanto mas suelen apagar la lumbre de dentro, y ponerle impedimento para que no pase adelante.

Verdad es que á los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace á los hombres caer en tan grande admiracion y espanto, que no se puedan valer. Mas despues que con el uso cesa la novedad, sosiégase el corazon, y aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensible y desasiego en su amor. Así vemos que el mosto nuevo, y la olla cuando comienza á experimentar el extraño calor del fuego, suele hervir á borbollones, hasta verterse y dar por cima; mas despues que ha ya hervido, cuece mejor y arde mas, aunque con ménos estruendo. Aquel tullido de muchos años que sanó Sant Pedro en los Actos de los Apóstoles (*g*), así como se vió sano, dice la Escriptura que andaba, y saltaba, y alababa á Dios. No se contentaba con andar; sino como hombro que tanto tiempo habia estado atado de piés y manos, con la experiencia de la nueva libertad soltaba los miembros á todo lo que querian. Despues es de creer que asentaria el paso, y que no andaria toda la vida saltando. Mas entónces el alegría de la nueva y no acostumbrada salud no le dejaba sosegar.

§. IV.

Cuarto aviso, que se sigue de los pasados.

De todo lo susodicho podrémos colegir cuál sea la manera de atencion que debemos tener en la oracion. Por-

(*e*) Simile desumptum ex Climaco cap. 7. del llanto.
(*f*) Collatione 9. cap. 30.
(*g*) Act. 3.

que aquí principalmente conviene tener el corazon no caido ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto. En figura de lo cual leemos que dijo el Angel al profeta Ecequiel (*h*) que se levantase y estuviese sobre sus piés, cuando le queria hablar y dar parte de los misterios divinos. Asimesmo leemos que aquellos dos querubines que puso Salomon á los dos lados del arca del Testamento, estaban de puntillas, y levantados en lo alto, y tendidas las alas como quien quiere volar (*i*); para significar la atencion y levantamiento de espíritu con que ha de estar el hombre cuando se pone en presencia de Dios á hablar y asistir delante dél.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atencion y recogimiento de corazon, así por otra parte conviene que esta atencion sea templada y moderada; porque no sea dañosa á la salud, ni impida la devocion. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan, como ya dijimos; y otros hay que por huir deste inconveniente estan allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destos extremos, conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa: conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atras ni camine con peligro; así debemos procurar que vaya nuestra atencion moderada, y no forzada; con cuidado, y no con fatiga congojosa. De lo uno y de lo otro somos avisados en la Escriptura divina. Porque por lo uno dice Salomon (*k*): El que mucho aprieta los pechos para sacar leche, sacará sangre; y por lo otro dice Isaías (*l*): Porque apreteis los pechos divinos, y seais abastados, y llenos de toda suavidad y consolacion.

Mas si á alguno destos extremos hobiéremos de declinar, mas vale declinar á la atencion demasiada que al descuido; porque al descuido ayuda la naturaleza corrupta y mal inclinada, mas no á la atencion. Y por esto así como no perderia mucho el edificio que se hace en una ladera, ya que no puede ir por nivel derecho, que fuese mas acostado hácia arriba que hácia abajo; así no perderá nuestra atencion, si no pudiere estar en el medio que pretendemos, si se acostare al extremo ménos peligroso, que es el susodicho.

Este aviso es tan necesario, que por falta dél habemos visto pasárseles muchos años á algunas personas con poco aprovechamiento, por la tibieza con que oraban, y á otros por el contrario perder la salud y la cabeza, por el demasiado calor y fuerza que en ello ponian. Mas particularmente conviene avisar, que al principio de la meditacion no fatiguemos la cabeza con demasiada atencion; porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

§. V.

Quinto aviso.

Mas entre todos estos avisos el principal sea, que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devocion que él desea; como hacen algunos, que en esta parte viven muy engañados. Para lo cual es mucho de notar que en hecho de verdad el corazon humano es muy semejante al agua turbia, la cual no se puede súbitamente aclarar por muchas diligencias que para esto se hicesen, si no le dan tiempo y espacio para que poco á poco se vaya aclarando y asentando. Pues tal es sin dubda nuestro corazon; el cual así como suele enturbiarse con el cuotidiano trato de los negocios terrenos, así despues de enturbiado, no puede luego en breve asentarse y sosegarse, si no le dan para esto su espacio y tiempo convenible. Por lo cual con mucha razon dijo el Eclesiastes (*m*), que era mejor el fin de la oracion que el principio; porque á los principios el corazon está turbado y inquieto; mas al cabo está ya mas asentado y sosegado, y mas dispuesto para su ejercicio.

Por lo cual, así como los que quieren encender fuego en la leña verde, han de tener paciencia, y esperar hasta que la leña se vaya poco á poco secando y enjugando; y con todo esto es menester estar allí soplando, y atizando, y aun derramando muchas lágrimas con el humo, si quieren gozar de la deseada llama; así muchas veces conviene trabajar y perseverar al principio de la oracion, si queremos al cabo gozar de la dulce y clara llama de la devocion y amor de Dios.

Menester es pues con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenesce que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado. Bienaventurado el hombre, dice la Sabiduría eterna (*n*), que oye mis palabras, y que vela á mis puertas cada dia, y está aguardando á los postigos de mi casa; porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor. Buena cosa es, dice el Profeta (*o*), esperar con silencio la salud de Dios. El soberbio y desconfiado no tiene paciencia ni humildad para esperar; mas el humilde dice con el Profeta (*p*): Esperando esperé al Señor, y él oyó mi oracion. Si el que pesca ó el que caza no tuviesen paciencia para esperar la caza, ¿qué provecho sacarian de su trabajo? Pues no es esta menor caza ni pesquería, para que no sea bien empleado estar mucho tiempo aguardando y esperando tan rico y tan venturoso lance como es Dios.

De aquella mujer fuerte que describe Salomon en los Proverbios, entre otras cosas grandes se dice esta (*q*): Que se hizo como navío de mercader, que de léjos trae su pan. Para que por aquí entiendas que cuando no hallares luego á la mano este pan de vida que deseas, trabajes y navegues todas las jornadas que sea menester, hasta venir á hallarlo. Si perseverares llamando, dice el Salvador (*r*), cree que al cabo te responderán; porque lo que muchas veces al principio se niega, al fin se suele dar acrescentado.

Sabido he por cosa cierta de un religioso, que perseveró por espacio de tres años en estos buenos ejercicios, teniendo despues de maitines dos ó tres horas de oracion, sin sacar della otro fruto mas que sequedad de corazon, hasta que el Señor miró la afliccion de su ánima, y extendió sobre él la largueza de su bondad con tan copiosa bendicion, que pudo muy bien con ella recompensar toda la esterilidad de los años pasados. Y destos

(*h*) Ezech. 2. (*i*) 3. Reg. 6. 2. Paral. 3. (*k*) Prov. 30. (*l*) Isaiæ 66.

(*m*) Eccl. 7. (*n*) Prov. 8. (*o*) Thren. 3. (*p*) Psalm. 39.
(*q*) Prov. 31. (*r*) Luc. 11.

se ven cada dia por experiencia muchos otros. Bienaventuradas pues las ánimas que desta manera perseveran; porque sin dubda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recebir grandes dones de Dios, es longanimidad de corazon, para aguardar fielmente todo el tiempo que él quisiere; y en el entre tanto consolarse con aquella esperanza del Profeta que dice (*s*): Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle, porque viniendo vendrá, y no tardará.

Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te paresciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no meresces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de tí mesmo, y negado tu propria voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mesmo, y hecho á lo ménos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoracion sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado (*t*); y créeme cierto que este es el paso mas peligroso desta navegacion, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, en todo lo demas te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te paresciese que será tiempo perdido perseverar en la oracion, y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendria por inconveniente que despues de haber hecho lo que es en tí, tomases algun libro devoto, y trocases por entónces la oracion por la licion; con tanto que el leer fuese no corrido, ni apresurado, sino reposado, y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo; mezclando muchas veces en sus lugares la oracion con la licion (*v*); lo cual es cosa muy provechosa, y muy fácil de hacer á todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

§. VI.

Sexto aviso: de la profunda oracion y devocion.

Y no es diferente documento del pasado, ni ménos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oracion; como hacen algunos que en derramando una lagrimilla, ó sintiendo alguna ternura de corazon, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua (que no hace mas que matar el polvo, y mojarla por de fuera), sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra, y la deje toda empapada en ella; así para que nuestra ánima dé fructo de virtudes y buenas obras, no basta aquel pequeño rocío de devocion, que á vuelta de cabeza con cualquier sol y aire se seca; con el cual el ánima paresce que está devota, mas en hecho de verdad en lo de dentro no lo está; sino es menester una profunda oracion y devocion, que como una grande lluvia cale hasta lo íntimo del corazon, y lo deje tan empapado en ella, que ni soles, ni aires, quiero decir, ni negocios, ni cuidados del mundo basten para secarlo, ni sacarlo de donde está. Conforme á esto se lee de la bienaventurada Sancta Clara, que salia algunas veces de la oracion tan absorta en Dios, que con mucha dificultad podia inclinar el corazon á los negocios en que le era forzado entender por razon de su oficio. Esta manera de devocion no es como aquella que se lleva el viento, y se seca con cualquier aire; sino como aquella de quien se escribe en los Cantares (*x*): Las muchas aguas no bastarán para matar el fuego de la caridad, ni los grandes rios la cubrirán.

Pues por esto con mucha razon se aconseja que tomemos para este sancto ejercicio el mas largo espacio que pudiéremos; y mejor sería un rato largo que dos cortos; porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginacion y quietar el corazon; y despues de ya quieto levantámonos del ejercicio al tiempo que lo hobiéramos de comenzar. ¿Cuál es el cavador que buscando oro en una mina, suelta el azada al tiempo que halla la vena, y deja perder el trabajo pasado, cuando habia de gozar del fructo presente? Porque sin dubda el fructo de una larga y profunda oracion á veces suele ser tan grande, que queda el hombre con caudal para gastar muchos dias, y caminar con Elías hasta el monte de Dios, en virtud del manjar y pasto que allí le dieron.

Y descendiendo mas en particular á limitar este tiempo, paréseeme que todo lo que es ménos de hora y media, ó dos horas, es corto plazo para la oracion; porque muchas veces se pasa mas que media hora en templar la vihuela, y en quietar (como dije) la imaginacion; y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo de la oracion. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene despues de algunos otros sanctos ejercicios, como es despues de maitines, ó despues de haber oido ó dicho misa, ó despues de alguna devota licion ó oracion vocal, mas dispuesto se halla el corazon para este negocio; y así como en la leña seca, muy mas presto se enciende este fuego celestial. Tambien en el tiempo de la madrugada sufre ser mas corto, porque es muy mas aparejado para este oficio, como adelante se dirá. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo (*y*); porque si esto no queda por su negligencia, aquel que á todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá tambien á él segun la suya.

§. VII.

Séptimo aviso: del no recebir en vano las visitaciones de nuestro Señor.

Conforme á este documento se da otro semejante á él; y es, que cuando el ánima fuere visitada en la oracion, ó fuera della, con alguna particular visitacion del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofresce; porque es cierto que con este viento navegará el hombre mas en una hora, que sin él en muchos dias. ¿Qué tanto mas fué lo que Sant Pedro pescó en aquel lance que le mandó echar el Salvador, que en toda la noche pasada (*z*)? Pues muchas veces acaesce lo mesmo en esta celestial pesquería, si sabemos aprovecharnos de las oportunidades que hay en ella. Por lo cual con mucha razon nos avisa el Eclesiástico diciendo (*a*): No dejes de gozar del buen dia que Dios te diere, y ni una pequeña parte dél se te pase sin aprovecharla.

Mucho puede la oportunidad en todas las cosas, y aquí mas que en otra alguna; porque esto paresce que

(*s*) Abac. 2. (*t*) Ioan. 4. (*v*) D. Bern. de modo bené viven. cap. 50. et de formula honestæ vitæ, c. 8.

(*x*) Cantic. 8. (*y*) Luc. 21. (*z*) Ioan. 21. (*a*) Eccl. 14.

es descender el ángel á mover el agua de la piscina, y darle virtud para sanar (*b*); ó por mejor decir, esto es descender Dios á tirar el arado con el hombre, y ayudarle á su labor; la cual ayuda vale mas que todas las industrias y diligencias del mundo. El marinero cuando ve que le hace buen tiempo para salir del puerto, luego coge las áncoras y se hace á la vela, sin mas aguardar, por no perder aquella buena sazon que el tiempo le ofresce. Y lo mesmo deben hacer las personas espirituales, con tanto mayor cuidado, cuanto es mayor este negocio, y mas necesário este divino soplo para la oracion, que aquel para la navegacion.

Así se dice que lo hacia el bienaventurado Sant Francisco, de quien escribe Sant Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenia, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir adelante los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen comunmente ser castigados con esta pena: conviene saber, que no hallen á Dios cuando le buscaren, pues cuando él los buscaba no los halló.

Estos son los principales avisos que se deben tener en el ejercicio de la meditacion, y de cualquiera de las otras partes que andan en su compañía, si queremos acertar este negocio, y no dejarlo á medio camino.

CAPITULO IX.

Comienzan las siete primeras meditaciones para los dias de la semana en la noche.

EL LÚNES EN LA NOCHE.

Este dia entenderás en el conoscimiento de tí mesmo, y en la memoria de los pecados, que es el camino por do se alcanza la verdadera humildad de corazon y la penitencia, que son las dos primeras puertas y fundamentos de la vida cristiana.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que heciste en el tiempo que ménos conoscias á Dios. Porque si los sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios. Discurre pues brevemente por los diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que por ventura no hayas caido muchas veces por obra, ó por palabra, ó por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre cuando hizo el mayor de los pecados del mundo (*a*), y tú en todos has puesto los ojos y las manos infinitas veces.

Discurre otrosí por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado; porque si de todos ellos has de dar cuenta, es bien que tú te la tomes primero, y entres en juicio contigo (*b*), porque no seas despues juzgado de Dios. Pues dime agora: ¿en qué gastaste la niñez? en qué la mocedad? en qué la juventud? en qué finalmente todos los dias de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales, y las potencias del ánima que Dios te dió para que le conoscieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? en qué tus oidos, sino en oir la mentira? en qué tu lengua, sino por ventura en todos los juramentos, y murmuraciones y deshonestidades del mundo? en qué tu gusto, y tu oler y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues ¿qué responderás en aquel dia de la cuenta, cuando Dios te diga (*c*): Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué; porque ya no quiero que trates mas en ella? ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos! ¿Qué responderás en aquel dia, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos della?

Lo segundo, piensa en los pecados que has hecho y haces cada dia, despues que abriste mas los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adam con muchas de las raices y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada dia caes para con Dios, y para con el prójimo, y para contigo mesmo: que en todo te hallarás muy defectuoso.

Considera pues cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio; las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia que debrias, ni con aquella pureza de intencion como debrias, sino por otros respectos y intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo; cuán amigo de tu propria voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones, y conversaciones, y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveido en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo tercero, considerada ya por esta órden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crescida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada: conviene saber, contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar; en quien solo se hallan todas las excelencias, y todos los títulos y obligaciones que tenemos á todas las criaturas en summo grado de obligacion. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y por otras cosas de aire. Desto se queja él gravemente por un profeta, diciendo (*d*): Deshonrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada y por un mendruguillo de pan. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y

(*b*) Ioan. 5. (*a*) Gen. 3. (*b*) 3. Cor. 11.

(*c*) Luc. 16. (*d*) Ezech. 13.

á veces con tanto contentamiento y alegría, como si pecaras contra un dios de palo, que ni sabe, ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿esta era la honra que se debia á tan alta Majestad? ¿Este es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la Cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡Oh miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que heciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!

Considera tambien el aborrescimiento espantoso que Dios tiene del pecado, y los castigos tan grandes que tiene hechos contra él; para que por aquí entiendas mas claro cuánta sea la malicia dél, segun que adelante se declara.

Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de tí lo mas bajamente que sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera que se muda á todos vientos; sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de sér (*e*). Piensa que eres un Lázaro (*f*) de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices, y los ojos por no lo ver. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles; y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mesmo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Y si desto eres indigno, mira cuánto mas lo serás de hablar con Dios, y mucho mas de las consolaciones del Espíritu Sancto, y de los regalos y tratamientos de los hijos de Dios. Tente por una de las mas pobres y miserables criaturas del mundo, y que peor usa de todos los beneficios divinos. Y piensa que si en Tiro y Sidon (*g*), esto es, en otros muy grandes pecadores, hobiera Dios obrado lo que en tí, que ya hobieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza. Conosce que eres muy mas malo de lo que tú puedes imaginar, y que por mucho que ahondes en este cieno, y no hayas llegado ya al cabo, cada dia hallarás mas en que ahondar. Da voces á Dios, y dile: Señor, nada tengo, nada valgo, y nada soy, y nada puedo hacer sin tí. Derríbate con aquella pública pecadora á los piés del Salvador (*h*); y cubierta tu cara de confusion, con aquella vergüenza que pareceria una mujer delante de su marido cuando le hobiese hecho traicion, te presenta delante de aquel Esposo del cielo, contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recebir en su casa.

§. I.

De la consideracion de los pecados: en el cual se declara por extenso la meditacion pasada.

La primera tabla despues del naufragio, dice Sant Hierónimo, que es la penitencia (*i*). Este es el primer paso desta subida, y la primera piedra deste espiritual edificio. Para alcanzar esta virtud (demas de la divina gracia, cuyo don es la verdadera penitencia) aprovecha considerar la muchedumbre de nuestros pecados, así presentes como pasados, y la gravedad y malicia dellos; porque desta consideracion procede la compunccion y arrepentimiento dellos.

Y no solo esta virtud, mas otras muchas y muy altas virtudes nascen desta mesma consideracion; porque de aquí nasce el conoscimiento de sí mesmo (de que tambien se trata en la meditacion siguiente), y el desprecio de sí mesmo, y el temor de Dios, y el aborrescimiento del pecado, y otros semejantes afectos, en los cuales consiste muy gran parte de la perfeccion. Pues á todos estos fines debes aplicar y enderezar este ejercicio, para que te sea mas provechoso; procurando sacar todos estos fructos tan dulces de la raiz amarga desta consideracion. Mas porque para alcanzar tales fructos es necesaria la divina gracia, la cual principalmente se da á los humildes y devotos (*k*), pide tú agora al Señor esta humildad y devocion, para que recogido en lo íntimo de tu corazon, puedas imitar á aquel sancto Rey que decia (*l*): Pensaré, Señor, delante de tí todos los años de mi vida con amargura de mi corazon.

§. II.

De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.

Pues si quieres saber qué tantos sean los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, discurre brevemente por todos los mandamientos y pecados mortales; y hallarás por cierto que apénas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado mortal en que no hayas caido.

El primer mandamiento es honrar á Dios; el cual, como dice Sant Augustin (*m*), se honra con aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Pues ¿qué manera de fe tenia quien vivia tan rotamente como si creyera que todo lo que predica la fe era mentira? ¿Qué esperanza tenia quien ni se acordaba de la otra vida, ni en sus trabajos supo qué cosa era llamar á Dios, ni asegurarse con él? ¿Qué caridad tenia quien amaba mas el punctillo de honra, y la paja del interese, y el cieno del deleite, que al mesmo Dios; pues por cada cosa destas lo despreciaba y ofendia? ¿Qué reverencia tenia á aquella soberana Majestad, quien estaba acostumbrado á traer arrastrado aquel nombre de tanta veneracion, jurando y perjurando por él á cada paso y por cada nonada? ¿Cómo sanctificaba sus fiestas quien esperaba estos dias para ofenderle mas en ellos, y para jugar, y para pasear, y para escandalizar la innocente doncella, y para andar en malos tratos y compañías?

Despues desto considera cuán duro y descomedido hayas sido para con tus padres, y cuán desobediente á los mayores; cuán descuidado para con tus súbditos, para imponerlos en lo bueno, y encaminarlos á Dios. Pues los odios, y pasiones, y deseos de venganzas que has tenido, ¿quién los contará? Y si estos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las fealdades y torpezas en que has caido, por obras, y por palabras, y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazon, sino un cenagal y revolcadero de puercos? Qué tu boca, sino, como dice el Profeta (*n*), una sepultura abierta por do salian los malos olores del ánima que estaba dentro muerta? Qué tus ojos, sino ventanas de perdicion y de muerte? ¿Qué se ofresció á esos ojos, que no lo cobdiciases y procurases, sin acordarte jamas que tenias á

(*e*) Matth. 11. (*f*) Ioan. 11. (*g*) Matth. 11. (*h*) Luc. 7. (*i*) In epist. ad Hemetriadem, tom. 1. prope medium et super c. 3. Isaiæ, tom. 1.

(*k*) Iacobi. 4. 1. Petr. 5. (*l*) Esaiæ 38. (*m*) In Enchiridio c. 3. tom. 3. (*n*) Psalm. 5.

Dios presente, y que te habia puesto entredicho en ese árbol? Al hombre fornicador, dice el Sabio (*o*), todo pan es dulce; pues su apetito y hambre es tan insaciable, que en todo pica, y en todo halla sabor, sin acordarse que tiene Dios. Demas desto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia, y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan léjos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parescia poco todo el mundo? Y si el que desea lo ajeno, es ladron delante de Dios, ¿cuántas horcas tiene mereseidas quien con el corazon cometió tantos hurtos? Pues las mentiras, y las murmuraciones, y los juicios temerarios tampoco tienen cuento como lo demas; porque apénas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de la plática la vida ajena, y la viuda, y la doncella, y el sacerdote y el lego, sin perdonar á órden ni condicion alguna.

Desta manera pues guardaste los mandamientos divinos. Veamos agora cómo te apartaste de los pecados. La soberbia de tu corazon ¿qué tal fué? El deseo de honra y alabanza ¿hasta dónde llegó? La presumpcion y estima de tí mesmo, y el desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazon; pues una sola pluma en la gorra, y una calza justa, y una faja de seda, bastaba para levantarte los piés del suelo, y desear ser mirado de todos? ¿Qué paso dabas, qué obra hacias, qué palabra hablabas que no fuese vestida de vanidad y deseo de la propria estimacion? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías, y finalmente cuasi todos tus pasos y meneos tenian olor de soberbia, y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira, como de una serpiente; la gula, como de un lobo tragador; la pereza, como de un asno flojo; la invidia, mas que de una víbora. Y en todo finalmente (si bien te miras) te hallarás muy estragado y perdido.

Discurre luego por los sentidos; y no solo por los sentidos, sino por todos los beneficios que Dios te ha hecho, y mira de qué manera has usado dellos; y hallarás por cierto que de todas estas cosas, con las cuales habias de servir mas al dador de todo, has hecho armas para mas ofenderlo. En esto se gastaron las fuerzas, y la salud, y la hacienda, y la vida, y el entendimiento, y la memoria, y la voluntad, y la vista, y la lengua, y todo lo demas.

Estos y otros muchos peores males habrás cometido en la vida pasada; por donde con mucha razon podrás decir con aquel gran pecador, aunque penitente (*p*): Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas de la mar; y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones, y multiplicando las ofensas. Y habiendo tantas cosas que fuera razon te pusieran algun freno y temor de Dios, como era la muchedumbre de sus beneficios, y la grandeza de su bondad y justicia; nunca por sus beneficios le reconociste, ni por su bondad le amaste, ni por su justicia le temiste; sinó olvidado de todo, y cerrados los ojos á todo, te derramaste por todo género de vicios.

Y si fueran grandes los intereses y motivos que tenias para pecar, pudieran por ventura tener alguna manera de excusa tus ofensas; mas ¿qué diré? que por cosas de aire, por juguetes de niños, y muchas veces sin ningun interese, sino de balde, por solo desprecio de Dios, pecaste. Y otros cuando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de consciencia; á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; y tú por ventura estarias tan ciego y tan insensible, que harias mil cuentos de pecados sin ninguna manera de temor, ni remordimiento de consciencia; no mas que si no creyeras que habia Dios; ó creyendo que lo habia, mas de la manera que lo creian aquellos que dijeron (*q*): No verá el Señor lo que acá pasa, ni lo entenderá el Dios de Jacob. Este es uno de los mayores males del mundo; porque entre aquellas seis cosas que Salomon dice ser aborrecidas de Dios (*r*), una dellas es los piés lijeros para correr al mal; que es la facilidad y lijereza que los malos tienen en pecar.

(*o*) Eccle. 23. (*p*) Manasses, l. 2. Paralip. 33.

§. III (1).

De la gravedad de los pecados.

Y para mayor dolor y arrepentimiento de los pecados, no te debes contentar con haber pensado la muchedumbre dellos; sino piensa tambien la gravedad dellos, especialmente la del pecado mortal. Y aunque en esto hay infinitas cosas que pensar, principalmente piensa cuán aborrecible sea á Dios el pecado, para que así veas cuánto debes despreciarte y aborrecerte; pues cometiste cosa tan aborrecible.

El aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado, no se puede estimar; porque como él sea una infinita bondad, está claro que ha de tener infinito aborrecimiento á la maldad. Pero por los castigos que tiene hechos contra el pecado, se verá algo del grande aborrecimiento que tiene con él. ¿Qué tan grande fué el castigo de aquel primer ángel y de aquel primer hombre? Y de todo el mundo con las aguas del Diluvio? Y de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo? ¿Cuán espantosamente fué castigada la murmuracion y invidia de Datan y Abiron, y la desobediencia de Saul, y el adulterio de David, y el hurto de Ananías y Safira en el Nuevo Testamento? Bien parece que tan grande aborrecimiento tiene contra el pecado, quien así lo castiga en este mundo, demas de la pena que le tiene reservada para el otro.

Mas aun todo esto es poco en comparacion del aborrecimiento que Dios muestra contra el pecado en la muerte de su Hijo; pues tuvo por bien de matar al Hijo, por destruir el pecado. Quien esto pensare con atencion, no podrá dejar de conocer cuán aborrecible cosa sea en los ojos de Dios, la que por tal medio quiso él que se desterrase del mundo. Mire pues el hombre cuán gran cargo tiene sobre sí, si despues de tal juicio osó despreciar á tan grande Majestad, y cometer contra ella una cosa mas aborrecible, que le fué la muerte de su proprio Hijo.

(*q*) Psalm. 93. (*r*) Proverb. 6.

(1) Este §. no se halla en la edicion de Salamanca hecha en vida del Venerable en casa de Domingo Portonariis, año de 1574, ni en otros ejemplares de aquel tiempo; el primero en donde le hemos advertido es en el tomo I. de la impresion hecha en Madrid en casa de Andrés García de la Iglesia, año de 1676, de donde parece le han tomado los editores posteriores, aunque en la edicion hecha en Madrid en casa de Manuel Martin, año de 1768, la que está correctísima, y arreglada á las primeras que se hicieron en vida del Venerable, tampoco se halla: el lector podrá juzgar de su autenticidad, por el estilo, y ortografía, la que va arreglada á la edicion de Valverde, en donde se halla.

§. IV.

De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caido despues de haber conoscido á Dios.

En estos y otros muchos pecados es cierto que caerias ántes que conoscieses á Dios; mas despues que le conociste (si por ventura le has conoscido), pídele que te abra un poco los ojos, y hallarás todavía muchas reliquias de aquel hombre viejo, y muchos jebuseos que te habrán quedado en la tierra de promision (*s*) por haber tú sido muy piadoso para con ellos.

Mira pues cómo en todo eres defectuoso; conviene saber, en lo que debes á Dios, al prójimo y á tí mesmo. Mira lo poco que has aprovechado en el servicio de tu Criador, á cabo de tanto tiempo como ha que te llamó; cuán vivas se están todavía las pasiones; cuán poco has alcanzado de las virtudes, y cómo te estás siempre en un mesmo ser, como árbol añudado y revegido, que nunca medra; ántes por ventura habrás vuelto hácia atras, pues en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás (*t*). A lo ménos en el fervor y devocion del espíritu no será mucho que estés agora muy léjos de lo que por ventura otros tiempos estuviste.

Mira tambien la poca penitencia que has hecho por tus pecados; el poco amor, y temor, y esperanza que tienes en Dios. El poco amor se ve en lo poco que por él trabajas; el poco temor, en las muchas culpas que contra él cometes; mas la poca confianza, el tiempo de la tribulacion la declara, y las grandes olas y trabajos que padeces en cualquier tormenta, por no estar tan perfectamente aferrado tu corazon con las áncoras de la esperanza.

Demas desto mira cuán mal respondes á las inspiraciones divinas, cómo eres rebelde á la lumbre del cielo, cómo entristeces al Espíritu Sancto, y le dejas dar tantas voces en vano; pues por no contradecir á tu propria voluntad, contradices á la suya. El te llama á un camino, y tú sigues otro; él quiere que le sirvas en una obra, y tú quieres en otra. Y aunque sientas claramente cuál sea la voluntad de Dios, si la tuya acierta á ser contraria, sirvesle en todo lo que tú quieres, y no en lo que él quiere que le sirvas. El por ventura te llama á los ejercicios interiores, tú acudes á los exteriores; él te llama á la oracion, tú acudes á la licion (*v*); él quiere que primero entiendas en tí que en los otros; tú, olvidado de tí mesmo, dejas tu proprio aprovechamiento por el de los otros; donde viene á ser que ni aprovechas á tí, ni á ellos. Finalmente, cada vez que se contradice tu voluntad con la divina, siempre la tuya es vencedora, y cae vencida la divina.

Y si por ventura haces algunas obras buenas, ¿cuántos son los defectos que haces en ellas? Si eres dado á la oracion, ¿cuántas veces estás allí distraido, y enfadado, y soñoliento, y perezoso, y sin reverencia de aquella divina Majestad con quien estás hablando, no viendo ya la hora de acabar aquella tarea, para entender en otras cosas que son mas á tu gusto? Pues si haces otras buenas obras, ¿con cuánta tibieza las haces, y con cuántos defectos? Y si es cierto que no mira Dios tanto al cuerpo de la buena obra, cuanto á la intencion con que se hace, ¿cuántas obras buenas habrás hecho que vayan limpias de polvo y de paja, y sin que las haya esquilmado la vanidad y el mundo? ¿Cuántas se habrán hecho por sola importunidad de otros, ó por cumplimiento? Cuántas por tu proprio honor y reputacion? Cuántas por agradar á los hombres? Cuántas por tu proprio gusto y contentamiento? ¿Y cuán pocas serán las que se habrán hecho puramente por Dios, sin pagar alguno destos tributos al mundo (2)? ¿Pues qué es todo esto, sino oro falso, hipocresía y engaño?

Pues si miras cómo has cumplido con los prójimos, hallarás que ni los has amado como Dios lo manda, ni sentido sus trabajos como los tuyos, ni procurado ayudarles en sus trabajos, ni aun compadescídote siquiera dellos. Y por ventura en lugar de compasion (*x*) les habrás hecho pago con indignacion y murmuracion de sus hechos; como quiera que sea verdad que la verdadera justicia tenga compasion, y la falsa indignacion. A lo ménos aquella liga de amor que tantas veces pide el Apóstol (*y*), mandando que nos amemos unos á otros, como miembros de un mesmo cuerpo (pues todos participamos de un mesmo espíritu), ¿qué tan léjos has estado de tenerla? ¿Cuántas veces habrás dejado de socorrer al pobre, y acudir al enfermo, y ayudar á la viuda, y entrevenir por el que poco puede? ¿A cuántos habrás escandalizado con tus palabras, y con tus obras, y con tus respuestas? ¿Cuántas veces te habrás antepuesto á tus iguales, y despreciado á los menores, y lisonjeado á los mayores, haciéndote para con los unos hormiga y para con los otros elefante?

Ya pues si miras á tí mismo, y metes la mano en tu seno, ¡oh cuán leprosa la sacarás, y cuán hondas llagas atentarás (*z*)! ¡Qué vivas hallarás en tí las raices de la soberbia, y el amor de la honra, y el sentimiento de la vanagloria, y la hipocresía disimulada, con la cual procuras de encubrir tus defectos y parescer muy otro del que eres! ¿Cuán amigo eres de tu interese, y del regalo de tu carne; á la cual muchas veces so color de necesidad, no provees, sino sirves; no sustentas, sino regalas? Pues ya si el que era tu igual, te echa un poco el pié adelante, ¡cuán presto brotan luego las raices de la invidia! Y si otro te toca en un puncto de honra, ¡cuán acelerada sale la ira!

Mas entre todos estos males, ¿quién explicará la soltura de tu lengua, la liviandad de tu corazon, la dureza de la propria voluntad, y la inconstancia en los buenos propósitos? ¿Cuántas palabras salen desa lengua perdidas? Cuántas vanas? Cuántas en perjuicio del prójimo, y en alabanza de tí mesmo? ¿Cuán pocas veces se niega esa propria voluntad, y suelta la presa en que está cebada, por cumplir la de Dios ó del prójimo? Mira bien en ello, y hallarás que muy raras son las veces que alcanzas victoria de tí mismo; siendo siempre necesario alcanzarla para ser perfectamente virtuoso. Pues de la inconstancia de los buenos propósitos ¿qué diré, sino concluir en pocas palabras, que no hay veleta de tejado que así se mueva á todos vientos, como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasion que se te ofrezca? ¿Qué es toda tu vida sino un juego de niños, y un tejer y destejer, proponiendo á la mañana, y quebrantando á la tarde, si ya no es luego á la misma hora? ¿Pues qué es esto, sino ser aquel lunático del Evangelio, á quien los discípulos del Salvador no pudieron sanar, por ser tan recia esta enfermedad (*a*)?

(*s*) Iosue 15. Iudic. 1. (*t*) Ex Bern. epist. 341. in princ.
(*v*) Ex Bern. lib. Meditationum, c. 1. et 7.

(2) Este periodo no se halla en las ediciones antiguas. (*x*) Ex Greg. hom. 34. sup. Evangel. et in princip. habetur, in c. vera. 43. distinctione. (*y*) Ephes. 4. (*z*) Exod. 4. (*a*) Matt. 17.

Pues la liviandad de tu corazon, sus mudanzas, su instabilidad y pusilanimidad, tampoco se pueden explicar; pues está claro que tantas figuras y semblantes muda, cuantos accidentes se le ofrescen á cada hora, sin tener alguna estabilidad ni firmeza. ¡Cuán presto se distrae con cualquier negocio y cuán presto vierte todo lo que tiene, y cuán pequeños trabajos bastan para apretarlo, y congojarlo, y ahogarlo!

Finalmente, echada bien la cuenta, y visto lo que tienes, y lo que te falta, hallarás muy gran razon para temer no sea todo lo que tienes engaño, y sombra de virtud, y falsa justicia; pues no hay en tí mas que un gustillo de Dios, que puede ser quizá mas de carne que de espíritu; y con esto te paresce por ventura que estás ya seguro; y aun quizá dirás con el fariseo (*b*) que no eres como los otros hombres, porque no sienten lo que tú sientes; teniendo por otra parte los senos de tu ánima llenos de amor proprio y de tu propria voluntad, y todos los otros defectos y pasiones que arriba dijimos. De manera que todo tu caudal es decir (*c*): Señor, Señor; y no hacer la voluntad de Dios; lo cual es imitar la falsa justicia de los fariseos, y ser aquel tibio del Apocalipsi, que Dios alanza de su boca (*d*).

Todas estas cosas debes considerar diligentemente, y enderezar esta consideracion al dolor y sentimiento de tus pecados, y al conoscimiento de tu propria miseria; para que por lo uno pidas perdon al Señor de lo que le ofendiste; y por lo otro virtud y gracia para nunca mas ofenderle.

§. V.

De la acusacion de la propria consciencia, y del aborrecimiento y desprecio de sí mesmo.

Considerada pues así la muchedumbre de los pecados, y viéndose el hombre por todas partes tan cargado dellos, debe humillarse y compungirse cuanto le sea posible, y desear ser despreciado de todas las criaturas; pues él así despreció al Criador de todas. Para todo esto le podrá aprovechar una muy devota consideracion de Sant Buenaventura, en la cual hablando desta confusion de la consciencia y desprecio de sí mesmo, dice así:

Miremos, hermanos, nuestra gran vileza, y la grandeza de la divina ofensa, y humillémonos ante Dios cuanto nos sea posible. Temamos alzar nuestros ojos al cielo, y miramos nuestros pechos con aquel publicano del Evangelio (*e*), para que el Señor se apiade de nosotros. Esforzémonos y tomemos armas contra nuestra mesma malicia, y hagámonos jueces de nosotros mismos, diciendo cada uno dentro de sí: si por los pecados que yo hice, mi Señor fué tan aviltado y afflicto, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme siendo yo el mesmo que pequé? Léjos sea de mí presumir otra cosa mas que de un muladar vilisísimo y abominable, cuyo hedor yo mesmo no pueda comportar. Yo soy aquel que menosprecié á Dios, y el que le volví otra vez á poner en cruz. Ya parece que toda la máquina deste mundo da voces contra mí diciendo: este es el que ofendió y despreció á nuestro comun Señor. Este es el perverso y desconoscido que mas se movió por los embaimientos del demonio que por los beneficios de Dios; á quien mas agradó la malicia diabólica, que la bienquerencia divina. Este nunca pudo ser atraido al bien con los halagos divinos, ni atemorizado con sus juicios. Este es el que (cuanto en sí fué) deshizo y escarnesció el poder, y la sabiduría y la bondad de Dios. Mas temió ofender á un hombre flaco, que á la omnipotencia de Dios; mas vergüenza tuvo de hacer una cosa torpe ante un vilísimo rústico, que ante la presencia de Dios; mas quiso abrazar un poco de estiércol hediondo, que el summo bien. Este es el que puso sus ojos en la podre y corrupcion de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador. ¿Qué diré? Ninguna cosa torpe ni abominable dejó de cometer en presencia de Dios, sin tener respecto ni vergüenza de tan grande Majestad.

Dan pues voces contra mí en su manera todas las criaturas, y dicen: este es el que usó mal de todas nosotras; pues habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hizo servir á la voluntad del enemigo, volviendo en injuria del Criador lo que él habia criado para su servicio. Estaba su ánima hermoseada con la imágen de Dios; y él, borrando esta imágen divina, vistióse de nuestra vil imágen y semejanza. Mas terrenal fué que la tierra, mas deleznable que el agua, mas mudable que el viento, mas encendido en sus apetitos que el fuego, mas endurescido que las piedras, mas cruel contra sí mesmo que las fieras, y mas ponzoñoso contra los otros que los mesmos basiliscos. ¿Qué diré? Que ni temió á Dios, ni hizo caso de los hombres; y así derramó (cuanto en él fué) su ponzoña sobre muchos, atrayéndolos á la compañía de sus maldades. No se contentó con ser él solo el que injuriase á Dios, sino quiso tambien tener muchos ayudadores y compañeros en sus injurias. Pues ¿qué diré de los otros males? Fué tan grande su soberbia, que no se quiso subjectar á Dios, ni inclinar las cervices al yugo de su obediencia; ántes quiso vivir como á él se le antojase, y hacer en todo su voluntad, levantándose (cuanto le fué posible) contra Dios. Si Dios no cumplia con sus apetitos, ó le enviaba algunas adversidades, así se airaba contra él, como contra uno de sus criados. En todas las cosas que hacia quiso ser alabado, así en las malas como en las buenas: como si él fuera Dios, á quien solo pertenesce que por todo sea alabado, pues todo lo que hace es bueno, ó ordenado para bien. ¿Qué mas diré? Mas soberbio fué en alguna manera que Lucifer (*f*): mas presumptuoso que Adan (*g*); porque aquellos como estaban llenos de claridad y hermosura tuvieron algun motivo para presumir de sí; mas este siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razon tenia para estimarse en algo?

Dan pues voces justamente contra mí todas las criaturas, y dicen: Venid, y destruyamos á este injuriador de nuestro Criador. La tierra dice, ¿por qué lo sustento? El agua dice, ¿por qué no lo ahogo? El aire dice, ¿por qué le doy huelgo? El fuego dice, ¿por qué no lo abraso? El infierno dice, ¿por qué no lo trago y lo atormento? ¡Ay! ¡Ay, pues, miserable de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde iré, pues todas las cosas están armadas contra mí? ¿Adónde me acogeré? ¿Quién me recibirá, pues á todas las cosas tengo ofendidas? A Dios menosprecié, á los ángeles enojé, á los sanctos deshonré, á los hombres ofendí y escandalicé, y de todas las criaturas usé mal. Mas ¿para qué es tan largo discurso? Por el mesmo caso que ofendí al Criador de todas las cosas, ofendí á todas ellas juntas. No sé pues (¡miserable de mí!) adónde vaya; pues de todas las cosas he hecho enemigos contra mí: de tal manera que en todo lo que veo alderredor de mí, no hallo quien esté de mi parte; porque hasta mi mesma cons-

(*b*) Luc. 18. (*c*) Matth. 7. (*d*) Apoc. 3. (*e*) Luc. 18.

(*f*) Isai. 14. (*g*) Genes. 3.

ciencia ladra contra mí, y todas mis entrañas me acusan y despedazan.

Lloraré pues como miserable, sin poner fin á mis lágrimas miéntras viviere en este valle de miserias (*h*), esperando si por ventura tendrá por bien volver los ojos sobre mí aquel piadosísimo Salvador. Derribarme he á sus piés, y con toda la humildad y vergüenza que pudiere, decirle he: Señor, yo soy aquel grande enemigo tuyo que en presencia de tus ojos divinos hice cosas abominables. Conózcome por tan culpado delante de tí, que aunque solo padeciese toda aquella pena infernal que los demonios y los hombres condenados padescen, no pagaria con todo esto suficientemente lo que merescen mis pecados. Extiende pues, Señor, sobre este miserable el palio de tu misericordia; pueda mas que mi maldad la grandeza de tu bondad. Gócese el Padre dulcísimo con la vuelta del hijo pródigo (*i*), y el buen pastor con la oveja perdida, y la piadosa mujer con la pieza de oro hallada. ¡Oh cuán dichoso será aquel dia, cuando tendieres tus brazos sobre mi cuello, y me dieres besos de paz!

Pues para alcanzar este bien ya sé lo que haré. Tomaré armas contra mí mesmo, y seré para mí el mas cruel de todos, y mas riguroso. Afligirme he por todas partes con trabajos y penas, y despreciarme he así como un cieno hediondo. Alegrarme he en mis desprecios y deshonras por cualquiera parte que me vengan. Gozarme he cuando se descubriere y publicare mi confusion. Y porque yo solo no basto para aborrecerme y despreciarme, juntaré toda la universidad de las criaturas, y de cada una desearé ser afligido y despreciado, pues yo despreció al Criador de todas. Este me será un tesoro muy deseado, amontonar penas y desprecios contra mí, y amar con entrañable corazon á los que en esto me ayudaren. Todas las consolaciones y honras desta vida me serán tormento, y á todas ellas tendré por amigos engañosos y lisonjeros. Creo firmemente que si así lo hiciere, inclinaré todas las cosas (aunque por mí ofendidas) á compadescerse de mí; y las que ántes daban voces contra mí, agora en su manera rogarán y abogarán por mí. Corran pues por todas partes deshonras y azotes, para que por todas me lleven á mi dulcísimo Señor. Toda honra y todo deleite vaya léjos de mí, y no se oya en mi morada. En todas las cosas no busque yo sino la honra sola de mi Señor, y mi proprio desprecio y confusion.

Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura; las cuales ayudarán mucho al que devotamente las meditare, á engendrar en él estos cuatro nobilísimos afectos, conviene saber: dolor de los pecados, temor de Dios, odio sancto de sí mesmo, y deseo de ser menospreciado por Dios. Del primer afecto nasce la penitencia, que lava todos los pecados pasados; en el segundo está el temor de Dios, que excluye todos los venideros; por el tercero se alcanza el aborrescimiento de sí mesmo contra el amor proprio, y por el cuarto la verdadera humildad contra el deseo de la gloria del mundo. Quien quiera que estas cuatro virtudes desea alcanzar, en estas y otras semejantes consideraciones se debe ejercitar. Mas particularmente por aquí se alcanza este odio sancto de sí mesmo, el cual tiene por oficio, no solo huir los regalos del cuerpo, y buscar los trabajos, sino mucho mas despreciar toda dignidad y honra del mundo, y amar todo menosprecio y deshonra por Dios. Y este afecto pertenesce propriamente á la humildad; la cual es un menosprecio entrañable de sí mesmo, que nasce del verdadero conoscimiento de sí mesmo, y de sus proprios pecados. Digo esto para que sepan los amadores de la verdadera humildad, que desta mesma fuente de donde se coge agua para criar el aborrescimiento de sí mesmo, se coge tambien para sustentar y regar el árbol de la verdadera humildad, de donde nascen todas las virtudes.

(*h*) Thren. 2. (*i*) Lucæ 15.

EL MARTES EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en la condicion y miserias desta vida, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento, y en cuán poco debe tener el hombre á sí mesmo, pues á tantas miserias está subjecto.

Pues para esto considera primeramente la vileza de la orígen y nascimiento del hombre, conviene á saber: la materia de que es compuesto, la manera de su concepcion, las injurias y dolores del parto, la fragilidad y miseria de su cuerpo, segun que adelante se tratará.

Lo segundo, considera las grandes miserias de la vida que vive, y señaladamente estas siete (*k*). Primeramente considera cuán breve sea esta vida; pues el mas largo término della es setenta ó ochenta años; porque todo lo demas (si algo queda) es trabajo y dolor. Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que mas es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razon, hallarémos aun ser mas breve de lo que paresce. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apénas te parescerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que, por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre durará.

Lo segundo considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan á estos setenta ó ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz? No sabeis (dice el Salvador) cuándo vendrá vuestro Señor (*l*): si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo. Esto es: no sabeis si vendrá en el tiempo de la niñez, ó de la mocedad, ó de la juventud, ó de la vejez. Aprovecharte ha para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conoscido en este mundo; especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas. Conozco yo una persona que tenia hecho un memorial de todas las personas señaladas que en este mundo habia conoscido en todo género de estados, que eran ya defunctas; y alguna vez lo leia, ó pasaba por la memoria, y en cada uno dellos se le representaba summariamente toda la tragedia de su vida, y la burlería y engaño deste mundo, y el paradero y fin de las cosas humanas. Por lo cual entendia con cuánta razon habia dicho el Apóstol (*m*) que se pasa la figura deste mundo. En lo cual quiso dar á entender el poco sér que tienen las cosas desta vida; pues no las quiso llamar cosas verdaderas, sino solamente figuras,

(*k*) Vid. de his Plin. lib. 7. c. 50. (*l*) Marc. 13. (*m*) 1. Cor. 7.

que no tienen sér, sino parescer, por donde aun son mas engañosas.

Lo tercero piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida; y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un baho de un enfermo basta para despojarnos della; como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es, y cómo nunca permanesce en un mesmo sér. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca perseveran en una mesma disposicion; y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar, alterados con diversos vientos y olas de pasiones que á cada hora nos perturban; y finalmente cuánta la de todo el hombre, que está subjecto á todos los vaivenes de la fortuna, la cual nunca permanesce en un mesmo sér, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida; pues dia y noche nunca pára, sino que siempre va perdiendo de su derecho, y gastándose como una vestidura con el uso, y acercándose cada hora mas y mas á la muerte. Segun esto, ¿qué es nuestra vida, sino una candela que siempre se está gastando, y miéntras mas arde y resplandesce, mas se gasta? ¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al mediodía se marchita, y á la tarde se seca? Así la comparó el Profeta en el salmo, cuando dijo (*n*): La mañana de la niñez se pasa como una yerba: á la mañana fioresce, y luego pasa, y á la tarde cáesele la flor, y endurece, y sécase.

Lo quinto, considera cuán engañosa es, que por ventura es lo peor que tiene; porque por esta via nos engaña: pues siendo fea, nos parece hermosa; y siendo breve, á cada uno la suya le paresce larga; y siendo tan miserable, paresce tan amable, que no hay peligro, ni trabajo, ni pérdida á que no se pongan los hombres por ella; aunque sea haciendo cosas por do vengan á perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo demas de ser tan breve, etc. (segun está dicho), eso poco que hay de vida está subjecto á tantas miserias, así del ánima como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lágrimas, y un piélago de infinitas miserias. Escribe Sant Hierónimo (*o*) que Jerjes, aquel poderosísimo rey, que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver dende allí un ejército que tenia ayuntado de infinitas gentes, despues que lo hubo bien mirado, dice que se puso á llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cient años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes. Sobre lo cual dice Sant Hierónimo (*p*): ¡Oh si pudiésemos subirnos á alguna atalaya tan alta, que dende ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros piés! Dende ahí verias las caidas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verias cómo á unos atormentan, á otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados captivos. Aquí verias bodas, allí planto; aquí nascer unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verias, no solo el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos dias acabarán.

Discurre tambien por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres; y verás aun mas claro cuántas sean las miserias desta vida: para que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente lo menosprecies.

A todas estas miserias sucede la última, que es el morir: la cual así para lo del cuerpo como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles; pues el cuerpo será en un puncto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entónces lo que para siempre ha de ser.

§. VI.

De la consideracion de las miserias de la vida humana; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Qué tan grandes sean las miserias en que la naturaleza humana quedó por el pecado, no hay lengua que lo pueda explicar. Muy bien dijo Sant Gregorio (*q*) que solos aquellos dos primeros hombres que conocieron por experiencia aquella noble condicion y estado en que Dios crió al hombre, sabían las miserias del hombre; porque acordándose de las prosperidades de la vida que habian vivido, veian mas claro las miserias del destierro en que habian quedado. Mas los hijos destos miserables, como nunca supieron qué cosa era buena ventura, y siempre se criaron en miseria, no saben qué cosa es miseria; porque nunca supieron qué cosa era buena ventura. Antes muchos dellos están, como frenéticos, tan sin sentido, que querrian (si les fuese posible) perpetuarse en esta vida, y hacer del destierro patria, y de la carcelería morada; porque no sienten los males della. Onde así como los acostumbrados á estar en lugares de mal olor no reciben ya pena desto, por la costumbre que dello tienen; así estos miserables no sienten las miserias desta vida, por estar tan hechos á vivir en ellas.

Pues para que tú no caigas en este engaño ni en otros mayores que de aquí se siguen, considera con atencion la muchedumbre destas miserias; y primero las del orígen y nascimiento del hombre, y despues las condiciones de la vida que vive.

Comenzando pues este negocio por sus principios, considera primeramente de qué materia sea compuesto el cuerpo del hombre; porque de la nobleza ó bajeza de la materia se suele muchas veces conoscer la condicion de la obra.

Dice la Escriptura divina (*r*) que crió Dios al hombre del cieno de la tierra. Entre todos los elementos el mas bajo es la tierra, y entre todas las partes de la tierra la mas baja es el cieno: segun lo cual paresce haber criado Dios al hombre de la mas vil y baja cosa del mundo. De manera que los reyes, y los emperadores, y los papas, por muy altos y esclarescidos que sean, cieno son. Entendian muy bien esto los egipcios, de los cuales se escribe que celebrando cada un año la fiesta de su nascimiento, traian en las manos unas yerbas que nascen en las lagunas cenagosas; para significar la semejanza y parentesco que los hombres tenemos con la paja y con el cieno, que

(*n*) Psalm. 89. (*o*) In Epitaphio Nepotiani propè finem. (*p*) Ibi.

(*q*) Ex lib. 8. Moralium c 22. et lib. 11. c.26. (*r*) Genes. 2.

es el comun padre de entrambos. Pues si tal es la materia de que somos compuestos, ¿de qué te ensoberbesces, polvo y ceniza? de qué te ensoberbesces, paja y cieno?

Pues la manera y artificio con que se edificó la obra desta materia, no es para escribirse ni para mirarse, sino para pasar adelante cerrados los ojos por no ver cosa tan fea. Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era razon, de ninguna cosa se afrentarian mas que de ver la manera en que son concebidos. Solamente diré una cosa, y es que aquel tan piadoso Señor que vino á este mundo á tomar sobre sí todas nuestras miserias para descargarnos dellas, sola esta fué la que en ninguna manera quiso tomar. Y no le paresciendo cosa fea ser abofeteado, y escupido, y tenido por el mas bajo de los hombres, sola esta le paresció indigna de su majestad, si fuese concebido de la manera que ellos. Pues ya la sustancia de que se sustentan estos cuerpos ántes que nazcan, no es tan limpia que se deba hacer memoria della; ni tampoco de otras muchas suciedades que al tiempo del nascer se ven cada dia.

Vengamos al parto. Dime, ¿qué cosa mas miserable que ver parir una mujer? ¡Qué dolores tan agudos! qué vueltas! qué vaivenes tan peligrosos! qué aullidos y gritos tan lastimeros! Dejo de decir de los partos monstruosos y revesados, porque esto sería nunca acabar. Y con todo esto, ya que sale á luz la criatura, sale llorando, pobre, desnuda, flaca y miserable, y necesitada de todas las cosas, y inhabilitada para todas. Los otros animales nascen calzados y vestidos (*s*), unos de lanas, otros de escamas, otros de plumas, otros de cueros, otros de conchas: hasta los árboles nascen vestidos de sus cortezas, y estas á veces dobladas; solo el hombre nasce desnudo, sin ningun género de vestidura, sino una piel sucia y asquerosa en que sale revuelto. Con estos atavíos sale al mundo el que despues de salido, por su soberbia no cabe en el mundo.

Demas desto los otros animales á la hora que nascen luego saben buscar lo que les cumple, y tienen habilidades para ello. Unos andan, otros nadan, otros vuelan; y cada uno finalmente sin maestro sabe buscar lo que le es necesario. Solo el hombre ninguna cosa sabe, ni puede hacer sino en brazos ajenos. ¿Cuántos dias gasta en aprender á andar, y aun esto primero en cuatro piés que en dos? ¿Cuánto tiempo está sin poder hablar? Y no solamente hablar, mas ni aun comer sabe, si no se lo muestran. Una sola cosa sabe hacer por sí mesmo, que es llorar. Esta es la primera que hace, y la que sola sabe hacer sin maestro. Y el reir, ya que por sí tambien lo sabe hacer, no lo sabe hacer hasta los cuarenta dias despues de nascido (como quiera que siempre llore), para que entiendas cuán mas prompta está la naturaleza para lágrimas que para alegría. ¡Oh locura de los hombres (dice un sabio), que de tales y tan bajos principios creen haber nascido para soberbia!

Pues el mismo cuerpo del hombre (de que tanto se precian los hombres) querria que mirases con buenos ojos qué tal es, por muy hermoso que por defuera parezca. Dime, ruégote, ¿qué otra cosa es el cuerpo humano, sino un vaso dañado, que todos cuantos licuores echan en él luego los aceda y corrompe? ¿Qué es el cuerpo humano, sino un maladar cubierto de nieve, que por defuera paresce blanco, y dentro está lleno de inmundicias? ¿Qué muladar hay tan sucio? qué albañal que tales cosas eche de sí por todos sus desaguaderos? Los árboles, y las yerbas, y aun algunos animales dan de sí muy suaves olores; mas el hombre tales cosas echa de sí, que no paresce ser otra cosa sino un manantial de suciedad.

De un gran filósofo llamado Plotino se escribe que se afrentaba de la condicion y bajeza de su cuerpo, y que oia de mala gana que se hablase en su linaje (*t*); y nunca se pudo acabar con él que consintiese sacar al natural un retrato de su figura, diciendo que bastaba traer consigo una cosa tan fea y tan indigna de la generosidad de su ánima todo el tiempo de su vida, sin obligarle á que para siempre quedase memoria perpetua de su deshonra.

Del abad Isidoro se escribe, que estando una vez comiendo, no se podia contener de lágrimas, y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque he vergüenza destar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles, y comer con ellos el mantenimiento divino.

§. VII.

De las miserias y condiciones desta vida; y primero de la brevedad della.

Despues desto considera las miserias grandes de la vida humana, y principalmente estas siete, conviene saber: cuán breve sea esta vida, cuán incierta, cuán frágil, cuán inconstante, cuán engañosa, y finalmente cuán miserable; y despues el fin en que viene á parar, que es la muerte.

PRIMERA MISERIA.

Considera pues primeramente la brevedad de nuestra vida, la cual consideraba el sancto Job, cuando decia (*v*): Breves son, Señor, los dias del hombre; y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes. ¿Qué tanto es agora setenta ó ochenta años de vida? Pues ese es el comun término de la vida de los hombres que no se tienen por muy mal logrados, como lo significó el Profeta cuando dijo (*x*): Los dias del hombre, cuando mucho, son setenta años; y si á mas tirar llegan á ochenta, lo que de allí se sigue, todo es trabajo y dolor.

Y si quieres tomar esta cuenta por menudo, y no así á carga cerrada, no me paresce que debes tomar en cuenta de vida el tiempo de la niñez, y ménos el que se pasa durmiendo. Porque la vida de la niñez (*y*), cuando no ha venido aun el uso de la razon que nos hace hombres, no se puede llamar vida de hombres, sino vida de bestias, como es la de un cabritillo que se anda por ahí saltando. Especialmente constándonos que en toda aquella edad ni se aprende ni se hace cosa digna de hombre. Pues el tiempo que se duerme, no veo yo cómo se pueda llamar tiempo de vida (*z*); pues lo principal de la vida es usar de los sentidos y de la razon, y entónces lo uno y lo otro está suspenso y como muerto.

Por donde dijo un filósofo (*a*) que en la mitad de la vida no habia diferencia del feliz al infeliz, porque en el tiempo que se duerme todos los hombres son iguales, por estar entónces como muertos. Claro está que si un rey estuviese captivo por espacio de un año, ó de dos, que no podriamos decir con verdad que aquel tiempo reinó, pues ni gozó del reino, ni lo gobernó. Pues ¿cómo

(*s*) Vide Plin. in Proœm. lib. 7.

(*t*) Prophir. in principio operum. Plotini scribens vitam ipsius. (*v*) Iob. c. 14. (*x*) Psalm. 89. (*y*) Plin. lib. 7. cap. 50. (*z*) Plin. ubi supr. et lib. 26. c. 1. (*a*) Arist. lib. 1. Ethic. cap. 8.

se podrá decir que el hombre vive cuando duerme (*b*), pues en todo este tiempo está supenso el señorío y uso de la razon y de los sentidos por quien vivimos? Por esta causa un poeta (*c*) llamó al sueño pariente de la muerte; y otro (*d*) hermano, por la semejanza que entendian haber entre lo uno y lo otro (*e*). Pues si tanta parte de la vida se duerme, ¿qué tanta será la que no se vive? Y si lo comun es dormirse la tercera parte del dia, que son ocho horas (aunque algunos hay que ni con esto se contentan), síguese por esta cuenta que la tercera parte de la vida se duerme, y por consiguiente, que no se vive; porque por aquí veas cuán gran pedazo de tan breve vida nos lleva el sueño de cada dia. Pues hecha esta cuenta (que es verdadera), ¿cuánto es lo que quedará de verdadera vida aun á los muy vividores?

Por cierto muy gran razon tuvo aquel filósofo que preguntado qué le parecia de la vida del hombre, dió una vuelta delante los que esto le preguntaban, y luego desapareció, dando á entender que no era mas que solo aquello nuestra vida. No es mas que una carrera de un apresurado cometa, que en un punto pasa y se consume, y de ahí á poco aun aquel rastro, que dejó en pos de sí, desaparece. Porque muy pocos dias despues de acabada la vida, se acaba tambien con la vida la memoria, por muy resplandesciente que haya sido la persona. Finalmente, parecia tan breve á muchos de aquellos sabios antiguos esta vida (*f*), que uno dellos la llamó sueño; y otro, no contento con esto, la llamó sueño de sombra, paresciéndole que era mucho llamarla sueño de cosa verdadera, no siendo á su juicio mas que sueño de cosa vana.

Pues si esto poco que resta de vida lo comparamos con la vida advenidera, ¿cuánto ménos aun parecerá? Muy bien dijo el Eclesiástico (*g*): Los dias del hombre á mas tirar son cient años. ¿Pues qué es todo esto comparado con la eternidad, sino una gota de agua comparada con la mar? Y está clara la razon. Porque si una estrella (que es mucho mayor que toda la tierra) comparada con lo restante del cielo, parece tan pequeña, ¿qué parecerá la vida presente, que es tan breve, comparada con la venidera, que no tiene cabo? Y si, como dicen los astrólogos (*h*), toda la tierra comparada con el cielo no es mas que un punto, porque la grandeza inestimable de los cielos la hace parecer tan pequeña, ¿que parecerá este soplo de vida tan breve, comparado con la eternidad, que es infinita? Sin duda parecerá nada. Porque si mil años delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasó (*i*), ¿qué parecerán delante dél cient años de vida, sino nada?

Eso mesmo paresce á aquellos malaventurados, cuando hacen comparacion de la vida que dejaron, con la eternidad de los tormentos que para siempre padescen, como ellos mesmos lo confiesan en el libro de la Sabiduría por estas palabras (*k*): ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo de posta, ó como el navío que va por las aguas, que no deja rastro de su camino, ó como sacta arrojada á cierto lugar, que así como el aire se abrió y le hizo camino, luego se volvió á cerrar, sin que se supiese por dó pasó. Así nosotros luego en nasciendo dejamos de ser, sin dejar rastro ni señal de ninguna virtud. Mira pues cuán breve les parecerá allí á los miserables todo el tiempo desta vida, pues claramente confiesan que no vivieron, sino que en nasciendo, luego en ese punto dejaron de ser. Pues si esto es así, ¿qué locura mayor puede ser, que por gozar este sueño momentáneo de tan vanos deleites, querer ir á padescer tormentos eternos? Item, si tan breve es el plazo desta vida, y tan largo el de la otra, ¿qué locura es, proveyéndonos de tantas cosas para vida tan breve, no proveer de algo para aquella tan larga? ¿Qué locura sería, si determinándose un hombre de vivir en España, gastase todo cuanto tiene en comprar raices y edificar casas en Indias, y no proveyese nada para la tierra donde se va á morar? Pues ¿cuánto mayor es la de aquellos que todo su caudal emplean en proveerse para esta vida, donde tan poco han de vivir, y ninguna cosa aparejan para aquella donde para siempre han de morar? Especialmente teniendo tan gran aparejo para trasladar á ella todos sus bienes por manos de pobres, como dijo el sabio (*l*): Echa tu pan sobre las aguas que corren, que despues de mucho tiempo lo vendrás á hallar.

§. VIII.

De cómo es incierta nuestra vida.

II MISERIA.

Mas ya que la vida tiene tan cortos los plazos, si estos plazos fuesen ciertos, y todo este tiempo tuviésemos seguro, como lo tuvo el rey Ecequias, á quien Dios otorgó quince años mas de vida (*m*), aun sería mas tolerable nuestra miseria; mas no es así, sino que siendo la vida tan breve como hemos dicho, eso que hay de vida (tanto cuanto) no está cierto, sino dubdoso; porque, como dice el Sabio (*n*), no sabe el hombre el dia de su fin, sino que así como á los peces, cuando mas seguros están, los prenden en un anzuelo, y á los pájaros en un lazo, así saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo. Muy sabida es aquella sentencia que dice que ni hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas dubdosa que la hora del morir. Por esto comparaba un filósofo (*o*) las vidas de los hombres á las campanillas ó burbujicas que se hacen en los charcos de agua cuando llueve, de las cuales unas se deshacen luego en cayendo, otras duran un poquito mas, y luego se deshacen, otras tambien duran algo mas, y otras ménos. De manera que aunque todas ellas duran poco, en eso poco hay grande variedad.

Pues si tan dubdoso es el término de nuestra vida, y la hora de nuestra cuenta, ¿cómo vivimos con tanto descuido y negligencia? cómo no advertimos aquellas palabras del Salvador, que dicen (*p*): Velad, porque no sabeis cuándo vendrá el Hijo del hombre? ¡Oh si supiesen los hombres pesar la fuerza desta razon! Porque no sabeis (dice él) la hora, velad y estad siempre apercebidos. Como si mas claro dijera: porque no sabeis la hora, velad en toda hora; y porque no sabeis el mes, velad en todos los meses; y porque no sabeis el año, estad apercebidos en todos los años; porque aunque no sepais de cierto cuál destos es el año en que os han de

(*b*) Ex Hieronym. in epist. ad Cyprianum infr. med. (*c*) Homerus. (*d*) Pindarus. (*e*) Vide Erasmum in centur. 3. Chiliadis 2.

(*f*) Erasmus ubi supr. (*g*) Eccl. 18. (*h*) Vide Titelm. lib. 7. de cœlo et mundo, in sua Physica. (*i*) Psalm. 89. Hieronym. in epist. ad Cypr. omnis quippe vita mortalium quasi somnium.

(*k*) Sapient. 5.

(*l*) Eccl. 11. (*m*) Isaiæ 38. (*n*) Eccles. 9. (*o*) Marc. Narro in prefatio de librorum suorum, de re rustica. Homo bulla. Et Lucianus in Charonte. (*p*) Matth. 24.

llamar, es cierto que en alguno dellos os llamarán.

Mas porque mejor se vea la fuerza desta razon, pongamos un ejemplo. Dime: si te pusiesen en una mesa treinta ó cuarenta manjares, y te avisasen de cierto que uno dellos tenia ponzoña, ¿osarias por ventura comer de alguno dellos, aunque tuvieses mucha hambre? Claro está que no. Porque el temor de encontrar con aquel uno solo, te haria abstener de todos los otros. Pues veamos cuántos años (á mas tirar) te pueden quedar de vida. Dirás por ventura que á bien librar, podrán ser treinta ó cuarenta. Pues si es cierto que en uno desos años está tu muerte, y no sabes en cuál, ¿por qué no temes en cada uno dellos, pues es cierto que uno dellos te ha de matar? No osas llegar á ninguno de los cuarenta platos, aunque mueras de hambre, porque sabes que en uno está la muerte, ¿y no temerás en cada uno desos cuarenta años, pues tan cierto es que en uno dellos has de morir? ¿Qué se puede responder á esta razon?

Oye aun otra no ménos eficaz. Dime: ¿por qué se vela siempre un castillo cuando está en frontera de enemigos? No por mas de porque no saben cuándo vendrán á dar sobre él. El no saber cuándo, los hace velar en todo tiempo; porque si supiesen el tiempo cierto de su venida, podrian descuidarse en el entre tanto, y guardar para entónces la diligencia de la vela. Pues por amor de Dios te pido seas agora buen juez de lo que diré. Veamos si por estar dubdoso si vernán hoy, si mañana, si este año, si ese otro los enemigos, velas cada noche tu castillo, ¿cómo no velas continuamente sobre tu ánima, pues no sabes cuándo ha de llegar su hora? La mesma dubda que hay allí, hay aquí, y mucho mayor; y el negocio, y lo que importa, sin ninguna comparacion es mayor. Pues ¿en qué juicio cabe velar allí siempre, y aquí siempre dormir? ¿Qué cosa puede ser mas contra razon? Mira que vale mas tu ánima que todos los castillos y reinos del mundo, y si miras al precio por que fué comprada, mas aun que todos los ángeles. Mira que tiene mayores enemigos, que dia y noche andan por saltearla. Mira que por ninguna via se puede saber el dia ni la hora deste salto. Mira que todo el punto deste negocio está en tomarte apercebido, ó desapercebido en esta hora; pues segun la parábola del Evangelio (*q*), las vírgenes que estaban aparejadas entraron con el esposo á las bodas, y las no aparejadas se quedaron fuera. Pues ¿qué falta aquí, por donde no hayas siempre de velar, pues la dubda es mayor, y el peligro mayor, y la causa mayor, y todo lo demas sin comparacion mayor?

§. IX.

De cuán frágil sea nuestra vida.

III MISERIA.

Mas no solo es incierta nuestra vida, sino tambien frágil y quebradiza. Si no, dime: ¿qué vidrio hay tan delicado y tan lijero de quebrar como la vida del hombre? Un aire basta muchas veces, y un sereno, y un sol recio para despojarnos de la vida. Mas ¿qué digo sol? Los ojos y la vista sola de una persona bastan muchas veces para quitar la vida á una criatura (*r*). No es menester sacar espada, ni menear armas; solo mirar basta para matar. Mira qué castillo este tan seguro, en que se guarda el tesoro de nuestra vida; pues solo mirarlo dende léjos basta para batirlo por tierra.

(*q*) Matth. 25. (*r*) Plin. lib. 7. c. 2.

Mas no es esto tanto de maravillar en la edad de los niños, cuando el edificio es tan nuevo y tan tierno. Lo mas admirable es, que despues de asentada y fraguada ya la obra de muchos años, poco menores causas bastan para derribarla (*s*). Si preguntas de qué murió Fulano, ó Fulana, responderte han que de un jarro de agua fria que bebió, ó de una cena demasiada que cenó, ó de algun placer ó pesar grande que tomó (*t*); y á las veces no hay causa que dar, sino que acostándose el hombre sano, otro dia amanesce al lado de su mujer finado. ¿Hay vidrio en el mundo, hay vaso de barro mas quebradizo que este? Y no es cierto de maravillar que sea tan quebradizo, pues él tambien es de barro; ántes es mas de maravillar, cómo siendo de tal materia y tal hechura, pueda durar tanto tiempo, cuanto dura. ¿Por qué se desconcierta tantas veces un reloj? La causa es, porque tiene tantas ruedas y puntos, y tanto artificio, que aunque sea (como lo es) de fierro, cualquiera cosa basta para desconcertarlo. Pues ¿cuánto es mas delicado el artificio de nuestros cuerpos, y cuánto mas frágil la materia de nuestra carne? Pues si el artificio es mas delicado, y la materia mas frágil, ¿de qué nos maravillamos que se embarace algun punto destas ruedas, y así páre el movimiento de nuestra vida? Antes es de maravillar, no cómo los hombres se acaban tan presto, sino cómo duran tanto, siendo tan delicado este artificio, y de tan flaca materia compuesto.

Esta es aquella miserable fragilidad que significó Isaías por estas palabras (*v*): Dijo Dios á este Profeta: da voces. Responde el Profeta: ¿qué diré? Dícele Dios: Toda carne es heno, y toda la gloria della es como la flor del campo. Secóse el heno, y cayóse la flor; mas la palabra de Dios permanesce para siempre. Sobre las cuales palabras dice Sant Ambrosio (*x*): Verdaderamente así es; porque así floresce la gloria del hombre en la carne, como el heno; la cual aunque paresce grande, es pequeña como yerba, temprana como flor, caduca como heno; y así no tiene mas que frescura en el parescer, pero no firmeza ni estabilidad en el fructo. Porque ¿qué firmeza puede haber en materia de carne? ni qué bienes que sean durables en tan flaco subjecto? Hoy verás un mancebo en lo mas florido de su edad con grandes fuerzas, y con muy buen parescer; y si esta noche le saltea una enfermedad, otro dia le verás con un rostro tan mudado, que el que ántes parescia muy agradable y hermoso, agora paresce del todo miserable y feo (*y*). Pues ¿qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? A unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquesce la pobreza, á otros atormenta la indigestion, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos, y á otros trae descoloridos la lujuria. Pues segun esto, ¿no es verdad que se secó el heno y se le cayó la flor? Veréis otros de muy nobles abuelos y bisabuelos, de muy esclarescida sangre, de muy antiguo solar, muy llenos de amigos, y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales y desamparado de todos. Veréis otro lleno de rique-

(*s*) Plin. lib. 7. cap. 7. Anacreon Poeta acino uvæ passæ, et Fabius Senator poto pilo in lactis haustu, interiere strangulati. (*t*) Plin. lib. 7. c. 53. (*v*) Isaiæ 40. (*x*) Lib. 3. Exameron c. 7. circa. med. (*y*) Vide August. lib. Meditationum, c. 21.

zas, volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarescido con honras, levantado con poderes, subido en tribunales, y tenido por bienaventurado de todos; y acaescerá que llevándolo agora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos, que venga á parar en la mesma cárcel donde él tenia encarcelados á otros. ¿A cuántos acaesce llevar agora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio, escuresce el resplandor de toda aquella gloria; y un solo dolor de costado que sobreviene, deshace toda aquella fábula compuesta? ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres (dice Tulio), y fortuna frágil, y vanas todas nuestras contiendas y porfías! Que muchas veces á medio camino se quiebran y caen, y primero se hunden en la carrera, que puedan llegar á ver el puerto. Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adam, que sobre tan flacos cimientos edifican torres tan altas; y no miran que edifican sobre arena, y que al mejor tiempo se llevará el viento todo lo mal cimentado? ¡Oh qué malas cuentas echan á veces los hombres, por no querer volver los ojos hácia dentro, y hacer primero cuenta consigo!

Y si esta es tan grande ceguera, ¿cuánto mayor es la de aquellos malaventurados, que están muchos años en pecado, sabiendo que no hay entre ellos y el infierno mas que esta vida tan quebradiza? Imaginemos agora que estuviese un hombre colgado de un hilo delgado, y que tuviese debajo de sí un pozo muy profundo, de tal manera puesto, que en quebrándose aquel hilo, hobiese luego de caer en él; dime: ¿qué tal estaria el que así se viese? ¿Cuán temeroso, cuán turbado, y cuán aparejado para dar cuanto tuviese por salir de aquel peligro? Pues tú, miserable, que osas contra las leyes de Dios perseverar tantos dias y años en pecado, ¿cómo no miras que estás en este mismo peligro? En quebrándose este hilo tan frágil de la vida, estás para dar contigo en el profundo del infierno; pues ¿cómo duermes? cómo juegas? cómo ries? cómo nunca echas de ver un tan grande peligro?

§. X.

De cuán mudable sea nuestra vida.

IV MISERIA.

Tiene aun otro defecto nuestra vida, que es ser mudable, y nunca permanescer en un mismo sér, segun que lo afirma el sancto Job en un triste memorial que hace de las miserias de la vida humana, por estas palabras (z): El hombre nasce de mujer, vive pocos dias, es lleno de muchas miserias; sale como una flor, y luego se marchita; huyen sus dias así como sombra, y nunca permanesce en un mismo estado. Pues dejadas agora esotras miserias, ¿qué cosa hay en el mundo mas mudable? Dicen que el camaleon muda en una hora muchos colores (a); y el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas; y la luna tiene para cada dia su figura. Mas ¿qué es todo esto para las mudanzas del hombre? ¿Qué Proteo mudó jamas tantas figuras (b), como muda el hombre á cada hora? ya enfermo, ya sano, ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere; y muchas veces él á sí mismo no se entiende. Finalmente, tantas son sus mudanzas, cuantos accidentes se levantan á cada hora, porque cada uno lo trastorna de su manera. Lo pasado le da pena, lo presente le turba y lo venidero le congoja. Si no tiene hacienda, vive con trabajo; si la tiene, con soberbia; si la pierde, con dolor. Pues ¿qué lunas, ni qué mares están subjectos á tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda sino cuando se revuelven los vientos; mas acá con los vientos y con la calma, siempre hay mudanzas y tormenta.

Pues ¿qué diré del continuo movimiento de nuestra vida? ¿Qué punto de tiempo hay en que no demos un paso hácia la muerte? ¿Qué piensas tú que es el movimiento de los cielos, sino un torno muy lijero en que se está siempre hilando nuestra vida? Mira de la manera que se hila un copo de lana en un torno, que á cada vuelta que da el torno se recoge un poco, y á otra vuelta otro poco, hasta que se acaba toda; que desa misma manera se está siempre hilando en el torno de los cielos nuestra vida, pues á cada vuelta que dan, se recoge un pedazo della. Por esto dijo el sancto Job (c), que sus dias eran mas lijeros que el correo que va por la posta; porque el correo, por mucha priesa que lleve, alguna vez la necesidad le hace parar; mas nuestra vida nunca pára, ni se nos hace jamas gracia de una hora. Esto, dice Sant Hierónimo (d), que agora ordeno, esto que escribo, y que vuelvo á releer y emendar, se me está quitando de la vida; y cuantos puntos escribe el notario, tantos son los daños y menoscabos de mi vida. De manera que así como los que van en un navío, aunque estén asentados, ó acostados, siempre caminan y siempre se van acercando mas y mas al término de su navegacion; así en esta vida todo el tiempo que vivimos, caminamos y nos vamos acercando mas al comun puerto desta navegacion, que es la muerte.

Pues si no es otra cosa nuestro vivir, sino caminar á la muerte; y si esta hora de la muerte es tambien hora de nuestro juicio, ¿qué será luego vivir, sino caminar al tribunal de Dios, y acercarnos mas á su juicio? Pues ¿qué desvarío puede ser mayor, que yendo actualmente á ser juzgados, ir por el camino ofendiendo al que nos ha de juzgar, y provocando mas su ira contra nos? Abre los ojos, miserable, mira el camino que llevas y adónde vas, y ten vergüenza, ó lástima siquiera de tí mismo; y considera cuán mal concuerda eso que haces, con lo que vas á hacer.

§. XI.

De cómo es engañosa nuestra vida.

V MISERIA.

Mas todos estos males perdonaria yo á esta vida, si no tuviese otro (á mi juicio) mayor; que es ser engañosa, y parescer muy otra de lo que es. Porque así como suelen decir que la sanctidad fingida es doblada maldad, así tambien es cierto que la felicidad engañosa es doblada miseria. Porque si esta vida paresciese lo que es, y no nos mintiese nada, está claro que ni nos perderíamos por ella, ni nos fiaríamos della, y siempre viviríamos apercibidos contra ella; mas ella es tan llena de hipocresía y engaño, que siendo fea, se nos vende por hermosa; y siendo breve, nos paresce larga; y mudándose á cada hora, se nos figura que siempre permanesce en un mesmo sér. ¿Sientes por ventura, dice Sant Hie-

(z) Iob. 14. (a) Plin. lib. 8. c. 33. et lib. 28. c. 8.
(b) Plin. lib. 2. cap. 9.

(c) Iob. 9. (d) In Epitaphio Nepotiani ad Heliodorum, et sup. caput 40. Isaiæ: ibi: Vos dicentis, etc.

rónimo (*e*), cuando te haces niño? y cuando mozo? y cuando hombre? y cuando viejo? Cada dia morimos, y cada dia nos mudamos, y con todo esto creemos que somos eternos.

De aquí nascian aquellos soberbios edificios de los megarenses (*f*); de los cuales dijo un filósofo que edificaban como si siempre hubiesen de vivir, y vivian como si otro dia hubiesen de morir. ¿De dónde nasce tanto olvido de Dios, tanta avaricia, tanta vanidad, tanto cuidado en amontonar riquezas, y tanto descuido en aparejarnos para la muerte, sino de creer que será muy larga nuestra vida? Esta falsa imaginacion nos hace creer que para todo tendrémos tiempo: para el mundo, y para la vanidad, y para los vicios, y para otros muchos vanos y curiosos ejercicios, y que despues quedará tambien su parte de tiempo para Dios. De la manera que echaríamos la cuenta sobre una pieza de paño que tuviésemos sobre una mesa, señalando un pedazo para uno, y otro para otro; así la echamos sobre nuestra vida, como si tuviésemos nosotros el señorío y presidencia de los tiempos y della.

Este engaño nasce de una tácita persuasion y crédito, que cada uno tiene dentro de sí mismo; no de alguna razon ni fundamento verdadero, sino de solo el amor proprio; el cual así como aborresce la muerte, así ni se quiere acordar della, ni creer que tan presto vendrá por su casa, por la pena que recibiria si esto creyese. Y de aquí nasce que de los otros fácilmente cree que presto se podrán morir; porque como no los ama tanto, no le amarga tanto el crédito desta verdad; mas de sí es otra cuenta, porque como se ama mucho, no puede dejar de recebir pena, si viniere á creer cosa que así le lastima. Mas muchas veces se hallan estos burlados, y se les vuelve el sueño al reves; porque los otros de cuyas vidas desconfiaban, se quedan acá, y ellos que pensaban quedarse acá, les llevan la delantera. De manera que les acaesce como á los que comienzan á navegar; que en saliendo del puerto se les figura que la tierra y los edificios della se les van desviando; y no es así, sino al contrario, que ellos son los que se mueven, y la tierra se está queda en su lugar.

§. XII.

De cuán miserable sea nuestra vida.

VI MISERIA.

Mas aunque nuestra vida tiene todas estas miserias susodichas, si esto que hay de vida fuera todo vida, algo fuera. Mas lo que excede toda miseria es, que eso que hay de vida (tanto cuanto) está subjecto á tantas miserias y trabajos, así de espíritu como de cuerpo, que mas se puede llamar muerte que vida; pues (como dice un poeta) no es vivir sino pasarlo bien la vida. De manera que aunque en todas las cosas sea esta vida estrecha y breve, en solos trabajos y miserias es rica y larga. Breve es sin duda para vivir, y breve para gozar, y breve para alcanzar sabiduría; mas con ser para todas las cosas buenas breve, para una sola la hallo larga, que es para penar. ¡Oh peligroso estrecho, que cuanto tienes ménos de término en el espacio, tanto tienes mas peligro en el pasaje! Ciertamente si ojos tuviésemos para mirarnos, siempre habíamos de andar llorándonos, como hombres por justo juicio de Dios condenados á tan grandes males. Mas porque por todas partes fuésemos miserables, esta miseria se habia de añadir á las otras: que á manera de frenéticos, estando cuales estamos, no sintiésemos nuestro daño. Mejor lo sentian aquellos dos filósofos (aunque gentiles) Heráclito y Demócrito (*g*); de los cuales el uno dicen que siempre andaba llorando, y el otro siempre riendo; porque veian claro cómo toda nuestra vida no era otra cosa sino pura vanidad y miseria.

Si no, dime: ¿cuántos son los cuidados en que viven los hombres, las congojas, los temores, las lágrimas, las pasiones, las sospechas, las malicias, con todas las otras tribulaciones y aflicciones del ánima? A las cuales pasiones está el hombre tan subjecto, que muchas veces se apasiona sin causa, y teme donde no hay que temer; y cuando le falta quien le atormente de fuera, él mesmo se es tormento de dentro, como decia el sancto Job (*h*): ¿Por qué me pusiste, Señor, contrario á tí, y soy hecho pesado á mí mesmo?

Pues las miserias exteriores del cuerpo ¿quién las contará? ¿Cuánto trabajo es menester para ganar un pedazo de pan con que sustentar la vida? Los pajarillos y los brutos animales sin ningun oficio ni trabajo se mantienen; y el hombre ha menester sudar noche y dia, y revolver la mar y la tierra para este fin. Esta es aquella miseria que lloraba el Profeta, cuando decia (*i*): Los dias de nuestra vida gastamos como las arañas; porque así como este animal trabaja noche y dia en aquella tela que hace, desentrañándose y consumiéndose por darle cabo, y todo este trabajo tan largo y tan costoso no se ordena á mas que hacer una red muy delicada para cazar moscas; así el hombre miserable ninguna cosa hace sino trabajar noche y dia con espíritu y cuerpo, y todo este trabajo no sirve mas que para cazar moscas, que son cosas de aire, y de muy poco valor. Y algunas veces acaesce que despues de muchos caminos y trabajos, acabada ya la tela, un viento recio que sobreviene se lleva la tela, y á su dueño tambien con ella; y así peresce el trabajo y el trabajador, todo junto, en un momento.

Y aun si con todos estos trabajos estuviese la vida segura, no sería tan grande nuestra miseria (*k*). Mas ya que la vida esté segura de hambre, no lo está de pestilencia, y de otros infinitos peligros y enfermedades que á cada paso la saltean. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades tiene aparejados la naturaleza para el cuerpo de un hombre? Llenos están los libros de los médicos de enfermedades y de remedios, y cada dia cresce la doctrina con la novedad de los males, y excede ya al ingenio de los pasados el número de los males presentes. Y entre todos estos remedios apénas hay uno deleitable, y muchos hay mas penosos que la mesma dolencia; de manera que no se pueda desechar un tormento grande sin otro mayor.

Y si alguna complexion hay tan dichosa que no haya lidiado con estos males, no está segura de otros acaescimientos con que cada dia peligran aquellos á quien las enfermedades perdonan. ¿Cuántos millares de hombres se bebe cada dia la mar? Cuántos se tragan las guerras? Cuántos han peligrado con temblores de tierras, con crescientes de rios, con caidas de casas, con picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Cuántas mujeres en el

(*e*) Ubi supr. (*f*) Hieronym. ubi. supr. et in epi. ad Geronti filias, tom. 1.

(*g*) Refert. Diogenes Laertius in vitis Ipsorum. Democritus ridebat. Heraclitus flebat. (*h*) Iob. 7. (*i*) Psalm. 89. (*k*) Vid. Plin. lib. 26. cap. 1.

parto compraron las vidas que dieron á los hijos, con sus proprias muertes?

Y ya que las bestias pelean contra nosotros, y casi todas las cosas que fuéron criadas para nuestro servicio, no ménos son para nuestro daño que para nuestro servicio (ántes paresce que todas ellas se han conjurado contra nosotros), ya que esto es así, fuera algun remedio si los hombres se hicieran á una, y fueran tan conformes en la paz, como lo son en naturaleza. Mas no es así; sino que ellos mesmos han vuelto sus armas contra sí mesmos, y entre todas las criaturas no hay otro contra quien mas se encrueleza el hombre, que contra el consorte de su mesma naturaleza (*l*). ¿Cuántos géneros de máquinas, y de municiones, y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres? ¿A cuántos despoja cada dia de la vida la espada cruel del enemigo? ¿Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonras, captiverios padescen cada dia unos hombres de otros hombres? Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas públicas están seguras de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos. Adonde quiera halla aparejo la ira cruel, para tomar de su enemigo dulce venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta municion, tanta pólvora, tantos maestros y inventores de nuevos pertrechos y ardides de guerra, sino multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano; para que cuando el aire y el cielo nos perdonaren, nos persigan los compañeros de nuestra mesma naturaleza? De un solo hombre, llamado Julio César (*m*), que entre todos los emperadores fué muy alabado de clemencia, se escribe que él solo con sus ejércitos mató en diversas batallas un cuento y ciento y tantos mil hombres. Mira tú cuánto mas mal hiciera si fuera cruel, pues tanto hizo el alabado de piadoso. Tulio hace memoria de un filósofo insigne que escribió un libro de las muertes de los hombres; en el cual cuenta muchas causas de mortandades que ha habido en el mundo: como fuéron diluvios, pestilencias, destruiciones, concurso de bestias fieras, que viniendo súbitamente sobre algunas gentes, del todo las acabaron y consumieron. Y despues desto viene á concluir que mucho mayor número de hombres ha sido destruido por otros hombres, que por todas las maneras de calamidades ayuntadas en uno. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor dolor y admiracion? Este es aquel animal político y sociable, nascido sin uñas, y sin armas, y sin ponzoña, para vivir con los otros animales en paz y concordia.

Pues ¿qué será, sobre todo esto, si discurrimos por las miserias de todas las edades y estados desta vida? ¿Cuán llena de ignorancia es la niñez? cuán liviana la mocedad? cuán arrebatada la juventud, y cuán pesada la vejez? Qué es el niño, sino un animal bruto en figura de hombre? Qué el mozo, sino un caballo desbocado y sin freno? Qué el viejo ya pesado, sino un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hombres, es de llegar á esta edad, donde el hombre está mas necesitado que en toda la vida, y ménos socorrido. Al viejo desampara el mundo, y desamparan sus deudos, y desamparan hasta sus miembros y sentidos, y él mesmo se desampara á sí; pues ya le falta el uso de la razon, y solamente le acompañan enfermedades. Este es el blanco adonde tiene puestos los ojos la felicidad humana, y la ambicion de la vida.

De los estados no acabaríamos de decir el poco contentamiento que hay en ellos, y el deseo que cada uno tiene de trocar el suyo por el ajeno, creyendo que en él tendria mas reposo. Y así andan los hombres como el enfermo, que no hace sino dar vuelcos en la cama á una parte y á otra, creyendo que con estas mudanzas hallará mas descanso del que tenia, y no lo halla; porque dentro de sí tiene la causa de su desasosiego, que es la dolencia.

Finalmente tal es esta vida, que pudo con muy gran razon decir el sabio (*n*): Grande y pesado es el yugo que traen acuestas los hijos de Adam dende el dia que salen del vientre de sus madres, hasta el dia de la sepultura, que es comun madre de todos. Y Sant Bernardo osó decir (*o*) que le parescia á él poco ménos mal esta vida que la del infierno, si no fuera por la esperanza que en ella tenemos de poder ganar el cielo.

Y aunque todo esto fué castigo del pecado; pero fué castigo piadoso y medicinable, porque todo esto ordenó así aquella soberana Providencia para apartar nuestros corazones del amor desordenado desta vida. Por esto nos puso tanto acíbar en sus pechos, para destetarnos della; por eso nos la afeó tanto, porque no pusiésemos nuestro amor en ella; por eso quiso que recibiésemos tantos malos tratamientos en ella, porque de mejor gana la dejásemos, y sospirásemos siempre por la vida verdadera. Porque si aun con ser tal cual es la dejamos de tan mala gana, y todavía lloramos por las frutas y carnes de Egipto (*p*), ¿qué hiciéramos si toda ella fuera deleitable y á nuestro gusto? ¿Quién la menospreciara por Dios? Quién la trocara por el cielo? Quién dijera con Sant Pablo (*q*): Deseo ser desatado desta carne, y verme con Cristo?

§. XIII.

De la última de las miserias humanas, que es la muerte.

VII MISERIA.

A todas estas miserias succede la última y la mas terrible, que es el morir. Esta es aquella miseria que lloraba un poeta, diciendo (*r*): El mejor dia de los mortales, ese es el que primero huye; y luego cargan enfermedades, y con ellas la triste vejez, y el trabajo continuo, y sobre todo la aspereza de la muerte cruel. Este es el paradero de la vida humana, de quien dice Job (*s*): Bien sé que me has de entregar, Señor, á la muerte, adonde está aparejada casa para todo viviente.

Cuántas sean las miserias que encierra en sí esta sola miseria, no me atreveré yo al presente á contarlas: solamente diré lo que un doctor, exclamando contra la muerte, dice por estas palabras: ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria! cuán presta tu venida! cuán secretos tus caminos! cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir, los sabios no te saben evitar, los fuertes contigo pierden las fuerzas, para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cer-

(*l*) Plin. in Proæm. lib. 7. Leonum feritas inter se non dimicat, serpentum morsus nom petit serpentes, nec marinæ quidem belluæ, ac pisces, nisi in diversa genera sæviunt: at hercule huiusmodi plurima ex homine sunt mala. (*m*) De quo Plin. lib. 7. c. 27.

(*n*) Eccli. 40. (*o*) In sermone de Ascensione Domini in principio. (*p*) Num. 11. (*q*) Philip. 1.° (*r*) Virg. lib. 5. Georgicarum. Dictatur á D. Hieronym. in Epitaphio Nepotiani ad Heliodorum. (*s*) Iob. 30.

cas, y en todo lugar te hallas. Tú pasces las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crescientes y menguantes, mas tú siempre permaneces en un mesmo sér. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padescen, y tributo que todos pagan.

¡Oh muerte cruel! ¿cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo, y impedir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora lo que se ganó en muchos años, cortas la succesion de los linajes, dejas los reinos sin herederos, hinches el mundo de orfandades, cortas el hilo de los estudios, haces mal logrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente eres tal, que Dios lava sus manos de tí, y se justifica diciendo que él no te hizo (t), sino que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo.

§. XIV.

Del fructo que se saca destas consideraciones susodichas.

Estas y otras infinitas son las miserias de nuestra vida, cuya consideracion debe el hombre enderezar á dos fines principales entre otros. El uno al conoscimiento y desprecio de la gloria del mundo, y el otro al conocimiento y desprecio de sí mesmo; porque para lo uno y para lo otro sirve grandemente esta consideracion. ¿Quieres saber en una palabra qué tal sea la gloria del mundo? Mira con atencion las condiciones de la vida humana, y por ahí verás qué tal sea la gloria della. Dime: ¿puede ser mas larga ni mas firme la gloria del hombre, que la vida del hombre? Claro está que no. Porque esta gloria es como un accidente que se funda sobre el subjecto desta vida; y faltando el subjecto, es por fuerza que han de faltar sus accidentes. Y por esto ningunas riquezas ni deleites pueden llegar mas que hasta la sepultura; porque aquí viene á faltar el fundamento que las sostenia, que es la vida. Pues dime agora, si esta vida es tal cual aquí has oido, conviene saber, breve, incierta, frágil, inconstante, engañosa y miserable, ¿qué tanto podrá durar el edificio que se armare sobre este cimiento, y los accidentes que se fundaren sobre tan flaca substancia? A bien librar durarán tanto cuanto ella, y á las veces ántes della se acabarán; como lo suelen hacer muchas veces los bienes de fortuna, que se acaban primero que la mesma vida.

Pues si es verdad lo que decia aquel poeta (v), que esta vida no era mas que un sueño de sombra, ¿qué te paresce que será la gloria mundana, pues aun es mas breve que ella? ¿Qué caso harias de un hermoso edificio, si estuviese armado sobre un falso cimiento? ¿Qué caso harias de una imágen de cera muy ricamente labrada, si estuviese puesta al sol, donde así como se derritiese la cera, se deshiciese luego esta figura? ¿Por qué tenemos en poco la hermosura de las flores, sino porque están en subjectos tan flacos, que en apartándolas de su tronco luego pierden su hermosura? No es posible hallarse hermosura firme en materia frágil y corruptible. Será luego la gloria del hombre tal, cual es la vida del hombre. Porque aunque despues de la vida permanezca todavía la gloria, ¿qué aprovecha esa gloria al que nada siente della? ¿Qué provecho le viene á Homero que le alabes tú agora mucho sus Iliadas? No otro sin dubda sino aquel que dice Sant Hierónimo, hablando de Aristóteles: ¡Ay de tí, Aristóteles, que eres alabado donde no estás (que es en el mundo), y eres atormentado donde estás, que es en el infierno!

Otros inestimables provechos sacarás desta mesma consideracion. Porque si consideras atentamente todas estas miserias susodichas, luego se te abrirán los ojos, y maravillarte has de la ceguedad de los hombres; y comenzarás á decir: ¿pues de qué se ensoberbesce este miserable linaje de Adam? ¿De dónde tanta hinchazon de ánimo? tanta altivez de corazones? tan gran menosprecio de los otros? tanta estima de sí mismo, y tanto olvido de Dios? ¿De qué te ensoberbesces, polvo y ceniza? ¿Por qué te magnificas y engrandesces, hombrecillo de tierra? ¿Cómo no deshaces la rueda de tu vanidad mirándote á los piés, que es á la vileza de tu condicion? ¿Qué tienes por donde buscar con tanto cuidado la gloria del mundo, pues está aguada con tantas miserias? ¿Qué cosa puede haber tan dulce, que no se haga amarga con la mezcla de tantas amarguras?

Item, si esta vida es un valle de lágrimas, una cárcel de culpados, y un destierro de condenados, ¿cómo dicen con el lugar de lágrimas tanta vanidad, tanta pompa de mundo, tantos aderezos de casa y familia, tantas risas y placeres, tantas fiestas y locuras, tanto allegar para acá, tanto olvido de lo de allá, como si de todo punto nascieras para vivir acá con las bestias, y no tuvieras parte en el cielo con los ángeles? Gran linaje de miseria es que tantos argumentos de miserias no basten para abrirte los ojos, y sacarte de tan gran ceguera.

EL MIÉRCOLES EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en el paso de la muerte (x), que es una de las mas provechosas consideraciones que un cristiano puede tener, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado, como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora del morir.

Mas para que esta consideracion te sea provechosa, debes pedir á nuestro Señor te dé á sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa; para que de tal manera ordenes tus cosas y tu vida, como entónces querrias haber vivido. Y para que mejor puedas sentir algo desto, no lo pienses como cosa ajena, sino como tuya propria; haciendo cuenta que estás acostado en una cama, desahuciado ya de los médicos y entendido cierto que has de morir.

Piensa pues primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte; porque no sabes en qué dia, ni en qué lugar, ni en qué disposicion te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demas es incierto; sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está mas descuidado y olvidado della.

Lo segundo piensa en el apartamiento que allí se ha de hacer, no solo entre todas las cosas que se aman en este mundo; sino tambien entre el ánima y el cuerpo: compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria, y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama; ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas: de la casa y de la hacien-

(t) Sap. 1. et 2. (v) Pindarus.

(x) De la muerte se trata en la Guia de Pecadores. 1. p. c. 7. §. 1.

da, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire comun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste á cuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera tambien la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar cuerpo y ánima despues de la muerte. Porque del cuerpo ya se sabe que por muy honrado que haya sido, no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete piés en largo en compañía de los otros muertos; mas del ánima no se sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Porque aunque la esperanza de la divina misericordia lo esfuerza, la consideracion de sus pecados le desmaya. Júntase tambien con esto la grandeza de la justicia de Dios, y la profundidad de sus juicios: el cual muchos veces cruza los brazos y trueca las suertes de los hombres. El Ladron sube de la cruz al paraíso (*y*); Júdas cae en el infierno, de la cumbre del apostolado (*z*); Manasses halló lugar de penitencia despues de tantas abominaciones (*a*); y Salomon no sabemos si lo halló despues de tantas virtudes (*b*). Esta es una de las mayores congojas que allí se padescen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro; y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras desta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar: la cual es tal, que hace temblar aun á los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? Respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor; porque siempre viví con él. Allí pues se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada, como un escuadron de enemigos que viene á dar sobre él, y los mas grandes, y en que mayor deleite recibió, esos se representan mas vivamente, y le son causa de mayor temor. Allí viene á la memoria la doncella deshonrada, y la casada solicitada, y el pobre despojado ó maltratado, y el prójimo escandalizado. Allí dará voces contra mí, no la sangre de Abel (*c*), sino la sangre de Cristo (*d*), la cual yo derramé y desperdicié cuando al prójimo escandalicé. Y si esta causa se ha de sentenciar segun aquella ley que dice (*e*): Ojo por ojo, diente por diente, y herida por herida, ¿qué espera quien echó á perder un ánima, si lo juzgas por esta ley? ¡Oh cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecia tan dulce! Por cierto con mucha razon dijo el Sabio (*f*): No mires al vino cuando está dorado, y cuando resplandesce en el vidrio su color; porque aunque al tiempo del beber paresce blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco. ¡Oh si supiesen los hombres cuán grande verdad es esta que aquí se nos dice! ¿Qué picadura hay de culebra que así lastime, cómo aquí lastimará la memoria del deleite pasado? Estas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo (*g*); este es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por defuera dorado (*h*).

Despues desto suceden los sacramentos de la confesion y communion, y en cabo el de la extrema-uncion, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo. Y así en este como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haria entónces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apénas le darán lugar.

Mira tambien allí aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son, y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquéscese la voz, muérense los piés, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, y párase el rostro defuncto, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio; y finalmente, con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padesce mayores trabajos: la cual está entónces batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta; porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar: el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinacion de su causa; considerando lo que á cada una destas partes acaescerá. Mira pues cuál queda el cuerpo despues que su ánima lo desampara, y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento, con todo lo que en él pasará: el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer, hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido. Y segun vemos que se muda el curso de las cosas humanas, podrá ser que algun tiempo venga á hacerse algun edificio par de tu sepultura (por muy esclarescida que sea) y que saquen della tierra para hacer una pared, y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra á ser despues una tapia; aunque agora sea el mas noble y regalado del mundo. Si no, dime: ¿cuántos cuerpos de reyes y emperadores habrán venido á parar en esta dignidad?

Pues dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva region, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recebido hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y del uso de sus sacramentos, y allí será cada uno juzgado segun la cuenta que diere de lo recebido.

§. XV.

En el cual se trata de la consideracion de la muerte, donde se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Para muchas cosas es en gran manera provechosa la consideracion de la muerte, y especialmente para tres. La primera, para alcanzar la verdadera sabiduría, que

(*y*) Luc. 23. (*z*) Matth. 27. (*a*) 2. Paral. 33. et 36. (*b*) 3. Reg. 11.
(*c*) Gen. 4. (*d*) Hebr. 12. (*e*) Exod. 21. (*f*) Prov. 23.
(*g*) Apoc. 17. (*h*) Hier. 51.

es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque (como dicen los filósofos) en las cosas que se ordenan á algun fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demas. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida uno dellos sea la muerte (donde todos vamos á parar), el que quisiere acertar á encaminar bien su vida, ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hobiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura; y conforme á esto mire cómo ordena su vida. Desta manera la ordenaba un filósofo que decia: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura; pues ¿para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas, si el fin ha de ser desnudo? De no mirar este fin nascen todos nuestros yerros. De aquí nasce nuestra presumpcion, nuestra soberbia, nuestra cobdicia, nuestros regalos, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuáles nos habemos de ver de aquí á pocos dias en aquella pobre casa, mas humilde y mas templada sería nuestra vida. ¿Cómo tendria presumpcion quien allí mirase como es polvo y ceniza? ¿Cómo tendria por Dios á su vientre quien allí mirase como es manjar de gusanos? ¿Quién levantaria tan altos sus pensamientos, viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién andaria perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente todas las obras de nuestra vida se corregirian, si todas las midiésemos con esta regla.

Por esto decian los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte (*i*). Porque esta consideracion enseña al hombre lo que es algo, y lo que es nada; lo que debe seguir, y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban brachmannos (*k*) se escribe que eran tan dados á este pensamiento, que tenian las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas, siempre se acordasen deste paso.

Al profeta Hieremías dijo Dios que descendiese á la casa donde se labraba el barro (*l*), porque queria hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su Profeta, mas quísolo hablar en este, para dar á entender que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría, donde Dios suele enseñar á los suyos su doctrina. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida; y sobre todo allí les enseña á conoscer á sí mismos, que es una de las mas altas filosofías que se puede saber. Desciende pues ¡oh hombre! con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en qué pára la hermosura de la carne, y la gloria del mundo. Y así aprenderás á desprecir todo lo que el mundo adora, por no saber mirarlo; pues no mira mas que á la cara de Jezabel (*m*), que asoma por la ventana muy compuesta, y no á los extremos miserables della; los cuales despues de comido el cuerpo, quiso Dios que quedasen enteros, para que por aquí viésemos cuán otra cosa es el mundo de lo que paresce, y para que de tal manera le mirásemos á la cara, que tambien nos acordásemos de los extremos dolorosos en que pára su gloria.

Lo segundo aprovecha esta consideracion para apartarnos del pecado, segun que lo testifica el Eclesiástico, diciendo (*n*): Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás. Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir. Sant Joan Clímaco escribe de un monje, que siendo gravemente tentado de la hermosura de una mujer que él habia visto en el mundo, como viniese á saber que era ya muerta, fuése á la sepultura donde estaba, y refregó un pañiznelo en el cuerpo hediondo de la defuncta; y todas las veces que el demonio le volvia á convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices, y decia (*o*): Cata aquí, miserable, lo que amas; y cata aquí en qué páran los deleites y hermosuras del mundo. Gran remedio era este para vencer el pecado; y no es menor la profunda consideracion de la muerte, segun aquello que dice Sant Gregorio (*p*): No hay cosa que así mortifique los apetitos desta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella mesma despues de muerta.

El mesmo sancto cuenta de otro monje (*q*), que teniendo ya la mesa puesta para comer, y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, le sobrevino á deshora la memoria de la muerte; y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera lo atemorizó y sobresaltó, que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazon del justo la memoria desta cuenta, pues le hace abstener de una obra tan lícita y necesaria para la vida.

Verdaderamente una de las cosas mas espantosas que hay en el mundo, es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir, y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva mas que un solo maravedí en la bolsa, entrase en una venta, y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices, y gallinas, y capones, y finalmente todo cuanto hay en la posada, y cenase muy á su placer, sin acordarse que habia de haber hora de cuenta, ¿quién no tendria á este por burlador ó por loco? Pues ¿qué mayor locura que la de aquellos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios, y duermen tan á su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí á poco espacio, al salir de la posada se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja cuanto puede por hacernos perder esta memoria; porque sabe él muy bien cuánto ganariamos con ella. Porque de otra manera ¿cómo sería posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible y tan espantable, y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda ó de otra cosa semejante, nos trae muchas veces desvelados, y nos hace perder el sueño y la salud. Pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muerte, que así para lo del cuerpo, como para lo del ánima, es la cosa mas horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima ma-

(*i*) Cicero in 1. Tuscula. Socrat. in Phædone Platonis. (*k*) De quibus D. Hier. in Epitaphio Nepotiani. (*l*) Hier. 18. (*m*) 4. Reg 9.

(*n*) Ecclis. 7. (*o*) Reperitur. in Speculo magno exemplorum v. Luxur. ex 7. (*p*) In 1. lib. Reg. c. 10. ante med. et 13 moral. cap. 15. etc. (*q*) Climacus c. 6. Scalæ spir.

ravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

Lo tercero aprovecha esta consideracion, no solo para bien vivir (como está dicho) sino allende desto para bien morir. Grande ayuda es el apercebimiento para las cosas arduas y dificultosas. Un tan grande salto como es el de la muerte, que llega dende esta vida á la otra, no se puede bien saltar, si no se toma muy de atras y muy de léjos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez. Y pues tan grande cosa es el morir, y tan necesaria el bien morir, muramos muchas veces en la vida; porque acertemos á morir bien aquella vez en la muerte (*r*). La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballo que ha de pasar la carrera, primero la pasea y anda toda, y reconosce los pasos della, por no hallarse nuevo al tiempo de la corrida. Y pues á todos nos es forzado pasar esta carrera, pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte (*s*), y el camino es tan escuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande que el que cayere ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos agora todo este camino, y miremos todos los pasos que hay en él, uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por de fuera al derredor de la cama del doliente, sino mucho mas debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazon.

§. XVI.

De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que vienen con ella.

Comenzando pues agora dende el principio desta batalla, mira cómo la muerte (cuando haya de venir) vendrá cuando mas seguro estés, y ménos pienses en su venida, como suele acaescer á muchos. El dia del Señor, dice el Apóstol (*t*), vendrá como ladron, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres están muy descuidados y seguros, para hacer mejor su salto. Pues así suele las mas veces acaescer, que al tiempo que el hombre ménos piensa que ha de morir, y mas olvidado está deste paso, echando sus cuentas adelante, y proponiendo negocios de muchos dias y años, súbitamente viene la muerte y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. Desta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel sancto Rey (*v*): Fué cortada mi vida así como la tela que el tejedor corta ántes de tiempo: apénas estaba comenzada á tejer, al mismo tiempo que se urdia, se cortó.

El primer golpe con que suele herir la muerte, es el temor del morir. Recia cosa es esta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenia el rey Saul (*x*), mas despues que le apareció aquella sombra de Samuel, y le dijo como habia de morir en la batalla, y al cabo añadió diciendo: mañana tú y tus hijos os veréis acá conmigo; fué tan grande el temor y espanto que recibió, que á la hora, perdido todo el esfuerzo, cayó en tierra como muerto. Pues ¿qué sentirá el amador desta vida cuando le dén á él semejante nueva que esta? Allí luego se le representará el apartamiento y destierro perpetuo deste mundo, y de todo cuanto hay en él. Allí verá el hombre cómo es ya llegada su hora, y cómo amaneció ya aquel dia por su casa, en que se ha de apartar de todo lo que amaba en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazon morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder; pues entre todas ellas pondrá la muerte cuchillo de division. Tanto mas suele doler la muela al tiempo del sacarla, cuanto mas encarnada estaba en las encías. Pues como el corazon del malo esté tan arraigado en el amor de las cosas desta vida, no puede dejar de sentir muy grave dolor, cuando ve que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una dellas. Entónces las cosas mas amadas hieren mas agudamente el corazon, y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo mas cruel. Cuenta Sant Augustin (*y*) que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parescia que todos ellos se le ponian delante, y le decian: ¿Cómo? Y para siempre nos ha de dejar? Y nunca mas nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazon de carne, cuando las cosas que mas ama se le pongan en aquella hora delante, y se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzado decir: Ya no habrá mas mundo para mí; ni mas aire, ni sol, ni cielo para mí; ni mas hijos, y mujer, y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, de todo me ha de despojar agora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el número de mis dias: agora moriré á todas las cosas, y todas ellas á mí. Pues, ó mundo, quedaos adios; heredades, y hacienda mia, quedaos adios; amigos, y mujer, y hijos mios, quedaos adios; que ya en carne mortal no nos verémos jamas.

Otro apartamiento hay aun mas temeroso despues deste, que es del ánima y del cuerpo; compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas habia despojado el demonio al sancto Job, si no era de la vida (*z*), y parecíale que en comparacion deste despojo, todos los otros eran livianos; y así dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre posee dará por la vida. Esta es la cosa que naturalmente mas se ama, y cuyo apartamiento mas se siente. Si apartarse un caminante de otro, cuando han caminado un poco de tiempo juntos, causa tristeza y soledad, ¿qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros, como son el ánima y el cuerpo, que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora, y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro? ¿Qué será cuando el espíritu diga á la carne: sin tí me tengo de ver solo? y la carne diga al espíritu: pues ¿qué tal quedaré yo sin tí, que todo el sér que tenia lo recibia de tí?

§. XVII.

Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber.

Despues desto luego naturalmente se representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo despues que el ánima se parta dél. Ve pues que la mejor suerte que le puede caber, no es mas que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como esta; porque considerando por una parte la estima en que él tenia su cuerpo, y viendo por otra á cuán bajo y miserable lugar ha de

(*r*) Cicero in prima Tusculana. Asuescamus mori; disjungamus nos à corporibus. Hæc vita mors est: tunc vivemus. (*s*) Psalm. 88. (*t*) Thess. 5. (*v*) Isaiæ. 38. (*x*) 1. Reg. 28.

(*y*) In lib. 8. Confessionum c. 11. (*z*) Iob. 2.

venir á parar, no acaba de maravillarse desto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra; cuán escura, cuán hedionda, cuán acompañada de gusanos, y de huesos, y calaveras de muertos, y cuán horrible aun de solo mirar á los vivos. Y como ve que aquel cuerpo á quien él solia tratar con tanto regalo, y aquel vientre á quien él tenia por su dios, y aquel paladar á cuyos deleites servian la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tejia el oro y la seda, y se aparejaba la cama blanda y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir á tener la mesma figura que tiene un rocin que se muere por esos campos, que el caminante se atapa las narices, y se da priesa á caminar por no olerlo; cuando todo esto considera, y ve que á la cama blanda sucede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, y á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber tantos gusanos y comedores; no puede (si algun juicio tiene) dejar de maravillarse viendo á cuán baja suerte desciende tan noble naturaleza, y con quién es igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivia en la vida.

No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su admiracion; y con todo esto se maravillaba aquel gran sabio desta miseria (aunque tan cuotidiana y tan usada) cuando decia (*a*): Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué me aprovecha haber trabajado mas en buscar la sabiduría? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio ó de provecho, paresce que fuera esto alguna manera de consuelo; mas esto es cosa de admiracion, que venga á parar una tan excelente criatura en la mas deshonrada y abominable cosa del mundo. Esta es aquella gran miseria de que con mucha razon se maravillaba el sancto Job, cuando decia (*b*): El árbol despues de cortado tiene esperanza de revivir y volver á reverdescer; y si se envejeciere en la tierra su raiz, y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la frescura del agua vuelve á retoñescer, y á criar hojas como cuando de nuevo fué plantado. Mas el hombre despues de muerto, y despojado, y consumido, ruégote que me digas, ¿dónde está? Grande fué sin dubda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adam por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre, cuando dijo (*c*): Polvo eres, y en polvo te volverás.

Mas no es esta la mayor causa que hay allí para temer; mucho mas es cuando el ánima tiende los ojos adelante, y comienza á pesar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengua del agua, y meterse en alta mar, donde no se ve sino cielo y agua por todas partes; que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue despues de la muerte, y aquella nueva region no conoscida ni hollada de los vivos, por do ya quiere comenzar á caminar, y aquella gloria ó pena perdurable que allí le ha de caber; y ve que á do quiera que el madero cayere, allí estará para siempre (*d*), y no sabe hácia cuál de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aquí grande turbacion. Estaba Benadad, rey de Siria, enfermo (*e*), y dábale tanta pena el no saber si habia de morir de aquella enfermedad, ó no, que envió el príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo, pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perplejidad en que estaba, haciéndole saber de cierto si sanaria de aquella enfermedad ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como esta, ¿qué tan grande será el que tendrá un sabio cuando se vea en tal paso, que pueda decir con verdad: de aquí á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre; y no sé cierto cuál destas dos ha de ser? Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime: si un rey estuviese preso en tierra de turcos, y yendo sus embajadores á rescatarlo concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte fuese rescatado y llevado por sus embajadores á su reino; y si la contraria, que luego fuese echado en una grande hoguera que ya estuviese allí encendida delante dél, dime, cuando estuviesen ya echando las suertes, cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso aguardando lo que saldria, y el mismo rey presente esperando aquella tan dubdosa fortuna que le habia de caber, ¿cuál te paresce que estaria? cuán turbado, cuán temeroso, y cuán aparejado para prometer y ofrescer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo? Pues ¿qué es todo esto (por mucho que sea) sino una sombra, si se compara con el peligro de que hablamos? ¿Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos? ¿Y cuánto mayor la hoguera que tememos? Y cuánto mas penosa la perplejidad deste negocio, pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino dél cielo, y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno; y nadie sabe cuál destas dos suertes de ahí á una hora le ha de caber? Mira pues cuál estará tu corazon en este paso: cuán temeroso, cuán humilde, cuán derribado ante la cara de aquel que solo puede sacarte deste peligro. No me paresce que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

§. XVIII.

De cómo se conoscen aquí los yerros y ceguedades de la vida pasada, y del temor de la cuenta.

Tras desta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquellos que han vivido mal), que es venir á caer tarde en la cuenta de sus engaños, y en los yerros de la vida pasada. ¡Oh cuán confusos se hallarán allí los malos, cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales habia cerrado ántes el amor de la culpa! Qué claro verán entónces cuán falsos eran aquellos dioses á quien servian, y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso, hallaron su perdicion. Venían los criados del rey de Siria á prender al profeta Eliseo (*f*), y como Dios los cegase á todos por la oracion del Profeta, despues de ya ciegos díjoles el Profeta: Andad acá conmigo, y mostraros he lo que venis á buscar. Y dicho esto llevólos en pos de sí hasta Samaria, y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, y hizo otra vez oracion, y dijo: Abre, Señor, los ojos destos miserables, para que vean dónde están. Pues dime, ruégote, cuando estos abriesen los ojos, y viesen dónde habian venido á parar, creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que bus-

(*a*) Eccles. 2. et 3. (*b*) Iob. 14. (*c*) Gen. 3. (*d*) Eccles. 11. (*e*) 4. Reg. 8.

(*f*) 4. Reg. 6.

caban, ¿qué espantados quedarian y qué confusos? Pues ¿qué cosa puede representar mas al proprio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y cobdicias, unos á buscar oro, otros honra, otros deleites, otros oficios y dignidades, y á cada uno le paresce que va bien encaminado para alcanzar lo que desea. Mas cuando la presencia de la muerte, y el peligro de la cuenta, descubre la vanidad de nuestras esperanzas; entónces como nos hallamos alcanzados de cuenta, conoscemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar descanso, hallamos nuestra perdicion. ¡Oh miserables de nosotros, qué ciegos andamos agora, y qué ojos tendrémos entónces! Cuán diferentes serán allí los juicios, y cuán otros los paresceres! Allí verémos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán desvariados sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres, cuán breve su gloria. Allí conoscerémos (aunque tarde) cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña; y finalmente cómo cerrados los ojos sin saber adónde íbamos, al cabo de la jornada nos hallamos en la plaza de Samaria, y en la tela del juicio divino, cercados de todos nuestros enemigos. Pues ¡cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuán burlados! Cuán de véras podrá cada uno decir allí: miserable de mí, ¿qué provecho me traen agora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar? Ya los placeres se acabaron, y no queda dellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no mas que si nunca fueran), y por otra parte quedan como espinas que atraviesan mi corazon, y hacen mi causa dubdosa, y atormentan agora mi ánima, y por ventura para siempre la atormentarán. Este es el fructo que he cogido de mis deleites, esta es la dentera que me causan agora mis golosinas pasadas. Los deleites ya dejaron de ser; fuéronse, y nunca mas volverán; y por ventura por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento. Pues ¿qué ceguedad pudo ser mayor? ¿Cuánto mejor fuera nunca haber nascido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto habia menester? Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera y me tragara, ántes que pensara de ofenderle? ¡Oh dia desdichado! oh hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? Cómo no me acordé deste juicio? Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Este es el camino que yo tenia por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo lo que en él se estima?

Desta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque demas de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrescientan los mesmos demonios este temor en aquella hora; los cuales ántes lo deshacian con la esperanza de la misericordia divina. Allí traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios, y de su justicia; la cual muestran ser tan grande, que á su mesmo Hijo no perdonó por los pecados ajenos (*g*). Pues si esto se hace con el madero verde, en el seco (dicen) ¿que se hará (*h*)? Allí pues comenzará el malo á temblar y decir entre sí: ¡Miserable de mí! si es verdad lo que toda la Escriptura clama, que Dios ha de dar á cada uno segun sus obras; yo, que tan malas obras tengo hechas, ¿qué espero recebir? Si el Evangelio dice (*i*) que conforme al fructo que diere el árbol, será juzgado; quien tan malos fructos tiene dados como yo, ¿qué juicio puede esperar? Si el Profeta dice (*k*) que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes, y el corazon limpio; yo que tan malas manos he tenido, y tan sucio corazon, ¿adónde iré? Si el Sabio dice (*l*) que el que cierra sus orejas por no oir la ley, clamará, y no será oido, ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues ¡oh Dios mio! ¿con qué cara paresceré agora delante de tí, y te pediré que me oyas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste á la mia, y te dí con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo agora al tiempo del menester; pues tú tantas veces me hubiste menester, y no me hallaste? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me dés el cielo, habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo? ¡Oh cuán justamente me podrás, Señor, allí decir: al mundo y al demonio serviste, vé á esos que te dén el galardon! Desta manera respondió el profeta Eliseo al rey Jorám, el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad acogióse al Profeta de Dios para que le diese remedio; al cual el sancto Profeta respondió (*m*): ¿Qué tienes tú que ver conmigo, rey Jorám? Corre, vé á los profetas de tu padre y madre á quien has seguido, y pídeles que te dén agora remedio. ¡Oh cuántos imitamos á este mal rey en vida y en muerte! En la vida servimos al mundo, y en la muerte llamamos á Dios. Pues ¿qué respuesta esperamos en aquella hora, sino la que tiene él ya respondida en semejante causa? Qué tienes tú que ver conmigo, pues que nunca me serviste? Corre, vé á los consejeros que seguiste, y á los ídolos á quien amaste, y serviste, y adoraste, y diles que te dén el pago de tu servicio. Cuando clamares, dice Dios por Isaías (*n*), vengan á socorrerte tus valedores: á los cuales todos soplará el viento, y se los llevará el aire.

Aquí comienza el hombre á desear espacio de penitencia, y paréscele (si se lo diesen) que no se contentaria con cualquier penitencia, sino que haria la mas áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan, y se acuerda del tiempo y de los aparejos que ántes tuvo para esto, y cómo los dejó pasar en vano, duélese en gran manera desta pérdida, y conosce que tal castigo merece quien tan mal cobro puso en lo que tenia. ¡Oh á cuántos de nosotros acaesce esta mesma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidad y burlerías, y despues viene á faltarnos cuando mas era menester! Y así nos acaesce como á los pajecillos, ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y despues vienen á acostarse á escuras.

§. XIX.

De la extrema-uncion y agonía de la muerte.

Llegada ya la enfermedad á lo postrero, comienza la Iglesia á ayudar á sus hijos con oraciones y sa-

(*g*) Rom. 8. (*h*) Luc. 23.

(*i*) Matth. 3. et 7. et Luc. 6. (*k*) Psalm. 23. (*l*) Prov. 28.
(*m*) 4. Reg. 3. (*n*) Isai. 57.

cramentos, y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser), dase priesa á llamar á todos los sanctos para que todos le ayuden en tan gran peligro. ¿Qué otra cosa es aquella litanía que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia como piadosa madre, congojada por el peligro de su hijo, llama á todas las puertas del cielo, y da voces á todos los sanctos, para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado ólio, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera dellos. Y así ungiendo los ojos dice: por esta uncion, y por su divina misericordia te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y desta manera unge todo lo demas. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista, ó de la lengua, ó de alguno de los otros sentidos, y se le representan en aquella hora todas estas solturas pasadas, y ve el poco fructo que le queda en las manos dellas, y el aprieto en que se ve por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¿Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo, ni haber abierto la boca para hablar palabra mala?

Tras desto llega el agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida: cuando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja, y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida; que comience á encomendarse á Dios, y á llamar á su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman; cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer, que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad; cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes, y al tiempo del despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entónces es cuando se renuevan los cuidados del ánima, entónces es cuando está ella batallando y agonizando; no tanto por la salida, cuanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar, aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarion (o), comenzó á temblar y rehusar la salida; y el sancto varon esforzábase, diciendo: sal fuera, ánima, sal fuera; ¿de qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y aun temes la muerte? Pues si temia esta salida quien tantos años habia servido á Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? Adónde irá? A quién llamará? Qué consejo tomará? ¡Oh si pudiesen los hombres entender hasta dónde llega esta perplejidad y congoja! Ruégote imagines agora qué tal estaria el corazon del patriarca Isaac cuando su padre le tenia sobre la leña atado de piés y manos para sacrificarle (p). Encima de sí veia relucir el cuchillo del padre; debajo de sí veia arder la llama del fuego; los mozos que le pudieran socorrer, habíanse quedado á la subida del monte; él estaba atado de piés y manos para no poder huir ni defenderse; pues ¿qué tal estaria entónces el corazon deste sancto mozo, cuando así se viese? Pues mucho mas apretada estará el ánima del malo en esta hora; porque á ninguna parte volverá los ojos, que no vea causas de turbacion y de temor. Si mira hácia arriba, ve la espada de la divina justicia que le está amenazando (q); si mira hácia abajo, ve la sepultura abierta que le está esperando; si mira dentro de sí, ve la consciencia que le está remordiendo; si mira al derredor de sí, barrunta que están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caber la presa. Si vuelve los ojos hácia atras, ve cómo ya los criados, y los parientes, y los bienes desta vida se quedan acá, y no son parte para socorrerle, pues él solo sale desta vida, y todo lo demas se queda en ella. Finalmente si despues de todo esto vuelve los ojos hácia dentro, y mira á sí mesmo, espántase de verse, y (si posible fuese) querria huir de sí. Salir del cuerpo es intolerable, quedarse en él es imposible, dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo, y lo venidero (como ello es) paresce infinito. Pues ¿qué hará el miserable cercado de tantas angustias? ¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adam, que para tal trance no se quieren con tiempo proveer!

§. XX.

De la fealdad del cuerpo muerto, y del enterramiento, y de la sepultura, y salida del ánima.

Finalmente acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el anima de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenia.

Agora consideremos cuál sea la suerte que á cada una destas dos partes ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo despues que el ánima se parte dél. ¿Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive? Y qué cosa mas desestimada y mas vil, que el mesmo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante dél, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¿Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa, que se deshace en una hora?

Luego se apareja la mortaja, que es la mas rica joya que se puede sacar desta vida, con la cual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razon dijo el Profeta (r): No temas cuando el hombre enriquesciere mucho, y vieres que se multiplica la gloria de su casa; porque cuando muriere, no llevara consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria.

Luego abren un hoyo de siete ó ocho piés en largo (aunque sea para Alejandre Magno, que no cabia en el mundo), y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre; allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos; allí le salen á recebir los gusanos, y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los piés y manos (en balde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de nadie). Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le

(o) Refert hoc Hieronymus in vita ejus, et in Epitaphio Nepotiani ad Heliodorum, tom. 1. (p) Genes. 22.

(q) Desumpta sunt hæc ex D. Greg. homil 39. et l. 24. Moral. c. 17. et 18. (r) Psalm. 48.

puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar desta cerimonia con los defunctos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confesion se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carescer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos, y pobreza de muertos! ¿Cómo desea tanto para tan breve vida, quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

Luego el enterrador toma el azada y pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el mas lindo rostro del mundo, y mas curado, y mas guardado del sol y aire, andará allí debajo del pison del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra. Y sobre el otro gentilhombre, que cuando vivia no le habia de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por cima, echarán aquí un muladar de basura; y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Este es pues el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

Desta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa: en la cual quedará acompañado de perpetua soledad. ¡Oh mundo! ¿y qué es de tu gloria! Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habeis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel (*s*) por justo juicio de Dios comida de perros, y que no quedó otra cosa mas de toda aquella su hermosura, que la calaverna y los extremos de los piés y manos, como la habian conocido ántes en tanta gloria, y entónces la veian en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decian: ¿esta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y la miraban así comida de perros como estaba, repetian aquella misma exclamacion, diciendo: ¿esta es aquella Jezabel? Esta es aquella gran reina y señora de Israel? Esta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¿A tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos?

Pues desciende tú agora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los príncipes y grandes señores que habrás oido ó conoscido en este mundo, y mira aquella tan horrible y disforme figura que allí se muestra, y verás cómo tienes tú tambien razon para exclamar con las mesmas palabras, y decir: ¿Esta es aquella Jezabel? esta es aquella cara que yo conoscí tan viva? estos aquellos ojos claros? esta es aquella lengua tan lijera? este aquel cuerpo tan polido? en esto paran los sceptros y las coronas? este es el fin de la gloria del mundo? ¡Oh cuántas veces, dice un sabio, me acaesce entrar en los sepulcros de algunos muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: Mira aquellos piés, ¿cuántos caminos anduvieron? aquellas manos, ¿cuánto apañaron y guardaron? aquellos ojos, ¿cuántas vanidades miraron? para aquella boca, ¿cuántas golosinas se guisaron? aquellos huesos de la cabeza, ¿cuántas torres de viento fabricaron? por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, ¿cuántos pecados se hicieron? por los cuales el ánima deste cuerpo por ventura estará agora penando para siempre! Salgo despues de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro que estos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera, y en aquella mesma vileza. Pues ¡oh miserable de mí! ¿Para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? para qué los deleites y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

Agora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo, y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conoscer. Salida pues de la carne, entra en esta nueva region, por donde nunca jamas anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. Pues ¿qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan extraña, si no tiene merescida para este tiempo la guarda y la defension angélica? ¡Oh ánima mia! dice Sant Bernardo (*t*), ¿cuál será aquel dia cuando sola entrarás en aquella region no conoscida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles? ¿Quién volverá por tí? quién te defenderá? quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre, y están aparejados para tragar?

Temeroso es por cierto este camino; mas muy mas temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela deste juicio? cuán derecho el juez? cuán solícitos los acusadores? cuán pocos los padrinos? cuán menuda la cuenta, y cuán largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo, como dice Sant Pedro (*v*), apénas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parecerá? Y es cosa muy para notar, que en esta tan grande necesidad, donde paresce que las cosas que mas amamos, y por quien mas hecimos, nos habian mas de ayudar, no solamente no nos ayudarán, sino ántes ellas serán las que mas allí nos apretarán. La cosa que mas amaba y preciaba aquel hermoso Absalon, eran sus cabellos (*x*); y esos mesmos ordenó Dios por su justo juicio que le causasen la muerte. Este mesmo juicio se apareja á los malos en aquella hora; que las cosas que mas amaron en esta vida, y por quien mas ofendieron á Dios, esas vengan entónces á hacer su pleito mas dubdoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuraron enriquescer, allí la mala mujer por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios; allí la hacienda, y la honra, y los deleites que fuéron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán mas crudamente. Allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto (*y*), ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teniamos puesta nuestra gloria, esas vengan allí á ser causa de nuestra perdicion.

Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decia

(*s*) 4. Reg. 9.

(*t*) Serm. de verbis Iob.: In sex tribulationibus, etc. prope finem.
(*v*) 1. Petr. 4. (*x*) 2. Reg. 14. et 18. (*y*) Isaiæ 19.

uno de aquellos padres del yermo, que de tres cosas vivia siempre con gran temor. La primera cuándo habia su ánima de salir de las carnes, y la segunda cuándo habia de ser presentada ante el juicio de Dios, y la tercera cuándo habia de ser pronunciada la sentencia de su causa. Pues ¿qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para tí, y qué dia de fiesta para tus enemigos? Cómo se cumplirán entónces aquellas palabras del Profeta que dicen (*z*): Abrieron su boca sobre tí tus enemigos; silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragarémos; este es el dia que esperábamos: hallámoslo, vímoslo.

Mas tú, ¡oh buen Iesu! alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte; porque nunca diga mi enemigo: Prevalescido he contra él (*a*). Amen.

EL JUÉVES EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en el juicio final (*b*), para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano: conviene saber, temor de Dios, y aborrescimiento del pecado.

Piensa pues primeramente cuán terrible será aquel dia: en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adam, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser.

Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados y venideros; porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¿qué tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho dende el principio del mundo hasta agora? Por esto con mucha razon dice el Profeta (*c*): Aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y de miseria, dia de tinieblas y escuridad, dia de nieblas y de torbellinos, dia de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas.

Lo segundo considera las señales espantosas que precederán este dia; porque, como dice el Salvador (*d*), ántes que venga este dia habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin ántes que fenezcan, y se estremecerán, y comenzarán á caer primero que del todo cayan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, ántes de la muerte muertos, y ántes del juicio sentenciados; midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las sibilas dicen (*e*) que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados. Mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el Evangelio se nos dice; porque mas es secarse los hombres, que secarse la mar; y mas es moverse las virtudes de los cielos, que todas las criaturas de la tierra.

Lo tercero considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez (*f*), y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio (*g*). Y sobre todo la majestad espantable con que ha de venir el Juez; la cual describe el profeta Nahum por estas palabras (*h*): El Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado; y sus piés levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignóse contra la mar, y secóse, y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Basan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Líbano se cayó. Los montes se estremecieron delante dél, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores dél. ¿Quién parescerá delante la cara de su indignacion? Y ¿quién resistirá á la ira de su furor? Su indignacion se derramó como fuego, y las piedras se hicieron polvo delante dél.

Despues desto considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente, como se dice en Job (*i*), no podrá ser el hombre justificado, si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues qué sentirá entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su consciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imágen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria. Mas tú, menospreciando los beneficios y mandamientos de vida que yo te dí, quisiste mas seguir la mentira del engañador, que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte desta caida descendí del cielo á la tierra, donde padecí los mayores tormentos y deshonras que jamas se padescieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Por tí finalmente nací en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, y morí con gran dolor. Testigos son esta Cruz y clavos que aquí parescen, testigos estas llagas de piés y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra delante de quien padecí, y testigos el sol y la luna que en aquella hora se eclipsaron. Pues ¿qué heciste desa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mia? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh generacion loca y adúltera! ¿por qué quisiste mas servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí, tu Criador y Redemptor, con alegria? Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se cayan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo (*k*). A mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y desamparáronme por otro Barrabas. Llaméos tantas veces, y no me respondistes (*l*); toqué á vuestras puertas, y no despertastes; extendí mis manos en las Cruz, y no la mirastes; menospreciastes

(*z*) Uhren. 2. (*a*) Psalm. 12. (*b*) Del juicio, en la primera parte del libro de la Guia de Pecadores, c. 8. (*c*) Soph. 1. (*d*) Luca 21. (*e*) Quæ decem fuerunt: de quarum dictis vide. Lactantium Firm. lib. 1. de fals. relig. c. 6. et lib. de ira Dei c. 23.

(*f*) Psalm. 49. et 96. (*g*) 2. Petr. 3. 1. Thess. 4. (*h*) Nahum. 1. (*i*) Iob. 4. et 15. et 25. (*k*) Ierem. 11. (*l*) Ioan. 19.

mis consejos, y todas mis promesas y amenazas (*m*). Pues decid agora vosotros, ángeles: juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña: ¿Qué mas debí yo hacer por ella de lo que hice (*n*)?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no habia Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales, dice Isaías (*o*), en el dia de la visitacion y calamidad que os vendrá de léjos? ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seais llevados en hierros, y cayais entre los muertos?

Despues de todo esto considera la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios, dice Isaías (*p*), están llenos de indignacion; y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras (*q*): Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable? Esta es la mas recia palabra que se puede decir á una criatura; porque por este apartamiento se entiende la pena que dicen de daño; que es un despojo universal de todas las cosas, y una privacion de aquel summo bien en quien están todos los bienes. Pues ¿adónde irán, Señor, los que de tí se apartaren? á qué puerto se acogerán? á qué señor servirán? Los que de tí se apartáren serán escriptos en la tierra (*r*); porque desampararon la vena de las aguas vivas, que es el Señor. La mayor pena con que castigaban los romanos á un ciudadano por algun gravísimo delicto, era desterrándolo de aquella noble ciudad y policía de Roma, échándolo en algunas islas apartadas entre gente bárbara. Pues si tan gran pena era carescer de Roma, ¿qué será carescer de la compañía de Dios, y de todos los escogidos, y ir para siempre desterrado á la compañía de Satanas y de aquellos bárbaros infernales?

Apartaos (dice), malditos. Como si dijera: roguéos con la bendicion, y no la quisistes; agora tomad la maldicion á vuestro pesar. Amó el malo, dice el Profeta (*s*), la maldicion, y comprehenderle ha; y desechó la bendicion que Dios le ofrecia, y alejarse ha dél. Maldijo Dios á la higuera (*t*); y secáronse luego no solamente las hojas, sino tambien el tronco y las raices para nunca jamas fructificar; y desta manera comprehenderá la maldicion á estos miserables, quitándoles del todo la esperanza de salud, y de todo fructo y merescimiento para siempre jamas.

Mas ¿adónde, Señor, los enviais? Al fuego perdurable. ¡Qué cama esta para delicados y regalados! ¿Quién de vosotros, dice el Profeta (*v*), podrá morar con los ardores sempiternos? quién podrá hacer vida con el fuego abrasador? ¿Qué mayor maldicion puede ser que esta? ¿Qué calamidad, qué sentencia, qué desventura se puede comparar con la sombra desta? Este es aquel terrible y espantoso fuego que encaresce Isaías por estas palabras (*x*): Volverse han sus arroyos en pez derretida, y el polvo de la tierra en piedra zufre, y la mesma tierra será toda una pez ardiente. Nunca dejará de arder noche y dia, ni dejará jamas de subir á lo alto el humo della. De generacion en generacion será destruida, y en los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.

(*m*) Prov. 1. (*n*) Isaiæ 5. (*o*) Isaiæ 10. (*p*) Isaiæ 30. (*q*) Matth. 25. (*r*) Ierem. 17. (*s*) Psalm. 108. (*t*) Matth. 21. (*v*) Isaiæ 33. (*x*) Idem 34.

§. XXI.

De la consideracion del juicio final, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Grandes son los efectos que obra en el ánima el temor de Dios. Al que teme á Dios, dice el Eclesiástico (*y*), irá bien en sus postrimerías, y en el dia de la muerte le vendrá la bendicion. Y en otro lugar (*z*): ¡Cuán grande es (dice él) el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría y de la ciencia! Mas por muy grande que sea, no es mayor que el que teme á Dios; porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Bienaventurado el varon á quien es dado temer al Señor. El que este temor tiene, ¿con quién le compararémos? Porque el temor de Dios es principio de su amor. Todas estas son palabras del Eclesiástico, por las cuales paresce claro cómo el temor de Dios es principio de todos los bienes (pues lo es de su amor), y no solo principio, sino tambien llave y guarda de todos ellos, como lo testifica Sant Bernardo, diciendo (*a*): Verdaderamente he conoscido que ninguna cosa hay tan eficaz para conservar la divina gracia, como vivir en todo tiempo con temor, y no tener altos pensamientos.

Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aprovecha mucho la consideracion y memoria continua de los juicios divinos; y mayormente de aquel supremo juicio que se ha de hacer en fin del mundo, el cual es la mas horrible cosa de cuantas nos anuncian las Escripturas divinas. Porque son tan espantosas las nuevas que deste dia se nos dan, que si no fuera Dios el que las dice, del todo fueran increibles. Por donde el Salvador, despues de haber predicado algunas dellas á sus discípulos, porque la grandeza dellas parecia exceder la commun credulidad y fe de los hombres, acabó la materia con esta afirmacion, diciendo (*b*): En verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan. Porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

En los Actos de los apóstoles se escribe (*c*) que predicando Sant Pablo de las cosas deste dia delante del presidente de Judea, el mesmo presidente comenzó á temblar de lo que el Apóstol decia, puesto caso que (como gentil) no tenia fe ni crédito deste misterio. Por do paresce cuán terribles cosas debrian ser las que el Apóstol predicaba, pues el sonido dellas bastó para causar tan grande espanto y temblor en un hombre que no las creia. Pues el cristiano que las cree y las tiene por fe, ¿qué será razon que sienta en esta parte?

Y no piense nadie excusarse con su innocencia, diciendo que estas amenazas no dicen á él, sino á los hombres injustos y desalmados. Porque justo era Sant Hierónimo, y con todo eso decia (*d*), que cada vez que se acordaba del dia del juicio, le temblaba el corazon y el cuerpo. Justo era tambien David, y hombre hecho á la condicion de Dios, y con todo eso temia tanto la cuenta deste dia, que decia en un salmo (*e*): No entres, Señor, en

(*y*) Eccli. 2. (*z*) Cap. 25. (*a*) Super cantic. Serm. 54. infrà med. et in eius. Florum collect. c. 97. (*b*) Marc. 13. Luc. 21. (*c*) Act. 24. (*d*) In eius vita, et in regula Monachorum. (*e*) Psalm. 142.

juicio con tu siervo, porque no será justificado delante de tí ninguno de los vivientes. Justo era tambien el innocentísimo Job, y con todo eso era tan grande el temor con que vivia, que dice de sí (*f*): De la manera que teme el navegante en medio de la tormenta, cuando ve venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas; así yo siempre temblaba delante de la majestad de Dios, y era tan grande mi temor, que ya no podia sufrir el peso dél. Mas sobre todo, aun era mas justo el apóstol Sant Pablo, y con todo eso decia (*g*): No me remuerde la consciencia de cosa mal hecha; mas no por eso me tengo por seguro, porque el que me ha de juzgar, el Señor es. Como si dijera: muchas veces puede acaescer que nuestros ojos no hallen cosa que tachar en nuestras obras, y que la hallen los ojos de Dios; porque lo que se esconde á los ojos de los hombres, no se esconde á los de Dios. A un pintor grosero parecerá muy perfecta una pintura que tiene hecha, en la cual un pintor famoso hallará muchos defectos que notar. Pues ¿cuánto mayores los hallará aquella summa bondad y sabiduría en una criatura tan mal inclinada como el hombre, el cual, como se escribe en Job (*h*), bebe así como agua la maldad? Y si la espada de Dios halló tanto que cortar en el cielo, ¿cuánto mas hallará en la tierra, que no lleva sino cardos y espinas? ¿Quién habrá que tenga todos los rincones de su ánima tan barridos y limpios, que no tenga necesidad de decir con el Profeta (*i*): De mis pecados ocultos, líbrame, Señor.

Así que, á todos conviene vivir con temor deste dia, por muy justificadamente que vivan; pues el dia es tan temeroso, y nuestra vida tan culpada, y el juez tan justo, y sobre todo, sus juicios tan profundos, que nadie sabe la suerte que le ha de caber, sino que, como dice el Salvador (*k*): dos estarán en el campo, á uno tomarán, y á otro dejarán; dos en una mesma cama, á uno tomarán, y á otro dejarán; dos moliendo en un molino, á uno tomarán y á otro dejarán. En las cuales palabras se da á entender que de un mesmo estado y manera de vida, unos serán llevados al cielo, y otros al infierno; porque ninguno se tenga por seguro miéntras vive en este mundo.

§. XXII.

De cuán riguroso haya de ser el dia del juicio.

Para pensar en la grandeza deste juicio has primero de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para explicar el menor de los trabajos deste dia.

Por donde el profeta Joel, queriendo hablar de la grandeza dél, hallóse tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño y decir: ¡Ah! Ah! Ah (*l*) qué dia será aquel! Desta manera de hablar usó Hieremías (*m*) cuando Dios le queria enviar á predicar, para significar que era niño, y del todo inhábil para aquella embajada tan grande que Dios lo escogia; desta mesma usa agora este Profeta, para dar á entender que no hay lengua en el mundo que no sea como de niño tartamudo para significar lo que ha de ser este dia.

En este dia reducirá Dios á su debida hermosura toda la fealdad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras. Y como estas hayan sido tantas, así la emienda ha de ser proporcionada con ellas, para que á costa del malo quede el mundo tan hermoseado con su pena, cuanto ántes estuvo afeado con su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caida, y se le desconcierta un brazo, tanto cuanto mayor fué el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene despues á concertar y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconcertado todas las cosas deste mundo, y puéstolas fuera de su lugar natural, cuando aquel celestial reformador venga á restituir el mundo con el castigo de tantos desconciertos, ¿qué tan grande será el castigo, pues tantos y tales fuéron los desconciertos?

No solo se llama este dia de ira, sino tambien dia de Dios, como lo llama el profeta Joel (*n*), para dar á entender que todos estotros han sido dias de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios; mas este se llama dia de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la dellos. Tú agora juras, y perjuras, y blasfemas, y calla Dios. Dia vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos dias y de tantas injurias, y responda por su honra. De manera que no hay mas que dos dias en el mundo, uno de Dios, y otro del hombre. En este su dia puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y á todo ello callará Dios. En este dia puede el rey Sedequías mandar empozar al Profeta de Dios (*o*), y darle á comer pan por onzas, y hacer todo cuanto se le antojare, y á todas estas injurias callará Dios. Mas tras este dia vendrá otro dia, y tomará Dios al rey Sedequías, y quitarle ha el reino, y destruirá á Hierusalem, y llevarlo ha en hierros delante del rey de Babilonia, y allí matarán todos sus amigos y hijos en presencia dél, y luego le mandará sacar los ojos, guardados para ver tanto mal; y tras desto le hará llevar preso á Babilonia, y poner en una cárcel hasta que muera. De manera que así como el hombre tuvo licencia para hacer en su dia todo cuanto se le antojó, sin que nadie le fuese á la mano; así la tendrá Dios para hacer en este dia todo lo que quisiere, sin que nadie se lo estorbe.

§. XXIII.

De las señales que precederán este dia.

Finalmente si quieres saber cuál será este dia, párate á considerar las señales que le precederán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del dia.

Primeramente aquel dia, cuando haya de ser nadie lo sabe (*p*), ni los ángeles del cielo, ni el Hijo (para haberle de revelar á nadie), sino solo el Padre (*q*). Mas todavía precederán ántes dél algunas señales, por las cuales puedan pronosticar los hombres, no solo la vecindad deste dia, sino tambien la grandeza dél. Porque, como dijo el Salvador (*r*), primero que este dia venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo, levantarse han gentes contra gentes, y reinos contra reinos; y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencia, y hambres, y cosas espantosas que parescerán en el aire, y otras grandes señales y maravillas.

Y sobre todos estos males vendrá aquella persecucion tantas veces denunciada, del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la Iglesia, que es el Anti-Cristo (*s*), el cual no solo con armas y tormentos horribles, sino tambien con milagros aparentes y fingidos, hará la mas cruel

(*f*) Iob. 31. (*g*) 1. Cor. 4. (*h*) Iob. 15. (*i*) Psalm. 18. (*k*) Luc. 17. (*l*) Ioelis 1. (*m*) Ierem. 1.

(*n*) Ioelis 1. (*o*) Hierem. 38. 2. Par. 36. (*p*) Matth. 24. (*q*) 1. Tess. 5. (*r*) Matth. 24. (*s*) Daniel. 9. Apoc. 13. Matth. 24. Isaiæ 11.

guerra contra la Iglesia que jamas se hizo (*t*). Piensa pues agora tú, como dice Sant Gregorio (*v*), qué tiempo será aquel, cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo, y el verdugo hará milagros delante dél. Finalmente será tan grande la tribulacion destos dias, dice el Salvador (*x*), cual nunca fué dende el principio del mundo, ni jamas será. Y si no proveyese la misericordia de Dios que se abreviasen estos dias, no se salvaria en ellos toda carne (*y*). Mas por amor de los escogidos se abreviarán.

Despues destas señales habrá otras mas espantosas y mas vecinas á este dia (*z*), las cuales parecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas; de las cuales dice el Señor por Ecequiel (*a*): Haré que se escurezcan sobre tí las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandescerá con su luz, y á todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan, y hagan llanto sobre tí, y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra. Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues toda se gobierna por él? Vemos cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes della se revuelven y desconciertan, y que toda ella hierve en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo; estando estas alteradas y fuera de su órden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes dél? Así estará el aire lleno de relámpagos, y torbellinos, y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar, no solo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravescerá, y serán tan altas sus olas y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crescientes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales que de muchas leguas se oirán.

¿Cuáles andarán entónces los hombres, cuán atonitos, cuán confusos, cuán perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas? Dice el Salvador que se verán entónces las gentes en grande aprieto (*b*), y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto (dirán), qué significan estos pronósticos, en qué ha de venir á parar esta preñez del mundo, en qué han de parar estos tan grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caidas las alas del corazon y los brazos, mirándose los unos á los otros; y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaria para hacerlos desmayar, aunque no hubiese mas que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos el estudio y la cobdicia de adquirir; porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no solo se olvidarán destas cosas, sino tambien del comer, y del beber, y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crescientes de la mar. Y así los hombres se irán á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarescer en las casas de los hombres, y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusion. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros; porque no sabrán en qué fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarescer este negocio, y todo lo que se dice es ménos de lo que será. Vemos agora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun grande torbellino ó terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos y cuán cortados, y cuán pobres de esfuerzo y de consejo; pues cuando entónces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto; y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propria tormenta; cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caidas, ¿quién comerá, quién dormirá, quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores y regalos, y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! Cuán alegremente cantarán entónces con el Profeta (*c*): Dios es nuestro refugio y nuestra firmeza, y por esto no temerémos, aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar. Así como entendeis, dice el Salvador (*d*), que cuando la higuera y todos los árboles comienzan á florescer y dar su fructo, se llega ya el verano; así cuando viéredes estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entónces podreis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se llega el dia de vuestra redempcion. Cuán alegre estará entónces el bueno, y por cuán bien empleados dará todos sus trabajos. Y por el contrario, ¡cuán arrepentido el malo, y por cuán condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

§. XXIV.

Del fin del mundo y de la resurreccion de los muertos.

Despues de todas estas señales acercarse ha la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego que abrase y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo (*e*). Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que algo tuvieren por pagar, purgatorio de su culpa. Aquí fenescerá toda la gloria del mundo; aquí espirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generacion de las cosas, la variedad de los tiempos, con todo lo demas que de los cielos depende. Y así escribe Sant Joan en el Apocalipsi (*f*) que vió un ángel poderoso vestido de una nube resplandesciente, el cual tenia el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los piés como columnas de fuego; de los cuales el uno tenia puesto sobre la mar, y el otro sobre la tierra. Y este ángel dice que levantó el brazo hácia el cielo, y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que de ahí adelante no habria mas tiempo: es á saber, ni movimiento de cielos, ni cosa que se gobierne por ellos; y lo que mas es, ni lugar de penitencia, ni de mérito, ni de demérito para la otra vida.

Despues deste fuego vendrá, como dice el Apóstol (*g*), un arcángel con grande poder y majestad; y tocará una

(*t*) 1. Tess. 5. (*v*) Mor. lib. 32. cap.3. el deinceps (*x*) Matth. 24. (*y*) Marc. 13. (*z*) Lucæ 21. Matth. 24. (*a*) Ezechiel. 32. (*b*) Luc. 21. Matth. 24.

(*c*) Psalm. 45. (*d*) Luc. 21. (*e*) Psalm. 96. 2. Ptr. 3. (*f*) Apoc. 10. (*g*) 1. Tess. 4.

trompeta (que es una grande y espantosa voz) que sonará por todas las partes del mundo; con la cual convocará todas las gentes á juicio. Esta es aquella temorosa voz de que dice Sant Hierónimo: Agora coma, agora beba, siempre paresce que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá: levantaos, muertos, y venid á juicio. ¿Quién apelará desta citacion? ¿Quién podrá recusar este juicio? ¿A quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice Sant Joan (*h*), que allí la mar entregó los muertos que tenia; y asimesmo la muerte y el infierno entregaron los que tenian. Pues ¿qué cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos, y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandros, allí los Jerjes y Artajerjes, allí los Darios y los Césares de los romanos, y los reyes poderosísimos con otro hábito y otro brio, y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron; y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Adam, para que dé cada uno razon de sí, y sea juzgado segun sus obras.

Mas aunque todos resusciten para nunca mas morir, será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos (*i*). Porque los cuerpos de los justos resuscitarán hermosos y resplandescientes como el sol; mas los de los malos escuros y feos como la mesma muerte. Pues ¿qué alegria será entónces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados, á cabo de tan largo destierro? Como podrá entónces decir el ánima á su cuerpo: ¡oh cuerpo mio, y fiel compañero mio, que así me ayudaste á ganar esta corona; que tantas veces conmigo ayunaste, velaste y sufriste el golpe de la disciplina, y el trabajo de la pobreza, y la cruz de la penitencia, y las contradicciones del mundo; ¿cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre? cuántas quedaste desabrigado por vestir al desnudo? cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho, por no perder la paz con el prójimo? Pues justo es que te quepa agora parte desta hacienda, pues me ayudaste á ganarla; y que seas compañero de mi gloria, pues tambien lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetitos y paresceres contrarios, sino con liga de perpetua paz y conformidad; para que eternalmente puedan cantar y decir (*k*): Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre, morar ya los hermanos en uno. Mas por el contrario, qué tristeza sentirá el ánima del condenado cuando vea su cuerpo tal cual allí se le ofrescerá, escuro, sucio, hediondo y abominable. ¡Oh malaventurado cuerpo (dirá ella)! oh principio y fin de mis dolores! oh causa de mi condenacion! oh, no ya compañero mio, sino enemigo; no ayudador, sino perseguidor; no morada, sino cadena y lazo de mi perdicion! ¡Oh gusto malaventurado, y qué caro me cuestan agora tus regalos! ¡Oh carne hedionda, que á tales tormentos me has traido con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo pequé? ¿Deste eran los deleites por quien yo me perdí? Por este muladar podrido perdí el reino del cielo? Por este vil y sucio tronco perdí el fructo de la vida perdurable? ¡Oh furias infernales, levantaos agora contra mí, y despedazadme, que yo merezco este castigo! ¡Oh malaventurado el dia de mi desastrado nascimiento, pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentaneos deleites!

Estas y otras mas desesperadas palabras dirá la desventurada ánima á aquel cuerpo que en este mundo tanto amó. Pues dime agora, ánima miserable, ¿por qué tanto aborreces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? No era este vientre tu dios? No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire, y pintabas con tan artificiosos colores? No eran estos los brazos y los dedos que resplandescian con oro y diamantes? No era este el cuerpo para quien servia la mar y la tierra, para tenerle la mesa delicada, y la cama blanda, y la vestidura preciosa? ¿Pues quién ha trocado tu oficio? quién ha hecho tan aborrescible lo que ántes era tan amable? Cata aquí pues, hermano, en qué pára la gloria del mundo, con todos los deleites y regalos del cuerpo.

§. XXV.

De la venida del Juez, y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores dél.

Pues estando ya todos resuscitados y juntos en un lugar, esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquel á quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos (*l*). Y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz y llamándolos á penitencia; así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo (*m*), amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que, como dice Isaías (*n*), andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando venga á juzgar la tierra. Finalmente, será tan grande este temor, que, como dice Sant Joan (*o*), los cielos y la tierra huyeron de la presencia del Juez, y no hallaron lugar donde se esconder. ¿Pues por qué huís, cielos? qué habeis hecho? por qué temeis? Y si por cielos se entienden aquellos soberanos espíritus que moran en los cielos; vosotros, bienaventurados espíritus que fuisteis criados y confirmados en gracia, ¿por qué huís? qué habeis hecho? por qué temeis? No temen cierto su peligro; sino temen por ver en el Juez una tan grande majestad y saña, que bastará para poner en espanto y admiracion á todos los cielos. Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiracion el que está seguro á la orilla; y cuando el padre anda hecho un leon por casa castigando al esclavo, todavía teme el hijo innocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo. Pues ¿qué harán entónces los malos, cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquellos que son todo espíritu tiemblan, ¿qué harán los que fuéron del todo carne? Y si, como dice el Profeta (*p*), los montes en aquel dia se derretirán delante la cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son mas duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

(*h*) Apoc. 20. (*i*) De hoc. 1. Thess. 4. Matth. 13. 1. Cor. 15. Iocelis 2. Isaiæ. 13. (*k*) Psalm. 132.

(*l*) Act. 10. (*m*) Actuum 24. Luc. 21. Matth. 24. (*n*) Isaiæ 2. (*o*) Apoc. 20. (*p*) Isaiæ 64.

Delante del Juez vendrá el estandarte real de la Cruz, para que sea testigo del remedio que Dios envió al mundo, y cómo el mundo no lo quiso recebir. Y así la sancta Cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entónces, dice el Salvador (*q*), llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra, y todas ellas herirán y darán golpe en los pechos. ¡Oh cuántas razones allí tendrán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente, y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nascimiento y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán; y como atajados por todas partes, y pobres de consejo y de remedio, darán golpes, y herirán, como dice el Evangelista (*r*), sus pechos.

Entónces el Juez hará division entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra. ¿Quién serán estos tan dichosos, que tal lugar y honra como esta recibirán? Atribúlame, Señor, aquí; aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel por estas palabras (*s*): Estaba yo (dice él) atento, y ví poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de dias se asentó en una dellas; el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran tambien blancos, así como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego, y las ruedas dél como fuego encendido, y un rio de fuego muy arrebatado salia de la cara dél. Millares de millares entendian en servirle, y diez veces cien mil millares asistian delante dél. Miraba yo todo esto en aquella vision de la noche, y ví venir en las nubes uno que parescia hijo de hombre. Hasta aquí son palabras de Daniel; á las cuales añade Sant Joan, y dice (*t*): Y ví todos los muertos, así grandes como pequeños, estar delante deste trono, y fuéron abiertos allí los libros; y otro libro se abrió, que es el libro de la vida; y fuéron juzgados los muertos segun lo contenido en aquellos libros, y segun sus obras. Cata aquí, hermano, el arancel por donde has de ser juzgado; cata aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que heciste; y no por el juicio loco del mundo, que tiene el peso falso de Canaan en la mano, donde tan poco pesan la virtud y el vicio (*v*). En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo, que aun no has echado la palabra por la boca, cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

¿Mas de qué cosas (si piensas) se nos ha de pedir cuenta? Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados, dice Job (*x*). No ha de haber ni una palabra ociosa, ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta en aquel juicio (*y*). Y no solo de lo que pensamos ó hecimos, sino tambien de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados (*z*). Si dijeres: Señor, yo no juré; dirá el Juez: Juró tu hijo, ó tu criado, á quien tú debieras castigar (*a*). Y no solo de las obras malas, sino tambien de las buenas darémos cuenta con qué intencion, y de qué manera las hecimos. Finalmente (como dice Sant Gregorio), de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pedir allí cuenta, en qué y cómo lo gastamos. Pues si esto ha de pasar así, ¿de dónde nasce en los que esto creemos tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? con qué nos satisfacemos y lisonjeamos en medio de tantos peligros? ¿En qué va esto, que los que mas tienen por qué temer, ménos teman; y los que ménos tenian por qué temer, vivan con mayor temor? Justo era el bienaventurado Job, pues por tal fué pronunciado por boca de Dios (*b*), y con todo esto vivia con tan gran temor desta cuenta, que decia (*c*): ¿Qué haré, cuando se levantare Dios á juzgar? Y cuando comience á preguntarme, ¿qué le responderé? Palabras son estas de corazon grandemente afligido y congojado. ¿Qué haré? dice; como si dijese: un cuidado me fatiga continuamente; un clavo traigo hincado en el corazon, que no me deja reposar; ¿qué haré? adónde iré? qué responderé cuando entre Dios en juicio conmigo? ¿Por qué temes, bienaventurado Sancto? por qué te congojas? ¿No eres tú el que dijiste (*d*): Padre era yo de pobres, ojo de ciegos, y piés de cojos? No eres tú el que dijiste que en toda tu vida tu corazon te reprehendió de cosa mala? Pues un hombre de tanta innocencia, ¿por qué temes? Porque sabía muy bien este Sancto que no tenia Dios ojos de carne, ni juzgaba como juzgan los hombres; en cuyos ojos muchas veces resplandesce lo que ante Dios es abominable (*e*). ¡Oh verdaderamente justo! Que por eso eres tan justo, porque vives con tan gran temor. Este temor, hermanos, condena nuestra falsa seguridad; esta voz deshace nuestras vanas confianzas. ¿A quién habrá alguna vez quitado la comida ó el sueño este cuidado? Pues los que esto sienten como se debe sentir, algunas veces llegan á perder el sueño, y la comida, y algo mas. En las vidas de los Padres leemos que como uno de aquellos sanctos varones viese una vez reir á un discípulo suyo, le reprehendió ásperamente, diciendo: ¿Cómo? ¿Y habiendo de dar á Dios cuenta delante del cielo y de la tierra, te osas reir? No le parescia á este Sancto que tenia licencia para reirse quien esperaba esta cuenta.

Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mesmas consciencias, que clamarán contra nosotros; y testigos serán tambien todas las criaturas, de quien mal usamos; y sobre todo será testigo el mesmo Señor á quien ofendimos; como él mesmo lo significa por un profeta, diciendo (*f*): Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros, y adúlteros, y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y fatigan á los peregrinos y extranjeros que poco pueden; y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

Acusadores tampoco faltarán (*g*); y bastará por acusador el mesmo demonio, que como Sant Augustin escribe (*h*), alegará muy bien ante el Juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por mios estos traidores, pues ellos han sido siempre mios, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste, y heciste á tu imágen y semejanza, y redemiste con tu sangre. Mas ellos bor-

(*q*) Matth. 24. (*r*) Luc. 23. (*s*) Dan. 7. et Apoc. 1. (*t*) Apoc. 20. (*v*) Ossee 12. (*x*) Iob. 31. (*y*) Matth. 12. (*z*) D. Greg. lib. 21. Moral. c. 5. etc. (*a*) Circa hoc est optimus locus Psalm. 74. Ibi: cum accepero tempus, ego justitias judicabo, Et Sophon. 1. Scrutabor Hierusalem in lucernis. Et Malac. 3. Ipse enim, quasi ignis conflans, et quasi herba fulonum, etc.

(*b*) Iob. 2. (*c*) Iob. 31. (*d*) Iob. 29. (*e*) Luc. 16. (*f*) Hier. 29. Malac. 3. (*g*) Apoc. 12. (*h*) Tom. 4. lib de salutaribus document. cap. 62.

raron tu imágen, y se pusieron la mia; desecharon tu obediencia, y abrazaron la mia; menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los mios. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido mas mios que tuyos, que sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedescido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu sancto nombre, todo esto hacian con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un puncto de honra que yo les encarescia, ó por un deleite falso á que yo les convidaba, todo lo ponian á riesgo por mí; y por tí, que eres su Dios, y su Criador, y su Redempor; que les diste la hacienda, y la salud, y la vida; que les ofrecias la gracia, y les prometias la gloria; y sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz; con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por tí. ¿Cuántas veces te acontesció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo mas cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus paredes de seda y oro, que de tí? Y pues esto es así, justo es que algun dia sean castigadas las injurias y desprecio de tan grande Majestad.

Pues oida esta acusacion, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia que dice (*i*): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanas y para sus ángeles; porque tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber, etc. Y así irán los buenos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. ¿Quién podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes para que cayan sobre ellos, y á los collados que los cubran (*k*). Allí blasfemarán, y renegarán, y pondrán su boca sacrílega en Dios, y maldirán siempre el dia de su nascimiento y su malaventurada suerte. Allí del todo se acabará su dia, fenescerá su gloria, y se volverá la hoja de su prosperidad; y en los cuerpos comenzará para siempre el dia de su dolor; como lo significó Sant Joan en su Apocalipsi debajo del nombre de Babilonia, por estas palabras (*l*): Llorar se han, y harán llanto sobre sí los reyes de la tierra que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia, y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos; y ponerse han léjos por el temor dellos, y dirán: ¡Ay! ay de aquella ciudad grande de Babilonia, que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán, porque ya no habrá quien compre mas sus mercaderías de oro, y plata, y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡Ay! ay de aquella ciudad grande que se vestia de holanda, grana y carmesí, y se cubria de oro y piedras preciosas, que en una hora perescieron tantas riquezas!

Pues, ¡oh hermanos mios! si esto ha de pasar así, proveámonos con tiempo, y tomemos el consejo que nos da aquel que primero quiso ser nuestro abogado que nuestro juez. No hay quien mejor sepa lo que es necesario para aquel dia, que el que ha de ser juez de nuestra causa. El pues nos enseña brevemente lo que nos conviene hacer, por estas palabras (*m*): Mirad (dice él por Sant Lúcas) no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiados comeres y beberes, y con cuidados y negocios desta vida; y os venga de rebato aquel temeroso dia, porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran en la haz de la tierra. Y por esto velad y haced oracion en todo tiempo; porque merezcais ser librados de todos estos males que han de venir, y parescer delante del Hijo del hombre. Pues considerando esto, hermanos, venid y levantémonos deste sueño tan pesado, ántes que caya sobre nosotros la noche escura de la muerte, ántes que venga este tan temeroso dia de quien dice el Profeta (*n*): Ya viene, y ¿quién le esperará? y ¿quién podrá sufrir el dia de su venida (*o*)? Aquel por cierto podrá esperar este dia de juicio, que hubiere tomado la mano al Juez, y juzgado primero á sí mesmo.

(*i*) Matth. 25. (*k*) Luc. 23. Matth. 24. (*l*) Apoc. 18. (*m*) Luc. 21.

EL VIERNES EN LA NOCHE.

Este dia meditarás en las penas del infierno (*p*), para que con esta meditacion, tambien como con la pasada, se confirme mas tu ánima en el temor de Dios y aborrescimiento del pecado, que allí dijimos.

Estas penas dice Sant Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (segun él mesmo dice) como un lago escuro y tenebroso, puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas; en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crugir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padescen dos penas principales: la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido ninguno dentro ni fuera del hombre, que no esté penando con su proprio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado; así ordenará él que todos sean allí atormentados, y cada uno dellos padezca su proprio tormento, y pague su merescido. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la vision horrible de los demonios, los oídos con la confusion de las voces y gemidos que allí sonarán, las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar, el gusto con rabiosísima hambre y sed, el tacto y todos los miembros del cuerpo con frio y fuego incomportable. La imaginacion padescerá con la aprehension de los dolores presentes, la memoria con la recordacion de los placeres pasados, el entendimiento con la consideracion de los bienes perdidos, y de los males advenideros.

Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar. Porque, como dice Sant Gregorio (*q*), allí habrá frio que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, vision de demonios, confusion de pecados y desesperacion de todos los bienes. Pues dime agora: si el menor de todos estos males que se padesciese acá por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padescer allí en un mesmo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y

(*n*) Malach. 3. (*o*) 1. Cor. 11. (*p*) Del infierno. Véase el libro primero de la Guia, y al principio del Memorial. (*q*) Lib. 9. Moral. a cap. 46. et deinceps.

sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentido, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarescer esto como es?

Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan; otra hay sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño; la cual es haber de carescer para siempre de la vista de Dios, y de su gloriosa compañía. Y aunque esta pena sea comun á todos los dañados, pero muy mas grave será á aquellos que mayor aparejo tuvieron para gozar deste bien; como son primeramente todos los cristianos, á quien se predicó el Evangelio; y despues todos los malos religiosos y sacerdotes, los cuales así como tuvieron mas á la mano este bien, así se angustiarán mas por haberlo perdido.

Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales hay otras particulares que allí padescerá cada uno conforme á la calidad de su delicto. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del invidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así de los demás. En lo cual resplandescerá maravillosamente la sabiduría y la justicia divina; la cual en tan grande infinidad de culpas y de culpados sabrá tan perfectamente todos los excesos de cada uno, y medirá como con una balanza la pena de su delicto, como dijo el Sabio (*r*): Los juicios del Señor son peso y medida. ¡Oh qué cosa tan dolorosa para los malos, ver cómo allí les acertará Dios en las coyunturas! ¡Y qué cosa tan deleitable para los buenos, ver aquella tan maravillosa proporcion y consonancia de penas en tan grande muchedumbre de culpas! Allí se tasará el dolor conforme al deleite recebido, y la confusion conforme á la presumpcion y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Así mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalipsi que estaba asentada sobre las aguas de la mar con un cáliz en la mano lleno de ponzoñosos deleites (*s*); contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo que decia: Cuanto se ensalzó y gozó de sus deleites, tanto le dad de tormento y llanto.

A todas estas penas acompaña la eternidad del padescer, que es como el sello y llave de todas ellas. Porque todo esto sería tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinacion, ni mudanza, ni hay esperanza que se acabará jamas ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce, sino que es como un destierro preciso, y como un sambenito irremisible que nunca jamas se quita: esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

De aquí nasce aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que dicen contra él. Porque como ellos tienen perdida ya la esperanza de su amistad, y saben que ya no han de volver mas en su gracia, ni se les ha de aflojar nada de la pena, y ven que Dios es el que los azota, y el que los enclava dende lo alto, y el que los tiene preses en aquella cadena, embravéscense en tanta manera contra él, que dia y noche nunca cesan de blasfemar su sancto nombre.

(*r*) Prov. 16. (*s*) Apoc. 17. et 18.

§. XXVI.

De la consideracion de las penas del infierno; en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

La consideracion de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movia el bienaventurado Sant Hierónimo (*t*); el cual dice de sí mesmo que por el gran miedo que habia concebido de las penas del infierno, se habia condenado á hacer tan áspera penitencia como él allí describe que hacia morando en el desierto. Aprovecha tambien, como dice Ricardo (*v*), para vencer las tentaciones del enemigo, cuando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror destas penas, y apagamos la llama del deleite ántes que arda, con la memoria de las llamas que para siempre arderán. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos padres del yermo, que siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas de fuego para ver si podia sufrir aquel poco de calor, y como no lo pudiese sufrir, volvióse contra sí mesmo, y dijo: Si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno por espacio tan largo?

Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en nuestros corazones el temor de Dios; el cual es principio de la sabiduría, y comienzo de la caridad (*x*); y despues della es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado, ver el miserable galardon que por él se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan, osan cometer un pecado contra Dios. Dos grandes maravillas han acaescido en el mundo en este género de cosas. La una, que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros entre los hombres, como hizo, hobiese muchos que no le quisiesen creer; y la otra, que despues de haberlo ya creido, haya tantos que le osen ofender. Maravillosa cosa fué por cierto que habiendo el Señor hecho un tan grande milagro, entre otros, como fué resuscitar á Lázaro de cuatro dias muerto (*y*), que muchos de los que allí se hallaron presentes, no quisiesen creer en él; y maravilla es tambien que habiendo los hombres ya creido por su predicacion que hay pena y gloria para siempre, haya tantos que le osen ofender. Admirable cosa es ver despues de tales milagros tal infidelidad, y admirable es tambien ver despues de tal fe tales costumbres.

Mas porque esto mas viene por la falta de consideracion que de fe, por tanto es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fe; para que entendida la graveza de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa, por la cual se meresce tanta pena.

§. XXVII.

De dos maneras de penas que hay en el infierno.

Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente (como ya dijimos) se reducen á dos: que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los

(*t*) In lib. de Custodia virginitatis ad Eustochium, tom. 1.
(*v*) In tractatu de plagis, quæ in finæ erunt. (*x*) Eccle. 1. et 25.
(*y*) Ioan. 11.

condenados; y pena de daño es haber de carescer para siempre de la vision y compañía de Dios. Estas dos maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado: el uno de los cuales es amor desordenado de la criatura, y el otro es menosprecio del Criador. Pues á estos dos males responden estas dos maneras de penas. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura, responde la pena del sentido, para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba, pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa; y al menosprecio de Dios responde el perder para siempre al mesmo Dios; porque pues el hombre primero lo desechó de sí, justo es que sea para siempre desechado dél. Y porque entre estos dos males el postrero (que es el menosprecio de Dios) es sin comparacion mayor que el primero, por eso la pena de daño (que á este mal corresponde) es sin comparacion mayor que la del sentido.

Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan gran ardor y eficacia, que, segun dice Sant Augustin (z), este nuestro de acá es como pintado si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino tambien las ánimas; y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque así la pena sea eterna. Lo cual dice Sant Augustin que se hará por especial milagro; porque Dios, que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propriedad á aquel fuego: que de tal manera atormente, que no consuma.

Pues mira tú agora ¿qué sentirán los malaventurados, estando siempre acostados en tal cama como esta? Y para que mejor esto puedas entender, párate á imaginar lo que sentirias si te echasen en una grande calera cuando ella estuviese mas viva y mas encendida, ó en algun grande horno de fuego, cual era aquel que encendió Nabucodonosor en Babilonia (a), cuyas llamas subian cuarenta y nueve cobdos en alto, y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará; porque si este nuestro fuego, que (segun dijimos) es como pintado, así atormenta, ¿que hará aquel que es verdadero? No me paresce que sería necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso, y hacer aquí una estacion hasta sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no ménos intolerable, que será un horrible frio que con ninguno de los nuestros se puede comparar; el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job (b), de las aguas de nieve á los calores del fuego; para que no quede ningun género de tormento por probar á los que ningun género de deleite quisieron dejar de gustar.

Y no solamente los atormentará el frio y el fuego, sino tambien los mesmos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparescerán: los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos, y los que se pintaron con artificiosos colores, para ser lazos hermosos y redes de Satanas.

Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar; porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido, y aun muerto de espanto con la vista ó imaginacion de algunas cosas temerosas, y á veces la sospecha sola dellas nos hace erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrescerán á los ojos de los malos? Especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio; pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mesmo Dios en las Escripturas sagradas: como cuando en el libro de Job dice así (c): ¿Quién descubrirá la haz de su vestidura? Y quién será poderoso para entrar en su boca? Y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al derredor de sus dientes está el temor: su cuerpo es como un escudo de acero cubierto de escamas tan trabadas entre sí, que ni un poquito de aire puede colar por ellas. Su esternudo es un resplandor de fuego, y sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de tea encendidas, y de sus narices sale humo como de una olla que hierve. Con su resuello hace arder las brasas, y llamas salen de su boca. Pues ¿qué tanto nos espantará allí la vista de un tan horrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomportable que habrá en aquel lugar, para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo; como lo amenaza Dios por Isaías, diciendo (d): Porque se envanecieron las hijas de Sion, y anduvieron los cuellos levantados, halconeando con los ojos, y pavoneándose en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos; por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza, con todos los otros atavíos profanos, y darles ha en lugar de suaves olores hedor, y en lugar de la cinta una soga, y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada, y en lugar de la faja de los pechos un cilicio. Esta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos.

Para sentir algo desta pena párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tiranno crudelísimo inventó para justiciar los hombres (e); el cual tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo, y atando muy fuertemente al vivo con el muerto, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto matase al vivo con la hediondez y gusanos que dél salian. Pues si te paresce muy horrible este tormento, dime, ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar donde los malos están? Allí se dirán á cada uno de los miserables aquellas palabras de Isaías (f): Descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto: debajo de tí se tenderá la polilla, y la cobija que ternás encima, serán gusanos.

Y si esta pena se da á las narices; ¿qué tal es la que se dará á las orejas, con las cuales se cometen mayores pecados? Estas pues serán atormentadas con perpetuas voces, y clamores, y gemidos, y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena otra cosa sino Alleluya perpetua y alabanzas divinas, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores, sino blasfemias y maldiciones de Dios, y una desordenada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantarán al sonido de los martillos y golpes de los verdugos. En la cual será tanta la confusion y variedad de las voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable

(z) Tom. 10. App. de divers. serm. 30. c. 18. et alibi sæpè.
(a) Dan. 3. (b) Iob. 24. Quod est gravissimum tormentum. Vid. Basilium in hom. quadraginta martyrum.
(c) Iob. 41. (d) Isaiæ. 3. (e) Menzentius Hetruscorum Rex, ut refert Virg. lib. 8. Æneid. et Valer. Max. lib. 9. c. 2. (f) Isai. 14.

carcelería, que ni cuando Troya se perdió, ni cuando Roma se ardia, es todo nada en comparacion de lo que allí será.

Para sentir algo desta pena imagina agora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de captivos, y heridos, y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces, cada uno de su manera, así hombres, como mujeres, como niños, como viejos. Díme: ¿qué paresceria este ruido tan grande y de tanta confusion? Pues ¿qué parescerá aquel espantoso ruido de tan gran número de condenados, los cuales perpetuamente otra cosa no harán sino gritar, y blasfemar, y renegar de Dios y de sus sanctos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada? Estos son los maitines que allí se cantan; esta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas, y estos sus laudes y cantares; de los cuales serán hermanos y confrades todos los murmuradores y maldicientes, y los que dieron sus oídos á las mentiras del enemigo.

Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio la sed que padescia aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al sancto Patriarca, pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua que tenia tan abrasada (*g*).

§. XXVIII.

Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo; pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del ánima, á los cuales ha de caber tanto mayor parte de la pena, cuanto fuéron mas negligentes en atajar la culpa. Porque primeramente la imaginacion será allí atormentada con una tan vehemente aprehension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará, ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo, no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento dél; porque el mesmo dolor despierta la imaginacion para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¿cuánto mas acaescerá esto allí donde el dolor es sin comparacion mas intolerable? Desta manera la imaginacion avivará el dolor, y el dolor á la imaginacion; para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que nunca quisieron miéntras vivian acordarse destas penas, para que los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

La memoria tambien por su parte los atormentará, cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad, y de sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padescer tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenian aquellos bocados que tan dulces les parescian. Entre todas las maneras de adversidades, una de las mayores, dice un sabio (*h*), que es haberse visto en prosperidad, y despues venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos deste mundo vuelvan los ojos atras, y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron; y vean cómo á aquella abundancia succedió tanta esterilidad, que no se les da una sola gota de agua; y que ya los regalos se trocaron en trabajos y las delicadezas en miserias, y los olores en hedores, y las músicas en gemidos, ¿qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán?

Mas mucho mayor aun será cuando se pongan á medir la duracion de los placeres pasados con la de los dolores presentes, y vean cómo los placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¿qué dolor será aquel, y qué gemido, cuando echada bien esta cuenta vean que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por deleites que presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán? Estas son las penas que padescerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada; pero mucho mayores serán las que padescerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nace aquel gusano remordedor de la consciencia, con que tantas veces amenaza la Escriptura divina (*i*): el cual noche y dia siempre morderá, y roerá, y se apascentará en las entrañas de los malaventurados. El gusano nasce del madero, y siempre está royendo el madero de do nasció; y así este gusano nasció del pecado, y siempre tiene pleito con el mesmo pecado que lo engendró.

Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos, cuando consideran lo que perdieron, y la causa por que lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita delante; esta siempre (aunque en balde) les está comiendo las entrañas, y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien, y no me quise dél aprovechar! Tiempo hubo en que me ofrescian este bien, y me rogaban con él, y me lo daban de balde, y no lo quise. Por solo confesar y pronunciar por la boca mis pecados me los perdonaban, por solo pedir á Dios el remedio me lo otorgaba, por solo un jarro de agua fria me daba la vida perdurable. Agora para siempre ayunaré, y lloraré, y me arrepentiré de lo que hice, y todo será sin fructo. ¡Oh cómo ya se pasó aquel tiempo, y nunca mas volverá! ¿Qué me dieron porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que dellos hubiera de gozar por tantos años cuantas arenas hay en la mar, todo esto era nada en comparacion de la menor pena que aquí se pasa. Y no dándome nada de esto, sino una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por esta tengo de llevar á cuestas eterno tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado trueque, y malaventurada hora y punto en que así me cegué! Oh ciego de mí! Oh miserable de mí! Oh mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló; maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto, y mi nascimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese sér. Dichosos y bienaventurados los que nunca fuéron, los que nunca nascieron, los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron.

Desta manera los miserables maldirán á todas las criaturas, y principalmente á aquellas que les fuéron causa de su perdicion. Así leemos en las vidas de los Padres de un sancto varon, que vió en revelacion un pozo muy hondo lleno de grandes llamas de fuego; y en me-

(*g*) Luc. 16. (*h*) Boetius lib. de consolatione.

(*i*) Eccle. 7. Isaiæ 66. Marci 9.

dio dellas andaban un padre y un hijo, atados uno á otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decia: Maldito seas; hijo, que por dejarte rico me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decia: Maldito seas, padre, que pensando que me hacias bien, me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

Sobre todo esto ¿cuáles serán los tormentos y dolores de la mala voluntad? En ella estará siempre una invidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les estará siempre royendo las entrañas, no ménos que aquel gusano susodicho. Desta pena dice el salmo(*k*): El pecador verá, y airarse ha: con sus dientes regañará, y deshacerse ha; y el deseo de los malos perecerá. Tendrán otrosí un tan grande aborrescimiento y odio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso herido con la lanza se vuelve con gran furia á dar bocados en ella, así ellos querrian (si les fuese posible) despedazar á Dios; porque saben que él es el que les hinca la lanza, y el que desde lo alto los hiere con la espada de su justicia. Tienen tambien grandísima obstinacion en lo malo; porque no les pesa, ni porque son malos, ni porque lo fuéron, ántes quisieran haber sido peores; y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan con Dios, sino por su amor proprio, y porque pudieran excusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen tambien una perpetua desesperacion; porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan de ella que los podrá jamás perdonar, y aun porque están ciertos que nunca tendrán fin ni remedio sus penas. Y esta es la causa de sus blasfemias, y de aquel deslenguamiento contra Dios; porque como ya no esperan nada dél, procuran vengarse dél en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

§ XXIX.

De la pena que llaman de daño.

¿Quién podrá creer que despues de todas estas penas susodichas queda mas aun que padescer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparacion de lo que queda por decir. Mira tú cuál será esta pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí habemos dicho, pertenescen por la mayor parte á la pena del sentido: queda despues desta la pena de daño (que arriba tocamos), que es sin comparacion mayor. Lo cual paresce claro por esta razon, porque no es otra cosa pena sino privacion de algun bien que se poseia, ó se esperaba poseer; y cuanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde: como paresce claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carescer dél será mal infinito, y el mayor de todos los males.

Demas desto como Dios sea centro del ánima racional y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nasce que apartar esta ánima de Dios, le es el mas penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice Sant Crisóstomo (*l*) que mil fuegos del infierno que se juntasen en uno, no darian al ánima tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios. No se puede explicar con palabras hasta dónde llegue este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras y captiverios, cuando quitan á los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua division y apartamiento. Pues para entender algo desto párate á mirar aquel tan horrible género de muerte con que algunos tirannos atormentaban algunos mártires; los cuales hacian bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las dos puntas dellas mandaban atar los piés del sancto martir que querian justiciar; y esto hecho, mandábanlas soltar de presto, para que resurtiendo ellas á sus lugares naturales, volase el cuerpo en lo alto, y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo colgado (*m*). Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas eran tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sino el todo de nuestra ánima, especialmente habiendo de durar, no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir las ramas á lo alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios?

§. XXX.

De las penas particulares de los condenados.

Sobre todas estas penas susodichas hay aun otras, porque estas son penas generales y communes á todos los condenados; mas sobre estas hay otras particulares señaladas y proporcionadas á cada uno segun la calidad de su delicto, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo(*n*): Medida se dará contra medida; porque así lo determinó el Señor en su corazon duro en el dia del estío. El estío significa el encendimiento y el furor de la ira divina. El corazon duro la terribilidad de la sentencia, que castigará culpas temporales con penas eternas. La medida contra medida será la cantidad y proporcion de la pena, conforme á la cualidad de la culpa. Porque allí ha de resplandescer la hermosura y órden de la divina justicia, dando á cada uno su merescido segun la condicion de su pecado. Desta manera dice un doctor que serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí punidos con aguijones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán envestidos en llamas de piedrazufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presumptuosos serán llenos de perpetua confusion: y así todos los demas.

Pues, ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trajes, y comidas y deleites! ¡oh ciudad triste y miserable de Babilonia! quién tomase agora llanto sobre tí, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo (*o*): ¡Si conocieses agora tú! ¡Oh si conoscieses cuán caro te han de costar estos bocados, y cuán recios verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fructa ántes de tiempo, es por fuerza que les haya de hacer dentera; y así porque los mundanos quisieron gozar ántes de tiempo del descanso, y tener paraíso en el lugar de destierro, estaba claro que algun dia les habia de hacer dentera este bocado, segun que lo amenaza Dios por su Profeta, diciendo (*p*): Todo

(*k*) Psalm. 111. (*l*) Ad Populum Antioch. hom. 48. infr. med. et Deinceps.

(*m*) Ita priscus Praeses S. Marcellum: de quo 7. die Septembris; et Diocletianus innumeros Martyres. Ita refert Hist. Ecclesiastic. lib. 8. c. 9. (*n*) Isai. 27. (*o*) Luc. 19. (*p*) Hier. 51.

hombre que comiere las uvas acedas ántes que maduren, sepa cierto que le han de amargar. Pues aquel come las uvas ántes que maduren, que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra: al cual amargará despues este bocado, cuando sea castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar ántes de tiempo.

§. XXXI.

De la eternidad de todas estas penas susodichas.

Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos, y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cient mil; y despues destos cient mil, añadirse han tantos millares de millones de años, cuantas estrellas hay en el cielo, y cuantas arenas hay en la mar; y despues de todo esto cumplido comenzarán á padescer de nuevo; y así andará siempre la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Isaías (*q*), dende ayer el valle de Tofet: aparejado está por mandamiento del Rey; su mantenimiento es fuego y mucha leña; y el soplo del Señor Dios de los ejércitos, así como un arroyo de piedrazufre corriente, soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado dende ayer, conviene á saber: dende el principio del mundo para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba; y la materia que conserva este fuego, no es posible acabarse ni disminuirse con el tiempo. Y porque estén seguros que este fuego nunca se apagará, por eso tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo: los cuales, como sean inmortales, nunca jamas se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará. Gran cosa sería si pudiesen los hombres entender algo desta duracion como es; porque sin dubda esto sería un gran freno de nuestra vida. Y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes; para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

Párate pues á pensar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores, y cuanto es mayor su delicto, tanto los queman con menor fuego, para que así sea mas largo su tormento (*r*). Mas ¿qué tanto mas será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir de espacio al tormento? Apénas podrá ser un dia natural. Pues dime agora, ruégote, si tan terrible y tan inhumano linaje de tormento es el que aun no dura un dia entero y con poco fuego, ¿qué tal será aquel que dura por una eternidad, y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento, no habria peligro, ni camino, ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué sería razon que todos hiciésemos por escapar deste tormento?

Piensa tambien cuán terrible género de tormento era aquel que inventó aquel crudelísimo tiranno Falaris (*s*), de quien se escribe que mandaba meter el hombre que habia de justiciar en el vientre de un toro hecho de metal, y que le hacia dar fuego por bajo, para que el hombre miserable con el calor del hierro se fuese poco á poco quemando, y no pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sino arder y bramar, y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto que no se le estremezcan las carnes en solo pensarlo? Pues dime agora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparacion de lo que aquí tratamos, sino un sueño de aire? Pues si solo pensar esto nos espanta, ¿qué hará no pensar, sino padescer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre; que aunque no fuera mas que uno solo entre todos los hijos de Adam el que desta manera hubiera de padescer, bastaba para hacernos temblar á todos. Porque no era mas que uno entre los discípulos de Cristo el que le habia de vender, y cuando él dijo (*t*): Uno de vosotros me ha de entregar; todos comenzaron á temer y entristecerse, por ser aquel caso tan grave. Pues ¿cómo no temblamos nosotros, sabiendo cierto que es infinito el número de los locos (*v*), y que es estrecho el camino de la vida (*x*), y que el infierno ha dilatado sus senos para recebir los muchos que van á él (*y*)? Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razon? Y si hay juicio y razon, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos (como hicieron muchos de los sanctos) á hacer vida entre las bestias, por escapar destos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso, imaginando en tan extraño peligro; pues otros menores acaecimientos han bastado, no solo para desvelar y sacar de juicio los hombres, sino tambien para acabarles la vida?

Pues esta es la mayor pena de los miserables, saber que Dios y su pena corren á la pareja; y por esto su mal no tendrá consuelo, porque su pena no tiene fin. Si los malaventurados creyesen que despues de cient mil cuentos de años su pena se habia de acabar, esto solo tendrian por grandísimo consuelo; porque todo esto, aunque tarde, tendria fin. Mas su pena no le tiene; porque, como dice Sant Gregorio (*z*), dase allí á los malos muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin defecto; porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto no sabe desfallecer. Por eso dijo el Profeta (*a*): Así como ovejas están puestos en el infierno, y la muerte los pascerá. La yerba que se pasce, no se arranca del todo; porque queda viva la raiz, que es el orígen de la vida, la cual la hace tornar á revivir, para que otra vez se pueda pascer. Y por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se pasce, y siempre revive. Pues desta manera se apascentará la muerte en los malaventurados; y así como la muerte no puede morir, así nunca se hartará deste pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamas de tragar este bocado; porque ella tenga siempre que comer, y ellos siempre que padescer.

EL SÁBADO EN LA NOCHE.

Este dia podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria (*b*). Esta consideracion es tan provechosa, que si fuese ayudada con lumbre de viva fe, bastaria para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque si el amor de la hacienda

(*q*) Isaiæ 30. (*r*) In Gallia, Arabia, Italia, Cappadocia, et Mesopotamia, tempore Diocletiani sic Martyres Christi cremabantur. Vide Eusebium lib. 8. Hist. Ecclesiastic. cap. 11. (*s*) Phalaris tyrannus posuit inventorem tauri Perillum intus. Valer. Maxim. refert lib. 9. cap. 2. et Ovid. lib. 1. de Arte amandi.

(*t*) Matth. 26. (*v*) Eccle. 1. (*x*) Matth. 7. (*y*) Isaiæ. 5. (*z*) Lib. 9 Moral. c. 48. (*a*) Psalm. 48. (*b*) De gloria, véase en la Guia, 1. cap. 9. et 1. part. del Mem. cap. 2.

hace dulces los trabajos que se pasan por ella, y el amor de los hijos hace desear á la mujer los dolores del parto, ¿qué haria el amor deste soberano bien, en cuya comparacion todos los otros no son bienes? Y si del patriarca Jacob se dice (*c*) que le parescian poco los siete años de servicio por el amor grande que tenia á Raquel, ¿qué haria el amor de aquella infinita hermosura, y de aquel eterno casamiento, si con ojos de fe viva se contemplase?

Pues para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él, conviene saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable. Porque cuando el hombre lee en algunos gravísimos autores (*d*), que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra; y (lo que mas es) que algunas hay entre ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos donde podrian caber muchas mas, ¿cómo no se espanta? cómo no queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel soberano Maestro que de nada lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras; porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Despues de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar (*e*). Sant Juan dice (*f*) que es tan grande el número de los escogidos, que nadie basta para poderlos contar. Sant Dionisio dice (*g*) que son tantos los ángeles, que exceden sin comparacion todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Sancto Tomás, conformándose con este parecer, dice (*h*) que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporcion, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta mesma ventaja y proporcion. Pues ¿qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto cosa es esta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los corazones. Y si cada uno de los ángeles (aunque sea el menor dellos) es mas hermoso que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de ángeles tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios que cada uno dellos tiene en aquella soberana ciudad? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandescen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y communicacion de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, communicar con los mártires, y finalmente con todos los escogidos? Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan (*i*), ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles, y de cuya presencia se glorían los hombres? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y aquel que siendo uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomon, que decia la reina Sabá (*k*): Bienaventurados los que asisten delante de tí, y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel summo Salomon, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Esta es la gloria esencial de los sanctos; este es el último fin y centro de todos nuestros deseos.

Considera despues desto la gloria de los cuerpos, en los cuales ninguna cosa habrá que no esté glorificada; porque allí cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objeto en que se deleite (*l*); y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son sutileza, lijereza, impasibilidad y claridad; la cual será tan grande, que cada uno de aquellos cuerpos resplandescerá como el sol en el reino de su padre (*m*). Pues si no mas de un sol que está en medio deste cielo basta para dar luz y alegría á todo el mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandescerán?

Finalmente por abreviar, en esta gloria se hallarán en uno todos los bienes, y della estarán desterrados todos los malos (*n*). Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupcion, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbacion, seguridad sin temor, conoscimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradiccion. Allí será, dice Sant Augustin (*o*), verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error, ni por lisonja. Allí será verdadera la honra: la cual ni se negará al que la meresciere, ni se dará á quien no la meresciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, y prometió á sí por galardon della, que es el mayor y mejor de todas las cosas. El será el fin de nuestros deseos, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y será alabado sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandesciente y seguro; la compañía muy buena y agradable; el tiempo de una manera, no ya distincto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran, todos cantan y todos siempre alaban á aquel summo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan en su gloria. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuracion, vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! Oh si se concluyesen los dias de mi destierro! ¡Oh cómo se alarga el tiempo de mi peregrinacion! ¿Cuándo llegará este dia? ¿Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios (*p*)?

(*c*) Gen. 29. (*d*) Vide Tilelmanum in sua Physica lib. 7. de cœlo et. mundo cap. 5. (*e*) Dan. 7. (*f*) Apoc. 5. et. 7. (*g*) Diony. c. 9. lib. cœlestis Hierarchiæ. (*h*) 1. p. q. 50. art. 3. et. Caj. 1. ibi.

(*i*) Iob. 38. (*k*) 3. Reg. 10. (*l*) 1. Cor. 15. (*m*) Matth. 13. Sap. 3. (*n*) Aug. in soliloq. c. 33. (*o*) Lib. 22. de Civit. Dei c. 30. tom. 3. (*p*) Psalm. 41.

§. XXXII.

De la consideracion de la gloria del paraiso, en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Una de las cosas en que mas convenia tener siempre los ojos puestos en este valle de lágrimas, es la bienaventuranza de la gloria; porque esta sola consideracion bastaria para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al patriarca Abraham la tierra de promision, mandóle que la anduviese y la rodease toda, diciendo (*q*): Levántate y pasea toda esta tierra en ancho y en largo, y mírala por todas partes, porque á tí la tengo de dar. Levántate pues agora, ánima mia, á lo alto, dejados acá bajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con alas de espíritu á aquella noble tierra de promision, y mira con atencion la longura de su eternidad, y la anchura de su felicidad, y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demas que hay en ella.

De la reina Sabá se escribe que oida la fama de Salomon, vino á Hierusalem para ver las grandezas y maravillas que de aquel rey se decian (*r*). Y pues no es menor la fama de aquella celestial Hierusalem, y de aquel summo Rey que la gobierna, sube tú agora con el espíritu á esta noble ciudad á contemplar la sabiduría deste Rey soberano, y la hermosura deste templo, y el servicio desta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, y la policía y gloria desta noble ciudad. Porque si sabes mirar cada cosa destas, por ventura será tu espíritu levantado sobre sí; y conoscerás que ni aun la mas pequeña parte desta gloria te ha sido denunciada. Mas para esto es menester especial lumbre de Dios; como lo significó el Apóstol, cuando dijo (*s*): Suplico á aquel Dios de la gloria, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, os dé espíritu de sabiduría, y alumbre los ojos de vuestro corazon, para que conozcais qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento, y las riquezas de aquella heredad y gloria que él tiene aparejada para los sanctos.

Y aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú agora considerar estas cinco mas principales que arriba tocamos; conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duracion y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

§. XXXIII.

De la hermosura y excelencia del lugar.

Primeramente considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras (*t*): Uno de los siete ángeles habló conmigo, diciéndome: Ven, y mostrarte he la esposa, mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad de Hierusalem, que decendia del cielo; la cual resplandescia con la claridad de Dios, y la lumbre della era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenia esta ciudad un muro grande y alto, en el cual habia doce puertas, y en las puertas doce ángeles, segun el número de las puertas. Los cimientos de los muros desta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas, y las doce puertas della eran doce piedras preciosas, cada puerta de su piedra; y la plaza desta ciudad era oro limpio, semejante á un vidrio muy claro. Y templo no ví en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que le dén lumbre; porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara que en ella arde es el Cordero. Y mostróme mas el ángel: un rio de agua viva, claro así como un cristal, el cual salia de la silla de Dios y del Cordero; y en medio de la plaza, y de la una ribera del rio y de la otra, estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce fructos en el año, cada mes el suyo, y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes (*v*). Todo género de maldicion nunca jamas allí se verá; sino la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre dél escripto en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.

Cata aquí, hermano, debujada la hermosura desta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por estas entiendas otras mas espirituales y mas excelentes, que por estas se nos figuran.

El asiento desta ciudad es sobre todos los cielos, la grandeza y anchura della excede toda medida; porque si cada una de las estrellas del cielo es tan grande como arriba dijimos, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar. Porque (como dice un sancto) dende los términos occidentales de España hasta los últimos de las Indias corre un navío (si le hace tiempo) en pocos dias; mas aquella region del cielo, á estrellas mas lijeras que rayos da que caminar por muchos años.

Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si esto que paresce por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas, y de tanta hermosura que espantan á los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz, que él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán amables son, dice el Profeta (*x*), tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Cobdicia y desfallesce mi ánima contemplando los palacios del Señor.

Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, es la condicion de los ciudadanos, si son nobles, si son muchos y concordes entre sí. Pues ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia desta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí, que todos ellos son un ánima y un corazon; y así viven en tanta paz, que la mesma ciudad tiene por nombre Hierusalem, que quiere decir, vision de paz. Y si quieres saber el número y poblacion desta ciudad, á eso te responderá Sant Juan en el Apocalipsi, diciendo (*y*) que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaria nadie para los contar; la cual habia sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanza. Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa deste sagrado número,

(*q*) Gen. 13. (*r*) 3. Reg. 10. (*s*) Ephes. 1. (*t*) Apoc. 21. (*v*) Ezech. 47. (*x*) Psalm. 83. (*y*) Apoc. 7.

diciendo (z): Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cient mil millares asistian delante dél.

Y no pienses que por ser tantos están desordenados; porque no es allí la muchedumbre causa de confusion, sino de mayor órden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos, y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre; ese ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y gloria segun su merescimiento. Y así un lugar es el que allí tienen las vírgines, otro los confesores, otro los sanctos mártires, y otro los patriarcas y profetas, otro los apóstoles y evangelistas, y así todos los demas. Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están en su manera los ángeles, divididos en tres hierarquías, las cuales se reparten en nueve coros; sobre todos los cuales reside el trono de la serenísima Reina de los Angeles, que sola ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos finalmente preside aquella sanctísima humanidad de Cristo, que está sentada á la diestra de la Majestad de Dios en las alturas.

Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira la órden destos ciudadanos, la hermosura desta ciudad, y la nobleza destos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre, y pídeles el sufragio de su oracion. Saluda tambien esa dulce patria; y como peregrino que la ve aun dende léjos, envíale con los ojos el corazon, diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promision, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendicion, reino de todos los siglos, paraiso de deleites, jardin de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien sospiramos, por quien hasta agora damos gemidos y peleamos; pues no ha de ser en tí coronado sino el que fielmente peleare (a).

§. XXXIV.

Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los sanctos.

¿Quién podrá despues deste gozo declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfeccion; á la cual pertenesce hacer todas las cosas communes. Aquella peticion del Salvador que dice (b): Ruégote, Padre, que ellos sean una mesma cosa por amor, así como nosotros lo somos por naturaleza, allí es donde perfectamente se cumple; porque allí son todos entre sí mas unos que los miembros de un mesmo cuerpo, porque todos participan un mismo espíritu, el cual da á todos un mesmo sér, y una bienaventurada vida (c). Si no, dime, ¿qué es la causa porque los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma ánima, la cual da á todos ellos un mesmo sér y una vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre miembros de tan diferentes oficios y naturaleza, ¿qué mucho es que aquel espíritu divino, por quien viven todos los escogidos (que es como ánima commun de todos), cause entre ellos otra mayor y mas perfecta unidad, pues es mas noble causa, y de mas excelente virtud, y que da mas noble sér?

Pues dime agora: si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas communes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mesmo cuerpo, y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes dellos como con los suyos proprios), siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno dellos ama como á sí mesmo? Porque, como dice Sant Gregorio (d), aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mesmo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí, sino que pues es cuasi infinito el número de los bienaventurados, serán cuasi infinitos los gozos de cada uno dellos? ¿Qué se sigue, sino que cada uno tendrá las excelencias de todos, pues lo que no tuviere en sí, tendrá en los otros? Estos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job (e), entre los cuales habia grande amor y communicacion, que cada uno dellos por su órden hacia un dia de la semana su convite á todos los otros; de donde resultaba que no ménos participaria cada uno de la hacienda de los otros, que de la suya propria; y así lo proprio era comun de todos, y lo comun, proprio de cada uno. Esto obraba en aquellos sanctos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto es mayor la hermandad de los escogidos? cuánto mayor el número de los hermanos? y cuántos mas bienes y riquezas de que gozar? Pues segun esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allí los serafines, que son los mas altos espíritus y mas allegados á Dios, cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condicion, y la claridad de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convite harán luego los querubines, donde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cuál será el de los tronos y dominaciones, y de todos los otros bienaventurados espíritus? ¿Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos, y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil vírgines, y aquellos diez mil mártires imitadores de la gloria y de la Cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? ¿Qué gozo será ver aquel glorioso diácono con sus parrillas en la mano, resplandeciendo mucho mas que las llamas en que ardió, desafiando los tiranos, y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cuál será ver la hermosísima vírgen Caterina, coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de sus navajas con las armas de la fe y de la esperanza? ¿Qué será ver aquellos siete nobles Macabeos con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios (f)? ¿Qué collar de oro y de pedrería será tan hermoso de mirar, como el cuello del glorioso Baptista, que quiso ántes perder la cabeza que disimular la torpeza del rey adúltero (g)? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado Sant Bartolomé, por Cristo desollado? Pues ¿qué será ver el cuerpo de Sant Esteban con los golpes de las piedras señalado, sino ver una ropa rozagante sembrada de rubíes y esmeraldas (h)? Y vos-

(z) Dan. 7. (a) 2. Thim. 2. (b) Ioan. 17. (c) August. in Manuali, c. 35. et. in Meditationibus, c. 25.

(d) Lib. 4. Moral. c. 12. in princ. (e) Iob. 1. (f) Mach. 7. (g) Matth. 14. (h) Actum. 7.

otros, príncipes gloriosos de la Iglesia cristiana, ¿qué tanto resplandecereis, el uno con la espada, y el otro con el estandarte glorioso de Cristo, con que fuistes coronados (*i*)? Pues ¿qué será gozar de cada una de todas estas glorias como si fuese propria? ¡Oh convite glorioso! oh banquete real! oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Váyanse pues los mundanos á sus banquetes sucios y carnales, á romper los vientres con sus excesos y demasías. Tal convite como este convenía para Dios, donde tales manjares se sirviesen.

Sube aun mas arriba sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana, y embriaga con maravilloso dulzor la ciudad de Dios. Alza los ojos y mira aquella Reina de misericordia llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, y de cuya grandeza se glorían los hombres. Esta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, y bendita sobre todas las mujeres (*k*). Mira pues qué gozo será ver esta Señora y Madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel sancto Simeon le habia profetizado, no ya llorando y buscando por todas partes al Niño perdido (*l*); sino con inestimable paz y seguridad asentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamas aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el Niño de las celadas de Heródes, huyendo en Egipto (*m*). Ya no se verá más al pié de la Cruz, recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caian, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor (*n*). Ya no padescerá mas el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el Maestro, y al criado por el Señor. Ya no se oirán mas aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decia (*o*): Quién me diese que yo muriese por tí, Absalom, hijo mio, hijo mio Absalom. Ya todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió mas afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel summo bien, y diciendo (*p*): Hallado he aquel que ama mi ánima: téngole, no le dejaré.

Y si este es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la Cruz? Cosa será por cierto (como dice Sant Bernardo) llena de toda suavidad, que vean los hombres á un hombre Criador de los hombres. Por honra propria tienen los deudos ver un deudo hecho cardenal ó papa, pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre, y hecho Rey de cielos y tierra? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles, cuando vean que el Señor de la posada, y el comun Criador de todos no es ángel, sino hombre? Si los hombres tienen por honra suya la que se hace á su cabeza, por la grande union que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí donde tan estrecha es la union de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será, sino que todos tengan por suya propria la gloria de su Señor? Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan á darle debido encarescimiento. Pues ¿quién será tan dichoso que merezca gozar de tanto bien? ¡Oh quién te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera, y te diese paz con labios de devocion, y te abrazase con brazos de amor (*q*)! Oh dulcísimo Señor! ¿cuándo será este dia? cuándo paresceré delante tu cara? cuándo me veré harto de tu hermosura? cuándo veré ese rostro en que desean mirar los ángeles (*d*)?

(*i*) Aug. in Manuali, c. 6. (*k*) Apoc. 12. (*l*) Luc. 2.
(*m*) Matth. 2. (*n*) Ioan. 19. (*o*) 2. Reg. 18. (*p*) Cantic. 3.

§. XXXV.

Del tercer gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.

Pues ¿qué será sobre todo esto ver claramente aquella divina cara, en que consiste la gloria esencial de los sanctos? Grandes motivos de gloria son todos los que hasta aquí habemos dicho; mas todos son pequeños si se comparan con este. De Isacar se dice que vió el descanso que era bueno, y la tierra muy buena; y que por esto puso los hombros al trabajo, y se hizo tributario (*s*). El descanso y la gloria de los sanctos buena es; mas la tierra que lleva este descanso, muy buena es en superlativo grado; porque esta es la cara y la hermosura de Dios, de cuya vista procede el descanso y gloria dellos. Esta es la que sola basta para dar á nuestras ánimas cumplido reposo. Porque toda la dulcedumbre y suavidad de las criaturas bien puede dar deleite al corazon humano, mas no hartura. Pues si todos estos bienes susodichos tanto deleitan, ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí la perfeccion y summa de todos los bienes? Y si la sola vista de las criaturas es tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara, aquella lumbre y aquella hermosura en quien resplandescen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan communicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad y amor del Espíritu Sancto.

Allí verémos á Dios, y verémos á nos, y verémos todas las cosas en Dios. Dice Sant Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante, ve al espejo, y ve á sí mesmo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo; así cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la Majestad de Dios presente, verémos á él, y verémos á nos en él, y despues todo lo que está fuera dél, segun el conoscimiento mayor ó menor que tuviéremos dél. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará mas saber; porque terná delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay mas que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera hinchirá la boca de nuestro corazon, que no le quedará mas que desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado, conviene saber, fe, esperanza y caridad, cuando á la fe se de por premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad imperfecta, la caridad en toda su perfeccion (*t*). Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío, y hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se canta aquel cantar cuasi nuevo que Sant Joan oyó cantar en su Apocalipsi (*v*). El cual llama cuasi nuevo; porque aunque él sea siempre de una manera (porque es una comun alabanza, que responde á una comun gloria

(*q*) Cantic. 8. (*r*) 1. Petr. 1. (*s*) Gen. 49. (*t*) Aug. in Inchirid. c. 3. tom. 3. (*v*) Apoc. 14.

que todos tienen); pero con todo esto es siempre nuevo cuanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, ese terná para siempre sin fin (x). No encanesce ni se envejesce el alegría de los sanctos, como tampoco envejescerán sus cuerpos; pues el que hace los cielos estar siempre nuevos á cabo de tantos años, ese hará que la flor de su gloria esté siempre verde, y que nunca se marchite.

§. XXXVI.

Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.

Esta es la gloria esencial de las ánimas. Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal no se contenta con solo glorificar las ánimas, sino extiende tambien su magnificencia por honra dellas á glorificar sus cuerpos, y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡Oh amador de los hombres! Oh honrador de los buenos! Y ¿qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el sanctuario del cielo? La carne que habia de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo; que no está bien la tierra sobre el cielo.

Mas aquel que dijo á Abraham (y): Honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á tí toca; ese quiere hacer este favor á los cuerpos de los sanctos, por el parentesco que tienen con las ánimas dellos. Quiere tambien este Señor que el que ayudó á llevar la carga, entre en el repartimiento de la gloria; y que así como el ánima por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene despues á participar la gloria de Dios, así el cuerpo que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga tambien á participar la gloria della. Y desta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos, y, como dice el Profeta (z), poseerán en su tierra los bienes doblados: que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarescidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaria para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas, como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de increible sabor y dulzura, no para sustentacion de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entónces el ánima del bienaventurado, cuando por la mortificacion y guarda de los sentidos, que duró tan poco tiempo, se vea así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar suelo ni cabo á tan grandes alegrías? ¡Oh trabajos bienaventurados! Oh servicios bien galardonados! Oh cosa no para hablarse, sino para sentirse y desearse, y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

§. XXXVII.

Del quinto gozo, que es de la duracion de la eternidad.

Mas agora veamos por qué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que solo debria bastar para hacernos andar dando voces, y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará ese galardon tantos millares de años, cuantas estrellas hay en el cielo y mucho mas. Durará tantas centenas de millares de años, cuantas gotas de agua han caido sobre la tierra y mucho mas. Durará finalmente miéntras durare Dios, que será en los siglos de los siglos; porque escripto está (a): El Señor reinará para siempre y mas. Y en otro lugar (b): Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generacion en generacion.

Pues, ó Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, suplícote, Señor, por las entrañas de tu piedad no sea yo privado deste soberano bien. Señor Dios mio, que tuviste por bien criarme á tu imágen y semejanza, y hacerme capaz de tí, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para tí. Mi parte sea, Dios mio, en la tierra de los vivientes. No me dés, Señor, en este mundo descanso ni riqueza; todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Ruben en la tierra de Galaad, y perder el derecho de la tierra de promision. Una sola cosa pedí al Señor, y esta siempre buscaré: que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida.

EL DOMINGO EN LA NOCHE.

Este dia pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos, y para encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo, y sentir mas las ofensas hechas contra tan piadoso bienhechor.

Y aunque estos beneficios sean innumerables, todos ellos se pueden reducir á cinco maneras de beneficios (c): conviene saber, al beneficio de la creacion, conservacion y redencion, y vocacion, y á los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recebidos.

Cuanto al primer beneficio de la creacion considera primeramente con mucha atencion lo que eras ántes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo, y te dió ante todo merescimiento: conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, criada á su imágen y semejanza, para un tan alto fin como es gozar de Dios, con aquellas tres tan nobles potencias, que son: entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima, fué darte todas las cosas; pues está claro que ninguna perfeccion ni habilidad hay en alguna de todas las criaturas inferiores, que el hombre no tenga en sí eminentemente con mayor perfeccion, y que mediante la virtud y habilidad de su ánima no pueda contrahacer. Por do paresce que darnos esta pieza sola, fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservacion, mira cuán colgado está todo tu sér de la Providencia divina; cómo no vivirias un punto, ni darias un paso si no fuese por él; cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio, y hasta los mesmos ángeles del cielo diputó para tu guarda y amparo (d). Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada dia ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú tambien haber caido, si Dios por su piedad no te hubiera preservado.

(x) Aug. in Soliloq. c. 36. (y) Gen. 17. (z) Isaiæ 61.

(a) Exod. c. 15. (b) Psalm. 145. Psalm. 144. (c) De beneficiis divinis, vide lib. 1. de la Guia de Pecadores. c. 2.
(d) Hebr. 1. Matt. 18.

Cuanto al beneficio de la redempcion puedes considerar dos cosas: la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redempcion; y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padesció en su cuerpo y ánima sanctísima, para ganarnos estos bienes.

Cuanto al beneficio de la vocacion, considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del sancto baptismo, y hacerte tambien participante de los otros sacramentos. Y si despues deste llamamiento, perdida ya la innocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y inviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como le cortó á otros en ese mesmo estado, y finalmente llamarte con tan poderosa gracia, que resuscitases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz eterna? ¿Qué misericordia fué despues de ya convertido darte gracia para no volver al pecado, y para vencer al enemigo, y finalmente para perseverar en lo bueno? Esta es aquella agua temprana y tardía que promete Dios por el profeta Joel, diciendo (*e*): Y vosotros, los hijos de Sion, gozaos y alegraos en vuestro Señor Dios; porque os dió un maestro y enseñador de justicia, y porque hará descender sobre vosotros el agua temprana y tardía: conviene saber, la gracia prevenienie, con que comenzamos la sementera de las virtudes; y despues la subsecuente y final, con que llega la sementera á su próspero fin.

Estos son los beneficios públicos y conoscidos: otros hay secretos que no conosce sino el que los ha recebido, y aun otros hay tan secretos, que el mesmo que los recibió no los conosce, sino solo aquel que los hizo. ¿Cuántas veces habrás en este mundo merescido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios alzase la mano de tí y te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por algunas destas causas (porque por esto caen los que caen), y no lo ha hecho? ¿Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos? ¿Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo á Sant Pedro (*f*): Mira que Satanas anda muy cobdicioso y negociado para aventaros á todos como á trigo en la era; mas yo he rogado por tí, que no desfallezca tu fé? ¿Pues quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conoscer el hombre; mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conoscerá (*g*)? Pues por estos como por los otros es razon que démos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto mas es lo que debemos de lo que podrémos pagar, pues aun no lo podemos entender.

§. XXXVIII.

De la consideracion de los beneficios divinos: en la cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el dia de la cuenta, es el desagradecimiento de sus beneficios.

(*e*) Ioel. 2. (*f*) Luc. 22. (*g*) D. Aug. lib. 2. Confess. c. 7.

Por esta queja comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitud y desconocimiento de los malos. Oye, dice él (*h*), cielo; y recibe mis palabras en tus oídos, tierra; porque el Señor Dios ha hablado: Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buey conosció á su posesor, y el asno al pesebre de su señor; mas Israel no me ha conoscido, ni mi pueblo ha querido entender. ¿Pues qué cosa mas extraña que no reconoscer los hombres lo que reconoscen las bestias? Y (como dice Sant Hierónimo sobre este paso) no los quiso comparar con otros animales mas entendidos, como es el perro, que por un poco de pan defiende la casa de su señor; sino con los bueyes y con los asnos, que son animales mas torpes y rudos; para dar á entender que los ingratos no son como quiera bestias, sino muy mas brutos que las mas brutas de las bestias.

¿Pues de qué pena será merecedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios aparejadas para los ingratos; mas la mas justa y mas ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradescimiento dellos. Porque, como dice Sant Bernardo (*i*), el desagradescimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la divina misericordia, y la fuente de su clemencia, y la corriente de su gracia.

Pues así como el desagradescimiento es causa de tan grandes males, así por el contrario el agradescimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero de amor de Dios; porque, como dice Aristóteles (*k*), el bien es en sí amable; pero cada uno es mas inclinado á amar á su proprio bien. Pues como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mesmos, y de su proprio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel summo bienhechor, luego se inclinan á amar y querer bien á quien ven que les ha hecho tanto bien. De donde viene á ser que entre las consideraciones que mas aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las mas principales es la de los beneficios divinos; porque cada uno destos beneficios es como un tizon que aviva y enciende mas la llama deste amor. Y por consiguiente considerar muchos destos beneficios, es juntar en uno muchos tizones, para que así se encienda mas y mas la llama deste fuego.

Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en el hombre deseo de servir á Dios, cuando considera la grande obligacion que tiene á quien tanto debe. Porque si aun hasta las aves y las bestias brutas por esta causa responden á la voz de quien los llama, y obedescen como personas de razon á todo lo que se les manda, ¿cuánto mas justo será que haga esto quien tanto mas recibió, y tanto mejor lo puede reconoscer?

Vale tambien esto mesmo para despertar en nuestras ánimas dolor y arrepentimiento de los pecados. Porque cuando el hombre considera profundamente por una parte la muchedumbre de los beneficios que ha recebido de Dios, y por otra la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra él, ¿cómo podrá dejar de avergonzarse, y confundirse, y conoscer mejor lo prieto par de lo blanco: conviene saber, la grandeza de su maldad comparada con la grandeza de aquella summa bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien á quien siempre perseveró en hacer mal?

(*h*) Isaiæ 1. (*i*) Serm. 2. de 7. misericordiis, et sermo 51. super cantica. et D. Aug. in Soliloq. c. 18. (*k*) Libr. 8. Ethic. c. 2.

Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos, y juntamente para dar al Señor gracias por ellos. Y así cuando los fuere meditando, ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazon unas veces al amor de quien tanto bien le hizo, otras al deseo de su servicio, otras al dolor y arrepentimiento de sus pecados, y otras tambien á ofrescer sacrificio de alabanza y agradescimiento por ellos: que son aquellos becerricos de los labios que el Profeta quiere que ofrezcamos á Dios por los beneficios recebidos (*l*).

Y aunque estos sean innumerables, solamente trataremos aquí de cinco géneros de beneficios mas principales (á los cuales se pueden reducir todos los otros), conviene saber: el beneficio de la creacion, y gobernacion, y redempcion, y vocacion; y finalmente los beneficios particulares y ocultos, que cada uno podrá reconoscer dentro de sí.

Y no se requiere que de una vez se hayan de pensar todos estos beneficios: basta pensar uno, ó dos, ó tres bien pensados y bien rumiados; porque los ejercicios de la meditacion no se han de tomar á destajo, como tarea que se ha de llegar al cabo, sino como el mantenimiento de cada dia, que cuanto mas templadamente se toma, y mejor se digiere, tanto suele ser mas saludable.

§. XXXIX.

Del beneficio de la creacion.

Comenzando pues por el beneficio de la creacion, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza deste beneficio, debes primero pensar muy profundamente lo que eras ántes que fueses criado. Este es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, así para conoscer la grandeza deste beneficio, como para la anihilacion (que llaman), que es para ver el hombre clara y palpablemente cómo de su parte no es mas que pura nada (*m*). Considera pues cómo hoy ha tantos años, y no mil años, ni cient años: sino de ayer acá: conviene saber, de muy poco tiempo á esta parte, eras, á lo ménos cuanto al ánima, nada, y fuiste ab eterno nada, y pudieras ser para siempre nada, que es ser ménos que tierra, ménos que aire, y ménos aun que una paja: finalmente nada.

Mira luego cómo esa nada no pudo hacer á sí mesma algo, ni tampoco merescer que otro la hiciese algo; pues lo que no es, ni puede obrar ni merescer. Pues estando tú en esas tinieblas, y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo á aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merescimiento, y por pura gracia, usar contigo de su virtud y omnipotencia, y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas, y de aquel abismo tan profundo del no sér al sér, y hacer que fueses algo. Y, como dice Sant Augustin (*n*), no cualquiera algo; no piedra, no ave, no serpiente; sino hombre, que es una de las mas nobles criaturas del mundo. El te dió ese sér que tienes, él compuso y organizó ese cuerpo tuyo, y lo guarneció por todas partes, así de miembros como de sentidos, con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno dellos, si bien se considera, es por sí una grande maravilla, y muy grande beneficio. Este es aquel beneficio que humildemente reconoscia el sancto Job, cuando decia (*o*): Tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en derredor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me heciste, y que en esta mesma me volverás. De piel y de carne me vestiste, compusísteme de huesos y nervios, dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tu visitacion.

Pues ¿que diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fué criada, y de la imágen y capacidad que tiene? La imágen es la del mesmo Dios; porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que mas se parezca á Dios, ni por donde mas claro podamos venir en conocimiento dél. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre conveniente que poner á Dios, sino Mente, que es lo mesmo que ánima racional, por la grande semejanza que hallaba entre Dios y ella. Y de aquí nasce el no poder ser entendida perfectamente la substancia de nuestra ánima; porque como ella sea tan semejante á aquella divina substancia, la cual no puede ser en esta vida conoscida, así tampoco ella lo puede ser.

Pues el fin para que esta noble criatura fué criada es conforme á esta dignidad; porque cónstanos que fué criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios: para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza, y vestir la mesma ropa de inmortalidad que él viste, y reinar para siempre con él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene, la cual es tan grande, que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son mas parte para hinchir el seno de su capacidad, que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

¿Pues con qué pagarémos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos á los padres carnales por haber sido alguna parte en la fábrica deste cuerpo, ¿cuánto mas deberémos á aquel Padre eterno, que por medio dellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparacion mas excelente que el cuerpo, y sin la cual el cuerpo no sería mas que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres sino un instrumento con que hizo Dios una pequeña parte desta obra? Pues si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto mas deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto mas deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas la espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto mas debes estimar al mismo rey que la ganó?

§. XLI.

Del beneficio de la conservacion.

Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, él mesmo es el que despues de criado te conserva en ella, como él mesmo lo dice por Isaías (*p*): Yo soy tu Señor Dios, que te enseño lo que te conviene saber, y te gobierno por el camino que andas. Muchas madres contentas con solo el trabajo de haber parido los hijos, no se quieren encargar de la crianza dellos, sino buscan para esto una ama que las descargue. Mas acá no es así, sino que el mesmo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera, que él es la madre que nos engendró, y el ama que nos cria con la leche y regalo de su providencia, segun que él mesmo lo testifica por un profeta, diciendo (*a*): Yo era como ama de Efraim, y los traia en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo te-

(*l*) Osee 14. (*m*) Aug. in Soliloq. c. 33. (*n*) Lib. 1. Confes. c. 2. et 6. et 20. et in Soliloq. c. 25. et 31. et 7, et 8.

(*o*) Iob. 10. (*p*) Isai. 48. (*q*) Osee 11.

nia dellos. De manera que un mesmo es el hacedor y el conservador de todo lo hecho, y así como sin él nada se hizo, así tambien sin él todo se desharía. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras (*r*): Todas las cosas, Señor, esperan de tí que les dés su racion y mantenimiento á sus tiempos; y dándoselo tú, lo reciben; y extendiendo tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas apartando tú el rostro dellas, luego se turbarán, y desfallescerán, y se volverán á aquel mesmo polvo de que fuéron hechas. De manera que asi como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las ruedas que lo traen y llevan en pos de sí, de tal modo que si ellas parasen, luego todo aquel artificio y movimiento pararia; así todo el artificio desta gran máquina del mundo depende de solo el peso de la divina Providencia; de tal manera que si ella faltase de por medio, todo lo demas luego faltaria.

Mas ¿qué tantos beneficios (si piensas) encierra en sí este beneficio? Todos cuantos punctos y momentos tienes de vida son partes deste beneficio, pues en ninguno dellos podrias vivir ni permanescer, si apartase Dios un puncto sus ojos de tí. Todas cuantas criaturas hay en el mundo son parte deste beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera que tuyo es el cielo, y la tierra, y el sol, y la luna, y las estrellas, y la mar, y los pesces, y las aves, y los árboles, y los animales, y finalmente todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas á tu servicio. Este es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el Profeta cuando decia (*s*): ¿Qué cosa es, Señor, el hombre, porque así te acuerdas dél; ó él hijo del hombre, porque así lo visitas? Hecístele un poco menor que los ángeles, coronástele de gloria y de honra, y dístele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus piés: las ovejas, las vacas y todos los animales del campo; las aves del cielo, y los pesces de la mar, que caminan por las sendas de la mar. ¡Oh Señor Dios nuestro, cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra!

Y no contento con haber diputado para este fin todas las criaturas visibles, tambien quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante dél, y vén su divina cara; pues, como dice Sant Pablo (*t*), todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, á quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres. Finalmente todo el mundo ocupó en tu servicio, para que tú te ocupases en el suyo, y no quiso que debajo del cielo ni sobre el cielo hobiese criatura exempta de tu aprovechamiento, porque dentro de tí no hobiese cosa que lo estuviese de su servicio.

Y aunque todo esto pases de corrida, no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaescimientos y miserias que cada dia vemos acaescer á los otros hombres. A uno ves tollido, á otro ciego, á otro manco, á otro perniquebrado, á otro con los dolores de la piedra, ó de la gota, ó con otros males semejantes. Porque en hecho de verdad no es otra cosa este mundo, sino un piélago de infinitos trabajos, y apénas hallarás casa en toda esta tierra de Egipto, donde no haya su gemido y su dolor (*v*). Pues dime agora: ¿quién te dió á tí esa bula de exempcion? quién te hizo tan privilegiado, que entre tantas maneras de lisiados estés tu sano? entre tanta muchedumbre de caidos, estés en pié? ¿No eres tú hombre como todos, y pecador como todos, y hijo de Adam como todos? Pues si todos estos males vienen, ó por parte de la naturaleza, ó por parte de la culpa; habiendo en tí las mesmas causas, ¿cómo no hay los mesmos efectos? Pues, ¿quién suspendió los efectos destas causas, quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no perecieses en este comun diluvio, sino sola la divina gracia? Pues echada bien esta cuenta hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos, y que por cada uno dellos debes especial agradescimiento y amor. De manera que por el beneficio pasado hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos, pues todos sirven para tu conservacion; mas agora por este conoscemos que tambien todos los males del mundo son beneficios tuyos, pues de todos ellos te ha librado este Señor.

(*r*) Psalm. 103. (*s*) Psalm. 8.° (*t*) Hebr. 1. Matth. 18.
(*v*) Exod. 12.

§. XLI.

Del beneficio de la redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempcion; aunque mejor fuera adorar este misterio con un sancto silencio, que hablar dél tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera innocencia y gracia en que fuiste criado, y pudiera justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable, como dejó al demonio, sin haber quien se lo demandara, y no lo quiso hacer; sino ántes por el contrario trocando las iras en misericordias, acordó de hacer mayores mercedes, cuando habia recebido mayores ofensas. Y pudiendo él remediar este daño con enviar un ángel, ó un arcángel, ó de otras muchas maneras, no quiso sino venir él mesmo en persona, y pudiendo venir con majestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza, para enamorarte mas de sí con este beneficio, y obligarte á mas con este ejemplo, y redemirte mas copiosamente con tan gran tesoro, y darte mas claro á conoscer lo mucho que te queria, para que asi le quisieses; y lo mucho que en él tenias, para que en él esperases. Esto es lo que con mucha razon encaresce el profeta Isaías por aquellas palabras que, segun la traslacion de los Setenta, dicen así (*x*): En todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padescer por ellos; y no quiso enviarles embajador ni ángel para que los redemiese, sino él mesmo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redemirlos, y traerlos sobre sus hombros todos los dias del siglo, aunque ellos conoscieron mal este beneficio, y entristecieron y provocaron á ira al Espíritu Sancto.

Y si tanto debes á este Señor porque él mesmo en persona quiso venir á redemirte, ¿cuánto mas le deberás por la manera en que te redimió, que fué con tan grandes trabajos (*y*)? Gran beneficio es por cierto que el Rey perdone al ladron los azotes que merece; mas que el mesmo rey los quiera recebir en sus espaldas por él, este es sin comparacion beneficio mayor. ¿Cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Alza los ojos á aquel sancto madero, y mira todas las heridas y dolores que padesce allí el Señor de la Majestad, porque cada una dellas es un beneficio por sí, y grandísimo beneficio.

(*x*) Isai. 63. Septuag. apud D. Hierony. in comment. super Esai.
(*y*) Ex S. Leone Pap. in serm. Annunciat.

Mira aquel innocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caida de flaqueza y derribada sobre los hombros; y aquella divina cara en que desean mirar los ángeles, cómo está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel mas hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era comun deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel sancto Nazareo mas puro que la nieve (*z*), mas blanco que la leche, mas colorado que el marfil antiguo, cómo está mas escurescido que los carbones, y tan desemejado y afeado, que apénas podrá de los suyos ser conoscido. Mira aquella sagrada boca amarilla y mortecina, y aquellos labios cárdenos y denegridos, cómo se mueven á pedir perdon y misericordia para sus mesmos atormentadores (*a*).

Finalmente por do quiera que le mirares, hallarás que no hay en él una sola parte libre de dolor, sino que todo él de piés á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara, y aquellos ojos mas hermosos que el sol, están ya escurescidos y defunctos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oídos que oyen los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados, y tan largos que abrazan todo el poder del mundo, están desconyuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos, y no hicieron mal á nadie, están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados piés que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, están mortalmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al mediodia (*b*), cuán estrecha es, y cuán dura: cómo no tiene allí sobre que reclinar la cabeza. ¡Oh cabeza de oro, cómo te veo por mi amor tan fatigada! ¡Oh cuerpo sancto del Espiritu Sancto concebido, cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado! ¡Oh dulce y amoroso pecho, ¿qué quiere decir esa llaga, esa tan grande abertura? ¿Qué quiere decir tanta sangre? ¡Ay de mí, cómo te veo por mi amor fuertemente alanceado! ¡Oh Cruz rigurosa, no estés agora tan yerta, ablanda un poco tu dureza, inclíname esas ramas altas, abájame ese tan precioso fructo, para que lo pueda yo gustar. ¡Oh crueles clavos, dejad esos piés y manos innocentes venid á mi corazon, y heridlo, que yo soy el que pequé, y no él. ¡Oh buen IESU! qué á tí con tantos dolores, qué á tí con la muerte, y con los clavos, y con la Cruz? Verdaderamente con mucha razon dijo el Profeta (*c*): Muy ajena y peregrina será su obra de quien él es. ¿Qué cosa mas ajena ni mas peregrina para la vida que la muerte, y para la gloria que la pena, y para la summa sanctidad y innocencia, que imágen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura peregrina es para tí. ¡Oh verdadero Jacob (*d*), que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendicion del Padre, pues tomando en tí imágen de pecador, nos ganaste victoria contra el pecado! ¡Oh inefable bondad! oh misericordia no debida! oh amor nunca pensado! oh incomprensible caridad! Dime, Señor, ¿qué viste en nosotros, qué servicio te hecimos, con qué obras te obligamos á pasar tales tormentos? ¡Oh maravillosa largueza, que sin haber de nuestra parte ningun merescimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta via! Aparescido ha, dice el Apóstol (*e*), la benignidad y clemencia de nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su gran misericordia, por la cual nos hizo salvos. ¡Oh cuánto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar (*f*): No me invocaste, Jacob; ni trabajaste en mi servicio, Israel: no me ofreciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste; mas con todo esto me heciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender con tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca mas dellos me acordaré. Tráeme á la memoria, y entremos, si quieres, en juicio; y mira si tienes algo con que seas justificado.

Pues ¡oh clementísimo y dulcísimo Señor! ¿qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adam, y todos los dias y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fuéron y serán; todo esto sería nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y pues por ninguna via puedo salir desta deuda, páguete yo siquiera, Dios mio, con nunca jamas olvidarme della. Pídote, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad, que así hieras mi corazon con tus heridas, y así embriagues mi ánima con tu sangre, que á do quiera que me volviere, siempre te vea crucificado; y do quiera que pusiere los ojos, todo me parezca resplandescer con tu sangre. Esta sea toda mi consolacion, estar siempre crucificado contigo; y esta toda mi afliccion, pensar otra cosa fuera de tí. Mira, Dios mio, el precio por que me compraste; y no permitas que un tan precioso tesoro haya sido derramado en balde por mí; ni que yo sea como el hijo abortivo, al cual pare su madre con gran dolor, y él no goza del fructo de la vida.

§. XLII.

Del cuarto beneficio de la vocacion.

Despues desto piensa en el beneficio de la vocacion ó llamamiento de Dios, sin el cual todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenacion del hombre. Aquí es de saber que son dos los llamamientos divinos: uno á la fe, mediante el sacramento del baptismo; y otro á la gracia, despues de perdida aquella innocencia primera baptismal.

Considera pues, qué tan grande fué el beneficio del primer llamamiento mediante el sancto baptismo, donde fuiste alimpiado del pecado original, y librado del poder del demonio, y hecho hijo de Dios, y heredero de su reino. Allí tomó él tu ánima por esposa, y la adornó con atavios convenientes á tal estado, que es con la gracia, y con las virtudes y dones del Espíritu Sancto, y con otras muy mas ricas joyas y dones que las que se dieron á Rebeca cuando la tomaron por esposa de Isaac (*g*). Pues ¿qué heciste tú por donde merecieses un tan grande beneficio como este? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes, por justo juicio de Dios no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de tí si nascieras entre ellas, carescieras del conoscimiento del verdadero Dios, y adoraras piedras y palos? ¿Cuánto debes al Se-

(*z*) Trhen. 4. (*a*) Luc. 23. (*b*) Cantic. 1. (*c*) Isaiæ 28. (*d*) Genes 27.

(*e*) Ad Tit. 3. (*f*) Isai. 43. (*g*) Genes. 24.

ñor que entre tanta muchedumbre de perdidos quiso que acertases tú á ser del número de los ganados, y de aquellos que hobiesen de nascer en los brazos de la Iglesia, y criarse con la leche de los apóstoles y con la sangre de Cristo?

Y si despues de la gracia deste llamamiento perdiste por tu culpa la innocencia del baptismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, ó muchas veces, ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fué aguardarte tanto tiempo, y darte espacio de penitencia, y sufrirte en aquel estado de la culpa, sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra, y recebia en vano las influencias del cielo (*h*). Otro beneficio fué sufrirte tantos y tan enormes pecados, sin echarte en el infierno por ellos; donde por ventura estarán otros muchos penando por menores delictos que los tuyos. Otro beneficio fué enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aun en medio de tus mesmos delictos, y perseverar tanto tiempo en llamar á quien no hacia otra cosa sino ofender á su llamador. Otro beneficio fué dar finalmente conclusion á tan largas porfías, y llamarte con tan poderosa voz, que con ella resuscitases de muerte á vida, y salieses como otro Lázaro del sepulcro tenebroso de tus maldades (*i*), no ya atado de piés y manos, sino suelto y libre de las prisiones del enemigo. Mas sobre tode esto, ¿qué beneficio fué darte allí, no solo perdon de las culpas pasadas, sino tambien gracia para no volver á ellas, con todos los otros atavíos que al hijo pródigo se dieron en su recebimiento (*k*), con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto en las cosas de Dios, que ántes te eran desabridas; y desgusto en las del mundo, que ántes te eran tan sabrosas?

Pues ¿qué será si demas desto consideras á cuántos otros se negó este beneficio que á tí se concedió tan de gracia? ¡Y siendo tú pecador como ellos, y tan indigno deste llamamiento como ellos, que quedándose ellos en su mal estado, te pusiese Dios á tí en estado de salud y de gracia! ¿Con qué agradescimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando por virtud deste llamamiento te veas algun dia gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas á otros compañeros y conoscidos tuyos por falta de semejante gracia estar penando para siempre en el infierno? ¡Oh cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime: cuando aquel dichoso ladron que con una palabra compró la vida perdurable (*l*), se vea en tan grande gloria como agora posee, y vea su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él tambien era ladron como él, y pagaba por sus hurtos como él (*m*), y poco ántes blasfemaba de Cristo como él; y que con todo esto se inclinaron aquellos ojos divinos á mirar á él, y darle tan grande luz, dejando al otro en sus tinieblas, ¿qué gracias te parece que dará por esta gracia? cómo se alegrará con tan grande beneficio? cómo se maravillará de tan grande juicio? con qué amor amará á aquel que lo quiso prevenir con un don tan admirable? Pues si te paresce grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que á tí se hizo por Cristo, cuando este mesmo Señor puso sus ojos piadosos en tí, dejando de llamar con esta manera de llamamiento á tu vecino ó amigo, que por ventura le habia ofendido ménos que tú. Mira pues lo que por esto debes al Señor, y la razon que aquí se te ofresce para desear morir por su amor.

Sobre todo esto considera cuánto le costó al Salvador este beneficio, que á tí se dió tan de balde (*n*). A tí se dió de pura gracia, y á él le costó la sangre y la vida; pues nos consta que sin ella no pudieran ser perdonados nuestros pecados, ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que como así los ve, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos resciben calor y vida. Pues si tú quieres sentir qué tan grande sea este beneficio, haz cuenta que cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso pelícano movido con entrañas de compasion, hirió su sagrado pecho con una lanza, y rosció las llagas mortales de tu ánima con las suyas, y así con su muerte te dió vida, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas pues ingrato á tan grande y tan costoso beneficio; sino acuérdate, como te lo amonesta el Señor (*o*), deste dia, en el cual saliste de Egipto. Este fué tu pascua, este el dia de tu resurreccion; pues en él pasaste por el mar Bermejo de la sangre de Cristo á la tierra de promision (*p*), y en él resuscitaste de muerte á vida.

§. XLIII.

De los beneficios particulares.

Estos son los beneficios generales. Hay otros particulares que se hacen á cada uno, los cuales no puede conoscer sino el mesmo que los ha recebido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes, ó de fortuna, ó de naturaleza, ó de gracia, que el Señor habrá dado á cada uno en particular (*q*); y asimismo muchos males y peligros, así de cuerpo como de ánima, de que por su misericordia le habrá librado; por los cuales beneficios se debe tambien su agradescimiento como por los pasados; porque son mas ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros; mas débelos cada uno escribir en su corazon, para juntarlos con estotros, y dar gracias al Señor por ellos.

Hay otros aun mas ocultos, que el mesmo que los ha recebido no conosce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia; porque entiende el daño que nos podrian hacer si él no los atajase (*r*). ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá Dios excusado al hombre, y de cuántas ocasiones de pecar le habrá librado, y cuántas veces habrá cortado los pasos, y desarmado los lazos al enemigo, para que no cayésemos en ellos (*s*)? Del sancto Job dijo el mesmo demonio que le tenia Dios cercado por todas partes, para que ninguna cosa le pudiese dañar (*t*); y así suele este Señor traer á los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada les empezca.

Podrá tambien el hombre haber recebido de Dios algunos dones secretos sin que él mesmo sepa dellos, así como tambien puede y suele haber muchos pecados ocultos, que el mesmo que los hace no conosce. Pues así como por este género de pecados debemos cada dia

(*h*) Luc. 13. (*i*) Ioan. 11. (*k*) Lucæ 15. (*l*) Luc. 23.
(*m*) Hieronymus ita sentit super caput 27. Matthæi.

(*n*) Vide August. lib. 13 de Trinitat. c. 10. (*o*) Exod. 13.
(*p*) Exod. 14. (*q*) Vide Aug. lib. 2. Confes. c. 7. et Bernard. in serm. de 7. misericordiis. (*r*) D. Aug. in Soliloq. c. 15. et 16.
(*s*) Lucæ 22. ibi: Simon, Simon. (*t*) Iob. 1.

hacer oracion con el Profeta, y decir: De mis pecados ocultos librame, Señor (*v*); así tambien por aquel linaje de beneficios debemos cada dia darle gracias, para que desta manera ni quede pecado sin penitencia, ni beneficio sin agradescimiento.

CAPITULO X.

Síguense las otras siete meditaciones de los mismos dias de la semana por la mañana.

EL LÚNES POR LA MAÑANA.

Este dia hecha la señal de la Cruz, con la preparacion que adelante se pondrá en el §. IV, se ha de pensar en el lavatorio de los piés, y la institucion del sanctísimo Sacramento.

El texto de los evangelistas dice asi (*a*):

Como se allegase ya la hora de la cena, asentóse el Señor á la mesa, y los doce apóstoles con él, y díjoles: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua ántes que padezca. Y estando ellos cenando, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Y entristecidos mucho con esta palabra, comenzaron cada uno á decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? Y respondióles, diciendo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese me venderá. Y el hijo de la Vírgen va su camino asi como está escripto dél; mas ¡ay de aquel hombre por quien él será vendido! Bueno le fuera no haber nascido. Y respondiendo el mesmo Júdas, que lo habia de vender, dijo: ¿Por ventura soy yo, Señor? Respondióle el Señor: Tú lo dijiste.

(*b*) *Acabada la cena, levantóse de la mesa, y quitóse las vestiduras; y como tomase un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un vacin, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que se habia ceñido. Llegó pues á Simon Pedro. Díjole Pedro: Señor, ¿tú me quieres lavar los piés? Respondióle Jesus, y díjole: Lo que yo hago, no lo sabes tú agora; saberlo has despues. Dice Pedro: Nunca jamas tú me lavarás los piés. Respondióle Jesus, y díjole: Si no te lavare, no ternás parte en mí. Dice Simon Pedro: Señor, desa manera, no solamente los piés sino tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus; El que está lavado, no tiene necesidad que le laven mas que los piés; porque todo lo demas está limpio. Y vosotros ya estais limpios, aunque no todos. Sabia él quién era el que lo habia de vender, y por esto dijo: No todos. Pues como acabó de lavar los piés, tomó sus vestiduras, y tornándose á asentar, díjoles: ¿Entendeis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decis; porque de verdad lo soy. Pues si os he lavado los piés, siendo vuestro Señor y Maestro; vosotros debeis tambien unos á otros lavaros los piés. Porque ejemplo os he dado en esto, para que como lo hice, así vosotros lo hagais.*

(*c*) *Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendíjolo, y partiólo, y diólo á sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed: este es mi cuerpo. Y tomando tambien el cáliz, dió gracias, y entregóselo, diciendo: Bebed todos deste cáliz, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada en remision de los pecados. Y todas las veces que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí.*

(*v*) Psalm. 18. (*a*) Matth. 26. Marc. 14. Lucæ 22. Ioan. 13.
(*b*) Ioan. 13 (*c*) Matth. 26. Marc. 14. Lucæ 22. 1. Cor. 11.

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Contempla pues, ó ánima mia, en esta cena á tu dulce y benigno Jesu, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa, y lavando los piés de sus discípulos. O buen Jesu, ¿qué es eso que haces? O dulce Jesu, ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los piés de los hombres, y ante los piés de Júdas? ¡Oh cruel! ¿cómo no se te ablanda el corazon con esa tan grande humildad? Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado de vender este mansísimo Cordero? Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos, ¿cómo podeis tocar piés tan sucios y abominables? Oh purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar piés enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Mirad, ó espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador. Salid á mirar dende esos cielos, y verlo heis arrodillado ante los piés de los hombres; y decid si usó jamas con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado (*d*). O apóstoles bienaventurados, ¿cómo no temblais viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los piés?

Maravillado y atónito Sant Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir (*e*): ¿Tú, Señor, lavas á mí los piés? ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues tú quieres á mí lavar los piés? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú que fundaste la tierra sobre sus cimientos, y la hermoseaste con tantas maravillas? ¿Tú que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres, y riges con tu sabiduría todas las cosas? ¿Tú has de lavar á mí los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, y un vaso de corrupcion, una criatura llena de vanidad, de ignorancia, y de otras infinitas miserias; y lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, á mí? Tú, Señor de todas las cosas, á mí el mas bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad, y la profundidad de mi miseria, me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja pues, Señor mio, deja para los siervos ese oficio; quita esa tohalla, toma tus vestiduras, asiéntate en tu silla, y no me laves los piés. Mira no se avergüencen desto los cielos, viendo que con esa cerimonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas, vienes á poner debajo de los piés de los hombres. Mira no se afrente desto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros piés que los tuyos. Mira no te desprecie la hija

(*d*) Abac. 3. (*e*) A quo incepit secundum D. Aug. quem sequitur D. Thom. super Ioannem, c. 13. Chrys. vero homil. 70. super Ioan. tenet quod à Iuda proditore incepit. At D. Cyprian. in sermone ablutionis pedum, habet quod Iudas exivit ante pedum ablutionem. Quæ sententia textui sacro repugnat, et ipsimet Cypr. in serm. de patientia: unde merito, sermo ille negatur esse Cyprian.

del rey Saul (*f*), viéndote con ese lienzo vestido á manera de siervo, y diga que no quiere recebir por esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil.

Esto decia Pedro como hombre que aun no sentia las cosas de Dios, y como quien no entendia cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conoscia y tanto deseaba dejarnos en aquella sazon por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo á la simplicidad de su discípulo, y llevó adelante lo comenzado. «Aquí es »mucho de notar cuánto es lo que este Señor hizo por ha»cernos humildes (1), pues estando tan á la puerta de su »Pasion, donde habia de dar tan grandes ejemplos de »humildad que bastasen para asombrar cielos y tierra, »no contento con esto, quisiese aun añadir este mas á »todos ellos, para dejar mas encomendada esta virtud. »¡Oh admirable virtud! cómo deben ser grandes tus ri»quezas, pues tanto eres alabada; y cómo no deben ser »conocidas, pues por tantas vías nos eres encomendada! »¡Oh humildad predicada y enseñada en toda la vida de »Cristo (*g*), cantada y alabada por boca de su Madre, flor »hermosísima entre las virtudes, divina piedra iman que »atraes á tí al Criador de todas las cosas! El que te dese»chare, será de Dios desechado, aunque esté en lo mas »alto del cielo; y el que te abrazare, será de Dios abraza»do, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes »son tus gracias y maravillosos tus efectos. Tú aplaces á »los hombres, agradas á los ángeles, confundes á los de»monios, y atas las manos al Criador. Tú eres fundamento »de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las vír»gines, y hospedería de toda la sanctísima Trinidad. »Quien allega sin tí, derrama; quien edifica, y no so»bre tí, destruye; quien amontona virtudes sin tí, el »polvo lleva ante la cara del viento. Sin tí la vírgen »es desechada de las puertas del cielo, y contigo la pú»blica pecadora es recebida á los piés de Cristo. Abra»zad esta virtud, las vírgines (*h*); porque por ella os »aproveche vuestra virginidad. Buscalda vosotros, reli»giosos; porque sin ella será vana vuestra religion. Y »no ménos vosotros, los legos; porque por ella seréis li»brados de los lazos del mundo.»

Despues desto considera cómo acabando de lavar los piés, los alimpia con aquel sagrado lienzo con que estaba ceñido; y sube mas arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redempcion. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de aquellos piés que estaban sucios, y así ellos quedaron limpios, y el lienzo por el contrario quedaria todo manchado y sucio despues de acabado aquel oficio. ¿Pues qué cosa mas sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa mas limpia y mas hermosa que Cristo concebido del Espíritu Sancto? Blanco y colorado es mi amado (dice la Esposa), y escogido entre millares (*i*). Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recebir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas: conviene saber, las penas que merecian nuestros pecados; y dejándolas limpias y libres dellas, él quedó (como ves en la Cruz) amancillado y afeado con ellas. Por esto con mucha razon se maravillan los ángeles desta tan extraña fealdad, y preguntan por Isaías, diciendo (*k*): ¿Por qué, Señor, traes teñidas las vestiduras de color de sangre, y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas (conviene saber de nuestras culpas), dime, Rey de gloria, ¿no tuvieran mejor los hombres su merecido que no tú? ¿No estuviera mejor la basura en su muladar que no en tí, espejo de hermosura? ¿Qué piedad te hizo desear tanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura me la dieses? ¿Cuál es el hombre que con un lienzo labrado de oro se pusiese á limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas tú, Señor Dios mio, y bendígante tus ángeles para siempre, pues quisiste venir á ser como un estropajo del mundo, recibiendo en tí todas nuestras fealdades y miserias (que son las penas de nuestras culpas), para dejarnos libres dellas.

Despues desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia, diciendo (*l*): Ejemplo os he dado, para que como yo hice, así vosotros hagais. Las cuales palabras no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino tambien á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa, que es humildad: como lo declara muy copiosamente el bienaventurado mártir Cipriano en un sermon por estas palabras (*m*). «Primeramente obra fué (dice él) de grande paciencia »y humildad, que aquella tan alta Majestad quisiese »descender del cielo á la tierra, y vestirse de nuestro »barro (*n*), y que disimulada la gloria de su inmorta»lidad, se hiciese mortal, para que siendo él innocente »y sin culpa, padesciese pena por los culpados. El Se»ñor quiso ser baptizado del siervo (*o*), y el que venía á »dar perdon de los pecados, quiso ser lavado con agua »de pecadores. El que mantiene todas las criaturas, »ayunó cuarenta dias en el desierto (*p*), y al cabo pa»desció hambre; porque los que la teniamos de las pala»bras de Dios y de su gracia, fuésemos abastados della. »Peleó con el demonio que le tentaba, y contento con »haber vencido su enemigo, no le quiso hacer mas mal »que de palabra. A sus discípulos nunca despreció, como »Señor á siervos; sino con caridad y benevolencia, co»mo de hermano, los trató. Y no es de maravillar que »desta manera se hobiese con los discípulos obedientes, »pues pudo sufrir á Júdas hasta la fin con tan larga pa»ciencia (*q*), y comer en uno con su enemigo, y saber »en lo que andaba y no descubrillo, ni desechar el beso »del que lo vendia con tan falsa paz. Pues ¿cuál fué la »paciencia que tuvo con los judíos hasta aquella hora? »¿Cuánto trabajó por inclinar aquellos corazones incré»dulos á la fe con sus palabras? Cuánto procuró por »traer á sí aquellos desconoscidos con buenas obras? »Cómo respondia á los que le contradecian, con man»sedumbre? Cómo soportaba á los soberbios, con cle»mencia? Con qué humildad daba lugar á la ira de sus »enemigos y perseguidores? Cómo trabajó por reco»brar aquellos que habian sido matadores de profetas, »y rebeldes contra Dios, hasta la hora de la Cruz? Pues »en la hora della (*r*), ántes que viniesen al derrama»miento de su sangre, y de su muerte cruel, ¿qué tan »grandes fuéron las injurias que les oyó con tanta pa»ciencia, qué tantos los escarnios que padesció? ¿Cómo »rescibió con tanta paciencia el escupir de aquellas in-

(*f*) 2. Reg. 6. (1) Loores de la humildad. (*g*) Luc. 1. (*h*) Luc. 7. (*i*) Cant. 5. (*k*) Isai. 63.

(*l*) Ioan. 13. (*m*) In serm. 3 de bon. pacient. (*n*) Ioan. 1. Luc. 1. (*o*) Matth. 3. (*p*) Matth. 4. (*q*) Ioan. 13. (*r*) Matth. 26. et 27.

»fernales bocas, el que con la saliva de la suya poco ántes habia esclarescido los ojos del ciego? Cómo sufrió »azotes aquel en cuyo nombre sus siervos azotan con »poderosa virtud á los demonios (*s*)? Cómo es coronado de espinas el que á sus mártires corona con flores »eternas (*t*)? Cómo es herido en la cara con palmas el »que da la palma de la victoria á los vencedores? Cómo »es despojado de la ropa terrena el que con ropas de inmortalidad viste los sanctos? Cómo es amargado con »hiel el que nos dió el pan de los cielos (*v*), y abrevado »con vinagre el que nos dió el cáliz de la salud (*x*)? »¡Aquel tan innocente! ¡Aquel tan justo! Mas ántes la »mesma innocencia y la mesma justicia, es contado con »los ladrones, y la verdad eterna es acusada con falsos »testigos, y el Juez del mundo es juzgado de los malos, y »la palabra de Dios callando, va á recebir sentencia de »muerte. Y como en la hora de la cruz y muerte del Salvador se escurezcan las estrellas (*y*) y se turben los elementos, y tiemble la tierra, y la noche encubra al dia, y »el sol por no ver tal crueldad desvíe sus ojos y rayos del »mundo, él no habla, ni se mueve, ni en el mesmo trance de la muerte descubre la gloria de su majestad; sino hasta la fin continuadamente sufre aquella tan larga »contienda, para dejarnos ejemplo de perfecta paciencia. Y despues de todo esto, si aquellos mesmos carniceros y verdugos de su cuerpo se convierten á penitencia, en ese punto los rescibe, sin cerrar á nadie las »puertas de su Iglesia. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor benignidad y paciencia, que dar vida la sangre de »Cristo al mesmo que derramó la sangre de Cristo? Tal »es y tanta la paciencia de Cristo (*z*), la cual si tal y tanta »no fuera, no tuviera hoy á Sant Pablo la Iglesia.» Hasta aquí son palabras de Cipriano.

§. I.

Del Sanctísimo Sacramento, y de las causas por que fué instituido.

Una de las principales causas de la venida del Salvador al mundo fué querer encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Así lo dice él por Sant Lúcas: Fuego vine á poner en la tierra: ¿qué tengo de querer sino que arda? Este fuego puso el Salvador con hacer á los hombres tales y tan espantosos beneficios, y tan grandes obras de amor, que con esto les robase los corazones, y los abrasase en este fuego de amor. Pues como todas las obras de su vida sanctísima sirvan para este propósito, señaladamente sirven las que hizo en el fin de la vida, segun que lo significa el Evangelista Sant Juan, diciendo (*a*): Como amase á los amigos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó; porque entónces les hizo mayores beneficios, y les dejó mayores prendas de amor. Entre las cuales una de las mas principales fué la institucion del sanctísimo sacramento: lo cual podrá entender muy á la clara quien atentamente considerare las causas de su institucion. Mas para esto abre tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos, y danos lumbre para que veamos cuáles fuéron las causas que movieron tu amoroso corazon á instituirnos y dejarnos este tan admirable sacramento.

Para entender algo desto has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia; y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es tambien esposa suya. Por esto una de las cosas que pedia y deseaba el apóstol Sant Pablo (*b*), era que Dios nos diese á conoscer la grandeza deste amor, el cual es tan grande que sobrepuja toda sabiduría y conoscimiento criado, aunque sea el de los ángeles.

I. Pues queriendo este esposo dulcísimo partirse desta vida, y ausentarse de su esposa la Iglesia; porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este sanctísimo sacramento, en que se quedaba él mesmo; no queriendo que entre él y ella hobiese otra menor prenda que despertase esta memoria, que él. Y así dijo entónces aquellas tan dulces palabras (*c*): Cada vez que esto hiciéredes, haceldo en memoria de mí; para que os acordeis de lo mucho que os quise, y de lo mucho que voy á hacer y padescer por vuestra salud.

II. Queria tambien el Esposo dulcísimo en esta ausencia tan larga dejar á su esposa compañía, porque no quedase sola; y dejóle la deste sacramento, donde se queda él mesmo, que era la mejor compañía que le podia dejar.

III. «Queria tambien entónces ir á padescer muerte »por la esposa, y redemirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese cuando quisiese gozar deste tesoro, dejóle las llaves dél en este »sacramento; porque, como dice Sant Crisóstomo (*d*), »todas las veces que nos llegamos á él, llegamos á poner »la boca en el costado de Cristo, y nos ponemos á beber »de su preciosa sangre, y á hacernos participantes deste »soberano misterio. Mira pues cuáles sean los hombres, »que por un poco de pereza dejan de llegarse á este tan »alto convite, y de gozar un tan grande y tan inestimable tesoro. Estos son aquellos malaventurados perezosos, de quien dijo el Sabio (*e*): Esconde el perezoso »la mano en el seno, y déjase morir de hambre, por no »llevarla hasta la boca. ¿Qué mayor pereza puede ser »que por un tan pequeño trabajo, como es el aparejo »para este sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro, »que vale mas que todo cuanto Dios tiene criado?»

IV. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor. ¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre: si un príncipe se aficionase tanto á una esclava, que viniese á tomarla por esposa, y hacerla reina y señora de todo lo que él tiene, ¿qué tan grande diríamos que habia sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura despues de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo; y entendiendo él esto, anduviese perdido buscando algun bocado que darle á comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase? Pues, oh Rey de gloria, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo), sino que viéndola aun con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras le transformaste, que tenga virtud para transformar en tí las ánimas que lo comieren, y hacerlas arder

(a) Ioan. 9. (b) Ioan. 19. (c) Matth. 27. (d) Marc. 15. Isai. 53. (e) Matth. 27. (f) Act. 9. (g) Ioan. 15.

(h) Ephes. 3. (i) Luca 22. 1. Cor. 11. (k) Hom. 84. sup. 19. c. Ioan. prope medium. (l) Proverb. 19.

en vivas llamas de amor! No hay cosa que mas declare el amor, que el desear ser amado; y pues tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones lo buscaste; ¿quién de aquí adelante estará dubdoso de tu amor, Cierto estoy, Señor mio, si te amo, que me amas; cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazon á mi amor, como tú las buscastes para el mio.

V. Queria otrosí aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su esposa; y como el amor no sufre la ausencia del amado, queria de tal manera partirse, que del todo no se partiese, y de tal manera irse, que tambien se quedase. Pues como ni á él convenía quedarse, ni la esposa podia con él por entónces irse, dióse medio para que aunque él se fuese, y ella quedase, nunca jamas de entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino sacramento, para que por medio dél fuesen las ánimas unidas y encorporadas espiritualmente con Cristo, con tan fuerte vínculo de amor, que de entrambos se haga una mesma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come, se hace una mesma cosa, así tambien en su manera se hace del ánima y de Cristo; sino que, como él mesmo dijo á Sant Augustin (*f*), no se muda él en las ánimas, sino las ánimas en él; no por naturaleza, sino por amor y semejanza de vida.

VI. Queria tambien asegurarla, y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza deste bien, pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas desta vida. Porque en hecho de verdad no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá, como la esperanza firme de lo que gozarémos allá; segun que lo significó el mesmo Salvador en aquellas palabras que dijo á sus discípulos ántes de la Pasion (*g*): Si me quisiésedes bien, holgaros yades de mi partida, porque voy al Padre. Como si dijera: es un tan gran bien ir al Padre, que aunque sea ir á él por azotes, y espinas, y clavos, y cruz, y por todos los martirios y trabajos desta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría. Pues para que la esposa tuviese una muy firme esperanza deste bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera; para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu; pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

VII. Queria tambien á la hora de su muerte hacer testamento, y dejar á la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle esta, que era la mas preciosa y provechosa que le pudiera dejar. Elías (*h*), cuando se quiso ir de la tierra, dejó el palio á su discípulo Eliseo, como quien no tenia otra hacienda de que hacerlo heredero; y nuestro Salvador y Maestro, cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el palio de su sagrado cuerpo en este sacramento, haciéndonos aquí herederos, como á hijos, deste tan gran tesoro. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del rio Jordan, sin ahogarse y sin mojarse; y con la virtud y gracia deste sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones desta vida sin pecado y sin peligro.

VIII. Queria finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provision y mantenimiento con que viviesen; porque no tiene ménos necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime, ¿por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento cada dia? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la sustancia de nuestros cuerpos, y por esto es menester que se repare con el mantenimiento de cada dia lo que con el calor de cada dia se gasta; porque de otra manera acabarse ia presto la virtud del hombre, y luego desfalleceria. ¡Oh si pluguiese á Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen deste divino sacramento, y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro destas entrañas un calor pestilencial, que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Este es el que nos inclina al amor del siglo, y de nuestra carne, y de todos los vicios y regalos; y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno, y aviva para todo lo malo. Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razon que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? «Si hay continuo gastador, y no hay continuo »reparador, ¿qué se puede esperar sino continuo desfa»llecimiento, y despues cierta caida? Basta para prueba »desto ver el curso del pueblo cristiano; el cual en el »principio de la primitiva Iglesia, cuando comia siem»pre deste manjar, vivia con él, y tenia fuerzas, no solo »para guardar la ley de Dios, sino tambien para morir »por Dios; mas agora si está tan flaco y descaescido, es »porque no come, y así finalmente viene á perecer de »hambre, como lo significó el Profeta cuando dijo (*i*): »Por eso fué llevado mi pueblo captivo, porque no tuvo »conoscimiento de Dios, y los nobles dél murieron de »hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed.» Pues para esto ordenó aquel tan sabio médico (el cual tambien tenia tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento; para que la mesma especie en que lo instituia, nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas dél tenian.

Mira pues agora si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor, que dejarte Dios su mesma carne y sangre en mantenimiento y en remedio. «En »muchas historias leemos (*k*) de algunas madres, que »viéndose en necesidad y estrecho de hambre, echaron »mano de las carnes de sus proprios hijos para mante»nerse dellos, y con el amor grande de la vida quitaban »á los mesmos hijos la vida por vivir. Esto habemos leido »muchas veces; mas ¿quién jamas leyó que diese de co»mer la madre al hijo que perecia de hambre con su »propria carne, y se cortase un brazo para dar de comer »á su hijo, y fuese cruel para sí por ser piadosa para con »él? No hay madre en la tierra que tal haya hecho; mas »aquel mas que madre, que te vino del cielo, viendo »que perescias de hambre, y que no habia otro mejor »medio para sustentarte, que darte él su mesma carne »en mantenimiento, aquí se entrega á los carniceros y á »la muerte, para que tú vivas con este manjar.» Y no solamente hizo esto una vez, sino perpetuamente quiso que se hiciese; y para ello ordenó este sacramento, para que tú por aquí entendieses otro grado de mayor amor, el cual es, que así como te da siempre la mesma comida, así está siempre aparejado para hacer la mesma costa, si te fuere necesaria.

Sobre todo esto has de considerar que quiso este

(*f*) Lib. 7. Confess. c. 10. (*g*) Ioan. 14. (*h*) 4. Reg. 2.

(*i*) Isai. 5. (*k*) 4. Reg. 6. Tren. 4.

sanctísimo Reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad, y levantarlo tanto por gracia, cuanto habia caido por la culpa; y así como la caida fué de la vida que tenia de Dios, á vida de bestias; así por el contrario quiso que fuese levantado de la vida de bestias en que habia quedado, á la vida de Dios que habia perdido. Pues para este fin ordenó la communion deste divinísimo sacramento, mediante la cual viene el hombre á hacerse participante de Dios y á vivir vida de Dios, como lo significa el mesmo Salvador en aquellas altísimas palabras que dijo (*l*): Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él; y así como por estar mi Padre en mí, la vida que yo vivo es en todo conforme á la de mi Padre (que es vida de Dios), así aquel en quien yo estuviere por medio deste sacramento, vivirá como yo vivo; y así ya no vivirá vida de hombre, sino vida de Dios. Porque este es aquel altísimo sacramento en el cual Dios es recebido corporalmente, no para que él se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en él por amor y conformidad de voluntad (*m*). Porque este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe, lo que en él se obra y representa cuando se consagra. Ca así como por virtud de las palabras de la consagracion lo que era pan se convierte en substancia de Cristo; así por virtud desta sagrada communion, el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. «De » manera que así como aquel sagrado pan una cosa es, y » otra parece; y una era ántes de la consagracion, y otra » despues; así el que come dél, una cosa es ántes de la » communion, y otra despues; y una cosa parece en lo » de fuera, mas otra muy mas alta y excelente es en lo » de dentro, pues el sér tiene de hombre, y el espíritu » de Dios. Pues ¿qué gloria puede ser mayor que esta, » qué dádiva mas rica, qué beneficio mas grande, qué » mayor muestra de amor? Callen todas las obras de na» turaleza, y callen tambien las de gracia; porque esta » es obra sobre todas las obras, y esta es gracia singular. » Oh maravilloso sacramento, ¿qué diré de tí, con qué » palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, » medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros tra» bajos, memorial de JESUCRISTO, testimonio de su » amor, manda preciosísima de su testamento, compa» ñía de nuestra peregrinacion, alegría de nuestro des» tierro, brasas para encender el fuego del amor divino, » medio para recebir la gracia, prenda de la bienaventu» ranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar » es unida el ánima con su Esposo, con este se alumbra » el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase » la voluntad, deléitase el gusto interior, acresciéntase » la devocion, derrítense las entrañas, ábrense las fuen» tes de las lágrimas, adormécense las pasiones, des» piértanse los buenos deseos, fortaléscese nuestra fla» queza, y toma con él aliento para caminar hasta el » monte de Dios. ¿Qué lengua podrá dignamente contar » las grandezas deste sacramento? ¿Quién podrá agra» decer tal beneficio? Quién no se derretirá en lágri» mas cuando vea á Dios unido consigo? Faltan las pala» bras y desfallesce el entendimiento, considerando las » virtudes deste soberano misterio.»

Pues ¿qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe (*n*)? No suena entónces allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias, y palabras suavísimas en alabanza del amado. Porque allí el ánima devota por virtud deste venerable sacramento es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devocion, mantenida de paz, fortalescida en la fe, confirmada en la esperanza, y atada con lazos de caridad con su dulcísimo Redemptor. De aquí viene cada dia á hacerse mas ferviente en el amor, mas fuerte en la tentacion, mas presta para el trabajo, mas solícita en el bien obrar, y mas deseosa de la frecuentacion deste sagrado misterio.

Tales son tus dones, ó buen JESU; tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles communicar á tus amigos por medio deste divino sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre dende agora, ó melifluo amor; abre, ó divina luz, los ojos interiores de tus fieles, para que con rayos de fe viva te conozcan, y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por tí, busquen á tí por tí, y descansen en tí, y sean finalmente por medio deste sacramento uñidos contigo, como miembros con su cabeza, y como sarmientos con su vid, para que así vivan por tu virtud, y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos. Amen.

Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo.

MEDITACION PARA EL MARTES POR LA MAÑANA.

Este dia pensarás en estos pasos, conviene saber: en la oracion del Huerto y en la prision del Salvador.

El texto de los Evangelistas dice así (*o*):

Acabada la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice Getsemani, y díjoles: Esperad aquí hasta que vaya allí y haga oracion. Y tomando consigo á Pedro y dos hijos del Cebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poquito dellos, prostróse en tierra, y caido sobre su rostro oró, y dijo: Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mí; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y vino á los discípulos, y hallólos durmiendo, y dijo á Pedro. ¿Así? No pudiste una hora velar conmigo? Velad y orad, porque no entreis en tentacion. El espíritu está prompto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió y hizo la mesma oracion, diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad. Y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño; y dejándolos así, volvió la tercera vez, y hizo la mesma oracion. Y aparecióle allí un ángel del cielo confortándole (p): y puesto en agonía hacia mas larga su oracion. Y hízose el sudor del así como gotas de sangre que corrian hasta el suelo. Entónces vino á sus discípulos, y díjoles: Dormid ya y descansad; veis aquí llegada la hora, y el hijo de la Virgen será entregado en manos de

(*l*) Ioan. 6. (*m*) August. lib. 7. Confess. c. 10.

(*n*) Vide Clement. unicam de reliquiis et vener. sanctorum.

(*o*) Matth. 26. Marci 14. Lucæ 22. Ioan. 18. D. Matthæus dicit: In villam quæ dicitur Gethsemani. Et D. Marcus. In prædium. Itaque hortus erat iusta villam, seu prædium, quod dicebatur Gethsemani. *Era un lugarcillo cerca del Monte Olivete, donde estaban los molinos del aceite.* Et Hebræa lingua id sonat Gethsemani.

(*p*) Luc. 22.

pecadores. Levantaos y vamos : catad que agora vendrá el que me ha de entregar. Aun él estaba hablando, y he aquí á Júdas, uno de los doce, vino; y con él mucha compañía de gente con espadas, y lanzas, y hachas, y armas y lanternas, enviados por los principes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traia vendido, dióles esta señal, diciendo : A cualquiera que yo besare, prendedle vosotros, y llevadlo á buen recaudo. E luego llegándose á Iesu, *dijo : Dios te salve, Maestro. Y dióle paz en el rostro. E díjolo* Iesu : *Amigo, ¿á qué viniste? Pues Simon Pedro, como tuviese una espada, desenvainóla y hirió á un criado del pontifice, y cortóle la oreja derecha. Y llamábase el criado Malcho. Dijo entónces* Iesus *á Pedro* (*q*) : *Mete la espada en su vaina. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que beba? Y como le tocase la oreja, sanóle. En aquella hora dijo* Iesus *á los principes de los sacerdotes, y á los principes del templo, y á los ancianos que habian venido á él : Como á ladron salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo yo cada dia estado con vosotros en el templo, no pusistes las manos en mí. Mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas* (*r*). *Entónces la gente de guerra, y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en* Iesus, *y atáronle, y así atado lo trajeron primero á casa de Anas* (*s*); *porque era suegro de Caifas, el cual era pontífice de aquel año. Entónces todos los discípulos dejaron al Señor, y huyeron.*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

¿Qué haces, ánima mia, qué piensas? No es agora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes misterios. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se añubla y escuresce la gloria.

«Considera pues primeramente cómo acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oracion ántes que entrase en la batalla de su Pasion; para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida habemos siempre de recorrer á la oracion, como á una sagrada áncora, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulacion, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice Sant Gregorio (*t*), mayor merced nos hace el Señor cuando nos da esfuerzo para llevar los trabajos, que cuando nos quita los mesmos trabajos.»

Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres mas amados discípulos, Sant Pedro, Santiago y Sant Joan (*v*), los cuales habian sido testigos poco ántes de su gloriosa transfiguracion, para que ellos mesmos viesen cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres, el que tan glorioso se les habia mostrado en aquella vision. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por de fuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras : Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo. Aquel Dios y hombre verdadero, aquel hombre mas alto que nuestra humanidad y que todo lo criado, cuyos tratos y conversacion era con aquel pecho de la summa deidad, con la cual sola communicaba sus secretos; agora es en tanta manera entristecido, que desciende á dar parte de su pena á sus criaturas, y á pedirles su compañía, diciendo : Esperadme aquí, y velad conmigo. ¡Oh riqueza del cielo! Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? Quién te echó por puertas ajenas? Quién te hizo mendigo de tus mesmas criaturas, sino el amor de enriquescerlas?

«Dime, ó dulcísimo Redemptor, ¿por qué temes la muerte que tú tanto deseabas; pues el cumplimiento del deseo mas es causa de alegría que de temor? No tenian los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú; sino una sola partecica que de tí (que eres la fuente de la gracia) se les communicaba; y con sola esta entraban tan alegres en las conquistas de los martirios; ¿y tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes ántes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mio; así como aquella fortaleza de los mártires no era dellos, sino tuya (*x*). Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenian de tí. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que, mio es ese temor, y tuya esta fortaleza; y por eso mia es tu ignominia, y tuya mi alabanza.

»Quitaron la costilla al primer Adam para formar della á la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron, pusiéronle carne flaca (*y*). Pues ¿qué es esto sino que de tí, nuestro segundo Adam, tomó el Padre eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa (*z*), y de ella tomó la carne y la flaqueza para poner en tí? Pues por esto quedó la mujer fuerte, y tú flaco; ella fuerte con tu virtud, y tú flaco con su flaqueza. Doblada merced fué esta que nos heciste, Padre nuestro, que no contento con vestirnos de tí, te quisiste vestir de nosotros. Por lo uno y por lo otro te bendigan los ángeles para siempre, pues ni fuiste avariento en communicarnos tus bienes, ni tuviste asco de recebir nuestros males. Pues ¿qué debo yo hacer considerando esto, sino viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en tí; y viendo á tí por mi amor lleno de mis miserias, compadescerme de tí? Por lo uno me alegraré, y por lo otro me entristeceré; y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu Pasion; y estudiaré siempre en aquel libro de Ecequiel, que de cantares y lamentaciones era escripto (*a*).»

Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra (*b*); y prostrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oracion, diciendo : «Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú». Y hecha esta oracion tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrian por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra.

Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que habia de padescer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginacion suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los peca-

(*q*) Ioan. 18. (*r*) Luc. 22. (*s*) Ioan. 18. (*t*) Lib. 25. Mor. c. 27. et 28. (*v*) Matth. 17.

(*x*) Ex D. Bernardo sermone 1. in die S. Andreæ in medio. (*y*) Gen. 2. (*z*) Ephes. 5. (*a*) Ezech. 2. (*b*) Luc. 22.

dos del mundo, por los cuales padescia, y el desagradecimiento de tantas ánimas que no habian de reconoscer este beneficio, ni querer aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio; fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padescia estos dolores, tal estaba, qué tal estaria el ánima que derechamente los padescia.

En los otros hombres, cuando se ven en algun súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazon, dejando los otros miembros frios y despojados de su virtud, por socorrer al miembro mas principal; mas Cristo por el contrario, como queria padescer sin ninguna manera de consuelo (porque fuese mas copiosa nuestra redempcion), aun este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

Mira pues al Señor en esta agonía, y considera no solo las angustias de su ánima, sino tambien la figura de su sagrado rostro. Suele el sudor principalmente acudir á la frente y á la cara; pues si salia por todo el cuerpo de Iesu la sangre, y corria hasta el suelo, ¿qué tal estaria aquella tan clara frente que alumbra á la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada y cubierta de sudor de sangre? Y si los que mucho se aman, y en las enfermedades y peligros de muerte suelen estár colgados del rostro de sus amigos, mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad; tú, ánima mia, que miras la cara de Iesus, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? Qué sentirá padesciendo los dolores, pues en solo pensarlos suda sangre?

Si en este paso no te compadeces del Salvador, y si cuando él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazon de piedra. Si no puedes llorar por falta de amor, á lo ménos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fuéron causa deste dolor. No le azotan agora los verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que agora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Estas son las espinas que lo punzan, esos los verdugos que lo atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. ¡Oh cuán cara te cuesta, Salvador mio, mi salud y mi remedio! ¡Oh mi verdadero Adam (*c*), salido del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan que yo tengo de comer!

«Considera tambien en este mesmo paso, por una »parte aquella tan grande agonía y vigilias de Cristo, y »por otra el sueño tan profundo de los discípulos, y »verás aquí representado un grande misterio. Porque »verdaderamente no hay cosa mas para sentir en el »mundo, que ver el descuido en que viven los hombres, »y el poco caso que hacen de un negocio tan grande »como es el de su salvacion. ¿Qué cosa puede ser mas »para sentir que tan grande descuido en tan grande ne»gocio? Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira »al Salvador, y mira á los discípulos en este paso. Mira »cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está »puesto en un tan profundo cuidado y agonía, que le »hace sudar gotas de sangre; y mira á los discípulos, »por el contrario, tendidos por aquel suelo, durmiendo »con un sueño tan pesado, que no bastaba ni la repre»hension del Maestro, ni la mala cama que allí tenian, »ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos vol»ver en sí. Mira pues qué tan grande es el negocio de la »salvacion de los hombres, pues basta para hacer sudar »gotas de sangre al que sostiene los cielos; y mira por »otra parte en cuán poco lo tienen los mesmos hombres, »pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que »así por ellos se desvela el mesmo Dios. No se pudo mas »encarescer lo uno y lo otro que por estas dos cosas tan »extrañas. Pues si trabajos ajenos pusieron á Dios en »tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido »aquel cuyo es el trabajo, y el negocio, y el provecho, y »el daño?»

En este mesmo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad sea este Señor nuestro padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazon de padre. ¿Cuántas veces acaesce estar la hija durmiendo á sueño suelto, y estar el padre toda la noche desvelado, pensando en su remedio (*d*)? Pues así este piadoso Padre, estando nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud, como aquí se representa, está él toda la noche velando, y trasudando, y agonizando, sobre dar órden cómo se pusiese cobro en nuestra vida.

§. II.

De cómo fué preso el Salvador.

Mira despues cómo acabada la oracion llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciando ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitan del ejército de Satanas. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos, y de aquellos á quien él hizo bien. Cristo es vendido de quien habia hecho no solamente discípulo, sino apóstol; y es vendido con engaños y traiciones, y es vendido á crudelísimos mercaderes, que no quieren mas dél que la sangre y el pellejo para hartar su hambre. ¿Mas por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrescienta la grandeza de la injuria. Dime, Júdas, ¿por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado? Por treinta dineros. ¡Oh qué bajo precio ese para tan grande Señor! Por mas subido precio se suele vender una bestia en el mercado; ¿y tú por este vendes á Dios? No te tiene él á tí en ese precio, pues te compra con su sangre. ¡Oh estima del hombre, y desestima de Dios! ¡Dios es vendido por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mesmo Dios!

En aquella hora dijo el Señor á los que le venian á prender: Así como á ladron salistes á mí con espadas y lanzas. Y habiendo yo estado con vosotros cada dia en el templo, no extendistes las manos en mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Este es un misterio de grande admiracion. «¿Qué cosa de mayor espan»to, que ver al Hijo de Dios tomar imágen no solamente »de pecador, sino tambien de condenado? Esta es (dice »él) vuestra hora, y el poder de las tinieblas. De las »cuales palabras se saca (*e*), que por aquella hora fué

(*c*) Genes. 3.

(*d*) Eccle. 42. (*e*) Ex Greg. hom. 16. super Evangelia

»entregado aquel innocentísimo Cordero en poder de »los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, »para que por medio de sus miembros y ministros eje»cutasen en él todos los tormentos y crueldades que »quisiesen. Y así como el sancto Job (*f*) por divina per»mision fué entregado en poder de Satanas para que le »hiciese todo el mal que quisiese, con tanto que no le »tocase en la vida, así fué dado poder á los principes de »las tinieblas, sin excepcion de vida ni de muerte, »para que empleasen todas sus furias y rabias contra »aquella sancta humanidad. De aquí nascieron aquellos »tantos ensayes y maneras de escarnios y vituperios nun»ca vistos, con que el demonio pretendia hartar su odio, »vengar sus injurias y derribar aquella sancta ánima en »alguna impaciencia, si le fuera posible. Mostróme Dios, »dice el profeta Zacarías (*g*), á Iesus, Sacerdote gran»de, vestido de una vestidura manchada; y Satanas es»taba á su diestra aparejado para hacerle contradiccion. »Mas el Salvador responde por su parte, diciendo (*h*): »Ponia yo al Señor siempre delante mis ojos, porque él »está á mi diestra, para que no pueda yo ser movido. »Piensa pues agora tú, hasta dónde se abajó aquella »alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos »los males, que es á ser entregado en poder de los »miembros del demonio. Y porque la pena que tus pe»cados merescian era esta, él se quiso poner á esta pena, »porque tú quedases libre della. ¡Oh sancto Profeta (*i*)! »¿De qué te maravillas, viendo á Dios hecho menor »que los ángeles? Maravíllate agora mucho mas de verlo »entregado en poder de los ministros del demonio. Sin »dubda los cielos y la tierra temblaron de tan gran hu»mildad y caridad.»

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con el manso Cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como mas podia. ¡Oh cuán inhumanamente le tratarian, cuántas descortesías le dirian, cuántos golpes y estirones le darian, qué gritos y voces alzarian, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas sanctas manos (que poco ántes habian obrado tantas maravillas), y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre; y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. ¡Oh espectáculo de grande admiracion! Piensa tú agora qué sentirias si conocieses alguna persona de grande autoridad y merescimiento, y la vieses llevar por las calles públicas en poder de la justicia con una soga á la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y concurso del pueblo, y con grande estruendo de armas y de gente de guerra. Mira lo que en este caso sentirias, y luego alza los ojos y contempla este Señor de tanta reverencia, y que tales maravillas obraba en aquella tierra, y tales sermones predicaba; á quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados, y pedian el remedio de todos sus males; mira cómo agora lo llevan tan desautorizado y avergonzado, medio andando, medio arrastrando, haciéndole llevar el paso no cual á su gravedad y persona convenia, sino cual queria la furia de sus enemigos, y el deseo que tenian de contentar á los fariseos, que tanta hambre tenian por ver ya aquella presa en sus uñas. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado, y el rostro ya encendido, y sonroseado con la prisa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser escurecido.

Sube luego mas arriba, y párate á considerar quién es este que así ves llevar con tanta deshonra. Este es el Verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad summa, bienaventuranza cumplida, gloria verdadera y fuente clara de toda hermosura. Mira pues cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud y presa la innocencia, escarnecida la sabiduría y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí la prision del arca del Testamento (*k*), que de espanto cayó de la silla donde estaba, y quebradas las cervices súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando ve el arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ello es (*l*); porque oyó el clamor de los pobres, y no menospreció el gemido de sus presos; pues quiso él ser preso por libertarlos.

§. III.

De los que espiritualmente atan las manos á Cristo.

Pues, oh clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisiste ser atado por desatarnos y librarnos de nuestro captiverio, suplícote por las entrañas de misericordia que á este paso te trajeron, no permitas que cometa yo tan grande maldad como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no solos ellos ataron tus manos, sino tambien las ata el que resiste á tus sanctas inspiraciones, y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recebir lo que tú misericordiosamente le quieres dar.

Tambien ata tus manos el que á su prójimo escandaliza, y lo aparta con su mal ejemplo y consejo de su buen propósito, y impide la buena obra que tú comenzabas á obrar en él.

Los desconfiados tambien, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia; porque así como la confianza abre las manos de tu gracia, así las ata la incredulidad y la desconfianza. Conforme á lo cual dice el Evangelista (*m*) que no podias hacer muchas virtudes y milagros en tu patria, por la incredulidad de los vecinos y moradores della.

Los desagradecidos tambien y los negligentes te atan las manos, y ponen impedimento á tu gracia; los unos porque no te dan gracias por la gracia, y los otros porque la tienen ociosa y baldía, sin querer aprovecharse della.

Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les has dado, estos tambien atan tus manos mas fuertemente; porque con esta culpa se hacen indignos de tu gracia. Porque no es razon que tú prosigas en hacer mercedes á quien toma dellas ocasion para hacerse mas vano; ni que tú dés las riquezas de tus gracias á quien no te acude con el tributo de la gloria, sino ántes como traidor y robador se alza con ella y usurpa los derechos de la gloria que á tí solo pertenescian.

Tambien diria yo, Señor, que te atan las manos los

(*f*) Cap. 1. et 2. (*g*) Zach. 3. (*h*) Psalm. 15. (*i*) Psalm. 8.

(*k*) 1. Reg. 4. (*l*) Psalm. 68. (*m*) Matt. 13.

parleros y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos que les das; porque así como los hombres avisados y discretos dejan de dar parte de sus secretos á los que hallaron infieles en guardallos, así tú tambien muchas veces dejas de dar parte de los tuyos á los que sin causa los publican á otros, y toman de ahí ocasion para hacerse mas vanos.

MEDITACION PARA EL MIÉRCOLES POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de contemplar la presentacion del Señor ante los pontífices y jueces. La primera á Annas. La segunda á Caifas. La tercera á Heródes. La cuarta á Pilato. Y despues desto los azotes á la columna.

El texto de los Evangelistas dice así:

Pues como el Señor fuese presentado al pontífice Annas, preguntóle el pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondió IESUS: *Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos, y en el templo donde todos los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que lo han oido, que ellos saben lo que yo he dicho. Como él dijese esto, uno de los ministros que asistian al pontífice, dió una bofetada á* IESU, *diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Respondió* IESUS: *Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?*

Y envióle Annas atado á Caifas, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. Y el príncipe de los sacerdotes y los letrados buscaban algun falso testimonio contra IESUS, *por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin vinieron dos falsos testigos, y dijeron: Este dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios, y volverlo á reedificar despues de tres dias. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, díjole: Conjúrote de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo hijo de Dios. Díjoles* IESUS: *Tú lo dijiste; mas en verdad os digo que presto vereis el Hijo de la Vírgen asenta lo á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entónces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: Blasfemado ha; ¿qué necesidad tenemos aquí de testigos? Catad aquí, habeis oido la blasfemia; ¿qué os parece? Ellos respondieron: Merecedor es de muerte. Entónces escupieron en su rostro, y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara bofetadas, y decian: Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?*

El dia siguiente por la mañana toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á IESUS *á Pilato, y comenzaron á acusarle, diciendo: A este hombre hallamos que pervertia nuestra gente, y vedaba que no se pagase tributo á César, diciendo que él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle, diciendo: ¿Tú eres rey de los judíos? Y él respondió: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes, y de los mas ancianos, no respondia nada. Entónces dijo Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra tí? Y él no respondió á ninguna palabra; tanto que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes, y á la gente: No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces, y porfiaban, diciendo: Ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.*

Pilato oyendo que se hacia mencion de Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre fuese natural de Galilea. Y como supo que era de la jurisdiccion de Heródes, envióle á él; que en aquellos dias estaba en Hierusalem. Y Heródes viendo á IESU, *gozóse mucho, porque habia mucho tiempo que le deseaba ver, y habia oido muchas cosas dél, y esperaba ver algun milagro que hiciese delante dél. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente. Y menosprecióle Heródes con toda su corte, y hizo burla dél. Y vistiéndole de una vestidura blanca, volvióle á enviar á Pilato.*

Y por razon del dia solemne de la Pascua tenia por costumbre el Presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenia entónces preso un malhechor famoso, que se decia Barrabas. Pues ayuntándolos á todos en uno, díjoles Pilato: ¿A quién quereis que os suelte de los dos, á Barrabas, ó á IESUS, *que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á este, sino á Barrabas, el cual estaba en la cárcel por un ruido que habia hecho en la ciudad, en el cual habia muerto un hombre. Díjoles entónces Pilato: ¿Pues qué haré de* IESUS, *que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entónces tomó Pilato á* IESUS, *y azotóle.*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Muchas cosas tienes, ánima mia, que contemplar hoy; muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, ó si no te pesan los piés para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por tí. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa dellos es maltratado por tí, y paga tu merecido. En una casa es abofeteado, en otra escupido, en otra escarnecido, en otra azotado, y coronado con espinas y sentenciado. Mira qué estaciones estas para no quebrar el corazon, y para no andarlas los piés descalzos, y corriendo sangre.

Vamos pues á la primera, que fué á casa de Annas, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una bofetada en su divino rostro, diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? Mira pues aquí, ó ánima mia, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe; y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbacion en aquella afrenta; y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde, y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo pidiera. ¡Oh malaventurada mano, que tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines, y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en él, porque así borraste la figura de aquel que es traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste el mas hermoso de los hijos de los hombres?

Mas no será esta la postrera de las injurias desta noche, porque desta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifas, donde será razon que lo vayas acompañando; y allí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenía á aquellos que tan indignos eran de oir

tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan de bofetadas y pescozones; allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con él, diciendo: Adeyina quién te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ese para escupir en él? Al rincon mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar mas despreciado que tu rostro, para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia despues de tan grande ejemplo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado; los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar su Criador; ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo sobre un punto de honra? ¿De qué os espantais, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venía á curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal medicina como esta requeria; pues aun con todo eso no está sana. Espántaste de ver á Dios tan humillado; yo me espanto de ver á tí todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado. Espántaste de ver á Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo, y quiera ser mas honrado que Dios.

Pues ¿cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazon de Dios, y amansarlo, ¿y no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob (*n*). No te llamarás ya mas Jacob, sino Israel será tu nombre; porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto mas lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalescieron contra el furor y contra la ira divina, ¿cómo no prevalescen contra nuestra soberbia? Si aplacaron y amansaron un corazon tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome, y mucho me espanto, cómo con esta paciencia no se vence tu ira, con este abatimiento tu soberbia, con estas bofetadas tu presumpcion, con este silencio tan profundo entre tantas injurias, los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia; y gran maravilla es tambien que hecho todo esto, esté aun viva la memoria de Amalec debajo del cielo (*o*), y queden todavía reliquias desta mala generacion.

Cura pues en mí, ó buen Iesu, con el ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia, y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga que ya lo tengo.

§. IV.

De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su Pasion; y de la negacion de Sant Pedro.

Despues desto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa; porque los soldados que le guardaban, escarnecian dél, como dice Sant Lúcas (*p*), y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche, estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues, ó ánima mia, cómo tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Iesu, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen; y esta toman agora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos; para que en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en tí penasen y trabajasen. Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarian los coros de los ángeles en el cielo. Allá dicen: Sancto, Sancto; acá dicen: Muera, muera; crucifícalo, crucifícalo. ¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades! ¿qué sentíades viendo tan maltratado en la tierra aquel á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescia por los mesmos que tales cosas hacian? ¿Quién jamas oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte por librar de la muerte al mesmo que se la da (*q*)? No se puede encarecer mas la malicia del hombre, que haber llegado á poner las manos en su mesmo Dios; ni la bondad y misericordia de Dios, que haber querido padescer esto por la criatura que tal hizo.

Crescieron sobre todo esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de Sant Pedro (*r*). Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguracion, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mesmo Señor jura y perjura que no lo conosce, ni sabe quién es (*s*). ¡Oh Pedro! ¿tan mal hombre es ese que allí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conoscido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices; pues das á entender en eso que es él persona tal, que tú mesmo te desprecias y deshonras de conoscerle. Pues ¿qué mayor injuria que esa?

Volvióse entónces el Salvador, y miró á Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le habia perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista; pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino tambien obran los ojos de Cristo; y las lágrimas de Pedro lo declaran: las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Cristo.

De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en tí, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor, que te miran. Ya habian cantado los gallos, y no se acordaba Pedro; porque aun no lo habia mirado el Señor. Mirólo, y acordóse, y arrepintióse, y lloró su pecado; porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

Luego dice el Evangelista (*t*) que Pedro salió fuera, y lloró amargamente; para que entiendas que no basta

(*n*) Gen. 32. (*o*) 1. Reg. 15.

(*p*) Luc. 22. (*q*) Ex Cypr. serm. 3. de bono patientiæ. (*r*) Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. Ioan. 18. (*s*) Matth. 16. et 17. (*t*) Luc. 22.

llorar el pecado, sino que es menester tambien huir el lugar, y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados, y siempre repetirlos, eso es provocar siempre contra tí la ira del Señor.

Y pára mientes, que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parescer discípulo de Cristo, y esto se dice haberle negado. Pues si esto es negar á Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que desta manera le nieguen? Cuántos hay que rehusan de confesar, y comulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle dellos? Pues ¿qué es esto, sino tener vergüenza de parescer discípulo de Cristo, y guardador de sus mandamientos? Y ¿qué es esto, sino negar á Cristo, como lo negó Sant Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? Pues qué esperan los que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice (*v*): El que se afrentare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Vírgen se afrentará de reconocerlo por suyo cuando venga con su Majestad, y con la del Padre y de los sanctos ángeles.

Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador á casa del adelantado Pilato (*x*); y él (porque supo que era natural de Galilea) envióle á Heródes, que era rey de aquella tierra; el cual le tuvo por loco, y como tal le mandó vestir de una vestidura blanca, y así lo volvió á enviar á Pilato. En lo cual parece que el Salvador en este mundo no solo fué tenido por malhechor, sino tambien por loco. ¡Oh misterio de grande veneracion! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y paresceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, donde puedes aprender muy bien esta filosofía, y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio, que primero no lo levantase á Cristo. El fué tenido por malhechor, y revolvedor del pueblo (*y*); y por tal lo acusan ante los jueces, y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado (*z*); y así decian que en virtud de Beelzebud lanzaba los demonios. Fué tenido por gloton y comedor (*a*); así decian: Catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías (*b*); así decian que se juntaba con publicanos y pecadores, y comia con ellos. Fué tenido por hombre de mala generacion y mala casta; y así dijeron (*c*): Tú, samaritano eres, y demonio tienes. Fué tenido por hereje y blasfemo; y así dijeron que se hacia Dios, y que perdonaba los pecados como Dios (*d*). No faltaba sino que despues de todo esto lo tuviesen por loco, y por tal es agora tenido, no de quien quiera, sino de los caballeros y cortesanos de Heródes, y así lo visten como á loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡Oh inestimable humildad! Oh ejemplo de toda virtud! Oh consuelo de toda tribulacion! Pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecios del mundo, y veas cuán loco es, y cuán desatinado en sus dichos y hechos, y en sus paresceres y juicios, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes, y en este consuelo general de todos los males, y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley, y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atencion aquella mesura del Salvador, aquella serenidad de rostro, y aquella entereza de ánimo nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, entre tanta confusion de voces y clamores de los que le acusaban y pedian la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte, y el madero de la Cruz presente; en medio de tantas olas y torbellinos fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazon. No salió de su boca palabra áspera ni dura, no se acuitó ni abajó á ruegos, ni suplicaciones ni lágrimas; sino en todo y por todo guardó la mesura que convenía á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! Qué miramiento (cuando habia de hablar) en sus palabras! Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola sin mas testimonio bastara para justificar su causa, si la bajeza de aquellos entendimientos tan groseros alcanzara á entender la alteza desta probanza.

§. V.

De los azotes que el Señor recibió en la columna.

Despues de todas estas injurias considera los azotes que el Salvador padesció en la columna. Porque el Juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones; para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte.

Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamas pensó que habian de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David (*e*): Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio; no llegará mal adonde tú estuvieres; y el azote no tendrá que ver en tu morada. Pues ¿qué cosa mas léjos de la alteza y gloria de Dios, que la bajeza de los azotes? Castigo es este de esclavos y ladrones; y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar subjecto á él, por culpado que fuese (*f*). Y con todo esto, ¡que venga agora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo á ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla, y adorando y reconosciendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubria. Porque si hinchieron los aires de voces y alabanzas el dia de su nascimiento (*g*), no habiendo visto mas que los pañales y el pesebre, ¿qué harian agora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mia, á quien tanto mas que á los ángeles toca este negocio, ¿cuánto mas lo debes sentir y agradescer?

Entra pues agora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo

(*v*) Luc. 9. et Marc. 8. (*x*) Ioan. 18 Luc. 23. (*y*) Ioan. 19.
(*z*) Matth. 12. (*a*) Matth. 11. (*b*) Matth. 9. (*c*) Luc. 15. Ioan. 8.
(*d*) Marc. 2. Ioan. 19.

(*e*) Psalm. 90. (*f*) Actuum 22. (*g*) Luc. 2.

aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo él se deja desnudar dellos con tanta humildad, sin abrir la boca, ni responder palabra á tantas descortesías como allí le dirian. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que allí le pudiesen herir mas á su placer, donde y como ellos mas quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte, ni padrinos, ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, y rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

Mas sobre todo esto ¿qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaria abierta, adonde principalmente caian todos los golpes? Creo sin duda que estaria tan abierta y tan ahondada, que si un poco pasaran mas adelante, llegaran á descubrir los huesos blancos entre la carne colorada, y acabara aquella sancta vida ántes de la Cruz, en la columna. Finalmente de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le araron, y le cargaron de azotes, y sembraron de llagas, que ya tenia perdida la figura de quien era, y aun apénas parescia hombre. Mira pues, ánima mia, cuál estaria allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando (como estaria) tan maltratado, y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa, y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despedazada.

Mandaba la ley de Moisen (*h*) que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delictos, así fuese la de los azotes; con tal condicion, que no pasasen de cuarenta; porque no caya (dice la ley) tu hermano delante de tí feamente despedazado: paresciendo al dador de la ley que exceder este número era una manera de castigo tan atroz que no se compadescia con las leyes de hermandad. Mas en tí, ó buen Iesu, que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia; y de tal manera se quebratan, que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos sanctos doctores testifican. Pues si tan afeado estaria un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cuál estaria el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mio, pasando de cinco mil? ¡Oh alegría de los ángeles y gloria de los bienaventurados! ¿quién así te descompuso? Quién así afeó con tantas manchas el espejo de la innocencia? Claro está, Señor, que no fuéron tus pecados, sino los mios; no tus hurtos, sino los mios los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me dieses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre tí todos mis males. Pues si en tales y tan rigorosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dubdoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padescer dolores por el amado, ¿qué será cada uno desos dolores sino un testimonio de amor? Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales, que todas me predican amor, y me demandan amor? Y si tantos son los testigos, cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner dubda en la probanza que con tantos testigos es probada? ¿Pues cuál incredulidad es la mia que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista Sant Juan de la incredulidad de los judíos, diciendo (*i*) que habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en él. ¡Oh Sancto Evangelista! deja ya de maravillarte desa incredulidad, y maravíllate de la mia. Porque no es menor argumento el padescer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla habiendo hecho tantos milagros no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será, habiendo recebido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nascieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor del cielo, á la tierra sino amor (*k*)? Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino amor (*l*)? Quién te puso en el establo, y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino amor? Quién te hizo traer acuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino amor? Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas sino amor? Quién ató á Samson de piés y manos, y lo tresquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dálila su esposa (*m*)? Y quién á tí, nuestro verdadero Samson, ató y tresquiló, y despojó de su virtud y fortaleza, y entregó en manos de sus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia, y de cada una de nuestras ánimas? Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de piés á cabeza tan maltratado (*n*), las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? Quién pudo hacer tal estrago como este, sino el amor? ¡Oh amor grande! Oh amor gracioso! Oh amor tal cual convenía á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno, y amoroso, y todo amor!

Pues con tales y tantos testimonios como estos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazon que tenias en la tierra? No eres tú como aquel copero de Faraon (*o*), que cuando se vió en prosperidad se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel habia dejado; sino ántes la prosperidad y gloria de que agora gozas en el cielo, te hace tener mayor piedad de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo? Cómo no esperaré en tí? Cómo no me fiaré de tí? Cómo no me tendré yo por dichoso y rico, teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa desta vida; pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador, por cuyas manos pasa todo.

(*h*) Deuter. 25. Et ob id dicit Paul. 2. Cor. 11. A Iudæis quinquies quadragenas, una minus, accepi. «No pasaban de treinta y nueve azotes.» Vid. Augustin. lib. 4. de Doctrina Christ. c. 7.

(*i*) Ioan. 12. (*k*) Ioan. 1. et 3. (*l*) Luc. 2. Matth. 2. (*m*) Iudic. 16. (*n*) Matth. 27. Marc. 15. Luc. 23. Ioan. 19. (*o*) Gen. 40.

MEDITACION PARA EL JUEVES POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de pensar la coronacion de espinas, y el *Ecce Homo*, y cómo el Salvador llevó la Cruz á cuestas.

El texto de los Evangelistas dice así:

Entónces, conviene saber, despues de haber azotado al Señor los soldados del Presidente, recibiendo á IESUS *en la audiencia, convocaron allí toda la gente de guerra, y desnudándolo de sus vestiduras, cubriéronlo con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, pusiéronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, y hincadas las rodillas burlaban dél, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Y escupiendo en él, tomaban la caña que tenia en la mano, y heríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.*

Salió pues otra vez Pilato, y díjoles: Veis aquí os lo traigo fuera, para que conozcais que no hallo en él causa para lo justiciar. Salió pues IESUS *fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura, y dijo Pilato:* Ecce Homo. *Pues como lo viesen los pontífices y los ministros del pueblo, daban voces, diciéndole: Crucifícalo, crucifícalo. Díceles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadlo; porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondiéronle los judíos, diciendo: Nosotros tenemos ley, y segun esta ley ha de morir; porque se hizo Hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió mas, y entrando otra vez en la Audiencia, dijo á* IESU: *¿de dónde eres tú? Y* IESUS *no le respondió. Dícele Pilato: ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte? Respondió* IESUS: *No tornias poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Y por tanto el que me entregó en tus manos, mayor pecado tiene sobre sí. Dende entónces procuraba Pilato soltarle; mas ellos daban grandes voces, pidiendo que fuese crucificado, y prevalescian las voces dellos. Y Pilato determinó que se cumpliese su peticion, y soltóles el que por razon del homicidio y escándalo habia sido echado en la cárcel, y entregó á* IESUS *á la voluntad dellos.*

E tomaron á IESUS, *y sacáronlo fuera, y llevando él sobre sí la Cruz, salió al lugar que se decia Calvario. Seguíalo en este camino mucha compañía del pueblo, y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos dél; y volviéndose á ellas, díjoles: Hijas de Hierusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, y sobre vuestros hijos; porque presto vendrán dias en que digan: Bienaventuradas las estériles; y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entónces comenzarán á decir á los montes, caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos. Porque si esto hacen en el madero verde, ¿en el seco qué se hará?*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia del alegría de su corazon (*p*). Anima mia, ¿qué haces? Corazon mio, ¿qué piensas? Lengua mia, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazon no revienta? Cuál dureza no se ablanda? Qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? O dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazon de dolor? Veo esa delicadísima cabeza, de que tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, escurescida la lumbre desa frente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, y descienden por el rostro, y borran la hermosura desa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada; sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas lo habias (para satisfacer por las que yo te dí pecando), ¿ya no habias recebido muchas destas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redemirnos, ¿para qué tantos ensayes, para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamas oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invencion al mundo, que de tal manera sirviese para deshonrar un hombre, que no ménos le atormentase que deshonrase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu Pasion? Bien veo, Señor mio, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio; bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientisimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligacion, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

Pues para que sientas algo, ánima mia, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua deste Señor, y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recebir, y cuán largo en el perdonar.

Y despues que así lo hobieres mirado, y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarle tal cual aquí le ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por sceptro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro defuncto, y aquella figura toda borrada con la sangre, y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazon atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnescido de los soldados, y despreciado de los pontífices, desechado del Rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo proprio. A tí mismo te pon en lugar del que padesce, y mira lo que sentirias si en una parte tan sentible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos, ¿y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apénas la podrias sufrir. Pues ¿qué sentiria aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

(*p*) Cant. 3.

Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha tan maltratado? ¡Oh espejo sin mancilla de la majestád de Dios! ¿quién te ha todo manchado? ¡Oh rio que sales del paraíso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mio, las han enturbiado; mis maldades las han escurescido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima, cuando tal pararon los ajenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras la púrpura que te escarnesce; mis hipocresías y fingimientos las cerimonias con que te desprecian, mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ecequías el templo de Dios que estaba por los malos profanado (*q*), y toda la basura que en él habia, mandó echar en el arroyo de los cedros. Yo soy ese templo vivo, por los demonios profanado, y ensuciado con infinitos pecados; y tú eres el rio limpio de los cedros, que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparescen mis maldades. Porque por el mérito desa inefable caridad y humildad, con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me libraste dellos, mas tambien me heciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre tí mis pecados, me diste tu gracia. Así que, Redemptor mio, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquesce, y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste, bastó para embriagarte y dejarte, como á otro Noé, tan avergonzado y desnudo (*r*)? Con la púrpura encendida dese amor sostienes esa púrpura de escarnio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano, y con la compasion de mi perdimiento esa corona de confusion.

§. VI.

Del Ecce Homo.

Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomóle el Juez por la mano, así como estaba tan maltratado, y sacándole á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce Homo*. Como si dijera: Si por invidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle invidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey, veislo aquí tan desfigurado, que apénas paresce hombre. ¿Destas manos atadas qué os temeis? ¿A este hombre azotado qué mas le demandais?

Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldria entónces el Salvador, pues el Juez creyó que bastaba la figura que allí traia, para quebrar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender, cuán mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo; pues ellos eran tales, que bastaban (segun el Juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo, quien no tiene compasion de Cristo viéndolo en esta figura?

Y si tan gran mal es no compadescerse de Cristo, ¿qué será acrescentar sus martirios, y añadir dolor á su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo, que despues de mostrada por el Juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucifícalo, crucifícalo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice Sant Pablo que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios (*s*), pues cuanto es de su parte hace cosa con que le obligaria otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? Pues ¿cómo tienes tú corazon y manos para crucificar tantas veces al Señor desta manera? Debrias considerar que así como el Juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no habia otro medio mas eficaz para apartarlos de su furor, que aquella vista; así el Padre eterno la representa hoy á todos los pecadores, entendiendo que á la verdad no hay otro medio mas poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz pues agora cuenta que te la pone él tambien á ti delante, y que te está diciendo: *Ecce Homo*. Como si dijese: Mira este hombre cuál está y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa sino por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los pecados á Dios. Mira qué fué menester para satisfacer por el pecado. Mira cuán aborrescible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados proprios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira finalmente el rigor de la divina justicia, y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandesce en la cara de Cristo. Pues ¿qué mas se pudiera hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborresciesen el pecado?

Paresce que se hubo Dios aquí con el hombre como la buena madre con la mala hija que se le comienza á hacer liviana. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí mesma, dase de bofetadas, y despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, porque por esta via conozca ella la grandeza de su yerro, y siquiera por lástima de la madre se aparte dél. Pues esta manera de remedio paresce que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imágen, que es la cara de su Hijo, tan maltratada y desfigurada, para que ya que por tantas reprehensiones y castigos como les habia enviado ántes por boca de sus profetas no se querian apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura. De manera que ántes ponia las manos en los hombres; agora vino á ponerlas en sí, que era lo último que se podia hacer. Y por esto aunque siempre fué gran maldad ofender á Dios; mas despues que tal figura tomó para destruir el pecado, no solo es grande maldad, sino tambien grandísima ingratitud y crueldad.

Perseverando en la contemplacion deste mesmo paso, demas del aborrescimiento del pecado puedes tambien de aquí tomar grande esfuerzo para confiar en Dios, considerando esta mesma figura, la cual, así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así tambien lo es (y mucho mas) para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la mesma figura que sacó entónces el Salvador á los ojos del pueblo furioso, esa mesma representa hoy á los del Padre piadoso, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mesmo

(*q*) 2. Par. 29. (*r*) Gen. 9.

(*s*) Hebr. 6.

dia. Pues ¿qué imágen puede ser mas eficaz para amansar los ojos del Padre, que la cara amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro (*t*), este es el arco de diversos colores puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios (*v*). Aquí se apascentaron sus ojos, aquí quedó satisfecha su justicia, aquí se le restituyó su honra, aquí se le hizo tal servicio, cual convenía á su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo, que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto mas lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padesciendo por su honra y obediencia todo aquello que padescia? Compárame ojos con ojos, y persona con persona; y verás cuánto mas segura tienes tú la misericordia del Padre, presentándole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma este Señor por escudo, y ponlo entre tí y Dios, y preséntalo ante él, diciendo: *Ecce Homo*: Hé aquí, Señor Dios mio, el hombre que tú buscabas tantos años ha (*x*), para que se pusiese de por medio entre tí y los pecadores. Hé aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenía, y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues ¡oh defensor nuestro, míranos, Señor! Y para que así lo hagas, pon los ojos en la cara de tu Cristo (*y*). Y tú, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros; y pues tuviste amor para ofrescer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre eterno, para que por tí nos perdone.

§. VII.

De cómo el Salvador llevó la Cruz á cuestas.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habian hecho en aquel sancto Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio, y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz (*z*). No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino ántes la abrazó con summa caridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino como otro verdadero Isaac, con la leña en los hombres al lugar del sacrificio. Repartida va la carga entre los dos. El hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser sacrificado; y el padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar (*a*). Porque el fuego del amor de los hombres, y el cuchillo de la divina justicia, pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho. El amor decia que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados, y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el innocente por todos. Este es el fuego y el cuchillo que llevaba en sus manos el patriarca Abraham para sacrificar á su hijo, porque el amor de nuestra salud, y el celo de la justicia, hicieron al Padre eterno ofrescer su Hijo á la cruz.

Camina pues el innocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo el Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento (*b*), con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Vírgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus piés, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los sanctos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfeccion. ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor, en manos de sus enemigos con una cruz á cuestas, para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Vírgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

Camina pues la Vírgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende léjos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandescer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto; halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guia. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudescidas para hablar; mas al corazon de la Vírgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué veniste aquí, paloma mia, querida mia, y Madre mia? Tu dolor acrescienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenesce á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenesce este oficio, y tu innocencia no meresce este tormento. Vuélvete pues, ¡oh paloma mia! á la arca hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus piés (*c*). Allí vacarás á la oracion y

(*t*) Exod. 25. (*v*) Gen. 9. (*x*) Ezech. 22. Hiere. 5.
(*y*) Psalm 83. (*z*) Ioan. 19. (*a*) Gen 22.

(*b*) Luc. 23. (*c*) Genes. 8.

contemplacion acostumbrada, y allí, levantada sobre tí mesma, pasarás como pudieres este dolor.

Pues al corazon del Hijo responderia el de la sancta Madre, y le diria: ¿Por qué me mandas eso, Hijo mio? Por qué me mandas alejar deste lugar? Tú sabes, Señor mio, y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y que no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazon este dolor, que fuera dél ninguna cosa puedo pensar. A ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna pido ni puedo recebir consolacion. En tí está todo mi corazon, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres dias por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibieres, ahí seré yo contigo crucificado, crucificada; y contigo sepultado, sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré.

Tales palabras en su corazon iria diciendo la Vírgen; y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

MEDITACION PARA EL VIÉRNES POR LA MAÑANA.

Este dia has de contemplar el misterio de la Cruz, y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

Síguese el texto.

Vinieron, dice el Evangelista (*d*), *al lugar que se dice Gólgota, que es el monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel; y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entónces hora de tercia, y crucificáronle; y con él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escriptura que dice* (*e*): *Con los malos fué reputado. Escribió tambien un título Pilato, y púsolo sobre la Cruz; y estaba escripto en él:* Iesus Nazareno, rey de los judíos. *Este título leyeron muchos judíos, porque el lugar donde* Iesus *fué crucificado estaba cerca de la ciudad, y estaba escripto con letras hebreas, griegas y latinas* (*f*). *Decian pues á Pilato los pontífices de los judíos: No escribas: rey de los judíos; sino que él dijo: rey soy de los judíos. Respondió Pilato: Lo escripto escripto* (*g*). *Mas los soldados, despues que lo hobieron crucificado, tomaron sus vestiduras, y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno la suya; y tomaron tambien la túnica, la cual no era cosida, sino tejida de alto á bajo. Dijeron pues entre sí los soldados. No partamos esta túnica, sino echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la Escriptura que dice* (*h*): *partieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados.*

Y los que pasaban por aquel camino, blasfemaban del Señor, meneando las cabezas y diciendo (*i*): *Ah! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar, hazte salvo á tí mismo; si eres hijo de Dios, desciende de la Cruz. Asimismo los príncipes de los sacerdotes escarnecian dél con los letrados de la ley, y con los ancianos, y decian: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Pues que es rey de Israel, descienda de la Cruz, y creerémos en él. Tiene su esperanza en Dios: hbrelé si quiere librarle; pues él dijo* (*k*): *Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con él. Mas* Iesus *decia* (*l*): *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen* (1).

Y uno de los ladrones que estaban allí colgados, lo blasfemaba, diciendo (*m*): *Si tú eres Cristo, salva á tí, y á nos. Y respondiendo el otro, decia: ¿Ni aun tú temes á Dios, estando padesciendo la misma pena? Nosotros justamente padescemos; pues recebimos el pago de nuestras obras; mas este no ha hecho mal ninguno. Y decia á* Iesus: *Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Y díjole* Iesus (2): *En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.*

Y estaba en pié junto á la Cruz de Iesu *su Madre* (*n*), *y una hermana de su Madre, que se decia María, mujer de Cleofas, y María Magdalena.*

Pues como viese Iesus *á la Madre, y al discípulo que él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su Madre* (3): *Mujer, cata ahí tu hijo. E luego al discípulo: Cata ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la tomó por madre.*

Y á la hora de nona clamó Iesus *con gran voz, diciendo: Eli, Eli, lammasabacthani, que quiere decir* (4): *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y algunos de los circunstantes decian* (*o*): *Cata que llama á Helías. Otros decian: Esperad, veamos si viene Helías á librarle.*

Despues desto, sabiendo Iesus *que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escriptura dijo: Sed tengo* (5). *Y estaba allí á la sazon un vaso lleno de vinagre; y ellos tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronsela en la boca. Y como tomase* Iesus *el vinagre, dijo: Acabado es* (6).

Y clamando otra vez con una voz grande, dijo (7): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y desde la hora de sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. Y el velo del templo se partió en dos partes desde lo alto hasta lo bajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y muchos cuerpos de sanctos que dormian, resuscitaron. Y estaban todos sus amigos y conocidos, y las mujeres mirándole desde léjos: entre las cuales estaban María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor, y de Josef, y Salomé: las cuales cuando el Señor estaba en Galilea, le seguian y proveian lo necesario de sus haciendas: y otras muchas mujeres que juntamente con él habian subido á Hierusalem.*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Venido habemos, ánima mia, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparacion. ¡Oh cuán maravilloso es èste lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promision, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida, aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra (*p*); por donde los ángeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios. Este es, ó ánima mia, lugar de ora-

(*d*) Ioan. 19. (*e*) Isai. 53. Marc. 15. (*f*) Ioan. 19. (*g*) Ioan. 19. Matth. 27. (*h*) Psalm. 21. (*i*) Matth. 27. Marc. 15.

(*k*) Matth. 27. (*l*) Lucæ. 21. (1) Primera palabra. (*m*) Lucæ 23. (2) Segunda palabra. (*n*) Ioan. 19. (3) Tercera palabra. (4) Quarta palabra. (*o*) Matth. 27. Marc. 15. (5) Quinta palabra. (6) Sexta palabra. (7) Séptima palabra. (*p*) Genes. 3. et 28.

cion; aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este summo beneficio, diciendo así: Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu sancto nombre; pues por medio desta sancta Cruz redemiste el mundo. Gracias sean dadas á tí, clementísimo Salvador, porque así nos amaste, y lavaste de nuestros pecados con tu sangre, y te ofreciste por nosotros en esa Cruz, para que con el olor suavísimo deste noble sacrificio, encendido con el fuego de tu amor, satisficieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo, reconciliador de los hombres, reparador de los ángeles, restaurador de los cielos, triunfador del infierno, vencedor del demonio, autor de la vida, destruidor de la muerte, y Redemptor de los que estaban en tinieblas y sombra de muerte.

Todos pues los que teneis sed venid á las aguas (*q*); y los que no teneis oro ni plata venid á recebir todos los bienes de balde. Los que deseais agua de vida, esta es aquella piedra mística herida con la vara de Moisen en el desierto, de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento (*r*). Los que deseais paz y amistad con Dios, esta es tambien aquella piedra que rosció el patriarca Jacob con olio, y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres (*s*). Los que deseais vino para curar vuestras llagas, este es aquel racimo que se trajo de la tierra de promision á este valle de lágrimas (*t*), el cual agora es pisado y estrujado en el lagar de la Cruz para nuestro remedio. Los que deseais el olio de la divina gracia, este es aquel vaso precioso de la viuda de Heliseo, lleno de olio, con que todos hemos de pagar nuestras deudas (*v*); y aunque el vaso paresce pequeño para tantos, no mireis á la cuantidad, sino á la virtud; la cual es tan grande, que miéntras hobiere vasos que hinchir, siempre correrá la vena deste sagrado licuor.

§. VIII.

Despierta pues agora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio desta sancta Cruz, por cuyo fructo se reparó el daño de aquel venenoso fructo del árbol vedado, como lo significó el Esposo á la esposa en los Cantares, cuando dijo (*x*): Debajo de un árbol te resuscité, esposa; porque debajo de otro árbol fué deshonrada tu madre, cuando fué engañada por la antigüa serpiente (*y*).

Mira pues cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte) le desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo sin costura alguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel innocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así le trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo; porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera (*z*) la desnudez de aquellos que por el pecado habian perdido la vestidura de la innocencia y de la gracia recebida. Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo, se la volvieron á poner de nuevo, y hincarle otra vez las espinas por el celebro, y hacer nuevas aberturas y llagas en él. Y es de creer cierto que usarian desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con él en todo el proceso de su Pasion.

Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada, y abrazada con la mesma vestidura; al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe, y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes; de tal manera que el sancto cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandesce. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el celebro, y por los cabellos, y por la barba sagrada hasta teñir y regar la tierra. Considera el frio que padesceria aquel sancto cuerpo, èstando como estaba despedazado y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino tambien de los cueros y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si estando Sant Pedro vestido y calzado la noche ántes, padescia frio (*a*), ¿cuánto mayor lo padesceria aquel delicadísimo cuerpo, estando tan llagado y desnudo?

Por do paresce que aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió por un perfectisimo espejo desta virtud; pues allí estuvo tan pobre que no tuvo sobre que reclinar su cabeza, y para dar á entender que no habia tomado cosa del mundo, ni se le habia pegado nada dél. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado Sant Francisco, verdadero imitador desta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso espirar, se desnudó de todo cuanto sobre sí tenia, y derribándose de la cama en el suelo, se abrazó con la tierra desnudo; para imitar en esto, como fiel siervo, la desnudez y pobreza del Señor. Ea pues, ánima mia, aprende tú tambien aquí á seguir á Cristo pobre y desnudo, aprende á menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con brazos desnudos, y ser unida con él por amor que tambien esté desnudo, sin mezcla de otro peregrino amor.

§. IX.

Despues desto considera cómo el Señor fué enclavado en la Cruz, y el dolor que padesceria al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las delicadas partes del mas delicado de todos los cuerpos. Y mira tambien lo que la Vírgen sentiria cuando viese con sus ojos, y oyese con sus oidos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caian. Mira cómo luego levantaron la Cruz en alto, y cómo la fuéron á meter en un hoyo que para esto tenian hecho, y cómo (segun eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe; y así se estremeceria todo aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarian mas las llagas, y crescerian mas sus dolores.

(*q*) Isai. 55. (*r*) Exod. 17. (*s*) Gen. 35. (*t*) Num. 13.
(*v*) 4. Reg. 4. (*x*) Cant. 8. (*y*) Genes. 3. (*z*) Genes. 3.

(*a*) Ioan. 18.

Pues, ¡oh Salvador y Redemptor mio! qué corazon habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este dia se partieron las piedras (*b*), considerando lo que padesces en esa Cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte, y embestido han sobre tí las olas de la mar (*c*); atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mio, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazon, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fuéron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mio, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los piés, desgárranse las heridas de los piés con los clavos que tienen atravesados; cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros, sino con igual perjuicio. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquescida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sosterná? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Vírgen, para este oficio! Mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la Cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recebirá, será hincarse mas las espinas por el celebro. Sobre todo esto veo esas cuatro llagas principales, como cuatro fuentes que están siempre manando sangre; veo el suelo encharcado y arroyado de sangre; veo ese tan precioso licuor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel (*d*); pues aquella pedia venganza contra el homicida, mas esta pide perdon para el pecador (*e*).

§. X.

De la compasion del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la Cruz.

Crescieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no ménos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ¡oh buen Iesu! en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasion, y la otra de compasion; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima sanctísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, ¡oh buen Iesu! declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima sanctísima, la cual tan de cierto sabias contigo estar crucificada en la Cruz? Cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? Cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian, y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarescer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazon.

Y ¿quién otrosí podrá, ¡oh bendita Madre! declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veias morir con tan graves tormentos al que viste nascer con tanta alegría? Cuando veias escarnescido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de ángeles? Cuando veias aquel sancto cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos? Cuando mirabas aquella divina boca, que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre? Y aquella divina cabeza que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divinal figura, que tantas veces alegró tu ánima mirándola, y se volvian los ojos del camino, porque no podia sufrir tu vista la ternura del corazon!

Pues ¿qué lengua podrá declarar la grandeza deste dolor? Si las ánimas que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos dolores ya pasados, tan tiernamente se compadescen dél, ¿qué harias tú siendo madre, y mas que madre, viendo de presente con tus ojos padescer á tal Hijo tal pasion? Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor cuando caminaba con la Cruz, sin haberle nada, ni tenerle parentesco, lloraban y lamentaban por verlo ir con tan lastimera figura (*f*); ¿cuáles serían tus lágrimas cuando vieses á quien tanto te tocaba, no solo llevando la Cruz á cuestas, sino enclavado ya, y levantado en la mesma Cruz?

Y con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Vírgen bendita, la compañía de la Cruz, ni le volviste las espaldas; sino allí estuviste junto á ella: no caida ni derribada, sino en pié, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la Cruz; para que así como Eva mirando con deleite aquel fructo y árbol de muerte entrevino en la perdicion del mundo (*g*), así tú mirando con tan grande amargura el fructo de vida que de aquel árbol pendia, entrevinieses en el remedio del mundo.

§. XI.

Otra meditacion de la doctrina que se aprende al pié de la Cruz.

Estaba, dice el Evangelista (*h*), junto á la Cruz la Madre de Iesu, y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofas, y María Magdalena. ¡Quién me diese agora que en compañía destas bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pié de la Cruz! Oh bienaventuradas Marías! ¿quién os ha hecho estar tan fijas al pié de la Cruz? ¿Qué cadena es esa que así os tiene atadas á este árbol sagrado? ¡Oh Cristo muerto, que mortificas los vivos y das vida á los muertos! Oh vosotros, ángeles del paraíso, no os indigneis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta sancta compañía; porque el amor me trae, y el amor me fuerza á abrazarme con esta Cruz! Si estas tres Marías no quieren apartarse de la Cruz, ¿dónde me partiré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se helará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi corazon se aparte desta Cruz miéntras yo sintiere lo que el amor me ha enseñado: cuán grande bien sea estar siempre al pié de la Cruz. ¡Oh Cruz, tú atraes á tí mas fuertemente los corazones, que la piedra iman al fierro; tú alumbras mas claramente los entendimientos, que el sol los ojos; tú abrasas mas encendidamente las ánimas, que el fuego los carbones! Atráeme pues á tí, ó sancta Cruz, fuertemente; alúmbrame continuamente, inflámmame poderosamente,

(*b*) Matth. 27. (*c*) Psalm. 17. Psalm. 68. (*d*) Genes. 4.
(*e*) Hebr. 12.

(*f*) Lucæ 23. (*g*) Genes. 3. (*h*) Ioan. 19.

para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, ó buen Jesu, alumbra los ojos de mi ánima para que te sepa yo mirar en esa Cruz; porque no solo contemple los crueles dolores que por mí padeciste para compadecerme dellos, sino tambien los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste, para imitarlos.

Pues, ó Maestro del mundo, ó médico de las ánimas, aquí me llego al pié de tu Cruz á presentarte mis llagas; cúrame, Dios mio, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual y amigo de mí mesmo, y veo que esto impide mucho mi aprovechamiento. Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar, ó madrugar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios; los cuales perdidos, soy perdido; esta sensualidad mia me es importuna; querria comer y beber delicadamente á sus horas y tiempos; querria despues de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones; huélgase aquella hora de pasear por los verjeles, y tomar allí su refrigerio; enséñame tú, Salvador mio, lo que debo yo hacer por tu ejemplo. ¡Oh cuánta confusion es para mí ver cómo trataste tú ese mas delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonías y dolores de muerte no le diste otra comida ni otro letuario, sino aquel que hicieron aquellos crueles boticarios, de hiel y vinagre conficionado. ¿Quién tendrá pues de aquí adelante lengua para quejarse, que le dén la comida fria, ó salada, ó mal aderezada, ó que se la dén tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á tí, Dios mio, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenias eran las voces de los que meneando sus cabezas te escarnescian y blasfemaban, diciendo (*i*): ¡Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar! Esta era la música de tu comida; y el pasear del verjel era estar enclavado de piés y manos en la Cruz; aunque otro vergel hubo donde fuiste acabada la cena; mas no á pasear, sino á orar; no á tomar aire, sino á derramar sangre; no á recrearte, sino á entristecerte, y estar puesto en agonía de muerte. Pues ¿qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mia quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, y la casa grande y espaciosa; dime tú, ¡oh amor sancto! ¿cuál es tu cama, cuál es tu casa, y cuál es tu vestidura? Tu vestidura es la desnudez, y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y al aire; y si otra busco, es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas, y los pájaros del aire nidos (*k*); y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. ¡Oh curiosidades y demasías! ¿cómo sois vosotras acogidas en tierra de cristianos? O bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasias; pues nuestro Señor y Maestro no solo desechó de sí todo lo demasiado, sino tambien lo necesario.

La cama, Señor mio, me queda por ver qué tal es. Dime, ¡oh dulcísimo Señor! ¿donde yaces, dónde duermes al mediodía (*l*)? Aquí me pongo á tus piés, enséñame lo que debo hacer; porque esta sensualidad mia no quiere bien entender el lenguaje de tu cruz. Yo deseo la cama blanda; y si despierto á la hora del rezar, déjome vencer de la pereza, y aguardo el sueño de la mañana, por dar á mi cabeza reposo. Dime tú, Señor, ¿qué reposo tuviste en esa cama de la Cruz? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado, ¿cómo te volvias del otro para mejor descansar? ¿Aquí no revienta el corazon, aquí no muere toda sensualidad? ¡Oh consuelo de pobres! Oh confusion de ricos! Oh esfuerzo de penitentes! Oh condenacion de regalados y sensuales! Ni la cama de Cristo es para vosotros, ni su gloria. Dame, Señor, gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad; y si no me la das, suplícote se acabe en esta hora mi vida, porque no se sufre que estando tú en esa Cruz recreado con hiel y vinagre, busque yo sabores y regalos; y estando tú tan pobre y desnudo, ande yo perdido tras de los bienes del mundo; y teniendo tú por cama un madero, busque yo la cama blanda, y el regalo del cuerpo.

Avergüénzate pues, ó ánima mia, mirando al Señor en esta Cruz, y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga diciendo: O hombre, yo por tí recebí una corona de espinas, ¿y tú traes en desprecio mio una guirnalda de flores? Yo por tí extendí mis manos en la Cruz, ¿y tú las extiendes á los placeres y bailes? Yo no tuve muriendo una sed de agua, ¿y tú buscas preciosos vinos y manjares? Yo estuve en la Cruz, y en toda la vida que viví, lleno de deshonras y dolores, ¿y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazon, ¿y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

§. XII.

De la paciencia que habemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo.

Enseñado me has, Señor, dende esa cátedra las leyes de la templanza, enséñame tambien agora las de la paciencia, que me es mucho necesaria. Curado has la parte concupiscible de mi ánima, cura tambien la irascible; pues tu Cruz es medicina de todo el hombre, y las hojas de ese árbol sagrado son sanidad de las gentes (*m*). Algunas veces he dicho entre mí: No querria airarme con nadie, con todos querria tener paz, y para esto me paresce que sería bien huir de toda compañía, por excusar todas las ocasiones de turbacion y de ira.

Mas agora conozco en esto mi flaqueza; porque no es vencer la ira huir de la compañía, sino cubrir la imperfeccion. Quiero pues de aquí adelante estar aparejado para hacer vida, no solamente con los buenos, sino tambien con los malos, y tener paz con los que aborrescen la paz. Yo propongo de lo hacer así; dame tú, Dios mio, gracia para que lo pueda cumplir. Si me quitaren la hacienda, no por eso me entristezca yo, pues te veo en esa Cruz tan despojado y desnudo. Si me quitaren la honra, tampoco esto me haga perder la paz, pues ahí te veo tan deshonrado y abatido. Si me faltaren los amigos, no por eso me confunda yo, pues ahí te veo solo y desamparado, no solo de tus discípulos y amigos, sino tambien de tu mesmo Padre. Y si de tí me paresciere alguna vez que soy desamparado, no por eso pierda la confianza, pues no la perdiste tú, que acabando de decir (*n*): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? luego encomendaste tu espíritu en las manos de aquel que te habia desamparado. Pues yo os llamo desde aquí, angustias y persecuciones, que vengais á dar sobre mí, pues no me podeis hacer otra cosa que darme ocasion para ser imitador de mi Señor Jesucristo.

Mas, ó Señor mio, si los trabajos fueren largos y prolijos, ¿con qué me consolaré? Porque los tuyos aunque

(*i*) Matth. 27. Marc. 15. (*k*) Matth. 8. (*l*) Cant. 1.

(*m*) Ezech. 47. Apoc. 22. (*n*) Matth. 27. Luc. 23.

fuéron grandes, paresce que fuéron breves, porque aun no duró veinte horas todo el martirio de tu Pasion. Pues el que ha diez años que está en una cama, ó en una cárcel, ó en continuas necesidades y guerras dentro de su mesma casa, ¿qué consuelo hallará en ti para tan larga contienda? Responde, Señor mio, á esta pregunta, pues tú eres la palabra y la sabiduría del Padre. Dime si eres tú el consuelo universal de todos los males, aunque sean prolijos, ó si hemos de buscar para estos otro consolador. Ciertamente no es menester otro consuelo sino tú (o). Porque sin dubda esa Cruz en que padesces, no fué martirio de un solo dia, sino de toda la vida (p). Porque dendè la misma hora y punto de tu sanctísima concepcion se te puso delante así la cruz, como todo lo que en ella habias de padescer; y así la trajiste delante los ojos esos dias que viviste. Porque así como todas las cosas pasadas y venideras estaban presentes á tu divino entendimiento; así tambien lo estaban todos los martirios y instrumentos de tu Pasion. Allí estaba la cruz, y los clavos, y los azotes, y las espinas, y la lanza cruel; allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los viste con tus ojos el mismo viérnes de la Cruz. Nosotros, por recios males que padezcamos, siempre tenemos alguna hora de reposo, cuando la medicina ó el alivio nos lo da; mas tu pena cuasi siempre fué continua, ó á lo ménos muchas veces te atormentaba en el alma miéntras en este mundo viviste. Y aunque esta pena nò te atormentara, bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre, y de la salud de nuestras ánimas; el cual de verdad comia y despedazaba tu corazon, y te era mas cruel martirio que el de la misma muerte. Juntábase con esto la obstinacion de aquel pueblo rebelde, y la dureza de todos los otros pecadores, para cuyo remedio fuiste enviado; los cuales no habian de querer aprovecharse deste beneficio, ni reconoscer el tiempo de su visitacion. De aquí nascieron aquellas piadosas lágrimas que derramaste sobre Hierusalem, y de aquí aquella queja que diste por Isaías, diciendo (q): Yo dije: En vano he trabajado; de balde y sin causa he gastado mi fortaleza.

Pues aquí tienes, ánima mia, con quien te acompañar y consolar en los largos trabajos, porque aunque los trabajos postrimeros de aquel sancto cuerpo fuéron breves, los de su piadoso corazon y ánima fuéron prolijos y largos.

MEDITACION PARA EL SÁBADO POR LA MAÑANA.

Este dia se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la Cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

El texto de los Evangelistas dice así (r):

En aquel tiempo los judíos (porque era Pascua) no queriendo que los cuerpos se quedasen en la Cruz el dia del sábado (porque era muy solemne aquel dia del sábado), rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas, y los quitasen de la Cruz. Vinieron pues los soldados, y quebraron las piernas del primero de los crucificados, y luego del otro. Y como viniesen á Iesu *y le viesen ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino uno de los soldados abrió con una lanza su costado, y luego salió dél sangre y agua. Y el que lo vió da dello testimonio; y sabemos que su testimonio es verdadero.*

Y como se llegase ya la tarde, vino Iosef de Arimathia, noble caballero (el cual esperaba tambien el reino de Dios), y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de Iesu. *Y Pilato maravillóse que ya fuese muerto. Y llamando al centurion, preguntóle si era ya muerto. Y como supiese dél que lo era, concedió á Iosef el cuerpo. Vinó tambien con él Nicodemus (aquel que habia venido á hablar á* Iesu *de noche), el cual traia cuasi cien libras de ungüento hecho de mirra y aloé* (8). *Y Iosefo compró una sábana, y abajándole de la Cruz envolviéronle en aquel lienzo con aquellos olores, segun que los judíos tienen por costumbre sepultar los muertos. Y habia en aquel lugar en donde le crucificaron un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde ninguno habia sido sepultado. Allí pues por razon de la Pascua de los judíos (porque estaba cerca la sepultura) pusieron á* Iesu. *Y María Magdalena, y María, madre de Josef, miraban el lugar donde le ponian* (s).

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Hasta aquí has celebrado, ánima mia, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la Madre. Pues para esto asiéntate agora un poco á los piés del profeta Hieremías (t); y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazon sospirando, dí así: ¿Cómo quedas agora sola, inocentísima Vírgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh Vírgen Sanctísima! querria consolarte, y no sé cómo; querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos (porque mas amabas á él que no á tí), ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padesce, y toda su ánima es ya gloriosa; cese pues la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba, justo es que goces agora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes desos purísimos ojos, mas claros que las aguas de Hesebon (v), y agora turbios y escurescidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé (x); cese pues el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarézcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá cuando vuelva de la clemencia divina, alégrate con esta esperanza, y cesen ya tus gemidos. El mesmo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores, y te convida á nueva alegría en sus cantares, diciendo (y): El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparescido en nuestra tierra; levántate, querida mia, hermosa mia, y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra, y en las aberturas de la cerca (que es en las heridas y llagas de mi cuerpo), deja agora esa morada, y ven conmigo.

Bien veo, Señora, que no basta nada desto para consolaros; porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazon, y idos unos, succeden otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la

(o) Hæc habentur lib. 2. Contemptus mundi c. 12. (p) Et ita dixit Salvator Luc. 12. Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur? (q) Luc. 19. Isai. 49. (r) Ioan. 19.

(8) Libra aquí no es peso, sino moneda. Vide Budæum in lib. de mensuris, et ponderibus. (s) Marc. 15. (t) Thre 1. (v) Cant. 7. (x) Gen. 8. (y) Cant. 2.

Pasion. Hasta aqui llorábades sus dolores, agora su muerte; hasta aquí su Pasion, agora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, agora su ausencia; una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno sobre vos: de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mia, cerrad los ojos y no mireis aquella lanza, que va enristrada por el aire, dónde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe á vos hiere y no á él. Deseábades los clavos y las espinas; eso era para su cuerpo la lanzada se guardaba para vos. ¡Oh crueles ministros! Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os paresce lo que ha padescido el cuerpo vivo, que no le quereis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos defunctos, aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte; que aunque seais mas duros que el hierro, y que el diamante, y que vosotros mesmos, viéndolo os amansaréis. ¿Por qué no os contentais con las heridas del Hijo, sino tambien quereis herir á la Madre? A ella heris con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta dese hierro cruel.

Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh rio que sales del paraiso, y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! Oh llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, sanctuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testimonio de su amor, y prenda de la vida perdurable. Por tí entran los animales á guarescerse del Diluvio en el Arca del verdadero Noé (z); á tí se acogen los tentados, en tí se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por tí entran al cielo los pecadores, y en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia, y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazon en esa tan deleitable morada, dame por ella paso á las entrañas de tu amor, beba yo desa dulce fuente, sea yo lavado con esa sancta agua, y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el Profeta, diciendo (a): Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aqui moraré, porque esta morada escogí.

(z) Gen. 7. (a) Psalm. 131.

§. XIII.

Del descendimiento de la Cruz, y llanto de la Vírgen.

Despues desto considera cómo fué quitado aquel sancto cuerpo de la Cruz, y recebido en los brazos de la Vírgen. Llegan pues el mesmo dia sobre tarde aquellos dos sanctos varones José y Nicodemus (b); y arrimadas sus escaleras á la Cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Vírgen vió que acabada ya la tormenta de la Cruz, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recebirlo de los brazos de la Cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo, ni recebido dél los postreros abrazos en la Cruz al tiempo de su partida, la dejen agora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan (como lo pides) no ménos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo, sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla. Pues ¿qué hareis, sanctos varones? ¿Qué consejo tomareis? Negar á tales lágrimas y á tal Señora cosa que pida, no conviene; y darle lo que pide, es acabarle la vida. Temeis por una parte desconsolarla, y temeis por otra no seais por ventura homicidas de la Madre, como fuéron los enemigos del Hijo. Finalmente vence la piadosa porfía de la Vírgen; y pareció á aquella noble gente (segun eran grandes sus gemidos) que sería mayor crueldad quitarle el Hijo, que quitarle la vida, y así se lo hobieron de entregar.

Pues cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de paz, llorad con esta sagrada Vírgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro; tiñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebistes con tanta gloria, y paristes con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fuéron vuestras alegrías antiguas? Dónde esta aquel espejo de hermosura en quien vos os mirábades? Ya no os aprovecha mirarle á la cara; porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle; porque sus orejas han perdido el oir. Ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo. Ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no hablais agora, Reina del cielo? cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida; mas el corazon allá dentro hablaria con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diria:

¡Oh vida muerta! Oh lumbre escurescida! Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas
han parado vuestra divina figura? Qué
que mis manos hallan en vuestra
es esta que veo en vuestro costado
del mundo, ¿qué insignias son es

(b) Ioan. 19.

en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Estos son aquellos ojos que escurescian al sol con su hermosura! Estas son las manos que resuscitaban los muertos á quien tocaban! Esta es la boca por do salian los cuatro rios del paraíso! ¡Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios! Hijo mio, y sangre mia, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado? Hijo mio, ¿qué haré sin tí? Adónde iré? Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían á rogarte por sus hijos, y por sus hermanos defunctos; y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrias; mas yo que veo muerto á mi hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿á quién rogaré por él? Quién me consolará? Dónde está el buen Iesu Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos, y da vida á los muertos? Dónde esta aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, ántes de agora descanso mio, y agóra cuchillo de mi dolor, ¿qué heciste porque los judíos te crucificasen? Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? Este es el premio que se da á la virtud? Esta es la paga de tanta doctrina? Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? Hasta aquí la malicia del demonio? Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? Tan grande es el aborrescimiento que Dios tiene contra el pecado? Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? Tan grande es el rigor de la divina justicia? En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

¡Oh dulcísimo Hijo mio! ¿qué haré sin tí? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro, y toda mi compañía. Agora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicacion del Evangelio. Ya no alimpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas asentado á mi mesa comiendo, y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad.

Hijo mio, ¿no me hablas? ¡Oh lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos distes habla y vida! ¿quién os ha puesto tanto silencio, que no hablais á vuestra madre? ¿Cómo no me dejais siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda. destos clavos y desta lanza quiero ser vuestra heredera Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazon, allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, y vuestros azotes, y vuestra Cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí miéntras me durare la vida.

¡Cómo dura poco el alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor despues de mucha prosperidad! ¡Oh Bethlehem, y Hierusalem, cuán diferentes dias he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué dia este tan escuro! Qué rica entónces, y que pobre agora! No podia ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. O ángel bienaventurado, ¿dónde están agora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutacion (*c*)? No era vana mi turbacion ni mi temor en aquella hora; porque á grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir, ó gran caida, ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo. Entónces me llamaste llena de gracia, agora estoy llena de dolor. Entónces bendita entre las mujeres, agora la mas afligida de las mujeres. Entónces dijiste : El Señor es contigo, agora tambien está conmigo; mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

Oh dulce Redemptor mio, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recien nascido, por do viniese agora á tenerte en ellos tan atormentado? Fué algun pecado recebir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque agora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? Fué algun yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, por que agora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? Fué algun delicto amarte tanto, porque agora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto mas padeseiese, cuanto mas te amo?

¡Oh Padre eterno! Oh amador de los hombres, piadoso para con ellos, y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabeis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazon. Vos sabeis que cuantos azotes y heridas ha recebido este sancto cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazon. Mas con todo esto, yo la mas afligida de todas las criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo vos para que yo me consuele. De vuestra mano aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias; por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo; y porque agora me lo quitais, no me indigno, sino ántes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas tambien con ellos os bendigan. Mas suplícoos, Padre mio (si vos dello sois servido), os déis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabeis que dende el dia que aquel sancto Simeon me anunció este martirio (*d*), se echó acíbar en todos mis placeres, y dende entónces traigo este dia atravesado en el corazon. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria deste dolor; y nunca tuve gozo tan puro, que no se aguase con los dolores y temores deste dia. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que vos quesistes que dende entónces tuviese yo conoscimiento deste misterio; para que así como el Hijo trajo siempre la Cruz ante los ojos dende el dia de su concepcion, así tambien le trajese la Madre. Así quereis vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no quereis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en vos. Pues, oh Rey mio, habed ya por bien que sea este el postrero de mis martirios, si vos dello sois servido; y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabeis vos que tantas veces he sido mártir, cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó; y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura ¡Oh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio, y la

(*c*) Luc. 1.

(*d*) Luc. 2.

corona que á mí quitan, á tí la dan; pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas. Mis huesos se alegrarian si allí se viesen, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazon y ánima, que yo puedo, yo la sepultaré; mas vos tambien, Señor mio, el cuerpo, que yo no puedo sin vos. O muerte, ¿por qué eres tan cruel que me apartas de aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas agora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre.

Tales palabras en su corazon diria la Vírgen; y semejantes las dirian aquellas sanctas Marías que la acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Vírgen. Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decia (*e*): ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará de aquí adelante? á quién iré con mis dubdas? en cuyos pechos descansaré? quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, ¡y agora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los mios muerto! ¡Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte (*f*)! Esta es aquella figura mas clara que el sol de mediodia!

Lloraba tambien aquella sancta pecadora, y abrazada con los piés del Salvador, decia: ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recebirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos (*g*)? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés, y los lavé cuando en ellos me recebiste! Oh amado de mis entrañas, quién me diese agora que yo muriese contigo! Oh vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto?

Desta manera lloraba y lamentaba toda aquella sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazon de la Madre con una escura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeida de todo su bien, y allí se le queda el corazon sepultado donde quedaba su tesoro.

§. XIV.

Aquí se declara por qué la sagrada Vírgen, y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.

¡Oh Padre eterno! ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿por qué quieres que padezca tambien esta sagrada Vírgen, que ni por los pecados ajenos meresce muerte (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazon se hallara fuera de Hierusalem, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objecto presente. ¡Oh maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redempcion del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padescer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa mas preciosa que en el cielo el amor glorioso de los bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padescer por su amor (*h*). Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y aceptaste, para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante (*i*), mas te agradó; para darle por ella todo lo que pedia, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no era razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los ojos de Dios.

Y demas desto no hay obra en el mundo que mas declare la verdadera virtud, que el padescer trabajos por amor de Dios. Porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como esta. Así como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor (por muchos otros beneficios que les hizo) hasta que vino á padescer por ellos; así nunca ellos descubrian el suyo enteramente (por muchos servicios que le hagan) hasta que vengan á padescer por él. La tribulacion, dice Sant Pablo (*k*), es ocasion y materia de paciencia, y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos da la esperanza de la gloria. Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y sanctidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulacion. Porque, como dice el Sabio (*l*), los vasos de barro se prueban en el horno; mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulacion.

No hizo Dios en todas las obras de la naturaleza cosa que estuviese ociosa; mucho ménos querrá que en las de gracia estén sus dones ociosos. Y por esto él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recebida. De manera que no se tiene aquí respecto á la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. Darnos has, Señor, dice el Profeta (*m*), á beber lágrimas por medida, y la medida será esta: que el mas privado communmente sea mas afligido y atribulado. Cuando Moisen hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escriptura divina (*n*) que roció á todo el pueblo con un hisopo de sangre, y esto hecho, el resto de la sangre que quedaba derramó sobre el altar. Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios, que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no solo con la de Cristo, sino tambien con la propria de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. El bebió primero del cáliz en aquella postrera cena que cenó con los discípulos (*o*); mas despues de haber él bebido, dió las sobras á los convidados, y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno dellos tambien su trago. De manera

(*e*) Ioan 13. (*f*) Luc. 9. (*g*) Luc. 7.

(*h*) Philip. 1. Actuum 5. (*i*) Matth. 13. (*k*) Rom. 5. (*l*) Eccl. 27. (*m*) Psalm. 79. (*n*) Exod. 24. (*o*) Marc. 14.

que á todos ha de caber su parte deste cáliz; y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padescer (*p*). Sino que en esto está la diferencia: que á los hombres populares y imperfectos basta que sean rosciados con sangre; mas los que están mas allegados á Dios, y son tales que merescen ya ser llamados altares suyos, estos no solo han de ser rosciados con sangre, sino teñidos y bañados en sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas mas fuertes, y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo mas amadas de Dios, fuéron Jesucristo y su Madre; y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padescer. No ha habido en el mundo dos personas mejores ni mas atribuladas que estas dos.

Consolaos pues todos los atribulados; pues mientra mas lo fuéredes, mas semejantes seréis á Jesucristo y á su Madre. Consolaos, atribulados; que no por eso sois mas desamparados de Dios, ántes (si paciencia teneis) mas queridos y mas amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados; porque no hay sacrificio mas agradable á Dios, que el corazon atribulado (*q*), ni señal mas cierta de su amistad, que la paciencia en la tribulacion. No infame nadie las tribulaciones; porque eso es infamar á Cristo y á su Madre, y al mesmo Dios, que siempre envía tribulaciones á sus amigos.

¿Qué cosa es la tribulacion sino cruz? Pues ¿qué será infamar la tribulacion sino infamar la Cruz? Y qué huir de la tribulacion, sino huir de la Cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la Cruz, ¿por qué huimos de la viva, que es el padescer por la Cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador (*r*) que habiendo perseguido á los profetas, venian despues á edificarles muy grandes y sumptuosos sepulcros, honrándolos despues de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues á estos en su manera paresce que imitan los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padescer por la Cruz.

Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padesce por sus pecados, ó sin pecados (*s*); porque como quiera que padezcas, todo eso es finalmente padescer en cruz. Si padesces por tus pecados, padesces en la cruz del buen ladron; mas si padesces sin pecados y sin culpa, por eso te debrias mas consolar; porque eso es padescer en la Cruz del Salvador.

MEDITACION PARA EL DOMINGO POR LA MAÑANA.

Este dia pensarás en el misterio de la sancta resurreccion, en el cual podrás meditar estos cuatro pasos principales: conviene saber, la descendida del Señor al limbo, y la resurreccion de su sagrado cuerpo; el aparescimiento á nuestra Señora, y despues á la Magdalena y á los discípulos.

El texto del evangelista Sant Juan dice así (*t*):

El domingo siguiente despues del viérnes de la Cruz vino María Magdalena muy de mañana, ántes que esclaresciese, al sepulcro, y vió quitada la piedra dél, y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no le halló, estábase allí fuera de la casa del monumento en el huerto llorando. Y estando así llorando inclinóse, y miró en el monumento; y vió dos ángeles asentados, vestidos de blanco, uno á la cabecera, y otro á los piés del lugar donde fuera puesto el cuerpo de Iesus. *Los cuales le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Y ella respondió: Porque han llevado á mi Señor, y no sé dónde le pusieron. Y como dijo esto, volvió el rostro, y vió al Señor, y no le conosció. Díjole pues el Señor: ¿Mujer, por qué lloras? á quién buscas? Ella, creyendo era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú le tomaste, dime dónde le pusiste, que yo le llevaré. Dijo entónces el Señor: ¿María? respondió ella: Maestro. Dícele el Señor: No toques en mí; sino vé y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena, y dió cuenta desto á los discípulos, diciendo: Vi al Señor, y díjome esto y esto que os dijese.*

En este mesmo dia en la tarde estando las puertas cerradas donde estaban ayuntados los discípulos por miedo de los judíos, vino el Señor, y púsose en medio dellos, y díjoles: Paz sea con vosotros; y como esto dijese, mostróles las manos y el costado. Alegráronse pues los discípulos visto el Señor. Díjoles otra vez: Paz sea con vosotros. Así como el Padre me envió al mundo, así yo envio á vosotros. Y dichas estas palabras sopló y díjoles: Recebid el Espíritu Sancto. Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos.

En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por otro nombre Didimo, no estaba con los discípulos cuando vino Iesus. *Y despues de venido, dijéronle los otros discípulos: Visto habemos al Señor. A los cuales él respondió: Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar dellos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho dias, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás tambien con ellos, vino el Señor otra vez cerradas las puertas, y puesto en medio dellos, díjoles: Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás: Pon aquí tu dedo; mira mis manos, y llega tu mano y ponla en mi costado; y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y dijo: Señor mio y Dios mio. Y díjole el Señor, Porque me viste, Tomás, creiste: bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Otras muchas señales hizo* Iesus *en presencia de sus discípulos, que no están escriptas en este libro. Mas estas se escribieron para que creais que Iesucristo es Hijo de Dios; y para que creyéndolo así alcanceis vida por él.*

MEDITACION SOBRE ESTOS PASOS DEL TEXTO.

Este es el dia que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él (*v*). Todos los dias hizo el Señor, que es el hacedor de los tiempos; mas este señaladamente se dice que hizo él; porque en este acabó la mas excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redempcion (*x*). Pues así como esta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras, así tambien este se llama dia de Dios; porque en él se acabó esta, que fué la mas excelente de todas sus obras.

Dícese tambien que este dia hizo el Señor, porque todo lo que hay en él fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador, siempre se ha-

(*p*) Rom. 8. (*q*) Psalm. 50. (*r*) Matth. 23. (*s*) Vide de hoc 2. Machab. 6. et Nahum 1. et Tobiæ 2. et ad Hebr. 12. (*t*) Ioan. 20. Marc. 16. Luc. 24.

(*v*) Psalm. 117. (*x*) Ioan. 4.

lla algo que hayamos hecho nosotros; porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nasció de nuestra culpa, y por esto hay algo de nos. Mas este dia no es de trabajo ni de pena; sino destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios. Pues en tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este dia se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte desta alegría. Mas claro se ha mostrado el sol este dia que todos los otros; porque razon era que sirviese al Señor con su luz en el dia de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el dia de su Pasion (*y*). Los cielos, que viendo padescer al Señor se habian escurescido por no ver á su Criador desnudo, estos agora paresce que con singular claridad resplandescen, viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese pues el cielo; y tú, tierra, toma parte desta alegría; porque mayor resplandor nasce hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo, que todos los domingos cuando se levantaba á maitines, era tanta el alegría que recebia acordándose del misterio deste dia, que le parescia que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces, y decian: En tu resurreccion, Cristo, alleluya, los cielos y la tierra se alegren, alleluya.

Pues para sentir algo del misterio deste dia piensa primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su Pasion, con aquella misma caridad que subió por nosotros en la Cruz, descendió á los infiernos á dar cabo á la obra de nuestra reparacion (*z*). Porque así como tornó por medio el morir para librarnos de la muerte, así tambien el descender al infierno para librar á los suyos dél.

Desciende pues el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; cuya entrada describe Eusebio Emiseno por estas palabras (*a*): ¡Oh luz hermosa, que resplandesciendo dende la alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Redemptor allí descendió, luego aquella eternal noche resplandesció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló, viendo al Salvador presente. Allí fuéron conturbados los príncipes de Edom (*b*), y temblaron los poderosos de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaan. Luego todos aquellos infernales atormentadores en medio de sus escuridades y tinieblas comenzaron entre sí á murmurar, diciendo: ¿Quién es este tan terrible, tan poderoso y tan resplandesciente? Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno, nunca á estas cuevas tal persona nos envió hasta hoy el mundo. Acometedor es este, no deudor; quebrantador es, no pecador; juez paresce, no culpado; á pelear viene, no á penar. Decidme: ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras, y por fuerza nos entró? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuese culpado, no sería tan osado; y si trajera alguna escuridad de pecado, no resplandescieran tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo? ¡Oh Cruz, que así has burlado nuestras esperanzas y causado nuestro daño! En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas (*c*), y agora en un madero las perdímos.

Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías cuando el noble triunfador entró allí á libertar sus captivos. Allí estaban recogidas todas las ánimas de los justos que dende el principio del mundo hasta aquella hora habian salido desta vida. Allí viérades un profeta aserrado y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes glorificaron á Dios (*d*). ¡Oh compañía gloriosa! Oh nobilísimo tesoro del cielo! Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo (*e*), que así como fuéron los primeros en la culpa, así lo fuéron en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó simiente para que se volviese á poblar el mundo despues de las aguas del Diluvio (*f*). Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el cual mereció primero que todos recebir el Testamento de Dios, y la señal y divisa de los suyos en su carne (*g*). Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando á cuestas la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo (*h*). Allí estaba el sancto padre de los doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la bendicion del Padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnacion del Verbo divino (*i*). Allí estaba tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el sancto Baptista (*k*), y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el remedio del mundo (*l*), y lo recibiese en sus brazos, y cantase ántes que muriese como cisne aquella dulce cancion. Tambien tenia su lugar allí el pobrecico Lázaro, del Evangelio (*m*), que por medio de sus llagas y paciencia mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de ánimas sanctas estaban allí gimiendo y sospirando por este dia; y en medio dellos (como maestro de capilla) aquel sancto Rey y Profeta repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo (*n*): Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, miéntras dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios? O sancto Rey, si esa es la causa de tu lamentacion, cesa ya dese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda pues agora ese cantar, y canta lo que mucho ántes en espíritu cantaste, cuando escribiste (*o*): Bendijiste, Señor, á tu tierra y sacaste á Jacob de captiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y disimulaste la muchedumbre de sus pecados. Y tú, sancto Hieremías, que por el mesmo Señor fuiste apedreado (*p*), cierra ya el libro de las lamentaciones que escribías por ver á Hierusalem destruida, y el templo de Dios asolado; porque otro mas

(*y*) Matth. 27. (*z*) Psalm. 15. Ephes. 4. Zachar. 9. Actuum 2. Eccles. 24. Ossee 6. (*a*) In hom. 1. in die Resurrectionis.
(*b*) Exod. 15.

(*c*) Genes. 3. (*d*) Isaias, secundum Epiphanium, et Hierony. in eius vita. Hieremias, et Amós. (*e*) Adam, et Eva. Genes. 2. et 3.
(*f*) Noé. Genes. 8. (*g*) Abraham. Genes. 17. (*h*) Isaac. Genes. 22.
(*i*) Iacob. Genes. 27. (*k*) Matth. 14. (*l*) Luc. 2. (*m*) Luc. 16.
(*n*) Psalm. 41. (*o*) Psalm. 84. (*p*) Hieremias fuit lapidatus in Ægypto á Iudæis, quó ipso Propheta prohibente fugerant. Authores sunt Hieronymus, et Epiph. in vita Ipsius.

hermoso templo que ese verás de aquí á tres dias reedificado, y otra mas hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirian? Cuán de véras, viéndose ya salidos del captiverio de Egipto, y ahogados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarian todos y dirian (*q*): Cantemos al Señor que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar. Con qué entrañas aquel primer Padre de todo el género humano, derribado ante los piés de su Hijo y Señor, diria: Veniste ya, muy amado Señor y muy esperado, á remediar mi culpa; veniste á cumplir tu palabra, y no echaste en olvido á los que esperaban en tí. Venció á la dificultad del camino la piedad grande; y á los trabajos y dolores de la Cruz, la grandeza del amor.

No se puede con palabras explicar el alegría destos padres; mas mucho mayor era sin comparacion la que el Salvador tenia, viendo tanta muchedumbre de ánimas remediadas por su Pasion. ¿Por cuán bien empleados darias entónces, Señor, los trabajos de la Cruz, cuando vieses el fructo que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado? Con dos hijos que nascieron al patriarca Josef en la tierra de Egipto, ya no hacia caso de todos sus trabajos pasados (*r*). Y en significacion desto al primero que en aquella tierra nasció, puso por nombre Manases, diciendo: Hecho me ha Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiria el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la Cruz? cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor de sí?

§. XV.

De la resurreccion del cuerpo del Salvador.

Mas, ó Salvador mio, ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo sanctísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte ha de caber al que se queda en las tiendas que al que entra en la batalla (*s*). Vuestro sancto cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro y vuestra ánima sanctísima entró á pelear en el infierno: repartid con él de vuestra gloria, pues habeis ya vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo habia dejado, tendido en aquella losa fria, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya despues de la media noche, á la hora del alba, cuando queria prevenir el sol de justicia al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su sancto cuerpo, y ¿qué tal (si piensas) lo paró? No se puede esto explicar con palabras; mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es. Acaesce algunas veces estar una nube muy escura y tenebrosa hácia la parte del poniente, y si cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante, y la hiere, y enviste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada que paresce al mesmo sol. Pues así aquella ánima gloriosa despues que envistió en aquel sancto cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convertió en luz, y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo mas afeado de los cuerpos hizo el mas hermoso de todos ellos. Desta manera resuscita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurreccion. Este es aquel sancto patriarca Josef (*t*), salido ya de la cárcel, tresquilados los cabellos de su mortalidad, vestido de ropas inmortales y hecho señor de la tierra de Egipto. Este es aquel sancto Moisen (*v*) sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder y carros de Faraon. Este es aquel sancto Mardoqueo (*x*), despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel sancto Daniel (*y*) salido ya del lago de los leones, sin haber recebido perjuicio de las bestias hambrientas. Este es aquel fuerte Samson (*z*), que estando cercado de sus enemigos, y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche, y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios. Este es aquel sancto Jonas (*a*) entregado á la muerte por librar della á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero dia es lanzado en la ribera de Nínive. ¿Quién es este que estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnicera, nó pudo ser comido della, y engolfado en los abismos de las aguas, gozó de aires de vida; y sumido en el profundo de la perdicion, la misma muerte le sirvió? Este es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia que jamas se harta, que es la muerte; la cual despues que le tuvo en la boca, conosciendo la presa, tembló en tenerla. Porque dado caso que la tierra despues de muerto le tragó; mas hallándole libre de culpa no pudo detenerle en su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

§ XVI.

De cómo el Salvador apareció á la Vírgen nuestra Señora.

Ya, Señor, habeis glorificado y alegrado esa carne sanctísima que con vos padesció en la Cruz: acordaos que tambien es vuestra carne la de vuestra Madre, y que tambien padesció ella con vos, viéndoos padescer en la Cruz. Ella fué crucificada con vos, justo es que tambien resuscite con vos. Sentencia es de vuestro Apóstol (*b*), que los que fuéron compañeros de vuestras penas tambien lo han de ser de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la Cruz en todas vuestras penas, justo es que tambien agora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo escurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su ánima entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido despues del invierno de tantas aguas.

Estaria la sancta Vírgen en aquella hora en su oratorio recogida esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto al tercero dia, diciendo (*c*): Levántate, gloria mia; levántate, saltorio y vihuela; vuelve triunfador al mundo; recoge, buen pastor, tu ganado;

(*q*) Exod. 15. (*r*) Genes. 41. (*s*) Iosue 22. Num. 31. 1. Reg. 30.

(*t*) Gen. 41. (*v*) Exod. 2. (*x*) Esther. 6. et 7. et 8. (*y*) Dan. 14. (*z*) Iudic. 16. (*a*) Ion. 2. (*b*) Rom. 6. (*c*) Psalm. 56.

oye, hijo mio, los clamores de tu afligida madre, y pues estos fuéron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, estos te hagan agora subir de los infiernos al mundo. En medio destos clamores y lágrimas resplandesce súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofréscese á los ojos de la Madre el Hijo resuscitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandesce tan claro el sol del mediodía, como resplandesció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resuscitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituida y acrescentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la madre cuchillos de dolor, velas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones, velo acompañado de sanctos y ángeles (*d*). Al que la encomendaba desde la Cruz al discípulo, ve cómo agora extiende sus amorosos brazos y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, vele agora resuscitado ante sus ojos. Tiénele, y no le deja; abrázale, y pídele que no se le vaya. Entónces enmudescida de dolor no sabía qué decir; agora enmudescida de alegría no puede hablar.

¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprehender hasta dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras menores, haciendo una como escalera de lo bajo á lo alto, y conjecturando las unas por las otras. Pues para sentir algo desta alegría considera el alegría que recibió el patriarca Jacob cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas á Josef su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto (*e*). Dice la Escriptura divina que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo ni podia creer lo que los hijos le decian. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien, si Josef mi hijo es vivo; iré, y verlo he ántes que muera. Pues dime agora: si quien tenia otros once hijos en casa, tanta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenia por muerto era vivo, ¿qué alegría recibiria la que no tenia mas que uno, y ese tal y tan querido, cuando despues de haberle visto muerto, le viese agora resuscitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprehender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no pudiera su corazon sufrir la fuerza della, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado. ¡Oh Vírgen bienaventurada! bástate solo este bien, bástate que tu hijo sea vivo, y que lo tengas delante, y que lo veas ántes que mueras, para que no tengas mas que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar á los que padescen por tí! No paresce ya grande aquella primera pena en comparacion desta alegría. Si así has de consolar á los que por tí padescen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

Conforme á esto se debe pensar cómo el Salvador apareció á sus discípulos, y señaladamente á la sancta Magdalena (*f*), de que aquí no tratamos al presente, por no alargar mas esta meditacion.

(*d*) Ioan. 19. (*e*) Gen. 45.

CAPITULO ULTIMO

De seis cosas que debemos meditar en la Pasion del Salvador.

Pues la principal materia de la meditacion es la sanctísima Pasion del Salvador, razon será que, pues hasta aquí habemos tratado de la meditacion en comun, tratemos agora en particular de la meditacion de la sagrada Pasion, para que sepamos de la manera que nos hemos de haber en esta parte.

Mas aquí se ha de presuponer primero que entre todas las devociones del mundo no hay otra mas segura, ni mas provechosa, ni mas universal para todo género de personas, que la memoria de la sagrada Pasion. Dice Alberto Magno que es de mas provecho pensar cada dia un poco en la Pasion del Salvador, que ayunar todos los viérnes del año á pan y agua, y disciplinarse hasta derramar sangre, y rezar todo el salterio de cabo á cabo. A lo ménos es cierto que este sancto ejercicio ayuda grandemente para encaminar un ánima en todo bien. Porque como Cristo sea, segun él mesmo dice (*a*), el camino, y la verdad, y la vida, no hay otro ejercicio mas proporcionado para ir á Dios, y conoscer á Dios, y gozar de Dios, que poner siempre los ojos en Cristo, el cual como en todas las cosas nos sea todo esto, mucho mas lo es puesto y mirado en la Cruz. Por donde dijo muy bien Sant Bernardo (*b*): Bien puedo, Señor, rodear el cielo y la tierra, y no te hallaré sino en la Cruz: ahí yaces, ahí duermes al mediodía. Mas dejada agora esta materia para otro lugar, solamente quiero tratar al presente de la manera que habemos de tener en pensar esta sagrada Pasion. Porque hay algunas personas simples, las cuales no pretenden otra cosa en este ejercicio, sino solo derramar alguna lágrima, compadesciéndose de los trabajos y dolores del Salvador; haciendo hincapié en solo esto, sin pasar adelante. Y aunque esto sea muy bueno y necesario (porque es como fundamento de todo lo demas, como adelante se dirá); pero no es solo este el fructo que se coge deste árbol sagrado, sino otros muchos mayores, pues de aquí ha de nascer todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Para esto es de saber que seis cosas (entre otras muchas) se pueden considerar en la Pasion del Señor, conviene saber: la grandeza de sus dolores, la graveza de nuestro pecado, la alteza del beneficio, la excelencia de la divina bondad, la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, y la conveniencia deste medio que Dios tomó para nuestra redempcion. Estas seis cosas habemos de considerar para seis efectos, en los cuales consiste todo el aprovechamiento de la vida espiritual. Porque la grandeza de los dolores de Cristo habemos de considerar, para compadescernos dél; la grandeza de nuestro pecado, para aborrescerlo; la grandeza del beneficio, para agradescerlo; la excelencia de la divina bondad que allí se descubre, para amarla; la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, para imitarlas; y la conveniencia del misterio, para maravillarnos de la sabiduría divina, y confirmarnos mas en la fe deste misterio. Destas seis cosas trataremos agora por su órden.

(*f*) Marc. 16. Ioan. 20. (*a*) Ioan. 14. (*b*) In sermone de Passione.

§. I.

De la grandeza de los dolores de Cristo.

Lo primero habemos de considerar la grandeza de los dolores de Cristo, para compadescernos dél, como es razon que se compadezcan los miembros de su cabeza. Para lo cual es de saber que, como dicen los doctores (*c*), los dolores que el Salvador padesció en su Pasion fuéron los mayores que se han padescido en el mundo, ni jamas se padescerán. Esto parescerá ser verdad, si consideramos cinco causas principales de do procedia la grandeza destos dolores.

La primera fué la grandeza de su caridad, por la cual deseaba redemir copiosísimamente el linaje humano, y satisfacer perfectísimamente á las injurias y ofensas hechas contra la divina Majestad. Y porque cuanto mayores dolores padescia, tanto mas perfectamente cumplia con lo uno y con lo otro, y á él no faltaban fuerzas de gracia para llevar cuan grande carga quisiese; de aquí es haber querido que fuese muy crescida la carga, para que así tambien lo fuese la satisfaccion de nuestra deuda, y la obra de nuestra redempcion.

La segunda causa que se sigue desta, fué el haber padescido sin ningun linaje de consuelo ni de alivio. Porque por la razon susodicha él cerró todas las puertas por donde le podia entrar alguna manera de consolacion, así del cielo como de la tierra, hasta ser desamparado, no solamente de sus discípulos y amigos, sino tambien de su proprio Padre, y de sí mesmo (*d*); para que así á solas y sin compañía se estuviese abrasando en la fragua de sus dolores, sin ningun aire ni frescor de alivio que por alguna parte le pudiese entrar. Por esto dijo él en el salmo (*e*): Hecho soy así como hombre sin ayuda; siendo yo el que solo entre los muertos estaba por derecho libre del pecado y de la muerte. Y en otro salmo dice (*f*): Estoy sumido en el profundo de las aguas y del cieno, y no hallo sobre qué estribar. Este es aquel desamparo que el mesmo Salvador significó en la Cruz, cuando dijo (*g*): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Porque en aquella hora fué aquella sancta humanidad dejada en médio de la corriente de los dolores, sin haber cosa alguna que resistiese ni mitigase la fuerza dellos. Esto fué figurado en la ley por aquellos dos animales que se ofrescian por los pecados del pueblo (*h*); de los cuales el uno era degollado y ofrescido en sacrificio, y el otro desaparescia, y era enviado á la soledad, dejando al compañero solo en el tormento. Pues así en este celestial sacrificio, donde se ofresció Dios y hombre por los pecados del mundo, la una de las dos naturalezas era sacrificada y padescia; mas la otra desaparescia dejando á la hermana sola en el tormento. Porque aunque cuanto al vínculo de la union nunca desamparó lo que una vez tomó, mas cuanto á la consolacion y alivio de los trabajos (en la parte inferior) del todo la desamparó. Y de aquí vemos que los mártires cuando iban á padescer, iban muy ledos y gozosos, como se lee de Sancta Agueda, y de Sant Lorenzo, y de otros muchos; mas el Salvador, siendo él la mesma fuente de gracia y de fortaleza (por cuya virtud pudieron los mártires lo que pudieron), temblaba y sudaba gotas de sangre, cuando iba á padescer. Porque en aquellos la virtud de la caridad, que redundaba en las fuerzas inferiores del ánima, causaba grandisima alegría; mas en Cristo estaban por especial milagro suspensas todas estas y otras cualesquier influencias, para que así bebiese el cáliz de los dolores, puro y sin mezcla de consolacion.

La tercera causa fué la delicadeza de su complexion; porque como aquel sancto cuerpo era formado milagrosamente por el Espíritu Sancto, y las cosas hechas por milagro son mas perfectas que las que se hacen por naturaleza, como lo declara Sant Crisóstomo hablando de aquel vino hecho de agua en las bodas (*i*), síguese que aquel cuerpo era el mas bien acomplexionado y delicado de todos los cuerpos: en tanto que (como dice un doctor) si no entreviniera allí alguna violencia exterior, aquel cuerpo durara por muchos años, por la perfeccion y delicadeza de su compostura. Y no solamente la compostura, sino tambien la materia era muy delicada, porque la materia dél era una carne toda virginal, tomada de las purísimas y virginales entrañas de nuestra Señora, sin mezcla de otro metal. Por donde (como dice Sant Buenaventura) era aun mas delicado y mas sensible.

La cuarta causa fué el mesmo género de muerte que el Salvador padesció, con todas las circunstancias que entrevinieron en todo el discurso de su Pasion; porque cada una dellas (si bien se mira) fué un linaje de martirio por sí. Y para ver esto mas claramente comienza dende el principio hasta el cabo de la Pasion, y hallarás doce gravísimos trabajos (entre otros) que el Salvador allí padesció, los cuales yo contaré aquí muy summariamente; aunque en cada uno dellos hay mucho que decir y que pensar.

El primero fué la agonía del huerto, y aquel espantoso sudor de sangre que corria á hilos por todo su cuerpo hasta la tierra: que fué la cosa mas nueva y mas extraña de cuantas han acaescido en el mundo.

El segundo, el ser vendido por tan bajo precio, de su mesmo apóstol y discípulo, á tan crueles enemigos.

El tercero, el ser tantas veces llevado por las calles públicas maniatado y preso, como si fuera un ladron.

El cuarto, el castigo de los azotes; que demas de haber sido tantos y tan crueles, no es castigo de hombres de bien, sino de negros, y esclavos, y vilísimos hombres.

El quinto, aquella crudelísima invencion de la corona de espinas, donde se juntaron en uno por una parte gravísima deshonra, y por otra gravísimo dolor y tormento.

El sexto, aquellos tantos ensayes y maneras de injurias y vituperios que se juntaron con los tormentos: como fué, escupirle tantas veces en la cara como á blasfemo, darle de bofetadas y pescozones como á negro, vestirlo ya de blanco, ya de colorado como á loco; ataparle los ojos, y jugar con él á adevina quién te dió, como con un tonto; vestirlo de púrpura, y ponerle una caña en la mano, y hincarse de rodillas delante dél, y darle con la caña en la cabeza, como á rey fingido; y despues de todo esto pregonarlo por las calles públicas como á malhechor. ¿Quién jamas vió tantas maneras de injurias ayuntadas en uno?

El séptimo fué aquel espantoso desprecio y desestima del Hijo de Dios, cuando vino á ser comparado y tenido en ménos que Barrabas. Donde aquel Señor, por quien

(*c*) S. Thom. 3. p. q. 46. art. 6. et 7. (*d*) Psalm. 21. Matth. 27.
(*e*) Psalm. 87. (*f*) Psalm. 68. (*g*) Psalm. 21. Matth. 27.
(*h*) Lev. 16.

(*i*) Super c. 2. Ioan. hom. 21.

todas las cosas fuéron criadas, y en quien todas viven y se conservan, vino á ser tenido por mas inútil y mas indigno de la vida que un público malhechor.

El octavo fué hacer que él mesmo llevase sobre aquellas espaldas tan molidas y quebrantadas el mesmo instrumento de la cruz en que habia de padescer. Suelen hasta los mesmos verdugos (que son ministros de crueldad) atapar los ojos á los que van á degollar, porque no vean el instrumento que les ha de acabar la vida; mas aquí no solo no usan deste linaje de humanidad con el Salvador, sino ántes se lo cargan sobre los hombros, para que el corazon padesciese primero el tormento de la cruz, ántes que el cuerpo lo experimentase.

El nono fué el mesmo martirio de la cruz, que es un linaje de tormento muy cruel; porque no es muerte acelerada (como la de los que ahorcan ó degüellan), sino muy prolija; y las heridas son en las partes mas sentibles del cuerpo, que son piés y manos, las cuales están mas llenas de venas y nervos, que son los órganos del sentir. Y demas desto crescen los dolores con el peso del cuerpo, que siempre carga para bajo; y así está siempre desgarrando y ensanchando las heridas, y acrescentando continuamente el dolor. Por donde vino á ser el martirio tan fuerte, que por la grandeza de los dolores, sin llaga mortal, se arrancó aquel ánima sanctísima del cuerpo.

El décimo fué, que estando el Salvador así penando en la Cruz, y hecho un piélago de dolor; y finalmente tal que un perro de la calle que así estuviera, bastara para quebrar el corazon de quien lo viese; con todo esto sus enemigos estaban tan léjos de compadescerse dél, que entónces le estaban diciendo gracias y donaires, meneando las cabezas, y diciendo: ¡Ah! que destruyes el templo de Dios, y en cabo de tres dias lo vuelves á reedificar.

El onceno fué tener la Madre innocentísima en todos estos martirios ante sus ojos presente, viendo tan claramente lo que padescia aquel innocentísimo corazon.

El doceno fué una crueldad nunca vista: conviene saber, que estando aquel sacratísimo cuerpo todo desangrado, agotadas ya todas las fuentes de las venas, y secas las entrañas por la mucha sangre que habia perdido, que pidiese un poco de agua, y no solamente no se la concediesen, sino que en lugar della le diesen á beber vinagre. Pues ¿qué cosa puede ser mas cruel y mas lastimera? A aquel rico avariento que penaba en el infierno, si le negaron una gota de agua que pedia, no le dieron vinagre (*k*); mas aquí al Hijo de Dios no solamente niegan lo que pide, sino acresciéntanle de nuevo otro dolor.

Cada una destas cosas por sí sola considerada, es materia de grandísimo dolor. Y por esto el que desea tener compasion entrañable de los trabajos del Salvador, vaya por cada una dellas, y haga en cada una su estacion: que no será posible (por duro corazon que tenga) sino que en una ó en otra halle motivos de dolor y compasion.

Mas no se acaban aquí los trabajos de Cristo (*l*), otros quedan sin comparacion mayores, que eran los de su ánima bendita. Porque todos estos por la mayor parte pertenescen á los trabajos de aquella cruz en que el cuerpo padescia por de fuera, mas despues desta cruz visible habia otra invisible en que aquella ánima sanctísima estaba dentro del cuerpo crucificada: la cual tenia sus cuatro brazos, y sus cuatro clavos, que eran cuatro dolorosas consideraciones que le daban muy mayor tormento que la mesma cruz exterior. Porque allí primeramente se le representaron todos los pecados del mundo, presentes, pasados y venideros, por los cuales padescia; y esto tan distinctamente, como si fueran los de uno solo. Pues quien tanto amaba y celaba la honra del Padre, ¿qué tanto se doleria de una tan grande infinidad de abominaciones y ofensas hechas contra tan alta Majestad? Porque sin dubda los de un hombre solo bastaban para darle mayor tormento que la cruz; ¿pues que harian los de todos los hombres, y de todos los siglos? No hay entendimiento criado que pueda comprehender la grandeza deste dolor.

Lo segundo allí tambien se le representó el desagradescimiento y condenacion de muchos hombres, y especialmente de muchos malos cristianos, que ni habian de reconoscer este beneficio, ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio como él allí les aparejaba. Esto era tambien para él mucho mayor tormento que la mesma Cruz. Porque mayor pena es para un trabajador que le nieguen su jornal y el fructo de su trabajo, que el mesmo trabajo aunque fuese grande. Pues por esto se queja él por Isaias al Padre, deste agravio, diciendo: Yo dije: En vano he trabajado, en vano y sin causa he gastado mi fortaleza. Y no solamente al Padre, mas tambien á los mesmos hombres se queja desto por Sant Bernardo, diciendo (*m*): ¡Oh hombre, mira lo que por tí padezco! No hay dolor como este que me atormenta. A tí llamo yo que por tí muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan, mira los denuestos con que me deshonran. Y como sea tan grande el dolor que por de fuera padezco, mayor es el que padezco de dentro cuando te veo tan ingrato.

Tambien se le representó allí el pecado de aquel miserable pueblo, y el castigo tan horrible que por él se le aparejaba de ahí á tan pocos dias, lo cual sin dubda lo entristeció mucho mas que el cáliz de su Pasion. Porque si Hieremías da á entender que sentia mas el pecado que los judíos hacian en querer matarle, que su propria muerte (*n*), ¿qué haria aquel que tanto mayor caridad y gracia tenia que Hieremías?

Allí tambien se le representaron los dolores y el cuchillo que habia de traspasar el corazon de su bendita Madre cuando le viese padescer entre los ladrones en una cruz (*o*): que sin dubda fué para él una cosa de tan gran dolor, cuan grande era el amor que le tenia, que era inestimable, pues que despues del de Dios era el mayor.

Pues estas cuatro consideraciones y dolores eran como unos cuatro brazos de otra cruz interior en que aquel ánima bendita estaba tambien dentro de aquel sancto cuerpo crucificado crucificada. De manera que dos cruces padesció el Salvador en aquel dia: una visible y otra invisible; en la una penaba el cuerpo acá de fuera, y en la otra mucho mas el ánima en lo de dentro. Pues qué tan grande haya sido el dolor que destas cuatro consideraciones resultaba, no se puede comprehender; aunque por aquel indicio del sudor de sangre se puede conjeturar algo de lo que era (*p*).

Pues el que todas estas causas atentamente considerare, verá claramente cuán grandes hayan sido los dolo-

(*k*) Luc. 16. (*l*) Vide S. Thom. 3. p. q. 46. art. 7.

(*m*) In serm. passionis. (*n*) Hier. 32. (*o*) Ioan. 19. (*p*) Luc. 22.

res del Salvador, que es el intento desta primera manera de contemplar su Pasion. Mas no ha de ser este el fin y paradero deste ejercicio, sino ántes debe el hombre tomarlo por medio para otros fines: conviene saber, para entender por aquí lo mucho que le amó quien por él tanto padesció; y el grande beneficio que le hizo, quien por tan caro precio lo compró; y lo mucho que está obligado á hacer por quien tanto por él hizo; y sobre todo esto lo mucho que debe aborrescer y dolerse de su pecado, pues él fué la causa deste tan prolijo martirio. Y para estos cuatro fines ha de servir esta manera de contemplacion, de los cuales se trata en los capítulos siguientes. Por do paresce que esta primera manera de meditar por via de compasion, es como un medio ó escalon para todas las otras. Y por esta causa hace mucho caso Sant Buenaventura deste modo; porque sensiblemente se ve que este abre camino para todos los demas.

Y para esto dice el mesmo Sancto que ayuda tambien tomar alguna disciplina que lastime y no haga daño; para que por el sentimiento de aquel tan pequeño trabajo, se levante mas el espíritu á sentir algo de lo mucho que aquel delicadísimo cuerpo por nuestra causa padesció.

§. II.

De cómo resplandesce en la Pasion de Cristo la grandeza del pecado.

La segunda cosa que habemos de considerar en la Pasion del Salvador, es la graveza de nuestro pecado, para dolernos dél y aborrescerlo. Para lo cual es de saber que (como dicen todos los sanctos) nuestros pecados fuéron causa de que el Hijo de Dios padesciese todo lo que padesció. Porque claro está que si no hobiera pecados de por medio, no fuera necesario padescer lo que padesció. No consta entre los doctores si el Hijo de Dios encarnara, si el hombre no pecara; porque unos dicen que sí, otros que no (*q*); mas esto se tiene por averiguado, que si no hobiera pecados, no muriera. Por do paresce que nuestros pecados fuéron los que lo echaron por estos hospitales, y los que lo metieron en aquella cárcel, y los que lo pusieron en aquella Cruz.

Y no pienses que por no ser tú solo aquel cuyos pecados esto hicieron, eres digno de menor castigo; pues segun leyes de justicia no meresce menor pena el que mata un innocente en compañía de muchos, que si lo matase solo. Pues segun esto, ¿qué tanta razon tienes para aborrescer los pecados y dolerte dellos, acordándote que ellos fuéron los que en hecho de verdad pusieron al Hijo de Dios en tan grande conflicto? Mayor causa es esta para aborrescer el pecado y dolerse dél, que todas las otras pérdidas y males que trae consigo; aunque sea la gloria que por él se pierde, y la pena que por él se gana.

Pues conforme á esta doctrina, cuando fueres meditando esta sagrada Pasion, y vieres cómo prenden los enemigos al Salvador, y cómo le acusan, y le abofetean, y escupen, y azotan etc. Piensa cierto que en hecho de verdad tú estás en compañía destos, y que tú juntamente con ellos entrevienes en esta conjuracion. De manera que con verdad puedes decir que tus pecados le acusan, y tus solturas le atan, y tus hurtos le azotan, y tus atrevimientos le dan bofetadas, y tus soberbias le coronan de espinas, y tus atavíos y vanidades le visten de púrpura, y tus deleites le dan á beber hiel y vinagre; y finalmente que tu desobediencia le enclavó de piés y manos en aquella Cruz. Porque lo que tú merescias por estas culpas, quiso él padescer por las entrañas de su infinita caridad. Porque claro está que nunca los verdugos fueran poderosos para hacer lo que hicieron, si tus pecados no les dieran fuerzas para ello. Esta es una muy provechosa manera de meditar la Pasion para todos, y mucho mas para los que comienzan á servir á Dios, y entienden en alimpiar las culpas de la vida pasada con ejercicios de penitencia.

§. III.

De la grandeza del beneficio de nuestra redempcion.

Lo tercero debemos considerar en la sagrada Pasion la grandeza del beneficio que el Salvador nos hizo en redemirnos por este medio. Y aunque sobre esto habia infinitas cosas que decir, mas por agora no haré mas que apuntar summariamente tres cosas principales que se deben considerar en este summo beneficio: conviene saber, lo que el Salvador por él nos dió, y el medio por donde nos lo dió, y el amor con que nos lo dió.

Qué tanto sea lo que por este beneficio se nos dió, no hay lengua que lo pueda explicar. Mas podríase entender algo dello por dos vias. La primera, considerando todos los males en que el linaje humano incurrió por culpa del primer hombre; porque todos estos males fuéron suficientemente remediados por Cristo, por quien fuéron dados todos los bienes contrarios á ellos; pues está claro que él nos fué dado por universal reparador de todos los males del mundo. Pues quien pudiere contar cuántos sean los males en que el mundo cayó por culpa de aquel primer hombre, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por el segundo, los cuales sin dubda son innumerables.

La segunda via es, considerando no ya todos los males que trajo Adam, sino todos los bienes con que vino Cristo; porque de todos ellos somos hechos participantes mediante la communicacion de su espíritu, porque todos los que participan del espíritu de Cristo, participan tambien de las virtudes y merescimientos de Cristo. Por lo cual dijo el Apóstol (*r*) que todos los que habian recebido el sacramento del baptismo, habian sido vestidos de Cristo, para dar á entender que todos ellos habian sido hechos participantes de Cristo, y estaban adornados de sus virtudes y merescimientos; y que así vestidos desta librea parescian en su manera tales en los ojos del Padre, cual el mesmo Hijo parescia delante dél. Por esto con mucha razon alega este maravilloso título el Eclesiástico en su oracion, diciendo (*s*): Tén, Señor, misericordia de tu pueblo Israel, al cual igualaste y heciste semejante á tu Hijo primogénito. ¿Qué dignidad, qué gloria puede ser mayor que esta? Pues segun esto, quien pudiere contar cuántas hayan sido las virtudes y merescimientos de Cristo, ese podrá entender cuántos hayan sido los bienes que nos vinieron por él. Pues de todos ellos somos participantes por medio de su Pasion.

Finalmente, por él se nos dió el perdon de los pecados, la gracia, la gloria, la libertad, la paz, la salud, la redempcion, la sanctificacion, la justicia, la satisfaccion, los sacramentos, los merescimientos, la doctrina, y todo lo demas que él tenia y convenía para nuestra salud.

(*q*) S. Thom. 1. p. q. 3. art. 3. tenet quod non Scotus veró super d. 7. in 3. sent. q. 3. tenet contrarium.

(*r*) Galat. 3. (*s*) Eccli. 36.

Y por razon desta communicacion tan estrecha se llama en las Escripturas, Padre, Esposo, y Cabeza universal de la Iglesia; porque todo lo que tiene el padre, pertenesce á los hijos, y todo lo que tiene el esposo parte con la esposa, y de todo lo que tiene la cabeza participan los miembros.

Estos son pues los bienes que nos dió. Mas ¿por qué medio nos los dió? Claro está que por me io de su sanctísima encarnacion y pasion; en la cual se hizo participante de todas nuestras deudas y miserias. De manera que por medio de haber tomado él en sí todos nuestros males, nos hizo participantes de todos sus bienes. Mucho mas es esto que lo pasado; porque claro está que mas admirable cosa es en Dios padescer males, que hacer bienes; porque así como no hay cosa mas conveniente á aquella infinita bondad que hacer bienes, así no hay cosa mas extraña y peregrina á aquella infinita bienaventuranza, que padescer males. Por do paresce que mucho mas le debemos por lo que por nosotros padesció, que por lo mucho que nos dió; esto es, mucho mas por la manera del remediar, que por el mesmo remedio.

Mas ¿qué tan grande fué el amor con que todo esto nos dió? Esto es sin ninguna comparacion mucho mas; porque mucho mas fué lo que deseó padescer, que lo que padesció; y muy mucho mas lo que padesciera, si nos fuera necesario. Tres horas estuvo penando en la Cruz por nuestros pecados. ¿Qué es esto para lo que mas pudiera hacer la grandeza de su caridad? Si fuera necesario estar allí penando hasta el dia del juicio, amor tenia sobrado para hacerlo. De manera que aunque mucho padesció, mucho mas es lo que amó, que lo que padesció. Y por esto si le debemos mucho por lo mucho que por nosotros hizo, mucho mas le debemos por lo que deseó hacer. Esta consideracion es muy provechosa para despertarnos á dar gracias á quien tanto bien nos hizo, y á amar á quien tanto mas nos amó de lo que hizo. Otras infinitas cosas habia que decir sobre esto, mas quedarse han agora para otro lugar; y algo se dijo desto en la meditacion de los beneficios.

§. IV.

De la grandeza de la divina bondad, que resplandesce en la sagrada Pasion.

Lo cuarto debemos pensar la grandeza de la divina bondad y misericordia que en esta obra de Dios mas que en otra alguna resplandesce. Para lo cual debes considerar profundamente cuatro cosas, que en toda la historia desta sagrada Pasion, y en cada parte della debian ser consideradas: conviene saber, quién padesce, qué es lo que padesce, por quién lo padesce, y por qué causa lo padesce. Y si te detienes un poco en cada cosa destas, y consideras primero la alteza del que padesce, que es Dios, y de tal manera páras en este pensamiento, que vienes á quedar espantado de cosa tan alta y tan admirable, y despues vienes á caer de allí en la profundidad y bajeza de los dolores y vituperios que quiso padescer, y esto no por ángeles, ni por arcángeles, sino por los hombres: esto es, por unas criaturas vilísimas y abominables, y semejantes en sus obras á los mesmos demonios; si en cada cosa destas haces una estacion, y comparas la una con la otra, verdaderamente quedarás atónito de ver hasta dónde se abajó una tan grande Majestad por una tan vil y tan baja criatura; y entónces podrás exclamar con el Profeta (*t*): Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado. Mas si despues de todo esto consideras la causa de tan grande abatimiento, y vienes á entender cómo esto no fué ni por interese suyo, ni por merescimiento nuestro, sino solo por las entrañas de su misericordia y amor, por las cuales tuvo por bien de visitarnos desde lo alto (*v*): esto bien considerado, levantarte ha en una tan grande admiracion y amor, que vengas á quedar atónito con Moysen en el monte, cuando vió la imágen deste misterio, y comenzó á proclamar á grandes voces la inmensidad de la divina misericordia que allí se le descubrió (*x*). Este era aquel desfallescimiento que sentia la esposa en los Cantares, cuando decia (*y*): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo (*z*): El ánima amorosa ve aquí al rey Salomon con la corona que le coronó su Madre, ve al único Hijo del Padre llevando la cruz á cuestas, ve azotado y espinado al Señor de la Majestad, ve el autor de la vida y de la gloria atravesado con clavos, traspasado con la lanza, y lleno de escarnios; vele finalmente poner aquella vida suya sanctísima por sus amigos; ve todo esto, y viéndolo, queda ella traspasada con un cuchillo de amor, y por esto dice: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor.

§. V.

De la excelencia de las virtudes que resplandescen en la Pasion de Cristo.

Lo quinto debemos considerar en la Pasion del Salvador la muchedumbre de las virtudes que resplandescen en ella, para esforzarnos á imitar algo de lo que allí se nos representa. Esta es una de las mas altas maneras que hay de contemplar la sagrada Pasion; pues está claro que toda la perfeccion de la vida cristiana consiste en la imitacion de las virtudes de Cristo. A lo cual nos convida el apóstol Sant Pedro, diciendo (*a*): Cristo padesció por nosotros, dándonos ejemplo que sigamos sus pisadas; el cual no maldecia cuando le maldecian, ni amenazaba cuando le atormentaban, sino ántes humilmente se entregaba á los que injustamente le juzgaban.

Pues como quiera que todas las virtudes resplandezcan tan altamente en toda la vida de Cristo; pero muy mas perfectamente resplandescen en su sagrada Pasion. Y por esto aquí principalmente conviene mirar la hermosura de sus virtudes, las cuales resplandescen mas entre aquellos dolores, que las flores entre las espinas.

Considera pues primeramente aquella tan profunda humildad con que aquel altísimo y soberano Hijo de Dios vino á ser despreciado y tenido en ménos que Barrabas, y á querer ser colgado de un palo en medio de dos ladrones, como capitan y príncipe de malhechores. Considera otrosí aquella paciencia tan admirable en medio de tantas injurias y dolores. Aquella fortaleza tan grande con que se ofresció tan voluntariamente á las huestes de sus enemigos, y á los mayores trabajos y encuentros que jamas se recibieron. Aquella perseverancia tan constante que llegó de cabo á cabo, hasta subir á la Cruz, y decender al infierno, y dar cabo al negocio de nuestra salvacion. Aquella caridad que sobrepujó todo sentido; por la cual sola se quiso ofrescer en

(*t*) Abac. 3.° (*v*) Luc. 1. (*x*) Exod. 34. (*y*) Cant. 2. (*z*) Serm. 51. super Cantica, et in tractatu de diligendo Deum. (*a*) 1. Petr. 2.

sacrificio por los pecados del mundo, y murió por dar vida, no solo á sus amigos, sino tambien á sus enemigos, y á aquellos mesmos que derramaban su sangre. Aquella misericordia tan copiosa que se extendió á tomar sobre sí todas las miserias y deudas del mundo, y satisfacer por ellas como si fueran suyas proprias. Aquella obediencia al Padre, tan perfecta que llegó hasta la muerte, y muerte de cruz, donde inclinando la cabeza le ofresció su ánima sanctísima, dando á entender que ya era acabada la obra de su obediencia. Aquella mansedumbre tan grande que mostró en todos los autos de su Pasion, dejándose llevar como una oveja al matadero, y como un cordero que no bala delante del que le tresquila (*b*). Aquel silencio tan admirable entre tan falsas acusaciones y testimonios, que bastó para poner en admiracion al mesmo juez que le condenaba (*c*).

Pues si deseas ver un perfectísimo menosprecio del mundo, y de todas las honras, y riquezas, y placeres que hay en él, mira al Señor en aquella Cruz, tan deshonrado, y atormentado, y desnudo, que ni tiene otra cama sino una Cruz, ni otra almohada sino una corona de espinas, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otros consoladores sino aquellos crueles escarnecedores que meneando las cabezas le decian: ¡Ah! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar. Pues la pobreza evangélica, y la abstinencia y aspereza de la vida, en ninguna parte mas resplandescen que en la Cruz, y así todas las otras virtudes.

Mas entre todas ellas principalmente se señalan la humildad y la paciencia. Porque la paciencia dicen los sanctos que fué la vestidura de bodas, y la ropa de fiesta de que el Hijo de Dios se vistió cuando se vino á tomar las manos con la Iglesia, y casarse con ella: queriendo decir por esta metáfora, que aunque Cristo resplandesció con la librea de todas las virtudes, cuando vino á celebrar matrimonio con la Iglesia en la cama de la Cruz, pero que mas principalmente resplandesció allí con la púrpura de la paciencia; porque mediante el acto desta virtud, que es sufrir, bebió el cáliz de la Pasion, por cuyo valor y merescimiento la Iglesia fué redimida, y hermoseada, y desposada con Cristo.

Pues en estas y otras semejantes virtudes debemos poner los ojos cuando contempláremos la sagrada Pasion, para imitar algo de lo que allí se hizo, no solo para nuestro remedio, sino tambien para nuestro ejemplo. Porque la mayor gloria de cuantas en este mundo puede alcanzar un cristiano, es llegar á tener semejanza con Cristo: no como la deseó tener Lucifer (*d*); sino como nos mandó él mesmo que la tuviésemos, cuando dijo (*e*): Ejemplo os he dado para que como yo hice, así vosotros hagais.

§. VI.

De la conveniencia del misterio de nuestra redempcion

Lo sexto debemos contemplar en la sagrada Pasion la conveniencia del misterio: conviene saber, cuán conveniente medio haya sido este que Dios escogió para encaminar la salvacion del hombre, y socorrer á sus miserias. Esta manera de contemplar sirve para alumbrar el entendimiento, y confirmarlo mas en la fe deste misterio, y para levantar el corazon del hombre en una grande admiracion de la bondad y sabiduría de Dios, que tan admirable y tan conveniente medio escogió para sanar nuestras miserias y socorrer á nuestra necesidad.

Esta es una materia tan copiosa para meditar, que verdaderamente aunque un hombre estuviese pensando en ella hasta la fin del mundo, siempre hallaria nuevas conveniencias y nuevas causas por donde mas y mas se levantase su espíritu á la admiracion desta soberana sabiduría y providencia de Dios. Y porque cresceria mucho este volúmen si desta materia se hobiese de tratar por entero, contentarme he al presente con solo descubrir aquí el hilo y fundamento desta consideracion: para que por aquí el ánima devota y religiosa abra camino para todo lo demas.

Pues para esto es de saber que para ver la proporcion y conveniencia que tiene un medio para con su fin, es necesario hacer comparacion del medio con el fin; y cuanto mayores ayudas se hallaren de parte del medio para conseguir el fin, tanto es el medio mas convenible para él. Pongamos ejemplo. Si queremos examinar si una medicina es conveniente para una enfermedad, miramos los accidentes de la enfermedad, y las propriedades y virtud de la medicina, y vista la proporcion que hay de lo uno á lo otro, juzgamos si conviene ó no conviene para ello. Pues segun esto, como nos conste ya que la Pasion y sangre de Cristo es una general medicina de todas las miserias y necesidades del hombre, si queremos ver la conveniencia desta medicina, debemos hacer una larga comparacion de la medicina con la dolencia; y si bien supiéremos escudriñar lo uno y lo otro, hallarémos por cierto que viene tan á propósito esta medicina para contra esta dolencia, y para contra todos los ramos y accidentes della, como si para cada una solamente fuera instituida: lo cual sin dubda es cosa que pone al que atentamente lo considera en un grande espanto y admiracion. Si no, dime: para pagar la deuda comun del linaje humano, ¿qué satisfaccion se pudiera ofrescer mas suficiente que aquella sangre preciosa que derramó el Hijo de Dios en la Cruz? Para curar las llagas de nuestra soberbia, y avaricia, y desagradescimiento, y regalo, y amor proprio, con todos los otros males que dél proceden, ¿qué cosa mas conveniente que Dios en una cruz? Para darnos conoscimiento de la divina bondad y misericordia, y para encendernos mas en el amor de Dios, y esforzar mas nuestra confianza, y despertar mas nuestro olvido y desconoscimiento, ¿qué cosa mas convenible, que Dios en una cruz (*f*)? Pues para enriquescer el hombre con merescimientos, para levantarlo á mayor honra, para encender su espíritu en devocion, para consolarlo en sus tribulaciones, para socorrerlo en sus tentaciones, para ayudarlo en sus trabajos, para darle ánimo para cosas grandes, y finalmente para todos los ejemplos de virtud, ¿qué cosa mas conveniente que IESUCRISTO en la Cruz? Y para comprehenderlo todo en una palabra: si la vida del Evangelio, bien mirada, no es otra cosa sino cruz, ¿qué cosa mas conveniente para encaminar á un linaje de vida que todo es cruz, sino otra cruz?

Y si quieres aun mas claro entender esta conveniencia, considera atentamente qué cosa sea vida cristiana (que es el fin de todos los trabajos de Cristo) y esa te declarará muy por entero la conveniencia que hay deste medio con este fin. Vida cristiana, tomándola en toda

(*b*) Isai. 53. (*c*) Ioan. 19. (*d*) Isai. 14. (*e*) Ioan. 13.

(*f*) Quod mirabiliter ostendit D. Aug. lib. 13. de Trinit. c. 10.

su perfeccion, es, no la que viven agora los cristianos, que en el mundo se usa; sino la que vivió Cristo, y vivieron sus discípulos, cuyos trabajos fuéron tan grandes, que uno dellos dice así (*g*): Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres; porque tan grandes son nuestros trabajos, y tan acosados y perseguidos somos del mundo, que como á fieras que lidian en el coso, así nos están mirando, no solamente los hombres y los ángeles, sino hasta el mesmo Dios. Y mas adelante dice: Hasta esta hora presente padescemos hambre, y sed, y desnudez, y bofetadas; y sin tener un agujero en que meternos, andamos de lugar en lugar, ganando la comida por nuestras manos. Maldícennos, y bendicimos; persíguennos, y sufrimoslo; blasfeman de nosotros, y hacemos oracion. Finalmente, de tal manera somos tratados y estimados del mundo, como un poco de estiércol, y como el polvo que anda debajo los piés, y como unos hombres tan malos, que con ninguna cosa piensa el mundo mas agradar á Dios que con nuestra muerte y condenacion. Esta es, hermano mio, vida cristiana; y vida cristiana es tambien la que vivieron los profetas, y la que vivieron los mártires, y los confesores, y aquellos bienaventurados monjes del yermo, y finalmente todos los sanctos; la cual describe el Apóstol por estas palabras (*h*): Los sanctos fuéron escarnescidos, y azotados, y presos, y encarcelados, y apedreados, y aserrados, y tentados, y muertos á cuchillo. Anduvieron por este mundo vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merescedor. Vivian en los yermos, y en los lugares apartados y solitarios, teniendo por casa las cuevas y las aberturas de la tierra. Esta es la perfeccion de la vida cristiana que nos enseña el Evangelio, y que vino Cristo á introducir en el mundo. La cual bien mirada es una perpetua cruz y muerte de todo el hombre; para que despues de así muerto y anhilado, esté hábil y dispuesto para ser transformado en Dios. Porque así como no puede haber generacion sin corrupcion (porque primero ha de perecer lo que era, para que se haga lo que no era), así no puede haber esta espiritual regeneracion y transformacion del hombre en Dios, si primero no muere el hombre viejo, para que asi se pueda transformar en Dios. De donde viene á ser que toda la vida del Evangelio no sea otra cosa (como dijimos) sino muerte y cruz. Pues segun esto, ¿qué cosa mas conveniente para encaminar un linaje de vida que toda es cruz, sino otra cruz? Si ninguna cosa es mas eficaz para engendrar un fuego, que otro fuego; ni un semejante, que otro semejante; ¿qué cosa habrá mas proporcionada para engendrar una cruz, que otra cruz? Verdaderamente así es; y así ninguna cosa esforzó, ni esfuerza mas hoy dia á todos los sanctos á sufrir tantos trabajos, y la injusticia, y la injuria, y la pobreza, y la subjeccion, y la disciplina, y la hambre, la sed y el frio, y la desnudez, y finalmente todas las calamidades y miserias del mundo, y todas las asperezas de la vida del Evangelio, que poner los ojos en la Cruz. Desta escuela salieron los mártires, aquí aprendieron los apóstoles, esto es lo que enseñó y esforzó á las vírgines, y los confesores, y los monjes, y finalmente todos los sanctos; y esto es lo que los acompañó y consoló en todos sus trabajos.

(*g*) Paulus 1. Cor. 4. (*h*) Hebr. 11.

Pues cuando el ánima devota halla tantas maneras de fructos en este árbol de vida para todo género de tiempos y de necesidades, no puede dejar de maravillarse de la sabiduría de aquel soberano Maestro, que tan excelente medio halló para nuestro remedio; y de reconoscer la bondad de aquel tan piadoso Padre, que pudiendo remediar al hombre con sola su voluntad, se quiso poner á tan grandes trabajos y deshonras, para que el hombre quedase por esta via mas honrado y aprovechado que por otra alguna.

Estas son las seis principales maneras que hay para meditar la sagrada Pasion. Y la órden que communmente se podrá tener en ellas es comenzar por la primera (que es como fundamento de las otras), y della podemos salir luego á las demas, segun que el mesmo hilo de la meditacion nos abriere camino, y la gracia del Espíritu Sancto, que es el principal maestro destos ejercicios. Porque (segun arriba declaramos) considerada la grandeza de los dolores que el Salvador padesció, luego podemos salir á considerar cuánta sea la grandeza de nuestro pecado, que le hizo padescer todo esto; y cuánta tambien la grandeza deste beneficio, pues por nuestro amor quiso Dios padescer tan extraños dolores; y asimesmo cuánta sea la alteza de aquella divina bondad y misericordia, que por nuestro amor se inclinó al profundo de tantas vilezas y miserias; y sobre todo esto cuán grandes hayan sido los ejemplos de virtudes que allí se nos dieron; conviene saber, de paciencia, obediencia, caridad, humildad, mansedumbre y fortaleza, con todo lo demas que hasta aquí se ha tratado.

Y aunque para todas estas consideraciones haya salida y paso conveniente de la primera, no se requiere que cada vez que el hombre se pone á pensar este misterio haga todas estas salidas (porque para esto no bastaria tiempo), sino conténtese con aquel bocado en que mas sabor hallare; porque en estos ejercicios (como ya dijimos) no se ha de tener respecto á lo mucho que se piensa, ó que se reza, sino á la mucha devocion con que esto se hace.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE DESTE LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DE LA DEVOCION Y DE LAS COSAS QUE AYUDAN Ó IMPIDEN PARA ALCANZARLA.

CAPITULO PRIMERO.

En el cual se declara qué cosa sea devocion (*a*).

Los impedimentos principales dijimos arriba que hallaban los que se querian dar al ejercicio de la oracion interior. El uno era falta de materia en que poder ocupar su pensamiento al tiempo de la oracion, y el otro falta de devocion, y guerra de pensamientos que allí mas que en otra parte suelen molestar á los que oran. Para remedio del primero destos dos impedimentos sirve todo lo que se ha tratado hasta agora en la parte precedente, donde se pusieron sus meditaciones y declaraciones para todos los dias de la semana, y se señalaron aquellas cinco partes de la oracion, de que arriba tratamos, para que entre tanta variedad de cosas no faltase materia en que meditar.

Mas para remedio del segundo impedimento (que es falta de devocion) servirá esta segunda parte, en la cual tratarémos de las cosas que ayudan á la devocion, y de las que la impiden, y de las tentaciones mas communes de las personas devotas. Darémos tambien algunos avisos necesarios para no errar este camino. Mas porque todo esto es obra de gracia, y negocio del Espíritu Sancto, no pretendemos aquí hacer regla general, ni atarle las manos para que no pueda llevar por otro camino á quien él quisiere; ni presumimos tampoco de comprehender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos á los que de nuevo comienzan, y ponerlos en el camino; porque despues de entrados en él, la experiencia del negocio, y la asistencia del Espíritu Sancto les serán mejores maestros desta doctrina. Y pues habemos de tratar aquí de las cosas que ayudan y impiden la devocion, será necesario declarar primero qué cosa sea devocion, porque entendida la grandeza del bien que pretendemos, nos inclinemos mas al trabajo y á los medios por do se alcanza.

Devocion (propriamente hablando) es cosa bien diferente de lo que muchos entienden. Porque muchos piensan que devocion es una ternura de corazon que sienten algunas veces los que oran, ó alguna consolacion y gusto sensible de las cosas espirituales, lo cual (propriamente hablando) no es devocion. Porque esta ternura y consolacion sensible muchas veces la tienen hombres carnales y sensuales, y á las veces personas que están en pecado mortal; y por el contrario, muchas veces los sanctos varones no sienten nada desto en su oracion, y no es razon que digamos que á estos entónces falte la verdadera devocion, ni tampoco que la tengan los otros, siendo los que son.

Por esta causa dice Sancto Tomás (*b*) que devocion propriamente no es ternura de corazon, ni consolacion espiritual, sino una promptitud y aliento para bien obrar, y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios, y de las cosas de su servicio. Porque mirada la significacion propria del vocablo, varon devoto es aquel que está dedicado y prompto para el servicio de nuestro Señor; y por consiguiente devocion será aquella promptitud con que el hombre está ofrescido y aparejado para hacer su sancta voluntad.

Y allende desto, devocion llamamos aquello que acompaña siempre á la buena y sancta oracion; y lo que siempre la acompaña es esta promptitud y esfuerzo para todo lo bueno, lo cual muchas veces se halla sin aquellas consolaciones y ternura de corazon. Onde así como el caminante despues que ha tomado su refeccion, siente en sí un nuevo aliento y esfuerzo para caminar, aunque no tomase gusto en lo que comió; así de la oracion (que es un espiritual mantenimiento del ánima) es proprio causar en ella una promptitud y aliento para andar por el camino de Dios, aunque algunas veces no sienta gusto en ella.

Este efecto de la oracion nos representó el Salvador en aquella oracion del huerto (*c*); de la cual se levantó la tercera vez con tan grande ánimo y esfuerzo para ir á recebir sus enemigos, que con una sola palabra los derribó en tierra, como quiera que en la tal oracion no tuviese gusto ni alegrías espirituales; sino por el contrario, agonía y tristezas tan grandes que le hicieron sudar gotas de sangre (*d*). Y esto quiso él que fuese así, no porque su gracia y fortaleza cresciese ni menguase con la oracion (pues él estaba lleno de todas las gracias), sino para representarnos en su persona la virtud y eficacia de la oracion, la cual, si no alcanza siempre aquella ternura de corazon, á lo ménos alcanza esta promptitud y fortaleza para todo trabajo; y si no acaba con Dios que nos quite la carga, á lo ménos acaba que nos dé fortaleza para llevarla.

Mas es aquí de notar que desta devocion y promptitud para lo bueno muchas veces nasce aquella consolacion espiritual que los simples llaman devocion (*e*); y por el contrario esta mesma consolacion acrescienta la verdadera devocion, que es aquella promptitud y aliento para bien obrar, sirviendo como buena hija á su madre, y haciendo al hombre tanto mas prompto para las cosas de Dios, cuanto mas alegre y consolado anda dentro de sí mesmo. De manera que se ayudan entre sí estas dos cosas una á otra, como madre á hija, y hija á madre. Lo cual muchas veces acaesce en las cosas espirituales, como paresce en estas dos virtudes, fe y caridad. Porque la fe es raiz y principio de la caridad, y la caridad es forma y ánima de la fe.

Y que esta consolacion susodicha acresciente la devocion y promptitud para lo bueno, muéstralo claro el profeta David, cuando dice (*f*): Por el camino de tus

(*a*) Supra in Prologo. (*b*) 2. 2. q. 82. artic. 1.

(*c*) Ioan. 18. (*d*) Lucæ 22. (*e*) 2. 2. q. 82. artic. 4. (*f*) Psalm. 118.

mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazon. Esta dilatacion procede del alegría espiritual (porque proprio es de la alegría dilatar el corazon, como de la tristeza encogerlo), y esta alegría, dice él que le hacia no andar paso á paso, sino correr con lijereza por el camino desta sancta ley, que es proprio de la devocion.

Y esta es la causa por donde los siervos de Dios pueden con mucha razon desear y pedir al Señor estas alegrías y consolaciones espirituales (como adelante se dirá), no por el gusto y contentamiento que hay en ellas (porque esto sería mas amor proprio que amor de Dios), sino por este provecho que nos traen para el bien obrar. Porque verdadera es aquella sentencia que dice (*g*): El deleite acaba las obras.

§. I.

Cuán gran bien sea la devocion.

De lo dicho paresce claro cuán gran bien sea la devocion; porque ella es una virtud que despierta todas las virtudes, y hace al hombre lijero y prompto para todo lo bueno. Y demas desto es muy alabada esta virtud, porque siempre anda en compañía de otras excelentes virtudes que con ella tienen grande vecindad y parentesco. Porque todo va á una mesma cosa, devocion, oracion, contemplacion, ejercicio en el amor de Dios, consolaciones espirituales, y estudio de aquella divina sabiduría (que es conoscimiento amoroso de Dios), que tantas veces es alabado en las Escripturas Sagradas. Todas estas virtudes, aunque en la escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas; porque por la mayor parte donde está la perfecta oracion, ahí está la devocion, y la contemplacion, y la consolacion, y el amor actual de Dios, con todo lo demas; porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas á las otras: de donde viene á ser que aunque estas virtudes en la naturaleza sean distinctas, en el ejercicio (como dije) se platiquen juntas. Y así vemos que cuando los siervos de Dios se recogen á este ejercicio, primero comienzan por la meditacion, y de ahí proceden á la oracion, y despues acaesce venir á la contemplacion; y con esta anda todo lo demas.

Pues siendo esto así, tratar agora de los medios por do se alcanza la devocion, es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oracion, y la contemplacion, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella beatísima union de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual; y finalmente esto es tratar de los medios por donde se alcanza el mesmo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio, aquella preciosa margarita por cuya posesion el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas (*h*). Por do paresce que esta es una altísima y nobilísima teología; pues aquí se enseña el camino para el summo bien, y paso por paso se arma una escalera para subir por ella á alcanzar el fructo de la felicidad, segun que en esta vida se puede alcanzar.

§. II.

De cómo es dificultosa de alcanzar la verdadera devocion.

Y pues este bien es tan grande, no se maravillará nadie que sea tambien dificultoso; pues ninguna cosa hay en el mundo que ordinariamente no tenga tanto de dificultad, cuanto tiene de grandeza. Lo cual se ve aquí claramente; porque sin dubda no es cosa fácil quietar una cosa tan bulliciosa como es nuestra imaginacion: lo cual se requiere para la perfecta oracion y devocion. Conforme á lo cual decia el abad Agaton que entre los trabajos de la vida religiosa no habia otro mayor que el de la oracion. Porque por experiencia vemos á muchos ejercitarse y perseverar en otros buenos ejercicios, como son ayunos, vigilias, disciplinas y limosnas, los cuales no pueden sufrir el trabajo de la continua oracion. Lo cual aun es mucho mas de maravillar considerando que para esta sancta obra tenemos al Espíritu Sancto por ayudador, y á los ángeles por ministros, y á los sanctos por compañeros, y á las escripturas y sacramentos por estímulos y despertadores deste bien (*i*).

Esta dificultad nasce de tres raices. La primera, de la corrupcion de la naturaleza, la cual quedó por el pecado tan estragada, que no tiene ya el hombre aquel señorío sobre las potencias de su ánima que ántes tenia. Y así la imaginacion (que es una dellas) hace lo que quiere, y vase por do quiere, y desaparesce muchas veces (como esclavo fugitivo) de casa, sin que lo echemos de ver. Lo cual no todas veces es vicio de la persona, sino de la mesma naturaleza, que quedó así por el pecado estragada.

Lo segundo nasce tambien de la mala costumbre que algunos han tenido en dar soltura á su imaginacion para discurrir por todo género de pensamientos: de donde viene á ser que despues deste mal hábito apénas la pueden atar á un solo objecto, como á un pesebre, estando ella habituada á andar suelta y cerrera por todos los baldíos del mundo. ¿Cuántos hay que desean tener devocion pensando en la Pasion del Salvador, y en otros buenos pensamientos, y así como comienzan á pensar en esto, se les derrama el corazon en mil partes, y no pueden tener los ojos fijos en el blanco del Crucifijo, para enviar allí las saetas de su amor? ¿Sabeis por dónde os viene esto? Porque habeis hecho un mal hábito de dejar ir vuestro corazon por donde se le antoja, y cuando despues quereis sosegarlo, no podeis; porque está habituado á andar suelto y libre por do ha querido. Es luego menester que el que se quiere de véras dar á la oracion, cierre las puertas de su ánima á todo género de pensamientos vanos y desaprovechados, y se habitúe poco á poco á retraerla de las cosas exteriores á las interiores, y de las bajas á las altas. Desta manera se viene á quietar nuestra ánima, aunque no luego ni muy presto. Mas no por eso habemos de desmayar; porque por fuerza es que así como el ánima está de mucho tiempo habituada á este distraimiento, así tambien ha menester mucho tiempo para deshabituallа, y hacerle perder sus malas mañas; y tanto mas presto se acabará esto, cuanto fuere el hombre mas diligente en pensar siempre cosas buenas, y cerrar los sentidos á todo aquello que no convenga para este camino.

Lo tercero nasce tambien esta dificultad de la malicia de los demonios, los cuales con la envidia que tienen de nuestra salud, procuran molestar allí mas que en otra parte á los que oran, para privarlos del

(*g*) Arist. lib. 10. Ethic. cap. 4. (*h*) Matth. 13. (*i*) Rom. 8. Tob. 12. Apoc. 8.

fructo inestimable de la oracion, segun lo que dice Orígenes por estas palabras (*k*): Los demonios así como procuran de estorbar las otras buenas obras, así tambien procuran impedir la oracion; para que el que ora no se halle tal, que pueda levantar á Dios las manos puras sin ira en su oracion. Y si alguno hobiére tan bien librado que venga á levantallas sin ira, apénas habrá quien las levante sin contradicciones y guerra de superfluos y vanos pensamientos. Por lo cual sin dubda es grande la pelea y batalla de la oracion, si habemos de procurar allí que nuestra ánima esté limpia de todo género de vanos pensamientos, y atenta y fija en solo Dios con estabilidad y firmeza de corazon. Hasta aquí son palabras de Orígenes, las cuales declaran bien la dificultad deste negocio.

Mas contra todas estas dificultades se contrapone la divina gracia, que es mas poderosa que todas las cosas. A la cual servirán todos los avisos que al presente darémos, mediante los cuales este camino dificultoso se hará con el favor de Dios fácil, y despues con el uso suave.

Por lo cual no se debe nadie maravillar que se pidan aquí muchas cosas para conseguir este fin; porque demas de las dificultades susodichas, hase de mirar que aquí tratamos de la perfecta oracion, mediante la cual se alcanza la union de Dios, y por esto no se puede llamar mucho lo que se pide para una cosa tan alta, que hace al hombre un espíritu con Dios. Porque si tantas cosas dice el arte de la alquimia que son necesarias para hacer de un poco de cobre oro, ¿cuántas mas serán menester para hacer de un hombre Dios, esto es, de humano divino?

Y demas desto, si la contemplacion de las cosas divinas y el amor de Dios es el fin de toda la vida cristiana, á la cual sirven todos los mandamientos de la ley, y los profetas, como las medicinas á la salud (*l*), y todo esto anda en compañía de la perfecta oracion y devocion (como arriba tratamos), no se maraville nadie que traigamos agora aquí toda esta muchedumbre de mandamientos para este propósito, pues todos ellos son medios que de léjos ó de cerca sirven para este fin.

CAPITULO II.

De las cosas que ayudan para alcanzar la verdadera devocion, y primero del deseo grande della.

Dicho ya qué es lo que entendemos aquí por devocion (que no es una virtud sola, sino todas aquellas que dijimos andar en compañía della), digamos agora de los medios por do se alcanza.

Pues la primera cosa que ayuda para alcanzar este tan gran bien, es un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, segun que expresamente lo dice el Sabio por estas palabras (*a*): El principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della. Y poco ántes, hablando deste mesmo deseo y cuidado, dice así (*b*): Clara es, y que nunca se marchita la flor de la sabiduría; y fácilmente se deja ver de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Ella mesma se adelanta y previene á los que de véras la desean, para mostrárseles primero; y el que por la mañana madrugare á buscarla, no pasará mucho trabajo, porque á sus puertas la hallará asentada. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes buscando á los que son merecedores della, y se les muestra con alegre rostro en el camino; y con todo cuidado y providencia los sale á recebir. Hasta aquí son palabras del Sabio, por las cuales viene luego mas abajo á concluir lo que arriba dijimos: que el primer principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della. Y así le acontesció á este mesmo Sabio, porque no habló esto á lumbre de pajas, sino enseñado ántes, no solo por la asistencia del Espíritu Sancto, sino tambien por la mesma experiencia del negocio. Y así dice mas abajo: Deseé, y fuéme dado sentido; y llamé, y vino en mí el espíritu de la sabiduría. ¿Ves pues cómo el deseo fué el primer principio deste bien?

Toda la Escriptura divina concuerda con este mesmo parecer. ¿Cuántas veces leemos en la ley y en los profetas que hallarémos á Dios cuando le buscáremos, si le buscáremos con todo nuestro corazon? Cuántas leemos en los libros de la sabiduría: El que por la mañana velare á mí, hallarme ha? Si buscares, dice Salomon (*c*), la sabiduría con el cuidado que buscan los hombres el dinero, y con el deseo que cava la tierra el que busca algun tesoro, ten por cierto que la hallarás. Mas ¿qué es menester andar buscando mas autoridades, pues tenemos aquella prenda tan segura del Salvador, que dice (*d*): Pedid, y recebiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y responderos han? Porque todo aquel que pidiere, recebirá; y el que buscare, hallará; y el que llamare responderle han.

La razon por que vale tanto este deseo para hallar á Dios, es porque (como dicen los filósofos) en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, de tal manera que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y la diligencia que se pone para alcanzarlo. Si no, dime: ¿quién hizo á Alejandre Magno ponerse en tan grandes trabajos y peligros y emprender tantas batallas, sino el amor grande que tuvo del imperio del mundo? Quién hizo al patriarca Jacob no sentir los siete años de tan duro servicio, sino el amor grande que tuvo á la hermosura de Raquel (*e*)? Quién hace al labrador, y al marinero, y al soldado, ponerse á tantas maneras de trabajos y peligros, sino el amor del interese? Pues si tanto puede el amor de cosas tan bajas, ¿qué haria el amor deste summo bien, si verdaderamente se amase y conosciese? Pues no te convidamos aquí, hermano, con la hermosura frágil de la esposa Raquel, que muere de parto (*f*); no con la gloria perecedera del mundo, que se acaba con la vida; no con las honras fugitivas, que se lleva el viento (*g*); no con los vanos placeres del hipócrita, que no duran un punto, ni ménos con las riquezas terrenas que la polilla roe, y los ladrones roban (*h*); sino con la hermosura de la sabiduría divina, con el reino del cielo, con el tesoro de la caridad, con las consolaciones del Espíritu Sancto, con el manjar de los ángeles, con la paz, con la verdadera libertad, y finalmente con el summo bien. Pues ¿qué mayor tesoro quieres tú que este? Bienaventurado el varon, dice aquella eterna sabiduría (*i*), que me oye y que vela á mis puertas cada dia, y aguarda á los umbrales de mi casa; porque el que me hallare, hallará la vida, y recibirá salud del Señor.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones

(*k*) In lib. 1. super caput 1. Epist ad Romanos, tom. 2. 1. Tim. 2.
(*l*) Matth. 22. (*a*) Sap. 6. (*b*) Eod. cap.
(*c*) Prov. 2. (*d*) Matth. 7. (*e*) Gen. 29. (*f*) Gen. 35.
(*g*) Iob. 8. et 27. (*h*) Matth. 6. (*i*) Prov. 8.

debes atizar y encender en tu corazon este cuidadoso deseo, y avivar en tí el avaricia espiritual destas verdaderas riquezas. Porque este deseo no ha de ser tibio, ni perezoso, ni flojo; sino vivo, diligente, solícito y cuidadoso. Mira tú cuáles andan los avarientos deste siglo, y los amadores de la honra, ó de la hermosura de alguna criatura, que de noche ni de dia no piensan en otra cosa, sino cómo hallarán camino para salir con lo que desean; y desta manera procura tú buscar á Dios, aunque él sea merescedor de tanto mayor diligencia, cuanto vale mas que toda criatura. Mira tambien cuán cuidadosos andan los capitanes en la guerra cuando tienen puesto cerco sobre algun castillo fuerte, y cuántas maneras de ardides y minas buscan para entrallo; y desta manera procura tú de velar y trabajar por conquistar este summo bien; pues está escripto que el reino de Dios padesce fuerza, y que los esforzados son los que lo arrebatan (*k*).

Bienaventurado el que desta manera busca á Dios; porque sin dubda el que así le busca, algo tiene ya recebido, y prendas tiene que le darán lo demas. Vispera de hallar á Dios es el buscarle; y ya tiene recebidas las primicias del Espíritu Sancto quien le busca con este deseo. Cuando el cazador ve que el perro se apresura mas de lo acostumbrado, y que sigue alguna vereda derecha con esta priesa, luego entiende que ha dado en el rastro de la caza, y comienza ya á alegrarse con la esperanza della. Pues así te debes tú alegrar cuando esto vieres; y cuanto mas la grandeza del deseo te hiciere cuidadoso y temeroso, tanto debes estar mas seguro, entendiendo que tras desas flores vendrán los fructos, y que ya tiene Dios el uno de los dos piés dentro del ánima, cuando le ha dado deseos vivos de su presencia.

Esta es la manera que tienen de buscar á Dios los que han sido prevenidos con las bendiciones de su dulcedumbre, y han visto ya la hermosura de Raquel (*l*), por cuya posesion y casamiento se determinan alegremente á los siete años de servicio. Estos dia y noche nunca paran ni reposan hasta hallar lo que buscan, diciendo siempre con el Profeta (*m*): ¿Si diere yo sueño á mis ojos, y si dejare cerrar un poquito mis párpados, y si diere descanso á mi vida, hasta hallar lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob? Lo que estos piensan, lo que hablan, lo que sueñan, esto es; y ningun trabajo les paresce grande cuando miran la grandeza deste galardon?

De los tales en figura dice el Eclesiástico (*n*): El que tiene el arado, y se precia del aguijada, apresura con cuidado sus bueyes, y todo se emplea en la labor del campo, y sus pláticas son en los hijos de los toros. Asimesmo el escultor que pasa toda la noche de claro, como el dia, esculpiendo sus imágines, y con sus vigilias acaba su obra. Desta manera el herrero asentado par de la fragua, y puestos los ojos en la obra que quiere hacer, no descansa toda la noche alligiendo su carne con el vapor del fuego, y batallando con el hierro duro al calor de la fragua. Estos son los cuidados del avariento labrador, y del herrero cuidadoso, que madrugan y trasnochan en sus oficios por salir con lo que desean; á los cuales ha de imitar el verdadero amador de Dios, velando y pensando noche y dia cómo hallará este tan grande bien, hasta enflaquescer con este cuidadoso pensamiento, y testificar con la flaqueza del cuerpo las ansias del corazon: segun lo que decia el mesmo sabio por estas palabras (*o*): Las vigilias y el cuidado de la virtud enflaquescen las carnes, y el pensamiento y deseo de alcanzarla quita el sueño.

Mas por ventura dirás: En mucho cuidado me poneis para haber de alcanzar ese bien. Dime, ruégote: ¿es justo que un bien tan grande como es Dios, sea buscado con cuidado? Dirás que sí. Pues ¿qué menor cuidado se pudo pedir, ni qué partido mas convenible se pudo hacer, que pedir para alcanzar el summo bien, no mas cuidado que el que se pone para alcanzar el dinero? Pondera mucho aquellas palabras de Salomon, que dijimos (*p*): Si buscares la sabiduría como quien busca dinero, hallarla has. ¡Oh! bendígante, Señor, los ángeles, que siendo tú el mayor bien de los bienes, no pides ser buscado con mayor cuidado que con el que se busca el mas bajo dellos, que es el dinero!

§. I.

De la segunda cosa que ayuda á la devocion, que es fortaleza y diligencia (*q*).

Este deseo que habemos dicho, ha de estar acompañado con una grande diligencia y fortaleza, para que con ella podamos vencer todas las dificultades que de por medio se ofrescieren á estorbarnos este bien. Y aunque este deseo (segun que arriba lo figuramos) traiga consigo esta diligencia y fortaleza, todavía será menester que en particular platiquemos algo della.

Para cuyo entendimiento has de saber que así como la naturaleza proveyó de dos virtudes y potencias á cada uno de los animales para su conservacion, la una que llaman concupiscible, á la cual pertenesce desear lo que conviene para la conservacion del individuo, ó de la especie; y la otra que llaman irascible, á la cual conviene pelear y acometer á las dificultades y contradicciones que impiden lo que para esto se desea; así has de entender que estas dos mesmas virtudes en su manera se requieren para la conservacion y sustentacion de la vida espiritual, y señaladamente para alcanzar este bien que pretendemos. Porque primeramente es menester aquel deseo grande que dijimos deste bien, el cual nos mueva á buscarlo y procurarle; y despues desto es menester un esfuerzo y ánimo generoso para acometer y vencer muchas y grandes dificultades que se atraviesan de por medio á impedirlo. Porque (como adelante se verá) son muy muchas las cosas que nos impiden la devocion, y son muchas tambien las que se requieren para alcanzarla, y todas ellas muy dificultosas; y por esto es menester grande ánimo y fortaleza para romper por todas estas dificultades y contradicciones, hasta llegar á coger el agua deseada de la cisternica de Bethlem, sin que los enemigos nos impidan, ni á la ida, ni á la vuelta (*r*). Pues para conseguir un bien tan arduo y tan defendido, ¿qué podra hacer el deseo pobre y desnudo, si no fuere armado y acompañado de fortaleza?

Por aquí entenderás la manquera que tienen los que viven con buenos deseos, sin tener esta fortaleza de que hablamos; porque estos son como animales imperfectos y monstruosos, que tienen concupiscible sin irascible: lo cual así como no bastaria para la provision y conservacion de la vida natural, así tampoco basta para la espiritual. Estos son los deseos del perezoso, de quien

(*k*) Matth. 11. (*l*) Genes. 29. (*m*) Psalm. 131. (*n*) Eccli. 38.

(*o*) Eccli. 31. (*p*) Prov. 2. (*q*) Vease acerca desto mas copiosamente en el libro de la *Guia de Pecadores*. (*r*) 2. Reg. 23.

dice Salomon (*s*) que ya quiere, y ya no quiere, y que todo se le va en deseos. Quiere cuando considera la hermosura de la virtud, y no quiere cuando se le representa la dificultad que hay en ella; porque como animal imperfecto y monstruoso, tiene la una destas dos virtudes naturales del apetito, que es el deseo, y no la otra, que es el esfuerzo.

Pues por esta causa nos es tantas veces en la Escriptura encomendada la diligencia y la fortaleza, y tan condenada la pereza y negligencia, como dos raices generales de todo nuestro mal y bien. Cosa es por cierto que me pone admiracion ver la guerra que el Espíritu Sancto tiene con el perezoso en los libros de Salomon, en los cuales apénas hay capítulo en que no le tire una saeta, y le dé á entender el peligro en que está. Y con ser siempre una mesma sentencia la que dice, guísala de mil maneras, y repítela en mil lugares, refrescando siempre la memoria della, para que por aquí entendiese el hombre cuán importante cosa era la que tan á menudo y con tanta importunidad el Espíritu Sancto repetia. En una parte dice (*t*): Los buenos pensamientos y propósitos del esforzado siempre crescen en abundancia; mas todo perezoso vive en pobreza. En otra dice (*v*): La pobreza nasce de la mano perezosa; mas la mano de los fuertes apareja riquezas. En otra dice (*x*): La pereza es causa que se vaya poco á poco arruinando la casa; y la flaqueza de las manos hace que se llueva toda. En otra dice (*y*): El que labra su tierra se hartará de pan; y el que se da á ociosidad será lleno de pobreza. En otra dice (*z*): El que es muelle y flojo en su manera de vivir, compañero es del que destruye sus obras. En otra dice (*a*): La pereza carga al hombre de sueño; y el ánima floja y desatada en sus obras padescerá hambre. Y sobre todos estos lugares es mucho de notar aquel lugar donde dice (*b*): Pasé por la viña del perezoso, y por la heredad del varon loco, y vi que toda estaba cubierta de espinas y de ortigas, y que la cerca estaba aportillada por todas partes: lo cual como yo viese, notélo con diligencia, y con el ejemplo deste descuido híceme mas avisado, y miré por lo que á mí convenía. ¿Pues hasta cuándo, perezoso, dormirás? Hasta cuándo despertarás deste sueño? Un poquito dormirás, y otro poquito cabecearás, y otro poco juntarás las manos para reposar; y vendrá sobre tí como un caminante la pobreza, y la mendicidad como hombre armado. Quiere decir: Vendrá poco á poco la costumbre desa flojedad y descuido á convertirse en naturaleza; y tomará de tal manera la posesion y señorío sobre tí, que no seas mas parte para echarla de casa, que á un hombre poderoso y armado.

Pues pregúntote agora: ¿á qué propósito repetia tantas veces el Espíritu Sancto esta sentencia, y la enjeria en tantos lugares, sino porque entendia que así como la llave de todo nuestro aprovechamiento es la diligencia y fortaleza, así la raiz de todo nuestro mal es la pereza y negligencia? Dime, ¿qué virtud hay que no tenga aneja alguna dificultad y trabajo? Pues si el hombre no tiene brazo para vencer esta dificultad, si no tiene martillo para domar al hierro duro de que se hace la obra, ¿qué cosa virtuosa podrá acabar? Hermosamente dice Prudencio que todas las virtudes eran viudas sin la paciencia y fortaleza; porque si la virtud caresce de fortaleza, claro está que no podrá vencer la dificultad con que ella anda siempre acompañada. Pues por esto conviene que sacudida de nuestro ánimo toda pereza y negligencia, nos armemos de un muy fuerte y denodado propósito para acometer esta empresa, y no descansar hasta salir al cabo con ella, implorando siempre para esto con grande humildad la gracia divina.

Y no debemos luego desmayar con las contradicciones que en el camino se nos ofrescieren, sino ántes esforzarnos animosamente contra ellas; imitando en esta parte á los que van remando agua arriba en un rio arrebatado y impetuoso, los cuales con la fuerza de los remos contrastan á la furia de las aguas; y si algunas veces prevalesce contra ellos la corriente, no por eso desmayan, sino ántes con doblada fuerza y diligencia vuelven á enderezar el barco, y á proseguir su camino. Pues tales han de ser nuestros propósitos: conviene saber, firmes y determinados; y si alguna vez nos acaesciere que seamos vencidos, volver luego á cobrar ánimo de nuevo; porque, segun se suele decir (*c*), el trabajo importuno y porfiado de todas las cosas ha victoria.

Desta manera vemos tambien ser los hombres infatigables en los negocios del mundo, y no volver atras, aunque muchas veces les haya sido contraria (como dicen) su fortuna. Así el mercader no luego deja su trato, aunque alguna vez no le suceda bien la ganancia; ni tampoco cesan los labradores de labrar la tierra, aunque alguna vez pierdan la costa y el trabajo; mas ántes vuelven á su labor con mayor cuidado, por ver si podrán por esta via recobrar algo de lo perdido. Pues ¿cuánto mas debemos nosotros esforzarnos en este sancto ejercicio, en el cual hay mucho menor trabajo y mayor galardon; y este no caduco ni dubdoso, sino cierto y perdurable?

Mas aquí es mucho de notar que así como aquel deseo que arriba dijimos, ha de ser acompañado de fortaleza, porque no sea perezoso, así esta fortaleza ha de estar acompañada de humildad, porque no sea soberbia. Porque aunque es razon de trabajar en esta demanda todo lo posible, y meter en ella todas las velas; pero de tal manera habemos de hacer esto, que creamos muy de véras que no por nuestro trabajo, sino por la divina gracia y misericordia se ha de alcanzar este bien. Porque, como dice el Sabio (*d*), no es de los lijeros la carrera, ni de los fuertes la victoria, ni de los artífices la gracia. Pues si esto acaesce en las cosas humanas, ¿cuánto mas acaescerá en las divinas, que todas van colocadas y guiadas por gracia? Y porque la gracia principalmente se da á los humildes, como toda la Escriptura clama (*e*), por eso no ménos, sino mucho mas aprovecha la humildad, que la fortaleza, para alcanzarla.

Por esto debe el hombre reconoscer profundamente su indignidad y flaqueza, y humillarse ante la mano poderosa de Dios, y presentarse ante él como un niño que nada puede ni sabe; y suplicarle por los méritos de Cristo sea servido de mirarlo con ojos de piedad, y darle como á un pobre mendigo alguna de las migajas de la mesa rica de su gran misericordia. Mas con este reconoscimiento no debe el hombre echarse á dormir, y librarlo todo en Dios (como hacen algunos): sino echar mano al arado, y hacer lo que es en sí, para que el Señor haga lo que es de su parte; porque así como este Se-

(*s*) Prov. 13. (*t*) Prov. 21. (*v*) Prov. 10. (*x*) Eccles. 10.
(*y*) Prov. 12. et 28. (*z*) Prov. 18. (*a*) Prov. 19. (*b*) Prov. 24.

(*c*) Labor improbus omnia vincit. D. Hier. In Prologo super Danielem. (*d*) Eccles. 9. (*e*) Iacobi 4. 1. Petri 5.

ñor es amigo de humildes, así tambien es enemigo de haraganes y perezosos.

§. II.

De la tercera cosa que ayuda á la devocion; que es la guarda del corazon.

Supuestos ya estos dos principios y fundamentos, y decendiendo mas en particular á tratar esta materia, digo que la primera y mas principal cosa que ayuda á la oracion y devocion, es la guarda y recogimiento del corazon. Porque así como para tañer en una vihuela, ó en otro cualquier instrumento, es menester que esté primero templado y dispuesto para que se pueda bien tañer en él: así pues nuestro corazon es el principal instrumento desta música celestial, es necesario que esté primero templado y aparejado, porque de otra manera no podrá haber música concertada en instrumento desconcertado. Por esto nos aconseja Salomon diciendo (*f*): Con toda guarda procura guardar tu corazon, ca dél procede la vida; porque como el corazon sea el principio de todas nuestras obras (*g*), claro está que cual estuviere él, tales tambien serán las obras que dél procedieren.

Y no solo por esta razon conviene velar sobre esta guarda, sino tambien por la delicadeza y flaqueza increible de nuestro corazon, el cual no se puede explicar con palabras cuán fácil sea de derramar y distraer. Porque sin dubda una de las grandes miserias del hombre es ver con cuánta dificultad se recoge, y con cuánta facilidad se derrama, y cuánto es menester que trabaje para alcanzar un poco de devocion, y cuán fácilmente la pierde despues de alcanzada. Dicen que la leche, y aun algunos otros manjares son tan delicados, que el aire basta para corromperlos; y de la vihuela dicen que el frio y el sereno bastan para destemplarla; pues muy mas delicado es sin dubda el corazon del hombre, y menores causas bastan para destemplarlo. Finalmente así como la vista de los ojos se impide con una pequeña mota, y solo un poco de vaho basta para empañar y escurecer un espejo; así muy pequeñas cosas y muy menudas bastan para anublar la claridad de nuestro corazon, y escurecer los ojos del ánima, y entibiar todo buen afecto y devocion. Y por esto con grandísimo recaudo y diligencia conviene velar sobre la guarda de un tesoro tan precioso y que tan fácil es de perder.

Y si me preguntas de qué se haya de guardar el corazon, digo que de dos cosas principalmente: conviene saber, de vanos pensamientos, y de afectos y pasiones desordenadas. Destas dos cosas conviene que esté libre y limpio el corazon donde se ha de aposentar el Espíritu Sancto. De manera que así como los pintores suelen primero alimpiar y aparejar las tablas en que han de pintar, así se ha de alimpiar y aparejar primero la tabla de nuestro corazon, si se ha de pintar en él la imágen de Dios. Este es aquel acepillar de las dos tablas que mandó Dios á Moisen, para escrebir en ellas con su dedo la ley (*h*): para dar á entender cómo es necesario que el hombre apareje y limpie primero las dos tablas de su ánima, que son entendimiento y voluntad: la una de pensamientos, y la otra de afectos y apetitos desordenados; para que así pueda aquel dedo divino (que es el Espíritu Sancto) escrebir en ellas la sabiduría del cielo.

Mire pues el siervo de Dios por sí en esta parte; porque esta es una de las principales diferencias que hay entre los buenos y malos: que los malos tienen el corazon como una plaza, ó como una calle pública, que de dia y de noche no se cierra. Mas el corazon del bueno es aquel huerto cerrado, y aquella fuente sellada, de la cual nadie bebe sino solo Dios. Finalmente, el corazon del bueno es aquella litera del verdadero Salomon (*i*), la cual guardan con grandísimo recaudo setenta caballeros armados, de los mas fuertes de Israel; los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Tal es el corazon del bueno, y con este recaudo se guarda; mas por el contrario, el corazon del malo es como un vaso sin guarda y sin cobertor (*k*), el cual está aparejado para recebir dentro de sí cualquiera inmundicia, y por esto es reprobado y tenido por sucio en los mandamientos de la ley (*l*).

Y no solo de los pensamientos, sino mucho mas de los afectos y pasiones conviene que esté libre nuestro corazon; porque no hay cosa que mas parte sea para perturbarlo, que son estas nuestras pasiones naturales, como son, amor, odio, alegría, tristeza, temor, esperanza, deseo, ira, con todas las demas. Estos son los vientos que desasosiegan este mar, y los nublados que escurecen este cielo, y las pesas que inclinan nuestro espíritu á lo bajo. Porque está claro que las pasiones desasosiegan el corazon con sus cuidados, derrámanlo con sus apetitos, captívanlo con sus afecciones, y ciéganlo con sus perturbaciones y movimientos desordenados. Onde así como ni estos ojos de carne pueden ver las estrellas ni la hermosura del cielo cuando hace nublado, así tampoco los de nuestra ánima pueden contemplar aquella luz eterna, cuando están escurecidos con los nublados y pasiones desta vida. Y como decia uno de aquellos sanctos Padres del yermo: Así como en el agua clara se ve todo cuanto hay en ella, hasta las muy menudas arenicas que están en lo bajo (lo cual no se puede ver en agua turbia), así nuestra ánima conosce claramente todo lo que hay en sí cuando está quieta y serena; mas si los movimientos de las pasiones la escurecen y enturbian, ni puede ver á sí ni á otra cosa. Por lo cual muy sabiamente nos aconseja Sant Augustin que miremos con todo cuidado no se nos peguen las alas del ánima (que son sus afectos y deseos) en la liria pegajosa de las cosas terrenas, y así nos impidan el vuelo á las cosas divinas. Así se lee deste mesmo Sancto, que aunque era obispo, no se queria entremeter en negocios de fábricas de iglesias, ni de otras cosas tales; temiendo siempre no se enlazase el corazon por esta via en los cuidados de las cosas visibles.

Pues por esta causa encomendamos aquí tanto la mortificacion y templanza de las pasiones, porque sin dubda no hay cosa que tan poderosamente arrebate nuestro corazon, y lo lleve en pos de sí, como cualquiera destas pasiones, mayormente la del amor, que es como la raiz de todas, y así las lleva todas, como raiz á las ramas, en pos de sí. Porque donde hay amor demasiado de una cosa, luego hay aborrecimiento de la contraria, y deseo de alcanzarla, y temor de perderla, y alegría cuando está presente, y tristeza cuando está ausente, y cuidado cuando se le teme algun peligro, y enojo cuando alguno lo maltrata; y así finalmente va toda la danza de las otras pasiones, encaminada por do la lleva esta guia. Lo cual manifiestamente significó el Salvador.

(*f*) Prov. 4. (*g*) Matt. 15. (*h*) Exod. 34. Deut. 10. (*i*) Cantic. 3. (*k*) S. Thom. 1. 2. q. 102. art. 5. ad 4. (*l*) Num. 19.

cuando dijo (*m*): Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazon: dando á entender que en las cosas donde tenemos puesto todo el tesoro de nuestro amor, ahí están todos nuestros cuidados y pensamientos, con todo lo demas que nasce del corazon.

Pues para esto es menester que el siervo de Dios ande con un continuo cuidado, y traiga echadas unas riendas á su corazon, para que no se le vaya de boca, ni se deje llevar de las pasiones que le sobrevinieren, si no fueren segun Dios, y por Dios. No se entristezca sino de lo que le aparta de Dios, no se alegre sino de lo que lo llega á Dios, no tome otro mas principal cuidado que de contentar á Dios, no viva con otro amor, ni temor, ni deseo, ni esperanza, sino de solo él, ó por amor dél. Esta es aquella cruz en que se gloriaba el Apóstol, cuando decia (*n*) que todo el mundo estaba crucificado para él, y él para todo el mundo; lo cual se hace, no por muerte de cuerpo, sino de espíritu: que es por muerte del amor de todas las cosas; porque cuando esto hay, el espíritu está como muerto á todas ellas, y vive á solo Dios, en quien solo tiene puesto su amor.

Por esto mandaba Dios en la ley al summo sacerdote que no enterrase á su padre ni á su madre despues de muertos (*o*); porque no se ensuciase con tocamiento de cuerpo mortal. Y bien sabía el Señor que la vista, ni el tocamiento corporal no ensuciaba á los hombres; sino el afecto del corazon, el cual quiere él que esté tan puro en sus amigos, que ni aun con tan grande ocasion como es muerte de padres y madres sea perturbado.

Mucho te parescerá quizá, hermano, esto que te pedimos. Vergüenza es por cierto entre cristianos, (que estamos como árboles plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia y de los sacramentos divinos (*p*), que nos parezca mucho pedírsenos lo que sin nada desto pedian los filósofos á sus discípulos, no teniendo mas que sola lumbre de razon. Filósofos hubo que pretendieron hacer los hombres heróicos y divinos, y libres de sus pasiones y afectos (*q*), ¿y maravillarnos hemos agora que se nos pida aquí un corazon pacífico y quieto para aposentar á Dios en él?

Y si en cabo no pudieres salir con esta empresa, á lo ménos valerte ha esta doctrina para que sepas el blanco adonde has de encaminar tus propósitos y deseos; para que si no llegares derechamente á él, á lo ménos no vayas tan mal encaminado como los que caminan sin saber adónde van. Servirte ha tambien esto mesmo para que no seas del todo lunático y mudable, como algunos que tienen el corazon como veleta de tejado, que cada viento la menea. Estos nunca jamas están de un temple, ni tienen un sér; porque ya están tristes, ya alegres, ya pacíficos, ya airados, ya graves, ya livianos, ya devotos, ya disolutos; y finalmente, tantos colores y figuras mudan dentro, cuantos accidentes y ocasiones se les ofrescen de fuera. El camaleon es animal sucio y reprobado en la ley, y no ménos lo son todos aquellos que por él son figurados. Estos son los que se mueven á cada viento, los cuales communmente suelen ser hombres sin estabilidad, sin gravedad, sin peso, sin prudencia, sin valor, sin ánimo ni fortaleza para nada. Son livianos, fáciles, pusilánimes, inconstantes, mudables, y de quien no se puede esperar cosa grande. Finalmente, estos paresce que son indignos del nombre de varones; pues tienen los ánimos tan mujeriles y fáciles: á lo ménos sonlo del nombre de cuerdos y justos; pues está escripto que el loco es mudable como la luna (*r*), mas el justo es como el sol, que permanesce siempre en un mesmo sér.

Pues el que destas dos cosas guardare su corazon, conviene saber, de pensamientos vanos y pasiones desordenadas, luego alcanzará aquella paz y pureza de corazon que, segun los filósofos, es el principal medio para alcanzar la verdadera sabiduría, y segun los sanctos, es el fin de la vida espiritual: segun que muy por extenso se declara en la primera Colacion de Casiano. Finalmente, esta es la última disposicion que se requiere para la contemplacion de las cosas divinas, segun aquellas palabras del Salvador, que dicen (*s*): Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Porque así como en el espejo puro y limpio resplandescen mas claros los rayos del sol, así tambien en el ánima purificada y limpia relucen mas claros los rayos de la divina verdad.

No quiso Dios que David, aunque varon justo y sancto, le edificase el templo en que él morase, porque habia sido hombre de guerra (*t*), sino Salomon su hijo, que habia de ser hombre de paz. Para dar á entender que el corazon pacífico y quieto es el lugar proprio y conveniente donde mora Dios. Y por esta mesma causa cuando apareció á Elías en el monte (*v*), no le apareció en la tempestad, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en aquel silbo de aire delgado y blando, que es en el corazon pacífico y reposado, el cual es templo vivo y morada de Dios.

§. III.

De la cuarta cosa que ayuda á la devocion, que es la continua memoria de Dios.

Para esta guarda del corazon susodicha, no hay cosa que tanto aproveche como andar siempre en la presencia de Dios, y tenerle siempre delante los ojos; no solo en el tiempo de la oracion, sino en todo lugar y tiempo. Porque hay algunos que son como los muchachos del escuela, que miéntras están delante de su maestro están muy recogidos y compuestos, y en saliendo de allí, disparan por do quiera que los lleva el ímpetu y liviandad de sus afectos. Pues no debe el siervo de Dios imitar á estos, sino ántes trabajar cuanto le sea posible por conservar aquel calor que sacó de la oracion, y continuar aquel sancto pensamiento que allí tuvo; porque esta continuacion es la cosa que mas en breve hace subir á la cumbre de la perfeccion; mas de la otra manera toda la vida se pasa en tejer y destejer, sin llegar ninguna cosa al cabo.

Esta es aquella bienaventurada union de nuestro espíritu con Dios, la cual procuraron y estimaron tanto los sanctos, que la tenian por último fin de todos sus ejercicios. Esta es la que David muestra que tenia, cuando tantas veces repite en sus Salmos que traia siempre al Señor delante sus ojos, y que pensaba siempre en su sancta ley, y que traia siempre en la boca sus alabanzas (*x*). De manera que aunque era rey, y ocupado en muchos negocios, así de paz como de guerra, con todo eso, en medio de tantos cuidados estaba quieto,

(*m*) Math. 6. (*n*) Galat. 6. (*o*) Lev. 21. (*p*) Psalm. 1.
(*q*) Los stoicos, cuyo maestro fué Zenon.

(*r*) Eccl. 27. (*s*) Matth. 5. (*t*) 2. Reg. 7. (*v*) 3. Reg. 19.
(*x*) Psalm. 15. et 33. et 118.

y entre tanta muchedumbre de negocios y criados, estaba solo con Dios.

Pues esta mesma presencia y memoria de nuestro Señor debes tú procurar siempre, para lo cual te aprovechará considerar que en hecho de verdad él está presente en todo lugar, no solo por potencia y por presencia, sino tambien por esencia (*y*). El rey está en todo su reino por potencia, y en su palacio por presencia; mas por esencia no está en mas lugar que donde tiene su cuerpo. Mas Dios en todo lugar está por todas estas maneras susodichas, lo cual demas de la fe se prueba claro por esta razon. Porque Dios es el que da sér y vida á todas las cosas, el principio y causa de todas ellas. Y pues la causa es necesario que esté junta con su efecto, ó por sí mesma, ó por alguna virtud y influencia suya; síguese que pues Dios es causa del sér de todas las cosas, que él está junto con todas ellas, dándoles el sér que tienen, y esto no por alguna virtud ó influencia suya, sino por sí mesmo. Porque en Dios no hay esa distincion de cosas que hay en las criaturas; porque todo lo que hay en Dios es Dios, y por eso do quiera que está algo dél, está todo él.

Y pues el sér de las cosas es lo mas íntimo que hay en ellas, síguese que él está mas dentro dellas, que ellas están dentro de sí mesmas (*z*). Pues luego ¿qué mucho es traer siempre delante los ojos á aquel que te trae á tí en sus brazos, y te sustenta con sus piés, y te rige con su providencia, y aquel finalmente en quien y por quien vives y eres? Haz pues cuenta que él está siempre asistiendo á tu ánima como criador y gobernador que la conserva en el sér que tiene, y no contento con asistir como criador y conservador, asiste tambien como justificador, dándole gracia y amor, y muchas sanctas inspiraciones y deseos.

Este sea pues el testigo de toda tu vida, este el compañero de tu peregrinacion, á este da parte de tus negocios, á él te encomienda en todos tus peligros, con él habla entre sueños de noche, y con él despierta cuando te levantares de dia. Unas veces le mira como á Dios, beatificando los ángeles en el cielo; y otras como á hombre mortal, conversando con los hombres en la tierra; unas veces en el seno del Padre, otras en los brazos de la Madre; unas veces camina con él á Egipto, otras acompáñalo en la oracion del Huerto, otras síguelo hasta el monte Calvario, y nunca lo desampares en la Cruz. Cuando te asentares á la mesa, la salsa de la comida sea su hiel y vinagre; y la copa de que hubieres de beber, la fuente de su precioso costado. Cuando te fueres á acostar, imagina que la cama es la sancta Cruz, y el almohada la corona de espinas; y cuando te vistieres ó desnudares, piensa con cuánta ignominia desnudaron y vistieron á él en su Pasion. Esto es en su manera seguir al Cordero con aquellas sanctas vírgines por do quiera que va (*a*); y desta manera podrás ser discípulo de Cristo, y andar siempre en su compañía. En todos estos pasos habla siempre con él palabras humildes y amorosas; porque con estas quiere ser tratado aquel que por la grandeza de su Majestad debe ser temido, y por la de su bondad amado.

Y aunque estés ocupado en alguna obra de manos, ó en algun otro negocio, no por eso debes dejar del todo este ejercicio (*b*); porque esta habilidad dió el Señor á nuestro corazon: que pueda en un punto convertirse á él, aunque el cuerpo esté ocupado en obras exteriores. De manera que así como una dama está labrando delante de una reina, y sin perder punto de su labor está con una mesura y recogimiento interior y exterior delante de su señora, sin que la una ocupacion impida la otra, así puede nuestro corazon estar con debida reverencia y atencion ante aquella Majestad que hinche cielos y tierra, sin que por eso pierda punto de lo que hace.

Y no solo cuando se hace algo de manos, mas tambien cuando el hombre habla, estudia y negocia, puede hurtar muchas veces el corazon á lo que hace, y entrar dentro del templo de su corazon á adorar á Dios, y salir de ahí á lo que piden los negocios, y tornarse luego lijeramente á Dios. En figura de lo cual se escribe de aquellos sanctos animales que vió Ecequiel (*c*), que iban y volvian á semejanza de un relámpago resplandesciente; para dar á entender la lijereza con que los varones espirituales han de volver á Dios, cuando por alguna piadosa ocasion salieren del secreto de su recogimiento á socorrer al prójimo. Y si alguna vez el hombre tardare y se descuidare en esta vuelta, luego debe herirse con las espuelas de la atencion y cuidado, y volver las riendas del corazon á Dios, diciendo con el Profeta (*d*): Vuélvete, ánima mia, á tu descanso, pues el Señor te ha hecho tanto bien.

Este cuidado susodicho es de inestimable provecho no solo para la guarda del corazon, sino tambien para el buen regimiento y gobierno de toda la vida. Porque por esta via trae el hombre siempre delante de sí uno como juez y testigo de todo lo que hace y dice, y esfuérzase por andar con un continuo temor y cuidado de no hacer cosa con que ofenda á los ojos de aquel Señor que le está siempre mirando; y así trabaja por hacer todas las cosas con aquel peso y medida que se deben hacer. De aquí nasce una de las principales diferencias que hay entre los perfectos é imperfectos; porque los perfectos, como traen siempre el corazon recogido, así traen el cuerpo y sentidos recogidos; mas los imperfectos, como andan secos y livianos de dentro, así tambien lo andan de fuera; porque está claro que así como la sombra anda al paso del cuerpo, y hace todo lo que él hace, así el hombre exterior es como una sombra del interior, y así anda siempre como él.

§. IV.

De la quinta cosa que ayuda á la devocion, que es el uso de las oraciones breves, que se deben hacer en todo lugar y tiempo.

Muy dichoso sería quien pudiese guardar enteramente este documento susodicho; pero á falta desto es muy gran remedio usar en todo tiempo y lugar de aquellas breves oraciones que Sant Augustin dice que usaban los Padres de Egipto en medio de sus ocupaciones, para no dejar enfriar el calor de la devocion (*e*). De manera que así como los que moran en regiones frias procuran estar todo el dia encerrados y amparados del frio en sus estufas y chimineas; mas los que esto no pueden hacer, á lo ménos trabajan por llegarse muchas veces al fuego á tomar de allí un poco de calor, y luego volver á sus oficios: así lo debe tambien hacer el siervo de Dios, pues

(*y*) S. Thom. 1. p. q. 8. art. 3. et 4. et D. Aug. lib. 3. Confes. cap. 2. (*z*) D. Bernard. c. 6. Meditationum. Vide Isai 66. et 40. et 46. Deut 1. et 32. et Osee 11. (*a*) Apoc. 14.

(*b*) Cassianus lib. 2. cap. 14. et collat. 9. c. 36. (*c*) Ezech. 1. (*d*) Psalm. 114. (*e*) In Epist. ad Probam, etc. 10. est Ep. 121. et S. Thom. 2. 2. q. 83. art. 14.

vive en esta miserable region del mundo, donde está tan resfriada la caridad, cuan encendida la malicia. Y por esto bienaventurado aquel que puede estar siempre en aquella estufa que significó el Profeta, cuando dijo (*f*) : Será como el varon que se guarda del viento, y se esconde de la tempestad. Mas el que esto no puede hacer, á lo ménos vaya y venga muchas veces á aquel fuego divino, para defenderse de los vientos y hielos terribles de la frigidísima region deste mundo.

Para esto pues sirven estas breves oraciones; que por esto se llaman jaculatorias, porque son como unas saetas amorosas que se arrojan de presto al corazon de Dios, con las cuales el ánima se despierta y se enciende mas en su amor. Para esto sirven en gran manera muchos versos de David, los cuales debe el hombre traer siempre muy á la mano, para que por ellos se pueda levantar á Dios; no siempre de una manera (porque no tome hastío con unas mesmas palabras) sino con toda aquella variedad de afectos que el Espíritu Sancto en su ánima despertare; porque para todos hallará palabras convenientes en aquellas voces celestiales. Y conforme á esto, unas veces puede levantar el corazon con afecto de penitencia y deseo del perdon de sus pecados, con aquellas palabras que dicen (*g*) : Aparta, Señor, tu rostro de mis pecados, y perdona todas mis maldades. Corazon limpio cria en mí, Dios; y renueva en mis entrañas un espíritu recto. Otras veces con afecto de agradescimiento podrás decir (*h*) : Bendice, ánima mia, al Señor, y todas las cosas que dentro de mi están bendigan su sancto nombre : Bendice, ánima mia, al Señor, y no te olvides de todos sus beneficios, etc. Otras veces con afecto de caridad y amor podrás decir : Amete yo, Señor, fortaleza mia; el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador (*i*); Dios mio, ayudador mio, esperaré en él; así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á tí, Dios (*k*). Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, miéntras dicen á mi ánima : ¿Dónde está tu Dios? Otras veces con deseos encendidos de aquella eterna felicidad podrás decir (*l*) : ¡Cuán amables son tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Cobdicia y desfallesce mi ánima contemplando y deseando los palacios del Señor. A este propósito escribe Sant Hierónimo en una epístola, que repetian los padres de Egipto aquel verso del mesmo Profeta que dice (*m*) : ¿Quién me dará alas así como de paloma, y volaré, y descansaré? Otras veces finalmente con reconoscimiento de la propria miseria, y deseo de la divina gracia, podrás decir (*n*) : Inclina, Señor, tus oídos, y oye mi oracion; porque pobre y necesitado soy yo. Para este mesmo propósito es muy alabado en las Colaciones de Casiano aquel verso que dice (*o*) : Señor Dios, entiende en mi ayuda; Señor, no tardes en me ayudar.

Tambien los tiempos, y los lugares, y los negocios que tratamos, y las cosas que oímos y vemos, nos darán ocasion para levantar el corazon á Dios con otras maneras de afectos, que de las mesmas cosas se levantan. Porque el que de verdad ama á Dios, en todas las cosas ve á Dios, y todo le parece que le convida á su amor. En la mañana el canto de las aves, en la noche el silencio y la serenidad della nos convida á alabarle. Cuando comemos, la merced que nos hace en darnos hartura; cuando despertamos, la que nos hizo en darnos sueño reposado. La hermosura del sol, y de las estrellas, y de los campos nos ha de representar la hermosura y providencia del Criador; y las miserias y trabajos que vemos en las otras criaturas, la merced que nos hace en librarnos dellas. Cuando el reloj diere la hora es bien que nos acordemos de la hora de nuestra muerte, y de aquella en que Dios por nosotros tambien murió, y que digamos aquellas palabras que enseña un devoto Padre, diciendo : Bendicta sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Sant Hierónimo en una epístola aconseja que en todos los pasos y caminos que diéremos, hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz (*p*). Lo cual es aun mas necesario cuando sobreviene alguna tentacion, para lanzar de presto cualquier mal pensamiento del corazon. Asimesmo cuando salimos á algun negocio donde pueda haber algun encuentro, ó alguna nueva ocasion de peligro, conviene apercebirnos primero con las armas de la oracion : como cuando salimos fuera de casa, cuando vamos á tratar con alguna persona rencillosa, ó sobre algun negocio delicado, ó cuando vamos á comer en compañía de otros, donde hay peligro por una parte de la gula, y por otra de soltar la lengua con el calor de la comida á palabras demasiadas. Para estos y otros semejantes negocios es grande reparo la oracion. Desta manera todas las cosas nos serán motivos para tratar siempre con Dios, y de todas sacarémos provecho, y tomarémos ocasion para andar siempre en oracion. Este es aquel perpetuo ejercicio á que nos convida el Apóstol, cuando dice (*q*) : Procurad, hermanos, de andar siempre hablando dentro de vosotros mesmos con salmos, y himnos, y cantares espirituales (*r*), cantando y alabando en vuestros corazones á Dios, y dándole gracias en nombre de Cristo por todos sus beneficios.

Este ejercicio ayuda en gran manera, así á la devocion, como al recogimiento del corazon; porque esto es como guardar la casa para que no entre otro huésped que Dios á ocupar la posada. Y esto mesmo sirve para conservar el calor de la devocion : de donde nasce que los que con este cuidado andan, mas fácilmente se recogen al tiempo de la oracion, porque tienen ya el medio del camino andado; por tener el corazon recogido y devoto. Porque ¿de dónde nasce, si piensas, que unos en llegándose á la oracion luego entran en calor, y otros á cabo de mucho tiempo y trabajo apénas pueden quietar el corazon? La causa communmente es, que los unos traen el corazon caliente y recogido con el uso destas breves oraciones; mas los otros déjanlo del todo enfriar con el olvido de Dios : por lo cual los unos entran en calor presto, y los otros tarde. Y por esto así como los que tienen á cargo un horno de pan, despues de aquella primera calda que le dan por la mañana, procuran á cada rato de cebarlo con alguna leña, para que se conserve aquel calor, porque si del todo lo dejasen enfriar, sería menester mucho tiempo y trabajo para meterlo en calor; así tambien conviene que trabajen los amadores de la devocion por conservar siempre en sus corazones este divino calor, si no quieren tomar trabajo de nuevo para encenderlo cada vez que se llegan á la oracion. Porque la devocion en nuestros corazones es como el calor en la agua, ó en el hierro, el cual naturalmente es frio, y accidentalmente caliente;

(*f*) Isai. 32. (*g*) Psalm. 50. (*h*) Psalm. 102. (*i*) Psalm. 17. (*k*) Psalm. 41. (*l*) Psalm. 83. (*m*) Psalm. 54. (*n*) Psalm. 85. (*o*) Collatione. 10. cap. 10. Psalm. 69.

(*p*) Ad Demetriadem, tom. 1. (*q*) Colos. 3. (*r*) Ephes. 5.

y por esto en apartándolo del fuego que lo calienta, luego se vuelve á su natural condicion. Y por tanto el que lo quisiere tener siempre caliente, es menester que lo tenga siempre dentro de la fragua, ó que lo llegue muchas veces á ella, para que así pueda conservar este peregrino calor; y este mesmo recaudo conviene que se tenga siempre con nuestro corazon.

§. V.

De la sexta cosa que ayuda á la devocion: que es la licion de los libros devotos y provechosos.

Para esta mesma guarda y pureza del corazon ayuda tambien la licion devota de libros espirituales; porque, como dice Sant Bernardo (*s*), nuestro corazon es como un molino que nunca pára, y siempre muele aquello que echan en él: si trigo, trigo, y si cebada, cebada. Y por esto conviene ocuparlo muchas veces con la licion de los libros sagrados; porque cuando hobiere de pensar en algo, piense en aquello con que lo tenemos ocupado. Y por esto Sant Hierónimo encomienda tanto la licion de las Escripturas sanctas en todas sus epístolas, y señaladamente en aquella que escribió á la vírgen Demetrias, donde al principio de la carta dice así (*t*): Una cosa te quiero aconsejar, vírgen de Cristo, y repetirla muchas y muchas veces: conviene saber, que ocupes siempre tu corazon en el amor y estudio de las Escripturas Sagradas, y no permitas que en la buena tierra de tu pecho se siembre mala semilla. Y al fin de la mesma carta vuelve otra vez á encargarle este mesmo consejo, diciendo: Quiero juntar el fin con el principio; porque no me contento con haber amonestado esto una vez. Ama las Escripturas Sagradas, y amarte ha la Sabiduría; date á ellas, y guardarte han; abrázalas, y honrarte han. Qué tal haya de ser esta licion para que sea provechosa, ya en su proprio lugar se declaró.

§. VI.

De la séptima cosa que ayuda á la devocion, que es la guarda de los sentidos.

Para esta mesma guarda del corazon aprovecha tambien mucho la guarda de los sentidos; porque estos son como las puertas de la ciudad, por donde todas las cosas salen y entran, y por esto teniendo las puertas á buen recaudo, estará seguro lo demas. Por esto pues conviene poner una guarda en los ojos, y otra en los oídos, y otra en la boca; porque por estas puertas entran y salen todas las mercadurías y cosas del mundo dentro de nuestra ánima. De manera que el varon devoto ha de ser sordo, y ciego, y mudo, como decian aquellos sanctos padres de Egypto (*v*), para que cerradas las puertas destos sentidos, esté siempre su ánima limpia y aparejada para la contemplacion de las cosas divinas.

Y porque algunas veces es forzado oir y ver muchas cosas que podrian ser causa de distraccion, por esto deben trabajar por oirlas así como por de fuera, de tal modo que no se les pegue el corazon á ellas. De suerte que el siervo de Dios ha de tener el corazon como una pared ensebada, ó como un navío muy bien calafeteado y betunado, que en llegando las aguas á él, luégo las despida y las deje correr por cima, sin que lo puedan calar adentro ni empaparse en él. Y por ventura en figura desto mandó Dios á Noé que guarneciese y betunase muy bien el arca por todas partes (*x*); porque así conviene que esté el arca deste nuestro corazon, para que en medio de las aguas del diluvio tempestuoso deste siglo esté ella en lo de dentro muy enjuta y segura. Los que desta manera guardan su corazon, siempre están pacíficos, y recogidos y devotos; mas los que abren las puertas á todos vientos, y se dejan prender de las afecciones y negocios del mundo, despues lo vienen á pagar al tiempo de la oracion con la guerra y molestia de pensamientos que allí los cercan. Y así les acaesce como á los que van á hablar con algun gran Señor, el estómago lleno de manjares groseros, que al mejor tiempo de la plática suelen torpemente regoldar á aquello que han comido. Pues así acaesce á estos: que al mejor tiempo que están en la oracion hablando con Dios, les da allí el tufo de los ajos y cebollas de Egipto: quiero decir, de los pensamientos y negocios del mundo, de que traen llenos sus corazones.

Estos no esperen aprovechar en el ejercicio del recogimiento, porque á ellos comprehende aquella maldicion del Patriarca, que dice (*y*): Derramástete como agua; no cresceras. Porque los tales como traen derramado el corazon y los sentidos por las cosas exteriores, tanto ménos crescen dentro, cuanto mas se derraman por de fuera; y tanto ménos alcanzan de las consolaciones divinas, cuanto mas derramados andan por la tierra de Egipto buscando pajas (*z*). Estos son los que se andan á ver hermosos edificios de ciudades, de iglesias y de casas, y de otras cosas semejantes, y finalmente los que procuran ver cosas hermosas, y oir cosas nuevas, y así se vuelven á sus casas el corazon lleno de viento, y vacío de devocion. Y los que en estos pasos andan, así como son instables y vagabundos en el ánima, así tambien lo son en el cuerpo; porque apénas pueden estar quietos en un lugar, sino ántes discurren y andan de una parte á otra; y cuando no tienen adónde ir, van adonde los lleva el viento, á buscar si hallarán alguna recreacion de fuera, porque han perdido la verdadera recreacion de dentro. Y muchas veces acaesce que en estos tales pasos y caminos el demonio los lleva como á Dina (*a*) á algun tropezadero, donde vengan á perder no solamente la devocion y recogimiento, sino tambien la castidad y la innocencia. Menester es luego excusar todos estos derramamientos, para que recogidas en una todas las fuerzas de nuestra ánima, tengamos mas caudal y virtud para buscar el summo bien; pues está escripto que cuando el Señor edificare á Hierusalem, ayuntará en uno los derramamientos de Israel (*b*).

Mas entre estos sentidos exteriores señaladamente conviene poner guarda en la lengua; porque, como dice Sant Bernardo (*c*), es un instrumento muy aparejado para derramar por ella el corazon. Cosa es muy para notar ver cuán presto desaparesce y se desvanesce todo el jugo de la devocion en abriendo la boca á hablar demasiado, aunque sea en buenas cosas. Por lo cual dice un doctor que así como las aguas olorosas, si están en algun vaso destapado, luego pierden toda aquella suavidad y fragancia de su olor: así tambien el ungüento precioso de la devocion pierde toda su virtud y eficacia cuando la boca está destapada, que es cuando la

(*s*) Lib. Meditat. c. 9. et Cassianus collatione 1. c. 18.
(*t*) Et in Epistola ad Rusticum, et in Epist. ad Eustochium.
(*v*) Cassian. lib. 4. c. 31.

(*x*) Genes 6. (*y*) Genes. 49. (*z*) Exodi 5. (*a*) Genes. 34.
(*b*) Psalm. 146. (*c*) Serm. de triplici custodia.

lengua se desmanda en hablar. Por esto pues te conviene traer siempre la boca cerrada, y si alguna vez te fuere forzado salir á hablar ó negociar, vuélvete lo mas presto que pudieres con la paloma al arca (*d*), porque no perezcas en el diluvio de las palabras.

Y aunque á todos sea necesaria esta moderacion, mucho mas lo es á las mujeres que á los hombres, y señaladamente á las doncellas, cuyo principal decoro es la vergüenza y el silencio, guarda de la castidad. A las cuales avisa Sant Ambrosio por estas palabras (*e*): Mira, vírgen, por tus caminos, porque no desbarres por tu lengua, porque muchas veces las buenas palabras se tienen por pecado en la vírgen.

§. VII.

De la octava cosa que ayuda á la devocion, que es la soledad.

Para esta mesma guarda de los sentidos y del corazon ayuda mucho la soledad exterior, como lo escribe Sant Buenaventura á una religiosa por estas palabras: Para la contemplacion de las cosas divinas aprovecha mucho la soledad, porque no se puede hacer bien la oracion donde hay ruido y desasosiego de fuera; y apénas puede el hombre ver y oir muchas cosas, sin que pierda algo de la pureza y entereza del corazon. Y por esto procura siempre estar en el desierto con Cristo: esto es, que cuanto sea posible te apartes de la compañía de las otras, y estés sola, si quieres ver á Dios, y hacerte una cosa con él. Huye todas las pláticas y conversaciones, y especialmente las de personas seglares. No busques nuevas amistades y devociones, ni hinchas los ojos ni los oídos de las figuras vanas de las cosas del mundo; y finalmente huye de todo aquello que puede perturbar la quietud de tu ánima, como veneno mortal. Porque no sin causa los sanctos Padres dejaban el mundo (*f*), y se iban á los desiertos, y se escondian en lo mas secreto dellos para darse á la contemplacion de las cosas divinas.

Y para que mas te confirmes en esto oye lo que dice sobre ello Sant Bernardo (*g*): Tú, hermano, si eres tocado ya de las inspiraciones del Espíritu Sancto, y trabajas con encendidos deseos por hacer tu ánima esposa de Cristo, asiéntate con el Profeta en soledad (*h*), pues te has ya levantado sobre tí mesmo, deseando ser una cosa con el Señor de los ángeles. ¿No te paresce que es sobre tí allegarte á Dios, y hacerte un espíritu con él? Pues asiéntate en soledad como la tórtola, y no tengas que ver con la compañía de los hombres; sino ántes trabaja por olvidarte de tu pueblo, y de la casa de tu padre (*i*), para que cobdicie el Rey tu hermosura. O sancta ánima, procura siempre estar sola; porque así estés mas guardada para aquel que entre todas las cosas escogiste solo. Huye de los lugares públicos, huye tambien aun de tus domésticos y familiares, apártate de amigos y de enemigos, y aun de los mesmos que te sirven. ¿No sabes que tienes un Esposo vergonzoso, el cual no te querrá hacer gracia de su presencia en presencia de otros? Apártate pues de la compañía, y apártate, no con el cuerpo solo, sino tambien con el ánimo, y con la intencion, y con la devocion. Porque espíritu es Dios, y no cuerpo, y por esto soledad espiritual quiere, y no corporal: aunque tambien la corporal á sus tiempos es provechosa cuando llega la hora de la oracion. Y un poco mas abajo vuelve á decir el mesmo Sancto (*k*): Solo estarás, si no tuvieres pensamientos vulgares y communes, si no desecares los bienes presentes, si menospreciares las cosas de que el mundo se maravilla, y tuvieres hastío de lo que desea, si te apartares de contiendas, si no hicieres caso de las pérdidas y daños temporales, si no te acordares de las injurias. Porque de otra manera, aunque estés solo con el cuerpo, no estarás de verdad solo. ¿Ves pues cómo puedes estar solo entre muchos, y acompañado aunque solo? Así que, solo puedes estar entre la compañía de los hombres, y para esto guárdate que no seas curioso pesquisidor de la vida de nadie, ni juez temerario. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

Pues conforme á esto el varon devoto busque y ame la soledad, no solamente la interior, sino tambien la exterior, pues está claro que la una ayuda á la otra. Del abad Arsenio se escribe que oyó una voz del cielo que le dijo: Arsenio, huye, calla, y reposa. Pues haga él cuenta que se le da á él tambien esta voz; y así procure huir todo género de compañías, y conversaciones, y pláticas, y cumplimientos, y visitaciones, aunque sean de amigos y parientes, si no fuere cuando la caridad ó la necesidad lo pidiere. Huelgue siempre de estar solo, y morar consigo, y hacer vida consigo, y así la hará con Dios que es amador de la soledad.

Y no tenga nadie esta manera de vida por melancólica y triste; porque ántes es tanto mas alegre y deleitable, cuanto es mas dulce la compañía de Dios que la de los hombres. Por lo cual decia Sant Hierónimo (*l*): Sientan los otros lo que quisieren, porque cada uno tiene su gusto; mas de mí os sé decir que la ciudad me es cárcel, y la soledad paraíso. ¿Qué mas paraíso puede ser en esta peregrinacion que aquel que promete Dios al ánima devota y recogida por Oseas, diciendo (*m*): Yo le daré leche á mis pechos, y la llevaré á la soledad, y le hablaré á su corazon (conviene saber) cosas de gran suavidad y contentamiento, y darle he sus viñaderos del mesmo lugar, y el valle de Achor que le abra los caminos de la esperanza, y allí cantará como cantaba en los dias de su mocedad, y en el tiempo que salió de la tierra de Egipto? ¿Qué cantares son estos, sino las alegrías y alabanzas del ánima recien salida del mundo, y que va ya creciendo en el amor y conocimiento de su Criador, que es el tiempo de la mocedad espiritual, cuando es mas vehemente y mas impetuoso el amor? Pues estos cantares se cantan en la soledad, y en el valle de Achor, que quiere decir conturbacion (por el cual es significada la humildad de la contricion), y aquí es donde primero se abren al ánima los caminos de la esperanza, y donde recibe el perdon de la culpa, y donde ella canta y alaba á su Criador; porque con tan poderosa y piadosa mano la perdonó y sacó del mundo. Este es el galardon con que paga nuestro Señor á los suyos el trabajo de la soledad.

Y no solo para la devocion, mas generalmente para toda virtud ayuda en gran manera esta soledad; porque corta todas las ocasiones de pecados que se suelen hallar entre la compañía, especialmente los de la lengua, que son casi infinitos. Por donde con mucha razon aconseja Séneca (*n*) que busque la soledad el que quiera guardar la inocencia.

(*d*) Genes. 8. (*e*) Lib. 2. de Virginibus. (*f*) Heb. 11.
(*g*) In serm. 10. super cantica. (*h*) Threu. 3. (*i*) Psalm. 11.

(*k*) Ubi supr. (*l*) In Epist. ad Rusticum Monachum.
(*m*) Osee 2. (*n*) In tragedia Hyppolili, num. 2.

§. VIII.

De la novena cosa que ayuda á la devocion, que son los tiempos y horas diputadas para ella.

Todas estas cosas que hasta aquí habemos dicho, principalmente sirven para la guarda del corazon, la cual no solo ayuda á la pureza de la oracion, sino generalmente á toda virtud. Mas las que al presente dirémos, mas de cerca sirven á esa mesma devocion que aquí buscamos. Entre las cuales la primera sea, que el varon devoto tenga cada dia sus tiempos y horas señaladas para llegarse á la oracion, y tratar y conversar allí un rato á solas con Dios. Así lo hacia el profeta Daniel, de quien dice la Escriptura que tres veces al dia hincadas las rodillas, y abiertas las ventanas de su palacio hácia la parte de Hierusalem, hacia oracion á Dios (*o*). Así lo hacia tambien el sancto rey David, el cual se levantaba á la media noche, y madrugaba por la mañana á alabar y contemplar en Dios, como él mesmo confiesa en muchos salmos. Y en uno dellos dice que siete veces al dia se recogia á alabar á Dios (*p*); de donde la Iglesia tomó ocasion para señalar las siete horas canónicas para alabar é invocar en ellas el nombre de Dios (*q*). De los primeros fieles que en la Iglesia hubo escribe Sant Lúcas (*r*) que toda la mañana perseveraban en el templo en oracion, y á la tarde se volvian á sus casas, donde recebian la sagrada communion con alegría de corazon, y ansí andaban llenos de la consolacion del Espíritu Sancto. Y de los que á estos sucedieron escribe Plinio (*s*) al emperador Trajano, que era una gente que vivia sin vicios y sin ofensa de nadie, y que no tenian otro pecado mas que levantarse muy de mañana, y cantar himnos y alabanzas á honra de un hombre, llamado Cristo, que habia sido crucificado en Palestina. Y generalmente se escribe de todos los sanctos, que la mayor parte de las vigilias de la noche gastaban en ejercicios espirituales de oracion, y licion, y contemplacion, cumpliendo aquello del salmo, que dice (*t*): En las noches levantad vuestras manos á cosas sanctas, y bendecid al Señor. Y sobre todos estos ejemplos, del mesmo Salvador y Señor nuestro escriben los Evangelistas (*v*) que el dia gastaba en hacer milagros y discurrir por diversos lugares predicando, y la noche velaba y perseveraba en oracion.

Lo cual no solo pertenesce á religiosos y religiosas (como algunos imaginan), sino tambien á todos aquellos que de véras desean agradar á Dios, y caminar á la perfeccion. Así lo aconseja Sant Hierónimo á una noble señora, llamada Celancia, en una epístola suya por estas palabras: De tal manera quiero que tengas cuidado de tu casa, que dés tambien al ánima su tiempo de oracion y recogimiento. Y para esto será bien que tengas algun oratorio y lugar secreto, que esté un poco apartado del ruido y estruendo de la familia, al cual te debes acoger como á un puerto quieto y libre de la tempestad de los cuidados y negocios del siglo, en el cual no haya otra cosa sino licion de la Escriptura Sagrada, y oracion atenta, y meditacion profunda de las cosas advenideras; para que con esta sancta ocupacion puedas recompensar todas las ocupaciones de los otros tiempos y negocios. Y no decimos esto para apartarte de los tuyos, sino ántes para que ahí aprendas y sepas de qué manera te hayas de haber con ellos.

Y si me preguntares cuántas veces al dia te debes recoger para esto, no te sabré yo dar regla cierta; porque no tienen todos una mesma oportunidad de tiempo y aparejo. Mas todavía te debes acordar que son muy celebrados en la ley aquellos dos principales sacrificios de cada dia (*x*), conviene saber, el de la mañana y de la tarde; los cuales debe ofrescer espiritualmente todo fiel cristiano, recogiéndose en estos mesmos tiempos para alabar é invocar en ellos el nombre del Señor. De manera, que así como damos á este cuerpo su refeccion dos veces al dia, que son comida y cena, así tambien es razon las demos á nuestra ánima; pues ni ella es de menor dignidad que nuestro cuerpo, para que la hayamos de echar en olvido, ni tampoco tiene menor necesidad deste mantenimiento, sino por ventura mayor. Porque así como el cuerpo tiene necesidad de su ordinario pasto y mantenimiento, porque el calor natural gasta siempre la sustancia del hombre, y por esto conviene que se repare por una parte lo que se gasta por otra, así el ánima tiene otro calor pestilencial, que es la cobdicia y mala inclinacion de nuestro apetito, que siempre nos inclina á lo malo, y nos gasta todo lo bueno; y por esto conviene que se repare con la devocion de cada dia lo que con este dañoso calor siempre se gasta.

Asimesmo sabemos ya que la naturaleza humana quedó por el pecado tan maltratada y tan inclinada á las cosas de la tierra, que siempre tira para ellas, como dijo el Sabio (*y*): El cuerpo que se corrompe apesga el ánima, y la lleva tras sí; y esta morada terrena abate el sentido que piensa muchas cosas. Pues por esto así como los que rigen un reloj, suelen comunmente dos veces al dia subir las pesas á lo alto, porque ellas mesmas poco á poco van siempre caminando para abajo, así los que quieren traer sus ánimas bien regidas y concertadas, han menester á lo ménos estas dos veces al dia subir las pesas á lo alto; pues la naturaleza miserable tanto cuidado tiene de inclinarlas á lo bajo. ¡Oh cuán claramente ven esto cada dia los que se dan á la oracion! Cuántas veces paresce al hombre acabada la oracion de la mañana, que tiene ya las pesas del reloj subidas allá en el cielo, y que allá tiene todo su entendimiento y voluntad, y como que pierde ya de vista todas las cosas de la tierra; y despues que se mete en los negocios del dia y comienza á tratar con hombres, cuando vuelve á la noche, halla ya las pesas en el suelo caidas: quiero decir, halla tan caido su espíritu, y tan inclinado á la tierra, como si nunca de allí lo hobiera levantado. Pues por esta causa el que quisiere traer el reloj de su vida concertado, ha de tener siempre este mesmo cuidado, pues tiene contra sí esta mesma carga y contrapeso.

Mas esto no se ha de hacer como por tarea, ó como obra que se toma á destajo, que es por fuerza que se ha de acabar como quiera que sea; sino como quien acosado de sus mesmas heridas y miserias, se llega al médico de la vida para que le dé remedio.

Los que no tienen aparejo ó tiempo para recogerse dos veces al dia, á lo ménos trabajen por recogerse una; y si aun esta no pudieren, no sé yo qué consejo les pueda dar, sino remitirlos al uso de aquellas breves oraciones que arriba dijimos, las cuales se pueden entremeter en todo género de ocupaciones y negocios, porque con es-

(*o*) Dan. 6. (*p*) Psalm. 118. (*q*) In c. 1. et in c. Dolentes, de celebratione Missarum: et in c. De his: in c. Placuit. 12. dist. (*r*) Act. 2. (*s*) Plinius secundus: et referuntur hæc lib. 5. Eccl. hist. c. 32. (*t*) Psalm. 133. (*v*) Ioan. 8. Luc. 6. Marc. 6.

(*x*) Exod. 29. (*y*) Sap. 9.

tas he visto yo sustentarse algunos buenos espíritus, á los cuales la condicion y manera de su vida y enfermedades no daban lugar para mas. Aunque estas tales oraciones pocas veces se pueden sustentar y continuar, cuando falta el cimiento de las otras mas profundas y mas largas.

§. IX.

De la décima cosa que ayuda á la devocion, que es la continuacion y perseverancia en los buenos ejercicios.

Mas aquí es mucho de notar que para que estos sanctos ejercicios sean provechosos, es menester que haya grande continuacion y perseverancia en ellos. Porque hay algunos que nunca llevan cosa seguida ni continuada; sino que paresce que siempre tejen y destejen la tela (que dicen) de Penélope. Los cuales toman á pechos este camino por tres ó cuatro dias, y luego aflojan y se descuidan en él, de tal manera que cuando vuelven á lo que comenzaron están ya tan frios y tan remotos dello, como si nunca lo comenzaran, ni supieran jamas qué cosa era oracion. Y así vuelven á proponer de nuevo, y trazar otra vez sus ejercicios, y despues que han arribado algun tanto, ó por el cansancio de la subida, ó por parescerles que iban ya bien encaminados, tornan á asegurarse y descuidarse del trabajo; y así vuelven á comenzar como de primero, y en esto se les va la vida, edificando y destruyendo, y trastornando (como dicen) la piedra de Sísifo, que cuando la tenia medio subida al monte, luego se le volvia á caer, y así comenzaba de nuevo á trabajar por tornarla á subir.

Estos son los que por muy pequeñas ocasiones de negocios dejan sus oraciones y ejercicios virtuosos; á los cuales muchas veces acaesce (como yo lo he visto por experiencia) que pensando dejar la oracion por tres ó cuatro dias, la dejan por toda la vida; porque cuando quieren tornar á ella, no aciertan con la puerta, y aun háceseles mas dificultoso el camino, y así vuelven del todo á quedarse fuera, y volverse á las costumbres de la vida pasada. Porque el hombre sin oracion y sin espirituales ejercicios, es como Samson sin cabellos (*z*), que luego pierde las fuerzas, y queda flaco y enfermo como los otros hombres, y así corre gran peligro de ser entregado en manos de sus enemigos.

Pues por esto conviene tener grande constancia en estos ejercicios, pues nos consta que del concierto dellos depende el de toda nuestra vida. Mira la constancia que tienen aquellos cuerpos celestiales en sus cursos y movimientos, los cuales nunca jamas han variado despues que fuéron criados; porque como ellos eran las causas de do pendia todo el gobierno deste mundo, convenía que en ellos hobiese grandísima constancia, porque el mundo siempre anduviese concertado. Y pues destos ejercicios espirituales depende todo el concierto de la vida espiritual (como la experiencia nos muestra), justo es que quien desea traer bien ordenada su vida, traiga bien ordenadas y regidas las causas de donde pende el concierto della.

Mira qué constancia tenia aquel sancto profeta Daniel en aquellos tres tiempos de oracion que arriba dijimos (*a*), pues ni por temor de la muerte, ni de la contradiccion de sus adversarios, quiso faltar en aquel ordinario que tenia. De manera que mas quiso ponerse á que le cortasen la cabeza, que cortar el hilo de su oracion. Pues así el varon devoto debe tener por tan principal negocio el tratar y conversar con Dios en sus tiempos acostumbrados, que ántes falte en todos los otros negocios que no fueren de Dios, que en este que el Señor tanto nos encomendó. Imite la prudencia natural de la serpiente, que esconde la cabeza y pone el cuerpo á recebir el golpe, dejando perder y maltratar lo ménos por poner cobro en lo mas (*b*). Imite la prudencia de aquel sancto patriarca Jacob (*c*), que á la vuelta de Mesopotamia, cuando iba á recebir á su hermano, de quien gravemente se temia, echó toda la hacienda delante, donde se recelaba el menor peligro; mas á Raquel y Josef, que eran las dos cosas mas amadas, puso en el postrero y mas seguro lugar: queriendo que ántes peligrase todo lo demas, que aquellas dos cabezas que él tanto preciaba. Pues dime tú agora, ó siervo de Dios, ¿qué cosa hay en el mundo que debas tanto preciar como esta Raquel y Josef? ¿Quién es Raquel sino la vida contemplativa? y quién Josef, sino el hijo espiritual que nasce della, que es la innocencia y pureza de la vida? Pues este tesoro has de estimar en tanto, que pases por cualquiera falta ó quiebra temporal ántes que faltar en él. Así que, hermano mio, dé do diere, y quiebre do quebrare; mas tu Raquel y Josef siempre queden en salvo. No hagas como aquellos que tienen á la oracion, y á los ejercicios y cosas espirituales como por trompo de excusa, y así cada vez que se ofresce algo que hacer ó perder, siempre ponen á peligro lo espiritual por guardar lo temporal.

Una virtuosa persona conozco yo, que en dando el reloj la hora en que se habia de recoger, en ese mesmo punto sin acabar la letra, como dicen aquellos padres de Egipto (*d*), lo dejaba todo y se iba á su ejercicio. Y estando una vez hablando con una persona religiosa, de cuya conversacion él mucho gustaba, así como el reloj dió la hora, se levantó y le dejó con la palabra en la boca, diciendo: Si agora por esta ocasion dejo de acudir á mi ordinario, otro dia lo dejaré por otra (porque cada dia y cada hora trae sus impedimentos y estorbos), y así cada paso haré mil fallas. Y lo mesmo me acontesció á mí con la mesma persona por otra vez: en la cual persona concurrian tales circunstancias, que hacer esto no era nota de vanidad, sino de grande edificacion; de donde nasció que en todo el año apénas hacia tres fallas en estos sanctos ejercicios. Y con decir esto para ejemplo y aviso de los flojos, no me atreveré á decir el fructo que desta perseverancia se le habia seguido; porque son tan invidiosos estos tiempos, que no nos dejarán ser tan liberales en alabar la virtud de los vivos, como en sus tiempos hallamos que lo fuéron muchos de los sanctos.

Esta continuacion y perseverancia, así en los ejercicios de la oracion, como en el cuidado y concierto de la vida, dice Sant Buenaventura que es la cosa del mundo que mas presto hace llegar á la cumbre de la perfeccion; porque por poco camino que se ande cada dia, si el caminante persevera en él, presto llega al cabo de la jornada. Mas si todo se le va en hacer paradillas, y luego torna á comenzar de nuevo, toda la vida se le pasará en esto, sin llegar al fin de su camino.

Y si alguna vez se ofrescieren casos en que hayas de cortar este hilo por algunas cosas que en esta vida no se pueden excusar, sea de tal manera que no pierdas de

(*z*) Iudic. 16. (*a*) Dan. 6.

(*b*) Matth. 10. Vig. Aug. lib. 2. de Doctrina Christiana, cap. 16.
(*c*) Genes. 33. (*d*) Cassian. lib. 1. c. 10.

vista la guia que va delante, porque no pierdas el tino del caminar. Y si alguna vez tambien cayeres y desfallescieres como flaco, no por eso desmayes, ni pierdas el corazon, ni la esperanza; y aunque mil veces al dia caigas, mil veces procura levantarte, y torna presto á atar tu hilo donde se quebró, sin ponértele de nuevo, porque desta manera llegarás presto al cabo.

Y no solo es menester que haya constancia en estos ejercicios, sino tambien en la manera dellos. Porque hay algunos que nunca faltan en este ordinario de cada dia; pero cada dia tienen sus acuerdos y consejos, y hoy toman un camino, y mañana otro; y siempre andan mudando hitos, sin tener constancia en ninguna cosa. Unas veces comienzan por la pasion, otras déjanla, y toman otras meditaciones y ejercicios; otras súbense al cielo, y dejada acá bajo la sagrada humanidad, vanse á lo alto de la divinidad; otras dejan todo esto, y comienzan otra vez por la memoria de los pecados, de manera que nunca llevan cosa continuada ni seguida, y así nunca llegan al fin de la jornada: al cual sin dubda llegarian muy presto, si anduvieran siempre en un camino, aunque no fuera el mas derecho. Y así acaesce á estos como á los perros en la caza, cuando saltan muchas liebres, que por acometer ya á una, ya á otra, no siguen ninguna hasta el cabo, y así quedan sin nada. Nunca nasce la planta que muchas veces es trasplantada, ni se cura bien la herida donde se mudan cada dia los remedios.

Pues como haya muchos y diversos caminos por donde el hombre pueda caminar á Dios, y muchas maneras de consideraciones para levantar el espíritu á él, mire cada uno cuál es la que mas arma á su propósito, y la que hace mas á su gusto, y esa trabaje por llevar seguida, porque esa es la mejor para él. Mas guárdese de caer en el error de muchos, los cuales si por algun cierto camino de ejercicio hallaron á Dios, quieren que no haya otro sino solo aquel: como quiera que los caminos para ir á Dios sean muchos; porque el Espíritu Sancto (que es la guia) á cada uno lleva por su camino, como él ve que le conviene.

§. X.

De la undécima cosa que ayuda á la devocion, que es el tiempo y lugar y otras cosas convenientes para ella.

Para estas horas y tiempos de oracion susodichos ayuda mucho el tiempo y lugar, y la disposicion y figura corporal del que ora, y otras semejantes circunstancias; las cuales cada una en su manera sirven para despertar la devocion, mayormente en los principiantes; los cuales como no son del todo espirituales, tienen mas necesidad del socorro y ayuda de las cosas corporales para levantar el corazon á Dios.

Entre los tiempos de la oracion el mas convenible es el de la media noche, como lo dice Sant Bernardo en un sermon por estas palabras (*e*): El tiempo quieto y sosegado es mas aparejado para la oracion; especialmente cuando el sueño de la noche pone todas las cosas en silencio; porque entónces sale la oracion mas desembarazada y mas pura que en los otros tiempos: Levántate, dice el Profeta (*f*), de noche al principio de las vigilias, y derrama tu corazon así como agua delante el acatamiento de tu Dios. ¡Cuán segura va entónces la oracion, cuando no tiene otros testigos sino los ojos de Dios, y del ángel bueno, que tiene por oficio presentarla ante el altar soberano (*g*)! Cuán serena y sosegada, cuando no hay voces ni ruido que la estorben y desasosiegue! Cuán pura y limpia, cuando no hay polvo de cuidados terrenos que la ensucien, ni ojos peligrosos que la miren, ni lisonja de alabanzas que la perturben! Por esto la Esposa, no con menor vergüenza que providencia, pedia el secreto de la cama y de la noche cuando queria orar y buscar á Dios (*h*). Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

(*e*) Serm. 86 super Cant. (*f*) Tren. 2.

Los que no pueden levantarse á la media noche, trabajen por tomar un pedazo de la mañana; pues, como dice el Sabio (*i*), conviene madrugar primero que el sol, para bendecir al Señor. A la mañana se levantaban los hijos de Israel á coger aquel sabroso manná que contenia en sí toda suavidad y deleite (*k*). A la mañana dice el Evangelista (*l*) que iba el Salvador al monte á hacer oracion. A la mañana dice David en muchos salmos (*m*) que se levantaba á pensar en Dios y contemplar en él. A la mañana se dice del varon justo que levantará su corazon á aquel que lo crió, y hará su oracion delante dél (*n*). A la mañana, junto con el rocío del cielo, cae tambien la gracia del Espíritu Sancto sobre los corazones de aquellos que madrugan á Dios, con la cual se defienden de los ardores del sol, y del demonio del mediodía. Finalmente, es tan aparejado este tiempo para vacar á Dios, que como enamorado de la oportunidad que hay en él, decia el Sabio (*o*): Muy bien hace en madrugar por la mañana el que anda en busca de los verdaderos bienes (*p*). Porque sin dubda este es el mas convenible tiempo del dia para tratar con Dios, y entender en los negocios de nuestra salud; porque entónces están todas las fuerzas de nuestra ánima mas aparejadas para esto; la vista mas recogida, el estómago mas descargado, la cabeza descansada, el tiempo callado; y sobre todo, el corazon ayuno y libre de los cuidados y negocios del dia.

Para madrugar desta manera aprovecha mucho la cena templada, y la cama dura, y el acostarse algunas veces vestido; porque todo esto ayuda á que el sueño sea mas corto, y el plazo de la oracion mas largo. Y por el contrario, cuando la cena es larga, y la cama blanda, como hay mucho que digerir, hay mucho que dormir, y la cama blanda es peor de dejar.

Mas si por razon de la edad, ó enfermedad, ó compañía, no pudiere el hombre levantarse á aquella hora, no por esto deje de despertar en ella, para ocupar allí un rato su corazon en Dios; porque no es inconveniente (cuando esta necesidad se ofresce) hacer de la cama oratorio, como lo hacia el profeta David, cuando decia (*q*): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Porque así como no es inconveniente hacer oracion estando sentado, cuando la flaqueza del cuerpo no da lugar para mas; así tampoco lo es estando acostado, cuando hay alguna necesidad ó causa para ello. Esté el corazon arrodillado y prostrado delante la cara del Señor, y el cuerpo esté de la manera que pudiere: y aquella es mejor manera de estar, que ménos impide la devocion. Cuanto mas, que puede el hombre flaco estar medio vestido y asentado en su cama, si la mala disposicion, ó otra alguna causa lo excusa de levantar.

(*g*) Apoc. 8. (*h*) Cant. 3. (*i*) Sap. 16. (*k*) Exod. 16. (*l*) Lucæ 6. Ioan. 8. (*m*) Psalm. 5. 45. 54. 58. 87. 91. 142. (*n*) Eccl. 39. (*o*) Prov. 11. (*p*) Prov. 8. Eccles. 11. (*q*) Psalm. 6.

Y no es razon de callar que para esta oracion de la mañana ayuda mucho haber tenido un poco de oracion ántes del acostar, porque á la mañana paresce que halla el hombre en su corazon el fructo de aquella buena simiente que de antenoche sembró. Pues por esto se debe el hombre siempre acostar con este sancto pensamiento, como quien tiene cuidado de envolver la lumbre de antenoche, porque pueda encender mas presto fuego cuando se levanta por la mañana. Y para conservar este mesmo fuego, hace mucho al caso que todas cuantas veces despertare de noche, luego alce el corazon á Dios diciendo el *Gloria Patri*, ó algun otro verso semejante; porque esto ayuda en gran manera, no solo para lo que está dicho, sino tambien para ojear las fantasmas y pensamientos del enemigo, que allí mas que en otra parte se suelen representar. Por lo cual dice Sant Hierónimo (*r*) que en aquella sancta cama de David, que se regaba cada noche con lágrimas, tenia muy mala entrada el enemigo con toda la pompa de sus deleites.

Y sobre todo esto aviso que en despertando por la mañana, apénas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazon la memoria del Señor, ántes que otro pensamiento peregrino nos ocupe la posada; porque sin dubda en aquella hora está el ánima tan blanda y tan dispuesta, que el primer pensamiento que se imprime en ella la prende de tal manera, que apénas lo puede desechar despues, ni dar cabida á otro alguno.

Y por esto conviene acudir presto con la buena simiente, porque no se ocupe la tierra de nuestro corazon con la mala. Va tanto en este aviso, que casi todo el buen gobierno de aquel dia puede depender de solo este punto. Porque proveido esto, la oracion de la mañana sale mas recogida y mas devota; y está claro que cual es la oracion de la mañana, tal suele ser el concierto de todo el dia, segun que se escribe en el libro de Job por estas palabras (*s*): Si por la mañana te levantares al Señor, é hicieres oracion al Todo-Poderoso, luego él madrugará á socorrerte, y pacificará la morada de tu justicia.

El lugar tambien escuro y solitario es muy conveniente para la oracion: por lo cual nuestro Salvador se iba de noche á los lugares desiertos á orar (*t*), no porque él tuviese necesidad desta oportunidad y aparejo, sino para darnos ejemplo de lo que nos convenía hacer. Y si la escuridad no ayudara mucho para que el corazon no se derramara por los ojos, no se quejara el bienaventurado Antonio del sol cuando amanecia, porque le impedia con su claridad el recogimiento de su contemplacion (*v*). La figura tambien y disposicion del cuerpo ayuda en su manera á levantar el espíritu y despertar la devocion. Por donde la Iglesia ordenó todas aquellas figuras y cerimonias de la misa, porque todas ellas ayudan en su manera á despertar mas la devocion. Y así el sacerdote unas veces se pone en cruz, otras se hinca de rodillas, otras inclina el cuerpo hácia abajo, y todo esto sirve (como dijimos) á la devocion interior. Nuestro Salvador, sin tener de nada desto necesidad, unas veces oraba prostrado en tierra, y otras levantando los ojos al cielo. Y asimesmo se lee de Sant Martin, que estando para morir decia (*x*): Dejadme levantar los ojos al cielo, para que el espíritu se vaya por su camino derecho al Señor. De aquellos padres de Egipto escribe Casiano que muchas veces en medio de sus maitines y salmos se prostraban con toda humildad en tierra á adorar á nuestro Señor, y luego lijeramente se levantaban, porque no paresciese aquello mas refrigerio y descanso del cuerpo, que adoracion y reverencia de la divina Majestad. El arzobispo de Florencia escribe de nuestro padre Sancto Domingo nueve maneras de figuras y disposiciones corporales de que el sancto varon usaba muchas veces en el ejercicio de su oracion (*y*), aunque como varon perfecto tenia desto ménos necesidad.

Pues conforme á estos ejemplos, debe el que ora usar á veces de alguna destas figuras para levantar su corazon á Dios, cuando mas alcanzado se viere de devocion. Muy buena cosa es prostrarse algunas veces en tierra con profundísima humildad del espíritu y del cuerpo, y adorar aquella soberana Majestad con todos aquellos bienaventurados espíritus del cielo, que así la adoran, derribando sus coronas ante la silla de Dios y del Cordero, declarando y protestando que todo lo que tienen es de su mano (*z*). Tambien es muy loable cerimonia orar en cruz, como ora el sacerdote en la misa, y como oró el mesmo Señor en esa Cruz, cuando se ofresció en sacrificio al Padre por los pecados del mundo. Tambien ayuda para esto levantar los ojos al cielo, especialmente cuando usamos de aquellas aspiraciones que Sant Buenaventura escribe en su mística teología; porque pues el Salvador usó desta figura y disposicion corporal orando, no debe nadie condenar lo que nos dejó por ejemplo el Maestro de la verdad. Porque aunque Dios esté en todo lugar presente, pero particularmente se dice que su lugar proprio es el cielo, porque allí obra mas excelentes obras que en todo otro lugar.

Mas con todo esto conviene avisar en este paso que no es necesario estar siempre de rodillas en la oracion, cuando viéremos que por aquí se impide algo nuestra devocion con la pena y flaqueza del cuerpo. Porque dado caso que sea bueno padescer en la oracion algun poco de trabajo, el cual se ofrezca á nuestro Señor en sacrificio por nuestros pecados, mas no es este el principal fructo della, sino el menor; porque en comparacion de la lumbre y del gusto de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña parte es la afliccion y ejercicio del cuerpo. Por tanto de tal manera debe estar el cuerpo en el tiempo de la oracion, como la salud lo sufra, y como el ánima esté descansada para vacar al Señor, mayormente si el tiempo es largo, de dos ó tres horas (como algunos lo usan); de los cuales muy pocos son los que pueden tener el cuerpo penado, sin perder la atencion que pide este ejercicio.

Bien veo que son pequeñas estas cosas, pero todavía ayudan en su manera para el fin que pretendemos. Porque así como los retóricos, que pretenden formar un perfecto orador, no se contentan con enseñarle las cosas en que principalmente consisten los nervos y la fuerza del orar, sino otras tambien de muy poca substancia, como es la composicion y el concurso de las vocales y consonantes, con otras cosas muy menudas, porque todo esto en su manera ayuda á la perfecta oracion; así pretendiendo formar aquí otro celestial orador, que ore ante el acatamiento de Dios, es razon que sea enseñado en todo aquello que poco ó mucho puede ayudar

(*r*) Super Psalm. 6. tom. 6. (*s*) Iob. 8. (*t*) Ioan. 8. Luc. 6. Marc. 6. (*v*) Refert Cassianus coll. 9. c. 31. (*x*) Authore Severo Sulpicio in vita eius.

(*y*) In 3. p. historiali, tit. 23. c. 2. §. 1. (*z*) Apoc. 4.

á su propósito; especialmente que en este linaje de negocios ninguna cosa hay que sea pequeña.

§. XI.

De la duodécima cosa que ayuda á la devocion, que son las asperezas corporales.

Demas desto el trabajo y la afliccion corporal que procede de la espiritual, como son ayunos, y disciplinas, y cilicios, y vigilias, y mala cama, y la pobre mesa, ayudan en gran manera para alcanzar la devocion: lo uno, porque estos tales ejercicios son nutrimento de la oracion y devocion, y unos como postes sobre que ella se sostiene; y lo otro, porque como sea verdad que nuestro Señor da á cada uno la gracia segun se dispone para ella, aquel paresce que se dispone mas perfectamente, que no solo con el espíritu, sino tambien con el cuerpo se esfuerza y trabaja por alcanzarla.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de aparejos y disposiciones para alcanzar la gracia: una falsa y otra verdadera. La falsa es, cuando con solas palabras y deseos tibios busca el hombre á Dios sin verdadero y entrañable gemido del corazon. Y està es la causa por que muchos buscan á Dios y no le hallan: piden y no alcanzan (y así toda la vida se les va en deseos), porque no le buscan con todo su corazon (como es menester que le busquen los que le han de hallar), segun aquellas palabras del Profeta que dicen (*a*): Hallarás á Dios cuando le buscares, si le buscares con todo tu corazon y con todo el quebrantamiento de tu ánima.

La segunda manera de disposicion es esta que aquí significa el Profeta: que es cuando con verdadero y entrañable deseo y afliccion de corazon se busca á Dios; de la cual habla el mesmo Dios por el profeta Joel diciendo (*b*): Convertíos á mí con todo vuestro corazon, con ayunos, y lloros, y llantos; y romped vuestros corazones y no vuestras vestiduras, y volveos á vuestro Señor Dios. En lo cual es de notar que así como el mal que no se paresce por defuera en el rostro, ó no es verdadero mal, ó es pequeño mal; así la afliccion interior del espíritu, si no llega á afligir tambien el cuerpo, ó no es verdadera afliccion ó no es grande afliccion. Mas la que tanto aflige el espíritu que llega tambien á afligir el cuerpo, esa se puede llamar verdadera afliccion, y tal es esta de quien habla el Profeta.

Pues los que desta manera buscan á Dios, tengan por cierto que no se les esconderá. Así le buscaron los ninivitas cuando ayunaron, y lloraron, y se vistieron de sacos, y así le hallaron (*c*). Así lo buscó el profeta Daniel, como él mesmo lo escribe de sí diciendo (*d*): En aquellos dias yo, Daniel, lloraba á la continua por espacio de tres semanas, y en todo este tiempo no comí pan que bien me supiese, ni carne ni vino entraron en mi boca, ni tampoco me ungí con ungüento por espacio de todos estos dias. Los cuales acabados, dice que le apareció un ángel con una figura maravillosa y espantable (segun que él allí relata), y entre otras palabras que le dijo, fuéron estas: No temas, Daniel, porque dende el primer dia que inclinaste tu corazon á la inteligencia de los misterios divinos, y te comenzaste á afligir en presencia de tu Dios, fué oida tu oracion, y por ella soy venido á enseñarte lo que deseas. Mira cuán abiertamente se nos da aquí á entender lo que puede la devota oracion cuando es acompañada de corporal afliccion.

(*a*) Deut. 4. (*b*) Ioel. 2. (*c*) Jonæ 3. (*d*) Dan. 10.

De aquella sancta pecadora leemos en el Evangelio que buscaba con lágrimas al Salvador en el sepulcro, y (*e*) por esto meresció primero que todos gozar de su presencia; porque lo buscaba con mayor angustia. Mas ¿qué digo destas lágrimas piadosas, pues el cilicio de aquel perverso rey Achab bastó para inclinar aquellos ojos divinos, y para hacer revocar ó dilatar la sentencia que estaba dada contra él (*f*)? Finalmente, todas cuantas veces la Escriptura dice que los hijos de Israel se afligieron, y ayunaron, y clamaron á Dios, siempre dice que fuéron oidos y amparados por él.

Por lo cual todo se ve claro cuán principal medio sea este para hallar á Dios. Para cuya confirmacion no dejaré de decir lo que escribe Sant Buenaventura acerca desto en el libro de las Meditaciones de la Vida de Cristo. Cuenta él allí, que como una vez aparesciese nuestra Señora á la bienaventurada Sancta Isabel, la viuda, entre otras palabras que le dijo, fué ésta una: Ten por cierto, hija, que ninguna gracia communmente deciende en el ánima sino es por medio de la oracion, y de la afliccion y trabajo corporal.

Y como haya muchas maneras de trabajos y aflicciones piadosas, aquellas son muy mas agradables á Dios y muy convenientes para alcanzar su gracia, que proceden de la pena grande que el ánima recibe por haber ofendido aquella summa bondad, y el deseo entrañable de su gracia. Estas tales lágrimas y aflicciones que nascen de verdadera caridad y humildad, son las que mas á él agradan, como lo significó el profeta Baruch cuando dijo (*g*): No los muertos que están en el infierno, cuyo espíritu es recebido en las entrañas de la tierra, honran y sanctifican al Señor; sino el ánima que anda triste por la grandeza de sus pecados, y derribada, y enferma, y con ojos enflaquescidos y llorosos, esta es la que da honra y sanctidad al Señor. No suelen sufrir aquellas piadosas y paternales entrañas ver andar un ánima desta manera por su amor desconsolada, sin acudirle muy aina con grandes y maravillosas consolaciones. Cuando la madre ve que el niño llora por la teta, no le sufre el corazon dejarle mucho tiempo estar llorando, sino luego le da lo que pide, porque lo pide con lágrimas. Pues ¿qué hará aquel que tan claramente por Isaías se nos ofresce con entrañas mas que de madre, diciendo (*h*): Si la madre se olvidare de su hijo, yo no me olvidaré de tí? ¿Qué hará sino abrir los pechos de su gracia y seno de su misericordia, y cumplir aquello que él mesmo dijo por este Profeta (*i*): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré?

Desta manera pues han de buscar la divina gracia los que la quisieren hallar, y si así la buscaren, tengan por cierto que la hallarán, pues la buscan de verdad. Así lo promete muchas veces Salomon en sus Proverbios (*k*): como cuando dice que los que madrugaren, y velaren, y perseveraren á las puertas de la sabiduría, finalmente la hallarán; dando á entender que el que quisiere hallar de véras, ha de buscar de véras; y desta manera busca el que no solamente busca con deseos del espíritu, sino tambien con trabajos y aflicciones del cuerpo.

Mas todo esto ha de ir acompañado con prudencia y discrecion, de la cual tratarémos adelante en su proprio lugar.

(*e*) Ioan. 20. (*f*) 3. Reg. 21. (*g*) Baruc. 2. Psalm. 113.
(*h*) Isai. 49. (*i*) Isai. 66. (*k*) Prov. 8.

§. XII.

De la décimatercia cosa que ayuda á la devocion, que son las obras de misericordia.

Tambien las obras de caridad y misericordia (demas del mérito y provecho que hay en ellas) ayudan mucho á la devocion, porque aunque de presente paresce que entibian el ánima con sus ocupaciones; pero entíbianla de la manera que el rocío del hisopo á la fragua, que aunque luego paresce que la amortigua, despues la hace mas arder. Porque como Dios sea tan fiel y tan amigo de los misericordiosos y de la misericordia, siempre tiene cuidado de guardar su racion al siervo fiel y piadoso que á tiempos deja su comida por ir á socorrer la necesidad ajena. Por esto dijo el ángel á Tobías (*l*): Mas vale la oracion con ayuno y limosna, que atesorar grandes riquezas; porque la limosna libra de la muerte, y purga los pecados, y abre camino para la vida perdurable. Y mas abajo dice: Cuando hacias oracion con lágrimas, y enterrabas los muertos, y te levantabas á medio comer de la mesa por acudir á los prójimos, yo ofrescí tu oracion á Dios.

Y no solo la comida corporal, pero tambien la espiritual se ha de dejar á veces por acudir á las necesidades de la caridad. Porque (como dice Sant Bernardo) el que deja la consolacion espiritual por socorrer á su prójimo, cuantas veces esto hace, tantas espiritualmente pone su vida por él. Esto es en su manera hacerse anatema de Cristo por los hermanos (*m*): conviene saber, apartarse por algun rato de la conversacion y compañía suavísima de Cristo, por entender en el provecho del prójimo. Mas los que desta manera se apartan alguna hora de Cristo, despues lo vienen á hallar todo junto; porque finalmente Dios los viene á medir por su mesma medida (*n*), usando de misericordia con los que usaron de misericordia, y recreando los espíritus de aquellos que por su amor recrearon los cuerpos de sus prójimos; segun que claramente lo afirma el Espíritu Sancto, diciendo (*o*): El ánima que hace bien al prójimo, será enriquescida; y la que embriaga á los otros, ella tambien será de Dios embriagada.

CAPITULO III.

De las cosas que impiden á la devocion.

Dicho ya de las cosas que ayudan á la devocion, digamos agora de las que la suelen impedir; para que por todas partes sea ayudado el estudio y ejercicio de las personas devotas.

§. I.

Del primer impedimento de la devocion, que son los pecados veniales.

El primero y el mas principal de todos los impedimentos (de que tratamos) es el de los pecados, no solo de los mortales (porque estos claro está que impiden todos los bienes del ánima), sino tambien de los veniales; porque á estos pertenesce propriamente resfriar el fervor de la caridad, y así tambien la devocion. De manera que aunque no quitan del todo la caridad, quítanle las alas con que vuela; y aunque no matan el ánima, debilitan la salud y buena disposicion con que ella obra, y déjanla flaca y pesada para todo bien.

Y por esto el varon devoto ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas, las cuales aunque parescen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las defiende; porque (como dice muy bien Sant Hierónimo) el siervo de Dios no ha de mirar lo que le mandan, sino quién se lo manda, que es Dios; y pues es cierto que no hay Dios pequeño, no ha de tener mandamiento ninguno por pequeño (aunque entre ellos haya su diferencia), especialmente sabiendo que de una palabra ociosa habemos de dar cuenta en el juicio advenidero (*a*). Por lo cual, como dice el Sabio (*b*), el que teme á Dios, en ninguna cosa se descuida, por pequeña que sea.

Y demas desto debe mirar que ha de ser grande la pureza del ánima donde Dios ha de infundir este ungüento preciosísimo de la devocion; porque así como el fino rusicler no se asienta sobre barro, sino sobre oro, así nunca Dios asienta este esmalte tan precioso sino sobre el ánima que estuviere limpia de pecado. Y por esto conviene que tengamos siempre en las manos un cedazo muy delgado, para cernir todas las obras que hacemos, y la intencion con que las hacemos, y el modo con que las hacemos; para que en todo y por todo vayan limpias de toda vanidad y pecado.

Y guárdese del parescer de aquellos que suelen decir: Esto no es pecado mortal, no va mucho en ello, pues no es cosa de precepto. Dime, ¿qué tal sería el siervo que estuviese determinado de nunca hacer cosa que su señor le mandase, si no se la mandase desenvainada el espada y so pena de muerte? Item, ¿qué tal será la mujer que dijese á su marido: Yo no tengo de ser mala mujer, ni haceros traicion; mas fuera desto sabed que tengo de hacer todo cuanto se me antojare, aunque sepa que os pese dello? ¿Quién haria vida con tal mujer como esta? Pues tales son sin dubda los que no hacen caso de todo lo que Dios manda en la Escriptura Sagrada, sino de solo aquello que manda so pena de muerte, que es debajo de precepto; y contentos con solo esto, pasan lijeramente por lo demas. Estos tienen muy cerca la caida; porque está claro que el pecado venial es disposicion para el mortal; y por esto, como dice el Sabio (*c*), el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá á dar consigo en las mayores. A lo ménos esta puedes tener por una muy gran señal para conjeturar si estás en gracia: conviene saber, si temes al pecado mortal que la quita, y al venial que dispone para quitalla. Porque así como el cuerpo que está vivo, no solo teme la muerte, sino tambien la calentura, y la herida, y un solo rascuño por pequeño que sea: así el ánima que vive en gracia, no solo teme el pecado mortal que le quita la vida, sino tambien cualquiera dolencia de pecado venial, que dispone para quitalla. Pues así por esto, como por lo que toca á la devocion, debe trabajar el siervo de Dios por evitar todo pecado venial, y entónces podrá alzar las manos puras á Dios en la oracion, y tener siempre conservado y vivo el fervor de la caridad (*d*).

§. II.

Segundo impedimento, del remordimiento de la consciencia.

Contrario impedimento á este, y poco ménos perjudicial es la demasiada pena y desabrimiento que algunos toman por los pecados veniales en que caen, con la cual muchas veces se hacen mas daño que con los mesmos pecados (*e*). Porque como la culpa traiga consigo remor-

(*l*) Tob. 12. (*m*) Rom. 9. (*n*) Luc. 6. (*o*) Prov. 11.

(*a*) Matth. 12. (*b*) Eccles. 7. (*c*) Eccl. 19. (*d*) 1. Tim. 2.
(*e*) Vide Bernard. serm. de cœna. Domini.

dimiento de consciencia, hay algunos que toman esto tan por el cabo, que hinchen sus corazones de amarguras, y congojas, y desabrimientos demasiados; lo cual todo es grande impedimento para la divina suavidad y para el sosiego de la oracion.

Y demas desto, como el pecado sea una ponzoña mortal que luego tira al corazon, y lo hace desmayar, hay muchos que así como caen en este género de pecados, luego se les cae el corazon, y pierden todo el esfuerzo y aliento que tenian para bien obrar. Porque así como no hay cosa que mas ayude á todo lo bueno que el vigor y aliento del corazon, así no hay cosa que mas corte los brazos que el desmayo y caimiento dél. Por lo cual aquellos sanctos padres del yermo solian encomendar mucho á sus discípulos que anduviesen siempre con este vigor y esfuerzo de ánimo; porque mediante él estaba el hombre siempre como sobre los estribos, aparejado para todo lo que debe hacer; lo cual todo pierden los que desta manera se dejan caer. Por donde no sin causa dijimos que muchos se hacian mas daño con el indiscreto arrepentimiento de los pecados, que con los mesmos pecados.

Esta indiscrecion nasce unas veces de pusilanimidad, otras de una secreta soberbia, la cual tácitamente hace creer al hombre que es algo, y que no habia de caer él ya en tales y tales defectos; lo contrario de lo cual presupone el humilde, y por esto no se le hace nuevo caer en defectos, porque eso y mas que eso tiene ya él entendido y presupuesto de su gran flaqueza. Nasce tambien esta pusilanimidad de no conoscer los hombres la gracia de la redempcion de Cristo, ni saber aprovecharse de la medicina que él nos dejó en su Pasion y muerte, para remedio destos desmayos y temores.

Sea pues el primer remedio conoscer á este Señor, y el valor de sus merescimientos, para que no perdamos la esperanza de su misericordia aun en los grandes pecados, cuanto mas en los pequeños. Esta esperanza nos da el evangelista Sant Joan por estas palabras (*f*): Hijuelos, esto os escribo, porque no pequeis; mas si por ventura pecáredes, no por eso desmayeis; porque abogado tenemos de nuestra parte ante los ojos del Padre, que es IESUCRISTO justo, el cual es aplacador de su ira, y el que satisface por todos nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino tambien por todos los del universo mundo. Pues ¿qué desconfianza puedes tú tener debajo de las alas y merescimientos de tal intercesor? Todos cuantos pecados hay en el mundo, delante de sus merescimientos, no son mas que una pajica liviana delante de un fuego infinito. Pues ¿por qué desmayarás teniendo de tu parte tal satisfaccion y tales merescimientos?

Dirás que pecas cada dia y cada hora, sin acabar jamas de enmendarte. Dime: si cada dia Cristo padeciese de nuevo por los pecados que haces cada dia, ¿tendrias razon para desmayar? Dirás que no. Pues ten por cierto que no es ménos fructuosa aquella muerte ya pasada, que si cada dia de nuevo se padesciera; porque, como dice el Apóstol (*g*), con una ofrenda que ofresció este summo Sacerdote en la Cruz, perficionó sus sanctificados para siempre, por razon del tesoro y remedió eterno que en el sacrificio de su muerte les dejó.

Dices que pecas cada dia, recibiendo cada dia tantas mercedes de Dios, y que esto no lo puedes sufrir sin desmayar. Dígote de verdad, que así como no hay cosa que mas declare la maldad del hombre que esta manera de multiplicar pecados, estando siempre recibiendo beneficios, así no hay cosa que mas declare la grandeza de la bondad de Dios, que estar él siempre lloviendo beneficios sobre quien está siempre haciendo pecados. Nuestra maldad, dice Sant Pablo (*h*), hace mas resplandescer la bondad de Dios; porque en hecho de verdad, ni en cielo, ni en tierra, ni en aves, ni en pesces, ni en flores, resplandesce tanto la hermosura y la nobleza de las entrañas y corazon de Dios, como en el sufrir y perdonar pecadores. Por donde si usares de un poco de prudencia y destreza, del mesmo desabrimiento de la culpa podrás (como de un veneno) hacer medicina contra ella, subiendo por ahí al conoscimiento de aquella soberana bondad, la cual sufre con tanta benignidad sus ofensas, siendo tantas y tales, que el mesmo que las hace no las puede ya sufrir; y cansado ya él mesmo de sufrirse, no lo está Dios de perdonarle. Pues con la miel desta consideracion podrás envolver esa amarga píldora, para no sentir demasiadamente el acíbar que hay en ella. Y si desta manera lo hicieres, algunas veces te acaescerá recebir mayor suavidad con la consideracion desta bondad, que desabrimiento con la consideracion de tu maldad.

Por tanto debes hacer en este caso lo que hace un criado fiel, aunque flojo, cuando acierta á tener un muy bueno y piadoso señor; el cual si cae en algun defecto, cuando por una parte comienza á entristecerse por el mal que hizo, por otra cuando se le acuerda que tiene un tan buen señor, que tantas veces le ha perdonado, y de quien sabe cierto que con la facilidad que disimuló los defectos pasados disimulará tambien el presente: cuando esto considera, vuelve la hoja del sentimiento que comenzaba á tener, y trueca el dolor que causa la memoria de la culpa, con el alegría que siente considerando la bondad ajena. Pues esta mesma consideracion debes tú hacer cuando te afligiere demasiadamente el desabrimiento de las culpas, y desta manera harás una como triaca de la ponzoña, y quebrarás el ojo al enemigo con sus mesmas armas, y tomarás ocasion para mas amar, de lo que suele ser causa para mas temer y desmayar. Y llevando el agua por este camino, regarás con ella dos virtudes: conviene saber, la caridad y humildad, tomando ocasion de la culpa en que caiste para humillarte y conoscer mas claro tu miseria, y para amar con mayor amór al que tan confiadamente esperas que ha de perdonarla.

Demas desto es bien saber que hay dos diferencias de pecados veniales, y que va mucho de los unos á los otros. Porque personas hay que pecan contra todo su propósito y determinacion, por pura flaqueza ó negligencia, ó por las reliquias de los malos hábitos que se han quedado en el ánima, los cuales muchas veces llevan el hombre tras de sí, casi sin sentirlo. Otros hay mas sueltos en la consciencia, los cuales no tienen esta determinacion ni propósito, sino que contentos con no hacer cosa que sea mortal, en lo demas quieren comer, y beber, y holgar, y parlar, y perder en estas cosas mucho tiempo, á las cuales ordinariamente están annexos muchos pecados veniales, que entre tanta ociosidad y soltura no se pueden excusar. Estos, dice Henrico Herp (*i*), que miéntras tuvieren esta determinacion, nunca serán perdonados destos pecados, por mucho que los confiesen, por-

(*f*) 1. Ioan. 2. (*g*) Hebr. 10.

(*h*) Rom. 5. (*i*) Lib. de Mystica Theologia.

que no tienen propósito verdadero de emendarlos, sino ántes propósito contrario de hacerlos. Y los tales no se puede negar sino que viven en mucho peligro; porque, como dice muy bien Sancto Tomás (*k*), el que no tiene propósito verdadero de aprovechar, vive en gran peligro de desaprovechar. Porque así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso rio, si quisiese estarse quedo, y no trabajase por subir agua arriba, estaba en gran peligro de irse tras de la corriente agua abajo: así en este camino de la vida espiritual (que es tan agua arriba y tan dificultoso) vive en mucho peligro de volver atras quien no trabaja cuanto puede por ir adelante.

Mas los que pecan de la otra manera que deciamos, por algun descuido ó negligencia, estos mas fácilmente vuelven en sí, y alcanzan perdon; porque no es en manos del hombre (por muy perfecto que sea) êxcusar todo linaje de pecados; pues, como dice el Sabio (*l*), siete veces en el dia cae el justo, y otras tantas se levanta. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (*m*): Los santos varones tienen cosas que de verdad pueden llorar, y con todo esto son santos, porque tienen afecto y deseo verdadero de hacer todo aquello que conviene para la perfecta sanctidad.

Para significar estas y otras diferencias de pecados dijo el Apóstol (*n*) que sobre el fundamento de la Iglesia, que es Cristo, unos edificaban oro y piedras preciosas, y otros madera, heno y paja; y que cada una destas cosas habia de pasar por fuego, y permanescer ó quemarse en él, segun la materia que tuviese. Los que edifican oro y piedras preciosas, no tienen por qué temer el fuego; mas los que edifican madera, heno ó paja, no pueden dejar de quemarse en él, sino que mas tiempo arderá la leña, y ménos el heno, y mucho ménos aun la paja, que en un punto se acaba. Por las cuales cosas podemos entender las diferencias que hay en los mesmos pecados veniales, y en los castigos y purgatorio dellos; porque algunos pecados hay que son como madera, cuales son los de los imperfectos y principiantes, los cuales durarán mas en el fuego; otros como heno, mas livianos, cuales son los que están ya mas aprovechados, que durarán ménos aun que estos. Otros hay como una paja mas liviana, cuales son los de los perfectos, los cuales durarán aun mucho ménos, porque muy presto serán purgados. Estos son una palabra ociosa, una indiscrecion, un descuido ó negligencia en cosas pequeñas; en las cuales cosas caen muchas veces aun los perfectos y sanctos, por lo cual no es razon que desmayen los imperfectos, cuando desta manera desfallescieren.

Esto se ha dicho tan por extenso por proveer de remedio eficaz á los pusilánimes y desconfiados. Mas porque el hombre es una criatura tan ciega, que muchas veces hace de la medicina ponzoña, y no sabe huir de un extremo sin caer en otro: por tanto me paresce avisar al cabo que este emplastro no se ordenó aquí para los atrevidos y flojos, sino para los pusilánimes y cobardes; y por esto si el atrevido y el flojo quisieren aprovecharse dél, no hará mas que tomar una medicina hecha para la cura de un humor frio, y aplicarla para la de un humor caliente.

(*k*) 2. 2. q. 186. art. 2. ad primum, et in corpore. (*l*) Prox. 24. (*m*) Lib. de natura, et gratia, c. 35. 36. 37. tom. 7. et super Psalm. 85. tom. 8. (*n*) 1. Cor. 3.

Ni tampoco á los pusilánimes se les pone aquí perpetuo entredicho en el dolor y remordimiento de los pecados, el cual es como un escarmiento y castigo saludable para no volver á ellos, sino para que de tal manera tomen este desabrimiento, que no turben la paz del corazon, que es el centro y lugar donde reposa Dios. Bueno es el dolor de los pecados; mas ha de tener su medio este dolor con que se desvíe de los extremos. Y por esto el Apóstol aconseja en la segunda epístola á los de Corinto (*o*), que consuelen y esfuercen á un cierto penitente, no porque tuviese él por mala la tristeza y dolor de los pecados (la cual allí alaba con tanta razon), sino porque con la demasiada tristeza no se ahogase y desmayase el que así se afligia, y esta es de la que aquí hablamos.

§. III.

Tercero impedimento, de los escrúpulos.

Los escrúpulos tambien que nascen de los mesmos pecados, suelen impedir mucho la devocion, por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mesmos: si consentí, si no consentí; si recé, si no recé; si confesé, si no confesé; y así en otras cosas semejantes, lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazon, en la cual mora Dios. Porque si la cama de aquel Esposo celestial es florida, segun se escribe en los Cantares (*p*), ¿cómo podrá él reposar en el corazon que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas? Mas porque no basta decir que se quiten los escrúpulos, si no se da remedio contra ellos, por esto será necesario tratar de lo uno y de lo otro, porque no sea del todo manca y defectuosa esta doctrina.

Las causas de los escrúpulos son diversas, y así tambien lo son los remedios. Porque algunas veces permite Dios esta pasion en los suyos, como permite otras dolencias y trabajos, para que sean como una lima y purgatorio de sus pecados, ó para mayor mérito y corona dellos. Y para estos no hay otros mayores consuelos ni remedios que los que generalmente se dan para todo género de trabajos, de los cuales está llena toda la Escriptura divina.

Otras veces nascen de melancolía, que es un humor aparejado para mover la imaginacion y apetito con diversas pasiones de tristezas y temores demasiados, de donde nascen diversos escrúpulos y desasosiegos de la consciencia. Y cuando los escrúpulos nascen deste humor, mas necesidad tienen, como dice Sant Hierónimo (*q*), de los remedios de Hipócrates, que de los que aquí se pueden dar.

En otros nascen del amor proprio, y del no saber hacer los hombres diferencia entre el pensamiento y el consentimiento de la voluntad; por donde muchas veces vienen á tomar lo uno por lo otro, y creer que pecaron donde no pecaron. Porque el demasiado amor que el hombre se tiene le hace temer mas de lo que conviene su peligro; y este temor demasiado, junto con la ignorancia susodicha, hace muchas veces temer donde no hay qué temer.

Tambien esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual si no puede quitar del ánima el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien dél, empleándolo, no en temer (como era razon) los verdaderos peli-

(*o*) Cap. 2. (*p*) Cant. 1. (*q*) In Epist. ad Rusticum.

gros, sino los falsos y aparentes. De manera que si no puede secar la vena del agua viva que envía Dios á nuestra ánima, procura divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no se rieguen con ella las plantas saludables de las virtudes. Esta fué la astucia de aquel cruel capitan Holoférnes (*r*), el cual teniendo cercada la ciudad de Betulia, ya que no pudo secar la fuente de donde le manaba el agua, mandó quebrar los caños por 'do iba, para que así se divertiese y derramase por donde no aprovechase á los moradores della.

Tambien esto nasce de no tener los escrupulosos bien entendida la bondad de nuestro Señor, y el deseo grande que tiene de la salvacion de los hombres, y de lo que principalmente les pide para esto. Porque en hecho de verdad los escrupulosos, cuanto es parte de sus escrúpulos, son muy injuriosos á la divina bondad, y no sienten della como era razon; ántes tratan con Dios como tratarian con un juez muy achacoso, que anduviese buscando puntillos de derecho, y maneras de calumnias para negar al reo su justicia. De manera que no entienden cuán grande sea el deseo que Dios tiene de la salvacion de los hombres, aunque saben el tormento que le daba esta sed en la Cruz (*s*), la cual sentia mas que la mesma cruz, pues no quejándose de la cruz, se quejaba della. Tampoco entienden lo que principalmente pide al hombre para agradarse dél, que es un corazon determinado en lo bueno, y aparejado para cualquier trabajo ántes que hacer una ofensa contra él. Porque á lo ménos el hombre quo esto conociese, y se hallase con tal propósito y determinacion (como por la piedad de Dios se hallan muchos, que por todo el mundo no harian un pecado mortal): los que esto viesen en sí muy poca razon ternian para tener escrúpulos, teniendo en sus ánimas una tan rica prenda de la amistad y bienquerencia de Dios.

Entre los remedios que se suelen dar contra los escrúpulos, el primero y mas principal es subjectarse humilmente al parescer ajeno, y dejarse regir por otro. Porque nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias, y que á ninguna criatura dejó sin su remedio, este fué el que principalmente proveyó para esta dolencia: conviene saber, que cuando el hombre no pudiese curarse por su propria razon y prudencia, se curase por la ajena. Porque en tal estado como este, ni debe el hombre creerse á sí (porque es parte en esta causa), ni hacerse médico de sí mesmo (aunque sea letrado), pues está enfermo. Y por esto quiere el Señor que se deje curar de otro, y que le obedezca en todo, cuando es persona para eso. Y si por caso errase el aconsejador en lo que decia, no por eso erraba el aconsejado, pues le mandan que en este caso siga su consejo.

Aprovecha tambien para curar esta dolencia, no dar lugar á los escrupulosos en cuanto sea posible, ni condescender con ellos en lo que piden. Porque así como el medio que se suele tener para quitar un siniestro á una bestia, es no dejarla salir con él; así tambien conviene hacer esto mesmo para curar los siniestros del corazon escrupuloso. Especialmente sabiendo que los escrúpulos son de tal calidad, que por la mesma razon que abrimos puerta para uno, la abrimos para otros muchos; y así nunca el hombre acabará toda la vida con escrúpulos.

Y para ayudar á salir con esto es mucho de notar una doctrina que Cayetano da en la Summa á los que son escrupulosos acerca de la confesion (*t*), que es una de las principales cosas en que ellos suelen tropezar, la cual es que no se ha de tener el escrupuloso por tan obligado á confesar todo aquello de que le vienen dubdas, si lo confesó ó no confesó, como el que no lo es. Pongamos ejemplo. Si yo, que no soy escrupuloso, tengo dubda si me confesé de un pecado, ó no, ó si recé una hora canónica, ó no; estando así formalmente dubdoso, obligado seré á hacer por donde salga desta dubda, por no ponerme á peligro de pecado mortal. Mas si soy escrupuloso, no basta cualquier dubda para ponerme en esta mesma obligacion, porque probablemente puedo creer de mí que la pasion de los escrúpulos, así como me hace muchas veces temer donde no hay que temer, así tambien me hará dubdar donde no hay que dubdar. Y por esto con mucha razon se aconseja al escrupuloso que despues que una vez se hobiere confesado con mediano aparejo y exámen de su consciencia, que no abra la puerta á cualquier dubda que despues se le ofrezca sobre la confesion pasada, sino que se satisfaga con decir: Ya yo hice un mediano exámen para haberme de confesar, y de creer es que como dije otras cosas, tambien diria esta de que agora tengo dubda, con ellas, ó distinctamente, ó á lo ménos debajo de algun cierto número que comprehendiese esta culpa con otras semejantes, aunque no se dijese una por una; y esto me debe por agora bastar, porque si comienzo á hurgar este cieno, nunca jamas acabaré con escrúpulos, con los cuales haré gran daño á mi ánima, y vendré á inhabilitarme y mancarme para todos los ejercicios de oracion y de virtud, que es un grande inconveniente. Y por esta causa tan razonable quiero darme por contento con lo hecho, y no dar ocasion á nuevas marañas.

Con esto pues se debe quietar cualquier escrupuloso, especialmente el que siente en su ánima aquel sancto propósito y determinacion que arriba dijimos. Porque el que se halla con un corazon tan aparejado para todo lo que manda Dios, que si fuese menester decir todos sus pecados á voces en la plaza, los diria, habiendo hecho su diligencia, ¿qué tiene este por qué temer? Y si caso fuese que en hecho de verdad se quedase algun pecado por confesar, quedándose por esta via, no por eso tiene el hombre por qué temer, porque este dictámen susodicho le salva. No hizo Dios la confesion para lazo de las consciencias, sino para alivio y descargo dellas; y sin dubda no fuera alivio sino lazo, si le echara tan grandes cargas y obligaciones como los escrupulosos imaginan.

Y porque el no saber la diferencia que hay entre el pensamiento y el consentimiento dijimos tambien que era causa de escrúpulos, será bien que démos alguna luz á los ignorantes en esta parte. Pues para esto es de saber que con un pensamiento malo se puede haber el hombre en una de cuatro maneras. Porque si cuando el pensamiento se levanta, acude luego con el temor de Dios, ó con la representacion y memoria de Cristo crucificado, y lo lanza de sí, aquí no hay pecado, sino merescimiento, pues va vencido el enemigo. Mas si algun tanto se detiene en él, ya este detenimiento es culpable, y es pecado venial, mas grave ó mas liviano, segun fuere mayor ó menor el detenimiento. Y para acusarse deste exceso no es menester que diga el penitente por me-

(*r*) Iudith. 7. (*s*) Ioan. 19.

(*t*) Verbo scrupulus.

nudo todas las particularidades que pensó, como algunos hacen; sino basta que señale la especie del pecado, diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de vanagloria, y no le deseché tan presto de mí como debiera, ántes me detuve algun tanto en él. Pero si el negocio pasa tan adelante que llega el hombre á consentir en aquel mal pensamiento, determinado de ponerlo por obra, si se le ofresciere aparejo para ello, ya esto conoscidamente es pecado mortal, y por tal se ha de confesar. Y esto no es malo de conoscer; porque el tal consentimiento es una cosa tan fea y tan consentida por todo el hombre, que muy claramente podrá quien quiera conoscer la diferencia que hay entre un simple pensamiento, y un consentimiento deliberado destos. Porque esta es ya una manifiesta desverguenza contra Dios, y un dar el hombre sellado y firmado de su nombre, que quiere alzarse y rebelar contra él, y quebrantar sus mandamientos.

Otro grado hay mas delicado que estos, que es el que llaman los teólogos delectacion morosa, que es consentimiento deliberado, no en la obra exterior, sino en el deleite del pensamiento interior; que es cuando el hombre determinadamente quiere estarse deleitando en un pensamiento malo, aunque no lo quiere poner por obra; que es (como suelen decir) si no bebo en la taberna, huélgome en ella. Pues aquí es donde suelen tropezar los escrupulosos, y tomar ocasion para sus escrúpulos. Para consuelo de los cuales es de saber que para que esta manera de delectacion sea pecado mortal, se requiere que haya en ella consentimiento deliberado de querer el hombre deleitarse y ocuparse en pensar una cosa que de suyo es pecado mortal. Y entiendo por deliberado, cuando el hombre de propósito quiere estar deleitándose con el pensamiento en una cosa torpe, ó viendo que está en esto, no lo desecha. Por do paresce que si esto viene como á traicion, cuando el hombre sin mirar lo que piensa, se embebece en un pensamiento destos, y cuando abre los ojos y echa de ver lo que piensa, luego lo lanza de sí; ya aquí no hay pecado mortal, porque no fué este consentimiento deliberado. Item, si despues que advierte lo que pensaba, y procurando de apartarse dello, apénas lo puede hacer por estar ya el corazon tan cebado y encarnizado en lo que pensaba, que no lo puede bien sacar de allí, tampoco hay aquí pecado mortal; porque esto procede del ímpetu de la pasion precedente; la cual así como no fué pecado, porque no fué voluntaria, así tampoco lo será todo lo que despues se sigue della; porque si la causa no fué pecado, tampoco lo será el efecto que necesariamente della se siguió.

Y porque en esta materia hay muchas delicadezas que decir, de que tratan copiosamente los teólogos (*v*), solamente diré para este propósito lo que escribe uno dellos: conviene saber, que este pecado regularmente no cae sino en personas desalmadas, que viven sin temor de Dios, y que si dejan de pecar, no es por respecto de la consciencia, sino de la honra, ó del mundo, ó por falta de aparejo: las cuales, ya que no pueden salir con lo que pretenden, hacen eso que pueden, que es estarse deleitando en cosas torpes y deshonestas, y gozar de aquel deleite fantástico é imaginado, porque no pueden gozar de otro.

Con estas cosas y con otras semejantes se podrá curar esta dolencia de los escrúpulos; porque aunque en algunos paresce incurable, pero en hecho de verdad no lo es: mayormente en los humildes y subjectos al parescer ajeno, de los cuales muchos hemos visto ya curados y restituidos á la salud.

(*v*) S. Thom. 2. 2. q. 154. etc.

§. IV.

Cuarto impedimento: de cualquiera otra amargura y desabrimiento de corazon.

No solo el desabrimiento que nasce de los escrúpulos, pero generalmente cualquier otro desabrimiento y amargura de corazon, agora nazca de ira, agora de accidia, ó de rancor, ó de cualquiera otra mala raiz, es impedimento grande para la devocion. Porque como la dulzura y amargura sean cosas contrarias, claro está que mal podrán caber en un mismo corazon la amargura del vicio y la suavidad de la devocion, que es el mas suave de todos los letuarios del ánima. Por lo cual dice Sant Augustin (*x*): Mira que tu corazon es un vaso que está lleno de hiel; y por eso si quieres hinchirlo de miel, es menester que primero vacies la hiel. Por esto con mucha razon nos manda el Apóstol (*y*) que desechemos de nuestras ánimas todos estos desabrimientos y amarguras de corazon: las cuales así como son perjudiciales á la caridad, así tambien lo son al fervor de la caridad y alegría de la devocion. El lugar donde mora Dios, es el ánima pacífica y mansa; y por esto conviene desechar della todo lo que impide esta paz y tranquilidad; porque no la desampare este huésped celestial. Para lo cual debemos andar siempre con un sancto cuidado de nunca abrir la puerta á ningun género de pensamientos desabridos y congojosos; y cuando alguna vez se nos entraren en casa, echarlos muy presto la puerta fuera, arrojando, como el Profeta dice (*z*), muy confiadamente todos nuestros cuidados en el Señor, y haciendo el corazon largo y ancho para todo trabajo con esta fe y esperanza.

§. V.

Quinto impedimento: de las consolaciones sensuales.

Estos cuatro impedimentos susodichos son algo semejantes entre sí; porque, ó son pecados, ó de cosa que nasce de pecados. Agora añadirémos otros algunos, los cuales aunque sean algo diferentes de los pasados, no lo son en el daño que hacen para el fin que pretendemos. Entre los cuales es uno y muy principal el amor y gusto de las consolaciones sensuales, el cual de todo en todo cierra la puerta al amor y gusto de las espirituales. Porque así como nadie envía al zurujano á la casa del sano, sino á la del herido; así communmente no enviará Dios aquel espíritu divino que tiene por nombre Paracleto, que quiere decir consolador, á la casa de los consolados y alegres vanamente, sino á la de los afligidos y tristes por su amor. Dad sidra, dice Salomon (*a*), á los tristes, y vino á los que viven en amargura de corazon: beban y olvídense de su pobreza, y no se acuerden mas de sus trabajos. Pues para curar esta dolencia provee Dios desta medicina, y por esto no la envía á la casa de los sanos, sino de los enfermos. Delicada es, dice Sant Bernardo (*b*), la divina consolacion, y no se da á los que buscan la ajena. Es como la mujer casta y legítima, que así como meresce ser amada sola, así se

(*x*) Ex Serm. Domini in Mont. cap. 2. (*y*) Ephes. 4. (*z*) Psalm. 54.
(*a*) Prov. 31. (*b*) Serm. 5. in Natali Domini.

agravia si la aman en compañía de otras. En figura desto leemos que nunca se dió aquel manná (que contenia en sí toda suavidad) á los hijos de Israel en el desierto, hasta que del todo se les acabó la harina que habian sacado de la tierra de Egipto (*c*). Y así nunca se dará al hombre el pan de los ángeles en este destierro, hasta que haya renunciado por Dios todos los deleites y pasatiempos del mundo. Muy mala madrastra es la consolacion humana para la divina; y por esto es menester que la una vaya fuera de casa, porque no dé mala vida á la otra (*d*).

Contra esto hacen algunos que por una parte querrian tener gusto y sabor en la oracion, y despues deste ejercicio quieren tener sus pasatiempos y recreaciones, sus pláticas y conversaciones; quieren comer y beber, y vestir, y tratarse con todo regalo; y finalmente de tal manera querrian gozar de Dios, que no querrian perder estos buenos bocados del mundo. Estos no piensen que podrán jamas aprovechar en este camino miéntras anduvieren á este paso. El ave que juntamente nada y vuela, es reprobada en la ley, y tenida por sucia (*e*). Pues ¿quién es figurado por esta ave, sino el ánima del hombre regalado y sancto, que por una parte quiere zabullirse y bañarse en las aguas de sus deleites y refrigerios, y por otra quiere levantar su espíritu á la contemplacion de las cosas altas y divinas? No puede ser esto: no se engañe nadie; porque así como la luz y las tinieblas no se compadescen en uno, así tampoco las consolaciones espirituales y sensuales; pues tambien se contradicen entre sí espíritu y carne, como tinieblas y luz; y por esto el que quisiere gozar de las unas, es por fuerza que ha de desechar las otras. De manera que así como los que quieren entrar en un colegio, renuncian primero todas las prebendas y beneficios que tienen (porque de otra manera no podrian ser admitidos en él); así tenga por cierto que ha de renunciar las consolaciones terrenas el que quisiere ser admitido á las divinas. Bien entendia esto el profeta David, cuando decia (*f*): No quiso mi ánima consolarse con las cosas de la tierra: acordéme de Dios, y deleitéme con su memoria; y el deleite fué tan grande que mi espíritu ya desfallecia. Mira si fué buen trueque este, y si se podia llamar á engaño; pues por consolaciones tan pequeñas le dieron consolaciones tan grandes, y tantas que ya de lleno y colmado el corazon no las podia sufrir.

Esta es pues la causa por qué tantos se ponen á pensar en aquella fuente de deleites sin ningun deleite; porque tienen los senos de su ánima llenos de otros peregrinos deleites. Amador celoso es Dios de nuestras ánimas, como él mesmo lo dice (*g*), y por esto no quiere admitir otros deleites ni otros amores extranjeros con los suyos. Por tanto si quieres gozar cumplidamente deste bien, toma aquel consejo de Sant Augustin que en una palabra lo comprehendió todo, diciendo: Déjalo todo, y hallarlo has todo; porque todas las cosas hallará en Dios quien todas las dejare por su amor.

§. VI.

Sexto impedimento: de los cuidados demasiados.

Contrario impedimento al de los deleites es el de los cuidados, mas no menos dañoso que él. Cuidados y deleites dice el Salvador que son las espinas que ahogan la simiente de la palabra de Dios (*h*). Por donde con mucha razon dice Sant Bernardo (*i*) que necesidad y cobdicia eran las dos principales raices de todos los males del mundo. Porque todos los males que se hacen, ó son por salir de alguna necesidad que nos da pena, ó por conseguir algun deleite que nos dé alegría. Pues los cuidados destas necesidades son unas de las cosas del mundo que mas impiden así el gusto de la devocion, como el reposo de la oracion; porque estos arrebatan el corazon de tal manera, que no lo dejan pensar en otra cosa que en aquella que los causó, la cual está pungiendo el corazon, y dando golpes á la puerta, y solicitándonos por su remedio. Pues ¿quién podrá dormir y reposar en medio de tantas moscas y mosquitos como hay en esta tierra de Egipto (*k*)? Menester es cierto aquel conjuro del Esposo en los Cantares (*l*) para que pueda tomar la Esposa este sueño de vida entre tantas cosas que la inquietan. Mas dirás: ¿Qué remedio para sacudir estos cuidados que tan fuertemente se nos pegan? El remedio es que trabajes cuanto te sea posible por descarnar tu corazon del amor sensual de todas las criaturas; porque deste amor nascen todas estas congojas, segun que arriba se declaró. Y por tanto si quieres carescer de todos los cuidados, el medio es trabajar por carescer de todos los extraños y peregrinos amores; porque para un salto tan grande como es vivir en esta vida sin cuidados, muy de atras y muy de léjos es menester que se tome la corrida. Así que en una palabra se concluye toda esta doctrina. No ames, y no te congojarás; no te deleites en las criaturas, sino segun Dios, y no te entristecerás por ellas, sino segun Dios. Créeme cierto que donde las dan las toman, y que el amor y deleite en las criaturas tienen sobre sí muy grandes tributos, y que son despues mayores los dolores del parto, que el deleite de la concepcion.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo entera confianza que él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos; pues él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios, y tomemos solamente á cargo la guarda de sus mandamientos. Desta manera lo hacia la Esposa, cuando decia (*m*): Mi amado es para mí, y yo para él. El para mí, mirando lo que me cumple; y yo para él, mirando por lo que cumple á su servicio: dando á entender por estas palabras, que si el hombre se emplea todo en el servicio de su Criador, él se empleará todo en el bien de su criatura. ¿Por qué se llama la ley de Dios pacto, sino porque hay en ella esta manera de correspondencia y concierto entre Dios y la criatura? Pues ¿cuándo quebrará este concierto por parte de Dios? Cuándo faltará á nadie su palabra? Con solo este recaudo inviaba Sant Francisco sus frailes á negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras del Profeta (*n*): Arroja tus cuidados en el Señor, que él te proveerá. ¡Oh cuán poquitos cristianos (aunque sean de los muy recogidos) saben hacer esto de verdad! Muchos hombres, dice el Sabio (*o*), se llaman misericordiosos; mas varon fiel ¿quién le hallará? Pues esta es una de las virtudes mas proprias del verdadero cristiano, esta es la que mas paz acarrea consigo, esta es la en que Dios mas veces lo prueba y examina, y esta es finalmente la que el hombre ménos puede alcanzar por sí, si no tiene especial favor de Dios. No es de todos tener aquella fe

(*c*) Exod. 16. (*d*) Genes. 21. (*e*) Lev. 11. (*f*) Psalm. 76.
(*g*) Exod. 20 et 34. (*h*) Matt. 13.

(*i*) Super Psal. Qui habit. sermone 11. paulò post. initium.
(*k*) Exod. 8. (*l*) Cant. 8. (*m*) Cant. 6. (*n*) Psal. 54. (*o*) Prov. 20.

de Susanna (*p*), que estando ya sentenciada á muerte en medio de las piedras y de los enemigos, estando ya el agua á la boca y la soga á la garganta, tenia su corazon seguro con la esperanza en Dios.

Mas dirás: ¿Qué haré yo para alcanzar esa virtud? Sigue á Dios, como la Cananea, hasta la fin (*q*), y no callen las lágrimas de tus ojos, y porfía sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita. Considera tambien cuán fiel es Dios, y cuán leal á aquellos que esperan en él (*r*), como lo fué á David, á Abraham, á Jacob, y á todos los demas. En tí, dice el Profeta (*v*), esperaron nuestros padres; en tí, Señor, esperaron, y librástelos. A tí llamaron, y fuéron hechos salvos; en tí esperaron, y no les salieron en blanco sus esperanzas. Mirad, hijos, dice el Eclesiástico (*t*), por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor, y cayó de su esperanza? O quién perseveró en sus mandamientos, y fué desamparado dél?

¿Quieres entender por un ejemplo cuán grande sea la fidelidad de Dios para con los que esperan en él? Mira cuán fiel fué aquel siervo de Dios Loth á dos huéspedes que habia recebido en su casa, pues ofresció dos hijas que tenia por casar, á la mayor deshonra del mundo, solo por salvar dos peregrinos que se fiaron dél, no alegando otra razon mas que decir: Entraron en mi casa fiados de mi palabra, y por no faltar á quien se fió de mí, catad aquí dos hijas vírgines, haced de ellas lo que quisiéredes, con tal que no me toqueis en estos hombres, porque se pusieron debajo de mi amparo. ¿Qué te paresce desta fidelidad? Pues ¿cuánto mayor será la fidelidad de Dios? ¿Qué perfeccion hay en las criaturas que no se halle en el Criador con infinitas ventajas? Tanto es sin dubda mayor la fidelidad de Dios que la del hombre, cuanto es mayor la bondad de Dios que la del hombre. Pues si la fidelidad humana llegó hasta aquí, ¿hasta adónde piensas que llegará la divina? Toma pues para todos tus negocios y cuidados aquel consejo de Sant Augustin que dice (*v*): Arrójate en los brazos de Dios, y no hayas miedo que hurte el cuerpo y te deje caer: recibirte ha, curarte ha, y salvarte ha.

§. VII.

Séptimo impedimento: de las ocupaciones, y mas de las del estudio y especulacion.

Así como impiden los cuidados y congojas del espíritu, así tambien impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo cuando son demasiados; porque los unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y los otros ocupan el tiempo para que no haya lugar de orar; y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para este ejercicio, que de ambas cosas tiene necesidad. Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas; pero muy mas particularmente lo hacen las de los estudios y letras, aunque sean de teología, cuando se ordenan para sola especulacion; porque una de las ocupaciones mas contrarias á la devocion, es esta susodicha especulacion del entendimiento, la cual se bebe toda la virtud del ánima, y deja como yerma y seca la voluntad, para que no sienta ni guste de Dios. Porque con las otras ocupaciones que son puramente corporales, aunque fuese cavar ó hacer algo de manos, bien se compadesce tratar con el espíritu cosas de devocion, como las trataban aquellos padres del yermo, haciendo sus canastillas y labrando sus huertos (*x*); mas con las ocupaciones del entendimiento mal se compadescen las de la voluntad, si no se ordenan de tal manera que vengan á servir y no impedir este ejercicio (como lo hacian los sanctos cuando estudiaban), y por esto no perdian, sino ántes acrescentaban con esto su devocion.

Mas en las unas y en las otras ocupaciones conviene tener medida, para que no impida lo ménos á lo mas: conviene saber, la obra de Marta á la de María, que escogió la mejor parte (*y*). Por eso aconseja el bienaventurado Sant Francisco á sus frailes en la Regla, que de tal manera trabajen, que no maten el espíritu de la devocion, al cual todas las cosas deben servir. El Sabio otrosí nos aconseja (*z*) que busquemos la sabiduría en el tiempo de la desocupacion, y añade diciendo: Que el que mas se desocupare y en ménos cosas entendiere, ese llegará mas presto á la cumbre della. Con esta mesma sentencia concuerda la de todos los filósofos gentiles (*a*), los cuales dicen que el ánima se hace sabia con la quietud y reposo interior; y no solo con la interior de las pasiones, sino tambien con la exterior de las ocupaciones; porque siempre lo uno anda junto con lo otro. De manera que así como el agua reposada está mas dispuesta para poder ver en ella todas las cosas, como en un espejo claro; así tambien lo está el ánima cuando vive en este sosiego y quietud. Pues por esta causa el demonio trabaja tanto por enturbiar los corazones de los hombres con mil maneras de ocupaciones, fingiéndoles muchas necesidades falsas, para que embarazados y ahogados con ellas, ni tengan tiempo ni corazon para vacar á Dios. Así lo hizo en figura desto Faraon con los hijos de Israel (*b*), los cuales, como dijesen que querian ir al desierto á sacrificar á Dios, dijo él que por estar ociosos y desocupados les venían aquellas nuevas devociones y sanctidades, y por tanto que él proveería cómo los cargasen de mayores ocupaciones; porque así ahogados y embarazados con ellas, no les vagase acordarse de Dios. ¡Oh á cuántos tiene el príncipe deste mundo así ahogados en obras de vanidades, haciéndolos rodear toda la tierra buscando pajas, y haciéndoles entender siempre en obras de barro y tamo, para edificar torres de viento! Los cuales nunca tienen un rato de soledad para ofrescer en él á Dios sacrificio de oracion; porque todo el tiempo de la vida les ocupan las obras de Faraon.

¿Quién echó fuera del convite del Evangelio aquellas tres maneras de convidados, sino ocupaciones y cuidados demasiados (*c*)? Uno se excusa diciendo que ha de ir á visitar sus heredades; otro con que quiere ir á probar sus novillos; otro con los cuidados y negocios de su casa y familia, y así todos se quedan fuera de aquel sagrado convite. De donde nasce que ocupados siempre los hombres en estas obras terrenas, y apartados de la conversacion de Dios y de las cosas espirituales, vienen á hacerse del todo sensuales, y aun insensibles para las cosas de su salud. Y porque creas esto ser así, oye cuán encarecidamente lo dice Sant Bernardo al papa Eugenio por estas palabras (*d*).

Esto es lo que siempre temí y temo: que viéndote cercado de tantas ocupaciones como trae consigo el oficio pastoral, y desconfiando de ver el fin dellas, vengas á no

(*p*) Daniel 13. (*q*) Matt. 15. (*r*) Matt. 15. (*s*) Psal. 21. (*t*) Ecc. 2. (*v*) Lib. 8. Confes. c. 11.

(*x*) Cassianus. l. 2. c. 14. (*y*) Lucæ 10. (*z*) Eccl. 38. (*a*) Arist. 7. Physicor. text. 20. (*b*) Exod. 5. (*c*) Luc. 14. (*d*) Lib. 1. de Consideratione paulò infra initium.

hacer caso desto, y carescer deste justo y necesario dolor que agora tienes por verte cercado dellas. Y por esto mayor cordura será que tú les hurtes el cuerpo á sus veces y tiempos, que no que te dejes ir tras ellas, y ser llevado adonde tú no querrás. Y si me preguntas adónde, dígote que al corazon duro (*e*). Y no me preguntes qué cosa sea corazon duro; porque si no sentiste agora este golpe, el tuyo es. Porque aquel solo es corazon duro, que no se espanta de sí mesmo, porque no se siente. Y si quieres mas saber qué cosa sea corazon duro, no lo preguntes á mí, pregúntalo á Faraon, que él te responderá. Ninguno jamas de corazon duro alcanzó salud, sino aquel por ventura de quien Dios se apiadó, y le quitó el corazon de piedra y se le dió de carne (*f*). Pues ¿qué es corazon duro? El que ni se rasga con la compuneccion, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni hace caso de amenazas, y con los azotes se endurece mas. Y relatados otros muchos males que se siguen deste tal corazon, al cabo concluye diciendo: Cata aquí pues adónde te pueden llevar esas malditas ocupaciones, si todavía porfías á entregarte á ellas sin dejar nada de tí para tí. Mira que pierdes el tiempo; y si quieres que te hable como Jetro á Moisen (*g*), tú te consumes con locos trabajos; los cuales no son otra cosa sino afliccion de espíritu, consumpcion del ánima y perdimiento de su gracia. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Pues por aquí verá el hombre cuán grande sea el peligro de las ocupaciones demasiadas, y asimesmo con cuánta discrecion y templanza se deben tomar los negocios, aunque sean sanctos; pues vemos que á las ocupaciones arrimadas al summo pontificado (que parescen tan justas y necesarias) llama aquí este sancto malditas, y dice que son locos trabajos y perdimiento de tiempo: no siempre, sino cuando se toman indiscretamente. Y para esto conviene que tenga el hombre muy medidas y tanteadas las fuerzas de su espíritu, para que conforme á ellas tome la carga de las ocupaciones; porque de otra manera si excede la carga á las fuerzas, ¿qué se puede esperar sino cierta caida?

Y para salir con esto son necesarias dos muy señaladas virtudes, que son discrecion y fortaleza. La discrecion para entender, como dije, el caudal de nuestras fuerzas, y las expensas cuotidianas de tiempos y ejercicios de que tenemos necesidad para traer la vida concertada. Y entendido esto, es menester una grande constancia y fortaleza para sacudir todos los negocios que fuera desto se nos ofrescieren, y no subjectarnos (salva siempre la obediencia) á lo que no podemos llevar. Porque los que se dejan vencer de ruegos, ó de importunidades, ó de otros respectos humanos, por los cuales se cargan de cuidados demasiados, despues vienen á dar con la carga en tierra, y ni pueden con lo uno ni con lo otro; y así vienen tarde á entender con el mal de su daño la culpa de su indiscreto atrevimiento.

Y para esta mesma victoria sirve tambien aquella suprema virtud, á la cual pertenesce seguir en todo y por todo el beneplácito y llamamiento de Dios, el cual siempre nos llama á la mortificacion de nuestras pasiones, y á los ejercicios por donde esta se alcanza, y no quiere ni acepta otros servicios peregrinos, cuando no se cumple primero con esto. Por donde el siervo de Dios debe siempre tener ante los ojos aquellas palabras que invió á decir el rey Saul á David cuando le queria casar con su hija (*h*), al cual como se excusase por pobre, mandó decir: No tiene el Rey necesidad de hacienda, ni de arras, sino de cient prepucios de filisteos para que se tome venganza de los enemigos del Rey. Pues si el rey de la tierra no tiene necesidad de las riquezas de nadie, ¿cuánto ménos el del cielo, que podria con un solo querer dar mil vueltas al mundo? Mas no quiere él otra cosa del hombre sino venganza de sus enemigos, que son nuestros pecados y pasiones; y destas quiere que le démos los prepucios, cortando y mortificando todas las demasías dellas. Y porque esto apénas se puede hacer sin el ejercicio de la oracion y consideracion, esto es lo que nos pide mas que muchos otros géneros de servicios á que no somos obligados. Y si en el mundo hay tanta desórden como vemos, por ventura es esta una muy principal causa, porque los hombres no quieren servir á Dios en lo que él quiere ser servido, sino en lo que cada uno le quiere servir. Y porque hay algunas cosas que al principio se pueden fácilmente desechar, pero despues de encargado el hombre dellas, no las puede echar á puertas ajenas, y cuando se ve ya enredado por todas partes y desea salir, no halla por dónde; por esto es menester aun mayor prudencia para oler dende léjos los peligros, y repararse con tiempo ántes que llegue el golpe, y como dice el Sabio (*i*), aparejar la medicina ántes de la dolencia. Y esto no es menester probarlo por razones; porque á cada paso hallará el hombre muchos ejemplos de personas inconsideradas, que por ser incautas al principio en no mirar las cargas y obligaciones que se echaban á cuestas, despues vinieron á dar con ellas en tierra, y á sentir y llorar ya muy tarde lo que temprano debieran proveer.

Los que viven debajo de obediencia, ménos tienen en qué deliberar en esta parte; porque la obediencia los excusa así desta perplejidad y trabajo, como de otros muchos: que es un grande bien, aunque mal conoscido. Mas con todo eso conviene mirar no sirvamos algunas veces á nuestra voluntad so color de obediencia, como hacen algunos, que cuando les mandan lo que ellos mesmos desean y procuran, creen que aquello todo es obediencia. Estos muchas veces vienen á excusarse destos sanctos ejercicios con este título, diciendo que les mandan estudiar, ó predicar, ó entender en oficios y negocios semejantes; por cuya causa dicen que no pueden vacar á Dios, ni tienen tiempo para ello. Aquí no deja de haber un pedazo de engaño. Porque no puede haber cargo de mayor obligacion y cuidado en la Iglesia de Dios que el del summo pontificado, de quien depende el bien universal de todo el mundo. Y con todo esto escribe Sant Bernardo á Eugenio, papa, aquellos tan excelentes libros de Consideracion; en los cuales todo su negocio es aconsejarle que hurte cada dia sus ratos de tiempo á los negocios y despachos universales de toda la Iglesia, para ocuparse en este ejercicio, sin el cual apénas se puede hacer cosa bien ordenada. Conforme á lo cual, entre otras muchas cosas le dice así (*k*): Mas agora (pues los dias son malos) basta amonestarte que ni siempre ni todo te entregues á las ocupaciones de los negocios; sino que apartes un pedazo de tiempo y de tí mismo para la consideracion. Esto digo, teniendo respecto á la obligacion y necesidad de tu oficio, y no á lo que mas convenia hacer; porque de otra manera si te viera de todo libre, en todo y por todo te aconsejara que te entregaras

(*e*) Cor durum habebit malè in novissimo. Eccl. 3. (*f*) Ezech. 11. ¶ 36. (*g*) Exod. 18.

(*h*) 1. Reg. 18. (*i*) Eccl. 18. (*k*) Lib. 1. de Consideratione, in med.

á aquella virtud, que sola vale para todas las cosas, que es la piedad (*l*). Y si me preguntas qué es piedad, dígote que vacar á la consideracion. Dirás por ventura que en esto no concuerdo con aquel que dijo que la piedad era culto de Dios. No es así, ántes si bien lo consideras, hallarás que con estas palabras declaré el sentido de aquellas, á lo ménos en parte. Porque dime: ¿qué cosa hay que tanto pertenezca al culto de Dios, como hacer aquello que él amonesta en el Salmo, diciendo (*m*): Desocupaos, y considerad cómo yo soy Dios? ¿Pues en qué otra cosa entiende la piadosa consideracion sino en esta? Y ¿qué cosa hay que tanto valga para todas las cosas, como aquella que prudentemente previene todas nuestras obras y ejercicios, ordenando y considerando de la manera que cada cosa se debe hacer, para que las cosas que hechas con acuerdo y consideracion son provechosas, no vengan á ser dañosas si se hacen inconsideradamente? Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

Por las cuales paresce que ningun oficio ni obediencia obliga á nadie tan pesadamente, que no le sea lícito tomar aquellos ratos de tiempo que parescieren ser necesarios para traer su espíritu recogido y su vida concertada; lo cual todo se alcanza por medio de la consideracion, como luego el mesmo Sancto declara muy copiosamente despues destas palabras susodichas, que por ser algo largas no refiero en este lugar.

Y por esto aunque este ejercicio generalmente convenga á todos, pero señaladamente conviene á aquellos que de su estado y condicion son obligados á mayor perfeccion, como son obispos y religiosos, á los cuales su mesma profesion obliga á caminar á este fin, y todas las otras obediencias se han de entender guardando siempre la cara á esta primera obediencia. La cual no se puede negar, sino que debe ser ayudada de algunos ejercicios de oracion y consideracion, para recogerse el hombre á sus tiempos, y examinar su consciencia, y ordenar su vida, y curar sus llagas, y repararse para los peligros de cada dia, é implorar para todo esto con ardientes deseos el favor y gracia del Señor. No hay servidumbre en el mundo tan dura ni tan obligatoria que prive al hombre del derecho natural que tiene á comer, y dormir, y tomar lo necesario para la vida corporal. Y pues el ánima tiene necesidad de su pasto, y de su sueño espiritual, y de lo uno y lo otro goza en el silencio de la oracion, todas las obediencias se han de interpretar piadosamente con esta moderacion. Y esto principalmente ha lugar en las obediencias que van á la larga (como es el estudiar, ó predicar, ó regir, etc.), y no en aquellas que se mandan *ad horam*; porque ninguna de aquellas obediencias hemos de tomar tan apretadamente, que del todo nos priven de cosas tan necesarias. Y los que no quieren pasar por esta regla, á lo ménos no echen las pedradas á la obediencia, diciendo que por amor della no tienen tiempo para recogerse; porque de ninguna destas obediencias susodichas se ha de presuponer que nos priven de cosas que tanto importan para conseguir el último fin, que es la perfeccion que al principio profesamos.

Y lo que digo de los religiosos, eso digo de las hijas é hijos que están en poder de sus padres (si por ventura los persiguiesen y maltratasen, porque se dan algun poco de tiempo á la oracion); porque aunque no es lícito desobedescer á los padres, lícito les es tomar algun poco de tiempo para este ejercicio; porque no vengamos á dar en aquella tan peligrosa roca del corazon endurescido, de que arriba tratamos. Porque en hecho de verdad la miseria del hombre es tan grande, y el mundo tan malo, y los peligros tan cuotidianos, que si un poco nos apartamos de Dios, estamos luego á peligro. Y sobre todo esto nuestro corazon es tan inclinado á la carne, que en apartándolo de Dios, que es todo espíritu, luego tira en pos de la carne.

(*l*) 1. Tim. 4. (*m*) Psalm. 45.

§. VIII.

Octavo impedimento: del vicio de la curiosidad.

Impide mucho tambien la devocion el vicio de la curiosidad. La cual puede acaescer en muchas maneras. Porque hay una curiosidad de querer saber los hechos de los otros, y las vidas y negocios ajenos; la cual demas de ocupar el corazon con vanos pensamientos, tambien lo enreda con diversos afectos y cuidados (*n*), con los cuales se pierde la paz y sosiego de la consciencia. Este suele ser ordinariamente vicio de hombres ociosos y holgazanes, los cuales como no se quieren ocupar en sus negocios, siempre entienden en los ajenos.

Hay otra curiosidad de entendimiento, cual es la de aquellos que con solo apetito de querer saber, se dan á leer historias profanas, y libros de gentiles, y antigüedades inútiles, y otras cosas semejantes. Y no ménos la de aquellos que se dan á la licion de otros autores mas graves, no con deseo de alcanzar por ella la verdadera sabiduría, sino con esta mesma curiosidad, buscando allí sólo el artificio y elocuencia de las palabras, ó algunos puntos y sentencias mas curiosas, que ellos puedan vanamente enseñar á otros, sin tomar nada para sí. Estos dice el Eclesiástico (*o*) que tienen el corazon como harnero, ó como cedazo, que despide de sí la flor de la harina, y quédase con solas las pajas y salvados; porque así estos dejan pasar de claro las verdades y sentencias saludables con que se habian de quedar, y quédanse con las pajas y salvados: que es con las palabras y artificio en que á manera de bestias se quieren apascentar. Lo cual sin dubda es una cierta señal de ingenios y ánimos desordenados; porque, como dice Sant Augustin (*p*), de generosos y buenos ingenios es no amar en las palabras las palabras, sino la verdad que está en ellas.

Hay tambien otra curiosidad sensual, la cual es un apetito desordenado que muchos tienen de querer que sus cosas sean muy primas, y muy bien labradas y polidas; así la casa y la vestidura, como los libros, y las imágines, y otras alhajas semejantes, las cuales cosas ni se pueden adquirir ni conservar sin mucho cuidado, y cuando no se hacen á nuestro gusto, no pueden dejar de dar desgusto, y de ponernos en cuidado de volverlas á trazar y ordenar de nuevo: con lo cual se pierde la paz y el reposo de la consciencia, y se viene el hombre á meter en cosas excusadas. Lo cual todo está claro que es grande impedimento para la devocion, que requiere el ánimo quieto, y reposado, y libre de todos estos embarazos. Y por esto (como el demonio ve cuán grande sea este impedimento) trabaja cuanto puede (como dice un doctor) por envolver á toda suerte de gentes en este vicio, ocupando é incitando á los legos que procuren cada dia nuevas maneras de trajes é invenciones, y á los religiosos que trabajen por que sus iglesias, y monasterios,

(*n*) Aug. lib. 10. Confess. c. 35. (*o*) Eccl. 27. (*p*) In lib. suarum sententiarum, cap. 266. tom. 3.

y ornamentos sean muy curiosos y ricos, y esto so color de piedad; haciéndoles en creyente que los siervos de Dios merescen todas las cosas, y que para ellos conviene labrar hermosos edificios y aposentos, porque se huelguen de estar en ellos. Lo cual no tendrá por muy acertado quien leyere la doctrina de los sanctos y espirituales varones; porque los verdaderos siervos de Dios poco curan destas cosas, ántes las aborrescen, como á cosas que no se pueden buscar ni conservar sin distraimiento de corazon, y perdimiento de tiempo; lo cual es muy contrario á los ejercicios de la devocion, que como sea cosa tan delicada, con muy livianas ocasiones á vuelta de cabeza es perdida. Porque si al bienaventurado Sant Antonio impedia el reposo de la contemplacion no mas que la lumbre del sol, cuando salia por la mañana (*q*), ¿cuánto mas la impedirán los cuidados con que se han de buscar y conservar los bienes terrenos que tienen plumas y alas para huir?

Pues por esta causa (entre otras muchas) es muy alabada la virtud de la pobreza evangélica, á la cual pertenesce cortar de un golpe todas estas curiosidades y demasías, y contentarse con cosas viles y despreciadas, á ejemplo de aquel que siendo Señor de todo lo criado, no tuvo (cuando nasció) otra mejor cama que un pesebre, ni otra mejor casa que un establo.

§. IX.

Nono impedimento: de la interrupcion de los buenos ejercicios.

Tambien suele ser muy grande y aun muy ordinario impedimento de la devocion el cortar muchas veces el hilo á los buenos ejercicios sin haber causa legítima para ello. Para lo cual es de saber que entre todas las miserias del corazon humano, una de las mayores es que estando tan vivo y tan presto para cualquier afecto malo, esté tan frio y tan pesado para el bueno. Porque no es menester mas que un solo pensamiento que pase de vuelo, para inflamar todo nuestro corazon, y á veces tambien el cuerpo; y para tener un afecto bueno (como es un poco de devocion) á ratos, es menester rodear cielos y tierra, y con todo eso Dios y ayuda. Por eso se dice del hombre que es espíritu que vá y no vuelve (*r*); porque se va tras la vanidad y corrupcion con grandísima facilidad, y no vuelve della sino con grande dificultad. Ciertamente si los hombres supiesen sentir lo que era razon, ninguna cosa habian de sentir tanto entre las miserias de nuestra vida, como esta. Pues por esta causa nos conviene poner gran recaudo en conservar la devocion; porque así como es fácil de conservar despues de alcanzada, así es muy dificultosa de recobrar despues de perdida.

Y por esto decimos que es grande impedimento para este negocio el cortar el hilo á los buenos ejercicios; porque cuando despues quiere el hombre volver sobre sí, viene á hallarse tan inhabil y tan nuevo para ellos, como si nunca los hobiera conoscido. De donde le viene á acaescer una cosa semejante á aquella que dijo Sant Pedro (*s*): Maestro, toda la noche habemos trabajado, y no habemos tomado ningun pece. Pues esto mesmo suele acontescer á los que desta manera se descuidan, como lo dice muy bien Sant Bernardo á Eugenio por estas palabras (*t*): ¿Cuántas veces te acaesce llegar á la oracion, y desear levantar el corazon á Dios, y quieres, y no puedes? Cuántas te esfuerzas, y no pasas adelante? Cuántas estás con dolores de parto, y no pares? Cuántas comienzas, y derríbante, y donde comienzas ahí acabas; y cuando comienzas á urdir, te cortan la tela (*v*)? Toda esta dificultad nasce de haber dejado por algunos dias enfriar el corazon; por donde justamente permite el Señor que seamos castigados con esta pena, pues tan mal cobro pusimos en la gracia recibida; porque á lo ménos esta nos sea escarmiento para otra. Todo esto dice maravillosamente Salomon por esta semejanza (*x*): Si el cuchillo se amolare y viniere á perder los filos que ántes tenia, con mucho trabajo se volverá á afilar; y despues desta diligencia seguirse ha sabiduría. Las cuales palabras aunque tengan diversos sentidos, y se puedan aplicar á muchas cosas; pero muy mas propriamente se aplican al estudio de la devocion, y de la Escriptura divina (como Sant Hierónimo sobre este paso las aplica). Porque por experiencia se ve, si una vez pierde el hombre los filos de la devocion, y el fervor del espíritu, cuánto trabajo le sea menester para volver á recobrallo; despues de lo cual viene á quedar escarmentado y avisado, y á trabajar por conservar el bien que tiene, por no verse otra vez en semejante conflicto.

Y así como la interrupcion destos ejercicios impide mucho la devocion, así por el contrario la continuacion dellos es la cosa que mas ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios á sus tiempos, presto viene á crescer y dar su fructo. El niño que tiene la leche y los pechos aparejados á la hora que quiere, cada dia cresce y se hace mayor. El estudiante tambien que siempre cursa las liciones, y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega á la perfeccion de lo que estudia. Así como por el contrario el que hace muchas y largas interrupciones, tarde ó nunca llegará á saber nada; porque cuando vuelve otra vez á su estudio, ya tiene olvidado los principios, y así todo se va en comienzos.

Verdad es que cuando esta interrupcion es breve, y por alguna causa piadosa ó necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido, y aun á veces guarda al siervo fiel y obediente la racion doblada, despues de acabada su obediencia. Tambien es verdad que esta manera de interrupcion con menor peligro pasa en los perfectos que en los principiantes; porque estos como son aun pobres y necesitados, el dia que no lo trabajan, no lo comen. Mas los que son ya mas perfectos y ricos, siempre tienen dentro de sí mas caudal para sustentarse por algun espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual paresce que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos é imperfectos, es esta: que los perfectos son como árboles de secano, que aunque estén algunos dias sin regarse, todavia conservan su verdor, y dan su fructo; mas los imperfectos son como árboles de regadío, que en faltándoles el riego, luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenian, mostrando bien claro por de fuera la virtud y beneficios que les falta de dentro. Desta manera son agora la mayor parte de los devotos; mas de la otra verdaderamente hay muy poquitos.

Y porque desta materia tratamos ya en otro lugar, al presente bastará lo dicho; encomendando mucho á los amadores de la devocion, la continuacion y perseverancia en sus buenos ejercicios; procurando de traer toda

(*q*) Refert Cassianus collat. 9. c. 31. (*r*) Psalm. 77. (*s*) Luc. 5.
(*t*) Lib. 1. de Consideratione.

(*v*) Isai. 38. (*x*) Eccl. 10.

la vida como un reloj concertado, haciendo cada cosa en su tiempo señalado, y trabajando cuanto les sea posible que no se pierda este hilo.

§. X.

Décimo impedimento: del regalo y demasía en comer y beber.

Tambien es muy conoscido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber, así como por el contrario el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por eso andan siempre juntos en la Escriptura divina, como coadjutores y hermanos, el ayuno y la oracion (*y*), y por esto mesmo aquellos sanctos padres, que se apartaban á los desiertos á vacar á la contemplacion, eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias, como leemos en sus historias.

Pues así como el ayuno corporal ayuda á levantar el espiritu á Dios, así por el contrario lo abate y entorpece la demasía en comer y beber. Y la razon desto es, porque levantar el espíritu á contemplar aquella luz eterna, y hacer que esté hábil para recebir las influencias y resplandores della, es una cosa tan alta y tan sobrenatural, que, como dice Sant Augustin (*z*), es menester que el hombre recoja todas sus fuerzas en uno, y que emplee todo su caudal en esta subida, si quiere arribar á ella. Porque este vuelo tan alto requiere un hombre muy descargado y libre de todo aquello que puede tirar dél para otra parte. Lo contrario de lo cual hace la demasía del comer y beber, y que no por una, sino por muchas vías nos impide esta subida. Lo primero, porque ocupa una buena parte de la virtud del ánima en la obra de la digestion, en la cual la mesma naturaleza, como por justicia, pide su derecho, y quiere que toda la virtud por entónces se emplee en aquella obra tan necesaria para la vida. De donde nasce hallarse los hombres tan pesados, despues que han excedido en comer y beber, para cualquiera cosa de estudio y atencion. Lo segundo, porque los mesmos humos de vapores de la comida, como de olla que hierve, suben al celebro (donde está el asiento de las potencias que sirven á la obra de la contemplacion), y cubren toda aquella parte como de una niebla escura, con la cual se impide la operacion de aquellas potencias, y por consiguiente la del entendimiento que se sirve dellas. De donde nasció aquella sentencia de los griegos, que alega Sant Hierónimo en una epístola (*a*), que dice: El vientre lleno de mantenimiento no engendra delgado entendimiento. Y por el contrario se dice de Julio César que iba templado y ayuno cuando se puso á usurpar el imperio romano, para dar á entender que iba con grande atencion y cuidado á intentar este negocio, lo cual es proprio de hombres templados y ayunos, como efecto que siempre se sigue desta causa. Lo tercero, porque naturalmente vemos que la demasía en comer y en beber solicita y llama el corazon del hombre á cosas vanas, como es á parlar, y reir, y burlar, y jugar, y porfiar, y otras cosas semejantes. Porque así como el espíritu cuando está lleno de devocion, llama el corazon á cosas espirituales y divinas; así el cuerpo lleno de mantenimiento lo llama á cosas corporales y vanas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (*b*), que de la hartura del vientre nascen alegría vana, burlería, carnalidades, hablar demasiado, rudeza de entendimiento, y otras cosas semejantes; por las cuales se ve claro cuán dañoso sea este vicio para el fin que pretendemos, y por consiguiente cuán favorable sea la virtud á él contraria, que es el ayuno y la templanza, como lo muestra Sant Crisóstomo por estas palabras (*c*): El ayuno cria en el ánima unas alas espirituales, con las cuales sube á lo alto, y contempla dende allí á Dios, y mira como debajo de sus piés todas las cosas mundanas. Y así como los navios que llevan menores cargas navegan con mayor lijereza, mas los que van muy cargados caminan con mayor peligro; así las ánimas descargadas con el ayuno, están mas lijeras para navegar por el piélago desta vida, y para levantar los ojos al cielo, y despreciar dende allí, como sombra, todas las cosas presentes. Mas por el contrario, la demasía del comer y beber entorpece el espíritu, y apesga el cuerpo, y así hace al ánima captiva y subjecta á mil miserias.

Mas particularmente las cenas largas son mas perjudiciales para este negocio: lo uno porque gastan el tiempo diputado para las sagradas vigilias, y para regalar las ánimas, en regalar y engordar los cuerpos; y lo otro porque cargando el estómago de mantenimiento, ni se puede levantar el hombre á la media noche, ni madrugar á la mañana con lijereza: que son los dos tiempos mas aparejados para este negocio. Porque, como dice Sant Basilio (*d*), así como el soldado que va muy cargado, no puede menear bien las armas; así el clérigo, ó religioso, no puede bien perseverar en las vigilias de la oracion cuando está entorpecido y pesado con la carga del mantenimiento.

Y no solo la demasía de los manjares, sino tambien la curiosidad y regalo dellos, y los convites y fiestas semejantes son una muy cierta polilla y pestilencia destos ejercicios. Porque ¿dónde se pierde mas tiempo, y se desconcierta mas el espíritu, y se relaja mas todo el hombre, que entre estos convites y regalos? Allí con el calor del vino, y con el sabor de los manjares, y con la dulzura de la compañía, suelta el hombre la lengua á hablar cuanto se le antoja, y tras ella se va tambien el corazon, y allí por todas partes se derrama el espíritu. Pues ¿cuánto es el tiempo que aquí se pierde? Cuántos los inconvenientes á que se ponen los que á estas cosas son aficionados, especialmente aquellos á quien por razon de su profesion les son prohibidas? Cuántos son los medios y adherencias que los tales buscan para conservarse en ellas? Y cuántas veces por esta causa se viene á perder la paz, y la caridad, y la concordia. Bien entendia esto aquel gran Sabio, pues tantas veces en sus Proverbios nos avisa dello, como quien conoscia el gran daño que de aquí se podia seguir. En una parte dice (*e*): El que es amigo de convites vivirá en pobreza, y el que busca manjares delicados y vinos preciosos nunca enriquescerá. En otra parte dice (*f*): No te halles en los convites de los que son amigos de beber vino y comer carne, porque los que se dan á este vicio, y aquí gastan su hacienda, serán consumidos, y el sueño y pereza de los tales vendrá á parar en pobreza. En otra parte aun mas encendidamente refiere los grandes males que de aquí se siguen, diciendo (*g*): ¿Para quién es el ay? para cuyo padre es el ay? y para quién los tropiezos y las caidas? para quién los ruidos y contiendas? para quién las heridas sin causas, sino para los que se

(*y*) Tob. 12. Matth. 17. (*z*) Lib. 17. de Trinit. cap. 5. tom. 3.
(*a*) In Epist. ad Nepotianum de vita Clericorum. (*b*) In 3. p. Pastoralis admonit. 20. in principio, et lib. 31. Moral. c. 31. circa finem.
(*c*) Hom. 1. de pœnitentia. (*d*) Serm. 2. de ieiunio.
(*e*) Prov. 21. (*f*) Ibid. 23. (*g*) Ibidem.

deleitan en el vino, y son amigos de comer y beber? Todos estos y otros muchos males trae consigo este vicio; por donde el mesmo Sabio viene á concluir en otra parte diciendo (*h*): Lujuriosa cosa es el vino, y bulliciosa la embriaguez; quien en estas cosas se deleita, no será sabio. Y está clara la razon; porque conoscida cosa es que el camino para la verdadera sabiduría son las lágrimas, la compunccion y la mortificacion de las pasiones; á las cuales cosas de todo en todo contradice el regalo del cuerpo, y el cuidado y apetito de sus deleites. Porque, como dice Sant Crisóstomo (*i*), así como el fuego no se puede encender ni sustentar en materia húmida, así tampoco la compunccion entre los deleites y regalos corporales; porque estas dos cosas son en sí tan contrarias, que la una mata la otra. Ca la una es madre del llanto, y la otra de la risa; la una aprieta el corazon, y la otra lo relaja.

Sea pues esta regla general: que el siervo de Dios, acordándose de aquella amarguísima hiel y vinagre que el Hijo de Dios por nuestro amor gustó en la Cruz (*k*), se contente con manjares viles y groseros, y estos procure tomar con tal templanza, que siempre se halle aparejado para levantar el espíritu á Dios, y para cualquier otro ejercicio espiritual, sin que la carga del cuerpo y del mantenimiento lo lleve en pos de sí. Acuérdese que la perfeccion de la vida cristiana es una perpetua oracion y communicacion con Dios, y por esto quien ha de tener por oficio traer siempre el espíritu levantado á Dios, siempre ha de tener el espíritu y el cuerpo dispuesto y aparejado para esto. Si un músico estuviese obligado á tañer siempre, necesario le sería traer siempre templado el instrumento en que habia de tañer. Y si un cazador quisiese todo un dia cazar, necesario le sería tambien traer todo aquel dia templados los perros y el azor. Pues como no sea otra la vida del perfecto cristiano, sino andar siempre á caza de Dios y de su gracia, y traer siempre ocupado el corazon con esta música interior que se hace con la oracion, quien siempre ha de entender en esto, siempre ha de traer el espíritu y cuerpo templado para ello. Así lo aconseja Sant Hierónimo á una doncella, diciendo (*l*): Procura de comer con tal templanza que siempre quedes con hambre; para que despues de comer y beber puedas libremente orar, y leer, y entender en cualquier ejercicio espiritual. Y por esto dice el mismo Sancto (*m*) que es mejor guardar siempre un mesmo tenor y regla de abstinencia, que desplegar agora todas las velas del ayuno hasta enflasquecer el cuerpo, y despues soltar las riendas á la gula hasta derriballo. Y así dice en otro lugar: El manjar tomado con templanza, y el vientre alcanzado de mantenimiento, es mejor que el ayuno de dos ó tres dias; y mejor es comer cada dia poco, que pocas veces mucho. Muy provechosa es el agua que poco á poco cae de lo alto, mas el torbellino furioso y arrebatado deslava y roba las tierras.

Los que desta manera viven siempre serán ricos de tiempo (que es una muy gran riqueza), y en pocos dias ternán larga vida; pues todo lo que viven es de provecho, sin tener que desechar. Y por esto el varon justo, aunque acabe sus dias en breve, todavía tiene la vida larga; porque se aprovecha de todas las horas y tiempos della. Mas los malos, y señaladamente los que tienen por Dios al vientre, traen siempre las ánimas en vida muertas, y sepultadas con la carga del mantenimiento; y así todo se les va en aflojar la petrina, y en hacer ejercicios para digerir y regoldar la demasía de los manjares, y alargar las horas del sueño para el mesmo efecto. Y así como gente que no vive mas que para comer é hinchir el vientre, así ni entienden en otra cosa, ni aun les queda tiempo ni habilidad para ella. Pues ¿cómo se podrá decir que estos vivan larga vida, á lo ménos vida de hombres, pues apénas tienen una hora para hacer cosas dignas de la generosidad y nobleza de hombres?

(*h*) Prov. 20. (*i*) Lib. 2. de compunctione cordis. (*k*) Matth. 27. Marc. 15. (*l*) Ad Demetriadem. (*m*) In Epist. ad Furiam virginem. Idem docet Cassianus lib. de spiritu Gastrimargiæ. et D. Bern. de modo benè viv. serm. 21.

§. XI.

Onceno impedimento: de la mala disposicion y flaqueza del cuerpo.

Contrario impedimento es á este, como dice Sant Bernardo (*n*), la demasiada abstinencia, y la flaqueza del cuerpo, ó cualquiera otra mala disposicion y necesidad que padezca, ora sea de hambre, ó de frio, ó de calor, ó de cualquier otro accidente. Porque como sea tan grande la liga y amistad que hay entre ánima y cuerpo, cuando él está mal dispuesto ó necesitado de algo, no puede ella por entónces levantarse libremente á la contemplacion de las cosas divinas, á lo ménos con sosiego y reposo; porque el dolor de su amigo naturalmente la llama, y la inquieta, y la hace acudir allí donde le duele, sin le dar lugar para otra cosa, si Dios con ella por especial privilegio no dispensa, como muchas veces lo hace.

Por esto conviene que el varon devoto tenga tal moderacion y templanza en el castigo y tratamiento de su cuerpo, que ni con el demasiado regalo se entorpezca, ni con el demasiado rigor se adelgace tanto, que venga á dar con la carga en tierra (*o*). Porque así como en la vihuela ni conviene que las cuerdas estén muy tiradas (porque quebrarian), ni tampoco muy flojas (porque no harian sonido); así para esta música celestial ni conviene que esté el cuerpo demasiadamente hambriento, ni tampoco harto; porque así lo uno como lo otro impide mucho este ejercicio. Por eso en todos los sacrificios de la vieja ley mandaba Dios que se echase sal (*p*); por la cual se entiende la discrecion, para significar que no le agrada ningun sacrificio nuestro por grande, sino por salado: que es templado con el sabor desta virtud.

Mas porque es dificultoso acertar este medio, y la carne tira siempre para sí, y aboga por su parte, por tanto siempre debe el hombre tener por sospechosos sus pareceres en este caso; y si á algun extremo hobiere de declinar, mas seguro es que sea contra ella, que por ella; porque por mucho que le contradigamos, ella siempre, qué una vez qué otra, se suele entregar en su derecho; y no es mucho que algunas veces sea defraudada de lo necesario, pues tantas veces hurta lo superfluo.

§. XII.

De otro género de impedimentos particulares.

Estos son los impedimentos generales que communmente suelen ofrescerse á todos en este camino: otros hay mas particulares, conforme á las condiciones natu-

(*n*) De Vita sol ad fratr. (*o*) Idem in fest. S. Andrex, serm. 3. infra med. (*p*) Lev. 2.

rales y aficiones de cada uno. Como vemos algunas personas que son naturalmente tan cuidadosas en lo que han de hacer, que una paja que hayan de menear, no pueden reposar, ni aun dormir de noche con aquella espina; las cuales si tienen algo en que entender, nunca pueden perseverar con reposo en la oracion.

Otros hay como lunáticos, que les dan unas tan grandes priesas y fervores de corazon sobre cosas de aire, que en dándoles esta priesa no se pueden contener, sino van luego á cumplir su apetito, aunque dejen á Dios con la palabra en la boca. Este es vicio de personas apetitosas y criadas en hacer siempre su voluntad, las cuales suelen tener los apetitos y antojos como de preñadas, y están tan subjectas á este vicio (por el mal hábito que tienen), que si luego no hacen su voluntad, paresce que quieren reventar. A estos muy fácilmente saca el demonio de la oracion, tirándoles por estos apetitos como por unas cadenas, segun se lee de un monje que estaba en el monasterio de Sant Benito (*q*), el cual en ninguna manera podia sosegar en la oracion; y así al tiempo que los otros monjes estaban orando, este luego se descabullia de aquella sancta compañía, y se iba á entender en otras cosas. Por el cual como hiciese oracion el bienaventurado padre Sant Benito, vió en espíritu un muy disforme negro que se llegaba á él, y tomándole por la mano le sacaba como por fuerza de aquel lugar. Y así es de creer cierto que se aprovecha el demonio destas nuestras malas inclinaciones, para hacer dellas unas cadenas con que tire de nosotros, y nos saque de tan provechoso ejercicio. Por donde el siervo de Dios cuando esto sintiere, crea cierto (aunque no lo vea) que todo ello es obra del enemigo, que quiere hacer con él otro tanto.

Mas sobre todos estos particulares impedimentos, el que ordinariamente mas impide es el amor desordenado de algunas cosas en que tenemos puesta toda nuestra aficion. Para cuyo entendimiento es de saber que apénas hay en el mundo persona tan religiosa, ni tan libre de sus pasiones que no tenga algun idolillo á quien sirva y adore: quiero decir, alguna cosa en que tenga puesta su aficion, y por cuya posesion y amor trabaje y haga todo lo que le sea posible. Unos están presos del amor de las letras, y del estudio de la ciencia, ó elocuencia; y aquí tienen casi puesta la summa de todos sus deseos, de tal manera que á ninguna de todas las otras cosas del mundo arrostran, sino á esta, paresciéndoles que ninguna otra es grande, ni digna de la generosidad y nobleza del hombre, sino sola ella. A otros lleva en pos de sí el apetito de la honra del mundo, ó de la privanza de príncipes y de grandes señores, ó de la hacienda y bienes temporales. A unos veréis que todos sus deseos tienen empleados en allegar tesoro y raices para instituir un mayorazgo, y ser ellos los primeros fundadores de una casa y familia. A otros (que tienen los pensamientos mas bajos) les paresce que serían bienaventurados si llegasen á tener caudal siquiera para comprar tal heredad ó tal oficio. Otros tienen puestos los ojos y el corazon en alcanzar tal casamiento para sí, ó para un hijo, ó hija, ó sobrina, paresciéndoles que cumplido este deseo no les queda mas que desear. Y otros finalmente están trabados de otras aficiones diversas, como bestias atadas á sus pesebres cada una con su cabestro. Y despues que han dado lugar en su corazon á estas aficiones, luego con el mesmo estudio y amor que abrazan el fin, se emplean en buscar todos los medios por donde mejor lo puedan conseguir. Y así unos se dan á trastornar libros de noche y de dia, con aquella ansia de llegar á su deseado fin; otros á buscar hacienda por todas la vias que pueden; otros á negociar y solicitar sus cosas, y otros á otras cosas semejantes. Porque dado lugar á aquella raiz, por fuerza es que se ha de dar á todas estas ramas que della proceden. Las cuales sin dubda son aquellas malas yerbas y espinas del Evangelio que ahogan la simiente de la palabra de Dios (*r*); porque ocupado el hombre en estos negocios con tan demasiada solicitud, ni le queda tiempo, ni corazon libre para vacar á Dios. Y así acaesce muchas veces á estos, que estando en oracion los saca de allí el demonio, y los baja del cielo á la tierra, y aun á veces los lleva arrastrando para que vayan á entender en aquellas cosas á que los llama su aficion. De manera que llamándolos Dios por una parte á su mesa, y á sus brazos y regalos, y á la participacion de su espíritu, dejan de acudir á este llamamiento por acudir á cosas de vanidad.

Pues los que desta manera buscan á Dios, tengan por cierto que nunca le hallarán. Porque, como dice nuestro Salvador (*s*), nadie puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de amar al uno y aborrescer al otro, ó sufrir al uno y despreciar al otro. Y los que pretenden lo contrario son semejantes á aquellos nuevos pobladores de la tierra de Samaria, enviados por el rey de los asirios, de los cuales dice la Escriptura que por una parte honraban y sacrificaban á Dios, y por otra tambien honraban y sacrificaban á sus ídolos. Por donde á los tales conviene decir aquellas palabras que el profeta Samuel decia á los hijos del Israel (*t*): Si os volveis á Dios de todo vuestro corazon, quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros, y servid al Señor solo, y libraros ha del poder de vuestros enemigos. Si los hombres considerasen atentamente cuánto es lo que meresce Dios, y cuán poquito es lo que puede dar el corazon del hombre, verian claramente cómo no hay que repartir, donde tanto es lo que se debe, y tan poco lo que se puede dar. La cama, dice Isaías (*v*), es estrecha, de manera que el uno de los dos ha de caer della; y la ropa es muy corta, y no basta para cubrir á entrambos; lo cual manifiestamente se ve que pertenesce á la estrechura del corazon humano, donde no pueden caber Dios y mundo.

Ten por cierto que así como no puede ser bien casado el que tiene puestos los ojos en otra mujer que la suya, así nunca podrá ser bien casado con la sabiduría divina el que tiene otros peregrinos amores fuera della. Mira pues, hermano, que seas casto amador desta esposa del cielo. Mira no seas adúltero á la sabiduría divina. Mira no le metas en casa quien la haga mal casada, y le dé mala vida. Porque certifícote de verdad que no hay manceba que así entibie el amor de los bien casados, y que así les robe y gaste cuanto tienen, como cualquier aficion destas (cuando es demasiada) entibia el amor de Dios y de todo lo bueno.

Y por esto el que desea acertar este camino, trabaje por desarraigar de su corazon todas estas aficiones extrañas, y presentarlo ante el acatamiento divino como una materia prima, desnuda de todas las formas; para que así pueda Dios imprimir en él todo lo que quisiere sin resistencia. Esta es aquella resignacion tan alabada

(*q*) D. Greg in 2. lib. Dial. c. 4.

(*r*) Matth. 13. (*s*) Matth. 6. (*t*) 1. Reg. 7. (*v*) Isaiæ 28.

y encomendada por todos los maestros de la vida espiritual, á la cual pertenesce ofrescer á Dios un corazon libre y desapiolado de todas las aficiones y deseos del mundo, para que no haya en él cosa que impida á las inflencias y operaciones del Espíritu Sancto. Acuérdate que dos cosas señaladamente se requieren para acabar cualquiera obra: una que haga, y otra que padezca; una que mande, y otra que obedezca. Pues si tú quieres que Dios acabe su obra en tí, mira cuál destas dos partes te conviene elegir. Y pues á Dios no conviene obedescer, ni á tí mandar, deja lo que es de César á César, y lo que es de Dios á Dios (x). Quiero decir: deja á él que te encamine, y gobierne, y haga lo que por bien tuviere de tí; y tú ponte en sus manos como un poco de barro, que no resiste á las manos de su maestro. Y sábete que no hay otra resistencia sino la de las proprias afecciones y voluntades, y de las obras y negocios que se siguen dellas.

Y porque no podemos en esta vida despedirnos de muchas ocupaciones y ejercicios peregrinos, á lo ménos trabajemos porque no se prenda nuestro corazon en ellos; sino que siempre tenga el ceptro y principado entre todos el estudio y aficion de la sabiduría divina. A esta digamos de todo nuestro corazon aquellas palabras del Sabio (y): Esta es la que yo amé y busqué desde mi juventud, y trabajé de tomarla por mi esposa, é híceme amador de su hermosura. Este es nuestro último fin; este es el centro de nuestra felicidad; para esto fuímos criados, y para esto fuéron criadas todas las cosas. Todo el tiempo que en esto gastáremos pensemos que vivimos, y todo lo que saliere de aquí (si no fuere por justa causa y necesidad) tengámoslo por perdido.

En todos los otros negocios entendamos mas con el cuerpo que con el espíritu, y mas con las manos que con el corazon, de la manera que nos aconseja el Apóstol diciendo (z): Querria, hermanos, que mirásedes cómo es breve el tiempo desta vida. Por donde conviene que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan deste mundo, como si no usasen dél; pues que se pasa como sombra la figura deste mundo. Y pues todo ello es tan breve y caduco, no es merescedor de amarse con aquel amor que el summo bien meresce ser amado.

Va tanto en este documento, que de solo él depende todo el concierto ó desconcierto de la vida espiritual; como se prueba claro por esta razon. Porque como en las obras morales el fin sea la raiz y fundamento de todo lo que se ha de hacer; estando los fines ordenados y puestos en sus lugares, todo lo demas irá ordenado; mas si estuvieren pervertidos y trastrocados, asi estará tambien todo lo demas. Porque como estos son los que guian la danza, por do quiera que estos van, tira todo lo demas. Asienta pues en tu corazon con grandísima determinacion, que el principal fundamento de tu vida es esta communicacion y trato familiar con Dios. Piensa que este es tu pegujar, y tu heredad, y tu tesoro, y tu mayorazgo, y todo tu caudal; y cerrados los ojos á todas las cosas, y puesto debajo los piés todo lo demas, trabaja por emplearte siempre en esto. Porque sin dubda este es (como dijimos) el fin para que fuiste criado, y esta es la mejor obra de cuantas puede hacer una criatura, y esta es aquella mejor parte que escogió María, y esta entre todas la cosas es de la que Dios mas se sirve, y esta es obra de la vida contemplativa, que es mas perfecta que la activa, y aquí finalmente se ejercita nuestro corazon en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras; porque, como dice Sancto Tomas (a), la interior afeccion de la caridad es el mas excelente acto y mas meritorio de cuantos el hombre puede hacer. ¿Pues en qué mejor demanda, y en qué mas alta empresa puedes tú emplear tu corazon? Y si por ventura eres amigo de saber y desear alcanzar sabiduría, ten por cierto que aquí enseña Dios á sus familiares amigos grandes cosas. Y demas desto, la sabiduría que él aquí enseña, es tan alta, que todo oro (que es toda sabiduría humana) en comparacion della es un poco de arena, y así como lodo será estimada la plata delante della (b). Por lo cual así como á este fin no puedes ni debes anteponer otro fin, así á los ejercicios y medios por donde este se alcanza, no debes anteponer otros negocios. Todo lo de la tierra sea accidental y accesorio; esto solo sea lo que nade sobre todo, y prevalezca sobre todo, y reine sobre todo, y por cuyo amor se desprecie y sacrifique todo. No hagas tan gran pecado como es poner á Dagon par á par junto del arca del Testamento, como hicieron los filisteos (c), sino el arca esté en lo alto, y Dagon esté prostrado delante della. Desta manera pues ordenado y graduado el amor del fin, toda la vida estará ordenada; mas desordenado este amor, todo lo demas irá desordenado.

(x) Matth. 22. (y) Sap. 8. (z) 1. Cor. 7.

CAPITULO IV.

De las tentaciones mas communes que suelen fatigar á las personas que se dan á la oracion.

Agora será razon que tratemos de las tentaciones mas communes que suelen fatigar á las personas devotas, y de los remedios que para ellas se han de tener.

§. I.

De la primera y mas particular tentacion, que es la falta de las consolaciones espirituales.

La primera y mas commun tentacion es la demasiada pena que muchos reciben cuando les falta la devocion sensible y las consolaciones espirituales. Porque algunos se entristecen tanto cuando no hallan gusto ni lágrimas en sus ejercicios, que caen en tentaciones de pusilanimidad y desconfianza, creyendo que nuestro Señor está ya airado contra ellos, y que no los ama; pues no les muestra aquella alegría y buena cara que ántes solia.

Otros hay que en faltándoles las consolaciones divinas, luego se vuelven á las humanas, y comienzan á llamar á las puertas de la carne, cuando paresce que les han cerrado las del espíritu. De manera que los tales no duran mas en el camino de Dios, de cuanto son por él recreados y consolados; y en faltándoles esta consolacion, luego dejan de hacer todo lo que solian, y se descuidan en la guarda de sí mesmos. Destos nunca se puede esperar fructo de aprovechamiento miéntras ansi anduvieren; porque estos son como aquella desaprovechada simiente del Evangelio que cayó sobre la piedra (a), la cual en tanto que tuvo algun humor de las aguas del invierno, estuvo verde y cresció; mas en faltándole el tiempo fresco (como no tenia firmes raices ni fundamento), luego á los primeros soles del verano se secó.

(a) 2. 2. q. 184. art. 1. et 3. (b) Sap. 7. (c) 1. Reg. 5.
(a) Matth. 13.

Estos nunca tienen estabilidad ni firmeza en su manera de vivir; porque así como la mar anda con la luna cresciendo y menguando, cuando ella cresce y mengua; así estos andan con las crescientes y menguantes desta consolacion espiritual, ya recogidos, ya derramados, ya devotos, ya disolutos, ya sosegados, ya livianos. Porque como no tienen mas caudal ni firmeza que aquella, no pueden ser estables ni constantes en su manera de vida.

Otros hay tambien que cuando no hallan en su oracion aquellas lágrimas y compunccion que desean, trabajan por sacarlas y exprimirlas á fuerza de brazos; y cuanto mas en esto trabajan, mas duros y desconsolados se hallan. En lo cual piadosamente los fatiga el Señor, para que entiendan que esta no es agua de sangre, sino agua del cielo; y que no se ha de sacar á fuerza de brazos, sino esperándola con humildad y paciencia, cuándo y cómo el Señor quisiere darla. Porque (como se escribe en Job) él es el que detiene las aguas en las nubes para que no cayan de golpe sobre la tierra; y esconde á sus tiempos la luz en sus manos, y mándale que vuelva á nascer cuando le place.

Mas para mayor declaracion de lo dicho, será bien que tratemos al presente cuáles sean las causas por donde el Señor quita muchas veces las consolaciones espirituales á los suyos; y qué es lo que en tales tiempos se deba hacer.

§. II.

De las causas por que el Señor quita á sus amigos las consolaciones espirituales.

I. Para esto es de saber que no siempre quita el Señor estas consolaciones á sus siervos por su culpa ó por su daño; sino muchas veces por otras causas. Entre las cuales la primera, dice un doctor (*b*), que es por la conservacion de la salud y vida corporal de los justos. Porque algunas veces es tan grande el alegría y consolacion que reciben en la oracion con la lumbre y conoscimiento que Dios allí les da de su bondad, y sabiduría, y hermosura, que si esto les durase mucho, ni el cuerpo flaco lo podria sufrir, ni ellos se acordarian de acudir á socorrerle segun que lo ha menester. Y por esto aquel piadoso Señor les quita á sus tiempos estas consolaciones y dulzuras, para que vuelvan á mirar por su salud; y así sin especial milagro se conserve la vida, para que con ella puedan alcanzar mayor corona.

II. Hácelo tambien esto á veces por humillarnos; para que conozcamos claramente cómo aquel bien, cuando lo tenemos, no es nuestro, sino suyo; pues no lo alcanzamos cuando lo queremos, sino cuando él lo quiere dar. Y por esto (como dice Sant Buenaventura) muchas veces se niega cuando se busca, y se concede cuando no se procura; para que por aquí se vea cómo esta es obra de la divina gracia.

III. Tambien hace esto para probarnos: esto es, para ver si le somos fieles amigos en todo tiempo, así de adversidad como de prosperidad; y si le servimos por nuestro contentamiento, ó por el suyo; porque, como dice Salomon (*c*), en todo tiempo ama el verdadero amigo; y el que de verdad es hermano, en el tiempo de los trabajos se conosce.

IV. Algunas veces tambien lo hace para que quitándonos por esta via la ocasion de entender en los ejercicios de la vida contemplativa, descendamos á la activa, en la cual conviene que á sus tiempos nos ejercitemos; para que así seamos diestros en todo género de virtud, y podamos decir con el Profeta (*d*): Aparejado está mi corazon, Señor; aparejado está mi corazon. Dos veces dice aparejado: conviene saber, aparejado para los gozos de la vida contemplativa, y para los trabajos de la activa; para la dulzura del amor divino, y para los negocios del amor del prójimo. Para todo se hallaba igualmente aparejado: para el descanso y para el trabajo, para la cruz y para el reino, para cenar con él en su mesa, y para hallarse con él en la batalla. Esto es lo que nos aconseja el Sabio cuando dice (*e*): No tengas la mano abierta para recebir, y cerrada para dar; porque no solo hemos de estar aparejados para recebir mercedes de Dios, sino tambien para ofrecernos por él en sacrificio cuando fuere necesario. Bienaventurada el ánima que tal tiene su corazon; la cual estando en perfecta subjeccion, goza de perfecta libertad; y siendo perfecta sierva de Dios, es verdaderamente señora de todas las cosas; pues todas las tiene tan subjectas, que ninguna es parte para quitarle su paz. No es de todos llegar á este grado de perfeccion; porque, como dice Sant Gregorio (*f*), pocos son los que llegan á tener aquella destreza que tenia el capitan Aod (*g*), de quien dice la Escriptura que usaba tan bien de la mano siniestra como de la diestra cuando peleaba. El cual es figura de los varones perfectos, que tan promptos se hallan para los trabajos y obras de la vida activa, como para los regalos y dulzuras de la contemplativa; lo cual sin dubda es de muy pocos.

V. Tambien acaesce hallarse algunas personas virtuosas que ordinariamente viven siempre en continua sequedad de corazon; y esto no todas veces por culpa suya, sino por voluntad de nuestro Señor, el cual es servido de llevar á sus escogidos no siempre por un camino, ni de una manera, sino de muchas y diversas; para que así resplandezca mas su sabiduría y providencia en las muchas maneras que tiene para encaminar la salvacion de sus escogidos. Y por esto no hace siempre las obras de una manera (como quien las hace de molde), sino de muchas y diversas, como quien tiene libertad para hacer todo lo que á su divina Majestad paresciere. De manera que así como él es de infinita virtud, así tiene infinitas maneras para obrar nuestra salud. Esta doctrina bien creo yo (dice un doctor) que será muy agradable á los tibios y negligentes, porque esto suelen ellos tomar por excusa y velo de sus negligencias, diciendo que es dispensacion divina, y no negligencia suya, la falta de la devocion que tienen. De donde nasce que se descuiden en la oracion, y cesen de todo buen ejercicio, y no quieran llamar á las puertas de aquel que nunca despreció los ruegos de los humildes y diligentes; á los cuales, si no da lo que piden, á lo ménos da lo que les convenía pedir.

VI. Mas allende destas causas hay otra muy principal, que es querer el Señor subir á sus escogidos por esta via á mas alto grado de perfeccion. Para lo cual es de saber que las consolaciones espirituales son como manjar de niños, y como una dulce leche con que el Señor los cria y los desteta de los deleites del mundo: para que con el sabor destos deleites desprecien todos los otros deleites, y con la dulzura del amor divino despidan de sí todos los regalos del amor mundano. Por-

(*b*) Seraphim de Fermo. (*c*) Prov. 17.

(*d*) Psalm. 107. (*e*) Eccl. 4. (*f*) Lib. 4. Epistolarum, epist. 81. (*g*) Iudic. 3.

que de otra manera nunca los hombres (segun es grande la flaqueza humana) podrian acabar consigo de soltar un amor, si no hallasen otro mas dulce y mas excelente, por el cual de buena gana renunciasen todo lo demas. Y por esto vemos que ordinariamente son mas sensibles las consolaciones de los que comienzan, que las de los mas ejercitados; porque como el Señor ve que estos tienen mayor necesidad, provéelos conforme á ella de mayor remedio. Mas despues que están esforzados algo con este manjar, quiere el Señor que dejen ya de ser niños, y comiencen á andar por su pié, y comer pan con corteza. Cuando era niño, dice Sant Pablo (*h*), pensaba como niño, sentia como niño y hablaba como niño; mas despues que me hice hombre, dejé las cosas de niño, y comencé á vivir como hombre. Así vemos entre las aves y animales, que despues que los padres han criado los hijos en el nido, buscándoles y poniéndoles la comida en la boca sin su trabajo, cuando los ven ya grandecillos, ellos mesmos á picadas los echan del nido, para que dejen ya aquella vida imperfecta y regalada, y tomen otra mejor. Pues esto mesmo hace con sus hijos espirituales el mesmo Señor, el cual así como es autor de la naturaleza y de la gracia, así guia las unas como las otras obras ordinariamente por semejante manera.

Y no por esta mudanza se menoscaba la devocion y amor que los buenos tienen con Dios, sino ántes se muda en otra mejor; porque aquel amor era mas dulce, este mas fuerte; aquel mas fervoroso, este mas sosegado; aquel mas en la carne, este mas en el espíritu; para que asi pueda ya el hombre decir con el Apóstol (*i*): Aunque un tiempo conoscimos á Cristo segun la carne; mas ya no le conoscemos así.

Cuando los hombres han llegado á este estado, no desfallescen en los trabajos, aunque les falten las consolaciones, sino ántes velan y trabajan en la guarda de sí mesmos, que tengan consolaciones, que no las tengan. A este grado de perfeccion deben anhelar todos los amadores de Dios, y cuando en él se vieren, dén muchas gracias al Señor porque los sacó ya de pañales, y los puso en estado mas seguro. Gran fiesta, dice la Escriptura (*k*), que hizo Abraham cuando destetó á su hijo Isaac, y lo apartó de los pechos de su madre. Cosa es cierto para notar que el sancto Patriarca no hiciese fiesta el dia que el niño nasció, cuando toda la familia se alegraba por su nascimiento, sino el dia que lo destetaron, cuando el niño lloraba y gritaba por la leche, y hallaba acíbar en los pechos de su madre. Pues ¿cuánto mayor fiesta hará aquel eterno Padre cuando vea á sus hijos destetados ya de todo género de deleites, no solo carnales y mundanales, sino tambien espirituales? Gran fiesta, dice el Salvador (*l*), que hacen los ángeles en el cielo cuando un pecador hace penitencia; pero aun entónces está la viña en flor, que una helada se la puede llevar. Mas cuando está ya fuera deste peligro, y comienza á dar su fructo, entónces cantan el cantar de los grados; porque ya el ánima ha llegado por su órden dende el primer grado de perfeccion hasta el postrero; porque el primero es obrar y perseverar en el bien cuando hay deleites, y el postrero es hacer lo mesmo, que los haya que no los haya. Porque el ánima que de verdad ama á Dios, una de las mayores cosas que por él puede hacer es consentir en carescer deste gusto y suavidad espiritual, cuando él es desto servido. Lo cual paresce bien que no tenia en poco el sancto rey David, cuando juraba por esta divina consolacion, diciendo (*m*): Señor, si yo no tuve humilde corazon y pensamientos, venga tan grande azote de vuestra mano sobre mí, que sea yo destetado y apartado de vos, como el niño de los pechos de su madre. Pues ¿cuál será la perfeccion del ánima que llegándose á estos pechos, y hallándolos muchas veces al parescer secos, lo sufre con paciencia y persevera todavía en su innocencia? Pues por esto no es maravilla que hagan fiesta los ángeles en el cielo cuando los justos andan desta manera desconsolados en la tierra, pues ven ya á Isaac fuera de los pañales y de la leche, y que comienza á ser perfecto varon. A los hombres que han llegado á este estado, suele ya Dios dar parte de sus secretos, como á perfectos varones; segun que claramente lo testifica el profeta Isaías por estas palabras (*n*): ¿A quién enseñará Dios su sabiduría, y á quién abrirá el entendimiento para que entienda sus secretos? A los destetados de la leche, y á los apartados de los pechos: conviene saber, á los que por su amor han renunciado ya todo género de deleites, no solo temporales y sensuales, sino tambien espirituales.

Estas y otras semejantes son las causas por donde el Señor quita las consolaciones espirituales á sus siervos; por las cuales paresce claro cómo puede muchas veces acaescer esto sin culpa del hombre, como lo muestra la Esposa en el libro de los Cantares por estas palabras (*o*): El aldaba con que tenia atrancada la puerta quité para abrir á mi amado, y él habíase ya ido; busquéle, y no lo hallé; llaméle, y no me respondió. En decir que quitó el aldaba con que estaba cerrada la puerta, da á entender, como declara Sant Gregorio (*p*), que ya el ánima sancta habia hecho de su parte lo que debia para recebir al amado, quitando la dureza del corazon, y todo lo demas que podia impedir la entrada dél. Mas con todo esto no le halló, porque así lo ordena muchas veces el Señor para bien de sus escogidos, como está ya declarado.

Aquella estrella que guiaba los reyes orientales, no vino siempre delante dellos (*q*), á tiempos se encubrió, y á tiempos se descubrió; mas lo uno y lo otro era para su bien. Cuando la primera vez les apareció, convidólos á la adoracion del nuevo Rey; cuando despues desapareció, hízolos mas diligentes en procurar por el lugar de su nascimiento; y cuando les volvió á aparescer, dobléles el alegría con su vista, y guiólos derechamente hasta el cabo de su jornada.

Mas ¿qué mucho es esconderse á los reyes la estrella, pues á la madre innocentísima se ausentó el niño de doce años (*r*), que tan léjos estaba de haber hecho por do meresciese perderle? Mas con todo esto lo perdió para nuestro consuelo, y lo buscó para nuestro ejemplo, y lo halló para nuestro remedio. Buscólo con dolor y cuidado, y hallólo con inestimable gozo y alegría, no diminuyéndose, sino creciendo (aunque por diferentes caminos) el amor; porque con el ausencia crescia mas el deseo del amado, y con su presencia el alegría. Desta manera aquel verdadero sol de justicia á tiempos se acerca, y á tiempos tambien se desvía de nuestro clima, mas todo ello es para bien y reparo de nuestra vida.

(*h*) 1. Cor. 13. (*i*) 2. Cor. 5. (*k*) Genes. 21. (*l*) Luc. 15.

(*m*) Psalm. 130. (*n*) Isaiæ 28. (*o*) Cantic. 5. (*p*) Super caput 5. Cantic. (*q*) Matth. 2. (*r*) Lucæ 2.

Los sembrados han menester á tiempos heladas, y á tiempos blanduras, y no ménos lo uno que lo otro; para que con heladas se arraiguen mas en la tierra, y con la blandura suban mas á lo alto. Si todo fuese blandura, cresceria el pan sin raices, y subiria sin fundamento; y así la subida sería para caer mas lijeramente. Y por esto es menester uno y otro; lo uno para crescer, y lo otro para arraigar. Pues estos mesmos temporales han menester tambien las ánimas en su manera; porque de tal modo crezcan en caridad, que se arraiguen en humildad; y así cuando se vieren resfriados y secos, conozcan su pobreza, y se hagan mas humildes; y cuando fueren visitados de Dios, conozcan su inefable dulzura, y se enciendan mas en su amor. De manera que como tenga el hombre necesidad de conocer á sí y conocer á Dios (porque el un conoscimiento sin el otro no basta) menester es que haya dos tiempos diputados para estos dos conoscimientos: el uno en que el hombre por experiencia conozca su pobreza, y el otro en que tambien por experiencia conozca la divina misericordia; para que con lo uno se menosprecie á sí, y con lo otro se levante al amor de Dios.

Por lo cual todo se ve claro cuán gravemente yerran los que luego desmayan y aflojan en sus ejercicios, cuando no hallan á la hora y tiempo que ellos quieren las consolaciones divinas. No es razon que piense nadie tener á Dios como atado con una cadena, para que cada vez que le quisiere le haya de hallar en la manga, so pena de que si así no le hallare, no le haya de buscar mas. Con mucha razon se indignó aquella sancta Judit (*s*) contra aquellos que habian señalado cierto tiempo para esperar el socorro del Señor, con presupuesto de no pasar de allí, si dentro de aquel plazo no les inviase socorro. Pusistes vosotros (dijo ella) tiempo á las misericordias de Dios, y conforme á vuestro albedrío señalastes el plazo en que os habia de socorrer. Pues esta mesma reprehension merescen los que desta manera quieren hallar á Dios á la hora que le buscan; y si entónces no le hallan, luego desconfían y dejan de le buscar.

§. III.

Qué es lo que el hombre debe hacer cuando le faltan las consolaciones divinas.

Pues cuando desta manera te hallares, no debes por eso dejar el ejercicio de la oracion acostumbrada, aunque te parezca desabrido; sino ántes debes allí presentarte como reo y culpado en presencia del Señor, y examinar muy bien tu consciencia, y mirar si por ventura le perdiste por tu culpa. Y si así es, derríbate humilmente á sus piés con aquella sancta pecadora, y no oses alzar los ojos al cielo con el publicano (*t*); y arrojándote muy confiadamente en las entrañas de su infinita caridad, suplícale con entera confianza que te perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien tantas veces le ofende. Desta manera sacarás provecho de tu sequedad y aun de tus culpas, tomando dellas ocasion para mas humillarte, viendo lo mucho que pecas; y para mas amar á Dios, viendo lo mucho que te perdona. Y demas desto levantarte has de ahí mas avisado y mas cauto, para no descuidarte ni verte otra vez en semejante conflicto; que es el comun provecho que los justos sacan de sus caidas.

Y aunque no halles entónces gusto en estos ejercicios, no por eso debes luego desistir dellos; porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso; sino muchas veces acontesce lo contrario. ¿Qué sería del enfermo si por no tomar gusto en lo que come, dejase del todo la comida? Menester es á veces que coma sin gusto; y por ahí vendrá á recobrar juntamente la salud con el gusto. A lo ménos esto se halla por experiencia: que todas las veces que el hombre persevera en la oracion con un poco de atencion y cuidado, haciendo buenamente eso poco que puede, que al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No ofresció mas de un solo cornadillo aquella viejecica del Evangelio (*v*), y fué por sentencia del Señor preferida á todos los otros ricos que ofrescieron mayores ofrendas; porque el Señor no mira tanto al caudal del hombre, cuanto á su posibilidad y voluntad (*x*). Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. ¿Qué mucho es hacer oracion cuando hay mucha consolacion? Eso haria cualquier hombre mundano. Lo mucho es, que cuando la devocion es poca, la oracion sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar. No es la principal gloria del marinero que lleve su navío bien encaminado cuando le hace buen tiempo; mas cuando este le es contrario, saber entónces desplegar las velas, y usar de toda buena industria para vencer la calma y la tormenta, esta es gloria singular.

Lo segundo es menester en estos tiempos andar con mayor temor y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mesmo, y mirando y examinando con mayor atencion nuestras palabras, y obras, y pensamientos, con todo lo demas (*y*); porque como por entónces nos falte el alegría espiritual, que es tan principal remo desta navegacion, es menester suplir allí con cuidado y diligencia lo que falta de gracia; aunque esta tambien sea gracia, y muy grande gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice Sant Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, ó que se te han caido los muros que te defendian; y por esto toda la esperanza de salud está en las armas; pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en pelear. ¡Oh qué gloria es la del ánima que desta manera batalla; que sin escudo se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte; y hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía! ¡Cuán alabado es entre los fuertes de David, aquel que mató á un leon en tiempo de nieve (*z*)! Gran gloria es matar un leon; mas mucho mayor fué matarlo en este tiempo, cuando las manos estaban ateridas de frio, y apénas podian apretar la espada. Pues cuando el ánima al parescer está del todo fria y helada en el amor de Dios, y no siente en sí aquel fervor de caridad que otras veces ha sentido; cuando estando desta manera pelea varonilmente contra las fuerzas de aquel rabioso

(*s*) Iudith. 8. (*t*) Luc.

(*v*) Luc. 21. (*x*) Ex D. Gregor. super Evangel. hom. 5.

(*y*) D. Bern. de Scala claustrali, cap. 6. (*z*) Banaias filius Ioiadæ 2. Reg. 23. Item Secundum Philosophos naturales in hieme leo est fortior et sævior.

leon, y lo vence, ¿cómo no merescerá ser contada entre los fuertes del verdadero David, que es JESUCRISTO? No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador; y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padescido lo que padesció, sin admitir en la parte inferior de su ánima ningun género de consolacion. De manera que el que así padesciere y peleare, tanto será mas imitador de Cristo, cuanto mas caresciere de todo género de consuelo. Esto es beber el eáliz de la obediencia puro y sin mezcla de otro licuor con que se pueda templar su amargura, sino con sola la fuerza de virtud.

Este es el toque principal en que se prueba la firmeza de los amigos, si son verdaderos ó no lo son. Dime: ¿cuál es mas fiel mujer, y mas digna de ser estimada de su marido, la que hace lo que debe teniéndolo siempre delante, y recibiendo cada dia dél regalos y favores, ó la que teniéndolo muchos años ausente, y no recibiendo dél ni una letra, persevera todavía en el amor y fidelidad que le tenia? Pues cuánto será mas gloriosa el ánima, que aunque se vea por muchos dias, al parescer, desamparada de su esposo, todavía retiene su innocencia, y dice con el sancto Job (*a*): Aunque me mate, esperaré en él?

No es la mejor tierra la que si no tiene siempre el agua á la mano luego deja perder la simiente; sino la que puede sufrir soles, y aguas, y sequedades, y todavía guarda fielmente lo que le encomendaron. Muy preciado es el amigo que permanesce fiel en el tiempo de la tribulacion (*b*); mas el que no sigue á Cristo mas que hasta el partir del pan, ese tal no se puede llamar perfecto amigo de Cristo, sino de sí mesmo, y de su proprio interese.

§. IV.

Contra los que menosprecian y deshacen las consolaciones divinas.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, ha sido necesario para curar la dolencia de los que desmayan y desfallescen cuando les falta la devocion sensible (que llaman) y las consolaciones espirituales. Mas porque nuestra malicia es tan grande que muchas veces hace de la medicina ponzoña, aplicando á una enfermedad lo que se ordenó para otra, por esto conviene saber que lo que aquí se ha dicho, no es para excusar á los tibios y negligentes, sino para esforzar á los pusilánimes y desconfiados. Porque algunos hay que toman ocasion desta doctrina para no darse nada por las consolaciones espirituales, ni por los ejercicios con que se alcanzan, diciendo que no está la sanctidad y perfeccion de la vida cristiana en las consolaciones espirituales, sino en las virtudes. Es el hombre en gran manera enemigo de condenarse por su propria sentencia; y porque los soberbios que nunca gustaron de Dios quedarian condenados por lo que son, si esto se tuviese en algo, han tomado por medio deshacer y menospreciar las consolaciones espirituales; por no quedar ellos dentro de sí mesmos confundidos, viéndose tan desnudos y tan ajenos dellas. ¡Miserables de vosotros, pues no habeis gustado cuán suave es el Señor! Y mucho mas miserables, pues por excusar vuestra negligencia sembrais errores de pestilencia, encubriendo la lumbre de la verdad, porque no se vea con ella la confusion de vuestra maldad; y de tal manera usais de la llave de la ciencia, que ni vosotros entrais en el cielo, porque no quereis; ni dejais entrar á los otros, pues les cerrais el camino con los yerros que habeis aprendido en la escuela de vuestra negligencia.

Decis que tomais ocasion desta doctrina para hacer poco caso de las consolaciones espirituales: mirad que esta doctrina no se escribió para los negligentes (como lo sois vosotros), sino para los pusilánimes y flacos, que luego desmayan cuando les falta este socorro. Si las consolaciones y esfuerzo que la palabra de Dios da al temeroso y desconfiado, toma para sí el atrevido y presumptuoso, ¿en qué parará, sino en hacerse peor? Si el rejalgar que la madre pone en un rincon de su casa para matar los ratones, fuesen á comer los hijos, claro está que sería para mal de su casa lo que ella hacia para el bien della. Desta manera los malos pervierten todas las buenas doctrinas, tomando para sí lo que era para otros; y procurando siempre asir de todo aquello con que se puede excusar su negligencia.

Dices que en las consolaciones espirituales no consiste la sanctidad. Verdad es; no está en ellas la sanctidad, mas son ayuda grande para la santidad; no está en ellas la perfeccion, mas son instrumentos muy principales para alcanzar la perfeccion. Dices que mas son partes de premio que de merescimiento. Es verdad; mas ese premio visto y gustado por experiencia, aviva y despierta mas el corazon para el trabajo con el deseo de alcanzar un bien tan grande, que basta para sacar de sí al que una vez lo ha gustado. Porque así como la piedra se mueve con mas lijereza cuando llega á su centro, porque, como dicen los filósofos (*c*), ha comenzado ya á gustar y sentir la virtud y conveniencia de su lugar natural; así lo hace el corazon humano criado para Dios, cuando comienza ya á sentir y gustar algo de Dios.

Dices que no está la perfeccion de la vida espiritual en tener muchas consolaciones, sino en tener paciencia cuando nos fueren quitadas. Así es verdad; mas con esa paciencia ha de haber grande diligencia para recobrar la gracia perdida; no por el gusto que tenemos en ella, sino por la necesidad que tenemos della para estar promptos en el servicio del Señor. Porque si no fueran grandes espuelas estas para andar por el camino de la virtud, no dijera el profeta David (*d*): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corri, cuando dilataste mi corazon. Lo cual se hace con el gozo y alegria espiritual, que es uno de los principales fructos y obras del Espiritu Sancto; con la cual se dilata y ensancha nuestro corazon, y se despierta para todo lo bueno. Porque así como el deleite natural es uno de los principales motivos y causas de todas las obras de naturaleza (*e*), así el deleite espiritual lo es de todas las obras de gracia; pues, como dijo el poeta (*f*), á cada uno lleva en pos de sí su deleite.

Pues concluyendo esta parte, digo que de tal modo nos conviene caminar entre estos dos extremos, que ni cuando nos faltare la gracia de la consolacion divina desmayemos y desconfiemos de Dios; ni tampoco nos aseguremos del todo cuando nos falta, para dejar de hacer todo lo que en nos fuere por recobrarla.

(*a*) Iob. 13. (*b*) Eccl. 6.

(*c*) Aristot. 5. Physic. text. 45. (*d*) Psalm. 118. (*e*) Arist. 10. Ethic. c. 4. (*f*) Virgil. Eglo. 5.

§. V.

Segunda tentacion: de la guerra de los pensamientos importunos.

Tambien es recia tentacion (y no muy diferente de la pasada) la molestia y guerra de pensamientos que se ofrescen al tiempo de la oracion, lo cual hace á muchos desistir deste ejercicio, que es lo que el demonio por allí pretendia. No sé yo por cierto por qué reciben desto pena los tales, si no la reciben por ser hombres; pues esta flaqueza es anneja á nuestra naturaleza en el estado que agora está. Dirás que no recibes pena por la naturaleza que tienes, sino por la culpa que haces; pues estando hablando con Dios, al mejor tiempo le vuelves las espaldas, y te vas á pasear. A esto respondo que si esto acaesce por tu propria voluntad y negligencia, es muy bien que recibas pena; porque no hay donde mejor se emplee la pena que sobre la culpa. Mas cuando esto no viene por culpa tuya, sino por parte de la mesma naturaleza (como muchas veces acaesce), no hay por qué recebir pena, pues nos consta claro que en ello no hay culpa; porque la naturaleza humana quedó por el pecado tan desordenada, que las potencias y fuerzas inferiores no obedescen perfectamente á la parte superior del ánima, que es la voluntad y la razon. Y de aquí nasce que el apetito sensitivo nos inquieta muchas veces con diversas pasiones y cobdicias, sin que sea en nuestra mano excusar estos primeros movimientos della; y así la imaginacion (que es otra potencia semejante) nos hurta muchas veces el cuerpo, y se va sin licencia de casa, sin que lo echemos de ver. Lo cual es una cosa tan natural y tan ordinaria, que por muy perfectos que sean los hombres, no pueden estar del todo libres desta pasion. Todas las plagas de Egipto fuéron curadas y remediadas por la oracion de Moisen (*g*); mas la plaga de los mosquitos no se lee que fuese curada como fuéron las otras; para que por aquí entiendas que por muy perfectos que vengan á ser los hombres, y á estar libres de todos los otros males que vinieron al mundo por el pecado, esta plaga de mosquitos importunos (que hacen mas enojo que daño) no la pueden excusar del todo. Mas débese el hombre consolar, acordándose que así como aquellos primeros movimientos que se adelantan á la razon, no se nos cargan por culpa, así tampoco este linaje de pensamientos que se van y vienen sin nuestro consentimiento fuera de casa; pues lo uno y lo otro es vicio de la mesma naturaleza mas que de la persona.

Y es aquí de notar que así como en las otras condiciones y propriedades naturales hay unos mas vehementes que otros; porque no es menor la diferencia de los ánimos que la de los rostros (en los cuales la naturaleza mostró tan grande variedad y artificio), así tambien esta guerra de pensamientos naturalmente fatiga mas á unos que á otros; y ni por esto los unos son mas sanctos, ni los otros mas pecadores; sino aquel será mas sancto que mejor peleare consigo mesmo, y aquel mas pecador, que teniendo su corazon mas sosegado, es para lo que debe hacer mas remiso.

Y el que en esta parte fuere mas flaco, no por eso ha de desmayar; sino ántes por el contrario consolarse mucho mas. Porque así como los hombres mas necesitados tienen mayor derecho á las medicinas de los hospitales que los ricos; así las personas mas mal inclinadas tienen mas justo título para pedir socorro en el hospital de la divina misericordia que las otras. Porque, como dice Sant Pablo (*h*), el Espíritu Sancto, que conosce bien lo poco que podemos, ayuda tanto mas á nuestra flaqueza, cuanto conosce ser mas necesitada; así como el buen padre de familias provee de mas delicados manjares á los criados mas enfermos, aunque ménos útiles; no por mas queridos, sino por mas necesitados.

Pues por todas estas causas se concluye que no debe el hombre tomar demasiada pena cuando así fuere combatido de diversos pensamientos; pues esto no es cosa de que nuestro Señor se ofende, sino ántes de que misericordiosamente se compadesce, considerando cuán destruida quedó la naturaleza humana por el pecado; pues apénas podemos levantar el corazon al cielo, sin que luego se atraviesen pensamientos del mundo. Por lo cual es de creer que así como el padre que tiene un hijo frenético, llora cuando ve que comenzando á hablar agora su hijo en seso, luego salta en un disparate; así aquel piadosísimo Padre celestial lloraria (si fuese posible) cuando ve que es tanta la corrupcion de nuestra naturaleza, que al mejor tiempo que estamos hablando con él en seso, luego saltamos en mil pensamientos desvariados.

Pues lo que debes hacer en este caso es, que al tiempo que te llegares á la oracion, despidas de tí todo género de pensamientos y cuidados cuanto sea posible; y solo sin compañía sube con Moysen (*i*) al monte á hablar con Dios; y cerradas, como dice el Salvador (*k*), las puertas de tu palacio, haz oracion á tu Padre en escondido. Y si con todo esto cargaren sobre tí aquellos mosquitos de que arriba tratamos, haz como el patriarca Abraham (*l*); de quien se escribe que estando una vez ofresciendo á Dios un sacrificio, cargaron sobre él muchas moscas importunas; las cuales él ojeaba con todo cuidado, para que su sacrificio fuese limpio. Y si tú hicieres otro tanto, ten por cierto (como dice Guillermo Parisiense) que mucho mas ganarás en esta batalla, que si estuvieras gustando de Dios á todo sabor. Y desta manera el demonio, que venía por lana, volverá tresquilado; y queriéndote hacer perder, darte ha ocasion para mas ganar. Pues luego si tu aficion es casta y pura, y no te llegas á Dios por tu contentamiento, sino por el suyo, y no miras á las dádivas del amado, sino al amado, no tienes por qué entristecerte; pues te ha dado lo que tú principalmente deseabas, y lo que á él mas agradaba, aunque no fuese tan deleitable.

Mas aquí es mucho de notar que esta resistencia de pensamientos no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, como hacen algunos, que en esta parte están muy engañados, los cuales pensando que se remedia esto con poner de su parte una muy grande y vehemente atencion, trabajan tanto en esto, que vienen á fatigar la cabeza y los pechos; de donde nasce que ni pueden perseverar por largo espacio en oracion, y despues de salidos della, naturalmente rehusan volver á ella, como á cosa penosa y trabajosa. Este es un yerro muy grande; porque (como arriba dijimos) no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y de humildad. Y por esto el remedio es, que cuando el hombre así se hallare, se vuelva á Dios sin escrúpulo, y sin congoja alguna (pues esto no es culpa, ó es muy liviana) con humilde corazon le diga: Veis aquí, Señor, quién yo soy.

(*g*) Exod. 8.

(*h*) Rom. 8. (*i*) Exod. 34. (*k*) Matth. 6. (*l*) Genes. 15.

¿Qué se esperaba deste muladar, sino semejantes olores? Qué se esperaba desta tierra que por vos fué maldita y descomulgada, sino zarzas y espinas (*m*)? Este es el fructo que ella ordinariamente suele dar, si vos, Señor, no la limpiais. Y dicho esto, vuelva el hombre á atar su hilo como de ántes, y espere con paciencia la visitacion de nuestro Señor, que no suele tardar.

Y para mayor entendimiento desto es mucho de notar que nuestro corazon es como una laguna cenagosa que siempre está echando de sí muy gruesos vapores, los cuales tienen todo el aire tan escurecido, que apénas se puede ver en él cosa clara. Mas así como el sol sale por la mañana, y comienza con sus rayos á herir en ellos, luego se van poco á poco resolviendo hasta que del todo se deshacen, y queda el cielo escombrado y sereno. Pues sin dubda debes creer que esta mesma es la naturaleza de nuestro corazon, y este mesmo es el remedio que tenemos contra esta niebla de pensamientos que salen dél. Y por esto el mayor y mas necesario aviso es, que no luego como esto viéremos desmayemos, sino que tengamos un poco de paciencia y longanimidad; porque poco á poco irá entrando en nuestra ánima el calor de la devocion, y así como él fuere entrando, así se irá resolviendo toda esta niebla de pensamientos, y nos dejará el cielo escombrado y sereno. Y esto hecho, una hora de las que despues desto se siguen, es suficientísima recompensa de todo el trabajo pasado. Los que desta manera tratan este negocio, no reciben trabajo en él, sino ántes grandísima paz y consolacion; y no solo no rehusan (como los otros) la vuelta de la oracion, sino ántes acabados los otros negocios, no ven la hora de volver á ella, como á cosa de inestimable deleite. Porque, como está escripto (*n*), los que de mí comieren, todavía tendrán mas hambre; y los que de mí bebieren, siempre les crescerá la sed. Torno á decir que este es el principal aviso deste ejercicio, y la causa principal por donde unos rehusan el trabajo de la oracion, como cosa penosa, y otros perseveran en él como en todos los deleites; segun que lo podrá ver por experiencia quien usare deste aviso susodicho.

§. VI.

Tercera tentacion: de pensamientos de blasfemia y de infidelidad.

Otros pensamientos hay mas pesados y enojosos que estos, los cuales señaladamente suelen combatir á los que comienzan este camino: que son de infidelidad y de blasfemia. Porque los hombres carnales, cuyos pensamientos y deseos todos fuéron carnales, aunque se vuelvan á Dios, no pueden luego perder las figuras y semejanzas de aquellas cosas en que trataban. Donde así, como Raquel (*o*) cuando salió de su tierra se llevó consigo los ídolos de la casa de su padre; así estos, aunque salen del mundo, todavía se llevan consigo las imágines y figuras del mundo, y cuando se ponen á pensar en cosas espirituales, allí se les representan cosas torpes y carnales.

Y algunos hay que se escandalizan y desmayan tanto con esta tentacion, que se tienen por perdidos y reprobados de Dios, creyendo que como á tales permite el Señor tan horrible género de pensamientos. Lo cual sin dubda es un engaño muy grande. Porque así como ningun linaje de tentaciones hay mas penoso que este, así ninguno hay ménos peligroso. Porque cuan léjos está el hombre de recebir alegría con estas tentaciones, tan léjos está de tener culpa en ellas; pues todo el peligro de la tentacion está en el deleite y consentimiento della. Así que, no es esto señal de reprobacion, sino cosa natural y consecuente al estado en que han vivido, y á la disposicion y hábito de su corazon. Por experiencia vemos que cuando en una casa ó despensa han estado por espacio de tiempo algunas cosas de mal olor, todavía permanescen allí las reliquias dél, aunque saquen fuera todas aquellas cosas que lo causaban. Ni es maravilla que el hombre regüelde á lo que siempre ha comido, ni que hable en aquel lenguaje que siempre ha usado. Antes por aquí debe creer que así como el hábito de pensar cosas malas le tiene tan subjecto á ellas, que no puede pensar en otras buenas; así por el contrario el hábito de las buenas le vendrá á mudar de tal manera, que no pueda pensar en otras malas.

Tambien en estos mesmos principios suelen combatir mucho los pensamientos de la fe, mayormente á los entendimientos cúriosos y no mortificados. A los cuales acaesce como á un rústico labrador que entra en un palacio real, donde hay muchas maneras de casas y aposentos, y como él nunca vió semejantes edificios, no acaba de maravillarse, y preguntar: ¿Qué esto? Qué es lo otro? Así el hombre criado y habituado á tratar y medir todas las cosas por sola razon y no por fe, y acostumbrado á pensar cosas que no exceden los límites y capacidad de su naturaleza, cuando súbitamente lo arrebatan y llevan á ver los palacios del rey Salomon (*p*), y la grandeza de los misterios y maravillas de su casa real, halla tan nueva y tan desproporcionada esta manera de obras con su razon, que no acaba de maravillarse y preguntar dentro de sí mesmo: ¿Qué es esto? Qué es aquello? Qué necesidad habia de hacerse Dios hombre y padescer? y otras cosas semejantes. Todas estas son consideraciones y bajezas del rústico labrador, que acostumbrado á su vil y pobre chozuela, quiere medir y tantear con esta medida las grandezas y maravillas de la divina sabiduría.

Por esto conviene que el hombre acordándose de la bajeza de su condicion, mire que es grandísimo desatino querer medir por sí á Dios, y sacar las obras divinas por las humanas. Porque la grandeza de las obras divinas es tan admirable, que no solo excede todo lo que el hombre puede hacer, sino todo lo que puede entender. Y demas desto, como sea infinita la distancia que hay del Sér divino al de todas las criaturas, así lo es tambien la que hay de las unas obras á las otras; pues está claro que cual es la manera del sér, tal es tambien la del obrar. Muy sabio era Salomon, y con todo esto dice que de ninguna de todas las obras de Dios puede dar el hombre entera razon, por pequeña que sea; pues ¿cómo la dará de las obras de gracia, que sin ninguna comparacion son mayores? Así como no sabes, dice él (*q*), cuál sea el camino del aire, ni de qué manera se conciertan los huesos en el vientre de la mujer preñada, ni cómo, segun dice Sant Hierónimo (*r*), de una mesma materia y elemento una parte se hace blanda en la carne, otra dura en los huesos, otra está como palpitando en las venas, y otra se aprieta en los nervios; así no podrás alcanzar las obras de Dios, que es el artífice de todas las cosas.

(*m*) Genes. 3. (*n*) Eccl. 24. (*o*) Genes. 31.

(*p*) 3. Reg. 10. (*q*) Eccl. 11. (*r*) Hie.

Pues considerando esto, debe el hombre decir entre sí con toda humildad aquellas palabras del Sabio (*s*): Si con tanta dificultad alcanzamos las cosas de la tierra, y las que tenemos delante de nuestros ojos, ¿quién podrá, Señor, comprehender las cosas del cielo, y los consejos y obras de tu sabiduría? Mas ¿qué mucho es no entender un hombre el artificio de las obras de Dios, pues muchas veces no entiende el de las obras de otro hombre como él? Si mostrásedes (dice Sant Chrisóstomo) una rica pieza de vidrio á quien nunca jamas hobiese visto cosa de vidrio, y le dijésedes que aquel vaso tan hermoso se habia hecho de ciertas yerbas y de arena, y (lo que mas es) con un soplo de un hombre, apénas podria acabar de creer ó de entender cómo aquello fuese posible. Pues si un hombre no alcanza el artificio de las obras de otro hombre, ¿cómo presumirá de comprehender el artificio de las obras de aquel Señor, que así como tiene por nombre Admirable, así hace todas sus obras admirables? ¿Mas qué digo de otro hombre? Dime: ¿sabrasme tú decir cómo labran las abejas el panar y la miel? Cómo teje el araña aquella tela tan sutil? Cómo hila el gusano el capullo de la seda? Pues si no entiendes el artificio de las obras de los gusanos, ni sabrias hacer lo que ellos hacen, ¿cómo quieres medir y comprehender con tu sabiduría las obras de Dios?

Pues por esto la summa discrecion es en este caso, que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la divina grandeza, siga humilmente aquel consejo del Eclesiástico que dice (*t*): No quieras inquirir las cosas mas altas que tú, ni escudriñar lo que excede tu capacidad; sino piensa en lo que Dios te mandó hacer, y no seas curioso en querer escudriñar sus obras, pues ves que muchas dellas exceden nuestro saber.

Por donde el que quisiere entrar en este sanctuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla, y no de serpiente maliciosa; y corazon de discípulo humilde, y no de juez temerario. Hágase como niño pequeñuelo, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el por qué de las obras divinas; porque esta palabra por qué es palabra de serpiente, y esta fué el primer comienzo de nuestra perdicion (*v*). Cierre el ojo de la razon, y abra solo el de la fe; porque este es el instrumento con que se han de tantear las cosas divinas. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razon humana; mas para mirar las divinas, muy desproporcionado es, si no es ayudado con favor del cielo.

Y aunque esto generalmente convenga á todos, pero mucho mas á los principiantes, á los cuales, como á discípulos y niños, primero conviene creer, y despues podrán venir á determinar y á juzgar. Porque así como el niño cuando le enseñan el *a b c* ha de creer lo que le dicen, sin pararse á preguntar por qué razon se llama esta *a*, y esta *b*; porque despues que sepa leer, podrá entender la razon de cada cosa de esas; así el que comienza á considerar y entender estos misterios, primero ha de creer lo que le proponen, y despues irá entendiendo las conveniencias admirables de cada cosa. Mas los que se han de otra manera, nunca jamas las entenderán; porque, como dice el Profeta (*x*), si no creyéredes, no entenderéis.

(*s*) Sap. 9. (*t*) Eccl. 3. (*v*) Genes. 3. (*x*) Isai. 7. Secundum.

§. VII.

Cuarta tentacion: del temor demasiado.

Tambien suele perturbar á algunas personas, y especialmente á mujeres, el temor que tienen de recogerse de noche en lugares solos y apartados á hacer oracion. Mas este temor no hay con que mejor se pueda vencer, que con hacerse el hombre fuerza, y perseverar en su ejercicio; porque esta tentacion no se vence huyendo, sino peleando; ántes communmente vemos que huyendo cresce el temor, y peleando la osadía. Y por tanto así como á las bestias espantadizas no dejamos salir con sus temores y siniestros, sino ántes á poder de palos y espoladas las hacemos pasar por do rehusan; así tambien conviene que se haga con los ánimos temerosos y espantadizos; para que así pierdan sus vanos temores y siniestros.

Mas querria yo saber del que desta manera teme, ¿por qué teme? Si por cosas de la otra vida, claro está que ninguna destas es poderosa para dañar á nadie, si no es con licencia del comun Señor. Y si él quiere castigarnos, donde quiera lo puede hacer; y si no quiere castigar, no basta la oportunidad del lugar para que nadie lo pueda hacer sin él. Si dices que temes al demonio; tan limitado tiene ese el poder, como todo lo demas. Porque no se extiende á mas su fuerza, de aquello que quiere la divina Providencia. Aquel leon que mató al Profeta desobediente cuando volvia de Bethel (*y*), ni tocó en el cuerpo del muerto, ni en la bestia que lo llevaba; y así cuando vinieron por su cuerpo para enterrarlo, hallaron el cuerpo entero, y á la bestia viva, y al leon á par de entrambos, sin tocar en uno ni en otro. En lo cual se nos representa cuán limitado tiene su poder aquel leon rabioso para con los hombres, y cómo no se puede extender á mas de aquello que Dios le manda.

Pues ¿qué diré del ángel de la guarda que tenemos á nuestro lado (*z*)? ¿Cómo es posible que tema el hombre con tal amparo y defensor? Temia el criado de Eliseo (*a*) viendo cercada de enemigos la casa de su señor, y abrióle Dios los ojos, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego, que estaban al derredor de su Profeta. Pues aunque tú no seas profeta, basta que vivas en temor de Dios para que te alcance parte desta guarda, segun aquello del Profeta, que dice (*b*): El ángel del Señor anda siempre al derredor de los que le temen, para librarlos de todo mal. Bien deben conoscer los demonios la fortaleza desta guarda, pues uno de ellos decia, hablando con Dios, de Job (*c*): Por ventura ¿sirve Job á Dios de balde? Por ventura ¿no le tienes tú cercado por todas partes, y toda su familia y hacienda, para que nadie le pueda empecer? Mira tú de la manera que los hermanos mayores traen á los menores en sus brazos cuando son chiquitos, y cómo miran por ellos con todo recaudo y providencia; que desa manera aquellos bienaventurados espíritus, que son como nuestros hermanos mayores, miran por nosotros, que somos hermanillos pequeños, y nos traen en sus brazos, como dice David (*d*): A sus ángeles tiene mandado de tí que te traigan en las palmas de las manos, porque no tro-

70. Interpretes. et ita habet D. Aug. lib. 2. de Doctrin. Christian. c. 12. et S. Thom. 2. 2. q. 8. art. 8. in argument. 1. (*y*) 3. Reg. 13
(*z*) Matth. 18. (*a*) 4. Reg. 6. (*b*) Psalm, 33. (*c*) Iob. 1. (*d*) Psalm. 90.

pieden tus piés en la piedra. Mas ¿qué mucho es que nos traigan los ángeles en sus manos, pues el mesmo Señor hace lo mesmo, como él lo significó por su Profeta, diciendo (*e*): Yo así como ama de Efraim los traia en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenia dellos? El mesmo es el que dijo por el profeta Zacarías (*f*): El que á vosotros tocare, toca á mi en la lumbre de los ojos. Y por el mesmo profeta dice que les será un muro de fuego que los cerque por todas partes. ¿Pues de qué temes tú agora debajo deste muro? ¿Por qué has mas de creer á los antojos y fantasmas de tu corazon, que á las palabras y promesas de Dios?

Y especialmente debes mas asegurarte estando en oracion, que en otro cualquier ejercicio; porque segun la doctrina de los sanctos (*g*), allí es donde mas presentes están los ángeles, para ayudarnos á orar y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo, y de todo aquello que nos puede perturbar aquel sancto silencio; segun que lo dice el Esposo en los Cantares por estas palabras (*h*): Conjúroos, hijas de Hierusalem, por las cabras monteses, y por los ciervos de los campos, que no desperteis á mi amada de su sueño, hasta que ella quiera despertar. En lo cual se pone silencio, no solo á los demonios, sino á todas las criaturas del mundo, para que no impidan á la Esposa de Cristo el dulce sueño de su contemplacion, interponiendo para ello la autoridad de los sanctos ángeles, que son figurados por estos animales, así por la velocidad y lijereza de su contemplacion, como por la agudeza de su vista, segun dice Sant Bernardo (*i*).

Estas y otras semejantes cosas deben considerar los temerosos, no solo cuando los combate el temor, sino tambien cuando están fuera dél; porque como esta pasion procede de engañosa y falsa imaginacion, estando ya tomado este puerto con el conoscimiento de la verdad, no tendrá tanta fuerza el engaño y la mentira.

§ VIII.

Quinta tentacion: del sueño demasiado.

Tambien suele fatigar á muchas personas el sueño al tiempo del orar. El cual unas veces procede de necesidad, otras de enfermedad, otras de pereza, y otras tambien del demonio, que por todas vias pretende impedirnos este bien. Cuando procede de necesidad, el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo; porque no nos impida lo que es nuestro. Porque la naturaleza tiene grandes fuerzas, y no quiere ser defraudada de cosa que le pertenezca. Mas cuando procede de enfermedad, ni debe el hombre congojarse por eso (pues no tiene culpa), ni tampoco dejarse del todo vencer; sino hacer de su parte aquello que buenamente pudiere, á veces usando de industria, y á veces de alguna fuerza; porque del todo no se pierda la oracion, sin la cual apénas tenemos seguridad en esta vida.

Mas cuando el sueño nasce de pereza ó del demonio que lo procura, el remedio es el ayuno y la diciplina, y otra cualquier aspereza que despierte y punce la carne, para que asi la deje el sueño. Y particularmente ayuda mucho para esto el ayuno, porque communmente andan juntos el sueño con la comida; de tal manera que al comer mucho, se sigue dormir mucho, y al comer poco, dormir poco. Y por esto se escribe de Sant Basilio (*k*), que se le pasaban casi todas las noches enteras velando, porque era templadísimo en sus comidas. Y esta mesma fué la causa por donde todos los sanctos fuéron grandes veladores; porque todos fuéron grandes ayunadores.

Finalmente, uno de los grandes remedios que hay, así para este mal como para todos los otros, es pedirlo á aquel que siempre está aparejado para dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir. Porque pues á ninguna criatura de la mar ni de la tierra falta su providencia, mucho ménos faltará á los hombres que crió á su imágen y semejanza. Seamos nosotros humildes y fieles, y perseveremos en pedirle misericordia, que él nos será fiel en concederla, segun aquello que está escripto (*l*): El varon cuerdo cree las palabras de la ley de Dios, y esa ley le será fiel; porque nunca faltará el cumplimiento de las promesas á quien no faltare el crédito y la esperanza dellas.

Esto que toca al sueño demasiado, se debia mirar mucho, no solo por amor de la oracion, sino tambien por el tiempo que en ello se pierde. Porque si una palabra ociosa es pecado (*m*), y tal pecado que se ha de pedir cuenta dél en el dia del juicio, ¿cómo no lo será tanto tiempo perdido como algunos gastan en dormir, en el cual podrian velar, y leer, y orar, y hacer otras cosas merecedoras de corona perdurable? Y si, segun reglas de medicina, bastan seis ó siete horas para satisfacer á la necesidad del cuerpo, ¿qué hace el cristiano, y mucho mas el religioso, en una noche de invierno, que es de un año, en la cama, emperezando y dormiendo, y perdiendo tiempo, y volviéndose como la puerta en el quicial, de un lado para otro, pudiendo en aquel tiempo dar una vista al cielo y pasear todos los coros de los ángeles, y contemplar la gloria de Dios? Y lo que peor es, que está ya esto tan recebido y tan usado, que nadie lo tiene por pecado, ni hace consciencia dello, no mirando el mucho tiempo que aquí se pierde, y lo mucho que se podia ganar en tantos ratos perdidos.

§. IX.

De otras dos tentaciones entre sí contrarias.

Otras dos tentaciones, entre sí contrarias, se me ofrescen despues de todas estas; las cuales junto con sus remedios me paresció poner en este lugar para mayor luz y aviso de los que oran.

Destas dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar á muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar á tanta alteza y perfeccion; y la otra es presumpcion, la cual por el contrario les hace creer que han ya llegado al cabo, ó á lo ménos que han aprovechado algo en este camino. Los cuales engañados con esta falsa confianza, no trabajan por pasar adelante, y no miran que en este camino (en el cual hay infinitos grados de aprovechamiento) solo aquel va mas adelante, que se ve estar mas desviado, y que cuanto mas se acerca, mas léjos le paresce que está. A este mal con dificultad se halla remedio; porque quien no se conosce por enfermo, no procura la medicina; y así viene á hacerse del todo incurable. En esta cuenta entran todos los tibios, los cuales gozan de título de sanctidad;

(*e*) Osee 11. (*f*) Zach. 2. (*g*) Psalm. 67. Prævenerunt Principes coniuncti psallentibus. (*h*) Can. 3. (*i*) Serm. 52. super Cant.

(*k*) D. Greg. Nazianz. in Monodia in morte D. Basilii.
(*l*) Eccles. 33. (*m*) Matth. 12.

que teniendo nombre de vivos, están muertos (*n*), y siendo ciegos y paralíticos, presumen adestrar á otros y enseñarles el camino que ellos no supieron andar.

Pues por causa destos dos peligros nos conviene andar armados á la diestra y á la siniestra: á la diestra con la esperanza, y á la siniestra con temor; para que lo uno nos sea como espuela para apresurar el camino, y lo otro como freno para andarlo mas atentadamente. Si quieres pues vencer la desconfianza, la cual nasce ó de la flaqueza de tus fuerzas ó de la dificultad de la empresa, considera que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia; la cual tanto mas presto se alcanza, cuanto mas el hombre desconfía de su propria virtud. Onde si sabes usar bien desta tentacion, ella mesma te será una grande ayuda para lo que deseas, porque te dará ocasion de ser mas humilde. Porque necesario es, si has de llegar á este grado de perfeccion, que de todo punto desconfíes de tí. Y cuando el enemigo te dijere que del todo eres insuficiente, respóndele tú que esa mesma insuficiencia, así claramente conocida, te hará mas humilde, y por consiguiente mas hábil para recebir la divina gracia, á la cual ninguna cosa es imposible.

Si te desmaya tambien ver que á cabo de muchos años no has aprovechado en este ejercicio, piensa que muchas veces dilata el Señor su gracia, porque mas claramente conozca el hombre su flaqueza; y tambien para darle tanto mayores dádivas, cuanto mas tiempo gastó en aparejarse para recebirlas. En testimonio de lo cual vemos que de mujeres de muchos años estériles quiso que naciesen varones tan señalados como fuéron Isaac, Jacob, Samson, Samuel, Sant Joan Baptista y otros muchos (*o*). Por cuyo ejemplo te debes esforzar, sabiendo de cierto que muchas veces el trabajo de muchos años viene á parir en un dia.

Pues si te hace desmayar la propria fragilidad, y la fortaleza del demonio, y la malicia de los tiempos presentes, piensa que muchos mas en número y en valor son los que te ayudan que los que son contra tí. Y ciertamente si te abriese Dios los ojos, y vieses todos los ángeles, y todos los sanctos, y al mesmo Dios estar mirando el fin de tu batalla, y ofresciéndote la corona, sin dubda no temerias aunque vieses todo el infierno puesto en armas contra tí; como hacia el apóstol Sant Pablo (*p*), el cual con este esfuerzo paresce que desafiaba á todas las criaturas del mundo, cuando decia: ¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de Cristo? Como si dijera: No conozco criatura en cielos ni tierra quo para esto sea bastante.

No es menor tentacion el pensar que has ya llegado al cabo, que pensar de nunca poder llegar; para lo cual tambien probaré á darte su remedio. Y tú puedes hacer desta mesma ponzoña la triaca para contra ella, concluyendo y averiguando por muy cierto que no hay mas claro indicio de estar muy léjos, que creer que has llegado. Porque en este maravilloso camino los que van descubriendo mas tierra, estos se dan mas priesa por ver lo que falta, y con el sabor de lo que han visto, siempre les cresce el deseo de lo que queda por ver; y por esto nunca hacen caso de lo pasado en comparacion de lo venidero. Así dice el Apóstol (*q*) que echaba en olvido todo lo pasado, y que siempre anhelaba y sospiraba por lo de adelante; como hace la piedra que se mueve hácia abajo, que cuanto mas se allega á su centro, tanto se da mayor priesa por acabar de llegar. Y si tú piensas cómo el centro que vas á buscar es infinitamente perfecto, siempre te parescerá que estás léjos dél, y que no has alcanzado nada aunque estuvieses lleno de inestimables riquezas. Mas si crees que ya lo posees todo, argumento es muy claro que todo lo que has recebido es cosa pequeña.

Muchos otros remedios te pudiera dar contra esta presumpcion temeraria; mas deseando llegar al fin, solo este aviso te daré: que si quieres entender cuán léjos estás de la verdadera oracion, te mires como en un espejo en aquellos que fuéron verdaderamente devotos, en cuya comparacion te parescerá que eres un enano en presencia de un gigante.

Y callando primeramente los ejemplos de Cristo, y de la Virgen nuestra Señora, porque la grandeza de su resplandor no te ciegue la vista, recogeré otros ejemplos mas bajos, y mas proporcionados con tu flaqueza; para que mirándote en presencia destos, veas claramente lo que eres; y viendo que lo que tú eres fuéron ellos, no pierdas la esperanza de ser lo que ellos fuéron.

Y primeramente dime: ¿A qué alteza de contemplacion fué arrebatado el apóstol Sant Pablo, cuando él mesmo no sabía si estaba en el cuerpo ó fuera dél (*r*)? Verdaderamente á todas las criaturas habia pasado de vuelo, y á sí mesmo con todas ellas, y todo estaba absorto y anegado en Dios.

De la Magdalena se lee (*s*), que muchas veces en el dia era levantada en el aire, y tanta era la violencia del espíritu, que llevaba tras de sí el cuerpo pesado, y lo hacia contra toda su naturaleza subir á lo alto.

Aquel ilustre padre del yermo llamado Antonio, despues de haber pasado toda la noche en oracion, á la mañana cuando sobrevenía la luz, se quejaba della, diciendo (*t*): ¡Oh sol, y cómo te has dado priesa á caminar! Ciertamente tu luz me es enojosa, porque me impide la contemplacion suavísima de otra mas excelente luz.

Del bienaventurado Arsenio se lee que muchas veces en la oracion lo hallaban á manera de fuego encendido (*v*); por lo cual puedes entender qué tanto arderia allá dentro su espíritu, pues así reverberaba acá fuera aquella tan resplandesciente llama.

El abad Silvano, despues de aquellas excesivas lumbres en que todo era interiormente absorto, cuando volvia en sí, cubria el rostro con las manos y decia (*x*): Cerraos, ojos mios, cerraos: ¿qué quereis ver en este mundo, donde no hay cosa hermosa?

¿Qué dirémos de Gregorio papa (*y*), el cual despues de llevado á la silla del summo pontificado, no de otra manera se quejaba por haber salido del reposo de la contemplacion á las ocupaciones del mundo, que se quejaria el navegante por haberlo sacado del puerto seguro á una fiera tempestad?

Sant Bernardo andaba algunas veces tan fuera de los sentidos, que le acontescia comer unos manjares por otros (*z*), y á cabo de muchos dias no sabía si la casa donde moraba era de bóveda, ó no lo era; y despues de

(*n*) Apoc. 3. (*o*) Genes. 21. Genes. 25. Indicum 13. 1. Reg. 1. Luc. 1. (*p*) Rom. 8. (*q*) Phil. 3.

(*r*) 2. Cor. 12. (*s*) In eius vita. (*t*) Cassian. Collatione 9. cap. 31. (*v*) In lib. de Vitis Patrum, p. 2. (*x*) In 1. p. lib. de Vitis Patrum. (*y*) In eius vita. (*z*) Ibid.

haber caminado todo un dia á par de un cierto lago, á la tarde preguntaba por él.

Ni tampoco faltan á este propósito otros ejemplos mas vecinos y cercanos á nuestros tiempos. Del bienaventurado Sancto Tomas de Aquino leemos, que muchas veces fué visto estar orando levantado sobre la tierra, con una resplandesciente estrella sobre la cabeza. Y asimesmo del bienaventurado Sant Francisco se lee, que unas veces era visto levantado del suelo una estatura de hombre, otras veces tanto como un árbol, otras se levantaba tan alto que pasaba las nubes y se perdia de vista. Pues si tú crees esto ser verdad, claramente podrás conoscer por aquí tu bajeza; y si no lo crees, en eso verás cuán léjos estás de llegar á esta perfeccion, pues no llegas á creerla.

Mas muchos por excusar su propria imperfeccion, dicen que ya no es aquel tiempo que solia, como si no fuese agora aquel mesmo Dios que entónces era, y como si no desease agora nuestra perfeccion como entónces la deseaba.

Pues si quisiese yo agora hacer mencion de algunos de los presentes, tampoco me faltarian muy graves ejemplos; mas la sanctidad de los tales (por grande que sea) suele ser á los vivos mas invidiosa, y ménos digna de fe. Pero nada desto es increible, puesto que todo ello sea admirable. Porque si de la reina Sabá dice la Escriptura que desfallescia su espíritu, y que no le quedaba huelgo cuando veia las obras de Salomon (*a*), ¿qué hará un ánima á quien el Espíritu Sancto ha abierto los ojos con aquella divina luz, para que vea, no la grandeza de las obras de Salomon (que era un hombre terreno), sino la de las obras de Dios, donde hay tantas maravillas que mirar, así en las obras de naturaleza, como de gracia y de gloria? Antes es de maravillar cómo puede vivir quien ve cosas tan grandes, y con tan grande luz como la que el Espíritu Sancto suele communicar á sus familiares amigos.

Pues con estos ejemplos te será fácil conoscer lo que eres, y cuánto camino te queda por andar, pues tan léjos estás deste grado de perfeccion. Y así por una parte vendrás á ser mas humilde considerando lo que eres, y por otra mas diligente viendo lo que te falta, si has de llegar á estar unido perfectamente con aquel que es un piélago de infinita grandeza.

§. X.

Octava tentacion: del demasiado apetito de estudiar y saber.

Despues de todas estas tentaciones susodichas quedan agora otras dos muy semejantes entre sí, y tanto mayores que las pasadas, cuanto tienen mas color y aparencia de virtud, con la cual tienen engañado mucho número de personas, mayormente aquellas que son mas deseosas y celosas del bien comun. Y por esto con ellas principalmente entiendo agora tratar.

La primera destas es el demasiado apetito que algunos tienen de estudiar y de saber, so color de aprovechar á otros. Y digo demasiado, porque cuando es templado y medido con el peso de la razon, no es tentacion, sino virtud muy loable, y ejercicio muy provechoso para todo género de personas, y mas para mancebos que con estos ejercicios ocupan la mocedad, y excusan la ociosidad, y con ella muchos vicios, y aprenden con que puedan aprovechar á sí y á otros. Mas si esto no se toma con templanza, sin dubda es grande impedimento para este negocio. Y no es maravilla que una cosa tan loable pueda venir á ser tan dañosa si no se toma con templanza, porque no es cosa nueva ser dañoso el exceso de todas las cosas, aunque sean de suyo buenas y necesarias. ¿Qué cosa mas necesaria que el comer, y el beber, y el ejercicio moderado, y las medicinas corporales? Todas estas cosas son muy buenas y necesarias; mas si no se toman con templanza, vemos que son muy empecibles y dañosas.

Pues esto mesmo decimos del estudio y apetito demasiado de saber, el cual sin dubda es una mala madrastra del estudio de la oracion. Porque esta manera de estudio pide todo el tiempo, y todo el hombre desocupado; porque (como un filósofo dijo) el tiempo es el sabio; porque él es el descubridor de las cosas, y el que hace los hombres sabios, y por otra parte el estudio de la oracion y contemplacion requiere tiempo, y quiere tambien tener al hombre libre y desembarazado de todo, para que así pueda vacar á Dios. Por donde viene á ser muy grande la porfía sobre cuál destas partes prevalescerá, y no muy diferente de aquella que habia entre las dos hermanas Lia y Raquel, sobre cuál dellas tendria mas parte en el marido (*b*).

Demas desto el estudio (allende de ocupar el tiempo, ó la mayor parte dél, por lo mucho que hay que ver, y que trastornar, y por el gran trabajo que es menester para salir con algo) es tambien un ejercicio que (cuando es de mucha especulacion) suele secar en algunos el afecto y ternura del corazon. Porque con las ocupaciones puramente corporales muy bien se sufre tener ocupado el espíritu en lo que quisiéremos; mas cuando el espíritu mete todas las velas, y emplea toda su virtud por la parte intelectual, queda en el entretanto la voluntad mas ociosa, por desaguarse toda la virtud del ánima por la otra parte tan principal. Y por estas dos causas dijimos arriba que era grande impedimento este de los estudios, así porque ocupa mucho tiempo, como porque seca desta manera el espíritu, y lo uno y lo otro impide mucho este ejercicio.

Mas con todo esto hay algunas personas fuertemente combatidas desta tentacion, por los grandes aparejos y motivos que el demonio tiene para combatirnos por esta parte. Porque primeramente es muy natural en todos los hombres el apetito del saber, como Aristóteles dice (*c*), y tanto que no supo el demonio con qué cebo mas apetitoso pescar los dos primeros hombres, que con este, cuando les dijo que serian como dioses en saber de bien y de mal (*d*). Y por ventura de aquí nasce que como entónces con este cebo echó tan buen lance, presume que tambien podrá agora hacer lo mesmo, y que como hijos de tales padres picarémos en lo que ellos picaron, y serémos engañados por el mesmo camino, aunque hayamos visto por experiencia cuán mal les sucedió en la jornada.

Con este natural apetito se junta la nobleza del ejercicio y la suavidad que hay en él; porque en hecho de verdad, no paresce que hay otro ejercicio mas digno de la nobleza del hombre (que es criatura racional), que emplearse todo en perfeccionar aquella mas noble parte que hay en él, que es la razon; la cual se hace cada dia mas perfecta con el uso continuo de las letras. Pues la suavidad es tan grande, y tan continua, y tan segura,

(*a*) 3. Reg. 10.

(*b*) Genes. 30. (*c*) In principio libri Metaphysicæ. (*d*) Genes. 3.

que (como dijo un filósofo) sin el estudio de las letras no entiendo que haya en esta vida cosa suave.

Cresce aun mas este apetito con el de la propria excelencia, que es muy poderoso. Porque claro está que uno de los principales medios y caminos que hay para la honra, es el de la sabiduría. Y como los hombres tienen tan arraigado en lo íntimo de las entrañas este amor, luego se van á procurar un tan principal medio por do ella se alcanza, como son letras y sabiduría.

Y sobre todo esto se añade el color de piedad, y título del provecho comun que en esto hay, el cual es un bien dignísimo de ser deseado de todos, y mucho mas de los perfectos, que sobre todas las cosas lo desean. Por do acaesce que muchas veces so color deste título favoresce el hombre sus proprios apetitos é inclinaciones, diciendo y aun creyendo que hace puramente por Dios lo que hace por otros naturales ó viles intereses. Porque, como dice Sant Bernardo (*e*), muchos son los fines por que los hombres desean saber; ca unos desean saber solamente por saber, lo cual es torpe curiosidad. Otros quieren saber porque todos lo sepan y conozcan, lo cual es torpe vanidad. Y otros quieren saber para vender su sabiduría por honras ó por dineros, lo cual es torpe ganancia. Y otros hay que quieren saber para aprovechar al prójimo, lo cual es caridad; y otros por aprovechar á sí, y esto es verdadera prudencia. Todos estos fines puede haber en este apetito, en lo cual muchas veces se engaña el hombre, porque no siente lo que principalmente le mueve, que es un engaño muy grande.

Pues tornando al propósito: si tantas son las cosas que llaman nuestro corazon á este ejercicio, ¿quién será tan mortificado y tan constante que pueda resistir á todas estas fuerzas? Si por una parte nos convida el natural apetito del saber, por ótra el deleite natural del estudio, y por otra la nobleza del ejercicio, y por otra el apetito de la honra que por aquí se alcanza, y por otra se justifica todo esto con el mérito de la obediencia y con la utilidad nuestra y de la Iglesia, ¿quién será tan fuerte y tan discreto que no se deje llevar de todas estas cadenas?

Pues por esta causa dije que era grande esta tentacion, porque tiene grandes garfios para prender el corazon y llevarlo tras sí. ¡Oh cuantas veces acaesce estar el hombre de rodillas en oracion, y á ratos entre los coros de los ángeles, y estar todos estos señuelos ofresciéndose al corazon, solicitándolo y dándole priesa para que dé cabo á aquello que hace, y acuda á cumplir la tarea del estudio cotidiano, á leer sus liciones, á acabar de pasar tal y tal libro, finalmente á no dejar pasar aquel dia sin acrescentar algo á la doctrina, aunque sea con menoscabo de su proprio aprovechamiento! Y á veces es tanta la fuerza deste apetito, que el ánima miserable viene á dejar el cielo por la tierra, y el oro por la escoria, y á cerrar las puertas á las crescientes de la divina gracia, por abrirlas á la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh si supiese el que esto hace cuánto es lo que Dios puede enseñar, y en cuán poco tiempo; y cuán poco es todo lo que puede alcanzar el ingenio humano, y cuán á la larga! Y ya que fuese mucho todo lo que por esa via se alcanza, es cierto que todo ello aprovecha muy poco sin la sabiduría de Dios. Si alguno, dice el Sabio (*f*), fuere consummado en los hijos de los hombres, y caresciere, Señor, de tu sabiduría, en nada será tenido. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (*g*): Bienaventurado, Señor, el que conosce á tí, aunque no sepa otra cosa; y miserable el que sabe todas las cosas, si á tí no sabe. Y si á tí y á ellas sabe, no es bienaventurado por lo que sabe dellas, sino por lo que sabe de tí. ¿No está claro que vale mas un punto de lo que Dios enseña, que todo cuanto pueden enseñar todos los sabios del mundo? La sabiduría del mundo levanta y ensoberbesce; mas la de Dios, dice Sant Augustin que no ensoberbesce, sino enamora; ni hace los hombres soberbios y parleros, sino humildes y llorosos. Pues si al tiempo que Dios actualmente así me está enseñando, le vuelvo las espaldas y le dejo con la palabra en la boca, por acudir á los maestros de la tierra, ¿no hago grandísima injuria al del cielo? ¿no desestimo su doctrina, y la tengo en ménos que la humana, pues la trueco por ella? ¡Oh cuán mal sabe preciar el espíritu de Dios quien tan poco caso hace dél!

Y si fuesen pocos los que desta manera yerran, menor sería esta querella. Mas ¿qué diré, que casi todo el mundo vive en este engaño? Dicen que en el estrecho de Magallanes de tres navíos se perdió uno (*h*), mas en este de que hablamos, de ciento apénas escapa uno. ¿Cuántos estudiantes tiene hoy el mundo, y cuán pocos discípulos tiene Cristo? Y lo que mas es para sentir, que aun aquellos que de nuevo dejan el mundo y entran en religion, en aquel tiempo que estaba diputado para esta disciplina, con la cual se habia de dejar el hombre viejo con todos sus siniestros, y vestir el nuevo (*i*), como si fuese este negocio de pocos dias, ó de poca importancia, apénas han comenzado á abrir los ojos y conocer á Dios, cuando luego los entregan á filósofos gentiles y estudios humanos, donde por muchos años no se oye el nombre ni palabra de Cristo. Los cuales estudios, aunque por la mudanza de los tiempos y por las importunidades de los herejes, sean en parte necesarios; pero todavía los habiamos de tener por una gran plaga de nuestra vida, pues nos roban tanta parte del tiempo, y nos hacen tantos años andar como desterrados de la compañía de Cristo. Especialmente considerando que, como dice Gregorio Nazianceno (*k*), todas estas letras y disciplinas de gentiles son como unos azotes y plagas de Egipto, que se nos entraron en la Iglesia por nuestros pecados.

Mas ya que la miserable condicion de nuestra vida nos puso en esta necesidad, debriase de aguardar tiempo convenible para ella, proveyendo que de tal manera estuviese ya fraguada la obra, y asentado el edificio de las virtudes en el que comienza, que pudiese sufrir bien esta carga. Mas estando aun tan tierna la obra, estando aun el mozo gustando la leche de Cristo, que lo aparten destos pechos y lo arrimen á los de los filósofos gentiles, donde no hallen otro pasto sino argumentos y sofismas, esto es mas para sentir. Porque dime: ¿qué es esto bien mirado, sino hacer lo que hacia aquel crudelísimo Faraon para destruir el pueblo de Dios, cuando mandaba que en nasciendo el hijo varon, luego lo ahogasen en las aguas de Egipto (*l*)? Pues ¿qué otra cosa vemos en nuestros tiempos, sino que apénas ha comenzado uno á renacer en Cristo, ántes que crezca y tome fuerza en el nuevo sér que recibió, cuando luego lo me-

(*e*) Serm. 36. super Cant. propè med (*f*) Sap. 9.

(*g*) Lib. 5. Confes. c. 4. (*h*) In lib. 20. de Indorum hist. Alphonsi Ovetensis. (*i*) Ephes. 4. Colos. 3. (*k*) Lib. 1. de Theologia. (*l*) Exod 1.

ten hasta los ojos en estas aguas, donde se ahogue y pierda todo el espíritu que tenia?

Todas las cosas tienen sus tiempos, como dice el Sabio (*m*): tiempo hay de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos. Aquel, cierto, era tiempo de abrazar á Dios, y de cobrar con estos abrazos un amor tan fuerte, que no bastasen las crescientes de las muchas aguas para matarlo (*n*); y esto hecho vendrá el tiempo de alejarse un poco de los abrazos, por acudir á las necesidades de nuestros prójimos.

¿Qué otra cosa quiso Dios significar cuando proveyó en la ley que los recien casados no fuesen obligados á tomar armas, ni ir á la guerra (*o*)? ¿Qué otra cosa quiso significar cuando mandó que no arasen con el primogénito del buey, ni tresquilasen el primogénito de la oveja (*p*), sino dar á entender que este linaje de primogénitos de que tratamos ha de ser sobrellevado de todas estas cargas y obligaciones, para que pueda emplear todo su caudal en su proprio aprovechamiento? Pues contra todas estas leyes hacen los que hurtan este tiempo al estudio de la verdadera sabiduría, por entregarse del todo á la sabiduría humana.

§. XI.

De los remedios contra esta tentacion.

I. El primero remedio contra esta tentacion es considerar cuánto mas excelente cosa es la virtud que la sabiduría, y cuánto mas excelente la sabiduría divina que la humana; para que por aquí vea el hombre cuánto mas se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una, que la otra. ¿Quieres oir esto en una palabra? Mira lo que dice el Eclesiástico (*q*): ¡Cuán grande es el que ha hallado la sabiduría y la ciencia! Mas no es mayor que el que teme á Dios. Porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Mira otrosí lo que dice Sant Augustin (*r*): En mucho suelen estimar los hombres la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, mas mucho mas son de estimar los que anteponen á esta ciencia el conoscimiento de sí mesmos; y mas loable es el ánima que tiene conoscida su flaqueza, que el que olvidado este conoscimiento trabaja por saber los caminos de las estrellas, no sabiendo el camino por do se ha de ir al cielo.

II. Tenga la sabiduría del mundo todas las grandezas que quisiere, á lo ménos no le puedes quitar una gran miseria, que es acabarse con la vida el provecho comun que se seguia della. Pues ¿qué cosa puede ser mas miserable que adquirir con tanto trabajo lo que por tan poco tiempo ha de durar? Esta era la causa por que lloraba un filósofo, como escribe Sant Hierónimo (*s*), estando para morir, diciendo que le pesaba por acabar la vida al tiempo que comenzaba á saber. Porque cierto si alguna pérdida hay en el mundo que merezca lástima, es la muerte de un grande sabio, pues allí viene á ponerse debajo de la tierra una cabeza llena de tantos secretos y maravillas. Y pues esto ha de ser así, gran prudencia es tomar aquel consejo del Salvador, que dice (*t*): No querais atesorar en la tierra, donde el orin y la polilla destruyen las cosas, y donde los ladrones cavan y roban; sino trabajad por atesorar en el cielo, donde nada desto ha lugar, y donde los bienes estarán eternalmente seguros. Pues segun esto, ¿cuánto mejor será ejercitarnos en actos de caridad, que en especulaciones de entendimiento; pues el fructo de los unos dura para siempre, y el de los otros se acaba con la vida, si no nascen desa mesma caridad y gracia? Mira cuánto mejor hacienda es juro perpetuo, que juro de por vida; qué tanto mejor es el ejercicio de la caridad, que el de las ciencias humanas. Y si mucho deseas el saber, espera un poco, no te dés tanta priesa; porque todo lo que puedes aquí saber es nada, y si te ejercitas en el amor de Dios, presto le irás á ver, y en él verás todas las cosas.

III. Demas desto debes tambien acordarte que en el dia del juicio, como dice un sancto (*v*), no nos preguntarán qué leimos, sino qué hecimos; y no cuán bien hablamos ó predicamos, sino cuán bien vivimos. Esta es una consideracion que bien pensada bastaba para convencer á todos aquellos que de véras desean acertar. Porque dime, ¿qué cosa hay en el mundo mas acertada, que agradar á Dios, y estar bien con él? ¿Y cuál es la cosa que mas le agrada que la caridad? Esta es la que solamente le agrada, y por quien todas las cosas le son agradables. Esta es por quien habemos de ser juzgados y examinados, y por cuya medida nuestras obras han de ser galardonadas. Y en tanta manera es esto verdad, que si un hombre hubiese, no digo aprendido todas las ciencias del mundo, sino predicado y convertido todas las naciones del mundo; si en una viejecica que nada desto ha hecho se hallare mas caridad, no hay que dubdar, sino que será mas agradable á Dios, y terná mas parte en él. Pues segun esto no podemos negar sino que aquella será mejor vida, y aquellos mas acertados ejercicios, que mas ayudan á alcanzar esta virtud. Y pues nos consta que los ejercicios y actos de la vida contemplativa ayudan mas para esto que otros ningunos, síguese que estos serán los mejores y mas acertados de todos. ¡Oh si supieses cuántas personas hay hoy en el mundo que nunca aprendieron silogismo, ni convirtieron ánimas, las cuales en los ojos de Dios son mas preciadas que muchos grandes sabios y predicadores del mundo! Así que, hermano mio, si deseas acertar, cata aquí el camino cierto y seguro por do lo puedas hacer. Lo cual no digo yo para que del todo dejes el estudio, sino para que lo tomes de la manera que en una breve palabra te lo aconseja Sant Augustin, diciendo (*x*): No seamos en las disputaciones continuos, y en las oraciones perezosos.

IV. Demas desto toda ley y toda razon natural nos enseña que de tal manera debemos tomar así el ejercicio de las letras, como todos los otros, que no echemos en olvido á nosotros mesmos, ni troquemos lo ménos por lo mas. Porque (como dice muy bien Sant Crisóstomo) gran condenacion es la del hombre que trabaja mucho por limar y polir la lengua, y no procura por ordenar y componer su vida; porque como nos vaya tan poco en que la habla sea compuesta, y tanto en que lo sea la vida, ¿qué mayor locura que tener tanto cuidado en lo que va tan poco, y tanto descuido en lo que va tanto?

Esto es lo que tan encarescidamente escribe Sant Ber-

(*m*) Eccl. 3. (*n*) Cant. 8. (*o*) Deut. 24. (*p*) Deut. 15. (*q*) Eccles. 25. (*r*) Lib. 4. de Trinit. in princ. et in Ps. 70. cont. 1. et in Inchirid. c. 9. et lib. 10 de Civit. Dei. c. 28. et lib. 18. cap. 39.
(*s*) Themistocles Philosophus, cum expletis 107. annis se mori cerneret, dixisse fertur, se dolere, quod tunc egrederetur è vita, cum sapere cœpisset. Refert Hieron. in epist. ad Nepotianum.
(*t*) Matth. 6.

(*v*) Thomas de Kempis, lib. 1. de Contemptu mundi, c. 3.
(*x*) In Psalm. 118. concione 6. in fine.

nardo á Eugenio por estas palabras (y): Tu consideracion comience de tí mesmo; porque no te extiendas vanamente á otras cosas, olvidándote de tí. ¿Qué te aprovecha ganar todo el mundo, si pierdes á tí solo? Y si fueres sabio, fáltate para la verdadera sabiduría que lo seas tambien para tí. Y si me preguntas cuánto te falta para esto, dígote que todo, si no lo eres para tí. Sepas todos los misterios de la Escriptura, la anchura de la tierra, y las alturas del cielo, y las profundidades de la mar; si con todo esto no conoces á tí mesmo, serás semejante al que edifica sin fundamento, y hace obra para caer. Todo lo que edificares fuera de tí, ten por cierto que será como un monton de polvo que se lleva el viento. De manera que no es sabio el que para sí no lo es; y por esto el que de verdad lo quiere ser, séalo para sí, y beba él de su mesma fuente. Y por esto de tí comience tu consideracion; y no solo comience en tí, sino tambien se acabe. A do quiera que fuere, mira que de tal manera vaya, que finalmente vuelva. Tú seas para tí el primero y el postrero. Imita en esto el ejemplo de aquel Padre soberano, que de tal manera produce é invía de sí aquella palabra eterna, que tambien la retiene. Tu palabra es tu consideracion; y por esto si alguna vez saliere, mira que vuelva; y de tal manera salga, que no te desampare. En lo que toca al negocio de tu salud, no has tener otro mas vecino ni mas hermano que el único hijo de tu madre, que es á tí mesmo. Cosa que sea contra tu salud, no la debes pensar. Ménos dije de lo que debiera decir. Porque no digo yo cosa que sea contra tu salud; mas aun cosa que sea fuera della no la debes admitir. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, en las cuales se paresce cuán celoso amador debe ser el hombre de su salud, y con cuánto tiento debe entender en la ajena, para que no perjudique á la suya.

Esto solo bastaba para convencer á los estudiosos, para que de tal manera se entregasen al estudio y provecho de los prójimos, que guardasen la cara al estudio de su aprovechamiento, aunque el provecho de los otros por esta causa fuese menor, pues la ley de la caridad no da licencia para que nadie aproveche á otro con notable perjuicio suyo. Mas ¿qué será si probáremos que por esta via no solamente no se menoscaba el aprovechamiento de los prójimos, sino que ántes se acrescienta con grandes ventajas; y que el único y verdadero camino para aprovechar á otro, es aprovechar primero á sí?

Pues ten por cierto, hermano mio, si de verdad deseas aprovechar, que no hay otro medio mas proporcionado para esto que la buena vida, y el ejercicio de la oracion y meditacion con que ella se alcanza; lo cual podria yo probar por muchas y muy fuertes razones, mas por la brevedad deste volúmen contentarme he al presente con poner algunas dellas.

I. Y la primera es, porque está claro que el principal instrumento que se requiere para aprovechar, es la verdadera sabiduría. Pues para alcanzar esta, ¿qué cosa hay mas importante que el temor de Dios, y la buena vida, y la práctica y experiencia cotidiana de la virtud, y la consideracion y meditacion continua de la ley de Dios? ¿Qué otra cosa repite mas veces toda la Escriptura Sagrada (z), sino que el principio de la sabiduría es temer á Dios, y que la plenitud de toda la sabiduría es este mesmo temor? Antes sin estos medios imposible es alcanzarse esta virtud, como claramente lo dice Sant Angustin por estas palabras (a): A muchos hallamos muy cobdiciosos de la ciencia, y muy negligentes en la guarda de la justicia; á los cuales conviene avisar que no alcanzarán lo que desean sino guardando lo que desprecian, pues dice la Escriptura (b): Hijo, si deseas sabiduría, guarda la justicia, y el Señor te la dará. Dádiva es esto de Dios, y uno de los principales dones del Espíritu Sancto. Y por esto mas se alcanza con lágrimas que con disputas, y mas con oraciones que con porfías. Así lo dice Sant Augustin por estas palabras: Los que han aprendido de Cristo á ser mansos y humildes de corazon, mas aprenden orando y meditando, que leyendo y estudiando. Pues si esta sabiduría es el principal instrumento para aprovechar á otros, ¿cómo no lo serán los medios por donde ella se alcanza, que son los susodichos?

II. Lo segundo, porque el convertir ánimas es una de las mas altas y sobrenaturales obras del mundo; porque para esto conviene vencer la naturaleza depravada de los que mal viven, y la costumbre, que es poco ménos fuerte que ella, y sobre todo esto la fuerza y poder del enemigo, que tiene muy fuertemente presos y encadenados los corazones de los suyos. Y para vencer tan grandes fuerzas menester es otra fuerza mayor, y esta no la hay en la tierra, sino en el cielo; la cual no se alcanza tanto con estudios y especulaciones, cuanto con lágrimas, y gemidos, y merescimientos de buena vida. Por donde los que de verdad se convierten á Dios, no ménos son hijos de lágrimas que de palabras, ni es ménos parte la oracion para convertirlos, que la predicacion. Donde así como la oracion de Moysen fué mas parte para alcanzar victoria contra Amalec (c), que todas aquellas espadas que peleaban; así es de creer que no es ménos parte la oracion y los gemidos del verdadero predicador para alcanzar esta victoria, que todas sus voces y palabras, aunque sean muy afiladas.

III. Lo tercero, porque (como se ve por experiencia) mas pecan los hombres por la corrupcion de sus afectos y pasiones, que por ignorancia de la verdad. Y por esto el que trata de su remedio, mas ha de trabajar por moverles la voluntad, que por enseñarles el entendimiento. Para lo cual dicen todos los maestros de la elocuencia, que no hay otro medio mas principal que estar de verdad dentro de sí movido el que pretende mover á otros. Lo cual dice Quintiliano por estas palabras: La summa deste negocio (á todo lo que yo puedo alcanzar) consiste en que si queremos mover los corazones de los otros, estén movidos los nuestros. Y mas abajo: De tal ánimo ha de salir la oracion, cual quiere poner. Porque de otra manera, ¿Cómo será posible que se duela el que ve que yo mesmo que aquello digo, no me duelo? Cómo se indignará el que ve que yo que lo quiero indignar no me indigno? Cómo dará lágrimas el que me ve á mí hablar con ojos enjutos? No es esto posible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedesce sino el agua, ni hay cosa que pueda dar á otro el color que ella no tiene. Pues segun esto, ¿qué hay que dubdar, sino que el varon devoto que dia y noche no entiende sino en llorar y sentir las cosas de Dios, que tendrá el sentimiento dellas mayor, y mas profundo, y mas á la mano, que aquel que por mucho que sepa, nunca supo qué cosa es derramar una lágrima por Dios?

IV. Añádo mas á esto, que, como dice Tulio, la elo-

(y) Lib. 1. de Consideratione. (z) Psalm. 110. Eccl. c. 1. etc.

(a) Locis suprà civ. (b) Eccl. 1. (c) Exod. 17.

cuencia que no llega á poner en admiracion á los oyentes, no vale nada. Y si esta manera de elocuencia se requiere para tratar cosas humanas, ¿cuánto mas para tratar las divinas, y para sacar á los hombres de pecado, y vencer las fuerzas del enemigo; las cuales así como son sobrenaturales, así requieren espíritu y elocuencia sobrenatural? Pues para alcanzar esta manera de elocuencia, es cierto que no hay cosa mas proporcionada que el espíritu de Dios, y el decir de tal manera que resplandezcan las centellas deste espíritu en las palabras del que dice. Porque como este espíritu sea cosa que excede toda la facultad de la naturaleza, no hay cosa que mas arrebate y suspenda los corazones de los hombres, y los ponga en admiracion, que una sola centella dél; porque aquí luego reconoscen la virtud y fuerza del Espíritu Sancto; y así se humillan, y abajan las lanzas, y dicen con los magos de Faraon: El dedo de Dios está aquí (*d*).

V. Y sobre todo esto se junta otra ayuda maravillosa para aprovechar, que es el ejemplo de la vida del que predica (*e*). Porque no hay mayor argumento para creer que uno habla de corazon, que verle hacer lo que dice, y conformar la vida con la doctrina. Este es el mejor y mas eficaz de todos los sermones, y el que aprovecha mas á los oyentes. Porque como la sanctidad de la vida sea tambien una cosa sobrenatural y divina, y los justos sean como unas lenguas y moradas del Espíritu Sancto, todos los hombres naturalmente les tienen una manera de veneracion y acatamiento mas que humano, y los miran y oyen, no como á hombres sino como ángeles; ni como á moradores de la tierra, sino como á ciudadanos del cielo; y así miran sus obras y palabras como á unas reliquias del Espíritu Sancto. Lo cual todo bien considerado, muestra muy á la clara cuánta parte sea para aprovechar á otros estar el hombre aprovechado; y para enseñar y hacer á otros virtuosos, ser virtuoso el enseñador. Porque si (como dicen los filósofos) un semejante engendra otro semejante, el hombre hombre, y la bestia bestia, ¿qué cosa habrá mas poderosa para engendrar virtud que otra virtud?

Pues por esto los que verdaderamente buscan á Dios y no á sí mesmos, conviene saber, ni honras, ni libertades, ni dignidades, ni magisterios, ni autoridad, sino sola edificacion, entren en sus corazones aquellas palabras que el Apóstol escribe á su Timoteo, diciendo (*f*): Mira por tí y por tu doctrina, porque desta manera podrás hacer salvo á tí y á los que te oyen. De manera que el primero de los cuidados quiere que sea de su vida, y el segundo de la doctrina; y que desta manera, estando él aprovechado, podrá aprovechar á otros. Lo cual es en tanta manera verdad, que así como los árboles que mas han crescido para sí, son mas fructuosos para sus dueños; así el predicador mas aprovechado en sí, será mas provechoso para los otros; y segun la medida de su aprovechamiento, así será la de sus oyentes.

§. XII.

Nona tentacion: del indiscreto celo y deseo de aprovechar á otros.

Y no es diferente tentacion de la pasada el indiscreto deseo que algunos tienen de aprovechar á los prójimos con olvido de su propria salud. Esta paresce una de las mas peligrosas tentaciones que hay en este camino. Porque todas las otras por la mayor parte traen la cara descubierta, y vese claro lo que son; mas esta represéntasenos con una cara tan hermosa y tan honesta, que no hay mas que pedir. La cual tentacion es aun tanto mayor cuanto es mas virtuoso el tentado; porque cuanto mas lo es, tanto está mas inclinado á la utilidad y provecho comun. Porque así como es cosa muy natural en Dios hacer bien á todas las criaturas, así todos los que mas participan del espíritu y bondad de Dios, están muy mas inclinados á esto que á otra cosa: tanto, que no hay cosa que mas reine en el corazon del bueno, que un entrañable y continuo deseo de hacer á todos buenos, y de aprovecharles en algo.

Y por esta causa aquel astutísimo engañador de los hombres, siempre acomete á los justos por esta parte, paresciéndole que no hay cebo mas conveniente para cazarlos, que este en que ellos toman tanto gusto. Y así vemos á muchos dellos meterse en cosas ardnas y dificultosas, y tomar cargas que exceden todo su caudal y fuerzas, con ese mesmo color y título de aprovechar.

Y por esto de ningun deseo nos debemos mas recatar, que de aquel que viene colorado con imágen de bien, y sobrescripto de virtud; porque ese es el que nos puede hacer la guerra mayor. Y pues el sancto Josué, viendo el ángel de Dios en el ejército, no se fió luego dél, sin que primero le preguntase (*g*): ¿Eres nuestro, ó de los contrarios? Así tampoco debemos fiar luego de cualquier pensamiento, aunque parezca bueno; pues sabemos ya que muchas veces el ángel de tinieblas se transfigura en ángel de luz (*h*). Lo cual señaladamente procura mas en esta obra que en otra alguna; porque las mas veces nos aparta della, so color de piedad y con título de acudir á la caridad. Por lo cual decian aquellos padres del yermo, que muchas veces el demonio sacaba los religiosos de los ejercicios de la oracion con cuerdas de razon, haciéndoles creer que habia causa legitima para ello, sin la haber.

Pues por esto no nos debemos contentar con mirar solamente la especie y la condicion desta obra, sino tambien todas las otras circunstancias que segun regla de prudencia se deben mirar. Entre las cuales principalmente se debe proveer que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio y daño nuestro, segun aquello del Eclesiástico, que dice (*i*): Trabaja por recobrar al prójimo segun tus fuerzas; y mira por tí no cayas. Y aunque para remedio desta tentacion bastaba lo susodicho en el capítulo precedente, todavía para mayor confirmacion dello me paresció poner aquí el parescer de Sant Bernardo acerca desto; el cual escribiendo al papa Eugenio, entre otras cosas le dice (*k*): Oyeme agora lo que te reprehendo, y lo que te aconsejo. Si toda la vida y todo lo que sabes empleas en las obras de la vida activa, y no dejas nada para el ejercicio de la consideracion, alábote; mas en esto no te alabo. Ni tampoco te alabará el que hobiere leido en Salomon (*l*) que el que mas se desocupare y en ménos obras entendiere, aprovechará mas en la sabiduría. Y aun esto es cierto: que esas mesmas obras que debemos hacer conviene que sean prevenidas y ordenadas con la mesma consideracion, para que se hagan como conviene. Si tambien dices que quieres ser de todos, á ejemplo de aquel que á todos se hizo to-

(*d*) Exod. 8. (*e*) Seneca epist. 70. Longum iter per verba est: breve et efficax per exempla. (*f*) 1. Tim. 4.

(*g*) Iosue 5. (*h*) 2. Cor 12. (*i*) Eccl. 29. (*k*) Lib. 1. de Consider. (*l*) Eccl. 38.

das las cosas (*m*); alabo esta humanidad, mas si fuere cumplida. ¿Y cómo será cumplida si tú quedas afuera? Sé que tú tambien hombre eres. Luego para que sea cumplida la humanidad, abrace tambien á tí el seno que á todos abraza. Porque de otra manera, ¿qué te aprovecha, segun la palabra del Salvador, si ganares á todo el mundo, y perdieres á tí mesmo (*n*)? Y por tanto, pues todos te poseen, seas tú tambien uno de los poseedores. ¿Por qué quieres tú solo carescer de tí mesmo? ¿Hasta cuándo quieres ser espíritu que va y no vuelve (*o*)? Hasta cuándo no tendrás tú tambien tu vez entre los otros para gozar de tí? Eres deudor á sabios é ignorantes, ¿y á tí solo te quieres negar? El loco y el sabio, el pobre y el rico, el malo y el bueno juntamente participan de tí, y todos beben desa fuente pública, ¿y tú solo estarás al rincon pereciendo de sed? Si es maldito el que menoscaba su proprio caudal, ¿qué será de aquel que del todo lo destruye? Concedámoste que corran tus aguas afuera, y que las dividas y repartas por las plazas, y que dés tambien de beber á los camellos de Abraham (*p*); pero entre todos estos bebe tú tambien de la fuente de tu pozo. El extranjero, dice la Escriptura (*q*), no beba dél. Por ventura, ¿tú eres extranjero? Pues ¿para quién eres, si para tí no eres? Finalmente el que para sí es malo, ¿para quién será bueno (*r*)? Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Las cuales por cierto debrian bastar para prueba deste negocio, y para que por aquí entiendan los grandes amadores y procuradores de la salud ajena, cuánto cuidado deben tener de la suya propria, y con cuánta prudencia deben entender en este negocio, para no dejarse llevar del fervor indiscreto de la caridad, con el sabor y golosina del aprovechar. En lo cual debrian imitar la discrecion de aquellas prudentes vírgines del Evangelio (*s*), que pidiéndoles las otras locas parte de su olio, cuerdamente respondieron, diciendo: Por ventura no bastará nuestro olio para nosotras y para vosotras; por tanto id á las tiendas donde se vende, y proveeos en ellas.

Pues si tú quieres imitar la prudencia destas vírgines, procura tratar de tal manera los negocios de las consciencias ajenas, que siempre tomes tiempo para la tuya. Y si me preguntares qué tanto tiempo será menester para eso, muy determinadamente te responderé que tanto cuanto baste para traer el corazon muy á la continua con recogimiento y devocion; lo cual es andar en espíritu, como nos lo aconseja Sant Pablo (*t*). Y para que entiendas qué cosa sea andar en espíritu, y qué provecho se siga desto, por agora no diré mas de que andar el hombre en espíritu, es andar mas en Dios que en sí mesmo, trayendo el corazon, no con la disposicion y con los afectos naturales que él se tiene de suyo, sino con los que le vienen por parte de la devocion actual con que anda; porque esta manera de disposicion no es la que nos viene por parte de la carne y de la sangre; sino la que viene por parte del Espíritu Sancto, y del afecto continuo del amor y temor de Dios. De donde nasce que como el corazon sea principio de todas nuestras obras, que cual es la disposicion que él tiene, tales sean todas las obras que proceden dél; como vemos que tal suele salir el agua de la fuente, cual ella está: si turbia turbia, si clara clara. Y así vemos que del corazon compuesto y ordenado salen todas las obras y palabras compuestas y ordenadas; mas del descompuesto y desordenado todo sale desordenado, como lo significó el Salvador, cuando dijo (*v*): El buen hombre, del buen tesoro de su corazon saca buenas cosas; y el malo, del mal tesoro las saca malas.

Pues como esta sea raiz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser en procurar de tener tan larga y tan profunda oracion, que baste para traer siempre el corazon con esta manera de recogimiento y devocion. Para lo cual no basta cualquier manera de oracion; sino es menester que sea tan larga y tan profunda, que así como una sala muy bien regada por la mañana en tiempo de verano, conserva todo el dia un frescor y templanza suave, que le viene de aquel riego que recibió; así el ánima del justo ha de quedar á sus tiempos tan regada y empapada en Dios con los ejercicios de la oracion, que siempre haya en ella un continuo frescor de devocion, con el cual se defienda de los ardores del mundo. De manera que la devocion ha de ser como aquel rio de quien dice la Escriptura que salia del lugar de los deleites (*x*), el cual regaba con sus corrientes toda la haz de la tierra. Porque de nuestro corazon (que es el lugar de los deleites de Dios) ha de salir un rio tan caudaloso de devocion, que baste para regar todas las obras de nuestra vida, y hacer que todas ellas vayan teñidas de devocion.

Esta es la manera de vivir que tuvieron los sanctos; este es un muy principal punto de toda la vida espiritual; esta es la que hace al hombre espiritual y divino; esta es la que dispone en peso, número y medida todas sus obras, y finalmente esta es la que hace andar siempre sobre los estribos, y en vela y atalaya sobre sí mesmo, para mirarse y defenderse por todas partes. Y pues esto es así, nadie debe cargarse (regularmente hablando) de tal manera de los negocios ajenos, por muy graves que sean, que del todo le sea imposible de no poder andar á este paso. Para lo cual no es menester que señalemos aquí tiempo de recogimiento, tanto mas tanto; porque aunque esto requiere sus horas y tiempos ciertos (como arriba dijo Sant Bernardo), pero no consiste tanto esto en la medida del tiempo, cuanto del cuidado continuo en traer siempre el espíritu recogido y atento á Dios. Ni tampoco piensen los deseosos de aprovechar á otros que por aquí se les cierra la puerta de su aprovechamiento; porque verdaderamente no hay dos hermanas que tanto se ayuden una á otra, ni que tanta necesidad tengan una de otra, como la predicacion y la oracion; porque así como el cuerpo sin el espíritu no tiene vida, así tampoco la predicacion, si caresce del espíritu y vida de la oracion.

Y sobre todo esto añado lo que hace mas al caso, que si tú de véras no deseas otra cosa mas que aprovechar y servir á la caridad, y miras el estado en que agora están las cosas humanas, y las calamidades y necesidades de la Iglesia, acompaña tu predicacion con la oracion; porque no solamente ha menester el mundo ser ayudado con amonestaciones, mas tambien con oraciones; porque predicando persuadas al pueblo que cese de sus vicios, y orando alcances de Dios les dé su gracia con que emienden y enderecen sus vidas.

A lo ménos esta regla podrás tener en esta materia, si no quieres errar: que si tuvieres á cargo la administracion de la palabra de Dios, lo ménos que sea posible te

(*m*) 1. Cor. 9. (*n*) Matth. 16. (*o*) Psalm. 77. (*p*) Gen. 24. Prov. 1. (*q*) Exod. 29. (*r*) Eccl. 14. (*s*) Matth. 24. (*t*) Galat. 5. (*v*) Matth. 12. (*x*) Gen. 2.

entremetas en negocios temporales, aunque sea so color de caridad; porque pues los apóstoles que estaban llenos de Espíritu Sancto (y) desecharon de sí esta carga, no debe presumir nadie tanto de sí, que se quiera encargar della. Por donde en el concilio Cartaginense cuarto (z) se manda al obispo que no se ocupe él por su persona en la provision y remedio de los pobres, sino que tenga para esto sus ministros diputados; porque así pueda él libremente vacar á los ejercicios de la licion, oracion y predicacion. Pero aun muy mas alto ejemplo desto tenemos en la persona de nuestro Salvador, el cual siendo requerido por un hombre para que acabase con un hermano suyo que le diese la parte que le cabia de su legítima, determinadamente respondió (a): O hombre, ¿quién me hizo á mí juez entre vosotros? Y por esta causa aquellos sanctos prelados de la primitiva Iglesia no consentian que ningun sacerdote pudiese ser ejecutor de los testamentos de nadie. Por donde, como un defuncto hobiese dejado á un sacerdote por su albacea, fué privado de todos los sufragios de la Iglesia por el bienaventurado mártir Cipriano, como consta por una de sus epístolas (b).

CAPITULO V.

De algunos avisos que se deben tener en estos ejercicios contra los engaños del enemigo.

Declaradas ya las tentaciones mas communes de las personas que se dan á la oracion, será necesario dar tambien algunos avisos y documentos necesarios para este camino. Y aunque en el fin de la primera parte deste tratado se dieron algunos, pero aquellos eran para enseñar cómo nos habiamos de haber en el ejercicio de la meditacion; mas estos principalmente servirán para descubrir las celadas y artes del enemigo, el cual suele muchas veces y por muchas vías engañar á los que andan por este camino, convirtiéndoles la medicina en ponzoña, y haciéndoles padescer dentro del mesmo puerto tormenta.

Para lo cual habemos primero de presuponer que ninguna cosa hay en el mundo tan buena de que no pueda usar mal la humana malicia. Porque aun de la mesma bondad y misericordia de Dios, y de la pasion de Cristo toman ocasion los malos para perseverar en sus maldades, atenidos á estas prendas. Y no solo destas cosas, mas aun de las mesmas virtudes (de que nadie puede usar mal siguiendo la inclinacion dellas) vienen muchas veces á tomar motivos para el mal. Porque á muchos vemos que del ayuno, y de la abstinencia, y de la ciencia, y de la castidad, y de las otras virtudes toman muchas veces ocasion para envanecerse y presumir de sí, haciendo materia y motivo de mal lo que de suyo es tan grande y tan excelente bien. Por lo cual dijo Sant Ambrosio hablando de la castidad: Así como entiendo que es grande bien la virtud de la castidad, así temo al ladron de la soberbia no la saltee.

Pues por esto no me maravillaria yo que tambien la virtud de la consideracion fuese ocasion de algun daño á los que no supiesen usar della como conviene. Mas así como sería gran locura dejar el estudio de la castidad y de las otras virtudes, ó de las letras, porque algunos usan mal dellas y se ensoberbescen con ellas: así tambien lo sería desamparar esta virtud por semejante ocasion; pues ninguna cosa hay debajo del cielo sin achaques.

Y para mayor inteligencia dello es de saber que casi ninguna virtud hay, par de la cual no esté un vicio que tenga semejanza de la mesma virtud, no lo siendo. Porque la prudencia tiene á par de sí á la malicia, que tiene imágen de prudencia, la justicia tiene por vecina á la crueldad, la fortaleza á la temeridad, la liberalidad á la prodigalidad, la humildad á la pusilanimidad, la afabilidad á la liviandad, la esperanza á la presumpcion, el celo á la indiscrecion, y el temor á la desconfianza, y así todas las demas. De suerte que como en todas las cosas, así naturales como artificiales, generalmente se hallan unas verdaderas y otras aparentes, que parecen verdaderas y no lo son; porque hay oro verdadero y oro falso, moneda verdadera y moneda falsa, piedras preciosas verdaderas y piedras falsas: así tambien se halla esto mesmo en las virtudes, que hay unas verdaderas, y otras aparentes que parecen verdaderas, y no lo son.

Pues esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud, y lo que á los no avisados suele ser materia de engaño; porque muchos abrazan el vicio por la virtud, así como cada dia vemos engañarse los hombres recibiendo moneda falsa por verdadera, por la semejanza que hay entre la una y la otra. Y esto es lo que el Apóstol dice (a), que Satanas se transfigura en ángel de luz; porque desta manera nos engaña muchas veces con el vicio, dándole este color. Mas (como dijimos), así como sería gran disparate desistir el hombre del estudio de las virtudes por recelo de dar en los vicios que le son vecinos y comarcanos, así tambien lo sería dar de mano al oficio de la consideracion por recelo de los vicios ó engaños que se podrán ocasionar della; pues nos consta que ningun estado ni manera de vivir hay en el mundo, que no esté acompañado de algun peligro, pues la mesma vida se llama toda tentacion y peligro. Pues para remedio desto bastará, para el que quisiere no cegarse adrede, señalarle con el dedo todas estas maneras de engaños y peligros, y darle aviso de lo que debe hacer.

§. I.

Primer aviso: de la dignidad y fructo de la oracion vocal.

Pues para esto el primer aviso sea que los que se hallan bien con el uso de la oracion mental, no por eso dejen de estimar y tener en mucho precio la vocal. Porque claro está que considerando lo esencial de las virtudes, ninguna diferencia hay entre la una manera de orar y la otra. Porque invocar á Dios con el corazon solo, ó con el corazon y con la boca juntamente, ninguna cosa hace ni deshace, ni en el mérito, ni en la eficacia de la oracion. Porque añadir á la voz del corazon la palabra de la boca, que Dios crió para que le alabases y glorificases, ¿cómo es posible que diminuya la dignidad desta obra, ó que haga diferencia esencial de una á otra? Porque así como si un hombre se confiesa por palabras, y otro por escripto ó por señas (por no poder hablar), todas estas confesiones serían de una mesma condicion, sin haber diferencia formal entre una y otra; así tambien, como la oracion sea una confesion de las alabanzas divinas, y (hablando mas propriamente) sea pedir á Dios lo que nos es necesario; que esto se pida con palabras

(y) Act. 6. (z) Cap. 17. et 19. (a) Lucæ 12. (b) Lib. 1. Epistolarum, epist. 9.

(a) 2. Cor. 11.

interiores, ó con voces exteriores, que son imágines de las interiores, ninguna diferencia esencial pone entre la una oracion y la otra. Antes ayuda mucho esta manera de oracion á despertar la devocion, y calentar el corazon, y recogerle, mayormente cuando se halla tibio y derramado, y por consiguiente inhábil para volar y nadar por sí; porque las palabras dulces y devotas, y las sentencias graves que hay en ellas, valen mucho para esto, si se dicen con humildad y atencion. Porque por eso se llaman las palabras de Dios fuego (segun que todas las escripturas dicen), porque tienen virtud para calentar nuestros corazones, y encender en ellos el fuego del amor de Dios. Y demas desto, aun el sonido de la voz (especialmente cuando se cantan los oficios divinos) ayuda tambien en su manera á la devocion, como Sant Augustin confiesa que le acaescia cuando oia las voces y cantos de la Iglesia, que dulcemente resonaban (*b*).

Y allende desto, como haya muchos hombres de tal espíritu y complexion que no pueden tener un poco el pensamiento fijo en Dios, para estos es muy conveniente esta manera de oracion, para que con ella puedan (siguiendo el sentido é hilo de sus palabras) ocupar su corazon en Dios. Porque ya que no saben ellos por sí hablar con él, y darle parte de sus necesidades, es muy gran remedio que arrimados á las palabras de los sanctos, y guiando su espíritu y devocion por ellas, le signifiquen por este medio su necesidad.

Estos y otros muchos loores tiene esta manera de orar. Y si la otra es muy alabada de los sanctos, es porque suele proceder de espacio, considerando y ahondando en las palabras y obras de Dios. De donde nasce que como estas palabras sean fuego, así como el que tiene la mano queda sobre el fuego, se quema mas que el que pasa de corrida por él: así tambien se enciende mas el corazon estando fijo en la consideracion de una palabra, ó de un misterio, que cuando pasa de corrida por muchos. Aunque tambien eso mesmo podria hacer el que reza un Salmo ó un Pater noster, ó un Credo devotamente; y haciéndolo así, no será de ménos quilates esta oracion que la otra. De suerte que en las circunstancias solas, y en el modo de orar con mayor ó menor atencion está la diferencia, no en la sustancia de las obras.

Por lo cual deben siempre ser aconsejados los que oran, que oren con toda la atencion y devocion que les sea posible, pues de aquí pende tanta parte del fructo y eficacia de su oracion. Porque, como dice Sant Bernardo (*c*), el gran deseo de la oracion es gran clamor; mas el deseo tibio es pequeño clamor; porque los oídos de Dios mas atentos están á la voz del corazon, que á la de las palabras solas. Y por aquí se entenderá de cuán poco fructo sea la oracion de muchas personas, así legas como eclesiásticas, que rezan sus Salmos y Horas tan apresuradamente y tan de corrida, que no parece que hablan con Dios cuando esto hacen. Porque ni aun á los hombres hablarian desta manera, si algo les quisiesen pedir. Porque, como dice el Sabio (*d*), con suplicaciones y plegarias habla el pobre; mas el rico habla ásperamente. Porque el que tiene conocimiento claro de sus miserias y pobreza, y desea de véras el remedio della, así como lo desea de todo corazon, así lo pide con todo corazon y atencion, diciendo con el Profeta (*e*): Clamé con todo mi corazon; óyeme, Señor. ¡Oh, quién se llegase alguna vez á estos, al tiempo que así están rezando, y les preguntase con quién hablan, y sobre qué hablan! Y cuando entendiesen que hablan con aquella soberana Majestad en cuyo acatamiento tiemblan los ángeles, y que hablan sobre el mayor de todos los negocios, que es sobre el perdon de sus pecados y salvacion de sus ánimas, luego se les abririan los ojos y verian que no habian de hablar con tan gran Señor sobre tan gran negocio con tan gran descuido, y de la manera que no hablarian á uno de sus criados cuando quisiesen algo dél. A estos avisa Sant Bernardo por estas palabras (*f*): Algunos hay que oran con solos los labios, no mirando bien ni lo que hablan, ni con quién hablan, y así hacen lo que hacen mas por costumbre que con reverencia y atencion. Por esto conviene que en todas nuestras obras tengamos grande vigilancia, especialmente cuando estamos en oracion. Porque aunque en todo lugar estemos presentes á Dios, mas en la oracion especialmente nos presentamos á él, y hablamos con él cara á cara. Y en otro lugar dice así (*g*): Peligro es ser la oracion demasiadamente tímida, y peligro es tambien ser atrevida; y otro peligro puede tener, que es ser remisa y tibia; porque la tal oracion desfallesce y cansa en la subida, porque no tiene fuerza ni vigor; mas la que fuere fiel, humilde y ferviente, sin duda penetrará hasta el cielo, y esta no volverá vacía (*h*). Mas los que no saben, ó no quieren orar de otra manera que esta, que es con este apresuramiento y derramamiento de corazon, no tienen paciencia cuando esto se les dice; porque les paresce que les bajan los quilates de la moneda que ellos tienen, y se la hacen de menor valor.

§. II.

Segundo aviso: de la dignidad y fructo de las sagradas cerimonias y obras exteriores.

El segundo aviso que ha de tener el varon devoto es que así como ha de preciar y estimar la oracion vocal (como dicho es), así tambien todas las sagradas cerimonias y obras exteriores. Porque (demas de la obligacion que podemos tener á ellas por razon de algun voto ó precepto) ayudan grandemente para muchas cosas. Porque primeramente ayudan para despertar en nuestros corazones devocion y reverencia á las cosas divinas. Porque como nuestra ánima estando en este cuerpo reciba todas las cosas por las puertas de los sentidos, y así las conciba como por ellos se representan: ayuda mucho á concebir las cosas de Dios dignamente, y sentir dellas magníficamente, la majestad de las sagradas cerimonias, que autorizan las cosas divinas; y así nos mueven mas á la veneracion dellas: como vemos por experiencia que las vestiduras é insignias reales, y el acompañamiento de los grandes, nos mueven á la veneracion y acatamiento de los príncipes. Esto se ve claro en las cerimonias de la misa solemne, y en las de la semana sancta, del baptismo, del sacramento de la órden, y especialmente en la consagracion de los obispos, y en la solemnidad

(*b*) Lib. 9. Confess. c. 6. et lib. 10. cap. 33. (*c*) Sup. psal. Qui habitat, serm. 16. in princip. (*d*) Prov. 18.

(*e*) Psal. 118. (*f*) Serm. de 4. modis orandi circa finem, et super Cant. serm. 7. etc. (*g*) Serm. 4. de Quadrages. (*h*) Eccli. 35.

de los oficios divinos. Porque todas estas cosas sirven grandemente para despertar en nuestros corazones un religioso temor y acatamiento de las cosas de Dios. Por la cual causa aquel soberano Maestro y gobernador del mundo ordenó los sacramentos de la Iglesia debajo de forma visible, para dar gracia invisible. Porque así como los ordenaba para el hombre, que es una criatura compuesta de cuerpo y de alma, esto es, de una parte visible y otra invisible, así tambien lo fuesen los sacramentos que para él se instituian: para que la vista y presencia de lo visible lo despertase á la devocion y reverencia de lo invisible.

Y demas desto, todas las sagradas cerimonias y ejercicios exteriores (allende de ser en sí obras sanctas y virtuosas) ayudan grandemente á alcanzar y conservar las virtudes interiores. Porque así como los accidentes hacen mucho al caso para conservar la sustancia de las cosas, la cual sin ellos no se podria conservar: así todas estas cosas ayudan mucho á conservar la caridad y la innocencia, que es el principal tesoro de nuestra ánima. Asimesmo, como el hombre sea una criatura compuesta de cuerpo y de ánima, así es razon que con lo uno y con lo otro sirva á Dios, empleando el ánima en su amor y conocimiento, y el cuerpo con todos sus miembros y sentidos en las cosas de su servicio: para que pues todo ello es de Dios, todo sirva á la gloria de Dios. Desta manera se hace el hombre un puro y perfecto holocausto, cuando todo él entero, sin quedar nada, se emplea en el servicio de su Señor; y desta manera cumple con el mandamiento del Apóstol que nos manda ofrescer nuestros cuerpos á Dios en sacrificio vivo y agradable (*i*), y quiere que nuestro cuerpo, y ánima, y espíritu, que es todo cuanto hay en el hombre, se conserven en toda pureza y perfeccion para gloria de Dios. Y pues estamos obligados á amar á Dios con todo cuanto hay en nosotros, no es razon que el cuerpo con todos sus miembros y sentidos se salga desta obediencia. Antes nos manda el mesmo Apóstol (*k*) que así como en el tiempo de nuestra ceguedad servíamos con todos estos instrumentos y miembros á la maldad, así agora sirvamos con ellos mesmos á la justicia. Por do paresce que á los ángeles, porque son puros espíritus, principalmente se piden servicios y obras espirituales, que se hacen con el entendimiento y voluntad. Mas á los hombres, como son espíritus encerrados en cuerpos, juntamente con las obras de espíritu (que son las principales) pídense tambien servicios y obras corporales.

Ni diga nadie que este género de obras es necesario para solos los principiantes, y no para los perfectos. Porque (demas de la obligacion que pueden tener á esto los unos y los otros por razon del voto ó del precepto) las mesmas razones que corren por los unos, corren por los otros; puesto caso que sea mayor la necesidad de los mas flacos que la de los perfectos. Porque así como el árbol de muchos años arraigado en la tierra sufre mejor la falta del riego y de la labor, que el que está aun tierno y recien plantado, así tambien sufre esta falta con ménos detrimento el varon perfecto, y de dias fundado en la virtud, que el que es aun flaco y nuevo en ella. Y así como el enfermo que padesce hastío, tiene necesidad de mas salsas y mas adobos para arrostrar á la comida, que el sano, así tambien tiene mas necesidad de estas ayudas de fuera el que está flaco y enfermo de dentro. De donde se infiere que las sagradas cerimonias, y otras tales cosas no solo no desayudan á los perfectos, mas ántes les hacen el manjar espiritual tanto mas dulce y apetitoso, cuanto se lo dan mas bien guisado. Y como sea verdad que cada uno, por perfecto que sea, se deba de tener por imperfecto, si no quiere por su soberbia perderlo todo: de aquí es que todos deben buscar estas ayudas y remedios, que sean perfectos, que imperfectos, como si tuviesen dellos gran necesidad.

(*i*) Rom. 6. (*k*) Ibi.

§. III.

Tercero aviso: de la reverencia y obediencia que se debe á los doctores y predicadores de la Iglesia.

El tercero aviso sea que aunque las personas espirituales traten familiarmente con Dios, y le tengan por maestro de sus ignorancias, segun aquello del Profeta, que dice (*l*): Los que se allegan á los piés del Señor recibirán de su doctrina; mas no por eso han de dejar de reverenciar y tener en mucho á los maestros de su Iglesia, que son ministros de su palabra; pues son instrumentos y órganos del Espíritu Sancto, y unos espirituales arroyos y caños por do corre el agua de la sabiduría en el jardin de la Iglesia; pues dellos está escripto (*m*): Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca se ha de saber la ley: Y si Moisen, que hablaba con Dios cara á cara (*n*), no despreció el consejo de su suegro Jetro, que era gentil, ¿quién será tan atrevido que confiado de la communicacion que tiene con Dios desprecie la doctrina de sus oficiales y ministros? ¿Qué mayor soberbia que esta, ni qué mayor causa para ser un hombre desamparado de Dios, y engañado del demonio, y dejado á sí mesmo? Y si el apóstol Sant Pablo fué á conferir el Evangelio, que habia aprendido en el tercero cielo con los otros apóstoles sus compañeros (*o*), ¿quién osaria fiar de su proprio espíritu, sin registrar lo que entendiere por el juicio de los ministros de Cristo? El órden que tiene la divina sabiduría en la administracion del mundo, es gobernar las cosas inferiores por las superiores; y para honrar los oficiales que para esto tiene diputados, quiere que siempre recorramos á ellos, para hacernos las mercedes por sus manos. Y así leemos que estando el apóstol Sant Pedro predicando, cayó el Espíritu Sancto sobre todos aquellos que le oian (*p*); y así tambien invisiblemente deciende cada dia sobre todos los que humilmente oyen su palabra de la boca de sus ministros.

Ni se ha de mirar para esto que los ministros sean malos, ó que sean buenos; sino solo se ha de mirar que son instrumentos y órganos de Dios. Porque ni es de menor precio el oro que se halla entre los carbones, que el que está entre las piedras preciosas; ni es ménos eficaz la medicina que se da en un vaso de barro, que la que se da en madre de perlas. Y por esto el siervo de Dios, en todas las cosas que tocan á su salud, no debe dar paso sin consejo de quien se lo puede dar, aunque tuviese altísimo espíritu; porque Dios, que es maestro de los humildes, por este medio le dará mas luz que por todos los otros. Y así leemos de uno de aquellos padres de Egipto, que como hiciese oracion muchos dias porque Dios le declarase una dubda que tenia, como esto no pudiese alcanzar en mucho tiempo, determinó de ir á otro monje que moraba en aquel desierto, á communi-

(*l*) Moyses. Deut. 33. (*m*) Malach. 2. (*n*) Exod. 18. (*o*) Gal. 2. (*p*) Act. 10.

carla; y como saliese de su celda, halló luego un ángel que se la declaró, diciéndole que por aquella humildad habia merescido mas la declaracion de aquel paso, que por cuantas oraciones habia hecho. Y está muy clara la razon. Porque habiendo en la Iglesia oficiales deste oficio, á quien (demas de la ciencia) el Espíritu Sancto muchas veces alumbra ó mueve á hablar, sin que lo entienda el que habla, como hizo á Caifas por ser pontífice de aquel año (*q*), claro está que sería tentar á Dios si lo que yo puedo conseguir por esta via ordinaria, lo pretendiese alcanzar por sola oracion.

Verdad es que para determinar dubdas de cosas espirituales se requiere mas tiento; porque para esto son necesarias letras juntamente con caridad y temor de Dios. Porque la ciencia alumbra mucho, y mucho mas la caridad, mayormente en las cosas espirituales, donde juntamente con la teórica se requiere la práctica de las cosas; pues los dones y favores particulares de Dios, y la dulzura de su manná escondido, nadie perfectamente la conosce, sino el que la ha probado. Y por esta causa dice el Salmista (*r*) que la boca del justo tratará cosas de sabiduría, y su lengua hablará juicio. Y asimesmo dice el Eclesiástico (*s*): El ánima del varon sancto atina alguna vez en la verdad sobre siete atalayas que están asentadas en lo alto para descubrir tierra. Lo cual especialmente acaesce en materias espirituales y cosas particulares. Porque las determinaciones de la fe, de los contratos humanos, y decretos y mandamientos eclesiásticos, y cosas tales, hanse de saber de los doctores y maestros desta facultad. Y aun las mesmas cosas espirituales se han de examinar en este mesmo contraste, para ver si concuerdan con las reglas de la Escriptura divina.

Mas para acertar en estas y en otras cualesquier materias perfectamente, trabaje el hombre cuanto le sea posible por buscar siempre hombres (como dicen) de ciencia y consciencia. Porque una de las cosas mas peligrosas que hay en el mundo, y que mas daño tiene hecho en él, son letras sin temor de Dios. Porque donde están las letras sin este correctivo, ahí está la hinchazon y la soberbia; y donde está la soberbia, ahí están las tinieblas, y la ignorancia, y el desamparo de Dios. Y desta suerte han nascido todas las herejías presentes y pasadas, con otros muchos males y lacerias de la vida humana. Por la cual razon dijo el Sabio (*t*) que tuviese el hombre muchos amigos; mas que el consejero fuese uno de mil. Y cuando este hubiere hallado, trate con él todas sus cosas con humildad y confianza; y no ande cada dia buscando nuevos maestros y consejeros, que le podrán muchas veces poner en confusion. Porque esto suelen hacer las personas fáciles é inconstantes, ó las que andan buscando pareceres que concuerden con el suyo, y no descansan hasta hallarlo. Y esto hecho, dicen que se rigen por parescer ajeno, como á la verdad esto sea regirse por el suyo proprio. Por do paresce que no es pequeña cosa saber tomar consejo, y por ventura no menor que saberlo dar.

§. IV.

Cuarto aviso: de la discrecion que se requiere para examinar los buenos deseos.

El cuarto aviso (no muy diferente del pasado) es que por cuanto la oracion devota es una fuente de buenos deseos; porque allí con la consideracion de las perfecciones y beneficios de Dios arde el fuego de la caridad, del cual saltan centellas vivas de sanctos deseos; con todo esto no se debe el hombre fiar enteramente de todos estos deseos, arrojándose inconsideradamente á las cosas que desea, sin hacer primero aquello que dice Sant Joan (*v*): No querais creer á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Porque muchas veces acontesce encubrirse el vicio con velo de virtud, y vestirse el lobo de piel de óveja, y transfigurarse Satanas en ángel de luz (*x*). Y por esto es de saber que así como la naturaleza, que proveyó de apetitos naturales para conservacion de la vida natural, proveyó tambien de razon natural para que los moderase y encaminase (porque de otra manera serían dañosos á la mesma vida): así tambien el Espíritu Sancto, que provee á los justos de deseos espirituales para conservacion de la vida espiritual, los provee tambien de discrecion que los rija, examine y modere; y así moderados los ejecute y ponga por obra. Y por no hacer esto muchas personas espirituales, han venido muchas veces á intentar cosas con que no salieron, en lo cual paresce que se engañaron; porque confiados de que el deseo era bueno, pensaron que ya el campo estaba seguro, y que no habia mas que cerrados los ojos ponerlo por obra. Por tanto de ninguna cosa mas conviene al hombre recatarse á veces, que de buenos deseos y celos, que cuanto mas tienen figura de bien, tanto mas fácilmente pueden engañar so color de bien. Y por esto queria Dios en la ley (*y*) que en todos los sacrificios se pusiese sal; para dar á entender que todos los sacrificios de nuestras obras habian de ir salados y acompañados con discrecion. Por donde el rey de los persas que mandó proveer todas las cosas para el culto del templo de Dios por peso y medida, mandó que la sal se diese sin medida (*z*), por la grande necesidad que para todas las obras tenemos desta sal de discrecion; que así como ella es los ojos del ánima, así no podemos dar paso bien dado sin ella.

§. V.

Quinto aviso: de que juntamente con la oracion se debe ejercitar el hombre en todas las otras virtudes.

El quinto aviso es que aunque sea verdad que la oracion sea una excelente virtud, así porque por ella se alcanza el espíritu de Dios y su gracia, que es la fuente de todo nuestro bien, como porque en ella se ejercitan los actos de otras muchas virtudes (segun que arriba declaramos), mas no por eso debe el hombre dejar de trabajar y emplear todas sus fuerzas en las otras virtudes; así para cumplir con la obligacion que tiene á ellas, como para alcanzar y esforzar los hábitos dellas. Porque aunque el fervor de la caridad y la devocion sean un grande soplo y estímulo para bien obrar, pero en faltando este fervor (que muchas veces falta aun sin pecado), luego levantan cabeza las pasiones naturales, si no están acabadas de domar con el ejercicio continuo de las virtudes, y fácilmente derriban al hombre en cualquier flaqueza ó liviandad. Por donde es necesario que demas del socorro que nos viene por esta parte, nos ayudemos de los mesmos actos y ejercicios de las virtudes; para que con el uso dellas poco á poco vengamos á hacer hábito dellas, y domadas desta manera las pasiones, nos sea mas fácil el ejercicio de la virtud; no solo por el alegría y gusto de la

(*q*) Ioan. 11. (*r*) Psalm. 36. (*s*) Eccl. 37. (*t*) Eccl. 6.

(*v*) 1. Ioan. 4. (*x*) 2. Cor. 11. (*y*) Levit. 2. (*z*) 1. Esdr. 7.

devocion, sino por estar ya vencidas las pasiones con el uso de la virtud.

Y dado caso que en la ejecucion destas obras, mayormente de la virtud de la misericordia, haya muchas veces distraimiento y relajacion de espíritu; mas no por eso debe el hombre desconsolarse, ni pensar que pierde en esta mercadería, ó que aprovechará mas por otro camino (como lo piensan algunos, que no saben en qué consiste la verdadera virtud), lo uno, porque no es maravilla que distraidos en muchos negocios nos turbemos y derramemos algun tanto con la ocupacion de los mesmos negocios, y con la communicacion y trato de los hombres; y lo otro, porque no siempre lo mas sabroso es lo mas provechoso, sino muchas veces al reves; pues vemos que no ménos aprovecha al enfermo el comer con hastío, que al sano con gusto; ni es ménos provechoso al uno la purga desabrida, que al otro el manjar sabroso. Muy engañados viven los que por el gusto juzgan el valor de las obras; y aun muchas veces acaesce que los tales no tienen por fin de lo que hacen hacer la voluntad de Dios, sino la suya; ni amar y buscar á Dios, sino á sí mesmos. Mucho mas querria yo á veces el distraimiento y sequedad de los obedientes, que el recogimiento de algunos devotos; porque communmente suele ser mas seguro lo mas amargo y mas contrario á nuestra voluntad.

Ni aun debe desmayar porque á vueltas destos negocios pios se entremetan algunos defectillos livianos, de que le paresce que carescia cuando andaba fuera dellos, como son algunas palabras ociosas ó desmandadas, etc. Porque asi como no es de maravillar que esté sin herida el que nunca entró en batalla, así tampoco lo es que traiga algun pequeño rascuño el que sale della. Bien entendia nuestro Señor todas estas flaquezas nuestras, y con todo eso quiere que entendamos siempre en hacer buenas obras, y no se maravilla que traiga las plantas mojadas el que anda sobre el agua, y las manos un poco negras el que trata con la pez: quiero decir, que se le pegue un poco de humanidad al que trata con los bombres por el bien de los mesmos hombres; porque esto es hacerse espiritualmente anatema por ellos (*a*). Y así se ha de creer que fácilmente concederá el Señor perdon á estas livianas culpas, y dará su galardon á aquellas buenas obras. De manera que ni estas buenas obras carecerán de premio, ni aquellas pequeñas culpas de misericordioso perdon.

§. VI.

Sexto aviso: que los que se dan mucho á la oracion, no por eso desprecien á los que esto no hacen.

El sexto aviso sea que los que se dan mucho al ejercicio de la oracion, y son en ella muy particularmente visitados y consolados de nuestro Señor, no juzguen ni tengan en poco á los que desto carecen. Porque hay algunas personas (y pluguiese á Dios no fuesen muchas), que por tener algunas lágrimas ó algunas consolaciones espirituales (que á su parecer no tienen los otros) se juzgan por mejores y mas espirituales que ellos, y á veces vienen á despreciarlos como á hombres carnales y sensuales, y que no gustan ni sienten de Dios. Y pareciéndoles que aquella blandura de corazon que ellos tienen es cierta señal de la divina gracia, vienen á asegurarse y aun ensoberbecerse con ella, diciendo aquellas palabras que la madre de Samson decia á su marido para quitarle el temor que tenia de haber visto el ángel (*b*): Si el Señor nos quisiera matar, no recibiera este sacrificio de nuestras manos. Así paresce que dicen estos en su corazon: Si no estuviéramos en gracia con Dios, no nos diera estas consolaciones y sentimientos que nos da.

Los tales debrian considerar que estas consolaciones y sentimientos de Dios no son la mesma virtud, sino instrumentos y ayudas para la virtud. De manera que son para la virtud lo que las espuelas para el que camina, las armas para el que pelea, los libros para el que estudia, y las medicinas para el que se cura. Pues ¿qué aprovechan las espuelas, si el caminante es perezoso? Qué las armas al que pelea, si es cobarde? Qué los libros al que estudia, si nunca los abre? Qué las medicinas al que se cura, si no consigue la salud que desea? Antes todas estas cosas son para mayor cargo al que no usa bien dellas, porque tendrá de que dar mas estrecha cuenta. Porque si solo tener conoscimiento de Dios, y no usar bien dél, es una circunstancia que hace la causa del negligente muy mas grave, como toda la Escriptura clama (*c*), ¿qué hará el gusto y sentimiento de Dios, y las consolaciones del Espíritu Sancto que habian de bastar para hacernos ángeles? Si el que recibió cinco talentos para granjear con ellos, los atara en un trapo (*d*), como el que recibió uno, y los dejara estar ociosos, ¿cuánto mayor castigo recibiera que el que no granjeó con aquel uno solo que habia recebido?

Si un padre de familia cogiese una docena de peones para cavar su viña, y los llevase primero á almorzar á su casa, y despues de muy bien almorzados, en lugar de ir á la viña se fuesen á pasear á la plaza, ¿no harian grande ofensa y burla al que los habia cogido? Pues ¿qué es esta refeccion espiritual que Dios da á los suyos en la oracion, sino un almuerzo con que los quiere prevenir y esforzar para que vayan á cavar y trabajar á su viña? ¿No es este pan de trabajadores? No es este viático y provision de caminantes? Pues si acabando yo de tomar esta refeccion, no curo mas del trabajo, y aun con todo eso pienso que me queda Dios debiendo por lo que dél comí, quedándole yo debiendo el trabajo de la viña, ¿cómo no seré engañador y burlador de su Majestad? Porque si el hombre, ya que se alza á mayores con la hacienda ajena, conociese su hurto y se humillase por él, ménos mal sería; mas que sobre todo esto venga á creer de sí que por aquello es mejor que los otros, siendo mayor ladron que ellos, este es engaño sin comparacion mayor. De donde nasce aun otro mal: que los que á este estado han llegado, vienen á hacerse incorregibles, y despreciar el consejo de los otros; porque no hay quien se atreva á corregir á los que por de fuera dan tan grande muestra de sanctidad, ni ellos sufren ser corregidos por nadie; porque les parece que exceden en virtud á todos los que no sienten lo que ellos sienten. De lo cual todo se infiere muy claro cuán poca razon tengan los hombres para estimarse en algo por esta causa, teniendo mas razon para temer que para presumir por ella.

Y para mayor conoscimiento desto es de notar que estas consolaciones y deleites espirituales pueden proceder de una de tres causas. Porque unas veces, como ya dijimos, proceden del Espíritu Sancto, que por esta vía nos quiere destetar de los pechos del mundo, y esforzarnos para los trabajos de la virtud. Otras veces proceden de la mesma nobleza de los estudios y materias

(*a*) Rom. 9. (*b*) Iudicum 13 (*c*) Iacobi 4. (*d*) Matth. 25

en que tratamos y pensamos; cuales eran los deleites de los filósofos cuando contemplaban la variedad, hermosura y artificio de las obras criadas, y por aquí subian á la contemplacion de Dios y de las substancias separadas. En la cual, como dice Aristóteles (*e*), se hallan muy grandes deleites por la dignidad y nobleza de las tales cosas, aunque sea ménos lo que dellas se alcanza. Y así hay agora algunos que contemplando en las obra de Dios, así de naturaleza como de gracia, ó leyendo las Escripturas sanctas y doctores sanctos, sienten grande gusto y suavidad. Porque las cosas en que piensan y leen, así como son altísimas y nobilísimas, así son dulcísimas y poderosísimas para causar este deleite. Mas si no hay mas que solo deleite (como algunas veces suele acaescer) todo es natural, y no sube de los tejados arriba, ni basta para dar salud. Hay tambien algunas personas (como dice un doctor) que naturalmente tienen un afecto dulce y suave para con el summo bien, que es Dios. Mas estos (dice él) no se engañen creyendo que tanto tienen de caridad, cuanto de dulzura y suavidad; porque tanto tiene cada uno desta virtud, cuanto trabaja y se niega por amor de Dios. Porque, como dice Sant Gregorio (*f*), el amor de Dios no está ocioso, ántes obra grandes cosas, si es verdadero amor; mas si deja de obrar, no es amor.

Otras veces tambien acaesce venir estos deleites por obra del espíritu malo, el cual por esta vía quiere engañar y ensoberbecer los hombres, haciéndoles creer que son algo, ó asegurarlos en algunos errores ó falsedades, como lo hace con los herejes; á los cuales da grande suavidad en la licion de las Escripturas sagradas, para tenerlos con estas prendas mas presos y seguros en sus engaños. Y lo mesmo hace con algunos cristianos, para hacerlos (como dije) mas soberbios, y ménos subjetos al consejo de otros, para que así vengan del todo á ser incorregibles.

Pues siendo esto así, bien se ve que de do quiera que procedan estas consolaciones, no tiene el hombre razon para tenerse en algo por solas ellas. Porque si vienen por parte del Espíritu Sancto, no tiene por qué presumir, sino por qué temer la cuenta que dellas se le ha de pedir, como ya está dicho. Mas si proceden de la naturaleza sola de las cosas, y son puramente naturales (cuales eran las de los filósofos), no tiene por qué hacer caso de lo que no es mérito ni demérito, sino sola naturaleza. Pero si por caso fuesen procuradas por el demonio, aquí hay mucho mas por qué temer; como quien anda en los cuernos de un toro, ó como sería razon que temiese el ave cuando está dentro del cebadero del cazador, donde ve el cebo, y no el lazo que le está armado. De manera que en lo uno no hay de qué presumir, y en lo otro hay mucho por qué temer.

Mas ya que nos constase que todas estas consolaciones eran de Dios, debriamos considerar que no nos hace él estos favores y gracias para ensoberbecernos y despreciar á los prójimos, sino para hacernos mas agradescidos para con él, y mas humildes para con los otros. Porque de otra manera no recibe los dones de Dios para su provecho, sino para su juicio, el que dellos toma ocasion para desestimar á su prójimo.

Demas desto hase de presuponer que la Iglesia cristiana es un perfectísimo cuerpo donde hay diversos miembros, cada uno diferente en su figura y oficio (*g*); mas todos ellos necesarios para el servicio y ornamento del cuerpo. Y lo mesmo es necesario que haya en el cuerpo místico de la Iglesia, para cuyo servicio y hermosura toda esta variedad de miembros (que son diversos estados y oficios) es necesaria. Es otrosí aquella vestidura de Josef, que era de diversos colores (*h*), para significar la variedad de los espíritus y ministros que en ella hay; los cuales todos, caminan para el cielo, cada cual por su proprio camino. Por donde así como dende la circunferencia de un círculo hay mil caminos para ir al centro, que está en medio della, así tambien los hay para ir al cielo, que es el centro de nuestra felicidad. De donde nasce que unos van á este centro por el camino de la oracion y contemplacion, otros por el de la predicacion, otros de la penitencia, otros de la paciencia de las adversidades, otros de la abstinencia, otros de la pobreza, otros de la humildad, otros por el de la religion y observancia regular, y otros por el de las obras de misericordia; y otros por otros semejantes, los cuales todos van á parar al mesmo puesto. Y siendo esto así, ¿por qué pensarás tú que tu camino es mejor y mas acertado que el de los otros? ¿Quién te dió á tí esa seguridad? Si solo Dios es el que pesa los espíritus, y el que escudriña los corazones (*i*), ¿quién te dió á tí licencia para tomar ese peso en la mano, y asentarte en esa silla, é inclinar hácia tí esa balanza? No tiene aquel la oracion que tú. Podrá ser que sea así; aunque no eres tú el juez deso; mas quizá tendrá mas humildad que tú, ó mas paciencia, ó mas obediencia, ó mas caridad, ó mas misericordia; y que así te haga él ventaja en otras virtudes de mas importancia. No tiene tantas lágrimas como tú, ni gusta de lo que gustas tú. ¿Y qué sabes tú cuyas sean esas lágrimas y ese gusto? Porque aunque regularmente hablando sean de Dios, pero tambien puede ser que sean de otro espíritu peregrino; y puede ser que sean mas de naturaleza que de gracia: quiero decir, mas de la ternura y complexion de tu corazon, que del espíritu de Dios. Y ya que fuesen deste espíritu, no es esa la summa de la perfeccion, sino instrumento para la perfeccion; no es esa la victoria de la batalla, sino armas para alcanzarla; no consiste en eso la salud, aunque sea eso medio para alcanzar la salud. Porque no está el bien del hombre en los instrumentos y aparejos que tiene para el bien, sino en el uso del bien. Cosa para reir sería decir que el mayor comedor es el mejor cavador; porque aunque el que come bien trabaje bien, muchas veces se halla lo uno sin lo otro. Así tambien la oracion y el gusto de Dios se ordena á trabajar por amor de Dios; mas algunos hay que no usan bien desta gracia, y que del agua que se habian de servir para regar las plantas de las virtudes, se sirven para su proprio regalo. Quiero decir, que el agua y consolacion que reciben para trabajar por amor de Dios, la convierten en su descanso proprio, y en el amor de sí mesmos.

Y aunque generalmente á nadie debemos juzgar, pero mucho ménos á las personas que viven en religion, y han hecho profesion de virtud; porque del menosprecio destos se vienen á engendrar en el ánima

(*e*) In lib. 10. Ethicorum c. 7. et in lib. Topicorum, et in lib. 12. Metap. (*f*) Hom. 30. super Evangel.

(*g*) Rom. 12. 1. Cor. 12. (*h*) Genes. 37. (*i*) Hier. 17 Prov. 16.

unos gusanos muy prejudiciales, que no solo roen las personas, sino tambien los estados: que es principio y puerta para grandes males. Ni debemos echar sus faltas en la plaza cuando las hubiese, acordándonos de la maldicion que echó Noé á uno de sus hijos porque no cubrió la desnudez de su padre (*k*), ántes debemos imitar el comedimiento y reverencia de los otros dos sanctos hijos, que tan discretamente le cubrieron y honraron. Cuyo espíritu parescia que tenia aquel grande emperador Constantino, de quien se escribe que solia decir: Si viese algun sacerdote ó ministro de la Iglesia caer en algun pecado, yo le cubriria con mi manto, porque de nadie fuese conoscido. Este es proprio oficio del espíritu de Cristo; mas desdeñar y mofar de tales cosas, es proprio del Anticristo, al cual imitan todos los que son miembros suyos.

Ni por la culpa de uno, ó de pocos, se han luego de condenar todos; porque esto sería grande ignorancia, como lo sería si por dos ó tres mujeres, que pareciendo buenas fuesen adúlteras, quisiese uno por esto juzgar por tales á todas las casadas. De los que están ya fuera del cuerpo, es estar siempre ó levantados ó caidos; mas de los que viven en carne mortal, es el caer y levantar. Y si en el mesmo cielo, y en el paraíso, y en la escuela de Cristo, y en el colegio de los siete primeros diáconos de la Iglesia, escogidos por el de los apóstoles, hubo quien cayese, y quien desobedesciese, y quien vendiese á su Señor, y quien apostatase de la fe (*l*), ¿qué mucho es haber esto mesmo en todos los otros estados? Mas la culpa de los que destos lugares tan altos cayeron no deshace, sino ántes acrescienta la dignidad de los que en ellos perseveraron.

§. VII.

Séptimo aviso: que se ha de evitar toda manera de singularidad.

El séptimo aviso sea que el varon devoto procure serlo sin que nadie se lo entienda, en cuanto esto sea posible; y así tambien procure evitar todo género de singularidad, así en el vestido, como en todo su trato y manera de conversar con los hombres, en cuanto esto se pudiere hacer sin ofensa de Dios; como lo aconsejaba Séneca á un su amigo, diciendo: El rostro y la figura exterior sea comun con los otros hombres, mas lo interior todo sea diferente. A este aviso pertenesce que el lugar de la oracion sea aquel que dice el Salvador (*m*): Tú, cuando orares, entra en tu retraimiento, y cerrada la puerta haz oracion á tu Padre, que está en los cielos; y ese Padre que te ve en escondido, te dará su galardon. Digo esto, porque aunque á muchos esté muy bien tener su oracion en las iglesias, y ayudarse de la presencia del Sanctísimo Sacramento (que es una muy grande ayuda), como lo pueden hacer todos los religiosos y religiosas que moran en la casa de Dios, y otras personas cualificadas y seguras; mas otras hay á quien será mas conveniente el lugar secreto que el público, para haber de orar; así por el peligro de la vanagloria, como por la obligacion que pueden tener de residir en su casa. Y especialmente en mujeres de poca edad comunmente es muy saludable y seguro puerto el lugar mas secreto y apartado de los ojos del mundo. Hagan las personas devotas de sus rincones oratorios, y allí adoren á Dios en espíritu y en verdad (*n*). Porque pues el profeta Jonas hizo oracion en el vientre de la ballena (*o*), y Sant Joan Baptista en las entrañas de su madre (*p*), no habrá lugar que no sea conveniente para vacar á Dios en él. Así muestra el sancto Profeta que lo hacia, cuando dice (*q*): Estando en los desiertos, y en tierra yerma, seca y descaminada, me presenté, Señor, delante de tí, como si estuviese en tu sanctuario, para contemplar tu virtud y tu gloria.

Los vicios que, segun la doctrina de Salomon y del apóstol Sant Pablo (*r*), mas deben emendar las mujeres, son curiosidad y ociosidad, mucho hablar y mucho andar. Porque por no hacerlo así viene á infamarse y desacreditarse el camino de Dios, y el estudio de la devocion. Y sola esta razon bastaba para que los que de verdad desean la gloria de Dios, mirasen mucho por sí, y no diesen motivo á nadie de calumniar la virtud; pues tantas veces el Apóstol nos aconseja que ninguna cosa hagamos por donde pierda punto de reputacion el nombre y la doctrina de Cristo. Mas con todo eso no tome de aquí nadie ocasion para defender á las doncellas la salida á misa los dias de obligacion. Porque una cosa es quitar lo superfluo, y otra cortar por lo necesario. Esto nos manda la Iglesia, mas lo otro nos defienden los sanctos; como muchas veces lo hace Sant Hierónimo en sus epístolas, encomendando cuanto es posible el recogimiento á las doncellas.

Y por estas mesmas razones deben tambien tener mucha discrecion esas mesmas personas en la frecuencia de los sacramentos; porque aunque esto se hacia cada dia en la primitiva Iglesia, mas entónces no era nota de singularidad hacer lo que todos hacian; como no lo es vestirse un religioso de blanco en la órden donde todos visten deste color. Y demas desto, no deben las personas espirituales poner toda la fuerza de su aprovechamiento en cosas que no están en su mano, y que por muchas vias se les pueden impedir. Porque notoria cosa es que por mil vias se nos puede impedir la frecuencia de los sacramentos, ó por falta de ministros, ó de otros aparejos que para esto se requieren. Y si en esto solamente fundamos todo nuestro aprovechamiento, faltando el fundamento, luego es caido el edificio. Y por esto debe el hombre aprovecharse de otros muchos medios que hay para sustentarse en la virtud, que no penden de nadie, y que se pueden ejercitar de las puertas adentro, y juntar con estos la frecuencia de los sacramentos á sus tiempos ordenados: unos cada mes, otros cada quince dias, otros cada semana, como Sant Augustin aconseja (*s*), y otros mas tarde ó mas á menudo, segun las fiestas, y la hambre deste Sanctísimo Sacramento, y segun la edad, y devocion, y estado de cada uno; y segun el juicio del prudente confesor, y segun lo que el hombre pudiere conjeturar de su proprio aprovechamiento.

He dicho esto porque por experiencia he visto personas que cuasi todo su caudal ponian en esta frecuencia de los sacramentos, lo cual cuando por algunas causas de las que se ofrescen cada dia en la vida humana, se les impidió, luego aflojaron en su aprovechamiento; así como el árbol acostumbrado á regarse cada semana, que

(*k*) Genes. 9. (*l*) Isai 14. Gen. 3. Matth. 26. Actuum 6. Apoc. 2. (*m*) Matth. 6.

(*n*) Ioan. 4. (*o*) Ionæ 2. (*p*) Luc. 1. (*q*) Psalm. 62.
(*r*) Prov. 7. et 30. 1. Tim. 5. et 2. 3. (*s*) In appendice tom. 3. c. 55.

en dejándole de regar, luego se seca. Este aviso principalmente se da á mujeres de sospechosa edad. Aunque así en este como en todos los otros, no hay regla tan general que no tenga su particular excepcion.

§. VIII.

Octavo aviso: que se debe huir la demasiada conversacion de hombres y mujeres.

El octavo aviso sea huir con todo estudio la demasiada conversacion de hombres y mujeres, aunque sea espiritual; porque, como dice muy bien Sancto Tomas (*t*), muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en cárnal, por la semejanza que hay de uno á otro. Y digo señaladamente la demasiada, porque la templada y bien ordenada no se debe culpar. Esta es una de las cosas que mas encarecidamente hallamos encomendada en las escripturas de todos los sanctos. Sant Augustin dice (*v*): Sin ninguna dubda digo, que el que no quisiere evitar la familiar conversacion de las mujeres, presto vendrá á caer. Y en otra parte dice: Grande enemigo tiene la castidad, al cual no solo conviene resistir, sino tambien huir á rienda suelta. Y no ménos se deben huir las personas que parescen religiosas y virtuosas, que las demas. Porque cuanto son mas virtuosas, tanto mas aficionan los corazones, y debajo de color de piedad, puede estar la liria del pecado escondido. Cree á un hombre experimentado, porque como tal te certifico esto delante de Dios: que ví á los cedros altos del monte Libano, y á las guias de la grey de Dios haber caido por esta ocasion; de cuya caida no tenia mas sospecha que de la de Ambrosio ó de Hierónimo. Y mas abajo añade el mesmo Sancto, diciendo: ¡Cuántos clérigos y legos, despues de haber gloriosamente confesado la fe y triunfado de los tirannos, y despues de haber obrado otras grandezas y maravillas, vinieron á padescer naufragio, por haber querido navegar en una mesma nao con personas sospechosas! Y Sant Hierónimo otrosí dice (*x*): Todas las doncellas y vírgines de Cristo, ó igualmente las ama, ó igualmente las olvida. Y no confies en la castidad pasada; porque ni puedes ser mas sancto que David, ni mas sabio que Salomon (*y*). Acuérdate que mujer fué la que echó fuera de su posesion al primer morador del Paraíso (*z*). Y Sant Isidoro dice: Puesto par de la serpiente no estarás mucho tiempo seguro, y asentado par del fuego, aunque seas de hierro, te derritirás. Pero Sant Bernardo, sobre todos, aprieta mas este negocio, diciendo (*a*): Por mayor maravilla tengo morar en compañía de una mujer y no caer, que resuscitar un muerto. Pues si no creyere de tí lo ménos, ¿cómo creeré lo que es mas? Esto dice Sant Bernardo, ó por via de encarescimiento, ó porque ello es así. Como quiera que sea, mucho se debe temer lo que este Sancto tanto encaresce.

Pues por estas voces y consejos de sanctos, el siervo de Dios, que trae un tan gran tesoro en un vaso de barro, debe andar siempre la barba sobre el hombro, atalayándose por todas partes, temiendo en medio de la seguridad; porque este temor es la cosa que mas le puede asegurar. Y es mucho de notar lo que dice Sant Hierónimo, que no nos confiemos en la castidad pasada; porque ninguna cosa hay tan vecina del peligro como la demasiada confianza. Por esto se lee de uno de aquellos famosos compañeros de Sant Francisco, que se decia Fray Rogerio, que teniendo un altísimo don de castidad, así se recataba y recelaba de todas las ocasiones y peligros del mal, como si fuera uno de los mas flacos hombres del mundo. Y preguntándole su confesor por qué hacia esto, teniendo un ánima tan pura como él sabía, respondió que aquella pureza le daba Dios por el gran cuidado que él tenia de guardarse; y que si él en esta parte se descuidase de sí, quizá Dios tambien se descuidaria dél. Pues este ejemplo deben seguir todos los verdaderos amadores desta virtud, si quieren librarse de muchos lazos y peligros que en este caso se pueden ofrescer.

Y no solo deben excusar todo género de familiaridad y conversacion demasiada, mas tambien todas las ocasiones y negocios que puedan disponer para eso. Porque quien quiere cortar el fin, tambien ha de cortar todos los medios que disponen para él. Y aunque tengan las cosas color de bien, todavía ha de pensar el hombre que no duerme nuestro adversario, y que entónces tiene mas aparejo para dar veneno, cuando tiene mas miel con que mezclarlo.

Y por esta causa nunca sería de parescer que mujeres diesen obediencias muy estrechas á padres espirituales, fuera de las que están aprobadas por la Iglesia; porque aunque esto pueda caer en personas de toda seguridad, pero generalmente no se debe esto aconsejar á nadie; porque muchas veces se puede esconder la culebra debajo de la yerba verde, y muchas veces amistades que se comienzan con espíritu, procediendo el tiempo, se mudan en otro metal.

§. IX.

Nono aviso: que cada uno trabaje primero por cumplir las obligaciones de su estado.

El nono y mas principal aviso sea que el varon devoto tenga por el principal fundamento de su vida cumplir primero con las obligaciones de su estado, y despues desto tome todo el tiempo que quisiere para vacar á Dios. Para lo cual es de saber que no es otra cosa oracion (propriamente hablando) sino una peticion en que pedimos á Dios gracia para cumplir sus mandamientos, y hacer su sancta voluntad, como personas que conocemos la inhabilidad que de nuestra parte tenemos para cumplirla. Esto significó el Salmista, cuando dijo (*b*): Abrí mi boca, y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos; como si dijera: Porque deseaba guardar tus mandamientos, y esto no podia hacer sin el favor de tu gracia y de tu espíritu, el cual tú das á los que humilmente lo piden, por eso abrí mi boca en la oracion y pedíte la gracia deste espíritu, para poder con ella guardar los mandamientos que yo deseaba. Pues siendo esto así, claro está que la guarda de los mandamientos divinos ha de ser el primero de nuestros cuidados, y la oracion con todo lo demas se ha de ordenar á este fin. Pues en esta primera obligacion entran todas las que cada uno tiene en su estado: como son las que el casado tiene en el suyo, y el religioso, y el obispo, y el juez, y el señor de vasallos, y finalmente cada uno de todos los demas en el suyo. Porque así como estos estados son ordenados por Dios (*c*), así tambien lo son las leyes y obligaciones dellos; y por eso el que quebranta esta ley, resiste á la ordenacion de

(*t*) In opusculo 64. in cap. de periculo familiaritatis dominarum vel mulierum. (*v*) Ser. 250. de tempore, cap. 1. tom. 10.

(*x*) Tom. 1. Epist. ad Nepot. de Vita cler. ante med.

(*y*) 2. Reg. 11. 3. Reg. 11. (*z*) Gen. 3. (*a*) Serm. 60. supr. Cant. in med.

(*b*) Psalm. 118. (*c*) Rom. 13.

Dios. Por donde aquel vaso de eleccion y sagrario del Espíritu Sancto, tantas veces al cabo cuasi de todas sus epistolas gasta tanto tiempo en declarar y encomendar las obligaciones destos estados (*d*) : conviene saber, la del padre para con su hijo, y del hijo para con su padre; del marido para con su mujer, y de la mujer para con su marido; del siervo para con su señor, y del señor para con su siervo, y así todos los demas.

Pues si estas son tambien leyes y obligaciones de Dios, ¿qué mayor desórden, que por vacar á la oracion (con que pedimos socorro para guardar la ley de Dios) dejar de cumplir esa mesma ley? Eso es dejar el fin por los medios, el puerto por la navegacion, y la salud por la medicina, con la cual se habia de alcanzar esa mesma salud. Esto es dar á entender claro que el hombre en la oracion mas buscaba á sí que á Dios; pues deja á Dios por amor de sí : esto es, deja lo que Dios le manda, para hacer lo que á él paresce. Finalmente, esto es del todo no entender qué cosa es oracion, ni para lo que es; pues por ella se deja lo que por ella se busca. Muy bien dijo un compañero de Sant Francisco á otro religioso que se quejaba de la obediencia y trataba de desampararla porque le impedia la oracion : Hermano (dijo él), tú que estos pensamientos tienes, aun no sabes qué cosa es oracion. Por cierto en pocas palabras le dijo mucho; porque si todo el negocio de la oracion es cobrar espíritu y fuerzas para guardar los mandamientos de Dios, ¿qué desatino es dejar el cumplimiento desos mandamientos por acudir á la oracion? Entienda pues el varon devoto que así como el herrero toma por medio calentar y ablandar el hierro para labrarle, así se toma por medio la oracion para ablandar el corazon, y hacerlo obediente á la ley de Dios. Y este es el principal fin á que se ha de enderezar la verdadera y perfecta oracion.

Ilustrísimos ejemplos y argumentos hay en la Escriptura divina para esto; mas ninguno he hallado mas ilustre que aquel divino salmo: *Beati immaculati in via* (*e*), El cual siendo tan grande, que la Iglesia lo repartió en once salmos para todas las horas de la mañana, porque en él hay ciento y sesenta versos; apénas tiene uno donde no haga mencion de la ley, ó mandamientos, ó caminos de Dios, ó justificaciones, ó palabras (que es lo mesmo), unas veces pidiendo lumbre para entender su ley, otras favor y gracia para cumplirla, otras declarando los grandes fructos que se siguen de la guarda della, y los grandes males de lo contrario; otras declarando el Profeta, cómo todo su tesoro, todo su amor, y todos sus deleites y pensamientos estaban en ella. De manera que todo el salmo y todas las palabras y consideraciones dél van enderezadas á este fin : para que por aquí entienda el siervo de Dios que no ha de tener en este mundo otro fin, ni otro mayorazgo, ni otra heredad, ni otra gloria, ni otro tesoro, sino sola la guarda de la ley de Dios, y que á esta sola ha de enderezar todos los pasos y puntos de su vida, y mucho mas todas las consideraciones y ejercicios de su oracion. Y si este ha de ser todo nuestro intento, ¿qué cosa mas contraria á esto que dejar por la oracion el mesmo fin de la oracion? No lo hacia así Sant Bernardo, que tan de buena gana dejaba, no solo la oracion, mas aun la altísima contemplacion, por cumplir con la obligacion de enseñar á aquellos que estaban á su cargo; como él lo significa en un sermon por estas palabras : Deciros he, hermanos, lo que por mí pasa. Si alguna vez entiendo que algunos de vosotros aprovechais con mis palabras y doctrina, entónces yo os confieso que nunca me pesó de haber dejado el ocio de la contemplacion por el oficio de la predicacion, ántes de muy buena gana me aparto de los brazos de Raquel para entender en lo que toca á vuestro provecho. Porque la caridad, que no busca á sí mesma, me ha enseñado que ninguna cosa de cuantas yo deseo debo tener en mas que lo que á vosotros conviene. De manera que orar, leer, escribir, y meditar, y cualesquier otras ganancias destos espirituales ejercicios tengo por perdidas cuando por ellos se impide vuestro aprovechamiento. Y en otro sermon dice así : Avísote, hermano que deseas darte á la contemplacion, que no pienses por eso perjudicar á las obligaciones de la sancta obediencia, y á los mandamientos y ordenaciones de los mayores. Porque desa manera no aprobará Dios tu vana contemplacion, y aunque le llames no vendrá llamado; ni dará oídos al desobediente un tan grande amador de obediencia, que quiso ántes morir que dejar de obedescer.

Y así como á este blanco habemos de enderezar nuestra oracion, así tambien con él habemos de examinar el fructo de la oracion. Porque cierto es que el fructo de la oracion ha de ser esta guarda de la ley de Dios; como claramente lo significó el Profeta, cuando despues de haber dicho del varon justo que meditará en la ley del Señor noche y dia, añade luego diciendo (*f*) : El que esto hiciere, será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará fructo en su tiempo; el cual fructo no es otro que la guarda de los mandamientos de Dios. De suerte que de la meditacion continua de la ley, nascerá la guarda desa mesma ley. Mira pues, hermano mio, tú que tienes por oficio meditar esta sancta ley, si cada vez que se ofresce tiempo de cumplir algo de lo que manda, estás prompto para eso; y por ahí conoscerás si fructuosamente piensas y meditas en esa ley. Mire el juez en su oficio, y el señor de vasallos en el suyo, y el obispo en el suyo, y el religioso, y el casado, y el siervo, y el señor, y el hijo, y el padre, y cada uno en su estado, cuando se ofresce ocasion de poner las manos en algo, y cumplir con las obligaciones de su estado, cómo sale á eso; y si viere que tarde, y mal, y por mal cabo, piense que no usa bien dese ejercicio, y que no le ha sido del todo provechosa la medicina, pues no consiguió el fin que por ella pretendia. Porque si por ahí pretende alcanzar espíritu y fervor para cumplir la ley de Dios; quien tan pesadamente la cumple, ó del todo no la cumple, ¿cómo se puede decir que alcanzó espíritu ó devocion, pues no es otra cosa devocion, sino promptitud de ánimo para hacer lo que manda Dios?

Pues deste engaño está lleno hoy muy gran parte del mundo, donde vemos muchas personas que por no pasar un poco de trabajo, dejan de cumplir con las obligaciones de sus oficios y estados, con escándalo de muchos, y con agravio y escándalo de los suyos. Puesto caso que en esta cuenta no entran los verdaderos devotos, que toman este negocio por solo Dios, sino los que lo toman por su gusto, ó por su honor, ó por un poco de entretenimiento y ocupacion del tiempo, ó por su autoridad y reputacion, ó por otros intentos semejantes, los cuales vienen á descubrir el hilo, y parescer lo que son, al tiempo que corre esta obligacion. Y estos

(*d*) Ephes. 5. Colos. 3. (*e*) Psalm. 118.

(*f*) Psalm 1.

son por cuya causa es infamada la virtud, y los ejercicios de la oracion; juzgando los hombres de las cosas, no por las cosas, sino por las personas; y no por el buen uso, sino por el abuso dellas.

Muy bien entendió y previno esto el Apóstol, cuando escribiendo á Tito en una carta que insistiese en que todas las personas cumpliesen con las obligaciones de sus estados, llegando á las recien casadas, dice (*g*): A las mozas casadas débes amonestar quieran bien á sus maridos, y amen á sus hijos; que sean discretas, castas, templadas, y que tengan cuidado de su casa y familia, y que sean benignas y subjectas á sus maridos, porque no sea blasfemada la doctrina de Dios si hicieren lo contrario. Mira pues cuán abiertamente el Apóstol avisa aquí de lo uno y de lo otro, y de lo que se debe hacer (que es tener cargo de la casa y familia), y de lo que se debe temer, que es escandalizar á su prójimo, é infamar el camino de Dios, cuando esto no se hace debidamente.

Mas porque esta materia es muy necesaria, para mayor declaracion della añadiré la doctrina del aviso siguiente, donde mas distinctamente se trata del fin que se ha de tener en estos sanctos ejercicios, y de los engaños que acerca desto puede haber.

§. X.

Décimo aviso: del fin que se ha de tener en estos ejercicios.

El décimo aviso es acerca del fin que se debe tener en estos ejercicios. Porque como el fin sea principal circunstancia de las obras morales, y la raiz y fundamento de todo lo demas, si este va errado, todo va errado, y si fuere acertado, todo lo demas tambien lo irá.

Pues para esto es de notar que una principalísima parte de la vida cristiana es la mortificacion de nuestros apetitos y proprias voluntades. Porque el fin desta vida es la caridad, y desta caridad nasce una general obediencia de todos los mandamientos divinos, y una perfectísima conformidad con la divina voluntad; como claramente se colige de las palabras del Salvador, el cual en una parte dice (*h*): Si alguno me amare, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendrémos, y en él harémos nuestra morada. Y en otra parte dice (*i*): El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama. Por donde paresce que todo viene á ser casi una mesma cosa, perfecto amor y perfecta obediencia, porque ni el que ama puede dejar de guardar lo que le manda el amado, ni guardarlo sin que le ame.

Mas para esta manera de obediencia se requiere ante todas cosas la mortificacion y negamiento de nuestra propria voluntad; porque así como no se puede enjerir un arbol, si no se corta primero la rama que se ha de enjerir; así no puede enjerirse en nuestros corazones la voluntad divina si no se corta primero la humana en lo que contradice una á otra, lo cual pertenesce al oficio de la mortificacion, y al uso de las virtudes morales, que principalmente se emplean en esto. Porque la mayor parte dellas tiene por oficio mortificar alguna destas pasiones para que dé lugar al uso de las virtudes, en el cual consiste la guarda de la ley de Dios.

Por do paresce que el fin de todo este negocio es amor, y obediencia, y mortificacion de todas nuestras malas inclinaciones; como en pocas palabras lo significó el Eclesiástico diciendo (*k*): Hijos de la sabiduria son todos los justos, y la generacion dellos es obediencia y amor. En lo cual se da á entender que los principales fructos de la justicia son estos dos. Porque el hijo primogénito es el amor de Dios, y deste nasce la obediencia de su divina voluntad, y para cumplir este es menester negar la nuestra: que es el oficio proprio de la mortificacion. Y por esta causa hacen tanto caso todos los sanctos de la mortificacion, porque ella es la primera puerta y llave de todo. Esta es aquella cruz que el Salvador tanto nos encomienda en el sancto Evangelio (*l*), en la cual habemos de crucificar todos nuestros apetitos, como lo hicieron y hacen todos aquellos de quien el Apóstol dice (*m*): Los que son de Cristo, crucificaron con él su carne con todos sus vicios y cobdicias.

Pues como esta cruz sea una cosa tan pesada y tan desabrida para nuestra carne, y ni las cosas pesadas se pueden llevar sin fuerzas, ni las desabridas sin algun sabor, para esto principalmente sirve la oracion, en quien está lo uno y lo otro. Porque por la oracion se alcanzan fuerzas para pelear contra Amalec, nuestro adversario (*n*), y por ella se impetra la divina gracia, la cual sola puede todas las cosas, y en ella se ejercita y enciende la caridad, que es la madre de todas las virtudes, y por ella se abren cada dia mas los ojos al conoscimiento de Dios, y en ella finalmente se communica el alegría del Espíritu Sancto, con la cual se hace dulcísimo y suavísimo el camino de Dios, segun que lo significó el Profeta cuando dijo (*o*): Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazon.

Pues esta es la causa por que es tan encomendada y alabada la oracion de todos los sanctos, no tanto por lo que ella es en sí, aunque ella es tambien acto de religion, que es la mas excelente de las virtudes morales, sino principalmente por el favor y ayuda grande que nos da para conseguir este fin. De manera que no es tanto alabada como fin, cuanto como medio principalísimo para el fin; y no tanto como la salud, cuanto como una medicina eficacísima para alcanzar la salud. Por do paresce que si fuese posible darse uno mucho á la oracion, y con todo esto no fuese mas virtuoso, ni mas mortificado, sería como un enfermo que siempre usase de medicinas, y no tuviese mas mejoría; en lo cual sería dos veces miserable, lo uno por el trabajo de la enfermedad, y lo otro por el de la medicina.

Este es un principio muy universal y muy verdadero, por el cual podrá cada uno entender muchas maneras de engaños que en esta parte suelen acaescer. Porque hay algunas personas que como hallan en la oracion suavidad, y en la mortificacion dificultad, dejan lo agrio por lo dulce, y lo dificultoso por lo fácil; y así todo su negocio es darse á la oracion, sin hacer caso de la mortificacion. Porque el corazon humano es en gran manera goloso y amigo de deleites, tanto que por esta ocasion algunos filósofos dijeron que el deleite era el último fin y centro de su felicidad (*p*), y todos generalmente dijeron que era el cebo de todos los males; porque mediante la golosina del deleite se deja prender de todos ellos. Y es tan poderosa esta inclinacion en el hombre, que así como el agua naturalmente corre para bajo, y si la que-

(*g*) Ad Titum. 2. (*h*) Ioan. 14. (*i*) Eod. cap.

(*k*) Eccl. 3. (*l*) Matth. 10. et 16. Luc. 9. et 14. Marci 8. Ioan. 12. (*m*) Gal. 5. (*n*) Exod. 17. (*o*) Psalm. 118. (*p*) Lib. 10. Ethicor. cap. 1.

reis por fuerza represar y detener, ella siempre busca algun portillo por do salir; así nuestro corazon está siempre tan inclinado á todo género de deleites, que si le poneis silencio y entredicho en unos, él busca luego salida para otros y otros; porque no descansa fuera dellos. Conforme á lo cual dice muy bien un doctor (q), que la naturaleza es sutil, y que en todas las cosas busca á sí mesma, aun en los muy altos y divinos ejercicios. Y llámala con razon sutil; porque muy de callada y casi sin sentirlo se cuela por do quiera, y se entremete donde no la llaman, para ver si hay allí algo de su gusto ó de su provecho que pueda prender, ó en que se pueda entregar.

I. De aquí pues nasce la mayor parte de los engaños que hay en este camino. Porque primeramente de aquí nasce la corrupcion de la intencion en las buenas obras que hacemos; donde el fin principal habia de ser Dios, contra lo cual reclama este apetito sensual, que siempre busca algo de carne en que se pueda cebar. Y esto es lo que principalmente corrompe nuestras obras, y hace que no sea todo agua limpia lo que se hace de bien. Y así acontesce á muchos vivir muy engañados, creyendo que tienen muchas buenas obras hechas en servicio de Dios, las cuales cuando vengan á ser examinadas en el contraste de su juicio, se verá claro que no era todo oro puro lo que tenian, sino lleno de mucha liga del proprio amor.

II. De aquí nasce tambien que muchos en los ejercicios de sus oraciones, liciones y communiones, no pretenden otra cosa mas que algun deleite ó alegría espiritual, y en solo esto ponen la summa de todos sus deseos, paresciéndoles que por ser el deleite espiritual, está ya todo canonizado y seguro, y que no puede haber peligro donde el deleite no es de carne; y no miran que tambien puede tener aquí su lugar (como dice un doctor), el amor proprio, y la gula espiritual, y la avaricia, y otros semejantes apetitos; y por ventura tanto mas, cuanto son mayores estos deleites, y mas para desear. A lo ménos es cierto que muchas veces la raiz de todo esto suele ser amor proprio, el cual siempre tiene ojo á su interese, ora sea en esta materia, ora en aquella; sino que en aquella hay mayor culpa y menor engaño, porque el deleite es mas torpe; mas en esta, si no hay culpa en el deseo, puede haber engaño en la opinion, cuando el hombre por esta causa se tiene en mas de lo que es.

Y si por ventura me dijeres que no son muchos los que en esta materia se engañan; porque ninguno habrá tan ciego que solo esto pretenda en el ejercicio de sus oraciones y estudios, á eso te respondo que ántes creo que son muy muchos los que en esta parte viven engañados; porque por experiencia vemos que muchas destas personas son muy continuas en estos estudios y ejercicios, á las cuales si se ofresce una obra de caridad, ó de obediencia, ó de algun trabajo corporal, luego vuelven las espaldas, y procuran echarlo á puertas ajenas, lo cual es manifiesta señal de que no buscaban puramente el beneplácito y contentamiento de Dios; pues ofresciéndoseles materia de mayor servicio y contentamiento suyo, dejan de acudir á esto por acudir á lo que es mas á su gusto; como si no fuese agradable á Dios sino lo que es agradable al hombre, siendo por la mayor parte lo contrario, que lo que ménos agrada al hombre, eso agrada mas á Dios.

Los que desta manera sirven y aman á Dios, aun no del todo han recebido espíritu de hijos, sino de siervos (r), y así mas se pueden llamar mercenarios que hijos, pues su principal intento es el interese. Por cierto, Señor, mal conosce tu bondad el que desta manera te ama; y no ha conocido lo que tú vales, y lo que eres el que en este partido busca otra cosa fuera de tí. A lo ménos es cierto que el que desta manera te ama, no te ama con amor puro y casto, cual es el de la esposa al esposo, sino con amor doblado y mercenario, cual es el de las mujeres no casadas, que mas respecto tienen al interese, ó al deleite, que á la persona que aman. Pues ¿qué cosa puede ser ménos conveniente que amar á Dios con tal amor?

De aquí tambien nasce otro engaño muy principal, que es (como ya dijimos), hacer mucho caso de los ejercicios de la oracion, y ninguno de la mortificacion. Porque como en lo uno haya deleites, y en lo otro desabrimiento, el corazon humano, amigo de lo uno y enemigo de lo otro, abraza lo que le deleita, y desecha lo que le atormenta. Y de aquí nasce que veréis á muchos acudir con todo cuidado á los sermones y misas, y rezar muy largas coronas de Pater noster y Ave Marías, y confesar y comulgar muchas veces, y holgarse de hablar y oir hablar de Dios, y de conversar con personas espirituales y virtuosas, y con todo eso están muy enteros en su ira, y en su cobdicia, y en sus pundonores, y en hacer su propria voluntad, y en no perder un puncto de su derecho, ni querer dar á torcer su brazo, ni dejarse hollar de nadie. Huelgan de comer, y beber, y vestir, y tratarse muy bien, y con todo esto quieren gustar y regalarse con Dios. De donde nasce que si alguna vez en la oracion no hallan aquel gusto y dulzura que deseaban, luego se congojan, y pierden la paciencia, y lloran, porque no lloraron: no lágrimas de devocion, sino de desgusto é impaciencia. Y los tales, que por esta causa lloran, no lloran por verse llenos de ira, y de soberbia, y de avaricia, y de amor proprio, y de otros vicios; y vacíos de humildad, y caridad, y de otras virtudes mucho mas necesarias que todas aquellas lágrimas.

Y llega este negocio á tanto, que algunos destos que tanto caso hacen desta su devocion, no lo hacen de la verdadera justicia, y de muchas cosas á que por ley divina son obligados. A los cuales paresce que el dia que no oyeron misa, ó que no cumplieron con las devociones de su calendario, que no pueden dormir ni comer con sabor, y con todo esto pueden dormir con las arcas llenas de vestidos trasdoblados, y dineros ociosos, habiendo tantos pobres desnudos; pueden dormir con las consciencias entrampadas y llenas de deudas y marañas; pueden dormir teniendo de muchos años quitada la habla á sus prójimos con escándalo comun del pueblo, y pueden tambien dormir sin cumplir con las obligaciones de sus estados, y de su casa y familia. Y si alguna vez se les ofresce ocasion de entender en alguna obra destas, mayormente si tiene annejo algo de trabajo, luego le dan de mano, y se despiden della diciendo que se les derrama y distrae allí el corazon, y que así no pueden despues estar devotos y recogidos en la oracion, no mirando que esto es dejar la cabeza por los piés; pues en mas estiman el recogimiento del corazon, que dispone para la oracion, que la obediencia de la ley de Dios,

(q) Thomas de Kempis, lib. 3. Contemptus mundi c. 59.

(r) Rom. 8.

para la cual dispone la mesma oracion. Estos no deben haber leido aquellas palabras del Salvador que dice (s): No todo aquel que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos.

Esta devocion sin fundamento de justicia es uno de los mayores engaños que en este camino puede haber, y mas universal; porque de todo en todo destruye la órden de la vida espiritual; porque como el fin desta vida sea el cumplimiento de la ley de Dios, y el medio para conseguir este fin sea la oracion (como ya dijimos), pervertida esta órden, y hecho del fin medio, y del medio fin, todo queda pervertido. Y pluguiese á Dios no hubiese muchos engañados en esta parte; mas pienso yo que así como es muy universal el reino del amor proprio, así tambien es muy general esta pestilencia que nasce dél, y aunque en unas partes reinará mas que en otras, pero apénas hay quien del todo esté libre della.

Y no piense nadie que esta doctrina es contraria á la que arriba dijimos contra las ocupaciones demasiadas; porque aquella era contra los que del todo dejan la oracion por entregarse á las ocupaciones exteriores; mas esta es para curar el extremo contrario de los que del todo dejan toda manera de ocupaciones, aunque sean necesarias, por no faltar en el ordinario de sus oraciones. Y lo uno y lo otro es extremo, del cual siempre huye la virtud, que está en el medio. Porque ni han de ser tantas las ocupaciones que ahoguen la oracion, ni se ha de tener en tanto la oracion, que por ella deje el hombre de acudir á las cosas de virtud y obligacion.

§. XI.

Del remedio contra todos estos engaños.

Pues el que quisiere librarse de todos estos engaños, ponga por último fin de todos sus trabajos y ejercicios el cumplimiento de la ley de Dios y de su sancta voluntad, y la mortificacion de la suya propria, y aprovéchese de la dulzura de la oracion para templar el amargura deste cáliz, y cuanto mas bebiere dél, tanto se tenga por mas aprovechado, y cuanto ménos, ménos. Y especialmente mire cuánto cresce cada dia en humildad, así interior como exterior; cómo sufre las injurias que se le hacen; cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas; cómo acude á las necesidades de sus prójimos; cómo se compadece, y no se indigna contra los defectos dellos; cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulacion; cómo rige su lengua; cómo guarda su corazon; cómo trae domada su carne con todos sus apetitos; cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, sin levantarse en las unas, ni dejarse caer en las otras; cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discrecion, y sobre todo esto mire si está muerto el amor de la honra, y del regalo, y del mundo, con todos los otros afectos semejantes; y segun lo que en esto hobiere aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no segun lo que gusta ó no gusta de Dios.

Pues por esto el que desea acertar este negocio, no se ha de contentar con tener ojo á sola la oracion, sino ántes el un ojo (y mas principal) ha de tener en la mortificacion, y el otro en la oracion; y desta manera ayudándose de lo uno para lo otro, podrá salir con todo junto. Porque de otra manera, ni la oracion aprovecha sin la mortificacion, ni la mortificacion perfecta es posible alcanzarse sin el socorro de la oracion (t). Porque estas dos virtudes son como dos fieles hermanas, que una ayuda á otra en todo lo que se ha de hacer.

Las cuales dos virtudes singularmente fuéron figuradas en aquellos dos altares que habia en el templo de Salomon (v), uno en que siempre se ofrescia sacrificio, y otro en que no se ofrescia mas que solo encienso. Por el altar del sacrificio (donde cada dia se mataban diversos animales), se entiende la mortificacion, que tiene por oficio sacrificar y cortar las cabezas de todos nuestros apetitos sensuales; y por el del encienso la oracion, la cual á manera de encienso se derrite en el altar de nuestros corazones con el fuego del divino amor, y así sube hasta los cielos, y despacha nuestros negocios con Dios. Por lo cual el que desea ser desta manera templo vivo de Dios, trabaje por tener dentro de su ánima estos dos altares, el uno en la parte superior della, donde siempre esté humeando el encienso de sus oraciones y meditaciones, cumpliendo aquello del salmista que dice (x): El pensamiento de mi corazon siempre está delante tu acatamiento; y el otro en la parte inferior della, donde esté siempre ofresciendo sacrificio de todos sus deseos y aficiones, cumpliendo aquello del Apóstol que dice (y): Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, que son, fornicacion, deshonestidad, lujuria, cobdicia, y avaricia con todos los demas. Esta es aquella mirra y encienso de que habla el Esposo en los Cantares, cuando dice (z): Yo iré al monte de la mirra, y al collado del encienso. Porque así como por el encienso se entiende la oracion, así tambien por la mirra la mortificacion, la cual por una parte es amarguísima á nuestro gusto, y por otra de suavísimo olor y precio delante Dios. Y no sin misterio se atribuye al monte la mirra, y al collado el encienso, sino por ventura para dar á entender la ventaja que hace la mortificacion á la oracion, así en la dificultad, como en la dignidad. Porque así como la mortificacion universal de todos los apetitos es mas dificultosa que la oracion, así es mas excelente y mas necesaria. Y tambien así como el collado es camino y medio para subir al monte, así la oracion lo es para la mortificacion.

Por donde el siervo de Dios ha de tener este aviso: que cuando mas favorescido se viere en la oracion, y con mayores deleites, entónces se ha de ceñir y aparejar para mayores trabajos, considerando cuánto es razon que se padezca por un Señor que así lo trata; y entendiendo que aquellas mesmas consolaciones que le envía, son refrescos que le da para entrar en la batalla. Cosa es por cierto muy para notar, ver que al tiempo que el Salvador se habia transfigurado en el monte, donde su cara resplandesció como el sol (a), y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve; que allí en medio de tantas alegrías se tratase de los trabajos que habia de padescer en Hierusalem. ¿Qué tiene que ver el negocio de la pasion con el misterio de la transfiguracion? Si la música en el llanto viene fuera de propósito (b), ¿cómo no vendrá tambien el llanto en la música y alegría? Así lo es por cierto en las fiestas del mundo, mas no en las fiestas de Dios, donde las consolaciones se dan para llevar trabajos, y donde el alegría dispone para la tristeza, y el descanso para el tormento, y la transfiguracion para la cruz. Por donde todas las veces que el siervo de Dios

(s) Matth. 7.

(t) Casianus collation. 9. cap. 2. (v) Exod. 30. 27. et 2. Paral. 4. (x) Psalm. 18 (y) Colos. 3. (z) Cant. 4. (a) Lucæ. 9. (b) Eccli. 22.

se viere consolado, téngase por emplazado para alguna nueva batalla; y así como con estos favores le obligan á padescer, así piense que lo llaman á padescer. Y por tanto, así como el cuidadoso caminante cuando entra en la venta á almorzar, por una parte está almorzando, y por otra está trazando lo que le queda por caminar, y estando con el cuerpo en la venta, con el corazon está puesto en el camino; así tambien el siervo de Dios cuando se llegare á la oracion, por una parte ha de estar allí gustando de Dios, y por otra echando los ojos adelante, y trazando los trabajos que salido de allí le conviene padescer, por amor de aquel que así lo trata, y que no quiere que le coma nadie el pan de balde.

La summa pues deste negocio sea, que ante todas cosas escribamos en nuestros corazones aquellas palabras del Salvador que dicen (*c*): El que quiere venir en pos de mí, niegue á sí mesmo, y tome su cruz y sígame. Y porque esta cruz apénas se puede llevar sin las fuerzas y alegría de la oracion, para esto nos entreguemos del todo á esta virtud, como á una fidelísima guia, y principalísimo medio que nos llevará á este fin. Y para este propósito no se reprueba, sino ántes se concede, que deseemos y procuremos las consolaciones espirituales, no para descansar en ellas, sino para tomar huelgo y aliento con que podamos subir hasta lo alto deste glorioso monte (*d*). Porque desta manera las deseaba y pedia el Profeta cuando decia (*e*): Alegra, Señor, el ánima de tu siervo, porque á tí levanté mi corazon. Y en otro lugar (*f*): Sea llena mi ánima de la grosura de la devocion, y así te alabaré con labios de alegría.

Pues desta manera y para este fin debe el hombre aprovecharse de las consolaciones divinas; no para solo deleitarse en ellas, sino para mas trabajar con ellas; como lo hacia aquella sancta ánima, de quien se dijo (*g*): Consideró las sendas de su casa, y no comió el pan de balde.

§. XII.

Undécimo aviso: de que no se deseen visiones ni revelaciones.

De lo dicho tambien se infiere que si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales, para solo parar en ellos, mucho ménos debemos desear visiones, ó revelaciones, ó arrebatamientos y cosas semejantes; porque esto es evidentísimo principio para todas las ilusiones del enemigo. Y no tenga el hombre miedo de ser en esta parte desobediente á Dios, si del todo cerrare las puertas á este género de negocios; porque cuando él quiere revelar algo, él lo sabe descubrir de tal manera que no le quede al hombre ningun lugar de dubdar; como vemos que lo hizo con el mozo Samuel, que una vez, y otra y otra le llamó, y le dijo lo que queria, de tal manera que no le quedó al Profeta ningun escrúpulo ni dubda de la embajada (*h*).

§. XIII.

Duodécimo aviso: de no descubrir á nadie los favores y mercedes de nuestro Señor.

Tambien conviene aquí avisar que se debe tener mucho secreto en callar los favores y regalos que el Señor algunas veces suele hacer á los suyos en la oracion; en lo cual va tanto, que, como Sant Bernardo dice (*i*), el varon devoto ha de tener escriptas estas palabras en las paredes de su celda: Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Y del bienaventurado Sant Francisco se escribe, que era tan recatado en esta parte, que no solo no se atrevia á descubrir á otros los favores y regalos que Dios le hacia, sino que tambien cuando salia de la oracion, usaba de tal disimulacion y templanza, así en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traia dentro del corazon.

Contra lo cual hacen muchos que luego les sale á borbollones la devocion por la boca, y no se pueden contener sin dar grandes muestras, con gemidos y sollozos, de lo que sienten. Lo cual (como dice un doctor) no procede de la grandeza de su devocion, sino de la pequeñeza de su corazon: como suele acaescer á los niños cuando les dan algun vestido ó calzado nuevo, que no se pueden contener sin que luego lo vayan á mostrar á los otros sus compañeros. Y miéntras mas descubren estas cosas, mas ayunos y vacíos quedan de dentro; porque así como el fuego y las cosas olorosas, mientra mas encerradas están, mas conservan su calor y su olor, así tambien lo hace en su manera la devocion y el amor de Dios.

Otros hay tambien que so color de caridad, aunque con secreto peligro de liviandad, rebosan luego todo lo que sienten de Dios; no mirando que con mayor secreto debriamos encubrir los bienes que tenemos, por el peligro de la vanagloria, que los males que hecimos, por el temor de la infamia.

Pues por estas causas conviene tener todo secreto en aquellas cosas que sabidas nos podrian ser ocasion de alguna vanidad y peligro; lo cual manifiestamente nos quiso encomendar el Salvador, pues tanto silencio mandó tener, así en el misterio de su gloriosa transfiguracion, como en otros milagros (*k*); lo cual nos consta que hacia, no por su peligro, sino por nuestro ejemplo. Al cual mirando nuestro glorioso padre Sancto Domingo, habiendo hecho un clarísimo milagro en un muerto que resuscitó, y diciéndole un cardenal que sería bien publicarlo para honra de Dios y ensalzamiento de su fe, respondió que en ninguna manera tal consentiria, y que ántes se pasaria á tierra de infieles, que tal consintiese. Y estando tan léjos de ensoberbecerse el que tan claramente conoscia que aquello era obra de Dios, todavía, ó por su humildad, ó por nuestro ejemplo, quiso que se guardase tanto este secreto, recelando como verdadero humilde su peligro, y proveyendo como piadoso padre á nuestro ejemplo.

§. XIV.

Décimotercio aviso: del temor y reverencia con que debemos estar en la presencia del Señor.

Tambien debe el hombre estar avisado de tratar con Dios en la oracion con la mayor humildad y reverencia que sea posible. De manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorescida de Dios, aunque se vea en tal estado que pueda decir con la Esposa en los cantares (*l*): La siniestra suya está debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará; que no vuelva los ojos hácia dentro, y haga reflexion sobre su vileza, y encoja sus alas, y se humille, y tiemble delante de tan gran Majestad. Esto es lo que el Profeta nos aconseja, diciendo (*m*):

(*c*) Lucæ 9. (*d*) Lucæ 9. (*e*) Psalm. 85. (*f*) Psalm. 62.
(*g*) Prov. 31. (*h*) 1. Reg. 3. (*i*) Serm. 25. sup. Cant. Infra medium. Isai. 24.

(*k*) Lucæ. 9. Matth. 8. (*l*) Cant. 2. (*m*) Psalm. 2.

Servid al Señor en temor, y alegraos ante él con temblor. Nueva cosa es por cierto la que aquí se nos demanda, que es alegría con temblor; mas lo uno y lo otro es necesario cuando nos llegamos á tratar con un Señor de tan grande bondad y majestad. Y cuanto el ánima fuere mas pura, tanto será esta humildad mas agradable; porque, como está escripto (*n*), gracia sobre gracia es la mujer sancta y vergonzosa.

Y no piense el hombre que se amortiguará por aquí el fuego del amor con el afecto del temor; porque ántes esto es echar agua en la fragua para hacer que arda mas la llama. Porque cuando el ánima por una parte considera la inmensidad de la grandeza de Dios, y por otra el abismo de su vileza; cuanto mas se espanta de la distancia destos dos extremos, tanto se maravilla mas de tan incomprehensible bondad, que así se inclina y condesciende á querer tener sus deleites con tan pobre criatura. Y con esto así como cresce la admiracion de la divina bondad, así tambien cresce el amor, y el alegría, y el agradescimiento de tan grande beneficio, con todos los otros fructos y movimientos del Espíritu Sancto; el cual suele siempre reposar en las tales ánimas, como él mesmo lo significó por Isaías, diciendo (*o*): ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde, y manso, y que tiembla de mis palabras? Esto es espiritualmente asentarse en el mas bajo lugar del convite, como lo aconseja el Salvador en el Evangelio (*p*); porque luego viene el Señor del convite, y dice al convidado: Amigo, subid mas arriba; porque todo aquel que se humillare, será ensalzado; y el que se ensalzare, humillado. Y si este comedimiento es así gratificado entre los hombres, mucho mas lo será en el acatamiento de Dios, cuya condicion es resistir siempre á los soberbios, y dar gracia á los humildes (*q*).

§. XV.

Décimocuarto aviso: de cómo algunos tiempos se debe el hombre alargar mas en los ejercicios de la oracion.

Dijimos tambien arriba que el siervo de Dios debe tener cada dia sus tiempos señalados para vacar á Dios, como los tenia el profeta Daniel, de quien dice la Escriptura (*r*) que tres veces al dia puestas las rodillas en tierra hacia oracion, como arriba dijimos. Y lo mesmo da á entender que hacia el rey David, cuando dice (*s*): A la tarde, y á la mañana, y al mediodía, predicaré y anunciaré; y él oirá mi oracion. Mas agora añadimos que allende deste ordinario de cada dia, debe el hombre desocuparse á tiempos de todo género de negocios, aunque sean sanctos, para entregarse del todo á los ejercicios de la oracion y meditacion, y dar á su ánima un abundante pasto con que se repare lo que se gasta con los defectos de cada dia, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Porque así como los hombres del mundo, demas de la refeccion de cada dia tienen tambien sus fiestas extraordinarias y sus banquetes, en que suelen exceder lo ordinario: así tambien conviene que los justos, demas de la oracion cuotidiana, tengan sus fiestas y banquetes espirituales, donde sus ánimas no coman por tasa, como los otros dias; sino ántes sean llenas y embriagadas de la dulzura de Dios, y de la abundancia de su casa. Así leemos del abad Arsenio, que tenia por costumbre tomar un dia en la semana para esto, que era el sábado, en el cual perseveraba en oracion dende la tarde hasta otro dia por la mañana.

Vemos que la naturaleza no se contenta con el rocío que cae todas las noches sobre la tierra, sino que tambien á veces llueve toda una semana, y dos, sin cesar; porque así es necesario que á sus tiempos sean los cielos tan liberales con la tierra, y que la dejen tan empapada en agua, que no basten los soles y aires que despues hicieren para secarla. Pues así tambien conviene que nuestras ánimas, demas del comun rocio de cada dia, tengan algunos tiempos señalados, en los cuales no hagan otra cosa nuestros ojos sino llorar lágrimas de devocion, con las cuales queden tan llenas de la virtud y jugo del Espíritu Sancto, que no basten todas las tribulaciones y vientos del mundo para secarlas.

Y como quiera que este sea un consejo muy loable en todos tiempos, y especialmente en los dias y fiestas principales del año; mas en los tiempos de tribulaciones y trabajos, ó despues de algunos caminos largos, y negocios de mucho distraimiento, es tan necesario como el regalo y buen tratamiento del cuerpo despues de una larga enfermedad. Porque de otra manera no podrá el hombre volver sobre sí, ni restaurarse, si no toma tanto tiempo para volver al camino, cuanto gastó en desviarse dél, especialmente constándonos que la devocion es una de las cosas que con mayor facilidad se pierde, y con mayor dificultad se halla despues de perdida, como arriba se trató. Este aviso apénas se puede explicar de cuánto provecho sea; porque sin duda muchas veces podrá ser que se alcancen mayores dones y gracias en una temporada destas, que con el trabajo de muchos otros dias. Y si esto ha lugar en los actos de las otras virtudes, mucho mas en la oracion: la cual principalmente negocia con Dios mas por la via de misericordia, que de justicia; y así puede ser tal y tan profunda, que se alcance mas por ella en un dia, que por las remisas de muchos años. Tal fué la oracion de Sara, mujer de Tobías el mozo (*t*), de quien dice la Escriptura que tres dias y tres noches perseveró en la oracion, y que al tercero dia, sintiendo que su oracion habia sido recebida ante el acatamiento de Dios, comenzó á darle gracias por su liberacion. Y es de creer que muchas veces habria hecho oracion sobre aquella mesma demanda, pues es costumbre de los justos acudir á Dios en todas sus tribulaciones; mas entónces señaladamente se dice que fué oida, cuando la instancia y perseverancia de tan largo espacio le dió fuerzas y calor para subir hasta Dios.

Anna tambien, madre de Samuel, por otra injuria semejante hizo oracion á Dios con tan grande fervor y devocion, que el sacerdote Helí, viendo los gestos que hacia con los labios y con el rostro, creyó que estaba tomada del vino, y como á tal le mandaba que se fuese del templo (*v*). Mas cuanto su oracion fué mas vehemente, tanto fué mas eficaz para alcanzar lo que pedia, y de allí se levantó tan consolada y segura, que nunca mas perdió la confianza de lo que deseaba, hasta que vió cumplido su deseo.

De Alejandro tambien, obispo de Alejandría, se escribe en la Historia Eclesiástica (*x*), que habiéndole señalado los arrianos un dia aplazado en que habia de recebir á Arrio á la communion de la Iglesia, el sancto varon estuvo toda aquella noche par del altar, encomen-

(*n*) Eccl. 26. (*o*) Isai. 66. (*p*) Luc. 14. (*q*) Iacobi 4. 1. Petr. 5. (*r*) Dan. 6. (*s*) Psalm. 54.

(*t*) Tob. 3. (*v*) 1. Reg. 1. (*x*) Lib. 10. c. 12. et in historia Tripartita, lib. 3. c. 16.

dando á Dios con lágrimas y sospiros la causa de su Iglesia; y ya el alba era venida, y Alejandro no se partia de la oracion, perseverando en la mesma demanda, y diciendo: Juzga, Señor, entre mí y las amenazas de Eusebio, y la potencia de Arrio. Y á la mañana, cuando Eusebio, alférez de los herejes, venia con toda su capitanía, y todo el mundo estaba suspenso esperando qué fin habian de tener, ó la constancia de Alejandro, ó la soberbia de Eusebio; viniendo con Arrio gran muchedumbre de sus parciales, forzado por necesidad natural se apartó á un lugar secreto, donde sentado para cumplir su menester, echó las tripas y las entrañas del cuerpo, y desta manera en el mesmo lugar espiró con digna muerte de su blasfema y hedionda ánima.

He dicho todo esto para declarar el grande fructo que se sigue de las oraciones profundas y largas, las cuales suelen aun llevar mas pólvora cuando proceden de algunas tribulaciones ó tentaciones semejantes; porque estas aguzan y despiertan el corazon del que ora, y le hacen dar mayores alaridos; como los daba aquel sancto, que decia (*y*): Trabajé dando voces; mi garganta se enronquesció, y desfallescieron mis ojos, esperando en mi Dios. Sabido he yo de muchas gracias y mercedes que se han concedido por esta via, y tengo para mí por cierto que las mas dellas por aquí se alcanzan. Y por esto no hay necesidad de gastar mas palabras en este aviso; porque bastará para ello la experiencia del que así perseverare: por la cual verá cuánto se adelanta por aquí en este camino, y cuánto fructo se saca.

§. XVI.

Décimoquinto aviso: de la discrecion que se debe tener en este aviso.

Algunos hay tambien que tienen poco tiento y discrecion en sus ejercicios, cuando les va bien con Dios, á los cuales su mesma prosperidad viene á ser ocasion de su peligro. Porque hay muchos á quien paresce que se les da la gracia á manos llenas, los cuales como hallan tan suave la communicacion del Señor, entréganse tanto á ella, y alargan tanto los tiempos de la oracion, y las vigilias, y asperezas corporales, que la naturaleza no pudiendo sufrir á la continua tanta carga, viene á dar con ella en tierra. De donde nasce que á muchos vienen á estragarse los estómagos y las cabezas; con que se hacen inhábiles, no solo para los otros trabajos corporales, sino tambien para esos mesmos ejercicios de oracion. Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente en los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discrecion menor: para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos á medio camino.

Y por aquí se responde á una duda grave que mueve Sant Buenaventura sobre lo que deben hacer los que por una parte son muy favorescidos y visitados de nuestro Señor en estos ejercicios, y por otra se ven faltos de salud y fuerzas para perseverar en ellos. Porque por una parte paresce que no se debe cerrar la puerta á la gracia que Dios ofresce, ni resistir á sus llamamientos; y por otra que se debe tambien tener respecto á la necesidad natural, y á la flaqueza del cuerpo. A lo cual responde el mesmo Sancto, aunque con mucha humildad y temor, diciendo que mas convenible cosa paresce amar y gozar de Dios á la continua, aunque no sea con tanto calor y vehemencia, que gozar agora dél á manos llenas, poniéndose á peligro de venir despues á enfermar y perderlo todo. Porque por experiencia hemos visto á muchos (dice él) que despues que por esta via han perdido la salud, se regalan mucho, y se compadescen demasiadamente de sí mesmos; y que finalmente vienen á vivir, no solo mas delicadamente, sino mas disolutamente. Y por excusar este inconveniente, mejor es ir cada dia procediendo de ménos á mas, hasta llegar á la perfeccion, que venir de mas á ménos, hasta llegar á la disolucion. Porque, como está escripto (*z*), la hacienda que se ganó apresuradamente, descrecerá; mas la que se va cogiendo poco á poco, multiplicarse ha.

Por do paresce cuán necesaria nos sea la virtud de la discrecion, no solo para proveer en este inconveniente (que es muy grande y muy comun), sino tambien para otros muchos. Para lo cual conviene pedir siempre al Señor su luz con toda humildad y perseverancia, diciendo con el Profeta (*a*): Enderézame, Señor, con tu verdad, y enséñame lo que debo hacer; porque tú eres Dios mi Salvador, y en tí esperé todo el dia.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que so color de discrecion hurtan siempre el cuerpo á los trabajos: el cual aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho mas lo es en los que comienzan; porque, como dice Sant Bernardo (*b*), imposible es que persevere mucho en la vida religiosa, el que siendo novicio es ya discreto; y siendo principiante quiere ser prudente; y siendo aun nuevo y mozo, comienza á tratarse y regalarse como viejo. Mala señal es que el mosto esté ya acedo en el lagar, y que el niño al tiempo que nasce tenga todos los miembros y coyunturas muy distinctas y señaladas, porque esto suele amenazar flaqueza para adelante.

Y no es fácil de juzgar cuál destos dos extremos sea mas peligroso; sino que la indiscrecion (como dice Gerson) es mas incurable; porque mientra el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas despues de ya estragado con la indiscrecion, mal se puede remediar.

§. XVII.

Décimosexto aviso: de cómo debemos trabajar no en sola la oracion, sino tambien en todas las otras virtudes.

Otro peligro hay tambien en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas despues que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oracion, y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende della, paréseeles que ella sola es el todo, y que sola ella bastará para ponerlos en salvo; y así vienen á olvidarse de las otras virtudes, y aflojar en todo lo demas. De manera que cuanto mas profundamente enderezan sus cuidados á sola esta virtud, tanto mas se descuidan en las otras; y así guardando con demasiada diligencia esta parte tan principal del cuerpo, descubren las otras al golpe del enemigo. De donde tambien procede que como todas las otras virtudes ayudan á esta virtud, faltando el fundamento, tambien falta lo fundado; y así mientra mas el hombre estima y procura esa virtud, ménos puede salir con ella. Porque es cierto que así como la oracion dispone para la mortificacion (segun que arriba se declaró), así tambien la mesma

(*y*) Psalm. 68.

(*z*) Prov. 13. (*a*) Psalm. 24. (*b*) Ad fratr. de Mont.

mortificacion, y todas las otras virtudes disponen para la oracion; y así con dificultad se halla lo uno sin lo otro. Si no, dime: ¿qué manera de oracion puede haber, si no hay diligente guarda en el corazon, y en la lengua, y en los ojos, y en los otros sentidos interiores y exteriores? Qué oracion puede haber, si el cuerpo está lleno de mantenimiento, y el ánima de cuidados y deseos del mundo? Por donde vanamente trabaja quien pretende alcanzar una virtud dejando las otras; porque es tan grande la coligacion que hay entre ellas, que ni una se puede hallar perfectamente sin todas, ni todas sin una.

Por do paresce que todo este negocio es muy semejante al artificio de un reloj muy concertado, en el cual es tan grande la connexion y dependencia que hay de las unas ruedas á las otras, que no solo una que pare, mas un solo puncto que se embarace, basta para embarazarlo todo. Y así como suelen decir que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero; así tambien suele acaescer aquí muchas veces, que por un muy liviano descuido se viene á perder toda la hora del ejercicio, y todo el bien que dél se pudiera seguir. ¿Cuántas veces acaesce que si al tiempo que el hombre se levanta por la mañana se descuida en la guarda del corazon, y da lugar á algun pensamiento ó cuidado congojoso, que despues ni lo pueda sacudir de sí, ni estar con sosiego en la oracion de aquella hora? De donde nasce que desconcertada la oracion de la mañana (que es como el registro y concierto de todo el dia) venga todo aquel dia á desconcertarse, y suceder mal todas las cosas en él. De donde tambien se sigue que como la oracion de la mañana dispone para la de la noche, y la de la noche para la de la mañana, desconcertada la una, fácilmente se desconcertará la otra, y de ahí todo lo demas. Y despues queda todo el reloj desarmado, y para tornar á concertarlo es menester trabajar de nuevo, en lo cual á veces se pasan muchos dias sin poder el hombre volver en sí. Y si por caso en este medio tiempo se levanta alguna nueva tempestad, ó alguna nueva ocasion de distraimiento, para lo cual convenía que el corazon estuviese mas apercebido, ahí os digo yo que es el peligro, y el estrago mayor. Y mirada bien la simiente de todo este tan largo desbarato, hallaréis ser un pequeño descuido en dar entrada á un pensamiento, por ventura no malo, mas no convenible para aquel negocio y tiempo.

Y muchas veces permite nuestro Señor estos acaescimientos para hacer á los suyos mas cautos y proveidos en todas las cosas, no solo en las mayores sino tambien en las menores; porque aunque estas en si sean pequeñas, no lo son en cuanto disponen para las grandes. Y por esto dice la Escriptura (*c*) que el que teme á Dios, en nada se descuida; ni en lo poco ni en lo mucho, porque lo poco ayuda para lo mucho, y lo mucho no puede conservarse sin lo poco.

Por esto pues el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía, si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella.

Y aunque todas estas (como dije) sirvan para este oficio, pero señaladamente sirve la guarda del corazon y de los sentidos, y la compostura del hombre exterior, y la templanza en el comer y beber, y la medida en las palabras, con todas las otras cosas que arriba dijimos ayudar á la devocion; porque el que en estas cosas se descuidare, nunca podrá tener perfecta oracion.

(*c*) Eccle. 7.

§. XVIII.

Décimoséptimo aviso: de cómo no se han de tomar estos ejercicios como cosa de arte, sino con grande humildad y confianza.

Aquí tambien conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar á la devocion, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, quitando toda la confianza de sí mesmo, y de todos sus ejercicios, y poniéndola en solo Dios. Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así tambien el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir á reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Y á este yerro ha dado ocasion la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en romance, los cuales de tal manera encarescen sus reglas y las enseñan, como si solas ellas sin mas gracia bastasen para alcanzar lo que desean. De manera, que así como un alquimista enseñaria á hacer oro de alquimia, diciendo: Tomad tal y tal material, y dadles un cocimiento desta y desta manera, y luego sacaréis oro fino, así ellos dicen: Haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, y luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios.

Esta es una mala manera de enseñar, y muy ajena del estilo y gravedad de los doctores sanctos, y muy perjudicial á la honra de la divina gracia; porque pues todo este negocio es gracia y misericordia de Dios, hase de tratar como negocio, no de arte, sino de gracia; porque tomándolo desta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de disponer, es una profunda humildad y conoscimiento de su propria miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia; para que del conoscimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve por humildad, y lo agradezca con humildad, sin tener ninguna repunta de confianza, ni en su manera de ejercicios, ni en cosa suya propria.

Mas aunque esto sea así, no se excluye por esto la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crescer las plantas, sino Dios (*d*), todavía quiere él que se plante y riegue, para que él dé crescimiento. Cierto es que una de las cosas que mas requieren guia y consejo es la vida espiritual, y mucho mas el negocio de la oracion, que así como es mas delicado y mas divino, así requiere mas consejo y aviso; y por esto, así como no conviene enseñarse esto como arte, por no hacer ofensa á la gracia, así conviene darse aviso de todo lo necesario, por no errar el camino. Porque por experiencia vemos que algunas personas á cabo de muchos años aprovechan poco en estos ejercicios; y otros que todo el dia se les va

(*d*) 1. Cor. 3.

en rezar infinito número de oraciones vocales, sin pararse jamas á pensar un poquito en Dios, ni aun en aquello mesmo que rezan; y así á estos como á los demas convenía dar esta doctrina, para que sus trabajos fuesen mas fructuosos.

§. XIX.

Décimoctavo aviso: de otra manera de oraciones y meditaciones que tienen los mas ejercitados.

Tambien aquí es de notar que aquellas meditaciones que señalamos para los dias de la semana en el principio deste tratado, principalmente sirven á los que comienzan, para que tengan unas como cuerdas á que se puedan asir, con que anden este nuevo y no sabido camino. Mas despues de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en esos mesmos pasos, sino que acudan adonde el Espíritu Sancto los encaminare; que suele sacar á sus discípulos desta escuela para otras mejores. Y así unos hay que salen de aquí á la consideracion de las perfecciones divinas, y de sus grandes maravillas y beneficios, para crescer cada dia mas con esta consideracion en el amor de aquel que es infinitamente bueno, y dadivoso, y admirable en todas sus obras. Otros hay que se dan á la meditacion de las sanctas Escripturas (que es un piélago de infinitas maravillas), como lo hicieron muchos de los sanctos doctores, y lo hacian tambien muchos de aquellos padres del yermo.

Otros hay que tienen suficiente materia de meditacion en las cosas que han pasado por ellos, y que han experimentado en sí y en otros, así en obras de gracia como de justicia y juicio de Dios. Porque si el hombre abre bien los ojos, y quiere mirarse de piés á cabeza, dende el dia de su concepcion y nascimiento hasta el tiempo presente, hallará tantas cosas proprias en que pensar, así de los beneficios y providencias que Dios ha usado con él, como de los peligros de que lo ha sacado, y de los favores y regalos que le ha hecho, que tendrá asaz materia en que poderse ocupar. Pues ¿qué diré de los juicios admirables de Dios que cada dia acontescen? De las caidas no pensadas de muchos que se tenian por seguros? De los castigos de su justicia, de los milagros de su providencia, y de las obras de su gracia que cada dia vemos en muchos de sus siervos? No esté el hombre asentado como una piedra sobre otra piedra, sino mire y note todo lo que pasa en este grande mirador y teatro de la casa de Dios, que siempre tendrá nuevas cosas en que pensar.

Otros hay mas bien librados, á quien cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la afeccion, para que sosegado y quieto el entendimiento, repose y huelgue la voluntad en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del summo bien. Este es el estado perfectísimo de la contemplacion, á que siempre habemos de anhelar: donde ya el hombre no busca con la meditacion incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisicion y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares (*e*): Hallado he al que ama mi ánima; téngole, no lo dejaré. Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho, y porque el trabajo de la meditacion es menor, puede ser el tiempo del recogimiento mas largo con ménos fatiga del cuerpo, y desta manera perseverando Moisen en su oracion, las manos en alto, viene á continuarse la victoria contra Amalec (*f*).

(*e*) Cant. 3.

§. XX.

Décimonono aviso: cómo no convienen estos ejercicios á todo género de personas.

Mas es de notar que puesto caso que á los principiantes sea cosa muy conveniente ejercitarse en aquellas meditaciones que arriba señalamos por los dias de la semana; pero no es esto ni del todo nescesario, ni aun posible á todo género de personas. Porque muchos hay que por enfermedad, mayormente si es de cabeza, no pueden sin mucho peligro y daño de la salud darse á estos ejercicios, mayormente cuando son principiantes; porque los que están ya mas ejercitados en tiempo de salud, mejor pueden continuar esto en tiempo de enfermedad.

Otros hay tan dados y tan obligados á ocupaciones exteriores, que ni pueden dejarlas sin pecado, ni tienen con ellas lugar para darse al recogimiento, ni pueden entrar en él.

Otros hay que tienen un ánima tan inquieta, y tan indevota y seca, que por mucho tiempo y cuidado que en ésto pongan, ninguna cosa paresce que aprovechan. Estos no luego deben desistir de su demanda, sino todavía perseveren llamando á las puertas de aquel que nunca falta á los que humilmente perseveran y le llaman. Mas si con todo esto vieren que esta puerta no se les abre, no deben por eso desconsolarse, sino ántes considerar que el espíritu de la oracion mental es dádiva que nuestro Señor da á quien él es servido; y pues á ellos no se da, conténtense con rezar vocalmente algunas oraciones, ó pasos de la pasion, y como fueren rezando, así vayan, aunque brevemente, pensando en aquel misterio, y tengan alguna imágen devota delante, porque todo esto ayudará á su devocion. Y señaladamente les aprovechará para esto leer algunos libros devotos, con tanto que los lean con mucho sosiego y atencion, haciendo (como arriba dijimos) sus estaciones y paradas en los pasos mas señalados, y levantando allí el corazon á nuestro Señor, conforme á lo que pidiere la materia de aquel lugar. Este es el mayor remedio que se halla para los corazones secos é indevotos; porque por aquí los suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la meditacion.

Hay otros tambien que toda la vida gastan en pensar sus pecados, y no osan pensar en la pasion de Cristo, ni en otra cosa que les dé alegría y esfuerzo. Los cuales (como ya dijimos) no aciertan en esto, segun dice Sant Bernardo (*g*); porque allende de levantarse algunas tentaciones del ahondar mucho en esta materia, no es razon que anden siempre los siervos de Dios con esta manera de tristeza y desmayo.

Lo contrario de lo cual hacen otros, que el primer dia que comienzan olvidan del todo sus pecados, y con liviandad de corazon quieren luego volar á pensamientos mas altos. A los cuales está cercana la caida, como á edificio sin fundamento. Y los tales si despues quieren tornar á pensar cosas humildes, no aciertan ni pueden, por estar ya engolosinados en cosas mas sabrosas; y así quedan sin lo uno y sin lo otro, que es sin andar y sin volar. Por tanto conviene que á los principios nos ocupemos mas en el pensamiento de los pecados, que en

(*f*) Exod. 17. (*g*) De verbis Habacuc: Super custodiam meam stabo, propè finem.

otros, por devotos que sean; y despues poco á poco irémos dejando este pensamiento, y llegándonos cada dia mas al de la sagrada Pasion; aunque nunca del todo debemos estar sin el uno ó sin el otro.

Y si algunos hubiere que en nada desto hallen devocion, y sintieren que de mejor gana piensan en otra cosa, ora sea pensamiento de muerte, ó de infierno, ó de cielo, ó de otra cualquier materia, no lo desechen de sí; sino entren por la puerta que hallaren abierta, porque aquella es por donde Dios quiere que entren.

§. XXI.

Conclusion desta segunda parte.

Hasta aquí habemos tratado, cristiano lector, en esta segunda parte aquellas cuatro cosas que al principio della prometimos: conviene saber, las cosas que ayudan á la devocion, y las que la impiden; y asimesmo las tentaciones mas comunes que hay en este camino, y los avisos que en él se deben tener. Bien sé que habrá otras muchas mas que decir; pero estas remito al magisterio del Espíritu Sancto, y á la experiencia de cada dia: la cual tambien ha de tomar por maestra el que quiere andar este camino. Porque mi intento no fué mas que poner á los novicios y principiantes en él; porque despues de ya entrados, ella es la que mejor enseña esto que todas las escripturas humanas: las cuales así como hablan en comun, y casi en el aire, asi no pueden decir lo que en particular conviene á cada uno; y por eso quiere el Apóstol que los siervos de Dios no sean imprudentes, sino avisados y discretos (*h*); para que entiendan por estos y por otros medios lo que mas agrada á la divina voluntad.

Y para esto aprovecha tambien que el hombre con toda la humildad y devocion pida siempre al Señor su luz para ser guiado por su espíritu; presentándose ante él como un niño que ninguna otra cosa sabe sino testificar con lágrimas su necesidad, sin saber aun explicar con palabras lo que ha menester.

Y si por ventura te paresciere que son muchas las cosas que aquí te pedimos, cree cierto que en un rato de oracion suele Dios recompensar todos estos trabajos con el alegría y esfuerzo que allí da para andar por el camino de la virtud, el cual es tan grande, que no te dejarán tan consolado todos los acaescimientos prósperos, todos los corporales deleites, todos los honrosos favores del mundo (aunque todos cuantos en él hay se justasen en uno) como dos horas de una profunda y devota oracion.

Y no hay por qué tener congoja de que las cosas que para esto se requieren sean muchas; porque está claro que así como entrando el ánima en el cuerpo, ella sola basta para animar todos los miembros, y ejercitar en ellos todos los oficios de la vida, aunque sean tantos y tan varios, así despues que la gracia del Espíritu Sancto, que es una forma sobrenatural y divina, entra en un ánima, ella basta para hacer que ejercites todos los oficios de la vida espiritual; porque ella alumbra el entendimiento, y le enseña todo lo que debe hacer, y mueve la voluntad con todas las fuerzas inferiores para lo que han de obrar. Ca por esto dice el Sabio (*i*) que aquel espíritu divino tiene grandísima simplicidad y variedad; porque aunque es simplicísimo en la substancia, tiene grandísima variedad en las operaciones, porque él es el que todo lo puede, y todo lo enseña, y todo lo obra. De manera que no alcanzamos la perfeccion y cumplimiento de las virtudes por solos los medios y fuerzas que las alcanzaron los filósofos, los cuales, porque carescian deste espíritu, no tenian otro remedio sino trabajar en cada virtud por sí. Pero los verdaderos cristianos é hijos de Dios, allende de sus proprios ejercicios, tienen otro principal remedio, que es el espíritu de adopcion (*k*), y la simiente del cielo, que producen dentro de nuestras almas estos fructos de virtud.

(*h*) Ephes. 5.

(*i*) Sapient. 7. (*k*) Rom. 8. 1. Ioan.

TERCERA PARTE DESTE LIBRO,

EN LA CUAL SE PONEN TRES BREVES TRATADOS: UNO DE LA ORACION, Y OTRO DEL AYUNO, Y OTRO DE LA LIMOSNA.

PRÓLOGO.

Para cumplimiento desta obra me paresció necesario tratar al cabo de los fructos y provechos de la oracion para mover los corazones de los lectores al ejercicio desta virtud, y á los trabajos que en la continuacion della se han de pasar. Porque así como los que predican jubileos é indultos apostólicos, procuran de declarar y encarescer las gracias y favores que en ellos se conceden, porque no rehusen los hombres hacer lo que para esto se les pide, visto lo mucho que se les promete; así tambien, como en el ejercicio de la oracion que aquí se pide, haya trabajo y dificultad (como luego dirémos), es necesario endulzar esta purga con alguna miel, poniendo ante los ojos los fructos y efectos grandes desta virtud; para que con este gusto y esperanza se esfuercen los hombres á querer tomar esta purga. Y llámola purga, porque, como dijo uno de aquellos insignes padres del yermo (*a*), una de las cosas mas trabajosas que hay en la vida espiritual es el ejercicio continuo de la oracion, lo cual se verá claro por las razones siguientes.

Porque primeramente este sancto ejercicio pide su tributo cuotidiano de tiempos ordinarios en que se haya de hacer, como dijimos que lo tenia Daniel. Y hacer esto á la continua no caresce de dificultad; porque son tantas las ocupaciones, y las necesidades y negocios desta vida, que nos llevan todo el tiempo, ó la mayor parte dél; especialmente cuando los hombres han de vivir, ó por el trabajo de sus manos, ó por el ejercicio de sus estudios ó negocios. Y estando el hombre cercado de tantas obligaciones, ha menester mucho ánimo para vencer esta

(*a*) Abbas Agathon.

dificultad, y romper por todos estos inconvenientes, y posponerlo todo por hallar tiempo para esta sancta ocupacion. Lo cual no siempre piden los ejercicios de otras virtudes, que en mas breve tiempo, y á veces con un solo acto de la voluntad se despachan.

Hay otra dificultad allende desta, y es que así como la oracion pide tiempo, así tambien pide lugar conveniente para haberse de hacer. Porque aunque en todos los lugares pueda el hombre levantar el corazon á Dios, pero todavía los que son ménos perfectos tienen necesidad de lugar recogido y apartado para hacer esto mejor. Por cuya causa los sanctos iban á orar á los desiertos y lugares solitarios (*b*), y el Sancto de los sanctos hacia tambien esto, no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo (*c*). Y este aparejo y comodidad de lugar no lo tienen todos en sus casas; que como son hechas por hombres de mundo, y para negocios de mundo, pocas veces tienen lugares convenientes para vacar á Dios: por cuya causa muchos dejan la oracion.

La tercera y muy grande dificultad es la instabilidad de nuestra imaginacion, que es una de las potencias de nuestra ánima que ménos obedesce á la razon. De donde nasce que aunque propongamos con toda la firmeza posible tener el pensamiento fijo en Dios cuando estámos orando y aun celebrando, al mejor tiempo se nos va de casa sin licencia, y desaparesce; y tornándolo á traer, luego torna á desaparescer, y como una anguila se nos cuela por entre las manos. Pues eso es lo que principalmente hace dificultosísimo este ejercicio. Porque es tanta la guerra de los pensamientos que aquí se ofrescen que, así como una grande polvoreda, nos escurescen los ojos del ánima, é impiden la vista de Dios. De manera que como sean dos cosas necesarias para este ejercicio (que son tiempo y corazon) la muchedumbre de los negocios nos quita el tiempo, y la de los cuidados el corazon, para que no podamos tan quietamente tratar con Dios. Y aun esta guerra de pensamientos hace el demonio mayor; el cual, como dice Orígenes (*d*), al tiempo de la oracion nos combate mas importunamente, trayéndonos allí á la memoria todos los cuidados y negocios de nuestra vida, y todos los escrúpulos y tentaciones de nuestra ánima, para divertirnos de la oracion, y hacer que no usemos desta arma, que á él principalmente le hace la guerra. Y dado caso que la oracion no carezca de su fructo, aunque carezca de atencion, cuando esto no es por nuestra culpa, como dice Sancto Tomás (*e*), pero todavía esto nos priva de aquel gusto y sentimiento de las cosas de Dios que ella suele causar cuando se hace con atencion: que es uno de los mas principales efectos desta virtud.

Hay aun otra dificultad semejante á esta, que es la sequedad del corazon, y falta de devocion que muchas veces nos fatiga. Porque así como es dulce cosa navegar cuando hace buen tiempo, mas muy trabajosa cuando hace contrario, porque habeis de estar en calma, ó andar á puro remo y fuerza de brazos: así tambien es muy dulce cosa orar cuando corre el viento del Espíritu Sancto y el soplo de la devocion, mas muy trabajosa cuando esta falta. Porque entónces es menester buscarla casi á fuerza de brazos, y tentar todos los medios, y llamar humilmente á todas las puertas adonde nos puedan responder; y finalmente luchar á veces muy gran parte de la noche, como otro Jacob (*f*), con Dios, hasta que finalmente movido por nuestro trabajo y perseverancia, nos dé en cabo su deseada bendicion.

Hay aun otra dificultad allende destas, y es que (bien mirado) como no sea otra cosa orar sino hablar con Dios (que es tratar con quien no veis), síguese que todo este negocio es negocio de fe; en la cual no puede dejar de haber dificultad mas que en otras virtudes. Porque si fuese hablar largo espacio con otro hombre, que veis y os ve, le ois y os oye, y dais y tomais con él, no sería tan dificultoso este negocio. Mas estar una hora ó dos horas en un lugar solitario hablando por tan largo espacio con quien ni ois, ni veis, ni os responde, ni os dice palabra (que á los ojos de carne paresce que estáis hablando al aire), especialmente cuando no hay gusto de devocion (que vale por respuesta), sino guerra de pensamientos que os importunan, y cuidados y negocios de casa que tiran por vos; mayormente cuando con esto se junta, ó la mala disposicion del cuerpo que os fatiga, ó la cualidad del tiempo pesado, como es de los grandes calores, que os desasosiega; cuando todo esto se junta (como muchas veces acaesce) ¿quién no ve cuán dificultosa cosa sea batallar con todas estas dificultades, y perseverar todavía en oracion? Pues por todo esto ha de pasar el verdadero orador. Y porque hay muy pocos que hagan esto, son tan pocos los verdaderos oradores, y son tantos los que vuelven atras despues de haber comenzado.

Pues destas dificultades nascen otras no menores, que es procurar todas aquellas cosas que ayudan á quietar la imaginacion y alcanzar devocion. Porque para esto se requiere gran silencio, recogimiento, guarda de sentidos, mortificacion de apetitos, licion de libros sanctos, y otras tales cosas que sirven para traer el corazon guardado y recogido; para que en cualquier hora que lo quisieren levantar á Dios, esté dispuesto para ello. Para lo cual es necesario cerrarle todas las puertas, y tomarle todos los caminos por donde él se pueda inquietar y derramar, que son cuasi infinitos; así por ser tan delicado y tan sentible de suyo, como por ser tantas las ocasiones que hay en este mundo para inquietarlo. Por donde de aquel gran padre Antonio se escribe, que viéndose una vez acosado desta variedad de pensamientos, dijo: Deseo, Señor, salvarme, y mis pensamientos no me dejan. Pues si esto decia un hombre tan sancto, y que tan quitadas tenia todas las ocasiones deste desasosiego con la vivienda del desierto, y con la pureza de su vida, ¿qué harán los que viven en medio de la plaza del mundo, donde tantas veces les es forzado ver, y oir, y tratar cosas que despues se les representen y perturben al tiempo de la oracion?

Callo tambien aquí la abstinencia ordinaria que para este sancto ejercicio se requiere. Porque uno de los tiempos mas proprios que hay para él, es el de la noche, segun que nos lo aconseja el profeta Hieremías, diciendo (*g*): Levántate de noche al principio de las vigilias, y derrama, así como agua, tu corazon delante de Dios. Y el profeta David (*h*): En las noches (dice él) extended vuestras manos á cosas sanctas, y bendecid al Señor. Por la cual causa el bienaventurado Sant Francisco llamaba, al fraile contemplativo y devoto, cigarra de la noche; porque mucha parte della gastaba en cantar alabanzas á Dios. Pues para esto conviene que esté el cuerpo y estómago templado, y descargado de los hu-

(*b*) Matth. 14. (*c*) Marci 6. (*d*) Cap. 1. sup. Epist. ad Romanos. (*e*) 2. 2. q. 85. art. 13.

(*f*) Genes. 32. (*g*) Thren. 2. (*h*) Psalm. 133.

mos y peso de los manjares, que escurescen el entendimiento, hacen pesado el cuerpo, y causan mas gana de dormir, y de reir, y de parlar, que de orar ni de llorar. Por donde con mucha razon se dice que así como las cuerdas de la vihuela no están para hacer sonido hasta que estén muy curadas y enjutas de toda aquella natural humedad y flojedad que sacan del vientre del animal, y aun despues desto han de estar muy bien torcidas y estiradas: así tampoco está hábil para la música de la oracion el cuerpo regalado y harto de vino y de diversos manjares. Ha de estar pues enjuto y descargado de todo este peso, y macerado con la virtud de la abstinencia para este negocio. Y especialmente conviene que el varon devoto tenga muy poca cuenta con las cenas, si quiere ser cigarra de la noche; ó trabajar que sean tan livianas, ó al tiempo que no impidan este ejercicio.

Pues de todas estas cosas nasce la guerra de pensamientos que nos fatigan en la oracion; porque las imágines de aquellas cosas que entraron por los sentidos se nos ponen delante, y nos impiden la vista de las cosas de Dios; y lo que peor es, no ya como imágines, sino como simientes que paren y producen de sí otras muchas imágines y figuras que allí nos perturban. Por donde muchas veces acaesce cuando quiere el hombre recogerse, gastarse una hora, y á veces mas, en templar esta vihuela; que es en quietar y templar el corazon para que nos sirva en la oracion.

Mas por ventura aquí me reprenderá alguno, y dirá: ¿Qué haceis vos? ¿Vos quereis tratar de las alabanzas de la oracion para aficionarnos á ella, y agora poneisnos tantas dificultades que nos aparten della? Esto fué necesario hacerse así, para que por aquí se entienda la causa que tuvimos para extender tanto la pluma en alabanza desta virtud; la cual fué, no sola la utilidad y excelencia della, sino tambien la dificultad grande que hay en ella; la cual no se puede vencer sino con la estima grande de su virtud. Porque así como en los edificios los arcos que tienen grande carga no se pueden sustentar sino con grandes estribos, así las virtudes que tienen gran dificultad no se pueden sustentar sino con grandes alabanzas; porque la consideracion de la grande utilidad hace vencer esta dificultad; y el que fuere buen arquitecto en esta materia, desta manera ha de fundar sus obras. Porque de otra manera el corazon humano, tan amigo de sí mesmo y tan enemigo del trabajo, nunca arrostrará á cosa tan trabajosa, si no fuere poniéndole delante un tan grande provecho que venza toda esta dificultad. Por donde así como á los que recelan tomar una purga, solemos para esto representarles el fructo de la salud deseada, para que con el amor del uno venza el temor de lo otro, así nos pareció que se debia hacer en esta parte.

Por donde no parezca á nadie que somos largos en decir bien de la oracion. Porque (demas de la utilidad grande que en ella hay) esta tan grande dificultad pide todo este encarescimiento, para que con él se pueda sustentar la carga deste edificio. Y á los que de lo uno y de lo otro tienen por experiencia (esto es, de la utilidad juntamente con la dificultad) ninguna destas alabanzas parescerá demasiada.

Con esto tambien se junta que alabar esta virtud no es solo alabar esta virtud, sino alabar juntamente con ella todas las otras virtudes que andan en su compañía; porque con la verdadera y perfecta oracion que aquí se alaba, anda siempre la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, el temor de Dios, y otras muchas virtudes que nunca se apartan della, como al principio deste libro declaramos (*i*): las cuales virtudes son dignísimas de toda alabanza. Esta pues fué la causa principal por donde para el cumplimiento (segun propusimos) desta obra era necesario tratar de las alabanzas desta virtud. Las cuales alabanzas nadie las debe restringir á sola la oracion que llaman mental, sino á la oracion en comun, de cualquier manera que se haga, ó con el corazon solo, ó juntamente con la boca y con el corazon. Porque haciéndose ella con la atencion y devocion que conviene, no hace ni deshace en el valor y eficacia della hacerse de la una manera ó de la otra, como arriba declaramos. Mas aquí es de saber que para que la oracion sea mas perfecta, ha de ser acompañada con otras dos virtudes, que son ayuno y limosna; porque estas son como dos alas que la hacen volar mas lijeramente al cielo. Y cuanto á la primera, que es el ayuno, este hallamos infinitas veces junto con la oracion en la Escriptura divina, cuando tantas veces se lee de los hijos de Israel, que puestos en alguna necesidad grande acudian luego al ayunar, y llorar, y hacer oracion á Dios; por cuyo medio eran luego librados de sus enemigos. Y ansimesmo en el Evangelio leemos de aquella sancta viuda Anna, que nunca salia del templo, sirviendo con ayunos y oraciones dia y noche (*k*). Mas en los Actos de los apóstoles hallamos junta la limosna con la oracion, cuando el ángel dijo á Cornelio que sus oraciones y limosnas habian sido presentadas delante de Dios (*l*). Y á todas ellas juntas hallamos en el libro de Tobías referidas por la boca del ángel Sant Rafael, que dijo (*m*): Buena es la oracion con el ayuno, y la limosna mas que guardar tesoros de oro. La razon por que estas tres virtudes se hallan tantas veces juntas, es porque por ellas ofresce el hombre un perfectísimo holocausto á Dios, empleando á sí todo, con todo lo que tiene en su servicio. Porque con la limosna le ofresce la hacienda, con el ayuno el cuerpo, y con la oracion el ánima; y así no queda cosa dentro ni fuera del hombre, que por estas tres virtudes no se sanctifique á Dios.

Y no caresce de misterio esta compañía, ántes vienen muy mas á propósito que la confeccion del almizcle con el ámbar, que lo hace mas precioso. Porque el ayuno (como ya dijimos) sirve á la oracion de la manera que sirve el templar de la vihuela para tañer en ella; porque con la templanza de la comida adelgaza y dispone el cuerpo y el espíritu, para que así pueda mejor vacar á Dios. Mas la limosna ayuda de otra manera; porque hace que no parezca el hombre vacío delante de Dios, y que su oracion no se pueda llamar ya ruego seco, pues va acompañada con este tan agradable servicio. Y con esto tambien inclina á la divina piedad á que use con él de misericordia, y que oya los clamores del que le pide remedio, pues él oyó los de su prójimo cuando se lo pedia; pues él nos tiene certificados que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos (*n*). Pues por esta causa me pareció sería cosa conveniente (aunque el argumento del libro no era mas que de oracion) tratar tambien aquí destas dos virtudes que andan en su compañía. Porque pues en la

(*i*) Cap. 1. in Prologo. (*k*) Luc. 2. (*l*) Act. 10. (*m*) Tob. 12. (*n*) Luc. 6.

plática del ejercicio andan juntas, no era razon que en la doctrina anduviesen apartadas.

§. ÚNICO.

Argumento deste primer tratado de las alabanzas de la oracion.

Este primer tratado contiene tres partes principales: la primera trata de la utilidad grande de la oracion, la segunda de la necesidad que della tenemos, y la tercera de la perseverancia y continuacion que en ella deben tener los que caminan á la perfeccion.

En la primera parte, que es de la utilidad (despues de declarado qué cosa sea oracion, y puestas las difiniciones della) se declaran y prueban por tres medios las utilidades della: conviene saber, por autoridades, por razones y por experiencias cuotidianas.

En la segunda parte se declara la necesidad que tenemos desta virtud para remedio de la gran pobreza y miserias en que el hombre quedó por el pecado. Y confírmase así esto como todo lo demas con diversos ejemplos de sanctos.

En la tercera, que trata de la continuacion y perseverancia de la oracion, declárase cómo se entiende esta continuacion, y danse las causas por donde convenga á los amadores de la perfeccion esta manera de continuacion, de las cuales principalmente habla esta tercera parte. Y en todo este tratado se habla de la oracion en comun, ora sea vocal, ora sea mental; porque ser así ó así, no quita ni pone ninguna cosa en la perfeccion esencial de la oracion; la cual cuanto fuere mas atenta y devota, tanto será mas grata á Dios, y mas eficaz, ora se haga de la una manera, ora de la otra.

TRATADO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

De la virtud y excelencia de la oracion.

Habiendo aquí de tratar de la virtud y alabanzas de la oracion, y de la necesidad que della tenemos en este valle de lágrimas y lugar de destierro, será bien declarar primero qué es lo que aquí entendemos por oracion, para que así se entienda mejor lo que alabamos. Pues para esto es de saber que oracion (propriamente hablando) es una peticion con que pedimos á Dios lo que conviene para nuestra salud. Y así orar no es otra cosa que pedir y llamar, no á las puertas de los hombres, sino á las de la misericordia de Dios. Porque como el hombre por el pecado nasce tan pobre y tan desnudo, uno de los principales medios que Dios le dejó para socorrer á esta tan gran pobreza, es pedir y mendigar á las puertas de la divina misericordia. Esto es propriamente oracion. Mas tómase communmente este vocablo mas extendidamente por cualquier sancto pensamiento y levantamiento de nuestro corazon á Dios; segun la cual significacion, no solo la peticion, sino tambien la memeditacion, y consideracion, y contemplacion, se llaman oracion; y asimesmo cualquier sancto afecto y deseo de Dios tiene este mesmo nombre, como lo dice Sant Augustin por estas palabras (*a*): Tu deseo es tu oracion, y el continuo deseo del corazon es continua oracion. Pues desta manera tomamos aquí la oracion, y desta manera tratamos della en este lugar; presuponiendo primero que no hablamos aquí de cualquier manera de oracion ó meditacion, sino de aquella que está informada con caridad, sin la cual ninguna virtud tiene forma, ni vida, ni merescimiento, ni valor ante Dios; pues la caridad es comun forma, no solamente de la fe, mas tambien de la oracion y de todas las otras virtudes.

Pues segun esta postrera significacion declara Simon de Cassia qué cosa sea oracion, por estas palabras: Oracion es obra espiritual en cuerpo material; vista fija del ánima, que mira á Dios con ojos de fe; órden del ánima racional para con Dios, á quien humilmente se subjecta; asistencia del ánima ante Dios; habla que llega á las orejas divinas; suave clamor en el sentido del corazon; abnegacion de todas las otras obras corporales cuando esta se hace; recogimiento de los sentidos; olvido de sí mesmo y de todas las criaturas; puerto del espíritu vagabundo y derramado; presentacion de sí mesmo ante la cara del juez; condenacion y sentencia contra sí mesmo; desconfianza de sus proprias obras; prevencion ántes de la venida del juez; juicio ántes del juicio; espejo verdadero del ánima; lumbre clarísima del entendimiento; luz invisible para las obras invisibles; sombra que refrigera los ardores de nuestra concupiscencia; resignacion de sí mesmo en las manos de Dios, que no quiere otra cosa mas que hacer su sanctísima voluntad. Hasta aquí son palabras deste autor. Por las cuales ves cómo la oracion no solo es peticion, sino tambien cualquier otro levantamiento y trato de nuestro espíritu con Dios; en el cual communmente entrevienen todas estas cosas que aquí dice este doctor.

Pues segun esto, decimos que oracion es un levantamiento de nuestro corazon á Dios, mediante el cual nos llegamos á él, y nos hacemos una cosa con él. Oracion es subir el ánima sobre sí, y sobre todo lo criado, y juntarse con Dios, y engolfarse en aquel piélago de infinita suavidad y amor. Oracion es salir el ánima á recebir á Dios cuando viene á ella, y traerlo á sí como á su nido, y aposentarlo en sí como en su templo, y allí poseerlo, y amarlo, y gozarlo. Oracion es estar el ánima en presencia de Dios, y Dios en presencia della, mirando él á ella con ojos de misericordia, y ella á él con ojos de humildad; la cual vista es de mayor virtud y fecundidad que la de todos los aspectos de las estrellas y planetas del cielo. Oracion es una cátedra espiritual, donde el ánima asentada á los piés de Dios, oye su doctrina, y recibe las influencias de su misericordia, y dice con la Esposa en sus Cantares (*b*): Mi ánima se derritió despues que oyó la voz de su amado. Porque (como dice Sant Buenaventura) allí enciende Dios el ánima con su amor, y la unge con su gracia; la cual así ungida es levantada en espíritu, y levantada contempla, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando reposa; y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar.

De manera que la oracion es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el Esposo y la Esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomon tiene sus deleites con los hijos de los hombres (*c*). Ella es un reparo saludable de

(*a*) In Epist. 121. ad Probam. c. 9. Tom 2.

(*b*) Cant. 5. (*c*). 3. Reg. 7. Prov. 8.

los defectos de cada dia, y un espejo limpio en que se conosce Dios, y se conosce el hombre con todos sus defectos y miserias. Ella es un ejercicio cuotidiano de muchas virtudes, mortificacion de los sensuales apetitos, y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y reposo de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y comun socorro de toda la Iglesia. Ella es una puerta real para entrar al corazon de Dios, unas primicias de la gloria advenidera, un manná que contiene en sí toda suavidad, y una escalera como aquella que vió Jacob (*d*), que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles, que son los varones espirituales, suben y decienden, llevando sus peticiones á Dios, y trayendo por medio dellas el despacho de sus negocios. Esto es pues lo que en este lugar communmente entendemos por oracion, y desta entendemos aquí tratar. Para lo cual conviene primeramente declarar lo que la Escriptura divina en diversos lugares nos predica desta virtud.

§. I.

De lo que dice la divina Escriptura y los sanctos de la virtud de la oracion.

Pues quien quiera que atentamente leyere las Escripturas sagradas, en las cuales la sabiduría de Dios nos reveló el camino del cielo, hallará que una de las cosas que mas encarescidamente se nos encomienda, es el uso de la oracion. El Eclesiástico dice (*e*): No haya cosa que te impida el hacer siempre oracion. Isaías dice (*f*): Los que os acordais del Señor, no calleis, ni cesels jamas de darle voces. El profeta David en muchos de sus salmos una de las cosas que mas encomienda es la oracion y meditacion, y el uso continuo de las alabanzas divinas. Y sobre todo esto el mesmo Salvador y Señor nuestro en todo el discurso de su Evangelio nos encomienda esto, como cuando dice (*g*): Velad en todo tiempo perseverando en oracion, porque merezcais ser librados de todos estos males que han de venir, y parecer ante el Hijo del hombre. Y por Sant Márcos nos aconseja lo mesmo con grande instancia, diciendo (*h*): Mirad, velad y orad; porque no sabeis cuándo ha de venir el dia del Señor. Y no solo por palabra, sino mucho mas por ejemplo nos encomienda este negocio; pues tantas veces se estaba las noches enteras en los montes y lugares apartados perseverando en oracion, como escriben los evangelistas (*i*); lo cuál está claro que no hacia él, segun dice Sant Ambrosio, por necesidad que tuviese deste socorro, sino por nuestro ejemplo.

Pues ¿qué diré del apóstol Sant Pablo? ¿En cuál de sus epístolas no es una de sus principales encomiendas la oracion? A los de Tesalónica dice (*k*): Siempre estad alegres, y haced oracion sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas; porque esta es su voluntad. A los filipenses dice (*l*): De ninguna cosa desta vida tengais cuidado, sino con toda oracion, y suplicacion, y hacimiento de gracias, sean presentadas vuestras peticiones ante Dios. A los colosenses dice (*m*): Ocupaos con toda instancia en la oracion, velando en ella con hacimiento de gracias. Pues á su discípulo Timoteo tres veces en una mesma carta le encomienda este negocio, y de tal manera se lo encomienda, que el primer documento que allí le da, entre otros muchos, para que él haya de enseñar al pueblo cristiano, es este (*n*): Ruégote que ante todas cosas se hagan suplicaciones, oraciones, peticiones y hacimiento de gracias por todos los hombres, y señaladamente por los reyes, y por todos los que están constituidos en dignidad; para que Dios nos dé vida pacífica y sosegada. Y luego mas abajo en el mesmo capítulo dice: Quiero que los hombres hagan oracion en todo lugar, levantando las manos puras á Dios, sin iras y sin contiendas. Y mas abajo, hablando de las costumbres de la viuda cristiana, dice (*o*): La que es verdadera viuda y desamparada, ponga su confianza en Dios, y ocúpese con toda instancia en oracion dia y noche. Estos y otros muchos semejantes lugares leemos á cada paso en las sagradas epístolas, que nos dan claro testimonio de la necesidad desta virtud, y de la continuacion y perseverancia que en ella debemos tener.

Y finalmente, es tan propria esta obra del cristiano, que por ella quiso Dios que se diferenciase de todas las otras naciones del mundo, como lo muestra él por Isaías, diciendo (*p*): Mi casa será llamada casa de oracion en todas las gentes: dando á entender que esta habia de ser la devisa del pueblo cristiano, por la cual habia de ser conoscido en todo el mundo. Porque todas las otras suertes de gentes, así como viven de la tierra, así todo su trato y negocio es en la tierra; mas esta nueva gente, como vive del cielo, conviene á saber, del socorro de Dios y de su gracia, de la cual espera todos los bienes, así todo su trato principal ha de ser en el cielo.

Estos y otros semejantes lugares se hallarán á cada paso en las Escripturas divinas, así del viejo como del nuevo Testamento; aunque muchos mas en el libro de los Salmos, los cuales bastaban para enamorar nuestro corazon desta virtud, y darnos á entender, así la utilidad como la necesidad grande que della tenemos. Mas porque los sanctos doctores son los verdaderos intérpretes de la Escriptura divina; porque no solo con estudio y diligencia humana, sino mucho mas con la experiencia y uso de las virtudes, y con lumbre del cielo alcanzaron la inteligencia della; veamos tambien algunos de sus dichos y paresceres sobre esta materia.

Pues primeramente el bienaventurado Sant Joan Crisóstomo, declarando en un tratado cómo la oracion sea principio y causa de grandes bienes, dice así (*q*): ¿Qué cosa puede ser mas justa, ni mas hermosa, ni mas sancta, ni mas llena de sabiduría, que el ánima que tiene trato y communicacion con Dios? Porque si los que suelen hablar y tratar con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios, y communican con él? ¡Oh cuánta es la sabiduría, cuánta la virtud, cuánta la prudencia, y la bondad, y la templanza, y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oracion! Por lo cual no errará nada el que dijere ser la oracion causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la verdadera piedad, puede entrar en el ánima donde del todo faltase la oracion. Mas ántes así

(*d*) Genes. 28. (*e*) Eccli. 18. (*f*) Isaí. 62. (*g*) Lucæ. 21.
(*h*) Marci 13. (*i*) Luc. 6. (*k*) 1. Thes. 5. (*l*) Phili. 4. (*m*) Colos. 4.

(*n*) 1. Tim. 2. (*o*) 1. Tim. 5. (*p*) Isai. 56. (*q*) De precatione, or. 2. paulò post init.

como la ciudad que está sin muros y baluartes, fácilmente es entrada de los enemigos, así el ánima que no está guarnecida de oraciones, fácilmente es vencida del demonio, y llena de vicios.

Y un poco mas abajo dice así (*r*): Tampoco irá léjos de la verdad el que dijere que la oracion es unos como niervos espirituales del ánima; porque así como el cuerpo está trabado con los niervos, y con ellos se mueve á todas partes; y es tanta la necesidad que dellos tiene para vivir, que si le quitásedes los niervos, luego se destemplaria toda aquella armonía y consonancia que tiene: así las ánimas mediante los niervos de la oracion están firmes y hábiles para la vida espiritual, y para ejercitarse perfectamente en la carrera de la virtud. Y demas desto has de entender que lo que es sacar al pece fuera del agua, eso es quitar al hombre de la oracion. Porque así como el pece se mantiene deste elemento, así tambien el ánima de la oracion. Por esta finalmente se nos da volar á lo alto, y traspasar el cielo, y hacernos muy cercanos á Dios. Hasta aquí son palabras de Sant Crisóstomo.

No es ménos ilustre el testimonio de Sant Juan Clímaco, que hablando desta mesma virtud, dijo así (*s*): La oracion es union del ánima con Dios, madre de la gracia, perdon de los pecados, puente para pasar las tribulaciones, muro para resistir á las tentaciones, cuchillo para vencer en las batallas, ejercicio y obra de ángeles, principio de la alegría del cielo, obra que nunca se acaba, fuente de las virtudes, ministra de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánima, lumbre del entendimiento, destierro de la desconfianza, estribo de la esperanza, arma contra la tristeza, riqueza de los monjes y tesoro de la vida solitaria. Pues levantémonos, hermanos, y oyamos á esta madre de las virtudes que nos dice (*t*): Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas, y medicina para vuestras llagas. Hasta aquí son palabras de Sant Juan Clímaco.

Con las cuales concuerda tambien aquel gran Basilio, que como hombre que gastaba las noches enteras en oraciones y salmos, hablando de la oracion debajo de nombre de salmo (que es lo mesmo), dice así: El salmo hace huir los demonios, y convida á los ángeles; es escudo de los temores de la noche, y descanso de los trabajos del dia; tutela de los niños, ornamento de los mozos, consuelo de los viejos y hermosura de las mujeres. El salmo hace morar los desiertos, y vivir con templanza en las ciudades: es *a b c* de los que comienzan, y espuelas de los que aprovechan, y firmeza estable de los que acaban.

Pues Sant Bernardo, que tan ejercitado fué en esta virtud, y tan dado á la oracion, ¿qué dirá (*v*)? Qué cosa (dice él) es tan provechosa como la oracion? la cual es sacrificio para Dios, música para los ángeles, convite para los sanctos, socorro para los que oran, ungüento para los contritos, remedio para los penitentes, saeta para contra los enemigos y escudo para los errados.

Y en otro lugar (*x*): No hay cosa (dice él) que mas dulcemente se sienta en esta vida, ni que mas alegremente se reciba, ni que así aparte el corazon del amor de las cosas del mundo, ni que asi esfuerce el ánimo contra las tentaciones, ni que así despierte al hombre á toda buena obra y trabajo, como la gracia de la contemplacion (que es la mesma oracion de que aquí hablamos, como al principio se declaró). Y en otro lugar (*y*): Ninguno (dice él) tenga en poco su oracion; porque dígoos de verdad, que no la tiene en poco aquel á quien se hace. Porque despues que sale de nuestra boca, él la hace escrebir en su libro, y una de dos cosas debemos esperar sin ninguna dubda, qué ó nos dará lo que pedimos, ó lo que nos fuere mas necesario. Mas deste sancto varon no se pueden alegar solas autoridades para este propósito, sino libros enteros; pues nos consta que aquellos tan famosos libros de la Consideracion, que escribió al papa Eugenio, para este fin los escribió: donde dice cosas grandes y maravillosas en alabanza deste ejercicio.

Y si aun todo lo dicho te paresce poco, oye lo que Sant Buenaventura, doctor gravísimo y sanctísimo, dice desta virtud: Como la bienaventuranza del hombre no sea otra cosa sino gozar del summo bien, y este summo bien está levantado sobre nosotros, ninguno puede ser bienaventurado si no se levanta sobre sí mesmo, y sobre todo el sér natural. Mas este levantamiento no puede ser sino por medio de alguna virtud sobrenatural que desta manera nos levante, y esta virtud es la divina gracia; la cual se da á los que la piden con humilde y devoto corazon. Y esto es sospirar en este valle de lágrimas por el summo bien, lo cual hacen continuamente los justos por medio de la ferviente oracion. Por do paresce que la oracion es principio de nuestra bienaventuranza, y del levantamiento de nuestro espíritu á Dios, y por consiguiente de todo bien. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura. Para cuyo entendimiento has de saber que así como el hombre fué criado para un fin sobrenatural (que es ver á Dios); así el remedio para conseguir este fin se requiere que sea sobrenatural; para que así haya proporcion entre la causa y el efecto, que es entre el medio y el fin. Este medio es la alteza y pureza de la vida cristiana, que nos enseñan las Escripturas sagradas, y esta manera de vida no puede nadie alcanzar sino es por medio de la divina gracia; la cual demas de los sacramentos, señaladamente se nos da por la oracion, como dice el Salvador (*z*): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han. Por do paresce cuánta parte sea la oracion para alcanzar la gracia, y por consiguiente nuestro último fin, y toda perfeccion. Lo cual aun declara este glorioso doctor mas copiosa y particularmente en el libro de las Meditaciones de la vida de Cristo, hablando desta virtud, por estas palabras:

Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oracion. Si quieres mortificar tu propria voluntad con todas sus aficiones y deseos, seas hombre de oracion. Si quieres conocer las astucias de Satanas, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oracion. Si quieres vivir alegremente, y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oracion. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos

(*r*) Eod. tractat. (*s*) Scala Spirit. c. 28. (*t*) Matth. 11. (*v*) Sup. Cantic. serm. 7. et 86. De modo benè vivend. c. 49. 50. 52. 55 etc. (*x*) Del interiori domo c. 70 et de Scala claustr. cap. 4.

(*y*) De leiun. in Quadr. serm. 5. in med. etc. (*z*) Matth. 7.

pensamientos y cuidados, seas hombre de oracion. Si la quieres sustentar con la grosura de la devocion, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oracion. Si quieres fortalescer y confirmar tu corazon en el camino de Dios, seas hombre de oracion. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, seas hombre de oracion. Porque en ella se recibe la uncion y gracia del Espíritu Sancto, la cual enseña todas las cosas (*a*). Y demas desto, si quieres subir á la alteza de la contemplacion y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oracion; porque este es el camino por do sube el ánima á la contemplacion y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves pues de cuánta virtud y poder sea la oracion? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escripturas divinas) esto baste agora por suficiente probanza: que habemos oido, y visto, y vemos cada dia muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oracion. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura, por las cuales verás cuán rica tienda sea esta, para hallar en ella todas las mercadurías y medicinas que convienen para nuestra salud.

Pues no es ménos ilustre testimonio el de Sant Lorenzo Justiniano, doctor devotísimo, que tratando desta virtud, dice así (*b*): En el ejercicio de la oracion se alimpia el ánima de los pecados, apasciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazon, descúbrese la verdad y véncese la tentacion; huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquescida, despídese la tibieza, consúmese el orin de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oracion, grandes son sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, á ella están siempre atentos los oídos de Dios.

Pues quien quiera que leyere estas y otras semejantes autoridades, mayormente las de la Escriptura divina, no podrá dejar de confesar que debe ser grandísimo el valor y eficacia desta virtud; porque nunca el Espíritu Sancto (que es el autor desta Escriptura) nos encargara tanto este negocio, si no fuera de grandísima necesidad é importancia. Y verdaderamente es ello así. Porque quien quiera que atentamente considerare la naturaleza y oficio desta virtud, con todas las cosas que suelen entrevenir en ella, hallará por cierto que no por un camino solo, sino por muchos y muy excelentes, ayuda en tanto grado para alcanzar toda virtud y perfeccion, que ya no se maravillará de cómo nos sea tan encomendada en las Escripturas, sino cómo hay capítulo donde no se haga mencion della, segun es grande su valor. Mas porque nuestro entendimiento es de tal calidad que no se contenta con saber las cosas, si no sabe las causas dellas; por tanto será bien señalar aquí las causas principales por donde nos sea de tanto fructo esta virtud.

(*a*) 1. Ioan. 5. (*b*) In ligno vitæ: de Oratione cap. 2.

§. II.

De las causas principales por qué la oracion nos sea de tanto provecho.

Pues para esto es de saber que segun regla de filosofía, todas las causas communican su virtud, y obran conforme á la disposicion que hallan en sus subjectos, que es la materia en que han de obrar; como paresce claro en el fuego, que mientra mas seca halla la leña, mas la quema; y asimesmo en el sello, que mientra mas blanda está la cera, mejor imprime en ella su figura. Pues como Dios sea la causa universal de todos los bienes, y el autor y dador de la gracia, claro está que mientra mas el hombre se dispusiere para recebirla, regularmente mas gracia recebirá. Pues segun esto, quien quiera que atentamente mirare la naturaleza de la oracion, hallará que no es otra cosa oracion (si se hace como conviene) sino una disposicion y aparejo convenientísimo para la gracia. Porque allí el hombre se presenta á Dios, y como á médico verdadero le pone delante sus llagas, y le pide remedio para ellas, y alega para esto todos los títulos y derechos que tiene, que son los merescimientos de Cristo, y la misericordia del mesmo Dios; y así confesando por una parte su gran miseria, y por otra la grandeza de la divina misericordia, pide humilmente perdon y remedio á su Criador. Todo esto pasa ordinariamente en la devota oracion; lo cual todo está claro que es una convenientísima disposicion de parte de la criatura para alcanzar la gracia del Criador. Y por esto á ella señaladamente entre todas las virtudes atribuye Sant Augustin esta dignidad de alcanzar la gracia, como él mesmo lo declara por estas palabras (*c*): Ninguno creemos que viene á la verdadera salud, si Dios no lo llama; y ninguno despues de llamado obra lo que conviene para esta salud, si él no lo ayuda; y ninguno recibe esta ayuda, si no la pide por la oracion. En las cuales palabras ves claramente cómo el impetrar el favor y ayuda de la divina gracia señaladamente se atribuye á la oracion; no porque no sabía Sant Augustin que por todas las otras obras virtuosas hechas en caridad se alcanzaba tambien la gracia, sino para dar á entender que por esta señaladamente se alcanza; porque esta sola entre todas ellas tiene por oficio proprio pedirla; y así le corresponde como por premio alcanzarla; como claramente lo significó el Salvador, diciendo (*d*): Si vosotros (siendo malos) sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu de su gracia á quien se lo pidiere?

Y no es pequeño argumento desta verdad ver que aquellas dos tan principales glorias y testimonios de Cristo, que se descubrieron en su gloriosa transfiguracion y baptismo, acaescieron estando él en oracion; porque de la transfiguracion dice Sant Lúcas (*e*) que estando él orando se le mudó la figura del rostro, y comenzó á resplandescer como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y del baptismo cuenta el mesmo Sant Lúcas (*f*) que acabándose de baptizar, y estando en oracion, se le abrieron los cielos, y decendió el Espíritu Sancto sobre él en especie de paloma. En lo cual se nos da á entender que estando los hombres en oracion son espiritualmente transfigurados en otros hombres por virtud de la devocion y gracia que

(*c*) In ib. 83. quæst. 68. et alibi pluriès. (*d*) Luc. 11.
(*e*) Lucæ 9. (*f*) Lucæ 3.

allí se les da, como arriba dijimos; y asimesmo que allí es donde principalmente se recibe el espíritu de palomas, que es la mesma gracia del Espíritu Sancto, que los hace tales.

Concluyendo pues esta razon, digo que pues toda la perfeccion de la vida cristiana nasce de la gracia, y la oracion es tan conveniente disposicion y medio para alcanzarla, no se podrá negar, sino que mientra mas uno se diere á ella, communmente mas gracia alcanzará; y así cresciendo siempre el uso de la oracion, crescerán tambien las riquezas de la gracia, y por consiguiente toda virtud y perfeccion.

Lo segundo, cónstanos tambien que no es otra cosa oracion (si se hace como conviene), sino llegarse el hombre á Dios, y unir su espíritu con él. Y está claro que en esta manera de union y allegamiento consiste gran parte de nuestra perfeccion. Porque (como dicen los filósofos) la causa de la perfeccion de todas las criaturas es Dios, y por consiguiente tanto será una criatura mas perfecta, cuanto mas se llegare á él. Mas este allegamiento no ha de ser con pasos de cuerpo, sino de espíritu, con los cuales caminamos á Dios, y nos acercamos mas á él, y así nos hacemos participantes dél. Esto dice Sant Augustin por estas palabras (*g*): Tanto le irá mejor á una criatura, cuanto mas se allegare á aquel que es mejor que toda criatura, al cual nos allegamos, no andando, sino amando: que es, no con pasos de cuerpo, sino con movimientos de corazon. Pues como la verdadera oracion no sea otra cosa sino un allegar nuestro corazon á Dios, claro está que mientra mas el hombre se allegare á él, mas ha de participar de su claridad y de su luz, y así cada dia se hará mas perfecto y mas semejante á él.

Vemos por experiencia que cuanto uno se llega mas cerca de la lumbre, mas ve, y cuanto mas cerca del fuego, mas se calienta; porque como este elemento sea tan noble, y tan activo, y comunicativo de su virtud, apénas os habeis llegado á él, cuando ya comienza á entregaros todo lo que tiene, sin excepcion de ninguna cosa, hasta haceros del todo semejante á sí. Pues si esto hace el fuego por ser tan noble elemento y tan activo, ¿qué hará aquel que es infinitamente mas noble, y mas communicativo, y mas activo que ninguna criatura, por nobilísima que sea? O si de nuestra parte no hobiese impedimentos ni desvíos, ¿cuánto mas sería lo que dél recebiríamos, que lo que recibe del fuego quien á él se allega? Y porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con tanto cuidado que nos alleguemos á él, diciendo (*h*): Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre dél. Y cuál sea esta lumbre, decláralo muy bien otro profeta, diciendo (*i*): El Señor tiene en su mano una ley encendida, y los que se llegan á sus piés recibirán de su doctrina.

De aquí nasce que si con todos nuestros impedimentos y desvíos, y con estar hechos un tronco de leña verde, nos llegamos á Dios por medio de la oracion, luego comenzamos á sentir un nuevo calor y alegría en nuestras ánimas, y por el contrario, una gran tibieza y frialdad cuando nos desviamos dél. Y la causa desto es porque como él sea fuente de luz y de calor, así como el que se llega al fuego, luego siente y recibe en sí calor y alegría del fuego, mas en desviándose dél, luego tambien poco á poco se va enfriando, y de ahí á dos horas está ya del todo frio, porque se desvió de la causa del calor: así ni mas ni ménos acaesce á los que se desvían ó allegan á este divino fuego y ejercicio, como cada dia la experiencia nos lo muestra.

Finalmente, si quieres entender esto en una palabra, mira cómo los que tocan almizcle, ó algalia, ó algunas otras cosas olorosas, luego reciben en sí la virtud y olor de aquellas cosas que tocan, de tal manera que apénas han puesto las manos en ellas, cuando luego salen oliendo á aquello que tocaron; y así entiende que Dios es una fuente de infinito olor y suavidad, y por consiguiente que llegándonos á él y tocándole con lo íntimo de nuestro espíritu, luego se nos ha de communicar algo de su infinita virtud y suavidad. Así le acaesció en figura desto á Moisen, de quien dice la Escriptura (*k*), que despues de haber hablado con Dios en el monte, bajó de allí con un tan grande resplandor, que no le podian mirar á la cara los hijos de Israel, por la grandeza de la claridad que se le habia comunicado de haber hablado y conversado con Dios. Pues ¿qué cosa se pudiera decir mayor en alabanza desta virtud, que ver cómo por ella, tratando el hombre con Dios, viene á transformarse espiritualmente en Dios por amor y semejanza de vida divina, y á perder el parescer y la figura de hombre, y tomar la del mesmo Dios? Porque sin dubda lo que allí se representó en la figura del cuerpo, eso mesmo cada dia se obra en las ánimas de aquellos que á la continua tratan con Dios y conversan con él. Y es mucho de notar la figura deste resplandor, que era como de cuernos, en los cuales consiste la fortaleza de los animales, para dar á entender que de la oracion sale el hombre no solo hermoso y resplandesciente, sino tambien armado y fortalescido contra todo el poder y fuerzas del enemigo; porque lo uno y lo otro pertenesce á la gracia y á la devocion, la cual señaladamente se alcanza por la oracion.

Demas desto tiene tambien la oracion por oficio mirar á Dios, lo cual es una cosa que en gran manera ennoblesce y perfecciona los ojos de quien le mira. Porque (como dice Aristóteles) una de las principales diferencias que hay entre las cosas sensibles é inteligibles es que las sensibles, cuando son muy excelentes, corrompen los sentidos que las reciben, como lo hace una grande y súbita luz, que ciega los ojos, y un gran sonido que atruena y ensordesce los oídos. Mas por el contrario, las cosas inteligibles, cuanto son mas excelentes, tanto mas perfeccionan el entendimiento que las mira, el cual así como se hace ratero y vil pensando en cosas bajas y viles, así por el contrario se ennoblesce y perfecciona cuando piensa en cosas altas y excelentes, especialmente cuando piensa en Dios, que es la mas excelente de todas las cosas. Por donde no es de maravillar que la oracion sea tanta parte para ennoblescer las ánimas, pues tiene por oficio poner los ojos en aquel cuya vista y contemplacion es toda nuestra nobleza y perfeccion. Sensiblemente se ve, cuando mira el hombre en una cosa agradable á los ojos (como es un prado verde y florido, ó un espejo de acero), que se alegra y fortifica la vista; pues ¿qué será mirar en aquel espejo sin manci-

In expos. Ps. 33. *h* Psalm. 33. *i* Deut. 33.

k Exod. 34.

lla de la Majestad de Dios, que tanta virtud tiene para alegrar y fortificar los ojos de quien le mira?

Especialmente que con nuestra vista obligamos á Dios á que nos vea, y mirando á él, hacemos que tambien él nos mire, cuya vista es causa de todo nuestro bien. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso significar él cuando dijo (*l*): ¡Convertios á mí, y convertirme he á vosotros! sino miradme, y miraros he? Y aunque en toda hora y en todo lugar los ojos de Dios nos estén mirando, mas señaladamente nos miran en la oracion, como dice Sant Bernardo (*m*), porque entónces nos presentamos á él, y nos ponemos á hablar cara á cara con él, y así señaladamente recebimos las influencias y rayos de su presencia. Pues si los ojos del cielo (que son el sol, y la luna, y las estrellas) tanta fuerza tienen para influir luz y virtud en estos cuerpos inferiores (segun la diversidad de los aspectos con que se miran ellos entre sí, y miran á nosotros), ¿cuánto mayor la tendrán aquellos divinos ojos para influir luz y gracia en nuestras ánimas? Y si de los ojos del basilisco se dice que bastan para matar mirando, ¿cuánto mas bastarán aquellos divinos ojos para dar vida á quien miraren? Pues está claro que mas poderoso es Dios para salvar, que ninguna otra cosa para dañar. Con estos ojos miró él á Sant Pedro, y le hizo llorar su pecado (*n*). Con estos pedia el Profeta ser mirado, cuando decia (*o*): Mírame, Señor, y ten compasion de mí. Con estos promete él mirar á los que guardaren su ley, diciendo (*p*): Miraros he, y seréis multiplicados y prosperados. Pues con estos mesmos has de tener por cierto que te mira él cuando tú le miras y te presntas en la oracion delante dél.

Por donde una de las cosas que mas nos encomiendan los maestros de la vida espiritual, es el andar siempre en la presencia de Dios, ó á lo ménos alzar muchas veces á él los ojos del corazon; porque cuantas veces esto se hace, sensiblemente paresce que siente el hombre una manera de refresco y aliento, y una como influencia de su gracia, con que el ánima dentro de sí mesma se recoge y compone, y de nuevo se fortalesce y determina en el bien.

Estas tres razones susodichas son entre sí como parientas y vecinas; porque todas ellas nascen cuasi de una mesma fuente, que es de mirar á Dios, ó llegarse á él, ó disponerse para recebir su gracia, que lo comprehende todo. Mas allende desto tiene aun otra maravillosa propiedad la oracion, que es ser ella el pasto y mantenimiento proprio de las ánimas, las cuales viven y se mantienen de consideracion. Esta razon es por una parte muy eficaz, y por otra muy dulce de contemplar. Porque sin dubda cosa es de gran suavidad pensar en la nobleza deste manjar, y considerar cómo el ánima vive de Dios, y cómo su pasto y mantenimiento es la consideracion de las cosas divinas. Y cuando decimos que el ánima vive deste manjar, entendemos que mediante él se sustenta, y deleita, y toma fuerzas, y cresce en la vida espiritual: que son efectos que el manjar corporal suele obrar en quien lo come.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las criaturas que tienen vida, tienen tambien su mantenimiento con que viven, cada una de su manera. Porque unas hay que viven de la tierra, otras del agua, otras del aire, y otras tambien se dice que viven del fuego; y otras hay mas nobles y mas excelentes, que viven de otro mas noble manjar, que es Dios, de quien se mantienen los ángeles; como lo significó uno dellos, cuando dijo (*q*): Yo de manjar invisible me sustento; que es ver á Dios, y contemplar en él.

Pues como nuestras ánimas sean subtancias espirituales como los ángeles, necesariamente habemos de confesar que ellas tambien se mantienen del mesmo manjar, que es Dios, y así viven como ellos de ver á Dios y contemplar en él; sino que cual es la vista, tal es la vida; y porque la vista dellos es clara, y la nuestra escura, por eso la vida dellos es perfecta y la nuestra imperfecta, y así la suya se llama vida de gloria, y la nuestra vida de gracia.

Pues esta vida de gracia decimos aquí que se sustenta con la consideracion de las cosas divinas; porque esta vida no es corporal, sino espiritual, que es vivir en caridad y amor; porque la vida espiritual del ánima en amor de Dios consiste. Pues si en este amor ponemos esta manera de vida, ¿qué cosa hay que mas ayude á sustentar y encender este amor, que la continua consideracion de las perfecciones y beneficios divinos? Porque es cierto que así como el fuego se sustenta con la leña, así esta divina llama se sustenta con la leña destas consideraciones susodichas; ca no es otra cosa cada una dellas (bien mirado) sino un tizon con que se enciende y aviva mas esta divina llama. Y pues esto es lo que principalmente se trata en el ejercicio de la oracion, con razon decimos que el ánima vive de consideracion, pues la vida della es amor, y no hay cosa con que mas se encienda ese amor que con la continua consideracion de las perfecciones y beneficios del amado.

Y aun si pasas mas adelante hallarás que no solamente la caridad, sino todas las otras virtudes mas nobles, se sustentan con este mesmo pasto; como es la fe, la esperanza, la humildad, la paciencia, el temor de Dios, el dolor de los pecados, y el menosprecio del mundo, con las demas. Si no, dime: ¿con qué se esclaresce y fortifica mas la fe, que con la consideracion de la consonancia suavísima de los misterios que ella nos representa, y de las maravillas y grandezas que nos predican? Con qué se fortalesce mas la esperanza que con la consideracion de la bondad, y de la misericordia, y de la providencia paternal de Dios, y del valor y eficacia de los merescimientos de Cristo? Con qué se despierta mas el temor de Dios, que con la profunda consideracion de su justicia, y de sus juicios, y de los castigos espantosos que tiene hechos y hace cada dia en el mundo? Con qué se aviva mas el dolor de los pecados, que con pensar en la muchedumbre y grandeza dellos, y en la alteza de aquella Majestad y bondad contra quien pecamos? Con qué se arraiga mas la humildad y desprecio de sí mesmo, que con la continua consideracion de sus proprias vilezas y miserias? Con qué se esfuerza mas la paciencia, que con la consideracion de los trabajos de Cristo y de todos los sanctos, y de la grandeza de la gloria que está prometida por ellos? Pues ¿con qué se viene á menospreciar el mundo, sino con la consideracion de la brevedad, y fragilidad, y vanidad, y engaño de sus cosas? Por do paresce que el aceite con que se sustentan las lámparas de todas estas virtudes es cada

(*l*) Zach. 1. (*m*) Serm. de 4. modis orandi. (*n*) Luc. 22.
(*o*) Psalm. 118. (*p*) Levit. 26.

(*q*) Tob. 12.

una destas consideraciones susodichas; porque (segun reglas de filosofía) la mesma consideracion intelectual que sirve para despertar estos afectos en la voluntad, esa mesma sirve para conservarlos y acrescentarlos.

Y por esto no sin gran misterio se nos pintan aquellos animales de Ecequiel llenos de tantos ojos (*r*), pues vemos que la vida espiritual ha de ser toda ojos, y toda consideracion, pues dellas se mantienen todas las virtudes en que esta vida consiste; no solo las que están en el entendimiento (porque eso está claro), sino tambien las que están en la voluntad. Porque el entendimiento (si decirse sufre) es como unos fuelles y soplo de la voluntad; porque con el conoscimiento y consideracion de la excelencia de las cosas se levantan todas estas olas y llamas de afectos en ella.

Y aun si pasas mas adelante hallarás que la oracion no es solo mantenimiento de nuestras ánimas, sino tambien medicina de nuestras llagas; porque apénas hay ejercicio con que ellas mas claro se vean, y mejor se curen, que el de la oracion. Porque así como lo escuro se ve mejor par de lo claro, y lo tuerto par de lo derecho; así en poniéndose el ánima en la presencia de Dios (que es luz y regla de todas las cosas), luego ve todas sus fealdades y torcimientos, y pide remedio á aquel que así como es dechado de toda rectitud y hermosura, así es remedio de toda miseria.

Demas desto tiene aun otra dignidad y excelencia la oracion, que es gustarse en ella los deleites espirituales y la divina suavidad, que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud, y uno de los principales fructos y dones del Espíritu Sancto; y tan principal entre ellos, que deste señaladamente quiso él ser denominado, llamándose Paracleto (*s*), que quiere decir Consolador; porque su principal oficio era consolar las ánimas, y proveerlas de tales y tan maravillosos deleites, que por ellos pudiesen fácilmente despreciar todos los otros deleites. Este oficio ejercita él señaladamente en la oracion, como él mesmo lo promete á sus siervos por Isaías, diciendo (*t*): Yo los llevaré á mi sancto monte, y alegrarlos he en la casa de mi oracion. Porque, como dice Sant Bernardo (*v*), orando se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazon del hombre, y lo embriaga de tal manera que le hace olvidar todas las cosas. Este vino humedece y riega las entrañas secas de nuestra ánima, digiere el manjar de las buenas obras, y repártelo por todos los miembros espirituales della, esforzando la fe, confortando la esperanza, calentando la caridad, y engrosando y perficionando todas las otras virtudes.

Qué tan grandes sean estos deleites, y cuán dulce este manná, no lo puede conoscer sino quien lo ha probado (*x*). Y por esto no hay necesidad de gastar mucho tiempo en explicarlo, porque al que lo ha probado no hay para qué decírselo, y al que no lo ha probado, por mucho que le digan, no lo entenderá jamas. Un doctor dice que estos deleites sobrepujan á todos cuantos deleites hay en el mundo, aunque todos juntos se echasen en el corazon de un hombre. Y no paresce que estaba muy léjos deste parecer el Profeta, cuando decia (*y*): ¡Oh Señor, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida á los que te temen! Y en otro lugar (*z*): Mi corazon (dice él) y mi carne se alegraron en Dios vivo. En lo cual quiso dar á entender que eran tan grandes estos deleites, que no solo el espíritu que derechamente los recibe, sino tambien la carne, y todo el hombre con todas sus potencias y sentidos, venían á gozar y tener parte en esta fiesta. Porque (como dice un doctor) hasta la mesma carga del cuerpo se alivia en este ejercicio; cesa el bullicio de los pensamientos, callan todas las cosas, arde el corazon, el ánima se goza, la memoria se aviva, el entendimiento se aclara, y todo el espíritu, con el deseo de aquella beatífica vision, se arrebata y levanta sobre sí.

Pues estos divinos deleites son el principal instrumento con que Dios levanta el ánima de la tierra al cielo, y la hace despreciar todas las cosas del mundo. Porque así como dicen que los primeros hombres dejaron la bellota cuando hallaron el trigo, así nuestra ánima facilísimamente da de mano á todos los deleites de la carne despues que halla los del espíritu. Por do paresce que la sabiduría divina se ha en esta parte como la madre con el niño que está comiendo una cáscara de melon, ó alguna otra cosa dañosa, y como no se la puede quitar de las manos, porque luego da gritos, toma otra cosa mas saludable y mas sabrosa, y dala á probar al niño, y despues que la ha gustado, fácilmente acaba con él que suelte lo que tenia por lo que le dan. Pues este mesmo es el medio que toma aquel celestial Padre para con nosotros; porque conosce él muy bien nuestra avaricia y golosina, y sabe que no queremos dar sin recebir; por esto nos ofresce los deleites espirituales, para que por ellos desechemos los sensuales; para lo cual no hay otro mejor medio que el susodicho; porque, como dice Sant Bernardo (*a*), en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor.

Y por esto verdaderamente es mucho de maravillar cómo no acaban los hombres de despreciar estos bienes falsos y perecederos, y abrazar el summo bien, habiendo tan poco camino que andar hasta encontrar con él. Porque, bien mirado, yo no hallo mas que tres trancos para llegar á Dios, y todos muy fáciles de pasar. Porque lo primero no es mucho siquiera por algunos dias recogerse el hombre cada dia un poco de tiempo, y ocuparse en alguna devota oracion ó meditacion. Y quien esto hace como debe, muy cerca está del segundo, que es enternecérsele el corazon una vez que otra, y venir á gustar alguna pequeña gota de la divina suavidad. Y esto hecho, á la hora es concertado el casamiento; porque no hay necesidad de mas para que el sabio mercader, hallada esta preciosa margarita, venda todo lo que tiene por alcanzarla (*b*). Porque no es menester mas que oler dende léjos esta divina suavidad, para que diga el hombre con la Esposa en los Cantares: En pos de ti correrémos, Señor, al olor de tus ungüentos (*c*). Porque sin dubda no se da tanta prisa el perro del cazador cuando ha dado en el rastro de la caza, cuanto él anima despues que ha comenzado á sentir el olor y rastro desta suavidad celestial. ¡Oh quién te pudiese agora, hermano, dar á entender este negocio, y hacer que supieses cuán poquito camino hay que andar hasta gustar de Dios; y cuán fácil cosa es, despues de haberlo gustado, renunciar todos los otros gustos por este gusto! Cree cierto que no es Dios inexorable ni tardío para acudir á

(*r*) Ezech. 1. (*s*) Ioan. 14. (*t*) Isai. 56. (*v*) Sup. Cant. serm 49. (*x*) Apoc. 2. (*y*) Psalm. 30. (*z*) Psalm. 83.

(*a*) Serm. 5. in quadr. et Epist. 2. ad Fulconem, etc.
(*b*) Matt. 13. (*c*) Cant. 1.

quien le llama de corazon; porque no sin grande espíritu y verdad fuéron dichas aquellas palabras (*d*): Cerca está el Señor de los qué le llaman, si le llaman de verdad.

Ruégote, hermano, que te dispongas á probar este negocio con sencillo y humilde corazon, y verás tan grandes maravillas, que te maravillarás cómo los que las sienten no salen por las plazas dando voces á los hombres porque dejan de gozar de tan grande bien. Cuarenta dias te pones á tomar el agua del palo, si estás enfermo, y á no comer, ni ver sol, ni luna, aun con dubdosa esperanza de tu salud; ¿y no te pondrás siquiera otros tantos dias á un tan pequeño trabajo por lo que toca á tu salvacion? Mira, ruégote, que deste momento depende la eternidad de tu vida; y que con sola esta arremetida podrás venir á decir con el Sabio: Un poquito trabajé, y despues hallé para mí grande descanso. Bien veo que esto poquito no es el todo, mas es principio del todo, y grandísima parte dél.

§. III.

De cómo por la oracion se communica al alma la verdadera devocion, con la cual hace con facilidad todas las cosas del servicio de Dios.

Ayúdanos tambien por otra via la oracion, porque no solamente se communican en ella estas consolaciones espirituales que dijimos, sinó tambien la verdadera devocion; y cuál sea la diferencia que hay entre ella y estas consolaciones divinas, al principio de la segunda parte deste libro dijimos. Pues es agora de saber que el mesmo Espíritu Sancto, que es el autor y dador de aquellas consolaciones, para esfuerzo y entretenimiento de los suyos en este destierro, ese mesmo es el autor y dador deste afecto celestial, que llamamos devocion; que es una promptitud de voluntad, y un aliento para todas las cosas del servicio de Dios. Mas cuánta sea la virtud y eficacia deste afecto para bien obrar, no lo puede bien conoscer sino aquel que lo ha probado; así como ni la grandeza de la suavidad de las consolaciones divinas entiende bien sino quien las ha recebido; porque lo uno y lo otro es obra del Espíritu Sancto. Lo que por algun ejemplo se puede significar es, que así como un enfermo cuando tiene el apetito prostrado, no arrostra á ningun manjar que le pongan delante, mas en recibiendo salud, juntamente con ella recibe la gana de comer, y aun á veces una hambre canina que con ninguna cosa se harta; así tambien el hombre que está del todo sin devocion, tiene tan prostrado el apetito del bien, que á ninguna cosa de virtud puede arrostrar. Mas si despues por la misericordia de Dios, y por ejercicios y medios convenientes viene á alcanzar verdadera devocion, esta le pone tan grande apetito y gana de todo lo bueno, que por mucho que haga, nunca se ve harto, segun el deseo que tiene de agradar á nuestro Señor. Pues este nuevo apetito, esta promptitud y aliento para el bien, es lo que propriamente se llama devocion; que es uno de los grandes estímulos y despertadores que tenemos para la virtud, y uno de los principales instrumentos que la caridad tiene para incitarnos á bien obrar, como en el principio deste libro se dijo (*e*). Pues si es verdad, como allí probamos por auctoridad de Sancto Tomás (*f*), que este buen afecto procede de la meditacion y consideracion de las cosas divinas; manifiestamente se ve cuánto ayuda este ejercicio para toda virtud, pues por él se alcanza la devocion, que es el comun despertador y estímulo para toda virtud. Mas quien esto no entiende ó no lo cree, no tengo otro mayor argumento para convencerlo, sino remitirlo á que pruebe el estarse una ó dos horas de noche ante un altar, conversando y hablando en espíritu con Dios, gimiendo sus pecados y pidiendo misericordia; y mire bien cuál sale de allí, y cuánto aprovecharia si esto usase á la continua; y luego se le abrirán los ojos y verá cuán poco es todo lo que aquí decimos en alabanza desta virtud.

Y por aquí se ve claro cuánto engaño sería si algunos prelados pusiesen todo su caudal y toda la manera de su gobierno en insistir principalmente en solo lo exterior, sin tener cuenta con lo interior, no mirando que uno de los principales medios que hay para eso que ellos pretenden, es eso mesmo que dejan. Si no, dadme vos un corazon devoto y recogido, yo os daré luego el cuerpo recogido, y el silencio, y la mesura y moderacion en todas las cosas. Porqué así como la salud de los miembros interiores redunda luego en el color y figura del hombre exterior, así el corazon y ánimo compuesto, luego cria el cuerpo recogido, y todo el hombre exterior compuesto. De donde enseñando Sant Buenaventura al religioso de la manera que habia de haberse en todos los pasos y movimientos exteriores, dice que en todo esto guarde aquella figura y composicion, y aquella mesura y gravedad que tiene cuando sale de una profunda y devota oracion.

Y aun en la manera del obrar las virtudes va gran diferencia entre el que tiene oracion y devocion, y el que no la tiene. Porque el que anda con espíritu de devocion, todas las obras que hace, hace con devocion, y con fervor, y con alegría, y con pura intencion; y así todo lo hace por Dios, y en todo le paresce que ve á Dios. Mas el que no sabe qué cosa es devocion, así como está seco de dentro, así todo lo que hace va lleno de mucha sequedad. A lo ménos á este tal no paresce que le ha comprehendido aquella bendicion del Profeta, que dice (*g*): Acuérdese el Señor de tu sacrificio, y tu holocausto sea lleno de grosura delante dél. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio (*h*): Holocausto seco es la buena obra que no es regada con lágrimas de oracion; mas holocausto lleno de grosura es, cuando el bien que se hace con corazon humilde, va todo bañado en lágrimas de devocion.

§. IV.

De cómo la experiencia enseña que la oracion ayuda á alcanzar todas las virtudes y perfeccion.

Estos son los principales medios por donde la oracion nos ayuda á alcanzar toda virtud. Para cuya confirmacion, demas de las razones susodichas, añadiré algunas experiencias cuotidianas, por las cuales se entienda mejor lo dicho. Porque cónstanos que el principal medio por donde los hombres vinieron en conoscimiento de las virtudes y propriedades de las yerbas, y de las piedras preciosas, y de otras cosas semejantes, fué la experiencia que dellas tuvieron en sus necesidades; y así uno de los principales medios que ha habido para conoscer la

(*d*) Psalm. 144. (*e*) Cap. 1. (*f*) 2. 2. quæst. 82. art. 3.

(*g*) Psalm. 19. (*h*) Sup. Ezechiel. homil. 20. in fine.

eficacia desta virtud, ha sido el provecho que han hallado en ella las personas que la han usado.

Pues todas estas hallan por experiencia cuotidiana, que al paso que anda la oracion, á este mesmo anda la vida; y de la manera que andan los ejercicios espirituales, así anda la vida espiritual que dellos procede. De manera que así como dicen que la mar sigue el movimiento de la luna, y que pende tanto de la virtud deste planeta, que cuando él cresce, cresce ella, y cuando él mengua, mengua ella; y en todo finalmente sigue el movimiento dél, como el caballo el de las riendas que lo gobiernan: así han visto que la perfeccion de la vida cristiana depende tanto de la virtud de la oracion, que cuando ella anda concertada, la vida anda concertada; y cuando ella se desconcierta, todo lo demas se desconcierta; y finalmente conforme á la cresciente y menguante della, así cresce y mengua el espíritu y concierto de nuestra vida. Y no es esto mucho de maravillar; porque si la devocion anda siempre en compañía de la profunda y devota oracion, y esta devocion es la que hace al hombre hábil y prompto para todas las virtudes, y para todo bien, como dice Sancto Tomás (*i*), no es mucho que cresciendo con la oracion esta devocion, sienta el hombre todo lo susodicho.

Esto figuró Dios muy á la clara en aquella oracion que Moisen hacia en el monte cuando el pueblo de Israel peleaba contra Amalec (*k*), de quien se dice que cuando tenia las manos en alto vencia el pueblo de Israel, y si un poco las abajaba vencia luego Amalec. Por do paresce que la victoria de los enemigos no pendia tanto de las fuerzas y armas de los que peleaban, cuanto de la oracion del Profeta; de tal manera que conforme al subir ó bajar de las manos, así crescia ó menguaba la fortaleza del pueblo. En lo cual nos quiso el Señor dar á entender que la victoria de nuestras pasiones, y tentaciones, y de todos nuestros enemigos, está como colgada de la virtud y fortaleza de la oracion, y que al paso que anda ella, á ese tambien anda esta victoria.

Y conforme á esto debemos entender que así como cuando las manos de Moisen andaban cayendo y levantando, así andaba la victoria tambien por ambas partes dubdosa, mas despues que entendido este peligro se halló manera para que las manos del que oraba estuviesen firmes y estables en alto, luego la victoria contra los enemigos se perpetuó; así tambien entienda el cristiano que miéntras anduviere coxqueando en este ejercicio, tambien lo andará en la victoria de sus pasiones; mas si quisiere ser perpetuo vencedor, trabaje por tener siempre su corazon y sus manos en alto por medio de la oracion, en cuanto esto moralmente sea posible; y si á este punto llegare, piense que alcanzará perfecta victoria de sus enemigos, y entónces podrá cantar con el Profeta, diciendo (*l*): Ponia yo siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda á mi diestra para que no sea yo movido. De las cuales palabras se colige que la perpetua oracion es una grande ayuda para la perfecta victoria de todos nuestros enemigos; como lo significó el mesmo Profeta en otro lugar, diciendo (*m*). Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos.

Declararé aun esto mas en particular. Todas las personas que se dan a la oracion, ven cada dia por experiencia que cuando traen sus ejercicios concertados, y les dan el tiempo que requieren, traen tan concertada su vida, tan pura su consciencia, tan alegre su espíritu, tan esforzado su corazon, y tan llena su ánima de buenos propósitos y deseos, que es cosa de admiracion. Allí sienten dentro de sí mesmos la presencia del Señor, y la virtud de su gracia, y cómo los llevan sobre hombros ajenos, y sobre alas de águilas (*n*), y cómo finalmente los guia Dios por aquel camino que él promete por Hieremías, diciendo (*o*): Llevaros he por frescuras y fuentes de aguas, y por un camino tan llano que no tengais en qué tropezar. Mas despues que por negligencia suya cortan el hilo destos ejercicios, luego poco á poco comienza el ánima á enflaquescerse, y marchitarse, y perder aquel verdor y frescura que ántes tenia; luego (no sé cómo) desaparescen todos aquellos sanctos propósitos y pensamientos primeros, y comienzan á despertar todas nuestras pasiones, que estaban como adormescidas y sepultadas de ántes. Luego se halla el hombre lleno de alegría vana y de liviandad de corazon, amigo de parlar, y reir, y holgar, y de otras semejantes vanidades, y (lo que mas es), luego los apetitos de la vanagloria, y de la ira, envidia y ambicion, con todos los demas que estaban como muertos, comienzan á revivir, como las brasas que con el rescaldo de la ceniza paresce que estaban muertas, que un poquito que las sopleis, luego descubren su secreto resplandor.

Estos dos estados paresce que habia experimentado el Profeta cuando decia (*p*): Yo dije en medio de mi prosperidad y abundancia: No habrá cosa que baste para derribarme; mas apartaste, Señor, un poco tu rostro de mí, y luego quedé turbado. Lo uno decia por el tiempo en que estaba su espíritu lleno de devocion, cuando ninguna guerra sentia, y lo otro por el que estaba sin ella, cuando las pasiones de nuevo le combatian.

Por donde el que atentamente considerare este negocio, y lo quisiere explicar por alguna comparacion, hallará que el ánima que anda con este espíritu de devocion, es como el caminante que camina un dia de muy escura niebla, que miéntras ella dura, ninguna cosa ve sino niebla, y no solo no ve las otras cosas, mas aun apénas ve á sí mesmo. Mas despues que comienzan los rayos del sol á resolver la niebla, luego comienzan á descubrirse poco á poco las cosas, y á parescer (aunque confusamente) las cabezas de los montes, y las copas de los árboles, que ántes no se veian, hasta despues que quitada ya del todo la niebla, finalmente se vuelve á cada cosa su figura. Pues así decimos que la devocion es una como niebla espiritual que pone Dios en el ánima del justo, la cual es de tan maravillosa virtud, que miéntras ella dura apénas se ve otra cosa sino Dios, y en todas cosas paresce al hombre que ve á Dios, y tan ocupado anda en este pensamiento, que apénas se acuerda de sí mesmo.

Y por ventura esta es aquella niebla de quien dijo Salomon (*q*): El Señor dijo que moraria en la niebla. Porque claro paresce que no hablaba él allí solamente desta niebla material, pues no hay por qué more Dios mas en esta que en todas las otras criaturas; sino de otra niebla mas espiritual, que es como un humo que sale del incienso de la oracion, cuando se quema en nuestra ánima

(*i*) 2. 2. q. 82. art. 1. et. 2. (*k*) Exod. 17. (*l*) Psalm. 15.
(*m*) Psalm. 24.

(*n*) Exod. 19. (*o*) Hiere. 31. (*p*) Psalm. 29. (*q*) 3. Reg. 8.

con el fuego de la caridad. Porque cuando el ánima está llena deste humo, entónces se dice con verdad que mora Dios en ella, y el efecto de su presencia es este olvido de todas las cosas, y la memoria de solo él. Mas cuando esta niebla se deshace (que es cuando la devocion por nuestra culpa se pierde), luego á deshora se abren los ojos á la malicia, y luego comenzamos á ver y sentir las pasiones y tentaciones que ántes con la presencia de Dios no sentiamos, y luego finalmente resuscita la raposa mortecina de nuestra carne, que el hombre tenia ya por muerta, con todas aquellas pasiones y malas inclinaciones de que arriba tratamos, las cuales de nuevo toman armas, y nos comienzan á molestar.

Y por esto el que quisiere estar libre destas molestias trabaje por traer siempre su corazon lleno deste humo de devocion, que este basta no solo para ojear las tentaciones del enemigo, mas tambien algunas veces para no sentirlas. Y por ventura es tambien este aquel humo de que dijo el ángel á Tobías (*r*): Si tomares el corazon deste pece, y lo pusieres encima de las brasas, el humo que saliere dél basta para hacer huir y desaparescer todo género de demonios. Si no, trabaja tambien por poner ese tu corazon sobre las brasas del divino amor, y déjalo estar ahí tomándose desa divina llama, y luego verás cómo el humo de la devocion que de ahí sale, basta para alanzar de tu ánima todas las pasiones y molestias del enemigo.

Hay aun otra experiencia semejante á esta, con la cual se declara mas esta verdad, que es la mudanza súbita que hace la oracion en las personas que se dan á ella. Porque acaesce muchas veces estar el hombre distraido, derramado, desconsolado, y finalmente muy inhábil y pesado para todo lo bueno, y si estando así entra y persevera fielmente en la oracion, á cabo de una ó dos horas es tan grande la mudanza con que se halla, que le paresce que ántes era un hombre, y agora otro, segun sale mudado, de lo que era.

De manera que le acaesce como á los que riegan una mata de albahaca, ó otra cualquier planta semejante, que si ha muchos dias que no se regó, está tan fea, tan lacia y tan marchita que paresce que está ya del todo muerta; mas si luego le acudis con un riego de agua, de ahí á una hora la veréis tan verde, tan fresca y tan hermosa que apénas os paresce ser la mesma. Y pues esto acaesce cada dia en la oracion, sin dubda hemos de confesar que ella tambien es un riego espiritual de nuestras ánimas, y de todas las plantas de las virtudes; pues todas ellas vemos que se renuevan y reverdescen con ella. Por do tambien paresce que así como la tierra sin agua está triste y desgraciada, mas en cayendo el agua sobre ella luego se viste de nuevas flores y hermosuras; así el ánima sin oracion es como aquella tierra sin agua que decia David (*s*), la cual cria las yerbas lacias y de poco frescor; mas en regándose con este riego, luego reverdesce toda la frescura de la vida espiritual con nuevo lustre y hermosura.

Veis aquí pues por cuántas maneras y caminos ayuda la oracion á alcanzar toda virtud y perfeccion, pues (como ya dijimos) ella es la que señaladamente nos dispone para alcanzar la gracia, y la que nos ayunta con Dios y nos hace participantes dél, y la que levanta nuestros corazones á contemplar su hermosura. Ella es el pasto y mantenimiento de todas las virtudes; ella es una de las principales ayudas é instrumentos que la fe tiene para darnos á sentir los misterios divinos; ella es la fuente de todos los espirituales deleites, en cuya compañía anda muchas veces la contemplacion y amor del summo bien, en la cual consiste toda nuestra felicidad. Por todas estas vías nos ayuda la oracion en este camino, y todas estas puertas abre para hinchirnos de bienes. Y si cada una destas por sí sola era tan bastante para enriquescernos, ¿qué será abriéndose tantas por tantas partes? Callo otras muchas excelencias desta virtud, dellas proprias, y dellas communes con las otras virtudes. Porque ella tambien es una obra meritoria, como todas las otras, si se hace en caridad (*t*), y demas desto es impetratorio de lo que pide, si se hace con entera fe y confianza. Esto y otras muchas cosas dejo de decir, porque la brevedad deste volúmen no da lugar para mas; pero todo esto debrian considerar los amadores de la virtud, para que vean cuán grande sea este tesoro, y cuán saludable este ejercicio, y con cuánta razon el Salvador nos lo encomendó diciendo (*v*): Conviene siempre orar, y nunca desfallescer.

Esto baste para que por aquí se conozca la utilidad grande de la oracion. Agora tratarémos de la necesidad que della tenemos, para que lo uno y lo otro incite mas nuestro corazon al amor desta virtud.

SEGUNDA PARTE.

De la necesidad de la oracion.

Dicho de la utilidad desta virtud, digamos agora de la necesidad que della tenemos; porque esta suele apretar y obligar mas á los hombres á hacer lo que deben, cuasi como quien los pone en cerco y los toma por hambre. Y para entender qué necesidad sea esta, presupongo que, como dice Sancto Tomás (*a*), de dos maneras suele llamarse una cosa necesaria: ó porque sin ella es imposible hacerse algo, ó porque no se puede hacer tan cómodamente. Pues al presente no tratamos aquí de la primera manera de necesidad, sino de la segunda; y desta decimos ser la oracion necesaria, aunque todavía participa algo de la primera necesidad (*b*); porque cosas hay en que esta virtud es del todo necesaria, y cae debajo de precepto. Pero desta necesidad no tratamos agora tanto, cuanto de la segunda; para que esta juntamente con la utilidad pasada nos sea mayor motivo y estímulo para abrazar esta virtud.

Pues esta manera de necesidad procede de la pobreza y miseria en que el hombre quedó por el pecado, y de la diferencia del estado en que agora está, á aquel en que Dios lo crió. Porque si él permanesciera en aquel primero, poca necesidad habia de tantas máquinas y argumentos para inclinar su corazon á Dios, y levantarlo á la contemplacion de las cosas celestiales. Porque así como el águila naturalmente vuela á lo alto, y en este lugar edifica su nido, así el hombre, si en aquel estado permanesciera, siempre se anduviera volando con la consideracion por las cosas altas y divinas, y en ellas tuviera sus deleites y su morada; mas despues que le comprehendió aquella maldicion de la antigua serpiente, que es andar rastrando sobre su pecho, y comer tierra todos los dias de su vida (*c*), luego trocó el cielo por la tierra,

(*r*) Tobiæ 6. (*s*) Psalm. 142.

(*t*) S. Thom. 2. 2. q. 83. art. 15 et 15. (*v*) Luc. 18.
(*a*) 3. p. q. 1. art. 2. (*b*) 2. 2. q. 83. art. 2. (*c*) Genes. 3.

y todo él quedó hecho un pedazo de tierra: tierra ama, tierra come, de la tierra habla, en la tierra tiene puesto su tesoro, y de tal manera tiene echadas sus raices en ella, que con todas estas cadenas y maromas apénas le podemos sacar della.

Pues qué tan grande sea esta necesidad, no lo podrá entender sino el que tuviere muy bien conoscida la necesidad en que la naturaleza humana quedó por el pecado, la cual es tan grande, que no hay palabras que basten á darle debido encarecimiento. Dice la Escriptura (*d*) que se les abrieron los ojos á los primeros padres cuando pecaron, y que se hallaron desnudos. En lo cual se da bien á entender el despojo y la extrema desnudez y pobreza en que el hombre quedó por el pecado, por el cual fué despojado de la gracia y de la justicia original, y de todos los otros dones gratuitos que habia recebido. Y si perdido todo lo gratuito quedara lo natural entero, fuera alguna manera de consuelo; mas no fué así, sino que esto tambien quedó por el pecado tan estragado y debilitado, que dende la planta del pié hasta la cabeza no quedó en él cosa del todo sana.

De manera que le podemos muy bien aplicar aquello que el Profeta dice (*e*): Vistióse de maldicion como de una vestidura, y entró así como agua en lo interior dél, y como ólio en los huesos dél. Bastaba decir que lo habia cubierto la maldicion como con una vestidura de piés á cabeza, sin que nada quedara por cubrir, porque harto gran miseria era esta; mas porque no pensases que lo de fuera solo quedaba maldito, y lo de dentro sano, dicè tambien que entró como agua en todo lo interior dél: para que así entiendas que ninguna cosa quedó libre de maldicion, ni dentro ni fuera dél. Y porque el agua no es tan penetrativa como otros licuores, y pudieras por ventura imaginar que todavía quedaba alguna parte mas escondida que no habia sido penetrada desta maldicion, por esto añadió, diciendo que entró tambien como ólio, que es el licuor del mundo mas penetrativo, dentro de los huesos dél: que es la parte mas secreta y escondida del hombre. De suerte que la maldicion llegó hasta los tuétanos, que es hasta lo mas íntimo y mas secreto del ánima, que es aquella parte espiritual della, que llaman mente; aquella que confina con los ángeles, aquella que es hecha imágen de Dios, aquella que así como es espíritu, así naturalmente es amiga de cosas espirituales, y enemiga de carnales. Pues esta tambien quedó por el pecado contaminada y estragada, é inclinada á la carne. De manera que como haya en el hombre tres partes principales, cuerpo, y ánima, y espíritu, todas ellas quedaron lisiadas é inficionadas por el pecado. Porque la maldicion como vestidura cubrió la carne con todos sus sentidos, y como agua entró en el ánima con todas sus pasiones, y como ólio penetró hasta lo íntimo del espíritu con sus potencias; entre las cuales el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, y el libre albedrío flaco, y la memoria distraida y olvidada de su Criador.

Pues quedando el hombre por todas partes tan perdido y tan hecho carne, ¿qué parte es él por sí para guardar la ley de Dios, que es toda espíritu? Sabemos, dice el Apóstol (*f*), que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, y vendido por esclavo del pecado. Pues ¿qué proporcion hay entre ley espiritual y hombre carnal, para que pueda lo uno con lo otro? Qué habilidad tendria una bestia que es toda carne, para vivir conforme á una ley que es toda espíritu? Pues si el hombre quedó por el pecado tan semejante á las bestias, y tan inclinado á la carne, ¿qué habilidad tendrá para guardar una ley que es toda espíritu, que es ley de ángeles, y ley divina? Es tan poca parte para esto, que ni una obra sola, ni una palabra puede decir de manera que á Dios agrade, si no le viene de fuera especial socorro para ello.

Por do paresce que si por una parte miras el cuerpo del hombre, hallarás que no hay en la mar, ni en la tierra, ni en el aire, criatura subjecta á tantas necesidades, y enfermedades, y miserias, como él; y si por otra parte miras al ánima, hallarás que es tan flaco y tan miserable, que aun no puede abrir la boca para invocar por sí el nombre de Jesus dignamente (*g*): porque veas dónde estaba el hombre cuando Dios lo crió, y adónde vino á parar por el pecado. Tal cura merescia por cierto la ingratitud y soberbia de quien así se levantó contra su hacedor. Crió Dios al hombre en grandísima prosperidad y honra, y de donde habia de tomar ocasion para ser mas agradescido, tomóla para ser mas soberbio, y por esto con mucha razon lo dejaron tan miserable y desnudo, para que así su pobreza lo hiciese humilde, y la necesidad diligente, y el remedio de la necesidad agradescido.

Pues diréisme: ¿Qué remedio tiene el hombre en estado tan miserable? Pregúntoos yo: ¿Qué remedio tiene un hombre para poder vivir, que ni tiene patrimonio, ni hacienda, ni habilidad para ganarla? Decirme heis, que no tiene otro sino andarse á mendigar y pedir por Dios. Pues ese mesmo es el que le quedó al hombre despues del pecado: pues en hecho de verdad él quedó en esa mesma necesidad, y por eso no tiene otro remedio sino andar mendigando, y llamando á las puertas de la divina misericordia, reconociendo humilmente su pobreza, y pidiendo limosna, diciendo con el Profeta (*h*): Mendigo soy yo y pobre; mas el Señor tiene cuidado de mí.

Item, pregunto mas: ¿Qué remedio tiene un pájaro que está en el nido recien salido del cascaron, que ni tiene alas, ni plumas, ni otra habilidad para mantenerse? Cierto es que no tiene otro sino dar voces, y piar, é hinchir los aires de clamores, y solicitar con esto las entrañas de sus padres para que acudan á proveerle. Pues si el hombre quedó por el pecado muy mas pobre y descañonado que ninguna ave recien salida del huevo, ¿qué otro remedio tiene, sino clamar á Dios dia y noche, como á su verdadero Padre, y pedirle socorro? Esto es lo que maravillosamente significó aquel sancto rey Ecequías, cuando dijo (*i*): Así como el hijuelo de la golondrina, clamaré á tí, Señor, y daré gemidos como paloma. Como si dijera: Así como este pajarillo recien salido del huevo, viéndose tan pobre y desnudo, no entiende en otra cosa sino en piar y clamar á sus padres, para que le provean de lo necesario; así yo, Señor, viéndome tan desnudo de gracia, tan pobre de fuerzas espirituales, tan sin plumas de virtudes, tan sin alas para volar á lo alto, y finalmente tan inhábil para todo lo que me conviene, que ni un paso agradable á tí puedo dar sin tí: ¿qué tengo de hacer, sino imitar la diligencia deste pája-

(*d*) Genes. 3. (*e*) Psal. 108. (*f*) Rom. 7.

(*g*) 1. Cor. 12. (*h*) Psalm. 39. (*i*) Isaiæ 38.

ro, y clamar á tí, que eres mi Padre y mi hacedor, para que acudas á mi nido, y proveas á mi necesidad? Qué tengo de hacer, sino dar gemidos como paloma, llorando á la continua mi destierro, y mi condenacion, y mi pobreza, y mis pecados, pidiéndote con lágrimas y gemidos el remedio de tantos males?

Pues este es el remedio que le quedó al hombre despues de aquel miserable naufragio y despojo, para que por él sea socorrido y remediado. Así que, hermano mio, despues del pecado el medio general que tienes para todo lo que quisieres alcanzar de Dios, es gemido y oracion. Si deseas alcanzar su amistad y gracia, gemido y oracion; si perdon de pecados, gemido y oracion; si mortificacion de pasiones, gemido y oracion; si consuelo en las tribulaciones, gemido y oracion; si fortaleza en las tentaciones, gemido y oracion; si consolaciones espirituales, gemido y oracion; si socorro en las cosas temporales, gemido y oracion. Finalmente, si quieres remedio contra la mesma ira y saña de Dios, tambien es gemido y oracion. Si no, dime: ¿qué otro tuvo Moisen contra esta saña, cuando queria Dios destruir á su pueblo en el desierto, sino atarle las manos con oracion (*k*)? Y por esto lloraba y se quejaba un profeta, diciendo que en su tiempo no habia quien con estas armas resistiese á la ira del Señor, y así le atase las manos con la oracion (*l*); No hay (dice él) quien invoque tu nombre, y quien se levante, y te vaya á la mano. Y por tanto si tú deseas aplacar á Dios, y resistir á su saña, persevera humilmente llamándole en la oracion, y ten por cierto que por esta via lo amansarás. Porque nunca estuvo Dios mas ensañado contra el mundo que cuando envió las aguas del Diluvio, y entonces envió Noé una paloma del arca para ver si habia cesado ya el castigo de aquella saña (*m*), y aunque la primera vez volvió vacía, la segunda tornó con un ramo de oliva en el pico, que era señal cierta de la divina misericordia. Pues así tú, hermano, cuando sintieres que está Dios airado contra tí, envíale del arca (que es de lo íntimo de tu corazon) un gemido de paloma, y procura si pudieres acompañarlo con dos alas, una de ayuno y otra de limosna; y ten por cierto que aunque á los principios te parezca que vuelve vacía, al cabo (si perseveras) te traerá un ramo de oliva en la boca, que es la señal de la divina misericordia. Así lo hizo este mesmo rey Ecequías de quien hablamos, cuando de parte de Dios le fué intimada sentencia de muerte por su Profeta (*n*); y pudo tanto con estas lágrimas y gemidos, que ántes que el Profeta saliese de la puerta, acabó con Dios que revocase la sentencia que tenia dada, y le añadiese de nuevo quince años de vida. Así lo hizo tambien David en aquel famoso salmo de la penitencia (*o*), sobre el cual escribiendo Casiodoro, dice así: La oracion es por quien se suspende la ira divina, y se alcanza el perdon, y se quita la pena merescida. Ella es la que habla con Dios, platica con el juez, y hace estar presente al que es invisible; y no pára hasta llegar á la postrera recámara de su juicio, de donde nadie es desechado sino aquel que en ella se halla descuidado y tibio.

Y no solo para alcanzar perdon de pecados, mas para vencer todas las tentaciones del enemigo es esta una de las mas prestas y poderosas armas que hay. Lo cual se declara por este ejemplo. Si un castillo estuviese cercado de enemigos, y puesto en tan grande estrecho que todos los que están dentro no fuesen parte para defenderlo; si en este medio tiempo fuese un soldado á gran priesa al Rey á pedirle socorro, y por esta via fuese luego socorrido, bien podríamos decir en su manera que este soldado hizo mas que todos los otros; pues el poder que trajo fué mas parte para defender la fuerza, que las armas de todos los otros. Pues ¿qué es la oracion, sino un correo que despachamos de la tierra al cielo para pedir socorro á Dios en el tiempo de la tentacion? ¡Cuántas veces acaesce que desfallesciendo ya todas nuestras fuerzas en la defensa de nuestra ánima, y estando ya el hombre para entregar las llaves del consentimiento al pecado, este correo nos trae nuevas fuerzas y socorro del cielo, con que se defiende el castillo del enemigo! Cuántas veces acaesce que estando ya el corazon desmayado y caido con la carga de la tribulacion, de tal manera que todas las virtudes y fuerzas del ánima no bastan para levantarlo; que si entónces (cuando ya nuestro espíritu desfallesce) clamamos á Dios, volvemos luego á revivir y levantar cabeza con el socorro que por este medio nos viene del cielo! Por esto muy convenientemente es figurada la oracion por aquel soldado que fué á dar aviso á Abraham de cómo su sobrino Lot y los cinco reyes con él habian sido desbaratados en la batalla (*p*), por lo cual el sancto Patriarca juntó su gente, y puesta en órden de guerra, fué á dar sobre sus enemigos, y pudo tanto que los desbarató, y les quitó la presa que llevaban, y puso á Lot y á todos los otros prisioneros en libertad. Esto mesmo vemos que hace la oracion cada dia; pues ella es la que va y viene á Dios, y le da razon de lo que pasa, y no se contenta con pedirle fortaleza para la batalla, sino pídele tambien que tome las armas, y se halle presente en ella, diciendo con el Profeta (*q*): Tomad, Señor, armas y escudo, y venid en mi socorro. Y en otro lugar prosigue esto mesmo el Profeta mas á la larga, diciendo (*r*): Cercáronme dolores de muerte, y las furias de mis enemigos como crescientes de rios me turbaron. Mas yo en medio de mi tribulacion invoqué al Señor, y dí voces á mi Dios, y él oyó dende su sancto templo mi oracion, y mi clamor llegó ante la presencia dél. Mira pues qué buen mensajero fué este, que con tal lijereza caminó de la tierra al cielo, y dende allá trajo tan súbito y tan acelerado socorro. Por donde con mucha razon se maravilla y exclama el bienaventurado Sant Hierónimo de la virtud de la oracion, y de las lágrimas, diciendo: ¡Oh humilde lágrima! tuyo es el poder, y tuyo el reino. Tú no temes entrar ante la presencia del juez, y allí pones silencio á todos tus acusadores; no hay para tí puerta ni cerradura, y aunque entres sola, nunca jamas vuelves vacía. ¿Qué diré? Vences al invencible, atas las manos al Omnipotente, é inclinas á todo lo que quieres al Hijo de la Vírgen. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo, las cuales asaz declaran el poder grande desta virtud; el cual se declaró en aquella oracion de Josué que bastó para hacer parar el sol en medio del cielo, obedesciendo (como dice la mesma Escriptura) Dios á la voz de un hombre (*s*). Mas agora probemos todo lo susodicho por ejemplos de sanctos.

(*k*) Exod. 32. (*l*) Isai. 64. (*m*) Genes. 8. (*n*) Isai. 38. (*o*) Psalm. 50.

(*p*) Genes. 14. (*q*) Psal. 34. (*r*) Psalm. 17. (*s*) Iosue 10. Eccli. 46.

§. II.

De cómo Cristo y los sanctos ejercitaron mucho la oracion.

Esta es pues la causa principal (allende de las susodichas) por la cual todos los sanctos se dieron tanto al ejercicio de la oracion; y el Sancto de los sanctos, sin tener para sí necesidad, hacia oracion para nuestro ejemplo. Con este principio comenzó la predicacion del Evangelio (*t*) orando y ayunando cuarenta dias en el desierto; y con esto se ofresció á la pasion haciendo tres veces oracion en el Huerto, y convidando á sus discípulos al mesmo ejercicio, para defenderse en aquel peligro (*v*). En la primitiva Iglesia uno de los mas principales y cuotidianos ejercicios de los cristianos era este; y con este aparejo se dispusieron para recebir al Espíritu Sancto (*x*), y en este ejercicio se ocuparon despues de habelle recebido, gastando la mayor parte del dia en el templo, perseverando, como escribe Sant Lúcas (*y*), en oracion. Entre los apóstoles, de Sant Bartolomé se dice que cient veces en el dia, y otras tantas en la noche, hincadas las rodillas, hacia oracion. De Sanctiago se escribe que tenia hechos callos en las rodillas á manera de camello, de estar á la continua sobre ellas en oracion. De todos los otros apóstoles en comun se dice que cometieron el oficio de proveer á las viudas y necesitadas á otros discípulos; porque libres de toda ocupacion exterior (aunque sancta) se pudiesen emplear siempre en el oficio de la oracion y predicacion (*z*). Y si con tanta instancia y perseverancia mendigaban y pedian la gracia los que en tanta abundancia la habian recebido, ¿qué debríamos hacer los que tan pobres estamos della?

¿Qué diré de los otros sanctos, así del viejo como del nuevo Testamento? Aquel tan grande amigo de Dios, Moysen, escribe de sí mesmo que estuvo cuarenta dias y cuarenta noches derribado ante la cara del Señor, haciendo oracion por los pecados de su pueblo (*a*). El rey David, entre tantas maneras de ocupaciones como pide el oficio de reinar, hallaba siete veces al dia tiempo desocupado para alabar á Dios y hacer oracion (*b*). Y el bienaventurado Sant Hierónimo escribe de sí mesmo (*c*) que algunas veces juntaba el dia con la noche, hiriendo los pechos, y haciendo oracion, y que no cesaba deste oficio hasta que el Señor inviaba paz á su corazon. Muy sabida es tambien la oracion y contemplacion tan profunda del glorioso padre Sant Francisco, la cual estimó en tanto, que ni por el oficio de la predicacion y conversion de las ánimas lo quiso dejar, hasta que por revelacion de Dios le fué mandado que predicase. Y nuestro bienaventurado padre Sancto Domingo, su contemporáneo, de tal manera tenia repartidos los tiempos, que el dia gastaba con los prójimos, y la noche con Dios; y por esto era tan grande el fructo de su doctrina: porque de noche negociaba lo que obraba de dia, y primero persuadia y acababa con Dios lo que queria, que lo acabase con los hombres.

Ni tampoco faltan ejemplos desta virtud en el linaje flaco de las mujeres, ántes cuanto este linaje es mas flaco, tanto es mas devoto, y mas tierno, y mas humilde y aparejado para el ejercicio de la oracion. De aquella sancta viuda llamada Anna escribe Sant Lúcas, que nunca salia del templo, sirviendo dia y noche en ayunos y oraciones, hasta los ochenta y cuatro años de su vida; despues de los cuales meresció ver en el mesmo templo al Hijo de Dios en los brazos de su Madre, y ser ella primero que el Sancto Baptista, precursor y predicador de tan grande misterio. De muchas nobles mujeres escribe Sant Hierónimo que las dejaba el sol en oracion cuando se ponia, y en el mesmo lugar y oficio las hallaba cuando acabado el curso de la noche, tornaba á amanecer otro dia. Sant Gregorio cuenta de Tarsilla, religiosísima vírgen, y tia suya (*d*), que cuando la fuéron á lavar para amortajarla despues de muerta, hallaron que tenia en los cobdos y rodillas hechos callos á manera de camello (como arriba dijimos del apóstol Sanctiago) por la costumbre que tenia de estar siempre prostrada en oracion. Y Sancta Isabel, hija del Rey de Hungria, aunque hija de rey, y casada, con licencia de su marido se iba á acostar sobre una alhombra, para despertar con tiempo á las vigilias de la oracion; para que la mala cama le diese buena noche, y espacio largo para este sancto ejercicio. Y de ninguna destas cosas se debe nadie maravillar; porque sin dubda los deleites y fructos deste ejercicio son tan dulces y tan grandes, que despues que un ánima los ha probado, ningun trabajo, por grande que sea, rehusa por ellos.

No acabaríamos por esta via de contar ejemplos desta virtud. Porque este fué el comun ejercicio de todos los sanctos; por cuya causa muchos dellos dejaron el mundo, y se fuéron á los desiertos y soledades, donde holgaban de comer las yerbas de la tierra como bestias, por tener aparejo y tiempo para darse á la oracion. Esta es aquella mejor parte que escogió María (*e*), la cual por sentencia del Salvador fué preferida á aquella tan excelente obra de misericordia que hacia Marta. Porque por medio deste ejercicio se alcanza una tan grande perfeccion y pureza de consciencia, que levanta al hombre sobre sí mesmo, y lo hace semejante á Dios.

Pues los bienes que se alcanzan por la oracion, ¿quién los explicará? ¿Qué milagro se hizo en el mundo, que no fuese por oracion? Qué linaje de gracia se alcanzó jamas, que no fuese por oracion? ¿Cuantas victorias de ejércitos, y de enemigos poderosisimos se vencieron por oracion? ¿Con qué otras fuerzas todos los sanctos curaron las enfermedades, lanzaron los demonios, vencieron la muerte, amansaron las fieras, templaron las llamas, trocaron la naturaleza de los elementos, y mudaron el curso de las estrellas, sino con las fuerzas de la oracion? Con qué otras armas pelearon y triunfaron Moises, Josué, Gedeon, Jepte, David, Ecequias, Iosafat, Asá, y los nobles Macabeos (*f*), y finalmente todos los grandes amigos de Dios, sino con las armas de la oracion? Por donde no en balde daba voces el rey Joas al profeta Heliseo cuando se queria morir, diciendo (*g*): Padre mio, padre mio, que eres el carro de Israel y el gobernador dél: conviene saber (como dice una glosa), que puedes mas con tu oracion para defensa deste reino, que todos los carros y poderes del mundo. Porque las armas del cristiano contra todos los enemigos visibles é invisibles estas son.

Todo esto nos declara cuánta sea la necesidad que te-

(*t*) Lucæ 6. Matth. 4. (*v*) Lucæ 22. Matth. 26. (*x*) Lucæ 24. Actuum 1. (*y*) Actuum 2. (*z*) Actuum 6. (*a*) Exod. 34. (*b*) Psalmo 118. (*c*) Lib ad Eustochium de Custodia virginitatis.

(*d*) Lib. 4. Dialogorum, cap. 16. (*e*) Luc. 10. (*f*) Exod. 17. Iosue 10. Iudicum 7. et 11. et in libris Regum et Machabæorum. (*g*) 4. Reg. 13.

nemos desta virtud para todo lo bueno; que es lo que al principio propusimos, y por consiguiente, con cuánta razon nos aconseja el Salvador, diciendo (*h*): Conviene siempre orar, y nunca desfallescer. Porque como la oracion sea una puerta principal por donde nos entran todos los bienes, y un instrumento general del cristiano para todas sus cosas: ¿qué será un cristiano sin oracion, sino un soldado sin armas, un escribano sin pluma, ó un zurujano sin herramientas? Y por esto (concluyendo esta parte) digo que el cristiano que de véras desea serlo muy perfectamente, una de las cosas que principalmente debe mirar es que de tal manera ordene el trato y los negocios de su vida, que siempre busque tiempo y aparejo para tratar con Dios en la oracion. Y no solo las ocupaciones y negocios temporales, mas tambien las espirituales (por graves que sean), se deben tomar con tal templanza que siempre dén lugar y tiempo para tomar deste ejercicio tanto cuanto sea nescesario para el reparo de la vida, como arriba se declaró. Porque si la oracion es (segun dijimos) un instrumento general de que el cristiano usa para todas sus obras; asi como dicen los teólogos que ningun deudor es tan estrechamente obligado á restituir lo que debe, que le pongan en necesidad de vender la herramienta con que trabaja, para pagar la deuda, porque desta manera ni podria pagar, ni podria vivir, y trabajando con ella podrá con lo uno y con lo otro; así ni la ley de la caridad, ni la carga de ningun oficio obliga á nadie tan pesadamente, que le pongan en necesidad de dejar del todo el uso de la oracion, que es como el instrumento general del verdadero cristiano; porque sin esta ni podrá acudir como debe á las cargas de su oficio, ni conservarse en la vida espiritual; mas tomando della moderadamente lo necesario, fácilmente podrá con lo uno y con lo otro, como lo declara muy bien Sant Bernardo escribiendo á Eugenio (*i*).

TERCERA PARTE.

De la continuacion y perseverancia de la oracion.

En todas aquellas autoridades de la oracion que alegamos al principio, no solo se nos manda hacer oracion, sino tambien que la hagamos siempre. Y esto mesmo se nos manda aun mas expresamente por aquellas palabras de Cristo, que dicen (*a*): Conviene siempre orar sin desfallescer. Acerca de lo cual hay dos cosas en que dubdar: la una, cómo sea posible perseverar tanto tiempo en oracion; y la otra, por qué causa nos sea esto tan necesario.

§. I.

De la continnacion y perseverancia en la oracion.

Cuanto á lo primero algunos (viendo la dificultad que habia en esta continuacion y perseverancia de la oracion por las muchas ocupaciones desta vida) dijeron que esta continuacion se debia entender del bien obrar, que á la continua se debe hacer; porque harto bien ora quien siempre hace bien. Así es por cierto que muy buena oracion es la buena obra; porque como el ejercicio de la oracion se ordene principalmente para este fin, quien siempre hace buenas obras, siempre hace oracion. Mas no es esto lo que en aquellas palabras quiso significar el Salvador, pues el propósito y contexto dellas no habla del bien obrar, sino del orar; como se parece por ejemplo de la mujer que siempre importuna al juez pidiendo justicia. Y de mas desto, si él eso quisiera significar, bien supiera decir: Conviene siempre bien obrar, y no: Conviene siempre orar.

Y por esto á la letra se ha de entender este paso con todos los otros susodichos de la oracion (*b*); y en la imposibilidad del mandamiento no hay que altercar; porque aquí no se nos manda cosa imposible, sino posible: que es orar con toda la instancia y continuacion que buenamente podamos, renunciando y dando de mano á todas las otras cosas que no fueren de Dios, cuando nos impidieren este ejercicio. Y esta es manera de hablar muy usada, que se diga hacer siempre lo que se hace en todo el tiempo que se puede buenamente hacer. Como cuando se dice del varon justo que pensará en la ley del Señor dia y noche (*c*), no entendemos esta continuacion como la entenderia un matemático, sino solamente como el uso comun la suele entender, que es con toda la continuacion y perseverancia que buenamente se puede hacer. Mas esta continuacion es mayor que la que piensan los hombres carnales; porque si un hombre tocado del amor del dinero, ó de la hermosura de una mujer, anda siempre pensando en aquello que ama, y ni de dia ni de noche, ni velando ni durmiendo apénas puede sacudir de sí este pensamiento, aunque á ratos trabaje por ello, ¿qué mucho es que el ánima tocada del amor de aquella divina hermosura, apénas pueda desviar sus ojos della, y que allí tenga siempre su corazon donde tiene su tesoro (*d*)?

Otros hay que trazan el tiempo de la oracion como la cuantidad de la medicina. Porque así como la medicina se ha de tomar en tanta cuantidad cuanta baste para vencer el mal y cobrar salud, así tambien, como la oracion sea una medicina espiritual con que se curan las llagas del ánima, tanto será necesario tomar desta medicina, cuanto baste para curar estas llagas, y cobrar aliento para bien vivir. Y por esta causa no se puede señalar una medida para todos; porque segun están mas ó ménos domadas las pasiones de cada uno, y segun son mayores ó menores las ocasiones de peligros en que anda, así es mayor ó menor la necesidad que tiene desta virtud. Porque por experiencia se ve que así como hay unas tierras que sufren mejor la sequedad de los temporales que otras, y que con poca agua dan su fructo, y otras por el contrario, que faltándoles el agua luego se arruinan y se secan: así tambien hay algunos corazones de tan buena masa, ó tan proveidos de la divina gracia, que con poquita oracion andan bien dispuestos y concertados; y otros por el contrario tan bulliciosos y tan mal inclinados, que en el punto que les falta este beneficio, luego pierden aquel frescor y aliento espiritual que tenian. Y destos no se puede negar sino que tienen mayor necesidad del socorro desta virtud: así como las personas mas enfermas tienen mayor necesidad del uso de las medicinas. Y la mesma necesidad que causa los peligros de dentro, esa tambien causa los peligros de fuera; porque así como es necesario que ande mas á recaudo el que anda en tierra de enemigos, que de amigos, y mas abrigado el cuerpo en tiempo de invierno, que de verano; así conviene que ande mas armado de oracion el que vive entre ocasiones de peligros, que el que está fuera dellos; segun que lo enseñó el Salvador á sus discípu-

(*h*) Luc. 18. (*i*) Lib. 1. de Consid. (*a*) Luc. 18.

(*b*) S. Thom. 2. 2. q. 83. art. 14. (*c*) Psalm. 1. (*d*) Matth. 6.

los (*e*), á los cuales mandó velar y orar con mayor cuidado cuando era tiempo de mayor peligro.

§. II.

De la necesidad que hay de la perseverancia en la oracion.

Agora tratemos de la necesidad que hay desta continuacion y perseverancia en la oracion, la cual necesidad no se ha de tomar así absolutamente, sino supuesto que el hombre quiere vivir espiritualmente, y caminar á la perfeccion de la vida espiritual; porque desta principalmente tratamos en esta parte. Pues qué tan grande sea la necesidad que tiene deste ejercicio el que desta manera quiere vivir, con dificultad se puede explicar. Solo aquel á quien Dios hobiere dado ojos para ver la enfermedad y miseria en que la naturaleza quedó por el pecado (como arriba dijimos), y el que hobiere llegado al profundo desta pobreza, y apeado este piélago tan hondo, ese podrá entender la necesidad que el hombre tiene del socorro divino, y pedirlo á menudo á aquel que solo lo puede dar. Esto ha de tomar por principio y fundamento el que quiere averiguar y sacar en limpio la grandeza desta necesidad.

Pues procediendo por este camino, has de saber que nuestro apetito quedó por el pecado tan desordenado y tan perdido, que todo su negocio es estar siempre solicitándonos é inclinándonos al amor de las cosas que son dulces y favorables á la carne, sin tener cuenta con lo que manda Dios; porque, como dice el Apóstol (*f*), no está subjecta á la ley de Dios, ni puede estarlo. Pues este mal vecino que tenemos de las puertas adentro siempre está deseando y apeteciendo todo lo que es en derecho de su dedo: conviene saber, honras, y deleites, y placeres, y otras cosas semejantes, y esto con un calor y cobdicia tan grande, que no arden tanto los fuegos del monte Etna, como él arde muchas veces con el fuego de sus apetitos y cobdicias. Porque este es aquel horno de Babilonia que levantaba las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto (*g*); donde nadie puede dejar de quemarse y abrasarse, sino es por virtud del rocío de aquella maravillosa gracia que Dios promete, diciendo (*h*): Cuando pasares por las aguas seré contigo, y en el fuego no te quemarás. Pues si este apetito nos está siempre atizando é incitando á lo malo, ¿no será razon que haya por otra parte quien nos esté siempre solicitando é inclinando á lo bueno, y nos retraiga de lo malo? Y si este con sus malas inclinaciones y cobdicias está gastando y consumiendo los buenos propósitos y afectos de nuestra ánima, ¿no será razon que haya quien siempre repare lo que así se gasta? ¿No será razon que pues hay tan ordinario gasto, haya tan ordinario recibo, porque no se alcance lo uno á lo otro?

Si un hombre estuviese colgado de una soga, y hobiese otro que le estuviese siempre estirando hácia abajo por los piés, y no hobiese otro que lo aliviase hácia arriba por los brazos, ¿en qué podria parar este, sino en ahogarse y morir? Pues si esta carne está siempre tirando é inclinando nuestro corazon hácia la tierra, y no hay por otra parte quien lo levante al cielo, ¿qué se puede esperar de aquí, sino que prevalezca contra el espíritu la carne, y se haga el hombre todo carne? Mira que dice el Salvador (*i*), que lo que nasce de carne, carne es; y lo que nasce de espíritu, espíritu es. Pues si esto es cierto, que esta carne está siempre (conforme á su naturaleza) apeteciendo cosas de carne, y despereciéndose por ellas; si por otra parte no hay un espíritu contrario á esta carne, y un afecto espiritual contrario á este sensual que deshaga lo que este hace, y contradiga lo que este dice, é incline á lo contrario que este inclina, ¿en qué podrá parar el hombre, sino en hacerse todo carne? Pues este buen afecto trae consigo la oracion y la devocion, la cual levanta el hombre de la tierra al cielo, y lo enamora de las cosas espirituales, é hinche su corazon de buenos deseos, y le hace despreciar todos deleites sensuales, y viste el ánima de fortaleza, de luz, de alegría, y de otros muchos buenos propósitos y afectos contrarios á los que de la carne nascen, y desta manera se templan sus ardores con este rocío del Espíritu Sancto, segun aquello del Eclesiástico, que dice (*k*): El rocío que sale al encuentro al ardor que viene, amansa y templa su furor. Pues por esto conviene siempre orar sin desfallescer; para que pues este ardor es perpetuo, así tambien lo sea el refrigerio de la oracion y devocion que lo ha de templar.

Y para que mejor entiendas esto, mira con atencion la providencia tan admirable de que usó naturaleza con el corazon del animal. Porque como este corazon sea un miembro calidísimo (porque así convenia que fuese el que habia de dar calor á todo el cuerpo), porque con la demasía de su proprio calor no se quemase, proveyó la naturaleza de un perpetuo refrescador, que es el pulmon, el cual perpetuamente le está haciendo aire, y lo defiende de la vehemencia de su calor. No he hallado hasta agora ejemplo que mas me paresciese que hinchia esta medida, ni que mas á mi contento declarase y probase cuánta sea la necesidad que nuestra ánima tiene del refresco desta virtud. Porque ¿quién negará sino que tenemos acá dentro del seno de nuestro corazon un calor muy vehemente y muy poderoso para dañar, que es el ardor de nuestras cobdicias, que los teólogos llaman *Fomes peccati*? ¿Y qué otra cosa hace este calor dia y noche, cuanto es de su parte, sino arder y abrasar todo lo bueno que hay en nuestras ánimas? Pues si no hay dentro dellas algun refrescador que temple estos ardores con el aire del Espíritu Sancto, y con el rocío de la devocion, ¿en qué parará el ardor desta calentura, sino en consumir y resolver todas las fuerzas del ánima? Pues por esto conviene muchas veces abrir la boca de nuestro espíritu á Dios con oraciones, para pedir y recebir este aire, como la abria el Profeta cuando decia (*l*): Abrí mi boca para atraer el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. En las cuales palabras nos da á entender, que así como abriendo el hombre la boca atrae á sí este aire material con que refrigera el corazon y se templa la vehemencia de su calor, así cada vez que abrimos la boca de nuestra ánima, estando ella con la disposicion que se requiere, sospirando por Dios, y pidiéndole su gracia, recebimos este aire del Espíritu Sancto, mediante el cual se refrigeran los ardores de nuestros apetitos, y se sustenta la vida espiritual.

Añadiré aun otra razon que se deriva tambien deste mesmo principio, para confirmacion de lo dicho. Cierto es que una de las cosas que mas se requieren para vivir vida espiritual, es actual devocion. Porque no es

(*e*) Matth. 26. Lucæ 22. (*f*) Rom. 8. (*g*) Daniel. 3.
(*h*) Isai. 43. (*i*) Ioan. 3.

(*k*) Eccl. 43. (*l*) Psalm. 118.

otra cosa devocion, segun que arriba declaramos (*m*), sino una promptitud y presteza para todo lo bueno; y así varon devoto es aquel que está prompto y aparejado para todo bien. Y si esto quiere decir devocion, cierto es que una de las cosas mas importantes que hay para vivir vida espiritual es esta. Pues esta devocion claro está que es perpetua hija y compañera de la oracion. Porque la devocion nasce de levantar nuestro espíritu á Dios, el cual como sea un fuego vivo de caridad, luego communica su divino calor á los que se llegan á él. Por do paresce que la devocion no es cosa natural al hombre en el estado en que agora está, sino sobrenatural, porque no nasce de dentro, sino de fuera; ni procede de los principios de la naturaleza, sino de la gracia y union con Dios.

Pues si deste principio nasce, claro está que el que quisiere estar siempre devoto, siempre ha de estar unido con Dios, para que siempre se le communique este calor. Ejemplo tenemos en el agua, que si queremos que esté siempre caliente, siempre la debemos tener sobre el fuego; porque en desviándola de ahi, luego se vuelve á su frialdad natural. Porque como ella naturalmente sea fria, y accidentalmente caliente, para volver á su frialdad natural no ha menester ayuda de vecinos, porque su propria forma le basta; mas para conservarse en el calor, que no le es natural, es necesario que esté siempre unida con la causa deste calor, que es el fuego. Pues desta manera, como la devocion y fervor actual proceda de estar nuestro espíritu unido con Dios por actual meditacion ó contemplacion, como dice Sancto Tomás (*n*), quien quisiere andar siempre con esta actual devocion trabaje cuanto le sea posible por traer su espíritu desta manera unido con Dios, y así alcanzará lo que desea. Mas el que en esto fuere remiso, tambien tendrá remiso este divino fervor; pues segun la disposicion de las causas, así se siguen los efectos. Y esta es la razon de durarnos tan poco este fervor celestial, como cada hora experimentamos; porque así como el agua, por muy caliente que esté, si la desvías del fuego, de ahí á poco se vuelve á su natural disposicion, así tambien lo hace nuestra ánima en apartándola deste fuego divino, de donde le venía todo el calor de la devocion. Por lo cual paresce claro cuánto nos convenga trabajar por no desviar nuestro corazon deste fuego celestial, pues tenemos un corazon tan miserable y tan frio, que en quitándolo de encima de las brasas luego se hiela.

Para mayor confirmacion desta razon es de saber, que uno de los principales avisos y documentos de la vida espiritual es, que trabaje el hombre cuanto le sea posible por andar siempre en espíritu, si quiere vivir vida espiritual. Porque como el corazon sea el principio de todas nuestras obras, cual está el corazon, tales son las obras que salen dél. Si está devoto y compuesto, todas sus palabras y obras salen bien ordenadas y compuestas; y si indevoto y descompuesto, todas salen desordenadas y descompuestas. De donde así como todo el cuidado del hortolano es procurar que la tierra esté siempre jugosa y húmeda para que dé fructo, de suerte que no la ha de dejar en su natural disposicion, que es fria y seca, y por consiguiente inhábil para fructificar, sino en aquella que se le comunica por beneficio del agua: así el siervo de Dios ha de procurar que la tierra de su corazon esté siempre fuera de la disposicion que tiene por la corrupcion del pecado, y llena de aquel jugo y frescor que se le comunica por parte de la oracion y devocion, para que así esté siempre hábil y dispuesta para dar su fructo. Y para estar así, claro está que uno de los principales medios que hay es la continua y perseverante oracion; porque quien quiere tener siempre actual devocion, conviene que siempre ande en oracion, que es la causa desa devocion.

(*m*) Ex S. Th. 2. 2. q. 82. art. 2. (*n*) 2. 2. q. 82. art. 2. ad secundum.

§. III.

De otras razones sobre lo mismo.

Añadiré aun otra razon á las pasadas, la cual tambien se colige del mesmo fundamento que al principio propusimos. Sabida cosa es entre cristianos, que el hombre no es parte para conseguir el fin para que fué criado, que es Dios; ni tampoco los medios que para esto se requieren, que son la gracia y las virtudes, sino con especial favor y socorro del cielo. En figura de lo cual leemos que dijo Moisen á los hijos de Israel (*o*): La tierra que vosotros vais agora á poseer, no penseis que es como la tierra de Egipto, que se riega con agua de pié; porque esta no se riega desta manera con agua de la tierra, sino con agua del cielo; ca los ojos del Señor están siempre sobre ella, dende el principio del año hasta el fin; ellos la miran y la visitan con sus lluvias ordinarias. Muy bien está aquí señalada la diferencia que hay del pueblo de Dios al pueblo del mundo, y del verdadero cristiano al filósofo gentil. Porque el filósofo gentil no sabe qué cosa es gracia, ni espíritu de Dios, ni cosa sobrenatural; y por eso toda su esperanza tiene puesta en su industria, y en su estudio y diligencia; y mediante ella piensa alcanzar lo que pretende, que es virtud y felicidad. Mas el cristiano, como ve con mayor luz y mejores ojos el estrago de la naturaleza, ni confía en ella, ni en todos los estudios y diligencias della, para pensar de conseguir por aquí su fin. Porque le ha enseñado la palabra divina (*p*), que lo que nasce de carne, carne es; y que toda carne es heno, y toda la gloria della, como la flor del campo; y finalmente que todos los esfuerzos humanos son los que el Profeta dijo (*q*): Concibiréis ardores, y pariréis pajuelas. Por donde el perfecto cristiano todo depende del cielo, y allá tiene su remedio, y de ahí espera los aires, y soles, y aguas con que se haya de prosperar la sementera de sus trabajos, y las plantas de las virtudes. Y por esto el filósofo gentil cave cuanto quisiere en la tierra para sacar agua de sangre; estudie y lea siempre en sus filosofías, pues por ellas espera ser bienaventurado; mas el cristiano tenga por estudio muy principal alzar sus ojos al cielo, y esperar de allí el rocío, y los aires del Espíritu Sancto, diciendo con el Profeta (*r*): Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Como si mas claramente dijera: Los otros hombres cuando se ven en necesidad tienden sus ojos por la tierra, porque en ella tienen echadas sus raices y esperanzas; mas yo, como hombre que toda su salud espera del cielo, y no de la tierra, allá enderezo los ojos de mi corazon,

(*o*) Deut. 11. (*p*) Ioan. 3. 1. Pet. 1. Isai 40. (*q*) Isai 33. (*r*) Psalm. 120.

de donde espero mi remedio. Y cuánta sea la ventaja de la una esperanza á la otra, declarólo el mesmo Profeta diciendo (*s*): Estos tienen su esperanza en sus caballos y carros, mas nosotros invocarémos el nombre del Señor. Y ellos con toda su provision y aparato se enlazaron y cayeron; mas nosotros resuscitamos y estamos en pié. Por donde con mucha razon se maravillaba el Profeta desta excelencia, diciendo (*t*): ¿Quién como tú, pueblo de Israel, que alcanzas verdadera salud por mano de Dios? Porque está claro que como hace infinita ventaja el brazo de Dios á cualquier otro brazo de carne, así tambien la hará muy grande esta salud á cualquiera otra salud. Pues si esto es así, bien se sigue que uno de los principales oficios del cristiano ha de ser alzar sus ojos á Dios, y estar siempre uñido con él; para que así como todo depende dél, así esté siempre participando los beneficios é influencias dél. Por lo cual dice un doctor, que así como los rayos del sol es necesario que estén siempre uñidos con él, si han de permanescer y conservarse en aquella luz y resplandor que tienen: así conviene que nuestra ánima esté siempre uñida con Dios, que es el dador y conservador de todo su bien; para que así viva y se conserve en aquella maravillosa luz y resplandor, y en aquel divino calor y devocion actual que recibe dél.

Para mayor entendimiento desto imaginemos agora en este mundo dos mundos: uno visible y corpóreo, en que están todos los cuerpos; y otro invisible é incorpóreo, en que están todas las ánimas. Pues es de saber que así como ese mundo visible y corpóreo se gobierna por el cielo; y por esto dice Aristóteles que es menester que esté continuado con él, para que mediante esta continuacion haya paso para esta communicacion de la una parte á la otra: así tambien estotro mundo invisible é incorpóreo se gobierna por Dios; y por esto es tambien necesario que esté uñido con él, para que mediante esta union reciba los rayos y las influencias de su luz. Declaremos esto mas en particular. Mira cómo un árbol, para que tenga aquella hermosura y perfeccion que pide su naturaleza, es necesario que esté campero (como dicen) que es muy descubierto por todas partes á los aires é influencias del cielo. Porque como él se gobierne de lo alto, y de allí reciba toda su virtud, conviene que esté en tal lugar y sitio, que pueda libremente gozar destos communes beneficios; ca si se plantase donde no le diese aire, ni sol ni luna, ni podria medrar, ni dar fructo alguno. Pues así has de entender que pues todo el bien que nuestras ánimas tienen procede de aquel altísimo y espiritualísimo cielo, que es Dios, necesario es que estén de tal manera dél abrazadas y libres, que puedan estar siempre, como conviene, atentas y presentes á él: para que así mirándole, sean miradas; y amándole, sean amadas; y llamándole, sean oidas; y tendiendo siempre los brazos de su aficion á él, sean ellas tambien abrazadas y recibidas dél. Lo contrario de lo cual hacen los que como árboles sombríos tienen siempre sus corazones sepultados en los negocios del mundo; los cuales como nunca miran á Dios, ni alzan los ojos á lo alto, así nunca gozan destos aires de vida, ni cae sobre ellos agua ni rocío del cielo.

En una palabra te lo quiero decir todo, aunque con otro ejemplo mas humilde. Mira cómo la gallina estando sobre los huevos, los calienta, y mediante la virtud de aquel calor poco á poco los va animando y empollando, hasta que finalmente de huevos los hace pollos; y desta manera entiende que perseverando el ánima humilmente debajo de las alas de Dios en la oracion, allí está participando el calor de su espíritu, mediante el cual poco á poco va perdiendo el sér y las costumbres del hombre viejo, y cobrando las de aquel cuyo calor participa, que es Dios. De manera que la continuacion de aquel calor hace de los huevos pollos; mas la deste hace de los hombres dioses por gracia: que es de humanos divinos.

Mas mira bien que así como es menester que la gallina que ha de sacar sus huevos persevere sobre ellos con mucha paciencia; porque si es bulliciosa y andadera, y los deja mucho enfriar, nunca los sacará á luz; así conviene que el ánima deseosa desta soberana transformacion, persevere debajo de aquellas divinas alas, y que allí repose, allí duerma, allí cante, allí llore, allí finalmente haga su nido y su perpetua estacion, diciendo con el Profeta (*v*): El pájaro halló casa, y la tórtola nido donde tenga sus pollitos. Y asimesmo trabaje por no dejar enfriar muchas veces este divino calor; porque si es instable y bulliciosa, y no reposa en su nido, mal sacará sus pollos á luz.

§. IV.

Responde á una objeccion.

Dirás por ventura que es esta grande carga, y que no pertenésce esto para todos, sino para solos los perfectos. Así es. Mas ¿qué peco yo agora en señalarte con el dedo el término deste camino, para que veas el tino que te conviene llevar si quieres caminar á él? Si no pudieres llegar á esta continuacion, ni á tener las manos perpetuamente fijas y estables en oracion, como hizo Moisen (*x*), á lo ménos trabaja en esto cuanto pudieres, que miéntras mas hicieres, mayor ganancia hallarás. A lo ménos el que de véras aspira y sospira por la virtud, habia de trabajar por tener sus dos tiempos señalados cada dia para esto (como al principio dijimos); porque de otra manera, ¿cómo podrá ser uno virtuoso si no tiene sus tiempos señalados para el estudio y ejercicio de la virtud? Porque dime: si un hombre quisiese aprender un arte ó ciencia, y preguntase á todos los maestros del mundo qué era lo que principalmente le convenía hacer para salir con ella: ¿qué le podian decir, sino que tomase cada dia dos ó tres horas de tiempo, y mas, si mas pudiese, y estudiase en aquella arte, ó leyendo, ó meditando, ó platicando con su maestro, y que por esta via á cabo de cierto tiempo saldría con lo que deseaba? Este es el mas comun y ordinario medio que tenemos para adquirir una ciencia. Pues siendo esto así, ¿cómo se ha de alcanzar la virtud, que es arte de las artes, y ciencia de las ciencias, sin el estudio y ejercicio della? Pues ¿qué es la oracion, si se hace como conviene, sino un verdadero ejercicio y estudio de la virtud? ¿No está allí el hombre ordenando su vida, mirando sus obras, examinando sus culpas, y llorándolas, y proponiendo la emienda dellas, y pidiendo al Señor gracia para emendarlas? Pues ¿qué es esto bien mirado, sino estar á los piés del maestro de las virtudes, tomando licion de virtud? Qué es esto, sino hacer el hombre lo que es de su parte, y obligar á Dios, en cierta manera á hacer lo que es de la suya, para que así

(*s*) Psalm. 19. (*t*) Isai. 45.

(*v*) Psalm. 83. (*x*) Exod. 17.

concurriendo en uno la diligencia y la gracia, vaya el hombre cada dia aprovechando en la emienda de la vida? Esto es lo que singularmente significó el Eclesiástico cuando dijo (*y*): Los que temen al Señor, aparejarán sus corazones, y en presencia dél sanctificarán sus ánimas. Porque no es otra cosa presentarse á Dios en la oracion, y estar allí examinando y ordenando su vida, y tratando con Dios de la emienda della, sino un estudio de la virtud y un ejercicio con que el hombre sanctifica y repara su ánima. Lo mesmo muestra el Profeta que hacia, cuando dice (*z*): Pensé de noche en mi corazon, y allí me ejercitaba y barria mi espíritu. Pues ¿cuándo hace esto el hombre, sino cuando recogido dentro de sí mesmo examina sus defectos, y corrige su vida, y pide al Señor gracia para emendarla, y así barre y limpia la casa de su consciencia? Aquí se asienta á los piés del Maestro del cielo, y aquí recibe su doctrina, diciendo con el Profeta (*a*): Oiré lo que habla en mi el Señor Dios; porque hablará paz sobre su pueblo, y sobre sus sanctos, y sobre los que se convierten al corazon. Pues á los que desta manera se convierten al corazon (que es el secreto del recogimiento) enseña Dios su doctrina; y no solamente les enseña, sino tambien obra en ellos aquel sosiego de espíritu y aquella paz interior que el mundo no puede dar, sino solo él (*b*).

Pues si tal es este medio para alcanzar la virtud, ¿cual es el hombre que viendo cómo ninguna ciencia se puede alcanzar sin estudio, piensa de alcanzar esta, que es la mas alta de todas, sin ningun estudio ni ejercicio della? Por esto con mucha razon dice el Eclesiástico (*c*): El que conserva la ley multiplica la oracion; porque así como el que quiere ser gran sabio, procura ser gran estudiante; así el que quiere ser muy virtuoso, procura ejercitarse mucho en la oracion, porque (demas de alcanzarse por ella la divina gracia, que es madre de las virtudes) ella mesma es estudio y ejercicio perfectísimo de la virtud.

§. V.

Conclusion de todo lo susodicho.

Y porque en este tratado se han dicho muchas cosas de la oracion, aunque todas para un propósito (que es para dar á entender su gran valor y virtud), quiero agora concluir y declarar summariamente todo mi intento por una muy propria comparacion. Si quieres pues en pocas palabras entender la necesidad que tiene el varon perfecto de andar en la presencia de Dios, y de traer los ojos puestos en él (que es lo que aquí llamamos continua oracion), mira la proporcion y dependencia que la luna tiene con el sol, y la necesidad que tiene de estar siempre delante dél; que esta es la cosa del mundo que mas al proprio declara todo el hilo deste negocio. Hallarás pues primeramente que así como la luna ninguna claridad tiene de suyo, sino del sol, así nuestra ánima ninguna claridad, ni virtud, ni gracia, ni habilidad para merescer tiene de sí mesma, sino sola aquella que recibe del verdadero sol de justicia, que es Cristo nuestro Salvador. Lo segundo hallarás que así como la luna recibe esta claridad del sol segun el aspecto con que lo mira; porque cuando lo mira de lleno en lleno, toda ella está llena de claridad; mas cuando lo mira imperfectamente y á soslayo, así tambien recibe mas ó ménos su claridad: desta manera ten por cierto que segun la disposicion en que nuestra ánima mira á Dios en la oracion y contemplacion, así regularmente recibe la claridad y las influencias de su gracia y de su luz; porque si lo mira de lleno en lleno, que es con una perfectísima conversion á él, toda ella es envestida y llena de claridad; mas si lo mira imperfectamente y como á soslayo, que es con menor atencion y conversion, así tambien imperfectamente participa la lumbre dél. Esto es una gran verdad, sobre la cual habia mucho que decir y que pensar; mas por no ser largo paso á lo demas. Lo tercero hallarás que así como la luna obra en los cuerpos inferiores conforme á la claridad que recibe del sol, y así crescen y menguan sus efectos conforme á la cresciente y menguante della; así tambien has de entender (como arriba dijimos) que conforme á la cresciente y menguante de la gracia que se recibe en la oracion, así crescen y menguan los actos de las virtudes que della proceden. De manera que al paso que anda la oracion, á ese mesmo regularmente suele andar todo lo demas; puesto caso que no se excluyen por esto otros medios con que se puede alcanzar la divina gracia. Lo cuarto y último hallarás, que así como poniéndose alguna cosa delante la luna, que le estorbe el aspecto y vista del sol (como cuando la tierra se interpone entre él y ella), luego en ese punto se eclipsa y pierde su claridad y resplandor, y con ella tambien mucha parte de la eficacia de obrar que tenia mediante la luz; así entiende que en poniéndose ante los ojos de nuestra ánima alguna cosa terrena que nos estorbe la vista y la consideracion de aquel clarísimo y divinísimo sol (que es cuando dejamos de pensar en Dios por pensar en la tierra y en las cosas terrenas), luego á la hora paresce que se eclipsa y escuresce toda, y que pierde todos aquellos resplandores, y aquella alegría y fervor de espíritu, con todos los otros efectos que desta celestial vista se le communican. Y por tanto el que quisiere tener el ánima siempre clara, alegre, y devota para todo bien, trabaje por traer sus ojos puestos en Dios, sin volverlos á otra parte, en cuanto le fuere posible; porque si siempre le estuviere mirando, siempre estará gozando y participando de la claridad de su luz, y de las influencias de su gracia.

Mas en el fin deste tratado será necesario traer á la memoria los avisos que en la segunda parte dimos, y señaladamente aquel que habla contra los que se dan á esta virtud sin fundamento de justicia. Porque hay muchos que habiendo algunas veces experimentado el gran provecho que su ánima recibe de la communicacion con Dios, y viendo que así como la cera se está curando al sol, y parándose cada hora mas blanca, así el ánima se está apurando y sanctificando en la presencia de Dios, cuando está allí recibiendo el calor y los rayos de su luz: considerando esto, vienen á estimar en tanto esta virtud, que les paresce que sola ella basta para cumplido remedio del hombre; y con esto vienen á descuidarse en el uso de las otras virtudes. De donde nasce que como las virtudes estén entre sí tan trabadas, que no es posible tener perfectamente una si no se tienen todas, como son negligentes en las unas, así lo son tambien en las otras; y así no alcanzan lo uno ni lo otro: lo uno, porque no lo procuran, y lo otro, porque no se puede alcanzar sin aquello que desprecian. Porque verdaderamente pasa así, que como los miembros del cuerpo tienen necesidad

(*y*) Eccli. 2. (*z*) Psalm. 76. (*a*) Psalm. 84. (*b*) Ioan 14.
(*c*) Eccli. 35.

para su conservacion los unos de los otros (*d*), porque los piés tienen necesidad de los ojos, y los ojos de los piés, y las manos del estómago, y el estómago de las manos, etc.: así las virtudes, que son como miembros espirituales de nuestra ánima, tienen necesidad deste socorro prestado, y cuando este falta, tambien faltan las mesmas virtudes. Y por esto el que desea acertar y ser libre de los engaños del enemigo, no ponga sus ojos en esa virtud sola, sino en todas las otras virtudes; así porque toda la perfeccion de la vida cristiana consiste en ellas, como tambien porque la mesma oracion con que ellas se alcanzan, no se puede alcanzar sin ellas perfectamente (*e*).

Y aun mas aviso, que pues la principal alabanza de la oracion es ser ella un principal medio para alcanzar la gracia y las virtudes, el que en ellas se ejercita, siempre enderece todas sus consideraciones y peticiones á este fin, mas que á gustos y sentimientos de Dios, como arriba dijimos; y desta manera usará de cada cosa para lo que es, y estará libre de muchos engaños. De suerte que así como el que va á cavar una viña, su fin es cavar, no almorzar; pero todavía almuerza y come á sus tiempos, para tener fuerza con que durar en el trabajo: asi el siervo de Dios tenga por fin de su vida alcanzar la perfeccion de las virtudes; y porque estas no se pueden bien alcanzar sin el socorro de la oracion, aprovéchese fielmente deste socorro, para que así pueda perseverar en aquel trabajo. Otras muchas cosas se pudieran decir en favor desta virtud; mas todas estas remito yo al uso y experiencia del que en ella se ejercitare, por la cual verá cuán poco es todo lo que se dice en alabanza della, y así entenderá con cuánta razon el Salvador nos lo aconseja, diciendo (*f*): Conviene siempre orar, y nunca desfallescer; para que perseverando cada dia en pedir la gracia, merezcamos despues deste miserable y largo destierro alcanzar la gloria.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA VIRTUD DEL AYUNO Y ASPEREZAS CORPORALES.

Dicho de la virdud de la oracion, síguese que tratemos agora del ayuno, compañero perpetuo de la oracion. Porque así como está annexo al tañer de la vihuela, el templarla primero para esto, así tambien está annexo al oficio de la oracion estar el hombre templado y dispuesto para ella: lo cual señaladamente se hace con el ayuno y abstinencia. Porque de otra manera, estando el cuerpo cargado de mantenimiento, no está el espíritu hábil para volar al cielo.

Mas determinando tratar esta materia, paréceme que se ha de levantar toda la potencia y malicia de la carne, y ponerse en armas contra esto que queremos emprender. Porque á todo esto contradice primeramente la naturaleza corrupta, amiga de sí mesma, y contradice la flaqueza de nuestra humanidad, y contradice la inclinacion de nuestro apetito, que es amiga de la cama blanda, de la vestidura preciosa y de la mesa delicada; de tal manera que por estas cosas trastorna el mundo, bebe los vientos y fatiga la mar. Y allende desto contradice tambien la costumbre de nuestra vida, porque generalmente estamos todos habituados á comer, y beber, y regalar nuestro cuerpo, como al mayor amigo que tenemos. Pues pelear contra una naturaleza tan poderosa, y esta armada con las fuerzas de la costumbre, es navegar contra viento y contra marea. Porque vendrá uno, y deciros ha: Yo estoy habituado á comer dos ó tres veces al dia, y si esto no hago, rúgenme las tripas, enflaquésceseme la cabeza, duermo mal. Otro os dirá que es delicado y honrado, y que es mucha parte de autoridad el aparato y regalo del cuerpo, y por esto que no quiere cortar lo que tanto hace, así para su gusto como para su autoridad. Otros alegarán otras y otras causas, con las cuales la filosofía de la carne so color de bien pretende conservar sus deleites y defender su partido.

Pues ¿qué remedio para esto? No veo otro sino el que communmente solemos tener en todas las cosas que son ásperas y dificultosas. Porque cuando el labrador rehusa el trabajo de la labor, y el mercader teme los peligros de la navegacion, y el soldado los de la guerra, para esforzarse contra esto suelen poner ante sí el interese de la ganancia, y con esto se arrojan á los trabajos y peligros de la vida. Desta manera con un clavo sacan otro clavo, que es un afecto con otro afecto; porque con el amor del provecho vencen el temor del trabajo. Pues desta manera procederémos aquí, poniendo ante los ojos de cada uno los principales fructos y provechos desta virtud; para que con el amor y deseo desta ganancia, se venza el temor desta dificultad. Y si yo hiciese esto de tal manera que la causa no perdiese por mi culpa, creo que ninguno sería ni tan ciego ni tan enemigo de sí mesmo, que no se pusiese de buena gana, no digo yo al trabajo de los ayunos, mas aun á recebir cauterios por gozar de tantos bienes.

PRIMERA PARTE.

De los bienes espirituales para que aprovecha el ayuno.

Pues comenzando agora por las excelencias desta virtud, diré primero lo que tiene comun con las otras virtudes, y despues lo que tiene de ventaja sobre ellas. Lo que tiene comun es, que ayunar y macerar la carne es obra meritoria de gracia y de gloria, como lo son todas las otras obras virtuosas, si se hacen en caridad; porque esta lo es tambien como todas ellas, porque es obra de la virtud de la temperancia, y es tambien obra de obediencia, cuando se hace por mandamiento de la Iglesia. De manera que por cada dia de ayuno merecemos un cierto grado de gracia, y una corona de gloria que responde á esa gracia, donde por la hambre temporal nos darán hartura, y por el trabajo de un dia, descanso que durará para siempre. Esta es la primera excelencia que tiene el ayuno, comun con las otras virtudes (*a*).

§. I.

De la segunda excelencia del ayuno.

Tiene otra excelencia especial, que es ser obra satisfactoria; esto es, que con ella satisfacemos á Dios por los ofensas pasadas, y descontamos las deudas de que cada dia le pedimos perdon, cuando decimos (*b*): *Dimitte nobis debita nostra.* Este efecto, aunque sea comun á otras virtudes, mas propriamente lo atribuyen los concilios y los sanctos doctores á tres: que son ayuno, limosna y oracion; porque por estas tres obras señaladamente satisfacemos á Dios, por ser obras penosas á nuestra carne; y no hay medio mas proporcionado para satis-

(*d*) Rom. 12. 1. Cor. 12. (*e*) Casian. collat. 9. cap. 2. (*f*) Lucæ 18.

(*a*) Vide Adamum super cap. 29. Isaiæ. (*b*) Matth. 6.

facer por el deleite de la culpa, que el trabajo voluntario de la pena. Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república, está obligado á las penas della; así tambien el que quebranta las leyes de Dios está obligado á cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la divina justicia. Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida ó en la otra: esto es, ó en el infierno, ó en el purgatorio, ó en este mundo. En el infierno páganse con pena eterna; en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que, como dice Sant Augustin (*c*), ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fuéron los mayores del mundo, y aun los que padesció nuestro Salvador en la Cruz, que fuéron mucho mayores; porque ni los unos ni los otros llegan á la acerbidad de las penas del purgatorio. Pues desta tan grande y tan temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparacion menores; porque como Dios en estas cosas no mira tanto á la grandeza del trabajo, cuanto á la voluntad del sacrificio, porque lo que en este mundo se padesce es voluntario, y lo otro es necesario, de aquí es que una pena voluntaria desta vida, sin comparacion vale mas y satisface mas que muchas necesarias de la otra.

Mas dirás: pues el sacramento de la penitencia no vale para eso, ¿cómo vale el baptismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena? A esto se responde que hay gran diferencia entre el un sacramento y el otro; porque el sacramento del baptismo es una espiritual regeneracion y nascimiento del hombre interior. Por donde así como una cosa que nasce de nuevo, deja de ser lo que era y recibe otro nuevo sér, sin quedar allí nada de lo que ántes era; como cuando de una simiente nasce un árbol, la simiente deja de ser, y el árbol recibe nuevo sér: así cuando un hombre espiritualmente nasce, luego deja de ser todo aquel hombre viejo que ántes era, que era hijo de ira, y comienza á ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la penitencia no libra de los pecados pasados como regeneracion, sino como medicina, la cual unas veces sana perfectamente, y otras no; sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que despues á la larga con buen regimiento se han de gastar. Desta manera la penitencia unas veces sana perfectamente librando de culpa y de pena, cuando en ella entreviene alguna perfectísima contricion, como fué la de la Magdalena (*d*) y otras tales; mas otras veces (cuando la contricion no es tan perfecta), aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y esta que queda se ha de purgar ó en esta vida ó en la otra. Desto tenemos ejemplo en las cosas humanas; porque si un caballero comete un delicto contra el Rey, por el cual merescia pena de muerte, puede él hacer despues tales y tan grandes servicios, que merezca la gracia del Rey, y perdon general de toda esta pena; y puédelos tambien hacer tales, que no merezca tanto, sino algo ménos: conviene saber, la gracia del Rey y conmutacion de la pena de muerte en algun destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalom (*e*). Porque habiendo este muerto á su hermano Amnon, y estando tan justamente el padre indignado contra él, despues de tres años de absencia y destierro le perdonó; mas con tal condicion, que no entrase en su palacio ni paresciese delante dél. Pues desta manera cuando la contricion del penitente no es del todo perfecta, por virtud del sacramento de la penitencia perdona Dios al hombre la culpa, y tambien la pena eterna que por ella merescia; pero no quiere que luego entre este tal en su palacio celestial y vea su cara hasta que esté perfectamente purgado en esta vida ó en la otra. Pues esta satisfaccion y purgacion señaladamente se hace con el trabajo de los ayunos y de todas las asperezas corporales, las cuales son una lima con que se alimpia el orin de nuestros pecados, y una fragua en que se purifica nuestra ánima, y despide de sí cualquiera otro peregrino metal que tenga, para que así purificada, como un oro cendrado y limpio, entre en aquella ciudad soberana, que es toda oro limpio, como dice Sant Joan (*f*), y donde ninguna cosa puede entrar que no sea limpia.

Desta manera y con este trabajo hicieron penitencia los ninivitas (*g*), y así aplacaron la indignacion de Dios, y revocaron la sentencia que contra ellos estaba fulminada, y quitaron de sus cervices el cuchillo que ya venía sobre ellos, predicando en toda la ciudad un ayuno el mas áspero y mas universal que se ha visto en el mundo, donde mandaron que no solamente los hombres, mas tambien las bestias, y otros animales y ganados, no comiesen, ni bebiesen, ni pasciesen yerba, sino que todos á una diesen bramidos y clamores á Dios. Y fué tan eficaz y tan poderosa esta penitencia, que bastó para amansar el furor de Dios, y convertir su ira en misericordia.

Y no es ménos admirable el ejemplo del rey Acab (*h*), que siendo idólatra y homicida, cuando por mandado de Dios fué reprehendido de sus maleficios, humillóse, afligiéndose, y ayunando, y vistiéndose de cilicio, y con esto mudó la sentencia del juez, y quedó para despues de sus dias el castigo que para estos estaba profetizado. Y por esto la sancta madre Iglesia, enseñada por estos ejemplos, el primer dia que se comienza el tiempo de penitencia, entra dando este mesmo pregon general por todo el mundo, diciendo que se toque una trompeta en Sion, y que sanctifiquen los hombres el ayuno (*i*), etc. Como si dijese: Cesen los deleites y los regalos del mundo, y comiencen todos á llorar y afligir su carne para satisfacer por las culpas que cometieron por ella. Porque, como dice Sant Gregorio (*k*), justísima cosa es que el que se acuerda haber cometido cosas ilícitas, se aparte voluntariamente aun de las lícitas, y satisfaga á su Criador dejando de gozar de lo que podria, pues hizo contra lo que debia; y se castigue en cosas pequeñas, pues se atrevió á cometer culpas grandes. Este es pues el segundo fructo y excelencia desta virtud, que es ser tan poderosa para aplacar á Dios, y satisfacer por los pecados pasados.

§. II.

De la tercera excelencia del ayuno.

Tiene otra cosa allende desta, que es ser amiga y compañera perpetua de la oracion (como arriba tocamos), por donde la Escriptura divina muchas veces ayunta en uno estas dos virtudes; como lo hace el profeta David cuando dice (*l*): Afligia yo mi ánima con

(*c*) Sup. Psalm. 37. (*d*) Luc. 7. (*e*) 2. Reg. 14.

(*f*) Apoc. 21. (*g*) Ionæ 3. (*h*) 3. Reg. 21. (*i*) Ioel. 2.
(*k*) Hom. 20. in Evang. ante med. (*l*) Psalm. 34.

ayunos, y hacia oracion en mi pecho. La razon desta hermandad y compañia tocamos arriba, que es la habilidad y lijereza que tiene el hombre para todo ejercicio espiritual, cuando está ayuno y descargado del peso de los manjares; porque desta manera está el cuerpo dispuesto para servir al espíritu, y el espíritu aliviado para volar á lo alto sin impedimento del cuerpo. Porque de otra manera, como dice Sant Basilio, así como no puede pelear bien el soldado que está embarazado con alguna carga que lleva sobre sí, así tampoco puede el clérigo ó el religioso levantarse á las sagradas vigilias, ni perseverar en ellas, estando cargado de mantenimiento. Y Sant Bernardo comprehendiéndolo todo en pocas palabras, dice así (*m*): Dejaré de beber vino, porque en el vino está la lujuria; y dejaré de comer carne, porque por ventura criando con este manjar la carne, no se crien en mí tambien los vicios della; y hasta el mesmo pan comeré por medida, porque cargando el vientre de mantenimiento, no me halle pesado para el ejercicio de la oracion. Porque cuando el hombre está lleno de manjares, mas está para reir que para llorar, mas para dormir que para velar, y mas para conversar con los hombres que para tratar con Dios y con sus ángeles. Porque (como dice el mesmo Sant Basilio) cuando el estómago está lleno de manjares, suben luego al celebro unos vapores gruesos y escuros, los cuales impiden y escurescen los rayos de la luz intelectual de nuestra ánima. Por donde aquel sancto Moisen (*n*) estuvo cuarenta dias sin comer ni beber cuando subió al monte á tratar con Dios, y recebir en su ánima los rayos é influencias de aquella divina luz. Lo cual no se pudiera hacer tan perfectamente sin el socorro desta virtud. Por donde dice el mesmo Sant Basilio, que el ayuno es como una ala de la oracion, que la levanta de la tierra al cielo. Y Sant Bernardo dice (*o*), que de tal manera se ayudan entre sí estas dos virtudes, que la oracion alcanza virtud para ayunar, y el ayuno meresce la gracia del orar, y que el ayuno esfuerza á la oracion, y la oracion fortifica el ayuno, y lo presenta á Dios. Por donde añade el mesmo sancto diciendo: ¿Qué nos aprovechará el ayuno, si se quedare en la tierra? Por tanto levantémoslo á lo alto con las alas de la oracion. Porque (como dice Sant Isidoro) el perfecto ayuno se compone destas dos virtudes: cuando el hombre exterior ayuna, y el interior ora; porque mas lijeramente sube al cielo la oracion cuando es ayudada con la virtud del ayuno. De manera que así como el halcon ó el gavilan no está para cazar sino cuando está templado y ayuno, así tampoco está el hombre dispuesto para volar á lo alto, sino con esta mesma disposicion del ayuno.

§. III.

De la cuarta excelencia del ayuno.

Tiene mas otra excelencia esta virtud, que es ser un medio convenientísimo para gozar de Dios y de las consolaciones espirituales, que es un grande medio para despreciar todas las sensuales. Porque como el oficio del Espíritu Sancto sea consolar á los que por su amor están desconsolados; cuando él ve un ánima dar de mano á todos los gustos y consolaciones de la carne, luego la provee de las consolaciones del espíritu. Porque como no pueda el ánima vivir sin algun deleite, ya que por amor de Dios renuncia los deleites de la tierra, es razon que sea proveida de deleites del cielo. Y así manda Dios que sea proveida, diciendo (*p*): Dad sidra á los que están tristes, y vino á los que viven en amargura de corazon: beban y olvídense de su pobreza, y no se acuerden mas de sus trabajos. Porque este celestial vino, con que los apóstoles fuéron el dia de Pentecostés embriagados (*q*), no se da á los que están llenos del vino de las consolaciones del mundo, sino á los que por honra de Dios están ayunos dellas; porque así como nadie invía al físico á casa del sano, sino del enfermo: así aquel Espíritu consolador no se invía á casa de los que están hartos y consolados, sino á la de los que están tristes y afligidos por Dios. Y demas desto, como este Señor tenga prometido de dejarse hallar de todos los que lo buscaren, si lo buscaren con amargura y quebrantamiento de corazon (*r*), aquellos especialmente paresce que le buscan desta manera, que no solo le buscan con palabras de oraciones, que son fáciles á todos, ni con lágrimas de ojos, que tambien son fáciles á muchos, sino tambien con ayunos y asperezas corporales, que son cosas que duelen y no se hallan en todos. La madre que cria un niño, cuando la llama y le pide los pechos, no todas veces acude á dárselos; mas cuando le ve llorar, y porfiar, y matarse por ellos, no se puede contener que no le acuda. Pues así aquella divina sabiduría, como el Profeta dice (*s*), que tiene para con los suyos entrañas mas que de madre, dado caso que algunas veces no les responde cuando le llaman con voces y clamores; pero cuando ve que añaden dolores á los clamores, y aflicciones á las oraciones, ya entónces no se contiene que no les responda, y que no convierta sus lágrimas en alegría, haciéndoles cantar con el Profeta (*t*): Segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon, así vuestras consolaciones alegraron, Señor, mi ánima.

§. IV.

De la quinta excelencia del ayuno.

Tiene aun otra cosa mas este linaje de asperezas, que nos son unos como estímulos y despertadores grandes de la memoria de Cristo, y nos hacen muchas veces levantar el corazon á él. Porque cuando nos fatiga la hambre, y nos da pena el manjar desabrido, y nos muerde la vestidura áspera, y nos quebranta la cama dura, y nos aflige cualquiera otra manera de penitencia ó aspereza, ¿qué ha de hacer el que voluntariamente tomó estos trabajos por amor de Cristo, sino levantar los ojos al mesmo Cristo puesto en una cruz, hecho un retablo de trabajos, amarguras y dolores, y consolarse y animarse, viendo lo que padesce la innocencia por la malicia, la justicia por la culpa, la sanctidad por la maldad, Dios por el hombre? Qué ha de hacer sino esforzarse y alegrarse viéndose en algo semejante á su Señor, haciéndole él tambien sacrificio de sí mesmo, y pidiéndole humilmente su gracia para no desmayar en la carrera? Tales pensamientos y tales consideraciones suelen despertar en nosotros estas asperezas y trabajos corporales; porque la mesma naturaleza fatigada con los trabajos nos inclina á buscar remedio, y la gracia le dice que no tiene otro mas conveniente que la memoria y los ejemplos del Salvador. Mas por el contrario, la hartura y abundancia suelen traer consigo olvido de Dios: como claramente lo testificó el mesmo Señor por el profeta

(*m*) Serm. 66. sup. Cant. (*n*) Exod. 34. (*o*) In quadr. serm. 4.

(*p*) Prov. 31. (*q*) Act. 2. (*r*) Hier. 29. (*s*) Isai. 49. (*t*) Psalm. 93.

Oseas (*v*), diciendo : Hinchiéronse de manjares, y despues de hartos ensoberbesciéronse y olvidáronse de mí. Porque así como la hambre y la necesidad hace al hombre llamar á Dios, y acordarse dél; así por el contrario la hartura y abundancia hace olvidarse dél; segun que el mesmo Señor lo significó por su Profeta, diciendo (*x*) : Hallaste el remedio de tu vida en tus manos, y por esto no curaste de pedirlo. Porque no suele llamar á las puertas de nadie el que á nadie piensa que ha menester.

§. V.

De la sexta excelencia del ayuno.

Tiene tambien otra excelencia esta virtud, que es ayudarnos grandemente á alcanzar la divina sabiduría y la virtud de la discrecion, así como por el contrario el vicio de la gula destruye todo esto. Y así es comun doctrina de los sanctos (*y*) que uno de los pecados que mas escurescen y embotan el entendimiento, y le hacen perder los filos, es el de la gula y glotonería. Conforme á lo cual dice un doctor que así como acaesce en este mundo mayor, que cuando se levantan muchos vapores gruesos de la tierra (como acaesce en tiempo de invierno) se escuresce el aire, y se hinche de nublados con que se impide la vista de los ojos y la lumbre del cielo, así tambien acaesce en el mundo menor que es el hombre, porque cuando tiene el estómago lleno de manjares, de ahí se levantan y suben á la cabeza unos vapores gruesos y pesados, los cuales ofuscan y escurescen aquellas virtudes de nuestra ánima (que se llaman animales) que sirven al entendimiento en su operacion : por donde viene él á obrar mas imperfectamente, por defecto de los instrumentos que para esto le habian de servir. Con lo cual tambien se junta que estando el estómago desta manera muy ocupado, luego se recogen á él todos los espíritus y fuerzas del ánima á entender en la obra de la digestion; y así entónces, como de escuderos se hacen cocineros, sin que el hombre sea parte para impedir esta operacion, por estar exentas las fuerzas del ánima vegetativa de la subjeccion del libre albedrío : por cuya causa empleada cuasi toda la virtud del ánima en esta obra, no puede sino muy pesadamente y con grande violencia levantarse á la especulacion de las cosas divinas. De donde nasce hallarse los hombres tan prontos y hábiles para cualquiera cosa de estudio y especulacion al tiempo de la mañana, despues de celebrada la digestion, y desembarazada el ánima deste oficio; y por el contrario, muy pesados y torpes despues de la comida ó de la cena larga; porque, como dijo Sant Hierónimo (*z*), el vientre lleno de mantenimiento no cria delgado entendimiento. Por la cual causa todos aquellos sanctos monjes que fuéron muy dados al ejercicio de la contemplacion, fuéron de grande abstinencia, porque así estaban mas lijeros y hábiles para entender en esta obra. Por do paresce cuán conveniente sea esta virtud para defender y acrescentar la dignidad del hombre. Porque así como el hombre despierto nunca es ménos hombre que cuando está lleno de mantenimiento, pues tan mal puede hacer entónces el oficio proprio de hombre, que es especular y entender; así nunca es mas hombre, ni mas señor de sí, que cuando libre deste embarazo se puede todo emplear en este oficio. Y por eso aquel gran sabio Salomon con estar tan rico de sabiduría, cresciéndole mas la sed con la hartura, dice (*a*) que determinó abstenerse del vino, por entregarse del todo al estudio de la sabiduría. Por cuya imitacion nuestro glorioso padre Sancto Domingo por espacio de diez años usó desta mesma abstinencia, por estar mas hábil para el estudio desta mesma sabiduría. Porque entendia muy bien este Sancto que, como dice Sant Augustin (*b*), cuando los hombres destemplados beben vino, mas se puede decir que el vino los bebe á ellos, que no ellos al vino, pues les traga y roba los sentidos, y les hace perder el sér de hombres. Pues ¿qué diré de aquellos tres sanctos mozos de Babilonia, los cuales desechando los manjares y vinos preciosos de la mesa del Rey, y contentándose con legumbres y agua fria, merescieron alcanzar tan grande sabiduría?

Por aquí tambien la alcanzó el glorioso Sant Bernardo con tan poco estudio de letras humanas. Por aquí Sant Gregorio, comiendo legumbres crudas, de que su bienaventurada madre, Sancta Silvia, le proveia. Por aquí Sant Hierónimo con tan grandes abstinencias como él de sí mesmo relata. Por aquí Sant Basilio, que con ser predicador, y uno de los mayores oradores y teólogos del mundo, fué en el comer, y dormir, y vestir, uno de los mas abstinentes hombres del mundo; porque no vestia mas que una sola ropa á raiz de la carne, y siempre dormia en el suelo, y casi toda la noche velaba y perseveraba en sanctos ejercicios. Todos estos gloriosos doctores tan señalados en la sabiduría, no ménos lo fuéron en abstinencia; porque entendieron cuánto les era necesaria la una virtud para la otra.

§. VI.

De la séptima excelencia del ayuno.

Tiene aun mas esta virtud otra excelencia, y es que ella juntamente con su hermana la oracion (ayudándose fielmente una á otra) penetran el cielo, y alcanzan la misericordia de Dios, y acaban con él todo lo que quieren. Estas abren las arcas de los divinos tesoros, y para ellas están communmente abiertos los cielos; porque (segun dice un sancto) tienen tan trillado este camino, que ya son familiares á los porteros del paraíso, y así les dan siempre entrada libre todas las veces que la quieren. ¿Quién podrá aquí explicar las victorias, las revelaciones, las consolaciones, las virtudes y dones que se alcanzaron por ayuno y oracion? Daniel dice (*c*) que por espacio de tres semanas no comió pan delicado, ni se ungió con ungüento, ni entraron en su boca carne ni vino, y todo este tiempo oraba y lloraba delante de Dios, y con esto mereció alcanzar aquella tan grande revelacion de los secretos divinos. Con este ayuno venció la hambre rabiosa de los furiosos leones (*d*), y ayuno los hizo tambien ayunar á ellos; pues no se les dió licencia para tocar aquellos miembros sanctificados con la virtud del ayuno. Con estas armas cortó la cabeza de Holoférnes la casta Judith (*e*), y libertó el pueblo de Israel de tan miserable captiverio. Con estas mesmas aplacó la ira del rey Asuero la reina Ester, ayunando ella, y sus criadas, y todo el pueblo con ella (*f*); y con esto redimió su gente de la cruel sentencia del rey, é hizo que cargase sobre la cabeza de quien la habia urdido. Pues los hijos de Israel ¿cuándo jamas se volvieron á Dios con ayunos y oraciones en todas las

(*v*) Osee 7. (*x*) Isai. 57. (*y*) S. Thom. 2. 2. q. 14. art. 6.
(*z*) In Epist. ad Rusticum.

(*a*) Eccles. 2. (*b*) Tractatu de sobrietate, et castitate. Tom. 9.
(*c*) Daniel. 10 (*d*) Dan. 6. (*e*) Iudic. 8. et 13. (*f*) Esth. 4.

calamidades y aprietos que tuvieron, que no fuesen librados y socorridos? Pues el profeta Elías, estando ayuno, dice Sant Ambrosio que detuvo las aguas del cielo con una palabra, ayuno resuscitó el hijo de la viuda, ayuno hizo que tornasen á llover los cielos, ayuno mandó decender fuego del cielo contra los ministros de la maldad, y ayuno fué arrebatado al cielo en el carro de fuego; y con ayuno de cuarenta dias se dispuso para ver en el monte aquella gloriosa vision (*g*). Porque ¿quién pudiera con virtud humana subir en aquel carro, sino el que con la virtud del ayuno habia aliviado, y en alguna manera mudado ya la naturaleza del cuerpo corruptible? Moisen, otrosí, dice Sant Basilio (*h*), apercebido con el ayuno, subió al lugar donde aparecia Dios. Porque de otra manera no pudiera tan convenientemente él subir al monte, que por todas partes ardia, y perseverar en él tanto tiempo, sino armado con esta virtud. Y así como él estando en lo alto por medio del ayuno recibió la ley de Dios, así el pueblo bestial estando acá bajo, y entregándose á la gula, vino á adorar el becerro, y negar á Dios. Porque, como dice la Escriptura (*i*), asentóse el pueblo á comer y beber, y de ahí se levantaron á jugar y hacer fiesta al dios que habian fabricado. De manera que una sola embriaguez de aquel pueblo gloton bastó para deshacer lo que el sancto Profeta con ayuno de cuarenta dias habia alcanzado; porque las tablas de la ley que él en este tiempo recibió, la embriaguez y la gula dieron ocasion á que se hiciesen pedazos, pareciendo al sancto Profeta cosa indigna que el pueblo gloton y tomado del vino, recibiese ley dada por Dios. ¿Quién otrosí, hizo á Samsom tan fuerte y tan inexpugnable á sus enemigos? ¿No hizo esto en su manera el ayuno, que ántes de su nascimiento le fué mandado, cuando el ángel dijo á su madre (*k*) que no le consintiese beber vino, ni sidra, ni cosa que nasciese de vides? Pues la vida de Sant Joan Baptista ¿qué otra cosa fué sino un ayuno perpetuo? Porque ni él tenia cama, ni mesa, ni tierras para labrar, ni bueyes que la arasen, ni cilleros de trigo de que se mantuviese, ni otra alguna provision de las que parecen necesarias á la vida humana. Y este fué, por la boca del mesmo Señor, pronunciado por el mayor de los que nascieron de las mujeres (*l*). Tambien el apóstol Sant Pablo en el catálogo de sus trabajos cuenta su hambre y sus ayunos continuos (*m*), por los cuales meresció ser llevado á los secretos del tercero cielo. Estas y otras grandes maravillas dice Sant Basilio que obra el ayuno; porque (segun él mesmo dice en un sermon) el ayuno engendra los profetas, esfuerza los poderosos, enseña á los legisladores, es guarda del ánima, imágen de los ángeles, arma de los fuertes, ejercicio de los guerreros, gobernador de la castidad, fortaleza en las batallas y guarnicion en la paz. El ayuno sanctifica los nazareos, consagra los sacerdotes, guarda á los niños, hace sabios y graves á los mozos, adorna y compone los viejos; porque las canas acompañadas con el ayuno, son dignas de mayor veneracion. El ayuno es ornamento de las mujeres, freno de los hombres, guarda del matrimonio, criador de la virginidad, acrescentamiento de los dones celestiales y madre de la salud; ayo de la juventud, provision de los caminantes y compañía de los que moran en uno segura.

(*g*) 3. Reg. 17. 3. Reg. 18. 4. Reg. 1. 4. Reg. 2. 3. Reg. 19.
(*h*) Exod. 24. (*i*) Exod. 32. (*k*) Iudith. 13. (*l*) Matth. 11.
(*m*) 2. Cor. 11.

Todas estas virtudes se predican del ayuno, no porque él, solo por sí, sea causa destas grandezas, sino porque es concausa dellas; esto es, grande ayudador por su parte para todas ellas. Antes ninguna cosa hay tan grande para que no sea grande ayuda esta virtud. Por donde el mesmo Salvador y Señor nuestro, cuando quiso comenzar la predicacion del Evangelio, se aparejó primero con ayuno y oracion de cuarenta dias (*n*), no porque él tuviese necesidad deste aparejo, sino para enseñarnos que (regularmente hablando) apénas se alcanza alguna cosa grande, ni se comienza prósperamente, sino por este medio.

§. VII.

De la octava excelencia del ayuno.

Bastaba lo dicho para estima y gloria desta virtud; mas no paran aquí sus alabanzas, sino pasan adelante. Porque tomada esta virtud con todos sus annexos (que son todas las asperezas y mal tratamiento de nuestro cuerpo) es una de las virtudes que nos hacen en gran manera semejantes á Cristo, único ejemplo y dechado de toda perfeccion. Porque (como todos sabemos) la vida deste Señor dende el pesebre hasta la Cruz toda fué una perpetua cruz: no solo porque siempre tenia presente la Cruz, y los tormentos que en ella habia de padescer; sino porque toda ella fué llena de trabajos, de destierros, de asperezas, de persecuciones, de lágrimas, de pobreza, y de tantas otras maneras de trabajos, que por esta causa el profeta Isaías le llamó varon de dolores (*o*), y el profeta David en persona del mesmo Señor dijo (*p*): Pobre soy yo, y lleno de trabajos dende el principio de mi mocedad. Pues como la vida deste Señor sea un perfectísimo ejemplo y dechado de perfeccion, aquel será mas perfecto que fuere mas semejante á él, y (generalmente hablando) aquel será mas semejante á él, que mas trabajos hobiere padecido por su amor. Entre los cuales no tienen el postrer lugar las asperezas corporales, pues el Apóstol las cuenta entre los suyos, haciendo mencion de sus vigilias, ayunos, hambre, y frio, y desnudez (*q*). Las cuales cosas han de padescer tambien todos los que fueren miembros vivos de Cristo, como él mesmo lo confiesa diciendo (*r*): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y apetitos. A la cual cruz nos convida el apóstol Sant Pedro, diciendo (*s*), que así como Cristo padesció en la carne, así nosotros nos armemos y aparejemos á padescer por él; porque si fuéremos, como dice Sant Pablo (*t*), participantes de su pena, tambien lo serémos de su gloria. Esta es aquella singular gloria de los predestinados, los cuales el mesmo Apóstol dice (*v*) que ab eterno escogió Dios y predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo, así en esta vida como en la otra; en esta bebiendo del cáliz de sus dolores, y en la otra del cáliz de sus deleites. Y como haya muchos medios para beber deste cáliz, el mas fácil y mas ordinario, y el que mas á la mano se halla, es este de la aspereza y maltratamiento de nuestra carne; porque para este no es menester que haya fariseos, ni Dioclecianos, ni Anticristos, ni otros perseguidores de la Cruz; ni tampoco es necesario discurrir por el mundo con el apóstol Sant Pablo, padesciendo trabajos; porque cada uno los podrá hallar de sus puertas adentro, procurando

(*n*) Matth. 4. (*o*) Isaiæ 53. (*p*) Psalm. 87. (*q*) 1. Cor. 11.
(*r*) Galat. 5. (*s*) 1. Petri 4. (*t*) Rom. 8. (*v*) Rom. 8.

de ser para sí un Diocleciano: que es un verdugo y atormentador de su proprio cuerpo.

SEGUNDA PARTE.

De los bienes corporales para que aprovecha el ayuno.

Para estas y para otras muchas cosas nos aprovecha grandemente la virtud del ayuno, y el maltratamiento del cuerpo. Lo cual solo debia bastar para que los verdaderos amadores de la virtud lo fuesen desta que tanto nos ayuda para todas las otras. Mas con todo esto hay algunos hombres tan de carne, que esta moneda de tanto valor no corre delante dellos, si no ven algo que sea de carne; esto es, de provecho corporal. Pues por esta parte tampoco nos desavendrémos con ellos; porque para esto les darémos aquí tambien las manos llenas, y por ventura mas que en ninguna otra virtud. Porque aunque todas las virtudes generalmente valgan para todo, así para los bienes del cuerpo como del ánima; pero en esta virtud se halla mucho mas esta ventaja que en otra alguna. Por cuya causa, aunque mas no hubiera, se debia ella de buscar y preciar, como muchos gentiles, sin tener fe, por esta causa la preciaron. Y para que esto se vea mas claro, presupongamos que entre los bienes corporales los principales son salud, vida, hacienda, honra, y deleites, y contentamientos del cuerpo. ¿Pues qué será si probáremos agora que para todo esto aprovecha grandemente esta virtud? ¿No bastará sola esta razon para que todos los hombres amadores de sí mesmos, lo sean tambien de una cosa que tanto hace á su propósito?

§. I.

De cómo el ayuno ayuda para alargar y conservar la vida mas que todas las medicinas.

Pues comenzando por la vida, que es el mayor de todos los bienes corporales, dime: ¿qué cosa hay que mas parte sea para conservar y alargar la vida del hombre, que la virtud de la abstinencia? Junta cuantas medicinas, y regimientos, y virtudes de yerbas y piedras preciosas están escriptas por una parte, y por otra pon sola esta virtud; y todos los médicos te confesarán que mas parte es sola ella para conservar la salud y alargar la vida, que todas las medicinas del mundo juntas, sin ella. Y no solamente los médicos, sino tambien la Escriptura divina nos enseña esto mesmo diciendo (*a*): No seas gloton en tus convites, y no te derrames sobre todos los manjares; porque en los muchos manjares habrá muchas enfermedades, y la demasía dellos se convertirá en abundancia de malos humores. A muchos mató la demasía del comer y beber; mas el que fuere abstinente alargará la vida. Esto nos dice la Escriptura divina; y sin que la Escriptura y la medicina nos lo dijera, la mesma experiencia de cada dia nos lo dice, pues vemos cuán presto acaban la vida los hombres desreglados y comedores, y cuánto mas viven los abstinentes y templados. Si no, ponte á mirar las vidas de aquellos sanctos monjes antiguos que vivian por los desiertos, donde hay tanta falta de mantenimientos curiosos y regalados, y hallarás que cuanto fuéron mayores sus abstinencias, tanto fuéron mas largas sus vidas; para que veas con cuánta razon dijo el Sabio (*b*): El que fuere abstinente alargará la vida. De Galeno, príncipe de los médicos, se escribe que fué de muy larga vida, porque llegó á ciento y veinte años, y la causa dicen que fué porque nunca se levantó de la mesa harto. ¿Mas para qué es menester alegar para esto ejemplos pasados, pues bastan los cuotidianos y presentes? En el reino de Granada vemos por experiencia cuánto es mas larga la vida de los cristianos nuevos que la de los viejos; y no es otra la causa sino el poco comer de los unos, y el mucho de los otros. Porque gozando de unos mesmos aires, y estando debajo de un mesmo clima, y en una mesma tierra, no se puede señalar otra causa sino la ventaja que nos hacen en la templanza. Porque muchos dellos contentos con agua fria, y con manjares viles, y de fácil digestion, ni fatigan la naturaleza con demasiada carga, ni ahogan el calor natural con mucha leña, ni dan materia para que se crien dañosos humores con demasiados manjares, y con esto viven sanos, y muchos años. Y si quieres de raiz saber la razon desto, la razon es, que (como dicen los filósofos) todas las causas inferiores cuando hacen algo, juntamente hacen y padescen; como vemos en el cuchillo y en la sierra, que como van cortando, van perdiendo los filos, y se van embotando y menoscabando con este ejercicio. Pues como el calor natural sea el que cuece y digiere los manjares que comemos, si le damos mucho en que entender comiendo mucho, miéntras mas trabaja y gasta, mas pierde y gasta de su virtud. Y como la vida natural consiste en este calor, mientra mas se gasta del caudal, mas se va acortando la vida. Lo contrario de lo cual acaesce á los hombres reglados, por cuya causa suele ser mas larga su vida.

Y aun si quisiéremos adelgazar mas esta materia, hallarémos que no solo por esta via cresce la vida, sino tambien porque cuanto es mas templada la comida, tanto es menor el tiempo del sueño que se requiere para digerirla; y cuanto el tiempo del sueño es ménos, tanto la vida es mayor; pues no es otra cosa vida sino vigilia, ni otra cosa sueño sino imágen de muerte; pues el tiempo que el hombre está sepultado con el sueño, cuasi no difiere de un hombre muerto. Vemos pues que los hombres de poco comer tambien lo son de poco dormir; porque tienen pocos vapores y humos que suban á la cabeza, de que se cria el sueño. Y así se lee de aquel gran Basilio, que cuasi toda la noche velaba, porque era hombre de grande abstinencia. Del cual podemos con razon decir que vivió mas que cualquiera otro hombre que murió de su edad; porque lo que ménos durmió, y mas veló, eso le llevó de ventaja en la vida.

Y si quisiéremos ser justos y delicados jueces en esta materia, hallarémos aun otra causa de ser mas larga la vida destos, especialmente si hablamos de la vida racional, que propriamente se llama vida de hombre. Porque la vida deste hombre es aquella que se gasta en obras de razon y entendimiento, como es leer, escrebir, estudiar, disputar, orar, meditar y otras tales. Para las cuales está claro que tiene el hombre el dia de ayuno mas tiempo que los otros dias. Porque el tiempo de la mañana, que es el mejor del dia, es mas largo, por dilatarse mas la comida estos dias, y en el de la noche ahórrase una hora de cenar, y dos de parlar, que comunmente se siguen despues del cenar, las cuales logra el que ayuna para convertir en sus buenos estudios y ejercicios. ¿Ves luego cómo por todas partes por diversas causas cresce la vida con la abstinencia? Y no tengo por tan pequeña causa esta postrera, que no piense haber

(*a*) Eccli. 37. (*b*) Supra.

sido esta una de las principales por donde los sanctos (que tanta cuenta tenian con no perder tiempo, pues tanto aprovechaban y merescian con él) abrazaron tanto esta virtud que tanto les alargaba y franqueaba este tiempo. Y aun esta pienso tambien que fué una de las causas por donde muchos sanctos doctores, con estar ocupados en tantos negocios que tenian á su cargo (como lo estaba Sant Agustin, que era obispo, y Sant Gregorio, que era papa, y otros tales) con todo esto pudieron escrebir tantos y tan excelentes libros; porque con el uso continuo desta virtud siempre les sobraba tiempo, así para esto, como tambien para darse al ejercicio de la oracion y contemplacion.

§. II.

De cómo el ayuno ayuda para conservar la salud.

Y no solo para la vida, mas tambien para la salud, compañera de la vida, ayuda mucho la abstinencia. Lo cual testifica aquel famosísimo entre los médicos, Hipócrates, diciendo que el mas excelente medio de todos cuantos hay para conservar la salud, es no hinchirse de manjares, y ser diligente para el trabajo y ejercicio corporal. Y está clara la razon. Porque, como ya dijimos, ¿qué enfermedad hay que no se cause de abundancia de malos humores? ¿Y de dónde nasce la abundancia de los humores, sino de la abundancia de los manjares? Porque como la virtud del calor natural (que los ha de gastar) sea finita, por lo cual no puede obrar en un momento, sino en tiempo; si ántes que tenga gastados unos manjares la cargamos de otros, y despues de otros y otros, de todos estos relieves viene á hacerse una masa podrida de malos humores, que es un comun depósito de diversas enfermedades. Ni basta para remedio desto que los manjares sean muy delicados y preciosos, si son muchos; porque (como los médicos dicen) hace tanto al caso que la comida sea escasa, que ménos daño hace el manjar grosero, comiendo poco dél, que el muy delicado y precioso, si se come mucho.

Y para mayor confirmacion de lo dicho no dejaré de referir aquí una historia verdadera que al tiempo que esto escrebia llegó á mi noticia. En cierta parte de Italia habia un hombre tan gotoso de piés y de manos, que del todo estaba tollido é inhábil para servirse de sus miembros; ni habia medicina ni remedio que bastase, ni para darle salud, ni para aliviar los dolores intensísimos que padescia. Acaesció pues que teniendo este un poderoso enemigo en aquella tierra, que andaba siempre con espías sobre él, finalmente vino á caer en sus manos. Y deseando darle muerte á la larga, mandólo encerrar en una torre, y darle allí á comer cada dia por un cierto agujero un pequeño pedazo de pan con un vaso de agua, la cual racion bastó para sustentarle por espacio de cuatro años. Los cuales acabados, las cosas de aquella tierra rodaron de tal manera que él salió de aquella prision, mas muy diferente de como entró en ella; porque salió de todos sus males libre y sano como una manzana, y lijero y suelto de todos sus miembros, y vivió, y vive hoy en dia, rogando á Dios todos los dias por quien le puso en aquella prision; porque pretendiendo darle la muerte prolija, le libró de otra mas prolija en que él vivia, y le dió salud y alegre vida. Bien se podia esto contar por milagro de la virtud de la abstinencia, que muchas veces hace semejantes milagros, dando ella sola salud á quien todas las otras industrias y medicinas del mundo no pudieron darla; para que por este ejemplo vea el cristiano lector cuánta parte sea esta virtud para conservar la salud y la vida.

§. III.

De cómo el ayuno aprovecha para conservar y adquirir la honra.

Mas salgamos ya de la salud y de la vida, y entremos en la honra, que muchos estiman mas que la vida. Pues para esto ¿quién no ve cuán honrada cosa es ser un hombre templado y medido en comer y beber; y cuán deshonrada y vil ser gloton y garganton, y que nunca trata sino de comer y beber? ¿Qué cosa hace un hombre mas bestial, y mas semejante á los mas brutos de los animales (cuales son los lobos, y puercos, y osos) que ser comilon y tragon como ellos? Pues ya si es destemplado en beber, ¿qué cosa hay mas amenguada, mas infame y mas contraria á la honra del hombre? Y dado caso que no llegue el negocio á perder el uso de la razon, mas el que es muy amigo del vino, y toma demasiado gusto en él, algunas veces al sabor del gusto, ó llegará á este extremo, ó cerca dél, que es poco ménos mal, pues dice el filósofo: Lo que poco dista de un extremo nada paresce que dista dél. Y no sin causa son tan amenguados y deshonrados los hombres tocados deste vicio; porque ¿qué cosa grande se puede esperar de quien tiene puesta su felicidad en cosa tan baja? Porque como para emprender y tratar cosas grandes sea muchas veces necesario padescer grandes trabajos; ántes ninguna cosa grande, ni en letras, ni en armas, y en negocios públicos se hace sin ellos: como estos están tan captivos y habituados á esta manera de vicio, que no se hallan, ni pueden vivir sin él, de aqui nasce que ni se atreven á emprender cosas grandes, ni ya que las emprendan pueden durar en ellas; porque luego tira por ellos el regalo y la golosina del vicio, de quien la costumbre larga los tiene hechos esclavos. Por la cual causa dijo Suetonio Tranquillo, que ningun hombre era ménos para ser temido, que el que todo su pensamiento tenia puesto en comer y beber. Lo cual entendia muy bien aquel gran emperador Julio César, como quien se habia visto y ejercitado en grandes trabajos; porque diciéndole unos amigos suyos que se guardase de ciertos hombres muy ricos y principales de Roma, respondió que no temia este linaje de hombres colorados, y gordos, y bien tratados, sino á otros que habia entónces amarillos y flacos, que eran Bruto y Casio; y no se engañó en esta sospecha, porque al fin estos le quitaron la vida. Lo cual todo nos declara cuánto sea el valor de los hombres templados, y cuán viles y para poco los comedores y bebedores.

§. IV.

De cómo el ayuno es de honra y provecho.

Pues añado mas esto: que siendo cosa comun lo que suelen decir, que honra y provecho no caben en un mesmo subjecto, porque la honra es gastadora, y el provecho guardador; mas con todo eso ambas cosas de tal manera se juntan en esta virtud, que apénas se podrá determinar para cual dellas sirva mas, si para la honra, si para el provecho. Porque ¿en qué género de cosas gastan mas los hombres sus patrimonios y haciendas, y dejan empeñados sus hijos y sus estados, que en largas mesas y banquetes? Porque los gastos en otras materias, demas de redundar en provecho de otros

hombres; porque no paran como esto en el muladar, acontescen ménos veces. Mas estos, como son tan ordinarios y cuotidianos, no hay renta ni patrimonio que baste para la sustentacion dellos. Porque si una sola gota de agua que cae á menudo basta para cavar una peña, ¿qué hará un caño real, quiero decir, un gasto tan largo y tan cuotidiano como es el de los que se precian de ricas y esplendidas mesas? Y por esta causa escribe Tulio hablando de Catilina y de los otros conjurados, que habian tragado ya todas sus rentas y patrimonios, por donde habia muchos dias que les faltaba la hacienda, y que ya les comenzaba á faltar el crédito. Por esta mesma causa dice el Sabio (*c*): El que es amigo de comer y beber, vivirá en pobreza; y el que huelga con el vino precioso y con los manjares delicados, no enriquescerá. Y en otro lugar aconseja él, diciendo (*d*): No te halles en los convites de los comedores y bebedores, y de los que dan á comer diversas maneras de carnes, porque gastando en esto sus haciendas, vendrán á parar en pobreza, y el sueño y la pereza destos al cabo se vestirá de remiendos. Pues si tanta parte es la gula para destruir la hacienda, necesariamente se sigue que la templanza conservará y multiplicará lo que esta señora tan gastadora destruye.

§. V.

De cómo el ayuno sirva para que el hombre tenga gusto y alegría corporal.

Resta ver agora si como esta virtud ayuda para todas estas cosas, ayuda tambien para el gusto y alegría corporal. ¿Quién podrá creer esto de la abstinencia? Bien sé que no lo creerán los que superficialmente miran las cosas; mas los que prudentemente las consideraren, verán claro que no ménos ayuda para esto que para todo lo al. Para lo cual presupongo que el gusto y deleite del comer no nasce de la cualidad y muchedumbre de los manjares; porque esta ántes empalaga y causa hastío que gusto, por donde solemos decir que el buey harto no es comedor. Porque la mesma naturaleza que, procurando la salud del individuo, puso deleite en la comida necesaria, esa mesma por la mesma causa puso hastío en la superflua; pues no es ménos dañoso á la salud tomar lo superfluo, que quitar lo necesario. Ni tampoco procede este deleite de la cualidad sola de los manjares, por muy preciosos que sean; pues vemos cuán desabridos parecen estos á los dolientes, por tener el paladar estragado con malos humores. Es luego la principal causa deste deleite la buena disposicion desta potencia. Porque así como la agudeza de la vista principalmente procede de la buena disposicion del órgano del ver, que son los ojos (y lo mesmo decimos del oir, y del oler, y de los otros sentidos corporales), así tambien el sabor y gusto de los manjares principalmente procede de la buena disposicion del paladar, que es el órgano del gustar; como se escribe en el libro de Job por estas palabras (*e*): Los oidos juzgan el sonido de las palabras, mas la garganta el sabor de los manjares. De donde se sigue que cuanto este órgano estuviere mas bien dispuesto y purificado (como lo está en los sanos, y en los que tienen gana de comer), tanto el gusto del que come será mayor. Por lo cual dijo Salomon (*f*): El hombre harto no gustará del panar de miel; mas el que tiene hambre, lo amargo tendrá por dulce. Así acaesció á aquel grande rey Darío, de quien se escribe que yendo una vez huyendo de una batalla muy fatigado de sed, y ofreciéndole un pobre labrador en un capacete un poco de agua turbia y mala, despues que la bebió, dijo que en toda su vida habia bebido cosa mejor. Y en este sentido declara Sant Crisóstomo aquel verso del Cántico de Moisen, que dice (*g*): Que de la piedra sacó Dios miel para hartar su pueblo. Porque como era tan grande la sed que el pueblo padescia en el desierto, cuando vino á apagar esta sed con el agua que le sacó Dios de la piedra, esta le parecia mas dulce que la miel, por la grandeza de la sed con que la bebió. Por do paresce claro que mucha mas parte es la hambre para hacer dulces los manjares, que la delicadeza dellos. Lo cual vemos por experiencia; porque con mucho mayor gusto come un trabajador un pedazo de pan, que un rico harto de perdices y gallinas.

Pues siendo esto así, como el hombre gloton y comedor no espere por la hambre para comer, porque come mas por vicio que por necesidad, y come siempre sin regla hasta mas no poder, ¿qué gusto puede tener comiendo desta manera? Mas por el contrario, como el templado y abstinente no come por vicio, sino por necesidad, tanto come con mayor deleite; pues dijimos que este mas procedia de la buena disposicion del órgano, que del precio de los manjares. Pues ya si tomas al uno y al otro despues de haber comido, ahí hallarás otra mayor ventaja. Porque el gloton queda empalagado, ahito, relleno, entesado, trasudando, y regoldando con la muchedumbre de los manjares, arrepintiéndose de lo que ha comido, y proponiendo de nunca mas comer así; y sobre todo esto, lo que peor es, queda tambien inútil y pesado como un tronco para todas las obras de entendimiento y discrecion; mas el otro por el contrario queda alegre, lijero y hábil, y señor de sí para todo lo que quisiere hacer. Pues ¿qué será si pasando un poco mas adelante, comparas el sueño y la noche del uno con la del otro? El gloton paga el gusto de una buena comida de una hora, con una mala noche de diez. Porque ¿qué otra cosa hace este toda la noche, sino gemir, y sudar, y escupir, y dar vuelcos en la cama, sin poder tomar sueño quieto, ni tener una hora de reposo, padesciendo el tormento de las crudezas, indigestiones y acedías del estómago, y deliberando si revesará, si no revesará, si se levantará, si se estará? Porque ni de una manera ni de otra halla reposo. Y no es esto de maravillar; porque ¿qué reposo puede tener un triste de hombre en cuyo estómago están peleando entre sí todos los cuatro elementos con tanta diversidad de manjares contrarios unos de otros? En lo cual se ve, como dice Sant Basilio, que el vientre cargado de mantenimiento, no solo está inhábil para correr, sino tambien para dormir. Y si algun tanto puede ya dormir, ese poco de sueño viene á ser desasosegado, inquieto, penoso y lleno de torpes fantasías é imaginaciones. Y á la mañana, cuando ya deja la cama, levántase desvelado, ahito, descontento, y desvanecida la cabeza de la mala noche que ha llevado. En lo cual se ve con cuánta razon dijo el Sabio (*h*): Alegre es el sueño del pobre trabajador, ora haya comido poco, ora mucho; mas la hartura del rico no le deja reposar. Y en otro lugar (*i*): Cuán suficiente es, dice él, al hombre sabio el vino templado, el cual ni le dará trabajo cuando dormiere, ni sentirá con él dolor. Mas por el contrario, al hombre destemplado está aparejada la vi-

(*c*) Prov. 21. (*d*) Prov. 23. (*e*) Iob. 12. (*f*) Prov. 27.

(*g*) Deut. 32. (*h*) Eccli. 5. (*i*) Eccli. 31.

gilia, y la cólera, y el tormento. De manera que el sueño de salud es del hombre bien regido: dormirá hasta la mañana, y levantarse ha alegre de la cama. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico. ¿Paréscete pues que queda bien pagado aquí el gusto de una cena larga con una noche tan mala, y que se compra caro un tan pequeño gusto con tan largo tormento?

Pues ya si quieres echar los ojos mas adelante, y mirar las enfermedades tan trabajosas en que vienen á caer los hombres destemplados, y los tormentos de las medicinas á que están subjectos, ¿no te paresce que computadas todas estas cosas, y hecha comparacion de todo á todo, que va gran diferencia del regalo y gusto de la una vida al de la otra? Mas porque no pienses que esto que hasta aquí he dicho es invencion mia, mira cómo lo mesmo dice Sant Crisóstomo por estas palabras: Estos, dice él, que gastan toda la vida en deleites y lujurias, necesariamente han de traer los cuerpos flacos y blandos como cera, y llenos de mil enfermedades, á los cuales muchas veces sucede el temor de la gota, y una vejez temprana; y finalmente toda la vida se les pasa en médicos y medicinas. Los sentidos tienen tardíos y pesados, y cuasi ya sepultados en vida. ¿Quién pues dirá que la vida destos es dulce y deleitable, si sabe qué cosa es deleite? Porque deleite dicen los sabios que es gozar cada uno de lo que mucho desea. Por donde cuando el hombre no puede gozar de lo que desea, ó porque la enfermedad no lo permite, ó porque la hartura apagó la llama del deseo y lo mudó en hastío, necesariamente se sigue que juntamente con el deseo pereció el deleite, pues está claro que no el sabor de los manjares, sino el cumplimiento del deseo es la principal causa deste deleite. Y para mayor confirmacion desto, en otro lugar añade el mesmo Sancto, y dice así: Comparemos la mesa de los ricos, y de los que viven en mediano estado; los convidados de la una, y los de la otra, para que veamos cuáles destos reciben mas verdadero y puro deleite. ¿Por ventura recibiránlo aquellos que juntan las comidas con las cenas, aquellos cuyos vientres se están rasgando con la carga de los manjares, en cuyos cuerpos con el diluvio y cresciente del vino, como las ondas del mar alterado, está el ánima miserable ahogada y muerta? donde ni el ojo, ni el pié, ni la mano pueden servir á sus oficios; mas antes todos los miembros están mas gravemente presos con las ataduras del vino que con cadenas de hierro? donde ni el sueño les sirve para su reposo, ni tampoco para la salud?

Pues ¿qué deleite te paresce que puede ser el destos? Podrá ser por ventura que de presente reciban alguna sombra de deleite, mas este pagan despues con las setenas; como acaesce á los que ardiendo con alguna grande calentura beben sin aguardar tiempo un gran golpe de agua, la cual, aunque por entónces les sea deleitable, pero despues les amarga mucho mas que les deleitó, con los accidentes y congojas que de aquí se les siguen, y con el augmento de la enfermedad. Lo mesmo pues acaesce á estos miserables despues de sus largas cenas y convites, por donde se suele communmente decir: A buen bocado buen grito. En lo cual paresce claro que buscando por este medio gusto y deleite, ninguna cosa hallan ménos que la que buscan. Por lo cual dice Tulio: Si vieses estos glotones y comedores de la manera que están, como bueyes gordos despues de hartos revolcándose y sudando en sus camas, entenderias claramente que ninguna cosa ménos alcanzan por este vicio, que lo que desean. Porque ellos desean y buscan aquí deleites, y vienen á hallar mil maneras de desgustos y tormentos. Mas ¿qué es menester gastar en esto muchas palabras, pues aun los mesmos filósofos epicúreos, que ponian la felicidad del hombre en deleites, eran muy templados en comer y beber, contentándose con manjares viles, y de fácil digestion, teniendo esta manera de comida y de vida por muy mas deleitable que la contraria? Pues ¿qué mayor testimonio queremos desta verdad, que el de aquellos que toda su felicidad ponian en el deleite?

Pues siendo esto así, ruégote que me digas: ¿para qué puede servir la gula, si aun para el gusto y deleite corporal no sirve? Muy bien dijo Séneca hablando contra las riquezas: ¿De qué mal libran al hombre las riquezas, pues no lo libran de la hambre dellas mesmas? Esto mesmo podemos tambien decir aquí del vicio de la gula: ¿Para qué puede prestar este vicio, sino es para algun deleite? Porque cierto es que para todas las otras cosas es muy prejudicial, como está ya probado, por donde si para alguna cosa se podia imaginar que servia, esta era. Pues si para esta no sirve, antes la impide, ¿para qué puede servir?

§. VI.

De cómo el ayuno pertenesce no solo á personas religiosas y particulares, sino á personas públicas y que gobiernan el mundo.

Contra todas estas cosas podrá haber alguno que diga: todo eso es verdad; mas esa virtud, ya que pertenezca á personas religiosas y privadas, no paresce que conviene á personas públicas que gobiernan el mundo, á las cuales es necesario tener mesas ricas y espléndidas para conservar su autoridad. Eso podrá muy bien decir la filosofía loca del mundo, y el juicio y prudencia humana; mas otra cosa nos enseña, no solamente la verdad evangélica, mas aun la de todas las historias profanas. Lee los prólogos de Tito Livio y de Salustio, nobílisimos y verdaderos historiadores, y ahí hallarás cómo aquella famosísima república de Roma entónces floresció, y cresció, y sojuzgó el mundo, cuando en ella florescia la abstinencia, la disciplina y la templanza en todas las cosas. Entónces (cuando los Fabricios y Curios se mantenian con las legumbres que sembraban, y dejado el arado tomaban las armas) triunfaron de todas las gentes. Mas despues que se corrompió esta disciplina, despues que á la abstinencia sucedió la gula, y á la templanza la embriaguez, y á la aspereza y rigor los deleites y las blanduras de la carne; luego los hombres efeminados con las delicias, y corrompidos con la cobdicia, y estragados con el ocio que se siguió de la paz, poco á poco vinieron á perder lo que habian ganado. De manera que lo que la templanza alcanzó con tanta gloria, perdió la destemplanza con grande ignominia. Y á los que no pudieron vencer todas las naciones del mundo, vencieron las delicias y regalos del cuerpo, las cuales, como elegantemente dijo un poeta, tomaron venganza del mundo vencido. Y no solo esta república tan famosa, mas todas cuantas repúblicas, y órdenes, y religiones insignes hasta hoy se han perdido y descaido de su antigua perfeccion, por aquí comenzaron á descaer, como todas las historias nos enseñan. Mas ¿qué digo destas congregaciones particulares, pues dice Sant Hierónimo (*k*), que por

(*k*) Tom. 1. Epistolarum de vita Malchi captivi Monachi, in princ.

la mesma Iglesia fundada con la sangre de Cristo corrió esta mesma fortuna que por todas las otras repúblicas? Así que, para esto no solo no es impertinente la virtud de la templanza, mas ántes es una de las cosas que mas pueden ayudar. Lo cual es en tanta manera verdad, que dijo aquel gran sabio Salomon (*l*): ¡Ay de la tierra donde el rey es niño, y los grandes se levantan por la mañana á almorzar! Mas por el contrario, ¡dichosa la tierra cuyo rey es noble, y los grandes comen en sus tiempos por necesidad y no por vicio! Con esta mesma sentencia de Salomon se conforma la del profeta Isaías. Porque Salomon dice: ¡Ay de la tierra donde los grandes se levantan por la mañana á comer y beber! Mas el profeta Isaías muy mas ásperamente dice (*m*): ¡Ay de los que os levantais luego por la mañana á estaros comiendo y bebiendo hasta la tarde, ardiendo con el calor del vino! La vihuela, y la harpa, y el pandero, y la flauta suenan en vuestros convites, y captivos vuestros corazones con estos deleites, no los levantais á considerar las obras de Dios, y las maravillas de sus manos. Pues por esto fué llevado mi pueblo captivo; porque no tuvo sabiduría, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dél peresció de sed. Y por esto tambien dilató el infierno sus senos, y abrió su boca sin término, adonde irán á parar los fuertes, y los poderosos y gloriosos, y el pueblo tambien con ellos. Hasta aquí son palabras de Isaías. ¿Paréscete pues que será bien gobernada una república por estos, por quien el divino Profeta dice de parte de Dios que será destruida? Y si (entre otras muchas) quieres saber la principal causa desto, dime, ¿qué virtud hay mas propria y mas necesaria para los que gobiernan, que la prudencia y sabiduría? Y ¿qué cosa mas contraria á esta virtud que la destemplanza y la gula? Porque, como dice el mesmo Salomon (*n*), lujuriosa cosa es el vino, y desasosegada la embriaguez: quien en estas cosas se deleita, no será sabio. Porque esta piedra preciosa de la sabiduría no se halla, como dice el sancto Job (*o*), en la tierra de los que suavemente viven, sino en la de los que se afligen y trabajan por ella. Por donde así como el oro y la plata no se hallan en tierras viciosas y cultivadas, sino en las sierras, y montañas, y tierras ásperas, asi el oro fino de la verdadera sabiduría no se halla en el pecho de los hombres viciosos y regalados, sino en el de los templados y abstinentes. Pues si la sabiduría y prudencia (como Aristóteles dice) es virtud de príncipes y gobernadores, y ella es la que lleva en sus manos las riendas y el gobernalle del mundo, y desta virtud están tan léjos los que son dados al vicio del vientre, que tan proprio es de los brutos, ¿qué cosa podrá ser mas contraria á esta dignidad, que este vicio? ¿Ves pues luego cuánto aprovecha para todo género de bienes, así públicos cómo particulares, la virtud de la templanza?

TERCERA PARTE.

Que trata de los males de que nos libra la virtud de la abstinencia.

Mas no se contenta esta excelente virtud con ayudarnos á alcanzar tantos y tan grandes bienes, sino ayúdanos tambien á librar de muchos y muy grandes males. Porque primeramente ayúdanos contra todo género de tentaciones, por cualquier parte que nos vengan, que es un grande y general remedio contra todo mal. Por cuya causa aquel Señor que nos fué dado por espejo y dechado de toda virtud, al tiempo que fué llevado al desierto para ser tentado del enemigo, se apercibió con ayuno de cuarenta dias (*a*), no por necesidad que él tuviese deste reparo, sino para enseñarnos que este era uno de los principales pertrechos que teniamos contra el enemigo.

Ayúdanos tambien contra la principal raiz de todos los males, que es el amor proprio, que es el que edifica la ciudad de Babilonia; porque así como este cresce y se arraiga mas con el ejercicio de sus actos, y con la larga costumbre dellos, que es como el uso del comer y beber regaladamente, y tratar el cuerpo suavemente: así por el contrario se desarraiga y enflaquesce con el ejercicio contrario, que es con el rigor de la abstinencia y maltratamiento del cuerpo; porque de causas contrarias forzadamente se han de seguir efectos contrarios.

Ayúdanos tambien contra otra pestilencial y general raiz de todos los males, como la llama el Apóstol (*b*), que es la cobdicia del dinero, la cual no puede tanto donde reina esta virtud. Porque cierto es que el dinero no se ama por sí, sino por las cosas que con él se alcanzan, que son todas las que sirven para el regalo y fausto de nuestra carne. Esta es la causa por qué los hombres aman el dinero, porque quitada esta comodidad aparte, no hay mas por que desearlo, que el sano la purga que no ha menester. Pues el que por virtud, y por discrecion, y por temor de Dios ha renunciado ya todas estas vanidades y deleites, y quiere que todas las cosas que sirven al cuerpo sean viles y ásperas, ¿para qué ha de cobdiciar dinero, pues él no vale mas que para esto? Desta manera viene poco á poco á secarse esta raiz; desta manera se quita la leña al fuego de la cobdicia, y así se la quitaron todos los sanctos que tan rigurosos fuéron en el maltratamiento de sus cuerpos; y no solamente los sanctos, sino tambien muchos de los filósofos gentiles, los cuales contentándose con cosas viles y ásperas, no tenian para qué desear riquezas. Por donde como un lisonjero de Dionisio, rey de Sicilia, dijese á un filósofo que estaba lavando unas legumbres para comer: Si tú quisieses lisonjear á Dionisio, no comerias ese manjar; sábiamente respondió el filósofo diciendo: Si tú quisieses contentarte con este manjar, no tendrias por qué lisonjear á Dionisio. Por lo cual paresce, que así como es imposible dejar de tener cobdicia de dinero quien la tiene de regalos (porque lo uno se sigue de lo otro); así no tiene para qué tenerla el que se contenta con aspereza y rigurosa vida. Pues ¿qué mayor alabanza quieres tú de una virtud, que ser tanta parte para cortar las cabezas á dos tan grandes y perniciosos monstruos como estos?

Pues queda aun otro tercero de quien perfectamente ella triunfa, que es el vicio de la gula, atizador de todos los vicios carnales; el cual en ningun caso puede reinar donde mora la templanza, pues está claro que dos contrarios no se compadescen en un mesmo subjecto. Mas cuán grande y peligroso sea este vicio (entre otras muchas cosas) muéstralo primeramente aquel rico gloton del Evangelio (*c*), del cual dice Sant Basilio: Temo el ejemplo deste rico, á quien los deleites y regalos de la vida entregaron á los fuegos eternos. Porque no se dice que por alguna injusticia, sino que por la vida regalada ardia en las llamas de aquel fuego. Y esto da claramente á entender la respuesta del patriarca Abraham, que le dijo: Hijo, acuérdate que en este mundo recebiste bienes, y Lázaro males; por tanto quiere Dios que se true-

(*l*) Eccl. 10. (*m*) Isai. 5. (*n*) Prov. 20. (*o*) Iob. 28.

(*a*) S. Matth. 4. (*b*) 1. Tim. 6. (*c*) Luc. 16.

quen agora las suertes de tal manera, que este sea consolado, y tú seas atormentado. Y no ménos declara el Apóstol la malicia deste vicio, diciendo (*d*): Muchos viven (segun que yo un tiempo os decia, y agora llorando lo digo) enemigos de la Cruz de Cristo; cuyo fin será la muerte, y cuyo Dios es su proprio vientre; los cuales se glorían en cosas de que hubieran de recebir vergüenza y confusion. ¿Paréscete pues que es pequeño pecado el que hace de su vientre dios, y el que viene á parar en esta espiritual idolatría? Y es mucho de notar que en solos dos lugares de sus epístolas dice el Apóstol que escribe lo que escribe llorando: el uno, cuando reprehende á los de Corinto de los pecados y herejías en que habian caido (*e*); y el otro, este sobre que escribe á los filipenses, reprehendiéndolos deste vicio de la gula, el cual á veces viene á parar en esta espiritual idolatría, haciendo del vientre dios, poniendo su último fin (que es toda su felicidad y contentamiento) en este tan bajo deleite, y ordenando todas las cosas á él. Lo cual sentia tanto este divino Apóstol, que no lo podia escrebir sin lágrimas: como quien tan bien entendia la grandeza deste mal.

Mas aunque esto sea mucho para temer, mucho mas lo es el castigo y azote general que Dios envió sobre su pueblo (*f*); porque despues de salido de Egipto, andando por aquellos desiertos, vino á tener un tan desordenado apetito de comer carne, que por él vino á hacerse ingrato y rebelde contra Dios. Lo cual Dios les cumplió conforme á su deseo; pero costóles tan caro, que á medio comer envió una grande mortandad y castigo del cielo sobre ellos; y para memoria, así del pecado como del castigo, pusieron por nombre al lugar de la matanza, sepulcros de la concupiscencia; donde con la una palabra se significa el pecado de la gula, y con la otra el castigo tan terrible della. ¿Pues qué concupiscencia era esta? No era cierto ni de la hacienda ajena, ni de la mujer ajena, sino de carne, y de pepinos y cohombros, y no estaban prohibidos en aquella ley; mas aunque el manjar no era malo, era muy desordenado el apetito, pues en él se ponia el último fin; por lo cual fué castigado con este tan grande castigo. Pues ¿qué excusa tendrán aquí los cristianos que en tiempos prohibidos se hartan de carne, y muchas veces no tanto por necesidad, cuanto por estado y vanidad; y mas en tiempo en que tanta obligacion tenemos á no conformarnos en cosa alguna con la soltura de los herejes? Si así castigó Dios este apetito en aquel tiempo en que no habia prohibicion, ¿qué hará en este cuando hay precepto de la Iglesia, y mal ejemplo, y escándalo comun de tantos? Mira pues agora tú cuán diferente sea el juicio de Dios del de los hombres; porque ¿quién de nosotros tuviera por tan grande crimen un deseo tan comun como el que los hombres tienen de comer carne, aunque fuera demasiado, mayormente habiendo tantos años que no la comian? Mas esto que tan poco pesara en la balanza del juicio humano, pesó tanto en la del divino, que lo castigó con tan súbito y tan grande castigo. Y si el mesmo Dios que era entónces es agora, y el mesmo juicio y aprecio de las culpas que entónces tuvo tiene agora (ya que luego no derrame su ira como entónces), ¿qué castigo tendrá guardado el dia de la venganza para tantas invenciones de potajes, y guisados, y delicias, y golosinas como ha descubierto la ingeniosa curiosidad y apetito del vientre, con que tanto se irrita y provoca la lujuria, donde tantos patrimonios se sumen y desaparescen, con que se podrian remediar tantos pobres y miserables? ¡Oh, Señor, y cuán justa será vuestra ira este dia, y cuán cierto vuestro juicio sin misericordia para los que tan crueles fuéron con vos y con vuestros pobres, por ser tan largos y tan piadosos para su vientre!

Mas no solo esta calamidad, sino otras innumerables han venido y vienen cada dia al mundo por este mesmo pecado. Si no, dime: ¿qué mayor calamidad que la que vino á todo el género humano por el pecado de los primeros hombres (*g*)? ¿Pues qué fué esto sino quebrantar el mandamiento que Dios les habia puesto de no comer de la fruta del árbol vedado? Porque aunque en lo interior precediese otra manera de pecado, pero exteriormente ni vimos otro mandamiento sino de abstinencia, ni otra prevaricacion sino de gula. Por la gula tambien perdió Esaú la dignidad de su mayorazgo, cuando vendió su primogenitura por la golosina de un potaje no muy preciado (*h*). Por la gula tambien (entre otras cosas) vinieron los de Sodoma á tan gran extremo de maldades (*i*). La gula hizo al justo Lot incestuoso con sus hijas (*k*); y á quien no pudieron quemar las llamas de Sodoma, encendió el vino, y derribó en tan gran miseria. Este hizo tambien al justo Noé caer en tierra desnudo, y ser materia de escarnio á sus mesmos hijos (*l*). Tambien esta fué la que cortó la cabeza á Sant Joan Baptista (*m*); porque no osara mandar tan grande maldad aquel cruel tiranno, si no estuviera tomado destotro mayor tiranno, que era el vino.

Estos y otros semejantes males han venido y vienen cada dia por este vicio, por lo cual Sant Joan Clímaco lo llama maestro de nuestros enemigos, puerta de los vicios, caida de Adam, perdimiento de Esaú, muerte de los israelitas, deshonra de Noé, destruicion de los de Gomorra, crímen de Lot, muerte de los hijos de Heli, adalid y precursor de todas las inmundicias. Todos estos nombres tiene, porque de todos estos males ha sido causa. Pues siendo esto así, ¿cuánto meresce ser preciada la virtud de la abstinencia, que corta la cabeza desta serpiente de que tantos malos hijos proceden?

§. ÚNICO.

Conclusion de todo lo dicho.

Tenemos pues aquí ya una medicina universal que vale contra todo género de vicios. Tenemos que esta virtud nos ayuda contra las cuatro principales raices de todos los pecados, que son la tentacion del enemigo, el amor proprio, y la cobdicia, y la gula; contra las cuales es eficacísimo cuchillo y remedio esta virtud, pues contra las tres primeras nos ayuda mucho, y la cuarta extirpa del todo (*n*). Tenemos que no solo nos ayuda á vencer todos los vicios, sino tambien á alcanzar todas las virtudes; pues, como dice un sancto (*o*), en vano trabaja por alcanzar las otras virtudes quien no alcanza primero la abstinencia, que abre camino para todas ellas. Tenemos tambien los ejemplos de todos los sanctos, y especialmente de aquellos sanctos padres del yermo, los cuales fuéron tan extremados y tan admirables en sus abstinencias, que parescen increibles á los hombres. Y pues esta virtud tan generalmente se halló en todos

(*d*) Philip. 3. (*e*) 2. Cor. 2. (*f*) Num. 11.

(*g*) Gen. 2. (*h*) Gen. 25. (*i*) Ezech. 16. (*k*) Gen. 19. (*l*) Gen. 9. (*m*) Matt. 6. (*n*) Luc. 6. (*o*) Casian. lib. de Gastrimargia.

los sanctos (los cuales sabemos que fuéron regidos y guiados por el Espíritu Sancto), y especialmente en aquel glorioso precursor de Cristo, que tan extremado fué en ella (*p*): señal es clara de cuánto nos sea necesaria, y cuán preciosa sea en los ojos de Dios. Tenemos finalmente no solo ejemplos, sino tambien ilustrísimos testimonios y dichos de sanctos, que conforman con sus ejemplos, que solos debian bastar para enamorarnos desta virtud. Porque Sant Juan Clímaco, varon de grande sanctidad y abstinencia, hablando del ayuno dice así (*q*): Ayuno es violencia que se hace á la naturaleza, circuncision de todos los deleites del gusto, mortificacion de los incentivos de la carne, cuchillo de malos pensamientos, liberacion de los sueños, limpieza de la oracion, lumbre del ánima, guarda del espíritu, destierro de la ceguedad, puerta de la compunccion, humilde sospiro, contricion alegre, muerte de la parlería, materia de quietud, guarda de la obediencia, alivio del sueño, sanidad del cuerpo, causa de tranquilidad, perdon de pecados y deleites de paraíso. Todo esto es el ayuno, porque para todas estas cosas ayuda y dispone con su virtud, y á todo esto es contraria y enemiga la gula. Y no es ménos ilustre el testimonio de Sant Augustin, que en un sermon dice así (*r*): El ayuno purga el ánima, levanta los sentidos, subjecta la carne al espíritu, hace el corazon contrito y humillado, el cual Dios no desprecia; deshace los nublados de la concupiscencia, apaga el fuego de la lujuria, y enciende la lumbre de la castidad. El ayuno no huelga con la parlería, tiene las riquezas por demasiadas, desprecia la soberbia, ama la humildad, y da al hombre conoscimiento de sí mesmo. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Y si quieres otras no ménos dulces y devotas, oye las de aquel que por la riqueza de su elocuencia mereció nombre de Crisólogo, el cual dice así: El ayuno es muerte de los vicios, ayuda de las virtudes, paz del cuerpo, honra de los miembros, ornamento de la vida, fortaleza de los espíritus y vigor de las ánimas. El ayuno es muro de la castidad, baluarte de la honestidad, ciudad de sanctidad, escuela de merescimiento, maestro de los magisterios y disciplina de las disciplinas. Esto baste para gloria y alabanza desta virtud, y para enamorar á los hombres della, aunque no hubiese precepto de la Iglesia que á ella nos obligase.

Pues segun esto, ¿qué cosa hay en el mundo para que no valga esta virtud? Ella vale para alcanzar todas las virtudes, vale para defendernos de todos los vicios, vale para todos los bienes corporales, que son hacienda, vida, salud y honra. De manera que vale para todo lo que toca al cuerpo, y no ménos para lo que toca al ánima: vale para esta vida, y vale tambien para la otra. Pues ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mesmo, que no quiera tratar en una mercaduría de tan gran provecho? Quién no trocará una pequeña sombra de un tan vano, torpe, mentiroso y costoso deleite, por esta tan preciosa margarita, que para todas las cosas aprovecha?

Solo esto bastaba para aficionar nuestros corazones á la hermosura desta virtud, aunque mas no hubiera. Mas cuando con esto tambien se junta la obediencia de la sancta madre Iglesia en los dias que ella nos manda ayunar, ya entónces cresce la hermosura del ayuno, porque lo que era voluntad, se hace necesidad; lo que solo consejo, se hace precepto; lo que era solamente devocion, aquí es ya materia de obligacion, y lo que era acto de la virtud de la temperancia, aquí se hace obra de obediencia, que es mas alta virtud: pues dijo el mesmo Dios que mas valia la obediencia, que el sacrificio (*s*), siendo el sacrificio acto de religion, que es la mas excelente de las virtudes morales. Porque la obediencia siempre trae consigo necesidad, la cual no siempre trae la religion.

Mas así como en este caso se hace la obra de mayor merescimiento, así la transgresion es merecedora de mayor castigo, pues el no ayunar, que de suyo no era pecado, agora con el mandamiento se hace pecado, y no cualquiera, sino mortal. Donde se nos ofrescia una materia copiosa de llorar, viendo este tan necesario y provechoso mandamiento tan quebrantado y despreciado de muchos cristianos, á los cuales ni mueve el ejemplo de Cristo que ayunó por ellos, ni la autoridad de la Iglesia que lo manda, ni la muchedumbre de sus pecados que lo merecen, ni la soberbia de su carne que lo ha menester, ni el temor de tan grande mal como es un pecado mortal; el cual cometen los que teniendo edad y fuerzas para ayunar, no ayunan. Porque dejadas aparte todas las otras razones que para esto hay, solo este sobrescripto de pecado mortal habia de bastar para que un cristiano quisiese padescer todos los tormentos deste mundo y del otro, ántes que hacer un pecado mortal; pues está claro que este mal es mayor que todos los males de pena juntos, aunque fuesen los del infierno. Por lo cual dijo Sant Anselmo en el libro de las semejanzas, que es tan grande mal un pecado mortal, y tan digno de ser aborrescido, que si fuese posible (lo cual ni es ni puede ser), mas querria (dice él) ir á padescer todas las penas del infierno sin pecado, que ir al paraíso con él. Desta manera estiman el pecado los que le conoscen, y los que tienen ojos para saber mirarlo. Y siendo esto así, ya se ve cuán lamentable cosa sea ver con cuánta facilidad cometen mil pecados mortales los que esto conoscen, mayormente en esta materia de obediencia, haciendo contra lo que la Iglesia nos manda. El castigo destos será el de aquel rico avariento que no quiso macerar su carne y ayunar, gastando toda la vida en deleites, y poniendo en ellos toda la felicidad (*t*); por lo cual ayunará para siempre en los siglos de los siglos, pidiendo una sola gota de agua, sin haber quien se la dé. Porque, escripto está (*v*), el que teme la helada, vendrá á caer sobre él la nieve: esto es, quien por el demasiado amor que tiene á su carne teme darle un poco de trabajo en esta vida, vendrá á padescer tormentos eternos en la otra. Quien aquí teme ayunar, ayunará allí para siempre. Quien aquí teme la aspereza de la penitencia, vendrá á hacerla allí eterna, y con esto infructuosa.

Quedaba por tratar para dar cabo á lo que pedia esta materia, de la manera que el hombre habia de tener en el uso desta virtud. Mas porque en esto habia mucho que decir, y el libro ha crescido mucho, quedará esto para otro lugar.

(*p*) Matth. 3. Marci. 1. Lucæ 3. (*q*) Grad. 14. de Gula §. de Ieiun.
(*r*) Tom. 10. Serm ordin. 230. fer. 4. post Dominicam 16. Trinit. etc. Tom. 9. tractat. de Utilit. ieiunii.

(*s*) 1. Reg. 15. (*t*) Luc. 16. (*v*) Iob. 6.

TRATADO III.

DE LA LIMOSNA Y MISERICORDIA.

Sentencia es comun de todos los sanctos, que una de las principales causas de la perdicion de los hombres es falta de conoscimiento y consideracion de las cosas de Dios. Por donde el Salvador llorando los males del mundo, principalmente lloró este, diciendo (a): ¡Si conocieses agora tú! Dando á entender que la falta deste conoscimiento era la raiz de todos los otros males. La razon desto es, porque como las cosas de Dios sean tan grandes, tan poderosas y de tanta virtud, no podrian dejar de causar grandes efectos y alteraciones en nuestro corazon, si profundamente se considerasen. Y no estaba fuera deste parescer el Profeta, cuando decia (b): Gente es sin consejo y sin prudencia. Pluguiese á Dios que supiesen, y entendiesen, y echasen los ojos adelante, y quisiesen filosofar sobre las obras de Dios. Porque esto les abriria los ojos, y apartaria de los males en que están. Y no ménos sentia esto el Profeta, que decia: Oye, pueblo loco, que no tienes corazon, que teniendo ojos no ves, y teniendo oídos no oyes. Y llámalo con mucha razon loco, no porque no tuviese seso y corazon (y aun mil corazones para entender y saber las cosas del mundo), sino porque estaba tan bruto para las de Dios, como si del todo estuviera sin corazon. Y así dice que teniendo ojos no veia, y teniendo oídos no oia; porque teniendo tantos ojos y oídos para las cosas del mundo, estaba tan bruto y tan muerto para los negocios de su salvacion.

He tomado esto por principio deste tratado, en que he de hablar de la virtud de la misericordia, porque tengo por cierto que si los hombres se pusiesen á considerar lo que la Escriptura divina y los sanctos nos predican desta virtud, no fuera necesario hacer della especial tratado. Porque así como no es menester hacerlo para encomendar á los hombres el cuidado de su vida, porque basta para esto el cuidado que ellos de suyo tienen así; tampoco lo fuera menester para encomendar esta virtud, pues en ella realmente consiste muy gran parte de nuestra salvacion y de nuestra vida. Y por esto no haré aquí mas que referir summariamente lo que la Escriptura divina y los doctores nos dicen desta virtud; porque si esto se mirare con atencion, bastará, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo de la tierra, para usar con ellos de misericordia, por no carescer de una ocasion de tan grande bien.

Y acabar esto con los hombres (por amigos que sean de su interese) tengo por menor negocio que persuadirles la virtud de la oracion, de que arriba tratamos; aunque el uno sea negocio de palabras, y el otro de obras; porque en la oracion hay muchas dificultades que vencer (como ya declaramos), mas en la limosna no veo mas de una sola, que es perder por Dios un pedazo de hacienda. Porque por lo demas esta virtud es tan hermosa, tan honrosa, tan amada y preciada de los hombres, que ninguna otra hay que los haga mas bien quistos, y mas honrados en la comun voz del mundo, que ella. Por donde muchos sin tener respecto á Dios, por solo ganar fama y crédito con los hombres, fuéron para con ellos muy liberales. De manera que aquí ninguna otra cosa nos puede hacer contradiccion, sino el amor de la hacienda, y el lenguaje deste amor, que es decir los hombres que tienen hijos, y criados, y familia que mantener, y otras necesidades á que acudir, y que no quieren quitar lo que con mucho trabajo ganaron, de la boca de los suyos, para dar á los extraños; que es el lenguaje proprio de Naval Carmelo, que dijo á los criados de David, cuando le vinieron á pedir algun resfresco para su señor (c), que no queria tomar su pan, y su agua, y las carnes de sus ganados, para dar á gente que no conoscia. Esta me paresce que es la principal dificultad que retrae á muchos del ejercicio desta virtud, y no dejo yo de reconocerla por tal.

Mas entre cristianos, contra todo esto debria bastar la autoridad sola de Dios para cerrar los ojos á todos estos inconvenientes, y posponerlo todo por hacer lo que él nos manda; como lo aconseja Sant Basilio en una homilía diciendo: Si tuvieres dos panes, y llegare un pobre á tu puerta, toma el uno, y dáselo por amor de Dios. Y cuando se lo dieres, levanta las manos al cielo, y di estas piadosas y dulces palabras: Señor, este pan doy por tu amor con peligro mio, mas yo estimo en mas tu mandamiento que mi provecho, y desto poco que tengo doy un pan al que lo ha menester. Sola la hermosura desta fidelidad y obediencia habia de bastar para vencer esta pequeña dificultad.

Pudiera tambien oponer á esto la hermosura y excelencia desta virtud, porque es cierto que una de las virtudes mas hermosas y mas agradables á Dios, y que mas veces nos es encomendada en las Escripturas divinas, es esta. Porque aunque la caridad (hablando en todo rigor) sea la mas excelente de las virtudes, pero no deshace esto en la dignidad desta virtud, ántes la engrandesce mas; porque no apartamos aquí la misericordia de la caridad, sino juntámosla con ella, como á rio con la fuente de donde nasce. Y así la diferencia que un doctor pone entre estas dos virtudes es, que la caridad es rio de bondad que no sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas, mas la misericordia es rio que sale de madre, y se extiende por toda la tierra. Y demas desto la caridad no hace mas que comunicar sus bienes á los otros; mas la misericordia juntamente con esto tambien toma sobre sí sus males. De manera que no se contenta la misericordia con dar sus bienes, que es proprio de la caridad; pero añade mas, darse á si mesma por dolor y compasion, que es proprio de la misericordia.

Sola esta consideracion con la pasada debieran bastar para vencer esta dificultad que hay en usar de misericordia. Porque si hubo gentiles que hacian virtud, por solo hacer virtud, esto es, por la hermosura que hallaban en ella, de manera que no esperaban otro premio por hacer bien mas que hacer bien, ¿cuánto mas debria bastar esto entre cristianos?

Mas no quiero agora aprovecharme deste remedio, sino llevar el negocio por otro camino mas favorable al lenguaje de la carne, y á la cobdicia del mesmo interese, probando con evidentísimas razones que sin ninguna proporcion son mayores los provechos é intereses que se alcanzan por la limosna, que todo cuanto el hombre pudiere ahorrar negándola. Y para que esto mejor se vea, pongamos en una balanza esta pérdida temporal que por un cabo se pierde, y en otra todos los provechos y fructos, así espirituales como temporales, que con esta pérdida se alcanzan; para que veamos cuál destas dos

(a) Luc. 19. (b) Deut. 32.

(c) 1. Reg. 25.

cosas debe preceder á cuál, y si es razon que se aventure lo uno por lo otro. Y tengo por cierto, hecha esta comparacion, si fueres buen juez, que no solo tendrás por ganancia ser misericordioso á costa de la hacienda, mas ántes te espantarás cómo todos lo que esto saben y entienden, no venden sus haciendas, y aun á sí mesmos, para hacer limosna, como muchos de los sanctos hicieron.

§. I.

De la primera excelencia de la limosna y misericordia.

Pues para esto despues de haber puesto ya en la una balanza esta pérdida que dijimos, pongamos en la otra contraria la primera excelencia que tiene esta virtud (*d*), que es hacer á los hombres semejantes á Dios, y semejantes en la cosa mas gloriosa que hay en él, que es en la misericordia. Porque cierto es que la mayor perfeccion que puede tener una criatura es ser semejante á su Criador, y cuanto mas tuviere desta semejanza, tanto será mas perfecta. Y cierto es tambien que una de las cosas que mas propriamente conviene á Dios, es misericordia; como lo significa la Iglesia en aquella oracion que dice: Señor Dios, á quien es proprio haber misericordia y perdonar. Y dice ser esto proprio de Dios, porque así como á la criatura, en cuanto criatura, pertenesce ser pobre y necesitada, y por esto á ella pertenesce recebir y no dar; así por el contrario, como Dios sea infinitamente rico y poderoso, á él solo por excelencia pertenesce dar y no recebir; y por esto á él es proprio haber misericordia y perdonar. Y no solo es proprio de Dios, mas (á nuestro modo de entender) entre las perfecciones que tienen respecto á las criaturas, como dice Sancto Tomás en la 2. 2. *quæst.* 30. (*e*) es la cosa mas gloriosa que hay en él, y de que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas conocido y alabado. Y así en aquella magnífica vision en que Moisen vió en el monte pasar ante sí la gloria de Dios, donde se cree que vió su mesma esencia y hermosura, en la cual veria tantas y tan admirables perfecciones, esta fué la que él allí mas proclamó á grandes voces, diciendo (*f*): Señor Dios misericordioso, clemente, sufridor y de gran misericordia, que usas de misericordia con los hombres hasta la milésima generacion, que quitas las iniquidades, y maldades, y pecados de los hombres. Estas fuéron las voces y testimonios que el sancto profeta dió deste Señor despues de aquella tan grande y tan gloriosa vision, que todo fué alabanzas y pregones de su misericordia. Mas qué tan grandes sean estas misericordias, no se puede explicar con palabras; porque por eso se dice que es toda la tierra llena de su gloria, porque está llena de misericordia: pues, como dice el Ecclesiástico (*g*), la misericordia del hombre es para con su prójimo, mas la misericordia de Dios es para con toda carne. Pues si tanto se precia Dios desta virtud, y tan grande gloria es parecerse el hombre con Dios, ¿por cuán excelente se debe tener la virtud de la misericordia, que hace al hombre semejante á Dios en cosa de que tanto se precia el mesmo Dios? Pues con este tan grande premio nos convida el Señor al ejercicio desta virtud en su Evangelio, diciendo (*h*): Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. Sobre lo cual dice Gregorio, teólogo: Hombre, da gracias á Dios porque no te puso en estado que te fuese necesario estar colgado de las manos de los otros, sino á los otros de las tuyas. Y por tanto procura de ser rico, no solo de dineros, sino tambien de misericordia; no solo de oro, sino tambien de virtud; para que así precedas á los otros en esta posesion, como precedes en las otras. Por tanto procura ser como Dios á los miserables, imitando la misericordia de Dios; pues consta claro que ninguna cosa mas divina puede caber en el hombre, que hacer bien á los otros hombres. Esta es pues la primera excelencia que ponemos en esta balanza, que es hacer al hombre semejante á Dios. La cual no tenia por pequeña el que decia (*i*): Grande gloria es seguir al Señor, y parescerse con él.

(*d*) Luc. 6. (*e*) Artic. 4. (*f*) Exod. 34. (*g*) Eccl. 18. (*h*) Luc. 6.

§. II.

De la segunda excelencia de la limosna y misericordia.

Sobre esta excelencia añado otra que se sigue desta, que es la privanza que los misericordiosos han de tener con Dios, por razon desta semejanza que tienen con él. Porque como sea verdad que la semejanza es causa de amor, por donde dicen que todo animal ama á su semejante, si el misericordioso es tan semejante á Dios, síguese que ha de ser muy amado dél. Porque por esta razon prueba Aristóteles en sus éticas (*k*), que el varon sabio y dado á la contemplacion de las cosas divinas es muy amado de Dios; porque este tal en su manera de vida tiene grande semejanza con él. Pues así tambien, como Dios sea infinitamente misericordioso, claro está que ha de amar á todos aquellos que hallare vestidos de misericordia, como á legítimos hijos suyos, y criaturas que se parecen con él. ¿Pues qué cosa mas para estimar que esta? Si tanto hacen los hombres por la privanza de su príncipe, y en tanto estiman á los que privan con él, ¿en cuánto se debe estimar una virtud que nos hace tan privados y amigos de Dios, cuanto semejantes á él?

§. III.

De la tercera excelencia de la limosna y misericordia.

Añado mas á esta gracia otra muy principal y muy debida á esta virtud, que es tener todos los misericordiosos manifiesto derecho á la misericordia de Dios, por haber usado con sus prójimos de misericordia. De lo cual tienen muchas cédulas y firmas de Dios en diversos lugares de la Escriptura divina. Porque en una parte dice (*l*): Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. En otra dice (*m*): De tu hacienda haz limosna, y no apartes tu rostro del pobre; porque si así lo hicieres, no apartará Dios su rostro de tí. En otra dice (*n*): En el juicio mira que seas misericordioso á los húerfanos, como si fueses su padre, y como marido á su madre, y serás tú como hijo del Altísimo, y usará de misericordia contigo, mas que si fuese tu madre. En otra dice (*o*): El ánima que hace bien, será llena de bienes, y la que embriaga y harta á los otros, ella tambien será embriagada y recreada de Dios. Estas y otras muchas autoridades declaran cuán aparejado está Dios á usar de misericordia con el que usa de misericordia; que es uno de los mayores bienes que en esta vida se pueden desear. Mas no se contenta el Espíritu Sancto con esto, sino pasa mas adelante, haciendo á Dios como captivo del hombre misericordioso, segun se colige de dos autoridades de los Proverbios, juntan-

(*i*) Eccl. 23. (*k*) Libr. 10. Ethic. c. 8. 1. Ioan. 3. (Malth). ib. 5. (*m*) Fob. 4. (*n*) Eccl. 4. (*o*) prov. 11.

do la una con la otra, de las cuales la una dice (*p*): El que usa de misericordia con el pobre, empresta dineros á Dios. La otra dice (*q*): El que recibe dineros prestados, queda por captivo del que se los emprestó. Pues si esto es verdad, síguese en buena consecuencia que Dios queda como por captivo del que usó de misericordia con el pobre, pues este tal prestó dineros á Dios. Pues ¿qué cosa mas para estimar que tener tal prisionero y tal captivo (si decirse puede) como Dios? ¿Y qué cosa mas para desear, que tener en nuestra mano las llaves de las entrañas de Dios, para que use de misericordia con nosotros? Porque sin dubda estas tiene el misericordioso en las manos, como claramente lo dice Gregorio, teólogo, por estas palabras: En nuestra mano está usar Dios de misericordia con nosotros. Porque si usáremos con nuestros prójimos de misericordia, él habrá misericordia de nosotros; porque si nos faltare esta misericordia, ¿quién habrá que nos perdone? Por tanto ten misericordia de tu prójimo, y da por alcanzada la misericordia de Dios. ¿Pues qué cosa mas preciosa que esta?

§. IV.

De la cuarta excelencia de la limosna y misericordia.

Añado mas á esta gracia otra muy principal, que es alcanzarse por aquí perdon de los pecados. Porque sin dubda, aunque haya muchos medios para alcanzar este perdon, uno de los mas ciertos y mas principales es este. Para lo cual tambien tenemos otras tantas cédulas y firmas en la Escriptura divina, como para todo lo pasado. Porque en una parte dice el Eclesiástico (*r*): Así como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste á los pecados. En otra parte dice (*s*): El beneficio hecho en secreto apaga las iras, y el don escondido en el seno del pobre aplaca la indignacion de Dios. En otra parte dice el sancto Tobías (*t*) que la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas. Finalmente el mesmo Señor en su Evangelio en una palabra resolvió todo este negocio, diciendo (*v*): Dad limosna de todo lo que os sobra, y todas las cosas os serán limpias. Y porque entendia esto muy bien el profeta Daniel (*x*), no supo otro remedio que dar al rey de Babilonia, cuando vió que la sentencia del cielo venía sobre él, sino decirle: Toma, señor, mi consejo, y redime tus pecados con limosna, y tus maldades con misericordias hechas á pobres. Pues este es uno de los principales medios que hay para alcanzar este perdon; y cuando esta falta, peligro corre el que esta pide. Porque (como dice un sancto doctor) en vano extiende las manos á Dios, rogando por sus pecados, el que no las extendió al prójimo, socorriéndole cuando podia en sus trabajos. Conforme á lo cual dice otro doctor: Si no hobiese pobres, no se perdonarian tantos pecados. De manera que los pobres son médicos de nuestras llagas, y las manos que ante nos extienden, son remedios que nos dan. Ni es tanta parte el médico para dar salud á nuestros cuerpos cuando extiende las manos y nos aplica los emplastros, cuanto lo son las del pobre cuando las extiende á recebir nuestra limosna, para curar las llagas de nuestra ánima. Por tanto reparte bien el dinero, y sábete que juntamente con él se fuéron los pecados; como lo significó el Señor cuando dijo (*y*) que los sacerdotes habian de comer los pecados del pueblo; porque por mérito de la limosna que los hombres les hacian, alcanzaban perdon de los pecados que cometian.

(*p*) Prov. 19. (*q*) Prov. 22. (*r*) Eccli. 3. (*s*) Prov. 21. (*t*) Tob. 4. (*v*) Luc. 11. (*x*) Dan. 4. (*y*) Osee 4.

§. V.

De la quinta excelencia de la limosna y misericordia.

Mas no se contenta esta virtud con solo descargar al hombre de los pecados pasados, sino tambien lo enriquece de nuevos merescimientos; porque su caudal es tan grande, que en él hay para todo: para pagar, y para enriquecer. Y la razon es, porque esta obra de misericordia por la parte que es penosa, es satisfactoria; y por hacerse en caridad es meritoria: y así con lo uno paga lo que debe, y con lo otro acrescienta lo que tiene. Y de lo uno y de lo otro tenemos muy clara figura en la historia que acaesció á Heliseo con una pobre viuda (*z*), á la cual, como le pidiese remedio para pagar las deudas de su marido, respondió el sancto varon: Mujer ¿tienes por ventura algo en tu casa? Y como ella respondiese que no tenia mas de un poquito de aceite para ungirse, mandóle el Profeta que pidiese prestadas por toda su vecindad muchas vasijas, y que encerrándose en su casa con sus hijos, derramase un poquito de aquel ólio en cada vaso de aquellos; porque por virtud de Dios ello se multiplicaria de tal manera, que hubiese para pagar las deudas, y para pasar despues la vida. Así lo hizo la buena mujer, y así se cumplió lo que el Profeta le dijo. ¿Pues qué es esto sino figura clara de lo que obra esta virtud? Porque sin duda por pobre que esté un ánima, si con todo eso no le faltare un poco deste ólio de misericordia, y usare de la industria desta mujer derramando un poco dél en las necesidades de los pobres, haciendo esto con tanto secreto que no sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra (*a*), tenga por cierto que se multiplicará tanto el fructo y mérito deste repartimiento, que habrá para pagar las deudas de todos los pecados pasados, y para enriquecerse de nuevos merescimientos. Y esto es lo que el Profeta significó cuando dijo (*b*): Derramó y dió su hacienda á los pobres; mas la justicia y mérito desta obra permanescerá en los siglos de los siglos. Y por esta causa el apóstol Sant Pablo llama á la limosna simiente, cuando dice (*c*) que quien poco siembra, poco cogerá; y quien siembra en abundancia en abundancia cogerá: para dar á entender que así como el sembrar, que paresce derramar y desperdiciar la hacienda, no la derrama, sino acresciéntala y multiplícala, así el derramar la hacienda por amor de Dios, donde paresce que se pierde, no se pierde, sino cresce; y esto en tanto grado, que por uno se dan ciento, y despues la vida eterna. Por esto nos aconseja Salomon diciendo (*d*): Arroja tu pan sobre las aguas que corren, que despues de mucho tiempo lo vendrás á hallar. Ninguna cosa paresce mas perdida que la que va el agua abajo, y así paresce la limosna á los hombres del mundo; mas al cabo de la jornada se viene á conoscer el fructo della, cuando á la hora de la muerte se halla el hombre acompañado deste socorro, y despues en la otra vida recibe su debido premio. Porque esta es la hacha que debemos llevar delante, y que nos ha de alumbrar cuando caminaremos por aquella region escura y tenebrosa de la otra vida, por donde ninguno de los vivos caminó jamas. Y por esto el profeta Esáias, despues de habernos

(*z*) 4. Reg. 4. (*a*) Matth. 6. (*b*) Psalm. 111. (*c*) 2. Cor. 9. (*d*) Matth. 19. Eccl. 11.

encomendado el ejercicio de las obras de misericordia, añade luego diciendo (*e*): Si así lo hicieres, irá delante tí tu justicia, y la gloria de Dios te recogerá. Porque uno de los mejores títulos que hay para pedir y esperar la gloria, es llevar delante de sí el mérito desta misericordia. En lo cual se ve cuán buena manera de granjería es esta para pasar al cielo nuestros tesoros, y poner en la otra vida lo que forzadamente se habia de quedar en esta. Y así es muy celebrada aquella sentencia de Sant Ambrosio, que dice: No se pueden llamar bienes del hombre los que no puede llevar consigo, y por esto sola la misericordia es compañera de los defunctos. De manera que en aquella jornada donde los monarcas y príncipes del mundo se hallarán solos y desamparados de toda la compañía y magnificencia de sus estados, sola la misericordia se hallará á su lado; la cual no solamente los acompañará, mas tambien los defenderá en el juicio divino, como adelante se dirá. Por lo cual dice Sant Crisóstomo que bien mirado, no hace bien el que hace bien, sino ántes le recibe; porque mucho mas recibe, que da, pues da su hacienda á Dios, y no á los hombres. Y conforme á esto nos aconseja Gregorio, teólogo, diciendo: Démos á los pobres de los bienes que aquí poseemos, porque seamos enriquecidos con los bienes de la otra vida que no poseemos. Da parte de tu hacienda, no solo á tu carne, mas tambien á tu ánima; no solo al mundo, sino tambien á Dios. Quita algo de tu carne, y ofréscelo al espíritu; arrebata lo que pudieres, y apártalo del fuego que lo ha de gastar, y ofréscelo á aquel Señor que para siempre te lo ha de guardar. Y esto mesmo es lo que nos aconseja el Salvador, diciendo (*f*): No querais atesorar vuestros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla destruyen la hacienda, y donde los ladrones minan y roban; sino atesorad vuestros tesoros en el cielo, donde para siempre estarán libres deste peligro. Y en otro lugar (*g*): Haced (dice él) unos sacos que no se envejezcan, poniendo vuestros tesoros en el cielo, donde ninguna cosa de las que en él entran, se envejesce ni corrompe. Y en otra parte repite lo mesmo por otras palabras, diciendo (*h*): Granjead amigos con el dinero de la maldad; esto es, con la hacienda de que los hombres suelen communmente usar mal; porque con una cosa tan vil como esta podeis granjear amigos que despues os reciban en las eternas moradas. En lo cual se ve claro cómo en esta manera de contratacion es mucho mas lo que el hombre recibe, que lo que da. Por lo cual dice Sant Augustin: Acuérdate, hombre, no solo de lo que das, sino tambien de lo que recibes; porque sin dubda te podrá decir el pobre: Mira no sea mas lo que yo te doy recibiendo, que lo que tú me das. Porque si no hubiese quien recibiese de tí la limosna, no darias tierra y comprarias cielo. No hagas caso de mí si no tienes algo que pedir al que hizo á tí y á mí; porque si has de pedir á él porque me oiste á mí, á tí te heciste en esto gracia de ser oido. Da pues gracias á aquel que te hizo comprar una cosa tan preciosa por un precio tan vil. Das lo que se pierde con el tiempo, y recibes lo que permanesce para siempre. Y por tanto nadie diga que da al pobre; porque con mas verdad puede decir que da á sí, que al pobre. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Pues segun esto, ¿qué mejor cambio y mejor granjería se puede hallar que esta? Porque dámos tierra, y hallarémos cielo; damos pan de hombres, y hallarémos pan de ángeles; damos un jarro de agua fria (*i*), y hallarémos una fuente de agua viva; finalmente damos lo que no podiamos llevar, y darnos han lo que nadie nos podrá quitar. ¿Pues por qué no traspasarémos nuestra hacienda adonde siempre ha de ser nuestra vida? ¿Qué locura es (dice Sant Crisóstomo) dejar tus bienes en el lugar de donde has de salir, y no traspasarlos al lugar donde para siempre has de vivir? Allí es razon que pongas tu hacienda donde tienes tu morada. Para lo cual nos dejó Dios buen remedio en las manos de los pobres, que son los banqueros desta hacienda, los portadores desta mercaduría, y el arca de los tesoros de Cristo, y la tierra fértil en que sembró Isaac, que da ciento por uno (*k*). Por do paresce que la condicion destos bienes es guardarse cuando los derramas, y perderse cuando desordenadamente los guardas. De suerte que aquello solamente es tuyo, que diste por tu ánima; y todo lo que aquí dejares, quizá perdiste. Pues ¿qué mas era menester, supuesta la fe destas verdades, para dar los hombres cuanto tienen por tan grandes esperanzas, pues lo que la palabra de Dios promete, es de su parte mas cierto que lo que en las manos se tiene?

§. VI.

De la sexta excelencia de la limosna y misericordia.

Mas todavía allende destos provechos y bienes tan grandes, añadiré otros particulares, para los cuales tambien vale mucho esta virtud. Uno de los cuales es socorro de Dios oportuno en las tribulaciones, que sin dubda es debido con mucha razon al misericordioso. Porque si dice el Salvador que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos (*l*), justa cosa es que el que socorrió al prójimo en su tribulacion, sea socorrido de Dios en la suya. Y si es de hombres fieles y amigos pagar á su tiempo el beneficio que recibieron, y socorrer á quien los socorrió, ¿qué hará aquel fidelísimo Señor, que tantas veces tiene dicho que el beneficio que se hace al pobre, se hace á él (*m*)? Esto nos representan maravillosamente las bendiciones que el profeta David, lleno de Espíritu Sancto, en un salmo da á los hombres misericordiosos, por estas palabras (*n*): Bienaventurado aquel que trata del remedio del necesitado y del pobre; porque en el dia malo librarlo ha el Señor. El Señor lo conserve, y le dé vida, y haga bienaventurado en la tierra, y no permita que caya en mano de sus enemigos. El Señor le visite y socorra en el lecho de su dolor: toda su cama rodeaste, Señor, en el tiempo de su enfermedad. Pues ¿qué mayores bendiciones, qué mejores plegarias se pudieran desear para galardon de los misericordiosos? Cuán de corazon estaba el Profeta aficionado á esta virtud, cuando tales peticiones pide para el que la tiene. Y no las pedia sin causa, sino porque sabía que esta paga estaba así por Dios ordenada para él. Porque escripto está (*o*): Los hermanos ayudan á sus hermanos en el tiempo de la tribulacion; mas mucho mas ayuda para esto la virtud de la misericordia. Y en otro lugar dice el mesmo Eclesiástico (*p*) que Dios tiene sus ojos en el que usa de misericordia; y que tiene dél memoria para adelante. Y que en el tiempo de su caida no faltará quien le dé la mano para que se levante. Y esto mesmo nos promete el mesmo Señor por Isaías, diciendo (*q*): Cuan-

(*e*) Isai. 58. (*f*) Matth. 6. (*g*) Ibid. et Luc. 12. (*h*) Luc. 16. (*i*) Matth. 10. (*k*) Gen. 26. (*l*) Luc. 6. (*m*) Matth. 25. (*n*) Psalm. 40. (*o*) Eccl. 40. (*p*) Eccl. 5. (*q*) Isai. 58.

do se compadesciere tu ánima y tus entrañas del que tuviere hambre, entónces en medio de las tinieblas te amanecerá la luz, y tus tinieblas se esclarescerán como el mediodía. Dando á entender que cuando el hombre estuviere tan cargado de angustias y tribulaciones que por ninguna parte se le ofrezca un rayo de luz ni de esperanza, entónces será visitado y consolado de Dios, de tal manera que las tinieblas de sus angustias se convertirán en prosperidades tan claras como el mediodía; segun que claramente se vió en las limosnas de aquel sancto Tobías (*r*), por las cuales mereció salir de tan grandes tinieblas, así de la vista corporal como de todas las otras angustias y trabajos que padescia; porque justo era que así fuese socorrido de Dios en sus trabajos, el que tantas veces por su amor habia socorrido á los prójimos en los suyos. Así acaesció á este sancto, y así entendia él que en su manera habia de acaescer á todos los misericordiosos; pues encomendando á su hijo esta virtud, le dijo (*s*) que si fuese misericordioso, tuviese por cierto que atesoraba en esto remedio para el dia de la necesidad.

§. VII.

De la séptima excelencia de la limosna y misericordia.

Añado mas á esta gracia otra semejante á ella, que es ser oido el hombre en sus oraciones, y esto por la mesma razon. Porque así como vos oistes los clamores del pobre cuando os pedia misericordia, así es justo que oiga Dios los vuestros cuando la pidiéredes á él. Y por esto, acabando el profeta Isaías de decir: Parte tu pan con el pobre, y recoge en tu casa á los necesitados y peregrinos y viste los desnudos; añadió luego diciendo (*t*): Cuando esto hicieres, llamarás, y el Señor te oirá; darle has voces, y decirte ha: Aquí estoy presente; porque misericordioso soy, dice el Señor. Como si mas claramente dijera: Porque de mi naturaleza soy misericordioso, naturalmente huelgo con la misericordia, y amo los misericordiosos; y así les pago en la mesma moneda: esto es, que como ellos oyeron los clamores de los pobres, así tambien sean ellos oidos en los suyos. Y no solo oidos cuando claman, pero tambien aunque estén mudos; porque la mesma misericordia está dando voces por ellos, segun que lo afirmó el Eclesiástico, diciendo (*v*): Esconde la limosna en el seno del pobre; porque dende ahí estará ella dando voces por tí á Dios. Mas por el contrario el que no oye las voces del pobre, tampoco será él oido de Dios; como claramente lo testificó el Sabio diciendo (*x*): El que cierra sus oídos á las voces del pobre, él llamará, y no será oido.

§. VIII.

De la octava excelencia de la limosna y misericordia.

¿Qué mas se puede sobre todo esto desear? Pues aun á todas estas gracias añado la mayor y mas digna de ser preciada de todas, que es el premio de la vida eterna, y la defension que los misericordiosos tendrán en el dia del juicio con el favor desta virtud. ¡Oh cuán segura tendrá en este dia su causa el que paresciere ante Dios vestido de misericordia! Porque, como dijo el Sancto Tobías (*y*), grande ánimo y confianza da la limosna á todos los que la ejercitan delante del summo Dios. Si los demonios se levantaren contra él, esta virtud le defenderá. Porque, como dice el Eclesiástico (*z*), esa peleará contra sus enemigos mejor que la lanza y que el escudo del poderoso. Y si el mesmo Dios le quisiere poner demanda, y dijere que le hace cargo de todos los siete pecados mortales en que ha caido, responderle ha: Señor, en recompensa de sos siete pecados os represento las siete obras de misericordia en que por vuestro amor me he siempre ejercitado. Vos dijistes (*a*) que bienaventurados eran los misericordiosos, porque ellos alcanzarian misericordia. Vos dijistes (*b*) que por la medida que midiésemos, habiamos de ser medidos. Vos dijistes (*c*) que la limosna libra de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas. Vos dijistes (*d*) que la misericordia es mas alta que el juicio: esto es, que ella prevalesce contra el juicio de vuestra justicia; porque á quien el juicio condena, absuelve la misericordia. Pues, Señor, persevere y sea glorificada la verdad de vuestra palabra, y tened por bien usar de misericordia con quien usó de misericordia. ¿Qué mas diré? Vos finalmente por vuestra boca sanctísima nos afirmastes (*e*) que el dia del juicio apartaríades á los corderos de los cabritos: esto es, á los buenos de los malos; y que á los buenos diríades: Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesion del reino que os está aparejado dende el principio del mundo; porque tuve hambre, y dístesme de comer; tuve sed, y dístesme de beber; era peregrino, y recogístesme; estaba desnudo, y vestístesme; estaba enfermo y encarcelado, y visitástesme; y que responderian entónces los buenos, y dirian: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, y os dimos de comer? sediento, y os dimos de beber? desnudo, y os vestimos? Y responderles ha el Señor: En verdad os digo que cuando eso hecistes á uno destos pequeñuelos mios, á mí lo hecistes, é yo lo recebí; y así os lo quiero agora galardonar. Pues ¿qué galardon se puede pensar mayor que este? ¡Cuán dichosos serán los oídos que oirán de la boca del Hijo de Dios estas palabras, mas dulces que la miel y que el panar: ¡Venid, benditos de mi Padre! Solo esto bastaba, no digo yo para hacer misericordia, sino para andar por mar y por tierra buscando con quien usar de misericordia, para merescer oir en este dia tal palabra.

Mas ¿qué quiere decir, que habiendo tantas obras virtuosas, por las cuales se merece el reino del cielo, no se hace aquí mencion mas que de sola la misericordia? Muchas cosas hay aquí que considerar. Porque primeramente aquí tenemos que contemplar la admirable sabiduría de Dios, el cual como conoscia la grande escaseza del hombre (que todo lo quiere para sí), propúsole un tan grande premio como este, para inclinarle á misericordia: para que la grandeza deste galardon venciese la dureza de su corazon. Ofréscese tambien aquí la largueza inefable de Dios, y el deseo que tiene de salvarnos, pues vino con nosotros en darnos el mayor de todos los bienes del mundo por el menor de todos los bienes dél. Porque el mayor de todos los bienes es la gloria; el menor de todos es el dinero, y lo uno da por lo otro, que es una cosa preciosísima por otra vilísima. Y finalmente danos por dinero lo que él no compró con dinero, sino con su mesma sangre. Ofrécesenos tambien aquí la admirable bondad, caridad y providencia de Dios, el cual como sabia que habia de haber pobres en el mundo, porque así convenía que fuese para ellos y para nosotros; porque los unos padesciendo, y los otros compadesciéndose; los unos con paciencia, y los otros con misericor-

(*r*) Tob. 11. (*s*) Tob. 4. (*t*) Isai. 58. (*v*) Eccl. 29. (*x*) Prov. 21. (*y*) Tob. 4. (*z*) Eccl. 29.

(*a*) Matth. 5. (*b*) Luc. 6. (*c*) Tob. 4. (*d*) Iacob. 2. (*e*) Matth. 25.

dia ganasen el reino del cielo; por esto deseó tanto el remedio de los unos y de los otros, que lo vino á encomendar con las mas encarecidas palabras y promesas que se podian encomendar, diciendo: Lo que á uno destos pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes. Porque si un rey se ausentase de su reino por algun tiempo, y quisiese encomendar á los grandes del reino un muy amado hijo que en él dejase, ¿con qué otras palabras mas encarecidas lo podia encomendar, que diciendo: Lo que hiciéredes con este hijo mio que queda en vuestro poder, conmigo lo haceis, y como tal os lo gratificaré? Pues ¿con qué otras mas amorosas palabras podia este Señor encomendar el remedio de los pobres, que poniendo á sí mesmo en lugar dellos, y encomendándolas á sí? ¡Oh maravillosa excelencia la del pobre de Cristo, pues en él se representa la persona de Dios! De manera que Dios viene á esconderse en el pobre, y este es el que extiende la mano; mas Dios el que recibe lo que se ofresce, y el que ha de dar el galardon. Si los pobres fueran reyes ó príncipes de la tierra, no me maravillara yo tanto que así los encomendara; mas siendo como son las heces del mundo, que los junte Dios consigo y los ponga en su lugar, ¿qué cosa puede ser de mayor nobleza, y de mayor bondad y misericordia?

Esta es pues una de las mayores alabanzas que se predican desta virtud, que es tener el hombre por ella tan justificada y abonada su causa para el dia de la cuenta, por lo cual dice el Apóstol (*f*), que esta virtud vale para todas las cosas, pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. Sobre las cuales palabras dice la glosa: Si alguno se ejercitare en las obras de misericordia, aunque tenga otras culpas, será por ellas castigado, mas no será condenado. Lo cual no se ha de entender del que confiando en las limosnas que hace, persevera en los pecados; porque este tal provoca contra sí, como dice el Apóstol (*g*), la benignidad y paciencia de Dios que le espera á penitencia. Mayormente que (como dice Sant Gregorio) el que da al prójimo su hacienda, y no guarda su vida de la malicia, sus cosas da á Dios, y á sí mesmo al pecado. De manera que lo que era ménos ofresció á su Criador, y lo que era mas guardó para la maldad. Así que no se promete aquí salud al que con esta esperanza persevera en el vicio, sino declárase por estas palabras cuánta parte sea esta virtud entre todas las otras para alcanzar la vida eterna. Y esto dice aun mas claro Sant Hierónimo en una epístola que escribe á Nepociano por estas palabras: No me acuerdo haber leido que muriese mala muerte el que de buena gana se ejercitó en obras de misericordia. Porque tiene este tal muchos intercesores que rueguen por él, y no es posible que no sea oida la oracion de muchos. Y si esto es así, grande es por cierto (dice un doctor) la virtud de la limosna, pues con tan grande confianza introduce á sus devotos en el reino del cielo. Porque es ella muy conocida de los porteros deste reino, y de las guardas deste palacio, y no solo conoscida, sino tambien acatada; y así confiadamente hace que se dé la puerta á todos aquellos de quien ella fué honrada. Porque si ella fué poderosa para traer á Dios del cielo á la tierra, mucho mas lo será para subir á los hombres de la tierra al cielo. Y en otro lugar añade el mesmo doctor, diciendo: Cosa maravillosa es que el pobre ciego recibiendo de nos misericordia, sea parte para guiarnos al cielo, y que andando él arrimado

(*f*) 1. Tim. 4. (*g*) Rom. 2.

á las paredes, y cayendo en los barrancos, sea poderoso para enseñarnos la subida á lo alto; porque este poder le dió la virtud de la misericordia. Y por esto dicen communmente los doctores, que quiso el Salvador subir al cielo del monte de las Olivas, para dar á entender que la virtud de la misericordia, significada por ellas, es la que hace subir á los hombres á este lugar. Asimesmo se escribe (*h*), que el rey Salomon mandó hacer dos puertas de madera de olivas para entrar en el Sancta Sanctorum: para dar tambien á entender que por el ejercicio de las obras de misericordia (significadas por este árbol) habian los hombres de entrar en el reino de Dios. Pues si todos nuestros deseos y esperanzas tiran á ese puerto, y tanto nos ayuda para esto la virtud de la misericordia, ¿quién será tan duro y tan enemigo de sí mesmo, que por perdonar un poco de dinero, quiera despreciar un tan inestimable tesoro?

§. IX.

De la nona excelencia de la limosna y misericordia.

Mas podrá por ventura decir alguno que todas estas gracias sobredichas (por grandes que sean) nos convidan, mas no necesitan á usar desta virtud. Porque ofresciéndonos grandes favores y medios para ganar el cielo, no nos dejan cerrados otros caminos por donde se podria alcanzar. Pues para que esto no haya lugar, añado á todo lo sobredicho la necesidad que tiene desta virtud el que tiene posibilidad para usar della; porque esto es ya como tomarnos por hambre, y ponernos el cuchillo á la garganta. Esto nos predican y confiesan tambien todas las Escripturas sagradas, no ménos que lo pasado. Porque el mesmo Señor que convida los misericordiosos al reino de su Padre (*i*), por haber ejercitado las obras de misericordia, él mesmo despide á los crueles é inhumanos dese reino, por no las haber ejercitado, diciendo (*k*): Id, malditos, al fuego eterno; porque tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber, etc. Por do paresce que así como la misericordia abre á los unos las puertas deste reino, así la crueldad é inhumanidad las cierra á los otros. Porque, como dice el apóstol Sanctiago (*l*), juicio sin misericordia se hará contra el que no hubiere usado de misericordia. Pues ¿qué será del hombre, por justificado que sea, si fuere juzgado sin misericordia? ¡Ay de la vida del hombre, por muy loable que haya sido, dice Sant Augustin (*m*), si fuere de tí, Señor, juzgada sin misericordia! Y tambien de aquel que no hubiere usado de misericordia; porque sin ella será juzgado. Así lo dice Sant Basilio, por estas palabras: No usaste de misericordia, no alcanzarás misericordia. No abriste las puertas de tu casa al pobre, no te abrirá Dios las del cielo. No diste un pedazo de pan al que habia hambre, no recibirás la vida eterna. Y en otro lugar dice el mesmo Sancto: Ten por cierto que el fructo ha de responder á la simiente: sembraste amargura, amargura cogerás. Sembraste crueldad, esta te responderá. Huiste de la misericordia, ella tambien huirá de tí. Aborreciste al pobre, aborrescerte ha tambien aquel que por amor de los hombres se hizo pobre.

Estas y otras semejantes amenazas, aunque generalmente pertenescen á todos los que pueden usar de misericordia (mayormente cuando se ofrescen grandes ne-

(*h*) 3. Reg. 6. (*i*) Matth. 25. (*k*) Ibidem. (*l*) Iacob. 2.
(*m*) Lib. 9. Confess. cap. 13.

cesidades, puesto que no fuesen extremas), señaladamente pertenescen á los ricos inhumanos, que teniendo las arcas llenas de bienes dejan perecer de hambre los miserables. Cuya persona representa aquel rico gloton del Evangelio, que tan inhumano fué para con el pobre Lázaro (*n*), pues aun hasta las migajas que caian de su mesa no le daba. Lo cual debrian notar mucho los ricos deste mundo, considerando que, como dice Sant Augustin (*o*), no fué este rico condenado por haber tomado las cosas ajenas, sino por no haber dado las suyas proprias. Por lo cual puesto en el infierno vino á pedir cosas tan pequeñas, como era un gota de agua, porque negó él tambien al pobre cosas tan viles como era una migajuela de pan. Esta mesma persona tambien nos representa el otro rico del Evangelio (*p*), que sucediéndole bien la cosecha de un año, en lugar de dar gracias á Dios por ella, habló consigo mesmo desta manera: Aquí tienes, ánima mia, muchos bienes que te servirán para muchos años; come, bebe y huélgate. Sobre las cuales palabras dice Sant Basilio: ¡Oh palabras desatinadas! Oh extraña locura! Dime, ruégote, ¿qué mas dijeras si tuvieras una ánima de puerco? Saca, miserable, de la cárcel esas riquezas que tienes presas. Triunfa desa casa escura donde está el dinero de la maldad encarcelado, y toma por almario donde lo pongas, las casas de los pobres, y atesora para tí un rico tesoro en el cielo. ¿Qué impedimento tienes para no hacer esto? ¿No está el pobre á la puerta de tu casa? No tienes hacienda de que hacer limosna? No está el galardon aparejado? No tienes expreso mandamiento desto? Y con todo eso no sabes decir mas que una sola palabra: No tengo. No daré; porque tambien yo soy pobre. Pobre eres por cierto: pobre de caridad y humanidad, de fe y de esperanza. Mas dirás, ¿á quien hago injuria si guardo mi hacienda? ¿Cuál llamas tu hacienda? ¿Por ventura viniendo á este mundo trajiste algo contigo? ¿Por qué, si piensas, eres tú rico y aquel pobre? Cierto no por otra causa, sino porque tú recibas el premio de la benignidad y fiel administracion de tu hacienda dando limosna, y el otro sea honrado con la corona de la paciencia. Mira pues lo que haces en tener lo que no solo á tí, mas tambien á tu prójimo pertenesce. Mira que de los pobres es el pan que injustamente guardas, y de los desnudos la vestidura que en tu arca tienes, y del que anda descalzo el zapato que en tu casa se envejece, y del pobre el dinero que tu escondes en la tierra. Mira que las riquezas son redempcion de las ánimas, y que guardándolas las pierdes, y perdiéndolas por Dios, las guardas. Ví yo algunos que ayunaban, y oraban, y lloraban los pecados pasados, y finalmente que se ejercitaban en todas aquellas obras de virtud que no les costaban dinero, y con todo eso no querian dar un maravedí por Dios, teniendo bienes demasiados. ¿Qué les aprovechó á estos la diligencia de todas las otras virtudes, pues no por eso alcanzaron el reino de Dios? Hasta aquí son palabras de Sant Basilio, recogidas de diversos lugares suyos, las cuales bien declaran la necesidad que tienen desta virtud los que tienen abundantemente con que ejercitarla. Porque si no bastaban á aficionarnos á ella todas las gracias y excelencias pasadas, baste á lo ménos la mesma necesidad, que todas las cosas vence.

Y para mayor prueba desto añado aquí aquella temerosa sentencia de Sant Joan, que dice (*q*): Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viere á su hermano padescer necesidad, y no abriere sus entrañas para remediarle, ¿cómo dirémos que la caridad de Dios está en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino tambien con obras y con verdad. Pues ¿qué cosa mas temerosa que esta? Si es argumento de no tener caridad no socorrer al que padesce grande necesidad, ¿qué será de los ricos deste mundo, que tan poca cuenta tienen con esto? Porque donde no hay caridad, no hay gracia; y donde no hay gracia, no hay gloria; y segun esto, ¿con qué gusto y consolacion vive quien en tan peligroso estado vive?

(*n*) Luc. 16. (*o*) Serm. 19 de Verbis Apost. ad Tit. Oportet Episcopum, c. 3. (*p*) Luc. 12.

§. X.

De la décima excelencia de la limosna y misericordia.

Todas estas cosas evidentemente nos declaran en cuánto precio se deba estimar una virtud que para tantas y tan grandes cosas nos aprovecha. Y por cierto muy duro, muy avaro y muy pobre de misericordia ha de ser el corazon que no se mueva á misericordia con tales prendas como estas. Mas si alguno hobiere tan ciego, y tan amigo de su interese, y tan mal apreciador de las cosas, que estime en mas la vileza de los bienes temporales que todo cuanto hasta aquí se ha dicho, de manera que ninguna cosa tiene precio en su corazon, sino solo el interese, tampoco por esto nos desavendrémos con él; ántes por aquí le darémos las manos llenas para eso mesmo que desea. Porque es tan soberana y tan admirable la bondad de Dios, y el respecto que tiene á los que hacen bien, que no solo en la otra vida, sino tambien en esta les quiere dar el galardon. Nueva cosa paresce esta, mas tambien la hallarémos testificada en las Escripturas divinas, como todas las otras. Y no quiero alegar para esto las autoridades y promesas de la vieja ley, y aquel famoso capítulo XXVIII del Deuteronómio, donde tantas bendiciones y prosperidades temporales se prometen á los guardadores de la ley; porque esto era cosa muy comun en aquel estado; mas alego para esto aquellas palabras de Salomon, que dicen (*r*): Honra á Dios con tu hacienda, y haz bien á los pobres de los primeros fructos della, y con esto se hinchirán tus graneros de hartura, y tus lagares de vino. Y allende desta promesa, tenemos otra que dice (*s*): El que da al pobre nunca se verá en necesidad, y el que menosprecia al que le pide limosna, padescerá pobreza. Y esta mesma sentencia repitió el mesmo Salomon por otras palabras, diciendo (*t*): Unos hay que reparten su hacienda, y con esto se hacen mas ricos; y otros hay que toman la ajena, y siempre viven en pobreza. Pero muy mas claro testificó todo esto el Apóstol escribiendo á Timoteo su discípulo, cuando dice así (*v*): Ejercítate en obras de piedad, porque los ejercicios corporales para poco son provechosos, mas la piedad para todo vale, pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. ¿Ves luego cómo todo se promete al misericordioso, lo de acá y lo de allá, los bienes deste siglo y los del cielo? Por donde si no se movia tu corazon á esta virtud con las promesas de los bienes espirituales, aquí tienes ya lo que deseas, que son bienes temporales, que tambien se prometen al que da lo que tiene por amor de Dios. Y por esto nos aconseja el Sabio (*x*) que démos siete partes y ocho partes de nuestra hacienda por Dios: las siete

(*q*) 1. Ioan. 3. (*r*) Prov. 3. (*s*) Prov. 28. (*t*) Prov. 11. (*v*) 1. Tim. 4. (*x*) Eccles. 11.

para alcanzar por ellas los bienes que pertenescen á esta vida, significada por el número de siete, que hace una semana; y las ocho (que exceden en un grado á este número) para alcanzar los bienes de la otra, que por este número de ocho es significada. Finalmente todas estas autoridades dicen lo que el Salvador en una palabra resumió en el Evangelio, diciendo (*y*): *Date et dabitur vobis*, que es decir: Dad, y daros han.

Esto nos mostró muy á la clara el mesmo Señor que lo prometió, en aquella viuda que repartió con Elías esa pobreza que tenia (*z*), que no era mas que un poquito de harina, y una alcucilla de aceite, que para sí y para su hijo en un año de hambre habia guardado. Pero con todo esto, pidiéndole el Profeta limosna, primero aparejó la comida para él que para sí, y no le dió de lo mucho poco, sino eso poco que tenia lo dió todo; y padesciendo su hijo hambre, da de comer primero al Profeta que al hijo; y puesta en tan grande necesidad, primero se acordó de la misericordia que de la necesidad. Mas por esta fe y liberalidad que tuvo, mereció que ni la tinajica de la harina, ni el vaso del ólio faltase, hasta que Dios envió abundancia de agua sobre la tierra. Por do paresce que no quitó la madre á su hijo lo que dió al Profeta, sino ántes por este medio lo acrescentó. Y esta buena mujer (como pondera Cipriano) no conoscia á Cristo, ni habia oido su doctrina, ni redemida por él habia recebido su carne y sangre en mantenimiento, y con todo esto fué tan piadosa como has visto; para que por aquí se vea qué pena está aparejada para el que viviendo en la Iglesia de Cristo, es rico inhumano; pues esta pobre mujer usó de tanta piedad siendo gentil.

Mas no es solo este el ejemplo que hallarémos para confirmacion desta verdad; porque llenas están las historias y vidas de sanctos de semejantes maravillas, donde leemos que las haciendas que con esta fe y caridad se repartieron, fuéron multiplicadas: queriendo el Señor mostrar la grandeza de su bondad y fidelidad con los que hacen algo por él, y probar la verdad de aquella sentencia que él dijo (*a*): Dad, y daros han.

Agora pregúntote, hermano, si crees que todo esto es verdad. Si dices que no, síguese que no tienes fe, y que no eres cristiano, pues no crees á las palabras de Cristo. Si dices que sí, has de confesar luego que dando limosna no pierdes en la ganancia, ántes la multiplicas, no solo espiritualmente, sino tambien temporalmente. Y aunque tú no veas camino ni medio para eso, pero realmente ello ha de ser así, pues Dios lo dice. Si no, dime: ¿por qué causa crees que Dios es trino y uno? Dirás que porque Dios lo dice; porque eso solo basta para creerlo. Pues el mesmo Dios que dice eso, dice tambien que el que da al pobre, nunca se verá en necesidad. Por donde si tú crees lo uno, aunque sea sobre toda razon, tambien has de creer lo otro, aunque así lo sea. Pues si eso crees con tanta firmeza, ¿cómo eres escaso en repartir tu hacienda, pues la fe te dice que repartida se multiplica? Si porque sabes que el trigo que siembras se ha de multiplicar, lo derramas confiadamente en la tierra, aunque muchas veces te falta esta esperanza; si crees con mayor firmeza que la limosna que das es simiente que siembras, y que en el cielo y en la tierra se multiplica, ¿cómo eres tan escaso en esta sementera, siendo tan liberal en la otra? Si dices que no ves cómo derramando tu hacienda se pueda multiplicar, tampoco ves cómo sea Dios trino y uno. Si crees esto porque lo dice Dios, tambien has de creer esotro, pues lo dice el mesmo Dios, y la autoridad que tiene lo uno tiene lo otro, sino que lo uno cuesta dineros, y lo otro no. Así que por esta razon, ó has de negar la fe, ó has de confesar que es verdad lo que la Escriptura dice, que el que da al pobre no se verá en necesidad. Pues si Dios y la fe aseguran esto, ya que todos los otros intereses espirituales no te mueven, ¿cómo no te mueve siquiera este temporal? Mira que por ninguna parte te puedes excusar; porque si lo has por bienes espirituales, aquí te los damos á manos llenas; y si por bienes temporales, aquí tambien los da el Señor por su medida: ca esta virtud para todo sirve, para los bienes desta vida y de la otra. Pues ¿qué puedes alegar para no usar de misericordia?

(*y*) Luc. 6. (*z*) 3. Reg. 17. (*a*) Luc. 6.

§. XI.

Conclusion de todo lo dicho.

Tornemos agora pues al principio, y hagamos aquella comparacion que propusimos. Pongamos en una balanza esta pérdida de hacienda que se sigue de dar limosna, y en la otra pongamos todos estos bienes que la palabra de Dios promete á los que dan; para ver si es razon trocar lo uno por lo otro. Pongamos pues la primera excelencia que por aquí se alcanza, que es ser semejantes á Dios en lo mas glorioso que hay en Dios para con los hombres, que es la misericordia, y pongamos tambien el ser familiarmente amados dél, como personas mas semejantes á él, que es la segunda; y añadamos á esto el tener tan aparejada y merecida la misericordia de Dios todos aquellos que usaron de misericordia con los hombres; y con esto juntemos todos los otros bienes que tras estos se siguen, que son, perdon de pecados, acrescentamiento de merescimientos, tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en las oraciones, defension para el dia del juicio, salud y vida perdurable. Y con todo esto ayuntemos la provision de bienes temporales que Dios promete al que partiere lo que tiene con los pobres. Todas estas cosas juntas carguemos en esta balanza, y en la otra pongamos un poco de pérdida de hacienda, y esto hecho, veamos si es justo que hombre que tenga seso y razon, deje de gozar de tan grandes bienes como estos, por una tan pequeña pérdida temporal. Ni sé quién habrá que esto profundamente considere, que no se avergüence de sí mesmo, si algun tiempo se vió para con Dios escaso, ofreciéndole este tan rico partido. Por lo cual dije al principio, que falta de luz y de consideracion, era la principal causa de nuestros males. Porque ¿quién habria que, poniendo todas estas cosas ante los ojos, no tuviese por ganancia perder todo cuanto tiene, por gozar de tantos bienes? ¿Qué pérdida podria haber tan grande, que no quedase suficientísimamente recompensada con todos estos provechos? Y siendo esto así, gran maravilla es ver el dia de hoy tan encendida la cobdicia, y tan resfriada la caridad entre cristianos. Y creo cierto que si los infieles supiesen esto, que se espantarian y pasmarian de cómo la gente que tiene fe destas verdades, no vende todo cuanto tiene por gozar de tales bienes; porque con ménos que esto, no se responde dignamente á la dignidad de tan grandes esperanzas, segun que muchos sanctos lo hicieron.

Mas si todavía fuere alguno tan ciego y tan obstinado, que quiera alegar el menoscabo de su hacienda, y

la provision de sus hijos para no hacer limosna; oya lo que contra esto dice el bienaventurado mártir Cipriano por estas palabras: Temes, miserable, que desfallescerá tu patrimonio si fueres largo para Dios, y no miras que temiendo tú que no desfallezca tu hacienda, desfallesce cada dia tu vida; y mirando no se disminuyan tus cosas, tú te pierdes y disminuyes, pues eres mas amador del dinero que de tí mesmo; y así temiendo perder el patrimonio, tú te pierdes por salvar el patrimonio. Temes que te faltará de comer si fueres largo y piadoso para el pobre. ¿Cuándo, jamas, faltó de comer al justo, pues está escripto que no matará Dios de hambre al ánima del justo (*b*)? A Elías sirven los cuervos de despenseros en el desierto (*c*); á Daniel, encerrado en el lago de los leones para ser comido dellos, se le trae de comer por providencia divina (*d*); ¿y tú temes que al que trabaja y sirve á Dios le faltará la comida? Mirad, dice él (*e*), las aves del aire, que no siembran, ni siegan, ni guardan, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues vosotros ¿no sois de mayor precio que ellas? Y las aves apascienta Dios, y á los pájaros da de comer, y á los hijos de los cuervos que le llaman (*f*). Pues si no falta el mantenimiento á quien falta el sentido y conoscimiento de Dios, ¿cómo piensas tú que faltará al cristiano, al siervo de Dios, y al que se ocupa en guardar sus mandamientos, y es amado de su Señor? Si no ¿piensas por ventura, que no dará de comer Cristo á quien da de comer al mesmo Cristo, ó que negará los bienes de la tierra á quien concede los bienes del cielo, ó que no dará un poco de pan y de carne á quien da su mesma sangre y su mesma carne? ¿De dónde nasció en tí esta desconfianza, y este sacrílego y malvado pensamiento? ¿Qué hace en la casa de la fe el pecho desleal? ¿Cómo se precia del nombre de cristiano el que no se fía de Cristo? ¿Para qué te quieres excusar con esas vanas sombras de excusas? Confiesa la verdadera causa desa dureza, y descubre el secreto de tu corazon. La causa es que las tinieblas de la esterilidad han ocupado tu ánimo, y huyendo de ahí la lumbre de la verdad, cegó tu pecho carnal la escuridad profunda de la avaricia. Eres captivo y esclavo de tu dinero, y estás preso con las cadenas de tu cobdicia; y habiéndote una vez libertado Cristo, tú mesmo te vuelves á captivar. Guardas el dinero, que guardado no te guarda, y acrescientas el patrimonio, que con su peso te derriba. Pon los ojos en aquella viuda del Evangelio (*g*), que cercada de las angustias de su pobreza, ofresció en el arca del templo solas dos blancas que poseia. Hayan vergüenza los ricos de su esterilidad, pues la viuda y la pobre les lleva la delantera en obras de misericordia. Y como sea verdad que las limosnas se dén communmente á huérfanos y viudas, hace limosna la que hubiera de recebirla; para que por aquí entendamos qué pena está aparejada para el rico inhumano, cuando aun por este ejemplo es amonestado el pobre á que sea misericordioso. Y si dices que la muchedumbre de los hijos te hace ménos liberal para con los prójimos, á esto te respondo que por el mesmo caso hubieras de ser mucho mas; porque miéntras mas hijos tienes, mayor necesidad tienes de Dios. Porque habiendo mas hijos, tienes mas para quien pedirle mercedes, y mas son los delictos que has de redemir, mas las consciencias que has de curar y mas las ánimas que has de remediar. Porque así como en la vida secular, para mayor número de hijos, es menester mayor patrimonio; así en lo espiritual cuanto cresciere el número de los hijos, tanto ha de crescer el número de los servicios; como vemos que lo hacia el sancto Job (*h*). Y si tratas de buscar padre para tus hijos, no trates del que es temporal y terreno, sino de aquel que es espiritual y eterno. A este tal ofresce tu hacienda, porque este la guardará fielmente á tus herederos. Ese sea el tutor de tus hijos, ese el curador dellos, ese sea contra todas las injurias del mundo su protector. El patrimonio que se pone en las manos de Dios, ni la república lo toma, ni el fisco lo ocupa, ni la calumnia de las audiencias seculares lo roba. En lugar seguro está la heredad que tiene á Dios por guardador. Esto es proveer á los hijos para adelante; esto es proveer de remedio á los herederos con piedad paternal. Cuasi todas estas son palabras de Cipriano, por las cuales verás cuán fria es la excusa de los que por el cuidado demasiado de sus hijos, dejan de socorrer á los pobres. Destos mesmos se queja Sant Augustin por otras palabras semejantes, diciendo (*i*): Cristo en el pobre te pide, y no le das, diciendo que lo guardas para los hijos. ¿Yo te pongo delante á Cristo, y tú me contrapones á tus hijos? Grande injusticia es que guardes para que desperdicie tu hijo, padeciendo hambre tu mesmo Dios; pues él dice (*k*): Lo que hecistes á uno destos pequeños, á mí lo hecistes. Y sabiendo tú esto, ¿no temes ser escaso, viendo quién es este que padesce necesidad? Cuéntasme el número de tus hijos; mira que entre esos has de añadir otro, y ese será tu Señor. Tienes un hijo, este sea el segundo; tienes dos, sea el tercero; tienes tres, haz que siquiera sea el cuarto. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. ¿Pues qué podrá responder aquí la cobdicia humana contra toda esta fuerza de razones? Pues aun sobre todo esto hay mas que decir.

§. XII.

De cómo debe el hombre ser misericordioso y limosnero, por representarse en los pobres Cristo, de quien hemos recibido tantos bienes.

Porque sobre todo lo dicho hay otra cosa que nos habia de mover á misericordia; porque verdaderamente aunque esta virtud ni fuera tan necesaria para nuestra salvacion, ni trajera consigo tantos y tan grandes provechos espirituales y temporales como aquí habemos declarado, sola la obligacion que tenemos á nuestro Señor por las grandes misericordias que dél habemos recebido bastaba para hacernos amadores de misericordia, aunque mas no hubiera. Y desta razon principalmente se aprovecha Sant Pablo para persuadir á los de Corinto esta virtud, diciendo (*l*): Ya sabeis, hermanos, cuál haya sido la gracia y misericordia de Cristo para con nosotros; pues que siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Pues si Dios llegó á hacerse pobre por amor de los hombres, ¿qué mucho es hacerse los hombres pobres por amor de Dios? Y si Dios se dejó vender por amor de los hombres (*m*), ¿qué mucho es vender los hombres un pedazo de hacienda por amor de Dios? ¿Quién negará un pedazo de pan á quien se dejó vender por él? Quién no dará una poca de hacienda á quien dió por él su sangre? Quién no padescerá un poco de necesidad y pobreza por quien sacrificó por él su

(*b*) Prov. 10. (*c*) 4. Reg. 17. (*d*) Dan. 14. (*e*) Matth. 6.
(*f*) Psalm. 146. (*g*) Marc. 12. Luc. 21.

(*h*) Iob. 1. (*i*) Lib. de decem chordis cap. 12. tom. 9.
(*k*) Matth. 25. (*l*) 2. Cor. 8. (*m*) Matth. 26.

vida? Porque (como dice Sant Bernardo) si mil veces hiciese el hombre sacrificio de sí mesmo por este Señor, no podria pagar este beneficio. Porque ¿qué proporcion hay entre vida de hombre y vida de Dios, y persona de hombre y persona de Dios? Pues ¿cómo será escaso de un pedazo de pan quien de tantas vidas es deudor? Cómo no se afrentan los que reconoscen á este Señor por Criador, y Redemptor, y Glorificador, viendo cuán poco hacen por Señor á quien tanto deben? Esta es una consideracion con que el bienaventurado Cipriano pretende confundir y avergonzar á todos los cristianos, visto lo poco que hacen por su Señor, haciendo tanto los hijos deste siglo por el suyo. Y así dice él: Imagine agora cada uno de nosotros que sale el demonio con todos sus servidores (que es con el pueblo de la perdicion) á denostar y avergonzar al pueblo de Dios en presencia del mesmo Dios, diciendo: Mira, Cristo: yo por todos estos que aquí ves conmigo, ni recebí bofetadas, ni sufrí azotes, ni padecí en cruz, ni derramé sangre por ellos, ni tampoco les prometo el reino del cielo, ni la gloria del paraíso; y con todo esto, mira cuán grandes y preciosos dones me ofrescen, y cuán liberalmente gastan en mi servicio lo que en largos tiempos, con mucho trabajo ganaron, hasta empeñar y vender su patrimonio para emplearlo en pompas del mundo. Muéstrame pues agora tú, Cristo, otros criados tuyos que así te sirvan y gasten su hacienda por tí. Mira si estos ricos y llenos de bienes hacen otro tanto por tí, siendo tú el que les estás mirando y gobernando en tu mesma Iglesia. Mira si llegan á empeñar ó á vender sus haciendas para gastarlas por tí, ó (por mejor decir) para traspasarlas á los tesoros del cielo, y mudarlas en mejor posesion. Y mira mas, que con estos dones que los mios me ofrescen ninguno se mantiene, ninguno se viste, ninguno se sustenta, porque todo esto se desperdicia en diversas comidas y trajes; y así todo ello brevemente pasa entre el furor del que come, y el error del que mira. Mas con los gastos de los tuyos, tú en tus pobres eres vestido y apascentado, y tú prometes la vida eterna á quien esto hiciere; y con todo esto apénas los tuyos, que han de recebir tan grandes galardones, se pueden igualar con los mios, que han de padescer tan grandes tormentos. ¿Qué responderémos á esto, hermanos muy amados? ¿Con qué color defenderémos las consciencias de los ricos, llenas desta sacrílega esterilidad, y cubiertas con una noche escura de tan grandes tinieblas? ¿Qué excusa tendrémos, viendo que somos ménos que los siervos del demonio, y que ni aun con un pedazo de pan queremos pagar á Cristo el precio de su sangre?

Hasta aquí son palabras de Cipriano. Las cuales por cierto debrian bastar (aunque nada entreveniese de todo lo dicho) para que se confundiesen los hombres, y se hiciesen mas largos para con sus prójimos, solo por lo que deben á Dios.

Esta consideracion movió á los sanctos á hacer tan grandes extremos (si así se pueden llamar) por corresponder á esta obligacion, segun que nos consta por las historias de sus vidas. Así leemos de Sancta Isabel, hija del rey de Hungría, que despues que se vió viuda, gastó cuanto le habia quedado con hospitales y pobres: por lo cual llegó á tan gran pobreza, que vino á mantenerse del trabajo de sus proprias manos. De Sancta Paula escribe Sant Hierónimo que siendo avisada por el mesmo Sancto que no fuese tan demasiada en hacer limosnas, ella respondió que ninguna cosa mas deseaba que andar pidiendo de puerta en puerta por Dios, y acabar la vida con tanta pobreza, que no dejase un solo maravedi á su hija, y que despues de muerta la envolviesen en una sábana ajena. Y de Sant Exuperio, obispo de Tolosa, escribe el mesmo sancto doctor, que muriendo él de hambre, daba de comer á los hambrientos; y quitándose el pan de la boca, andaba amarillo con la hambre ajena; y que fundiendo para esto los vasos sagrados, traia el cuerpo del Señor en una canastica de mimbres, y la sangre en un vaso de vidrio. Y esta mesma misericordia se escribe de Sant Augustin y de Sant Ambrosio, clarísimos doctores de la Iglesia (*n*), los cuales mandaban fundir los cálices y vasos sagrados para acudir á necesidades de pobres. Pues ¿qué diré de las misericordias de otros muchos sanctos, que cuando no tenian que dar, se despojaban de sus mesmas vestiduras, y las daban á los pobres que encontraban, diciendo que mas querian hallarse sin vestidura que sin misericordia? Qué diré de nuestro glorioso padre Sancto Domingo, que despues de haber vendido todos sus libros, y todo lo demas que tenia, para dar á pobres, ofreciéndose una viuda que le pedia ayuda para rescate de un hijo, como el sancto varon no tuviese ya que dar, ofresció á sí mesmo para ser vendido? Y lo que este Sancto deseó hacer, hizo el sancto obispo Paulino, como lo refiere Sant Gregorio en sus Diálogos (*o*). Porque como el sancto obispo hubiese gastado todo cuanto tenia en redencion de captivos, cuando ya no tenia mas que dar, dejóse vender á un bárbaro; y vendido, vino á ser su hortelano, para que así se rescatase el captivo. Estos y otros infinitos ejemplos se hallan á cada paso en las Escripturas divinas. Tobías, varon sanctísimo, fué hombre de gran misericordia (*p*), y por ella meresció alcanzar tan grande y tan admirable remedio por ministerio de un ángel. Zaqueo, de linaje de gentiles (*q*), era tan misericordioso, que la mitad de su hacienda gastaba con pobres, por lo cual meresció ser llamado hijo de Abraham, y (lo que mas es) recebir en su casa por huésped al Señor del mundo. Y aquella sancta mujer Thabita (*r*), que en los Actos de los apóstoles hacia tantos beneficios á pobres y viudas, alcanzó por estas obras despues de muerta ser resuscitada por el Príncipe de los apóstoles. No acabariamos á este paso de referir otros innumerables ejemplos de sanctos y sanctas á este propósito. Mas á quien estos no bastaren, no sé qué otra cosa podrá bastar. Por tanto será bien que dejada ya esta parte, tratemos agora de la manera que debemos tener en usar desta virtud.

§. XIII.

De la manera que han de tener los hombres en dar limosna, y á quién señaladamente pertenesce darla.

Pues para esto es de saber que segun se colige de la doctrina de los sanctos, el que quiere usar desta virtud perfectamente ha de guardar las cosas siguientes. La primera, que sea largo y copioso en hacer bien, esto es, que no sea como algunos que se contentan con dar á los pobres una nonada; que paresce que les dan mas por redemir su vejacion, y ahorrar de aquella importunidad, que por socorrer á su necesidad; porque del que desta manera da, dice Sant Augustin (*s*): El que da limosna por excusar la importunidad del que le pide, y

(*n*) Cap. Aurum, 12. q. 2. (*o*) Lib. 3. cap. 1. (*p*) Tob. 1.
(*q*) Lucæ 19. (*r*) Act. 9. (*s*) Super Psalm. 42. in fin.

no por socorrer á su necesidad, pierde lo que da, y tambien el merescimiento desta obra. Esta condicion es del apóstol Sant Pablo, que dice (*t*): Hermanos, el que poco siembra, poco cogerá; y el que siembra en abundancia, en abundancia cogerá. Verdad es que esta cuantidad mas se ha de tasar por el deseo del corazon, que por la cuantidad de la obra. Porque, como dice Sant Ambrosio (*v*), el afecto del que da hace rico ó pobre al dador, y pone precio á las cosas. Y Sant Gregorio dice (*x*): En los ojos de Dios no está la mano vacía de dones, cuando el arca del corazon está llena de buenos deseos. Porque, como dice Sant Hierónimo (*y*), nadie fué mas pobre que los apóstoles; pero nadie dejó mas por Cristo que ellos, por la voluntad grande con que lo dejaron. Y conforme á esto dice Sant Leon Papa: No se ha de estimar la medida de la piedad por la cantidad de la dádiva, sino por la voluntad del dador. Porque mayores son las dádivas de los ricos, y menores las de los medianos; mas no es diferente el fructo de las obras cuando es igual la voluntad. De manera que si no fuere igual la facultad, puede ser igual la piedad; porque la largueza de los fieles no se estima por el valor de la dádiva, sino por la cantidad de la benevolencia.

La segunda condicion que para esto se requiere paresce contraria á la pasada, pero no lo es, pues una virtud no puede ser contraria á otra; y esta es, que haya discrecion y moderacion en dar, porque la liberalidad no venga á mudarse en prodigalidad, si se da á quien no conviene, y mas de lo que conviene. Porque esto es, como dice Sant Hierónimo (*z*), perder la liberalidad con la liberalidad. Esta condicion tambien es del Apóstol, el cual dice (*a*) que no habemos de dar de tal manera que los otros queden abastados y nosotros necesitados; sino con cierta manera de igualdad y proporcion, con la cual el que recibe sea remediado, y el que da no quede pobre. Esta condicion se pone, porque no han faltado algunos que fuéron tan demasiadamente largos en dar sus cosas, que despues faltándoles lo necesario, tomaron las ajenas. Por donde generalmente vemos por experiencia que toda prodigalidad vino á parar en avaricia, y que nunca hombre fué prodigo de lo que era suyo, que no fuese despues robador de lo ajeno.

La tercera condicion es, dar con alegría y promptitud de voluntad, como se escribe que ofresció David y los príncipes del reino todo lo que ofrescieron para la fábrica del templo; por lo cual el sancto Rey dió grandes gracias á Dios (*b*), y le suplicó quisiese siempre conservar aquella promptitud de voluntad en ellos para las cosas de su servicio. Esta condicion tambien es del mesmo Apóstol (*c*), el cual nos manda que demos limosna, no con tristeza ni por fuerza; porque Dios, dice él, ama al dador alegre. Y él mesmo nos aconseja (*d*) que ejercitemos el oficio de la hospitalidad sin desabrimiento ni murmuracion. Y esta condicion hace tanto al caso para agradar á Dios, y para el mérito de la limosna, que mas se estima el valor della por la promptitud y alegría de la voluntad, que por la cantidad de la mesma dádiva, como ya dijimos.

La cuarta condicion que en algo tambien paresce contraria á esta, no lo siendo, es dar con compasion del corazon. Esta condicion guardó perfectísimamente nuestro Salvador en todas las obras de misericordia que hacia, pues en todas ellas communmente escriben los evangelistas (*e*) que movido de compasion y misericordia hacia lo que hacia. Y la mas alta obra de misericordia de cuantas hizo, que fué la redempcion del género humano, esto dice Zacarías en su cántico (*f*), que procedió de las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, por las cuales tuvo por bien visitarnos dende lo alto. Y esta mesma condicion guardaba en sus obras el sancto Job, el cual despues de haber contado muy por extenso todas las maneras de piedades que hacia, al cabo añadió diciendo (*g*): Lloraba yo en un tiempo con el que estaba afligido, y compadesciase mi ánima del pobre.

La quinta condicion es que la limosna se haga secreta. Lo cual se entiende de dos maneras: la primera, que no se haga principalmente por el mundo, sino por Dios. La segunda, que se haga secretamente, en especial á los pobres envergonzantes, y aun tambien á los otros pobres se haga muchas veces secretamente, por quitar la ocasion de vanagloria; aunque bien es que algunas veces se haga manifiestamente, y vea el mundo que hace lo que debe como cristiano, como los otros buenos cristianos lo suelen hacer. La cual condicion nos encomienda muchas veces el Maestro del cielo en su Evangelio tan encarecidamente, que no quiere que sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra (*h*); para que así sea nuestra limosna en escondido, y nuestro Padre que la ve en escondido, nos la galardone en público. Y de los que lo contrario hacen, dice que ya en este mundo recibieron su galardon. La causa de encarescer tanto el Salvador este secreto, es tener él muy bien tomados los pulsos de nuestro corazon, y saber cuán subjecto está al viento de la vanagloria, y entender tambien la sutileza increible deste vicio, que muchas veces sin ser sentido se apodera de nuestro corazon, y le hace grandísimo daño. Por la cual causa encarece tanto el Salvador este secreto. Porque, como dice Sant Bernardo (*i*), livianamente vuela, y livianamente penetra, mas no hiere livianamente el vicio de vanagloria. Verdad es que los prelados y personas obligadas por su oficio á usar de misericordia, así como están obligadas á evitar todo escándalo, así pueden y deben hacer la limosna mas en público, con tanto que la intencion se apure y rectifique delante de Dios.

La sexta condicion es, que el que ha de dar limosna, la dé luego sin dilacion; porque desta manera será tanto mayor su dádiva, cuanto fuere mas presta; pues dice el comun proverbio, que dos veces da el que presto da. Esta condicion es del Sabio, que dice (*k*): No digas á tu amigo: vete agora y vuelve despues, si luego le puedes dar. Porque argumento es que da de mala gana el que da tarde, y no se puede decir que da, si da despues de muy importunado; pues es comun sentencia que ninguna cosa hay mas cara que la que se compra con ruegos. Ejemplo tenemos desto en el patriarca Abraham (*l*), que así como fué muy presto en la obediencia del sacrificio de su proprio hijo (pues luego de noche se levantó para ir á sacrificarlo), así tambien lo fué en las obras de misericordia, pues cuando vió aquellos tres varones que pasaban por su casa, corrió luego al hato de las vacas á

(*t*) 2. Cor. 9. (*v*) Lib. 6. Commentar. in Lucam, ad cap. 7. propè finem. (*x*) Lib. 20. Mor. cap. 27. (*y*) Tom. 1. Epist. Ad Pammachium, circa finem. (*z*) Tem. 1. Epist. Ad Paulinum, infr. med. (*a*) 2. Cor 8. (*b*) 2. Par. 29. (*c*) 2. Cor. 9. (*d*) Rom. 12. 1. Petri 1.

(*e*) Marc. 8. Luc. 7. (*f*) Luc. 1. (*g*) Iob. 30 (*h*) Matth. 6. (*i*) Sup. Psalm. Qui habitat. Serm. 6. infrà initium. (*k*) Prov. 3. (*l*) Gen. 22.

traer un becerro para ellos (*m*), y así todos los de su casa á gran prisa aparejaron el convite para los huéspedes. Pues siendo esta condicion tan importante, ¿en qué lugar pondrémos á aquellos que dejan las limosnas para despues de sus dias? Así lo pretendia hacer la madre de Sancta Lucía, á quien la sancta vírgen cortesmente reprehendió, diciendo: No es mucho dar á Dios lo que no puedes llevar contigo, y por tanto en vida reparte lo que tienes, con Cristo. A estos mesmos reprehende Sant Basilio por estas palabras: Dícesme, quiero gozar de mis bienes en mi vida, y despues de la muerte haré en mi testamento herederos á los pobres. ¡Oh miserable de tí! ¿Y entonces quieres ser benigno y liberal para con los hombres, cuando estés hecho un saco de tierra? Mira que nadie negocia bien despues de acabadas las ferias, y que nadie te puede asegurar el género de muerte que has de morir, para que puedas ó no puedas testar.

La séptima condicion es, que aunque sea razon examinar las personas á quien das, porque no quites de los verdaderos pobres lo que das á los falsos; mas todavía no querria que fueses muy curioso examinador de las necesidades ajenas, como hacen algunos que por encubrir su avaricia adelgazan y sutilizan demasiadamente estas materias. Esta condicion es de Gregorio, teólogo, que dice así: No examines con mucho cuidado quién sea digno ó indigno de la limosna que haces; porque mejor es algunas veces dar á los indignos por amor de los dignos, que ponerte á peligro de defraudar á los dignos por amor de los indignos. Lo mesmo dice Sant Ambrosio en una epístola por estas palabras: La misericordia no suele juzgar de los merescimientos, sino socorre á las necesidades; no examina la justicia, sino socorre á la pobreza. Comun sentencia es que ahí está Dios, adonde está su voz: por donde si, como es razon, tú no miras mas que á Dios, en cualquiera que por él te pide le hallarás.

La octava condicion es, que la limosna no sea de lo ajeno, como lo hacen muchos; porque esta no se puede llamar limosna, sino sacrilegio. Porque de la tal está escripto (*n*): El que ofresce sacrificio de la hacienda del pobre, es como el que degüella al hijo en presencia de su padre. Y es Dios tan enemigo desta limosna, que uno de los títulos de que él se precia en la Escriptura, es este: Yo soy Dios que amo el juicio y aborrezco el hurto, aunque sea para sacrificármelo.

La nona condicion sea (para hacer este negocio con mas suavidad), que cuando se nos ofresciere ocasion para usar de misericordia, consideremos estas tres cosas: conviene saber, quién pide, y qué pide, y para quién pide. El que pide no es el pobre, sino Dios en el pobre, como dice Sant Hierónimo (*o*): Cada vez que extendieres las manos al pobre, piensa que se las extiendes á Cristo. Lo que pide no es tu hacienda, sino suya; porque si Cristo es heredero y señor de todas las cosas, tambien lo es de tu hacienda, de tu persona y de tu vida, pues ella con todo lo demas está en su mano. Mas si consideras para quién pide, digo que pide para tí mas que para sí; porque para sí pide bienes de la tierra, y á tí da bienes del cielo, como dijo el Señor á aquel mancebo (*p*): Si quieres ser perfecto, ve y vende todas las cosas que tienes, y dalas á los pobres, y ternás un tesoro guardado en el cielo. Estas son las principales condiciones que ha de guardar el varon misericordioso, para que su misericordia sea merecedora de todas las riquezas y bienes que aquí habemos dicho. Y la oracion acompañada con esta misericordia, esa es la que vuela con mayor lijereza al cielo, y la que merece alcanzar misericordia ante el acatamiento divino.

(*m*) Gen. 18.

(*n*) Eccl. 34. (*o*) Tom. 1. Epist. ad Paulin. propè finem.
(*p*) Matth. 19.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

MEMORIAL

DE

LA VIDA CRISTIANA,

EN EL CUAL SE ENSEÑA

TODO LO QUE UN CRISTIANO DEBE HACER DENDE EL PRINCIPIO DE SU CONVERSION, HASTA EL FIN DE LA PERFECCION.

REPARTIDO EN SIETE TRATADOS,

DE LOS CUALES SE CONTIENEN LOS CUATRO PRIMEROS
EN ESTE VOLÚMEN.

AL CRISTIANO LECTOR.

PROLOGO.

Así como fuéron diversos los gustos y los juicios de los autores que escribieron, cristiano lector, así fuéron diversas las materias y argumentos que trataron. Porque unos hubo que aficionados á la hermosura de la elocuencia, procuraron criar un orador perfecto, tomándole dende la cuna, y llevándolo por todos los pasos y escalones desta facultad, hasta ponerlo en la cumbre della. Otros procuraron formar desta mesma manera un principe acabado, otros un grande capitan, otros un cortesano; y así cada uno procuró esclarecer y levantar con su pluma aquello que en mas precio tenia. Pues cierto es que entre todas las cosas humanas ninguna hay de mas precio, ni mas divina, que un perfecto cristiano: el cual así como se ordena para un fin sobrenatural, así tambien la vida que vive es sobrenatural, por lo cual es llamado de los santos hombre celestial, ó ángel terreno. Pues si las otras facultades (que son tanto menores que esta, cuanto su fin es menor) tuvieron autores que con tanta diligencia enseñaron todo lo que para cumplimiento dellas se requeria dende el primer principio hasta el último fin, ¿cuánto mas debida cosa será no faltar esto mesmo en esta profesion celestiál, que cuanto es mas alta que las otras tanto es mas dificultosa de acertar, y tanto mas necesidad tiene de ser enseñada?

Pues esto es, cristiano lector, lo que muchos años ha tengo deseado: ver algun particular libro que tratase de formar un perfecto cristiano, y que fuese una summa de todo lo que pertenesce á la profesion desta vida celestial. Porque así como los buenos oficiales procuran tener los instrumentos que pertenescen á su oficio, y los que estudian alguna arte ó ciencia trabajan por tener algun libro en que esté recopilado todo lo que pertenezca á aquella ciencia para tener en un solo lugar mas recogida la memoria: así tambien parece que convenía hacer esto mesmo en esta, que es arte de las artes y ciencia de las ciencias. Y habiendo este recaudo, hallarian fácilmente los que de véras desean servir á Dios doctrina y luz para su vida; y los confesores y predicadores celosos del bien comun tendrian adonde sin mucha costa pudiesen remitir á sus oyentes, para saber lo que cumple á su profesion.

Y bien veo yo que para esto no faltan hoy dia libros de muy sana y católica doctrina; mas por la mayor parte todos ellos prosiguen un intento particular, y no quieren en poco espacio obligarse á tratar de todo. Y aunque los catecismos (que son summa de la doctrina cristiana) tratan de todo lo que á ella pertenesce; pero estos como tienen respecto á declarar la substancia de las cosas, y lo que toca á la inteligencia dellas, es la doctrina dellos mas especulativa que práctica: quiero decir, mas inclinada á alumbrar el entendimiento, que á mover la voluntad al ejercicio y uso de las virtudes.

Pues por esta causa me determiné con el favor de nuestro Señor, y con el ayuda de las escripturas de los sanctos, que en diversas partes trataron todos estos argumentos, á recopilar de todos ellos este libro, donde se tocasen todas estas materias; en el cual pretendo formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos los pasos y ejercicios desta vida, dende el principio de su conversion hasta el fin de la perfeccion. Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las ma-

nos así tosco y rudo como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza, y comienzo á labrar en él poco á poco hasta llevarlo á su debida perfeccion. Para lo cual en el primer tratado se le pone delante el paraíso, y el infierno, y los bienes grandes que acompañan la virtud, y las obligaciones que á ella tenemos: para inducirle á que se determine de dejar los vicios y volverse al servicio de su Criador y Señor. Y presupuesta ya esta determinacion, porque la entrada deste camino es la penitencia, enséñasele luego en el segundo tratado cómo la haya de hacer; donde se le ponen muchas consideraciones y oraciones que sirven para moverle á dolor y aborrescimiento de las culpas de la vida pasada, y así tambien se le da doctrina para saberse confesar dellas, y satisfacer á nuestro Señor con debida satisfaccion. Despues de la confesion síguese la communion; y así se sigue luego el tercer tratado, donde se enseña de la manera que se ha de aparejar para comulgar dignamente, y las cosas que para esto se requieren, con sus oraciones para ántes y despues de la communion. Recebidos estos sacramentos, síguese luego la emienda de la vida. Y para esto se añade el cuarto tratado, que desto habla. Y porque hay unos que se contentan con hacer solamente lo que es necesario para su salvacion, y otros que quieren pasar mas adelante, y caminan á la perfeccion (los cuales, no contentos con la carga de los mandamientos, ponen tambien los hombros á la sobrecarga de los consejos), por esto se ponen aquí dos reglas de bien vivir: una comun para los unos, y otra mas estrecha y mas espiritual para los otros. Y porque nadie puede comenzar ni perseverar en la buena vida sin el socorro de la divina gracia (el cual se alcanza por la oracion), por eso despues de los documentos y reglas de bien vivir se trata luego de la oracion. Y porque hay dos maneras de oracion, una vocal y otra mental, de la primera se trata en el quinto tratado, donde se ponen muchas oraciones vocales para diversos propósitos y usos de la vida cristiana, y se declaran las condiciones de la buena oracion; mas de la segunda se escribe en el sexto tratado, donde solamente se trata de la materia desta oracion, que es la consideracion de los principales misterios de la vida de Cristo, y de los beneficios divinos. Porque lo demas que á este argumento pertenesce tratamos ya en el libro de la Oracion y Meditacion. Despues de todo esto no falta mas que llegar á la perfeccion (la cual consiste en el amor de Dios), y desta se escribe en el séptimo y último tratado, donde se declaran las cosas que sirven para alcanzar esta soberana virtud, y las que la impiden; y las consideraciones y oraciones en que el hombre se ha de ejercitar para alcanzarla.

Este es pues, cristiano lector, el curso de toda la vida cristiana, repartido en estas siete jornadas, á las cuales se ordena y reduce todo lo que nos enseña esta filosofía celestial.

Y porque los cuatro primeros tratados pertenescen á la doctrina de lo que se debe hacer, y los otros tres siguientes sirven mas para ejercicios de oracion y de amor de Dios (que son cosas que han de andar siempre entre las manos), por esto paresció que se debia repartir todo este libro en dos volúmines: para que el que quisiese, pudiese traer este segundo volúmen en el seno sin mucho peso, por ser para todos los tiempos y lugares tan necesario.

Y porque todas estas materias se tratan aquí brevemente, por eso paresció que el libro tuviese nombre de Memorial: donde los hombres suelen escrebir todo lo que han de hacer, pero con brevedad. Aunque no es tanta la deste libro, que no se ponga todo lo que parescia necesario para el argumento dél. Verdad es que la materia es muy copiosa y rica, donde hay muchas cosas que decir, y muy dignas de ser dichas; mas esto quedará para otros ingenios. Y si el Señor alargase un poco los plazos de la vida (que tan apresuradamente corre por la posta), podíanse tratar algunas partes desta doctrina mas copiosamente, en especial la exhortacion á bien vivir, y las reglas de bien vivir, y el tratado del amor de Dios con el de la vida de Cristo.

Recibe pues, cristiano lector, este pequeño presente, el cual en poco espacio y á poca costa podrá en alguna manera suplir esta falta. Porque él te podrá servir de predicador que te exhorte á bien vivir, y de doctrina que te enseñe á bien vivir, y de confesional que te declare cómo te has de confesar, y de aparejo para cuando hayas de comulgar, y de devocionario en que puedas rezar, y de materia copiosa para meditar: en las cuales cosas se comprende la summa de toda la filosofía cristiana. Y si alguna cosa meresce esta doctrina, es por ser tan universal, que trata de todo lo que á todos los cristianos así principiantes, como mas aprovechados pertenesce. Y si cuanto ha sido la diligencia y trabajo de recopilar todas estas materias, y ponerlas en estilo fácil y suave (para despertar el apetito aun de los enfermos, con quien á veces hablamos) tanto fuere el fructo que de aquí se sacare, todo él se tendrá por muy bien empleado, pues ningun trabajo corporal puede ser tan grande que iguale con el menor provecho espiritual.

COMIENZA

EL

PRIMER TRATADO DEL MEMORIAL,

EN EL CUAL SE CONTIENE UNA EXHORTACION Á BIEN VIVIR.

CAPITULO PRIMERO.

De las penas que nuestro Señor tiene amenazadas á los que viven mal.

Uno de los principales medios de que nuestro Señor ha usado muchas veces para enfrenar los corazones de los hombres, y traerlos á la obediencia de sus mandamientos, ha sido ponerles delante los castigos y penas horribles que están aparejadas para los rebeldes y quebrantadores de su ley. Porque dado caso que tambien mueve mucho á esto la esperanza de los bienes que en la otra vida se prometen á los buenos, pero communmente mas nos suelen mover las cosas tristes que las alegres; como vemos por experiencia que mas nos escuece la injuria, que nos deleita la honra, y mas nos aflige la enfermedad, que nos alegra la salud; por donde por el mal de la enfermedad conoscemos el bien de la salud, como por cosa tanto mas conoscida, cuanto mas sentida. Pues por esta causa en los tiempos pasados usó nuestro Señor mas deste remedio que de otros, como paresce claro por las escripturas de los Profetas, que están por todas partes llenas de temores y amenazas; con las cuales pretendia el Señor espantar y enfrenar los corazones de los hombres, y subjectarlos á su ley. Y conforme á esto mandó al profeta Hieremías (*a*) que tomase un libro blanco, y escribiese en él todas las amenazas y calamidades que él le habia revelado dende el primer dia que habia comenzado á hablar con él, hasta aquél presente, y que leyese todo esto en presencia del pueblo; para ver si por ventura con esto se moverian á penitencia, y mudarian la vida; para que él tambien mudase la determinacion que tenia de ejecutar en ellos su ira. Y dice la Escriptura que como el Profeta pusiese por obra lo que Dios le habia mandado, y leyese todas aquellas amenazas en presencia del pueblo y de los principales dél, que cayó tan grande espanto sobre ellos, que quedaron como atónitos y pasmados, mirándose á las caras unos á otros, por el gran temor que de aquellas palabras habian concebido.

Este pues era uno de los principales medios de que Dios usaba con los hombres en tiempo de la ley de Escriptura, y no ménos en la ley de gracia; en la cual dice el Apóstol (*b*) que así como se revela la justicia con que Dios hace justos á los hombres, así tambien se revela la indignacion y ira con que castiga los malos. Y de aquí es que con esta declaracion y embajada fué enviado el glorioso precursor de Cristo á predicar al mundo, diciendo que ya estaba el cuchillo puesto á la raiz del árbol, y que todo árbol que no diese buen fructo, habia de ser cortado y echado en el fuego (*c*). Y asimesmo que ya era venido otro mas poderoso que él al mundo, el cual traia en la mano una pala para aventar y limpiar con ella su era, y que el trigo encerraria en su granero; mas que las pajas quemaria en un fuego que nunca se hubiese de apagar. Esta fué la predicacion y embajada que el sancto Precursor trajo al mundo. Y fué tan grande el trueno destas palabras, y el espanto que causaron en los corazones de los hombres, que acudieron á él de todos los estados y suertes de gentes, hasta los publicanos y soldados (que suele ser gente mas desalmada), y todos preguntaban al sancto varon, cada uno por su parte, ¿qué habian de hacer para salvarse y escapar de aquellas tan terribles amenazas que predicaba? Tan grande era el temor que dellas habian concebido. Pues esto es agora, hermano mio, lo que tambien aqui de parte Dios te denunciamos, aunque no con tanto espíritu y sanctidad de vida; pero (lo que hace mas al caso) con la misma verdad y certidumbre; pues no es otra la fe, ni el Evangelio que Sant Juan entónces predicaba, que el que nosotros agora predicamos.

(*a*) Hier. 36. (*b*) Rom. 1.

(*c*) Luc. 3.

§. I.

De cuán terribles son las penas del infierno, por ser males universales, no haber esperanza de alivio, y ser eternos.

Pues si quieres saber en pocas palabras qué tan grande sea la pena que Dios tiene en sus Escripturas amenazada á los malos, lo que mas propria y brevemente se puede para esto decir es, que así como el galardon de los buenos es un bien universal en quien se hallan todos los bienes, así el castigo de los malos es un mal universal en quien se hallan en su manera todos los males. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los males desta vida son males particulares, y por esto no atormentan generalmente todos nuestros sentidos, sino uno solo ó algunos. Y poniendo agora ejemplo en las enfermedades corporales, vemos que hay un mal de ojos, otro de oidos, otro de corazon, otro de estómago, otro de la cabeza, y así otros desta cualidad. Ninguno destos males es universal de todos los miembros, sino particular de algunos dellos. Y con todo esto vemos la pena que da un solo mal destos, y la mala noche que pasa un doliente con cualquiera dellos, aunque no sea mas que un dolor de una muela. Pues pongamos agora caso que algun hombre estuviese padesciendo un mal tan universal, que no le dejase miembro, ni sentido, ni coyuntura sin su proprio tormento, sino que en un mismo tiempo estuviese padesciendo agudisimos dolores en la

cabeza, y en los ojos, y en los oídos, y en los dientes, y en el estómago, y en el hígado, y en el corazon, y (por abreviar) en todos los otros miembros y conyunturas de su cuerpo; y que así estuviese tendido en una cama cociéndose en estos dolores, y teniendo para cada uno de los miembros su proprio verdugo: el que desta manera estuviese penando, ¿qué tan gran trabajo te paresce que pasaria? ó qué cosa podria ser mas miserable y mas para haber piedad? A un perro de la calle que vieses desta manera penar, te pondria lástima y compasion. Pues esto es, hermano mio (si alguna comparacion se puede hacer), lo que no por una noche, sino eternalmente se padesce en aquel malaventurado lugar. Porque así como los malos con todos sus miembros y sentidos ofendieron á Dios, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados, cada uno con su proprio tormento. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la vision horrible de los demonios, los oídos con la confusion de las voces y gemidos que allí sonarán, las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar, el gusto con rabiosísima hambre y sed, el tacto y todos los miembros del cuerpo con frio y fuego incomportable, la imaginacion padescerá con la aprehension de los dolores presentes, la memoria con la recordacion de los placeres pasados, el entendimiento con la consideracion de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Esta muchedumbre de penas nos significa la Escriptura divina, cuando dice que en el infierno habrá hambre, sed y llanto, y crugir de dientes, y cuchillo dos veces agudo, y espíritus criados para venganza, y serpientes, y gusanos, y escorpiones, y martillos, y agensios, y agua de hiel, y espíritu de tempestad, y otras cosas semejantes (*d*), por las cuales se nos figura la muchedumbre y terribleza espantosa de los tormentos de aquel lugar. Allí tambien habrá aquellas tinieblas interiores y exteriores, para cuerpos y ánimas, muy mas escuras que las de Egipto, que se podian palpar con las manos (*e*). Allí habrá fuego, y no como el de acá, que atormenta poco y acaba presto; sino como conviene para aquel lugar, que atormente mucho, y nunca acabe de atormentar. Pues si esto es verdad, ¿qué mayor monstruosidad, que los que esto creen y confiesan, vivan con tan extraño descuido? ¿A qué trabajos no se pondria un hombre por excusar un solo dia, y una hora que fuese, del menor destos tormentos? Pues ¿cómo por evitar una eternidad de males, y tan grandes males, no se ponen á un tan pequeño trabajo como es de la virtud? Cosa es esta para sacar de juicio á quien profundamente la considerase.

Y si entre tanta muchedumbre de penas hobiese alguna esperanza de término ó de alivio, aun sería esto alguna manera de consuelo; mas no es así, sino que de todo en todo están allí cerradas las puertas á todo género de alivio y de esperanza. En todas cuantas maneras de trabajos hay en esta vida, siempre queda algun resquicio por donde pueda recebir el que padesce algun linaje de consuelo. Unas veces la razon, otras el tiempo, otras los amigos, otras la compañía del mal de muchos, otras á lo ménos la esperanza del fin, consuelan al que padesce. Mas en solo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos, y tomados todos los puertos de consolacion, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio, ni del cielo, ni de la tierra, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte, sino parece que de todas partes les tiran saetas, y que todas las criaturas han conjurado contra ellos, y ellos mismos son crueles contra sí. Este es aquel aprieto de que se quejan los malaventurados por el Profeta, diciendo (*f*): Cercado me han dolores de muerte, y dolores del infierno me han cercado; porque á cualquiera parte que vuelvan y revuelvan los ojos, siempre ven causas de dolores, y ninguna de consolacion. Entraron, dice el Evangelista (*g*), las vírgines que estaban apercebidas al palacio del Esposo, y luego se cerró la puerta. ¡Oh cerradura perpetua! Oh clausura inmortal! Oh puerta de todos los bienes, que nunca te abrirás jamas! Como si mas claramente dijera: Cerrada está la puerta del perdon, de la misericordia, del consuelo, de la intercesion, de la esperanza, de la gracia, del merescimiento y de todos los bienes. Seis dias no mas se coge el manná (*h*), y al séptimo dia (que es el sábado) no se halla; y por eso ayunará para siempre quien con tiempo no se proveyó. Por temor del frio, dice el Sabio (*i*), no quiso arar el perezoso, y por esto andará á mendigar en el verano, y no le darán. Y en otro lugar (*k*): El que allega en el verano, es hijo discreto; y el que entónces se echa á dormir, hijo de confusion. ¿Qué mayor confusion que la que padesce aquel miserable rico avariento (*l*), el cual con las migajuelas de pan que se le caian de la mesa pudiera comprar la hartura del cielo, y que por no haber querido dar esta poquedad, viniese á tal extremo de pobreza, que pidiese y pida para siempre una sola gota de agua, y no se la dén? ¿A quién no mueve aquella peticion del malaventurado, que dice: Padre Abraham, ten compasion de mí, y envía á Lázaro para que moje la punta del dedo en agua, y me toque en la lengua, porque me atormenta esta llama? ¿Qué mas escasa peticion se pudiera proponer que esta? No se atrevió á pedir un solo jarro de agua, ni aun siquiera que mojase toda la mano en agua; y lo que mas es de maravillar, ni aun todo el dedo, sino sola la punta del dedo para tocarle la lengua, y aun esto solo no se le concedió. Por donde verás cuán cerrada está la puerta de todo consuelo, y cuán universal es aquel entredicho y descommunion que está puesta á los malos, pues aun esto no se alcanza. De suerte que á do quiera que volvieren los ojos, á do quiera que extendieren las manos, ningun consuelo hallarán, por pequeño que sea. Y así como el que se está ahogando en la mar, sumido ya debajo las aguas, sin hallar sobre qué hacer pié, tiende muchas veces las manos á todas partes en vano, porque todo lo que aprieta es agua líquida y deleznable que le burla y engaña, así acaescerá allí á los malaventurados cuando estén ahogándose en aquel piélago de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

Esta es pues una de las mayores penas que en aquel malaventurado lugar se padescen. Porque si estas penas hobieran de durar por algun tiempo limitado (aunque fueran mil años, ó cient mil millones de años), aun esto fuera algun linaje de consuelo; porque ninguna cosa es cumplidamente grande, si tiene fin; mas no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de su miseria con la duracion de la

(*d*) Luc. 16. Matth. 22. Eccle. 7. Isai. ult. Apoc. 18. (*e*) Exod. 10.

(*f*) Psalm. 114. (*g*) Matth. 25. (*h*) Exod. 16. (*i*) Prov. 20. (*k*) Prov. 10. (*l*) Luc. 16.

divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán; y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mortífera! Oh muerte inmortal! No sé cómo te llame: si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? Y si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro; porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien: en la vida hay descanso, y en la muerte término, que es grande alivio de los trabajos; tú ni tienes descanso, ni término. Pues ¿qué eres? Eres lo malo de la vida, y lo malo de la muerte; porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida la duracion sin el descanso. Despojó Dios á la vida y á la muerte de lo bueno que tenian, y puso en tí lo que restaba, para castigo de los malos. ¡Oh amarga composicion! Oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra (*m*)!

Pues en esta duracion, y en esta eternidad querria yo, hermano mio, que hincases un poco los ojos de la consideracion, y que como animal limpio (*n*) rumiases agora este paso dentro de tí. Y para que mejor esto hagas, ponte á considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algun grande dolor, ó alguna enfermedad aguda. ¡Mira qué vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le paresce aquella noche, qué hace de contar las horas del reloj, y cuán grande le paresce cada una! Y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal. Pues si este se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna, que no tiene mañana, ni espera alba del dia? ¡Oh escuridad profunda! oh noche perpetua! oh noche maldita por boca de Dios, y de sus sanctos (*o*), que deseas la luz, y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta! Pues mira agora ¿qué linaje de tormento será vivir para siempre en tal noche como esta, acostado, no en una cama blanda, como lo está un doliente, sino en un horno de llamas tan terribles? Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores? ¡Oh cosa para temblar! Si solo poner la punta del dedo sobre una ascua por espacio de un Ave María parece cosa intolerable, ¿qué será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en medio de aquellos fuegos tan vivos, que los desta vida en comparacion dellos son como pintados? ¿Hay juicio en la tierra? Tienen seso los hombres? Entienden lo que quieren decir estas palabras? Creen que esto es fábula de poetas? Piensan que esto les toca á ellos, ó que se dice por otros? Nada desto ha lugar que se diga, pues de todo esto nos desengaña la fe.

§. II.

De cuán terribles sean las penas del infierno, por estar siempre en un mismo sér.

Deste mal se sigue otro no menor, que es estar siempre las penas en un mismo son, y en un mismo punto, sin que haya en ellas ningun alivio ni declinacion. Todas cuantas cosas hay debajo del cielo ruedan con el mismo cielo, y nunca están en un mismo sér, sino siempre suben ó descienden. La mar y los rios tienen sus crescientes y menguantes. Los tiempos, y las edades, y las fortunas de los hombres y de los reinos, siempre están en continuo movimiento. No hay calentura tan recia que no tenga su declinacion, ni dolor tan agudo que despues que ha crescido mucho, no esté muy cerca de descrecer. Finalmente, todas las tribulaciones y males poco á poco los disminuye el tiempo, y (como dice el proverbio) no hay cosa que mas presto se enjugue que las lágrimas. Sola aquella pena está siempre verde, sola aquella calentura no tiene declinacion, solo aquel resistidero de calor no sabe qué cosa es tarde ni mañana. Cuarenta dias y cuarenta noches llovió Dios á un peso en el tiempo del Diluvio sobre la tierra, sin escampar (*p*), y esto bastó para anegar el mundo; mas aquí eternalmente lloverá lanzas y rayos de furor sobre aquella malaventurada tierra, sin escampar un solo punto.

En tanta manera es esto verdad, que aun, segun la sentencia de Sancto Tomás (*q*), la pena que allí se dará por los pecados veniales tambien será eterna, como la que se diere por los mortales. Porque aunque al pecado venial no se deba pena infinita; mas porque en aquel estado no se sufre suelta ni descargo de ninguna deuda (porque ya pasó el tiempo de pagar y satisfacer), por eso se estará aquella pena en un mismo sér, y para siempre durará. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor tormento y hastío que padescer siempre de una manera sin ningun linaje de mudanza? Por muy precioso que fuese un manjar, si se comiese toda la vida, daria en rostro. Porque no pudo ser manjar mas precioso que aquel manná que envió Dios á los hijos de Israel en el desierto (*r*), y con todo esto, por comer siempre dél, vino á causarles hastio y vómito. El camino que es todo llano, dicen que cansa mas que el que no lo es; porque siempre la variedad aun en las penas es linaje de consuelo. Pues díme: si aun las cosas sabrosas, cuando son siempre de una manera, son causa de hastio y de pena, ¿qué linaje de hastío será aquel que de tan horribles penas se causará siendo siempre de una manera? ¿Qué sentirán los malaventurados cuando allí se vean tan aborrescidos y desechados de Dios, que ni aun con la suelta de un pecado venial quiera dar alivio á sus tormentos? Será tan grandísima la furia y rabia que contra él concebirán, que perpetuamente nunca cesarán de maldecir y blasfemar su sancto nombre.

§. III.

De cuán terribles sean las penas del infierno, por el gusano de la consciencia que perpetuamente les atormenta.

A todas estas penas se añade la de aquel perpetuo gastador, que es el gusano de la consciencia, de quien tantas veces hace mencion la Escriptura, diciendo (*s*): El gusano dellos no morirá, y el fuego dellos nunca se apagará. Este gusano es un despecho rabioso, y un arrepentimiento infructuoso que los malos allí siempre tienen, acordándose del aparejo y tiempo que aquí tuvieron para escapar de aquellos tan grandes tormentos, y cómo no quisieron aprovecharse dél. Pues cuando el miserable pecador se vea así por todas partes arrinconado y desahuciado, y se acuerde de cuántos dias y años dejó pasar en vano, y de cuántas veces fué avisado deste peligro, y cómo de nada hizo caso, ¿qué sentirá? qué olas y qué desmayos serán los de su corazon? ¿No has leido en el Evangelio (*t*): Allí será llanto y crugir de dientes? Pues estas y otras tales serán las causas deste tan extraño dolor.

Y para que mejor entiendas esto, en que tanto va, quiérote poner un ejemplo semejante. Traigamos á la

(*m*) Psalm. 74. (*n*) Lev. 11. (*o*) Iob. 5.

(*p*) Gen. 7. (*q*) 1. 2. q. 87. art. 5. ad 2. et 3. (*r*) Exod. 16. Num. 21. (*s*) Eccl. 7. Isai. 66. (*t*) Matth. 8. et 22.

memoria la historia de Josef (*v*), y aquella grande hambre de los siete años de Egipto, ante de la cual dice la Escriptura que fué tan grande la abundancia de trigo que hubo en los otros primeros siete años que precedieron á estos, que igualaba con las arenas de la mar, y sobrepujaba toda medida. Pero acabados estos siete años, succedieron los otros siete de tanta esterilidad, que el primero dellos vino todo Egipto ante el rey Faraon dando voces y diciendo: Danos de comer (*x*). Y como el Rey los enviase á Josef, pidióles Josef todo cuanto dinero tenian, y dióles aquel año trigo por él. Gastado ya esto, vuelven el año siguiente á Josef diciendo: Danos de comer. ¿Por qué consentirás que muramos de hambre en tu presencia, pues ya no tenemos dineros que dar? A los cuales respondió: Traedme todos vuestros ganados, y daros he por ellos trigo, pues os ha faltado ya el dinero. Y como ellos le ofreciesen todos sus ganados, acabada ya aquella provision, vuelven otro año diciendo: Bien sabes, señor, que ya ni tenemos dineros ni ganado que dar, y que no nos queda otra cosa mas que los cuerpos y las tierras. Pues ¿cómo sufrirás que perezcamos aquí de hambre delante de tí? Nuestras personas y nuestras tierras (que solas han quedado de tantos bienes) tuyas son Cómpranos por esclavos del Rey, y danos siquiera para poder sembrar, porque no venga la tierra á quedar yerma y solitaria, pereciendo los que habian de poblar y labrar. Desta manera compró Josef toda la tierra de Egipto; porque todos vendieron sus posesiones por la grandeza de la hambre que padescian. Esta es la historia. Tomemos de aquí agora lo que hace á nuestro caso. Ruégote me digas ¿qué sentirian estos hombres miserables cuando se acordasen de aquellos primeros años de la fertilidad pasada, y viesen á cuán poca costa se pudieran proveer para adelante, y aun allegar tesoros para toda la vida? Con cuánta razon se congojarian y reprehenderian, diciendo: Malaventurados de nosotros, que con tanta facilidad nos pudiéramos remediar y proveer para toda la vida y no quisimos. Y si no fuéramos avisados desto, por ventura tuviera alguna defensa nuestro descuido; pero siendo dello avisados tanto ántes, y conosciendo que diria verdad en lo venidero quien así habia acertado en lo presente, y viendo sobre todo esto la priesa que se daban los mayordomos del Rey á recoger y encerrar todo cuanto pan podian (lo cual nos debiera bastar para entender cuán de véras iba aquel negocio), y que con todo esto fuésemos tan descuidados y desproveidos, ¿qué desculpa podemos tener? ¡Oh cuánto nos valiera para este tiempo lo que entónces desperdiciamos! ¡Y qué riquezas pudiéramos agora juntar con lo que allí derramamos! ¿Dónde estaba nuestro juicio, dónde nuestro seso; pues no supimos aprovecharnos de tal oportunidad? Estas y otras aun mas graves acusaciones dirian contra sí aquellos miserables, y todo aquel tiempo me paresce que estarian como desesperados y despechados, pensando en tan extraño descuido.

Pues dime agora, hermano, ¿qué es todo esto en comparacion de lo que aquí tratamos, sino una sombra comparada con la verdad? Aquella fué hambre de siete años, mas la del infierno será eterna. Aquella tuvo remedio, aunque dificultoso y caro; esta para siempre nunca lo tendrá: aquella pudo redimirse con dineros y hacienda; esta nunca jamas será redimida, ni permutada por otra cosa. Irremisible es aquel castigo, irremisible aquel sambenito, irrevocable aquella sentencia. Finalmente aquellos, pasados los siete años, volvieron á levantar cabeza, y salir de laceria; mas allí el que una vez entrare á padescer, nunca jamas volverá á saber qué cosa es descanso. Pues si aquellos con todo esto estarian todo aquel tiempo tan afligidos y congojados, ¿cuánto mas lo estará el que allí se viere tan sin remedio? ¡Oh si supieses considerar cómo estará allí cada uno despedazándose, y carcomiéndose entre sí mismo, y diciendo: ¡Oh miserable de mí, y qué tiempo, y qué oportunidades dejé pasar en vano! Tiempo hubo que con un jarro de agua fria pudiera ganar una corona de gloria; y donde aun con las mismas obras necesarias para sustentar la vida, pudiera merescer la vida eterna. Pues ¿cómo no eché los ojos adelante? Cómo me cegué con lo presente? Cómo dejé pasar en vano aquellos años de tanta fertilidad y aparejo para enriquecer? Y si yo viviera entre gentiles, y no creyera que habia mas que nascer y morir, alguna manera de excusa tuviera con decir: no supe lo que me estaba guardado. Mas viviendo entre cristianos, y siendo yo uno dellos, y teniendo por fe que habia de llegar esta hora, y avisándome cada dia las voces de la Iglesia deste dia, y viendo muchos que por este aviso se apercebian con tiempo, y se daban priesa á hacer provision de buenas obras (cuya vida era aun mayor prueba de lo que se predicaba), y que á todas estas voces y ejemplos me hiciese sordo, y ni aun de balde quisiese recebir el cielo. ¿Qué merece quien tal hizo? ¡Oh furias infernales, despedazad y comed mis entrañas, que yo lo tengo merecido. Merezco rabiar de hambre para siempre, pues con tiempo no me proveí. Merezco no coger, pues no sembré; y no tener, pues no guardé; y que no me dén agora lo que pido, pues cuando me rogaban con ello, lo deseché. Merezco gemir y llorar en vano miéntras Dios fuere Dios; y merezco que este gusano me esté siempre carcomiendo las entrañas, y representándome lo poco que gocé, y lo mucho que perdí, y lo mucho mas que pudiera ganar, con lo poco que no quise perder. Este es pues el gusano inmortal que allí ha de estar siempre carcomiendo las entrañas de los malos, que es una de las mas terribles penas que allí habrá.

§. IV.

De cuán terribles serán las penas del infierno que cada uno padescerá segun sus culpas.

Espantado estarás por ventura, cristiano lector, de leer tantas maneras de penas como aquí están escriptas, y parescerte ha que ya no hay mas que añadir á lo dicho. Mas al brazo de Dios no faltan fuerzas para castigar mas y mas á sus enemigos. Porque todas estas penas que hasta aquí habemos contado, son penas que generalmente competen á todos los condenados; mas allende destas generales hay otras particulares que allí padesce cada uno, segun la calidad de su delicto. Y conforme á esto los soberbios serán allí abatidos, y humillados, y llenos de confusion; los avarientos padescerán miserable necesidad; los glotones rabiarán con perpetua hambre y sed; los lujuriosos arderán en las llamas que ellos mismos encendieron. Y los que toda la vida anduvieron á caza de placeres y deleites, vivirán en continuo llanto y dolor. Y porque los ejemplos son muy poderosos para mover los corazones, no dejaré de traer á este propósito uno solo, por el cual se entienda algo desto. Escríbese

(*v*) Gen. 41. (*x*) Gen. 47.

de un sancto varon que vió en espíritu la pena de un hombre carnal y mundano en esta manera: Vió cómo los demonios en acabando él de espirar, arrebataron su ánima, y con grande alegría la llevaron á presentar al príncipe de las tinieblas; el cual estaba asentado en una gran silla de fuego esperando este presente. Y como se lo pusieron delante, levantóse de la silla, y dijo al miserable huésped, que le queria hacer gracia de aquella silla tan honrada, porque habia sido hombre de honra, y amigo della. Luego como él se asentase, y con grandes voces y clamores se quejase de aquella honra tan pesada, vinieron dos demonios muy feos, y presentáronle una taza de un brebaje amarguísimo y hediondo, y hicierónsele beber por fuerza diciendo: Razon será que pues fuiste amigo de vinos preciosos y de regalos, que pruebes tambien el vino que todos bebemos en esta tierra. Luego otros dos llegaron con dos trompetas de fuego, y puestos á sus orejas, comenzaron á soplarle llamas de fuego en ellas, diciendo: Este refrigerio te teníamos aquí guardado; porque sabíamos que eras amigo de canciones y música allá en el mundo. Luego vinieron otros cargados de víboras y serpientes, las cuales tendieron sobre los pechos y entrañas del miserable, diciendo que pues habia sido amigo de los abrazos y regalos de las mujeres, que tomase agora aquel refrigerio en lugar de los deleites que habia gozado en el mundo. Desta manera pues, como dice el Profeta (*y*), se da allí medida contra medida, cuando el malo sea castigado: para que en esta tan grande variedad y proporcion de pena resplandezca el órden y sabiduría de la divina justicia. Esto mostró Dios en espíritu á este sancto varon para nuestro castigo y aviso; no porque en el infierno haya estas cosas materialmente, sino para que por ellas entendiésemos en alguna manera algo de la variedad y muchedumbre de las penas que allí hay. De lo cual (no sé cómo) algunos gentiles tuvieron alguna noticia; pues hablando un poeta desta muchedumbre de penas, atinó á decir que aunque tuviera cien bocas, y otras tantas lenguas, y una voz de hierro, no fuera poderoso para contar solos los nombres dellas. Poeta era el que dijo esto; mas en ello no habló como poeta, sino como profeta y evangelista.

Pues si todo esto ha de pasar así, ¿cuál es el hombre que viéndolo dende agora tan cierto con ojos de fe, no vuelve la hoja, y comienza á proveerse para este tiempo? ¿Dónde está aquí el juicio? dónde la razon? dónde siquiera el amor proprio, que siempre busca su provecho, y se teme de su daño? ¿Háse por ventura el hombre hecho bestia, pues no ve mas de lo presente? Ha perdido los ojos para mirar adelante? Sordos, dice Isaías (*z*), oid; y ciegos, abrid los ojos para ver. ¿Quién es el ciego, sino mi siervo? Y ¿quién es el sordo, sino aquel á quien envié mis mensajeros? Y ¿quién es ciego sino el que se dejó vender por esclavo? Tú, que ves muchas cosas, ¿no verás esta? Tú, que tienes las orejas abiertas, ¿no entenderás este negocio? Si esto no crees, ¿cómo eres cristiano? Y si lo crees, y no lo provees, ¿cómo eres hombre de razon? Dice Aristóteles que esta diferencia hay entre la opinion y la imaginacion: que la imaginacion sola no basta para causar temor, mas la opinion sí. Porque imaginar yo que una casa se quiere caer sobre mí, no basta para causarme temor, si no tuviese crédito ó opinion que ello es así; porque ya esto bastante causa era para hacerme temer. Y de aquí nasce el temor con que andan siempre los homicianos, por la sospecha que tienen de las asechanzas de sus enemigos. Pues si la opinion y sospecha sola del peligro basta para hacer temer aun á los muy esforzados, ¿cómo la certidumbre y fe de tan grandes males (que es sobre toda opinion y ciencia) no te hace temer? Si tú ves que ha tantos años que vives mal, y que á lo ménos (segun la presente justicia) estás condenado á esta pena, y adelante no tengo mas crédito que te emendarás, que lo has hecho hasta aquí á cabo de tantos años, ¿cómo andando en este peligro, no te toma algun sobresalto viendo el estado en que vives, y las penas que te aguardan, y el tiempo que pierdes, y el arrepentimiento inmortal que desto has de tener? No hay seso que baste á sentir tan espantable ceguedad.

(*y*) Isai. 27. (*z*) Isai. 42.

CAPITULO II.

De la gloria de los bienaventurados.

Para que ninguna cosa faltase á nuestro corazon que le moviese á la virtud, despues de la pena de los malos con que Dios nos amenaza, proponemos tambien delante el galardon de los buenos (que es aquella gloria y vida inmortal de que gozan los bienaventurados), con que muy poderosamente nos convida al amor della. Pero qué tal sea este galardon y esta vida, no hay lengua de ángeles ni de hombres que basten para explicarlo. Mas para tener algun olor y noticia della, quiero referir aquí á la letra lo que Sant Augustin dice en una de sus meditaciones, hablando desta vida (*a*): ¡Oh vida, dice él, aparejada por Dios para sus amigos, vida bienaventurada, vida segura, vida sosegada, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida sancta, vida no sabidora de muerte, vida sin tristeza, sin trabajo, sin dolor, sin congoja, sin corrupcion, sin sobresalto, sin variedad ni mudanza! Vida llena de toda hermosura y dignidad; donde ni hay enemigo que ofenda, ni deleite que inficione; donde el amor es perfecto, y el temor ninguno; donde el dia es eterno, y el espíritu de todos uno; donde Dios se ve cara á cara, y solo este manjar se come en ella sin hastío. Deléitame considerar tu claridad, y agradan tus bienes á mi deseoso corazon. Cuanto mas te considero, mas me hiere tu amor. Grandemente me deleita el deseo grande de tí, y no ménos me es dulce tu memoria. ¡Oh vida felicísima! Oh reino verdaderamente bienaventurado, que caresces de muerte, que no tienes fin, á quien ningunos tiempos succeden; donde el dia sin noche continuado no sabe qué cosa es mudanza; donde el caballero vencedor ayuntado á aquellos perpetuos coros de ángeles, y coronada la cabeza con guirnalda de gloria, canta á Dios un cantar de los cantares de Sion (*b*). Dichosa y muy dichosa sería mi ánima, si acabado el curso de mi peregrinacion, meresciese yo ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, los muros y puertas de tu ciudad, tus plazas, tus aposentos, tus generosos ciudadanos, y tu Rey omnipotente en su hermosa majestad. Las piedras de tus muros son preciosas, las puertas están sembradas de perlas resplandescientes, tus plazas son de oro muy subido, en las cuales nunca faltan perpetuas alabanzas. Las casas son de sillería, los sillares son zafires, los maderamientos son racimos de oro: donde ninguno entra sino limpio, y ninguno mora que sea sucio. Hermosa y suave eres en tus deleites, madre

(*a*) Cap. 21. 21. 25. (*b*) Psalm. 136.

nuestra Hierusalem. Ninguna cosa en tí se padesce de las que aquí se padescen. Muy diferentes son tus cosas de las que en esta vida miserable siempre vemos. En tí nunca se ven tinieblas, ni noche, ni mudanza de tiempos. La luz que te alumbra, ni es de lámparas, ni de luna, ni de lucidas estrellas; sino Dios que procede de Dios, y luy que mana de luz, es el que te da claridad. El mismo Rey de los reyes reside siempre en medio de tí, cercado de sus ministros. Allí los ángeles á coros le dan música muy suave. Allí se celebra una perpetua solemnidad y fiesta con cada uno de los que entran desta peregrinacion. Allí está la órden de los profetas. Allí el señalado coro de los apóstoles. Allí el ejército nunca vencido de los mártires. Allí el reverendísimo convento de los confesores. Allí los verdaderos y perfectos religiosos. Allí las sanctas mujeres que juntamente vencieron los mundanos deleites con la flaqueza femenil. Allí los mancebos y doncellas, mas ancianos en virtudes que en edad. Allí las ovejas y corderos que escaparon de los lobos, y de los lazos engañosos desta vida, tienen perpetua fiesta cada cual en su ventana: todos semejantes en el gozo, aunque en el grado diferentes. Allí reina la caridad en toda su perfeccion; porque Dios les es todo en todas las cosas; á quien contemplan sin fin, en cuyo amor siempre arden, á quien siempre aman, y amando alaban, y alabando aman, y todo su ejercicio es alabanzas sin cansancio y sin trabajo. Oh dichoso yo, y verdaderamente dichoso, cuando, suelto de las prisiones deste corpezuelo, mereciere oir aquellos cantares de la música celestial, entonados en alabanza del Rey eterno por todos los ciudadanos de aquella noble ciudad. Dichoso yo, y muy dichoso, cuando me hallare entre los capellanes de aquella capilla, y me cupiere la vez de entonar yo tambien mi *Alleluya*, y asistir á mi Rey, á mi Dios, á mi Señor, y verle en su gloria, así como él me lo prometió cuando dijo (*c*): Padre, esta es mi última y determinada voluntad, que todos los que tú me diste, se hallen conmigo, y vean la claridad que tuve contigo ántes que el mundo fuese criado. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Pues dime agora: ¿qué dia será aquel que amanecerá por tu casa (si hobieres vivido en temor de Dios), cuando acabado el curso desta peregrinacion, pases de la muerte á la inmortalidad, y en el paso que los otros comienzan á temer, comiences tú á levantar cabeza, porque se allega el dia de tu redempcion? Sal un poco, dice Sant Hierónimo á la vírgen Eustoquio (*d*), de la cárcel dese cuerpo, y puesta á la puerta dese tabernáculo, pon delante tus ojos el galardon que esperas de los trabajos presentes. Dime: qué dia será aquel cuando la sagrada Vírgen María acompañada de coros de vírgines te venga á recebir; y cuando el mismo Señor y Esposo tuyo con todos los sanctos te salga al camino, diciendo (*e*): Levántate y date priesa, querida mia, hermosa mia, paloma mia; que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las aguas ha cesado, y las flores han aparescido en nuestra tierra.

¿Pues qué tan grande será el gozo que tu ánima recebirá cuando en esta hora sea presentada ante el trono de aquella beatísima Trinidad por mano de los sanctos ángeles, y especialmente de aquel á quien fuiste como á fiel depositario encomendada, cuando este con los demas prediquen tus buenas obras, y las cruces y trabajos que padeciste por Dios? Escribe Sant Lúcas (*f*) que cuando murió aquella sancta limosnera Tabita, todas las viudas y pobres cercaron al apóstol Sant Pedro, mostrándole las vestiduras que les hacia; por las cuales cosas movido el Apóstol, rogó á Dios por aquella tan piadosa mujer, y por sus oraciones la resuscitó. Pues ¿qué gozo sentirá tu ánima cuando aquellos bienaventurados espíritus te tomen en medio, y puestos ante el divino consistorio prediquen tus buenas obras, y cuenten por su órden tus limosnas, tus oraciones, tus ayunos, la innocencia de tu vida, el sufrimiento en las injurias, la paciencia en los trabajos, la templanza en los regalos, con todas las otras virtudes y buenas obras que heciste? ¡Oh cuánta alegría recebirás en aquella hora por todo el bien que hobieres hecho! Y cómo conoscerás allí el valor y excelencia de la virtud! Allí el varon obediente hablará victorias (*g*); allí la virtud recebirá su premio, y el bueno será honrado segun su merescimiento.

Demas desto, ¿qué gozo será aquel que recibirás cuando viéndote en aquel puerto de tanta seguridad vuelvas los ojos al curso de la navegacion pasada, y veas las tormentas en que te viste, y los estrechos por do pasaste, y los peligros de ladrones y cosarios de que escapaste? Allí es donde se canta aquel cantar del Profeta que dice (*h*): Si no fuera porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi ánima fuera á parar en los infiernos. Especialmente cuando dende allí veas tantos pecados como cada hora se hacen en el mundo, tantas ánimas como cada dia descienden al infierno, y cómo entre tanta muchedumbre de perdidos quiso Dios que tú fueses del número de los ganados, y de aquellos á quien hobiese de caber tan dichosa suerte.

¿Qué será sobre todo eso ver las fiestas y triunfos que cada dia se celebran con los nuevos hermanos, que vencido ya el mundo, y acabado el curso de su peregrinacion, entran á ser coronados con ellos (*i*)? ¡Oh qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas, y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros de aquella noble Hierusalem! ¿Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido? Allí entran, con los varones triunfantes, tambien las mujeres vencedoras, que juntamente con el siglo vencieron la flaqueza de su condicion. Allí entrarán las vírgines innocentes martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guirnaldas de azucenas y rosas en sus cabezas. Allí tambien muchos mozos y niños que sobrepujaron la ternura de sus años con discrecion y virtudes, entran cada dia á recebir el premio de su pureza virginal. Allí hallan á sus amigos, conoscen á sus maestros, reconoscen á sus padres, abrázanse, y danse dulce paz, y reciben la norabuena de tal entrada y tal gloria. ¡Oh cuán dulcemente sabe entónces el fructo de la virtud, aunque un tiempo parescian amargas sus raices! Dulce es la sombra despues del resistidero del mediodía, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador; pero muy mas dulce es á los sanctos la paz despues de la guerra, la seguridad despues del peligro, y el descanso perdurable despues de la fatiga de los trabajos pasados.

Ya son acabadas las guerras, ya no hay mas por que andar armados á la diestra y á la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel á la tierra de promision; mas

(*c*) Ioan. 17. (*d*) Lib. de Custodia virginit. (*e*) Cantic. 2. (*f*) Act. 9. (*g*) Prov. 21. (*h*) Psalm. 93. (*i*) Psal. 109. et 147.

despues de conquistada la tierra arrimaron sus lanzas, y dejaron las armas, y olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno á la sombra de su parra y de su higuera gozaban del ocio y de los fructos de la dulce paz (*k*). Ya pueden allí dormir los ojos cansados de las continuas vigilias; ya puede descender de su estancia el Profeta velador que fijaba sus piés sobre el lugar de la guarnicion (*l*). Ya puede reposar el bienaventurado padre Sant Hierónimo, que juntaba las noches con los dias, hiriendo sus pechos en la oracion, peleando animosamente contra las fuerzas importunas de la antigua serpiente. No suenan allí ya mas las armas temerosas del enemigo sangriento, no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada, no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco; ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente (*m*), sino el silbo del Espíritu Sancto, donde se vea la gloria de Dios. Esta es la region de paz y seguridad puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso. ¡Oh cuán gloriosas cosas nos han dicho de tí, ciudad de Dios(*n*)! Bienaventurados, dice el sancto Tobias (*o*), los que te aman y gozan de tu paz. Anima mia, bendice al Señor, porque libró á Hierusalem su ciudad de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo si llegaren las reliquias de mi generacion á ver la claridad de Hierusalem. Las puertas de Hierusalem, de zafires y esmeraldas serán labradas, y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas, y por todos los barrios della se cantará *Alleluya*. ¡Oh alegre patria! oh dulce gloria! oh compañía bienaventurada! ¿Quién serán aquellos tan dichosos que están escogidos para tí? Atrevimiento paresce desearte; mas no quiero yo vivir sin tu deseo. Hijos de Adam, linaje de hombres miserablemente ciego y engañado, ovejas descarriadas y perdidas, si esta es vuestra majada, ¿tras qué andais? qué haceis? cómo dejais perder un tan grande bien por tan pequeño trabajo? Si para esto son menester trabajos, dende aquí os llamo á todos los trabajos del mundo que vengais á dar sobre mí (*p*). Llueven sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, aflíjanme tribulaciones, persígame uno, inquiéteme otro, conjuren contra mí todas las criaturas; sea yo hecho oprobrio de los hombres, y desecho del mundo; desfallezca en dolores mi vida, y mis años con gemidos, con tanto que despues desto venga yo á descansar en el dia de la tribulacion, y merezca subir á aquel pueblo guarnecido y hermoseado con tanta gloria.

Anda pues agora, loco amador del mundo, busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y heredades; manda, si quieres, á reinos y mundos, que nunca por eso serás tan grande como el menor de los siervos de Dios, que recebirá lo que el mundo no puede dar, y gozará de lo que para siempre ha de durar. Tú con tus pompas y riquezas serás con el rico gloton sepultado en el infierno (*q*); mas este con el pobre Lázaro será por los ángeles llevado al seno de Abraham.

CAPITULO III.

De los bienes que de presente promete nuestro Señor á los buenos.

Y si por ventura dijeres que todas estas cosas susodichas son bienes y males que para adelante se prometen, y que deseas ver algo de presente (pues tanto suele mover el corazon la vista de los objectos presentes), tambien te darémos aquí las manos llenas deso que deseas. Porque dado caso que nuestro Señor tenga el mejor vino y los mejores bocados guardados para el fin del convite, mas no por eso deja á los suyos ayunos y boquisecos en este camino; porque sabe él bien que desta manera no podrian durar en él. Por donde cuando dijo él á Abraham (*a*): No temas, Abraham, porque yo soy tu defensor, y tu galardon será muy grande: dos cosas le prometió en estas palabras: una de presente, que era su tutela y amparo para todas las cosas desta vida; y otra de futuro, que es el galardon de la gloria que se guardaba para la otra. Mas qué tan grande sea la primera promesa, y cuántas maneras de bienes y favores encierre en sí, no lo podrá entender sino quien hobiere diligentemente leido las Escripturas Sagradas; las cuales ninguna cosa mas á menudo repiten y encarescen, que la grandeza de los favores, regalos y beneficios que nuestro Señor promete á los suyos en esta vida.

Oye lo que dice Salomon en sus Proverbios sobre este caso (*b*): Bienaventurado el varon que halló la sabiduría. Porque mas vale la posesion della que todos los tesoros de plata y oro, por muy subido y precioso que sea. Mas vale que todas las riquezas del mundo; y todo cuanto el corazon humano puede desear, no se puede comparar con ella. La longura de dias está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas. Arbol de vida es para todos aquellos que la han alcanzado; y el que perseverantemente la poseyere, será bienaventurado. Guarda pues, hijo mio, la ley de Dios y sus consejos; porque esto será vida para tu ánima, y dulzura para tu garganta. Entónces andarás seguro en tus caminos, y tus piés no hallarán en qué tropezar. Si tú dormieres, no tendrás por qué temer; y si reposares, serte ha tu sueño reposado. Esta es pues, hermano, la suavidad y descanso del camino de los buenos; mas del que los malos llevan, mira cuán diferentes nuevas nos da la Escriptura. El camino de los malos, dice el Eclesiástico (*c*), está lleno de barrancos; y al cabo de la jornada les están aparejados infierno, tinieblas y pena. ¿Paréscete pues que es buen trueque dejar el camino de Dios por el del mundo, habiendo tanta diferencia del uno al otro, no solo en el fin del camino, sino tambien en todos los pasos dél? Pués ¿qué mayor desatino que querer mas con un tormento ganar otro tormento, que con un descanso otro descanso?

Y para que aun mas claro veas la grandeza deste descanso, y la muchedumbre de bienes que de presente acompañan este bien, ruégote que oyas atentamente lo que el mismo Dios y Señor nuestro promete por Isaias á los guardadores de su ley, casi por estas palabras, segun que las declaran diversos intérpretes (*d*): Cuando hicieres, dice él, tales y tales cosas que yo mando, luego te amanecerá el alba del dia claro (que es el sol de justicia) que deshaga todas las tinieblas de tus errores y tristezas; y luego comenzarás á tener entera y verdadera salud; y la justicia de tus buenas obras irá como una candela delante de tí, y la gloria del Señor por todas partes te cercará. Entónces invocarás el nombre del Señor, y oirte ha; clamarás, y dirá: Vesme aquí presente para todo lo que te cumpliere. Entónces en medio

(*k*) Mich. 4. (*l*) Abac. 2. (*m*) 3. Reg. 19. (*n*) Psal. 84.
(*o*) Tob. 13. (*p*) Ex Aug. in Manu. cap. 13. (*q*) Luc. 16.

(*a*) Gen. 15. (*b*) Prov. 3. (*c*) Eccl. 21. (*d*) Isai. 58.

de las tinieblas de las tribulaciones y angustias desta vida, te resplandescerá la luz del favor divino que te consuele; y tus tinieblas serán como el mediodía (porque las mismas calamidades y aun las caidas de los pecados pasados ordenará el Señor que te vengan á ser ocasion de mayor felicidad), y darte ha él siempre verdadera paz y descanso en el ánima; y en el tiempo de la hambre y esterilidad te dará hartura y abundancia, y tus huesos serán librados de la muerte y de los fuegos eternos. Y serás como un jardin de regadío, y como una fuente de agua que nunca deje de correr; y edificarse ha en tí lo que de muchos años estaba desierto; para que permanezca con sólidos fundamentos de generacion en generacion. Y si trabajares por sanctificar mis fiestas, no gastándolas en malos pasos, ni en hacer tu voluntad contra la mia, guardando muy delicadamente y con toda solicitud lo que yo mando en este dia, entónces te deleitarás en el Señor (cuyos deleites sobrepujan á todos los deleites del mundo), y levantarte he sobre todas las alturas de la tierra (que es á un estado de vida felicísima, donde no puede llegar toda la facultad de la fortuna, ni de la naturaleza humana); y finalmente darte he despues la hartura y abundancia de aquella preciosa heredad que prometí yo á Jacob tu padre, que es la bienaventuranza de la gloria; porque la boca del Señor ha hablado. Casi todas estas son palabras de Dios por Esaías.

Estos pues son los bienes que promete Dios á los suyos; de los cuales aunque algunos sean de futuro, los mas dellos son de presente, como es aquella nueva luz y resplandores del cielo, aquella hartura y abundancia de todos los verdaderos bienes, aquel arrimo y confianza en Dios, aquella asistencia divina á todas las oraciones y peticiones dellos, aquella paz y tranquilidad de la consciencia, aquella tutela y providencia divina, aquel jardin de regadío (que es el verdor y hermosura de la gracia), aquella fuente donde nunca faltan aguas (que es la provision de todas las cosas), aquellos deleites divinos que sobrepujan á todos los humanos, y aquel levantamiento de espíritu á cuya pureza no puede llegar toda la facultad de la naturaleza criada. Todos estos son favores que Dios promete á los suyos: todas son obras de misericordia, efectos de su gracia, testimonio de su amor, y regalos de la providencia paternal que tiene dellos. Sobre cada uno de los cuales habia tanto que decir, que no sufre la brevedad deste volúmen que cada cosa destas se trate en particular. Pues de todos estos bienes gozan los buenos en esta vida y en la otra, y de todos ellos carecen los malos en la una y en la otra. Para que por aquí veas la distancia que hay de unos á otros; pues tan ricos están los unos, y tan pobres y necesitados los otros. Porque si miras atentamente todas estas palabras susodichas, y miras tambien la condicion y estado de los buenos y de los malos, hallarás que los unos están en gracia de Dios, y los otros en desgracia; los unos son amigos, los otros enemigos; los unos están en luz, los otros en tinieblas; los unos gozan de consolaciones de ángeles, los otros de deleites de puercos; los unos son verdaderamente libres y señores de sí mismos, los otros esclavos de Satanas y de sus apetitos; á los unos alegra el testimonio de la buena consciencia, á los otros (si no están del todo ciegos) remuerde siempre el gusano de la suya; los unos en la tribulacion permanecen en su mismo lugar, los otros como paja liviana son arrebatados del viento; los unos están amarrados y seguros con el áncora de la esperanza, los otros desamarrados y expuestos á los ímpetus de la fortuna; las oraciones de los unos son aceptas y agradables á Dios, las de los otros no lo son; la muerte de los unos es quieta, pacífica y preciosa en el acatamiento divino, la de los otros inquieta, congojosa y llena de mil temores; finalmente los unos viven como hijos debajo de la tutela y amparo de Dios, y duermen dulcemente debajo la sombra de su providencia pastoral; los otros excluidos desta manera de providencia, andan como ovejas descarriadas sin pastor y sin dueño, expuestas á todos los peligros y encuentros del mundo.

Pues si todos estos bienes acompañan á la virtud, dime: ¿qué es lo que te detiene para que no abraces un tan grande bien? Qué puedes alegar en descargo de tu negligencia? Decir que esto no es verdad, no ha lugar; pues lo ves todo fundado en palabras de Dios, y testimonios de su Escriptura. Decir que estos sean pequeños bienes, no ha lugar; pues exceden (como ya dijimos) todo lo que el corazon humano puede desear. Decir que eres enemigo de tí mismo, y que no cobdicias estos bienes, tampoco esto osarás decir; pues el hombre naturalmente es amigo de sí mismo, y la voluntad humana tiene por objeto el bien, que es el blanco y paradero de su deseo. Decir que no entiendes ni gustas estos bienes, no basta para descargarte de culpa, pues tienes la fe dellos, aunque no tengas el gusto; porque el gusto piérdese por el pecado, mas no la fe, y la fe es testigo mas cierto, mas seguro y mas abonado que todas las otras experiencias y testigos del mundo. Pues ¿por qué no desmentirás con este testigo á todos los otros? Por qué no creerás mas á la fe que á tu propio parecer y juicio? ¡Oh si quisieses acabar de determinarte, y arrojarte en los brazos de Dios, y fiarte dél, cómo barruntarias luego en tí el cumplimiento destas profecías! Verias la grandeza destos divinos tesoros: verias cuán ciegos andan todos los amadores del siglo, pues no buscan este bien; y verias finalmente con cuánta razon nos convidó el Salvador á esta manera de vida, diciendo (*e*): Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas; porque este mi yugo es muy suave, y mi carga liviana. No es Dios engañador, ni falso prometedor, ni grande encarescedor de las cosas que promete. Pues ¿por qué huyes? por qué desechas la paz y la suavidad? por qué desprecias el halago y la dulce voz de tu pastor? ¿Cómo osas despedir de tí la virtud, teniendo tal sobrescripto como este, firmado de la mano de Dios? Menores cosas oyó la reina Sabá de Salomon (*f*), y vino de los últimos fines de la tierra á probar lo que habia oido. ¿Pues por qué oyendo tú tales y tan ciertas nuevas de la virtud, no te aventuras á un poco de trabajo, siquiera por averiguar la verdad deste negocio? Fíate, hermano, de Dios y de su palabra, y arrójate confiadamente en sus brazos, y suelta de las manos esa nonada que te detiene; y verás cómo queda vencida la fama de la virtud con sus merecimientos, y cómo es nada todo lo que se dice, en comparacion de lo que en ella hay.

(*e*) Matt. 11. (*f*) 3. Reg. 10.

CAPITULO IV.

Que no debe el hombre dilatar para adelante su conversion; pues tiene tantas deudas que descargar, por razon de las culpas de la vida pasada.

Pues si por una parte son tantas y tan grandes las cosas que nos obligan á mudar la vida, y por otra no tenemos excusa alguna suficiente para no hacer esta mudanza, ruégote que me digas ¿para cuándo aguardas á hacerla? Vuelve agora, hermano, un poco los ojos á la vida pasada, y mira (en cualquier edad que agora estés) que ya es tiempo, y pasa de tiempo para comenzar á descargar algo de las deudas pasadas. Mira que siendo cristiano reengendrado con el agua del sancto baptismo, teniendo á Dios por padre, y á la Iglesia por madre, y habiéndote criado con la leche del Evangelio (que es con la doctrina de los apóstoles y evangelistas), y lo que mas es, con el mismo pan de los ángeles (que es el sacramento del Altar) con todo esto has vivido con tanta licencia, como si fueras un puro gentil que ningun conocimiento tuviera de Dios. Si no, dime: ¿qué linaje de pecado hay que no hayas cometido? qué árbol vedado hay en que no hayas puesto los ojos? qué prado verde hay donde á lo ménos con el deseo no hayas hecho fiesta á tu lujuria? qué se ha ofrescido á esos ojos, que no lo hayas deseado? qué apetito dejaste de cumplir, acordándote que tenias Dios, y que eras cristiano? ¿Qué mas hicieras, si no tuvieras fe? si no esperaras otra vida? si no temieras juicio? ¿Qué ha sido toda tu vida, sino una tela de pecados, un muladar de vicios, un camino de abrojos, y una desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tu apetito, y con tu carne, y con tu honra, y con el mundo? Esos han sido tus dioses: esos los ídolos á quien has servido, y cuyas leyes has guardado. Cuenta con Dios, con su ley y con su obediencia, por ventura no la has tenido mas que si fuera un dios de palo. Porque es cierto que muchos cristianos hay que con la misma facilidad que pecarian si creyesen que no hay Dios, con esa misma pecan creyendo que lo hay; y ninguna cosa ménos hacen creyendo lo uno, que harian creyendo lo otro. ¿Pues qué mayor injuria, qué mayor desprecio puede ser de tan alta Majestad? Finalmente creyendo todo lo que la religion cristiana cree, de tal manera has vivido, como si creyeras ser la mayor fábula ó mentira del mundo.

Y si no te espanta la muchedumbre de los pecados pasados, y la facilidad con que los heciste, ¿cómo no te espanta siquiera la Majestad y grandeza de aquel contra quien pecaste? Alza los ojos, y mira la inmensidad y grandeza de aquel Señor, á quien adoran los poderes del cielo, ante cuyo acatamiento está prostrada la redondez del mundo, en cuya presencia todo lo criado no es mas que una paja que se lleva el viento; y mira cuán grande mal sea que un vilísimo gusanillo como tú se haya tantas veces atrevido á ofender y provocar á ira los ojos de tan grande Majestad.

Mira la grandeza espantosa de su justicia, y los castigos tan horribles que hasta hoy tiene hechos en el mundo contra el pecado, no solo en particulares personas, sino tambien en ciudades, gentes, reinos y provincias, y en todo el universo mundo; y no solo en la tierra, sino en el cielo; y no solo en extraños y pecadores, sino en su mismo Hijo innocentísimo; porque se puso á pagar por ellos. Pues si esto se hace en el madero verde (*a*), y por pecados ajenos, en el seco y cargado do pecados proprios ¿qué se hará? Pues ¿qué cosa puede ser mas desatinada, que ponerse á burlar un tan vil hombrecillo con un Señor que tiene la mano tan pesada, que si la carga sobre tí, de un golpe te arrojará en el profundo de los infiernos sin remedio?

Mira otrosí la paciencia deste Señor, el cual ha tanto tiempo que te aguarda, cuanto ha que le ofendes; y que si despues de tantas riquezas de longanimidad y paciencia con que te ha esperado, todavía perseveras en usar mal de su misericordia para provocar su ira, desarmará su arco, y sacudirá con su aljaba, y lloverá sobre tí saetas de muerte (*b*).

Mira la profundidad de sus juicios tan altos, de los cuales leemos y vemos cada dia tan grandes maravillas. Vemos un Salomon, despues de aquella sabiduría tan grande, y de aquellas tres mil parábolas y misterios profundísimos del libro de los Cantares, desamparado de Dios, y derribado ante las estatuas de los ídolos (*c*). Vemos uno de aquellos siete primeros diáconos de la Iglesia, que estaban llenos del Espíritu Sancto, hecho no solo hereje, sino heresiarca y padre de herejías (*d*). Vemos cada dia muchas estrellas caer del cielo en la tierra con miserables caidas, y venir á revolcarse en el cieno, y comer manjar de puercos los que asentados á la mesa de Dios se mantenian del pan de los ángeles (*e*). Pues si los justos por alguna secreta soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento que tuvieron, son así desamparados de Dios á cabo de tantos años de servicio, ¿qué esperas tú, que casi ninguna otra cosa has hecho en toda la vida, sino multiplicar ofensas contra Dios?

Pues veamos: quien desta manera ha vivido, ¿no sería razon que cesase de añadir pecados á pecados, y deudas á deudas, y que comenzase á aplacar á Dios, y descargar su ánima? No sería razon que bastase lo que hasta aquí se ha dado al mundo, y á la carne, y al demonio, y que se diese algo de lo que queda al que todo lo dió? No sería razon temer (á cabo de tanto tiempo y de tantas injurias) la justicia divina, que cuanto sufre los malos con mayor paciencia, tanto los castiga despues con mayor justicia? No sería justo temer estar tanto tiempo en pecado y en desgracia de Dios, y tener contra sí un tan poderoso contrario como él, y de padre piadoso hacerlo juez y enemigo? No sería razon temer la fuerza de la mala costumbre, no venga á convertirse en naturaleza, y hacer del vicio necesidad, ó poco ménos? ¿Como no temes de venir poco á poco á dar contigo en aquel despeñadero del sentido reprobado, al cual despues que viene el hombre, ya no hace caso de nada (*f*)?

Dijo el patriarca Jacob á su suegro Laban (*g*): Catorce años ha que te sirvo, y que miro por tu hacienda; tiempo es ya que yo tambien mire por la mia, y comience á entender en las cosas de mi casa. Pues si tú tantos años ha que te has empleado en servicio deste mundo y desta vida, ¿no será razon comenzar ya á ganar algo para tu ánima, y para la vida advenidera? No hay cosa mas breve ni mas frágil que la vida del hombre; pues ¿por qué proveyendo con tanto cuidado lo necesario para esta vida tan breve, no provees algo para aquella que durará para siempre?

(*a*) Luc. 23. (*b*) Rom. 2. (*c*) 3. Reg. 11. (*d*) Act. 6.
(*e*) Apoc. 11. (*f*) Rom. 1. (*g*) Gen 30.

CAPITULO V.

Conclusion de todo lo susodicho.

Pues si todo esto es así, ruégote agora, hermano, por la sangre de Cristo, que te acuerdes de tí mesmo, y mires que eres cristiano, y que tienes por summa verdad todo lo que predica la fe. Pues esa fe te dice que tienes sobre tí un juez ante cuyos ojos están presentes todos los pasos y momentos de tu vida; y que es cierto que ha de venir dia en que te pida cuenta hasta de una palabra ociosa (*a*). Esa fe te dice que no se acaba del todo el hombre cuando muere, sino que despues desta vida temporal queda otra vida perdurable; y que no mueren las ánimas con los cuerpos, sino que quedándose el cuerpo en la sepultura, el ánima entrará en otra nueva region y nuevo mundo, donde tal tendrá la suerte y la compañía, cuales tuvo aquí las costumbres y la vida. Esa fe te dice que así el galardon de la virtud como el castigo del vicio es una cosa tan grande, que aunque todo el mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas fuesen escriptores, ántes se cansarian los escriptores, y se agotaria todo el mundo, que se acabase de declarar lo que cada cosa destas comprehende. Esa misma fe te dice que son tan grandes las deudas y beneficios que debemos á Dios, que aunque el hombre tuviese mas vidas que arenas hay en la mar, era poco emplearlas todas en su servicio.

Pues si tantas y tan grandes cosas nos convidan á la virtud, ¿cómo son tan pocos los amadores y seguidores della? Si los hombres se mueven por interese, ¿qué mayor interese que vida perdurable? Si por temor de castigo, ¿qué mayor castigo que pena para siempre? Si por obligaciones de deudas y beneficios, ¿qué mayores deudas que las que se deben á Dios, así por ser él quien es, como por lo que dél tenemos recebido? Si nos mueve el temor de los peligros, ¿qué mayor peligro que el de la muerte, cuya hora es tan incierta, y cuya cuenta es tan estrecha? Si la paz, y la libertad, y el sosiego del espíritu, y la suavidad de la vida son cosas que todo el mundo desea, claro está que se hallará mejor todo esto en la vida que se rige por virtud y por razon, que en la que se rige por antojo y por pasion; pues el hombre es criatura racional, y no bestial. Y si todo esto es poco para tener en algo este negocio, ¿no bastará ver que por él bajó Dios del cielo á la tierra, y se hizo hombre, y habiendo criado en seis dias el mundo, gastó treinta y tres años en esta obra, y sobre ella perdió la vida? Dios muere porque el pecado muera, ¿y con todo esto queremos dar vida en nuestros corazones á quien Dios la quiso quitar con su muerte? ¿Qué mas diré? Sobran ya razones, sobran, si por razon se hobiese de llevar este negocio. Porque no digo yo mirando á Dios en una cruz, mas á do quiera que volviéremos los ojos, hallarémos que todas las cosas nos dan voces y nos llaman á este bien; pues no hay criatura en el mundo (si bien se mira) que no nos llame al amor y servicio del commun Señor. De manera que cuantas son las criaturas del mundo, tantos son los predicadores, tantos los libros, y tantas las voces, y tantas las razones que nos llaman á Dios.

Pues ¿cómo es posible que tantas voces como estas, y tantas promesas y amenazas no sean parte para llevarnos á él? ¿Qué mas habia de hacer Dios de lo que hizo, ni prometer de lo que prometió, ni amenazar de lo que amenazó, para traernos á sí y apartarnos del pecado? Y con todo esto, ¡que sea tan grande, no digo yo el atrevimiento, sino el encantamiento de los hombres que tienen esto por fe, que no recelen estar todos los dias de su vida en pecado, y acostarse en pecado, y levantarse en pecado, y derramarse por todo género de pecados; y eso tan sin temor, y tan sin escrúpulo, y tan sin perder por eso el sueño, ni la comida, como si todo lo que creen fuese sueño, y todo lo que dicen los Evangelios mentira! Di pues, traidor; di, tizon aparejado para arder en aquellas eternas y vengadoras llamas, ¿qué mas harias de lo que haces, si tuvieras por mentira todo lo que crees? Porque veo que aunque por temor de la justicia del mundo refrenas algo de tus apetitos, mas por temor de Dios no veo que dejas de hacer lo que quieres, ni tomar venganza de quien quieres, ni cumplir todo lo que deseas, si puedes. Dime, ciego y desatinado: entre tanta seguridad y confianza ¿qué hace el gusano de la consciencia? ¿Dónde está el seso, y el juicio, y la razon que tienes de hombre? ¿Cómo no temes tan grandes, tan ciertos, y tan verdaderos peligros? Si te pusiesen un manjar delante, y algun hombre (aunque fuese mentiroso) te dijese que tenia ponzoña, ¿osarias por ventura tocar en él, por sabroso que fuese el manjar, y mentiroso el denunciador? Pues si los profetas, si los apóstoles, si los evangelistas, si el mesmo Dios te da voces, y dice (*b*): La muerte está en esa olla, hombre miserable; la muerte está en esa golosina que el diablo te pone delante, ¿cómo osas tomar la muerte con tus manos, y beber tu perdicion? ¿Qué hace ahí el seso, y el juicio, y la razon que tienes de hombre? ¿Dónde está su luz, dónde sus aceros y sus filos, pues ninguna cosa corta de tus vicios? ¡Oh miserable frenético, embaucado por el enemigo, sentenciado á perpetuas tinieblas interiores y exteriores, para que de las unas vayas á las otras; ciego para ver tu miseria, insensible para entender tu daño, y duro mas que diamante para no sentir el martillo de las palabras divinas! ¡Oh mil veces miserable, digno de ser llorado, no con otras lágrimas que con aquellas que lloraban tu perdicion, diciendo (*c*): ¡Si conocieses en este dia la paz, y el descanso, y las riquezas que Dios te ofrece, las cuales están agora escondidas de tus ojos! ¡Oh miserable el dia de tu nascimiento, y mucho mas el de tu muerte, porque será principio de tu condenacion! ¿Cuánto mejor te fuera nunca haber nascido, si has de ser para siempre condedo? Cuánto mejor te fuera no haber sido baptizado, ni recebido la fe, si por usar mal della ha de ser mayor tu condenacion? Porque si la lumbre sola de la razon bastó para hacer inexcusables á los filósofos (*d*), porque no conociendo á Dios, no le glorificaron ni sirvieron (como dice el Apóstol), ¿cuánto ménos excusa tendrá quien recibió lumbre de fe, y agua de baptismo, y cada año abre su boca para recebir á Dios, y cada dia oye su doctrina, si ninguna cosa hace más que ellos?

Pues ¿qué podemos luego inferir de todo lo susodicho, sino concluir en breve que no hay otro seso, ni otra sabiduría, ni otro consejo en el mundo, sino que dejados aparte todos los embarazos y marañas desta vida sigamos aquel único y verdadero camino por do se alcanza la verdadera paz y la vida perdurable? A esto nos llama la razon, y la prudencia, y la ley, y el cielo, y la tierra, y el infierno, y la vida, y la muerte, y la justicia, y

(*a*) Matth. 12.

(*b*) 4. Reg. 4. (*c*) Luc. 19. (*d*) Rom. 1.

la misericordia de Dios. A esto señaladamente nos convida el Espíritu Sancto por la boca del Eclesiástico, diciendo (*e*): Hijo, dende los primeros años de tu mocedad oye la doctrina, y en tus postrimerías gozarás del dulce fructo de la sabiduría. Así como el que ara y siembra, te llega á ella; y espera con paciencia los fructos que te dará.

Poco será lo que trabajarás, y presto gozarás de grandes bienes. Oye, hijo mio, mis palabras, y no tengas en poco este consejo que te daré. Pon de buena gana tus piés en los grillos della, y tu cuello en sus cadenas. Abaja los hombros, y llévala sobre tí, y no te entristezcas con las ataduras della. Allégate á ella con todo corazon, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos. Búscala con toda diligencia, y descubrírsete ha; y despues que la hubieres hallado, no la desampares; porque por ella vendrás á hallar descanso en tus postrimerías, y lo que ántes te parescia trabajoso, despues se te hará deleitable. Y serte han sus grillos defension de fortaleza, y fundamentos de virtud, y sus cadenas vestidura de gloria; porque en ella hay hermosura de vida, y sus vínculos son atadura de salud. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico; por las cuales en alguna manera entenderás qué tan grande sea la hermosura, los deleites, la libertad y la riqueza de la verdadera sabiduría: que es la mesma virtud y conoscimiento de Dios, de que hablamos.

Y si aun todo esto no bastare para vencer tu corazon, alza los ojos á lo alto, y no mires á las aguas del mundo que desvanescen, sino mira á aquel Señor que está en la Cruz muriendo y satisfaciendo por tus pecados. Allí está en aquella figura que ves, clavados los piés para esperarte, y abiertos los brazos para recebirte, é inclinada la cabeza para darte (como á otro hijo pródigo) nuevos besos de paz. Dende ahí te está llamando (si le sabes oir) con tantas voces y clamores, cuantas llagas tiene en todo su cuerpo. A estas voces pues, hermano mio, inclina tus oídos, y mira bien que si no es oida la oracion del que no oyó los clamores del pobre, cuánto ménos lo será la del que á tales clamores como estos está sordo (*f*). Pues si determinado ya de oir esta voz, asentares de mudar la vida, y hacer penitencia verdadera, cómo esto se haya de hacer, el tratado siguiente lo declara.

TRATADO II.

DE LA PENITENCIA Y CONFESION.

PROLOGO.

Entre todos los males que agora hay en el mundo, ninguno hay que mas merezca ser llorado, que el modo que tienen algunos cristianos de confesarse cuando lo manda la Iglesia. Porque sacados aquellos que viven en temor de Dios, y tienen cuenta con sus ánimas, vemos cuán mal se aparejan muchos otros para este sacramento, y cuán sin arrepentimiento y sin exámen de su consciencia se llegan á él. De donde nasce que acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven á lo pasado; y que apénas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan á aquel mismo cieno en que ántes se revolcaban, y vuelven como perros á tragar lo que ya habian revesado (*a*). Este es un gran desprecio de Dios, y de su Iglesia, y de sus ministros y sacramentos; y paresce que es andar cada uno jugando con Dios, pidiéndole perdon de las injurias hechas y protestando la emienda dellas, y á vuelta de cabeza tornando á hacer otras mayores.

(*e*) Eccl. 6. (*f*) Prov. 21. (*a*) Prov. 26. 2 Pet. 2.

El castigo que merescen estos, es el que Dios les da (que es el mayor que se puede dar), que es dejarlos andar en este juego toda la vida hasta que llegue la muerte (*b*), donde les acaezca lo que suele acaescer á los que nunca hicieron penitencia verdadera hasta aquella hora, cuyo fin regularmente hablando, como dice el Apóstol (*c*), será conforme á sus obras, de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera, sino falsa; como el mismo Señor se queja por un profeta, diciendo (*d*): No se volvieron á mí con todo su corazon, sino con mentira. Y llama aquí mentira aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que paresce penitencia y no lo es, con la cual no engañan á Dios, mas engañan á sí mesmos; pues les paresce que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea sin fructo.

Pues si alguno desea convertirse á Dios de verdad, y hacer penitencia de verdad, aquí le declararémos en pocas palabras lo que para esto debe hacer, poniéndole delante los mas communes avisos que los doctores para esto dan, los cuales aunque entre los teólogos sean muy claros, á los simples (para cuya edificacion esta escriptura se ordena) son muy ocultos, y por esto conviene que sean advertidos dellos. Y porque este sacramento tiene tres partes principales, que son contricion, confesion y satisfaccion, en cada una destas declararémos summariamente lo que se debe hacer, para que la penitencia sea perfecta.

CAPITULO PRIMERO.

De la primera parte de la penitencia, que es la contricion, y de los medios por do se alcanza.

Pues el que de véras y de todo corazon desea volver á Dios, el que entendida la vanidad del mundo, y la obligacion que tiene al servicio de su Criador y Redemptor, se quiere tornar á él, y á manera del hijo pródigo (*a*) desea volver á la casa de su padre, sepa que la primera puerta por do ha de entrar, es la contricion. Porque este es uno de los mas preciosos sacrificios que podemos ofrescer á Dios, segun aquello del salmo que dice (*b*): Sacrificio es á Dios el espíritu quebrantado; el corazon contrito y humillado, Señor, no despreciarás.

Esta contricion tiene dos partes principales. La una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra propósito de emendar los venideros. La razon desto es, porque la contricion (propriamente hablando) es una detestacion y aborrescimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrescer, en cuanto es ofensivo de la divina Majestad. Por donde el que este aborrescimiento tiene, así aborresce los pecados pasados, como los venideros; porque así los unos como los otros son ofensivos desta Majestad. Mas los pasados (como ya no los puede excusar), pésale por haberlos cometido, y los venideros (que están en su mano), propone firmísimamente de evitarlos. Por donde se ve claro que, como dice Sant Augustin en el libro de la Medicina de la Penitencia (*c*), no basta al hombre para aplacar á Dios mudar la vida y apartarse de los pecados pasados, sino es menester tambien satisfacer por ellos por el dolor de la penitencia, y

(*b*) Isai. 1. Rom. 1. Psalm. 80. (*c*) 2. Cor. 11. (*d*) Ther. 3.
(*a*) Luc. 15. (*b*) Psalm. 50. (*c*) Et est homilia 50. in fine. Tom. 10.

con el gemido de la humildad, y con sacrificio del corazon contrito y humillado, y con obras de misericordia.

Pues conforme á esto la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente, es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacia aquel sancto penitente que decia (*d*): Revolveré, Señor, en mi memoria delante tí todos los años de mi vida con amargura de mi corazon. Y este dolor y amargura no ha de ser principalmente porque por sus pecados meresció el infierno, y perdió el cielo con todos los otros bienes que por esto se pierden (aunque esto sea bueno), sino porque por ellos perdió á Dios y le ofendió. Y así como Dios merece ser amado y preciado sobre todas las cosas, así es razon que sintamos haberle perdido y ofendido sobre todas las cosas. Porque la mayor parte de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas el mayor de los dolores. Verdad es que la piedad de nuestro Señor, y el deseo que tiene de nuestra salvacion es tan grande, que aunque el dolor no sea tan cualificado como este, juntándose con él la virtud del sacramento (que da gracia á quien no pone algun impedimento para recebirla), bastará para dar salud. Y esto es lo que communmente suelen los teólogos decir, que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito. Porque así como una candela recien muerta, y que aun está humeando, con un pequeño soplo se enciende, y se hace de muerta viva; así el ánima que con la virtud de la atricion está como humeando (aunque no encendida), sobreviniendo el soplo y la virtud del sacramento, viene á encenderse del todo y hacerse de muerta viva. Mas cuál sea la atricion que aqui llegue, no es dado saber á los hombres, sino solo á aquel Señor á quien ninguna cosa se esconde.

Tambien es aquí de notar para consuelo de los flacos, que este dolor que aquí pedimos, no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles que están en la parte sensitiva de nuestra ánima, y que revientan en lágrimas; porque sin esto puede ser este verdadero arrepentimiento y dolor, cuando nuestra voluntad aborresce el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrescer, lo cual muchas veces se hace sin lágrimas, y sin esta manera de dolor. Mas cómo y por qué medios se deba procurar esta manera de arrepentimiento y dolor, adelante se tratará en su proprio lugar.

La segunda parte (y tambien muy principal) que para esta contricion se requiere, es el firme propósito de nunca mas ofender á Dios en cosa de pecado mortal. Y esto tambien (como el dolor), no ha de ser principalmente por cielo, ni por infierno, ni por algun otro interese proprio, sino por amor de Dios; como vemos que la buena mujer tiene asentado en su corazon de morir ántes que quebrantar la fe que debe á su marido, no tanto por temor ó interese que dél espera, cuanto por el amor que le tiene; puesto caso que temer y desear las tales cosas no sea cosa reprobada, sino provechosa y loable, y aun don de Dios.

Y así como está obligado á tener propósito de evitar los pecados venideros, así tambien es necesario apartarse de los presentes en que está, si son mortales; porque de otra manera la confesion no sería confesion, sino sacrilegio y injuria del sacramento, y por consiguiente así el que se confesase, como el que le absolviese, serían sacrílegos y deshonradores del sacramento; y así la tal confesion no sería remision de los pecados viejos, sino acrescentamiento de otros nuevos. Y por tanto el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenacion de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él. Y por tanto el que tiene odio y enemistad formada contra su prójimo, debe salir desta mala voluntad, y reconciliarse con él, y restituirle la habla si se la tiene quitada; en caso donde de no hacerlo así se siguiese algun escándalo notable á juicio del prudente confesor, como es cuando el que contra vos erró, os pide perdon en el foro que llaman de la consciencia, y vos se lo negais, porque con esto le escandalizais, y provocais á odio contra vos.

Asimesmo el que tiene lo ajeno contra voluntad de su dueño, es obligado á luego restituirlo. Y digo luego, porque si luego puede pagar, luego es obligado á ello. Y no basta que tenga propósito de restituir adelante ó en el testamento, si luego lo puede hacer, aunque sea poniéndose en necesidad, mayormente cuando aquel á quien se debe está puesto en otra tal. Y porque acerca desta obligacion de luego pagar, hay mucho que decir, y tambien mucho engaño en los malos pagadores, quien quisiere tener segura su consciencia, aconséjese con quien le sepa desengañar. Y tenga aviso que no solo es obligado á restituir el que tomó ó hizo algun daño, sino tambien el que fué causa que se hiciese, ó acompañando, ó aconsejando, ó consintiendo, ó recibiendo en su casa al malhechor, como á malhechor, ó comprando de persona sospechosa, ó recibiéndola, ó encubriéndola en su casa; ó tambien no atajando el mal que se hacia, si era persona que lo debia y podia hacer; porque todos estos y cada cual dellos *in solidum* son obligados á restituir al agraviado, cuando realmente el daño por algunas destas vias se siguió; y restituyendo él, los otros quedan obligados á restituir á este que pagó por todos.

Y como hay restitucion de hacienda, así tambien hay restitucion de fama, si yo eché en la plaza algun delicto grave y secreto de mi prójimo; y así tambien hay de honra, si le hice alguna injuria de palabra ó de obra; y en lo primero es obligado á restituirle su fama, volviendo á dorar con buenas palabras lo que ántes desdoró (cuando desto espera provecho); y en lo segundo es necesario satisfacer á la persona ofendida, ó enviándole á pedir perdon, ó recompensando la injuria, ó con lo uno y otro juntamente, cuando el caso lo requiere segun el juicio del confesor. Así que, tenemos aquí tres maneras de restitucion: una de hacienda, otra de fama, y otra de honra, en cada una de las cuales conviene mirarse mucho la obligacion que el hombre tiene, para descargo de su consciencia.

Asimesmo los que tienen alguna communicacion deshonesta, ó propósito y aficion dañada, están obligados á despedir de sí esta pestilencia, si quieren gozar de la gracia deste sacramento. Y no basta apartar el corazon del pecado, si no se aparta la ocasion dél; porque de otra manera mal se puede evitar este pecado. En lo cual se engañan muchos, que justificado á su parescer el propósito y la intencion, creen que está ya todo seguro; y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tornará á brotar. Por lo cual dice Sant Bernardo (*e*): ¿Cada dia quieres conversar con una mujer, y ser tenido por continente? Ya que

(*d*) Isai. 38.

(*e*) Serm. 65. sup. Cant. circa medium.

lo fueses, no puedes excusar á lo ménos la mancilla de la mala sospecha. Si eso haces, dígote que me eres escándalo. Por eso quita la materia y la causa dél, porque escripto está: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo (*f*)! Pero mucho mas para temer es lo que el mismo Sancto dice en un sermon sobre los Cantares, desta manera (*g*): ¿Por ventura no es mayor maravilla morar con una mujer, y no perder la castidad, que resuscitar un muerto? Luego si no puedes lo que es ménos, ¿cómo quieres que te crea lo que es mas?

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados, especialmente cuando ya una vez se rompió el velo de la vergüenza, y se abrió camino para el mal. Porque abierta esta puerta, imposible es (moralmente hablando) dejar de pasar el mal adelante. Y si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasion, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal persona, á quien tienes grande obligacion, ó de que tienes grande necesidad, á eso no sé qué te responda, sino aquello del Salvador, que dice (*h*): Si tu pié ó mano te fuere ocasion de mal, corta el pié y la mano que esa ocasion te da; porque mas vale que cojo y manco vayas al cielo, que con dos piés y manos al infierno. Bien veo que es recia cura esta. Mas así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando á veces un miembro por guardar todo el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren mas blandos remedios que estos. Y desto no tiene culpa la ley de Dios (que es rectísima y suavísima), sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza, y abriste camino para el mal, y te pusiste á provocar y ensañar una fiera, estando dentro de su misma jaula, donde ni habia piés para huir, ni guarida para te acoger. Y por esto no es mucho que pagues agora tu merescido, y cojas el fructo de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar el enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta.

Esto es lo que toca á las dos principales partes de la contricion. Agora tratemos de los medios por donde esta virtud se alcanza; y especialmente la primera parte della, que es el dolor y arrepentimiento de lo pasado.

CAPITULO II.

De los principales medios por do se alcanza la contricion, y especialmente el dolor de los pecados.

Pues el que de véras y de todo corazon desea alcanzar esta piedra preciosísima de la contricion, sepa que el primer medio que para esto hay, es pedirla á Dios con toda la humildad y instancia posible. Porque arrepentirse el hombre de los pecados como debe, es una especialísima gracia y dádiva suya, y una obra que excede toda la virtud y facultad de la naturaleza humana. Porque esta naturaleza quedó por el pecado original fuera de la rectitud y órden natural en que Dios la crió. Porque él la crió derecha, y levantada á Dios por amor; mas el pecado la torció y inclinó á sí misma, que es al amor de los bienes visibles, los cuales ama y precia mas que á Dios. Por lo cual, así como un hombre que nasce torcido y corcovado del vientre de su madre, no hay medicina de virtud natural que baste para restituirlo en su natural rectitud; así tambien nasciendo nuestra voluntad con esta manera de corcova y torcimiento espiritual, nadie es poderoso para rectificarla y enderezarla á Dios (haciendo que le ame sobre todas las cosas), sino el mismo Señor que la crió. Pues así como no puede el hombre tener este amor sobre todas las cosas sin Dios, así tampoco puede dolerse del pecado sobre todas las cosas por él, sin especial ayuda del mesmo Dios, porque de lo uno se sigue lo otro. Y por esto dice el Señor en su Evangelio (*a*): Nadie puede venir á mí si mi Padre no le trajere. Porque venir á Cristo es amarle sobre todas las cosas, y dolerse del pecado sobre todas ellas; y este tal amor y dolor nadie lo puede tener de sí, como conviene tenerse, si el mismo Dios no se lo da.

Pues hacer él esto con un pecador es la mayor gracia y el mayor bien que se le puede hacer; porque aunque sea mayor bien dar gloria que gracia, pero mayor cosa es sacar un hombre de pecado y ponerlo en gracia, que despues de puesto en gracia darle la gloria; pues mayor distancia hay del pecado á la gracia, que de la gracia á la gloria. Y aun dice Sancto Tomás (*b*), tratando de las obras de Dios, que es mayor obra la justificacion de un pecador que la creacion del mundo; porque todo el sér del mundo no es mas que un bien limitado y finito (como lo son todas las cosas criadas); mas la justificacion del hombre es una participacion de la dignidad y gloria de Dios, que es bien infinito.

Pues si esta es obra de Dios, y tan grande obra y misericordia suya, síguese que á él se ha de pedir con toda la humildad y instancia posible, perseverando en esta demanda con aquella piadosa Cananea, y diciendo (*c*): Ten misericordia de mí, Señor hijo de David, porque mi hija (que es mi ánima), es malamente atormentada del enemigo. Y aunque el Señor al principio se nos muestre áspero y riguroso (como á ella se le mostró), no por eso aflojemos ni desmayemos en este requerimiento, porque por eso se mostró él tal á esta mujer, porque en ella aprendiésemos á no desconfiar cuando así le viésemos, sino ántes perseverásemos como ella perseveró; porque, como dice el Apóstol (*d*), fiel es Dios, y no se puede negar á nadie. Y para ayudar á hacer esto mas fácilmente, se ponen adelante algunas devotas oraciones y consideraciones, para que los que no saben por sí hablar con Dios y manifestarle sus necesidades, por aquí se las puedan mejor manifestar y pedirle esta misericordia.

El segundo medio que para esto hay, es recogerse el hombre dentro de sí mesmo en tiempo y lugar conveniente, y considerar todas aquellas cosas que le pueden inclinar á tener este arrepentimiento y dolor; porque cuanto mas considerare las causas que para esto tiene, tanto mas claro verá cuánta razon tiene para llorar y sentir su mal. Porque no sin causa ordenó la naturaleza que el mismo sentido que sirve para ver, sirviese para llorar; pues de lo uno se sigue lo otro, porque el que bien ve, bien llora; esto es, el que sabe mirar los males como deben ser mirados, ese los sabe llorar como merescen ser llorados. Abra pues el hombre los ojos, y póngalos primeramente en la muchedumbre de sus pecados, y despues en Dios, contra quien pecó; porque cada cosa destas le dirá cuánta razon tiene para dolerse dellos.

(*f*) Matth. 18. (*g*) Ibid. paulò superius. (*h*) Matth. 18.

(*a*) Ioan. 6. (*b*) 1. 2. q. 113. art. 9. in corpore. (*c*) Matth. 15. (*d*) 2. Tim. 2.

CAPITULO III.

De las consideraciones que pueden ayudar á tener dolor y aborrescimiento de los pecados; y primero de la muchedumbre dellos.

Pues para provocar tu ánima á este dolor debes primeramente poner ante los ojos todo el curso de tu vida pasada, que son todos los pecados que en ella cometiste, juntamente con el abuso de todos los beneficios y mercedes que recebiste de Dios. Y porque el pecado es un desvío del summo bien, y del fin para que el hombre fué criado, considere primero este fin, y verá mas claro cuán desviado anduvo dél. El fin para que Dios en este mundo crió al hombre, no fué cierto para plantar viñas, ni edificar casas, y amontonar riquezas, y vivir en deleites (como las obras de algunos dan á entender), sino para que conosciese á Dios, y le amase, y guardase sus mandamientos, y por este medio alcanzase el summo bien para que fué criado. Para esto le dió ley en que viviese, y gracia con que la guardase, y sacramentos que se la administrasen, y maestros que se la enseñasen, é inspiraciones que á esto le provocasen; y sobre todo esto se dió á sí mismo en precio y remedio de todos sus males. Para esto tambien le dió los bienes de naturaleza; que son la vida, la salud, las fuerzas, las potencias del ánima, los sentidos y miembros del cuerpo, para que todo esto emplease en servicio de quien se lo habia dado. Y para esto mesmo le proveyó tambien de los bienes que llaman de fortuna, para que con ellos conservase la vida, y ayudase la necesidad ajena, y dellos finalmente se ayudase tambien para merescer la gloria.

Estos y otros tales son los bienes y ayudas que Dios te dió para que por ellos le amases y conoscieses, y con ellos le sirvieses. Mira pues agora tú cómo has usado de todos estos beneficios, cómo has cumplido con todas estas leyes y obligaciones. Primeramente, si miras el fin para que Dios te crió, y consideras el que tú has llevado, verás claramente cuán descaminado has andado, y cuánto te has desviado dél. Porque él te crió para sí (esto es) para que en él empleases todo tu entendimiento, tu memoria, tu voluntad, y en él tuvieses todo tu amor, tu fe, tu esperanza; y tú, olvidado de todo esto, empleástete todo en la bajeza de las criaturas, menospreciando al Criador, aplicando y atribuyendo á ellas lo que se debia á solo él. A ellas amaste y adoraste, en ellas pusiste tu fe, tu esperanza, tu descanso y todo tu contentamiento; que fué dar á las criaturas lo que era proprio del Criador, y poner en las cosas de la tierra lo que hubieras de poner en los bienes del cielo. Por aquí tambien verás cuán mal has cumplido con la primera de tus obligaciones, que es con el primero de los mandamientos de Dios, que á este fin pertenesce. Si no, mira cuán olvidado has vivido deste Señor, pues casi toda la vida se te ha pasado sin acordarte dél; cuán ingrato has sido á sus beneficios, pues tan pocas gracias le has dado por ellos; cuán poco caso has hecho de sus mandamientos, pues tantas veces los has quebrantado; cuán poco amor tuviste á quien tanto merescia ser amado, teniéndolo tan grande á las poquedades y niñerías deste siglo; y finalmente, cuán poco temor has tenido á aquella tan grande Majestad, teniendo tanto á los viles gusanos de la tierra.

Y demas desto, ¿cuántas veces juraste y perjuraste su nombre en vano, trayéndolo arrastrado en tu boca sucia para testigo de todas tus porfías y mentiras? ¿Cómo sanctificaste las fiestas, ordenadas para glorificarle y alabarle, y para llorar los pecados pasados, pues estabas aguardando estos dias para añadir pecados á pecados, y hacer fiesta á los demonios?

¿Qué honra cataste á tus padres naturales y espirituales (que son tus prelados y superiores), pues tan poco caso heciste de todas sus leyes y mandamientos? Qué amor y hermandad tuviste para con el prójimo, pues tantas veces por tus pundonores y nonadas le hollaste, y despreciaste, y maltrataste, y deseaste la muerte? ¿Cómo guardaste tu cuerpo y ánima del vicio carnal, pues tantas veces por obras, por palabras, por pensamientos, por deseos, y por deleites voluntarios te enlodaste en este cieno, y profanaste el templo que Dios tenia para sí sanctificado? ¿Quién explicará aquí la soltura de tus ojos, la torpeza de tus pensamientos, la deshonestidad de tus palabras, tus galas, tus paseos, tus tratos y conversaciones, y invenciones de maldades? Pues ¿qué diré de los hurtos de tu avaricia, pues ninguna otra cosa mas preciabas ni adorabas que el dinero, haciendo dél último fin; sirviéndolo, amándolo, y haciendo por él lo que por solo Dios se debia hacer? Pues la soltura de tu lengua, tus murmuraciones, detracciones, infamias, injurias, lisonjas, maldiciones y mentiras, ¿quién las podrá explicar, pues casi todas tus pláticas y conversaciones se gastaban en esto?

Despues de los divinos mandamientos discurre tambien por aquellos siete pecados que llaman capitales, y verás cuánta parte te cabe dellos. ¿Cuánta ha sido la ambicion, la presumpcion, la vanagloria y soberbia de tu corazon, la jactancia de tus palabras, y la vanidad de tus obras? ¿Cuántas han sido tus iras, tus invidias, tu glotonería, y los regalos de tu cuerpo, tu pereza y pesadumbre para todo lo bueno, y la lijereza y promptitud para todo lo malo? Mira tambien por las obras de misericordia, así corporales como espirituales, ¿cuán poca cuenta tuviste con ellas, y cuán poco caso heciste de las necesidades y miserias ajenas, siendo tan piadoso para las tuyas?

Pues entrando por los beneficios divinos, dime, ruégote: ¿de qué manera has usado dellos? La vida que él te dió, ¿en qué la ocupaste? El ingenio, las fuerzas, y habilidades naturales, ¿en qué las empleaste? La hacienda y los otros bienes temporales, ¿en qué los gastaste? Porque si quisieres decir verdad, todo esto gastaste en vanidades y ofensas suyas. De manera que de los bienes que recebiste dél, heciste armas contra él; y por donde estabas obligado á hacerle mayores servicios, heciste mayores pecados; tomando motivo para mas ofenderle, de donde lo habrias de tomar para mas amarle. Finalmente, de tal manera has vivido, como si nunca obligacion tuvieras á Dios; como si nada hubieras recebido dél, ó como si tú mesmo te hubieras criado, y no dependieras dél.

Pues quien tiene ojos para ver todas estas lástimas, y entender cuán perdidos y descarriados han sido sus caminos, y cuán mal ha cumplido con todas estas obligaciones y mandamientos, ¿no será razon que llore, y se resuelva todo en lágrimas con la consideracion de males tan grandes? ¿Qué siente quien esto no siente? Qué llora quien esto no llora, sino quien no tiene ojos para ver tan grande estrago como él mesmo ha hecho en todos los bienes de su ánima?

§. I.

Segunda consideracion: de lo que se pierde por el pecado.

Considerada la muchedumbre de tus pecados, considera luego lo que se pierde por ellos, para que por aquí veas lo mucho que perdiste, y cuántas veces lo perdiste; para que esto siquiera te despierte á dolor y penitencia, pues en ninguna otra materia es mas bien empleado el dolor que en esta. Porque (como dice Sant Crisóstomo) ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, sino sola la del pecado, por lo cual en todas las otras materias es él mal empleado, sino es en sola esta. Pues el que quisiere alcanzar este tan saludable dolor, piense con toda humildad y atencion lo que por un pecado mortal se pierde; y por aquí verá la razon que tiene para dolerse dél.

Porque primeramente por el pecado se pierde la gracia del Espíritu Sancto, que es una de las mayores dádivas que Dios puede dar á una pura criatura en esta vida. Piérdese tambien la caridad y amor de Dios, que anda siempre en compañía desa mesma gracia. Y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto mas será perder la del Rey del cielo y tierra. Piérdense tambien las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto (aunque no se pierda la fe ni la esperanza), con los cuales el ánima estaba hermosa y ataviada en los ojos de Dios, y armada y fortalescida contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos (que tambien procede desta mesma gracia) pues por la gracia se da la gloria. Piérdese tambien el espíritu de adopcion que nos hace hijos de Dios; y así nos da espíritu y corazon de hijos para con él; y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo, y la providencia paternal que Dios tiene de aquellos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer. Piérdese tambien por aquí la paz y serenidad de la buena consciencia, y piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Sancto, y piérdese el fructo y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese tambien la participacion de los bienes de toda la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que gozaba cuando estaba en gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal. Y lo que por él se gana, es quedar el hombre condenado á las penas del infierno para siempre, quedar por entónces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la sanctísima Trinidad, cueva de ladrones y nido de basiliscos.

Entre las cuales pérdidas la mayor y mas digna de ser llorada es haber perdido á Dios, porque esta es la raiz y causa de todas las otras pérdidas. Porque perder á Dios es dejar de tener á Dios por especial padre suyo, por tutor, por pastor, por defensor, y por todas las cosas, y de padre piadosísimo hacerle enemigo y severo juez. Pues quien tan gran bien como este ha perdido, ¿no será razon que llore y que sienta tan gran mal? No te alegres, o Israel, dice el Profeta (*a*), no te goces como los otros pueblos, pues fornicaste contra tu Dios. Caminando una vez el ejército del tribu de Dan á conquistar una ciudad, entró en una casa que estaba en el camino, y hurtó un ídolo de plata que en ella habia; y yendo en pos dél su dueño llorando, preguntáronle los ladrones por qué lloraba. Respondió (*b*): Pues ¿cómo? Habeisme llevado á mi dios, ¿y preguntáisme por qué lloro? Pues si este malaventurado lloraba tanto por haberle quitado un dios de metal que él mismo se habia fabricado (teniendo por tan justas y debidas las lágrimas por esta pérdida), ¿qué será razon que sienta un cristiano, pues sabe cierto que todas cuantas veces pecó, perdió no al falso dios que él mismo hizo, sino al verdadero Dios que hizo todas las cosas?

Pues este tan grande bien con todos los demas se pierden por el pecado; para que veas si tiene razon para gemir de corazon quien tantos bienes perdió, y quien de tan grandes riquezas y tanta gloria en tan grande piélago de miserias cayó. Pues ¿cómo no se llorará, cómo no se confundirá quien así se despeñó en tantos males? Abre, ó ánima miserable, los ojos (dice un sancto doctor), y mira lo que eras, y lo que eres; dónde estabas, y dónde estás. Eras esposa del muy Alto, eras templo de Dios vivo, eras vaso de escogimiento, eras tálamo del Rey eterno, eras trono del verdadero Salomon, eras silla de la sabiduría, eras hermana de los ángeles y heredera de los cielos. Todo esto eras, y cada vez que digo eras, eras, es necesario que gimas. Pues ¿qué mudanza ha sido esta tan grande? La esposa de Dios ¿se ha hecho adúltera de Satanas? El templo del Espíritu Sancto ¿se ha mudado en cueva de ladrones? El vaso de escogimiento ¿en vaso de corrupcion? El tálamo de Cristo ¿en revolcadero de puercos? La silla de Dios ¿en cátedra de pestilencia? La hermana de los ángeles ¿en compañera de los demonios? Y la que volaba como paloma por el cielo, ¿rastrea agora como serpiente sobre la tierra? Llórate pues, ó ánima miserable, llórate, pues te lloran los cielos, pues te llora la Iglesia, pues te lloran todos los sanctos. A tí lloran las lágrimas de San Pablo, porque pecaste y no heciste penitencia de los males que heciste (*c*). A tí lloran las lágrimas de los profetas, porque ven ya venir sobre tí el furor de la divina justicia. A tí lloran (mucho mas que á las almenas caidas de Hierusalem) las lágrimas de Hieremías (*d*), por ver derribada del cielo á la noble Israel, por ver á la hija de Sion perdida toda su hermosura.

§. II.

Tercera consideracion: de la Majestad y bondad de Dios, contra quien pecamos.

Pues si pasas mas adelante y consideras la grandeza de la Majestad y bondad de Dios, contra quien pecaste, aquí aun hallarás mucho mayor materia de dolor. Porque cierto es que cuanto la persona ofendida es mayor, tanto la ofensa es mayor. De donde nasce que si la persona ofendida es de infinita dignidad, tambien la ofensa hecha contra ella será de infinita gravedad, como realmente lo es. Por donde cuanto el hombre penetrare mas la inmensidad de la divina Majestad, tanto penetrará la gravedad y malicia de su pecado. Levanta pues los ojos á lo alto, y mira (si puedes) cuán grande sea la nobleza, la riqueza, la dignidad, la sabiduría, la hermosura, la gloria, la bondad, la majestad, la benignidad y el poder deste Señor, y cuán grandes sean las obligaciones que todas las criaturas le tienen; y por aquí entenderás en alguna manera la gravedad de las culpas que cometiste contra él.

Mas entre todas las grandezas y perfecciones, la que

(*a*) Osee. 9.

(*b*) Iudic. 18. (*c*) 2. Cor. 12. (*d*) Cap. 9. et Thren. 1.

mas suele mover los corazones de los verdaderos penitentes, es la de la divina bondad, especialmente á quien tiene ya alguna experiencia y conocimiento della. La cual bondad, aunque se conozca por muchos otros medios, pero principalmente se conosce por el beneficio inestimable de la encarnacion y Pasion del Hijo de Dios, y por la institucion del sanctísimo Sacramento del Altar, en que cada dia se ofresce por nos, y se nos communica y mora en nuestra compañía. Mas en particular se podrá conoscer algo desto por la manera del tratamiento que este Señor hace á sus escogidos y amigos, á los cuales muchas veces visita con tantas y tan grandes consolaciones, con tan grandes favores, con tan grande luz y con tanta abundancia de paz y de alegría espiritual, que muchas veces no puede la flaqueza del subjecto humano sufrir el ímpetu de tan grandes consolaciones. Y así se escribe de uno de aquellos sanctos padres del yermo, que estando algunas veces en oracion decia (*e*): Señor, detened un poco las ondas de vuestra consolacion. Y aun otra vez decia: Señor, apartaos de mí, porque no puedo sufrir la grandeza de vuestra suavidad. Este es pues Dios, y estos los favores, los regalos y beneficios que los buenos suelen recibir de tal nobleza, de tal bondad, de tal suavidad y de tal misericordia. Porque no es mucho que les dé á beber del cáliz de sus deleites quien por ellos bebió el cáliz de la Pasion.

Pues quien poniendo ante los ojos esta tal bondad, se acuerda cuántas veces la ofendió, ¿no será razon que llore, y aun que desee hacerse todo ojos para llorar tan grande mal? De uno de aquellos monjes antiguos escribe Sant Juan Clímaco (*f*), que por razon de una culpa en que habia caido, pidió licencia al padre del monasterio para irse á la casa de los penitentes (que se llamaba cárcel) á hacer penitencia de aquel pecado. Y habida esta licencia (aunque contra la voluntad del padre, porque su culpa era merescedora de misericordia), fué tan grande el dolor que allí su ánima recibió por haber ofendido á un tal Señor, que dentro de ocho dias, traspasado su corazon con el cuchillo del dolor, que habia aguzado la caridad, dio el alma á Dios. Mira agora tú qué tan grande sería el dolor, que en tan breve espacio bastó para acabar la vida. Desta manera pues sienten el pecado aquellos, cuyos ojos abre Dios para ver la grandeza de la malicia que hay en él. Pues si este sancto penitente tanto sintió un solo pecado que habia cometido, ¿qué será razon que sienta quien la mayor parte de la vida gastó en añadir pecados á pecados, y multiplicar siempre ofensas contra Dios?

§. III.

Cuarta consideracion: de la injuria que se hace á Dios en el pecado.

Considera otrosí demas de lo dicho, la injuria grande que se hace á Dios en el pecado, para que por aquí veas cuánto lo debas sentir. Porque todas las veces que pecamos, pasa este juicio práctico en nuestro corazon, aunque nosotros no le sintamos: pónesenos por una parte delante el provecho del pecado (que es el deleite ó interese por que pecamos), y por otra la ofensa que hacemos á Dios, cuya amistad perdemos por aquel pecado. De manera que en una balanza se pone Dios, y en otra el interese susodicho; y puesto el hombre en medio, determínase de perder la amistad de Dios, por no perder aquel interese.

Pues ¿qué cosa puede ser mas horrible que esta? Qué cosa mas indigna de aquella tan grande Majestad, que anteponerle una cosa tan baja? Qué cosa mas semejante á aquella que hicieron los judios, cuando puestos ante los ojos Cristo é Barrabas, para que escogiesen uno de los dos, dijeron que querian mas á Barrabas que á Cristo (*g*)? ¿Qué es esto, sino (cuanto es de parte de nuestra mala obra) quitar á Dios la corona y la gloria que se le debe como á último fin, y atribuirla al interese ó al deleite? Porque quien estima el deleite en mas que á Dios, y lo antepone á Dios (cuanto es de su parte), ya quita la dignidad de último fin á Dios, y la da al deleite; que es como quitar la corona al Criador, y ponerla á su criatura. Pues ¿qué cosa mas horrible que esta? A los mismos cielos manda Dios que se espanten desto, diciendo por Hieremías (*h*): Espantaos, cielos, sobre este caso; y vuestras puertas se cayan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y fuéronse á beber de unos aljibes rotos, que no pueden retener las aguas. Pues quien considera cuántos millares de veces ha hecho á Dios esta injuria, ¿cómo no temblará? Cómo no deseará que sus ojos se hagan fuentes de lágrimas para llorar dia y noche tan grande mal? Mira pues, ó miserable de tí, contra quién pecaste, y por qué pecaste; qué dejaste y qué tomaste, qué perdiste y qué ganaste, y avergüénzate agora que es tiempo; porque no seas despues confundido eternalmente en el divino juicio.

§. IV.

Quinta consideracion: del odio que Dios tiene contra el pecado.

Ayudarte ha tambien á alcanzar este sancto dolor y odio del pecado, considerar profundamente la grandeza del odio que Dios le tiene. El cual es tan grande, que no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Y aun es cierto, que si todos los entendimientos criados se hiciesen un entendimiento, y de todas las lenguas una lengua, que todo esto no bastaria á declarar y entender la grandeza deste odio. Y está clara la razon. Porque cierto es que cuanto uno es mas bueno, tanto ama mas la bondad, y aborresce la maldad. Por donde como Dios sea bueno, y no como quiera bueno, sino infinitamente bueno, de aquí nasce tener él infinito amor á la bondad, y infinito odio á la maldad, y así galardona lo uno con eterna gloria, y lo otro castiga con eterno tormento, y con privacion de bien infinito. Y allende desto es cierto que Dios aborresce el pecado tanto cuanto él meresce ser aborrescido, que es conforme á la malicia y deformidad que hay en él; y pues esta malicia es infinita (por ser contra Dios, cuya majestad es infinita), síguese que es infinito el odio y aborrescimiento que tiene contra él.

Mas para entender la grandeza deste odio hará mucho al caso considerar profundamente algunos de los mas espantosos castigos que Dios tiene hechos en este mundo contra el pecado; porque pues por las obras se conosce el corazon, por estos castigos de Dios conoscerémos algo de la grandeza del odio que tiene contra él. Pues dime agora, ¿qué tan grande fué el castigo de aquel hermosísimo Angel con todos sus secuaces (*i*), pues por un solo pecado, siendo tan alta criatura, fué hecha la mas

(*e*) Escala Espirit. de S. Juan Climaco c. 29. del Abad Ephrem.
(*f*) Escal. cap. 5.
(*g*) Ioan 18. (*h*) Hierc. 2. (*i*) Isai. 14. Ezec. 28. Apoc. 12.

abominable del infierno, y siendo tan grande amigo de Dios, fué hecho el mayor de sus enemigos? ¿Qué castigo fué tambien el del primer hombre con toda su posteridad, y el de todo el universo mundo con las aguas del Diluvio (*k*), y el de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo (*l*), y el de David por su adulterio (*m*), y el de Saul por su desobediencia (*n*), y el de Helí por la negligencia en castigar sus hijos (*o*), y el de Ananías y Safira por su avaricia (*p*), y el de Nabucodonosor por su soberbia (*q*), y finalmente el de las penas del infierno (que durarán para siempre), que es el castigo proprio de pecados? Mas sobre todo esto, ¿qué tan grande fué el castigo y satisfaccion que Dios tomó en las espaldas de su Hijo por los pecados del mundo (*r*)? Este es aun muy mas espantable que todos los pasados, por la dignidad infinita de la persona en quien fué ejecutado. Cada uno destos castigos (si atentamente se considerare con todas sus partes y circunstancias) nos aprovechará grandemente para entender el rigor espantable de la justicia divina, y el grande odio que tiene contra el pecado; con lo cual se despertará en nuestros corazones temor del mismo Dios, y dolor y aborrescimiento de los pecados, pues en hecho de verdad tanto merescen ellos ser aborrescidos, cuanto él los aborresce. Mas ya que tú ni nadie les pueda tener este tan grande aborrescimiento, á lo ménos aborréscelos cuanto te sea posible, y pide siempre al Señor acresciente en tí este aborrescimiento; porque en él está muy grande parte de la verdadera penitencia y de la justicia cristiana.

§. V.

Sexta consideracion: de la muerte, y de lo que despues della se sigue.

Tambien la memoria de las penas del infierno (que son tan horribles), y la de aquel juicio universal (que será tan riguroso), y la del particular de nuestra muerte (que á cada hora nos aguarda), es razon que nos mueva á dolor y temor de nuestros pecados; pues cada cosa destas por su parte amenaza tan grandes males á quien fuere culpado, y tanto mas de cerca, cuanto ménos le puede quedar de vida. Porque cuando este plazo llegare (y cada uno debe pensar que lo tiene muy cerca), ¿qué hará, qué dirá, que sentirá? Porque allí es donde cada uno de los malos podrá con verdad decir: O ánima mia, ya es llegado el término de tu soberbia, y de tus vanidades, y de tus locuras, y de los deleites de tu carne, á los cuales amastes mas que á Dios, y obedeciste mas que á Dios, pues por ellos tantas veces le ofendiste. ¿Dónde estás pues agora, vanidad y soberbia mia? Adónde os fuistes, deleites y regalos mios? Qué me distes, qué me dejastes en las manos por tantos años de servicio que os servi? Por vosotros troqué la vida eterna, perdí el cielo, y gané el infierno; perdí bienes infinitos, y merecí ser compañero perpetuo de los demonios. Pues ¿qué es lo que me habeis dejado en recompensa de tanto mal? Pues si esto ha de pasar así, si todas estas espinas y remordimientos de conscienciа han de remorder entónces tu corazon (y por ventura en vano), ¿cuánto mejor será que los padezcas y sientas agora con gran provecho, y entres en juicio contigo, para que no seas allí de Dios juzgado?

(*k*) Gene. 5. Ibid. 7. (*l*) Gen. cap. 19. (*m*) 2. Reg. 12. (*n*) 1. Reg. 15. (*o*) 1. Reg 4. (*p*) Act. 5. (*q*) Dan. 4. (*r*) Isaiæ 53.

§. VI.

Séptima consideracion: que procede de los beneficios divinos.

Mas sobre todas estas cosas acrescentará este aborrescimiento y dolor, considerar la muchedumbre de los beneficios divinos; porque miéntras mas profundamente considerares cuán bueno ha sido Dios para ti, mayor confusion recibirás de ver cuán malo has sido tú para con él. Porque por aquí pretendian muchas veces los profetas inducir el pueblo de Dios á dolor de sus culpas, y por aquí comenzó Natan, profeta, á encarescer el pecado á David (*s*), cuando primero que le reprehendiese del adulterio en que habia caido, le puso delante las mercedes y beneficios que de Dios habia recebido.

Pues conforme á esto puedes traer á la memoria la muchedumbre destos beneficios divinos, especialmente el beneficio de la creacion, de la conservacion, de la redempcion, del baptismo, del llamamiento, de las inspiraciones divinas, de las preservaciones de males, con otros innumerables beneficios que nuestro Señor te habrá hecho. Porque si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra, son beneficios suyos; y que cuantos miembros y sentidos hay en tu cuerpo, son beneficios suyos; y que cuantos momentos vives de vida, son beneficios suyos; y finalmente, el pan que comes, y la tierra que huellas, y el sol que te calienta, y el cielo que te alumbra, con todo lo demas, son beneficios suyos. Y para decirlo todo en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos; porque todos esos bienes crió para tí, y de todos esos males te ha librado, ó de la mayor parte dellos; pues está claro que no hay mal que padezca un hombre, que no lo puede padescer otro hombre. Pues ¿qué cosa mas digna de sentirse, que haber vivido con tan grande olvido y desconoscimiento de un Señor, en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenias, con cuyo espíritu vivias, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regia, y en quien, finalmente, te movias, y vivias, y eras? Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender á quien siempre perseveraba en hacerte bien, y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacia tantos beneficios?

Mas sobre todo esto, ¿qué mayor maldad que ofender á quien por tí anduvo tantos caminos, ayunó tantos ayunos, derramó tantas lágrimas, hizo tantas oraciones, sufrió tantas injurias, padesció tantos trabajos, tantas deshonras, tantas infamias, tantos y tan grandes dolores? Porque cierto es que todo esto padesció él por los pecados, así por satisfacer él por ellos, como para darnos á entender el odio que tiene contra ellos; pues tanto hizo por destruirlos. Pues mira tú agora, ¿cuánta razon tienes para deshacerte en lágrimas, viendo cuántas veces con tus pecados de nuevo abofeteaste, azotaste y crucificaste un tal Señor, que todo esto padesció por tí?

Pues considerando el hombre por una parte esta tan maravillosa piedad y largueza de Dios para consigo, y por otra esta tan grande ingratitud y rebeldía suya para con él, vuélvase á él con un corazon contrito y humillado, y diga así.

(*s*) 2. Reg. 12.

CAPITULO IV.

Oracion para despertar en el ánima compunccion y dolor de los pecados.

¡Oh unigénito Hijo de Dios! grandes é inefables son, Señor, los beneficios que de vos he recebido. Levantástesme del cieno y del polvo de la tierra, y criastes mi ánima de nada á vuestra imágen y semejanza, y hecístela capaz de vuestra gloria. Dístesme entendimiento, memoria, voluntad, libre albedrío, con todos los otros miembros y sentidos, para que con ellos os conosciese y amase. Guardástesme en la estrechura de las entrañas de mi madre, para que no muriese allí sin agua de baptismo. Sufristesme tanto tiempo, despues de tantos pecados, hasta la hora presente; habiendo otros muchos ménos culpados que yo, que por no haberlos aguardado tanto tiempo, estarán agora por ventura penando en el infierno. Y sobre todo esto, tuvistes por bien haceros hombre, y conversar entre los hombres por mí, y ser por mí angustiado, afligido, entristecido, cubierto de sudor de sangre, preso, atado, abofeteado, escupido, menospreciado, blasfemado, escarnescido, y vestido por escarnio de vestiduras blancas y coloradas por mí. Por mí quisistes ser despedazado con azotes, coronado con espinas, herido con una caña, cubiertos los ojos con un velo, sentenciado á muerte, y llevado al lugar de la muerte con la Cruz á cuestas; en la cual fuistes con duros clavos traspasado, y puesto entre ladrones, y reputado con los malos, y jaropado con hiel y vinagre, y finalmente, muerto con cruelísima muerte. Desta manera, Señor, con tantos trabajos me redimistes; y yo, vilísimo y perversísimo pecador, siendo á todos estos beneficios ingrato, tantas otras veces os abofeteé y crucifiqué con mis pecados; por donde merescia que todas las criaturas se levantasen contra mí, y tomasen venganza de vuestras injurias.

¿Pues qué diré sobre todo esto del abuso de vuestros sacramentos, y de las medicinas que con esta preciosa sangre ordenastes para mí? Lavástesme y recebístesme por vuestro en el sancto baptismo. Allí fuí adoptado por hijo, y consagrado como templo vuestro, y ungido como sacerdote, como rey, y como luchador que habia siempre de luchar con el enemigo. Allí desposastes mi ánima con vos, y me distes todos los atavíos que para esta dignidad se requerian. ¿Pues qué hice de todas estas joyas que me distes? Qué cobro puse en esa hacienda? Tomástesme por hijo, y líceme esclavo del pecado; consagrástesme por templo, y líceme morada del demonio; armástesme caballero, y paséme al bando de vuestro enemigo; hecístesme rey, y alcéme con el reino que me distes; desposastes mi ánima con vos en perpetua caridad, y yo amé mas la vanidad que la verdad, y la criatura que el Criador. Razon fuera, Señor mio, que hubiera comenzado á llorar quien todo esto hizo. Esto es lo que ha tanto tiempo que esperais de mí, cuanto ha que me dais vida. Para esto tantas veces me llamastes, y me sufristes, y me azotastes, y me halagastes, y por todas las vias me quisistes traer á vos. Esperástesme, y usé mal de vuestra paciencia; llamástesme, y líceme sordo á vuestro llamamiento; dístesme tiempo de penitencia, y yo aprovechéme dél para mi soberbia; heristesme, y no lo sentí; afligístesme, y no quise recebir disciplina. Sudastes y trabajastes por alimpiarme, y con todo eso no salió de mí el orin de mis vicios ni con fuego. Endurecíme con los castigos y endurecíme con los halagos: ingrato para lo uno y rebelde para lo otro. Mas con todo esto, Señor, pues vos tantas cosas por mí pasastes, y mandastes que no desconfiase, vuélvome todo á vuestra misericordia, y suplícoos por la gracia de la enmienda; para que de aquí adelante de tal manera os agrade y sirva, que nunca jamas me aparte de vos en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO V.

Síguese otra oracion para pedir perdon de los pecados.

Soberano Hacedor de todas las cosas, pensando conmigo mismo cuánto he ofendido con mis pecados á vuestra infinita Majestad, espántome de mi locura. Considerando cuán benigno y magnífico padre he desamparado, maldigo mi desagradescimiento. Viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre, condeno mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mis ojos, sino infierno y juicio; porque vuestra justicia (de quien no puedo huir) espanta mi consciencia. Mas por el contrario, cuando considero aquella vuestra grande misericordia, que, segun el testimonio de vuestro Profeta (*a*), va delante de todas vuestras obras, luego un frescor alegre de esperanza recrea y esfuerza mi ánima entristecida. Porque ¿cómo desesperaré yo de hallar perdon en aquel que por la Escriptura de sus profetas tantas veces convida los pecadores á penitencia, diciendo que no quiere la muerte del pecador (*b*), sino que se convierta y viva? Y allende desto vuestro unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está vuestro perdon á todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada (*c*), por la oveja descarriada y traida sobre los hombros de su pastor; y mucho mas por la comparacion del hijo pródigo, cuya imágen en mí conozco (*d*). Porque yo soy el que injustamente desamparé á vos, mi amantísimo Padre, y desperdicié malamente mi hacienda, y obedesciendo á los apetitos de mi carne, huí de la subjeccion de vuestros mandamientos, y caí en el torpísimo captiverio de los pecados, y quedé puesto en extrema miseria; de la cual no sé otro que me pueda sacar, sino solo aquel que desamparé. Reciba pues, Señor, vuestra misericordia al humilde que os pide perdon; á quien hasta agora habeis esperado tan blandamente. No merezco levantar á vos los ojos, ó llamaros Padre; mas vos, que verdaderamente sois Padre, tened por bien mirarme con tales ojos; porque vuestra vista sola resucita los muertos, y ella es la que hace volver en sí á los perdidos: pues aun hasta el mesmo pesar que de mí tengo, no lo pudiera tener si vos no me hubiérades mirado. Cuando andaba léjos de vos perdido, mirástesme dende el cielo, y abristes mis ojos para que yo me mirase y me hallase lleno de tantos males; y agora me salis á recebir dándome el conoscimiento y memoria de la innocencia perdida. No pido vuestros abrazos ni besos, no demando la vestidura rica que solia vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad (*e*), ni os suplico me recibais á la honra de vuestros hijos, asaz me irá bien si me contáredes entre vuestros esclavos herrados con vuestra señal, y atados con vuestras cadenas; para que no pueda ya mas huir de vos. No me pesara ser en esta vida uno de los mas desechados esclavos de vuestra casa, con tanto que para siempre no me vea yo apartado de vos. Oidme pues, Padre piadoso, y dadme el favor de vuestro unigénito Hijo, y

(*a*) Psalm. 144. (*b*) Ezech. 18. Ibid. 33. (*c*) Lucæ 15.
(*d*) Ibid. (*e*) Ibid.

el remedio de su muerte. Dadme vuestro espíritu que purifique mi corazon, y le confirme en vuestra gracia; porque no torne á volver por mi ignorancia al destierro de donde me revocó vuestra clemencia. Vos que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO VI.

Otra oracion para pedir perdon de los pecados.

Esta oracion, cristiano lector, debe rezar algunos dias, con todo el sosiego y devocion que pudiere, el que desea alcanzar contricion y perdon de sus pecados; porque en ella verá claramente lo mucho que debe á Dios, y cuánto se debe arrepentir por haber ofendido á tal Señor.

¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche mis pecados, y el desagradecimiento mio contra Dios mi criador (*a*)? Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas para compungir los corazones de los hombres y traerlos á conocimiento de su pecado; mas ninguna tanto como considerar la grandeza de vuestra bondad, y la muchedumbre de vuestros beneficios, aun para con los mesmos pecadores. Pues porque la miserable de mi ánima desta manera se confunda, comenzaré, Señor, á contar algo de vuestros bienes y de mis males, para que por aquí se vea mas claro quién sois vos y quién soy yo; y quién habeis sido vos para mí, y quién he sido yo para vos.

Tiempo hubo, Señor mio, cuando yo no era: dístesme sér, y levantástesme del polvo de la tierra, y hecístesme á vuestra imágen y semejanza. Dende el vientre de mi madre vos sois mi Dios (*b*); porque dende el primer principio de mi sér hasta hoy vos habeis sido mi padre, mi salvador, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formastes mi cuerpo con todos mis sentidos, y criastes mi ánima con todas sus potencias, y hasta agora habeis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra Providencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza; porque aunque ello en sí era mucho (porque era todo), mas como todo ello no os costaba nada, quesistes darme algo que os costase mucho, para tenerme mas obligado. Descendistes del cielo á la tierra para buscarme por todos los caminos por donde yo me habia perdido. Ennoblecistes mi naturaleza con vuestra humanidad, librástesme de captiverio con vuestras prisiones, sacástesme del poder del demonio poniéndoos en manos de pecadores, y destruistes mi pecado tomando imágen de pecador. Quisistes obligarme con esta gracia, enamorarme con este beneficio, fortalescer mi esperanza con estos merecimientos, y hacerme aborrescer el pecado mostrándome lo que hecistes contra él. Echastes brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazon, para que con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio, amase yo á quien tanto hizo por mí y tanto amor me descubrió.

Véisme aquí, Señor, redimido. ¿Qué me aprovechara ser redimido si no fuera baptizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisistes que yo fuese del número de los fieles, y de aquellos á quien cupo tan dichosa suerte como es ser hijos vuestros, reengendrados por el agua del sancto baptismo. Allí fuí recebido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto, que vos fuésedes mi Dios, y yo vuestro siervo; vos mi padre, yo vuestro hijo: así contendiésemos á porfía, vos á hacerme obras de padre, y yo á haceros servicios de hijo. ¿Qué diré de los otros sacramentos que ordenastes para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorros fué tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de innocencia; y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habeis sufrido hasta agora. ¡Oh esperanza mia y remedio! ¿cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó? ¿Cuántos millares de ánimas por ventura arden agora en el infierno por menores culpas que las que yo entónces cometí, y no ardo yo? ¿Qué fuera de mí si me llevárades en aquel tiempo como llevastes á otros? Qué juicio se me aparejara tan recio, si me tomara la muerte con el hurto en las manos? si me hallara la justicia en el fragante delito? Pues ¿quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? Quién os rogó por mí cuando yo dormia? Quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis males lo provocaba? Qué vistes en mí, porque quisistes que yo fuese de mejor condicion que aquellos á quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí, y vos os hacíades sordo para ellos. Mi malicia se alargaba cada dia contra vos, y alargábase el plazo de vuestra misericordia para conmigo. Yo á pecar, y vos á esperarme; yo á huir, y vos á buscarme; yo cansado de ofenderos, y vos no cansado de aguardarme. Y como si mis pecados fueran servicios y no ofensas, así aun en medio dellos recebia de vos muchas buenas inspiraciones, y muchas piadosas sofrenadas que reprehendian y condenaban mis solturas. ¿Cuántas veces me llamastes y distes voces dentro de mí, diciendo (*c*): Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas vuélvete á mí, que yo te recebiré? Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamábades, y otras con temores y amenazas me espantábades, trayéndome á la memoria el peligro de la muerte y el rigor de vuestra justicia? Cuántas maneras de predicadores y de confesores ordenastes para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen? Cuántas veces no ya con palabras sino con obras me seguíades, convidándome con beneficios, y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos (como hacen los cazadores cuando siguen la caza) para que no pudiese huir de vos?

Pues ¿qué os podré yo, Señor mio, dar por todos estos beneficios? Porque me criastes, os debo todo lo que soy; pues todo lo hecistes. Porque me conservais, os debo todo lo que soy y vivo; pues todo lo sustentais. Pues porque vos mesmo os me distes en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mias, y todas os las ofreciese en sacrificio, ¿qué era todo esto para una de las gotas de sangre que derramastes por mí?

Pues ¿quién dará agora lágrimas á mis ojos para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora, y dadme gracia para que sepa yo confesar mis injusticias contra mí. Yo soy aquel malaventurado, que (aunque no lo parezco)

(*a*) Hier. 9. (*b*) Psalm. 21.

(*c*) Hier. 3.

soy criatura vuestra, hecha á vuestra imágen y semejanza. Reconoced, Señor, esta figura; que vuestra es. Quitad delante lo que yo hice, y hallaréis lo que vos hecistes con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con las mesmas obras de vuestras manos os ofendí. Mis piés corrieron á la maldad, mis manos se extendieron á la avaricia, mis ojos se soltaron por toda la vanidad, y mis oídos estuvieron siempre atentos á la mentira. Aquella nobilísima parte de mi ánimá que tenia ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura, y púsolos en la flor desta vida miserable. La que habia de escudriñar vuestros mandamientos, escudriñaba noche y dia cómo quebrantarlos á su salvo. Pues estando tal mi entendimiento, ¿qué tal habia de estar la voluntad? Ofrecíadesle vos, Dios mio, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos que vos habíades consagrado para vos, al amor de las criaturas. Esta es, Señor, la paga de vuestros beneficios, y este es el fructo que llevaron los sentidos que criastes. Pues ¿qué os podré yo responder cuando entreis en juicio conmigo y me digais (*d*): Yo te planté como á una viña escogida de muy buenas plantas, ¿cómo te me has pervertido y hecho tan extraña?

Y si á esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé á la segunda sobre el beneficio de la conservacion? Conservábades vos, Señor, con vuestra providencia al que entendia en quebrantar vuestra ley, y en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia, y en fortalescer el reino del pecado contra vos. Movíades la lengua que os blasfemaba, regíades los miembros que os ofendian, y dábades de comer á quien servía á vuestros enemigos á costa vuestra. De manera que no solo fuí ingrato á vuestros beneficios, sino aun desos mesmos beneficios hice armas contra vos. Diputastes todas las criaturas para mi servicio, y enamoréme de todas ellas, y con todas ellas adulteré; pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise mas á los dones que al dador, y de donde habia de tomar ocasion para conoscer vuestra hermosura, ceguéme con lo que ví, y no alcé los ojos á ver cuánto mas hermoso sería el Hacedor que su hechura. Todas las cosas me distes porque yo os me diese, y aprovechéme de todas ellas, y nunca os di ni la gloria, ni el tributo que os debia. Ellas os fuéron obedientes en servirme siempre; porque vos se lo mandastes, y yo entendí en ofender siempre á aquel por quien todo me servia. Vos me dábades salud, y el demonio se llevaba el fructo della; vos me dábades las fuerzas, y yo las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como vi en los otros hombres, para entender que todos aquellos males ajenos eran beneficios mios, pues de todos ellos me librábades? ¿A vos solo es lícito no agradescer el beneficio recebido? ¿Quién á quién no debe agradescimiento por el beneficio recebido? Si la fiereza de los leones y serpientes se doma con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme, para que alguna vez siquiera dijese con el Profeta (*e*): Temamos al Señor que nos envía agua del cielo, la temprana y la tardía en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes cada un año? Bastaba por cierto, Señor, para argumento de quien vos sois, haber sufrido lo que yo soy; sin que hobiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y si tan rigurosa ha de ser la cuenta que me habeis de pedir destas cosas que os costaron tan poco, ¿cuál será la que me pediréis de las que os costaron vuestra sangre? ¿Cómo pervertí todos vuestros consejos. Cómo (cuánto fué de mi parte) deshice todo el misterio de vuestra encarnacion? Hecistes os hombre para hacerme Dios, y yo (amigo de mi vileza) híceme bestia é hijo de Satanas. Bajastes á la tierra por llevarme al cielo, y yo indigno de tal llamamiento, como no lo merescia, no lo conosci, y quedéme sumido en el cieno de mis vilezas. Librástesme, y tornéme á mi captiverio; resuscitástesme, y volví á abrazar la muerte; encorporástesme con vos, y torné otra vez á juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para conoceros, ni tal muestra de amor para amaros, ni tales merescimientos para esperar en vos, ni tal justicia como en vos fué ejecutada para teneros temor. Vos os humillastes hasta el polvo de la tierra, y yo me quedé levantado en mi soberbia; vos estuvistes en la Cruz desnudo, y á mi avaricia no basta el mundo; á vos os dieron de bofetadas, siendo Dios, y á mí no han de tocar en la ropa siendo un vilísimo gusano.

¿Qué diré, Salvador mio, sino que fué tan grande la misericordia y amor que conmigo usastes, que os pusistes á morir por matar mi pecado; y yo, confiando en esa mesma bondad y amor, me atrevia á pecar contra vos? ¿Pues qué mayor blasfemia que esta? Tomé ocasion de vuestra bondad para perseverar en mi maldad; tomé motivo para pecar, del mesmo medio que vos tomastes para matar el pecado. Desta manera pervertí vuestros consejos, é hice invenciones de mi malicia las invenciones de vuestra misericordia. Por ser vos tan bueno hallé yo que podia ser malo; y por haberme hecho tan grandes beneficios, concluí yo que podia haceros tan grandes ofensas. De manera que la mesma medicina que vos ordenastes contra el pecado, hice yo incentivo de pecar; y la espada que vos me distes para hacerle guerra, le puse yo en las manos para que me quitase la vida. Finalmente vos tomastes por medio el morir para enseñorearos de vivos y muertos; para que, como dice el Apóstol (*f*), los que viven ya no vivan para sí, sino para vos, que moristes por ellos; mas yo, como hijo de Jezabel (*g*), tomé por medio vuestra mesma muerte para despojaros de vuestra hacienda, hurtándome de vuestro servicio, y haciéndome esclavo del enemigo. Pues ¿qué meresce quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel por este pecado (*h*), ¿como están enteras las mias, pues hice lo mesmo? Y si el Apóstol tanto encaresce la malicia del corazon humano, por haber tomado ocasion de la mesma ley para quebrantar la ley (*i*), ¿cuánta mayor malicia será tomar ocasion de la gracia para afrentar la mesma gracia? ¡Oh pacientísimo Señor para sufrir bofetadas por los pecadores, y mucho mas para sufrir pecadores!

¿Mas por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que decis por vuestro Profeta (*k*): Callé, tuve siempre silencio, y sufrí mucho; mas agora hablaré como quien tiene dolores de parto. Veo que la tierra que despues de llovida no da fructo, es descomulgada y maldita (*l*); y que la viña que despues de labrada y cultivada, en lugar de uvas da agraces, es por vuestro mandamiento des-

(*d*) Hier. 2. Esai. 5. Matth. 21. (*e*) Hier. 5.

(*f*) 2. Cor. 15. (*g*) 3. Reg. 21. (*h*) 4. Reg. 9. (*i*) Rom. 7. (*k*) Isai. 42. (*l*) Hebr. 6.

truida y desamparada. Pues, ¡oh sarmiento seco é infructuoso! ¿cómo no temiste la voz de aquel tan sabio podador que corta de la vid el sarmiento estéril, y lo echa en el fuego (*m*)? ¿Dónde tenia el juicio quien tales juicios no temia? ¿Qué tanto habia ensordecido quien á tales voces no acudia? ¿Qué tan profundo sueño dormia quien no despertaba con el trueno de tan grandes amenazas? Contentábame esta morada terrena, tan indigna de mi ánima, y tenia por deleites estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones, pungíanme las espinas de mis cobdicias, despedazábame el distraimiento de mis cuidados, remordíame el gusano de mi consciencia, y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso; y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡Oh tan engañado para conocerme, cuan rebelde para serviros!

Pues ¿qué haré, Dios mio, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parescer delante vos, ni alzar los ojos á miraros. ¿Mas adónde iré, adónde me esconderé de vos? ¿Por ventura no sois vos mi padre, y Padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque aunque yo he dejado de ser hijo, vos no habeis dejado hasta agora de ser Padre; y aunque yo he hecho por donde me podais condenar, vos no habeis perdido por donde me podais salvar. Pues ¿qué otra cosa puedo hacer, sino echarme á vuestros piés, y pediros misericordia? ¿A quién llamaré? á quién me socorreré sino á vos? ¿Por ventura no sois vos mi Criador, mi hacedor, mi gobernador, mi redemptor, mi librador, mi Rey, mi pastor, mi sacerdote, y mi sacrificio? ¿Pues á quién iré, ó dónde huiré, sino á vos? Si vos me desechais, ¿quién me recibirá? Si vos me desamparais, ¿quién me amparará? Reconoced, Señor mio, esta oveja descarriada que se vuelve á vos (*n*). Si vengo llagado, vos me podeis sanar; si ciego, vos me podeis alumbrar; si muerto, vos me podeis resuscitar; si sucio, vos me podeis alimpiar. Rociarme heis, Señor, con hisopo, y seré limpio (*o*); lavarme heis, y pararme he mas blanco que la nieve. Mayor es vuestra misericordia que mi culpa, mayor vuestra piedad que mi maldad, y mas podeis vos perdonar que yo pecar. Pues no me desprecieis, Señor, ni mireis á la muchedumbre de mis pecados, sino á la de vuestras misericordias. Vos que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO VII.

De los fructos y provechos grandes que se siguen de la verdadera contricion.

Estas son, cristiano lector, las oraciones y consideraciones que nos pueden ayudar para esta tan grande gracia de la contricion; y héme detenido tanto en esta parte, por ser esta la llave y el fundamento de todas las otras partes de la penitencia, y de todo nuestro bien. Por tanto estas debe el hombre leer con la mayor devocion, recogimiento y aparejo que le sea posible, en tiempo convenible y en lugar apartado; porque muchas veces acaescerá que así como entrando uno en la oracion sin devocion, despues la viene á hallar, así comenzando á leer alguna oracion ó consideracion destas sin contricion, que en medio de la oracion se la dén. Porque así como leemos que el Señor se transfiguró, como escribe Sant Lúcas (*a*), estando en oracion, así muchas veces en la oracion se hacen grandes mudanzas en las ánimas, dando al fin de la oracion lo que al principio no se dió. Por lo cual se dice que es mejor el fin de la oracion que el principio (*b*).

Pues como el penitente por estos ó por otros cualesquier medios llega á tener espíritu de verdadera contricion, luego en ese punto le es restituida la gracia del Espíritu Sancto, y el mesmo Espíritu le es dado por huésped, y por ayo, y por gobernador de su vida; para que como un muy sabio y fiel piloto le guie seguramente por medio de las ondas del mar tempestuoso desta vida. En esta mesma hora es luego uñido por caridad con Cristo, como miembro vivo con su cabeza, para que estando encorporado con él, se haga participante de las influencias de su gracia, y de los méritos y trabajos de su muerte y de su vida sanctísima. Luego tambien es recebido y adoptado por hijo de Dios, y nombrado por heredero de su reino, y tratado como hijo; tomando Dios dél aquel cuidado y providencia que suele tener de los que así recibe por hijos. Aquí el padre piadoso acoge en su casa al hijo desperdiciado (*c*), y le manda vestir la primera vestidura de la gracia, y darle el anillo de los secretos de la divina sabiduría; que es el nuevo conoscimiento que se le da de las cosas de Dios, encubiertas á los ojos mundanos.

En esta hora se alegran los cielos, y cantan los ángeles alabanzas á Dios, y se hace fiesta en aquella corte soberana por la vuelta del nuevo hermano; y todas las criaturas que se entristecieron por la ofensa del Criador, y por la pérdida de su criatura, agora se alegran y cantan dulcemente *Alleluya* por su nueva reparacion. Y entre todas ellas el buen pastor, que con tanto trabajo buscó su oveja perdida, y la trajo sobre sus hombros á la manada, agora junta todos sus amigos y vecinos, y les dice (*d*): Gozaos todos conmigo, porque ya hallé la oveja que habia perdido.

Y es aquí de notar que cuanto es mayor la contricion y humildad del penitente, tanto es disposicion para mas alta gracia, y tanto suele ser víspera de mayor misericordia. Porque así como en los edificios, cuando se hacen muy hondos los cimientos, entendemos que la obra ha de ser muy alta; y el árbol que echa mas hondas las raices, suele crescer mas que los otros: así tambien cuando aquel soberano Señor previene al hombre con mayor humildad y arrepentimiento de su mala vida, es señal que lo dispone para mas alta gracia.

El juicio y la justicia dice el Profeta que son aparejo para la silla de Dios (*e*). Al juicio pertenesce examinar la causa, y á la justicia ejecutar la sentencia. Pues el ánima que hace lo uno y lo otro, que entrando en juicio consigo mesma reconosce luego humilmente lo que hizo (que fué menospreciar al Criador por el deleite de la criatura), y conforme á esto ejecuta la sentencia (la cual es, que quien así deshonró á Dios, se humille y deshonre á sí mesmo, y se abaje hasta el polvo de la tierra; y el que se deleitó desordenadamente en la criatura, se duela y castigue ásperamente por este deleite), este tal se apareja para ser silla de Dios, y casa de aquella divina sabiduría, que quiere hacer en ella su morada.

Dos piés dice Sant Bernardo (*f*) que tiene Dios; el uno de temor, y el otro de amor; y cuando él quiere entrar en un ánima, primero suele poner el pié del temor,

(*m*) Ioan. 15. (*n*) Luc. 15. (*o*) Psalm. 50. (*a*) Matth. 17. Marc. 9. Luc. 9

(*b*) Eccles. 7. (*c*) Lucæ 15. (*d*) Luc. 15. (*e*) Psalm. 88.
(*f*) In parvis serm. 56. Duo sunt, et super Cantic. serm. 6.

y despues el del amor; y cuanto es mayor el temor que precede, tanto suele ser mayor el amor que despues se sigue. El Señor, dice el Profeta (*g*), mortifica, y da vida; sepulta en los infiernos, y saca dellos; porque esta es la condicion y estilo commun deste Señor: que despues que los hombres han llegado á tener tan grande temor y dolor de sus pecados, que les parece estar ya en los infiernos por ellos, los saca misericordiosamente de ahí, y los resuscita; y les envía tan grande consolacion, cuan grande fué la muchedumbre de los dolores en que se vieron.

Por tanto, hermano mio, cuando así te vieres turbado con estas desconfianzas, no por eso desmayes; sino entónces reconoce que te dan una recia purga para que con ella quedes mas sano, y que te lavan con una agua fuerte para que quedes mas limpio, y que te meten en una fragua muy encendida para que despidas de tí todo el orin de los vicios que se te habia pegado. Entónces debes llamar á Dios con el Profeta, diciendo (*h*): Conmoviste, Señor, la tierra, y conturbástela; sana sus quebrantamientos, pues así fué conmovida. Y luego verás en tí lo que el mesmo Profeta dijo (*i*): La tierra tembló y sosegóse cuando Dios se levantaba á juicio; porque cuando tú mesmo (movido por Dios) comenzares á hacer en tí aquel juicio que arriba dijimos, entónces temblará la tierra de tu ánima con el temor y espanto de la justicia divina; pero sosegarse ha despues con la paz y confianza que el Señor te enviará de su misericordia; el cual lava las mancillas de las hijas de Sion, y quita la sangre de en medio dellas con espíritu de juicio, y con espíritu de ardor (*k*); esto es, atemorizando primero el ánima con espíritu de juicio y con el temor de la divina justicia, y consolándola despues con espíritu de amor y con la confianza de su divina misericordia. Primero sintió Elías el estruendo y el temblor de la tierra, y el torbellino que trastornaba los montes; y despues desta tempestad siguióse aquel aire delgado en que venía Dios (*l*).

Esta es la órden que communmente suele haber en la conversion de las ánimas; que es la mesma que nuestro Señor guardó en la sanctificacion del mundo, el cual primero recibió la ley, y despues el Evangelio; conforme á lo cual primero ha de sentir en sí el ánima la obra y rigor de la ley, despues la paz y consolacion del Evangelio. La obra de la ley es atemorizar y espantar, como se significó en los temores con que ella se dió en el monte Sinaí (*m*); mas la obra del Evangelio es consolar y esforzar, como se hizo cuando ella se dió el dia de Pentecostes en el monte de Sion (*n*). Pues quien quisiere llegar á este monte, ha de pasar por el otro monte: quiero decir, que el que quisiere recebir el espíritu de amor, primero ha de sentir el del temor; y quien quisiere sentir en su ánima la obra y consolacion del Evangelio, primero ha de pasar por la obra y temor de la ley. Y al ánima que así está dispuesta, se prometen y ofrescen todas las gracias y tesoros del Evangelio; como lo significó el Profeta cuando, hablando en persona del Salvador, dijo (*o*): El espíritu del Señor está en mí; porque él me ungió con su gracia, y envió á predicar á los mansos, para que curase á los que tenian quebrantado el corazon, y denunciase á los captivos redempcion, y á los encarcelados libertad; para que consolase á los tristes, y diese fortaleza á los que lloran á Sion, y les diese corona por ceniza, y olio de alegría por llanto, y palio de alabanza por el espíritu de su tristeza. Mira aquí por cuántas maneras de metáforas se significan por una parte las obras de la ley y de la penitencia, y por otra las del Evangelio y de la gracia, y cómo las unas se prometen por las otras. Y por tanto quien quisiere entrar en el palacio de Cristo (*p*), y en la celda de los vinos preciosos del verdadero Salomon, sepa que la puerta es la amargura de la penitencia, y la afliccion de los trabajos; y que si por otra quisiere entrar, será salteador y ladron. Sube pues, hermano, primero con la esposa al monte de la mirra (que es á la amargura del dolor y mortificacion), y oirás aquellas palabras que se siguen luego (*q*): Toda eres hermosa, querida mia, y no hay mácula en tí.

Verdad es que algunas veces acaesce mudar el Señor esta órden, y prevenir primero á los que quiere traer á sí con bendiciones de dulcedumbre, porque no se retiren afuera, y resurtan con los golpes de la desconfianza, y con los temores de la penitencia. Mas despues de confirmados y esforzados ya con estas prendas de su misericordia, luego les invía un espíritu de gran dolor, tras del cual se sigue la gracia de la paz y consolacion de que arriba tratamos. Eso significó el mesmo Señor hablando con el ánima del verdadero penitente por el profeta Oseas, diciendo así (*r*): Yo le daré leche á mis pechos, y la llevaré á la soledad, y hablaré á su corazon; y darle he el valle de Achor (que quiere decir conturbacion), para abrirle los caminos de la esperanza, y allí cantará de la manera que cantaba en los dias de su mocedad. De manera que primero se da aquí la leche de la dulcedumbre espiritual, y despues el valle de Achor, que es la turbacion y amargura de la contricion; y esto hecho, luego se siguen los cantares de la mocedad, que son las alegrías y alabanzas del ánima que recibe en sí las prendas del nuevo amor y gracia que nuestro Señor le invía, como árras de casamiento, y primicias de su gloria.

Y es mucho de notar que esta mesma órden que aquí habemos declarado, que communmente se guarda para hacer mudanza de la vida, y subir del pecado á la gracia, esa mesma (por la mayor parte) se guarda para subir de una gracia menor á otra mayor. Porque cuando nuestro Señor quiere levantar un ánima á cosas mayores, primero la dispone con gemidos y deseos, temores y dolores, y con aflicciones de espíritu y trabajos de cuerpo, para darle sus dones; queriendo que siempre preceda este invierno lluvioso y tempestuoso al verano florido y fructuoso de sus dones y gracias (*s*); y cuanto mayores han de ser las gracias, tanto suelen ser mayores las aflicciones y deseos que para esto han de preceder. Por tanto nadie desmaye ni se desconsuele cuando así se viere, ántes esto tome por señal y prenda de las mercedes nuevas que nuestro Señor le quiere hacer.

DE LA SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONFESION.

CAPITULO PRIMERO.

De siete cosas que se deben guardar en la confesion.

Dicho ya de la primera parte de la penitencia, que es la contricion, digamos agora de la segunda, que es la confesion. Pues el que quisiere acertar á confesarse como debe (cosa que muy pocos saben hacer), despues que

(*g*) 1. Reg. 2. (*h*) Psalm. 59. (*i*) Psalm. 75. (*k*) Isai. 4.
(*l*) 3. Reg. 19. (*m*) Exod. 19. (*n*) Act. 2. (*o*) Isai. 61.

(*p*) Cantic. 2. (*q*) Cantic. 4. (*r*) Osee. 2. (*s*) Cantic. 2.

hobiere proveido lo que está dicho acerca de la contricion, debe guardar las cosas siguientes.

§. I.

Del primer aviso para la verdadera confesion, que es el exámen de la consciencia.

Lo primero, que tome tiempo ántes que se confiese para examinar su consciencia, y traer á la memoria todos los pecados pasados; mayormente si ha dias que no se confesó, en lo cual (como dice un doctor) debe entender con aquel cuidado y diligencia que entenderia en un negocio grave y de mucha importancia; pues á la verdad este es el mas grave y mas importante de los negocios. Y es esta diligencia tan necesaria, que faltando ella (si el confesor no supliese esta falta), la confesion sería ninguna: como lo sería aquella donde á sabiendas se dejase de confesar algun pecado; porque (como dicen los doctores) todo viene á ser una mesma cuenta, ó callar de propósito algun pecado en la confesion, ó confesarse tan negligentemente y tan sin aparejo, que por fuerza se haya de quedar alguno. Esta es una cosa que se habia de predicar á voces por las plazas, por estar tantas personas en esto tan engañadas, que sin ninguna manera de exámen ni aparejo se van á los piés del confesor.

Las cuales (demas del sacrilegio que cometen) son obligadas otra vez á confesarse, como si de propósito callaran algun pecado por la razon susodicha. Porque el olvido en esta parte no excusa, sino acusa; pues no viene por defecto de naturaleza, sino por negligencia notable de la mesma persona.

Pues para no incurrir en estos inconvenientes, debe el hombre (como ya dijimos) aparejarse primero y examinar su consciencia. Y la manera y órden del exámen puede ser procediendo por los mandamientos y pecados mortales, mirando en cada uno cuántas veces pecó en él por pensamiento, por palabra ó por obra, con todas las circunstancias que en el pecado entrevinieron, cuando son tales, que de necesidad se deban confesar. De lo cual todo tratarémos adelante.

§. II.

Segundo aviso: del confesar el número de los pecados.

Lo segundo, tenga aviso, cuando se confesare, de declarar el número de los pecados: conviene saber, cuántas veces cometió tal ó tal pecado. Porque si este número no se declarase, no sería la confesion entera. Y si no se acordare distinctamente de este número, á lo ménos declárelo en la manera que le sea posible, poco mas ó ménos segun que se acordare. Y si aun desto no puede tener memoria, y es pecado que va á la larga (como una enemistad ó un pecado de carne), declare cuánto tiempo perseveró en él; porque por ahí se puede conjecturar poco mas ó ménos el número de los pecados que pudo hacer en tanto tiempo. Mas si es pecado que no tiene esta continuacion, sino que se repite muchas veces (como es perjurar, decir mal de los prójimos, ó echar maldiciones y cosas tales), y no se puede acordar de las veces que en esto pecó, á lo ménos diga si tenia por costumbre caer en este género de culpas cada vez que se le ofrecia ocasion para ello, ó si algunas veces volvia sobre sí, y resistia. Porque ya siquiera por esta via entienda el médico la disposicion del enfermo, para que le sepa curar.

§. III.

Tercero aviso: de la confesion y de las circunstancias.

Y no basta confesar la especie y número de los pecados, sino es tambien necesario confesar las circunstancias dellos, cuando son tales que tienen especial repugnancia contra algun mandamiento de Dios ó de su Iglesia, ó cuando muy notablemente agravan el pecado, aunque no muden la especie dél. Porque aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada con algunas fealdades de tal cualidad, que de necesidad se hayan de confesar, como si uno hurtase armas para matar á fulano por tomarle su mujer; bien se ve que, aunque esta sea una sola obra (que es hurtar), y por consiguiente un solo pecado (porque no es mas de una obra); pero esa obra tiene otras dos fealdades anejas, que son, querer matar y adulterar, las cuales contradicen á aquellos dos mandamientos: No matarás, y no cobdiciarás la mujer ajena. Y por tanto esta manera de circustancias que así agravan el pecado, es necesario que se confiesen.

Mas otra manera de circunstancias que no son desta calidad (como es murmurar en la iglesia, ó hacer tal pecado en dia de ayuno ó de fiesta), no es necesario que se confiesen, aunque de consejo es muy bien confesarlas, como se confiesan los pecados veniales. Y porque saber hacer diferencia de las unas circunstancias á las otras es algo dificultoso, por esto pondré aquí las circunstancias que mas communmente somos obligados á declarar en la confesion.

Primeramente en los pecados carnales es necesario declarar las circunstancias de la persona con quien pecaste; porque segun son diversas las calidades de las personas, así son diversos los pecados. Porque pecar con soltera, es simple fornicacion; con casada, adulterio; con doncella vírgen, estupro; con parienta, incesto, y con persona religiosa y dedicada á Dios, sacrilegio, ó adulterio espiritual. Y por esto siempre se ha de declarar la tal circunstancia en este pecado, no solo cuando se comete por obra, sino tambien por solo pensamiento y deseo; pues para con Dios todo es una manera de pecado.

Tambien en este mesmo género de pecados, y en cualquier otro, se ha de declarar la circunstancia del escándalo, y por escándalo entendemos aquí haber dado ocasion con alguna mala obra ó palabra á que otro pecase; como el que solicita á una mujer para que peque, ó á un hombre para que juegue, ó á otro para que se vengue de su contrario, etc. Y por esto en todos los pecados carnales (demas de lo dicho), se ha tambien de declarar si trabajó él por inducir la parte á que pecase, ó si la mesma parte voluntariamente se ofreció al pecado; porque en lo primero hay escándalo (que es un pecado grave), y en lo segundo no. Asimesmo se debe mirar si cuando cometió el pecado lo cometió en tal lugar, y delante de tales personas que con el mal ejemplo que dió, les fuese ocasion eficaz de hacer otro tanto; como si una persona de autoridad se pusiese á comer carne sin necesidad en dia vedado, ó hacer otro pecado delante de personas que de aquí podian tomar licencia para hacer otro tanto; porque en este caso necesario sería confesar esta circunstancia del escándalo y mal ejemplo que dió. Y esto debrian mirar mucho los señores que tienen tableros y juegos en sus casas, y los padres y madres, cuyas obras y palabras son leyes de sus hijos; porque hasta hacer los ma-

yores una cosa, para que por el mesmo caso los menores la tengan por lícita y honrosa. Matóse el rey Saul con su espada (a), y como esto vió el paje de la lanza que le seguia, desenvainó él tambien la suya, é hizo otro tanto, paresciéndole que no hacia mal en hacer lo que hacia su Rey, aunque fuese matarse.

La circunstancia tambien del lugar sagrado algunas veces es necesario declararse, y señaladamente en tres casos, que son, hurto del lugar sagrado, derramamiento de simiente humana, ó de sangre humana, cuando lo uno ó lo otro se hace con pecado; porque cada cosa destas por razon del lugar muda la especie del pecado, y lo hace sacrilegio, que es pecado mas grave.

Tambien si alguno tuviese hecho voto ó juramento de hacer ó no hacer alguna cosa (á la cual por otra parte es obligado por especial mandamiento de Dios), como es de no jurar, ó matar, ó fornicar, etc., si despues hiciese lo contrario desto, sería obligado á declarar la circunstancia del juramento ó voto que precedió; porque esta hace que lo que era pecado por una razon, lo sea tambien por otra.

§. IV.

Cuarto aviso: de cómo no se ha de confesar mas que la especie del pecado.

El cuarto aviso es que cumplido lo que está dicho acerca del número y circunstancias de los pecados, en lo que resta no se ha de confesar mas que la especie sola del pecado, que es el nombre que tiene de hurto, odio, adulterio, ó cosa semejante. De lo cual se infiere primeramente que no hay necesidad para declarar un pecado, de contar toda una historia, sino basta decir el nombre del pecado, y cuántas veces lo cometió, sin contar la historia de cómo pasó; lo cual si entendiesen bien los penitentes, podrian muy limpia y brevemente confesarse de infinitos pecados, reduciéndolos todos á sus especies, y diciendo: Mil veces hurté, ó maté, ó adulteré, etc. Y para saber hacer esto mire el hombre, cuando quiere contar una historia destas, la causa ó causas por que la cuenta, que es para acusarse de algunas cosas malas que entrevinieron en ella; y entresaque estas de todo el cuerpo de la historia, y acúsese dellas, y así acertará á acusarse como conviene. Mas si todo no supiere hacer, acúsese como supiere; porque Dios no pide á nadie mas de aquello que sabe y puede hacer.

De aquí tambien se infiere que no es necesario explicar por menudo los modos y maneras en que se cometió el pecado (mayormente cuando es carnal), sino basta declarar (como dijimos) la especie sola dél. Y aunque esta materia sea torpe, todavía para tratar del remedio de nuestras torpezas será necesario meternos un poco en este cieno, y ofender algun tanto las orejas limpias, declarando esto mas en particular. Para cuyo entendimiento es de saber que un pecado deshonesto se puede cometer, ó por pensamiento, ó por palabra, ó por tocamiento, ó por obra consummada. Si fué por obra consummada, basta decir el nombre de la obra, como es: cometí adulterio, ó incesto, ó simple fornicacion tantas veces, sin declarar aquellas particularidades que se entienden, entendida la especie de la obra. Si fué por tocamiento, basta decir: toqué deshonestamente tantas veces á tal manera de persona, sin añadir otras particularidades, si del tocamiento no se siguió alguna cosa que mudase la especie deste pecado. Si fué por palabra, basta decir: dije palabras torpes para provocar á mal, ó para deleitarme en ellas; sin decir: dije tales y tales palabras. Si fué por pensamiento, basta decir: tuve un pensamiento deshonesto, y consentí, ó deleitéme, ó detúveme en él; sin decir: pensé tal y tal cosa, como algunos hacen con grande vergüenza suya, y sin necesidad del sacramento. Todas estas son cosas tan claras y manifiestas, que sería demasiado tratar dellas, si no viésemos que se hacia lo contrario. Mas hay algunos hombres tan rudos, que en medio del dia claro han menester candela para ver. Ni los escrupulosos deben querer explicar de otra manera sus pecados; porque basta explicarlos de la manera que los doctores dicen que basta, y con esto se deben contentar, pues no son obligados á mas.

§. V.

Quinto aviso: de la manera del confesar los pecados del pensamiento.

Y porque hay especial dificultad en confesar los pecados del pensamiento, declararé tambien summariamente cómo esto se haya de hacer. Para cuyo entendimiento es de saber que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras: conviene saber, ó desechándolo de sí con presteza, ó deteniéndose algun tanto en él, ó determinando ponerlo por obra, ó á lo ménos queriendo de propósito estarse deleitando en él.

En lo primero claro está que no hay culpa, sino merescimiento y corona, y por eso no hay que confesar. Y aunque el combate del pensamiento durase todo el dia, si todavía el hombre resiste fuertemente, no hay aquí pecado, sino corona y merescimiento.

En lo segundo hay pecado venial, mas ó ménos grave, segun fué mayor ó menor el detenimiento. Y la manera de confesar este pecado es diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, ó de ira, ó de odio, etc., y no lo deseché de mí tan presto como debiera, sino ántes me detuve algun tanto en él.

En el tercero (que es cuando tuvo consentimiento y determinacion de poner el mal pensamiento por obra, aunque no lo pusiese) claro está que hay pecado mortal, y de la mesma especie que sería la obra. Porque (como dicen los teólogos) la obra exterior ninguna cosa esencial añade á la interior.

En el cuarto caso, que es cuando uno se quiere estar, ó se deja estar pensando y deleitando en un mal pensamiento (como de una venganza ó de una deshonestidad, aunque no tenga intencion de ponerla por obra), tambien hay pecado mortal; el cual llaman los doctores delectacion morosa, que es (como suelen decir) si no bebo en la taberna, huélgome en ella; que es un linaje de pecado en que por la mayor parte suelen caer personas viciosas y desalmadas, y amigas de deleites sensuales. Porque aunque esto no sea consentir en la obra del pecado, es consentir en el deleite della, y ponerse en manifiesto peligro de consentir en ella. Esto se entiende cuando el hombre ve lo que piensa, y no lo despide de sí. Porque si cuando esto advierte, trabaja por sacudir de sí esta llama, ya esto no será pecado mortal, porque no advirtió lo que pensaba; mas será venial, porque debiera de estar mas sobre aviso para advertirlo. Y esta manera de pecado puede acaescer en todo género de

(a) 1. Reg. 31.

pecados mortales, aunque mas ordinariamente acaesce en pecados de carne, y de odio, y deseos de venganza, que communmente son mas encendidos y pegajosos que los otros.

En este pecado suelen communmente caer las personas viciosas y deshonestas; las cuales cuando no tienen aparejo para cumplir sus malos deseos, hacen eso que pueden, que es revolcarse con el pensamiento en el cieno de la delectacion, mayormente cuando ó por su honra ó por su encerramiento tienen tomadas las puertas para obrar mal.

Asimesmo están muy á peligro de caer en este pecado las personas tocadas de la aficion deshonesta de otra persona, por la gran fuerza que tiene esta aficion para tirannizar el corazon, y llevarlo tras sí, y tenerlo fijo en la cosa que ama. Y por esto no hay cosa mas peligrosa que dar entrada á una aficion destas, porque es meter en casa un crudelísimo tiranno, un destruidor de la innocencia, y un despertador y causador de infinitos pecados. Tambien están á peligro de caer en este vicio los que andan muy encendidos en tratos de casamientos; porque aunque los deleites de los casados sean lícitos cuando son casados, mas no ántes que lo sean; porque el deleite está presente, y el casamiento por venir; el cual por muchas vias se puede impedir, y por esto no es lícito el deleite en aquel tiempo que se recibe.

Pues entendidas estas cuatro diferencias de pensamientos, fácil cosa será saber acusarse dellos, declarando el penitente si se detuvo, ó si consintió, ó si se deleitó morosamente en el mal pensamiento.

§. VI.

Sexto aviso: de guardar la fama del prójimo.

El sexto aviso sea que el penitente trabaje por guardar la fama del prójimo, confesando de tal manera sus pecados, que no descubra los ajenos, ni nombre á nadie por su nombre, sino diga: pequé con cierta persona casada, ó soltera, etc. Y si la circunstancia de la persona fuere tal, que por ella entenderá el confesor quién era, debe entónces buscar otro confesor que esto no entienda, por excusar esto. Lo cual si no le fuere posible, entónces (siendo el confesor persona tal) bien puede decir esta circunstancia; porque esto no es propriamente infamar, sino declarar el pecado.

Asimesmo tenga aviso que ni excuse sus pecados, ni ponga mas en ellos de lo que hay, ni lo dubdoso diga por cierto, ni lo cierto por dubdoso, sino cada cosa ponga en su lugar, sin desviarse de lo que es.

El último aviso sea que para mayor cumplimiento de todo lo dicho trabaje por haber tan buen médico para su ánima, como lo buscaria para su cuerpo si estuviese enfermo, pues en esto va tanto mas. Porque buscar confesor ignorante es buscar una guia cierta para el infierno; pues, como dice el Salvador (*b*), si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo. Y los que esto no hacen, no carescen de grandísimo peligro; porque (como dice Sant Crisóstomo) no se pueden excusar por ignorancia los que tuvieron aparejo para hallar, si tuvieran gana de buscar; porque si la verdad es salud y vida de los que la conoscen, no es razon que ella busque á nadie, sino que ella sea buscada de todos.

(*b*) Matth. 15.

CAPITULO II.

De los casos en que la confesion es ninguna, y se debe iterar.

Y para que mas claramente se vea lo que importa cada cosa de las susodichas, será bien contar aquí summariamente los casos mas communes en que la confesion es ninguna, y así es necesario confesarse otra vez. Entre los cuales el primero es cuando el penitente mintiese en la confesion en materia de pecado mortal. El segundo si de propósito callase algun pecado mortal. Esto se entiende cuando la persona tenia lo que así calló por pecado mortal; porque si no lo tenia por tal, y despues entiende que lo es, basta que se acuse desto, sin que vuelva á repetir la confesion. Y aunque la ignorancia fuese tal que no excusase de cuando aquello se hizo, todavía bastará para excusar desta nueva obligacion. El tercero caso es si habiendo dias que no se confesó, no examinó su consciencia para haberse de confesar. Porque en este caso el olvido no excusa, sino acusa mas al penitente, como arriba se declaró. El cuarto es cuando el penitente no tiene propósito de salir del pecado en que está, como es de la enemistad, ó deshonestidad, ó otro cualquier pecado en que vive, ó cuando no quiere restituir lo que debe. El quinto es cuando está descomulgado y no procura primero la absolucion de la excomunion. El sexto es cuando el confesor es ignorante, no siendo letrado el penitente, y habiendo cosas graves que deslindar en la confesion. Porque en este caso no puede dejar de haber yerros que tengan necesidad de otra cura mejor, como arriba se dijo.

Y es de notar que en cualquiera destos casos en que es necesario reiterar la confesion, si esto se hiciere con el mesmo confesor, no es necesario volver á decir todos los pecados que ya dijimos, si él tiene memoria dellos, sino basta decir: Acúsome de todos aquellos pecados que tal vez os confesé; y allende desto, de tal ó tal culpa, por donde agora soy obligado á iterar esta confesion.

Y porque muchos podrán con razon temer si por ventura habrá habido algun defecto de los sobredichos en sus confesiones pasadas, por esto me paresce muy sano consejo que una vez en la vida haga el hombre una confesion general muy bien hecha, para barrer con ella todas estas negligencias, y de ahí adelante mirar por sí con mayor cuidado.

Agora será bien para socorro de la memoria, que pongamos aquí un breve memorial de los pecados, para que por él mas fácilmente pueda el penitente examinar su consciencia, y aparejarse para este sacramento; que es el primero de los avisos que arriba señalamos. Pero esto será no desenterrando infinitas maneras de pecados exquisitos (como algunos hacen), sino discurriendo por los mas communes y ordinarios que suelen acaescer.

MEMORIAL DE LOS PECADOS.

Acusaciones para el principio de la confesion.

Primeramente acúsese de no venir tan aparejado á este sacramento de la penitencia como debiera, que es no traer aquel dolor y arrepentimiento de sus pecados, ni aquel propósito tan firme de apartarse dellos como debiera traer.

De no traer tan examinada la consciencia y tan pensados sus pecados como debiera.

De no haber tenido el dia de la communion aquel re-

cogimiento que debiera, así ántes como despues della.

De no haber cumplido tan presto y con tanta devocion la penitencia que le dieron.

De no haber cumplido tan enteramente lo que el confesor le mandó. Y aquí será bien explicar si en particular le mandó restituir algo, ó cumplir algun voto, ó apartarse de algun pecado, ó de alguna peligrosa ocasion dél, que no cumpliese. Esto se debe decir, porque el confesor sepa mejor cómo se deba haber en esta parte con el penitente.

Despues desto comience á acusarse de los pecados por la órden siguiente.

PRIMERO MANDAMIENTO.

Honrarás á Dios sobre todas las cosas.

Por cuanto, como dice Sant Augustin (*a*), Dios es honrado con las tres virtudes teologales, que son fe, esperanza y caridad, aquí conviene tratar de las obras que contra estas tres virtudes hubiéremos hecho. Y conforme á esto se acuse el penitente primero acerca de la fe, si dubdó en algun artículo de la fe; porque el que dubda en la fe, es infiel.

Y ya que no dubdase, á lo ménos si vaciló ó titubeó algun tanto en las cosas dellas. Esto es venial.

Si se puso á querer escudriñar con curiosidad las cosas de la fe.

Si cree en sueños, agüeros, suertes ó hechicerías, ó usó de alguna cosa destas.

Si da crédito ó trae consigo nóminas supersticiosas con figuras y nombres escuros y no conoscidos.

Si hizo algunas devociones para algun mal fin, ó vano, como para que álguien muriese, etc.

Acerca de la blasfemia, que toca á la fe, acúsese si blasfemó de Dios ó de sus sanctos.

Si se indignó contra Dios, ó murmuró, ó se quejó dél por los trabajos que le da; como si no fuese justo ó misericordioso, etc.

Si con esta indignacion se deseó la muerte, y la pidió, ó dijo á Dios que no le agradecia la vida que le daba, etc.

Acerca de la esperanza mire si en los trabajos y adversidades que le vienen, tiene aquella confianza en Dios nuestro Señor, que debe tener, acompañada con aquel esfuerzo y consolacion que la confianza viva ordinariamente trae consigo.

Si por el contrario puso toda su confianza en las criaturas, y en los favores y valías del mundo.

Si desconfió de alcanzar perdon de sus pecados ó emienda de su vida.

Si por el contrario con la confianza del perdon dellos perseveró en mala vida, ó dilató la penitencia para la vejez, ó para la hora de la muerte.

Acerca de la caridad acúsese si no amó á Dios sobre todas las cosas con todo su corazon y ánima, como es obligado.

Si todas las buenas obras que hace, las hace por algunos intereses, por algunos respectos humanos, mas que por amor de Dios.

Si tiene cuidado cada dia de encomendarse á Dios.

Si le da gracias por los beneficios que dél ha recebido. Y principalmente por le haber criado, redemido y hecho cristiano, no moro, ni hereje, etc.

Si sabe las oraciones de cristiano, y doctrina cristiana.

(*a*) In Ench. c. 4. tom. 3.

Si persigue á los siervos de Dios, y á los que se confiesan, ó comulgan ó rezan; y si escarnece ó murmura dellos.

Si se puso en peligro de ofender á Dios, haciendo cosa que dubdaba si era pecado mortal.

SEGUNDO.

No jurarás el nombre de Dios en vano.

Si juró mentira sabiendo que lo era, ó dubdando si lo era, ó no mirando bien si era verdad lo que juraba.

Si juró prometiendo alguna cosa lícita, la cual no cumplió, ó no tenia intencion de cumplir cuando la juró.

Si juró amenazando á sus criados, sin intencion de hacer lo que juraba, tambien esto es mortal. Pero si despues le pareciese que era mejor perdonar, y usar de misericordia mas que de rigor, no será obligado á lo cumplir.

Si juró, amenazando á los que no eran sus criados, de hacer cosa que fuese pecado mortal, es mortal.

Si juró de no hacer algun bien, como emprestar, ó fiar, ó visitar, ó predicar, etc. El cual juramento no obliga, como ni el siguiente.

Si por el contrario juró de hacer algun mal.

Aquí tambien se acuse de los juramentos de maldiciones, que son muy communes, así como tal ó tal cosa me venga ó me acontezca, si por ventura ha caido en ellos.

Si fué causa de alguno jurar falso, ó de no cumplir el juramento lícito que juró.

Si tiene por costumbre jurar á menudo; lo cual es cosa muy peligrosa, por el peligro en que vive de jurar algunas veces mentira.

Si deja de reprehender sus hijos ó criados cuando les ve jurar muchas veces.

Acerca de los votos, si quebrantó algun voto, ó si dilató mucho el cumplimiento dél.

Si hizo voto de hacer algun mal, ó de no hacer algun bien; ninguno de los cuales votos obliga.

Y mire bien si le commutar en algun voto, que sea con gran prudencia.

TERCERO.

Sanctificarás las fiestas.

Si quebrantó las fiestas haciendo ó mandando hacer obras serviles en ellas, si no fuese poca cosa.

Si dejó de oir misa entera en los tales dias sin causa legítima.

Si está en la misa y en los oficios y lugares sagrados con aquella devocion y reverencia que debe; ó si está allí mirando, ó hablando, ó riendo, ó murmurando como no debe.

Si no procuró que sus esclavos, criados é hijos la oyesen.

Si gastó todo el dia de la fiesta en juegos y vanidades.

Si fué negligente en oir los sermones.

Si estando descomulgado asistió á los oficios divinos, ó recibió algun sacramento.

CUARTO.

Honrarás padre y madre.

En este mandamiento se trata lo primero del cuidado que tienen los hijos de sus padres, y los padres de sus hijos. Lo segundo del que tienen los siervos de sus se-

ñores, y los señores de sus siervos. Lo tercero del que tienen los perlados de sus súbditos, y los súbditos de sus perlados. Lo cuarto del que tiene la mujer de su marido, y el marido de su mujer. Lo quinto del que tienen los yernos para con sus suegros, y los suegros para sus yernos. Porque todo esto va casi por una mesma regla. Y aquí tambien conviene examinar cómo se ha habido el hombre con los ancianos y con los bienhechores.

Pues conforme á esto examine primeramente el hijo si despreció, ó desacató, ó maldijo á sus padres.

Si los desobedeció en cosas justas.

Si no los socorrió en sus necesidades.

Si se deshonró ó afrentó de sus parientes por ser bajos ó pobres.

Si no cumplió los testamentos de sus padres.

Si les deseó la muerte por heredarlos.

Tambien miren los padres si tienen cuidado de sus hijos: conviene saber, de les enseñar las oraciones y doctrina cristiana.

Item, de los reprehender y castigar cuando hacen lo que no deben, ó andan en malas compañías.

Item, de los ocupar en alguna cosa, porque no anden ociosos y vagabundos.

Si los tratan con sobrado regalo, y los crian en sus voluntades, dejándolos cumplir todos sus apetitos.

Lo mesmo han de mirar los señores para con sus criados y esclavos, por la mesma órden.

Y allende desto miren si los proveen competentemente de lo necesario.

Item, si tienen cuidado de los curar y sacramentar en sus enfermedades.

Item, si los dejan estar amancebados, ó en otro pecado mortal, pudiéndolos remediar.

Entre suegros y yernos ó nueras se mire si hay pasiones, ó malas palabras, ó desearse las muertes por herencias, etc.

Entre casados, mire el marido si trata mal á su mujer de palabra ó de obra, ó no la provee de lo que es necesario.

Item, si la mujer trata mal á su marido, desobedeciéndole, injuriándole ó dándole motivo para perder la paciencia, y poner la boca en Dios.

Item, si es celoso sin haber causa para serlo.

El súbdito mire si desobedeció á sus mayores, ó á las leyes ó mandamientos puestos por ellos.

Si los despreció en su corazon.

Si murmuró y se quejó dellos.

Si juzgó temerariamente sus cosas á mal fin, diciendo que las hacen por pasion ó por interese, ó por otros respectos humanos.

Si desacató por palabra ó obra las personas constituidas en dignidad.

Si despreció ó no honró los viejos, ó si escarnesció ó hizo burla dellos.

Si fué ingrato á sus bienhechores, olvidándose de sus beneficios, ó (lo que peor es) dándoles mal por bien.

QUINTO.

No matarás.

Cuanto al ánima, mire primeramente si mató espiritualmente á su prójimo, incitándole ó dándole consejo ó ocasion para pecar mortalmente, que es pecado de escándalo.

Si le acompañó ó dió favor ó ayuda para algun maleficio.

Cuanto al cuerpo, si mató, ó procuró, ó deseó la muerte á su prójimo, ó se la pidió á Dios.

Si tuvo odio formado contra alguno, deseando tomar dél venganza, y cuánto duraria en este odio.

Si tiene quitada la habla á alguno con escándalo de los prójimos.

Si anda en bandos, ó los favoresce.

Si amenazó á otro (que no fuese su criado) con malas palabras.

Si no quiso perdonar (á lo ménos en el fuero de la consciencia) á quien humilmente le pidió perdon.

Si habiendo ofendido á otro por palabra ó por obra, no le quiso pedir perdon por sí ó por tercera persona, ó no satisfizo bastantemente por la ofensa hecha

SEXTO.

No fornicarás.

Dado que en todos los pecados se pueda pecar por pensamiento, por palabra ó por obra; pero en este mas expresamente suele acaescer esto que en cualquier otro.

Y de cualquier manera destas tres que se peque, se ha de declarar la calidad y circunstancias de la persona con quien pecamos, como arriba se declaró.

Pues segun esta órden, acerca de los pensamientos acúsese si fué negligente en resistir con presteza á los pensamientos deshonestos.

Si consintió en ellos, deseando ponerlos por obra, si pudiera.

Si se deleitó morosamente en ellos, viendo lo que hacia.

Acerca de las palabras, si habló palabras torpes y deshonestas, deleitándose en las tales pláticas.

Si por palabra, ó por escripto, ó por tercera persona solicitó á pecar.

Acerca de las obras, si pecó en este pecado por obra consummada.

Si pecó por obras no consummadas, como son tocamientos deshonestos consigo, ó con segunda persona.

Si cayó, ó procuró alguna polucion voluntariamente, ó si cayó en ella entre sueños; de lo cual se ha de juzgar segun la causa precedente, y segun el pesar ó placer siguiente.

Si hizo cosas para provocar á otros á este pecado, como es, afeitarse, vestirse, ponerse en lugares ó ventanas para ser vista, ó cosa semejante.

Si por dádivas ó promesas falsas ó verdaderas, ó por otros algunos medios, procuró violar la castidad ajena.

Si no se quiso apartar de las ocasiones deste pecado, como son compañías, ó conversaciones peligrosas, ó cohabitacion de las puertas adentro, que es la mayor de todas las ocasiones.

Si lee por libros deshonestos que le puedan provocar á mal.

Si no se armó con ayunos, ó oraciones, ó sacramentos, ó otros remedios espirituales, cuando se vió muy tentado deste vicio.

Casados.

Entre los casados, si pagan uno á otro el débito de la justicia matrimonial.

Si por alguna via procuran impedir el fructo de la generacion.

Si guardan la órden y uso natural.

Si hay alguna polucion fuera dél.

Si conosció parienta de su mujer dentro de los grados prohibidos, es impedimento que dirime el matrimonio, si esto acontesciese ántes; pero si fué despues, no puede pedir la deuda del matrimonio sin dispensacion del prelado.

SÉPTIMO.

No hurtarás.

Si tomó alguna cosa agena por engaño, rapiña, usura ó simonía.

Si retiene alguna cosa ajena contra voluntad de su dueño, y no se la restituye. Y no basta tener propósito de restituir adelante, si con efecto no restituye luego, aunque sea cortando por alguna cosa de las que pertenescen á la decencia de su estado, mayormente cuando el acreedor padesce grave daño.

Si retiene la paga de sus criados, ó trabajadores, ó mercaderes contra voluntad dellos.

Si no restituye alguna cosa que hallase ó viniese á sus manos, sin saber cuya era.

Si comprando ó vendiendo hizo algun engaño, ó en la mercadería, ó en el precio, ó en el peso ó medida.

Si compró de quien no podia vender, como son esclavos ó menores, etc.

Asimesmo si tomó dellos alguna cosa que no podian dar.

Si por sola razon de vender fiado vendió la cosa por mas del justo precio, no habiendo otra causa legítima para ello á juicio del prudente confesor.

Si trata en compañía de otro á pérdida ó ganancia, pero salvo siempre el principal.

Si en el juego hizo engaños, y ganó con ellos.

Si jugó cantidad excesiva á su estado.

Si jugó con menores lo que ellos no podian jugar.

Si en el juego juró, ó peleó, ó dijo malas palabras, etc.

Si hizo bien y fielmente el oficio de que tenia salario, ora sea trabajador ó depositario, ó mayordomo ó guarda, ó oficial de algun señor; porque este tal será obligado á los daños que nascieron de su descuido.

Si el que ha de distribuir oficios públicos ó beneficios, ó algunas otras cosas, es aceptador de personas, dándolas por respectos humanos, y no conforme á las leyes de la justicia distributiva.

Si por su voto se dió algun oficio ó beneficio á personas indignas.

Si no pagó los diezmos á la Iglesia.

OCTAVO.

No levantarás falso testimonio.

Este mandamiento tiene dos grandes ramos. En uno están los pecados que se hacen en los juicios por parte del juez, y de los procuradores, y de los testigos, y del actor y el reo. En el otro ramo entran las infamias, detracciones, murmuraciones, escarnios, juicios temerarios, sospechas, mentiras y lisonjas.

Cuanto á la primera parte, considere el penitente si es juez, ó procurador, ó testigo, etc., y conforme á esto se acuse de lo que toca á su oficio.

Cuanto al segundo ramo, primeramente mire si levantó algun falso testimonio.

Si la mujer con celos ó con ira pone boca en otra, diciendo que es mala mujer, ó inducidora para obras deshonestas ó hechicera; ó ladrona, cuando le falta alguna cosa de su casa; porque esto tambien es falso testimonio cuando se dice con poco fundamento.

Si dijo mal de alguno con mala voluntad, y con intencion de le hacer mal: que se llama detraccion.

Si dijo de alguno delicto grave y secreto con que la persona quedase infamada; aunque no lo diga con intencion de le hacer mal. Y dado caso que sea verdad lo que dice, todavía está obligado á restituir la fama que quitó.

Si oyó de buena gana al que detraia de su prójimo, ó le ayudó á eso.

Si dijo el mal que de otro habia oido con liviandad.

Si no defendió la fama del prójimo cuando le infamaban, sabiendo que era innocente.

Si murmuró de vidas ajenas.

Si escarnesció ó mofó de los defectos naturales ó morales de sus prójimos.

Si juzgó temerariamente los dichos ó hechos del prójimo, echando á mala parte lo que se podia hacer á buena.

Y si (lo que peor es) dijo á otros por cosa cierta lo que él juzgó en su corazon.

Si es sospechoso, tomando ocasion de cualquiera cosa liviana para sospechar mal.

Si sembró discordias entre los prójimos, revolviendo unos con otros, diciendo las culpas de unos contra los otros, de donde se suelen seguir grandes odios.

Si dijo alguna mentira en perjuicio ó en provecho del prójimo, ó de otra alguna manera.

Si con informacion falsa alcanzó lo que por derecho no podia.

Si descubrió el secreto que le fué encomendado.

Si abrió cartas ajenas.

Nono y décimo mandamiento quedan preguntados en el sexto y séptimo mandamiento arriba tratados.

DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

De la soberbia.

Soberbia es apetito desordenado de la propria excelencia. Es pecado de que muchos otros proceden: entre los cuales son los principales, vanagloria, ambicion, presumpcion, jactancia y hipocresía. Pues conforme á esto se podrá acusar de cada una destas especies por la forma siguiente.

Acerca de la vanagloria, mire si se glorió en cosas malas, como en se haber vengado ó apaleado á otro, ó deshonrádolo, etc.

Si se glorió en cosas vanas ó indignas de gloria, como la hermosura de rostro, gentileza de cuerpo, atavíos de la persona, acompañamientos de criados, riquezas, linaje, ó otras cosas semejantes, que son de poca substancia.

Si se glorió vanamente en cosas buenas y dignas de gloria, como son virtud, sabiduría, prudencia, habiendo de dar la gloria destas cosas á Dios.

Si se glorió en lisonjas ó loores humanos, tomando en ellos contentamiento demasiado, y no dando á Dios la gloria de todo.

Acerca de la ambicion, si es ambicioso y deseoso de honra y gloria demasiadamente, y hace lo que no debe por ella.

Si es tan temeroso de ignominia ó infamia, ó de ser

malquisto, que por huir destos inconvenientes hace lo que no debe, ó deja de hacer lo que debe.

Si por miedo de lo que podrian decir, deja de hacer algunas cosas buenas, como es confesar, comulgar, ir á misa, tratar con buenos, etc.

Acerca de la presumpcion, si presume vanamente de lo que no es, teniéndose por mas virtuoso, letrado, prudente y noble de lo que es.

Si presume mucho de lo que es, no dando dello la gloria á Dios.

Si confía mucho en su proprio parecer, saber y virtud.

Si por esta causa no recibe consejo, ó correccion, ó castigo de otro.

Si por la mesma causa defiende sus culpas manifiestas, buscando excusas en los pecados.

Si por no quedar vencido porfía contra lo que entiende ser verdad y razon.

Si ha despreciado á otros y tenídolos en poco, diciendo algunas palabras en desprecio dellos.

Si con esta presumpcion rió y escarnesció de las ignorancias ó faltas ajenas.

Acerca de la hipocrisía, si procuró de parecer lo que no es, ó mas sancto de lo que es, para ganar vanamente honra de bueno entre los hombres.

Acerca de la jactancia, si se jactó ó alabó á sí ó á sus cosas vanamente.

Si se loó de algun pecado que hiciese, como es haber deshonrado alguna mujer, ó de haber injuriado y maltratado á otro.

Si se alabó de lo que no hizo (mayormente siendo pecado), por parecer hombre de valor, ó ser tenido en mas.

SEGUNDO.

Avaricia.

Si es avaro y escaso, ó atesoró sin causa razonable.

Si por el contrario es pródigo y desperdiciador.

Si gasta mas de lo que tiene, por lo cual viene á ponerse en necesidad, y faltar en las obligaciones de su casa, y no proveer á sus criados y hijas, ó á meterlas monjas por fuerza.

Si tiene grande y desordenada aficion al dinero; por donde se olvida de Dios y de las cosas de su ánima, por servir desordenadamente á las cosas de la hacienda.

Si deseó la muerte á alguno por alguna herencia ó provecho que dél esperaba.

TERCERO.

Lujuria.

Desta se dijo ya en el sexto mandamiento.

CUARTO.

Ira.

Acerca de la ira mire primeramente si consigo mesmo tuvo ira, deseando ó pidiéndose la muerte.

Si con ira y rabia puso las manos en sí mesmo.

Si se ofresció al demonio, ó echó maldiciones ó plagas sobre sí.

Para con su prójimo, si tuvo ira ó indignacion contra su prójimo sin causa.

Si le dijo palabras de ira, y desentonadas.

Si le dijo palabras injuriosas: como ladron, borracho, necio, etc.: no siendo su criado ó esclavo, es mortal.

Si le dijo con ira las faltas ó culpas en que habia caido, por le afrentar.

Si con la mesma ira dijo las mesmas palabras, ó descubrió las mesmas culpas en ausencia de la persona.

Si echó maldiciones, ó ofresció á los demonios las criaturas de Dios, ó pidió peticiones contra ellas, ora sean sus criados, ora no (aunque sea diferente la una culpa de la otra).

Si es porfiado y colérico, rencilloso ó desentonado en sus palabras y porfías.

Si puso por obra la ira del corazon poniendo las manos en otro.

QUINTO.

Gula.

Si quebró los ayunos de la Iglesia.

Si comió carne en dias vedados sin causa suficiente.

Si comió tan excesivamente, ó tales manjares que hiciese daño á la salud.

Si come ó bebe mucho, ó muchas veces, ó con mucha golosina y apetito.

Si es muy amigo de manjares preciosos y curiosamente aparejados, y gasta en esto largo.

SEXTO.

Invidia.

Si deliberadamente tuvo pesar del bien ajeno, ó de que otro le llevase la ventaja: como si es cortesano, de que otro prive mas que él, ó sea primero ó mejor despachador que él, etc.

Si se alegró del mal de su prójimo, ó de le ver caido de su honra.

Si dijo mal dél por deshacer en su persona y fama, y hacer la suya propria á costa ajena.

Si descubrió alguna falta encubierta dél, para que publicados sus defectos, no sea tan estimado.

Si por esta causa le pesó cuando oyó decir bien dél.

SÉPTIMO.

Accidia.

Si por pereza dejó de hacer buenas obras, como es oir misa, rezar; mayormente cuando eran cosas de obligacion.

Si hace las obras de Dios friamente, y con tibieza y negligencia.

Si es inconstante en desistir de los buenos propósitos que propone, y dejar sus devociones y sanctos ejercicios por cualquier ocasion.

Si los anda dilatando de dia en dia.

Si duerme mas de lo necesario.

Si gasta mal su tiempo en pensamientos derramados, palabras ociosas y obras infructuosas.

Si con las adversidades y trabajos se entristece demasiadamente.

Si por el contrario se levanta y ensoberbece demasiadamente con las prosperidades, favores y buenos sucesos, no dando por eso la gloria á Dios.

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Acerca destas se acuse primeramente si fué negli-

gente en las obras de misericordia espirituales, especialmente en dejar de aconsejar, ó avisar, ó reprehender á las personas á que pudiera aprovechar con algo desto, mayormente á las que él tenia obligacion.

Si cuando esto hizo, lo hizo con tanta ira y tan poca moderacion, que hiciese mas daño que provecho.

Si no se compadesce de tantas calamidades, y herejías, y males como hay hoy en el mundo; y si no ruega á Dios por ellos.

Acerca de las obras de misericordia corporales, mire si ayuda á sus prójimos en sus trabajos y necesidades; y si hace limosna á los pobres conforme á su posibilidad.

Si se enfada con ellos, ó murmura dellos, ó les da malas respuestas, como importunado dellos, ó hace burla dellos.

DE OTRAS ACUSACIONES MAS PARTICULARES.

Despues destas acusaciones, que son communes á todo género de personas, hay otras especiales, que pertenescen á tales ó tales maneras de estados ó personas: como son obispos, curas de almas, clérigos, religiosos, mercaderes, médicos, procuradores, jueces, testigos, señores de vasallos, padres de familias y otras semejantes, las cuales se deben acusar despues destas acusaciones generales, de lo que toca á las obligaciones de sus estados y oficios. Y así los perlados y curas de almas se deben acusar de la falta de residencia y cuidado que tienen de apascentar sus ovejas con doctrina, ejemplo y oracion.

Los clérigos, de su rezar y celebrar.

Los religiosos, de sus votos y de las obligaciones de su órden.

Los jueces, si por respectos humanos ó sobornos, torcieron la justicia ó la dilataron, etc.

Los procuradores, si defendieron causas injustas, ó procuraron dilatarlas, ó no pusieron diligencia en estudiarlas.

Los reos, ó actores, si traen demandas injustas, ó procuran dilatarlas contra justicia, ó esconden, ó rompen escripturas que la declaran, ó pervierten los oficiales con soborno, favores ó adherencias.

Los testigos, si juran llanamente la verdad, y sin cautelas y calumnias, etc.

Los mercaderes se acusen de los tratos ilícitos en que tratan, y de las compras y ventas injustas, etc. Y así todos los demas, cada uno en su estado.

AVISOS GENERALES PARA CONOCER CUÁL SEA PECADO MORTAL, Y CUÁL VENIAL.

En todas estas maneras de pecados que aquí se han apuntado, convenía declarar lo que era pecado mortal, y lo que venial; pues nos consta que el pecado mortal somos obligados á confesar de necesidad, mas no el venial, sino por voluntad. Mas porque esto no se puede bien declarar en pocas palabras, bastará por agora dar algun aviso general para esto, remitiendo lo demas al juicio del prudente confesor.

Pues para conoscer cuál sea pecado mortal, y cuál venial, se suelen poner las reglas siguientes. La primera y muy general es que todo aquello que es contra caridad, es pecado mortal; y por caridad entendemos amor de Dios y del prójimo. Pues segun esto, todo lo que fuere contra la honra de Dios, ó bien del prójimo en materia grave, será pecado mortal: como es hacerle daño en su honra, ó en su hacienda, ó en cosa semejante. Porque esto apaga la caridad, en la cual consiste la vida espiritual del ánima. Y por eso con razon se llama pecado mortal, porque quita la vida espiritual. Mas lo que no es contra caridad, sino fuera della, es pecado venial: como son palabras ociosas, que á nadie hacen daño, ó alguna vanagloria, ó ira, ó pereza, ó gula (que es comer mas de lo necesario), ó cosa semejante.

La segunda regla mas especial es que todo lo que es contra alguno de los preceptos de Dios ó de su Iglesia, es pecado mortal. Como lo que se hace contra el precepto que dice: No hurtarás, ó no fornicarás, etc., ó contra el mandamiento de la Iglesia que manda pagar diezmos, ó confesarse una vez en el año, y comulgar por Pascua, etc.

Mas aquí es mucho de notar que lo que de su naturaleza es pecado mortal, puede ser venial por una de dos vías: esto es, ó por ser la cosa poca (como quien hurtase un racimo de uvas, ó cosa semejante), ó por ser la obra imperfecta, por faltarle entero consentimiento y deliberacion; como puede acontescer en los malos pensamientos no consentidos, pero mal resistidos: donde lo que de suyo era pecado mortal, por la imperfeccion de la obra no es mas que venial.

Tambien aqui se debe considerar que hay tres maneras de preceptos: unos son negativos (como no matarás, etc.), los cuales obligan siempre y por siempre, que es por todo tiempo. Otros hay afirmativos (como dar limosnas tener contricion de los pecados, amar á Dios), y estos obligan siempre, mas no por siempre, sino en tiempo de necesidad; porque entónces corre su obligacion. Otros son compuestos de entrambos: esto es, afirmativos y negativos, como es el restituir lo ajeno. Porque este manda restituir, y manda no tener lo ajeno; y estos tales mandamientos obligan de ambas maneras, siempre y por siempre. Y por esto no basta que el que debe tenga propósito de restituir adelante, sino es necesario que luego restituya; porque no tenga lo ajeno contra voluntad de su dueño, lo cual es mandamiento negativo, que obliga (como dijimos) siempre y por siempre. Y el que desta manera tiene lo ajeno, mire por sí y restitúyalo, como está declarado.

DE LA TERCERA PARTE DE LA PENITENCIA, QUE ES LA SATISFACCION.

CAPITULO PRIMERO.

Despues de la contricion y confesion síguese la satisfaccion, que es la tercera parte de la penitencia, á la cual pertenesce satisfacer á la honra de nuestro Señor, por las ofensas hechas contra él, tomando justa venganza de quien así le ofendió. La razon desto tratamos en otra parte, hablando del ayuno, la cual repetimos aquí; pues este es tambien su proprio lugar. Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado á las penas puestas contra los quebrantadores dellas, así tambien el que quebranta las leyes de Dios está obligado á cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la justicia de Dios.

Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida ó en la otra, esto es, ó en el infierno, ó en el purgatorio, ó en este mundo. En el infierno páganse con pena eter-

na; en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa que, como dice Sant Augustin (*a*), ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fuéron los mayores del mundo. Pues desta tan grande y tan temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparacion menores; porque como Dios en estas cosas no mira tanto á la grandeza del trabajo, cuanto á la voluntad del sacrificio; porque lo que en este mundo se padesce es voluntario, y lo otro necesario; de aquí es que una pena voluntaria desta vida, sin comparacion, vale mas y satisface mas que muchas necesarias de la otra.

Mas diréis: Padre, pues el sacramento de la penitencia no vale para eso, ¿cómo vale el baptismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena? A esto se responde que hay grande diferencia entre el un sacramento y el otro; porque el sacramento del baptismo es una espiritual regeneracion y nascimiento del hombre interior: por donde así como una cosa que nasce de nuevo deja luego de ser lo que era y recibe otro nuevo sér, sin quedar allí nada de lo que ántes era; como cuando de una simiente nasce un árbol, la simiente deja de ser, y el árbol recibe nuevo sér; así cuando un hombre espiritualmente nasce, luego deja de ser aquel hombre viejo que ántes era (que era hijo de perdicion y de ira), y comienza á ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así libre de culpa y de pena. Mas el sacramento de la penitencia no libra de los pecados pasados como regeneracion, sino como medicina, la cual unas veces sana perfectamente y otras no; sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que despues á la larga con buen regimiento se han de gastar. Desta manera la penitencia unas veces sana perfectamente, librando al hombre de culpa y de pena, cuando en ella interviniere alguna perfectísima contricion (como fué la de la Magdalena y otras tales), mas otras veces (cuando la contricion no es tan perfecta), aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y esta que queda se ha de purgar ó en esta vida ó en la otra. Desto tenemos ejemplo aun en las cosas humanas. Porque si un caballero comete un delicto contra el Rey por el cual merescia pena de muerte, puede él hacerle despues tan grandes servicios que merezca la gracia del Rey y perdon general de toda esta pena, y puédelos tambien hacer tales que no merezca tanto, sino algo ménos, conviene saber, la gracia del Rey, y conmutacion de la pena de muerte en algun destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absolom (*b*). Porque habiendo este muerto á su hermano Amnon, y estando tan justamente el padre indignado contra él, despues de tres años de ausencia le perdonó la culpa pasada; mas con tal condicion que no entrase en su palacio real, ni pareciese delante dél. Pues desta manera, cuando la contricion del penitente no es tan consummada y perfecta, perdona Dios al hombre por virtud del sacramento la culpa, y tambien la pena eterna que por ella merescia, y parte de la temporal; pero no quiere que luego entre este tal en su palacio celestial y vea su cara, hasta que esté purgado en esta vida ó en la otra. De la manera se hubo el mesmo Dios con el mesmo David (*c*), á quien (por razon de su confesion y arrepentimiento) perdonó la culpa del adulterio en que habia caido, y restituyó en su amistad y gracia, la cual habia perdido (*d*); mas despues desto le envió grandes azotes y calamidades por el pecado perdonado (*e*).

Mas ¿qué pecado hubo en el mundo mas perdonado que el de Moysen y Aaron en las aguas de la contradiccion (*f*)? Y con todo esto, perdonado el pecado, quedó siempre viva la pena que la divina justicia sentenció contra él, que fué privar á aquellos dos tan sanctos varones de la entrada en la tierra de promision.

Pues así acaesce por la mayor parte en este sacramento, donde por virtud de la Pasion de Cristo (que en él obra) se perdona la culpa y se alcanza la divina gracia; pero queda el hombre obligado por la imperfeccion de su contricion á ciertos grados de pena, segun las tasas de la divina justicia.

Y como haya muchas maneras de obras virtuosas que ayuden al descargo desta pena, señaladamente sirven para esto las que son mas penosas y trabajosas á nuestra carne. Porque, como dice Sant Gregorio (*g*), pues la carne con sus apetitos y deleites nos trajo á la culpa, ella mesma, afligida y azotada, es razon que nos descargue della. Y pues por dar contentamiento á ella descontentamos á Dios, la razon pide que descontentemos y aflijamos á ella para aplacar á Dios.

CAPITULO II.

Del orígen y causa de la satisfaccion.

Vista ya la necesidad que tenemos de la satisfaccion, veamos agora el orígen y principio della, para que por aquí entendamos mejor cuál deba ella de ser. Pues para esto debemos acordarnos de lo que al principio deste tratado dijimos: conviene saber, que la verdadera penitencia y la gracia de la conversion del pecador era la mayor gracia y misericordia que se podia hacer en esta vida. Porque aunque sea mayor cosa la gloria que la gracia (pues la una es gracia comenzada, y la otra gracia consummada); pero mayor gracia es sacar Dios á un hombre de pecado y ponerlo en estado de gracia, que despues de puesto en gracia darle la gloria.

Y demas desto, así como el baptismo (que es la puerta de los sacramentos y principio de la regeneracion del hombre) trae consigo (cuanto es de su parte) todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, juntamente con la gracia, de quien todos estos bienes proceden; así tambien la verdadera penitencia (que es el principio de nuestra resurreccion) trae tambien consigo todos estos dones y tesoros; y señaladamente trae una nueva luz y conoscimiento de las cosas espirituales y divinas, para las cuales estaba el hombre ántes casi ciego, como quien estaba en la region de las tinieblas y sombra de muerte; y trae una nueva caridad y amor de Dios, que es la forma de la verdadera penitencia y de todas las virtudes, y la que causa en nuestra ánima admirables afectos y sentimientos pertenecientes á esta virtud; porque como el amor natural es principio de todos los otros afectos y pasiones naturales, así el amor sobrenatural de Dios lo es de todos los afectos y sentimientos espirituales, y tanto mas cuanto él fuere mayor. Y así como son diferentes las gracias de las conversiones, en unos mayores (como fué la de Sant Augustin, y Sant Pablo, y otros muchos) y en otros menores (como suelen ser por la

(*a*) De vera, et falsa pœnitentia, c. 18. tom. 4. (*b*) 3. Reg. 14. 2. Reg. 5. (*c*) 2. Reg. 12.

(*d*) Psalm. 50. (*e*) 2. Reg. 24. (*f*) Num. 20. (*g*) In Evang. hom. 34. et Past. adm. 30. 31.

mayor parte las ordinarias y cuotidianas), así tambien son mayores ó menores los afectos y movimientos interiores que causa esta virtud.

Pues esta virtud causa en el ánima un tan grande arrepentimiento y descontentamiento por haber ofendido á Dios, que quisiera el hombre haber ántes padescido mil maneras de tormentos, que haber ofendido á tal Señor. Causa tambien un grande temor de la divina Majestad, á la cual ve que desacató y provocó á ira con tantas ofensas; por las cuales conosce haber incurrido en la indignacion de su furor. Causa tambien una grandísima vergüenza de parecer ante su divina presencia, como la que tendria una mujer, que hubiese errado, á su marido, cuando despues de perdonada la recibiese en su casa: cual era la que tenia aquel publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos al cielo de pura vergüenza y confusion (*a*). Causa tambien un grandísimo deseo de satisfacer á Dios con debida penitencia por la ofensa que le hizo, y grandísimo deseo de tomar venganza de quien le fué ocasion desta ofensa, que fué su propria carne; porque cuando considera que esta fué la que con sus apetitos y halagos le hizo extender los brazos al desordenado amor de las criaturas, y apartarse del amor y obediencia de su legítimo esposo y Señor, embravécese en tanta manera contra ella, que la querria despedazar y martirizar, como á causadora de todo su mal.

Y para mejor entenderse todo esto, imagina lo que haria una doncella castísima, si despues de desposada en ausencia con un hombre noble y principal, alguna mala hembra la engañase, haciéndola creer que otro que aquel era su esposo; y así ella creyendo todo esto, se entregase á él y lo tratase como á tal. Dime pues: la que este engaño hubiese padescido, y viese que aquella mala hembra fué la que así la engañó y deshonró, ¿qué haria? qué diria? y qué coraje tomaria contra ella? Sin dubda le pareceria poco beber la sangre de quien así la hubiese deshonrado; puesto caso que esto no deje de ser pecado. Pues el ánima á quien Dios ha abierto los ojos, y dado una particular y nueva luz, con la cual tan perfectamente conosce que él era su verdadero y legítimo esposo, y el último fin para quien habia sido criada; y por otra parte ve que por engaño desta tan mala hembra (que es su propria carne) vino á extender los brazos de su amor á las criaturas, abrazándolas con aquel amor que á solo él se debe, cuando ve que la causa deste adulterio fué su carne, ¿cómo ha de tener paciencia con ella? Cómo no la ha de afligir y maltratar, y tomar venganza de quien tanto mal le hizo? Pues de aquí nascen los excesos que suelen hacer algunos penitentes al principio de su conversion, á los cuales no podeis quitar de las manos la disciplina, ni el cilicio, ni el ayuno, ni otras semejantes asperezas, con que muchas veces vienen á hacer grandes excesos, y estragar la salud, si no procuran tener en esto mucha cuenta y discrecion.

Tal era el espíritu de penitencia que declara el sancto Job en aquellas palabras que dice (*b*): Pequé. ¿Qué quieres que te haga, ó guardador de los hombres? Como si mas claramente dijera, segun expone Sant Augustin: Yo confieso, Señor, mi pecado; y es tan grande la pena que por esto tengo, que ninguna pena rehusaré de padescer por él. Mira tú, Señor, qué quieres que haga; que aparejado estoy para todo lo que quisieres hacer de mí. No tengo otra cosa que ofrescer sino un corazon dispuesto para todo lo que tú mandares hacer. Si mandares que arda en vivas llamas, ó que este mi cuerpo sea despedazado, ó que padezca otro cualquier tormento (por grande que sea), corazon tengo aparejado para ello. Aquí me ofrezco atado de piés y manos, y derribado á tus piés. No huyo, no apelo de tu sentencia, no declino jurisdiccion, no pongo excusas, ni suplico que me descargues de las penas, sino que me sentencies á tu voluntad. Sé tú el cuchillo, yo seré la carne; corta, Señor mio, por donde quisieres, con tal que me perdones las culpas que cometí.

Desta manera tambien se afligia el sancto rey David, cuando en un psalmo de su penitencia decia (*c*): Afligido estoy y humillado, y doy bramidos de lo íntimo de mi corazon. Señor, delante de vos está mi deseo; y mi gemido no es á vos escondido. Mi corazon se ha turbado, y mis fuerzas han desfallescido, y ya me falta la lumbre de los ojos. Desta manera se afligia este sancto penitente, y así se habian tambien de afligir, y humillar, y castigar los que á tal Señor ofendieron; porque (como dice un doctor) el ánima que contra la voluntad de Dios, desamparado el Criador, se deleitó desordenadamente en la criatura, justo es que purgue y pague con trabajos voluntarios el deleite voluntario con que se cegó. Y pues á la culpa naturalmente se debe pena (con la cual se corrige y ordena la culpa), justo es que abrace y procure las penas quien osó cometer tantas culpas. Y pues el hombre pecando desamparó el summo bien, y lo trocó por una vilísima criatura (que es grandísima injuria y menosprecio de aquella soberana Majestad), justo es que se humille, y desprecie, y abaje voluntariamente hasta el polvo de la tierra quien así menospreció tan gran Señor.

Desta manera pues trabajan por satisfacer á Dios aquellos á quien él abrió los ojos con esta lumbre del cielo, con la cual conosciendo la inmensidad y grandeza de la divina bondad, en ella conoscen la grandeza de su humildad, y conforme á esto le desean satisfacer. Para cuya confirmacion, y juntamente para ejemplo y confusion de la tibieza de nuestros tiempos, me pareció poner aquí un pedazo de historia del rigor y aspereza admirable de unos sanctos penitentes que Sant Juan Clímaco vió en un monasterio, la cual refiere este sancto varon como testigo de vista, casi por estas palabras (*d*):

Como yo viniese á este monasterio, vi en él cosas que ni el ojo del perezoso vió, ni la oreja del negligente oyó, ni en el corazon del tibio y descuidado pudieron caber. Vi palabras y obras poderosas para hacer fuerza (si decirse puede) al omnipotente, é inclinarlo á misericordia. Vi muchos de aquellos sanctos penitentes que se estaban toda la noche al sereno velando, sin moverse de un lugar, y cuando ya el sueño los vencia, peleaban consigo mesmos; y deshonrándose con palabras injuriosas, quitaban el sueño de los ojos á fuerza de brazos, por no dar á sus cuerpos aquel poco de reposo. Otros vi los ojos puestos en el cielo, pidiendo siempre con lágrimas y suspiros perdon y misericordia; y otros por el contrario decian con el Publicano (*e*) que no eran dignos de levantar los ojos al cielo, ni hablar con Dios; y así tenian sus rostros inclinados á la tierra, ofreciéndole sus ánimas calladas y enmudecidas, llenas de temor y

(*a*) Luc. 18. (*b*) Iob. 7. (*c*) Psalm. 37. (*d*) Scala Spirit. c. 5, de pœnitentia. (*e*) Luc. 18.

de confusion. Otros estaban vestidos de sacos y cilicios, derribados los rostros sobre sus rodillas, hiriendo muchas veces la frente en la tierra con amargura de corazon. Entre estos habia algunos que tenian el suelo bañado con muchas lágrimas; y otros que, porque les faltaban estas lágrimas, dolorosamente se quejaban. Muchos dellos (como se suele hacer sobre los muertos) hacian llanto sobre sus ánimas, llorando y lamentando la caida y la muerte dellas. Otros á manera de leones bramaban y gritaban en lo íntimo de sus corazones, reprimiendo dentro de si los gemidos; y á veces (cuando ya no se podian contener) prorumpian súbitamente en grandes voces y alaridos. Vi algunos dellos en el parecer, y en las obras y pensamientos, tan enajenados de si mesmos, como si fueran unas estatuas de piedra; porque la grandeza de la tristeza los habia hecho casi insensibles á todas las cosas; los cuales tenian sus ánimas como sumidas en el abismo de la humildad, y con el continuo fuego de la tristeza habian secado ya las fuentes de las lágrimas.

Y un poco mas abajo prosigue el sancto varon, y dice así: Allí viérades aquellos sanctos penitentes andar entristecidos é inclinados hácia la tierra; los cuales menospreciando ya el cuidado de su carne, mezclaban el pan que comian con ceniza, y la bebida con lágrimas (*f*). No se oian entre ellos otras palabras, sino estas: ¡Miserable de mi! Miserable de mi! Justamente, justamente. Perdona, Señor; perdona, Señor. Muchos dellos tenian las lenguas sacadas afuera, á manera de perros sedientos, traspasados y desequidos con la grandeza de la sed. Otros se estaban quemando al resistidero del sol en medio del estío, y otros por el contrario se dejaban estar helando en medio del invierno al frio y al sereno. Algunos tomaban una poquita de agua para refrescar la lengua, sin beber todo lo que era necesario, y otros asimesmo comian un poquito de pan, y lo demas arrojaban de sí, diciendo que no eran merecedores de comer manjar de hombres, pues habian hecho obras de bestias.

Entre tales ejercicios ¿qué lugar tendria allí la risa ó las palabras ociosas, ó la ira, ó el furor? ¿Dónde estaban allí las fiestas? Dónde el cuidado y servicio del cuerpo? Dónde siquiera algun pequeño humo de vanagloria? Dónde los regalos y deleites de la gula? Todo su cuidado era dar voces al Señor dia y noche, y sola se oia entre ellos la voz de la oracion. Unos habia que hiriendo reciamente sus pechos (como si estuvieran llamando á las puertas del cielo) daban voces, y decian: Abrenos, piadoso Juez, la puerta que nosotros con nuestras maldades cerramos. Otro decia: Muestra, Señor, tu cara sobre nosotros, y serémos salvos (*g*). Otro decia: Aparece, Señor, á estos pobres y miserables que están asentados en tinieblas y sombra de muerte. Otro decia: Presto seamos, Señor, prevenidos con vuestras misericordias; porque en gran manera somos empobrecidos (*h*). Otros decian: ¿Por ventura el Señor terná por bien algun dia de alegrarse sobre nosotros? Por ventura oirémos algun dia aquella dulce voz que diga á los presos: Salid ya los que estáis en tinieblas, recebid la luz.

Tenian siempre la muerte ante los ojos, y hablándose los unos á los otros, decian: ¿Cómo pensais que nos acaescerá en esta hora, y qué tal será nuestro fin? ¿Por ventura será ya revocada la sentencia de nuestra condenacion? Por ventura habrá ya llegado nuestra oracion al Señor? Y si ha llegado, ¿cómo habrá sido recebida? Cuánto nos habrá aprovechado? Qué tanto le habrá aplacado? Porque saliendo ella de tan sucios labios, poca gracia habia de hallar delante dél. ¿Quién sabrá si por ventura los sanctos ángeles (á quien fuímos encomendados) se habran ya acercado á nosotros, ó si están todavía apartados de nos por el gran hedor de nuestras culpas? Algunos dellos á estas y otras preguntas respondian: ¿Quién sabe, hermanos, como dijeron los ninivitas (*i*)), si el Señor nos perdonará, y se volverá á nosotros, y no perecerémos? Por tanto perseveremos agora llamando hasta el fin de nuestra vida; porque misericordioso es el Señor, y con nuestra perseverancia se aplacará. Corramos, hermanos, corramos; porque carrera es menester (y muy lijera) para volver al lugar de do caimos: corramos siempre para él, y no perdonemos á esta sucia carne, sino tomemos siempre venganza della, y crucifiquémosla, pues ella primero nos crucificó.

Pues ¿qué cosa era ver sobre todo esto la figura y maltratamiento de sus cuerpos? Los rostros tenian como de defuntos, y los ojos sumidos de flaqueza; las mejillas tenian quemadas y embermejecidas, y los pelos de las cejas caidos con el continuo llorar; en las rodillas tenian hechos callos á manera de camellos, con el continuo uso de la oracion; los pechos tenian quebrantados de dar golpes en ellos, que muchos dellos escupian la saliva mezclada con sangre.

Rogaban estos bienaventurados al padre del monasterio (que era un verdadero ángel entre hombres), que les echase cadenas al cuello y á las manos, y los metiese de piés en un brete, y no los sacase de allí hasta que los llevasen á la sepultura; y aun de la mesma sepultura se tenian por indignos.

Mas cuando ya se llegaba la hora de espirar, entónces era de ver otra cosa de gran temor. Poníanse al derredor de la cama del que moria, y con muy encendidos deseos, con rostros y palabras dolorosas preguntábanle, diciendo: ¿Cómo te va, hermano? Cómo se hace contigo? Qué nos dices? Qué esperanza tienes? Qué piensas que será de tí? ¿Has por ventura alcanzado lo que buscabas? Has llegado á puerto de salud? Hante dado alguna prenda de seguridad? Has sentido dentro de tu corazon alguna nueva luz? Has oido allá dentro alguna voz que te dijese: Tus pecados son perdonados (*k*), ó tu fe te hizo salvo? ¿O por ventura has oido otra voz que te diga (*l*): Deciendan los pecadores al infierno, y todas las gentes que se olvidan de Dios? O atado de piés y manos echadlo en las tinieblas exteriores (*m*)? O sea quitado el malo, para que no vea la gloria de Dios? ¿Qué nos respondes, hermano? Dinos algo (rogámoste) para que de ti sepamos lo que nos está guardado. Porque tu pleito está ya para concluirse, y lo que agora recibieres, nunca para siempre lo mudarás; mas nuestra causa está pendiente, y queda por sentenciar. A estas preguntas algunos dellos respondian: Bendito sea el Señor, que no permitió que fuésemos llevados en los dientes de los enemigos (*n*). Otros mas tristemente respondian, diciendo: ¡Ay de aquella ánima que no guardó su profesion enteramente; porque agora entenderá bien lo que le está guardado!

Pues como yo hubiese visto y oido las cosas susodichas,

(*f*) Psalm. 101. (*g*) Psalm. 79. (*h*) Psalm. 78.

(*i*) Ionæ 3. (*k*) Luc. 7. (*l*) Psalm. 9. (*m*) Matth. 22.
(*n*) Psalm. 123.

quedé tan atónito y espantado, que poco faltó para no caer en un abismo de tristeza, considerando la negligencia de mi vida, y la tibieza de mi penitencia, comparándola con la destos sanctos. Pues ¿qué diré, sobre todo esto, del aposento y de la casa en que moraban? Era tan disforme, y tan escura y hedionda, y estaba tan llena de horror, que verdaderamente, como se llamaba, así lo era, cárcel; y sola la vista y la figura della bastaba para maestra de penitencia.

Todo esto por ventura parescerá increible ó imposible á los negligentes; mas á los verdaderos penitentes, y á aquellos que saben sentir el bien que por el pecado perdieron, otra cosa parecerá. Porque el ánima que perdida aquella primera paz y amistad que tenia con Dios, quebrantó aquellos asientos y contractos que con él tenia capitulados, y perdió el tesoro inestimable de la gracia, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y apagó el fuego de la caridad (de donde las dulces lágrimas procedian), cuando de todo esto se acuerda, es tan fuertemente traspasada de dolor, que no solo lleva todos estos trabajos con paciencia, mas aun se querria despedazar y crucificar, si le fuese permitido. Pues desta manera, acordándose estos bienaventurados padres de la felicidad del estado en que habian vivido, y de aquellos tan sanctos y tan dulces ejercicios en que se habian criado, decian con el sancto Job (o): ¡Quién me hiciese tan dichoso, que estuviese yo agora como en aquellos primeros dias, en los cuales me guardaba Dios! ¡Como estuve en los dias de mi mocedad, cuando secretamente estaba Dios en mi morada! Cuando resplandescia su candela sobre mi cabeza, y con su lumbre andaba yo en las tinieblas! Cuando lavaba yo mis piés con leche, y la piedra me manaba rios de aceite!

Desta manera pues acordándose en particular de cada uno de sus ejercicios pasados, y de los favores y consolaciones que de Dios habian recebido, lloraban amargamente y decian entre sí: ¿Dónde está aquella antigua pureza de nuestra oracion? Dónde aquella tan grande confianza con que orábamos? Dónde las dulces lágrimas en medio de nuestras amarguras? Dónde la gloria de aquella purísima castidad? Dónde aquella fe y lealtad para con nuestro prelado? Dónde aquella virtud y eficacia de nuestras oraciones? Perecieron todas estas cosas, y así como humo desaparecieron.

Y diciendo estas palabras, era tan grande el dolor que destas pérdidas tenian, junto con el aborrescimiento de sí mesmos, que pedian á Dios les diese todo género de tormentos en esta vida para tomar venganza de sus cuerpos, porque les fuéron ocasion de tanto mal. Unos le pedian que les diese aquí alguna gravísima enfermedad; otros que perdiesen los ojos y la vista, y que quedasen hechos un espectáculo de miserias al mundo; otros que los hiciese contrechos y lisiados de piés y manos; para que con estos males presentes meresciesen escapar de los advenideros.

Mas yo, hermanos mios, no sé cómo pude tanto tiempo perseverar entre tantas lágrimas; porque treinta dias estuve con ellos, los cuales acabados, volvíme á aquel sancto padre que presidia en el monasterio. Y como él me viese tan espantado y demudado, entendiendo la causa de mi turbacion: ¿Qué es eso (dijo), Padre Juan? Viste las batallas de los que pelean? Ví (dije), Padre: ví, y estoy maravillado; y tengo por mas dichosos á los que despues de la caida lloran desta manera, que á otros que nunca cayeron, ni se lloran como estos. Porque á los tales me parece que su caida (obrándolo así la divina gracia) les fué ocasion de tan maravilloso levantamiento. Cuasi todas estas son palabras de Sant Juan Clímaco, que da testimonio de todas estas cosas, y de otras aun mas admirables y espantosas, como persona que las vió con sus proprios ojos. Quise escrebir estas aquí para muchos efectos. Lo primero, para que nos confundamos y humillemos vista la tibieza de las penitencias de nuestros tiempos, comparándolas con el fervor y rigor de aquellos padres pasados. Lo segundo, para que veamos hasta dónde llega la virtud de la caridad, y de la lumbre del Espíritu Sancto, la cual está siempre aparejada para todos los fieles, así para los que entónces fuéron, como para los que agora son y serán, si se esforzaren á trabajar como aquellos. Lo tercero, para que con esta esperanza y ejemplo nos despertásemos á hacer algo mas de lo que hacemos, visto lo mucho que estos sanctos hacian, pues ni tenian otros cuerpos que nosotros, ni ménos otro Señor, ó ayudador de sus trabajos. Porque por eso se ponen los ejemplos de cosas mayores, para que no extrañemos siquiera las menores.

Verdad es que no por eso debe luego nadie desmayar, si no hiciere lo que estos sanctos hicieron; porque así como en el cuerpo humano hay muchos miembros, unos mas nobles y otros menos nobles, y en el cielo muchas sillas, unas mas altas y otras mas bajas, así tambien en la Iglesia hay diversos grados de merescimientos, diversas vidas, y diversas penitencias, que disponen para ellas; y lo que es necesario para una vida, no es necesario para otra.

Ni tampoco debemos luego querer hacer todo lo que los sanctos hicieron; porque muchas cosas suyas se nos proponen mas para admiracion que para imitacion; porque lo que viene bien para un gigante, no viene para un enano; y lo que se compadesce con un espíritu muy alto, no conviene para el bajo.

CAPITULO III.

De las tres principales obras con que satisfacemos á Dios.

Pues como sea mas proprio de las obras penales y trabajosas ser satisfactorias, de aquí es que (segun la doctrina de los sanctos y de la Iglesia) ponemos tres maneras de obras satisfactorias: que son, ayunos, limosnas y oraciones. Porque todas estas obras, demas de ser sanctas y virtuosas, son tambien penosas á nuestra carne; y así con el dolor de la pena satisfacen por el deleite de la culpa. Y demas desto como en el hombre haya tres cosas principales, con las cuales muchas veces ofendemos á Dios: que son hacienda, cuerpo y ánima; justo es que con todas ellas le satisfagamos, y que de todas ellas le hagamos sacrificio, el cual se hace con estas tres virtudes. Porque con la limosna le sacrificamos la hacienda, y con el ayuno el cuerpo, y el ánima con la oracion. Y demas desto como todos los pecados sean contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, á todas estas maneras de personas tienen respecto estas tres virtudes; porque el ayuno sirve para nosotros, la hacienda para nuestros prójimos, y la oracion para Dios.

§. I.

De la primera obra satisfactoria, que es el ayuno.

Por tanto el que desea satisfacer á Dios de verás y de

(o) Iob. 29.

todo corazon, en estas tres virtudes principalmente se debe ejercitar; y primero comience por el ayuno, el cual (como dijimos) con el dolor de la pena paga por el deleite de la culpa, y castiga la carne que por la mayor parte fué la causa de todos nuestros pecados. Y demas desto (como dice Sant Bernardo) absteniéndonos, por medio del ayuno, de las cosas lícitas, alcanzamos perdon de las ilícitas; y desta manera con un breve ayuno redimimos el tormento de los eternos ayunos. Porque por el pecado merescimos el infierno, donde ningun manjar hay, ninguna consolacion, y ningun término; donde el rico avariento pide una sola gota de agua, y no la recibe tantos años ha (*a*). Dichoso pues el ayuno, con el cual se redimen tales ayunos, y se excusan tales tormentos. Y (como dice el mesmo Sancto) no solo es el ayuno lavatorio de pecados, sino tambien extirpacion de vicios; no solo alcanza perdon de la culpa, sino tambien meresce gracia; no solo quita los pecados pasados que cometimos, sino preserva tambien de los venideros que podríamos cometer. Porque el ayuno (como dice Pedro de Ravena) es el alcázar de Dios, real de Cristo, muro del Espíritu Sancto, bandera de la fe, señal de castidad, y estandarte de sanctidad. El ayuno, dice Sant Augustin (*b*), purga el ánima, levanta los sentidos, subjecta la carne al espíritu, cria corazon contrito y humillado, deshace las tinieblas de la concupiscencia, apaga los ardores de la lujuria y enciende la lumbre de la castidad. El ayuno es freno de nuestros apetitos, mortificacion de las pasiones, disciplina de la vida, y templanza de la cobdicia. El ayuno es hermano de la pobreza, hijo de la penitencia, madre de la castidad, compañero de la oracion, cuchillo del amor proprio, guarda de nuestra salud y medio eficacísimo para aplacar á Dios, y alcanzar mercedes dél. Con este le aplacaron los ninivitas; con este se humillaban y socorrian siempre los hijos de Israel en sus trabajos; con este se ampararon y defendieron aquellos tres mozos del furor del rey de Babilonia (*c*); con este fué arrebatado Helías en el carro de fuego (*d*); con este recibio Moisen la ley de Dios (*e*), y con este se apercibió el Hijo de Dios para la predicacion del Evangelio (*f*), no por necesidad suya, sino por ejemplo nuestro.

Por tanto el que de véras desea satisfacer á Dios, y tomar venganza de sus enemigos, y gozar de todos estos privilegios, ármese con un sancto y fuerte odio contra sí mesmo: esto es, contra su propria carne, haciendo justicia della, y castigándola con ayunos, vigilias, disciplinas, cilicios, vestiduras ásperas y dura cama, y con todas las mas asperezas que pudiere; porque con esto no solo satisfará á Dios, mas tambien triunfará del mas poderoso de sus enemigos, y hará su cuerpo y espíritu templo vivo del Espíritu Sancto. Mas todo esto se ha de hacer con discrecion y moderacion, porque de tal manera castiguemos el enemigo, que no matemos al hombre, y destruyamos el subjecto de que tenemos necesidad para el servicio de Dios. Porque por esto mandaba Dios en la ley que en todos los sacrificios se ofreciese sal (*g*), para significar la discrecion y templanza que debemos tener en todos estos espirituales sacrificios. Y por falta de esto muchas personas espirituales vinieron á estragar y destruir la complexion, y á faltar á medio camino: donde despues para recobrar la salud fué necesario aflojar en todos los espirituales ejercicios, y (lo que peor es) en la mesma virtud, que depende dellos.

(*a*) Luc. 16. (*b*) Fer. 4. post Dominic. 16. post. Trinit. ordine 150. de tempore, tom. 10. (*c*) Daniel. 1. (*d*) 4. Reg. 2. (*e*) Exod 34. (*f*) Matth. 4. (*g*) Lev. 2.

§. II.

De la segunda obra satisfactoria, que es la limosna.

Mas para que este ayuno sea mas provechoso es necesario acompañarlo con obras de misericordia. Porque, como dice Sant Augustin (*h*), tal es el ayuno sin caridad y sin limosna, cual es la lámpara sin el ólio. Y en otro lugar dice el mesmo Sancto: Vosotros, hermanos, dad limosna para que vuestras oraciones sean oidas, y para que Cristo os ayude á emendar la vida, y os perdone los pecados pasados, y os libre de los males advenideros, y os dé los bienes perdurables. A este propósito tambien dice Pedro de Ravena que aunque el ayuno quita las enfermedades de los vicios, y las pasiones de la carne, y las causas de los pecados; mas no da perfecta salud sin el ungüento de la misericordia, y sin el rio de la piedad, y sin el socorro de la limosna. El ayuno, dice él, sana las heridas de los pecados, mas no quita las señales dellos sin el bálsamo de la misericordia. Esta, dice el sancto Tobías (*i*), libra del pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas. Y el Eclesiástico dice que así como el agua mata al fuego, así la limosna mata al pecado (*k*). Sobre lo cual dice Sant Ambrosio (*l*): Grande es por cierto la fuerza de la limosna, que con la fuente de su benevolencia apaga las llamas de los pecados, y con el rio de su largueza mata el encendimiento de los vicios; de tal manera que aunque esté Dios ofendido y provocado á ira, perdona por virtud de las limosnas al que determinaba castigar por sus culpas. Y Sant Augustin dice (*m*): Así como se apaga el fuego del infierno con el lavatorio del agua saludable del baptismo, así tambien se apaga la llama de los pecados con las limosnas y obras de justicia. De suerte que el perdon de los pecados que una vez se dió en el baptismo, nos lo da cada dia el ejercicio de las limosnas, como otro segundo baptismo. Bien es verdad que no es en todo la comparacion semejante; mas grande alabanza y gloria es de la limosna ser comparada con este lavatorio celestial, que es fuente y puerta de la vida. Por donde el profeta Daniel no halló otro medio para librar al rey Nabucodonosor de aquella tan rigurosa sentencia del cielo que contra él estaba fulminada, sino aconsejarle que se acogiese á esta sagrada áncora de la limosna, y así le dijo (*n*): Toma, Rey, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con obras de misericordia hechas á pobres. Porque sabia muy bien este profeta cuán gran parte era para hallar misericordia delante de Dios, usar de misericordia con los hombres, pues es cierto que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos (*o*); y por esto el dia del juicio se ha de hacer tan grande fiesta de las obras de misericordia, pues ellas han de ser allí el arancel por donde se han de juzgar nuestras vidas. Sobre lo cual dice Sant Augustin (*p*): Escripto está: Redime tus pecados con limosnas. Por esta razon principalmente hace caso el Señor de las limosnas; porque por ellas finalmente viene á galardonar los suyos. Como si mas claramente dijese: Dificultosa cosa es haber de examinar diligente-

(*h*) Ex Ser. 2. Dom. 5. post Trin. ordin. de temp. 206. et Dom. 15. ord. 227. et Sabb. post Quinquag. ord. 62. (*i*) Tob. 4. (*k*) Eccl. c. 3. (*l*) Tom. 1. De Elia. et ieiun. et tom. 2. de Elecm. serm. 1. (*m*) Ubi suprà serm. 227. tom. 10. (*n*) Daniel. 4. (*o*) Matth. 25. (*p*) Dom. 15. post Trin. in princ. ord. 227. tom. 10.

mente vuestras vidas, y usar con vosotros de misericordia. Mas con todo esto id al reino eterno, porque tuve hambre, y distesme de comer, etc. De manera que no vais al reino porque no pecastes, sino porque redemistes vuestros pecados con limosnas; mas á los malos por el contrario dirá: Id al fuego eterno, no solo porque pecastes, sino porque no redemistes vuestros pecados con limosnas; porque si estas hubiérades hecho, ellas os libraran agora deste castigo. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Pero mas que esto añade aun Pedro de Ravena, diciendo: Maravillosa cosa es ver cuán sabroso es á Dios el mantenimiento del pobre, pues en el reino del cielo, y en presencia de los ángeles, y en aquella tan grande congregacion de los resuscitados no se hace mencion, ni de la muerte que padesció Abel, ni del mundo que salvó Noé, ni de la fe que tuvo Abraham, ni de la ley que dió Moisen (*q*), ni de la cruz en que subió Sant Pedro; sino del pan que se dió al pobre (*r*). Por donde maravillado Sant Crisóstomo de la eficacia y hermosura desta virtud, dice así en un sermon (*s*): La limosna es amiga de Dios, y siempre se halla cerca dél. Ella alcanza gracia para quien quiere, suelta las ataduras de los pecados, hace huir las tinieblas, y apaga las llamas de nuestras pasiones. A ella están abiertas las puertas del cielo; y así como á reina, ninguno de los porteros le osa preguntar: ¿Quién sois? ni qué quereis? Antes la salen todos á recibir benignamente. Vírgen es, y alas tiene de oro, y los vestidos de hermosura; su rostro es blanco y manso, y con las alas y lijereza que tiene siempre asiste ante la presencia de Dios.

Pues como sea tan grande la eficacia desta virtud, el que desea satisfacer á Dios y alcanzar la misericordia que desea, vaya vestido desta vestidura, ejercitándose en obras de misericordia, compadesciéndose de las miserias de los pobres, y ayudándoles si pudiere con su hacienda, y si no pudiere, con su consejo, con su industria, con su oracion y con su intercesion, y (cuando mas no pudiere) á lo ménos con la compasion de sus trabajos; pues, como dice Sant Gregorio (*t*), no ménos da el que de corazon se compadece, que el que da de lo que tiene; porque el uno da su hacienda, mas el otro da su ánima.

Pero aquí es mucho de notar lo que Sant Augustin escribe á este propósito, diciendo (*v*) que como haya muchas maneras de misericordia, con las cuales alcanzamos perdon de los pecados, ninguna es mayor que perdonar de corazon á quien contra nosotros pecó. Conforme á lo cual dice Pedro de Ravena: O hombre, mira que no puedes estar sin pecado, y quieres que siempre te perdonen tus pecados. Pues para esto perdona siempre, cuando quieres que perdonen á tí. Y si así lo hicieres, entiende que perdonando á otro, tú mesmo diste perdon á tí. Cuasi lo mesmo dice tambien Cesario por estas palabras: El que no tiene con qué redemir captivos, ni vestir desnudos, trabaje por no tener en su corazon odio contra sus prójimos, y de no dar mal por mal á sus enemigos; mas ántes los ame y haga oracion por ellos, y esté muy confiado en la misericordia y promesas de su Señor, diciéndole: Dame, Señor, porque dí; y perdóname porque perdoné.

(*q*) Gen. 4. et 8. et 15. Exod. 35. (*r*) Ioan. 21. (*s*) Sup. Epist. ad Hebr. Hom. 32. Mor. (*t*) Lib. 20. Moral. c. 27. (*v*) In Appendice de div. ser. 35. ordine, de tempore 59. infra medium et Fer. 6. Post Quinquag. ser. 3. prop. fin. tom. 10.

§. III.

De la tercera obra satisfactoria, que es la oracion.

Sobre todo esto ayuda la oracion no solo á la tercera parte de la penitencia, que es la satisfaccion, sino tambien á la primera, que es contricion, pues por ella infunde muchas veces el Señor este espíritu en las ánimas de los pecadores, y por ella tambien alcanzan el perdon de sus pecados, pues con esta lo alcanzó aquel publicano del Evangelio (*x*); y con esta mesma lo alcanzó tambien el hijo pródigo (*y*). Por lo cual nos aconseja el Profeta que nos volvamos á Dios por este medio, diciendo (*z*): Llevad con vosotros palabras, y volveos al Señor, y decidle: Quita de nos, Señor, toda maldad, y recibe nuestros buenos corazones, y ofrescerte hemos los becerros de nuestros labios. Pues con esta manera de palabras negocia con Dios la oracion, y amansa aquel divino pecho, mas que de diamante para los soberbios, y mas que de cera blanda para los penitentes y humildes. Si no, dime: ¿quién hasta hoy llamó al Señor con este corazon, que no sintiese luego en su ánima los indicios y mensajeros de su clemencia? Así lo tiene él prometido por el Profeta, diciendo (*a*): Quien quiera que desta manera invocare el nombre del Señor, será salvo.

Mas para que esta oracion pueda mejor subir á lo alto, es necesario ponerle las dos alas, de que ya tratamos (*b*), que son ayuno y limosna. Porque con estas vuela ella muy lijeramente, y no pára hasta llegar á Dios. La razon desta combinacion y hermandad es, porque la misericordia que hace la oracion no parezca ante Dios vacía, ni se pueda llamar ruegos secos. Y asimesmo haciendo misericordia con el prójimo, provoca á Dios á hacerla consigo, como lo dice Sant Joan Clímaco por estas palabras (*c*): Si eres amigo de la oracion, seráslo tambien de la misericordia; porque esta hará que seas misericordiosamente oido de Dios, pues tambien oiste al prójimo por su amor. Mas el ayuno ayuda á la oracion, disponiendo al hombre para ella; porque descargando el cuerpo del peso de los manjares, lo hace mas lijero para volar á lo alto. Por donde la oracion del que ayuna, demas de ser mas satisfactoria, es tambien mas espiritual y mas pura. Por lo cual dice el mesmo Sancto: El ánima del que ayuna, ora con sobriedad y atencion; mas la del comedor y destemplado, es llena de imaginaciones y torpes pensamientos.

Y así como ayuda el ayuno á la oracion, así tambien la oracion al ayuno. Porque, como dice Sant Bernardo (*d*), la oracion alcanza virtud para ayunar, y el ayuno meresce la gracia del orar. De manera que la fortaleza que ha menester el hombre para castigar la carne, el gusto y espíritu de la oracion la da, pues cada cual destas virtudes toma á su cargo la parte que le cabe en la sanctificacion del hombre; porque (como dice Sant Hierónimo) con el ayuno se curan los vicios del cuerpo, y con la oracion las dolencias del ánima.

Hallamos pues segun esto, que la oracion, demas de ser obra satisfactoria (que es lo que hace al presente tratado) es tambien obra meritoria, impetratoria, y causadora de devocion. Por la parte que es satisfactoria, descargamos con ella las deudas de nuestros pecados; por la que es meritoria, merescemos por ella augmento

(*x*) Luc. 18. (*y*) Luc. 15. (*z*) Osee 14. (*a*) Ioel. 2. (*b*) D. August. in Psalm. 42. in fin tom. 8. (*c*) Scal. spir. cap. 28. (*d*) In Quadrag. de Orat. et iciun. serm. 4. in principio.

de gracia y de gloria; por la que es impetratoria, alcanzamos por ella lo que humildemente pedimos; y por la que es criadora y causadora de devocion, alcanzamos por ella nueva luz, gusto de Dios, renovacion de buenos propósitos y deseos, paz y quietud del ánima, aliento y promptitud para bien obrar: que es lo que propriamente se llama devocion. Estos cuatro fructos tan principales trae consigo la virtud de la oracion; y por esto en ella conviene que nos ejercitemos con toda la perseverancia y atencion que sea posible. Mas porque desta virtud se trata adelante mas copiosamente, al presente no haré mas que remitir al cristiano lector á las oraciones y consideraciones que arriba pusimos tratando de la contricion, ejercitándose en ellas algunos dias ántes y despues de la confesion, para despertar con ellas dolor y arrepentimiento de sus pecados, y satisfacer por ellos á Dios, que es lo que aquí pretendemos. Y porque una de las cosas que mas para esto sirven es la consideracion de los beneficios divinos, y la de nuestros pecados, en esta principalmente se debe ejercitar, como allí está declarado. Y despues de gastados en esto algunos dias, podrá pasar á las otras maneras de oraciones y consideraciones que adelante se ponen en el libro de La Oracion, para que con la variedad de los ejercicios reciba mas luz, mas gusto, y ménos hastío en las cosas de Dios.

CAPITULO IV.

Síguese una breve manera de confesar, para las personas que se confiesan á menudo.

Despues de haber tratado de la confesion para las personas que se confiesan de tarde en tarde, síguese que digamos de la manera en que se deben aparejar y examinar para esto las que se confiesan á menudo. Muchas de las cuales padescen gran trabajo y escrúpulos, porque examinando su consciencia, no hallan á veces de qué echar mano para haberse de confesar. Porque como por una parte creen y saben cierto que no carescen de pecados, y por otra al tiempo del confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente, y creen de sí que nunca jamas se confiesan á derechas.

Desto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conoscer el hombre á sí mesmo, y entender muy bien todos los rincones de su consciencia; porque no en balde dijo el Profeta (*a*): Los delictos ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos, librame, Señor. La otra causa es, porque los pecados de los justos, los cuales dice el Sabio que caen siete veces al dia (*b*), mas son pecados de omision que de comision: los cuales son muy dificultosos de conoscer. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vias: conviene saber, ó por via de comision, que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar etc., ó por via de omision, que es dejando de hacer algunas buenas, como es dejando de amar á Dios, de ayunar, de rezar etc. Pues entre estas dos maneras de pecados, los primeros (como consisten en hacer) son muy sensibles y muy fáciles de conocer; mas los segundos (como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer) son mas dificultosos; porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales (mayormente cuando son simples) no hallen á veces pecados de que acusarse; porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comision (que dijimos), y los otros que son por via de omision no los entienden, de aquí nasce no hallar de qué confesarse, y afligirse por esto.

Pues para remedio desto me pareció ordenar este Memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y porque los tales pecados pueden ser, ó contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, por eso va el Memorial repartido en tres partes, que destas tres maneras de negligencia tratan. Muchas de las cuales á veces no serán ni aun pecados veniales; mas todavía son imperfecciones y desfallescimientos, y muchas veces podrian ser pecados veniales; por donde los que caminan á la perfeccion, no del todo deben dejar la acusacion dellas. Aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces, especialmente en las fiestas señaladas, porque no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad; mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le paresciere que mas hace para descargo de su consciencia.

SÍGUESE EL MEMORIAL.

Dicha la confesion general, ántes que entre en la acusacion particular de sus culpas, acúsese destas cuatro cosas siguientes.

Primeramente, de no venir tan aparejado á este sacramento, ni haber puesto tanta diligencia en examinar su consciencia, como debiera.

Lo segundo, de no traer tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni tan firme y verdadero propósito de apartarse dellas, cuanto debiera.

Lo tercero, de no haberse llegado al sancto sacramento de la communion con aquella pureza de consciencia, y con aquella reverencia y devocion que convenía; y despues de haber comulgado, de no haber tenido aquel recogimiento que para tan alto huésped se requeria.

Lo cuarto, de no haber puesto tanta diligencia en la emienda de su vida, y procurado de aprovechar cada dia mas en el servicio de nuestro Señor; sino ántes permanecido en una mesma tibieza y negligencia, y aun vuelto atras. Dicho esto, comience á acusarse por la órden siguiente.

PARA CON DIOS.

Para con Dios somos obligados á tener aquellas tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Y de cada una destas se puede el hombre acusar en la forma siguiente. De la caridad se acuse de no haber amado á Dios con todo su corazon y ánima, como era obligado; sino ántes puesto su amor desordenadamente en las criaturas y vanidades deste siglo, olvidándose de su Criador.

De la fe se acuse si no ha tenido tan firme fe como debiera, y no ha desechado de sí tan presto las fantasías y pensamientos que el demonio acerca de esto le ha traido.

De la esperanza se acuse si en los trabajos y necesidades que se han ofrecido, no ha recurrido á nuestro Señor con aquella seguridad y confianza que debiera; y si ha desmayado y congojádose demasiadamente con ellos (porque esto nasce de flaqueza de confianza).

De la pureza de intencion, acúsese que las obras del

(*a*) Psalm. 18. (*b*) Prov. 24.

servicio de nuestro Señor no las hace con aquella pureza de intencion por solo Dios, como debia; sino algunas veces por cumplimiento, otras por sola costumbre, otras porque son conforme á su gusto y apetitos, y otros semejantes intereses.

Acúsese tambien de haber sido muy flojo y negligente en responder á las inspiraciones de nuestro Señor y á sus llamamientos, resistiendo en esto muchas veces al Espíritu Sancto, por no hacerse fuerza y ponerse á un poco de trabajo. Esta es una culpa muy espiritual y muy secreta, y muy digna de hacer siempre consciencia della.

Asimesmo de no haber sido tan agradescido á los beneficios divinos, como debiera, ni dado tantas gracias por ellos, ni aprovechádose dellos para amar y servir mas al dador de todo.

Tambien se acuse del olvido de nuestro Señor, trayéndolo muchas veces como desterrado de su corazon, habiendo de andar en su presencia, y traerlo ante los ojos.

De la paciencia en las adversidades, se acuse si por ventura no ha tenido aquel sufrimiento en los trabajos que Dios le envía, ni conocido que son enviados de su mano para su bien, ni dádole aquellas gracias que debe por ellos. Esto se puede especificar mas, si particularmente nos remuerde la consciencia de algo.

Acúsese tambien de no haber asistido en la misa, y en los oficios divinos, y en los lugares sagrados en presencia del sanctísimo Sacramento con aquella devocion y reverencia que debiera.

PARA CONSIGO MESMO.

El hombre tiene en sí muchas partes; porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con todas sus potencias, que son: entendimiento, memoria y voluntad, y así puede haber pecado contra la rectitud y órden que habia de haber en cada cosa destas.

Acúsese pues primeramente de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debria, así en el comer y beber, vestir y dormir, como en todas las otras cosas; ántes ser muy blando y piadoso para con él, y amigo de sí mesmo.

De no traer, así la imaginacion como los otros sentidos interiores, tan recogidos y guardados como debria, sino muy placeros y derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y excusadas, que despues impiden el recogimiento del corazon, y la atencion de la oracion.

De no haber mortificado sus apetitos, y quebrado su propria voluntad, como debia, ántes seguídola, y cumplídola casi en todas las cosas. De no ser tan humilde de corazon y obra como debria, ni conocerse por tan vil y tan miserable como es, ni tratádose como á tal.

De haber sido tibio y perezoso en la oracion, y cortado muchas veces el hilo della por livianas causas, y no haber estado en ella con tanto recogimiento y atencion como debria.

PARA CON EL PRÓJIMO.

Acúsese de no haber amado á sus prójimos con aquel amor que él querria ser amado, como Dios lo manda.

De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro que debiera y pudiera.

De no haber compadecídose tanto de sus miserias, y rogado tanto á Dios por ellas como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia (como son guerras, herejías, etc.), de no haber tenido aquel sentimiento que era razon, ni encomendádolas tanto á Dios como pudiera y debiera hacer.

Los que tienen superiores, se acusen de no haberles obedescido y reverenciado como debieran. Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveido de lo necesario, y tenido dellos aquel cuidado que era razon.

DE LOS PECADOS DE COMMISION.

Despues que así se hubiere acusado de los pecados de omision, puede luego acusarse de los que llaman de commision, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados capitales, y acusándose de lo que la consciencia le remordiere en cada uno dellos. Y si mas brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse dellos.

Y despues de todo esto, se debe acusar de todas las culpas annejas al estado ó oficio que tiene; declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado; como si es religioso, de los tres votos, y de las cosas de su regla; si es juez, ó médico, ó mercader, ó abogado, etc., de las cosas de su oficio; si príncipe, del suyo.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya diciendo: de todas estas culpas, y de todas las demas en que he caido por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente, y digo á Dios mi culpa, mi culpa, mi muy grande culpa; y pido á vos, Padre, la absolucion y penitencia dellas.

TRATADO III.

DE COMO NOS HABEMOS DE APAREJAR PARA LA SAGRADA COMMUNION.

CAPITULO PRIMERO.

Del aparejo que se requiere para la sagrada Communion.

Dicho ya del sacramento de la confesion, será razon que tratemos agora de la sagrada communion, que despues dél se suele seguir. Donde lo primero que se debiera tratar era de las virtudes y efectos admirables deste sanctísimo Sacramento. Mas porque desta materia hay mucho que decir, y no sufre la brevedad deste Memorial proseguir materias tan largas, solamente trataré aquí del aparejo que se requiere para llegarnos á este misterio; pues va tanto en esto, que cual fuere el aparejo del que lo recibe, tal será la gracia que se le dará. Porque este sacramento es de infinita virtud, así porque contiene en sí á Cristo, que es fuente de gracia, como porque por él se nos communica la virtud de su Pasion, que es de infinito valor; y por esto cuanto mayor fuere el aparejo con que nos llegáremos á él, tanto mayor será la gracia que se nos dará. Vemos que el que va á coger agua de la mar, tanta agua coge, cuan grande vaso lleva; porque por parte de la mar no puede faltar el agua, si no faltare por la estrechura del vaso. Pues lo mesmo acaesce á los que se llegan á este divino sacramento, que es mar de todas las gracias. Y así viene á cumplirse aquí aquello del salmo, que dice (a): Ensancha la boca de tu corazon, porque yo hinchiré todo el lugar que me dieres en él.

(a) Psalm. 80.

Regla es tambien de filosofía, que todas las causas obran conforme á la disposicion que hallan en los subjectos; y por esto arde el fuego en la leña seca, y no en la verde; por estar la una dispuesta para eso, y la otra no. Pues como en este sacramento esté Cristo, que es la causa general de todas las gracias, claro está que conforme á la disposicion que hallare en el ánima que lo recibe, así obrará en ella y le communicará su gracia. Esto ven por experiencia los que á menudo celebran y comulgan; los cuales cada dia experimentan que tal devocion y fructo sacan deste sacramento, cual es el aparejo con que se llegan á él.

Y no solo la esperanza deste fructo, mas tambien el temor de nuestro daño nos debe hacer diligentes en este aparejo. Porque general cosa es en todos los sacramentos de la ley de gracia, que así como son de grandísimo provecho al que dignamente los recibe, así pueden ser occasion de grandísimo daño al que los recibe indignamente. Conforme á lo cual, dice un doctor, que así como el sol, y el agua, y el aire, ayudan á crecer y fructificar las plantas, cuando están vivas y arraigadas en la tierra, mas si por el contrario no lo están, esas mesmas causas é influencias las secan y pudren mas presto: así tambien este sanctísimo Sacramento (que es causa de todas las gracias) hace crecer y medrar las ánimas que están vivas y arraigadas en caridad; mas por el contrario, las que no lo están, miéntras mas á menudo lo reciben, mas se ciegan, y endurecen, y empeoran; no por causa del sacramento, sino por su mal aparejo.

Lo cual es aun muy conforme á la naturaleza deste sacramento, que realmente es manjar espiritual de las ánimas; porque así como el manjar corporal sustenta y hace crescer los cuerpos de los sanos, mas hace gran daño á los mesmos cuerpos, cuando están enfermos y llenos de malos humores (por cuya causa los médicos en este tiempo mandan ayunar y tener dieta á los dolientes); así tambien lo hace este divino manjar, el cual por esta causa es vida verdadera de unos, y ocasionalmente muerte de otros, segun la diversidad de sus buenos ó malos aparejos.

Mas cuál haya de ser el aparejo que para este tan alto misterio se requiere, la mesma filosofía y órden natural nos lo dice. Porque vemos que las formas naturales, cuanto son mas excelentes, tanto requieren mas noble disposicion. Como se ve claro en el mesmo manjar corporal de que hablamos, el cual se cuece y apareja en el estómago para ir al hígado, y ahí se dispone con otra forma mas noble de sangre, para ir al corazon; y ahí últimamente se dispone con otra mas noble para ir al celebro, donde recibe su última perfeccion. De manera que en cada uno destos lugares se refina y perfecciona mas, para alcanzar otra mas noble forma, y esto con tal órden, que la perfeccion de la forma que precede, es disposicion para la que se sigue, y lo que es término de la una, es disposicion para la otra. Pues así tambien habemos de presuponer que esa mesma órden y proporcion se requiere para las cosas espirituales, y señaladamente para los sacramentos; los cuales cuanto son mas excelentes, tanto piden mayor aparejo y pureza para haberlos de recebir. Porque algunos sacramentos hay que para recebirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesario la confesion; mas este sacramento de que hablamos, es de tanta pureza y excelencia (por estar en él encerrado el mesmo Dios), que demas de lo dicho pide otro sacramento por aparejo, que es de la confesion, cuando precedió algun pecado mortal; y aun demas desto, sobre la confesion pide actual devocion y reverencia para recebirse mas dignamente; la cual devocion no puede estar sin actual atencion y consideracion de las cosas de Dios. Y para esto conviene despedir por entónces de nuestra ánima todas las imaginaciones y cuidados de las cosas del mundo; para que así pueda ella libremente y sin impedimento fijar el corazon en Dios. Por do parece que en este tiempo no se debe contentar el hombre con ir limpio de todos los pecados; sino debe trabajar por ir tambien limpio de todos los pensamientos y cuidados que le puedan impedir esta atencion y devocion. Lo cual nos representa muy á la clara aquella soledad con que Moisen subió al monte á hablar con Dios (*b*), á quien fué mandado que solo él subiese á lo alto, y que por todo el monte no pareciese hombre, ni bestia, ni ganado, sino solo él. Y aun á esta soledad añadió el Señor una grande niebla y escuridad, en la cual entrando Moisen habia de hablar con él; para que así la niebla como la soledad le quitase la vista de todo lo que no era Dios, cuando habia de tratar con Dios. Porque desta manera se ha de llegar á este Señor el que dignamente se quiere allegar á él, conviene á saber: con un corazon tan solitario, tan recogido, y tan olvidado de todas las cosas terrenas, y tan absorto en Dios, que por entónces le parezca que no hay en el mundo mas que él y Dios. Y esto mesmo tambien nos significa aquel descalzarse los zapatos el mesmo Profeta, para poner los piés en la tierra donde se mostraba Dios (*c*); porque de todas las cosas mortales y terrenas ha de ir descalzo y desnudo el que quisiere llegar á él.

Y aunque esto parezca imposible á la naturaleza humana, no lo es á la caridad ni á la gracia divina. Porque, como dice la Esposa en los Cantares (*d*), fuerte es el amor como la muerte; porque así como la muerte corporal hace el cuerpo insensible á todas las cosas del mundo, así la perfecta caridad de tal manera ocupa el corazon del hombre, y lo traslada en Dios, que le hace olvidar de todo lo que no es él.

Bien veo que esta muerte no es de todos, sino de sola esta Esposa celestial, que es del ánima que esta dignidad y nombre meresce; pero pídese y propónese á todos por la dignidad deste sacramento, el cual así como es pan de ángeles, así pide pureza de ángeles para haberse de recebir. Mas con todo esto, conténtase el Señor con que tengamos algo della; que es, con hacer lo que es de nuestra parte, para tener por entónces este olvido de todas las cosas, y esta actual devocion y atencion á él.

Y descendiendo á tratar deste aparejo mas en particular, digo que el que quisiere llegarse á este sanctísimo Sacramento como conviene, debe trabajar por llevar consigo las cosas siguientes.

CAPITULO II.

De la primera cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de consciencia.

Pues la primera cosa que para comulgar dignamente se requiere, es reconocer el hombre con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni de ángeles es bastante para este aparejo, si no entreviene la mano de Dios, que para ello especialmente nos ayude. Porque así

(*b*) Exod. 19. (*c*) Exod. 3. (*d*) Cantic. 8.

como nadie se puede disponer para el augmento de la gracia sin gracia, así nadie se puede disponer para recebir dignamente á Dios sin el mesmo Dios. Y por esto él ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que él por su mano alimpie y aderece la casa en que ha de ser aposentado. Vemos que cuando un rey va de camino á posar á una aldea, no espera que los aldeanos le aderecen el aposento como él meresce, porque no son ellos parte para esto; sino envía adelante su recámara y sus aposentadores, que es el aderezo conveniente para su persona real. Y pues esto así pasa, buen título tenemos para suplicar á este Señor, que pues él por la grandeza de su bondad y misericordia quiere venir á posar á nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra gracia, que es enviar el Espíritu Sancto con la recámara de todas sus virtudes y dones celestiales: para que desta manera con la gracia y virtud omnipotente de Dios, se apareje la casa en que ha de morar Dios.

Pues para que esto se haga como conviene, la primera cosa que se requiere es limpieza de conscien-cia: esto es, que vamos limpios de todo pecado mortal. Porque por esto dijo el Profeta (*a*): Lavaré mis manos entre los innocentes, y cercaré, Señor, tu altar. Donde primero dice que lavará sus manos (que son las culpas de sus obras), y despues que se acercará al altar, que es la mesa deste Señor. Y por esto mesmo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol, cuando dijo (*b*): Quien quiera que comiere el pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor. En las cuales palabras da á entender que los que se llegan en pecado mortal á este misterio, cometen una culpa semejante á la que cometieron aquellos que crucificaron á Cristo; pues los unos y los otros pecan contra el mesmo cuerpo y sangre de Cristo, aunque sea en diferente manera.

Y demas desto, ¿qué se puede seguir de juntarse en uno dos cosas tan contrarias, como son Cristo y el pecador, sino corrupcion de la una ó de la otra? Porque las cosas semejantes fácilmente se juntan unas con otras, como un hierro con otro hierro, y una agua con otra agua; mas las contrarias (como son el agua y el fuego) en ninguna manera se pueden juntar sin corromper la una á la otra. Pues como por medio deste sanctísimo Sacramento se junte el hombre con Cristo, ¿qué se puede esperar desta junta sino corrupcion de la parte mas flaca? ¿Cómo se juntará en uno el bueno con el malo? el limpio con el sucio? el humilde con el soberbio? el manso con el airado? y el misericordioso con el crudo? Pues por esto conviene que haya alguna manera de semejanza entre el cristiano y entre Cristo, para ajuntarse dignamente á él. Lo cual todo destruye el pecado, cuando no se ha purgado por penitencia.

Y como quiera que todos los pecados mortales hagan esto, señaladamente lo hacen dos que mas particularmente repugnan á la condicion deste sacramento, que son odio y deshonestidad. Porque cuanto á lo primero, este sacramento es sacramento de amor y de union; porque en él participan los fieles un mesmo mantenimiento y un mesmo espíritu, el cual hace á todos los fieles una mesma cosa por amor. Y para significar esto dice Sant Augustin (*c*) que nuestro Señor instituyó este sacramento en tal género de cosas, que de muchas vienen á hacerse una, como son el vino y el pan, porque de muchos granos de trigo se hace el pan, y de muchos granos de uvas el vino: para dar á entender que el sacramento que en estas dos especies se administraba, obraba este mesmo efecto en los que lo recebian, que es hacer de muchos corazones un corazon, communicando á todos ellos un mesmo espíritu cuando lo reciben. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser mas contra razon, que llegarse á recebir un sacramento de union con corazon dividido? Qué es esto sino pedir al zurujano que os cierre la herida, y trabajar vos por otra parte por tenerla siempre abierta? Pues no es ménos contra razon llegarnos á recebir esta medicina espiritual, que tiene virtud de cerrar las llagas de los odios y malas voluntades, y juntar en uno los corazones divididos: queriendo por otra parte resistir de propósito á este beneficio, y romper con particulares odios y disensiones la union de la paz que esta medicina causa.

Pues el que quisiere evitar este inconveniente, no se atreva á llegar á esta mesa sin determinarse de poner por obra aquello que el Salvador nos encomendó, diciendo (*d*): Si ofrescieres tu ofrenda ante el altar, y ahí se te acordare que tu hermano tiene alguna querella contra tí, deja la ofrenda á los piés del altar, y vé primero á reconciliarte con tu hermano; y esto hecho podrás volver á ofrescer tu don. Pues con esta manera de satisfaccion, ó con la determinacion firme della (segun el juicio del prudente confesor), debe el hombre llegarse á esta mesa celestial. Porque de otra manera está claro que le dirá el Señor del convite (*e*): Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropa de bodas, que es la virtud de la caridad? La cual, como dice el Apóstol (*f*), cubre la muchedumbre de los pecados. Y debe con mucha razon temer que (como no tenga que responder á esto) mande el Señor lo que se sigue, que es atarlo de piés y manos, y echarlo en el fuego.

El otro pecado contrario á este sacramento es cualquiera torpeza y deshonestidad; porque este sacramento (que en sí encierra aquella carne virginal amasada de las purísimas y virginales entrañas de nuestra Señora) pide una tan grande limpieza de cuerpo y de ánima, que aun haber pasado por entre sueños alguna ilusion del demonio, tienen los sanctos por impedimento para llegarse á este divino Sacramento; si no fuese cuando ó la obediencia ó alguna fiesta señalada, á esto nos obligase; ó cuando no ménos devoto y aparejado se halla el hombre con esto que sin esto. Y no solo de comulgar, mas aun de ayudar á misa nos aconseja Sant Bernardo que nos abstengamos habiendo esto precedido. Tan grande es la pureza que se requiere para este misterio. Porque si para solo vacar á la oracion quiere el Apóstol que se abstengan los casados de la vida conjugal (*g*), ¿cuánto mas para llegarse á este sacramento, donde corporalmente se recibe Dios? Y si en la ley vieja un solo sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel dia de las tiendas y compañía del pueblo de Dios (*h*) ¿cuánto mas de la communion y participacion del mesmo Dios?

Y no solo de los pecados mortales, mas tambien de los veniales conviene que vamos limpios para allegarnos á este sacramento; porque este género de pecados,

(*a*) Psalm. 25. (*b*) 1. Cor. 11. (*c*) Tract. 26. in Ioan. propè fin. tom. 9.

(*d*) Matth. 5. (*e*) Matth. 22. (*f*) 1. Petr 4. (*g*) 1. Cor. 7. (*h*) Deut. 23.

aunque no apaga el fuego de la caridad, pero amortigua el fervor de la devocion; que es el mas proprio aparejo que para este divino Sacramento se requiere. Y para alcanzar limpieza deste género de pecados, conviene que preceda la confesion ántes de la communion, ó á lo ménos el arrepentimiento y dolor dellos, ó algunos otros sanctos ejercicios de amor y devocion, para que con ellos se restituya el fervor y devocion actual que con los tales pecados se perdió. Y quien dejase de hacer algo desto, no se excusaria á lo ménos de pecado venial grave por esta negligencia, y perderia mucho de la suavidad y refeccion deste sacramento, que es el proprio efecto que él obra en las ánimas que con este aparejo se llegan á él. Mas el que hubiese caido en pecado mortal (demas del arrepentimiento susodicho) es necesario confesarse sacramentalmente, so pena de pecado mortal, como expresamente está mandado en el sancto concilio Tridentido.

CAPITULO III.

De la segunda cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de intencion.

Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere es rectitud y pureza de intencion, que es hacer esto por el fin que se debe hacer. Porque como la intencion sea la principal circunstancia de todas nuestras obras, esta es la que principalmente se debe mirar en todas ellas, y mucho mas en esta; porque no pervirtamos las cosas de Dios, usando para un fin de lo que él instituyó para otro. Y porque mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan, para que así se vea mas claro lo que nos conviene seguir.

Porque algunos sacerdotes hay, á los cuales principalmente mueve á celebrar el provecho temporal que esperan por el sacrificio. Estos parece que son como aquellos dos hijos de Aaron que ofrescieron á Dios sacrificio con fuego ajeno (*a*), pues los mueve á celebrar no el fuego del amor divino, sino el ardor y cobdicia del dinero. Por donde así como salió fuego del sanctuario, y quemó aquellos dos en un momento, así debrian temer estos no les acaesciese otro tanto.

Otros hay que comulgan á mas no poder, por pura fuerza, ó por temor de la pena, como lo hacen algunos malos cristianos en la communion de la Pascua: los cuales van por los cabellos, y como quien va á la cruz, á la mesa del Señor. Estos debrian considerar que ni con ropa de sayal entraba nadie dentro en el palacio del rey Asuero (*b*); ni con esta manera de ánimo y corazon debe nadie entrar en este sacro palacio y recebir este sacramento. Con amor se ha de recebir lo que por amor se instituyó, porque no es razon que se reciba con ánima puramente de siervo, lo que Dios ordenó con amor de Padre.

Otros hay tambien que van á comulgar tras el hilo de la gente, por hacer lo que los otros hacen; sin tener aquella hambre, ni procurar aquel aparejo, ni aquella enmienda de vida que para esto se requiere. Y no son muy diferentes destos los que comulgan por sola costumbre, como hacen algunos que por tener por costumbre comulgar de tantos á tantos dias, sin tener ni procurar aquella devocion que debrian, se allegan á este misterio. Los cuales debrian mirar que aunque esta costumbre sea buena, no es negocio este que se ha de hacer por sola costumbre, sino por el fructo que de aquí se espera, y con el aparejo que para gozar deste fructo se requiere.

Otros tambien se llegan con una golosina espiritual, que es con un apetito y deseo de sentir alguna suavidad y devocion sensible en este sacramento, teniendo este como por último fin deste negocio, y no enderezando esta manera de devocion al fin que se debe enderezar, que es abrazar la mortificacion y la cruz de Cristo, y servir al Señor con mayor prontitud y voluntad.

Todos estos fines son aviesos, y unas como puertas falsas para entrar á hurtar como ladron y no recebir como fiel siervo las mercedes del Señor. Entremos pues por las puertas que entraron los sanctos, procurando de llevar la intencion que ellos llevaron; la cual no es siempre de una manera, sino de muchas y diversas, como lo declara Sant Buenaventura por estas palabras: "Muchos son los afectos é intenciones de los que se llegan á celebrar ó comulgar. A algunos mueve el amor de Dios, para que por medio deste sacramento traigan mas veces al amado á la casa de su ánima, y allí dentro le abracen dulcemente y le tengan consigo, y con esta sagrada union se enciendan mas en su amor. A otros mueve el conoscimiento de su propria enfermedad y flaqueza, para que con el favor y socorro deste médico celestial sean curados y librados de sus enfermedades. A otros lleva el conoscimiento de sus deudas y pecados, para que mediante esta divina hostia y sacrificio de salud sean purgados y perdonados. A otros lleva la priesa de alguna tribulacion ó tentacion, para que por virtud de aquel que todo lo puede, sean librados de sus adversidades, y amparados del enemigo. A otros inclina mas el deseo de alguna gracia particular, para que por medio de aquel á quien el Padre no puede negar nada, alcancen lo que desean. A otros mueve el agradescimiento de los beneficios recebidos, considerando que no podemos de nuestra parte ofrescer al Padre cosa mas agradable por lo que nos ha dado, que recebir el cáliz de la salud que él nos communicó. A otros mueve el deseo de alabar á Dios y á sus sanctos; pues no podemos honrarlos con otra mayor honra que con ofrescer de nuestra parte en memoria dellos este sacrificio de alabanza. A otros mueve el deseo de la salud de los prójimos y la compasion de sus trabajos, sabiendo que por la salud de vivos y muertos ninguna cosa aboga con mayor eficacia ante los ojos del Padre, que la sangre preciosa de su Hijo, que por los unos y por los otros se derramó. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura.

Pues el que desea acertar en la pura y recta intencion que para aquí se requiere, escoja cuál destos fines le agrada mas, y á ese enderece su intencion. Y mucho mejor será considerar primero todos estos fines, que son los fructos admirables deste sacramento, y ponerlos todos ante los ojos, y pretender por este divino médico conseguirlos todos. Pero el fin mas principal y mas proprio es procurar por medio deste sacramento (en el cual está Cristo), recebir en nuestras ánimas el espíritu de Cristo, mediante el cual seamos transformados en él, y vivamos como vivió él, que es con aquella caridad, y humildad, y paciencia, y obediencia, y pobreza de espíritu, y mortificacion de cuerpo, y menosprecio del mundo, que él vivió; porque esto es espiritualmente comer y beber á Cristo, transformándose en él, y ha-

(*a*) Levit 10. (*b*) Esther 1.

ciéndose una cosa con él por imitacion de su vida, como habia hecho aquel que decia: Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo (c). Y por tanto este ha de ser nuestro fin principal, y juntamente con esto hacer lo que él nos encomendó, que es renovar en este sacramento la memoria de su pasion, y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

CAPITULO IV.

De la tercera cosa que se requiere para recebir este sacramento, que es actual devocion.

Lo tercero que para este sacramento se requiere es actual devocion. Para lo cual es de saber, que este venerable sacramento (así como todos los otros) tiene un efecto commun, y otro proprio. El commun es dar gracia, que es tambien efecto de todos los otros sacramentos de la ley de gracia; mas el proprio es lo que los teólogos llaman refeccion espiritual, que es un nuevo esfuerzo y aliento para bien obrar, y un gusto y suavidad de las cosas de Dios, que aquí se da. Porque así como el manjar corporal no solo sustenta la vida del que come, sino tambien le da esfuerzo y gusto con la comida: así este divino manjar no solo conserva la vida espiritual con la gracia que da, sino tambien esfuerza el espíritu, y deleita el gusto con su propria virtud. Y este deleite dice Sancto Tomas (a) que es tan grande (á lo ménos en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima), que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aquí la dulzura espiritual en su mesma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad.

Pues para gozar deste tan grande beneficio, decimos que señaladamente se requiere actual devocion; porque como entre la forma y el aparejo para ella haya de haber alguna semejanza, no puede haber mas conveniente aparejo para recebir acrescentamiento de devocion, que ir con actual devocion; como vemos por experiencia que el mejor aparejo que puede llevar un leño para hacerse fuego, es estar él caliente y seco, que son propriedades del mesmo fuego.

Y si me preguntares qué cosa sea esta actual devocion, no sé cómo podértelo mejor explicar que con decirte que es una como agua de ángeles, la cual así como se destila de diversas yerbas olorosas, así tiene diversos y muy suaves olores. Porque esta devocion es un afecto espiritual, compuesto de otros espirituales y sanctos afectos y deseos, de los cuales ha de ir llena el ánima cuando se llega á este venerable sacramento. Porque (como dice Sant Ambrosio) ¿con cuánta contricion y arrepentimiento, con qué fuentes de lágrimas, con qué temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo, y con qué pureza de espíritu se ha de celebrar, Dios mio, este divino misterio, donde tu carne verdaderamente se come, y tu sangre verdaderamente se bebe, donde las cosas altas se juntan con las bajas, y las divinas con las humanas, y donde está la presencia de los sanctos ángeles, y donde tú mesmo eres el sacerdote y el sacrificio por una manera inestimable? ¿Quién pues podrá dignamente tratar este misterio, si tú, Señor, no le hicieres digno?

Y decendiendo mas en particular á tratar desta devocion que aquí pedimos, digo que para corresponder de nuestra parte á lo que pide la condicion y nobleza deste sacramento, conviene que nos lleguemos á él por un cabo con grandísima humildad y reverencia, y por otro con grandísimo amor y confianza, y por otro con grandísima hambre y deseo deste pan celestial. Todas estas maneras de afectos piden las excelencias deste sacramento, y cada uno destos afectos tiene sus consideraciones con que se despierte.

§. I.

Del temor y reverencia con que se ha de llegar á este sacramento.

Porque primeramente, para despertar el temor y reverencia debe el hombre levantar los ojos á considerar la inmensidad y grandeza del Señor que en este sacramento se encierra; porque realmente debajo de aquel sagrado velo y de aquellas especies de pan, está encerrada aquella divina Majestad, criadora, conservadora y gobernadora del mundo, ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (b), ante cuyo acatamiento está prostrada toda la naturaleza criada (c), á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan (d), ante cuyos ojos no están limpios los espíritus celestiales, en cuya comparacion esta tan maravillosa fábrica del mundo no es mas, como dice el Sabio (e), que una gota del rocío de la mañana, ó un grano de peso que se carga sobre la balanza. Pues ¿cómo no temerá el que con ojos de fe tan cierto ve que se llega á recebir dentro de sí un Señor de tan grande Majestad?

No trato yo agora aquí de la grandeza de sus juicios, y de su justicia, y del aborrescimiento que tiene con el malo y con su maldad; sino solamente de lo que pide la grandeza de tan alta Majestad: para que no solo el pecador, sino tambien el justo vea cuánta razon tiene (cuando aquí se llega) para temer. Ni nadie debe asegurarse con la virtud deste sacramento, que es vida de las ánimas, pues (como ya dijimos) puede tambien ocasionalmente ser castigo de las que estuvieren mal aparejadas. Enviaron los hijos de Israel por el arca del Testamento, para dar una batalla á los filisteos con el favor de la presencia della (f), pareciéndoles que con esto tenian segura la victoria. La cual no solamente no alcanzaron, mas ántes fuéron en ella desbaratados y muertos, y presa la mesma arca sagrada; de tal manera, que muy mayor fué el daño que recibieron despues de venida el arca, que el que habian recebido ántes de su venida. Y así lo que imaginaron que sería para su remedio (considerada la virtud del arca), fué para su destruicion por culpa de su mala vida. Así tambien acaesció á aquel gran privado del rey Asuero, que se decia Aman; el cual siendo convidado á un banquete real por la reina Ester (g), y tomando él esto por gran favor, se le volvió el sueño al reves; porque en el convite se le trató la muerte, y de aquella real mesa fué luego por mandado del Rey llevado á la horca. Pues por esto clama el Apóstol, diciendo (h): Examine su consciencia el hombre, y desta manera coma de aquel sagrado pan y beba de aquel cáliz; porque el que lo come y bebe indignamente, juicio come y bebe para su ánima, pues no trata como debe el cuerpo del Señor. Porque si aquel arca del Testamento (que no era mas que figura deste Sacramento) tanta reverencia pedia, ¿qué se deberá al mesmo sacramento? Vemos que por haber mirado con curiosidad esta arca los betsamitas, mató Dios cincuenta mil hombres dellos (i); pues, ¿qué será recebir desacatadamente al que por esta mes-

(c) Galat. 2. (a) 3. p. q. 79. art. 1. et 2.

(b) Iob. 26. (c) Iob. 38. (d) Iob. 4. (e) Sap. 11. (f) 1. Reg. 4. (g) Esth. 7. (h) 1. Cor. 11. (i) 1. Reg. 6.

ma era figurado? Cuando esta mesma arca abria camino á los hijos de Israel por las aguas del rio Jordan, les mandó Josué que mirasen mucho no se acercasen á ella (*k*); sino que hubiese siempre por lo ménos dos mil cobdos de espacio entre ellos y ella, porque no los matase Dios. Pues si tan grande reverencia se debia á aquel arca (que no era mas que sombra deste misterio), ¿qué será menester para recebir dentro de sí al mesmo Señor que por aquella arca era figurado? Especialmente quien vuelve los ojos hácia dentro, y mira á sí mesmo, y se acuerda que por parte de la naturaleza fué nada, y por parte de la culpa es ménos aun que nada; pues él es pecado ménos que nada? Pues ¿cuánto será razon que tema quien tantas veces se ha hecho nada? Quien tantas culpas tiene cometidas, tantas fealdades, tantas torpezas, y tantas abominaciones contra Dios, ¿cómo no temerá recebir un tan gran Señor en un corazon que tantas veces ha sido cueva de dragones, y nido de serpientes y basiliscos?

Pues con estas consideraciones humille el hombre su corazon cuanto pudiere, y venga como el hijo pródigo á la casa de su piadoso padre, dando voces y diciendo (*l*): Padre, pequé contra el cielo y contra vos; ya no merezco llamarme vuestro hijo; hacedme siquiera como uno de vuestros criados. Venga con el corazon de aquel publicano del Evangelio, que ni osaba acercarse al altar, ni alzar los ojos al cielo; sino heria sus pechos, diciendo (*m*): Señor Dios, apiádate de mí, pecador. Venga con el corazon con que vendria una mujer que hubiese errado á su marido cuando él la perdonase y volviese á recebir en su casa, que (si tuviese vergüenza) no osaria levantar los ojos á mirarle, acordándose por una parte de la deslealtad en que cayó, y por otra de la nobleza del marido, que despues de tal caida la recibe. Porque realmente otro tanto y mucho mas hace aquel Esposo celestial cuando en este sacramento recibe á su mesa, y á su casa, y á sus brazos al ánima que por el pecado le erró y adulteró, haciendo la voluntad del demonio, y despues se vuelve á él. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta en nuestras ánimas la humildad y reverencia que para este divino Sacramento se requiere.

§. II.

Del amor y confianza con que se ha de llegar á este sacramento.

Mas el amor y confianza se atizará considerando por otra parte que este Señor, cuan grande es en la majestad, y en la justicia, y en el aborrescimiento del pecado, tan grande es en la bondad, y en la misericordia, y en la piedad para con los pecadores. Porque esta le hizo bajar del cielo á la tierra, y vestirse de nuestra carne, y andar por caminos y carreras en busca dellos, y comer en compañía dellos, y decir que el remedio dellos era su comida y sus deleites (*n*). Por estos ayunó, caminó, sudó, trabajó, veló, madrugó y sufrió infinitas persecuciones y contradicciones del mundo; por estos caminaba y predicaba de dia, y por estos velaba y oraba de noche; para estos tenia siempre abiertas las puertas de sus entrañas, de tal manera que á ninguno desechó ni despidió de sí, cuanto quiera que fuese miserable y desechado de todos. Y finalmente, tanto deseó la salud y remedio destos, que por verlos remediados, no paró hasta ponerse en una cruz entre dos ladrones, y derramar toda cuanta sangre tenia por ellos. Y no contento con esto (porque acabado el curso desta vida mortal no faltase otro tal recebidor como él) dejó ordenado este divino Sacramento, en que se queda él mesmo; para que todo este linaje de hombres necesitados de remedio tuviesen siempre la mesma puerta y la mesma botica abierta para su remedio. De manera que la mesma causa que le obligó á morir, esa le hizo instituir este sacramento; porque así como amor fué el que le trajo del cielo á la tierra, y le hizo poner en manos de pecadores, así el amor es el que agora le hace por esta via venir otra vez al mundo, y el que le pone en las mesmas manos.

En lo cual parece que de su parte no fué otra la causa desta tan grande obra, sino su inmensa caridad; y de la nuestra no otra mas que nuestra grande necesidad: de la suya sola misericordia, y de la nuestra sola miseria. De donde nasce que este divino Sacramento es commun remedio de justos y pecadores; porque no solo es manjar de sanos, sino tambien medicina de enfermos; no solo es vida de vivos, sino tambien resurreccion de muertos; porque (como dice Sant Augustin) este pan no solo sustenta á los que halla vivos, sino tambien á veces resuscita los muertos.

¿Pues por qué título me podrá nadie defender de la participacion deste misterio?

Este es un hospital real instituido por la divina misericordia, y dotado con la sangre de Cristo para remedio universal de todos los enfermos y necesitados. ¿Pues por qué por ser enfermo me tendré yo por excluido dél? Antes por el mesmo caso que soy enfermo (si deseo sanar) tengo mas obligacion de llegarme á él. Porque si estoy enfermo, aquí me curarán; si flaco, aquí me esforzarán; si ciego, aquí me alumbrarán; si pobre, aquí me enriquescerán; si hambriento, aquí me hartarán; y si desnudo, aquí me vestirán y cubrirán mi desnudez.

Esto es lo que no acaban, ó no quieren entender los que con semejantes excusas se apartan, y apartan á otros del uso deste sacramento, no mirando que este divino misterio fué instituido no solo por manjar de sanos, sino tambien para medicina de enfermos; no solo para regalo y fortaleza de justos, sino tambien para remedio y esfuerzo de penitentes. Del cual aquel tiene mayor necesidad, que se siente mas flaco, y por este título mucho ménos puede vivir sin él el flaco que el fuerte; porque el fuerte puede por mas tiempo perseverar sin este socorro, mas el que trae el ánima en la boca, y está tan flaco y tan sin fuerzas que en desviando un poco los ojos de Dios luego comienza á desfallescer, este tal ¿en qué parará, si no se aprovecha deste socorro? Y por esto señaladamente se compadescia el Salvador deste linaje de hombres, cuando hablando en figura deste misterio, decia (*o*): Si los dejare caminar ayunos, desfallescerán en el camino, porque algunos dellos vinieron de léjos. Porque sin dubda, así como entónces padecian mayor peligro los que habian venido de léjos, que los que vinieron de cerca (porque tenian mas larga la jornada), así tambien aquí lo padescen los que son mas flacos, y los que tienen mas camino que andar hasta llegar á la perfeccion del amor de Dios. Y pues para remedio destos se ordenó este pan celestial, no es atrevimiento, sino consejo muy saludable, que el deseoso de su remedio se llegue á su remediador y se aproveche de la medicina

(*k*) Josue 3. (*l*) Luc. 15 (*m*) Luc. 18. (*n*) Matth 9. 11. 18. Ioan. 4.

(*o*) Marc. 8.

que él para esto, no con menor amor que á costa de sangre, le ordenó.

Antes una de las grandes culpas de los hombres, y de que mayor cargo se les ha de hacer el dia de la cuenta, ha de ser de la sangre de Cristo: conviene saber, de no haber querido aprovecharse de los remedios que por medio de aquella preciosa sangre nos fuéron instituidos, el mayor de los cuales es este. Si un rey hubiese hecho un famoso hospital, y proveídolo muy copiosamente de todas las cosas necesarias para la cura de los enfermos; si despues de acabada la obra con mucho gasto y diligencia suya, no hubiese enfermos que se quisiesen curar en él, ¿no tendria esto por mala dicha, viendo que le salian en blanco todos sus intentos y trabajos? Pues no ménos se ofende aquel Rey del cielo, si despues de habernos aparejado con su mesma sangre un tan grande y tan costoso remedio como este, no queremos aprovecharnos dél, pues por el mesmo caso (cuanto es de nuestra parte) hacemos infructuosos todos sus intentos y trabajos. Y esta es aquella manera de ofensa que el mesmo Señor significó en la parábola de la Cena (*p*), cuando aparejado ya todo lo necesario para el convite, envió á llamar los convidados, y ellos no quisieron venir. Contra los cuales fulminó él aquella tan terrible sentencia de excommunion, diciendo: Dígoos de verdad que ninguno de aquellos hombres que fuéron llamados, gustarán jamas desta cena.

Pues siendo esto así, ¿qué razon tendrás tú para excusarte deste convite? Si dices que eres pecador, ya no es pecador el que desea ser justo, y le pesa por haber sido pecador; porque, como dice Sant Hierónimo (*q*), los pecados pasados no te dañan si no te agradan. Si dices que estás caido y derribado, ya no se puede llamar caido el que le pesa porque cayó, y extiende la mano para que lo levanten. Si dices que eres indigno de llegarte á tan alto misterio, harto loco eres si piensas que hay en el mundo quien sea perfectamente digno de llegarse á él; porque por esto se quiso el Señor communicar á los pequeñuelos, porque por ahí se declarase mas la gloria de su bondad, que quiso communicarse á los tales. Así que, todo esto bien considerado, claramente verás que no solamente no ofendes al Señor en llegarte á él, sino ántes le ofenderias mucho mas en no querer aprovecharte del remedio que él instituyó para los tales como tú. Pues con estas y otras semejantes consideraciones se despierta el deseo con que debemos llegar á este misterio.

§. III.

De la hambre y deseo del celestial pan deste sacramento.

Mas la tercera cosa, que es la hambre y deseo deste pan celestial, se despierta considerando las influencias y virtudes deste nobilísimo Sacramento, y los efectos que obra en las ánimas que devotamente le reciben. Y para conoscimiento desto has de saber que así como contra aquel primer hombre (que fué el origen y principio de todos nuestros males), proveyó Dios de otro segundo hombre (que fué Cristo Iesu, principio de todos nuestros bienes), así tambien contra la fruta ponzoñosa de aquel árbol (que fué la raiz de todo nuestro daño) proveyó el manjar deste sanctísimo Sacramento, que es la fuente de todo nuestro remedio. Por donde así como todos los males que nos vinieron por la desobediencia de aquel primer hombre, se remediaron por la obediencia del segundo (*r*); así todos los que nos vinieron por aquel manjar ponzoñoso, se remedian por este sanctísimo Sacramento. Porque él es como una espiritual triaca, ordenada por consejo de aquel sapientísimo médico del mundo para remedio de la naturaleza humana, inficionada con el veneno y silbo de aquella antigua serpiente. Pues segun esto, quien quisiere saber cuántos sean los bienes que se nos communican por este manjar, póngase á contar cuántos sean los males que por el otro nos vinieron; porque todos los bienes contrarios á aquellos males nos vienen por él. Por donde así como de aquel manjar se dijo (*s*): En cualquier dia que comieres dél, morirás; así por el contrario se dice deste (*t*): El que comiere deste pan, vivirá para siempre. Ves pues cuán derechamente se contrapone este manjar á aquel manjar, como medicina ordenada contra aquella dolencia.

Este es un medio por donde se conosce algo de los efectos deste sanctísimo Sacramento. Otro medio es considerar lo que en él se contiene. Porque en él realmente está la mesma carne de Cristo, la cual por estar uñida con el Verbo divino, participa las virtudes é influencias dél: así como el hierro inflammado y uñido con el fuego participa las mesmas propriedades dél. Por lo cual dice Sant Juan Damasceno que aquel Verbo de Dios eterno, que da vida á todas las cosas, juntándose con la carne humana, la hizo dadora de vida. De donde se sigue que este sacramento tiene todas las virtudes y efectos de Cristo; pues en él se recibe la carne de Cristo, que uñida con el Verbo divino participa todas las virtudes dél.

Pues por aquí puedes fácilmente conoscer qué es lo que obra en tí este Señor cuando viene á tí. Porque viene á honrarte con su presencia, á ungirte con su gracia, á curarte con su misericordia, á lavarte con su sangre, á resuscitarte con su muerte, á alumbrarte con su luz, á inflammarte con su amor, á regalarte con su infinita suavidad, á uñirse y desposarse con tu ánima, y hacerte participante de su espíritu, y de todo cuanto para tí ganó en la Cruz con esa mesma carne que te da. Y así este divino Sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquesce las pasiones, diminuye las tentaciones, despierta la devocion, alumbra la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la consciencia, hace al hombre participante de los merecimientos de Cristo, y dale prendas de la vida perdurable. Este es aquel pan que confirma el corazon del hombre (*v*), que sustenta los caminantes, levanta los caidos, esfuerza los flacos, arma los fuertes, alegra los tristes, consuela los atribulados, alumbra los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos, y es commun socorro de todos los necesitados. Pues si tales y tan maravillosos son los efectos deste sacramento, y tal la bondad y amor del que nos lo da, ¿quién no será cobdicioso de tales riquezas? Quién no tendrá hambre de tan excelente manjar?

Y puesto caso que este sacramento sea de tanta dignidad, no por eso debe el hombre apartarse dél considerando su indignidad y pobreza; porque (como arriba dijimos) para pobres se proveyó este tesoro, y para enfermos se ordenó esta medicina, y para necesitados se dió este socorro, y para hambrientos se aderezó este manjar. Verdad es que él es pan de ángeles, mas tam-

(*p*) Lucæ 14. (*q*) Sup. Marcum c. 6. hom. 9.

(*r*) Rom. 5. (*s*) Genes. 2. (*t*) Ioan. 6. (*v*) Psalm. 103

bien es pan de penitentes. Verdad es que es manjar de sanos, mas tambien es medicina de enfermos. Verdad es que es convite de Reyes, mas tambien es pan de trabajadores. Verdad es que es manjar de robustos, mas tambien es leche de niños. Así que, para todos es todas las cosas; y ninguno, por imperfecto que sea, se debe abstener desta medicina, si de todo corazon desea sanar. No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos (*x*); y pues para estos señaladamente vino Cristo al mundo, para estos señaladamente viene agora en este sacramento. ¿Pues con qué hambre, con qué deseo, con qué alegría será razon que sea esperado y deseado el que te viene á hacer tales mercedes? Mira el deseo que tenian aquellos padres antiguos de la venida deste Señor, cuando rompian el cielo con clamores, pidiéndole que viniese (*y*), por la cual causa le llamaban El Deseado de las gentes (*z*). Pues si este mesmo Señor es el que ha de venir á tu ánima á hacer en ella lo que hizo en el mundo, porque como dice Sancto Tomás (*a*), así como cuando vino al mundo dió al mundo vida de gracia, así cuando viene al ánima le da la mesma vida, ¿cómo no será esperado y deseado con el mesmo deseo?

Mira tambien el deseo que los apóstoles tenian de la venida del Espíritu Sancto (*b*), y las oraciones y clamores con que pedian y suspiraban por ella; y por aquí verás cuánto debes tú desear esta venida, pues en ella esperas recebir el mesmo Espíritu, aunque sea por otra diferente manera.

Mira otrosí el deseo con que una mujer casada y cargada de hijos y necesidades desea la venida del marido que está en las Indias; con la cual espera recebir todo consuelo, amparo, compañía, honra y remedio de todos sus males. Pues ¿cómo no desearás tú con mas ardientes deseos la venida de aquel Esposo dulcísimo de las ánimas, que viene de las Indias celestiales lleno de todos los bienes, para darte mucho mas que todo el mundo te pueda dar?

Estas y otras tales consideraciones sirven para despertar en el ánima la devocion actual que para este divino Sacramento dijimos que se requeria.

CAPITULO V.

Que se debe tomar tiempo para entender en este aparejo susodicho.

Pues para aparejarse el hombre desta manera conviene tomar espacio de algunos dias ántes de la sagrada communion: para que en este tiempo se ocupe, así en estas sanctas consideraciones, como en la purificacion y limpieza de su consciencia, mediante el exámen y arrepentimiento de sus culpas, y la confesion sacramental dellas. En lo cual es mucho de reprehender el atrevimiento de algunos sacerdotes, que sin haber precedido nada desto, donde les toma la voz, de allí se levantan y se van á celebrar: ora estén parlando y riendo, ora estén ocupados en otros negocios temporales y distraidos. De manera que con el mesmo corazon y descuido que se llegarian á comer un pedazo de pan material, con ese mesmo van á asentarse á la mesa del Señor, y comer el pan de los ángeles; que es un desacato muy grande. Y esta es una de las causas por donde á cabo de tantos años que usan esta medicina, se hallan tan poco aprovechados con el uso della. Porque de otra manera, si cada vez que dicen misa recibiesen acrescentamiento notable de gracia, claro está que á cabo de veinte años que celebran, habian de tener recogido ya un grande tesoro de gracia; lo cual no parece que vemos, pues siempre se son de una manera: es á saber, tan sensuales y tan indevotos como siempre lo fuéron, y muchas veces peores. Pues ¿qué cosa mas para temer, que llegarse cada dia á la fuente de la gracia, y á la mesa de los ángeles, y á la botica de todas las medicinas, y á cabo de tantos años estarse tan seco, y tan ayuno, y tan lleno de enfermedades y flaquezas como siempre?

Y no son ménos dignos de reprehender algunos malos cristianos, que despues de haber vivido en todo género de vicios, cuando al cabo del año vienen á confesarse, apénas han acabado de vomitar mil maneras de abominaciones y pecados, cuando luego en levantándose de los piés del confesor, se van á asentar á la mesa del Señor y comer el pan de los ángeles, para el cual era menester (si nos fuera posible) pureza de ángeles. ¿Pues no sería razon gastar primero algun dia en aplacar á Dios, y lavar y regar con lágrimas la casa en que ha de ser aposentado? No sería razon celebrar la vigilia ántes de la fiesta, y aparejarse primero para tan grande solemnidad? Porque si para recebir el pueblo de Israel la ley de Dios, les mandó Moisen que se aparejasen tres dias ántes, y que lavasen sus vestiduras, y no llegasen á sus mujeres (*a*), ¿cuánto mas que esto se debia hacer para recebir al mesmo Dios, dador no solo de la ley, sino de la gracia, que es mas que la ley? ¡Sino que estando aun tan reciente la memoria de los pecados pasados, y estando aun tan fresco el hedor de tantas torpezas, quiera el hombre llegarse á un misterio de tanta pureza, y recebir un Señor de tan grande majestad!

Este es un grande abuso de muchas personas, el cual quien quisiere estimar en lo que es, no pesando las cosas con el peso de Canaan (*b*), que es peso falso, sino con el peso del sanctuario (que es con el juicio de Dios y de sus sanctos), lea el sermon de Cipriano *de Lapsis*, y allí verá cuán reprehendida es esta manera de atrevimiento. Donde hablando de los cristianos que poco tiempo despues de haber sacrificado á los ídolos se llegaban á comulgar, dice así: Volviéndose de los mesmos altares del diablo, y teniendo las manos inficionadas y sucias con el tocamiento de los profanos sacrificios, se llegan á este sacramento. Y estando aun regoldando los manjares mortíferos de los ídolos, y aun las gargantas hediendo á aquellas sucias y pestilenciales comidas, se atreven á arrebatar el cuerpo del Señor, como quiera que esté escripto (*c*): Todo hombre que estuviere limpio, comerá deste manjar; y el que no lo estuviere, morirá por ello. Sin hacer caso de nada desto, se llegan á hacer fuerza al cuerpo y sangre del Señor. Mayor es el pecado que agora con las manos y con la boca hacen, que el que ántes hicieron cuando le negaron. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Mira si se pudiera decir cosa mas para temer que esta. Bien veo que en parte es este encarescimiento; pero todavía por aquí se entenderá lo que este sancto sintiera deste nuestro atrevimiento tan ordinario y tan cuotidiano.

Y si me dices que estás ya reconciliado con Dios por medio de la confesion precedente, aunque esto sea así, no es razon que luego en esa mesma hora que acabaste de revesar tantos pecados, le recibas sin que dés un poco

(*x*) Matth. 9. (*y*) Isai. 45. (*z*) Agg. 2. (*a*) 3. p. q. 79. art. 1.
(*b*) Act. 1.

(*a*) Exod. 19. (*b*) Osee 12. Exod. 30. Ezech. 45. (*c*) Num. 9.

de espacio á las lágrimas, y al dolor, y á la purificacion de tu consciencia; para que así te allegues á él con mayor pureza. Siete dias estuvo María, hermana de Moisen, sin entrar en los reales de Dios (*d*), aunque estaba ya arrepentida y perdonada de su pecado. Y tres años estuvo Absalom sin entrar en el palacio del rey David, su padre (*e*), aunque estaba ya perdonado por la muerte de su hermano Amnon. Y pues á este (despues de ya perdonado) se dilató la vista del padre ofendido por tres años, no es mucho dilatarse á tí siquiera por tres dias; pues tanto mas gravemente ofendiste al Padre celestial, habiéndole tantas veces crucificado su Hijo con tus pecados.

Y si por otra parte dices que en este tiempo no te podrás contener de pecar, y que por eso es mejor llegarte luego á comulgar, ántes que los nuevos pecados te vuelvan á hacer indigno dese misterio; á esto respondo: Que si los pecados son veniales, no es ese inconveniente, porque siete veces al dia cae el justo, y fácil es el remedio dese mal; mas si temes ó crees que serán mortales, ¿qué mayor peligro, ni qué mas mal aparejo puede ser que llegarte á comulgar con una consciencia tan resbaladiza y de tan poca firmeza, que no esperes pasar siquiera tres dias sin pecado mortal? ¿Dónde está aquí el firme y verdadero propósito de nunca jamas ofender á Dios, aunque se pierda la vida? Dónde está el amor de Dios sobre todas las cosas, que teme el pecado sobre todas ellas? No son tan flacas las fuerzas de la gracia, ni es tan fácil de hacer un pecado mortal, que si el hombre pusiese de su parte una mediana diligencia, no pudiese por muchos dias y años, y aun por toda la vida vivir libre deste género de pecados, ayudado con la gracia divina, que nunca falta á quien la busca.

Mas obligar á esto los hombres carnales y sensuales, aunque sea por tan pequeño espacio, es como quien quisiese sacar un gran rio de madre, que como tiene tantos años ha abierta y ahondada la canal por donde corre, es dificultosísima cosa sacarlo de allí; y si con todo eso con fuerza y arte lo sacais, luego en viendo la suya corre y rompe por do puede, y se vuelve á su primera canal. Y así estos, como ha tantos años que están acostumbrados á vivir con aquella miserable libertad de hacer y decir cuanto se les antoja, y dejar ir su corazon tras de la corriente de sus apetitos, querer sacarlos deste hilo, y obligarlos á resistir á estos movimientos apasionados, esles un tormento tan grande, que no ven la hora de salir de aquella obligacion, y volverse á la corriente de su antigua libertad. Y por eso se dan tanta priesa por salir de aquel cargo, por poder luego tornar á vivir con la soltura que solian. De manera que averiguado bien el negocio, la causa desta aceleracion es el tormento grande que padescen en obligarlos á ser buenos por espacio de tres dias, segun están habituados al mal. Malaventurados de vosotros, ¿cómo presumis por otra parte de salvaros y ser compañeros de aquellos que fielmente pelean, haciéndoseos tan pesada cosa traer á cuestas siquiera por tres dias el escudo de la virtud, y las armas desta espiritual caballería; pues, como dice el Apostol (*f*), no será coronado sino el que legítimamente peleare?

Y no piense nadie que contradice esto á lo que arriba dijimos de la confianza con que habemos de llegar á este misterio; porque aquello se dijo para esforzar los pusilánimes y flacos, que con demasiados é indiscretos temores se abstienen deste sacramento; mas esto se dice para enfrenar los atrevidos, no para que se aparten deste remedio, sino para que con mas pureza y aparejo se lleguen á él.

Mas cuál haya de ser este aparejo, demas de lo susodicho, el capítulo siguiente te lo declara mas en particular.

(*d*) Num. 12. (*e*) 2. Reg. 13. 14. (*f*) 2. Tim. 2.

CAPITULO VI.

Lo que se ha de hacer ántes de la communion.

Pues el que desea hacer en esta parte lo que debe, tome algun tiempo (como dijimos) para este aparejo; y (hablando agora mas familiarmente con los que mas á menudo frecuentan este misterio) sería bien que así como Moisen mandó á los hijos de Israel (como arriba dijimos) que se aparejasen tres dias ántes para salir á recebir á Dios cuando les venía á dar la ley (*a*), así nosotros tomemos este mesmo espacio para disponernos á recebir al mesmo Señor, que nos viene á dar ley, no de muerte, sino de vida; no de letra, sino de espíritu; no de temor, sino de amor.

Cosa es por cierto de grande confusion ver lo que la Escriptura divina cuenta que hacian las mujeres del rey Asuero para presentarse una sola vez en el año delante dél (*b*). Porque los seis meses primeros dice que gastaban en curar el rostro con un cierto ólio, y los otros seis con no sé qué otros ungüentos y confecciones. Pues si tanto se hacia por caer en gracia de los ojos de un hombre terreno, ¿qué se debria hacer por caer en gracia en los ojos de Dios? ¿No fué esta una de las principales alabanzas que el Angel dijo á la sacratísima Vírgen (*c*): Hallaste gracia en los ojos de Dios? Pues ¿qué mucho sería hacer tanto por esta dignidad, cuanto se hacia por aquella vanidad? Qué mucho sería que toda nuestra vida fuese un continuo aparejo para caer en gracia en los ojos de Dios; pues toda la de aquellas miserables mujeres lo era para caer en gracia de los de un hombre?

Mas ya que esto no se hace así, á lo ménos en estos dias susodichos será razon que comencemos á disponernos para este tan grande misterio, haciendo de nuestra parte todo lo que buenamente pudiéremos. Y si preguntares qué sea esto: digo que lo primero sea mirar en este tiempo mas atentamente por tí, y por tus obras, y por tu manera de conversacion, para no desmandarte en cosa que pueda ofender los ojos deste Señor, no solo mortalmente, mas ni aun venialmente, en cuanto sea posible. Y no solo nos debemos guardar de los pecados, mas tambien de todas las ocasiones dellos: como son risas, pláticas y vanas conversaciones, y todas aquellas cosas que pocas veces pasan sin pecado. De manera que así como una mujer ataviada y limpia, cuando se viste de fiesta para salir de casa, se guarda cuanto puede de poner las manos en cosa que la puede ensuciar, así debriamos andar mas solícitos en este tiempo que en otro; donde nos solemos vestir de fiesta para ir á recebir al Señor de los ángeles, y asentarnos á comer con él á su mesa.

Especialmente conviene guardar en este tiempo la boca, y mirar con todo cuidado no nos desmandemos en palabras vanas ó dañosas; para que así esté mas limpia la puerta por donde ha de entrar en nuestra ánima aquella hostia celestial. Y aun mucho mas conviene guardar

(*a*) Exod. 19. (*b*) Esth. 2. (*c*) Luc. 1.

el corazon de todo pensamiento sucio, vano ó inquieto; porque pues este es el tálamo donde Dios ha de ser aposentado, no conviene que haya en él cosa de que se puedan ofender sus ojos divinos. Y porque la cosa mas propria del lugar en que este Señor mora, es la paz (como el Salmista dice (*d*), será razon dar de mano en este tiempo á todos los negocios desasosegados y congojosos; porque pues el lecho deste Esposo celestial es florido, como la Esposa dice en los Cantares (*e*), no lo tengamos por otra parte lleno de los abrojos y espinas de semejantes pensamientos. Y si la necesidad nos obligare á tratar estos negocios, sea con tal tiento y discrecion, que no se nos trabe el corazon dellos, y así nos impidan la paz y sosiego del ánima.

Y en estos mesmos dias conviene que se dé mas tiempo á todos los espirituales ejercicios de meditaciones y oraciones; porque este es el encienso con que ha de estar perfumada la casa en que se ha de aposentar este huésped celestial. Y particularmente convendrá ocupar nuestro pensamiento estos tres dias en aquellas tres maneras de consideraciones que arriba pusimos, para despertar en nuestras ánimas temor, amor y hambre deste pan celestial. Y en estos mesmos dias podemos tambien hacer oracion á la sanctísima Trinidad, cada un dia á una de las tres Personas divinas, para que nos dén aquella pureza y gracia que para esta sanctísima communion se requiere. Y particularmente podemos recorrer á la sacratisima Vírgen nuestra Señora, suplicándole que por aquella devocion con que ella concibió en sus entrañas virginales al Hijo de Dios, y lo recibió en sus brazos despues que nasció, nos alcance gracia para que dignamente le recibamos nosotros en nuestras ánimas. Y supliquémosle tambien que por aquella devocion con que ella, déspues de la subida de su Hijo al cielo, comulgaba y recebia su sacratísimo cuerpo, nos alcance amor y gracia con que nosotros tambien así le recibamos. Donde (pidiendo esto) será bien que consideremos la fe, la devocion, el amor, las lágrimas y el alegría con que esta sacratísima Vírgen comulgaria, y recibiria el cuerpo de un Hijo tan amado y tan deseado, cubierto con el velo de aquellas especies sacramentales, entre tanto que se dilataba la vista clara de su hermosura. Porque quien considerare la alteza de la fe y amor desta Vírgen, esto es, con cuán grande firmeza y certidumbre creia que en aquel pan consagrado estaba el preciosísimo cuerpo de su Hijo, y cuán grande era el amor que le tenia, y el deseo de verlo y abrazarlo en sus entrañas, no podrá dejar de entender algo de la alegría, y de las grandes alegrías y sentimientos que en aquel sanctisimo corazon habria al tiempo que comulgaba. Pues desta devocion le pidamos una centella; porque esta bastará para llegarnos como debemos á este convite.

La noche ántes de la communion será bien excusar la cena, si fuere posible; ó á lo ménos procurar que sea muy templada, sin conversaciones sobre mesa, porque así sea el sueño mas quieto y mas puro, y tambien para que haya mas aparejo para gastar un pedazo de aquella noche en estos y otros semejantes ejercicios, con que el ánima se apareje para la fiesta del dia siguiente.

Y cuando se fuere á acostar, sea con el mesmo cuidado y pensamiento, suplicando al Señor le guarde aquella noche de las figuras y asechanzas del enemigo, para que con mayor pureza de cuerpo y ánima se llegue á él.

(*d*) Psalm. 75. (*e*) Cantic. 1.

Y cuantas veces despertare, sea con este mesmo pensamiento y oracion con que se acostó. Y á la mañana apénas ha de haber abierto los ojos, cuando ya esté abrazado con la Cruz de Cristo, y con la memoria de su Pasion; en la cual señaladamente nos habemos de ocupar en este dia, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofresció por nosotros en la Cruz, y puso sus espaldas á recebir los azotes que nuestros hurtos merescian; y tambien la caridad con que en esta mesa se ofresce á todos para remedio commun de nuestros males.

Porque pues este sacramento fué instituido en memoria de la Pasion de Cristo (*f*), este es el principal pensamiento que debe hacer de nuestra parte, para que asi cumplamos en esto con la intencion del testador.

CAPITULO VII.

De lo que se debe hacer al tiempo de la communion, y despues della.

Declarado pues ya lo que se debe hacer ántes de la communion, digamos agora en breve lo que se debe hacer al tiempo del comulgar, y despues de haber comulgado.

Pues al tiempo del comulgar, cuando ya te quieres llegar al altar, haz cuenta que suena en tus oídos aquella voz del Evangelio que dice (*a*): Ya viene el Esposo; salid á recibirlo. Porque verdaderamente en ninguno otro sacramento se muestra Dios tan á la clara ser esposo de nuestra ánima, como en este; pues el efecto dél es uñir la tal ánima consigo, y hacer de ambos una mesma cosa, que es un matrimonio espiritual. Pues para salir á recebir á este Esposo es necesario mirar atentamente de la manera que él viene, para que conforme á esa le salgas tú á recebir. El pues viene á tí lleno de caridad, de suavidad, de bondad y de misericordia, diciendo (*b*) que con deseo ha deseado celebrar contigo esta pascua, en la cual se come el cordero pascual. Tú pues por el contrario estás obligado á salirle á recebir con toda la devocion, amor, temor y alegría que te fuere posible, pues vas á recebir al verdadero Esposo de tu ánima, á tu Dios, tu Criador y tu Señor, y todo tu bien. Para lo cual debes considerar la grandeza de la devocion y alegría con que aquel sancto Simeon recibió al niño Iesus en sus brazos, cuando la Vírgen se le ofresció (*c*), para cuya vista solamente deseaba la vida; porque esa mesma es razon que tenga el que se llega á recebir por medio deste sacramento al mesmo Señor. Mira tambien la devocion y alegria con que la madre del sancto Baptista recibió á la deste Señor en su casa, cuando dijo aquellas palabras de tanta devocion (*d*): ¿De dónde á mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Porque con esa mesma es razon que recibas tú á este Señor, diciendo con esta sancta mujer: ¿De dónde á mí tan grande bien, que vos, Señor de los ángeles, y gloria del cielo, querais venir á mí? ¡Oh Padre! Oh Pastor! Oh Señor! Oh Dios mio! Oh todas las cosas! Que no contento con haberme criado á vuestra semejanza, y redimido con vuestra sangre, sobre todo eso querais agora venir á mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos, como si vos dependiésedes de mí, y no yo de vos! ¿De dónde esto, Señor, á mí? Por ventura por mis merescimientos, ó porque

(*f*) Luc. 22. 1. Cor. 11. (*a*) Math. 25. (*b*) Luc. 22. (*c*) Luc. 2. (*d*) Luc. 1.

ganais vos algo conmigo? No por cierto, Señor, sino por vuestra sola bondad y misericordia, por la cual holgais vos mas de estar conmigo, que yo con vos. Porque yo deseo á vos, como miserable; mas vos á mí, como misericordioso: yo á vos para tener quien me dé, y vos á mí para tener á quien dar. Y porque mas deseais vos dar que yo recebir (porque sois vos mas bueno que yo necesitado), de aquí es que mas holgais vos de venir á mí, que yo á vos; y por esto dijistes que vuestros deleites eran estar con los hijos de los hombres (*e*); porque así como el deleite natural del ave es volar, y del pece nadar, así el deleite natural del summo bien es hacer bien y communicarse á todos.

En estos y otros tales pensamientos debe de ocupar el hombre su corazon ántes que reciba, y despues de haber recebido este huésped celestial, para cebar con ellos la devocion que para esto se requiere. Mas porque este Esposo es de gran dignidad, y muy amigo de que su esposa sea vergonzosa: por tanto conviene que esta devocion y alegría vaya mezclada con grande reverencia y humildad, considerando la dignidad del que se recibe, y la indignidad de quien lo recibe. Porque esto es cumplir lo que dice el salmo (*f*): Servid al Señor con temor, y alegráos delante dél con temblor. Para lo cual será bien acordarnos de aquellas tan grandes amenazas con que Dios mandó prevenir á su pueblo al tiempo que daba la ley (*g*), sobre que nadie fuese osado llegar al monte donde Dios hablaba, ni hombre, ni bestia, ni ganado: so pena de que por ello fuese luego apedreado. Al mesmo Aaron (con ser summo sacerdote escogido por Dios) y otros hombres de los mas principales, á quien dió licencia que subiesen al monte, mandó que adorasen de léjos, y que no se acercasen á él, sino solo Moisen. Pues considerando esto, encójase el hombre dentro de sí mesmo, y abájese en su corazon hasta el polvo de la tierra y hasta los abismos, cuando llega á recebir dentro de su cuerpo y ánima un Señor de tan gran majestad.

§. ÚNICO.

Despues que hobiere recebido esta sagrada hostia, deténgala un poquito en la boca hasta que se humedezca, porque así la pueda mas fácilmente pasar; porque si esto no se hace, muchas veces acaesce pegarse al paladar, y poner tanto cuidado en despegarla, que por atender á esto deja el hombre de pensar en lo que aquel tiempo requiere.

Y procure de no escupir luego despues de haber comulgado, si no hubiere especial necesidad; y esto sea en lugar honesto y limpio, donde no se pueda hollar.

Ni debe comer luego acabada la communion, porque no deja de ser irreverencia, estando aun las especies sacramentales enteras en el pecho, cargarlas luego de otros manjares; mayormente que aquel tiempo que se sigue despues de la communion, es el mejor que hay para negociar con Dios, y para abrazarle dentro en su corazon. Y así debe el hombre estar este tiempo en la iglesia, ó donde comulgó, dando gracias al Señor por este beneficio, y ocupando su corazon en sanctos pensamientos y oraciones, que para esto se ponen adelante en el fin deste tercero tratado.

Y en ninguna manera haga lo que hacen muchos, que es, acabando de comulgar ir luego á parlar y reir con otros. Esto tengo por un grande desacato, y digno de muy grave reprehension; porque ¿qué mas mala crianza puede ser, que acabando de recebir un tal huésped en vuestra casa, le volvais luego las espaldas, y le dejeis con la palabra en la boca, y os vais á parlar con otros?

Y demas desto dice el cardenal Cayetano (*h*) que este sacramento communica su virtud al ánima que lo recibe, no solo cuando actualmente lo recibe, sino por todo aquel tiempo que las especies sacramentales están enteras en el pecho del hombre, para que aquí se pueda tambien decir aquello que el Señor dijo (*i*): Miéntras estoy en el mundo, lumbre soy del mundo. Y si esto es así (como este doctor presupone, aunque haya quien le contradiga), hay mucha razon para que por todo este espacio esté el hombre muy recogido y devoto, para que así se le communique con mayor abundancia esta gracia celestial; pues (como arriba dijimos) este sacramento obra conforme á la disposicion que en las ánimas halla. Y porque las principales puertas por donde muchas veces se nos entran las influencias del Espíritu Sancto, son el entendimiento y la voluntad, dando al entendimiento mayor luz, y á la voluntad mayor sentimiento de las cosas de Dios, no es razon que estas dos tan principales puertas estén cerradas en este tiempo; lo cual hace quien de propósito se divierte entónces á otras cosas. Y pues este es uno de los principales fructos de la sagrada communion, y uno de los mejores bocados desta mesa, muy fuera de razon es que estando ya hecha la costa, y recebido este divino manjar, se despida el hombre al tiempo que habia de estar abriendo los senos de su ánima, y recibiendo el fructo de su aparejo y del sacramento.

Y si me preguntas en qué podrás mejor ocupar este tiempo, digo que en alabanzas y ejercicios de amor de Dios. Porque, como dice Sant Bernardo (*k*), aquí son los abrazos, aquí los besos de paz, mas dulces que todos los panares de miel; y aquí finalmente es la dulce union del ánima con el Esposo celestial. Por tanto, aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas sanctas aspiraciones, que no son otra cosa que actos de caridad, y deseos entrañables de aquel summo bien, cuales eran los del Profeta, cuando decia (*l*): *Diligam te, Domine, fortitudo mea, etc.*; y cuando decia (*m*): *Sicus cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.*

Aquí tambien conviene dar gracias al Señor por todos sus beneficios, y señaladamente por este, en el cual se nos da el mesmo dador y Señor de todos los bienes. Y porque mejor entiendas la obligacion que á esto tienes, acuérdate de aquel mandamiento que mandó Dios á Moisen (*n*) cuando despues de enviado el manná á los hijos de Israel, le dijo que tomase un vaso de oro, y le hinchiese del manná, y lo pusiese dentro del arca del Testamento, y que estuviese allí guardado perpetuamente para que supiesen todas las generaciones advenideras con qué linaje de manjar habia él sustentado á sus padres cuarenta años en el desierto. Pues dime agora: ¿qué comparacion hay entre aquel manná (que era manjar corruptible) y este sanctísimo Sacramento, que es manjar de vida perdurable? Pues si tal agradescimiento y memoria pedia Dios por aquel manjar corrup-

(*c*) Prov. 8. (*f*) Psalm. 2. (*g*) Exod. 19.

(*h*) Sup. 3. p. q. 79. art. 1. (*i*) Ioan. 9. (*k*) Supr. Cant. serm. 2. (*l*) Psalm. 17. (*m*) Psalm. 41. (*n*) Exod. 16.

tible, ¿qué pedirá por este, que es manjar de vida, y vida eterna? No se puede esto explicar con ningun género de palabras.

En este mesmo dia tambien debe tener el hombre sobre sí la guarda que pide una tan solemne hospedería como es haber recebido dentro de sí á Dios. Y si el profeta David decia (o) que tenia reverencia al lugar en que habian estado los piés de Dios, razon será que este dia tenga el hombre una manera de reverencia á sus pechos, en los cuales recibió al mesmo Dios. Mas esta reverencia se ha de enderezar á que por aquel dia no entre en ellos cosa que no sea de Dios, en cuanto nos sea posible. Y en este mesmo dia señaladamente conviene tapar la boca del horno, porque no se nos salga fuera el calor de la devocion que el fuego del amor de Dios hubiere dejado en él; pues sabemos cuán delicado es el espíritu de la devocion, el cual lijeramente se va, y no vuelve sino con mucha dificultad. Desta manera este sancto Sacramento nos será causa de andar todos estos dias recogidos, así ántes como despues de la communion. Por donde así como el sol alumbra y esclaresce al mundo, no solo cuando sale, sino tambien una hora ántes que salga, y otra despues de puesto, así el sol de justicia (que en este sacramento se encierra) no solo esclarescerá nuestras ánimas, cuando lo recibiéremos, sino tambien ántes y despues de haberle recebido: lo uno con la esperanza del recebimiento, lo otro con la memoria del beneficio recebido.

Para ayudar á todo esto se ponen algunas oraciones y meditaciones en el tratado quinto deste Memorial, las cuales podrán ayudar mucho al hombre que las leyere con toda la devocion y recogimiento que le sea posible, sintiendo lo que dice, y deteniéndose en lo que mejor le supiere.

CAPITULO VIII.

Del uso de los sacramentos, y del provecho que se recibe con la frecuencia dellos.

Dicho ya de la manera en que nos habemos de aparejar para este sanctísimo Sacramento, digamos agora brevemente del fructo que del uso de los sacramentos se nos puede seguir, si dignamente los frecuentamos.

Pues para esto es de saber que no son otra cosa los sacramentos de la ley de gracia sino unas canales del cielo por donde corren las gracias del Espíritu Sancto, las cuales originalmente nascen de la fuente del costado de Cristo.

Y por tanto el que se llega á comulgar, como dice Sant Crisóstomo (a), ha de hacer cuenta que pone la boca en la llaga deste precioso costado, y que de allí bebe agua de vida. Medicinas son y remedio de nuestra flaqueza, la cual conoscia muy bien aquel que fué enviado al mundo para remedio della; y así supo muy bien ordenar lo que para esto le convenía. Porque no era razon que habiendo tantas maneras de medicinas para curar nuestros cuerpos, no hubiese tambien medicinas para curar las ánimas; pues ni están ménos subjectas á enfermedades que ellos, ni va ménos en la cura dellas, sino tanto mas, cuanto son de mayor precio que ellos. Pues para este fin fuéron instituidos los sacramentos de la ley de gracia, que como ley perfecta, era razon que proveyese enteramente de todo lo que era necesario para nuestra salud. Y por esta causa son muchos los sacramentos, porque son tambien muchas y diversas las dolencias de nuestras ánimas.

Y no solo ayudan para esto los sacramentos por su parte, sino tambien lo que nosotros hacemos por la nuestra para dignamente recebirlos. Porque el que se va á confesar, primeramente se acusa de lo pasado, y se arrepiente de lo hecho, y se humilla ante los piés del vicario de Cristo, y pide perdon de sus yerros, y propone la emienda dellos; y allí finalmente es recebido de Dios, y por mano de la Iglesia reconciliado con él. Lo cual todo nos ayuda grandemente á traer la vida concertada. Porque trae el hombre cuenta con su consciencia, habiendo tan á menudo de darla; y como quien camina por entre dos vallados (que no puede desviarse á una banda ni á otra), anda con cuidado de sí mesmo por razon de la confesion pasada, y tambien de la venidera, y no se osa tan fácilmente desmandar en cosas malas.

Para esto pues ayuda mucho el sacramento de la confesion, cuya necesidad verian claramente los hombres si estimasen siquiera en tanto las cosas espirituales, como estiman las corporales. Si no, dime: ¿por qué es menester escardar continuamente la huerta, y barrer la casa cada dia, y lavar la camisa cada semana, sino porque cada cosa destas ordinariamente se ensucia? Pues si viviendo en este mundo tan malo, es tantas veces amancillada la pureza de nuestra ánima, ¿por qué no procurarémos que haya para esto ordinario remedio, pues es tan ordinario el peligro? Por qué no se lavará cada semana el ánima, como se lava la camisa, pues va tanto mas en la limpieza de lo uno que de lo otro, cuanto vale mas nuestra ánima que nuestra vestidura?

Vemos otrosí cuán ordinario es el cuidado que tienen los que navegan de acudir á la bomba del navío á vaciar el agua que siempre coge, mayormente en tiempo de lluvia; porque á no hacer esto así, tomaria el navío tanta agua que se fuese á hondo y se perdiese. Pues si son tan ordinarios los pecados veniales que cada dia hacemos, los cuales son como gotas de agua que caen en el navío de nuestra ánima, y estos disponen para los mortales, con los cuales se hunde este navío, ¿no será razon acudir siempre al remedio destos pecados menores, para no caer en los mayores, con que todo se pierda?

Vemos otrosí cómo muchas veces provee la naturaleza en los cuerpos llenos de malos humores de alguna fuente, ó de algun otro desaguadero por do se purguen, con la cual suelen vivir sanos los que de otra manera apénas pudieran vivir. Y por esto los médicos no quieren cerrar estas fuentes (aunque puedan), por no quitarles este remedio. Pues lo que en este caso inventó la naturaleza para remedio de los cuerpos, inventó la divina gracia para el de las ánimas; porque pues dentro dellas se crian tantos malos humores de pecados, hubiese este remedio para purgarlos: que es la fuente de la confesion, por do purgan las ánimas todo cuanto mal se cria en ellas.

§. I.

De los efectos del sacramento de la communion.

Desta manera pues se purgan y cobran salud las ánimas por el sacramento de la confesion (b); mas esta sa-

(o) Psalm 131. (a) Serm. in Encæniis. Apud Malleum Calvin. cap. 4. l. 6.

(b) S. Thom 3. p. q. 79.

lud y vida conserva el de la sagrada communion, el cual por eso fué instituido en especie de mantenimiento; porque así como es proprio del mantenimiento sustentar la vida corporal, así lo es deste sacramento sustentar la espiritual, que consiste en caridad: para que no desfallezca esta virtud con las grandes contradicciones que en este mundo padesce. Por lo cual dijo el Señor (c) que su carne era verdadero manjar, y su sangre verdadero beber. Sobre las cuales palabras dicen communmente los doctores que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las ánimas. Porque él nos sustenta en la vida espiritual, deleita el gusto interior, rehace las fuerzas sobrenaturales, repara la virtud enflaquecida, fortalesce al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer cada dia hasta su debida perfeccion, si por su culpa no queda.

Y si preguntares cómo es posible que una sustancia y comida corporal obre un efecto tan espiritual, como es conservar y acrescentar la caridad, y sustentar al hombre en vida espiritual, á esto se responde que la causa desto es la virtud sobrenatural de los sacramentos; los cuales Dios instituyó para remedio de nuestra flaqueza, y quiso que debajo de señales y formas corporales y visibles, obrasen efectos invisibles; como se ve claro en el agua del sancto baptismo, la cual lavando exteriormente el cuerpo, lava interiormente el ánima, y la pone en estado de gracia. Pues lo mesmo hace este divino Sacramento en su manera, por la parte que es sacramento, y el mayor de los sacramentos. Mas sobre todo esto tiene aun dos ventajas muy grandes sobre todos ellos, por donde mas altamente obra esto: la una es, que en él juntamente con la carne de Cristo está él ánima de Cristo, y el Verbo eterno de Dios vivo, y vida de todas las cosas; el cual por medio deste sacramento entra en el ánima del que comulga, y en ella obra este efecto tan admirable como es darle vida espiritual. Por donde así como el médico que quiere curar el enfermo con algunos polvos medicinales, los junta con un poco de agua destilada, y se los da á beber, para que el agua que es líquida, lleve la medicina por todas las venas del cuerpo donde ha de hacer su operacion; así tambien ordenó aquel médico celestial de juntarse el Verbo divino con esta carne humana: para que entrando él por este medio en los hombres, que son de carne, obrase en ellos esta manera de salud y de vida.

Y demas desto, no solo el Verbo divino por sí, mas tambien la mesma carne, que él ayuntó á sí, participa esa mesma virtud (d); y así ella tambien (por medio dél, como instrumento suyo) es causadora de vida, segun que arriba declaramos.

Y por esta causa el Salvador, acabando de resuscitar la hija de aquel príncipe de la sinagoga, le mandó dar de comer (e), para que la vida que él le habia dado con su virtud, se conservase con el mantenimiento: dándonos en esto á entender que así tambien conviene que á las ánimas que han resuscitado ya por virtud de Dios (que obra en el sacramento de la confesion) se administre este divino manjar: para que la vida que se recibe por el un sacramento, se conserve por el otro. En lo cual se ve cuán necesarios sean estos dos sacramentos para la vida espiritual: el uno para que la dé, y el otro para que la conserve. Por lo cual debe el que desea alcanzar esta vida, muchas veces confesar; y el que conservarla, comulgar.

Y por ser tan pocos el dia de hoy los que esto hacen, son tantos los que espiritualmente mueren; y por esto mesmo está tan apagada la llama de la caridad (en que esta vida consiste), por ser tantos los que no se aprovechan destos defensivos y remedios que Dios para esto nos ordenó. Porque (como dijo muy bien el cardenal Cayetano) la caridad en este mundo está fuera de su lugar natural (que es el cielo), donde teniendo el summo bien presente, arde sin cesar en el amor dél; mas en este mundo está como extranjera y peregrina, y como fuera de su lugar natural, donde tiene mil cosas que le son contrarias; por lo cual tiene necesidad de grandes reparos y defensivos para haberse de conservar. Vemos que una gota de agua, echada en la mar, dura para siempre, porque está en su elemento, donde se conservará con toda la otra agua que es como ella; mas derramada en la tierra fácilmente se seca, por la sequedad natural del elemento en que está, que le es contraria. La ciudad (otrosí) asentada en el corazon y medio de un reino, segura está de los enemigos, y no tiene necesidad de gente de armas ni de guarnicion para conservarse; mas la que está en frontera dellos, si no estuviere muy pertrechada, y guardada, y velada, á la hora se perderá. Pues en este mesmo peligro está la caridad en esta vida, donde está fuera de su lugar natural, y donde tiene muchos enemigos, contra los cuales proveyó aquel soberano Emperador (que tambien entendia esto) del reparo deste sanctísimo Sacramento; del cual se pueden muy bien entender aquellas palabras del Salmista, que dicen (f): Aparejaste, Señor, delante de mí una mesa, la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen. Pues si todos estamos subjectos á los combates destos enemigos, ¿qué harémos sin el socorro desta mesa que Dios para esto nos aparejó? ¡Ay de aquellos (dice Sant Bernardo) que son llamados para obras de fuertes, y no comen manjar de fuertes! Pues ¿quién son los llamados para obras fuertes, sino los que el dia que fuéron baptizados se declararon por caballeros de Cristo, y por enemigos de Satanas y de todas sus pompas? ¿Y cuál es el manjar que da fortaleza contra estos enemigos, sino este sanctísimo Sacramento, de quien dice Sant Crisóstomo que hace leones (que echan fuego por la boca) á los que se llegan á él? De aquí es que donde (segun nuestra traslacion) dice David (g): Pan de los ángeles comió el hombre, traslada Sant Hierónimo: Pan de los fuertes comió el hombre; porque tal es cierto el sacramento que por este manjar es figurado.

Pues siendo esto así, con mucha razon llora este sancto á los que siendo llamados para esta cuotidiana batalla, y no teniendo otras mejores armas que estas para ella, no quieren aprovecharse dellas. De lo cual ¿qué se puede seguir, sino la caida y muerte de tantas ánimas como vemos? Porque en los tiempos pasados con la virtud deste sacramento (que tan continuadamente se administraba) prevalescian los cristianos contra todas las furias y rabias de los tirannos, y dabàn de buena gana la vida por la justicia; mas agora es tan grande nuestra flaqueza, que apénas damos un paso por ella. Pues el que en medio de tantas muertes y peligros desea remedio, lléguese á esta mesa celestial, susténtese con este pan de fuertes, y trabaje por seguir, no los errores de

(c) Ioan. 6. (d) S. Thom. 3 p. q. 79. art. 1. (e) Matth. 9. Luc. 8.

(f) Psalm. 22. (g) Psalm. 77.

los presentes, sino los ejemplos de los pasados, si quiere pelear legítimamente y ser coronado con ellos (*h*).

§. II.

Responde á algunas objecciones de algunos negligentes.

Los hombres carnales y amigos de vivir á su voluntad dicen que ¿para qué es tanta confesion y communion? Que basta confesar una vez en el año como lo manda la Iglesia. Estos no tienen conoscida ni la dolencia de la naturaleza humana, ni la virtud desta celestial medicina, ni la necesidad que della tenemos. Si el hombre una sola vez en el año enfermase, una sola vez bastaba usar destos remedios. Mas si toda la vida el hombre es una tela perpetua de enfermedades; si tantas veces nos fatiga el ardor y fuego de la cobdicia, y la hinchazon de la soberbia, y las postemas de la invidia, y la comenzon y lepra de la lujuria, y las llagas encrudecidas de nuestres odios, y el hastío de las cosas espirituales, y la hambre canina de las carnales, ¿cómo queremos acudir al cabo del año á males tan cuotidianos con remedios tan tardíos? Muy flacas suelen ser las medicinas cuando caen sobre llagas afistoladas. Porque aunque el sacramento de la confesion cure del todo los pecados, mas no quita del todo las raices dellos, que son los malos hábitos en que estámos envejecidos y acostumbrados, que son dificultosísimos de curar.

¿Cuál es otrosí el hombre que cuando la casa arde, ó los enemigos baten el muro, espera por el fin del año para proveer de remedio? Pues si la carne arde con tantas llamas de cobdicias cuantos apetitos tiene desordenados, y si los demonios (que son nuestros capitales enemigos) baten continuamente los muros de nuestro corazon, contra los cuales no hay otro mas poderoso remedio que el de los sacramentos, ¿cómo aguardamos á usar deste remedio al cabo del año, siendo el peligro tan cuotidiano? Sin dubda quien esto hace ni sabe estimar la dignidad de su ánima, ni entiende la malicia y perversidad de su carne, ni conosce la virtud y eficacia de los sacramentos, ni el fin para que fuéron instituidos; pues es cierto que no ménos fué instituido el sacramento de la confesion para curar las ánimas, y el de la communion para sustentarlas, que la medicina para curar los cuerpos enfermos, y el pan para mantenerlos.

Y si dices que al cabo del año lo perdona Dios todo, ¿qué me dices de la tiranníe de la mala costumbre que se queda arraigada en tu ánima? Qué me dices de las ofensas de Dios que pudieras haber excusado, que pesan mas que la pérdida de mil mundos? Qué me dices de los otros pecados que se seguirán dese pecado, pues dice Sant Gregorio que el pecado que no se cura con la penitencia, luego acarrea otro con su mesma carga? Pues ¿cuánto mejor consejo fuera prevenir las llagas, que curarlas despues de hechas? Cuánto sería mejor á la mujer casada no cometer adulterio, que perdonarla su marido despues de cometido?

Y dado caso que la Iglesia no nos obligue á comulgar mas que una sola vez en el año; pero esto hizo como piadosa madre, que no quiso dar ocasion de comulgar indignamente á los flacos, ó de quebrantar su mandamiento dejando del todo de comulgar, como hacen algunos; y por esto no quiso hacer ley mas que desta sola vez, por amor destos flacos, dejando por otra parte la puerta abierta y la mesa puesta todo el año para los devotos.

(*h*) 2. Tim. 3.

Otros hay que entienden esto y conoscen por experiencia la virtud destos sacramentos, mas dejan de recebirlos á menudo por vergüenza del mundo. Estos parece que son como aquellos fariseos de quien dice Sant Juan (*i*) que conocieron á Cristo, mas no lo osaron confesar por miedo del mundo; de los cuales dice él que amaron mas la gloria de los hombres que la de Dios. Decidme pues: si vos confesais que este sancto Sacramento fué ordenado y encomendado por Cristo, ¿qué otra cosa es tener vergüenza de recebirlo, sino tener vergüenza de parecer buen cristiano y discípulo de Cristo? Ese mesmo temor padesció Sant Pedro cuando negó á Cristo (*k*); porque tuvo temor y vergüenza de parecer discípulo suyo, y por eso se dice que le negó. Pues agora ya reina en el cielo y es adorado del mundo; y con todo eso se afrentan los hombres de hacer cosas con que parezcan discípulos suyos. ¿Cuál es (dice Salviano) la honra que tiene Cristo entre los cristianos cuando parecer uno muy suyo es caso de ménos valer? ¿Adónde pueden mas llegar los males del mundo, que á tenerse la religion y la virtud por deshonra, siendo ella sola merecedora de honra, y para quien todas las leyes divinas y humanas diputaron la honra?

Dícesme que te retraen deste misterio las voces y clamores del mundo. Pues ¿cómo? Si tú confiesas que entre los tres enemigos y perseguidores que nuestra ánima tiene, uno de los principales es el mundo, el cual persiguió á Cristo, y persiguió á los apóstoles, y á los profetas, y á todos los sanctos, ¿qué caso debes tú hacer de quien esto hizo, y de quien así está pregonado y declarado por enemigo tuyo? ¿Quién jamas tuvo por seguro el consejo de su enemigo, y enemigo que siempre le hace guerra mortal?

Pues si este enemigo por una parte te retrae destos misterios, y por otra te llama Cristo á ellos, diciendo (*l*): Venid á mí todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os daré de comer; siendo esto así, ¿á cual destas voces será mas razon de acudir? Si llamándonos Cristo y el mundo, acudimos al mundo y dejamos á Cristo, ¿cómo nos podemos llamar siervos de Cristo? Porque de aquel es el hombre siervo, cuya voluntad hace y á quien desea contentar. Y así dice el Apóstol (*m*): Si á los hombres desease agradar, no seria siervo de Cristo. Y si nos llamara el mundo para descanso, y Cristo para trabajo, alguna manera de excusa pudiéramos tener. Mas no es así, sino de la manera que lo representa Sant Augustin por estas palabras (*n*): El mundo clama: Yo desfallezco; Cristo dice: Yo esfuerzo; y con todo eso la miserable de mi ánima mas quiere seguir al que desfallece que al que nos esfuerza.

Dime otrosí: ¿qué te hacen estas voces del mundo? Qué te dan? Qué te quitan? Muchas veces somos como bestias espantadizas, que tememos las sombras y cosas de aire. El amor proprio es el artífice destos temores; que quiere tener tan seguros sus provechos, que no solamente recela los peligros verdaderos, sino tambien los imaginados.

Mas ya que hubiese que temer, y las persecuciones de los hombres bastasen para sacarnos sangre, ¿por qué no pasariamos ese poco de trabajo por gozar de tan grande bien? ¿Caro te paresce este bocado por ese precio? El oso que va abrazado con la colmena, no se le da nada

(*i*) Ioan. 12. (*k*) Ioan. 18. (*l*) Matth. 11. (*m*) Gal. 1.
(*n*) In Solil. cop. 13.

que por todas partes le piquen las abejas, por gozar de la miel que lleva. Pues llevando tú contigo una colmena llena de tantos bienes, como es esa hostia consagrada, y un panar de miel tan suave, como es la consolacion deste divino manjar, ¿por qué no sufrirás esas picaduras de las lenguas maldicientes, por gozar de tal bocado?

Otros hay aun no ménos culpados que estos, los cuales por pereza de aparejarse para este sacramento dejan de recebirlo, y de recebir á Cristo en él, que es todo nuestro bien. Pues ¿cómo? ¿Tan pequeño te paresce este tesoro, que se te hace caro pasar ese poco de trabajo por él? Mira, ruégote, en cuán diferente estima lo tenia el bienaventurado mártir Ignacio, el cual en una carta dice así: Fuegos, cruces, bestias, despedazamientos de miembros, y todas las penas del mundo, y las que pueden inventar los demonios, carguen sobre mí, con tanto que merezca yo gozar de Cristo. Pues si este sancto se ponia á todos los martirios de los demonios por gozar de Cristo, que es el que se te da en este sacramento, ¿por qué no te pondrás tú á tan poco trabajo como es confesarte y encomendarte á Dios, para gozar deste mesmo tesoro? ¿Qué mayor locura que dejarse el hombre morir de hambre, por no extender la mano á tomar el manjar que tiene delante? Esconde, dice el Sabio (*o*), el perezoso la mano en el seno, y parécele gran trabajo llegarla hasta la boca. Pues ¿qué cosa puede ser mas reprehensible, ni aun abominable que esta? Qué excusa tendrá ante Dios en la hora de la cuenta quien así despreció el remedio que se le ofrecia tan de gracia, por tan pequeña carga?

Ni tampoco se deben excusar las personas so color de reverencia, diciendo que por eso quieren comulgar de tarde en tarde, por comulgar con mayor reverencia. Para lo cual debes saber que una de las maravillas deste sacramento, entre otras muchas es, que como quiera que entre los hombres la mucha conversacion sea causa de menosprecio, aquí no es así, cuando este sacramento dignamente se recibe. Porque como en él se da gracia, mientra mas á menudo se recibe, mas gracia se da; y cuanto mas cresce la gracia, mas cresce el amor, y el temor, y la devocion, y la reverencia, y todas las otras virtudes que della proceden; que son los principales aparejos que para este sacramento se requieren. De lo cual todo carece el que ménos veces le recibe; y así le recebirá con menor devocion.

Esto mesmo tambien se prueba por la diferencia que Sant Gregorio pone entre el gusto de los deleites espirituales (*p*), cual es el deste manjar celestial, y de los mundanales sensuales: la cual es, que los gustos y deleites sensuales, cuando no se tienen causan deseo, mas despues de alcanzados, hastío: como se vé claro en el hombre hambriento y en el harto; mas por el contrario los espirituales, cuando no se tienen no se desean, porque no se conocen; mas despues de alcanzados y gustados, cuanto mas se poseen, mas se desean y mas hambre causan: segun aquello que la divina Sabiduría protestó, diciendo (*q*): Los que comen de mí, tendrán mas hambre; y los que beben de mí, tendrán mas sed. Pues si el deseo y la hambre deste pan celestial es uno de los principales aparejos que se requieren para él; y este deseo crece con el gusto y experiencia dél: claro está que mientra mas á menudo se recibiere, mas se deseará; y así mas dignamente se recebirá. De lo cual se infiere claramente que tanto mas dignamente comulgará el hombre, cuanto mas á menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen de este socorro, y por otra cargan de pecados por falta dél, de aquí nasce que miéntras mas tardan en recebirlo, ménos dignamente le reciben.

Y si alegás que eres pecador y flaco, y por eso indigno desta comida, á esto digo que no estando en pecado mortal, por esa mesma razon te debrias llegar por la cual te desvías. Porque este sacramento es perdon de pecados, y mantenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio comun de todos los necesitados. Y así fue él instituido por Cristo, no solo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino tambien para que fuese medicina de enfermos, y resurreccion de muertos. Por lo cual dicen los sanctos que muchas veces por virtud dél se hace el que lo recibe, de atrito contrito: que es como si dijésemos, de muerto vivo.

Acuérdate tambien que comia Cristo con publicanos y pecadores; y que á los que deste convite murmuraban, respondió diciendo (*r*): No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos; y no vine yo á llamar los justos, sino á los pecadores.

Bueno es retraerse deste sacramento por temor, y bueno es llegarse por amor; porque lo uno y lo otro es honrar á Dios. Mas, como Sancto Tomas determina (*s*); mejor es llegarse por amor, que retirarse por temor; porque (absolutamente hablando) mejores son las obras del amor que las del temor. Conforme á lo cual leemos (*t*) que David como vió muerto á Oza por la irreverencia que cometió contra el arca del Testamento, no osó hospedarla en su casa, sino mandóla depositar en casa de Obededom. Mas despues que supo como el Señor habia prosperado la casa de su huésped con abundancia de bienes, esforzado mas con este buen suceso, que atemorizado por aquel castigo, determinó de llevarla á su casa, y no le engañó su esperanza.

CAPITULO IX.

Cuál sea la causa del poco gusto y devocion que algunos tienen cuando celebran ó comulgan.

Acerca de lo dicho se podrán preguntar algunas cosas, á las cuales será necesario responder. Entre las cuales la primera es, cuál sea la causa por donde muchas personas que celebran y comulgan á menudo, no sienten en sus ánimas aquel gusto y consolacion que deberian, comiendo este pan celestial; y otras, que no solamente no sienten esto, mas ni aun parece que aprovechan en la virtud con el uso deste sacramento, sino que se están siempre cuasi de una mesma manera.

Pues á lo primero digo que unas veces falta esto por culpa de la persona; porque no se aparejó para comulgar, como debia, ó no vive como es razon; y por eso no es mucho que no sienta lo que sienten los que viven mejor y van mas aparejados, y así tienen mas puro y sano el paladar de sus ánimas, con lo cual gustan mas de las cosas de Dios.

Mas otras veces falta esta manera de consolacion, no por culpa de la persona, sino por sola dispensacion divina; porque así cumple á la mesma persona. Porque así como muchas veces no hallan los justos en la oracion aquel gusto y consolacion que otras veces suelen

(*o*) Prov. 19. et 26. (*p*) Hom. 36. in Evang. (*q*) Eccl. 24.

(*r*) Matth. 9. (*s*) 3. p. q. 80. art. 10. ad tertium. (*t*) 2. Reg. 6.

hallar, sin haber hecho por donde lo perdiesen; porque con esto los purga Dios, y los prueba, y los ejercita, y los humilla: así tambien acaesce lo mesmo en la sagrada communion sin culpa dellos.

Otras veces acaesce esto por no saber los hombres buscar la devocion con la discrecion que se debe buscar, como Sant Buenaventura lo declara por estas palabras: Acaesce (dice él) algunas veces á personas espirituales, que cuanto mas procuran la gracia de la devocion (que llaman sensible) ménos la hallan, y cuanto mas priesa se dan por ella, tanto mas se les aleja, como acaesce en las principales fiestas del año (donde mas se procura la devocion), y señaladamente cuando se aparejan para comulgar. Y muchos por esta causa se entristecen grandemente, y con una pusilanimidad de corazon juzgan que por ventura Dios no quiere que estando así se lleguen á él, ó que los desecha de sí, como á indignos deste sacramento; donde viene á ser que á veces por esta causa se apartan de la medicina y remedio de su salud, que es este sacramento.

De lo cual puede haber muchas causas: unas por culpa, y otras tambien sin culpa del hombre, por especial dispensacion de Dios. Pero cuanto toca al presente negocio, una de las mas communes es buscarse en los tales dias la devocion con demasiada fuerza y vehemencia. Porque con esto paresce que se quita al ánima su libertad, y se ahoga la virtud de naturaleza, cuando el hombre trabaja demasiadamente por sacar como estrujado y exprimido el jugo de la devocion. Y si no la puede luego alcanzar como desea, entristécese y congójase por esto, y así queda mas endurecido é inhabilitado para ella. De donde nasce que cuanto mas ahincadamente trabaja para alcanzarla, ménos la alcanza y mas se seca, segun aquello que está escripto (*v*): El que aprieta mucho los pechos para exprimir leche, sacará sangre. Vemos que no sale tan puro el zumo de una naranja ó de otras cosas tales cuando se estrujan y aprietan con mucha fuerza, como cuando las aprietan moderadamente, para que dén lo que buenamente puedan dar. Pues esto mesmo acaesce á los que procuran la devocion. De donde nasce que cuanto el corazon está mas libre, tanto es mas dulce y mas copioso el afecto de la devocion. Y por esta causa en otros tiempos acaesce hallarse el hombre mas devoto que en las fiestas señaladas; porque en estas parece que ahogamos mas el espíritu con la solicitud y vehemencia deste deseo. Mas en los otros tiempos así como el deseo es mas moderado, así el espíritu procede en este ejercicio con mas libertad y pureza, con lo cual está mas dispuesto para alcanzar la devocion que desea.

A la otra pregunta, que es, por qué algunos de los que á menudo celebran ó comulgan no vemos tan aprovechados, no solo en la devocion, mas ni aun en las otras virtudes; ántes parece que perseveran siempre casi en una mesma tibieza y negligencia. A esto responde un doctor que (regularmente hablando) esto suele acaescer por una de dos causas. La una por culpa de su mal aparejo, como tambien dijimos de la falta de devocion. Esto es, porque no se llegan á este sacramento con aquel fervor de caridad, y hambre deste pan celestial, sino por una manera de costumbre, ó cerimonia, ó cumplimiento, ó necesidad, y despues de haberlo recebido, luego abren la puerta, y sueltan la lengua y el corazon á todos sus apetitos sin razon y sin freno. De manera que ni ántes que le reciban se aparejan con tanta devocion, ni despues de haberle recebido se recogen y miran por sí con tanto cuidado. Por lo cual no es mucho que así como se llegan ayunos á esta mesa, así tambien se despidan della, ó á lo ménos con muy poco fructo, por haber sido tan flaco su aparejo. Lo cual se confirma por lo que al principio deste tratado fundamos: conviene saber, que todas las causas obran conforme á la disposicion que hallan en los subjectos, y así este soberano sacramento (que es fuente de todas las gracias) obra tambien segun la disposicion que halla en las ánimas, y así obra ménos en las que están ménos bien aparejadas.

La otra causa es por razon de algunos defectos y pasiones ocultas y mal mortificadas que los hombres tienen en sus ánimas, las cuales los arrebatan y llevan en pos de sus apetitos, y así les son grandes estorbos é impedimentos de su aprovechamiento; como son la demasía del amor proprio, y de la propria voluntad, y regalo de sus cuerpos y sentidos, el cual les hace andar buscando aquí y allí diversos gustos y contentamientos, con que se derraman por las criaturas, y vierten con esto la devocion, y aun muchas veces del todo la pierden: como hace un vaso de barro mal cocido, que no retiene fielmente el licuor que le encomiendan, ántes lo trasvina por muchas partes hasta que del todo le pierde. Y particularmente acaesce esto á los que se dan á pláticas, y risas, y conversaciones vanas, y se derraman en salidas y negocios excusados; porque todas estas cosas hacen muy mal la cama á este Esposo celestial. Noble cosa es y muy delicada el amistad de Dios, y no admite competidores, sino sola quiere poseer el corazon.

CAPITULO X.

Si es bueno comulgar muy á menudo.

Porque en el capítulo pasado exhortamos á la frecuencia de los sacramentos, y señaladamente al de la sagrada communion, preguntará por ventura alguno cuán á menudo se deba este sacramento recebir (*a*). La respuesta desta pregunta por una parte es muy fácil, y por otra muy dificultosa; porque si solamente miramos á la virtud y eficacia del sacramento, como en él esté Cristo, que es fuente de todas las gracias, y por él se nos aplique la virtud de su pasion, que es de infinito valor, claro está que si pudiésemos recebirlo infinitas veces, tantas lo debríamos recebir; pues tanto mayor gracia y mayores mercedes recebiríamos por él. Mas por otra parte, considerando la disposicion y aparejo que pide este sacramento, segun la cual communica su virtud, como arriba se declaró; mayormente que no es este sacramento de muertos, sino de vivos; pues el comer presupone vivir: segun esta consideracion no es bien comulgar muy á menudo, sino segun el aparejo que cada uno tuviere, para el cual conviene mirar muchas cosas.

Porque primeramente para esto se debe tener respecto al estado de cada uno. Ca las personas que están dedicadas á Dios (como son los sacerdotes, y religiosos, y religiosas) mas aparejo tienen (cuanto es de parte del estado) para llegarse á este sacramento, como personas mas desembarazadas de los tratos y negocios del mundo. Esto digo cuanto es de parte del estado; sin embargo de que muchas veces suple nuestro Señor la falta del es-

(*v*) Prov. 30.

(*a*) S. Thom. 3. p. q. 80 art. 10.

tado con abundancia de gracia: la cual da él á quien quiere y como quiere, en cualquier estado que esté: como lo vemos por David, Abraham, Job y otros sanctos reyes y patriarcas, que fuéron de grande perfeccion, aunque el estado no les ayudaba tanto á eso; pero ayudábalos la divina gracia, que puede mas que todas las ayudas de los estados, por muy perfectos que sean.

Tambien se debe tener respecto á que primero cumpla cada uno con las ocupaciones y cargas del estado que tiene, para que de tal manera se dé á los ejercicios espirituales, que no deje de cumplir con estas obligaciones. Porque la mujer que tiene marido é hijos á quien servir, y hijas que guardar, y casa que mantener, de tal manera se ha de dar á las cosas de devocion, que no deje las de obligacion; pues las unas son de voluntad, y las otras de necesidad; las unas de consejo, y las otras de precepto. Y uno de los principales fundamentos de la buena vida ha de ser, nunca dejar las obras de justicia por las de gracia; pues, como dijo aquel sancto Profeta (*b*), mas vale la obediencia que el sacrificio; y obediencia llama todo lo que era de obligacion, y sacrificio lo que de voluntad y devocion. Contra lo cual ordinariamente están inclinados los hombres; porque communmente mas gusto tienen en las cosas que hacen por su voluntad propria, que en las que hacen por la ajena. Y lo que digo de la obligacion de las mujeres para con sus hijos y maridos, eso mesmo digo de la de los hijos y hijas para con sus padres, mayormente cuando son pobres, viejos ó enfermos; porque servir á estos en sus trabajos pertenesce al primer mandamiento de la segunda tabla, que es la primera obligacion que tenemos á los hombres despues de Dios. La cual nos es aun encomendada con el ejemplo tan antiguo y tan celebrado de los hijos de las cigüeñas, que con grande piedad y cuidado sirven á los padres que los criaron en la postrera edad. Mire pues el hombre que de tal manera se dé al uso de los sacramentos, que no deje de cumplir con estas tan importantes obligaciones; porque de otra manera no aceptará Dios su devocion.

Lo tercero debe el hombre tambien mirar la costumbre en que se pone acerca del comulgar á menudo, la cual debe ser tal, que pueda en ella perseverar, y tenga aparejo para eso. Porque así como los árboles de regadío, cuando les falta el riego acostumbrado, padescen notable daño, por faltarles este tan grande y tan usado beneficio (y aun á veces vienen por esto á secarse), así las ánimas acostumbradas á este pasto celestial suelen padescer notable detrimento cuando les falta este beneficio, por ser tan grande el beneficio; tanto, que algunos por esto vienen á aflojar en la vida espiritual, y aun á veces á desistir del propósito comenzado. Porque general cosa es, los cuerpos flacos acostumbrados á una provechosa medicina, hallarse muy mal cuando la dejan; y lo mesmo acaesce á las ánimas flacas cuando dejan de continuar esta tan saludable medicina por culpa suya. Por lo cual debe la persona en este caso tener tambien respecto á la comodidad y aparejo que tiene para la frecuencia deste sacramento, para que se ponga en estilo, que pueda siempre continuar; porque no venga á faltar en todo, cuando le faltare este beneficio.

Tambien es razon mirar que con mas libertad y ménos nota pueden salir los hombres de casa que las mujeres, y correr por do quisieren á buscar los sacramentos y los ministros dellos; y entre las mujeres, las de mas edad y mas ancianas, que las de ménos; porque en la edad tierna y sospechosa siempre la clausura y encerramiento fué muy alabado y encomendado por todos los sanctos. Por donde aun en la ley vieja, mandando Dios que todos los varones se presentasen tres veces en el año en el templo (*c*), nunca obligó á esto las mujeres, ni una vez en la vida; porque sabía él bien el peligro destas salidas; el cual experimentó Dina, hija de Jacob (*d*), pues con una salida que salió, destruyó á sí y á toda la tierra. Por lo cual no sin causa alaba Sant Ambrosio á la sacratísima Vírgen nuestra Señora, que estando tan de espacio en su casa, caminaba á muy gran priesa fuera della, cuando iba á visitar á Santa Isabel su parienta (*e*).

No digo esto para poner perpetua clausura á las doncellas; sino para que se habitúen todo lo posible á tratar con Dios de sus puertas adentro, y buscarle dentro de los rincones de su casa, y salir lo ménos que les sea posible fuera, sino es los dias que manda la Iglesia, ó cuando lo pide el uso deste sacramento, recibiéndolo con esta moderacion. Esto digo generalmente hablando, porque personas hay de poca edad en quien concurren tales circunstancias, que cesen todos estos inconvenientes; y así salgan desta regla general.

Consideradas pues todas estas cosas, debe cada uno mirar cómo le va con la frecuencia deste sacramento (*f*). Porque si con esto se halla mas devoto, mas recogido, mas circunspecto en sus palabras, mas diligente en las buenas obras, y mas solícito en la guarda de sí mesmo, y mas señor de la ira y de los otros apetitos y pasiones desordenadas (aunque esto no sea con grande ventaja y eminencia), argumento es que aprovecha con este sacramento; y así debe frecuentarlo tanto mas, cuanto mas esto sintiere. De suerte que si miéntras mas lo frecuenta, mejor le va, debe en este caso humilmente continuar lo que siente que le hace provecho. Mas si nada desto reconoce en sí, indicio es del poco fructo que saca del sacramento, y del flaco aparejo con que se llega á él; así paresce que, ó debe acrescentar el aparejo, ó diminuir la frecuencia del sacramento.

Verdad es que algunas veces obra este sacramento tan secretamente, que apénas lo puede el hombre barruntar; porque la gracia communmente obra (como la naturaleza) poco á poco, segun parece en una planta, que no viendo cuando cresce, vemos despues que ha crecido. Por lo cual no se debe el hombre en este caso fiar de sí, sino poner su causa en manos del prudente y virtuoso confesor para que la determine.

Mas aquí es mucho de notar que no solamente se cuenta por aprovechamiento el pasar adelante, sino tambien el no volver atras; puesto caso que, como dice Sant Bernardo (*g*), en el camino de Dios el no ir adelante es volver atras. Pero con todo esto mas claro ve el hombre cuando vuelve atras, que cuando pasa adelante; así como mas claro se vería una piedra que viene rodando con ímpetu por una cuesta abajo, que la que sube hácia arriba; porque (communmente hablando) el crescer es difícil, y el descrecer fácil; así como se suele decir que es mas fácil derribar que edificar, y así es mas claro de ver. Por lo cual digo que aunque le parezca al hombre

(*b*) 1. Reg. 15.

(*c*) Exod. 23 et 34. (*d*) Genes. 34. (*e*) Luc. 1. (*f*) D. Bern. in Cœna Domini (*g*) Serm. 2. Purif. et Epist. 341.

que no pasa adelante con la frecuencia deste sacramento; mas si por otra parte ve que dejándolo de continuar vuelve atras, cayendo en muchos defectos, y hallándose mas flaco para resistir á la tentacion, mas tibio para la oracion, mas tardío para la obediencia, mas perezoso para las obras de misericordia, mas fácil para las risas y palabras ociosas, mas prompto para la ira, mas impaciente en los trabajos, y finalmente mas descuidado en la guarda de sí mesmo; cuando en todas estas cosas, ó en alguna dellas se halla mas falto apartándose del sacramento, y no tanto cuando lo frecuenta, argumento es que todavía aprovecha con el uso dél; porque parte es de provecho incurrir en ménos daño; y no es ménos necesaria la medicina que nos preserva de enfermedades, que la que nos acrescienta la salud. Lo cual es cosa de grande consolacion para todas aquellas personas que no ven tan palpablemente en sí el fructo deste sacramento.

Y dado caso que se vea muchas veces desvariar en algunos pecados veniales, no por eso se debe apartar deste sacramento, precediendo el arrepentimiento dellos; porque (como dice Sant Hilario) si los pecados no son mortales, no se debe el hombre apartar de la medicina del cuerpo del Señor. Mas ántes esta razon nos obliga mas á llegar á él; pues uno de los efectos y virtudes deste sacramento es el remedio deste género de pecados; sin los cuales no se pasa esta vida.

Pues conforme á estos presupuestos fácilmente podrá cada uno determinar las veces que debe llegarse á este convite celestial. Porque á unos bastará llegarse por las fiestas principales del año, á otros cada mes, á otros cada quince dias, y á otros tambien cada semana, como Sant Augustin aconseja (*h*), con lo cual se deberian contentar todas las personas por virtuosas que fuesen, si no hubiese algunas particulares causas ó circunstancias por donde esto se debiese hacer mas veces; porque así como no hay regla sin excepcion, así no puede establecerse cosa perpetua que no tenga su limitacion. Y deste parecer es Sant Buenaventura en un tratado que escribió de la perfeccion á una hermana suya, en el cual dice en substancia casi todo lo que aquí habemos dicho, por estas palabras:

Si alguno desea saber cuál sea mejor, comulgar muchas veces, ó pocas, paréceme que no se puede señalar en esto una regla general para todos. Porque como sean diversos los méritos de los hombres, y diversos sus propósitos y ejercicios, y diversas tambien las obras del Espíritu Sancto, y los estados tambien de cada uno, no se puede cortar una ropa que pueda venir á tantos. Y por esto así como á los enfermos no se da siempre una mesma medicina, ni en una mesma cuantidad; sino segun la cualidad de las personas, y de las enfermedades, y complexiones, y tiempos, y lugares, se aplica y mide la cuantidad de la medicina, así tambien conviene hacerse en la medicina espiritual deste sanctísimo Sacramento. Porque los que andan envueltos en cuidados y negocios del mundo, ménos veces pueden desembarazarse para recibirlo, que aquellos que libres de todos estos negocios tienen dedicada su vida á los espirituales ejercicios. Y entre estos unos hay mas cuidadosos en la guarda de sí mesmos y en la pureza de la consciencia, que otros. Algunos tambien hay que son grandemente inflammados con el ardor y deseo deste sanctísimo misterio. Otros por el contrario padescen grandes miedos y temores cuando han de comulgar, y si no les apretase la consciencia, ó la costumbre de la religion, ó el temor de alejarse mas de Dios dejando de comulgar, pocas veces comulgarian. Mas á mí paresce que pocas veces se hallarán personas (sacados los sacerdotes, cuyo oficio es celebrar) á quien no baste comulgar una vez en la semana, si no hubiese alguna especial causa ó razon para esto, como es alguna enfermedad que sobreviniese, ó alguna principal solemnidad, ó algun nuevo y no acostumbrado deseo de recebir aquel que solo puede templar y refrigerar el ardor del ánima que lo ama. Y porque el ímpetu de tal ardor piadosamente se puede conjeturar que es del Espíritu Sancto (cuando las otras cosas concurran con él), paresce que no se debe resistir al tal deseo. Lo cual se ha visto por experiencia en algunas personas, cuya vida era Cristo, de tal manera que si muchas veces no gozaban de la refeccion deste pan de vida, parescia que desfallescia en ellos la mesma vida corporal, como lo daban á entender claramente indicios manifiestos de la flaqueza.

Y por tanto cosa es muy saludable que el hombre se aparcje muchas veces para recebir la medicina deste sacramento con la mayor devocion que pudiere, y despues de haberlo recebido, mire por sí con todo cuidado. Lo cual señaladamente pertenesce á los religiosos que están dedicados á Dios; porque así alcancen la innocencia y pureza que por este sacramento se alcanza.

Y aunque algunas veces no se halle el hombre tan devoto, todavía (confiando en la misericordia de Dios) se debe llegar humildemente á este pan de vida. Y si le paresciere que no es merecedor desto, debe pensar que cuanto mas flaco y enfermo se hallare, tanto mas le conviene buscar el médico de su salud; pues (como él mesmo dijo) no tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos (*i*). Ni debes pensar que te llegas tú á Cristo para sanctificar á él con tu sanctidad, sino para que él sanctifique á tí con la suya.

Ni tampoco se debe el hombre acobardar cuando no siente en sí aquella especial gracia de devocion que querria (cuando él hace lo que es de su parte) ó cuando en la mesma communion, ó despues della no se halla tan devoto; porque muchas veces suele esto acaescer por especial dispensacion de Dios, por las causas que él suele á tiempos privar á los suyos desta consolacion. Todo lo susodicho es de Sant Buenaventura, cuyo testimonio debe ser de mucha autoridad para con todos, por ser este glorioso doctor tan señalado, así en letras como en sanctidad y espíritu (que lo tuvo muy alto), y así escribió y supo mucho en esta materia.

Pues así por esto como por todo lo demas que hasta aquí se ha dicho, se entenderá la poca razon que tienen los que con demasiado celo, so color de reverencia, condenan y aun predican muchas veces contra las personas que frecuentan los sacramentos; porque ya que en esto hubiese alguna demasía, hay tantos otros males en el mundo mayores que reprehender, que no debrian gastar tanto almacen en solo este. Mayormente que mirado muy bien el negocio, mucho mayor mal es el que padesce el mundo por andar tan alejado del uso de los sacramentos, que por llegarse demasiadamente á ellos.

(*h*) Lib. de Eccle. dogm. c. 53. circa princip. et S. Thom. 3. p. q. 80. art 10. ad secundum.

(*i*) Matth. 9.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que (segun dice Sancto Tomás (*k*), todas las virtudes morales (como consisten en el medio) necesariamente han de tener dos vicios contrarios: uno por exceso, y otro por defecto (aunque no todas veces tienen nombres conocidos). Pues así tambien decimos que en el uso de los sacramentos, y generalmente en todos los ejercicios espirituales, puede haber demasía, y puede haber falta. Pues siendo esto así, si ponemos los ojos en el mayor destos extremos, hallarémos que mucho mayor mal padesce el mundo por apartarse tanto de los sacramentos, que por llegarse demasiadamente á ellos. Porque el yerro en esta parte, aunque sea yerro, ¿quién no ve cuánto mayor es andar los hombres arredrados de los sacramentos, en los cuales puso Dios la medicina de nuestras llagas, y el remedio de nuestras ánimas? ¿Qué es lo que hace á los hombres andar tan perdidos y tan rotos en la consciencia, sino andar tan apartados deste pan de vida? Si no, mira la diferencia que hay deste siglo en que agora vivimos (donde los hombres comulgan de año en año) á aquel en que comulgaban cada dia; y por ahí verás la diferencia que hay de comulgar á menudo, ó comulgar de año en año. Pues el que tiene celo de Dios y de su Iglesia, esto clame y esto llore: ver andar á los hombres tan arredrados de Dios y de todos los espirituales ejercicios, pues este es la principal causa y fuente de todos nuestros males.

Pues por esta causa así como los que tienen cargo de la república, dado caso que entiendan muy bien que así la demasía como la falta de las vituallas y cosas temporales puede ser dañosa á la república; pero todo su estudio emplean en que no haya falta, y nunca les pesa con la abundancia; porque de aquella parte se puede seguir mucho mayor daño que desta: así los que tienen cargo de la Iglesia, mucho mas deben acudir á remediar la falta destas espirituales vituallas y medicinas, que á la demasía dellas, pues sin comparacion es mayor mal el que causa la falta, que la demasía. Mayormente que desta nadie puede ser buen juez, por lo que ve por defuera, si no ve lo de dentro; y muy temerario es el hombre que sin haber visto el proceso, da sentencia sobre la causa.

Esto basta al presente para esta materia. Agora pondrémos algunas devotas oraciones y meditaciones en que se pueda ocupar el buen cristiano ántes y despues de la sagrada communion.

Siguese una devota meditacion para ántes de la sagrada communion, para despertar en el ánima temor y amor deste sanctisimo Sacramento.

¿Quién sois vos, Señor mio, y quién soy yo para que me ose llegar á vos? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recebir en sí á Dios su hacedor? Qué es de sí el hombre, sino un vaso de corrupcion, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? Pues ¿cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias ante vuestro acatamiento (*l*), las columnas del cielo tiemblan delante de vos, los mas altos de los serafines encogen las alas y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia; pues ¿cómo os osará recebir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Baptista, dende las entrañas de su madre sanctificado, no osa tocar vuestra cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de vuestro zapato (*m*); El príncipe de los apóstoles da voces y dice (*n*): Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador; ¿y osaré yo llegarme á vos tan cargado de pecados? Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo (*o*), que no eran mas que una sombra deste misterio) no podia comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles, estando tan pobre de sanctidad? Aquel cordero pascual (*p*) que no era mas que figura deste sacramento, mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados de zapatos y ceñidas las renes; pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contricion? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los piés, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recebido en esta mesa si me falta este aparejo. Desta mesa fué desechado aquel que no se halló con ropa de bodas (*q*), que es la caridad, y atado de piés y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? ¡Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas! ¿Qué será de la mia, si ante ellos pareciere sin esta vestidura? Tocar el arca del Testamento cuando se queria caer, fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó fué luego castigado con arrebatada muerte (*r*); pues ¿cómo no temeré yo el mesmo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los betsamitas mas que mirar curiosamente esta mesma arca cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento dice la Escriptura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo (*s*). Pues ¡oh misericordioso y terrible Dios! ¿cuánto mayor cosa es vuestro sacramento que aquel arca, y cuánto mayor cosa es recebiros que miraros? Pues ¿cómo no temblaré yo cuando me llegare á recebir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y si tanta razon tengo para temer considerando vuestra grandeza, ¿cuánto mas debo temer considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo (y plega á vuestra misericordia no lo sea tambien agora), cuando la cosa mas olvidada y ménos amada de mi corazon érades vos, hermosura infinita; y cuando el polvo de las criaturas tenia yo en mas que el tesoro de vuestra gracia, y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenia dada á mis apetitos, y no tenia mas cuenta con vos, que si nunca os conosciera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazon (*t*): No hay Dios; porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo habia. Nunca por vuestro amor trabajé, nunca

(*k*) 1. 2. q. 64 art. 1.

(*l*) Iob. 26. (*m*) Luc. 1. (*n*) Luc. 5. (*o*) 1. Reg. 21.
(*p*) Exod. 12. (*q*) Matth. 22. (*r*) 2. Reg. 6. (*s*) 1. Reg. 6
(*t*) Psalm. 13.

por vuestra justicia temí, nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo, nunca por vuestros beneficios os di las gracias que debia, nunca por saber que vos estábades en todo lugar presente, dejé de pecar delante de vos (*v*): todo lo que mis ojos desearon les concedí; y no fuí á la mano á mi corazon para estorbarle alguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? Qué otra cosa fué mi vida sino una contradiccion y guerra contra vos, y una renovacion de todos los martirios que pasastes por mí? Qué hice las otras veces que comulgué, que acabando de comulgar os ofendí, sino escarneceros con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas os adoraban, y por otra con la caña os herian (*x*)? Pues ¡oh Salvador, y juez mio! ¿cómo os osaré recebir en una tan vil y sucia morada? Cómo depositaré vuestro sagrado cuerpo en la cama de los dragones, y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estareis vos, pureza virginal, y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas (*y*), y la compañía de Dios con la de Belial? ¡Oh flor del campo, y azucena de los valles! ¿cómo quereis vos agora ser hecho manjar de bestias (*z*)? Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos (*a*)? ¡Oh amador de las ánimas limpias, que os apacentais entre los lirios miéntras dura el dia y se inclinan las sombras! ¿qué pasto os podré yo dar en este corazon donde no nacen estas flores, sino zarzas y espinas (*b*)? Vuestro lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura (*c*). No hay en esta casa ninguno destos colores; pues ¿qué silla os daré yo cuando entráredes en ella? Vuestro sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie habia sido sepultado (*d*); pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva donde os pueda yo sepultar? Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta por donde salia el hedor y corrupcion de mis pecados (*e*)? Qué mi corazon sino fuente de malos deseos? Qué mi voluntad sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios, y con este aparejo á recebiros y á daros paz? ¡Oh Redemptor mio, confúndome de verme tal! Avergüénzome de ver cuál voy á los brazos del Esposo del cielo, que de nuevo me quiere recebir.

SEGUNDA PARTE DESTA MEDITACION.

Conozco, Señor Dios mio, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Esta es la que me da atrevimiento para llegarme á vos tal cual estoy. Porque miéntras mas indigno fuere yo, mas glorificado quedais vos en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechais, Señor, los pecadores, ántes los llamais y atraeis á vos. Vos sois el que dijisteis (*f*): Venid á mí, todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Vos dijistes (*g*): No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos; y no vine á buscar á los justos, sino á los pecadores. De vos públicamente se decia que recebíades los pecadores y comíades con ellos. No habeis mudado, Señor, la condicion que teniades entónces, y por eso creo que agora tambien llamais dende el cielo á los que entónces llamábades en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á vos cargado de pecados, para que me descargueis; y trabajado con mis proprias miserias y tentaciones, para que me déis refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane; y como pecador al justo, fuente de la justicia, para que me justifique. Dicen que recebis los pecadores y comeis con ellos, y que vuestro manjar es la conversacion de los tales (*h*). Si tanto os deleita ese convite, veis aquí un pecador con quien podeis comer dese manjar. Bien creo, Señor, que os deleitaron mas las lágrimas de aquella pública pecadora (*i*), que el convite soberbio del fariseo; pues no menospreciastes sus lágrimas, ni la desechastes por pecadora, sino ántes la recebistes, y la perdonastes, y la defendistes; y por unas pocas de lágrimas la perdonastes muchos pecados. Aquí se os pone, Señor, otra nueva ocasion de mayor gloria, que es un pecador con mas pecados y ménos lágrimas. No fué aquella la última de vuestras misericordias, ni la primera. Otras muchas tales teníades hechas, y otras muchas os quedan por hacer. Entre agora esta en la cuenta dellas, y perdonad á quien mas os ha ofendido, y ménos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar vuestros piés; mas vos teneis derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No os indigneis, Dios mio, porque estando tal cual me veis, me oso llegar á vos. Acordaos que no os indignastes cuando aquella pobre mujer que padescia flujo de sangre se llegó á recebir el remedio de su enfermedad tocando el hilo de vuestra vestidura (*k*), ántes la consolastes y esforzastes, diciendo: Confía, hija, que tu fe te hizo salva. Pues como yo padezca otro flujo de sangre mas peligroso y mas incurable que este, ¿qué puedo hacer sino llegarme á vos para recebir el beneficio de mi salud? No habeis mudado, Señor mio, la condicion ni el oficio que teníades en la tierra, aunque os subistes al cielo. Porque si así fuera, otro Evangelio hubiéramos menester que nos declarara la condicion que teneis allá, si fuera diferente de la de acá. Leo pues en vuestros Evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocaros; porque de vos salia virtud que sanaba á todos. A vos se llegaban los leprosos, y vos extendíades vuestra bendita mano, y los alimpiábades (*l*). A vos venían los ciegos, á vos los sordos, y á vos los paralíticos; á vos los mesmos endemoniados, á vos finalmente acudian todos los monstruos del mundo, y á ninguno dellos os negastes. En vos solo está la salud, en vos la vida, en vos el remedio de todos los males. Tan piadoso sois para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿adónde iremos los necesitados sino á vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no es solo manjar de sanos, sino tambien medicina de enfermos; no solo es fortaleza de vivos, sino resurreccion de muertos; no solo enamora y deleita los justos, sino tambien sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue segun pudiere, y tome de ahí la parte que

(*v*) Eccle. 2. (*x*) Matth. 27. (*y*) 2. Cor. 6. (*z*) Cantic. 2.
(*a*) Matth. 7. (*b*) Cantic. 2. (*c*) Cantic 3. (*d*) Matth. 27.
(*e*) Psalm. 5. (*f*) Matth. 11 (*g*) Matth. 9.

(*h*) Luc. 5. Ioan. 4. (*i*) Luca 7. (*k*) Matth. 9
(*l*) Luca 6. Matth. 8.

le pertenesce. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de confesion y alabanza en este convite (*m*); yo me llegaré como pecador y enferma á recebir este cáliz de mi salud (*n*). Por ninguna via puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán; y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán; y si muerto, aquí me resuscitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán; y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos (*o*); no por verme caido, porque el Señor levanta los caidos. No huiré dél (como hizo Adan por verse desnudo), porque él es poderoso para cubrir mi desnudez; no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia; no por verme con tanta pobreza, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, ántes le doy ocasion (mientra mas miserable fuere) para que resplandezca mas su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego dende su nascimiento sirvieron para que resplandesciese mas en él la gloria de Dios (*p*); y la bajeza de mi condicion servirá para que se vea cuán bueno es aquel que siendo tan alto, no desdeña cosas tan bajas. Especialmente que no se tiene aquí respecto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo, y tratarme como á tal. Pués por esto os suplico, clementísimo Padre, nuestro Salvador, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatas (*q*), queriendo en esto honrar al hijo, no por sí, sino por los méritos de su padre; así vos, eterno Padre, tengais por bien asentar á este pobre y disforme pecador á vuestra sagrada mesa; no por sí, sino por los merescimientos de aquel tan grande amigo vuestro Jesucristo, nuestro segundo Adan y verdadero Padre. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

PREÁMBULO PARA LAS ORACIONES SIGUIENTES, QUE SIRVEN PARA ÁNTES DE LA SAGRADA COMMUNION.

Todos los sacramentos de la nueva ley quieren disposicion y aparejo para recibirse dignamente; pero unos mas que otros. Porque una manera de aparejo pide el sacramento del baptismo, y otra la extrema-uncion, y otra aun mayor que esta la confesion, porque requiere especial atencion y declaracion de los pecados; otra aun mas alta pide el sacramento del Altar; porque como este sea el mas noble de los sacramentos, así requiere mayor disposicion y aparejo para recebirse. Para cuyo entendimiento es de saber que el efecto proprio deste sacramento es la refeccion espiritual del ánima, que es un gusto espiritual de Dios, y un aliento para bien obrar. Y para gozar mas enteramente deste beneficio, conviene que haya de parte del hombre actual devocion y atencion á Dios cuando comulga; porque aunque la gracia se puede recebir sin esta disposicion, mas esta espiritual refeccion pide esta manera de devocion y atencion. Pues para tener el corazon desta manera, y libertarlo de todos los cuidados y pensamientos del mundo en esta hora, es menester aparejarlo ántes, no solo con el sacramento de la confesion, que á esto se ordena, sino tambien con sanctas oraciones, liciones y meditaciones, para que así se halle al tiempo de la communion mas puro, mas devoto y mas atento á Dios. Porque si tal se hallare, así como en la leña seca se enciende luego el fuego, así tambien se encenderá en su corazon la llama de aquel divino fuego, que lo purifique é inflame, y transforme en Dios. Pues para esto lo podrán ayudar algun tanto las oraciones siguientes, que sirven para ántes y despues de la sagrada communion, si las leyere, no apriesa, ni de corrida, sino con aquel espacio y atencion, y con aquellas pausas y estaciones que requiere un tan grande misterio.

ORACION PARA ANTES DE LA COMMUNION, DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO.

Aquí me llego, Todopoderoso y eterno Dios, al sacramento de vuestro unigénito Hijo, mi Señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como sucio á la fuente de misericordia, como ciego á la lumbre de claridad eterna, como pobre al Señor de los cielos y de la tierra, y como desnudo al Rey de la gloria. Ruego pues, Señor, á vuestra infinita bondad y misericordia, tengais por bien sanar mi enfermedad, alimpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad, enriquecer mi pobreza y vestir mi desnudez; para que así pueda yo recebir al pan de los ángeles, al Rey de los reyes, al Señor de los señores, con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi ánima. Dadme, Señor, que reciba yo no solo este sacramento, sino tambien la virtud y gracia del sacramento. O piadosísimo Padre, otorgadme que este unigénito Hijo vuestro (al cual yo propongo agora recebir encubierto en esta vida) que lo merezca yo ver para siempre y sin velo en la otra. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

Síguese otra devota oracion para ántes de la sagrada communion.

Gracias y alabanzas os doy, Salvador y Señor mio Jesucristo, por todos vuestros beneficios, y señaladamente por el misterio de vuestra sancta encarnacion, por vuestro sancto nascimiento, por vuestra circuncision, por vuestra presentacion en el templo, por la huida á Egipto, por el ayuno y tentacion, por los trabajos de vuestros caminos, por el discurso de la predicacion, por las persecuciones del mundo, por los dolores y tormentos de vuestra acerbísima pasion, y por todo lo que en este mundo hecistes y padecistes por mí, y mucho mas por el amor con que lo padecistes, que sin comparacion fué mayor. Y sobre todo esto os doy gracias porque teneis por bien de asentar un tan vil y miserable pecador á vuestra mesa, y hacerlo participante de vos mesmo, y de los inestimables tesoros de vuestra sagrada pasion. O Dios mio y Salvador mio, ¿con qué os pagaré yo esta nueva misericordia con que teneis por bien de inclinar los cielos de vuestra grandeza, y decender al muladar de nuestra vileza? ¿Quién sois vos, y quién nosotros, para que vos, Señor de la majestad, querais decender

(*m*) Psalm. 117. (*n*) Psalm. 115. (*o*) Psalm. 145. (*p*) Ioan. 9. (*q*) 2. Reg. 9.

á nuestras casas de barro? El cielo es vuestras silla, y la tierra es el escaño de vuestros piés, y todo lo hinche la gloria de vuestra Majestad (*r*): ¿pues cómo quereis, Señor, aposentaros en tan viles pajares? ¿Es posible, dice Salomon (*s*), que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo, y los cielos de los cielos con toda su grandeza no bastan para daros lugar, ¿cuánto ménos bastará esta pequeña casa que yo os he edificado? ¡Oh cómo es grande maravilla que el que está asentado sobre los querubines (*t*), y dende allí mira los abismos, que agora decienda á asentarse en estos abismos, y poner ahí la silla de su Majestad!

Poco le paresció á vuestra infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio (*v*), sino que vos mesmo, Señor de los ángeles, quisiésedes venir á nosotros, y entrar en nuestros cuerpos y ánimas, y tratar allí por vuestras proprias manos los negocios de nuestra salud (*x*). Allí visitais los enfermos, esforzais los flacos, levantais los caidos, consolais los tristes, animais los desconfiados, enseñais los ignorantes, encaminais los descarriados, dais de comer á los hambrientos, y encendeis en vuestro amor á los tibios. Finalmente, vos mesmo sois el que nos curais de todos nuestros males; y esto no con otras manos que con las vuestras, ni con otra medicina que con vuestra carne y vuestra sangre. ¡Oh buen pastor! y cuán fielmente cumplistes aquella palabra que nos distes por el Profeta, diciendo (*y*): Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado; yo buscaré lo perdido, y volveré al aprisco lo desechado, y esforzaré lo flaco, y lo gordo y fuerte yo lo conservaré!

Mas ¿quién será digno destas mercedes, y desta union tan admirable? No hay en el cielo ni en la tierra dignidad ni méritos que de sí para ello basten. Y por esto, Señor, vuestra misericordia es la que para esto nos habilita, y vuestra gracia nos hace dignos de tanto bien. Y pues sin ella nadie es digno, ella sea, Dios mio, la que me favorezca, la que me ayunte con vos, la que me haga participante deste misterio, y agradescido á este tan inestimable beneficio. Supla mis defectos vuestra gracia, perdone mis pecados vuestra misericordia, apareje mi ánima vuestro espíritu, enriquezcan mi pobreza vuestros merescimientos, y lave todas las mancillas de mi vida vuestra sangre preciosa; para que así pueda dignamente recebir el sacramento de vuestro preciosísimo cuerpo.

Alégrome, Dios mio, cuando me acuerdo de aquel gran milagro que hizo el cuerpo del profeta Eliseo despues de muerto (*z*), el cual resuscitó á otro muerto, que acaso unos ladrones escondieron en su sepultura, y lo juntaron con él. Pues si tanto pudo el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto mas podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No sois vos por cierto, Señor, ménos poderoso que vuestro profeta, ni mi ánima está ménos muerta que aquel cuerpo, ni es de ménos virtud este tocamiento que aquel. Pues ¿por qué no esperaré yo tambien de aquí este mismo beneficio? Por qué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fué concebido del Espíritu Sancto? Por qué ha de ser mas honrado el cuerpo del siervo que el del Señor? Por qué no resuscitará vuestro sagrado cuerpo las ánimas que se llegaren á vos, pues aquel resuscitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquel sin buscar la vida recibió lo que no buscaba, por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á vuestra infinita misericordia, Señor mio, que pues yo la busco por medio deste venerable sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva mas para mí, sino para vos. O buen Jesu, por aquella inestimable caridad y amor que os hizo encarnar, padecer y morir por mí, humilmente os suplico me querais alimpiar de todos mis pecados, y adornarme con vuestras virtudes y merescimientos, y darme gracia para que reciba este sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de emendarme dellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto misterio.

Dadme tambien aquella pureza de intencion con que reciba yo este sacramento para gloria de vuestro sancto nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa con vos mediante este sacramento de amor, y para ofresceros este misterio por la salud de todos los fieles, así vivos como defunctos; para que todos sean ayudados y socorridos con la virtud inestimable deste sacramento, que para la salud de todos fué instituido. Vos que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

ORACION PARA DESPUES DE LA COMUNION, DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO.

Gracias os doy, Señor Dios Padre Todo poderoso, por todos vuestros beneficios, y señaladamente porque quisistes admitirme á la participacion del sacratísimo cuerpo de vuestro unigénito Hijo. Suplicoos, Padre clementísimo, que esta sagrada communion no me sea obligacion ni ocasion de castigo, sino intercesion saludable de perdon. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrescentamiento de caridad, de paciencia, de verdadera humildad, y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defension de todos mis enemigos visibles é invisibles, y perpetua union con vos solo, mi verdadero Dios y Señor. Y tened por bien llevarme á aquel convite inefable, donde vos sois luz verdadera, hartura cumplida y gozo perdurable, en los siglos de los siglos. Amen.

Siguese otra meditacion para despues de haber comulgado.

O Dios mio y misericordia mia, ¿qué gracias os podré yo dar, porque vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, habeis querido hoy visitar mi ánima, y entrar en mi pobre casa, y haceros una cosa conmigo mediante la virtud inestimable deste sacramento? ¿Con qué os pagaré esta honra? Con qué os serviré este beneficio? Qué gracias os podrá dar una criatura tan pobre por una dádiva tan rica? Porque no os contentastes con hacernos aquí participantes de vuestra soberana Deidad; sino tambien nos haceis de vuestra sancta humanidad, y de todos los merescimientos que nos ganastes con ella. Porque aquí nos dais vuestra carne y vuestra sangre,

(*r*) Isai. 66. (*s*) 3. Reg. 8. (*t*) Dan. 3. (*v*) Psal. 90.
(*x*) Hebr. 1. Matt. 18. (*y*) Ezech. 34. (*z*) 4 Reg. 13

y con ella nos haceis participantes de todos los tesoros y merescimientos que con esa mesma carne y sangre nos ganastes. ¡Oh maravillosa communicacion! Oh preciosa dádiva, mal conoscida de los hombres, y digna de ser agradescida con perpetuos loores! Oh clementísimo reparador de nuestras ánimas! ¿con qué mayores riquezas las pudiérades enriquecer que con estas? Bien dijistes, Señor, hablando en vuestra oracion al Padre (*a*): Yo, Padre, me sanctifico por ellos; porque ellos sean sanctos de verdad. ¡Oh nueva manera de sanctificar, tan costosa para el sanctificador! Porque vuestra es la sanctidad, y mio el fructo; vuestro el trabajo, y mio el provecho; vuestra la costa, y mia la ganancia; vuestra la disciplina, y mio el perdon; vuestra es la purga y la sangría, y mia la salud y la vida que se alcanza con ella. Por mí satisficieron aquellos vuestros dolores, aquellos clavos, y aquellas bofetadas y espinas, y aquella sangre preciosa que por mí se derramó. A mí lavaron aquellas lágrimas, á mí sanaron aquellas heridas, y por mí pagaron aquellos azotes. ¡Oh dichosa communicacion! Oh carta de maravillosa hermandad! Oh compañía de inefables tesoros! ¿Qué caudal pusimos nosotros, Señor, de nuestra parte para esto? Qué os dimos porque tal dádiva nos diésedes? Ninguna cosa hubo cierto de por medio, mas que sola vuestra bondad. ¿Por qué alumbra el sol? Por qué calienta el fuego? Por qué enfría el agua? Claro está que porque es natural propriedad destas criaturas producir estos efectos. Pues á vos, Dios mio, es proprio haber misericordia y perdonar, y (lo que mas es) perdonar á los otros, y no perdonar á vos. Vuestra mesma naturaleza es bondad, y no cualquiera bondad, sino summa bondad. Pues así como á la bondad pertenesce communicarse, así á la summa bondad summamente communicarse; y así lo hecistes vos con nosotros, pues en todo os nos distes. Naciendo os distes por hermano, comiendo por mantenimiento, muriendo os dais en precio, y reinando en galardon.

Finalmente, si quieres, ánima mia, en una palabra comprehender los bienes que consigo te trae este divino Sacramento, considera los que trajo este Señor al mundo cuando á él vino. Pues así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia, con todo lo demas que se sigue della, así cuando por este medio viene él al ánima, le da esta mesma vida. ¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica, para que Dios viva en ella! Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado, que mantienes el ánima, y no el vientre; confirmas el corazon, y no cargas el cuerpo; alegras el espíritu, y no embotas el entendimento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propria es degollada, para que se cumpla en nosotros la voluntad divina!

Pues ¿qué gracias, qué alabanzas os daré yo, Señor, por este beneficio? Si el agradescimiento ha de responder á la dádiva, ¿qué linaje de agradescimiento bastará para esta dádiva? En el Exodo leemos que dijistes á Moisen (*b*): Toma un vaso de oro, é hínchelo de manná, y ponlo dentro en el arca del Testamento, y esté ahí guardado siempre, para que sepan las generaciones advenideras con qué linaje de mantenimiento sustenté yo á vuestros padres cuarenta años en el desierto. Pues si en tanto quisistes que se estimase aquel manjar corruptible, que lo mandastes guardar por memoria en lugar de tanta veneracion, ¿en cuánto será razon que se tenga este manjar incorruptible que da vida eterna á quien lo come? Veo claramente que lo que va de manjar á manjar, eso va de beneficio á beneficio, y eso ha de ir de agradescimiento á agradescimiento. Aquel manjar era de la tierra, este es del cielo; aquel era manjar de cuerpos, este de ánimas; aquel no daba verdadera vida á los que le comian, este es vida eterna de quien lo come. Mas qué hay que hacer comparacion de uno á otro, pues lo que va de Criador á criatura, eso va de manjar á manjar. Pues si tal memoria y agradescimiento pedistes por haber mantenido aquel pueblo con aquel manjar mortal y corruptible, ¿qué pediréis por haber mantenídonos con tanto mas excelente manjar, cuanto es Dios mejor que su criatura? No hay agradescimiento ni alabanzas que basten para esto. Pues como desahuciado ya de poder pagar esta deuda, no me queda otro remedio sino recebir con el Profeta el cáliz de mi salud, é invocar el nombre del Señor (*c*); esto es, no pagar los beneficios, sino pedir nuevos beneficios, y mercedes sobre mercedes. Pídoos pues, Señor, recibais este venerable Sacramento para satisfaccion de todas mis culpas y pecados, y para cumplida emienda de mi vida. Por él reparad todas mis caidas, y suplid todas las faltas de mi pobreza. Por él mortificad en mí todo lo que desagrada á vuestros divinos ojos, y hacedme un hombre segun vuestra voluntad. Por él me conceded que en vos esté siempre firme, y á vos perfecta y perseverantemente ame, y con vos esté siempre uñido é incorporado, para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Tambien, Señor, habed misericordia de todos los pecadores. Volved á vuestra Iglesia los herejes y cismáticos. Alumbrad á todos los fieles para que os conozcan. Socorred á todos los que están puestos en tribulaciones y necesidades. Ayudad á todos aquellos por quien yo soy obligado á rogaros. Consolad á todos mis padres, parientes, amigos y enemigos, y bienhechores. Tened misericordia de todos aquellos por quien derramastes vuestra preciosa sangre. Dad perdon y gracia á los vivos, y á los defunctos descanso y gloria perdurable. Que vivís y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

Siguese otra meditacion muy devota para ejercitarse en ella el dia de la sagrada communion, pensando en la grandeza del beneficio recebido, y dando gracias á nuestro Señor por él.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á daros, Señor, gracias por el beneficio que hoy me habeis hecho, es cierto que no os las podria dignamente dar. ¡Oh Dios mio y Salvador mio! ¿cómo os alabaré yo porque me habeis querido en este dia visitar, y consolar, y honrar con vuestra presencia? Aquella sancta madre de vuestro precursor llena del Espíritu Sancto, cuando vió entrar por sus puertas á la Vírgen que dentro en sus entrañas os traía, espantada de tan grande maravilla exclamó diciendo (*e*): ¿De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las

(*a*) Ioan. 17. (*b*) Exod. 16.

(*c*) Psalm. 115. (*d*) Luc. 1.

puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mesmo Dios que allí venía? Con cuánta mayor razon podré exclamar: ¿De dónde á mí tan grande bien, que no la Madre de mi Dios, sino el mesmo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí? A mí, que tanto tiempo fuí morada de Satanas? A mí, que tantas veces le ofendí? A mí, que tantas veces le cerré las puertas, y despedí de mí; por donde merecia nunca mas recebir á quien así desechó? Pues ¿de dónde á mí, Señor, que vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra, hayais querido venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mio, quereis descendir al infierno? Otra vez quereis ser entregado en manos de pecadores? Otra vez quereis nascer en un establo de bestias? Bien parece, Dios mio, que el mesmo corazon que teníades entónces teneis agora; pues lo que hecistes una vez por los pecadores, eso haceis cada dia por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitárades, todavía fuera esta grande misericordia; mas que vos, Señor, hayais querido, no solo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, y transformarme en vos, y hacerme una cosa con vos por una union tan admirable, que vino á ser comparada (como vos la comparastes) con aquella altísima union que vos teneis con vuestro soberano Padre (*e*); ¿qué cosa mas admirable? Maravíllase el rey David de que vos, Señor, quisiésedes acordaros del hombre, y poner en él vuestro corazon (*f*). ¿Pues cuánto mayor maravilla es que Dios quiera no solo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una mesma cosa con el hombre? Maravíllase el rey Salomon que quisiese Dios morar en aquel templo que en tantos años habia edificado (*g*). ¿Pues cuánto mayor maravilla es que ese mesmo Señor de los cielos, por otra mas excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima, que apénas trabajó un dia en aparejarle la posada? Maravíllase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo á la tierra, y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella; y es razon que se maraville, pues esta fué tan grande maravilla. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Sancto, estaban mas limpias que las estrellas del cielo, y así aparejaron morada digna para Dios. Mas que este mesmo Señor quiera morar en las mias, que son mas impuras que el cieno, mas escuras que la noche, ¿cómo no será esta grande maravilla? ¡Oh, bendigan os, Señor, los ángeles por tan alta gracia, y por tan gran misericordia! Bien parece que sois summamente bueno, pues sois summamente communicativo de vos mesmo, y pues tal y tan admirable medio buscastes para hacernos buenos.

Pues ¿qué será si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino Sacramento? ¡Oh cuán alegres nuevas me da de vos, Señor, este venerable misterio! Traeme firmado de vuestro nombre, que sois mi padre, y no solamente Padre, sino tambien Esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oyo decir que el efecto principal deste sacramento es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa con vos. Pues si esto es así y por las obras se ha de juzgar el corazon, ¿de cual corazon salió tal obra como esa? Porque regalo no suele ser de señor á siervo; sino de padre á hijo, y aun hijo chiquito, y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenesce, no solo proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino tambien de cosas que sirvan para su recreacion. Pues tal efecto de amor como este, quedaba, Señor, por descubrir al mundo; y este se guardaba para el tiempo de vuestra venida, y para la buena nueva del Evangelio. De suerte que en la otra manera de sacramentos y beneficios me dais á entender que sois mi rey, y mi salvador, y mi pastor, y mi médico; mas en este, donde por una tan alta manera os quisistes ayuntar con mi ánima, y regalarla con tan maravillosos deleites, claramente dais á entender que sois Esposo de mi ánima, que sois mi Padre, Padre que tiernamente ama á su hijo. Esto me da á entender el efecto deste sacramento: estas nuevas me da de vos. No hay doblez, Señor, en vuestras obras: lo que muestran por de fuera, eso mesmo tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa; por esta obra juzgo vuestro corazon; deste tratamiento y regalo que me haceis, tomo informacion para conocer el corazon que para conmigo teneis. Porque si aquel manná que tenia en sí todo género de sabor y suavidad (*h*), declaraba la suavidad y dulzura de vuestro corazon para con vuestros hijos, ¿cuánto con mayor razon se dirá lo mesmo deste divinísimo manná, pues tiene tanto mayor suavidad? ¡Oh manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refeccion de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios, y gusto de la felicidad eterna! Pues ¿qué diré, Dios mio? Qué gracias os daré? Con qué amor os amaré por este tan grande beneficio? Si vos, siendo el que sois, así amais á mí, vilísimo y miserable gusano; ¿cómo no amaré yo á vos, Esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima. Ameos pues yo, Señor, codíceos yo, cómaos yo, y bébaos yo. ¡Oh dulcedumbre de amor! Oh amor de inestimable dulcedumbre! Cómaos mi ánima, y del licuor suavísimo de vuestra dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡Oh caridad, Dios mio! ¡Miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes! Hacedme crecer en vos, para que pueda yo gozar dignamente de vos. Hijos de Adam, linaje de hombres ciego y engañado, ¿qué haceis? en qué andais? qué buscais? Si amor buscais, este es el mas noble y mas dulce que hay. Si deleites buscais, estos son los mas suaves, mas fuertes y mas castos que pueden ser. Si riquezas buscais, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y piélago de todos los bienes; si honra quereis, aquí está toda la majestad de Dios, que os viene á honrar.

(*e*) Ioan. 6. (*f*) Psal. 8 (*g*) 3. Reg 8.

(*h*) Sap. 16.

SEGUNDA PARTE DESTA MEDITACION.

Admitido pues yo ya á esta compañía, asentado á esta mesa, recebido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo, preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya mas mundo para mí, ya no mas pompa del siglo para mí. Vayan, vayan fuera de mí todos estos falsos y lisonjeros

bienes, que solo este es verdadero y summo bien. El que come pan de ángeles, no es razon que se cebe de deleites de bestias; el que ha recebido á Dios en su morada, no es razon que admita en ella cosa vana. Si una mujer de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaria el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataria como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste sacramento, ¿cómo se abajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? Cómo abrirá la puerta de su corazon á pensamientos de mundo, quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y sanctificada con la presencia divina? No consintió Salomon que la hija del rey Faraon su mujer morase en su casa, por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del Testamento, aunque ya no estaba (*i*). Pues si este tan sabio Rey no quiso que su propria mujer (y mujer tan principal) pusiese los piés en el lugar donde habia estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazon donde estuvo el mesmo Dios? Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrescido el mesmo rey Salomon sacrificio en el portal del templo, dejó aquel lugar sanctificado, para que no pudiese ya servir de cosa profana (*k*), ¿cuánto mas razon será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió aquel á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban?

Y pues tan honrado me dejais, Señor, con esta visitacion, dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que vos me distes. Nunca jamas distes á nadie honra sin darle gracia para mantenerla; y pues aquí me habeis honrado tanto con vuestra presencia, santificadme con vuestra virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hecistes siempre en todos los lugares en que entrastes. Entrastes en las entrañas virginales de vuestra sacratísima Madre (*l*), y así como la levantastes á inestimable gloria, así le distes inestimable gracia para mantenerla. Entrastes (estando aun en esas mesmas entrañas encerrado) en casa de Sancta Elisabet (*m*), y allí con vuestra presencia sanctificastes y alegrastes su hijo, y henchistes su madre del Espíritu Sancto. Entrastes en el mundo á conversar con los hombres (*o*), y así como los ennoblecistes con vuestra venida, así los reparastes y sanctificastes con vuestra gracia. Entrastes despues en el infierno, y del mesmo infierno hecistes paraíso, beatificando con vuestra presencia á los que honrastes con vuestra visitacion. Y no solo vos, Señor, mas el arca del Testamento (que no era mas que sombra deste misterio) entró en casa de Obededom (*o*), y luego echastes vuestra bendicion sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se os hacia. Y pues habeis querido, Señor, tambien entrar en esta pobre morada, y ser hospedado en ella, comenzad ya á bendecir á la casa de vuestro siervo, y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada vuestra (*p*). Quisistes que yo fuese como aquel sancto sepulcro en que vuestro sagrado cuerpo fué depositado; dadme las condiciones que tenia este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que vos me elegistes. Dadme aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificacion con que muera á todos mis apetitos y proprias voluntades, y viva á vos. Quisistes que yo fuese como una arca del Testamento en que vos morásedes; dadme gracia para que así como en aquel arca no habia otra cosa mas principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazon no haya otro pensamiento ni deseo sino de vuestra sanctísima ley. Quisistes darme á entender en este sacramento que érades mi Padre, pues así me tratábades como á hijo, y hijo tiernamente amado; dadme gracia para que pueda yo responder á este beneficio, amándoos, no solo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en vuestro amor, y la memoria sola de vuestro dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazon. Dadme tambien para con vos espíritu y corazon de hijo; que es espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor, y de confianza; para que en todos mis trabajos acuda luego á vos, con tanta seguridad y esperanza, como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Quisistes sobre todo esto descubrir á mi ánima en este sacramento amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal; dadme pues ese mesmo corazon para con vos, para que así os ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable, y con amor tan fuerte que ninguna cosa me pueda apartar de vos. Esposo castísimo de las ánimas, extended esos dulces y amorosos brazos, y abrazad mi ánima de tal manera con vos, que ni en vida ni en muerte se aparte jamas de vos. Para esta union ordenastes este sacramento; porque sabíades cuánto mejor estaba la criatura en vos que en sí; pues en vos estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca; mas echada en la mar y ayuntada con su principio, permanesce para siempre. Sacadme pues, Señor, de mí y recebidme en vos, porque en vos vivo y en mí muero; en vos permanezco y en mí desfallezco; en vos soy estable, en mí transitorio y corruptible. No os vais, ó buen Jesu, no os vais. Quedáos, Señor, con nosotros; porque viene la tarde y se cierra ya el dia (*q*).

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es teneros hoy en mi casa, donde tanta oportunidad tengo para negociar con vos á solas mis negocios, no será razon perder esta buena coyuntura. No os soltaré, Señor mio, de los brazos (*r*); con vos lucharé toda la noche hasta que me déis vuestra bendicion. Mudadme, Señor, el hombre viejo y dadme otro nuevo, que es otro nuevo sér y otra nueva manera de vivir. Encojadme el un pié y dejadme el otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero vuestro amor; porque desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos mundanos, á vos, Señor, ame, á vos solo desee, en vos solo piense, con vos solo more, á vos solo viva, en vos estén todos mis cuidados y pensamientos, á vos acuda con todos mis trabajos, y de vos reciba todos los socorros. Que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

(*i*) 2. Paral. 8. (*k*) 3. Reg. 8. (*l*) Luc. 1. (*m*) Ibidem.
(*n*) Ioan. 10. (*o*) 2. Reg. 6. (*p*) Ioan. 19.

(*q*) Luc. 24. (*r*) Genes. 32.

TRATADO IV.

EL CUAL CONTIENE DOS REGLAS PRINCIPALES DE VIDA CRISTIANA.

PROLOGO.

Despues que el hombre de todo su corazon se hubiere vuelto á Dios y procurado la purificacion de su ánima con estos dos sacramentos de que habemos tratado, resta luego emplear todo su cuidado y diligencia en la emienda y órden de su vida, de lo cual tratarémos agora en las reglas siguientes. Y porque así como la naturaleza en sus obras procede siempre de ménos á mas (esto es, de ménos perfecto á mas perfecto), así tambien procede communmente la gracia; por esta causa procederémos tambien así aquí en esta doctrina, poniendo dos reglas y maneras de vivir: una para los que de nuevo comienzan á servir á Dios y desean salvarse, y otra para los que demas desto desean crescer y aprovechar cada dia mas en el camino de las virtudes.

Para cuyo entendimiento es de saber que toda esta doctrina de bien vivir, repartió muy bien el profeta David en dos partes principales (*a*): la una en no hacer mal, y la otra en hacer bien; esto es, la una en desterrar del ánima todos los vicios, y la otra en poblarla y adornarla con todas las virtudes. Esta es la mas clara y mas perfecta division que en esta materia se pudiera dar. Porque con la guarda destas dos cosas viene el hombre á hacerse nuevo hombre y nueva criatura, destruyendo con lo primero la imágen del Adam viejo y terreno; y reformando con lo segundo la del nuevo, que es nuestro Salvador Iesucristo. Con esto tambien viene á hacerse hombre sobrenatural y divino, para que pues fué criado para un fin sobrenatural y divino (cual era ver á Dios en su mesma gloria y hermosura), así la vida que lo dispone para este fin sea tambien sobrenatural y divina: pues segun reglas de filosofía, el fin y los medios han de ser de una mesma órden y proporcion.

Y dado caso que en el ejercicio y plática de la vida, y aun de la doctrina, estas dos cosas anden siempre juntas (porque no se pueden vencer los vicios sin el ayuda de las virtudes); pero todavía para mayor luz y distincion de la doctrina apartarémos lo uno de lo otro en cuanto sea posible. Tambien conviene aquí avisar que entre las cosas que así en esta regla, como en todas las otras semejantes escripturas se ponen, unas son de obligacion, y otras de voluntad ó de perfeccion; esto es, unas de precepto (como son los mandamientos de Dios y de su Iglesia) y otras de consejo (como son todas las demas que en las Escripturas divinas se aconsejan), las cuales sirven para guardar mejor las que se nos mandan, y para alcanzar mayor perfeccion. Esto es muy necesario que se presuponga, para que el hombre sepa lo que es de necesidad y lo quo de voluntad, y entienda el grado en que está obligado á cada cosa destas; porque mas diligencia ponga en lo que fuere obligatorio, que en lo que fuere voluntario, y para que nunca por lo uno deje lo otro (como vemos que lo hacen algunos), que es un grande abuso y perversion. Y por esta causa se declara luego al principio desta regla lo que es de obligacion (que en muy pocas palabras se comprehende), y despues se añaden otras muchas cosas que sirven para la guarda destas, y para alcanzar mayor perfeccion. Porque dado caso que baste para la salvacion del hombre lo que es de precepto, mas porque en el camino de Dios nunca el hombre debe contentarse con lo que hace, ni decir basta, por esto se añaden aquí otras muchas cosas allende de las esenciales, para los que de véras desean aprovechar y crescer siempre en toda virtud.

(*a*) Psalm. 33.

CAPITULO PRIMERO.

Comienza la primera regla de la vida cristiana, en la cual se trata de la victoria del pecado, y de los remedios generales que hay contra él.

El que de véras y de todo corazon desea servir á Dios y salvar su ánima, entienda que la summa de todo este tan gran negocio (en cuya comparacion son nada todos los otros negocios, aunque sean de los imperios del mundo) consiste esencialmente en un solo punto, que es, en tener en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca jamas cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitan están determinados de morir ántes que hacer traicion, la una á su marido y el otro á su rey: así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traicion á Dios, la cual se comete por un pecado mortal.

La razon de lo dicho es, porque, como dice Sant Pablo, la summa de toda la religion cristiana consiste en la caridad (*a*), que es en amor de Dios y del prójimo, á la cual no hay cosa que derechamente contradiga, sino solo el pecado mortal; y por tanto el que este no cometiere, esencialmente cumple con la ley de la caridad.

Asimesmo cónstanos tambien por la respuesta que nuestro Salvador dió á un mancebo, que el camino y medio que hay para alcanzar la vida eterna es la guarda de lós mandamientos (*b*), y cónstanos tambien que estos guarda quien quiera que no comete pecado mortal; pues no es otra cosa este pecado sino quebrantamiento de los tales mandamientos. De lo cual todo se infiere que en solo este punto consiste, como dijimos, esencialmente la guarda de la ley de Dios y la salvacion del hombre; que es en estar firmísimamente determinado de nunca cometer esta manera de pecado, el cual se comete quebrantando alguno de los diez mandamientos de Dios, ó de los que manda la Iglesia, que está en su lugar, los cuales communmente son cinco.

Y digo esto así, porque entienda el cristiano que aquellos siete que communmente se llaman pecados mortales, no siempre son mortales, sino cuando llegan á quebrantar alguno destos susodichos mandamientos; como cuando la gula es tanta que llega á quebrantar los ayunos de la Iglesia, en quien está obligado á los guardar; y la pereza tanta, que por dormir demasiado, deja la misa de obligacion; y la ira tanta, que llega á decir palabras injuriosas y afrentosas á su prójimo, y así todos los demas.

Esta es pues la summa de todo lo que el buen cristiano debe hacer (comprehendida en pocas palabras), y esto basta para su salvacion.

Mas porque cumplir con esta obligacion enteramente es cosa que tiene grandes dificultades, por los grandes

(*a*) 1. Tim. 1. (*b*) Matth. 19.

lazos y peligros que hay en el mundo, y por la mala inclinacion de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo; por esto debe el hombre ayudarse de otras muchas virtudes y diligencias que para esto le pueden grandemente ayudar, en lo cual está la llave de todo este negocio. Y destas pretendemos agora aquí tratar, apuntando brevemente las cosas que nos puedan para esto servir.

§. I.

De la deformidad y malicia del pecado mortal.

Entre las cuales la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal. Para lo cual (entre otras muchas cosas) señaladamente le ayudará considerar atentamente la deformidad y malicia que el pecado tiene, por ser hecho contra un Señor de quien tantos y tan inestimables beneficios tenemos recibidos, y á quien por tantos y tan grandes títulos estamos obligados, pues él es Rey y Señor de todo lo criado, principio y fin de todas las cosas, dador universal de todos los bienes, piélago de todas las perfecciones, criador, conservador, redemptor, santificador y glorificador del linaje humano. Por los cuales títulos, con otros infinitos, le tenemos todas las obligaciones posibles, contra las cuales todas hace quien quiera que mortalmente le ofende. Por donde concluye Guillermo Parisiense que en un solo pecado mortal se hallan espiritualmente á su modo las deformidades de todos los pecados del mundo. Y así dice él que el pecado mortal es un linaje de traicion espiritual, porque por él rebela el hombre contra su Rey y Emperador, y entrega las llaves del homenaje, que es su ánima, al enemigo, y se hace su vasallo. Es tambien en su manera sacrilegio, pues pecando se ensucia y profana el templo vivo de nuestro corazon, que á Dios estaba consagrado. Es tambien á su modo crímen de apostasía, pues se pasa el hombre al bando del enemigo de Dios, que es Satanas, á cuyas pompas en el sancto baptismo habia ya renunciado. Es otrosí adulterio espiritual, pues el ánima que habia sido aquí desposada con Dios, quebranta la fe y y lealtad que le debia, y se entrega á todas aquellas criaturas que desordenadamente amó. Es otrosí hurto, pues siendo el hombre hacienda de Dios por tantos títulos, como está dicho, se exime de su servicio, y le quita lo que por tantos derechos le pertenesce. Finalmente pues en solo Dios caben todos los respectos y títulos de honra que se hallan en todas las criaturas, de cualquier condicion que sean, y esto con infinita ventaja, síguese tambien que ofender á solo él, comprehende las fealdades de todas estas ofensas del mundo con la mesma ventaja. Por donde con mucha razon exclama un sancto doctor contra el pecado, diciendo así: ¡Oh mal no coconoscido! Oh desacato de Dios, menosprecio de su majestad, vituperio de su grandeza, muerte de las virtudes, cuchillo de la gracia, privacion del summo bien, perdimiento de la felicidad eterna, escuridad del entendimiento, prevaricacion de la voluntad, veneno del demonio, vinculo del infierno, destruicion del mundo, camino de la perdicion, muerte del que peca, simiente del diablo, puerta de los abismos, locura de los hombres, red de los tentados, pestilencia de las ánimas, imitacion de los malos espíritus, escuridad horrible, hedor intolerable, summa torpeza, extrema vileza, bestia ferocísima, daño grandísimo, y finalmente causa universal de todos los males!

Esta es una de las principales consideraciones que nos pueden mover á tener un entrañable odio y aborrecimiento del pecado; para lo cual tambien nos servirán todas las otras consideraciones que arriba pusimos en el segundo tratado de la Penitencia: como son considerar lo mucho que por el pecado se pierde, y lo mucho que Dios lo aborresce, y la injuria grandísima que con él á Dios se hace, con todo lo demas que allí se dijo para mover á dolor y detestacion del pecado; lo cual no ménos sirve á este lugar que á aquel, mas no se repite aquí por estar allí ya tratado.

§. II.

De las ocasiones de los pecados, y cómo se deben huir.

Lo segundo ayuda tambien para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son juegos, malas compañías, peligrosas conversaciones, y mucho hablar, y señaladamente vista de ojos, y familiaridad de hombres y mujeres, aunque sean buenas. Porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mesmo de su proprio estado se cae y peca sin que nadie le provoque de fuera, ¿que hará si la ocasion le tira por la halda, convidándole con la presencia del objecto, y con la oportunidad del pecado; pues es verdad lo que communmente se dice, que en el arca abierta el justo peca? Pues todas estas maneras de ocasiones trabaje siempre por evitar el verdadero siervo de Dios, teniendo por cierto, que (regularmente hablando) no somos mas buenos de cuanto huimos las ocasiones de ser malos. Acuérdese que David era sanctísimo (*c*), y que la vista de una mujer, y la oportunidad que tuvo para pecar, bastó para derribarle en tan grande despeñadero, en que tuvo tanto que llorar y que lastar toda la vida. Acuérdese tambien de su hijo Salomon, que fué el mas sabio de los hombres, y tan amado de Dios, que le fué puesto por nombre El amado del Señor (*d*), el cual tambien por esta mesma causa vino á dar tan gran caida. Porque habiendo el Señor mandado á los judíos que no casasen con mujeres extranjeras, porque no los pervirtiesen, y hiciesen adorar sus ídolos (*e*), él con todo esto (pareciéndole que estaba muy léjos deste peligro) casó con muchas dellas, por cuyas persuasiones vino á adorar los ídolos, y á edificarles templos (cosa tan temerosa de decir); por el cual pecado él se perdió, y su reino tambien con él (*f*). Pues si tanto pudo la ocasion con estos dos hombres, el uno tan sancto, y el otro tan sabio, ¿quién se osará prometer seguridad, si no huye de las ocasiones?

Huye pues, hermano, las ocasiones de los pecados, así como los mesmos pecados. Y si el apetito y golosina de la ocasion tirare por tí, responde tú á tí mesmo, diciendo que si no puedes agora vencer el apetito desa ocasion, ¿cómo podrás vencer el peligro que de allí resultará, despues de armado y fortificado con la mesma ocasion? Y demas desto mira tambien que es tentar á Dios ponerse en peligro sin necesidad, y que no merece el ayuda divina el que no hace lo que es de su parte para merecerla.

Mas entre estas ocasiones una de las mas ordinarias es la compañía de los malos, porque el mundo está tal, que apénas podemos dar paso sin ellos. Pues destos procure apartarse el que desea no pecar, porque esta es

(*c*) 2. Reg. 11. (*d*) 2. Esd. 13. (*e*) Exod. 34. (*f*) 3. Reg. 11.

una de las mayores pestilencias que hay. Porque no daña tanto un perro rabioso, ni una víbora ponzoñosa, cuanto una mala compañía: pues es cierto, como dice el Apóstol (*g*), que las malas palabras corrompen las buenas costumbres. Escriba pues el siervo de Dios en su corazon aquello del Sabio, que dice: El que anda con sabios, será sabio (*h*); y el amigo de los locos, será uno dellos (*i*). Item, aquello del mesmo: El que toca á la pez, ensuciarse ha con ella (*k*); y el que tratare con soberbios, no carescerá de soberbia. Esta virtud han de celar mucho los padres y madres para con sus hijos é hijas, y los ayos y maestros para con sus discípulos, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

§. III.

De cuánto importa resistir al principio de la tentacion.

Lo tercero ayuda tambien para esto resistir al principio de la tentacion con grandísima lijereza, y sacudir de sí la centella del mal pensamiento ántes que prenda en el corazon. Porque desta manera resiste el hombre con grande facilidad y con grande merescimiento, y si se tarda un poco, acresciéntase despues el trabajo de la resistencia, y cométese en esto nueva culpa; que por lo ménos será venial, y á veces será mortal. Acuérdese que la llama del fuego se apaga fácilmente cuando comienza, y que la planta se arranca lijeramente si es recien plantada; mas despues de crecida la llama, y arraigada ya la planta, con mucho trabajo se apaga la una, y se arranca la otra. Muy bien se defiende la ciudad ántes de ser entrada de los enemigos; mas despues de ya entrados y apoderados della, mal se pueden echar fuera. Y (como dice un filósofo) cuando una piedra grande está en la cumbre de un monte, con pequeño trabajo se puede allí refirmar para que no caiga; mas despues que comenzó ya á rodar por la ladera abajo, dificultosísima cosa es resistir al ímpetu y furia deste movimiento. Lo cual todo nos declara con cuánta mayor facilidad se vence el mal pensamiento resistiéndole luego á los principios con summa presteza y lijereza, que dejándole echar raices y apoderarse de nuestro corazon.

Y la manera en que esto se ha de hacer, es poniendo luego incontinente ante los ojos del ánima la figura de Cristo crucificado, con todo aquel horror y lástima que tenia en la Cruz, vertiendo rios de sangre por todo su cuerpo, y con tantas llagas y heridas como allí tenia, y acordándose que todo esto padesce por destruir el pecado, diciéndole de todo corazon: ¡Señor, que os pusiésedes vos allí porque yo no pecase, y que con todo eso os haya yo de ofender! No plega á vuestra infinita misericordia y á la sangre que derramastes por mí. Ayudadme, Dios mio, y no me desampareis, pues no tengo á quien me acoger sino á vos.

Y á veces aprovechará (cuando el hombre estuviere solo) hacer muy de presto la señal de la cruz encima del corazon, para sacudir mas lijeramente de sí el pensamiento interior con este movimiento y estremecimiento exterior.

Sant Bernado escribe de una monja de su tiempo que hacia esto muchas veces, y despues de enterrada, á cabo de algunos años abriendo su sepultura, hallaron que aquel dedo con que hacia la señal de la cruz sobre el corazon, estaba entero, siendo ya todo lo demas del cuerpo gastado. Otro doctor escribe que en la ciudad de Argentina murió un prior de un monasterio de la órden de Sancto Domingo, que tenia esta mesma devocion, y abriendo su sepultura despues de algunos años, hallaron que encima de los huesos del pecho que caen sobre el corazon, estaba como esculpida la señal de la cruz, de tal manera que el pié della estaba puntiagudo, y los tres brazos mas altos se remataban en tres flores de azucenas, para dar el Señor á entender por esta figura, que la pureza y castidad de aquella ánima sancta se habia conservado en ella con la virtud de la memoria y de la señal de la cruz, que él hacia muchas veces en sus pechos, para sacudir de sí las tentaciones del enemigo. Y esta maravilla dice el mesmo doctor que esto escribe, que la vió él con sus proprios ojos, y que caminó cuarenta y tantas millas por solo verla. Y pues el Señor con estas dos tan grandes maravillas quiso dar á entender cuánto honraba á los que honran sus deshonras, todos debiamos tomar de aquí ejemplo para hacer otro tanto, para alcanzar por este medio el favor deste mesmo Señor.

§. IV.

Del exámen de la consciencia, y cómo se debe hacer.

Lo cuarto ayuda tambien á esto examinar cada dia, ántes que el hombre se acueste, su consciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel dia, ó por obra, ó por palabra, ó por pensamiento, ó por otra cualquier manera, y señaladamente mire en qué género de palabras se ha desmandado: si ha dicho alguna mentira, si ha ofrescido al diablo las criaturas de Dios, si ha echado maldiciones ó hablado alguna palabra injuriosa, ó desentonada, ó deshonesta, ó cosa semejante. Y cuanto al pensamiento, mire la presteza con que resistió á los malos pensamientos, ó si se detuvo en ellos, no sacudiéndolos de sí tan de priesa como una centella del infierno. Mire tambien cómo cumplió con las obligaciones de su estado, y de su casa y familia, y así todo lo demas.

Este consejo nos es muchas veces encomendado por muchos sanctos, y así lo encomienda Eusebio Emiseno en una homilia suya por estas palabras (*l*): Ponga cada uno (dice él) su consciencia ante los ojos de su corazon cada dia, y hable consigo, diciendo así: veamos si pasé este dia sin algun pecado, sin invidia, sin contienda y sin murmuracion. Veamos si en él he hecho alguna obra que sea para aprovechamiento mio, ó edificacion de los otros. Pienso que hoy mentí, ó juré, ó me dejé vencer de la ira, ó de algun apetito desordenado, sin haber hoy hecho ningun bien, ni dado algun gemido por el temor de las penas eternas. ¿Quién me tornará á volver este dia que así gasté en cosas vanas, y en pensamientos ociosos y dañosos? Desta manera, hermanos, nos arrepintamos, y acusemos, y condenemos ante Dios en el secreto de nuestras casas y de nuestros corazones. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Mas no se debe aun contentar el hombre con esto, sino que añada á esta diligencia alguna especial penitencia por este linaje de culpas, para que así quede mas hostigado y temeroso de volver á cometerlas. Conoci yo una persona que cuando al exámen de la noche hallaba que habia excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza en la lengua en penitencia desto; y otra

(*g*) 1. Cor. 15. (*h*) Prov. 13. (*i*) Psalm. 17. (*k*) Eccles. 13.

(*l*) D. Aug. in Ps. 33. tom. 8.

que tomaba una disciplina, así por este como por otro cualquier defecto en que cayese; y con esto, demas de la satisfaccion de la culpa, quedaba el ánima mas castigada y medrosa para no osar otra vez cometerla.

Aprovechará tambien á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algun despertador consigo, que le traiga á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, etc., para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Y no desmaye por muchas veces que caya; ántes si mil veces al dia cayere, mil veces se levante, confiado en la superabundantísima bondad de Dios; ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones, porque muchas veces se vence á cabo de algunos años lo que en mucho tiempo no se venció; para que por aquí vea el hombre mas claro, cuya sea esta victoria. Y á veces tambien quiere el Señor que se guarde algun Jebuseo (*m*), quiero decir, alguna pasion, ó tentacion en la tierra de nuestra ánima, así para ejercicio de la virtud, como para guarda de la humildad.

Y allende desto, á la mañana cuando se levantare debe armarse y apercebirse con nueva oracion y determinacion contra aquel pecado ó pecados á que se siente mas inclinado, y poner allí mayor recaudo, donde siente mayor peligro.

§. V.

De la necesidad de evitar los pecados veniales.

Lo quinto ayuda tambien para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque estos disponen para los mortales (*n*). Por donde así como los que temen mucho la muerte trabajan todo lo posibe por conservar la salud, y huir la enfermedad que para ella dispone: así tambien los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima) deben cuanto sea posible evitar tambien los veniales, que son enfermedades que abren camino para ella. Yo para mí tengo por cierto que (regularmente hablando) nunca un justo que mucho tiempo vivió bien, y perseveró en gracia, vino á desvarar en algun pecado mortal, sino por haberse descuidado en la guarda de sí mesmo, y caido en muchos pecados veniales, con los cuales enflaqueció la virtud de su ánima, y mereció que Dios levantase un poco su mano dél; y así pudo fácilmente ser vencido cuando fué tentado. Porque (communmente hablando) nadie de repente ni sube á lo alto, ni cae en el abismo, sino poco á poco van cresciendo los males y los bienes. Y por esto se escribe en Job (*o*), que ántes de la presencia del enemigo viene la pobreza; porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las negligencias y culpas veniales, que venga á caer en las mortales.

Cónstanos tambien, como el Señor dice (*p*), que el que es solícito y fiel en lo poco, de creer es que lo será tambien en lo mucho; y quien anda con cuidado de evitar los males menores, mas seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir mas de lo necesario, y otras cosas tales; las cuales si no es grande el mal que nos hacen, es muy grande el bien que nos impiden; pues nos impiden la devocion, y este fervor de la caridad que hace andar al hombre solícito y diligente en el servicio de Dios.

(*m*) Iudic. 3. (*n*) D. Aug. lib. de decem chordis, c. 11. tom. 9.
(*o*) Iob. 41. (*p*) Matth. 25. Luc. 16.

§. VI.

De la aspereza y maltratamiento de la carne.

Lo sexto ayuda tambien para esto la aspereza y maltratamiento de la carne, así en el comer y beber, como en el dormir y vestir, y en todo lo demas: la cual (como sea un manantial é incentivo de pasiones y apetitos desordenados) cuanto mas flaca y debilitada estuviere, tanto mas débiles y flacas serán las pasiones que della procederán. Porque así como en las tierras secas y flacas nascen las plantas tambien flacas y desmedradas, y de poca substancia; mas por el contrario en las tierras fértiles y gruesas (mayormente si están muy bien regadas y estercoladas) nascen muy grandes, y verdes, y poderosas: así tambien son las pasiones y apetitos que nacen de los cuerpos flacos y gastados con la abstinencia, y las que proceden de cuerpos gruesos y regalados, y hartos de comer y beber. Por lo cual el que quisiere enflaquecer estos malos afectos, conviene que trabaje mucho por enflaquecer las causas dellos.

Cónstanos tambien que el mayor enemigo y contradictor que tiene la virtud es esta carne, la cual con la fuerza de sus apetitos, y con el deseo de su buen tratamiento y regalo, nos impide todos los buenos ejercicios, así de oracion, licion, silencio, recogimiento, ayunos, y vigilias, como todos los demas. Por donde si nos ponemos en costumbre de rendirnos, y obedecer á sus apetitos, del todo nos quedará cerrada la puerta á todos los buenos ejercicios (*q*). Y por el contrario si nos habituamos á resistirla, y contradecirla, y pelear contra todas sus viciosas inclinaciones, alcanzada esta victoria, y hecho ya hábito desto con el uso de pelear, ninguna resistencia hallarémos en la virtud; porque ella por sí no es áspera ni dificultosa, sino por la corrupcion de nuestra carne. Pues la sal y remedio que tenemos contra ella para que no hieda y crie gusanos de apetitos desordenados, es la virtud de la abstinencia, que la cura y deseca, y hace servir al espíritu. Porque (como dice un doctor) la abstinencia castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface por los pecados, y (lo que mas es de maravillar) corta la raiz de todos los males, que es la cobdicia; pues el hombre que se contenta con poco, no tiene para que haya de desear lo mucho. Y no solo lo librará esta virtud de los otros males, sino tambien de todos los discursos, cuidados y desasosiegos á que están obligados los que quieren regalarse y tratarse bien; y así queda el hombre libre y desocupado para darse todo á Dios. Por la cual causa fuéron aquellos padres de Egipto tan dados á esta virtud; y no fué otro el espíritu de Sant Francisco que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu, porque al fin todo viene á parar en una mesma cuenta: la aspereza de los unos, y la pobreza y desnudez del otro.

Pues por esto el verdadero amador de Dios no debe cesar ni dar descanso á sus ojos hasta que llegue á este grado de virtud, que venga á tratar su cuerpo ó como á un grande enemigo y tiranno (pues en hecho de verdad lo es), ó como á un esclavo, ladron y de malas mañas,

(*q*) S. Greg. lib. 32. Moral. c. 17.

que le han de dar (como dicen) del pan y del palo; ó á lo ménos como á hijo que un padre virtuoso y discreto cria sin ningun regalo, ántes con todo rigor y aspereza, nunca mostrándole el rostro alegre, haciendo en esto fuerza á su natural aficion por el bien del mesmo mozo. Pues desta manera debe el siervo de Dios tratar su cuerpo, y hasta que aquí haya llegado, no se tenga por muy aprovechado en la carrera de la virtud. Bienaventurado el que aquí llegó, el que así trata su cuerpo, el que así lo trae arrastrado, fatigado y maltratado, alcanzado de sueño y de mantenimiento, el que así lo hace por fuerza servir al espíritu, y el que así ha vencido la mesma naturaleza. Porque el que esto hace, no vive ya segun carne y sangre, sino segun el espíritu de Cristo; ni milita ya de debajo de las leyes y tributos de la naturaleza corrupta, porque está hecho señor della; ni se puede llamar puramente hombre, porque con esto ha venido á ser mas que hombre. Y si esto es así, por aquí podrás ver la perdicion del mundo, pues en ninguna otra cosa entiende sino en procurar por todas las vias posibles todo género de regalo y buen tratamiento del cuerpo, siendo esto una cosa tan repugnante al espíritu de Cristo, y á la perfeccion de la vida cristiana.

§. VII.

Del gran cuidado que se ha de tener con la lengua.

Lo séptimo ayuda tambien mucho para esto traer muy grande cuenta con la lengua; porque esta es la parte de nuestro cuerpo con que mas veces ofendemos á Dios; porque la lengua es un miembro muy deleznable, que facilísimamente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas, y así tambien en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas y otras cosas tales. Por donde dijo el Sabio (*r*) que en el mucho hablar no podia faltar pecado, y que la muerte y la vida estaban en las manos de la lengua (*s*). Por lo cual es muy buen consejo que todas cuantas veces hobieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algun peligro de murmuracion, ó de jactancia, ó de mentira, ó de vanagloria, etc., que primero levantes los ojos á Dios, y te encomiendes á él, y le digas con el Profeta (*t*): *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circunstantiæ labiis meis.* Y junto con esto mientra hablares, lleva grande tiento en las palabras (como lo lleva el que pasa un rio por cima de algunas piedras deleznables que están en él atravesadas), para que no desvares en alguno destos peligros. Mas esta materia, porque es mas copiosa, se tratará adelante en su proprio lugar.

§. VIII.

Del cuidado que se ha de tener en no dejar pegar el corazon á las cosas visibles.

Lo octavo ayuda el no dejar pegar el corazon con demasiado amor á las cosas visibles, sean honras, ó haciendas, ó hijos, ó deudos, ó amigos, etc. Porque este tal amor es un gran motivo casi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones, tentaciones y desasosiegos hay en el mundo. Y puedes tener por cierto que, como dice muy bien Sant Gregorio (*v*), así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber á qué linaje de cebo son mas aficionadas las aves que quieren cazar, y con ese les arman; así el principal cuidado de nuestros adversarios es saber á qué género de cosas estámos aficionados; porque saben que, como dijo el Poeta (*x*), á cada uno lleva tras sí su aficion y su deleite; y que allí nos podrán armar los lazos, donde tenemos los corazones. Bien veo que los hombres tienen razon con que regirse; mas (generalmente hablando) todos por la mayor parte siguen sus aficiones, las cuales por eso se llaman piés del ánima, porque la llevan adonde quieren. Y en este sentido dijo Sant Augustin (*y*) que el peso del ánima era el amor, y que adonde tiraba este peso, ahí tiraba tambien el ánima; si era amor del cielo, al cielo; y si de la tierra, á la tierra. Finalmente, lo que son las pesas en el reloj, eso son las aficiones en nuestro corazon, que así lo mueven como ellas son. Y por esto así como el que quiere traer el reloj concertado, le ha de poner las pesas muy proporcionadas, de manera que ni sean muy pesadas, ni muy livianas, sino segun pide el espacio de las horas que ha de dar; así el que quiere traer su vida compasada y ordenada, trabaje por traer compasadas y medidas todas sus aficiones, estimando cada cosa en lo que es, y amándola conforme á esto; y cuando aquí hubiere llegado, sepa que ha llegado á lo alto de las virtudes; pues nos consta que muy gran parte dellas se emplea en pesar y moderar estos afectos con esta manera de proporcion.

Y para mejor acertar en esto procure el hombre de andar siempre con un especial cuidado y atencion de no dejar pegar el corazon demasiadamente al amor de las cosas visibles, ántes debe siempre tirarle del freno, cuando viere que se va de boca, y no querer las cosas mas de como ellas merescen ser queridas: que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos; desviando el corazon dellos, y traspasándole á aquel summo, y único, y verdadero bien. El que desta manera amare las cosas temporales, no se desperecerá por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá muchas maneras de pecados que se cometen, ó por alcanzarlas, ó por acrescentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave deste negocio; porque sin duda el que este amor ha renunciado, muy apercebido está contra todos los lazos del enemigo. Mas el que no lo ha renunciado, no ha comenzado aun á ser verdadero imitador de Cristo. Y esto es lo que muy alta y profundamente nos enseña él por Sant Lúcas, diciendo (*z*): ¿Qué hombre hay que comience á edificar una torre, que primero no eche la cuenta para ver si tiene caudal para acabarla, porque despues no le dén en rostro, diciendo: Este hombre comenzó á edificar, y no acabó? ¿O qué rey va á pelear con otro rey, que no examine primero si podrá pelear con diez mil hombres contra el que trae consigo un ejército de veinte mil? Porque si esto no puede hacer, procurará luego de enviarle sus embajadores á tratar con él asientos de paz. Pues desta manera (dice el Señor) el que no renunciare todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo. ¿A qué propósito viene esta aplicacion con esta comparacion? Porque mirando á esta prima faz, mal parece que conciertan entre sí juntar riquezas y ejércitos, con renunciar lo que poseemos; pues lo uno es alegar, y lo otro derramar. Mas con todo eso viene muy á propósito la comparacion. Porque sabia muy bien este Maestro celestial, que lo que es para pelear la gran-

(*r*) Prov. 10. (*s*) Prov. 18. (*t*) Psalm. 140.
(*v*) Lib. 29. Moral. c. 14.
(*x*) Virg. Egloga 3. (*y*) Lib. 13. Confess. c. 9. (*z*) Luc. 14.

deza del ejército, y para edificar la muchedumbre del dinero, eso es para el edificio y milicia espiritual la pobreza y desnudez de todas las cosas del mundo. Porque así como el rey mientra mayor ejército tiene, mas seguro está de su enemigo, así cuanto el hombre estuviere mas pobre y mas desnudo de las cosas del mundo, ménos tiene por do le pueda acometer el enemigo del linaje humano. Por lo cual el bienaventurado Sant Francisco, y otros muchos sanctos, vivieron en este mundo tan pobres y tan desnudos; porque no queriendo nada del mundo, ni ellos tuviesen que ver con el mundo, ni él con ellos. Mas por el contrario, si el hombre está con demasiado amor aficionado á algo del mundo, luego el demonio le arma mil lazos. Porque si esto que así ama es hopra, ó hacienda, ó cosa semejante, luego le representa mil medios y caminos por do pueda alcanzar aquello que ama, y otros tantos despues de alcanzado para acrescentarlo. Los cuales medios y caminos unos serán lícitos y otros no; mas la vehemencia del amor, cegándose con su mesma pasion, todos los tiene por lícitos, y por todos rompe con su furor apasionado. Y si por ventura en la prosecucion destos medios (como siempre acaesce) se atraviesan impedimentos y encuentros de otros que pretenden lo que vos pretendeis, ó os van á la mano en lo que deseais, ahí es luego la ira, y la invidia, y el coraje, y la indignacion, y los odios, y los pleitos, y las injurias y peleas, y finalmente las ondas de todos los desasosiegos y cuidados que de ahí se levantan. De suerte que en lo primero se mueve la parte de nuestra ánima que llaman concupiscible, con toda la cuadrilla de sus afectos; y en lo segundo la irascible, con todos los suyos, que es (como los filósofos dicen) vengadora de los agravios que recibe la parte concupiscible, y con estos vientos impetuosos levántanse grandes tempestades y tormentas en nuestras ánimas, que dan con ellas en mil bajos y peligros. Por lo cual dijo el Apóstol (*a*), que la cobdicia es raiz de todos los males. Lo cual no solo tiene verdad en la cobdicia del dinero, mas tambien en cualquiera otra cobdicia, cuando es demasiada; porque de todos estos males y de muchos otros es causa.

Esto mesmo nos significa aquella parábola del Evangelio que trata del convite de las bodas del hijo del rey (*b*), del cual se excusaron los convidados, por acudir uno á su hacienda, y otro á sus negocios: para dar á entender que el amor desordenado de las cosas del mundo tira por nuestro corazon de tal manera, que le hace despreciar las cosas del cielo. Por donde se ve con cuánta razon dijo el Salvador que no era su verdadero discípulo el que no habia renunciado el amor de las cosas del mundo. Ame pues el hombre todas estas cosas moderadamente, y, como dice el Profeta (*c*), si le soplare la fortuna, y se le entraren los bienes por casa, trabaje porque no se le pegue el corazon á ellos. Ponga todas sus esperanzas en Dios, y dél, como de verdadero Padre, espere el remedio de todas sus cosas, y contento con lo que él le diere, y con el estado en que le puso, no quiera ser mas de lo que él quiere que sea. Mas los que (siguiendo su apetito) salen desta regla, tengan por cierto que ni saldrán con lo que desean, ni lo lograrán, si lo alcanzaren, y demás desto caerán en muchos pecados; y así perderán no solo los bienes desta vida, sino tambien los de la otra. Por lo cual dijo Salomon (*d*): No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar; porque tomarán alas, y volarán hasta el cielo.

(*a*) 1. Tim. 6. (*b*) Matth. 22. Luc. 14. (*c*) Ps. 61. (*d*) Prov. 23.

§. IX.

De la leccion de buenos libros, y sus efectos.

Lo nono ayuda mucho para esto mesmo la licion de los buenos libros, así como daña mucho la de los malos. Porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento y nuestra guia. Ella es la que hinche nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto nos ayuda á recoger el corazon cuando está mas distraido, y á despertar la devocion cuando está mas apagada y mas dormida. Y demas desto con ella se excusa la ociosidad, que es madre de todos los vicios, como adelante se dirá. Finalmente, así como para la conservacion de la vida natural es menester el mantenimiento corporal, así tambien lo es la palabra de Dios. Por lo cual dice Sant Hierónimo (*e*) que el pasto del ánima es meditar en la ley del Señor noche y dia. Porque con este ejercicio se apacienta el entendimiento con el conocimiento de la verdad, y tambien la voluntad con el amor y gusto della. Y como estas dos sean las ruedas principales deste reloj (que es la vida concertada), andando estas bien ordenadas y reformadas, anda reformado todo lo demas que dellas depende. Y allende desto con la licion sancta ve el hombre sus defectos, cura sus escrúpulos, halla remedio para sus tentaciones, recibe muchos avisos, alcanza muchos misterios, esfuérzase con los ejemplos de la virtud, leyendo los fructos della. Por lo cual nos la encomienda tanto Salomon en sus Proverbios, diciendo (*f*): Guarda, hijo mio, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre; tráela siempre atada en tu corazon, y colgada como un joyel de tu cuello. Cuando caminares, camine ella tambien contigo; y cuando dormieres, sea ella tu guarda; y cuando despertares, habla con ella. Porque el mandamiento de Dios es candela, y la ley luz, y el camino para la vida es el castigo de la doctrina.

Mas aquí es de notar que esta licion para que sea provechosa no ha de ser corrida, ni seca, ni apresurada, y mucho ménos con sola curiosidad tomada; sino por el contrario, con humildad y deseo de ser aprovechados con ella. Porque esta manera de licion es muy semejante á la meditacion; sino que esta se detiene algo mas en las cosas, rumiándolas y digeriéndolas mas de espacio; lo cual tambien puede y debe hacer el que lee, y así poco ménos fructo sacará de lo uno que de lo otro. Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe, luego deciende á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, así como la virtud y movimiento del primer cielo á todos los otros orbes celestiales. Ame pues la licion de libros sagrados; pero anteponga la oracion á la licion. No lea en una hora muchas cosas, porque no canse el espíritu con la prolija licion en lugar de recrearle. Siempre reciba la palabra de Dios con hambre espiritual de la lengua de cualquier que la dijere, aunque baja y groseramente la pronuncie. Y cuando sintiere que la oye sin gusto, humíllese y acuse ántes su paladar, que la rudeza del que la dice, creyendo que por su culpa no mereció oirla de manera que le agradase.

(*e*) Tom. 1. Epist. ad Florent. (*f*) Prov. 6.

§. X.

De la presencia de Dios.

Lo décimo ayuda tambien mucho para esto andar siempre en la presencia de Dios, que es traerlo ante los ojos presente, como á testigo de nuestras obras, juez de nuestra vida y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como á tal, con devotas y breves oraciones, el socorro de su gracia, para no desmandarnos en cosa alguna. Así nos muestra el profeta David que lo hacia, cuando dice (*g*): Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos. Y en otro lugar (*h*): Ponia yo (dice él) siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda á mi lado, porque no pueda yo ser movido. Verdad es que esta tan continuada atencion no solo ha de ser á Dios, sino tambien al regimiento y gobierno de nuestra vida, de tal manera que el un ojo traigamos siempre puesto en él, para reverenciarlo y pedirle su gracia, y el otro en lo que hubiéremos de hacer, para que en ninguna cosa salgamos de su obediencia. Y esta manera de atencion y vigilancia es uno de los principales gobernalles y frenos de nuestra vida.

Mas aquí es de notar que desta manera de atencion señaladamente nos conviene usar cada vez que queramos entrar en algun negocio peligroso, y aparejado para poder desvarar en algo; como cuando uno sale de estar consigo solo, y va á hablar ó negociar con personas rencillosas: y tambien cuando va á comer, ó á cumplir con la obligacion de la misa ó del oficio divino, donde corre peligro de no hacer esto con la atencion y cuidado que conviene; porque en cada cosa destas importa mucho ir con ánimo aparejado y dispuesto para los peligros que pueden sobrevenir. Por donde así como los que van camino, cuando llegan á algun mal paso se aparejan para él, y ponen haldas en cinta, y se proveen de otro nuevo cuidado y atencion del que ordinariamente suelen llevar en el camino llano, así tambien conviene proveernos de otra manera de atencion y oracion cuando se nos ofrescen estas ocasiones, que cuando andamos fuera dellas. Y por experiencia tambien se ve que mas templado y compuesto estará en la mesa el que se apercibe ántes contra los incentivos de la gula, que el que va sin esta manera de aparejo. Este es un aviso que diligentemente guardado nos podrá excusar de muchos pecados: el cual nos enseña el Eclesiástico, cuando dice (*i*) que ántes de la enfermedad aparejemos la medicina, que es apercebirnos contra el peligro ántes que venga el peligro.

§. XI.

De los males que causa la ociosidad.

El undécimo remedio es huir la ociosidad, madre de todos los vicios. Lo cual es en tanta manera verdad, que entre cuatro causas que señala el profeta Ecequiel (*k*), por donde Sodoma llegó al extremo de todos los males, esta dice que fué una dellas. Doctrina es tambien de aquellos padres del yermo, que el monje ocupado no tenia mas que una sola tentacion, mas que el ocioso tenia muchas; porque para todas hallaba el demonio entrada en él por la puerta de la ociosidad. De suerte que (bien mirado) la ociosidad tiene dos cosas por las cuales debe ser de todos los buenos grandemente aborrecida. La una, que (como está dicho) abre la puerta á todos los males, y la otra que la cierra á todos los bienes. Porque como ningun bien hay en el mundo que no se alcance con trabajo (sea virtud, sea ciencia, sea honra ó hacienda), por el mesmo caso que un hombre es enemigo del trabajo, caresce del instrumento general con que se alcanzan todos los bienes. ¿Pues quién no aborrescerá un vicio que trae consigo dos tan grandes males como estos? ¿Qué mayor mal podria tener una ciudad que tener dos puertas, una por donde le entrasen todos los bienes, y otra por donde entrasen todos los males, y que la primera estuviese siempre cerrada, y la segunda siempre abierta? Qué cosa mas semejante al estado de los que están en el infierno condenados? Pues tal está el ánima del hombre ocioso, la cual para todos los males tiene abierta la puerta, y para todos los bienes cerrada: pues ningun bien quiso la naturaleza que se alcanzase sin trabajo, de que el ocioso es enemigo.

Pues por esta causa procure el hombre ordenar de tal manera su vida, y trazar los tiempos del dia, que nunca tenga rato desocupado. Las personas pobres ó de bajo estado, ocúpense en sus oficios y en obras de manos; mas aquellas á quien no es dado esto, ninguna ocupacion pueden tener mas dulce, ni mas provechosa, ni mas durable (despues de la communicacion con Dios, y gobierno de sus casas) que es darse á leer en buenos libros. Casiano (*l*) escribe de aquellos padres del yermo, que tenian por tan importante cosa esta, para perseverar en la observancia de la virtud y religion, que cuando algun monje vivia tan apartado de la compañía de los hombres que no le podia prestar para nada su trabajo, no por esto dejaba de trabajar, y al cabo del año pegaba fuego á sus trabajos, para desembarazar la celda, y comenzaba de nuevo á trabajar. Y aun dice mas: que aquel trabajo de manos no les impedia el uso de la oracion interior; porque con las manos hacian la obra, y con el corazon vacaban á Dios.

§. XII.

De la soledad.

El duodécimo remedio es la soledad, que es guarda de la innocencia, pues corta de un golpe las ocasiones de todos los pecados, pues quita de delante de nuestros ojos y sentidos los incentivos y objectos dellos. Este es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al bienaventurado Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios trabajar por morar consigo solo, y procurar poco á poco de despedir de sí (en cuanto le sea posible) todas las visitaciones, conversaciones y cumplimientos del mundo; porque ordinariamente nunca en estos faltan murmuraciones, mentiras, lisonjas y otras cosas, que aunque no sean pecados como estas, todavía dejan al ánima vacía de devocion, y llena de imágines y figuras de lo que oyó y de lo que vió, que al tiempo de la oracion se le ponen delante, y le impiden la pureza della. Y si por falta destos cumplimientos, algunos se quejaren ó le notaren, trague esto por amor de Dios; porque ménos inconveniente es tener á los hombres quejosos, que á él. Y pues los mártires y todos los otros sanctos tantas cosas hicieron y padescieron por el reino del cielo, no es mucho pasar nosotros este poco de trabajo por esta

(*g*) Psalm. 24. (*h*) Psalm. 15 (*i*) Eccles. 18. (*k*) Ezequiel. 16.

(*l*) Lib. 10. cap. 24.

mesma causa; mayormente que si bien examinamos el negocio, hallarémos que el trabajo es muy pequeño, y el daño que por otra parte podríamos recebir muy grande. Porque tal está el dia de hoy el mundo, y tales los hombres y las pláticas que hablan, que apénas podeis tratar con ellos sin peligro.

§. XIII.

De cómo el verdadero cristiano debe apartarse del mundo.

Y para mayor confirmacion deste remedio, añado otro, que es determinarse el buen cristiano de romper con el mundo, pues nadie puede ser juntamente amigo de Dios y dél, ni agradar á Dios y á él (*m*); pues tan contrarios son los caminos, los estilos, las obras y los intentos de la una parte y de la otra. Estrecha es la cama, dice el Profeta (*n*), y no pueden caber dos en ella, y el palio es angosto y no basta para cubrir á dos, que son mundo y Dios. Por esto pues conviene que el siervo de Dios se determine de romper con el mundo y despedirse dél, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo), porque todos estos miedos y respectos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son viento y espantajos de niños que de nada se asombran. Y finalmente el que tuviere mucha cuenta con el mundo, no puede ser verdadero siervo de Dios. Porque por esto dijo el Apóstol (*o*): Si pretendiese agradar á los hombres, no sería siervo de Cristo; pues de aquellos es el hombre siervo, á quien desea agradar y cuya voluntad desea cumplir.

§. XIV.

Del uso de los sacramentos, oracion y limosna.

Tras destos remedios generales (que son muy eficaces) hay otros tres no menores que ellos; los cuales son el uso de los sacramentos, la oracion y la limosna. Porque el principal remedio que contra el pecado hay es la gracia, como el Apóstol dice (*p*); y estas tres maneras de obras son eficacísimos medios para alcanzar esta gracia, aunque en diferente manera. Porque ordinariamente los sacramentos la dan, y la oracion la pide, y la limosna la meresce; mas no es sola la que la meresce, sino otras muchas obras tambien con ella; aunque á esta particularmente atribuimos esto, porque premio es que responde á la misericordia con el prójimo, hallar misericordia en los ojos de Dios (*q*). Y así la limosna no solo sirve para satisfacer por los pecados hechos, sino tambien para no hacer otros nuevos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*r*): La limosna del hombre es como una bolsa de dinero que lleva consigo, la cual conservará la gracia del hombre como á lumbre de sus ojos, y peleará contra sus enemigos mas que la lanza y que el escudo del poderoso.

Pues ya los sacramentos ¿quién no ve que ellos son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devocion, socorro de nuestra miseria y tesoro de la divina gracia?

De cada una destas tres cosas habia mucho que decir, mas porque de los sacramentos tratamos ya en el segundo y tercero libro deste Memorial, y de la oracion tratarémos en el quinto, y de la limosna tratamos entre las tres partes de la satisfaccion (como de una dellas), al presente no diré mas, sino remitir al cristiano lector á estos lugares, y advertirle que para este propósito una de las mas principales peticiones que debe siempre pedir á nuestro Señor en su oracion, ha de ser que ántes lo lleve de su mano, y haga dél todo lo que quisiere y le pareciere, que le deje caer en cosa de pecado mortal. Y para mayor confirmacion desto, pídale en todas sus oraciones tres amores y tres odios, conviene saber: amor de Dios, y amor de los trabajos por él, y amor de la virtud; y asimesmo pídale odio contra el pecado, y odio contra su propria voluntad, y odio contra su mesma carne, en cuanto estas dos cosas son causas del pecado, cuando desordenadamente se aman. Y para mortificar este mal amor, debe instantemente pedir este sancto odio, y procurar que las obras y el maltratamiento de sí mesmo digan con la peticion, porque aquí está la llave de todo. Mas desto se tratará copiosamente al fin desto libro.

§. XV.

De cuatro cosas de que debe cuidar el cristiano.

Tienes pues aquí agora, cristiano lector, diez y seis maneras de remedios generales contra todo pecado mortal, que es una muy gran parte de la filosofía cristiana, que á esto señaladamente se ordena. Otros remedios hay particulares contra particulares vicios, de que al presente, por la brevedad, no es necesario tratar. Mas para conclusion y guarda de todo lo dicho, debes traer siempre ante los ojos cuidado de cuatro cosas: conviene á saber, de castigar el cuerpo, guardar la lengua, mortificar los apetitos, y traer siempre el espíritu recogido y puesto en Dios. Porque con estas cuatro cosas se reforman las cuatro principales partes del hombre, que son la carne, la lengua, el corazon y el entendimiento; las cuales reformadas y puestas en órden, todo el hombre queda reformado, y así cesan las ofensas de Dios, que es el fin que pretendemos en este tratado.

CAPITULO II.

De las mas communes tentaciones de los que comienzan á servir á Dios, mayormente en las religiones.

El Eclesiástico nos aconseja (*a*) que ántes de la enfermedad aparejemos la medicina, y toda la doctrina de los filósofos hace mucho caso de estar el hombre reparado y prevenido, para que no le salteen los peligros, y le tomen desapercebido. Por eso será bien al fin desta regla apuntar brevemente algunas maneras de encuentros y tentaciones que suelen padescer los que comienzan á servir á Dios, á lo ménos para que entiendan ser tentaciones; porque esto es una muy gran parte para vencerlas. Porque así como el cazador cuando arma un lazo, procura siempre que el lazo no parezca lazo, sino cebo; así el demonio cuando nos tienta, trabaja todo lo posible porque su tentacion no parezca tentacion, sino razon; por lo cual dice Sant Bernardo (*b*) que muy gran parte de la victoria de la tentacion era conocer ser tentacion.

Pues quien quiera que entra en esta nueva caballería, presuponga primeramente que ha de padescer grandes encuentros, y muchas tentaciones del enemigo; porque no en balde nos amonestó el Sabio, diciendo (*c*): Hijo,

(*m*) Matth. 6. (*n*) Isai. 28. (*o*) Galat. 1. (*p*) Rom. 5.
(*q*) Matth. 25. (*r*) Eccles. 17

(*a*) Cap. 18. (*b*) Serm. 64. sup. Cant. (*c*) Eccle. 2.

cuando te llegares á servir á Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentacion. Entre estas tentaciones la primera es de la fe, porque como hasta entónces estaba el hombre como dormido para la consideracion de las cosas de la fe, cuando de nuevo comienza á abrir los ojos, y á ver los misterios della, luego (como peregrino en extraña region) comienza como á vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conoscimiento que tiene dellas. Y así le acaesce como á un nuevo aprendiz que entra en una insigne oficina de algun oficial, donde hay muchas maneras de instrumentos y herramienta; y como él no sabe para lo que son, maravíllase luego de lo que ve, y comienza á preguntar: ¿Para qué es esto? para qué lo otro? Hasta que despues con el uso, viendo el propósito de cada cosa, sosiega su corazon, y viene á parecerle cosa muy conveniente lo que ántes extrañaba.

Otra tentacion es la de la blasfemia, la cual le representa cosas torpes y abominables cuando se pone á meditar las cosas celestiales. Porque como saca la imaginacion del mundo llena de las imaginaciones y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo estaba impreso en ella; y así á vueltas de las especies y figuras espirituales, se le representan las carnales, que dan gran tormento á quien esto padesce. Y el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones, es no hacer caso dellas; pues á la verdad mas son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentacion es de escrúpulos, los cuales nascen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales, y por eso andan como el que camina de noche, que á cada paso piensa caer. Y especialmente acaesce esto, por no saber hacer diferencia del pensamiento al consentimiento, y por eso en cada cosa piensan que consienten.

Otra tentacion es escandalizarse fácilmente de cualquier cosa que vean contraria á lo que ellos tienen dentro de sí concebido. Porque como ellos comienzan á abrir los ojos, y entender cuán grande cosa sea servir á Dios, así como de nuevo conoscen esto, así se maravillan de quien hace lo contrario, y se turban é indignan por ello. Los cuales aun ni han conocido la grandeza de la flaqueza humana, ni la alteza de los juicios divinos, ni llegado á entender lo que dice Sant Gregorio, que la verdadera sanctidad tiene compasion, y la falsa ó imperfecta indignacion (*d*).

Otra tentacion es escandalizarse tambien de las leyes y ordenaciones de su profesion, y quererse hacer jueces y censores de lo que manda la regla, si es bien ó mal ordenado, que regularmente es tentacion de entendimientos soberbios y presumptuosos, y que confían mas de sí, que de la experiencia de los padres que las instituyeron. La cual tentacion es muy semejante á aquella de la antigua serpiente, que preguntaba (*e*): ¿A qué propósito os mandó Dios que no comiésedes dese árbol? Por donde aconseja el Sabio (*f*) que no nos desagraden las parábolas, que son doctrinas altas, y al parecer escuras, de los sabios, porque no las dicen sin misterio, aunque nosotros no lo alcancemos. El niño cuando comienza á leer cree lo que le dicen sin preguntar por qué esto, ni por qué lo otro; porque eso es cosa que adelante se sabe. Déjese el hombre regir por el parecer ajeno, y totalmente resigne el suyo, y viva mas por fe y obediencia que por razon, diciendo con el Profeta (*g*): *Ut jumentum factus sum apud te, etc.* Quien esto no hiciere, nunca perseverará en la religion, ni tendrá paz en su corazon.

Otra tentacion es desear demasiadamente las consolaciones espirituales, y entristecerse y desconsolarse demasiadamente cuando les faltan, y estimarse mas que los otros cuando las tienen, midiendo la perfeccion por la consolacion; como quiera que no sea esta la medida cierta, sino la caridad, y despues la mortificacion de las pasiones, y el aprovechamiento en las virtudes, porque estas son indicios de estar mas crescida la caridad. Y otros hay tambien que cuando les faltan las consolaciones espirituales, buscan las sensuales, que es otro inconveniente no menor.

Otra tentacion es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar á otros lo que debian callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres ántes de tiempo, y comenzar á ser maestros ántes que discípulos, y todo esto so color de bien, y con una sombra de virtud, no mirando que el árbol fructuoso ha de dar fructo á su tiempo, y que el oficio proprio del que comienza, es ponerse el dedo en la boca, y guardar su ánima.

Otra tentacion, y muy comun, es inquietarse con deseos de mudanzas de lugares, pareciéndoles que en otra parte estarán mas quietos, ó mas devotos, ó mas aprovechados y recogidos (*h*). Y no miran que en la mudanza de lugares se mudan los aires, y no los corazones; y que do quiera que el hombre vaya, lleva á sí consigo, esto es, un corazon estragado con el pecado (que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos), y que este no se cura con mudanza de los lugares, sino con el cauterio de la mortificacion, y con el ungüento de la devocion, la cual de tal manera muda el corazon del hombre, que por el tiempo que dura la suavidad deste olor, no se siente el hedor que sale deste muladar de nuestra carne. Por donde el mejor medio que hay para huir de sí, es llegarse á Dios y communicar con él, porque estando en él por actual amor y devocion, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentacion es entregarse demasiadamente con el nuevo gusto y fervor del espíritu á indiscretas vigilias, oraciones, soledad y abstinencias, con que vienen á estragar la vista, la cabeza, el estómago, y quedar casi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios (como ya yo he visto á muchos), y otros con esto vienen á enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, y parte con la falta de los buenos ejercicios que se dejan por ella, vienen á crescer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud, desamparada del favor y fuerzas de la devocion. Otros habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron; y otros, como dice Sant Buenaventura, vienen por esta ocasion á amarse demasiadamente, y vivir no solo mas delicadamente, sino mas disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad, para dar licencia larga á todos sus apetitos y regalos.

Otros por el contrario pecan por demasiada discrecion, rehusando cualquier honesto trabajo por temor

(*d*) Hom. 34. super Evang. (*e*) Genes. 3. (*f*) Prov. 1.

(*g*) Psalm. 72. (*h*) D. Bern. ad fratres de Monte Dei.

del peligro, y diciendo que basta para su salvacion guardarse de pecado mortal, aunque no se guarden los otros rigores y cosas mas menudas. Destos dice Sant Bernardo (*i*): El nuevo, que siendo aun animal, es discreto; y siendo novicio, es sabio; y siendo aun principiante, es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho tiempo en la religion.

Pero la mas comun tentacion de los nuevos es dejar el camino comenzado, y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil maneras. Unas veces con fortísimas tentaciones de carne les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados, siendo á la verdad un golfo de continuas tribulaciones y tormentas, alegándoles para todo esto el ejemplo de muchos patriarcas, que siendo casados fuéron sanctos; haciéndole creer que podrá para esto hallar compañía conveniente, que sea de un mesmo propósito y corazon con él; y que así criará sus hijos en temor de Dios. Y aquí le representa las limosnas que puede hacer en este estado, las cuales no puede en la religion, diciéndole que esta es una gran parte para tener seguro el cielo en el dia del juicio. Otras veces por el contrario pretende engañarle con mas altos pensamientos, poniéndole delante otras religiones mas apretadas, especialmente de la Cartuja. Lo cual hace él por sacarle una vez de la religion por este cabestro, y despues que lo tenga fuera de la talanquera en medio del coso, embestir en él, y llevárselo en los cuernos. Otras veces enamora demasiadamente los corazones de la soledad, y de aquellos ejemplos y vida de los padres del desierto, para que llevándolos sin compañía por este camino solitario, y teniéndolos solos sin la sombra y consejos de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Mas entre todas estas maneras de tentaciones las mas peligrosas son las que vienen so color de bien, y con imágen de virtud. Porque las cosas que abiertamente son malas, ellas traen consigo su fealdad y su sobrescripto, con el cual se conoscen y se hacen aborrescer. Mas las que tienen aparencia de bien, estas son las mas peligrosas; porque nos engañan mas fácilmente con esta sombra y figura de virtud. Por lo cual suele nuestro comun adversario aprovecharse mas destas para tentar á los siervos de Dios. Porque como sabe que están ya determinados de aborrescer el mal, y abrazar el bien, procura él (si puede) darles á beber el veneno del pecado, mezclándolo con esta falsa miel. En lo cual parece semejante á aquellos grandes enemigos de Daniel (*k*), que deseando revolverle con el rey Darío para darle la muerte, y tentados para esto muchos medios en vano, finalmente se resolvieron en decir que no le podrian armar ningun lazo sino por medio de algun mandamiento de la ley: así lo hicieron, aunque tampoco esto les aprovechó; porque Dios miró por su siervo. Pues desta manera tienta el demonio ordinariamente los buenos, y por aquí les arma los lazos; y por esto conviene andar avisados, aun en la aficion de las cosas que nos parecen buenas; porque ya que no hay culpa en la aficion de la cosa, no la haya en la demasía della. Por lo cual toda aficion demasiada nos ha de ser sospechosa; porque la demasía en cualquier materia siempre debe ser temida.

Estas son las mas communes tentaciones de los que comienzan á servir á Dios. Cuyo remedio es la humildad, y la subjeccion, y la oracion, y la confesion, y la prudencia del buen confesor, que es como el buen piloto que ha de guiar este navío con mucho tiento por medio de las ondas del mar tempestuoso deste mundo, donde soplan los vientos de los espíritus malignos, que levantan grandes tempestades y tormentas. Mas sobre todo esto es Dios, que conoce nuestra flaqueza, y nos acude con su gracia, y nos aparta de la tierra de los filisteos, porque no nos hagan tan crueles guerras á la salida de Egipto; y que finalmente, como dice el Apóstol (*l*), no permite que seamos tentados sobre lo que podemos, ántes acrescienta la gracia cuando nos ve puestos en la batalla. Finalmente, los remedios de todas estas tentaciones son los mesmos que arriba pusimos contra el pecado; porque no puede haber otras armas contra la tentacion del pecado que las que valen contra el mesmo pecado.

Esto baste cuanto á la primera regla de los que comienzan á servir á Dios.

Síguese otra regla de bien vivir, para personas algo mas aprovechadas en la vida cristiana.

CAPITULO PRIMERO.

Del fin desta doctrina, que es la imitacion de Cristo.

Porque algunas personas no contentas con hacer todo aquello que entienden ser necesario para su salvacion, quieren pasar mas adelante, y aprovechar en el camino de las virtudes; para estas tambien es necesario dar doctrina. Para la cual podrá servir la regla siguiente, demas de lo que al fin deste libro se dirá en el séptimo tratado.

Y porque el fin de las cosas es la regla por donde se han de guiar; por tanto así como en la regla pasada pusimos un fin (que fué evitar todo pecado mortal), así en la presente pondrémos otro mas alto, que es la imitacion de Cristo, á la cual toda la vida cristiana se ordena. Y aunque en esta segunda regla se repiten algunas cosas de la pasada, no por eso se pierde tiempo; porque allí se pusieron en cuanto medios que servían para evitar el pecado (que era el fin principal que allí se pretendia) y conforme á esto se declararon; mas aquí se repiten para otros fines, y conforme á esto se tratan mas en particular.

§. ÚNICO.

Pues conforme á esto el primero y mas general documento y fin desta doctrina sean aquellas palabras del Salvador, que dicen (*a*): Ejemplo os he dado para que así como yo hice, así vosotros hagais. Porque así como á los que aprenden á escribir, suelen los maestros poner delante una materia de letra muy escogida, para que de allí tomen la forma de la letra que quieren aprender; así los que deseen cristianamente vivir, conviene que se les ponga delante otra materia perfectísima que les sea como un dechado y regla de su vida, la cual no puede ser otra mas perfecta ni mas conveniente que la vida de Cristo, que nos fué dado en el mundo por maestro y ejemplo de virtudes; pues todo lo que él dijo é hizo en su vida, fué ejemplo y remedio de la nuestra. Porque sabida cosa es que así como toda la perfeccion de los efectos es imitar á sus causas, y ser

(*i*) De vita solitar. ad fratres de Monte Dei longè post initium.
(*k*) Dan. 6.

(*l*) 1. Cor. 10. (*a*) Ioan. 13.

semejantes á ellas (como vemos que la perfeccion del discípulo es imitar á su maestro), así toda la perfeccion de la criatura racional es imitar á su Criador, en cuanto le sea posible, y parescerse con él. A esta imitacion nos convida el mesmo Señor en todas las Escripturas divinas. En una parte dice (*b*): Sed sanctos, así como yo lo soy. En otra dice (*c*): Sed misericordiosos, así como vuestro Padre lo es; y en otra dice (*d*): Sed vosotros tambien perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

Pues como toda la perfeccion de la criatura consista en la imitacion de su Criador; y para imitar una cosa sea necesario primero verla, y á Dios nadie podrá ver en su mesma naturaleza y gloria: por esta causa (entre otras muchas) el Hijo de Dios se vistió de nuestra naturaleza; para que así pudiésemos ver á quien habiamos de imitar. Esto es, para que viésemos de la manera que andando por este mundo conversaba con los hombres, qué palabras hablaba, en qué obras entendia, cómo se habia con las adversidades, cómo en las prosperidades, cómo en la soledad, cómo en la compañía, cómo con los enemigos, cómo con los amigos, cómo con los grandes, cómo con los pequeños, y finalmente para que viésemos la excelencia de sus virtudes, su caridad, su humildad, su paciencia, su obediencia, su mansedumbre, su pobreza, sus ayunos, sus oraciones, sus lágrimas, sus vigilias, sus predicaciones, sus trabajos, el celo de las ánimas, el amor de los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, y la blandura y piedad para con los otros. Esta pues fué una de las causas de su venida al mundo; porque por eso vino Dios á hacerse hombre, para que el hombre se hiciese Dios; para que no solamente por oidas, sino tambien por vista, no solo por palabras de Dios, sino tambien por ejemplos de Dios aprendiese el hombre á vivir como Dios. Esto es lo que significó el Profeta, cuando dijo (*e*): Tus ojos verán á tu Maestro, y tus oídos oirán la voz del que á tus espaldas te irá diciendo: Este es el camino; caminad por él, y no os desvieis á la diestra ni á la siniestra; porque para este misterio no solo nuestros oídos oyeron la doctrina de Dios, sino tambien nuestros ojos vieron su persona: esto es, vieron el Verbo en la carne, y á Dios en el hombre; para que dél aprendiese el hombre cómo habia de imitar á Dios, y no desconfiase que podria el hombre hacerse dios, pues veia á Dios hecho hombre.

Pues segun esta cuenta el que fuere mas semejante á Cristo en todas estas virtudes, ese será mas perfecto. Y esto es lo que principalmente pretende hacer aquel espíritu divino que mora en las ánimas de los justos, tanto que (como dice un doctor) ningun pintor trabaja tanto por sacar su retrato tan semejante al natural, cuánto él procura hacer á todos sus escogidos semejantes á Cristo crucificado; como el que tambien sabe que esta es la mayor perfeccion y gloria que en esta vida se puede alcanzar.

Mas por ventura dirás: Ya que eso sea así, ¿cómo seré yo poderoso para imitar las virtudes del Hijo de Dios? Yo soy hombre, y él es Dios; yo un abismo de flaqueza, y él un abismo de virtud; ¿pues cómo podré yo levantarme á la imitacion de tan gran pureza? La respuesta es, hermano mio, que en hecho de verdad no puede el hombre por si solo levantarse á esta tan alta semejanza, sino por virtud del mesmo espíritu de Dios, que ha de morar en él. Porque por esto fué dado este espíritu á los hombres, para que mediante la virtud del espíritu divino pudiesen vivir vida divina, y hacer obras, no ya de hombres, sino de Dios, pues tenian espíritu de Dios. No sería imposible hablar un hombre como Tulio, si tuviese el mesmo espíritu de Tulio, ni disputar como Aristóteles, si tuviese el mesmo espíritu de Aristóteles, y así tampoco lo es imitar el hombre en su manera las virtudes y la vida de Dios, recibiendo espíritu de Dios. No es nueva cosa participar unas cosas la naturaleza de otras, cuando se juntan con ellas. Así vemos que el manjar desabrido, con la sal se hace sabroso, y con la miel dulce, y con las especies oloroso; y desta manera no es mucho hacerse el hombre divino, participando el espíritu divino. Lo uno y lo otro brevísimamente significó el Salvador, cuando dijo (*f*): Lo que nace de carne, carne es; mas lo que nace de espíritu, espíritu es. En las cuales palabras abiertamente nos declaró, que ni era posible la carne por sí sola ser mas que carne, ni imposible hacerse espíritu, siendo ayudada con la virtud y presencia del divino Espíritu.

Pues de la participacion deste Espíritu (como de una simiente celestial) nascieron todos los hijos de Dios; y por eso no es mucho que como hijos se parezcan á su padre, y vivan vida divina, pues recibieron el Espíritu divino; como lo testificó uno dellos diciendo (*g*): Nosotros, quitado el velo de la cara, recibiendo en nuestras ánimas (como en un espejo limpio) la claridad de Dios, somos transformados en la mesma imágen de Dios, obrándolo así en nosotros el Espíritu suyo. Ni tampoco es de maravillar que los llamen en su manera dioses, como los llamó el Psalmista, cuando dijo (*h*): Yo dije, dioses sois vosotros, y hijos del muy alto; porque no es mucho que participen el nombre de Dios los que participan el espíritu y semejanza de Dios.

Y esta tan grande dignidad nos vino á dar el mesmo Hijo de Dios, y esta fué la principal causa de su venida (*i*). Porque por eso se abajó él á hacerse verdadero hombre, porque el que era verdadero hombre viniese á hacerse Dios, no por naturaleza, sino por gracia. Y así él es por una parte la causa que llaman ejemplar de toda nuestra perfeccion, pues él nos debujó en su vida sanctísima la imágen de la vida perfecta, y él es tambien la causa meritoria della, pues él es el que con el misterio de su encarnacion, y con el sacrificio de su pasion nos alcanzó esta tan grande dignidad.

Este sea pues el primer documento de nuestra vida, y este el fin de toda ella; al cual nos convida el apóstol Sant Pedro diciendo (*k*): Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni en su boca se halló engaño; el cual maldiciéndole no maldecia, y padeciendo no amenazaba. Esto mesmo nos pide tambien el evangelista Sant Juan por estas palabras (*l*): El que dice que está en Cristo, debe trabajar por vivir de la manera que él vivió. Sobre las cuales palabras dice Próspero: ¿Qué cosa es vivir como Cristo vivió, sino despreciar todas las cosas prósperas que él despreció, y no temer las adversas que él sufrió, enseñar lo que él enseñó, esperar lo que prometió, hacer bien á los ingratos, no dar mal por

(*b*) Levit. 11 et 19. (*c*) Luc. 6. (*d*) Matth. 5. (*e*) Isai. 30.

(*f*) Ioan. 3. (*g*) 2. Cor. 3. (*h*) Psalm. 81. (*i*) Ioan. 1.
(*k*) 1. Petr. 2. (*l*) 1. Ioan 2.

mal á los maldicientes, rogar por los enemigos, haber misericordia de los perversos, traer á sí á los contrarios, sufrir igualmente á los soberbios, y finalmente, como dice el Apóstol (*m*), morir á la carne, y vivir á solo Dios?

Estas cosas y otras muchas tales comprehende la imitacion de Cristo. Mas porque este documento es muy general, decenderémos agora á tratar en particular del uso y práctica de las virtudes, como al principio prometímos.

CAPITULO II.

Del ejercicio y uso de diversas virtudes.

Pues entre estas virtudes la primera (que es como árbol de vida en medio del paraíso) es la caridad (*a*), á la cual pertenesce amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas. Este es el primero y mayor de todos los mandamientos (*b*), esta es la reina de todas las virtudes, este es el principio y fin de toda la vida cristiana (*c*), esta es el ánima y vida de todas nuestras obras; sin la cual, ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni todas las otras virtudes valen nada (*d*). Para alcanzar esta divina virtud, entre otras muchas cosas, se requieren señaladamente tres. La primera es purgar el ánima de todos los apetitos y pasiones desordenadas, y de todos los pecados que dellas proceden; porque como está escripto (*e*), en la mala consciencia no entrará la divina sabiduría, ni morará en el corazon subjecto á pecados. Y por esto los que desean amar á Dios, trabajen por apartarse de todos los pecados, no solo mortales, sino tambien veniales, en cuanto les sea posible. Porque así como cuanto un espejo estuviere mas limpio, tanto con mayor claridad recibe los rayos del sol; así cuanto un ánima estuviere mas pura, tanto mas participará la claridad y rayos del divino amor.

La segunda cosa que para esto se requiere es recogerse el hombre las mas veces que pudiere dentro de sí mesmo, y ponerse á pensar todas aquellas cosas que pueden mover su corazon á amar á Dios; porque si esto hiciere, hallará que todas las razones de amor que se hallan en todas las criaturas, se hallan en solo Dios, y todas en summo grado de perfeccion.

Y porque los filósofos dicen que el bien naturalmente es amable, y que cada uno ama su proprio bien: de aquí nasce que dos cosas señaladamente nos mueven á este divino amor, conviene á saber, la grandeza de las perfecciones de Dios, y la grandeza de sus beneficios, de las cuales dos cosas tratarémos adelante en su proprio lugar. Con esto se junta considerar tambien el amor grande que Dios nos tiene, y la razon que nosotros tenemos con él, por ser él nuestro Padre, nuestro hermano, nuestro Rey, nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro último fin: por lo cual es llamado Esposo de nuestras ánimas, y por lo cual meresce ser amado con infinito amor, porque tal es el amor del último fin. Pues la consideracion destas cosas, cuanto es mas larga y mas profunda, tanto nos hará este objecto mas amable. Y por esto quien quisiere aprovechar mucho en este amor, gaste mucho tiempo en esta consideracion.

Otro medio hay sin este, mas breve y compendioso, que es cuando el ánima herida y prevenida con la dulcedumbre deste Señor, y enamorada de tan grande hermosura, pide instantísima y continuamente á aquel que solo puede dar este tesoro, se lo quiera otorgar; pareciéndole que mas corto camino es para alcanzarlo, pedirlo, que exprimirlo gota á gota á fuerza de consideraciones. Por lo cual tiene por mejor el orar que el meditar, y así ora y pide continuamente con ardentísimos y encendidísimos deseos esta joya tan preciosa. Para lo cual conviene tener á la mano algunas palabras dulces y amorosas con que el ánima religiosa represente á Dios este su deseo. De las cuales y de todo lo que toca á esta virtud, se tratará adelante en su proprio tratado del Amor de Dios. Y ten por cierto que ninguna destas palabras y gemidos será ociosa; porque como el Señor sea tan largo y tan dadivoso siempre, por ellas ó te dará nueva devocion, ó nueva luz, ó nuevo amor; ó te acrescentará la gracia, ó traerá á sí tu corazon mas eficazmente, ó te recreará mas dulcemente, ó te esforzará mas en el bien comenzado. No quieras pues, hermano, por un poco de negligencia perder tantos bienes, que en cada momento puedes alcanzar.

A esta mesma caridad pertenesce tambien purificar el ojo de la intencion en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas no nuestro interese, ni nuestra honra y contentamiento, sino el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hiciéremos (ó por nuestra voluntad ó por la ajena) hagamos, no por cumplimiento, no por pura cerimonia, ni por necesidad, ni por fuerza, no por agradar á los ojos de los hombres, ni por otro alguno interese de la tierra, sino puramente por amor de Dios; como sirve la buena mujer á su marido, no por el interese que dél espera, sino por el amor con que le ama. En lo cual conviene que el ánima sea tan fiel y tan casta, que así como la buena mujer se atavía y compone por solo agradar á los ojos de su marido, y no á otros, así ella procure el ornamento y atavío de las virtudes, por solo agradar á los ojos de Dios. No digo esto porque sea malo hacer buenas obras por el premio de la vida perdurable (ántes es cosa sancta y loable), sino porque cuanto mas el hombre desviare los ojos de todo género de interese, y mas puramente pretendiere agradar á Dios, tanto mas perfectamente obrará, y tanto mas merescerá. Porque, como dice Sant Bernardo (*f*), el perfecto amor no cobra fuerzas con la esperanza, ni desmaya con la desconfianza; porque ni trabaja por lo que espera que le darán, ni dejará de trabajar aunque no espero que le dén; porque no le mueve al trabajo el interese, sino el amor.

Y no solo al principio ó fin de las obras debe tener esta intencion; sino tambien al tiempo que las hace, de tal manera las debe hacer, que las esté ofreciendo á Dios, y que con ellas esté actualmente amando á Dios. De suerte que cuando estuviere obrando, mas parezca que está amando y orando, que obrando; y desta manera no se distraerá en las obras que hiciere: porque así obraban los sanctos, y por esto no se distraian cuando obraban. Así se dice por figura de la Esposa en los Cantares, que sus vestiduras olian á encienso (*g*). Porque por las vestiduras del ánima entendemos las virtudes con que ella se atavía, y por el encienso, que echado en el fuego sube á lo alto con suave olor, entendemos la oracion, que he-

(*m*) 2. Cor 6. (*a*) Matth. 22. (*b*) Luc. 10. (*c*) 1. Tim. 1.
(*d*) 1. Cor. 13. (*e*) Sap. 1.

(*f*) Sup. Cant. serm. 83. prop. fin. (*g*) Cant. 1.

cha en la tierra obra en el cielo. Pues decir agora que las vestiduras de la Esposa huelen á encienso, es decir que de tal manera obraba las obras de las virtudes, que su obrar no ménos parecia orar que obrar, por la grande devocion con que hacia sus obras. Vemos que cuando una madre está lavando los piés á su hijo, ó á su marido (que viene de camino), juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel servicio que le hace. Pues desta manera se ha de haber nuestro corazon cuando entiende en hacer algun servicio á su Criador, y desta manera tambien olerán sus vestiduras á este encienso espiritual.

Lo que desta manera se hace es de grande merecimiento. Porque el mérito de nuestras obras principalmente pende de la pureza de la intencion, y del amor y devocion con que se hacen. En lo cual paresce que así como en la moneda no hacemos tanto caso del número como del metal, porque poco oro vale mas que mucho cobre, así en las buenas obras no se ha de estimar tanto la muchedumbre dellas como el amor y devocion con que se hacen; como nos lo mostró el cornadillo de aquella viuda del Evangelio, que valió mas que las ofrendas gruesas de muchos ricos (*h*). Y así tambien acaescerá hacerse una buena obra con tanta voluntad, y caridad, y devocion, que valga mas en los ojos de Dios, que muchas otras que no se hacen así. De manera que así como una oracion fervorosa alcanza mas de Dios que muchas tibias, así una obra hecha con mucho fervor y devocion merecerá mas que otras muchas que no se hacen así; lo cual deben mucho de notar los que viven en estados que los obligan á hacer siempre buenas obras, para que miren mucho de la manera que las hacen, y para que no se ensoberbezcan mucho por lo mucho que hacen, si no lo hacen con mucho amor y devocion.

A esta mesma caridad pertenesce tambien no solo amar á Dios, sino tambien al prójimo por amor de Dios. Porque como á la caridad pertenezca amar á Dios y á todas sus cosas, y entre las cosas de Dios una de las principales sea la criatura racional, hecha á imágen de Dios y redimida por su sangre, de aquí es que de la misma raiz y hábito de donde nace amar á Dios, nace el amar al prójimo por Dios: como solemos decir que quien ama á Beltran, bien ama á su can. Y ansí dicen los doctores que la caridad es un solo hábito, pero que tiene estos dos actos: uno de amar á Dios, y otro de amar al prójimo por Dios. Esta es la causa final por que habemos de amar á los prójimos, y aun este es el mayor motivo que tenemos para amarlos, por indignos que sean de nuestro amor; porque ni habemos de mirar á ellos, ni amar á ellos por ellos, sino por amor de aquel Señor que los crió, y los redimió, y nos manda que los amemos por él; porque dado caso que en ellos no haya razon para ser amados, pero en Dios hay infinitas razones, por las cuales merece que amemos, no solo á ellos, mas aun á todos los trabajos y tormentos del mundo por él. De manera que si faltan razones en el prójimo para amarlo, en Dios sobran para esto y para mucho mas.

Este amor nos pide no hacer mal á nadie, no decir mal de nadie, no juzgar á nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo, y dar siete ñudos á la boca ántes que tocar en su fama.

(*h*) Luc. 21.

Y no basta no hacer mal á nadie, sino es menester tambien hacer bien á todos, socorrer á todos, aconsejar á todos, perdonar á quien te ofendió, y pedir perdon á quien ofendiste; y sobre todo, sufrir las cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos; segun aquello del Apóstol, que dice (*i*): Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esto es lo que pide la caridad, en la cual está la ley y los profetas; sin la cual el que quisiere fundar religion, no hará mas que el que quisiese formar un cuerpo vivo sin ánima, lo cual implica contradiccion.

§. I.

De la esperanza.

Otra virtud hermana de la caridad es la esperanza (aunque esta virtud no pudo haber en Cristo, como ni la fe; porque tenia otra cosa mayor), á la cual pertenesce mirar á Dios como á padre, teniendo para con él corazon de hijo, pues que realmente así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse bueno, comparado con él, así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de padre para con aquellos que ha tomado por hijos, como él. Y así todas cuantas cosas en este mundo le sucedieren, prósperas ó adversas, todas tenga por cierto que le vienen para su bien, pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia; y en todas cosas acuda luego á él con toda confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recebidos, y sobre todo en los merescimientos de su Hijo, esperando fielmente que aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia dél, y por donde él ménos piensa encaminará todas las cosas para su bien. Y para esto tenga siempre en la memoria aquel verso de David (*k*): *Ego mendicus sum et pauper, Dominus autem solicitus est mei.* Y si mirare atentamente la escriptura de los salmos, de los profetas y de los Evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia divina y esperanza nuestra, con la cual cada dia cobrará mas ánimo para esperar en Dios en todas las necesidades y trabajos que le vinieren. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz y reposo de corazon, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza; porque sin ella todos las cosas le turbarán, inquietarán y desmayarán, y con ella no tiene por qué turbarse, pues tiene á Dios por valedor.

§. II.

De la humildad interior y exterior.

Otra virtud es la humildad, así interior como exterior, que es raiz y fundamento de todas las virtudes, la cual de tal manera resplandesció en la persona y vida de nuestro Salvador, que della señaladamente pidió él ser imitado, cuando dijo (*l*): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Sobre las cuales palabras dice muy bien el cardenal Cayetano, que en estas dos virtudes consiste la principal parte de la filosofía cristiana, porque la humildad dispone nuestra ánima á recebir los dones de Dios, y la mansedumbre nos dispone á tratar dulcemente con los hombres.

A esta humildad pertenesce que el hombre se tenga por una de las mas viles y pobres criaturas del mundo, y

(*i*) Gal. 6. (*k*) Psal. 39. (*l*) Matth. 11.

mas indigna del pan que come, y de la tierra que huella, y del aire con que respira; y no sienta mas de sí que de un cuerpo hediondo, y abominable, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mesmo no puede comportar, y que todos cierran los ojos y tapan las narices por no olerlo ni verlo. Así nos conviene, dice el B. Sant Vincente (*m*), hermano muy amado, á mí y á tí que lo sintamos; pero mas á mí que á tí, porque mi vida es hedionda y sucia, y mis obras feas y abominables con la corrupcion de mis pecados, y lo que peor es, que cada dia siento que este mesmo hedor y horror se renueva en mí.

Y debe el ánima fiel sentir este hedor en sí con grande vergüenza, como la que se ve en presencia de aquellos divinos ojos que tan claramente lo ven todo; y como si ya se hallase presente en aquel estrecho juicio, dolerse cuanto pudiere de la ofensa de Dios, y de haber perdido aquella gracia que tenia cuando fué lavado con el agua del sancto baptismo; y así como cree y siente que hiede ante los ojos de Dios, así tambien imagine que hiede ante los hombres y ángeles, y así ande como corrido y confundido en presencia dellos. Y si pensare lo que aquella divina Majestad meresce, y á cuánto estaba obligado quien tantas misericordias habia recebido, y cuán mal ha respondido á lo uno y á lo otro, y cómo en lugar de servicio tan debido le ha hecho tantos deservicios, verá que merecia que todas las criaturas se levantasen contra él, y tomasen venganza dél, y lo despedazasen y comiesen á bocados, pues él tan gravemente injurió y ofendió al Señor de todo. Y por esta causa desee ser escupido y menospreciado de todos, y reciba con toda alegría y paciencia todos los vituperios, vergüenzas, infamias, injurias y adversidades que le vinieren, y en ellas tome tan grande contentamiento, cuanto suele recebir un enemigo cuando toma venganza de otro; porque así es razon que la tome él de sí, por haber ofendido á Dios.

Y á esta mesma humildad pertenesce que desconfie de sí mesmo, y de todas sus habilidades y fuerzas, y se convierta de todo en todo, y recline sobre los brazos de Cristo pobrísimo, deshonrado, y despreciado, y muerto por amor dél, hasta que él tambien llegue á estar como muerto para todos los agravios é injurias que padesciere por él.

Y pues tal es razon que sea la figura del hombre exterior, cual es la del interior: así como el interior está en su pensamiento en el mas bajo lugar del mundo, así el exterior procure de abajarse á imitacion de Cristo á lavar los piés (si menester fuere) de todos los otros hombres, y á procurar que el vestir, el andar, el hablar, el servicio, la casa, la mesa y todo lo demas (guardadas las leyes de la discrecion) sea conforme á la humildad interior; porque no sea el hombre diferente de sí mesmo, y doblado, y haga contra aquel mandamiento del Señor que dice (*n*): No tomes figura contra tu figura.

§. III.

De la castidad.

Con la humildad está muy segura la castidad, que es propriamente virtud de ángeles, como el Salvador dice. Y digo que está segura con la humildad, porque en faltando esta virtud, luego estotra corre peligro. Y así dice divinamente Sant Anselmo que cuando la soberbia no basta para destruir la humildad, destrúyela la lujuria; y cuando la lujuria no puede destruir la castidad, destrúyela la soberbia. La cual, aunque es polilla de todas las virtudes, mas particularmente lo es desta; y por eso el verdaderamente casto acompañe su castidad con humildad, porque así la tenga mas segura.

Pues á esta virtud pertenesce tener un corazon de ángel (si fuese posible) y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones ó amistades que á esto le pueden perjudicar, aunque sea á veces de personas espirituales; porque, como singularmente dijo Sancto Tomás (*o*), muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre uno y otro amor. A esta virtud pertenesce que cuando el mal pensamiento llegare al corazon del hombre, en ese mesmo punto con grandísima lijereza lo sacuda de sí, como una brasa encendida, segun que arriba declaramos. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel á Dios, que tenga los ojos quebrados (si fuese posible) para no ver cosa con que se pueda ofender el dador dellos. Y cuando algo se le ofreciere que mirar, diga dulcemente en su corazon: Señor mio, no tenga yo ojos para ver cosa con que pueda ofender á los vuestros. No plega á vuestra bondad que de los ojos que me distes, y que agora estáis alumbrando con vuestra luz, para que yo viese vuestras obras, haga yo armas para contra vos. El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga por cierto que Dios le guardará, y que con esta ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grande paz.

Tambien es parte de castidad trabajar porque nuestro corazon esté tan entregado y subjecto á Dios, que á ninguna criatura vana ni perecedera se pegue con demasiada aficion. Téngase por verdaderamente muerto al mundo; y como si fuese sordo y ciego, así ninguna cosa quiera oir ni ver, sino lo necesario ó provechoso. Y no solo ha de ser el cuerpo y el corazon casto, mas tambien ha de procurar que los ojos sean castos, y las palabras castas, y la compañía casta, y la vestidura casta, y la cama, y la mesa, y la comida, como luego dirémos; porque la verdadera y perfecta castidad todas las cosas quiere que sean castas; y una sola que falte, á las veces lo destruye todo.

§. IV.

De la templanza en el comer y beber.

A esta virtud ayuda (entre otras cosas) la templanza en el comer y beber; porque, como dice Sant Juan Clímaco (*p*), el que quiere ser casto y regala su cuerpo, es como el que quiere despedir de sí un perro y le arroja un pedazo de pan, el cual por eso le seguirá mas.

Pues para alcanzar esta virtud tenga el hombre cuidado que dando al cuerpo su mantenimiento, no cargue su estómago y espíritu con demasiado comer y beber, sino lo uno y lo otro reciba templadamente; no buscando en esto regalo ni deleite, sino solo satisfacer á la necesidad. Y puesto que naturalmente lleve gusto en lo que come, pero no lo procure él de su parte, ni se saboree en él. Cada bocado que comiere, espiritualmente lo moje en la preciosísima salsa de la sangre del Redemptor, y de las dulcisimas fuentes de sus llagas reciba lo que hobiere de beber. Quiera mas las groseras y viles viandas que las costosas y curiosas, acordándose que

(*m*) In tract. de Vita spirituali. (*n*) Isai. 54.

(*o*) Opusc. 61. cap. 5. (*p*) Scal. Spir. c. 14 et 15.

nuestro Señor Jesucristo gustó por él hiel y vinagre en la cruz. Pero advierta que quien come manjares viles y despreciados (si con demasiada cobdicia y golosina los come) pierde el valor de la verdadera abstinencia, la cual no consiste tanto en la calidad de los manjares, cuanto en la manera de comerlos. Porque, como dice Sant Augustin (*q*), posible cosa es que un sabio use templadamente de un precioso manjar, y que el no sabio venga á destemplarse en la comida de un muy vil. Porque no hace gula la calidad de manjar, sino la desórden del deleite. Así que, el verdadero amador de la vida espiritual ha de traer guerra perpetua con su sensualidad, negándole prudentemente lo que ella con desórden apetesce. Pero de tal manera castigue la carne, que no destruya la naturaleza ni estrague la complexion con indiscreto rigor de abstinencia, siguiendo en esto solo su juicio; mas en todo guarde la medida y sancta discrecion, dejándose guiar por el consejo de los sabios y virtuosos. Y conforme á esta regla debe menospreciar la vanidad y curiosidad en el vestido, servicio y aposento, y en todas las otras piezas y alhajas de que se sirve.

§. V.

Del silencio.

Tras esta virtud se sigue como hermana suya el silencio, madre de la innocencia, llave de la discrecion, compañero de la castidad, guarda de la devocion y ornamento de la nueva edad. Pues para alcanzar esta tan excelente virtud, procure el siervo de Dios que nunca de su boca salgan palabras prejudiciales ni deshonestas, ni dé oidos á los que las hablaren; mas ántes procure interrumpir con toda discrecion las tales pláticas por la mejor manera que le sea posible. Aborrezca mucho toda palabra de lisonja ó de vanagloria. No sea áspero en sus hablas, sino dulce y amigable; y no sean sus palabras artificiosas y compuestas, sino sencillas y llanas. Guárdese lo mejor que pueda de palabras ociosas, por el tiempo que en ellas se pierde; y mucho mas de burlas y donaires, porque se derrama con ellas la devocion. Pero las dos principales rocas de que se debe desviar con todo cuidado son hablar bien de sí y mal de otro. Y para estar mas seguro destos peligros, pudiendo callar sin detrimento de la caridad ó de la obediencia, calle de buena gana; pero no sea pesada y enojosamente callado, porque su silencio no sea para otros molesto. Y cuando le conviniere hablar, abrevie cuanto pudiere sus razones, y hable con cautela y discrecion; y ántes que abra la boca asiente consigo de no hablar mas palabras de las que fueren menester (*r*).

No contradiga á otro lijeramente, ni porfie con nadie; mas despues que hubiere afirmado una ó dos veces lo que tiene por verdad, si no es creido deje á los otros sentir lo que quisieren, y calle como si mas no supiese; en caso que su silencio no fuese notoriamente prejudicial á la gloria de Dios. No sea cabezudo en sus pareceres, ni porfiado en sus razones, ni afirme con demasiada aseveracion lo que sabe, sino con modestia y templanza, diciendo: Pienso que es así, ó si no me engaño, así es.

Mas para no errar en esta parte (que es tan principal) ni cometer ningun barbarismo (como dicen los gramáticos) en este lenguaje espiritual, debe mirar atentamente estos siete puntos ó circunstancias cuando quisiere hablar. La primera la materia de que habla, porque esta conviene que sea de cosas buenas, provechosas ó necesarias, y no malas, inútiles ó dañosas. La segunda el fin para que habla, que no sea por hipocrisía, ostentacion, vanidad ó jactancia, sino con simplicidad y llaneza, y por fin honesto y necesario. La tercera el modo con que habla, que no sea con soltura y desentonamiento, ni tampoco con blandura mujeril y afectada, sino con reposo, mansedumbre y gravedad; aunque esta no ha de ser pesada, sino mezclada con suavidad, como dicen que era la de Sant Basilio. Y especialmente la habla de la mujer ha de ser mas llana y mas sencilla; porque dicen que ha de ser como el agua, que ningun sabor ha de tener para que sea buena. Tambien se reprehende con razon el hablar afeitadamente, con intento de parecer el hombre muy discreto y bien hablado, lo cual en el hombre es grande vicio, mas en la mujer es gran peligro. La cuarta circunstancia es de la persona que habla, porque á los mancebos no se da tanta licencia para hablar, ántes es muy grande ornamento en ellos el silencio, compañero de la vergüenza, y no ménos lo es en las doncellas y vírgines; á las cuales dice Sant Ambrosio (*s*): Mira por tí, doncella, y por las palabras que hablas; porque muchas veces hablar palabras buenas es crímen en la doncella. La quinta es mirar la persona ante quien habla, porque delante de los mas sabios y ancianos no es dado hablar á todos, sino cuando la necesidad lo requiere, y no se puede excusar. La sexta es mirar el lugar adonde hablamos, porque lugares hay para hablar, y lugares para callar, como es la Iglesia y otros tales. La séptima es mirar tambien el tiempo en que se ha de hablar; porque, como dice Salomon (*t*), tiempo hay de callar, y tiempo de hablar; y una de las principales partes de prudencia es esta, especialmente cuando queremos amonestar, ó aconsejar, ó reprehender; porque en todas las cosas conviene buscar tiempo y oportunidad, pero mucho mas en estas, sin la cual totalmente se pierde el fructo de la amonestacion. Y del que esta circunstancia guarda, dice el Sabio (*v*): Manzanas de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo.

Todas estas circunstancias conviene que mire el que quisiere hablar sin errar; porque en cualquiera dellas que falte peca y hace contra las reglas del bien hablar. Y porque es gran maravilla no caer en algun defecto destos, por esto es muy buen remedio acogerse el hombre al puerto del silencio, donde ninguno destos bajos hay.

§. VI.

De la mortificacion de la propria voluntad.

Mortificada y ordenada desta manera la lengua, queda por mortificar la propria voluntad, que es otra llave de la buena vida; para lo cual una de las cosas que mas aprovechan es la obediencia. Por tanto uno de los ejercicios que en mas se debe estimar es el desta virtud, sabiendo que es aceptísimo sacrificio á Dios la perfecta muerte de la propria voluntad. Cualquiera cosa hecha simplemente por obediencia (dado que por sí sea de poco valor) Dios la engrandesce, y como á excelente la

(*q*) Civit. Dei lib. 16. c. 37. Confess. lib. 10. c. 31.
(*r*) De his D. Ambros. lib. 1. de Officiis, c. 2. 3. 4.
(*s*) De Virg. lib. 3. (*t*) Eccle. 3. (*v*) Prov. 25.

galardona; y ninguna obra (por grande que sea) puede agradarle, si es acompañada con desobediencia de Dios, ó de los prelados. Obedezca pues el siervo de Dios con alegre y devoto corazon á sus mayores, y hónrelos por respecto de Dios; porque la honra que no merecen por sus personas, por el oficio la merecen. Obedezca tambien á los iguales, y aun á los inferiores, en las cosas que fueren lícitas y honestas.

Huelgue de ser reprehendido y enseñado por otro cualquiera, y contra los que le reprehenden con enojo, no se defienda con soberbia; mas imitando á su Señor, quiera mas sufrir y callar, salvo si de su silencio se siguiese algun escándalo notable. Subjéctese humilmente á toda criatura por amor de Dios (x); y puesto que reciba dél grandes mercedes y consolaciones, no por eso se ensoberbezca, ni tenga por mejor por esta causa, pues á la verdad todo lo bueno es de Dios, y solo el pecado puede tener por suyo.

§. VII.

De la paciencia en los trabajos.

Aprenda tambien á sufrir sin quejas ni murmuraciones cualesquier injurias, escarnios, acusaciones, aflicciones y daños que permitiere Dios que le vengan, creyendo fuera de toda dubda que Dios por su justa y piadosa ordenacion se los envía. Por lo cual no se indigne ni quiera mal á los hombres por cuya mano le vienen, ántes conformándose con su Señor, se muestre para con ellos manso y benigno.

No juzgue los hombres, ni los mida por la miserable y corruptible aparencia del cuerpo, sino por la dignidad incomprehensible del ánima, que es hecha á imágen de Dios. A nadie haga mal rostro, ni se muestre airado, ni desabrido, ni triste; sino así en su conservacion, como en sus palabras y respuestas, sea afable y benigno á todos con una mansa gravedad. Las faltas ajenas sufra mansamente; pero las que contrariaren á la honra de Dios, procure con diligencia emendarlas amigablemente por sí ó por otro cuando espera que aprovechará. Aborrezca al pecado en el hombre, no al hombre por el pecado; porque el hombre es hechura de Dios, y el pecado hechura del hombre. Esté aparejado cuando convenga para hacer bien á todos (y no ménos á los que mal le quieren) y compadézcase así de los que mal hacen, como de los que mal padescen. Pero señaladamente se mueva á compasion de las ánimas de los fieles defunctos que en el purgatorio son atormentadas, y ruegue por ellas al Señor. Y para que mas fácilmente se duela de los males ajenos, ponga á sí mesmo en lugar de los que padescen, y así sentirá los males ajenos como sentiria los suyos proprios. De ningunos tenga invidia, de ningunos murmure, de todos sienta bien, y si algunas siniestras sospechas se levantaren en su corazon, prestamente las deseche de sí. A ninguno desprecie, y de ningun pecador desespere; porque quien en esta hora es malo, puede por la gracia de Dios mañana estar mudado. Asiente consigo un firme propósito de nunca juzgar á nadie, y procure de interpretar los dichos y hechos ajenos siempre á la mejor parte, oyendo y mirando todas las cosas con sencillo y benigno corazon.

No se turbe por los males y desastres que en el mundo acaescen, mas en todas las cosas se fie de la divina Providencia, sin la cual no cae un pájaro en el lazo. Y á la mesma Providencia divina encomiende á sí y á todas sus cosas seguramente, estribando con humilde confianza en cualquier trabajo en la misericordia de tan buen Señor, socorriéndose á él con oracion fervorosa, segun amonesta el Profeta diciendo (y): Arroja tus cuidados en el Señor, que él te proveerá. Por donde puesto que algunas veces le desampare la consolacion interior (y sobre esto sea gravísimamente afligido), no deje por eso su sancto propósito, mas persevere ante el Señor con humildad y confianza, sin buscar vanos consuelos con que se recree, porque él lo consolará.

Si el espíritu maligno pusiere en su corazon perversos y abominables pensamientos, no haga caso desto, sino cierre con presteza los ojos del ánima; porque mucho mejor vencerá los tales combates despreciándolos y escupiéndolos, que mirándolos ó altercando con ellos. Ni se tenga por llagado con las saetas á que del todo resiste y prestamente desecha de sí, porque no comete en tal caso culpa que sea necesario confesarla; porque los pecados somos obligados á confesar, no las tentaciones de los pecados á que no consentimos. Las torpezas pensadas no ensucian, si no agradan; porque una cosa es sentir el mal, y otra consentirle, y sabemos que muchos sanctos sintieron algunas veces en su carne grandes incentivos de vicios; pero con la razon y voluntad los desterraron.

§. VIII.

De la verdadera devocion.

No piense que la sanctidad de la vida consiste en sentir en el ánima grande consolacion y dulzura, ni tenga por cierta y segura devocion el sentimiento tierno del espíritu, con que algunos fácilmente hacen sus ojos fuentes de lágrimas; porque muchas veces se hallan en herejes y paganos semejantes blanduras. La verdadera devocion es la prompta voluntad, con la cual está determinado el hombre á todo lo que conviene á la honra y servicio de Dios. Esta persevera siempre con fructo, puesto que el ánima esté seca, y el corazon esteril. Por tanto no desee el varon espiritual desordenadamente la suavidad interior; mas igualmente esté aparejado para recebirla y para carecer della, cuando el Señor quisiere. Si él tuviere por bien consolarle, reciba con humildad y agradescimiento la merced, y guárdese no use del don para solo su contentamiento, ni goce de la dádiva olvidándose del dador. Y tan puro y sencillo, tan humilde y tan sosegado permanezca cuando es de Dios visitado, como cuando no lo es. Ni debe tanto asegurarse y descansar en los dones de Dios, cuanto en el dador dellos, que es nuestro último fin. Por pequeña gracia que reciba, se juzgue por indigno della; ántes crea siempre que es merecedor de pena, y no de regalos. Si cantando ó rezando no pudiere estar tan atento como desea, no por eso desmaye ni desconfíe, porque aun las oraciones hechas con corazon distraido son fructuosas y gratas á Dios, cuando el que ora padesce contra su voluntad tal distraccion, y de buena gana hace lo que es en sí, ofreciendo á Dios la buena voluntad, é insistiendo en la oracion con cuidado y diligencia. Por tanto no sea impaciente, ni desasosegado, ni se congoje demasiadamente; mas poniéndose en las manos de Dios, se esfuerce; por-

(x) 1. Petr. 2.

(y) Psalm. 54.

que es Dios tan bueno y tan piadoso, que con benignidad sufre á los que hablando con él en la oracion revuelven en su pensamiento cosas indignas de su presencia. Y así le diga: Señor, vos sabeis que mi corazon vuela por muchas partes; habed misericordia de mí, vilísimo pecador. Buen Iesu, responded por mí, y suplid todas mis faltas. Yo por mi flaqueza resbalo; tenedme vos y no caeré. ¿Mas qué diré? ¡Que así débil, y enfermo, y dando mil caídas me guardeis!

Dispóngase y desee recebir la sagrada communion á menudo para loor de Dios. Y si no la puede recebir sacramentalmente cuantas veces desea, no se turbe ni inquiete; mas conformándose con la voluntad del Señor, aparéjese para recebirla espiritualmente; porque nadie le podrá impedir que no se llegue al Señor, y le reciba espiritualmente, si quiere, mil veces cada dia.

§. IX.

De lo que se ha de hacer por la noche y mañana.

Recójase de noche, y tómese estrecha cuenta de cómo ha gastado el dia (segun que arriba dijimos), y hecho esto, componga su corpecillo honestamente para dormir, y hállele el sueño (si pudiere ser) pensando en Dios dulcemente, y entretenga sus amorosos deseos para volvérselos cuando despertare. Y á la mañana en despertando madrugue luego á la hora su corazon á Dios, y enderece sus primeros pensamientos y palabras á él, diciendo con el Profeta (z): Dios, Dios mio, á vos velo yo por la mañana. Y mas abajo torna á decir: En la mañana pensaré en vos, porque fuistes mi ayudador. Desta manera se apareja el hombre para recebir y continuar la gracia de la devocion, que nunca se debria interrumpir. Pero si por la confusion y derramamiento de su espíritu no puede libremente convertirse á Dios, ó si dormiendo padesciere algunos feos y torpes sueños, no por esto desmaye ni se entristezca demasiadamente; mas luego que despedido el sueño volviere al uso de su razon, aborrezca la torpedad que soñó, y sufra con paciencia y humildad la molestia que padesció.

Huya no solamente los graves pecados, mas las pequeñas negligencias con todo cuidado y solicitud, porque si no quisiere guardarse de todo lo que á Dios desplace, y de todo lo que impide ó menoscaba su amor, no alcanzará la perfecta pureza y paz del corazon. Y aunque estas negligencias sean livianas, todavía por tenerse en poco pueden hacerse grandes; porque no hay enemigo tan pequeño, que despreciado, no sea muy prejudicial. Por lo cual dice Sant Gregorio (a): Algunas veces acaesce ser mayor el peligro de las culpas pequeñas que el de las mayores, porque las mayores, cuanto mas claro se conoscen, tanto mas fácilmente se emiendan; mas las pequeñas, cuanto ménos se conoscen, ménos se evitan, y así podrian mucho dañar.

Mas por esto no debe el hombre desconfiar cuando algun pecado destos cometiere, ni huya luego de la presencia de Dios, mas conviértase á él humilde y confiadamente, y trate con él del mal que hizo y de su ingratitud, llorando tiernamente porque ofendió á tan buen Señor. Y no solo ponga los ojos en su profunda miseria, mas juntamente considere la inmensidad de la misericordia divina, la cual no puede faltar á aquellos que de todo corazon se vuelven á él. Y para entera satisfaccion y emienda de sus pecados, ofrezca al eterno Padre la sanctísima vida y amarguísima muerte de su unigénito Hijo, y pida amorosamente al mesmo Hijo, que con aquella preciosa sangre que por él derramó, lave las máculas de sus pecados. Y esto hecho, tenga confianza, y prosiga su vida con el mesmo aliento y corazon que tenia ántes que pecara.

Y no desmaye ni se haga pusilánime por algunos defectos y pasiones que por ninguna via puede acabar de vencer en sí, mas encomendándolos á la divina misericordia, y poniéndose en sus manos, persevere con humildad y paciencia, y nunca pierda la esperanza. Y si cient veces al dia cayere, cient veces se levante con esperanza de perdon. Y cada hora proponga fuertemente de ser mas vigilante y mas atento á lo que debe hacer, con tanto que no confie en su propósito ni esfuerzo, sino en sola la bondad y misericordia de Dios, y en el favor de su gracia, la cual nunca falta á quien hace lo que es de su parte. Los afectos de su ánima debe tener de tal manera ordenados y enderezados á Dios, que él le sea todo en todas las cosas, y á él solo vea en todas ellas, y á todas ellas en él. No ponga los ojos en ellas, ni quiera gozar dellas por lo que son, sino todas las mire en Dios, considerando lo principal que hay en ellas, que es haber manado dél, y representarnos algo dél. Desta manera será el gozo de la criatura no solo mas puro, sino tambien mas suave y mayor. Todas sus obras y ejercicios encomiende á la divina sabiduría, para que él las enderece y perfeccione; y al mesmo Salvador, y á su eterno Padre las ofrezca en alabanza eterna para la salud de toda la Iglesia, encorporadas y uñidas con las sanctísimas obras y ejercicios de Cristo. Porque desta manera nuestras obras y ejercicios se hacen nobilísimos y muy agradables á Dios, porque de las obras heróicas de Cristo (á cuya sombra se arriman, y por las cuales se nos da gracia) reciben inestimable valor. Por lo cual nos aconseja el apóstol Sant Pedro que ofrezcamos á Dios sacrificios de buenas obras, que le sean agradables por Cristo (b). Y así cuantas cosas padesciere, grandes ó pequeñas, interiores ó exteriores, todas las ofrezca á Dios, para que del valor y dignidad de su sacratísima pasion reciban ellas valor.

§. X.

De los remedios para alcanzar la verdadera paz.

No sea arrebatado y apresurado en las cosas que entiende hacer, ni se aficione á ellas con demasiada aficion, haciéndose captivo y esclavo dellas, sino siempre trabaje por conservar su corazon en verdadera libertad. No siga los movimientos impetuosos de su ánimo, aunque sea en cosas de virtud, mas con miramiento y razon prudentemente sea señor de sus afectos y obras. No se fie de que sus afectos y movimientos sean buenos, porque ninguna virtud sin discrecion es virtud, y hasta el mesmo amor de Dios sin discrecion sería dañoso.

Desvíe de sí con toda discrecion cualquiera cosa que le pueda ser ocasion de perder ó impedir la serenidad y paz de su corazon, y con principal diligencia destierre de sí las desenfrenadas pasiones de ira, de cobdicia, de deleite, de temor, de gozo, de tristeza, de amor, de odio, con las demas; porque estas son las que principalmente destierran la paz del ánima.

(z) Psalm. 62. (a) Part. 3. Past. Admon 34.

(b) 1 Petr. 2.

Y no ménos le conviene echar de sí los vanos é indiscretos escrúpulos, y finalmente cualesquier cuidados superfluos que puedan turbar la paz del espíritu. Nunca sea muy solícito por las cosas que temporalmente le acaescen, pues en cabo todo lo temporal es perecedero, y así todas las pérdidas temporales no son mas que pagas adelantadas, y mercedes de Dios para adelante. Finalmente apartando así su entendimiento como su aficion de las cosas perecederas y mundanas, recoja todas las fuerzas y potencias dentro de sí mesmo, y ahí á solas communique siempre con Dios.

En todo tiempo y lugar considere reverentemente la presencia de Dios, porque él á ninguna hora ni parte está absente, mas todo está en todo lugar; y como amigo que tiene junto consigo, le hable amorosamente, mostrándole sus fieles deseos y encendidos afectos. Aprenda á tratar con él á solas, porque esta familiaridad con Dios en gran manera le será provechosa. Ni desmaye ó pierda la esperanza viendo tan variable su corazon, y hallando gran dificultad en tener el pensamiento fijo en Dios; mas persevere constantemente, y déle tantas sobrefrenadas, hasta que le vuelva á la carrera, porque despues que con alguna fatiga se acostumbrare á esto, de ahí adelante no solo le será fácil y suave pensar en Dios y en sus cosas, mas ántes no se hallará á estar una hora sin él. Y cuando alguna vez hallare su ánima derramada, vuélvala á su primer ejercicio diciendo: ¿Dónde has andado ánima mia? ¿Qué provecho traes de haberte apartado de tu Señor, sino perdimiento de tiempo, y derramamiento de corazon? Mira no seas callejera y vagabunda, pues ninguna cosa ménos conviene á esposa de tan gran Señor.

Ponga otrosí delante sus ojos la imágen de Cristo Dios y hombre enclavado en la Cruz, y cuanto pudiere la imprima en el centro de su corazon, saludando y haciendo reverencia con devocion entrañable á aquellas sus sanctísimas heridas, dignas de perpetua recordacion, y con una amorosa y humilde osadía se esconda dentro dellas. Y ocupado todo su sentido en esta sagrada imágen de la vida y muerte del Redemptor, no habrá lugar para otras figuras ni imaginaciones extrañas, mas echará fuera todas las fantasías y pensamientos desaprovechados como un clavo con otro clavo. Así que, cuanto le fuere posible, siempre more consigo, y trate dentro de sí, desembarazando su corazon, y despidiendo dél todas las cosas transitorias, mirando de hito en hito á su Dios, que siempre le está mirando, trabando siempre con él dulces y amorosas palabras. Y tenga por grande pérdida alejarse, aunque sea por muy breve espacio, deste summo bien, en quien están todos los bienes.

CAPITULO III.

De lo que debe el hombre hacer para con Dios, para consigo, y para con sus prójimos.

Dicho de las virtudes en general, añadirémos otro capítulo para tratar dellas mas en particular, aplicando lo que hasta aquí se ha dicho á las tres principales obligaciones que tiene el cristiano, que son, hacer lo que debe para con Dios, y para consigo, y para con su prójimo: que son aquellas tres partes de justicia en que el profeta Miqueas puso la summa de todas las virtudes, cuando dijo (*a*): Declararte he, ó hombre, en qué está el bien, y qué es lo que el Señor pide de tí. Pues esto es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios. De las cuales cosas la primera, que es hacer juicio, es para consigo; y la segunda, que es amar la misericordia, es para con el prójimo; y la tercera, que es andar solícito con Dios, pertenesce al culto y reverencia del mesmo Dios.

(*a*) Mich. 6.

§. I.

De lo que el hombre debe hacer para con Dios.

Pues comenzando por la mayor destas obligaciones, es mucho de notar que así como entre las piedras preciosas hay unas que de su mesma especie son muy aventajadas á todas las otras (como son los rubíes, diamantes, y esmeraldas), así entre las virtudes hay algunas que de su mesma especie y naturaleza son incomparablemente mayores que las otras, y estas son las que miran á Dios, y por esto se llaman teologales; á las cuales podemos ayuntar el temor y reverencia de Dios, y la religion que tiene por oficio la veneracion de Dios, con todo lo que toca al culto divino. Estas son principalísimas entre todas las virtudes, y no solo principalísimas, sino tambien despertadoras y movedoras dellas; por donde se comparan con ellas, como los cielos con todas las otras criaturas inferiores que dependen del movimiento dellos. Por donde el que desea llegar á la fineza y perfeccion de la vida cristiana, aunque deba trabajar universalmente en todas las virtudes (porque así como todas las cuerdas de la vihuela conviene que estén templadas para tañer, así tambien se requiere el cumplimiento de todas las virtudes para la consonancia de la buena vida); pero señaladamente debe trabajar por crescer y aprovechar en estas, porque cuanto mas en ellas aprovechare, tanto será mas perfecto. Y por esto creo que fuéron tan señalados en virtud muchos de aquellos sanctos patriarcas, como fuéron David, Abrahan, Isaac y Jacob, y otros tales; porque aunque eran casados y ricos, y tenian muchas cargas y obligaciones de hacienda con que cumplir, pero con todo eso eran sanctísimos, porque tenian estas altísimas virtudes: como parece en la fe y obediencia de Abraham, en el amor, y subjecion, y devocion, y confianza que tenia David en Dios, que así acudia á él en todas sus necesidades, y así se fiaba dél como un hijo de su padre, y mucho mas, pues que decia (*b*): Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor tuvo cuidado de mí.

Pues para alcanzar estas tan nobles virtudes no hay otro medio mas proporcionado que persuadirnos, y asentar en nuestro corazon con toda la esperanza posible, que Dios es nuestro verdadero padre, y mas que padre; pues ni en corazon de padre, ni en providencia de padre, ni en amor de Padre nadie se puede igualar con él, pues nadie nos crió, ni nos quiere para mayor bien que él. Y asentado esto en nuestro corazon, trabajemos siempre por mirarle con estos ojos, y con este corazon de hijos á padre: conviene á saber, con un corazon amoroso, con un corazon tierno, con un corazon humilde y acatado, con un corazon subjecto y obediente á su sancta voluntad, y con un corazon confiado en todos los trabajos y puesto debajo de las alas de su providencia paternal. Con estos ojos y corazon debe el hombre mirar á Dios todas cuantas veces se acordare dél, lo cual debe hacer cuantas veces entre dia y noche pudiere, para que así vaya

(*b*) Psalm. 26.

poco á poco con el favor divino criando en su ánima este corazon; como lo hacia aquel sancto Profeta, que decia (*c*): Tu nombre, Señor, y la memoria dél, es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana velaré á tí.

Este linaje de afecto y corazon para con Dios, ni se puede explicar con palabras, ni se puede alcanzar con solas nuestras fuerzas, y por esto solo aquel lo conosce que lo ha probado, y solo aquel lo posee que lo ha recebido. Y por tanto debe el hombre continuamente pedir al Señor este corazon para con él, y esperar que lo alcanzará, confiando en la palabra real de aquel Señor, que dijo (*d*): Si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere? Y este espíritu es aquel de quien dice el Apóstol (*e*): No recebistes otra vez espíritu de temor, como siervos, sino espíritu de adopcion de hijos de Dios, el cual espíritu nos hace clamar á Dios de todo corazon, y llamarle de entrañas y á boca llena Padre, que es tener para con él este perfectísimo corazon de hijos á padre, amándole, y reverenciándole, y obedesciéndole, y acudiendo á él en todas nuestras necesidades, y confiando en él como un verdadero padre. Este corazon nos promete el Señor por Ecequiel, diciendo (*f*): Daros he un corazon nuevo, y un espíritu nuevo, y quitaros he el corazon que teníades de piedra, y daros he corazon de carne, y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que guardeis mis mandamientos y juicios, y los pongais por obra. Y no solo este profeta, mas todos los otros profetas á una voz ninguna cosa mas á menudo prometen que este espíritu de hijos que se nos habia de dar por los méritos de aquel único Hijo de Dios, el cual señaladamente se nos dió el dia de Pentecostés (*g*).

Y decendiendo mas en particular, dice el bienaventurado Sant Vicente (*h*), que debe el hombre tener siete maneras de afectos y virtudes en su corazon para con Dios, conviene saber: amor ardentísimo, temor summo, reverencia grande, celo constantísimo, hacimiento de gracias, voz de alabanza, promptitud de obediencia, y gusto de la divina suavidad. Y para alcanzar estas virtudes debe hacer siempre oracion á Dios, diciendo: O buen Iesu, haz que con todas mis entrañas y corazon, y con todas mis fuerzas ardentísimamente te ame, y summamente te tema y reverencie, y de tal manera procure y cele la gloria de tu sancto nombre, que cualquier injuria tuya abrase y despedace mi corazon. Dame tambien que reconozca yo humilmente todos tus beneficios, y con summo agradescimiento te dé siempre gracias por ellos. Y asimesmo que de dia y de noche siempre te alabe, diciendo de todo mi corazon con el Profeta (*i*): Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estarán siempre sus alabanzas. Dame tambien gracia para que obedeciéndote en todas las cosas perfectamente, goce de tu inefable suavidad, para que con ella crezca mas en tu amor, y en la guarda de tus sanctos mandamientos.

§. II.

De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo.

Debe tambien, dice el mesmo Sancto, para consigo mesmo tener otros siete afectos y virtudes. Entre los cuales el primero sea, que se confunda y avergüence por los pecados cometidos. El segundo, que los llore y sienta de todo corazon, por haber sido tan ofensivos de Dios, y tan dañosos á su ánima. El tercero, que por esta causa desee ser menospreciado, y olvidado, y desechado de todos, como indignísimo de toda honra y favor humano. El cuarto, que trabaje por macerar su cuerpo severamente y con todo rigor, como á un incentivo de todos estos pecados, y como un muladar sucísimo y abominable. El quinto, que tenga una ira implacable contra todos sus vicios, y contra todas las inclinaciones y raices dellos, trabajando siempre por cortar no solo las ramas, mas tambien las raices dellos. El sexto, que ande siempre con una grandisima vigilancia y atencion para regir y enderezar todas sus obras y palabras, y todos los sentidos y pasiones de su ánima, para que ninguna cosa desdiga de la justicia y de la ley de Dios. El séptimo, debe tener una perfectísima modestia y discrecion para guardar la templanza y la medida que conviene en todas las cosas, especialmente entre lo mucho y lo poco, y entre lo ménos y lo mas, para que ninguna cosa haya en él demasiada ni defectuosa, y para que ni exceda en lo superfluo, ni falte en lo necesario.

§. III.

De lo que el hombre debe hacer para con los prójimos.

Debe otrosí tener (como dice luego el mesmo sancto) para con su prójimo otros siete afectos y virtudes señaladas. Porque primeramente debe tener una compasion entrañable de los males ajenos, para que así los sienta como los suyos proprios. Lo segundo, una alegría caritativa, con la cual se goce con las prosperidades y bienes de los otros, como se gozaria de los suyos. Lo tercero, debe tener un sufrimiento sosegado para soportar todas las molestias é injurias que le fueren hechas, y perdonarlas de todo corazon. Lo cuarto, debe tener una benignidad y afabilidad para con todos, tratándolos y conversándolos benignamente, y deseándoles todo bien, y mostrándolo así en todas sus palabras y obras. Lo quinto, debe tener una humilde reverencia para con todos, teniéndolos por mayores y mejores que á sí, y subjectándose de corazon á todos, como si fuesen sus verdaderos señores. Lo sexto, tenga con todos una perfecta unanimidad y concordia, para que (cuanto es de su parte, y cuanto segun Dios sea posible) sienta y diga una mesma cosa con todos, y así crea que todos son él, y él es todos, y así tenga por suyo el beneplácito y querer de todos. Lo séptimo, á imitacion de Cristo, debe tener un ánimo para ofrescerse por todos; esto es, que esté aparejado á poner su vida por la salud de todos, y dia y noche rogar á Dios por ellos, y trabajar porque todos sean una cosa en Cristo, y Cristo en ellos. Mas no por esto piense que le obligamos aquí á no huir la compañia de los malos, ántes debe saber que cuando hay algunos, cuya compañia le fuese ocasion de pecar, ó impedimento de aprovechar, ó de diminuir el fervor de la caridad, debe apartarse de los tales como de serpientes; porque no hay carbon tan encendido que echándolo en el agua no se apague, ni ménos tan apagado que echándolo entre otros muchos encendidos no se abrase. Mas quitada esta ocasion aparte, debe el siervo de Dios conversar simplemente con los prójimos, y, ó no ver sus defectos, ó

(*c*) Isai. 26. (*d*) Luc. 11. (*e*) Rom. 8. (*f*) Ezech. 11.
(*g*) Act. 2. (*h*) In tract. de Vita spirituali, c. quod incipit: Qui vult fugere, etc. (*i*) Psalm. 33.

si los viere, sufrirlos con paciencia, ó avisarlos con caridad, donde esperare que aprovechará.

Mas porque la raiz y fundamento de todas estas virtudes es la caridad y misericordia para con los prójimos, esta es la que mas ha de estimar el que desea agradar á Dios, pues ella es la que mas encarecidamente nos encomienda él en todas las Escripturas Sagradas. En el capítulo VII del profeta Zacarías, preguntando los judios á Dios si habian de ayunar tales y tales dias, para agradarle y cumplir su ley, respóndeles el mesmo Señor, y declárales con qué género de obras le habian de agradar, diciendo: Mirad que guardeis justicia, y juzgueis justamente las causas de vuestros prójimos, y que useis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no querais buscar asillas para calumniar á la viuda, y al húerfano, y al extranjero, y al pobre; y nadie trate en su corazon de hacer mal á nadie, y desta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley. Harto encarescido está aquí este negocio, pero mucho mas lo encareció el mesmo Señor por Isaías, cuando dijo (*k*): Este es mi descanso; que refrigereis y consoleis á los cansados, porque esto paresce que era lo último que se podia encarescer este negocio, cuando el Señor se ponia en el lugar del pobre, y tomaba por su proprio descanso el que por él se daba á los cansados.

Mas sobre todo esto me pone grande admiracion lo que leo en el capítulo XVI de Ecequiel, donde contando el mesmo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino á dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados, diciendo: Esta fué la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, hartura, abundancia y ociosidad, y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado. Pues ¿qué mas mal quieres tú oir deste vicio, que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y con todo esto se tienen por seguros, teniendo por compañeros en esta culpa á los moradores de Sodoma? Estas y otras cosas semejantes dicen los profetas. Pues el Evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué mas se puede decir en favor desta virtud, que poner el Señor toda la razon y fundamento de la sentencia del juicio final en haber usado ó no usado de obras de misericordia? ¿Qué mas se puede decir, que lo que se sigue despues desto en el mesmo contexto: Lo que á uno destos mas pequeñuelos hecistes, á mí lo hicistes (*l*)? Qué mas se puede decir, que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo, la summa de la ley y de los profetas (*m*)? Pues en aquel postrer sermon de la Cena, ¿qué otra cosa mas encomienda el Salvador que la caridad y bien querencia para con los prójimos (*n*)? Este (dice él) es mi mandamiento: que os ameis unos á otros, así como yo os amé. Y mas abajo: En esto (dice él) conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos á otros. Y no contento con encomendarles esto tan encarescidamente, hace luego oracion el Padre por el cumplimiento desta ley, diciendo (*o*): Ruégote, Padre, que ellos sean entre sí una mesma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste. Dando á entender que la caridad y amor entre los cristianos habia de ser tan grande y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que habia de ser argumento para convencer los entendimientos de los hombres, y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenian. Todo esto nos declara qué tan grande haya de ser la caridad y misericordia que debemos tener con nuestros prójimos, y cómo los habemos de sufrir y socorrer en sus trabajos, segun que arriba se declaró, cuando tratamos de la caridad.

Para guardar todas estas cosas susodichas es necesario traer siempre el hombre su corazon atento y solícito con un perpetuo temor y vigilancia, para no desviarse un punto de todo lo apuntado: el cual temor ha de ser tan vivo, tan profundo y tan continuo, que nunca deje al hombre descuidarse de lo que debe hacer; ántes le ha de ser un perpetuo estimulo y despertador de toda virtud. Este solícito y continuo cuidado debe traer siempre consigo en medio de todos sus negocios: que es aquella tercera parte que el Profeta nos encomendaba, cuando nos pedia el andar solícitos con Dios (*p*).

Estas pues son, hermano mio, las principales virtudes desta vida celestial, estas las flores deste paraíso, estas las estrellas deste cielo, y esta es la imágen que deciamos reformada y renovada á semejanza de Cristo. Porque tal ha de ser la vida del cristiano, que sea un dechado de sanctidad, y un predicador callado, una lumbrera del mundo, un argumento y testimonio de la fe, un espejo en quien resplandezca la gloria de Dios mucho mas que en las otras criaturas; como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo: Llamarse han los fuertes y justos plantas que Dios plantó para ser en ellas glorificado.

CAPITULO IV.

De doce cosas muy principales que el siervo de Dios debe hacer.

Porque algunas personas desean traer siempre ante los ojos los principales puntos de la vida espiritual, por tanto recopilaré summariamente en estos dos postreros capítulos las principales cosas que el siervo de Dios debe hacer, y de las que principalmente se debe apartar, para que en este breve summario, como en un dechado, vea lo que le conviene hacer.

Pues cuanto á la primera parte de lo que debe hacer, la primera cosa es, que trabaje por andar siempre en la presencia del Señor. Y si esto no pudiere hacer á la continua, á lo ménos levante muchas veces entre dia y noche su corazon á él con breves, amorosas y humildes oraciones y aspiraciones, pidiéndole siempre su ayuda y amor, como persona que nada puede sin él.

La segunda, que de todo lo que oyere, viere ó leyere, trabaje siempre, como la abeja entre flores, por sacar alguna miel que lleve á su colmena, que es alguna devota y amorosa consideracion con que pueda criar y sustentar dentro de sí el panar dulce del divino amor. De manera que así como un grande fuego convierte en fuego todo cuanto se echa en él (sea agua, sea hierro, sea lo que fuere), así tambien su corazon debe estar tan encendido en el fuego deste divino amor, que todas cuantas cosas hay en este mundo le sean materia y incentivos de amor, de cualquier cualidad que sean.

La tercera, que cuando alguna vez desvarare en algu-

(*k*) Isai. 28. (*l*) Matth. 25. (*m*) Matth. 22. (*n*) Ioan. 15.
(*o*) Ioan. 17.

(*p*) Mich. 6.

nos defectos y derramamientos de corazon, no luego desmaye, ni se deje caer con la carga; sino vuélvase al Señor con una humilde y amorosa conversion, reconociendo su gran miseria y la grandeza de su misericordia, y haciendo lo que es de su parte por volver al estado en que estaba, y llevar adelante lo comenzado.

La cuarta, que en todas las cosas procure la pureza de la intencion en que lo hiciere, para lo cual conviene que atentamente escudriñe todas sus palabras, y obras, y pensamientos; y mire la intencion que en ellas tiene, y procure siempre de rectificar y enderezarla, ofreciendo todo lo que así hiciere, á gloria de Dios, no solamente una vez al dia, mas todas las veces que de nuevo comenzare á poner las manos en alguna obra.

La quinta, que trabaje por andar (aunque sea en tiempo de paz) armado y apercebido para recebir con humildad y mansedumbre todas las cosas que de súbito se levantaren contra él. Porque la ira, aunque algunas veces sirva para algo, mas por maravilla acierta á salir bien, siempre deja la consciencia escrupulosa y temerosa; si excedió, ó no excedió, etc. De manera que ella es una de las pasiones de que con menor perjuicio podrá carescer el siervo de Dios; y el que esta pasion venciere, está claro que vivirá en grande paz.

La sexta, que no siendo prelado ni señor de familia, siempre desvíe sus ojos de los defectos ajenos, y tráyalos siempre puestos en los suyos; porque lo primero trae consigo indignacion, y soberbia, y juicios temerarios, y desasosiegos de consciencia, y celos indiscretos, y otras cosas que perturban el corazon; mas lo segundo trae confusion de la propria consciencia, y temor de Dios, y humildad, y recogimiento de corazon.

La séptima, que no solo con el ánima, sino tambien con el cuerpo se aparte de todas las cosas transitorias, y se llegue á Dios de todo corazon; porque cuanto mas esto hiciere, tanto tendrá ménos de hombre, y participará mas de Dios. Porque el que ama las cosas perecederas y transitorias, él tambien pasa y se altera con ellas; mas el que ama á solo Dios, participa en su manera la estabilidad y firmeza de Dios. Apártese tambien de la muchedumbre de los negocios, aunque no sean malos, si son demasiados; porque estos tambien distraen el corazon, y no lo dejan perfectamente quietar en Dios.

La octava, que ponga siempre sus ojos en la vida de Cristo, y en su sacratísima Pasion, y conversacion, y doctrina; y trabaje (cuanto le sea posible) por imitar aquellos tan ilustres ejemplos de virtudes suyas, aquella humildad, y caridad, y misericordia, y obediencia, y pobreza, y aspereza de vida, y menosprecio del mundo, y amor de nuestra salud que tuvo, segun que al principio deste tratado se declaró.

La nona, que trabaje siempre cuanto pudiere por negar su propria voluntad, resignándola del todo (como hacen los que resignan beneficios) en las manos de Dios; de tal manera que del todo muera en él su propria voluntad, y viva sola la de Dios: que esto es reinar él en nosotros, y no nosotros; lo cual se debe hacer en todo género de cosas adversas ó prósperas, tristes ó alegres, dulces ó amargas, etc.

La décima, que en todas sus tribulaciones, y cuidados, y negocios, se acorra á Dios humilde y confiadamente con espíritu y corazon de hijo, que tiene tan piadoso y poderoso Padre, remitiendo todas las cosas á su providencia, y tomándolas como de su mano, desechando y sacudiendo de sí todo cuidado congojoso, y arrojándolo en los brazos de Dios.

La undécima, que sea agradescido á Dios por todos sus beneficios, y por todos ellos, así mayores como menores, le dé siempre gracias, no mirando tanto á la dádiva, cuanto á la indignidad de quien la recibe, y á la dignidad de quien la da, y al amor con que la da; pues no da con menor amor las cosas pequeñas que las grandes.

La duodécima, que corte y despida de si con grande y generoso corazon todas las cosas que sintiere serle alguna ocasion de ménos aprovechar: ora sean corporales, ó espirituales, como es demasiado amor de personas, estudios, libros, conversaciones, ejercicios, y familiaridades, aunque sean espirituales, cuando sintiere que le inquietan el corazon, y lo retraen de su aprovechamiento.

CAPITULO V.

De doce maneras de defectos que se deben mucho evitar en la vida espiritual.

Muchos defectos hay por donde se impide el aprovechamiento en la vida espiritual, y por donde muchos á cabo de muchos años se son los mesmos que siempre se fuéron. De los cuales señalarémos aquí doce de los mas principales, en los cuales como en un espejo se debe el hombre mirar, para que entienda sus faltas, y conozca por qué causa se impide su aprovechamiento, y así procure el remedio.

El primero dellos es ser el hombre demasiadamente dado á los ejercicios y negocios exteriores, y por esto muchas veces caresce de las visitaciones y consolaciones interiores, porque no halla nadie fuera de sí lo que dentro de sí ha de buscar.

El segundo es querer ser demasiadamente amigable y afable con todos, de donde nace que no se sabe sacudir de los negocios y personas cuando es menester, y así pierde tiempo, y falta muchas veces en sus ejercicios, por no faltar á los hombres, de donde viene á ser que tanto ménos agrade á Dios, cuanto mas procura agradar á los hombres.

El tercero, que algunas veces es para con Dios ménos humilde, y mas atrevido de lo que debria, y así viene á perder aquella vergüenza espiritual que para con él se requiere, que es hija de la humildad y madre del aprovechamiento.

El cuarto, que algunas veces se va de boca, y se arroja á los negocios inconsideradamente, mas con ímpetu de ánimo que con juicio de razon, de donde viene á perder la paz y tranquilidad del corazon con el demasiado fervor, y errar tambien los mesmos negocios, por la priesa que da en ellos; porque escripto está (*a*): El que tiene los piés lijeros, es cierto que ha de caer. Por donde en todas las cosas conviene siempre tener juicio reposado, que es amigo y compañero fiel de la prudencia.

El quinto, que por ventura algunas veces se tiene en algo, y presume de si y de sus virtudes, aunque él no lo entiende; y así con el fariseo secretamente desprecia los otros, y se tiene en mas (*b*), de donde viene á carescer del fundamento de todas las virtudes, que es la humildad.

(*a*) Prov. 19. (*b*) Luc. 18.

El sexto, que es inclinado á juzgar los otros, y agraviar y condenar sus hechos, de donde viene á resfriarse en la caridad; porque mientra mas encarece los males ajenos, mas aguza el cuchillo con que hace guerra á la caridad; que en parte nace de la buena opinion que de los prójimos tenemos.

El séptimo, que aun tiene mucha parte de su amor puesto en las cosas transitorias, y por esto con razon le es quitado mucho del divino amor.

El octavo, que es muy tibio y flojo en los ejercicios de la oracion, comenzándolos con pereza, y prosiguiéndolos con flojedad, y acabándolos sin fructo, de donde viene muchas veces á ser privado de las visitaciones del Señor, y del esfuerzo de la devocion.

El nono, que es muy flojo y negligente en el negocio de la mortificacion, y en la victoria de sí mesmo, de donde nasce que no pueda vivir á Dios quien vive á sí, ni ser transformado en Dios el que no está mortificado en sí.

El décimo, que no anda recogido dentro de sí mesmo, sino muy derramado y fuera de sí, de donde nasce que no sepa tanto de sí cuanto era menester, ni á sí sepa despreciarse ni guardarse como conviene.

El undécimo, que todavía se quiere mucho, y es grande amador de sí mesmo, y de su propria voluntad, y de su regalo, de donde nasce que ni puede abrazar la cruz de Cristo, ni llegar á la perfeccion de la vida evangélica.

El duodécimo, que es inconstante y liviano en los buenos propósitos que propone, quebrantándolos con facilidad por cualquier ocasion que se le ofresce, de donde nasce que faltándole la perseverancia (que es la que sola lleva las cosas al cabo) todo se le vaya en comienzos, y así no crezca ni aproveche en la vida espiritual. De donde nasce que algunos hay que son como las parras que dicen de siete veces, que todo el año llevan fructo, y nunca jamas lo llegan á madurar.

TRATADO QUINTO.

DE LA ORACION VOCAL.

CAPITULO PRIMERO.

De la dificultad que hay en guardar la ley de Dios, de cómo el remedio desta dificultad es la gracia, y cómo está se alcanza por la oracion.

Dos cosas son necesarias, cristiano lector, para bien vivir: la una es saber, y la otra poder: esto es, saber lo que debemos hacer para bien vivir, y tener fuerzas para ponerlo por obra. Lo uno pertenesce, como dijimos, á la ley, y lo otro á la gracia del Evangelio; porque la ley nos da luz y conoscimiento del bien y del mal, mas el Evangelio nos da gracia para hacer el bien, y huir el mal. De manera que la ley nos da el saber, y la gracia el poder; la ley alumbra el entendimiento, mas la gracia mueve la voluntad; la ley nos enseña el camino del cielo, mas la gracia nos da fuerzas para andarlo; aquella es como cuerpo, esta como espíritu que da vida al cuerpo; aquella nos dió Dios por mano de Moisen, mas esta nos dió por su unigénito Hijo, como dice Sant Joan (*a*): La ley fué dada por Moisen, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo.

(*a*) Ioan. 1.

§. I.

De la causa por qué la virtud, siendo natural al hombre, le ha de ser tan dificultosa.

Entre estas dos partes, que para bien vivir son necesarias, la segunda es tanto mas necesaria y excelente que la primera, cuanto lo es mas el espíritu que el cuerpo, y el Evangelio que la ley. Y la razon es, porque no pecan tanto los hombres por no saber el bien y el mal (porque basta en alguna manera la lumbre natural para esto) cuanto por la corrupcion de nuestro apetito, que huye lo bueno y sigue lo malo, abrazando lo que reprueba y huyendo lo que alaba. Donde se cumple aquello que el Apóstol dice (*b*): No hago aquello que quiero, y que juzgo por bueno; sino aquello que no querria, y que condeno por malo. Y la causa desto es la miel que paresce á los hombres que hay en el vicio, y el acíbar que hallan en la virtud; por lo cual engolosinados con lo uno y ofendidos con lo otro, siguen lo que tienen por dulce, y dejan lo que tienen por agrio, aunque esto sea lo saludable y lo provechoso. Por lo cual con mucha razon decimos que tienen mayor necesidad los hombres para la virtud de poder que de saber, pues todos saben y conoscen lo bueno, mas no todos arrostran á ello, por la dificultad que hay en ello.

En lo cual paresce que está el hombre en la misma disposicion que estaria un doliente que tuviese tan estragado el paladar, que no arrostrase á vianda que le pudiese aprovechar, sino á solas aquellas que le hubiesen de dañar. Porque este tal cuando le pusiesen el manjar delante, y le rogasen que comiese, diciéndole que le iba en ello la vida, bien entenderia que ello era así, y que le decian verdad, con todo eso no comeria: no porque no entendia lo que le va en ello, sino porque no lo puede acabar consigo por el hastío grande que padesce. Pues tal quedó el hombre miserable por el pecado, el cual sabe muy bien que su vida y su salvacion consiste en guardar los mandamientos de Dios; mas dice que no puede arrostrar á este manjar. Bien ve que la vida de su ánima esta en la caridad, y en la castidad, y en la humildad, y en la paciencia, y en la templanza, y en las otras virtudes; mas él aborrece todas estas virtudes, y ama lo contrario dellas: que son, la deshonestidad, y la vanidad, y la soltura, y la gula con todos los otros vicios y deleites sensuales.

Mas contra esto podrá alguno preguntar: ¿por qué razon ha de ser al hombre dificultosa la virtud, pues le es tan natural? Porque el hombre es criatura racional, y la virtud es conforme á razon; ¿pues por qué ha de ser dificultoso á la criatura racional lo que es conforme á razon? No es dificultoso al caballo correr, ni al ave volar, ni al pesce nadar, sino muy deleitable, por ser estas cosas conformes á la naturaleza destas criaturas. Pues si tan conforme es á la naturaleza de la criatura racional vivir por razon (que es vivir segun virtud) ¿por qué le ha de ser dificultoso vivir segun virtud? A esto se responde que si la naturaleza humana estuviera en aquella buena disposicion y entereza en que Dios la crió, no le fuera dificultoso, sino muy suave el ejercicio de la virtud. Mas como ella por el pecado salió de aquel estado felicísimo, y cayó enferma, no es maravilla que no pueda enferma lo que podia estando sana. Vemos que un hom-

(*b*) Rom. 7.

bre sano corre, y salta, y sube, y abaja, y hace de sí todo cuanto quiere sin trabajo, como quier que nada desto pueda hacer estando enfermo sino con grande dificultad. Pues por esto no es maravilla que le sea dificultosa y desabrida al hombre en este estado la virtud, la cual en el otro le fuera muy fácil y muy sabrosa, como cosa tan conforme á su naturaleza; porque, como dice Sant Augustin (c), al paladar estragado es desabrido el manjar que al sano es suave, y á los ojos enfermos es penosa la luz que á los limpios es amable.

En lo cual se ve claro que todas aquellas maldiciones que Dios echó á los primeros padres cuando pecaron, no ménos les comprehendieron espiritualmente, que corporalmente; porque á la mujer dijo que pariria de ahí adelante los hijos con dolor (d), la que ántes no sabía qué cosa era dolor. Lo cual no ménos ha lugar en el parto espiritual de las buenas obras, que de los hijos materiales; porque si no hubiera pecado, hiciera el hombre todas las buenas obras sin ningun trabajo, ántes con grandísimo deleite, lo que agora no hace, porque el pecado, estragando la naturaleza, hizo dificultosas todas las obras de las virtudes. Al hombre, otrosí, dijo Dios: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan. Lo cual tambien se verifica espiritualmente como lo demas, pues vemos con cuánto sudor y trabajo se han de obrar las virtudes (que son el verdadero pasto de nuestras ánimas), como quiera que ántes del pecado se obraron con grande suavidad. Y no ménos pertenesce tambien á nuestra carne la maldicion de la tierra, de la cual dijo Dios que produciria abrojos y espinas. Porque ¿quién no ve cuánto conviene esto á la miserable de nuestra carne? ¿Qué tierra hay que lleve tantas espinas como ella? Y si quieres saber cuáles sean estas espinas, oye lo que dice Sant Pablo (e): Manifiestas son las obras de la carne, las cuales son fornicacion, deshonestidad, lujuria, servidumbre de ídolos, hechicerías, odios, peleas, emulaciones, iras, rencillas, disensiones, sectas, invidias, homicidios, embriagueces, comidas desordenadas, y otras cosas semejantes; las cuales el Apóstol llama obras de carne, porque la raiz de todas ellas está en nuestra carne corrompida por el pecado. Estas pues son las verdaderas espinas que de aquí proceden, y esta la mayor maldicion que le vino por el pecado. Este es el fructo que nuestra carne lleva de su cosecha, y si otro ha de llevar, ha de ser á fuerza de brazos, y con trabajo y sudor de nuestro rostro.

De suerte que así como esta tierra material que hollamos, sin labor ni ayuda de nadie, lleva zarzas, y espinas, y otras yerbas infructuosas, mas si ha de producir plantas fructuosas y provechosas, ha de ser con trabajo y diligencia del labrador, que ha de romper la tierra y sembrarla, y tener perpetuo cuidado della: así esta tierra de nuestra carne de sí misma, sin ayuda de nadie, lleva estas espinas de vicios y apetitos desordenados, mas si ha de producir flores y fructos de virtudes, para esto es menester trabajo é industria, y diligencia, y ayuda del cielo y de la tierra. Esta es pues la causa de la dificultad que hay en la virtud, demas de la fuerza de la mala costumbre que en algunos hay; con que se confirma y fortalesce aun mucho mas la naturaleza depravada.

(c) 7. Lib. Confes. c. 16. (d) Gen. 3. (e) Gal 5.

§. II.

De cómo la gracia nos da fuerza para guardar la ley de Dios.

Preguntarás: pues si esto es así, ¿qué remedio para vencer esta tan grande dificultad? Esta pregunta hace el Apóstol, y él mismo responde á ella, el cual despues de haber declarado muy por extenso en el cap. VII. de la Epístola á los romanos, la malicia y rebeldía de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo (f): ¡Desventurado de mí! ¿quién me librará deste cuerpo de muerte? que es, desta carne subjecta á la muerte del pecado. Responde él mismo: La gracia de Dios, la cual se nos da por Jesucristo. Porque para eso vino este Señor al mundo, para reformar la naturaleza, para sanar nuestras llagas, y para ser nuestro reparador, nuestro Salvador, nuestro remediador y nuestro ayudador: para que lo que perdimos por culpa del Adam primero, lo cobrásemos por la gracia del segundo (g); porque así como aquel con su soberbia y desobediencia destruyó la naturaleza, así este con su humildad y obediencia la remedió. Lo cual se hace mediante la gracia que se da á los hombres por el mérito de su pasion. Porque esta gracia es la que reforma la naturaleza, la que restituye la imágen de nuestra ánima, la que la viste, atavía y hace graciosa en los ojos de Dios, la que con las virtudes y hábitos que de sí produce, cura nuestros males, sana nuestras heridas, alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, esfuerza nuestra flaqueza, adormece nuestras pasiones, cura nuestras malas inclinaciones, enfrena nuestros apetitos, restituye el gusto de las cosas espirituales, pónenos hastío de las carnales, y así nos hace suave el yugo de la ley de Dios. Porque así como de la esencia de nuestra ánima proceden las potencias con que ella obra, así de la esencia de la gracia (que es como ánima de la vida espiritual) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto; los cuales repartidos y recebidos en todas las potencias de nuestra ánima, las reforman y habilitan para todas las obras virtuosas, de tal manera que las que ántes estaban como atadas é inhábiles para bien obrar, con esto se hacen hábiles y lijeras para todo bien. Por donde con mucha razon comparan los teólogos estas virtudes y hábitos celestiales á la uncion con que se untan los ejes donde van las ruedas de un carro, porque así como estas se mueven muy lijeramente cuando el eje va untado y bañado en aceite, así las potencias de nuestra ánima se mueven muy suavemente á todas las obras virtuosas, cuando están desta manera ungidas con la uncion y olio del Espíritu Sancto. Verdad es que esto en unos es mas, y en otros ménos, segun los grados en que á cada uno se communica esta gracia celestial.

Desta manera pues con la virtud de la gracia se vence la dificultad que hay en llevar la carga de la ley de Dios, segun que el profeta Esaías lo significó en pocas palabras, cuando dijo (h) que el yugo se podriria por virtud del olio: dando á entender que el peso de la ley divina se aliviaria con la virtud de la gracia, que por este sancto ólio es insignificada. Y en otro lugar dice él mismo (i): Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza; correrán, y no trabajarán, andarán y no se cansarán. ¿Ves pues cómo la virtud de la gracia fortalesce y hace los hombres lijeros para esta carrera? Y en lo que dice que mudarán la fortaleza, claramente da á entender que los

(f) Rom. 7. (g) Rom. 5. (h) Isai. 10. (i) Isai. 40.

que tenian ántes fuerzas de hombres, recibiendo el espíritu y favor de Dios, vendrán á tener otras fuerzas dadas por Dios, con las cuales de tal manera se mudarán, que los que ántes eran fuertes para el mal, y flacos para el bien, vendrán por el contrario á ser flacos para el mal, y muy fuertes y poderosos para el bien.

Lo mismo nos promete Dios por Ieremías, cuando dice (*k*) que vendrá tiempo cuando él dará al mundo otra manera de ley muy diferente de la pasada, la cual escribirá, no en tablas de piedra, sino en las mismas entrañas y corazones de los hombres, mediante la virtud del Espíritu Sancto, el cual de tal manera los enseñará y alumbrará en la ley de Dios, que los enamorará della, y los inclinará y moverá con ardentísimos y entrañables deseos á la guarda della. ¿Pues con qué palabras mas claras se podia explicar la condicion de la gracia, y el socorro que por ella se nos da para bien obrar, mediante las virtudes y dones que della proceden?

Entre los cuales señaladamente nos ayudan para esto tres cosas: conviene saber, la caridad, y la devocion, y el alegría espiritual. Porque entre otras muchas y muy grandes excelencias que tiene la caridad, una es hacer el yugo de Dios suave, y su carga liviana, como lo significó Sant Augustin por estas palabras (*l*): No son trabajosos los trabajos de los que aman, ántes suelen ser deleitables, como de los que pescan, montean y cazan. Y Sant Bernardo dice (*m*): En aquello que se ama, ó no hay trabajo, ó el mismo trabajo se ama. Y en otro lugar hablando el mismo Sancto con Dios, dice: El servicio que te hago, ó buen Iesu, apénas es de una hora; y si mas dura, el amor me hace que no lo sienta. Lo cual es en tanta manera verdad, que (como dice Sant Basilio en una epístola suya) mas deleitable es el trabajo con amor, que cualquiera cosa que de suyo sea deleitable, con desgusto. Por esta causa compara muy bien Sant Bernardo el amor de Dios con las ruedas de un carro (*n*), el cual estando sin ruedas, apénas lo podeis mover; pero poniéndoselas, con añadirle nueva carga, se le añade nuava lijereza con la nueva carga. Pues tal es el amor de Dios, que con ser la mayor de las obligaciones y cargas que tenemos, de tal manera es carga, que es alivio para llevar las cargas; como las plumas del ave, que con tener tambien su peso y su carga, hacen al ave mas lijera para volar (*o*).

La segunda cosa que muy particularmente nos ayuda para esto, es la devocion, aunque es esto mas dificultoso de entender que lo pasado, á quien no tiene experiencia dello. Porque aunque uno no sepa por experiencia qué cosa es amor de Dios, mas todavía por la condicion de los otros amores, podrá en alguna manera entender la deste. Mas la devocion (como sea una virtud sobrenatural, y un afecto y movimiento interior del Espíritu Sancto), ¿cómo podrá saber qué es (por mucho que le digan) el que nunca la probó ni experimentó? Pero todavía dirémos della lo que se puede por palabras explicar.

Has pues de saber que devocion es una promptitud y lijereza sobrenatural, que el Espíritu Sancto inmediatamente cria en el ánima del varon devoto (*p*), mediante la cual le hace prompto y lijero para todas las cosas que pertenescen al servicio de Dios: de tal manera que el que estando sin devocion estaba pesado, y desganado, y perezoso para ellas, la devocion (por virtud del Espíritu Sancto) le da un nuevo esfuerzo y aliento para hacer esas obras; no con pesadumbre, sino con lijereza; no con hastío, sino con gusto; no con tristeza, sino con alegría; no con desgana, sino con promptitud y buena voluntad. En lo cual paresce que la devocion es contraria al vicio de la pereza ó tristeza espiritual; por donde así como la pereza y accidia hacen al hombre perezoso y desganado para las obras de Dios, así por el contrario la devocion le hace prompto y alegre para ellas. De suerte que así como la fe es una virtud sobrenatural que inclina nuestro entendimiento á creer firmísimamente las cosas de la fe (aunque sean sobre toda razon), y la caridad es otra virtud que inclina nuestra voluntad á amar á Dios sobre todas las cosas, y ordenar á nos y á todas ellas para él: así la devocion es un afecto y movimiento sobrenatural, que inclina á esta misma voluntad á hacer con promptitud y alegría todo lo que pertenesce al servicio de Dios. Ejemplo tenemos en un caminante muerto de hambre, que apénas puede dar un paso ni menearse, el cual, si llegando á la venta come y descansa un rato, paresce que se le vuelve el alma al cuerpo, y siente en sí un tan grande aliento y esfuerzo para el trabajo, que se levanta esforzado y alegre, y poniendo haldas en cinta, dice á los compañeros: caminemos. Pues esta mudanza que hace en el cuerpo del caminante desmayado la refeccion corporal, hace la devocion (que es como otra refeccion espiritual) en el ánima del que la tiene.

Mira tambien la promptitud con que está una madre que tiene un hijo muy querido en la cama doliente, para todas las cosas que conviene hacer para su salud, por dificultosas que sean, y la que tiene un hombre muy cobdicioso para entender en todas las cosas de que se le sigue alguna notable ganacia, y por los ejemplos destas cosas tan cuotidianas y familiares podrás entender la condicion deste afecto sobrenatural, que el Espíritu Sancto obra en las ánimas de los verdaderos devotos. Los cuales cuando están tocados deste afecto, se hallan tan promptos y lijeros para todo lo que entienden ser agradable á Dios, que no contentos con las cargas ordinarias de los mandamientos, añaden otras sobrecargas de trabajos voluntarios, y aun paresciendo todo esto poco á su deseo, vienen muchas veces á desear derramar la sangre y dar la vida por amor de Dios.

Esto es pues, hermano mio, devocion, en la manera que se puede explicar, que es una refeccion del hombre interior, un aliento y esfuerzo espiritual, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu Sancto, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad, y un rayo de la divina luz, de la cual nasce este buen afecto de la voluntad. Conforme á lo cual dice un religioso doctor: ¿Qué cosa es devocion, sino una fuente de agua viva, que riega todos nuestros espirituales ejercicios? Un vino celestial que alegra el corazon del hombre? Un bálsamo suavísimo que sana las llagas de nuestras pasiones? Un manjar del ánima con que ella se sustenta y dura en el bien? Una lengua espiritual con que hablamos con Dios? Un manná del cielo que en sí contiene toda suavidad, y finalmente un panar de miel, el cual no hacen los animales groseros y sucios, sino las espirituales abejas que andan volando por las flores de la vida de Cristo?

(*k*) Ierem. 31. (*l*) Ser. de temp. 48. in Append. 33. prop. fin.
(*m*) Sup. Cant. Ser. 85. (*n*) Ibid. (*o*) Ber. Epi. 341.
(*p*) S. Thom. 2. 2. q. 82. art. 1 et 2.

En lo cual paresce cuán proporcionada uncion y medicina es esta para la commun dolencia de la naturaleza humana. Porque el estado en que el hombre quedó por el pecado, es de la manera que lo figuramos en un doliente que tuviese el apetito de comer muy perdido y estragado. Pues así como el remedio deste sería sanarle y rectificarle el apetito de tal manera que tomase gusto en lo bueno, y desgusto en lo malo; así el remedio de nuestras ánimas consiste en la reformacion del apetito de las cosas espirituales, lo cual hace la devocion; pues ella tiene tan grande fuerza para darnos gusto y aliento en todo lo bueno, y tan grande desgusto de todo lo malo; porque de la misma raiz que nasce lo uno, nasce lo otro.

Y no ménos ayuda á esto mismo el gozo y alegría espiritual, el cual, como dice Sancto Tomás (*q*), es efecto de la misma devocion, y uno de los principales fructos del Espíritu Sancto, como dice Sant Pablo (*r*). Esta es pues la que nos hace correr alegremente por el camino de los mandamientos de Dios, segun aquello del Profeta, que dice (*s*). Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazon, la cual dilatacion se causa de la alegría, así como el apretamiento se causa de la tristeza. Mas ¿qué digo yo los mandamientos de Dios, pues no solo estos, sino todas las cargas y tormentos del mundo hizo padescer alegremente á los mártires esta alegría y dulzura espiritual? Así lo dice Sant Augustin en el cap. XXII de sus Soliloquios, por estas palabras: Tu dulzura, Señor, hizo á Sant Estéban que las piedras furiosas se le hiciesen dulces (*t*). Tu dulzura hizo á Sant Lorenzo las parrillas suaves. Por tu dulcedumbre iban los apóstoles gozosos delante del concilio, por haber sido dignos de padescer injurias por tu amor (*v*). Esta dulcedumbre habia gustado aquella sancta Vírgen, de quien leemos que con grande ufanía y contentamiento iba á la cárcel, como si la llevaran á un convite. Y esta misma habia gustado el Profeta, cuando decia (*x*): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida á los que te temen! Y á cuya experiencia nos convidaba en otro salmo diciendo (*y*): Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Esta misma dulcedumbre hace despreciar todas las otras dulcedumbres y vanos deleites del mundo; pues, como dice Sant Bernardo (*z*), en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne (que es todo deleite sensual) pierde su sabor, y como tal es despreciado. Nascido Isaac, dijo Sara á Abraham (*a*): Vaya fuera de casa la esclava y el hijo della; porque no ha de ser este heredero con mi hijo Isaac. Y aunque Abraham tomó esto ásperamente, todavía aprobó Dios la peticion de la mujer, y así mandó que se cumpliese. ¿Qué es pues esto, que ántes que nazca Isaac, es tan deseado y tan preciado Ismael, y nascido Isaac, es tan aborrescido y despreciado? Qué es pues esto, sino que por Isaac (que es hijo de la señora, y quiere decir risa) es figurada el alegría espiritual; y por Ismael, hijo de la esclava (que es nuestra carne) es figurada el alegría carnal y sensual? Pues ántes que conozcan los hombres por experiencia la grandeza de los deleites espirituales, figurados por Isaac, tienen en mucho los carnales, porque no conoscen otros mejores. Mas despues que les abre Dios un poco los ojos, y purgado ya el paladar de su ánima gustan este manná celestial, luego les hieden todos los deleites del mundo, y luego dan de mano á todos los placeres sensuales, y echando fuera de casa al hijo de la esclava (que es el gozo de la carne), queda solo Isaac, hijo de la libre, que es el gozo y alegría del espíritu. En lo cual se ve claro cuánta parte sea este gozo, así para el menosprecio de los deleites del mundo, como para correr lijeramente por el camino de los mandamientos de Dios.

Estas pues son, hermano mio, las cuatro principales ruedas que mueven este carro de la virtud: estos los principales medios que la divina Providencia (despues de los sacramentos) ordenó para cura de la naturaleza, y para reformacion de nuestro apetito, y para facilitarnos el camino del cielo, y hacernos suave el yugo de la ley de Dios.

§. III.

De cómo la oracion es medio para alcanzar la gracia, la caridad y la devocion.

Mas por ventura preguntarás: ¿á qué propósito viene todo lo dicho, habiendo de tratar aquí de la oracion? La respuesta es: porque no hallé otro medio mas conveniente para explicar la eficacia desta virtud, y la necesidad que della tenemos. Porque si tan dificultosa es la materia de la virtud (como arriba declaramos), y para vencer esta dificultad hace tanto al caso la gracia, y la caridad, y la devocion, y el alegría espiritual (como está dicho), ¿qué tan grande será la virtud y eficacia de la oracion, pues ella es medio convenientísimo para alcanzar todo esto?

Porque primeramente para alcanzar la gracia, uno de los principales medios que hay es pedirla instantísimamente á aquel que solo puede darla; pues, como dice el Apóstol (*b*), tan rico es el Señor para todos los que le llaman. Pues ¿á qué otra virtud pertenesce esto, sino á la oracion? Porque la oracion demas de ser obra meritoria, como lo son todas las otras obras virtuosas hechas en caridad (*c*), es tambien impetratoria; porque así como tiene por oficio proprio pedir, así le corresponde por galardon proprio el impetrar, como claramente nos lo prometió el Salvador diciendo (*d*): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han. Porque todo aquel que pide, recebirá; y el que busca, hallará; y al que llama, abrirle han. Pues ¿qué cosa se pudiera decir mas clara, ni mas liberal y de mayor consolacion para el hombre que esta? Porque (como dice Sant Crisóstomo) no negará Dios el socorro al que lo pidiere; pues él mismo nos instiga á que le pidamos. Porque argumento claro es, que nos quiere dar, el que tantas veces nos manda pedir. Por lo cual dice David (*e*): Bendito sea el Señor, que no apartó mi oracion y su misericordia de mí. Sobre las cuales palabras dice Sant Augustin: Ten por cierto que si Dios no aparta tu oracion de tí, tampoco apartará su misericordia de tí; porque quién te da espíritu para que pidas, tambien te dará lo que con ese espíritu le pidieres. Y el mismo Señor en el mismo lugar, exhortándonos aun con mayor instancia á esto mismo, dice así (*f*): ¿Quién de vosotros pedirá á su

(*q*) 2. 2. q. 82. art. 4. (*r*) Galat. 5. (*s*) Psalm. 118. (*t*) Act. 7. (*v*) Act. 5. (*x*) Psalm. 30 et 35. (*y*) Psalm. 33. (*z*) De Contemtu mundi ad Clericos, cap. 11 et 22. (*a*) Gen. 21.

(*b*) Rom. 10. (*c*) 2. 2. q. 83. art. 13 et 14. (*d*) Luc. 11. (*e*) Psalm. 65. (*f*) Luc. 11.

padre pan, que reciba en lugar de pan una piedra? Y si le pidiere un pesce, ¿por ventura darle ha en lugar de pesce una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre (que está en los cielos) dará su espíritu bueno á quien quiera que lo pidiere? Ves pues cómo el medio que hay para recebir el espíritu bueno (que es el Espíritu Sancto, que se da por gracia) es pedirla. Finalmente es tan proporcionado este medio para este fin, que dice Sant Augustin en el libro de los dogmas de la Iglesia estas palabras: Ninguno creemos que viene á la salud, si Dios no lo llama; y ninguno despues de llamado obra lo que conviene para esta salud, si Dios no le ayuda; y ninguno recibe esta ayuda, si no la pide por oracion. Lo cual dijo este sancto, no porque no sabía él muy bien que hay otros medios para alcanzar la divina gracia, sino para dar á entender cuán proprio y cuán proporcionado medio era este entre los otros para ello. Porque como la gracia sea dádiva de Dios, el camino derecho que hay para alcanzarla es pedirla, levantando los ojos á lo alto, y diciendo con el Profeta (g): Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro.

Y no ménos ayuda la oracion para alcanzar la caridad, que la gracia, supuesto que oracion es peticion de lo que nos es necesario, y tambien levantamiento de nuestro corazon á Dios. Porque dos medios señalamos arriba para alcanzar el amor de Dios: el uno considerar la grandeza de sus perfecciones y beneficios (porque esto es lo que señaladamente nos le hace muy amable), y el otro es pedirle instantísimamente con entrañables deseos y oraciones esta virtud. Pues lo uno y lo otro, así el pensar como el pedir, pertenesce á la oracion; por do paresce que pues su oficio es levantar el corazon á Dios, y pedirle mercedes, ella es un convenientísimo y muy proporcionado medio para alcanzar esta virtud que por estos dos medios se alcanza. Item, si la communicacion entre las personas suele ser un grande incentivo de amor, y no es otra cosa oracion sino communicacion con Dios, ¿qué cosa mas á propósito para alcanzar el amor de Dios, que communicar ó siempre ó muy á menudo con él? Item, si el mismo Dios esencialmente es fuego de amor, y no es otra cosa orar sino llegarse á Dios, síguese que quien mas cerca se llegare deste fuego, mas se inflammará y mas parte recibirá de su calor. Porque si este fuego material (por ser tan noble elemento) no sabe negarse á quien á él se llega, ¿qué hará aquel Señor que es infinitamente mas noble, mas bueno, y mas communicativo de sí mismo? Por lo cual dice Sant Augustin: Para ser el hombre algo, conviene que se llegue á aquel de quien recibió que fuese algo. De donde nasce que desviándose dél, se escuresce; y llegándose á él, se esclaresce: desviándose dél, se enfría; y llegándose á él, se inflamma.

Item, como este amor sea un sancto afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea una potencia ciega que no se mueve sin que precedan actos del entendimiento, necesariamente han de preceder tales consideraciones en el entendimiento, que enciendan este afecto en la voluntad, lo cual pertenesce á la oracion, por la parte que es levantamiento de nuestro corazon á Dios, como está dicho. ¿Ves pues cuánto nos ayuda esta virtud para alcanzar el amor de Dios?

(g) Psalm. 120.

Pues aun muy mas propriamente ayuda á alcanzar la devocion, que es la tercera cosa que nos allana este camino. Porque ¿de qué otras fuentes nasce la vena de la devocion, sino de la oracion y consideracion de las cosas divinas? Así lo dice Sancto Tomas en la 2. 2. en la quest. 82, en la cual tratando de las causas de la devocion, dice que son dos: una que está fuera del hombre (y esta dice que es el Espíritu Sancto, que es el autor y inspirador deste afecto celestial), y otra que está dentro del hombre; y esta dice que es la meditacion y consideracion de las cosas divinas. Porque como la devocion sea un sancto afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea (como acabamos de decir) una potencia ciega, que regularmente no se mueve sin que preceda alguna luz y consideracion del entendimiento, necesario es que preceda esta consideracion para producirse este afecto de devocion. Aunque esto solo no basta, y por eso se añade otra causa de fuera, que es el Espíritu Sancto (como dijimos), el cual nunca falta á quien hace lo que es de su parte, y así concurre con aquellos que se aplican humilmente á la consideracion de las cosas divinas, para despertar en ellos este afecto celestial.

Y si preguntares ¿por qué causa el sancto doctor atribuye este efecto al Espíritu Sancto mas que los otros, pues es cierto que todos los hábitos y actos de las virtudes infusas tambien proceden deste mesmo espíritu? A esto se responde, aunque esto sea verdad, pero que la devocion (que es el primer acto de la virtud que llaman religion) es una cosa tan universal y tan noble, que para esto hay especial razon para dar por autor della al Espíritu Sancto. Porque la devocion no se contenta con inclinarnos á una particular obra de virtud (como hacen las otras virtudes), sino generalmente nos inclina con una voluntad muy pronta á todas las obras virtuosas, que es á todo aquello que pertenesce al servicio de Dios; y este tan grande afecto y tan grande salto no se puede dar sin especial favor del Espíritu Sancto. Esto se puede en alguna manera entender por este ejemplo. Dicen muy bien algunos doctores que no puede un hombre con solas fuerzas naturales amar á Dios sobre todas las cosas, pudiendo hacer con solas ellas otras obras moralmente buenas, aunque no meritorias. Mas amar á Dios sobre todas las cosas es una como red barredera, que todo lo lleva tras sí; porque nadie le puede amar desta manera sino ordenando á sí y á todas sus obras á Dios, y poniéndolo todo por él; la cual determinacion es tan universal y tan noble, que nadie la puede tener de verdad, si no es para esto ayudado de Dios. Pues lo mismo decimos de la devocion, la cual como tenga de su naturaleza hacer la voluntad del hombre lijera y pronta, no para esta ó para aquella obra buena, sino para todas las obras del servicio de Dios (que son todas las obras de las virtudes), por eso tiene necesidad de una especial asistencia y movimiento del Espíritu Sancto, para producir un acto tan universal y tan generoso. En lo cual se ve claro cómo la devocion, siendo acto de una sola virtud (que es la religion) es estímulo de todas las virtudes y despertadora de todas ellas.

Y esto suele obrar aquel espíritu divino en la oracion (cuando se hace como se debe hacer), donde muchas veces por una manera maravillosa se transforman los corazones de los que oran de tal modo, que entrando en la oracion flojos, tibios, flacos y pesados para todo lo bue-

no, á cabo de una hora que perseveran allí, llamando humilmente á las puertas de la divina misericordia, salen tan esforzados, tan alegres y tan promptos para todo lo bueno, y finalmente tan trocados y tan otros, que ellos mismos no se conoscen. Tanto, que una de las cosas que hay entre las obras de gracia (entre otras algunas) que parescen milagro, es esta tan súbita y tan grande mudanza en un mismo corazon. Mas con todo eso no lo es (aunque sea obra sobrenatural, como lo son los milagros), porque el modo con que se hace no es miraculoso, sino ordinario y natural, con que Dios communmente lo suele hacer.

Pues la cuarta ayuda, que es el alegría espiritual, ¿de dónde nasce sino de donde nasce la devocion, que es de la misma oracion? Así lo significó el mismo Dios por Isaías, cuando dijo (*h*) que llevaria sus siervos á su sancto monte, y los alegraria en la casa de su oracion. Porque, como dice Sant Bernardo (*i*), en la oracion se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazon del hombre: que es el vino del Espíritu Sancto, el cual embriaga nuestro corazon, y lo hace olvidar de todos los otros sensuales deleites. Verdad es que no cualquiera manera de oracion basta para esto. Porque, como dice Sancto Tomás (*k*), aunque pueda ser la oracion meritoria, y tambien impetratoria, faltándole la atencion actual, cuando no falta por culpa del que ora; mas esta es necesaria para la otra propriedad principal de la oracion, que es ser causadora de devocion, y desta alegría espiritual, que es (como dice Sancto Tomás) una refeccion del ánima, y una suavidad celestial, para lo cual, como digo, es necesario que haya actual atencion.

§. IV.

Conclusion de todo lo dicho, con ejemplos de sanctos.

¿Ves pues cuánto nos ayuda la oracion para alcanzar estas cuatro cosas tan principales, que tanto nos esfuerzan á llevar lijeramente la carga de la ley de Dios? Pues por aquí se verá claro cuánta necesidad tenga el hombre de la continuacion y ejercicios desta virtud, si quiere tener fuerzas con que pueda guardar la ley de Dios. Y por aquí verás cuán convenientemente, despues de haber dado muchos avisos y reglas de bien vivir en el tratado precedente, tratamos agora de la oracion en el presente; pues la dificultad que hay en lo uno, nos está pidiendo la facilidad que se alcanza con lo otro. Por lo cual dice el Eclesiástico (*l*): El que guarda la ley, multiplica la oracion; porque como entiende la necesidad que tiene del socorro de la oracion para vencer la dificultad de la ley, así como es cuidadoso en lo uno, así tambien lo es en lo otro. Y al mismo propósito pertenesce lo que dice en otro lugar por estas palabras (*m*): No haya cosa que te aparte de siempre orar, ni tampoco de bien obrar hasta el fin de la vida; pues el galardon de Dios permanesce para siempre. Donde tambien ayuntó en uno el siempre orar y siempre bien obrar, por la necesidad grande que hay de lo uno para lo otro. En lo cual paresce que si la oracion fuese estéril y no acompañada con buenas obras, ya no sería perfecta oracion, sino por ventura engaño del enemigo. Porque, como una de las mayores alabanzas que la oracion tiene, es ser tan grande ayudadora de la virtud y de todas las buenas obras, si estas faltan, ya la oracion carescería de uno de sus principales fructos. Por tanto, como dice el Apóstol (*n*), apártese de toda maldad quien quiera que invoca el nombre del Señor. Y no se contente con no hacer mal, sino procure hacer todo el bien que pudiere, y entónces habrá alcanzado la perfecta oracion. Conforme á lo cual dice Sant Augustin en un sermon (*o*): ¿Con qué cara osarás pedir lo que Dios te prometió, si no haces lo que te mandó? Oye pues primero sus palabras, y despues pide sus promesas. Y Sant Crisóstomo dice (*p*): Quien ora y peca no hace oracion á Dios, sino desacata á Dios.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho comprehende perfectísimamente Sant Augustin en tres palabras, que dicen así (*q*): La ley manda, la gracia cumple, y la oracion, mediante la fe, impetra. Quiere decir: La ley por sí sola no hace mas que mandar y declararnos lo que debemos hacer; mas no da fuerzas para cumplirlo. Pero estas nos da la gracia del Espíritu Sancto, mediante los hábitos de las virtudes que della proceden. Y esta gracia alcanza la oracion, pidiéndola con fe y confianza como se debe pedir. Y esta tercera partícula declaró aun mas distinctamente el mismo Sancto, diciendo: El Espíritu de la gracia hace que tengamos fe, y la fe orando alcanza gracia para que cumplamos la ley.

Estas son las principales virtudes y propriedades de la oracion, que hacen á nuestro caso: otras tiene tambien sin estas, de que tratamos en otro lugar, y por esto al presente no diré della mas de lo que brevemente dice Simon de Cassia por estas palabras: Oracion es obra espiritual en cuerpo terreno, vista del ánima que mira á Dios con ojos de fe, órden de nuestra ánima para con Dios, á quien se subjecta; voz que hiere las orejas divinas, suave clamor en el sentido del corazon, silencio de todas las otras obras corporales, cuando esta se hace; recogimiento de los sentidos, olvido de sí y de todas las criaturas, puerto del espíritu vagabundo, representacion de sí ante el Juez eterno, condemnacion de sí mismo, juicio ante el divino juicio, verdadero espejo del ánima, lámpara de la consciencia, luz invisible para las obras invisibles, sombra que templa los ardores de nuestra carne, resignacion en las manos de Dios, no queriendo mas de lo que él quiere. Todas estas cosas competen, cada cual en su manera, á la perfecta oracion; la cual (como dice uno de aquellos sanctos padres del yermo) entónces es perfecta, cuando el mismo que ora no sabe de sí que ora, porque de sí y de todo lo que no es Dios muchas veces se olvida.

Pues por estas y por otras grandes utilidades que tiene la oracion, fuéron todos los sanctos tan dados á ella, como leemos en sus historias. Si no, dime: ¿qué otra cosa mas communmente hacian aquellos sanctos padres del desierto, aun cuando entendian á tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar á la oracion? Qué hizo el primero de todos ellos (que fué Sant Pablo) por todos aquellos setenta años que estuvo en el desierto sin vista de hombre mortal, sino ocuparse dia y noche en oracion y contemplacion? ¿Para qué el bienaventurado Hilarion sobre diez veces mudó la celda que tenia, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino para ocuparse, como escribe Sant Hierónimo (*r*), perpetuamente en ayunos, y

(*h*) Isai. 65. (*i*) Sup. Cant. Serm. 49. (*k*) 2. 2. q. 83. art. 13 et 14. (*l*) Eccli. 35. (*m*) Eccli. 18.

(*n*) 2. Tim. 2. (*o*) De verbis Apost. serm. 16. (*p*) In Matth. Hom. 52. (*q*) In Psalm. 118. conc. 16. ad v. 57. Tom. 8. (*r*) In tom. epist. in cor. vii.

salmos, y oraciones? ¿Qué otra cosa hacian todos los otros monjes, que llamaban anacoritas (que quiere decir solitarios) sino entender siempre en oficio de ángeles, que es vacar á la contemplacion de las cosas divinas? Qué otra cosa leemos en los libros de Iudith, y de Ester, y de Tobías, y de los Reyes, y de aquellos nobles macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oracion? ¿Quién esforzó el ánimo de aquella sancta Iudit para emprender una grande hazaña, como fué cortar la cabeza de Holoférnes (*s*), sino la virtud de la oracion? Puesta su ciudad en muy grande estrecho por el ejército de los asirios, los sacerdotes oraban, la gente del pueblo oraba, los niños tambien oraban, la sancta Iudit en su retraimiento oraba, y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ellos, sino oracion, y estando entre ellos, cada noche salia fuera de su estancia á hacer oracion; y al tiempo que desenvainó la espada para herir la cerviz del tiranno, esforzó el brazo femenil con la virtud de la oracion; y así cortada la cabeza del enemigo, dió fin á aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos padres antiguos (mayormente los que moraban en los desiertos) tenian mas aparejo para este ejercicio, porque carescian de todo negocio: para eso te quiero poner agora delante uno de los mas ocupados hombres del mundo, que fué nuestro glorioso padre Sancto Domingo, el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oracion y contemplacion. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requeria, no por eso carescia de la oracion y contemplacion que los monjes en el desierto tenian. Por donde con mucha razon le compete aquella alabanza del Sabio, que dice (*t*): Fué así como la oliva que comienza á brotar, y como el acipres que sube á lo alto. Extraña cosa paresce caber en una persona propriedades de dos cosas tan distantes como son el acipres alto y estéril, y la oliva baja y fecunda. Mas sin dubda lo uno y lo otro conviene á este bienaventurado padre, pues como oliva fructuosa daba olio de misericordia para socorro de los prójimos, ocupándose en la vida activa; y como acipres que todo se va á lo alto, subia con movimientos de amor á los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de acipres, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza; y del otro la alteza, dejada la esterilidad.

Pues qué tan continuas hayan sido las oraciones deste sancto, y de cuántas maneras de orar haya usado, es bien que lo oyan agora todos, y mucho mas los que se glorían del nombre de sus hijos, á quienes es mas dulce y mas eficaz la memoria de los ejemplos del padre. Pues de la continua oracion deste sancto y de las maneras que tenia de orar escribe Sant Antonino, en la tercera parte de sus historias, así (*v*):

Aunque toda la vida deste sancto era una continua oracion, todavía, demas de las siete horas canónicas, usaba de otros muchos modos de orar, para despertar mas con algunos actos exteriores la devocion interior. De los cuales el primero era inclinándose profundamente en el altar, presuponiendo que el altar era figura de Cristo; acordándose que está escripto (*x*): La oracion del que se humilla penetra los cielos. Y así aconsejaba él á sus frailes que se humillasen profundamente cuando pasasen ante la imágen del Crucifijo por nosotros humillado.

El segundo era prostrándose todo en tierra de largo á largo, de la manera que Cristo oró en el Huerto; y así compungido en su corazon, y como hombre confundido dentro de sí, decia (*y*): Señor Dios, apiádate de mí, pecador. Y aquello del salmo (*z*): Humillada está, Señor, en el polvo nuestra ánima, y nuestro vientre está pegado con la tierra. Y exhortando sus frailes á esta manera de orar, les alegaba el ejemplo de aquellos sanctos magos, que prostrados en tierra adoraban al niño Iesus (*a*). Añadiendo que aunque ellos no tuviesen pecados por qué orar, aunque no hay hombre que no los tenga, como Salomon dijo en su oracion (*b*), pero que debian orar por la conversion de sus prójimos.

El tercero era estando en pié, y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del Profeta (*c*): Tu disciplina, Señor, me corrigió hasta la fin, y tu disciplina me enseñará.

El cuarto era hincándose muchas veces de rodillas, á imitacion de aquel leproso del Evangelio, que arrodillado ante la presencia del Salvador, decia (*d*): Señor: si quieres puédesme alimpiar; y á imitacion del bienaventurado Sant Estéban, que puesto de rodillas hizo oracion por sus enemigos, como Sant Lúcas escribe en los Actos de los Apóstoles (*e*). Y en esta manera de orar muchas veces era oido levantar la voz en alto y decir: A tí, Señor, clamaré: Dios mio, no calles tú á mí (*f*). Otras veces hablaba con solo el corazon en gran silencio: donde le acontescia estar algunas veces como suspenso y espantado por un grande espacio, y allí paresce que pasaba de vuelo, y penetraba los cielos con el entendimiento, y despues volvia en sí con mucha alegría, y alimpiaba las lágrimas que de los ojos le corrian, y tornaba con toda composicion y presteza á levantarse en pié, y despues á hincarse de rodillas como ántes.

El quinto era estando en pié delante del altar, las manos levantadas, y un poco extendidas á manera de un libro abierto; y así estaba como delante de Dios, leyendo con grande devocion y reverencia, y meditando las palabras divinas, y platicándolas dulcemente consigo.

El sexto era poniéndose en cruz, como oró el Salvador cuando estando crucificado hizo oracion por nosotros con grande clamor y lágrimas, y fué oido por su reverencia.

El séptimo era algunas veces estando en pié, y las manos extendidas y derechas al cielo, como saeta que sube á lo alto de un arco flechado; y créese que con esta manera de orar (demas de acrescentarse la gracia) alcanzaba lo que pedia al Señor para su Orden. Y algunas veces orando desta manera, le oian los frailes decir aquellas palabras del salmo (*g*): Oye, Señor, mi voz, cuando clamo á tí, y cuando levanto mis manos á tu sancto templo.

El octavo era despues de las horas canónicas, ó de las gracias que se dan despues de comer. Porque en estos tiempos el sancto varon lleno de espíritu de devocion

(*s*) Iudith. 8. 12 et 13. (*t*) Eccle. 50. (*v*) Tit. 25. c. 2. §. 1. circa medium. (*x*) Eccl. 35.

(*y*) Luc. 18. (*z*) Psalm. 43. (*a*) Matth. 2. (*b*) 2. Para. 6. (*c*) Psalm. 17. (*d*) Luc. 5. (*e*) Act. 7. (*f*) Psalm. 27. (*g*) Psalm. 27.

con las palabras de los salmos que habia cantado, ó que habia oido en la licion de la mesa, luego se recogia en la celda, ó en algun lugar solitario, y hecha la señal de la cruz abria un libro y comenzaba á leer por él con grande suavidad, paresciéndole que hablaba Dios en aquel libro, y que él oia sus palabras atentamente, diciendo con el Profeta (*h*): Oiré lo que habla en mí el Señor Dios. Y era cosa maravillosa ver de la manera que se habia en este ejercicio; porque algunas veces parescia que disputaba con otra persona, y que le hablaba con atencion, y otras veces que la oia con gran silencio; unas veces se sonreia, otras lloraba; unas hincaba los ojos en un lugar, otras los abajaba. Y así en este ejercicio como en todos los demas tenia él por costumbre levantarse siempre de la licion á la meditacion, y de la meditacion á la contemplacion. Y era tanta la reverencia que tenia á las palabras de Dios y á los libros de los sanctos, que cuando estaba solo, inclinaba la cabeza al libro, y lo tomaba en las manos, y lo besaba, especialmente si era de los Evangelios.

El nono era otra muy loable costumbre que el sancto varon tenia cuando andaba camino, que siempre iba dentro de sí orando y meditando; y para mejor hacer esto, decia á los compañeros que se fuesen delante, ó se quedasen atras, por quedarse él solo; alegándoles para esto dulcemente aquellas palabras del Profeta, que dice (*i*): Llevarla he á la soledad, y allí le hablaré al corazon. Y tenia por costumbre en esta manera de oracion mover algunas veces las manos (como si quisiese ojear algunas moscas delante de sí), y signarse muchas veces con la señal de la cruz. Y creian los religiosos que por esta manera de ejercicio habia alcanzado entendimiento de las Escripturas sagradas. Hasta aquí son palabras de Sant Antonino.

Estos pues son los modos de orar, estos los ejercicios y los ejemplos deste glorioso padre. No sé aquí por cierto qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado padre recibia, cuando así perseveraba en estos ejercicios; pues ni de dia ni de noche, ni andando ni parando, ni comiendo ni despues de haber comido se cansaba ni hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras de potajes y ensaladas como halló en este ejercicio de oracion para nunca empalagarse, comiendo siempre de un mismo manjar, y para despertar mas el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto me maravillo de la destreza deste tan valeroso capitan, que no ménos peleaba con la mano siniestra, que con la diestra; pues tan continuo era en el socorro de los prójimos y tan continuo en el tratar con Dios, sin impedirse el un ejercicio al otro. De ángeles es entender de tal manera en los negocios de los hombres, que no por eso dejen la vista y contemplacion de Dios; y este ángel de la tierra y hombre del cielo, de tal manera tenia sus ojos puestos en Dios, que ni la gobernacion de toda su órden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar, y confesar, y disputar con herejes, y andar caminos, y acudir á tantas maneras de negocios como estaban á su cargo, impedian aquella union de su beatísimo espíritu con Dios. Y si algunas veces por algun breve momento le impedian, es de creer que luego, á semejanza de aquellos misteriosos animales que vió el profeta Ecequiel (*k*), iba y volvia al secreto de su recogimiento como un relámpago resplandesciente. Porque como varon perfecto habia llegado á aquel estado perfectísimo y felicísimo donde aquellas dos maneras de vida, activa y contemplativa, hacen una, compuesta de ambas, sin que la una perjudique á la otra; sino que ántes se ayuden una á otra. Porque el ejercicio de las buenas obras hacia su oracion mas eficaz, y la devocion que sacaba de la oracion le hacia mas prompto en el bien obrar. Y demas desto con la oracion guiaba mejor los negocios de la gobernacion; porque los trataba primero con Dios, y con ella tambien guiaba los de la predicacion, porque por ella salian sus palabras teñidas del espíritu de la devocion, y encendidas como hachas en la fragua del divino amor.

Pues el que desea imitar los ejemplos de los sanctos, y aprovechar en los ejercicios de las virtudes, aprovéchese deste ejercicio; porque este le será estímulo y ayudador para todos los otros, pues por él se alcanza la gracia, la caridad, la devocion, y el alegría espiritual, que hace al hombre prompto y hábil para toda virtud.

CAPITULO II.

De seis condiciones que ha de tener la buena oracion.

Sentencia es commun de todos los doctores, que el valor y mérito de nuestras obras no procede tanto de la sustancia dellas, cuanto del modo con que se hacen. Por donde agudamente dijo uno dellos que Dios no galardonaba tanto los verbos, como los adverbios; que es decir, que no tiene tanta cuenta con lo que hacemos, como con la caridad y devocion con que lo hacemos. Lo cual aunque en todas las obras tenga verdad, pero señaladamente se ve en la oracion, la cual si no se hace con el modo y circunstancias que se debe hacer, será de poco fructo ó de ninguno. Por lo cual dice Sanctiago (*a*): Pedis, y no recebis, porque no pedis como habeis de pedir. Y por esto tambien el profeta David exhortándonos á cantar alabanzas á Dios, dice (*b*): Cantad á nuestro Dios, cantad; mas cantad sabiamente. Por falta de la cual sabiduría respondió el Señor á la oracion de los hijos del Cebedeo, que no sabian lo que pedian (*c*). Por esto dice Sant Bernardo en un sermon (*d*), que aunque en todas las buenas obras que hacemos sea menester mucha atencion y vigilancia, pero que señaladamente pide esto la oracion.

La razon es, porque así como hay algunos manjares que aunque por sí sean buenos, todavía tienen necesidad de ciertas maneras de adobos y especias con que se guisen, para que sean sabrosos: así la oracion (que por sí es una virtud muy loable) todavía tiene necesidad del ayuda de otras virtudes, para alcanzar por ellas su última perfeccion. Porque de la caridad tiene necesidad para ser obra meritoria, y de la confianza para ser impetratoria, y de alguna manera de atencion para ser oracion, y de actual atencion para que por ella se alcance el alegría espiritual y la devocion, como luego se declarará en el capítulo siguiente. Todas estas virtudes son como formas de la oracion, cada una de las cuales le da su propria perfeccion, y por esto de todas ellas ha

(*h*) Psalm. 84. (*i*) Osee 2.

(*k*) Ezech. 1. (*a*) Cap. 4. (*b*) Psalm. 46. (*c*) Matth. 20. (*d*) Sup. Cant. serm. 7.

de ser ayudada para que sea perfecta. Por lo cual dice Sant Bernardo en un sermon (*e*): La oracion que es falta de confianza no penetra los cielos, porque el temor demasiado la detiene, y hace que no solo no suba á lo alto, mas que ni pase adelante. La oracion tibia, en la misma subida desfallesce, porque no tiene calor ni vigor para subir. La oracion temeraria y atrevida sube á lo alto, mas luego resurte para abajo, porque halla quien la resista, y no solo no alcanza gracia, mas ántes incurrre en ofensa (*f*). Mas la oracion fiel, humilde y ferviente, sin dubda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Por las cuales se ve claro cómo la oracion tiene necesidad del ayuda de otras virtudes, como al principio propusimos. Lo mismo podemos tambien entender por lo que dice Hilario desta virtud: Menosprecia Dios (dice él) las oraciones leves, desconfiadas, inútiles, congojadas con los cuidados del siglo, y llenas de vanos pensamientos, y figuras terrenas, y estériles, y desacompañadas de buenas obras. Pues si todas estas maneras de defectos pueden caber en la oracion, necesaria es luego la asistencia y compañía de las otras virtudes para despedirlos, para que así sea pura y perfecta la oracion.

§. I.

De la primera condicion de la oracion perfecta, que es hacerse con espíritu y atencion.

Presupuesto pues este fundamento, sería bien declarar aquí mas en particular las principales condiciones que ha de tener la oracion para que sea perfecta. Entre las cuales la primera es, que se haga con espíritu y atencion. Esta condicion nos pide el Salvador, cuando dijo (*g*) que para ver de orar entrásemos en nuestro retraimiento, y que ahí en escondido hiciésemos oracion al Padre que está en los cielos. En lo cual se nos encomienda que al tiempo de la oracion despidamos de nuestra ánima todos los pensamientos y cuidados terrenos; porque recogida toda nuestra atencion y espíritu, solos en silencio y quietud podamos vacar á Dios. Porque como no sea otra cosa orar sino hablar con Dios, y negociar con él los mayores negocios que pueden ser (que son los de nuestra salvacion), bien se ve con cuánta atencion y reverencia esto se deba hacer. Porque si hablando con un rey de la tierra, y sobre negocios de tierra, hablamos con tanta reverencia y atencion, ¿cuánto mas convendrá esto hablando con el Rey del cielo, y sobre negocios del cielo? En figura de lo cual leemos que aquellos dos querubines, que Salomon puso á los lados del arca del Testamento, estaban empinados (*h*) y levantados sobre las puntas de los piés, y extendidas sus alas: para significar cuán levantado ha de estar el corazon del hombre de todas las cosas de la tierra, cuando quiere llegarse á Dios, y entender en negocios del cielo.

Y aun no se debe contentar con sola esta atencion, sino debe tambien trabajar por añadir espíritu á la atencion, que es una entrañable afeccion y deseo de alcanzar lo que pedimos, cuando es cosa que pertenesce al servicio de Dios. A lo cual nos convida el Apóstol, cuando dice (*i*) que hagamos oracion en todo tiempo en espíritu. Y dícese esto orar en espíritu; porque orar desta manera es un especial movimiento y don del Espíritu Sancto, de quien dice el mismo Apóstol (*k*) que hace orar á los sanctos con gemidos que no se pueden explicar. La cual oracion ordinariamente nunca vuelve vacía, por la dignidad del Espíritu Sancto que la inflamma y despierta. Por lo cual dice el Profeta (*l*): El deseo de los pobres oyó Dios. Y en otro lugar (*m*): Clamé con todo corazon; óyeme, Señor. Lo cual dijo él así, porque sabía muy bien cuánta parte era este clamor del corazon para ser oida la oracion, porque esta es la pólvora que la hace llegar á Dios. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (*n*): Tanto uno ménos clama, cuanto ménos desea, y tanto con mayor voz penetra los oídos de Dios, cuanto mas extiende para con él sus deseos.

Esta primera condicion se requiere para la misma substancia de la oracion, porque la oracion que caresciese de todo género de atencion, mas se podia llamar distraccion que oracion. Lo cual dice Casiano por estas palabras: Poco ora el que no ora mas de cuanto está hincado de rodillas; y ninguna cosa ora el que aunque esté de rodillas orando, está voluntariamente distraido. Contra los que así oran dice Sant Crisóstomo (*o*): ¿Tú no oyes tu oracion, y quieres que la oya Dios? Dices que estás puesto de rodillas en la iglesia, es verdad; mas tu corazon anda distraido fuera della; tu cuerpo está en el lugar sagrado, mas tu espíritu corre por todo el mundo; la boca habla con Dios, mas tu corazon por ventura piensa en usuras. Así que esta tal oracion no es eficaz para alcanzar mercedes de Dios, ántes muchas veces será pecado, cuando el hombre se pone á orar sin alguna manera de reverencia ni atencion. Porque (como dice el cardenal Cayetano) dado caso que no en todo tiempo sea el hombre obligado á orar, mas ya que ora (pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios) ha de hablar con reverencia y atencion. Y si de propósito no lo hace así, no se excusa de pecado, á lo ménos venial. Conforme á lo cual dice Sant Basilio, á quien á este propósito alega Sancto Tomas (*p*), que el favor divino se ha de pedir, no flojamente, ni con corazon distraido; porque el que así lo pide, no solamente no lo alcanzará, mas ántes indignará á Dios (*q*). Por lo cual con mucha razon es notada la manera de rezar de muchas personas, las cuales rezan sus horas ó sus devociones tan sin atencion y reverencia, que mas paresce que están tomando de coro versos de Virgilio, que hablando con Dios y pidiéndole mercedes. Los cuales si hiciesen reflexion sobre sí, y mirasen con quién hablan, y sobre qué hablan, por ventura tomarian otro tono y otro modo de hablar.

Verdad es que cuando este derramamiento de corazon no viene por culpa de la persona (que hace lo que es en sí), sino por vicio de la naturaleza (que no está del todo subjecta á la razon), no solamente no es pecado, mas ántes hay su parte de fructo y de merescimiento. Ca la oracion, como dicen los doctores (*r*), tiene tres provechos señalados: porque es obra meritoria, impetratoria y causadora de devocion. De los cuales fructos solo el postrero pide de necesidad actual atencion, porque la devocion procede de la actual consideracion y inteligencia de las cosas divinas; mas para los dos primeros

(*e*) De oratione et icion. serm. 4. in Quadrag. in fin.
(*f*) Eccli. 35. (*g*) Matth. 6. (*h*) 2. Par. 3. (*i*) Ephes. 6.

(*k*) Rom. 8. (*l*) Psalm. 9. (*m*) Psalm. 118. (*n*) Super Ps. pœnit. in psalm. 3. (vel) 37. v. 10. (*o*) In Florilegiis, homil. 2. de Orat. Ex homil in statuas. (*p*) 2. 2. q. 83. art. 13 in arg. 3.
(*q*) D. Bernard. de Scala Claustr. (*r*) S. Thom. 2. 2. q. 83. art. 13.

fructos, que son merescer y impetrar, basta la buena voluntad é intencion con que el hombre comenzó á orar, aunque despues se le derrame el corazon, cuando es sin culpa suya. La cual doctrina sirve para consolacion de las personas humildes y devotas, que suelen demasiadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazon en este tiempo; como quiera que esto sea natural á todo hombre, por la corrupcion de la naturaleza. Conforme á lo cual dice Sant Juan Clímaco: No desmayes si cuando estando en oracion, el enemigo subtilmente se entremete, ó secretamente te hurta la atencion, ántes te debes consolar, si siempre trabajas por tener quieto el pensamiento, que de sí es tan deleznable, porque á solos los ángeles es dado estar libres de semejantes hurtos.

Mas aunque esto sea verdad, todavía debe trabajar el varon devoto, no solo por ojear estas moscas importunas de los vanos pensamientos al tiempo que ora, sino tambien procurar de ordenar su vida de tal manera que no sea muy molestado dellas cuando ora. Y el medio que para esto hay, dice el venerable Beda que es apartarse todo lo posible de hacer malas obras, y de hablar y oir vanas palabras; porque todas las imágines y figuras de las cosas que oimos, vemos y hablamos, vienen despues á sentarse en nuestro corazon, como en el lugar proprio de donde manaron. Y así como los puercos (dice él) naturalmente suelen acudir á los cenagales y lugares sucios, y por el contrario las palomas á las corrientes de las aguas claras: así los pensamientos sucios acuden al ánima sucia y deshonesta, y los limpios al ánima pura y casta.

§. II.

De la segunda condicion de la oracion, que es ser humilde.

La segunda condicion de la oracion es la humildad, de la cual dice el Eclesiástico (s): La oracion del que se humilla penetra los cielos, y no descansará hasta llegar á Dios, y no se apartará hasta que el Altísimo la mire. A esta virtud pertenesce que el que ora conozca la extrema desnudez y pobreza, ó (por mejor decir) el abismo profundísimo de las miserias en que el hombre quedó por el pecado, junto con las que él despues acá por su propria ruindad y malicia ha añadido. Porque por el pecado quedó el hombre miserable, como aquel caminante que bajando de Hierusalem á Hiericó, cayó en manos de ladrones (t), los cuales le robaron cuanto llevaba, y le dieron tantas heridas que le dejaron medio muerto en el camino. Pues tal quedó el hombre por el pecado, despojado de todos los bienes de gracia y herido en todos los bienes de naturaleza: el entendimiento escuro, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco, la memoria derramada, la imaginacion inquieta, el apetito rebelde, los sentidos curiosos, y sobre todo la carne sucia y mal inclinada. Y con esto quedó habilísimo para todo lo malo, y inhabilísimo para lo bueno; muy aparejado para perderse, y muy inhábil para salvarse. Si no, dime: ¿qué se podria esperar de un mozo de poca edad, puesto encima de un caballo furioso y con unas riendas flacas en la mano, y en un camino lleno de despeñaderos y barrancos? Pues en esta misma disposicion está un hombre sin gracia, pues su apetito es como un caballo furioso y desbocado, y la razon que lo ha de gobernar está tan escura y tan flaca, y el libre albedrío con que lo ha de enfrenar tan debilitado, y este mundo tan lleno de despeñaderos y barrancos, cuantos lazos hay en él armados, que son mas que llovidos. Pues ¿qué mayor peligro, qué mayor pobreza, qué mayor miseria que esta?

Finalmente, tal está el hombre miserable, que ni una sola palabra, ni un solo buen propósito, ni deseo, ni pensamiento que agrade á Dios puede por sí solo tener (v), si no es para ello con especial socorro ayudado de Dios. De suerte que si cae en pecado, no se puede levantar dél, si Dios no le levanta, y despues de levantado, no puede obrar por sí el bien, si no es mediante la gracia y las virtudes que della proceden. Y aun todo esto no basta para llevar al cabo lo comenzado, sino es nescesario otro nuevo favor para perseverar hasta la fin. Mira pues por aquí cuán herida y maltratada está la naturaleza, pues tantos emplastros son necesarios para curarla. Por donde como una casa vieja, que por todas partes amenaza la caída, así ella ha menester todas estas maneras de puntales y remedios para estar en pié y no caer.

Pues el que por tantas partes se ve tan debilitado y flaco, ¿no te paresce que tiene necesidad de clamar á Dios con el Profeta (x): Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta mi ánima, y yo estoy sumido en lo mas bajo del cieno, y no hallo sobre qué estribar? Y si con esto se juntan los males que cada uno por su parte tiene hechos, y el estrago que su ánima ha recebido con ellos, y la mala compañía del mundo (que está todo armado sobre vicios y malos ejemplos), ¿no te paresce que juntando esto con lo otro, podrás decir con el mismo profeta (y): ¿Sálvame, Señor, porque han faltado ya los sanctos en el mundo, y se han diminuido las verdades entre los hijos de los hombres?

Pues este tan profundo conoscimiento de las proprias miserias hace al hombre orar con espíritu de humildad; porque ¿qué ha de hacer el pobre, sino pedir limosna, y el flaco fortaleza, y el desnudo abrigo, y el culpado perdon, y el captivo libertad, y el enfermo medicina? De manera que cuanto mas claro conosce su desnudez y pobreza, tanto mas se mueve á clamar á Dios y pedirle misericordia. Y así como un pobre mendigo dende la mañana hasta la noche nunca cesa de pedir, ántes ninguna otra vida tiene sino esta: así cuanto un hombre es mas humilde, y mas claro conosce la grandeza de su necesidad y pobreza, tanto mas continuamente hace oracion á Dios, y le pide humilmente limosna y misericordia. Mas en este conoscimiento conviene que esté el hombre tan fundado y tan resoluto, así por lo que acerca desto lee, como por la experiencia cuotidiana de sus flaquezas, que casi vea con los ojos y palpe con las manos esta tan grande pobreza y miseria suya.

Mas no solo la grandeza de nuestra miseria, sino tambien la grandeza de la Majestad de Dios nos debe sumir debajo de los abismos cuando vamos á hablar con él; como lo significó Sant Bernardo, diciendo (z): Si es verdad (como lo es) que millares de ángeles sirven á Dios, y diez veces cient mil millares asisten delante dél, ¿con cuánto temor y reverencia, y con cuánta humildad ha de salir de su laguna la pobre ranilla á presentarse ante tan

(s) Eccle. 35. (t) Luc. 10

(v) De his D. Bern. serm. 5. in Quadrag. (x) Psalm. 68.
(y) Psalm. 11. (z) Dan. 7. Sup. Cant. Serm. 7. et de inter. domo cap. 18.

grande Majestad? Con este espíritu oró aquel publicano del Evangelio (*a*), el cual no osaba ni aun levantar los ojos al cielo, y por eso fué tan bien despachado. Y con este mismo se humilló ante Dios Achab (*b*), rey idólatra y malvado, y alcanzó por humildad lo que no se debia por justicia. ¿Mas qué diré? Que con este mismo espíritu oró el Hijo de Dios (*c*), cuando postrado en el Huerto hizo oracion al Padre; protestando con aquella figura exterior la humildad y abatimiento del hombre interior. Pues si desta manera se anonadó aquella tan grande innocencia, y tan soberana grandeza, cuando hacia oracion á Dios, ¿dónde se pondrá, ó cómo se humillará el muladar de todas las bajezas y vicios del mundo?

§. III.

De la tercera condicion de la oracion, que es hacerse con fe y confianza.

Tras de la humildad convenientísimamente se sigue luego la fe y confianza, que es la tercera condicion de la oracion; porque la humildad nos declara que no debemos confiar en nosotros, mas la fe nos dice que debemos confiar en Dios. La humildad nos da un desengaño, avisándonos dónde no está el remedio, mas la fe nos da otro desengaño, diciéndonos dónde está. Esta condicion nos pide el apóstol Sanctiago, cuando dice (*d*), que pidamos con fe y sin dudar, porque de otra manera no alcanzarémos lo que pedimos. Y cuánto nos importe esta fe para ello, el mismo Señor nos lo declaró por Sant Mateo, diciendo (*e*): Cualquiera cosa que pidiéredes en la oracion, creed que os lo darán, y dárseos ha. ¿Ves pues cuánta necesidad tiene la oracion de confianza para haber de impetrar? Por donde entenderás lo que arriba tocamos, que la oracion toma de la caridad el merescer, mas de la fe y confianza el impetrar (*f*). Por donde así como segun la medida de la caridad será la del merescer, así conforme á la medida del confiar será la del impetrar. Y así dice Cipriano en la epístola á Donato, que cuan grande fuere el vaso de la fe que con nosotros llevamos, tanta será el agua que de la fuente de la divina misericordia cogerémos. De lo cual tenemos tres ejemplos (entre otros muchos) en el sancto Evangelio. Aquel príncipe de la Sinagoga tuvo fe; que si el Señor iba á su casa y ponia la mano sobre su hija, la sanaria; y así lo hizo el Señor, y asi la sanó (*g*). Mas la mujer que padescia flujo de sangre, pasó mas adelante, y tuvo fe que con solo tocar la fimbria de la ropa del Salvador sanaria (*h*), y así como ella lo creyó, así se hizo. El centurion pasó aun mas adelante, y creyó que sin nada desto bastaba sola la voz y mandamiento del Salvador para sanar á su criado (*i*); así lo creyó, y así se hizo. En lo cual se ve que cuanto mayor fuere la fe del que ora, tanto su oracion será mas poderosa para alcanzar lo que demanda.

Mas por ventura dirás: ¿cómo podré yo tener esa manera de fe y confianza, habiendo hecho á Dios tan pequeños servicios? A esto se responde que no son los principales estribos desta confianza los servicios solos del hombre, sino mucho mas los servicios y méritos de Cristo, y la grandeza de la bondad y misericordia de Dios. Y si preguntares qué tan grande sea esta bondad y misericordia, conoscerlo has por la inmensidad de la divina substancia; porque, como dice el Sabio (*k*), cual es la grandeza de Dios, tal es su misericordia. Porque como es infinitamente grande, así es infinitamente misericordioso; y como tiene infinitas riquezas que repartir, así tiene infinita largueza para repartirlas. Ca de otra manera, grande imperfeccion y disonancia fuera en aquella divina substancia, si teniendo infinitos bienes que dar, no tuviera infinito ánimo y corazon para darlos.

Y aunque todas las perfecciones divinas sean en él una misma cosa, y así todas sean iguales, no se puede negar sino que en las obras de misericordia es mas extremado y mas copioso. Porque aunque haya hecho muchas y muy grandes obras para mostrar las otras virtudes y perfecciones suyas, mucho mayores las ha hecho para mostrar su bondad y misericordia. Porque para mostrar la grandeza de su poder y sabiduría, crió el mundo (*l*), y para mostrar la grandeza de su rigor y justicia, lo destruyó con las aguas del Diluvio; mas para mostrar la grandeza de su misericordia, murió por él y derramó toda su sangre por él (*m*). Pues ¿cuánto mayor obra es morir Dios, que morir los hombres, y padescer Dios por el mundo, que criar el mundo? Por donde en aquella maravillosa vision en que Moisen vió la gloria de Dios en el monte (*n*), entre las grandes perfecciones y maravillas que allí le fuéron descubiertas, esta fué la que mas gritó y proclamó á grandes voces, diciendo: Misericordioso, piadoso, sufridor, Señor de grande misericordia, que quitas los pecados y maldades de los hombres, y no hay quien delante de tí por sí sea innocente.

Por esto canta la Iglesia: Señor Dios, á quien es proprio haber misericordia y perdonar. Y esto dice, no porque no le sean tambien proprias todas las otras virtudes y perfecciones suyas, sino porque esta es obra de bondad y misericordia; que es la cosa de que él mas se precia, y de que mas quiere ser alabado, y la que mas declara la grandeza de su poder y de su gloria: pues á solo aquel pertenesce la perfecta misericordia, que está libre de toda miseria.

Pues por esto, hermano mio, cuando fueres á pedir á este Señor perdon y misericordia, no te acobardes ni desmayes pensando que le vas á importunar, ó á obligar á que haga cosa contraria á su honra ó á su naturaleza, ántes cree que le vas á dar materia de alabanzas, y ocasion de hacer una cosa muy honrosa y muy gloriosa, y muy conforme á quien él es. Porque así como es natural al sol alumbrar, y al fuego quemar, y á la nieve enfriar: asi y mucho mas es natural á aquella infinita bondad hacer bien á todas sus criaturas.

Ni tampoco pienses que se enfada él, como hacen los hombres cuando son importunados; porque los hombres importúnanse de que les pidan, porque pierden lo que dan; mas como Dios no pierde lo que tiene, dándolo, por eso no se puede importunar pidiéndoselo. Por lo cual dice Sant Augustin: No te engañes pensando que así como tú recibiendo ganas, así Dios dando pierde; porque por muy hambriento que traigas el vientre, y muy seca la garganta, la fuente vence toda esa sed.

El segundo fundamento desta confianza dijimos que eran los merescimientos de Cristo, que es nuestro Salvador, nuestro redentor, nuestro abogado, nuestro medianero, nuestro rey, nuestro sacerdote y nuestro

(*a*) Luc. 18. (*b*) 3. Reg. 21. (*c*) Matth. 26. (*d*) Cap. 1.
(*e*) Matth. 7. et. 21. (*f*) Ex Div. Augu. in psal. 118. Cont. 16. ad v. 57. tom. 8. (*g*) Matth. 9. (*h*) Ibidem. (*i*) Matth. 8.

(*k*) Eccl. 2. (*l*) Genes. 1. et. 7. (*m*) Ioan. 19. (*n*) Exod. 34.

sacrificio, y no hay otro nombre debajo del cielo, so cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino este (*o*). Porque así como no quiso Dios que hubiese en el mundo mas que un sol, que solo tuviese lumbre de sí, y de quien todas las estrellas la recibiesen, así no quiso que hubiese mas que un solo sanctificador en el mundo, por quien fuesen sanctos todos los que de verdad lo fuesen. Pues este es el nombre por quien él tantas veces nos manda pedir mercedes al Padre en el Evangelio (*p*), certificándonos que todo lo que por él pidiéremos (que es por sus merescimientos y servicios) nos será concedido. Y no contento con esto, el mismo Señor nos dió palabras conoscidas para que con ellas pidiésemos por él estas mercedes, cuando nos enseñó la oracion del *Pater noster* (*q*). La cual podemos presentar al Padre soberano, diciendo que venimos á él enviados por su Hijo; y que por mas señas él nos dió las palabras con que le habiamos de pedir misericordia, las cuales puede él muy bien reconoscer, que suyas son. Así lo hizo Tamar (*r*), cuando su suegro la mandaba quemar por mala mujer; y ella envióle las señas de quién habia concebido, y con esto quedó en comparacion de su suegro justificada y libre de la sentencia. Pues desta manera supliquemos al eterno Padre quiera reconoscer las palabras que le decimos, cuyas son, y quién nos envía á él: para que por él sea revocada la sentencia de nuestra condemnacion, y por él alcancemos lo que por nosotros no merescemos.

Este es pues el templo vivo del verdadero Salomon, y el altar donde todas las peticiones que se ofrescen á Dios le son agradables, como él mismo lo testificó por su Profeta, diciendo (*s*): Los holocaustos y sacrificios dellos me serán agradables ofreciéndolos en mi altar; el cual no es otro por cierto que la sacratísima humanidad de Cristo. Porque por eso eran tan grandes los celos que Dios tenia sobre que no hubiese mas que un solo altar de sacrificios en toda la tierra de Israel, y por consiguiente en todo el mundo: para dar á entender que no habia mas que un solo summo sacrificio, y un solo summo altar y sacerdote, en quien y por quien todos nuestros sacrificios y oraciones le fuesen aceptas, que es Cristo.

Y porque mejor entiendas, hermano, cuán grande sea este tesoro, y sepas preciarte dél, y dar gracias á Dios por él, ponerte he un ejemplo delante, que bastará para darte alguna manera de luz y conoscimiento deste tesoro. Pocos dias ha que un hombre de bien, queriendo pedir mercedes á un príncipe, escribió una peticion, en la cual referia por su órden todos los servicios y jornadas que por su mandado habia hecho un padre suyo en diversos tiempos y lugares; y despues de referidos y amplificados estos méritos uno por uno, pedia con tan grande rigor la satisfaccion y premio de todos aquellos servicios, como si él mismo los hubiera hecho. Pues esta misma es la causa que tenemos agora con Dios, y esta es la manera que habemos de tener para negociar con él; pues en hecho de verdad todos los que están en gracia son hijos adoptivos de Cristo, y él es nuestro Padre, como lo llama Isaías (*t*), y nuestro segundo Adam, como lo llama Sant Pablo (*v*), y por consiguiente nosotros somos sus legítimos herederos, y no *ab intestato*, sino por el testamento que él mismo, el juéves de la Cena ordenó y confirmó, no con sangre de cabritos, sino con su misma sangre (*x*), la cual dijo que derramaba por nosotros, y así nos hacia herederos della (*y*). Por esto tenemos derecho para pedir con toda seguridad y confianza el galardon de sus trabajos, pues todo lo que él en este mundo lastó y padesció, y todos los pasos que dió, no los dió para sí, sino para nosotros. Por nosotros encarnó, nasció, trabajó, ayunó, caminó, sudó, padesció, murió, etc., y de todo ello nos dejó por herederos en su testamento; porque de nada desto tenia él necesidad para pagar lo que debia, porque era innocente; ni para alcanzar la gracia y gloria que tenia, porque era Dios. Pues si el patriarca Jacob alcanzó la bendicion que no se le debia, porque iba vestido de las vestiduras del primogénito á quien se debia (*z*), ¿cómo no alcanzarémos nosotros la bendicion de la gracia aunque no se nos deba, llevando con nosotros el derecho del unigénito Hijo de Dios á quien se debe?

Pues estos son, hermano mio, los principales estribos y fundamentos de la esperanza del cristiano, demas de la verdad de la palabra de Dios, con la cual tiene prometido su fiel socorro y amparo á todos los que se acogieren á él, como toda la Escriptura divina testifica.

Pues á esta confianza pertenesce que cerrados los ojos pongamos todas nuestras cosas en las manos del Señor, y cuando hubiéremos tentado los medios lícitos que su misericordia nos concede y nos da por instrumento de su providencia, poner en nosotros con cualquiera cosa que suceda una seguridad y contentamiento, que pues nos remitimos á la bondad de Dios, pues parecimos delante dél, y hecimos nuestra suplicacion, ello va bien encaminado, y que no nos quede mas que confiar lo que no entendemos de su infinito saber; pues tenemos por cierto que nunca su misericordia sabe faltar, ni su palabra.

§. IV.

De la cuarta condicion de la perfecta oracion, que es ser acompañada la fe con obras y buena vida.

Mas no basta orar con esta manera de fe, sino es menester acompañar esta fe con obras y con buena vida. Porque dado caso que alguna vez se extienda la misericordia inefable de Dios á oir un pecador que está fuera de su gracia, concediéndole por misericordia lo que no se le debia por justicia; pero regularmente hablando, es verdadera la sentencia de aquel buen ciego del Evangelio, que dice (*a*): Sabemos que no oye Dios á los pecadores; mas si alguno fuere honrador y servidor suyo, á ese oye. Esta es ley general de Dios, promulgada en todas las escripturas divinas. Sant Ioan en su Canónica, dice (*b*): Hermano, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos que alcanzarémos del Señor las mercedes que le pidiéremos; porque guardamos sus mandamientos y hacemos su voluntad. Sant Pablo dice (*c*): Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos puras y limpias, sin ira y sin contiendas. Sant Pedro en su Canónica manda á los maridos que traten benignamente á sus mujeres, como á vasos frágiles y quebradizos (*d*), porque no se impidan sus oraciones, si tratándolas de otra manera estuvieren los corazones inquietos y llenos de pasiones, y por consiguiente inhábiles para tratar con Dios. David en un Salmo dice (*e*): Si yo ví en mi corazon alguna mal—

(*o*) Act. 4. (*p*) Ioan. 15. et. 16. (*q*) Matth. 6. (*r*) Genes. 38.
(*s*) Malac. 3 (*t*) Isai. 65. (*v*) 1. Cor. 15.

(*x*) Luc. 22. (*y*) Ioan. 17. (*z*) Gen. 27. (*a*) Ioan. 9.
(*b*) 1. Ioan. 3. (*c*) 1. Tim. 2. (*d*) 1. Petr. 3. (*e*) Psalm. 65.

dad, no oirá Dios mi oracion. Pero muy mas claro y con mas sangre dice esto el mismo Señor por Isaías, por estas palabras (*f*): Cuando levantáredes las manos para orar, apartaré mis ojos de vosotros; y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no os oiré, porque vuestras manos están llenas de sangre. Por tanto lavaos, y estad limpios, y quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos; dejad de hacer mal, y haced bien; socorred al necesitado, haced justicia al huérfano, defended la viuda, y entónces venid y argüidme; quiere decir: Hecho esto, quejáos de mí si no oyere vuestras oraciones. ¿Ves pues la pureza de la vida que pide la oracion y la compañía de las buenas obras? Y para significar esto aun mas claramente, mandó Dios que cuando el summo sacerdote entraba en el sanctuario á hacer oracion, llevase una plancha de oro en la frente, donde estuviesen escriptas estas palabras (*g*): La sanctidad al Señor, esto es: la sanctidad pertenesce ó se debe al Señor; y un pectoral en el pecho, en que estuviesen escriptas estas: Doctrina y verdad; para que por aquí se entendiese que el fundamento y aparejo principal de la oracion sacerdotal habia de ser sanctidad, doctrina y verdad; porque sin este fundamento, muy desnuda y sola va la oracion. En figura de lo cual tambien leemos (*h*) que mandando el profeta Eliseo al rey Joas que tirase una saeta con un arco, para significarle la victoria que le habia Dios de dar contra el rey de Siria, puso sus manos sobre las manos del rey, y desta manera le hizo tirar la saeta: para que por aquí entiendas que ambas manos han de concurrir en todas nuestras obras, así las de Dios como las nuestras, las nuestras obrando, y las de Dios ayudando; y aquel alcanzará obrando esta ayuda, que obrando metiere juntamente con Dios las manos en la masa.

Y como todas las buenas obras sean legítimas ayudadoras de la oracion, mas particularmente se señalan dos, que son ayuno y limosna; las cuales son como dos alas con que ella sube á lo alto (*i*). Porque como sea ley de Dios que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos: por el mismo caso que usamos de misericordia con los prójimos, nos hacemos dignos de la misericordia de Dios. Mas el ayuno ayuda á la oracion por otra via. Lo uno porque templa el cuerpo con la templanza del mantenimiento, y así lo hace mas lijero para volar al cielo. Y lo segundo porque castigando la carne para que no rebele contra el espíritu, ya comienza el hombre ayudado de Dios á hacer lo que es de su parte, y así meresce que Dios haga lo que es de la suya. Y demas desto, el que de tal manera busca á Dios que para esto maltrata su cuerpo prevaleciendo contra el amor propio, ya paresce que le busca de véras. Y el que desta manera le busca, sin dubda le hallará. Mas porque destas tres virtudes, ayuno, limosna y oracion (que son las tres partes de la satisfaccion) tratamos ya en su proprio lugar, escribiendo de la penitencia, al presente no será necesario decir mas.

§. V.

De la quinta condicion de la perfecta oracion, que es lo que en ella se ha de pedir.

La quinta condicion pertenesce á la materia de la oracion, que es lo que en ella se debe pedir. Y si el hombre mirare con atencion la grandeza del Señor á quien va á pedir mercedes, luego verá que á un tan gran Señor, y que tanto desea nuestro bien, se han de pedir grandes bienes, cuales son todos los espirituales y eternos; porque todo lo demas que para esta vida se puede pedir, es nada, pues la misma vida es nada. Verdad es que aunque estas cosas por sí sean nada, pero cuando sirven á lo espiritual pueden ya llamarse algo; y por esta razon se pueden pedir con esta moderacion, poniéndolo todo en las manos de Dios, el cual sabe mejor lo que nos cumple que nosotros mismos. Porque muchas veces lo que segun nuestro juicio paresce provechoso, segun el de Dios, que todo lo ve, puede ser dañoso; y en este caso misericordiosamente nos niega lo que rigurosamente nos concederia. Y así dice Sant Augustin (*k*): Gran misericordia es que no reciba el hombre aquello de que ha de usar para su daño. Y por esto, si pide cosas tales, mas razon hay para temer no le dé Dios, estando airado, lo que provechosamente le negará, estando propicio. Y á este mismo propósito dice en otro lugar: El que fielmente hace oracion á Dios por las necesidades desta vida, misericordiosamente es oido; y misericordiosamente no es oido, porque lo que conviene al enfermo mejor lo sabe el médico que el enfermo.

Pidamos pues todas estas cosas temporales con condicion, remitiéndolas á la benignidad y providencia paternal de nuestro Señor; mas las otras pidamos sin condicion: entre las cuales la primera sea el perdon de nuestros pecados, y la segunda firmeza para nunca cometer cosa que sea pecado mortal, y la tercera pedirle en particular las virtudes mas principales que mas habemos menester, como son la caridad, la humildad, la castidad, la paciencia, la obediencia, la victoria de sí mismo, y así todas las otras cosas semejantes.

Entre las cuales tambien le pidamos la gracia del pedir (que es la virtud de la oracion), la cual es dádiva de Dios, como Sant Gregorio dice por estas palabras: Los sanctos varones, cuanto mas ardientemente se llegan á Dios, tanto mas reciben dél espíritu para pedirle lo que entienden que mas le agrada; y así dél mismo reciben el agua, y dél tambien reciben la sed. Lo cuarto, pida luego socorro para todos los estados de la Iglesia, y para sus padres, parientes, amigos, encomendados y bienhechores; y para todos los pobres, enfermos, encarcelados y necesitados; y para todos los infieles, y herejes, y malos cristianos; y para todos los hombres, así vivos como defunctos; porque esta es una oracion muy agradable á Dios, el cual, como sea tan grande amador de los hombres (como quien los crió y redimió) siempre quiere ser rogado por ellos. Por lo cual dice Sant Gregorio en los Morales: El que procura rogar á Dios por los otros, á sí mismo hace provecho con esto; y tanto mas presto meresce ser oido cuando ruega por sí, cuanto mas devotamente ruega por los otros. Y Sant Crisóstomo sobre Sant Mateo dice (*l*): La necesidad nos obliga á rogar por nosotros, mas por los otros la caridad. Pero entre estas dos oraciones, mas dulce es ante Dios la que procede de la caridad que la que nace de la necesidad.

(*f*) Isai. 1. (*g*) Exod. 28. (*h*) 4. Reg. 13. (*i*) D. Aug. sup. Ps. 42. in fin. tom. 8.

(*k*) Tract. 73. sup. Ioan. c. 14. tom. 9. et contra Petilianum, de Unitate Eccl. c. 19. t. 7. De Verbis Domini in Evan. Ioan. serm. 55. tom. 10. et super Ioan. tom 7. ubi supra.

§. VI.

De la sexta condicion de la oracion perfecta, y de la paciencia y perseverancia que en ella se ha de tener.

La última condicion sea la paciencia y perseverancia que debemos tener en la oracion, para no desmayar ni desistir de nuestra demanda, por mucho que nuestro Señor dilate el cumplimiento della (*m*). Antes conviene ser tan pertinaces (si decirse puede) en esta parte, que digamos con el sancto Iob (*n*): Aunque me mate esperaré en él. Esta condicion nos encomienda el Salvador en el Evangelio (*o*), el cual para esto trae la comparacion de un amigo, que á la media noche va á pedir á otro su amigo dos panes prestados para un huésped que le vino de fuera: como él se excusase, porque estaba ya acostado, con sus hijos y con su gente, todavía por la importunidad del que llamaba, se hubo de levantar y darle todo lo necesario. Donde concluye el Señor, que si perseveráremos llamando á las puertas de la divina misericordia, lo que no alcanzáremos por amistad, alcanzarémos por importunidad. Tanto puede la perseverancia con él.

Esta virtud nos es para la oracion muy necesaria, porque muchas veces el Señor dilata las mercedes que le pedimos, ó para probar nuestra fe (para ver si por tardarse aquello acometemos á buscar el remedio por ilicitos y malos caminos), ó para que mas conozcamos nuestra necesidad, ó para encender en nosotros mayor fervor de oracion con esta dilacion, ó porque así cumple para nuestro provecho, ó por otras causas que él entiende. Pues por esto es muy necesaria esta virtud en la oracion, para que conserve el fructo della, y la tentacion no nos quite tanto bien de entre las manos. Porque hay muchos que por un poco de tiempo se disponen á orar, y ponen grande eficacia en esto; y sufriendo en otras cosas mucho trabajo, no saben sufrir la dilacion de su deseo, y esto los hace desmayar y no ir adelante con su demanda. Y por esto conviene mucho que el hombre esté advertido de la condicion y estilo de nuestro Señor, el cual muchas veces aguarda á enviar el remedio en el postrer peligro, cuando ya del todo estaba perdida la esperanza de todo socorro humano; como le acaesció á Sancta Susanna (*p*), y á David cuando le tenia Saul en un monte cercado (*q*), y á la ciudad de Betulia cuando estaba el ejército de los asirios sobre ella (*r*). Otras veces le paresce al hombre que está Dios olvidado dél, que se le hace sordo y como dormido, segun que se figuró en el sueño del Salvador (*s*), cuando navegando con los discípulos en la navecica, se levantó aquella brava tormenta, no porque en Dios (en cuanto Dios) puede caber sueño, sino para significarnos esta manera de desamparo y olvido. Y aun otras veces pasa el negocio mas adelante, porque no solo paresce al hombre que está dormido, sino que está contra él airado, y que le tiene ya desamparado: como claramente se nos figura en la peticion de la Cananea, á la cual paresce que desechaba el Salvador de sí con las duras palabras que le respondia (*t*); y como aun mas claro lo representa David en todo aquel salmo que comienza (*v*): *Domine Deus salutis meæ*, donde el sancto Profeta nos propone grandes miedos, y temores, y desamparos de Dios; y con todo esto no solo no desistia de su oracion, mas ántes entónces la redoblaba, porque ántes clamaba de dia; mas en este tiempo juntaba la noche con el dia, diciendo: Señor Dios de mi salud, de dia estoy clamando, y de noche delante de vos. Lo cual ningun hombre mortal podria hacer, si no fuese porque el mismo Señor que espanta, llama; y el que desecha convida, y el que paresce que os hace huir os hace pedir, atemorizándoos por una parte y poniéndoos esperanza por otra.

Con esto tambien se junta que como las virtudes y dones que muchas veces pedimos á Dios sean de grandísimo y inestimable valor, quiere él con mucha razon que sean primero muy pedidos y muy deseados, para que así los sepa despues el hombre estimar, y guardar, y reconoscer, y agradescer, dando dignas gracias y alabanzas al dador de tales bienes.

Pues como por todas estas vias dilate muchas veces el Señor el cumplimiento de las peticiones de los suyos, de aquí nasce que paresciéndoles que los tiene como olvidados, le dan voces diciendo (*x*): Levántate, Señor; ¿por qué duermes? Levántate; no nos desampares perpetuamente. Y el profeta Habacuc comenzó su profecía con esta querella, diciendo (*y*): ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no me oirás? daré voces á tí viéndome perseguido, y no me responderás? Sobre las cuales palabras dice Sant Hierónimo: Así como el enfermo que arde con una calentura pide al médico que le de agua, dando voces, y diciendo que arde, y que muere, y que peresce de sed; mas el piadoso y prudente médico le puede muy bien responder: Yo sé muy bien el tiempo en que tengo de dar lo que pides, y por eso no uso agora desa misericordia contigo, porque esa misericordia es crueldad, y tu voluntad pide contra tí. Pues desta manera aquel Señor, que conosce muy bien el peso y la medida de sus misericordias, á veces no oye al que llama, para mejor probarle y provocarle mas á que llame; y desta manera, pasándole por esta fragua de trabajos, le hace mas justo y mas puro. Y por esta causa el profeta Hieremías decia que llamaba á las tribulaciones y miserias. Porque así como otros llaman á Dios para que los libre dellas, así este esforzado y nunca vencido caballero desafiaba y llamaba los trabajos y las miserias, para que por ellas quedase mas probado y mas purificado. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo sobre el primero capítulo del profeta Habacuc. Pues lo que este sancto varon deseaba para su provecho, eso mismo ordena la divina Providencia en la dilacion de nuestras peticiones para lo mesmo.

El remedio pues de todo esto es la perseverancia, y junto con ella la confianza en la bondad y misericordia de aquel Señor que, como dice el Apóstol (*z*), encamina todas las cosas para bien de sus escogidos, y como sabe lo que nos ha de dar, así tambien sabe el tiempo en que lo ha de dar. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio en los Morales (*a*): El Señor Todopoderoso entendiendo lo que nos cumple, hace que no oye las voces del que ora, por hacer lo que mas le conviene: para que la vida se purgue con la penitencia, y para que la quietud de la paz que en esta vida no se halla, se busque en la otra. Y en otro lugar del mesmo libro dice así: Muchas veces nues-

(*l*) Homil. 14. in imperfecto circ. princip. (*m*) D. Aug. in App. ser. 59. c. 15. De temp. 176. (*n*) Cap. 13. (*o*) Luc. 11. (*p*) Dan. 13. (*q*) 1. Reg. 23. (*r*) Judith 7. (*s*) Matt. 8. (*t*) Matt. 15. (*v*) Psal. 87.

(*x*) Psalm. 43. (*y*) Cap. 1. (*z*) Rom 8. (*a*) Lib. 14. Mor. cap. 18.

tra, oracion miéntras mas se dilata, mas se cumple; y cuando paresce que nuestras voces se desprecian, entónces nuestros deseos en la raiz de nuestro corazon mas se fortifican; como acontesce á las sementeras, las cuales cuanto mas se tardan en crescer con las heladas, tanto despues acuden con mayor esquilmo.

Esta es una manera de perseverancia en la oracion, la cual pide continuacion de muchos dias; otra hay que tambien es necesaria para durar por largo espacio la oracion, como la que tuvo nuestro Salvador en el Huerto, donde puesto en aquella tan grande agonía, hacia mas larga su oracion (*b*). Esta manera de perseverancia nos conviene mucho tener para durar en este ejercicio, y gozar de mayor fructo, y vencer el hastío de la prolijidad y trabajo del orar. Porque así como los que cavan algun pozo, miéntras mas ahondan en la tierra, mas jugo hallan en ella: así los que se ponen en oracion, miéntras mas entran en este ejercicio, suelen hallar mas jugo y mas provecho, por lo cual dijo el Sabio (*c*) que era mejor el fin de la oracion, que el principio. Porque en la oracion (como en todas las otras cosas) hay principio, y medio, y fin: en el principio communmente hay sequedad y guerra de pensamientos, en el medio calor y devocion, mas en el fin suele haber una grande quietud y suavidad. De suerte que así como el fuego que se comienza á encender en leña verde, no luego levanta la llama, sino poco á poco va labrando; de manera que cuanto mas va, mas se enciende, hasta que á cabo de una hora está ya del todo encendido: asi puedes tener por cierto que se va encendiendo poco á poco el fuego de la devocion, de tal manera que la que al principio estaba apagada, al medio está ya mas viva, y al fin del todo encendida. Y como el demonio sabe esto, trabaja cuanto puede por impedirnos este bien. Para lo cual (como dice Sant Basilio), finge mil maneras de causas y necesidades, para sacarnos con ellas de la oracion, tirando por nosotros con cuerdas de aparente razon. Mas nosotros (como gente avisada deste peligro) debemos estar apercebidos contra él, y perseverar en este ejercicio llamando á las puertas de la divina misericordia, no se ofresciendo por entónces alguna obligacion de justicia. Sant Hierónimo escribe de sí en una epístola á Eustoquio estas palabras (*d*): Acuérdome que una vez junté el dia con la noche, clamando en oracion, y no cesé de herirme los pechos, hasta que el Señor envió tranquilidad á mi ánima. Pues quien desta manera perseverare llamando, ¿qué no alcanzará de aquel que es un piélago de infinita bondad y misericordia?

Esto baste para entender las condiciones con que ha de ir acompañada la buena oracion. Y si te paresciere que es mucho lo que aquí te pedimos, pon los ojos en lo que prometemos, porque sin dubda el fructo desta virtud es tan grande, que ninguno lo podrá creer si no lo hubiere probado. Porque (dejados aparte otros argumentos) á muchas personas de mucha virtud y autoridad he oido, que acordándose del tiempo en que no sabían qué cosa era oracion, y del tiempo en que comenzaron á darse á ella, y viendo la disposicion que su corazon tenia entónces, y la que agora tiene, no acababan de alabar á Dios, y espantarse de ver las pasiones y tormentos que entónces padescian por cada nonada, y ver por otra parte la paz y quietud que agora tienen, aun en las grandes pérdidas de sus casas. Y así por esto, como por otras tales mudanzas que en sí veian, reconoscian la virtud, la omnipotencia y la bondad de Dios, con la cual por una manera maravillosa se confirmaban mas en la fe, y se inflammaban en la caridad, y se fortalescian mas en la esperanza. De donde viene á ser que cresciendo en estas virtudes (que son fuentes de todas las otras), crezcan mas en todas ellas, y así lleguen á estado de tan grande perfeccion.

(*b*) Matt. 26. Luc. 22. (*c*) Eccl. 7. (*d*) In Epist. de Virg. sev. post init.

CAPITULO III.

Del tiempo que ha de durar la oracion.

Despues de las condiciones de la oracion, síguese que digamos tambien del tiempo en que se ha de hacer (*a*). Esto pregunta Sant Basilio, y él mesmo responde á esta pregunta, diciendo que el tiempo de la oracion ha de ser la mesma vida. De manera que no le señala ciertos tiempos; porque quiere que comprehenda todos los tiempos, conformándose con la sentencia del Salvador, que dice (*b*): Conviene siempre orar, y no desfallescer; aunque esto no sea mandamiento, sino consejo que nos da. Lo cual cómo se haya de entender, ya en otra parte se declaró. Porque no se entiende esto como lo entenderá un matemático, sino como las cosas morales se deben entender, que es, con la mayor continuacion que nos sea posible, segun que nos lo permitieren las necesidades y ocupaciones desta vida. Entre las cuales no del todo falta tiempo ni aparejo para levantar el corazon á Dios, y andar siempre en su presencia; pues realmente él está en todo lugar presente, y ya dijimos que oracion es levantar nuestro corazon á Dios, lo cual en toda parte se puede hacer.

Esto nos declara y encomienda aquella embajada que trajo Moisen á los hijos de Israel de parte de Dios, bajando del monte Sinaí (*c*), en la cual en nombre del mismo Dios les dijo asi: Vosotros habeis visto las grandezas y maravillas que por vosotros hice en Egipto, y cómo os he traido hasta aquí sobre alas de águila. Pues si quisiéredes guardar mis mandamientos, seréis mi heredad y mi pueblo entre todos los pueblos de la tierra (porque mia es toda ella), y serme heis un reino sacerdotal, y gente sancta. Esta fué la embajada del Profeta. Pues ¿qué es (veamos) esto que Dios aquí promete y que pide, cuando dice que será reino sacerdotal y gente sancta? Ya sabemos que el oficio de los sacerdotes es orar y aplacar á Dios y ofrescerle sacrificios. Pues este queria Dios que fuese uno de los principales oficios y ocupaciones de aquel pueblo que él para sí habia escogido. De manera que todos queria que fuesen sacerdotes, no en el grado ó en la dignidad y ministerio sacerdotal, sino en la imitacion deste tan principal oficio sacerdotal, que es orar y honrar á Dios. Y en esto queria que se diferenciase este pueblo de todos los otros pueblos; porque los otros, como no tenian tal valedor y defensor como él, gastaban la vida en las guarniciones y provisiones de su república, como gente que vivia por su brazo; mas este, como no vivia principalmente por su brazo, sino por el de Dios, su principal intento habia de ser orar, servir y aplacar á Dios; porque haciendo ellos esto, él tomaria á su cargo la defension de los que en estos ejercicios se ocupasen. Por do paresce que las principales armas y municiones del pueblo cristiano son re-

(*a*) S. Tom. 2. 2. q. 83. art. 14. (*b*) Luc. 18. (*c*) Exod. 19.

ligion y oracion. Así lo confesó Joas, rey de Israel, aunque idólatra (de quien arriba hicimos mencion), el cual lastimado porque se le moria Eliseo, en quien tenia todas las esperanzas de sus victorias, dijo estas palabras (*d*): Padre mio, padre mio, carro de Israel, y gobernador dél; ó (como dice otra letra) carro de Israel, y caballero dél. Como si dijera (segun declara una glosa) tú eres nuestra defension y nuestro reparo, porque con tu oracion eres mas parte para defender este rëino, que todos los carros y caballos que hay en él. Este es pues el oficio que entónces Dios pedia, y este el galardon que prometia. Y si tales queria que fuesen los fieles de aquel tiempo, mucho mas ha de querer que lo sean los de agora, pues viven en estado de mayor perfeccion. Por lo cual no te debes maravillar que alargue tanto Sant Basilio los plazos de la oracion, señalándole por tiempo toda la vida; pues toda se ha de gobernar y proveer por ella.

Y comenzando á poner en plática el mismo Sancto esta doctrina, dice así: En amaneciendo el dia comencemos á hacer oracion, alabando con cantares y himnos espirituales al comun Criador de todas las cosas; y cuando el sol ya se extendiere por la tierra, comencemos á poner las manos en las obras que están á nuestro cargo; mas esto sea acompañándolas con himnos y oraciones, las cuales así como sal han de salar todos nuestros negocios y trabajos, para que así nos sean mas suaves.

Y en otro lugar, platicando esto mas en particular, dice así: En asentándote á la mesa, ora; y poniéndote el pan delante, da gracias al que te lo da; y socorriendo á la flaqueza del cuerpo con el uso del vino, acuérdate del don de Dios, que lo crió para alegría del corazon, y remedio de la flaqueza humana. Pasó la hora de la comida, no pase luego la memoria del que te dió de comer. Vistiéndote á la mañana, enciende tu corazon en amor de Dios, y cubriéndote con el manto, da gracias á aquel que para remedio del calor y del frio nos proveyó del vestido necesario, con el cual conserva nuestra vida y cubre nuestra desnudez. Acábase el dia, da gracias á aquel que nos dió el sol para ministro y ayudador de las obras del dia, y junto con él nos dió el fuego, y la luna y las estrellas para la noche, con otras muchas ayudas que sirven á las necesidades de la vida. Mas la noche que sucede te dará otros nuevos motivos para hacer oracion. Porque cuando levantares los ojos al cielo, y contemplares la hermosura de aquellas lumbreras que en él resplandescen, es razon que dés gracias al Criador de todas las cosas visibles, y que adores aquel artífice soberano que con tan gran sabiduría crió todas las cosas. Y cuando en este tiempo contemplares el silencio de la noche quieta, y el sueño reposado de todos los animales, torna otra vez á adorar aquel Señor que con el sueño nos repara de los trabajos del dia, y despues de reparados en breve, nos habilita para tornar de nuevo á trabajar. No pienses pues que la noche toda está diputada para solo dormir, ni es razon que tú consientas que la mitad de la vida te lleve el sueño inútil y desaprovechado, sino toma un pedazo para el sueño, y otro para la oracion. Hasta aquí son palabras de Sant Basilio, en las cuales puedes muy bien ver la grande devocion deste sancto monje y prelado. A cuyos ejercicios añade Sant Hierónimo, diciendo (*e*): Cuando saliéremos de casa, armémonos para los peligros de la oracion, y volviendo á casa, sea primero el orar que el descansar; de manera que no descanse primero el cuerpo, que el ánima reciba su mantenimiento.

Este ejercicio dice Sant Juan Clímaco (*f*) que era muy platicado entre aquellos sanctos monjes de su tiempo, los cuales trabajaban mucho porque en todo lugar, y tiempo, y nunca desviasen el corazon de Dios. Y para no faltar en esto (porque el corazon humano con su proprio peso se inclina á las cosas de la tierra) dice él que muchos de los que moraban en los monasterios, tenian concertado entre sí de avisarse y despertarse unos á otros á esto, con ciertas señales, cuando estuviesen en la mesa, ó se encontrasen por casa, ó se ayuntasen en communidad, ó en otros lugares semejantes. Pues ¿qué cosa mas dulce ni mas devota que esta? Entiende por aquí las diligencias y invenciones que buscan los que sirven á Dios con fervor de espíritu, para nunca olvidarse dél.

§. I.

Del tiempo que debe tomar para la oracion todo buen cristiano.

Pues tornando al propósito, este es el tiempo que Sant Basilio diputó para la oracion, y esto debe pretender el que de véras y de todo corazon se ha entregado al servicio de nuestro Señor; porque dado que no llegue á esta continuacion, todavía ménos alejado andará della mientra mas trabajare por ella. A lo ménos todo buen cristiano debia procurar de tomar cada dia tanto tiempo para darse á la oracion, cuanto bastase para traer su corazon devoto, y recogido, y esforzado para todo lo que hubiese de hacer. De manera que así como los hijos de Israel cogian tanto de aquel manná que Dios les enviaba en el desierto, cuanto bastaba para mantenimiento de aquel dia que lo cogian (*g*), así nosotros habíamos de procurar cada dia tanta devocion cuanta bastase para conservar la vida espiritual en aquel dia, sin desfallescer en los trabajos, ni desvarar en los pecados; porque lo que era el manná para la sustentacion de aquella vida, eso es la devocion y oracion para el reparo y conservacion desta; pues así como allí habia calor natural, que tenia necesidad del reparo de aquel mantenimiento, así acá hay otro calor pestilencial, así de la naturaleza corrupta como de la misma vida humana, que no ménos tiene necesidad deste reparo continuo. Lo cual declara y encomienda el bienaventurado Sant Gregorio en el Pastoral, por estas palabras: Porque nuestro corazon se derrama y enfría continuamente con el uso del hablar, y la conversacion y communicacion cuotidiana con los hombres hace aflojar la solicitud y circunspeccion que debíamos tener para las cosas de Dios, conviene mucho reparar continuamente esta falta con la meditacion de las palabras de la Escriptura divina. Y porque la compañía de los hombres del mundo nos lleva siempre á las costumbres de la vida vieja, conviene que el ejercicio de la compuncion nos renueve siempre el amor de la patria celestial. Y pues vemos que el desasosiego de las ocupaciones derriba cada dia nuestro corazon, conviene siempre trabajar por levantarlo con el estudio de la meditacion y oracion. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Pues conforme á esta doctrina debe el siervo de Dios

(*d*) 4. Reg. 13. (*e*) Tom. 1. Epist. ad Eustoch. de Virg. servanda, prope finem.

(*f*) Cap. 1. de la Obediencia. (*g*) Exod. 16.

entrar en cuenta consigo, y segun el estado de la vida que tiene, mirar el gasto ordinario de su consciencia, y conforme á esto proveer el recibo de tal manera, que todo lo que por una parte gasta la mala inclinacion de nuestra carne, restaure la devocion del espíritu; y lo que perdemos con la conversacion de los hombres, cobremos con la communicacion de Dios.

§. II.

De las horas mejores para la oracion.

Pues para esto hace mucho al caso tener entre noche y dia algunas horas señaladas, para que sin negocios podamos mas libre y enteramente vacar á Dios. Porque del espíritu y devocion que aquí se concibe, queda muchas veces tan tomado el corazon, y tan preso de la devocion, que siempre huelga de perseverar en lo mesmo, y abre de mala gana la puerta á lo que esto le puede impedir. De suerte que así como el cuerpo anda con fuerza y vigor con la virtud del mantenimiento que recibe una ó dos veces al dia, así lo anda tambien el hombre interior con la virtud deste pasto celestial.

Para lo cual señaladamente son muy encomendados dos tiempos: el de la mañana y el de la noche, como ya en otro lugar tratamos. Y así lo muestra con su ejemplo el profeta Isaías, cuando dice (*h*): Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana velaré á tí. Y el sancto rey David: Madrugaron, dice él (*i*), Señor, mis ojos por la mañana para meditar las palabras y misterios de vuestra ley. Y es cosa cierto mucho para notar, ver cómo un tan gran rey, sobre quien cargaban tan grandes negocios, así de paz como de guerra, que tuviese el corazon tan libre y tan desapegado de todas las cosas, que el primero y el mayor de todos sus cuidados fuese madrugar por la mañana, no solo á orar (que es cosa que se puede hacer brevemente), sino á meditar en las palabras y obras de Dios, que requiere mas largo espacio y sosiego de corazon. Y con ser tan graves los negocios de los reyes, y que tanto tiempo demandan, no por eso se excusaba el sancto Rey de tomar tanta parte del mejor tiempo del dia para vacar á Dios, y quitarla á los negocios, porque allí disponia y encaminaba mejor los mesmos negocios, tratándolos primero con Dios.

Mas para que la oracion de la mañana sea mas perfecta, hace mucho al caso la oracion de la noche, porque esta dispone para la de la mañana; porque como deja el corazon ocupado con sanctos pensamientos, queda como hecha la cama para estotra oracion, y así suele ser ella mas pura y mas devota. Para lo cual importa mucho acostarse el hombre con este cuidado, y cuando despertare de noche, despertar con él, y mucho mas á la mañana, donde es menester que el primer pensamiento sea de Dios, y que este ocupe la posada, y tome la posesion della, y cierre con presteza la puerta á todo otro pensamiento; porque en aquel tiempo está el ánima tan dispuesta y tan viva, que la primera cosa que se imprime en ella, de tal manera la prende, que es despues muy mala de echar de casa. Por lo cual dice Sant Augustin: Ni de dia ni de noche apartes tu corazon de Dios, y en despidiendo el sueño de los ojos, luego tu sentido vele en la oracion. Y el fructo deste trabajo es tan grande, que ordinariamente trae el hombre la vida concertada todo el dia, cuando perfectamente cumplió con la oracion de la mañana. Y así escribe Sant Juan Clímaco que uno de aquellos sanctos padres del yermo le habia dicho que en la oracion de la mañana veia todo el curso del dia, porque segun le iba en aquella oracion, así le solia succeder todo lo demas en el mismo dia.

(*h*) Isai. 26. (*i*) Psalm. 118.

CAPITULO IV.

De dos maneras de oracion, vocal y mental.

Resta agora decir que hay dos maneras de oracion, una que se hace con solo el corazon (por eso se llama mental), y es cuando pensamos atentamente en las cosas de Dios, y representamos nuestras necesidades á aquel Señor, á quien no es ménos claro lenguaje el del corazon que el de la lengua; de cuya materia hablarémos en el tratado siguiente, porque de lo demas ya en otro libro se trató. Otra manera de oracion hay que á la voz del corazon añade las palabras de la boca, que es la que llaman vocal. La cual es en gran manera provechosa para todo género de personas, y mucho mas para los que comienzan, si se hace con aquella atencion y devocion que se debe hacer. Porque la devocion tiene aquí grandes despertadores en las palabras de Dios, que suelen ser unas espirituales saetas que hieren el corazon, como dice Sant Augustin (*a*), y unas espirituales brasas que lo encienden en su amor, como dice Hieremias (*b*). Y así los que por falta de saber no tienen materia de meditacion, ó por falta de devocion no tienen lengua para hablar con Dios, vanse en pos destas sentencias y palabras divinas, y por aquí guian y levantan su espíritu: como hacen los niños, que cuando no saben por sí andar, se arriman á unas carretillas hechas artificiosamente para esto, y así se mueven al movimiento dellas los que por sí solos no se pudieran mover. Pues desta manera los que no saben aun hablar con Dios con palabras proprias, háblanle con las ajenas, con las cuales tambien provocan y despiertan su devocion. Y cuando los negocios y cuidados desta vida mortal, como pesas de plomo, tiran por nuestro corazon y lo abajan á la tierra, entónces las palabras sanctas y devotas lo levantan al cielo; porque la licion dellas prende el entendimiento, y así no le dejan por entónces distraer ni derramarse en otras cosas extrañas.

Y no solo para los principiantes, sino tambien para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oracion, cuando por distraimiento de negocios, ó trabajo de caminos, ó fatiga de enfermedades, no pueden tan fácilmente levantar el espíritu á Dios; porque entónces es gran remedio ir poco á poco despertando y encendiendo la devocion con palabras sanctas y devotas. Conforme á lo cual leemos del bienaventurado Sant Augustin, que diez dias ántes que muriese mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales, y los pusiesen en una pared enfrente dél, y allí los estaba leyendo, derramando muchas lágrimas cuando los leia. Y con este mismo intento la sancta madre Iglesia, llena del Espíritu Sancto, ordenó los cantares de los Salmos y de los otros oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devocion de los que oran. Donde no solo la virtud y sentido de las palabras, sino tambien la suavidad y melodía de las voces penetra el corazon y despierta la de-

(*a*) Libr. 9. Confess. c. 1. (*b*) Thren. 1.

vocion; como leemos del mismo Sant Augustin (c), el cual derramaba muchas lágrimas, y sentia grande dulzura oyendo los cantares y himnos de las voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban. Porque (como dice un filósofo) naturalmente es tan deleitable la música á nuestra ánima, que hasta los niños en la cuna se adormecen y callan con la suavidad de las voces de las madres que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras sanctas y devotas ayudan á despertar la devocion cuando está dormida, así despues que está ya despierta y encendida, muchas veces la podrian impedir. Porque cuando el ánima se levanta y suspende en algun grande afecto y sentimiento de amor ó temor de Dios, ó de la admiracion de sus obras, entónces queria ella estarse queda, y no salir de allí (donde el Espíritu Sancto le da aquel sentimiento), y pensar ó hablar en otra cosa le es grande trabajo. Y cuanto mas aquí se juntan las fuerzas del ánima á gozar desta fiesta que Dios le hace, tanto queda mas envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para ménos poder usar de sus oficios, ni acudir á otra cosa.

Pues cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposicion, y sintiere que la pronunciacion de las palabras le es algun impedimento de su devocion, debe dejar luego las palabras, como dice Sancto Tomás en la 2. 2. q. 83. (d), porque no es razon que lo que se ordenó para la devocion, milite contra esa mesma devocion para la cual se ordenó. Por do paresce que no aciertan algunas personas devotas, que rezando algunas oraciones por sus libros ó por sus cuentas, y dándoles nuestro Señor alguna señalada devocion y sentimiento en ellas, y viendo que entónces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dió, todavía prosiguen su intento, no mirando que esto es huir lo que buscan, y desechar lo que ya tenian; pues nos consta que todo esto se ordenó á la devocion, y que las palabras devotas tanto tienen de mas ó ménos provecho, cuanto mas ó ménos sirven para este propósito. Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas, que se ordenaron para edificacion del pueblo, ni en aquellas á que el hombre está obligado por razon de algun voto ó de otro vínculo semejante, sino en las que él toma por su voluntad para despertar con ellas su devocion.

Y porque (regularmente hablando) al principio de la oracion está el hombre frio, y al medio y fin mas encendido (como arriba declaramos), por tanto es muy buen consejo (cuando así se hallare, que es siempre ó casi siempre) que comience por la oracion vocal, y acabe en la mental, rezando primero por el libro, ó de coro, las oraciones que para esto tuviere señaladas, y despues cuando ya la devocion se comenzare á encender, proceda á la otra manera de orar, pensando ó en algun paso de la vida de Cristo, ó en algunos de sus beneficios, etc., ó hablando con él, ó dándole gracias por los beneficios, ó pidiéndole nuevas mercedes, segun que adelante se declara. Este aviso es muy importante para los que no tienen tan fáciles las entradas á la devocion.

Esto baste para preámbulo deste tratado, en el cual se ponen diversas oraciones para diversos tiempos y propósitos, y para pedir al Señor diversas virtudes, como por ellas se verá. Y señaladamente se ponen catorce oraciones, entre las cuales las siete contienen summariamente los principales pasos y misterios de la vida de Cristo; las otras siete son ejercicios y obras de algunas altísimas virtudes, que tienen por oficio amar, temer y esperar en Dios, y darle gracias por sus beneficios, y alabar sus perfecciones. Las cuales oraciones puede el que tuviere tiempo repartir por los dias de la semana, para que se despierte mas la devocion, y se sienta ménos el hastío de repetir cada dia una misma cosa.

Al cabo de todos estos preámbulos torno á repetir que trabaje el que ora por acompañar su oracion con aquellas condiciones que arriba señalamos, si quiere gozar de los frúctos tan señalados que desta virtud se predica. Porque los que así no lo hacen, muy poco fructo ó ninguno sacarán de su oracion. Por la cual causa vemos el dia de hoy muchos grandes rezadores, los cuales están tan llenos de sus pasiones, y cobdicias, y vanidades, y pundonores, como los que nunca supieron en su vida qué cosa era rezar, por no acompañar su oracion con estas partes susodichas, de lo cual no tiene culpa la oracion, sino la negligencia de los que no usan bien della: lo cual se debe mucho de mirar.

CAPITULO V.

Siguense unas siete muy devotas oraciones, en las cuales brevemente se comprehenden todos los principales misterios de la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Salvador: que son todos los pasos de su vida y de su muerte sanctísima; los cuales podrá cada uno repartir por los dias de la semana, rezando cada un dia la suya, y procurando sentir y considerar atenta y sosegadamente lo que cada uno destos misterios representa.

ORACION PRIMERA DE LA VIDA DE CRISTO.

Gracias te doy, dulce Jesu, que por mí tuviste por bien descender de tu casa real, y del altísimo seno del Padre á este valle de miserias (a), y tomar carne humana en el castísimo vientre de la sacratísima Vírgen tu Madre (b). Ruégote, Señor, quieras aparejar mi corazon para tu morada; y para esto le atavíes y adornes de virtudes, para que tú solo perpetuamente mores en él. ¡Oh si él fuese tal que meresciese yo convidarte á él humilmente, y recibirte en él amorosamente, y tenerte en él perseverantemente! ¡Oh si con tan fuertes brazos de amor te abrazase, que nunca jamas ni con la aficion ni con el pensamiento me desviase de tí!

Gracias te doy, dulce Jesu, que quisiste que la sanctísima Vírgen, habiéndote concebido, fuese á visitar á Elisabet su parienta (c), para que la saludase y sirviese en su preñez. En cuyas limpísimas entrañas no te desdeñaste estar escondido por espacio de nueve meses. Dame gracia de verdadera humildad, é imprímela en lo mas íntimo de mi corazon, para que con ella me halles siempre aparejado para las cosas de tu servicio. Haz, Señor, que mi corazon tenga siempre hastío de las cosas mundanas, y esté siempre hambriento y cobdicioso de tenerte dentro de sí por morador y poseedor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesu, á quien la Vírgen sacratísima parió sin dolor y sin menoscabo de su virginal pureza (d), y poniéndote como á pobre y pasible en un pesebre, humilmente te adoró y reverenció. Plega á tu misericordia que continuamente nazcas dentro de mí

(c) Lib. 9. Confes. c. 6. et. lib. 10. c. 33. (d) Art. 12.

(a) Joan. 1. (b) Luc. 1. (c) Luc. 1. (d) Luc. 2.

por nuevo fervor de caridad; y plégate, Señor, de ser de mi corazon único deseo, única suavidad y única esperanza. ¡Oh si á tí solo buscase, en tí solo siempre pensase, y á tí solo amase con ardentísimo amor!

Gracia te doy, dulce Jesu, que no rehusaste, nasciendo en el rigor del frio, ser envuelto en pobres pañales, y mamar leche á los pechos de tu Madre, como niño de teta (*e*). Dame, Señor, que sea yo siempre delante de tí verdadero niño, y humilde y verdadero pobre de espíritu. Dame que por tu nombre sufra de buena gana cualesquier cosas ásperas y trabajosas, y que ninguna cosa en este mundo ame sino en tí, y ninguna quiera poseer fuera de tí.

Gracias te doy, dulce Jesu, que siendo recien nascido, fuiste con alegres cantares alabado de los ángeles (*f*), á quien los pastores devotamente buscaron y adoraron con grande admiracion y alegría. Concédeme, Señor, que en tus loores persevere yo alegremente, y te busque con los pastores diligentemente, y buscando, te halle y posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesu, que en el dia octavo quisiste (segun la general costumbre de los otros niños) ser circuncidado (*g*), y siendo aun tiernecico derramar sangre, y para nuestro maravilloso consuelo llamarte Jesus. Plégate, Señor, tenerme señalado y contado en el número de los tuyos, y circuncidar de mi ánima todos los excesos y demasías: esto es, todas las malas palabras, obras y pensamientos desvariados. Tú, Señor, te llamas Jesus, que quiere decir Salvador; porque á tí solo conviene dar salud. Pídote pues, Señor, que la memoria deste suavísimo nombre despida de mí toda desordenada pusilanimidad y flaqueza, y me dé firme confianza de tu misericordia, y me defienda de todas las persecuciones y asechanzas del enemigo.

Gracias te doy, dulce Jesu, á quien los magos (buscándote con entrañable devocion y fe) hallaron por la guia de una resplandesciente estrella (*h*), y derribados ante tí, te ofrescieron oro, incienso y mirra. Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazon, y dentro dél te adore en espíritu y en verdad; y con ellos te presente oro de resplandesciente caridad, incienso de devocion, y mirra de perfecta mortificacion, y finalmente que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu sancta voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesu, que por darnos ejemplo de obediencia y humildad, quisiste por nosotros subjectarte á la ley, y ser llevado al templo en los brazos de tu sanctísima Madre, y que por tí se ofresciese ofrenda de pobres (*i*). Donde el justo Simeon, y la profetisa Anna alegrándose con tu presencia, dieron magníficos testimónios de tu gloria (*k*). ¡Oh si nunca tocase en mi corazon ni un solo punto de vanidad! Oh si de mí se desterrase muy léjos toda manera de presumpcion, y muriese en mí todo apetito de favor, y todo el amor desordenado de mí mesmo. Concédeme, Señor, que huya yo todo loor humano, y que á todos los hombres por tí me subjecte, y á todos obedezca de buena voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesu, Niño chiquito, que con tu tierna Madre luego fuiste perseguido, y no te desdeñaste de huir y ser desterrado en Egipto (*l*). Concédeme que en todas las tempestades de mis persecuciones, y en todas mis tribulaciones y tentaciones, á tí solo me acoja, á tí solo busque, á tí solo llame, y cuanto de tu mano me viniere, alegremente lo reciba y con manso corazon lo sufra, dándote siempre gracias por todo lo que de mí quisieres hacer.

Gracias te doy, dulce Jesu, á quien tu piadosa Madre, cuando te quedaste en el templo, con grande tristeza anduvo buscando tres dias, y despues dellos con summa alegría te halló en medio de los doctores oyéndolos y preguntándoles muy sabiamente (*m*). ¡Oh si de tal manera te me dieses, así te me communicases, que nunca mas de tí me desviases ni desamparases! Sacude, Señor, de mi corazon toda pereza; destierra dél toda tibieza, que á tí es muy desagradable, y danie perfecta devocion y ardiente sed de tu justicia, la cual de tal manera posea mi corazon y todo cuanto está dentro de mí, que nunca jamas me harte ni me canse de servirte. *Pater noster. Ave Maria.*

(*e*) Luc. 2. (*f*) Luc. 2. (*g*) Luc. 2. (*h*) Mat. 2. (*i*) Luc. 2. (*k*) Luc. 2. (*l*) Matt. 2.

SEGUNDA ORACION Á JESU.

Gracias te doy, dulce Jesu, que entrando en el rio Jordan, quisiste ser baptizado por la mano de tu siervo Sant Joan (*n*). Ten por bien, Señor, de purificarme en esta vida por tus merescimientos, y limpiarme de mis vicios, y embriagarme con tu amor y con el deseo de la patria celestial. Ten por bien, ántes que mi ánima salga desta carne, hacerme tal, cual tú quieres que sea, para que partiendo desta peregrinacion y destierro, luego me junte contigo, donde te vea y goce en aquella bienaventurada eternidad que para siempre permanesce.

Gracias te doy, dulce Jesu, que morando en el desierto, ántes de la predicacion del Evangelio, entre los animales fieros, y perseverando cuarenta dias y cuarenta noches en ayunos, y velando á la continua en gemidos y oraciones, permitiste ser tentado de Satanas (*o*), y despues de la victoria fuiste festejado y servido de los ángeles. Dame que con tu gracia castigue yo y subjecte todas mis aficiones viciosas, y con tu perseverancia me ocupe en ayunos, vigilias, oraciones, y en todos los otros espirituales ejercicios; y especialmente me concede que con el socorro de tu gracia sea yo librado del vicio de la gula, y de todos los otros lazos y celadas del enemigo. Ninguna tentacion me ensucie, ninguna me aparte de tí; mas ántes todas ellas me sean ocasion de acudir siempre á tí, y de juntarme y abrazarme contigo.

Gracias te doy, dulce Jesu, que por mí fuiste afligido en este mundo con muchas penas y necesidades: con frio, con calor, con sed y con hambre, con cansancios y con sudores, con caminos y con vigilias, con persecuciones y contradicciones de muchas maneras. Dame, Señor, que todas las adversidades reciba yo alegremente como dadas de tu mano, y con paciente corazon las sufra por tu amor, y en cualquier placer ó pesar, y en cualquier desastre y acaescimiento, persevere yo en tí sin moverme, procurando siempre que se haga tu voluntad y no la mia.

Gracias te doy, dulce Jesu, que sufriste muchos trabajos, buscando como verdadero pastor y salvador del mundo la conversion de las ánimas, desvelándote en oraciones, fatigándote en caminos, publicando la doctrina celestial, discurriendo de tierra en tierra, de ciu-

(*m*) Luc. 2. (*n*) Matt. 3. (*o*) Mat. 3. Marc. 1.

dad en ciudad, de aldea en aldea, de castillo en castillo. Dame, Señor, gracia para que nunca jamas emperece en las cosas de tu servicio; mas ántes esté siempre presto y lijero para todo lo bueno. Dame que con ardentísima sed cobdicie la salud de todos, y (cuanto en mí fuere) la procure, y siempre en todo lugar tenga celo de tu honra y en ella me emplee todo.

Gracias te doy, dulce Jesu, que conversando con los hombres, quisiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazon lleno de aficion piadosa con todos, y de sancta compasion para que me compadezca de las aflicciones de todos, y sienta las miserias ajenas como las mias proprias, y sufra con igual corazon las imperfecciones de todos, y socorra alegremente cuanto pudiere á sus necesidades. Limpia, Señor, y sana mi ánima perfectamente de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma, para que curada de todos estos males, y suelta ya destos impedimentos, se levante libremente á lo alto y no descanse hasta que por amor purísimo merezca llegar á tus divinos abrazos.

Gracias te doy, dulce Jesu, que por mí padesciste muchas injurias, blasfemias, denuestos, calumnias y persecuciones de aquellos mesmos á quien hacias tan grandes bienes. Dame corazon verdaderamente innocente y simple para que puramente ame á mis enemigos, y me duela dellos en mis entrañas, y dentro de mí los excuse, para que dando bien por mal, sea imitador de tu perfecta caridad y paciencia.

Gracias te doy, dulce Jesu, que viniendo á Hierusalen manso y humilde, sentado sobre una asna (*p*), y cantando los que solemnemente te recibieron gloriosos loores, tú derramaste dolorosas lágrimas, sintiendo la destruicion de aquella ciudad, y la perdicion de tantas ánimas (*q*). Concédeme, Señor, entrañable conocimiento de mí mesmo, para que vea claramente mi indignidad, y así profundísimamente me humille y desprecie en mis proprios ojos. ¡Oh si nunca me deleitasen los favores y alabanzas de los hombres, mas entendiese siempre en llorar mis pecados! Oh si los daños ajenos tuviese por mios, y por los pecados ajenos llorase como por los mios proprios! *Pater noster. Ave Maria.*

TERCERA ORACION Á JESU.

Gracias te doy, dulce Jesu, que para dar fin á la ley comiste el cordero pascual en Hierusalem con tus discípulos (*r*), y dándoles ejemplo de inefable humildad y amor, lavaste sus piés hincado de rodillas, y los limpiaste con la tohalla que tenias ceñida (*s*). Plégate, Señor, que este ejemplo penetre mi corazon, y derribe cualquiera presumpcion y soberbia que haya en él. Dame, Señor, humildad profundísima, con la cual sin alguna alteracion huelgue yo de subjectarme á todos. Dame perfecta obediencia, con que guarde enteramente tus mandamientos y los de aquellos que nos gobiernan y mandan en tu nombre. Dame caridad ferventísima, con la cual puramente ame á tí y á todos los hombres por amor de tí.

Gracias te doy, dulce Jesu, que con altísima caridad instituiste el sacramento de tu cuerpo y sangre (*t*), y con liberalidad espantosa te nos diste por manjar, y quedaste desta manera corporalmente con nosotros hasta la fin del mundo. Despierta (yo te suplico, Señor,) dentro de mí deseos vivos, y una encendida hambre deste venerable sacramento. Dame que con casto amor, con profunda humildad, con pureza de corazon me allegue á recibirte en esta mesa de vida; y tanta sed tenga de tí mi ánima, y tanto esté llagada de tu amor, que despues en tu reino merezca gozar de tus eternos deleites, para honra y gloria de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesu, que queriendo partir deste mundo, amonestaste y consolaste á tus discípulos con palabras llenas de inefable amor (*v*); y con oracion no ménos encendida los encomendaste al Padre, declarando manifiestamente con cuán tiernas entrañas amabas á ellos, y á todos los que por su doctrina habiamos de creer en tí. Haz que mi corazon tome sabor en tus palabras, y siempre las halle dulces mas que la miel y el panar. Infunde, Señor, en mi pecho el espíritu de aquella tu abrasada amonestacion, para que todo yo sea transformado con ellas en tu amor. Enderézame, Dios mio, en todas las cosas, para que en mí y por mí se haga siempre tu sancta voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesu, que cuando se acercó tu pasion comenzaste á espantarte, y congojarte, y tener tristeza (*x*); significando en tí la flaqueza natural de tus espirituales miembros, para consolarlos y esforzarlos con esta ternura cuando ellos temiesen ó esperasen la muerte. Defiéndeme, Señor, por este trabajo tuyo, así de la viciosa tristeza como de la vana alegría. Dame que todas las penas y tristezas que hasta agora he tenido y adelante tendré, se enderecen á gloria de tu sancto nombre, y al perdon de mis pecados. Aparta de mi toda desconfianza y toda desordenada pusilanimidad y tristeza, y sustenta siempre mi espíritu contigo.

Gracias te doy, dulce Jesu, que derribado en tierra hiciste oracion al Padre y te ofresciste todo á su disposicion diciendo que en todo se cumpliese su voluntad y no la tuya (*y*). Dame que en todas mis necesidades á tí me socorra por oracion, y todo me entregue á tu providencia, sin eleccion de mi propria voluntad ni de algun interese proprio. Nunca huya las adversidades, ni por ellas vuelva atras del bien comenzado; mas todas las cosas reciba con ánimo sosegado, como dadas de tu mano piadosa, y todas las sufra por tu amor con corazon manso y humilde.

Gracias te doy, dulce Jesu, que consentiste ser llevado con gente armada, atado como ladron y malhechor, á casa de Annas, y parescer en juicio delante dél (*z*). ¡Oh maravillosa mansedumbre de mi Redemptor! Siendo preso, siendo maltratado, siendo atado, no te quejas, no murmuras, no resistes; mas callando sigues los pasos de los que te llevan, obedeces á los que te mandan, y sufres con summa paciencia á los que te atormentan. Haz, Señor mio, que los ejemplos de tantas y tan excelentes virtudes resplandezcan en mí para gloria y honra de tu sanctísimo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesu, Rey del cielo y de la tierra, que estando ante el soberbio pontífice como un hombre bajo y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dió en la cara (*a*). Refrena, Señor, en mí todos los ímpetus de ira y braveza, mortifica todas las repuntas de indignacion y rencor,

(*p*) Matt. 21. (*q*) Luc. 19. (*r*) Matt. 26 (*s*) Joan. 13.
(*t*) Luc. 2. Joan. 6. 1. Cor. 11.

(*v*) Joan. 13. usque ad 17. (*x*) Luc. 22. Matt. 14. (*y*) Mat. 26.
(*z*) Joan. 18. (*a*) Joan. 18.

y apaga todas las centellas de cobdicia y de venganza, para que siendo yo injuriado, no por eso me turbe ni altere, mas sufriéndolo todo mansamente, haga bien á todos los que mal me hicieren por tí. *Pater noster. Ave Maria.*

CUARTA ORACION Á JESU.

Gracias te doy, dulce Jesu, porque en aquella noche fuiste (*b*) por mí escarnescido y acosado de tus enemigos, y herido con bofetadas y puñadas, y con diversas maneras de injurias y baldones deshonrado. Bien sabes, Señor mio, cuán duro me es sufrir aun cosas muy pequeñas. Bien sabes que ninguna virtud tengo; que mi voluntad es perezosa y frios todos mis buenos deseos. Ayuda, Señor, misericordiosamente mi flaqueza, y dame gracia para que ningun ímpetu de adversidad me espante ni me derribe. Dame que no desmaye con los males que me sobrevinieren, ni me altere por las injurias que me hicieren; mas dando gracias en todas las cosas, todo lo refiera á gloria y honra de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesu, que estando en la audiencia de Pilato, callabas á todas las falsas acusaciones y deshonras que te hacian (*c*), como manso cordero que no abre su boca, ni resiste á los que le tresquilan (*d*). Concédeme, Señor, que no me turben las murmuraciones é infamias que de mí se dijeren; mas callando venza á todos los que me hacen injurias. Dame gracia de perfecta humildad, por la cual ni cobdicie ser loado, ni tema ser infamado por tu amor.

Gracias te doy, dulce Jesu, que con grande abatimiento, y con grande ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad á Heródes, del juzgado de Pilato (*e*). Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos, ni me embravezcan sus injurias, ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y callando pase por todo: para que conforme á la ley de tus sanctos mandamientos en mi paciencia posea mi ánima.

Gracias te doy, dulce Jesu, que preguntado por Heródes por muchas palabras, y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, á ninguna cosa respondiste (*f*), sino todo lo venciste callando. Dame, Señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas, ni perder tiempo en fábulas ociosas; mas concédeme que siempre hable lo que es justo, y honesto, y provechoso segun tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio de maldecir, y dame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesu, que siendo comparado con el famoso ladron Barrabas, fuiste juzgado por mas malo y ménos digno de la vida (*g*), y así fué perdonado el homicida, y tú, autor de la vida, condenado á muerte. ¡Oh Rey de gloria! ¿Adónde, Señor mio, pudiste inclinar mas la alteza de tu Majestad? Bien paresce, Señor, que tú eres aquella piedra viva que reprobaron los hombres, y escogió Dios para sí (*h*). ¡Oh si ninguna cosa yo antepusiese á tí, y por ninguna te trocase, mas todas las cosas tuviese por basura en comparacion de tí! Concédeme, Señor, que el veneno de la invidia nunca inficione mi ánima, sino que en tí solo repose, y en tí solo halle toda mi salud.

(*b*) Matt. 26. Joan. 18. (*c*) Matt. 27. (*d*) Esai 53. (*e*) Lucæ 23. (*f*) Lucæ 23. (*g*) Joan. 19. (*h*) Psal. 117. Matt. 21.

Gracias te doy, dulce Jesu, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne, y atarla á una columna, y allí ser azotada con terribles azotes (*i*), para que con tus heridas sanases las nuestras (*k*). Desnuda, Señor, mi corazon de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras (*l*), y vísteme del nuevo, que á semejanza tuya es criado en justicia y verdadera sanctidad, y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal correccion.

Gracias te doy, dulce Jesu, á quien despues de tantos azotes recibidos y tanta sangre derramada, injuriaron con diversas maneras de baldones y vituperios; porque para mayor deshonra te vistieron una ropa colorada, y apretaron á tu divina cabeza una corona de espinas, y pusieron en tu mano una caña en lugar de esceptro, é hincando fingidamente las rodillas delante de tí, te saludaban diciendo (*m*): Dios te salve, rey de los judíos. Enclava, Señor, en mi corazon la continua memoria deste paso doloroso, y hiérelo con las saetas agudas de tu ardentísima caridad. Dame que á tí solo ame, en tí solo piense, y en tí solo seguramente repose, y ninguna tribulacion, ninguna angustia, ninguna persecucion me aparte de tí, ni tenga yo por mengua ser amenguado y despreciado contigo.

Gracias te doy, dulce Jesu, que demas de los otros denuestos é injurias que por mí sufriste, quisiste llevar la cruz hasta el monte Calvario con mucho trabajo y fatiga de tu cuerpo y de tus hombros muy quebrantados (*n*). Dame, Señor, que con esforzado y devoto corazon abrace yo tu cruz, negando á mí mesmo; y imitando con ferviente caridad los ejemplos de tus virtudes, merezca humilmente seguirte hasta la muerte.

Gracias te doy, dulce Jesu, que en aquel tristísimo camino (cuando ibas á ser crucificado) benignamente amonestaste á las mujeres que te lloraban, que por sí mesmas y por sus hijos, y no por tí, llorasen (*o*). Dame, Señor, lágrimas de piadosa compasion y de sancto amor, que derritan la dureza de mi corazon, y le hagan gracioso delante de tí. Concédeme tambien que encendido con tu ardentísimo amor, todas las cosas por tí me dén en rostro, á tí solo ame, y en tí solo descanse en los siglos de los siglos. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

QUINTA ORACION Á JESU

Gracias te doy, dulce Jesu, que fatigados los hombros con el peso de la cruz, llegaste cansado al lugar del sacrificio (*p*), donde estando sediento y afligido, te dieron á beber vinagre mezclado con hiel (*q*). ¡Oh si con esto matases en mí el regalo de la gula, y los deleites de la carne, y hicieses que en ningun tiempo consintiese á ninguna fea delectacion! Dame pues, Señor, aquella honestísima y muy necesaria virtud de la templanza en comer y beber, para que refrenados todos los desordenados apetitos de la gula de tí solo tenga hambre y sed, y en tí solo sean todos mis deleites.

Gracias te doy, dulce Jesu, que en los ojos de todo el pueblo consentiste que te desnudasen (*r*), donde al quitar de las vestiduras al redropelo se renovaron tus llagas, y tornó á manar sangre dellas, y á renovarse tus dolores. Concédeme, Dios mio, verdadero amor de la

(*i*) Joan. 19. (*k*) Colos. 3. (*l*) Ephes. 4. (*m*) Joan. 19. (*n*) Joan. 19. (*o*) Luc. 23. (*p*) Matt. 27. (*q*) Marc. 15. (*r*) Joan. 19.

pobreza, y dame gracia para que nunca me entristezca por cosa que me falte. Dame paciente sufrimiento de las necesidades y males desta vida, desnuda mi corazon de todas imaginaciones y aficiones terrenas, y renueva cada dia en mi deseos vivos de tu sancto amor.

Gracias te doy, dulce Jesu, que no rehusaste ser estirado cruelmente en el madero, y ser desconyuntadas las junturas de tus sacratísimos miembros, y ser traspasados con agudos clavos, y afijados en la mesma cruz (*s*). Concédeme, Señor, que con ánima fiel y agradescida tenga yo siempre memoria desta tu ardentísima caridad, con la cual tan benignamente extendiste tus brazos y abriste tus manos para que fuesen enclavadas, y entregaste tus piés para que fuesen barrenados. Ea pues, Señor, ensancha mi corazon con perfecta caridad, traspasa y enclava con el mesmo clavo de tu amor todos mis sentidos, y cierra dentro de tí solo todos mis pensamientos y deseos.

Gracias te doy, dulce Jesu, que tres horas estuviste colgado padesciendo en el afrentoso madero de la cruz; y derramando copiosamente tu sangre, sentiste gravísimo dolor en todos tus miembros (*t*). Cuelga, Señor, dese mesmo madero esta miserable ánima que yace en la tierra, y límpiala de la suciedad de sus pecados y apetitos con los arroyos desa sangre. ¡Oh sangre dadora de salud y de vida! Ten por bien, Señor, ten por bien lavarme con esa sangre, y purificarme, y sanctificarme con ese precioso licuor. Ten por bien, Señor, ofrescerla á tu Padre para perfecta satisfaccion y remedio de todos mis males. Suplícote que con aficionadísimo amor merezca yo beber con mi corazon, y lamer con la lengua de mi ánima las preciosísimas gotas desa sangre divina, y aquí guste yo cuán suave es tu espíritu, y cuán dulce este precioso licuor.

Gracias te doy, dulce Jesu, que por mí quisiste ser puesto en medio de dos ladrones, y tenido por uno dellos (*v*), para que con tu increible humildad y paciencia curases nuestra impaciencia y soberbia, y del todo la destruyeses. Levanta, Señor, mi espíritu á lo alto, para que dende allí desprecie todas las cosas que en este mundo se ven, y en tí solo ponga mis ojos, á tí solo ame, en tí solo piense, por tí solo suspire, de tí hable, á tí sueñe, á tí sepa, y en tí me deleite, y fuera de tí no quiera tener contentamiento alguno.

Gracias te doy, dulce Jesu, que (*x*) tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mesmos que te crucificaron hiciste oracion (*y*), diciendo: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Dame, Señor, gracia de verdadera paciencia y mansedumbre, con la cual (conforme á tu ejemplo y mandamiento) ame yo á mis enemigos, y haga bien á los que me hicieren mal, y humilmente te suplique por ellos, y los perdone de corazon.

Gracias te doy, dulce Jesu, á quien escarnescieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias, cuando tú sufrias intolerables dolores y angustias en la cruz (*z*). Dame, Señor, que acordándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes, y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningun impetu de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningun torbellino de injurias me desvíe del buen propósito comenzado: ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni alguna otra criatura me aparte de tí (*a*).

Gracias te doy, dulce Jesu, que sufriste á uno de los dos ladrones que te escarnesciese; y al otro que confesó su injusticia, y con piadosa fe predicó tu innocencia, prometiste la gloria del paraíso (*b*). ¡Oh quién fuese tan dichoso que meresciese ser mirado con aquellos misericordiosos ojos con que miraste este dichoso ladron, para que ayudándome tu gracia, viviese vida tan innocente, que en el término de la vida meresciese oir de tí esa tan dulce palabra: ¡Hoy serás conmigo en el paraíso! *Pater noster. Ave Maria.*

SEXTA ORACION Á JESU.

Gracias te doy, dulce Jesu, que viendo dende la cruz á tu dulcísima Madre llena de dolor y de lágrimas, compadesciéndose tu corazon de su angustia, la encomendaste á tu discípulo Sant Joan (*c*), y luego á ella encomendaste al mesmo discípulo, y en él á todos nosotros. Pues concédeme que yo ame y honre á esta Señora con ardentísimo amor, para que teniéndola yo por Madre, merezca que ella me tenga por hijo, y me trate como á tal. Dámela, Señor, por ayudadora en todas mis necesidades, mayormente en la hora de mi fallescimiento. *Amen.*

Gracias te doy, dulcísimo Jesu, que aun teniendo tus llagas abiertas, y la cabeza rodeada de espinas, y colgado de los brazos de la cruz, dijiste (*d*): ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me desamparaste? Dame que en todas mis adversidades, y tentaciones, y desamparos me socorra á tí, Padre piadoso, y desconfiado de mí, en tí solo confíe, y todo me ponga en tus manos (*e*). Llaga, Señor, lo interior de mi ánima con la memoria de tus llagas: imprímelas en lo íntimo de mi corazon, y embriágame de tal manera con tu sangre, que ninguna otra cosa piense ni busque sino á tí, á tí halle, y á tí tenga, y á tí posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesu, que gastado y seco ya tu cuerpo por la grandeza de los tormentos y derramamiento de tanta sangre, padesciendo vehementísima sed, y abrasado con el ardor y deseo de nuestra salud, dijiste (*f*): Sed he. Dame, Señor, una sed encendidísima de tu honra, y de la salvacion de las ánimas, para que conforme á tu sancta voluntad me emplee todo en su provecho, en cuanto (segun la medida de mi estado) me fuere concedido. Dame que ningun amor de las cosas perecederas me prenda, ninguna criatura me enlace, y las cosas que fueren para amar, en tí las ame, y á tí amé sobre todas ellas, y en tí solo sea todo mi descanso.

Gracias te doy, dulce Jesu, que á la hora de tu muerte quisiste que para matar la sed te pusiesen en la boca una esponja llena de vinagre (*g*), para que gustando en paso tan trabajoso este tan amargo refrigerio, satisficieses al Padre por todas nuestras golosinas y deleites, y nos dejases ejemplo maravilloso de pobreza y aspereza. Dame, Señor, que por tu amor desprecie yo cualesquier sabores de comeres y regalos exquisitos; y de lo que me concedes para sustentar este corpezuelo, use medidamente, dándote por ello las gracias. Limpia, Señor,

(*s*) Marc. 15. (*t*) Matt. 27. (*v*) Ioan 19. (*x*) Luc. 23.
(*y*) Matt. 5. (*z*) Matt. 27.

(*a*) Rom. 8. (*b*) Luc. 23. (*c*) Joan. 19. (*d*) Marc. 15.
(*e*) Psalm. 22. (*f*) Joan. 19. (*g*) Ibidem.

sana el paladar de mi ánima, para que todo lo que á tí agrada, me sea sabroso, y todo lo que te desagrada, desabrido.

Gracias te doy, dulce Jesu, amador ferventísimo del linaje humano, que tan cumplida y ordenadamente acabaste la obra de nuestra redempcion, ofresciendo á tí mesmo en sacrificio vivo en el altar de la cruz por los pecados del mundo (*h*). Dame, Señor, que tú solo seas el blanco y paradero de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que en todas las cosas con derecha y casta intencion busque sola tu honra, y fuera de tí ninguna cosa busque ni desee. Dame que en tu servicio nunca afloje ni desmaye, mas renovando cada dia el fervor del espíritu me apresure mas y mas á alabarte y servirte.

Gracias te doy, dulce Jesu, que de tu voluntad llamaste la muerte, abajando tu venerable cabeza (*i*); y encomendando tu espíritu en las manos del Padre, le despediste de tu carne (*k*), donde claramente nos enseñaste cómo eras tú aquel buen pastor que pusiste tu vida por tus ovejas (*l*). Concédeme, Señor, que muera yo á todos mis vicios y malos deseos, y á tí solo viva, á tí solo sienta: para que acabado el curso desta vida en caridad verdadera, luego entre en tí, que eres el verdadero paraíso de nuestras ánimas.

Gracias te doy, dulce Jesu (*m*), que con lanza de un caballero quisiste que tu suavísimo corazon fuese abierto, de donde manase agua y sangre para lavar y dar vida á nuestras ánimas. ¡Oh si llagases mi corazon con la lanza de tu amor, de tal manera que ninguna cosa pudiese ya querer, sino lo que tú quieres! Entre, Señor, entre mi ánima por la llaga de tu costado al secreto de tu caridad y al tesoro de tu divinidad, para que allí adore á tí, mi Dios verdadero, por mí crucificado y muerto; y raidas de mi memoria todas las figuras de las visibles, á tí solo entienda y vea siempre en todas las cosas.

Gracias te doy, dulce Jesu, que con grande llanto de tus amigos fuiste quitado de la cruz, y ungido con olorosos ungüentos, y envuelto en una sábana limpia, y puesto en ajena sepultura. Sepulta, Señor, contigo, sepulta todos mis sentidos, todas mis fuerzas y aficiones, para que ayuntado contigo con un fuerte vínculo de amor, quede como fuera de mí para todo lo que es á tí contrario, y á tí solo sienta, único redemptor mio, único bien y tesoro mio. *Pater noster. Ave Maria.*

SÉPTIMA ORACION Á JESU.

Gracias te doy, dulce Jesu, que poderosamente descendiste á los infiernos, donde quebrantado el poder del diablo, alegraste con tu presencia á los antiguos padres que estaban allí captivos (*n*), y sacándolos de sus tinieblas y prisiones, los llevaste á los deleites del paraíso. Pues decienda agora, yo te suplico, la virtud de tu sangre y de tu pasion sobre las ánimas de mis padres, parientes, amigos y bienhechores, y de todos los fieles defunctos, para que sueltas de las penas del purgatorio, sean recebidas en el seno de la eterna felicidad.

Gracias te doy, dulce Jesu, que saliendo victorioso del sepulcro, con nobilísimo triunfo, vencida la muerte, resuscitaste de entre los muertos (*o*), y volviendo su hermosísima claridad á tu cuerpo precioso, diste inestimable gozo con tu visitacion á tus amigos. Dame, Señor, que resuscitando yo de la muerte de los vicios y de la vieja conversacion, ande de aquí adelante en novedad de la vida (*p*), y busque las cosas altas y no las bajas: para que cuando tú, mi vida, aparescieres otra vez en la tierra, yo tambien aparezca contigo en la gloria.

Gracias te doy, dulce Jesu, que cumplidos cuarenta dias despues de tu resurreccion, delante tus discípulos subiste glorioso triunfador á los cielos (*q*), donde asentado á la diestra del Padre vives y reinas por todos los siglos. ¡Oh si mi ánima estuviese enferma de tu amor! Oh si de las cosas mundanas tuviese hastío, y por las celestiales siempre sospirase, y dellas tuviese un continuo y encendido deseo! Oh si ninguna cosa me aficionase, ninguna me alegrase, sino tú solo, mi Señor y mi Dios!

Gracias te doy, dulce Jesu (*r*), que enviaste tu espíritu sobre tus escogidos, que perseveraban en oracion, y los enviaste á enseñar las gentes por toda la redondez del mundo. Limpia, Señor, lo interior de mi corazon; dame verdadera pureza y limpieza de consciencia, para que el mesmo consolador, hallando en ella agradable posada, la hermosee con los abundantes dones de su gracia, y él solo me consuele, me confirme, me rija y me posea todo.

Gracias te doy, dulce Jesu, que cuando volvieres en el dia postrero á juzgar el mundo, darás á cada uno segun sus obras, galardon ó castigo (*s*). Piadosísimo Señor, Dios mio, concédeme que pasada innocentemente (segun tu sancta voluntad) la carrera desta miserable vida, salga mi ánima de la cárcel deste cuerpo tan adornada de merescimientos y virtudes, que sea recebida misericordiosamente en las moradas de tu gloria, donde con todos los sanctos te alabe y bendiga en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

CAPITULO VI.

Siguense otras siete oraciones que pertenescen al culto y veneracion de nuestro Señor Dios, y tratan de las perfecciones y obras de su sanctisima divinidad.

PREÁMBULO PARA ENTENDER EL INTENTO Y MANERA DE ESTAS ORACIONES.

Cuando te asentares (dice el Sabio) á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante (*a*), para que por ahi entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues conforme á este documento, el que se llega á tratar con Dios en la oracion, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente su grandeza, porque tal corazon y tales afectos conviene que tenga para con él, cual es el que allí se le pone delante. Levante pues humilmente los ojos á lo alto, y mírele asentado en el trono de su Majestad sobre todo lo criado, y considere cómo él es el que tiene en su vestidura y en su muslo broslado el título de su dignidad, que es Rey de los reyes y Señor de los señores; y tambien cómo es él infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable; y cómo tambien es benignísimo padre, y

(*h*) Matt. 27. (*i*) Joan. 19. (*k*) Luc. 23. (*l*) Joan. 10. Joan. 16. (*m*) Joan. 19. Marc. 15. (*n*) Osee. 15 Ephes. 4. Zach. 9. Ecl. 24. Act. 2. (*o*) Marc. 16. Luc 24. Matt. 28.

(*p*) Rom. 6. (*q*) Luc. 24. Marc. 16. Act. 1. Ephes. 4. (*r*) Act. 2. (*s*) Matt. 25. (*a*) Prov. 25.

liberalísimo bienhechor, y clementísimo redemptor y salvador. Y despues que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos, y hallará que por la parte que es Dios, meresce ser adorado; por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado; por la que es bonísimo y hermosísimo, amado; por la que es justísimo y terrible, temido; por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedescido; por razon de sus beneficios meresce infinitas bendiciones y gracias; y por ser nuestro Criador y Redemptor, meresce que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo; y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que á él pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador. De manera que á su divinidad se debe adoracion, á sus perfecciones alabanzas, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia esperanza, al señorío de su Majestad obediencia, á la posesion de todas las cosas, que todo se le ofrezca; y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida. Estas son las virtudes y estos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar á este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se suelen ejercitar en la oracion, en la cual se tratan todas estas cosas. Pues para este fin se ordenaron estas siete oraciones que se siguen, para cumplir en alguna manera con estas obligaciones; las cuales se recopilaron de diversos dichos de sanctos y profetas, especialmente de los Salmos, y del bienaventurado Sant Augustin. Y porque el justo al principio es acusador de sí mesmo (*b*), y la puerta primera para entrar á Dios, es la penitencia y la humildad (*c*), debe el hombre ántes de su oracion rezar la confesion general, ó alguno de los siete salmos, lo mas devotamente que pudiere; y esto hecho, puede comenzar luego su oracion.

ORACION PRIMERA, EN LA CUAL LA CRIATURA ADORA HUMILMENTE Á SU CRIADOR, CONSIDERANDO LA GRANDEZA DE SU MAJESTAD, POR LA CUAL MERESCE SER ADORADO COMO VERDADERO DIOS; DICIENDO ASÍ:

Si aquel publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino dende léjos heria sus pechos diciendo (*d*): Señor Dios mio, apiádate de mí, pecador; y si aquella sancta pecadora no osó parescer ante la cara del Señor, sino rodeando por las espaldas se derribó á sus piés (*e*), y con lágrimas de sus ojos alcanzó el perdon de sus pecados; y si aquel sancto patriarca Abraham, queriendo hablar, Señor, con vos, decia (*f*): Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza: si estos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador como yo? Qué hará la podre y la ceniza? Qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe á vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar mis ojos lagañosos á vos, sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Bien veo que sois vos aquel Dios grande que vence nuestra sabiduría (*g*). Bien sé que ningun entendimiento criado os puede comprehender; mas con todo esto, aunque nadie os comprehenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en vos. Pues, ó summo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, presentísimo, hermosísimo, fortísimo, estable é incomprehensible, simplicísimo y perfectísimo; invisible y que todo lo ve, inmutable, y que todo lo muda; á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; á quien ni alguna causa dió principio, ni los tiempos augmento, ni los acaescimientos darán fin; porque en los siglos de los siglos permanesceis para siempre. Vos sois el que alcanzais de cabo á cabo juntamente, y disponeis todas las cosas suavemente (*h*). Vos sois el que criastes todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio, y las regis sin trabajo, y las moveis sin ser movido. Vos sois todo ojos, todo piés y todo manos. Todo ojos porque todo lo veis, todo piés porque todo lo sustentais, y todo manos porque todo lo obrais. Vos estáis dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas y no desechado, debajo de todas y no abatido, encima de todas y no altivo. ¡Oh summo y verdadero Dios, y summa y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdádera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la mesma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandais que os pidamos, y haceis que os hallemos, y nos abris cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, á quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanescer. Vos sois de quien nadie se aparta sino engañado, á quien nadie busca sino amonestado, y á quien nadie halla sino purgado. Vos sois aquel á quien conoscer es vivir, á quien servir es reinar, y á quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

Pues, ó Rey mio y Salvador mio, ¿qué podré yo decir, pobre gusanillo, de la grandeza de vuestras alabanzas? Diré lo que vuestros profetas con vuestro espíritu dijeron. ¿Quién, dice Isaías (*i*), midió las aguas con el puño, y los cielos con un palmo? Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso, y los collados en su balanza? Quién ayudó al espíritu del Señor, ó quién fué su consejero y le enseñó algo (*k*)? Todas las gentes son como un hilico de agua y como un granico de peso delante dél. Todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrescerle un digno sacrificio (*l*). Todas las gentes así son delante dél como si no fuesen, y como nada serán reputadas en su presencia. Porque si en presencia del sol ninguna cosa lucen todas las estrellas del cielo, ántes son delante dél como si no fuesen, siendo él y ellas criaturas, ¿qué parescerán todas las cosas en vuestra presencia, siendo vos el Criador de todas ellas?

Por tanto, Señor mio, á vos primeramente adoro con

(*b*) Prov. 18. (*c*) Ex. Meditationibus, Soliloquiis, etc.
(*d*) Luc. 18. (*e*) Luc. 7. (*f*) Genc. 18.
(*g*) Job. 36. (*h*) Sap. 8. (*i*) Isai. 40. (*k*) Sap. 11. (*l*) Isai. 40.

la mas profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoracion de Latría, que á vos solo se debe y no á alguna criatura (*m*); de la manera que os adoran las dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo (*n*), muchas de las cuales, aunque no os conozcan, todavía no pueden (cada cual en su manera) dejar de adorar el ceptro de vuestra divinidad, y reconoscer vuestra grandeza; porque vos solo sois Dios de los dioses, Rey de los reyes, Señor de los señores, y causa de las causas (*o*). Vos sois *Alfa*, y *O*, que es principio y fin de todas las cosas (*p*); y principio sin principio, y fin sin fin. Vos sois el que solo sois (*q*), porque todas las otras cosas (por altísimas que sean) tienen el sér dependiente y emprestado; mas el vuestro es summo, perfecto, universal y que de nadie depende (*r*). Por lo cual con mucha razon se dice que vos solo sois el que sois; pues que todo lo criado no tiene sér delante de vos. Pues confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, prostrado ante vuestro divino acatamiento, con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados que, derribados ante el trono de vuestra Majestad, y poniendo sus coronas ante vuestros piés, os adoran y reverencian confesando que todo lo que tienen es de vos. Pues así yo, la mas vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que vos sois mi verdadero Dios y Señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro; y así pido á todas las criaturas que ellas tambien juntamente conmigo os alaben y adoren; y así las llamo y convido á esto con aquel cántico de vuestro Profeta, que dice:

Venid, alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador (*s*); presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos le alabemos. Porque nuestro Señor es gran Dios y Rey grande sobre todos los dioses; porque no desechará el Señor su pueblo; ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyas son. Suyo es tambien el mar, y él lo hizo; y la tierra fundaron sus manos. Venid pues, y adoremos este Señor, y postrémonos, y lloremos delante dél; porque él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo y ovejas de su manada. Y pues vos, mi Dios y Señor, tan digno sois de ser adorado y reverenciado, dadme gracia para que así os adore y reverencie perpetuamente, no solo con las palabras y con la boca, sino tambien con el corazon, y con las obras, y con la vida. Vos, que vivis y reinais en los siglos de los siglos, por siempre jamas. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

SEGUNDA ORACION, EN LA CUAL EL HOMBRE SE HUMILLA Y ESTREMECE CONSIDERANDO LA GRANDEZA DE DIOS Y SU JUSTICIA.

Así como á solo vos, Señor, se debe adoracion como á verdadero Dios, así tambien á solo vos se debe summo temor y reverencia, segun que vos mesmo nos lo testificastes, cuando dijistes (*t*): No querais temer los que matan el cuerpo y no tienen mas que hacer, sino temed aquel que despues de muerto el cuerpo puede enviar el ánima al infierno. Esto mesmo nos enseña la Iglesia cuando en el oficio de los ángeles canta: En presencia de las gentes no tengais temor; mas vosotros en vuestro corazon adorad y temed al Señor, porque su ángel anda con vosotros para os librar. Témaos pues, Señor, mi ánima y mi corazon, pues en vos (que sois todas las cosas) no ménos hay razon para ser temido que para ser amado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo; y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son tambien las de vuestra justicia, y (lo que mas es para temer) sin comparacion son muchos mas los vasos de ira que los de misericordia (*v*), pues tantos son los condenados, y tan pocos los escogidos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra Majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo por la resistencia tan continua á vuestras sanctas inspiraciones (*x*). Témaos yo, y tiemble delante de vos, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra. Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? Quién no temblará de aquellas palabras que vos mismo decis por vuestro Profeta (*y*)? Pues cómo, ¿á mí no me temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que señalé las arenas por término de la mar, y le puse mandamiento eterno, que no quebrantará? Y embravecerse han, y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán jamas. Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedescen y temen, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles tremen cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿por qué no tremerá mi corazon cuando entiende en este mesmo oficio? ¡Miserable de mí! ¿cómo se ha endurecido mi ánima, para no derramar muchas lágrimas, cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo, con aquel que todo lo hizo de nada? Témaos tambien yo, Señor, por la grandeza de vuestros juicios, que dende el principio del mundo hasta hoy habeis obrado.

Gran juicio fué la caida de aquel ángel tan principal y tan hermoso (*z*). Gran juicio fué la caida de todo el género humano por culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del Diluvio. Gran juicio fué la eleccion de Jacob, y la reprobacion de Esaú; el desamparo de Judas, y la vocacion de Sant Pablo; la reprobacion del pueblo de los judíos, y la eleccion de los gentiles (*a*), con otras maravillas semejantes que sin que lo sepamos pasan de secreto cada dia sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra yacer en la region y sombra de la muerte, y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas á otras tinieblas, y por trabajos temporales á tormentos eternos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza destos juicios, pues aun no sé yo si seré uno destos desamparados. Porque si el justo con dificultad se salvará (*b*), el pecador y perverso ¿dónde parescerá? Si tiembla el innocentísimo Job del furor de vuestra ira como del ímpetu de las olas embravecidas, ¿cómo no tiembla quien tan léjos está desta innocencia (*c*)? Si tiembla el profeta Hieremías, dentro del vientre de su madre sanctificado, y no halla

(*m*) Deut. 6. (*n*) Matt. 4. (*o*) Apoc. 17. et 19. (*p*) Apoc. 1. (*q*) Exod. 3. (*r*) Apoc. 1. et 4. (*s*) Psal. 94. (*t*) Matt. 10.

(*v*) Matt. 22. (*x*) Job. 26. (*y*) Hiere. 5. (*z*) Esai. 14. Apoc. 12. Ezech. 28. Genes. 3. etc. 7. (*a*) Genes. 27. Acto. 9. Rom. 9. 10. et 11. (*b*) 1 Pet. 4. (*c*) Job. 31.

rincon donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira (*d*), ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y despues acá ha añadido y multiplicado tantos pecados?

Témaos tambien yo, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis maldades, con las cuales tengo de parescer ante vuestro juicio, cuando delante de vos vendrá aquel fuego abrasador, y una grande tempestad (*e*); cuando juntareis el cielo y la tierra para juzgar á vuestro pueblo. Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades; delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no solo de palabras y obras, sino tambien de pensamientos. Donde tantos terné por jueces cuantos me precedieron en las buenas obras; y tantos serán contra mí testigos, cuantos me dieron buenos ejemplos. Y con esperar tal juicio no acabo de poner freno á mis vicios, ántes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados; todavía me envilesce la gula, y me persigue la lujuria, y me envanesce la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la invidia, y me despedaza la murmuracion, y me levanta la ambicion, y me perturba la ira, y me derrama la ambicion, y me entorpece la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí, Señor, los compañeros con quien he vivido dende el dia de mi nascimiento hasta agora. Estos son los amigos con quien he conversado, estos los maestros á quien he obedescido, estos los señores á quien he servido. Pues no entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de vos ninguno de los vivientes (*f*); porque ¿á quien hallaréis justo si lo juzgáredes sin piedad? Pues por esto derribado á vuestros piés con espíritu humilde y atribulado, lloraré con vuestro Profeta, y diré (*g*): Señor, no me arguyais en vuestro furor, ni me castigueis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo; sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi ánima está grandemente turbada. Mas vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertios, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de vos; ¿y en el infierno quién os alabará? Vos, que vivis y reinais en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

TERCERA ORACION, QUE TRATA DE LAS ALABANZAS DIVINAS: EN LA CUAL SE CUENTAN MUCHAS PERFECCIONES DE NUESTRO SEÑOR DIOS.

En los ejercicios de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo que temer y que llorar. Mas con todo esto la grandeza de vuestra gloria, así como nos obliga á adoraros y reverenciaros, así tambien á alabaros y glorificaros; porque á vos solo se debe el himno y la alabanza en Sion (*h*), por ser (como lo sois) un piélago de todas las perfecciones, un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandeza, de suavidad, de Majestad, en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en summo grado de perfeccion. En cuya comparacion toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura; y finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandesce, mucho ménos es delante de vos, que una pequeña candelita delante del sol (*i*). Vos sois sin deformidad perfecto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentira verdadero, sin sitio donde quiera presente, sin lugar donde quiera todo; en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad summo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras sancto, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo, y para con los penitentes piadosísimo.

Pues ¿qué dire, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría? Vos, Señor, dice el Profeta (*k*), entendistes todos mis pensamientos dende léjos, y la senda y hilo de mi vida vos la alcanzastes. Vos vistes abiertos todos mis caminos, y no hay palabra mia que vos no sepais. Vos, Señor, conoscistes todas las cosas antiguas y venideras. Vos me criastes y pusistes vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, mas alta es de lo que yo puedo alcanzar. ¿Dónde me alejaré de vuestro espíritu y adónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis; y si descendiere al infierno, tambien os hallaré ahí presente; y si tomare alas por la mañana, y fuere á parar al cabo de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me sosterná vuestra diestra. Y dije: ¿Por ventura las tinieblas me esconderán donde no parezca? Mas estas serán las que os descubrirán los hurtos de mis deleites, porque las tinieblas no son tinieblas delante de vos, y la noche se hará como dia en vuestra presencia. Vuestros ojos, dice un sabio (*l*), están sobre los caminos de los hombres, y vos teneis cuenta con todos sus pasos: no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran maldad.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? Dios, dice el Profeta (*m*), que es nuestro Rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristes camino por la mar, y quebrantastes las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrastes la cabeza del dragon, y lo distes por manjar á los pueblos de Etiopía. Vos abristes fuentes y arroyos, y vos secastes los rios de Etan. Vuestro es el dia, y vuestra la noche; vos fabricastes el sol y la mañana. Vos hecistes todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano obras son de vuestras manos. Y en otro lugar (*n*): Señor Dios de las virtudes, ¿quién será semejante á vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra verdad está al derredor de vos. Vos teneis señorío sobre el poder de la mar, y vos amansais el furor de sus olas. Vos humillastes y derribastes al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratastes á vuestros enemigos. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra; la redondez della, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundastes; la mar y el viento del norte que la levanta, vos los criastes. El monte Tabor y Hermon, en vuestro nombre se alegrarán, y solo vuestro brazo es el poderoso. Y no ménos altamente sentia el sancto Job de vuestra omnipotencia, cuando decia (*o*): En él está la sabiduría y la fortaleza, él tiene el consejo y la inteligencia; si él destruyere, no hay quien edifique; y si él cerrare, no hay quien abra. Si detuviere las

(*d*) Hier. 12. (*e*) Psal 49. Psal. 96. (*f*) Psal. 142. (*g*) Psal. 6. etc. 37. (*h*) Psal. 64.

(*i*) Aug. c. 11. Medit. (*k*) Psal. 138. (*l*) Job. 34. (*m*) Psal. 73. (*n*) Psal. 88. (*o*) Job. 12.

aguas, todo se secará; y si las dejare correr, todo se anegará. En él está la fortaleza y la sabiduría, y él conosce al engañador y al engañado. El trae los consejeros á locos y desastrados fines, y á los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta á los reyes gloriosos, y hace ceñir con una soga sus lomos. Descubre el profundo de las tinieblas, y saca á luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes, y destrúyelas; y despues de destruidas, tórnalas á restituir. Si él concediere la paz, ¿quién la quitará? Y si él escondiere su rostro, ¿quién le mirará? Pues ¿qué diré, Señor, de las riquezas de vuestra gloria, y de la vena de vuestra felicidad? Si pecares, dice la Escriptura (*p*), ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recebirá de tu mano? Al hombre que es como tú, dañará tu maldad, y al hijo del hombre aprovechará tu justicia. Mas vos, Señor, tal sois y tan bienaventurado, y tan dentro de vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie teneis necesidad.

Pues por tal, Señor, os confieso, y por tal os alabo y glorifico vuestro sancto nombre. Dadme vos lumbre en el corazon y palabras en la boca, para que mi corazon piense en vuestras grandezas, y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, pido yo á todos los ángeles del cielo, y á todas las criaturas del mundo, que ellas juntamente conmigo os alaben, y suplan en esta parte mis faltas: convidándolas á esto con aquel glorioso cántico que aquellos tres sanctos mozos en medio de las llamas del fuego de Babilonia os cantaban, diciendo (*q*): Bendicto seais vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendicto sea el nombre de vuestra gloria, que es sancto, y alabado, y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais en el trono sancto de vuestro reino, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais vos, que estáis asentado sobre los querubines, mirando los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en los siglos de los siglos. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

CUARTA ORACION, EN LA CUAL SE DAN GRACIAS AL SEÑOR POR LOS BENEFICIOS RECEBIDOS.

Gracias y loores os doy, Señor Dios mio, por todos los beneficios y mercedes que me habeis hecho dende el dia que fuí concebido hasta el dia de hoy, y por el amor que dende *ab æterno* me tuvistes, cuando dende entónces determinastes de criarme, y redemirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habeis dado, pues todo cuanto tengo y espero, vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habeis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustenta, vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y los pesces, y los animales, y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mio, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar. Pero mucho mayores os las doy, porque vos quisistes ser mio, pues todo os ofrescistes y expendistes en mi remedio; pues para mí os vestistes de carne, para mí nascistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo dia, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y caminastes, y padescistes los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamas. Para mí ordenastes y confeccionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licuor de vuestra sangre, y señaladamente del mayor de los sacramentos (que es de vuestro sanctísimo cuerpo) donde estáis vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para prenda de mi esperanza y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazon con el sancto rey David (*r*):

Bendice, ó ánima mia, al Señor; y todas cuantas cosas hay dentro de mí, bendigan su sancto nombre. Bendice, ó ánima mia, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho. Porque él se apiada de todas tus maldades, y sana todas tus enfermedades. El libró tu vida de la muerte, y él te corona con misericordia y con piedad. El cumple todo tus buenos deseos, y renovarse ha tu juventud como la del águila. El Señor usa de misericordia, y hace justicia á todos los que padescen agravio. Misericordioso y piadoso es el Señor, largo de corazon y muy piadoso. No se ensañará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros segun nuestros pecados, ni nos dió nuestro merescido segun nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo á la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan léjos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de los que le temen; porque él conosce la masa de que somos compuestos. Acordóse que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus dias se pasan como la flor del campo. Porque despedirse ha su espíritu dél; y luego desfallecerá, y no tornará mas á su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera dende los siglos hasta los siglos sobre aquellos que le temen. Y la justicia dél sobre los hijos de los hijos destos que guardan su Testamento, y se acuerdan de sus mandamientos para haberlos de cumplir. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todas las cosas. Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en virtud, y haceis sus mandamientos, y obedesceis á la voz de sus palabras. Bendecid al Señor todas sus virtudes, y sus ministros que haceis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras, y en todos los lugares de su señorío bendice, ó ánima mia, al Señor. *Pater noster. Ave Maria.*

QUINTA ORACION PARA PEDIR Á NUESTRO SEÑOR DIOS SU AMOR.

Si tanta obligacion tenemos, Señor, á nuestros bienhechores por razon de sus beneficios, y si cada beneficio es como un tizon é incentivo de amor, y si segun la muchedumbre de la leña, así es grande el fuego que se

(*p*) Job. 35. (*q*) Dan. 3.

(*r*) Psal. 102.

enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazon, si tanta es la leña de vuestros beneficios que lo encienden? Si todo este mundo visible é invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razon que sea la llama de amor que se ha de levantar de todos ellos? Especialmente que no solo os debo yo amor por esto, sino tambien porque en vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, y todas en summo grado de perfeccion. Porque si por bondad va, ¿quién mas bueno que vos? Si por hermosura va, ¿quién mas hermoso que vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién mas suave y mas benigno que vos? Si por riquezas y sabiduría va, ¿quién mas rico y mas sabio que vos? Si por amistad va, ¿quién mas nos amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cuyo es todo lo que tenemos sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si á los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién mas padre que aquel que dice (*s*): No llameis á nadie padre sobre la tierra; porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el esposo de mi ánima sino vos? Y quién hinche el seno de mi corazon y de mis deseos, sino vos? Si el último fin dicen los filósofos que es amado con infinito amor, ¿quién es mi principio y mi último fin sino vos? ¿De dónde procedí, y adónde voy á parar, sino á vos? ¿Cuyo es lo que tengo, y de quién espero recebir lo que me falta, sino de vos? Finalmente, si la semejanza es causa de amor, ¿á cuya imágen y semejanza fué criada mi ánima, sino á la vuestra? Pues si este título, y cada uno de todos estotros, por sí solo es tan suficiente motivo de amor, ¿cuál conviene que sea el que de todos estos títulos procede? Ciertamente la ventaja que hace la mar á los rios que en ella entran, esta convenía que hiciese este amor á todos los otros amores.

Pues si tantas razones tengo yo, Señor Dios mio, para amaros, ¿por qué no os amaré yo con todo mi corazon, y con todas mis fuerzas, y con todas mis entrañas? ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, toda mi alegría! Oh amable principio mio, y summa suficiencia mia! ¿Cuándo os amaré con todas mis fuerzas, y con toda mi ánima? Cuándo os agradaré en todas las cosas? Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á vos? Cuándo seré del todo vuestro? Cuándo dejaré de ser mio? Cuándo ninguna cosa fuera de vos vivirá en mí? Cuándo me abrasará toda la llama de vuestro amor? Cuándo me arrebataréis, y anegaréis y transportaréis en vos? Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con vos, para que nunca me aparte mas de vos? ¡Ah Señor! ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? Qué quitais de vuestra casa? Qué perdeis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia, deteneis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? Por qué han de vencer mis maldades vuestra bondad? Por qué han de ser mas parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habeis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera mas haber padescido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra vos. Si por satisfaccion lo habeis, catad aquí este cuerpo miserable: ejecutad, Señor, en él todos los furores de vuestra saña, con tanto que no me negueis vuestro amor. No os pido oro ni plata, ni otra cosa criada; porque todo esto no me harta sin vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor suspiro: dadme vuestro amor, y bástame. ¿Por qué, Señor, me dilatais tanto esta merced? Por qué me veis penar dia y noche, y no me socorreis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí (*t*)? Hasta cuándo andará mi ánimo fluctuando con tan grandes ansias y deseos? Miradme, Señor mio, y habed misericordia de mí. No os pido la racion copiosa que se da á los hijos: con una sola de las migajuelas de vuestra mesa me contentaré. Aquí pues me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa; aquí estoy mirándoos á la cara, viendo cómo comeis, y dais de comer á vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria; aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazon, para inclinar al vuestro á que haya misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida; á vos solo quiero, á vos busco, vuestro rostro, Señor, deseo, y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro Profeta cantaré (*v*): Amenos yo, Señor, fortaleza mia; el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador, y mi Dios, y mi ayudador; esperaré en él. El es mi amparo, y defensor de mi salud, y mi recebidor. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

(*s*) Mat. 23.

SEXTA ORACION, EN LA CUAL LA CRIATURA SE OFRESCE Y RESIGNA EN LAS MANOS DE SU CRIADOR, PONIENDO EN ÉL TODA SU ESPERANZA, Y DÁNDOLE SU OBEDIENCIA.

Todas las razones y causas que me obligan, Señor Dios mio, á amaros, me obligan tambien á poner toda mi esperanza en vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? En quién tengo de esperar, sino en aquel que es infinitamente misericordioso y piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? En quién tengo de esperar sino en aquel que es mi padre, y Padre Todopoderoso: Padre para amarme, y poderoso para remediarme; Padre para quererme bien, y poderoso para hacerme bien; el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningun padre carnal de los suyos? En quién finalmente tengo yo de esperar, sino en aquel que casi en todas sus escripturas continuamente me manda que me llegue á él, y espere en él, y me promete mil cuentos de favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, y los beneficios hechos, y los tormentos por mí padescidos, y la sangre derramada en confirmacion desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes, y repelones, y bofetadas por mí: finalmente, de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada por mí?

(*t*) Psal. 12. (*v*) Psal. 17.

¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que así me buscó cuando yo le huia? Cómo me negará el perdon cuando se lo pidiere, el que me lo meresció cuando yo no lo pedía? Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en él, y con el sancto Profeta en medio de todas mis tribulaciones y necesidades esforzadamente cantaré (*x*) : El Señor es mi luz y mi salud : ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida : ¿de quién habré miedo? Si se asentaren contra mí reales de enemigos, no temerá mi corazon; si se levantare batalla contra mí, en él esperaré yo.

Mas porque no está segura la esperanza sin la obediencia, segun aquello del Salmista, que dice (*y*) : Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor; por tanto dadme vos, Dios mio, que con la esperanza de vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros mandamientos; pues no ménos os debo yo esta obediencia que todo lo demas; pues vos sois mi Rey, y mi Señor, y mi Emperador; á quien el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las otras criaturas obedescen; cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado y guardarán para siempre. Pues obedézcaos yo, Señor, mas que todas ellas, pues os soy mas obligado que ellas. Obedézcaos yo, Rey mio y Señor mio, y guarde enteramente todas vuestras sanctísimas leyes. Reinad vos, Señor, en mí, y no reine mas en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiannos usurpadores de vuesta silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia; y solo vos, Señor, mandad y ordenad; y vos solo y vuestro sceptro sea reconoscido y obedescido : para que así se haga vuestra voluntad en la tierra, como se hace en el cielo (*z*). ¡Oh cuándo será este dia! Oh cuándo me veré libre destos tirannos! Oh cuándo no se oirán en mi ánima otras voces sino las vuestras! Oh cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradiccion en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad! ¿Cuándo estará tan sosegado este mar? Cuándo tan sereno este cielo? Cuándo tan calladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbacion que altere esta paz y obediencia, y que impida este vuestro reino en mí? Dadme vos, Señor, esta obediencia, ó (por mejor decir) dadme este señorío sobre mi corazon, para que de tal manera me obedezca él á mí, que del todo lo subjecte yo á vos.

Y así como estoy obligado á obedesceros, así tambien lo estoy á entregarme y ofrescerme á vos, y resignarme en vuestras manos; pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos: vuestro, porque me criastes y distes este sér que tengo; vuestro, porque me conservais en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia; vuestro, porque me sacastes de captiverio, y me comprastes, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre; y vuestro, porque tantas otras veces me habeis redemido, cuantas me habeis sacado de pecado. Pues si yo por tantos títulos soy vuestro, y vos por tantos títulos sois mi Rey, y mi Señor, y mi Redemptor, y mi Librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo; aquí me ofrezco por vuestro esclavo y captivo; aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea mas mio, ni de nadie, sino vuestro; para que ya no viva para mí, sino para vos, ni haga mas mi voluntad, sino la vuestra : de tal manera que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea segun vos y para vos. Aquí me presento á vos para que dispongais de mí como de hacienda vuestra á vuestra voluntad. Si quereis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonrado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí : para que no sea ya mas mio, sino vuestro, para que lo que es vuestro por justicia, lo sea tambien por mi voluntad; y esto para siempre en los siglos de los siglos. *Amen. Pater noster. Ave Maria.*

(*x*) Psal. 26. (*y*) Psal. 4. (*z*) Matt. 6.

ORACION SEPTIMA, PARA PEDIR Á NUESTRO SEÑOR TODO LO QUE PERTENESCE Á NUESTRA SALVACION.

Muchas gracias os doy, Señor Dios Todopoderoso, y padre de misericordias, porque vos mismo nos animastes á que os pidiésemos misericordia, diciéndonos por boca de vuestro sacratísimo Hijo (*a*) : Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han. Asimismo por vuestro Profeta nos animastes á lo mismo, diciendo (*b*) : Dios justo y salvador no lo hay sino yo. Convertíos á mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos. Pues si vos mismo, Señor, nos llamais, y convidais, y abris los brazos para que nos lleguemos á vos, ¿por qué no confiarémos que nos recibiréis en ellos? No sois vos, Señor, como los hombres que se empobrecen cuando dan, y por eso se importunan cuando les piden. No sois vos así, porque como no os empobreceis en lo uno, no os importunais en lo otro. Y por eso pediros misericordia no es importunaros, sino obedesceros, pues vos mandais que os pidamos; y tambien honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que vos sois Dios, y universal Señor y dador de todo, á quien todo se ha de pedir, pues vos solo lo podeis todo dar. Y así vos mismo nos pedis este linaje de sacrificio, diciendo (*c*) : Llámame en el dia de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has. Pues movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego á vos, y os pido tengais por bien darme todo esto que os debo yo : conviene saber, que así os adore, así os tema y reverencie, así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazon, así tenga toda mi esperanza puesta en vos, así obedezca á vuestros sanctos mandamientos, y así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvacion. Pídoos tambien, Señor, me otorgueis perdon de mis pecados, y verdadera contricion y confesion de todos ellos, y me déis gracia para que no os ofenda mas en ellos ni en otros, y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazon, y recoger los pensamientos de mi imaginacion : para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme tambien todas aquellas virtudes con que sea, no solo purificada, sino tambien adornada

(*a*) Luc. 11. Matt. 7. Marc. 11. Joan. 14. 15. 16. (*b*) Isai. 45.
(*c*) Psal. 49.

esta morada vuestra: que son, profundísima humildad, entera paciencia, clara discrecion, pobreza de espíritu, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestros servicio, y sobre todo, ardentísima caridad para con mis prójimos y para con vos.

Y porque yo nada desto merezco, acordáos, Señor, de vuestra misericordia, á quien muchas veces basta sola miseria para haberse de ejecutar. Acordáos que no quereis la muerte del pecador, como vos mismo dijistes (*d*), sino que se convierta y viva. Acordáos que vuestro unigénito Hijo no vino á este mundo, como él mismo lo dice (*e*), á buscar justos, sino pecadores. Acordáos de cuánto en este mundo hizo y padeció, dende el dia que nació, hasta que espiró en la cruz; pues nada desto padeció por sí, sino por mí: lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados, y por él, y no por mí, os pido esta misericordia. Porque pues de vos se dice (*f*), que honrais los padres en los hijos, haciendo mercedes á los unos por amor de los otros, como hizo David á Mifiboset por amor de su padre Jonatás (*g*), honrad á vuestro unigénito Hijo haciendo bien á mí por él; pues él es mi Padre, y mi segundo Adam, y yo su hijo, aunque mal hijo. Acordáos, Señor, que me socorro á vos, y que me entro por vuestras puertas, y como á verdadero médico y señor os presento mis necesidades y llagas, y con este espíritu os llamaré con aquella oracion que el profeta David compuso, diciendo:

Inclina, Señor, tus oídos, y óyeme (*h*); porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque á tí estoy ofrecido. Salva, Dios mio, á este tu siervo que espera en tí. Ten misericordia de mí, Señor, porque á tí clamé todo el dia. Alegra el ánima de tu siervo, porque á tí, Señor, la levanté. Porque tú, Señor, eres suave, y manso, y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oidos mi oracion, y atiende á la voz de mi suplicacion. En el dia de mi tribulacion clamaré á tí, porque me oiste. No hay quien entre los dioses sea semejante a tí, Señor. No hay quien haga las obras que tú haces. Todas las gentes que heciste, vendrán y adorarán delante de tí, Señor, y sanctificarán tu sancto nombre. Porque grande eres tú, y obrador de maravillas. Tú solo eres Dios. Guíame, Señor, por tu camino, y ande yo en tu verdad; alégrese mi corazon, para que tema tu sancto nombre. Alabarte he, Señor Dios mio, de todo mi corazon, y tu nombre para siempre glorificaré en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen. Pater noster. Ave Maria*

Síguese una muy devota oracion para decir luego por la mañana; en la cual propuestos los títulos y obligaciones grandes que el hombre tiene para con Dios, hace humilmente lo que es de su parte, que es darle gracias por sus beneficios, y ofrescerse á él, y pedirle su gracia.

Dios, Dios mio, á vos velo yo por la mañana, dice el sancto rey David en un salmo (*i*), y luego mas abajo: Acordéme yo (dice él), Señor, de vos estando en mi cama, y en la mañana pensaré en vos, porque habeis sido mi ayudador. Pues yo tambien, Señor Dios mio, con este sancto Rey quiero luego por la mañana velar á vos. Este sea el primero de mis negocios, y el primero de mis cuidados; pues esta es la mayor de todas mis obligaciones, y el fin para que fuí criado, y para que todas las cosas fuéron criadas: que es para alabar, y glorificar, y engrandescer vuestro sancto nombre. Porque vos, Señor, sois principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio, y fin sin fin. Porque así como nadie las pudo criar sin vos, así para nadie pudieron ser criadas sino para vos: esto es, para que todas ellas os sirviesen y alabasen, y todas predicasen vuestra gloria. Vos sois universal dador de todos los bienes, pues ningun bien hay de naturaleza, ni de gracia, ni de cuerpo, ni de ánima, que originalmente no mane de vos, que sois fuente universal de todos los bienes. Vos sois piélago de todas las perfecciones, abismo de todas las grandezas, mar de infinita bondad y misericordia, retablo de incomprehensible hermosura. Vos sois Dios de los dioses, Sancto de los sanctos, Rey de los reyes, Señor de los señores, causa de las causas, sér de los séres, vida de los vivientes, órden del universo, hermosura del mundo y gloria del cielo.

Vos sois mi criador, que de nada me hecistes á vuestra imágen y semejanza; vos mi conservador, que siempre me estáis conservando, para que no me torne á la misma nada; vos mi sanctificador, que me levantais á otro mas alto sér por gracia; y vos mi glorificador, que me criastes para otro sér aun mas alto, que es el de la gloria. Vos para esto sois mi despertador, mi ayudador, mi defensor, mi preservador, mi pastor, mi bienhechor, mi rey, mi señor y mi padre; esposo y centro de mi ánima, y mi último fin, en quien solo está toda mi felicidad y bienaventuranza, y la última perfeccion de toda mi vida. Todo esto me sois, Señor, en cuanto Dios.

Mas en cuanto hombre, vos sois mi redemptor, mi salvador, mi librador y, como dice vuestro Apóstol (*k*), vos sois mi sabiduría, mi justicia, mi sanctificacion, mi redempcion, mi sacrificio, mi cordero, mi sacerdote, mi abogado, mi intercesor, mi pastor, mi maestro, mi ejemplo, mi esfuerzo, mi consuelo y médico universal de todos mis males; pues vos curastes mi soberbia con vuestra humildad, mi avaricia con vuestra pobreza, mis deleites con vuestros dolores, mi ira con vuestra mansedumbre, mi invidia con vuestra caridad, mi gula con la hiel y vinagre que bebistes por mí, y mi pereza con los trabajos inmensos que pasastes por mí. Por mí ayunastes, y caminastes, y sudastes, y velastes, y orastes, y llorastes, y fuistes desterrado, perseguido, escupido, deshonrado, azotado, coronado, crucificado, y aflijido sobre todos los hombres del mundo.

Todas estas cosas, Señor mio, son beneficios vuestros, y títulos por donde me teneis obligado, y derechos por donde soy todo vuestro, y vínculos con que me teneis captivo y preso. Pues ¿qué os podré yo, Señor mio, dar por todos estos beneficios? ¿Con qué os podré servir tantas y tan grandes mercedes? Porque es cierto que si yo tuviera todos los corazones de los hombres, y con todos ellos os amara, no pudiera satisfacer por sola una destas obligaciones. Pues ¿cómo podré, Dios mio, con tantas, ó cómo os negaré un solo corazon que tengo por todas, debiéndoos tanto por cada una? Pues ¿que haré, Dios mio, qué haré? No puedo mas hacer que daros infinitas gracias por la muchedumbre destos beneficios, y pedir á todas las criaturas del cielo y de la tierra, que ellas me

(*d*) Ezech. 18. (*e*) Matt. 9 (*f*) Eccl. 3. (*g*) 2. Reg. 9.
(*h*) Psal. 85. (*i*) Psal. 62.

(*k*) 1. Cor. 1.

ayuden á alabaros y daros las gracias que yo por mí solo no os puedo dignamente dar. Y así las llamo con aquel cántico que os cantaron aquellos sanctos tres mancebos en el horno de Babilonia, diciendo así (*l*):

Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor; alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Bendecid, ángeles del Señor, al Señor; alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Cielos, bendecid al Señor, y alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Aguas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor; alabad, etc. Fuego y estío, bendecid al Señor; alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Frio y verano, bendecid al Señor; alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Rocío y heladas, bendecid al Señor; alabadlo y ensalzadlo, etc.

Desta manera se puede acabar todo este cántico.

Y no solo os debo todas estas bendiciones y alabanzas, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Compra en Guinea un hombre á otro hombre á veces por un bonete colorado, y aquel hombre así comprado por tan bajo precio, queda tan captivo del que lo compró, que no es señor ni de una hora de tiempo, ni de un maravedí que sea suyo. Y cuando quiere lo hace estar encerrado en una casa, y aun metido de piés en un cepo; y si es menester, allí lo azota, y le pringa, y hace todo cuanto quiere dél. Pues si yo, Señor Dios mio, por tantos títulos soy vuestro: vuestro porque me criastes, y vuestro porque con vuestra misma sangre me rescatastes, y vuestro porque todos los puntos y momentos de la vida continuamente me estáis conservando, de tal manera que no abro la boca, ni meneo la lengua, ni puedo bullir pié ni mano sin vos; si por tantos títulos, Señor mio, soy vuestro, ¿cómo me podré yo eximir de vuestro servicio, cómo os negaré vuestra hacienda, cómo podré yo ser señor de mí para vivir á mi voluntad, siendo por tantos títulos vuestro? Por tanto, Señor Dios mio, reconosciendo humilmente esta tan grande obligacion, dende aquí me entrego y ofrezco por vuestro perpetuo esclavo; y así os ofrezco todas las cosas que en este dia y toda la vida pensare, hiciere, dijere y padesciere: el comer, el beber, el dormir, con todo lo demas, que todo ello sea para vuestra gloria y alabanza. Y sobre todo ello ofrezco á mí mesmo, para no ser ya mas mio, sino vuestro; ni vivir ya mas para mí, ni trabajar para mí, ni buscarme á mí, sino en todo y por todo procurar vuestro servicio, y el beneplácito de vuestra divina voluntad, de tal manera que todas cuantas veces lo contrario hiciere, entienda que soy ladron y usurpador de lo ajeno, pues hurté el servicio y obediencia que á vos, mi Dios, por todos estos títulos tan justamente os debia.

Mas porque yo no puedo cumplir con esta tan grande deuda sin vuestra gracia, pídoos, Señor mio, que me ayudeis á esto, y crieis en mí un corazon nuevo, el cual ninguna hora tenga por suya, que no la emplee en vuestro amor; y una voluntad nueva, que no quiera otra cosa mas que cumplir la vuestra; y un entendimiento y memoria que nunca se olvide de vos. Dadme tambien, Señor, freno para regir mi lengua, guarda para mis ojos, limpieza para mi corazon, rigor para mi carne, y mortificacion para todos mis apetitos y proprias voluntades. Dadme profundísima humildad de corazon, paciencia, obediencia, mansedumbre, pureza de intencion, verdadera discrecion, pobreza de espíritu, celo de vuestra honra, amor y sufrimiento para con mis prójimos, y compasion entrañable de sus trabajos. Vos, que vivis y reinais, etc.

(*l*) Dan. 3.

Aviso acerca desta oracion.

Esta oracion, cristiano lector, no es necesario que se rece siempre así palabra por palabra como está, sino debe el hombre entender las partes y las fuerzas della, y platicarlas en su corazon con las palabras que su devocion le administrare. Porque desta manera la hallará de cada vez mas nueva, y así despertará nuevos afectos y devocion en su corazon con ella. Para lo cual advierta que el fundamento desta oracion es la consideracion de aquellos títulos y beneficios por los cuales estamos tan obligados á nuestro Señor. Los cuales debe el hombre profundamente considerar cuando los pasa por la memoria, para que así se mueva el corazon al amor y servicio de un Señor á quien tantas obligaciones tiene. Las cuales si el hombre llegase á penetrar como ellas son, verse y ha cercado de tan grandes beneficios y cadenas, que sabria muy bien proseguir luego las otras tres partes que se siguen, que son hacimiento de gracias, ofrescimiento y peticion. Lo cual se puede extender mucho mas de lo que aquí está, decendiendo á pedir en particular todas las cosas que hubiéremos menester para nos y para todos nuestros prójimos, y despues al cabo nos podemos detener cuanto quisiéremos en la última peticion, que es el amor de Dios, la cual es la mas devota, y mas dulce, y mas provechosa de todas.

Y tanto es este aviso mas necesario, cuanto esta oracion es para luego como el hombre se levanta, que muchas veces es ántes del dia. Y platicando este ejercicio mentalmente, no será menester buscar lumbre para rezar, sino á escuras podrá el hombre con mayor recogimiento proceder por los pasos deste ejercicio. Y rezando aquel cántico de los tres mozos, advierta que á cada medio verso se repite en la Escriptura divina aquella palabra: Alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos, la cual palabra es de grande virtud y devocion para el corazon que sabe qué cosa es amar á Dios. De manera que casi cuantas veces se repite, tantas saetas traspasan el corazon. Y si no quisiere acabar todo el cántico, basta llegar á la mitad. Y si mas aun quisiere de lo que allí está, vaya por todos los coros de los ángeles, y de los patriarcas y profetas, apóstoles y evangelistas, mártires y confesores, vírgenes y viudas, y á todos pida que le ayuden á alabar y á glorificar al commun Señor, repitiendo con cada uno dellos aquellas mismas palabras: Alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

ORACION PARA PEDIR AL SEÑOR PERDON DE LOS PECADOS.

¡Oh Padre todo poderoso, todo piadoso y misericordioso! Yo, miserable pecador, derribado ante tus piés confieso mis grandes culpas, con las cuales ofendí á tí, benignísimo Padre. Confieso tambien mi gran desagradescimiento á tus infinitos beneficios, que es á tanto amor y benignidad como conmigo usaste, esperándome tanto tiempo á penitencia, y no echándome en los infiernos, como lo merescia mi malicia, sino ántes provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh cuántas veces, Señor mio, llamaste á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! Cuántas veces me provo-

caste con beneficios! Cuántas me halagaste con regalos! Cuántas me heriste con azotes! Pero con todo esto te despedí de mí, y te volví las espaldas, sufriéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh cuán justamente me pudieras, Señor, haber echado en el abismo de los infiernos, y por tu sola clemencia detuviste el ímpetu de la ira que yo tenia tan merecida! Maravilla es por cierto, ó Padre dulcísimo, cómo mi corazon no revienta de dolor cuando tales cosas considero. Indigno soy de llamarme tu criatura, y de que la tierra me sustente y me dé con que viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas, por las injurias y desacatos que he cometido contra tí. Pero ya, Padre misericordioso, ten misericordia de mí, y ábreme las entrañas de tu infinita piedad. Perdóname porque tanto dilaté volverme á tí. Descúbreme ese benignísimo pecho de Padre, y dame el mantenimiento que sueles dar á tus hijos. Suplícote, Señor, obres agora en mí eso para que tanto tiempo me esperaste. Claramente, Señor, confieso que soy el mas vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene, mas con todo eso confío en tu bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias. O Padre amantísimo, si tú quieres puedes alimpiarme. Sáname, Señor, y seré sano (*m*), pues claramente confieso que pequé contra tí. Acuérdate de la palabra de tanta consolacion que pronunciaste por uno de tus profetas, cuando dijiste (*n*): Tú fornicaste con muchos enamorados; pero vuélvete á mí, que yo te recebiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazon me vuelvo á tí, como si á mí solo hubieras llamado, y á mí solo convidaras con esta voz tan amorosa. Porque yo soy aquella miserable y desleal criatura, aquel hijo pródigo y desperdiciado que me alejé de tí (*o*). Padre de las lumbres, de quien todos los bienes decienden, yo como oveja modorra me perdí de tu rebaño, destruyendo tan largas mercedes como me habias concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y fuíme á beber á los pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan (*p*), pues es cierto que todos los sensuales deleites mas presto que el humo desparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos (*q*), siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, summo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Mas agora, Padre mio, suplícote quieras olvidarte de los deservicios que te hice, por los trabajos y servicios que tu unigénito hizo por mí.

Y tú, ó dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mio, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recebiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradecimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desverguenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí contra tí. Tú eres toda mi esperanza, y todo mi amparo y esfuerzo. Cuanto me turban mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu bondad, y los merescimientos de tu pasion. Y dado que mis pecados sean grandes y innumerables, pero muy pequeños y pocos son comparados con tu misericordia. Por lo cual confieso que por tu bondad no dejarás perescer á quien criaste á tu imágen y semejanza, y por quien te heciste consorte de nuestra mesma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de tí condenado, pues con tantos trabajos y por tan caro precio me redemiste. Tú, que vives y reinas, etc.

(m) Matt. 8. (n) Hier. 3. (o) Luc. 15. (p) Hier. 2. (q) Luc 15.

ORACION PARA DAR AL SEÑOR GRACIAS POR LOS BENEFICIOS RECEBIDOS.

Creacion. Gracias te doy, dulce Jesu, porque me criaste á tu imágen y semejanza, por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que con ellas te conosciese y amase. Dame, Señor, gracia para que de tal manera sirva yo á tí, mi Criador y Padre celestial, que muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva á reformar en mí esta imágen que tú criaste, y hacerme semejante á tí por innocencia de vida.

Conservacion. Gracias te doy por el beneficio de la conservacion, porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este sér que me diste, y porque para esta mesma conservacion criaste cuantas cosas hay en este mundo: el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los pesces, las aves, los árboles, y finalmente todas las otras criaturas; de las cuales unas heciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme, y otras tambien para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de todas estas cosas, y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste: esto es, para que por ellas venga en conocimiento de tí, mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi corazon en admiracion y amor de tu sancto nombre.

Redempcion. Gracias te doy, dulce Jesu, por el beneficio de la redempcion, que es, por aquella incomprehensible bondad y misericordia que conmigo usaste, y por aquella ardentísima caridad con que me redemiste, descendiendo á la tierra para llevarnos al cielo, haciéndote hombre para hacernos dioses, y padesciendo cruel muerte por darnos vida verdadera.

Gracias te doy por la humildad de la encarnacion, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncision, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padesciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oracion del Huerto, por el sudor de sangre, por la prision, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios y vituperios, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte y por la cruz; pues todo esto padesciste y ordenaste para mi salud.

Vocacion. Gracias te doy, dulce Jesu, que dende el nascimiento y principio de mi vida me recebiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me heciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima y mi cuerpo hasta el dia presente. Plega á tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazon, y de tí solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima, hasta que acabado el curso desta peregrinacion, goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo rio de deleites que corre de tí, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesu, que hasta el tiempo presente, sin sentirlo yo, me has librado de muchos y grandes peligros, así del cuerpo como del ánima, meresciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de tí desamparado.

Gracias te doy porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, me sufriste con tanta paciencia, y me esperaste á penitencia, ofendiéndote yo tantas veces, y resistiendo á tus sanctas inspiraciones. Concédeme, Señor, que de aquí adelante te siga con humilde aficion, y con toda presteza y obediencia abrace tus sanctas inspiraciones, y despida de mi corazon el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en tí, sin nunca jamas apartarse de tí.

Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno della.

Estos son, Señor mio, los communes beneficios que yo sé, otros muchos habrá que yo no sé, por los cuales no debo menores gracias que por los pasados, sino tanto mayores, cuanto mas en esto se conosce la grandeza de tu bondad; pues al tiempo que yo dormia, velabas tú para defenderme de mil peligros, y hacerme muchas mercedes. Por lo cual así como tengo razon para pedirte perdon, no solo de los pecados sabidos, sino tambien de los no sabidos: así tambien la tengo para darte cuantas gracias puedo, no solo por los beneficios que yo sé, sino tambien por los que no sé; y así te adoro, alabo y bendigo por todos ellos. Dame pues, Señor, que de tal manera use yo de todos estos beneficios, que no me sean ocasion de soberbia ó negligencia, sino de mayor humildad, agradescimiento y deseos de tu servicio. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos. *Amen.*

ORACION EN LA CUAL OFRESCE EL HOMBBE LOS TRABAJOS Y MÉRITOS DE CRISTO NUESTRO SALVADOR, PARA PEDIR MERCEDES POR ELLOS.

¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado (r)? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? Qué le ofresceré por tantas misericordias? ¡Oh cuán mal he respondido á tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fuí desagradescido á tus beneficios, siempre puse impedimento á tus inspiraciones, añadiendo culpas á culpas, y pecados á pecados. Confieso, Señor, que no merezco nombre de hijo, mas todavía te reconozco por padre. Porque tú eres verdaderamente mi Padre y toda mi confianza; tú eres fuente de misericordia, que no desechas á los sucios que corren á tí, sino ántes los lavas y recreas. Pues ves aquí, ó suave socorro mio, cómo yo el mas pobre de todas las criaturas vengo á tí, sin traer otra cosa conmigo mas que la carga de mis pecados. Humilmente me derribo á los piés de tu piedad, humilmente pido tu misericordia: perdóname, esperanza mia certísima, y sálvame por tu infinita clemencia.

Dulce Jesu, en remision de todos mis pecados te ofrezco aquella espantable caridad, por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste hacer hombre por nosotros, y vivir en este mundo treinta y tres años con muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradicciones, cansancios y fatigas. Ofrézcote aquena congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el Huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazon afligia. Ofrézcote aquel ardiente deseo que de padescer tenias, cuando tan de voluntad te entregaste á tus enemigos, y te ofresciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcote las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, las blasfemias, las bofetadas, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Annas y Caifas toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padesciste. Todas estas cosas te ofrezco, rogando á tu piedad sin medida, que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima, y la lleves á la vida eterna.

Ofrézcote tambien aquella inefable humildad y paciencia que tuviste cuando te coronaban con espinas, y para mayor escarnio te vistieron una ropa colorada, y burlando te saludaban, y escupian, y herian con la caña que en la mano tenias. Ofrézcote aquel cansancio doloroso de tu sacratísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos, y aquella tan pesada carga de la cruz que en tus delicados y fatigados hombros llevabas. Ofrézcote aquel sudor y sed que en la cruz padesciste, con otras muchas penas que con mansísimo corazon sufriste. Todo esto te ofrezco con las gracias que yo te puedo dar, rogando á tu piedad inmensa que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima, y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesu, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste cuando quitándote la vestidura que estaba pegada á las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus piés y manos en el sancto madero, cuando se descoyuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre (como arroyo de sus fuentes) corria de tus heridas. Ofrézcote cada gota desa sangre preciosa, ofrézcote aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradiccion y vituperios de aquellos malvados, que meneando sus cabezas te escarnecian, excusándolos tú benignamente, y rogando por ellos. Ofrézcote tambien aquellos incomprehensibles tormentos que sufriste, cuando dejado de todas partes á la fuerza de las angustias, y desamparado de todo consuelo, dolorosamente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcote la gran sed que allí padesciste, y aquella humildad y reverencia con que inclinada la cabeza al Padre, le encomendaste tu espíritu. Ofrézcote aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Todo esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima, y la lleves á la vida eterna. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen.*

ORACION Á DIOS Y Á TODOS LOS SANCTOS, PARA PEDIR TODO LO QUE ES NECESARIO, ASÍ PARA NOS COMO PARA NUESTROS PRÓJIMOS.

Padre benignísimo, Padre piadoso y misericordiosísimo, habed misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasion y la muerte de tu unigénito Hijo. Ofrézcote cuanto en este mundo hizo y padesció por nuestra causa. Ofrézcote los

(r) Psal. 115.

merescimientos de su dulcísima Madre y de todos los sanctos : para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí, y me dés la vida eterna.

Piadoso Jesu, Redemptor y Señor mio, habed misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias, y por las mercedes sin cuento que á mí, indigno, has hecho y haces cada dia. Ruégote, piadoso Señor, me quieras hacer particionero de tus merescimientos : para que encorporado en tí, y hecho una cosa contigo por amor é imitacion de tu vida sanctísima, merezca yo gozar de tí, como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles (*s*).

Espíritu Sancto consolador, ayúdame, Dios y Señor mio. A tí encomiendo mi ánima, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En tus manos pongo el proceso y fin de toda mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio haciendo verdadera penitencia de mis pecados, ántes que parta deste cuerpo mortal. Yo, ciego y enfermo mientra en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro y fácilmente soy engañado. Por esto me entrego á tí y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, á este pobre siervo tuyo de todos los males, enseña y alumbra mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazon. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, y que en todo lugar y tiempo cumpla tu sancta voluntad.

Adoro, reverencio, glorifico á tí, sancta Trinidad, Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, Espíritu Sancto. Ante tu divina majestad del todo me derribo, y á tu sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta á tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales, cuales quieres que seamos. Encomiéndote á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y á todos aquellos por quien debo rogarte. Encomiéndote á toda tu Iglesia. Haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen, y se amen entre sí. A los errados vuelve al camino, apaga las herejías, y convierte á la fe á todos los que aun no tienen conoscimiento de tu sancto nombre. Danos paz, y conservanos en ella, así como tú lo quieres y á nosotros conviene. Recrea y consuela á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres, y aflicciones espirituales y corporales. Finalmente debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas : para que á los vivos concedas gracia, y á los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandesciente lirio de la hermosura y sosegada primavera, Virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquisima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nascer y mamar leche el Rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia (*t*). Alcánzame, Señora mia, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa Madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades; y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro en aquel grande y postrero trabajo.

O bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodia á una voz glorificais un commun Señor, y gozais siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, sancto Angel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. O sanctos y sanctas de Dios, que despues de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo, y salidos deste destierro, llegastes al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí : para que por vuestros merescimientos y oraciones sea yo favorescido agora y en la hora postrera de mi muerte. *Amen.*

(*s*) Joan. 15. (*t*) Hebr. 1.

ORACION DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO PARA PEDIR TODAS LAS VIRTUDES.

Todopoderoso y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida ; y lo que me pedis que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que lo obre, así como conviene para la salud de mi ánima. Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto ; y tal que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca : para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las una ni desconfíe en las otras. De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare á vos ó me apartare de vos. A nadie desee mas contentar que á vos, ni tema descontentar á otro mas que á vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de vos, y muy caras y preciosas todas las vuestras, y vos, Dios mio, sobre todas ellas. Deme, Señor, en rostro todo gozo sin vos, y no desee alguna cosa fuera de vos. Séame deleitoso cualquier trabajo por vos, y enojoso cualquier descanso que tomare sin vos. Dadme que á menudo levante á vos mi corazon, y si alguna vez á esto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer de emendarla. Hacedme, Señor Dios mio, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, maduro sin pesadumbre, prompto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupcion, temeroso sin desesperacion, y confiado sin presumpcion. Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradiccion, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuracion. Dadme, dulcísimo Dios mio, un corazon velador, que ningun pensamiento lo aparte de vos; un corazon noble, que ningun bajo deseo lo captive; un corazon valeroso, que ningun trabajo lo quebrante; un corazon libre, que ningun poder lo fuerce, y un corazon derecho, que ninguna mala intencion lo pueda doblar. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduria que os halle, vida que siempre os agrade, y perseverancia que confiadamente os abrace. Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria. *Amen.*

ORACION AL ESPÍRITU SANCTO.

¡Oh Espíritu Sancto consolador, que en el dia sancto

de Pentecostés decendiste sobre los Apóstoles (*v*) y hinchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría! Suplicote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia, hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor. Ven, ó Espíritu sanctísimo, y envíanos dende el cielo un rayo de tu luz. Ven, ó Padre de los pobres. Ven dador de las lumbres y lumbre de los corázones. Ven, consolador muy bueno, dulce esposo de las ánimas y dulce refrigerio dellas. Ven á mí, limpieza de los pecados y medicina de las enfermedades. Ven, fortaleza de flacos y remedio de los caidos. Ven, maestro de los humildes y destruidor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven, salud única de los que mueren. Ven, Dios mio, y aparéjame para tí con la riqueza de tus dones y misericordías. Embriágame con el don de la sabiduría, alúmbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la ciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazon con el don del temor.

¡Oh dulcísimo amador de los limpios de corazon! enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas estas abrasadas, sean arrebatadas y llevadas á tí, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes! Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias! pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí y hazme salir de mí, para que así pueda pasar á tí! Y para esto, Señor, derriba, mortifica, aniquila y deshaz en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas á tu voluntad, y así toda mi vida sea un sacrificio perfecto que todo se abrase en el fuego de tu amor. ¡Oh quién me diese que á tan grande bien me quisieses admitir! Mira que á tí sospira esta pobre y miserable criatura tuya dia y noche (*x*). Tuvo sed mi ánima de Dios vivo: ¿cuando vendré y paresceré ante la cara de todas las gracias? Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable, hasta la casa de mi Dios? Cuándo me hinchirás de alegría con tu rostro (*y*)? Cuándo me veré harto con tu gloriosa presencia? Cuándo por tí seré librado de la tentacion, y en tí traspasaré el muro desta mortalidad? ¡Oh fuente de resplandores eternos! vuélveme, Señor, á aquel abismo de donde procedí; donde te conozca de la manera que me conociste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos. *Amen.*

ORACION PARA MIÉNTRAS SE DICE LA MISA, EN LA CUAL SE OFRESCE AL PADRE LA MUERTE DE SU HIJO: TOMADA DE MUCHAS PALABRAS DE SANT AUGUSTIN.

Clementísimo y soberano Criador del cielo y de la tierra (*z*): yo, el mas vil de todos los pecadores, juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito Hijo) por todos los pecados que yo he hecho y por todos los beneficios que de tí he recebido. Mira, clementísimo Rey, al que padesce, y acuérdate benignamente por quién padesce (*a*). ¿Por ventura no es este, Señor, el que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradecido? Por ventura no es este el autor de la vida, el cual llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan crudelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mio, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira al dulce Hijo extendido en un madero, y sus manos innocentes corriendo sangre, y ten por bien perdonar las maldades que cometieron las mias. Considera su pecho desnudo y herido con el cruel hierro de la lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido: Mira esos sacratísimos piés (que nunca estuvieron en el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien enderezar los mios en el camino de tus sanctos mandamientos. Ruégote, Rey de los reyes, por este Sancto de los sanctos, por este Redemptor mio, que sea yo ayuntado con él en espíritu; pues él no tuvo asco de juntarse conmigo por carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaecida del amantísimo Hijo? ¿Su blanca cerviz inclinada y caida con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redemido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus secas entrañas, cómo están descaidos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados piés los arroyos de su sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona la culpa del redemido. Este es nuestro fiel abogado delante de tí, Padre Todopoderoso. Este es aquel Summo Pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues él resplandesce rociado con la suya. Este es el sacrificio sancto, agradable y perfecto, ofrescido y aceptado en olor de suavidad. Este es el Cordero sin mancilla, enmudecido ante los que le tresquilaban: el cual herido con azotes, afeado con salivas y injuriado con oprobrios, no abrió su boca. Este es el que no habiendo hecho pecados, padesció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué heciste tú, ó dulcísimo Señor, porque así fueses juzgado (*b*)? Qué cometiste, innocentísimo Cordero, porque así fueses tratado? Qué fuéron tus culpas, y cuál la causa de tu condemnacion? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, y la ocasion de tu muerte, y yo la causa de tu condemnacion. ¡Oh maravillosa dispensacion de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno; ofende el reo, y es herido el innocente; y lo que comete el siervo, paga el Señor. ¿Hasta dónde, ó Hijo de Dios, hasta dónde decendió tu humildad? Hasta dónde se extendió tu caridad? Hasta dónde procedió tu amor? Hasta dónde llegó tu compasion? Yo cometí la maldad, tú sufres el castigo; yo hice los pecados, y tú te subjectas á los tormentos; yo me ensoberbecí, y tú eres humillado; yo fuí el desobediente, y tú, hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad. Mira pues agora, Padre eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrescido la mas preciosa ofrenda que se te podia ofrescer. Hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre tí y mí este fiel abogado: recibe con serenos ojos al buen pastor, y mira la oveja

(*v*) Act. 2. (*x*) Psal. 15. et 16. (*y*) Psal. 17. (*z*) In. lib. Meditat. cap. 6. (*a*) Isai. 53.

(*b*) Cap. 7. Meditat. Aug.

descarriada que él te trae sobre sus hombros. Ruégote, piadoso Padre, que por esta oracion le merezca yo tener por ayudador; pues de gracia, sin que yo te lo mereciese, me lo diste por Redemptor.

Siguese otra oracion que tambien se puede decir en el mismo tiempo de la misa, ó en cualquiera otro.

Adoro, alabo y glorificote, Señor Jesucristo; bendígote y doite gracias, Hijo de Dios vivo, porque tus dignísimos miembros quisiste que por mi remedio fuesen en tantas maneras afligidos y lastimados. Yo los saludo á todos uno á uno por tu honra y amor. Salúdoos, piés de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con duros clavos traspasados. Salúdoos, venerables rodillas, tantas veces por mí en la tierra hincadas, y tantas veces cansadas en caminar. Salúdote, pecho florido, por mí con cardenales y heridas afeado. Salúdote, costado sacratísimo, que fuiste por mí con lanza herido y traspasado. Salúdote, corazon amabilísimo, suavísimo y piadosísimo, por mí rompido y alanceado. Salúdoos, espaldas, por mí con azotes rasgadas y ensangrentadas. Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos y estirados. Salúdoos, delicadas manos, cruelmente por mí con duros clavos heridas y traspasadas. Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados. Salúdote, boca y garganta suavísima, por mí con vinagre y hiel amargada. Salúdoos, benignísimos oídos, por mí ofendidos con injurias y afrentas. Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mis pecados. Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada con espinas, llagada con heridas y con la caña lastimada. Clementísimo Jesu, saludo todo tu precioso cuerpo por mí azotado, llagado, crucificado, muerto y sepultado. Salúdote, sangre preciosa, por mí ofrescida y derramada. Salúdote, nobilísima ánima, por mí entristecida y angustiada. Amabilísimo Señor, ruégote por tus sanctísimos miembros, que sanctifiques los mios, y laves todas las mancillas que yo les pegué, usando mal de todos ellos. Tú, que vives y reinas en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen.*

CAPITULO VII.

Siguense siete muy devotas oraciones á la sacratísima Virgen nuestra Señora; y en las tres primeras se pone un devoto memorial de su vida sanctísima. Y podrá repartir el hombre estas siete oraciones por los dias de la semana, para que cada dia se renueve su devocion con nuevas oraciones.

ORACION PRIMERA DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, suavísima Virgen María, á quien Dios escogió por Madre suya ántes de todos los siglos. Tú eres aquella bienaventurada hembra de quien el Rey del cielo y de la tierra quiso tomar carne para redemir el linaje humano. Tú eres aquella piadosa medianera entre Dios y los hombres, por la cual se juntó el cielo con la tierra, y las cosas altas con las bajas. Tú eres guia de nuestra vida, puerta de la divina gracia, y tú puerta deste siglo tempestuoso. Alcánzame, Señora, perdon de mis pecados, y gracia para que con todo cuidado honre y ame á tu Hijo, mi Salvador, y á tí, Madre de misericordia.

Dios te salve, Vírgen suave, á quien los padres antiguos desearon con entrañables deseos, y representaron con diversas figuras, y prometieron con muchas profecías y revelaciones. Recíbeme, Señora, por tu siervo, prohíjame, madre de gracia, y concédeme que sea yo del número de los que amas y tienes escriptos en tu pecho virginal, á los cuales enseñas, enderezas y defiendes en todas las cosas.

Dios te salve, Vírgen suave, á quien Dios hermoseó maravillosamente en el vientre de tu madre, y adornó de todas las perfecciones y gracias. ¡Oh Vírgen clarísima, Vírgen resplandesciente, Vírgen purísima, escogida entre millares, no me deseches, Señora, aunque sea el que tú sabes que soy, sino oye al miserable que te llama, socorre al pobre que te busca, y ayuda al que tiene puesta en tí su esperanza!

Dios te salve, María suave, cuyo nascimiento esperado en tantos siglos y deseado de tantas gentes, alegró el mundo con nueva luz y nuevo gozo. ¡Oh Vírgen innocentísima, haz que yo sea innocente, y deshaz todo lo que en mí desagrada á tus limpísimos ojos! Habed misericordia de mí; pues dende tu niñez por todas las edades cresció contigo la misericordia.

Dios te salve, María suave, en quien Dios derramó toda hermosura corporal, y toda gracia espiritual, con la cual te hizo amable á todas las gentes. ¡Oh elegantísima y bellísima Vírgen, atavía, Señora (yo te suplico), mi ánima con ornamentos espirituales; planta en mi corazon vivas aficiones de pureza y castidad, para que así te agrade yo en todas las cosas, y sea verdadero imitador y siervo tuyo.

Dios te salve, María suave, á quien tus sanctísimos padres trajeron al templo, y presentaron al Señor, y ofrescieron á su servicio, donde heciste vida de ángeles, en todo piadosa, en todo mansa, en todo suave, en todo agradable al Señor.

Concédeme que sienta yo en mí el olor de tu sanctísima conversacion, para que cuanto en mí fuere, á nadie sea pesado, á nadie escandalice, á nadie ofenda; mas á todos consuele, á todos provoque al amor de Dios y desprecio del siglo.

Dios te salve, María suave, alférez y Vírgen de las vírgenes, que consagrándote toda para Dios, heciste voto de virginidad con alegre y determinada voluntad. Tú eres perfecto dechado de perfecta castidad y pureza, cuya sanctísima y castísima conversacion penetraba los corazones de los que te miraban, con una lumbre celestial, y criaba en ellos amor de limpieza y castidad. Alcánzame, Señora, verdadera limpieza del ánima y del cuerpo, de tal manera que ninguna fealdad me ensucie, ningun vicio me posea, y á ningunos deleites consienta; mas despreciando todos los regalos y cobdicias de la carne, en solo tu bendito Hijo sean todos mis deleites y descansos.

Dios te salve, María suave, á quien en sus sagrados estudios y ejercicios de contemplacion consolaba Dios con familiar ministerio de los ángeles (*a*), y con un maravilloso gozo de la pureza de tu consciencia. Alcánzame por tus merescimientos amor del silencio y del reposo, y ocupacion en sanctas oraciones, y sagrada licion, y en otros espirituales ejercicios, con sinceridad y sosiego de mi ánima, y que estos sean mis deleites de

(*a*) Luc. 1.

todo el tiempo que fuere detenido en la miserable cárcel deste cuerpo.

Dios te salve, María suave, que siendo Vírgen fuiste desposada con el sancto vírgen Josef, por divino consejo (*b*). No consientas apartarme de tí; mas mírame siempre con benignos ojos. Porque como no puede vivir para siempre aquel á quien tú mirares con ofendidos ojos, así no podrá perescer para siempre aquel á quien mirares con ojos benignos. Recibe, Señora mia, al ánima que te ama, y conserva al que confía en tí. Sé conmigo siempre piadosa, para que por tí halle gracia en los ojos del Señor que te escogió.

Dios te salve, María suave, á quien estando en altísima contemplacion, el ángel Gabriel saludó humilmente dentro de tu secreto retraimiento, y allí te dió parte de los misterios del consejo divino. ¡Oh si toda mi alegría fuese saludarte muy á menudo, y presentarte muy devotos servicios! Oh si ninguna cosa en mí hubiese que ofendiese tu vista, mas pura que de ángeles!

Dios te salve, María suave, que en tus castísimas entrañas concebiste al Hijo de Dios. ¡Oh la mas dichosa de las mujeres! Dime, ¿qué sentiste en aquella hora en lo secreto de tu corazon, y con cuánta dulzura tu bienaventurada ánima se derritió, cuando aquella vena de aguas vivas y principio de toda dulcedumbre entró en tu sanctísimo tálamo, y se vistió de tu purísima carne? Alabo y glorifico, Vírgen gloriosa, y humilmente reverencio tus sanctísimas entrañas virginales; y tú, Señora, ten por bien guardar y acrescentar siempre en mi ánima el don de la pureza y castidad.

Dios te salve, María suave, que llevando al Rey de la gloria encerrado en tu vientre, subiste á los montes de Judea, y visitaste y serviste á Elisabet, tu parienta. Visita, Señora, mi ánima, y haz que en todos los dias de mi vida devotísimamente te sirva, y te ame con todo mi corazon. *Amen.*

SEGUNDA ORACION DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, María suave, que con tu sanctísimo esposo Josef, doncella delicada y preñada, te partiste para Betlem á pagar el censo commun que todos pagaban (*c*). Dame gracia para sufrir pacientemente las miserias deste destierro, y para anhelar siempre á la celestial Betlem, donde está el pan de vida Cristo Jesu, nuestra salud.

Dios te salve, María suave, que cansada del camino, cuando llegaste á la ciudad no hallaste posada, en lugar de la cual escogiste un establo, donde morases y parieses al Rey de la gloria (*d*). Gobierna, Señora, todas las aficiones de mi ánima, para que ninguna cosa viciosamente ame, y ninguna me prenda, sino que como peregrino y extranjero en este mundo, sospire con todos mis deseos por las eternas moradas, y en solo Dios ponga mi descanso.

Dios te salve, María suave, que sin dolor ni detrimento de tu purísima virginidad pariste al Salvador del mundo y alegría del cielo. Tú eres Vírgen, y juntamente Madre. Tú templo del verdadero Salomon. Tú arca y sanctuario de Dios. Tú la puerta cerrada que vió Ecequiel (*e*). Tú el huerto cerrado, y fuente sellada del Esposo celestial (*f*).

Hinche, Señora, mi corazon y todos mis sentidos de tu gracia, para que renovado con este socorro, viva vida agradable á tu Hijo y á tí.

Dios te salve, María suave, que envolviste á Jesu, fructo de tu castísimo vientre, en pobres pañales, y le reclinaste en un pesebre (*g*). ¡Oh si tu amor tanto ocupase mi espíritu, y tu pureza de vida tanto hermosease mi ánima, que viniese á ser como un niño recien nascido, para que en cualquier tribulacion meresciese ser de tí ayudado, y recreado con tus beneficios!

Dios te salve, María suave, que al niño Jesu diste á mamar leche de tus virginales pechos, y teniéndole dulcemente en tus brazos, humilmente le besaste y adoraste. Dame, Señora, que cuando viniere fatigado de los trabajos y miserias desta vida, me socorra al seno de tu maternal piedad, y recreado por tí con leche de espiritual consolacion, desprecie todas las otras consolaciones deste siglo perecedero.

Dios te salve, María suave, que á los cuarenta dias presentaste el Niño en el templo, donde el sancto Simeon lo recibió en sus brazos, y cantó aquella tan dulce cancion (*h*), aunque despues mezcló los cantares con lágrimas, declarándote los trabajos y persecuciones que estaban aparejadas á aquel sancto Niño, y el cuchillo de dolor que habia de traspasar tu corazon. Suplícote, Señora, sea yo imitador desta tan larga cruz y paciencia, tomando todos los trabajos que el Señor me enviare con ella, y reconosciendo por este ejemplo la gran merced que me hace con ellos.

Dios te salve, María suave, que avisada por el ángel cómo el rey Heródes andaba como leon furioso buscando el Niño para matarle (*i*), y por tanto, que fueses á Egipto á esconderle de su furor, te partiste á la media noche; y dejando la tierra y la casa, y esa pobreza que tenias, te fuiste á Egipto, donde estuviste siete años en tierra de bárbaros y infieles, peregrina, pobre y extranjera. Dame, Señora, que te acompañe yo siempre en estos piadosos caminos, imitando tu paciencia, tu humildad y tu pobreza, y viviendo en este mundo como desterrado y peregrino.

Dios te salve, María suave, que subiendo con el niño Jesu, de edad de doce años, al templo, le perdiste de vista sin culpa tuya (*k*), y le buscaste con grandísimo dolor y diligencia, y le hallaste despues en el templo disputando entre los doctores con grandísima alegría. Concédeme, Señora, que cuando alguna vez perdiere yo la gracia de la devocion por culpa mia, la busque con esa misma diligencia, y así la halle despues de buscada, y le ponga mejor cobro despues de hallada, para estar con ella mas prompto en las cosas del servicio de mi Criador.

TERCERA ORACION DE LA VIDA DE NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, María suave, que diligentemente serviste y curaste en la niñez y tierna edad al Salvador; y despues en su juventud y edad de varon (cuando predicaba) devotamente le seguiste. Dame que despreciadas todas las cosas transitorias, á tí ame, á tí siga, y siempre sospire por tu presencia.

Dios te salve, María suave, que sentiste con grandísimo dolor los crueles dolores y persecuciones de tu amado Hijo (*l*); y en las entrañas de tu corazon te compadeciste de su terrible y afrentosa muerte. Dame que al

(*b*) Matt. 1. Luc. 1. (*c*) Luc. 2. (*d*) Luc. 2. (*e*) Ezech. 44. (*f*) Cant. 4.

(*g*) Luc. 2. (*h*) Luc. 2. (*i*) Mat. 2. (*k*) Luc. 2. (*l*) Joan. 19.

mismo Señor alabe yo siempre por todas las cosas que por mí hizo y padesció; y por él tambien me compadezca de todos cuantos estuvieren puestos en trabajos y aflicciones.

Dios te salve, María suave, cuya ánima bienaventurada traspasó el cuchillo de dolor, cuando estuviste bañada de lágrimas al pié de la cruz, mirando con piadosos ojos las heridas y la sangre del Hijo que padescia. Dame, Señora, que yo fielmente persevere contigo al pié de la cruz, y con devoto corazon celebre la pasion de tu unigénito Hijo, mi Redemptor.

Dios te salve, María suave, que estando en este mismo lugar oiste aquella dolorosa palabra de la boca de tu Hijo sanctísimo, que decia (*m*): Mujer, cata ahí á tu hijo; con la cual en ausencia te encomendaba al amado discípulo, proveyendo á él de madre y á tí de hijo en su lugar. Asimismo le oiste allí decir que padescia sed, y no te fué concedido dar un poco de agua al Hijo que la pedia muriendo: en lugar de la cual viste que le dieron vinagre. Asimismo viste con inestimable dolor espirar al Hijo que tanto amabas, y despues le viste romper su sacratísimo costado con una lanza; la cual herida no sintió él, porque estaba muerto; mas sintióla tu purísimo y maternal corazon, que aunque para las cosas del mundo estaba como muerto, mas para los dolores de tu amado Hijo estaba mas que vivo. Por todos estos tan extraños dolores te pido, Vírgen sacratísima, quieras herir mi corazon con la compasion y memoria de todos los dolores que mi Redemptor padesció por mí, y hacerme participante del fructo dellos: para que no pierda por mi culpa el remedio que él me ganó por su gracia.

Dios te salve, María suave, á quien Jesu alegró con su triunfal resurreccion, y despues de su gloriosa ascension á los cielos, llevó consigo y asentó sobre todos los coros de los ángeles en un trono real, como Reina y Señora de todo lo criado. Rogámoste pues humilmente, Señora y Madre nuestra, quieras tener fiel cuidado de nosotros, y abogar por nos ante el tribunal de tu muy amado Hijo: para que cuando viniere á juzgar los vivos y los muertos, seamos por tu intercesion librados de la muerte perdurable, y colocados á su diestra en compañía de aquellos que han de reinar en los siglos de los siglos. *Amen.*

CUARTA ORACION Á NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, excelentísima Señora, despues de Dios entre los sanctos sanctísima María, que con virginidad de madre, y con maternidad de vírgen, maravillosamente engendraste á Jesucristo, Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Sancto, tú recámara gloriosa de la sanctísima Trinidad. Por tu Hijo, Señora, vive la redondez de la tierra. Contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora, los oídos de tu piedad á las oraciones deste vil siervo; y con los rayos de tu sanctidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar á tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdon. ¿Quién no te amará? Quién no te honrará? Quién no se encomendará á tí? Tú eres en las cosas dudosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres despues de tu unigénito Hijo cierta salud y esperanza nuestra. Bienaventurados los que te aman, y los que por sanctidad de vida se hacen tus familiares siervos y devotos. A tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, ó dulce amparo y vida mia.

Dios te salve, magnífica sala y resplandesciente palacio del Emperador eterno (*n*). Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella Reina del cielo que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á los demonios como las haces de los reales bien ordenadas (*o*). Dame, Señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en tí: para que despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de las moradas eternas.

Dios te salve, estrella resplandesciente y clarísima lumbrera María, de quien nació el sol de justicia, Cristo nuestro Salvador. Tú eres Vírgen sobre toda hermosura hermosa; tú eres Madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras á los hijos de la Iglesia, do quiera que están por todo el mundo. Tu dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendicto fructo de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú, despues del Señor, eres la primera que meresces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, Señora, para que ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses, y á tí, Señora de las señoras, en Sion, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolacion, por quien descendió al mundo la bendicion celestial, y la gracia de la felicidad eterna. De tí tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesu, único autor de nuestra salud, el mas suave, el mas hermoso, el mas noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplacion alegra los sanctos, tu perfecta innocencia esfuerza los pecadores. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazon, para que me cuentes en el número de aquellos que merescen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, Vírgen bellísima, Vírgen mas clara que el sol, mas luciente que las estrellas, mas dulce que la miel, mas suave que el bálsamo, mas hermosa que las rosas y mas blanca que el azucena. Tú eres fuente del paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomon, tú vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolacion. El Señor te crió Vírgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano, y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No vuelvas, Señora, los ojos de mí, pecador miserable; mas de sucio, me haz limpio; de pecador, justo; de perezoso, diligente; y de tibio y seco, ferviente y devoto.

(*m*) Joan. 19.

(*n*) Prov. 31. (*o*) Cant. 6.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados: á quien tanta honra hace tu Hijo, que todo cuanto le pides te concede, y todo lo que quieres cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial; tú eres mas honrada que los querubines, mas alta que los serafines; y tú, gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, ó Señora, sobre los coros de los ángeles; y como á la primavera te acompañan las flores y rosas, y las frescuras de los valles. Sáname, ó bienaventurada, y seré sano, y bendecirte he en los siglos de los siglos por siempre jamas. *Amen.*

QUINTA ORACION Á NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, alegría del cielo y gozo de la tierra, María. Tú eres aquella serenísima Madre de la luz, que amorosamente alumbras las ánimas de los que te aman. Tú eres aquella dulcísima Madre de piedad, que dichosamente llevas á tus fieles siervos á las alegres moradas del cielo. Tú, hermosa como paloma, subes sobre los rios de las aguas; cuyos vestidos son de inestimable suavidad. A tí, Señora, levanto mi rostro, á tí miran los ojos de mi corazon, en tí confía mi ánima; habed misericordia de mí; porque despues de tu unigénito Hijo, en ti está toda mi salud.

Dios te salve, entera y de todo pecado limpia, Madre de Dios, María. Dios te salve, amparo certísimo de todos los que te llaman. Tú eres castillo fortísimo, dentro de cuyos muros están seguros los que á tí se acogen: tú eres fidelísima defensora de todos los que te alaban, tú resplandeciente nube que templas el ardor de nuestros apetitos, tú rocío deleitable que apagas el fuego de nuestras cobdicias, tú llave esmaltada de perlas preciosas que abres las puertas del paraíso, tú flor entre las espinas, y rosa de los valles, que alegras los ojos de los que te miran. Toda eres mansa, toda deleitable, toda resplandesciente y toda benigna. Socórreme, dulcísima abogada mia; y despues de las ondas deste siglo, llévame al puerto de la bienaventuranza perdurable.

Dios te salve, alabanza de los profetas, honra de los apóstoles, esfuerzo de los mártires, confesores y vírgines. Tú eres palma hermosísima de justicia, tú lirio purísimo de castidad, tú fresco jardin de celestiales deleites, tú arca del Testamento, donde está el mamá escondido; tú tierra bendicta que llevaste el fructo del árbol de vida, tú piedra de donde manaron arroyos de aguas vivas. Alimpia, Señora, mi corazon de toda fealdad de pecado, quita de mí todo lo que desagrada á tus virginales ojos, libra mi ánima de los deseos terrenos, y levántala al amor de los bienes celestiales, para gloria y honra tuya, y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, preciosísima margarita y perla singular del linaje humano. Toda eres hermosa, ¡oh sacratísima Vírgen! y no hay mácula alguna en tí. Tú eres vaso de escogimiento y armario riquísimo de todas las gracias. Tú excedes en fe á los patriarcas, en ciencia á los profetas, en celo á los apóstoles, en paciencia á los mártires, en templanza á los confesores, en humildad é innocencia á las vírgines. Tú, adornada de preciosísimas joyas, levantas y suspendes en tu admiracion á todos los cortesanos del cielo. Tú eres clarísimo sol que nunca se eclipsa; donde la tierra alumbras los cielos, y agora desde los cielos alumbras la tierra y deshaces las tinieblas del mundo. No me desprecies, ó esperanza mia, sino ayuda y socorre en todas sus necesidades á este miserable pecador.

Dios te salve, Vírgen sacratísima, y entre las mujeres bendictas, singularmente dotada de singular bendicion. Tú, valle deleitoso, hermoseado de flores eternas. Tú, rosa hermosísima, que da de sí olor de inestimable suavidad. Tú, estrella de Jacob resplandesciente, que aclaras los cielos y la tierra. Tú, vara de Jesé florida, que alegras el mundo; todos los ángeles se maravillan de tu hermosura, y todos se alegran de ver tu cara. Atiende, Señora, mis lágrimas y gemidos; visita y consuela este siervo inútil, y alcánzale perdon de sus pecados.

Dios te salve, singular ornamento del cielo y amparo de la tierra. Dios te salve, Madre mil veces dichosa del Rey eterno: tú, Señora, despues de tu unigénito Hijo, tienes el imperio de todas las cosas. A tí todas las edades y todas las generaciones inclinan la cabeza; á tus piés se derriba toda la redondez de la tierra, porque despues de la inefable y summa Trinidad, no tiene el palacio del cielo otra cosa mas hermosa que tú. Oyendo tu nombre, tiemblan los demonios; descubriéndose tu resplandor, huyen las tinieblas; y á tu querer se abren de par en par las puertas del cielo. ¡Oh esperanza de los cristianos despues de Cristo tu Hijo! Oh Reina de misericordia, dulzura de vida! á tí sospiro desterrado en este valle de lágrimas, hijo de Eva. Ayúdame, Señora, en mis trabajos, defiéndeme en mis peligros, esfuérzame en mis desmayos; y despues deste destierro muéstrame el bendicto fructo de tu vientre, Jesucristo, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. *Amen.*

SEXTA ORACION Á NUESTRA SEÑORA.

Dios te salve, limpísima recámara del Espíritu Sancto, y sagrado relicario del Verbo divino. Dios te salve, sanctísima Madre, que pariste al gozo de los ángeles y á la salud de los hombres, Cristo Jesu; y en su niñez le envolviste en pañales, le apretaste en tus brazos, le acallaste en tu regazo, le criaste á tus pechos y le regalaste con besos y abrazos. Ruégote, Señora, por ese misericordioso y virginal corazon, y por la diligencia y solícito cuidado con que serviste y proveiste á la niñez de tu unigénito Hijo, que defiendas ante él mi causa, deshagas mis pecados, y me alcances perdon de todos ellos. Favorésceme, piadosa gobernadora mia, miéntras en este peligroso mar navego, y principalmente en el término de mi vida: para que guiándome y alumbrándome tú, prósperamente llegue al puerto de la celestial Hierusalem, donde para siempre te alabe en los siglos de los siglos.

Dios te salve, serenísima y suavísima Madre del Salvador del mundo, María. Tú eres aquella tórtola castísima, cuya voz dulcísimamente sonó en los oídos del Todopoderoso. Tú eres aquella paloma honestísima, cuyo gemido agradó summamente al Espíritu Sancto. ¡Oh Vírgen graciosa, Vírgen de maravillosa hermosura! aclara las tinieblas interiores de mi ánima con el rayo de tu luz, para que quitada la escuridad de mis vicios, pueda yo contemplar la grandeza de tu hermosura.

Dios te salve, Vírgen piadosa, María. Dios te salve,

puerta de Oriente, siempre cerrada (p), por la cual vino á nuestras tierras aquel mas hermoso de todos los hijos de los hombres. Vuelve, ó clarísima, vuelve á mí aquellos blandísimos ojos de tu virginal rostro, y destierra las tinieblas de mi ceguedad con la claridad de tu venida. Aparta, Señora, mi ánima de todas las cosas que están debajo del cielo, y suspéndela en la contemplacion purísima de tu grandeza, haciéndola gustar aquellos dulcísimos licuores de la felicidad eterna.

Dios te salve, amadora de la soledad, y diligentísima guardadora de la quietud interior. Dios te salve, Vírgen dotada de maravillosa honestidad, y de inefable sabiduría. O Vírgen escogida, Vírgen la mas hermosa de las hijas de Hierusalem, recoge los pensamientos derramados de tu siervo, y haz reposar en tí mi espíritu derramado y distraido. Tú eres sacratísimo tabernáculo de la divinidad. Tú vergel cercado, donde se cogió aquella hermosísima y única flor, Jesucristo, Salvador de nuestras ánimas.

Dios te salve, violeta de altísima humildad, rosa de caridad y lirio purísimo de castidad. Dios te salve, generosísima Madre del Criador soberano. O Vírgen suave, llegue hasta mí el olor de tus perfumes aromáticos, siéntate mi espíritu en la noche, gócense contigo mis entrañas en el dia. A tí se aficione suavemente mi corazon, á tí ame entrañablemente mi ánima, y alegremente se ocupe en tus alabanzas. Tú eres florido tálamo del Esposo celestial, tú deleitable paraíso de los ángeles, tú recámara de los sacramentos divinos, tú Madre, tú Hija, tú Esposa de Dios altísimo: tú seas siempre mi esperanza y dulce amparo de mi vida. *Amen.*

ORACION SÉPTIMA Á NUESTRA SEÑORA.

¡Oh Vírgen gloriosa y bienaventurada! ¿cómo parescerá, Señora, mi oracion delante de tí, pues la gracia que merescí por la pasion de mi Redemptor perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo que mi demanda es justa, osaré rogarte que me oyas. ¡Oh Reina y Señora mia! suplícote ruegues á tu sagrado Hijo, que por su infinita bondad y misericordia quiera perdonarme. Y si esto por mi indignidad no meresciere, séame concedido porque no perezca por mi culpa lo que él crió á su imágen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas. Tú eres espejo de los sanctos. Tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en tí, los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas de purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudesce? Ruégote, Vírgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste á tu amado Hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones; porque no se pierda por mi maldad lo que él redimió por su sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste siguiéndolo hasta la cruz, pón siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parescer sin tí ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo? Pues ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Vírgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesion? Gran cosa te pido segun mis yerros, mas muy pequeña segun tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, segun lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, emienda mi vida, y ordena todas mis obras de tal manera que merezca yo, aunque malo, ser de tí oido con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben, y los malos esperen en tí. Los dolores que pasaste en la pasion de tu amantísimo Hijo y Redemptor mio Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazon. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú (que eres estrella de la mar y guia de los errados) no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo, y si me tentare, no me dejes caer, y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? Quién te pidió, que no le otorgases? Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Vírgen gloriosísima, que mi corazon sienta el traspasamiento que tenias cuando despues de abajado de la cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, mirando aquella imágen preciosísima, de los ángeles adorada, y entónces de los malos escupida; y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo, por la desobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mia, cuál estabas entónces, los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazon, que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que pudieras decir á los que te miraban: O vosotros que pasais por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante á mi dolor; porque por ellas merezca yo ser oido de tí. Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo; porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volverle lo que della recebí, porque no me engañe la gloria perescedera deste siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvias á mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado; porque alcance yo tal gracia de tí, que quieras volver á mirar mi peticion. Sea mi compañía la contemplacion de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenias otra cosa viva, sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas, y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones: para que llorando las angustias que padeciste en la tierra, merezca ver la gloria que alcanzaste en el cielo, en los siglos de los siglos. *Amen.*

(p) Ezeeh 44

TRATADO SEXTO.

DE LA MATERIA DE LA ORACION MENTAL, EN LA CUAL SE PONEN BREVEMENTE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR, CON OTRAS COSAS.

PRÓLOGO.

Procediendo mas adelante por nuestro Memorial, ya que hasta aquí habemos tratado de la oracion vocal (que es mas fácil y mas commun á todo género de personas), será bien tratar agora de la mental, que es algo mas dificultosa, y así pertenesce á personas mas ejercitadas. Porque por esta órden procede la naturaleza, subiendo siempre de las cosas mas fáciles á las mas dificultosas, y así es razon que proceda el arte imitadora de naturaleza, mayormente en esta parte. Porque de la manera que las plantas tiernas y delicadas, cuando comienzan á crescer, han menester algun arrimo ó estaca en que se sostengan y con que suban á lo alto, mas despues de ya crescidas y apoderadas de la tierra, no tienen necesidad desta ayuda, porque ellas por sí bastan para eso: así tambien los novicios que comienzan á nascer en la vida espiritual, cuando quieren hablar con Dios, deben ayudarse para esto de algunas oraciones vocales, para que con ellas levanten su corazon á él, y sepan hablarle; mas despues de ya fundados y arraigados en su amor, y tocados de un poco de devocion, esa les dará palabras, y enseñará cómo deban de hablar y conversar con él. Y porque desta manera de oracion tratamos largo en el libro de la Oracion y Meditacion, al presente no tratarémos aquí mas que de la materia della, que es de las cosas en que podrémos fructuosamente ocupar nuestra consideracion. Para lo cual se ponen aquí los principales misterios de la vida de Cristo, con algunas otras cosas que sirvan para esto, de las cuales no se trató en aquel lugar.

CAPITULO PRIMERO.

Del fructo de la oracion mental.

En otra parte declaramos ya cómo ninguna diferencia esencial habia entre la oracion vocal y mental, pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman religion, así tambien lo es la otra, y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna á nuestro Señor, aunque la una la pide con solo el corazon, y la otra con el corazon y con la boca juntamente. Solamente podrá aquí entrevenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer la una oracion y la otra. Porque siendo verdad que la devocion y espíritu con que oramos es como vida de la oracion, tanto una oracion será mas excelente que otra, cuanto se hiciere con mayor espíritu y devocion. Por donde si el que reza por unas cuentas, ó por un libro, ora con mayor espíritu y devocion que el otro, esa será mas fructuosa y mas eficaz oracion. Porque orar desta manera es muy gran parte para ser oido, segun aquello del salmo, que dice (*a*): Clamé con todo mi corazon, óyeme, Señor. Y en otro lugar (*b*): El deseo de los pobres oyó Dios. Esto es, la oracion que se hace con espíritu, porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables sospiros y deseos del corazon, como ya dijimos. Tal fué la oracion de Anna, madre de Samuel (*c*), que viéndose acosada de su competidora, hizo oracion á Dios con grande ansia de su corazon, de donde le vino que con la fuerza y embebescimiento del espíritu hacia tales gestos por defuera, que el sacerdote Helí creyó que estaba beoda; mas no era cierto del vino que él pensaba, sino del vino de la devocion que se habia exprimido en el lagar de su ánima con el husillo de la tribulacion.

(*a*) Psal. 118. (*b*) Psal. 9.

Mas aquí es de notar que tambien llamamos oracion mental á la meditacion y consideracion de las cosas de Dios; aunque cuando en esto nos ocupamos, no pidamos por entónces nada. Y esta consideracion no se puede negar sino que es de grande é inestimable provecho. Porque así como la especulacion y estudio de las ciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana: así la consideracion de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Sancto, al cual se ordenan todos los otros.

Y demas desto, esta consideracion es un muy principal medio para alcanzar la verdadera devocion, que hace al hombre lijero y prompto para toda virtud (como luego dirémos), que es la cosa que mas declara y engrandesce la excelencia deste ejercicio.

Trae tambien consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la digestion y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas, ó por sus cuentas, pasa por las cosas mas lijeramente, hasta llegar al término de su oracion, y dar cabo á sus oraciones ordinarias; mas el que considera no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la Escriptura, ó en un misterio de la vida de Cristo, todo el tiempo que halla que rumiar en ella, que á veces acaesce durar por grande espacio, como se lee de Sant Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: Dios mio, conózcate á tí, y conózcame á mí. Y mucho mas aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos otros pasados apresuradamente y de corrida. Bien es verdad que tambien el que reza por un libro podria hacer esto mesmo, si todas las veces que llegase á un paso dulce y devoto, hiciese allí una estacion, y se pusiese á considerar de espacio lo que allí el Espíritu Sancto le diese á sentir. Y así hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oracion del *Pater noster*, ó el Símbolo de la fe (que es el Credo), deteniéndose en la consideracion de los misterios que allí se contienen, con grande gusto y aprovechamiento. Y esta manera de rezar (demas de ser muy fácil á todo género de personas) es de grande provecho, y es la mesma que aquí enseñamos y encarescemos, que es la que tiene anneja á sí la consideracion.

CAPITULO II.

De la materia de la oracion mental.

Porque por la oracion mental entendemos tambien la consideracion de las cosas de Dios (como acabamos de decir), será bien declarar aquí cuál sea la materia desta consideracion, que es el argumento proprio deste tratado. A lo cual brevemente se responde que todas aquellas cosas que pueden mover nuestro corazon á amor ó temor de Dios, aborrescimiento del pecado y menos-

(*c*) 1. Reg. 1.

precio del mundo, etc., son materia desta consideracion; y así todas las escripturas sanctas, y todas las vidas y ejemplos de los sanctos, y finalmente toda la fábrica deste mundo, con todas cuantas criaturas hay en él; porque de todo esto saca el varon devoto materia de consideracion. Pero entre todas estas cosas señala Sancto Tomás dos, en la 2. 2. en la q. 82, art. 3, donde dice que la verdadera devocion se despierta en nosotros con la consideracion, así de las perfecciones de Dios, como de sus beneficios; y tambien con la consideracion de nuestros proprios defectos y pecados; porque con lo uno aprovechamos en la caridad, y con lo otro en la humildad; y así lo uno es como echar raices firmes en lo bajo, y lo otro como crescer y subir á lo alto; y lo uno y lo otro es necesario para el aprovechamiento de la vida espiritual. Y para mayor declaracion desto añadiré aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este artículo de Sancto Tomás por estas palabras, que son mucho para notar.

En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el sancto doctor señala de la devocion: las cuales son, por una parte la meditacion de las perfecciones de Dios y de sus beneficios, y por la otra la consideracion de los proprios defectos. A la primera parte pertenesce la consideracion de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones suyas; y señaladamente la de la caridad y amor para con todos los hombres, y particularmente para con cada uno dellos. Item, la consideracion de los beneficios divinos, y señaladamente la creacion, la redempcion, el baptismo, el sacramento del Altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios, ó por sí, ó por otras causas segundas; el habernos esperado tanto tiempo á penitencia; el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros, así de cuerpo, como de ánima; y el haber diputado sus mesmos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios.

A la segunda parte pertenesce la consideracion de sí mesmo: conviene saber, de los proprios defectos y miserias, asi de las culpas presentes, como de las pasadas. La facilidad y promptitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar. El estrago de la propria hacienda (que es de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dió) por haber habituado las potencias de nuestra ánima á mal obrar. La habitacion en esta region tan distante y tan apartada de la conversacion y amistad de Dios. La perversidad de nuestro apetito, que mas siente los provechos y daños temporales, que los espirituales. La desnudez y pobreza de las virtudes. Las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima (que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza). Las cadenas con que estámos atados de piés y manos (que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar). El estar en tinieblas, y hedores, y amarguras, y no sentirlo. No oir la voz del pastor que nos llama de dentro. Y sobre todo esto, haber hecho tantas veces á Dios nuestro capital enemigo, pecando mortalmente, y por consiguente haberle hecho tan grande injuria, como si no lo quisiéramos tener por Dios; y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y á la honra, y al deleite, y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos mas que á Dios.

Pues con estas meditaciones, las cuales habian de ser cuotidianas á los religiosos, y á todas las personas espirituales (dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales, cuando no son obligacion) se engendra la devocion, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merescen nombre de religiosos, ni religiosas, ni de personas espirituales los que á lo ménos una vez al dia no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegacion que para él se ordena; así tampoco se puede alcanzar la verdadera religion sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios de donde ella procede. Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba, y cuán encarescidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditacion. Porque primeramente dice que con la consideracion cuotidiana destas cosas se engendra la devocion, y con ellas consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devocion. Lo segundo, que no merescen nombre de religiosos, ni de personas espirituales los que á lo ménos una vez al dia no se recogen un poco para vacar á este sancto ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios, el puerto sin la navegacion, así tampoco la pureza y perfeccion de la religion sin los ejercicios de la oracion y consideracion, que son las causas della.

Y lo que dice que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oracion vocal; porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razon, alabando la oracion mental, condenar la vocal. Porque si es sancta cosa llamar á Dios con el corazon, ¿cómo puede ser no sancta añadir á la voz del corazon tambien la de la boca y de la lengua, que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar, no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas que rezan tan apresuradamente, y tan de corrida, y tan sin atencion y devocion, que ningun fructo, ó casi ninguno sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fructo sacarán daño, cuando ya que se ponen á rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atencion, y con las otras circunstancias que debian, como lo declara este mesmo doctor en la Summa de pecados. Y pluguiese á Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el dia de hoy rezan y cantan las horas y el oficio divino, así en público como en secreto, y el poco fructo y devocion que desto sacan, verá claramente con cuánta razon reprehende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprehendió aquí este doctor todos los ejercicios, y cuasi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay; porque quien quiera que atentamente los leyere, verá que aunque en la manera de las palabras parezcán diferentes, pero en la sustancia ni dicen mas, ni pretenden mas de lo que este doctor enseñó, ni aun encarescen y autorizan mas sus ejercicios de lo que este los encareció. Por do paresce claro cómo la Iglesia se rige por un mesmo espíritu, y cómo todos los siervos de Dios tienen un mesmo maestro; pues todos vienen á dar en un mesmo fin y en un mesmo camino.

Haz tú lo que este doctor enseña, que es señalar cada dia un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados, y en los beneficios de Dios, entre los cuales el mas principal es el de nuestra redempcion, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo, y trabaja como animal limpio para rumiar las palabras y obras de la vida deste Señor (*a*), que ni es otra cosa el rosario de nuestra Señora, ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mesmo manjar; mas como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera y otros de otra. Lea quien pudiere los Opúsculos de Sant Buenaventura, que fué un doctor tan señalado en letras, en devocion, en religion, en prudencia de gobernar, pues á los trece años de su profesion fué general de su Orden, y despues cardenal; y allí verá cuántas maneras de potajes hace este sancto de la vida y pasion de Cristo; enseñándola á meditar unas veces por las horas del dia, otras por los dias de la semana, otras reduciéndola á himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacia el sancto varon, porque entendia por una parte cuánto nos importaba este sancto ejercicio, y por otra cuán diferentes eran los gustos de los hombres, y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaracion del fructo que de aquí se sigue, no alegaré mas de lo que este sancto doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas, que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destos ejercicios; y lo mesmo podemos alegar agora, pues quien quiera que mirase este negocio con claros ojos, hallará por cierto que todas las personas que tienen sus tiempos diputados para emplearse en estas sanctas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando, están mas aprevechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y mas promptas para todas las obras de piedad y misericordia, y para todos los trabajos y asperezas de la penitencia, y para apartarse con mas cuidado de todas las ofensas de Dios.

§. ÚNICO.

Conclusion de todo lo dicho.

Tenemos pues aquí, segun esta doctrina, tres géneros de cosas que podemos llamar materia de la consideracion. La primera es de las perfecciones divinas, como son la bondad, la caridad, la hermosura, la justicia, la misericordia y la providencia de nuestro Señor, con todas las demas. La segunda es de los beneficios divinos, y señaladamente del beneficio de la redempcion, donde entran todos los pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador; porque todos ellos son partes deste soberano beneficio. La tercera es del conoscimiento de sí mesmo, esto es, de sus proprios defectos y miserias; de donde nasce el desprecio de sí mesmo, y la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes. Entre las cuales consideraciones, la primera, que es de las perfecciones divinas (porque señaladamente sirve para el amor de Dios) quedará para el tratado siguiente, que desto habla, mas de las otras tres tratarémos aquí. De las cuales, como de un público depósito, puede tomar el hombre materia para considerar, todas las veces que quisiere recogerse á filosofar en esta celestial filosofía.

Para lo cual unos hay tan ocupados, que no pueden recogerse mas que una sola vez al dia; los cuales pueden tomar cada vez un paso ó dos de la vida de Cristo, ó de los beneficios divinos, y desta manera proceder de dia en dia hasta haber pasado por todos estos misterios ó beneficios; y esto acabado tornar á comenzar de nuevo, y proceder por los mesmos pasos, ocupando la vida en esta rueda. Este imaginen que es un espiritual zodiaco, que desta manera paso á paso se ha de andar, y replicarse despues de andado; pues deste espiritual proceso y movimiento depende todo nuestro bien: así como del proceso del sol por el zodiaco el gobierno deste mundo inferior.

Mas los que tienen la vida mas desocupada (como son las personas eclesiásticas y religiosas, cuyo oficio es vacar á Dios y rogar por los pecados del mundo, y otras tambien que están mas libres de negocios) pueden muy bien recogerse dos ó tres veces al dia; y conforme á esto deben repartir estos misterios de tal manera, que para cada uno destos tiempos tengan sus pasos diputados en que puedan ocuparse; y acabado este discurso tornar (como dijimos) á comenzar de nuevo.

Y señálase tan copiosa materia para esto, por no obligar al hombre á pensar cada dia una misma cosa; porque esto podria causar hastío en los ménos perfectos. Mas por el contrario, la novedad de los misterios ayuda mucho á despertar la devocion, como dice Sancto Tomás (*b*). De donde nasce que muchas veces los novicios suelen tener al principio de su conversion mayores fervores y gustos sensibles de Dios, que despues de mas aprovechados; porque la novedad y grandeza del conoscimiento de las cosas no experimentadas causa en ellos mayor sentimiento y admiracion.

CAPITULO III.

De cinco partes que pueden entrevenir en este sancto ejercicio.

Aunque la materia principal de la oracion, que aquí tratamos, sea la consideracion de las cosas susodichas, pero puede y debe acompañarse con otras cosas que han de preceder y seguir despues desta consideracion. Porque ántes debe preceder una devota preparacion, con la cual el hombre se apareje para entrar en su ejercicio; y despues se pueden seguir tres cosas, que son hacimiento de gracias, ofrescimiento y peticion: de las cuales tratarémos brevemente en este lugar, porque ya en otro se trató dellas mas copiosamente.

§. I.

De la preparacion.

Pues cuanto á la primera parte, que es la preparacion, debe el hombre buscar para esto lugar y tiempo convenible, segun la condicion y estado de su vida; y el tiempo es muy convenible el de la media noche ó el de la madrugada; y el lugar tanto es mejor cuanto es mas escuro y solitario: para que así esté el corazon mas recogido no teniendo en que derramarse la vista.

Puesto el hombre en este lugar, y armado el corazon y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima á considerar estas tres cosas: conviene saber, qué va á pedir, y qué va á hacer, y con quién va á hablar.

Cuanto á lo primero, si mirare qué va á pedir, hallará que va á pedir gracia y gloria con todo lo demas que para estas dos cosas le pueden ayudar, que son las mayores

(*a*) Levit. 11.

(*b*) 2. 2. q. 82. art. 3. ad 2.

que se pueden pedir, cuya peticion, para que sea eficaz, ha deir acompañada con todas aquellas condiciones que arriba pusimos, y señaladamente con una grande atencion y humildad de corazon, como allí se declaró; porque estas cosas hacen que las tales peticiones no vuelvan vacías.

Pues si pasas adelante y miras lo que vas á hacer, hallarás que vas allí á procurar el espíritu de devocion por medio de la consideracion de las cosas de Dios, que es causa dellas; y por aquí veras que aun para esto es menester mas que para lo pasado; pues (como dijimos) basta para impetrar la atencion que llaman virtual, aunque falte la actual; mas no basta para alcanzar devocion, como dice Sancto Tomás (*a*), porque este buen afecto procede desta actual atencion y consideracion de las cosas de Dios. Por donde veras con cuánta solicitud y cuidado debes entender en este negocio, para que no se derrame el corazon; porque de otra manera no alcanzarás lo que pretendes.

Mas si miras lo tercero, que es con quién vas á hablar, hallarás que vas á hablar con aquella soberana Majestad que hinche cielos y tierra; por lo cual entenderás no solo con cuánta atencion, sino tambien con cuánta humildad y reverencia debes hablar sobre tan importantes negocios con tan grande Majestad.

Y para mejor sentir esto y entender que cuando estamos en oracion no hablamos al aire ni que está léjos de nosotros el que nos ha de oir, pongamos ante los ojos la presencia deste Señor que está en todo lugar, no solo por potencia y presencia, sino tambien por verdadera y real esencia. Porque donde quiera que hay algo que tenga sér, ahí está él como causa y fuente del sér, dándolo á todas las criaturas; porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno á otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente; y así lo contemplaba el profeta Elías cuando decia (*b*): Vive el Señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy. Pues así has de entender que lo está él en tu oracion, oyendo tus palabras, mirando tu devocion y deleitándose en ella; porque aunque universalmente asista á todas las cosas, mas particularmente asiste á los que oran, como nos lo denuncia la Escriptura Divina, diciendo (*c*): No hay nacion en el mundo tan grande que tenga sus dioses tan cercanos á sí, como nuestro Dios asiste á todas nuestras oraciones. ¿Pues qué mas quieres tú, que saber tan cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera aquel que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

Pues cuando delante dél así te veas, debes hacerle una profundísima reverencia.

Y llamo aquí reverencia un reconocimiento de la majestad de aquel á quien vas á hablar. Para lo cual debes levantar un poco los ojos á pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura y las otras perfecciones deste soberano Señor, las cuales sobrepujan todo entendimiento criado; porque esta consideracion basta para que te humilles hasta el polvo de la tierra, y encojas tus alas, y te sumas en los abismos en presencia de tan gran majestad. Y esta misma te hará estar con temor y temblor delante este Señor; porque cuanto tu corazon estuviere mas tomado deste temor, tanto ménos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos.

Hecha esta reverencia, porque el justo al principio es acusador de sí mesmo (*d*), comience luego á acusarse de sus pecados, trayendo summariamente á la memoria la mala vida pasada, y pidiendo humilmente perdon della, para que con esto haga propicio al juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devocion la confesion general ó el salmo *Miserere mei Deus*, ó otra cosa semejante; para despertar con estas sanctas palabras la tibieza que el corazon suele tener al principio de la oracion. Y no solo pida al Señor perdon de los pecados, sino tambien ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse á hablar con él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe á tan alta majestad, y con aquella atencion y humildad que se requiere para recebir el Espíritu Sancto, y la gracia de la devocion que en el ejercicio se reparte á todos los que religiosamente perseveran en él. Esto basta para la preparacion, en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conocimiento de sí mesmo y de sus proprias miserias, como adelante se declara.

Tambien ayudará mucho para esta mesma preparacion, cuando el ánimo estuviere muy derramado, recogerlo con la licion de algun libro devoto ó con algunas oraciones vocales (como arriba dijimos), porque estas suelen ayudar mucho á recoger el corazon, cuando se rezan devotamente.

§. II.

De la meditacion.

Despues desta preparacion síguese la meditacion ó consideracion de alguna cosa de las susodichas en el capítulo precedente: conviene saber, ó de algun paso de la vida de nuestro Salvador, ó de alguno de los otros beneficios suyos, etc. Porque esto es como el fundamento y substancia deste ejercicio. Y porque la principal materia desta consideracion es la vida de nuestro Salvador, será bien declarar aquí en breve cómo nos habemos de haber en ella.

Pues para esto será bien que el hombre lea primeramente en este libro, ó en algun otro semejante, el paso ó pasos de la vida de Cristo que quiere meditar, si no tiene ya en la memoria la substancia dellos por haberlos otras veces leido, y cuando despues quisiere rumiar esto y tratarlo en su corazon, debe hacer cuenta que aquel misterio pasa allí delante dél, figurándolo así en su imaginacion; pues para semejantes cosas nos fué dada por Dios esta potencia. Y procure asistir allí con un corazon humilde, compasivo, amoroso y devoto, contentándose con mirar sencillamente y sin demasiada especulacion aquel sagrado misterio que tiene delante, con las principales circunstancias que hay en él. Las cuales (si tratamos de la vida y pasion de Cristo) son cuatro: conviene saber, quién padesce, por quién padesce, por qué causa, y en qué manera. ¿Quién? Dios de infinita Majestad, etc. ¿Por quién? Por el hombre, criatura tan ingrata y desconocida. ¿Por qué causa? Por sola bondad y misericordia. ¿Mas de qué manera? Con grandísima humildad, y caridad, y mansedumbre, y paciencia, y obediencia etc. Estas son las principales circunstancias que en estos misterios debemos considerar.

(*a*) 2. 2. q. 85. art. 13. (*b*) 3. Reg. 17. (*c*) Deut. 4. (*d*) Prov. 11. et. 18.

Aqui es mucho de notar que aunque este sancto ejercicio sea juntamente del entendimiento y de la voluntad, porque el entendimiento va considerando las cosas y la voluntad sintiéndolas y aficionándose á ellas; pero mucha mas cuenta se ha de tener con el ejercicio de la voluntad, que con el del entendimiento, por ser este mas fructuoso. Porque muchos letrados hay que conoscen muchas y muy altas cosas de Dios, y con todo esto le aman poco; y muchos filósofos, dice el Apóstol (*e*), que hubo en el mundo, los cuales tambien conoscieron á Dios, mas no por esto le glorificaron ni sirvieron. Y por esto no pretendemos aquí tanto alcanzar conoscimiento especulativo de Dios (aunque este sea bueno), cuanto amor y temor suyo, aborrescimiento del pecado, menosprecio del mundo y de sí mesmo, alegría en el Espíritu Sancto, y entrañable devocion, con otros tales afectos, que son movimientos y obras de la voluntad, en las cuales consiste todo nuestro bien. Mas porque la voluntad (como arriba dijimos) es potencia ciega, que no puede obrar sin que preceda alguna luz ó obra de entendimiento (cualquiera que ella sea), por eso nos servimos aqui del entendimiento para que alumbre, guie y despierte la voluntad á estos sanctos afectos y movimientos. De suerte que así como el aguja es necesaria para coser, no porque sea ella la que cose, sino el hilo, mas no puede entrar el hilo sin ella: así tambien es necesario el uso del entendimiento para el de la voluntad, puesto caso que lo que principalmente se pretende sea el de la voluntad; aunque bien veo que no es en todo semejante la comparacion, sino solo en que lo uno es medio para lo otro. Por donde así como sería grande yerro gastar el hombre todo su tiempo y trabajo en los medios, dejando el fin, así tambien lo es el de algunos que poniéndose á considerar estos sagrados misterios, mas usan del entendimiento que de la voluntad, y mas paresce que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar y para aficionarse á las cosas de Dios.

Pues para evitar este inconveniente trabaje el hombre para aplicar lo mas que pudiere el sentimiento de su voluntad á estos misterios, pensando en ellos con un corazon humilde, devoto, amoroso, temeroso y encogido ante la presencia de Dios con quien está tratando, porque este es el fin y el principal fructo deste ejercicio. Ca no dieron los ángeles cuando el Señor nasció paz á los hombres de buen entendimiento, sino á los de buena voluntad (*f*): en cuya reformacion está nuestra sanctificacion, pues muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad; mas nunca se halla buena voluntad sin sano entendimiento.

Y este documento no solo debe el hombre guardar todas las veces que se recogiere á pensar en Dios, sino tambien todas las que fuera deste recogimiento entre dia y noche levantare su corazon á él, aplicando aquí su voluntad con toda la humildad y reverencia, con todo el amor y devocion que le sea posible. Y tenga por cierto (si á esto se habituare) que en muy poco tiempo alcanzará inestimable provecho. Porque despues que su corazon se habituare á esto, hallará un tan dulce nido y morada para Dios en su corazon, que no se hallará á vivir sin la paz, y calor, y consolacion que por aquí se le communicará.

Pues cuando desta manera y con este afecto hubiere pensado en algunos destos misterios, si con todo esto hallare su corazon seco y frio, no por eso desmaye; porque á los que fielmente y con paciencia aguardan por la visitacion del Señor, y hacen medianamente lo que es en sí, suele él hacer grandes mercedes, recompensando la tardanza de la venida con alguna gracia señalada.

Ni tampoco se fatigue mucho procurando casi forzadamente sacar la devocion como exprimida á fuerza de brazos, sino conténtese (como dijimos) con una humilde y sencilla vista destos misterios, y con asistir y acompañar al Señor en estos piadosos pasos que por nuestra causa dió. Ni tampoco desmaye si fuere aquí combatido de diversos pensamientos, pues esto no está siempre en manos del hombre, ni es muchas veces culpa de la persona, sino de la naturaleza corrupta; con tal que él haga lo que es de su parte, ojeándolos de sí, y peleando varonilmente contra ellos. Ni ménos deberá desistir de su ejercicio, si luego á las primeras azadonadas no saca agua: porque muchas veces se da al cabo al que fielmente persevera, lo que se niega á los principios; y aquí está la llave deste negocio. Por tanto trabaja, hermano mio, y persevera y porfía, acordándote qué tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer á tiempos, que muchos años de trabajos serían muy bien empleados por ellas.

Verdad es que una de las principales causas (entre otras) desta sequedad, es traer el corazon muy ocupado en negocios exteriores, por donde con dificultad y tarde se viene á prender y tomar de las interiores. Por esto conviene mucho traerlo (cuanto sea posible) ocupado en cosas de Dios; porque andando con esto caliente y devoto, fácilmente lo podrémos levantar á él cuando quisiéremos. Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera, licion ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazon ocupado en aquello de que anda lleno; y la segunda y mas principal, trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios, y nunca perderlo de vista, ó á lo ménos levantar muchas veces entre dia y noche el corazon á él con algunas breves oraciones, tomando ocasion de las mismas cosas que vemos ó que tratamos. Y así debe el hombre tener su manera de oraciones y consideraciones diputadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer, ó hablar, ó negociar; para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, cuando ve los campos floridos, y el cielo estrellado; ó cuando ve algunos males corporales ó espirituales de prójimos: para que todo esto le sea motivo de levantar el corazon á Dios, y así pueda conservar siempre dentro de si con estos tizones el fuego de su amor. Porque así como en la leña seca se enciende presto la llama, así tambien se enciende la devocion en el corazon que anda siempre caliente con el uso de la continua oracion, y licion, y meditacion de las cosas de Dios.

§. III.

Del hacimiento de gracias.

Despues de la meditacion puede seguirse un devoto hacimiento de gracias, así por aquel misterio y beneficio que acabamos de considerar, como por los otros beneficios divinos, así generales como especiales, así manifiestos como ocultos, de los cuales tratarémos adelante. Y aquí podrémos hacer un general llamamiento de todas

(*e*) Rom. 1. (*f*) Luc. 2.

las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas ellas nos ayuden á bendecir y dar gracias al Señor por todos estos beneficios; como en el libro precedente tratamos en la oracion que está señalada para rezar luego por la mañana.

§. IV.

Del ofrescimiento.

Despues de dadas desta manera las gracias, se puede luego seguir un devoto ofrescimiento de nosotros mismos, y de todo cuanto en este mundo hiciéremos y padesciéremos, para que todo ello milite y sirva á la gloria y honra de nuestro Señor; porque acabada la memoria y reconoscimiento de los beneficios, luego el mismo corazon está preguntando con el Profeta (g): ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? A lo cual parece que en alguna manera responde el hombre ofresciendo á sí mismo y á todas sus cosas, y entregándose todo al Señor, como esclavo suyo, herrado con su proprio hierro, para hacer en todo su sancta voluntad, negada la propria.

Mas sobre todo esto, puede y debe ofrescer todos los trabajos y méritos de Cristo nuestro Salvador, que es la ofrenda mas alta, mas eficaz, y de mayor merescimiento que se puede ofrescer, la cual es toda nuestra; pues el Señor della es todo nuestro, nuestra carne, y nuestra sangre, y nuestra salud y redempcion, el cual nos dejó en su testamento por herederos de todos sus merescimientos y trabajos. Y así los podemos relatar uno por uno, y ofrescerlos al Padre eterno de nuestra parte, para descargo de nuestras culpas, remedio de nuestras miserias, y gloria de su sancto nombre.

§. V.

De la peticion.

Tras desto se puede luego muy bien seguir la peticion de todo lo que es necesario para nuestra salvacion, como en el tratado precedente se declaró en el capítulo II, en la quinta condicion, donde se trata de la materia de la oracion.

Mas aquí es de notar que procediendo por estas cinco partes, debe el que ora trabajar lo mas que pudiere por tratarlas hablando humilmente con Dios, ante cuya presencia está. Porque el hablar con Señor de tan grande majestad, levanta mas los espíritus, y pide mas atencion, mas reverencia y mas devocion, por razon de la persona con quien habla, que cuando habla con su propria ánima, ó cuando piensa alguna cosa sancta rumiándola dentro de sí mesmo, como cuando uno piensa en la muerte, ó en el juicio, ó en las penas del infierno, ó cosa semejante. Por lo cual entre estas cincos partes susodichas son muy principales las tres postreras, que son, hacimiento de gracias, oracion, y peticion; porque no se pueden ejercitar sin hablar actualmente con Dios, ó dándole gracias, ó pidiéndole mercedes, ó ofresciéndose á él, etc. Lo cual (como dije) levanta mas el espíritu, y parece como que lo empina para llegarse á aquel Señor que está en lo alto. Por lo cual debe el hombre procurar que tambien en la preparacion y meditacion (donde se sufriere) hable desta manera con Dios.

Estas son, cristiano lector, las principales partes que puede tener la oracion, las cuales nos son encomendadas muchas veces en diversos lugares de la Escriptura divina, y en la doctrina de los sanctos, que por excusar prolijidad aquí no alego; y estas debe el hombre juntar y ejercitar en un mismo tiempo de recogimiento, como aquí se ha declarado, aunque con brevedad, por estar ya todo esto tratado mas á la larga en el libro de la Oracion y Meditacion.

Mas aquí debo avisar que esta órden se pone, no para hacer ley general, ni poner edictos públicos que siempre se hayan de guardar, sino para introducir á los nuevos en este camino; porque despues de una vez entrados en él, y admitidos á la recámara del esposo, y á la casa de sus vinos preciosos, la experiencia y la devocion les enseñará mejor lo que han de hacer. Porque por experiencia se sabe que si á un novicio principiante no haceis mas que alabarle en commun la oracion ó meditacion, sin ponerle en el camino, y señalarle en particular la materia y la manera deste ejercicio, que con lo que responderá al fructo de vuestra exhortacion, será con ponerse á meditar ya esto, ya lo otro, con un corazon vagabundo, sin firmeza ni estabilidad en alguna cierta y piadosa inquisicion. Lo cual, aunque sea consideracion, no es de las mas fructuosas y provechosas, de que aquí queremos tratar. Para lo cual es de saber (como dice Ricardo) que debajo deste nombre de consideracion se comprehenden tres cosas: conviene saber, cogitacion, meditacion, y contemplacion, las cuales difieren entre sí desta manera: que la cogitacion discurre sin trabajo y sin fructo, ó á lo ménos con poco trabajo y poco fructo; la meditacion insiste en una cosa con trabajo y con fructo; mas la contemplacion permanesce fija en una mesma cosa sin trabajo y con fructo. Por la cual distincion se colige lo poco que aprovecha esta manera de cogitacion, que es la que sin tener materia ni intencion cierta discurre por diversos pensamientos, dejándose llevar ya de uno, ya de otro, sin firmeza, sin estabilidad y sin atencion solícita y diligente, estando ya aquí, ya allí, y tratando este negocio tan tibiamente, que fácilmente es llevado de cualesquier otros pensamientos peregrinos.

Por esto pues es cosa conveniente que haya (á lo ménos en los principios) materia determinada, y tiempos tambien señalados para este ejercicio, exemptos de las otras ocupaciones del dia, y diputados para Dios, así como los tiene la Iglesia para las oraciones públicas y oficios divinos. Aunque ni tampoco esto se pide con tanto rigor, que sea luego pecado hacer lo contrario. Porque fuera de aquellos tiempos y lugares señalados, puede el hombre levantar su espíritu á Dios, así con aquellas meditaciones, como con otras que le muevan á devocion; porque como este sea el fin que se pretende, cualquiera cosa que sirva para esto, no se ha de tener por extraña de este ejercicio. Por donde uno de los mas communes avisos que en esta parte se dan, es que cuando estando el hombre en una consideracion, se le ofresce evidentemente mas fructo y mas miel en otra, siempre debe preceder esta á la otra; pues por ella se consigue mejor el fin que se busca, que es la devocion.

Pues conforme á esto, los confesores y padres espirituales que quieren introducir en este sancto ejercicio á los deseosos de aprovechar en él, la manera que para esto podrán tener será esta. Primeramente débenles ir poco á poco leyendo ó platicando la historia de todos los pasos principales de la vida de Cristo, y despues los

(g) Psal. 115.

puntos sobre que podrán filosofar en esta mesma historia, como adelante se platica. Y para que mejor esto se les quede en la memoria, es muy buen aviso (donde esto se puede hacer cómmodamente, como es en casas de novicios, ect.) pedirles cada dia cuenta de la licion pasada, mandándoles que digan primero la historia del misterio, y despues los puntos sobre que podrán filosofar en él; porque desta manera se ha visto por experiencia quedar los hombres en pocos dias muy bien enseñados y aprovechados. Y introducidos en el camino por este modo, fácilmente podrán ellos por sí advertir y notar algunos puntos y consideraciones sobre los dichos pasos, con que unas veces se muevan á imitacion de los ejemplos de Cristo, otras á agradescimiento de sus beneficios, otras á compasion de sus trabajos, otras al amor y devocion de un Señor que tanto los amó, y otras á otros afectos y documentos semejantes.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzarémos á tratar de la materia de la meditacion ó oracion mental, de que señaladamente se escribe en este tratado. Y como entre todas las materias que para esto sirven, la principal sea la vida de nuestro Salvador, que es la que mayor conoscimiento nos da de la divina bondad, justicia, misericordia, providencia y amor para con los hombres, desta tratarémos primero, aunque con la brevedad que á este Memorial pertenesce; puesto que la materia es la mas rica, mas copiosa y mas divina de todas cuantas se pueden tratar.

CAPITULO IV.

Síguese un devoto memorial de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, donde primero se trata de la consideracion destos sagrados misterios.

La materia requeria (ántes que tratásemos de la consideracion de la vida de nuestro Salvador), que declarásemos el fructo grande que deste sancto ejercicio se suele seguir. Mas porque en esto hay mucho que decir, y la brevedad que en esta escriptura seguimos no nos da lugar á tanto, solamente diré al presente que ella es la que mas alumbra y esclaresce nuestro entendimiento, y mayor conoscimiento nos da de Dios, que es el principio de nuestra felicidad. La razon desto es, porque á Dios en esta vida mortal no conoscemos por sí mesmo, sino por sus obras, y tanto mas por ellas, cuanto son mas excelentes y mayores. Pues como sea cierto que entre todas las obras de Dios la que sin alguna comparacion es mayor sea la humanidad de Cristo nuestro Salvador (que es haberse Dios hecho hombre por amor de los hombres), así ella es la que mas nos descubre la grandeza de las perfecciones divinas: conviene saber, la sabiduría, la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la benignidad y las otras perfecciones suyas. Y así ella es aquella escalera mística que vió el patriarca Jacob, por la cual los ángeles subian y descendian (*a*), porque por aquí suben los varones espirituales al conoscimiento de Dios, y por aquí tambien decienden al conoscimiento de sí mesmos.

Tiene tambien otra cosa esta consideracion, que es universalmente provechosa para todo género de personas, así principiantes como perfectas.

Porque esta es el árbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas: las altas para los grandes, que por aquí suben á la contemplacion de las perfecciones divinas, de que ya dijimos; y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo, y la fealdad de sus pecados, para móverse á dolor y aborrescimiento dellos.

Este es uno de los mas proprios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por do quiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando (segun la translacion caldea) dijo (*b*) que los justos y los fieles serían la cinta de las renes de Cristo, y que andarian siempre al derredor dél. Lo cual espiritualmente se hace cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta dél ni le pierde de vista, acompañándole en todos sus caminos, y meditándole en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual) sino, como dice la Esposa (*c*), un suavísimo bálsamo derramado, el cual (en cualquier paso que le mireis) está siempre echando de sí olor de sanctidad, de humildad, de caridad, de devocion, de compasion, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nasce, que así como el que tiene por oficio tratar ó traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo á aquello que trata: así el cristiano que desta manera trata con Cristo, viene por tiempo á oler al mesmo Cristo: que es parecerse con Cristo en la humildad, en la caridad, en la paciencia, en la obediencia y en las otras virtudes suyas.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y despues apuntando con la mesma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditacion al ánima devota. De las cuales unas sirven para despertar la devocion, otras para la compasion, otras para la imitacion de Cristo, y otras para movernos á su amor y al agradescimiento de sus beneficios; y otras para otros propósitos semejantes. Imité en este tratado, entre otros que Sant Buenaventura hizo, uno llamado Meditaciones de la vida de Cristo, que él escribió á una hermana suya; y otro llamado Arbol de la vida del Crucificado, que para este mesmo efecto por este sancto doctor fué compuesto; y púselo así en breve, para que se pudiese traer en el seno lo que debe andar siempre en el corazon, y así pudiese decir el hombre con la Esposa en los Cantares (*d*): Manojico de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos morará.

CAPITULO V.

Comienzan los principales misterios de la sacratísima vida, y dolorosa muerte, y gloriosa resurreccion de nuestro Salvador.

DE LA ANUNCIACION DEL ÁNGEL Á NUESTRA SEÑORA.

Pues comenzando á discurrir por los principales pasos y misterios de la vida del Salvador, la primera cosa que se ofresce es la embajada del Angel á la sacratísima Vírgen nuestra Señora. Donde ante todas cosas es razon poner los ojos en la pureza y sanctidad desta Señora, que Dios *ab æterno* escogió para tomar carne della. Porque así como cuando determinó criar el primer hombre, le

(*a*) Gen. 28.

(*b*) Cap. 11. (*c*) Cant. 1. (*d*) Cant. 1.

aparejó primero la casa en que le habia de aposentar (que fué el paraíso terrenal), así cuando quiso enviar al mundo el segundo (qué fué Cristo), primero le aparejó lugar para lo hospedar, que fué el cuerpo y ánima de la sacratísima Vírgen. Y así como para aquel Adam terreno convenía casa terrenal, así para este que venía del cielo, era menester casa celestial: esto es, adornada con virtudes y dones celestiales. Y porque la condicion de Dios es hacer las cosas tales cual es el fin para que las hace, así como esta Vírgen fué escogida para la mayor dignidad que hay despues de la humanidad del Hijo de Dios, que es ser Madre suya, así le fué concedida la mayor sanctidad y perfeccion que hay despues dél. Y porque ella era Madre del Sancto de los sanctos, á ella fuéron concedidas por muy alta manera todas las gracias y privilegios que se otorgaron á todas las sanctas y sanctos, y sobre esto le fuéron concedidos otros siete privilegios de grandísima dignidad y admiracion. Entre los cuales el primero y el mayor fué ser Madre de Dios. El segundo, no sentir en sí ningun género de mala inclinacion, ni apetito desordenado. El tercero, nunca jamas en sesenta y tantos años de vida haber cometido un solo pecado, no solo mortal, pero ni venial, que es cosa que sobrepuja toda admiracion. El cuarto, haber concebido por virtud del Espíritu Sancto. El quinto, haber parido sin dolor, y sin detrimento de su pureza virginal. El sexto, haber sido llevada en cuerpo y ánima al cielo, sin que su cuerpo supiese qué cosa era corrupcion. El séptimo, estar asentada al lado del Hijo en los mas altos bienes de gloria que á otra pura criatura fuéron communicados. Pues siendo esta Vírgen tan privilegiada y aventajada sobre todos los sanctos, y tan llena de gracia, ¿qué cosa fuera ver la vida que en este mundo viviria? Qué fuera ver su pureza, su humildad, su caridad, su benignidad, su honestidad, su mesura, su misericordia, y todas las otras virtudes que en ella mas que rubíes y esmeraldas resplandescian? Qué fuera verla en este mundo conversar con los hombres y vivir entre ellos, la que por otra parte conversaba con los ángeles y trataba con ellos? Qué fuera ver sus ejercicios, sus lágrimas, sus vigilias, sus abstinencias, sus oraciones, en que gastaria los dias y las noches con Dios? Qué cosa mas admirable, que en sesenta y tantos años de vida, conversando con los hombres, y viviendo en cuerpo subjecto á la hambre y necesidades de los otros cuerpos, nunca jamas descompasarse un solo punto, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en otra cosa alguna, trayendo siempre todas las potencias de su ánima, su memoria, su entendimiento, su voluntad, y su intencion puestas con Dios? ¿Cuán llena de luz, de amor y deleites celestiales estaba la que desta manera perseveraba unida con eterno vínculo de amor y suavidad con Dios? Finalmente, tal era su vida, su pureza, y la hermosura de su ánima, que quien tuviera ojos para mirarla, mucho mas conosciera por aquí la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, que tal ánima habia formado y perfeccionado, que por la fábrica y hermosura de todo este mundo.

Aparejada pues esta casa (que es este paraíso de deleites para este segundo Adam) despues que se cumplió el tiempo que la divina sabiduría tenia determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel Sant Gabriel á esta Vírgen llena de gracia, la mas bella, y la mas pura y escogida de todas las criaturas del mundo; porque tal convenía que fuese la que habia de ser Madre del Salvador del mundo. Y despues que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traia, y le declaró de la manera que se habia de obrar aquel misterio, que no habia de ser por obra de varon, sino por Espíritu Sancto, luego la Vírgen con humildes palabras y devota obediencia consintió á la embajada celestial, y en ese punto el verdadero Dios omnipotente decendió en sus entrañas virginales, y fué hecho hombre: para que desta manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre á hacerse Dios.

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia deste medio que la sabiduría divina escogió para nuestra salud; porque esta es una de las consideraciones que mas poderosamente arrebata y suspende el corazon del hombre en admiracion desta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud, dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio por qué lo hizo, y mucho mas por el amor con que lo hizo, que sin comparacion fué mayor.

Considera tambien aquí la inefable caridad de Dios, que al tiempo que nosotros dormíamos, y ménos cuidado teniamos de nuestra salud, y ni con oraciones ni sacrificios procurábamos nuestro remedio, se acordó él de remediarnos; y pudiendo hacer esto por otras muchas maneras, lo quiso hacer por esta que á él era tan costosa, por ser la mas conveniente que habia para nuestra salud. De la cual caridad dijo el mesmo Señor en el Evangelio (*a*): De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo: para que mediante la fe y amor que tuviésemos con él, alcanzásemos la vida eterna.

Considera tambien la maravillosa vergüenza y silencio desta Vírgen, que apénas habló una palabra necesaria despues de muchas que el Angel le habló. Y considera tambien su grande humildad, pues teniendo tanta razon para temer, teniendo delante de sí un ángel en tan resplandesciente figura, no se hace mencion deste temor, sino del que recibió en oirse alabar y llamarse llena de gracia, y bendicta entre las mujeres; porque para el verdadero humilde ninguna cosa hay mas nueva, ni mas temerosa que oir sus alabanzas; porque estas son los ladrones y robadores del tesoro de la humildad.

Considera tambien el amor inestimable que esta Vírgen tenia á la castidad, pues ella fué la primera que en el mundo hizo este nuevo voto, sin tener ejemplo que imitar. Y qué tan grande haya sido el amor que tuvo á esta virtud, paresce claro, pues ofresciéndole tan grande gloria, como el ser Madre de Dios, todavia trató de volver por la gloria desta virtud, y todavía, como Sant Bernardo dice (*b*), sintió pesar, si por ventura para esto se habia de dispensar el voto de su pureza virginal.

Piensa tambien en la fe desta Señora, de la cual con mucha razon fué alabada de Sancta Elisabet, pues creyó tantas maravillas juntas, y tan increibles á todo humano entendimiento. Pues si tanto alaba el Apóstol la fe de Abraham, porque creyó que una mujer estéril pariria, ¿cuánto fué mayor la fe desta doncella, que creyó que una Vírgen pariria, y que Dios encarnaria, y que todo esto

(*a*) Joan. 3. (*b*) Sup. Missus est. Homil. 3. in med. et super verba: Signum. magnum, paulò infra medi.

sería por Espíritu Sancto sin obra de varon? De donde aprehenderás, hombre flaco, á creer y fiarte siempre de todas las palabras y promesas de Dios, aunque al seso humano parezcan increibles.

Considera despues de todo este tan dulce diálogo, con cuánta humildad y obediencia se resignó esta Señora en las manos de Dios, diciendo: Hé aquí la sierva del Señor, etc. Mas sobre todo esto es mucho mas para considerar los movimientos, los júbilos y los regalos que en aquel purísimo corazon entónces habria con la supervencion del Espíritu Sancto, y con la encarnacion del Verbo divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrescia, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fuéron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar á entender lo que en esto pasó?

§. I.

La visitacion á Sancta Elisabet.

Como el Angel denunció á la sacratísima Vírgen que su parienta Elisabet en su vejez habia concebido un hijo, dice el Evangelista que se partió con gran priesa á visitarla (c). Y entrando en su casa, y saludándola con humildad, como oyó Elisabet la salutacion de María, saltó de placer el niño en su vientre, y en ese punto fué llena del Espíritu Sancto Elisabet, su madre, y exclamó con una grande voz, diciendo: Bendicta tú entre las mujeres, y bendicto el fructo de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Etc.

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos despues del Hijo de Dios, que estas maravillas obró: conviene á saber, el niño Sant Joan, su madre y la Vírgen. En el niño considera una tan extraña manera de sentimiento y alegría, como esta que aqui refiere el Evangelista, porque en aquel punto le fué acelerado el uso de la razon, y le fué dado conoscimiento de quién era el Señor que allí venía, y del misterio inefable de su encarnacion. De lo cual fué tan grande el alegría que su ánima recibió, que vino á hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grande alegría que recibiera de su espíritu. Por donde podrás conjecturar qué tan grande sería esta luz y alegría, pues no se pudo contener que no redundase en el cuerpo, y se declarase con aquel salto y movimiento tan desacostumbrado. Tambien podrás por aquí entender, qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnacion del Hijo de Dios, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Sancto que fuese por este niño celebrado, y por consiguiente qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las entrañas de su madre tal sentimiento mostró.

Mas en la madre considera qué tan grande sería la admiracion y alegría desta sancta mujer con el súbito resplandor de tan grande luz; que es, con el conoscimiento de tan grandes maravillas como allí fuéron reveladas; pues en aquel instante, por una manera inefable le fué hecha relacion casi de todo el misterio del Evangelio, y de la redempcion del género humano. Porque allí conosció que aquella doncella que tenia delante era Madre de Dios, y que habia concebido del Espíritu Sancto, y que el Hijo de Dios estaba encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido al mundo, y que el género humano habia de ser con su venida redemido. Allí supo que era cumplido el deseo universal de todos los patriarcas, la predicacion de los profetas, la esperanza de todos los siglos presentes, pasados y venideros. Allí conosció el misterio inefable de la sanctísima Trinidad; porque entendido que el Hijo de Dios era concebido, y concebido por Espíritu Sancto, tambien habia de entender la distincion de las personas divinas: conviene saber, el Padre, cuyo Hijo habia encarnado; y el Hijo que habia encarnado; y el Espíritu Sancto, por cuya virtud se habia obrado este tan grande misterio. Pues segun esto, ¿qué podia sentir aquel piadoso corazon con el resplandor de tan altos y tan incomprehensibles misterios, especialmente si consideras la diferencia que hay entre la enseñanza de Dios y la de los hombres; porque esta communmente no hace mas que alumbrar el entendimiento, sin mover la voluntad; mas la de Dios es de tanta virtud y eficacia, que cuanto alumbra el entendimiento, tanto mueve la voluntad á sentir la grandeza de las cosas que el entendimiento concibe? Pues si tantos y tan grandes eran los resplandores de su entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y afectos de su voluntad, esto es, el alegría, la suavidad y la admiracion de tan grandes sacramentos? No hay palabras que basten para explicar esto cómo es: porque por aquí veas cuán grandes sean las consolaciones y dones de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos, pues así los visita y recrea con sentimientos de cosas tan admirables. Todo esto nos descubre en una palabra el Evangelista cuando dice que la sancta mujer exclamó con una grande voz; porque la grandeza desta voz claramente nos enseña la grandeza del afecto y sentimiento de donde ella procedia.

Entendido pues por esta via el corazon desta sancta mujer, trabaja por entender el corazon de la Vírgen, y las palabras de aquella maravillosa cancion que allí cantó sobre este misterio. Mira pues lo que podria sentir aquí la Vírgen con esta segunda confirmacion y testimonio de las grandezas y maravillas que Dios en ella habia obrado; y ¿cuáles serían aquí los sentimientos y arrebatamientos de su ánima, las lágrimas de sus ojos, el alegría de su corazon, y el reconoscimiento de tan grandes beneficios, cuando comenzó á cantar aquel divino cántico de *Magnificat?* ¿Qué tanto alabaria y engrandesceria su ánima á Dios, y cuánto se alegraría su espíritu en él, viéndose toda cubierta de resplandores y dones tan admirables? ¡Oh bienaventurada Vírgen! ¿qué sentia tu piadoso corazon cuando decia: Engrandesce mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, y hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso? Qué grandezas y maravillas eran esas, no es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la consideracion dellas. ¡Oh dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son visitados y consolados de Dios!

Mira tambien que como esta Señora conoscia tanto de la misericordia y gracia de Dios, y del medio por do se alcanza (que es la humildad), así todo aquel cántico empleó en declarar estas dos cosas; porque quien tan bien habia negociado por medio desta virtud, en ninguna cosa convenía mas que soltase su lengua que en las alabanzas della: para que por aquí entienda el que

(c) Luc. 1.

desea alcanzar la divina gracia, que la ha de buscar por esta mesma via.

Y no ménos se debe considerar aquí la dignidad y excelencia desta Vírgen, pues así como sonó la voz de su salutacion (que sería, Dios te salve, ó Dios sea contigo) en los oídos de Sancta Elisabet, luego en ese punto fué Dios con ella por esta tan especial manera; pues luego fué llena del Espíritu Sancto, con cuya luz conosció tantas y tan grandes cosas. De manera que asi como cuando al principio del mundo dijo Dios: Hágase luz, luego fué hecha la luz; así en diciendo la Vírgen: Dios te salve, entró la luz y la salud en su ánima junto con la voz; puesto caso que la manera de obrar fuese diferente, porque lo uno fué mandando como Criador, y lo otro rogando y suplicando como sanctísima criatura. En lo cual verás cuánto nos va en ser esta Señora nuestra abogada, y tener especial devocion con ella, pues tanta virtud tienen sus palabras para dar salud; y no ménos agora en el cielo, que tuvieron entónces en la tierra.

§. II.

La revelacion de la virginidad y parto de nuestra Señora al sancto Josef.

Vuelta la Vírgen á su casa, como el sancto Josef la vió preñada, y no sabía de dónde esto fuese, dice el Evangelista que no queriendo acusarla, se quiso ir y desampararla; hasta que el Angel de Dios le apareció entre sueños, y le reveló este tan gran misterio.

Acerca de lo cual primeramente considera la grandeza del trabajo que padeceria la Vírgen en este tiempo, viendo al esposo tan amado con tan grande turbacion y afliccion como consigo traia, y con tan grande ocasion para tenerla: para que por aquí veas cómo á tiempos paresce que desampara el Señor á los suyos y los prueba con grandes angustias y tribulaciones, para ejercitar su fe, su esperanza, su caridad, su humildad y su paciencia; las cuales virtudes con estas tribulaciones se perfeccionan y crescen, así como el oro se apura con el fuego, y el fuego se enciende mas con el aire.

Considera tambien la paciencia y el silencio con que la Vírgen padeceria este trabajo; pues ni por esto perdió la paz de su consciencia, ni la humildad de su ánima, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, pudiendo alegar un testimonio tan abonado de su pureza, como era el de sancta Elisabet, demas de la sanctidad y innocencia de su vida, tan ajena de toda sospecha. Nada desto hizo, sino puesta en oracion, descubria y encomendaba al Señor su causa, remitiéndose en esto y en todo á su divina Providencia.

Asimesmo considera la grandeza de su fe y esperanza, pues en un caso de tanta dificultad (donde paresce que ninguna manera de remedio ni salida prometia la prudencia humana), no solo no desconfió, sino ántes con toda confianza esperó que de donde habia procedido el misterio, de ahí vendria el remedio; y quien era el autor de lo uno, tambien lo sería de lo otro; pues las obras deste Señor no son mancas y defectuosas, sino acabadas en toda perfeccion. Y por lo uno y por lo otro conoscerás la verdad de aquella sentencia que el Profeta dijo (*d*): Muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los librará el Señor.

(*d*) Psal. 33.

Considera tambien la sanctidad deste glorioso Patriarca, que teniendo tanta ocasion para acusar y condenar la innocente, y poniéndole la mesma ley el cuchillo en las manos, no quiso ensangrentarlas con la acusacion que él tenia por tan merescida, sino ántes quiso irse por esos mundos descaminado, que con pleitos y acusaciones seguir su derecho. Porque la verdadera justicia siempre está llena de misericordia, y la verdadera caridad nunca tiene por ganancia propria la que está mezclada con pérdida ajena. Por donde verás cuán familiar es á los buenos la virtud de la misericordia, y con cuánta razon dijo el Eclesiástico (*e*) que el justo tenia compasion aun de las bestias; mas las entrañas de los malos eran crueles. No paresce haber sido esta obra de hombre, sino de ángel. Porque de demonios es hacer mal á los que no lo merescen, y de hombres á los que lo merescen; mas de ángeles ni aun á los mesmos que lo merescen. Y tal era este bienaventurado y nuevo Angel de la tierra, puesto caso que la Vírgen estaba tan salva de toda culpa.

Tras desto considera luego la revelacion hecha á este sancto Patriarca, para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, mortifica y da vida, derriba hasta los abismos y saca dellos; y cómo finalmente es verdad lo que dice el Apóstol (*f*): Sabe muy bien el Señor librar á los justos de la tribulacion. Donde se ofresce luego materia para considerar qué tan grande sería el alegría y admiracion que este sancto recebiria cuando hallase innocencia donde tanto deseaba hallarla; y no solo innocencia para no desampararla, sino tan grande dignidad y gloria para tenerla en tanta reverencia. ¿Qué gracias, qué alabanzas daria á Dios por haberlo así alumbrado, así desengañado, así despenado, así apartado de sus vanos propósitos y caminos, y escogido para ser guarda y depositario de tan gran tesoro? ¿Cómo se iria luego á la Vírgen sanctísima, que por ventura estaria en aquella hora celebrando las vigilias de sus maitines, y pidiendo con sus oraciones aquel remedio? Y ¿con qué devocion y lágrimas se derribaria á sus piés y le pediria perdon de la sospecha pasada? Y ¿cómo le daria cuenta de la revelacion del Angel? Y ¿cuál sería allí el alegría y las lágrimas de la sanctísima Vírgen, considerando por una parte la fidelidad de Dios para con los suyos en sus trabajos, y por otra viendo al sanctísimo esposo despenado y vueltas sus lágrimas en alegría, cuya pena tanto sentia cuanto le amaba? Porque dado caso que cuanto al uso del matrimonio no le conoscia por marido, mas cuanto al amor y reverencia conyugal, nunca se halló jamas tal corazon de casada para con marido. Y si, como dice el Eclesiástico (*g*), es hermosa la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulacion, ¿qué sentimientos habria allí de la hermosura desta misericordia en tiempo de tan grande tribulacion? Qué maitines celebrarian allí entrambos, qué láudes cantarian, y con cuántas lágrimas se celebrarian estos oficios, y se darian gracias por esta misericordia?

§. III.

Del nascimiento del Salvador.

En aquel tiempo (dice el Evangelista) mandó el emperador César Augusto que todas las gentes fuesen á sus tierras á escrebirse y pagar cierto censo al imperio ro-

(*e*) Prov. 12. (*f*) 2. Cor. 1. et 1. Thesal. 1. (*g*) Eccl. 12.

mano. Por cuya causa la sacratísima Vírgen caminó de Nazaret á Betlem á cumplir este mandamiento; donde acabado el tiempo de los nueve meses parió su unigénito Hijo, y (como dice el Evangelista) lo envolvió en pobres pañales, y acostó en un pesebre, porque no tenia otro lugar en aquel meson. Esta es la summa deste soberano misterio.

Salid pues agora, hijas de Sion (dice la Esposa en los Cantares), y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia del alegría de su corazon. ¡Oh ánimas religiosas y amadoras de Cristo, salid agora de todos los cuidados y negocios del mundo; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, ponéos á contemplar al verdadero Salomon, pacificador de cielos y tierra, no con la corona que le coronó su Padre, cuando lo engendró eternalmente, y le communicó la gloria de su divinidad; sino con la que le coronó su Madre cuando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad. Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre unos viles animales; no asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando ni relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este dia de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el dia de la alegría secreta de su corazon; cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redemptor.

Mas para proceder en este misterio ordenadamente, considera primero los trabajos que la sacratísima Vírgen pasaria en este camino que hizo de Nazaret á Betlem. Porque el camino era largo, los caminantes pobres y mal proveidos, la Vírgen muy delicada y vecina al parto, el tiempo muy contrario para caminar, por los grandes vientos y frios que hacia, y por el mal aparejo de las posadas, á causa de ser tantos los huéspedes que de todas partes acudirian. Camina pues tú en espíritu en esta sancta romería, y con una pureza y simplicidad de niño, y con humilde y devoto corazon sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos sanctos peregrinos; y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios; unas veces orando, y otras dulcemente platicando; y así trocando los ejercicios, vencian el trabajo del caminar. Camina pues tú, hermano, con ellos, para que siendo compañero del camino y del trabajo, lo seas despues del alegría y de la gloria del misterio.

Considera luego la extrema pobreza y humildad que el Rey del cielo escogió en este mundo para su nascimiento. Pobre casa, pobre cama, pobre Madre, pobre ajuar, y aderezo tan pobre, que la mayor parte de lo que allí sirvió, no solo fué pobrísimo y bajísimo, sino tambien (como dice Sant Bernardo) prestado, y prestado de bestias. Tal fué la posada que escogió el Criador del mundo, y tales los regalos y deleites que tuvo aquel sagrado parto. ¡Oh Señor, Dios nuestro (dice Cipriano), cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Verdaderamente vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo, ni de la firmeza de la tierra, estando cercada de un cielo tan movible; no de la sucesion de los dias, ni de la mudanza de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan, otras reverdecen, unas mueren y otras viven; de nada desto me maravillo, sino maravíllome de ver á Dios en el vientre de una doncella, maravíllome de ver al Todopoderoso en la cuna, maravíllome de ver cómo á la palabra de Dios se pudo pegar carne, y cómo siendo Dios substancia espiritual recibió vestidura corporal. Maravíllome de tantas expensas, y de tan largo proceso, y de tan grandes espacios como se gastaron en esta obra. En mas breve tiempo se pudiera concluir este negocio, y con una palabra de Cristo se pudiera redemir el mundo, pues con una se crió. Mas bien paresce, cuánto mas noble criatura es el hombre racional que este mundo corporal, pues tanto mas se hizo para su remedio. En los otros misterios todavía hallo salida, mas en este la grandeza del espanto roba todos mis sentidos, y con el Profeta me hace clamar (*h*): Señor, oí tus palabras y temí, consideré tus obras y quedé pasmado. Con mucha razon por cierto os espantais, Profeta; porque ¿qué cosa mas para espantar que la que aquí en tan pocas palabras nos refiere el Evangelista, diciendo: Parió su unigénito Hijo, y envolvióle en unos pobres pañales, y acostóle en un pesebre, porque no tenia otro lugar en aquel establo? ¡Oh misterio de grande veneracion! Oh cosa no para decirse sino para sentirse, no para explicarse con palabras sino con silencio y admiracion! ¿Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está asentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo y cuyo estrado real es la tierra, que haya querido venir á tan grande extremo de pobreza, que cuando nasciese (ya que quiso nascer en este mundo) le pusiese su Madre en un pesebre, por no tener otro lugar en aquel establo? Qué persona tan baja llegó jamas á tal extremo de pobreza, que por falta de otro mejor abrigo, viniese á reclinar á su hijo en un pesebre? Quién juntó en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y pesebre? Qué cosa mas baja que pesebre, que es lugar de bestias, y qué cosa mas alta que Dios, que está asentado sobre los querubines? Pues ¿cómo el hombre no sale de sí considerando estos dos extremos tan distantes? ¡Dios en un establo! Dios en un pesebre! Dios llorando, y temblando de frio, y envuelto en pañales! ¡Oh Rey de gloria! Oh espejo de innocencia! ¿Qué á ti con estos cuidados? Qué á tí con lágrimas? Qué á tí con el frio y desnudez, y con el tributo y castigo de nuestros pecados? ¡Oh caridad! Oh piedad! Oh misericordia incomprehensible de nuestro Dios! ¿Qué haré, Dios mio? Qué gracias te daré? ¿Con qué responderé á tantas misericordias? Con qué humildad responderé á esta humildad? Con qué amor á este amor? Y ¿con qué agradescimiento á este tan grande beneficio? Véome por todas partes cercado de tantas obligaciones. Véome como anegado debajo las olas de tantos beneficios; y no veo de qué manera pueda salir de tan grande cargo. Antes se me figuraba que merescia mil infiernos el que te ofendia, mas agora, despues de tan grandes y tan nuevos títulos, ya no hay pena que baste para castigo del que no te ama. Bendicto seas para siempre, Dios mio, que con tales cadenas me prendiste,

(*h*) Abac. 3.

y tales pesas echaste á mi corazon para llevarlo á tí, y con tales beneficios y misterios quisiste encenderme en tu amor, y confirmarme en tu esperanza, y aficionarme al trabajo, á la pobreza, á la humildad, al menosprecio del mundo y al amor de la Cruz.

Mas desviemos agora un poco los ojos deste sancto pesebre, y pongámoslos en el tesoro que está en él; dejemos el panar de cera, y trabajemos por gustar la miel que en él está encerrada. Considera pues la inefable suavidad y misericordia del Salvador, que señaladamente resplandesce en esta edad y ternura de miembros, y en esta figura de niño que por de fuera paresce. Está Dios, dice un sancto (1), colgado de los pechos de una doncella, está liado con fajas, y sueltas las lias extiende sus dichosos piés y manos por aquella estrecha cama. Sonríese como niño á la Madre, halágala con el rostro, y vuelve sus alegres ojos á mirarla. Y verdaderamente como él sea un piélago de suavidad, mas suave lo hace aquí la ternura de sus miembros. Esta dulcedumbre es incomparable, y esta piedad inefable, que vea yo al Dios que me crió á mí, hecho niño por amor de mí; y aquel de quien ántes se decia: Grande es Dios, y muy loable; agora se diga dél: Chico es Dios, y muy amable.

Mirando así el Hijo, pongamos luego los ojos en la Madre, que no es la menor parte deste misterio. Considera pues el alegría, la devocion, las lágrimas y la diligencia desta Señora; y mira cuán perfectamente ejercitó aquí ambos oficios de Marta y de María. Mira con cuánta solicitud y diligencia sirve en todo lo que pertenesce á este Niño; pues ella toma al Niño en sus brazos, envuélvelo, desenvuélvelo, apriétalo, abrázalo, adóralo, bésalo, y dale la teta. Todo este negocio está lleno de gozo; porque ningun dolor ni injuria hubo en aquel sagrado parto. Ni habia allí (dice Cipriano) necesidad de baños ni lavatorios que se suelen aparejar á las paridas; porque ninguna injuria habia recebido la Madre del Salvador, la cual parió sin dolor, así como habia concebido sin deleite. El fructo ya maduro y con sazon se cayó del árbol que lo traia, y no habia necesidad de arrancar con fuerza lo que de su voluntad se nos ofrescia. Ningun tributo se pagó en este parto, ni el deleite precedente (que no hubo) pidió alguna usura de dolor. Y por esto no convenía que la que era innocente fuese afligida de balde; ni consentia la divina justica que aquel armario del Espíritu Sancto fuese agraviado con las injurias de las otras mujeres; pues en sola la naturaleza communicaba con ellas, no en la culpa. Los aderezos de casa que allí faltaban, aunque los hubiera, no hubiera ojos que los miraran; porque la presencia del Niño así tenia ocupados los ojos de Josef, y de quien quiera que allí estuviese, que en solo él parescia estar la summa de todos los bienes, y no habia necesidad de mendigar por partes lo que en sí sola representaba aquella omnipotente niñez. Mas no es de creer que allí faltase el servicio de los ángeles, ni tampoco la presencia del Espíritu Sancto, que en la Vírgen sobrevino. Allí estaba, allí poseia su palacio, allí adornaba el templo que para sí habia dedicado, y guardaba su sagrario, y honraba aquel tálamo virginal, y alegraba con inestimables consolaciones aquella ánima bendita, y ojeaba della las injurias de todos los peregrinos pensamientos: de manera que la ley de la carne no contradecia á la del espíritu, ni alguna manera de repugnancia turbaba la paz y reposo de su corazon. El Niño mamando en los brazos de la Madre gozaba de aquella leche proveida del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundia en la boca del Niño purísimo licuor. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Despues de todo esto puedes tambien levantar los ojos á considerar por una parte el cantar de los ángeles, y por otra la adoracion de los pastores; alabando al comun Señor con los unos, y adorándole con los otros. Porque si los ángeles con un tan grande concurso y devocion alaban al Señor, y le dan gracias por esta redempcion que vino del cielo, no siendo ellos redemidos, ¿qué deben hacer los redemidos? Si aquellos así dan gracias por la gracia y misericordia ajena, ¿qué debe hacer el que fué redemido y reparado por ella?

(1) D. Bern. in quodam serm. Nativit.

§. IV.

La circuncision del Señor.

Pasados los ocho dias despues del nascimiento, dice el Evangelista que fué circuncidado el Niño, y le fué puesto nombre Jesus; el cual nombre fué declarado por el ángel ántes que en el vientre fuese concebido.

Acerca deste misterio puedes primeramente considerar el dolor que padesceria aquella delicadísima y tiernísima carne con este nuevo martirio; el cual era tan grande (especialmente al octavo dia) que acaescia morir dél. Por donde verás lo que debes á este Señor, que tan temprano comenzó á padescer tan graves dolores, y hacer tan dura penitencia por la torpeza de tus culpas. Y mira cómo el primer dia de su nascimiento derramó lágrimas, y el octavo sangre; para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre de cada vez mas.

Considera tambien el dolor y lágrimas del sancto Josef, que tan tiernamente amaría este Niño, y mucho mas el de su sacratísima Madre, que mucho mas le amaba, y mira la diligencia que pondría en arrullar y acallar el Niño, que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba; y con qué reverencia recogeria aquellas sanctas reliquias, y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conoscia.

Mira otrosí cuán tarde comenzó el Hijo de Dios á predicar, y cuán temprano á padescer; pues á los treinta años comenzó la predicacion, y á los ocho dias padesció la circuncision, y comenzó á hacer oficio de redemptor. Mira cómo aquel esposo de sangre comienza ya á derramar sangre por su esposa la Iglesia; y cómo el segundo Adam, salido del paraíso de las entrañas virginales, comienza á saber como uno de nosotros de bien y de mal. Y mira tambien cómo aquel caudaloso mercader y redemptor del linaje humano comienza ya á dar señal de la paga advenidera, derramando agora esta poquita de sangre, en prendas de la mucha que adelante derramará. Por aquí veras con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comenzó á dar por el hombre este tesoro. Adora pues, ó ánima mia, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud; la cual sola bastará para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan copiosamente satisfacer por nuestros pecados. Mira tambien aquí cómo hoy le ponen por nombre Jesus (que quiere decir Salvador), para que si te desmayaba la señal de pecador, te esfuerce este sanctísimo y eficacísimo

nombre de Salvador. Alaba pues, ó ánima mia, abraza y besa ese dulcísimo nombre, mas dulce que la miel, mas suave que el olio, mas medicinable que el bálsamo y mas poderoso que todos los poderes del mundo. Este es el nombre que deseaban los patriarcas, por quien sospiraban los profetas, á quien repetian y cantaban los Salmos y todas las generaciones del mundo. Este es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocacion se salvan los pecadores. ¡Oh nombre dulce, nombre suave, nombre glorioso! ¡Quién te trajese siempre escripto con letras de oro en medio del corazon! ¡Oh pues, hombre flaco y desconfiado! si no bastó la blandura del Niño recien nascido para hacerte llegar á él, baste la virtud y eficacia deste nombre para que no huyas dél. Llégate confiadamente á él, y dile con el devotísimo Anselmo: O Jesus, por honra de tu sancto nombre seas para mí Jesus. Porque ¿qué quiere decir Jesus, sino Salvador? Muestra pues, Señor, en mí la eficacia deste sanctísimo nombre, y dame por él cumplida y verdadera salud.

§. V.

La adoracion de los Magos.

Entre las maravillas que acaescieron el dia que el Salvador nasció, una dellas fué aparescer una nueva estrella en las partes de Oriente (*k*), la cual significaba la nueva luz que habia venido al mundo para alumbrar los que vivian en tinieblas, y en la region y sombra de la muerte. Pues conosciendo unos grandes sabios (que en aquella region habia), por especial instincto del Espíritu Sancto, lo que esta estrella significaba, parten luego á adorar este Señor. Y llegados á Hierusalem, preguntan por el lugar de su nascimiento, diciendo: ¿Dónde está el que es nascido Rey de los judíos? Y informados allí del lugar de su nascimiento, y guiándolos la mesma estrella que habian visto en Oriente, llegaron al portalico de Betlem, y allí hallaron al Niño en los brazos de su Madre, y postrados en tierra le adoraron y ofrescieron sus dones, que fueron oro, encienso, y mirra. Donde puedes claramente ver la bondad y caridad inefable deste Señor, el cual apénas habia nascido en el mundo, cuando comenzó á communicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo con su estrella los hombres tras sí de tan léjas tierras: para que por aquí veas qué no huirá, de los que le buscan con cuidado, el que con tanta diligencia buscó á los que estaban tan descuidados.

Aquí tienes primeramente que considerar la devocion, la perseverancia, la fe, la ofrenda destos sanctos varones; porque en cada cosa destas hay mucho que considerar y que imitar. Considera pues primeramente la grandeza de su devocion, la cual los hizo poner á un tan largo camino y tan gran trabajo y peligro, por venir á adorar este Señor, y gozar de su presencia: para que tú por aquí condenes á tu pereza, viendo por cuán poco trabajo dejas muchas veces de gozar deste mesmo beneficio, por no acudir á la casa de Dios, donde podrias ver este mesmo Señor, y gozar de su presencia, y aun recebirlo dentro de tu ánima por medio de la sagrada communion.

Mira tambien su grande constancia y perseverancia, pues desamparándolos la guia celestial, no por eso desmayaron ni volvieron atras, sino prosiguieron constantemente su camino, usando de toda buena industria cuando les faltó la guia. Donde se nos da un grande ejemplo para no desmayar ni aflojar en nuestros buenos ejercicios, cuando nos desampara el rayo de la devocion, y la luz y alegría de la suavidad interior; sino trabajar por pasar adelante, perseverando y continuando nuestros ejercicios, haciendo lo que es de nuestra parte, y teniendo por cierto que la luz de la consolacion que primero vimos, volverá á visitarnos por mandado del Señor, como hizo á estos sanctos la estrella, segun aquello del sancto Job, que dice (*l*): En sus manos esconde la luz, y mándale que otra vez torne á nascer, declarando por ella á sus amigos que él es su posesion.

Considera tambien la grande fe destos sanctos varones, pues entrando en un tan pobre aposento, y no viendo ningun aparato ni insignias de rey, no dudaron ser aquel Señor y Rey de todo lo criado; y así prostrados por tierra con summa reverencia le adoraron. Grande fué la fe del buen ladron, el cual en medio de las injurias de la cruz confesó el reino del Crucificado; y tambien fué grande la destos sanctos varones, pues en una tan grande pobreza y humildad adoraron y reconoscieron la divinidad y la majestad. ¡Oh maravillosa niñez, á cuyos pañales velan los ángeles, sirven las estrellas, tremen los reyes, y se inclinan en tierra los seguidores de la sabiduría! Oh bienaventurada choza! Oh silla de Dios, segunda del cielo, adonde no resplandescen antorchas encendidas, sino resplandescientes estrellas! Oh palacio celestial, donde no mora rey coronado, sino Dios humanado, que tiene por estrado real un duro pesebre, y por palacios dorados una choza ahumada, pero adornada y esclarescida con resplandor celestial!

Despues desto nos queda por mirar la ofrenda con que estos sanctos varones acompañaron su fe; reconosciendo que la fe no ha de ser sola y desnuda, sino acompañada con buenas obras. Y considerando mas profundamente el misterio desta ofrenda, hallarémos que en ella nos está significada la summa de toda la justicia cristiana. Porque tres son las principales cosas que comprehende esta justicia. La primera es hacer el hombre lo que debe para con Dios, y la segunda para consigo, y la tercera para con su prójimo. Y con todo esto cumple el que espiritualmente ofresce las tres especies que estos sanctos ofrescieron. Porque por el encienso entendemos la oracion, que es obra de la virtud de la religion, á la cual pertenesce adorar y honrar á Dios. Por lo cual decia el Profeta (*m*): Suba, Señor, mi oracion así como encienso. Porque así como el encienso sube á lo alto con suavidad de olor, así la oracion sube de la tierra al cielo con grande suavidad y acepcion de Dios. Mas por la mirra, que por una parte es muy amarga, y por otra muy saludable y de muy suave olor, entendemos la mortificacion de nuestros apetitos y pasiones, la cual es muy amarga á nuestra carne; mas muy saludable y muy suave á nuestro espíritu. Por el oro entendemos la caridad, porque así como el oro es el mas precioso de los metales, así la caridad es la mas excelente de las virtudes. Pues segun esto, el que quisiere hacer lo que debe para con Dios, ofrézcale encienso, que es un corazon devoto y levantado siempre de la tierra al cielo por consideracion y memoria de su sancto nombre; porque esto es ofrescer encienso,

(*k*) Matt. 2.

(*l*) Cap. 36. (*m*) Psalm. 140.

cuyo olor sube siempre á lo alto. Mas el que quisiere hacer lo que debe para consigo, ofrezca mirra de mortificacion, castigando su carne, enfrenando su lengua, recogiendo sus sentidos, y mortificando todos sus apetitos; porque esta es mirra de suavísimo olor ante el acatamiento de Dios, aunque sea muy desabrida y amarga á nuestra carne. Pero el que demas desto desea cumplir con sus prójimos, ofrezca oro de caridad, partiendo lo que tiene con los necesitados, sufriendo y perdonando con caridad á los descomedidos, y tratando benignamente á todos. De suerte que el que quisiere ser perfecto cristiano, ha de trabajar por traer siempre en un corazon tres corazones: uno para con Dios, y otro para consigo, y otro para con su prójimo: conviene saber, un corazon devotísimo y humilísimo para con Dios, y otro muy áspero y muy severo para consigo, y otro liberalísimo y benignísimo para con su prójimo. Bienaventurado el que adora la Trinidad en unidad, y bienaventurado el que tiene estas tres maneras de corazones en un corazon.

Despues desto puedes considerar el alegría que la sagrada Vírgen recebiria en este paso, viendo la devocion y fe destos sanctos varones; y levantando los ojos á las esperanzas que aquellas tan dichosas primicias prometian, y viendo este nuevo testimonio de la gloria de su Hijo sobre los otros que habian precedido; que eran hijo sin padre, vírgen y madre, parto sin dolor, cantar de ángeles, adoracion de pastores, y agora esta ofrenda de personas tan principales venidas del cabo del mundo. Pues ¿cuáles serían aquí las alegrías de su ánima, las lágrimas de sus ojos, los ardores y júbilos de su corazon, mayormente viendo que ya comenzaba á reinar el conoscimiento de Dios en el mundo, y fundarse la Iglesia, y cumplirse todas las maravillas que estaban profetizadas? Pues la que tanto deseaba la gloria de Dios y la salud de las ánimas, ¿qué tanto se alegraria con las primicias desta tan grande obra? Si tanto se alegró su espíritu con las promesas destas maravillas, ¿cuánto se alegraria con tan prósperos principios y prendas dellas?

§. VI.

La Purificacion de nuestra Señora.

Cumplidos los cuarenta dias que mandaba la ley (*n*), para haberse de purificar la mujer que paria, dice el Evangelista que fué la Vírgen á Hierusalem á cumplir esta ley, y ofrescer al sancto Niño en el templo. Donde fué recebido en los brazos del sancto Simeon, que tanto tiempo aguardaba por este dia; y donde tambien fué conoscido y adorado de aquella sancta vinda Anna, que acudió allí á esta sazon.

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima desta Vírgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal mas pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de subjectar á las leyes de la purificacion, y ofrescer sacrificio que pertenescia á mujeres no limpias. Donde veras cuán diferente camino llevan la Madre y el Hijo del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no parescerlo; mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parescerlo. Porque del Hijo se dice que despues de los ocho dias se subjectó al remedio de la circuncision, que era señal de pecadores; y de la Madre, que despues de los cuarenta se subjectó á la ley de la purificacion, que era sacrificio de no limpias.

Considera tambien la humildad y caridad del Hijo de Dios, el cual en este mesmo dia se ofresció por nosotros en el templo, y se entregó por nuestra ofrenda suavísima ante los ojos del Padre, para que tuviésemos este nuevo título y derecho que alegar en todas nuestras necesidades y peticiones: que es haberle ofrescido de nuestra parte y ofrescerle cada dia un tan rico presente. De donde puedes considerar cuán de buena gana la sacratísima Vírgen ofrescería este primogénito y unigénito suyo al Padre eterno por la salud del mundo, como aquella que tan llena de caridad estaba, y tanto deseaba la salud del mundo, y tan bien entendia el valor y precio de aquella ofrenda que por él se ofrescia. Mas mucho mas es de considerar la promptitud y alegría de voluntad con que el mesmo primogénito Hijo de Dios se ofresceria allí á su eterno Padre por el remedio de los hombres; como aquel que tanto los amó, y tanto deseó su remedio, pues por ellos bajó del cielo á la tierra, por ellos se vistió de carne humana, en busca dellos anduvo treinta y tres años en este mundo, por ellos se ofresció en una cruz, y la conversion y salud dellos decia (*o*) que era su comer y su beber; y el deseo de su remedio declaró con aquella grande sed que padesció en esa mesma cruz. Pues el que desta manera amaba y deseaba la salud de los hombres, ¿cuán de buena voluntad se ofresceria aquí al eterno Padre por la salud dellos? Los otros padres cuando se ven en extremas necesidades venden sus hijos, y á veces los matan para mantenerse con ellos (*p*); mas este soberano Padre del siglo advenidero, que nos vino del cielo, á sí mesmo entrega y ofresce por la vida dellos.

Mira tambien cómo la Vírgen acompaña esta ofrenda de tanto precio con otra de tan pequeño valor, como era con aquellas aves que mandaba ofrescer la ley: para que tú de aquí aprendas á juntar tus pobres servicios con los de Cristo, para que con el valor y precio de los suyos, sean recebidos y preciados los tuyos. La yedra por sí no sube á lo alto, mas arrimada á un árbol, sube cuanto el árbol sube. Pues así tambien en su manera sube la bajeza de nuestras obras, si las ayuntamos á este árbol de vida puesto en medio del paraíso de la Iglesia, que es Cristo nuestro Salvador. Junta pues tus oraciones con las suyas, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos y vigilias con las suyas, y ofréscelas al Señor, para que lo que por sí es de poco precio, por él sea de mucho valor. Una gota de agua por sí tomada, no es mas que agua; mas lanzada en un gran vaso de vino, toma otro mas noble sér, y hácese vino; y así nuestras obras, que por parte de ser nuestras son de poco valor, ayuntadas con las de Cristo se hacen de precio inestimable, por razon de la gracia que se nos da por él.

Mira otrosí que la ofrenda que se ofresció es de aves, y de aves que tienen el gemido por canto: para que por aquí entiendas que la vida de los sanctos en este destierro no es otra cosa que gemir y volar; y de lo uno se sigue lo otro, porque del vuelo de la consideracion se sigue el gemido de la compunccion. Porque el que continuamente anda considerando la ausencia de Dios, las miserias deste siglo, y la peregrinacion deste destierro, y los pecados, los peligros y engaños del mundo, ¿cómo

(*n*) Luc. 2.

(*o*) Joan. 4. et 19. (*p*) Isai. 9.

puede dejar de vivir en continuo gemido? Cómo puede dejar de decir con el Profeta (q): Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, miéntras dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios?

Despues desto considera tambien la grandeza del alegría que aquel sancto Simeon recebiria con la vista y presencia deste Niño; la cual excede todo encarescimiento. Porque cuando este varon, que tanto celo tenia de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y tanto deseaba ver ántes de su partida aquel en cuya contemplacion respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos (r), cuando le viese delante de sí, y le recebiese en sus brazos, y conosciese por revelacion del Espíritu Sancto que dentro de aquel corpecico estaba toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal Hijo, tal Madre, ¿qué sentiria su piadoso corazon con la vista de dos tales lumbreras, y con el conoscimiento de tan grandes maravillas? Qué diria, qué sentiria, qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y semblantes de su rostro, y la devocion con que cantaria aquel suavísimo cántico, en que está encerrada la summa del Evangelio? ¡Oh Señor, y cuán dichosos son los que te aman y sirven, y cuán bien empleados sus trabajos; pues aun ántes de la paga advenidera de la otra vida, tan grandemente son remunerados y consolados en esta!

Despues que así hubieres considerado el corazon deste sancto viejo, trabaja por entender el corazon de la sanctísima Vírgen, y hallarla has por una parte llena de inefable alegría y admiracion, oyendo las grandezas y maravillas que deste Niño se decian; y por otra llena de grandísima é incomparable tristeza, mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este sancto varon del mesmo Niño le profetizaba, diciendo que habia de ser como un blanco adonde el mundo y todos los hombres carnales tirarian todas las saetas de su furor, y harian todas las contradicciones que le pudiesen hacer; con las cuales el corazon de la Vírgen sería atravesado con un muy agudo cuchillo de dolor. Pues ¿por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese á esta innocentísima Esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? Por qué no estuviera este misterio debajo de la llave del silencio, hasta el mesmo tiempo del trabajo, para que entónces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazon con que esta Señora sea siempre Vírgen, sino quieres tambien que sea siempre mártir? Por qué afliges á quien tanto amas, á quien tanto te ha servido, y á quien nunca te hizo por donde meresciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas; por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria deste espiritual martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitacion de Cristo, y del premio de los trabajos: que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie pues infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorescido de Dios cuando se viere atribulado, pues la mas amada y mas favorescida de todas las criaturas, fué la mas lastimada y afligida de todas.

(q) Psal. 41. (r) Genes. 49.

§. VII.

La huida á Egipto

Despues que los sanctos Magos se volvieron á su tierra por otro camino, segun que les fué dicho por el Angel (s), viendo Heródes burladas sus esperanzas (como no tuviese nueva cierta del Niño) determinó matar todos los niños que habia en la tierra de Betlem, por matar entre ellos á este que tanto deseaba. Entónces apareciendo el Angel en sueños á Josef, le dijo que tomase al Niño y á su Madre, y huyese con ellos á tierra de Egipto; porque Heródes andaba en busca del Niño para matarlo. El cual levantándose de noche, tomó al Niño y á su Madre, y fuése á Egipto, y estuvo allí siete años, hasta la muerte de Heródes, despues de la cual fué otra vez por el mesmo Angel amonestado que se volviese á la tierra de Israel; porque ya eran muertos los que procuraban la muerte del Niño.

Aquí puedes considerar cuál sería el sobresalto que la Vírgen recebiria con esta nueva tan triste despues de las alegrías pasadas, viendo que un rey tan poderoso andaba en busca del Hijo que ella tanto amaba, para matarle; y cuán lijeramente acudiria á poner cobro en aquel tan precioso tesoro; y qué lágrimas de compasion iria derramando por todo aquel camino sobre el rostro del Niño que en sus virginales brazos llevaba, viendo cómo ya comenzaban á cumplirse las profecías dolorosas del sancto Simeon, que eran las persecuciones y trabajos que aquel Señor habia de padescer. Mira pues con cuánta presteza se levantaria y se abrazaria con el Niño, y cuán poco pararia en dejar la tierra, los parientes, los amigos y la casa con todas sus alhajas, por guardar lo que tanto mas valia. Y mira tambien los trabajos que estos piadosos caminantes padescerian en este tan apresurado y peligroso camino, especialmente yendo tan mal proveidos, así por razon de su pobreza, como por la priesa de la partida; y mucho mas los que padescerian en aquel destierro de siete años en tierra de idólatras y gentiles, donde sería tan poca la caridad y humanidad para con los extraños, cuan sobrada la maldad é inhumanidad aun para con los suyos; mayormente siendo la Vírgen tan pobre, que por falta de cordero ofresció el dia de su purificacion un par de tórtolas ó palominos, que era ofrenda de pobres. Estaban pues allí como gente necesitada, extranjera, arrinconada, mal aposentada y desfavorescida del mundo; aunque alegre y contenta por tener en salvo su tesoro. Por aquí pues entenderás cómo trata nuestro Señor á sus muy grandes amigos en este mundo; cómo los atribula, y prueba, y ejercita en esta vida, para regalarlos y coronarlos en la otra.

Y juntamente con esto considera cuán temprano comenzó este Señor á padescer destierros, y persecuciones, y contradicciones del mundo: para que por aquí entiendan los que fueren miembros suyos, y participaren su mesmo espíritu, que no han de esperar ménos del mundo de lo que el Señor dellos esperó.

Pon tambien los ojos en la crueldad deste malvado Rey, que pudo acabar con su corazon derramar tanta sangre de innocentes; por donde verás cuán furioso y pestilencial es el vicio de la ambicion y de la cobdicia, pues tanto pudo con este cruel tiranno, que le hizo descabezar tantos niños, por matar aquel solo por quien él ima-

(s) Matt. 2.

ginaba que se podia menoscabar su imperio. Aprende pues de aquí, hermano, á huir las mundanales honras y despreciar las falsas y engañosas riquezas; porque no te sean ocasion de semejantes despeñaderos.

Y mira tambien con esto cómo apénas era nascido Cristo, cuando luego se levantó un Heródes para matarlo; por donde entenderás que apénas habrá nascido Cristo en tu corazon, cuando luego se levantarán otros muchos Heródes que le quieran quitar la vida. Porque luego el mundo con sus persecuciones, y la carne con sus halagos, y los falsos amigos con sus malos consejos, y el demonio con todos sus artificios, han de trabajar por apartarte de tus buenos propósitos; lo cual no es otra cosa que matar en tí á Cristo recien nascido. Huye pues entónces con aquella sancta mujer del Apocalipsi al desierto (*t*), que es la soledad y apartamiento de los hombres, mayormente de aquellos que te pueden dañar. Y mira que mas seguro estuvo Cristo en Egipto que en Judea (esto es, en tierra de infieles que de fieles); porque á veces está mas seguro el cristiano entre paganos, que entre carnales y malos cristianos. Porque ménos peligroso es el enemigo público, que el traidor secreto; y ménos daño hace el lobo en figura de lobo, que debajo de piel de oveja. Por donde dice el Apóstol (*v*): Escribíos una carta, que no tuviésedes communicacion con los hombres carnales y fornicadores: no entendais que hablo de los fornicadores deste mundo, porque para eso era menester salir del mundo; sino que si alguno de los que tienen nombre de hermano es fornicador, ó sucio, ó avariento, deste os aparteis de tal manera, que ni aun á comer os asenteis con él.

Llegado pues el Salvador á Egipto, no te sea grave juntarte con esta sancta compañía en aquel destierro que sufrieron por tu causa, prometiendo serles siempre leal compañero. Ca no ménos merescerás algunas veces acompañándolos con piadosas meditaciones, que si corporalmente los acompañaras. Lo que en Egipto hicieron no declara la Escriptura; mas tú por tí mesmo puedes hacer muchas consideraciones acerca de su niñez, que te muevan á devocion. De la misma manera imagina que vuelves con ellos jornada por jornada, cuando tornan á su ciudad. Y unas veces ayúdales en lo que fuere necesario para el camino, otras platica con la Madre en las cosas de su dulcísimo Hijo, otras halaga al graciosísimo Niño y pídele que te tome por suyo y te dé su bendicion. Con la cual plática tu corazon se derretirá, y con la familiaridad del verdadero sol de justicia recebirá lumbre y calor de devocion.

Finalmente, á cabo de siete años, muerto Heródes, volvióse el Niño y la Madre á su tierra: para que veas cómo en muy breve espacio se acaba la prosperidad de los malos y los trabajos de los buenos; sino que la prosperidad de los unos pare tristeza eterna, y el trabajo de los otros alegría perdurable. Así lo dice el Señor por un profeta (*x*): Por un punto y por un breve espacio de tiempo te desamparé; mas con misericordia eterna me acordaré de ti.

§. VIII.

De cómo se perdió el niño Jesus de doce años.

Y siendo ya el Niño de doce años (*y*), subiendo sus padres á Hierusalen, segun la costumbre del dia de la fiesta, quedóse el niño Jesus en el templo sin que ellos lo entendiesen. Y despues que lo echaron ménos y le buscaron tres dias con grandísimo dolor, finalmente le hallaron en el templo asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente, y poniéndolos en admiracion con la alteza de su prudencia y de sus respuestas. Aquí puedes considerar la grandeza del dolor que padesceria la sacratísima Vírgen en este paso. Para cuyo entendimiento es de saber que tres afectos hubo en el corazon desta Vírgen, tan grandes y tan admirables, que exceden todo lo que nuestra capacidad puede entender. El primero fué la grandeza del amor que tenia á su Hijo; porque en ella concurrian todas las causas de amor que puede haber, y todas en altísimo grado de perfeccion.

Porque hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia. El amor de naturaleza era el mayor que nunca fué ni será jamás; porque era amor de madre á hijo único, que es el mayor amor que halló el rey David cuando quiso comparar el suyo para con Jonatas, su muy íntimo amigo, diciendo: Así como la madre ama á un solo hijo que tiene, así yo te amaba. Pues este amor era tambien de madre á un solo hijo; aunque tal manera de madre, sin compañía de padre, y tal manera de hijo nunca lo huho ni habrá jamás. Pues el amor de gracia tampoco lo hubo ni habrá mayor en esta vida; porque á ninguna pura criatura se dió la gracia en tanta abundancia como á esta Vírgen; y conforme al tamaño de la gracia se le dió la caridad, y el amor para con él. El tercero amor, que llamamos de justicia, que es el que se debe á la cosa amada por razon de sus perfecciones, tambien tuvo el mayor motivo que podia ser. Porque el amado era no solo Hijo de la Vírgen, mas tambien Hijo de Dios, infinitamente perfecto; y así digno de ser amado con amor infinito, si este fuera posible. Porque si cuanto un hijo es mas perfecto, tanto mas meresce ser amado, ¿cuánto lo merescia ser aquel que era infinitamente perfecto? Pues estos tres rios tan caudalosos de amor juntos, ¿qué tanta agua llevarian? Estos tres fuegos tan encendidos ayuntados en uno, amor de naturaleza, amor de gracia, y amor de justicia; esto es, amor de Dios, amor de hijo, y mas tal hijo, ¿qué tan grande llama levantarian? No hay lengua qué esto pueda explicar.

El segundo afecto que se sigue deste es la grandeza de la alegría que la Vírgen tendria con la compañía y presencia de tal hijo. Porque el alegria nasce de la presencia y fruicion de la cosa amada; de tal manera, que cuanto es mayor el amor, tanto es mayor esta alegría. Pues la que tan grande amor tenia á tal hijo, ¿qué tan grande sería el alegría que recebiria de traerlo siempre á su lado, de verlo cada dia á su mesa, de oir sus palabras, de gozar de su presencia, de ver aquel divino rostro, aquellos ojos, aquella mesura y aquella majestad que en aquel sancto corpecico resplandescia? Qué de veces estaria á la mesa sin comer, viendo comer aquel que mantiene los ángeles? Qué de veces se le pasariar las noches de claro hincada de rodillas par de la cama del Niño, viendo cómo dormia aquel que velaba sobre la guarda del mundo? Si la memoria sola deste Señor bastaba para despertar de noche al profeta Isaías, cuando decia (*z*): Mi ánima, Señor, te deseó de noche; y si

(*t*) Apoc. 12. (*v*) I. Cor 5. (*x*) Isai. 54 (*y*) Luc. 2. (*z*) Cap. 26.

de algunos sanctos leemos que contemplando en las perfecciones y hermosura deste Señor, se arrebataban y salian de sí, y se levantaban en el aire, como se lee de Sant Antonio, de Sant Francisco y de Sancto Tomás, y de otros muchos; esta Señora, que tanto mayor caridad y gracia tenia que todos los sanctos, esta que tan presente tenia al Sancto de los sanctos, ¿qué haria? Qué sentiria? Y cuál seria el alegría, y los movimientos y sentimientos de su corazon? ¿Habrá lengua que esto pueda explicar? Pues de aquí podrémos inferir la cualidad del otro tercero afecto que se sigue destos, que es la grandeza del dolor que la Vírgen sentiria cuando á deshora se viese desposeida de tan gran tesoro, especialmente acordándose de las profecías de aquel sancto Simeon, y de la persecucion de Heródes, de la muerte de los innocentes, del destierro de Egipto, del temor de Arquelao; porque todas estas cosas amenazaban y prometian de sí grandes trabajos. De la madre de Tobías se escribe que tardando un poco su hijo en un camino, lloraba con lágrimas irremediables, diciendo (*a*): ¿Por qué te enviamos á peregrinar, báculo de nuestra vejez, lumbre de nuestros ojos, esperanza de nuestra posteridad y consuelo de nuestra vida?

Pues si esto sentia aquella madre, ¿qué sentiria esta? Qué comparacion hay de madre á madre, y de hijo á hijo, y de tesoro á tesoro, y de pérdida á pérdida? Pues lo que va de uno á otro, eso va de dolor á dolor. Pues en todo este tiempo ¿qué haria la sacratísima Vírgen? ¿Cuáles serían sus lágrimas, sus gemidos, sus discursos, sus oraciones? Si comeria? Si beberia? Si daria sueño á sus ojos, hasta hallar al que amaba su ánima? Hijo mio (diria ella), ¿por qué me desamparaste? ¿Dónde estarás? Dónde dormirás? Dónde comerás? Dónde reposarás? ¡Oh mansísimo y suavísimo Cordero! ¿cómo podiste atravesar con tan agudo cuchillo el corazon de tu Madre? Tres dias de espacio se dieron al patriarca Abraham despues de haberle mandado sacrificar á su hijo, para que en este tiempo padesciese el piadoso padre el dolor que la memoria de la muerte de tan amado hijo le habia de causar; y otros tantos se dieron á esta piadosísima Madre, para que sufriese el dolor que esta tan triste ausencia le causaria. ¡Oh Señor! ¿qué haceis de afligir á los que amais? ¡Qué cuidado teneis de darles materia de merescimientos y coronas, ofresciéndoles tantas ocasiones de padescer, de orar, de temer, de esperar, de humillarse y acudir siempre á vos en todos sus trabajos!

Despues del dolor de la Vírgen, considera la diligencia que esta piadosa Señora tendria buscando la joya perdida, y preguntando por ella en todas partes; y señaladamente dice el Evangelista que le buscó entre los conoscidos y parientes y que no le halló: para que tú por aquí entiendas que no se halla Cristo en los afectos y regalos de carne y de sangre, sino en la renunciacion y mortificacion de todas estas ternuras. ¿A quién, dice el Profeta (*b*), enseñará Dios su sabiduría? A quién revelará sus misterios? A los destetados de la leche y á los apartados de los pechos. Por eso se dice á la hija del Rey (*c*): Oye, hija, y vé, é inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y cobdiciará el Rey tu hermosura.

Pues como no hallase al Niño entre los parientes, volvióse al templo de donde habian partido á buscarle, donde le halló entre los doctores de la ley, oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente, con grande admiracion de los que presentes estaban. Y allí le dijo: Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así con nosotros? Mira que vuestro padre y yo con dolor os habemos buscado. Pues tú que buscas al niño perdido (quiero decir, el fervor de la devocion pasada, y la dulcedumbre de la divina familiaridad ya gustada), no pienses que la podrás todas veces hallar, si no buscas como esta Vírgen buscó, que es con gran dolor y diligencia. El profeta David primero repitió muchos versos dolorosos, y dió grandes gemidos en aquel famoso salmo de la penitencia, y despues al cabo vino á decir (*d*): Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confórtame con espíritu principal. Prudentísimamente dijo un religioso doctor: Lo que nada cuesta, nada vale; y así lo que mucho vale, mucho es lo que nos ha de costar. Aquella gloriosa mujer del Apocalipsi no pare sin grandísimos dolores: para que por aquí entiendas que no conseguirás el fructo glorioso de la perfeccion, sino con el doloroso parto de la afliccion. Por lo cual dice Sant Buenaventura que regularmente hablando, ninguna notable gracia es communicada á las ánimas, sino por afliccion y oracion.

Vase luego el Niño con sus padres, y obedesce, con toda humildad y subjeccion á dos criaturas, el Señor de todo lo criado. Humíllate pues, polvo y ceniza, y aprende por este ejemplo á obedescer, no solo á los mayores é iguales, sino tambien á los menores, por amor deste Señor. ¿Mas qué quiere decir que por una parte les obedesce con tanta humildad, y por otra les responde con tanta libertad? ¿Para qué me buscábades (dice él), no sabíades que en estas cosas que son de mi Padre me convenía á mí estar ocupado? Para que por aquí entiendas cómo la filosofía cristiana sabe juntar en uno muchas virtudes que parescen entre sí contrarias: como son humildad y magnanimidad, gravedad y suavidad, subjeccion y libertad, fervor y discrecion, justicia y misericordia, con otras semejantes. Y por esto cuando la razon ó la honra de Dios lo pide, debe el verdadero cristiano pasar de vuelo sobre todas las cosas humanas, y poner debajo los piés todas las criaturas, como lo hacia el Apóstol, el cual (segun la calidad de los negocios) unas veces se hacia mosquito, otras elefante; unas se ponia debajo los piés de los hombres, otras se subia sobre todo el mundo.

§. IX.

Del baptismo del Señor.

Dende estos doce años hasta los treinta años no tenemos en el Evangelio cosa escripta de la vida del Salvador; porque todo este tiempo quiso él dedicar á una principal licion que nos convenía saber, que es el silencio, y este nos enseñó callando treinta años (el cual, siendo niño, estaba lleno de sabiduría), y escogiendo solos tres para predicar: para que veas cuánto tiempo dedicó al recogimiento del silencio, y cuán poco al oficio de la predicacion. Nosotros, como dice Sant Bernardo (*e*), estamos llenos de bocas, y por todas querríamos hablar. Si algo pensamos que sabemos, no podemos callar; ni nos tenemos por sabios, si los otros no saben lo que sabemos. De manera que todas nuestras habilidades (por

(*a*) Gap. 10. (*b*) Isai. 28. (*c*) Psal. 41.

(*d*) Psal. 50. (*e*) In Epiphan. D. serm 1. in fin.

pequeñas que sean) querriamos que fuesen publicadas en las plazas.

Cumplidos pues estos treinta años, vino el Señor, dende Galilea á Judea al rio Jordan, al baptismo de Sant Juan (*f*), donde puedes considerar cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado vino el Salvador este camino (pues aun no tenia discipulos que le acompañasen), y sobre todo mira cómo viene en compañía de publicanos, de pecadores y de fariseos, como si fuera uno dellos, esperando que le cupiese la vez para ser con ellos baptizado. Pues ¿quién, considerando esto, no se abaja hasta el polvo de la tierra? Quién osará justificarse, y ensoberbecerse, y anteponerse á los otros? Pues ¡oh hermosura del cielo, fuente de limpieza y de vida! ¿qué á tí con el lavatorio de las inmundicias? Qué á ti con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado? No era razon que tan grande humildad pasase sin testimonio de alguna grande gloria; pues la condicion del Señor es humillar los soberbios y glorificar los humildes. Y así acaesció en este paso; porque alli se le abrieron los cielos, y bajó el Espiritu Sancto en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre, que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé; á él oid. Y generalmente acaesció esto en todos los pasos de la vida deste Señor, que donde quiera que él mas se humilló, ahí fué mas particularmente glorificado. Nasce en un establo, y ahí es alabado con cantares del cielo. Es circuncidado como pecador, y ahí le ponen por nombre Jesus, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se escurescen los cielos, y tiembla la tierra, y se despedazan las piedras, y resuscitan los muertos, y se alteran todos los elementos. Pues así en este misterio, por una parte es baptizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado por Hijo de Dios. Donde verán todos los que fueren miembros suyos, que nunca jamas se humillarán por amor de Dios, que no sean glorificados y honrados por el mesmo Dios.

§. X.

Del ayuno y tentacion.

Despues del sacro misterio del baptismo, y del magnífico testimonio del cielo, es llevado Jesus por el Espíritu Sancto al desierto, para que alli sea tentado del enemigo. ¿Qué consecuencia tienen entre si estos misterios? ¿Cómo dicen en uno los trabajos y soledad del desierto con los pregones del cielo, y las tentaciones del enemigo con los favores del Espíritu Sancto? Primeramente por aquí entenderémos que el regalar Dios á sus siervos no es para asegurarlos, sino para esforzarlos y disponerlos á mayores trabajos. Así cura y da de comer el caminante á su caballo, para esforzarlo en el camino, y así arma y favoresce el capitan á su soldado, para ponerle en el mayor peligro. Y por esto el que así se viere visitado de Dios, no por eso se tenga por mas seguro, sino ántes por citado y emplazado para el mayor peligro.

Donde tambien es de considerar, cómo ántes que el Salvador diese principio á la predicacion del Evangelio, se aparejó con ayuno de cuarenta dias, y con la soledad y ejercicios del desierto: para que tú por aquí entiendas cuán grande sea el negocio de la salud de las ánimas, pues aquel Señor, que era summamente perfecto, sin tener deso alguna necesidad, se dispuso para él con tan grandes aparejos. Y por aquí tambien entenderán los oficiales deste oficio, en qué género de ejercicios se han de ejercitar ántes que comiencen este negocio. Porque ninguno debe salir á lo público de la predicacion, si primero no se hubiere ejercitado en el secreto de la contemplacion; pues, como dice Sant Gregorio (*g*), ninguno sale seguro fuera, si primero no está ejercitado de dentro. Para lo cual es de saber, que tres maneras de vidas virtuosas señalan los sanctos: una puramente activa, que principalmente entienda en obras de misericordia, y otra puramente contemplativa (mas perfecta que esa), que se ocupa en ejercicios de oracion y contemplacion, sino es cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad pide otra cosa. Otra hay mas perfecta que esta, compuesta de ambas, que tiene lo uno y lo otro, cual fué la vida de los apóstoles, y cual debia de ser la de todos los predicadores perfectos. Pues la órden que se ha tener en esta vida (segun Sant Buenaventura) es que (regularmente hablando) ninguno debe pasar á la segunda, sino despues de ejercitado en la primera; ni ménos á la tercera, si no se ha ejercitado en la segunda. Porque, como dice Sant Gregorio (*h*), los verdaderos predicadores han de recoger en la oracion lo que derraman en la predicacion. De suerte que la principal maestra de los verdaderos predicadores (despues de las ciencias para esto necesarias) ha de ser la soledad, donde Dios habla al corazon palabras que salgan de corazon, y revela los secretos de su sabiduría á los verdaderos humildes.

Amemos pues la soledad, la cual el Señor sanctificó con su ejemplo; porque el que no conversa con los hombres, forzado es que converse con Dios. ¡Oh miseria del siglo presente! ¿Dónde están agora aquellos dichosos tiempos? Dónde los desiertos de Egipto, de Tébas, de Scitia y de Palestina, llenos de monasterios y de solitarios? Dónde está aquel desierto de que dijeron los profetas (*i*): Hará el Señor que el desierto esté lleno de deleites, y que la soledad sea como un verjel de Dios (*k*)? Dónde están aquellas flores siempre verdes, aunque plantadas en tierra desierta y sin aguas? Ya los hombres desampararon los desiertos, y se entregaron á la vida carnal llena de cuidados. Por donde si (por estar ya cubierto de yerba este camino) no tienes aparejo para ir al desierto, á lo ménos haz dentro de tí un espiritual desierto, recogiendo tus sentidos y entrando dentro de tí mesmo; porque por aquí entrarás á Dios. En el desierto vió Moisen la gloria de Dios, y en este espiritual desierto se da Dios á conoscer y á gustar á sus amigos. Mas entrando en este desierto, conviene que con el mesmo Moisen subas al monte: esto es, que dejadas las bajezas de la tierra, levantes el corazon á las cosas del cielo. Para lo cual serán necesarias dos alas, una de oracion y otra de ayuno, el cual es necesario para esa mesma oracion; porque el vientre cargado de mantenimiento no está hábil para subir á lo alto. Porque si permaneciendo en este desierto caresces destas alas, ya puedes entender la parte que te cabrá de aquella sentencia del Filósofo, que dice: El hombre que vive en soledad, ó es divino, ó bestial. Ayunó aquella carne sanctísima, que

(*f*) Luc. 3.

(*g*) Lib. 25. Mor. c. 21. (*h*) Lib. 4. in 1. Reg. c. 9. paulò infr. med. et. lib. 3. c. 7. prop. fin. (*i*) Isai. 51. (*k*) Isai. 55. Ezech. 17.

no sabía qué cosa era revelar contra el espíritu; porque ayune la tuya perversísima, que á manera de aquel horno de Babilonia, siempre levanta llamas para inflammarlo. Y mira que entre las obras exteriores comenzó el Señor por el ayuno; porque la primera batalla del cristiano es contra el vicio de la gula, la cual el que no venciere, en vano trabaja contra las otras. Mas no solamente ayunó, sino tambien oró y peleó con nuestro adversario, y todo esto para nuestro provecho: la soledad para nuestro ejemplo, la oracion para nuestro remedio, el ayuno para la satisfaccion de nuestras deudas, y la pelea con el enemigo para dejar vencido y debilitado nuestro adversario. Acompaña pues tú, hermano mio, al Señor en todos estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa; pues aquí se están haciendo tus negocios, y pagándose tus delictos. Imita en todo lo que pudieres á este Señor: ora con él, ayuna con él, pelea con él, mora á tiempos en la soledad con él, junta tus trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos agradables á Dios.

§. XI.

De la predicacion, doctrina y obras admirables de Cristo.

Despues del baptismo y de los cuarenta dias de ayuno, comenzó el Salvador á conversar con los hombres, y entender en el negocio de la predicacion, y dar al mundo conoscimiento de quién era, con las maravillas que hacia (*l*). Donde se nos ofrescen en commun cuatro cosas que considerar: que son la alteza de su doctrina, los ejemplos de sus virtudes, los discursos y trabajos de sus caminos, y los beneficios que al mundo hizo andando en ellos.

Pues cuanto á lo primero es de notar que la alteza de la doctrina de Cristo (de que señaladamente trata el Evangelio) es tan alta y tan perfecta, que no es posible imaginarse otra mejor. Para cuyo entendimiento es de saber que como esta tan grande y tan admirable fábrica del mundo se divida en dos órdenes de criaturas, unas espirituales (como son los ángeles), y otras corporales (como son los cielos, y todo lo que está debajo dellos), el hombre está en medio de las unas y de las otras, y así participa la naturaleza de entrambas. Porque con las unas tiene cuerpo, como lo tienen todas las cosas corporales; y con las otras tiene espíritu, como lo tienen los ángeles, y así es de la naturaleza de las unas y de las otras. Por lo cual puede aplicarse á la parte que quisiere, imitando la pureza y perfecion de los ángeles (pues tiene espíritu para eso como ellos); ó la brutedad y vida de las bestias, porque tambien tiene cuerpo, y sentidos, y apetitos como ellas, aunque para lo primero tenga necesidad de ayuda del cielo. De suerte que así como un hombre que aprehendió medicina y cirujía, puede usar de cualquiera destas ciencias como quisiere; ó puede ser médico, ó zurujano, pues tiene de uno y de otro; así tambien el hombre por tener carne y espíritu, puede, inclinándose á la carne, hacerse todo carnal y bestial, ó inclinándose todo á las obras y ejercicios del espíritu, hacerse todo espiritual, como generalmente lo fuéron todos los sanctos.

Pues entendiendo esto los filósofos, y señaladamente los que siguieron la escuela de Platon, determinaron que toda la perfeccion del hombre consistia en morir (cuanto fuese posible) á la parte bestial que en sí tiene, renunciando y despreciando todos sus deleites y apetitos, y todos los bienes terrenales y materiales en que esta parte se deleita, no tomando dellos mas de lo que puntualmente es necesario para la vida; y trabajando por vivir con sola la otra parte espiritual y divina que en sí tiene (donde está el entendimiento y la voluntad), empleando estas dos nobilísimas potencias en aquello que las emplean los ángeles, que es en el conoscimiento, amor y fruicion del summo bien, ayuntándose desta manera con él, y transformándose en él por amor, que es la cosa mas alta y mas divina á que una criatura puede llegar. Y así dijo un filósofo platónico (*m*), como refiere Sant Augustin, que la perfeccion y bienaventuranza del hombre consistia por una parte en un purísimo y perfectísimo apartamiento de toda materia, y de todas las cosas terrenas y sensuales; y por otra en un allegamiento y union con el sumo Padre por conoscimiento, y amor, y actual contemplacion; porque así llaman los filósofos platónicos á Dios. Y desta manera (segun dice el mesmo Platon en el diálogo llamado Fedon) viene el hombre á juntarse y hacerse espiritualmente una mesma cosa, no solo con aquellas soberanas inteligencias (que nosotros llamamos ángeles), sino tambien con aquel supremo entendimiento no criado, que es Dios: aunque esto no es por naturaleza ni por esencia, sino por participacion de su sanctidad, felicidad y pureza, como vemos que el hierro echado en el fuego, sin dejar de ser hierro, participa las mesmas propiedades y condiciones del fuego.

Mas si contra esto dijeres: ¿cómo es posible que un hombre en esta vida pueda llegar á tan gran pureza, que se haga semejante á Dios y á sus ángeles, ocupándose en lo mesmo que ellos se ocupan? Porque los ángeles no tienen cuerpos para quien hayan de trabajar, ni á quien hayan de servir y proveer, y por esto pueden libremente volar á lo alto, y ocuparse siempre en cosas espirituales, como criaturas puramente espirituales, lo que no pueden los hombres por la carga de sus cuerpos, á cuyo servicio están obligados. A esto brevemente se responde que por esta causa los sanctos trabajaron siempre (aunque fuese á costa del cuerpo) de tomar siempre para él lo ménos que fuese posible, y lo que con dificultad bastase para solo vivir y sustentar la naturaleza con increible escaseza, para que ya que del todo no podian dejar de servir al cuerpo, el servicio fuese tal, que se reputase cuasi por ninguno, y así no perdiesen por esto el nombre de espirituales, ni de llamarse ángeles de la tierra ó hombres del cielo.

Esta es pues (como dije) la mayor perfeccion á que una criatura puede llegar en esta vida, y esta es la que señaladamente nos enseñó el Hijo de Dios en su doctrina, y esta es la que generalmente siguieron todos los sanctos, y señaladamente aquellos que juntamente con el mundo dejaron cuantas cosas habia en él, y se fuéron á los desiertos, donde satisfaciendo á las necesidades del cuerpo con raices de yerbas, y con otras cosas poco mejores, empleaban su espíritu en la contemplacion y amor de las cosas celestiales á manera de ángeles. Pues esta es la perfeccion de la vida del Evangelio, la cual muy al proprio nos representaron, no solamente los apóstoles, sino otros varones tambien apostólicos y evangélicos,

(*l*) Mat. 4.

(*m*) Porphir. D. Aug. de Civit. Dei. lib. 10.

como fué Sant Francisco, que tan perfectamente dió de mano y renunció todas las cosas del mundo, viviendo en suma desnudez y pobreza, y ocupando la vida en el amor y contemplacion de las cosas eternas, en lo cual gastaba no solamente los dias, sino tambien la mayor parte de las noches. Pues el que desea saber cuál sea el blanco y la summa de toda la filosofía del Evangelio, sepa que no es otra que esta que aquí habemos en pocas palabras resumido, que es (como dijimos) la mas alta manera de perfeccion que se puede imaginar. Porque así como ninguna cosa hay en el mundo mejor que Dios, así ninguna doctrina puede ser mejor que aquella que despreciadas todas las cosas, nos enseña á juntar con él, y hacernos un mismo espíritu con él, de la manera que está declarado.

Mas para esta tan gran mudanza son necesarias todas las virtudes, unas para ayudarnos á apartar del mundo, y otras para ayuntarnos con Dios; unas para mortificar el aficion de las cosas terrenas, y otras para encender el amor de las cosas eternas; unas para acortar los impedimentos de la subida, y otras para poner los escalones que nos ayudan en ella: de las cuales todas trata el sancto Evangelio. Y como entre ellas haya sus grados y órdenes diferentes, porque unas ayudan mas y otras ménos, el Evangelio trata principalmente de las mas altas y que mas para esto nos ayudan, cuales son primeramente aquellas tres altísimas virtudes, fe, esperanza y caridad, y despues destas, de la humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oracion, pureza de intencion, limpieza de corazon, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, mortificacion de apetitos, amor de la cruz, y negamiento de sí mesmo y de la propria voluntad, con otras virtudes semejantes; las cuales debe procurar sobre todas las otras el que desea ser varon evangélico, y verdadero discípulo y imitador de Cristo.

Y para salir mejor con esto, ponga los ojos en los ejemplos de la vida deste Señor, donde hallará todas estas virtudes mas explicadas por sus obras que por sus palabras; porque sabía él muy bien cuánto mas compendioso camino para la virtud era el de la vida, que el de la doctrina. Y aunque todos los ejemplos de virtudes resplandezcan en su vida sanctísima; pero señaladamente resplandesce la profundidad de su humildad, la grandeza de su caridad, la suavidad de su mansedumbre, la dulzura de su conversacion, la benignidad de sus palabras, y la paciencia y moderacion en todas las cosas.

Tambien hay mucho que considerar en los discursos y trabajos de sus caminos, mirando de la manera que este Señor anduvo por el mundo, procurando la salud de las ánimas, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria. Mira pues con cuánta caridad este buen Pastor andaba por montes y valles buscando la oveja perdida, para traerla sobre sus hombros á la manada, y cuántos trabajos, pobrezas, frios, calores, cansancios, persecuciones, contradicciones y calumnias de fariseos padesció andando en esta demanda, predicando de dia, y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero Padre, pastor, Salvador y remediador nuestro. Mira cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversacion, atraerlos con sus beneficios, edificarlos con su ejemplo y enseñarlos con su doctrina. Testigo desta misericordia es Mateo el publicano (*n*), testigo Zaqueo, príncipe de los publicanos, testigo aquella mujer pecadora, que á sus piés fué recebida (*o*), y testigo la mujer adúltera, que tan benignamente fué perdonada.

Y no ménos son de considerar los beneficios que al mundo hizo en estos caminos, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, alimpiando los leprosos, restituyendo los paralíticos, lanzando los demonios, resuscitando los muertos, y (lo que mas es), sacando de poder del enemigo los pecadores. Desta manera conversó el Señor con los hombres; y así corrió toda aquella tierra, haciendo beneficios generales á todos. Así convenía por cierto que conversase con los hombres el que se hizo hombre por ellos; y así convenía que viviese en el mundo el que decendió del cielo á la tierra á visitar el mundo. Tal era razon que fuese su doctrina, su vida, sus ejemplos, sus obras y sus beneficios; en los cuales se declarase la grandeza de su poder, y la grandeza de su bondad. Porque si Dios habia de encarnar y conversar entre los hombres, tales convenía que fuesen las entradas y salidas de su vida, y tal el succeso y fructo della.

§. XII.

De la Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera.

Y aunque todas las obras y beneficios deste Señor sean mucho para considerar, señaladamente sirve para esto la benignidad y misericordia que usó con aquellas cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera (*p*).

Para cuyo entendimiento es de saber que como se colige del Eclesiástico (*q*), el fin para que Dios hizo todas sus obras, así las de naturaleza como de gracia, fué para manifestacion de su gloria: esto es, para declaracion de sus grandes y admirables virtudes y perfecciones. Las cuales aunque sean innumerables é infinitas (así como él es infinito), pero señaladamente se reducen á dos órdenes. Porque unas pertenescen á su misericordia, y otras á su justicia; y así unas son para ser amado, y otras para ser temido. Y aunque estas dos maneras de perfecciones resplandezcan en todas sus obras (en las cuales se halla siempre mezclada misericordia con justicia); pero todavía hay unas en que mas resplandesce la justicia, y otras en que mas la misericordia. Porque la justicia señaladamente resplandesció en el castigo del ángel que se ensoberbesció, y en el del hombre que desobedesció, y en todo el mundo que fué destruido con las aguas del Diluvio, y finalmente en todos aquellos que se han de condemnar: los cuales por esto llama el Apóstol vasos de ira. Mas por el contrario, la grandeza de la bondad y misericordia resplandesce en todos los escogidos, y en los beneficios que Dios les hace para efectuar su eleccion, los cuales por esta causa se llaman vasos de misericordia.

Mas para mayor declaracion destas dos perfecciones, determinó el Señor dos tiempos señalados y dos maneras de obras, que son dos venidas al mundo, una para declarar la grandeza de su justicia, que será la venida á juicio; y otra para mostrar la de su bondad y misericordia, que fué la venida en carne á obrar nuestra redemp-

(*n*) Matt. 9. (*o*) Luc. 19. et 7. (*p*) Joan. 8. Joan. 4. Matth. 15. Luc. 7. Joan. 8. (*q*) Cap. 1.

cion. Por la cual venida hacia oracion el rey David, cuando decia (r): Muéstranos, Señor, tu misericordia, y envíanos tu salud; porque sabía él muy bien cuánto se habia de declarar al mundo la grandeza desta misericordia en esta venida y con esta obra. Pues á esto vino el Hijo de Dios al mundo, á dar á los hombres conocimiento de la grandeza de la misericordia suya y de su Padre, que es toda una mesma misericordia. Por lo cual decia él á uno de sus discípulos (s): Filipe, quien ve á mí, ve á mi Padre. Y un poco ántes: Si á mí conosciésedes, tambien conosciérades á mi Padre; y agora le conosceréis, y ya le habeis visto. Como si dijera: Agora le conosceréis mas perfectamente, cuando el Espíritu Santo venga, y os dé mayor luz y conocimiento dél. Y ya le habeis visto, pues habeis visto á mí de la manera que he tratado con los hombres, con tanta mansedumbre, y bondad, y misericordia; porque tal es mi Padre como yo, y si él viniera al mundo y tratara y conversara con los hombres, desta mesma manera tratara y conversara, y las mesmas palabras hablara; porque todo lo que yo hablo y obro, él lo habla y obra en mí.

Por tanto quien desea conocer cuál sea la bondad y misericordia del Padre eterno, ponga los ojos en su unigénito Hijo, que es perfectísima imágen, no solo de su substancia y hermosura, sino tambien de su bondad y misericordia, la cual vino á declarar á los hombres acá en la tierra, así como la declara á los ángeles en el cielo; para que acá y allá, á hombres y ángeles sea siempre imágen de la gloria de Dios, pues al Hijo pertenece ser imágen y traslado de su Padre. Ponga pues el hombre los ojos en este Señor; mire su encarnacion, su nascimiento, su vida, su muerte, y todos los pasos que en este mundo dió; porque todos están llenos de bondad y misericordia, á la cual se ordenaba esta segunda venida: para que por aquí vea cuán grandes motivos tiene para amarle con todo su corazon, y esperar en él en todas sus tribulaciones; porque tan grande bondad está pidiendo grandísimo amor (pues el objecto de la voluntad es la bondad), y tan grande piedad y misericordia está pidiendo toda nuestra confianza; porque de otra manera en vano alaba la misericordia de Dios quien al tiempo del menester no sabe esperar en ella, y aquel no sabe esperar, que desmaya en la tribulacion, y no confía en la oracion.

Y si quieres mas en particular contemplar esta misericordia (dejadas aparte otras obras de su vida sanctísima), pon los ojos en lo que pasó con aquellas cuatro mujeres pecadoras que arriba dijimos, y en cada cual dellas verás, como en un espejo, la piedad y misericordia deste nobilísimo y benignísimo Señor: para que cuanto mas esto conoscieres, mas crezcas en este amor y confianza.

§. XIII.

De la Samaritana.

Pues acerca de la Samaritana (t) se nos ofrece primeramente aquella ardentísima sed que el Salvador tenia de nuestra salud, la cual excede todo lo que se puede encarecer. De Sancta Catarina de Sena se escribe, que cuando veia pasar por la calle algun predicador, salia de su casa, y besaba la tierra que el predicador habia hollado, con grande devocion. Y preguntada por qué hacia esto, respondió que le habia dado nuestro Señor conocimiento de la hermosura de las ánimas que estaban en gracia, y que por esto tenia por tan dichosos á los hombres que entendian en este negocio, que no podia dejar de poner la boca donde ellos ponian los piés, y besar la tierra que hollaban. Pues si tal celo tenia esta sancta mujer por aquella poca de luz y gracia que tenia, ¿cuál sería el celo de aquel que era la mesma fuente de gracia; de aquel tan grande amador de las ánimas; de aquel que venía á ser Padre del siglo advenidero, y de aquel cuyas entrañas comia el celo de la gloria de Dios? Pues este tan grande amor hizo á este Señor decender del cielo á la tierra. Este le fatigaba, y le desvelaba, y le hacia sudar, y trabajar, y andar siempre buscando ánimas que salvar. Andando pues en estos pasos, llegó una vez á una ciudad de Samaria á hora de mediodía, cansado, asoleado, sudado y fatigado con el trabajo del camino. De manera que aquí por nuestra causa se cansó el descanso, sudó el refrigerio, padesció hambre el pan de los ángeles, y tuvo sed la fuente de vida. Asiéntase á par de la fuentecilla la fuente de agua viva, así como cualquiera otro hombre pobre, y flaco, y necesitado. Ni pienses que se asentó para beber; porque no se hace mencion allí de que bebiese, sino por esperar oportunidad para cazar una ánima que allí habia de venir, y armarle un piadoso lazo en aquel bebedero. De manera que aunque estaba cansado del caminar, no lo estaba para bien obrar: y así, llegando una mujer pecadora á aquella fuente, pidióle agua como cansado, y ofresciólе gracia, como deseoso y sediento de su salud. Mujer, dice él, dame de beber. Considera pues aquí la humildad, afabilidad y benignidad incomparable deste Señor, que tan fácilmente se puso á platicar con esta ánima, enseñándola, alumbrándola, respondiendo á sus preguntas, convidándola con su gracia, y dándole motivos para pedírsela, como ella la pidió, aunque no entendia lo que pedia. Y si esto pasara con alguna persona discreta y de reputacion, no fuera tanto de maravillar; mas todo este diálogo pasó con una mujer de cántaro, samaritana, idólatra, mujer de cinco maridos, y que actualmente estaba en pecado, que son las mayores bajezas que hay; y con todo esto platica el Señor tan benignamente con ella, y no solo platica, mas descúbrele tan claramente quién él era, por términos tan expresos, que apénas se hallarán otros mas claros en todo el Evangelio. Y no contento con esto, añade otra mayor misericordia, que de samaritana la hace evangelista y apóstola de Samaria: y todo esto hizo viniendo esta mujer al pozo por un cántaro de agua, sin traer otros mas altos propósitos y pensamientos, cuando ninguna cosa ménos pensaba ni buscaba que lo que halló. ¡Oh juicios y maravillas de Dios! Oh secretos de su bondad y sabiduría! Pues ¿quién no ve aquí la grandeza de la bondad y misericordia deste Señor? ¿Qué hay en toda esta obra, que no sea pura gracia, pura bondad y pura misericordia? Porque donde ningun linaje de mérito hay de parte del hombre (sino tantas repugnancias y deméritos), ¿qué puede haber de parte de Dios, sino sola bondad y misericordia?

Y porque nada faltase al cumplimiento desta misericordia, hízola el Señor tan de voluntad, y quedó tan contento de haberla hecho, que cuando los discípulos vinieron y le convidaron á comer, respondió él: Yo tengo ya que comer un manjar que vosotros no sabeis. Y preguntando ellos qué manjar era este, respondió: Mi

(r) Psal. 84. (s) Joan. 14. (t) Joan. 4.

manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió, y entender en la obra que me mandó, que es la salvacion de los hombres. Pues ¿quién no ve por tales obras y palabras como estas, la inmensidad de la bondad y misericordia deste Señor, el cual tiene por su comer y su beber nuestra salud?

§. XIV.

De la Cananea.

Pues no ménos se descubre esta misericordia en lo que pasó con la Cananea; porque aunque en lo de fuera se hubo diferentemente con ella, pero todo fué obrar una mesma salud y misericordia, aunque por diferentes caminos.

Saliendo pues el Salvador de los fines de Judea, saliendo esta mujer de su tierra, se obró la salud que deseaba; para que entiendas que haciendo el hombre lo que es de su parte, y Dios lo que es de la suya, se alcanza la verdadera salud. Ni basta que el hombre obre, si Dios no ayuda; ni basta que Dios ayude, si el hombre no obra; porque lo uno y lo otro es necesario, segun lo significó el Profeta, cuando dijo (*v*): Si el Señor no edificare la ciudad, en vano trabajan los que la edifican. Mas esta gracia y ayuda celestial no se reparte siempre de una manera, sino segun que lo ordena la sabiduría y misericordia divina. Porque á unos la da con tanta facilidad, que paresce que el bien se les entra por las puertas sin que lo busquen ellos, y á otros no, sino buscándolo con mucho trabajo. De manera que unos hay á quien busca Dios, y otros que buscan á Dios; unos que son como el que halla el tesoro escondido en el campo, sin buscarlo; y otros como el diligente mercader, que buscaba la perla preciosa, y la halló. De lo uno y de lo otro tenemos clarísimo ejemplo en estas dos mujeres pecadoras, de las cuales, la una con tanta facilidad halló lo que no buscaba, y la otra que con tantos clamores y perseverancia alcanzó lo que deseaba. Y aunque allí resplandezca mas la divina misericordia, y aquí la justicia; pero no es menor esta misericordia que aquella, pues buscar á Dios con fe, humildad y perseverancia, tambien es don de Dios, y obra de su misericordia. Pues el que desta segunda manera buscare á Dios, si quisiere saber cómo le ha de buscar, ponga los ojos en esta mujer pecadora, y busque como ella buscó, y hallará como ella halló.

¿Mas de qué manera buscó? Con grande fe, con grande humildad, con grande paciencia y perseverancia. Y así clamó, siguió, importunó, perseveró, sufrió, confió, humilióse y postróse á los piés de Cristo, y con esto halló lo que deseaba. Busca tú pues á Dios desta manera, y ten por cierto que aunque hayas sido idólatra y cananeo, finalmente le hallarás. Hallarme heis, dice el Señor (*x*), si me buscáredes con todo vuestro corazon; y buscarle con todo corazon es buscarle con fe, con humildad, con paciencia, con perseverancia y con continua oracion, como esta mujer le buscó.

§. XV.

De la Magdalena.

Ni resplandesce ménos esta bondad y misericordia del Salvador en la conversion de la Magdalena (*y*). Porque ¿cómo se convirtiera una mujer tan perdida, con tan grande fervor y contricion, si el Señor no la despertara, y alumbrara, y previniera con su gran misericordia? Por lo cual dice Sant Gregorio (*z*): ¿De qué nos maravillamos, hermanos, de que María venga, ó de que el Señor la reciba? ¿Que la reciba digo, ó que la traiga? Diré mejor, que la trae, y que la recibe. Porque el que con su misericordia la trajo de dentro, él mesmo con su mansedumbre la recibió de fuera.

Estando pues el Señor comiendo en casa de un fariseo, dice el Evangelista que vino esta mujer pecadora, y llegándose por las espaldas á él (porque no osó parescer delante de su rostro) comenzó á regar sus piés con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos y ungirlos con ungüento. Pues ¿qué invencion, qué modo de satisfaccion y penitencia se pudiera hallar mas propria ni mas conveniente para esta manera de vida? ¿A quién no moverá á lágrimas y penitencia este tan nuevo linaje de penitencia? A lo mesmo movió al bienaventurado Sant Gregorio, el cual hablando desta pecadora, dice así (*a*): Pensando yo en esta penitencia de María, querria mas llorar que decir algo. Porque ¿qué corazon habrá tan de piedra á quien no muevan á penitencia las lágrimas desta pecadora? Ca pensando ella en lo que hasta allí habia hecho, no quiso poner tasa en lo que debia hacer. Y así entró donde estaban los convidados, y vino sin que la llamasen, y entre los manjares ofresce lágrimas: para que por aquí veais con qué amor arde la que entre las fiestas de los convidados no se empacha de llorar. Porque como conosció la torpeza de su ánima, corrió á la fuente de la misericordia á lavarse en ella, sin avergonzarse de los que presentes estaban. Porque como ella estaba tan confusa de dentro, no tuvo en qué empacharse de todo lo que veía de fuera. Y prostrada á los piés del Señor, comenzó á regarlos con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y besarlos y ungirlos con ungüento. Hasta aquí habia usado esta mujer de preciosos ungüentos para regalo de su carne; mas agora emplea en servicio de Dios loablemente lo que hasta entónces habia usado torpemente. Con los ojos habia mirado y cobdiciado las cosas terrenas, mas agora los castigaba derramando por ellos muchas lágrimas. Con la boca habia hablado palabras soberbias; mas agora sanctificaba esta boca, poniéndola en los humildes piés del Redemptor. De los cabellos habia usado para la compostura del rostro; mas agora con ellos enjugaba las lágrimas que habia derramado sobre los piés de Cristo. De manera que de todos los deleites que para sí tenia hizo holocaustos y sacrificios, y desta manera convirtió al ejercicio de las virtudes todo lo que habia servido al de los vicios: para que todo lo que habia ofendido á Dios en la culpa, le sirviese agora en la penitencia. Pues ¿quién no ve aquí cuán grande haya sido esta penitencia, y cuán grande la gracia y misericordia divina, que fué el principal despertador y causador della? Porque, ¿qué cabeza, qué corazon, qué ojos fueran bastantes para derramar de sí un tan copioso rio de lágrimas, que bastasen para lavar los piés de Cristo; y qué ingenio bastara para descubrir una tan nueva invencion para alimpiarlos, como era servirse para esto de los cabellos; sino de la gran luz y amor que el Señor en su ánima habia criado? ¿Y de dónde nació esta dádiva tan grande para una tan indigna criatura, sino de su grandísima bondad y misericordia? Mas toda esta grande penitencia no bastó para que no condenase á esta mujer

(*v*) Psal. 126. (*x*) Hierem. 29. (*y*) Luc. 7.

(*z*) In Evangel. Homil. 33. in princ. (*a*) Ubi supr.

el fariseo soberbio. Pero con todo eso absuélvela Cristo, callando ella: para que veas cuán diferentes sean los juicios de Dios y los de los hombres, y cuán buena defensa es callar el hombre, para hacer á Dios su defensor.

§. XVI.

De la mujer adúltera.

En el caso de la mujer adúltera (*b*) tambien tienes que considerar la incomprehensible suavidad y misericordia deste Señor, la cual dió lugar á esta calumnia de sus adversarios. Porque tal era su vida, su doctrina, sus obras y sus palabras, que paresció cosa imposible á sus contrarios poder salir por aquella suavísima boca palabras de condemnacion. No hallaron los adversarios de Daniel aparejo para calumniarle, sino procurando impedirle la oracion que él tanto usaba; ni los del Salvador, sino poniéndole á peligro la misericordia y mansedumbre, de que él tanto se preciaba. Esta nos declaró él en su Evangelio de muchas maneras. Porque ¿qué mayor misericordia que encomendar esta virtud con tan gran encarescimiento, que dijese aquellas palabras (*c*): Lo que hecistes á cualquiera destos pequeñuelos hermanos mios, á mí lo hecistes. Y cuasi las mesmas palabras repite por el Profeta Isaías, diciendo (*d*): Este es mi descanso y mi refrigerio, que refrigereis y consoleis á los cansados. En el mesmo Evangelio leemos (*e*), que caminando el Señor por tierra de Samaria, no queriendo recebirle los samaritanos, indignados los discípulos contra aquella gente, dijeron al Salvador: ¿Quieres que mandemos que venga fuego del cielo, y los queme? A los cuales con su acostumbrada mansedumbre y misericordia respondió el Señor: ¿No sabeis de cuyo espíritu sois hijos? El Hijo de la Vírgen no vino á destruir las ánimas, sino á salvarlas. Esta mesma misericordia y mansedumbre vió en espíritu el profeta Isaías, cuando hablando de las condiciones del Mesías, dijo (*f*):

No porfiará con nadie, ni será aceptador de personas, ni se oirá su voz fuera. La caña cascada no la quebrará; y la mecha de lino que humea no la apagará. Lo cual manifiestamente se ve en la sentencia desta mujer adúltera, á quien preguntó el Señor: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condemnó? Respondió la mujer: Niguno, Señor: Pues tampoco yo (dijo él) te condemnaré: véte en paz, y no quieras mas pecar. Esto es pues lo que el Profeta significó, cuando dijo que ni quebraria la caña cascada, ni apagaria la torcida de lino que humea: declarando en esto la grandeza de la misericordia de que el Señor habia de usar en su primera venida. Tales pues conviene que sean, hermano mio, tus entrañas, tales tus obras y tus palabras, si quieres ser un hermosísimo traslado deste Señor. Y por esto no se contenta el Apóstol con mandarnos (*g*) que seamos misericordiosos, sino dice, que nos vistamos como hijos de Dios, de entrañas de misericordia. Mira pues tú cuál estaria el mundo si todos los hombres trajesen este vestido.

Todo esto se ha dicho para que por estas obras tan señaladas se conozca algo de aquel tan grande piélago de la bondad y misericordia de nuestro Salvador, la cual en estas obras tan claramente resplandesce; pues (como arriba se dijo) no podemos en esta vida conoscer á Dios por sí, sino por sus obras, de la manera que se conoscen por sus efectos las causas. Mas aquí conviene avisar que este reconoscimiento no ha de ser para tomar de aquí ocasion (como hacen los malos) para perseverar en su mala vida, haciendo largas mangas de la misericordia de Dios, y usando de su bondad para instrumento de su maldad, que es una grande blasfemia. ¿Pues para qué? Para que (como ya dijimos) este conoscimiento nos sea estímulo para amar tan grande bondad, y esperar en tan grande misericordia; pues la bondad pide lo uno, y la misericordia lo otro. En lo cual vemos faltar muchos, aun de los que han alcanzado otras virtudes; los cuales, en levantándoseles una tribulacion, paresce que nunca leyeron ni oyeron nada desta bondad y misericordia, pues así desmayan y dejan caer los corazones en ella, como si nada supieran della; no mirando que casi todos los Salmos y Escrituras divinas para esto señaladamente nos predican la divina misericordia, y la esperanza en ella, para que con estas tan fieles prendas de la palabra de Dios, confiemos en el tiempo de la tribulacion, y no perdamos la esperanza en la oracion.

Mas aquí tambien conviene avisar que nunca de tal manera nos transportemos en mirar la divina misericordia, que no nos acordemos de la justicia; ni de tal manera miremos la justicia, que no nos acordemos de la misericordia; porque ni la esperanza carezca de temor, ni el temor de la esperanza. Porque estos son, segun dice Sant Bernardo (*h*), como dos piés de Dios; los cuales conviene que besemos y adoremos juntos, y no el uno sin el otro; porque la esperanza sin temor no venga á parar en presumpcion, y el temor sin esperanza en desesperacion. Por donde el Profeta dice (*i*), que cantará al Señor misericordia y juicio juntamente; porque sabía él muy bien cuán peligroso era cantar lo uno sin lo otro: que es, misericordia sin juicio, ó juicio sin misericordia; porque desta manera ni la esperanza sea atrevida, ni el temor desconfiado.

§. XVII.

De la transfiguracion del Señor.

Entre los principales pasos de la vida de nuestro Salvador es muy señalado y muy devoto el de su gloriosa transfiguracion (*k*), cuando tomando en su compañía tres discípulos suyos de los mas amados y familiares, subió á un monte, y puesto allí en oracion, como dice Sant Lúcas (*l*), se transfiguró delante dellos, de tal manera que su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Considera pues aquí primeramente el artificio maravilloso de que este Señor usó para traernos á sí. Vió él que los hombres se movian mas por los gustos de los bienes presentes, que por las promesas de los advenideros, conforme á aquella sentencia del Sabio, que dice (*m*): Mas vale ver lo que deseas, que desear lo que no sabes. Pues por esto, despues de haberles predicado muchas veces que su galardon sería grande en el reino de los cielos, y que estarian asentados sobre doce sillas, etc., agora les dió á gustar una pequeña parte deste galardon: para que mostrando al luchador el palio de la victoria, le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea.

Mas no mostró aquí la mejor parte desta promesa, que

(*b*) Joan. 8. (*c*) Mat. 25. (*d*) Isai. 28. (*e*) Luc. 9. (*f*) Cap. 42. (*g*) Colos. 3.

(*h*) In parvis sermonibus 56. et sup. Cant. serm. 6. prop. fin.
(*i*) Psal. 100. (*k*) Matt. 17. (*l*) Luc. 9. (*m*) Eccle. 6.

es la gloria esencial de los bienaventurados (porque esta sobrepuja todo sentido), sino sola una parte de la accidental, que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos, y esto con mucha razon. Porque esta carne es la que nos impide este camino, esta es la que nos aparta de la imitacion de Cristo, y esta la que nos estorba el llevar su cruz, y por esto convenía que para despertarla y avivarla le mostrasen la grandeza desta gloria: para que así se esforzase mas al trabajo de la carrera. Por lo cual, si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar tu carne, esfuérzate oyendo lo que dice el Apóstol (*n*): Esperando estamos en Jesucristo nuestro Salvador, el cual reformará el cuerpo de nuestra humanidad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad.

Considera tambien cómo celebró el Señor esta tan gloriosa fiesta en un monte solitario y apartado; la cual pudiera él muy bien, si quisiera, celebrar en cualquier valle ó lugar público: para que entiendas que no suelen conseguir los hombres este beneficio de la transfiguracion, en lo público de los negocios del mundo, sino en la soledad del recogimento; ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales, sino en el monte de la mortificacion, que es en la victoria de las pasiones sensuales. Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado, en este se ve la hermosura de Dios, en este se reciben las arras del Espíritu Sancto, en este se da á probar una gota de aquel rio que alegra la ciudad de Dios (*o*); y en este finalmente se da la cata de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo (*p*). ¡Oh si una vez llegases á la cumbre deste monte, cuán de verdad dirias con el apóstol Sant Pedro: Bueno es, Señor, que estémos aquí! Como si dijera: Troquemos, Señor, todo lo demas por este monte; troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por los bienes deste desierto. Mas dice el Evangelista, que no sabía Pedro lo que decia; para que entiendas cuánta es la grandeza deste deleite, y cuánta la fuerza deste vino celestial, pues de tal manera roba los corazones de los hombres, que del todo los enajena y hace salir de sí; pues tan alienado estaba Sant Pedro que no sabía lo que se decia, ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza de la suavidad y gusto que aquí sentia. Ni quisiera él jamas apartarse de aquel suavísimo licuor, por lo cual decia: Señor, bueno es que nos estémos aquí. Si os paresce, hagamos aquí tres moradas; una para vos, y otra para Moisen, y otra para Elías. Pues si esto decia Sant Pedro, no habiendo gustado mas que una sola gota de aquel vino celestial, viviendo aun en este destierro y en cuerpo mortal, ¿qué hiciera si á boca llena bebiera de aquel impetuoso rio de deleites que alegra la ciudad de Dios? Si una sola migajuela de aquella mesa celestial así lo hartó y enriqueció, que no deseaba mas que la continuacion y perseverancia deste bien, ¿qué hiciera si gozara de aquella abundantísima mesa de los que ven á Dios, y gozan de Dios, cuyo pasto es el mesmo Dios? Pues por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro; porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo dellos, sabe á sus tiempos consolarlos, visitarlos y darles algunas veces en esta vida á probar las primicias de la otra; para que no cayan con la carga ni desmayen en la carrera.

Mira tambien cómo estando el Señor en oracion fué desta manera transfigurado, para que entiendas que en el ejercicio de la oracion suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida; y finalmente un corazon tan esforzado y tan otro, que no paresce que es el mesmo que ántes era, por haberlo Dios desta manera mudado y transfigurado.

Y mira tambien lo que se trata en medio destos tan grandes favores, que es de los trabajos que se han de padescer en Hierusalem: para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes, y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de concebir el siervo de Dios en este tiempo; los cuales han de ser determinaciones y deseos de padescer, y poner la vida por aquel que tan dulce se le ha mostrado, y tan digno es de que todo esto y mucho mas se haga por él. De manera que cuando Dios estuviere communicando al hombre sus dulzores, entónces ha de estar él pensando en los dolores que ha de padescer por él; pues tales dádivas como estas, tal recompensa nos demandan.

CAPITULO VI.

Preámbulo de la sagrada Pasion, en el cual se trata de la manera que debemos tener en considerarla.

Acabados de tratar brevemente los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, síguese que tratemos con la mesma brevedad de los de su sagrada Pasion. Cuya consideracion es de tanta virtud y consolacion para las ánimas, que sería menester mucho espacio para tratar dignamente este argumento. Por lo cual dejada esta materia para otro lugar, solamente tratarémos aquí en breve cómo nos hayamos de haber en la consideracion della, para que mas fructuosamente la pensemos. Porque algunas personas hay que cuando en esto se ocupan, no tienen respecto á otra cosa mas que compadescerse de los dolores que el Salvador por nuestra causa padesció. Lo cual aunque sea bueno y sancto, mas no es solo este el fructo que se coge deste árbol de vida.

Pues para esto es de saber que demas desto hay otras cinco cosas á que podemos tener respecto cuando pensamos en la sagrada Pasion, como ya en otra parte se trató mas copiosamente. Porque lo primero aquí podemos inclinar nuestro corazon á dolor y arrepentimiento de nuestros pecados, para lo cual se nos da un grande motivo en la Pasion del Salvador; pues es cierto que todo lo que padesció, por los pecados lo padesció: de tal manera que si no hubiera pecados en el mundo, no fuera necesario este tan costoso remedio. De manera que los pecados, así los tuyos, como los mios, como los de todo el mundo, fuéron los verdugos que le ataron, y le azotaron, y le coronaron con espinas, y le pusieron en cruz. Por donde verás cuánta razon tienes aquí para sentir la grandeza y malicia de tus pecados, pues realmente ellos fuéron la causa de tantos dolores; no porque ellos necesitasen á padescer al Hijo de Dios, sino porque dellos tomó ocasion la divina justicia para pedir tan grande satisfaccion.

Y no solo para aborrescer el pecado, sino tambien para el amor de las virtudes tenemos aquí grandes motivos en los ejemplos de las virtudes deste Señor, que señaladamente resplandescen en su sagrada Pasion; en las cuales tambien debemos poner los ojos para provocarnos á la imitacion dellas; y particularmente en la

(*n*) Philip 3. (*o*) Psal. 45. (*p*) Psal 35.

grandeza de su humildad, paciencia, obediencia, mansedumbre y silencio, con todas las demas; porque esta es una de las mas altas y provechosas maneras que hay de meditar la sagrada Pasion; que es por via de imitacion.

Otras veces debemos poner los ojos en la grandeza del beneficio que el Señor aquí nos hizo, considerando lo mucho que nos amó, y lo mucho que nos dió, y lo mucho que le costó lo que nos dió, con todas las otras circunstancias deste negocio (segun que arriba tocamos), para que así nos inclinemos á darle infinitas gracias y alabanzas por él.

Otras veces conviene levantar por aquí los ojos al conoscimiento de Dios; esto es, á considerar la grandeza de su bondad, de su misericordia, de su justicia y de su benignidad, y señaladamente de su ardentísima caridad; la cual en ninguna otra obra resplandesce mas que en su sagrada Pasion. Porque como sea mayor argumento de amor padescer males por el amigo, que hacerle bienes; y Dios podia lo uno y no lo otro (por donde no tenian los hombres entera noticia de su amor), plugo á su divina bondad vestirse de naturaleza en que pudiese padescer males, y tan grandes males, para que estuviese el hombre del todo certificado deste amor, y así se moviese á amar á quien tanto le amó.

Otras veces finalmente puede considerar por aquí la alteza del consejo divino, y la conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para remedio del género humano; esto es, para satisfacer por nuestras culpas, para inflammar nuestra caridad, para fortalescer nuestra paciencia, para confirmar nuestra esperanza, para curar nuestra soberbia, nuestra avaricia y nuestros regalos; y para inclinar nuestras ánimas á la virtud de la humildad, al menosprecio del mundo, al aborrescimiento del pecado, y al amor de la cruz, y á otras virtudes semejantes.

De suerte que tenemos aqui seis maneras de meditar la sagrada Pasion. La primera por via de compasion, la segunda de compunccion, la tercera de imitacion, la cuarta de agradescimiento, la quinta de amor, y la sexta de admiracion de la sabiduría y consejo divino. Porque para todas estas seis cosas hallarémos motivos en cualquier paso de la Pasion; y así en todas ellas debemos poner los ojos, ya en unas ya en otras, segun que el Espíritu Sancto nos abriere el camino. Verdad es que algunas de estas cosas pertenescen mas á un linaje de personas que á otras; porque á los principiantes está muy bien la primera y segunda manera de consideracion, que es por via de compasion y de arrepentimiento de los pecados; pero á los mas aprovechados las otras que sirven para despertar y encender mas el amor de Dios, aunque lo uno y lo otro sea tambien commun á todos.

Mas aquí es mucho de notar que el fundamento de todas estas consideraciones es entender y penetrar cuanto nos sea posible la grandeza de los dolores de Cristo. Porque primeramente cuanto mayores entendiéremos que fuéron estos dolores, tanto se nos ofrescerá mayor motivo de compasion; pues es cierto que la mayor pasion meresce mayor compasion. Asimesmo cuanto mayores fuéron los dolores que este Señor padesció por destruir el pecado, tanto mayor motivo se nos da para aborrescer cosa que él con tanta costa suya destruyó. La grandeza tambien de sus virtudes mas altamente resplandesce en la grandeza de sus dolores; pues está claro que mayor es la paciencia que mas sufre, y mayor la humildad que á mayores extremos se abaja, y mayor la mansedumbre que á mayores injurias calla, y mayor la obediencia que se pone á mayor carga, y así podemos discurrir por todas las demas. Y no ménos es este motivo de mayor amor; porque si estámos obligados á amar á Cristo por lo que por nuestro amor padesció, cuanto mayor fuere esta pasion, tanto será mayor esta obligacion. Ni ménos se conosce tambien por aquí la grandeza deste beneficio; pues cuanto mas caro costó al Salvador nuestro remedio, tanto por esta causa le somos en mayor cargo. Esto mesmo sirve tambien para el conoscimiento (que dijimos) de Dios; esto es, para conoscer la grandeza de su caridad, de su bondad, de su misericordia y de su justicia, que son las cosas cuyo conoscimiento mas importa para inducir los corazones de los hombres al amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos. Porque cuanto mas conosciéremos la acerbidad y grandeza de sus dolores, tanto mas claro verémos cuánta fué la caridad que tanto padesció, y la bondad que á tanto se extendió, y la misericordia que tales miserias sobre sí tomó, y la justicia que tan rigurosamente castiga la culpa aun en su mesma persona.

Por do paresce claro cómo el fundamento de todas estas consideraciones es entender la grandeza destos dolores. Y despues de hecho pié en esto, tendrémos motivos para hacer todas estas salidas susodichas, unas veces á unas, y otras á otras. Y segun que nuestra ánima fuere hallando pasto en estas consideraciones, así se puede detener en ellas mas ó ménos, conforme al fructo que en esto hallare. Porque no siempre es necesario correr por todas estas estaciones; mas propónese todo esto, porque todo ello es debido y sancto, y porque los que no hallaren gusto en una cosa, lo hallen en otra. Pues por esto me paresció sería bien, ántes de entrar en los misterios de la sagrada Pasion, tratar aquí brevemente de la grandeza de los dolores que el Salvador padesció (para este propósito susodicho), y de las causas dellos; de las cuales se trató mas copiosamente en el libro de la Oracion y Meditacion, mas aquí tocarlas hemos mas en breve.

§. I.

De la grandeza de los dolores de Cristo.

Pregunta Sancto Tomas en la tercera parte (*a*), si los dolores que padesció Cristo en su sacratísima Pasion fuéron los mayores que se han padescido en el mundo. A lo cual responde él diciendo, que quitados aparte los dolores de la otra vida, que son los del infierno y del purgatorio, estos fuéron los mayores que en el mundo se padescieron, ni padecerán jamas.

Esta conclusion prueba él por muchas razones.

La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podia ser, la cual le hacia desear la gloria de Dios, y el remedio del hombre con summo deseo. Y porque mientra mayores dolores padescia por los pecados, mas enteramente satisfacia á la honra de Dios ofendido, y mas copiosamente redimia al hombre culpado, por esto quiso él que sus dolores fuesen gravísimos; porque así fuese perfectísima esta redempcion.

La segunda causa era la pureza de sus dolores, los

(*a*) Quæst. 46. art. 6.

cuales ninguna mistura tenian de alivio ni consolacion. Porque jamas en esta vida padesció nadie dolores tan puros que no se aguasen con alguna manera de consolacion, con la cual se hiciesen á veces tolerables y á veces tambien alegres, como acaesció á los mártires. Mas en Cristo no fué así, porque por la razon susodicha cerró él todas las puertas por donde le pudiese entrar algun rayo de luz ó de consolacion; y así, cruzados los brazos, se entregó al ímpetu de los tormentos, para que sin contradiccion ni mitigacion alguna le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

La tercera causa fué la delicadeza de su cuerpo, el cual no fué formado por virtud de hombres, sino del Espíritu Sancto; por lo cual fué el mas perfecto y mas bien complexionado de todos los cuerpos, y así era el mas delicado y mas sentible dellos, por lo cual sentia mucho mas que otro alguno sus dolores.

Juntamente con esto le afligia grandemente la memoria y compasion de su bendita Madre, cuyo corazon sabía él que habia de ser atravesado con el mas agudo cuchillo de dolor que nunca mártir alguno padesció. Porque así como ningun mártir amó tanto su propria vida, cuanto ella la de su Hijo; así nunca mártir sintió tanto su propria muerte cuanto ella la del Hijo.

Tambien naturalmente le afligia la representacion y memoria de su propria muerte. Porque así como es natural el amor de la vida, así lo es el horror de la muerte; y tanto mas, cuanto mas meresce ser amada la vida. Por donde dice Aristóteles, que el sabio ama mucho su vida; porque como sabio entiende que tal vida meresce ser muy amada. Pues segun esto ¿cuánto amaria el Salvador aquella vida, de la cual sabía que una hora valia mas que todas las vidas criadas? Pues estas cuatro causas de dolor afligian aquella ánima sanctísima sobre todo lo que se puede encarescer. En lo cual paresce haber sido mucho mayores los dolores de su ánima que los de su cuerpo, y mucho mayor la pasion invisible que padescia de dentro, que la visible que padescia de fuera.

Demas desto el mesmo linaje de muerte, que fué de cruz, es penosísimo (como adelante se verá), con la cual se junta que en esta muerte concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos, que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad, sacada la porcion superior de su ánima (*b*), en la cual no padesciese su proprio tormento. Porque él primeramente padesció en su ánima santísima los dolores que habemos dicho, y padesció en su cuerpo los que nos quedan por decir. Padesció tambien en la fama con los falsos testimonios y títulos ignominiosos con que fué condemnado. Padesció en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fuéron hechos. Padesció en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que tenia, de las cuales tambien fué despojado, y puesto en la cruz desnudo. Padesció en sus amigos, pues todos huyeron, y le desampararon, y le dejaron solo en poder de sus enemigos. Padesció tambien en todos los miembros y sentidos de su sacratísimo cuerpo, en cada uno su proprio tormento. La cabeza fué coronada con espinas, los ojos escurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los piés atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo finalmente descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz. Porque así como todos los miembros de su cuerpo místico estaban especialmente heridos y llagados; así todos los del verdadero y natural estuviesen heridos y atormentados. Y así mesmo, pues nuestra malicia habia sido tal que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidos habíamos ofendido á Dios, la satisfaccion de Cristo fuese tal, que en todas las cosas padesciese tormentos, pues nosotros con todas las nuestras habíamos cometido pecados.

Cresció tambien esta pena con la continuacion y muchedumbre de trabajos que el Salvador padesció dende la hora de su prision hasta que espiró en la cruz. Porque en este tiempo todos á porfía trabajaban por atormentarle, cada cual de su manera. Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnesce, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz á cuestas; y todos finalmente se ocupan en darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y tráenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice á pontífice, como si fuera un público ladron y malhechor. O Rey de gloria, ¿qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos? Pues estas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padesció, sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padescido en esta vida y padescerán jamas.

¿Pues qué fructo sacamos desta consideracion? Verdaderamente grande é inestimable. Porque todo cuanto enseña la filosofía cristiana nos enseña en breve la cruz de Cristo; y todo cuanto obran la ley y el Evangelio (dándonos conoscimiento del bien y amor dél), todo esto en su manera enseña y obra la filosofía de la cruz. Porque primeramente por aquí, mejor que por todos los medios del mundo, se conosce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padesció por él, y lo que hizo por destruirlo. Por aquí se conoce la graveza de las penas del infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor por sacarnos dellas. Por aquí se conosce cuán grandes sean los bienes, así de gracia como de gloria, pues tal mérito fué menester para alcanzarlos despues de perdidos, por via de justicia. Por aquí se vé la dignidad del hombre y el valor de su ánima, considerando en lo que Dios la estimó, pues tal precio quiso dar por ella. Por aquí tambien, mas que por otro medio, venimos en conoscimiento de Dios, no cual le tuvieron los filósofos, que tan poco les aprovechó, pues poco mas conoscieron que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandesce en las cosas criadas; mas tal, cual conviene para hacer á los hombres sanctos y religiosos; que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios; porque este conoscimiento causa en nuestras ánimas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia á sus mandamientos: en las cuales virtudes consiste la summa de la verdadera religion. Pues cuánto respiandezcan estas perfecciones divinas en este misterio, paresce claro por esta razon. Porque á la bondad pertenesce communicar y dar-

(*b*) D. Thom. quæst. ut supr. art. 5.

se á sí mesma, al amor hacer bien al amado, á la misericordia tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y á la justicia castigar severamente los delictos del culpado. Pues siendo esto así, ¿qué mayor bondad que la que llegó á communicar á sí mesmo, y hacerse una mesma cosa con el hombre? Qué mayor caridad, que la que repartió cuantos bienes tenia con el hombre? Qué mayor misericordia, que la que tomó sobre sí todas las miserias y deudas del hombre? Qué mayor misericordia, que recebir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos merescian, padescer nuestra cruz, beber nuestro cáliz, y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonrado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras cobdicias, y finalmente entregado al poder de las tinieblas por librar los hombres dellas? ¿Puede ser mayor misericordia que esta? Pues no es menor la justicia que aquí resplandesce. Porque ¿qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan extraña manera de venganza de los pecados del mundo en la persona de su amantísimo é inocentísimo Hijo? Porque justísimo es el juez que á su mesmo hijo no perdona por haber tomado sobre sí la culpa ajena. Pues siendo esto así, ¿quién no temerá tal justicia, y quién no esperará en tal misericordia, y quién no amará tal bondad? Verdaderamente no era posible darse al hombre mayores motivos de amor, de temor, de obediencia y de confianza, de los que aquí le fuéron dados; y el corazon que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demas desto ¿qué tan grandes son los ejemplos y motivos que aquí se nos dan para todas las otras virtudes, y señaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, y para todas las demas? Porque (como dice Sancto Tomás) los ejemplos de las virtudes tanto son mas eficaces, cuanto son de personas mas altas. Porque ¿quién tendrá corazon para ir á caballo, cuando ve su rey ir á pie, ó para quedarse en la cama, cuando lo ve entrar en la batalla? Pues si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, ¿cuánto mas deben poder los ejemplos de aquella Real Majestad que tanto mas hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable que en ningunos otros se puede hallar. Porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que tambien son beneficios, y remedios, y medicinas, y estimulos de amor, de devocion y de toda virtud.

Demos pues infinitas gracias al Señor por este tan grande beneficio: esto es, por lo mucho que en él nos dió, y por lo mucho que le costó, y mucho mas por lo mucho que nos amó; porque mucho mas amó que padesció; y mucho mas padesciera, si nos fuera necesario. Por todos estos títulos le debemos eterno agradescimiento. Y pues de nuestra parte no tenemos cosa digna que le dar, á lo ménos trabajemos porque toda nuestra vida sea suya, pues la suya fué toda nuestra. Presupuesto pues agóra este pequeño preámbulo, contarémos en summa los principales pasos de la Pasion, comenzando por la entrada del Señor en Hierusalem con ramos; porque esta fué principio y camino para ella.

§. II.

De la entrada en Hierusalem con los ramos.

Pues como se llegase ya el tiempo en que el Salvador tenia determinado ofrescerse en sacrificio por la salud del mundo (*c*), así como él por su própria voluntad se quiso sacrificar, así por ella mesma se vino al lugar del sacrificio, que era la ciudad de Hierusalem: para que en la ciudad, y en el dia que el cordero místico era sacrificado, en ese lo fuese tambien el verdadero; y donde habian sido tantas veces muertos los profetas, allí tambien lo fuese el Señor de los profetas; y donde poco ántes habia sido tan honrado y celebrado, allí fuese condemnado y crucificado: para que así fuese su pasion tanto mas ignominiosa, cuánto el lugar era mas público y el dia mas solemne. Y por esto, habiendo escogido el aldea de Betlem para su nascimiento, escogió la ciudad de Hierusalem para este sacrificio; porque la gloria de su nascimiento se escondiese en el rinconcillo de Betlem; y la ignominia de su pasion se publicase mas en la ciudad de Hierusalem.

Entrando pues en esta ciudad, fué recebido con grande solemnidad y fiesta, con ramos de olivas y palmas, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, y clamar todos á una voz: Bendicto sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas.

Aquí primeramente se nos ofrésce luego que considerar la grandeza de la caridad de nuestro Salvador, y la alegría y promptitud de voluntad con que iba á ofrescerse á la muerte por nosotros; pues en este dia quiso ser recebido con tan grande fiesta, en señal de la alegría y fiesta que en su corazon habia, por ver que se llegaba ya la hora de nuestra redempcion. Porque si de Sancta Agueda se dice que siendo presa por cristiana, iba á la cárcel con tan grande alegría como si fuera llevada á un convite, por la honra de Dios: ¿con qué promptitud y devocion iria el que tanto mayor caridad y gracia tenia, cuando fuese á obrar la obra de nuestra redempcion por la obediencia y honra del mesmo Dios? Donde claramente aprenderás con qué manera de promptitud y voluntad debes entender en las obras de su servicio, pues con tanta alegría entendió él en las de tu remedio; acordándote que por una parte dice el Apóstol (*d*), que huelga mucho Dios con el alegre servidor; y que por otra se dice (*e*): Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios pesada y negligentemente.

Considera tambien las palabras de la profecía con que esta entrada se representa, que son estas (*f*): Alégrate mucho, hija de Sion, y haz fiesta, hija de Hierusalem, y mira cómo viene para tí tu Rey, pobre y manso, asentado sobre una asna y un pollino hijo suyo. Todas estas palabras son de grande consolacion. Porque decir: Tu Rey y para tí, es decir que este Señor es todo tuyo, y que todos sus pasos y trabajos son para tí. Para tí viene, para tí nasce, para tí trabaja, para tí ayuna, para tí ora, para tí vive, para tí muere, y para tí, finalmente, resuscita y sube al cielo. Y no te escandalice el nombre de rey, porque este Rey no es como los otros reyes del mundo, que reinan mas para su provecho que para el de sus vasallos, empobresciendo á ellos para enriquecer á sí, y poniendo á peligro las vidas dellos, por guardar la suya. Mas este nuevo Rey no ha de ser desta manera;

(*c*) Matt. 21. (*d*) 2. Cor. 9. (*e*) Hierem. 48. (*f*) Zachar. 9.

porque él te ha de enriquecer á costa suya, y defenderte con la sangre suya, y darte vida perdiendo él la suya. Porque para esto dice él por Sant Juan (*g*) que le fué dado poderio sobre toda carne; para que á todos los que fueren suyos, dé él la vida eterna. Este es aquel principado de que dice el Profeta (*h*), que está puesto sobre los hombros del que lo tiene, y no sobre los de su pueblo; para que eltrabajo de la carga sea suyo, y el provecho y fructo sea nuestro.

Y dice mas, que viene manso y asentado sobre una pobre cabalgadura. De manera que aquel Dios de venganzas, aquel que está asentado sobre los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos, y trae millares de carros de ángeles á par de sí, ese viene agora tan manso y humilde como aquí se nos representa; para que ya no huyas dél, como lo hizo Adam en el paraíso, y como el pueblo de los judíos cuando les daba ley; ántes te llegues á él, viéndole hecho cordero, de leon; porque el que hasta aquí no venció tu corazon con la fuerza del poder, ni con la grandeza de la Majestad, quiere agora vencerlo con la grandeza de su humildad y con la fuerza de su amor. Esta es la nueva manera de pelear que escogió el Señor, como dijo la sancta Profetisa (*i*), y con esto quebrantó las puertas de sus enemigos y venció sus corazones. Y esto es lo que por figura se nos representa en este tan solemne recebimiento que aquí se hizo; donde (como dice el Evangelista) toda aquella ciudad se revolvió, y todos salieron á recebirle con ramos de palmas y olivas en las manos, y otros echando sus vestiduras por tierra, cantando sus alabanzas y pidiéndole salud eterna. ¿Pues qué es esto sino representarnos aquí el Espiritu Sancto, cómo habiendo este Señor batallado ántes con el mundo con rigores, con diluvios, con castigos y amenazas espantosas, sin acabar de rendirlo; despues que escogió esta nueva manera de pelear, y procedió, no con castigos, sino con beneficios; no con rigor, sino con amor; no con ira, sino con mansedumbre; no con majestad, sino con humildad; y finalmente, no matando á sus enemigos, sino muriendo por ellos, entónces se apoderó de sus corazones y trajo todas las cosas á sí, como dice él en su Evangelio (*k*): Si yo fuere levantado en un madero (poniendo la vida por el mundo) todas las cosas traeré á mí; no con fuerzas de acero, sino con cadenas de amor; no con azotes y castigos, sino con buenas obras y beneficios. Entónces pues comenzaron luego los hombres unos á cortar ramos de olivas, despojándose de sus haciendas y gastándolas en obras de piedad y misericordia (que por la oliva es entendida), y otros pasaron mas adelante, que tendieron sus ropas por tierra para adornar el camino por do iba el Salvador, que son los que con la mortificacion de sus apetitos y proprias voluntades, y con el castigo y maltratamiento de su carne, y con la muerte de sus proprios cuerpos, sirvieron á la gloria deste Señor; como lo hicieron innumerables mártires que dejaron arrastrar y despedazar las túnicas de sus cuerpos por la confesion y gloria dél. En lo cual se nos encomiendan tres maneras de virtudes con que habemos de salir á recebir á este Señor cuando viene espiritualmente á nuestras ánimas. La primera es la oracion, figurada en aquellos que le alababan con sus voces y le pedian salud. La segunda es la limona y misericordia, que es figurada en los otros que cortaban ramos de olivas; porque ya dijimos que por la oliva se entiende la misericordia. La tercera es la mortificacion de la carne y el menosprecio de sí mesmo, que es figurada por aquellos que arrastraban sus ropas por tierra para que fuesen pisadas y acoceadas por honra de Cristo. De las cuales virtudes la primera (que es la oracion) se debe á Dios, la segunda (que es la misericordia) al prójimo; mas la tercera (que es la mortificacion) debe el hombre á sí mesmo. Estas son tres cruces espirituales que ha de traer el cristiano siempre sobre sí; y cuando se levantare por la mañana, así como acabare de dar gracias á Dios y encomendarle todo el curso de aquel dia, luego se ha de cargar destas tres cruces, que son estas tres grandes obligaciones, y andar todo el dia con una perpetua atencion para cumplir con ellas, trayendo un corazon devotísimo para con Dios, y otro piadosísimo para con su prójimo, y otro muy severo para consigo, castigando su carne, enfrenando su lengua y mortificando todos sus apetitos.

Sobre todo esto tienes tambien aquí un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuyas causas hacen tantos extremos. ¿Quieres pues ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mesmo mundo que hoy le recebió con tanta honra, de ahí á cinco dias lo tuvo por peor que Barrabas, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo: Crucificalo, crucificalo. De manera que el que hoy le predicaba por hijo de David (que es por el mas Sancto de los sanctos), mañana le tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabas. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal y mas inconstante en sus paresceres, que el juicio y testimonio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice; hoy alaba, y mañana blasfema; hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos; hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabas. Tal es el juicio desta bestia de muchas cabezas, y deste engañoso monstruo que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su proprio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano; y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros; porque no tiene otro peso para medir la virtud, sino solo su interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y engaños? ¿A quién jamas guardó fielmente su palabra? A quién dió lo que prometió? Con quién tuvo amistad perpétua? A quién conservo mucho tiempo lo que le dió? A quién jamas vendió vino, que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de constante y de hiel, que á ninguno fué fiel. Este es aquel falso Júdas, que besando á sus amigos los entrega á la muerte. Este aquel traidor de Joab, que abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre; promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar, peligroso para tener, y dificultoso de dejar. O mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor

(*g*) Joan. 17. (*h*) Isai. 6. (*i*) 1. Reg. 2. (*k*) Joan. 12.

secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo; en la cara blando, en las manos cruel; en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parescer algo, de dentro vacío; por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso.

§. III.

Del lavatorio de los piés.

El dejo con que el Salvador del mundo acabó la vida, y se despidió de sus discípulos ántes que entrase en la conquista de su pasion, fué lavarles él mesmo los piés con sus proprias manos, y ordenarles el sanctísimo sacramento del Altar, y predicarles un sermon lleno de toda la suavidad, doctrina y consolacion que podia ser (*l*). Porque tal gracia y tal despedida como esta pertenescia á la suavidad y caridad grande deste Señor. Pues el primero destos misterios escribe el evangelista Sant Juan, diciendo: Que ántes del dia de la Pascua, sabiendo Jesus que era llegada la hora en que habia de pasar deste mundo al Padre, habiendo él amado á los suyos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó. Y hecha la cena, como el demonio hubiese ya puesto en el corazon de Júdas que le vendiese, sabiendo él que todas las cosas habia puesto el Padre en sus manos, y que habia venido de Dios, y volvia á Dios, levantóse de la cena, y quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un baño, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

Pues como haya muchas cosas señaladas que considerar en este hecho tan notable, la primera que luego se nos ofresce, es este ejemplo de humildad inestimable del Hijo de Dios, cuyas grandezas comenzó el Evangelista á contar al principio deste Evangelio, para que mas claro se viese la grandeza desta humildad, comparada con tan grande Majestad. Como si dijera: Este Señor que sabía todas las cosas, este que era Hijo de Dios, y que dél habia venido, y á él se volvia; este en cuyas manos el Padre habia puesto todas las cosas, el cielo, la tierra, el infierno, la vida, la muerte, los ángeles, los hombres y los demonios, y finalmente todas las cosas; este tan grande en la Majestad, fué tan grande en la humildad, que ni la grandeza de su poder le hizo despreciar este oficio, ni la presencia de la muerte olvidarse deste regalo, ni la alteza de su Majestad dejar de abatirse á este tan humilde servicio, que es uno de los mas bajos que suelen hacer los siervos. Y así como tal se desnudó, y ciñó, y echó agua en una bacía, y él con sus propias manos, con aquellas manos que criaron los cielos, con aquellas en que el Padre habia puesto todas las cosas, comenzó á lavar los piés de unos pobres pescadores, y lo que mas es, los piés del peor de todos los hombres, que eran los de aquel traidor que le tenia vendido. ¡Oh inmensa bondad! Oh suprema caridad! Oh humildad inefable del Hijo de Dios! ¿Quién no quedará atónito cuando vea al Criador del mundo, la gloria de los ángeles, el Rey de los cielos, y el Señor de todo lo criado, prostrado á los piés de los pescadores, y mas de Júdas? No se contentó con bajar del cielo y hacerse hombre, sino descendió mas bajo, como dice el Apóstol (*m*) á deshacerse y humillarse de tal manera, que estando en forma de Dios, tomase no solo forma de hombre, sino tambien de siervo, haciendo el oficio proprio de los siervos. Maravíllase el fariseo (*n*) que convidó á Cristo, de ver que se dejase tocar los piés de una mujer pecadora, paresciéndole ser esto cosa indigna de la dignidad de un profeta. Pues si por tan indigna cosa tienes, ó fariseo, que un profeta deje tocar sus piés de una mujer pecadora, ¿qué hicieras si creyeras que ese Señor era Dios, y que con todo eso dejaba tocar sus piés desa pecadora? Y si esto te pusiera grande admiracion, díme, ruégote, ¿qué hicieras si creyendo que este Señor era Dios, como lo era, vieras que no solo dejaba tocar sus piés de pecadores, sino que él mesmo prostrado en tierra lavaba los piés de los pecadores? ¿Cuánto mayor cosa es Dios que un profeta, y cuánto mayor lavar él los piés ajenos, que dejarse tocar los suyos proprios? Pues ¿cuánto mas atónito y pasmado quedaras, si esto vieras y lo creyeras? Creo cierto que los mesmos ángeles quedaron espantados y maravillados desta tan extraña humildad.

Quitóse, dice el Evangelista, las vestiduras, etc. ¡Oh ingratitud y miseria del linaje humano! Dios quita todos los impedimentos para servir al hombre, ¿pues por qué no los quitará el hombre para servir á Dios? Si el cielo así se inclina á la tierra, ¿por qué no se inclinará la tierra al cielo? Si el abismo de la misericordia así se inclina al de la miseria, ¿por qué no se inclinará el de la miseria al de la mesma misericordia? El mesmo fué el que se ciñó, y el que echó agua en el baño, y el que lavó los piés de los discípulos: para que por aquí entiendan los amadores de la virtud, y los que tienen cargo de ánimas, que no han de cometer á otros los oficios de piedad, sino ellos por sí mesmos han de poner las manos en todo. Porque si el hombre desea el galardon en sí, y no en otro, por sí mesmo ha de hacer las obras de virtud, y no por otro.

Mira tambien cuán á propósito vino este auto, cuando el Señor lo hizo. Porque comenzaron entónces los discípulos á disputar cuál dellos era el mayor; la cual disputa habian ya otra vez tenido entre sí, y no se curó con la amonestacion que el Señor entónces les hizo de palabra, y por esto acudió agora á curarla con otra medicina mas eficaz, que es con la obra, haciendo entre ellos y para ellos esta obra de tanta humildad, demas de las que tenia hechas, y de las que le quedaban por hacer. Porque sabía muy bien este Señor la necesidad que los hombres tienen desta virtud, y la repugnancia grande que por su parte hay para ella, y por esto acudió á curarla con esta tan fuerte medicina.

Mas no solo nos dejó aquí ejemplo de humildad, sino tambien de caridad; porque lavar los piés no solo es servicio, sino tambien regalo, el cual hizo el Salvador á los piés de sus amigos, víspera del dia que habian de ser enclavados y lavados con sangre los suyos: para que veas cuán dura es la caridad para sí, y cuán blanda para los otros. Pues este ejemplo de caridad y humildad deja el Señor en su testamento por manda á todos los suyos, encomendándoles en aquella hora postrimera que se tratasen ellos entre sí, como él los habia tratado, y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que él entónces les habia hecho. Pues ¿qué otra ley, qué otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia, mas proprio que este? Qué otro mandamiento dejara un padre á la hora de su muerte á hijos que mucho amase, sino que se amasen ellos entre sí, y hi-

(*l*) Joan. 13. (*m*) Philip. 2. (*n*) Luc. 7.

ciesen para consigo lo que él hacia para con ellos? Este fué el mandamiento que el sancto José dió á sus hermanos cuando los envió á su padre, diciendo (o): No tengais pasiones en el camino: caminad en paz, y no os hagais mal unos á otros. Mandamiento fué este de verdadero hermano, que de verdad amaba á sus hermanos, y deseaba su bien. Pues para mostrar el Señor este mesmo amor para con los hombres, pone aqui este mandamiento (que por excelencia se llama el Mandato), en el cual nos mandó la cosa que mas convenía para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que si este mandamiento se guardase en el mundo, sin dubda vivirian en él los hombres como en un paraíso. Donde advertirás tambien cuáles sean los mandamientos que nos manda Dios nuestro Señor. Porque tales son, y tan provechosos para los hombres, que si bien se considera, mas debemos nos á él por las cosas que nos manda, que él á nos por la guarda de lo que manda, pues aun quitado aparte el galardon del cielo, ninguna cosa se nos podia mandar en este mundo, que fuese mas para nuestro provecho.

§. IV.

De la institucion del sanctísimo Sacramento.

Entre todas las muestras de caridad que nuestro Salvador nos descubrió en este mundo, con mucha razon se cuenta por muy señalada la institucion del sanctísimo Sacramento. Por lo cual dice Sant Joan (p), que habiendo el Señor amado á los suyos, que tenia en el mundo (esto es, á sus escogidos), en el fin de la vida señaladamente los amó; porque en este tiempo les hizo mayores beneficios, y les descubrió mayores muestras de su amor. Pues para entendimiento destas palabras (que son fundamento, así deste misterio, como de todos los demas que se siguen) conviene presuponer que ninguna lengua criada es bastante para declarar la grandeza del amor que Cristo tenia á su eterno Padre, y consecuentemente á los hombres que él le encomendó. Porque como las mercedes y beneficios que este Señor en cuanto hombre habia recebido deste soberano Padre, fuesen infinitas, y la gracia otrosí de su ánima (de donde procede la caridad) fuese tambien infinita, de aquí es que el amor que á todo esto respondia, era tan grande, que no hay entendimiento humano ni angélico que lo pueda comprehender. Pues como sea proprio del amor desear padescer trabajos por el amado, de aquí nasce que tampoco se puede comprehender la grandeza del deseo que Cristo tenia de beber el cáliz de la muerte, y padescer trabajos por la gloria de Dios, y por la salud de los hombres que él tanto deseaba por su amor. Pues este divino amor que hasta este dia estuvo como detenido y represado, para que no hiciese todo lo que él deseaba y podia hacer, este dia le abrieron las puertas, y le dieron licencia para que ordenase, y hiciese, y padesciese todo cuanto quisiese por la gloria de Dios, y por la salud de los hombres. Habida pues esta licencia, la primera cosa que hizo fué abrir la puerta á todos los dolores y tormentos de su pasion, para que todos juntos embistiesen primero en su ánima sanctísima con la aprehension y representacion dellos, y despues en todo su sacratísimo cuerpo. Los cuales fuéron tales, que la imaginacion y representacion dellos bastó para hacerle sudar gotas de viva sangre. Este mesmo le entregó luego en manos de pecadores, y le ató á una columna, y le coronó de espinas, y le hizo llevar una cruz á cuestas, y en ella mesma le crucificó. Este le hizo entregar sus manos para que las atasen, y sus mejillas para que las abofeteasen, y sus barbas para que las pelasen, y sus espaldas para que las azotasen, y sus piés y manos para que los enclavasen, y su costado precioso para que lo alanceasen, y finalmente todos sus miembros y sentidos para que por nuestra causa los atormentasen. Y de aquí se ha de tomar la medida de los trabajos de Cristo, no de la furia de sus enemigos; porque esta no igualaba con su amor: ni de la muchedumbre de nuestros pecados, pues para estos bastaba una sola gota de su sangre, sino de la grandeza deste amor. Mas ante todas estas cosas, este mesmo amor le hizo ordenar un sacramento admirable, el cual por do quiera que le mireis está echando de sí llamas y rayos de amor. Por donde el que desea saber qué tan grande sea este amor, ponga los ojos en este divino Sacramento, y considere los efectos y propósitos para que fué instituido, porque estos le darán nuevas ciertas de la grandeza de la caridad que ardia en el pecho de donde este sacramento procedió. Porque todos los indicios y señales que hay de verdadero y perfecto amor, en este divino Sacramento se hallan.

Porque primeramente, la principal señal y obra del verdadero amor es desear unirse y hacerse una cosa con lo que ama. De donde viene á ser que el que ama, todos los sentidos tiene en la cosa que ama; el entendimiento, la memoria, la voluntad, la imaginacion, con todo lo demas. De suerte que el amor es una alienacion y destierro de sí mesmo, que nasce de estar el hombre todo trasladado y trasportado en el amado. Pues esté tan principal efecto de amor nos mostró Cristo en este sacramento; porque uno de los fines para qué lo instituyó, fué para encorporarnos y hacernos una cosa consigo; y por esto lo instituyó en especie de manjar; porque así como del manjar y del que lo come se hace una mesma cosa, así tambien de Cristo y del que dignamente lo recibe, como él mesmo lo significó, diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. Lo cual se hace por la participacion de un mesmo espíritu que mora en ambos; que es como estar en ambos un mesmo corazon y un ánima; de donde se sigue una mesma manera de vida, y despues una mesma gloria, aunque en grados diferentes. Pues ¿qué cosa mas para preciar y estimar que esta?

La segunda señal y obra de verdadero amor es hacer bien á la persona amada, y darle parte de cuanto tiene, despues que le ha dado su corazon y á sí mesmo. Porque el verdadero amor nunca está ocioso, ca siempre obra, y siempre trabaja por hacer bien á quien ama. Pues ¿qué mayores bienes, qué mayores dádivas, que las que nos da Cristo en este sacramento? Porque en él se nos da la mesma carne y sangre de Cristo, y el fructo que con el sacrificio desa mesma carne y sangre se ganó. De manera que aquí se nos da el panar juntamente con la miel; que es Cristo con sus merescimientos y trabajos, de que aquí nos hace participantes por virtud deste sacramento, segun la disposicion y aparejo del que lo recibe. De donde, así como en tocando nuestra ánima en la carne que desciende de Adam, cuando Dios la infunde y la cria, luego es hecha participante de todos los males y miserias de Adam; así por el contrario, en to-

(o) Genes. 45. (p) Joan. 13.

cando por medio deste sanctísimo Sacramento dignamente en la carne de Cristo, se hace participante de todos los bienes y tesoros de Cristo. Por lo cual se llama este sacramento communion, porque por él nos communica Dios, no solamente su preciosa carne y sangre, mas tambien su parte de todos los trabajos y méritos que con el sacrificio desa carne y sangre se alcanzaron.

La tercera señal y obra de amor es desear vivir en la memoria del amado, y querer que siempre se acuerde dél; y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despiertan esta memoria. Pues por esto ordenó tambien el Señor este sacramento, para que en su absencia fuese memorial de su sacratísima Pasion y de su persona. Y así acabándolo de instituir, dijo: Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí. Esto es para acordaros de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí. Pues quien esta memoria con tales prendas y memoriales nos pedia, ¿con qué amor es de creer que nos amaba?

Mas no se contenta el verdadero amor con sola la memoria, sino sobre todo pide retorno de amor; porque toda otra paga tiene por pequeña en comparacion desta; y á veces llega este deseo á tanto, que viene á buscar maneras de bocados y artificios para causar este amor, cuando entiende que no lo hay. Pues hasta aquí llegó el soberano amor de Dios, que deseando ser amado de nosotros, ordeno este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es herido y tocado deste amor. Pues ¿qué cosa mas admirable que esta?

La quinta señal y obra de amor (cuando es tierno) es desear dar placer y contentamiento al que ama, y buscarle cosas acomodadas para esto; como hacen los padres á los hijos chiquitos, que les procuran y traen algunas cositas que sirvan para su gusto y recreacion. Pues esto mesmo hizo aquí este soberano amador de los hombres, ordenando este sacramento, cuyo efecto propio es dar una espiritual refeccion y consolacion á las ánimas puras y limpias; las cuales reciben con él tan grande gusto y suavidad, que, como dice Sancto Tomás (q) no hay lengua que lo pueda explicar.

Y mira, ruégote, en qué tiempo se puso el Señor á aparejarnos este bocado de tanta suavidad, que fué la noche de su pasion, cuando á él se le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo. De manera que cuando á él se aparejaban los dolores, nos aparejaba él estos sabores; cuando á él se aparejaba la hiel, nos aparejaba él esta miel; cuando para él se ordenaban estos tormentos, nos ordenaba él estos regalos; sin que la presencia de la muerte y de tantos trabajos como le estaban aguardando, fuese parte para ocupar su corazon de tal manera que lo retrajese de hacernos este tan grande beneficio. Verdaderamente con mucha razon se dice que es fuerte el amor como la muerte; pues las muchas aguas y los grandes rios de pasiones y dolores no bastaron, no solo para apagar, mas ni aun para escurecer la llama deste divino amor.

La última señal y obra de amor es desear la presencia del amado, por no poder sufrir el tormento de su ausencia. Esto verá claro quien leyere los extremos que hacia la madre de Tobías por la ausencia de su hijo, y lo que hizo el patriarca Jacob por la vista de Josef (r), pues á cabo de ciento y treinta años de edad partió con toda su casa y familia para Egipto, por ver, ántes que muriese, con sus ojos lo que tanto amaba su corazon. Porque la condicion del verdadero amor es querer tener presente lo que ama, y gozar siempre de su compañía. Pues por esta causa este divino amador instituyó este admirable sacramento, en que realmente está él mesmo en substancia; para que estando este sacramento en el mundo, se quedase él tambien con nosotros en el mundo, aunque se partiese para el cielo. Lo cual es manifiesto argumento de su amor, y de lo que él deseaba nuestra compañía; porque la grandeza deste amor no sufria esta absencia tan larga.

Y hacer él esto con nosotros fué la mayor honra, el mayor provecho, el mayor consuelo y mayor remedio que nos pudiera quedar en este mundo; para que en él tuviésemos en quien poner los ojos, á quien llamar en nuestras necesidades, á quien hablar cara á cara cuando nos fuese menester; cuya presencia despertase nuestra devocion, acrescentase mas nuestra reverencia, esforzase mas nuestra confianza, y encendiese mas nuestro amor. Engrandescia Moisen al pueblo de Israel, diciendo (s), que no habia en el mundo nacion tan grande que tuviese dioses tan cerca de sí, cuanto lo estaba nuestro Dios á todas nuestras oraciones. Si esto decia él, aun ántes de la institucion deste divino Sacramento, ¿qué dijera agora, cuando en él y por él tenemos á Dios presente, que nos ve, y le vemos, y con quien rostro á rostro platicamos? Verdaderamente mucho hizo el Señor en ordenar este sacramento, para que le recibiesemos dentro de nosotros; pero mucho hizo tambien en querer que le tuviésemos perpetuamente en nuestra compañía en los lugares sagrados. Dichosos los cristianos que todos los dias pueden visitar estos lugares, y asistir á la presencia deste Señor, y hablar cara á cara con él. Pero mucho mas los sacerdotes y religiosos que moran en los mesmos templos, y dia y noche pueden gozar desta mesma presencia, y tratar familiarmente con Dios.

¿Ves pues cómo todas las señales y obras de perfecto amor concurren en este divino Sacramento, y todas en sumo grado de perfeccion? Por donde no queda lugar para dubdar de la grandeza deste amor, pues con tantos y tan evidentes argumentos se nos declara. En lo cual conoscerás que no es Dios ménos grande en amar, que en todas las otras obras suyas. Porque así como es grande en galardonar, y en consolar, y en castigar; así tambien lo es en amar. Pues ¿qué mayor tesoro, qué mayor consolacion puede ser que esta? Porque cierto es que (hablando en todo rigor) el mayor bien que nuestro Señor puede hacer á una criatura, es amarla. Porque el amor dicen los teólogos que es el primer don y la primera dádiva que se da, de la cual nascen todas las otras dádivas como arroyos de su fuente, ó como efectos de su causa. Pues siendo esto así, ¿qué mayor riqueza ni consolacion pueden tener los siervos de Dios, que saber que desta manera son amados de Dios? Porque dado caso que desto no se puede tener evidencia si Dios no lo revelase; pero todavía se pueden tener grandes conjecturas, cuales las tienen los que perseveran mucho tiempo sin pecado mortal, y esto basta para recebir con esta manera de noticia grandísima consolacion, y no solo consolacion, sino tambien grandísimos estímulos y motivos, así para amar

(q) Opuscul. de offic. Corpor. Christ. in sequent.

(r) Gen. 48. (s) Deut. 4

á Dios, como para esperar en él. Porque si con ninguna cosa se enciende mas un fuego que con otro fuego, ¿con qué se podrá mas encender en nuestros corazones su amor, que con tal fuego de amor? Y si ninguna cosa esfuerza mas la confianza, que saber que nos ama el que puede remediarnos, ¿cómo no tendrémos confianza en quien nos tiene tan grande ámor? ¿Qué negará el que á sí mesmo se dió, y el que tanto nos amó, pues la primera de las dádivas es el amor?

Mas hay aun aquí otra cosa que declara mucho la grandeza deste amor. Porque ya que esta dádiva era tan grande, si la diera él á quien la meresciera, ó á quien la agradesciera, ó á quien supiera aprovecharse dignamente della, no fuera tanto; mas darla á muchos que tan mal la conoscen, y tan poco la agradescen, y tan mal se saben della aprovechar, esto es de caridad y misericordia singular. Quisiste, Señor, declarar la grandeza de tu caridad al mundo, y supístelo muy bien hacer, porque para esto buscaste una tan ingrata y tan indigna criatura como yo: para que tanto mas resplandesciese la grandeza de tu gracia, cuanto mas indigna era esta persona. Los pintores cuando pintan una imágen blanca, suelen ponerla en un campo negro, para que salga mejor lo blanco par de lo prieto. Pues así tú, Señor, usaste desta tan maravillosa gracia con una tan indigna criatura como es el hombre: para que la indignidad desta criatura descubriese mas la grandeza de tu gracia. Pues, ó Rey de gloria, ¿qué tiene este hombre porque tanto le amas, y tanto quieres ser amado dél? ¡Oh cosa de grande admiracion! Si todo tu sér y gloria dependiera del hombre (así como toda la del hombre pende de tí), ¿qué mas hicieras de lo que heciste para ser amado dél? Cosa es por cierto maravillosa, que estando toda mi salud, toda mi gloria y bienaventuranza en tí, huya yo de tí, y teniendo tú tan poca necesidad de mí, hagas tanto por amor de mí.

Ni es ménos argumento desta caridad la especie en que este Señor quiso quedar acá con nosotros, porque si en su propria forma quedara, quedara para ser venerado, mas quedando en forma de pan, queda para ser comido y venerado: para que con lo uno se ejercitase la fe, y con lo otro la caridad. Y llámase pan de vida, porque es la mesma vida en figura de pan; por eso estotro pan poco á poco va dando vida á quien lo come, despues de muchas digestiones; mas el que dignamente come este pan, en un momento recibe vida, porque come la mesma vida. De manera que si tienes horror deste manjar porque es vivo, allégate á él, porque es pan; y si lo tienes en poco porque es pan, estímalo mucho, porque es vivo.

§. V.

La oracion del Huerto.

Acabados los misterios de la cena, y el sermon de sobremesa, dicen los evangelistas que se fué el Salvador al huerto de Getsemani á hacer oracion ántes de entrar en la conquista de su pasion (*t*). Donde puedes primeramente considerar, cómo acabada esta misteriosa cena, y con ella los sacrificios del Testamento Viejo, y ordenados los del Nuevo, abrió el Salvador la puerta á todos los dolores y martirios de su pasion, para que todos ellos juntos estuviesen primero en su ánima, que atormentasen su cuerpo. Y así dicen los evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos de los mas amados, y comenzó á temer y angustiarse, y díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte; esto es, llena de tristeza mortal, bastante á causar la muerte, si él no reservara la vida para mas largos trabajos. Y apartándose un poco dellos, fuese á hacer oracion, y la tercera vez que oró, padesció su bendicta ánima la mayor tristeza y agonía que jamas en el mundo se padesció. Testigos desto fuéron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su cuerpo corrian; porque una tan extraña manera de sudòr, nunca visto en el mundo, declara haber sido esta una de las mayores tristezas y agonías del mundo. Porque ¿quién jamas oyó ni leyó sudor de sangre, que bastase á correr hilo á hilo hasta la tierra? Y pues este sudor exterior era indicio de la agonía interior en que estaba su ánima, así como dende que el mundo es mundo nunca se vió tal sudor, así nunca se vió tal dolor. Las causas desto fuéron muchas. Porque una fué la perfectísima aprehension de todos los dolores y martirios que le estaban aparejados, los cuales fuéron allí tan distinctamente representados, que con esto fué interiormente (si decir se puede) azotado, escupido, abofeteado, coronado, reprobado y crucificado, y así con esto padesció en la parte afectiva de su ánima grandísimos dolores, conforme á la representacion de todas estas imágines.

Hubo tambien otra causa mas principal, que fué la grandeza del dolor que padesció con la representacion y memoria de todos nuestros pecados. Porque como él por su inmensa caridad se quiso ofrescer á satisfacer por ellos, era razon que ántes desta satisfaccion padesciese este tan gran dolor. Y para esto puso ante sus ojos todas las maldades y abominaciones del mundo, así las hechas, como las que estaban por hacer; así las de los que se han de salvar, como las de los que se han de condemnar; y de todas recibió tan gran dolor, cuan grande era su caridad, y el celo que tenia de la honra de su Padre. Por donde así como no se puede estimar este celo y amor, así tampoco este dolor. Porque si David por esta causa dice (*v*), que se deshacia y marchitaba cuando veia las ofensas de los hombres contra Dios, ¿qué haria aquel que tanto mayor caridad tenia que David, y tanto mayores males veia que David, pues tenia ante sí todos los pecados de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Estos eran aquellos toros y canes rabiosos que despedazaban su ánima sanctísima, mucho mas crueles que los que le atormentaban su cuerpo, de quien él decia en el salmo (*x*): Cercádome han muchos novillos, y toros bravos están al derredor de mí. Esta pues era una muy principal causa deste dolor.

Otra era el pecado y perdicion de aquel pueblo que habia de ser tan espantosamente castigado por aquel tan gran pecado, lo cual sin dubda sentia el Señor mucho mas que su mesma muerte. Y este era el cáliz que el bendicto Señor rehusaba, segun la exposicion de Sant Hierónimo (*y*), cuando suplicaba al Padre que si fuese posible ordenase otro medio por donde el mundo fuese redemido, sin que aquel antiguo pueblo suyo cometiese tan gran maldad, y se perdiese. Pues así estas como otras consideraciones semejantes, afligieron tanto su bendicta ánima en aquella oracion, que le hicieron su-

(t) Matt. 26.

(v) Psal. 118. (x) Psal. 21. (y) Lib. 4. Coment. in Matt. c. 26.

dar este tan extraño sudor. Pues, ¡oh buen Jesus! oh benigno Señor! ¿qué afliccion es esta tan grande, qué carga tan pesada, qué dolencia es esa, que así os hace sudar gotas de sangre? La dolencia, Señor, es nuestra; mas vos tomais el sudor della. La dolencia es toda nuestra; mas vos recibis las medicinas. Vos padescistes la dieta que nuestra gula merescia, cuando por nosotros ayunastes. Vos recebistes la sangría que nuestros males merescian, cuando vuestra preciosa sangre derramastes. Vos tambien tomastes la purga que á nuestros regalos se debia, cuando la hiel y vinagre bebistes; y vos agora tomais el sudor, cuando puesto en esa mortal agonía, sudais gotas de viva sangre. Pues ¿qué os darémos, Señor, por esta manera de remedio tan costoso para el remediador, y tan sin costa para el remediado?

Mira pues, ó hombre, cuánto es lo que debes á este Señor: mira cuál está por tí en este paso, cercado de tantas angustias, batallando y agonizando con la presencia de la muerte, yendo y viniendo de los discípulos al Padre, y del Padre á los discípulos, y hallando en ambas partes todas las puertas de consolacion cerradas; porque el Padre no oia la oracion que por parte de la innocentísima carne de Cristo se le hacia: los discípulos en este tiempo dormian, Júdas y los príncipes de los sacerdotes, armados de furor y de invidia, velaban; y sobre todos estos desamparos era mayor aun el de sí mesmo, porque ni de la parte superior de su ánima, ni de la divinidad recebia alguna consolacion. De manera que á este amantísimo Hijo dió el Padre á beber el cáliz de la pasion, puro, sin mezcla de alguna consolacion; por donde vino á decir aquellas palabras del salmo (z): Por mí, Señor, pasaron tus iras, y tus espantos me conturbaron. Y dice muy bien pasaron, y no permanescieron, porque no merescia él la ira como pecador, sino como fiador y salvador de pecadores. Pues, ó Cordero innocentísimo, ¿quién puso sobre vuestros hombros esa tan pesada carga, que solo imaginarla os hace sudar gotas de sangre? Quién os ha herido, Señor, qué sangre es esa que está goteando de vuestro rostro? No veo agora verdugos que os atormenten, no parescen aquí señales de azotes, ni de clavos, ni de espinas, ni de cruz; entiendo, Señor, que vuestra caridad quiere ser la primera en sacaros sangre sin hierro y sin cuchillo, para que se entienda que ella es la que abre camino á todos los otros perseguidores.

En este paso doloroso tienes, hermano, no solo materia de compasion, sino tambien ejemplo de oracion; porque aquí primeramente nos enseña el Salvador á acudir á Dios en todas nuestras necesidades, como á Padre de misericordias, el cual muchas veces nos envía estos trabajos por darnos motivo de acudir á él en ellos, y experimentar su providencia paternal en nuestro remedio. Enséñanos tambien aquí á perseverar en la oracion, y no desistir luego de nuestra demanda, cuando no somos luego despachados á nuestra voluntad, sino que perseveremos en ella, como lo hizo este Señor, que tres veces repitió una mesma oracion; porque muchas veces lo que al principio se niega, al fin se viene á conceder (a). Tambien aquí nos enseña á orar por una parte con grande confianza, y por otra con grande obediencia y resignacion en la voluntad de Dios. La confianza nos muestra cuando dice Padre mio, que es la palabra de mayor ternura y confianza que puede ser, la cual ha de tener el que ora. Y la resignacion nos descubre cuando dijo: No se haga lo que yo quiero, sino lo que vos quereis.

(z) Psal. 87. (a) D. Aug. Serm. de temp. 181. in Appendic. 59. D. Hieron. Tom. 1. Epist. ad Eustochium, de custodia virgin. non longè à princip.

§. VI.

La prision del Salvador.

Despues desto considera cómo, acabada esta oracion, vino luego todo aquel escuadron de gente armada, y con ellos tambien muchos de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, para prender al Cordero (b). Porque no se atrevieron á fiar este negocio de los ministros y soldados mercenarios (porque no les acaesciese lo que otra vez, cuando la predicacion del Señor los convirtió y hizo volver vacios), sino ellos mesmos vinieron en persona, como gente tan confiada de su malicia, que ni por sermones ni cosas que viesen esperaban desistir de su maldad. De manera que los que eran mayores en la dignidad, fuéron los mayores en la maldad, cuando vinieron á estragarse. De donde aprenderás, que así como del mejor vino se hace mas fuerte vinagre (cuando se viene á corromper), así aquellos que por razon de su estado están mas altos y mas allegados á Dios (como son todas las personas eclesiásticas y dedicadas á Dios), cuando se dañan vienen á ser peores de todos los otros hombres, como vemos que el mayor ángel se hizo mayor demonio cuando pecó.

Venía Júdas por adalid y capitan deste ejército, caido ya (como otro Lucifer) del mas alto estado de la Iglesia, en el mas profundo abismo de maldad; que era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Mira pues á qué extremo de males llegó este miserable por no resistir á los principios de sus cobdicias. ¡Ay de tí, si no resistes á las tuyas! Porque ¿qué se podrá esperar de tí, que no tienes tantos aparejos para la virtud como tenia este, pues no aprendes en tal escuela, no ves tales milagros, no conversas con tal maestro, ni con tales discípulos? Pues ¿qué puedes esperar de tí, si por todas partes no te velas? Habíales este traidor dado señal, diciendo: A quien quiera que yo besare, ese es; tenedlo fuertemente. Al Maestro dulcísimo, y fuente de caridad y amor, ¿con qué otro cebo le habian de armar lazos? Con qué otra señal le habian de prender sino con señal de amor? Aceptó el Señor este cruel beso, por quebrantar siquiera con la dulzura de la mansedumbre la dureza de aquel rebelde corazon; mas al ánimo obstinado y pervertido, por demas son los remedios. Mas tú, ánima mia, considera que si este dulcísimo Cordero no desechó el engañoso beso del que tan cruelmente le vendia, ¿cómo desechará el beso interior del que entrañablemente le ama?

Mas porque conosciese la presumpcion humana, que ninguna cosa podia contra la omnipotencia divina, ántes que le prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra (c); aunque ellos como ciegos y obstinados en su malicia, ni aun con esta tan evidente maravilla se convertieron: para que veas adónde llega un hombre desamparado de Dios, y cuán incurable es aquel á quien él no cura, pues esta tan eficaz medicina no sanó aquel á quien él habia desamparado. Maldito sea su furor tan pertinaz, pues ni con la vista

(b) Mat. 26. (c) Joan. 18.

de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó.

Mas no solo mostró aquí el Señor su poder, sino tambien su misericordia, restituyendo la oreja que Sant Pedro habia cortado, y tornándola á su lugar. Donde son tambien para considerar las palabras que el Salvador dijo á Pedro en este auto. Vuelve (dice) la espada á su lugar. ¿El cáliz que me dió mi Padre no quieres que beba? Este es el escudo general con que se ha de defender el cristiano en todas las tribulaciones y trabajos que se le ofrescieren; porque todo es cáliz que nos da á beber el Padre eterno para nuestro ejercicio y purgatorio. Así lo confesó el sancto Job, cuando viéndose tan afligido y maltratado del demonio, dijo (*d*): El Señor lo dió y el Señor lo quitó; como al Señor plugo así se hizo; sea el nombre del Señor bendicto. Así lo confesó tambien el rey David, cuando le maldecia Semeí, diciendo (*e*) que Dios le habia mandado que le maldijese. Y pues todos estos son cálices del Padre, no hay por qué temer la purga ordenada por mano de físico tan sabio, y que tiene nombre y obras de Padre; ni tampoco hay por qué recelar el amargura del vaso, despues que aquellos dulcísimos labios del Hijo de Dios (en quien toda la gracia fué derramada) quedaron impresos en él.

Acabada esta cura huyen luego los discípulos y desamparan al Señor. Acompañáronle en la cena y dejáronle solo en la pasion. Todos somos en esta parte imitadores de los discípulos, pues todos huimos de los trabajos y dejamos de seguir á Cristo cuando camina á la cruz, deseándole seguir cuando camina á su reino. Y si por ventura alguna vez le seguimos, seguímosle dende léjos, como los discípulos le seguian; que es poniéndonos á muy pequeñas cosas por él. Mas ay de mí, que ellos huian de vos, Señor, por el peligro que veian; mas yo sin peligro huyo, y no solo sin peligro, mas ántes viendo el peligro que se me sigue de apartarme de vos, pues apartarme de vos es apartarme de la luz, de la vida, de la paz y de todos los bienes. ¿Cuánto es pues mayor mi culpa que la suya?

Desamparando pues al Salvador los discípulos, arremete luego toda aquella manada de lobos hambrientos al Cordero sin mancilla, que solo habia quedado en sus manos. Mas ¿quién podrá oir sin dolor de la manera que aquellos crueles sayones extendieron sus sacrílegas manos, y ataron las de aquel mansísimo Señor, que ni contradecia ni se defendia? Y ¿qué seria ver de la manera que así maniatado lo llevarian con grande priesa y grita, y con grande concurso y tropel de gentes por las calles públicas y casas de los pontífices? ¿Cuál sería entónces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Maestro apartado de su compañía, y llevado desta manera, vendido por uno dellos; pues el mesmo traidor que lo vendió sintió tanto el mal que habia hecho, que de pura pena desesperó y se ahorcó? Pues ¿quién, por mas duro que fuese, no se moveria á compasion, poniendo los ojos en un Señor de tanta sanctidad, y que tantos bienes habia hecho en toda aquella tierra, lanzando los demonios, curando todos los enfermos, y enseñando tan maravillosa doctrina, cuando le viese llevar con tanto ímpetu por las calles públicas, con una soga á la garganta, atadas las manos y con tanta ignominia?

(*d*) Job. 1. (*e*) 2. Reg. 16.

¡Oh crueles corazones! ¿Cómo no os mueve á piedad tanta mansedumbre? Cómo podeis hacer mal á quien os ha hecho tanto bien? Cómo no mirais siquiera esa tan grande innocencia y mansedumbre; pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra tantas descortesías?

§. VII.

De la presentacion del Salvador ante los pontífices Annas y Caifas, y de los trabajos que pasó la noche de su Pasion.

Preso pues el Salvador desta manera, llévanlo con grandes voces y estruendo á casa de Annas (*f*), porque era suegro de Caifas, el cual era pontífice de aquel año. Considera pues primeramente aquella tan grande afrenta que el Salvador recibió en casa deste malvado suegro del pontífice. Porque preguntándole por sus discípulos y por su doctrina, y respondiendo él cómo públicamente habia enseñado á los hombres, y que dellos podia saber esto, uno de los criados deste perverso dió una bofetada al Señor, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Mira pues aquí cómo el mal pontífice y los que presentes estaban, se reirian de ver al Señor tan duramente herido; y por el contrario, cómo los que eran de su parte se entristecerian, no pudiendo sufrir tan grande injuria en persona de tan grande dignidad. Mira otrosí con cuánta caridad y mansedumbre habló al que le habia herido, diciendo: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien ¿por qué me hieres? Como si claramente dijera: Mal me has injuriado sin habértelo merescido.

Considera luego cómo de ahí fué llevado á casa de Caifas, y las injurias que allí recebió cuando respondió á la pregunta del pontífice que le preguntaba quién era. Porque allí no uno solo, sino muchos de los que presentes estaban, arremetieron al Cordero como lobos rabiosos, y todos á una le herian sin ninguna piedad. Unos le daban bofetadas y pescozones, otros escupian en su rostro, otros arrancaban sus venerables cabellos, y otros decian contra él muchos denuestos y escarnios. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles, el cual con su hermosura alegra la corte soberana, es aquí por estas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonrado con vituperios, y cubierto con un velo por escarnio. Finalmente, el Señor de todo lo criado es aquí tratado como un sacrílego y blasfemo, estando él por otra parte con un rostro sereno y manso, padesciendo todas estas injurias.

Mas aunque todo esto sea mucho para sentir, no es ménos lo que Sant Lúcas cuenta, diciendo (*g*) que esta mesma noche los soldados que le guardaban, estaban haciendo escarnio dél, y hiriéndole, y cubriendo el rostro, y diciendo: Profetízanos agora, Cristo, quién es el que te hirió. Y otras muchas cosas blasfemando decian contra él, las cuales el Evangelista no escribe; mas de la paciencia y caridad del Señor, y de la crueldad y furor de aquellos crueles corazones que el demonio atizaba, podemos inferir cuál sería la noche que el Señor allí pasaria en medio de tan crueles sayones.

§. VIII.

La presentacion ante Pilato y Heródes, y los azotes á la columna.

Y pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias

(*f*) Ioan. 18. (*g*) Luc. 22.

en casa de los pontífices, otro dia por la mañana llévaron al Señor atado á casa de Pilato (*h*), que en aquella provincia por parte de los romanos presidia, pidiéndole con gran instancia que le condemnase á muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole y alegando contra él mil falsedades y mentiras, él entre toda esta confusion de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo tresquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder palabra; tanto que el mesmo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio en medio de tanta confusion y gritería. Mas aunque el presidente sabía que toda aquella gente se habia movido con celo de invidia; pero vencido con pusilanimidad y temor humano, mandó azotar al innocentísimo Cordero, paresciéndole que con esto se amansaria el furor de sus enemigos. Dado pues este cruel mandamiento, llegan los ministros de la maldad, y desnudando al Señor de sus vestiduras, átanlo fuertemente á una columna, y comienzan á azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir azotes á azotes, y llagas á llagas, y heridas á heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse la tierra con ella y teñirse de sangre por todas partes. Pues ¿qué cosa mas dolorosa ni mas injuriosa que esta? Porque castigo de azotes no es de hombres honrados y nobles, sino de esclavos, ó ladrones, ó públicos malhechores. Por donde los romanos tenian hecha ley que ningun ciudadano de Roma, por delicto que hiciese, pudiese ser azotado, por ser este castigo vilísimo y de personas muy bajas. Por lo cual encaresce mucho en una oracion Tulio la tiranía de un juez que habia mandado azotar un ciudadano de Roma, el cual viéndose así injuriado, en medio de los azotes decia: Ciudadano soy de Roma. Pues si tan indigna cosa es azotar un ciudadano de Roma, di tú, ánima mia, ¿qué sería ver al Señor de todo lo criado amarrado á una columna, y azotado con tan crueles azotes, como un público malhechor? Qué harian los ángeles, que tan claramente conoscian la majestad deste Señor, cuando asi le viesen azotado y maltratado? Qué es esto, Rey soberano? Qué castigo es este? Qué penitencia es esta? Qué hurto habeis, Señor, cometido, por donde así sois azotado? Claro está, Señor, que la causa destos azotes son mis hurtos y maleficios, y no los vuestros. Porque así como por vuestra inmensa caridad tomastes mi humanidad, así tambien tomastes con ella todas las deudas y obligaciones á que estaba subjecta; y por ella padesceis estos tormentos. Los cuales claramente dicen quién sois vos, y quién soy yo: quién yo, pues cometí tales pecados, que merescieron tal castigo; y quién vos, pues fué tanta vuestra caridad, que tomastes sobre vos tales delictos. Cuánto haya sido el número destos azotes no lo dicen los evangelistas, mas dícelo la muchedumbre de nuestras culpas, y la crueldad destas infernales furias que tanto gusto tomaban en la sangre y dolores del Salvador. O pues, hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas, mira cuán grandes motivos tienes aquí para amar, temer y esperar en este Señor, y compadecerte dél; para amar, viendo lo mucho que padesció por tí; para temer, viendo el rigor con que en sí mesmo castigó tus pecados; para esperar, considerando cuán copiosa redempcion y satisfaccion se ofresce aquí por ellos; y para compadecerte dél, considerando la grandeza deste tormento, y la mucha sangre que el Señor aquí derramó.

(*h*) Matth. 27.

§. IX.

La coronacion de espinas y el *Ecce-Homo*.

Acabado este tormento de los azotes, comiénzase otro no ménos injurioso que el pasado, que fué la coronacion de espinas. Porque acabado este martirio, dice el Evangelista (*i*) que vinieron los soldados del presidente á hacer fiesta de los dolores é injurias del Salvador, y tejiendo una corona de juncos marinos, hincáronsela por la cabeza, para que así padesciese por una parte summo dolor, y por otra summa deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban (como dice Sant Bernardo) hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado celebro. Y no contentos con este tan doloroso vituperio, vístenle de una ropa colorada, que era entónces vestidura de reyes; y pónenle por cetro real una caña en la mano; é hincándose de rodillas, dábanle bofetadas, y escupian en su divino rostro; y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella en la cabeza, diciéndo: Dios te salve, rey de los judíos. No paresce que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos; porque cosas eran estas, que si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternecer cualquiera corazon; mas como el demonio era el que las inventaba, y Dios el que las padescia, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningun tormento, segun era grande su odio, ni esta tan grande piedad se contentaba con menores trabajos, segun era grande su amor.

No sé determinar cuál fué mayor, ó la injuria que el Salvador aquí recibió, ó el tormento que padesció. Porque cada dia vemos poner corozas en las cabezas de algunos malhechores, para deshonrarlos con esta ignominia; mas estas, aunque traen deshonrar no sacan sangre, ni causan dolor; mas corona de espinas hincada por el celebro, que por una parte causase tan grande ignominia y por otra tan gran dolor, ¿quién jamas la vió ni la leyó? De manera que la crueldad y fiereza destos corazones no se contentó con los tormentos usados y conoscidos en todas las edades del mundo, sino que vino á descubrir nuevas artes y maneras de tormentos nunca vistos; los cuales de tal manera deshonrasen la persona, que tambien la afligiesen y atormentasen. Pues ¿qué diré de las otras salsas con que acedaron esta purga tan amarga, como fué vestirle de una ropa colorada como á rey, y ponerle una caña por cetro real en la mano, y hincarse de rodillas por escarnio, y herirle con la caña en la cabeza, y dar bofetadas en su divino rostro? ¿Cuándo jamas, dende que el mundo es mundo, se vió tal farsa, tal invencion, y tal manera de fiesta tan cruel y tan sangrienta? Nada desto leemos ni en las batallas de los mártires, ni en los castigos de los malhechores; donde aunque habia muchas maneras de crueldades, no habia estas invenciones de salsas y potajes tan amargos. Mas todo esto se guardaba para este Señor, el cual como satisfacia por los pecados de los hombres, con la grandeza de sus dolores pagaba nuestros deleites, y con la deshonra de sus ignominias satisfacia por nuestras soberbias. En lo cual tambien se nos declara la grandeza de

(*i*) Joan. 19.

su bondad y caridad, la cual no se contentó con morir cualquier manera de muerte, sino escogió la muerte mas acerba, mas ignominiosa y mas injuriosa que podia haber; y quiso que en ella entreviniesen todas estas maneras de ignominias: para que con esto fuese su caridad mas conoscida, y nuestra redempcion mas copiosa. Y que esta haya sido obra de su inmensa bondad y caridad, paresce claro por esta razon. Porque cierto es que sin comparacion era mayor la bondad y caridad de Cristo, que la malicia y odio del demonio. Pues si esta malicia y odio bastaron para inventar estos modos de injurias, mucho mas habia de bastar la bondad y caridad de Cristo no solo para sufrirlas, sino tambien para desearlas.

Pues como el presidente tuviese claramente conoscida la innocencia del Salvador, y viese que no su culpa, sino la invidia de sus enemigos la condemnaba, procuraba por todas vias librarle de sus manos. Para lo cual le paresció bastante medio sacarlo así como estaba á vista del pueblo furioso, porque él estaba tal, que bastaba la figura que tenia (segun él creyó) para amansar la furia de sus corazones. Pues tú, ó ánima mia, procura hallarte en este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras presente, mira con atencion la figura con que salia á vista del pueblo este Señor, que es resplandor de la gloria del Padre, y espejo de su hermosura. Mira cuán avergonzado estaria allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio, con sus manos atadas, con su corona de espinas, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes, y todo encogido, afeado y ensangrentado. Mira cuál estaria aquel divino rostro, hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rasguñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y como el sancto Cordero tenia las manos atadas, no podia con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos corrian, y así estaban aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas, y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne. Finalmente tal estaba su figura, que ya no parescia quien era, y aun apénas parescia hombre, sino un retablo de dolores, pintado por mano de aquellos crueles pintores, y de aquel mal presidente, á fin de que abogase por él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

§. X.

De la comparacion de Cristo con Barrabas.

A esta injuria se añadió otra, y por ventura la mayor de cuantas el Señor recibió en su pasion. Porque siendo costumbre de aquella tierra dar la vida á algun condemnado, por honra de la Pascua, deseando el presidente librar al Señor de la muerte, propúsoles juntamente con él uno de los peores hombres que en aquel tiempo habia, que era Barrabas (el cual habia revuelto la ciudad, y muerto á un hombre en esta revuelta, cuya muerte todos con mucha razon debian desear), paresciéndole que por no dar la vida á este famoso malhechor, la darian al Salvador. Porque siendo el competidor tan indigno de la vida, creia el juez que no serian tan desatinados ni tan ciegos que juzgasen por mas digno de la vida aquel revolvedor de la tierra, que á un hombre tan manso. Desta manera pues pensó el juez que pudiera librar al innocente. Donde ya primeramente ves hasta dónde llegó la humildad deste Señor, pues vino á competir con Barrabas, y á que se pusiese en disputa cuál de los dos era mejor y mas digno de la vida. Pero pasa el negocio aun mas adelante, porque puestos ambos en juicio, salió el Señor condemnado, y libre y suelto Barrabas. Pues ¿á quién no pondrá en espanto esta tan grande abyeccion y humildad del Hijo de Dios? Mas paresce que se abajó aquí que en la cruz. Porque en la cruz fué condemnado por malhechor, y crucificado con malhechores, como uno dellos; mas aquí hecha comparacion con este malhechor, por commun sentencia y aclamacion del pueblo, es sentenciado por peor que él. O Rey de gloria, ¿hasta dónde, Señor, bajó tu humildad? Hasta dónde llegó tu paciencia? Hasta dónde tu caridad? Pues dime, hombre, ¿qué tan grande te paresce la soberbia que con tan extraña humildad hubo de ser curada, y que aun con todo esto tú no la curas? Y dime tambien, ¿qué caso debes hacer de los juicios y paresceres del mundo, pues tal parescer tuvo en esta causa, y tanto desatinó en ella, y no solo en ella, sino tambien en la condemnacion de los profetas, de los apóstoles, y de todos los mártires, los cuales tan injustamente condemnó? Porque si á un criado tuyo tomas en una sola mentira, apénas le crees cosa que te diga, por parescerte que tambien mentirá en lo uno, como en lo otro. Pues segun esto, ¿qué crédito será razon que demos al mundo, á quien en tantas mentiras habemos tomado, cuantos sanctos tiene condemnados, y mas en esta tan horrible y desvergonzada mentira, como fué tener al Hijo de Dios por peor que Barrabas? Sin dubda esto solo bastaba para que cerrásemos los ojos y tapásemos los oídos á todos los hechos y dichos desta bestia de muchas cabezas, tan furiosa, tan ciega y tán desatinada en todos sus juicios y paresceres.

§. XI.

De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse finalmente sentencia que el innocente muriese. Y para que por todas partes cresciese su tormento, ordenaron sus enemigos que él mesmo llevase sobre sí el madero de la cruz en que habia de padescer. Toman pues aquellos crueles carniceros el sancto madero (que segun se escribe era de quince piés), y cargáronlo sobre los hombros del Salvador, el cual (segun los trabajos de aquel dia y de la noche pasada, y la mucha sangre que habia perdido) apénas podia tenerse en pié, y sustentar la carga de su proprio cuerpo; y sobre esto le añaden tan grande sobrecarga como era la de la cruz: Esta fué otra invencion y manera de crueldad nunca vista ni platicada en el mundo. Porque general costumbre es cuando uno ha de padescer, esconderle los instrumentos de su pasion. Y por esto cubren los ojos al que ha de ser degollado, porque no vea la espada que le ha de herir; mas aquí usóse de tan extraña crueldad con este innocentísimo Cordero, que no le esconden la cruz de los ojos, sino hácensele llevar sobre sus hombros, para que con la vista de la cruz padesciese su ánima, y con el peso della penase su cuerpo; y así padesciese dos cruces, primero que en una fuese crucificado. No leemos que se hiciese esto con los dos ladrones que con él habian de padescer; porque aunque habian de morir en cruz, no los obligaron á llevar sobre sí la cruz, como al Salvador; querien-

do en esto dar a entender que su culpa era mayor, pues el castigo era mas atroz. Pues ¿qué cosa mas injuriosa y mas para sentir? ¡Quién me diera, ó buen Jesu, que os pudiera yo servir en ese tan trabajoso camino! Toda la noche habeis velado, y los crueles sayones á porfía se han entregado en vos, dándoos bofetadas, y diciéndoos injurias; y despues de tan largo martirio, despues de enflaquescido ya, y desangrado el cuerpo con tantos azotes, cargan la cruz sobre vuestros delicadísimos hombros, y así os llevan á justiciar. ¡Oh delicado cuerpo! ¿qué carga es esa que llevais sobre vos? ¿A dó caminais, Señor, con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues ¿cómo vos mesmo habíades de llevar á cuestas los instrumentos de vuestra pasion? Mira pues aquí, ó ánima mia, al Señor en este camino, y mira esta tan pesada carga que lleva sobre sí; y entiende que parte de aquella carga eres tú, que vas en ella con todo el peso de tus pecados, de los cuales cada uno pesa mas mas que todo el mundo, y da gracias á ese buen pastor que así lleva la oveja descarriada sobre sus hombros, para volverla á la manada.

Suelen en este paso tan doloroso contemplar las personas espirituales y devotas, cómo el Señor en este tan trabajoso camino arrodillaria con la carga tan pesada que llevaba sobre sí. Porque aunque esto no digan los evangelistas, es cosa muy verisímil que así sería; pues el Señor en aquel tiempo estaba tan debilitado, así por estar molido y desangrado con los azotes que habia recebido, y la cabeza tan enflaquescida con el tormento de la corona de espinas, como por la mala noche que habia pasado en poder de aquellos crueles sayones, y por el mesmo peso de la cruz que sobre sí llevaba, y por la priesa del caminar; mayormente pues él no se queria ayudar de la virtud y fuerza de su divinidad, para dejar de padescer todo lo que la crueldad y fiereza de sus enemigos quisiese. Pues ¿qué cosa mas para sentir, que ver al Salvador del mundo caer en tierra con aquella carga tan pesada que sobre sus delicadísimos hombros llevaba? Pues ¿qué corazon habrá tan de piedra, que considerando así al Señor arrodillado, así prostrado y quebrantado, no se quebrante con dolor, mayormente considerando que en aquella mesma carga le cargaba mas el peso de nuestros pecados que el de su mesma cruz?

En este mesmo paso aun tenemos otro espectáculo no ménos doloroso que considerar, que es el encuentro y la vista de la Madre sanctísima en este mesmo camino; porque desto hay especial estacion que se muestra hoy dia en Hierusalen. Pues ¿qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó el dolor del bendicto Señor, cuando viese á su bendictísima Madre, y entendiese tambien cuán agudamente traspasaba sus maternales entrañas este cuchillo de dolor, pues realmente él la amaba como verdadero Hijo á verdadera Madre, y tal Madre con incomparable amor? Y ¿qué sentiria otrosí el piadoso corazon de la Vírgen, cuando viese al innocentísimo Cordero en medio de aquellos lobos carniceros, con aquella corona en la cabeza, y con aquella carga tan pesada, y con aquel rostro tan demudado y fatigado, el cual representaba bien la carga de los trabajos que padescia, y sobre todo esto viéndole llevar sentenciado y pregonado al tormento de la cruz? ¡Oh cómo se le representarian allí las profecías antiguas del sancto Simeon, y cuán cumplidos veria allí todos los dolores que aquel sancto viejo le profetizó! Pues ¿dónde están agora, Vírgen bendicta, aquellas tan magníficas promesas del Angel, que os dijo: Este será grande, y será llamado Hijo del muy alto, y darle ha el Señor Dios el reino de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre? Dónde está pues agora este reino? Dónde esta corona, y dónde esta silla real en la casa de David? Aquí aprenderán los que han de esperar en el Señor, con cuánta paciencia y longanimidad deben aguardar por el cumplimiento de sus promesas, acordándose de aquello que Isaías dice (*k*): El que creyere, no se apresure; porque así en este ejemplo como en otros, verá el hombre cómo el Señor muchas veces dilata el cumplimiento de sus promesas, por donde muchos vienen á desconfiar por causa desta tardanza. Así vemos que dilató él por muchos dias el reino de David que le habia prometido, dejándole primero pasar por muchos trabajos (*l*), y así tambien dilató la publicacion y magnificencia del reino de Cristo, verdadero Rey y Señor en la casa de David, que es la Iglesia cristiana, figurada en el mesmo reino de David. Por lo cual nos avisa el Profeta, diciendo (*m*): El aparescerá en la fin, y no faltará su palabra; y si te paresciere que se tarda, todavía le espera; porque finalmente vendrá y no tardará. Esta mesma paciencia nos enseña á tener el Apóstol en la epístola á los hebreos (*n*); porque sin este fundamento de paciencia luego desmayará la confianza.

Acompaña pues, ó ánima mia, con la Vírgen al Señor en este tan doloroso camino; oye los pregones públicos que sobre él se van dando; ayúdale á llevar esa cruz, por compasion de lo que padesce; junta tus lágrimas con las desas piadosas mujeres que le van llorando, y entiende por ahí qué se hará en el madero seco, pues esto se hace en el verde. Y juntamente con esto acompaña con toda humildad á la sacratísima Vírgen, y al amado discípulo hasta el lugar de la cruz, y penetra, si puedes, hasta dónde llegaria su dolor en este paso. Porque si el Señor iba tal por este camino, que quebraba los corazones de las mujeres que no le conoscian, ni le eran nada; ¿cuál estaria el corazon de la Madre que le amaba con tan grande y tan incomparable amor? Por donde verás cómo trata Dios á sus grandes amigos en esta vida, y cómo los que determinaren de serlo, han de pasar por estas leyes de amistad, por do pasaron todos los que de verdad le amaron.

§. XII.

De cómo fué crucificado el Salvador

Llegado el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habian dejado. Y al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarian aquellos crueles ministros con inhumanidad, que volverian á renovarse las heridas pasadas, y á manar sangre por ellas. Pues ¿qué haria el bendicto Señor cuando así se viese desollado y desnudo? Paresce que levantaria entónces los ojos al Padre, y le daria gracias por haber llegado á tal punto, que se viese así tan pobre, tan deshonrado y desnudo por su amor. Estando él pues así, mándanle extender en la cruz (que estaba tendida en el suelo), y obedesce él como cordero á este mandamiento, y acuéstase en aquella cama que el mundo le tenia aparejada, y

(*k*) Isai. 28. (*l*) 1. Reg. 16. et 2. Reg. 1. et 2. (*m*) Habac. 2. (*n*) Hebr. 6. 11. 12.

entrega liberalmente sus piés y manos á los verdugos para el tormento. Pues cuando el Salvador se viese así tendido sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaria su piadoso corazon? Qué pensaria? Qué diria en este tiempo? Volversehía á su eterno Padre, y decirlehía así: ¡ Oh Padre eterno, gracias doy á vuestra infinita bondad por las obras que en todo el discurso de la vida pasada habeis obrado por mí! Agora fenescido ya con vuestra obediencia el curso de mis dias, vuelvo á vos, no por otro camino que el de la cruz. Vos mandastes que yo padesciese esta muerte por la salud de los hombres; yo vengo á cumplir esta obediencia, y ofrescer aquí mi vida en sacrificio por vuestro amor.

Tendido pues el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó á dar golpes con el martillo, y hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazon. ¡Y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como este sin morir! Verdaderamente aquí fué su corazon traspasado con esta mano, y aquí fuéron, con este clavo, sus virginales entrañas rasgadas. Con la fuerza del dolor de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hácia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesu hácia esta parte, tomó el cruel sayon la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon, y quedaron tan señalados y distinctos que, como el Profeta dice (o), uno á uno los pudieran contar. Y desta mesma crueldad es de creer que usaron cuando le enclavaron los piés; y desta manera quedó el sagrado cuerpo afijado en la cruz.

Este tormento de cruz fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasion. Porque este linaje de muerte de cruz era uno de los mas acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas son en piés y en manos, que son los lugares del cuerpo en que hay mas junturas de huesos y de nervios, los cuales son órganos y instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte son mas sentibles y mas penosas. Y tambien esta manera de muerte no es acelerada como otras, sino prolija y larga; en la cual los matadores no solo pretenden matar, sino tambien atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo, el cuerpo que está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para bajo, y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrescentando continuamente el dolor.

Y con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padesciera pudiera mover á compasion; sus enemigos eran tales, que en este mesmo tiempo estaban meneando la cabeza, y haciendo fiesta, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salvador. Pues ¿qué era esto sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas á quien con los clavos habian ya crucificado?

Mas aun no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan mas adelante; porque ni el fervor de su caridad, ni el furor de sus enemigos se contentaban con esto. Y así añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad á todas las otras. Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas, y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padesciese grandísima sed, y dijese aquella dolorosa palabra: *Sitio*, que es, *Sed he*, aquellos malvados enemigos usaron con él de tanta crueldad, que en este tiempo le dieron á beber una esponjia de vinagre. Pues ¿qué mayor crueldad que acudir con tal bebida á quien tal estaba en esta sazon, y negar un jarro de agua á quien la pedia muriendo? En lo cual paresce cómo no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase sin su proprio tormento; y por esto quiso que la lengua tambien padesciese su pena, pues todos los otros miembros habian padescido la suya. Pues si á este linaje de pobreza y aspereza llegó el Señor de todo lo criado, por nuestro remedio, ¿cómo el cristiano redemido por este medio, y enseñado por este ejemplo, y obligado con este tan grande beneficio, pondrá toda su felicidad en deleites y regalos de carne, y no holgará de padescer algo por imitacion y honra de Cristo?

Aquí es razon de considerar que aunque fué tan acerba y dolorosa la pasion deste Señor (como aquí habemos visto), no ménos fué injuriosa que dolorosa; porque con lo uno padesciese la vida, y con lo otro padesciese la honra. Porque el linaje de muerte que padesció fué ignominiosísimo, que era muerte de cruz, que en aquel tiempo era castigo de ladrones; el lugar tambien lo era, porque era público, y donde justiciaban los públicos malhechores; y la compañía tambien lo era, pues fué de ladrones y malos hombres; y demas desto el dia era solemne, porque era víspera de la fiesta, adonde habia acudido mucha gente de todas partes. Y para mayor confusion y deshonra suya, fué puesto en la cruz desnudo, que es cosa muy vergonzosa y afrentosa para nobles corazones. De lo cual todo paresce claro cómo en la sacratísima Pasion del Señor hubo summa deshonra, summa pobreza y summo dolor. Lo cual convenia así, porque su sagrada Pasion habia de ser cuchillo y muerte del amor proprio, que es la primera raiz de todos los males; de la cual nascen tres ramas pestilenciales, que son: amor de honra, amor de hacienda, y amor de deleites, las cuales son yesca y incentivo de todos ellos. Pues contra el amor de la honra milita esta summa ignominia, y contra el amor de la hacienda esta summa pobreza, y contra el amor del regalo este summo dolor. Y desta manera el amor proprio, que es el árbol de la muerte, se cura con el bendicto fructo deste árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas, como dice Sant Joan (p), son para salud de las gentes.

Mas desviando agora un poco los ojos del Hijo, pongámoslos en su sanctísima Madre, que á todos estos trabajos y dolores se halló presente. Pues ¿qué sentiria vuestro piadoso corazon, Vírgen bienaventurada, la cual asistiendo á todos estos martirios, y bebiendo tanta parte deste cáliz, vistes con vuestros proprios ojos aquel cuerpo sanctísimo que vos tan castamente concebistes, y tan dulcemente criastes, y que tantas veces reclinastes en vuestro seno, y trajistes en vuestros brazos, ser despedazado con espinas, deshonrado con bofetadas, ras-

(o) Psal. 21.

(p) Apoc. 22.

gado con clavos, levantado en un madero, y despezado con su proprio peso, y al cabo jaropado con hiel y vinagre? Y no ménos vistes con los ojos espirituales aquella ánima sanctísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya temiendo, ya agonizando, parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasion de nuestras miserias, y parte por la compasion que de vos su Madre dulcísima tenia, viéndoos asistir presente á todos estos trabajos. Verdaderamente aquí fué su bendicta ánima espiritualmente crucificada con su Hijo; aquí fué traspasada con agudísimo cuchillo de dolor, y aquí jaropada con la hiel y vinagre que él bebió. Aquí vió muy por entero cumplidas las profecías que aquel sancto Simeon le habia profetizado, así de las persecuciones que habia de padescer el Hijo, como de los dolores que habian de traspasar el corazon de la Madre. Aquí vió la inmensidad de la bondad de Dios, la grandeza de su justicia, la malicia del pecado, el precio del mundo, y la estima en que él tiene los trabajos llevados en paciencia, pues tan á manos llenas los reparte con sus tan grandes amigos.

Despues desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Salvador habló en la Cruz; pues las palabras que los hombres hablan al tiempo que parten desta vida, suelen ser muy notadas y encomendadas á la memoria: mayormente cuando son de padres ó amigos, ó de personas señaladas. Y pues el mas sabio de los sabios, y mas amigo de los amigos, y mas padre que todos los padres, habló siete palabras al fin de la vida, justo es que nosotros, que somos sus espirituales hijos, las tengamos siempre en la memoria, y que en ellas estudiemos toda la vida. Mira pues con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladron que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres, con cuán dolorosa voz derramó su oracion y pronunció su tribulacion ante el acatamiento divino (*q*), cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu, y resignó todo en sus bendictísimas manos.

Por do paresce que en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. Porque en la primera se nos encomendó la caridad para con los enemigos, en la segunda la misericordia para con los pecadores, en la tercera la piedad para con los padres, en la cuarta el deseo de la salud de los hombres, en la quinta oracion en las tribulaciones, en la sexta la virtud de la obediencia y perseverancia, y en la séptima la perfecta resignacion en las manos de Dios, que es la summa de toda nuestra perfeccion.

Con esta postrera palabra acabó el Salvador juntamente con la vida la obra de nuestra redempcion, y la obediencia que le era encomendada; y así, como verdadero hijo de obediencia, inclinada la cabeza, y desviándola del honroso título de la cruz, encomendó su espíritu en las manos del Padre. Entónces el velo del templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entónces el mas hermoso de los hombres, escurecidos los ojos, y cubierto el rostro de amarillez de muerte, quedó el mas maltratado de todos, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos, para revocar la ira del Padre que tenian merescida. Mira pues, ó sancto Padre, dende tu sanctuario en la faz de tu Cristo; mira esta sacratísima hostia, la cual te ofresce este summo Pontífice por nuestros pecados; y mira tú tambien, hombre redemido, cuál y cuán grande es este que está pendiente en el madero; cuya muerte resuscita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos, cuyos dolores sienten las piedras y todos los elementos del mundo. Pues, ó corazon humano, mas duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor ni te mueve la compasion, ni te ablanda la piedad.

(*q*) Psal. 141.

§. XIII.

La lanzada del Señor, y la sepultura.

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron tambien los malvados ejecutar su furor en el muerto; y así despues de espirado el Señor, uno de los soldados le dió una lanzada por los pechos, de donde salió agua y sangre, para baptismo y lavatorio del mundo. Levántate pues, ó esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como paloma en los agujeros de la piedra; y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos.

Mandaba Dios en la ley que señalasen ciertas ciudades en la tierra de promision, para que fuesen lugares de refugio adonde se acogiesen los malhechores; mas en la ley de gracia los lugares de refugio donde se acogen los pecadores, son estas preciosísimas llagas de Cristo, donde se guarecen de todos los peligros y persecuciones del mundo. Mas para esto señaladamente sirve la de su precioso costado, figurada en aquella ventana que mandó hacer Dios á Noé á un lado del arca (*r*), para que por ella entrasen todos los animales á escaparse de las aguas del Diluvio. Pues, todos los afligidos y atribulados con las aguas turbias y amargas deste siglo tempestuoso, todos los deseosos de verdadera paz y tranquilidad, acogeos á este puerto, entrad en esta arca de seguridad y reposo; y entrad por la puerta que está abierta deste precioso costado. Esta sea vuestra guarida, vuestra morada, vuestro paraíso y vuestro templo, donde para siempre reposeis.

Tras desto resta considerar con cuánta devocion y compasion desclavarían aquellos sanctos varones el sacratísimo cuerpo de la cruz; y con qué lágrimas y sentimiento lo recebiria en sus brazos la afligidísima Madre, y cuáles serían allí las lágrimas del amado discípulo, de la sancta Magdalena y de las otras piadosas mujeres; cómo lo envolverian en aquella sábana limpia, y cubririan su rostro con un sudario, y finalmente lo llevarian en sus andas y lo depositarian en aquel huerto donde estaba el sancto sepulcro. En el Huerto se comenzó la pasion de Cristo y en el Huerto se acabó; y por este medio nos libró el Señor de la culpa cometida en el huerto del paraíso: y por ella finalmente nos lleva al huerto del cielo. Pues, ó buen Jesu, concédeme, Señor (aunque indigno), ya que entónces no merescí hallarme con el cuerpo presente á estas tan dolorosas obsequias, me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en

(*r*) Gen. 6.

mi corazon, y experimentando algo de aquel efecto y compasion que tu innocentísima Madre, y la bienaventurada Magdalena sintieron en este dia.

Esta es, hermano mio, la summa de la sagrada Pasion; estas son las heridas y llagas que por nosotros recebió el Hijo de Dios. Esta sea pues nuestra gloria, nuestra guarida, nuestras oraciones y lamentaciones todo el tiempo de nuestra vida; como lo eran de aquel religiosísimo y devotísimo Sant Buenaventura, que hablando sobre esta materia, dice así: ¡Oh pasion amable! Oh muerte deleitable! Si yo fuera el madero de aquella sancta Cruz, y en mí fueran enclavados los piés y manos del buen Jesu, dijera á aquellos sanctos varones que le decendieron de la cruz: No me aparteis de mi Señor; sino sepultadme con él, para que nunca jamas sea yo apartado dél. Mas lo que no puedo hacer con el cuerpo, quiérolo hacer con el corazon. ¡Oh qué buena cosa es estar con Jesucristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas: una en los piés, y otra en las manos, y otra perpetua en su precioso costado. Aqui quiero sosegar, y descansar, y dormir, y orar. Aquí hablaré á su corazon, y concederme ha todo cuanto le pidiere. ¡Oh muy amables llagas de nuestro piadoso Redemptor! Entrando una vez por ella los ojos abiertos, la sangre que dellas salió cegóme la vista; y despues que ya otra cosa no pude ver sino sangre, atentando con las manos entré dentro hasta las entrañas de su caridad; en las cuales así me hallé envuelto, que ya mas no pude de ahí salir. En ellas moro, y de sus manjares me sustento, y bebo de su dulce licuor, el cual es tan suave, que ni yo lo sé, ni puedo explicar. Mas he gran temor de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolacion en que vivo; pero tengo firme esperanza, que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas me volveré á entrar; porque mi morada sea para siempre en él. ¡Oh bienaventurada lanza, y bienaventurados clavos, que nos abristes el camino de la vida! Si yo fuera el hierro de aquella lanza, nunca quisiera de aquel divino pecho salir; sino ántes dijera: Este es mi descanso en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura.

Cata aquí pues, ó ánima mia, al Salvador en la cruz, donde duerme, donde reposa, y donde apascienta sus cabritos al mediodia. Aquí tienes el pasto de tu vida, aquí la medicina de tus llagas, aquí el remedio de tus ignorancias, aquí la satisfaccion de tus culpas, y aquí el espejo en que veas todas tus faltas. Este es el espejo que mandó Dios poner en el templo, donde los sacerdotes se mirasen ántes de entrar á ministrar en él; porque aquí el ánima devota, mirándose en esta cruz, y contemplando las virtudes y perfecciones del que en ella está crucificado, ve mas claro que en un espejo limpio todas las faltas de su vida. ¡Oh espejo claro y hermoso de todas las virtudes, y cuán á la clara descubres dende esa cruz todos mis vicios y pecados! Esa cruz dolorosa condemna mis desordenados apetitos y deleites; esa desnudez tan extremada, todas mis superfluidades y demasías; esa corona de espinas, todas mis galas y atavíos; esa hiel y vinagre tan amarga, mi demasiado y curioso comer y beber; esos brazos tan extendidos para abrazar á amigos y enemigos, condemnan mis odios y mis pasiones; esa oracion que hiciste por tus enemigos, reprehende las iras que yo tengo contra los mios; ese corazon abierto para todos, y para los mesmos que lo alancearon, condena la dureza del mio, tan cerrado para las necesidades de mis hermanos; esos ojos desmayados y llorosos por mis pecados, castigan la vanidad y disolucion de los mios; y esos oídos que con tanta paciencia oyeron tantas injurias, descubren la grandeza de mi impaciencia, que con una sola paja se turba. De manera que tú todo de piés á cabeza me eres un espejo de perfeccion, y un dechado singular de toda virtud. Aquí señaladamente resplandescen aquellas cuatro nobilísimas virtudes, caridad, paciencia, obediencia y humildad. Con estas cuatro piedras preciosas quisiste, Señor, adornar los cuatro brazos de la cruz, de las cuales, como dice Sant Bernardo (*s*), la caridad está en lo alto, la humildad (fundamento de todas las virtudes) en lo bajo, la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la siniestra. Con estas cuatro esmeraldas enriqueciste esta gloriosa bandera, mostrándote en ella tan paciente en las heridas, tan humilde en las injurias, tan amoroso para con los hombres y tan obediente para con Dios.

Aquí pues tienes, ánima mia, dónde aprender, y con qué te reprehender, y tambien con qué te consolar; porque todos estos oficios hacen las virtudes y llagas de Cristo. Enseñan á los diligentes, corrigen á los negligentes, curan á los enfermos, y esfuerzan á los flacos y desconfiados. Satisfaga pues, ó eterno Padre, ante tu divino acatamiento su obediencia por mi desobediencia, su humildad por mi soberbia, su paciencia por mi impaciencia, su largueza por mi avaricia, y sus trabajos y asperezas, por mis deleites y regalos. Su preciosa y no debida muerte te ofrezco por la muerte que yo te debo; y sus penas, por las penas que yo merezco, y su cumplida satisfaccion, por todas las deudas de mis pecados; pues todo lo que por mi parte falta, él lo suple por la suya. Y pues tú, Señor, no castigas una cosa dos veces perfectamente, ya que en él castigaste mis culpas, no las quieras otra vez eternalmente castigar en mí, sino dame gracia para que llorando y castigándolas yo con mis trabajos en esta vida, merezca reinar para siempre con él en su gloria.

§. XIV.

La resurreccion del Señor.

Acabada ya la batalla de la pasion, cuando aquel dragon infernal pensó que habia alcanzado victoria del Cordero, comenzó á resplandescer en su ánima la potencia de su divinidad, con la cual nuestro leon fortísimo decendió á los infiernos, y vencido y preso aquel fuerte armado, lo despojó de la rica presa que allí tenia captiva: para que pues el tiranno habia acometido á la cabeza, sin tener derecho á ella, perdiesen por via de justicia el que pensaba tener en los miembros. Entónces el verdadero Samson muriendo, mató sus enemigos (*t*). Entónces el Cordero sin mancilla, con la sangre de su Testamento sacó sus prisioneros del lago donde no habia agua (*v*). Entónces el verdadero David con la espada de Golias cortó la cabeza á Golias (*x*), cuando el Salvador con la muerte venció el autor de la muerte, el cual por medio della llevaba todos los hombres captivos á su reino. Habida pues esta tan gloriosa victoria, al tercero dia el autor de la vida, vencida la muerte, resuscitó de los muer-

(*s*) Serm. 1. Resurr. in princ. (*t*) Judic. 16. (*v*) Zach. 9.
(*x*) 1. Reg. 17.

tos, y así salió el verdadero Josef (y) de la cárcel del infierno, por voluntad y mandamiento del Rey soberano, tresquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura y inmortalidad.

Aquí tienes luego que considerar el alegría de todos los aparecimientos que hubo en este dia tan glorioso: que son, el alegría de los padres del limbo, á quien el Salvador primeramente visitó y sacó de captivos; el alegría de la sacratísima Vírgen nuestra Señora, el alegría de aquellas sanctas mujeres que le iban á ungir al sepulcro, y el alegría tambien de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolacion recibieron en le ver resuscitado.

Pues segun esto, considera primeramente qué tan grande sería el alegría de aquellos sanctos padres del limbo en este dia con la visitacion y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darian por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado el trabajo de la navegacion pasada, por el alegría que reciben el dia que entran en su tierra. Pues si esto hace la navegacion y destierro de un año, ó de dos años, ¿qué haria el destierro de tres ó cuatro mil años, el dia que recibiesen tan gran salud, y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Pues el alegría que la sacratísima Vírgen recibió este dia con la vista del Hijo resuscitado, ¿quién la explicará? Porque es cierto que como ella fué la que mas sintió los dolores de su pasion, así ella fué á quien mas parte cupo del alegría de su resurreccion. Pues ¿qué sentiria esta bendicta Señora, cuando viese ante sí su Hijo vivo, glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos padres que resuscitaron? Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus piadosos ojos, y los deseos de irse tras él, si le fuera concedido?

Pues ¿qué diré del alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando se derribase ante los piés del Señor, y le viese en tan gloriosa figura? Y mira bien que despues de la Madre, á aquella primero apareció que mas amó, mas perseveró, mas lloró, y mas solícitamente le buscó: para que así tengas por cierto que hallarás á Dios, si con estas mesmas lágrimas y diligencias le buscares.

Despues desto considera tambien, por una parte la flaqueza de los discípulos, que tan presto desfallescieron y perdieron la fe con el escándalo de la pasion, y entiende por aquí cuán grande sea nuestra miseria, y cuán pocas cosas bastan para hacernos perder el esfuerzo y la confianza, por mayores prendas y firmezas que tengamos. Y considera por otra la bondad y providencia paternal del Señor, que no desampara á los suyos por mucho tiempo, sino luego los consuela y socorre con el regalo de su visitacion. Conosce muy bien nuestra flaqueza; sabe la masa de que somos compuestos, y por esto no permite que seamos tentados mas de lo que podemos. Cinco veces les apareció el mesmo dia que resuscitó, y los tres dias del sepulcro abrevió en cuarenta horas, contando dende que espiró en la cruz, que aun no hacen dos dias naturales, y en lugar destas cuarenta horas de tristeza, les dió cuarenta dias de alegría: para que veas cuán piadoso es este Señor para con los suyos, y cuánto mas largo en darles consolaciones que trabajos.

Considera tambien de la manera que apareció á los dos discípulos que iban á Emaus, en hábito de peregrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo cuán amorosamente se les descubrió, dejándolos con toda la miel y suavidad en los labios. Sean pues tales tus pláticas cuales eran las destos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban estos, que eran los dolores y trabajos de la pasion de Cristo, y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, así como á estos no faltó.

§. XV.

La subida á los cielos.

Acabados estos cuarenta dias sacó el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete (z), y despidiéndose allí dulcemente dellos y de su bendictísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandesciente, llevando consigo sus prisioneros á su reino, y haciéndolos ciudadanos del cielo, y moradores de la casa de Dios.

Mas ¿qué lengua podrá aquí explicar con cuánta gloria, con qué alegría, y con qué voces y alabanzas sería recebido aquel noble triunfador en la ciudad soberana? ¿Cuál sería la fiesta y el recebimiento que le harian? ¿Qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella ciudad, poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima humanidad, y asentarse á la diestra del Padre? Todo esto es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos padescidos por Dios, y cómo el que se humilló y padesció mas que todas las criaturas, es aquí engrandescido y levantado sobre todas ellas.

Pues en este misterio tan glorioso puedes primeramente considerar cómo dilató el Señor esta subida por espacio de cuarenta dias, lo uno para confirmar los discípulos en la fe y esperanza de la resurreccion, y lo otro para irlos poco á poco acostumbrando á vivir sin él, y sufrir la ausencia de su dulcísima compañía. La cual si súbitamente les quitara, no pudieran dejar de recebir grandísima desconsolacion y tormento. Y por esto, así como la Madre va quitando poco á poco la leche al niño que cria, y no se la quita luego del todo la primera vez (porque la naturaleza no sufre estas súbitas mudanzas), así tampoco era razon que súbitamente se quitase del todo á los discípulos la leche suavísima de la conversacion y compañía de Cristo, sino que poco á poco los fuese entreteniendo hasta la venida del Espíritu Sancto, el cual los habia del todo de destetar, y hacer andar por su pié, y comer pan con corteza. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia deste Señor, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos; cómo regala los flacos, y ejercita los fuertes; da leche á los pequeñuelos, y desteta los grandes; consuela á los unos, y prueba los otros; y así trata á cada uno segun su necesidad. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza; ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

Acabados pues estos cuarenta dias, en presencia de

(y) Gen. 4.

(z) Luc. 24. Act. 1.

los discípulos, y viéndolo ellos, subió al cielo; porque ellos habian de ser testigos destos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de véras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor y de sus consolaciones y deleites, pregúntalo á los que lo han probado, que esos te darán dello suficiente testimonio.

Quiso tambien que le viesen subir al cielo, porque le siguiesen con los ojos y con el espíritu: para que sintiesen su partida, y les hiciese soledad su ausencia; porque este era el mas conveniente aparejo que habia para recebir su gracia. Pidió Eliseo á Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: Si vieres cuando me parto de tí, será lo que pediste. Pues segun esto, aquellos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia, y quedaren en este destierro sospirando siempre por su presencia. Porque el Espíritu Sancto ama á los amadores de Cristo, y de tal manera los ama, que el mas conveniente aparejo que pide para communicarles su gracia es este amor. Así lo hizo con aquella sancta pecadora, de quien se dijo: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

Pues ¿cuál sería la soledad, el sentimiento y las lágrimas de la sacratísima Vírgen, del amado discípulo, y de la Sancta Magdalena, y de todos los apóstoles, cuando viesen írseles y desaparescer de sus ojos aquel que tan robados tenia sus corazones? No se puede esto explicar con palabras. Mas con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban (*a*); porque el mesmo amor que les hacia sentir tanto su partida, por otra parte les hacia gozarse mucho mas de su gloria; porque el verdadero amor no busca á sí, sino al que ama.

Mas no pienses que porque este Señor se ausentó de los hombres, y está reinando en el cielo, se olvida de los hijos que dejó en este mundo; porque así como aquí nos ayudó con sus trabajos, así allí nos ayuda con su intercesion, haciendo en la tierra oficio de redemptor, y en el cielo de abogado. Porque tal convenia que fuese nuestro Pontífice, sancto, innocente, limpio, apartado de los pecadores, y mas alto que los cielos (*b*); el cual asentado á la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando dende aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia, y repartiendo diversos dones á los hombres para encorporarlos consigo, y hacerlos semejantes á sí. Por donde así como él (que es nuestra cabeza) fué en este mundo afligido y martirizado con diversos trabajos, así tambien quiere él que lo sea su cuerpo, porque no haya deformidad ni desproporcion entre la cabeza y los miembros. Porque gran fealdad y disonancia sería, si estando la cabeza atormentada, los miembros fuesen regalados; y si estando ella tan humillada, ellos quisiesen ser adorados, y no teniendo ella sobre qué reclinarse, ellos quisiesen ser señores de todo. Pues por esta causa ordenó la divina sabiduría, que todos cuantos sanctos ha habido en la Iglesia dende el principio del mundo, fuesen con diversas maneras de trabajos probados y ejercitados; los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgines y los monjes: los cuales todos fuéron en diversos tiempos examinados y purgados con muchos y muy grandes trabajos. Y por esta mesma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el dia del juicio, ordenándolo él así dende lo alto, para que despues vengan á cantar con el Profeta, diciendo (*c*): Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, á refrigerio. Desta manera asentado nuestro Pontífice en aquella silla, gobierna todo este cuerpo místico de su Iglesia. Gracias pues te dé, ó eterno Padre, toda lengua, por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo, para que fuese por una parte nuestro gobernador, y por otra nuestro abogado, porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que él no era bastante para remediarlas.

(*a*) Luc. 24. (*b*) Heb. 7.

§. XVI.

La venida á juicio.

Despues desta subida al cielo testificaron los ángeles en aquella hora, que de la mesma manera volveria otra vez este Señor á juzgar el mundo, que habia subido al cielo, queriéndonos advertir en esto, que de tal manera pensásemos en la misericordia de la primera venida, que nos acordásemos del rigor y justicia de la segunda: para que esta memoria fuese freno y correctivo de nuestra vida. Pues cuán terrible haya de ser este juicio, no se puede explicar con palabras. Porque muchos otros particulares juicios ha mostrado Dios en el mundo, como cuando anegó todo el género humano con las aguas del Diluvio, cuando abrasó á Sodoma y las ciudades comarcanas, cuando hirió á Egipto con mucha diversidad de plagas, cuando abrió la tierra en el desierto para tragar á los pecadores; mas todos estos, á respecto del que se hará en el último dia, son como sombras comparadas con la verdad.

Pues para entender algo de la terribleza deste dia, considera primeramente las espantosas señales que le precederán, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra. Y así dice el Evangelio (*d*), que andarán los hombres atónitos y ahilados de muerte, con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mira el sonido de aquella terrible trompeta que se oirá por todas las regiones del mundo, y aquella espantosa voz del Arcángel, que dirá: Levantáos, muertos, y venid á juicio (*e*). Mira el espanto que será resuscitar todos los muertos, unos de la mar, y otros de la tierra, con aquellos mesmos cuerpos con que en este mundo vivieron, para recebir en ellos segun el mal ó el bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será, que estando los cuerpos de los muertos unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de pesces, y otros de los mesmos hombres, de allí sabrá Dios entresecar á cabo de tantos años lo que es proprio de cada uno, sin que se confunda uno con otro. Pues ¿qué tan grande espanto será ver arder el mundo, caer los edificios, tremer la tierra, alterarse los elementos, escurescerse el sol, y la luna, y las estrellas, morir todas las criaturas, abrirse los sepulcros, oir la voz de la trompeta, temblar las gentes, descubrirse las conciencias, ver los espantables demonios, y el humo del infernal fuego encendido? Mas sobre todo esto será

(*c*) Psalm. 65. (*d*) Luc. 21. (*e*) 1. Thess. 4.

cosa temerosa ver en el aire levantado el estandarte real de la Cruz, con todas las otras insignias de la pasion, y ver al Señor hacer cargo á sus enemigos de tantos dolores como por ellos pasó.

Considera tambien la venida del Juez, y el espanto que los malos recebirán cuando le vean venir con tanta gloria; pues dirán entónces á los montes que cayan sobre ellos, y á los collados que los cubran, por no parescer delante dél (*f*). Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos á la mano derecha, y los soberbios y desobedientes á la izquierda; y el espanto que los grandes deste mundo recebirán cuando vean allí los humildes y pobrecitos que ellos despreciaron, tan levantados y sublimados.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá; pues nos consta por texto expreso del Evangelio, que hasta de una palabra ociosa se ha de pedir cuenta en aquel juicio (*g*). Y si quieres entender cuán rigurosa haya de ser esta cuenta, pon primeramente los ojos en la terribilidad del juez Cristo, cuyo aspecto no mostrará otra cosa que venganza; como en su primera venida no mostró otra que mansedumbre. Del cual, porque es supremo juez, no podrás apelar, y porque es poderosísimo, no podrás huir, y porque es Dios de las ciencias, ninguna cosa le podrás encubrir, y porque en gran manera le desagrada el pecado, ninguna cosa dejará de castigar. Entónces te convendrá dar razon de tantas cosas, que la menor dellas bastará para ponerte en gran trabajo. ¿Quién podrá satisfacer á tantas deudas, cuantas allí se demandarán? Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has recogido los sentidos, cómo has guardado el corazon, cómo has respondido á las inspiraciones divinas, cómo has reconoscido y usado de tantos beneficios. En la cual acusacion serán tantos los testigos, cuantas las criaturas de que mal usaste, las cuales en aquella hora así te turbarán, que si fuese posible, los inmortales moririan en aquel tiempo de temor. Pues segun esto, ¿cuán terrible cosa será verse el malo allí por todas partes cercado de tantas angustias? Porque á ningun lugar volverá los ojos, que no halle causas de temor. En lo alto estará el juez airado, en lo bajo el infierno abierto, á la diestra los pecados que le estarán acusando, á la siniestra los demonios aparejados para llevarle al tormento, fuera dél estará el mundo ardiendo, y dentro dél la conciencia remordiendo. Pues cercado el malo de tantas angustias, ¿adónde irá? Esconderse es imposible, y parescer intolerable, porque si el justo apénas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parecerá?

Ultimamente considera el trueno de aquella irrevocable sentencia que dirá: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanas y para sus ángeles (*h*); porque tuve hambre, y no me distes de comer; sed, y no me distes de beber, etc. Donde veras el valor de las obras de misericordia, y el alegría y contentamiento que allí recebirá el que aquí fué piadoso para con sus prójimos, pues allí lo será Dios para con él; y por el contrario, el tormento que recebirá el que por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí para siempre despedido del cielo.

(*f*) Luc. 23. (*g*) Matt. 12. (*h*) Matt. 25.

§. XVII.

De las penas del infierno.

Despues desta sentencia irán los justos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. Pues para entender la condicion desta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los sanctos para esto nos dejaron. Imagina pues que el infierno es una escuridad horrible, y un lago que está debajo de la tierra, abominable, y un pozo profundísimo lleno de llamas de fuego. Imagina tambien que es una ciudad espantosa y escura, cuyos moradores están dia y noche despedazándose con alaridos y desesperaciones, por la grandeza y rabia de los dolores que padescen.

Piensa luego en la acerbidad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duracion dellas. Y cuanto á la acerbidad, mira cuán intolerable tormento será el de aquel fuego abrasador, el cual estará siempre quemando y atormentando, sin acabar de consumir ni atormentar. Y lo mesmo has de entender del frio intolerable, y del hedor que hay en aquel detestable lugar. La acerbidad destas penas se declara por el crugir de dientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escriptura que hay (*i*).

Piensa tambien en la muchedumbre destas penas. Porque allí hay fuego que no se puede apagar, y frio que no se puede sufrir, hedor horrible, y tinieblas palpables, cuales eran las de Egipto, y mucho mas. Allí padescerán y penarán todos los sentidos, cada uno con su proprio tormento. Los ojos con la vista horrible de los demonios. Los oídos con los gemidos y clamores lamentables de aquella miserable compañía, y de aquellos crueles atormentadores, que ni se cansan de atormentar, ni saben qué es piedad; los cuales entónces escarnescerán y darán grita á los malos, diciéndoles: ¿Dónde está agora la gloria y el fausto de vuestros estados? Dónde las manadas de criados y lisonjeros que traíades al derredor de vosotros? Así tambien padescerá el gusto y el tacto, con todo lo demas; y no ménos padescerán todos los otros miembros, que fuéron armas é instrumento del pecado, cada uno conforme á la cualidad de su delicto.

Despues de las penas exteriores del cuerpo, piensa en las interiores del ánima, especialmente en aquel gusano que no muere, que es el remordimiento perpetuo de la consciencia por razon de la mala vida pasada. Mas ¿quién será suficiente para pensar qué tan grande será el despecho y rabia que allí padescerán los malos, cuando consideren con cuán pequeños y cortos trabajos pudieran excusar tan largos y tan intolerables tormentos? Y no ménos los atormentará la memoria de las prosperidades y deleites; por donde vendrán á decir aquellas palabras de la sabiduría (*k*): ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, y el fausto de nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, ó como el correo que va por la posta.

Gravísimas son todas estas penas; pero no es ménos molesta la compañía de los condemnados, y la triste y escurísima noche de tinieblas que allí los cubre; y sobre todo el dolor de haber perdido á Dios, sin esperanza de jamas cobrarle; la cual pena sobrepuja tanto las otras penas sensibles, cuanto la hermosura divina es mayor que toda la fealdad del infierno.

(*i*) Matt. 13. (*k*) Sapien. 5.

Sobre todo esto considera la duracion destas penas, las cuales, demas de ser tan grandes, tan universales y tan continuas, pues en ellas no se da un solo punto ni de entretenimiento, ni de declinacion, ni de alivio; por otra parte nunca tendrán fin, ni despues de mil años, ni de mil cuentos de millares de años, ni despues de tantos años cuantos se pueden contar con todos los números; porque allí ni habrá término, ni fin, ni redempcion, ni apelacion, ni año de jubileo, ni lugar de penitencia, ni remision de culpa, sino perpetuo dolor y desesperacion en todos los siglos. De suerte que si los malaventurados esperasen que cuando se acabase de agotar toda el agua del mar Océano, sacando dél á cabo de mil años, ó de cient mil años una sola gota de agua, tendrian fin sus tormentos, esto tendrian por grandísima consolacion; porque esto en cabo (aunque muy tarde) finalmente se acabaria. Mas aun esto tan pobre y miserable consuelo y esperanza no les queda. Pues dime, hombre loco y desatinado, si tener la mano sola sobre unas brasas de fuego por espacio de un credo, te paresce intolerable tormento, y no habria cosa en el mundo que no hicieses por excusar esta pena, ¿cómo no haces algo por no estar acostado en esta cama de fuego, que durará eternalmente en los siglos de los siglos?

§. XVIII.

De la gloria del paraíso.

Así como los malos serán condemnados á las penas del infierno, así por el contrario los buenos serán coronados y llevados á la gloria del paraíso. Pues para poder mejor contemplar la grandeza desta gloria, debes tambien imaginar el lugar della, segun las semejanzas con que los sanctos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina pues una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa. Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y frescuras que se pueden pensar; donde hay perpetuo verano, y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad. Imaginando pues así el lugar, mira primeramente qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo retablo, en el cual resplandesce toda la hermosura, toda la nobleza, toda la bondad y toda la suavidad que se puede hallar; en cuya vision tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que deseares, segun la medida que te cupiere de gloria. Porque este es el libro que llaman de la vida, cuya orígen es eterna, cuya esencia es incorruptible, cuyo conocimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya ciencia es suave, cuya profundidad no se puede medir, cuya escriptura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar. Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras esta; que es la vision clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fué crucificado en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo; pues en esto hacemos ventaja á los ángeles, en que el commun Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre, y no ángel; aunque él sea todo en todas las cosas. Mira despues el gozo que el ánima recebirá de la compañía de todos los otros sanctos, que son innumerables; de cuyos gozos gozarás tú tambien con ellos; porque la grandeza de la caridad que allí reina, hace todos los bienes communes; y así lo que no tuvieres tú en tí, tendrás en ellos.

Considera tambien aquellos singulares dotes que allí recebirán los cuerpos de los sanctos, en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas á quien sirvieron; que son subtileza, impasibilidad, lijereza, y claridad tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores los dotes de las ánimas; que son plenitud de sabiduría en el entendimiento, con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad, con destierro de toda tristeza, con otros bienes inestimables que allí recebirán.

Aquí pues podrá el varon devoto espaciarse cuanto quisiere, y aquí podrá alargar la vista, y extender los ojos, considerando la grandeza deste tan soberano bien que nos está guardado. Pues ¿qué debes al Señor que para tan gran bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre con su gracia para alcanzar esta corona? ¡Oh bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los sanctos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual no se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la variedad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento, ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas, sino que eternalmente durará en los siglos de los siglos! *Amen*.

CAPÍTULO VII.

Del conocimiento de sí mismo.

PREÁMBULO PARA TRATAR DESTE CONOCIMIENTO.

Al principio deste sexto tratado dijimos que segun doctrina de Sancto Tomas (*a*), dos géneros de consideraciones servian para despertar la devocion. Las unas eran de las perfecciones y beneficios divinos, y las otras de las culpas y miserias humanas. De las cuales las unas pertenescen al conocimiento de Dios, y las otras al conocimiento de sí mesmo, y así las unas sirven para encender la caridad, y las otras para criar la humildad; con las unas echa el hombre raices en la virtud, y con las otras cresce y se hace mas perfecto en ella. Hasta aquí pues habemos tratado del mayor de todos los beneficios divinos, que es de la redempcion, donde entra toda la vida de nuestro Salvador, que es una excelentísima y suavísima materia de consideracion; mas de los otros beneficios, y de las perfecciones divinas escribirémos luego en el tratado siguiente, que es del amor de Dios, para el cual señaladamente sirve esta consideracion. Resta agora para conclusion deste tratado decir algo del conocimiento de sí mesmo, del cual (como dijimos) procede la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes, y la que hace lugar en nuestra ánima para Dios, el cual mora en los corazones de los humildes, y destierra della todos los humos de presumpcion y de soberbia, que son los principales impedimentos de la devocion.

Pues para alcanzar esta virtud debe el hombre considerar dos cosas muy principales que para esto sirven. Una es la muchedumbre de las miserias y males que el hombre tiene por su parte, y otra es, cómo ningun bien

(*a*) 2. 2. q. 82. art. 3. in corpor.

tiene que sea suyo, y que no le haya venido por parte de Dios. Con lo uno verá cuán pobre es y cuán desnudo, con lo otro cuán herido está y cuán llagado. En lo uno verá claro cómo no tiene por qué gloriarse, pues, como dice el Apóstol (*b*), ¿qué tienes que no hayas recebido? y en lo otro verá cuánta razon tiene para humillarse y despreciarse, pues tantas miserias reconosce dentro de sí.

PRIMERA PARTE DESTE EJERCICIO.

Pues cuanto á la primera parte deste ejercicio, que es de las miserias y males proprios, hay mucho que decir en esto, por ser como es el hombre muy rico en esta materia de miserias y males. Porque como él está compuesto de cuerpo y de ánima, así tambien padesce males de cuerpo y males de ánima. Y entre los del ánima (que son los mayores), unos hay communes á todos los hombres, que son males de la mesma naturaleza, y otros hay particulares, que son proprios de cada persona: entre los cuales unos hay que pertenescen á la vida pasada, en que otro tiempo caimos; y otros á la presente, en que cada dia caemos, y de todos estos tratarémos aquí por su órden, aunque brevemente, abriendo camino para el que quisiere filosofar en esta filosofia tan provechosa y tan cristiana.

§. I.

De los males del cuerpo.

Comenzando pues por los males del cuerpo, puedes brevemente considerar en él estas tres cosas: conviene saber, lo que fuiste ántes que nascieses, y lo que eres despues de nascido, y lo que serás despues de muerto. Antes que nascieses fuiste una materia sucia y abominable, é indigna de ser nombrada; por donde podrás entender qué tal será la obra que de tales materiales es compuesta; pues ningun efecto puede sobrepujar la condicion de su causa. Despues de nascido (si bien te sabes mirar dentro y fuera) hallarás que eres un muladar cubierto de nieve, y una sepultura por de fuera blanqueada, y dentro llena de corrupcion, y un saco de mil miserias y enfermedades, y finalmente una criatura la mas flaca del mundo, subjecta á mas peligros, desastres, accidentes, y enfermedades, y miserias, que arenas hay en la mar. Aquí podrás, si quieres, tender los ojos de la consideracion por las miserias de la vida humana, la cual es breve, incierta, frágil, variable, engañosa y miserable, y mas quebradiza que un vaso de vidrio, de las cuales condiciones tratamos mas copiosamente en otro lugar. Para cuya confirmacion no dejaré de referir aquí que al tiempo que esto se escribia, vino nueva á esta ciudad que á una villa llamada Azurara, llegó una arca de paños de cierta tierra donde habia peste; y solo esto bastó para inficionar el aire de tal manera, que á esta sazon eran ya muertas ochenta personas, y quedaban treinta heridas, y temíase que por allí se podia inficionar todo el reino, si no hubiese grande guarda y recaudo en todos los lugares. Dime pues agora, ¿qué vidrio, qué barro, qué tela de arañas puede ser mas frágil y mas quebradiza que nuestra vida, pues á tales peligros está subjecta, y tan pequeñas causas bastan para acabarla? ¿Dónde están los que tan grandes castillos de viento fundan sobre tan flaco cimiento, y que tanto extienden sus esperanzas, siendo tan frágiles y dudosas nuestras vidas?

Pues (tornando al propósito) si consideras lo que serás despues de muerto, vete á una sepultura y pon los ojos en un cuerpo de dos ó tres dias sepultado, y mira el color, el olor, el desamparo, el horror, la fealdad y la figura miserable ó abominable que allí tiene, y ahí verás lo que es el cuerpo despues de muerto, y verás cuán poca diferencia hay de él á un rocin muerto, que está tendido en un muladar herviendo de gusanos, con un hedor y figura tan horrible, que el caminante se tapa los ojos y las narices, y se da priesa por huir de cosa tan pestilencial. En esto paran las mitras y los imperios, y en esto se convierte toda la gloria y hermosura del mundo. Y los cuerpos que poco ántes, cuando vivian, eran tratados con tanto regalo, proveidos con tanto cuidado, servidos con tanta reverencia, curados con tanta diligencia, vestidos con tanta curiosidad, perfumados con tantos olores, para cuyo regalo servia la mar y la tierra, con todas las delicias de Oriente y Occidente, vienen á ser la cosa mas fea, y mas horrible, y mas deshonrada del mundo, y mas indigna de parescer ante los ojos de los hombres. Y no habiendo en el mundo animal mas hermoso ni mas poderoso que un hombre vivo, no hay cosa mas fea ni mas flaca que él mesmo despues de muerto.

§. II.

De los males del ánima, y primero de los que son communes á todos los hombres.

Cuanto á las miserias y males interiores del ánima, puedes considerar estas tres, conviene saber: los males communes de la naturaleza humana, que pertenescen á todos, y despues los tuyos proprios, así los de la vida pasada, ántes que Dios te llamase, como los de la presente, si por ventura has sido por él llamado. Y cuanto á los primeros debes saber que no hay lengua humana que baste á declarar la pobreza, la desnudez y el estrago en que la naturaleza humana quedó por el pecado, y cuán inhábil está para todo lo bueno, si no fuere ayudada con especial favor del Espíritu Sancto. Mas entre todos sus males y miserias puedes considerar estas cuatro, que son como raices y fuentes de todas las otras. Entre las cuales la primera es ser concebido en pecado, que es aquella miseria que en su descargo alegaba David, cuando decia (*c*): Mira, Señor, que fuí concebido en maldades, y que en pecados me concibió mi madre. Y llama él aquí maldades y pecados al pecado original; porque, como dice un doctor (*d*), aunque él sea un solo pecado en acto, es todos los pecados en potencia, porque desta mala raiz como de un veneno de muerte nascen todos ellos. Y de aquí procede ser tan dificultosa la carrera de la virtud, como lo significó el sancto Job, cuando dijo (*e*): ¿Quién podrá hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo, Señor? Porque así como el paño tinto en lana es muy malo de desteñir, así la mala inclinacion del pecado, que tiene su principio y fundamento en el hombre (esto es en la materia del hombre) ántes aun que sea hombre, ¿quién la vencerá si no fuere muy particularmente ayudado de Dios? Y si los resabios que se mamaron en la leche, dicen que son tan malos de vencer, ¿qué harán los que son mas antiguos que la leche, los que salieron del vientre de la madre, y cuya raiz y principio es mas antiguo que el

(*b*) 1. Cor. 4.

(*c*) Psalm. 50. (*d*) D. Thom. 1. 2. q. 82. art. 2. ad. 1. (*e*) Job. 14.

hombre, pues al tiempo de la fundicion se fraguaron con la mesma fábrica y masa del hombre?

De aquí nasce otra miseria muy grande, que es la corrupcion y estrago de todas las fuerzas y potencias del hombre; porque así como la levadura se extiende por toda la masa, y la avinagra y aceda toda si la dejan mucho labrar en ella; y así como la ponzoña bebida cunde por todos los miembros del cuerpo, y los hincha y emponzoña á todos, así la levadura y ponzoña de aquel pecado se extendió por todas las fuerzas de nuestra ánima, y en todas ellas labró y communicó su malicia. Y así el entendimiennto (que es la primera y mas principal destas potencias) quedó escurescido para entender las cosas de Dios, el libre albedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion inquieta, los sentidos curiosos, y la carne sucia y mal inclinada.

Mas entre estas fuerzas mira cuán inquieta y desasosegada quedó la imaginacion, y cuán desobediente á la razon, pues apénas podemos rezar un Credo con el pensamiento fijo en Dios, sin que luego, cuasi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo, y se salga de casa y corra por todos esos mundos sin parar. De suerte que apénas hay hoja de árbol que así se mueva á todos vientos, como ella se mueve con cualquier accidente.

Pues ¿qué diré del estrago de nuestro apetito? Qué muladar hay tan sucio, qué laguna tan cenagosa, que tales hedores y vapores eche de sí? Por lo cual con mucha razon dijo el Eclesiástico (*f*): ¿Qué cosa mas mala que los pensamientos que la carne y sangre producen de sí? Porque ¿quién podrá explicar la muchedumbre de torpezas, y las invenciones de pasatiempos y deleites que á cada hora se levantan en él? La imaginacion parece que le tañe, y él baila al son que ella le hace; porque cuantos objectos y figuras le representa esa imaginacion, á tantas se extiende el deseo de su aficion, si no acudimos luego á enfrenarle con la razon. Pues si sales acá fuera á los sentidos exteriores, y miras los peligros á que está nuestra ánima subjecta, por sola la vista, entenderás luego con cuánta razon dijo el Eclesiástico (*g*): ¿Qué cosa hay en el mundo peor que los ojos del hombre? Porque ¿qué males hay que no hayan tenido principio dellos?

La causa de todo esto fué perderse la justicia original y la gracia por el pecado. Porque así como la carne se conserva con la sal sin corrupcion, mas faltando esta luego se daña y cria gusanos; así la naturaleza humana se conserva con este don celestial; mas perdido él por el pecado, todas las potencias del hombre quedaron estragadas y maltratadas. De donde nasce estar ellas tan promptas para todo lo malo, y tan pesadas para lo bueno, si por la gracia divina no fueren reformadas y reparadas.

Desta mesma raiz nasce la tirannia del amor proprio, hijo primogénito del pecado original; porque el uno vuelve las espaldas á Dios, y el otro vuelve los ojos del amor á sí mesmo, amándose mas que á todas las cosas, y mas aun que al mesmo Dios. Este, dice Sancto Tomas (*h*), que entra en todos los pecados del mundo, y que es el atizador y manantial de todos ellos; porque ninguno peca sino por algun bien que desordenadamente ama, el cual antepone á Dios y á la obediencia de sus sanctos mandamientos. Desta mala raiz nascen otros mil males que son causa de nuestra perdicion. Porque de aquí nasce ser el hombre tan diligente para sus cosas proprias, y tan negligente para las divinas; sentir tanto un punto de su honra, y dársele tan poco por la honra de Dios; estar tan ferviente para las cosas de su provecho, y tan tibio para las del servicio divino; pasar tantos trabajos por lo que á él cumple, y ser tan pesado para dar un paso por Dios; hacer tanto por la salud del cuerpo, y dársele tan poco por la del ánima; ser tan sensible por las pérdidas temporales, y tan insensible para las espirituales; ser tan amigo de todo género de deleites, y tan enemigo de todas las virtudes; tener tanta cuenta con los ojos de los hombres, y tan poca con los ojos de Dios; procurar tanto por las cosas desta vida, y dársele tan poco por las de la otra; sentir tanto una pérdida corporal, y no hacer caso de un pecado mortal; y finalmente, de aquí nasce estar el hombre tan prompto para todos los males, y tan pesado para todos los bienes; pues para lo uno le llevarán con hilo de lana (que es con cualquier antojo que se le ofrezca), y para lo otro, ni bastan todas las voces de la Iglesia, ni todas las promesas y amenazas divinas, ni todos los beneficios y misterios de Cristo, ni todos los tormentos que por esta causa padeció, pues todo esto se enderezó á este fin. Y si quieres que con un ejemplo te muestre como con el dedo la lijereza que tenemos para el mal y la pesadumbre para el bien, mira cuánto tiempo y trabajo es menester para encender tu corazon en un poco de devocion ó fervor de espíritu, y cuán presto se apaga despues de encendido, pues á vuelta de cabeza, á veces con una palabra, se pierde y desaparece. Y por el contrario, si se ofresce á la imaginacion un mal pensamiento, aunque sea de corrida, en ese punto, no solo el apetito, mas aun hasta el mesmo cuerpo se enciende, y tan fuertemente se apega, que á fuerza de brazos lo habeis de despedir de vos. De suerte que el mal pensamiento mas paresce fuego que pensamiento, pues en tan breve espacio prende, y labra, y levanta llama en el corazon. En lo cual se ve cuán dispuesta quedó de sí la naturaleza para lo malo, y cuán indispuesta para lo bueno, pues para lo uno está como yesca muy seca, y para lo otro como leña verde y corriendo agua; y así allí una sola centella basta para encender fuego en un punto; mas aquí, aun con mucho fuego, apénas se enciende en grande espacio.

Deste tan grande desórden y estrago de la criatura racional procede otra gran miseria, que es venir el hombre á bastardear y torcer de la generosidad de su naturaleza, y hacerse bestial, que es aquella miseria que el Profeta lamentaba, cuando decia (*i*): El hombre criado en honra, no entendió, y vino á compararse con las bestias, y hacerse semejante á ellas. Porque (dejadas otras muchas semejanzas que hay de parte á parte) vemos que así como las bestias ninguna otra cosa aman, ni procuran, ni desean, sino solo los bienes corporales, por no ser capaces de otros mas altos, así la mayor parte de los hombres se han hecho por su culpa lo que las bestias son por naturaleza, pues ninguna otra cosa piensan, ni desean, ni platican, ni tratan, ni procuran, ni sueñan, sino solos estos bienes terrenos; sin acordarse ni que son hombres, ni que tienen razon, ni fe, ni ley, ni

(*f*) Eccl. 17. (*g*) Eccl. 31. (*h*) 1. 2. q. 77. art. 4.

(*i*) Psal. 48.

esperanza de otra vida, sino como unas puras bestias, que todo su mal y bien miden con el provecho del cuerpo. Y desta manera viven, no solo todas las naciones de infieles y herejes, que son innumerables, sino tambien la mayor parte de los cristianos, sino es cuál ó cuál que vive en temor de Dios.

Y dado caso que todos estos tengan razon, y usen della, lo que no hacen las bestias, mas díme, ruégote, ¿de qué les sirve esta razon, sino de ser esclava, y despensera, y cocinera de su carne, y descubridora é inventora, no solo de todas las vanidades y deleites del mundo, sino de todas las maldades y crueldades dél? Por donde viene el hombre miserable á ser bestia, no solo mas culpablemente, sino mas perjudicialmente, pues las bestias son una vez bestias, mas él es dobladamente bestia, pues es bestia con el apetito, y él tambien se hace bestia con la razon, obligándola á servir á solo este apetito, y apartándola de Dios. Cosa es esta de que un filósofo gentil se avergonzaba, diciendo (*k*): Mayor soy, y para mayores cosas nací que para ser esclavo de mi carne. Pues ¿qué cosa mas miserable, ni mas para sentir, que ver un hombre baptizado, y que tiene prendas para pasar de vuelo sobre los ángeles, venir por su propria voluntad á hacerse semejante á las bestias? ¿De qué escalon mas alto pudiera caer el hombre en mas bajo lugar?

Tal pues has de entender, hermano mio, que quedó el hombre por el pecado: hecho semejante á las bestias, aunque criado en tanta honra, despojado de todos los bienes de gracia, y herido en todos los bienes de naturaleza; echado del paraíso, y desterrado en este mundo; enemigo de Dios, hijo de ira, y despedido de todos los bienes de la gloria, y tal sale á este mundo del vientre de su madre; porque esta es la herencia que le cabe por parte de Adam. Finalmente, si quieres entender la disposicion y figura que tiene en este estado, mira cuál quedó aquel sancto Job despues que por dispensacion de Dios fué entregado á los azotes del demonio (*l*), robada su hacienda, quemados sus ganados, caidas sus casas, muertos sus hijos, cubierto de llagas de piés á cabeza, sin tener mas que un muladar en que se asentase, y un casco de teja con que rayese la podre de sus llagas; porque tal paró el demonio nuestra ánima por el pecado, cual paró el cuerpo deste sancto sobre que le fué dado señorío. Y así quedó el hombre despojado de todos los bienes de gracia, y llagado en todos los bienes de naturaleza; echado del paraíso en el muladar deste mundo, sin tener mas aparejo para limpiar la podre destas espirituales llagas, que son todas sus malas inclinaciones, que un casco de teja, que es un pedazo de libre albedrío; que aunque tiene libertad y señorío para no consentir por algun tiempo en los pecados, no la tiene para no ser tentado y combatido con todo género de malos pensamientos. Pues como tal se debe el hombre presentar delante de Dios, ó si quisiere, como aquel pobre Lázaro del Evangelio, cubierto de llagas de piés á cabeza, deseando hartarse siquiera de las migajuelas que caen de la mesa rica de su misericordia divina, para remedio de su miseria.

(*k*) Senec. in. epist. (*l*) Job. 2.

§. III.

De los males proprios de la persona, así de la vida presente como de la pasada.

Despues que así hubieres considerado los males comunes de la naturaleza humana, pon luego los ojos en los particulares de tu propria persona, así en los de la vida pasada, como en los de la presente; para que por aquí veas cuánto hayas acrescentado por tu parte tu propria miseria, pues lo que nació estragado por la culpa original, estragaste tú con la actual, y con la costumbre de pecar. Porque ninguna cosa hay mas contraria á la criatura racional, que vivir contra razon: por donde así como ninguna cosa destruye mas un contrario que otro contrario, así ninguna cosa mas destruye la naturaleza humana, que la costumbre de la mala vida.

Vuelve pues un poco los ojos á la vida pasada (cuando mas alejado anduviste de Dios), y hallarás que por ventura en todo aquel tiempo viviste con tanta rotura de consciencia, como un hombre sin Dios, como una bestia desenfrenada y suelta en todos sus apetitos, como un hijo deste siglo, como un esclavo del pecado y del demonio, y como un gentil que ninguna ley ni conocimiento tiene de Dios. Porque dado caso que tenias fe, pero ninguna cosa ménos hacias teniéndola, que si no la tuvieras; pues así blasfemabas, y perjurabas, y maldecias, y robabas, y cobdiciabas todo lo que veias, como si no tuvieras Dios, ni pensaras que habia mas que nascer y morir: pues vemos que, por la mayor parte, todos aquellos en quien no ha amanecido la luz de la gracia, viven así, sin tener otra ley sino la de sus miembros y apetitos, ni otra cuenta sino con los ojos de los hombres, ni otro Dios sino su vientre y su vanidad, ni otros bienes y males sino los que tocan á su cuerpo.

Considerados desta manera los males de la vida pasada, debes poner los ojos en los de la presente, que es en los defectos y males de cada dia, los cuales has de tener tan contados y tan decorados, que así como un doliente señala al médico todas las partes del cuerpo que tiene maltratadas, así tambien las has tú de señalar á Dios, para que él te sane y te cure. Mira pues si eres airado, regalado, vanaglorioso, curioso, inconstante en los buenos propósitos, hablador, invidioso, guloso, malicioso, doblado, apetitoso, presumptuoso, ambicioso, hecho á tu voluntad, flojo, parlero, inhumano, mal acondicionado, desabrido, inconsiderado, muy amigo de tí mesmo, vivo y yerto en todos tus afectos y propria voluntad. Porque el conoscimiento desto es la llave y fuente de la verdadera humildad, y del proprio aprovechamiento. Porque sin este conoscimiento ni nadie puede ser verdaderamente humilde, ni saber lo que ha de pedir á Dios, ni cómo ha de curar sus males.

SEGUNDA PARTE DESTE EJERCICIO.

De cómo todos los bienes que tenemos son de Dios.

Despues que así hayas considerado todas estas miserias y males que tenemos de nuestra parte, resta considerar cómo todos los bienes que tenemos son de Dios; para que mas claro veas lo que eres por tu parte, y lo que por la suya, con lo cual para contigo seas humilde, y para con él agradescido. Y como todos los bienes se reduzgan á tres órdenes; porque ó son de naturaleza, ó

de gracia, ó de fortuna (como el mundo los llama, discurre por todos ellos, y verás claramente cómo todos son de Dios, y nada tuyo, sino el pecado y la mesma nada.

Y comenzando por los bienes de naturaleza, el primero es el sér, que es el fundamento de todos los otros bienes, pues todos ellos pertenescen al sér y lo presuponen. Considera pues cómo esta ánima racional que tienes (la cual te da el sér) es beneficio y obra de las manos de Dios; la cual él crió de nada. ¿Qué cosa es nada? La mas baja cosa que se puede imaginar; ménos que una piedra, ménos que una paja, ménos que un átomo de los que parescen entre los rayos del sol; finalmente, nada. Imagina pues esta nada como unas tinieblas escurísimas, y un abismo profundísimo que está debajo de todas las cosas en el mas ínfimo lugar del mundo, y ahí te debes tú poner; pues esto eres de tu parte, y eso eras ántes que Dios te criase, y eso fuiste *ab æterno* hasta de pocos dias á esta parte. Y haciendo esto cumplirás con aquel mandamiento del Evangelio, que nos manda asentar en el mas bajo lugar cuando fuéremos llamados al convite (*m*). Asentado pues en este lugar par de la nada, imagina que esa eres tú, y ese el lugar natural que á tí se debe, y por consiguiente que ese es el centro donde tu ánima ha de reposar con el conoscimiento desa verdad; porque ninguna cosa es mas propria tuya, ni que mas te convenga, que ese nada; porque así como ninguna cosa conviene mas á Dios que el ser, así ninguna conviene mas de sí á la criatura que el no ser. Esa es pues la cosa del mundo mas vecina, y mas parienta tuya, y mas semejante á tí, y donde como en un espejo claramente puedas ver lo que eres. Por donde así como el sancto Job asentado en aquel su muladar, y cercado de llagas y gusanos, decia (*n*): A la podre dije: Tú eres mi padre; y á los gusanos dije: Vosotros sois mi madre y vosotros mis hermanos: así tú, visto cómo realmente (cuanto es de tu parte) eres nada, abrázate con esa nada y dile: Tú eres mi madre y tú eres mi hermana, pues ninguna hermana hay mas semejante á otra hermana, que una nada á otra nada. Asiéntate pues muy de espacio en este lugar; porque (si del todo no estuvieres ciego) dende ahí verás y entenderás todo cuanto te conviene saber. Dende ahí verás cómo todo lo que hay en tí despues desa nada, que es cuerpo, alma, vida, salud, fuerzas, razon, discrecion, con todas las otras habilidades y facultades naturales, con todo lo demas, es ajeno; porque todo es puramente misericordia y dádiva de Dios. Dende ahí verás cuánto debes amar, alabar, servir, obedescer y agradar á quien todo esto te dió de pura gracia, pues la nada nada merescia. Dende ahí verás cuán léjos debes de estar de toda presumpcion, ambicion, soberbia, vanagloria y estima de tí mesmo. Porque así como el que ve un caballo muy enjaezado y cubierto de oro y seda, entiende que nada de aquello es de su propria cosecha, sino que todo es ajeno y postizo, y así no tiene por qué gloriarse dello: así entenderás que todo lo que tiene mas que nada, es ajeno, y postizo, y communicado de Dios; y así no tienes de qué te gloriar. Dende ahí verás el engaño y olvido de los hombres, y la vanidad de sus pensamientos, pues tan olvidados andan de su origen y principio (que es de quien todo se lo dió), y tan engañados en el conoscimiento de sí mesmos. Con esta consideracion te medirás con tu propia medida, humillarás tus pensamientos, abajarás las alas de la soberbia, subjectarte has á Dios y hallarás aquí un centro, un lugar de refugio, y un puerto seguro adonde acogerte todas las veces que las olas de la vanidad combatieren tu corazon, y conocerás por experiencia que no hay en el mundo otros dos mas convenientes lugares para el corazon del hombre, que Dios, y nada; porque en solo estos dos permanesce seguro, en todos los demas padesce tormenta; porque en el uno está en caridad (porque está en Dios), y en el otro está en humildad y en verdad, porque está en el conoscimiento verdadero de sí mesmo. Cata aquí pues, hermano, cuyo es el sér que tienes.

Pues todos los otros bienes de naturaleza, ¿quién puede negar que sean del autor y Señor de la mesma naturaleza? Y si quieres extender aun mas los ojos, hallarás que todas cuantas cosas hay en este mundo de los cielos abajo, con los mesmos cielos, y con todo lo que se comprehende debajo dellos, son partes deste beneficio; pues todo esto sirve (cada cosa en su manera) para nuestra conservacion.

Pues los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna (pues en el mundo no hay fortuna) sino solo Dios, como claramente lo testifica el Ecclesiástico por estas palabras (*o*): Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas Dios las da. Porque aunque estas cosas paresce que vienen por medio de otras causas segundas, mas es cierto que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por mandamiento y órden de aquel summo Emperador que la gobierna. Y así dice Sant Basilio que la summa de toda la filosofía cristiana es atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, á Dios; pues nos consta por palabras del Evangelio, que un pájaro no cae en el lazo sin su dispensacion y voluntad (*p*).

Pues los bienes que llaman de gracia, el mesmo nombre dice cuyos son, y por qué se dan, que es por pura gracia y misericordia de Dios. Porque (como arriba declaramos) el hombre quedó por el pecado tan pobre, tan desnudo y tan inhábil para todo lo bueno, que no puede por sí solo ni dar un paso bueno, ni poner las manos en una buena obra, ni abrir la boca para invocar el nombre de Jesus, de manera que él se agrade, si para esto no le despierta y da la mano el mesmo Dios con su gracia. De suerte que todos cuantos buenos deseos, ó pensamientos, ó propósitos en toda la vida ha tenido y tiene, todos han sido dádivas y misericordias suyas.

Y si quieres discurrir por todos los bienes de gracia (los cuales militan y sirven para efectuar nuestra salvacion), todos veras clarísimamente que son gracias y misericordias de Dios. Entre las cuales la primera es la gracia de la predestinacion, que es la primera de todas las gracias, y el fundamento de todas ellas. Pues esta ya se entiende que es pura gracia y misericordia de Dios, pues no presupone merescimientos, ántes es todo merescimiento por solo el beneplácito de la voluntad de Dios. La segunda es la gracia de la vocacion y justificacion con que Dios saca á un hombre de pecado, y le pone en estado de gracia, y de enemigo le hace amigo; porque esta bien se ve que es tambien pura gracia y merced de Dios, y que tampoco cae debajo de merescimiento, pues estando un hombre en mal estado, y siendo

(*m*) Luc. 14. (*n*) Job 17.

(*o*) Eccl. 11. (*p*) Matt. 10.

enemigo de Dios, no puede hacer cosa que sea merescedora de tan grande bien. La tercera es la gracia que llaman concomitante, que nos acompaña en la buena vida, y hace que nuestras obras sean agradables á Dios y merescedoras de vida eterna; la cual aunque procede de nuestros merescimientos, todavía no deja de ser gracia, pues el merescer procede de la gracia. La cuarta es la gracia ó don de la perseverancia, que es perseverar hasta el cabo en la buena vida, sin faltar en la carrera; pues esta tambien es gracia y misericordia de Dios, y de tal manera es gracia, que no cae debajo de merescimiento, porque nadie puede hacer obra por la cual de justicia merezca un tan grande bien. Y sin esta gracia poco vale todo lo pasado; pues, como dice Sant Hierónimo (*q*), no se alaban entre cristianos los principios, sino los fines. Sant Pablo comenzó mal, y acabó bien; Júdas, por el contrario, tuvo los principios prósperos, mas el fin fué reprobado. La quinta es la gloria, que es gracia consumada, y esta tambien es gracia; pues (como dice el Apóstol) por la gracia de Dios se da la vida eterna. De las otras maneras de gracias que llaman *gratis datas* (si algunas tienes), el mesmo nombre se lo dice que son dadas por la gracia, y por consiguiente que todas se deben al dador. ¿Ves luego cómo todo cuanto hay en tí, y fuera de tí, es de Dios?

¿Qué se sigue desto? Que de aquí adelante mires á Dios como á fuente y orígen de tí mesmo, y de todo cuanto hay en tí, y fuera de tí, y de todo lo que eres y puedes ser; y por consiguiente que ya no sacrifiques á tus redes, ni á tu industria, ni á tu brazo de carne, sino á solo él; pues de solo él procede lo que fuiste, lo que eres, y lo que esperas de ser. Pues segun esto, ¿con qué ojos será razon que mires á tal Señor? Quiérote poner algunas comparaciones para esto, porque mejor sepas cómo le has de mirar: y hágote saber que desta manera de aspecto se derivan todas las influencias del verdadero sol de justicia en nuestras ánimas.

Mírale pues de la manera que miran todos los efectos á sus causas, de las cuales procede todo su sér; á las cuales tienen siempre una grande subjeccion y reverencia, y pues él es causa universal de todas las causas, así conviene que sea mirado. Mírale como mira el hijo á su padre (que es principio de su sér), pues él es padre, y mas que padre, y él es orígen y principio de nuestro sér. Mírale como la esposa al esposo (de quien dependen todos sus bienes, así presentes como futuros), pues él es el verdadero esposo, que solo da á nuestras ánimas cumplido contentamiento. Mírale como el cuerpo al ánima (de quien recibe toda la vida, honra y hermosura que tiene), pues él es como ánima de nuestra ánima, y vida de nuestra vida. Mírale como naturalmente mira la tierra al cielo (de quien recibe toda la fertilidad y hermosura que tiene), pues él es espiritual cielo que nos alumbra y gobierna, de quien procede toda nuestra vida y hermosura. Mírale como los rayos del sol al mesmo sol de do proceden, y por quien se conservan, pues él es el que nos dió todo este sér que tenemos, y el que siempre nos está conservando en él. Finalmente, mírale con aquellos ojos con que mira la sacratísima humanidad de Cristo al Verbo Divino, con quien está unida, y de quien recibe todas las perfecciones que tiene, hasta el mesmo sér con que subsiste; la cual vista es la mas humilde, la mas casta, la mas hermosa y mas leal de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Y así trabaja tú por imitar en algo esta manera de vista, segun el espíritu y favor que el Señor te diere.

(*q*) Regul. Monach. c. de Pœnitentia et Misericord. Dei, in princ.

Pues segun esta cuenta, si todo tu sér y todos tus bienes presentes, pasados y venideros, proceden deste Señor, ¿á quién has de mirar, á quién temer, á quién agradar, á quién obedescer, á quién reverenciar, á quién alabar, en quién esperar, á quién guardar fe y lealtad, sino á él, ó por él? Vayan pues fuera de tí todos los otros respectos humanos, vayan todos los otros cumplimientos terrenos, pues ni tú tienes que ver con ellos, ni ellos tienen que ver contigo; sino solo el Criador y Señor de todo. Vuélvete pues de todo corazon á este Señor, y dile así:

Señor, si vos sois mi principio y mi fin, ¿á quien tengo de amar sino á vos? Si vos mi Rey y mi Señor, ¿á quién tengo de obedescer sino á vos? Si en vuestras manos está todo mi bien y mi mal, ¿á quién tengo de temer y reverenciar sino á vos? Si de sola vuestra misericordiosa mano recebí todo lo que tengo, y della espero recebir todo lo que me falta, ¿en quién ha de estar toda mi esperanza sino en vos? Si vos solo sois mi Padre, mi Señor, mi Criador, y mi gobernador, ¿á quién tengo de recorrer en todas mis necesidades sino á vos? Si de vos tengo recebidos, y recibo cada dia tantos bienes, ¿á quién tengo de alabar y dar gracias sino á solo vos? Y si los criados sirven á sus reyes y señores con tanta fidelidad y diligencia, y en negocios de tantos trabajos y peligros, por lo que dellos han recebido, y por lo que esperan recebir; yo que tanto mas he recebido de vos, y tanto mas espero recebir, ¿por qué no os serviré, Dios mio, con mayor fidelidad, con mayor diligencia, con mayor cuidado, y en mayores trabajos; pues vos, Señor, mereceis mas, y yo os debo mas, y sin comparacion es mucho mas lo que espero yo de vos?

§. ÚNICO.

Hacimiento de gracias.

Todo lo susodicho hasta aquí pertenesce al conoscimiento de sí mesmo, despues del cual se pueden muy bien seguir aquellas tres partes que arriba pusimos, las cuales deben intervenir en cualquier ejercicio de oracion, que son hacimiento de gracias, ofrescimiento, y peticion. Las cuales, demas de ser tan provechosas y esenciales en este negocio, están por otra parte tan trabadas y encadenadas entre sí, que cada una dellas con una maravillosa consecuencia demanda la otra. Porque para el principio del ejercicio ninguna entrada hay mas conveniente que la acusacion y conoscimiento de sí mesmo, entrando por la puerta de la humildad, como ya dijimos.

Despues deste conoscimiento, ninguna cosa hay que mejor se siga que el hacimiento de gracias por los beneficios de Dios. Porque despues que el hombre ha considerado cómo él de suyo es nada, y esto ha venido cuasi á palpar con las manos, luego se le abren los ojos, y ve claramente cómo todo lo que tiene, sobre nada, es ajeno, dado graciosamente por la mano de Dios. Y cuanto mas claro esto ve, tanto mas da de corazon gracias al Señor por ello. De manera que así como las atalayas se suben á una torre alta, para que dende allí puedan descubrir mejor la tierra por todas partes; así por el contrario, el

que quiere ver lo que debe á Dios, se ha de poner en el mas bajo lugar del mundo, que es en la nada (de que fué formado), porque dende esta atalaya verá clarísimamente cómo todo lo que tiene es de Dios, que es todo lo que es mas que nada.

Despues deste agradescimiento por lo recebido, convenientísimamente se sigue el ofrescimiento, que es dar algo de nuestra parte á quien tanto nos ha dado. Y porque ninguna cosa podrémos mejor dar que los merescimientos y trabajos de Cristo, justísima cosa es que por tales merescimientos pidamos grandes mercedes; y así despues del ofrescimiento convenientísimamente se sigue la peticion, que es la última parte deste ejercicio.

Tiene tambien otra muy grande comodidad este ejercicio: que así como es muy breve para los muy ocupados, así puede ser muy largo para los devotos, porque en cada parte destas hay mucho que pensar, así en el conoscimiento de sí mesmo, como en el hacimiento de gracias, y en la consideracion de los beneficios divinos (que son tantos y tan grandes), y así tambien en el ofrescimiento, porque se puede en él discurrir por todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, ofresciéndolos todos y cada uno por sí al eterno Padre; y así tambien en la peticion hay mucho que pedir, pues de tantas cosas tenemos necesidad.

Al cabo de todo esto me paresció avisar que los que son mas señores del tiempo, y desean aprovechar mas en el camino de Dios, pueden tomar cada dia dos espacios para su recogimiento; uno para pensar en la vida de Cristo, y otro para examinar su conciencia, y entender en el conoscimiento de sí mesmos, por la órden que aquí se ha dado, ó por cualquiera otra que mejor les paresciere. Mas si por razon de sus ocupaciones y obligaciones de estado no pudieren recogerse mas que una sola vez al dia, comiencen por este conoscimiento de sí mesmos (pues el justo al principio es acusador de sí mesmo), y despues procedan á la consideracion de la vida de Cristo, porque esta es mas universal y mas copiosa materia de consideracion.

TRATADO VII.

DEL AMOR DE DIOS, EN EL CUAL CONSISTE LA PERFECCION DE LA VIDA CRISTIANA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Qué cosa sea caridad, y de los fructos y excelencias della.

Porque nuestro principal intento en este libro ha sido formar un perfecto cristiano con todas las virtudes y partes que ha de tener, ya que hasta aquí habemos tratado de todas las otras virtudes que para esto se requieren, resta que tratemos agora de la mas principal, que es la caridad, en la cual consiste la perfeccion de la vida cristiana, con cuya perfeccion se alcanza la perfeccion desta vida. Para lo cual dirémos primero de la excelencia desta virtud, y luego de la perfeccion della, y despues de los medios por do esta perfeccion se alcanza.

Pues cuanto á lo primero es de saber que (como dice Próspero en el libro de la Vida contemplativa) caridad es una voluntad recta, apartada de todas las cosas perescederas, y unida con Dios, abrasada con el fuego del Espíritu Sancto (de quien ella procede, y á quien se ordena), libre de toda inmundicia, ajena de corrupcion, señora de toda mudanza, levantada sobre todas las cosas que carnalmente se aman; la mas poderosa de todas las afecciones, amiga de la divina contemplacion, vencedora de todas las cosas, summario de todas las buenas obras, fin de los mandamientos celestiales, muerte de los vicios, vida de las virtudes, virtud de los que pelean, corona de los que vencen, armadura de las ánimas sanctas, causa de todos los merescimientos, sin la cual nadie agradó á Dios, y con la cual nadie le desagradó; fructuosa en los que comienzan, alegre en los que aprovechan, gloriosa en los que perseveran, victoriosa en los mártires, y trabajadora continua en todos los fieles. Hasta aquí son palabras de Próspero, por las cuales en alguna manera se declara brevemente qué cosa sea caridad, y cuán grandes sean los fructos y excelencias della.

Mas la mayor de todas sus excelencias es ser ella la mayor de las virtudes, y el fin y summario de todas ellas. De lo cual tenemos argumento en la dignidad de aquellos supremos espíritus que llaman serafines, en los cuales señaladamente resplandesce la caridad mas que en todos los otros coros de ángeles, y por esta causa tienen el supremo lugar entre todos ellos; porque les exceden en esta virtud, que es la mas alta de las virtudes. Y á esta órden, dice Sant Gregorio (*a*), que pertenescen en su manera todos los que en este mundo arden en amor de Dios, por estas palabras: Hay algunos que encendidos sus corazones con la contemplacion de las cosas celestiales, arden en el deseo de solo su Criador, ninguna otra cosa deste mundo desean, y con solo el amor de la eternidad se sustentan; desprecian todas las cosas terrenas, traspasan con el espíritu las cosas temporales, aman y arden, y en ese mesmo amor descansan: amando arden, y hablando encienden á los otros; y á los que con sus palabras tocan, luego tambien los hacen arder. Pues ¿cómo llamaré á estos, sino serafines, cuyo corazon convertido ya en fuego, resplandesce y abrasa? Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Tiene tambien otra grande excelencia la caridad, que es, como dice Sant Augustin (*b*), llamarse el mesmo Dios caridad, de donde nasce participar ella una grande semejanza con el mismo Dios. Por donde así como Dios es todas las cosas, así tambien la caridad en su manera es todas las cosas, pues para todas aprovecha, y á todas da vida y perfeccion. Porque la caridad primeramente hace los hombres sanctos; pues, como dice Sant Bernardo (*c*), segun la medida de la caridad, es la de la sanctidad, porque tanto será uno mas sancto, cuanto fuere mas amigo de Dios. La caridad otrosí hace sabios, segun aquello del Salmista, que dice (*d*): El mandamiento del Señor es resplandesciente, y así alumbra los ojos del ánima. Por lo cual dijo Sant Augustin (*e*): Quien quisiere conoscer á Dios de manera que le agrade, ámelo, y conoscerlo ha. La caridad tambien es la que principalmente hace prelados dignos deste nombre. Por donde queriendo el Señor hacer á San Pedro príncipe de su Iglesia, en ninguna otra cosa le examinó sino en esta

(*a*) Hom. 34. in Evang. initr. med. (*b*) Exposit. in Epist. 1. Joan. cap. 4 tract. 9. in princ. tom. 9. (*c*) De modo benè vivendi, Serm. 4. in med (*d*) Psalm. 18. (*e*) Solil. 1. cap 7. 8. 9. etc.

virtud, preguntándole tres veces si le amaba mas que los otros. La caridad tambien hace mártires, porque todos los que lo fuéron, con la fuerza desta virtud lo fuéron; pues, como dice Sant Augustin (*f*), no hay cosa mas poderosa en el mundo que el amor. La caridad tambien hace vírgines, pues, como dice Sant Juan Clímaco (*g*), casto es aquel que con un amor vence otro amor, y con el fuego del espíritu vence el fuego sensual de la carne. La caridad tambien hace al hombre vencedor en todas las tentaciones, y así dice Pedro de Rávena: Ama, hombre, á Dios, y ámale de todo corazon; porque así puedas sin trabajo vencer todas las tentaciones del enemigo. Y mira bien que es muy delicada batalla, y muy tierna manera de pelear, triunfar de todos los vicios con la dulzura del amor. Finalmente la caridad es la perfeccion y cumplimiento de la ley y de los profetas, como lo significó el Apóstol, cuando dijo (*h*): El cumplimiento de la ley es amor; porque en esta palabra se encierra todo.

Paréscese otrosí el amor de Dios con el mesmo Dios en las propiedades y noblezas que tiene, muy conformes á las de Dios; porque (como dice un doctor) el amor es noble y generoso, es sabio y hermoso, es obrador de grandes cosas, es dulce, fuerte, fructuoso, sencillo, casto, inexpugnable y vencedor de todas las cosas. El amor es todo alegre, todo gracioso, todo deleitable y todo admirable. El amor penetra y rompe, levanta y humilla, y vence todas las dificultades. El amor es alto y profundo, llaga y sana, da muerte y vida; no se puede encubrir ni pagar sino con amor; y todo lo da por amor; porque no busca ni quiere otra cosa sino amor. El corazon del que perfectamente ama, siempre piensa en amor, y la lengua siempre habla de amor. El recoge la memoria, esclaresce el entendimiento, inflamma la voluntad, roba los sentidos, sanctifica el ánima, y trasforma todo el hombre en Dios.

Pues siendo esto ansí, razon es que todo nuestro estudio y diligencia se emplee en alcanzar esta virtud; pues ella trae en su compañía todas estas tan altas y tan excelentes virtudes. Así leemos haberlo enseñado nuestro Señor á una sancta ánima, á la cual entre otros notables documentos de virtudes dijo así: Cuando rezares la oracion del *Pater noster*, toma esta palabra: Hágase tu voluntad, y trabaja todo lo posible por conformar siempre tu voluntad con la divina en todas las cosas (así prósperas como adversas) que él ordenare acerca de tí. Y cuando rezares el *Ave María*, toma el nombre de Jesus, el cual esté siempre fijo en tu corazon, para que él te sea escudo, guia y dulzura en la carrera desta vida, y en todas las necesidades della. Y del resto de toda la Escriptura divina toma esta palabra: Amor, con el cual andarás siempre derecha, pura, lijera, solícita, diligente; porque él es poderoso para obrar todas las cosas sin fatiga, sin miedo y sin cansancio, de tal manera que hasta el martirio se hace suave por él. No se puede decir una sola centella de la virtud y fuerza del verdadero amor, y de las obras que hace. El te ayudará á consumir todas tus malas inclinaciones, y todos los apetitos y sentimientos desordenados de las cosas desta vida.

Mas entre todas estas alabanzas nos convida mucho al amor y deseo desta virtud, saber que en ella consiste no solamente la perfeccion de la vida cristiana, mas tambien muy gran parte de la felicidad y bienaventuranza que el corazon humano puede alcanzar en esta vida. Porque (como dice Boecio) toda la vida de los mortales que en tantas maneras de ejercicios y trabajo se ocupa, ninguna otra cosa pretende por todos estos medios, sino solo un fin, que es su felicidad y bienaventuranza. Esta bienaventuranza procede de haber llegado el hombre á alcanzar un bien en quien están todos los bienes; por donde como aquí la voluntad lo halla todo, no tiene por qué buscar mas de lo que halló, ni puede padescer hambre de otra cosa, pues aqui tiene cuanto desea. Este bien no puede ser otro que Dios; y así ni fuera dél puede hallar cumplido reposo, ni lo puede dejar de haber en él. Y aunque esto principalmente se guarda para la otra vida, cuando se poseerá Dios perfectamente por gloria; pero tambien en su manera se alcanza en esta, cuando se posee ménos perfectamente por gracia. Así muestra Sant Bernardo que lo gozaba y poseia, cuando en un tratado que escribió del Amor de Dios, dice así (*i*): Estando yo en la casa de la soledad, como animal solitario que hace su habitacion en la tierra yerma y apartada, comenzando á sentir el viento de amor, abrí mi boca y atraje el espiritu; y algunas veces, Señor, estando yo como cerrados los ojos sospirando por tí, pones en la boca de mi corazon una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siento el sabor, y siento la dulzura; la cual de tal manera me conforta, que si cumplidamente se me diese, no me quedaba mas que desear. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, con las cuales (aunque por diversas semejanzas) concuerdan las del Esposo en los Cantares, que dice (*k*): Yo duermo, y vela mi corazon. Porque ¿qué quiere decir esto, sino que así como el que duerme tiene por todo aquel tiempo suspensos y en silencio todos sus sentidos (ca ni oye, ni ve, ni habla, ni desea nada) así algunas veces se communica Dios al ánima con una tan grandísima suavidad y amor, y derrama sobre ella como un rio de paz, con el cual queda tan harta, tan satisfecha y tan contenta, que por entónces duerme á todos los deseos y cuidados desta vida, porque no tiene mas cuenta con ellos que el que está durmiendo?

Y no se contenta con llamar este sueño, sino en otra parte del mesmo libro lo llama muerte, diciendo (*l*): Fuerte es el amor como la muerte. Las cuales palabras declara un sancto, diciendo que es tan grande la fuerza del amor de Dios (cuando está en su perfeccion), que arrebata con la grandeza de su deleite todas las potencias de nuestra ánima, y las hace por entónces estar como muertas á todos los gustos y apetitos del mundo. Esto es proprio de aquella caridad que llaman los sanctos violenta (*m*); porque el alegría y suavidad que trae consigo esta manera de caridad es tan grande, que todas las fuerzas de nuestra ánima poderosamente (aunque dulcemente) arrebata, y lleva en pos de sí, y las aparta del amor y gusto de las cosas terrenas, y las traslada en Dios. Y esta mesma se llama por otro nombre caridad que hiere; porque de tal manera hiere y traspasa el corazon, que así como el que está herido no puede dejar de estar pensando en el dolor de la herida, así el que está herido con este amor no puede dejar de pensar ni desapegar el pensamiento de lo que ama, sino con grande dificultad. Porque si cuando el dolor es agudo, no

(*f*) In psalm. 47. ad. v. 14. tom. 8. (*g*) Scala spirit. de Castit. grad. 15. in princip. (*h*) Rom. 13.

(*i*) Cap. 9. post med. (*k*) Cant. 5. (*l*) Cap. 8. (*m*) D. Bern. Serm. 69. sup. Cant.

podeis dejar de pensar en él, ¿cómo no hará otro tanto el deleite, cuando es grande, pues no es menor la fuerza de un contrario que la del otro contrario? Conforme á esto leemos de uno de aquellos padres del yermo, que yendo otro á pedirle cierta cosa de su celda, como él entrase á buscarla, luego la perdió de la memoria; y como esto le acaesciese por tres ó cuatro veces, finalmente vino á decir al otro que entrase él y la buscase, porque de verdad él no podia por aquel tan breve espacio retener en la memoria lo que le pedia: tan grande era la suspension y embebecimiento que su ánima tenia en Dios. Y no es esto de maravillar, porque sin dubda las cosas espirituales son de tanta dignidad y nobleza, que el ánima que ayudada con la lumbre del Espíritu Sancto las entiende y gusta, apénas puede arrostrar á otra cosa desta vida, por excelente que sea. Y así se escribe del abad Silvano, cuando salia de la oracion, que le parescian tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que cerraba los ojos por no verlas, y hablando consigo mesmo decia: Cerráos, ojos mios, cerráos, y no mireis cosa del mundo; porque no hay en él cosa digna de mirar.

¡Qué ejemplos estos, y qué argumentos para entender hasta dónde llega la potencia deste amor, y la hartura y suavidad deste efecto celestial! Y si quieres otro ejemplo, oye lo que el bendicto Sant Hierónimo cuenta de los ejercicios y deleites con que Dios ejercitaba y apacentaba su ánima, estando en aquel desierto, quemado (como él dice) con los rayos del sol (*n*): Si habia (dice él) algun risco muy alto, ó algun valle muy hondo, ese era mi lugar de oracion. Y como el Señor me es testigo, despues de muchas lágrimas y de tener los ojos fijos en el cielo, algunas veces me parescia que estaba entre los coros de los ángeles, y con alegría y gozo cantaba: En pos de tí, Señor, corremos al olor de tus ungüentos. Esto escribe á la vírgen Eustoquio. Mas escribiendo á otras vírgines dedicadas á Dios, dice así (*o*): Creed, hijas, á un viejo experimentado. Si una vez gustastes cuán dulce es el Señor, dél podréis haber oido esta palabra: Venid, y mostraros he todos los bienes. Y entónces os mostrará tales cosas, cuales nadie puede conoscer, sino el que las ha probado. Sé lo que digo, muy amadas hermanas; y confesándoos mi ignorancia, digo que yo, hombrecillo tan despreciado y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo, me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles, sustentándome por algunos dias con la dulzura deste pasto. Despues de los cuales, restituido al cuerpo, y sabidas muchas cosas advenideras, lloraba por lo que habia dejado. Mas cuán grande fuese la felicidad de que en este tiempo gozaba, cuán inefable la suavidad que allí sentia, testigo es la sanctísima Trinidad, y testigos los bienaventurados espíritus que presentes estaban, y testigo mi propria consciencia; la cual gozaba de tales y tan grandes bienes, cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua. Y luego añade mas: No puede levantarse á la dulzura desta contemplacion el corazon lleno de negocios terrenos; sino conviene que muera al mundo, y que viva y se allegue á solo Dios por sanctas meditaciones y deseos. Porque, como dice el Salvador (*p*), el grano de trigo que cae en tierra, si no muere, él solo permanesce; mas si muere, da mucho fructo. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo. Pues ¿qué diré del bienaventurado Sancto Tomás de Aquino, el cual muchas veces de tal manera estaba absorto en Dios, que el cuerpo seguia al espíritu, y se levantaba á lo alto, y otras veces quedaba sin ningun sentido? Por donde acaesció, que estando una vez desta manera con una candela encendida en la mano, acabóse la candela, y quemóse la mano sin que nada sintiese; de lo cual quedaron por testigos las llagas de la quemazon en la mesma mano. Y otra vez habiendo de recebir un cauterio de fuego, se puso en oracion, y de tal manera se arrebató y quedó suspenso en Dios, que ninguna cosa sintió.

Y si esto nos pone admiracion, no ménos la debe poner lo que Aristóteles escribe, el cual, hablando de la alteza de la contemplacion del varon sabio y perfecto, dice que la vida del sabio alguna vez llega á ser tal, cual es siempre la vida del primer principio, que es Dios. Dando por aquí á entender que llega á participar algunas veces una semejanza de aquella paz, tranquilidad y felicidad en que siempre vive Dios. Pues si esto dijo un hombre que no sabía qué cosa era gracia, ni amor sobrenatural de Dios, infundido por el Espíritu Sancto, ¿qué será razon que digan los que tienen y conoscen los afectos y obras admirables del Espíritu Sancto? Porque si los hábitos morales, y la sabiduría y diligencia humana basta para levantar un hombre á tal estado, que por entónces se diga que está como Dios, tan quieto, tan contento y tan cerrada la puerta de todos sus deseos, ¿adónde os paresce que lo subirán las gracias y dones del Espíritu Sancto, y la perfeccion del Evangelio? Pues siendo esto así, ¿paréscete que será razon comprar esta perla preciosa, y dar todo cuanto se nos pidiere por ella (*q*)? Porque si tanto hacen y padescen los hombres por los bienes imperfectos desta vida, que mas atizan que matan la sed de nuestra ánima, ¿qué será razon hacer por un bien que así apaga la cobdicia y llama de todos los otros bienes? ¿Es rico el que tiene el oro en el arca (dice Sant Augustin), y no lo será el que tiene á Dios en su consciencia?

§. I.

De cómo el alma no debe descansar hasta hallar el divino amor en su perfeccion, y de los efectos que en ella causa.

Esta es pues una de las principales razones (entre otras muchas) que nos habian de forzar á nunca tomar descanso hasta alcanzar este tan precioso tesoro. A lo cual nos convida un religioso doctor con muy dulces y eficaces razones, diciendo asi (*r*): Como sea verdad que solo Dios (que es infinito y summo bien) pueda quietar los deseos del ánima racional, con mucha razon debe anhelar todo hombre á la perfeccion de la vida espiritual; porque por medio della venga á juntarse íntimamente con este summo bien, y así se haga participante dél. Porque si aquí llegase, sin dubda recebirá á Dios dentro de sí con superabundante gracia; el cual con su alegre y divina presencia, desterraria de su ánima toda pobreza y miseria, y la enriqueceria con verdaderas riquezas, y la hinchiria de un gozo inefable. Por donde ya el hombre no andaria derramado, buscando en las criaturas los falsos y contrahechos deleites; porque luego le se-

(*n*) Tom. 1. Epist. Ad Eustoch. de custodia virginitatis, post init.
(*o*) In Regula Monacharum, cap. 36, tom. 9. (*p*) Joan. 12.

(*q*) Matt. 13. (*r*) August. Dom. 5. post Trin. serm. de tempore 205. tom. 10. et in Psal. 36. Conc. 1. et in 52. tom. 8.

ría desabrido todo lo que Dios no es. Vemos que el espíritu racional es tan capaz y tan noble, que ningun bien caduco lo puede hartar; porque claro está que lo que es ménos, no puede hinchir el seno de lo que es mas. Y cierto es que el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las cosas visibles son mucho menores que el hombre; por lo cual ninguna destas cosas, ni todas juntas, pueden hinchir el seno de su voluntad. Solo Dios es infinitamente mayor que él, por lo cual con solo él está lleno y contento, y no con otra cosa menor. Ni aun los ángeles bastan para esto, porque aunque sean mayores en la naturaleza, no lo son en la capacidad. Por lo cual, miéntras el hombre no poseyere este único y summo bien, y lo abrazaré con brazos de amor, siempre andará derramado sin quietud, congojoso sin descanso, y hambriento sin verdadera hartura. Y aunque esté lleno de todas las riquezas y deleites del mundo, no alcanzará el descanso que desea, sino mediante el tocamiento deste divino amor. Mas despues que hubiere hallado este summo bien, fácilmente dará de mano á todas las criaturas, y con el Salmista dirá (*s*): Bueno es á mí llegarme á Dios; y con el sancto Job (*t*): En mi nido moriré, y como palma multiplicaré los dias. Este tal no busca ya fuera de sí consolaciones terrenas, porque dentro de sí tiene aquel que es piélago de inestimables consolaciones, y de todas las cosas que el corazon humano puede desear. Y de tal manera es tocado con el gusto y conoscimiento experimental de Dios, y con tanta claridad penetra la verdad de los misterios de la fe, que si todos los hombres del mundo le dijesen: Engáñaste, miserable, engáñaste, porque no son verdaderas las cosas de la fe que profesas; él confiadamente responderia: Vosotros sois los miserables y los que os engañais, porque lo que yo creo es summa verdad. Esto responderia con grandísima firmeza, no solo por la lumbre y hábito de la fe que á esto le inclina, sino tambien por la experiencia y gusto que tiene de Dios; el cual es tan grande y tan admirable, que cuando entra en un ánima con abundancia de sus dones, él trae consigo las señales y muestras de quién es. Y los que desta manera andan unidos con Dios, no pueden dejar de ser muy familiares amigos suyos, y así alcanzan muchas veces con sus oraciones mayores bienes para la Iglesia en un hora, que muchos otros que tales no son, en muchos años.

Estos otrosí gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo. La cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte, del infierno y del purgatorio, y sobre todas las calamidades que se les pueden ofrescer en este mundo; porque confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo los piés. Y ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de la presencia interior de Dios; porque ya están habituados y enseñados á conservar la unidad y simplicidad del espíritu en la muchedumbre de los negocios, como quien ha recebido estabilidad esencial, y conversion perpetua del corazon á Dios. Y de aquí nasce que de todas cuantas cosas ven y oyen, toman motivos para levantar el corazon á él, de tal manera, que todas las cosas, si decirse puede, se les vuelven en Dios; pues en todas ellas ninguna otra buscan con la intencion y con el amor sino á él. Los cuales, como están dentro de si tan ocupados y tan unidos con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos, y hablando como mudos; porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera dellas. Desta manera viven una vida angélica y sobrenatural: por lo cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con solo el cuerpo en la tierra, todo lo demas está en el cielo. Tal fué el espíritu, la vida y la conversacion de todos los sanctos, á cuya imitacion habian de encaminar los fieles todos sus intentos y deseos.

(*s*) Psal. 72. (*t*) Job. 29.

§. II.

De ocho grados del amor de Dios.

Mas aquí es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior de que hablamos, sino sola la perfecta caridad. Para lo cual es de saber que esta virtud, así como va creciendo, así va obrando en el ánima mayores y mas excelentes efectos. Porque primeramente ella, cuando Dios la ordena, trae consigo un conoscimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios; del cual conoscimiento nasce una grande inflammacion de la voluntad, y desta inflammacion un maravilloso deleite, y deste deleite un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y desta una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra ánima descansa, y tiene su sábado espiritual con él.

En lo cual paresce que estos ocho grados van de tal manera encadenados, que uno abre camino para el otro, y el que precede abre camino y dispone para el que se sigue; porque el primer grado (que es aquel conoscimiento experimental de Dios) es una muy principal puerta por donde entran los dones y beneficios de Dios en el ánima, y la enriquecen grandemente. Porque deste conoscimiento, que está en el entendimiento (aunque derivado del gusto de la voluntad), procede una grande inflammacion y fuego en esa mesma voluntad, con el cual arde en el amor de aquella inmensa bondad y benignidad que allí se le descubrió. Y deste fuego nasce un suavísimo deleite, que es aquel manná escondido que nadie conosce sino el que lo ha probado (*v*), el cual es propriedad natural, que anda en compañía del amor, y procede dél, así como la lumbre naturalmente procede del sol. Este es uno de los principales instrumentos que toma Dios para sacar los hombres del mundo, y destetarlos de todos los deleites sensuales. Porque es tan grande la ventaja que hace este deleite á todos los otros deleites, que fácilmente renuncia el hombre á todos los otros por él.

Y porque las cosas espirituales son tan excelentes y tan divinas, que miéntras mas se gustan mas se desean, luego deste gusto nasce un encendidísimo deseo de gozar y poseer este tesoro; porque ya el ánima en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso sino en él. Y porque sabe que este bien se alcanza con el trabajo de las virtudes y aspereza de la vida, y con la imitacion de aquel Señor que dice: Yo soy camino, verdad y vida, nadie viene al Padre sino por mí; de aquí nasce otro encendidisimo deseo, no solo de meditar, sino tambien de imitar la vida deste Señor, y andar por todos los pasos

(*v*) Apoc. 2.

que él anduvo. Y los pasos son humildad, paciencia, obediencia, pobreza, aspereza, mansedumbre, misericordia, y otros tales.

A este deseo sucede la hartura (tal cual en esta vida se puede poseer), porque no da Dios deseos á los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores. Y así como él es el que mata y da vida, así tambien él es el que da á los suyos el deseo y la hartura, con la cual se engendra en la ánima un tan grande hastío de las cosas del mundo, que las viene á tener como debajo los piés, con lo cual queda ella pacífica, satisfecha y contenta con solo este dulcísimo bocado, en quien halla todos los gustos y deleites juntos, y conosce por experiencia que en ninguna otra cosa puede la criatura racional hallar cumplido reposo sino en solo él.

A este tan alto grado sucede la embriaguez, que sobrepuja á la hartura, á que nos convida el Esposo en el libro de los Cantares, con la cual el ánima se olvida de todas las cosas perescederas, y á veces de sí mesma, por estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad y suavidad de Dios.

Desta celestial embriaguez se sigue el séptimo grado, que es seguridad, aunque no perfecta, cual es la de la gloria, si no cual se sufre en esta vida, que es mayor de lo que nadie puede imaginar, con la cual canta el hombre alegremente con el Profeta (segun traslada Sant Hierónimo (*x*), diciendo: Tú, Señor, me heciste morar seguro en la confianza. Porque despues de probada por tales medios la inmensidad de la bondad y providencia paternal de Dios, viene á participar una maravillosa seguridad y confianza en esta providencia, la cual hace animosamente decir aquellas palabras del Profeta (*y*): El Señor es nuestro refugio y nuestra fortaleza: por tanto no temerémos aunque se turbe la tierra, y se trastornen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar.

Pues desta tan grande seguridad y confianza nasce la tranquilidad del ánima, que es un cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor; y es finalmente aquella paz que el Apóstol dice (*z*) que sobrepuja todo sentido; porque no hay seso humano que baste á comprehender lo que es, sino aquel que lo ha probado (*a*). Y la felicidad destos dos postreros grados prometió el Señor á sus escogidos, por Isaias, cuando dijo (*b*): Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y abastado de todos los bienes. Este es, hermano mio, el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro, y este es el tesoro escondido á los ojos del mundo en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene por alcanzarlo (*c*).

§. III.

De cómo es mucho para sentir, que no trabaje el hombre para alcanzar el amor de Dios.

Pues ¿cuál es el hombre que oidas estas nuevas, y sabiendo que tan aparejada está la divina gracia para él como para todos los sanctos, no trabaja por entrar por esta puerta á gozar de tan grandes bienes en esta vida?

(*x*) Juxta Hebr. Psal. 4. tom. 7. (*y*) Psal. 45. (*z*) Philip. 4.
(*a*) Apoc. 2. (*b*) Isai. 32. (*c*) Matt. 13.

¡Oh perdidos y ciegos hijos de Adam! ¿para qué andais buscando con tanto trabajo y en tantos lugares lo que con ménos trabajo se halla todo junto en solo Dios? Verdaderamente los caminos de Sion están llorando, porque no hay quien venga á esta solemnidad, á esta fiesta, y á este sábado espiritual, en que el ánima fiel huelga y reposa en Dios. Porque si es verdad (como arriba alegamos de Boecio) que todos los cuidados y trabajos de los hombres tiran á un solo blanco, que es alcanzar descanso y hartura de su voluntad, la cual es imposible hallarse fuera de Dios (que es nuestro último fin), ¿qué locura es buscarla fuera de su proprio lugar? Caminan los hombres á las Indias, y revuelven la mar y la tierra buscando cosas en que piensan hallar descanso, y no miran cuán grande yerro es buscar con tanto trabajo fuera de sí lo que dentro de sí habian de buscar. ¿No dice el Salvador que el reino de Dios está dentro de nos?

Y ¿qué otra cosa es este reino, sino, como dice el Apóstol (*d*), justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto? Donde la justicia es como la raiz deste bien, mas la paz y alegría, como los fructos que se siguen desta raiz; en lo cual consiste nuestra quietud y felicidad. Y esto nos significan aquellos dos nombres de Melquisedec, el cual se llamaba rey de justicia, y rey de paz (*e*); las cuales dos cosas andan siempre tan hermanadas, que nunca jamas se hallan, ni la paz sin la justicia, ni la justicia sin la paz. Por lo cual en vano trabaja por hallar paz y alegría verdadera, quien la busca sin justicia y sin buena consciencia.

Algunos hay que oyendo esto comienzan luego á disponerse para buscar á Dios, mas no con aquella humildad y simplicidad, ni con aquella determinacion que el negocio requiere. Los cuales como no tienen raices hondas de propósitos firmes y amor de Dios, luego á los primeros soles se secan; porque vencidos de un poco de dificultad que hallan á los principios, luego se vuelven del camino. Otros hay, que muchas veces caen y se levantan, y unas veces desmayan y desconfian, y otras se esfuerzan y cobran ánimo. Los cuales todavía, aunque cayendo y levantando, finalmente ayudados con la divina gracia aprovechan en este ejercicio, y llegan al cabo. Otros hay que dicen: Bástanos vivir como los otros viven. ¿Qué necesidad hay agora de hacer singularidades y extremos, pues sin esto nos podemos salvar? Desta manera andan batallando los hombres á los principios; porque pelean entre sí la voluntad carnal y espiritual, el amor mundano y el divino. Y porque el amor mundano á los principios está fuerte, resiste al amor divino, porque no querria perder su nido, ni el derecho que dende su niñez en el hombre poseyó. Y no se puede negar sino que es muy trabajoso este divorcio, y como desafío de dos partes tan poderosas; mas la gracia de Dios, y la firme voluntad y perseverancia todo lo vence; porque poco á poco, continuando los espirituales ejercicios, viene á esforzarse la parte superior del ánima contra la inferior, de tal manera que la parte superior recibe mayores gustos y sentimientos de Dios, y la inferior menores gustos y contentamientos del mundo; y así cae la naturaleza corrupta debajo del poder y virtud de la divina gracia. Porque el ejercicio continuado de las devotas lecciones, oraciones y meditaciones, sanc-

(*d*) Rom. 8. (*e*) Melchisedech, Rex Salem. D. Hieron. de Nominibus Hebraicis, tom. 5. epist.

tifica y purifica nuestro corazon; el cual así purificado comienza á gustar cuán suave es el Señor, y gustada la espiritual suavidad, luego toda carne pierde su sabor, y luego el hombre corre lijeramente por el camino de Dios al olor de sus ungüentos. Desta manera pues continuando el hombre sus ejercicios, crecen siempre los buenos deseos, y siempre halla nuevos pastos con que se sustente; porque en ninguna parte hay mayor materia de admiracion, ni mayor causa de deleite. Pero esta gracia mas se alcanza con íntima compuncion, que con profunda especulacion; mas con sospiros, que con argumentos; mas con lágrimas, que con palabras; y finalmente mas con oracion, que con leccion; aunque todavía es de mucho fructo la devota leccion.

CAPITULO II.

De cómo la perfeccion de la vida cristiana consiste en la perfeccion de la caridad, y cuál sea la perfeccion desa caridad.

Sentencia es comun de todos los sanctos (*a*), que la perfeccion de la vida cristiana consiste en la perfeccion de la caridad; por lo cual el Apóstol en un lugar la llama vínculo de perfeccion (*b*), y en otro, fin de toda la ley (*c*). La razon desto es, porque, como dice Sancto Tomas (*d*), entónces una cosa está en toda su perfeccion, cuando ha llegado á su término y al último fin para que fué criada; porque sobre esto no tiene mas adonde subir, pues llegó á lo postrero que podia llegar. Y cónstanos tambien que el último fin y como centro de la criatura racional es Dios, en quien solo se halla todo lo que el entendimiento humano puede entender, y todo lo que la voluntad puede amar, como en un bien universal que todo lo comprehende. De donde se infiere que en aquella virtud señaladamente estará toda la perfeccion desta criatura, que tiene por oficio ayuntar el hombre con este summo bien, y hacerle una cosa con él; lo cual es proprio de la caridad, que ayunta al hombre con Dios por amor, y le hace una mesma cosa con él; como lo testifica el evangelista Sant Juan, diciendo (*e*): Dios es caridad; y quien está en caridad está en Dios, y Dios en él. Por do paresce que pues la caridad entre todas las virtudes es la que junta nuestra ánima con Dios, y la que la pone en su centro, y hace conseguir su último fin, que en ella consiste la perfeccion de la vida cristiana; y así segun que ella estuviere mas ó ménos perfecta, así será mas ó ménos perfecta esta vida. De manera que el que fuere perfecto en la caridad, será perfecto en esta vida.

Mas preguntarás: ¿En qué consiste la perfeccion desta caridad? A esto responde el mesmo sancto doctor, diciendo (*f*) que tres grados ó maneras de perfecciones hay en esta virtud. El primero pertenesce á solo Dios, el segundo á los que claramente ven á Dios, y el tercero á los que en esta vida por gracia caminan á Dios. Pues la primera y summa perfeccion de la caridad (que pertenesce á solo Dios) es amarle tanto cuanto él meresce ser amado. Lo cual nadie puede hacer sino él; porque así como él solo perfectamente se comprehende, así él solo perfectamente se ama. La segunda perfeccion es de los que claramente ven á Dios en su hermosura, los cuales le aman con lo último de todas sus fuerzas, y esto siempre actualmente, sin jamas cesar, ni poder cesar. Porque así como el que tiene los ojos abiertos no puede dejar de ver el objeto que tiene delante, así la voluntad, teniendo delante de sí el summo bien por objeto, no puede dejar de estar amándolo siempre y actualmente con todas sus fuerzas, y con lo último de su poder; porque la excelencia deste bien de tal manera le arrebata y lleva en pos de sí, que no puede dejar de estar siempre amándolo con esta fuerza. La tercera perfeccion es de los que en esta vida aman á Dios, la cual aunque no puede llegar á este grado de los bienaventurados, mas esfuérzase cuanto puede por llegar á él; para lo cual trabaja por despedir de sí, no solo todos los pecados, sino tambien todos los impedimentos que la apartan de estar actualmente amando á Dios, ó que puedan entibiar su afeccion para con él. Y como todos estos nazcan de la concupiscencia del amor proprio, por eso toda su contienda y guerra es contra él, y conforme á la victoria desta pasion, se determina esta manera de perfeccion. Y así dice Sant Augustin (*g*), que la ponzoña del amor de Dios es el amor proprio; y la perfeccion del amor de Dios es la mortificacion deste amor; porque este es el efecto que se sigue desta causa; aunque esta mortificacion no puede ser del todo perfecta en esta vida, porque (como dice el mesmo sancto) la concupiscencia puede en esta vida menoscabarse, mas no acabarse. De aquí pues concluye el sancto doctor (*h*) que la perfecta caridad desta vida es aquella que poderosamente resiste y despide de sí todo lo que entibia y aparta el ánima deste actual amor de Dios; que son todos los pecados, y todos los otros impedimentos que por parte del amor proprio la hacen divertir de la continuacion y ejercicio deste amor. De manera que cuanto la afeccion de la caridad estuviere mas inflammada, y mas unida con Dios por actual amor, tanto resiste mas fuertemente á todos los otros peregrinos amores que la apartan deste amor, y tanto será ella mas perfecta, como mas semejante á la de aquellos soberanos moradores del cielo, que siempre y actualmente con todas sus fuerzas arden en el amor de Dios.

Este es pues el dechado que se nos pone para amar á Dios, y á esto tira aquel precepto que nos manda amarle con todo nuestro corazon, y con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas; no porque este mandamiento se puede perfectamente cumplir en esta vida, sino para que por aquí supiésemos á qué blanco habíamos de enderezar todos los pasos é intentos della. Y conforme á esto dice el mesmo sancto doctor (*i*), que la perfeccion posible á la caridad en esta vida es que el hombre emplee todo su estudio y diligencia en amar á Dios, renunciando todos los otros cuidados y negocios terrenos; si no es en cuanto la obligacion del estado, ó la necesidad natural puntualmente lo pidiere. Esta es una tan grande verdad, que hasta los mesmos filósofos, sin tener lumbre de fe, alcanzaron por sola razon. Porque uno dellos dice así: El principio y fin de la perfecta y bienaventurada vida es un continuo mirar á Dios, y un abrazo interior, y una entrañable afeccion de nuestra voluntad para con él. Por lo cual estando el ánima con firmes raices afijada en él, conservarse ha, y conseguirá aquella perfeccion para que Dios la crió. Pero cuando de aquí se

(*a*) D. Aug. Dom. 1. post oct. Epiph. de temp. ser. 59. (*b*) Colos. 3.
(*c*) 1. Timot. 1. (*d*) Super caput 3 Colos. lect. 3. (*e*) 1. Joan. 4.
(*f*) 2. 2. q. 24. art. 8. et Opusc. 18. usque ad cap. 7.

(*g*) De verbis Domini secundum Luc. ser. 55. tom. 10. etc.
(*h*) D. Tho. ubi supr. (*i*) Ubi supr.

apartare, vendrá á secarse y marchitarse, así como el ramo cuando le cortan del árbol, que luego pierde todo su verdor y hermosura. Todo esto supo decir un filósofo gentil, para que veas cuánta sea la fuerza desta verdad.

Pues segun esto, cuando el hombre en esta vida mortal llegare á un tal grado de amor, que despreciadas todas las cosas perecederas, en ninguna tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados, y deseos, y pensamientos sean en Dios; y esto con tan grande continuacion, que siempre ó casi siempre traiga su corazon puesto en él, por no hallar descanso fuera dél, y hallarlo en solo él; cuando desta manera muriendo á todas las cosas viviere á solo Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entónces habrá entrado en la bodega de los vinos preciosos del verdadero Salomon (*k*), donde embriagado con el vino deste amor, se olvidará de todas las cosas, y de sí mesmo por él.

Bien veo que pocos pueden llegar á este grado, y que las necesidades de la vida, y las obligaciones de justicia, y la mesma caridad nos pide muchas veces (si decirse puede) que dejemos á Dios por Dios; pero todavía se dice esto así, para que veamos el término adonde habemos de caminar en cuanto nos fuere posible, porque aunque nadie puede llegar á él, pero mas cerca llegarán los que extendieren sus ánimos y propósitos á cosas mayores, que los que pusieren raya á sus deseos en mas bajo lugar. Conforme á lo cual dice un sabio: En todas las cosas buenas habemos de desear lo summo, porque á lo ménos alcancemos siquiera lo mediano. Y con este afecto y deseo decia Sant Bernardo (*l*): Muera, Señor, mi ánima, no solo muerte de justos, sino tambien de ángeles; conviene saber, que esté tan muerta á todas las cosas del mundo, y tan fuera dellas, como lo están, no solamente los justos, sino tambien los ángeles, si esto fuese posible. Porque el deseo muy abrasado y encendido no tiene cuenta con las proprias fuerzas, no reconosce términos, no se mide con la razon, no desea solamente lo posible; porque no mira lo que puede, sino lo que quiere.

Este amor llaman los teólogos místicos, unitivo, porque su naturaleza es unir de tal manera al que ama con la cosa amada, que no halla reposo fuera della; por lo cual siempre tiene el corazon puesto en ella. Tal era el amor que por figura atribuyó el sancto Profeta á Benjamin, cuando dijo (*m*): Benjamin, muy amado del Señor, morará seguramente; todo el dia se estará en su tabernáculo, y entre sus brazos dulcemente reposará. Porque proprio es del amor grande hacer esta liga, y tanto mas apretada, cuanto él es mas fuerte, como dice Sant Dionisio (*n*). Tal muestra el profeta David que era su amor en muchos de sus salmos (*o*); porque unas veces dice que su ánima andaba siempre ligada con Dios, otra dice que traia siempre al Señor delante de sí, otras que tenia sus ojos siempre puestos en él. Tal era tambien el del profeta Isaías, cuando decia (*p*): Señor, vuestro nombre y vuestra memoria es todo el deseo de mi ánima. Mi ánima os deseó en la noche; y con todo mi espíritu y entrañas á la mañana velaré á vos. Tal era el del bienaventurado Sant Bernardo, de quien se escribe (*q*) que al principio de su conversion andaba tan absorto en Dios, y tan perdido por esto el uso de los sentidos, que ni sabia lo que comia, ni lo que vestia, ni dónde estaba, ni por dónde caminaba, por andar tan unido y tan elevado su espíritu en Dios. Porque esta es propriedad natural del amor cuando es perfecto, unir el corazon del que ama con la cosa amada; y el engrudo desta liga es la dulzura y suavidad inestimable que dese mesmo amor (como propriedad suya natural) procede; la cual de tal manera prende el corazon con la fuerza de su deleite, que le es muy penoso dejar este bocado, porque todo lo demas halla desabrido. Y así se escribe del bienaventurado Sant Augustin (*r*), que le eran desabridos todos los negocios del siglo, por la gran dulzura que hallaba en Dios, y en la hermosura de su casa que él amaba. Y no es esto mucho de maravillar, porque quien con lumbre del Espíritu Sancto llegare á entender qué tan grande sea la bondad y hermosura de Dios, y la benignidad y blandura de que usa con sus fieles amigos, nada desto tendrá por increible, porque mucho mas se ha de esperar de tal bondad, de tal caridad y tal nobleza. Ni debe querer nadie medir por frialdad y flaqueza la perfeccion de los sanctos, ni la virtud de la caridad; sino por quien es Dios, y por la mesma caridad. Porque si los padres que tienen hijos dicen que no puede nadie saber qué cosa sea amor de hijos, sino el que los tiene (siendo esto cosa tan natural y tan commun), ¿cómo podrá saber qué cosa es amor sobrenatural de Dios, sino el que arde en este amor?

Entendido pues este principio, fácil cosa será ver cuán convenientemente dice un doctor, que el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque la ánima esté siempre unida con Dios por oracion, contemplacion y actual amor: que es lo que hasta aquí habemos declarado. Mas porque para llegar á esto son necesarios medios y escalones, dellos tratarémos brevemente en lo que resta deste tratado, el cual se dividirá en dos partes: en la primera tratarémos de las cosas que nos ayudan á alcanzar el amor de Dios, y de las que nos lo impiden; y en la segunda pondrémos algunas oraciones y consideraciones, así de los beneficios de Dios como de sus perfecciones, para con ellas despertar y atizar nuestros corazones en el amor deste Señor.

CAPITULO III.

Del principal medio por do se alcanza el amor de Dios, que es un ardentísimo deseo dél.

Declarado ya cómo el fin de la vida cristiana consiste en el amor de Dios, conviene que declaremos luego por qué medios se alcanza este amor; aunque mejor será decir de qué manera lo suele communicar Dios á las ánimas, para que por aquí sepa el hombre cómo se haya de ir acommodando y aparejando á recebir este beneficio de Dios, haciendo lo que es de su parte, y obrando juntamente con él.

Para lo cual primeramente conviene presuponer que ninguna diligencia humana por sí sola es bastante para alcanzar esta virtud, porque ella es obra y dádiva graciosa de Dios, y principalísima entre todas sus dádivas. Y así dice el Apóstol (*a*), la caridad de Dios se ha infundido

(*k*) Cantic. 2. (*l*) Super Cantic. ser. 52. in med. (*m*) Deut. 33. (*n*) De Divin. Nomin. cap. 4. in fin. (*o*) Psal. 72. 15. 24. (*p*) Isai. 26. (*q*) In ejus vita.

(*r*) Ecclesia in ejus offic. ex Confessionib. lib. 8. cap. 1. (*a*) Rom. 5.

en nuestros corazones por mano del Espíritu Sancto que nos fué dado. De suerte que el Espíritu Sancto (el cual entre las personas divinas esencialmente es amor), ese mesmo es el que deciende en el ánima del justo, y el que influye y cria en ella este hábito celestial, el cual lo inclina y mueve á amar á Dios. Por donde así como el mesmo Espíritu, mediante el hábito de la fe, inclina nuestro entendimiento á creer todo lo que dice Dios, así este hábito de la caridad inclina nuestra voluntad (que estaba resfriada en su amor) á que le ame sobre todo lo que se puede amar. Buscaron los hombres invenciones y artificios con ciertas maneras de hechizos para criar amor donde no lo habia, y esto para destruir las ánimas y enlazarlas en los vicios. Y pues aquella divina bondad y Providencia no es ménos ingeniosa y cuidadosa en buscar invenciones para el bien, que los malos para el mal, no es maravilla criar él este hábito sobrenatural en los corazones de los hombres, para encenderlos en el amor de las cosas sobrenaturales é invisibles, para que estaban resfriados.

Es pues agora de saber que la mas commun y ordinaria manera que nuestro Señor tiene para acrescentar y perfeccionar esta virtud en sus escogidos, es darles primero un nuevo gusto y conoscimiento experimental de la dignidad, suavidad y hermosura desta virtud, para encender en el ánima un grandísimo deseo della, y de trabajar todo lo posible por ella. De manera que se há en esta parte como un mercader que quiere vender un vino muy precioso, el cual primero da á probar al que lo ha de comprar, para que aficionado á la bondad de la mercadería, se apareje á dar todo cuanto le pidieren por ella. Esto en figura nos representa el casamiento del patriarca Jacob con Raquel (*b*), el cual primero vió la hermosura desta doncella, y desta vista se siguió en él una muy entrañable aficion de casar con ella, y esta le hizo decir á su padre: Servirte he siete años por tu hija Raquel, y parescerle poco todo esto por la grandeza del amor. Pues ¿qué es esto, sino aquello mesmo que leemos en el libro de los Cantares (*c*)? Si diere el hombre todo cuanto tiene por la caridad, como nada lo despreciará. Oye pues agora, hermano: este vino y esta Raquél todo es una mesma cosa. Porque este vino es la caridad, y esta Raquel es la figura de la divina contemplacion, que se ordena á la mesma caridad. Este es el vino que el Señor hizo de agua en las bodas (*d*), el vino á que nos convida la Esposa, cuando dice (*e*): Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados; el vino finalmente que decia David (*f*): El cáliz que me embriaga, ¡cuán esclarescido es! La cual palabra no se halla en los ejemplares hebreos, adonde solamente dice el Salmista (*g*): El cáliz que me embriaga: y quedóse allí como suspenso, sin querer pasar adelante, porque no halló palabra que bastase para hinchir la medida de lo que sentia su corazon, y por esto quiso encubrir, como con una sombra, lo que con colores no podia declarar.

Pues la primera cosa que hace el Señor con los suyos cuando los quiere hacer crescer en esta virtud, es darles á probar un poco de la inestimable suavidad deste vino, que es darles un conoscimiento, no humano, sino divino; no natural, sino sobrenatural; no especulativo, sino experimental; con el cual da á sentir al hombre la inefable suavidad y hermosura desta virtud, y juntamente le enseña cómo ella es reina de todas las virtudes, y muerte de todos los vicios; cómo ella es la que levanta al hombre sobre los cielos, y le junta con Dios, y hace participante de la suavidad celestial: para que prevenido con bendiciones de dulcedumbre, y cebado con este pasto, y visto el precio desta mercadería, trabaje todo lo posible por alcanzarla. De manera que esto da nuestro Señor como de antémano y sin trabajo, pero todo lo demas quiere que se compre con él. Y así leemos que primero recibió Jacob á Raquel por esposa, mas despues se siguieron los siete años de servicio por ella (*h*). Y así tambien el mercader da primero á probar el vino de gracia, pero todo lo demas da por su justo precio.

(*b*) Gen. 29. (*c*) Cant. 8. (*d*) Joan. 2. (*e*) Cant. 5. (*f*) Psal. 22. (*g*) D. Hieron. juxta Hebr. Psal. 23. tom. 7.

§. ÚNICO.

Del deseo del divino amor, y cuál deba ser para alcanzarle.

Pues desta manera de conoscimiento susodicho, se sigue en el ánima un encendidísimo deseo desta virtud, el cual deseo es tambien un muy especial don de Dios, así como tambien lo es el conoscimiento de donde nasce. Mas qué tan grande sea este deseo en algunas personas, apénas hay comparaciones con que se pueda explicar. Grande es el deseo que el avariento tiene de su dinero, y el ambicioso de su honra, pues por esto el uno y el otro beben los vientos y trastornan el mundo; mas todo esto es poco en comparacion deste deseo, el cual así como procede de mas noble principio, y pretende mas alto fin, así es sin comparacion mayor. Este deseo tenia el Sabio, cuando hablando desta virtud, decia (*i*): Esta amé y busqué dende el principio, y procuré tomarla por esposa, por andar grandemente enamorado de su hermosura. En las cuales palabras da á entender que así como un hombre que anda perdido por amor de una doncella, como se escribe que andaba Amnon por Tamar, hija de David (*k*), ni come, ni bebe, ni duerme, ni reposa, ocupado en este pensamiento (porque la llaga de la aficion entrañable no le deja sosegar), y no hay trabajo ni peligro á que no se ponga por esta causa, ni está hábil para entender en otro algun negocio, porque todos los sentidos trae ocupados en este; así tambien el que desta manera arde con entrañable deseo de aquella esposa celestial, que es la divina sabiduría y la caridad, ninguna otra cosa piensa, ninguna mas precia, ninguna mas desea, y ninguna otra pide con mayor instancia, ni hay trabajo ni dificultad á que no se ponga por ella.

Pues el ánima que desta manera anda como cierva herida con la saeta deste amor, la que arde é hierve con este deseo, porque ha recebido ya las primicias y arras del Espíritu Sancto, y gustado ya con el paladar purgado y limpio una gota de aquella inefable suavidad y bondad de Dios; esta tal por ninguna via puede reposar hasta llegar á la fuente de aquella agua de vida que ya probó. Y así como el perro del cazador anda flojo y perezoso cuando no ha dado en el rastro de la caza, mas despues que la ha sentido, hierve con una grande lijereza, buscando en unas y otras partes lo que olió, y no descansa hasta hallarlo; así tambien lo hace el ánima despues que una vez de verdad sintió el olor de aquella infinita sua-

(*h*) Genes. 29. (*i*) Sap. 8. (*k*) 2. Reg. 13.

vidad, corriendo al olor deste tan precioso ungüento. Desta manera nos manda el Señor que busquemos, y nos promete que alcanzarémos, en aquellas palabras que dice (*l*): Pedid y recebiréis, buscad y hallaréis, llamad y abriros han. Las cuales palabras declara así Eusebio Emiseno: Pedid orando, buscad trabajando y llamad deseando; porque muy grande conviene que sea en nosotros el deseo y ardor de las cosas celestiales, para que con la grandeza de los premios concuerde la grandeza de los deseos. No quiere el Señor que se hagan viles sus dones con la facilidad de alcanzarlos. Un tan precioso tesoro, y tan digno de ser deseado, pide un cobdicioso amador, y un avariento negociador. De suerte que aquel magnífico prometedor de tan grandes cosas, no huelga con el tibio, desprecia el fastidioso, no admite el forzado, y desecha el indevoto; porque tiene por grande injuria del dador, ser el hombre flaco y poco agradescido á sus dones. Deseemos pues, hermanos, todo cuanto pudiéremos, pues no podemos cuanto debemos. Y mas abajo en la mesma homilía nos torna á encomendar este mesmo ardor y deseo, diciendo: El deseo encendido de alcanzar, y la costumbre de aprovechar nos levante siempre á cosas mayores, y viendo Dios nuestra devocion encenderá mas nuestro corazon; y cuanto crescie-re mas nuestro deseo, tanto crescerá mas su socorro; y cuanto fuere mayor nuestra diligencia, tanto será mayor su gracia; segun aquello que está escripto (*m*): Al que tiene, darle han, y abundará. Y en otro lugar: Puse yo, dice Dios, ayuda en el poderoso; esto es, ayudé al que se ayudaba. De manera que, segun esto, la gracia nasce de la gracia, y el aprovechamiento del aprovechamiento, y la ganancia de la ganancia; para que cuanto alguno mas adquiere, mas se esfuerce y deleite en adquirir, y el fructo de la diligencia acresciente el deseo de la ganancia. Pues el que desta manera buscare, tenga por cierto que hallará. Mas el que caresciere de la flor deste deseo, tambien carescerá deste tan dulce fructo; como lo comprehendió brevemente Sant Bernardo en una epístola, por estas palabras (*n*): Así como la fe dispone para el perfecto conoscimiento, así el deseo para el perfecto amor; y así como el Profeta dijo (*o*): Si no creyéredes, no entenderéis, así tambien convenientemente se puede decir: Si no deseáredes, no amaréis perfectamente.

Pues este deseo tan encendido es la primera simiente deste árbol de vida; como claramente lo testificó el Sabio, cuando dijo (*p*): El principio de donde nasce la divina sabiduría, es un encendidísimo deseo della. Porque este deseo mueve al hombre á todos los medios y trabajos que para alcanzarla se requieren. Porque (como dice muy bien un sabio) no hay trabajo ni dificultad alguna para el que de verdad desea. Tal era el deseo que tenia el profeta David, cuando con juramento y voto decia (*q*), que ni entraria en el tabernáculo de su casa, ni reposaria en el estrado de su cama, ni daria sueño á sus ojos, ni descanso á los dias de su vida, hasta hallar lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob. Pues este noble deseo es la flor hermosísima de donde nasce este fructo celestial, y esta es la víspera y vigilia desta fiesta, como claramente lo significó el Sabio cuando dijo (*r*): Si buscares la sabiduría con aquella mesma ansia que los hombres buscan el dinero, y cavan para hallar los tesoros, ten por cierto que la hallarás. Todo esto comprehendió Sant Buenaventura en pocas palabras, diciendo: Este don celestial no lo tiene sino quien lo recibe, y no lo recibe sino quien lo desea, y no lo desea sino aquel á quien el fuego del Espíritu Sancto primero inflamma, el cual Cristo vino á poner en la tierra.

(*l*) Luc. 11. (*m*) Matt. 13. et 25. Psal. 88. (*n*) Epist. 18. in med. (*o*) Esai. 7. (*p*) Prov. 1. et Sap. 1. et 8. (*q*) Psalm. 131. (*r*) Prover. 2.

CAPITULO IV.

De otros medios mas particulares que sirven para alcanzar el amor de Dios.

Pues este deseo (como dijimos) es la raiz de donde nascen todas las ramas de virtud, que para alcanzar este bien tan deseado se requieren. Porque la impaciencia del deseo no deja reposar el corazon, sino ántes continuamente lo está espoleando á que por todos los medios posibles procure lo que desea.

§. I.

De las oraciones y aspiraciones continuas al amor de Dios.

Pues primeramente, porque sabe el hombre que este bien deseado está en poder de Dios, y que él es el que en sus manos esconde la luz, y le manda que torne á nascer, como se escribe en el libro de Job (*a*), y sabe tambien que uno de los principales medios que hay para alcanzar mercedes deste Señor, es la ferviente oracion, segun aquello del salmo, que dice (*b*): Cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad: esto es, con entrañables y verdaderos deseos: entendiendo esto, dase tanta prisa á importunar á Dios, que dia y noche, en los tiempos de la oracion y fuera dellos, y aun en medio de los mesmos negocios que trata, nunca cesa de gemir como paloma, y solicitar las entrañas de su piadoso Padre, pidiéndole esta merced. Y anda en esto tan embebecido, que ni comiendo, ni bebiendo, ni andando reposa, ni cesa de hinchir el cielo y la tierra de clamores, llamando á todas las puertas donde piensa hallar socorro, y especialmente implorando el favor de la sacratísima Vírgen, y de todos los santos, para que le ayuden en este requerimiento. No descansa, ni reposa, ni piensa que vive miéntras se ve pobre deste tesoro. Y con esta ansia se presenta ante el acatamiento divino con aquel leproso del Evangelio, diciendo (*c*):

Señor, si vos quisiésedes, bien podriades alimpiar mi ánima de todos sus pecados en la fragua de vuestro amor. Si vos quisiésedes, bien podríades súbitamente enriquecer al pobre. Si vos quisiésedes, bien me podríades hacer el mas alegre y mas dichoso del mundo con una sola centella de vuestro amor. Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? Qué poneis de vuestra casa? Qué perdeis de vuestra hacienda? Pues ¿por qué, Señor, siendo vos un piélago de infinita liberalidad y riquezas, deteneis en vuestra ira vuestras misericordias para conmigo? Por qué han de poder mas mis maldades que vuestra bondad? Por qué han de ser mas parte mis culpas para condenarme, que vuestra misericordia para salvarme? Si por dolor y satisfaccion lo habeis, á mí me pesa tanto de haberos ofendido, que quisiera mas haber padescido mil muertes, que haber pecado contra vos. Si por satisfaccion lo habeis, catad aquí este cuerpo, eje-

(*a*) Job. 36. (*b*) Psal. 144. (*c*) Matth. 8. Marc. 1. Luc. 5.

cutad en él, Señor, todos los castigos de vuestra ira, con tanto que no me negueis vuestro amor. Ameos pues yo, Señor Dios mio, fortaleza mia, firmeza mia, refrigerio mio, librador mio, ayudador mio, y esperanza mia. A vos solo quiero, á vos solo deseo, y á vos, Señor mio, llamo; pues vos solo sois mi principio y mi último fin. No me hartan, Señor, las cosas desta vida: no tienen gusto, ni sér, ni firmeza; todo es pobreza cuanto veo fuera de vos; todo aguas turbias y salobres, que no quitan, sino acrescientan la sed. A vos solo quiero, á vos solo busco, vuestro rostro, Señor, deseo, vuestro rostro buscaré, no aparteis vuestra cara de mí (*d*).

Con estos y otros semejantes clamores que el mesmo deseo enseña al ánima despues de prevenida con este amor, anda siempre solicitando los oídos de Dios, y con aquella piadosa cananea, y con aquel amigo importuno del Evangelio, nunca cesa de llamar, é importunar, y pedir esta merced. Y es muy conveniente medio para esto tomar el hombre en sí el corazon y espíritu de los pobres que andan mendigando, como lo tomaba aquel sancto rey David (*e*), que unas veces se llama huérfano, otras enfermo, otras pobre mendigo y desamparado; y con este corazon tan humilde clamar á Dios, y pedirle esta limosna. Y no solo ha de imitar á estos en la diligencia y continuacion del pedir, sino en todas las otras diligencias de que para esto usan. Mira pues de la manera que andan estos, llagados, perniquebrados y enfermos, sufriendo hambres, frios y calores, con todas las injurias del dia y de la noche, buscando de comer, y con cuánta paciencia están esperando todo el dia una pequeña limosna, la cual muchas veces no alcanzan. Pues si todo esto se hace y padesce por un pedazo de pan, ¿qué será razon hacer por aquel pan de los ángeles que mantiene las ánimas? Mira otrosí cómo estos procuran saber los lugares mas oportunos para pedir, como son las iglesias, y las personas mas limosneras, y allí acuden á pedir socorro. Pues así este espiritual mendigo busca el lugar del silencio y de la soledad, que es mas conveniente para orar y pedir limosnas á Dios, y de ahí se convierte á los sanctos, que son como casas de ricos piadosos, para pedirles tambien ayuda. Mira tambien cómo este encubre el bien que tiene, si algo tiene, y descubre las llagas y los miembros mas podridos, para mover á misericordia á los que le pueden ayudar, y así estotro no descubre en la oracion las riquezas que tiene, como hacia el soberbio fariseo (*f*), sino las llagas y miserias de los pecados, como el humilde publicano, para provocar la misericordia divina con la representacion de su miseria. Finalmente, así como este pobre mendigo en ninguna otra cosa gasta todo el dia dende la mañana hasta la noche sino en andar pidiendo de puerta en puerta, aprovechándose de todas cuantas ocasiones para esto le pueden ayudar; así este espiritual mendigo trabaja cuanto le es posible porque toda su vida sea una perpetua oracion, y de todas las cosas toma ocasion para encenderse mas en este deseo, y perseverar mas en esta demanda, y levantar su corazon á Dios. Cuando ve la hermosura de este mundo, y de todas las criaturas que hay en él, por ellas entiende (como dice el Sabio) cuánto mas hermoso será el Criador (*g*) que las crió, y cuánto mayor admiracion y amor causará la vista dél; y esto le mueve á pedirle con mayor instancia este amor. Si ve alguna cosa fea, entiende por aquí que no hay otra fealdad mayor que la del ánima que caresce deste amor, y así pide al Señor que no permita en ella esta tan grande fealdad. Finalmente todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, entiende que son beneficios de Dios, y muestras de su bondad y perfeccion, y así le parece que todas ellas le están dando voces, y pidiéndole el amor de tal Señor.

(*d*) Psal. 26. (*e*) Psalm. 9. 6. 39. 108. (*f*) Luc. 18. (*g*) Sap. 13.

Para este negocio es bien tener el hombre aparejadas algunas breves y devotas oraciones que traiga siempre en la boca de su ánima, con que pida á nuestro Señor este amor, y se encienda mas en él. Porque las palabras de Dios son como atizadores deste fuego celestial, de las cuales se pondrán algunas en el fin deste tratado. Aunque para esto suelen ser mas convenientes aquellas que el mesmo deseo y hambre desta gracia enseña á decir, mayormente cuando es grande. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo (*h*), la lengua del ánima es la devocion, y por eso cuando ella está devota, muy bien sabe alegar de su derecho, y presentar sus necesidades á Dios. Mas para cuando no lo está, suele ser este muy conveniente medio, como dice Sant Augustin (*i*), el cual para este efecto dice que escribió el Manual, donde están muchas destas oraciones.

Este es pues el primer ejercicio que procede deste sancto deseo, el cual es muy encomendado por todos los que desta materia tratan, por ser uno de los principales medios que sirven para alcanzar la perfeccion desta virtud. Porque dado caso que haya otros muchos medios por donde ella crezca y se haga mas perfecta, pero señaladamente cresce con sus proprios actos (que es con ejercicio de amar á Dios), y tanto mas, cuanto ellos son mas fervorosos y vehementes. Porque así como mas se hinca un clavo con una martillada grande, que con muchas pequeñas, así cresce mucho mas la caridad con un acto generoso y vehemente, que con muchos tibios y remisos. Los cuales, aunque siendo multiplicados podrian acrescentar la caridad, mas por otra parte viene con el uso dellos el hombre á hacerse poco á poco tibio y remiso, con lo cual se va disponiendo á perder esa mesma caridad, que es mucho para temer y considerar. Mas porque estos deseos y oraciones encendidas de que hablamos, ó son actos de caridad, ó muy propincuos á ella, de aquí nace ser tanta parte para aprovechar en ella, y ser tan encomendados por todos los maestros desta mística teología.

§. II.

Del recogimiento de los sentidos, y muchedumbre de los negocios.

Sabe tambien este devoto orador, que para que la oracion sea atenta y devota, es menester apartarse de la muchedumbre de los negocios no necesarios, recoger tambien los sentidos, especialmente los ojos y los oídos; porque lo uno y lo otro ahoga el espíritu con la muchedumbre de los cuidados, y con la diversidad de las cosas que por estos sentidos entran en nuestras ánimas. Por lo cual trabaja todo lo posible por encerrarse dentro de sí mesmo, apartándose todo lo que buenamente puede de los negocios no necesarios, y recogiendo los sentidos y potencias de su ánima, para que desta manera unido consigo mesmo, esté todo entero sin dividirse, para levantar puramente su corazon á Dios, y emplearse todo

(*h*) Sup. Cant. serm. 45. non longè à fine. (*i*) In ejus præfatione.

en él. A lo cual nos convida Sant Anselmo, diciendo así: Ea pues, hombre miserable, huye un poco de tus ocupaciones, y escóndete de tus pensamientos inquietos, despide de tí los cuidados cargosos, y pon á un cabo los trabajosos distraimientos, y recoge tu corazon para vacar á Dios, y reposar en él. Huye las ocupaciones de las obras exteriores, escóndete del desasosiego de tu imaginacion, despide los cuidados de la razon, pon aparte los derramamientos de la voluntad, y apareja tu espíritu para vacar á Dios. Mas mira que de tal manera hagas esto, que no hagan burla los enemigos de tus sábados (*k*), que es del reposo de tu contemplacion. Por tanto mira que de tal manera te has de dar á Dios, que no solo le veas con el entendimiento, sino que tambien le gustes con la voluntad; porque desta manera fácilmente despreciarás todas las otras cosas por él. Porque (como dice Ricardo) no puede ninguno tener hastío de los bienes exteriores, si no ha gustado los interiores; ni tampoco gustar los interiores, sino apartándose poco á poco de los exteriores. Por tanto el varon devoto recoja su corazon de las cosas exteriores á las interiores, y de las interiores á las superiores: para que todo su trato y conversacion sea con Dios, que es proprio de los que aspiran á la perfeccion.

§. III.

De los ayunos, disciplinas y otras asperezas.

Sabe tambien que las oraciones acompañadas con ayunos, disciplinas y aflicciones corporales, son muy poderosas para alcanzar mucho ante Dios; como fuéron las del profeta Daniel por esta causa, segun que el mesmo ángel se lo reveló (*l*). Porque (como dijo muy bien una persona religiosa) nada es lo que nada cuesta. Y por tanto lo que mucho es, mucho nos ha de costar. Ni á la dignidad de los dones de Dios, ni á la seguridad del hombre conviene que se dé por poco precio lo que se ha de conservar con mucho recaudo. Por esto dice Eusebio Emiseno: No sabe conservar el beneficio el que no sabe desearlo, y peligro corre la gracia, cuando no se busca con diligencia. La razon y órden que Dios puso en las cosas es, que haya proporcion entre la causa y el efecto, entre los medios y el fin, y entre la forma y las disposiciones que la han de preceder. Y pues el fin y forma que pretendemos es tan excelente, porque por medio del amor de Dios alcanzamos al mesmo Dios, ¿qué trabajo, qué diligencia habrá que sea grande comparada con este fin? Responda pues la diligencia á la gracia, y concuerde el trabajo con el galardon. No quiere el Señor que se tengan en poco sus dones, y por eso, aunque algunas veces los dió á quien no los buscaba, y despertó á quien dormia (como lo hizo con Sant Pablo y con algunos otros), pero generalmente hablando, no los da sino á quien los busca de verdad, y no los busca desta manera, sino quien los busca con afliccion de cuerpo y de alma. Y pues la gracia que se pide no es para el ánima sola, sino para todo el hombre, justo es que todo el hombre juntamente la procure; el ánima con deseos, y el cuerpo con aflicciones: para que así sean participantes en el trabajo, los que lo han de ser en el fructo.

Entendiendo pues esto el deseoso del amor de Dios, comienza luego á ofrecerse alegremente á todo género de trabajos, de ayunos, de cilicios, de disciplinas, de vigilias y de otras semejantes asperezas. Y de tal manera se deleita en esto, que anda en los trabajos sin trabajo, y en las fatigas sin fatiga; porque no mira á los trabajos, sino al fructo, ni á las fatigas, sino á la causa dellas, que es el amor de Dios; por lo cual no ménos le parescen pequeños sus trabajos, que á Jacob los suyos por el amor de Raquel.

(*k*) Thren. 1. (*l*) Dante. 9.

§. IV.

De las obras de misericordia.

Entiende tambien que la llave de todo este negocio está en agradar á Dios y hacer su sancta voluntad. Porque, como dice el Profeta (*m*), los ojos deste Señor están sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Porque condicion es del Señor amar á quien le ama, y oir á quien le oye, y hacer la voluntad de quien hace la suya. Considera pues que una de las obras que mas agradan á este Señor, y que él mas encarescidamente nos encomienda, es socorrer á los necesitados, servir á los enfermos, visitar á los afligidos, y ayudar á los que poco pueden; diciendo que él mesmo es el que recibe este beneficio, y que á él se hace lo que se hace por él. Pues cuando esto considera, alégrase grandemente con la ocasion que por aquí se le da de poder haber á las manos á su Señor en sus criaturas, y tiene por grandísima merced y providencia suya haber pobres en la tierra; pues en ellos está el Señor dellos, y por ellos se le abre camino para poder servir y acoger en su casa á quien es poderoso para hacerle tantò bien. Y con este presupuesto no sirve al pobre como pobre, ni le mira como á tal, sino mírale como á aquel que representa, y con la mesma alegría y devocion le sirve. Porque con los ojos de la fe que tiene, no mira la persona del pobre, sino la palabra de aquel que dijo: Lo que hecistes á uno destos pequeñuelos hermanos mios, á mí lo hecistes. Por donde así como los que andan en algun grande requerimiento con los reyes de la tierra, tienen por muy buena dicha que algun privado suyo, pasando de camino, venga á posar á su casa, paresciéndoles que con esta ayuda granjearán mejor su negocio, así tambien lo hacen estos, cuando vienen á aportar á sus casas los pobres de Cristo, por cuyo medio esperan ser favorecidos en sus negocios delante dél.

Y aunque sean los que esto hacen personas pobres, nunca para hacer bien se hallan pobres; porque el deseo de dar los hace ricos, y así de aquí ó de allí siempre buscan algo que dén. Porque así como dicen que al tahur nunca le falta qué jugar, porque la gana que desto tiene le hace sacar el dinero de debajo la tierra; así el deseoso de hacer bien, por pobre que sea, nunca le falta con qué lo haga. Y cuando le falta la hacienda, á lo ménos no falta la persona; por donde si no tiene que dar, puede servir y trabajar, que á las veces importa mas.

§. V.

Del amor de la pobreza, y de las persecuciones y menosprecios por Dios.

Oye tambien decir que la semejanza es causa de amor, y que una de las cosas que mas agradan á Dios, y que mas hace al hombre semejante á él, es padescer trabajos, persecuciones, injurias y pobrezas por su amor. Por lo cual, considerando él que toda la vida de Cristo

(*m*) Psalm. 33.

fué un piélago de trabajos, de dolores, de pobrezas y persecuciones, viene á veces á tener tan gran deseo de todas estas cosas, que no desean tanto los hombres del mundo las riquezas y el descanso, cuanto este desea el trabajo por amor de Dios. Conforme á lo cual leemos del bienaventurado padre Sant Francisco, que mucho mas deseaba él la pobreza, que ningun avariento las riquezas; y del bienaventurado Sancto Domingo, que así deseaba el martirio, como el ciervo desea las fuentes de las aguas. Y como si fuera poco un martirio para su deseo, deseaba para cada uno de sus miembros un martirio: para que así fuese mas perfecto imitador de Cristo. Bien veo que esta perfeccion no es de todos; pero propónese á todos, para que con los ejemplos de cosas tan grandes nos animemos siquiera á cosas menores. Mayormente considerando que cuanto mas voluntariamente tomáremos los trabajos, tanto nos serán mas fáciles de llevar. Dicen del crocodilo, animal fiero, que huye si le acometeis, y acomete si le huis. Pues tales son los trabajos y fatigas desta vida, que huyen y dejan de ser trabajos al que por amor de Dios los acomete y los busca; mas persiguen y fatigan al que los huye; porque la fatiga no está en la carga del trabajo, sino en la repugnancia de la voluntad.

Pues con ese mesmo espíritu viene el siervo de Dios á despreciar lo que el mundo estima, y pisar lo que adora, que son honras, regalos y riquezas; y comienza á desear ser vituperado y despreciado por Cristo; y hasta que en algo desto se vea, no reposa; ni tiene por fino su amor hasta que lo vea probado en la fragua de la tribulacion. Huelga con la pobreza, aborresce la demasía, despide de sí toda superfluidad cuanto puede, y pésale por lo que no puede. Y en cualquier estado que viva, halla manera para seguir la pobreza, desechando siempre lo superfluo, y tomando puntualmente lo que á su estado es necesario. Dicen de los perros de Egipto, que cuando beben del rio Nilo, beben á tragos muy aprisa, corriendo por la ribera dél, por temor de las serpientes y animales ponzoñosos que están debajo del agua. Pues desta manera usan los siervos de Dios de las cosas necesarias para la vida; tomándolas muy escasamente y muy de prisa, sin beber á boca llena; porque no se prendan sus corazones de la cobdicia y amor desordenado de ellas.

§. VI.

De la paz del corazon, y confianza en Dios.

Ve tambien que por el mesmo caso que se determina de dar libelo de repudio al mundo, y morir á él, y que no quiere adorar dioses ajenos, ni esperar socorro dellos, porque no quiere coger donde no siembra, ni recebir donde no da, considerando esto, y viendo por otra parte que la vida humana está subjecta á muchas necesidades y miserias, y que tiene necesidad de muchos cuentos y apoyos para sostenerse: para esto determina de poner todos sus presidios y esperanzas en aquel por cuyo amor lo deja todo, creyendo que él es tan bueno, tan fiel y tan cuidadoso de los suyos (segun que todas las Escripturas testifican), que él solo le basta para todo lo que ha menester. Y haciendo esto no piensa que está desproveido, ni que queda en el aire; ántes se tiene por tanto mas seguro, cuanto ve que por este medio ha cobrado mayor valedor. Y no recibe pequeño esfuerzo para esto leyendo los salmos, y las otras Escripturas sagradas; en las cuales ve que apénas hay capítulo en que no esté Dios prometiendo favores, y mercedes, y providencias á todos aquellos que en él esperan; no echándose por eso á dormir, ni dejando de trabajar y hacer lo que es de su parte; porque lo contrario sería tentar á Dios. Y con este arrimo se halla rico en la pobreza, contento en las necesidades, seguro entre los peligros, y pacífico en las contradicciones, diciendo con el Apóstol (*n*): Muy bien sé de quién me he fiado; el cual es poderoso para guardar el depósito que en sus manos tengo puesto. Y cuando se le ofrescen trabajos y dificultades, levanta sus ojos á los montes de donde le ha de venir el socorro (*o*); porque sabe que no duerme ni se descuida el que es guarda de Israel; y por eso duerme él seguro, porque sabe que tiene sobre sí un tan solícito velador.

Desta manera con la virtud de la esperanza consigue la paz del corazon, que es la mas propria disposicion que hay para la divina union y contemplacion; porque confiando en Dios en todas las cosas que se ofrescen, y creyendo que él le sacará el pié del lodo, no tiene por qué turbarse, ni congojarse, ni derramarse por toda la tierra de Egipto buscando pajas, y divertirse de las cosas que pertenescen á su amor. La cual paz no saben qué cosa es los malos; porque como no tienen esta manera de confianza viva en Dios, todas las cosas los desasosiegan, y alteran, y roban el corazon; porque como lo tienen puesto en ellas, todas las tormentas que padescen ellas, padesce su corazon.

CAPITULO V.

De los principales impedimentos del amor de Dios, y primero del amor proprio.

Estas cosas que hasta aquí habemos dicho, nos ayudan para llegar á la perfeccion del amor de Dios. Mas no basta procurar las cosas que para esto nos ayudan, si no trabajamos por despedir tambien las que esto nos impiden. Entre las cuales la primera y mas principal (de quien todas las otras proceden) es el amor proprio: esto es, el amor sensual y desordenado que tenemos á nuestro cuerpo. Cuya mortificacion y victoria es tan necesaria para alcanzar el divino amor, que en el grado que venciéremos este amor, en ese alcanzarémos el otro, como al principio deste tratado se declaró. Donde dijimos que á la perfeccion de la caridad en esta vida pertenecia la perfecta mortificacion y victoria de la concupiscencia (que es este mesmo amor); porque esta es, como dice Sant Augustin (*a*), el venero de la caridad. Y por esto, quien quisiere aprovechar en el amor de Dios, ha de tener siempre guerra con el amor proprio.

Las causas desto son muchas, y es menester entenderlas, para que mas claro veamos lo que en esto nos va. Para lo cual es de saber que (como dice muy bien un filósofo) el que de verdad ama, no puede perfectamente amar mas que una sola cosa; porque la capacidad del corazon humano es tan pequeña, que empleándose del todo en una cosa, apénas le queda caudal para otra. Por donde así como una mesma tierra no puede llevar muchas simientes juntas, así tampoco ni un corazon muchos amores, especialmente cuando son contrarios. Pues ¿qué cosa mas contraria que amor proprio y amor de Dios? Porque el amor proprio todo lo quiere para sí, y todas

(*n*) 2. Tim. 1. (*o*) Psalm. 120. (*a*) De verbis Domini in fine, serm. 43. cap. 6 et 7. Et de tempor. serm. 44.

las cosas ordena á sí, y á sí hace último fin de todo. Mas por el contrario, el amor de Dios todo lo ordena para Dios, y á sí mesmo niega y crucifica por él. Pues así como estos fines son contrarios, así todas las otras afecciones y obras que de aquí proceden, lo son, y por esto imposible es caber ambos en un corazon. Porque ¿cómo se compadescerán en uno amor de Dios y amor de mundo, amor de tierra y amor de cielo, amor de carne y amor de espíritu, amor proprio y amor divino? Cómo se juntarán en uno la verdad con la vanidad, las cosas temporales con las eternas, las altas con las bajas, las dulces con las amargas, las quietas con las inquietas, y las espirituales con las carnales? Por lo cual dice muy bien Sant Juan Climaco, que así como es imposible con un mesmo ojo mirar al cielo y á la tierra, así lo es con un mesmo corazon amar las cosas celestiales y las terrenales.

Entendieron muy bien esto algunos grandes filósofos. Y para significarlo imaginaron que el mundo estaba repartido en dos partes, en la una de las cuales estaban las cosas eternas, y en la otra las temporales; y que en medio de las unas y de las otras estaba el hombre como en el horizonte de entrambas, que es en medio del tiempo y de la eternidad. Porque por la parte que tiene cuerpo corruptible, pertenesce á las cosas temporales, y por la que tiene ánima incorruptible, pertenesce á las eternas. Y presuponiendo esta consideracion, decian que así como el que está sobre este horizonte (que es sobre este medio mundo) no puede ver las cosas que están en el otro medio contrario á este, ni los que están en el otro pueden ver las deste; así el hombre que está dentro deste horizonte del tiempo, no puede ver las cosas de la eternidad, y el que está todo ocupado en las cosas de la eternidad, no tiene ojos para ver las cosas del tiempo. De donde nasce andar los hombres espirituales tan ocupados en Dios, y tan olvidados del mundo, y por el contrario los sensuales tan metidos en el mundo y tan olvidados de Dios; porque los unos están en el medio mundo del tiempo, y los otros en el otro medio de la eternidad.

Pues como nuestra ánima esté puesta entre estos dos extremos tan diferentes, como son eternidad y tiempo, criaturas y Criador, dice Sant Augustin (*b*) que convertiéndose al Criador, queda clarificada y edificada en él; mas convertiéndose á las criaturas, queda escurescida, descolorida y menoscabada con ellas. Imaginaba este sancto doctor, que así como una cosa que está entre almizcle y cieno, si se junta con almizcle huele al almizcle, y si con el cieno huele á cieno, así el ánima que está puesta entre Dios y las criaturas, viene á hacerse tal, cual es la parte con que se junta. Lo cual tambien confirma el Apóstol, cuando dice (*c*): El que se llega á la mala mujer, un mesmo cuerpo se hace con ella; mas el que se llega á Dios, un espíritu se hace con él.

Mas no solo impide este amor proprio al divino por esta via (que es por tener los fines y los medios tan contrarios), sino tambien por otras muchas vias. Porque demas de ser este amor causa general de todos los pecados, é impedimento de todas las virtudes (que son dos males tan grandes y tan contrarios al amor de Dios), impide tambien, porque ocupa todo el tiempo en buscar todo lo que sirve al provecho y gusto del cuerpo. Porque así como el pece, y el pájaro, y el animal bruto en ninguna otra cosa entienden toda la vida sino en buscar su vida, porque no tienen capacidad para otra cosa mayor; así los amadores de sí mesmos, como no tienen cuenta con la otra vida, sino con esta, ni precian otra cosa sino lo que á ella pertenesce, así en ninguna otra se ocupan sino en esta, por lo cual siempre les falta tiempo para los ejercicios que pide el amor de Dios, que son leer, orar, meditar, confesar, comulgar, y servir á todas las cosas que pide la caridad.

Y no ménos impide con los desasosiegos y cuidados que traen consigo estas mesmas ocupaciones. Porque nunca se granjean los negocios ni aun los descansos sin cuidados, con que el ánima se despedaza y congoja, y así pierde la paz, la libertad, y la pureza del corazon, que es el lecho florido y blando en que reposa el verdadero Salomon (*d*). Desta manera impiden las malas plantas á las buenas, ahogándolas para que no crezcan, como lo representó Cristo en aquella parábola del sembrador, donde dice (*e*), que la buena simiente que cayó entre las espinas, así como salió á luz, las espinas que nascieron la ahogaron. Y estas dice él que son los cuidados y congojas temporales, las cuales trae consigo este mal amor.

Impide tambien con su regalo, porque los grandes amadores de sí mesmos son muy regalados y amigos de pasatiempos y deleites; porque aunque no alaban por palabra la sentencia de Epicuro (que ponia la felicidad en deleites), alábanla con las obras, pues toda la vida gastan en ellos. Y por esto siempre andan buscando algun refresco de placeres y recreaciones, ya en músicas, ya en cazas, ya en fiestas, ya en risas, y conversaciones, y pláticas alegres, y en otras ferias semejantes: aborrecen la soledad, huyen el recogimiento, son amigos de su vientre, y enemigos de la cruz (*f*); esles muy pesado el silencio y la licion, y mucho mas la oracion. Los que tal corazon tienen, ¿qué habilidad les queda para los ejercicios del amor de Dios? Porque no es esta empresa de corazones regalados y mujeriles, sino de grandes varones, y de ánimos esforzados. Aquella mujer fuerte tan alabada de Salomon, extendió su mano á cosas fuertes, y ciñó sus lomos con fortaleza, y fortaleció tambien sus brazos para haber de trabajar (*g*). Mas estos por el contrario, rehusan vestir las armas, y embrazar el escudo, y hacer rostro á los trabajos. Finalmente no hay dos cosas mas contrarias que el amor del regalo y el amor del trabajo. Y pues el amor de Dios se alcanza con trabajos, ¿cómo lo alcanzará aquel cuya vida es toda regalo?

Pues el siervo de Dios que entiende muy bien la verdad desta filosofía, luego pone haldas en cinta, y comienza á tomar las armas contra sí mesmo, y á militar debajo de aquella real bandera, y de aquel noble alférez que dice (*h*): Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mesmo, y tome su cruz, y sígame. Y si quieres saber cuál sea esta cruz, dígote que no es otra que aquella que dijo el Apóstol (*i*): Los que son de Cristo, crucificaron su propria carne con todos sus vicios y cobdicias. Ni es otra cosa negar á sí mesmo, sino contradecir á todas sus afecciones, y malas inclinaciones, y

(*b*) In Psalm. 84. ad v. 9. tom. 8. et Hom. 34. tom. 10. lib. 83. Quæst. quæst. 34. tom. 4 et de Civit. Dei. lib. 12. cap. 1 et 2.
(*c*) 1. Cor. 6.

(*d*) Cant. 1 et 3. (*e*) Luc. 8. (*f*) Philip. 3. (*g*) Prov. 31.
(*h*) Matt. 16. (*i*) Galat. 5.

proprias voluntades, cuando son contrarias á la de Dios. Porque esto es negar á sí, y no tener ley consigo, por tenerla con el mesmo Dios.

§. I.

De la mortificacion de la propria voluntad.

El segundo y muy principal impedimento de la caridad es la propria voluntad sensual, la cual dice Sant Bernardo que es fuente de todos los pecados, que son los mayores contrarios que tiene la caridad. Y demas desto no se puede perfectamente cumplir la voluntad divina, si no se renuncia la humana, que le suele ser contraria. Pues como esto entienda el amador de Dios, determina de hacerse un espiritual Nazareo, que quiere decir hombre dedicado á Dios, y esto no por tiempo limitado de cierto número de dias, sino por toda la vida, para que de ahí adelante no viva mas para sí, sino para Dios; ni tenga mas cuenta consigo, sino con Dios; que es aquella muerte espiritual que tantas veces encomienda el Apóstol, diciendo (*k*) que estémos muertos al mundo, y vivamos á solo Dios. Cuya figura eran aquellos sacrificios de la ley, que se llamaban holocaustos, en los cuales todo el animal entero ardia y se sacrificaba á Dios (*l*). Tales son pues todos aquellos que de tal manera consagraron á Dios sus cuerpos, y ánimas, y proprias voluntades, que ninguna cosa reservaron para sí, porque todo lo sacrificaron al Criador. De suerte que así como un cáliz, ó unos corporales despues de consagrados no pueden servir en usos profanos, así tambien desea en su manera estar tan dedicado á Dios, que no se divierta á otros negocios extraños que le aparten dél. Y por esto se determina de no ser ya mas suyo, ni de nadie, sino de Dios; ni pretender ni buscar mas á sí, sino á él; ni tener ya mas cuenta, ni con su voluntad, ni con sus apetitos, ni con su contentamiento, ni con el decir del mundo, sino con solo el beneplácito y contentamiento de Dios, estimando por un linaje de hurto espiritual ocuparse en algo que no sea para él; pues ya todo se desposeyó de sí, y se consagró á él.

Y si á alguno paresciere que pedimos aquí mucho, y que es muy alta esta filosofía, acuérdese que llegamos ya al cabo de la jornada, y que tratamos aquí de la vida perfecta; la cual puede muy bien llegar á este grado. Y por tanto nadie se debe quejar de que enseñemos el camino, pues no le obligamos á andarlo.

§. II.

Del evitar todo género de pecados.

La causa porque condenamos tanto el amor proprio y la propria voluntad, es por ser estas las principales raíces y fuentes de todos los pecados, por donde mucho mayor ojeriza habemos de tener con los mesmos pecados, que con las causas dellos; las cuales no serían vituperables, sino por razon destos malos efectos que producen. Pues segun esto, el que anda en busca del amor de Dios, acuérdese que está escripto (*m*): Los que amais á Dios, aborreced el pecado; pues no hay cosa mas contraria á este amor que él. Porque si es mortal, del todo apaga la caridad; y si venial, apaga el fervor de la caridad, y dispone para apagar la mesma caridad. El uno es como muerte, el otro como dolencia que dispone para la muerte. El uno es como llegar al árbol á ponerle fuego, el otro como quitarle el riego; con lo cual queda triste, y marchito, y no tan hábil para fructificar.

Y allende desto considere el hombre que el que busca el amor de Dios, pretende hacer su ánima casa y silla de Dios, y sabemos que á la casa de Dios conviene sanctidad (*n*), y que el juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios, como dice el Profeta. Pues ¿qué es sanctidad, sino limpieza de conciencia? ¿Y qué juicio y justicia, sino examinar el hombre diligentemente su vida, y velar sobre la guarda de su ánima, para no hacer cosa que sea contra las leyes de justicia? Este es pues el principal aparejo de la silla y casa de Dios; porque, como dice Sant Augustin (*o*), tan limpio Señor, en muy limpia casa ha de ser aposentado. Sea pues todo nuestro cuidado trabajar para conservar en todo esta pureza. Así leemos de una sancta ánima que traia tanta cuenta con esto, que muchas veces repetia esta palabra: Pureza, pureza. Porque sabía muy bien que estaba escripto (*p*): Bienaventurados los limpios de corazon, porque esos verán á Dios. Debe pues andar el hombre con un perpetuo y diligentísimo cuidado, mirando siempre dónde pone los piés de su ánima, para que no se le ensucien. Y digo perpetuo, porque muchos hay que dan una arremetida por un poco de espacio, y luego aflojan; los cuales á tiempos miran por sí, mas no continúan este cuidado. Porque como en este hay especial dificultad, es menester para ello especial estudio y recando.

Para lo cual aunque generalmente deba el hombre velarse y atalayarse por todas partes, y andar con un sancto temor y solicitud en todos sus pasos (como quien anda entre enemigos), mas particularmente debe mirar por su corazon y por su lengua; esto es, por sus pensamientos y palabras, porque estos son los dos principales puertos donde se embarcan todos los pecados; los cuales quien diligentemente guardare, conservará su ánima en mucha pureza. Porque del uno, dice Salomon (*q*), con toda guarda vela sobre tu corazon; porque dél procede la vida, mas del otro dice el mesmo en otro lugar (*r*): El que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su ánima.

§. III.

Recapitulacion de todo lo dicho

De lo dicho parece claro que las dos principales cosas que sirven para alcanzar esta divina union, que se hace por amor, son la oracion y la mortificacion; porque la mortificacion despide del hombre todo lo que es contrario á Dios, y la oracion junta al hombre con Dios, y así le hace semejante á él. Porque así como el principal medio que hay para hacer del hierro fuego, es juntarlo con el fuego; así uno de los principales medios que sirven para transformar el hombre en Dios por participacion de su mesmo espíritu, es traer siempre el corazon unido con él. Y por esta causa en el libro de los Cantares señaladamente se hace mencion destas dos virtudes, porque estas son las que mas principalmente levantan el hombre á esta dignidad. De la cual maravillados hasta los mesmos ángeles, preguntan diciendo (*s*): ¿Quién es esta que sube del desierto como una vara de humo que sale de mirra, y encienso, y de todos los otros polvos

(*k*) Rom. 9. 8. Colos. 2. 3. etc. (*l*) Levit. 1. (*m*) Psalm. 96.

(*n*) Psal. 92 et 88. (*o*) De temp. Serm. 2. Dom. 2. Adv. et ser. 252. In Dedic. Eccl. (*p*) Matth. 5. (*q*) Prov. 4. (*r*) Prov. 21. (*s*) Cant. 3.

olorosos? Donde haciendo en comun mencion de todos los polvos olorosos, significa toda la universidad de las virtudes que para esta subida se requieren; mas haciendo especial memoria de la mirra y del encienso (que son mortificacion y oracion) da á entender que estas dos virtudes señaladamente ayudan á esta transformacion; porque la una mortifica todo lo que hay en el hombre contrario á Dios, y la otra, ayuntándolo con él, le hace un espíritu con él. En las cuales virtudes se debe el hombre ejercitar juntamente, pidiendo siempre al Señor su gracia, y trabajando en esta conquista; porque ni basta pedir, si no trabajamos, ni podrémos durar en el trabajo, si no pedimos.

Recapitulando pues en summa todo lo pasado, digo que podrémos en alguna manera comparar todo el discurso desta subida, á un árbol perfecto, cuya raiz es aquel primer gusto y conoscimiento experimental de la dulzura y hermosura inestimable, así del amor de Dios, como del mesmo Dios; porque esta luz es el principio del todo. El tronco que sube desta raiz es aquel ardentísimo y encendidísimo deseo y cuidado de alcanzar este bien tan estimado. Las ramas son todas las otras virtudes y diligencias sobredichas, que deste deseo proceden. Mas el fructo es la perfeccion de la caridad y la divina union, que es el fin de toda esta jornada. Que esto proceda por esta órden, claramente se muestra en el libro de la Sabiduría, presuponiendo primero que la sabiduría de que en este libro se trata, es cuasi la mesma caridad de que aquí tratamos, sino que la caridad dice principalmente acto de la voluntad, y presupone el del entendimiento; pero esta sabiduría dice acto de entendimiento, mas este acompañado con el amor y gusto de la voluntad. Mira pues cómo este sabio comienza en el capítulo VI y VII á alabar la sabiduría, y decir maravillas della, para incitarnos con esta luz é informacion al deseo de cosa tan excelente. Y así dice luego que con eso se encendió en su corazon un grandísimo deseo della, tanto que viene á decir estas palabras (*t*): A ésta sabiduría amé yo, y busqué dende mi juventud, y procuré tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura. Y en otro lugar (*v*): Améla (dice él) mas que á la salud y que á toda hermosura, y determiné tomarla por luz y por guia de mi vida. ¿Ves pues cuánto encarece aquí la grandeza del deseo con que deseaba este tesoro? Pues deste deseo nació la diligencia que luego puso en buscarlo, usando de todos los medios que para esto se requerian. Y así añade luego, y dice (*x*): Pensando estas cosas en mi corazon, rodeaba por todas partes, buscando manera para poseer este tan grande bien. Mira cómo dice, rodeaba: para que entiendas la solicitud y diligencia de su inquisicion, y la diversidad de los medios por donde lo buscaba; dando á entender, que así como los que tienen puesto cerco sobre una gran fuerza, la rodean y cercan por todas partes para ver por dónde mejor la entrarán; así el ánima deseosa deste bien, anda siempre con diligentísima solicitud y cuidado, considerando por qué medios lo alcanzará.

Y porque entre todos estos medios uno de los mas principales es la oracion (porque como esta sea dádiva de Dios, por este medio señaladamente se ha de negociar), acógese luego á este sancto ejercicio, y así comienza luego á decir (*y*): Señor Dios de mis padres, dame aquella sabiduría que asiste á tu silla; pues es cierto que si alguno fuere perfecto entre los hijos de los hombres, y caresciere de tu sabiduría, en nada será tenido. Y lo uno y lo otro (esto es, el deseo y la oracion) ayuntó en uno mas claramente, cuando dijo (*z*): Deseé, y fuéme dado sentido; hice oracion, y vino en mí el espíritu de la sabiduría, etc. ¿Ves pues cómo del conoscimiento nasció el deseo, y del deseo la oracion, y todos los otros medios por do se alcanza este bien? Estas pues son las partes principales deste árbol de vida, y estos los pasos contados por do se sube á la perfeccion de la caridad.

(*t*) Cap. 8. (*v*) Cap. 7. (*x*) Cap. 8. (*y*) Cap. 9.

CAPITULO VI.

De algunos avisos necesarios para los que buscan el amor de Dios, y primero del humilde conoscimiento de sí mesmo.

Demas de lo dicho será necesario proveer de algunos avisos importantes para los que van por este camino. Entre los cuales el primero sea, que el prudente mercader del Evangelio que anda en busca desta perla preciosísima con determinacion de dar cuanto le pidieren por ella (*a*), esté persuadido que no basta para ello todo su caudal é industria, y todo cuanto puede poner de su casa, si no es muy especialmente ayudado por la gracia y misericordia divina. Porque, como dice el Profeta (*b*), si el Señor no edificare la ciudad, en vano trabaja el que la edifica; y si él no la guardare, en vano vela el que la guarda. Pues si esto tiene verdad aun en los bienes que llaman de fortuna, ¿qué será en los bienes de gracia, que tanto mas penden de la voluntad divina? Entienda pues el hombre, que solo este Señor es el distribuidor destos bienes y el repartidor desta hacienda. El esconde la luz en sus manos, y la manda tornar á nascer cuando á él le place (*c*), y por tanto en él ha de poner toda su esperanza, pues esta dádiva es toda suya. Entienda luego que así como toda la claridad que tiene la luna, de tal manera procede del sol, que con su vista la clarifica, y en dejándola de mirar, la deja de esclarescer; así tambien toda la claridad y hermosura espiritual de nuestra ánima procede de Dios, de tal modo que en el punto que él la dejare de mirar, dejará ella de ser. Sino díganlo David y Salomon, padre é hijo, sanctísimos varones, los cuales en el punto que este sol de justicia desvió un poco sus ojos dellos, el uno tomó la mujer ajena, y el otro adoró los dioses ajenos.

Conozca pues el hombre lo que tantas veces nos repiten las Escripturas divinas, que así como la masa del barro está en las manos del ollero, así nosotros en las manos de Dios. Por tanto conviene que nos humillemos debajo desta mano poderosa, para que él nos levante en el dia de la visitacion. Derribémonos humilmente á sus piés, conozcamos nuestra pobreza, entendamos que somos concebidos en pecado, que somos de nuestra parte pesados para todo lo bueno, que somos hijos de padres desnudos, y que este Señor es el que fácilmente puede, si quiere, enriquecer y vestir al pobre. Este humilde conoscimiento de nosotros mesmos es el principio y fundamento de la humildad, y esta lo es de todas las virtudes, y señaladamente de la caridad. Todas las aguas de los montes generalmente corren á los valles, y todas las gracias divinas á los corazones humildes; porque, como dice el Apóstol (*d*), Dios resiste á los soberbios, y á los

(*z*) Cap. 7. (*a*) Matt. 13. (*b*) Psal. 126. (*c*) Job. 36. (*d*) Jacob. 4. 1. Petr. 5. Prov. 3.

humildes da su gracia. Por tanto, desconfiado el hombre de sí mesmo, convierta todo su espíritu y todos sus pensamientos y esperanzas á Dios: en él estribe, en él confíe, á él llame, sobre él descanse, á él importune, en él se glorie, y sobre esta piedra firme asiente la fábrica de su edificio. ¿Quién hay, dice el Profeta (*e*), entre vosotros que tema á Dios, y oya la voz de su siervo? Quién anduvo en tinieblas, y no tiene lumbre para andar? Quien quiera que este sea (si desea remedio) espere en el nombre del Señor, y estribe sobre su Dios. Pues sobre esta firme columna debe el hombre estribar, y no sobre el báculo quebradizo de Faraon, que son el poder y fuerzas de la carne.

§. I.

Del temor de Dios.

Esta humildad y confianza debemos acompañar con un sancto religioso temor, el cual nazca deste mesmo principio; que es, de considerar el hombre cuán desnudo y miserable, cuán pobre, cuán deleznable y cuán resbaladizo es de sí mesmo, y cuán colgado debe estar de Dios, si quiere no caer. Por eso dijo el Apóstol (*f*): Con temor y temblor obrad vuestra salud; acordándoos que así el comenzar como el acabar pende de la voluntad de Dios. Como si mas claramente dijera: Andad siempre temblando y mirando no ofendais los ojos de aquel Señor, de quien estáis tan colgados, pues la summa de todos vuestros bienes pende dél. Mirad cuál estaria un hombre si viese que otro le tenia colgado de una cuerda en una torre altísima, de donde si cayese iria á dar consigo en algun gran despeñadero; este tal ¿cuán temeroso estaria, cuán cortes y obediente al que así le tuviese colgado, y cuán léjos de hacer ni decir cosa con que le diese motivo de enojo? Pues desta manera ha de mirar el hombre á Dios, que le tiene como colgado de un hilo, que es de su paternal providencia. Y con este mesmo recelo ha de andar siempre temblando por no ofender los ojos de aquel que tanto mal y bien le puede hacer si los apartare dél.

Y no solo debe este temor acompañarle en todas las cosas que hiciere, y en toda la vida; mas tambien en los mesmos ejercicios de devocion que trata, en los cuales cuanto mas devoto se hallare, y mas favorescido y regalado del Señor, tanto ha de estar allí mas humilde, mas encogido, mas vergonzoso y mas temeroso; considerando la grandeza de la Majestad ante quien está, y con quien trata; imitando la devocion del bienaventurado Sant Augustin, el cual habia aprendido, como él mesmo dice (*g*), á alegrarse delante de Dios con temblor.

§. II.

De la pureza de intencion en sus ejercicios.

Sobre todo esto conviene mucho que el hombre mire la intencion que tiene en estos sanctos ejercicios. Porque, como algunas veces visite nuestro Señor á los suyos con grandes consolaciones, y les haga sentir la abundancia de su maravillosa suavidad, de aquí nasce que al amor proprio (que naturalmente es amicísimo de todo género de deleite) cebado con el gusto deste pan celestial, viene á hacer por él todo cuanto sabe que para ello se requiere, no pretendiendo en esto mas que su gusto y propria consolacion; como lo haria en otra cualquier mercaduría que tan bien le supiese. Lo cual bien mirado, no es buscar á Dios, sino buscar á sí so color de Dios, y trabajar por su descanso, y ayunar para su gusto, y hacer mas por los dones que por el dador, y finalmente usar mal de los beneficios divinos; pues de lo que nos dió para servirle, tomamos ocasion para nuestro proprio gusto. Lo cual aunque no sea siempre pecado, siempre es imperfeccion. ¿Qué sentiríades de un hombre á quien diésedes de comer y dineros para ir un camino, y él, despues de almorzado y tomado el dinero, se fuese á pasear y os dejase en blanco? Pues esto mesmo hacen en alguna manera los que recebiendo del Señor estos favores para que le sirvan de despertadores para la virtud, y de incentivos para su amor, se alzan á mayores con ellos, tomándolos para descansar en su manera en ellos, y no para ir puramente por ellos á él. Lo cual muchas veces se hace tan de callada, que el mesmo que padesce este engaño no lo entiende; porque viendo la buena obra que hace por de fuera, paréscele que tal debe ser la intencion de dentro; y no es así, porque la naturaleza del amor proprio es muy sutil, y por do quiera se cuela sin que lo sintamos.

Desto pues debe tener grandes celos el verdadero amador de Dios, rectificando su intencion, y procurando buscar puramente á Dios por el mesmo Dios, con la mayor sinceridad y pureza que le sea posible. Y tenga por cierto que la mas cierta señal que tenemos para hallarle, es buscarle desta manera. Lo cual confirma Sant Bernardo por estas palabras (*h*): Si no queremos buscar de balde al Señor, busquémosle de verdad, busquémosle con perseverancia; y no busquemos por él otra cosa, ni con él otra, ni dejemos á él por otra. Y desta manera mas fácil cosa será caerse el cielo y la tierra, que no hallar el que así busca, no recebir el que así pide, y no abrirse las puertas al que así llama.

Y si quieres saber mas en particular los intentos y fin que en estos ejercicios has de tener, el fin es guardar los mandamientos de Dios, cumplir su voluntad, negar la propria, desterrar de casa el amor proprio, introducir el amor divino, mortificar los apetitos sensuales, aprovechar en el ejercicio de las virtudes, procurar de trabajar mas que todos, y ser en su pensamiento el menor de todos; y finalmente (pues la sospecha toda deste mal nasce del amor proprio) hacer en todo guerra á este amor, y usar para esto de todos los favores y consolaciones de Dios; y desta manera lícito y sancto es desear y procurar estas consolaciones; mas de otra manera corre el peligro que habemos declarado.

Pero sobre todo esto, el que quisiere usar debidamente destas consolaciones, ha de estar tan aparejado para carescer dellas, como para gozarlas, resignándose humilmente en las manos del Señor, y tomando dellas con hacimiento de gracias todo lo que él quisiere dar; pues él nos ama mas que nosotros nos amamos, y sabe mejor lo que nos cumple, que nosotros lo sabemos, y tiene mas gana de dar, que nosotros de recebir. Este es uno de los mas sustanciales puntos desta doctrina.

§. III.

De la discrecion en estos ejercicios.

Tambien conviene tener discrecion y templanza, así

(*e*) Isai. 50. (*f*) Philip. 2. (*g*) Libr. 7. Confess. cap. 21.

(*h*) Exhortat. ad Fratr. ser. 3. in fin. sive de duabus mensis.

en el rigor de las asperezas corporales, como en el uso de los ejercicios espirituales. Porque algunos hay á quien comunica el Señor sus dones con mucha largueza, los cuales despues de gustada esta suavidad celestial, de tal manera se entregan á ella, y á todos los otros ejercicios y medios por do se alcanza, que muchas veces se olvidan de comer su pan; quiero decir, de acudir á la flaqueza natural, y tomar el mantenimiento y sueño, con lo demas que para esto se requiere. Con lo cual vienen poco á poco á estragar la salud, y quedar tales, que ni prestan para esto mesmo, ni para otra cosa de trabajo. Pues los tales deben tener este tiento y discrecion; para que de tal manera usen de las mercedes de Dios, que no se pongan á tentar á Dios, queriendo que él miraculosamente conserve lo que ellos por otros medios lícitos pueden conservar. Los que van por la mar, muchas veces corren peligro, no solo con el mal tiempo, sino tambien con el bueno, cuando es demasiado; y así á muchos puede ser ocasion de caida su mesma prosperidad, si no saben usar della con temor y discrecion. Muy loable es el fervor del espíritu, y la diligencia madre de todas las cosas buenas; pero la demasía en cualquier materia es peligrosa. Coma pues el hombre este pan por tasa, y beba desta fuente celestial por medida, considerando que tambien puede haber su manera de gula y demasía en los manjares espirituales como en los corporales. Esto se dice por aquellos á quien esta gracia se comunica á manos llenas; no para aquellos á quien se da gota á gota, y como destilada.

Y no solo para esto, mas para otras muchas cosas es necesaria esta discrecion, y particularmente para encubrir el hombre (cuanto buenamente pudiere) sus ejercicios y propósitos virtuosos; ántes, como dice Sant Bernardo (*i*), con mayor cuidado trabaje por encubrir las virtudes, que los vicios; ó por el peligro de la vanagloria (que es muy general, muy dañoso y muy oculto), ó por excusar juicios y contradicciones del mundo, que siempre fué enemigo de la virtud, y agora paresce que ha llegado á tal estado, que ó no querria que hubiese virtud, ó que de tal manera la hubiese, que no se pudiese ver; porque con la vista sola della se ofende.

§. IV.

De la perseverancia y continuacion en los buenos ejercicios.

El postrero aviso sea acerca de la perseverancia que en estos sanctos ejercicios se requiere, si queremos llegar al fin deseado. Porque aquí pretendemos dos cosas las mas arduas y sobrenaturales que hay en el mundo: la una es desterrar de nuestra ánima el amor proprio con todo su ejército, y la otra introducir el amor divino, que es destruir el reino del pecado original con que el hombre nasce, é introducir el reino de Dios, que viene de fuera. Lo cual es dar batería á la mesma naturaleza corrupta, que es la cosa mas inexpugnable que hay en el mundo. Porque la fuerza de las inclinaciones naturales es tan grande, que aunque las despidais de vos á fuerza de brazos, luego se tornan á vos. Tienen sus raices en nuestros mesmos humores, y por eso aunque les corteis todas las ramas, fácilmente tornan á brotar. Son como el perro hambriento y goloso, que aunque le echeis á palos de casa, por una puerta sale, y por otra se vuelve á entrar. Vemos que una piedra dura, la cual despues de gastada con el calor del fuego la frialdad natural se hizo cal, mudada ya en otra naturaleza diferente, y perdido juntamente con la especie su proprio nombre, con todo esto amasándose con un poco de arena, luego torna á su antigua dureza, y á su primer natural; porque veas cuán poderosa es la naturaleza en todas las cosas. Pues no es ménos poderosa la naturaleza del amor proprio; ántes esta es la primera y la mayor de nuestras naturales inclinaciones, y por esto grande gracia y grande diligencia es menester para vencerla. Mas con todo esto ninguna cosa hay en el mundo tan ardua á que no dé cabo la perseverancia porfiada con la gracia divina. ¡Qué edificios tan grandes se acaban poco á poco, añadiendo una piedra á otra piedra! Qué caminos tan largos, finalmente, se acaban de andar midiéndolos á piés! Y el cantero que quiere cavar una gran pila de agua en una piedra mármol, aunque no saque de cada golpe con la escoda mas que una cabeza de alfiler, despues de pocos dias, perseverando, sale con su obra al cabo. Pues si tanto puede la perseverancia sin la gracia, ¿cuánto mas podrá ayudada con ella?

Por tanto persevere el hombre en esta jornada tan gloriosa, y continúe siempre sus buenos propósitos y ejercicios, hora con devocion, hora sin ella: porque en cabo de pocos dias verá el fructo de sus trabajos, y cobrará mas aliento para perseverar con ellos. Y sepa que así como es mas fácil cosa peinar los cabellos cada dia, cuando el peine entra y sale por ellos sin dificultad, que de tarde en tarde, cuando mas se repelan que se peinan; así es mas fácil continuar los buenos ejercicios, que interpolarlos; porque despues que el corazon humano se habitúa á andar devoto y ocupado en Dios, la costumbre viene poco á poco á hacerse cuasi naturaleza, y á tomar deleite en lo que ántes tenia dificultad. Y si los negocios, enfermedades de cuerpo, ó sequedades de espíritu le molestaren y sacaren deste curso, torne luego, acabada la ocasion, á proseguir su camino, y no desmaye por contradicciones que le vengan, acordándose que lo ha con aquel Señor, que es un abismo de piedad, y que conosce muy bien nuestra flaqueza, y que no se puede negar á quien le busca, aunque muchas veces le pierda de vista.

CAPITULO VII.

De las principales señales de nuestro aprovechamiento.

Esto baste por agora para luz y aviso de los que caminan á la perfeccion de la caridad, aunque la materia es tan copiosa, que pedia mucho mas, si el título y brevedad del Memorial diera licencia para ello. Y si alguno de los que andan por este camino desea entender si ha aprovechado, las principales señales que aquí le podrémos dar (entre otras muchas) son cuatro. La primera es, si toma tanto gusto y sabor en las cosas de Dios (mayormente en la communicacion con él), que no solo en el tiempo y ejercicio de la oracion, sino en todo tiempo y ejercicio, por la mayor parte trae el corazon puesto en él, con una humilde y amorosa atencion; de tal manera que no se halla, ni anda con gusto cuando está fuera deste recogimiento. Porque esto es proprio deste amor, que se llama unitivo, como arriba se declaró. Tal era el amor de aquella vírgen, de quien canta la Iglesia, que

(*i*) De modo bene vivend. ser. 38.

dias y noches no cesaba de los coloquios divinos, y del ejercicio de la oracion (*a*).

La segunda señal es un fervor y deseo vivo de afligir y maltratar su cuerpo con ayunos, cilicios, vigilias, disciplinas, y otras asperezas corporales, por amor de Dios. Porque este es argumento, que prevalesce ya el amor divino contra el amor proprio, de donde nasce este deseo de afligir y maltratar su cuerpo. Del cual ordinariamente carescen los grandes amadores de sí mesmos; porque no pueden acabar consigo de maltratar á quien mucho aman. Mas por contrario vemos que todos los sanctos generalmente fuéron extremados en estos rigores y asperezas, y en el maltratamiento de sus cuerpos; á lo ménos los que tuvieron edad y fuerza para esto, como los que estaban tan léjos del amor proprio, que habian pasado ya al odio sancto de sí mesmos.

La tercera señal es un gran fervor y caridad para con los prójimos, y grande estudio y diligencia en ayudarlos y socorrerlos en sus trabajos con entrañas de amor, y con sana y sencilla voluntad, y con palabras y obras extraordinarias, de las que communmente suele haber entre los otros hombres; de tal modo, que el que esto viere, pueda muy probablemente decir con los magos de Faraon (*b*): El dedo de Dios está aquí; porque tal manera de ánimo y tratamiento no se halla entre los hombres, ni es proprio de carne y de sangre, sino del espíritu de Dios, cuyo olor se comienza ya á sentir aquí. Y que esta sea señal de la perfeccion de la caridad, está claro, porque no puede crescer el amor de Dios, sin que tambien crezca el del prójimo, pues ambos son actos de un mesmo hábito, como dos ramas que proceden de una mesma raiz, por donde si por haber crescido la raiz cresce la una, necesariamente ha de crescer la otra, y si desta manera ha crescido, no puede dejar de manifestarse en alguna manera el crescimiento por el fructo.

La cuarta señal es un entrañable deseo de padescer trabajos, pobrezas, persecuciones, vituperios y desprecios por amor de Dios, y aun de derramar sangre por él. Porque como en la caridad haya muchos grados, unos mayores y otros menores, aquel paresce mas alto que llega á poner vida, honra y hacienda alegremente por amor de Dios; porque como estas tres cosas sean los principales objetos adonde tira el amor proprio, cuando el hombre viene no solo á sufrir la pérdida de las cosas con paciencia, sino á desearlas con grande ansia, señal es que ya el amor proprio está rendido, y que reina poderosamente el amor de Dios, pues así pasa y rompe sin contradiccion por los idolos del proprio amor.

Estas cuatro son las principales señales de la perfeccion y fineza de la caridad. Las cuales experimentan muchos en sí al principio de su noviciado ó conversion; aquellos que misericordiosamente son prevenidos del Señor con abundancia de lágrimas, y bendiciones de dulcedumbre, la cual les acarrea estos y otros muchos bienes; mas con todo esto muy pocos son los que saben poner cobro en este tesoro, perseverando fielmente hasta la fin en lo comenzado. Porque despues destos tan prósperos principios, vienen muchas veces á allojar en sus buenos ejercicios, ó por su propria negligencia, ó por alguna secreta soberbia, ó por entretenerse en demasiadas ocupaciones con que ahogan el espíritu; y otras veces por enfermedades largas, despues de las cuales no vuelven con el fervor acostumbrado á lo que solian, y otras veces por darse ansí demasiada é indiscretamente á la ambicion del saber, que dejan por otra parte los ejercicios de devocion; por lo cual no es maravilla secárseles el corazon, pues se olvidaron de comer su pan. Por tanto el que allí llegare, traiga siempre en su ánima aquellas palabras de Sant Juan, que dicen (*c*): Ten lo que tienes, porque no se dé á otro tu corona. Los que esto hicieren, irán cada dia aprovechando de virtud en virtud, hasta llegar á la perfeccion, donde gozarán de aquellos tesoros que ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazon humano pueden caber. Mas los que así no lo hacen, demas de perder lo recebido, vienen á parar en una perpetua sequedad de espíritu, y lloran cuando se acuerdan de lo que perdieron; y cuando quieren volver á ello, no aciertan con la puerta; porque esto es el pago que por justo juicio de Dios merescen los que no supieron poner cobro en sus mercedes; y muchos hay que despues de todos estos favores vienen á parar en mayores males; que es una triste señal de reprobacion, segun aquello del Eclesiástico, que dice (*d*): Al que se pasa de la justicia á la maldad, Dios lo tiene aparejado para el cuchillo.

(*a*) De S. Cæcilia, 22 Novemb. (*b*) Exod. 8.

(*c*) Apoc. 3. (*d*) Eccl. 26.

SEGUNDA PARTE.

EN LA CUAL SE PONEN ALGUNAS ORACIONES Y CONSIDERACIONES QUE SIRVEN PARA ENCENDER EN NUESTROS CORAZONES EL AMOR DE DIOS.

PREAMBULO.

Despues de aparejada la casa y purificada la conciencia con las virtudes y aparejos susodichos, conviene levantar nuestro corazon á Dios con algunas sanctas oraciones y consideraciones, las cuales nos provoquen y enciendan en su amor. Porque como él sea fuego abrasador, es cierto que miéntras mas nos acercamos á él, mas consumirá el orin de nuestros vicios, y mas nos encenderá en su amor. Porque si este fuego material tan liberalmente communica su calor á quien quiera que se allega á él, por ser el mas noble y mas activo de los elementos, ¿cuánto mas hará esto aquel Señor, que así como es infinitamente mas noble, así es mas communicativo de sí mesmo y de sus dones?

Para esto señalan los sanctos dos vias: la una llaman escolástica, que es considerar todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazon en su amor, como son señaladamente sus beneficios y perfecciones; porque cada cosa destas nos convida á que amemos un Señor tan digno de ser amado, y de quien tantos bienes habemos recebido: y la otra llaman mística, que es pedir al mesmo Señor con ardentísimas oraciones y deseos inflamados este don celestial (como arriba dijimos), pues verdaderamente este es don suyo, y aun el mayor de sus dones; el cual él solo puede dar, y dalo de muy buena voluntad á quien lo pide con la instancia y perseverancia que él meresce ser pedido. Porque es cierto que nunca de su parte faltará, si no faltare quien pida como es razon. Pues por estas dos vias debe el hombre insistir en esta demanda; y mas por la segunda que por la primera, porque es mas breve y mas eficaz.

Y porque no es de todos, ni saber considerar estas co-

sas, ni pedir como conviene este don, por esto se ponen aquí algunas consideraciones, así de los beneficios de Dios como de sus perfecciones divinas, con algunas inflammadas y devotas oraciones, en que se pueden ejercitar (á lo ménos á los principios) los que desean aprovechar en esta virtud. Porque despues deste ejercicio, el tiempo, y la experiencia, y el Espíritu Sancto (que es el verdadero maestro desta filosofía) les enseñará mejor lo que deben hacer. Porque aunque estas oraciones y consideraciones escriptas sean para muchos tiempos y propósitos necesarias, pero muchas veces se hace esto con mayor fervor y devocion, cuando sale de solo el corazon, con las palabras que la mesma devocion administra. Y como este sea fundamento de todo, debe el hombre usar principalmente de aquellos medios que más para esto le pueden servir. Y suele ser muy buena órden comenzar el ejercicio por estas oraciones y consideraciones escriptas, y despues que sintiere un poco movido su corazon, proseguir lo demas con solo él, ó como mejor se hallare, con tal que las oraciones sean como unas centellas vivas que salgan de aquel tan inflammado deseo que arriba declaramos.

CAPITULO PRIMERO.

Síguese una devota consideracion de los beneficios divinos.

Una de las cosas que mas suele mover los corazones á amor, es la consideracion de los beneficios recebidos. Porque como el hombre naturalmente ama á sí mesmo, así tambien ama á quien quiera que le hizo bien. Y es tan natural esta ley de amor, que hasta los brutos animales, y aun los tigres, leones y serpientes, reconocen y aman sus bienhechores, y les hacen todo el bien que pueden. Pues si esto hacen las bestias, ¿qué deben hacer los hombres que tienen uso de razon para saber estimar lo que reciben? Y si este agradescimiento y amor se debe á los communes beneficios, ¿qué se deberá á los beneficios divinos, que son tantos y tan grandes, pues no hay en nosotros ni fuera de nosotros cosa buena, ni en sér de naturaleza, ni en sér de gracia, que no sea suya?

Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas para ayuda de la memoria podrémoslos reducir aquí á diez órdenes de beneficios, los cuales componen aquel salterio de diez cuerdas, en el cual cantaba el rey David las alabanzas divinas, con las cuales le daba gracias por los beneficios recebidos. Entre los cuales el primero es de la creacion, el segundo de la conservacion, el tercero de la redempcion, el cuarto del baptismo, el quinto del llamamiento, el sexto de las inspiraciones divinas, el séptimo de las preservaciones de males, el octavo de los sacramentos, el nono de los beneficios particulares, el décimo de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios habia mucho que encarescer y que decir; mas yo no haré por agora mas que correr summariamente por cada uno dellos, para que se entienda la importancia del beneficio, y el agradescimiento y amor que se debe por él.

§. I.

Del beneficio de la creacion.

Pues entre estos beneficios, el primero y el fundamento de todos, es habernos Dios hecho á su imágen y semejanza. De manera que hoy ha tantos años que eras nada, y fuíste *ab æterno* nada (que es ménos que una hormiga, ménos que una piedra, finalmente, nada), y así pudieras ser eternalmente nada, y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él, como que dejaras de ser; y siendo esto así, plugo á aquella divina bondad ante todo merecimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo, y de aquellas profundísimas tinieblas en que *ab æterno* morabas, y darte sér, y hacerte algo, y no cualquier algo: esto es, no piedra, ni ave, ni serpiente, sino hombre; que es una de las mas nobles criaturas del mundo. En el cual beneficio nos dió este cuerpo con todos sus miembros y sentidos (de los cuales cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra cuando la hay), y esta ánima racional con todas sus potencias, hecha á su imágen y semejanza: conviene saber, inmortal, incorruptible, intelectual, y capaz del mesmo Dios y de su mesma bienaventuranza. Por donde verás que si tanto debes á los padres, porque fuéron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, ¿cuánto mas deberás al que con ellos formó tu cuerpo, y sin ellos crió tu ánima, sin la cual el cuerpo no fuera mas que una bestia muda, ó un pedazo de carne podrida?

§. II.

Del beneficio de la conservacion.

El segundo beneficio es de la conservacion, porque no solo te sacó de no ser á ser, mediante el beneficio de la creacion, sino tambien te conserva en este sér que te dió; de tal manera, que si un solo punto desviase sus ojos de tí, luego desfallescerias, y te volverias en aquella mesma nada de que fuiste criado. De suerte que así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y el mesmo que los produce los conserva en el sér que les dió, así tambien lo hace este mesmo Señor con nosotros, sacándonos de no ser á ser; y despues conservándonos en este mesmo sér; de manera que lo que una vez nos dió, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo; pues todas vemos que sirven á la conservacion del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras tambien para castigarle: porque de todo es razon que haya en la casa del buen padre. Y es cosa muy para considerar, ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto. ¿Qué de manjares crió para sustentarnos? Qué de cosas para vestirnos? Qué de yerbas para curarnos? Y sobre todo esto ¿qué de diferencias de cosas para recrearnos? Porque unas sirven para recrear los ojos, que son todas las flores y diferencias de colores; otras para los oídos, que son todas las músicas y cantos de aves; otras para las narices, que son todos los olores de especies aromáticas; otras para el gusto, que son casi infinitas maneras de frutas, de pesces, de aves y de animales. Porque todas estas cosas son mas para el hombre que para sí mesmas; pues mas goza el hombre del servicio y usufructos dellas, que ellas mesmas. Mira pues cuán largamente y cuán regaladamente se hubo el Señor contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criaturas del mundo, que fuéron criadas para tu servicio; pues él para el suyo no

tenia dellas necesidad. Y no solo las de la tierra sino tambien las del cielo; como son, el sol, la luna, las estrellas y los planetas; y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales, aunque fuéron criados para su gloria, diputó él para nuestra guarda.

§. III.

Del beneficio de la redempcion.

El tercero beneficio es de la redempcion, el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarescer y decir. Porque si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber, lo que el Señor por este beneficio nos dió, el medio por donde lo dió, el amor con que lo dió, la persona que lo dió, y la persona que lo recebió; cada cosa destas te pondrá nuevo espanto y admiracion, y entenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el medio mas excelente, ni el amor mas subido, ni la persona que lo dió mas digna, ni la que lo recebió (quitando aparte los demonios) mas indigna.

En cada cosa destas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto, que bastara para padescer mil veces mas de lo que padesció, si nos fuera necesario; y asimesmo en el medio que escogió para hacer esta obra, que fué sus bienes. Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida sanctísima, los cuales todos son parte deste beneficio, y cada uno dellos por sí grandísimo beneficio. Aquí entran la humildad de la encarnacion (*a*), la pobreza del nascimiento, la sangre de la circuncision, el destierro de Egipto (*b*), el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias, los trabajos y persecuciones de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fuéron tantas cuantas nunca jamas se vieron), por las cuales todas y por cada una en particular debemos dar infinitas gracias á este Señor, que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos mas claro testimonio de lo mucho que nos amaba, é incitarnos por este medio á que así le amásemos como él nos amó.

§. IV.

Del beneficio del baptismo.

El cuarto beneficio es del baptismo, por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algun merescimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya, tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado, y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas, y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos (que son pecado, infierno, demonio y muerte), y hacernos templo vivo y morada suya, y darnos allí espíritu de adopcion (que es ser recebidos por hijos de Dios), y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requerian: que son la gracia y las virtudes infusas, y dones del Espíritu Sancto, con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios, y cobremos nuevas fuerzas con que triunfar del demonio; para que así podamos conseguir el fin para que fuimos criados, que es el reino de los cielos. ¿Pues con qué pagarás al Señor este beneficio?

¿Qué le darás porque entre tanta muchedumbre de naciones bárbaras de infieles, de turcos, de moros, de gentiles, que adoran piedras, y palos, y serpientes, quiso el Señor que fueses cristiano, y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en la arca del verdadero Noé; para que no perescieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada dia perescen? Mira cuántas ánimas crió Dios el dia que crió la tuya; de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería, etc. y así pudiera caer la tuya; y no quiso este Señor que cayese sino en en el paraíso y gremio de su Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. ¿Pues qué le darás por este beneficio?

§. V.

Del beneficio de la vocacion.

El quinto beneficio es del llamamiento: y entiendo aquí por llamamiento, si algun tiempo viviste rotamente sin ningun temor de Dios, y agora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal; á este pongo nombre de llamamiento, porque es grandísima conjectura para creer que eres llamado á la gracia, pues esa mudanza no paresce de carne ni de sangre, sino de la diestra del muy alto.

Pues si habiendo vivido algun tiempo en aquel estado miserable, te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en este, ¿qué gracias será razon le dés por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía deste. Porque un beneficio fué esperarte tanto tiempo á penitencia, sin cortarte el hilo de la mala vida, el cual por ventura se cortó á otros, que quizá por esta causa estarán agora penando en los infiernos. Otro fué sufrirte tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas como en aquel estado te sufrió con tan larga paciencia. Otro fué en lugar de castigos enviarte tantos avisos, y maestros, y despertadores, y tantas buenas inspiraciones para despertarte y sacarte de aquel peligro. Otro fué llamarte con tan poderoso llamamiento, que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran el deleite del vicio, y el poder del demonio, y la fuerza de la mala costumbre, que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene presos á los suyos, la cual dificultosísimamente se rompe (*c*). Otro fué recebirte finalmente como al hijo pródigo en su casa, y perdonarte tantos pecados (si por ventura estás ya perdonado), y hacerte llano el camino del cielo, y darte otro corazon, con el cual te fuese dulce lo que ántes era amargo, y te amargase lo que ántes era dulce: para que así pudieses perseverar en el bien.

Y sobre todo esto es mucho mas de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es ante todo merescimiento tuyo; porque en aquel estado no se puede hacer cosa que tenga de condigno mérito ni precio delante dél. ¿Pues cuántos millares de ánimas piensas que estarán agora por ventura penando en el infierno, por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio; esto es, ó porque no las esperó tanto tiempo, ó porque no las sufrió con tanta paciencia, ó porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, ó porque no las confirmó con tan abundante gracia? Pues

(*a*) Luc. 1. et 2. (*b*) Matt. 2. et 4.

(*c*) Eccl. 4.

¿qué heciste tú mas que ellas? Qué mas meresciste que ellas, para que fueses tanto mas dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una mesma atahona, ó durmiendo en una cama (esto es, en el mesmo deleite ó en la mesma culpa), ¿por qué habias de ser tú mas el que tomaron para la gloria, que el que dejaron para la pena, estando ambos en una mesma culpa? Por qué habias de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado por vaso sucio de que se sirve el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y los mozos que tuviste ó por vecinos, ó por amigos, ó por compañeros de tus vicios, los cuales permanecieron ó acabaron por ventura en aquel mesmo estado de donde Dios á tí sacó, y mira cuán gran misericordia fué, que permaneciendo ellos en aquel mesmo estado, sacase Dios á tí de tal peligro, habiendo navegado con ellos en el mesmo navío. Vuélvete pues á Dios, y dile: ¿Señor, qué vistes en mí? Qué necesidad teniades vos de mí? Qué servicio os hice yo? ¿De dónde á mí tanto bien, que dejando aquellos en sus tinieblas, enviásedes á mí este rayo de luz? ¿Qué gracias os daré por este beneficio? ¿Con qué palabras os alabaré por esta misericordia? Alábeos, Señor, mi lengua y mi corazon, y todos mis huesos digan (*d*): Señor, ¿quién es como vos? Quién pudiera hacer esta mudanza sino vos? Quién pudiera librarme de las gargantas de aquel dragon infernal, sino vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce y dulce lo amargo, sino vos? Alabad, dice el Profeta (*e*) al Señor, porque es bueno, y porque su misericordia permanesce en todos los siglos. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo (dice él) los que han sido redemidos del Señor, los que él libró de la mano del enemigo; porque esos señaladamente tendrán lengua para alabarle, los cuales tienen experiencia de ese tan grande beneficio.

§. VI.

Del beneficio de las inspiraciones divinas.

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía, con que nos despierta siempre, y nos llama á todo bien. Porque así como el corazon está siempre enviando espíritus y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto, que, segun Sancto Tomas, es como corazon de la Iglesia (*f*), está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánima donde mora. Pues segun esto, todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Sancto has recebido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios. Porque así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas), así cuantas maneras de bienes suceden á los hombres, todas nascen del piélago de todos los bienes, que es Dios.

De donde así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño, le ponen otro al lado que de rato en rato le está avisando que no se duerma, así habemos de imaginar que está el Espíritu Sancto á nuestro lado, ejercitando con nosotros este mesmo oficio; y esto por tantas vias y maneras, y tan á la continua, que paresce que desocupado de todas las otras cosas, no tiene otro oficio en que entender sino este. Por donde cada vez que el hombre sintiese que interiormente le mueven acá dentro á que despierte, y se acuerde de Dios, ó que ponga las manos en alguna buena obra, luego habia de reconoscer la visitacion y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánima, y darle gracias por esta gracia, y acudir luego á poner por obra lo que se le manda.

§. VII.

Del beneficio de la preservacion de males.

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males, el cual comprehende todos los males del mundo, de que el Señor por su misericordia nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza, y males de fortuna, y males de culpa: que son todas las maneras de males que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningun mal hay, que tenga un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adam como él, y concebido en pecado como él, y finalmente compañero de la mesma naturaleza y de la mesma culpa, y así subjecto á la mesma miseria.

Pues segun esta cuenta hallarás por cierto que todos cuantos males hay en el mundo son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caido, si Dios por su misericordia no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro cojo, otro manco, otro loco, otro con dolores de la gota, otro de la piedra, otro preso tantos años ha, otro captivo, otro condenado á las galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves á cada paso y á cada hora por este mundo. Cada vez que esto vieses, habias de hincar las rodillas del corazon á Dios, y levantar las manos al cielo diciendo: Señor, esto os debo yo á vos. Sea para siempre bendicto vuestro sancto nombre, que yo pudiera ser como este y como aquel, y si así me viera, quizá perdiera la paciencia, y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los piés á quien desto me librara, y ofresciéramele por esclavo toda la vida. Pues beso, Señor mio, vuestros piés y vuestras manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y os doy infinitas gracias, porque por sola vuestra misericordia enderezastes mi vida de tal manera, que caresciese yo de todos estos males.

§. VIII.

Del beneficio de los sacramentos.

El octavo beneficio es de los sacramentos, y señaladamente de la confesion y communion de que gozamos á menudo. Pues ¿cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algun pecado? ¿Qué es el sacramento de la confesion, sino una fuente limpísima para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras enfermedades, y un medio eficacísimo para reconciliarnos con Dios á costa de la sangre de Cristo? Dime, si estuvieses sentenciado á una muerte afrentosa, ó á cient azotes por las calles públicas,

(*d*) Psal. 34. (*e*) Psal. 117. (*f*) 3. p. q. 8. art. 1. ad. 3.

y un amigo tuyo por pura nobleza y misericordia se pusiese á pasar aquella vergüenza, y recebir aquellos azotes por tí, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles con una soga á la garganta, ¿con qué ojos le mirarias? Con qué corazon le agradescerias aquel tan grande beneficio? Pues esto mesmo has de pensar que es el sacramento de la confesion. Porque tú estabas sentenciado á azotes y á muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios, movido de pura lástima y compasion, se atravesó de por medio, y se puso á esperar los azotes y sentencia que tú merescias, y en virtud desta satisfaccion manda Dios al sacerdote que te dé por libre de la pena eterna; porque ya se entregó de la deuda que le debias, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazon, con qué amor, con qué ojos será razon que mires á quien tal hizo por tí? Y ¿qué será razon que tú hagas por él?

Pues del sacramento de la communion ¿qué diré? Este es el sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios, y el memorial de todas las maravillas de Dios. Este es sacramento de gracia, sacramento de amor, sacramento de unidad, sacramento de devocion, y de remision, y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con la presencia divina, aquí es hecho templo vivo del cuerpo de Cristo. Aquí se da la gracia en mayor abundancia, aquí se gusta la divina suavidad en su mesma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su verdadero y legítimo Esposo, de donde resultan en ella maravillosos deleites. Este es el viático con que se ha de andar el camino del cielo, y este es el pan de trabajadores con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña del Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí reverdescen los buenos deseos, aquí se acrescienta la devocion, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima, y aquí finalmente se mantiene y come de Cristo, que es su propio pasto, y el mayor bien que en esta vida puede recebir. Porque no es otra cosa comer á Cristo, sino hacernos participantes de su espíritu, de su sangre, de su gracia, de sus merescimientos y de sus trabajos. Porque así como el que come hace suyo lo que come, así el que come á Cristo aplica á sí el espíritu y la gracia de Cristo, para que transformado ya en él, sea en su manera mirado del Padre eterno con aquellos ojos que es mirado él, no ya como extraño y peregrino, sino como hijo suyo. Pues ¿con qué pagarémos al Señor tan grande beneficio?

§. IX.

De los beneficios particulares.

Todos estos beneficios de que hasta aquí habemos tratado, por la mayor parte son comunes á todos los fieles. Quedan despues destos los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recebido, de los cuales, así como nadie puede hacer summa, así el que los ha recebido tendrá dellos mayor noticia. Discurre pues por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son, bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconosce que de todo esto le eres deudor. Mira cuanto á los bienes de naturaleza, las habilidades naturales que te ha dado, el ingenio, la condicion, la discrecion natural, los padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud y la vida, y otras cosas semejantes. Cuanto á los bienes de fortuna, mira la hacienda que te dió, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas semejantes, que no nascen con nosotros, sino que despues nos vinieron por la providencia de Dios, aunque el mundo los llama bienes de fortuna. Cuanto á los bienes de gracia, mira si por ventura has recebido algunos particulares dones del Señor, como son lágrimas, devocion, castidad, caridad, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dió. Mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal, que es una grande y señalada prenda de la divina gracia. Mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido, y otras cosas semejantes.

Mira tambien con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir, los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso. Si eres sacerdote, si bien casado, ó por ventura libre de las cargas del matrimonio, y con esto vives contento y seguro, que es mayor bien que el primero. Y sobre todo, mira si eres religioso, mayormente en provincia ó monasterio donde floresce la observancia regular, porque si hay cosa en el mundo que tenga imágen y semejanza del cielo, es la congregacion observante de la vida religiosa.

Otros beneficios hay mas ocultos que estos, los cuales aun el mesmo que los tiene no conosce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánima tan secretamente, que el mesmo que los recibe no lo sabe, como lo significó el sancto Job, cuando dijo (*g*): Si viniere á mí, no le veré; y si se fuere, tambien esto ignorará mi ánima. Y así tambien leemos de Moisen (*h*), que abajando del monte, la cara llena de resplandor, no veia él la luz que traia consigo, hasta que por los otros fué avisado. Y hacer el Señor esto así, es doblada misericordia; porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros mas segura la gracia, que es como quien da el tesoro, y da tambien la llave para guardarlo.

Y así como hay dones ocultos, así tambien hay preservaciones de males ocultos, que el mesmo hombre preservado no los entiende. ¿Qué sabes tú si estando alguna vez para pasar por una calle (donde por ventura se te ofresciera alguna ocasion, como á David) te estorbó Dios ese camino, ó te puso en el corazon que fueses por otra parte, para excusarte ese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con Sant Pedro, cuando le dijo (*i*): Pedro, Satanas andaba muy solicito para acribaros y aventaros como á trigo; mas yo hice oracion por tí, porque no desfalleciese tu fe? Cuántas veces pues habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquecido las fuerzas de nuestro adversario, para que no prevaleciese contra nosotros? Pues por estos beneficios ocultos no ménos le debemos gracias, que por los manifiestos, sino muchas mas. Porque (como dice muy bien un doctor) así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdon, así por los beneficios ocultos le debemos agradescimiento.

(*g*) Job. 9. (*h*) Exod. 34. (*i*) Luc. 22.

§. X.

Del beneficio de la bienaventuranza de la gloria.

El décimo beneficio es de la glorificacion, que adelante se nos promete por corona, y agora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideracion deste soberano galardon, aquí puede alargar la vista, y extender los ojos, y considerar la grandeza deste bien que nos está guardado Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble region, y mira atentamente ¿qué será ver la hermosura de aquella ciudad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro purísimo, y aquellas fuentes de aguas de vida? Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus jerarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandescientes? Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas, y de profetas? Qué será ver la sacratísima Vírgen, Señora y abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? Qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, Señor nuestro y hermano nuestro, asentado á la diestra del Padre, abogando por nosotros, y haciendo nuestros negocios? Qué será sobre todo esto ver aquel, á quien ver es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo, y saberlo todo de una vez? Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites, y aquella fuente de todos los bienes? Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas, y conversar con aquellos ciudadanos, tan nobles, tan sanctos, y tan hermosos, y tan discretos? Pues ¿ qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre á alcanzar esta corona?

§. XI.

Del modo como se han de dar gracias á Dios por sus beneficios.

Pues por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias á este Señor. Y para que con mayor atencion puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias, hablando con el mesmo Señor, y enderezando las palabras á él. Porque, como arriba tocamos, mas atento está el corazon, y mas levantado el espíritu, y mas religioso, cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mesmo; porque el hablar con aquella soberana Majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descuidado, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado de cualquier imaginacion, porque el temor y reverencia de aquel con quien está hablando, tiene mas atento y fijo su corazon.

Despues de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre convocar todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas le ayuden á bendecir y alabar á este Señor que tan magníficamente lo ha hecho con él, para lo cual podrá servir el cántico siguiente, si lo dijere con un ardentísimo y dulcísimo deseo de la gloria de Dios.

Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos (*k*). Angeles y arcángeles, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Virtudes y dominaciones, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Principados y potestades, bendecid al Señor: alabadlo etc. Bienaventurados tronos en que se asienta y juzga el Señor, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Patriarcas y profetas, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Apóstoles y evangelistas, fundadores de la Iglesia cristiana, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Ejército gloriosísimo de los mártires, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Sanctos, pontífices y confesores, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Todos los sanctos monjes y ermitaños, moradores de los desiertos y lugares solitarios, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Vírgines gloriosas y continentes, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Cielos, bendecid al Señor: alabadlo, etc. (*l*) Estrellas que resplandesceis en el cielo, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Sol y luna que alumbrais al mundo, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Dias y noches, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Invierno, y verano vestido de sus flores y arboledas, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Aguas y nieves, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Rocíos y heladas, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Truenos y relámpagos, bendecid al Señor, alabadlo, etc. Aves del aire, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Todos los peces de la mar, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Montes y valles, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Bosques y florestas, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Rios y fuentes de la tierra, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Animales y ganados, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Espíritus y ánimas de los justos, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Todas las obras del Señor, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Bendicion, claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos (*m*). *Amen.*

Siguense unas tres oraciones muy devotas para pedir y procurar el amor de Dios, y tres devotas consideraciones sobre la oracion del Padre nuestro.

Despues desta consideracion de los beneficios de Dios, síguense otras consideraciones, así de las perfecciones divinas, como del amor que nuestro Señor tiene á los hombres; porque una de las cosas que mas provocan á amar, es ser amado. Y porque este amor que nuestro Señor nos tiene, señaladamente resplandesce en la oracion del *Pater noster*, donde se declara cómo Dios es nuestro Padre, y nosotros sus hijos adoptivos; por esto despues de las tres primeras oraciones que tratan de las perfecciones divinas, se ponen otras tres sobre la oracion del *Pater noster*, con otra que se pone al cabo, en la cual con ardientes deseos pide el hombre á Dios su amor; para que con este número de siete pueda el hombre cumplir, si quisiere, con los siete dias de la semana, teniendo para cada dia su oracion, por no enfadarse rezando una mesma oracion cada dia. Y al cabo de cada una destas oraciones puede añadir este cántico precedente, convocando todas las criaturas, para que todas le ayuden á alabar al comun Señor. Esto es cosa que ayuda mucho á encender nuestro amor para con él. Porque como amar sea querer bien (á lo ménos un efecto principalísimo del amor), no tenemos cosa mas que querer á este Señor, de que él sea de todas sus criaturas alabado y glorificado. Porque como él está lleno de todos los bienes, esto solo, si decirse puede, le falta; aunque esto

(*k*) Daniel. 3. (*l*) Daniel 3. (*m*) Apocal. 7.

en él no hace falta, pues no lo ha menester, sino en nosotros, que somos dello deudores.

Para hacer esto mas fácil y mas devotamente hay sus salmos en el Salterio de David. Porque como hay siete salmos notables de la penitencia, así hay otros siete muy principales de las alabanzas divinas, que son:

Benedic anima mea Domino, et omnia, quæ intra, etc. Benedic anima mea Domino: Domine Deus meus, etc. Exaltabo te, Deus meus rex, et benedicam, etc. Lauda anima mea Dominum, etc. Laudate Dominum quoniam bonus est psalmus, etc. Laudate Dominum de cœlis, laudate eum, etc. (*n*)

Destos salmos los dos primeros están en los maitines del sábado, y los demas al cabo del Salterio. Podrá pues el devoto amador de Dios despertar su corazon con estas palabras divinas cada vez que quisiere, ó rezar un salmo destos al fin de cada una destas siete oraciones, ó si esto no sabe hacer, puede, como dije, acabar cada oracion con el cántico arriba puesto, ó con el *Te Deum laudamus*, segun que mejor se hallare.

PRIMERA ORACION DE LAS PERFECCIONES DIVINAS.

Ameos yo, Señor, dice el Profeta (*o*), fortaleza mia: el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador: Dios mio, ayudador mio, esperaré en él. Si nuestra voluntad estuviera, Señor, en aquella pureza que vos la criastes y enriquecistes con los dones de vuestra gracia, no tuviera necesidad de tantas consideraciones y motivos para inclinarse á vuestro amor; porque el manjar precioso ante el paladar sano, él por sí mesmo se convidará á comer. Mas despues que por el pecado se estragó, son menester muchas salsas de consideraciones para hacer comer el pan de los ángeles á quien tiene puesto su gusto en deleites y manjares de bestias. Y pues la condicion de nuestra voluntad es amar todas las cosas excelentes y perfectas, querria yo agora, Señor mio, levantar un poco estos ojos de murciélago á considerar la luz de vuestras perfecciones, y de vuestro admirable sér, para encender con esto la tibieza de mi corazon en vuestro amor. Corre pues, ó ánima mia, corre como abeja solícita por todas las flores de las perfecciones deste hermosisimo jardin cerrado, y asiéntate en cada una dellas, y coge de ahí el rocío de la suavidad eterna, con que te sustentes é hinchas todos tus senos de la dulzura deste licuor celestial.

Ameos pues yo, Señor, con todo mi corazon, con toda mi ánima, y con todas mis fuerzas, así como vos lo mandais (*p*), pues vos sois infinitamente perfecto, y así mereceis ser infinitamente amado. En vos solo se hallan las perfecciones y hermosuras de todas las criaturas, y todo cuanto está esparcido por este mundo tan hermoso que vos criastes, todo ello con infinita ventaja está en vos. Porque si vos distes á las criaturas todas las perfecciones que tienen, y nadie puede dar lo que no tiene, necesariamente ha de estar en vos lo que distes á todo lo que criastes fuera de vos. Si hubiese un solo emperador en el mundo, debajo de cuya jurisdiccion estuviesen innumerables oficiales y gobernadores puestos por su mano, claro está que todas las jurisdicciones y principados destos estaban por mas alta manera en aquel summo y único principado de quien todos los otros procedieron. Y pues vos, Señor, sois el summo Emperador y Monarca deste mundo, y el Criador de todas las perfecciones que hay en él, necesario es que todo esto se halle en vos, pues todo lo criastes vos. Vemos otrosí, que el maestro que tiene por oficio enseñar al discípulo, y hacerle sabio, necesariamente ha de ser él sabio, si tal ha de hacer á su discípulo. Pues si vos, Dios mio, encaminais todas las cosas á su última perfeccion, necesariamente ha de estar aventajado en vos lo que á todas vuestras criaturas communicais. Y esta es la causa por qué la Escriptura divina os pone tantos nombres, para significar por esta via la muchedumbre de vuestras infinitas perfecciones. Porque unas veces os llama sol, otras luz, otras mar, y otras águila real, otras leon, otras cordero, y otras pan del cielo, otras agua de vida, otras estrella de la mañana, otras flor del campo y azucena de los valles, y otras cosas semejantes; porque como vos, Señor, seais un mar de todas las perfecciones, y las criaturas sean tan pobres en vuestra comparacion, usa de muchas y diversas comparaciones, para que por muchas se declare lo que no podia por una. Por lo cual dijeron muy bien algunos filósofos, que con ninguna cosa podiades ser mejor comparado que con el mesmo mundo que vos criastes, con tal condicion, que quitásemos todo lo material é imperfecto que en él hubiese, y todo lo perfecto pusiésemos en vos. Porque así como cuando decimos que una estatua es imágen de un hombre, no queremos decir que la piedra de que es hecha sea imágen suya, sino sola la figura; así tambien cuando decimos que este mundo es imágen vuestra, habemos de apartar dél todo lo material é imperfecto, y todo lo perfecto aplicar á vos. Pues desta manera con razon decimos que el mundo entre todas sus cosas se paresce mas con vos; porque así como en este mundo visible están todas las cosas, así tambien por una mas excelente manera lo están en vos. Y así vos sois un mundo de perfecciones y hermosuras, un mundo de sabiduría, de omnipotencia; un mundo de bondad, de suavidad, de justicia, de misericordia, y de todas las riquezas. Y así como todas las cosas que hay en el mundo están presentes al mundo, de tal modo que ninguna puede estar tan escondida que no esté presente á él, así nadie hay que no lo esté á vuestros ojos divinos; porque ninguna cosa puede huir del seno de vuestra grandeza y de vuestra infinita sabiduría. Por lo cual dijo el Profeta (*q*): ¿Adónde, Señor, me desviaré de vuestro espíritu, ó dónde huiré de vuestra cara? Si subiere al cielo, ahí estáis presente; y si descendiere al infierno, ahí tambien os hallaré. Y si tomare las alas de la mañana, y fuere á parar á los últimos términos de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me tendrá vuestra diestra. Porque si el mundo abraza y tiene en sí todas las cosas, mucho mas las abraza vuestra omnipotencia, y por esto nadie podrá hallar camino para huir de vuestro divino poder, y el que no os tuviere aplacado, sepa cierto que os hallará airado, como dice el salmo (*r*): Ni basta huir á Oriente ni á Occidente, ni á los montes mas desiertos; porque Dios es juez de todo, y todo lo ve.

Por lo cual así como al hombre llamamos mundo pequeño en comparacion deste grande, porque en él se halla abreviado este mayor; así á vos, Señor, llamamos mundo grandísimo; porque de vos salió este pequeño,

(*n*) Psal. 102. 173. 144. 145. 146 148. (*o*) Psal. 17. (*p*) Deut. 6 Luc. 10.

(*q*) Psal. 138. (*r*) Psal. 74.

como efecto de su causa, y como hechura de su Hacedor. Y por esto todo lo que hay en él, hay en vos; sino que en él está imperfectamente, como en criatura; mas en vos perfectísimamente, como en su omnipotente Criador. En él están las cosas corporal y temporalmente, como cosas corruptibles; mas en vos están espiritual, y eternal, y divinamente; porque en Dios todas las cosas son Dios. Pues deste mundo grande salió este pequeño, hermoso de hermoso, rico de rico, y perfecto de perfecto; aunque visible de invisible, y de eterno temporal. Porque aunque fué hecho de nada cuanto á la materia, mas no fué hecho de nada cuanto á la forma ejemplar; pues fué trazado por las formas y figuras, y por el modelo que estaba dentro de vos. Porque así como en la simiente del árbol por una maravillosa y secreta manera está todo el árbol, así en vos (que sois principio y Hacedor del mundo) está todo el mundo que de vos salió; sino que allí el árbol está en su simiente como en causa material; y por esto está confusa é imperfectamente, como la letra en la tinta, y la casa en los materiales de que se hace; mas en vos está el mundo como en causa suficiente y formal, y por eso está en vos muy mas distinta y perfectamente que en sí mesmo.

Y si es lícito comparar las cosas altas con las bajas, así como en la oficina de un famoso impresor, demas del maestro mayor que rije la estampa, hay muchas formas y diferencias de letras, unas grandes y otras pequeñas, unas quebradas y otras iluminadas, y de otras muchas maneras; así, Dios mio, contemplo yo vuestro divino entendimiento, como una grande y real oficina de donde salió toda la estampa deste mundo; en el cual no solamente está la virtud eficiente y obradora de todas las cosas, mas tambien infinitas diferencias de formas y de hermosísimas figuras; conforme á las cuales salieron las especies y formas de todas las cosas criadas que vemos y que no vemos, aunque estas formas en vos no son muchas, sino una sola, que es vuestra simplicísima esencia, la cual de diversas maneras por diversas criaturas es participada. De suerte que no hay criatura fuera de vos que no tenga su forma y modelo dentro de vos, conforme á cuya traza fué sacada. Estas son aquellas ideas que los filósofos ponian en vuestro divino entendimiento, que son como formas de letras que están en la oficina del impresor, de las cuales salió á luz este mundo hermosísimo, y pudieran salir con la mesma facilidad otros mil mundos, porque para todos habia dechados y perfecciones en vos.

Pues si vos, Dios mio, distes su sér y sus perfecciones á todas las cosas, síguese que todas ellas por muy alta manera están en vos. En vos están las perfecciones de todos los ángeles, la grandeza de los cielos, el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas, la virtud de los planetas, la hermosura de los campos, la gracia de las flores, la frescura de los valles, la claridad de las fuentes, la dulzura de los sabores, la suavidad de los olores, la sabiduría de los sabios, la fortaleza de los fuertes, y la sanctidad de todos los sanctos. Y así de todas estas cosas gozará quien gozare de vos; y todas estas cosas verá en vos mas perfectamente que si las viese en sí mesmas; por donde este se llama conocimiento de la tarde, y el que es en vos de la mañana. Pues si tan amable es la perfeccion de todas las cosas, ¿cuánto mas lo seréis vos, Dios mio, en quien están todas las perfecciones infinitamente aventajadas? Ameos pues yo, Señor, si no tanto cuanto vos meresceis, á lo ménos tanto cuanto en esta vida me sea posible. Ameos con todo mi corazon, con toda mi ánima, y con lo último de todas mis fuerzas. ¡Oh dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, mas dulce que la miel, mas blanco que la nieve, mas deleitable que todos los deleites, mas suave que todo licuor suave, mas precioso que el oro y piedras preciosas. ¿Y qué digo cuando esto digo? Dios mio, vida mia, única esperanza mia, muy grande misericordia mia, y dulcedumbre bienaventurada mia. ¡Oh todo amable! Oh todo dulce! Oh todo deleitable! Dadme, Señor mio, gracia que en vos solo me alegre, en vos solo descanse, á vos siempre ame, á vos sirva, en vos piense velando de dia, y en vos sueñe durmiendo de noche; para que así todo yo sea siempre vuestro, y vos seais siempre mio en los siglos de los siglos. *Amen.*

SEGUNDA ORACION DE LAS MESMAS PERFECCIONES DIVINAS.

Ameos yo, Señor Dios mio y Criador mio, por razon de vuestro nobilísimo y perfectísimo sér, el cual es en vos tan esencial y tan proprio, que no es posible caber en entendimiento de quien sabe qué cosa es Dios, que vos no seais. Porque si vos no fuésedes, ninguna cosa sería, pues todo lo que tiene sér pende de vos. Mas vuestro sér no pende de nadie, sino de vos mesmo; porque no es sér participado, sino proprio; y por eso no es limitado ni medido, sino universal é infinito, pues él solo comprende todo sér.

Ameos tambien yo, Señor mio, pues vos sois regla y dechado de todas las cosas, y (como un filósofo dijo) la medida de todas las substancias; porque cada una dellas cuanto mas se llega á vos, y mas participa de vos, tanto es mas noble y mas perfecta en su sér. Entre las cuales están como en el mas bajo lugar las cosas que no tienen mas que sér, como son los elementos; y un poco mas adelante las que tienen vida, como son las plantas; y tras destas las que tienen sentido, como son los animales; y luego las que tienen entendimiento y sabiduría, como son los hombres; y sobre todos estos los que están en caridad y gracia; porque están mas cerca de vos, y participan mas de vuestra bondad; pues, como dijo vuestro Evangelista (s), Dios es caridad, y el que está en caridad, está en Dios, y Dios en él.

Ameos tambien yo, Señor, pues vos sois causa universalísima de todas las cosas, la cual por natural razon alcanzaron los filósofos, viendo que no era posible proceder en infinito en las causas esencialmente ordenadas; sino que todas ellas finalmente habian de tener su paradero, y venirá rematarse en una primera causa de quien procediesen todas, y por quien fuesen movidas; que es como la primera rueda de un reloj, que mueve todas las otras; ó la primera cabeza de una república, de quien se derivan las otras: la cual en esta gran república del mundo sois vos.

Ameos tambien yo, Señor, pues vos sois vida, y felicísima vida, y autor de todo lo que tiene vida. Porque si

(s) 1. Joan. 4.

es mejor tener vida que carescer della, y vos sois el mejor de todas las cosas, síguese necesariamente que habeis de tener vida. Y si es mejor la vida racional que la irracional, síguese que vuestra vida es racional é intelectual sobre todo entendimiento. Y si es mejor vida feliz que infeliz, síguese que vuestra vida es feliz. Y porque vos sois el mayor y mejor de todas las cosas, síguese que vuestra vida ha de ser felicísima sobre todas las vidas. Ameos pues yo, Señor Dios mio, fuente de felicidad y de vida; de quien recibieron vida todas las cosas que viven, en quien vivimos, nos movemos y somos (*t*), y de quien y por quien viven todas las cosas que dichosamente viven.

Ameos tambien yo, Señor, pues vos sois poderosísimo mantenedor y sustentador de todas las criaturas, las cuales como no pudieron salir de no ser á ser sin vos, así tampoco se podrian conservar en ese mesmo sér sin vos. Vos sois el que estáis asentado sobre los tronos de los cielos, y dende ahí llega vuestra vista hasta los abismos. Vos teneis, como dice el Profeta (*v*), con tres dedos colgada la redondez de la tierra: es á saber, con la grandeza de vuestra omnipotencia, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad; con los cuales cargastes sobre ella los montes y los collados por su justo peso y medida. Vos pusistes sus puertas y cerraduras á la mar, y le señalastes sus leyes, y dijistes (*x*): Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás el furor de tus olas. De vos canta con mucha razon aquel gran Filósofo cristiano en sus versos, diciendo (*y*): O summo Dios, Criador de tierra y cielos, que con perpetuas leyes gobernais al mundo, que mandastes á los tiempos dende el principio correr por su órden, y estando siempre en un mesmo sér, variais y moveis todas las cosas. Vos sois el principio y sustentador dellas, vos la guia, y la senda, y el término de todas ellas. Vos sois puerto y descanso quieto de los buenos, y ver vuestra cara es el fin de todos nuestros deseos.

Ameos tambien yo, Señor, porque vos sois fuente de sabiduría, de quien proceden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Porque así como este sol visible es principio y causa de toda la luz del mundo, y por él vemos todo lo que vemos, así vos sois una luz invisible, y sol de nuestros entendimientos, de quien se derivó la luz de todos ellos, por cuya claridad y beneficio entienden todo lo que entienden. Vos sois la razon y órden de las cosas, y el que, segun la regla de vuestra rectísima voluntad, las pusistes en aquellos grados y lugares que quisistes. Vos hecistes unas criaturas corporales, y otras espirituales, y otras á medias, participantes de entrambas. Unas hecistes corruptibles, y otras incorruptibles; unas simples, y otras compuestas; unas para regir, otras para ser regidas; unas para causar, otras para ser causadas; unas altísimas y nobilísimas, otras bajas y pequeñas; otras medianas entre las unas y las otras, así como convenía para la perfeccion deste universo. Vos tambien señalastes sus lugares á todas las cosas, segun la condicion de sus naturalezas; y así unas pusistes en lo alto, otras en lo bajo, y otras en lo medio: para que así no hubiese lugar en el mundo que no estuviese poblado de las obras de vuestras manos, y cada cosa tuviese el puesto que mas convenía para su naturaleza. Desta manera ordenastes cuasi infinitas cosas muy diversas á un mesmo fin, y de todas ellas hecistes una música tan concertada, un mundo tan hermoso y una república tan perfecta, que no hay cosa con que se pueda comparar. Pues si tan grande bien es la sabiduría, y tan digna de ser preciada, y la vuestra, Señor, es tan grande, cuanto la universidad de todas vuestras obras testifican, ¿por qué no os preciaré yo? Por qué no os amaré con todas mis fuerzas y con todo mi corazon? Por qué no me serán todas vuestras obras testigo de vuestra gloria, espejos de vuestra hermosura, predicadorás de vuestra sabiduría, y despertadoras de vuestro amor, pues todas ellas á una voz dicen que os amemos? Ameos tambien yo, Señor, porque vos sois bondad esencial é infinita, porque no sois por cualidad bueno, sino por esencia: de tal manera que vuestra mesma naturaleza es la mesma bondad. Lo cual se parece bien por vuestras obras, porque tanto una cosa es mas buena, cuanto es mas communicativa de sí mesma, como lo es el sol entre las criaturas corporales, que tan liberalmente communica su luz y su calor á todo el mundo. Pues ¿quién, Señor, hay en los cielos y en la tierra tan liberal y tan communicativo como vos? ¿Qué criatura hay tan pequeña, que no participe algo de vos, que no esté llena de vuestras riquezas, pues ninguna tiene otro patrimonio ni otro sér mas del que vos le distes? De manera que vos sois el tesoro de todo el mundo, vos el summo bien y universalísimo bien. De aquí nasce que como todas las cosas naturalmente desean su perfeccion y su proprio bien, así todas desean llegarse á vos, y ser participantes de vos, que sois su perfeccion y su bien; por donde hasta la mesma materia primera (que es la mas baja cosa que vos criastes, y mas sin sér), esa, como tan pobre de sér, desea el sér, con el cual participe algo de vos, y tenga alguna manera de semejanza con vos. Pues si esta criatura tan baja, que ni tiene ojos para veros, ni voluntad para amaros, ni aun sér entero por el cual sea algo, estando tan vacía y pobre de todo, no lo está de vuestro amor y natural deseo, ¿qué será razon que haga, Dios mio, quien tiene ojos de razon para conosceros, y corazon hecho para amaros, y á quien solo teneis hechas todas las mercedes que hecistes á todas las criaturas del mundo, por lo cual se llama menor mundo? Quien tanto ha recebido, y tanto debe, y tanto ve, y tanto con vuestra ayuda puede amaros, ¿cómo se deja vencer de la materia primera en la recuesta de vuestro amor? Ameos pues yo, Señor mio, por esta infinita bondad que hay en vos, que es la mas fuerte causa de amor, y de la cual nos viene todo el bien. Porque así como es propria condicion del sol alumbrar, y del fuego calentar, y de la nieve enfriar; así y mucho mas es proprio á vuestra summa bondad hacer á todos bien y communicarse. Pues ¿quién será tan enemigo de sí mesmo, que no ame tal bondad, de la cual le viene tanto bien? Ciertamente, Señor, todos corremos á vos, dice Sant Bernardo (*z*), por la mansedumbre grande que se nos predica de vos; porque no despreciais al pobre, no huis del pecador, no desechastes al ladron que os confesaba, ni á la mujer pecadora que lloraba, ni á la cananea que os llamaba, ni á la que fué tomada en adulterio, ni al Evangelista que estaba en el cambio, ni al publicano que oraba en el templo, ni al discípulo que os negaba, ni al perseguidor de vuestros discípulos, ni á los mesmos que

(*t*) Act. 17. (*v*) Isai. 40. (*x*) Job. 38. (*y*) Boecio.

(*z*) Super Cantic. serm. 22. post med.

os crucificaban. Pues por esto, Señor, corremos en pos de vos al olor destos tan preciosos ungüentos; porque ninguna cosa hay en el mundo mas suave; ni mas amable, ni mas dulce de aplacar que vos. Pues siendo vos, Dios mio, un tan grande piélago, y no solamente piélago, sino un mundo de tantas perfecciones y virtudes, ¿cómo no os amaré yo con todo mi corazon y con todas mis fuerzas? Y si cada una de vuestras perfecciones, por ser infinita, merece ser amada con amor infinito, ¿con qué amor amaré al que en sí encierra perfecciones infinitas? Con qué lengua os alabaré? Con qué palabras predicaré vuestras grandezas, y con qué entrañas amaré vuestra bondad? La deuda está, Señor, conocida, y tambien la pobreza del deudor. Vos, Señor, suplid esta falta, y pues tanto meresceis ser amado, y tan encarescidamente me mandais que os ame, dadme un corazon nuevo, con el cual os ame yo de la manera que vos mandais: á quien solo se debe infinito amor, perpetua alabanza, eterna gloria, summo poder, reino perpetuo, é imperio sin fin en los siglos de los siglos. *Amen.*

TERCERA ORACION DE LAS MESMAS PERFECCIONES DIVINAS.

Si entre todas las cosas que provocan á amor, una de las principales es la hermosura, ¿por qué no os amaré yo, Señor, pues vos sois fuente de todas las hermosuras? Vos sois hermosura del universo, pues todas las cosas criastes cada cual en su manera hermosas, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, en cuya cara desean mirar los ángeles, con cuya vista tienen su última felicidad y gloria todos los espíritus soberanos. De vos recibieron su hermosura las aves, las flores, las fuentes, los campos, los rios, los mares, los bosques, los árboles, la tierra, los montes los valles, y todas las cosas. Vos hermoseastes el cielo con estrellas, el aire con aves, el agua con pesces, los prados con flores, y la tierra con infinita diversidad de plantas y de animales. En todos los lugares del mundo sois hermoso; porque en todos ellos se hallan rastros y señales de vuestra hermosura. En el cielo sois hermosura de gloria, en el infierno de justicia, en los buenos de gracia, y en los malos de paciencia.

Amenos tambien yo, Señor mio, pues vos sois perfeccion de todas las cosas. Vos sois alabanza de los ángeles, galardon de los sanctos, esperanza de los patriarcas, lumbre de los profetas, alegría de los apóstoles, corona de los mártires, gloria de los confesores, pureza de las vírgines, y salud de todos los escogidos. A vos alaban todos los espíritus bienaventurados, de vos tiemblan las columnas del cielo, y á vos acatan y reverencian todas las criaturas del mundo. Vos hinchis todas las cosas sin extenderos, y pasais por todas ellas sin moveros, y estáis dentro de todas ellas sin estrecharos. Vos las criastes sin necesidad, y las gobernais sin trabajo, y las mudais sin mudaros. Vos solo juzgais sin error, y castigais sin pasion, y haceis mercedes sin perder nada de vuestros tesoros. Porque si la mar dando tantas aguas á la tierra no se menoscaba, no siendo infinita, ¿cómo se menoscabarán vuestros tesoros dándolos vos, pues son infinitos? Vos solo sois á vos y á todas las cosas suficientísimo. Y por eso quien á vos solo tiene, todo lo tiene; y quien á vos no tiene, aunque todo lo demas tenga, es pobre, miserable y mendigo.

Todas estas perfecciones y alabanzas, con otras infinitas, caben, Dios mio, en vos, las cuales ni el entendimiento puede comprehender, ni la lengua mortal explicar, por donde la mayor alabanza que de vos puede predicar nuestra bajeza, es decir que del todo sois incomprehensible, y que (como dijo un filósofo) con silencio habeis de ser venerado, dando esta soberana gloria á vuestra substancia, que sola ella es infinita en la esencia, en la omnipotencia, en la sabiduría, en la bondad, en la hermosura y en todo lo demas; y como es infinita en todo, así no puede ser comprehendida con nuestro entendimiento, y mucho ménos explicada con nuestra lengua mortal. Por donde así como si se hallase algun mar sin suelo, despues que hubiésemos decendido por él cient mil cuentos de leguas, quedarian otras infinitas por bajar; así despues que el entendimiento criado hubiere ahondado mucho en la profundidad de vuestras excelencias, aun le quedará infinito campo por descubrir. Porque vos sois aquel gran Dios, de quien está escripto (*a*): Mas alto es que el cielo, mas profundo que los abismos, mas largo que la tierra, y mas ancho que la mar. Este es el Dios grande en su fortaleza, y no hay entre los sabios y hacedores de leyes quien se compare con él. ¿Quién podrá escudriñar sus caminos (*b*), ó quién se atreverá á decirle que hizo algo mal? Mira que ni aun las obras dél puedes perfectamente comprehender, de las cuales han escripto grandes varones. Todos los hombres le ven, mas cada uno mira de léjos. Este es el Dios grande, que vence nuestra sabiduría, y el número de sus años es inestimable. De las cuales palabras manifiestamente se colige, cómo por todas partes sois, Señor, inefable é incomprehensible. Mas alto sois que todo lo que se puede imaginar y figurar, y aun mas alto que todo lo que se puede entender y contemplar, y aun sobre todo esto, mas alto que todo lo que se puede amar, y gozar, y desear; porque á todo esto sobrepuja la inmensidad de vuestra grandeza. De manera que (como dice Sant Dionisio) á todas las criaturas sois incomprehensible; porque ni el sentido os alcanza, ni la imaginacion, ni la opinion, ni la razon, ni la sabiduría, ni otra virtud alguna criada. Y pues vuestra inmensidad sobrepuja todos nuestros entendimientos, esta será, Señor, la mejor de nuestras confesiones y la mayor de vuestras alabanzas: confesaros por incomprehensible. Así lo confesaron hasta los mesmos filósofos; así lo testifica uno dellos por estas palabras: Si mirares (dice él) las palabras de Platon, hallarás que Dios es una tan alta y tan noble substancia, que no hay palabra ni pensamiento que la pueda comprehender. Y si algo dijeres dél, de sus cosas podrás decir, mas á él nunca lo dirás. Podrás decir que es causa de todas las causas; mas quién sea él, y de qué manera sea, no hay entendimiento que lo alcance. Porque nuestros entendimientos luego nos inclinan á nuestras mesmas cosas, y todo lo que entendemos, entendemos á nuestro modo, pensando que es de la manera que nosotros somos, y lo que no es como nosotros, no lo conoscemos, ni podemos atinar cómo será. Sea pues esta la primera verdad y confesion del primer principio, conoscer que es incomprehensible. Y por tanto, cuando le hayas adorado, llamándole incomprehensible é inefable,

(*a*) Job. 11. (*b*) Job. 36.

la segunda honra que le ofrecerás será confesar que él es deseo comun de todas las cosas; y la tercera, que es principio y causa de todas ellas.

Pues si esto supo decir un filósofo sin lumbre de fe, ¿qué será razon que diga, Señor, de vos quien por el testimonio de vuestras palabras tiene conoscimiento de vos? Si vos sois el deseo de todas las cosas (porque todas hallan en vos cuanto han menester), pues vos sois el fin universal de todas, ¿cómo entre todas ellas seré yo solo el que no os desearé? ¡Oh bien universal del mundo, último fin para quien mi ánima fué criada! ¿Consentiréis vos, Señor, tal monstruosidad en la tierra, que yo solo sea el que en ella no os ame y os desee? ¡Oh Dios mio y todas las cosas! ¿por qué no os amaré yo con todos los amores? Vos sois, Dios mio verdadero, Padre mio Sancto, Señor mio piadoso, Rey mio grande, amador mio hermoso, pan mio vivo, Sacerdote mio eterno, sacrificio mio limpio, lumbre mia verdadera, dulcedumbre mia sancta, sabiduría mia cierta, simplicidad mia pura, heredad mia rica, misericordia mia grande, redempcion mia cumplida, esperanza mia segura, caridad mia perfecta, vida mia eterna, alegría y bienaventuranza mia perdurable. Pues si vos, Dios mio, me sois todas estas cosas, ¿por qué no os amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazon? ¡Oh alegría y descanso mio ¡Oh gozo y deleite mio! ensanchad, Señor, mi corazon en vuestro amor; porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de vuestro amor. Un rio de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios (*c*). Hacedme, Señor, nadar en ese rio; ponedme en medio desa corriente; para que me arrebate y lleve en pos de sí, donde nunca mas parezca, y donde sea todo consumido y transformado en ese fuego de amor. Esta sea, Señor, mi demanda, este mi estudio perpetuo, en esto gaste los dias, en esto piense las noches; ni vea cosa de los ojos que no sea despertador y estímulo de vuestro amor. Con este cuidado viva, y esta sea la postrera palabra con que muera; pues son bienaventurados los que en vos mueren; y en vos muere quien á vos viviendo ama.

CONSIDERACION PRIMERA SOBRE LA ORACION DEL PATER NOSTER.

Dijo, Señor, uno de los sabios deste mundo, que la elocuencia que no ponia en admiracion á los oyentes, no merescia nombre de elocuencia. Dando en esto á entender que á la facultad é ingenio de un hombre mortal pertenecia hacer sus oraciones y razonamientos con tan extraño primor y artificio, que bastasen á poner admiracion á todos cuantos las oyesen. Pues si á esta manera de perfeccion llega el ingenio de los hombres, ¿cuál será, Señor Dios mio, la perfeccion de vuestras obras? Porque cierto es que lo que va de causas á causas, eso va de efectos á efectos, y de obras á obras; pues si tanta ventaja hace vuestro poder, vuestra bondad y vuestra sabiduría á todo el poder y saber de los hombres; ¿cuánto serán, Señor, mayores y mas admirables todas vuestras obras que las de los hombres? Por aqui pues, Dios mio, entiendo que vuestra natural condicion es hacer tales vuestras obras, que ni haya lengua que las pueda explicar, ni entendimiento que las pueda comprehender, ni alabanzas que basten para las engrandescer (*d*). Porque tales conviene que sean vuestras obras, que se parezcan con vos; y así como vos sois infinitamente sabio, poderoso y bueno, y por consiguiente incomprehensible; así es razon que en su manera lo sean vuestras obras; mayormente las de vuestra bondad y misericordia, de que vos mas os preciais: de tal modo, que todos los entendimientos que atentamente las miraren, queden como atónitos y fuera de sí. Porque si esto mesmo acaesció á la reina Sabá, cuando miraba las obras de Salomon (*e*), que al cabo era hombre mortal como nosotros, ¿cuánto mas para pasmar serán las obras desa infinita sabiduría y bondad que reina en todos los siglos? En esta cuenta entra principalmente el misterio de la sacratísima Encarnacion de vuestro unigénito Hijo, y asimesmo el de su sacratísima Pasion, y la institucion del sanctísimo Sacramento, que nos dejó en este mundo; y en esta mesma entra querer vos, Dios y Señor de immensa majestad y grandeza, adoptarnos por hijos, y ofreceros á ser nuestro Padre. Porque desta manera nos manda vuestro unigénito Hijo que os llamemos, y este nombre os pone en toda la Escriptura de su Evangelio. En una parte dice (*f*): Sabe vuestro Padre las cosas de que teneis necesidad. En otra dice (*g*): Mirad las aves del aire, que no siembran, ni cogen, etc., y vuestro Padre les da de comer. En otra dice (*h*): No es la voluntad de vuestro Padre que perezca uno destos pequeñuelos. En otra manda decir á sus discípulos (*i*): Mira que subo á mi Padre y á vuestro Padre; á mi Dios y á vuestro Dios. Por la cual causa dice el Apóstol (*k*) que no se afrenta él de llamarnos hermanos, diciendo (*l*): Predicaré, Señor, vuestro nombre á mis hermanos.

Esta tan grande dignidad nos alcanzó y mereció el mesmo Hijo vuestro por el misterio de su Encarnacion y Pasion; como el mesmo Apóstol lo significó, diciendo (*m*): Envió Dios á su Hijo al mundo, nascido de mujer, y hecho obediente á la ley, para redemir á los que vivian debajo de la ley; para que así recebiésemos la adopcion de hijos de Dios. E porque ya sois hijos, infundió Dios el espíritu de su Hijo en vuestros corazones; el cual con un entrañable afecto os incita á llamarle de todo corazon, Padre, Padre. De suerte que no solo nos dió nombre de hijos, sino tambien espíritu y corazon de hijos, infundiendo en nuestras ánimas el mesmo espíritu que por excelencia moró en la suya; para que morando tambien en las nuestras, nos hiciese participantes deste tan glorioso título y dignidad. Lo mesmo confirma Sant Juan, diciendo (*n*): A todos los que recebieron á Cristo, dió el mesmo Cristo poder para que fuesen hijos de Dios; los cuales recebida esta dignidad, no viven ya conforme á los apetitos y deseos de la carne y de la sangre, sino con la pureza y sanctidad que pertenesce á hijos de Dios. Y porque no pensemos que la dignidad de Padre era de solo nombre, y no de obras y amor, añadió vuestro mesmo Hijo, diciendo (*o*): No llameis á nadie padre sobre la tierra; porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. Dando á entender que en comparacion del amor y providencia paternal vuestra para con los hombres, todos los otros amores y provi-

(*c*) Dan. 7.

(*d*) Joan. 1. (*e*) 3 Reg. 10. (*f*) Matt. 6. (*g*) Ibid. (*h*) Matt. 18. (*i*) Joan. 20. (*k*) Hebr. 2. (*l*) Psal. 21. (*m*) Galat. 4. (*n*) Joan. 1. (*o*) Matt. 23.

dencias de padres no venían á cuenta; pues está claro que ningun padre nos diputó para tan grande bien como vos, ni hizo tanto por esta causa como vos, pues nos diputastes para vuestra gloria, y entregastes á la muerte á vuestro Hijo para dárnosla. Por esto con mucha razon dijo David (*p*): Mi padre y mi madre me desampararon; mas el Señor me recibió. Y el profeta Isaías (*q*): Vos (dice él) Señor, sois nuestro Padre, y Abraham no nos conoció, é Israél no supo de nosotros. Y vos mesmo, Señor, por el mesmo Profeta decis (*r*): ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo, y que no tenga compasion de lo que salió de sus entrañas? Mas si ella se olvidare, yo no me olvidaré de tí; porque en mis manos te traigo escripto, y tus muros están siempre delante de mí.

PADRE NUESTRO.

Pues conforme á esta tan grande é inefable misericordia, nos da licencia y nos manda, Señor, vuestro unigénito Hijo, que os hagamos oracion, diciendo: Padre nuestro, que estáis en los cielos. ¡Oh palabra real! Oh palabra dulce! Oh palabra de inestimable consolacion y devocion! ¿Quién osara, Señor, hablaros desta manera, si vuestro unigénito Hijo no nos diera esta licencia? Quién sois vos, Señor, y quién soy yo, para que os ose yo llamar Padre? Vos sois el que sois, yo soy el que no soy; mas ántes todo este tan grande mundo que vos criastes, delante de vos no es. Pues ¿qué mayor maravilla, qué mayor misericordia, que vos, Dios de infinita majestad, Rey de los reyes, Señor de los señores, Sancto de los sanctos, Dios de los dioses, gloria de los ángeles, y alegría de los bienaventurados, querais ser mi Padre y me adopteis por hijo, siendo yo un vilísimo lodo, un pobre gusano, y una perversísima criatura? ¡Oh maravillosa piedad, oh longura, oh largueza, oh alteza y profundidad de caridad y bondad de Dios! Padre nuestro. ¡Oh palabra de consolacion, oh palabra de amor, oh palabra de confianza! ¿Qué os darémos, Señor, por esta gracia? ¿Con qué palabras engrandescerémos esta misericordia? ¿Qué entendimiento no quedará atónito considerando esta tan admirable largueza? ¡Padre nuestro! ¿Qué miel hay tan dulce, qué leche tan suave, qué bálsamo tan deleitable como esta palabra? ¡Oh alegría inestimable, oh dulzura inefable, tener osadía para llamaros Padre! ¿Qué mas pudiérades vos, Señor, hacer, y qué mas pudiera yo desear, que tener á vos por Padre? ¡Oh cómo sentia esto aquel amado Evangelista, cuando dijo (*s*): Mirad cuál fué el amor que Dios nos tuvo, pues nos dió que fuésemos hijos de Dios, y que lo fuésemos! Esto es, no se contentó con darnos el título de hijos, sino tambien el sér de hijos; para que así tuviésemos por cierto ser él nuestro Padre; pues ni hay padre sin hijo, ni hijo sin padre. De suerte que el Padre nos tomó por hijos, y el Hijo por hermanos, y el Espíritu Sancto por templos vivos, y sagrarios suyos. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor dignidad que esta? Dijo un filósofo que la cosa mas dulce del mundo era la ganancia, pues todos los trabajos de los hombres se hacen dulces con ella. Pues si la mayor ganancia de las ganancias es tener á Dios por Padre, no solo de nombre, sino tambien de obra, ¿qué cosa puede ser en el mundo mas dulce ni mas suave que esta? Esta palabra hiere los corazones, resuelve las entrañas, regala el espíritu, conforta el corazon, alegra el ánima, y hace correr las fuentes de las lágrimas.

Padre nuestro. ¡Oh palabra compendiosa, oh palabra abreviada, que hizo Dios sobre la tierra (*t*)! Decia el Apóstol, que no sabía mas que á Cristo, y este crucificado (*v*), y tenia mucha razon; porque en solo este misterio se encierra todo cuanto se puede saber. Yo, Señor, despues desta ciencia no quiero saber mas que esta palabra: Padre nuestro. En esta quiero leer, en esta estudiar, en esta dia y noche meditar; porque esta me basta. Dicen que el hombre es mundo menor, porque en él está abreviado todo cuanto hay en este mayor. Así tambien se puede llamar esta palabra sabiduría abreviada, que en ella está encerrado todo lo que enseña la Escriptura divina. Porque toda ella se resume en dos partes principales; la una es prometer, y la otra pedir; porque la una se emplea en pedir al hombre lo que debe á Dios, y la otra en prometer al hombre obediente favores y mercedes de Dios, y así la una nos enseña lo que debemos hacer, y la otra lo que debemos esperar. Pues ¿qué promesas hay que no se comprehendan debajo deste nombre de padre? Y ¿qué obligaciones hay que no se encierren en esta palabra, hijo? Porque ¿qué bienes, qué mercedes, qué providencias no esperaré yo de quien verdaderamente se llama Padre? Porque muy bien se sigue: Si es mi padre, amarme ha, proveerme ha, enderezarme ha, ayudarme ha, defenderme ha, aconsejarme ha, curarme ha, enseñarme ha, honrarme ha, heredarme ha, y cuando fuere menester, así como padre, castigarme ha; porque ¿qué hijo hay á quien no castigue su padre? Vivir pues debajo de la tutela y providencia de tal Padre es dulce estado, servidumbre libre, guarda perfecta, temor alegre, castigo blando, pobreza rica y posesion segura; porque del padre es tomar sobre sí los cuidados, y partir el fructo con los hijos.

Item mas, si este padre es Dios Todopoderoso, y Señor de todo lo criado, ¿qué me puede faltar teniendo tal padre, pues en todos los bienes del padre tienen su parte los hijos? Qué tribulacion, qué tempestad habrá que sea parte para turbarme teniendo tal padre? Si me persiguieren mis enemigos, él me defenderá; si me quitaren los bienes temporales, él me proveerá; si tuviere dudas y perplejidades, él me enseñará; si anduviere en medio de las tinieblas y sombra de muerte, él me acompañará; si me levantaren falsos testimonios, él responderá por mí; si se juntaren batallas contra mí, no las temeré; porque vos, Señor, estáis conmigo. ¿Pues qué mayor gloria, qué mayor honra, qué mayor misericordia que esta? La primera dignidad que hay en el mundo es ser hijo de Dios por naturaleza, y la segunda es ser hijo por gracia. Y porque no era posible que fuese mas que un solo hijo por naturaleza, pusístesnos, Señor, en el segundo lugar, que es ser hijos por gracia, sobre la cual dignidad no se puede imaginar otra mayor. Por do paresce que todas vuestras promesas juntas se comprehenden en esta palabra. Mas ántes esta sola dice mas que todas ellas; pues mucho mas es haceros vos, Señor, nuestro Padre, que todo lo que fuera desto nos pudiérades dar; pues siendo vos Padre, y nosotros hijos, somos herederos de vuestros bienes, y particioneros en vuestra hacienda con vuestro único Hijo.

(*p*) Psal. 26. (*q*) Isai. 63 (*r*) Isai. 49. (*s*) 1. Joan. 3.

(*t*) Rom. 9 (*v*) 1. Cor. 2.

Y no menos me enseña esta palabra lo que debo hacer, que lo que debo esperar; porque como vos sois mi Padre, así yo tambien soy vuestro hijo; no solo de palabra, sino de obra; de donde se sigue que yo estoy obligado á hacer obras de hijo, como vos las haceis de padre. Y siendo esto así, síguese que estoy obligado á amaros como á padre, serviros como á padre, honraros como á padre, obedesceros como á padre, poner toda mi esperanza en vos como en verdadero padre, recorrer en todas mis necesidades á vos como á piadoso padre, celar y procurar vuestra honra como honra de mi padre, serviros con purísima intencion por puro amor, como sirve el hijo al padre, ponerme todo en vuestras manos, como en manos de mi padre, sufrir alegremente todos vuestros castigos como castigos de padre, y finalmente arrojar todos mis cuidados y pensamientos en vos, como en verdadero padre. Todo esto, Señor, me pide por justicia el nombre de hijo; y todo esto debo yo á vos como á verdadero Padre. Y pues en esto se comprehende la summa de todo lo que vos en vuestras Escripturas me enseñais, síguese que en esta palabra tengo yo abreviada toda esta doctrina; y así en ella tengo que estudiar toda la vida.

Y aun esto se verá mas claramente, juntando la segunda palabra con la primera, y diciendo: Padre nuestro. Porque no quiso vuestro unigénito Hijo que dijésemos mio; ni en toda esta oracion se halla mio, ni tuyo, sino vuestro; porque á todos quiso él extender y communicar la gloria desta dignidad, para que todos fuesen por gracia lo que solo él era por naturaleza. Pues diciendo: Padre nuestro, claramente confesamos que todos somos hermanos, como hijos de un mesmo padre; y así á ellos debemos amar como á hermanos, y á vos como á nuestro commun padre. Donde paresce que en estas dos palabras se nos encomienda el amor de Dios y del prójimo, en los cuales dos mandamientos está la ley y los profetas. Pues ¿qué doctrina pudo ser mas alta ni mas compendiosa que esta, la cual en solas dos palabras tan claramente enseña todo lo que nos conviene saber?

Y demas desto no solo me enseñan aquí lo que debo esperar, y lo que debo hacer, mas tambien me abren el camino de la penitencia, y las puertas de la esperanza, cuando me las cerrare la culpa. Porque no por eso desmayaré ni desconfiaré, sino ántes imitando el ejemplo de aquel hijo desperdiciado, volveré á vos, mi Padre, con las palabras y confesion que aquel volvió, diciendo (x): Padre, pecado he contra el cielo y contra vos. Aquel hijo, recebida la parte de la hacienda que le cabia, en apartándose de vos, luego la desperdició; porque en esto pára la hacienda poseida sin la providencia de tal padre. De manera que la hacienda sin vos desnudó al hijo, sacólo del gremio de su padre, echóle de su casa, desterrólo de su patria, despojólo de su fama, desnudóle de la castidad, é hízolo guardador de puercos: para que su miseria le enseñase cuán mal habia hecho en apartarse de tal padre, y por el mal que padescia conosciese el bien que habia perdido. Pues volviendo este miserable en sí comenzó á decir: ¡Cuántos mozos de soldada viven hartos en casa de mi padre, y yo aquí perezco de hambre! Volvió sobre sí, para volver á su padre; porque de sí se apartó cuando se apartó de su padre. Y sin dubda muy mucho se apartó y alejó de sí, pues perdida la dignidad de hijo, y aun la de hombre, vino á hacerse semejante á las bestias, y tener su trato y mantenimiento commun con ellas. Volviendo pues el miserable en sí, que de sí andaba tan alejado, determinó de volver á vos, su Padre. Mas ¿con qué cara? Con qué prendas? Con qué esperanza vuelves á él? No con otra mas, que con saber que es mi padre; porque aunque yo perdí la dignidad de hijo, él no ha perdido la piedad y condicion de padre. Pues el padre como vió el hijo, cubrió su pecado, y disimuló la persona de juez por hacer oficio de padre; y la indignacion mudó en perdon, deseando que su hijo volviese y no peresciese. Y llegándose á él, echóle los brazos encima, y dióle beso de paz, y mandó luego que muy aprisa traigan la primera vestidura, y le vistan. No dijo: ¿De dónde vienes? Dónde estuviste? Dónde está lo que llevaste? Por qué trocaste tan grande honra por tan grande ignominia? No ve los delictos la fuerza del amor. No sabe el padre qué cosa es tardía misericordia; luego le mandó poner un anillo en el dedo, porque no contento con restituirle á su innocencia, quiérele tambien ennoblescer con esta señal de honra. Manda que le dén calzado para que torne á andar por la carrera de la justicia que habia desamparado, y para que se vea la pobreza á que habia venido cuando se fué de su padre, pues aun no traia zapatos en los piés. Manda otrosí matar un becerro gordo; porque no contento con cualquiera otro, quiere honrar la fiesta deste recebimiento, y declarar en esto la grosura y abundancia de su caridad para con él. Pues movido yo agora, Señor, con este ejemplo, y atraido con tan grande muestra de caridad, despues de todos mis descarriamientos y destierros, con toda la humildad y vergüenza que me es posible, vengo, Señor, á vos, diciendo con este hijo desperdiciado: Padre, pecado he contra el cielo y contra vos. Ya no merezco llamarme hijo vuestro; hacedme como uno de los mozos jornaleros de vuestra casa. Estas palabras, Señor, diré, y si las dijere con el corazon que aquel las dijo, espero yo que aun ántes que las acabe de pronunciar, me saldréis al camino, y me echaréis los brazos encima, y me daréis besos de paz; porque esto se espera de las entrañas de padre, procurar de traer á sí el hijo perdido. Muy bien dice un doctor, que así como cuando una ave ve á su hijuelo caido del nido donde estaba seguro, trabaja por volverlo á él, y si ve alguna víbora ó serpiente acercarse á él para comérselo, vuela ella con toda solicitud y providencia al derredor dél, piando y dando voces por librarlo; así aquel Padre eterno procura la salud de sus hijos, y cura sus enfermedades, y persigue á la bestia fiera (que es el demonio), y vuelve su pollo al nido, y olvídase de la injuria pasada, y procura traerle á penitencia. Y sobre todo esto, nunca cesa, como verdadero Padre, de amonestarnos, aconsejarnos, encaminarnos y darnos salud. Porque así como cuando uno quiere ver de dia no busca la luz, porque ella mesma se ofresce al que mira; así al que quiere levantar sus ojos al cielo y mirar al Padre, nunca le falta esta soberana y resplandesciente luz que á todos se communica.

(x) Luc. 15.

CONSIDERACION SEGUNDA, EN LA CUAL SE PROSIGUE LA DECLARACION DEL PATER NOSTER.

Que estás en los cielos.

Despues de la primera palabra, que es Padre nuestro, se sigue la segunda, no ménos dulce, ni ménos rica, ni

ménos compendiosa que la pasada. Porque si vos, Señor, que sois mi Dios, y mi Padre, y mi heredad, estáis en el cielo, ¿qué tengo que ver en la tierra teniendo todo mi tesoro en el cielo? Y si vos, mi Padre, estáis en el cielo, síguese que soy extranjero y peregrino en este mundo, y que no tengo aquí ciudad permanesciente, sino que busco la venidera. Y pues el peregrino que camina á su patria, el cuerpo solo tiene en el camino, mas el corazon y pensamiento en la patria donde tiene su casa; siendo yo, Señor, peregrino mientra estoy apartado de vos, ¿dónde ha de estar mi corazon y mi deseo sino en vos?

Esta mesma palabra fortalesce tambien mi confianza y asegura mi partido; porque si vos, Padre mio, estáis en los cielos, ya yo tengo derecho á los cielos; ya tengo un pié dentro desa morada, estando vos en ella, y siendo el mesmo Señor della. ¿Dónde han de estar los hijos sino donde está su padre? Dónde los miembros sino donde está la cabeza? Dónde las águilas sino donde estuviere el cuerpo (*y*)? No excluye el padre de su casa al que hizo participante del título de hijo y de su herencia.

Esta mesma palabra engrandesce y levanta mi ánima sobre todas las cosas del mundo. Porque ¿qué mayor ufanía, qué mayor gloria que, morando en la tierra, tener el Padre en el cielo, y ser por él Rey del cielo? ¡Oh los que deseais honra y gloria! ¿en qué andais buscando glorias de humo que se lleva el viento, y dejais una tan grande gloria como es ser hijos del Rey del cielo? Si esto no creeis, ¿cómo sois cristianos? Y si de verdad lo creeis, ¿cómo andais con tan grandes ansias buscando las vanas honras que huyen de vos, y dejando esta verdadera que se os ofrece de gracia? Alegráos en el Señor, y gozáos los justos, y gloriáos todos los limpios de corazon (*z*), pues teneis tal prenda en el cielo, pues teneis á Dios por Padre. Quiero pues, Señor, tomar alas de águila, y dejadas las bajezas de la tierra, volar á vos á lo alto; porque ¿cómo podré yo estimar nada en la tierra viéndome heredero del cielo? Cómo podré yo arrostrar ó á los deleites bestiales del mundo, ó á las riquezas perescederas de la tierra, estando ya hecho en vos, mi Padre, poseedor de los cielos? Mayor deshonra sería esto para mí, que andar un hijo de algun grande rey alimpiando muladares, ó almohazando caballos. Y si un príncipe aunque no haya heredado, por el derecho que tiene al reino de su padre es tan estimado en todo su reino; teniendo yo este mesmo derecho por palabra de Dios vivo, no al reino perescedero y mal seguro de la tierra, sino al del cielo, ¿cómo dende luego no me tendré por rico y dichoso con tal derecho y esperanza?

Sanctificado sea vuestro nombre.

¡Oh cuán convenientemente se sigue esta peticion con todas las demas! Porque si yo, Señor, estoy ya recebido por hijo vuestro, ¿qué cosa me está mejor que procurar la gloria de vuestro sancto nombre, la victoria de vuestro reino, y el cumplimiento de vuestra sancta voluntad? ¿Pues qué es pediros yo estas cosas, sino recebida esta nueva dignidad de hijo, tomar luego la posesion della, y ejecutar las cosas que derechamente pertenescen á los hijos? Porque así como acabando un hombre de ser electo por rey ó por perlado, luego toma la posesion desta dignidad, y comienza á entender en las cosas que son de su oficio, así yo, Señor, recebida por vuestra gracia esta nueva dignidad, comienzo luego á tomar la posesion y ejecucion della, diciendo y pidiendo lo que es proprio del hijo de tal Padre; que es desear y procurar la sanctificacion de su nombre, y la gloria de su reino: esto es, que él sea en todo el mundo conocido, adorado y glorificado; pues esto mesmo es hacer el hombre su proprio negocio, siendo cierto que la gloria del padre es tambien del hijo, así como la del buen hijo de su padre, segun dijo el Sabio (*a*).

Y si es tan proprio y natural del buen hijo amar á su padre, y el amor transforma al que ama en la cosa amada, de tal manera que olvidado de sí mesmo, todo su estudio es desear y procurar lo que el amado para sí desea, como si fuese otro él, ¿qué tengo yo, Señor, de desear para vos, despues de transformado por amor en vos, sino lo que vos mesmo deseais? Y pues ninguna cosa mas deseais que la gloria de vuestro sancto nombre (porque ninguna hay mas digna de ser deseada), ¿que tengo yo de hacer sino desear y procurar esta mesma gloria? Bien veo, Señor, que no teneis vos necesidad desto, porque aunque la lengua mortal calle, todas las criaturas, como el Salmista dice (*b*), dan voces y predican vuestra gloria, y nos convidan á hacer lo mesmo. Porque si miramos los espíritus angélicos, todos os celebran perpetuamente fiestas de gloria y perpetuo loor. Y si miramos la composicion espantable de los cielos, y con ojos claros consideramos sus maravillas, la concordia de tan diferentes elementos, las crescientes y menguantes de la mar tan ordinarias, los mineros perpetuos de las fuentes, los continuos cursos de los rios, tantas diferencias de árboles, tantas diversidades de yerbas, tantas especies de animales, y de otras innumerables cosas; y cada una con su propria virtud natural, como vos, Señor, le quisistes dar; todas estas cosas que cada dia vemos, ¿qué otra cosa dicen y predican sino la gloria y magnificencia de vuestro nombre? A vos, Señor, pregonan por verdadero y solo Dios, solo eterno, solo inmortal, solo omnipotente, solo sabio, solo bueno, solo misericordioso, solo justo, solo verdadero, solo admirable, y solo merescedor de ser infinitamente amado. Mas entre todas estas criaturas, el hombre mas que todas ellas está obligado á sanctificar y celebrar vuestro sancto nombre. Porque como él haya recebido de vos en sí solo las habilidades y perfecciones de todas ellas (por lo cual se llama mundo menor), si cada una es obligada á sanctificaros por la parte que le cupo, ¿qué obligacion tendrá el que todo lo recebió, y para quien todo cuanto hay en este mundo visible se crió? Por tanto deseo yo, Señor, con todo mi corazon, que vuestro nombre sea sanctificado en todo el mundo; de tal manera que todas las naciones y lenguas, todas las edades y cualidades de personas en todo lugar se conformen para alabar y glorificar vuestro sancto nombre. No os pido, Señor, riquezas de la tierra, ni honras del mundo; no deleites de carne, solamente os pido que vuestro nombre sea sanctificado y glorificado en el mundo. Esta sea la primera y la mayor de mis peticiones; este el primero de mis cuidados y el mayor de todos mis deseos; pues el amor que á vos se debe, ha de ser el mayor de todos los amores. Y si para despues desta vida os pidiere vuestra gloria, no la pida yo para solo mi provecho, sino para vuestra mesma

(*y*) Matt. 24. (*z*) Psalm. 31.

(*a*) Prov. 10. 15. 17. (*b*) Psal. 18.

gloria, y por esto tengo por bienaventurados á los moradores de vuestro reino, porque en los siglos de los siglos os alabarán.

Venga á nos vuestro reino.

Señor, otros muchos reyes (ó por mejor decir) tiranos, se han apoderado de nosotros; el demonio con su potencia, el mundo con sus pompas, la carne con sus deleites y halagos, y nuestra propria voluntad con sus apetitos. Todos estos crueles señores nos han tirannizado y eximido de vuestra jurisdicion y reino, incitándonos siempre á hacer su voluntad, y vivir conforme á sus leyes, desamparadas las vuestras. Pues, ó Rey del cielo, volved, Señor, por vuestra honra, y no permitais mas esta tirannía en vuestro reino. Vayan fuera estos tiranos; levantáos, Señor, y sean disipados vuestros enemigos, y huyan los que os aborrescen de vuestra presencia (*c*). Reinad vos, Señor, en nosotros; vos solo nos regid y gobernad, y solo vuestro esceptro y reino sea de nosotros reconoscido. Vuestra voluntad sea nuestra ley, vuestra palabra nuestra luz, vuestros mandamientos nuestra alegría, ser vuestros nuestra riqueza, y padescer por vos nuestra gloria. Regidnos, Señor, con vuestra providencia, defendednos con vuestra diestra, guiadnos con vuestro espíritu, enseñadnos con vuestra palabra, gobernadnos con vuestras leyes, enriquecednos con vuestros dones, y castigadnos (cuando fuere menester) con vuestra mano misericordiosa. No tenga que ver mas con nosotros el mundo, no la carne, no la propria voluntad, no el demonio. Vaya fuera el príncipe deste mundo, y vos solo reinad en mí, vos solo me regid, vos solo morad dentro de mi ánima, y todo mi corazon ocupe vuestro reino; vos solo seais lumbre de mi entendimiento, y vos solo refeccion de mi voluntad, á vos solo busque, á vos solo quiera, y á vos solo desee. ¿Para qué ando yo discurriendo y distrayéndome por diversas cosas, pues para mí basta solo vuestro reino? Dadme pues, Señor, que de aquí adelante ninguna otra cosa piense, ninguna otra desee ni procure, sino solo él; él sea mi ocupacion, y en él sea toda mi conversacion. Vos solo sois bueno, vos solo hermoso, vos solo amable y amador de nuestras ánimas; por tanto vos solo, Señor, me regid, poseed y enderezad. En vos solo se regale mi pecho, en vos repose mi corazon; corra yo á vos, último fin mio, centro y reino mio, donde las ánimas puras descansan.

Venga tambien, Señor, á nos vuestro reino celestial, que es el fin de todas nuestras esperanzas, y el commun puerto de nuestros deseos, donde veamos á vos nuestro Rey y Padre en vuestra hermosura, y gocemos eternalmente de vuestra presencia. Porque ¿qué mas natural ni mas proprio deseo de los hijos que ver á su padre en su reino? ¡Oh cuándo llegará esta hora! ¿cuándo vendrá este dia? Cuándo veré esta luz? Cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios (*d*)? Cuándo veré aquellos palacios de oro, aquellos jardines de flores eternas, aquellas fuentes de vida, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellos millares de ángeles, aquellos coros de vírgines que siguen el Cordero por do quiera que va, aquellos cantores y cantoras que con perpetuos himnos celebran y alaban aquel soberano Rey y commun Padre de todos? ¡Oh Hierusalem madre nuestra! ¿cuándo te veré? Cuándo será el dia que llamaré á tus puertas de oro, y veré tus muros labrados de jaspe, y oiré la música y las voces de alabanza que allí resuenan? ¡Oh cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor Dios de las virtudes (*e*)! Cobdicia y desfallesce mi ánima deseando las moradas del Señor. Así como el ciervo acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á vos, mi Dios (*f*). Este es deseo natural de hijos, propriedad de aquella agua que da saltos hácia la vida eterna (*g*), levantando el corazon del hombre de la tierra al cielo. Esta hacia al bienaventurado mártir Ignacio (cuando iba á padescer) decir estas palabras: *Amor meus crucifixus est, et non est in me. Aqua autem quædam in me manet, dicens mihi: Vade ad Patrem.* Quiere decir: Mi amor fué crucificado y no está conmigo; mas una agua quedó dentro de mí, que me está diciendo: Ve á tu Padre. Este es pues el commun Padre que deseamos, y por quien sospiramos en este destierro, dando voces y diciendo: Venga, Señor, á nos vuestro reino.

Hágase vuestra voluntad, como en el cielo, así en la tierra.

Esta voluntad dice Cipriano que es la que vuestro unigénito Hijo hizo y nos enseñó. Esta voluntad es humildad en la conversacion, estabilidad en la fe, vergüenza en las palabras, justicia en las obras, en las necesidades ajenas misericordia, y en las costumbres disciplina; no hacer á nadie injuria, y sufrirla despues de hecha; tener paz con los hermanos, querer á Dios de todo corazon, amarlo como á Padre, temerlo como á Dios, no anteponer nada al amor de Cristo, pues él ninguna cosa antepuso al nuestro. Hasta aquí son palabras de Cipriano. Pues esto, Señor, quiero; esto con todas mis entrañas deseo, que en mí y por mí se haga vuestra voluntad, y que yo todo sea vuestro, y todo me emplee en vuestro servicio. Ya no me lleve mas tras sí mi apetito, ni tenga ya mas respecto á mis intereses; no á la aficion sensual de los parientes y amigos, no á las voces del mundo, no á los afectos de carne y de sangre; no piense cuál cosa sea amarga ó dulce, honrosa ó deshonrada, fácil ó dificultosa; mas solamente pretenda hacer en todo vuestra sancta voluntad: esto solo me sea alegre, esto suave. Esta sea toda el alegría y gozo de mi corazon, estar en todo tiempo y lugar haciendo vuestra voluntad. ¡Oh, si yo solo pudiese cumplir con todos los servicios que se os deben! Ciertamente, Señor, si yo fuese por vuestra honra despedazado, esto debria querer mas que gozar de todos los deleites que pudiese haber, salvo si estos deleites no redundasen mas en vuestra gloria, porque ya entónces no desearia los deleites por los deleites, sino por solo vuestro servicio; porque ya no tengo que ver con mi voluntad, sino con la vuestra. ¿Qué cosa puede ser á mí mayor, mas dulce y mas amable, que resolverme todo en vuestra honra? ¡Oh qué alegría sería para mí poder tragar alguna cosa que fuese áspera y dificultosa por vuestra honra? Este es el gozo de los ángeles, el deseo de los sanctos, el alegría de los justos, servir á vos perfectamente y conformarse en todo con vuestra sancta voluntad, y traer siempre los ojos puestos en vuestra honra. Y no dudo, Señor, que mas se alegran los ángeles y las ánimas sanctas de la magnificencia de vuestra honra, que de la grandeza de su gloria. Y por tanto, así como vuestra voluntad perfectamente se cumple en el cielo,

(*c*) Psal. 67. (*d*) Psal. 41.

(*e*) Psal. 83. (*f*) Psal. 41. (*g*) Joan. 4.

así se cumpla en la tierra; de tal manera que todos con grandísimo fervor de corazon la sigamos, por honras y por deshonras, por infamias y por buena fama, por adversidades y prosperidades, renunciando todas las otras voluntades y respectos que no sean segun vos y por vos; pues vos solo sois nuestro Dios, vos solo por excelencia nuestro Padre, vos solo Rey de los reyes y Señor de los señores; y así á vos se debe summa obediencia, perfecta reverencia, eterna gloria y alabanza en los siglos de los siglos. *Amen.*

CONSIDERACION TERCERA SOBRE LA ORACION DEL PATER NOSTER.

Nuestro pan de cada dia dádnoslo hoy.

¡Cuán á propósito vienen, Señor, todas estas peticiones! ¿Qué cosas mas propriamente deben desear los hijos que la honra de sus padres, la prosperidad de su reino y el cumplimiento de su voluntad? Pues no es ménos proprio de los hijos (mayormente cuando son chiquitos) pedir á sus padres pan. Esta palabra repiten muchas veces cuando padescen hambre, con una dolorosa voz, con la cual solicitan las entrañas de sus padres, y les hacen partir el pan. Pues yo, Padre mio, como uno de vuestros hijuelos, grande en los años, mas pequeño en los merescimimientos, acosado de mi hambre y necesidad, con el derecho que tienen los hijos, pido á vos, Padre mio, pan, que es mantenimiento para esta vida que vos me dais. Y porque en mí hay dos substancias, una corporal y otra espiritual, para la una y para la otra os pido pan; para la corporal pido pan de la tierra, mas para la espiritual el pan del cielo, que es el pan de ángeles, los cuales como criaturas espirituales no viven de otro mantenimiento que de vos, que sois pasto de las substancias espirituales. Así que, Padre mio, yo que un tiempo estuve asentado en la tierra de Egipto par de las ollas podridas de los deleites mundanos, despreciado ya este manjar de bestias, sospiro por el pan de los ángeles, que del cielo descendió. Este busco, este quiero, este humilmente os demando. ¡Oh gracia inestimable! Oh misericordia nunca oida! El Dios de los dioses, el Señor de los señores, el galardon de los sanctos, el gozo de los ángeles, el verbo del Padre, la sabiduría eterna, la luz del mundo, el sol del cielo es hecho mantenimiento mio. ¿Pues qué cosa debo yo mas desear ni mas preciar? Sea pues léjos, Señor, de mí, deleitarme en cosas del mundo despues de haber hallado un tan precioso y deleitable pasto. El cual, aunque no pueda yo recebir siempre sacramentalmente, á lo ménos siempre lo debria recebir espiritualmente, morando mi espíritu por amor y continua recordacion con él. Verdaderamente gran maravilla es cómo el corazon humano no se deshace todo con la dulzura deste manjar. Y pues vos, ó buen Jesu, os habeis hecho mi mantenimiento y mi refeccion, á vos solo quiero comer, y de vos solo con un insaciable deseo quiero tener hambre. Porque si vuestro olor solo basta para mantener á todo el mundo, ¿cuánto mas vuestra refeccion? Si con la palabra de vuestra boca vivimos todos y somos alimentados, cuánto mas vivirán las ánimas con la refeccion sacramental de vuestro cuerpo? ¿Pues cómo, Señor, no se resuelven en vuestra presencia todos nuestros corazones? Cómo no se alegra tanto mi ánima en vos, que se olvide de sí y de todas las cosas por amor de vos? Si las cosas de la tierra, y aun las imágines y figuras solas dellas ocupan algunas veces tanto mi corazon, que me hacen olvidar de vos, ¿cómo vuestra verdadera y real presencia no me arrebata de tal manera, que me haga olvidar de todo el mundo por vos?

Pues, ó Padre celestial, dadnos hoy este pan, para que agora y en todo tiempo lo poseamos. Acordaos, Señor, que vuestro Hijo llama este pan cuotidiano, y nos manda que lo pidamos hoy. Decidnos pues, ó buen Jesu, ¿por qué tanto os apresurais á estar con nosotros, que nos mandais pedir para hoy, y no esperais para mañana? Qué habeis visto en nosotros por donde estáis tan embriagado de nuestro amor, que no querais esperar por mañana? Si así os constriñe el amor que nos teneis, que no querais alargar el plazo de vuestra venida, sino que luego quereis estar con nosotros, no ganando vos en esto nada; ¿cuánto mas nosotros, que somos vilísimos gusanos, y tanto ganamos con vos, debriamos apresurarnos á estar con vos, summo bien nuestro, espejo sin mancilla y alegría de los ángeles? Y pues vos, ó buen Jesu, segun lo que aquí mostrais no quereis dilatar este negocio, ni nosotros tampoco lo queremos dilatar: y pues vos nos mandais que os pidamos, no para otro dia, sino para hoy; para hoy, Señor, pedimos esta gracia, y hoy esperamos alcanzarla. Porque de otra manera no tendria consecuencia vuestra doctrina, si nosotros pidiésemos para hoy, y no pudiésemos alcanzar para hoy. Por tanto, pues nosotros os deseamos de presente, y os queremos luego poseer, y este mesmo deseo teneis vos; venid luego, Señor, á nuestro corazon, que está sospirando por vos. Vos, Señor, estáis embriagado de nuestro amor, y nuestro corazon lo está del vuestro. Y pues el peso del amor á vos lleva á nosotros, y á nosotros lleva á vos, haced, Señor, que quitados todos los impedimentos, mi ánima os abrace con tan grande amor, que entre vuestros brazos desfallezca con el gusto de vuestra inefable suavidad. Y pues vos, Señor, cada dia quereis que os pidamos, porque siempre quereis estar con nosotros, nosotros tambien queremos estar con vos, y nunca apartarnos de vos, manjar suavísimo, y esposo dulcísimo de las ánimas limpias.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

O buen Jesu, aunque vos, Señor, benignísima é instantísimamente os ofresceis en este pan de cada dia á nosotros; mas todavía temo yo llegarme á vos. Temo, Señor, el convite de la reina Ester; porque no me acaezca lo que acaesció á Aman, que siendo por ella convidado á su mesa, fué luego despues della ahorcado por sus delictos (*h*). Y aunque no sea, Señor, esta vuestra intencion; pero yo temo mi disposicion por la muchedumbre de mis pecados, que se han multiplicado sobre las arenas de la mar. Porque ¿quién contará la muchedumbre de mis vanos pensamientos, de mis malas obras, y de mis desordenadas palabras, pues apénas los justos saben del todo refrenar su lengua? Pues los pecados de omisiones y negligencias, ¿quién los contará? ¿Qué haré, pues, Señor, en este conflicto, donde por una parte vos me convidais á vuestra mesa, y los ángeles me llaman á ella, y la hambre me constriñe á desearla; y por otra la muchedumbre de mis pecados me retiran y desmayan? Ya sé lo que haré. Pues vos me dais licencia para que os llame Padre, irme he á vos con arrepentimiento y co-

(*h*) Hester. 5. et 7.

razon de hijo, y pediros he perdon de mis pecados, los cuales justamente llamo deudas. Porque deudor es de otro quien le hurta lo que es suyo; y pues nosotros con todas nuestras cosas somos vuestros, las cuales habiamos de emplear en vuestro servicio (lo cual no habemos cumplido así, ántes con todas ellas os habemos ofendido) claro está que os somos deudores del servicio y honra que os negamos. Perdonadnos pues, Señor, estas deudas, pues vos mandais que os pidamos este perdon. ¡Oh maravillosa clemencia de nuestro Dios! Habiéndole nosotros despreciado y trocado por tan bajas cosas, con todo esto él mesmo nos manda que le pidamos perdon, y siendo él ofendido nos convida con la paz. No usó él desta misericordia con los ángeles que pecaron, por lo cual están siempre y estarán en su maldad. Y pues vos, Señor, recebistes ya tan grande satisfaccion de nuestras deudas con la sangre de vuestro Hijo, y nos mandais pedir este perdon, perdonadnos todas nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores. ¡Oh dichosa ofensa, oh bienaventurada deuda, la cual despues de perdonada merece ser alegada en el juicio de Dios para nuestro perdon! Por lo cual no nos debiamos entristecer cuando los hombres nos ofenden, persiguen y hacen todo mal; ántes nos debiamos alegrar y desear las tales cosas, porque perdonando estas ofensas, mas fácilmente podemos alcanzar perdon. Y no hay que dudar, sino que esta alegacion que aquí nos enseña nuestro mesmo juez y abogado debe ser de gran precio delante dél. Por lo cual de buena gana sufria el rey David los denuestos é injurias de Semeí, que le maldecia (*i*), porque entendia cuánto este le valia para reconciliarse con Dios.

Y no nos trayas en tentacion; mas líbranos de mal. *Amen.*

¿Qué me aprovecha, Señor, salir de las deudas viejas, si torno á entrar en otras nuevas? Qué monta lavarme por haber tocado un muerto, si acabándome de lavar lo torno á tocar (*k*)? Por tanto, Señor, si vos permitiéredes que nosotros seamos tentados para nuestra humildad, y para nuestro ejercicio, y para nuestra paciencia, y para nuestra corona, y finalmente para que viéndonos afligidos recorramos á vos, como á nuestro Padre, no permitais que seamos vencidos en la tentacion. Nuestra flaqueza es tan grande, que no podemos dejar de caer sin vuestra gracia, y despues de recebida la gracia, no podemos perseverar en ella sin vuestra especial ayuda, pues á muchos se da la gracia, y no la perseverancia. Las contradicciones y enemigos que tenemos, vos los veis. La carne es enemigo familiar, continuo y blando; el mundo es engañoso, mentiroso y traidor; el demonio es cruel, fuerte, astuto y muy ejercitado en pelear. Pues estando, Señor, entre tantos escuadrones de enemigos, entre tantos fautores de nuestra carne, y entre tantos ahogadores y perseguidores del espíritu, ¿qué será de mí, Señor, si vos os apartais de mí? Qué será una oveja entre tantos lobos? Y de una criatura tan flaca entre tantas espadas de enemigos? Pues ¿qué debo yo, Señor, aquí hacer, sino clamar á vos, mi Padre, como hace el hijo de la golondrina, y gemir como paloma (*l*)? Qué tengo de hacer, sino levantar mis ojos á los montes de donde me ha de venir el socorro (*m*)? A vos pues levanto mis ojos, que morais en los cielos (*n*); á vos levanto mi ánima, Dios mio; en vos espero, no sea yo confundido (*o*). Señor Dios, entended en mi ayuda (*p*). Señor, no tardeis en me ayudar. ¿Hasta cuándo, Señor, me habeis de olvidar (*q*)? Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? Hasta cuándo triunfarán mis enemigos de mí (*r*)? ¿Cuántos son los dias de vida que quedan á vuestro siervo? Pues ¿cuándo habeis de hacer justicia de los que me persiguen? Cuándo me veré del todo libre dellos para volar á vos? Cuándo nadie será parte para desviarme de vos? Cuándo moriré á todas las cosas y á mí mesmo para huir á vos? Cuándo echaré todas las cosas en olvido, por tener fijos todos mis sentidos y pensamientos en vos? Cuándo todas las cosas me serán viles y desabridas, sino solo vos? Cuándo seré todo vuestro por mi voluntad, pues así como así lo soy por justicia? ¡Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolacion! usad conmigo desta misericordia: que muera yo á todos mis apetitos, y muera tambien á mí y á todos mis enemigos, y viva yo á solo vos. ¡Oh Padre, oh Rey, oh Señor, oh summo bien mio, oh centro de mi ánima! more yo en vos, descanse en vos, y no tenga otra gloria ni otro tesoro sino á solo vos.

Todas estas mercedes os pedimos, Señor, por vuestro unigénito Hijo, que es nuestro abogado, nuestro sacerdote, nuestro sacrificio y nuestro medianero delante de vos. Porque no osamos, como dijo vuestro Profeta (*s*), presentar nuestras peticiones confiados en nuestra justicia, sino en la grandeza de vuestras misericordias, y en los méritos de vuestro Hijo; pues todo lo que él en este mundo hizo y padesció; por nuestra causa lo padesció. Pues por él, Señor, os pedimos que seamos misericordiosamente librados y remediados. Por él criastes todas las cosas, y por él mesmo despues de perdidas las reparastes. Por él criastes el hombre á vuestra imágen y semejanza, y por él restituistes esa mesma imágen y semejanza. El es el fundamento de nuestra justicia, la causa de nuestros merescimientos, el intercesor de nuestras oraciones, el abogado de nuestra causa, y el estribo principal de nuestras esperanzas. Por él pues os pedimos, Señor, todas estas mercedes; pues lo que no se debe á nuestra justicia, es debido á su gracia. Si no teneis que mirar en nosotros, en él teneis mucho que mirar. Si de nuestra parte faltan merescimientos, sobran de la suya. Por él pues os pedimos, por él os suplicamos, á él honrad en nosotros; porque lo que á nosotros dais, á él lo dais; pues todo lo que se da á los miembros, se da á la cabeza cuyos son los miembros. Si no tenemos por nuestra parte que ofresceros para no parecer vacios en vuestra presencia, á él os ofrescemos con todos los trabajos y servicios que él os hizo dende el pesebre hasta la cruz; pues en todos ellos somos participantes. Pues con estos títulos y prendas venimos, Señor, á pediros misericordia por justicia; justicia, si mirais á vuestro Hijo; y misericordia, si mirais á nos.

Y sobre todo esto mirad, Padre eterno, que venimos enviados por vuestro mesmo Hijo, el cual nos mandó pedir en su nombre, y nos dió palabras conoscidas, que son estas que aquí habemos pronunciado. Reconocedlas, Señor; porque palabras son de vuestro mesmo Hijo, que por ellas trata de nuestro remedio. Acordáos que cuando aquella buena mujer de Thecue pidió al rey David per-

(*i*) 2. Reg. 16. (*k*) Levit. 11. Num. 6. (*l*) Isai. 38.
(*m*) Psal. 120. (*n*) Psal. 122.
(*o*) Psal. 24. (*p*) Psal 69. (*q*) Psal. 12. (*r*) Psal. 118.
(*s*) Danniel. 6.

don para Absalom, hijo del mesmo David (*t*), así como el buen Rey entendió que aquella peticion venía ordenada por Joab, capitan general de su ejército, luego se rindió, y otorgó lo que se le pedia; por lo cual el mesmo Joab le dió las gracias, confesando que aquella merced se hacia á él, y no á la mujer que la pidiera. Y pues yo, Señor, soy aquí enviado por vuestro unigénito Hijo, y él es el que me puso estas palabras en la boca para que os las dijese, él es el que por mí os pide, y á él dais lo que á mí me dais, y él es el que os dará eternas gracias y alabanzas por ello.

Acordáos tambien, Señor, que no condenastes, ántes alabastes al mal dispensador de vuestra hacienda, por haber granjeado amigos que le valiesen y acogiesen en sus casas cuando le viesen en necesidad (*v*). Pues yo el mas pobre de las criaturas, y que mas mal he gastado vuestra hacienda, trabajo por allegarme á vuestro Hijo, y valerme dél; para que pues soy tan pobre de merecimientos, sea socorrido y ayudado con los suyos. Y pues tanto nos importa no parescer ante vuestra cara sin traer con nosotros á nuestro espiritual hermano Benjamin (*x*), que es vuestro unigénito Hijo, aquí le traemos y presentamos delante de vos, para que por él seamos benignamente recebidos y mirados. Y vos, unigénito Hijo de Dios, que tambien sois hijo del hombre, extended, Señor, sobre nosotros vuestro palio, pues sois nuestro deudo, para cubrir nuestra desnudez y pobreza (*y*).; y no despidais de vuestra gracia á los que hecistes hermanos y consortes de vuestra mesma naturaleza.

(*t*) 2. Reg. 14. (*v*) Luc. 16.

(*x*) Gene. 45. (*y*) Ruth 30.

ADICIONES

AL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

EN LAS CUALES SE CONTIENEN DOS TRATADOS, UNO DE LA PERFECCION DEL AMOR DE DIOS, Y OTRO DE ALGUNOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR.

AL CRISTIANO LECTOR.

Los dias pasados, cristiano lector, escribí un libro intitulado Memorial de la vida cristiana donde fué mi intento formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos sus grados, dende el principio de la conversion hasta el fin de la perfeccion, la cual consiste en la perfeccion de la caridad, que es el amor de Dios; declarando en cada uno destos estados lo que debia hacer. Mas porque la materia comprehendia tantas cosas, no se pudo tratar todo esto sino con brevedad, como el mesmo nombre de Memorial lo significa; esperando, que si nuestro Señor me diese espacio de vida, podia tratar algunas de aquellas materias mas copiosamente, segun que ellas lo requieren. Lo cual en parte está hecho; porque el libro de la Oracion y meditacion, y la Guia de pecadores, sirven para algo desto. Mas agora me paresció acrescentar otros dos tratados en estas adiciones: uno del amor de Dios, que corresponde al séptimo tratado del Memorial, donde se trata el mesmo argumento; pero aquí se trata mas extendida y copiosamente: y otro de algunos pasos y misterios devotos de la vida de nuestro Salvador, que corresponde al *Vita Christi* del dicho libro, donde estos misterios se escribieron brevemente; mas aquí se tratan mas extendidamente; porque, como estos sagrados misterios estén llenos de devocion y suavidad, convenía se tratasen mas por extenso.

Y no debe nadie tener por cosa supérflua escribir dos tratados del Amor de Dios; porque hay tanto que decir de las excelencias desta virtud, y de las cosas que nos ayudan para alcanzarla, y de las que por el contrario nos la impiden, y asimesmo de las obligaciones y motivos grandes que tenemos para amar á nuestro Criador, que aunque se escribiesen infinitos libros, no se podria agotar lo que hay que decir desta materia. Y yo procuraré (cuanto la memoria me ayudare) de no repetir en este libro cosa que esté dicha en el otro; puesto caso que procederé por la mesma órden, porque la materia lo requiere así. Y pues vemos por nuestros pecados añadirse cada dia tantos libros de nuevas caballerías, fabulosas y mentirosas, á los viejos, donde no se saca mas fructo que vanidad, y deshonestidad, y perdimiento de tiempo, ¿qué mucho es que á los libros que tratan del amor de Dios, y de las obras de su vida sanctísima (en cuya contemplacion consiste gran parte de nuestra bienaventuranza en esta vida), se acrescienten cada dia nuevos tratados, que son nuevos estímulos del amor de Dios y de toda virtud?

Y cuán grande sea el fructo desta licion, declarólo muy bien Sant Bernardo en un tratado que escribió á una hermana suya (digno de tal autor y tal espíritu), en el cual tratando de la licion, dice así (*a*): Hermana muy amada, si quieres estar siempre con Dios, siempre ora y siempre lee; porque grandemente nos es necesaria la licion, ca por ella aprehendemos lo que debemos hacer, y lo que debemos huir, y adonde habemos de caminar. Por lo cual dijo el Profeta (*b*): Tus palabras, Señor, son candela para mis piés, y lumbre para mis caminos. La

(*a*) Bernad. ad Soror. ser. 50. sive de modo benè vivendi. (*b*) Psal. 118.

licion mueve nuestros sentidos, y alumbra nuestros entendimientos; la licion nos enseña cómo habemos de orar y obrar; la licion nos informa de lo que habemos de hacer en la vida activa y contemplativa. Por lo cual dice el Salmista (*c*): Bienaventurado el varon que piensa en la ley del Señor dia y noche. La licion y la oracion son armas con que el demonio es vencido, é instrumentos con que se alcanza la vida eterna. Por la oracion y licion se destruyen los vicios, y se crian en el ánima las virtudes. La sierva de Dios siempre debe orar y leer, y así dice el Salmista (*d*): Entónces, Señor, no seré confundido, cuando estudiare en todos tus mandamientos. Por tanto, hermana muy amada, procura ocuparte en la oracion, y persevera muchas veces en la meditacion de las palabras de Dios y de sus leyes sanctísimas. El ejercicio de leer te sea muy continuo, y tu licion sea la meditacion cuotidiana de la ley de Dios. La licion quita los errores de la vida, y aparta el hombre de la vanidad del mundo. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, las cuales debian bastar para poner silencio á los que reprehenden la licion de los libros espirituales y devotos que nos enseñan el camino de Dios, cuya licion tantas veces por este Sancto, y por Sant Hierónimo en todas sus epístolas (*e*), y por otros muchos sanctos, nos es encomendada.

Y dado caso que este libro, en cuanto trata de la perfeccion del amor de Dios (en cuya perfeccion consiste la de la vida cristiana, de que tambien aquí se trata), principalmente pertenesce á personas religiosas, las cuales por razon de su estado están obligadas á caminar á la perfeccion; mas no faltan muchas personas fuera dese estado, que caminan á ella con gran pureza de vida, sin tener esa obligacion. Porque la divina gracia es tan poderosa y tan admirable, que aunque el estado no ayude (ántes en parte impida), puede ella con su grande virtud vencer todos los impedimentos del estado. Antes muchas veces el Autor de la gracia, para mostrar su poder, levanta á grande perfeccion á los que mas impedimentos tienen para ella; porque así como escogió unos rudos pescadores para convertir el mundo, porque en esto resplandescia mas la grandeza de su virtud, así muchas veces escoge personas á quien la condicion de su estado ayuda poco á la perfeccion, para mostrar en ellas la eficacia y poder de su gracia. Y así se hallan cada dia en la Iglesia cristiana muchas personas en todo género de estados, de grandes, de pequeños, de ricos, de pobres, de casados y no casados, que caminan con grande pureza á la perfeccion desta vida, venciendo con el favor del socorro divino los impedimentos del estado.

De suerte, que así como el Apóstol hablando de la malicia del comun pecado del género humano, dijo que donde abundó el delicto, abundó mucho mas la gracia (*f*); así donde hay mayores impedimentos en el estado, acrescienta muchas veces el Señor en tanto grado el favor de su gracia, que fácilmente puedan vencerlos. Porque ¿qué mayores impedimentos que los que tiene el estado y vida de los reyes? Pues con todo eso leemos que ha habido muchos reyes sanctísimos, de quien la Iglesia hace fiesta particular. Callo los reyes del Testamento viejo, David, Josafat, Ecequías y Josías, que fuéron grandes sanctos y muy prósperos reyes. En el nuevo Testamento tenemos á Sant Luis, rey de Francia, y á otro Sant Luis, hijo del rey de Aragon y de Sicilia, y Sancta Isabel, viuda, hija del rey de Hungría, y á la Reina sancta de Portugal, que hasta hoy dia hace manifestísimos milagros, de que andan los libros llenos; y Sant Eduardo, rey de Inglaterra, en quien se mostró bien la virtud y poder de la divina gracia. Porque siendo mozo y casado con una doncella honestísima y digna de tal casamiento, ambos de commun consentimiento hicieron voto de perpetua virginidad, y viviendo y conversando juntos toda la vida, perseveró en ellos el amor sincerísimo de casados, con la pureza desta virtud. Y diciendo Sant Bernardo (*g*), que es mayor milagro guardar castidad viviendo juntos hombres y mujeres de sospechosa edad, que resuscitar muertos, estos dos mozos conversando siempre, y en medio del regalo y aparato de la vida real, pudieron con el favor de la divina gracia conservar esta pureza hasta el fin de la vida. Por lo cual todos los cristianos, confiados en el socorro desta gracia, deben anhelar á la perfeccion desta vida; porque ya que no lleguen á ella, ménos bajos quedaran procurando subir á lo alto, que si se contentasen con estar en lo mas

(*c*) Psal. 1. (*d*) Psal. 118. (*e*) Hierony. Damaso, to. 3. Ep. etc. (*f*) Rom. 5. (*g*) Super Cantic. ser. 65. in med.

bajo, sin querer pasar adelante; mayormente que siempre es razon que sea mas lo que deseamos y proponemos, que lo que hacemos.

Y dado caso que sea grande ayuda para la perfeccion renunciar todas las cosas del mundo para seguir desnudos á Cristo desnudo, y estar mas desembarazados para entregarnos perfectamente al amor y servicio de solo el Criador, mas esta renunciacion no está tanto en deshacerse de la posesion de los bienes, cuanto en perder la aficion desordenada dellos; porque esta es la que principalmente impide este sancto propósito. Porque ricos eran estos sanctos reyes que aquí propusimos, y ricos tambien fuéron muchos de los sanctos patriarcas (cual fué Abraham, padre de todos los creyentes, como llama el Apóstol, pues pudo juntar un ejército de trescientos y diez y ocho criados que tenia en su servicio), y con todo esto no dejaron de ser perfectos, poseyendo tantas riquezas; porque no tenian su aficion puesta en ellas. Por tanto procuremos hacer aquello que el Profeta dice, que si se multiplicaren las riquezas, no peguemos el corazon con ellas (*h*); porque estando libre el corazon desta aficion, no serán impedimento las riquezas para caminar á la perfeccion.

Mas aquí es de notar, que aunque el título deste libro sea de la Perfeccion del amor de Dios, no por eso se deja de tratar en él de la perfeccion de la vida cristiana; porque como el fin de toda la ley y de todos los consejos de la vida evangélica sea el amor de Dios (*i*), síguese que en la perfeccion deste amor consiste la desa mesma vida. Lo cual claramente se verá en el proceso deste libro; porque todos los documentos que sirven para llegar á la perfeccion deste amor, sirven para conseguir la perfeccion desa misma vida. Porque, dejadas aparte otras definiciones, vida perfecta es la que describe Sant Hierónimo en una palabra, tratando de aquellos sanctos padres de Egipto (*k*), de los cuales dice que vivian en carne, como si estuvieran fuera della. De suerte que muertos al mundo, vivian á solo Dios: esto es, muertos á la carne, vivian con solo el espíritu, vida espiritual y divina, mas que humana. Para cuyo entendimiento será bien señalar la diferencia que hay entre hombres carnales y espirituales. El oficio de los carnales es tener puesto todo su amor, todos sus cuidados, intentos y deseos, en el regalo y buen tratamiento del cuerpo, sin tener cuenta con su ánima, mas que si no la tuvieran; mas por el contrario, el intento de los varones espirituales (como el mesmo nombre lo significa), es entender siempre en la pureza de su espíritu, esclaresciendo su entendimiento con la lumbre y consideracion de la primera verdad, y de las cosas eternas, y adornando su voluntad con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, sin tener mas cuenta con el cuerpo, que con solo aquello que puntualmente es necesario para conservar la vida, y aun esto le dan escasamente y por medida. La imágen perfectísima desta vida nos representaron Cristo y sus apóstoles, y todos aquellos padres del yermo, que despreciadas todas las cosas del mundo, empleaban toda la vida en la contemplacion y amor de su Criador. Y muy particularmente casi en nuestros tiempos representó esta vida el bienaventurado Sant Francisco, perfectísimo seguidor de la vida evangélica, el cual, despedidos de sí todos los negocios y cuidados terrenos, dia y noche se ocupaba en la contemplacion de las cosas celestiales, ejercitando en la tierra el oficio que hacen los ángeles en el cielo. Pues en este glorioso sancto quiso el Espíritu Sancto pintar tan al proprio la perfeccion desta vida, que sin dubda ella me paresce un comentario vivo desta vida y de la perfeccion evangélica; el cual, no con palabras, sino con obras, declara mucho mas la condicion desta vida, que otros commentarios con mucha escriptura. Porque así como conosce mejor la figura y traza de Roma quien la vió con sus ojos, que quien en algun libro la leyese con palabras declarada; así entiende mejor la condicion de la vida evangélica quien ve al sancto que la vive, que quien lee al commentario que la describe.

Pues segun esto, vida perfecta es la que este dechado nos enseña, que es estar en la tierra, y morar con el espíritu en el cielo; vivir entre los hombres, y conversar con los ángeles. Vida perfecta es participar espiritualmente aquella bendicion que se dió al patriarca Jacob, cuando le encojaron del un pié, y dejaron el otro sano. Porque por estos dos piés se entienden dos amores, que son: amor proprio, y amor divino. Pues entónces participará el hombre esta bendi-

(*h*) Psal. 61. (*i*) 1. Thim. 1. (*k*) To. 1. ep. Ad Rufinum, in princip.

cion, cuando quedare cojo el un pié del amor proprio, quedando el otro sano del amor de Dios. Lo cual es necesario que así sea; porque si no estuviere debilitado y cojo el amor desordenado de sí mesmo, no podrá estar entero en nuestras ánimas el divino amor.

Pues por este ejemplo se entiende, que tratar de la perfeccion de la vida cristiana y de la perfeccion de la caridad, es un mesmo argumento, pues ambas cosas se ordenan á un mesmo fin, y proceden por los mesmos medios á ese mesmo fin; pues lo que se requiere para la perfeccion desta vida, se pide para la perfeccion de la caridad. Y aunque deste argumento no debiera escribir sino quien fuera perfecto (pues como dice el Sabio (*l*), los que navegan por la mar cuentan los peligros della), mas no es inconveniente que leyendo las escripturas de los sanctos que desta materia tratan, pueda un imperfecto recopilar y ordenar lo que ellos acerca desto nos dejaron escripto. Lo cual yo procuré en este tratado, á gloria de nuestro Señor y edificacion de los fieles.

Mas en fin deste prólogo me paresció avisar que para leer provechosamente este libro, y entender el lenguaje dél, conviene que hayan precedido los ejercicios de la penitencia, y de la oracion y devocion; de tal manera, que el ánima haya sentido ya dentro de sí algunas centellas y movimientos del amor de Dios, sin el cual no podrá entender bien la doctrina desta virtud. Lo cual dice Sant Bernardo por estas palabras (*m*): Si alguno desea tener noticia de las cosas que tocan al amor de Dios, conviene que ame á Dios. Porque de otra manera, de balde oirá ó leerá los cantares deste divino amor el que no le tiene; porque no tienen cabida las palabras encendidas en el pecho frio. Porque así como no entiende al que habla en griego el que no sabe griego, ni al que habla latin el que no lo sabe (y lo mesmo se entiende de todas las otras lenguas), así la lengua del amor será bárbara al que no ama, y tal como el metal que retiñe, ó la campana que suena. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

(*l*) Eccli. 45. (*m*) Bernard. ser. 79. super Cantica, in princip.

ADICIONES

AL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

TRATADO DEL AMOR DE DIOS,

EN CUYA PERFECCION CONSISTE LA PERFECCION DE LA VIDA CRISTIANA.

CAPITULO PRIMERO.

De nueve grandes excelencias que tiene el amor de Dios.

Antes que tratemos de los ejercicios y medios que sirven para alcanzar el amor de Dios, será bien tratar de los fructos y excelencias deste amor, para que sepan los que por esta virtud trabajan, por cuán preciosa joya trabajan; pues nos consta que alivia mucho la carga del trabajo la grandeza del galardon. Porque despues de alcanzada, no dudo que digamos con la Esposa en los Cantares (*a*): Si el hombre diere todo lo que tiene por la caridad, parescerle ha nada todo cuanto por ella dió. Por eso es bien que con aquella mujer fuerte de los Proverbios de Salomon (*b*) gustemos primero algo de la excelencia desta virtud; porque tengamos por muy buen negocio dar todo lo que se nos pidiere por ella.

Mas no por esto piense nadie que se podrá comprehender en pequeña escriptura todo lo que esta virtud meresce, y aun no sé si fuera por ventura mejor honrar con silencio lo que con palabras no se puede dignamente alabar; porque como la caridad sea el fin de todos los mandamientos divinos, segun dice el Apóstol (*c*), todo lo que está escripto, así en las letras sagradas, como en todos los libros de los sanctos, ó es caridad, ó pertenesce á la caridad. Por do paresce claro lo poco que aquí se podrá decir desta singular virtud, pues ni todo lo escripto, ni aun lo que se puede escribir, basta para agotar el piélago de sus grandezas. Solamente apuntarémos aquí en breve algunas señaladas excelencias que tiene sobre todas las virtudes, para que por aquí se entienda algo de lo que ella es.

§. I.

De la primera excelencia de la caridad.

Pues la primera excelencia que esta virtud tiene, es que hablando en todo rigor de teología, es reina de las virtudes, y la mayor de todas ellas. Para cuyo entendimiento es de saber que las virtudes que llaman teologales (que son fe, esperanza y caridad), tienen el principado sobre todas las otras; porque estas honran y miran á Dios como á fin sobrenatural, y ordenan al hombre para con él, aunque en diferente manera. Porque la fe le mira como á la primera verdad, dando firme y entero crédito á todas las cosas que él nos tiene reveladas: la esperanza le mira como á altísimo y soberano bien que pretende alcanzar, ayudada con la divina gracia y con buenas obras. Mas la caridad le mira como á summo bien, digno de ser amado por quien él es, con summo amor. Y esta es mas excelente manera de mirar y honrar á Dios, y por esto es mas noble esta virtud que la fe y la esperanza. Porque la fe mira á Dios con obscuridad y como debajo de vélo, y la esperanza míralo como á bien arduo, que aun no posee, mas espera poseer; y míralo con un poco de interese, porque lo quiere para sí; esto es, para su propria perfeccion, lo cual en su manera pertenesce al amor que los teólogos llaman de concupiscencia (*d*), mas la caridad ámale con amor de verdadera amistad, que es con amor puro y desinteresado. Del cual dice Sant Bernardo (*e*): El amor puro consigo solo se contenta, y no tiene respecto á intereses. Pues con esta manera de amor posee el ánima á Dios dentro de sí; porque la condicion del perfecto amor es tener todos los sentidos en la cosa que ama, y estar todo unido y trasportado en ella, y así lo está el verdadero amador de Dios, segun aquello que dice Sant Juan (*f*): Dios es caridad, y el que está en caridad está en Dios, y Dios en él. La cual manera de union con el summo bien, por ser tan íntima, hace que la caridad tenga excelencia sobre todas las virtudes, y así dice Sant Augustin (*g*): Ninguna cosa hay mayor que el ánima que tiene caridad, sino es el mesmo Señor que dió la caridad. De donde se infiere, que si esta virtud es la mas excelente de todas las virtudes, que la obra y ejercicio della será el mas excelente de todos los otros ejercicios. Porque aquella es mas excelente obra, que procede de mas excelente principio y hábito, por donde si el hábito de la caridad es el mejor de todos los hábitos espirituales, síguese que el acto desta virtud, que es amar actualmente á Dios, será el mejor y mas meritorio de todos los actos que acá hay. Y no hace contra esto la excelencia singular del martirio que en la vida presente hay; porque si este es tan agradable á Dios, no lo es tanto por sí, cuanto por razon de la caridad que lo hace agradable, sin la cual el martirio no sería martirio, sino tormento infructuoso, como dice el Apóstol (*h*).

§. II.

De la segunda excelencia de la caridad.

La segunda excelencia desta virtud es ser ella, no solo la mas excelente de las virtudes, sino el fin de todas las virtudes, y de todos los mandamientos y consejos divi-

(*a*) Cant. 8. (*b*) Prov. 31. (*c*) 1. Tim. 1.

(*d*) S. Thom. 1. 2. q. 66. art. 6. (*e*) Tract. de dilig. Deo §. Dicto proinde. (*f*) 1. Joan. 4. (*g*) Augustin. serm. 44. de tempore, tom. 10. (*h*) 1. Cor. 13.

nos, los cuales todos se ordenan á ella. De suerte que así como el manjar se ordena á sustentar el cuerpo, y la vestidura á cubrirlo, y la medicina á sanarlo; así toda la ley de Dios se ordena á amar á Dios, y al prójimo por amor de Dios. Y no solo toda la ley de Dios, y todas las escripturas divinas, mas tambien todas las cosas criadas en el cielo y en la tierra (que es toda esta tan grande máquina del mundo) se ordena á este mesmo fin; porque para este principalmente fué criada. Por donde verá el hombre la obligacion que tiene á amar á Dios; pues para esto fué por las manos del mesmo Señor formado, para esto vive, y para esto el cielo, y la tierra, la mar, el aire y todas las criaturas le sirven. Lo cual todo (cuanto es de su parte) hace infructuoso y vano cuando no se ocupa en este oficio.

§. III.

De la tercera excelencia de la caridad

La tercera excelencia es que esta virtud no solo es fin de todas las otras virtudes, sino tambien vida, y ánima, y perfeccion de todas ellas. Por donde así como el cuerpo sin ánima es verdadero cuerpo, mas no tiene vida, así las virtudes sin caridad, aunque sean hábitos buenos, no tienen vida, ni valor, ni mérito ante Dios, para hecho de satisfacer á Dios por los pecados, ni merescer gracia ni gloria, aunque no dejen de aprovechar para otras muchas cosas. La razon es, porque no siendo el hombre grato á Dios, tampoco le es grata la obra que se hace por persona que no le agrada. Y demas desto, así como ningun hombre está obligado á tomar en cuenta lo que no se hace por él, así Dios no tiene por qué agradescer ninguna obra, por excelente que sea, cuando no se hace por su amor. Porque si uno ayunare, y diere limosna, y fuere casto, justo y sufrido, y nada desto hiciere por Dios (como lo hicieron muchos filósofos gentiles), ¿qué tiene Dios que ver, ni que agradescer aquí? De suerte que sola esta virtud es tan aventajada y tan singular entre todas las otras, que sola ella por sí es hermosa y agradable en los ojos de Dios, y fuera della no hay cosa que lo sea sino por ella. Por donde con mucha razon se puede comparar en cierta manera con el mesmo Hijo de Dios. Porque así como no hay criatura racional en el cielo ni en la tierra que sea grata en los ojos de Dios, sino por el gratísimo Hijo de Dios; así ninguna virtud ni obra hay tan excelente que sea agradable á Dios, si no va acompañada y hermoseada con esta virtud. Y por esto con razon se dice que la caridad es raiz y principio de todo merescimiento, y de toda la vida espiritual; porque todo lo que algo vale delante de Dios, es por el valor que della recibe. De manera que lo que es la raiz en el árbol, y el ánima en el cuerpo, y el sol en el mundo, eso es la caridad en el corazon del cristiano. No tienen verdura los ramos, si no están unidos con su raiz; ni vida los miembros, si no están informados con su ánima; ni tendria luz el mundo, si el sol se quitase de por medio; y así no tienen vida, ni valor, ni luz nuestras obras, si no se la diere la caridad. Lo cual muy por extenso testifica Sant Pablo por estas palabras (*i*): Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como un metal que suena, ó como una campana que retiñe. Y si tuviere don de profecía, y supiere todos los misterios y toda la ciencia; y si tuviere tan grande fe, que baste para trasladar los montes de un lugar á otro, y no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere toda mi hacienda con pobres, y entregare mi cuerpo para que arda en vivas llamas, y no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha para cuanto toca á ser agradable á Dios, y merescer delante dél. Por do paresce, que todas las virtudes y dones de Dios que valen algo, por eso tienen valor, porque la caridad se lo da.

Y lo que mas es, no solo las obras virtuosas hechas con caridad son aceptas delante de Dios, mas aun las obras que de suyo son indiferentes; y las que son naturales y necesarias para sustentacion de la vida, hechas con caridad, tambien lo son. De manera que sin la caridad el oro de las virtudes se hace escoria, y la escoria de cualesquier obras desta calidad, por bajas que sean, se hace oro fino por esta virtud. Por lo cual dijo Sant Augustin (*k*): Ama, y haz lo que quisieres; si callares, calla por amor; y si perdonares, perdona por amor; y si castigares, castiga por amor; porque lo que por este amor se hace, es meritorio delante de Dios. Pues ¿qué cosa puede ser mas divina, que la que de las obras indiferentes hace divinas? Arriba dijimos que la caridad era oro, agora decimos que de tal manera es oro, que todo lo que toca vuelve en oro. ¿Qué darian los hombres por una arte de alquimia, que con ella convirtiesen todos los metales en oro? Pues ¿en qué tanto se debe tener aquella virtud que del plomo hace oro, y del hierro hace oro? Quiero decir, que cualquier obra, por baja que sea, hace merescedora de vida eterna.

Por esta razon el mayor de nuestros cuidados habia de ser cumplir lo que el Apóstol dice (*l*), que es hacer todas nuestras obras en caridad. De suerte que como él mesmo en otra parte dice (*m*): El comer, y el beber, y otra cualquier obra que hagamos, todo lo hagamos á gloria de Dios. Como si dijera: Cualquier obra que hiciéredes, por baja que sea, hacedla con caridad, que todo os será meritorio. No habia en el templo de Salomon cosa que no estuviese vestida de oro (*n*), y así no habia de haber en el templo vivo de nuestras ánimas obra que no fuese vestida de caridad.

Y aun pasa mas adelante la eficacia desta virtud, porque no solamente hace buenas las obras indiferentes, mas tambien hace proprias las ajenas. Lo cual dice Sant Gregorio por estas palabras (*o*): Nuestros son tambien aquellos bienes que amamos en los otros, aunque no los podemos imitar; porque del que ama se hace aquello que en el prójimo se ama. De donde pueden pensar los invidiosos, cuán grande sea la virtud de la caridad, la cual sin trabajo nuestro hace nuestros los trabajos ajenos.

Y aun extiéndese á mas esta virtud, porque no solo hace nuestros los bienes del prójimo, de que por amor de Dios nos gozamos, sino tambien nos hace participantes de todos los bienes de Cristo y de su Iglesia, que es todo el cuerpo místico; porque pues la caridad nos une con la cabeza de este cuerpo, que es Cristo, y con el mesmo cuerpo, que es la Iglesia, síguese que ella es por quien nos cabe parte de los bienes de la una cosa y de la otra, así como la salud comun de todo el cuerpo es beneficio proprio de cada uno de los miembros.

(*i*) 1. Cor. 13.

(*k*) August. Serm. 42. de temp. in fine. tom. 10. (*l*) 1. Cor. 16. (*m*) 1. Cor. 10. (*n*) 3. Reg. 6. (*o*) Gregor. Pastor. 3. p. Adm. 11.

§. IV.

De la cuarta excelencia de la caridad.

La cuarta excelencia es que no solo esta virtud es vida de todas las virtudes, sino tambien estímulo y despertador de todas ellas; porque ella es la que las aviva y provoca á hacer sus oficios, y entender en sus ejercicios. Porque del amor de Dios (cuando es grande) procede un ferventísimo deseo de agradarle y hacer su sancta voluntad, y como sabe ya el hombre que ninguna cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos, y las obras de las virtudes, procura luego ejercitarse en todas ellas, y mandarles que todas entiendan en su servicio. De manera que así como la esposa, ó la mujer casada que ama mucho á su marido, cuanto mas le ama, tanto mas procura todo aquello que le puede dar contentamiento, así en el servicio de la casa, como en los atavíos de la persona; así el ánima que de todo corazon desea agradar al Esposo celestial, busca todos aquellos arreos y atavíos con que mas piensa de le agradar. Y porque sabe ya que no hay otros atavíos que le agraden sino las virtudes, por eso se entrega luego de todo corazon al ejercicio dellas. En lo cual se ve la semejanza que la caridad tiene con el mesmo Señor á quien ama; porque así como siendo él uno y simplísimo en su esencia, es todas las cosas en perfeccion y omnipotencia; así la caridad en su manera tiene en su poder, y como debajo de su imperio todas las virtudes. Por cuya causa el Apóstol se las atribuye todas, como adelante veremos. Porque aunque ellas no sean propriamente hijas suyas (por cuanto ella no tiene mas de dos hijos proprios, que son amor de Dios y del prójimo), pero todas ellas son criadas suyas que obedescen á su imperio.

Y para mas claro entendimiento desto podemos imaginar dos maneras de árboles, uno de muerte, y otro de vida; uno de los vicios, y otro de las virtudes, y ambos con una mesma proporcion y correspondencia. En el árbol de muerte (como en todos los otros árboles) hay raiz, tronco, ramas y fructo. La raiz es el pecado original, que (como dicen los teólogos) es un pecado en acto, y todos los pecados en potencia. El tronco es el amor proprio, cuando es demasiado. Las ramas son todas las pasiones y deseos desordenados, que proceden deste amor. La fruta son los vicios y malas obras que destos tales deseos nascen. Esta es la causalidad y órden deste árbol de muerte, y semejante á esta es la que hay en el árbol de vida. Porque deste árbol la raiz es la gracia del Espíritu Sancto. El tronco principal que desta raiz nasce es la caridad; y las ramas son las virtudes, sobre quien la mesma caridad tiene (como dijimos) su mando é imperio, y destas virtudes nascen las buenas obras, y el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Por lo cual dijo Sant Pablo (*p*), que el cumplimiento de toda la ley era amor; y que el que ama, ya tiene cumplida la ley; por esto mesmo dice Sant Gregorio (*q*): El amor de Dios nunca está ocioso, porque siempre obra grandes cosas, si es verdadero amor; y por esta razon se compara muy bien con el fuego, que es el mas activo de todos los elementos; porque así el amor divino, cuanto es mas vehemente y mas arde con el deseo de lo que ama, tanto ménos sosiega, y mas se apresura por agradar á quien ama.

(*p*) Rom. 13. (*q*) Gregor. Hom. 30 in Evang. tom. 2.

Conforme á lo cual dijo Sant Augustin (*r*): A mí me paresce que es brevísima y suficientísima difinicion de la virtud, llamarla órden de amor. Porque aquel es verdaderamente virtuoso, que da á todas las cosas su justo peso de amor, amándolas con aquella medida de amor que cada una debe ser amada, y no mas.

De aquí nasce que el que este amor tiene, en todas las cosas guarda el compas y la medida que debe; conforme á lo cual dice el mesmo Sant Augustin (*s*): La caridad en las adversidades es paciente, en las prosperidades templada, en las pasiones fuerte, en las buenas obras lijera, en las tentaciones segura, en la hospitalidad larga, entre los verdaderos hermanos alegre, y entre los falsos sufrida. Y en otro lugar (*t*): La caridad (dice él) en medio de las injurias está segura, en los odios bienhechora, entre las iras mansa, entre las celadas de los malos innocente, en la verdad quieta, en los males ajenos triste, y en las virtudes alegre.

Mas mucho mejor es oir todas estas excelencias de la boca del Apóstol, el cual alabando esta virtud, y atribuyéndole el imperio y señorío de las otras virtudes, de que ahora tratamos, dice así (*v*): La caridad es sufrida y benigna, la caridad no tiene invidia de nadie, no hace cosa mala, no se ensoberbesce, no es ambiciosa, no es amiga de su provecho, no se aira contra nadie, no piensa mal de nadie, no se alegra con la maldad, sino alégrase con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo lleva sobre sí; la caridad nunca desfallesce. Las cuales palabras glosa muy bien Sant Bernardo en esta manera (*x*): La caridad en las adversidades no desfallesce, porque es sufrida; y en las injurias no procura venganza, porque es benigna; á quien la prosperidad ajena no atormenta, porque no tiene invidia; á quien la conciencia no remuerde, porque no hace cosa mala; no se levanta con las honras, porque no es soberbia; ni con el proprio desprecio se confunde, porque no es ambiciosa; no se deja vencer de la cobdicia, porque no busca su proprio provecho; no se apasiona con las injurias, porque no se aira; ni con las sospechas se carcome, porque no piensa mal de nadie; á quien los males ajenos no alegran, porque no se goza con la maldad; á quien los errores no engañan, porque se alegra con la verdad; á quien las persecuciones no quebrantan, porque todo lo sufre; á quien la incredulidad no endurece, porque todo lo cree; á quien la desesperacion no derriba, porque todo lo espera; á quien ni la mesma muerte puede matar, porque aunque las obras de las otras virtudes cesen en la gloria despues de la muerte, esta sola nunca cesará. ¡Oh virtud invencible, que al mesmo Señor de todas las cosas venciste, y aquel á quien están subjectas todas las cosas pusiste debajo de tu yugo, cuando siendo vencido de amor, se hizo oprobrio de los hombres y desecho del mundo! Porque por el grande amor que nos tuvo, no quiso mas entretener en su ira sus misericordias, sin que ofresciese su vida muy amada á los enemigos, por amor de los amigos. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Las cuales, aunque mas no hubiera, bastaban para enamorar nuestro corazon de una virtud que tantas y tan admirables excelencias tiene.

De lo dicho se infiere, que así como esta virtud es es-

(*r*) Aug. lib. 15. de Civit. Dei. c. 22. t. 5. (*s*) Aug. sermone 39. de temp. tom. 10. (*t*) Aug. eodem Serm. paulò infrà. (*v*) 1. Cor. 13. (*x*) Bernad. Tract. de charitat. cap. 2. de Fortitud. Amoris.

tímulo de todas las otras virtudes, así tambien es cuchillo de todos los vicios; porque así como desea agradar á Dios, y por eso procura todas las virtudes, porque estas le agradan, así teme desagradarle, y por eso huye de todos los vicios, porque estos solos le desagradan.

§. V.

De la quinta excelencia de la caridad.

Mas aunque la caridad sea tan grande estímulo y ayuda para todas las virtudes, señaladamente lo es para una muy principal virtud, que es una fortaleza general, la cual ayuda á llevar la carga de todas las otras virtudes. Esta fortaleza es tan propria del amor de Dios, que no hay en el mundo cosa tan fuerte como él. Porque este divino amor es el que emprende cosas grandes, el que no rehusa los trabajos, el que acomete los peligros, el que esfuerza los corazones flacos, el que pone espuelas á los negocios, el que hace atrevidos á los cobardes; porque no mide las dificultades con la razon, sino con el deseo.

La razon desto es, porque como los efectos naturalmente sigan á la condicion de sus causas, cuanto las causas son mas poderosas y fuertes, tanto lo son los efectos que proceden dellas. Pues como el fin sea la primera y principal de todas las causas (porque él mueve todas las otras á obrar), de aquí es que cuanto es mayor el amor del fin, tanto con mayor fuerza mueve todas las otras causas á obrar, y procura lo que conviene para conseguir ese mesmo fin. De aquí nasce que cuanto mayor amor tiene uno al dinero, ó á la honra, ó al estudio de las letras, tanto se pone á mayores trabajos por alcanzar lo que ama. De manera que como dicen del agua, que tanto sube cuanto desciende, ó cuanto peso tiene, así tambien podemos decir que en todos los negocios tanto hay de fortaleza, cuanto hay de amor. Testigos son desto hasta los mesmos animales, que por flacos que sean, se meten muchas veces por las lanzas y por los venablos de los monteros, por defension de sus hijos, dándoles el amor las fuerzas y el ánimo que la naturaleza les negó. Porque el amor grande siempre tiene por pequeños sus peligros, y por grandes los de la cosa que ama; y por eso fácilmente aventura los unos por los otros, y despide el temor de su proprio daño; porque no teme el suyo sino el ajeno.

Pues por aquí paresce claro cómo el amor de Dios es causa de fortaleza, y que cuanto uno tuviere mas deste amor, tanto tendrá mas de esfuerzo para ponerse á cualquier trabajo por él. ¿Qué otra cosa quieren decir aquellas palabras de los cantares (y): Fuerte es el amor como la muerte? Qué cosa es mas fuerte ni mas poderosa que la muerte? Qué armas han hasta hoy prevalescido contra ella? De quién no tiene alcanzado triunfos? Pues así como la muerte es vencedora de todas las cosas, así todas las cosas vence el amor de Dios, pues aun hasta la mesma muerte, vencedora de todo, es vencida deste amor; porque el verdadero amador de Dios, bien puede ser muerto, mas nunca jamas vencido. ¿Quién dirá que Sant Lorenzo no fué vencedor de la muerte, y de las llamas, y de todos los poderes del mundo, pues todos ellos se pusieron en armas, é hicieron último de potencia por combatir su fe y su constancia, y quedó la muerte vencida, y las llamas apagadas, y el cuerpo despedazado, mas la fe y la fortaleza de su ánimo tan entera quedó entre toda aquella batería de tormentos, como el fino diamante, que ántes rompe la yunque, y penetra el martillo, y cansa el brazo del martillador? ¿De dónde otrosí salió aquella voz y confesion de Daciano, el cual despues de haber probado tanto género de tormentos en el cuerpo del glorioso mártir Sant Vicente, espantado de su constancia, dijo: Vencidos somos; sino desta fortaleza inexpugnable de la caridad, pues quedando vencida la muerte y el tiranno, quedó el mártir vencedor? Clara es y manifiesta la victoria, cuando la parte contraria se rinde y confiesa la gloria del vencedor.

Mas ¿qué mucho es que sea la caridad vencedora de la muerte, pues es vencedora de cuantas fuerzas y poderes hay en el mundo? Si no dígalo aquel grande amador de Cristo, que con la obra fué vencedor de la muerte, y con el propósito de todas las cosas (z). El pues dice así: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que para ello baste? No por cierto, segun que está escripto por el Profeta (a): Por tí, Señor, todo el dia somos entregados á la muerte, y tratados como ovejas que están diputadas para el matadero; mas en todas estas cosas salimos vencedores por amor de aquel que nos amó. Porque cierto estoy, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la alteza de los cielos, ni la profundidad de los infiernos, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios, el cual tenemos por Jesucristo. Hasta aquí son palabras de Sant Pablo, en las cuales no sé de qué primero me maraville, ó del esfuerzo y determinacion deste sancto Apóstol, ó de la fortaleza y excelencia de la caridad, que tan grande señorío tiene sobre todas las cosas criadas, de que aquí se hace vencedora, la cual es tan fuerte, que de la criatura mas flaca del mundo, que es el hombre, tan temeroso de su daño cuan amigo de su provecho, hace la cosa mas poderosa del mundo.

Mas ¿qué es menester andar haciendo comparacion de las fuerzas de la caridad con las de las criaturas, pues tuvo fuerzas para vencer al Señor de todo lo criado? Porque ¿quién le abajó de los cielos á la tierra? Quién le ató á una columna? Quién le echó clavos en piés y manos? Quién le hizo (como él mesmo se llama) ministro y siervo de los hombres? Quién le hizo juntar con el trono del cielo el madero de la cruz, sino el amor de nuestra salud? ¿Por qué ayunó, y sudó, y trabajó, y veló, y murió, sino por este amor? ¡Oh caridad, cuán grande es tu poder! Si contra Dios prevaleciste, ¿cómo no prevalescerás contra los hombres? ¡Oh dulce tiranno, con cuánta blandura y halagos armas los corazones, y los haces acometer cosas tan grandes! Esta es aquella fortaleza celestial que prometió el Señor á los discípulos el dia de Pentecostes, cuando habia de descender sobre ellos el Espíritu Sancto, que esencialmente es amor, en forma de fuego, diciéndoles (b): Asentáos en la ciudad hasta que seais vestidos de fortaleza de lo alto. Vestidos dice, para significar que este sancto amor es como un arnes tranzado, que cubre al hombre de piés á cabeza, sin que en él quede lugar descubierto al golpe del enemigo.

Verdad es luego lo que un sancto doctor dice del amor

(y) Cant. 8.

(z) Rom. 8. (a) Psal. 43. (b) Luc. 24.

divino por estas palabras: La fuerza del corazon, el amor de Dios es; porque el legítimo y verdadero amor es siempre fuerte, no sabe volver atras, no teme los peligros, no rehusa los trabajos, acomete cosas arduas, sufre con paciencia las contrarias, no siente los dolores, y siempre procura de pasar adelante con deseo de aprovechar. Si se levantan guerras, si retientan vicios, si todo el mundo se pusiere en armas contra él, si tiene verdadera caridad, nunca será vencido, y lo que sobre todo es aun mas de maravillar, que no solo es fuerte la caridad para con los otros, sino mucho mas contra su mesmo poseedor. Pongamos ejemplo en una madre que ama mucho á un solo hijo que tiene, al cual trabaja por enriquecer por todas las vias que puede. Pues ¿qué cosa es en esta el amor sino un verdugo cruel de sí mesma, y ella un esclavo de lo que ama? Qué mayor captiverio, que ni comer, ni beber, ni dormir, ni vivir para sí, sino para otro? Quita los placeres, despoja de la hacienda, acrescienta los cuidados y los dolores, y peor que á esclavos los trata: háceles trabajar de noche y de dia, sin pretender ganancia ni provecho proprio, sino el ajeno. Este es su interese, y con esto se alegran, porque mas dulce les es el provecho de aquel por quien padescen, que desabrido el mesmo padescer. Por donde en la hiel hallan miel, y en las fatigas descanso. Por do paresce que ninguna cosa hay en el mundo mas dulce, ni mas fuerte, ni mas cruel, ni mas piadosa que este linaje de amor. Dulce es para el corazon que ama, fuerte para acometer los trabajos, cruel para sí mesmo, y piadoso para con el amado. Por lo cual con mucha razon nos convida Sant Bernardo al amor desta virtud, que tantos bienes trae consigo, diciendo (*c*): Servid, hermanos, á aquella caridad que echa fuera el temor, que no siente los trabajos, que no tiene respecto á los merecimientos, que no busca galardon, y con todo esto nos incita mas á la virtud que todas las cosas.

Destos mesmos principios se infiere, que la caridad no solo es fuerte para padescer por quien ama, sino tambien liberalísima para darle cuanto tiene, siendo muy escasa para sí. Testigos desto son los padres que se desposeen de lo que tienen para enriquecer sus hijos, y desnudan para vestirlos, y aun hasta los mesmos brutos animales quitan de la boca el manjar para ellos. De donde nasce que el que ama á Dios mas que á sí, todo lo que tiene, mas lo quiere para Dios que para sí. Y de aquí procede la pureza de intencion que los tales tienen en sus obras, que es una altísima virtud; porque como aman á Dios mas que á sí, y á sí mesmos quieren para Dios, no son siervos mercenarios, ni hacen las cosas por su interese, ni ordenan á Dios para sí, ni desean la honra ni otra cosa para sí; sino todo lo quieren para aquel que aman mas que á sí. Y cuanto mas libres están de cobdicia, tanto mas llenos están de caridad; y cuanto ménos pretenden ganar, ganan mas; y cuanto mas léjos están del espíritu de jornaleros, tanto es mayor su jornal; porque no les pagan como á siervos trabajadores, sino como á hijos herederos de los tesoros de su padre. Por donde dijo Sant Bernardo (*d*) que la caridad no era mercenaria, mas no por eso carescia de su jornal.

(*c*) Bernar. ad suos Clarevallenses Epist. 143. in fine.
(*d*) Bernard. Tract. de dilig. Deo § Dicto proinde.

§. VI.

De la sexta excelencia de la caridad.

La sexta excelencia desta virtud es traer consigo (cuando está muy encendida) alegría y gozo espiritual. Porque así como del sol nasce la luz, y del fuego el calor, así nasce el alegría con la presencia de lo que se ama. Y esta alegría espiritual es uno de los fructos del Espíritu Sancto, que por eso se llama Paracleto, que quiere decir consolador, por el oficio que tiene de consolar y recrear las ánimas que trabajan por amor de Dios. Estas consolaciones y deleites por muchas vias exceden á todos los deleites sensuales. Porque primeramente son mas propios y mas conforme á la naturaleza del hombre, que es criatura racional; y por este título necesariamente han de ser tanto mayores que todos los otros, cuanto por mas excelente parte le competen. Porque son deleites de las mas nobles potencias que hay en el hombre, que son el entendimiento y la voluntad, las cuales cuanto son mas nobles que todas las otras, tanto son capaces de mayores deleites. Lo segundo, porque los deleites que deste divino amor nascen, no son deleites de naturaleza, sino de gracia; porque proceden de los dones del Espíritu Sancto, y señaladamente de la caridad, que es la mas alta de todas las gracias, y así trae consigo altísimos y nobilísimos deleites. Lo tercero, porque estos deleites no son de criaturas, que son finitas y limitadas, sino del mesmo Criador y Señor de todas las criaturas, que es bien universal é infinito; y así es poderoso para causar mucho mayores alegrías y deleites. De suerte que todas las cosas son por esta parte mas aventajadas; el subjecto, las potencias, la causa y el objeto de los deleites, que es aquel eterno y summo bien, el cual contiene en sí summa perfeccion; y así es él nuestra última perfeccion, en la cual está toda nuestra felicidad y contentamiento. Porque el mayor contento que puede tener una criatura es llegar á su centro y á su último fin, porque esta es el término de todos sus deseos: y como no le queda mas que desear, así no tiene mas de qué gozar. Pues como Dios sea el summo bien, y último fin, y como centro de la criatura racional, de aquí es que alcanzar este summo bien sea summo contentamiento, el cual no se alcanza con los brazos, sino con los abrazos, que es con la union deste sancto amor.

Hay tambien otra razon para esto, y es, que el deleite ó alegría se causa de alcanzar el hombre el bien que desea. Porque, como dice Sancto Tomas (*e*), deseo es un movimiento del corazon, cuyo término es el bien deseado; y llegando este movimiento á su término, necesariamente ha de descansar y alegrarse con él. Mas es aquí de notar, como dice el mismo sancto, que cual fuere el bien que se alcanza, tal será el alegría que se recibe. Y porque todos los bienes desta vida son limitados y particulares, es tambien limitado el gozo dellos; mas por el contrario, porque Dios es bien universal, en quien solo se hallan todos los bienes, por eso es mucho mayor sin comparacion el alegría que se recibe en él, que en todos los bienes del mundo juntos. De lo cual nadie se debe maravillar; porque si el sol, que es una pura criatura, es mas parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas (ántes ellas ninguna cosa

(*e*) S. Thom. 3. d. 26. quæst. 2. art. 3. 1. 2. quæst. 33. art. 2. ad. 1.

alumbran en presencia dél) ¿qué maravilla es que solo el Criador sea mas suficiente para alegrar y satisfacer á un corazon, que todas las criaturas juntas? Antes es grandísima locura buscar los hombres contentamiento fuera de Dios. Porque notoria cosa es que no puede una criatura tener cumplido contentamiento fuera de su centro ó de su último fin; porque miéntras estuviere fuera dél, siempre ha de estar piando y sospirando por él. Y notorio es tambien que el último fin para que el hombre fué criado es Dios; pues si el hombre no puede ser bienaventurado sino gozando deste último fin, y este es Dios, ¿qué mayor dislate que buscar perfecto gozo y contento fuera de Dios?

Y aunque el cumplimiento deste gozo sea en la otra vida, donde mas perfectamente se verá y gozará este bien; mas todavía communica este Señor á sus familiares amigos en este valle de lágrimas una pequeña parte, como primicias y relieves de aquella mesa celestial, para consuelo de los trabajos que pasan por él. Y de aquí nasce que cuando este dulce y amoroso Señor quiere consolar al ánima que de verdad le busca y ama, él esclarece su entendimiento con una tan grande luz, é inflamma su voluntad con tan grande amor y alegría del Espíritu Sancto, que la abundancia dél viene á redundar en la parte inferior del ánima, de tal manera que puede decir con el Profeta (*f*): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Esto nos muestran claramente los ejemplos de tantos sanctos, á los cuales eran tan dulces las cosas de Dios, y tan desabridas las del mundo, que á todas ellas dieron de mano, y las renunciaron alegremente, y se fuéron á los desiertos, teniendo por compañía las fieras, y por mantenimiento las yerbas, y por habitacion las cuevas de las montañas. Lo cual por ninguna via pudieran tolerar toda la vida, si no hallaran mayor consolacion en lo que Dios les daba, que no en lo que en el mundo dejaron.

Y no es esto de maravillar, porque si muchos de los filósofos dejaron todas las cosas del mundo por darse á la contemplacion de las cosas naturales, por el gusto grande que hallaban en ellas, ¿qué mucho es hacer esto los grandes amigos de Dios por la contemplacion de las cosas sobrenaturales y divinas, ayudada con los dones del Espíritu Sancto y con la gracia?

§. VII.

De la séptima excelencia de la caridad.

Desta excelencia se sigue otra no menor, y es que así como la miel no solo es dulce en sí, mas tambien hace dulces todos los manjares con que se junta; así la caridad no solo es en sí suave, mas tambien hace suave y liviana la carga de los mandamientos de Dios. Porque como el amor tiene tan puestos los ojos y los deseos en lo que ama, cuando entiende que los medios para alcanzarlo son trabajos, ama tambien esos mesmos trabajos; porque no considera en los trabajos que son trabajos, sino que son medios para alcanzarlo; y mas alegría le dan por esta razon, que pena por su aspereza. Por esto dice Sant Augustin: En aquello que se ama, ó no se trabaja, ó el mesmo trabajo se ama. Y en otro lugar (*g*): No son (dice él) pesados los trabajos de los que aman, sino ántes ellos mesmos deleitan, como los de los que pescan, y montean, y cazan. Y Sant Bernardo dice (*h*): Si alguno es embriagado con el gusto del amor de Dios, luego está prompto y alegre para todo bien; trabaja y no se cansa, fatígase y no lo siente, hacen burla dél, y no mira en ello. Y en otro lugar dice el mesmo sancto: ¡Oh yugo de sancto amor, cuán dulcemente prendes! ¡Cuán suavemente fatigas, y cuán deleitablemente nos cargas! Y en otro lugar mas brevemente dice (*i*): Donde hay amor no hay trabajo, sino sabor.

Mucho es andar siete años por montes y valles guardando ganado, mas todo esto parescia poco al patriarca Jacob por amor de su Raquel (*k*). Pues ¿cuánto ménos parescerá á una ánima llena del amor de Dios, el trabajo de las virtudes, cuando considera que por él ha de conseguir aquel summo bien, y venir á tener por esposo al Señor de todo lo criado? Tal era el espíritu y la devocion del bienaventurado Sant Bernardo, cuando decia (*l*): Confieso, Señor, que no he sufrido el peso del dia y del estío, sino una muy liviana carga, que el padre de familia puso sobre mis hombros. Mi trabajo apénas es de una hora; y si mas es, el amor me hace que no lo sienta. Dulcísima cosa es por cierto la que puede hacer todas las cosas dulces, y si alguna hay que esto haga, no es otra sino el amor de Dios, como el mesmo sancto lo dice por estas palabras: ¡Oh buen Jesu! tu amor nunca está ocioso en aquellos que te aman. Acordarse de tí es mas dulce que la miel, pensar en tí es manjar suave, hablar de tí es cumplida hartura, meditar en tí es perfecta consolacion, y llegarse á tí es vida perdurable.

Por lo dicho se entenderá la verdad de aquellas palabras del Señor, en las cuales dijo que su yugo era suave, y su carga liviana (*m*); porque su carga es su ley, y el cumplimiento desta ley es amor; y el amor es muy suave, y tan suave, que hace todas las cosas suaves. Y dado caso que se llame yugo y se llame carga, mas de tal manera es carga, que es como la de las plumas de las aves, que las hacen mas lijeras para volar. Por lo cual con mucha razon exclama un sancto doctor, diciendo: ¡Oh yugo del amor suave, cuán dulcemente prendes, cuán poderosamente atas, cuán fuertemente aprietas, cuán blandamente apremias, y cuán deleitablemente nos pones la carga encima!

Pues ¿qué virtud puede ser mas para desear, que la que me hace todas las otras virtudes suaves? Porque por sola esta ventaja que hallan los hombres en los vicios, desamparan las virtudes; parescicndoles que el vicio con todos sus males es sabroso, y la virtud con todos sus bienes desabrida: por donde engolosinados con el cebo del deleite, corren tras el vicio y desamparan la virtud. Pues luego ¿de cuánto precio será aquella virtud que pone miel en todas las virtudes, y las despoja de la dificultad y aspereza que tienen? ¿Qué es esto sino reducir al hombre en cierta manera á una imágen de aquel estado felicísimo de la innocencia, donde la tierra daba fructo sin trabajo, y la mujer pariera sin dolor: quiero decir, donde sin el sudor de su rostro cogiera el hombre el fructo de la virtud, y sin dolores de parto produjera fructo de buenas obras?

Tiene aun otra excelencia demas destas la caridad, que es unir al hombre con Dios, y transformarlo en él.

(*f*) Psal. 83. (*g*) De Verb. Dom. in Matt. Ser. 9.

(*h*) Bernard. de interiori domo cap. 17. (*i*) Sup. Cant. ser. 85. pest medium. (*k*) Gen. 29. (*l*) Sup. Cant. ser. 14. ant. med. (*m*) Matt. 11.

Porque, como dice Sant Augustin (*n*), el amor es vida que ajunta al que ama con la cosa amada, y de dos cosas hace una. Por donde esta diferencia ponen los filósofos entre el entendimiento y la voluntad: que el entendimiento cuando entiende hace las cosas semejantes á sí, de manera que de materiales las hace espirituales é intelectuales, proporcionándolas consigo para haberlas de entender; mas la voluntad, por el contrario, cuando ama las cosas, hácese semejante á ellas, porque toda se transforma en ellas, abrazándose y amasándose con ellas. En lo cual paresce que el entendimiento es como sello que todo lo que toca hace semejante á sí; mas la voluntad, como cera blanda, que luego toma la figura de aquello con que se junta. Por lo cual dijo Sant Augustin (*o*): Tal es cada uno, cual es el amor que tiene. Si tierra amas, tierra eres; si á Dios amas, ¿qué quieres que te diga? Dios eres. Pues ¿qué mayor excelencia se puede predicar del amor de Dios, que ser él poderoso para transformar el hombre en Dios?

Mas para entender esto habemos de presuponer que esta transformacion no es natural, sino espiritual ó moral; porque no muda la naturaleza de una cosa en otra, sino muda los corazones, esto es, los afectos, los deseos, y toda la vida. Pongamos ejemplo. Una madre ama á un hijo mas que á sí. Dime, ¿qué hará el hijo por sí, que no lo haga su madre por él? El hijo, por razon del amor que tiene á sí mesmo, entiende siempre en su provecho, y toda la vida emplea en esto. ¿Qué ménos hace la madre que así lo ama? Todo su negocio y pensamiento es en él y por él. Procura lo que le cumple, huélgase con su provecho, pésale con su daño, pónenla en cuidado sus cuidados, aflígenla sus dolores, llora con el que llora, alégrase con su alegría, las injurias del hijo tiene por proprias, y las enfermedades dél tiene por suyas. De suerte, que así como la sombra de un cuerpo hace todo lo que hace el mesmo cuerpo, y sigue en todo los movimientos y figura dél, así si pudiésemos ver estos dos corazones, hallaríamos que de la manera que está el uno está el otro, y que los accidentes y semblantes que muda el uno, muda el otro. Lo cual es cosa tan natural y tan ordinaria, que paresce que la persona se olvida de sí mesma y de su propria naturaleza. Porque así vemos que la madre se olvida de sí por acordarse de su hijo, y despoja á sí por enriquecer á él. En lo cual paresce que mas está en él que en sí, pues á sí mesma olvida y desampara por él. Por donde dijo muy bien Platon, que el que verdaderamente ama, está muerto en su cuerpo proprio, y vive en el ajeno.

Pues el ánima que desta manera ama á Dios, viene á transformarse en el mesmo Dios; de tal modo, que lo que él quiere, quiere ella, y lo que á él desagrada, desagrada á ella, y lo que él ama ó aborresce, tambien ella lo ama ó aborresce, y ni tiene cuenta consigo, ni con su provecho, ni con su honra, ni con su contentamiento, sino con el contentamiento de Dios, y con su honra, y así en todo y por todo viene á tener un querer, y un no querer, y una mesma voluntad con Dios; y mudada la voluntad, luego se muda la vida, y las obras que proceden della. Porque así como cuando cortan la rama de un árbol, y enjieren otra, la fruta que de ahí nasce, ya no es conforme á la que se cortó, sino á la que se enjirió; así cortada la voluntad del hombre, y enjerta la de Dios, los fructos de palabras, y obras, y pensamientos que de ahí proceden, no son ya conformes con la voluntad antigua del hombre, sino con la nueva de Dios. De suerte, que así como un pedazo de hierro echado en un grande fuego, sin dejar de ser hierro, tiene las propriedades y condiciones de fuego, así el hombre que desta manera arde en el amor de Dios, sin dejar de ser hombre, participa de la pureza y sanctidad de Dios, como Sant Dionisio lo refiere de Sant Pablo por estas palabras: El amor tiene fuerza para unir las cosas entre sí, y no deja ser á los amadores señores de sí mesmos, sino de aquel que aman. Por donde aquel grande amador de Dios decia (*p*): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo.

Esta mesma transformacion se prueba tambien por otra razon. Porque natural cosa es trabajar los hombres con todas sus fuerzas por mudarse en aquello que aman. De donde el que mucho ama las virtudes, procura ser muy virtuoso; el que las letras, letrado; el que las armas, caballero, y el que los juegos, jugador; y así el grande amador de Dios procura de imitar y participar la pureza y sanctidad del mesmo Dios, trabajando por cumplir aquello que el mesmo Señor manda, cuando dice (*q*): Seréis sanctos, así como yo soy sancto.

Parescerá aun eso mas claro, si consideramos el señorío que tiene el amor sobre la voluntad, y la voluntad sobre todas las potencias del hombre; porque lo que es el rey en su reino, eso es la voluntad en el hombre. Y por esto cuando la voluntad se inclina á alguna cosa, luego lleva en pos de sí todo cuanto hay en su reino. Por donde así como el primer cielo con su movimiento arrebata y lleva en pos de sí todos los otros cielos, así la voluntad lleva tras sí todas las otras potencias del ánima, y así lleva la memoria, el entendimiento, y el deseo, y los miembros del cuerpo, con todo lo demas. Pues como la voluntad tenga este señorío sobre todo el hombre, y el amor lo tenga sobre la voluntad (porque adonde se inclina el amor allí se inclina ella), síguese que adonde se acostare el amor, allí se acostará la voluntad, y eso abrazará todo el hombre, con todo lo que hay dentro de su reino, y así vendrá á ser tal, cual fuere aquello que ama. De aquí viene á ser, que si uno ama los vicios, por el mesmo caso ya es vicioso, y si al mundo, mundano, y si la carne, carnal, y si el espíritu, espiritual; porque lo que así abraza el amor, todo el hombre junto con todas sus potencias lo abraza, y esto basta para hacerlo tal, cual es aquello que ama. Por lo cual dijo el Profeta (*r*), hablando de los malos, que se habian hecho abominables, como las cosas en que pusieron su amor.

Pues si el amor tiene virtud para hacer esta transformacion, ¿qué tan alta cosa será el amor de Dios, pues por él será el ánima transformada en Dios? ¿Puede haber mayor dignidad, mayor gloria, ni mayor nobleza que esta? ¿Adónde puede el hombre ir que mas medre? Adónde puede subir que mas valga? ¿Qué cosa puede hacer, con que mas sea ennoblecido, que amar á Dios, y participar aquella tan gran nobleza y pureza de Dios? Esto podrá cada dia experimentar el hombre en sí mesmo, cuando se llega á Dios, que si en este ejercicio es tocado con una centella deste amor, luego siente en sí nuevos propósitos y deseos de mejorar su vida. Por do paresce cuán ennoblecida tendrá el amor de Dios el ání-

(*n*) In præfatione. Psal. 140. (*o*) De temp. ser. 28. in Append. 27. in pr. tom. 10. et in Ep. 1. Joan. tra. 2. de cap. 2. in fin. tom. 9.

(*p*) Gal. 2. (*q*) Lev. 20. (*r*) Osee 9.

ma donde perpetuamente reposa, pues así la ennoblece cuando pasa por ella.

§. VIII.

De la octava excelencia de la caridad.

Otras innumerables excelencias tiene esta virtud de la caridad, que sería un proceso infinito querellas explicar: por esto daré fin á esta materia diciendo que así como esta virtud es la mayor de todas las virtudes, y el fin de todas ellas, así ella es en quien esencialmente consiste la perfeccion de la vida cristiana, y de donde se toma la medida, así de la perfeccion que los justos alcanzan en esta vida, como de la gloria que recebirán en la otra. Y conforme á esto dice Sant Bernardo, tratando de la caridad del ánima, estas palabras: El que tiene grande caridad, grande es; y el que pequeña, pequeño es, y el que ninguna, nada es. Pues dice el Apóstol (*s*): Si no tuviere caridad, nada soy. De manera que si una viejecica se hallase á la hora de la muerte con mayor caridad que otro que hubiese hecho muchos milagros, y convertido muchas ánimas, sin dubda tendria mas gloria esencial en el cielo, pues tuvo mas caridad en este mundo; porque como dice Sancto Tomas, el haber padescido mas trabajos y convertido mas ánimas, no pertenesce al premio esencial, sino al accidental. Mas el que tuviere mayor caridad tendrá mayor premio esencial. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (*t*): No la muchedumbre de los trabajos, ni la antigüedad del servicio, sino la mayor caridad hace mayor el mérito y el premio.

Y no es de maravillar que esto sea así; porque puesto caso que todo lo que el hombre hace de su parte es poco para lo que recibe de Dios; pero con todo esto mucho hace y mucho da el que mucho ama, porque amando da á sí mesmo, y hace el mayor servicio que se puede hacer. Porque como la voluntad (segun dijimos) sea reina y señora de todo lo que hay en el hombre, y el amor sea Señor de la voluntad, el que plenariamente ofresce su amor, ofresce tambien la voluntad, con tanto cuanto tiene, sin que le quede cosa por ofrescer. La cual ofrenda es debida á solo Dios; porque en ella hace el hombre lo último de lo que puede, y por esto Dios responde á este servicio como quien él es, dándose todo á quien todo se le da.

Esta doctrina es de gran consolacion y esfuerzo para los pobres que no tienen que dar, y para los que ni con letras, ni con ingenios, ni con trabajos corporales, por ser viejos ó enfermos, pueden hacer á Dios grandes servicios; porque sin estas cosas pueden amar mucho á Dios, y mucho puede quien mucho ama; mucho da quien da á sí, y mucho hace quien mucho desea hacer; pues ante Dios, que ve los corazones, no es de ménos valor la buena voluntad, que la buena obra. Si no puedes hacer mucho, desea mucho y ama mucho: que en ese amor lo haces todo. Si eres pobre de riquezas para hacer limosna, seas rico de amor para desear hacerla, y ten por cierto que ya la heciste. No hay quien te despedace ni te desuelle por Dios; desea de todo corazon ser así tratado, y serás como mártir en los ojos de Dios. Porque, como dice Cipriano, una cosa es faltar el corazon al martirio, y otra faltar martirio al corazon. Porque lo uno es de flaqueza humana, mas lo otro es de dispensacion divina.

§. IX.

De algunos elogios y fructos de la caridad, y nona excelencia suya.

Cata aquí pues, cristiano lector, para cuántas y cuán grandes cosas vale la caridad, pues ella es la mayor de las virtudes, y el fin de todas ellas, y la vida y perfeccion, y la summa y recapitulacion de todas ellas. Dicen los teólogos que el amor desordenado de sí mesmo es principio de todos los pecados. Pues como el amor de Dios sea su contrario, síguese que será cuchillo de todos los pecados, y principio general de todas las virtudes. Pues ¿quién no procurará con toda diligencia una tan eficaz medicina de tan grande enfermedad? Quién no trabajará por alcanzar una virtud que tanto nos ayuda para todas las virtudes? ¡Oh maravillosa virtud, raiz de todas las virtudes, hija mayor de la gracia, maestra de sanctidad, espejo de religion, peso de merescimientos, vestidura de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, mantenimiento del ánima, dulzura del corazon, fortaleza de los que pelean, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduria, compañera de los sanctos, alegría de los ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfeccion! Sin tí desfallescen las fuerzas humanas, escurécese el entendimiento, queda sin vida la fe, presume vanamente la confianza, piérdese el mérito de todo el bien que se hace, deshácese la liga del amor fraternal; mas contigo está el hombre en las tentaciones fuerte, en las prosperidades humilde, y en las adversidades seguro.

Pues si tantos fructos acarrea consigo esta virtud, ¿no será razon que el sabio mercader del Evangelio, hallada esta preciosa margarita, dé todo lo que tiene por ella? ¿Qué ejercicios, qué mortificaciones, qué trabajos se podrán aquí enseñar, que no sea muy bien empleado todo lo que se gastare en ellos por esta joya tan preciosa? Mucho es lo que se pide; mas ¿qué es todo lo que el hombre puede dar comparado con Dios, el cual se posee por la caridad? Dios es caridad, dice Sant Juan (*v*), y quien está en caridad, está en Dios, y Dios en él. Sobre lo cual dice Sant Bernardo (*x*): Dios es caridad. ¿Qué cosa mas preciosa? Y quien está en caridad, está en Dios. ¿Qué cosa mas segura? Y Dios en él. ¿Qué cosa mas deleitable? ¿Poco es decir que Dios es caridad? Poco es tener á Dios en sí? A sola la caridad conviene este privilegio, que Dios se llame caridad. Porque no se dice que Dios es humildad, ni castidad, ni obediencia; porque como toda virtud sea don de Dios, sola esta entre todas las virtudes goza deste privilegio, que sea don de Dios, y se intitule de nombre de Dios.

Pues ¿qué será luego todo lo que se da por la caridad, sino un poco por el todo? que es una pequeñita parte de lo criado, que es el hombre todo por el Criador de todo. ¿Quién no dirá de corazon aquellas palabras que un grande amador desta virtud escribió, diciendo: ¡Oh caridad! si supiese cuánto es lo que vales, cualquier cosa que me pidiesen daria por ti? Mas sin dubda excede tu valor á todo lo que yo poseo, y no hallaré tu precio den-

(*s*) 1. Cor. 13. (*t*) August. contra Pelagium. epist. 105. tom. 2.

(*v*) 1. Joan. 4. (*x*) Bernard. serm. 71. sup. Cant.

tro de mí. Mas con todo esto daré lo que tuviere, y darélo todo. Y despues que todo lo hubiere dado, todo lo tendré en nada. Daré de buena gana todos los placeres de mi carne, y todos los gustos de mi corazon por alcanzarte. Porque tú sola me serás mas amable, mas provechosa, mas deleitable y mas suave. Tú eres la que mejor alegras, y mas hartas, y mas seguramente defiendes, y mas dulcemente recreas. Finalmente tú eres la que mas engrandeses y levantas nuestras ánimas en Dios.

Mas en fin de todo es de notar, que tratando en este libro de la perfeccion de la caridad (en la cual consiste la perfeccion de la vida cristiana), necesariamente habemos de pedir al deseoso della cosas muy altas, muy espirituales y dificultosas á la naturaleza, aunque fáciles á la gracia. Porque como esta perfeccion consiste en la union del hombre con Dios (lo cual se hace por imitacion y semejanza con el mesmo Dios), no se pueden dejar de pedir cosas muy espirituales, si habemos de llegar á hacernos un mesmo espíritu con él. Mas ni por eso tiene nadie razon para quejarse; pues á esta perfeccion no obligamos á nadie, sino avisamos á aquellos que de su propria voluntad anhelan á ella, aunque todos debrian de anhelar á ella; porque pues en el deseo de los bienes temporales no ponemos tasa, mucho ménos la habíamos de poner en los celestiales y espirituales.

CAPITULO II.

De los principales medios por do se alcanza el amor de Dios.

Dicho ya de las excelencias de la caridad, y aficionados los corazones al amor desta joya tan preciosa, luego el hombre desea saber el camino y los medios por do se alcanza. Pues para esto servirá todo lo que en este libro se escribe. Para lo cual será necesario entender primero la naturaleza y condicion del fin que pretendemos, el cual no es otro que el amor de Dios. La condicion deste amor acabamos agora de explicar: que es, unir y transformar al hombre en Dios, teniendo un mesmo querer y no querer con él, imitando (en cuanto nos sea posible) su sanctidad y pureza. Esto nos pide el mesmo Señor en muchos lugares de la Escriptura sagrada, como cuando dice (*a*): Sed sanctos, así como yo tambien lo soy. Y no solo las Escripturas divinas quieren que enderecemos nuestra vida á este fin, y la reglemos por esta primera regla, que es infalible, mas tambien la filosofía humana llegó aquí. Porque Platon en un diálogo que llaman Teeteto, viene á decir lo mesmo en persona de Sócrates, por estas palabras: No es posible faltar los males en el mundo; porque no vivimos aquí entre dioses, sino entre hombres. Por lo cual debemos trabajar con todas nuestras fuerzas por pasar deste mundo al otro. Y este tránsito no es otra cosa, sino huir de las cosas de la tierra, é imitar á Dios en cuanto al hombre sea posible. Y aquel imita á Dios, que imita su justicia, su santidad y prudencia. Porque como Dios sea justísimo, ninguna cosa hay mas semejante á él que el hombre justo. De donde se infiere, que el conoscimiento de Dios es la verdadera sabiduría y la virtud verdadera, y el no conoscerlo es rudeza y manifiesta malicia. Y cualquier otra manera de sabiduría, fuera desta, parece sabiduría, mas no lo es. Hasta aquí son palabras de Sócrates en el sobredicho diálogo. Por las cuales paresce que aun la lumbre de la razon alcanzó que toda la perfeccion del hombre consistia en la imitacion y semejanza de aquella summa sanctidad y pureza de donde la mesma criatura racional procedió.

(*a*) Levit. 20.

Pues deste principio fácilmente se entienden los medios que se requieren para conseguir este fin. Porque si el fin es la imitacion y transformacion en Dios, y ninguna cosa puede venir á ser lo que no es, sino dejando de ser lo que es; claro está que el principal medio que para esta mudanza se requiere, es el despedir de nosotros las propriedades é imperfecciones del hombre viejo, para vestirnos del nuevo, que es reformado á imágen y semejanza de Dios. Porque así como (naturalmente hablando) no puede haber generacion sin que preceda corrupcion (pues no nasce el grano de trigo, si primero no se corrompe), así no puede hacerse el hombre divino, si primero no deja de ser humano, que es dejando (en cuanto sea posible) las flaquezas é imperfecciones de hombre. Así vemos que no puede ser uno sabio, si no deja de ser ignorante; ni puede estar sano, si no deja de ser enfermo: así tampoco puede ser justo, si no dejare de ser pecador; ni ménos divino, si no dejare en este sentido de ser humano. Dos términos hay en todos los movimientos, uno de donde la cosa parte, y otro adonde camina; y no es posible llegar al uno, sino saliendo del otro. Y pues en este espiritual movimiento camina el hombre de sí á Dios, no podrá llegar á Dios, si no saliere primero de sí. No puede el fuego hacer de un madero fuego, si primero no gasta la humedad, y frialdad, y todo lo que tiene contrario á la forma del fuego; ni tampoco el hombre concebido en pecado y cercado de carne y de sangre, podrá llegar á transformarse é imitar la sanctidad y pureza de Dios, sino perdiendo primero los resabios y siniestros que repugnan á esta pureza y sanctidad. Lo cual principalmente hace la omnipotente gracia del Señor. El cual por esa causa se llama en la Escriptura fuego que consume (*b*), porque su oficio es consumir todos los siniestros é imperfecciones de los hombres, y purificarlos de todos sus pecados, para communicarles á sí mesmo. Porque (como dice Sant Dionisio) su naturaleza es traer todas las cosas á sí, y hacerlas participantes de sí.

Mas porque este Señor, aunque crió el hombre sin el hombre, no sanctifica el hombre sin el hombre: quiero decir, sin que él obre juntamente con él, y haga lo que es de su parte, ayudando á tirar el arado con Dios, y juntando sus manos con las de Dios; de aquí es, que así como Dios pretende consumir todo lo malo que hay en el hombre, asimesmo el hombre debe por su parte procurar lo mesmo, que es mortificar y consumir todo esto que en él impide la semejanza de Dios, para que así pueda venir á la deseada union y semejanza dél. Vemos que para plantar una huerta en un monte bravo, primero es necesario arrancar el monte y los árboles silvestres, y esto hecho, luego se suelen plantar los fructuosos y provechosos. Pues lo mesmo ha de hacer el que quisiere que su ánima sea vergel de Dios y paraíso de sus deleites; porque primero debe insistir en arrancar las espinas y zarzas de los vicios y malas inclinaciones que contradicen á esta union, y esto hecho, podrá luego plantar las buenas plantas de virtudes que quisiere, y señaladamente esta de que aquí tratamos (que es como árbol de vida en medio del paraíso), de quien todas ellas proceden, de la manera que arriba se declaró. Esto nos re-

(*b*) Deut. 4.

presenta el nascimiento del patriarca Isaac, el cual, como dice la Escriptura divina (*c*), nasció cuando ya su madre Sarra era de tal edad, que todas las cosas que son proprias de mujeres habian ya faltado en ella (*d*). Lo cual, dado caso que se escriba para mostrar que miraculosamente concibió y parió este hijo, mas tambien nos significa que entónces el ánima religiosa concibe y pare al verdadero Isaac, que es el gozo espiritual, hijo legítimo de la caridad, cuando vienen á faltar en ella las flaquezas, é imperfecciones, y resabios de la naturaleza corrupta. Porque como aquí se pretenda hacer de un hombre carnal otro espiritual, ó por mejor decir, de un hombre, Dios, por amor (pues es proprio del amor transformar al que ama en la cosa amada), necesariamente se ha de destruir primero la carne y el hombre sensual, que se engendre el espiritual. Por donde, así como los que por arte de alquimia quieren hacer del cobre oro, necesariamente han primero de corromper el cobre, para que dél se haga oro (si esto fuese posible), así tambien como en esta alquimia espiritual pretendemos hacer de la tierra cielo, de la carne espíritu, y del hombre Dios, necesariamente habemos de destruir primero el un extremo, porque pueda suceder el otro.

De lo cual todo se infiere ser verdad lo que communmente dicen los sanctos doctores, y señaladamente Casiano en la primera de sus Colaciones, que la pureza del corazon es el principal medio que hay para alcanzar el amor de Dios, á la cual pertenesce desterrar de nuestra ánima todo lo que impide este sancto amor, que es todo lo animal y terreno, y finalmente todo lo que es contrario y desemejante á Dios. Y en esta cuenta entra primeramente la purificacion y mortificacion del amor proprio, y en el segundo lugar la de la propria voluntad, hermana deste mesmo amor, y en el tercero la de los pecados, y en el cuarto la de las perturbaciones y pasiones del ánima, en el quinto la de los cuidados desordenados, en el sexto la de los negocios demasiados, en el séptimo la mortificacion de todos los otros resabios y malas inclinaciones del hombre, y en el octavo finalmente la pureza de la intencion, donde entra la purificacion de todo género de interese, así espiritual como temporal, de las cuales cosas tratarémos por su órden en los capítulos siguientes.

Mortificados pues todos estos resabios y siniestros de nuestra carne, luego floresce y reina el espíritu, y queda dispuesto así para ir él á Dios por amor, como para venir Dios á él por su gracia. Porque así como la piedra que está en lo alto, quitados los impedimentos que allí la tienen contra su natural inclinacion, luego ella por si corre á su lugar natural; así nuestra ánima, que es substancia espiritual, quitadas las prisiones de los apetitos sensuales que la tienen presa con la aficion de las cosas terrenas, luego ella, ayudada con la divina gracia (como substancia espiritual y hermana de los ángeles), se allega y abraza con las cosas espirituales, que son conformes á la dignidad y condicion de su naturaleza.

Mas aunque esto bastase para levantar el ánima al amor de su Criador, todavía juntarémos con esto algunos ejercicios y consideraciones que la enciendan en este divino amor, y la ayuden á esa mesma mortificacion. Porque como sea verdad lo que el Apóstol dice (*e*), que los que se llegan á Dios se hacen un espíritu con él; y este allegamiento no sea con pasos de cuerpo, sino de espíritu (que es con devotas consideraciones y afectos amorosos), desto tambien era razon que tratásemos. Porque con este espiritual allegamiento á Dios, viene el ánima á participar en su manera los rayos de su sanctidad y resplandor, con los cuales queda ella tan resplandesciente y hermosa, como una nube cuando es envestida de la claridad y lumbre del sol, que se paresce con el mesmo sol. Y conforme á esto se dividirá este libro en dos partes principales: en la primera tratarémos de las cosas que nos son impedimento para esta espiritual union con Dios, que se hace por la caridad; en la segunda de las virtudes que mas ayudan á esta union. Y á esta añadirémos algunos discursos, y consideraciones, y oraciones devotas que sirvan para encender nuestro corazon en amor de Dios.

Tambien conviene advertir en este lugar, que la principal dificultad deste negocio no está en el ejercicio de amar á Dios (porque esta es obra de gran suavidad), sino en desterrar de nuestra ánima los impedimentos deste amor, de que en esta primera parte se trata. Así vemos que toda la dificultad que hay en hacer de un leño fuego, está en consumir lo que allí contradice á la forma del fuego (que es la humedad, y frialdad, y materia de vapores que hay en él), porque esto hecho, en un punto se levanta la llama del fuego, y arde. Pues lo mesmo acaesce cuando un corazon frio y aficionado á las cosas del mundo queremos que venga á arder en amor de Dios. Porque no está la dificultad en el amor, sino en consumir lo que impide este divino amor.

De donde se infiere un aviso muy notable, y que sirve para entender y evitar muy gran parte de los engaños que aquí pueden entrevenir; y es, que no debe el hombre medir su aprovechamiento en este camino por la suavidad, ni por las consolaciones, ó ternuras, ó lágrimas que algunas veces tiene (aunque esto sea loable cosa y sancta), sino por la mortificacion y victoria de todos estos padrastros, de que en esta primera parte habemos de tratar: que son, desordenado amor proprio, y propria voluntad, con todos los apetitos que de aquí proceden. Porque hay algunas personas tiernas de corazon, que con cualquier pensamiento, ó de la pasion del Señor, ó de otra cosa tal, luego se resuelven en lágrimas, y sienten grande suavidad. Mas como esto mas proceda en los tales de natural ternura de corazon, que de puro amor, no deben juzgar por aquí su aprovechamiento, si no juntaren con esto la victoria de su propria voluntad, y de sus apetitos y malas inclinaciones.

Tambien conviene aquí advertir, que como en los ejercicios de las oraciones y consideraciones de la segunda parte haya gusto y suavidad, y en los de la primera, dificultad, muchos se entregan mas á lo dulce que á lo agrio. Mas en ningun caso conviene que sea así, porque desto se seguirian peligros é inconvenientes; sino igualmente se debe el hombre dar á lo uno y á lo otro, poniendo el uno de los dos ojos en la mortificacion, y el otro en la oracion, y en las consideraciones que nos enciendan en el amor de Dios; porque con la suavidad de lo uno podamos tragar el desabrimiento y trabajo que hay en el otro.

(*c*) Gen. 21. (*d*) Gen. 18. (*e*) 1. Cor. 6.

CAPITULO III.

Del primer medio que se requiere para alcanzar el amor de Dios, que es victoria del amor proprio.

Antes que comencemos á tratar desta primera parte, conviene presuponer que en aquel bienaventurado estado en que Dios crió el hombre, ninguna cosa le era mas fácil, ni mas natural, ni mas suave que amar á su Hacedor. Porque ¿qué cosa mas natural que amar la criatura á su Criador, el efecto á su causa, el principiado á su principio, y la parte al todo de do procede? Porque desta manera vemos que el brazo se pone delante de la cabeza á recebir el golpe de la espada, por conservar á ella; donde se ve claro, que mas ama la parte á su todo que á sí mesma.

Mas siendo esto así, estando la naturaleza entera, atravesóse el pecado de por medio, y estragóse la naturaleza, y ya el hombre no camina como ántes caminaba, ni puede lo que ántes podia, por los grandes impedimentos que por esta parte se le recrescieron. Porque el que ántes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama á sí mas que á Dios. Mas ántes del pecado original no es otra cosa que un torcimiento y adulterio espiritual, con que el hombre nasce aficionado y enamorado de sí mesmo, y desaficionado á Dios.

Pues este amor desordenado, con todas las otras aficiones que nascen dél, es el principal impedimento que tenemos para amar á Dios; porque tirándonos para sí, nos aparta dél; y llamándonos al amor de los bienes terrenos, nos hace volver las espaldas á los celestiales. Por lo cual si este amor se quitase de por medio, no habria impedimento en el amor de Dios.

Pues segun esto, el que de véras y de todo corazon desea alcanzar el amor de Dios, téngase por dicho que ha de pregonar guerra pública contra el amor proprio. Y por amor proprio entiendo siempre en este tratado el desordenado amor de su proprio cuerpo, y de todo lo que al cuerpo pertenesce. Y digo desordenado, porque si es bien ordenado y reglado, no es malo, sino bueno y necesario para la conservacion de la vida. Porque no es cosa nueva, sino muy posible, ser una cosa de su naturaleza buena y necesaria para la vida, la cual siendo demasiada ó desordenada, es dañosa. Así vemos que la sangre es necesaria para la conservacion de la vida, mas si hay pujamiento desta sangre, succeden enfermedades, y á veces muerte por ella. Lo mesmo se entiende en el calor natural, en el cual consiste la vida del animal; mas si es demasiado, causa fiebres y enfermedades. Tambien los rios caudalosos, cuando corren por sus madres, á ninguna cosa dañan; mas cuando se desmandan y crescen, anegan todos los lugares por do pasan. Pues así decimos que el amor proprio con todas las otras aficiones que dél proceden, así de honra como de hacienda, cuando son medidas con la regla de la razon y de la ley de Dios, son saludables y virtuosas; mas cuando salen deste compas, son perjudiciales y viciosas.

El oficio y naturaleza deste amor proprio es desear desordenadamente todos los bienes que sirven al cuerpo, los cuales son casi innumerables; pero redúcelos Sant Juan (a) á solos tres, que son, hacienda, honra, y deleites corporales. Pero así como ponemos en el mundo cuatro vientos principales, que soplan de las cuatro partes dél, entre los cuales contamos otros casi innumerables, que se reducen á estos; así tambien se señalan estas tres maneras de bienes temporales, debajo de los cuales se comprehenden todos los demas. Porque debajo de la honra se comprehenden oficios, dignidades, títulos, mandos, señoríos, privanzas, exempciones, libertades, preeminencias, cargos, fausto, pompa, acompañamiento, y otras cosas tales que sirven á la honra mundana.

Debajo de la hacienda se comprehenden todas las especies y maneras que hay de intereses y provechos temporales; como son, patrimonios, heredades, rentas, ganancias, y otras infinitas maneras que hay de bienes desta cualidad.

Debajo deste nombre de deleites se comprehende otra gran flota de diversas cosas, en que se deleitan así los sentidos exteriores del cuerpo, como los interiores del ánima. Porque los ojos naturalmente se deleitan en la variedad y hermosura de los colores, de los edificios, de las tapicerías ricas, de las danzas, y bailes, y de todo género de hermosuras. Los oídos huelgan con todas las maneras que hay de músicas, así naturales como artificiales, que son las delicias que hay en los palacios de los príncipes. El sentido del oler huelga con todas las confecciones de ungüentos y aguas olorosas, y con infinitas maneras de especies aromáticas que para esto nascen, ó se hacen cada dia. Pues ya para el gusto, no tienen cuenta las diferencias de manjares que la naturaleza proveyó; y mucho ménos la de los potajes y guisados que el arte inventó, y los convites que para esto cada dia se celebran. Pues para el sentido del tacto tambien sirve la cama blanda, y la vestidura preciosa, con todas las invenciones de trajes que sin fin y sin medida se descubren cada dia.

Con estos hay otros objectos mas espirituales, que sirven para los otros sentidos mas delicados. Porque la curiosidad de los ingenios humanos es amiga de saber, y de ver, y de tener todas las cosas muy polidas y primas. Para lo cual sirven las alhajas preciosas, los libros y estudios, mas curiosos que provechosos; las pláticas, las conversaciones, las vistas, las salidas, las visitaciones y discursos á diversas partes, para deleitar con la variedad de las cosas todos estos sentidos.

Pues como no sea otra cosa amar sino querer bien, claro está que el que desordenadamente ama á sí mesmo, tambien desea desordenadamente todos, ó á lo ménos muchos destos bienes para sí. Y por esto este amor con razon se llama fecundísimo, porque tiene todos los bienes corporales del mundo por objectos. Y así este desordenado amor paresce que es como el vientre de una víbora preñada, de donde salen muchos viboreznos, no ménos ponzoñosos que la mesma madre que los pare. Pues aquel que busca el puro y perfecto amor de Dios, ha de despedir de sí, y mortificar todos estos apetitos y amores, cuando son (como dijimos) demasiados. De manera que á todos ha de dar libelo de repudio, y á todos ha de echar fuera de casa, si quiere triunfar del proprio amor. Porque así como no se puede arrancar un árbol de cuajo, si no le cortan todas las raices con que está preso; así tampoco se puede arrancar este árbol de muerte (que es este amor desordenado), sino es cortando todas estas raices de particulares bienes que dél pro-

(a) 1. Joann. 2.

ceden y le sostienen. De donde, así como escriben las historias de nuestros tiempos, que para conquistar la ciudad de Granada, primero fuéron conquistados uno por uno todos los castillos y fuerzas que estaban en torno della, y la defendian; así tambien para conquistar este amor tan poderoso, es necesario ir poco á poco venciendo todos los otros amores que deste proceden y le sustentan, desapegando del corazon el amor de todas las cosas transitorias y visibles, y trasladándolo á las invisibles, para que así reine sin contradiccion en nuestras ánimas el amor de Dios. Porque de otra manera (como dice Sant Juan Clímaco), así como es imposible con un mesmo ojo mirar al cielo y á la tierra, así tambien lo es con una mesma voluntad amar desordenadamente á sí, y amar á Dios.

§. ÚNICO.

De cómo no se compadescen juntos amor de Dios y desordenado amor de sí mesmo.

Y porque cuanto mas certificado estuviere el hombre desto, y mas desengañado, mas se esforzará á tomar las armas y pelear contra este gigante, apuntaré aquí las razones por las cuales claramente se vea la incompatibilidad y contrariedad de estos dos amores.

I IMPEDIMENTO. Porque primeramente ya se sabe que, como dice Sant Augustin (*b*), el amor proprio es causa de todos cuantos pecados hay en el mundo; y él es el que edifica y puebla la ciudad de Babilonia de sus ciudadanos, que son los hijos de confusion; así como por el contrario, el de Dios edifica la de Hierusalem. Porque ningun hombre peca, sino por alcanzar alguna cosa que desordenadamente ama; como pecó Júdas por cobdicia de los treinta dineros que le dieron por Cristo, y David por la cobdicia de la hermosura de Bersabé, y nuestra primera madre por la golosina del árbol vedado, y así todos los demas. Pues todos estos deseos y cobdicias claro está que son hijos del amor proprio; pues ese es el que deseando desordenadamente esos bienes, nos hace cerrar los ojos á Dios, y traspasar sus mandamientos. Pues si ninguna cosa hay mas contraria á la caridad que el pecado mortal, porque la caridad es vida del ánima, y el pecado muerte, ¿qué tan contrario será á la caridad lo que es causa de todos los pecados del mundo, que es este amor desordenado? ¿Ves cuán grande impedimento sea este para alcanzar esta virtud?

II IMPEDIMENTO. Hácenos tambien daño por otra via, porque no solo es incentivo de los pecados, sino tambien el mayor impedimento que hay para alcanzar las virtudes, á las cuales pertenesce disponer el ánima para el amor de Dios, á quien todas ellas se ordenan, así como las medicinas á la salud. La razon deste impedimento es, porque, como toda la filosofía confiesa, proprio es de la virtud ejercitarse en cosas árduas y dificultosas, á lo cual repugna el amor proprio, cuya naturaleza es huir toda dificultad y trabajo, y por esto necesariamente ha de huir de la virtud, por estar abrazada con él. Por donde así como los que son enemigos de dulce, no pueden comer manjar que esté guisado con cosa dulce, aunque él por sí sea muy sabroso: así el que es capital enemigo del trabajo, tambien lo ha de ser de la virtud, por muy preciada que sea, por andar siempre acompañada con él. Por lo cual dijo muy bien Séneca, que en el reino del deleite no tenia lugar la virtud. Y en otro lugar dice el mesmo, que muy poco estimará la virtud el que fuere muy amigo de sí mesmo.

(*b*) S. August. in Ps. 71. tom. 10. de Civit. Dei lib. 14. c. ultim.

III IMPEDIMENTO. Con esto tambien se junta que la mayor parte de las virtudes morales se emplean en moderar las pasiones naturales, apartándolas de los extremos (porque son viciosos), y reduciéndolas á una templada mediocridad, en la cual consiste la virtud. Pues á esto contradice tambien la desórden deste amor, el cual así como es desaforado y vehemente en todos sus deseos, así tambien lo es en todas las otras pasiones que naturalmente se siguen dél, y cuanto estas son mas furiosas y vehementes, tanto ménos puede la virtud apoderarse dellas y enfrenarlas, así como el caballero al caballo furioso, y de mala boca, y desobediente al freno. Pues segun esto, lo que tan grande impedimento es para alcanzar las virtudes, tambien lo será para alcanzar la caridad, que no puede estar sin ellas.

IV IMPEDIMENTO. Y demas desta hay aun otra razon por donde este mal amor nos cierra la puerta para el amor de Dios. Porque como arriba tocamos, uno de los principales medios por donde se alcanza este sancto amor es la profunda oracion y consideracion de todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazon en este amor, para el cual ejercicio cierra la puerta este otro mal amor, cuando está muy apoderado de nuestro corazon. La razon es, porque donde está el amor, ahí está todo el hombre con todas sus potencias y sentidos, sin haber quien de ahí las aparte. Porque quien dijo que donde estaba el amor estaban los ojos, aunque dijo verdad, dijo poco. Porque por la razon que están ahí los ojos (que es por el gusto que tienen de mirar lo que aman), por esa mesma están todos los otros sentidos, gozando cada cual en su manera de la presencia deste objeto. Y por eso demas de la voluntad (que es la que está abrazada con lo que ama) ahí tambien está el entendimiento pensando en ella, y la memoria acordándose della, y la lengua hablando y platicando della, y así todos los otros sentidos. Por lo cual dijo el Salvador (*c*): Donde está tu tesoro (que es donde tienes puesto tu amor) ahí está tu corazon, que es tu voluntad y tu pensamiento, con todo lo demas que del corazon, esto es de la voluntad, depende. Porque la primera cosa que hace el amor es tomar la voluntad, haciendo que ella quiera lo que él quiere; y como la voluntad sea reina de todo el hombre y de todas sus potencias, adonde está la voluntad, ahí están todas ellas. Y de aquí nasce aquella commun sentencia que dice, que el ánima mas está donde ama, que en el mesmo cuerpo donde mora y da vida.

Esto mesmo se confirma por aquella muy celebrada sentencia de Sant Augustin, la cual dice (*d*) que lo que es el peso en los elementos y cuerpos naturales, eso es el amor en las criaturas racionales. Por donde, así como todas las cosas naturales se mueven conforme al peso que tienen, y así unas se mueven á lo alto, como el aire y el fuego, y otras á lo bajo, como la tierra y el agua, y todos los cuerpos pesados; así tambien las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina. De manera que si predomina el amor de la tierra, todos los movimientos, y deseos, y tratos, y ejercicios son de la tierra; mas si por el contrario predominare el amor del cielo, todo esto será en el cielo,

(*c*) Matt. 6. (*d*) Aug. de Civit. Dei. lib. 11. c. 28.

como lo era en el Apóstol, que decia (*e*): Nuestra conversacion es en los cielos. En lo cual paresce que el amor de Dios es como fuego que naturalmente sube á lo alto, y allí solamente reposa; mas este otro es como tierra pesada, que naturalmente tira para abajo, porque allí tiene su centro, y allí solamente descansa. Por do paresce de cuán diferentes vidas sean causa estos dos amores; pues el uno hace que la vida toda sea terrena, y el otro toda celestial.

Pues volviendo á nuestro propósito, si es verdad que el principal medio para alcanzar el amor de Dios es traer el hombre todas las potencias de su ánima levantadas y puestas en él, pensando dia y noche en sus grandezas y maravillas, y en todo lo que nos pudiere mover á su amor, ¿cómo podrá hacer este oficio el hombre lleno del amor de las cosas terrenas, el cual tiene su entendimiento, su voluntad, su memoria, su imaginacion y su afeccion, y todos sus sentidos y cuidados presos y captivos en ellas? ¿Dónde hallará aquí lugar desocupado el amor de Dios, dónde se aposentará, de qué potencias se servirá, en qué obrará, pues todo está ya tomado y ocupado por otro peregrino amor? Una tabla escripta ó pintada de unas figuras, ¿cómo estará capaz de recebir otras, si no se borran las primeras? Una tierra sembrada de una simiente, ¿cómo podrá recebir y dar el fructo de otra diferente? Pues segun esto, un corazon que está todo tomado del amor del mundo, ¿como estará hábil para recebir el amor de Dios, mayormente siéndole tan contrario? Por lo cual dijo muy bien Séneca, que el que de verdad amaba, no podia amar mas que una cosa sola. Porque de aquí nascen los celos tan bravos entre los que carnalmente se aman; porque luego entiende la una parte que no hay amor entero para ella, si se pone en otro lugar, como acaesce en las aguas de las fuentes, que cuanto mas dan por un caño, ménos tienen que dar por otro. Por la cual causa dijo el Señor por Isaías (*f*), hablando con las ánimas que dejaban á él por otros amadores: Estrecha es la cama, y por eso uno ha de caer della; y la vestidura es angosta, y no basta para cubrir á dos. La cual sentencia en ninguna cosa se puede mejor verificar que en la obra del amor.

Pues de aquí nasce estar las tales personas inhábiles para los ejercicios del amor de Dios, como se ve por experiencia. Porque en queriendo recogerse un poco y levantar el corazon á él, son tantas las imágines y figuras, y tantos los pensamientos y cuidados que se les ponen delante, que apénas pueden tener por un breve espacio fijo el corazon en Dios; porque estos cuidados lo llevan en pos de sí, y aun muchas veces llevan corazon y cuerpo juntamente, por acudir al provecho de las cosas que demasiadamente aman. De manera, que este tiranno no se contenta con tomar el corazon y cuerpo, con todos los sentidos y potencias; mas toma tambien todo el tiempo y todas las horas, para que ni quede cuerpo, ni espíritu, ni corazon libre para las cosas de Dios. Desta manera el amador del interese, ó de la honra, ó de letras (cuando se aman desordenadamente), acude luego á todas las maneras de tratos, de negocios ó de ejercicios, por donde estas cosas se alcanzan, paresciéndole tiempo perdido el que fuera desto se gasta.

V IMPEDIMENTO. Mas ¿qué diré? que no solo por todas estas vias corta el hilo este mal amor á todos los espirituales ejercicios, sino tambien los hace pesados y desabridos. Porque, como dice el Apóstol (*g*), el hombre animal no entiende las cosas que son del espíritu de Dios; y como no las entiende, no las ama; y como no las ama, no las gusta; y donde no hay gusto, no hay trabajo ni ejercicio. Porque como dice muy bien el proverbio (*h*): El deleite acaba las obras.

VI IMPEDIMENTO. Impide tambien por otra via este amor, porque por la mayor parte corrompe la intencion y fin de nuestras obras, las cuales son tales, cual es el fin que les ponemos. Por donde así como el amor de Dios todas las cosas ordena á Dios, de manera que á él hace último fin, y á todas las otras cosas medios para él; así por el contrario el amor proprio todas las cosas ordena para el bien de su dueño, y á él hace su último fin. Item, el amor de Dios en todas las cosas busca á Dios, aunque sea con menoscabo suyo; mas el amor proprio en todas ellas busca su interese y su honra, aunque sea con menoscabo de la de Dios. Item, el amor de Dios en todo procura agradar á Dios, y hacerle la voluntad, negando la suya propria; mas el amor proprio en todo busca su proprio contentamiento y voluntad, aunque sea contra la de Dios. De donde nasce que el amor de Dios procura ejercitarse en todas las virtudes, porque con estas huelga Dios, y el amor proprio en todo lo que le acarrea contentamiento, porque con esto se deleita él. Por las cuales diferencias claramente se verá cuán imposible sea morar estos dos amores en un corazon, siendo tan contrario el uno del otro; y por eso es necesario que vaya fuera el uno, si queremos recebir el otro. Por donde así como un vaso que está lleno de un licuor, es necesario que se vacie, si ha de recebir otro licuor, mayormente cuando el uno es amargo y el otro dulce; así es tambien necesario vaciar nuestro corazon del amargura del amor proprio, si queremos infundir en él la dulzura del amor divino. Lo cual elegantemente explicó Sant Augustin por otra comparacion, diciendo (*i*): Pensad, hermanos, que la mano es el amor, la cual si tiene una cosa no puede recebir otra. Donde para poder tomar lo que le dan, ha de soltar lo que tiene. En lo cual quiero decir, que quien ama al mundo, no puede amar á Dios, porque tiene ocupada la mano de su ánima con ese amor.

Por do paresce que estos dos amores son como dos balanzas de un peso, las cuales se han de tal manera, que necesariamente si la una sube, la otra baja, y al reves. Porque cuanto cresce el amor de Dios, tanto descrece el amor proprio, y cuanto cresce el amor proprio, tanto descrece el amor de Dios. Por donde se ve claro cuán léjos están del amor de Dios los grandes amadores de sí mesmos, cuales son los hombres interesales, ambiciosos, regalados y pusilánimes; porque estos como tienen los corazones pequeños, todas las cosas que les tocan tienen por grandes; y así conforme á esto las temen, y aman, y procuran desordenadamente.

Mas porque no se espante nadie, ni tenga por cosa muy pesada la que aquí le pedimos, entienda que algo desto alcanzaron los filósofos antiguos sin tener la lumbre del Evangelio y ejemplos de Cristo que nosotros tenemos; porque Platon, despues de haber tratado muy copiosamente cómo la verdadera sabiduria y la perfeccion del hombre consiste en morir á la aficion desordenada deste cuerpo, y á las cosas que le pertenescen,

(*e*) Philip. 3. (*f*) Isai. 28.

(*g*) 1. Cor. 2. (*h*) Eccli. 38. (*i*) S. Aug. in præf. Psal. 99. tom. 8.

para vivir (en cuanto sea posible) con sola la mejor parte de nosotros, que es el espíritu, empleándolo en la consideracion y amor de Dios (como lo hacen siempre aquellas altísimas substancias que carecen de cuerpo), vino á resumir toda la perfecta sabiduría en dos cosas: que es, en aversion, y conversion: esto es, en apartar el amor de todas las cosas transitorias, y convertirlo á las eternas. Y este mesmo parescer siguieron despues todos los filósofos que de aquella escuela salieron. Pues segun esto, no es maravilla que la fe y lumbre del Evangelio profese lo que rastreó la lumbre de la razon.

CAPITULO IV

De los medios y ayudas que hay para alcanzar victoria del amor desordenado de sí mesmo.

Mas porque la dificultad de vencer esta tan poderosa inclinacion no nos haga desmayar, será bien declarar aquí las ayudas que para esto tenemos. Entre las cuales la primera y mas principal es la del mesmo amor de Dios, que así como es tan contrario al amor proprio, así es el que mas guerra le hace, y mas aína le echa de casa. Porque así como la luz de la mañana despide las tinieblas de la noche, de tal manera, que el crescer de la luz; es descrecer las tinieblas, y descrecer estas es crescer mas la luz, así tambien cuanto mas cresce el amor de Dios, tanto descrece el amor proprio, y cuanto este mas descrece, tanto el otro cresce mas. Lo mesmo tambien se declara por otro ejemplo muy conveniente. Porque así como para que el aire entre por una ventana es menester primero abrir las puertas della, las cuales abre el mesmo aire que entra, así tambien para que entre en nuestras ánimas el amor divino, conviene echar fuera el amor desordenado; mas este divino amor es el que mas ayuda á despedir del ánima todo otro contrario amor. La razon desto es, porque juntamente con este amor de Dios entra el mesmo Dios, que es el autor desta virtud celestial, y mora con aquel que vive en su amor, y juntamente con él vienen otros bienes y deleites de tan grande dignidad y suavidad, que fácilmente acaba consigo, el hombre que los ha gustado, despedir y dar de mano á todos los otros bienes por estos bienes, y á todos los otros gustos por este gusto; porque ve por experiencia cuánto mas le rentan estos que todos los otros. Por donde así como de muy buena gana resigna el clérigo un beneficio pequeño, porque le dén otro mayor; y de mejor gana dejaria un labrador el arado, si supiese que del arado le habian de pasar á á otro mas alto estado; así fácilmente despide de sí el amor de los bienes terrenos, el que sabe que por esto le han de dar aun en esta vida otros sin comparacion mayores. Lo cual es en tanta manera verdad, que (como dice Sant Augustin) una sola gota que se beba deste rio del paraíso, basta para apagar la sed de todos los bienes del mundo. Mas si creemos á Sant Bernardo, como es razon, no solo basta para perder el deseo destos bienes, sino tambien para escupirlos y abominarlos, como claramente lo muestra él tratando aquellas palabras del libro de los Cantares, con las cuales amenazando y enseñando el Esposo celestial á su amada Esposa, le dice así (*a*): Si no te conosces, ó la mas hermosa de las mujeres, salte y vete en pos del rastro de tus ganados, y apacienta tus cabritos par de las majadas de los pastores.

(*a*) Cant. 1.

Sobre las cuales palabras este sancto glorioso dice así (*b*): El ánima que ya una vez aprendió del Señor á entrar dentro de sí mesma, y á sospirar dentro de sí por su presencia, y gozar della en su manera, no sé si tomaria ántes por partido padescer por algun tiempo las penas sensitivas del infierno, que ser destetada, y carescer de la dulzura destos pechos divinos, y quedar obligada á volver otra vez á buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas. Porque esto es apascentar sus cabritos (que son sus afectos y sentidos) par de las majadas de los pastores: que es, donde los hombres del mundo apascientan sus apetitos y deseos sensuales. Mira pues agora, ruégote, cuán léjos estará el verdadero amador de Dios de dejar su amor por los amores y deleites del mundo, si ha llegado á gozar de otras tan grandes consolaciones, que en comparacion dellas tiene á todos los gustos y placeres del mundo por poco ménos trabajosos que las penas del infierno. En lo cual tambien aprenderás qué tan grandes sean aquellas consolaciones y bienes, en cuya comparacion todos aquellos bienes porque los hombres del mundo se desperecen, vienen á parescer infierno. Así que, hermano mio, no desmayes, pues la mesma caridad que buscas, te ayudará á echar de casa á los mesmos enemigos que te hacen la guerra; pues, segun está declarado, así como ella va creciendo, así los enemigos van aflojando y perdiendo las fuerzas.

Ayuda tambien á esto mesmo la instancia de la oracion con que se alcanza la divina gracia, que es mas poderosa que la naturaleza dañada, y así prevalesce contra ella. Acuérdate que con el sonido de las trompetas sacerdotales cayeron por tierra los muros de Jericó (*c*); para que por aquí entiendas que al sonido de la oracion (que es propria de los sacerdotes) caen por tierra las fuerzas de todos nuestros adversarios. Lo cual ven por experiencia cada dia los que se dan á esta virtud, pues tantas veces saliendo della, hallan sus ánimas tan alegres y tan esforzadas, que por entónces no les paresce que hay lanza enhiesta contra ellas.

§. I.

De lo que en particular se ha de hacer para desarraigar el desordenado amor proprio.

Mas con todos estos socorros no se debe el hombre descuidar, sino ántes debe continuamente aparejarse y disponerse con la pureza de la vida á las influencias de la gracia; porque no haya de su parte cosa que para esto le cierre la puerta; y desta manera juntará en uno estas dos manos que para cada buena obra se requieren, que son trabajo del hombre y gracia de Dios. Pues para esto debe primeramente hacer todo lo posible por desarraigar de su ánima este mal amor. Y porque él está preso con tantas raices cuantos apetitos tiene de bienes terrenos, todos estos ha de trabajar de cortar, cada uno por sí, con el cuchillo del amor y temor de Dios.

Pues conforme á esto, primeramente trabaje por mortificar el amor desordenado de las honras y alabanzas humanas, y el aire popular que pasa mas lijero que el viento, con todas las otras pompas, y dignidades, y fausto del mundo; pues el deseo desordenado destas cosas es lenguaje del mundo, obra de vanidad y ramo de soberbia, que fué la primera puerta de perdicion que se abrió en el cielo y en el paraíso, y agora está abierta en

(*b*) Sup. Cant. serm. 55. in princ. (*c*) Jos. 6.

el mundo. Para esto señaladamente ayuda aquella nobilísima virtud de la humildad, raiz y fundamento de todas las virtudes; así como la soberbia lo es de todos los vicios, de que tratarémos adelante, á la cual pertenesce escoger siempre el lugar mas bajo, así en la interior reputacion y desprecio de sí mesmo, como en todo tratamiento y servicio exterior de la persona, deseando ántes servir y lavar los piés de los otros con Cristo, que escoger el mas alto lugar con el demonio; guardando, con todo, el decoro que se debe á la persona y autoridad del oficio.

Por la mesma manera trabaje por mortificar el amor desordenado de la hacienda, pues no hay razon para que sea tan amado un bien que ni persevera con su dueño, ni es parte para hacerle mejor, ni mayor, ni mas sabio, ni mas alegre; ántes es á muchos materia de vicios, nutrimento de regalos, despertador de cuidados, y estímulo de soberbia y presumpcion. Y (lo que mas es) aun para solo eso que paresce que pudiera aprovechar, no aprovecha; que es, para apagar el apetito de la cobdicia. Por lo cual dijo muy bien Séneca: ¿De qué mal nos pueden librar las riquezas, pues no nos libran de la cobdicia de sí mesmas? Para esto le ayudará la virtud de la pobreza evangélica, que es la primera de las ocho bienaventuranzas de Cristo (*d*), á la cual pertenesce no solo el desprecio voluntario de todas las riquezas del mundo (como lo tuvo Sant Gregorio en medio de tantas riquezas), sino tambien el amor é imitacion de la desnudez y pobreza de Cristo. Por el cual debe el hombre escoger todas las cosas que se requieren al uso de la vida, viles y pobres; pobre casa y pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura y pobres alhajas, y finalmente todo lo demas sea tal que traiga consigo olor de pobreza; guardando con todo eso la decencia del estado de la persona, como agora acabamos decir. Y si esto hiciere, sepa cierto que demas del reino del cielo que el Salvador promete en premio desto, será libre de la cobdicia, pestilencia commun del género humano, destruccion de la Iglesia y simiente universal de todos los pecados y cuidados del mundo. Y allende desto sepa que cuanto mas pobre fuere en el cuerpo, tanto mas rico será en el espíritu.

Tras desto trabaje tambien por mortificar todos los deleites de los sentidos, así de los ojos como de los oídos, y como tambien del gusto y del tacto, con todos los otros apetitos de cosas curiosas y vistosas; haciendo sacrificio á Dios de todos estos deleites, y derramando con David por amor dél la deseada agua de la cisterna de Betlem (*e*), y sacrificando con Abrahám el hijo tan amado (*f*), renunciando de buena gana por él todos estos deleites, y abrazando la aspereza de su cruz. Mire para esto cuán ásperamente trataron sus cuerpos todos los sanctos, y señaladamente aquel que por boca del Salvador fué pronunciado por no inferior á ninguno dellos, pues se vestia de un cilicio, y comia langostas, y miel silvestre, y nunca bebió vino ni sidra, y moraba en los desiertos, alejado de toda recreacion y consolacion humana (*g*), y trabaje cuanto pudiere por imitar algo del rigor y aspereza dellos, si quiere gozar de las consolaciones dellos; pues está claro que estas no se dan sino á los que así se afligieren como ellos. Porque si el Espíritu Sancto no vino sobre los discípulos mientra estuvo el Salvador corporalmente con ellos (porque no quiso la sabiduría divina que tuviesen dos consoladores juntos), mucho ménos querrá enviar consolaciones del cielo á los que se entregan á consolaciones de la tierra. Lo cual entendia muy bien el sancto Job (*h*), cuando dijo que la sabiduría divina (esto es, el conoscimiento amoroso y suave de Dios) no se hallaba en la tierra de los que suavemente vivian; para que por aquí entiendas cuán léjos anda de hallar á Dios quien en esta tierra le busca, que es el que regaladamente vive.

Desta manera pues debe el hombre ir muriendo cada dia á todas estas aficiones, para que viva á solo Dios, y así se haga todo espiritual, y cuanto mas espiritual, tanto mas semejante á Dios, que es espíritu puro, y mas dispuesto para unirse y hacerse una cosa con él. Y demas desto, porque aquí principalmente pretendemos mortificar el amor proprio, y un contrario no se puede vencer sino con otro contrario; por tanto debemos trabajar todo lo posible por introducir en nuestras ánimas una justa indignacion y odio sancto de nuestra carne con sus desordenados apetitos, para que este eche fuera el amor proprio su contrario. Lo cual nos enseñó el Salvador, cuando dijo (*i*): Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mesmo, y tome su cruz, y sígame. Porque quien amare desordenamente su vida, la perderá; y quien la aborresce en este mundo por amor de mí, la hallará en la vida eterna. En las cuales palabras encomienda el Señor la mortificacion y negamiento de sí mesmo, que es la cruz de la vida cristiana. Y porque entendia él muy bien que esto no se podia hacer sino echando fuera de casa un amor malo con un odio bueno, añadió luego diciendo: El que ama su vida, ese la perderá; y el que la aborresciere, ese la hallará. Mas porque no se espante nadie cuando oye decir odio y aborrescimiento de sí mesmo, sepa que no tratamos aquí de lo que es obra y criatura de Dios; sino de lo que es obra de aquella serpiente antigua, que con su ponzoñoso silbo inficionó nuestra carne, y dejó en ella todos los resabios y apetitos desordenados, y malas inclinaciones que tiene, contra las cuales es este sancto odio que aquí llamamos. El cual aunque sea propriamente contra estas malas inclinaciones que manaron del pecado; mas porque ellas están afijadas en nuestra carne, y con el regalo della crescen ellas, por eso tambien maltratamos á ella como á receptadora y fautora de nuestros enemigos. Mas este maltratamiento que procede de una justa indignacion y odio sancto contra ella, aunque le llamaron odio, verdaderamente es el mayor amor que el hombre le puede tener. Lo cual se prueba muy bien por una respuesta que Sant Bernardo dió á unos que se espantaban de sus monjes por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenian odio capital. A los cuales respondió el sancto varon diciendo, que ellos de verdad eran los que aborrescian sus cuerpos; pues por darles un poco de gusto de deleites sensuales, los obligaban á tormentos eternos; mas los monjes de verdad los amaban, pues los afligian un poco de tiempo para merescerles descanso perdurable. Porque no aborresce el padre al hijo enfermo cuando le quita de las manos la golosina que le ha de dañar; ni tampoco cuando lo castiga ásperamente, si es travieso; ántes entónces mas de verdad le ama.

Pues el que quisiere saber de qué manera se podrá

(*d*) Matt. 5. (*e*) 2. Reg. 23. (*f*) Gen. 22. (*g*) Matt. 11. Marc. 1.

(*h*) Job. 28. (*i*) Matt. 16.

criar en nuestras ánimas este sancto y amoroso odio de nuestra carne, sepa que se cria como el mesmo amor. Porque así como multiplicando obras de amor de Dios, se va criando y fortificando este sancto amor, así tambien multiplicando obras de odio (que son rigores y malos tratamientos de su cuerpo), se va poco á poco introduciendo y criando este sancto odio. Por lo cual el deseoso deste divino amor debe trabajar por hacer á su cuerpo todos los malos tratamientos que buenamente y con discrecion pudiere, acordándose que de los que hacen lo contrario está escripto (*k*): El que delicadamente cria su siervo dende su primera edad, despues lo hallará rebelde y contumaz. Pues por no venir á esto, trabaje siempre el hombre por tratar este mal siervo con rigor y aspereza en todas las cosas; en el comer, en el beber, en el dormir, en el vestir y en todo lo demas; dándole el pan por tasa, y castigándolo muchas veces con disciplinas, con cilicios, con ayunos y con dura cama, segun que lo sufriere el estado, la salud y condicion de cada uno. Y muchas veces debe hacer esto aun en cosas no necesarias, por criar en sí este hábito tan necesario para cumplir las necesarias; como lo hacen los que se crian para la guerra, que ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra. Y esta me paresce haber sido una de las causas por donde todos los sanctos, y señaladamente aquellos padres del yermo, á quien los muchos años de vida y abstinencia habian puesto fuera de los peligros y tentaciones de la carne, con todo eso nunca dejaban la acostumbrada aspereza y maceracion della: no tanto por los peligros della, cuanto por no perder el ejercicio de mal natural, haciendo siempre cosas contrarias al amor proprio.

Y para poder con mas facilidad usar el hombre deste rigor y severidad con su cuerpo, debe considerar que el hombre no es criatura sencilla, como lo son todas las otras criaturas, así del cielo como de la tierra (las cuales son, ó puramente espirituales, como son los ángeles, ó puramente corporales, como son todas la demas) sino es compuesto de dos partes, una espiritual y otra corporal, tan diferentes entre sí, que á la una llama el Apóstol hombre interior, y á la otra hombre exterior (*l*). De suerte que en un hombre en cierta manera hay dos hombres, tan contrarios en sus inclinaciones, cuanto lo son en sus naturalezas. Porque el cuerpo ama las cosas corporales y temporales; mas el espíritu las espirituales y eternas, como cosas semejantes y proporcionadas á su naturaleza. Pues gran parte del estudio y ejercicio de la virtud consiste en hacer que esta parte corporal obedezca á la espiritual, y desistiendo de sus apetitos, y resabios, y malas inclinaciones, se conforme (en cuanto sea posible) con la parte espiritual del hombre, como lo hacia el Apóstol, el cual dice (*m*) que castigaba su cuerpo, y lo hacia estar á raya, y servir al espíritu, y no á sus apetitos. De manera, que se habia con él como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con industria y valor se apodera, y le hace caminar por do quiere, y al paso que quiere. Algunos filósofos hubo que encarescieron tanto esta division de las dos partes del hombre, que el espíritu decian ser el verdadero hombre, y el cuerpo tenian por una como vestidura de que estaba cercado este hombre. De donde procedió que Necrocion, tiranno de Chipre, habiendo á las manos á Anaxarcho, insigne filósofo, acordándose de cierta injuria que de él habia recebido en tiempo de Alejandro Magno, le mandó moler en un almirez de hierro, con mazos de hierro, donde el animoso filósofo pronunció aquella memorable palabra: Quebranta y muele cuanto quisieres, tiranno, la vestidura de Anaxarcho, porque en Anaxarcho no tocarás. He traido este ejemplo para que el amador de la perfeccion entienda la division destas dos partes que hay en el hombre (aunque no de la manera que este filósofo lo entendia): para que cuando su espíritu castigare á su cuerpo, entienda que no pelea contra sí mesmo, sino contra un contrario que tiene á par de sí.

Y para esta severidad y sancto odio le ayudará grandemente (como dijimos) el amor de Dios, de quien está escripto en los Cantares (*n*) que es fuerte como la muerte. Y el sentido destas palabras es, que así como la muerte aparta al hombre del amor y trato de todas las cosas del mundo, así el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, lo fortalece de tal manera, que se aparta de la aficion que tiene á su carne, de tal modo que no se deja llevar de sus apetitos, y cobdicias, y malas inclinaciones della; mas ántes hace que la carne sirva á los deseos del espíritu. Y esto es lo que el Apóstol breve y divinamente significó cuando dijo (*o*) que la palabra de Dios era viva, y penetraba mas que cualquier cuchillo de ambas partes agudo; la cual llegaba á hacer division y apartamiento entre el espíritu y el ánima, entendiendo por ánima la parte sensitiva della, donde están nuestros apetitos sensuales, que por otro nombre se llaman carne. En lo cual dió á entender la virtud de la palabra de Dios y de su gracia, la cual hace que nuestro espíritu se aparte de todos los apetitos, y resabios, y malas inclinaciones de nuestra carne, y no se deje llevar dellas, como lo hacen los espíritus de los hombres carnales, que en todo y por todo se dejan llevar dellos; y toda su habilidad y agudeza emplean en buscar é inventar todos los modos y maneras que pueden para hacer fiesta á su carne, y darle cumplimiento de todos sus apetitos. De suerte que así como el mesmo Apóstol dijo (*p*) que el que se llega á la mala mujer se hace un cuerpo con ella; así llegándose el espíritu desta manera á nuestra carne, viene á caer de su natural generosidad y nobleza, y hacerse todo carne. Lo contrario de lo cual hace la palabra de Dios y su gracia en los sanctos, poniendo esta saludable division y enemistad entre el espíritu y la carne.

Estos son documentos generales que universalmente pertenescen á todos, pues en todos hay amor proprio y propria voluntad. Mas con esto quiero juntar otros particulares para remedio de particulares resabios y malas inclinaciones con que cada uno nasce, ó que por mala costumbre ha adquirido. Porque aunque estos no sean males tan generales como estotros, pero todavía una sola mala inclinacion no vencida, basta para impedimento de la perfeccion, y para abrir la puerta á todos los enemigos del ánima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentísimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones, y pida á nuestro Señor lumbre para conocerlas; y conocidas procure hacerles guerra perpetua, no perdiendo la esperanza de la victoria. Porque quien pudo en su Evangelio hacer del agua vino, y cada dia hace de las piedras hijos de Abraham (*q*),

(*k*) Prov. 29. (*l*) 2. Cor. 4. (*m*) 1. Cor. 9.

(*n*) Cant. 8. (*o*) Hebr. 4. (*p*) 1. Cor. 6. (*q*) Joan. 2.

tambien podrá mudar sus naturales condiciones en otras, y hacerlas de malas, buenas. Desta manera pues, y con estos ejercicios, se irá poco á poco venciendo la naturaleza, é introduciendo en nuestra ánima este sancto odio, que basta para echar fuera sus contrarios, que son, amor desordenado de sí mesmo, y propria voluntad.

§. II.

De las razones que hay para tener justa indignacion y aborrescimiento sancto á nuestra carne.

Mas por ventura replicarás: ¿Cómo será posible que nadie pueda concebir odio contra sí mesmo, esto es, contra su proprio cuerpo, de quien naturalmente es tan amigo, mayormente diciendo el Apóstol (*r*) que ninguno tuvo odio á su propria carne, ántes cada uno la cria y regala? Esta réplica propriamente es de carne y de sangre, mas el espíritu y la gracia ántes preguntará con mayor razon, ¿cómo es posible que esto deje de ser así? Porque ¿qué cosa hay debajo del cielo mas abominable y aborrescible que el pecado? Compáralo con el mesmo infierno, y hallarás que es mayor mal el pecado que el infierno; porque el pecado es causa del infierno, y el infierno es menor castigo del que meresce el pecado. Pues ¿quién ha sido ocasion de la mayor parte de los pecados que en este mundo tienes hechos, sino tu propria carne? ¿Pues no te parece que meresce ser pisada y despreciada una cosa que te ha sido ocasion y motivo de tanto mal? ¿Cuántas veces te ha puesto en el infierno? Cuántas veces te ha hecho ofender aquella infinita bondad? De cuántos bienes espirituales te ha privado? Cuántas veces pone tu salvacion en peligro cada hora? Pues ¿cómo no te indignarás contra quien tantos males te ha hecho, y tantos bienes te ha impedido, y en tanto peligro te pone? Si aborresces al demonio, y le tienes por capital enemigo, por la guerra y daño que te hace, sábete cierto que ni todos los demonios juntos te pueden hacer, ni tan cruel guerra, ni tan continua, cuanto tú con tu propria carne, que vive contigo. Porque muy poco podrian esos demonios, si no tuviesen de su parte esa Eva, para hacerte guerra por ella. De suerte que siendo los mayores enemigos del hombre el infierno, el demonio, el mundo, nuestra carne y el pecado; despues del pecado, que es el mayor, el segundo es nuestra carne, que es la madre y la simiente del pecado; por lo cual el Apóstol la llamó pecado (*s*). Y por esto el primer odio del verdadero amador de Dios ha de ser contra el pecado, y el segundo contra las malas inclinaciones de su propria carne, que es la atizadora del pecado.

Mas poco dije en decir que la carne por parte de sus apetitos es la principal ocasion de cuantos pecados has cometido contra Dios; porque con la mesma verdad y razon diré que lo es tambien casi de todos cuantos pecados se han hecho, y harán, y hacen cada dia en el mundo. Y si el mundo está el dia de hoy como está, hirviendo en tantas maneras de delicias, de cobdicias, de vanidades, de juegos, de invenciones de trajes, y de potajes, y deleites sensuales, claro está que la carne es una de las mas principales fuentes de donde todo esto procede; y ella es la que principalmente tiene destruido el mundo, y tan abatida la gloria y honra del Señor que lo crió.

Y aun si quieres concebir mas justa indignacion contra ella, acuérdate que los vicios y pecados que della procedieron, fuéron los que crucificaron á tu Dios y Señor, y los que lo azotaron, y abofetearon, y escarnecieron, y coronaron, y dieron á beber hiel y vinagre; pues está claro que si no hubiera pecados de por medio, no habia por qué padescer lo que padesció. Pues siendo esto así, ¿cómo será posible que ames desordenadamente á quién así conjuró contra la muerte de tu Señor? En lo cual verás cómo mirando esto con ojos de razon, mayor maravilla es haber quien ame tanto su propria carne, recibiendo estas obras della, que haber quien la aborrezca. Mas este mal hace, no la razon, sino el vínculo de naturaleza, que nos hace tanto amar á quien tanto debiéramos de despreciar. Lo cual me paresce que veo divinamente figurado en aquel extraño amor que David tuvo á su hijo Absalom, pues habiendo recebido dél las mayores ofensas que recibió padre de hijo, todavía procuró su vida, y lloró su muerte con gran dolor (*t*). Pues lo que aquí hacia el vínculo de naturaleza, hace el amor desordenado que tenemos á nuestra carne. Porque por lo demas no meresce ella ser mas amada que lo merescia Absalom, el peor de los hijos del mundo. Así que no procede esto por órden de justicia, sino por miserable dolencia de naturaleza.

Demas desto, para eximirte deste yugo, debes tambien considerar cuán fea cosa sea que una criatura tan generosa como el hombre (que es capaz de Dios y de su gloria) venga á ser esclavo de una cosa tan bestial como es su carne, con sus apetitos y deleites. Divinamente dijo Séneca: Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi proprio cuerpo. ¿Qué otra cosa es hacer esto, sino (en buen romance) andar con el hijo pródigo á guardar puercos? Porque así como los puercos se deleitan con el hedor del cieno, así los apetitos de nuestra carne en ninguna otra cosa se deleitan, sino en el cieno sucio de los deleites sensuales. Y por esto quien desta manera vive, sepa que en los ojos de Dios anda con este hijo pródigo guardando puercos. Pues ¿qué cosa mas indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que para tan grandes cosas fué criado, que gastar la vida en tan vil ocupacion, en la cual (por nuestra gran ceguedad) se ocupa hoy la mejor y mayor parte del mundo? Porque ¿qué otra cosa con mayor cuidado y ansia procuran los hombres, que el regalo, y pompa, y buen tratamiento de sus cuerpos, y las riquezas del mundo con que poder sustentar todo esto? Contra los cuales no quiero alegar lo que los sanctos dicen, sino lo que aquel Mercurio Trismegisto, filósofo gentil, dice, exclamando así: ¡Oh hombres que morais en la tierra, que os habeis entregado al sueño, y á la embriaguez, y á la ignorancia, vivid ya templadamente, y apartaos del regalo y servicio de vuestro vientre. ¿Por qué, cebados con la dulzura del sueño bestial, correis al despeñadero de la muerte, no faltándoos aparejo para alcanzar la inmortalidad? Volved sobre vosotros los que vivis en pobreza de vuestras ánimas y en tinieblas de ignorancia. Salid desa escurescida lumbre; procurad la inmortalidad y huid la corrupcion. Hasta aquí son palabras de Mercurio, las cuales sirven para grandísima confusion del pueblo cristiano, donde hay tantos que de tal manera se han entregado al servicio de su vientre, que debajo deste nombre de Cristo, viven como discípu-

(*r*) Ephes. 5. (*s*) Rom. 8.

(*t*) 2. Reg. 18.

los de Epicuro, que ponia la bienaventuranza en el deleite.

Mas ya que llegamos á hacer mencion deste gran filósofo, referiré aquí otra admirable sentencia suya, que alega Ludovico Celio en el libro IV de las Lecciones antiguas, la cual verdaderamente me puso admiracion cuando la leí. Porque con ser esta doctrina que aquí hemos tratado la mas alta del Evangelio, él dice en pocas palabras cuanto aquí está dicho deste odio sancto de sí mesmo, y juntamente enseña los motivos de que para este mesmo odio nos debemos de ayudar. Dice pues así: O hijo, si no aborrescieres tu cuerpo, no puedes de verdad amar á tí mesmo; mas despues que te dejares de amar, y amares á Dios, luego tendrás verdadero y sano juicio; y este juicio alcanza luego la verdadera sabiduría; porque imposible cosa es ocuparse un hombre juntamente en las cosas mortales y en las divinas. Por tanto conviene despojarte de la ropa que traes vestida, que es vestidura de ignorancia, fundamento de maldad, vínculo de corrupcion, velo escuro y sombrío, muerte viva, cuerpo muerto y sensible, sepultura movediza, y finalmente ladron de casa, el cual mostrando que ama, nos aborresce, y aborresciendo, nos tiene invidia. Es tambien escuridad enemiga que abate el espíritu á las cosas de la tierra, para que no aborrezca la malicia del cuerpo, si viere la hermosura de la verdad. Hasta aquí son palabras deste filósofo, á quien los antiguos tuvieron en tanta reputacion, que le pusieron por nombre Trismegisto, que quiere decir, tres veces grandísimo. Y verdaderamente tuvieron razon para poner este nombre á quien en medio de las tinieblas de la gentilidad alcanzó tanta luz como la que en estas palabras está encerrada. En las cuales se deben notar los nombres que puso á este cuerpo, á quien el Apóstol llama cuerpo de muerte (v), mas este filósofo le llama vestidura de ignorancia, muerte viva, sepultura movediza, cuerpo muerto y sensible; para significar que el ánima está cercada dél, como el hombre de su vestidura, y como cuerpo muerto en su sepultura; la cual llama movediza, porque está el ánima como sepultada en él, pero moviéndose de una parte á otra. Y llámalo muy al proprio vestidura de ignorancia, porque él con la niebla de sus pasiones ciega la lumbre de la razon para que no vea la verdad. Y llámalo muerte viva; viva, porque siente, y muerte, porque mata al ánima, teniéndola dentro de sí como muerta, pues no la deja usar de la generosidad y alteza de su naturaleza. Y añade mas, que el cuerpo con sus apetitos abate nuestro espíritu á las cosas de la tierra; para que ahogado y envuelto en ellas, no se levante á conoscer la hermosura de la verdad, y así venga á despreciar y aborrescer su cuerpo, de quien tanto daño recibe.

Pues estas consideraciones bien entendidas, criarán en nuestros corazones esta sancta indignacion; de donde nascerá el áspero tratamiento de nuestro cuerpo, que es lo que aquí se pretende. Y si aun con todo esto no pudiéremos llegar á este odio, á lo ménos lleguemos á tratar nuestros cuerpos de la manera que trata un discreto padre á un hijo que cria muy bien criado, al cual nunca muestra rostro alegre, sino severo y grave; acostumbrándolo á trabajos, y proveyendo cómo el comer, el vestir, el dormir, y todo lo demas, sea áspero y ajeno de todas las delicias y regalos del cuerpo, para que así crie los cueros duros, y haga callos en el trabajo, y se habilite para todo lo que con virtud y honestidad convenga hacer; pues ninguna virtud hay sin trabajo y dificultad.

Mas porque esta bestia es tan indomable, que aun todo esto apénas bastará para vencerla, debe el hombre añadir á esto, otra cosa semejante á la que hace para alcanzar el amor de Dios. Porque así como el deseoso deste amor lo pide á Dios con toda instancia noche y dia, y juntamente con esto se ejercita en considerar todas aquellas cosas que puedan inflammar su corazon en este amor (como es principalmente en la consideracion de los beneficios de Dios, y en las perfecciones divinas), así el que quiere criar este sancto odio en su ánima, pídalo siempre á Dios cómo le pide su amor; y póngase algunas veces á considerar todo lo que á este sancto odio le pueda incitar; como es la muchedumbre de maleficios que desta mala carne habemos recebido (como ya se dijo), junto con las malicias y resabios que ella en sí tiene; para que esto nos despierte á tener contra ella la indignacion que nos meresce. Todo esto, y aun Dios y ayuda es menester para criar en nuestras ánimas este afecto; pues no es negocio de menor dificultad aborrescer el hombre á sí, que amar á Dios.

Una persona devota habia, que acordándose de cómo el bienaventurado Sant Francisco, deseando mucho conoscer á Dios para amarlo, y asimesmo para despreciarse, gastó la mayor parte de una noche repitiendo en una oracion estas palabras: Dios mio, conozca yo á tí, y conozca á mí: Dios mio, conozca yo á tí, y conozca á mí; esta persona tambien por ejemplo del mesmo sancto repetia en su oracion otras palabras semejantes á estas, diciendo: Dios mio, amor y odio: Dios mio, amor y odio; entendiendo por el amor el de Dios; y por odio esta justa y saludable indignacion y severidad contra los apetitos de su carne. Y algunas veces tomando una disciplina, repetia las mesmas palabras todo el tiempo que duraba, pidiendo á nuestro Señor este sancto afecto, y juntamente ejercitándose en la obra con que él se cria, que es el castigo y rigor para con su cuerpo. Esta es buena manera de negociar con Dios, con la oracion en la boca (como dicen), y con la mano en la obra.

Y no se maraville nadie de tanta fábrica y municion como aquí se provee contra este amor proprio; porque es tan poderosa y tan general esta pasion, que todo esto y mucho mas es menester para reducirla á aquella templanza y moderacion que conviene, para que no sea impedimento de las virtudes. Por donde así como cuando queremos enderezar una vara torcida la doblamos é inclinamos hácia la parte contraria, no para que se quede así, sino para que finalmente venga á estar derecha; así tambien cargamos la mano tanto contra el amor proprio, no para destruirlo, sino para enderezarlo y templarlo de la manera que arriba se declaró.

CAPITULO V.

De la purificacion y mortificacion de la propria voluntad.

Despues de la mortificacion y purificacion del amor proprio, síguese la de la propria voluntad, hermana é hija del mesmo amor. Mas por ventura preguntará alguno, en qué se diferencie la propria voluntad del amor proprio. A esto decimos que en la significacion que tomamos aquí estos dos nombres, por amor proprio (se-

(v) Rom. 7.

segun está dicho) entendemos el desordenado amor de todas las cosas que sirven al regalo del cuerpo, y al excesivo aparato y pompa del mundo. Mas por la propria voluntad entendemos, no solo el apetito destas mesmas cosas, sino tambien los apetitos é inclinaciones vehementes que los hombres tienen á otras cosas. Porque unos naturalmente son inclinados á jugar, otros á cazar, otros á montear, otros á pescar, otros á edificar, otros á parlar y conversar, otros á murmurar, otros á las letras profanas, otros á las armas, otros al regalo y buen tratamiento de sus cuerpos, otros á pompas y vanidades, otros á leer libros de caballerías, otros á mudanzas de lugares, otros al vicio de la curiosidad, que es desear ver cosas nuevas, y saber las vidas ajenas; otros son como los atenienses, que en ninguna otra cosa se ocupaban sino en oir nuevas; otros hay muy aprehensivos, los cuales tambien son muy voluntarios, y así son muy vehementes en todas las cosas que quieren; finalmente, otros á otros infinitos géneros de cosas, las cuales son tantas cuantas son las condiciones de los hombres, que cuan diferentes son en los rostros, tanto lo son en las condiciones y en los particulares apetitos é inclinaciones que dellas proceden. Esto es pues lo que llamamos aquí propria voluntad. Pues esta manera de voluntad ni es ménos dañosa que el amor proprio, ni ménos dificultosa de vencer; cuya victoria no es ménos necesaria que la dél. Porque como la summa de toda la religion cristiana consiste en el amor de Dios, así tambien consiste en perfectísima obediencia y conformidad con su sancta voluntad, lo cual es proprio efecto del mesmo amor de Dios. Porque (como dice un sabio) la verdadera y firme amistad es tener un mesmo querer y no querer con nuestro amigo. Por donde son estas dos virtudes tan hermanas entre sí, que el mesmo Señor en una parte dice (*a*): El que me ama, guardará mis mandamientos; y en otra dice (*b*): El que tiene mis mandamientos y los guarda, èse es el que me ama.

Pues esta perfectísima obediencia y conformidad de voluntades es la que hace al hombre verdadero siervo de Dios. Porque así vemos que la mejor cosa que puede tener un siervo, es ser obedientísimo á su Señor, y hacer en todo y por todo su voluntad. Pues esta mesma promptitud de obediencia ha de tener el siervo de Dios á todo lo que manda él, y los que están en su lugar, obedesciendo á cuanto él nos tiene declarado en sus Escripturas Divinas. Y no solo ha de obedescer en lo que manda por palabras, sino tambien en lo que significa por inspiraciones y llamamientos, con tal que sean conformes á las Escripturas Divinas, y doctrina de los sanctos. Pongamos ejemplo: Siéntese un hombre que le va bien con los ejercicios de la oracion y del recogimiento. Por otra parte es el mas inclinado á otro virtuoso ejercicio en que no halla su ánima ni tan guardada, ni tan recogida, ni tan limpia de defectos como en el otro á que él no es tan inclinado. Este es indicio grande que le llama Dios al otro ejercicio mas que á este. Por lo cual le convendrá vencer en esta parte su proprio gusto é inclinacion, y dejar lo ménos por lo mas; cuando esto no militare contra su particular oficio y obligacion. Porque aquella paresce ser la voluntad de Dios, la cual siempre tira, como el Apóstol dice (*c*), á nuestra sanctificacion.

Y no solo en esto, mas tambien en todas las adversidades, enfermedades, pobrezas, desamparos y sequedades de espíritu, nos debemos conformar con la divina voluntad, estando siempre puestos en sus manos, y aparejados para tomar dellas el cáliz que nos quisiere dar.

Los que esto hacen son los fieles y verdaderos siervos de Dios é hijos de obediencia; mas á los desobedientes llama la Escriptura hijos de Belial (*d*), que quiere decir sin yugo; por ser rebeldes y de dura cerviz, como lo era aquel pueblo á quien dijo Dios por un profeta (*e*): Sé yo muy bien que eres tú duro, tieso y hecho á tu voluntad, y tu cerviz es como una barra de hierro; y así dende el vientre de tu madre te llamé rebelde.

Pues para evitar este nombre tan vergonzoso, y gozar de aquella dignidad tan grande de hijos de obediencia, es necesaria la negacion y mortificacion de la propria voluntad. La cual suele ser á veces tan repugnante á la divina, que decia el sancto Job (*f*): ¿Por qué, Señor, me pusiste contrario á tí, y soy hecho pesado á mí mesmo? Pues siendo esto así, imposible es que reine perfectamente en nosotros la voluntad divina, si no muriere la nuestra propria. De suerte que así como arriba dijimos que para alcanzar el amor divino era necesario mortificar el amor proprio, así tambien para que reine en nosotros la voluntad de Dios, ha de ser destruido el reino de la nuestra. Y pues ambas voluntades ni pueden reinar ni vivir juntas, sino forzadamente ha de morir la una para que viva la otra; ¿qué cosa mas justa que vivir la voluntad de Dios y no la del hombre, reinar Dios y no el hombre? Para lo cual no hay cosa que mas convenga que estudiar siempre en desapropriarnos de nuestra voluntad, para que se haga mas dulcemente la voluntad de Dios. Los que llevan carros, procuran untar los ejes en que van las ruedas con aceite, para que así corran mejor; mas nosotros, para que se cumpla en nos sin contradiccion la voluntad divina, es necesario desterrar primero la nuestra propria.

Este ejercicio nos encomiendan los sanctos debajo de diversos nombres. Porque unas veces lo llaman abnegacion, otras mortificacion y otras resignacion; los cuales todos significan una mesma cosa, aunque por diversos nombres. Llámase abnegacion, porque negamos nuestra propria voluntad y libertad (que es una de las cosas mas íntimas y mas principal que hay en nosotros), poniéndola en manos ajenas, y desistiendo del señorío natural della, y desposeyéndonos y enajenándonos de nosotros mesmos, que es el mayor sacrificio que podemos ofrescer á Dios. Llámase tambien mortificacion, porque matamos nuestro proprio querer, haciendo á Dios sacrificio dél (*g*); lo cual porque no se hace sin dolor, con razon tiene nombre de sacrificio y mortificacion. Y llámase tambien resignacion (que es vocablo mas significativo), porque pone al hombre en las manos y subjeccion de Dios, y lo despoja de sí mesmo, como hace el que resigna un beneficio en manos de un prelado: lo cual no es otra cosa que desapropriarse dél, y ponerlo en la disposicion y voluntad del superior. Desta manera los sanctos varones se despojan de sus proprias voluntades, y se subjectan á la de Dios, de tal manera que paresce que están siempre diciendo con el Apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga (*h*)?

Pues á este ejercicio nos convida el mesmo Señor

(*a*) Joan. 14. (*b*) Ibidem. (*c*) 1. Thes. 4.

(*d*) Jud. 19. (*e*) Isai. 48. (*f*) Job. 7. (*g*) Rom. 8. (*h*) Act. 9.

debajo del nombre de mortificacion, diciendo (*i*): En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo permanescerá; mas si muriere, dará mucho fructo. Por do paresce que en la perfecta mortificacion está escondido el fructo de la verdadera vida; porque el que siempre muere en sí mesmo, siempre vive de nueva manera en Dios. El ánima resignada y mortificada es como un racimo de uvas maduro y suave; mas la que no lo está, es como uvas verdes, que son acedas y desabridas. Ninguna cosa se puede ofrescer á Dios mas agradable que la resignacion de la propria voluntad; porque ninguna cosa hay mas amada del hombre que ella. Por donde cuando un hombre resiste á esta voluntad sensual, aunque sea en cosas pequeñas, tenga por cierto que hace á Dios un servicio muy agradable. Si asentado á la mesa se ofresce una vianda sabrosa, la cual puede el hombre comer sin pecado, si con todo esto la deja por amor de Dios, contradiciendo y negando en esto su apetito, sepa que hace un agradable servicio á este Señor; como se escribe que lo hizo David cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Betlem, que tanto habia deseado (*k*); no porque pensase él que hacia mucho en derramar un vaso de agua por Dios; sino porque en esto sacrificaba el deseo de su voluntad, que habia sido muy grande: y así entendia que ofrescia grande sacrificio á Dios. Pues si tan grande galardon da Dios por una tan pequeña mortificacion, ¿qué tendrá aparejado para aquellos que por su amor, á sí y á todas las cosas negaron? Para ejercitarse en esta virtud debe muchas veces el hombre decir entre sí: Por amor de vos, Señor, no quiero ver aquello, ni oir lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar agora esta manera de recreacion; porque en todo esto merescerá, y se habituará á negar su propria voluntad. De suerte que así como arriba dijimos que ayuda mucho para la mortificacion del amor proprio resistir á sus apetitos aun en las cosas lícitas; así tambien aprovecha para la mortificacion de la propria voluntad, resistir muchas veces á sus deseos en las mesmas cosas; porque pues estas dos pasiones son entre sí tan semejantes, tambien lo han de ser los remedios y la cura dellas. Porque así como el amor proprio es una pasion vehementísima y dificultosísima de vencer, y que las mas veces se entremete en todas las obras que hacemos, así tambien lo hace la propria voluntad, la cual es un abismo profundísimo, que apénas se puede apear ni entender. Porque en muchas cosas (sin que lo sintamos) por mil maneras se atraviesa con color, ya de discrecion, ya de caridad, ya de necesidad, ya de cumplimiento, ya de misericordia, ya de justicia, ya por ejemplos de otros, ó por no les ser molesto, y por otros honestísimos títulos; so color de los cuales hace el hombre mas lo que quiere que lo que conviene, y mas su propria voluntad que la de Dios; y muchas veces sin que lo entienda, ántes creyendo lo contrario. Lo cual aunque no todas veces sea pecado, todavía no deja de ser engaño hacer nuestra propria voluntad, creyendo que hacemos la de Dios. Por tanto, pues los enemigos son los mesmos, y el combate de una manera, tambien la resistencia ha de ser de la mesma manera, concibiendo dentro de nos un sancto odio contra esta mesma voluntad, y negándola en todo lo que nos fuere posible, rigiéndonos de mejor gana por voluntad ajena que por la nuestra, y holgando mas con la humilde subjeccion de la obediencia, que con la libertad de la propria voluntad; y teniendo por sospechoso todo lo que quisiéremos muy querido, si no fuere muy examinado. Y demas desto, todas las cosas que le sucedieren tome como de la mano de Dios, por muy ásperas que sean; el cual tiene contados todos los cabellos de los suyos, y sin cuya voluntad no cae en tierra una hoja de un árbol; diciendo siempre en todos los trabajos aquellas palabras del Salvador: ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba?

Y cuando vencido de su propria voluntad cayere en algun defecto, sospire y gima de corazon; mas no por esto desmaye, aunque le acaezca esto muchas veces al dia, sino llame al Señor, y dígale: ¡Ah Señor Dios mio! ¡Cuán miserable soy, pues así viven las pasiones en mí! ¡Oh cuán flaco y deleznable me hallo! Pensaba que estaba ya mortificada mi voluntad, y agora hállola tan rebelde y tan dura como de ántes. Mas no desconfío, Señor, de vuestra piedad ni de vuestra gracia. Habed, Señor, misericordia de mí, y ayudadme; porque otra vez por vuestro amor determino de negar á mí, y á todas las cosas por vos. Desta manera haga oracion y se esfuerce; y no por eso piense que está en desgracia de Dios, por ser tan imperfecto; porque no puede dejar de ser acepto á este Señor quien de todo corazon trabaja por serlo, y bienaventurado aquel á quien en medio desta empresa se le acabare la vida. Bien veo que esta mortificacion á los principios es dificultosa; pero despues que el hombre por algun espacio se hubiere ejercitado en ella, luego con el favor y ayuda del Señor se le hará fácil, como se hacen todas las cosas (por ásperas que sean) con el uso y ejercicio dellas.

Pues por estos medios se alcanza la mortificacion de la propria voluntad; y de los que á ella han ya llegado se entienden aquellas palabras del Apóstol (*l*): Ya vosotros, hermanos, estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y si deseas saber cuándo ha llegado el hombre aquí; esto es, cuándo está desta manera muerto, digo que entónces lo estará, cuando deja su voluntad por la de Dios, cuando despide de sí el proprio amor, cuando renuncia los deleites del mundo, cuando mortifica los deseos desordenados de su carne, cuando se tiene por el mas vil de todos, cuando promptamente obedesce á los hombres por Dios, cuando no se envuelve en cuidados superfluos, cuando no juzga los hechos ni dichos de nadie, sino deja cada cosa ser lo que es; cuando ni se alegra con las alabanzas, ni se aflige con los denuestos, cuando sufre cualesquier injurias y adversidades pacientemente, cuando de nadie se queja, y cuando á todos los hombres abre el seno de su corazon, y los mira como á templos de Dios. El que todo esto hace es el que de verdad está muerto al mundo y vivo á Dios.

CAPITULO VI.

De la mortificacion y purificacion de los apetitos y pasiones naturales.

Despues de mortificado el amor proprio y la propria voluntad, siguense las pasiones é inclinaciones que de aquí proceden, y así conviene mortificarse, como cosas que nascieron de tal raiz. Para cuyo entendimiento es

(*i*) Joan. 12. (*k*) 2. Reg. 2.

(*l*) Coloss. 3

de saber que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porcion superior é inferior. En la superior (que llaman espíritu ó mente) está la voluntad y el entendimiento que rige esa mesma voluntad, y es como ojos della. En la inferior está el apetito sensitivo, con la imaginacion, que es tambien como ojos deste apetito, y así se mueve por ellos. En este apetito ponen los filósofos once afectos, que podemos llamar pasiones ó movimientos naturales, que son amor y odio, tristeza y alegría, deseo y huida, temor y osadía, confianza y desconfianza, é ira. Estas dos partes y como repúblicas hay en el hombre: la una como de bestias, la otra como de ángeles, porque todo lo que hay en esta porcion inferior, tambien lo tienen las bestias y los otros animales, como nos. Mas es de saber que ántes del pecado esta porcion inferior estaba perfectamente subjecta á la superior, como cosa ménos noble á la mas noble, y como natural siervo á su señor. Mas por el pecado se perdió esta subjeccion, la cual no se restituye por el sacramento del baptismo, aunque por él se quite el pecado que la causó, y así todavía queda en nosotros esta exempcion y rebeldía de nuestro apetito, para materia de merescimientos y ejercicio de virtud.

Pues en la victoria y moderacion destas pasiones está la virtud, y está la paz interior, y la verdadera libertad del hombre. Y por esto aquí se emplea muy grande parte de las virtudes morales en domar y moderar estas pasiones, especialmente la fortaleza y la templanza, con todas las otras partes y especies destas virtudes, que se comprehenden debajo dellas. De manera que así como la sanidad y buena disposicion del cuerpo consiste en la proporcion de las cuatro calidades y elementos de que somos compuestos, y la enfermedad en la desórden dellas; así tambien la salud espiritual de nuestras ánimas, y la buena ó mala disposicion dellas consiste en la templanza ó desórden destas pasiones; porque cuando están moderadas, estámos bien, y cuando desordenadas, mal.

Por tanto debe el hombre estar siempre velando sobre la guarda destas pasiones, como en figura se dice que lo hacian aquellos pastores á quien anunció el Angel el nascimiento del Señor (*a*), los cuales estaban velando y guardando las vigilias de la noche sobre su ganado. Pues no ménos debemos estar nosotros atentos sobre la guarda destas pasiones naturales, las cuales á manera de bestias se mueven con la presencia de sus objectos, como cualesquier otras bestias, previniendo muchas veces la razon, y tomándole la delantera. Y así estas son las que nos hacen muchas veces semejantes á las bestias, en la manera de proseguir nuestros apetitos, derribándonos de la silla y dignidad real de hombres, y haciéndonos como brutos animales, borrando por entónces la imágen de Dios, y poniéndonos imágen de bestias. Estas nos hacen esclavos del demonio, rebeldes á Dios, captivos del pecado, siervos del mundo y subjectos á todas las miserias y mudanzas dél. Estas ciegan el entendimiento, captivan la voluntad y enflaquecen el libre albedrío, turban la paz de la consciencia, destierran el alegría espiritual del ánima, privanla de la verdadera libertad, quitan el reposo de la consciencia, echan fuera del ánima las virtudes, é introducen los vicios en su lugar; y son finalmente causa (no siendo moderadas) de todos los males y desasosiegos del mundo. Pues con estas cosas, ¿cómo tendrá lugar el amor de Dios, mayormente siendo estas pasiones hijas legítimas del amor proprio y armas suyas?

(*a*) Luc. 2.

Pues por esta causa uno de los principales cuidados del siervo de Dios, ha de ser traer siempre enfrenado este apetito, con todas sus pasiones, como á un caballo desbocado y de malas mañas, no soltándolo de la mano, ni dejándolo ir de boca tras de las cosas que apetece, haciéndolo estar á raya, y dándole á comer por tasa, sin dejarle hartar de lo que él quiere. Por tanto no deje enlazar su corazon con demasiada aficion á las cosas visibles y perescederas. No se aficione demasiadamente á ninguna cosa, aunque sea buena. Porque aunque el objecto sea bueno, nunca es buena la aficion cuando es demasiada; pues vemos que no ménos impide la vista de los ojos una plancha de oro que una de plomo. En todas las cosas que viere, oyere, tocare, poseyere ó tratare, mire siempre no se le trabe el corazon con algun afecto demasiado, ó de amor, ó de temor, ó de tristeza, ó de alegría ó de ira; porque cada cosa destas hace impresion en el ánima, y deja en ella su semilla, que despues produce fructo de pensamientos, y figuras que se le ponen delante, y la inquietan al tiempo de la oracion. Cuando oyere algunas historias y negocios de cosas terrenas, óyalas con una manera de despegamiento y libertad, como en cosas en que no va mucho; pues todo es poco lo que no es por Dios y para Dios. Por donde así como una candela de cera metida dentro del agua, sale della tan enjuta como estaba de ántes, así tambien tal ha destar el corazon del siervo de Dios, que aunque ande en medio del mundo, no se tome de las cosas dél. Nade pues encima de todas las cosas, y no se deje ahogar en ellas; así como lo hace el olio entre todos los licuores, que infundido en medio dellos, siempre sube á lo alto. Y no ménos ha de tener este cuidado en el despegamiento de las cosas pequeñas que de las grandes, pues (como dijimos) no ménos embaraza el ánima la aficion de las unas que de las otras, cuando es demasiada. En lo cual (como dice Casiano) se engañan muchas personas, que despues de haber dejado por amor de Dios todas las cosas del mundo, vienen á embarazarse de tal manera en el amor de algunas cosas pequeñas, que por ellas se turban y pierden la paz interior de sus ánimas.

Pues el que desta manera trajere regidas y domadas sus pasiones, alcanzará las virtudes morales, que consisten en la moderacion dellas; quietará su ánima, y hacerla ha discípula de la verdadera sabiduría, que con esta quietud se alcanza, y alcanzará tambien la verdadera libertad y paz interior de su ánima, que es el fructo de la justicia, y la que apareja morada para Dios, que es lo que aquí procuramos.

CAPITULO VII.

De la mortificacion de las malas inclinaciones y resabios particulares de cada uno.

Es tanta la flaqueza y miseria en que la naturaleza humana quedó por el pecado, que despues de purificada el ánima de todas estas pasiones y proprias voluntades que habemos dicho, que generalmente se hallan en todos los hombres, quédannos por vencer otros particulares resabios y malas inclinaciones con que cada uno nasce, ó que por mala costumbre ha adquirido. Y así vemos unos naturalmente inclinados á ira, otros á gula, otros á pe-

reza, otros á vanagloria y otros á cobdicia. Unos son muy interesales, resabidos, maliciosos; otros pusilánimes, invidiosos y maldicientes; otros son de suyo vanos y amigos de aire y honra popular; otros son naturalmente presumptuosos y estimadores de sí mesmos; otros son apetitosos, y muy voluntarios en todo lo que desean; otros son cabezudos y amigos de su proprio parescer; otros son capitales enemigos de toda molestia y trabajo, por la grandeza de amor que tienen á su proprio cuerpo, no queriendo darle pena en nada. Mas ¿quién podrá contar todas las maneras de siniestros y resabios que hay en los hombres, los cuales son casi tantos como los mesmos hombres?

Todo esto ya se ve cuán contrario es á Dios, y cuán mala cama puede hacer á su amor, y así conviene que todo esto con lo demas vaya fuera de la posada que se apareja para Dios; pues una sola mala inclinacion no vencida basta para impedimento de la perfeccion, y para abrir la puerta á los otros enemigos del ánima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentísimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones, y pida siempre á nuestro Señor lumbre para conoscerlas, y fortaleza para vencerlas. Porque quien pudo en su Evangelio hacer del agua vino (*a*), tambien podrá mudar las naturales condiciones, y hacerlas servir á la virtud. Y porque allí es mayor la batalla donde es mayor la fuerza de la naturaleza rebelde, aquí ha de ser mayor el trabajo, y la vigilancia, y la lucha. Y mire no le impida el amor proprio el conoscimiento de sí mesmo; porque siempre es sospechoso cualquier juez amigo, en su propria causa. Huelgue de ser avisado en todos sus defectos, y piense que le descubrió un tesoro quien le avisó de algun defecto, que como no lo conoscia, no lo emendaba.

Mas no se ha de contentar con pedir siempre á nuestro Señor esta lumbre y fortaleza para conoscerse y vencerse, sino (como suelen decir, con el mazo dando, y á Dios llamando) él tambien batalle y haga de su parte todo lo que fuere en sí. Meta pues la mano en su seno, y mire muy bien todos los rincones de su consciencia; examine todos los vicios á que se siente mas inclinado, si á odio, si á ira, si á gula, si á pereza, si á invidia, si á parlería, si á lisonjería, si á jactancia, si á vanagloria, si á liviandad y facilidad de corazon, si á regalo y buen tratamiento de su cuerpo, si á soberbia, si á pusilanimidad y flaqueza de corazon, si á apretamiento y escaseza, y así de todos los otros vicios; y determínese tomar esta tan gloriosa empresa en las manos, como es vencer á sí mesmo, y desterrar todos estos monstruos de su ánima, y limpiar la tierra de promision de estas bestias ponzoñosas, y no descansar ni dar sueño á sus ojos hasta salir al cabo con ella. Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna via los entenderá mejor que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias. Porque al abrazar de la virtud, se declara la contradiccion del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conosce bien la fuerza de sus vicios, hasta que trabaja por salir dellos.

Para esto le ayudará tambien el exámen ordinario de la propria consciencia, que á lo ménos se ha de hacer una vez al dia, en el cual debe de entrar en juicio consigo, y sacar á plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intencion que tiene en lo que hace, y el fervor y devocion con que lo hace; y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiciere, con algunas maneras de penitencias, que para esto debe de tener señaladas; y pedir á Dios, instantemente gracia para salir vencedor. Conoscí yo una persona que cuando al exámen de la noche hallaba que habia excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza á la lengua en penitencia de lo que habló; y otra que tomaba una disciplina por esta culpa, ó por cualesquier otros defectos. Y con esto demas de la satisfaccion de la culpa, quedaba el ánima mas hostigada y medrosa para no osar otra vez desmandarse en cosa mala; y así puede cada uno trazar su manera de penitencia conforme á estas.

Aprovechará tambien á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algun despertador consigo que le traya á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Desta manera pues irá desterrando todos los Jebuseos (que son todos los vicios y malas inclinaciones) de la tierra de promision, que es su ánima: para que venga á morar en ella Dios, y así sea ella transformada en el mesmo Dios; pues (como está dicho) si no despidiéremos de nuestra ánima todo lo que es contrario y desemejante á él, no podremos ser transformados en él.

CAPITULO VIII.

De la victoria y purificacion de todos los pecados.

Dicho habemos hasta aquí de las principales raices y fuentes de todos los pecados, que son el amor proprio, la propria voluntad, las pasiones y las malas inclinaciones de nuestra carne. Estos son los cuatro vientos principales que revuelven la mar y la tierra. Estos son como los cuatro elementos de que se componen todos los pecados del mundo. Estos son los cuatro rios principales que salen, no del paraiso, sino de la corrupcion del pecado, con que se riegan todas las plantas de los vicios que nascen de nuestra carne. Y pues habemos ya tratado de las raices y semilla de los males, será razon que tratemos tambien del fructo dellos, que son los mesmos pecados y males; pues estos son los que mas daño hacen al ánima, y mas cierran la puerta al amor de Dios que aquí buscamos, pues está escripto (*a*): Los que amais á Dios, aborreced la maldad. Y asimesmo, que en la mala ánima no reposará la sabiduría, ni morará en el cuerpo subjecto á pecados (*b*).

Y como haya dos maneras de pecados, unos mortales y otros veniales, de los mortales asaz está dicho en el segundo libro de Guia de pecadores, donde se trató del remedio de los siete vicios capitales. Restan los veniales, que aunque no apagan la caridad, apagan el fervor della, y disponen para su muerte; y demas desto escurecen el ánima, impiden la devocion, desmayan el corazon, cortan el hilo de los buenos ejercicios, distraen el hombre, y ponen como una nube entre Dios y él. Por tanto conviene que cada uno vele diligentemente sobre la guarda de sí mesmo, con tantos ojos como nos representan los animales de Ecequiel (*c*), atalayándose por todas partes, y examinando con diligencia todas sus obras, palabras, propósitos, deseos y pensamientos,

(*a*) Joan. 2.

(*a*) Psal. 96. (*b*) Sap. 1. (*c*) Ezech. 10.

para no desdecir en nada (cuanto nos sea posible) del nivel de la ley de Dios. Porque esta es principal disposicion que se requiere para buscar á este Señor, y para aderezarle la posada, segun aquello del Salmo, que dice (*d*): El juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios. Porque con tales aderezos ha de ser adornada la casa deste Señor, el cual como es sancto, así quiere que sea sancto el tabernáculo en que ha de morar. Arriba dijimos que la pureza del corazon era el principal medio para alcanzar el amor de Dios; y no es pequeña parte desta pureza la limpieza de la consciencia, que libra al hombre de todo pecado, y sanctifica la casa del Señor. El muy precioso y fino esmalte no se asienta sobre hierro, sino sobre oro; y así esta virtud celestial no se communicará á las ánimas sucias, sino á las purificadas y limpias. Lo cual por muchas maneras de palabras nos representa el Eclesiástico, diciendo (*e*), que Dios mandó á la sabiduría que se heredase en Israel, y que en medio de sus escogidos echase sus raices, y que morase en la ciudad sanctificada, y se detuviese en la compañía de los sanctos. Pues por todas estas maneras de palabras se nos da á entender cuán pura y limpia ha de estar la casa donde ha de reposar la sabiduría divina. Y esto cierto con mucha razon, porque así como cuanto un espejo está mas puro y limpio, tanto mas resplandescen en él los rayos del sol; así cuanto mas limpia y pura estuviere una ánima, tanto mas en ella resplandescerán los rayos de la sabiduría divina, y tanto mas perfectamente alcanzará la inteligencia de todas las cosas por su gran pureza. Por todas estas causas debe el hombre andar muy sobre aviso, mirando dónde pone los piés, para no desvarar en pecados, temiendo en todas cosas, y apercibiéndose para cada una dellas, é implorando siempre el favor y ayuda de Dios; trayendo primero á juicio, y haciendo reflexion siempre sobre todo lo que hubiere de hacer, para que no desdiga del compas de la razon. Mas con todo esto pare mientes que de tal manera se indigne contra sí y se castigue, que del todo no pierda los estribos, ni desmaye y corte el hilo de sus buenos ejercicios por muchas veces que desvare en algunos defectos livianos, sin los cuales no se puede pasar esta vida. Porque natural cosa es traer consigo el pecado desmayo y temor, como dijo el Sabio (*f*): La fortaleza del varon sencillo es andar por el camino de Dios; mas por el contrario, siempre andan con temor los que obran mal. Pues como este miedo sea tan natural al pecado, muchos se entregan de tal manera á él, que pierden el vigor y esfuerzo que es menester para continuar los ejercicios de la virtud. Por lo cual conviene tener tal templanza entre el esfuerzo y el temor, que ni la demasía del temor nos haga desmayar, ni la falta del esfuerzo aflojar en el propósito comenzado.

CAPITULO IX.

De otros impedimentos del amor de Dios, y señaladamente de las ocupaciones, cuando son demasiadas.

Estos son los principales impedimentos del amor de Dios. Pero fuera destos hay otros, que tambien impiden esta virtud, fáciles de enseñar, y no tan fáciles de vencer. Pero esta se puede tener por regla general: que todo lo que es desemejante ó contrario á Dios, es tambien contrario á su amor. Porque como la condicion deste amor sea unir el ánima con Dios, y transformarla en él, y la union presuponga semejanza de las cosas que se han de unir, todo lo que impide la semejanza, tambien impide la union, y por consiguiente el amor. Así vemos que naturalmente no puede juntarse el fuego con el agua, porque son cosas contrarias; ni tampoco el agua con el olio, porque aunque no sean entre sí contrarias, son desemejantes. Tampoco se puede amasar el barro con el hierro, por la mesma causa: porque el uno es duro, y el otro blando. Mas muy bien un olio con otro olio, y cualquier otro licuor con otro que le sea semejante. Pues por esta causa no solo conviene que el deseoso del amor de Dios despida de su ánima todos los pecados mortales (que son contrarios á este divino amor), sino tambien todas las imperfecciones, y todo lo que fuere desemejante á Dios; para que así se pueda unir á él, y hacerse (en cuanto á la flaqueza humana se concede) semejante á él. Lo cual vino á alcanzar Plotino, filósofo platónico, el cual dijo que porque en Dios habia tres propriedades, que eran ser él único y summo bien, tal se habia de hacer el hombre en su manera para unirse con él. Y por tanto (dice él) quien quisiere unirse y hacerse semejante al bueno, conviene se aparte de todas las cosas malas; y quien al summo, de todas las bajas; y quien al único, de las muchas. Donde en pocas palabras apuntó tres grados necesarios para esta union. El primero y mas necesario es apartarse de todas las cosas malas, que es de todos los pecados. El segundo grado, mas alto que este, es apartarse de todas las cosas bajas, aunque no sean malas, como es entender en negocios de tierra, y en tratos de hacienda; porque aunque estos no sean malos, todavía son ejercicios viles y bajos; sino es cuando á ellos nos obliga ó la obediencia, ó la necesidad, ó la caridad. El tercero es aun mas alto, que es apartarnos de entender en muchas cosas, aunque ni sean malas ni bajas, sino buenas, cuando son demasiadas; quiero decir, cuando nos cargamos de mas ocupaciones de lo que puede sufrir la flaqueza de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo. Por donde venimos muchas veces á dar con la carga en tierra, y ahogar el espíritu y perder la devocion. Porque con la muchedumbre de los negocios ni nos queda tiempo ni corazon para las cosas della. Contra lo cual escribe muy largo Sant Bernardo al papa Eugenio (*a*). Y contra esto mesmo nos amonesta el Sabio, diciendo: Hijo, no te ocupes ni te derrames en muchas obras; porque el que en ménos obras se ocupare, aprovechará mas en el estudio de la sabiduría; la cual quiere él que aprendamos en el tiempo de la quietud. Y conforme á esto manda el bienaventurado Sant Francisco á sus religiosos en su Regla, que trabajen, mas de tal manera, que no sea tanto el ejercicio de la ocupacion, que ahoguen el espíritu de la oracion, al cual han de servir todas las cosas. Y esta verdad que nos enseña este sancto, enseña tambien Séneca, el cual tiene por tan grande impedimento las muchas ocupaciones para la virtud, que dijo estas palabras: Ninguno jamas llegó á tener buena consciencia estando demasiadamente ocupado. Esto pudo decir un filósofo. Y no es esto de maravillar; porque pues la virtud es la mayor de todas las cosas del mundo, no es mucho ser necesario desocuparnos de todo otro negocio no necesario, para alcanzar cosa tan ardua. Pues el que estos tres impedimentos quitare de por me-

(*d*) Psal. 88. (*e*) Eccl. 24. (*f*) Prov. 10 et 28.

(*a*) Bernard. lib. 1. de Consider.

cio, tenga por cierto que alcanzará este tan gran tesoro.

Y no se maraville nadie que haya yo aquí cargado tanto la mano en este negocio de la mortificacion; porque la experiencia nos ha mostrado haber muchas personas dadas á los ejercicios de la oracion, y aun de otras virtudes y buenas obras, las cuales con todo esto están tan enteras en su propria voluntad, y tienen tan vivas sus pasiones, como si ningun trato y communicacion tuvieran con Dios. Y así vienen á reventar con impaciencia en palabras desordenadas, cuando en algo les tocan, como lo declara Sant Crisóstomo en los libros del Sacerdocio, y como cada dia nos lo muestra la experiencia. Los cuales paresce que mas se ocupan en la oracion por su gusto y entretenimiento de la vida, que por conseguir el fin á que ella se ordena, que es el cumplimiento de la voluntad divina, y la mortificacion de la propria; pues está claro que ha de morir la una para que viva la otra.

Y si al cristiano lector le paresciere que es mucho lo que aquí le pedimos, acuérdese que le pedimos á sí, y le damos á Dios. La causa de la dificultad que en esta jornada hay, es la grandeza de lo que se busca. Porque aunque Dios sea tan largo y tan communicativo de sí y de todas sus cosas, pero todavía como es infinitamente sabio y justo, dispone todas las cosas con grande órden y proporcion. Y á esta pertenesce que para recebir tan grandes dones se disponga el hombre con grandes trabajos; para que haya alguna manera de proporcion y correspondencia entre lo que se da y se recibe, entre la disposicion y la forma, y entre la mercaduría y el precio della.

Estas son, cristiano lector, las principales cosas que ha de mortificar y purificar en sí el ánima que desea hacerse un espíritu con Dios, y que ha de ser admitida al tálamo y recámara de aquel Esposo celestial. Esto nos es figurado en la Escriptura divina de muchas maneras. Porque esto primeramente significa aquella circuncision general que mandó Dios hacer á Josué en todos los hijos de Israel, pasado el rio Jordan, cuando entraban en la tierra de promision (*b*). Porque la tierra de promision, adonde todos en esta vida caminamos por el desierto de la penitencia, es la perfeccion de la caridad; en la cual nadie entrará sino despues de la circuncision general del amor proprio, con todos los otros males é imperfecciones que nascen dél. Esto es aquel descalzarse el mesmo Josué los zapatos por mandado del ángel (*c*), por haber ya comenzado á poner los piés en esta mesma tierra, que es la region del amor de Dios. Este es aquel salterio de cuerdas (*d*), y aquel adufe de pergamino que Dios nos pide en el salmo, y en que él quiere ser alabado; que es un cuerpo y un ánima mortificada ya, y libre de todos los amores y refrigerios sensuales. Porque así como la cuerda y el pergamino que han de servir en estos instrumentos es necesario que estén enjutos y enrados de toda aquella humedad y verdura que sacan del cuerpo del animal; así conviene que este hombre tenga mortificadas y consumidas (en cuanto sea posible) las humanidades y flaquezas que sacó del vientre de su madre, si quisiere ser instrumento vivo de las alabanzas de Dios. Cuando las aguas, otrosí, del rio Jordan se secaron (*e*), entónces dice la Escriptura que desmayaron todos los reyes de la tierra de promision, y que luego se dieron por perdidos, y la tierra por conquistada. Y así lo hacen los demonios cuando ven secarse los rios de nuestras pasiones y apetitos sensuales, que luego se tienen por vencidos, y conquistada la region deste amor celestial. Mas no desmaye el hombre paresciéndole cosa dificultosa ó imposible desterrar de sí todas estas humanidades y flaquezas; porque esto mesmo que aquí le pedimos, le ayuda Dios á hacer; como él mesmo lo prometió por su Profeta en la ley, por estas palabras (*f*): Circuncidará el Señor tu corazon y el de tus hijos, para que le ames con todo tu corazon, y con toda tu ánima, para que puedas vivir. De las cuales palabras se infieren claramente dos cosas. La primera ser necesario cortar las ramas del amor proprio con su mesma raiz (cuanto nos sea posible) para dar lugar al amor de Dios; porque no es otra cosa esta circuncision del corazon, sino la mesma mortificacion de que hasta aquí habemos tratado. Lo segundo se infiere que á esta obra, que es sobre toda naturaleza, ayuda singularmente la divina gracia; pues el mesmo Señor promete que él ha de hacer esta circuncision, la cual promesa cumple, dándonos espíritu y fortaleza para circuncidar y mortificar todo lo que impide su amor. Aquí damos fin á la primera parte deste tratado, y comenzarémos (como al principio prometimos) la segunda.

(*b*) Josue, 5. (*c*) Ibidem. (*d*) Psal. 32. Psal. 80. (*e*) Josue, 2 et 5.

(*f*) Deut. 30.

SEGUNDA PARTE.

QUE ES DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES Y EJERCICIOS, CON QUE SE ALCANZA EL AMOR DE DIOS.

CAPITULO PRIMERO.

Del primero destos ejercicios, que es la continua memoria de Dios, y peticion deste divino amor.

Dos cosas dijimos al principio deste tratado que eran necesarias para alcanzar la caridad. La una es despedir de nuestra ánima todo lo que en ella hay contrario ó desemejante á Dios, y la otra procurar siempre de traerla ocupada y unida con él con ejercicios amorosos y devotos. Esto se declara por este ejemplo. Vemos que para hacer conserva de una fruta verde y aceda, la primera cosa que se hace es darle un fuerte cocimiento, para sacarle todo aquel verdor y amargura natural que tiene. Y esto hecho, dásele otro cocimiento luego en azúcar o miel, para que perdida ya con el primer cocimiento la amargura y desabrimiento natural que tenia, tome por el segundo la dulzura del licuor con que se junta. Pues así tambien para transformar el hombre en Dios por amor, es necesario desterrar primero del todo lo que en él hay contrario á Dios (que es todo lo malo), y esto hecho, conviene que se ayunte con él por ejercicios de oracion y de amor; para que por medio deste ayuntamiento venga á hacerse un espíritu con él. Y pues hasta aquí habemos tratado de lo primero, resta tratar de lo segundo, que es de los ejercicios y medios con que nuestra ánima se junta con Dios, que es el fin de toda la perfeccion.

Pues para esto debemos ante todas las cosas presuponer que (como dice un doctor) el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar que su ánima ande siempre ayuntada con él por oracion y actual amor. Porque perseverando él en esto, aquel sol de justicia que

tan communicativo es de los rayos de su luz, de tal manera la envestirá con ellos, que la haga semejante á sí; porque con este espiritual ayuntamiento se pára ella tan hermosa como una nube cuando el sol la hiere y enviste con sus rayos, con los cuales la hace tan resplandesciente, que se paresce con el mesmo sol. Esto tiene fundamento en dos principios de filosofía, de los cuales el uno es que las causas naturales pretenden hacer todas las cosas semejantes á sí, como vemos que el fuego engendra otro fuego, el frio otro frio, y el calor otro calor; lo cual tanto mas hace cada una destas causas, cuanto es mas noble y mas poderosa para obrar.

El segundo es que todas estas causas obran teniendo la materia en que han de obrar á par de sí, porque si estuviese desviada, no podrian obrar en ella; porque el fuego no calienta sino á los que se llegan á él. Pues como sea verdad que entre todas las causas la primera, y la mas noble, y la mas poderosa para obrar sea Dios, síguese que ella es la mas activa y mas communicativa de sí mesma y de su divina semejanza, en quien fuere capaz della, como es el hombre. Mas para esto es necesaria aplicacion; esto es, que se junte el hombre con Dios, para que así se aplique á recebir las influencias de su luz. El cual ayuntamiento no se hace con pasos de cuerpo, sino de espíritu; que es con juntar nuestro entendimiento y voluntad con Dios por consideracion y amor. Y cuanto mas el hombre esto continuare, y mas en ello perseverare, tanto mas participará los rayos de su luz. Y dice Sant Bernardo (*a*) que esto señaladamente se hace con cuatro ejercicios, que son licion, meditacion, oracion y contemplacion, que son los cuatro principales escalones por donde los varones devotos y recogidos suben á Dios, entre los cuales hay esta diferencia (como dice un doctor), que la licion anda, la meditacion corre, la oracion vuela, mas la contemplacion llega al cabo de la jornada, y reposa en Dios. Pues como cualquiera destos ejercicios nos ayude á ir á Dios, en cada uno dellos hay mas y ménos. Porque entre las liciones, aquella sirve mas para este propósito, que es mas afectiva, y mas devota, y mas trata del amor de Dios, como son las Meditaciones de Sant Augustin, el Estímulo del amor Divino de Sant Buenaventura, y otros muchos tratados deste Sancto, que escribió altamente destas materias espirituales.

Mas entre las meditaciones aquellas hacen mas á este caso, que son de los beneficios y perfecciones divinas, y de todas aquellas cosas que mas pueden encender nuestro corazon en el amor de Dios. Entre las oraciones aquellas ayudan mas á esto, que insisten mucho en pedir este divino amor, mayormente aquellas que nascen de un encendidísimo deseo dél. Y de los que traen siempre ocupado su corazon en estas sanctas oraciones, dice Sant Augustin en una de sus Meditaciones: Bienaventurados, Señor, aquellos cuya esperanza eres tú solo, y cuya vida es una perpetua oracion. Grande cosa es esta por cierto; mas no muy dificultosa, como algunos imaginan. Porque no entendemos aquí por oracion estar siempre de rodillas rezando ó hablando siempre con Dios; porque basta para esto traer el corazon recogido y guardado con un sancto temór y respeto á Dios, y con un cuidado perpetuo y deseo de agradarle, y de andar en su presencia, que es cosa muy familiar á los que están muy entregados á su servicio.

Mas entre todas las cosas que para esto nos pueden mas ayudar, es el mesmo uso y ejercicio de amar á Dios; porque esta noble virtud con ningunas obras cresce mas que con las suyas proprias; así por ser mas proprias, como por ser las mas excelentes y meritorias, porque proceden de la mas excelente virtud, que es la caridad. Por donde así como los hábitos que se adquieren con el uso y ejercicio de alguna obra, con ese mesmo crescen y se hacen mas perfectos (como vemos que pintando se hace uno pintor, y escribiendo escribano); así tambien acaesce en los que Dios infunde en nuestras ánimas, y señaladamente en este nobilísimo hábito de su amor; aunque en este sea por otra diferente manera, que es, meresciendo el hombre, y acrescentando Dios esta virtud, de donde se infiere que el que mas continuamente se ocupare en amar á Dios, ese crecerá mas en ese amor.

§. I.

Del principal ejercicio para conseguir el amor de Dios y su presencia.

Este es pues el mas conveniente ejercicio para este negocio; y así dice un doctor, que dado caso que haya muchos caminos para alcanzar la perfeccion de la caridad, pero que el mas compendioso y eficaz es este que enseña Sant Dionisio, y otros muchos despues dél; que es, levantar nuestro corazon á Dios con aficiones y deseos encendidos de su amor; conversando con él, y hablando con él, andando siempre recogido en su presencia, y tomando motivo de todas las cosas para mejor conoscerle y mas amarle. Este ejercicio es el proprio estudio de la verdadera sabiduría y mística teología, la cual no se aprende leyendo ni disputando, sino orando y levantando la púra aficion á Dios, para que con el mesmo gusto y experiencia de su bondad, suavidad y nobleza, conozca el hombre por experiencia quién es Dios, por haber participado y recebido en sí los beneficios y efectos del mesmo Dios; así como sabe uno de un príncipe que es liberal y bien acondicionado, no porque lo leyó ni aprendió de otros, sino porque él mesmo le trató, y conversó mucho tiempo, y experimentó con los muchos beneficios que recibió de la grandeza de su liberalidad y nobleza. Por donde podemos conoscer la diferencia que hay entre la teología escolástica y la mística, porque la una se aprende con actos de entendimiento, y la otra con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el Señor

Pues segun esto, el camino para alcanzar esta sabiduría es tratar siempre con Dios, y conversar dia y noche con él, como lo hacia aquella sancta virgen Cecilia, de quien se escribe (*b*) que traia el Evangelio de Cristo en su pecho, y que ni de dia ni de noche se apartaba de los coloquios divinos y de la oracion. Al cual ejercicio nos convida el Espiritu Sancto muy de propósito en los libros de la Sabiduría, debajo de muy hermosas semejanzas, diciendo así (*c*): Bienaventurado el varon que mora con la sabiduría, y piensa en las obras de justicia, y contempla con atencion las cosas de Dios. El que trata en su corazon los caminos de la sabiduria, y escudriña

(*a*) De Scala Claustrali in princ. Sivè Aug. In Scala Paradisi.

(*b*) Ecclesia in Officio ejus. (*c*) Eccl. 14.

los secretos della, siguiendo el rastro della, como quien la va á buscar, y perseverando en los caminos della; el que se pone á mirar por sus ventanas, y á oirla por entre sus puertas; el que hace su asiento par de la casa della, y arrima su bordon á las paredes della. Este tal edificará su casa al lado della, en la cual se hallará siempre abundancia de todos los bienes. Pondrá á sus hijos debajo de la sombra della, y morará debajo de sus ramos, y con la sombra della se defenderá del calor del dia, y en la gloria della descansará. Todas estas son palabras del Espíritu Sancto. Mira pues agora con cuántas maneras de palabras y semejanzas nos pinta y representa aquí el Espíritu Sancto los ejercicios del hombre estudioso y deseoso de alcanzar este tesoro, el cual desocupado de todos los negocios del mundo, en ninguna cosa entiende sino en andar en busca dél perpetuamente, tomando motivo de todas cuantas cosas oye, ve y piensa, para aprovechar cada dia mas en el conoscimiento y amor de su Señor. Esta fué la vida, este el estudio y ejercicio continuo de los sanctos; y esto es lo que significa aquel seguir el rastro de la sabiduría, y andar en busca della, y mirar por sus ventanas, y oir por entre sus puertas, y arrimar su bordon á las paredes della, y edificar par della su casa, insistiendo continuamente en la contemplacion de las cosas divinas, y descansando en su sombra; que es, gozando dulcemente de los fructos y refrigerios admirables desta sabiduría.

A este mesmo ejercicio nos convida tambien el Apóstol, aunque por claras y simples palabras, diciendo (*d*) que andemos dentro de nosotros mesmos platicando en salmos é himnos espirituales, cantando y alabando en nuestros corazones al Señor, y dándole gracias por todas las cosas. Esto mesmo que el Apóstol nos aconseja, cumplia él muy enteramente; porque siendo uno de los mas ocupados hombres del mundo, andaba tan recogido y tan unido con Dios, que él mesmo testifica de sí, que su conversacion toda era en los cielos (*e*); porque todo su corazon y pensamiento estaba en ellos.

Y así entre las alabanzas del varon justo una de las mas principales que canta la Iglesia (*f*) es, que viviendo en este mundo, el cuerpo solo tenia en él; mas con los pensamientos y deseos moraba siempre en aquella patria celestial.

Y aun por esta causa los varones justos se llaman en la Escriptura divina cielos; porque libres de todas las afecciones y pasiones desta vida, como de unas impresiones peregrinas, todo su trato, su pensamiento, sus deseos, sus gozos y sus esperanzas están en el cielo; por lo cual con mucha razon se llaman cielos; pues la menor parte de sí tienen en la tierra, y la mayor y mejor en el cielo.

Y aun por esta mesma causa dice el Salmista (*g*), que hace el Señor á sus ministros llamas de fuego; porque así como esta llama naturalmente sube siempre á lo alto, así los justos siempre están con el corazon aspirando y levantándose como una viva llama, á los bienes de aquella morada celestial.

Y aunque los negocios desta vida algunas veces los envuelvan en las cosas de la tierra, luego el espíritu de Dios que mora en ellos los torna á levantar al cielo, como luce un madero, que si por fuerza lo meteis debajo del agua, luego por su natural lijereza se sube á lo alto; porque lo que aquí hace la naturaleza, allí hacen la buena costumbre y la divina gracia, que son mas poderosas que la naturaleza. Porque si la costumbre basta para hacer mansos los animales fieros, ¿qué maravilla es que por virtud de la gracia lo humano se haga divino, y lo terreno celestial?

(*d*) Colass. 3. (*e*) Philip. 3. (*f*) Brev. Ordin. Prædic in Offic. Confl. (*g*) Psal. 105.

§. II.

De lo que ha de hacer el alma sancta para poner en práctica este ejercicio.

Pues conforme á esta doctrina debe el siervo de Dios (si quiere ser discípulo desta sabiduría celestial), fabricar dentro de sí un oratorio donde siempre ande recogido; quiero decir, que de tal manera ande siempre en la presencia de Dios, de tal manera entienda en todos sus negocios, que siempre le parezca que tiene á Dios delante, y que nunca del todo pierda aquella manera de recogimiento y devocion que desta presencia se le causa. Así nos muestra el Profeta que lo hacia, cuando dice (*h*): Ponia yo siempre el Señor delante de mis ojos; porque él anda á mi diestra, para que no pueda yo ser movido. Esto mesmo haga el siervo de Dios, levantando siempre su corazon á él, no con ímpetu y violencia, sino con tranquilidad y simplicidad, inclinando amorosamente su espíritu en aquella soberana Deidad. Y no se desconsuele cuando viere que se distrae muchas veces por la instabilidad de nuestro corazon, sino vuelva luego á recogerlo y representarlo á Dios; porque despues que se hubiere habituado á esto, mudarse ha la costumbre en naturaleza, y ni hallará dificultad en este recogimiento, ni aun se hallará sin él; como el pesce que no se halla fuera del agua, y así luego procura tornarse á ella. Mas acuérdese que ninguna cosa puede hacer por sí, sino con ayuda de Dios, el cual nunca falta al que con este espíritu de humildad hace lo que es en sí. Enciérrese pues dentro de sí mesmo, y more dentro de sí, porque aquí hallará á Dios, el cual aunque está generalmente en todas las cosas, señaladamente está en lo íntimo del ánima racional; porque en ella mora él como en su propria imágen y figura. Por lo cual presuponiendo que este Señor está dentro dél, trabaje por estar con un sancto temor, reverencia y humildad, delante de sus ojos, como paresce que lo hacia Elías, cuando decia (*i*): Vive el Señor, en cuya presencia estoy. Y muchas veces tambien repita dentro de sí estas palabras: El Señor está presente, el Señor me ve; con las cuales debe restituirse y volverse á su presencia cuando se hallare fuera della. Enciérrese con el Profeta dentro de Dios (*k*), y escóndase en lo mas escondido de su rostro, y allí esté como en una casa guardado, y alégrese de que tan fácilmente pueda hallar dentro de sí á Dios, y poseer en su ánima un tan grande bien.

Y si algunas veces las pláticas y negocios de la vida humana le fueren impedimento para no estar tan recogido, no por eso del todo caiga deste propósito, ni salga del todo fuera de sí, sino siempre le quede una partecica del corazon abierta para mirar á Dios; porque esto servirá para que mas fácilmente pueda luego, acabado el negocio, tornarse á él. Bienaventurado el hombre á quien ni la compañía de los hombres, ni otros tales impedimentos y estruendos pueden apartar desta divina pre-

(*h*) Psal. 15. (*i*) 3. Reg. 17. et 4. Reg. 3. (*k*) Psal. 30.

sencia. Lo cual vendrá á ser cuando de tal manera estuviere encerrado y arraigado en Dios, y de tal manera unido y enlazado por amor con él, que siempre le tenga mas presente que todas las otras cosas. Porque sin duda el que tuviere su ánima desnuda de todas las cosas que desordenadamente se aman, y el que fundado en verdadera humildad, ninguno de los dones de Dios atribuye á sí, aunque esté en medio de todos los negocios y ocupaciones del mundo, no recibe detrimento notable con ellas. Conforme á lo cual dijo uno de aquellos sanctos padres: El varon perfecto no tiene su corazon pegado con las cosas terrenas, ántes pasa por cima dellas y las deja correr su camino, y no cura de embarazarse ni examinar lo que no le pertenesce, diciendo dentro de sí: Yo á solo Dios busco con toda mi aficcion y atencion, todas las otras cosas estén en paz, vayan y corran por su curso. El que esto hace y en ninguna cosa busca á sí mesmo, ántes pasando desnudo por todas las cosas, así prósperas como adversas, camina con el Apóstol puramente á Dios, podrá hacer todas sus obras sin derramamiento de corazon, y estar dentro de sí quieto en medio de la muchedumbre de los negocios. Nunca cese pues él siervo de Dios deste sancto ejercicio, ni por su inhabilidad, ni por la molestia que á los principios recebirá; pues no es cosa nueva hacerse defectuosamente y con dificultad al principio, lo que con el ejercicio se viene á facilitar. Digo esto porque algunos hay que si despues de haber gastado algun tiempo en este trabajo, no alcanzan lo que buscaban, luego vienen á desmayar y desistir de su buen propósito; los cuales no entienden que para llegar al estado de la perfeccion es necesaria longanimidad y perseverancia, para despues del largo camino llegar á la tierra de promision; puesto caso que algunos hay á quien la divina bondad suele hacer este camino mas corto.

Mas para continuar este ejercicio con facilidad y suavidad, hará mucho al caso saber el hombre de coro algunos himnos devotos, ó salmos, ó versos de David, ó de otros sanctos, con los cuales pueda muchas veces encender y levantar su corazon á Dios; como cuando este Profeta dice (*l*): Así como el siervo desea las fuentes de las aguas, desea mi ánima á tí, Dios. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo: ¿cuándo vendré, y paresceré ante la cara de mi Dios? Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, mientra dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios? Item, aquellos versos del salmo que comienza (*m*): Amete yo, Señor, fortaleza mia; el Señor es mi firmeza, y mi refrigerio, y mi librador; Dios mio, ayudador mio, esperaré en él. Y no solo de los himnos y salmos, mas de cualquiera otra parte debe tener el hombre á la mano otros muchos versos, oraciones, prosas, y palabras devotas y amorosas, convirtiendo muchas veces los cantares profanos en espirituales y divinos, con los cuales se acueste, y se levante, y despierte de noche, y repita muchas veces entre dia, para recoger su corazon y levantarlo á Dios, y traer siempre el palacio de su ánima perfumado y oloroso con el encienso de las devotas oraciones. Podrá pues algunas veces decir así:

ORACION PARA PEDIR EL AMOR DE DIOS.

¡Oh buen Jesu! Oh salud de mi ánima! ¿Cuándo, Señor, os agradaré en todo y por todo? Cuándo moriré á mí y á todas las criaturas por vuestro amor? Habed misericordia de mí, Señor, y ayudadme. Aquí me presento ante vuestro divino acatamiento, y dende aquí saludo todas vuestras rosadas y hermosas llagas. Escondedme, Señor, en ellas, para que ahí sea yo perfectamente alimpiado y embriagado de vuestro amor. ¡Oh Señor Dios mio! Oh admirable principio mio! Oh clarísima luz de mi entendimiento! Oh descanso de mi voluntad! ¿Cuándo os amaré ardentísimamente? Ea, Señor, tened por bien herir mi ánima con las saetas de vuestro dulcísimo amor ¡Oh todo mi deseo, toda mi esperanza, todo mi refrigerio! Oh si fuese mi ánima digna de ser toda abrasada con vuestro amor; para que así toda su tibieza fuese consumida con ese divino fuego! Oh Salvador mio! A vos todo deseo, y á mí todo ofrezco; todo á todo, uno á uno, único á único. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa deseo ni pido sino á vos; porque vos solo me bastais; vos sois mi Rey, y mi Señor, y mi gobernador, mi Padre y todas las cosas. Vos sois todo amable, todo deleitable y todo fiel. ¿Quién tan liberal como el que por tan vil criatura á sí mesmo dió? Quién tan humilde, que así inclinase la grandeza de su Majestad? ¡Oh Señor, que á nadie despreciais, de nadie teneis asco, á nadie que os busque desechais, sino ántes le prevenis, y despertais, y le salis al camino; porque vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres! Oh bendigan os, Señor, los ángeles! ¿Qué hallastes en nosotros sino miserias y pecados, para que querais estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? ¿No bastaba haber padescido por nosotros, y dejádonos los sacramentos y los ángeles para nuestro remedio; sino con todo esto querais vos, Señor de la Majestad, tambien estar en nuestra compañía? Hagamos pues, Señor, un trueque (si os place): vos tened cuidado de mi remedio, y yo lo tendré de vuestro servicio; y haced de mí lo que vos quereis, y sabeis que me conviene; porque vuestro quiero ser, y no de otro. Dadme, Señor, que ninguna otra cosa desee sino á vos, que todo me ofrezca á vos, sin que mas me vuelva á tomar. ¡Oh fuego que me enciendes! Oh caridad que me inflamas! Oh lumbre que me alumbras! Oh descanso mio! Oh amor que siempre ardes, y nunca mueres! ¿Cuándo, Señor, os amaré perfectamente? Cuándo os abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? Cuándo menospreciaré á mí y á todo el mundo por vuestro amor? Cuándo mi ánima con todas sus fuerzas se verá unida con vos? Cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de vuestro amor? ¡Dulcísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado y adorado! ¡Oh vida de mi ánima, que por darme vida padescistes muerte, y muriendo matastes la muerte! Mortificad, Señor, tambien á mí del todo; esto es, todas mis malas inclinaciones y proprias voluntades, y todo aquello que puede ser impedimento para que vos no vivais en mí; y despues que así me hubiéredes muerto, hacedme vivir en vos; ésto es, en vuestro amor y obediencia, guardando fielmente vuestros mandamientos, y los de mis mayores, y haciendo siempre vuestra sancta voluntad. ¡Oh buen Jesu! dadme, Señor, perfecto apartamiento y aborrescimiento de todo pecado, y perfecta conversion de mi corazon á vos, para que en vos solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mis cuidados, mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad, y todas mis fuerzas. *Amen.*

(*l*) Psal. 41. (*m*) Psal. 17.

CAPITULO II.

De los ejercicios particulares de cada dia, y del fervor con que se ha de procurar y pedir el amor de nuestro Señor.

Dicho habemos del principal medio que se requiere para amar á Dios, que es la continua oracion y ejercicio de su amor; digamos agora de las cosas que principalmente á esto nos pueden ayudar. Entre las cuales la primera es tener cada dia á lo ménos dos tiempos diputados para recogernos y vacar á Dios en silencio, continuando en él las oraciones y consideraciones que adelante se ponen, para inflammar nuestro corazon en el amor deste Señor. Porque con esta manera de ejercicio cuotidiano (si se hace como conviene) podrémos mas fácilmente traer nuestro corazon recogido, como está ya declarado. Porque deste ejercicio suele muchas veces quedar una tan dulce afeccion é impresion en el ánima, que la hace olvidar y desgustar de las otras cosas, y perseverar en esta con que tan bien le fué. De suerte que así como á los que toman el agua del palo, mandan por medicina ordinaria tomar cierta cuantidad della dos veces al dia, y despues que todas las veces que entre dia quisieren beber, beban siempre della, porque ella es la que les ha de dar la salud, así para alcanzar esta gracia que deseamos, conviene tener sus ciertos tiempos diputados para este sancto ejercicio, demas del cuidado perpetuo que debemos tener de andar siempre en la presencia de nuestro Señor, como ya dijimos.

Mas advierta que en este sancto ejercicio debe entender con tal aviso, que tenga siempre las riendas al entendimiento, para que no sea muy especulativo, ni demasiadamente parlero, aunque sea con Dios; porque no se impidan con esto los afectos y movimientos de la voluntad; pues aquí no tratamos tanto del conoscimiento y especulacion de Dios, cuanto de su amor. Por lo cual aflojando siempre las riendas á la voluntad, las debemos apretar al entendimiento, no dándole mas licencia para especular, de la que baste para alumbrar y guiar la voluntad, poniéndole á Dios delante con una simple representacion; para que ella extienda humilmente los brazos de su afeccion y con ellos lo abrace. Este aviso es de mucha importancia, porque por no advertir esto, muchos se hacen mas con estos ejercicios bachilleres y predicadores, que amadores de Dios. Porque como el entendimiento sea la primera puerta por donde las cosas entran en la voluntad, muchas veces acaesce detenerse tanto en esta primera estancia, que no llegan á la segunda; y así queda harto el entendimiento, y ayuna y seca la voluntad, que es quedarse todo el hombre vacío y casi sin fructo.

Y para que mejor se entienda cuánto mas excelente cosa es amar á Dios, que conoscerlo, referiré aquí una notable sentencia de aquel doctísimo y famoso conde de la Mirandula, el cual despues de haber probado por experiencia cuánto mas fructuosa cosa era amar á Dios, que especular la condicion y naturaleza de Dios, en una carta que escribe á un amigo suyo, dice así: Mira, amigo, cuán gran locura es la nuestra. Consideradas las potencias que tenemos para ayuntarnos á Dios, y gozar dél, es mucho mas lo que podemos amar con la voluntad, que lo que podemos alcanzar con el entendimiento: y amándole aprovechamos mas y trabajamos ménos, y nuestros servicios le son mas aceptos; y con todo esto nosotros, como desatinados, queremos mas con demasiado trabajo de estudio andar siempre buscándole por conoscimiento, sin poderle hallar, que emplearnos en buscar aquel que, si no le amamos, por nuestro mal le hallariamos. Hasta aquí son palabras deste sabio, por las cuales manifiestamente se ve cuánto mas fructuosa y excelente cosa sea amar á Dios, que conoscerlo, aunque todo sea necesario.

Y si contra esto me alegares que segun sentencia de Sancto Tomas (*a*) la bienaventuranza de los sanctos en el cielo esencialmente consiste en conoscer á Dios, por do paresce ser mas excelente cosa conoscerlo que amarlo; á esto se responde que en el cielo verémos á Dios como él es en sí mesmo, y esto basta para hacer bienaventurado al que le ve; mas en esta vida no le vemos como él es, que es en su mesma gloria y hermosura; sino como á nosotros es posible, segun la medida de nuestra capacidad, que es muy pequeña; como vemos que el mar Océano, cuando entra por el estrecho de Gibraltar, no entra con toda la latitud y grandeza que él tiene, sino con la que tiene la boca de aquel estrecho por do entra. Pues desta manera entendemos aquí á Dios, estrechándolo y conformándolo con la medida de nuestro entendimiento, el cual ve las cosas espirituales y divinas como por tela de cedazo; esto es, imperfectamente. Mas el amor de Dios no es así, porque proprio es del amor transformar al que ama en la cosa amada; el cual olvidado de sí mesmo, está todo trasladado en ella y hecho una cosa con ella. En lo cual paresce cuán diferente cosa sea entender á Dios y amarle; porque en esta vida entendémosle como podemos; mas amámosle como él es. En lo uno proporcionamos y estrechamos á Dios con la capacidad de nuestro entendimiento; mas en lo otro proporcionámonos y transformámonos en Dios como él es, por medio deste amor. Y por esta mesma razon se dice que es mejor amar las cosas altas y divinas, que entenderlas; como quiera que sea mejor entender las cosas bajas, que amarlas; porque entendiendo las cosas bajas, ennoblecémoslas y espiritualizámoslas, para hacerlas intelectuales y proporcionarlas con nuestro entendimiento; pero amándolas abatimos nuestra voluntad y envilecémosla, inclinándola á amar cosas viles. Mas por lo contrario, entendiendo las cosas altas y divinas, no las ennoblescemos ni engrandescemos; sino ántes las apocamos y estrechamos, proporcionándolas con nuestro flaco entendimiento para que las pueda entender. Mas amándolas no es así, porque no mudamos á ellas cuando las amamos, sino ántes nos mudamos en ellas; pues nos consta que tal es cada uno, cuales son las cosas que ama; si buenas, bueno; si malas, malo. De lo cual todo se infiere cuánto mayor cuidado debemos tener en esta vida de amar á Dios que de conoscerlo, y cómo á esto señaladamente debemos enderezar todos nuestros ejercicios.

Tambien conviene mucho avisar que no basta ocuparse el hombre sus tiempos ordenados en este sancto ejercicio, si está en él flojo, tibio y relajado; pues con las obras flojas y remisas no crescen los hábitos de las virtudes y mucho ménos el de la caridad. Por tanto conviene que esté el hombre allí con toda la atencion y devocion que le sea posible, aunque no debe hacer en esto demasiada fuerza á la naturaleza, pensando que ha de exprimir la

(*a*) 1. p. q. 1. art. 1. in corpor. et q. 12. art. 1. in corpor.

devocion á fuerza de brazos, pues esta es dádiva graciosa de Dios, que se da á los humildes y diligentes. Y sepa que un rato de oracion desta manera, vale mas que otros muchos que no son tales. Muy bien dijo un filósofo, que no era justo el que hacia obras justas, sino el que las hacia justamente. Lo cual como sea verdad en todas las obras virtuosas, muy mas particularmente lo es en esta. Porque no se puede llamar devoto el que reza mucho tiempo ni muchas oraciones, sino el que las reza con devocion; porque muchos sacerdotes rezan cada dia todo el oficio divino, y (lo que mas es) celebran cada dia, y no todos son devotos; porque no lo hacen con devocion. En lo cual paresce claro, que ni la cuantidad del tiempo, ni de las oraciones, ni aun la excelencia dellas, es la que causa la devocion, sino la manera del orar. Por lo cual con esta principalmente debe tener cuenta el verdadero orador.

Y para esto va mucho en el modo con que se dispone y apareja para entrar en la oracion, porque lo demas suele comunmente responder á este principio.

Tambien procure que el tiempo de la oracion, demas de ser conveniente, sea el mas largo que pudiere ser; mayormente cuando navegare con próspero viento. Porque entónces ni se debe de cortar el hilo al Espíritu Sancto, que nos viene á ayudar, ni se debe dejar pasar en vano una tan buena ocasion, en la cual podrémos descubrir mucha tierra, y pasar la raya cómun de nuestro aprovechamiento con esta nueva luz, nueva gracia y nuevo esfuerzo para la virtud. Este es un aviso de grande importancia, con el cual á ménos costa podrá el hombre aprovechar mucho en poco tiempo.

Mas porque desta materia (en cuanto toca á la oracion y devocion) tratamos en el libro de la Oracion y meditacion, por esto remitimos allí al cristiano lector, y aquí solamente tratarémos de lo que nos puede ayudar al amor de Dios. Mas para que este ejercicio sea mas fructuoso, ha de proceder (como dijimos) de un encendidísimo deseo deste fuego celestial, el cual nasce de haber prevenido Dios al hombre con bendiciones de dulcedumbre, y dádole gusto y experiencia de la suavidad y excelencia dél. Y para que inejor se entienda la instancia y condicion deste deseo, pondré para ello algunos ejemplos. Mire de qué manera anda uno que perdió una pieza de mucho valor, cuando la busca, que ni reposa, ni se quieta, ni le sabe bien lo que come, ni á veces quiere comer por buscar lo que desea, ni querria por entónces le hablasen en nada, ni aun está atento á lo que hablan; porque como está todo absorto en lo que busca, apénas puede estar atento á otra cosa.

Pues si desta manera y con esta ansia se busca una joya temporal, ¿con cuánto mayor se debia buscar aquella margarita preciosa del Evangelio (*b*)? Pues el que con este deseo lo busca, trae dentro de sí, no solo un perpetuo predicador, sino tambien un continuo movedor, que siempre lo inclina y mueve á buscar á Dios, de tal manera, que en todas las cosas que ve con los ojos, y trata con las manos, le paresce que todas le son motivos para amar á Dios. De suerte, que así como el que tiene un vidrio verde ante los ojos, todas las cosas que mira le parescen verdes, así el que tiene el corazon tomado deste amor, todo cuanto vé le paresce materia de amor, y todo lo convida y despierta al mesmo amor; como acaesce en un grande fuego, que todas las cosas que toca convierte en fuego, y de todo hace materia con que se sustente, y hasta la mesma agua, que le es contrario, convierte en fuego.

Pues este continuo estudio de estar actualmente amando á Dios, y deseando, y pidiendo continuamente este amor, porfiando con fe, humildad y devocion en esta demanda, clamando de lo íntimo del corazon á Dios, y pidiéndole una centella deste divino fuego, es el proprio estudio de la mística teología, que es del conoscimiento amoroso de Dios, el cual se frecuenta no tanto con discursos de entendimiento, cuanto con afectos, y gemidos, y deseos de la voluntad, á los cuales nunca deja de responder aquella infinita bondad, viendo el ánima andar triste y afligida (como otra Magdalena) en busca dél. Mayormente siendo el mesmo Señor el que desta manera la llama, y la mueve, y la trae en pos de sí al olor de sus ungüentos. Porque ¿cómo será posible que se niegue á los que le buscan, el que mueve á que le busquen, y el que ninguna cosa mas desea que comunicarse á todos?

Este sancto ejercicio de que todos los teólogos místicos hablan, vi yo muy á la clara representado en una pobre mujer, la cual siendo por culpa de su marido condenada á perdimiento de toda su hacienda, y considerando cuán perdida quedaba, fuese al señor que tenia derecho á esta hacienda á pedirle misericordia, y fué tanta la instancia y porfía con que la pidió, fuéron tantos los gemidos y lágrimas que derramó, y tantas las razones y piedades que para esto alegó, que bastaran para enternecer corazones de piedra. Y unos pocos dias que anduvo en este negocio, corria por todas las personas que en esto le podian ayudar, y con todas lloraba, y á todos ponia por intercesores, y algunas veces dormia de noche á las puertas de la casa deste señor, llorando y manteniéndose de lo que por ahí le daban, hasta que finalmente tanto insistió en esta demanda, que suplió con su importunidad la falta de su justicia, y alcanzó lo que quiso, y fué tan grande el alegría y agradescimiento que despues tuvo por la merced recebida, que poco ménos importuna fué despues en el dar de las gracias, que ántes lo habia sido en pedir las mercedes. Este ejemplo me declaró mas en breve la condicion deste sancto ejercicio; que cuanto escriben dél prolijamente muchos doctores. Porque mudada la materia de lo que aquí se pretendia, y aplicando todas estas diligencias y deseos á las cosas eternas, como aquí se aplicaban á las temporales, andaria el hombre al paso que meresce este tan gran tesoro. Porque tal ha de ser el deseo, tal el estudio, y el calor, y la instancia, y la perseverancia con que ha de andar el hombre en este negocio, llamando ya á unas puertas, ya á otras, invocando ya el favor de Dios, ya el de los sanctos, aprovechándose para ello de todos los valedores que pudiere, humillándose y afligiéndose ante todos, para que todos sean sus intercesores, y siendo despues tan agradecido, alcanzando lo que desea, como esta buena mujer lo fué por el beneficio recebido.

Esta manera de pedir y buscar á Dios significó el Apóstol, cuando dijo (*c*), que el Espíritu Sancto pedia mercedes para nosotros con gemidos tan grandes, que no se pueden con palabras explicar. Lo cual dice él, no porque el Espíritu Sancto sea el que pide, pues él es á

(*b*) Matt. 13.

(*c*) Rom. 8.

quien todas las mercedes y gracias se piden, sino porque él da á las ánimas de los familiares amigos y siervos suyos una nueva luz para conoscer la dignidad y excelencia de las cosas espirituales, y un tan encendido y abrasado deseo dellas, que les hace pedirlas con ardentísimos deseos, y con estos gemidos que no se pueden explicar. Mas ¿qué es de maravillar que se procuren con tan grande ansia los tesoros del cielo despues de conoscidos, pues con tanta buscan los hombres el polvo de la tierra, que se lleva el viento? Pues el que con este ardor y cuidado buscare esta joya tan preciosa, tenga por cierto que la hallará. Y esto es lo que Salomon nos declaró, cuando dijo (*d*), que si buscásemos la sabiduría con el ardor y cuidado que los hombres buscan el dinero, y cavan para hallar tesoros, sin duda los hallaríamos. Porque quien desta manera busca á Dios, sepa cierto que nunca le buscará de balde. Y esto es lo que tantas veces nos promete el Espíritu Sancto en las Escripturas divinas. Porque en una parte dice (*e*): Bienaventurado el varon que oye mis palabras, y el que vela á mis puertas cada dia, y aguarda á los postigos de mi casa. Porque el que me hallare, hallará la vida, y recibirá consolacion del Señor. Y en otra parte dice (*f*): El que por la mañana madrugare á buscar la sabiduría, no trabajará mucho; porque á las puertas de su casa la hallará esperándole.

CAPITULO III.

De la pureza de la intencion en las buenas obras.

Ayuda tambien grandemente para este ejercicio la pureza de la intencion, ca siendo ella cual debe ser, es como otra segunda oracion; porque á ella primeramente pertenece, cuando vamos á entender en alguna buena obra (aunque sea de las necesarias á la vida humana), enderezarla actualmente á Dios, refiriéndola para gloria y honra de su sancto nombre. Porque esto hace que cualquier obra destas sea de mucho merescimiento. Mas acerca desta materia daré aquí un aviso de mucha importancia, y es que cuando ponemos la mano en alguna obra á fin de que della resulte algun provecho general ó particular de los prójimos, no pongamos principalmente los ojos en el fructo ó buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios; de tal manera, que esto sea lo formal, y como el blanco de nuestra intencion. De suerte, que así como los matemáticos tratan de las cuantidades y figuras de los cuerpos, sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata, sea otra cualquier materia, porque esta no pertenesce á ellos; así el siervo de Dios, en las obras que hiciere, principalmente ponga los ojos en hacer su sancta voluntad, y así será su intencion mas pura, y gozará de mayor paz. Porque el que esto hace, no se turba cuando por alguna via se le impide ó imposibilita el suceso y fructo que pretendia en la buena obra. Lo contrario de lo cual padescen los que se aficionan al provecho y fructo de las buenas obras que hacen; porque si por alguna via se les impide el efecto de su buen deseo, túrbanse á las veces desordenadamente, y vienen á perder no solamente la paz del corazon, mas tambien la paciencia, y algo mas. Lo cual es argumento que no buscaba el hombre puramente á Dios, sino que tambien se buscaba á sí; porque donde está presa la afeccion, ahí está luego la turbacion cuando se impide lo que deseas. De lo cual está libre el que como espiritual matemático no mira tanto el suceso y fructo de las obras, cuanto hacer en ellas todo lo que es en sí para gloria de Dios. Y el mesmo aviso se ha de tener en el amor y servicio de nuestros prójimos, olvidándonos de todos los respectos humanos, y mirando en ellos á solo Dios: esto es, á miembros suyos, y cosas suyas: para que así como con el mesmo amor que ama la madre á su hijo, ama todas las cosas de su hijo, aunque sea los esclavos de su casa, así tambien con los mesmos ojos de caridad que miramos á Dios, miremos tambien á los prójimos como á cosas de Dios, no mirando en ellos otra razon humana, mas que ser hijos de Dios, y encomendados por él. Porque por esto dicen los doctores que la caridad es una sola virtud y hábito, que tiene dos actos: que son, amor de Dios, y del prójimo por amor de Dios. Y así como es virtud teologal cuando mira á Dios en lo uno, así tambien lo es en lo otro. ¡Oh cuán pura y casta será el ánima que aquí llegare, y que desta manera y con esta simplicidad amare sus prójimos! La que tal es, no se distrae con el servicio dellos, ni con la cura de los enfermos; porque no mira los enfermos como á enfermos, sino como á Dios que está en ellos, por cuyo solo amor hace lo que hace.

Mas sobre todo esto conviene mirar particularmente por la pureza de intencion que se debe tener en este sancto ejercicio con que se busca el amor de Dios, que es cosa que importa mucho para el bien deste negocio. Mas desta tratarémos abajo en su proprio lugar.

CAPITULO IV.

De la pureza y guarda del corazon.

Tras de la pureza de la intencion se sigue la pureza y guarda del corazon, que es el principal medio que señalan los sanctos para alcanzar el amor de Dios. A esta pureza principalmente pertenesce limpiar el ánima de todo género de pecados, y de todas las ocasiones y raices dellos, que son: amor desordenado de sí mesmos, propria voluntad, pasiones y malas inclinaciones, de lo cual todo se trató en el principio deste libro.

Mas á esta primera pureza, que es como esencial, se añade otra como accidental, aunque tambien necesaria para este propósito, que es pureza, no solo de todos los pecados, sino tambien de todos los cuidados demasiados, y de todas las afecciones y pensamientos terrenos. Porque de todo esto ha de estar vacío y limpio el corazon que ha de estar lleno de Dios. Porque como nuestro entendimiento sea tan limitado que no pueda en un mesmo instante entender muchas cosas juntas (como hace el entendimiento divino), necesaria cosa es que si queremos que en todo tiempo esté ocupado en Dios, le vaciemos de todo lo que no es Dios ó por Dios. Y pues en la tierra que sembramos trigo, no sembramos en medio otra semilla (porque no ahogue la una á la otra), así en el corazon donde queremos que more siempre Dios, no habemos de consentir que caiga otra semilla fuera de Dios. Haga cuenta que él es un templo vivo de Dios (como á la verdad lo es), y de la manera que este lugar está cerrado á todos los tratos y negocios terrenos y profanos (por ser lugar diputado para Dios), así piense tambien que lo es su corazon. Porque con este presupuesto estará él mas limpio y mas guardado.

Para lo cual conviene primeramente poner guarda en todos los sentidos. Porque así como los que quieren

(*d*) Prov. 2. (*e*) Prov. 8. (*f*) Sap. 6.

guardar una casa ó una viña ponen guardas en todas las puertas y entraderos della, así los que quieren guardar su ánima limpia de todos los pensamientos y figuras terrenas, deben poner diligente guarda en todas estas puertas; porque por aquí suelen entrar todas estas imágines y figuras; pues es commun sentencia de filósofos, que ninguna cosa hay en el entendimiento, que no haya entrado primero por las puertas destos sentidos. Y por esto cuando quiso Dios hablar con Moisen en el monte Sinaí, cubrió primero todo aquel lugar con una niebla muy espesa, donde los ojos del Profeta ninguna cosa veian, y entrando él en esta niebla, se puso á hablar con Dios. Por tanto, el que quisiere alcanzar la perfecta pureza del corazon, asiente consigo esta ley general: que no tenga ojos, ni oidos, ni lengua, mas que para solo Dios, y para las cosas de su servicio, y trabaje por dar de mano á todo aquello que para esto no le sirve.

Y cuando alguna vez le fuere necesario oir ó tratar cosas del mundo, óyalas (como dicen) á media rienda, sin dejar pegar el corazon á ellas, porque no se le impriman las imágines dellas, y despues se le pongan delante cuando quisiere tratar con Dios. Y si esto le parece mucho, acuérdese que siempre han de ser mayores los propósitos y los deseos que las obras, y por tanto el propósito ha de ser este, y la obra llegue donde mas pudiere. Ni aun es esto tan imposible, que no hayamos visto algunas personas, que teniendo el apetito muy vivo para las cosas de Dios, lo tenian tan mortificado á las del mundo, que oyendo hablar dellas, se dormian; de la manera que otros se duermen en oyendo predicar ó hablar de Dios. Y aun otros habemos visto, cuyos corazones estaban tan afijados en Dios con los clavos de la caridad, que les era menester hacerse fuerza para desviar el corazon desta suavidad celestial, y aplicarlo á oir y tratar negocios humanos.

Conviene tambien para esto mesmo no entregar nuestro corazon á las afecciones y cuidados de las cosas terrenas, pues es cierto que donde está el cuidado y la afeccion, ahí está el corazon y la imaginacion con tan fuerte impresion, que apénas puede el hombre dejar de pensar en lo que así tiene preso su corazon, y así no está hábil para ocuparse en Dios, por tener ocupada la casa con otros huéspedes.

Mas aquí es mucho de notar que esta guarda y recogimiento del corazon á los principios no se puede conservar sin grande fuerza y trabajo. Porque la imaginacion (que como bestia salvaje está acostumbrada á correr y andar por donde quiere) no puede tan presto domesticarse, y reconoscer un lugar y pesebre cierto adonde huelgue de estar hasta habituarse á esto. Por lo cual conviene mucho (como aconseja Sant Dionisio) prender con una fuerte cadena nuestros sentidos y pensamientos, para que no anden baldíos por do quisieren, y mucho ménos por los vedados, aferrándola fuertemente con duros clavos y prisiones al pié de la cruz.

Mas porque desta materia está ya en parte dicho algo, al presente no haré mas de advertir que para esta soledad y recogimiento interior ayuda mucho la exterior, procurando el hombre excusar (cuanto le sea posible) todas las conversaciones, visitaciones, pláticas, y cumplimientos de mundo (cuando no fueren por Dios), donde se pierde tanto tiempo, y donde tantas veces se desmanda la lengua, y el ánima vuelve á casa llena de tantas imágines y figuras, que cuando quiere recogerse no puede sino con trabajo y dificultad; así viene á quejarse con el Profeta (*a*), diciendo que no hallaba su corazon cuando lo buscaba. Ni debe hacer mucho caso de algunas quejas humanas que sobre esto puede haber, porque si á esto miramos, toda la vida se nos irá en visitaciones y cumplimientos, y así nunca tendrémos tiempo para lo que mas importa.

CAPITULO V.

De la paz y quietud interior del anima.

Despues de la pureza del corazon se sigue la paz y quietud del corazon, no ménos necesaria para nuestro propósito que lo demas. Este es uno de los principales fructos del Espíritu Sancto, como dice el Apóstol (*a*), y es tambien fructo de la justicia, como dice Isaías (*b*), y es muy gran parte del reino de Dios que está dentro de nos, que es, como dice el mesmo Apóstol (*c*), justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto, y es finalmente la que apareja lugar para Dios, como dice el salmo (*d*): *In pace factus est locus ejus.* Por donde se dice de aquella sabiduría celestial, que en todas las cosas buscó quietud y reposo (*e*), porque este es el lugar donde ella descansa. Lo cual entendieron hasta los filósofos gentiles, pues todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta, conviene saber, cuando las pasiones y apetitos sensuales están mortificados y quietos; porque en este tiempo no hay pasiones vehementes que con sus desordenados movimientos perturben la paz del ánima, y cieguen el ojo de la razon, como ellas lo hacen cuando están alteradas. Porque como sea proprio de la pasion cegar la razon, y diminuir la libertad de nuestro albedrío; sosegadas estas, el entendimiento queda claro para conoscer lo bueno, y la voluntad libre para abrazarlo, y así viene el hombre á hacerse sabio y virtuoso.

Pues el que desea que su ánima sea tálamo y silla desta sabiduría, trabaje por alcanzar y conservar esta paz, y, como dice el Profeta (*f*), no solamente la siga, mas tambien la persiga hasta la alcanzar.

Y pues arriba dijimos que esta paz era fructo de justicia, necesariamente ha de proceder de obras de justicia, y estas nos conviene averiguar diligentemente cuáles sean.

Hallamos pues que esta paz procede primeramente de la victoria y mortificacion de las pasiones, de que arriba tratamos, y de que muchas veces hacemos mencion; porque esta señaladamente sirve á esta paz. Porque lo que son los vientos en la mar, son estas pasiones en nuestro corazon, que así lo alteran y desasosiegan con sus apasionados apetitos y movimientos. Y señaladamente hace esto la ira, enemiga de la paz y perturbadora della, y así ella es la que mas nos desasosiega, inquieta, y hace perder la tranquilidad y sosiego del ánima, cuando se desmanda. Lo mesmo hace tambien la propria voluntad, que cuanto mas inclinada está á una cosa, tanto mas se turba y desasosiega, cuando se le impide lo que desea. Y esto mesmo hacen todos nuestros apetitos y deseos, cuando son muy encendidos; porque así como el alegría nasce de alcanzar lo que deseamos, así la tristeza y turbacion, de no alcanzarlo, y lo uno y lo otro es viento que revuelve el mar de nuestro corazon. De donde

(*a*) Psal. 39. (*a*) Galat. 5. (*b*) Isai. 32. (*c*) Rom. 14.
(*d*) Psal. 75. (*e*) Eccl. 24. (*f*) Psalmo 33.

nasce que los hombres que hierven con muchos y varios deseos de diversas cosas, necesariamente han de tener dentro de sí mesmos materia de infinitas turbaciones y desasosiegos. Por lo cual dijo el Profeta (*g*) que el corazon del malo era como el mar cuando anda desasosegado con tormenta.

Y no ménos son materia de turbacion cualesquier afecciones desordenadas de criaturas; porque donde está la afeccion, ahí está el corazon subjecto á todas las mudanzas que padesce esta mesma criatura. Sabida cosa es que de la parte de nuestra ánima que llaman concupiscible (de donde proceden las afecciones y deseos de las cosas humanas), nasce la irascible, que es madre de todas las turbaciones. Y por tanto quien quisiere carescer de las perturbaciones de la segunda, trabaje por cortar las raices de la primera.

La segunda cosa que sirve para conservar esta paz, es aquella pureza de intencion que arriba dijimos, la cual pone los ojos en solo el beneplácito de la divina voluntad, sin enlazarse en el suceso y fructo de lo que pretende; porque desta manera no se turba cuando sin culpa suya se impiden sus buenos propósitos é intentos, mayormente sabiendo que aquel que conosce los corazones aceptará su buena voluntad; y así no por eso se turba, ni pierde su paz, como en el capítulo precedente se declaró.

La tercera cosa que tambien ayuda grandemente para esto, es aquella perfectísima obediencia y conformidad con la divina voluntad, de que arriba tratamos, la cual con igual corazon toma todo lo que viene de la mano de Dios, sea próspero, sea adverso. Porque quien así estuviere perfectamente subjecto y rendido á esta voluntad, no se turba con cosa que le suceda; porque todo lo toma como venido de arriba. Por lo cual dice el Sabio (*h*): No entristecerá al justo cosa que le acaezca. Y en otro lugar (*i*): El justo permanece en su sabiduría, sin mudarse, como el sol; mas el loco con cualquier acaescimiento se altera y muda, como la luna.

La cuarta cosa que muy especialmente ayuda á conservar esta paz, es una familiar y filial confianza que los justos tienen en Dios (de que tratarémos adelante), la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas las necesidades tan confiado en la proteccion de su padre, cuanto ellos lo están en la de Dios; porque saben que no hay padre en la tierra que merezca nombre de padre, comparado con él; y saben que este Padre tiene contados todos los huesos de su cuerpo, y aun todos los cabellos de su cabeza, y que ni uno solo les será quitado sin su disposicion y voluntad. Saben esto y otras cosas tales por fe, y sábenlas tambien por experiencia de particulares favores, providencias y regalos que han recebido dél, con la cual viven tan confiados, y se tienen por tan proveidos en todas sus necesidades, que cantan dulcemente con el Profeta, diciendo (*k*): El Señor me rige, y es mi pastor, y por esto ninguna cosa me puede faltar. Y mas abajo (*l*): Si anduviere, dice él, en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno; porque tú, Señor, estás conmigo. Estas promesas se repiten á cada paso en mil lugares de la Escriptura divina, con cuya verdad está cercado el justo como con un escudo fortísimo, y así no se turba ni altera con los acaescimientos desta vida; porque todo lo que le quitaren por una parte, confía que Dios se lo volverá por otra, en cosa que mas le valga.

(*g*) Isai. 57. (*h*) Prov. 12. (*i*) Eccl. 27. (*k*) Psal. 22. (*l*) Ibidem.

Pues desta manera, como dice Isaías (*m*), reposan los hijos de Dios en una hermosísima paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido, donde todo se halla en aquel que es todas las cosas. Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza; porque de lo uno se sigue lo otro, esto es, de la confianza la paz; porque quien está muy confiado en Dios, no tiene que temer ni que turbarse, pues tiene á Dios por valedor y proveedor.

Estas cuatro cosas nos ayudarán á conservar esta paz, que es como un silencio interior del ánima, donde estando calladas y quietas las pasiones, duerme dulcemente aquel Esposo celestial. Y el que sobre estas cuatro columnas asentare esta virtud, tenga por cierto que la tiene bien fundada. Y por esto dijimos que esta paz era fructo de justicia; porque así como de todos los beneficios que se hacen á un árbol, procede el fructo dél; así de todas las virtudes, y señaladamente destas cuatro, resulta esta hermosísima paz y tranquilidad del ánima, que es, como dijimos, lugar proprio de Dios, y una como imágen de aquella eterna felicidad. Y por esto señaladamente se cuenta entre aquellas ocho bienaventuranzas del Evangelio, donde se dice (*n*): Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Donde por pacíficos no solamente se entienden los que tienen paz con sus prójimos, sino mucho mas los que la tienen con Dios y consigo mesmos, cuando rendidas y domadas las pasiones reina Dios pacíficamente y sin contradiccion en nuestras ánimas. Por do paresce, que así como dicen los médicos que de la templanza y proporcion de las cuatro primeras cualidades resulta la sanidad del cuerpo humano, así de la moderacion y templanza de las pasiones de nuestra ánima, resulta esta hermosísima paz.

CAPITULO VI.

De la virtud de la humildad.

Aunque este libro principalmente trata del amor de Dios, no se puede dejar de tocar en otras virtudes que señaladamente ayudan á alcanzar este amor. Entre las cuales no tiene el postrer lugar la humildad, que es fundamento de todas las virtudes, y aparejo para recebir todas las gracias. Lo cual nos enseñan todas las Escripturas, así del viejo como del nuevo Testamento, que prometen estas gracias, unas veces á los humildes, otras á los pequeñuelos, otras á los pobres de espíritu (llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes), diciendo (*a*) que Dios resiste á los soberbios, y que á los humildes da su gracia. La razon desto es, porque el verdadero humilde, cuanto mas se conosce, tanto mas se encoge, y se humilla, y desconfía de sí; y de aquí toma motivo para poner toda su confianza en Dios, con lo cual se dispone y da lugar para que obre en él. Y por la mesma razon se dice que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y de todo el edificio espiritual; porque para fundar bien una casa es necesario abrir primero los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar á lo firme, para edificar sobre ello. Pues esto pertenesce á la humildad, la

(*m*) Isai. 32. (*n*) Matt. 5. (*a*) Iac. 4.

cual echa fuera todo lo movedizo (que es la flaqueza de las fuerzas humanas), y funda sobre Dios, que es la piedra firme sobre la cual está seguro el edificio. Digo esto, porque algunos hay que deseando aprovechar en el camino de las virtudes, tácitamente y cuasi sin sentirlo, presumen y confían en sí mesmos, unos en la delicadeza de su ingenio, otros en su buena condicion, otros en sus letras y sabiduría, otros en su buen natural, otros en su casta y nobleza, otros en los maestros con que han aprendido, otros en la buena compañía con que han tratado, y otros en la buena criacion que han tenido, paresciéndoles que estas cosas los harán mas excelentes en el estudio de la virtud, que los otros que destas partes carescen; verdad es que todas estas cosas, cada cual en su manera, ayudan á la virtud, mas sin la gracia todo esto es humo. Por donde los que por estas cosas presumen de sí mas que los otros, y se prometen mayores cosas que ellos, sepan que edifican sobre arena; porque todo esto es movedizo, y en comparacion de la divina gracia es como nada. Y por tanto quien quiere que su edificio sea firme, no confíe en esto movedizo, sino funde sobre solo Dios, que es aquella piedra angular que dice el Apóstol (*b*), sobre quien se funda este espiritual edificio. Lo cual pertenesce á las virtudes de la humildad y de la confianza; la una de las cuales desconfía de sí, y la otra confía en Dios, y así una y otra fundan este edificio, y dan lugar á Dios para que more y obre en él.

Y para que mejor esto se entienda, es de saber que por parte de Dios no tienen límite sus gracias y misericordias; porque así como él es infinitamente bueno, así es infinitamente dadivoso y communicativo de sí mesmo y de sus cosas. Y si en este grado no se communica, no es por falta suya, sino del vaso, que no es capaz de mas. De manera que su misericordia es como aquel olio de la viuda del profeta Eliseo (*c*), el cual nunca dejó de correr, sino porque faltaron los vasos en que lo recebir.

Pues tal es el olio de la divina misericordia, que por sí no se limita, sino por parte del subgecto á quien se communica, el cual cuanto mayor lugar apareja para este sagrado olio, mayor cuantidad recebirá. Y si me preguntares con qué se apareja este lugar, respondo que con todas las virtudes, mas especialmente con estas que decimos, que son la humildad y confianza; porque con la una se vacia el hombre de sí mesmo, desconfiando de sí, y con la otra atrae á sí á Dios, confiando en él; y desta manera la una y la otra le hacen la cama, y aparejan este lugar.

§. I.

Del primer grado de la humildad.

Pues para alcanzar perfectamente la primera destas dos virtudes, que es la humildad, es necesario alcanzar todos los grados della. Los cuales, aunque diversos doctores pongan de diversas maneras, pero aquí señalarémos seis muy principales. Entre los cuales el primero es conoscer el hombre que todo lo bueno que hay en él, si algo hay, es de Dios. Porque así como todos los bienes de naturaleza que tenemos son suyos, así tambien lo son los de gracia, y tanto mas estos, cuanto son mayores. Por donde así como nadie puede dar un paso, ni hacer una obra natural sin el concurso de la primera causa, que es Dios, así tampoco puede hacer obra sobrenatural, que es obra de gracia, sin que obre juntamente con él la primera causa sobrenatural, que es el mesmo Dios. De donde se infiere que así todo lo gratuito como lo natural se ha de referir á su mesma fuente, que es Dios, de quien todo bien procede; y mucho mas lo que es mayor bien. Por donde se ve claro, cuán locos son los que atribuyendo á Dios las obras de naturaleza, atribuyen á sí las obras de la gracia, siendo estas sin comparacion mas excelentes, tomando para sí lo que es mas, y dejando á Dios lo ménos.

Entienda pues el hombre, que así como no puede decir: este cabello es mio, porque yo lo hice sin Dios; así tampoco puede decir: esta buena obra es mia, porque yo la hice sin él. Esto nos enseña el Maestro del cielo por una muy propria comparacion, diciendo (*d*): Así como el sarmiento no puede dar fructo por sí mesmo si no está unido con la vid, así nadie puede hacer obra meritoria por sí mesmo, si no estuviere unido conmigo; porque sin mí ninguna cosa podeis hacer. Es tambien doctrina muchas veces repetida de Sant Pablo, el cual dice en sus epístolas (*e*) que ni obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar podemos cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede. Por tanto, hermano mio, todas cuantas veces en tí sintieres cualquier buen deseo, cualquier buen propósito, cualquier gemido ó pensamiento bueno, ten por cierto que esto procede de un especial tocamiento de Dios, que te quiere salvar, y te mueve á bien obrar: y así lo debes reconoscer y agradescer á cuyo es. Y no se contente el verdadero humilde con tener este conoscimiento especulativo, sino conviene que esté tan resoluto en esta verdad, como si la viese con los ojos, y palpase con las manos. Este primer grado de humildad (entre otros provechos) hace al hombre por una parte agradescido, y por otra devoto: lo primero por lo que ha recebido, y lo segundo por lo que ve que falta. Y ármalo tambien contra el espíritu de la vanagloria y de las alabanzas humanas, de tal manera, que muchas veces cuando las oye, no le paresce que hablan con él, sino con otro á quien aquellas alabanzas pertenescen, que es Dios.

§. II.

Del segundo grado de la humildad.

El segundo grado de humildad es conoscer el hombre que eso que tiene de Dios, si algo tiene, no lo ganó por sola su lanza, sino por la gracia y misericordia divina. Porque algunos hay que fundados en el primer grado ya dicho, conoscen que lo que tienen es de Dios; pero dentro de sí tienen una tácita persuasion, con la cual creen que todo eso alcanzaron por sus trabajos y merescimientos; como sea verdad que esos mesmos merescimientos no ménos sean gracia de Dios, que lo que por ellos se alcanza, pues está ya dicho que ni un solo pensamiento ni deseo bueno podemos tener que no sea de Dios. Y demas desto, ese mesmo valor y merescimiento de nuestras obras no le tienen ellas de sí, sino de la gracia con que se hacen; la cual tambien es dádiva de Dios. Porque así como el valor que tiene la moneda, no lo tiene de suyo, sino del cuño con que se labra, así el mérito de nuestras obras no nace de sola

(*b*) Ephes. 2. (*c*) 4. Reg. 4.

(*d*) Joan 15. (*e*) 2. Cor. 3.

la substancia dellas, sino de la divina gracia que les da ese valor, y así cuando por ellas se nos da algo, siempre se da una gracia por otra gracia; así como si un amigo os diese cien ducados, y despues os diese un caballo por ellos, esto sería juntamente compra y gracia: lo uno por lo que vos dais, y lo otro por lo que os dan. Y ambas cosas significó el profeta Isaías, cuando dijo (*f*): Venid, y comprad sin dinero y sin alguna otra mercaduría, leche y vino, que son manjar de principiantes y de perfectos. En las cuales palabras mandándonos comprar, significó nuestra industria, y excluyendo el dinero y la mercaduría, manifestó la gracia. Lo cual todo nos declara, cómo no tiene el hombre en sí de qué se gloriar, paresciéndole que por sí tiene lo que tiene, ántes debe con mucha razon pensar que de sí tiene infinitos pecados con que ha merescido otros tantos infiernos, y esto es de su cosecha. Todo lo demas, si algo es, ajeno es y dado de gracia; pues el mesmo merescimiento tambien es gracia.

§. III.

Del tercer grado de la humildad.

Mas no bastan estas dos cosas para que uno sea verdadero humilde. Porque muchos hay que conosciendo que todo lo bueno es de Dios y dado por gracia, todavía piensan que tienen mas de lo que tienen, ó que tienen mas que sus vecinos, paresciéndoles que en sola su casa amanesce, y no en las de los otros, creyendo que están mas desengañados que los otros, ó tienen mas luz, mas espíritu, mas discrecion y mas virtud que ellos, y finalmente están muy llenos de sí mesmos y de su propria estimacion. Y esto algunas veces les hace creer el enemigo tan de callada, y por una mina tan secreta, que muchas veces los mesmos que pedescen el engaño, no lo entienden, ántes les paresce lo contrario.

En este grado de soberbia estaba aquel fariseo del Evangelio (*g*), el cual daba gracias á Dios porque no era él como los otros hombres. Porque en decir que daba gracias á Dios, parece que reconoscia ser de Dios todo lo que habia recebido, lo cual pertenesce al primer grado de la humildad; mas faltaba el tercero, pues creia de sí que tenia lo que no tenia, y que era por esto mejor que todos los otros. Y en el mesmo engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi (*h*): Dices que eres rico, y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo. Tales son por cierto los que presumen de sí, y piensan que son algo, porque por el mesmo caso que esto piensan, merescen ser desposeidos de todo; pues ningun argumento hay mas cierto para creer que uno es nada, que pensar de sí que es algo.

Pues para remedio desto se añade el tercer grado de humildad, al cual pertenesce que teniendo el hombre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, sea ciego para ver las suyas, y así viva siempre con un sancto temor, con el cual están ellas mas seguras. Porque aunque la hacienda temporal esté mas segura, cuanto en mas la estimais y conoceis; mas la espiritual por el contrario, tanto está mejor guardada, cuanto es ménos conocida.

Y por esta mesma causa muchas veces este mesmo Señor permite que los suyos padezcan grandes y viles tentaciones del enemigo; porque con esta manera de lastre camina el navío mas seguro. Por lo cual permite que tengan dentro de sí muchas cosas que mirar, con que deshagan la rueda de la vanidad.

(*f*) Isai. 55. (*g*) Luc. 18. (*h*) Apoc. 3.

§. IV.

Del cuarto grado de la humildad.

A este grado se añade el cuarto. Porque no basta que el hombre conozca cuán pobre está de los verdaderos bienes, sino es necesario que conozca tambien cuán abastado está de verdaderos males; esto es, cuán lleno de amor proprio, de propria voluntad y de su proprio parescer; cuán vivas tiene todavía sus pasiones, y cuán enteras sus malas inclinaciones, y cuán inconstante es en los buenos propósitos, y cuán fácil en la lengua, cuán descuidado en la guarda del corazon, y cuán amigo de su interese proprio, y de cumplir sus apetitos; y así otras cosas desta cualidad. Conoscer esto es la mas alta ciencia de cuantas hay en el mundo y de mayor provecho, porque las otras ciencias, como dice el Apóstol (*i*), envanecen; mas sola esta humilla. Verdad es que no basta para este conoscimiento solo nuestro ejercicio, sino es tambien necesaria lumbre del cielo, para que no impida la vista de nosotros mesmos la niebla del amor proprio, que es muy ciego juez de quien lo tiene. Porque si es sospechoso por las leyes el juez amigo de la parte, ¿cuánto mas lo será el hombre en su propria causa, siendo tan amigo de sí mesmo? Pues por esto debe pedir á Dios esta luz, y pedirla con la instancia que la pedia el humilde Sant Francisco, el cual repetia muchas veces estas palabras en la oracion: Dios mio, conózcate á tí, y conózcame á mí.

§. V.

Del quinto grado de la humildad.

Y no se contente con tenerse por tan pobre y tan pecador; mas no descanse hasta tenerse por el mas vil de todos los pecadores, que es otro grado mas adelante; porque (como dice un doctor) ninguna cosa te perjudicará ponerte debajo de los piés de todos, y puede hacerte daño anteponerte á solo uno. Para lo cual no veo otro mejor medio que el que usaba este mesmo sancto, el cual como se reputase en su corazon y en sus palabras por el mayor de todos los pecadores, preguntado cómo podia él sustentar la verdad desta opinion, respondió que verdaderamente conoscia que si Dios levantase su mano dél, sería el peor de todos los hombres; y si por el contrario la diese al mayor de todos los pecadores, como la dió á él, sería mejor que él. Y para este grado ayuda mucho considerar el hombre la muchedumbre de los beneficios que de nuestro Señor ha recebido, y de los aparejos que tiene para servirle, y juzgar de sí que no responde á lo uno ni á lo otro, ni emplea como debe los talentos y ayudas que este Señor le dió para acrescentar el caudal de las virtudes. Porque esta es una de las consideraciones con que mas se humillan los grandes sanctos, conosciendo que no solo les han de pedir cuenta de los pecados cometidos, sino tambien de los beneficios recebidos, si fuéron mal empleados.

Y para lo mesmo ayuda tambien considerar las virtudes excelentes, y la pureza de vida de los sanctos que agora están en el cielo, y de algunos grandes siervos de Dios que viven en la tierra; porque mientra el mundo

(*i*) 1. Cor. 8.

fuere mundo, nunca han de faltar en la Iglesia personas en quien more y obre el Espíritu Sancto; y con la comparacion de la pureza destos, humillarse y encogerse, viendo cuán léjos está de llegar á este grado de virtud y simplicidad. La cual consideracion tanto mas le aprovechará, cuanto mas estimare las virtudes ajenas y despreciare las suyas. Lo cual hacia el bienaventurado Sant Bernardo, de quien se escribe (*k*), que siendo grande en los ojos de todos los otros, en solos los suyos era vil.

§. VI.

Del sexto grado de la humildad.

Todos estos grados pertenescen á la humildad interior del corazon, á los cuales se debe añadir el sexto, que es de la humildad exterior, la cual ha de proceder de la interior. Porque la verdadera humildad del corazon, no solo es conoscimiento de sí mesmo, sino desprecio de sí mesmo; y á este desprecio pertenesce que tal se muestre el hombre por de fuera, cual se estima de dentro: quiero decir, que así como se desprecia interiormente en sus mesmos ojos, y se tiene por indigno de toda honra, así sea el tratamiento, el hábito, el servicio, el aparato y la compañía, y todo lo demas que diga con esto. Desprecie los vanos títulos, asiéntese, como el Señor dice (*l*), en el lugar mas bajo; no se desprecie de tratar con humildes; huelgue con los oficios humildes, acordándose que el Hijo de Dios vino á este mundo á servir, y no á ser servido, y que la última manda que nos dejó en su testamento al tiempo de la despedida (*m*), fué lavar los piés unos á otros, y que procure en este mundo ser menor el que quisiere en su reino ser mayor (*n*). Mas todo esto se entiende conforme á las reglas de discrecion y prudencia, guardado el decoro que se debe á la dignidad de la persona y la autoridad del oficio, cumpliendo siempre con todo esto, é inclinándose mas á la humildad y bajeza, que á la alteza, por ser esto mas seguro y mas contrario á la vanidad de nuestro corazon. Este postrer grado de la humildad exterior, aunque nasce de la interior (como dijimos) todavía acrescienta esa mesma fuente de donde nasce, y así la una cosa se ayuda á la otra. Por lo cual dice Sant Bernardo (*o*), que la humillacion es camino y medio para la humildad, como la paciencia para la paz. Por tanto, si quieres (dice él) alcanzar la humildad, no huyas de los ejercicios de la humillacion; porque si no te quieres abajar y humillar, no alcanzarás la virtud de la humildad. Y aunque este abatimiento sea de gran precio en todo género de personas, pero mucho mas lo es en las altas y generosas. Por lo cual dijo Sant Bernardo (*p*): Puesto el hombre en lugar alto, no tener pensamientos altos, sino conversar con lo humildes, cosa es muy agradable á Dios y á los hombres. Esta es pues la filosofía y la policía de la escuela y república de Cristo, que es contraria á los nortes y filosofía del mundo.

§. VII.

De los efectos que causa en el alma la verdadera humildad.

Pues por estos seis grados subirémos al trono del verdadero Salomon, que es la virtud de la humildad, donde está asentado este Rey pacífico, como Sant Augustin lo significó por estas palabras (*q*): Notad, hermanos, este gran milagro: Alto es Dios, y si te levantas huye de tí, y si te humillas, viene á tí. Pero muy mas claro testimonio es el del profeta Isaías (*r*), que despues de engrandescida la casa de la eternidad donde mora Dios, le da otra casa muy pequeña, que es el corazon del humilde. Porque el que esta virtud tiene, ya tiene la silla aparejada para Dios y para todas las virtudes. Este tal no será amigo de su proprio parecer, no será porfiado ni intratable: siempre juzgará y condenará á sí mesmo, y no los hechos de sus prójimos; porque la verdadera humildad no ve los defectos ajenos, sino los suyos. El verdadero humilde siempre desea ser despreciado, y, como dice Sant Bernardo (*s*), no quiere parecer humilde, sino vil. A todos se subjecta, á todos obedesce, á todos honra; á nadie reprehende indebidamente, no se aíra, no usa de palabras, ni de movimientos, ni de gestos que tengan imágen de hipocresía; no escudriña con curiosidad los secretos de Dios, no desea ver señales ni pruebas de su bondad; no es doblado, ni malicioso; no confía en sí ni en sus obras, por buenas que parezcan, sino toda su esperanza pone en Dios. Las palabras, los meneos, y el aspecto del verdadero humilde, es manso, devoto, dulce, benigno y gracioso. Todas estas virtudes y fructos trae consigo la verdadera humildad, que para todas las cosas aprovecha. ¡Oh poderosa virtud que así levantas á los caidos, y enriqueces los pobres, curas los enfermos, y alumbras los ciegos! Tú haces que conversando el hombre en la tierra, sea poseedor del cielo, y del abismo de los pecados le pones en las puertas del paraíso. El deseo que el Señor tuvo de que fuésemos sus amadores, le trajo del cielo á la tierra, y del seno del Padre á las entrañas de la Madre, y ponerlo en un estrecho pesebre, y despues en una cruz. Entónces pudo hacer de Dios hombre, y agora puede hacer del hombre Dios.

Pues esta tan fructuosa virtud no es ménos debida á Dios que la caridad; porque así como la caridad se debe á Dios por razon de su infinita bondad, asi tambien la humildad y reverencia por su infinita Majestad. La una de las cuales pide que le amemos con infinito amor (si esto nos fuese posible), y la otra que le honremos y nos humillemos ante él con infinita reverencia. Mas porque esto no cabe en nosotros, á lo ménos conviene que nos derribemos en el mas profundo abismo que nos sea posible ante su divina Majestad.

CAPITULO VII

Síguese un muy devoto ejercicio del conoscimiento y desprecio de sí mesmo.

Como la humildad y caridad sean tanta parte en el edificio espiritual de las virtudes (la una de las cuales es como fundamento, y la otra como la cumbre deste edificio), estas principalmente debe el siervo de Dios procurar. Por donde así como para alcanzar la virtud de la caridad ponemos adelante sus consideraciones y oraciones, que nos enciendan en amor de nuestro Criador, así tambien será razon usar aquí de los mesmos medios, para movernos al desprecio de nosotros mesmos, en el cual consiste la humildad. Este ejercicio, para que fuese mas bien recebido y estimado, tomé del bienaventurado

(*k*) In ejus vita. (*l*) Luc. 14. (*m*) Joan. 13. (*n*) Matth. 18.
(*o*) Bern. Epistol. 87. prop. finem. (*p*) Ber. super Cant. serm. 13. paulò ante med.

(*q*) Aug. in Psal. 50. prop. finem. (*r*) Isai 66. (*s*) Bernard. Serm. 16. sup. Cant. non longè à fine.

Sant Bernardo (*a*), gran maestro de la vida espiritual, el cual tratando esta materia, dice así :

Muchas son las ciencias inventadas por los hombres; mas ninguna es mas fructuosa que el conoscimiento de sí mesmo. Porque mas cierto camino es para conoscer á Dios el humilde conoscimiento de sí mesmo, que el profundo ejercicio de todas las ciencias. Y en otro lugar, prosiguiendo mas á la larga esta materia, dice así (*b*) : Aquel solo está dispuesto para gustar el sabor de la dulcedumbre espiritual, y el silencio de la quietud interior, y la gracia de la dulce contemplacion, que mucho tiempo se ha ejercitado en el conoscimiento de sí mesmo. Porque en vano levanta los ojos del corazon para ver á Dios, el que aun no está dispuesto para ver á sí. Porque primero es necesario que conozcas las cosas invisibles de tu espíritu, que subas á conoscer las invisibles de Dios. Y si no puedes conoscer á tí, no presumas alcanzar lo que está sobre tí. Porque el mas conveniente espejo que hay para ver á Dios es el ánima racional, despues de haber halládose á sí. Porque si las cosas invisibles de Dios se conoscen por sus criaturas, ¿cuánto mejor se conoscerán por su propria imágen, si estuviere pura y limpia? Por tanto, hermano, alimpia ese espejo tuyo, si quieres ver al Señor tuyo. Por lo cual el verdadero penitente jamas cesa de mirar y alimpiar, tener y guardar este espejo, como es razon. Primeramente míralo, para ver en si si hay alguna cosa en él que desagrade á los ojos de Dios, porque ninguna ôfensa, por pequeña que sea, le paresce tolerable, ora sea en obras, ó en palabras, ó pensamiento, y lo que así halla, luego lo limpia con dolor y compuncion. Y despues desto trabaja por tenerlo derecho, porque no se le incline hácia la tierra por amor, y se le ensucie con el polvo de los vanos pensamientos. Y esto hecho, guárdalo, para que cuando aquel cuyos deleites son con los hijos de los hombres, llamare á la puerta y quisiere entrar, halle la casa aparejada y limpia.

Y mas abajo en el mesmo libro dice así (*c*) : Alimpiado pues y mirado muy bien este espejo, comienza á resplandescer en el ánima una claridad de la divina lumbre, y á descubrírsele un maravilloso rayo de una desacostumbrada luz, con cuya vista inflamado el hombre, comienza con ojos claros á ver las cosas soberanas y eternas, y allegarse á Dios, y á mirar todas las cosas que son, como si no fuesen ; y á renunciar todas sus afecciones, y emplearse todo en solo el amor de su Criador. Mas á tanta gloria no llega el ánima por sola su industria, sino por la gracia y misericordia de Dios. Mas con todo esto es cierto que tal gracia recibe el que dejando los cuidados del siglo toma cuidado de sí mesmo, y trabaja muy á menudo por pensar en sí, y conoscer lo que es ; considerando y examinando diligentemente de dónde viene, y adónde va, cómo vive, qué hace, qué deja de hacer, cuánto cada dia aprovecha ó desaprovecha, qué pensamientos le molestan mas, qué aficiones mas le fatigan, y qué genero de tentaciones mas fuertemente le combaten. Pues deste conoscimiento de quién eres, y quién habias de ser, subirás á la contemplacion de Dios. Y cuanto aprovechares mas en este conoscimiento, tanto subirás mas alto. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Y pues por ellas habemos visto ya el fructo deste ejercicio, veamos agora de la manera que se debe hacer; presuponiendo primero este general aviso, que guardándonos de las blasfemias de los herejes, que nos quitan el libre albedrío, y dicen que todo cuanto hacemos es pecado (que son grandes blasfemias), todo cuanto sea posible nos humillemos y despreciemos; porque aun con todo eso no llegarémos á lo profundo de nuestra miseria. Porque pues el hombre no tiene de su cosecha mas que nada y pecado; ¿quién podrá tanto humillarse, que se abaje tanto cuanto estos dos títulos merescen? Esta manera de exámen y ejercicio platica divinamente el mesmo Sant Bernardo en el mesmo lugar, donde dice así (*d*) : Ay de mí, que me turba la ira, que me despedaza la invidia, que me envanesce la soberbia. No guardé los mandamientos de mis mayores, sino ántes me hice juez dellos; y siendo reprehendido de mis culpas, fuí rebelde, ó murmuré de quien me reprehendía. Deseé desvergonzadamente ser preferido á los mejores que yo; escarnescí de la simplicidad de los espirituales hermanos, y engrandescí mis opiniones y pareceres porfiadamente. No guardé reverencia en mis servicios, ni templanza en mis palabras. Tuve pertinacia en mi intencion, dureza en mi corazon, jactancia en mi razonamiento. Fuí inconstante en mis determinaciones, liviano en la lengua, mordedor en los donaires, perezoso para lo bueno, duro para el servicio, prompto y lisonjero para hablar, fastidioso para oir y presumptuoso para enseñar. Si me tocan con una liviana injuria, luego ardo y me desasosiego con pensamientos, peleo con los ausentes, y dentro de mí mesmo les digo injurias; y lo que peor es, que aunque nadie me contradiga, yo estoy soñando peleas, y pienso que me puede reprehender aquel ó el otro, y busco qué le responda, y cómo me vengue dél; y así estoy peleando con las sombras. Muchas veces comí y bebí, no para servir á la necesidad, sino para satisfacer al deleite, y lo que para la necesidad bastaba, no bastaba para el deleite ; y so color de necesidad caí en el lazo del apetito. Muchas veces pensé en el comer y en el beber cuando no debia, y donde no debia ; y así me acaesció que en el dia del ayuno comia con el deseo y pensamiento. Mas fácilmente pongo los ojos en los vicios de los otros, que en sus virtudes; y mirando los defectos ajenos, no veo los mios. Para mis culpas soy piadoso, y para las ajenas severo. Para hacer injurias soy fuerte, y para sufrirlas flaco. Para obedescer perezoso, y para molestar á los otros importuno.

Pues ¿qué diré de mi lengua? Esta parte de mi cuerpo me ha hecho mas mal que todas las otras. Casi cada vez que hablo, miento ; porque nunca refiero los dichos ó hechos que ví ó oí, de la manera que los oí ; sino unas cosas digo por otras, y muchas pongo de mi casa; alabo mucho, y vitupero mucho.

Mas sobre todo esto, ¿qué esperanza podré tener de la enmienda, pues ahí peco donde me llego á buscar el remedio de mis pecados? Porque delante del altar no estoy con reverencia, y en el coro estoy con el cuerpo, y fuera dél con el espíritu ; y muchas veces con las buenas obras que hago, me empeoro ; porque tomando demasiado contentamiento dellas, vanamente me aseguro.

Pues, ay de mí, que cayendo en estas y otras muchas culpas, así como, y bebo, y duermo seguro, como si ya hubiese pasado el dia de la muerte, y escapado del jui-

(*a*) Bernar. de interiori domo. cap. 29. (*b*) Ipsius libri cap. 12. 13. 14. (*c*) Cap. ut suprà.

(*d*) Bern. ubi suprà. c. 35.

cio y de los tormentos del infierno; y así juego, y rio, y huelgo como si ya estuviese triunfando en el reino del cielo. Pésame porque así he vivido; porque mas quisiera no haber nascido, que ser tal cual veo que soy. Tengo vergüenza de vivir, por lo poco que aprovecho; y temo de morir, porque no estoy aparejado. Pero mas quiero morir, y encomendarme á la misericordia de Dios (pues es benigno y misericordioso), que escandalizar á nadie con mi mala conversacion. Ciertamente bien pudiera, Señor, desesperar, si tu palabra no se hiciera carne y morara con nosotros; mas ya no oso desesperar, porque este Señor te fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y enclavando allí el proceso de nuestros pecados, crucificó la muerte y el pecado. Hasta aquí son palabras y consideraciones de Sant Bernardo; con las cuales no solamente nos enseña de la manera que nos habemos de conoscer y examinar nuestra vida, sino tambien nos da ejemplo y motivo para nos humillar. Porque pues un tan grande sancto desta manera se acusaba y reprehendia; ¿qué será razon hagamos nosotros, que tan léjos estamos desta tan gran pureza y sanctidad? Mas no basta nuestra diligencia para alcanzar esta virtud, si no es ayudada con el favor de la divina gracia; la cual debemos siempre pedir al Señor con ardientes deseos, y para esto podrá servir la siguiente oracion.

CAPITULO VIII.

Oracion para pedir á nuestro Señor la virtud de la humildad.

Señor mio, ¿quién sois vos, y quién soy yo? Vos sois Dios grande, Señor del cielo y de la tierra, Dios de los dioses, Rey de los reyes y Señor de los señores. Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desecho del mundo (*a*). Vos sois summa bondad, summa dulzura, summa hermosura; vos gloria de los sanctos, tesoro riquísimo, verdadera luz, clarísimo resplandor, fuente de vida, vida de nuestras ánimas, lumbre del cielo, y lumbre del mundo. Mas yo soy abismo tenebroso, tierra miserable, hijo de ira, vaso de injurias, engendrado en pecados y nascido en miserias. Yo soy muladar sucio, lleno de hedor y de corrupcion, enfermo, ciego, cojo, sordo, mudo, pobre para todas las cosas buenas, y lleno de mil miserias. Mi principio fué pecado, y mi fin será muerte; la cual me vino por el pecado. ¡Oh Señor mio! ¿qué soy yo, sino sombra de muerte, y todo vanidad, pozo de inmundicias, tierra estéril y maldita, cuyo fructo es abrojos, y espinas, y confusion? Pues, ¡oh Dios de misericordia! ten piedad desta pobre ánima, que cuanto es de su parte es pura nada, y ménos que nada por razon del pecado; piélago de vanos deseos, fuente de culpas, por las cuales si hubiese de ser justamente castigado segun la muchedumbre y grandeza dellas, habia de recebir tanta pena, cuanto vos, Señor, teneis de majestad y grandeza; pues tan grande es la culpa, cuanta es la majestad ofendida. Pecado he, Señor (*b*), sobre el número de las arenas de la mar, y no merezco levantar los ojos al cielo por la muchedumbre de mis maldades. Mas por la mansedumbre que de vos se predica, oh buen Jesu, corremos en pos de vos, oyendo que no despreciais los pobres, ni extrañais los pecadores. Acordaos pues, Señor, de vuestras misericordias antiguas, y sanad mi ánima; porque vos sois mi salud. Oh Señor, volved agora los ojos de vuestra misericordia, y socorred á este pobre mendigo, y de todas las cosas necesitado. Porque tanta es, Señor, mi pobreza, que yo de mí no puedo querer el verdadero bien sin vuestro querer; y eso que quiero, no puedo dignamente obrar si vuestra clemencia no me ayuda; y eso que puedo obrar, no puedo llevar al cabo, si vuestra sabiduría no me alumbra, y vuestra potencia no me socorre, y vuestra bondad no me esfuerza.

¡Oh Señor! ¿quién soy yo que presumo hablar con vos, siendo vos aquel Dios grande, verdadero, omnipotente, inmenso, eterno, incomprehensible y admirable á los ángeles? Oh Señor, oid mis clamores, mirad mis lágrimas, sentid mis sospiros, y socorred á mi ánima. Aquella caridad que os movió á redemirme, os mueva á oirme. No se pierda por mi malicia lo que en mí obró vuestra omnipotencia. Cuando no era, vos me hecistes; cuando erré, vos me guiastes; cuando era ignorante, vos me enseñastes; cuando caí, vos me levantastes; cuando estuve en pié, vos me tuvistes; cuando estuve triste, vos me consolastes; cuando para desesperar, vos me esforzastes; cuando dormia, vos me guardastes; cuando estuve enfermo, vos me curastes; cuando vine á vos, benignamente me recebistes. Pues agora que os llamo, oidme, Dios mio. ¡Oh dulce Señor! no basta que me saneis y me alimpieis, si no venis á mí, y morais en mí para que me guardeis. Por tanto venid á mí, Dios mio; habed piedad de mí, dulce Redemptor mio; tenedme de vuestra mano, dulce esperanza mia; prendedme con vuestro amor, y no me dejeis apartar de vos, fortaleza y salud mia. ¡Oh vida de mi vida, sin la cual muero, por la cual sospiro! Oh vida de los que viven, y vida de los que os aman! la necesidad grande que padezco me hace clamar á vos. Venid, Dios mio, venid fortaleza mia, venid única esperanza mia; abrid, Señor, vuestros oídos á mis clamores, y vuestras manos á mis necesidades. ¡Oh alto y glorioso Señor! no desprecieis lo que criastes á vuestra semejanza, y gobernais con vuestra providencia, y redemistes con vuestra sangre. ¡Oh dulce Señor mio! dadme ojos para que os conoza; porque el que bien os conosce, os ama; y el que os ama, de sí se olvida, y ama á vos mas que á sí. Y esta es la causa, Señor, porque yo os amo poco, porque os conozco poco. Venid pues á mí, ¡oh mi gran tesoro! venid, deseo de mi ánima; venid, fortaleza de mi vida. ¡Oh fuente de dulzura, manjar del ánima, lumbre del entendimiento! alumbrad, Señor, este ciego, dad de comer á este hambriento, curad este enfermo, vestid este desnudo, visitad este encarcelado, redemid este captivo y siervo de tantos tirannos, cuantas pasiones lo tienen cercado, y cuantos pecados tiene cometidos. Porque pues vos, Señor, mandastes á los hombres, que son abismo de miserias, usar desta misericordia, vos que sois abismo de misericordia haced conmigo lo que nos mandastes hacer con los otros. Que vivis y reinais en los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO IX.

Segundo aviso: de la discrecion y templanza que en estos ejercicios santos se debe tener.

El segundo aviso es acerca de la moderacion y templanza que en estos sanctos ejercicios se debe tener; porque hay algunas personas á quien nuestro Señor se communica con muy larga mano, las cuales de tal manera y tan sin rienda se dan á estos ejercicios, conti-

(*a*) Psal 22. (*b*) Orat. Manassæ Paral. vit.

nuando mucho la oracion, y entregándose tanto á estos fervores y consolaciones, que vienen á estragar la salud y la complexion, y hacerse inhábiles, así para estos mesmos ejercicios, como para todos los demas. Y esto aun acaesce mas veces, cuando con ello se junta descuido y maltratamiento del cuerpo, y demasiada atencion y fuerza en la oracion, por recoger el corazon, y echar fuera las moscas de los vanos pensamientos. Porque esta atencion y fuerza, cuando es demasiada, suele hacer notable daño á la salud. La razon desto es, porque la virtud de nuestra ánima es como el agua de una fuente, que se reparte por diversos caños; de donde viene á ser, que cuanto mas agua invía por los unos, tanto ménos tiene que repartir por los otros. Pues desta manera, si nuestra ánima se empleare toda con demasiada atencion en la consideracion y trato de las cosas divinas, no acudirá á la obra de la digestion y gobierno del cuerpo; y con la continuacion desto vendrá á estragarse la complexion. De lo cual Sant Bernardo se quejaba de sí mesmo, diciendo que con demasiados rigores de abstinencias habia inhabilitado su cuerpo para no poder servir tan cumplidamente á los oficios de la religion; segun que en su vida se escribe.

Pues por esa razon debe el hombre tener tiento, así en el mal tratamiento de su cuerpo, como en la continuacion y vehemencia de sus ejercicios, para que de tal manera se entregue á estas visitaciones y consolaciones de nuestro Señor, que tenga respecto al daño que con la demasía desto puede la naturaleza recebir; la cual cuanto mas da de sí en un oficio, tanto ménos le queda para los otros. Verdad es que en esto unos han menester freno, y otros espuelas; porque unos son muy mas amigos de sí mesmos, y otros ménos; y así cada uno mida esta necesidad conforme á la amistad ó enemistad que se tiene.

Por lo cual es aquí menester mucha consideracion y tiento, porque nadie se engañe consigo mesmo. Y si á alguna parte se hubiere de acostar, mas sea contra sí, que por sí. Porque siempre se ha de tener por sospechosa la naturaleza del amor proprio.

Mas aquí se ofresce una duda grave acerca de algunas personas á quien nuestro Señor se communica tan liberalmente, y con tanta abundancia de lágrimas y consolaciones, que apénas han levantado el corazon á Dios, cuando sus ojos se hacen fuentes de lágrimas, y su corazon como cera blanda, que al fuego deste divino amor se derrite. Porque si estos del todo se entregan á este ejercicio, corre el peligro que tenemos dicho; y si por otra parte cierran las puertas á la gracia (mayormente cuando ella los previene y los busca sin ser buscada), parece que resisten al Espíritu Sancto, y al Esposo celestial que los llama. Pues en este caso ¿qué se hará? A esto responde Sant Buenaventura en un tratado que escribió de la Perfeccion á una hermana suya, con grandes salvas, diciendo que en este caso le parece que el hombre debe con humildad y discrecion divertirse algun tanto destas sanctas consideraciones y ejercicios, y comer deste manná celestial por tasa y por medida, por no destruir la naturaleza. Porque mas vale gozar de Dios á la larga, aunque sea ménos, que gozar agora mucho, y despues perderlo todo. Ca muchos (dice él) habemos visto que por no haber tenido esta moderacion, vinieron á estragar la complexion de tal manera, que ni les quedó cabeza ni estómago para nada. Los cuales vinieron despues á amarse mucho, y á procurar con demasiado estudio la salud que mal guardaron; por donde vinieron despues á vivir no solo mas delicadamente, sino mas disolutamente. Esto dice Sant Buenaventura, y esto baste para esta materia. Por la cual entenderá el hombre que como hay gula corporal, así hay gula espiritual, y que tambien puede haber peligro y demasía en la una como en la otra, aunque el peligro sea muy desigual.

CAPITULO X.

Tercer aviso: del cuidado que se debe tener de todas las virtudes.

Aunque toda la doctrina deste libro principalmente se ordena al amor de Dios, mas con todo esto no debe el hombre poner los ojos de tal manera en sola esta virtud, que se olvide de las otras, mayormente de los oficios que se requieren para servir y proveer á las necesidades de nuestros prójimos; porque el que así no lo hace, ni alcanzará uno ni otro. Porque como la caridad sea reina de todas las virtudes, y tenga general señorío y mando sobre ellas (como ya dijimos), conviene que todas estén á punto para obedecerá sus mandados. Porque así como tiene nuestra ánima necesidad de los instrumentos y órganos de los sentidos y miembros para hacer sus operaciones (porque en vano tendria ella estas habilidades, si no tuviese órganos diputados con que las ejercitase), así tampoco morará la caridad en el ánima, si no estuvieren las otras virtudes, para que cuando ella quisiere usar de su imperio y oficio, halle las otras virtudes dispuestas para ejecutar sus mandados. En lo cual se ve claro cómo trabajan de balde los que quieren alcanzar esta virtud sin la ayuda y compañía de las otras; pues esta, señora y reina de las virtudes, no se halla sin la casa real y servicio de todas ellas, que son como sus oficiales. Así que, hermano mio, ó lo has de tomar todo, ó dejar todo; porque no se da lo uno sin lo otro.

Y aunque para esto sea necesario trabajar por todas las virtudes, pero mas particularmente por algunas que parecen entre sí contrarias, aunque realmente no lo son, pero son muy diferentes. Esto declararé por un ejemplo. Vemos que entre las ciencias humanas, y aun en una mesma ciencia, hay una parte especulativa, que se ordena á solo saber y especular, y otra práctica, que se ordena á solo obrar; las cuales son tan diferentes entre sí, que pocas veces se halla un mesmo letrado diestro en ambas estas facultades, sino que los que son eminentes en la una, no lo son todas veces en la otra. Pues así tambien entre las virtudes, unas hay mas vecinas á la vida contemplativa, como son: leer, orar y meditar, etc.; otras mas á la vida activa, como son todas las obras de misericordia, las cuales virtudes, aunque no sean entre sí contrarias (porque así como una verdad no puede ser contraria á otra verdad, así tampoco una virtud á otra virtud), mas todavía son tan diferentes entre sí, por ser las unas mas espirituales, y las otras mas corporales, las unas como especulativas, y las otras como prácticas, que pocas veces se hallan personas que sean eminentes en las unas y en las otras. Lo cual afirma con otros muchos doctores Sant Gregorio, diciendo que pocos son los que se hallan como aquel capitan llamado Ahoth, de quien dice la Escriptura que jugaba de ambas las manos igualmente, así de la siniestra como de la diestra; lo cual nos representa que pocas veces se halla un hombre perfecto

y diestro en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, por la distancia que hay de las unas á las otras. Por donde los que son muy dados á las unas, no acuden tan bien á las otras. Porque los que siguiendo la vida contemplativa andan siempre como águilas volando por lo alto, y tratando con Dios, con pesadumbre decienden á tratar en las bajezas de los hombres; y por el contrario los que están acostumbrados y habituados á estas, hallan muy dificultoso el recogimiento del corazon, y subida á las otras.

Pues el que desea hacer enteramente lo que debe, y ser perfecto siervo de Dios, y tener mas cuenta con la divina voluntad que con su propria consolacion, para todo esto ha de estar aparejado, diciendo con el Salmista (*a*): Aparejado está mi corazon, Señor; aparejado está mi corazon, conviene saber: aparejado á volar por el cielo, y aparejado á andar por los agujeros de la tierra; aparejado para reposar con vos, y parejado para trabajar con el prójimo; aparejado para gozar de vuestras consolaciones, y aparejado á llorar las miserias de mis hermanos; aparejado finalmente para el ocio de la caridad, y aparejado tambien para los negocios que pide la necesidad de la caridad. Así pues ha de estar aparejado para todo, de tal modo, que aunque esté arrebatado sobre los cielos, debe de bajar de allí, cuando supiere que padescen trabajos sus hermanos, y darles benignamente los oídos, y ayudarlos en todo lo que pudiere, no mirando á ellos en ellos, sino considerando á Dios en ellos, por quien hace lo que hace, conosciendo que aunque pierda en esto sus gustos, no por eso pierde á Dios, sino que deja á Dios por Dios. Y acabada esta obra, torne adonde ántes estaba, y prosiga lo que hacia, como si nunca lo hubiera interrumpido. Desta manera he visto yo algunas personas, y especialmente me acuerdo de un religioso lego, el cual tenia el servicio de todo un monasterio á su cargo, y no paraba un punto dende la mañana hasta la noche, acudiendo á todos los negocios de casa con todo cuidado y silencio; y acabado el trabajo continuo del dia, así acudia á prima noche, y á la madrugada, á su oracion tan profunda y tan prolija, como si todo el dia estuviera aparejándose para ella. Desta manera pues debe el siervo de Dios ser como un caballo revuelto, que sepa ir, y sepa tornar, como se escribe de aquellos sanctos animales de Ecequiel, que llevaban el carro de Dios (*b*), los cuales iban y volvian tan lijeros como relámpagos. Así pues debe el siervo de Dios acudir á los prójimos, y volver con presteza á Dios, esto es, á las obras de la vida activa, y á los ejercicios de la contemplativa.

Mas entre todas estas virtudes particularmente se debe procurar la prudencia y discrecion, como guia y lumbre de las otras virtudes, y como hermana y compañera de la perfecta caridad. Porque de la caridad nasce el fervor de espíritu, y el celo de la honra de Dios, las cuales virtudes tienen necesidad del freno de la discrecion, mayormente el fervor, que sin ella no sería fervor, sino furor; y por eso tiene necesidad esta virtud de tener á su lado estos ojos y este perpetuo correctivo que la modere y gobierne. Porque por eso en la órden de aquella jerarquía celestial, despues de los serafines (en quien resplandesce la caridad) están luego los querubines, en quien mora la sabiduría de Dios; para que por aquí se vea cuán vecinas y hermanadas han de estar entre sí estas dos virtudes, por la necesidad que la una tiene de la otra. Préciese pues el amador de Dios mucho desta virtud, y ninguna cosa tenga por conveniente para la caridad, que sea contraria á la discrecion. Esta resplandezca en sus palabras, en sus obras, en sus respuestas, en sus movimientos, en sus propósitos, y consejos y en todo lo demas; para que ella dé luz á todas sus obras: y acuérdese del testimonio que el bienaventurado Sant Antonio dió desta virtud, tratando della en un ayuntamiento con aquellos padres del yermo, la cual puso en la cabecera de otras muchas virtudes.

(*a*) Psal. 107. (*b*) Ezech. 1. el 10.

CAPITULO XI.

Cuarto aviso: de la fortaleza y diligencia que se requiere para alcanzar el amor de Dios.

Dice el Salvador en el Evangelio, que el que ha de edificar una torre, primero mira la calidad del edificio que quiere hacer, para que conforme á eso apareje el caudal y los materiales que para él se requieren; y el rey otrosí que quiere dar batalla á otro rey, primero procura saber las fuerzas y potencia de su contrario, para ver las que él ha menester para rendirlo. Y generalmente, quien quiera que ha de hacer alguna cosa grande, primero mide y tantea la grandeza della, para que conforme á esto se apareje. Así tambien el caminante que quiere saltar algun grande arroyo, primero mira la grandeza dél, para que conforme á esto tome la corrida y el aliento con que lo ha de saltar. Todas estas comparaciones arman á nuestro propósito. Porque aquí primeramente pretendemos edificar una torre que llegue hasta el cielo, que es el amor puro de Dios, el cual no busca mas que á solo Dios, y en él solo reposa. Aquí tambien pretendemos dar una batalla campal contra todo el reino del amor proprio, para que vencido él, reine el amor de Dios. Aquí tambien intentamos dar un salto, el mayor de cuantos se pueden dar, que es deste amor proprio hasta el amor divino, que son dos extremos mas distantes y contrarios entre sí que los dos polos del mundo. Pues quien tan gran salto ha de dar, bien se ve cuán de léjos ha de tomar la corrida, y con cuánto aliento y fortaleza se ha de aparejar para esta empresa.

Para cuyo entendimiento es de saber que el estado en que el hombre quedó por el pecado, es como el de un reino en que hubiese dos reyes, uno legítimo y natural, el cual estuviese desarmado y arrinconado con solos sus criados; y el otro tiranno y usurpador de lo ajeno, el cual estuviese con un gran ejército apoderado del reino y de todas las fuerzas dél. En este caso, quien quisiese restituir este rey natural, tiene necesidad de dos trabajos: el uno de armar y reforzar á este que está flaco y desarmado, y el otro de desarmar y enflaquecer al enemigo, para que no prevalezca contra este. Porque á ser las fuerzas y las lanzas iguales, fácil cosa fuera con pequeño socorro acostarse á la una parte, y prevalescer contra la otra. Lo cual no ha lugar aquí por la desigualdad de las partes.

Pues en este estado quedó el hombre miserable por el pecado; porque donde ántes el espíritu, que es el legítimo y natural señor, estaba tan poderoso, y el cuerpo con todos sus sentidos muy subjecto y obediente, agora volvióse el negocio al reves; porque el espíritu está del todo debilitado y tirannizado, y el tiranno, que es el

cuerpo, está tan poderoso con tan fuertes apetitos y pasiones, que no hay en el mundo cosa que pueda contra él. Lo cual nos representa muy al vivo aquel furioso endemoniado del Evangelio, que atado fuertemente de piés y manos con cadenas, todo lo hacia pedazos, y se soltaba, sin haber cosa que pudiese con él. Porque ¿qué leyes, qué obligaciones, qué vínculos bastan para prender las pasiones y deseos de nuestro apetito, y hacerlo estar á raya? Ni cuantas leyes Dios ordenó, ni cuantas promesas y amenazas les añadió, ni cuantos diluvios y tempestades invió, bastaron para enfrenar este tiranno, hasta que el mesmo Hijo de Dios le prendió y enclavó consigo en la cruz.

Mas por el contrario, los deseos y afectos que nuestro espíritu tiene, ¿cuán flacos y cuán débiles son? Y teniendo estos deseos por materia los bienes espirituales y celestiales, merecedores de ser deseados y procurados con tan grande agonía cuan grandes ellos son, ¿con qué tibieza los deseamos? Con qué pereza los procuramos? Con qué pesadumbre nos movemos á ellos? Y ¿cuán poco es lo que ponemos de nuestra casa por ellos, dando tantas vueltas, y corriendo tantos mundos, y tragando tantos peligros y trabajos por cualquier de los otros bienes temporales?

En lo cual se ve claro cuán desiguales están las lanzas y los poderes destos señores, aunque el uno sea natural, y el otro tiranno; porque los apetitos y deseos del uno son como de un hombre sano y muy sano, y los del otro son como de doliente, y tan doliente, que apénas puede sacar la voz del pecho, y que apénas puede dar por sí un paso. Si no dime: ¿qué mayor flaqueza que no poder dignamente invocar el nombre de Jesus, ni tener un sancto pensamiento, sino con especial ayuda del Espíritu Sancto (*a*)? Pues en esta tan grande pobreza y necesidad está nuestro espíritu. Y si aun quieres ver esto mas palpablemente, haz que se propongan dos objetos, á estos dos apetitos, delante, uno de carne y otro de espíritu; mira de la manera que arde el apetito sensual, cobdiciando el que es de carne, y cuán helado está el apetito racional, deseando el que es espíritu, y por aquí verás claramente la desigualdad de ambos. Pues estando el hombre en tal disposicion, y habiendo nascido y criádose toda la vida en esta exempcion y soltura, ¿qué virtud será menester para volver este negocio al reves, y hacer que el apetito sensual esté como helado y muerto para todas las cosas que ántes apetecia, y por el contrario, el apetito racional arda con el deseo de las cosas para que ántes estaba muerto y helado? Pues por aquí se ve claro la dificultad grande que hay en este negocio. Porque no basta para restituir al hombre fortalecer los deseos del espíritu, si no enflaquecemos tambien los de la carne; de tal manera, que todos los deseos y movimientos que nuestro espíritu ha de tener para las cosas espirituales sean vehementísimos, y los que nuestra carne tuviere para las cosas corporales sean debilísimos y casi ningunos. Pues ¿quién será poderoso para hacer estas dos mudanzas tan grandes? Quién hará deste flaco, fuerte, y deste tan fuerte, flaco? Quién debilitará la potencia de la carne, siendo ella tan poderosa, y quién esforzará la parte del espíritu, siendo ella tan flaca? Quién templará los fuegos del estío, y hará como un rocío de frescura las llamas del horno de Babilonia, y dará calor á las nieves del invierno?

(*a*) 1. Cor. 12.

¿Quién podrá hacer que el fuego enfrie y la nieve caliente, ó que el fuego descienda para bajo, y la tierra suba para arriba? Verdaderamente nadie puede hacer esto sino Dios; ni tampoco estas dos mudanzas de que hablamos puede hacer otro sino él. El solo puede diminuir la potencia de nuestra carne, y esforzar la flaqueza de nuestro espíritu, y quitar el esceptro de las manos al amor proprio, y entregarlo en poder del amor de Dios: para que así se deshaga la comun injuria y tiranía de la naturaleza humana, mandando quien ha de mandar, y sirviendo quien ha de servir.

Mas aunque esta sea obra de Dios, no deja de ser esta empresa de grande dificultad para el hombre; pues en él se han de hacer estas dos mudanzas de ambas naturalezas, tan distinctas entre sí, como son carne y espíritu. La cual acrescienta aun mas la antigüedad de nuestra malicia. Porque en cierta manera se puede con verdad decir que es mas antigua que el mesmo hombre, porque el hombre no es hombre hasta que se le infunde el ánima racional, mas la semilla desta malicia ya está en la mesma carne del hombre, ántes que esta ánima se le infunda; por razon de la cual se contrae el pecado original, que es autor de todos estos males. Porque deste pecado procede nascer el hombre vueltas las espaldas á Dios, y convertido á sí mesmo, amándose desordenadamente á sí mas que á Dios. Pues siendo esto así, ¿quién podrá curar males tan antiguos? Quién podrá echar de su posesion tan antiguos poseedores? Quién podrá despedir de las entrañas del hombre lo que tiene orígen primero que la mesma naturaleza perfecta del hombre?

Item mas: cierto es que entre las cosas naturales la mas natural es amar el hombre á sí mesmo, y buscar lo que le cumple, y huir lo contrario, como dice Tulio (*b*). Pues entre las pasiones naturales del hombre, así como esta es la primera, así es la fuente de todas las otras. Por lo cual se compara con ellas, como el corazon con los otros miembros del cuerpo, que es el que primero vive y á la postre muere; porque todos los otros miembros reciben vida dél: y así el amor proprio es la pasion que primero vive, y la que á la postre muere; porque todas las otras pasiones nascen della, y reciben vida della.

Y esto es aun lo que hace mas dificultoso este negocio. Porque como este amor tiene tantas raices cuantas maneras de bienes desea, ya se ve cuán dificultoso será arrancar un arbol que con tantas raices está preso, pues es necesario que se corten todas para arrancarlo; porque una sola que quede por cortar, basta para sostenerlo. Y así habemos visto algunas personas, que despedido de su corazon el amor de todas las cosas del mundo, solo el amor demasiado que les quedó de su proprio cuerpo, fué causa que les quedase todavía en casa el amor proprio, y les hiciese mucho daño.

Mas dirás: ¿Quién tendrá brazo para arrancar tantas raices, para cortar tantas cabezas, para pelear con tantos enemigos, para vencer la mayor fuerza de naturaleza, y desterrar del seno de nuestro corazon las aficiones y deseos que nascieron con él, mayormente que estos son tantos cuantos son los bienes que se suelen desear, que son casi innumerables. ¿Pues quién será poderoso para hacer un tan general divorcio de tantos amores? Porque para esto no basta un solo divorcio, ni una sola muerte, ni una sola cruz; mas ántes son menester tan-

(*b*) Tullio de Officiis.

tas cruces cuantas son las cosas que deseamos, si desordenadamente las deseamos; porque cada uno destos deseos ha de ser por sí preso y enclavado en su propria cruz. ¿Pues quién podrá hacer tantas justicias, y mas contra tan grandes amigos? Porque ¿qué criatura hay que no ame á sí mesma? Qué cuidado hay mas vivo que el que tienen todas las cosas de su provecho? ¿Y qué habilidad é instrumento les dió la naturaleza para ello, sino este tan grande y tan vehemente amor? Pues ¿quién tendrá brazo para vencer la mas poderosa de todas nuestras aficiones, especialmente estando ella tan confirmada y arraigada con el uso de toda la vida? Porque apénas damos paso, ni ponemos mano en cosa que no sea obra del amor proprio. Por donde así como el amor de Dios con ningunas obras cresce mas que con las suyas proprias, así tambien lo hace este amor. Pues segun esto, ¿cuánta fuerza será menester para arrancar un clavo hincado en el corazon con tantas martilladas, cuantas obras de amor proprio se han hecho en toda la vida?

Todo esto abiertamente nos declara cuán grande sea esta batalla, pues el enemigo por una parte es tan poderoso, y por otra tan querido, y es dura cosa tomar armas contra quien bien quereis, y cuyas heridas no ménos duelen al que las da, que al que las recibe. No es esto vencer al mundo, sino vencer las estrellas del cielo, y enseñorearse y poner debajo de los piés todas las leyes de la naturaleza corrupta. Porque como el mayor poder que ella tiene, y la inclinacion mas fuerte que puso en todas las criaturas es amar á sí mesma, moderar esta afeccion es obra de grande dificultad.

Y si vencer una sola pasion dice el Sabio (*c*) que es mayor victoria que conquistar una ciudad, ¿qué será vencer una pasion de donde nascen todas las otras pasiones? Si tan buen brazo es menester para quebrar una sola rama deste árbol, ¿qué será menester para quebrar el mesmo tronco del árbol? Si tanto es vencer un enemigo destos (que es una destas pasiones), ¿qué será vencer todo el ejército dellas, que dentro deste amor proprio está encerrado? No se puede luego negar, sino que esta es una de las mayores batallas que hay; y por eso tal conviene que sea el ánimo con que habemos de entrar en ella, cual ella es.

§. ÚNICO.

He dicho esto tan por extenso, para desengañar á muchos de los que desean el amor de Dios, que no mirando mas que la sonada y dulzura deste nombre, les paresce que tal será el camino cual es el término del camino, y que así todo será dulzura y suavidad. Y con esto no se arman ni aperciben con aquel brio y aliento que requiere este salto tan grande. Por donde vienen despues á faltar á medio camino, porque no lo acometieron con el esfuerzo que era razon. Los tales pues deben desengañarse y entender que aunque el puerto es muy agradable, la navegacion es trabajosa: quiero decir, que aunque el amor de Dios de sí sea muy suave, el camino para él no deja de ser trabajoso, pues hay en él estas dos dificultades que dijimos: la una debilitar la potencia de la carne, y la otra fortalecer la flaqueza del espíritu; la una desterrar la demasía del amor proprio, y la otra introducir el amor divino. De los cuales como el uno sea tan natural y el otro tan sobrenatural, no sé cual sea mas dificultoso, ó vencer lo que tanto la naturaleza ayuda, ó alcanzar lo que tanto la naturaleza sobrepuja.

(*c*) Prov. 16.

Por tanto el que desea llegar al cabo con esta empresa tan gloriosa, debe acometerla por una parte con grande humildad y confianza (como ya dijimos), y por otra con grande diligencia y fortaleza, y con determinacion de no holgar, ni descansar, ni dar sueño á sus ojos hasta ver el cabo della. Y tenga por cierto que así como no será coronado sino el que legítimamente peleare, así no alcanzará la corona del amor de Dios, si no hubiere destruido el reino del amor proprio. No se dió á los hijos de Israel el manná del cielo hasta que se les acabó la harina de Egipto, ni á nadie se dará la suavidad del amor divino, sino al que hubiere despedido de sí los regalos del amor mundano. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías en pocas palabras, cuando hablando de cada una de las ánimas, dice (*d*): Sacúdete del polvo, levántate, y asiéntate, Hierusalem: quita las prisiones de tu cuello, captiva hija de Sion. En las cuales palabras da á entender el Profeta, que primero es menester sacudir de sí el polvo de las cosas terrenas, y quitar de encima del cuello las cadenas de las aficiones mundanas: y desta manera nos podrémos levantar sin impedimento á la contemplacion de las cosas divinas, y asentarnos en el reposo y holganza dellas. Desta manera pues, hermano mio, se alcanza con los trabajos el descanso, con las batallas la corona, con las lágrimas el alegría, con la victoria la libertad, y con el perfecto amor de Dios el desprecio y odio sancto de sí mesmo.

Y puedes tener por cierto que no solo para este intento principal, mas para todos los medios que para él se requieren, es tan necesaria esta fortaleza y diligencia, que ni un solo paso se puede dar en este camino, para que no sea esto necesario. Porque los medios que para esto sirven son los ejercicios de las virtudes, y como en todas ellas haya dificultad y trabajo, para todas es necesaria fortaleza, vencedora de los trabajos.

Por tanto haga cuenta el hombre que le dice Dios, como á otro Moisen (*e*): Toma esta vara en la mano, con la cual has de hacer todas las señales que fueren necesarias para sacar á mi pueblo de Egipto y llevarlo á la tierra de promision. Pues así tambien tome él esta vara de virtud y fortaleza en las manos, y nunca la suelte dellas, porque con esta ha de obrar todo lo que fuere necesario para salir del reino del amor proprio, y llegar al reino del amor de Dios. Esta es una sentencia que á cada paso repite Salomon en sus Proverbios, en los cuales tira siempre saetas al perezoso, y alaba al esforzado y diligente.

Y si preguntares, cómo podré yo vencer tan grandes dificultades como aquí se han propuesto, á esto te respondo que ese mesmo amor de Dios que buscas, te irá poco á poco ayudando, segun que arriba lo declaramos y probamos con ejemplos.

Al fin deste capítulo quiero advertir que como sea verdad que la caridad con ningunas obras crezca mas que con las suyas proprias (como ya está dicho), porque estas son las mas excelentes y mas meritorias; pero con esto se debe notar que entre estas obras de amor, aquellas sirven mas para este propósito, que son mas fervorosas y mas perfectas. En lo cual se verá cuánto hace al caso servir á Dios con fervor de espíritu, como lo hacen los esforzados y diligentes, y no con flojedad y tibieza,

(*d*) Isai. 52. (*e*) Exod. 4.

como lo hacen los regalados y perezosos. Por lo cual dijo Salomon (f): El camino de los perezosos es como quien anda sobre espinas, mas el de los justos es llano y sin ningun barranco. Dando á entender que los perezosos, como son tan enemigos de trabajos, cuan amigos de sí mesmos, siempre andan hurtándoles el cuerpo, y recelando si les hará daño esto, si lo otro, y así andan como quien va sobre espinas, mirando con atencion donde ponen los piés por no espinarse; mas los justos, como no tienen tanta cuenta consigo sino con Dios, pasan lijeramente por estos inconvenientes, por hacer su sancta voluntad. En lo cual paresce claro cómo la dificultad de los caminos no la hacen tanto los caminos cuanto la prontitud ó negligencia de los ánimos.

CAPITULO XII.

Quinto aviso: de la virtud de la perseverancia.

El postrer aviso es de la virtud de la perseverancia: la cual como sea un singular don de Dios, que no cae debajo de merescimiento, y sea necesaria para todo lo bueno, señaladamente lo es para conservar y acrescentar en nuestros corazones este divino amor, hasta llegar á su debida perfeccion. Porque así vemos generalmente que todas las cosas á la larga llegan á su deseado fin. Así hinche la hormiga su granero en el tiempo del verano, llevando grano á grano su provision. Así acaba el araña la tela que hace para cazar, añadiendo un hilo á otro. Así hinche la abeja su colmena de cera y miel, andando de flor en flor, cogiendo lo uno y lo otro; y así finalmente teje el avecica su nido en lo secreto del árbol, juntando una pajita con otra. De suerte que aunque los materiales sean pequeños, la continuacion y perseverancia porfiada hace que se dé cabo á la obra.

Pues desta manera el deseoso del amor de Dios ha de andar siempre trabajando por acrescentarlo, añadiendo á cada paso fuego á fuego, amor á amor, devocion á devocion y virtud á virtud; para que con estos continuos acrescentamientos vaya siempre en crescimiento lo que desea. Por donde así como los que andan cebados en ajuntar algun tesoro, de todas las cosas toman ocasion para acrescentarlo, y todo cuanto hallan, luego lo llevan á su alcancía, ya el real, ya el medio, ya el ducado (porque todo les sirve para hacer el monton mayor), así tambien lo debe hacer el amador de Dios, tomando ocasion todas horas de todas las cosas que hay en el mundo, para levantar su corazon á Dios y acrescentar el tesoro de su amor, el cual así cresce con estos sanctos movimientos, como el tesoro con cualquier pieza que le acrescientan. Todas las cosas perfectas y acabadas que en este mundo viere, sírvanle de espejo para ver en ellas la hermosura de Dios; y todas las feas y abominables, para ver la fealdad del pecado. Todos los bienes que hay en el mundo tome por beneficios de Dios; pues en todos ellos tiene su parte, y no ménos todos cuantos males hay en él; pues en todos ellos pudiera él caer, si no fuera por él. Desta manera el sol, la luna, las estrellas, los campos, los montes, los valles, los rios, las fuentes, la mar, la tierra, las flores, las aves, los árboles, el dia claro y la noche serena y sosegada, le darán motivo para alabar á Dios y para ver en todas las cosas algun rastro dél. Sobre todo esto podrán despertar su corazon las cerimonias sagradas, los oficios divinos, y las dulces voces y cantos de la Iglesia, que suavemente suenan; como Sant Augustin escribe (a), que al principio de su conversion le movian grandemente. Todas estas cosas le han de ser estímulos para ir á Dios, espejos en que vea su hermosura, libros en que lea su sabiduría, y predicadores que le enseñen el camino del cielo, y despertadores que le abran los ojos y le hagan acordarse de Dios.

Y aunque muchas veces levantando el corazon á lo alto, no sienta en su ánima aquel calor y devocion que desea, no por eso piense que caresce de fructo lo que no se siente; porque muchas veces son estos aprovechamientos secretos é invisibles á los ojos de los hombres, aunque no á los de Dios. Mas ántes, así como el árbol cresce sin que nadie le sienta crescer, así el hombre aprovecha con todos estos sanctos movimientos, sin que él sienta su aprovechamiento. Porque ninguno dellos hay con que no se merezca gracia y gloria, y con que no se haga alguna impresion en nuestra voluntad, inclinándola á lo bueno, y ablandándola y disponiéndola para el amor de Dios. Por lo cual dicen los doctores, que así como los tiros de artillería que baten un muro, aunque no dén con él en tierra, todavia lo atormentan y disponen para que los postreros lo derriben, y asimesmo cada gota de agua que cae sobre una piedra, aunque no basta para cavarla, basta para que las otras la caven, que caen despues della; así tambien todos estos pensamientos y deseos á lo ménos sirven para ablandar nuestro corazon y disponerlo para cosas mayores.

Y si me preguntares, en qué género de cosas principalmente se debe tener esta perseverancia, á esto respondo, que en todas cuantas hasta aquí habemos dicho en este tratado, porque todas á una sirven á este propósito; pero señaladamente en tres. La primera en la guarda de sí mesmo, que es andar con una perpetua atencion y cuidado, mirándose á las manos para no desmandarse en palabras, ni obras, ni pensamientos, ni en cosa que discrepe de la voluntad de Dios. La segunda en andar en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos presente, y levantando las mas veces que pudiere el corazon á él con toda la humildad y reverencia, y con breves oraciones y movimientos de amor. La tercera en tener sus tiempos ordenados para sus ejercicios y oraciones, á la mañana, ó á la noche, ó al mediodía, ó en todos estos tiempos, trabajando por no cortar este hilo, ni faltar en este ordinario, si no fuere en caso de obediencia ó de alguna otra obligacion semejante.

§. ÚNICO.

De cómo el siervo de Dios ha de perseverar en los buenos ejercicios, aunque no sienta gusto ni devocion.

Y aunque muchas veces en esto no sienta gusto, ni devocion, sino guerra de pensamientos, ni por eso debe desistir de su ejercicio, sino hacer eso que buenamente pudiere, batallando con sus pensamientos, y llamando humilmente al Señor. Y crea que esta batalla le será materia de una gran corona, y aunque él no sienta aquí provecho, no por eso deja de aprovechar, y por ventura tanto mas seguramente, cuanto él ménos lo siente. Acuérdese que la porfía de la oracion (en la cual con ardientes deseos pedimos mercedes á Dios) es figurada por aquella lucha del patriarca Jacob: para que este vocablo de lucha nos dé á entender la batalla que allí se pasa muchas veces, por una parte perseverando y porfiando

(f) Prov. 15.

(a) Lib. 9. Conf. c. 6.

con Dios para que nos dé lo que pedimos, y por otra peleando con los vanos pensamientos que allí se ofrescen, para que sea mas pura nuestra oracion.

Y si algunos dias le fuere forzado cortar el hilo de sus ejercicios por necesidades que se ofrescen en la vida (la cual toda dice Séneca que es un perpetuo servicio), no por eso del todo afloje, ni desista en su corazon desta intencion y propósito, para que así pueda, acabada la ocupacion, con mayor facilidad tornarse á Dios, como hace el caminante cuidadoso, que aunque entre en la venta á comer y reposar, todavia está con el bocado en la boca, y con el corazon en el camino, pensando en lo que tiene andado, y en lo que le queda por andar, de suerte que no todo él come, ni todo está en la posada; pues estando con el cuerpo quedo, con el espíritu anda el camino. Pues así el amador de Dios nunca esté todo en todas las cosas; porque así quede alguna parte de sí desocupada para Dios. Use deste mundo, como si no usase (*b*); compre, como si no poseyese, para que nunca su espíritu se entregue de tal manera á los negocios, que del todo se olvide de su principal negocio.

He dicho esto tan por extenso, porque hay algunos (y pluguiese á Dios no fuesen muchos), que continúan sus ejercicios y propósitos algunos dias, y despues por cualquier ocasion que se les ofresce, desisten dellos, los cuales acabados los negocios, tornan á comenzar como de primero, y tornando á cansar, vuelven otra vez á aflojar, y así se les pasa toda la vida en comienzos. Los que desta manera andan, son como árboles que en muchos lugares se trasplantan, los cuales como en ninguno echan hondas raices, así en ninguno dellos medran, y siempre se están como revejidos y desmedrados, casi de una mesma manera. Si un hombre tomase á pechos subir una piedra por una ladera arriba á la cumbre de un monte, y despues de subida ya un pedazo, se cansase y soltase la piedra, y la dejase rodar hasta bajo, y despues tornase otra y otra vez á hacer lo mesmo, nunca jamas, por mucho que trabajase, acabaria de poner esta piedra en su lugar. Pues tales son los que cada tres dias aflojan, y cada tres dias comienzan, y toda la vida se les va en esto, los cuales son como parras de siete veces, que siempre dan fructo y nunca lo maduran. Y si alguna vez hubiere de descansar, sea de tal manera, que aunque no pase adelante, á lo ménos trabaje por no volver atras, y torne, no á comenzar de nuevo, sino á proseguir su camino comenzado, y desta manera presto llegará al término que desea.

La gallina que ha de sacar los pollos de los huevos, está sobre ellos con tanta perseverancia, que ni por buscar de comer, ni por muchos gusanicos que la comen viva, los desampara, ántes acaesce algunas veces hallarla muerta sobre los huevos; porque mas quiere morir que dejarlos enfriar: tan grande es la perseverancia que para esto le dió el autor de la naturaleza. Mas la que muchas veces se levanta y deja los huevos enfriar, nunca los sacará á luz. Pues esta perseverancia ha de imitar el siervo de Dios, en cuanto le sea posible, si desea alcanzar la divina union y transformacion de su ánima en Dios. Porque si tan grande continuacion es menester para hacer de los huevos pollos, ¿cuánta será menester para hacer de un hombre Dios? Trabaje pues por perseverar debajo de las alas de este Señor, recibiendo siempre en su ánima las influencias de su divino amor; porque él es el autor desta transformacion. La cera amarilla se pára blanca como la nieve, dejándola estar al sol, y así lo hace el ánima del justo cuando persevera en la presencia de los resplandores y rayos del sol de justicia.

(*b*) 1. Cor. 7.

Muchos mas avisos habia que escrebir en esta segunda parte (porque esta materia es infinita, y así es casi infinito lo que della está escripto), mas lo que aquí falta, queda reservado para la enseñanza del Espíritu Sancto, que no ménos tiene oficio de alumbrar el entendimiento, que de encender la voluntad, y asimesmo al magisterio de la oracion, que tambien es gran maestra de la vida espiritual. Lo cual fácilmente creerá y entenderá el que se da á este ejercicio con la pureza de intencion y diligencia que debe. Ca por experiencia ve que cuando trae la vida concertada, y guardados los sentidos y el corazon de las imágines, y aficiones, y cuidados del mundo, y el cuerpo reglado y templado en el comer y beber, halla luego, y con poco trabajo, grandes tesoros y fructo en la oracion. Mas cuando en algo desto falta, ahí lo siente luego, y lo viene á pagar; y buscando la causa desto, acuérdase de todas las faltas en que cayó; y por aquí entiende lo que le aprovecha y lo que le daña, para seguir lo uno y desechar lo otro. Y desta manera la oracion (como dije) le es maestra de la vida espiritual.

CAPITULO XIII.

Preámbulo para las consideraciones siguientes.

Hasta aquí habemos tratato de las virtudes y avisos que parescian necesarios para conservar en nuestras ánimas la continua memoria de nuestro Señor, y para unir nuestro espíritu con él por actual consideracion y amor, que es lo que pertenescia á la segunda parte deste libro. Agora para ayuda desto mesmo pondrémos aquí algunas consideraciones que muevan nuestro corazon á su amor. Y porque arriba señalamos cuatro escalones para subir á la cumbre deste amor, entre los cuales el primero y segundo eran licion y consideracion de las cosas que nos podrian encender en su amor (como son los beneficios y perfecciones divinas), para este propósito servirán las consideraciones siguientes, en las cuales se trata de lo uno y de lo otro. Porque las primeras siete consideraciones que aquí se ponen, tratan destos beneficios, y las otras siete de las perfecciones divinas, las cuales podrá el deseoso deste sancto amor repartir por los dias de la semana, para tener cada dia nuevo pasto y nuevos motivos que lo despierten á este sancto amor.

Mas esta licion ha de ser sosegada, afectuosa y devota, y acompañada con la meditacion y consideracion de lo que hubiere leido: para que considerando profundamente y muy de raiz las causas y motivos grandes que le obligan á amar á nuestro Señor, se encienda su corazon en su amor.

El fructo desta licion y consideracion será concebir en su ánima un conoscimiento claro de los grandes beneficios y perfecciones divinas, y de las grandes obligaciones y razones que tenemos para lo amar. De donde resultará que cuando quisiere despertar y levantar su corazon al amor deste Señor, tendrá con esto grandes motivos con la representacion de todas estas obligaciones y razones que tiene para lo amar.

Siguense siete devotas consideraciones sobre los beneficios divinos.

CONSIDERACION PRIMERA: DEL PRIMER BENEFICIO DE LA CREACION.

Entre las cosas que mucho mueven el corazon á amar, una de las mas principales es la de los beneficios recebidos. La razon es, porque (como dicen los filósofos) el bien es de suyo amable; mas cada uno se inclina á amar mas su proprio bien. Pues por esto el que desea encender su corazon en amor de Dios, debe ejercitarse muchas veces en la consideracion de sus beneficios, que son proprios bienes del hombre. Los cuales aunque sean innumerables, aquí los reducirémos á cierto número, para mayor facilidad do los que en este piadoso ejercicio se quisieren ocupar. Y aunque desta materia habemos tratado en otros muchos lugares (porque para todos los buenos intentos es ella necesaria); pero ella es tan rica y tan copiosa, que aunque siempre se trate, siempre hay cosas nuevas que della se puedan decir. Porque ¿qué lengua ni escripturas habrá que basten para agotar el piélago de las misericordias y beneficios de Dios? Y ¿en qué otro ejercicio podemos y debemos emplear mejor toda la vida, que en la consideracion dellos? Pues en este lugar tratarémos dellos, para inflamar nuestros corazones en su amor.

Mas para entender mejor la grandeza destos beneficios, conviene levantar primero los ojos á considerar la alteza del dador, y nuestra bajeza; porque tanto es mas de estimar el beneficio recebido, cuanto es mayor el que lo da y menor el que lo recibe, mayormente cuando lo da de gracia.

Pues si quieres conoscer algo de la grandeza deste bienhechor, no es menester mas de que levantes los ojos al cielo, y mires la grandeza y hermosura desa obra que él crió; que ella te dirá sin palabras cuál sea la grandeza y el poder del autor que la hizo. Grande es el poder de aquel Señor que con solo querer y mandar, sacó estos cielos á la luz, del abismo de su infinita fecundidad, y que si agora quisiese, haria otros millares de cielos mayores y mejores que esos, con mayor facilidad que tú puedes abrir y cerrar los ojos.

Pues la grandeza de su saber no solo paresce claro en el órden y concierto maravilloso de todo el universo, sino tambien en cada una de las partes y criaturas de que está poblado, dende la mayor parte hasta la mas pequeña. Porque si miras el artificio y la fábrica del cuerpo de un mosquito y de una abeja, ó de algun otro animalico, por pequeño que sea, y los instrumentos y habilidades que cada una destas criaturas tiene para buscar su vida, en cada una dellas verás cosas que te pongan en admiracion.

Pues qué tan grande sea su bondad, su majestad, su hermosura, su misericordia, su dulzura, su benignidad y su clemencia, sobrepuja todo lo que se puede decir, y todo lo que los entendimientos criados pueden comprehender.

Pues este Señor tan admirable es el que dende este lugar tan alto tiene puestos los ojos en tí, vil gusanillo, y el que con inestimable caridad te hace tantas mercedes. Si miras bien quién es él y quién eres tú, no digo yo el hacerte tales mercedes, mas un pedazo de pan que te diese, siendo él el que lo da, y tú el que lo recibe, era digno de inestimable agradescimiento por la excelencia del dador. Con este espíritu y sentimiento se maravillaba el sancto Job de los beneficios de Dios, cuando decia (*a*): ¿Quién es, Señor, el hombre, que vos tanto engrandesceis y poneis en él vuestro corazon? Solo el acordarse Dios del hombre, y dar lugar en aquel sagrado pecho á cosa tan baja, es de grande admiracion para quien siente algo de la grandeza deste Señor; pues ¿qué será haber hecho por él lo que hizo? Si espanta el querer acordarse Dios del hombre, ¿cuánto mas espantará hacerse hombre por el hombre, y morir por él en cruz?

Debes pues considerar en cada uno de los beneficios divinos estas tres circunstancias: conviene á saber, quién lo da, y á quién lo da, y por qué causa lo da. ¿Quién? Dios. ¿A quién? Al hombre. ¿Por qué causa? Por pura gracia y amor. Pues este tan grande y tan admirable Señor, que de nadie tiene necesidad, sino de sí solo, sin pretender nada, ni esperar nada de tí, por su sola bondad y magnificencia, *ab æterno* ante todos los siglos (si eres del número de los escogidos) te amó, y te quiso bien, como dice Sant Pablo (*b*), y dende entónces se determinó de criarte en el tiempo que á él le plugo, para hacerte beneficios inestimables, y despues hacerte participante de su mesma gloria. Y si quieres saber cuáles y cuántos beneficios sean estos, apareja agora los oídos de tu ánima, y comienza á oir.

§. ÚNICO.

Primeramente considera cómo este tan gran Señor con este amor susodicho te sacó del no ser al ser, y te crió á su imágen y semejanza. Abre los ojos para conoscer esta dignidad, que es ser, no huella y rastro del Criador (como las otras criaturas), sino imágen y semejanza suya; que es ser substancia intelectual como él, y tener libre albedrío y conoscimiento como él; para que teniendo semejanza con él en la manera del ser, y del vivir, y del obrar, vengas despues á ser un hermosísimo retrato y traslado de aquella infinita hermosura.

Y porque esta gloria no fuese transitoria, y se acabase con el tiempo, dióte perpetuidad en ese sér; para que ansí fueses perpetuamente bienaventurado y capaz de aquella inmensa eternidad. De manera que todas las otras criaturas no hacen mas que dar una vista al mundo cuando nascen, y de ahí á poco desaparescen; mas tú saliste del no ser al ser, para nunca mas volver al no ser; sino gozar siempre aires de vida.

Y si todo esto te paresce poco, entiende siquiera por aquí la grandeza de tu dignidad; que eres de tanta capacidad y nobleza, que ninguna cosa criada puede bastar á tu deseo, sino es la grandeza de aquella infinita majestad. Mira cuán grande es el seno de tu capacidad, y cuán grandes espacios y regiones están dentro de tí encerradas; pues ni los cielos ni la tierra bastan para poblallos, sino sola aquella inmensa eternidad. Esta excelencia te dirá quién eres, y para lo que eres, y lo que debes de buscar, y en lo que debes entender. Solo Dios te puede hartar; todo lo demas embarazarte puede, mas no hartarte. Pues á solo este busca; que este solo es el esposo y centro de tu ánima, y el cumplimiento de todos tus deseos, y tu último fin. Este solo es para tí, y tú eres para él (*c*): y pues él quiere á tí, debes tú tambien querer á él. ¡Oh maravillosa dignidad de nuestras ánimas! El Rey de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, cuya majestad los cielos y la tierra re-

(*a*) Job. 7. (*b*) 1 Tim. 1 (*c*) Cant. 2.

verencian, con cuya sabiduría los coros de los ángeles se alumbran, de cuya bondad el colegio de todos los bienaventurados se mantiene, este tal, ó ánima mia, desea morar contigo, y quiere aposentarse en tu palacio. Apareja pues y adorna tu tálamo, hija de Sion, y recibe á tu Rey y Hacedor en él; con cuya presencia se alegrará y enriquecerá toda tu familia, porque no se irá tal huésped sin dejar á su huéspeda enriquecida y proveida de grandes dones; por lo cual dice Sant Bernardo (*d*): ¡Oh dichosa el ánima que cada dia alimpia su corazon para recebir á Dios en él! La cual cierto no terná necesidad de nada; pues tiene en sí al autor de todas las cosas. ¡Oh bienaventurada el ánima en la cual Dios halló descanso y morada! La cual puede ya decir (*e*): El que me crió, descansó en mi morada; porque á la tal no se negará el descanso del cielo, pues ella aparejó á Dios en la tierra lugar de descanso.

Mira tambien despues del ánima el cuerpo que el Señor te dió, proveido y adornado en tantos órganos y sentidos; porque si eres justo apreciador de sus dones, hallarás que tantos beneficios te hizo en este beneficio, cuantos miembros y sentidos te dió. Y si quieres ver lo que vale cada uno, mira la falta que te haria uno dellos si te faltase; y por ahí verás la merced que te hizo quien de todos te proveyó. Si por caso perdieses un ojo, ¿cuánto amarias á quien te lo restituyese? Y si por algun delicto merescieses que te lo sacasen por justicia, ¿cuánto amarias á quien te lo conservase? Pues no merece ser ménos amado quien al principio te lo dió, y despues de dado te lo conserva, habiendo tú muchas veces merescido perdello, por haber usado dél contra su servicio.

Y si estas cosas te parescen pequeñas, mira siquiera la grandeza del amor con que las dió; pues es cierto que no con ménos amor te da las cosas pequeñas que las grandes. Porque así como el padre no da con menor amor al hijo un vestido, que una rica heredad (porque lo mucho y lo poco da con un mesmo amor de padre), así aquel Padre eterno no da con ménos amor á sus hijos las dádivas pequeñas que las grandes; por donde no debe ser ménos amado por las unas que por las otras, pues todo lo da con un amor.

Mira pues, ó ánima mia, lo que debes al Señor, que con este amor te quiso criar; aunque sabía él muy bien cuán mal se lo habias de agradescer, y cuántas cosas habias de hacer contra su voluntad; y dale muchas gracias por este beneficio, reconosciendo que en el cielo ni en la tierra no tienes otro que te sea tan verdadero Padre como él.

CONSIDERACION SEGUNDA: DEL SEGUNDO BENEFICIO DE LA GOBERNACION Y CONSERVACION DE LA VIDA CORPORAL.

Considera tambien el segundo beneficio, que es de la gobiernacion y conservacion. Un beneficio es haberte dado el sér, y otro es, despues de dado, conservarlo; aunque no es otro el que lo conserva que el que lo dió. Todo es de una mesma mano, y todo nasce de un principio. De manera que si un punto cesase deste oficio, luego te volverias en aquella mesma nada de que fuiste criado.

Discurre pues por todos los pasos de la vida que has vivido, y verás cuántos beneficios encierra en sí este solo beneficio. Cuando estabas en el vientre de tu madre, encerrado en tan estrecho aposento, ¿quién miró por tí allí para que no te ahogases y fueses uno de los abortivos que primero mueren que nazcan, sino solo aquel que te guardó hasta agora, y te dió adelantado este beneficio, para que despues se lo pagases con agradescimiento, diciendo con el Profeta (*f*): Dende el vientre de mi madre tú eres, Señor, mi Dios; no te desvíes de mí?

Al tiempo del parto, cuando ya salias á esta luz, donde tantas criaturas perescen, las cuales mas paresce que nascieron para penar que para vivir; ¿quién te guardó á tí para que no fueses deste número?

Despues acá, dime, ¿de cuántos peligros y casos repentinos te habrá librado, en que caen cada dia los hombres, así en la mar como en la tierra? ¡Oh si pudieses alcanzar cuántas ocasiones destas previno el Señor con su piadosa providencia, atajando los males que te pudieran ocurrir, de que tú no puedes tener noticia! Pues ¿de cuántas maneras de enfermedades y lisiones tambien te habrá librado, en que ves cada dia caer otros hombres? No pases agora, ruégote, así de corrida por este beneficio; porque sin dubda es digno de singular agradescimiento. Dime: ¿qué enfermedad ó lision puede tener un hombre, que no la pueda tener otro hombre? Si por hijo de Adam, todos somos hijos deste padre; si por el pecado original, todos somos concebidos en él; si por pecados actuales, todos somos pecadores; si por ser nuestro cuerpo compuesto de humores contrarios (cuyas contradicciones y guerras vienen á dar sobre nuestra cabeza), todos somos desta masa. Pues ¿por qué aquel es cojo, y este manco, y otro ciego, y otro tullido, y otro sufre los dolores de la gota, y otro los de la ijada, y otros otras infinitas maneras de dolencias, con que pasan los dias y las noches con perpetuo gemido, sin una hora de alegría, y sin ser señores de beber un jarro de agua; y á tí hizo el Señor tan señalada gracia, que te diese una bula de exempcion general de todos esos males, y te hiciese señor de todos tus miembros, y te diese vida con alegría? No se puede casi señalar otra causa desto, sino solo su gracia y misericordia. Pues ¿cuánto debes al Señor por esta causa? Si estuviesen diez malhechores en la cárcel para ser justiciados, y siendo tú uno dellos, el rey te hiciese á tí solo merced de la vida, dejando á los otros en poder de la justicia, ¿qué tanto le debrias por esta gracia? Pues no es menor gracia, que siendo tú pecador como los otros hombres, y meresciendo de justicia el azote de los otros, que te quite Dios de las manos de los verdugos, dejando á los otros en ellas; cosa es esta de singular privilegio, y así meresce agradescimiento singular. Si esto sabes considerar, todas cuantas enfermedades y miserias vieres en todo el mundo (que son mas que las arenas de la mar) tendrás por beneficios proprios; y todas te serán estímulos de amor, para que ames á aquel que tantos beneficios te hizo, de cuantos males ves que te libró.

Demas desto no será razon que eches en olvido el pasto y mantenimiento cuotidiano que el Señor te da; pues el sancto patriarca Jacob (*g*) no olvidaba este pequeño beneficio con los otros mayores. Mas ¿qué mucho es que lo agradezca el Patriarca, pues lo agradescia Cristo, Señor de los patriarcas? El cual cada vez que comia, daba gracias al Padre por aquella comida que comia, aunque

(*d*) Bern. Medit. sive de Anima, cap. 1. prop. finem. (*e*) Eccl. 24.

(*f*) Psal. 21. (*g*) Gen. 28.

no fuese mas que un pan de cebada. Mira por qué se ponia á dar gracias quien tanto mayores gracias habia recebido. ¿Cómo creerémos, ó fidelísimo Señor, que agradescíades los otros beneficios mayores, pues así agradescíades este tan pequeño? Mira lo que suele costar el mantenimiento ordinario á muchos hombres, y por aquí verás lo que tú debes á Dios, si por ventura te lo dió á tí sin tanta costa. Unos lo compran con sudor de su rostro, otros con peligro de su ánima, otros con perpetuos cuidados y afliccion de espíritu, y otros aun con peligros de muerte; y muchos hay que apénas por todos estos medios adquieren lo necesario para la vida; y tú por ventura hallarás cada dia la mesa puesta y proveida de todo lo necesario, con ajenos cuidados y solicitud. Esto pedia á Dios el patriarca Jacob, y por esto se obligaba á servirle toda la vida (*h*); pues por esto vemos que unos hombres sirven á otros como esclavos; por donde mucho mas era razon servir al Criador, que da todo esto con lo demas.

Discurre tambien por todas las criaturas del mundo; qué si las miras atentamente hallarás por cierto que tú eres el fin de todas ellas, y que todas fuéron criadas para tu servicio. Todas ellas son como partes de la heredad que Dios te dió, y como diversas vituallas que se proveyeron para tu mantenimiento, y como alhajas del ajuar y casa en que Dios te puso. Mira pues cuán grande sea aquella bondad que de tantas cosas proveyó á quien no se lo habia merescido; y pues aun habiéndolo con tantas culpas desmerecido, todavía persevera en hacernos bien sin cesar. ¿Cuántas veces estarás tú jugando, jurando y perjurando, y estará él en aquella mesma hora lloviendo en tus sembrados, y en tu viña, y en tu dehesa para darte todo lo necesario, lo cual si á mano viene, vendrás á gastar en su deservicio? Cuántas veces estarás tú durmiendo, y traerá Dios en esa hora el avejica apresurada por montes y valles, revoleando sobre las flores, para allegarte hacienda, y criarte los panares de miel con que te regales? ¡Oh bondad infinita! Oh bondad invariable, que con tantos pecados y maldades, no puede ser de nadie vencida, para que se olvide de quien es, y deje de hacernos mercedes!

Mas no bastó, Señor, á vuestra piedad emplear en nuestro servicio estas criaturas mas bajas que están acá; sino tambien ocupais en esto aquellas mas altas que están sobre los cielos, que son los ángeles, los cuales tambien deputastes para nuestra utilidad y remedio. Gran dignidad es por cierto tener tales ayudadores, tales defensores, tales maestros y tales medianeros. ¡Oh si pudieses ver con cuánta alegría acompañan los que oran, y con cuánto cuidado velan sobre los que pelean, y con cuánta devocion presentan nuestras oraciones á Dios; cómo estimarias en mas este beneficio!

Cata aquí pues cómo todo este mundo sirve á tu conservacion, y cómo todas las criaturas dél son como los pechos del ama á quien Dios encomendó tu crianza. Mira pues no seas tan niño que desconozcas la madre que te parió, por el ama que te cria; porque esa ama no te criara, sino porque esta madre se lo mandó. Los perdigoncillos reconoscen en la voz á la verdadera madre que puso los huevos, y en oyéndola, dejan á la falsa que los sacó y los criaba, y se van tras la verdadera; pues ¿cómo tú no dejas al mundo, aunque él te haya sustentado y regalado, por seguir á tu verdadero Hacedor y Criador?

De lo susodicho paresce claro cómo tanto son los beneficios hechos al hombre, cuantas son las criaturas del mundo, pues todas ellas fuéron criadas para su servicio. Mas si tú quieres hacer otra cuenta no ménos provechosa que verdadera, hallarás por cierto que tantos son los beneficios hechos al hombre solo, cuantos son los hechos á todas las criaturas del mundo; porque todos los beneficios que se hacen á ellas, mas de verdad se hacen al hombre que á ellas. Esta es una de las mas dulces y verdaderas consideraciones que se pueden tomar de las criaturas. Dime: la hermosura y virtud del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de las flores, y de los árboles, y de las piedras preciosas, ¿á quién aprovechan mas, ó deleitan mas, á sí ó al hombre? Del olor y de la hermosura y virtud de la rosa ¿quién se aprovecha mas ó se deleite mas, el hombre ó ella? De manera que aunque ella tiene la gracia, otro es el que la goza; y así él es el que recebió este beneficio, y no ella. Si no dime: cuando un padre manda hacer una vestidura preciosa para su hija, aquel beneficio ¿á quién se hace, á la vestidura, ó á la hija? Por do paresce que una cosa es la que recibe la hermosura, y otra á quien se hace la gracia; pues la hermosura es de la vestidura, y el beneficio es de la hija; y así ella es la obligada al agradescimiento della. Si esto sabes considerar, todas las hermosuras y perfecciones de las criaturas ternás por beneficios tuyos; pues todas no ménos se hicieron para tu regalo y provecho, que el padre la vestidura rica para la hija. De donde vendrás á entender que el beneficio ajeno es mas tuyo que del mesmo que lo posee, y por consiguiente tú eres mas obligado á agradecello.

La mesma cuenta has de hacer de las habilidades que este Señor dió á todas las criaturas para su provision y defension; porque si todas ellas son para tu servicio, está claro que todos los beneficios que se hacen á ellas, se hacen á tí. Si un padre toma á su cargo la casa y familia de su hijo para sustentalla y proveella de todo lo necesario, claro está que este beneficio mas se hace al hijo que no á su familia; ó por mejor decir, no se hace á la familia, sino al hijo. Porque, como dijo Sant Augustin (*i*), lo que no se ama por amor de sí, sino por otro, no se ama.

Mira pues cuánto mas debes al Señor de lo que pensabas; pues por aquí se ve que todos los beneficios hechos á todas las criaturas, á tí los hace; porque esto es como sustentar la familia que te ha de servir, mantener el ganado que te ha de mantener, y proveer de vestido, y de calzado, y de armas, y medicinas á los criados que te han de servir. Y pues todo esto se hace por tí y para tí, todos estos son beneficios tuyos, aunque vengan colados por otras manos. Por lo cual entre los beneficios divinos alaba á Dios el Profeta, diciendo (*k*), que produce en los montes feno y yerba para servicio de los hombres; porque este pasto, aunque no sea del hombre, es de las bestias que sirven al hombre. Pues desta manera entenderás cómo todo lo que sirve á los peces de la mar, y á los animales de la tierra, y á las aves del aire, á tí sirve; pues tú eres el que te has de servir de todo.

De aquí nasce tambien aquella tan dulce considera-

(*h*) Gen. 28.

(*i*) Aug. Soliloq. c. 19. (*k*) Psal. 146.

cion que apuntó el Apóstol, cuando dijo que todo lo que todas las criaturas producen y trabajan, para tí lo trabajan. Para tí enreda y trama el gusano hilador la seda. Para tí lleva hojas y fructo el árbol hermoso. Para tí fructifica la viña, y la huerta, y el olivar con todas las otras arboledas y frescuras del campo. Para tí corre siempre sin cesar el agua de la fuente clara. Para tí calienta sus huevos la perdiz y la gallina. Para tu recreacion hace y deshace su rueda el pavon hermoso. Para tí le dieron habilidad al pollico recien nascido, que aun no estando acabado de formar en el huevo, sepa ya vivir por sí, y mantenerse por su pico. Finalmente todas las habilidades y trabajos de todas las criaturas, si bien lo miras, beneficios tuyos son. El vellon de lana que cria la oveja, beneficio tuyo es. La leche, y los cueros, y la carne que cria la vaca, beneficio tuyo es. Las uñas y armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es. La música del ruiseñor, y de las otras aves que cantan á la primavera, beneficio tuyo es. ¡Oh cuán grande campo tienes aquí para tender los ojos, y espaciarte por todas las criaturas, pues todo cuanto hay en ellas es como un sobre escripto que dice á tí: Contigo lo ha Dios, á tí habla, á tí lo dice, á tí quiere enseñar, y despertar, y predicar, y atraer á sí por todos estos medios! Pues ¿cómo entre tantos resplandores y muestras de su bondad no le conosces? Cómo entre tantos beneficios no le amas? Cómo entre tantas voces con que te llama no le oyes? Cómo nunca preguntas en tu corazon alguna vez: ¿Quién es este que de tantas mercedes me tiene cercado? Quién es este que por tantas vias se me descubre? Quién es este que por tantos caminos me quiere atraer á su amor? Quién es este que con tantos argumentos y testigos se me quiere dar á conoscer? Quién es este que en tanto me estima, que todas las cosas crió para mi servicio? Quién es este que por su sola bondad, sin habérselo yo servido, ha querido hacerse como pastor de mi ganado, y mayordomo de mi hacienda, y defensor de mi familia, médico de mis criados, y procurador de todos mis negocios? Pues ¿cómo entre tantos beneficios no es amado? Cómo entre tantas muestras de quién es, nos desaparece? Cómo ofresciéndosenos en todas las criaturas, no lo hallamos? Cómo obrando tantas maravillas no le conoscemos? Mayor maravilla es esta que todas las otras maravillas: porque este es el efecto de la corrupcion del pecado, hacernos tan ciegos, que entre tantos resplandores no veamos; y tan insensibles y desconocidos, que entre tantas llamas de beneficios no nos quememos. Maravilla fué de Dios que estando los tres mozos en medio del horno de Babilonia no se quemasen (*l*), y maravilla es tambien, no de Dios, sino del demonio, que estando nosotros en medio de tantas llamas de beneficios divinos, cuantas criaturas hay en este mundo, no se abrasen nuestros corazones en amor de quien tanto bien nos hace.

CONSIDERACION TERCERA: DEL BENEFICIO INESTIMABLE DE LA ENCARNACION Y NASCIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR, Y DE OTROS PASOS DE SU VIDA SANCTÍSIMA.

Adóroos, Señor mio Jesucristo, Rey de los cielos, lumbre del mundo, Señor de los señores, príncipe de paz, virtud de Dios, y sabiduría del eterno Padre. Adóroos, reconciliador de los hombres, abogado de los pecadores, refrigerio de los trabajados, consuelo de los afligidos y galardon de los justos. Adóroos, pan de vida, medicina del ánima, Redemptor del mundo, alegría del cielo, sacrificio agradable, hostia pacífica, que con la suavidad y olor de vuestras virtudes inclinastes los ojos del eterno Padre á que mirase nuestras miserias, y oyese nuestros gemidos, y nos recibiese en su gracia. ¡Oh piadosísimo Jesu! aquí vengo á confesar esta inestimable piedad de que usaste con nosotros sin habérosla merescido, y á ofresceros sacrificio de alabanza por todos los beneficios que tuviste por bien hacer á esta mala semilla, vasos de ira, hijos reprobados, siervos sin provecho, y merescedores de muerte. Porque siendo tales cuales éramos, inclinastes vuestros ojos dende lo alto á mirar nuestras miserias, y vistes la afliccion de vuestro pueblo, y descendistes á libertallo. Y siendo verdadero Hijo de Dios, que sustentais todas las cosas con vuestra virtud, y las regis con vuestra sabiduría, ante cuyo nombre se arrodilla toda la naturaleza criada; con todo eso no os desdeñastes de inclinar la alteza de vuestro poder á la cárcel tenebrosa deste siglo, y haceros participante de nuestras miserias, y vestiros del saco de nuestra mortalidad, para consumir con vuestro poder nuestra flaqueza, y trocar nuestra mortalidad en eternidad, y lavar nuestros pecados con vuestra sangre, y restituir nuestra naturaleza á la inocencia perdida.

Y no quisistes enviar para esto ninguno de los ángeles, ó de los querubines, ó serafines; sino vos mesmo quisistes venir de voluntad del Padre (cuya bondad infinita se nos descubrió en vos, que sois imágen y palabra suya), no mudando el lugar que teníades, sino ofresciendo á nuestros ojos vuestra presencia por medio de vuestra sancta humanidad. Para esto decendistes del seno del Padre en las entrañas de la Madre, en las cuales por sola virtud del Espíritu Sancto fuistes concebido con tan grande maravilla, que ni perdiste nada, con la humanidad, de la gloria del Padre, ni desminuistes nada, con el nascimiento, de la virginidad de la Madre. ¡Oh maravillosa é incomprensible contratacion! El Señor de la gloria juntó su altísima divinidad con la bajeza de nuestra humanidad. El Hacedor de las criaturas no se desdeñó de tomar forma de siervo, y no solo de siervo, sino tambien de pecador. ¡Oh amantísimo Jesu, qué tan grande fué la caridad que en esta obra nos mostrastes! No os contentastes con ser nuestro Señor, Criador y protector, sino tambien os heciste nuestro compañero, nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Desta manera se humilló el Salvador, y así en cabo de los nueve meses vino á salir del tálamo virginal á este mundo, con toda la muchedumbre de sus misericordias. Allí ponen á Dios en un pesebre, tiéndenlo en aquella tan humilde cama, envuélvenlo en pobres pañales, y cuando se desatan las fajas, extiende aquellas dichosas manos y brazos por aquella cama tan estrecha. ¡Oh humildad inefable! Oh pobreza inestimable! Oh amor incomprehensible! Mira cómo está en un pesebre aquel Dios tan grande que hinche cielos y tierra; cómo está envuelto en pañales aquel para quien es angosta la anchura de los cielos; cómo está colgado de los pechos de una doncella aquel de quien depende toda la naturaleza criada; cómo se man-

(*l*) Dan. 3.

tiene con un rayo de leche el que da pasto á todas las criaturas; cómo llora en la cuna el que truena en los cielos; á cuya voz se humillan y encogen sus alas los poderes angélicos. ¿Para qué tan humilde, para qué tan pobre quisistes nascer, Dios mio, sino para comenzar la primera leccion de vuestra doctrina, que es la humildad, la cual es principio y fundamento de todas las virtudes?

Pues ¿qué diré de vuestra pobreza? En tanta manera os hecistes pobre, que aun para este nascimiento no tuvistes un solo rinconcillo proprio en que fuésedes albergado, sino un establo; y aun este tomó prestado la sanctísima Madre vuestra, de unos pobres animales. ¿Cuál criatura hubo jamás en el mundo tan pobre, que cuando pariese, viniese á poner su hijo en un pesebre entre las pajas y el heno, y entre el bao de las bestias, por falta de otro refrigerio? Pues tal posada escogió para si el Hacedor del mundo, y tales regalos tuvo aquel sagrado parto. El palacio es un establo, la cuna es el pesebre, la cama es el heno, y la púrpura real unos pobres pañales; y criados no se compadecen con este tan pobre aparato. La Madre es la comadre, y la señora, y la criada, y el todo de aquella casa; ella es la que sirve al hijo, la que le da la teta, y lo arrolla, y lo adora, y lo abraza, y lo arrima á sus pechos virginales.

Demas desto, ¿qué corazon habrá, Señor mio, que no se mueva á amor y devocion, considerando no solo esta tan extremada pobreza, sino tambien el amor inestimable que aquí nos mostraste, cuando tan pobre os hecistes para vos, y tan rico para nosotros? De los hombres es enriquecer á otros con su pobreza; porque es menester que quiten de sí lo que han de dar á otros. Mas vos, Señor, ¿qué necesidad teníades de empobreceros para enriquecernos? Tomastes mi humanidad para darme vuestra divinidad, hecistes os hijo del hombre, para hacerme hijo de Dios: para que yo fuese por gracia lo que vos érades por naturaleza; y allende desto pusistes os en un pesebre para haceros manjar de bestias, siendo vos pan de los ángeles. Porque ¿quién son los hombres, sino aquellas bestias de quien dijo el Profeta (*m*): Pudriéronse las bestias en su estiércol: esto es, en la corrupcion de sus pecados? Pues por los hombres hechos bestias os pusistes vos en ese pesebre, y os hecistes heno (pues toda carne es heno), para que allí os hallasen las bestias en su proprio lugar. Vistes á los hombres hechos carne, y que no sabian amar sino carne, y por esto os hecistes carne, en la cual les pusistes tanta suavidad, que de durísimo corazon será quien no os amare con todas sus entrañas.

Pues ¿quién podrá explicar los trabajos que en esa carne sanctísima padescistes, los caminos que anduvistes, y los ejemplos de virtudes que en todo el discurso de vuestra vida sanctísima nos distes? ¿Qué fué toda vuestra vida, sino una luz y un dechado perfectísimo de toda virtud? Por donde cuando quiero conoscerme, miro en vuestra sanctísima vida como en un espejo resplandesciente, y ahí veo claro lo que me falta. Ahí hallo verdadera obediencia, profunda humildad, voluntaria pobreza, inefable pureza, maravillosa paciencia, constante perseverancia, longanimidad grande, y sobre todo, incomprehensible caridad, y aquella virtud de que mayor necesidad tiene nuestra miseria, que es vuestra gran misericordia; y finalmente todas cuantas virtudes yo puedo desear, aquí las hallo como escriptas y debujadas en una tabla muy acabada. Porque verdaderamente vos sois aquel libro que el Profeta vió escripto dentro y fuera (*n*); pues toda vuestra vida sanctísima, en lo que descubria por de fuera, y en lo que encerraba de dentro, está llena de maravillosas doctrinas y virtudes, y sin duda quien estudiare en este libro y lo comiere, como el Profeta (*o*), hallará en él bocados de oro. Pues ¡oh clementísimo y dulcísimo Señor! ¿qué os puedo yo dar por tantos beneficios? Verdaderamente si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adam, y todos los dias y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fuéron y serán, todo esto sería nada para pagar el menor destos beneficios. Y pues nada desto puedo, y vos, Señor, hecistes todo esto para que yo dello me aprovechase, suplícoos querais añadir otra gracia á todas estas gracias: que es, darme conoscimiento y agradescimiento de tales beneficios, y amor ardentísimo á quien tanto bien me hizo, y cuidado y diligencia para saber aprovecharme dellos.

CONSIDERACION CUARTA: DEL BENEFICIO INESTIMABLE DE NUESTRA REDEMPCION.

Dicen los sanctos doctores que para entender algo del beneficio inefable de la pasion y muerte de nuestro Redemptor, debemos considerar estas cuatro principales circunstancias que en ella hubo, conviene saber, quién padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce, y por qué causa lo padesce. Porque cuanto mas claro conosciéremos la calidad de cada una destas circunstancias, tanto crescerá mas en nuestras ánimas la admiracion desta obra, y el agradescimiento deste incomparable beneficio.

Pues comenzando por la primera, levanta los ojos á considerar quién es este Señor que padesce. Mas ¿quién podrá responder á esta pregunta, pues el que padesce es Dios? ¿Quién es Dios? El solo lo sabe, y él solo lo dijo en una palabra eterna que habló, que fué su unigénito Hijo. De manera que cuan léjos está la criatura de ser Dios, tanto lo está de poder declarar qué cosa es Dios. Pues ¿cómo diré yo, Señor mio, quién sois vos? Diré lo que vos dijistes á un profeta (*p*): Yo soy el que soy. Vos sois un sér infinito que de nadie procede, sino de vos mesmo; y fuera de vos no hay cosa que tenga sér de sí, sino de vos, que sois el principio y fuente del sér. Todo el que tiene sér está colgado como de un hilico de vuestra sola voluntad. De nada lo hecistes todo con vuestra omnipotencia, y sin ayuda de nadie lo conservais todo por vuestra bondad, y en nada lo volveríades todo, si os pluguiese, con solo querer. Vos solo sois el que sois, y todo lo que es comparado con vuestro sér, no tiene sér. Las estrellas no resplandescen en vuestra presencia, los ángeles no son limpios en vuestro acatamiento, toda la hermosura ante vos es fealdad, todo poder es flaqueza, todo saber es ignorancia, toda bondad es defecto; porque no hay nadie bueno sino vos. Vos solo sois bueno sin defecto, sabio sin error, poderoso sin contradiccion, dadivoso sin accepcion de personas, justo sin movimiento de pasion, magnífico sin detrimento y grande sin comparacion. Es tan grande vuestra hermosura, que quien os piensa de alabar

(*m*) Ioel. 1.

(*n*) Ezech. 2. (*o*) Ezech. 3. (*p*) Exod. 3.

cumplidamente, escurece vuestra gloria, y quien se compara con vos, pierde la suya. Pues ¿qué diré de vuestra grandeza y onmipotencia? Todas las cosas obrais, y no os dividis: siempre obrais, y siempre estáis quieto; donde quiera estáis, y en ninguna parte faltais. Este tan gran poder declarastes vos, Señor, al sancto Job (*q*), representándole la grandeza de vuestras obras por estas palabras: ¿Dónde estabas tú cuando ponia yo sus fundamentos á la tierra, cuando la cargaba sobre sus cimientos perpetuos, cuando me alababan las estrellas de la mañana, y cantaban mis alabanzas todos los hijos de Dios? ¿Quién puso puertas á la mar, cuando sus aguas como de un vientre prorumpian? Quién es el que derrama la lúz por los aires, y reparte los calores sobre la tierra? Quién dió su corrida al torbellino de las aguas, y quién abrió camino para los truenos sonorosos? Quién es el padre del agua lluvia, y quién engendra las gotas del rocío de la mañana? ¿De cuyo vientre salieron las heladas, y quién las hace caer de lo alto? ¿Quién suspende las aguas en las nubes para que no caigan de lleno sobre la tierra? Por su virtud y fortaleza se ayuntaron los mares, y por su prudencia fué derribado el soberbio; el espíritu suyo hermoseó los cielos, y entreveniendo su mano poderosa, salió á luz la culebra enroscada.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra Majestad? Mirais la tierra, y hacéisla temblar; tocais á los montes, y hacéislos arder; mandais á la mar, y levanta sus ondas; llamais á las estrellas, y obedescen á vuestro llamado. Los señoríos y poderes angélicos os aderan; los mas altos serafines encogen ante vos sus alas, y se tienen por unos viles gusanicos: pues ¿qué diré, Dios mio? ¿Cómo podré decir quién sois? Confiesen os, Señor, vuestras obras, y vuestros sanctos para siempre os bendigan (*r*): prediquen los cielos vuestra grandeza, las estrellas vuestro resplandor, las flores del campo vuestra hermosura, la tierra vuestra providencia, la mar y sus ondas vuestra Majestad. Vos criastes todas las cosas sin trabajo, gobernáislas sin fastidio, sustentáislas sin cansancio, y poseéislas sin necesidad.

§. I.

De lo que Dios padesció por el hombre.

Pues, ó Rey mio, déme agora licencia vuestra Majestad para que ose yo decir, mas mejor diré, para que pueda yo sentir lo que vos (siendo tal cual sois) padescistes por mí. Y mientra yo lo estuviere diciendo, estén todos los coros de ángeles arrodillados ante vos, dándoos gracias por lo que por nosotros hecistes. Vos, tan grande y tan admirable, abajastes de aquella soberana cumbre de vuestra gloria á este valle de lágrimas, en hábito de hombre pecador, donde padecistes hambre, sed, frio, cansancio, persecuciones, dolores, y pobreza tan grande, que teniendo las zorras cuevas, y las aves del aire nidos, vos, riqueza del cielo, no tuvistes donde reclinar vuestra cabeza. Naceis en un establo en compañía de bestias, ponen os en un pesebre por falta de cuna, cauterizan os con señal de pecador al octavo dia, levanta os luego persecuciones el mundo, huis á tierras extrañas, buscais el silencio de la noche escura para esta huida. No os excusa la innocencia de la edad, de los trabajos, ni se da reposo á tan delicado cuerpo, ni está ociosa la niñez en tan tiernos años. Crezca el cuerpo, y crescerán los trabajos, y entónces padesceréis cosas mayores.

¿Quién podrá, Señor, explicar aquí los cansancios y fatigas de vuestros caminos, vuestras vigilias, vuestras oraciones, vuestras piadosas lágrimas, vuestros ayunos, vuestra pobreza, vuestra hambre, vuestras persecuciones, y las injurias de todos vuestros adversarios? Contra vos hablaban y urdian traiciones los que estaban como jueces asentados á la puerta (*s*). Y sobre vos hacian coplas y cantares los que bebian vino. Finalmente, tal fué y tan acosada vuestra vida, que con mucha razon pudistes decir con el Profeta (*t*): Pobre soy yo, y ejercitado en muchos trabajos desde el principio de mi mocedad.

Pues ¿qué será si juntamos con los trabajos de la vida los de la muerte y de la cruz? Allí es presa la libertad, acusada la verdad, azotada la innocencia, escupida la hermosura, condenada la justicia, escarnecida la gloria, muerta y crucificada la vida. ¿Qué cosa mas espantable? ¡Dios muerto! Dios azotado! ¡El poder de Dios atado á una columna! ¡La imágen del Padre escupida de los malos! Finalmente, ¡Dios puesto en un palo, desnudo entre dos ladrones, en presencia del mundo! ¿Qué cosa se puede pensar de mayor admiracion? ¡Oh alteza de caridad! Oh bajeza de humildad! Oh grandeza de misericordia! Oh abismo de incomprehensible bondad! No pases adelante, ánima mia, que no hay fuerza para lo demas.

Y si para esto no bastan, ¿qué será si consideramos por quien todo esto se padesce? ¿Por quién se padesce? No por ángeles, ni por arcángeles, sino por el hombre. ¿Qué cosa es el hombre? Es una criatura, en lo que toca al cuerpo, mas flaca y miserable que todos los animales, y en las costumbres muchos hay mas brutos, y mas sucios, mas crueles y desconocidos que ellos. ¡Pues por unas criaturas tan viles muere Dios! ¡Por aquella manada de serpientes y víboras que vió Sant Pedro en aquel lienzo que bajaba del cielo (*v*)! Por unos hijos de Satanas en sus obras, derramadores de sangre, matadores de padres y madres, corrompedores de toda honestidad y justicia, quebrantadores de todas las leyes, inventores de toda maldad! Por unos ingratos y desconocidos á los beneficios de Dios, rebeldes á su obediencia, atrevidos á su Majestad, blasfemadores de su gloria! Por unas centellas vivas del infierno, cuyos corazones ni pueden ser vencidos con beneficios, ni movidos con amenazas, ni atraidos con promesas, ni domados con castigos para que teman á Dios! Por unos hombres que, no contentos con sus maldades domésticas y proprias, rodearon toda la tierra, y tomaron todas las propriedades y malicias de las fieras para imitarlas, y en todas les hicieron ventaja; siendo mas crueles que tigres, mas feroces que leones, mas carniceros que lobos, mas ponzoñosos que víboras, mas astutos que serpientes! ¡Y no contentos con haberse hecho depositarios de todos los vicios de la tierra, abajaron al infierno, y de los mesmos demonios aprendieron sus blasfemias, sus soberbias, sus invidias, y perpetua obstinacion en el mal! Y aun no contentos con haber metido en su casa tanta muchedumbre de maldades peregrinas, paresciéndoles que era poco todo esto, inventaron ellos de sí otros nuevos géneros de maldades, y de lujurias, que ni entre bestias ni demonios nunca jamas se vieron ni verán! ¡Por tales hombres, que mu-

(*q*) Job. 38. (*r*) Psal. 144.

(*s*) Psal. 68. (*t*) Psal. 87. (*v*) Act. 10.

chos dellos sin propósito y sin deleite, cansados y quebrantados ya de sus gulas y lujurias, buscan el vicio, no ya por el deleite del vicio, sino por pura maldad y costumbre depravada, aunque les sea penosa, como dijo Hieremías (*x*): Procuraron de ser malos, aunque fuese con trabajo! Pues, Señor mio, ¿por sanctificar este saco de serpientes y escorpiones moris en cruz? Por tales criaturas, tal Dios, padesceis tales cosas? La sangre se nos habia de helar, y pasmar todos los miembros, y atónitos habiamos de quedar, cuando esta bondad considerásemos. Párate á mirar, ó ánima mia, quién es Dios; y despues abájate á mirar quién es el hombre, y verás cuánto mayor es esta misericordia de lo que juzgan los hombres. Suele desvanescerse la cabeza cuando dende algun lugar altísimo mira el hombre hácia bajo alguna grande profundidad. Pues ¿qué cosa mas alta que Dios? Qué cosa mas baja que el pecador? Pues el ánima que con lumbre de Dios conosce lo uno y lo otro, y se para á considerar qué tanto se abajó aquella alteza por una cosa tan vil, no le queda huelgo ni sentido sino para dar voces con el Profeta, diciendo (*y*): Desfallescido ha, Señor, mi ánima considerando vuestra salud: conviene saber, el medio que tomastes para salvarme, que fué muerte de cruz.

§. II.

De la causa por qué Cristo padesce por el hombre.

Mas suplicoos agora, Rey mio y misericordia mia, me querais declarar cuál fué la causa que movió vuestro piadoso corazon, y lo venció á que tales cosas padesciésedes por tan viles criaturas. ¿Por ventura pretendíades algun interese, ó alguna mayor gloria ó bienaventuranza de la que teníades? ¿Qué fructo pensábades coger de sementera tan costosa? ¡Oh verdadera gracia! Oh amor desinteresado! Oh pura y sincera bondad! ¿Qué necesidad teníades vos, Dios inmenso, del servicio de las hormigas? Qué provecho os podia acarrear la salud de los hombres? No seriades Dios verdadero, si pudiésedes recebir añadidura. Así lo dijistes vos á un amigo vuestro (*z*). ¿Quién me pudo dar á mí alguna cosa primero, para que yo le deba algo? Todas cuantas cosas hay debajo del cielo mias son (*a*). Primero, dice el Profeta (*b*), que se hiciesen los montes, y se fundase la tierra y su redondez, vos érades Dios. ¿Que quiere decir, érades Dios? Erades un sér infinito, una bienaventuranza cumplida, un abismo de todos los bienes, que ni os venía de los montes, ni de la tierra, ni de nadie, sino de vos. Y así como estuvistes por infinito espacio sin el servicio deste mundo, así pudiérades estar eternalmente sin que os hiciera falta. No lo criastes para recebir algo dél, sino para dalle parte de vos. Es tan grande el mar de vuestra bienaventuranza, y nasce tan dentro de vos mesmo, que ni con este mundo, ni con otros mil mundos que criásedes, puede crescer. Todos los rios entran en la mar, y la mar no cresce; todos los cielos y las virtudes de los cielos magnifican vuestra gloria, y con todo esto no se hace mayor. ¡Oh mar Océano de todas las perfecciones! Oh abismo de infinita gloria! ¿Qué á vos con nuestras miserias? Qué á vos con nuestros dolores? Qué á vos con la columna, con los azotes, con las bofetadas, y con la cruz? ¿Por qué tantas injurias? Por qué tanto dolor? Por las entrañas, dice el Profeta (*c*), de la misericordia de nuestro Dios; por las cuales tuvo por bien visitarnos, viniendo de lo alto. ¡Oh entrañas piadosas! Oh entrañas amorosas! Oh entrañas hechas un piélago de misericordia y amor! Pues por estas tales entrañas, y no por interese ni por necesidad, os condolistes de nuestros errores, y os apiadastes de nuestro captiverio, y vistes la afliccion de vuestro pueblo, y decendistes hasta meteros entre las zarzas y espinas para librallo. No porque os lo merescieron, no porque eran vuestros amigos; sino por solas entrañas de piedad y compasion. No os puso asco vestiros de carne que de tal carne decendia; no la angostura de nuestro corpezuelo, no la bajeza de nuestra naturaleza, no las miserias de nuestra mortalidad, no el horror del establo, no la dureza del pesebre, no los malos tratamientos del mundo, ni la muerte de cruz. Abajastes del cielo, águila noble y real, no á echar las uñas en la caza para manteneros, sino para que echásemos las uñas en vos para mantenernos con vuestra carne. Fuente de amor increado, si tanta fuerza os hacia esa caridad, que queriades salir fuera de vos, y desposaros con alguna de vuestras criaturas, no teniades necesidad de abajar á la tierra de los filisteos; allá en vuestra tierra teníades criaturas mas nobles y mas propincuas á vos por naturaleza y gracia, para esto. Allá estaban las substancias angélicas con quién pudiérades desposaros: ¿para qué quisistes adeudar con los pecadores? Para qué quisistes tomar esposa de linaje de los no circuncidados, que despues os venga á poner en manos de vuestros enemigos, y os hagan morir? ¿Qué respondeis á esto, Señor mio, qué respondeis? No otra cosa mas de lo que aquel Patriarca que os figuraba respondió (*d*): Así quiero que sea; porque así fué agradable á mis ojos. Esta pues fué la causa de tan grande maravilla: que fué la gracia y el beneplácito de vuestra clementísima voluntad.

Pues ¿qué gracias os darémos, Señor, por tan grande beneficio? ¿Con qué amor amarémos á quien nos puso delante una muestra de tan incomprehensible bondad? ¿Cómo es posible haber en el mundo quien no os ame, y quien de tal beneficio se olvide? Antes, Señor, me olvide yo de mí, que de tal beneficio. Esos clavos con que vuestras manos innocentísimas fuéron atravesadas, traspasen siempre mi corazon. Ese trueque tan piadoso que hecistes, tomando sobre vos mis males, y dándome tan largamente vuestros bienes, nunca se caiga de mi memoria. Y pues vos, todo el tiempo que vivistes, deseastes la cruz en que por mí habiades de morir, todo el tiempo que yo viviere la tenga siempre delante, para habérosla de agradescer.

CONSIDERACION QUINTA: DEL BENEFICIO DEL SANCTO BAPTISMO, Y DE LOS OTROS SACRAMENTOS; Y SEÑALADAMENTE DE LA CONFESION, Y DEL SANCTO SACRAMENTO DEL ALTAR.

Muchas gracias os doy, clementísimo y benignísimo Señor, Padre mio, porque tuvistes por bien de adoptarme por hijo mediante el sacramento del sancto baptismo. ¿Qué me aprovechara haber sido criado y conservado en el sér de naturaleza, si no fuera reengendrado por este sacramento en el sér de gracia? ¿Cuántas son las criaturas, mas, cuántas las ciudades, y las provincias,

(*x*) Hierem. 9. (*y*) Psal. 118. (*z*) Isai. 40. (*a*) Rom. 11. Psal. 49. (*b*) Psal. 89.

(*c*) Lucæ, 1. (*d*) Jud. 14.

y regiones, á quien por los altos juicios de vuestra profundísima sabiduría no se communica este beneficio? Para los cuales podemos decir que no hay redempcion; pues no gozan de los sacramentos, por los cuales se aplica el mérito de vuestra sagrada pasion. Porque así como las causas universales (como son los cielos y los planetas) han menester otras causas particulares, por quien produzgan particulares efectos; así ordenó tambien vuestra providencia, que la causa universal de nuestro remedio (que es la sagrada Pasion), se communicase por medio de los sacramentos, que son como causas particulares que obran en virtud desta universal, de la cual proceden las influencias de todo nuestro bien. Pues ¿qué fuera de mí, si no fuera baptizado, sino quedarme sin redempcion y sin remedio? Y como sean tantos los que no gozan deste beneficio, y tan pocos los que lo reciben, quisistes, Padre clementísimo, que fuese yo uno destos pocos, á quien cupiese tan dichosa suerte, que pudiese decir con el Profeta (*e*): Muy esclarescida es la suerte que me cupo en el repartimiento de la tierra; porque mi heredad es muy esclarescida para mí.

Muchas gracias pues os doy, Señor, por este beneficio tan grande; porque como me alegro mucho de ser cristiano, y no moro, ni judio, ni pagano; así os alabo muy de corazon, porque por vos soy lo que soy. Si aquel sabio de Grecia daba gracias porque era griego, y no bárbaro, siendo tambien Grecia servidora de ídolos; ¿cuánto mayores gracias os debo yo dar porque soy cristiano, y no pagano; y porque adoro el verdadero Dios, y no piedras ni demonios?

§. I.

De los efectos de los sacramentos, y especialmente de la confesion.

Mas no se contentó vuestra piedad con el beneficio deste solo sacramento, de otros muchos tambien me proveistes, para que así como eran muchas mis necesidades y dolencias, así fuesen muchas vuestras medicinas y remedios. Un sacramento ordenastes para que de nuevo me reengendrase, otro para que despues de engendrado me esforzase, otro para que cuando estuviese enfermo me curase, otro para que despues de curado y sano me sustentase, y otro para que refrenase mis deleites sensuales, y otro para que ordenase mi vida, y otro para que me ayudase en la muerte. En todo me socorrió cumplidamente vuestra providencia; y como quien sabía bien mis necesidades, así proveyó para cada una convenientísimos remedios, aunque fuéron tan costosos á quien los daba, que cada uno le costó la vida: para que á costa de la vida de Dios humanado, se reparase la vida del hombre perdido.

Y dejando agora los otros sacramentos, ¿qué sacramento es aquel tan admirable á quien distes virtud para perdonar los pecados (*f*)? ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios, pues ellos son injurias del mesmo Dios, y él es el juez y la parte que ha de perdonar? Y vos, Señor, pusistes el perdon destos pecados en las manos de otro hombre pecador como yo, que mora par de mi casa; para que si hubiere hecho un pecado contra vos, por donde merecia ser desterrado del cielo, y raido del libro de la vida, en yendo á casa de mi vecino, con decírselo, y llorarlo, y proponer la enmienda dél, vuelva luego á estar en vuestra gracia, y á ser escripto en el libro de la vida.

¿Cuántos caminos es menester andar en la tierra, y cuántos rogadores se han de buscar para alcanzar perdon de la culpa que un hombre hace contra otro? Pues ¿cuánto ménos que esto basta para alcanzar perdon de Dios? ¿Cuántos martirios de médicos y zurujanos se han de pasar para curar una herida del cuerpo? Mas para curar una llaga tan mortal del ánima, no es menester mas que tener verdadero dolor y arrepentimiento de lo hecho, y propósito de emendarlo, y entrar en casa del sacerdote, y confesarle tu pecado. ¡Oh maravillosa clemencia! Oh espantosa largueza! Oh entrañas de infinita misericordia!

Mas ¿de dónde procede todo esto, sino de la satisfaccion y penitencia que vos primero hecistes por nuestras culpas? Porque vos, Señor, pagastes tan por entero, me piden á mí tan poco, porque tenian ya, primero que yo pecase, recebida la satisfaccion de mi delicto. Mas ¡oh dureza y desconoscimiento de los hijos de Adam, que aun por este precio no quieren comprar el perdon de sus pecados! ¿A qué mas bajo precio pudiera decender aquella divina justicia que obligase á perdonar la culpa, solamente por confesarla, y dolerte y arrepentirte della?

§. II.

Del beneficio del admirable sacramento del altar.

Pues ¿qué dirémos del sacramento del altar, y de las mercedes que nos hecistes en él? No bastarian para declarar esto lenguas de hombres ni de ángeles. ¿Qué cosa puede ser de tan grande admiracion, como ver aquel Señor de la Majestad, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos criados son los serafines, cuyos mensajeros son los ángeles, cuya familia es todo lo criado, que haya querido morar con nosotros en este valle de lágrimas, y tenernos compañía en este destierro, y estar para esto depositado en las iglesias, para ayudar á nuestra devocion con su presencia, y asistir á nuestras lágrimas, y darnos á entender que tan cerca está para oir nuestras oraciones en el cielo, cuan cerca de nosotros se quiso poner acá en la tierra? Allí está para que cada vez que quisieres puedas hablar con él cara á cara, y darle parte de tus trabajos, y derramar delante dél tu corazon, y tener compañía con él en tu oracion, y ver con los ojos de la fe ante tí, aquel que no es ménos piadoso que poderoso para sacarte de cualquier trabajo.

No era mas que una como sombra deste beneficio la que fué dada á los judíos en el arca del Testamento, y desto solo se maravilló en tanta manera aquel tan sabio rey Salomon, que dijo (*g*): ¡Es posible que de verdad haya Dios de morar con los hombres en la tierra! Si en el cielo de los cielos no puede caber tu grandeza, ¿cómo podrá caber en esta casa que yo te he edificado? ¡Oh misterio de grande veneracion! Oh beneficio digno de inestimable agradescimiento! Oh si supiesen estimar los hombres estas mercedes vuestras, Señor nuestro, para saber dar las gracias por ellas, y tambien para saber preciarse y aprovecharse dellas!

Mas no sé en qué manera se ciegan nuestros ojos, pues estando en medio de nosotros, no os conoscemos. Porque si conosciésemos el don de Dios, y supiésemos quién es este que está entre nosotros, ¿con qué reverencia asis-

(*e*) Psal. 15. (*f*) Lucæ, 5.

(*g*) 2. Para. 6

turíamos delante dél? Con qué confianza le presentaríamos nuestras oraciones? Con qué priesa acudiríamos á los lugares sagrados, y con qué pureza de ánimas nos aparejaríamos para entrar en los templos? Verdaderamente dende muchas leguas que viésemos un lugar sagrado, nos habíamos de humillar á él y hacelle reverencia, pues ya no es de menor dignidad el templo material que el cielo empireo, pues contiene dentro de sí el mesmo tesoro. Esta es la causa por donde ha habido en el mundo tantos sanctos y sanctas que de dia y de noche estaban en los templos acompañando con toda la corte del cielo este divino misterio, con tanta reverencia, que no se osaban ni asentar, ni arrimar á las paredes, aunque estuviesen enfermos y fatigados (como se lee de Sant Francisco), por la reverencia que tenian á este lugar sagrado.

¡Quién tuviese agora lágrimas para llorar la descortesía de nuestros tiempos, y la poca reverencia de los que andan al derredor de los altares! ¡Oh Señor, y cómo siempre cupo al mundo en suerte no conosceros! Al mundo venistes, y el mundo no os conosció; y agora tambien estáis en el mundo, y el mundo apénas os conosce. Culpamos á los judíos porque estábades en medio dellos y no os conoscian, por veros en forma de hombre, y no culpamos á nosotros, pues que estando con nosotros no os conoscemos, por estar en forma de pan.

Ruégote pues, ó cristiano lector, abras en este caso los ojos, y no te vayas tras el hilo de la gente que con tan poca cortesía asiste delante Dios. Pueda mas contigo la fe que la mala costumbre, prevalezca la verdad contra el estilo de los hombres, y venza el temor y reverencia de Dios al abuso y descortesía del mundo. Mira la reverencia con que están los hombres ante los príncipes de la tierra, y en esto verás lo que se debe á la Majestad de aquel Emperador que, cuando menea los ojos, hace temblar las columnas del cielo.

De un paje de Alejandro Magno se lee que como se le fuese acabando una candela que tenía en la mano, con que estaba alumbrando á su señor, y se le comenzasen ya á quemar los dedos, no la osó soltar, ni hacer desden con el cuerpo, por el temor y reverencia de Alejandro. Pues si tanta cortesía hacen unos gusanillos á otros; ¿cuánto mayor se debia hacer á la Majestad de Dios?

§. III.

Del beneficio de descender todos los dias Dios al sacrificio de la Misa.

Demas desto considera cómo este mesmo Señor, no contento con estar siempre en los templos y lugares sagrados, para remedio y compañía de los hombres, quiere tambien por su inmensa caridad descender cada dia del cielo á visitarnos en el sacrificio de la Misa, con innumerable muchedumbre de ángeles, para ser ofrescido por nosotros ante los ojos del Padre, y renovarle la memoria de sus servicios antiguos, para que nos haga nuevas mercedes, y no solo para esto, sino tambien para despertar en nosotros nueva devocion y alegría con su presencia, y darnos parte de los tesoros de su pasion y de su gracia. Mira pues cuán cargada viene esta celestial abeja de miel, cogida de las flores de sus llagas, para bastecer la colmena de su Iglesia, y proveella de panares de inestimable suavidad. Viene lleno de virtudes y gracias, y de todos los méritos de su sagrada Pasion; para dar parte de sí á todos aquellos que celebran y asisten á las misas con ánimas limpias y aparejadas para tales tesoros. Viene con tanta paciencia, que ninguno estará ahí tan malo, ni tan grande enemigo suyo, que no esté aparejado para recebirle, si él se quisiere emendar. Viene con tanta liberalidad y largueza, que ninguno habrá ahí tan pobre, ni tan miserable, que no esté prompto para darle, no solamente sus riquezas, sino tambien á sí mesmo. Por lo cual si los hombres tuviesen el sentido y reconoscimiento deste misterio, dende muchas leguas habian de venir solo por hallarse presentes á una misa, y hacerse participantes de tan grandes riquezas. Porque si por solo ver el sancto sepulcro (que es lugar donde estuvo el cuerpo deste Señor), se ponen los hombres en un tan largo y tan peligroso camino; y si aquellos sanctos magos vinieron dende Oriente hasta Betlem, por adorar al Señor en el pesebre; ¿qué ménos es lo que dentro de sí contiene la hostia consagrada, que lo que contenia el sancto sepulcro y el pesebre?

Y si es tan grande misericordia venir este Señor adonde tú le veas; ¿cuánto mayor es convidarte á que lo recibas? ¡Oh misericordia immensa¡ Oh communicacion de inefable bondad! El Señor de los serafines, el piélago de toda la Majestad y grandeza, para quien es pequeña casa todo lo criado, tiene por bien, ó ánima mia, no solo de visitarte cada dia, sino tambien de entrar en tu pobre choza, y cenar contigo, y tener contigo sus deleites, y darte parte de sus tesoros. Una vez vino al mundo, y muchas veces quiere venir á tu ánima á obrar en ella lo que obró en el mundo cuando vino á él. Porque así como cuando vino al mundo dió al mundo vida de gracia, así viniendo al ánima, la da la mesma vida y la mesma gracia, con la cual alumbra sus tinieblas, esfuerza su flaqueza, enciende su tibieza, quita sus culpas, repara su vida, enriquece su pobreza, y honra á todo el hombre con su divina presencia.

Pues ¿qué gracias os podemos dar, Señor, por este beneficio? En los otros beneficios distes vuestras cosas; mas en este dais á vos mesmo (que es la mayor de las dádivas), por donde ya puede mi ánima gloriarse con la Esposa en los Cantares, diciendo (h): Comido he el panar juntamente con su miel; que es, darnos este Señor todo junto, persona y bienes. Darnos los bienes era obra de Señor liberalísimo; mas darnos persona y bienes todo junto, es de amantísimo esposo. Pues ¿cómo no se derriten nuestras entrañas con esta dádiva? Cómo no desfallescen los hombres (como á muchos de los sanctos acaesció) con esta tan inestimable suavidad? ¡Oh amorosísimo y dulcísimo esposo de las ánimas! Oh clementísimo Señor! Oh benignísimo Padre! Oh fidelísimo pastor! Oh dulcísimo hermano y compañero de nuestra peregrinacion! Alaben os los cielos por este beneficio, y todas las criaturas canten siempre vuestras alabanzas y maravillas.

Mas ¿qué diré, Rey mio? ¿Con qué palabras encareceré el querer pasar por do pasais, para venir á las ánimas de los vuestros? Ya no nos maravillamos tanto de venir á do venis, como de pasar por do pasais. ¿Otra vez, Señor, otra vez volveis á otras injurias semejantes á las de vuestra pasion? Porque una de las principales ignominias della (como vos mesmo dijistes), fué ser entregado en manos de pecadores; y agora veo que cada dia

(h) Cantic. 5.

sois puesto en las manos de muchos malos sacerdotes, porque ese es el paso por donde muchas veces habeis de venir á las ánimas de vuestros amigos. Este es otro tránsito, no muy diferente de aquel por donde ya otra vez pasastes. Siempre os costó mucho, Señor, el amarnos, y vos todavía insistis en ello, teniendo en mas la dulzura del amor, que la amargura del trabajo que os cuesta. Dende el principio de vuestra eternidad amastes vuestros escogidos, sabiendo que os habia de costar la vida, y no por eso dejastes de los amar; y agora quereis entrar en nuestras ánimas, y morar en ellas, sabiendo que habeis de ser otra vez entregado en manos de pecadores; y no por eso rehusais el horror deste paso tan indigno, por venir á este aposento. Vuestro camino es para Galilea; mas es forzado pasar por Samaria, y todavía quereis pasar por la infidelidad de Samaria, por llegar á la deseada Galilea. ¡Oh espejo de limpieza en quien resplandesce toda la hermosura del Padre, en quien desean mirar los ángeles! ¿Cómo no teneis asco de poneros cada dia en manos de muchos indignos sacerdotes, y ser tratado con ellas, siendo tal vuestra pureza, que ni las estrellas del cielo están limpias delante de vuestro acatamiento? Mas todo esto vence la grandeza desa bondad y amor, tan admirable, que por todas estas dificultades rompe, por venir al ánima del innocente.

Abre pues, ó ánima, las puertas de tu corazon con presteza; mira que está dando golpes á la puerta (*i*): este dulcísimo Señor te llama, deseando morar en tí y cenar contigo. Pues no seas perezosa en levantarte de la cama de tu negligencia, para recebir la visitacion de tu remedio; que tan caro le costó á quien lo da.

Gran maldad es, Señor, que por no querernos esforzar y levantar de la cama de nuestros vicios, no nos aparejamos á recebir un tesoro tan precioso, y una medicina tan eficaz y tan costosa. No hay misericordia mayor que darnos tal beneficio tan de balde, ni miseria mayor que no querer recebir tan grande bien por tan poco trabajo.

SEXTA CONSIDERACION: DEL SEXTO BENEFICIO DEL LLAMAMIENTO Y JUSTIFICACION.

Grandes son, Señor, todos estos beneficios; mas ¿qué me aprovechará todo esto, si no me despertáredes de mi sueño, y llamáredes á penitencia? Puse tan mal cobro en aquella gracia que se me dió en el baptismo, que como el hijo pródigo, destruí toda la hacienda que allí me distes, y profané aquella casa que vos para vos sanctificastes, poniendo dentro della los ídolos de mis deleites, y ensuciándola con mis maldades. Tiempo hubo, Salvador mio, en que estúve tan ciego y tan perdido como si no tuviera ley, como si creyera que no habia Dios; donde ni me acordaba de muerte, ni de juicio, ni de otra vida; donde la ley por donde me regía eran mis apetitos, haciendo todo cuanto deseaba, y deseando todo lo que alcanzar no podia. Así se pasaron los años de mi vida, viviendo en tan espesas tinieblas, que se pudieran (como las de Egipto) palpar con las manos. ¡Oh cuán tarde os conocí, luz eterna! Oh cuán tarde abrí los ojos á miraros, hermosura tan antigua (*k*)!

Todo este tiempo me aguardastes, y me sufristes, y me esperastes, no queriendo que la muerte me tomase desapercebido. ¡Oh alteza de vuestros juicios, y grandeza de vuestras misericordias! ¡Cuántos otros hubo á quien arrebató la muerte en el fervor de sus pecados, los cuales dende entónces para siempre penarán; y á mí que era uno dellos, vuestra misericordia me guardó y dejó para esta hora! ¿Qué fuera de mí si en aquel tiempo me llamárades á juicio? Qué cuenta pudiera dar en aquel estado? ¡Oh misericordia mia y redempcion mia! Tanto conozco que os debo por esta espera tan larga (por la cual no soy uno de los condenados), como si ya estuviera entre ellos, y de allí me hubiérades sacado. Bendicta sea vuestra paciencia, por la cual vivo; y bendicta vuestra misericordia, que tanto tiempo me aguardó.

Mas no solamente me aguardábades cuando yo pecaba, mas aun muchas veces (como si yo fuera vuestro amigo) me visitábades, y con blandas y secretas inspiraciones me llamábades para vos, poniéndome delante la grandeza de mis culpas, la brevedad desta vida, la eternidad de la otra, el rigor de vuestra justicia y la blandura de vuestra misericordia. En medio de mis maldades me salteaba vuestra presencia; de manera que aun cuando yo porfiaba en buscar los deleites mundanos, y queria comer de las cebollas de Egipto, me haciades vos saltar las lágrimas de los ojos con estos bocados. Mi oficio era ofenderos, y el vuestro era despertarme; mi camino era huir de vos, como si no me fuera nada en perderos, y el vuestro era buscarme, como si os fuera mucho en hallarme. Desta manera porfiamos muchos dias; vos con beneficios, yo con maleficios; vos haciendo como quien érades, yo haciendo como quien era. Todas estas eran voces con que dulcemente me llamábades, y queríades atraer á vos. Mas cuando estas no bastaron, distes una grande voz en los oídos de mi ánima, con la cual, como con bramido de leona, me quisistes resuscitar y volver de muerte á vida. Esta es aquella voz llena de poder y magnificencia, que predicaba David en su Salmo (*l*): porque no es menor el poder que la misericordia de que usais para hacer esta obra. Porque de grandísima misericordia es perdonar los pecados, y de grandísimo poder hacer justos de pecadores.

¿Cuántos son los beneficios que se hacen en este beneficio? Aquí se perdonan los pecados, y se da la gracia y la caridad, con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto. Aquí el pecador es reconciliado con Dios, y de enemigo se hace amigo, y de esclavo del demonio hijo de Dios y heredero de su reino. Aquí es recebido el hijo pródigo en la casa del padre; aquí se da la primera vestidura, y el anillo, y el calzado, con todos los otros atavíos que pertenecen á hijo.

No puede nadie, Señor, en esta vida tener certidumbre de fe que está justificado, pues nadie sabe si es digno de amor ó de odio. Mas puede tener certidumbre moral, mayor ó menor, segun las conjecturas y señales que hay de vuestra gracia. Entre las cuales no es la menor haber desistido el hombre de la mala vida que vivía, y haber perseverado mucho tiempo sin consciencia ni afecto de pecado mortal. Pues el que por esta conjectura, ó por otras tales, tuviere esta manera de conocimiento, está obligado á daros infinitas gracias por este beneficio, y decir así: Bendicto seais vos, Señor, para siempre, dador liberalísimo de todos los bienes, y mas de vos mesmo, porque siendo yo quien soy, y viviendo como he vivido, si por vuestra misericordia

(*i*) Cantic. 5. (*k*) D. Aug. Solil. cap. 31. in fine.

(*l*) Psal. 28.

me distes el espíritu de vuestra gracia, en él me distes maestro, ayo, tutor, gobernador, defensor, consolador, y todos los bienes. Este es señal de adopcion, arras de casamiento, y prenda de la vida perdurable. Este es el autor de la gracia, con la cual el ánima que vos recebis por esposa, es vestida de fortaleza y hermosura: para que con lo uno sea agradable á vuestros ojos, y con lo otro terrible á los demonios. Bendicto sea aquel dia que tal huésped entró en mi casa (si por ventura ha entrado en ella), y bendicta sea la hora en que se abrieron las puertas de mi voluntad para recebillo. Aquel fué dia de mi nacimiento, aquel fué dia de mi salida de Egipto, aquel dia fué para mí pascua de Navidad, si en él nació en mi ánima el Hijo de Dios. Aquel dia fué mi pascua de Resurreccion, si en él resuscité de muerte á vida. Aquel dia fué para mí pascua de Pentecostes, si en él recebi el Espíritu Sancto. Maldiga Job el dia de su concepcion y nacimiento (*m*), porque en él nació siervo de pecado, é hijo de ira; yo alabaré y cantaré por este segundo dia, y pediré que siempre viva en mí su memoria, si en él tuvo por bien el Señor sacarme de pecado. Este es el dia en que cantan los ángeles por la conversion del pecador (*n*), y se alegra la piadosa mujer con la pieza de oro hallada, y hace fiesta el buen pastor por la oveja cobrada, y lloran los demonios por la presa robada. Este es el dia en que el Padre eterno recibe al hombre por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Sancto por su templo, y los ángeles por compañero, y toda la corte del cielo por ciudadano. Pues si los ángeles cantan en este dia, ¿cómo callará mi boca? Cómo se enmudecerá mi lengua? Cómo no se hinchirán mis labios de alabanzas (*o*)? Todos aquellos cantares, todas aquellas fiestas y alegrías, todos aquellos hacimientos de gracias que los profetas y los salmos piden á los hombres por la venida del Hijo de Dios al mundo, ha de ofrescer el verdadero penitente por el beneficio de su conversion; pues entónces venistes al mundo para él, cuando con este llamamiento le aplicastes el misterio de vuestra venida.

¿Con cuál de vuestros beneficios se podrá, Señor, comparar este beneficio? Grande fué el beneficio de la creacion, porque en aquel me sacastes del no ser al ser. Mas mucho mayor es el de la justificacion, porque en él sacais al hombre del sér de la culpa al sér de la gracia. En el uno le dais sér humano, y en el otro divino; porque en el uno le haceis hijo de hombre, y en el otro hijo de Dios. No solo es mas justificar al hombre que criallo, sino aun es mas que criar cielos y tierra de nuevo; porque todo esto es un bien limitado y finito, mas la gracia de la justificacion es infinita, por cuanto se ordena á un bien infinito.

Grande es el beneficio que esperamos de la glorificacion (que es hacer al hombre bienaventurado); pero no es menor en su manera el de la justificacion, pues no es ménos de pecador hacerlo justo, que de justo bienaventurado; pues mayor distancia hay del pecado á la gracia, que de la gracia á la gloria. Tambien es grandísimo beneficio el de nuestra redempcion. Mas ¿qué aprovecharia al hombre ser redemido, si no fuese justificado? Este beneficio es la llave de todos los otros beneficios, sin el cual todos ellos, no solamente no aprovecharian, mas ántes vendrian á ser materia de mayor condemnacion.

(*m*) Job. 3. (*n*) Lucæ, 15. (*o*) Psal. 70.

Pues si tan grande es este beneficio del llamamiento, si yo por ventura soy desta manera llamado (lo cual puedo piadosamente conjecturar, por verme por vuestra misericordia libre de las maldades pasadas, aunque no lo sepa cierto), suplícoos, Señor, me digais ¿cuál fué la causa porque os movistes á hacerme tanto bien? ¿Qué vistes en mí porque así os plugo mirarme con tales ojos? Ninguna cosa habia en mí sino pecados. No os conoscia, no os amaba, no os servia, ni aun me acordaba de vos; hecho estaba un infierno de tinieblas y de maldades. Pues ¿en qué pudistes poner esos ojos, amadores de limpieza, para hacerme tanto bien? No puedo, Señor, dejar de quedar atónito cuando pienso en esto; porque no hallo otra causa sino vuestra sola bondad. Mas cuando junto con esto me acuerdo de otros muchos compañeros que tuve en mis vicios, y cómo siendo todos malos, y yo mas que todos, dejastes algunos dellos, y tomastes á mí, y me asentastes á vuestra mesa, y me distes á comer de aquel manná escondido (*p*), que nadie conosce sino el que lo ha probado; cuando veo que estando yo y ellos en la cárcel de Egipto (*q*), á mí por ventura sacastes de allí para que os sirviese en vuestra mesa real con el cáliz de la compuncion, y aquellos sentenciastes á que fuesen á apascentar con sus carnes á los buitres infernales; cuando esto pienso, quedo tan fuera de mí, que no sé cómo os alabe, ni cómo acabe de daros las gracias por este bien. No querria sino estarme toda la vida preguntándoos: Señor, ¿qué vistes en mí? Qué vistes en mí mas que en los otros, porque así me llamastes, así me librastes, así me recebistes, así me mirastes (si por ventura soy así mirado), dejando en su pecado á tantos que eran ménos malos que yo? No sé qué me diga, ni sé qué me haga, sino daros siempre immortales gracias por este beneficio, y suplicaros que pueda yo de verdad cantar con el Profeta, diciendo (*r*): Rompistes, Señor, mis ataduras; á vos sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré vuestro sancto nombre.

SÉPTIMA CONSIDERACION: DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACION EN EL SÉR ESPIRITUAL DE LA GRACIA.

Así como vos solo, Señor, sois el que nos criastes y hecistes de nada, y vos solo nos conservais en el sér de naturaleza que nos distes; asi vos sois el que con vuestro espíritu nos volveis á reengendrar en el sér de gracia, y vos solo el que conservais la gracia que nos dais. Porque, como dice el Profeta (*s*), si el Señor no edificare la casa, en vano trabaja el que la edifica; y si él no la guardare despues de edificada, en vano vela el que la guarda: vuestro es el levantarnos de la culpa, y vuestro el no haber vuelto á caer en ella. Si me levanté, vos me distes la mano; y si agora estoy en pié, vos sois el que me teneis para que no caiga.

Pues ¿cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Todos cuantos buenos propósitos é inspiraciones he tenido, beneficios vuestros son. Todas cuantas veces he vencido al enemigo, y á mis malas inclinaciones y apetitos, beneficio vuestro fué. Porque como sea verdad que ninguno pueda ni aun decir dignamente Jesus (*t*) sin especial favor del Espíritu Sancto, y que nadie es mas poderoso para hacer una obra meritoria sin vos, que un sarmiento para dar fructo estando apartado de

(*p*) Apoc. 2. (*q*) Genes. 40. (*r*) Psal. 126. (*s*) Psal. 126. (*t*) 1. Cor. 12.

la vid; clara cosa es que si algun fructo de buenas obras ha nascido deste pobre sarmiento, ha sido por virtud de la vid con quien estaba ayuntado. Si alguna vez ayuné, por vos ayuné; si alguna cosa sufrí, vos me hecistes que la sufriese; y si alguna vez negué mi propria voluntad, vos me ayudastes á que la negase. Si alguna lágrima derramé, ó alguna oracion hice que os fuese agradable, confieso, Señor mio, que por vos la hice, y que todas mis obras vos las habeis obrado en mí; y así por todas ellas os doy gracias, y me conozco por deudor de tantas mercedes, cuantos servicios os he hecho en esta vida, si algunos tengo hechos.

Pues ¿qué diré de los aparejos que me habeis dado para bien vivir? ¿Cuántos predicadores me habeis enviado para que me enseñasen, cuántos buenos confesores, cuántos buenos amigos y compañeros, cuántos buenos ejemplos, cuántos buenos libros y escripturas para que me incitasen y despertasen al bien? Porque tal es y tan maravillosa vuestra providencia, que con estar el mundo tan perdido, en ninguna parte (por desierta que sea) faltan muchas destas ayudas para quien os quiere servir. Y si os debe mucho quien las ha tenido, y se ha dellas aprovechado, mucho mas os debe el que ha aprovechado sin ellas; porque esto nasce de haber vos suplido estas faltas, y tomado todos esos oficios á vuestro cargo, para que en vos tuviese todas estas cosas tanto mejoradas, cuanto vos sois mejor ayudador y maestro que todos los otros.

Sobre todo esto ¿quién podrá explicar los peligros y males de que me habréis librado, en que pudiera yo haber caido? No hay pecado que haga un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre. Pues segun esta cuenta, los pecados de todos los hombres puedo decir con verdad que son beneficios mios; porque en todos ellos pudiera yo haber caido, sí vos, Señor, no me hubiérades por vuestra infinita misericordia librado. Pues ¿cuántas ocasiones de pecar me habreis excusado, que bastaran para derribarme, pues derribaron á David (*v*), si vos no las atajáredes, conosciendo mi flaqueza? Estos beneficios, Señor mio, como son privativos ó preservativos, no se pueden tan claro conoscer, aunque no se deben ménos agradescer; pues no es menor beneficio preservar al hombre del mal, que hacerle bien. Pues ¿cuántas veces, ó buen Jesu, habreis vos usado conmigo desta misericordia? Cuántas veces habreis atado las manos á mi enemigo para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese? Cuántas veces lo habreis ojeado y arredrado de mí, para que del todo no me tentase? Cuántas veces encantastes aquella antigua serpiente, para que aunque anduviese yo entre víboras y basiliscos, no me empeciesen? Cuántas veces anduvistes conmigo en medio de las aguas y del fuego, para que ni las llamas me quemasen, ni me sorbiesen las aguas? Cuántas veces en medio de los fervores del mundo, volvistes las llamas de Babilonia en rocío de aire templado, para que no me abrasasen? Cuántas veces podria yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta (*x*): Muchas veces fuí combatido y trastornado para caer, y vos, Señor, me recebistes? Y si por mi flaqueza iba á caer, vos poníades allí vuestra blanda y poderosa mano, para que no me lastimase. Si os decia (*y*) que mis piés habian resbalado, vuestra misericordia, Señor, me ayudaba, y segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon, así vuestras consolaciones alegraron mi ánima.

(*v*) 2. Reg. 11. (*x*) Psal. 117. (*y*) Psal. 93.

Sobre todo esto, dulcísimo Señor, me da grande alegría y admiracion de vuestra bondad, cuando me paro á considerar cuántas veces por mis grandes culpas habré yo merescido que quitásedes vuestra mano de mí, como la habeis por ventura quitado de otros, y no lo hecistes. Porque es cierto que por muchas causas merescen los hombres ser de vos desamparados. Porque el que es soberbio, meresce perder vuestra gracia; porque usa della para su soberbia y vanagloria. El ingrato y desconoscido tambien meresce perdella; porque no da las gracias que debe por ella. El perezoso tambien la meresce perder; porque justo es quitar el talento y la hacienda de las manos del que no sabe aprovechalla. Y tambien el que no se aparta con cuidado de los peligros, meresce caer en ellos; porque no hace lo que es en sí para que el Señor le libre dellos. Estas son las causas por donde vos, Señor, muchas veces desamparais á muchos, por do vienen á caer en grandes errores y pecados, de los cuales tenemos cada dia recientes ejemplos. Pues ¿cómo podré yo creer de mí que estoy libre destas culpas? Yo muchas veces me he vanamente gloriado en vuestros dones, y hurtado la gloria que á vos solo se debia. Yo he sido ingrato á vuestros beneficios, y perezoso y flojo para aprovecharme dellos, y atrevido y temerario para ponerme en peligros. Por las cuales causas merescia muchas veces ser desamparado, para que mi caida me diera el pago de mi locura; y ha sido tanta y tan admirable vuestra paciencia, que habeis disimulado mis negligencias, y cerrado los ojos á mis flaquezas. Hasta agora me habeis sufrido con tan grande piedad, y no habeis querido que por vuestra parte faltasen vuestros socorros, aunque de la mia recebiésedes tantos agravios. Los dolores tambien, y los remordimientos de consciencia que tuviera, si del todo me desamparárades, convierto agora en gracias y voces de alabanza, diciendo con el Profeta (*z*): Vuélvete, ánima, á tu descanso, pues el Señor ha usado de misericordia contigo; porque libró él mi ánima de la muerte, y mis ojos de lágrimas, y mis piés de la caida.

CAPITULO XIV.

Siguense otras siete consideraciones de las perfecciones divinas, y de otras muchas razones y motivos que mueven al amor de nuestro Señor.

CONSIDERACION PRIMERA, QUE TRATA DE LA MAS PRINCIPAL CAUSA DE AMAR Á DIOS, QUE ES SU BONDAD; DONDE SE PONE UN DISCURSO, EN EL CUAL PROCEDIENDO POR LAS OBRAS DE NATURALEZA, DE GRACIA, DE GLORIA Y DE JUSTICIA, SUBE EL HOMBRE AL CONOSCIMIENTO DESTA SOBERANA BONDAD.

Cuando, Señor, por vuestra infinita bondad tuviéredes por bien llevarnos á vuestra casa, donde verémos claramente y sin figuras la hermosura de vuestra gloria, no tendrémos necesidad del espejo de las criaturas para conosceros en ellas; porque entónces verémos á vos en vos, y á vuestra infinita bondad en sí mesma. Mas agora que andamos peregrinando por este valle de lágrimas, desterrados de vuestra presencia y de vuestra dulce compañía, no podemos conoscer vuestra bondad,

(*z*) Psal. 44.

sino por los efectos y obras della, los cuales nos dan testimonio de la fuente y abismo de donde proceden. Esta, Señor, nos conviene agora mucho conoscer; porque la primera y mas principal causa de amor es la bondad. Porque vos, Señor, que todas las cosas criastes en número, peso y medida, y pusistes á cada una sus leyes y naturalezas, de tal manera criastes nuestra voluntad, que su inclinacion y naturaleza fuese amar lo bueno. De manera que así como el objecto de la vista es el color, y de los oídos el sonido, así el blanco de nuestra voluntad es la bondad. Entre esta potencia y ella quisistes que hubiese un tan legítimo casamiento, que nunca ella pudiese extender los brazos de su afeccion á otra cosa, y si algunas veces hace lo contrario, y abrazando la maldad comete adulterio contra la bondad, es porque la engañan con algun falso color de bien. Desta inclinacion procede que naturalmente amamos á los ausentes y no conoscidos, cuando nos alaban sus virtudes. Pues si el objecto de la voluntad es la bondad, y cuanto la cosa es mas buena, naturalmente mas meresce ser amada, ¿con qué amor sera razon que ame yo aquel que es infinitamente bueno, y cuya naturaleza es la mesma bondad? Vuestra bondad, Señor, es tan grande, cuanto es vuestro sér, y porque vuestro sér es infinito, ella tambien es infinita.

Verdad es que no habemos nosotros visto la grandeza de vuestra bondad como ella es en sí mesma; mas todavía vuestras obras nos dan en alguna manera testimonio della, así las de naturaleza como las de gracia, y como tambien las de gloria. Porque ¿qué otra cosa son las obras de la creacion, y gobernacion, y redempcion, y justificacion, y glorificacion del hombre, sino testimonios de vuestra bondad, y unas como centellas que saltaron acá, fuera della? Qué es el haber criado todas las cosas, y partido con ellas tan liberalmente de vuestras perfecciones (con cada una de su manera), sino argumento de vuestra bondad y largueza? Qué es el cuidado que teneis dellas, proveyendo á cada una de todo lo necesario para su mantenimiento, para su defension, para su medicina, y para todo lo necesario de su vida, sino argumentos de vuestra bondad? Y habiendo tanta infinidad de pesces en la mar, de aves en el aire, y de animales en la tierra, y de gusanos debajo della, ninguno hay tan pequeño y tan despreciado, de quien tengais olvido, y á quien no proveais de todo lo necesario para su mantenimiento, y esto con tan grande providencia, que hasta un pajarico no cae en el lazo sin vuestra voluntad.

Pero en lo que mas dulcemente resplandesce la grandeza desta bondad, es en la manera de felicidad y contentamiento que distes á las mas bajas y viles criaturas del mundo. Veo, Señor, en el campo á los cabriticos y cordericos cómo se apartan de los padres mas ancianos, y con un brio y calor como juvenil, saltan y corren con maravillosa lijereza y alegría, y repartidos en sus puestos, imitan en su manera las escaramuzas y fiestas de las criaturas racionales. Veo con cuánta lijereza los perricos y gaticos juegan, y trepan entre sí unos con otros, y los placeres y alegrías que con esto reciben. Veo cómo se alegran cantando los ruiseñores y las otras aves, hinchiendo los aires de voces, y dando con esto testimonio del contentamiento con que esto hacen. Y entiendo por aquí cuánta sea la nobleza y dulzura de vuestro corazon; pues vos, Señor, sois el que las proveistes de aquella manera de felicidad y contentamiento. Con esta mesma alegría discurren y hierven los pesces, y juegan los delfines en la mar, y vuelan las aves por el aire, como vemos que lo hacen las golondrinas y aviones sobre las tablas de los rios, embocándose por las puentes, y encontrándose unas con otras con maravillosa lijereza. Entiendo por aquí, Dios mio, qué tan grande sea vuestra bondad y suavidad, pues no os contentastes con proveer de mantenimiento á todas vuestras criaturas, sino tambien hinchis su seno de toda aquella manera de felicidad y alegría de que segun su naturaleza son capaces. Lo uno y lo otro significó el Profeta, cuando dijo (a): Los ojos de todas las criaturas esperan en vos, Señor, y vos les dais su mantenimiento en tiempo convenible. Extendeis vos la mano de vuestra largueza, é hinchis á todo animal de vuestra bendicion: conviene saber, de toda aquella felicidad y alegría de que es capaz segun su naturaleza. Pues ¿qué mayor argumento de bondad, que ver á un Señor de tan grande majestad, el cual sin pretender interese de nada, por sola bondad y realeza de condicion, quiera inclinarse á tener providencia, y ser como un mayordomo y despensero de los pajaricos, y de los pescecillos, y de los gusanos, y que no contento con esto, descienda tambien á proveerlos de sus pasatiempos y recreaciones, dándoles y criando en ellos inclinaciones para tales alegrías? De manera que así como vos, Señor, teneis no solamente sér, sino bienaventurado sér, así quisistes que todas vuestras criaturas, por bajas que fuesen, participasen en su manera de vos, y así gozasen de lo uno y de lo otro, teniendo sér, y alegre sér. Pues ¿quién no se espanta desta maravilla? Quién no conosce por aquí la dulzura infinita, la nobleza, la blandura de aquel corazon divino, que tan dulce se mostró á unas criaturas tan bajas, que el hombre cuando las encuentra, les pone el pié encima y pasa por ellas? Porque ¿qué hombre hay de nosotros á quien se le diese nada porque la hormiga, ó la mosca, ó el mosquito estuviese contento ó descontento, triste ó alegre? Pues ¿quién no se maravillará de que aquel Señor de tanta majestad (en cuya comparacion todo el mundo apénas es una hormiga) tuviese tan particular cuidado, no solo de la vida de los animalicos, sino tambien de su recreacion y de sus placeres? Mayormente no esperando conoscimiento ni agradescimiento de las tales criaturas. ¡Oh maravillosa bondad! Oh inestimable suavidad! Oh Dios mio! y ¿qué debeis tener guardado en el seno de vuestra gloria para vuestros fieles amigos, pues tan particular cuidado tuvistes de la felicidad de los gusanos? ¿Cómo podré yo desconfiar que faltará vuestra providencia y misericordia á los hombres redemidos con vuestra sangre, pues no falta á los animales del campo?

Y si todo esto nos declara la grandeza desta bondad (que es hacer mercedes sin esperar agradescimiento), ¿cuánto mayor lo será perseverar en hacer mercedes recibiendo ofensas? Porque sabiendo vos, Señor, cuántas maneras de naciones hay en el mundo que ninguna cuenta tienen con la gloria y obediencia que os deben, ántes desacatan y blasfeman vuestro sancto nombre, y (lo que mas es) dejando de adorar á vos (que sois criador de todo) adoran piedras y palos: con todo eso proveeis las regiones donde esto pasa, abundantemente de fructos de la tierra, de animales del campo, de pesces de

(a) Psalm. 144.

la mar, de ricas minas de oro, y plata, y piedras preciosas, y de otras infinitas cosas, que sirven para la provision, y regalo, y aparato de los que continuamente os ofenden. Esta es aquella bondad y magnificencia que vos nos declarastes en vuestro Evangelio, diciendo que vuestro Padre communicaba sus beneficios y el resplandor del sol para buenos y malos, y enviaba rocío y agua del cielo sobre justos y pecadores (*b*). ¿Pues quién no conoscerá por aquí la realeza y magnificencia de vuestro corazon, pues sois tan benigno aun para los ingratos y malos? Pues quién no os amará, Señor, con todas sus fuerzas? ¿Quién no pondrá en vos toda su esperanza? Quién no se olvidará de sí por vos? Quién no correrá en pos de vos al olor destos ungüentos (*c*)?

§. I.

De las obras de la divina gracia, en que se conosce la bondad de Dios.

Y si tanto nos declaran, Señor, de vuestra bondad las obras de naturaleza, ¿cuánto mas las obras de gracia? Si tanto nos predica della el cuidado que teneis de los brutos animales, ¿cuánto mas el que teneis de los hombres? Mas como haya muchas suertes y condiciones de hombres, en aquellos resplandesce mas vuestra bondad y providencia, que son mas pobres y miserables. Porque la verdadera grandeza es ser amparo de los pequeños: y el verdadero poder es ser muro de los que poco pueden: y la perfecta bondad es hacer bien sin esperanza de interese. Pues ¿quién podrá, Señor mio, explicar el cuidado que vos teneis, y el que nos mandais tener de los pobres, de los afligidos, de los necesitados y de todas las personas miserables? ¿Qué de veces en la ley, y en los Profetas, y en los Evangelios nos repetis y encareceis esta encomienda? ¿Qué promesas tan grandes para quien esto hace; y qué castigos tan temerosos para quien desto se olvida? ¿Por qué medios se podia mas encomendar el cuidado de los pobres y necesitados, y las obras de misericordia, que con hacer dellas un arancel para dar ó negar por ellas en el dia del juicio el reino del cielo? ¿Con qué palabras se pudiera esto mas encarescer, que con decir vos, Señor mio (*d*): Lo que á uno destos pequeñuelos hermanos mios hecistes, á mí lo hecistes? ¿De qué pecho pudieron salir palabras de tanta bondad y misericordia, sino de aquel que es piélago de toda bondad y misericordia? Si las palabras y obras son indicios y testigos del corazon; ¿cuál es el corazon de donde tales obras y palabras salieron?

Pues ¿cuál es tambien el cuidado que teneis de los huérfanos, de las viudas, de los extranjeros y desamparados? ¿Cuántas veces en las Escripturas sagradas encomendais el remedio destos? ¿Y con qué rigor mandais que nadie sea osado de agraviarlos? En un solo capítulo del libro del Deuteronomio (*e*) hallamos siete veces encomendado el cuidado y la provision de los huérfanos, extranjeros y viudas: donde mandais que ninguno pervierta el juicio dellos, ni los defraude de su jornal, ni les saque las prendas de casa. Y así tambien mandais (*f*) que cuando los labradores segaren sus panes, dejen las espigas que se cayeren para el huérfano, y para el extranjero, y para la viuda. Y la mesma encomienda tornais á repetir cuando vindimiaren sus viñas, y varearen sus olivares: proveyendo en esto como piadoso padre al pobre, al extranjero y á la viuda. Y como si todo esto fuera poco, vos mesmo, Señor, cuyo título es ser Rey de los reyes y Señor de los señores, añadistes á este título otro no ménos honroso, que es ser padre de huérfanos, y juez de viudas (*g*). ¡Oh summa bondad! Oh verdadera grandeza! Oh entrañas de infinita piedad! Y ¡cuánto mas amable y admirable os hace ese título que el otro! Aquel declara la grandeza de vuestra majestad; mas este la inmensidad de vuestra bondad: de la cual con mucha razon os preciais mas que de todos los otros títulos por clarísimos que sean. Pues á esta bondad señaladamente pertenece favorecer á los pequeños, amparar á los flacos, tener cargo de los huérfanos, mirar por los extranjeros y peregrinos, y querer que se les haga justicia: poniendo siempre los ojos, no donde espereis interese (que no pretendeis), sino donde mas useis de vuestra bondad.

Mas ¿qué mucho es que tal tengais el corazon para con los hombres afligidos, pues aun teneis piedad y compasion de las bestias? En aquel tan misericordioso perdon de los ninivitas, á los cuales estaba ya denunciada sentencia de muerte (*h*), respondiendo al Profeta que se quejaba de la salud del pueblo, contra la cual habia predicado, dijistes: ¿Cómo no perdonaré yo á una ciudad tan grande, donde hay tantos millares de ánimas innocentes, y tanta muchedumbre de bestias? ¡Oh clementísimo, oh dulcísimo, oh benignísimo Señor! ¿Aun esa nueva manera de piedad nos teníades encubierta: que es, apiadaros de ver morir una bestia, y derramarse sangre de un animal? ¿Hasta ahí llega vuestra misericordia? Hasta ahí se extienden las entrañas de vuestra piedad? ¡Oh mil veces piadoso y misericordioso Señor! Verdaderamente grande y maravillosa es vuestra bondad; y como dice el Profeta (*i*), las misericordias vuestras sobrepujan á todas vuestras obras.

Sobre todo esto aun nos declara mas, Señor, la grandeza desta bondad la misericordia de que usais con los pecadores: cómo los sufrís con tanta mansedumbre, cómo los aguardais con tanta paciencia; siendo vos ofendido, los llamais al perdon; y siendo injuriado, los convidais con la paz, y les ofresceis la satisfaccion, y aun la poneis de vuestra casa. ¡Cuán presto os dejais hallar! Cuán presto sois en los oir! Cuán piadoso en los recebir, y cuán largo en el perdonar! Espántame, Señor, aquella misericordia de que usastes con Manases, rey de Judea (*k*), á quien despues de tantas idolatrías y derramamientos de sangre, y de tantas y de tan horribles maldades, cuando os pidió perdon de sus culpas, no solamente se lo concedistes, mas tambien lo librastes de su captiverio, y le restituistes en su reino, y no negastes la salud á aquel por cuya maldad tantas ánimas se perdieron, y por cuyos pecados aquella noble Hierusalem, con vuestro sagrado templo, fué asolada y destruida.

Es tan grande esta bondad y misericordia, que, como dice uno de vuestros sanctos, á ninguno desechais, á ninguno despreciais, á ninguno aborresceis; sino solo aquel que por su locura os aborresce. Y por esto no luego como estáis airado, castigais; sino aguardais, y haceis mercedes á los que os provocaron á ira, si se convierten á vos, Dios mio, y salud mia: yo miserable, yo soy el que os enojé, é hice mal delante de vos: yo provoqué

(*b*) Matt. 5. (*c*) Cant. 1. (*d*) Matt. 25. (*e*) Deut. 24. (*f*) Levit. 10.

(*g*) Psal. 67. (*h*) Jonæ, 4. (*i*) Psal. 144. (*k*) 2. Paral. 33.

vuestra ira, y merezco vuestra saña (*l*). Pequé, y sufrisme con paciencia: ofendíos, y aguardáisme á penitencia. Si me arrepiento, perdonáisme: si vuelvo á vos, recebisme: y si dilato la vuelta, esperáisme hasta que vuelva. Encaminais al errado, convidais al rebelde, esperais al perezoso, y abrazáisle cuando viene. Enseñáis al ignorante, consolais al triste, levantáisle de su caida, sustentáisle despues de levantado, dais os á quien os pide, dejais os hallar de quien os busca, abris la puerta á quien os llama.

§. II.

De las obras de la divina gracia en los justos, en que se conosce la bondad de Dios.

Y si tanto, Señor, nos declara vuestra bondad el tratamiento que haceis á los pecadores, ¿cuánto mas el que haceis á los justos, á quien habeis recebido ya por hijos, y por amigos, y por herederos de vuestro reino, y en los cuales señaladamente resplandesce la imágen de vuestra bondad? Este, Señor, es uno de los argumentos que mas claramente descubre la grandeza de vuestra bondad. Porque como sea proprio del bueno amar á los buenos, y aborrescer los malos en cuanto malos; necesariamente se sigue que cuanto uno fuere mas bueno, tanto mayor amor tendrá á los buenos, y mayor aborrescimiento á los malos en cuanto tales. Pues como vos, Señor, seais, no accidentalmente como nosotros, sino esencialmente é infinitamente bueno, y la mesma bondad, ¿qué se puede de aquí inferir, sino que tendréis infinito amor al bueno y á su bondad, é infinito aborrescimiento al malo y á su maldad? Pues como el amor sea el primero y el mayor de todos los beneficios, y la raiz y fuente de todos ellos, siendo tan grande este amor, que vos, Señor, teneis á todos los que son verdaderamente buenos, en cuyas ánimas vos morais, y en cuyas vidas resplandesce la imágen de vuestra bondad y sanctidad, ¿quién podrá en pocas palabras explicar la grandeza de los favores y beneficios, y el tratamiento que les haceis? Cosa es esta que sin duda sobrepuja todo lo que se puede decir, y aun todo lo que se puede creer. Creible será al que lo ha experimentado, mas ni ese ni otro alguno lo podrá significar con palabras.

Y dejados aparte otros beneficios y favores, ¿quién podrá explicar la providencia y cuidado paternal que teneis de vuestros amigos, cómo los oís en sus oraciones, cómo los consolais en sus tribulaciones, cómo los sanctificais y purificais en sus vidas, cómo los visitais y alegrais en la casa de vuestra oracion (*m*), y finalmente, con qué linaje de honras en vida y en muerte los honrais? Pues estas seis maneras de favores y beneficios que declaran el tratamiento que haceis á las ánimas puras y limpias, es la cosa que mas mueve los corazones á desear, amar y servir á un Señor que así trata á quien de todo corazon le ama. Porque así como la cosa que mas mueve los hombres á desear servir á un gran príncipe, es saber que es humanísimo, y liberalísimo, y fidelísimo para con todos sus criados: así los que leyendo la vida de los sanctos, y tratando las conciencias de las personas espirituales y devotas, y viendo todas estas maneras de favores y regalos que este Señor les hace, por una parte se confunden viéndose tan léjos de aquel estado, y por otra se mueven grandemente á desear servir y amar á un Señor de quien recebirán los mesmos beneficios, si de todo corazon se llegaren á él; pues ni es aceptador de personas, ni se puede negar á quien lo busca.

Pues comenzando por la providencia y cuidado que tiene de los suyos, quien esto quisiere saber, lea los psalmos, los profetas, y las historias sagradas, y verá cómo la mayor parte de las Escripturas divinas se emplea en declarar esto. Cuál es aquella providencia que el Eclesiástico significó, cuando dijo (*n*): Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen: él es su guarnicion poderosa, su lugar de refugio, escudo para su defension, amparo contra el calor del estío, sombra en el mediodía, socorro en sus peligros y ayuda en sus caidas: él es el que levanta sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendicion. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, ó por mejor decir, del Espíritu Sancto. Pues ¿qué mas habia que decir? ¿Y que mas hay que el corazon humano puede esperar ni desear? ¿Quién no tendrá por ricos y bienaventurados á los que comprehende esta tan general y tan grande bendicion? ¿Y quién no deseará ser deste número, porque le quepa parte deste tesoro? ¿Pues qué providencia es aquella que el mesmo Señor declaró y prometió por el profeta Zacarías, cuando hablando de los suyos, dijo (*o*): Quien á vosotros tocare, tocarme ha en la lumbre de los ojos? ¿Habia mas que prometer? Mucho fuera si dijera: El que á vosotros tocare, tocará á mí: y no parece que habia mas que desear. Pero á esto halló el Señor que añadir, cuando dijo: Tocarme ha en la lumbre de los ojos. Ni es ménos dulce aquella promesa del psalmo que dice (*p*): A sus ángeles tiene Dios mandado que te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus piés en una piedra. Ni es ménos lo que por una parte dice el mesmo Profeta (*q*), que tiene el Señor contados los huesos de los suyos, y que uno solo no será maltratado; y lo que por otra dice el Evangelio (*r*), que tiene contados todos los cabellos de sus cabezas, para que ni uno les sea quitado. No sé qué mas especial ni mas menuda providencia se puede pintar que esta, la cual á cada paso se promete en las Escripturas sanctas. Pues ¿quién no deseará morir por amor de un Señor que tal cuidado tiene de sus amigos? Y quién no trabajará por ser uno dellos?

Y aunque todas las historias sagradas están llenas de ejemplos, en los cuales se ve claro el cumplimiento destas promesas; pero de los mas señalados y admirables me paresce el de Tobías, de cuya consolacion y remedio tuvo el Señor tal providencia, que envió un ángel del cielo, y no de los ménos principales, en figura de caminante, para que acompañase su hijo en un camino largo, y anduviese con él todo este tiempo de meson en meson, y de ciudad en ciudad, por todas las ventas y posadas del camino, comiendo y bebiendo (á lo que parescia por de fuera) con él, y tratándolo y conversándolo familiarmente como un caminante con otro: y despues de casado por su mano el mozo muy honrada y ricamente, tomase él á cargo los camellos del suegro, y como un arriero fuese con sus bestias á cobrar el dinero que se le debia: y desta manera, casado y rico, sano y salvo, lo trajese á la casa de su padre, y abriese los ojos al sancto ciego, y le diese perpetua materia de

(*l*) Psal. 50. (*m*) Isai, 56.

(*n*) Eccl. 34. (*o*) Zach. 2. (*p*) Psal. 90. (*q*) Psal. 33. (*r*) Matt. 10.

alegría y descanso toda la vida. Pues ¿quién no conoscerá por aquí el amor grande que este Señor tiene á sus siervos, y el cuidado y providencia mas que paternal que tiene dellos, pues de tales invenciones usa para consolarlos y proveerlos? Y ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mesmo, que no trabaje por amar este Señor con todo su corazon, y vivir de tal manera que merezca estar debajo de las alas y amparo de tal providencia?

§. III.

De las oraciones de los justos.

¿Pues qué diré de la presteza que, Señor, teneis en oir sus oraciones y cumplir sus peticiones? ¿Y cuántas veces prometeis esto en las Escripturas sagradas para vencer con esto nuestra incredulidad y desconfianza? En un lugar decis (*s*): ¿Qué padre hay tan duro, que pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra, y pidiéndole un huevo, le dé un escorpion? Pues si vosotros siendo malos soleis hacer bien á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere? Y en otro lugar (*t*): Pedid y recebiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han. Porque todo aquel que pide, recebirá; y el que busca, hallará; y al que llamare, abrirle han. Pues aun mucho mas declaran esto aquellas divinas palabras que el Señor dice por Sant Juan, en las cuales paresce haber abierto de par en par las puertas de su misericordia á todos sus amigos, cuando dijo (*v*): Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanescieren en vosotros, todo lo que quisiéredes pediréis, y hacerse ha. ¿Pudiera por ventura el corazon humano (si le dieran á escoger) pedir merced mas universal, donde á la voluntad del hombre se da libertad para que pida lo que quisiere, y Dios interpone la verdad de su palabra para cumplirlo? Todas estas son promesas del Evangelio, y no son diferentes las de los profetas. En un lugar dice David (*x*): El Señor hará la voluntad de los que le temen, y oirá sus oraciones y salvarlos ha. En otro dice (*y*): El Señor tiene puestos sus ojos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. En otro dice (*z*): Miró el Señor en la oracion de los humildes, y no despreció los ruegos dellos. A este mesmo tono canta el profeta Isaías, cuando despues de haber declarado con qué género de virtudes se sirve el Señor, promete al que con ellas le sirviere, diciendo: Entónces invocarás el nombre del Señor, y oirte ha, llamarle has, y responderte ha, diciendo: Vesme, aquí estoy presente (*a*). Y como si esto fuera poco, vos mesmo, Señor, añadis otra mayor presteza, tratando de vuestros siervos, cuando por el mesmo Profeta decis (*b*): Antes que me llamen, los oiré; en el mesmo tiempo que estuvieren llamándome, les acudiré. Muy duro es por cierto, Señor, y muy ciego el que con tales palabras y promesas no acaba de entender la grandeza de la bondad y misericordia que teneis para con vuestros siervos, y no trabaja y muere por ser uno dellos.

De la verdad destas promesas dan testimonio las vidas de los sanctos. Y entre muchos ejemplos que para esto se pudieran alegar, traeré algunos que al presente se me ofrescen. Nuestro padre Sancto Domingo como dijese á un familiar suyo que nunca habia pedido á nuestro Señor cosa que le negase, oyendo esto el amigo, respondióle: Pide pues á nuestro Señor al maestro Conrado, que es hombre de grandes letras y vida; porque importará esto mucho para la fundacion de tu órden. El sancto varon tomó esto á cargo, y la noche siguiente pidiólo á nuestro Señor, y otro dia por la mañana, comenzándose el himno de prima: *Tàm lucis orto sidere*, entró aquel insigne varon por el coro, y echándose á los piés del sancto, pidió el hábito de su órden, en la cual vivió y perseveró sanctísimamente toda la vida. ¿Pues quién no conoscerá por aquí la benignidad y suavidad del Señor para con los buenos, y cuán pronto y aparejado está para oir sus oraciones y efectuar sus buenos deseos? Pues qué diré de la presteza con que oyó lá oracion de la vírgen Sancta Escolástica, hermana de Sant Benito, la cual estando platicando dulcemente con el sancto hermano de las cosas de Dios, y llegándose ya la hora de la noche en que el sancto se despedia para volver á su monasterio, y rogándole instantemente la vírgen que se quedase allí aquella noche para continuar la plática, como no pudiese acabarlo con él, no hizo mas que dejar caer el rostro entre las palmas de las manos y hacer oracion á Dios; cuando á deshora se revolvieron los cielos y se levantó tan grande tempestad de torbellinos y relámpagos, que el sancto fué forzado á perseverar toda aquella noche hasta la mañana en la plática comenzada. No sé cierto de qué primero me haya aquí de maravillar, ó de la presteza con que aquella infinita bondad acude á hacer la voluntad de los suyos, no solo en las cosas de necesidad, sino tambien en las de su gusto y consolacion; ó de la confianza desta sancta vírgen, que en tan breve espacio y con tan breve oracion esperó que el Señor revolveria los cielos y los elementos para darle aquella consolacion. ¡Qué prendas tenia aquella ánima sancta desta soberana bondad, y qué señales tan grandes del amor para con ella, pues en tan breve espacio esperó sin alguna dubda alcanzar todo lo que queria! ¿Qué mas pudiera esperar una esposa de su esposo, ó un buen hijo de un padre muy amado?

Ni arguye menor confianza que esta la de Sancta Catalina de Sena, á la cual pidiendo su confesor que le alcanzase perdon de sus pecados, y prometiéndoselo ella, y demandando él una bula deso, y la bula era una grande contricion dellos, la vírgen le prometió lo uno y lo otro. Y el dia siguiente fué tanto el dolor que dellos recibió, que el corazon se le partia de dolor.

¿Pues qué diré de la confianza de Sancta Dorotea? A la cual dando á escoger el tiranno ó adorar los ídolos, ó morir con crueles tormentos, la vírgen respondió que queria morir para ir á coger rosas y manzanas en el vergel de su esposo. Y dada contra ella sentencia de muerte, un oficial del tiranno, llamado Teófilo, escarneciendo de la vírgen, díjole: Dorotea, cuando estuvieres en el vergel con tu esposo, invíame desas rosas y fruta que dices que hay en él. Ella le prometió de hacerlo así. Y acabándola de degollar, vino luego un ángel, en forma de un niño muy hermoso, y trájole un cestico de rosas y fruta, diciéndole: Esta fruta te invía Dorotea del vergel de su esposo. Esto acaesció por el mes de hebrero. De lo cual espantado con mucha razon Teófilo, luego se hizo cristiano, y vino á morir por la fe de Cristo. Mucho es de maravillar cualquier obra destas, y mucho nos de-

(*s*) Luc. 11. (*t*) Eod. cap. (*v*) Joan. 15. (*x*) Psal. 144. (*y*) Psal. 33. (*z*) Psal. 101. (*a*) Isai. 58. (*b*) Isai. 65.

clara de cuán presta y aparejada está aquella infinita bondad para hacer todo cuanto le piden los buenos. Pero esta confianza tan grande que ellos tienen en Dios, para prometer luego cuanto les piden, declara mas desta bondad de lo que por estas obras se descubre. Porque ¿qué prendas, qué muestras y declaraciones de la bondad y amor de Dios para con ellos deben tener, cuando con tanta facilidad, y verdad, y seguridad prometen lo que es proprio de Dios? Lo cual en ninguna manera podrian hacer, sin haber precedido grandísimos argumentos y testimonios, así de aquella inmensa é infinita bondad, como de la familiaridad y amor que les ha mostrado. Destos ejemplos podríamos traer otros innumerables, de que están llenas las historias de los sanctos; mas esto basta para la brevedad deste discurso.

§. IV.

De la providencia que Dios tiene de los justos.

Y si esta bondad y providencia no se puede, Señor, dignamente declarar; ¿quién explicará la que teneis para con ellos, cuando están por vuestro servicio maltratados y atribulados? Porque el servicio que en este tiempo os hacen es mayor y la necesidad mas urgente. Y como sea proprio del verdadero y fiel amigo acudir al tiempo de la mayor necesidad, aquí es donde vos, fidelísimo Señor, acudis con mayores favores y socorros. Muy á la clara nos enseña esto vuestro Apóstol (*c*), cuando despues de pasadas grandes tribulaciones, dice: Bendicto sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, de tal manera, que podamos nosotros consolar á todos los atribulados con las exhortaciones y consolaciones con que él nos consuela. Porque así como crescen las tribulaciones que pasamos por Cristo, así cresce la consolacion por el mesmo Cristo. Y á este mesmo tono dice David (*d*) que conforme á la muchedumbre de los dolores que padescia su corazon, así tambien era la de las consolaciones que recebia de vos. Y en otro lugar (*e*): La salud (dice él) de los justos, procede del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulacion, y ayudarlos ha en este tiempo, y librarlos ha, y defenderlos ha, porque pusieron su esperanza en él. Pues quien por tales ejemplos (que son como unos vivos retratos y espejos de la divina bondad y providencia) desea entender algo della, despues de haber leido los ejemplos de las historias sagradas, lea tambien las batallas de los mártires, y allí verá las grandezas y maravillas desta divina Providencia. Porque no resplandesce tanto en el espejo la figura del que en él se mira, como aquí reluce la bondad, la suavidad, la fidelidad deste Señor, no solo esforzando á los que padescian con encreible fortaleza y constancia, mas ayudándolos con clarísimos y evidentísimos milagros. Unas veces apagaba las llamas de fuego, otras amansaba los leones y las bestias fieras, otras alumbraba sus cárceles, sanaba sus llagas, restituiales muchas veces los miembros cortados ó despedazados, vestia sus cuerpos desnudos, dábales poder para hacer milagros, inviaba los ángeles para que alimpiasen la sangre que corria de sus heridas; y lo que mas es, convertia con estas maravillas á los mesmos verdugos que los atormentaban. Y así leemos que habiendo Iosias acusado y traido preso al apóstol Sanctiago ante el rey Heródes, y llevándolo ya él mesmo á degollar, viendo un milagro que el Apóstol hizo en el camino, se convertió á la fe con tan grande constancia, que juntamente con el Apóstol murió por ella. En lo cual maravillosamente resplandesce la bondad y misericordia de nuestro Señor, pues infundió fe y espíritu de martirio á quien tenia merescido un grande infierno. ¿Pues quién leerá el martirio de Sancta Inés, vírgen, de trece años, y mucho mas el de Sancta Catalina, de diez y ocho, que no quede espantado de ver las maravillas que este Señor obró con esta vírgen en la batalla de su martirio? Inviábale de comer con una paloma, estando en la cárcel: visitóla el mesmo Señor y esposo suyo, esforzándola á padescer; hizo pedazos la rueda de sus navajas; prometió con voz del cielo especial favor á los que honrasen su pasion; hizo que al tiempo que la degollaron, corriese leche en lugar de sangre, para mostrar la blancura de su pureza virginal; mandó á los ángeles que tomasen luego su cuerpo y lo sepultasen en el monte Sinaí, donde él dió la ley á Moisen, y quiso que de su sepultura manase olio medicinal; y lo que mas es de maravillar, dióle tanta sabiduría y elocuencia, que convirtió á la Emperatriz, mujer del tiranno que la martirizaba, y á Porfirio, capitan general de su ejército, y á docientos soldados con él; y lo que mucho mas es de maravillar, de tal manera convenció con sus palabras y sabiduría á cincuenta filósofos escogidos de todas partes, que les hizo condenar la secta de los gentiles, y recebir la fe de Cristo, nuestro Señor, y morir por ella muerte tan gloriosa y miraculosa, que echados en una grande hoguera, de tal manera murieron, que así sus cuerpos como sus vestiduras quedaron enteras, sin que ni un solo pelo se quemase. ¿Pues cuánto se declara por este ejemplo el cuidado y providencia que nuestro Señor tiene de los suyos en sus trabajos? Pues desta singular providencia hallará infinitos ejemplos quien leyere las vidas de los mártires.

§. V.

De la pureza de vida de los sanctos.

Y no ménos se declara esta soberana bondad con la pureza de vida de los sanctos, que es un singular don de Dios, y argumento clarísimo de la providencia que tiene dellos. De los cuales muchos viviendo en carne mortal y mal inclinada, en medio de todos los lazos y peligros del mundo y tentaciones del demonio, perseveraron toda la vida sin cometer un solo pecado mortal, como el sancto Job confiesa de sí mesmo. Mas no solo él, sino tambien otros muchos sanctos, como fué nuestro glorioso padre Sancto Domingo, y Sanct Tomas de Aquino, y Sancta Catalina de Sena, y otros tales que dende su niñez se consagraron á Dios. Y hasta en las heces destos tiempos en que vivimos, tiene nuestro Señor muchos siervos y siervas, los cuales viven con tanta pureza é innocencia, que tiemblan de cualquier culpa, por pequeña que sea; porque (como dice Sant Bernardo) la lumbre y fuego del Espíritu Sancto hace que ni una pajica muy liviana se deje de ver con esta luz, ni de quemar con este fuego.

Nada desto se puede cumplidamente explicar con palabras como ello es. Pero mucho ménos se puede ni declarar ni entender la grandeza de las alegrías espirituales y consolaciones con que el Espíritu Sancto consolador suele visitar, alegrar, esforzar y alumbrar á sus fami-

(*c*) 2. Cor. 1. (*d*) Psal. 93. (*e*) Psal. 36.

liares amigos en la casa de su oracion. Porque ¿qué palabras bastan para declarar cuál sea el ímpetu de aquel rio que alegra la ciudad de Dios (*f*), y aquel arroyo de deleites, de donde les da de beber, y aquella abundancia de gozo y alegría que atesora en sus corazones, acrescentando cada dia deleites á deleites, alegrías á alegrías y lumbres á lumbres; de los cuales nascen esas mesmas alegrías? Porque esto es lo que él promete á los suyos por Isaías, cuando dice (*g*) que hinchirá sus ánimas de resplandores; de los cuales proceden aquellas admirables consolaciones que él les promete por el mesmo profeta con las mas dulces y amorosas palabras que se pudiera prometer. A mis pechos, dice el Señor (*h*), seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que halaga la madre á un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem seréis consolados. ¿Pues qué cosa se pudiera decir mas blanda ni mas dulce que esta? Y pues vos, Señor, no sois como los hombres, que son largos en palabras y cortos en las obras, sino ántes al reves, porque á mucho mas se extienden vuestras obras que vuestras palabras; ¿qué se podrá esperar de quien tales palabras nos tiene dadas?

Pues esta es, Señor mio, una de las cosas que verdaderamente mucho declaran la grandeza de vuestra bondad, ver el tratamiento que haceis á vuestros familiares amigos, aun en este lugar de destierro, y valle de lágrimas; siendo muchas veces personas viles y despreciadas, en quien el mundo no pone los ojos. A los cuales os communicais muchas veces con tanta largueza, y tratais con tanta dulzura, y visitais con tantas consolaciones, que muchas veces no puede sufrir la flaqueza del cuerpo el ímpetu de tanta suavidad. Por donde son compelidos á decir lo que aquel sancto Efrem, anegado con el mar de vuestras consolaciones, decia: Señor, Dios mio, apartaos de mí, porque no puedo sufrir la grandeza de vuestra suavidad. En lo cual se ve cuán dulce, cuán benigno seais para con los pobres y humildes; pues desta manera tratais á los que el mundo desprecia. Y por aquí tambien se ve con cuánta largueza se communica á los hombres vuestra bondad, pues no se limita esta dádiva por parte de quien la da, sino por la estrechura de quien la recibe; porque mucho mas diera, si hallara vaso que hinchir, quien da hasta que no puede caber. Y habiendo tantos príncipes y monarcas en el mundo, á quien adora el mesmo mundo, es cosa mucho para considerar, cómo pasais, Señor, por ellos, sin hacer caso dellos (cuando por su soberbia no lo merescen), y venis á parar á una pobre choza, donde está una ánima pura y limpia, para tener allí vuestros deleites con ella. Pues ¿qué tanto, Señor, se declara por aquí vuestra summa bondad? Si viésemos un grande monarca del mundo, el cual estando en su casa real, cercado de todos los príncipes de su corte, quitadas las gorras, y con mucho acatamiento delante dél, si viese al cabo de la sala un pobrecico labrador, que le viniese á pedir justicia ó limosna, luego á la hora, dejados los grandes, fuese á recebir aquel pobre, y puestas las manos sobre sus hombros, y mirándole con un rostro sereno, le diese muy larga audiencia, y le mandase hospedar y proveer de todo lo que pedia; ¿qué diríamos del príncipe que esto hiciese? Diríamos que era el mas justo, mas humano y mas valeroso de todos los príncipes, pues así se hacia temer de los poderosos, y se humanaba con los humildes. Pues ¿cuánto es mas admirable la bondad y grandeza deste Señor, que pasa tan de claro por los soberbios y altivos, y por otra parte viene á aposentarse en casa de la vejecica, del pobre, del innocente, y del humilde sobre quien el mundo pone los piés, y allí tiene su habitacion, allí sus regalos y deleites con él? ¡Oh nobleza infinita! Oh suavidad inmensa! Oh verdadera grandeza! Oh bondad inefable! Oh Señor, y cuán de verdad se muestra aquí cuán amador sois de los buenos, pues desta manera los tratais y consolais!

Pues ¿qué diré de cómo os preciais dellos, y en vida y en muerte los honrais? Qué mayor honra que decir vos (*i*): Yo soy Dios de Abraham, y Dios de Isaac y Dios de Jacob? Este es mi nombre para siempre, y este mi memorial de generacion en generacion. Bien pudiérades, Señor, intitularos Dios de los cielos, y de la tierra, y de la mar; y con todo esto tuvistes por mas ilustre título llamaros Dios de tres hombres buenos, que Dios de tierra y cielos; porque esto declaraba mas la grandeza de vuestra bondad, y porque realmente mas vale un hombre bueno, que todo este mundo visible; pues á todo él hecistes para servicio y uso de los buenos. Y paresciendo una vez el príncipe deste mundo delante de vos, diciendo que habia rodeado toda la tierra, donde tantas grandezas y maravillas habia visto, por ninguna dellas preguntastes, sino por un hombre simple y recto que habia en ella, que se llamaba Job (*k*). Esto tambien, Señor, declara vuestra bondad, y el paternal cuidado que teneis de todos los buenos, pues entre todas las grandezas del mundo no hay en vuestros ojos otra grandeza por qué preguntar, sino esta.

Pues ¿qué lengua explicará las honras con que los honrais aun en este mundo, queriendo que hasta las reliquias de sus cuerpos, y aun los pedazuelos de sus pobres vestiduras sean reverenciadas y tenidas en grande veneracion? Sant Gregorio escribe (*l*) que la emperatriz de Constantinopla (que era como señora del mundo) le envió á pedir con grande instancia la cabeza del apóstol Sant Pablo, con muy diferente corazon, cierto, del que tenia Herodías, cuando pidió la de Sant Joan Baptista. Y el sancto Pontífice le respondió que en ninguna manera podia despojar á Roma de tan gran tesoro; mas que le enviaria en lugar della una joya muy preciosa, que era un poquito de la limadura de la cadena con que él sancto Apóstol estuvo preso en poder de Neron. Pues ¿qué mayor honra puede ser para un hombre que (como oficial mecánico) vivia por el trabajo de sus manos, que levantarlo Dios á tan grande dignidad, que los monarcas del mundo tuviesen por gran tesoro un poquito de hierro, por haber tocado en sus miembros? ¿Y qué honra tambien aquella que escribe Sant Lúcas del mesmo apóstol, que su sudario, y cualquier andrajo de su cuerpo sanaba todas las enfermedades del mundo? De manera que dispensaba Dios, en las leyes de naturaleza, por amor de un harapo que habia tocado en el cuerpo de su sancto.

Y no solo honró desta manera las reliquias de sus apóstoles, mas cada dia hace esta mesma honra á los polvos y andrajos de sus amigos, de cuyos milagros están llenos todos los libros. Pues quien leyere los cinco libros de la vida de Sant Bernardo, escripta por tres insignes

(*f*) Psal. 45. (*g*) Isai. 58. (*h*) Isai 66.

(*i*) Exod. 3. (*k*) Job. 1. (*l*) Constant. Aug. Epis. 30. tom. 2. op.

autores, los cuales fuéron testigos de vista de sus virtudes, hallará que pasan de docientos y sesenta milagros los que en ella se cuentan; y entre ellos se escribe que un obispo de una ciudad de España hizo saber al sancto varon que padescia continuamente un grandisimo dolor de cabeza, al cual el sancto envió un bonete suyo; y poniéndole el obispo en su cabeza, tuvo tanto respecto el Señor de todo lo criado á que aquel bonete habia tocado en la cabeza de su siervo, que en ese instante le dió perfecta salud. Y, lo que mas es, habiendo una vez cenado el sancto varon en casa de otro obispo (que tenia bien conoscida la sanctidad deste bienaventurado padre) mandó guardar el plato en que el sancto habia cenado. Y á cabo de cierto tiempo, padesciendo él una recia enfermedad, mandó que le diesen de comer en aquel plato, y luego en ese punto se halló sano. Juzguen pues por este ejemplo los hombres en qué precio tiene aquella summa bondad á los buenos, pues quiere que hasta las leyes de naturaleza se dispensen y tengan especial acatamiento y respecto, no solo á sus personas, no solo á los andrajos de sus cuerpos, sino á las vasijas en que alguna vez comieron. Y conforme á estos ejemplos hallarémos á cada paso otros innumerables en las historias de los sanctos; los cuales nos han de ser unos vivos retratos y espejos claros en que veamos la inmensidad de la bondad de nuestro Señor, y el amor grande que tiene á los buenos, y las honras con que los honra. Este es el principal fructo que se ha de sacar desta sancta leccion; porque sin duda mucho mas resplandesce la hermosura de la divina bondad en el tratamiento que hace á los buenos, que en la fábrica de los cielos, y de todo este mundo criado.

Y como si todo esto fuese poco, acrescentástesles, Señor, otra nueva honra; porque no solo honrais á ellos, mas tambien sus descendientes por ellos. Porque vos mesmo dijistes (*m*): Yo soy Dios, celador de las ánimas, que uso de misericordia con los que me aman, hasta la milésima generacion. Así, Señor, lo dijistes y así lo cumplistes con David, con Abraham, y con su hermano Lot (1), y con otros muchos amigos vuestros; á cuyos hijos y descendientes hecistes muy especiales mercedes (aunque algunos dellos eran idólatras y malos) por respecto de sus padres, que fuéron buenos. Lo cual manifiestamente declaró aquella celestial cantora en su cántico, cuando dijo (*n*): La misericordia del Señor corre de generacion en generacion eternalmente sobre aquellos que le temen.

§. VI.

De otras cosas por donde se conosce la bondad de Dios.

Pues qué tan grande sea la bondad que se nos descubre por estas obras de gracia, de que hasta aquí habemos tratado, las historias y vidas de los sanctos en grande parte lo declaran. Porque allí se verá cumplido y verificado todo cuanto aquí habemos dicho de la providencia que el Señor tiene de sus amigos, y de la manera que se ha con ellos. Mas entre todos estos ejemplos no apuntaré mas que solos dos de dos mujeres, una pecadora, y otra innocente; uno antiguo, y otro nuevo; uno de Maria Magdalena, y otro de Sancta Catarina de Sena. Pues ¿qué cosa mas admirable, que los favores y beneficios que el Señor hizo á esta sancta pecadora del Evangelio despues de su gloriosa resurreccion? Qué mayor maravilla que estar una mujer en una montaña treinta años, y pasar todo este tan largo espacio de tiempo sin comer y sin beber? Y lo que mas es, que cada dia fuese levantada siete veces en el aire por mano de los ángeles á oir los cantares y melodía dellos, y por ellos mesmos fuese restituida en su proprio lugar? Pues ¿á quien no pondrá espanto y admiracion esta tan extraña novedad para con esta sancta mujer?

Mas los favores y muestras de amor que descubrió á la vírgen Sancta Catarina de Sena, no se pueden explicar en pocas palabras, sino es leyendo toda la historia de su vida, que escribió su confesor, varon religiosísimo, que despues fué general de toda nuestra órden, el cual supo mucho de lo que escribió de la boca de la mesma vírgen, y demas desto, él afirma con solemne juramento la verdad de todo lo que escribe. Muchos son los argumentos de la divina bondad; y el mayor de todos es haberse hecho Dios hombre por amor de los hombres, y padescido muerte por ellos; y unos se mueven mas con unos, y otros con otros, segun la disposicion y devocion de cada uno. Mas yo confieso que uno de los que hasta agora mas me han espantado, y mayor conoscimiento me han dado desta soberana bondad, y del grande amor que este Señor tiene á las ánimas puras y limpias, es ver lo que hizo con esta sancta, y las invenciones cuotidianas de favores y regalos con que la visitaba y trataba. Porque una vez le sacó el corazon del cuerpo, y lo tuvo tres dias en su poder, y despues se lo puso en su lugar; otra se desposó con ella en presencia de la sacratísima Madre suya, y de otros sanctos; otra por haber ella bebido un brebaje amarguísimo, sirviendo á una enferma, le apareció y le dió á beber un licor celestial, de la llaga de su sacratísimo lado; otra vez por haberse ella desnudado de una túnica para dar á un pobre, le trajo el mesmo Señor otra túnica, con que nunca sintiese frio ni calor, invierno ni verano; otras veces le dió á sentir parte de todos los dolores y tormentos que habia padescido en su sacratísimo cuerpo; y, lo que excede toda admiracion, el mesmo Señor rezaba las horas canónicas con ella, como un clérigo con otro; lo cual es cosa que si la mesma vírgen no lo dijera, paresce que faltara la fe humana para creer cosa tan nueva, y tan admirable y de tanta familiaridad con Dios. Pues ¿qué diré de sus grandes revelaciones, y de la eficacia de sus oraciones? Qué de los pecadores obstinados que ella convirtió? Qué del pasar tanto tiempo sin comer otro manjar que el sanctísimo Sacramento, como el papa Pio II da testimonio en la bula de su canonizacion? Qué de los éxtasis y alienaciones de sentidos que padescia todas las veces que comulgaba, donde no faltó una persona malvada que le hincó una aguja por la planta del pié, lo cual ella no sintió mas que si fuera de piedra mármol? Pues los milagros que se hicieron los tres dias que estuvo su sancto cuerpo sin sepultar, ¿quién los contará? Porque en la bula sobredicha, entre otras cosas se cuenta, que no pudiendo una doliente llegar á su sancto cuerpo por la mucha gente que allí estaba, tomando una toca della, y llevándola de mano en mano á

(*m*) Exod. 20. (1) No llama el V. P. á Lot hermano de Abraham en sentido rigoroso (pues consta de los capítulos 11 y 12 del Génesis que era su sobrino), sino en el sentido en que el mismo Abraham se lo llamó (*Genes.* 13. v. 8.) esto es, pariente cercano.

(*n*) Luc. 1.

tocar el cuerpo, y volviéndola á la doliente, fué luego sana. Pues quien quiera que tuviere ojos para saber mirar todas estas maravillas, luego entenderá cuán incomprehensible sea el amor que nuestro Señor tiene á las ánimas puras y limpias, pues así las trata, así las honra, así las abraza y regala, así las purifica y sanctifica, así las levanta sobre los cielos, así oye sus oraciones, así trata tan familiarmente con ellas, y les da parte de sus secretos, y les hace en todo la voluntad. Pues quien esto considerare, por una parte se maravillará de ver cómo aquella soberana Majestad se inclina tan familiarmente á una cosa tan baja como el hombre, y por otra parte dejará de maravillarse, considerando que no se podia esperar ménos de aquella infinita, inmensa é incomprehensible bondad, sino que tal como este sea el amor que tiene á los buenos, y tal el trato y comunicacion que tiene con ellos. Esta razon bien considerada declara la grandeza del amor que esta summa bondad tiene á las ánimas puras y limpias; mas ningun género de palabras hay bastantes para declarar esto en el grado que es; porque en las cosas humanas, cuando vemos una persona hacer todos los extremos del mundo por otra, solemos decir que está enhechizada, ó que ha perdido el seso, ó tal que cosa, con que en alguna manera declaramos la grandeza de aquella pasion. Mas como nada desto pueda caber en aquella infinita bondad y pureza, no tenemos vocablos para significar la grandeza deste amor, y de los grandes favores y regalos que este Señor hace á sus familiares amigos. Y por eso paramos en decir que no se puede creer ménos de la infinita bondad, sino que ame con infinito amor á los buenos, y que conforme á esto sea el tratamiento que les hace.

Y si estos favores, que pertenescen á los bienes de gracia, tanto nos descubren, Señor, vuestra bondad, ¿qué harán los bienes de gloria? Si desta manera tratais á vuestros amigos en este valle de lágrimas, ¿cómo los trataréis en el paraíso de vuestros deleites? Si así los alegrais en el camino, ¿cómo los alegraréis en su patria? Si así los consolais en el lugar de su captiverio, ¿qué haréis en el lugar de la libertad? Si así son regalados cuando hacen penitencia, ¿qué será cuando cojan los fructos della? Si así duermen y reposan en vuestro seno cuando andan armados en la guerra, ¿qué será cuando dejen las armas, y gocen de los triunfos de la victoria? Pues ¿cuál será, Señor, la bondad que allí les descubriréis, cuando estéis ya seguro que no se alzarán á mayores, ni se envanescerán con el favor? Allí les mostraréis vuestro divino rostro; allí llamaréis á cada uno por su nombre; allí los asentaréis á vuestra mesa, y les daréis á comer de vuestro plato; allí los haréis una mesma cosa con vos; allí les daréis parte de todos vuestros bienes, es á saber: de vuestra gloria, de vuestra hermosura, de vuestra divinidad, de vuestra eternidad, de vuestra bienaventuranza, y así seréis todo en todos ellos. Allí cuando se vean para siempre seguros y confirmados en gracia, extenderán sus lenguas en vuestras alabanzas, y con el Profeta cantarán (o): Alaba, Hierusalem, al Señor, y alaba, Sion, á tu Dios; porque fortificó las cerraduras de tus puertas, para que goces de perpetua y firme seguridad. Allí es donde claramente se conosce la grandeza de vuestra bondad, y donde sin cesar dan voces aquellos celestiales cantores, diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Dios de los ejércitos.

Mucho se nos descubre, Señor, vuestra bondad por la grandeza desta gloria con que galardonais los buenos, y por el amor y buen tratamiento que les haceis en esta vida; y no ménos se descubre esto mesmo por el aborrescimiento que teneis á los malos, y por la grandeza de la pena que les teneis aparejada en la otra. Porque del mesmo principio de donde nasce el amor inestimable para con los buenos, nasce tambien el aborrescimiento para con los malos, que es vuestra inmensa é infinita bondad, á la cual pertenesce amar y favorescer summamente la bondad, y aborrescer y castigar severísimamente la maldad. Por donde las grandes amenazas y castigos espantosos que mandais denunciar á los malos por los profetas, aunque mueven nuestros corazones á temor, no ménos los mueven á amor; pues no solamente nos dan testimonio de vuestra justicia, mas tambien lo dan de vuestra bondad; pues tan grande indignacion é ira como allí mostrais contra la maldad, nos da claro á entender cuán grande sea vuestra bondad, y cuánto deba ser amada.

Mas ¿qué diré? que no solo este odio contra los malos nos dice esto, mas tambien la pena eterna del infierno que les teneis aparejada; porque la cosa mas espantosa que hay, á juicio humano, es castigar con pena eterna culpa temporal, y que con todo esto no quede suficientemente castigada. Porque como vos, Señor, seais un abismo de misericordia, como sois copioso en el galardonar, así sois piadoso en el castigar. Porque siempre es mayor vuestro galardon que nuestros servicios, y vuestro castigo menor que nuestros pecados. Pues ¿de dónde nasce que un castigo, por un cabo tan terrible, y por otro tan prolijo, como el del infierno, se diga que es no solamente justo, sino tambien corto y escaso por una culpa temporal, sino porque es tan grande y tan incomprehensible vuestra bondad, que pecar contra ella no se castiga dignamente ni con eterno tormento? Pues ¿qué tal será aquella bondad, cuya ofensa aun no queda suficientemente castigada con pena infinita? ¡Oh summa bondad, oh inefable bondad, que tú sola justificas esta ley, y tu grandeza hace pequeño este castigo; porque ella es tan grande, que no hay pena que baste para castigo de quien la ofendió!

Sobre todo lo dicho no paresce que se podrán añadir mas argumentos y testimonios desta soberana bondad. Mas es cierto que todo esto apénas es un punto en comparacion de lo que esta bondad se nos declara por el misterio de la encarnacion del Hijo de Dios. Porque todo esto fué comunicarnos, Señor, todos los bienes que fuera de vos se nos podian communicar, que eran bienes de naturaleza, de gracia y de gloria. Confieso, Señor, que por estas tres órdenes de bienes no hay fuera de vos cosa que no nos sea communicada. Mas dentro de vos está vuestro sér, que es propriamente vuestro, y que no se puede communicar, sino haciendo Dios á quien le communicáredes. Porque así como es hombre quien tiene sér de hombre, así tambien será Dios, quien tuviere sér de Dios. Pues esta tan incomprehensible gracia teníades *ab æterno* determinada de hacer al hombre, y no al hombre solo, sino á todo el mundo en el hombre, pues él es un mundo abreviado. Pues ¿qué tiene ya el hombre, Dios mio, que decir aquí? ¿Cómo no enmudescerá y pasmará, viendo

(o) Psal. 147.

una tan espantosa muestra de bondad? ¿Qué mas era posible de hacer? Qué os queda, Señor, mas por communicar? Qué cosa puede mas declarar la naturaleza del summo bien, que esta summa communicacion? ¡Oh summamente bueno y digno de ser amado con infinito amor! Porque infinita bondad, con infinito amor meresce ser amada, y todo lo que falta para llegar aquí, falta para su perfecta medida. De modo que si yo, Señor, tuviera infinitos corazones, con todos ellos os habia de amar; y si tuviera infinitas lenguas, con todas os habia de alabar; y si tuviera infinitas vidas, todas las hubiera de emplear en vuestro servicio; y si hubiera infinitos mundos que dejar, todos se habian de despreciar por vuestro amor. Mas pues esto no puedo, dadme vos, Señor, gracia para que os ame yo con todo lo que puedo, y que con la fuerza deste amor resista á todo otro peregrino amor.

Todas estas, ó ánima mia, son obras de aquella summa bondad, y unas como centellas que saltaron acá fuera del pecho divino. Pues si tales son las centellas ¿qué tal será el fuego de donde saltaron? Si tan grandes los efectos deste summo bien, ¿qué tan grande será en sí el mesmo bien? Este es aquel summo é incommutable bien que no se estrecha con los lugares, no se muda con novedades, no pasa con el tiempo, no tiene necesidad del socorro de nadie; porque por sí solo basta, por sí solo puede, y por sí solo deleita. Este es aquel summo bien, que no se alcanza con los sentidos, porque es espiritual y eterno; mas con el entendimiento se conosce, y con la voluntad se gusta, y con el corazon se siente, y con la devocion se busca, y con la esperanza se halla, y con la caridad se abraza, y en la gloria para siempre se posee.

CONSIDERACION SEGUNDA: DE LA SEGUNDA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA GRANDEZA DE SU HERMOSURA.

No solamente la bondad, sino tambien la verdadera hermosura mueve grandemente los corazones al amor. Por donde algunos sabios vinieron á decir que el objecto de nuestra voluntad era la hermosura, por ver con cuánta fuerza atrae las voluntades á sí. Pues si tan amable es la hermosura, ¿qué tan amable seréis vos, Señor, que sois piélago y fuente de infinita hermosura, de quien proceden todas las hermosuras? Las hermosuras, Señor, de las criaturas son particulares y limitadas, mas la vuestra es universal é infinita; porque en vos solo están encerradas las hermosuras de todo lo que vos criastes. Por donde así como el sol es mas claro, mas resplandesciente y mas hermoso que todas las estrellas del cielo juntas, y él solo alumbra mas que todas ellas, así vos solo sois infinitamente mas hermoso que todas vuestras criaturas, y mas parte para alegrar y robar los corazones que todas ellas. De vuestra hermosura el sol y la luna se maravillan, de vuestra hermosura manaron todas las otras hermosuras, en esta hermosura no se hartan de mirar los ángeles; porque en ella ven mas perfectamente todas estas perfecciones y hermosuras de las criaturas, que en las mesmas criaturas.

Mas ¿qué es toda la hermosura deste mundo visible comparada con la del invisible? Qué es toda la hermosura de los cuerpos comparada con la de los espíritus angélicos, sino una estrella comparada con el sol? Un ángel, dice el evangelista Sant Juan (p), que vió en aquella su grandé revelacion con tan grande claridad y hermosura, que lo iba á adorar, si el ángel no se lo estorbara. Pues si tan grande es la hermosura que excede todas las hermosuras visibles, ¿cuál será aquella que contiene tambien en sí la de las invisibles? Esto se podrá en alguna manera entender, si consideramos la muchedumbre de los ángeles, y los grados y órden de sus perfecciones. En número son tantos, que sobrepujan la muchedumbre de todas las especies criadas, de manera que aunque no son infinitos, todavía son innumerables; porque nadie puede contarlos, sino solo aquel que cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama á cada una por su nombre (q). Mas con ser tantos, están de tal manera ordenados, que el segundo tiene todas las perfecciones del primero, y otra mas, con que difiere dél, como vemos en los grados y dignidades de la Iglesia, donde la dignidad superior tiene todo lo de la inferior, y un grado mas, con que se diferencia della. Y desta manera procede la jerarquía eclesiástica, comenzando dende las órdenes menores, y procediendo por todos los grados eclesiásticos hasta el postrero, que es el summo Pontífice. Pues esta mesma órden que hay en la jerarquía de la Iglesia militante, hay tambien en la triunfante, de manera que el primer coro es de los que communmente se llaman ángeles. El segundo es de los arcángeles, los cuales son en mayor número que los ángeles; porque cuanto son mas excelentes los coros, tanto es mayor el número dellos. Y por esta mesma órden habemos de subir por todos los nueve coros hasta llegar al postrero de los serafines, que mas vecino está á Dios, y mas distante del primer ángel, el cual tiene en sí solo las perfecciones y virtudes de todos los otros ángeles, como vemos acá que el hombre tiene en sí las virtudes y perfecciones esenciales de todos los otros animales, que son inferiores á él.

Pues quiero yo, Señor, agora echar la cuenta y subir por esta escalera de las criaturas, á ver, como desde una atalaya muy alta, algo de la hermosura inestimable que hay en vos. Porque primeramente está claro que teneis ya la hermosura de todas las criaturas visibles, y despues la de las invisibles, que sin comparacion son muchas mas en número, y mayores en excelencia, y sobre esto teneis en vos otras infinitas hermosuras, que á ninguna criatura se communicaron. De manera, que así como la mar es grande, no solo porque todas las aguas de los rios entran en ella, sino tambien por las que ella tiene de suyo, que son muchas mas sin comparacion; así decimos que vos, Señor, sois mar de infinita hermosura, porque no solo teneis en vos las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, sino tambien otras infinitas, que son proprias á vuestra grandeza, y no se communicaron á ellas; aunque en vos no sean muchas hermosuras, sino una simplicísima é infinita hermosura.

Pues siendo esto así, ¿cuál podrémos entender que será aquella hermosura, aquella imágen tan perfecta, aquel espejo de todas las cosas, aquel abismo de todas las gracias, pues él solo tiene embebidos en sí los mayorazgos de todas las hermosuras, con otras infinitas que son proprias suyas? Aquella imágen de la reina Elena que pintó aquel famoso pintor Apeles, dicen que fué hermosísima; porque el pintor puso delante de sí

(p) Apoc. 19.

(q) Psal. 146.

cinco doncellas de muy perfecta figura cuando la pintaba, para tomar de cada una lo mejor que le pareciese. Pues si aquella imágen salió tan acabada, por tener en sí las perfecciones de solas cinco figuras, ¿qué tal será aquella imágen que en sí contiene las perfecciones de todas las criaturas, y mas las suyas? Ni hay lenguas de ángeles ni de hombres que esto puedan explicar. ¡Oh blancura de la luz eterna (r)! Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios! Oh paraíso de todos los deleites! ¿Qué será, Dios mio, veros cara á cara? Qué será ver esa lumbre con vuestra lumbre? ¡Oh dichoso aquel dia que os viere, que me descubriréis vuestra cara, y me mostraréis en ella todos los bienes! Oh dia digno de ser comprado con todos los tormentos y trabajos del mundo!

Finalmente, tal es y tan grande vuestra hermosura, que solo verla y gozarla basta para hacer bienaventurados aquellos soberanos espíritus del cielo, é hinchir todo el seno de su capacidad; los cuales arden perpetuamente en amor de vuestra infinita hermosura, amándola con todas sus fuerzas, y ocupándose en esto con lo último de su potencia, sin jamas cansar. Porque la hermosura infinita de aquel objecto que tienen delante, de tal manera arrebata y llama á si todas las fuerzas destos espíritus soberanos, que no pueden dejar de estar siempre y actualmente amándoos con este amor. Y esto es lo que tácitamente significó Sant Juan en su revelacion, cuando dijo (s) que aquellos sanctos cuatro animales, que estaban ante el trono de Dios, no tenian descanso dia y noche, diciendo: Sancto, sancto, sancto es el Señor Dios de los ejércitos: llena está la tierra de su gloria. Porque en decir que no tenian descanso, dió á entender que con todas sus fuerzas y sin cesar amaban y alababan á aquel Señor en quien estaba todo su descanso.

Mas ¿qué mucho es hacer esto los ángeles en el cielo, pues algo desto hicieron los sanctos aun en este lugar de destierro? Porque de la vírgen Sancta Clara leemos que habiendo recebido de Dios una grande visitacion y consolacion despues de la fiesta de la Epifanía, quedó su ánima tan absorta en Dios, y tan presa de aquella divina suavidad y amor que habia gustado, que por espacio de muchos dias no podia estar atenta á lo que se hablaba, y tenia necesidad de hacerse mucha fuerza para esto, por tener todos los sentidos robados y trasladados en Dios.

Mas ¿qué mucho es que la vista desta hermosura baste para hacer bienaventurados á todos los coros de los ángeles, pues basta para hacer bienaventurado al mesmo Señor de los ángeles, el cual no tiene otra bienaventuranza, sino ver y gozar de su mesma hermosura? Lo cual llegó á conoscer Aristóteles, filósofo gentil, por esta razon: Claro está, dice él, que aquel summo bien, pues tiene vida, que en alguna cosa ha de entender, porque no ha de dormir, pues está libre de las obras humanas, como son comer, y beber, y cosas tales; y segun esto no le queda otra obra en que entender, sino contemplar. Pues ¿qué contemplará? Por ventura ¿alguna otra cosa fuera de sí, con cuya contemplacion sea bienaventurado? Claro está que no; porque si tal cosa hubiese, esa seria mejor y mas noble que él, pues la vista suya bastaba para hacerle bienaventurado; así ese sería Dios, y no él. Queda luego averiguado, que si su ejercicio es contemplar, y contemplando es bienaventurado, y no contempla otra cosa fuera de sí, que siempre está contemplando á sí, y con esto es infinitamente bienaventurado. Pues ¿cuál será aquella hermosura que solo mirarla basta para beatificar á Dios, y para hinchir aquel seno y capacidad infinita de cumplida felicidad? Cuál será aquella hermosura que este Señor *ab æterno* siempre está mirando, y eternalmente mirará, sin jamás enfadarse de miralla, sino ántes recebiendo con esto tan incomprehensible alegría, que todo cuanto hay criado y puede criar, es nada en comparacion della? ¿Cómo nadará, en este piélago de tanta grandeza, el hombre, pues en él puede nadar la grandeza de Dios?

Hagamos pues agora esta comparacion. Claro está que todas las hermosuras deste mundo y del otro, comparadas con aquella infinita hermosura, no son mas que una gota de agua comparada con toda la mar, ó una pequeñita estrella comparada con el sol; ántes son aun mucho ménos; porque todavía estas son criaturas finitas y limitadas, y así se pueden entre sí comparar. Pero entre dos extremos, uno finito y otro infinito, ¿qué proporcion puede haber? Pues desta gota de hermosura tan pequeña de las criaturas, tomemos una particular, que es la de una sola criatura. Vemos pues los extremos que algunos hombres han hecho y hacen cada dia por una sola criatura, los cuales ni comen, ni beben, ni duermen, pensando en lo que aman, y aun á veces vienen á perder la salud, y el juicio, y la vida por esta causa. Porque poco ménos que esto acaesció á Amnon, hijo de David, por la afeccion de Thamar. Pues si estos padescen esto por una tan pequeña centella y sombra de hermosura, ¿qué harian si se les ofresciese una hermosura donde estuviesen juntas todas las hermosuras deste mundo visible, y todas las del invisible, y con estas la de aquel supremo é invisible mundo, que es Dios? ¿Hay cuento de guarismo que baste para tantear esto? Hay entendimiento que pueda comprehenderlo? Hay paciencia que sufra hacerse tantos extremos por esta tan vana sombra de hermosura, y hacer tan poco por aquella infinita y verdadera? Porque si esto se hace por un poco de polvo y ceniza, y por una florecica que hoy es, y mañana se marchita, ¿cómo no corremos en pos de vos, Señor? Cómo no os amamos con todas nuestras fuerzas? Cómo no caemos enfermos con aquella sancta Esposa de los Cantares por este divino amor (t)? Cómo podemos comer, ni beber, ni dormir, pensando en ella?

Pues siendo esto así, ámeos yo, Señor, con todas mis entrañas, hermosura infinita; ámeos yo, mar de todas las gracias, campo de todas las flores, retablo de todas las hermosuras, abismo de todas las perfecciones; ábranse mis ojos para ver esa hermosura, y ciérrense para todo lo demas. Sean, Señor, todas las criaturas espejo en que os contemple, imágen en que os vea, y escalera por donde á vos suba, y libro por donde lea vuestras grandezas. Abrid, Señor, mis ojos, y ungidlos con el colirio de vuestra gracia, para que pueda yo en alguna manera ver una sola centella de vuestro resplandor. Encended en mi corazon una sed tan grande de vos, que diga yo con el Profeta (v). Como el ciervo deseó las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á tí, mi Dios. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo: ¿cuándo vendré, y paresceré

(r) Sap. 7. (s) Apoc. 4.

(t) Cantic. 2. (v) Psal. 41.

ante la cara de mi Dios? Venid, venid pues, todos los amadores de Dios, venid á esta fuente, bebed deste divino licuor, insistid en esta demanda, porfiad con el Profeta, diciendo (x): A tí, dijo mi corazon, tu cara, Señor, buscaré, y por ello sospiraré; no apartes tu rostro de mí, tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. *Amen.*

§. ÚNICO.

Siguese una notable sentencia de Platon acerca de lo que está dicho de la divina hermosura.

Casi todo esto que aquí habemos dicho, dice maravillosamente Platon en persona de Sócrates, en el diálogo que llaman del Convite, donde viene á concluir que la verdadera sabiduría y bienaventuranza del hombre (por la cual se debe poner á todo género de trabajos), es la contemplacion y amor de la verdadera y perfecta hermosura, porque esta es la que atrae á sí, y roba los corazones de quien la mira: y esta dice que está en solo Dios, que es perfectamente hermoso. Lo cual prueba, declarando las condiciones de la perfecta hermosura, las cuales en ninguna parte se hallan sino en solo Dios. Porque primeramente dice que ha de ser eterna, que ni tenga principio ni fin, ni pueda crescer, ni tampoco menguar. Lo segundo dice que de tal manera ha de ser enteramente hermosa, que no tenga una parte fea y otra hermosa; sino que todo cuanto hay en ella sea hermoso. Lo tercero dice que esta hermosura no se ha de marchitar ni alterar con el tiempo, de tal manera, que un tiempo sea hermosa y otro fea, sino que en todo tiempo permanezca en una mesma gracia. Ni tampoco quiere que se mude con los lugares; para que en un lugar sea hermosa y en otro fea, sino que en todo lugar conserve su hermosura, y en todo sea amable. Asimesmo dice que de tal manera ha de ser hermosa, que no sea por participacion de alguna hermosura accidental, como son las hermosuras de las criaturas, sino que esencialmente sea hermosa; de tal manera que dél participen su hermosura todas las cosas hermosas, y él de nadie la participe, y como todas las cosas puedan padecer diminucion de su hermosura, él no la pueda padescer, por no haber cosa mas poderosa que él. Y puestas estas condiciones, concluye Platon, que la summa sabiduría y felicidad del hombre consiste en el conoscimiento desta summa, simple y eterna hermosura: de tal manera, que el que mirare, amare é imitare, y por amor suyo despreciare todas las cosas que en este mundo parescen hermosas y amables, ese solo será de tal manera sabio y bienaventurado, que ninguna cosa le falte para el cumplimiento de la felicidad que en esta vida se puede alcanzar. Todo esto es sentencia de Platon, dicho en persona de Sócrates. Y lo que mas es de maravillar, confiesa el mismo Sócrates haber aprendido esta filosofía, que llama disciplina amatoria, de una mujer prudentísima, que se llamaba Diótima. Pues ¿qué cristiano habrá que no se espante de ver en estas palabras de gentiles resumida la principal parte de la filosofía cristiana, pues aquí se declara el fin de nuestra vida, que consiste en la contemplacion y amor de la hermosura divina, y en los medios por do se alcanza, que es el menosprecio de todas las cosas amables y hermosas del mundo? Y ¿quién no dará gracias á Dios, considerando por otra parte que esta tan alta filosofía que Platon alcanzó (por donde mereció nombre de divino) vemos agora en grande número de personas religiosas, y de muchas pobres mujercitas, las cuales despidiendo de sí, y dando libelo de repudio á todas las vanidades del mundo, y á todos los cuidados terrenos, entienden perpetuamente en allegarse á Dios, y traer siempre su corazon ocupado en la contemplacion y amor desta divina hermosura, y en las obras y maravillas que della proceden?

Por aquí tambien se entenderá lo que en esta consideracion pasada dijimos de la hermosura de nuestro Criador, y de cuán poderosa sea ella para atraer los corazones á sí, pues en ella se hallan cumplidamente todas las condiciones que este filósofo señaló de la perfecta hermosura, y fuera della no. Y el conoscimiento desta hermosura dice que es el fundamento de lo que él llama disciplina amatoria; porque esta es la que señaladamente lleva todos los corazones en pos de sí.

TERCERA CONSIDERACION: DE OTRA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA GRANDEZA DEL AMOR QUE ÉL NOS TIENE.

Dice Sancto Tomas (y) que así como ninguna cosa hay con que mas se encienda un fuego, que con otro fuego, así ninguna hay con qué mas se encienda un amor, que con otro amor. Porque como la primera de las dádivas sea esta, de la cual manan todas las otras, así como los beneficios recebidos mueven al amor del bienhechor, así (y mucho mas) el amor, que es la causa dellos. Pues por esto será razon levantemos agora los ojos de nuestra ánima á considerar la grandeza del amor que nuestro Señor tiene á los hombres. Y porque hay dos maneras de hombres, unos buenos, y otros malos, no tratarémos aquí de unos ni de otros. Porque de la grandeza del amor que tiene á los buenos, y del tratamiento que les hace, y de las consolaciones con que los consuela, y de las honras con que los honra, ya tratamos en la primera destas consideraciones: y que no tenga amor á los malos, en cuanto malos, entendido está de lo que la Escriptura dice (z), que es aborrescible á Dios el malo y su maldad. Tratarémos pues del amor que tiene á los hombres en commun, en cuanto son criaturas suyas, donde entra el deseo que tiene de la salud y bien del género humano.

Pues la grandeza deste amor declaran primeramente todos los beneficios divinos de que arriba tratamos. Porque como sea proprio del amor querer bien y hacer bien (porque de lo uno nasce lo otro), quien tantos bienes nos tiene hechos, como allí está declarado, síguese que ha de amar mucho á quien tantos bienes hizo. Y por esto, cuanto allí se trató de los beneficios divinos, sirve para este fin, y no ménos hace para ello lo que se dijo de la grandeza de la divina bondad. Porque como esta sea la fuente de donde nasce el amor, conoscida la grandeza de la fuente, se conosce tambien cuál será el rio que della procederá. Mas para este efecto tratarémos aquí particularmente de tres grandes indicios y obras deste divino amor, que son las obras de la creacion, glorificacion y redempcion.

Pues comenzando por la primera, esta nos descubre por muchas vias el amor que en aquel divino pecho está encerrado. Porque primeramente, como el hombre

(x) Psal. 26.

(y) S. Thom. Opusc. 61. cap. 7. (z) Sap. 14.

sea obra de las manos de Dios, hecha á su imágen y semejanza, y la mas principal obra de cuantas en este mundo visible formó, ¿cómo no ha de amar lo que él mesmo con esta dignidad y preeminencia tan grande formó? Porque es tan natural cosa amar las personas las obras de sus manos, que hasta un árbol que hayamos plantado ó ingerido de nuestra mano, le tenemos un particular amor. Y cuando á cabo de tiempo lo vemos florido, ó cargado de fructo entre otros muchos árboles, nos alegramos mas con ver aquel, que todos los otros; porque los otros miramos como á extraños, mas este como á cosa nuestra. Y como esta sea una natural condicion y propriedad de la naturaleza humana, la cual fué por vos, Señor, criada, necesariamente habemos de poner en vos esta perfeccion. Porque no puede haber perfeccion en la criatura, que no esté muy mas excelentemente en el Criador. Pues segun esto, si vos, Señor, amais á todo lo que criastes, como á cosa que salió de vuestras manos, ¿cuánto mas amaréis aquel para quien todo lo criastes? Y si así amais á lo que formastes, de cualquier forma que lo hiciésedes, ¿cuánto mas al que criastes á vuestra imágen y semejanza?

Esta es una de las principales razones que alegaba el profeta Isaías al Señor para pedir misericordia, cuando decia (*a*): Miradnos, Señor, con ojos de piedad, pues somos obra de vuestras manos. Y por esto mesmo tenia David por cierta la misericordia deste Señor, cuando decia (*b*): Extenderéis, Señor, vuestra diestra á la obra de vuestras manos. Y por esto mesmo se maravilla el sancto Job de cómo el Señor permitia que el demonio le atormentase tan crudamente, siendo él obra de sus manos. Y así prosigue él esta razon muy á la larga, diciendo (*c*): Vuestras manos, Señor, me hicieron y formaron; pues ¿cómo me soltais dellas para que venga á despeñarme? Acordáos, ruégoos, Señor, que vos me hecistes, como quien de un poco de barro hace un vaso, ó cuaja un poco de leche. Vos mesmo me vestistes de pieles y de carne, y me organizastes con huesos y nervios, y me distes vida y misericordia. Pues siendo esto así, ¿cómo, Señor, desamparais lo que vos mesmo formastes? Todo esto decia el sancto varon, presuponiendo el amor que el Señor tenia á lo que él mesmo habia formado, como á obra de sus manos.

Mas hay aquí otra consideracion en gran manera dulce y de gran suavidad: que es, ver cómo en tanto grado amastes y preciastes este hombre, que todo este tan grande y admirable mundo que vemos con los ojos, criastes para él. Y que esto sea una grande verdad, pruébase por esta evidente razon. Porque claro está que no criastes este mundo visible para los ángeles, que son puros espíritus, y así no tienen necesidad, ni de lugares corporales en que estén, ni de cosas corporales con que se sustenten. Mucho ménos lo criastes para vos, pues de nada teneis necesidad, sino de vos solo; pues *ab æterno* estuvistes sin mundo, tan glorioso y bienaventurado como agora lo estáis. Pues decir que lo criastes para las bestias, sería grande bestialidad; pues las bestias ni conoscen al Hacedor, ni son parte para agrasdecer el beneficio, ni ménos merescedoras que tan gran fábrica criase aquel potentísimo y sapientísimo Hacedor para brutos animales. Por donde claramente se sigue que todo este tan grande teatro, poblado de tantas cosas, esclarescido con tantas lumbreras, hermoseado con tanta variedad de cosas, cercado de tan grandes y tan resplandescientes cielos, gobernado con tan ciertas y maravillosas leyes, fué criado solo para servicio, mantenimiento y uso del hombre, y para que le fuese un espejo en que mirase al Criador, y un libro natural en que leyese y conosciese su sabiduría, su omnipotencia, su providencia y su bondad. ¿Pues no será grande argumento del amor de Dios, y de la estima en que tuvo al hombre, haber criado para solo él una tan grande casa, tan grandes cielos, tan grande tierra, tan grande mar, y tanta provision de cosas innumerables para solo su cuerpo, que es la menor y mas baja parte del hombre? Si es grande muestra del amor que un padre tiene á un hijo, proveerle de gran casa y familia cuando le da estado de vida, ¿cuánto amor mostró aquel eterno Padre al hombre, cuando de tal casa le proveyó, dándole por palacio el mundo, y por familia todas las criaturas, y la mar y la tierra para provision de su mesa, y las estrellas del cielo por pajes de hacha, que esclaresciesen la noche y el dia; de las cuales hay algunas que, como dicen los matemáticos, son cient veces mayores que toda la tierra? Pues segun esto ¿qué tan grandes serán los cielos, donde caben tantas estrellas? ¿Y qué tan grande será el mundo, que de tales cielos está cercado? Pues ¿quién no conosce por aquí la liberalidad y amor de tal dador? ¿Y quién puede caber en sí de placer considerando la estima en que este Señor le tuvo, cuando tal casa le aparejó? Y quién no conosce por aquí la grandeza de su dignidad, viéndose por Dios hecho rey y señor de todo el mundo, y viéndo cuán grande amor le mostró quien le dió este tan grande principado?

Mas no pára aquí, Señor, este argumento y testimonio de vuestro amor, pasa aun mas adelante. Porque aun mas claramente nos descubre esto la infinidad de cosas que, Señor, criastes, no solo para provision y mantenimiento del hombre, sino tambien para su recreacion y regalo. Porque en aquellas os mostrais ser muy largo, Señor, para con vuestros criados, proveyéndolos abundantemente de todo lo necesario para el uso de la vida; mas en estas mostrais amor de padre á hijos, y hijos chiquitos y tiernamente amados, á los cuales suelen los padres proveer de cosas alegres para su gusto y recreacion. Pues ¿quién podrá explicar aquí la muchedumbre de cosas que para este fin criastes? ¿Qué de colores tan hermosos para la vista, qué de voces y músicas de hombres y de aves para el oir, qué de rosas y flores para el sentido del oler, qué de sabores y diversidades de manjares para el gusto, qué de objectos tan admirables tiene la vista para tener siempre en que recrearse, y recreándose aprovechar en el conoscimiento del Criador? Qué retablo hay mas hermoso que el cielo estrellado, qué paños de verdura mas graciosos que los campos floridos, y los rios con sus riberas entoldadas y ceñidas de arboledas; qué matices mas perfectos que el color de los rubíes y esmeraldas, qué sedas mas finas ni qué brocados mas resplandescientes que los colores de algunas flores que hay, unas moradas, y otras amarillas, y de otros muchos colores? Si no fuera esto así, no dijera el Salvador en el Evangelio (*d*): Considerad las azucenas del campo cómo crescen. Digoos de verdad, que ni Salomon en toda su gloria se vistió como uno destos.

(*a*) Isai. 64. (*b*) Psal. 79. (*c*) Job. 10.

(*d*) Matt. 6.

Pues procediendo mas adelante por este tan espacioso campo de vuestras obras y maravillas, si es tan grande argumento de amor haber criado este tan grande y tan hermoso mundo, con tanta variedad de cosas que nos declaran vuestro amor, ¿cuánto mayor los será haber criado á nosotros para vos, conviene saber, para hacernos participantes de vos, esto es, de vuestra mesma bienaventuranza y gloria, la cual como á ninguna criatura pueda pertenescer por título de naturaleza, sino á solo vos que sois Dios, síguese que con esta gracia nos hecistes en su manera dioses, pues nos hecistes partícioneros de la gloria de Dios? Pues quitada aparte aquella summa gracia de la union de nuestra humanidad con el Verbo divino, ¿qué mas nos podíades dar? ¿A qué grado de honra podíamos mas subir? Ciertamente, Señor, así como no hay mayor gloria que la vuestra, así ninguna dignidad podíamos recebir mayor que esta, en la cual, ni los mas altos serafines que mas de cerca ven y gozan de vuestra hermosura, en cuanto toca á la dignidad del fin, no nos hacen ventaja; porque aunque sean sin comparacion mayores en la condicion de su naturaleza, no lo son en la condicion de la bienaventuranza; pues para el mesmo fin y gloria que fuéron criados ellos en el cielo, fuímos tambien nosotros criados en la tierra. Aquí, Señor, derramastes sobre nosotros vuestros tesoros, pues nos criastes para un tan alto fin y tan grande gloria, que ningun entendimiento divino ni humano puede comprehender cosa mayor. Por donde, si por las dádivas se juzga el corazon y el amor, ¿cuál fué aquel amor que tal dádiva nos dió, que ni á toda su omnipotencia dejó lugar para poder darla mayor? ¡Oh liberalísimo, oh benignísimo Señor, oh verdadero amador de los hombres, pues para tanto bien los criastes! Bendigan os, Señor, los ángeles; y los cielos y la tierra prediquen vuestras alabanzas, y los hombres particularmente empleen toda su vida en el amor y servicio de quien tanto amor les descubrió.

Pues sobre esta dádiva paresce que no se sufria añadidura; mas vuestro infinito saber y vuestra infinita bondad y caridad la halló, que fué poner de vuestra casa el precio con que la meresciésemos y compráseros, que fué la sangre de vuestro unigénito Hijo. La cual dádiva es tan grande, que así como la gloria que por ella se nos da, que es el mesmo Dios, no puede ser mayor, así tampoco el precio con que se compra. Summo es lo uno, y summo lo otro, y así ni lo uno ni lo otro puede crescer, ni ser mas de lo que es.

Pues si las dádivas y beneficios son las verdaderas muestras y testimonios del amor, ¿qué mayor dádiva nos pudiérades dar que esta? Porque en solo este Señor nos distes todas las cosas: en él nos distes padre y madre, hermano, maestro, abogado, rey, sacerdote y sacrificio, ejemplo, doctrina, justicia, sabiduría, sanctificacion, redempcion, perdon de pecados, gracia, gloria, salud y vida, y todos los bienes. Pues ¿qué mayor muestra de amor se pudiera dar, que esta? El mesmo Hijo vuestro, que mora en vuestro seno, secretario de vuestro corazon, nos dió estas nuevas de vos, diciendo: Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito Hijo; porque todo aquel que creyere en él (esto es, creyendo le amare) no perezca, sino alcance la vida eterna. Y si este tal Hijo nos diérades solamente para que lo conosciéramos, amáramos y sirviéramos, fuera summa misericordia; mas lo que excede todo encarescimiento, es que nos lo distes por hacienda nuestra, para que pudiésemos hacer moneda dél y de su sangre preciosa, para nuestro rescate.

Pues cuán grande argumento de verdadera caridad sea este, el mesmo Señor nuestro lo declaró, cuando dijo (*e*): Nadie puede dar mayor testimonio y muestra de verdadero amor, que el que pone su vida por sus amigos. Pues ¿á quién no concluirá este argumento, para creer que nos quereis bien, habernos dado tanto bien, y criado para tanto bien, y derramado sobre nosotros lo mas precioso que se halló en vuestros divinos tesoros?

A todos estos argumentos del divino amor se añade otro tan poderoso y tan grande, que ninguna lengua humana basta para explicarlo, que es la institucion del sanctísimo Sacramento, que el Señor ordenó para estar en nuestra compañía, y morar en nuestras ánimas, y hacernos una cosa consigo. Porque como el amor esencialmente sea union de dos ánimas y dos corazones en uno, la cosa mas propria del amor es desear esta union. Pues segun esto, ¿qué mayor muestra de amor, que haber ordenado este Señor un sacramento, cuyo efecto (entre otros) es juntarse él con nuestra ánima, y hacerse una cosa con ella? Qué cosa puede ser mas propria del verdadero y perfecto amor que esta? De la cual al presente no tratamos en este lugar, por tratarse della arriba entre los beneficios divinos, y asimesmo en el libro siguiente, donde se escribe de la institucion del sanctísimo Sacramento. Mas hacemos aquí mencion della, para que los que quisieren mover su corazon al amor de nuestro Señor, considerando el amor grande que él nos tiene, ayunten este argumento á todos los demas que están dichos, el cual es tan grande, cuanto es la dádiva que por él se nos da, que es la mayor de las dádivas; pues en ella se nos da Dios. Por donde como no hay dádiva que se pueda comparar con esta dádiva, así no hay amor que se pueda comparar con este amor.

Grande es el amor que los padres tienen á sus hijos; mas con todo esto no llegan las entrañas de padres á consentir que parezca mas ante sus ojos un hijo que se les casó sin licencia, ó que les hizo algun otro agravio semejante; mas las entrañas de aquel Padre celestial bastan para que, aunque un hombre haya cometido todas las ofensas del mundo, si de todo corazon se vuelve á él, sea como el hijo pródigo recebido y perdonado. Bien conoscia esto el Profeta, cuando dijo (*f*): Agora, Señor, vos sois nuestro Padre, y Abraham no nos conosció, ni Israel tuvo cuenta con nosotros. Vos solo sois nuestro Padre, y en los siglos permanescerá vuestro nombre. Este amor nasce, Señor, de vuestra bondad, de la cual proceden dos rios muy caudalosos, que son misericordia y amor; el uno para curar nuestros males, y el otro para nos communicar vuestros bienes. Pues si la fuente es infinita, ¿qué tal será el rio del amor que nasce della? Por eso no desmayo, ni desconfío, aunque me conozco por tan indigno de ser amado; porque, aunque yo sea malo, el amador es bueno, y tan bueno, que no desecha á los pecadores, sino ántes los atrae á sí, y los recibe, y come con ellos (*g*).

A todos estos argumentos y obras de vuestro amor añado, Señor, otra, que es ser vos el mesmo amor. Testigo desto es vuestro Evangelista, que dice (*h*): Dios es

(*e*) Joan. 15. (*f*) Isai. 63. (*g*) Matt. 9. (*h*) 1. Joan. 4.

amor, y por eso el que ama á Dios, está en Dios, y Dios en él. ¡Oh cosa verdaderamente dulce y maravillosa, tener un tal Dios que él todo sea amor, y que su mesma naturaleza sea amor! Si es cosa hermosa ver el sol en su hermosura, ¿qué será ver un Dios todo encendido, y todo hecho un fuego de amor? Qué ha de hacer este fuego sino abrasar y quemar? Segun esto contémploos yo, Señor mio, en medio desa corte soberana como un fuego infinito, ó como un sol ardentísimo, que derrama sus llamas por todos los cielos, y abrasa por do quiera que pasa todas las cosas; porque todas viven y se mueven por amor. Y así como este sol tiene mas inflammados y quemados á los que moran mas cerca dél, así ese divino sol tiene del todo abrasados y hechos fuego aquellos altísimos serafines, que así como están mas cerca deste sol, así están mas abrasados en su amor.

Pues si todas estas cosas tan claramente nos descubren la grandeza de vuestro amor, y el amor tiene tan grande fuerza para sacar amor, ¿cómo no os amaré yo, Dios mio, con todo mi corazon? Cómo puedo resistir á tan grande fuerza de amor? Cómo me hago sordo? Cómo insensible á las voces de todas las criaturas que me llaman á este amor? La piedra fria y dura da fuego, si muchas veces la hieren con un eslabon: ¿y será mi corazon tan duro, que con los golpes de todas las criaturas del mundo no salga dél una centella de amor? Si no hay cosa en el mundo mas poderosa para engendrar fuego, que otro fuego, ¿por qué ese fuego de vuestro divino amor (siendo tan grande como lo es) no inflamará mi corazon? Prueban los filósofos que el elemento del fuego no es cuerpo infinito; porque si lo fuera, abrasara los otros elementos, y todo el mundo convirtiera en sí. Pues si vos, Señor mio, sois un fuego de amor infinito, ¿cómo no se abrasa mi corazon estando presente á vos? ¿Qué frialdad es esta, que con tal fuego no se abrasa? ¡Oh Rey de gloria! no consintais, Señor, tal monstruosidad en el mundo, como es no arder quien se llega á este tan grande fuego. Abrasad, Señor, este corazon mas frio que la nieve, mas helado que el mesmo hielo, para que os ame con todas sus fuerzas, de la manera que vos mandais y meresceis ser amado, y que este amor siempre arda y siempre se continúe en los siglos de los siglos. *Amen.*

Esto se ha dicho del amor de Dios en comun para con los hombres; mas del amor especial que tiene á los buenos, en los cuales resplandesce la imágen de su sanctidad y pureza, no se trata aquí en particular: lo uno, porque esta es materia que habia menester muchos libros para declarar la grandeza deste amor, y lo otro, porque en parte se trató ya algo desto en la primera consideracion de la bondad de nuestro Señor, donde se declaró el cuidado y providencia paternal que él tiene de los buenos, la pureza de vida que les da, las consolaciones con que los consuela, las honras con que los honra, la presteza con que oye sus oraciones; porque todas estas cosas, como son argumentos de la divina bondad, así tambien lo son del amor que tiene á los buenos, pues tal tratamiento les hace.

CUARTA CONSIDERACION: DE OTRA CAUSA QUE TENEMOS PARA AMAR Á DIOS, QUE ES EL PARENTESCO ESPIRITUAL QUE NUESTRAS ÁNIMAS TIENEN CON ÉL.

El parentesco tambien es muy grande estímulo de amor. Porque como el hombre naturalmente ame á sí mesmo, tambien ha de amar á cualquier parte suya. Porque no es otra cosa el pariente, sino un pedazo de la persona emparentada. Lo cual significa mas claro el vocablo latino, que llama al pariente consanguineo, que quiere decir particionero de una mesma sangre. Pues así como es verdad que todos los amores sanctos nascen de un solo amor sancto, que es el de Dios, por quien el justo ama todo lo que ama; así todos los amores naturales nascen de un amor natural, que es el amor con que el hombre ama á sí mesmo, por cuya causa ama sus deudos. Por donde segun los grados del parentesco, así tambien es este amor mayor ó menor. Pues como haya muchos grados en esta materia, los tres mayores y mas conjuntos son el de los hermanos, y el de padres é hijos, y el de los bien casados. El primer amor es grande, el segundo mayor, el tercero mucho mayor que todos; pues por él dice la Escriptura divina, que se dejan padre y madre (*i*). Pues si cada uno destos parentescos es grande motivo de amor, ¿cuánto debe ser amado aquel en quien todos estos parentescos concurren en summo grado de perfeccion? Porque primeramente, ¿con qué amor ha de ser amado aquel hermano, que no siendo hermano por naturaleza, se hizo nuestro hermano por gracia, el cual siendo por aquellos mesmos que él escogió por hermanos, vendido, reprobado, desterrado y muerto, no solamente no los despreció, mas ántes reprobado los aprobó, y vendido los compró, y muerto los resuscitó, y desterrado los restituyó y volvió á su patria? De los dos primeros hermanos que fundaron á Roma, leemos que el uno mató al otro, por no tener compañía en el imperio; y este celestial hermano, siendo él solo Hijo de Dios por naturaleza, procuró que todos lo fuésemos por gracia, y sobre esta demanda puso la vida. De manera que los otros quitaron la vida á sus hermanos, por ser singulares en la honra ó en la herencia; mas este hermano entregó la suya propria, por tener muchos compañeros en ella. ¡Oh hermano amantísimo! con qué blandura de corazon y de palabras inviastes aquellas sanctas mujeres á dar noticias de vuestra sancta resurreccion á los discípulos, diciendo (*k*): Anda, id, y decid á mis hermanos, que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. ¿Qué mayor honra para el hombre, y qué mayor humildad para Dios? Porque en lo uno nos levantastes tanto que nos hecistes tener compañía con vos, procurando que vuestro Padre fuese nuestro por gracia, y en lo otro os abajastes tanto, que venistes á tener sobre vos, Señor, no debiéndoseos por naturaleza.

Mayor parentesco que este es aun el de los hijos para con sus padres, y por eso es motivo de mayor amor. Pues ¿á quién pertenesce mas este nombre de padre que á Dios? ¿Qué otra cosa quiso significar el Salvador cuando dijo (*l*): No llameis á nadie padre sobre la tierra; porque uno solo es vuestro padre, que está en el cielo? Por la cual causa en todo el discurso del sancto Evangelio siempre usa deste nombre de padre. Y así en un lugar dice él (*m*): Sabe vuestro Padre las cosas de que teneis necesidad, y á su cargo está proveerlas. Y en otra parte (*n*): Amad, dice él, á vuestros enemigos, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve

(*i*) Genes. 2. (*k*) Joan. 20. (*l*) Matt. 23. (*m*) Matt. 6. (*n*) Matt. 5.

sobre justos y pecadores; para que seais perfectos, como vuestro Padre celestial lo es. Y conforme á este título nos manda que hagamos oracion, diciendo (*o*): Padre nuestro, que estás en los cielos, sanctificado sea tu nombre, etc. Y por Jeremías dice el mesmo Señor (*p*): Yo os llevaré por frescuras y arroyos de agua, y por un camino tan llano y tan derecho, que no tropeceis en él. Porque yo me he hecho padre de Israel, y Efraim es mi hijo primogénito. Y mas abajo: Como á hijo honrado trataré yo á Efraim, y como á niño delicado; por tanto mis entrañas se han enternecido sobre él, y con piedad habré misericordia dél. ¿Con qué otras palabras mas tiernas pudiera aquí este Padre celestial explicarnos su afecto paternal? Y porque no pensásemos que esta tan grande honra era de solo título, dice el Apóstol (*q*) que infundió él en las ánimas destos sus espirituales hijos, el mesmo Espíritu Sancto que moró en el ánima de su unigénito Hijo; el cual nos da corazon y amor de hijos para con su padre; y así nos hace clamar y pedir su favor y amparo, con toda confianza y devocion, como hijos á padre. Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor dignidad que esta? ¡Oh dulce Padre, oh dulce nombre, oh dulce título, oh maravillosa honra que en esto, Señor, nos distes! la cual cuanto es mayor, tanto nos obliga á mayor amor.

Pues aun muy mayor motivo es para esto el vínculo y parentesco del matrimonio; porque los casados no se cuentan ya por dos, sino por una mesma cosa; y por eso como es natural cosa amar á sí, así tambien lo es amar el uno al otro. Pues ¿quién podrá explicar aquí las ventajas que hace el matrimonio espiritual de Dios con el ánima, al matrimonio corporal? El uno es de espíritus y el otro de cuerpos; el uno es de hombres, y el otro de ángeles; el uno es como sombra, y el otro la mesma verdad; pues, como dice el Apóstol (*r*), el uno es señal del otro. Tres son las principales perfecciones y excelencias del matrimonio; conviene saber: lealtad, fecundidad y perpetuidad, por razon del vínculo que entreviene en él. La lealtad en los matrimonios corporales muchas veces se quebranta por el adulterio de la una ó de la otra parte; mas en el espiritual nunca se quebranta por parte de Dios, y cuando por la nuestra se quebranta, es tan piadoso el injuriado, que él mesmo convida á la adúltera con la paz, diciendo (*s*): Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas con todo esto vuélvete á mí, que yo te recebiré. Los hijos muchas veces faltan en los matrimonios de acá; y cuando los hay acontece venir á ser cuchillo y verdugos de sus padres; mas en este otro matrimonio (cuando se trata legítimamente) nascen hijos de bendicion, dadores de vida eterna, que son las buenas obras que nascen de la caridad. Estos hijos nascen de la union de Dios y del ánima; no del ánima sola, sino della como de principio material, y de Dios como de Padre y causa principal. Estos son aquellos hijos varones que aborresce Faraon (*t*), y que con todas sus fuerzas procura matar, porque no se le alcen con el reino que él por su soberbia perdió.

Pues el vínculo matrimonial tampoco puede ser perpetuo; porque necesariamente se ha de acabar con la muerte del uno; y, como dice el Apóstol (*v*), en muriendo el varon, libre queda la mujer del vínculo del casamiento. Mas el matrimonio espiritual es tan perpetuo, que, como dice Sancto Tomas (*x*), en el baptismo se comienza, y con la buena vida se ratifica, y en la muerte se consuma; de tal manera que despues de aquella primera union y compañía del cielo, es imposible seguirse divorcio. Pues el amor, y los regalos, y consolaciones deste matrimonio espiritual, ¿quién los sabrá explicar? Quien desto quisiere algo saber, váyase á aquel suavísimo libro de los Cantares, y allí verá tantos argumentos de amor, y tanta suavidad de palabras del Esposo celestial al ánima su esposa, y della á él, que le pondrán grande admiracion, viendo de la manera que se inclina aquella soberana Majestad al ánima pura y limpia que él toma por esposa. ¡Cuán admirable es, otrosí, aquella familiaridad, aquel ímpetu de amor y atrevimiento desta esposa, cuando la primera palabra que echó por la boca, fué esta (*y*): Déme paz con su sanctísima boca. Sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo (*z*): Bien sé que la honra del rey pide juicio, y á ella es atribuida la potestad judiciaria; mas el amor impetuoso ni mira juicio, ni guarda consejo, ni se enfrena con vergüenza, ni se subjecta con razon. Y por esto rogó, suplicó, pidió, importunó, diciendo: Déme paz con el beso de su boca. ¿No te paresce luego que el ánima que así trata con Dios, que está embriagada y fuera de sí con el amor? Y por eso olvidada de la majestad del Esposo, no sabe echar por la boca sino lo que abunda en el corazon. Mas ¿cuánto son mas dulces que las palabras de la esposa las que el mesmo Esposo celestial dice al ánima religiosa cuando la llama para sí (*a*)? Levántate (dice él), y date prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven á mí; porque el invierno es ya pasado, las aguas y turbiones han cesado, y las flores han aparescido en nuestra tierra. Levántate pues, amiga mia, hermosa mia y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra, y en las concavidades de la cerca. Muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu cara es hermosa. Pues ¿qué palabras se pudieron imaginar mas dulces que estas? ¿Cuáles pues serán los deleites que el ánima sentirá, á quien vos, Señor, en lo íntimo de su corazon dijéredes estas palabras? Porque si vos mesmo decis que vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres, ¿cuáles serán los deleites que communicaréis al ánima á quien así hablais?

Pues si todos estos títulos de amor concurren en vos, Dios mio, con tantas ventajas, ¿cómo no os amaré yo con todos estos amores? Si vos sois hermano, padre y esposo de las ánimas, ¿cómo puedo contenerme sin amaros con todo mi corazon? La doncella ama con grande amor al que le traen por esposo, porque por él espera tener remedio, compañía, hacienda, contentamiento, amparo, honra y órden de vida. Pues ¿de quién espera mi ánima todos estos bienes sino de vos? Vos sois mi hacienda, mi honra, mi tesoro, mi heredad, mi compañía, mi consejo, mi salud, mi arrimo, mi esperanza, y finalmente la summa de todos mis bienes. Pues ¿cómo no seré yo cruel contra mí si no amare á vos? Pues, como dice Sant Augustin (*b*), solo aquel ama de verdad á sí, que sabe, Señor, amar á tí.

(*o*) Matt. 6. (*p*) Hier. 31. (*q*) Galat. 4. (*r*) Ephes. 5.
(*s*) Hiere. 3. (*t*) Exod. 1. (*v*) 1. Cor. 7.

(*x*) S. Thom. Opusc. 23 in princ. (*y*) Cantic. 1. (*z*) Bernard. sup. Can. serm. 9. Psal. 98. (*a*) Cantic. 2. (*b*) Augustin. de Civit. Dei, lib. 10. cap. 4. tom. 5. et in Joane tract. 123. de cap. 21. tom. 9.

O ánima mia, dice el mesmo sancto (c), Esposo tienes y no le conosces. El mas hermoso es de todas las cosas, y tú no has visto su hermosura. El ha visto la tuya, porque si no la viera no te amara. Pues ¿qué harás? Agora en este tiempo no lo podrás ver, porque está ausente, y por eso no temes enojarle y hacerle injuria, menospreciando su amor tan excelente, y entregándote torpemente á otros amadores extraños. No quieras cometer tan grande mal. Y si por agora no puedes saber qué tal sea este Esposo, á lo ménos considera las arras que te ha dado; para que así entiendas con cuánta afeccion lo debes amar, y con cuánto cuidado y diligencia te debas guardar para él. Mucho es lo que te dió, mas mucho mas lo que ama en tí. ¿Qué es, ó ánima mia, lo que tu Esposo te ha dado? Tiende los ojos por todo el universo mundo, y mira si hay algo en él que no sea para tu servicio. Toda la naturaleza criada, para este fin se ordenó; que es para servir á tu provecho y hacer lo que te cumple. ¿Quién piensas ordenó todo esto? Claro está que Dios. Pues ¿cómo recibes el beneficio y no conosces al dador? ¡Oh cuán grande locura es no desear el amor de Señor tan poderoso, y cuán gran desconocimiento no amar á quien tanto te ama! Ama pues á él por quien él es, y ama á tí por amor dél. Ama á él para tí, y á tí para él; porque este es puro y casto amor, que ninguna cosa tiene fea, ninguna desabrida, y ninguna transitoria. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Vayan pues, ó ánima mia, vayan todos los que quisieren y busquen á quien amen y sirvan, porque yo sabido tengo ya que este es el verdadero Padre y Esposo de las ánimas, por cuyo amor es muy bien empleado morir, hasta poderlo alcanzar.

Mas por ventura dirás: Verdad es que este Señor es Esposo de las ánimas, pero son muchas las esposas que tiene, y así será menor el amor que le cabrá á cada una, repartido entre tantas. Eso podrá caber en los hombres, que así como son defectuosos en la virtud, así lo son en el amor. Mas vos, Señor, así como sois omnipotente en la virtud, así lo sois en el amor de los vuestros; en lo uno infinito, y en lo otro tambien, y así no puede menoscabarse, siendo por muchos repartido, lo que no tiene término ni cabo. Y como no goza ménos cada uno de la lumbre del sol, aunque alumbra á todos, que si él fuese solo, así no ama este Esposo celestial ménos á todas las ánimas religiosas, que si fuesen una sola. Así que no es este amador como Jacob, que amaba ménos á Lia por el amor grande que tenia á Raquel (d), sino como Dios infinito, cuya virtud no es menor para con cada uno, por dividirse entre muchos.

QUINTA CONSIDERACION: DE OTRA CAUSA DEL AMOR DE DIOS, QUE ES LA DEPENDENCIA Y ÓRDEN QUE HAY ENTRE LAS CRIATURAS Y EL CRIADOR; DONDE TAMBIEN SE TRATA DE CÓMO DIOS ES NUESTRA BIENAVENTURANZA Y ÚLTIMO FIN.

Esta consideracion pasada, que se funda en este linaje de parentesco espiritual que el ánima tiene con Dios, se declara mas por la dependencia y órden que la criatura racional tiene con su Criador, que es tambien otro linaje de parentesco espiritual. Y por esto estas dos consideraciones se declaran una á otra; y cada una, por sus términos y en su manera, encienden grandemente nuestro corazon en el divino amor.

Para lo cual es de saber que en tres maneras pueden unas cosas depender y estar como necesitadas y colgadas de otras. Porque unas dependen de otras cuanto al principio del sér, mas despues de recebido el sér, no tienen ya mas necesidad de sus autores para conservarse en él; como la pintura ó la casa despues que salió de las manos del maestro. Otras hay que dependen de sus causas, como la vida del cuerpo de la presencia y virtud de su ánima y de su cabeza, por la cual vive y se conserva. Otras hay que dependen de sus causas cuanto á la perfeccion y cumplimiento de su sér, como el discípulo del maestro que le enseña, ó la mujer del marido de quien recibe lo necesario para el uso de la vida.

Estas tres causalidades y dependencias, así como ponen grande vínculo y hermandad entre las cosas, así son causa de grande amor. Por do viene á ser que todos los efectos tienen natural amor y respecto á las causas de donde proceden, y de quien esperan alcanzar su perfeccion. Por la primera dependencia es grande el amor que los hijos tienen á los padres, y los padres á sus hijos; de lo cual son testigos aun hasta los mesmos animales, que se quitan el mantenimiento de la boca para sustentar sus hijos, y se meten á veces por las lanzas y venablos por defenderlos. Por la segunda es muy natural el amor que los miembros tienen á su cabeza, por cuya salud se ponen á recebir el golpe del espada, por la conservacion della; lo cual no hacen hijos por padres, ni padres por hijos. Por la tercera razon es tambien grandísimo el amor que tiene la esposa á su esposo; porque dél espera en muchas cosas la perfeccion de su sér. Pues como sea verdad que todas estas causalidades y dependencias juntas se hallen en solo Dios, y todas en summo grado de perfeccion; ¿con qué amor será razon que sea amado aquel de quien así estamos colgados de todas partes? Si él es el que nos dió el sér, ha de ser amado como el padre de sus hijos; y si nos conserva en el sér, ha de ser amado como la cabeza de sus miembros. Y si él es el que nos ha de dar la perfeccion y cumplimiento deste sér, ha de ser amado como la buena mujer ama á su marido. Y pues todas estas cosas esperamos de solo él, síguese que estamos obligados á amarle con todos estos amores, y mucho mas, pues mas perfectamente nos communica él estos beneficios, que todas las causas susodichas á sus efectos. Reconosce pues, ó ánima mia, todas estas obligaciones; y pues sabes cierto que lo que fuiste, y lo que eres y lo que esperas, todo es deste Señor, y que por tantas partes estás aliada y adeudada con él, ama á quien tanto bien te ha hecho, y te hace, y adelante ha de hacer.

Ameos yo pues, Señor, pues soy vuestra hechura, y vos mi Hacedor, de quien tengo el sér que tengo. Vuélvanse las aguas al lugar de do salieron, conviértase el efecto á la causa de donde procedió, tórnese la criatura al Criador que la hizo. Tiranía es que uno edifique, y otro more en lo edificado; que uno plante, y otro esquilme lo que otro plantó. No permitais vos, Dios mio, os haga yo esta traicion, ni que entregue las llaves de vuestra hacienda á otro fuera de vos. Vuestro soy, vuestro seré, vuestro deseo ser para siempre; por vuestro me recebid en vuestra casa, y no desecheis de vos lo que hecistes para vos.

(c) De diligendo Deo, sive Meditationem cap. 4. tom. 9. in Append. (d) Gene. 29.

Ameos yo tambien, Señor Dios mio, pues vos me conservais y sustentais en este sér que me distes. Así como las ramas del árbol nascen de la raiz, y ella mesma es la que las conserva en el sér que tienen; así vos, Señor mio, sois la raiz y el principio que me distes sér; y vos mesmo sois el que me conservais y sósteneis en él. Pues ¿con quién tengo yo de tener cuenta sino con vos? Aquellas ramas á ninguna cosa criada tienen mayor respecto ni amor natural que á la raiz de do procedieron, y en que se conservan en su sér y hermosura, y de todo el mundo, que viva ó muera, no se les da nada, con tanto que esté viva y fresca su raiz, de quien les viene todo su bien. Pues ¿en quién tengo yo, Señor, de poner los ojos? ¿A quién tengo de amar, sino á vos, cuyas manos me criaron, cuya providencia me sostiene, cuyas criaturas me sirven? ¿Por quién soy, por quién vivo, por quién tengo todo lo que tengo, sino por vos? Y pues vos sois el orígen y raiz de todo mi bien, y yo una sola rama entre otras muchas que en vos se sustentan, ¿qué tengo yo que ver con el cielo ni con la tierra, sino con vos solo, que sois la fuente de todo mi bien, y el arca de todos mis tesoros? La viña y la heredad sirve no solamente al que la plantó, sino tambien al que la cava y la riega, y así la conserva en aquel sér que tiene. Y pues vos me plantastes por vuestra mano cuando me criastes, y vos me conservais en este sér con labor y riego de vuestra providencia, ¿por qué ha de esquilmar otro la fruta desta heredad, sino vos? Yo soy vuestra heredad, y vos sois mi heredero y mi Señor. A vos sirvan todas las plantas desta heredad, que son las potencias de mi ánima; á vos las flores, que son todos sus buenos deseos; á vos los fructos, que son todas mis palabras y obras, con lo demas. Mis ojos os bendigan, mi lengua os alabe, mis manos os sirvan, mis piés anden por el camino de vuestros mandamientos, mis entrañas se derritan en vuestro amor, mi memoria nunca os olvide, mi entendimiento siempre os contemple, mi voluntad en vos solo se deleite y se glorie. Este es el esquilmo y fructo desta heredad. Cercalda, Dios mio, con un muro de fuego; cerrad todos los portillos della, para que nadie os la pueda entrar. Conjúroos y requiéroos, todas las criaturas del mundo, con la virtud y obediencia deste commun Señor, que no toqueis en cosa desta heredad. Todo, Señor, sea vuestro; todo se emplee en vuestro servicio. Mueran todas las criaturas á este amor, y yo muera á todas ellas.

Ameos yo tambien, Señor, pues vos solo sois el que habeis de acabar esta obra que comenzastes, y el que habeis de dar á mi ánima su cumplida perfeccion. A todas las otras criaturas menores de una vez distes todo lo que debian recebir; mas al hombre (como era de tan grande capacidad), dístesle mucho cuando lo criastes, y prometístesle mucho mas para delante; para que con esta necesidad anduviese como colgado de vos, y así se moviese á amaros, no solo por lo que tenia recebido, sino mucho mas por lo que esperaba de recebir.

§. ÚNICO.

De cómo Dios es nuestra bienaventuranza y último fin.

Y puesto caso que estos tres respectos y consideraciones sean tan grandes incentivos y motivos de amor; mas este postrero es mas poderoso que todos, porque por él se entiende que vos solo sois mi felicidad y bienaventuranza, y mi último fin; cuyo amor dicen los filósofos que es infinito, en este sentido, que como se desea por sí, y no por otro respecto ni fin, no hay regla ni tasa con que se haya de limitar.

Pues ¿quién es, Señor, toda esta bienaventuranza mia, y mi último fin, sino vos? Vos sois, Señor, el término de mis caminos, el puerto de mi navegacion, el fin de todos mis deseos; pues ¿por qué no os amaré yo con este amor? El fuego y el aire rompen los montes, y hacen estremecer la tierra cuando están debajo della, por subirse á su lugar natural; pues ¿por qué no romperé yo por todas las criaturas? Por qué no haré camino por hierro y por fuego, hasta llegar á vos, que sois el lugar de mi reposo? Con ninguna cosa viene bien la vasera, sino con el vaso para que fué hecha; pues ¿cómo siendo mi ánima una como vasera que vos criastes para vos, puede venir bien con otra cosa que con vos? Acordaos pues, Dios mio, que como yo soy para vos, así vos sois para mí; no huyais pues, Señor, de mí; porque vos pueda yo alcanzar. Muy despacio camino, muchas veces me paro en él, y vuelvo atras; no os canseis, Señor, de aguardar á quien no os sigue con pasos iguales.

¡Oh Dios mio y salud mia! ¿cómo me detengo tanto? cómo no corro con summa lijereza al summo bien en quien están todos los bienes? ¿Qué se puede desear que no se halle en ese piélago de bondad, mejor que en los charquillos turbios de las criaturas? Aman los hombres las riquezas, y aman las honras, y la vida larga, y el descanso, y la sabiduria, y la virtud, y los deleites, y otras cosas semejantes, y ámanlas con tan grande amor, que muchas veces se pierden por ellas. ¡Oh locos y rústicos amadores, que amais la sombra, y despreciais la verdad; andais á pescar por las lagunas sucias y dejais la mar! Si cada una destas cosas por sí sola meresce ser amada; ¿cuánto mas lo debe ser aquel que vale mas que todas las cosas? Si su padre del profeta Samuel pudo con verdad decir á su mujer (*e*), que lloraba por no tener hijos, que él solo le valia mas que diez hijos; ¿con cuánta mayor razon diréis vos, Señor, al ánima del justo, que le valeis mas que todas las criaturas? Porque ¿qué descanso, qué riquezas, qué deleites se pueden hallar en las criaturas, que no estén con infinita ventaja en el Criador? Los deleites del mundo son carnales, sucios, engañosos, breves y transitorios. Alcánzanse con trabajo, poséense con cuidado, piérdense con dolor. Duran poco, y dañan mucho; hinchen el ánima, y no la hartan; engáñanla, y no la mantienen; y no la hacen por eso mas bienaventurada; sino mas miserable, y mas sedienta, y mas alejada de Dios, y de sí mesma, y mas allegada á la condicion de las bestias. Por esto dijo Sant Augustin (*f*): Miserable es el ánimo enlazado con la aficion de las cosas inferiores, y así es despedazado cuando las pierde. Y entónces viene á conoscer su miseria con la experiencia del mal, que por causa desta aficion padesce; aunque tambien era miserable ántes que lo padesciese. Mas á vos, Señor, ninguno os pierde, sino el que por su voluntad os deja; mas el que os ama, entra en el gozo de su Señor, y no terná por qué temer; sino ántes estará muy bien en el que es infinito bien.

Son tambien los deleites del mundo muy pequeños, porque son particulares, y no deleitan mas que un solo sentido; mas vos sois deleite universal, que á todos juntos espiritualmente los deleitais. Por donde aquel gran-

(*e*) 1. Reg. 1. (*f*) Augus. in Manuali. tom. 6.

de amador vuestro Augustino, decia (*g*): ¡Oh Dios, ¿qué es lo que amo cuando á vos os amo? No figura de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni resplandor de luz amigable á estos ojos, ni dulces músicas y melodías de canciones; no suavidad de flores ni de olores diversos, no manná, ni miel, ni sabores exquisitos, no abrazo de cosas corporales; nada desto es lo que amo cuando á mi Dios amo; sino amo una luz, y una voz, y un olor, y un manjar, y un abrazo, no deste hombre exterior, sino del interior, donde resplandesce á mi ánima lo que no cabe en lugar, donde suena lo que no lleva el viento, donde huele lo que no esparce el aire, donde se gusta lo que no se gasta cuando se come, donde se abraza lo que nunca se desvía. Esto es lo que amo cuando amo á mi Dios.

De manera que todos los deleites juntos, y todas las cosas que se pueden amar están en solo este Señor, y de tal manera están, que dijo el Sabio (*h*): Todas las cosas que se desean no pueden ser comparadas con él. Bien dice por cierto comparadas; porque como dice el Filósofo, no puede haber comparacion, donde no hay communicacion y semejanza en algo. Pues ¿qué comparacion hay entre el que es y el que no es? El punto y su circunferencia no se comparan entre sí, siendo ambas cosas finitas. Pues ¿qué comparacion hay de la criatura al Criador, y de lo finito á lo infinito? Pues si todas las cosas juntas no se comparan con este bien, ¿cómo se comparará cada una por sí sola?

Y si cada cosa destas se ama porque es buena, así la honra, como la riqueza, como el deleite; aquel que es summa honra, y summa riqueza, y summo deleite, ¿cómo ha de ser amado sino con summo amor?

Ameos pues yo, Señor, con estrechísimo y ferventísimo amor. Tienda yo los brazos de todos mis afectos y deseos para abrazaros, Esposo dulcísimo de mi ánima, de quien espero todo el bien. La yedra se abraza con el árbol por tantas partes, que toda ella paresce hacerse brazos para afijarse mas en él; porque mediante este arrimo sube á lo alto, y consigue lo que es proprio de su perfeccion. Pues ¿á qué otro árbol me tengo yo de arrimar para crescer y alcanzar lo que me falta, sino á vos? No cresce tanto esta planta, ni extiende tanto la hermosura de sus ramas abrazada con su árbol, cuanto cresce el ánima en virtudes y gracias, abrazada con vos. Pues ¿por qué no me haré yo todo brazos para abrazaros por todas partes? Por qué no os amaré yo con toda mi ánima, y con todas mis fuerzas y sentidos? Ayudadme vos, Dios mio y Salvador mio, y subidme á lo alto en pos de vos; pues la carga desta mortalidad pesada me lleva tras sí. Vos, Señor, que subistes en el árbol de la cruz, para atraer todas las cosas á vos; vos que con tan inmensa caridad juntastes dos naturalezas tan distinctas en una persona, para haceros una cosa con nosotros, tened por bien de unir nuestros corazones con vos, con tan fuerte vínculo de amor, que vengan á hacerse una cosa con vos; pues para esto os juntastes con nosotros, para juntarnos con vos.

Esta consideracion humilla grandemente y subjecta el hombre á Dios, viendo cuán colgado está dél todo su bien, y todo su sér, así pasado, como presente y venidero; y con esto subjectaba el sancto rey David su ánimo á Dios, diciendo (*i*): En tus manos, Señor, están mis suertes. Por lo cual otro intérprete dijo: En tus manos, Señor, están mis tiempos; conviene saber los tres tiempos, pasado, presente y venidero. Porque en el pasado recebí de vos el sér que tengo, y en el presente vos me estáis dando vida, y conservando en este sér; así como el sol á los rayos de luz que dél proceden; y en el venidero, porque de vuestra mano me ha de venir la perfeccion y cumplimiento deste sér, hasta llegar á su último fin, donde mi ánima tenga perfecto reposo, y descanso, y cumplimiento de todos los bienes, estando unida con vos, y transformada en vos, participando aquella bienaventuranza para que vos la criastes. Y así como vos mirándome dende lo alto con piadosos y paternales ojos, influis en mi ánima los rayos de vuestra misericordia; así por el contrario mi ánima, levantando con verdadera humildad y reverencia sus ojos á vos, recibe las influencias de vuestra luz, así como las estrellas del cielo mirando al sol reciben dél la claridad, y con ella la virtud que tienen. Pues si estos ojos son las canales por donde vuestra virtud corre y se deriva en las ánimas, ¿qué otro oficio habia de ser el mio, sino estar siempre suspenso, levantando los ojos á lo alto para participar esa virtud, diciendo con el Profeta (*k*): Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor; porque él librará mis piés de los lazos; y mirando yo á él, inclinaré sus ojos á que él tambien mire por mí? Y con el mesmo espíritu decia (*l*): A tí, Señor, levanté mis ojos, que moras en los cielos; así como los siervos están mirando á la cara de sus señores, de quien esperan remedio de su vida.

SEXTA CONSIDERACION: DE OTRA CAUSA DE AMAR Á NUESTRO SEÑOR, QUE ES LA MANERA DE PROPORCION Y SEMEJANZA QUE NUESTRA ÁNIMA TIENE CON ÉL.

¡Oh Dios mio y misericordia mia! si todas las razones y causas de amor concurren en vos, y todas en summo grado de perfeccion, ¿por qué no os amaré yo con summo y perfecto amor? Una sola causa destas nos hace muchas veces amar desatinadamente á una criatura, y desear morir por ella. Pues si todas las causas de amor se juntaron, Señor, en vos, y todas en tanta perfeccion, ¿quién no se abrasa? Quién no se derrite? Quién no deseará padescer mil muertes por vuestro amor? Si por beneficios va, á nadie debemos mas que á vos; si por amor, nadie nos quiere mas que vos; si por parentesco, con nadie tiene mayor deudo nuestra ánima que con vos. Pues si por perfecciones va, ¿quién mas perfecto que vos? Quién mas bueno? Quién mas hermoso? Quién mas benigno? Quién mas noble? Quién mas sabio? Quién mas poderoso? Quién mas rico y mas communicativo de sí mesmo y de todos los bienes, que vos? Pues ¿quién impide, Señor, nuestro corazon para que no corra á vos? ¿Qué cadena puede haber tan fuerte, que nos tenga presos para no poder llegar á vos? Si es el amor de las cosas deste mundo; si todo él, y cuanto hay en él es como la flor del campo, ¿cómo puede tan frágil materia detener el ímpetu desta corrida para vos? ¿Por ventura será parte una pequeña paja para detener en el aire una piedra, cuando viene corriendo hácia su centro? Pues ¿cómo permitiréis vos, Dios mio, que una tan liviana paja, como es todo lo que hay en este mundo, sea bastante para detener el ímpetu de nuestra corrida para

(*g*) August. Soliloquior. cap. 31. tom. 9. et Confes. lib. 10. cap. 6. tom. 1. (*h*) Proverb. 3.

(*i*) Psal. 30. (*k*) Psal. 24. (*l*) Psal. 122.

vos, que sois nuestro último fin, y centro de nuestras ánimas?

Mas por ventura habrá algun ignorante que diga: Verdad es que todas esas razones y causas de amor caben en nuestro Dios; mas no paresce que hay proporcion ni conveniencia entre una cosa tan baja y otra tan alta. El es altísimo, el hombre bajísimo; él es todo espíritu inaccesible é incomprensible, el hombre es carne, y carne miserable. ¿Pues qué proporcion podrá haber entre este cieno y aquel oro, para que se pueda hacer una liga de amor entre ambos? ¡Oh admirable Señor! solo esto faltaba para que ninguna razon faltase á nuestro amor para con vos, que es la proporcion y semejanza del que ama con el amado; pues la semejanza es una de las principales causas de amor. ¿Pues con quien puede mi ánima tener mayor semejanza que con vos, pues fué hecha á vuestra imágen y semejanza? ¿Para quién tendrá el corazon mas proporcionado que para vos, pues lo criastes para vos. ¿Entre qué dos cosas hay mayor proporcion y semejanza, que entre el vaso y la vasera que se hizo para él? Y pues mi ánima fué criada para ser vaso de eleccion, en que vos, Señor, estuviésedes (de donde le viene que ninguna cosa criada basta para hinchir este vaso sino vos), ¿con quién tendrá mayor proporcion y semejanza que con vos?

Verdaderamente, Señor, grandísima es la semejanza que entre vos y nuestra ánima pusistes, así en la sustancia como en la manera del ser, y del entender, y del obrar, y de todo lo demas. Vos sois espíritu, y nuestra ánima espíritu: vos invisible, y nuestra ánima invisible; vos inmortal, y nuestra ánima inmortal; vos tenéis entendimiento, voluntad y libre albedrio, y nuestra ánima tambien lo tiene. Vos sois perfectísima bondad, y sanctidad, y virtud; y nuestra ánima (si el demonio no borrara la semejanza que vos en ella pusistes) llena estaba de virtud y de bondad. Mas aun en estas reliquias que quedaron, permanescen todavía unos como rastros y señales de aquella primera hermosura. De aquí nasce el deseo natural de lo bueno, y la vergüenza de lo malo, y el agradecimiento de los beneficios, con otros tales afectos. ¿Pues qué diré de la manera del ser y del obrar? Vos con ser simplicísimo é indivisible, estáis todo en todo el mundo, y todo en cualquier parte dél: y nuestra ánima, siendo desta condicion, está toda en todo su cuerpo, y toda en cualquier parte dél. Vos, siendo un espíritu purísimo, obrais todas las obras en todas las criaturas; porque vos dais sér á los elementos, vida á las plantas, sentido á los animales, entendimiento á los hombres; y siendo uno, obrais todas las cosas con una simplicísima virtud. Y nuestra ánima, siendo una substancia espiritual, obra en este nuestro cuerpo tantas y tan diferentes obras, que cierto porná admiracion á quien esto considerare; porque ella es la que da ser á su cuerpo, como la forma de las piedras; y vida como la de las plantas; y sentido, como la de los animales. Ella es la que hace tantos oficios en este cuerpo, cuantos órganos, y sentidos, y miembros tiene. Porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en el paladar, toca con las manos, mueve todo el cuerpo con los miembros. Ella es la que siente en el celebro, mantiene en el hígado y da calor á todos los miembros, por medio del corazon. Ella es finalmente la que por medio del cuerpo engendra, como un caballo, y la que por otra parte contempla, como los ángeles. Una es, y todos los oficios hace: espíritu es, y en todas las obras corporales y espirituales entiende. En lo cual se ve cuán semejante es á su Criador. Por la cual causa, dado caso que los ángeles sean mas semejantes á Dios que nuestra ánima, por ser puramente substancias espirituales como él es, mas cuanto á la variedad de los oficios que nuestra ánima siendo una, ejercita en este cuerpo, dice Sant Juan Damasceno que representa mas la imágen y semejanza de Dios, que los mesmos ángeles; pues de la manera que se ha Dios en todo el mundo, se ha nuestra ánima en su proprio cuerpo. Por la cual causa todos los sabios llamaron al hombre mundo menor. Por donde así como los reyes de la tierra despues que han edificado una ciudad, suelen esculpir su imágen y escribir su nombre para memoria de su obra; así aquel Rey soberano, acabando de criar al mundo, crió al hombre, como á imágen y representacion de quien él era. Por lo cual puso grande pena á quien derramase sangre humana (*m*); por haber sido el hombre criado á imágen y semejanza suya.

Finalmente el Criador es por todas partes infinito: y ella, aunque no es desta manera infinita, á lo ménos es infinita en la capacidad, y en la duracion, y en el entendimiento y sabiduría. Es infinita en la capacidad, pues ninguna cosa la puede hartar sino solo Dios. Es infinita en la duracion, porque vivirá eternalmente en cuanto Dios fuere Dios. Y es infinita en el entender y en la sabiduría, porque no puede entender ni alcanzar tantas cosas, que no le quede siempre virtud para saber mas, y para inventar mas cosas, y para descubrir mas tierra. Y con haberse ya inventado tantas ciencias y artes por el ingenio humano, no se ha agotado ni podrá agotarse sin que le quede virtud para inventar mas, y descubrir mas de lo descubierto. Porque los otros animales que se gobiernan por el instincto del autor de la naturaleza, no saben mas de lo que se requiere para su conservacion; mas el saber del hombre no tiene límite ni término determinado; porque no puede alcanzar tanto que no se extienda á mucho mas. Lo cual sin duda es cosa de grandísima admiracion, y que declara bien cómo en nuestro entendimiento hay esta manera de infinidad y de profundidad, en la cual no se puede hallar cabo sino con la muerte.

Pues ¿qué diré de las obras del arte, que tan conformes son á las de la naturaleza? Qué quiere decir esto, sino que las obras que salieron del entendimiento humano son semejantes á las que procedieron del divino? Si tanta semejanza hay en la manera del obrar, tambien la ha de haber en la manera del ser; pues cada cosa, como es, así obra; y cual es la manera del ser, tal es la de obrar. Sea pues, Señor mio, para siempre mil veces bendicto vuestro nombre, que así nos hecistes semejantes á vos, porque nos hecistes para vos. Verdaderamente somos para en uno; verdaderamente podemos decir con aquella sancta Esposa en los Cantares (*n*): Mi amado es para mí y yo para él. Y aunque seais vos tan alto y nosotros tan bajos, eso no impide, mas ántes acrescienta las causas del amor. Porque muy mas amable es la semejanza con desigualdad proporcionada, que la que es por todas partes igual. Mayor es el amor del padre al hijo y el de la mujer al marido, que el amor de los hermanos,

(*m*) Gen. 9. et 4. (*n*) Cant. 2.

que en todo son iguales. Mas dulce consonancia hacen dos voces diferentes cuando son proporcionadas, que cuando son de un sonido y uniformes. Y así habiendo tanta proporcion y semejanza entre vos y nuestras ánimas, esta desigualdad es causa de mayor amor; porque cuanto la cosa es mas imperfecta, tanto mas ama la perfecta, para tomar della su perfeccion. Así que, Señor mio, aunque seais alto y muy glorioso, no por eso nuestra bajeza os perderá de vista; porque con vuestra lumbre verémos á vos, verdadera lumbre, y aunque seais muy grande, no sois ménos bueno que grande (o): y como vuestra grandeza os hace altísimo, así vuestra bondad os hace humanísimo para no despreciar los hombres.

Pues siendo esto así, si concurren, Señor mio, en vos todas cuantas causas y razones el entendimiento humano puede comprehender, y todas en summo grado de perfeccion, ¿qué es la causa porque nuestra voluntad no os ama tanto, cuanto la razon le dice que debeis ser amado? Esta es, Señor, la dolencia que nos vino por aquel commun pecado, por el cual la naturaleza humana quedó tan inclinada á sí mesma, que ama á sí mas que todas las cosas, y todas las ordena para sí. Por tanto, Señor, si no sanais vos la naturaleza con la gracia, y si no infundis en nuestras ánimas la virtud de la caridad con la asistencia del Espíritu Sancto (de donde ella mana), no os podrémos amar con el amor gratuito y sobrenatural con que meresceis ser amado. Y pues vos, Señor, me mandais que con este amor os ame (lo cual yo no puedo sin vos), dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta obligacion. Dadme que os ame, si no tanto cuanto vos meresceis (porque esto nadie puede hacer sino solo vos) á lo ménos todo cuanto me sea posible; que es, con todas mis fuerzas y con todo mi corazon, de tal manera que todas mis entrañas ardan y se derritan en vuestro amor. Dadme que os ame con amor sencillo y desinteresado, que ninguna cosa quiera mas que á vos: con amor fuerte, que ningun trabajo rehuse por vos; con amor activo y diligente que siempre se ocupe en las cosas de vuestro servicio; con amor unitivo, que nunca cese de amaros, ni se aparte jamas de vos; con amor incomparable, que todas las cosas desprecie por vos; con amor discreto, para que no exceda vuestras leyes con demasiado celo y fervor; con amor bien ordenado, que todas las cosas ame con proporcionado amor, y á vos sobre todas ellas; con amor puro y casto, que no quiera á vos mas que por amor de vos; con amor dulce y suave, que en ninguna cosa tome sabor sino en vos; con amor celoso, que ninguna cosa mas desee que vuestra gloria, y ninguna sienta mas que los desacatos hechos á vuestro sancto nombre; y finalmente, con amor tan violento, que aparte mi corazon de todo lo temporal y terreno, y lo tenga siempre suspenso en vos, hasta que pase del lugar de destierro, adonde viendo claramente la grandeza de vuestra hermosura, os ame eternalmente con aquellos perfectos amadores que nunca cesan de amar y alabar á vos, Rey de los reyes y Señor de los señores, y Dios de los dioses en Sion (p).

(o) Psal. 35. (p) Psal. 83.

SÉPTIMA CONSIDERACION: EN LA CUAL SE DECLARA POR CUÁNTOS TÍTULOS EL SALVADOR ES TODO NUESTRO, Y CÓMO ESTO FUÉ FIGURADO DE MUCHAS MANERAS EN EL TESTAMENTO VIEJO.

Dicen los filósofos, que el bien de suyo es amable, mas que cada uno ama su proprio bien; porque como el hombre naturalmente ame á sí mesmo con grande amor, síguese que ha de amar tambien sus cosas como bienes proprios que le pertenescen. Y por esta razon cada uno ama su casa, y su viña, y su dinero, y su hacienda, y hasta su esclavo y su caballo, y finalmente todo lo que es suyo, porque todo eso sirve para su bien; y por esto con el mesmo afecto natural que ama á sí, ama todas estas cosas suyas. Y pues vos, Señor Dios mio, no solo sois summo bien, sino tambien mi proprio bien, quiero yo agora considerar en qué grado sois mio, y por cuántos títulos lo sois, para que por aquí vea yo mas claro cuánta razon tengo para os amar.

Veo pues, Dios mio, que vos sois mi criador, mi sanctificador y mi glorificador; porque vos sois dador del sér de naturaleza, del sér de gracia, y del sér de gloria, que es el mas alto sér de cuantos hay; para el cual fue mi ánima por vuestra infinita bondad criada. Y porque para llegar á tan alto fin eran menester muchas otras ayudas; vos, Señor mio, las poneis todas de vuestra casa, ayudándome siempre en esta jornada. Porque vos sois mi ayudador, y mi gobernador, y mi defensor, y mi tutor, y mi guardador, y mi sufridor, y mi despertador, y mi conservador, y mi preservador; y vos finalmente sois mi Dios y mi Señor, mi salud, mi esperanza, mi gloria y todas las cosas.

Todo esto me sois, Señor, en cuanto Dios; mas en cuanto hombre teneis tambien otros muchos títulos y oficios por donde os tengo otras muchas nuevas obligaciones. Porque como la caida del hombre por el pecado fué tan grande, y tantas las heridas que recibió, y los bienes que perdió (lo cual todo fué por vuestra misericordia reparado), de aquí nasce ser tantos los nombres que os pertenescen, por ser tantos los oficios y beneficios que en esta obra me hecistes. Porque vos sois primeramente mi reparador (q), pues vos restituistes la naturaleza humana que por el pecado estaba caida. Sois mi librador (r), pues con vuestras prisiones me librastes de la tiranía del pecado, de la muerte, del infierno, y del demonio, mi capital enemigo. Vos tambien sois mi redemptor (s), porque con el precio y rescate que pagastes por mí, me librastes del captiverio en que mis pecados me tenian puesto. Sois tambien mi rey (t), porque me regís con vuestro espíritu, y peleastes por mí, y me defendistes de mis enemigos. Sois mi sacerdote (v), porque rogastes, y rogais siempre, como eterno sacerdote, por mí ante la cara de vuestro Padre. Sois tambien mi sacrificio (x), pues á vos mesmo os ofrescistes en el altar de la cruz para satisfacer por mis culpas. Sois mi abogado (y), porque acusándome el demonio, y dando libello de mis culpas ante vuestro Padre contra mí, vos abogastes en mi causa, poniendo de vuestra casa lo que faltaba á mi justicia. Sois tambien mi medianero (z), porque sois Dios y hombre juntamente; amigo de los hombres, como verdadero hombre; y amigo y poderoso para con Dios, como verdadero Hijo de Dios; y así entrevenis

(q) Ezech. 34. (r) Psal. 17. (s) 1. Tim. 2. (t) Isai. 9.
(v) Hebr. 5. et 7. (x) Hebr. 9. (y) 1. Joan. 2. (z) 1. Tim. 2.

perfectamente y sin sospecha entre Dios y los hombres. Sois mi pastor (*a*), porque vos apacentais y guiais mi ánima como oveja de vuestra manada. Y vos tambien mi pasto (*b*), pues vos mesmo sois el que os me dais en mantenimiento en aquel divinísimo Sacramento del Altar. Sois mi Padre del siglo advenidero (*c*), pues me reengendrastes con grandes dolores en el árbol de la cruz, y me distes otro nuevo sér con vuestro espíritu. Sois mi cabeza (*d*), y commun cabeza de toda la Iglesia, pues como verdadera cabeza influis en ella y en todos sus miembros virtud, y vida, y sentido espiritual. Sois tambien mi verdadero médico (*e*), pues sanastes las llagas de mi ánima con la sangre de las vuestras (*f*). Sois mi maestro (*g*), pues tan perfectamente me enseñastes el camino del cielo con la luz de vuestra doctrina. Sois mi ejemplo (*h*), pues no solo con palabras, sino mucho mas con obras y con los ejemplos de vuestra vida sanctisima, me guiais en esta jornada. Sois mi esfuerzo (*i*) y alegría, pues no hay trabajos ni dolores tan grandes, que no baste para pasarlos alegremente la consideracion y memoria de los vuestros. Sois mi honra y mi gloria (*k*), pues haciéndoos hombre por amor de mí, me hecistes hermano vuestro, deudo vuestro, y consorte de vuestra mesma naturaleza. Sois finalmente mi salvador (*l*), y suficientísimo salvador, pues obrastes perfectísimamente todo lo que convenía para mi salud en medio de la tierra (*m*). Porque vos alumbrastes mi ignorancia con vuestra doctrina, esforzastes mi flaqueza con vuestros ejemplos, encendistes mi tibieza con vuestros beneficios, informastes mi ánima con vuestros misterios, enriquecistes mi pobreza con vuestros merescimientos, curastes mis llagas con vuestros sacramentos, pagastes por mis culpas con vuestros dolores, y ayudáisme agora en el cielo con vuestra intercesion. Y por concluir, sois, como dice el Apóstol (*n*), mi sabiduría, mi justicia, mi sanctificacion y redempcion, y todo mi bien.

Estos oficios y beneficios representaron dende el principio del mundo todos los patriarcas y profetas, y todos los sacrificios, y cerimonias, y misterios del viejo Testamento. Y así vos sois aquel árbol de vida que estaba en medio del paraíso (*o*); pues vos mesmo, Señor, testificais que sois manjar de vida, y que quien comiere de vos vivirá para siempre (*p*). Vos sois el segundo Adam, reengendrador del género humano, y padre de todos los vivientes; de cuyo lado se sacó la Iglesia vuestra esposa (*q*); pues todo el sér espiritual que ella tiene, recebió de vos. Vos sois el verdadero Abraham (*r*), que salistes de vuestra tierra, y de la casa de vuestro Padre, para ser heredero del mundo, y Señor de todas las gentes, como dice el Salmo (*s*). Vos sois el verdadero Josué (*t*), que con la virtud de vuestro brazo introdujistes poderosamente vuestro pueblo en la tierra de promision, que es en la bienaventuranza de la gloria. Vos sois el verdadero Samson (*v*), que muriendo matastes vuestros enemigos, y con vuestra muerte destruistes al que tenia el imperio de la muerte. Vos sois el verdadero Elías (*x*), que tendido sobre el cuerpo del niño muerto, encogiendo y estrechando vuestra grandeza, y haciéndoos semejante á él por medio de vuestra encarnacion, le restituistes la vida perdida. Vos sois verdadero Eliseo (*y*), que despues de muerto resucitastes al mundo muerto, cuando con vos se juntó. Vos el verdadero Salomon (*z*) esposo de la Iglesia, y Rey pacífico, que con la sangre de vuestra cruz pacificastes cielos y tierra, quebrando las lanzas de la ira divina en vuestro cuerpo; y borrando el proceso de nuestros pecados con vuestra sangre, hecistes paces generales entre el cielo y la tierra, y entre Dios y los hombres (*a*). Vos sois aquella arca de amistad (*b*), y aquel propiciatorio de oro purísimo, y aquel candelero resplandesciente del templo, y aquel altar del sacrificio (*c*); pues vos sois nuestro reconciliador, y nuestro aplacador, y nuestra luz, y nuestro verdadero altar (*d*), sobre el cual ofrescemos los sacrificios de nuestras oraciones y buenas obras, para que sean agradables á vuestro eterno Padre. Vos finalmente sois aquel cordero pascual (*e*), por quien fuimos librados de la servidumbre de Egipto, y del captiverio del príncipe deste mundo (*f*); cuya muerte mató nuestra muerte (*g*), cuyo sacrificio satisfizo por nuestros pecados (*h*), cuya sangre nos libró del ángel castigador (*i*), cuya mansedumbre amansó la ira del Padre, y cuya innocencia nos mereció la verdadera sanctidad y justicia.

Todo esto y mucho mas sois vos, Señor mio, para todos; y así lo sois para cada uno, y así lo sois para mí. Pues ¿cómo será posible no amar yo á un Señor á quien por tantos títulos y beneficios estoy obligado? Si los hombres por razon del amor que tienen á sí mesmos aman todas sus cosas, ¿cómo no amaré yo á vos, Señor, siquiera por ser vos mio, y por tantos títulos mio, y para tan grandes cosas mio? Y si por cada uno destos títulos os debo todo este corazon que tengo, y muchos mas, si mas tuviera; ¿qué os deberé por todos ellos juntos? Pues ¿qué maldad será negar un solo corazon que tiene, el que tantos corazones debe? Y si cada uno destos beneficios es un estímulo é incentivo de amor, y una saeta que traspasa el corazon; ¿cómo estaré yo entre tantos incentivos tan frio, entre tantos estímulos y saetas tan insensible para este amor? A vos, Señor, hago queja de mi corazon, y presento este libello ante vuestro juicio contra él; pues lloviendo sobre él tantos títulos y razones para amaros, tan mal cumple con esta obligacion. ¡Oh corazon mas fiero que las fieras, mas insensible que las piedras, y mas duro que el diamante, si con tales golpes no te ablandas! Ameos pues yo, Señor, con todo mi corazon, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas, con todo mi espíritu, y con todo cuanto hay en mí. Porque si todo ello es vuestro, y por tantos títulos vuestro, ¿en cuál otro amor se ha de emplear sino en el vuestro? Y porque amar es querer bien al que se ama, y vos, Señor, estáis tan lleno de bienes, que no puedo yo quereros mas bien del que vos teneis, eso quiero yo, Señor mio, que tengais; y así os doy gracias por vuestra grande gloria; y juntamente con esto quiero que todas las criaturas os sirvan, os honren, os alaben y glorifiquen, y que el cielo y la tierra se ocupen en vuestras alabanzas. Este sea siempre mi deseo, este mi pasto, estos mis deleites: que os bendiga yo en todo el tiempo (*k*), y que estén siempre en mi boca vuestras

(*a*) Joan. 10. (*b*) Joan. 6. (*c*) Isai. 9. (*d*) Colos. 1. (*e*) Lucæ. 5. (*f*) Isai. 53. (*g*) Mat. 23. Joan. 13. (*h*) Ibidem. (*i*) Psal. 117. (*k*) Eccl. 24. Psal. 61. (*l*) Joan. 20. (*m*) Psal. 73. (*n*) 1. Cor. 1. (*o*) Gen. 2. (*p*) Joan. 6. (*q*) Gen. 2. (*r*) Gen. 12. (*s*) Psal. 2. (*t*) Josué. 18. 19. etc. (*v*) Judic. 16. (*x*) 4. Reg. 4.

(*y*) 4. Reg. 13. (*z*) Cant. 4. et 8. et Paral. 22. (*a*) Isai. 9. (*b*) Exod. 25. (*c*) Ibidem. (*d*) Exod. 27. et 38. (*e*) Exod. 12. (*f*) Joan. 12. (*g*) Osea. 13. (*h*) Hebr. 2. (*i*) Exod. 12. (*k*) Psal. 33.

alabanzas. Mas porque no es hermosa el alabanza en la boca del pecador (*l*), ruego yo á todos los sanctos y sanctas, y á todos los espíritus de la corte soberana, que ellos siempre os alaben; pues á los tales pertenesce el alabanza (*m*).

CÁNTICO.

Bendecid pues, todas las obras del Señor, al Señor (*n*): alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Angeles y arcángeles, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Virtudes y dominaciones, bendecid al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Principados y potestades, bendecid al Señor: alabadlo etc. Bienaventurados tronos en que juzga y se asienta el Señor, bendecid al Señor: alabadlo etc. Querubines y serafines que ardeis en vivas llamas en el amor de vuestro Criador, bendecid al Señor: alabadlo etc. Apóstoles y evangelistas, fundadores de la Iglesia cristiana, bendecid al Señor; alabadlo, etc. Ejército gloriosísimo de los mártires, bendecid al Señor: alabadlo, etc. Vírgenes gloriosas y continentes, bendecid al Señor: alabadlo, etc.

Despues desto puede proseguir el cántico de los tres mozos, que comienza (*o*): Bendicto seais vos, Señor, Dios de nuestros padres: alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendicto sea el sancto nombre de vuestra gloria: alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria: alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais en el trono de vuestro reino: alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais vos que estáis asentado sobre los querubines, y dende ahí veis los abismos: alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendicto seais, Señor, en el firmamento del cielo: alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor: alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos. Desta manera puede proseguir este cántico hasta el cabo.

Siguese una devotisima oracion para pedir el amor de nuestro Señor.

Inclinadas las rodillas de mi corazon, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mio, ante tí, como una de las mas pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero sol de justicia, que se derraman por toda la tierra, y se comunican liberalmente á todos aquellos que no cierran las puertas para recebirlos. Aquí se pone en las manos del sapientísimo Maestro una masa de barro, y un tronco ñudoso recien cortado del árbol con su corteza; haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo heciste. Hecísteme para que te amase, dame que pueda yo hacer aquello para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto, y segun es grande mi bajeza, otra cosa mas humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré; que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas sino te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa mas principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame que (viendo mi desamor), ordenaste un sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? ¡Oh Salvador mio! ¿qué soy yo á tí, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? Qué soy yo á tí, sino trabajos, y tormentos, y cruz? Y ¿qué eres tú á mí, sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues que tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿por qué no amaré yo á tí, siendo el que eres para conmigo? Pues confiado, Señor, en todas estas prendas de amor, y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuvistes por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es: darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin tí. No merezco yo amarte, mas tú meresces ser amado, y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me dés licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas; dejate amar de tus criaturas, amor infinito.

¡Oh Dios! que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no solo amador, sino todo amor; de quien proceden los amores de todos los serafines, y de todas las criaturas, así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas, ¿por qué no te amaré yo? Por qué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

¡Oh Dios! que esencialmente eres la mesma bondad; por quien es bueno todo lo que es bueno; de quien se deriva la bondad de todas las criaturas, así como del mar todas las aguas; ante cuya sobre excelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿por qué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

¡Oh Dios! que esencialmente eres la mesma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas, ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y sino te amo por lo que tú eres en tí, ¿por qué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recebió el sér que tiene. Los miembros aman á su cabeza, y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su sér. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recebieron el sér que tienen, y por ellas esperan recebir lo que les falta. Pues ¿qué título destos falta á tí, Dios mio, por que no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el sér que tengo, muy mas perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este sér que me diste, mucho mejor que la cabeza á sus miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfeccion. Tú eres el Padre que me heciste, y la cabeza que me rige, y el esposo que da á mi ánima cumplido contentamiento. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura, hecha á tu imágen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de tí lo recebió; y lo que le falta, de tí lo espera recebir. Porque así como nadie le pudo dar lo que tiene, sino tú; así nadie puede cumplir lo que le falta, sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á tí? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cuyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cuyo ha de ser todo su amor, sino de aquel cuyo es todo

(*l*) Eccl. 15. (*m*) Psal. 64. (*n*) Dan. 3. (*o*) Dan. 3.

su bien? ¿Por ventura, dice Hieremías (*p*), olvidarse ha la doncella del mas hermoso de sus atavios, y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mio, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, ¿cómo será posible olvidarme de tí? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra (*q*)? Desfallescido ha mi carne y mi corazon, Dios de mi corazon, y mi sola heredad, Dios para siempre. Idos, idos de mi casa, todas las criaturas robadoras y adúlteras de mi Dios; arredraos, y alejaos de mí; que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras.

¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! Oh amor que siempre vives, y siempre hierves en el pecho divino! Oh eterno latido del corazon del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido con ese fuego, siga yo á tí, mi amado, á lo alto, cante yo á tí cancion de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor.

¡Oh sanctísimo Padre! Oh clementísimo Hijo! Oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo mas íntimo de mi ánima, y en lo mas secreto della, vos, Padre amantísimo, seréis lo mas íntimo, y del todo me poseeréis? Cuándo seré yo todo vuestro, y vos todo mio? Cuándo, Rey mio, será esto? Cuándo vendrá este dia? ¡Oh, cuándo! Oh, si será! ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! Oh qué penosa dilacion! Date prisa, ó buen Jesu, date prisa, no te tardes, corre, amado mio, con la lijereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel (*r*).

¡Oh Dios mio, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazon, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinacion, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guia de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se arrima, piedra sobre que se funda, y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de tí? Si me olvidare yo de tí, sea echada en olvido mi diestra (*s*), pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de tí. No descansaré, ó beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos (*t*), ni reposo á los dias de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazon para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. *Amen.*

OTRA ORACION PARA PEDIR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR, SACADA EN PARTE DE ALGUNAS DEVOTAS PALABRAS DE SANT AUGUSTIN (*v*).

Ameos yo, Señor, fortaleza mia; ámeos yo, virtud de mi ánima; ámeos yo siempre, alegria inefable de mi corazon. Viva ya, no para mí, sino para vos toda mi vida, la cual despues de perdida por mi gran miseria, fué resucitada por vuestra gran misericordia. Tarde os temí, majestad infinita; tarde os conoscí, hermosura tan antigua; tarde os amé, bondad sempiterna (*x*).

Buscábaos yo, descanso mio, y no os hallaba, porque no os sabía buscar. Buscábaos en estas cosas exteriores, y vos morábades en las interiores (*y*). Rodeaba todos los barrios y plazas del mundo, y en ninguna cosa hallaba el descanso que buscaba, porque buscaba fuera de mí lo que estaba dentro de mí. Pregunté á la tierra si por ventura era ella mi Dios, y respondióme (*z*): Búscale sobre mí, porque no soy yo tu Dios. Pregunté al aire y al fuego si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Sube sobre nosotros, porque no somos tu Dios. Pregunté al sol, y á la luna, y á las estrellas si sois vosotros mi Dios, y respondiéronme: Levántate sobre nosotros, que no somos tu Dios. Pregunté á todas las criaturas, y respondiéronme á grandes voces: El que á todos nos hizo, ese es tu verdadero Dios y Señor. ¿Dónde está mi Dios? Respondedme; ¿dónde lo buscaré? Mostrádmele. En todo lugar está tu Dios, búscalo dentro de ti. El cielo hinche y la tierra, y tambien hinche tu corazon.

Volviendo pues á mi corazon, comencé á decir á mi Dios: ¿Cómo pudistes entrar aquí, Señor Dios mio? ¿Por qué puerta entrastes, dulce amor mio? Pregunté á los ojos, y respondiéronme (*a*): Si no tenia color, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los oídos, y respondiéronme: Si no hizo sonido, no pudo entrar por nosotros. Pregunté á los otros sentidos, y respondiéronme: Si no tuvo alguna cosa que se pudiese sentir, no pudo entrar por nosotros. De manera que vos, Señor, estábades dentro, y los sentidos no lo sabían. Porque aunque entrastes en el ánima, no entrastes por las puertas de los sentidos; porque vuestra luz resplandesce sin recebirse en lugares, y vuestra voz suena sin que el aire se la lleve, y vuestro sabor deleita donde el paladar no obra, y vuestro olor suavísimo recrea donde los vientos no corren, y vuestros abrazos tocan adonde nadie para siempre los puede quitar.

Pues ¿quién érades vos, Dios mio? ¿Adónde estábades, luz mia? Adónde estábades, esperanza mia? Preguntéle y respondióme: Sube á lo mas alto de tu corazon, y ahí hallarás á Dios. Verdaderamente vos sois grande Dios, que vencistes nuestra sabiduría. Vos solo sois el poderoso y verdaderamente bienaventurado. Vos sois Rey de los reyes, y Señor de los señores. Vos solo sois inmortal, y morais en una luz inaccesible, la cual ningun hombre vió, ni puede ver jamas. Muchas cosas decimos de vos, mas siempre nos faltan palabras, porque excedeis todo lo que se puede decir, y todo lo que se puede pensar. Este es pues mi Dios y mi Criador, el cual por sola su bondad y nobleza crió todas las cosas, y por sola ella las gobierna, sin tener dellas necesidad.

Amástesme, único amor y Señor mio (*b*), amástesme ántes que yo os amase. Criástesme á vuestra imágen y semejanza, y dístesme señorío sobre todas las vuestras criaturas. A los ángeles del cielo diputastes para mi guarda, y les mandastes que me trajesen en las palmas de las manos. No permitistes que naciese en tierra de infieles, sino de fieles, donde con espíritu y agua fuese lavado y sanctificado. No me dístes riquezas ni pobreza, para que me ensoberbeciese ó os blasfemase, sino dístesme entendimiento y sabiduría, para que os conos-

(*p*) Hierc. 2. (*q*) Psal. 72. (*r*) Cantic. 2. (*s*) Psal. 136.
(*t*) Psal. 131. (*v*) Psal. 17. D. Aug. Meditat. cap. 9. et Soliloqu. cap. 1. in Appendi. tom. 9.

(*x*) Ibid. cap. 31. in fin. et cap. 35. et Confes. cap. 27. tom. 1.
(*y*) Ibid. (*z*) Confes. lib. 10. cap. 6. tom. 1. (*a*) Soliloqu. cap. 31. in Append. tom. 9. (*b*) Ubi supr. cap. 27.

ciese y amase. Llamástesme cuando mas perdido estaba, y tocastes á mi puerta aunque no os respondia. Vivia confiado en mí mesmo y en mis proprias fuerzas, que no eran fuerzas sino flaqueza. Queria correr, y desfallescia, y así, donde pensaba que estaba mas seguro, me hallaba mas caido. Alejéme de vos como el hijo pródigo (*c*) y fuíme á una region muy apartada, donde amando la vanidad me hice vano. Era ciego y amaba la ceguedad, era siervo y amaba la servidumbre, estaba preso y no hacia caso de mis prisiones, tenia lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo, y finalmente, siendo en todo miserable, no entendia mi miseria.

Andando desta manera perdido, inclinastes vuestros ojos piadosos sobre mí; y estando yo pecando contra vos, me visitastes, estando caido me levantastes, estando lleno de tantas ignorancias, me enseñastes; estando vendido y entregado á mis enemigos, inclinastes los cielos, y descendistes á remediarme, y tanto deseastes mi remedio, que distes por él vuestra sangre. Amástesme, Señor, mas que á vuestra vida, pues quisistes morir por mi ánima. Desta manera y por tan caro precio me librastes del destierro, y me redemistes del tormento, y me llamastes por mi nombre, y me señalastes con vuestra sangre, para que vuestra memoria estuviese siempre en mí, y nunca se apartase de mi corazon el que por mí no se apartó de la cruz.

Conózcaos pues yo, Señor, conoscedor mio; conózcaos yo, virtud de mi ánima; ande yo siempre en vuestra presencia, sol de justicia. Bueno es á mí con el Profeta allegarme á Dios, y poner en él mi esperanza (*d*). Porque cuando á vos no me allego, luego en las cosas transitorias me derramo, y con vanos pensamientos y palabras me destruyo. Pues, ó pobre y miserable de mí, ¿cuándo de tal manera me llegaré á vos, que no me aparte ya mas de vos? Cuándo mis aviesos y torcimientos se conformarán con la regla de vuestra igualdad? Vos, Señor, amais la soledad, yo la compañía; vos el silencio, yo la parlería; vos la verdad, yo la vanidad; vos la limpieza, yo la suciedad.

Ruégoos pues, Señor, por vos mesmo, querais alumbrar mis ojos con vuestra luz, y herir mi corazon con vuestro amor, y enderezar mis pasos por vuestros caminos, de tal manera que nunca me aparte dellos. Librad, Señor, el captivo, recoged en vuestras llagas al derramado, levantad del suelo al caido, y volved á rehacer al que por tantas partes está quebrado. Dadme, Señor, corazon que siempre os piense, y memoria que de vos nunca se olvide, y entendimiento que siempre os contemple, y voluntad que siempre os ame. No os aparteis de mi corazon, y de mi boca, y de mis obras, para que siempre seais en mi ayuda. Allegáos á mí, porque sin vos muero; allegáos á mí, porque acordándome de vos resuscite. Vuestro olor suavísimo me recrea, vuestra memoria me sana, vuestra luz me da vida, y vuestra voz me regala; mas entónces se hartará mi ánima, cuando aparesciere vuestra gloria (*e*). *Amen.*

(*c*) Luc. 15. (*d*) Psal. 72. (*e*) Psal. 16.

CAPITULO XV.

Queja de nuestro Salvador contra los hombres, porque concurriendo en él todas las causas y razones de amor, emplean su amor en las cosas perescederas, dejando á él.

Sacada de versos latinos en romance.

Decidme, hijos de Adam, ¿qué locura es la vuestra, pues estando en mí todos los bienes que el cielo y la tierra posee, andais buscando bienes en los charquillos turbios del mundo, y no en la fuente clara, de donde todos ellos proceden?

¿Por qué son tantos los que buscan con tanto desasosiego y trabajo las sombras engañosas de los falsos bienes desta vida, y tan pocos buscan á mí, que soy autor y dador de la verdadera felicidad?

Muchos andan perdidos tras de la hermosura de las criaturas, y pues ninguna cosa hay mas hermosa que yo, ¿por qué son tan pocos los que me buscan?

Otros estiman en mucho el linaje y la nobleza. ¿Quién mas noble que yo, que tengo á Dios eterno por Padre, y una Vírgen purísima por Madre? Pues ¿por qué son tan pocos los que desean adeudar conmigo, y gozar deste parentesco?

Yo soy Emperador y Monarca del cielo y de la tierra. Pues ¿por qué los hombres se afrentan de ser mis criados y servirme?

Soy tambien muy rico, dadivoso y liberal para quien me pide, y deseo que todos me pidan; y con todo esto son pocos los que de verdad me piden.

Soy tambien perfecta sabiduría del eterno Padre, y con todo esto apénas hay quien se aconseje conmigo.

Soy la misma hermosura y resplandor de su gloria, y nadie della se maravilla.

Soy fiel y verdadero amigo de mis amigos, á los cuales de buena gana doy á mí, y todas mis cosas; y son pocos los que procuran esta amistad.

Soy camino derecho que va á parar á la vida; y son pocos los que quieren caminar por él.

Soy verdad eterna que no puede faltar. Pues ¿por qué la gente ruda é ignorante no quiere fiarse de mis palabras? Por qué desconfía de mis promesas siendo yo tan fiel en cumplir lo que prometo?

Soy la mesma vida y el autor della; pues ¿por qué hacen tan poco caso los mortales de mí?

Soy certísima forma y regla de bien vivir; ¿por qué buscan otros dechados fuera de mí?

Soy la verdadera salud y el verdadero deleite sin mezcla de amarguras; pues ¿por qué tienen tanto hastio de mí los hombres?

Soy única paz y tranquilidad de las ánimas; ¿por qué pues no arrojais en mí todos los cuidados que despedazan vuestros corazones?

Si las bestias fieras, y los crueles leones, y los dragones agradescen los beneficios; si las águilas y los delfines aman á quien los ama; si los perros tienen cuenta con quien les hace bien, ¿por qué, hombre mas fiero que las fieras, no amas á quien tanto te ama, á quien te ha hecho tantos bienes, á quien te crió, y á quien con su sangre, con su muerte, y con perdimiento de su vida libró la tuya de la muerte?

Si el buey conosce á su señor, y el torpe asnillo al que le da de comer, ¿por qué solo el hombre no me reconosce, siendo yo su Criador y libertador?

Yo solo soy la summa de todos los bienes; pues ¿qué buscas fuera de mí?

Soy fácil de aplacar, é inclinado á misericordia; pues ¿por qué, miserable, no te acoges á este puerto de salud?

Soy tambien justo y riguroso castigador de los malos; ¿por qué no temes ofenderme?

Yo puedo echar cuerpo y ánima juntamente en el infierno; ¿por qué no temes este castigo?

Por donde, hombre perverso y menospreciador de Dios, si por tu maldad fuéres entregado á la muerte, á tí, no á mí, has de poner la culpa; pues por mi parte ninguna cosa se ha dejado de hacer para tu remedio. Porque si tan grande caridad dadora de sí mesma, ni tan larga benignidad, te ha ablandado; si la esperanza de tan grandes promesas no te ha movido, ni el horror espantoso de las llamas del infierno te ha atemorizado, ni la vergüenza siquiera te ha refrenado, y tienes el corazon mas duro que las piedras y que el hierro, ¿qué ha de hacer contigo mas la divina piedad? Qué otras invenciones y artes ha de buscar para ablandar tu dureza?

Salvar al que no quiere ser salvo, ni es de entendimiento sano, ni la piedad de mi Padre lo consiente.

§. ÚNICO.

Summario de todo lo contenido en este libro del Amor de Dios.

Llegado ya al fin deste libro, me paresció añadir aquí un documento que sea como summario de todo lo que hasta aquí se ha dicho; para que los deseosos deste divino amor lo traigan siempre ante los ojos para alcanzar lo que desean. Esto declararé aquí por una breve semejanza. El que este deseo tiene, determine firmemente de ofrescerse todo á Dios, no solamente como sacrificio vivo, mas tambien como holocausto verdadero. Para cuyo entendimiento es de saber que antiguamente en los communes sacrificios de la ley no se ofrescia ni quemaba todo el animal entero, sino algunas partes señaladas dél (*a*); mas en el holocausto todo el animal entero se ofrescia con todos sus miembros, hasta la mesma piel, sin que hobiese cosa que no se ofresciese á Dios, y ardiese en su altar. Pues esto espiritualmente hace el que renunciando todas las cosas del mundo, se emplea todo con todos sus sentidos y potencias en tratar y conversar con Dios, y hacer obras de su servicio. De manera que tiene á sí mesmo puesta la ley de no dar paso, ni hacer obra, ni hablar palabra, ni tener un pensamiento que no sea conforme á las leyes de Dios, trayéndole siempre ante los ojos presente, como á juez y testigo de su vida, y como á su último fin; al cual actualmente procura enderezar todos los puntos y momentos della, diciendo con el Profeta (*b*): Ponia yo al Señor siempre delante de mis ojos. Lo cual se hace procurando que en todo tiempo y en todo negocio, nunca de tal manera entreguemos la atencion á los negocios que tratamos, que no quede una partecica del entendimiento libre para mirar al Señor que tenemos delante, con acatamiento, reverencia y amor, como en la segunda parte deste libro se declaró. Este linaje de ocupacion y de vida (entre otros muchos doctores) alaba y escribe Sant Gregorio Nacianceno (*c*) en un descargo que da al pueblo, por haber huido y escondidose cuando le buscaban para hacerle obispo, por estas palabras: La causa, hermanos, de mi huida, fué el amor de la vida quieta y apartada de la communicacion del mundo, á la cual fuí yo dende mis primeros años grandemente aficionado, y habiéndola ya probado por experiencia, quedé mas enamorado della. Por lo cual no pude acabar conmigo salir deste puerto seguro y quieto, y ofrescerme á las tempestades y ondas que trae consigo el oficio pastoral. Porque me parecia que ningun hombre habia en el mundo mas dichoso y bienaventurado que aquel que, cerrados los sentidos del cuerpo, y recogido dentro de sí mesmo, y puesto ya como fuera de la carne y del mundo, gasta toda la vida consigo y con Dios, hablando y conversando con él; y levantándose sobre todas las cosas que se ven con los ojos, recibe en su ánima los resplandores é imágines de las cosas divinas, puras y limpias, sin mezcla de las imágines y figuras terrenas; haciéndose desta manera un espejo puro y limpio, en el cual resplandezcan las cosas del cielo, añadiendo cada dia lumbres á lumbres, unas mas claras que otras; y desta manera comienza ya á gozar de los bienes del siglo advenidero, conversando con los ángeles; y viviendo en la tierra desampara la tierra, y es colocado por el Espíritu Sancto en el cielo. Si alguno de vosotros está tocado deste amor, entenderá lo que digo, y fácilmente perdonará á la aficion grande que yo tuve á esta vida, por la cual huí de la carga del oficio pastoral. Digo esto, porque hay muchos hombres á quien sé que no harán fe estas mis palabras, los cuales suelen reirse y escarnecer destos ejercicios. Hasta aquí son palabras deste sancto doctor, en las cuales paresce que pintó con sus proprios colores, así los oficios de la vida contemplativa, como la dignidad y excelencia della; pues por ella se levanta el hombre á participar en su manera la dignidad de aquellos espíritus soberanos, haciendo en la tierra lo que ellos sin cesar hacen en el cielo.

Mas esta manera de vida no es para todo género de personas, sino para aquellas cuya profesion es dar libello de repudio á todas las cosas del mundo, y ocupar toda su vida y todos sus pensamientos y cuidados en solo Dios, aunque tambien fuera de las religiones hay personas que por no tener hijos, ni familia, ni tratos y cargos de hacienda, ni cosa que les dé cuidado demasiado, viven en tal estado, que si quisieren, pueden entregar toda la vida y todas las horas al amor y servicio de su Criador, y gozar de los fructos y beneficios deste sancto amor. Porque si muchos filósofos, sin tener lumbre de fe, dieron de mano á todas las cosas del mundo, y vivian como extranjeros y peregrinos en él, por darse á la contemplacion de las obras de naturaleza, por el grande gusto que en esto recebian, ¿qué mucho es hacer esto el cristiano, ayudado con la lumbre del Espíritu Sancto, contemplando las obras de gracia, que son mas excelentes que las de naturaleza? Y porque no parezca increible esto que digo, traeré aquí un lugar de Platon en el diálogo llamado Teeteto, que refieren Eusebio, Pamfilo y Teodoreto (*d*), como cosa digna de grande admiracion. Dice pues Platon así: Los que son dende su mocedad muy dados al estudio de la filosofía, ni saben el camino por donde van á la plaza, ni dónde está la corte, ni los otros lugares públicos donde se ayuntan los que gobiernan la república. Ni tampoco saben las leyes ni las premáticas della. Asimismo están tan léjos de entender en las parcialidades y aficiones á que el pueblo está inclinado, y de entender en las elecciones de los

(*a*) Levit. 1. et 6. (*b*) Psal. 15. (*c*) Gregor. Nazienc. in Apol.

(*d*) Euseb. de Præparatio. Theodor. de Curation.

magistrados que se han de criar, y de hallarse en los conventículos, ayuntamientos, y convites, y mesas, donde intervienen músicas y canciones, que ni por entre sueños querrian que les pasase esto por la memoria. Ni tampoco saben quién vive mal en la ciudad, ni qué males se hayan cometido en los tiempos pasados por hombres ó por mujéres, y aun apénas saben de sí mismos que ignoran todas estas cosas. Y la causa destar tan léjos de todo esto, no es por ser alabados de los hombres, ni tampoco por agradarles. De manera que con solo el cuerpo están en la ciudad, mas su entendimiento, despreciando todas estas cosas, como si nada fuesen, vuela por todas las partes, como dice Píndaro, descendiendo con la consideracion hasta las entrañas de la tierra, y despues subiendo á lo alto, hasta llegar á las estrellas del cielo, rodeando con los ojos, y escudriñando todas sus maravillas y obras de naturaleza. De suerte que así como aquella mujer de Tresa, viendo cómo el filósofo Tales, embebido una noche en contemplar las estrellas, no miró donde ponia los piés, y por esto cayó en un pozo; le reprehendió diciendo que cómo podia saber las cosas del cielo, pues no veia las que tenia delante: esto mesmo se puede con verdad decir del verdadero filósofo, que no solamente no sabe quién es el vecino que mora á par dél, mas ni echa de ver si es hombre, si bestia; pero todo su cuidado emplea en saber qué cosa es el hombre, y qué es lo que principalmente le conviene hacer. Por donde cuando este filósofo paresce en juicio, ó es compelido á hablar ó tratar en público con los hombres de las cosas humanas, da materia de reir á todos, y como no experimentado, viene, como otro Tales, á caer en el pozo, esto es, á errar en cosas que los hombres del mundo tienen por rudeza y ignorancia. Hasta aquí son palabras de Platon, las cuales sin duda nos habian de ser motivo, por una parte de grande admiracion, y por otra de vergüenza y confusion; pues no acaba con nosotros la gracia, lo que acabó con estos la filosofía. Verdad es que los sanctos padres, esclarescidos con lumbre del Espíritu Sancto, é inflammados con el fuego de la caridad, á mucho mas que á esto llegaron, pues muchas veces de tal manera quedaban absortos en la contemplacion y amor de las cosas celestiales, que totalmente perdian el uso de los sentidos, como se lee de muchos sanctos, y particularmente de Sancto Tomas, de quien entre otras cosas se escribe, que estando una vez contemplando en el misterio de la sanctísima Trinidad, y teniendo en la mano una candela encendida, acabándose la candela, se le quemaron los dedos, sin que él nada sintiese.

Quise pues al fin deste libro poner este ejemplo de filósofos, para que el deseoso del amor de Dios no pierda la esperanza de llegar á lo que desea, ayudado con la divina gracia, pues á tan grande extremo llegó la humana filosofía. Pues para esto traiga siempre ante los ojos esta palabra que dijimos, que es hacerse holocausto vivo, de tal manera que toda la vida, todas las horas y todas las obras emplee en servicio de su Criador. Y cuando alguna vez de aquí se desviare, piense que cometió una manera de hurto de lo que habia ofrescido á Dios, y vuelva luego al camino que dejó. Mandaba Dios en la ley á los judíos (*e*), que trajesen una cierta señal en los vestidos, para que todas las veces que la viesen, se acordasen de la ley y de los mandamientos divinos, y recogiesen con esta memoria su corazon, como gente que profesaba aquella ley, y estaba dedicada á la guarda della. Providencia era esta digna de aquel Señor, que entendia muy bien cuánto importaba al hombre este negocio. Pues en lugar desta señal, traiga el amador de la perfeccion esta palabra de holocausto que aquí habemos dicho, acordándose por ella que está ofrescido y dedicado á ser un vivo y verdadero holocausto del Señor, que es, á ser un hombre que en nada sea suyo, ni de nadie, sino de solo Dios ó por Dios, y que ni ha de dar un paso, ni tener un pensamiento, que no sea reglado por su sancta ley, y ordenado para gloria suya. Y con la recordacion desta palabra, luego recoja y componga su corazon, y su cuerpo, y sus sentidos, como hombre (si decirse puede) apostado á nunca desmandarse en nada, ni desviarse de la presencia de su Señor. De suerte que así como el Salvador se hizo holocausto vivo por nuestro amor, pues dende el instante que fué concebido, hasta que espiró en la cruz, ni un momento cesó, ni un paso dió que no fuese para nuestro remedio; así tambien él procure hacerse holocausto vivo en su servicio, de la manera que está declarado, y así corresponderá en su grado á esta tan grande obligacion. Y si esto le paresciere mucho, acuérdese que en todo este libro tratamos de la perfeccion de la vida cristiana, la cual no es otra cosa que hacerse el hombre holocausto vivo de Dios, donde no haya cosa que no se emplee en su servicio.

Mas porque no desmayen los que viven en tal estado, que no pueden emplear y ocupar enteramente todo el tiempo y toda la vida en tratar con Dios y servirle (que es ser holocausto perfecto), á lo ménos trabajen por ser sacrificio vivo, en el cual la grosura del animal se ofrescia principalmente á Dios (*f*), y así procuren ellos que el corazon y todo lo interior de su ánima se ofrezca á Dios, y con lo exterior acudan á los negocios necesarios de la vida; mas de tal manera, que aquello tenga el primer lugar, y esto el segundo; aquello sea lo principal, y esto como accesorio; aquello lo voluntario, y esto como necesario. De suerte que así como el olio (segun que arriba dijimos) sube y nada sobre todos los otros licores, así este amor de Dios, y este cuidado y deseo de servirle, tenga debajo de sí todos los otros cuidados y deseos.

Y no desmaye ni se desconsuele cuando levantando muchas veces el corazon á Dios, no halla en esto jugo ni gusto; pues vemos que los enfermos, esforzándose á comer sin gusto, vienen poco á poco á reparar la naturaleza quebrada, y comer con él. Ni tampoco le espante la muchedumbre de los documentos que aquí habemos dado (que son como escalones para subir á la cumbre del amor de Dios), porque comenzando el hombre con sana y pura intencion á hacer lo que es de su parte, acude aquella divina bondad y sabiduría eterna á hacer lo que es de la suya. Lo cual nos promete el Sabio, diciendo (*g*) que ella previene á los que la desean, y que el que por la mañana velare á ella, no trabajará mucho; porque á sus puertas la hallará asentada. Ca ella (dice) tiene cuidado de buscar á los que son dignos della, mostrándoseles con alegre rostro en este camino. Por donde el principio desta sabiduría es un grande y muy encendido deseo della, y el que este deseo recebió del Señor, buena parte del camino tiene andado. El cual quiera dar á todos los fieles el que con el Padre eterno y con el Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. *Amen.*

(*e*) Deut. 6.

(*f*) Levit. 1. et. 6. (*g*) Sapis. 6.

MEDITACIONES MUY DEVOTAS

SOBRE ALGUNOS PASOS Y MISTERIOS PRINCIPALES DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR: Y SEÑALADAMENTE DE SU SANCTA NIÑEZ, PASION, RESURRECCION Y GLORIOSA ASCENSION; Y OTROS MISTERIOS QUE SE CONTIENEN EN EL ROSARIO, QUE AQUÍ NUEVAMENTE SE EXPLICAN.

CAPITULO PRIMERO.

De cuánto fructo sea la consideracion de la vida y muerte de nuestro Redemptor.

Dice Sant Buenaventura, que entre todos los ejercicios de la vida espiritual, uno de los mas provechosos y que á mas alto grado de perfeccion puede levantar una ánima, es la consideracion de la vida y muerte de nuestro Salvador; porque en ninguna parte hallará el hombre con que mejor se pueda armar, así contra vanidades y halagos lisonjeros deste siglo, como contra sus adversidades y encuentros, como en la vida y muerte del Salvador, que es perfectísimo remedio para todo. Y de la frecuente meditacion della viene el hombre á cobrar una manera de familiaridad, confianza y amor con este Señor, con que fácilmente se mueve al menosprecio de todas las otras cosas fuera dél.

Y demas desto, ¿dónde se hallan mejor las virtudes de la altísima pobreza, profundísima humildad, perfectísima caridad, obediencia, paciencia, mansedumbre y oracion, con todas las demas, que en la vida del Señor de las virtudes? Por donde, como dice Sant Bernardo (*a*), en vano trabaja el hombre por las virtudes, si piensa alcanzarlas de otra parte, que del Señor de las virtudes, cuya doctrina es regla de prudencia, cuya misericordia es obra de justicia, cuya vida es ejemplo de templanza, y cuya muerte es estandarte de paciencia. Y en otro lugar, ¿de dónde, dice él (*b*), nasce la paciencia en el martirio, sino de haber estado el hombre escondido por continua devocion y meditacion en las llagas de Cristo? En ellas estaba el mártir alegre y triunfante, aunque tenia todo el cuerpo despedazado y arado con sulcos de hierro. Pues ¿dónde estaba entónces el ánima del mártir que padescia? Sin dubda en las llagas del Salvador, que están abiertas para quien en ellas se quiere esconder. Porque si solamente estuviera en su propria carne, allí la hallara el hierro que la buscaba; y si allí la hallara, claro está que la hiriera y maltratara.

Pues segun esto, el que quisiere (como dice un doctor) alcanzar verdadero conoscimiento de Dios, el que desea verdadera sabiduría de las cosas eternas, el que quiere tener riqueza y abundancia de merescimiento, el que quiere venir á la cumbre de todas las virtudes y gracias, el que entre las adversidades y prosperidades desta vida quiere llevar camino derecho y cierto, procure llegarse á estos sagrados misterios, y traerlos siempre en su corazon. Porque en la cruz de Cristo se humilla la soberbia, y se ensancha la caridad, y se alarga la perseverancia, y se ensalza la esperanza, y toda nuestra vida se conforma con aquel que por nuestro amor se quiso conformar con nuestra naturaleza.

Y como sea verdad que una de las cosas mas contrarias á los ejercicios de devocion sea el hastío de pensar siempre una mesma cosa; para contra esto no hay remedio mas conveniente que los misterios de la vida y muerte del Salvador; porque aquí hay un campo muy ancho y espacioso, donde hay tanta variedad de ejemplos, de doctrinas y de misterios, que siempre tendrá el hombre nuevas cosas con que no solo pueda excusar este hastío, sino tambien alumbrar su entendimiento, y despertar su devocion. Porque ¿qué cosa de mayor variedad, que la vida de nuestro Salvador, tomándola dende el principio de su encarnacion, hasta el fin de su gloriosa ascension? Qué de pasos, qué de misterios, qué de ejemplos, qué de milagros, qué de consejos y doctrinas están sembrados por toda ella? Qué puede el corazon devoto desear, que aquí no halle? ¿A qué virtud puede uno ser inclinado, para la cual no halle aquí maravillosos ejemplos?

Pues entre los afectos de devocion, unos corazones hay inclinados á compasion, otros á amor, otros á temor, otros á esperanza, otros á dolor de los pecados, otros á admiracion de las obras divinas, otros á menosprecio del mundo, otros al aborrescimiento del pecado, y otros á otras maneras de afectos semejantes. Pues ¿para cuál destos no se hallarán motivos y despertadores en la vida y muerte del Salvador? ¿A quién faltarán lágrimas de devocion en los misterios de su niñez, y de compasion en los de su muerte, y de amor en los beneficios de su vida sanctísima? ¿Quién no se maravillará del abismo de tan profunda humildad y caridad como resplandesce en todas las obras de la vida deste Señor? Quién no temerá el castigo de la divina justicia, considerando la que fué ejecutada en aquella tan alta persona? Quién por el contrario no esperará en la divina misericordia, cuando considera los divinos merescimientos y el valor de aquella sangre preciosa? Así que para todas las cosas hallará camino quien en esta heredad labrare. Esta es una mesa real de todos los manjares, un paraíso de todos los deleites, un jardin de todas las flores, una plaza de todas las cosas, y una como feria espiritual de todos los bienes.

Así que no hay por donde nadie se deba excusar deste ejercicio, pues en él hallará cada uno lo que conviene

(*a*) Bernard. sup. Cant. serm. 22. in fine. (*b*) Sup. Cant. Serm. 61.

para su remedio. Esta es entre todas las devociones la mas provechosa, la mas dulce, la mas alta para los altos, y la mas humilde para los bajos, y la mas profunda para los sabios, y la mas fácil para los ignorantes y simples, y aunque sea mas alta la contemplacion de la divinidad de Cristo, que la de su sagrada humanidad, pero esta es como principio y puerta para entrar en aquella. Y por esto quiso el Salvador que su costado fuese abierto con una lanza, para darnos á entender que por las aberturas de sus llagas habíamos de entrar en el secreto de su corazon y en el sanctuario de su divinidad. Porque en aquellas sagradas llagas resplandescen mas altamente que en ninguna otra cosa criada la divina bondad, la misericordia, la sabiduría, la omnipotencia, la providencia, la justicia, la caridad, y todos los otros atributos y perfecciones divinas.

A este sancto ejercicio nos convidan los ejemplos y dichos de los sanctos, los cuales señaladamente aprovecharon por este camino. De la bienaventurada Vírgen Sancta Cecilia se escribe (*c*), que traia siempre el Evangelio de Cristo en su pecho. Lo cual (como declara Sant Buenaventura) no se ha de entender que lo trajese solamente en el seno, sino que lo traia tambien en el corazon, meditando y rumiando siempre, como animal limpio, la doctrina y misterios de la vida del Salvador.

Semejante ejemplo es el de nuestro padre Sancto Domingo, de quien se escribe que traia siempre el evangelio de Sant Mateo, de donde el sancto varon, como de una mesa celestial, comia para sí, y comia tambien para dar pasto á los hijos que criaba. Sant Bernardo, devotísimo y sanctísimo doctor, en este mesmo ejercicio gastaba su vida, y por aquí llegó á tanta perfeccion, como él mesmo lo confiesa á sus religiosos, diciendo así (*d*): Yo, hermanos, dende el principio de mi conversion, en lugar de los merescimientos que entendí que me faltaban, hice un manojico de mirra, compuesto de todas las amarguras y trabajos de mi Señor, el cual procuré siempre traer dentro de mi corazon; lo cual hacia yo, pensando primeramente en las necesidades y pobrezas de todos aquellos pasos y misterios de su niñez, y despues en los trabajos de su predicacion, en el cansancio de sus caminos, en las vigilias de su oracion, en las fatigas de sus ayunos, en las lágrimas de su compasion, en las asechanzas de sus enemigos, y finalmente, en los peligros que le vinieron por aquellos falsos hermanos: conviene saber, en las acusaciones, persecuciones, injurias, bofetadas, deshonras, escarnios, azotes, espinas y clavos, con todo lo demas. Pensar siempre en ésto tuve por mi sabiduría, y aquí hallé la summa de todo lo que me convenía saber. Aquí me dan á beber un licuor precioso, que á veces es de saludable amargura, á veces de inefable consolacion. Esto me levanta en las adversidades, y me abaja en las prosperidades, y entre las tristezas y alegrías de la vida presente me guia por camino real, desechando los peligros que de la una y de la otra banda me quisieren saltear. Esto me reconcilia y hace amigo al juez del mundo, cuando me representa manso y humilde al que me ha de juzgar, y cuando me hace no solamente placable, sino tambien amable á aquel que es inaccesible á los príncipes del cielo, y terrible á los reyes de la tierra. Por tanto, hermanos mios, estos misterios traigo siempre en la boca, predicándolos (como vosotros sabeis), y estos en mi corazon, siempre rumiándolos (como sabe Dios), y destos escribe siempre mi pluma (como todos ven), y esta es y será siempre mi altísima y entrañable filosofía: saber á Jesu, y este crucificado. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

(*c*) Ecclesia in Officio ejus. (*d*) Bernard. super Cantic. serm. 43.

Y en otro lugar añade el mesmo Sancto, y dice así (*e*): Yo, hermanos, con mucha confianza llego á tomar lo que me falta de las entrañas de mi Señor, y no faltan agujeros por donde corra lo que mi ánima desea. Sus piés y manos están rasgados, y su corazon abierto con una lanza. Por estas aberturas me llego á chupar miel de la piedra, y olio de la peña durísima. Verdaderamente durisima (*f*); porque dura para sufrir tantas injurias, y mas dura para sufrir tantas heridas, y durísima para sufrir un tan crudelísimo linaje de muerte.

El mismo Sant Bernardo escribe que en su tiempo habia una monja muy devota de la sagrada Pasion, la cual solia muchas veces á honra della hacer la señal de la cruz sobre el corazon, para que dentro y fuera dél resplandesciese siempre aquella gloriosa figura. Y para dar el Señor á entender cuánto le agradara esta devocion, quiso que aquel dedo pulgar con que señalaba la cruz, estuviese entero en la sepultura, estando todas las otras partes del cuerpo deshechas y consumidas, lo cual se vió abriendo despues de algunos años su sepultura. Y en esto se ve claramente, que no quiso el Señor que tuviese poder la muerte en la carne que habia tantas veces figurado el misterio de la vida.

Otra cosa semejante, aunque de mayor admiracion, escribe un doctor haber acaescido en Alemaña, en la ciudad de Argentina, donde dice que estaba un religioso de la órden de los Predicadores, prior del monasterio de aquella ciudad, muy devoto de la sagrada Pasion, en la cual pensaba muy á menudo. Al cual despues de muerto (abriendo su sepultura para trasladar á otra parte su cuerpo), hallaron que en los huesos del pecho, que caen sobre el corazon, tenia una cruz entallada en los mismos huesos, y labrada con tanta perfeccion como si fuera hecha de marfil. Y como la fama deste milagro se extendiese por toda aquella tierra, el autor que esto escribe, dice que caminó cuarenta millas por ver esta gloriosa señal. La cual (dice él) yo ví con mis proprios ojos, y miré mucho la figura que tenia, que no era ménos maravillosa. Porque el pié della estaba adelgazado hácia bajo, como si estuviera hecho para hincarse en algun lugar, y los tres brazos de arriba se remataban en tres flores de azucenas, en lo cual se daba á entender que por la virtud y misterio de la sagrada Pasion, habia conservado aquel sancto varon en su ánima aquel lirio de la castidad y pureza virginal. Por aquí se ve claro cuánto el Señor se sirve desta sancta devocion, pues así quiso honrar en cuerpo y ánima á los que tuvieron cuidado de honrar sus deshonras, y hacer especial servicio á los misterios de su pasion.

Pues ya la honra que hizo al bienaventurado Sant Francisco, señalando su cuerpo con las insignias de su gloriosa ignominia, retratando de fuera en el cuerpo las llagas que el sancto traia en su corazon, no se puede encarescer con palabras. Porque por aquí se ve claro, cómo la continua meditacion deste misterio puede subir á una criatura mortal á tan alto grado de perfeccion, que

(*e*) Hæc. verba extant in operibus Divi August. in Manuali. Apendice tom. 9. cap. 21. (*f*) D. Bernard. in die Pentec. Serm. 2.

venga á ser en su manera semejante al Hijo de Dios, no solo en las virtudes del ánima, sino tambien en las insignias gloriosas de su sacratísimo cuerpo.

Pues á esta sancta consideracion (entre los otros doctores) señaladamente nos convida en muchos lugares de sus escripturas el devotísimo Sant Buenaventura, el cual, en el libro llamado Estímulo de Amor, dice así: No conozco otra mayor gloria, hermanos, que la cruz de nuestro Salvador. Si es preciosa la muerte de los sanctos en los ojos de Dios, porque murieron por él, ¿cuánto mas preciosa debe ser la muerte del Señor de los sanctos en los nuestros, pues murió por nos? Pues si tan preciosa y tan amada conviene que sea esta muerte, ¿qué merescen los que siempre viven olvidados della? ¡Oh! con cuánta razon se quejó el Salvador entónces, y se queja agora de los tales por su Profeta, diciendo (*g*): Alejaste, Señor, de mí mis amigos y prójimos, y mis conoscidos se apartaron de mi miseria. Extraño soy hecho á mis hermanos, y peregrino á los hijos de mi madre (*h*): Esperé quien conmigo se entristeciese, y no lo hubo; y quien me consolase, y no lo hallé. Pues no querais, hermano, huir del Señor; no dejeis esta sancta compañía de la Vírgen, y del discípulo, y de las otras sanctas Marías. Subamos con ellos á la palma de la cruz, y comamos del fructo della (*i*); porque della cuelga la carne del Hijo y el corazon de la Madre. No se excuse nadie de cualquier estado que sea; porque aquí hallará cada uno su remedio. Si eres pecador, aquí hallarás cómo aborrezcas el pecado, considerando que Dios muere por los pecados. Si eres penitente, aquí te esforzarás á hacer penitencia, mirando la que hace este Cordero, que no debe nada. Si eres deseoso de bien obrar, aquí hallarás ejemplo perfectísimo de todas las buenas obras y virtudes; y si eres perfecto, aquí hallarás aparejo para transformarte en el Hijo y en la Madre, teniéndoles entrañable compasion y amor. Pues, ¡oh hermanos! no se excuse nadie, pues nadie hay que no halle aquí gobierno para su vida, puerto de salud, socorro para sus peligros, morada para su ánima, y camino para la verdadera felicidad, porque todo esto se halla en esta sacratísima Pasion.

Ella es la que nos abre las puertas del paraíso, la que guia los ciegos, sustenta los cojos, encamina á los descaminados, consuela los pobres, enfrena los ricos, humilla los soberbios y avergüenza los regalados. Ella es, como dice Sant Crisóstomo (*k*), guarda de los pequeñuelos, maestra de ignorantes, filosofía de simples, ayo de mozos, leche de niños, manjar de rústicos, oratorio de devotos, retablo de contemplativos, libro de ignorantes, esfuerzo de penitentes, escudo de flacos, medicina de enfermos, remedio de pecadores, consiliario de justos, tesoro de pobres, puerto de perdidos, refugio de todos los atribulados. Pues si quieres, hermano mio, poseer en una cosa todas las cosas, abrázate con esta cruz, entra en este sanctuario, y haz tu nido, como paloma casta, en los agujeros desta piedra. Vuela, como dice Sant Bernardo (*l*), por aquellas sanctas manos, vuela por aquellos sagrados piés, y encierrate volando en aquel precioso costado.

(*g*) Psal. 87. (*h*) Psalm. 68. (*i*) Cant. 7. (*k*) Chrysost. Homilia de Cruce. Dominic. tom. 3. (*l*) Bern. sup. Can. serm. 62.

§. ÚNICO.

De cómo los penitentes, despues de ejercitados en los actos de penitencia, deben considerar los misterios de Cristo.

Pues ¿qué resta agora, sino rogar á todos los que de verdad desean aprovechar en la vida espiritual, y rogar tambien á todos los maestros y enseñadores desta vida, que trabajen siempre por imponer en estos ejercicios á las personas que tomaren á su cargo? De suerte que despues de salidos de pecado, y despues de aquellos primeros ejercicios de contricion y penitencia, luego les entreguen los misterios de la vida y pasion de Cristo, para que comiencen á gustar cuán suave es el Señor, y con el gusto de las cosas espirituales vengan á menospreciar todos los gustos y deleites sensuales. Porque aunque este sea libro de perfectos, tambien lo es de principiantes; y aquí hallarán leche los unos y manjar de mas substancia los otros. Porque este es aquel rio de Ecequiel (*m*), que por un cabo llegaba hasta los tobillos, y por otro no se podia vadear: donde (como dicen los sanctos) andan los corderos y nadan los elefantes. Este es el libro del mismo profeta, escripto dentro y fuera (*n*), para que en lo de fuera lean los principiantes, y en lo interior y mas secreto los perfectos. Y por esto así como el que quiere estudiar gramática, luego le ponen un arte en las manos; así al que quiere estudiar esta filosofía del cielo, luego le deben entregar estos misterios de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor. Y no se debe de negar este socorro aun á los que hubieren sido muy pecadores, porque estos tienen necesidad de tanto mayores remedios, cuanto tienen adquiridos mas malos hábitos. ¿Pues qué harán estos cuando se vean acosados de la furia de sus pasiones antiguas, sopladas con el viento del demonio, de la carne, del mundo y de la costumbre depravada? Porque algunos destos, mayormente en la juventud, como dice Sant Hierónimo (*o*), arden mas que los fuegos del monte Etna, con llamas de lujuria, otros con ardores de cobdicia, otros con deseos encendidísimos y rabiosísimos de venganza, otros con apetitos de privanzas, dignidades y honras. ¿Pues qué harán estos miserables, si les falta este esfuerzo, este ejemplo, este refrigerio y socorro, este pasto celestial, esta consolacion y esta luz? Si el Salvador dijo á los discípulos al tiempo de la pasion (*p*): Velad y orad, porque no seais vencidos de la tentacion, ¿qué otro mejor escudo ni remedio puede haber para tales necesidades? Dice Sant Augustin (*q*) que ninguna cosa halló mas provechosa para este caso, que la memoria de las llagas del Salvador. La piedra, dice David (*r*), es refugio de los erizos, porque no tienen otra mejor guarida los que están llenos de las espinas de sus pecados, que en los agujeros de aquella sagrada piedra, que por nosotros fué herida con la vara de la divina justicia (*s*), para que della saliese agua viva, que lavase nuestros pecados y apagase la sed de nuestros deseos.

La órden que en esto se puede tener es la que aconseja Sant Buenaventura, y la que ordinariamente tienen todas las personas dadas á la vida espiritual; que es repartir los principales pasos de la vida del Salvador por los dias de la semana, teniendo señalados para cada dia dos ó tres misterios destos; con cuya consideracion

(*m*) Ezech. 47. (*n*) Ezech. 2. (*o*) Ad Furiam tom. 1. Epist. ante med. (*p*) Matt. 26. (*q*) Aug. In Manu. c. 22. tom. 9. in Apend. (*r*) Psal. 105. (*s*) Num. 20.

apasciente su ánima, alumbre su entendimiento, encienda su voluntad, y despierte su devocion, y se mueva á la imitacion de las virtudes del Señor, cuya vida contempla, y á darle gracias por todos los pasos que en este mundo dió procurando su remedio. Mas acuérdese que ántes desta consideracion debe preceder una devota preparacion, y despues seguirse un hacimiento de gracias, juntamente con la peticion de todas aquellas cosas que convienen para nuestra salvacion, y de las que sintiéremos nuestra ánima mas necesitada. Y aun á los principios será bien que preceda la leccion del paso que quisiéremos meditar, hasta saber los principales puntos y consideraciones que hay en él. Destas cinco partes, que pueden entrevenir en este sancto ejercicio, se trató al fin de la primera parte del libro de la Oracion y Meditacion, adonde remitimos al que esto desea saber.

Pues para este efecto escribimos en el libro del Memorial de la vida cristiana un summario de los principales misterios de la vida y pasion de nuestro Salvador; y asimismo en el sobredicho libro de la Oracion y Meditacion están escriptos mas extendidamente todos los pasos de su sacratísima Pasion y resurreccion. Mas porque entre todos estos misterios los de la infancia y niñez deste Señor parescen mas dulces y suaves á los corazones devotos, dellos me paresció escribir un poco mas largo en este tratado, para suplimiento de la brevedad que en los otros seguimos, como en cosa de memorial. Y comenzarémos luego del primero destos misterios, que es la encarnacion del Hijo de Dios, la cual servirá de preámbulo para todos los demas.

CAPITULO II.

De la conveniencia del misterio inefable de la Encarnacion de nuestro Salvador.

Antes que comencemos á tratar de los misterios principales de la vida de nuestro Salvador, será necesario decir algo del misterio inefable de su sancta Encarnacion, repitiendo aquí en breve lo que en otras partes tratamos difusamente. Y tomando este argumento dende su primer principio, decimos que el orígen deste tan grande bien, fué la inmensa bondad de nuestro Señor, la cual es principio universal de todas sus obras, así de naturaleza como de gracia. Porque por su sola bondad, sin tener alguna necesidad, crió este tan grande mundo, y por sola bondad tantos mil años ha lo gobierna; por sola bondad sufre la ingratitud y blasfemias de los malos, haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecadores (*a*). Pues por sola esta bondad determinó criar al hombre, para hacerlo participante de su mesma bondad y gloria. Porque como es propriedad natural del sol alumbrar, y del fuego calentar; así lo es de la bondad communicar á todos el bien que tiene. De donde se sigue que será proprio de la summa bondad, summamente communicarse á sus criaturas, segun la capacidad y naturaleza de cada una dellas, como Sant Dionisio dice.

Deseando pues esta summa bondad communicar la bienaventuranza y gloria de que él solo *ab æterno* gozaba, crió para esto dos órdenes de criaturas capaces deste tan gran bien, que son ángeles y hombres; las unas puramente espirituales, como son los ángeles; y las otras juntamente espirituales y corporales, como son los hombres. Mas dejemos agora los ángeles, y tratemos de los hombres.

Pues como las obras de Dios sean tan perfectamente ordenadas, así como crió al hombre para un fin tan alto, así le proveyó de todas las virtudes y gracias que para esto eran necesarias; pero esto con tal condicion, que si fuese fiel y obediente, conservaria para sí y para sus descendientes el mayorazgo de la justicia y gracia que habia recibido, y si fuese desleal y desobediente lo perderia para sí y para ellos. Pues como el hombre fuese desobediente al mandamiento del Señor (*b*), que para tan alto fin lo habia criado, y tantos dones y gracias para esto le habia dado, perdió luego por esta deslealtad aquel mayorazgo que habia recibido, y todos sus hijos lo perdimos en él. Y esta tan grande pérdida nos declara el pecado original en que somos concebidos (*c*), que es privacion de la justicia y gracia con que hubiéramos de nascer. Y desta privacion se siguen la corrupcion de nuestro apetito, y sus malas inclinaciones, las cuales estaban enfrenadas con el don de la justicia original y de la gracia; mas quitado este freno que las detenia, luego comenzaron á bullir y desenfrenarse contra el espíritu, así como quitada la sal ó la mirra de una carne muerta (que la tenia sin corrupcion) luego se corrompe y comienzan á hervir gusanos en ella. Lo cual se mostró luego despues de cometida la culpa de nuestros primeros padres. Porque ántes della, estando desnudos, no tenian empacho uno de otro; mas acabada ella, luego lo tuvieron; porque despertó luego la concupiscencia con las otras pasiones y malas inclinaciones. Y desta corrupcion proceden todos los pecados del mundo, con los cuales se hace el hombre siervo y esclavo del demonio, segun aquella sentencia del Salvador, que dice (*d*): Quien quiera que comete pecado, siervo se hace del pecado. Y por esto queda el hombre miserable subjecto al demonio, como esclavo suyo; al cual tiene él preso con las cadenas de sus malas aficiones y deseos; y como vasallo de aquel á quien obedesció y se entregó, pertenesce á su reino; de tal manera, que tomándolo la muerte en este estado, lo llevará consigo á su reino, que es el infierno.

Estando el hombre en este estado tan miserable, plugo á las entrañas de la divina misericordia librarlo desta servidumbre del demonio y del pecado, y habilitarlo para la posesion del reino del cielo, para que fué criado. Y pudiendo hacer esto por muchos medios, escogió uno, el mas excelente y mas nuevo de cuantos se pudieran escoger, que fué hacerse Dios hombre, y morir por él. Lo cual dice el Apóstol que tuvieron los judíos por escándalo, y los gentiles por locura (*e*). Porque por una parte les parescia indigna cosa de aquella altísima y purísima substancia, juntarse con una cosa tan baja como es la naturaleza humana. Por otra les parescia despropósito hacerse Dios hombre para sanctificar al hombre, pues habia otros medios que parescian venir mas á propósito para este fin.

Mas por ser esta obra tan grande, es necesaria especial lumbre de Dios para entender la dignidad della. Porque para entender las cosas proporcionadas á nuestra capacidad basta la lumbre natural con que Dios nos crió; mas cuando las cosas son muy altas y sobrenaturales, y que presuponen otras muchas, para entenderse es ne-

(*a*) Matt. 5.

(*b*) Gen. 3. (*c*) Ephes. 2. (*d*) Joan. 8. (*e*) 1. Cor. 1.

cesaria lumbre sobrenatural de Dios. Y tal es esta obra, la cual, si bien se entendiere, basta para poner espanto no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles. Y no es esto encarecimiento, sino sentencia del Apóstol, el cual dice (*f*) que despues de revelada esta obra de nuestra redempcion, y predicada en la Iglesia, los mesmos principados y potestades del cielo concibieron nuevo conoscimiento y admiracion de la sabiduría de Dios, que en este misterio resplandesce, viendo los grandes bienes y provechos que por esta via se communicaban al mundo. Y por esta razon llama el Apóstol divinamente esta sabiduría multiforme (*g*), que quiere decir de muchas formas y maneras, porque por ella socorrió Dios tan perfectamente á todas nuestras necesidades y dolencias, y á cada una dellas en particular, como si para solo ella fuera instituida; que es cosa de grande admiracion. Pues quien tuviese algo desta lumbre del cielo, veria aquí claramente las maravillas y la variedad desta sabiduría. Y porque no todos tienen esta luz, no alcanzan el secreto y razon deste misterio. Tiempo hubo en que Sant Agustin (*h*) no la alcanzaba, ni entendia qué cosa era haberse ayuntado el Verbo divino con nuestra carne; mas cuando despues de baptizado recebió esta lumbre, confiesa de sí (*i*) que no se hartaba estos dias de pensar con una maravillosa dulcedumbre la alteza de la divina sabiduría, que resplandesce en este singular medio que escogió para la salud del género humano. Porque consideraba este sancto con esta lumbre todas las dolencias y necesidades espirituales en que el hombre quedó por el pecado; porque de piés á cabeza no quedó en su ánima cosa que no fuese llagada. Porque el entendimiento quedó escurecido, la voluntad rebelde, la imaginacion derramada, el apetito estragado, la carne flaca y mal inclinada. Pues todo esto veia este sancto con aquella luz; y con ella veia que Dios humanado, y puesto en cruz, era tan proprio y tan eficaz remedio para todos estos males, y para cada uno dellos en particular, como si para él solo fuera instituido: como lo experimentan todos los que se dan á la virtud. Lo cual es en tanta manera verdad, que si nuestro Señor Dios con toda su sabiduría y omnipotencia (con la cual crió este mundo, y podria en un punto criar otros mil mundos) buscara otro medio mas conveniente y mas eficaz, así para gloria suya, como para remedio del hombre (que son las dos cosas que nuestro Señor pretende en todas sus obras), no lo hallara. Declaremos esto en particular.

§. I.

Que para la gloria de Dios, y satisfacer por las ofensas, el mejor medio fué hacerse Dios hombre.

Comenzando pues por la gloria de Dios, era necesario satisfacer primeramente á las ofensas é injurias cometidas contra aquella soberana Majestad, cada una de las cuales es de infinita gravedad, por ser contra esa infinita Majestad. Pues ¿qué será juntando las de todos los hombres que son, fuéron, y serán, y pueden ser, que llamamos infinitos? Pues para tan grande y tan universal descargo y satisfaccion, era necesaria virtud infinita, la cual solo Dios tiene; mas él ni puede satisfacer ni merescer, por ser estas obras de criaturas, y no de criador. Pues segun esto no era posible en rigor de justicia hallarse otro medio mas conveniente, que juntar Dios consigo la naturaleza humana en una misma persona, para que della tomase el poder satisfacer y merescer, y de sí le diese virtud infinita para perfectamente satisfacer.

Pues este summo sacrificio fué una tan perfecta satisfaccion de todas las ofensas cometidas contra la divina Majestad (*k*), que mucho mas quedó ella por solo él honrada, que por todos los pecados ofendida; y mucho mas le agradó esta perfectísima obediencia de su Hijo, que le desagradaron todas las desobediencias del mundo (*l*). En lo cual paresce cuánto sirvió esta obra á la gloria de Dios, pues esta fué la mayor gloria que jamas se le habia dado, y pudiera dar, por ser obra, no de puro hombre, sino de Dios y hombre, y Hijo natural de Dios é infinitamente amado de su Padre.

Mas aquí es de notar, que como este Señor venía al mundo á obrar nuestra salud, no bastaba para esto alcanzarnos perdon de los pecados pasados, si quedábamos flacos y sin fuerzas para caer en otros. Y para esto era necesario que demas del perdon de las culpas pasadas, nos meresciese gracia para excusar otras nuevas; lo cual nadie podia merescer, sino solo él. Porque merescer gracia para todo el género humano, que es para hombres, que cuanto es de parte de la especie (como ya dijimos) se pueden multiplicar en infinito, no es posible á criatura alguna, sino á quien tuviese virtud infinita, cual es la del Hijo de Dios humanado. De suerte que solo aquel que tuvo caudal para satisfacer por todos los pecados, nos pudo merescer la gracia para no cometer otros. Lo cual todo redunda en gloria de Dios, pues nuestra innocencia y justicia viene á redundar en gloria suya.

Mas no solo por esta via fué Dios en esta obra glorificado, sino tambien porque en ella, mas que en otra alguna, se nos descubren mas claro las principales perfecciones de nuestro Dios, y las que mas sirven para inducirnos al amor y temor de su sancto nombre. Porque los filósofos que conoscian á Dios estudiando por el libro de las criaturas, principalmente conoscieron la grandeza de su omnipotencia y sabiduría, las cuales perfecciones manifiestamente resplandescen en las obras criadas. Mas de la bondad, y caridad, y misericordia, y justicia, conoscieron muy poco; pues muchos dellos le negaron la providencia de las cosas humanas, que destas perfecciones se infiere y concluye. Pero estas perfecciones que ellos no alcanzaron, resplandescen tan claramente en el misterio de la encarnacion y pasion de nuestro Redemtor, que no solamente los sabios, mas los rudos y simples ven claramente cuán grande sea la bondad, y caridad, y misericordia de Dios para con los hombres, pues llegó á hacerse hombre, y morir en cruz por ellos. Ven otrosí cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene dellos, pues vino del cielo á la tierra á tratar de su remedio; y ven tambien cuán grande sea su sabiduría, pues por tan convenientes y admirables medios trazó el negocio de su salvacion: y junto con esto por aquí tambien conoscen cuán grande sea el rigor de la justicia divina, pues tan grande satisfaccion quiso que se le ofresciese por los pecados del mundo con la sangre y muerte acerbísima y deshonradísima de su mesmo Hijo. Pues todas estas perfecciones divinas resplandes-

(*f*) Ephes. 3. (*g*) Ubi sup. (*h*) Confess. lib. 7. c. 19.
(*i*) Lib. 6. c. 6.

(*k*) Rom. 5. Ephes. 1. (*l*) Hebr. 9.

cen clarísimamente en este misterio. En lo cual se ve cómo esto que á los ojos carnales de los gentiles pareció cosa indigna de la majestad y gloria de Dios, es la mayor gloria de cuantas se le pueden dar. Porque cuanto mas en esta obra se abajó y encubrió la gloria de la majestad (entendida la causa deste abatimiento), tanto mas se descubre la gloria de la bondad, que es la perfeccion de que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas conoscido y alabado.

§. II.

De los bienes que se siguieron al hombre por el misterio de la Encarnacion.

Pero cuanto pertenesce á lo segundo que propusimos, que son los provechos que deste misterio se siguieron al hombre, no hay lengua ni palabras que esto puedan explicar. Porque como las obras deste Señor sean perfectas, y él quiso ser suficientísimo salvador y redemptor del mundo, no hay en el hombre necesidad espiritual, ni dolencia tan incurable para que no se halle remedio suficiente en este misterio. Y porque destos provechos tratamos algo en el misterio de la annunciacion á nuestra Señora, no diré aquí mas. Pero el que mas quisiere, lea la tercera parte de nuestra introduccion del Símbolo (que trata de los fructos del árbol de la cruz), donde esta materia se trata de propósito, y ahí verá cuán grandes fructos y provechos se siguieron al hombre deste misterio.

Concluyendo ya este discurso, digo, que pues entre las obras de nuestro Señor, aquella es mas excelente que mas redunda en gloria suya y provecho del hombre, y lo uno y lo otro resplandesce mas en esta obra de nuestra redempcion, que en todas las otras suyas, síguese que esta sea la mas excelente de todas ellas.

Esta mesma excelencia se muestra brevemente por otra razon, y esta es, que nuestro Señor (cuyas obras son perfectísimas, como él lo es) quiere que en todas ellas se hallen juntas dos grandes perfecciones suyas, que son misericordia y justicia, como todos los salmos á cada paso predican y cantan (*m*). De lo cual se infiere que aquella será entre sus obras perfectísima, donde estas dos perfecciones mas perfecta y altamente se hallaren. Pues ¿dónde se hallan ellas mejor que en el misterio de nuestra redempcion? Porque ¿qué mayor justicia, que la que se ejecutó en la pasion y muerte del Hijo? ¿Y qué mayor misericordia que la que por ella se concedió al siervo? porque ni la justicia pudo ser mayor, ni tampoco la misericordia.

Añado á esta consideracion otra que mas á la clara nos descubre la conveniencia deste misterio, y las grandes gracias y mercedes que nuestro Dios nos hizo en él. Pues para esto se debe notar que como Dios sea el autor de las obras de naturaleza y de la gracia, por la misma órden que traza las obras de naturaleza, ordena tambien las de la gracia. Pues la órden que guarda en las obras de naturaleza, es que en cada género de cosas hace una nobilísima, que es causa de todo lo que se halla en todo lo que está debajo de aquel género. Pongamos ejemplo. En el género de los cuerpos resplandescientes, que son todas las estrellas, la mas resplandesciente es el sol, y este es causa de toda la luz que hay en las estrellas, las cuales no tienen otra luz sino la que del sol reciben. Asimesmo en el linaje de los cuerpos que se mueven, el mas perfecto es el primer cielo, cuyo movimiento es perfectísimo, y así él es causa de todos los movimientos de cuerpos que hay en el cielo y en la tierra. De tal manera, que si él parase, todos los otros pararian, porque todos penden dél. Esta misma órden que se ve en las obras de naturaleza, tambien se halla en la órden de las cosas humanas; porque en un reino el rey tiene suprema autoridad y jurisdiccion en todas las cosas, y dél se deriva ella en todas las justicias y oficiales de su reino. Pues desta manera aquella summa sabiduría (*n*), que todas las cosas dispone en número, peso y medida, quiso que en el linaje de los sanctos hubiese uno que fuese summamente sancto, y que este fuese causa de la sanctidad de todos los otros. Por lo cual se llama por excelencia el Sancto de los sanctos, no solo porque es el mayor de todos, sino porque es el sanctificador dellos, y el que los provee perfectísimamente de todas las cosas que se requieren para su sanctificacion, que son muchas, y todas han de proceder dél.

Y porque va mucho en la inteligencia desto, añadiré aquí otro ejemplo mas palpable. Porque esta mesma órden hallarémos en todas las religiones de la Iglesia cristiana, como es la de Sant Francisco, Sancto Domingo, Sant Benito, etc. Porque poniendo ejemplo en la órden del glorioso padre Sant Francisco, él es en su manera la causa de la sanctidad y perfeccion de toda su órden, mediante la regla que él instituyó, y el ejemplo de las virtudes heróicas que les dejó, y mediante los ejemplos de los sanctos compañeros que él crió á sus pechos con la leche de su doctrina, y los impuso en aquella manera de vida de tanta pobreza, aspereza y continua oracion, ayudando tambien á lo mesmo con las continuas oraciones con que encomendaba á nuestro Señor aquella nueva institucion y manera de vida evangélica. Pues por este ejemplo tan palpable se podrá entender lo que decimos de Cristo nuestro Salvador. Porque lo que es Sant Francisco en su órden, y Sancto Domingo en la suya, eso es nuestro Salvador, no en una órden sola, sino en todo el mundo, aunque diferentemente; porque estos padres son causa de la sanctidad de sus hijos, de la manera que habemos dicho; mas Cristo, demas desto, es causa meritoria y eficiente de la sanctidad, y gracia, y justicia que hay en todos los que lo son, y de todas las cosas que son necesarias para esta mesma sanctificacion.

Declaremos mas en particular agora esto, y veamos cómo este suficientísimo reparador proveyó perfectamente de remedio á todas nuestras necesidades. Pues segun esto, la primera cosa que se requeria para nuestra sanctificacion, era reconciliarnos con Dios, el cual estaba justamente airado por los pecados del mundo, y así era necesario ofrescerle satisfaccion, y alcanzarnos perdon dellos. Y demas desto merescernos gracia para no volver á caer en ellos. Y lo uno y lo otro acabó este Sancto de los sanctos, como arriba queda declarado. Y allende desto, como gente ciega teniamos necesidad de lumbre de doctrina que nos enseñase el camino del cielo, y como flaca habiamos menester quien nos esforzase á andar por él, y como enferma nos eran necesarias espirituales medicinas para curar nuestras dolencias,

(*m*) Psal. 100.

(*n*) Sap. 11.

y como pobres teniamos necesidad de merescimientos que alegar en nuestras peticiones: y finalmente, como gente cercada de mil peligros, éranos necesario un fiel abogado y medianero ante el Padre eterno. Estas y otras muchas necesidades padesce nuestra naturaleza, y á todas ellas proveyó de suficientísimo remedio este Sancto de los sanctos. Ca él satisfizo por nuestras culpas con su sangre, él nos mereció la gracia con el sacrificio de su pasion (como está dicho), él alumbró nuestra ceguedad con su doctrina, y esforzó nuestra flaqueza con los ejemplos de su vida, y ordenó los sacramentos para la cura de nuestras enfermedades. El enriquece nuestra pobreza con sus merescimientos. El aboga siempre ante la cara del Padre por nuestras necesidades. Y él finalmente nos dejó en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, materia de meditacion, doctrina de edificacion, estímulos de amor, despertadores de devocion, ejemplos de humildad, obediencia, paciencia, mansedumbre, y de todas las virtudes.

En lo cual se ve cómo por todas las vias posibles socorrió este clementísimo Salvador á todas las dolencias y necesidades de nuestra vida, aunque fué á costa de la suya, por el grande amor y deseo que tenia de nuestra salvacion, como si de la nuestra pendiera la suya.

Esta es pues la invencion admirable que Dios descubrió para la sanctificacion del género humano, y la justicia que él quiso que se predicase por todo el mundo (*o*), la cual justicia es su unigénito Hijo, justificador y sanctificador del mundo, el cual por todos estos medios susodichos obra y ayuda á nuestra sanctificacion y justicia. En lo cual tambien se ve que estando en rigor de justicia, no podia ser otro nuestro santificador, sino quien tuviese virtud infinita, que fuese bastante para todas estas cosas susodichas, la cual ninguna criatura tiene, ni puede tener, sino solo el Criador y Señor de todo. Por lo cual debemos todos dar continuas gracias al que es Padre de misericordias. Porque pudiéndonos remediar, aunque no en rigor de justicia, por medio de algun ángel, ó de algun hombre sancto, no quiso que lo fuésemos sino por su unigénito Hijo, vestido de carne humana, y esto no solo para gloria suya, sino tambien de la naturaleza humana; porque si hombre fué el que nos destruyó, hombre tambien fué el que nos reparó.

CAPITULO III.

De la hermosura y excelencia de la sacratísima humanidad de nuestro Redemptor, segun se declara en la tercera parte de nuestra introduccion del Símbolo, en el diálogo segundo.

Mas porque á los gentiles parescia cosa indigna de aquella soberana Majestad vestirse de una cosa tan baja como era nuestra humanidad, declararé aquí cuán ensalzada y enriquescida fué esta sagrada humanidad, y por consiguiente, cómo no fué cosa ignominiosa, sino muy gloriosa, juntarla Dios consigo en una misma persona. En lo cual resplandesce singularmente la sabiduría de Dios, que así sabe levantar las cosas bajas, y engrandescer las pequeñas, y honrar las humildes. Porque ya que por su inmensa bondad determinó abajarse y hacerse hombre, tal hombre se hizo, que no fuese deshonra suya, sino grandísima gloria hacerse tal hombre, cual se hizo; pues estaba en su mano hacerse cual él quisiese, sin costarle mas que solo querer.

(*o*) Marc. 9.

Porque primeramente, en la naturaleza commun de los hombres hay una cosa que Dios hizo, que fué la naturaleza, y otra que el demonio acarreó, que fué el pecado; mas este Señor tomó en sí lo que Dios hizo, y dejó lo que el demonio habia tramado; porque tomó nuestra naturaleza sin pecado. Mas ¿qué lengua podrá explicar la abundancia de riquezas, y gracias, y dones del Espíritu Sancto que á esta sagrada humanidad fuéron concedidas? La primera y summa gracia fué la union con el Verbo divino, que es la mayor cosa que toda la omnipotencia de Dios puede dar. Con la cual dignidad aquella sancta humanidad fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado, y puede criar. Y conforme á esta soberana dignidad le fuéron concedidas todas las gracias (*a*), que fuéron la gracia de universal cabeza de todo el género humano; para que por él se diese gracia á toda la posteridad y linaje de Adam; y con esta le fuéron dadas todas las gracias que llaman gratis datas, que fuéron gracia de profecía, de sabiduría, de hacer milagros, de sanar enfermos, de enseñorear espíritus malos, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, que en aquella ánima sanctísima se aposentó.

Mas no pára aquí la excelencia y gloria desta sagrada humanidad; porque todo lo demas que en ella succedió, fué conforme á aquella primera y summa dignidad de la union con el Verbo divino. Porque tal es la consecuencia y correspondencia de las obras trazadas por el consejo de Dios; y así, demas de lo dicho (porque ningun linaje de dignidad y gloria faltase en este misterio) ántes que este Señor nasciese, luego al principio del mundo, y por todas las edades que despues succedieron, fué prometido á los patriarcas, denunciado por los profetas, predicado por los sibilas, y figurado en todas las cerimonias, sacrificios y sacramentos de la ley. Y cuando ya hubo de venir al mundo, ¿de qué manera vino? Vino como convenía á tan alta Majestad. Fué denunciado por un ángel (*b*), concebido por virtud del Espíritu Sancto, nascido de madre vírgen, cantado y celebrado su nascimiento por los ángeles, visitado de los pastores, publicado por las estrellas, adorado de los reyes (*c*), conoscido de los justos, Simeon, Anna, Zacarías y Elisabet, y sobre todo del niño Sant Juan, que estando encerrado en las entrañas de su madre le adoró y reconosció, que fué la mas nueva manera de reverencia que jamas se vió, porque así convenía para la gloria y honra del Señor que de nuevo venía al mundo. Mas despues de ya crescido, juntamente cresció con él su gloria (*d*). Porque en su baptismo se abrieron los cielos, y sobre él descendió el Espíritu Sancto en especie visible de paloma, y sonó aquella voz magnífica del Padre: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé. Despues desto andando por el mundo, y conversando con los hombres, tales obras hacia, cuales convenía á la dignidad de quien él era. Porque bajando Dios del cielo á la tierra, ¿qué obras habia de hacer, sino obras de Dios? Pues tales las hizo este Señor, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, limpiando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, mudando la naturaleza de las cosas, multiplicando los panes, andando sobre las aguas, mandando á los vientos, sosegando los mares, revelando los secretos de los corazones, denunciando las cosas advenideras, viviendo vida sanc-

(*a*) Colos. 1. (*b*) Luc. 1. et 2. (*c*) Matt. 2. (*d*) Luc. 5.

tísima, predicando doctrina maravillosa, perdonando los pecados, alumbrando y sanctificando los hombres, y lo que mas es, no solo hacia estas maravillas por sí, mas otras como estas hacian los que en él creian, como él mesmo lo dijo (*e*). Y no solo obraba esto con la virtud de su palabra, sino con solo el tocamiento de su vestidura (*f*), la cual daba entera salud á quien quiera que la tocaba. Pues ¿qué cosa mas digna de Dios, que esta manera de vida? ¿Cómo era razon que anduviese Dios entre los hombres, sino obrando estas grandezas y maravillas?

Síguese despues la muerte, que aunque muerte al parescer deshonrada, no fué ménos gloriosa que la vida. Porque por su muerte hicieron general sentimiento todas las criaturas; el sol se escuresció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron y el velo del templo se rasgó. Y allende desto, si murió, resuscitó luego al tercer dia, como Señor y vencedor de la muerte, y resuscitó consigo muchos otros muertos, y saqueó al infierno, y prendió al príncipe deste mundo; y hecho esto, con aquella presa tan gloriosa, por su propria virtud subió en cuerpo y ánima por los aires al cielo; y de ahí envió al Espíritu Sancto, con cuya virtud por medio de unos pobres pescadores reformó al mundo, derribó los altares de los ídolos, venció los emperadores, confortó los mártires, pobló los desiertos de monjes, y los poblados de vírgines, y hinchió el mundo de sabiduría, de religion, y del conoscimiento del verdadero Dios, triunfando de sus enemigos, y de toda la potencia del mundo, y (lo que mas es) del pecado; y los que trataron su muerte, hubieron el pago que merescian. El que lo vendió, se ahorcó; el que lo sentenció, se mató; y los que lo entregaron á la muerte, fuéron asolados, y destruidos, y acabado su reino con la mayor matanza y captiverio que despues del Diluvio se vió, porque tal castigo merescia tal pecado.

Pues volviendo al propósito, ¿quién tendrá por indigna cosa de la majestad de Dios hacerse hombre, estando todo el proceso de su vida y muerte esclarescido y adornado con tantas maravillas, y con tan grande órden y consecuencia de cosas?

Lo dicho basta para que se vea claro, cómo no fué cosa indigna de aquella soberana Majestad hacerse tal hombre, cual aquí habemos representado; ni ménos lo es haber padescido muerte de cruz. Porque (como en otra parte dijimos), no estimamos la dignidad ó indignidad de la muerte por la pena, sino por la causa. Porque si el hombre muere por la fe, ó por la castidad, ó por la virtud, ó por la defension de la patria y salud pública, cuanto la muerte fuere mas cruel y mas ignominiosa, tanto será mas gloriosa; ántes no hay en el mundo cosa mas gloriosa, que padescer muerte por cualquiera destas causas. Y tal fué la muerte de nuestro Redemptor, que fué por la redempcion del género humano, y por desterrar la idolatría del mundo, y traer los hombres al conoscimiento de su verdadero Dios y Señor, y por otros infinitos bienes que della se siguieron.

Ni tampoco hay por qué ofenderse nadie de la humildad, y pobreza, y aspereza de la vida de Cristo. Porque si él venía á ser maestro de los hombres, y á enseñarlos por palabra y por obra el camino de la humildad, y del menosprecio de las vanidades, y cobdicias, y deleites del mundo, y hacernos abrazar la cruz de la penitencia, y la mortificacion de todos los gustos y apetitos de nuestra carne, ¿de qué otra manera habia de vivir, sino humilde contra nuestra soberbia, y pobre contra nuestra cobdicia, y con vida áspera y trabajosa contra los regalos y gustos de nuestra carne?

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzarémos á tratar en particular de los misterios y pasos de la vida de nuestro Salvador.

§. I.

De la anunciacion del ángel á la Virgen nuestra Señora.

Acerca deste altísimo misterio de la encarnacion del Verbo divino, considera primeramente aquella inmensa caridad y amor que tuvo Dios para con los hombres; pues sin haber de su parte ninguna necesidad, ni de parte dellos algun merescimiento, por solas las entrañas de su infinita caridad, envió su unigénito Hijo para su remedio; esto es, para ennoblecerlos con su nascimiento, sanctificarlos con su justicia, enriquescerlos con su gracia, enseñarlos con su doctrina, esforzarlos con su ejemplo, resuscitarlos con su muerte, y redimirlos de su captiverio con su sangre preciosa. Este es aquel grande beneficio que el mesmo Salvador encaresció, diciendo (*g*): En tanta manera amó Dios al mundo, que dió su unigénito Hijo por él; para que quien creyere en él (esto es, creyendo le amare y obedesciere) no perezca, sino alcance la vida eterna. Y habiendo otros muchos medios para este negocio, quiso que fuese remediado por este, que á él era tan costoso, porque para el hombre era mas provechoso; no teniendo cuenta con su descanso, sino con la honra y provecho del que era su enemigo.

Lo segundo considera la conveniencia deste misterio, que es cuán conveniente medio haya sido este que escogió la divina sabiduría para nuestra salud. Porque así como por un hombre habia entrado la pérdicion al mundo, así ordenó que por otro nos entrase el remedio; y así como por la soberbia de un hombre, que siendo hombre, deseó ser como Dios, fuímos todos condenados, así por la humildad de otro nuevo hombre, que siendo verdadero Dios, se hizo verdadero hombre, fuésemos reparados.

Y demas desto, ¿con qué se podian pagar mejor nuestras deudas, que con la sangre del Hijo de Dios? ¿Con qué se podia ennoblescer mas nuestra naturaleza, que con su humanidad? ¿Quién podia mejor negociar nuestros negocios, que el que todo lo podia? Quién podia abogar mejor por nuestra parte, que el summo sacerdote del Padre? Quién podia mas fiel y piadosamente entrevenir entre Dios y los hombres, que el que juntamente era Dios y hombre, guardando fielmente la justicia como juez, y procurando la misericordia como parte, encargándose de nuestras deudas como hombre, y dando virtud á su humanidad para pagar por ellas como Dios, aprovechándose del título de hombre para deber, y del de Dios para pagar? Sin dubda no se podia inventar otro mas conveniente medio que este, donde así se juntase en uno todo lo que se requeria para nuestra salud. Porque, como dice Sant Leon, Papa (*h*), si no fuera verdadero Dios, no pudiera dar remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos pudiera dar ejemplo.

(*e*) Joan. 14. (*f*) Marc. 5.

(*g*) Joan. 3. (*h*) Serm. 1. de Nativit. Domini.

Pues para curar las llagas de nuestra ánima (que eran tantas y tan grandes) ¿qué otra medicina mas eficaz que esta se pudiera hallar? Qué ejemplos mas eficaces se podian hallar para esforzarnos y confundirnos, que los de aquel Señor, que juntamente era Dios y hombre? ¿Con qué se podia curar mejor nuestra soberbia, que con su humildad; y nuestra avaricia, que con su pobreza; y nuestra ira, que con su paciencia; y nuestra desobediencia, que con su obediencia; y los regalos y deleites de nuestra carne, que con los dolores y asperezas de la suya? Item, ¿con qué se podia vencer mejor nuestro desamor, que con tal amor; y nuestro desagradescimiento, que con tales beneficios; y nuestro olvido, que con tal providencia; y los desmayos de nuestra desconfianza, que con tales merescimientos y tales prendas de amor?

Tambien es de considerar en este paso la órden y consejo de la sabiduría divina en la traza y manera que escogió para nuestro remedio. Porque dado caso, como dice Sant Bernardo (*i*) y todos los sanctos, que pudiera la inmensa bondad y misericordia de nuestro Señor remediarnos por otras muchas maneras; mas quiso él levantarnos de la caida por la misma órden y manera que habíamos caido. Porque así como el principio de nuestra caida fué una mujer, así quiso él que el principio de nuestro remedio fuese por otra. Dijo Adam á Dios despues del pecado (*k*): La mujer que me diste por compañera me dió del fructo del árbol, y comí. Estas fuéron palabras de malicia, para dar excusas de los pecados; con las cuales mas acrescientas la culpa que la alivias. Mas para remedio deste mal la sabiduría venció la malicia, proveyéndonos de otra mujer por esa mujer, de una humilde por esa soberbia; la cual en lugar de fructo de muerte, nos dé manjar de vida. Por tanto muda ya, hombre, las palabras desa excusa en palabras de alabanza y hacimiento de gracias, y dí: Señor, la mujer que agora me diste llena de gracia, me dió un bendicto fructo de vida, y comí dél; el cual me fué mas dulce que la miel, porque por él me diste vida. El fructo del árbol nos engañó, y el fructo de María nos redimió; y así la maldicion que nos vino por Eva, se mudó en bendicion por María. Hasta aqui son palabras de Sant Bernardo. A las cuales añade Anselmo haber sido cosa convenientísima que, como el pecado y la muerte comenzaron de una mujer, así la justicia y la vida comenzasen por otra; y el demonio que se gloriaba y triunfaba de que por medio de una mujer destruyó el mundo, agora quedase confundido, viendo que por otra se reparaba el mundo. Y por aquí cobrase esperanza el linaje de las mujeres que tendria compañía entre los coros de los ángeles y de los sanctos, pues por medio de una mujer vino tanto bien al mundo.

Pues esta nueva mujer escogió Dios *ab æterno*, y la adornó con todas las virtudes y gracias, para que fuese digna madre de su unigénito Hijo. Mas qué tan grande haya sido esta gracia y estas virtudes, no hay lengua humana que lo sepa declarar. La razon es, porque Dios hace todas las cosas conforme á los fines para que las escoge; y así las provee perfectísimamente de lo que para ellos es necesario. Escogió á Sant Juan Baptista para testigo de su venida; escogió á Sant Pablo y á todos los otros apóstoles para maestros de su Iglesia, pues conforme á esto los proveyó perfectísimamente de todas aquellas virtudes y gracias que para esto se requerian. Y porque á esta sacratísima Vírgen escogió para la mayor dignidad que puede caber en una pura criatura, por esto la adornó y engrandesció con la mayor gracia, con mayores dones y virtudes que jamas á nadie fuéron concedidas. Y así una de las cosas en que Dios mas ha declarado la grandeza de su bondad y sabiduría, y de su omnipotencia, es la sanctidad desta Vírgen. Por donde si tuviésemos ojos para saber mirar y penetrar la alteza de sus virtudes, en ninguna de cuantas cosas hay criadas se nos representaria tan claro el artificio y sabiduría de Dios como es en esta. De suerte, que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni aun el cielo con todos sus labores nos declararian tanto la hermosura y perfecciones del Criador, como la alteza y perfeccion desta Vírgen. Porque si el Profeta dice (*l*) que es Dios admirable en sus sanctos, ¿cuánto mas lo será en aquella que es Madre del Sancto de los sanctos, y en la cual sola están ayuntadas las prerogativas de todos los otros sanctos? Y tanto es esto mas de maravillar, cuanto la condicion de la naturaleza humana es mas baja que la angélica. Porque no es maravilla que un maestro haga mas perfectas obras de oro y plata, que de una masa de barro; porque la materia sufre toda esta ventaja y primor. Mas hacer lo mismo en una masa de barro, es de mayor admiracion. Y por eso no nos espanta tanto la pureza de un ángel que caresce de cuerpo, cuanto la de un ánima encerrada en un cuerpo. Y no es ménos de maravillar ver con cuán pocos ejercicios exteriores llegó esta Vírgen á tan alta perfeccion. El apóstol Sant Pablo discurria por el mundo, predicaba á los gentiles, disputaba con los judíos, confundia los herejes, escribia epístolas de gran doctrina, hacia milagros y otras cosas semejantes. Mas la sacratísima Vírgen no entendia en estas obras; porque la condicion y estado de mujer no lo daba. Sus principales ejercicios (despues del servicio y crianza de su Hijo) eran espirituales, eran obras de vida contemplativa; aunque no faltaban, cuando eran necesarias, las de vida activa. Pues ¿no es cosa de admiracion, que con lo que pasaba en silencio dentro de aquel sagrado pecho, dentro de aquel corazon virginal, meresciese tanto, agradase tanto á Dios, y ganase tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo, que pasase de vuelo sobre todos los coros de los ángeles? Pues ¿qué sería esto? Qué pasaria en aquel sagrario virginal de noche y de dia? Qué maitines, qué láudes, y qué oficios allí se celebrarian? ¿Quién tuviera ojos para poder penetrar los movimientos, los sentimientos y ardores, los resplandores, y todo lo que pasaba dentro de aquel sagrado templo? Teníalos el Esposo en los Cantares, cuando enamorado de tan grandes virtudes, y de tan grande perfeccion y hermosura, decia (*m*): Hermosa eres, amiga mia, hermosa eres; tus ojos son de paloma, demas de lo que dentro está escondido, porque esto solamente podian ver los ojos de Dios, no los de los hombres. Por este ejemplo se ve que no tienen razon de quejarse los que dicen que son pobres y enfermos, diciendo que no tienen de qué hacer bienes, ni con qué padescer trabajos por amor de Dios. Basta que tengan corazon para poder amar á Dios, y vacar á Dios; porque si dese saben aprovecharse, con él alcanzarán grandes virtudes, y con

(*i*) Bernard. super. Missus est. Homil. 2. et D. Thom. 3. p. q. 1. art. 2. et. 1. d. 4 q. 3. art. 1. ad 3. etc. (*k*) Genes. 3.

(*l*) Psal. 67. (*m*) Cantic. 4.

él harán grandes servicios á Dios. ¿En qué entendian aquellos padres antiguos, aquellos moradores de los desiertos, sino en ocuparse en la contemplacion de las cosas celestiales noche y dia? Aquel ocio es el mayor de los negocios, aquel no hacer nada, es sobre todo lo que se puede hacer. Porque allí el ánima religiosa dentro de su retraimiento alaba á Dios, allí ora, allí adora, allí ama, allí teme, allí cree, allí espera, allí reverencia, allí llora, allí se humilla delante la majestad de Dios, allí canta y predica sus alabanzas, y allí hace todas las cosas tanto mas puramente, cuanto mas ocultamente y sin testigos humanos.

Pues tornando á nuestro propósito, este es el paraíso que Dios aparejaba para poner en él al segundo Adam. Y porque Dios dispone todas las cosas suavemente, encaminándolas por medios proporcionados para sus fines; porque en todas las cosas que sirven para la gracia, una de las principales es la buena criacion; demas de la gracia que dió á esta Vírgen, quiso que dende niña se criase en lugar sancto, y en compañía sancta. Y para esto ordenó que fuese presentada en el templo, donde comenzó dende luego á resplandescer con admirables virtudes; de las cuales hablando Sant Hierónimo, dice así: Procuraba la Vírgen de ser en las vigilias de la noche la primera, en la ley de Dios la mas enseñada, en la humildad la mas humilde, en los Cantares de David la mas elegante, en la caridad la mas ferviente, en la pureza la mas pura, y en toda virtud la mas perfecta. Todas las palabras eran llenas de gracia; porque siempre en su boca estaba Dios. Continuamente oraba y, como dice el Profeta (*n*), meditaba en la ley del Señor dia y noche. Tenia tambien cuidado de sus compañeras, que ninguna hablase palabra mal hablada, que no levantase su voz en la risa, que no dijese palabra injuriosa ni soberbia á su compañera. Continuamente bendecia á Dios; y porque cuando la saludaban no cesase deste oficio, en pago de la salutacion respondia: Gracias á Dios. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo.

§. II.

De las virtudes que resplandescieron en nuestra Señora cuando la saludó el Angel.

Mas en este paso, cuando el Angel la saludó, debemos contemplar á la Vírgen en su oratorio retraida. Porque aunque la casa fuese pobre, no faltaria en ella lugar de oracion; donde es cosa verisímil que tendria sus libros devotos, sus salmos, sus profetas y sus oraciones; y por ventura (como la sancta Judit) su cilicio y sus disciplinas, para castigar aquel sacratísimo cuerpo que no se lo merescia; y señaladamente es de creer que en este paso estaria su espíritu elevado en alguna altísima contemplacion (como dicen los sanctos) cuando el Angel la visitó.

Lo cuarto considera, despues de aquella tan dulce y graciosa salutacion del Angel, las virtudes altísimas desta Vírgen, que en todo este diálogo que pasó entre ella y el Angel, maravillosamente resplandescen; y señaladamente su silencio, su humildad, su virginidad y su fe.

El silencio se mostró en que hablando tantas cosas, y tantas veces el Angel, la Vírgen habló tan pocas veces y tan pocas palabras; para enseñar á las vírgines el principal decoro y ornamento de la virginidad, que es el silencio y la vergüenza.

Mas la humildad se nos descubre en aquella turbacion y temor que tuvo de las palabras tan honrosas del Angel; porque no hay cosa mas nueva ni mas extraña para el verdadero humilde, que oir sus alabanzas; y asimesmo no hay cosa para él de mayor temor; porque así como teme el rico avariento los ladrones porque no le hurten su tesoro, así teme el verdadero humilde las alabanzas de los hombres, que son ladrones de la humildad.

La virginidad y amor inestimable que tenia á esta virtud, se nos descubre en aquellas palabras que dijo: ¿Cómo se hará esto, porque no conozco varon? En lo cual manifiestamente da á entender el propósito y voto de su pureza virginal, que paresce ser el primero que en aquel tiempo se hizo. Por donde la Iglesia en la letanía la llama Vírgen de las vírgines, como á Reina y capitana, patrona y fiel ayudadora de todas las profesoras é imitadoras deste sancto propósito y ejemplo.

Y no será fuera de propósito para alabanza desta virtud, y para los que indebidamente la quieren impedir, contar aquí lo que Sant Hierónimo escribe en una de sus epístolas, por estas palabras (*o*): Una señora muy noble, llamada Pretexta, por mandado de su marido Hiemecio, que era tio de la vírgen Eustoquio, procuraba mucho de vestir y ataviar esta vírgen profanamente, y de peinar y enrubiarle los cabellos, queriendo por este medio mudar el sancto propósito de la vírgen, y el deseo de Paula su madre. Una cosa diré aquí muy verdadera, y de gran temor y espanto. Una noche le apareció en vision una persona terrible, y con rostro feroz y airado díjole estas palabras: ¿Cómo tuviste atrevimiento de tocar con esas manos sacrílegas los cabellos de la vírgen? Las cuales por este pecado luego se te secarán; y si perseverares en esa maldad, de aquí y á cinco meses serás llevada al infierno, y perderás el marido juntamente con los hijos. Todo esto se cumplió así, por su órden; y la muerte apresurada que luego se siguió, clarámente descubrió la falta de la penitencia. Desta manera toma Cristo venganza de los profanadores de su templo, y así defiende sus perlas preciosas. Lo cual he dicho, no para escarnescer de las calamidades ajenas; sino para que veas con cuánto cuidado debes guardar lo que á Dos prometiste. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo.

Y porque estas dos virtudes susodichas, virginidad y humildad, resplandescieron en la sacratísima Vírgen, y sería razon que lo mesmo hiciesen en nosotros, oye lo que de ambas dice el devotísimo Sant Bernardo, por estas palabras (*p*): Hermosa mezcla es la de la virginidad y humildad; y no poco agrada aquella ánima en quien la humildad engrandesce á la virginidad, y la virginidad adorna la humildad. Mas ¿de cuánta veneracion te paresce que será digna aquella cuya humildad engrandesce la fecundidad, y cuyo parto consagra la virginidad? Oyes vírgen, y oyes humilde; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la vírgen. Loable virtud es la virginidad; pero mas necesaria es la humildad. Aquella nos aconsejan, á esta nos obligan; á aquella nos convidan, á esta nos fuerzan. De

(*n*) Psal. 1.

(*o*) Hieron. ad Lætam. tom. 1. Epistolar. ante med. (*p*) Bernard. super Misus est. Homil. 1.

aquella se dice (q): El que la pudiere guardar, guárdela; desta se dice (r): Si no os volviéredes como los niños pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos. De manera que aquella es galardonada como sacrificio voluntario; esta pedida como servicio obligatorio. Finalmente, puedes salvarte sin virginidad, mas no sin humildad. Puede luego agradar la humildad que llora la virginidad perdida; mas sin humildad oso decir que ni aun la virginidad de María fuera agradable. Porque ¿sobre quién reposará mi espíritu, dice el Señor (s), sino sobre el humilde y manso? Luego si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el Espíritu Sancto; y si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud dél; porque ¿cómo pudiera concebir dél sin él? Queda luego entendido, que para que dél hubiese de concebir, como ella dice (t), miró el Señor á la humildad de su sierva, mucho mas que á la virginidad. Por donde consta que la humildad fué la que hizo agradable su virginidad. ¿Qué dices pues aquí, vírgen soberbia? ¿María olvidada de la virginidad, se gloría de la humildad; y tú, menospreciando la humildad, te glorías en tu virginidad? Dice ella: Miró el Señor la humildad de su sierva. ¿Quién es ella? Una vírgen sancta, vírgen pura, vírgen devota. ¿Por ventura eres tú mas casta que ella, ó mas devota, ó será tu castidad mas agradable que la de María, para que puedas tú sin humildad agradar con la tuya, no habiendo ella sin esta virtud agradado con la suya? Finalmente, cuanto eres mas glorioso por el singular don de castidad, tanto haces tú á tí mayor injuria afeando la hermosura de tu vida, con mancilla de soberbia. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

A estas dos virtudes añade este sancto doctor la tercera, que es la caridad (v), y de todas ellas tres en una epístola da una muy provechosa y saludable doctrina; la cual me paresció añadir á la pasada, para mayor edificacion de los lectores, que dice así: La castidad, y la humildad, y la caridad no son de algun cierto color; mas no por eso dejan de ser de muy grande hermosura, pues bastan para deleitar los ojos de Dios. Porque ¿qué cosa mas hermosa que la castidad, que hace limpio lo que es concebido de masa sucia, y que hace del enemigo amigo, y del hombre ángel? Difieren entre sí el ángel y el hombre casto; mas difieren en la felicidad, no en la virtud; y si la castidad de aquel es mas feliz, la deste es mas esforzada. Sola es la castidad la que en este lugar y tiempo de mortalidad representa aquel dichoso estado de la inmortalidad. Sola en este lugar, donde se solemnizan las bodas matrimoniales, imita las bodas de aquella bienaventurada region, donde no hay trato de casados ni de casadas; dándonos ya en esto una manera de experiencia de aquella celestial conversacion. Y en el entre tanto guarda la castidad este vaso frágil de nuestro cuerpo con sanctidad y honra, como un oloroso bálsamo que conserva los cuerpos de los muertos sin corrupcion; y así aprieta los miembros y los sentidos, porque no se relajen con ociosidad, porque no se corrompan con apetito, porque no se pudran con carnales deleites.

Mas con todo esto, aunque resplandezca tanto esta virtud entre las otras; mas si le falta la caridad, ni tiene precio ni merescimiento. Y no es esto de maravillar; porque sin ella ni es preciada la virtud de la fe, aunque traspase los montes; ni el don de la ciencia, aunque hable con lenguas de hombres y de ángeles; ni el martirio, aunque entregue el hombre su cuerpo á vivas llamas. Y por el contrario, con ella no hay cosa tan pequeña, que no sea de precio muy grande. La castidad sin la caridad es lámpara sin olio; si quitas el olio, no arderá la lámpara; y si quitas la caridad, no agradará la castidad.

Mas agora entre las tres cosas que propusimos, queda sola la humildad de quien tratar, la cual es tan necesaria á las dos virtudes susodichas, que sin ella no merescen nombre de virtudes cristianas. Porque por medio de la humildad se alcanzan la caridad y la castidad; pues consta que Dios á los humildes da su gracia (x). Y así la humildad conserva las virtudes recebidas, porque el Espíritu Sancto no descansa sino sobre el humilde (y), y conservadas, las perfecciona (porque la virtud se hace perfecta en la enfermedad; esto es, en la humildad), y sobre todo esto despide del ánima á la enemiga de toda gracia, y principio de todo pecado, que es la soberbia; y desecha de sí y de todas las otras virtudes su cruel tiranía. La cual soberbia, aunque de las otras buenas obras suele muchas veces tomar ocasion de mayores fuerzas, sola esta como un fortísimo baluarte y torre de las otras virtudes resiste á su malicia, y se opone á su presumpcion. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

Pues tornando al propósito, demas destas tres virtudes resplandesce tambien aquí singularmente la fe desta sagrada Vírgen; porque ni dubdó de tan grandes maravillas como el Angel le decia, ni pidió señal como Zacarías, siendo mayor cosa parir vírgen, que parir estéril, y parir á Dios, que parir á un hombre; sino cómo verdadera hija de Abraham, imitadora de su fe, así como él creyó que el mozo Isaac despues de muerto tendria hijos, resuscitándole Dios; así ella creyó que siendo Vírgen sería madre, obrándolo el mesmo Dios. Por donde dicen los sanctos que cuando la sagrada Vírgen preguntó: ¿Cómo se hará esto? que no dubdó del hecho, sino preguntó por el modo; porque bien creyó que se podia hacer lo que Dios prometia; mas preguntó en qué manera se haria, pues ella tenia hecho voto de virginidad. Mas á lo uno y á lo otro satisfizo el Angel, diciéndole que pariria un hijo, y que sería vírgen; y así gozaria del fructo de madre, y no perdería la corona de vírgen. Sobre todas estas palabras escribiendo el devotísimo Bernardo, dice así:

§. III.

Consideraciones de Sant Bernardo sobre las palabras del Angel en la anunciacion (z).

Oiste, Vírgen, el hecho, y tambien oiste la manera dél; lo uno y lo otro es cosa de grande admiracion y alegría. Alégrate pues, hija de Sion; gózate, hija de Hierusalem. Y pues á tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oyamos tambien nosotros la respuesta de alegría que esperamos; para que así se alegren los huesos afligidos y humillados. Oiste que concebirás y parirás; oiste cómo no era este negocio de hombres, sino del Espíritu Sancto; el Angel está esperando tu respuesta; porque ya es tiempo que se vuelva á quien lo envió. Esperamos tambien nosotros, Señora, esta palabra de misericordia; á

(q) Matt. 19. (r) Idem 18. (s) Isai. 66. (t) Lucæ. 1. (v) Epist. 42 longe á princip. et ante medium.

(x) Jacobi. 1. (y) Isaiæ. 66. (z) Super Missus est. Homil 4. infra med.

los cuales tiene condenados á muerte la divina sentencia, de la cual serémos librados por tu palabra. Por la palabra de Dios eterna fuimos todos criados, y con todo esto morimos; mas por tu palabra serémos agora remediados, para que eternalmente no muramos. Esto te suplica, ó piadosa Vírgen, el lloroso Adam desterrado del paraíso con toda su posteridad; esto Abraham, esto David, con todos los otros sanctos padres tuyos, los cuales moran en tinieblas y sombra de muerte; y esto mesmo te pide todo el universo mundo prostrado á tus piés. Y no por cierto sin causa; porque de tu palabra pende la consolacion de los miserables, la redempcion de los captivos, la liberacion de los condenados, y la salud de todos los hijos de Adam. Responde, Vírgen, muy apriesa; responde una palabra, la cual esperan los cielos, y la tierra, y los infiernos; y el mesmo Rey y Señor de todos, cuanto cobdició tu hermosura, tanto desea agora tu respuesta, con la cual determina reparar la naturaleza humana. De manera que aquel á quien agradaste callando, agora le agradarás hablando; pues él te habla del cielo, diciendo (*a*): ¡Oh hermosa entre las mujeres! hazme que oiga tu voz. Si tú le hicieres oir tu voz, él te hará ver el misterio de nuestra salud. Por ventura no es esto lo que buscabas, y lo que gemias, y por lo que dias y noches sospirabas? Pues ¿eres tú aquella para quien se guardan estas promesas, ó esperamos á otra? Tú eres por cierto, y no otra. Tú eres aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada; de quien tu sancto padre Jacob, estando para morir, esperaba la salud, diciendo (*b*): Tu salud esperaré, Señor. Pues ¿para qué esperas de otra lo que á tí se te ofresce, y lo que por tí se cumplirá, si das consentimiento, y respondes una palabra? Responde, Señora, presto al Angel, ó por mejor decir, al Señor por el Angel. Responde una palabra, y recibe otra palabra; da la tuya, y recibe la divina; da la transitoria, y recibe la eterna. ¿Por qué tardas? Por qué temes? Cree, confiesa y recibe. Cobre agora tu profunda humildad una sancta osadía, y tu vergüenza confianza. No conviene que la simplicidad virginal se olvide aquí de la prudencia. En solo este negocio no tema la prudente vírgen presumpcion. Porque aunque es agradable en el silencio la vergüenza; pero mas necesaria es agora la piedad en las palabras. Abre, ó bienaventurada Vírgen, el corazon á la fe, y la boca á la confesion, y las entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando á tu puerta. Levántate, corre y abre; levántate por la fe, corre por la devocion, abre por la confesion.

Hé aquí (dice ella) la sierva del Señor; sea hecho en mí segun tu palabra. Siempre suele ser familiar á la divina gracia la virtud de la humildad. Porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia (*c*). Y por esto humilmente responde; para que así se apareje silla conveniente á la divina gracia. Hé aquí (dice) la sierva del Señor. ¿Qué humildad es esta tan alta, que no se deja vencer de las honras, ni se engrandesce con la gloria? Escógela Dios por Madre, y ella pónese nombre de sierva. No es por cierto pequeña muestra de humildad, en medio de tanta gloria, no olvidarse de la humildad. No es grande cosa ser humilde en las bajezas; mas muy grande y muy rara ser humilde en las grandezas. Responde pues la Vírgen gloriosa: Sea hecho en mí segun tu palabra. Esta palabra, sea hecho, es palabra significativa del deseo que la Vírgen tenia deste misterio; ó es palabra de oracion, que pide lo que le prometen, porque Dios quiere que le pidan lo que él promete. Y por ventura por esta causa promete muchas cosas de las que quiere dar; porque con la promesa se despierte la devocion, y así merezca la devota oracion, lo que él queria dar de gracia. Todo lo susodicho es de Sant Bernardo.

Lo último considera cómo en el punto que la Vírgen dijo aquellas palabras: Hé aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí segun tu palabra; en ese mismo encarnó Dios en sus entrañas, obrándolo el Espíritu Sancto, á quien señaladamente se atribuye esta obra; porque fué obra de inestimable bondad y amor, que son los atributos del Espíritu Sancto. Mas ¿quién podrá aquí explicar las grandezas y maravillas que en este punto fuéron obradas en aquellas entrañas virginales? ¿Y quién podrá declarar los sentimientos, los afectos y resplandores que sintió aquel purísimo corazon con aquella nueva entrada del Hijo y del Espíritu Sancto; del Hijo para encarnar, y del Espíritu Sancto para obrar en ella este tan gran misterio? Esto se quede agora en silencio para la devota inquisicion y consideracion del ánima religiosa.

Ni es ménos de considerar la humildad inefable de aquel Señor, que siendo para él angosto lugar el cielo y la tierra, se quiso estrechar, no solo en tan pequeño lugar como eran las entrañas de una doncella, sino tambien en tan pequeña materia como sería la de aquel cuerpo sanctísimo, en el instante que fué formado. Desta tan grande humildad dice un sancto doctor así (*d*): Entre todas las flaquezas é injurias á que se quiso subjectar por nosotros aquella divina grandeza, así como fué la primera en tiempo, así pienso que fué muy grande en humildad, haber querido aquella divina grandeza estrecharse en un vientre, y sufrir aquella clausura y encerramiento por espacio de nueve meses. Tanto tiempo no habla nada aquella divina sabiduría; tanto tiempo con ninguna señal visible se descubre aquella soberana Majestad. No parece haberse humillado tanto en la cruz; pues la flaqueza que entónces se descubrió, fué mas poderosa que todas las cosas, cuando muriendo glorificó al ladron, y espirando inspiró vida al centurion; cuando el dolor de pocas horas de su pasion no solo hizo compadescerse dél á todas las criaturas, sino tambien condenó á los príncipes de las tinieblas á la pasion de los eternos tormentos. Mas en el vientre de la madre, así está como si no estuviese; y así la omnipotente virtud está ociosa, como si nada pudiese hacer. Mas á vosotros, hermanos mios, habla el silencio desta palabra, á vosotros clama y á vosotros encomienda la disciplina y regla del silencio. Porque en silencio y esperanza, dice Isaías (*e*) que estará nuestra fortaleza, y que el culto de la justicia será silencio. Porque así como aquel niño poco á poco llegó á maduro parto, debajo de aquel profundo silencio, así el espíritu del hombre se cria, forma y esfuerza con la disciplina del silencio, y cresce cada dia de virtud en virtud tanto mas seguramente cuanto mas secretamente. Hasta aquí son palabras de Guerrico, abad.

(*a*) Cantic. 8. (*b*) Genes. 49. (*c*) Jacob. 4.

(*d*) Guerrico Abad. (*e*) Isai. 30. et 32.

§. IV.

Aquí se declara cómo el ánima devota espiritualmente concibe dentro de sí al Hijo de Dios.

Declarada la historia de la concepcion del Hijo de Dios, será bien tratar de cómo el ánima espiritualmente concibe dentro de sí este mesmo Señor; y despues en sus lugares dirémos cómo lo pare con la Virgen, y adora con los magos, y lo ofresce en el templo con María, y despues con ella lo pierde y halla en el mismo templo. Lo cual todo trata devotísimamente el devotísimo doctor Sant Buenaventura (*f*) en un tratado que desto escribió, de quien tomé todo lo que acerca destos cinco puntos en sus lugares se dirá. Y porque no extrañe nadie estos vocablos, sepa que dellos usó el mesmo Señor en el Evangelio. Porque diciéndole un hombre (*g*): Aquí está tu madre y tus hermanos, que te quieren hablar, respondió él: ¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Veis aquí mi madre y mis hermanos. Porque quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Palabras son estas cierto dignas de ser adoradas y traidas siempre escriptas en el corazon; para que vea el que trabaja de hacer la voluntad de Dios, qué títulos y qué riquezas le están aparejadas; pues nos consta que la condicion de Dios es no dar títulos sin riquezas y gracias proporcionadas á ellos. Pues sobre estas palabras dice Sant Ambrosio, que dado caso que segun la carne, sola una sea la madre del Salvador, mas segun el espíritu, él da fructo de todas las ánimas religiosas.

Pues agora veamos de qué manera el ánima devota concibe dentro de sí este divino fructo. Esto declara Sant Buenaventura por estas palabras: Cuando el ánima fiel, movida con la esperanza del galardon del cielo, ó con el temor de las penas del infierno, ó con el hastío y cansancio de vivir en este valle de lágrimas, comienza á ser visitada con divinas inspiraciones, é inflammada con sanctas aficiones, y congojada con diversos pensamientos y consideraciones, por las cuales viene finalmente á desistir y dar de mano á todos los pecados y vanos deseos de la vida pasada, y se determina hacer de ahí adelante libro nuevo y vida nueva; entónces concibe del Espíritu Sancto esta nueva determinacion y sancto propósito, como nuevo hijo espiritual. Pues en este tiempo asiste el Espíritu Sancto, y la virtud del muy alto cubre la tal ánima con su sombra; con la cual mitiga los ardores naturales de la carne, y esclaresce los ojos interiores del ánima, para que vea lo que ántes no veía.

Aquí luego succeden espiritualmente todos los accidentes que suelen acompañar la preñez corporal; que son, amarillez del rostro, hastío del comer, apetitos de diversas cosas, y enfermedades del cuerpo. La amarillez es la humildad en la conversacion, el hastío del manjar es el menosprecio del mundo, los apetitos y deseos diversos son la muchedumbre de los buenos propósitos que propone, y la enfermedad espiritual es el quebrantamiento y caimiento de la propria voluntad. De suerte que luego la tal ánima comienza á andar triste y congojada por los pecados que cometió, y por el tiempo que perdió, y por verse en este mundo en compañía de tantos malos. Luego comienza á serle molesto todo lo que ve de fuera, en comparacion de lo que ve y goza de dentro. ¡Oh dichosa concepcion, de la cual procede el menosprecio del mundo, y el deseo de las cosas del cielo! Porque en comenzándose á gustar la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor. Luego tambien trabaja por subir con María á las montañas con el amor de las cosas celestiales y hastío de las terrenas. Luego se aparta de la compañía de aquellos que todo su gusto tienen puesto en las cosas desta vida, y á procurar la compañía de los que buscan las cosas del cielo. Luego quiere con María ir á servir á Elisabet; esto es, á aquellos que han concebido dentro de sí á Juan, que quiere decir gracia. Lo cual cierto es muy proprio y muy necesario á los tales. Porque cuanto ellos mas se apartan del mundo, tanto mas se hacen amigos y familiares de los buenos; y tanto ménos gusto toman en la compañía de los malos, cuanto mas los aficiona y enciende la honesta conversacion de los buenos. Porque, como dice Sant Gregorio (*h*), esto suele acaescer á los que tratan con sanctos, que de la vista dellos, y de oir sus palabras, y mirar sus obras, vienen á encenderse en el amor de la verdad, y huir las tinieneblas de los pecados, y crescer mas en el amor de la divina luz. Y Sant Isidoro dice: Procura la compañía de los buenos, porque siéndoles familiar en la conversacion, vendrás á ser imitador de su virtud. Para lo cual debes considerar cuáles serían las pláticas de la vírgen nuestra Señora con Sancta Elisabet, y cuáles los ejemplos de virtudes que se darian una á otra. Pues eso mesmo te conviene hacer, ánima devota, si sintieres haber en tí concebido nuevos deseos del Espíritu Sancto. Busca los consejos de los buenos, sigue las pisadas de los perfectos, huye los consejos ponzoñosos de los malos que trabajan por impedir los buenos propósitos y deseos que el ánima concibió, y so color de piedad y discrecion, procuran inspirar en las tales ánimas el veneno de la tibieza y negligencia, diciendo: Cosa es muy ardua y nueva esta que has commenzado, é intolerable lo que propones; no tienes fuerzas para tanto; estragarás la cabeza, y los ojos, y el estómago, y vendrás á caer enfermo y á destruir la salud. Estas cosas no pertenescen á tu estado; perderás con esto autoridad y reputacion. Desta manera se hacen maestros de bien vivir, y médicos del cuerpo, los que nunca supieron ordenar su vida, ni emendar sus costumbres. ¡Oh, á cuántos desmayaron estos malditos consejos, y en cuántos apagaron la luz del Espíritu Sancto que en sus ánimas habia, y mataron al Hijo de Dios que en ella se habia concebido! Otros hay que movidos con una compasion humana, retraen á los hombres de los ejercicios de la perfeccion, y de todo lo que excede el estado de la vida comun, no considerando que no está abreviada la mano del Señor, ni está diminuida la virtud y piedad del muy alto, para dar la mano á los que del todo se quieren dar á él. Otros tambien movidos con mal espíritu, dicen que los tales ejercicios son proprios de personas espirituales y perfectas, que están del todo dedicadas á Dios, y que no pertenescen á los que emplearon toda la vida en servicio del mundo; no mirando de cuántos grandes pecadores tiene Dios hechos en su Iglesia tan grandes sanctos. Mas tú, ánima, que has ya recebido dentro de ti la semilla del cielo, huye todos es-

(*f*) De 5. festivit. pueri Jesu. (*g*) Matt. 12.

(*h*) Greg. lib. 21. Mor. Cap. 9. et lib. 25. c. 7.

tos dañados consejos. Y si no pudieres llegar á tener ojos de lince, á lo ménos tenerlos has de criatura racional. Porque mejor es alcanzar una parte del todo, que carescer del todo. Mal consejo es querer perder, por haber perdido; y locura es no querer aprovechar, por haber desaprovechado. Si no puedes salvarte por la innocencia, procura salvarte por la penitencia. Si no puedes ser Catalina, ó Cecilia, trabaja por ser María Magdalena, ó Egipciaca. Si perdiste la juventud, no quieras perder la vejez; y si hasta agora viviste en el golfo de la mar, trabaja por morir en el puerto. Así que, si concebiste ya el dulcísimo Hijo de Dios en tu ánima con la penitencia y propósito de la nueva vida, huye destos consejos ponzoñosos, y date priesa por llegar al dichoso parto de la buena vida.

Mas no caresce de misterio que la sancta Vírgen, no luego, sino despues de nueve meses, parió. Para que por aquí entiendas que aunque la mudanza de la mala vida á la buena haya de ser luego y muy apriesa (lo cual nos representa aquella priesa con que los hijos de Israel salieron de Egipto, pues no hubo espacio para laudarse el pan que habian amasado para el camino), mas si hubiere de haber mudanza de estado, ó algunos otros propósitos extraordinarios, prudencia es dilatarse el parto dellos, y no creer luego á todo espíritu, sino examinar los espíritus y propósitos que son de Dios, con el consejo de sanctos y sabios, y con pedir lumbre á nuestro Señor con oraciones continuas.

CAPITULO IV.

De la revelacion de la virginidad y parto de nuestra Señora, al sancto Josef.

Despues de la sagrada concepcion del Hijo de Dios en las entrañas virginales de nuestra Señora, dice Sant Mateo evangelista (*a*), que Josef, entendida la preñez de la sacratísima Vírgen, no sabiendo el misterio della, como fuese varon justo y no quisiese infamarla, quiso secretamente irse y desampararla. Aquí primeramente se nos ofresce que considerar la sanctidad deste glorioso Patriarca, la cual habemos de medir y estimar por el oficio para que Dios lo escogió, que fué para ser esposo de la sagrada Vírgen, y para amo y padre putativo de su Hijo, que son dos grandísimas dignidades; y conforme á estas le fué dada la gracia y sanctidad. Y por razon de la primera, es de creer que le fué dada una pureza y castidad angélica; para que así tratase á la Vírgen con aquella pureza y reverencia que merescia ser tratada aquella Señora, en cuya comparacion las estrellas del cielo no eran limpias.

Dice pues el sancto Evangelista, que porque era justo, no quiso infamar la Vírgen, sino tomar él sobre sí la pena, y irse y desampararla. Esta es una de las pruebas y argumentos de la verdadera justicia, que para ser verdadera, ha de ser acompañada de misericordia, como es la de Dios. Porque la misma ley de Dios le ponia el cuchillo en la mano; pero como esto era en favor del agraviado, renunció él en Dios el derecho que tenia; y como le queria hallar en su causa misericordioso mas que riguroso, tal procuró que le hallase su prójimo, cual él queria hallar á Dios.

Donde tambien es mucho de notar é imitar hasta dónde debe llegar un hombre primero que ponga su boca en la fama de otro. Porque pudiendo el sancto varon usar aquí del derecho que le parescia tener en su propria causa, quiso ántes perder la tierra y la casa, que poner boca en la fama de una persona que él á su parescer tenia por culpada. ¿Qué dirán aquí los deslenguados y los maldicientes, que sin irles nada en ello, y aun sin saber lo cierto de las cosas, ponen boca en las famas ajenas, y dejan tiznada y destruida la buena fama, que algunos estiman en mas que la vida? ¡Oh lenguas de escorpiones y de basiliscos! los cuales mirando emponzoñan el aire, y matan á los que miran; mas vosotros emponzoñais los oídos de quien os oye, y matais á los presentes y á los ausentes; que cuando vienen á saber sus infamias, muchas veces pierden tambien con la paciencia las ánimas.

Mas ¿quién podrá explicar lo que pasaba en el corazon de la sacratísima Vírgen en este tiempo? Porque no ignoraba la prudentísima Vírgen lo que en el corazon del esposo pasaba, pues no ignoraba la ocasion que para eso habia; al cual miraba con aquellos ojos, y con aquel amor y reverencia que merescia ser mirado un esposo tan sancto, dado por mano de Dios. Pues ¿cuál sería la compasion, y la pena, y la lástima que la sancta Vírgen en todo este tiempo padesceria, viendo siempre ante sus ojos, en los ojos y en el rostro del esposo la saeta que él traia hincada en el corazon? Porque si es tan propria la virtud de la misericordia y compasion en todos los buenos, y tanto mas en esta Reina de misericordia, ¿cuál sería la compasion que tendria de quien tanto amaba, y tan lastimado veia, y con tanta ocasion para ello?

Y no es ménos de considerar en este mismo tiempo la mansedumbre, la paciencia y discrecion de la Vírgen, y la obediencia y conformidad con la divina voluntad, así en este trabajo como en todos los demas que le pudiesen venir, en el cual ofrescia á Dios su corazon y su cruz con tanta humildad y obediencia, presentando ante él su innocencia, y la llaga del esposo lastimado, suplicándole por el remedio; mas poniéndole en sus manos, y ofresciéndosele otra vez por esclava, no solo para recebirle en sus entrañas, mas tambien para padescer por esta obediencia todo cuanto fuese su voluntad.

Ni es ménos de considerar la confianza que ella tendria en este trance tan riguroso, fiándose de aquella infinita bondad, y esperando que él miraria por su innocencia, y por la del esposo, y proveeria á entrambos de competente remedio. Porque si la sancta Susanna, estando ya sentenciada á apedrear por lo que no merescia (*b*), tenia su corazon en medio de las piedras lleno de confianza, y esperaba el remedio del defensor de la innocencia, ¿cuánto mayor confianza tendría la Vírgen, que tanto mayores prendas tenia de la divina misericordia?

Desta confianza procedia en su ánima una paz tan grande, y una tranquilidad y serenidad de consciencia, que no está tan quieto el mar cuando duermen todos los vientos, ni tan sereno el cielo cuando el cierzo ha desterrado todas las nubes, cuanto lo estaba aquella ánima bendicta en medio de una tan grande tempestad. Porque si la paz es fructo de la justicia (*c*), y es hija legítima de la confianza, ¿qué tan grande paz tendria, quien tenia tanta justicia y tan grande confianza?

Mas dejando agora la Vírgen, volvamos al sancto Josef,

(*a*) Matt. 1.

(*b*) Daniel. 13. (*c*) Isail. 32.

al cual apareció un ángel de Dios en sueños, y díjole: Josef, hijo de David, no temas la compañía de María tu esposa; porque lo que en sus entrañas está, es del Espíritu Sancto. Y parirá un hijo: ponerle has por nombre Jesus (que quiere decir Salvador), porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¡Oh cuántos misterios comprehendió el Angel en estas tan breves palabras! Pues consideremos agora primeramente el corazon del sancto Josef, y despues el de la Vírgen sobre esta revelacion. Porque los evangelistas, despues que han relatado brevemente las historias sagradas, communmente callan el sentimiento de los corazones: parte por ser esto las mas veces cosa inefable, y parte porque esto dejan para la consideracion de las ánimas devotas, que entendida la historia y las causas de las cosas, y las circunstancias de las personas, podrán entender algo de lo que pasaria en los corazones. Trabajemos pues agora por esta via entender qué tal quedaria el corazon deste sancto patriarca, habiéndole revelado el Angel este tan grande misterio, y mudado su entendimiento de un extremo á otro tan distante, como era de la opinion que tenia de la Vírgen, y del fructo de su vientre, á la que tuvo despues: porque ni aquella primera opinion pudo ser mas baja, ni esta mas admirable ni mas alta. Para esto pues debemos considerar todos los misterios que el Angel en estas palabras le reveló. Porque primeramente aquí le reveló que el Mesías era ya venido al mundo, y que ya eran cumplidas todas las promesas de Dios, y las esperanzas de todos los sanctos, y las voces de todas las Escripturas, y las profecias de todos los profetas, y los deseos y remedio de todos los siglos. Revelóle tambien qué manera de salud se habia de esperar deste Salvador; que no era carnal, sino espiritual; no temporal, sino eterna; no de cuerpos solamente, sino de cuerpos y ánimas juntamente. Porque en decir que habia de ser Salvador de pecados (que son la causa de todos los males, así de cuerpo como de ánima), y que habia de librar á su pueblo dellos, todo esto le reveló. Revelóle tambien la dignidad y excelencia deste Salvador; porque diciéndole cuán admirable era su concepcion y nascimiento (pues era por obra de Espíritu Sancto, y de madre vírgen) por esta tan nueva y nunca vista dignidad mucho pudo conoscer de la dignidad de la persona que así nascia: porque bien entenderia el sancto varon que aquella manera de nascimiento no se debia á pura criatura. Entendió tambien cuán grande era el beneficio que Dios á él le hacia, siendo un pobre carpintero, pues de su casa y compañía habia Dios ordenado que saliese la luz, y la esperanza, y la salud y remedio de todos los siglos: y que él tuviese tanta parte en este tan gran negocio, como era ser amo y padre putativo de aquel tan gran Señor y esposo de su sanctísima Madre. Sobre todo esto aquí le reveló la grandeza de la sanctidad y excelencia de la Vírgen, y le mudó el corazon de tal manera, que tuviese en grandísima reputacion y reverencia la persona de quien ántes habia tenido tan diferente opinion. Y sobre todo, que estos misterios y maravillas le diese Dios á conoscer, no por medio de algun hombre, sino de ángel.

Pues cuando un corazon tan puro y sancto se viese cercado, ó por mejor decir, anegado entre tantos misterios, ¿qué sentiria? Qué haria? Cuál estaria? ¿Cuán pasmado, cuán arrebatado y atónito entre tantas grandezas y maravillas? Especialmente siendo estilo del Espíritu Sancto dar á los justos el sentimiento de los misterios, conforme al conoscimiento que les da dellos. Porque como él sea esencialmente amor que procede del Padre y del Hijo, no ménos cuenta tiene con la voluntad que con el entendimiento, moviéndola é inflammándola conforme á la luz que da al entendimiento. De suerte que así como la naturaleza no hace los miembros desiguales, sino proporcionados unos con otros; así aquel espíritu divino (communmente hablando) tales hace los ardores y movimientos de la voluntad, cuales fuéron los resplandores del entendimiento. Pues siendo esto así, ¿cuál estaria aquella sancta voluntad, cuando tal estaba el entendimiento?

Pero hay aun aquí mas que considerar: que es la grandeza del arrepentimiento y dolor que tendria en su corazon, acordándose cuán diferente opinion habia él tenido de la Vírgen, estando tan léjos de merescerla, y siendo tal su vida, que ni este argumento, ni otro alguno hubiera de bastar para poner mácula en ella. Y juntamente con esto es de considerar cuán lloroso, cuán devoto y cuán alegre se iria á prostrar á los piés de la Vírgen, y pedirle mil perdones del yerro pasado, dándole cuenta del desengaño que el Angel le habia dado, y del misterio que le habia declarado.

Pues cuando la sacratísima Vírgen viese esta manera de providencia y socorro de Dios, y viese al esposo que tanto amaba, y cuya pena tanto sentia, tan despenado, tan consolado y tan alegre; y juntamente con esto viese de la manera que la divina Providencia habia mirado por su innocencia, oido su oracion, pacificado su casa, sosegado su esposo por tan alto medio como este, ¿qué haría ella tambien? Qué sentiria? Qué diria? Qué alabanzas, y qué gracias daria á Dios considerando la fidelidad y providencia paternal que este soberano Señor tiene para con todos los que le sirven, como ella mesma lo habia cantado, cuando dijo: Su misericordia corre de generacion en generacion sobre todos los que le temen? Pues segun esto, ¿qué alegria, qué lagrimas, qué devocion sería la desta sacratísima Vírgen, cuando así se viese proveida y socorrida en esta tan grande tribulacion? Allí despues de las alabanzas divinas, daria familiar cuenta al esposo de todo aquel misterio, y de lo que habia pasado con el Angel, y con la bienaventurada Elisabet, y con el niño que estaba en sus entrañas: con la cual historia crescerian de nuevo las alegrías del sancto Patriarca; y así se acrescentaria un gozo á otro gozo, y una admiracion á otra admiracion. El preguntaria, y la Vírgen le responderia, como secretaria de los misterios y obras del Espíritu Sancto; y ambos juntamente con muchas lágrimas alabarian y glorificarian á Dios, gastando muchas horas en este diálogo tan suave, ó por mejor decir, en estos maitines, celebrados con tantas lágrimas y con tanto espíritu y devocion.

Mas entre estas maravillas no tienen postrer lugar las postreras palabras del Angel, en que dijo: Ponerle has por nombre Jesus; porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¡Oh nuevo Salvador, y nueva manera de salud, nunca hasta entónces vista en el mundo! Oh qué nuevo rayo de luz traen consigo estas palabras! Aquí se acaba la noche, aquí comienza el dia, aquí desaparesce el viejo Testamento, aquí resplandesce el nuevo, aquí espira la gloria de la carne, aquí resuscita la gloria del

espíritu, y dende aquí comienza á descubrirse la hermosura y pureza del Evangelio. Porque hasta aquí cuasi todo eran sombras y bienes de tierra lo que la ley prometia; mas agora se ha mudado todo en espíritu y verdad. Ponerle has, dice, por nombre Jesus; porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¿Qué es esto que oyen mis oídos? Qué lenguaje nuevo es este? Qué nueva luz es esta? ¿Parescer os ha que es pequeña cosa la que está encerrada en estas tan breves palabras? Habíamos todos de prostrarnos por tierra, y besarla mil veces, para dar gracias á Dios por el misterio y beneficio que aquí está encerrado. Porque por estas palabras, como por un resquicio pequeño, descubrió Dios al mundo las riquezas de su gracia y misericordia; y declaró cuanto por figuras y sombras tenia dicho y figurado dende el principio del mundo. Porque en todas las edades prometió esta salud y este Salvador, debajo de diversas semejanzas, llamándolo, ya Redemptor, ya Rey, ya Capitan, ya Pastor, ya Libertador, ya Vencedor, ya Edificador: y así de otras muchas maneras, y con otros vocablos, que parescen significar prosperidades y glorias temporales. De donde los judíos hasta hoy dia no entienden que esta salud era espiritual. Mas agora este ángel con esta palabra, como con un rayo de luz, descubrió todas las imágenes y sombras del Testamento viejo: dando á entender que esta salud no era principalmente de cuerpos, sino de ánimas. Si estuviese un hermoso retablo en un lugar escuro, de manera que no se pudiesen ver claramente las imágenes que en él están; si cuando estáis mirando, abriesen una ventana, y entrase por ella un rayo de luz, luego súbitamente se verian mil maneras de colores y figuras hermosísimas que allí estaban cubiertas con las tinieblas. Pues así paresce que lo hizo este ángel con solo esta palabra; porque con ella descubrió todas aquellas figuras y sombras del Testamento viejo, y dió á entender que todas ellas significaban esta manera de salud. Mas ¿quién habrá que sienta de verdad la suavidad y consolacion desta palabra? Esto sin duda sentiria muy bien el verdadero siervo de Dios, que alguna vez vencido de alguna pasion, ó murmuró de su prójimo, ó le habló una palabra airada, ó hizo algun otro pecado grave (ya que no sea mortal), el cual viene despues á tener tan grande arrepentimiento por haberse dejado vencer de una pasion (habiendo tantas veces y con tantas lágrimas pedido al Señor lo contrario), que todo aquel dia y noche no entra en sí con aquel escocimiento y espina que trae hincada en el corazon, y quisiera ántes haberse cortado la lengua, que haber dicho aquella palabra: y si á mano viene, aquella noche se echa una mordaza en la lengua por eso (como sé yo que algunos han hecho), y se abre las espaldas con una disciplina, por tomar venganza de sí mesmo; y no le entra en provecho la cena, ni la comida todo el tiempo que así anda; y aun despierta muchas veces de noche con temblores y sobresaltos del corazon por lo que hizo: este tal sabrá muy bien entender la riqueza destas palabras, y sabrá muy bien agradescer y estimar estas nuevas que le dan: que es nascido un Señor en el mundo, que viene á librar de pecados, así de los hechos (alcanzándoles perdon) como de los por hacer, dando nuevo espíritu, nuevas fuerzas, y nueva gracia para no hacerlos. Si tal médico y tal Señor es venido al mundo, digo que enhorabuena venga, enhorabuena nazca, y que sea él muy bien venido al mundo, y sea mil veces bendicto el que viene, y el que lo envía, pues lo envía para tanto bien; porque de ninguna cosa tenia mayor necesidad el mundo que desta; y ninguna cosa se podia enviar al mundo mejor. Resusciten otros los muertos, alancen los demonios, y huellen las ondas del mar; mas yo no quiero mas gloria que hollar mis pasiones, vencer mis apetitos, para no ser vencido de mis pecados; y teniendo esta riqueza, tenga cada uno lo que quisiere. Obra es esta tan grande, que no tuvo Dios por cosa indigna de su Majestad bajar del cielo á la tierra, y hacer tan grandes extremos, por dar cabo á una tan grande cosa como esta: y esto solo debria bastar para que entendiesen los hombres qué tan grande cosa es victoria y perdon del pecado: pues por dar cabo á esta obra hizo Dios cosas tan admirables.

CAPITULO V.

Del nascimiento glorioso de nuestro Salvador.

La historia del nascimiento de nuestro Salvador cuenta el Evangelista Sant Lúcas por estas palabras (*a*): Mandó publicar en aquellos dias el emperador César Augusto un edicto, en el cual mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino, presidente de Siria. Y iban todos, cada uno á su tierra, para escribirse y protestar en ella obediencia al Imperio Romano. Pues conforme á esta ley, subió Josef, de la provincia de Galilea, y de la ciudad de Nazareth, á la provincia de Judea, y á la ciudad de David, que se llama Betlem (porque era de la casa y familia de David) para protestar allí con María, esposa suya, que iba preñada. Y acaesció que estando allí se cumplieron los dias de su parto, y parió su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y acostólo en un pesebre, porque no habia otro lugar en aquel meson.

Y habia en aquella region unos pastores, que á la sazon estaban velando, y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y el Angel del Señor vino á ellos, y la claridad de Dios resplandesció al rededor dellos, y temieron con gran temor. Y díjoles el Angel: No querais temer: mirad que os denuncio unas nuevas de grande alegría, que será para todo el pueblo: que os es nascido hoy un Salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David. Y esto os doy por señal: que hallaréis al Niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el Angel una muchedumbre del ejército celestial que alababan á Dios, y decian: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Y como los ángeles se apartaron dellos, y se fuéron al cielo, los pastores hablaban entre sí, diciendo: Pasemos hasta Betlem, y veamos este misterio que el Señor ha obrado, y nos ha revelado. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María, y á Josef, y al Niño puesto en el pesebre. Y viéndolo, conoscieron lo que les habia sido revelado acerca deste Niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron, y de las cosas que les habian sido dichas por los pastores. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

(*a*) Luc. 2.

§. I.

De cómo la Virgen reclinó á su Hijo en el pesebre.

Agora vengamos al misterio glorioso del nascimiento del Salvador. Porque sin dubda entre todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, uno de los mas dulces, y mas devotos, y más llenos de maravillas y doctrinas es este de su nascimiento. En este dia (dice la Iglesia) que los cielos están distilando gotas de miel por todo el mundo, y en este nos amanesció el dia de la redempcion nueva, de la reparacion antigua y de la felicidad eterna. Pues ¿qué fiesta, dice Gregorio Niceno (*b*), mas ilustre y mas resplandesciente que esta, en la cual el sol de justicia, desterradas las tinieblas de la noche escura del demonio, alumbró la naturaleza humana, vistiéndose della? En el cual dia resuscitó lo que estaba caido, y reconcilió con Dios lo que estaba enemigo, y restituyó lo que estaba alienado, y volvió á la vida lo que carescia de vida, y levantó á la dignidad del reino lo que vivia en servidumbre y captiverio, y desató y volvió á la region de los vivos lo que estaba preso con ataduras de muerte (*c*). Porque este dia, como el Profeta dice (*d*), las puertas de acero y los cerrojos de hierro (donde el linaje humano estaba encerrado) fuéron quebrados, y las puertas de la justicia, como él mesmo dice (*e*), fuéron abiertas. Este dia en toda la redondez de la tierra se celebra esta fiesta, y se oye esta comun voz: Por un hombre entró la muerte, y por otro la vida (*f*). El primero nos derribó por el pecado, el segundo nos levantó despues de caidos. En este dia queda compurgada y defendida una mujer por otra mujer; porque la primera dió entrada y puerta al pecado, mas la segunda sirvió á la justicia que entraba en el mundo. Aquella siguió el consejo de la serpiente (*g*); esta parió al autor de la luz, y al que mató la serpiente. Aquella, mediante el madero, introdujo el pecado; esta por otro madero acarreó la justicia. Y no es razon que atribuyamos este beneficio á solo el misterio de la Pascua; porque dado caso que allí se dió fin á nuestro remedio; mas no hubiera fin, si no precediera el principio, que es primero que el fin. Por donde las gracias y alabanzas que se deben al Señor por el misterio de la Pascua, no ménos se le deben este dia por el beneficio de su nascimiento.

Pues en este dia tan glorioso y de tanta virtud, dice el sancto Evangelista, que se cumplieron los dias del parto de la Vírgen, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escripturas divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendia la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado, por la cual lloraban y sospiraban los gemidos y destierro de todos los sanctos. Era la media noche muy mas clara que el mediodía (cuando todas las cosas estaban en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta), y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales á este nuevo mundo el unigénito Hijo de Dios, como esposo que sale del tálamo virginal de su purísima Madre (*h*). Pues en esta tan dichosa hora, aquella omnipotente palabra de Dios, habiendo descendido de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, apareció vestido de nuestra carne, y acompañado de todas aquellas flaquezas y bajezas (excepto las de ignorancia y malicia) con que nascen los otros hombres. De suerte que ya puede él por sí decir aquellas palabras del Sabio (*i*): Soy yo tambien hombre mortal, como los otros del linaje terreno de aquel que primero que yo fué formado, y en el vientre de mi madre tomé substancia de carne; y despues de nascido recebí este aire comun á todos, y caí en la mesma tierra que todos; y la primera voz que dí, fué llorando, como todos los otros niños; porque ninguno de los reyes tuvo otro orígen en su nascimiento, ca todos tienen una mesma manera de entrar en la vida, y una manera de salir della. Considero yo en estas palabras, que si por grande humildad y maravilla confesaba este que hablaba en persona de rey, todas estas bajezas que tenia comunes con los otros hombres, ¿cuánto mayor maravilla será que pueda ya confesar de sí todas estas mesmas bajezas el Señor de todo el mundo? Cuánto mayor maravilla será que se pueda ya con verdad decir del segundo Adam, lo que por ironía y manera de escarnio se dijo del primero (*k*): Veis aquí á Adam como uno de nosotros, que sabe de bien y de mal. Veis aquí al Salvador del mundo, á la gloria del cielo, al Señor de los ángeles, á la bienaventuranza de los hombres, y aquella sabiduría eterna, engendrada ántes del lucero de la mañana, que por boca de Salomon tan magníficamente se gloría, diciendo (*l*): No estaban aun criados los abismos, y ya yo era concebida; aun no habian brotado las fuentes de las aguas, aun no se habian asentado los montes en sus lugares, ante todos los collados ya yo era engendrada. Véisla aquí pues con principio á la que era sin principio. Veis hecha á la que era hacedora de todas las cosas, que sabe ya de bien y de mal; sabe de llorar, sabe de penas, sabe de lágrimas, sabe de trabajos, de dolores y gemidos. De todo sabe, y no poco, sino mucho; pues, como dice Isaias (*m*), él es varon de dolores, y que sabe de enfermedades. Y si todas estas cosas son dignas de admiracion, no ménos lo es lo que añade luego el sancto Evangelista, diciendo (*n*), que salido el sancto Niño á esta luz, la Vírgen lo acosto en un pesebre, porque no habia otro lugar en aquel meson. Pues ¿quién no se espantará de ver al Señor de todo lo criado acostado en un pesebre de bestias? El Señor, dice el Profeta (*o*), está en su sancto templo; el Señor tiene en el cielo su silla (*p*). Pues ¿cómo se trocó el templo por el establo? Cómo se mudó el cielo en el pesebre? Creo cierto que cuando los sanctos algunas veces en la contemplacion salian de sí, y quedaban enajenados y trasportados en Dios, era considerando esta tan grande maravilla, y esta tan grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que habia salido de sí, cuando llegó á este tan grande extremo de humildad. A lo ménos los filósofos deste mundo así lo sentian, cuando decian que la predicacion del Evangelio era locura (*q*), pareciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y subjectarse á tan grandes injurias. Pues hasta aquí llegó la bondad, y la misericordia, y el amor de Dios para con los hombres; á hacer tales cosas por ellos,

(*b*) Serm. de Natvit. Dominl. (*c*) Isai. 9. (*d*) Psal. 106.
(*e*) Psal. 117. (*f*) Rom. 5. (*g*) Genes. 3. (*h*) Psal. 18.

(*i*) Sap. 7. (*k*) Genes. 3. (*l*) Prov. 8. (*m*) Isai. 53. (*n*) Luc. 2
(*o*) Psal. 10. et 102. (*p*) Isai. 66. (*q*) 1. Cor. 1.

que aquellos mesmos por quien las hacia, las tuviesen por locura. Elegantemente dijo un sabio, que amar y tener seso, apénas se concede á Dios. Porque así vemos aquí á Dios (ya que no era posible caer este desfallescimiento en él), como salido de sí, y transformado en el hombre, tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era por la grandeza del amor. Plantó Noé una viña despues del Diluvio (*r*), y bebió tanto vino della, que vino á salir de si, y quedar desnudo, y hecho escarnio de su mismo hijo. Pues así tú, Dios mio, plantaste los hombres en este mundo como vides de una viña, y fué tan grande el amor que les tuviste, que por ellos veniste como á salir de tí, vistiéndote de naturaleza extraña y peregrina.

Perseverando mas en la consideracion deste sagrado pesebre, hallarás en él motivos, no solo para el conoscimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino tambien para toda virtud. Aquí aprenderás humildad de corazon, aquí menosprecio del mundo, aquí aspereza de cuerpo, y aquí aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio. Sabía muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz é innocencia mora en la casa del pobre de espíritu, y cuántas guerras, y desasosiegos, y cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas, y por esto luego dende la cuna y del pesebre (como de una cátedra celestial), la primera leccion que leyó, y la primera voz que dió, fué condenando la cobdicia, raiz de todos los males, y engrandesciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto (dice un doctor) nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel establo. ¡Oh dichosa casa! Oh establo mas glorioso que todos los palacios de reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios enmudescida, tanto mas claramente habla, cuanto mas calladamente nos avisa! Mira pues, hermano: si quieres ser verdadero filósofo, no te apartes deste establo, donde la palabra de Dios callando llora; mas este lloro es mas dulce que toda la elocuencia de Tulio, y aun que la música de todos los ángeles del cielo. Aquel resplandor de la gloria del Padre es envuelto en pañales; mas con que se hayan de alimpiar las manchas de nuestros pecados. Aquí la hartura de los ángeles es sustentada con un rayo de leche; mas con que se cria la simplicidad de los humildes, hasta llegar á su madura perfeccion. Aquí se nos vuelve en cebada el pan de los ángeles; mas con que se sustenten los piadosos jumentos, y se esfuercen á llevar la carga de los mandamientos divinos. Todos estos bienes con otros innumerables nos representa y communica este glorioso misterio. Por lo cual con mucha razon exclama un religioso doctor (*s*), diciendo así: ¡Oh cuán glorioso y cuán amable es tu nascimiento, niño Jesu, que sanctifica el nascimiento de todos, reforma la naturaleza dañada, deshace los agravios del enemigo, rompe la escriptura de nuestra condenacion, para que si alguno tiene dolor por haber nascido condenado, pueda ya, si quisiere, volver á renascer salvo! Verdaderamente tú eres Niño misericordioso, á quien la misericordia sola hizo Niño, aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en tí (*t*). Verdaderamente tú, Niño misericordioso, nasciste, no para tí, sino para nosotros; pues nasciendo buscaste nuestro remedio, y no tu acrescentamiento. Y por esto dulce cosa es por cierto contemplar á Dios niño, y no solo dulce, sino poderosa y eficaz para curar nuestras llagas. Mas con todo esto siempre vuelvo á aquello que mas dulcemente sabe: conviene saber, que por eso se quiso hacer semejante á los hombres, por ser mas amable á los hombres; porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mí de alegría, cuando veo que aquella soberana Majestad vistió la naturaleza humana de mi carne, y me admitió, no por un hora, sino para siempre, á las riquezas de su gloria. Hízose, hermano mio el Señor mio, y ya el temor que le tenia como á Señor, se vence con el afecto de hermano. Y por esto, Señor mio, de buena gana oyo decir que reinas en el cielo; mas de mejor, que nasces en la tierra. Porque esta consideracion arrebata mi aficion, y la memoria deste beneficio enamora y enciende mi corazon. Estábase mi Señor entre los coros de los ángeles, oyendo la música y los cantares de su gloria, haciendo maravillas en el cielo, y en la tierra, y en todos los abismos (*v*): Yo estaba atollado en el cieno, lleno de trabajos y miserias, y perdida la esperanza de salir dellas. El en la gloria, yo en la miseria; él admirable, y yo miserable. Pues aquel que era admirable á los ángeles, inclinó los cielos, y decendió, y hízose consiliario de los hombres (*x*). El nombre de majestad se volvió en nombre de piedad; y el que era admirable en el cielo, viene á ser consiliario en la tierra. Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria, é inclinóse al lodo donde yo estaba, sin ensuciarse en él. Yo estaba atollado en el profundo del cieno (*y*), y él extendió su diestra á la obra de sus manos, y sacóme del profundo de las aguas; y sacado, lavóme; y lavado, vistióme; y vestido, reparóme; y reparado, confirmóme, y así del todo me dejó remediado. Dióme la mano cuando nació, sacóme cuando predicó, lavóme cuando murió, vistióme cuando resuscitó, reparóme cuando subió al cielo, y confirmóme cuando envió al Espíritu Sancto; y así del todo me remedió. Hasta aquí son palabras de Guerrico.

(*r*) Gen. 9. (*s*) Guerrico Abad. (*t*) Psal. 84.

§. II.

De las alabanzas que cantaron los ángeles en el nascimiento de Cristo.

Despues de la vista devota del pesebre, abramos los oídos para oir el cantar de los ángeles, de los cuales dice el Evangelista, que acabando uno dellos de dar estas tan alegres nuevas á los pastores, se juntó con él una muchedumbre del ejército celestial, y que todos á una voz por aquellos aires cantaban alabanzas á Dios, diciendo: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. ¿Quién jamas vió juntarse en uno por un cabo tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Cómo dicen entre sí, estar entre bestias, y ser alabado de ángeles, morar en un establo y resplandescer en el cielo? ¿Quién es este tan alto y tan bajo, tan grande y tan pequeño? Pequeño en la carne, pequeño en el pesebre, pequeño en el establo. Mas grande en el cielo, á quien las estrellas servían; grande en los aires, donde los ángeles cantaban; grande en la tierra, donde Heródes y Hierusalem tremia. Pues ¿qué quiere decir en un mismo misterio, por un cabo tanta humil-

(*v*) Psal. 134. (*x*) Isaiæ 9. (*y*) Psal. 137.

dad, y por otro tanta gloria? Qué altibajos son estos que juntó en uno la sabiduría de Dios?

Oye agora, hermano, la causa deste misterio. Dos cosas has de considerar siempre en la persona de Cristo: conviene saber, quién era, y á lo que venía. Si miras quién él era, á él convenía toda gloria y toda honra, porque era Hijo de Dios; mas si miras á lo que venía, á él convenia toda humildad y toda pobreza, porque venia á curar nuestra soberbia. Por esto si miras atentamente, hallarás en todos los pasos de su vida sanctísima, juntas en uno siempre, por una parte grande humildad, y por otra grande gloria. Grande humildad es ser Dios concebido; mas grande gloria es ser concebido del Espíritu Sancto. Grande humildad es nascer de mujer; pero grande gloria es parir una Vírgen. Grande humildad es nascer en un establo; pero grande gloria es resplandescer en el cielo. Grande humildad estar entre bestias; pero grande gloria es ser cantado y alabado de ángeles. Grande humildad es ser circuncidado; pero grande gloria es el nombre que allí le ponen de Salvador. Grande humildad es ser baptizado entre publicanos y pecadores; mas grande gloria es abrirse los cielos, sonar la voz del Padre y descender sobre él el Espíritu Sancto. Finalmente, grandísima humildad fué padescer y morir en una cruz; pero grandísima gloria fué temblar la tierra, escurecerse el cielo, despedazarse las piedras, y hacer sentimiento todos los elementos cuando él moria en esa cruz.

Todo esto era razon que así fuese; porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro para la dignidad de la persona que la curaba: lo uno para quién él era, y lo otro para el negocio á que venía. Por lo uno dijo Sant Juan (z): Vimos la gloria deste Señor (que fué la grandeza de sus maravillas), la cual era conforme á quien él era, que era Hijo único de Dios, y así hacia obras de Dios. Y por lo otro dijo Isaías (a): Vímosle, y no tenia figura de quien él era, y deseamos verle el mas despreciado de los hombres, varon de dolores y que sabe de trabajos.

Y puesto caso que lo uno paresce que pertenescia para su gloria, y lo otro para nuestro provecho; mas si bien miras, así lo uno como lo otro era para nuestro bien; porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y en lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto si te escandaliza la humildad de Cristo para no creer que es Dios el que ves tan humillado, mira la gloria que acompaña esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la Majestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa paresce el nascer Dios de mujer; mas no lo es, si miras la gloria con que nasce. Indigna cosa paresce morir, mas no morir de la manera que él murió. El morir descubre la grandeza de su bondad, y el morir de aquella manera, la gloria de su poder. Con lo uno (segun dijimos) edifica nuestras costumbres, y nos enciende en su amor; y con lo otro alumbra nuestros entendimientos, y nos confirma en la fe. Y por esto no es ménos hermoso este Señor á los ojos de quien lo sabe mirar en su bajeza, que en su gloria. Hermosísimo es en el cielo, y hermosísimo en el establo; hermosísimo en el trono de su gloria, y hermosísimo en el pesebre de Betlem; hermosísimo entre los coros de los ángeles, y hermosísimo entre los brutos animales.

(z) Joan. 1. (a) Isai. 53.

§. III.

De los pensamientos y consideraciones de nuestra Señora.

Acaba el Evangelista la historia dulcísima deste misterio con una cosa en gran manera suave, que es representarnos el corazon de la sacratísima Vírgen, diciendo: María guardaba todas estas palabras y misterios, tratándolos y confiriéndolos en su corazon. Toda la historia deste Evangelio es un banquete real, y una mesa que pone Dios á todos sus escogidos, llena de mil diferencias de manjares: el Niño, la Madre, el parto, el nascimiento, el pesebre, los ángeles, los pastores, todo está lleno de milagros, todo está distilando gotas de miel. Cada uno tome la parte que le cupiere, y coma de lo que le supiere mejor. Mas yo confieso que esta fruta de postre, quiero decir, esta postrera cláusula del Evangelio, donde se nos pone delante el corazon de la Vírgen, y lo que pasaria dentro de aquel pecho celestial, es una cosa de inestimable suavidad. ¡Oh quién fuese tan dichoso que con alguna experiencia y gusto deste misterio pudiese dar nuevas desto, rastreando por algo de lo que sintiese lo mucho que allí se sentiria!

Preguntó una vez un hombre noble á un filósofo, qué provecho sacaria su hijo, si aprehendiese filosofía: respondió el filósofo: Entre otras cosas á lo ménos sacará esta; que cuando estuviere asentado en el teatro, no estará asentada una pierna sobre otra. Dando á entender que la filosofía le abriria los ojos, y le haria discreto y avisado, para que cuando se hallase en la plaza de los negocios del mundo, supiese mirar y sentir las cosas, y sacar dellas para sí el fructo que le conviniese. Pues si estos ojos da la filosofía al filósofo, ¿qué ojos habria dado el Espíritu Sancto á esta Vírgen, que tan llena estaba de su gracia y de sus dones, en los cuales entra el don del entendimiento, que sirve para penetrar los secretos y maravillas de las obras de Dios? Pues habiendo él dado por una parte tales ojos á esta Señora, y por otra habiéndola puesto en medio deste maravilloso teatro (quiero decir, en medio de tantas grandezas y maravillas), y sabiendo ella tan profundamente penetrar y considerar cada cosa destas, ¿cuáles serían los pensamientos y sentimientos de su corazon? Un solo milagro que vean los hombres, basta para dejarlos atónitos y asombrados, ca por eso se llama milagro, porque arrebata los corazones, y los suspende en una grande admiracion; como acaesció á aquellos que vieron en la puerta del templo un cojo del vientre de su madre, miraculosamente curado, como se escribe en los Actos de los Apóstoles (b), fuéron llenos de estupor y éxtasi: quiere decir, que quedaron como atónitos y fuera de sí, cuando vieron aquel tan claro y tan evidente milagro. Pues en esta admiracion y espanto causó la vista de un solo milagro (y tan bajo milagro como es la cura de un enfermo), ¿qué causaría en el ánima desta sacratísima Vírgen la vista, y la memoria, y la conferencia de tantos y tan espantosos milagros? Porque un milagro era la anunciacion del Angel, otro la visitacion de Sancta Isabel, otro el gozo del Niño en el vientre de su Madre, otro la profecía de Zacarías, su padre; otro el haber enmudescido, y despues cobrado la habla cuando nasció; otro la revelacion hecha al sancto Josef, otro su concepcion del Espíritu Sancto, otro su parto sin dolor y sin corrup-

(b) Act. 3.

cion, otro el cantar de los ángeles, otro la venida de los pastores. Todos estos eran milagros, y grandísimos milagros, y todos los comparaba la Vírgen entre sí, y entendia la consonancia y la correspondencia maravillosa dellos. Pues ¿qué sentirian los oídos de su ánima bendita con la música y consonancia de todas estas voces celestiales? Qué sentiria andando nadando en un piélago de tantas grandezas, saliendo de unas y entrando en otras, sin acabar de hallar suelo á tan grandes maravillas? Qué sentiria entre tantas lámparas y resplandores con que el Espíritu Sancto alumbraba y esclarescia aquel templo virginal? Porque claro está que cuales eran los resplandores de su entendimiento, tales eran los ardores de su voluntad; porque lo contrario sería poner imperfeccion en aquella ánima bendita, si no se correspondiesen estas dos tan principales potencias del ánima entre sí, sintiendo tanto la voluntad, cuanto alcanzaba el entendimiento.

Pues siendo esto así, ¿qué lengua podrá explicar los gozos, las alegrías, los ardores de aquella sacratísima Vírgen, viéndose por todas partes cercada de tantas maravillas? Viéndose en un piélago de tan profundos misterios? Viéndose anegada debajo de las olas de tantos y tan grandes sentimientos como allí la cercaban? Porque do quiera que pusiese los ojos, todo eran resplandores y beneficios, todo misterios sobre misterios, y maravillas sobre maravillas. Lo pasado, lo presente y lo venidero, todo alegraba su corazon, y sobre todo la presencia del Niño, y la asistencia del Espíritu Sancto que le traia todas estas cosas á la memoria, y se las declaraba, y encarescia, y daba el sentimiento dellas; para que dando ella leche al Niño, estuviese gustando la dulcedumbre de los misterios del cielo. El cual gusto era tan grande, que si el mesmo que se lo daba no la confortara, no fuera mucho rompérsele el corazon en el cuerpo, no pudiendo sufrir tan grandes alegrías. Porque si muchas veces acaesce morir una mujer de alegría despues de haber parido, si tuvo algun próspero y dichoso parto, ¿cómo pudiera vivir esta sacratísima Vírgen, habiendo tenido tanto mas próspero parto, cuanto era aquel mejor hijo, que toda otra criatura?

Pues, ¡oh Reina del cielo, puerta del paraíso, señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, silla de la sabiduría, templo de Dios vivo, secretaria de Cristo, y testigo de todas sus obras! ¿qué sentia tu piadoso corazon entre todos estos misterios y sacramentos? Qué sentias viendo colgado de tus brazos al que sustenta los cielos, viendo mamar á tus pechos al que mantiene los ángeles, viendo llorar y temblar de frio, al que truena y relampaguea en el cielo? Qué sentias cuando considerabas aquella singular gracia que hallaste en los ojos de Dios, pues entre todas las mujeres criadas y por criar, tú sola fuíste escogida para Madre suya, y Señora de todo? ¿Con cuánta humildad reconoscias esta grandeza? Con qué ojos mirabas al que así te miró? ¿Qué gracias le dabas? Qué cantares le cantabas? ¿Con qué amor le respondias? ¿Qué palabras le decias? ¿Y con cuánta devocion te ofrescias y resignabas en sus manos, y le hacias sacrificio de tí? Dicen (y es verdad) que los humildes son muy agradescidos; porque como ellos se tengan por tan pequeños, cualquier bien que se les haga tienen por grande. Pues díganme agora todas las criaturas: si esta Vírgen era la mas humilde de los humildes, y este beneficio el mayor de los beneficios, ¿quién podrá estimar hasta dónde llegaría el agradescimiento de tan grande beneficio en corazon tan humilde? Creo cierto que no hay entendimiento humano que esto sepa tantear.

Pues ¿quién podrá explicar qué tal estaria el corazon de la Vírgen entre todas estas grandezas y maravillas? Maravillábase de ver la palabra de Dios enmudescida, y de ver al Todopoderoso liado, de ver estrechado en un pesebre al que no cabe en todo el mundo. Maravillábase de ver en Dios tanta bondad, tanta misericordia, tanta largueza, tanta humildad y tan extraña piedad. Maravillábase de ver que tanto amase los hombres, tanto los preciase, tanto los honrase, tanto desease su salud, y tanto los ennoblesciese y honrase con el misterio de su sagrada humanidad.

Conosce pues, ó cristiano, tu dignidad, dice Sant Leon, papa (c), y hecho ya particionero de la naturaleza divina, no quieras volver á las viejas costumbres de la villanía pasada. Mira de cuya cabeza y de cuyo cuerpo eres miembro, y mira que el precio de tu rescate es la sangre de Cristo, el cual te juzgará con verdad, así como te redimió con misericordia. Mira de la manera que viviria y se trataria una mujer de baja suerte, si el rey la tomase por mujer, y la hiciese reina de todo lo que él es, cuán léjos estaria del traje viejo, y del estilo y bajezas pasadas, si tuviese discrecion y seso para entender lo que tenia. Y pues el Rey del cielo (mediante el misterio de su sacratísima Encarnacion) desposó tu ánima consigo, y se hizo participante de tu mesma naturaleza, deja ya el traje viejo de las vilezas y bajezas pasadas, y vive como esposa de tan alto Rey, como hija de tan noble Padre. Olvida ya las costumbres del viejo Adam, é imita las del nuevo; pues para esto tomó él nuestra carne, y nos dió su espíritu: para que teniendo en nuestras ánimas el espíritu de Dios, viviésemos no ya como hombres de carne, sino como hijos de Dios.

§. IV.

De como Cristo Jesu nasce espiritualmente en el ánima devota.

Declarada ya la historia del sancto nascimiento, quédanos por ver (conforme á la doctrina de Sant Buenaventura, que en el fin del capítulo precedente alegamos), de qué manera nasce el Hijo de Dios en el ánima que espiritualmente le concibió. Nasce pues este Señor, cuando despues del buen consejo, y del negocio muy examinado, y pedido el socorro y favor del Espíritu Sancto, viene el hombre á poner por obra el buen propósito concebido: cuando ya comienza á obrar diligentemente lo que poco ántes proponia de hacer, aunque temia de comenzar, porque temia de desfallescer. Pues en este bienaventurado nascimiento los ángeles cantan, y glorifican á Dios, y predican paz; porque cuando se viene á efectuar el buen deseo que el ánima habia concebido, luego se confirma y reforma la paz interior del ánima. Ca no ha lugar esta paz, cuando la carne contradice al espíritu, y el espíritu á la carne; cuando el espíritu busca la soledad, y la carne la compañía; cuando el espíritu quiere á Cristo, y la carne al mundo; cuando aquel procura la quietud de la contemplacion de Dios, y esta las honras y cargos del mundo. Mas por el contrario, despues que la carne se subjecta al espíritu, y el buen propósito que ella impedia se pone por obra, luego

(c) Serm. 1. de Nativit. Domini.

la paz y alegría espiritual reina en el ánima. En este nascimiento no se oyen clamores, ni se sienten dolores, ni tormentos de parto, sino admiracion desta mudanza, y alegría de la novedad de la vida, y hacimiento de gracias por la vocacion divina. ¡Oh bienaventurado nascimiento, de que tanta alegría cabe á los ángeles y á los hombres! Oh cuán dulce y deleitable sería á la naturaleza el bien vivir, si la dolencia del comun pecado no lo estorbara! Mas despues de sanada la naturaleza, luego se conforma con la gracia, y luego experimenta ser verdad aquello que el Salvador dice (*d*): Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas; porque mi yugo es suave, y mi carga liviana. Mas has de notar, ó ánima devota, que si deseas este nascimiento, has de ser espiritualmente María, y María quiere decir mar amargo, y estrella que alumbra, y Señora. Has de ser pues, tú, mar amargo, mediante el dolor de la contricion, llorando amargamente los pecados que cometiste, y el tiempo que perdiste, y los bienes que dejaste de hacer. Has de ser tambien estrella que alumbra con el ejemplo de la buena vida, y con las obras virtuosas, y con las palabras sanctas. Has de ser tambien señora de tus sentidos, y de tus apetitos, y de todas tus obras, subjectándolas al juicio de la razon, buscando en todas ellas la gloria de Dios, y la salud de tu ánima, y la edificacion de los prójimos. Pues en esta espiritual María, que llora los pecados, y resplandesce con virtudes, y subjecta á la razon todos sus apetitos, nasce espiritualmente Cristo Jesu con alegría, y sin trabajo, y sin dolor; ca despues deste dichoso nascimiento, viene á gustar cuán suave es el Señor. El cual verdaderamente es suave, cuando lo criamos y mantenemos con sanctas meditaciones, y cuando lo lavamos con fuentes de lágrimas, cuando lo envolvemos en los pañales de los castos y limpios deseos, cuando lo traemos en los brazos amorosos de la caridad, cuando lo besamos con los continuos afectos y sentimientos de devocion, y lo apretamos en el seno de nuestro corazon; porque no nasce él en nosotros para que lo desechemos, sino para que de la manera que se tratan los hijos de los reyes, con summa diligencia lo sirvamos y agrademos. Y mira aquí, ó ánima religiosa, si espiritualmente se verifican y cumplen en tí aquellas maravillas y señales que acaescieron en el nascimiento deste Señor, que fuéron: aparescer la estrella, adorar los animales, buscar los reyes, cantar los ángeles y visitar los pastores. Mira pues si la estrella de nueva claridad (que es el nuevo conoscimiento de las cosas de Dios) ha resplandescido en tu ánima, y si los animales brutos adoran: esto es, si la parte bestial y sensitiva de tu ánima está subjecta y obedesce á la razon. Si le buscan los reyes, esto es, si las virtudes intelectuales, que tienen el principado en nuestra ánima, se mueven con sanctos deseos y aficiones á buscar al Señor. Si los ángeles, esto es, si todas las otras virtudes le cantan y alaban con alegría espiritual, y anuncian la paz, habiendo tranquilidad y serenidad en el corazon. Y finalmente, mira si los pastores, que son las sanctas meditaciones y pensamientos con que el ánima devota se apascienta, hallan al niño Jesus en el pesebre. Este pesebre es la buena consciencia, descubierta por la parte alta, y cerrada por la baja: esto es, descubierta á las cosas del cielo, y cerrada á las del mundo; ca este es el lugar proprio donde reposa este pobre Rey, y aquí lo pone su Madre despues de nascido, y ahí es hallado de los pastores. ¡Oh dichoso pesebre, que encierras en tí al Rey de la gloria, donde hallan los espirituales jumentos el pan de los ángeles! En tí se apascientan los piadosos animales, y de tí se mantiene el ánima devota. Dichoso por cierto aquel pesebre material; pero mas dichoso el de la buena consciencia, porque tiene dentro de sí espiritualmente al que tú corporalmente tenias.

(*d*) Matt. 11.

CAPITULO VI.

Del misterio de la Circuncision, y del glorioso nombre que fué puesto al Salvador.

Despues de pasados los ocho dias para haberse de circuncidar el Niño, dice el Evangelista (*a*) que le fué puesto por nombre Jesus, el cual nombre fué pronunciado por el ángel, primero que en el vientre fuese concebido. Acerca deste sagrado misterio podemos considerar cómo luego al octavo dia quiso el Salvador comenzar á hacer oficio de redemptor: que es, padescer trabajos y derramar sangre por nuestro remedio. Donde primeramente debemos pensar qué dolor sentirian las entrañas de la sacratísima Vírgen, viendo aquel sancto Niño en tan tierna edad, comenzar á perder ya de su carne y de su sangre. Considera tambien al niño Jesus (ó por mejor decir, á la eterna sabiduría de Dios en aquel Niño), llorando y derramando lágrimas por la grandeza del dolor de la herida; el cual era tan grande, que algunas veces acaescia morir dél, y es de creer que en este Niño sería mayor, pues era el mas delicado de todos los niños. Pues siendo esto así, ¿qué dolor padesceria la Vírgen cuando viese aquel cuchillo correr por las carnes del Hijo tan querido y tan delicado, y con cuánto dolor de sus entrañas, y con cuántas lágrimas de sus ojos se esforzaria á halagar y á callar al Niño, tomándolo en sus brazos, y arrollándolo en sus virginales pechos, y dándole á mamar? Y ¿qué sentiría otrosí el sancto Josef, que por ventura fué el ministro desta circuncision? ¿Con qué compasion ejercitaria este oficio, y con qué entrañas sentiria este dolor, y veria correr, por un cabo la sangre del Niño, y por otro las lágrimas de la Madre, á los cuales él amaba con tan grande amor? ¡Oh Esposo de sangre, y Rey de gloria (*b*), desposado con la naturaleza humana! ¿Qué tan grande fué el amor que tuviste para con los hombres, y el rigor para contigo, pues tan presto quisiste por ellos ensangrentar tu carne, y experimentar los filos del cuchillo, que despues habia de acabar tu vida? ¡Oh sol de justicia, arrebolado por la mañana y por la tarde, esto es, en el nascer y en el morir teñido y colorado de sangre! Dicen que los arreboles de la mañana son señales de agua en la tarde, pues luego ¿qué significan esos arreboles de la mañana (esto es, esa sangre de la circuncision) sino la grande lluvia de sangre que habia de haber en la tarde, cuando rasgadas todas las venas y fuentes de tu sacratísimo cuerpo, por todas partes lloviese sangre? Mas los arreboles de la tarde no son ya señales de lluvia (como los de la mañana) sino de serenidad; y verdaderamente así lo fuéron, pues acabado el martirio de tu pasion, con tu muerte destruistes nuestra muerte, y con los arreboles de tu sangre deshiciste todos los nublados de nuestros males.

(*a*) Luc. 2. (*b*) Exod. 4.

Lo segundo considera el ejemplo de aquella inestimable caridad y humildad del Hijo de Dios, que tan presto quiso comenzar á padescer por nosotros, y recebir en sí la sangría y medicina de nuestras enfermedades. Sobre este misterio dice Sant Bernardo así (c): En la circuncision del Señor tenemos que amar, y que imitar, y de qué nos maravillar. Porque vino el Salvador al mundo no solo para redemirnos con su sangre, sino tambien para enseñarnos con su doctrina, é instruirnos con su ejemplo. Porque así como no nos aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, así no aprovechara sacarnos de la cárcel, si ignorando el camino, el que primero nos hallara, nos volviera á la cárcel. Y por esto en la edad mas crescida nos dió manifiestos ejemplos de paciencia, y humildad, y caridad, y de todas las virtudes; mas en la niñez dió estos mismos ejemplos, aunque disimulados y encubiertos con figuras. Porque tomando en su encarnacion forma de hombre, fué hecho menor que los ángeles; mas circuncidándose al octavo dia, vino á parescer mucho menor que los hombres, pues no solo tomó aquí forma de hombre, sino tambien de pecador. Porque, ¿qué otra cosa es la circuncision, sino indicio de superfluidad y de pecado? Qué haceis circuncidando este Niño? ¿Pensais por ventura que podrá caer sobre él aquella maldicion que dice (d): El varon que no fuere circuncidado, perescerá su ánima de su pueblo? ¿Podrá el Padre olvidarse del Hijo de sus entrañas, ó no le conoscerá si no le viere señalado con esta señal? Mas ¿qué maravilla es que la cabeza, estando sana, reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¿Cuántas veces acaesce recebir un miembro la cura y medicina de otro? Está enfermo el hígado, y sangran al enfermo de la mano; están torcidas las cuerdas de los piés, y ponen la medicina en el celebro. Pues desta manera es cauterizada hoy la cabeza, para curar la corrupcion de todo el cuerpo. Finalmente, ¿qué maravilla es haber querido ser circuncidado por nosotros, el que quiso morir por nosotros? Porque todo él enteramente se nos dió, y así todo él enteramente se empleó en nuestro provecho.

Lo tercero considera, no solamente la caridad, como dicho es, sino tambien la humildad del Hijo de Dios, la cual señaladamente quiso él que resplandesciese en el comienzo de su vida, como raiz y fundamento de todas las virtudes. Pues ¿qué mayor humildad que tomar imágen de pecador el que era remedio de pecadores, y querer parescer culpado el que era espejo de inocencia y destierro de toda culpa? El Cordero sin mancilla, dice Sant Bernardo (e), sin tener necesidad de circuncision, quiso ser circuncidado; y el que no tenia rascuño ni señal de herida, quiso ser curado con la medicina de los heridos. No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, sino ántes por el contrario quiere gloriarse en los delictos, y tiene vergüenza de los remedios. De manera que siendo tan desvergonzados para la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia; malos en lo uno, y peores en lo otro; malos en ser tan inclinados á las heridas, y peores en ser tan vergonzosos para la cura dellas. Mas el que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parescer pecador; nosotros queremos serlo, y no queremos parescerlo.

(c) Bernad. Serm. 3. in Circumc. Domini. (d) Genes. 17.
(e) Bern. Sermon 1. in Circcumcisione.

§. Único.

Del nombre de Jesu.

Despues de circuncidado el Niño, dice el Evangelista (f) que le pusieron por nombre Jesus, que quiere decir, Salvador. Este glorioso nombre fué primero pronunciado por boca de los ángeles; porque el ángel que trajo la embajada á la Vírgen, dijo que le llamarian por nombre Jesus; y el que aparesció á Josef en sueños, le dijo lo mismo (g), y añadió la razon del nombre, diciendo (h): Porque el hará salvó á su pueblo de sus pecados. Bendicto sea tal nombre, y bendicta tal salud, y bendicto el dia que tales nuevas fuéron dadas al mundo. Hasta aquí, Señor, todos los otros salvadores que enviastes al mundo, eran salvadores de cuerpos, y eran salvadores de carne, que ponian en salvo las haciendas, y las casas, y las viñas, y dejaban perdidas las almas, hechas tributarias del pecado, y por él subjectas al enemigo. Pues ¿qué le aprovecha al hombre conquistar y señorear al mundo, si él queda esclavo del pecado, por donde venga despues á perderlo todo? Pues para remedio deste mal es agora enviado este nuevo Salvador, para que sea cumplida salud de todo el hombre, que salvando las ánimas, remedie los cuerpos; y librando de los males de culpa, libre tambien de los males de pena, y así deje á todo el hombre salvo. Esta es la salud que desearon los patriarcas, esta la que con tantos clamores y deseos pidieron los profetas, esta la que tantas veces cantan y prometen los salmos, y esta finalmente con la que acabó el postrer huelgo de la vida, y alivió los trabajos de la muerte el patriarca Jacob, diciendo (i): Tu salud esperaré, Señor. Sobre las cuales palabras dice el intérprete caldeo: Tu salud esperaré, Señor, como si mas claramente dijera: No espero la salud de Gedeon hijo de Joas, porque es salud temporal; ni la de Samson, hijo de Manué, porque es salud transitoria, sino la redempcion del ungido, hijo de David, la cual espera mi ánima. Este sentido dió á estas palabras del sancto Patriarca el intérprete caldeo, que era judío de nacion, y de grande autoridad entre los hebreos, y escribió ántes de la venida del Salvador al mundo. Las cuales ciertamente debrian bastar para que se viese claro cómo la salud que el Mesías venia á dar al mundo, no era corporal ni temporal, como los judíos imaginan, sino espiritual y eterna. Lo cual manifiestamente vió el que estas palabras interpretó. Porque considerando que el sancto Patriarca en el agonía y tránsito de la muerte, despidiéndose de sus hijos, dijo estas palabras: Tu salud esperaré, Señor; claramente vió que no esperaba salud temporal, sino eterna; pues despedido ya de la vida, no tenia que esperar esta salud, la cual fenescia con la vida. Y pues esperaba salud, y no corporal ni temporal, claro está que esperaba la eterna, la cual no estaba aun dada, porque se guardaba esta dádiva para el Salvador del mundo, de quien estaba prometido que por él todas las gentes habian de ser bendictas (k); esto es, redemidas y salvas. ¡Oh bienaventurada salud, digna de tal Salvador y de tal Señor! Desee cada uno la salud y los bienes que quisiere, anteponga las cosas de la tierra á las del cielo,

(f) Luc. 2. (g) Luc. 1. (h) Matt. 1. (i) Gen. 49. (k) Gen. 22.

tenga en mas la muerte del cuerpo, que la del ánima; mas yo desearé con el sancto Patriarca esta salud, y desfallescerá mi ánima, deseándola con el profeta David (*l*): Sálvame, Señor, de mis pecados; líbrame de mis malas inclinaciones, sácame de poder destos tiranos, no me dejes seguir el ímpetu bestial de mis pasiones, defiende la dignidad y gloria de mi ánima, no permitas que yo sea esclavo del mundo, y tenga por ley de mi vida el juicio de tantos locos; líbrame de los apetitos de mi propria carne (que es el mayor y mas sucio de todos los tirannos); líbrame de los vanos deseos, y de los vanos temores, y vanas esperanzas del mundo, y sobre todo esto, líbrame de tu enemistad, de tu ira, y de la muerte perdurable que se sigue della; y concedida esta libertad y esta salud, reine quien quisiere en el mundo, y gloríese en el señorio de la tierra y de la mar; porque yo con el Profeta (*m*) solamente me gloriaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador.

Pues esta es la salud que vino el Señor á dar al mundo, y esta es la que significa por este nuevo nombre que hoy le ponen de Jesus. De manera que cuando el cristiano oye este nombre, ha de representar en su corazon un Señor tan misericordioso, tan hermoso, tan poderoso, que disipa todo el ejército del demonio, que despoja de sus fuerzas á la muerte, que pone silencio al pecado, que quita la jurisdiccion al infierno, que saca los que están captivos en manos destos tirannos, y los limpia de la fealdad de sus cárceles, y los restituye en tanta hermosura, que los ojos de Dios se aficionan á ellos, y los abraza su bondad, y los hace reinar eternalmente consigo. Porque tres males principales, entre otros muchos, nos vinieron del pecado: que son muerte, infierno, y servidumbre del demonio, y por esto quien nos libró del pecado, junto con él nos libró de todos estos enemigos, y nos dió prenda y certidumbre de vida perpetua, de compañía con la vida de Dios, de gracia y amistad con él, de favores de su poder, de dones de su liberalidad, y de segura posesion de todos los bienes. Porque todo esto se pierde por el pecado, y todo se gana por Jesucristo, y por esto con mucha razon le fué puesto tan divino nombre. ¡Oh nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traido del cielo, pronunciado por los ángeles, y deseado en todos los siglos! Deste nombre huyen los demonios, con él se espantan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, por él callan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, á él se acogen los atribulados, y en él tienen su esperanza todos los pecadores.

Este es el nombre de que la Esposa, hablando con el Esposo en los Cantares, dice (*n*): Olio derramado es tu nombre. Sobre las cuales palabras exclama Sant Bernardo, diciendo (*o*): ¡Oh nombre bendicto! Oh nombre por todos los lugares derramado! Porque del cielo caiste en Judea, y de Judea en toda la tierra, cuya es esta voz: Olio derramado es tu nombre. Por cierto derramado, pues no solo roció el cielo y la tierra, mas tambien llegó hasta los infiernos; y por esto en el nombre de Jesu se hincan las rodillas en el cielo, y en la tierra, y en los infiernos; y toda lengua confiese y diga: Olio derramado es, Señor, tu nombre. ¡Cuán precioso, cuán vil y cuán saludable! Porque, como si fuera vil, así se derramó; mas como saludable, dió salud. Mas ¿qué maravilla es que el nombre del Esposo se haya derramado, pues él tambien se derramó cuando se abatió, tomando forma de siervo, y diciendo (*p*): Así como agua soy derramado? Derramóse la plenitud, para que todos della recibiésemos la vida. Este nombre glorioso alumbra las ánimas cuando se predica, y apacienta los corazones cuando se piensa, y cúralos cuando se invoca. ¿Por ventura no se esfuerza tu corazon, cuando te acuerdas deste nombre? ¿Qué cosa hay que mas repare los sentidos, esfuerce las virtudes, confirme las buenas costumbres, y sustente los sanctos deseos y aficiones que este dulcísimo nombre? Seco es para mi ánima todo manjar, si no fuere guisado con este olio, y desabrido si no fuere rociado con esta sal. Si escribes algo, no tomo gusto en ello, si no leo ahí á Jesus. Si disputas y platicas, no gusto desta plática, si no sonare ahí el nombre de Jesus. Jesus es miel en la boca, y melodía en el oído, y alegría en el corazon. Es tambien este nombre medicina de las ánimas. Si alguno está triste, entre Jesus en su corazon, y de ahí salga á la boca, y á la salida desta luz se desharán los nublados, y volverá la serenidad. Y á esto nos convida él, cuando dice (*q*): Llámame en el dia de la tribulacion, y oirte he, y honrarme has. No hay cosa que así refrene el ímpetu de la ira, que así deshaga la hinchazon de la soberbia, y sane la llaga de la envidia, y apague la llama de lujuria, y temple la sed de la avaricia, como la devota invocacion y memoria deste dulcísimo nombre. Porque nombrando yo á Jesus, se me representa un hombre manso y humilde de corazon, benigno, templado, casto, misericordioso, y extremado en toda honestidad y sanctidad; y así tambien se me representa, que el mesmo hombre es Dios todopoderoso, el cual por una parte me ayuda con su ejemplo, y por otra me esfuerza con su virtud. Y así del hombre tomo ejemplo, y de Dios la virtud; y destas dos cosas hago una tan saludable confeccion para curar mis llagas, cual ningun médico del mundo puede hacer. Pues este precioso lectuario tienes, ánima mia, encerrado en el vaso deste nombre Jesus, el cual es medicina comun de todas las enfermedades. Por tanto, tráelo siempre en el corazon y en las manos, para que por él se gobiernen tus pensamientos y tus obras. Lo cual el mesmo Señor te pide en los Cantares, diciendo (*r*): Ponme así como sello sobre tu corazon y sobre tu brazo. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

A la mesma devocion deste glorioso nombre nos convida tambien el devotísimo doctor Sant Buenaventura (*s*), presuponiendo primero cómo todos los nombres deste Señor se reducen á dos órdenes; porque unos pertenescen á su gloria, y otros á nuestro remedio; y en la órden destos segundos, el principal es el nombre de Jesus, que quiere decir Salvador. Pues con este dice el sancto, que nos debemos de abrazar para nuestro remedio, y los otros remitillos á su gloria. Tenga pues este Señor para sí (dice él) llamarse Hijo de Dios, resplandor de la gloria, imágen de la divina substancia, palabra del Padre, virtud del Omnipotente, heredero de todas las cosas, Rey de los reyes, y Señor de los señores. Tenga para sí llamarse Cristo, que quiere decir ungido; pues él fué ungido como gran Profeta, como Rey y como Sacerdote. Porque como Profeta nos enseñó con su doc-

(*l*) Psal. 118. (*m*) Habac. 3. (*n*) Cant. 1. (*o*) Sup. Cant. serm. 15.

(*p*) Psalm. 21. (*q*) Psalm. 49. (*r*) Cant 8. (*s*) De 5 Fest pueri Jesu

trina, y como Sacerdote nos reconcilió con su Padre, y como Rey nos ha de coronar con eterno galardon. Tenga pues él para si todos estos títulos y excelencias; mas para tí sea Jesus: quiere decir, Salvador; para que él te salve y libre de la vanidad del mundo, de los engaños del demonio, y de las malas inclinaciones de la carne. Y pues estás cercado de tantas miserias, llama á este Señor, y díle: Sálvanos, Señor, Salvador del mundo, pues con tu sangre y con tu cruz nos redemiste; esfuerza al flaco, consuela al triste, y ayuda al enfermo, y levanta al caido. Este es el nombre que vence los demonios, alumbra los ciegos, resuscita los muertos, y sana todo género de enfermedades. ¡Oh cuánta alegría sintió la verdadera Madre deste Señor, cuando entendió la virtud deste nombre! y así tambien se alegra la madre espiritual, cuando considera de la manera que estas maravillas se obran espiritualmente en las ánimas. Porque de ahí se lanzan los demonios, cuando se perdonan los pecados; y se alumbran los ciegos, cuando se da verdadero conocimiento de las cosas divinas; y se resuscitan los muertos, cuando se da la gracia del Espíritu Sancto; y se curan los flacos y enfermos, cuando son armados con fortaleza del cielo; para que así sean fuertes y poderosos por la gracia, los que eran flacos y enfermos por la culpa. ¡Oh dichoso y bienaventurado nombre de tanta virtud y eficacia! El cual unas veces alegra las ánimas; mas otras llega á embriagarlas y hacerlas salir de sí con la grandeza de su dulzura.

CAPITULO VII.

La Adoracion de los Reyes.

Acerca de la adoracion y ofrenda de los sanctos magos, considera primeramente qué tan grande fué la devocion destos sanctos varones, pues por ellas salieron de sus tierras, y se pusieron á un tan largo y tan peligroso camino, y á tantos trabajos como en él pasarian; solo por ver con los ojos corporales al que ya habian visto con los ojos de la fe; porque sabían cuán bienaventurados habian de ser los ojos que lo viesen.

Lo segundo consideremos la fe destos sanctos Reyes; la cual de tal manera convenció y captivó sus entendimientos, que les hizo adorar por verdadero Dios y Señor del mundo al que vieron en lo de fuera el mas pobre y despreciado del mundo. No los ofendió la bajeza del establo, no la vileza del pesebre, no la pobreza de los pañales, no las lágrimas y la flaqueza del Niño, para dejar de creer que aquel que lloraba en la cuna, tronaba en el cielo. ¿Qué haceis, sabios, dice Sant Bernardo (*a*)? Qué haceis? ¿A un niño adorais, aposentado en una choza, y envuelto en viles pañales? ¿Es ese por ventura Dios? ¿Dios está en su sancto templo, y vosotros buscáislo en un establo, y ofrecéisle tesoros? Si ese es Rey, ¿dónde está el palacio real, dónde la silla de rey, dónde la compañía de los cortesanos? ¿Es por ventura el palacio el establo, y la silla el pesebre, y la compañía de cortesanos Josef y María? ¿Cómo unos hombres tan sabios se han hecho tan ignorantes, que adoren por Dios á un niño tan despreciado, así en la edad, como en la pobreza suya y de los suyos? Todas estas dificultades que aquí hallaba la prudencia del mundo, venció la lumbre del cielo, sujectando con la fe á la razon, y reverenciando el seso del hombre á la sabiduría de Dios. Porque mas razon habia para creer á lo que la guia del cielo les decia, que á lo que la razon humana juzgaba, pues en esta puede haber muchos engaños, en la otra no. Lo cual entendieron hasta los mesmos filósofos gentiles, pues uno dellos dijo (*b*) que á los que se regian por instincto y lumbre de Dios, no convenía deliberar y tantear las cosas con prudencia humana, sino seguir en todo la lumbre divina. De donde tenemos eficacísimo ejemplo para no hacer caso de razones y prudencias de mundo, cuando se encontraren con la palabra de Dios, y con la lumbre de su Evangelio. Por donde si esta nos dijere (*c*) que son bienaventurados los pobres, y los humildes, y los mansos, y los que lloran, y los que son perseguidos por Dios, y los que aborrescen y crucifican sus vidas por Dios, no dudemos que esta sea la verdadera bienaventuranza, aunque lo contradiga y lo desdiga toda la humana prudencia. No te pares á tantear y decir: ¿Cómo es posible que en la pobreza de espíritu esté el descanso, en las lágrimas el alegría, en la subjeccion la libertad, en la humildad la gloria, en la cruz el reino, en la mortificacion la paz, y en la renunciacion de todas las cosas el señorío de todas ellas? No te pares á hacer estas cuentas con la razon; porque á todo esto basta contraponer la lumbre del cielo. Y así como estos sanctos no hicieron caso de todas estas razones y argumentos de carne, cuando vieron en contrario el testimonio del cielo; así tú no debes hacer caso de todos los paresceres y juicios del mundo, cuando vieres en contrario la palabra de Dios, y la lumbre de su Evangelio: Dé voces el mundo, reclame cuanto quisiere contra la palabra de Dios, ladren todos los prudentes del siglo, aleguen costumbres inmemoriales, defiéndanse con ejemplos de príncipes y emperadores; todo esto es humo contra la palabra de Dios, y contra la sabiduría del cielo.

Lo tercero considera el alegría inestimable que estos sanctos varones recibieron, cuando acabado tan prósperamente el curso de su peregrinacion, y siguiendo la guia que les era dada del cielo, llegaron al lugar tan deseado, y hallaron aquellas dos lumbres del mundo, aquel Hijo y aquella Madre, aquel doncel y doncella que tanto habian deseado. Y si tan grande alegría fué para estos, cuando acabado el curso de su camino te hallaron, Señor mio, en aquel establo, y con tanta soledad y pobreza; ¿cuál será el alegría del justo, cuando acabado el curso de la peregrinacion desta tan larga y tan peligrosa mortalidad, te vea, no en este mundo, sino en tu reino? ¿No en vil establo, sino en tu sacro palacio? No en el pesebre del heno, sino en el trono de tu gloria? No en los brazos de la Madre, sino en el seno del Padre? No en la bajeza de la humildad que tomaste para salvar los hombres, sino en la gloria de la Majestad que tienes para beatificar los ángeles?

Y si tan grande fué el alegría de los Reyes, ¿cuánto sería mayor la de la sacratísima Vírgen, viendo las lágrimas, los presentes, la devocion, y la fe de aquellos sanctos varones; y viendo ya comenzar á extenderse el reino de Dios que el ángel le habia denunciado, y pronosticarse con aquellos tan prósperos principios la gloria de Dios, y la salud de los hombres, que ella tanto deseaba? ¿Qué lágrimas correrian por aquellos ojos? Qué colores se irian y vendrian por aquel divino rostro? Qué ardores y sentimientos serían los de aquel sagrado

(*a*) Bernard. Serm. 1. Epiph.

(*b*) Aristot. (*c*) Mat. 5.

pecho con estas y otras consideraciones? Porque tres cosas juntas se le representaron aquí, las cuales le dieron materia de grande devocion y alegría: la gloria del Hijo, la dignidad de la Madre, y la conversion del mundo. Porque ¿cómo no se habia de alegrar con aquella nueva gloria del Hijo que tanto amaba, y con ver que ella habia sido escogida para Madre de tal Hijo? Cómo no se habia de alegrar, la que tanta caridad tenia, con la conversion del mundo que allí se le representaba? Porque si el Apóstol tanto se alegraba por la conversion de los de Corinto, que puesto en medio de mil trabajos decia: Lleno estoy de consolacion, y sóbrame el contentamiento en medio de mis trabajos; ¿qué gozo recibiria aquella Señora, que tanto mayor caridad tenia que el apóstol Sant Pablo?

Y si tanta sería el alegría de la Madre, ¿cuánto mayor sería la de aquel amador de los hombres? ¿La de aquel que bajó del cielo á la tierra por ellos? ¿De aquel que adelante habia de decir (*d*): Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre (que es la conversion de los pecadores) cuando en las primicias destos tres reyes viese la conversion del mundo, la salud de los hombres, la gloria de Dios, la confusion del demonio, el triunfo del pecado, y las victorias de tantos mártires, y confesores, y vírgines, y de tantos millares de monjes que tan gloriosamente habian de triunfar del mundo por él? Alégrate pues, ó sancto Niño, alégrate con tan prósperos y tan dichosos principios, y recibe estos dones que ya te comienzan á ofrescer los que has de redemir. Y tú, ó sanctísima Virgen, esfuérzate y cobra ánimo; que ya los pueblos y príncipes del mundo dende los últimos términos de la tierra te comienzan á honrar; para que despues te llamen bienaventurada todas las generaciones (*e*): y así como fuiste la mas humilde de las humildes, seas la mas venerada y honrada de todas las criaturas.

§. I.

De los dones que debemos ofrescer á nuestro Salvador.

Llégate pues, ánima mia, con estos sanctos Reyes, y humíllate prostrada ante este sagrado pesebre, adora y ofresce tambien con ellos tus presentes al Salvador. Ellos ofrescieron oro, que es el mas precioso de los metales; tú ofresce caridad, que es la mas excelente de todas las virtudes. Ellos ofrescieron encienso, que vale contra todos los malos olores; tú ofresce oracion y devocion, que vale para reprimir los apetitos y deseos desordenados y sucios de nuestra carne. Por donde no sin gran misterio, los sanctos doctores entienden por el encienso y por el ungüento oloroso la oracion y devocion; para dar á entender la naturaleza y propriedad que estas dos virtudes tienen contra todos los malos olores, que proceden deste sucio albañar de nuestro corazon. Por donde así como en los aposentos de los purgados y enfermos suelen quemar encienso y otros perfumes olorosos, para que no se sienta el mal olor de aquel lugar; así el que quisiere no sentir el mal olor de los apetitos y pasiones de su carne, procure que esté vivo siempre este suavísimo olor de devocion en su espíritu; porque contra los malos deseos de nuestro corazon son los buenos que nascen de la oracion y devocion. Mas cómo sea esto verdad, en ninguna manera lo entenderá sino quien se ha visto con devocion, y á tiempos sin ella.

Ellos finalmente ofrescieron mirra, que aunque es amarga el gusto, es saludable al cuerpo, y de suavísimo olor; tú ofresce lágrimas de penitencia, que aunque sean amarguísimas al cuerpo, son saludables al espíritu, y de suavísimo olor en presencia de Dios. Porque ¿qué cosa mas saludable al espíritu, que la que lo defiende de la corrupcion de los deleites, y de los gusanos de los vicios? Pues esta es la virtud y condicion de esta mirra celestial. Porque así como el estómago dañado con el desordenado uso de manjares dulces, con ninguna cosa es mejor curado que con purgas amargas; así la consciencia de aquellos que vivieron en deleites, con ninguna cosa es mejor curada que con las lágrimas de penitencia, y con los trabajos de la vida austera. Porque de otra manera, luego hervirian nuestros cuerpos con gusanos de vicios, si no corriese cada dia de nuestras manos esta mirra espiritual para secarlos. Si no dime: ¿por ventura no es gusano la lujuria? Por cierto no sé si hay otro mas perjudicial. Entra halagando, muerde riendo, emponzoña deleitando, y mata consintiendo. Pues bienaventurado aquel cuyas manos están siempre distilando esta mirra escogida, para ungir su carne con ella, porque así sea libre desta corrupcion.

Estos pues son los dones que habemos de ofrescer al Señor con estos sanctos varones, de los cuales (como dice un doctor) la mirra pertenesce á los que comienzan, el encienso á los que aprovechan, y el oro (que es la perfeccion de la caridad) á los perfectos. Y por tanto, si no llegan tus manos á ofrescer á Dios el oro de la perfecta caridad, ó el encienso de la devocion, á lo ménos ofresce la mirra de contricion (que es un corazon contrito, y un cuerpo castigado): para que subiendo por ese grado al segundo, puedas despues cantar con el Profeta, diciendo (*f*): Volviste, Señor, mi llanto en alegría, y rompiste mi saco (que es el espíritu de tristeza), y sercásteme de alegría, dándome espíritu de devocion y amor.

Acabada esta ofrenda con los sanctos Reyes, síguese que tambien los imitemos en caminar con ellos á nuestra region por otro camino. Sobre las cuales palabras dice Eusebio Emiseno: La mudanza del camino significa la mudanza de nuestra vida; mas entónces mudamos el camino, cuando negamos á nuestro viejo hombre, cuando abrazando la humildad desechamos la soberbia, cuando inclinamos nuestro corazon de la ira á la paciencia, cuando despedimos los antiguos deleites y las viejas costumbres de la vida pasada. Y no sé por cierto por qué nos han de agradar mas los caminos ásperos y dificultosos de los vicios y de la soberbia, siendo los de la humildad tan blandos, tan llanos y tan derechos. Porque donde está la humildad, ahí está el descanso, ahí la tranquilidad y la paz. Porque como la humildad de suyo sea pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan donde puedan quebrantar las olas de su ímpetu furioso. Y por eso cualquier encuentro que venga á dar sobre ella, abajando la cabeza, fácilmente lo despide de sí y lo vence. De manera que cualquier tribulacion así es vencida de la humildad, como en las riberas llanas y arenosas blandamente se consumen y deshacen las olas de la mar;

(*d*) Joan 4. (*e*) Luc. 1.

(*f*) Psalm. 29.

como quiera que en las rocas y montes altos se embravezca la furia de los vientos, de la cual están guardados y seguros los valles humildes. Y así los caminos de los soberbios están llenos de barrancos, llenos de rocas y despeñaderos; porque donde está la soberbia, ahí está la indignacion, ahí la animosidad, ahí el trabajo, ahí la tribulacion; para que aun ántes del dia del juicio padezcan los soberbios esta justa condenacion, y las ánimas de los malos traigan siempre consigo su tormento, como por el contrario, las de los buenos tengan aquí su descanso y consolacion.

§. II.

De cómo espiritualmente el ánima devota busca con los magos al niño Jesus.

Pero veamos agora mas en particular (segun la doctrina arriba alegada de Sant Buenaventura), de qué manera habemos de buscar al niño Jesus con estos sanctos Reyes. Pues para esto es de saber que cuando ya el ánima religiosa, mediante la divina gracia, ha espiritualmente concebido y parido, y puesto nombre á este dulcísimo Niño, luego los tres Reyes (que son las tres principales virtudes del ánima, que tienen señorío sobre la carne y sobre sus sentidos, y como reyes y gente noble se ocupan en solos los ejercicios de las cosas divinas), comienzan á buscar al Niño que les ha sido revelado, en la ciudad real, que es en la universidad de todas las criaturas, donde él singularmente resplandesce y se conosce por las maravillas de sus obras. Y búscanlo con sanctas meditaciones, con puras aficiones, y con devotos pensamientos; y con esto preguntan por él, diciendo: ¿Dónde está el que es ya nascido? porque vimos su estrella en Oriente; conviene saber, el resplandor de su claridad, y los rayos de su luz en lo íntimo de nuestras ánimas. Oimos su voz, que es dulcísima; y gustamos su dulzura, que es suavísima; y recibimos su olor, que es muy agradable; y experimentamos sus abrazos, que son muy deleitables. Por tanto, Heródes, danos respuesta, muéstranos al amado, dinos dónde está el infante deseado. No venimos por ver tu gloria, ni por alcanzar tu gracia, ni por reverenciar tu majestad; porque tu gracia es su hechura, y tu majestad su criatura, y tu riqueza es su sombra, y tu nobleza y magnificencia es una pequeña centella de su infinita grandeza. Dinos pues dónde está el que es nascido, no te tardes. Dinos dónde está la longura abreviada, y la grandeza aliviada, y la alteza abajada, y la anchura estrechada; dónde está la luz escurecida, dónde el agua que tiene sed, y el manjar que padesce hambre. Dinos dónde está el poder que es regido, y el saber que es enseñado, y la virtud que es sustentada. Dinos dónde está el Eterno hecho Niño, y el resplandor de la gloria del Padre envuelto en pañales; dónde oirémos llorar en la cuna, al que es consuelo de los miserables; dónde veremos traer en los brazos al que sostiene los ángeles y los hombres. A este deseamos, á este queremos. ¡Oh dulcísimo y amantísimo Niño eterno, Niño y antiguo! ¿cuándo te verémos? Cuando te hallarémos? Cuándo parescerémos delante tí? Enojosa cosa es para mí alegrarme sin tí, y alegría es para mí gozar contigo, y llorar contigo. Todo lo que á tí es contrario me es penoso; y tu sancta voluntad es toda mi alegría y deseo. Y si tan dulce cosa es llorar por tí, ¿cuán dulce será gozar contigo? ¿Dónde pues estás, Señor, á quién buscamos, y á quién en todas las cosas y sobre todas las cosas deseamos? Dónde estás, el que eres nascido Rey de los judíos, ley de los devotos, guia de los miserables, lumbre de los ciegos, vida de los muertos, y salud eterna de los que para siempre viven?

A esta pregunta responde el Evangelista que en Betlem de Judá se hallá este Señor. Betlem quiere decir *casa de pan*, y Judá *confesion*; para que entendamos que despues de la confesion de las culpas se halla el pan de los ángeles. Pues en este lugar se halla el niño Jesus con su sanctísima Madre; en el cual despues de la llorosa contricion, y fructuosa confesion, muchas veces entre las abundantes lágrimas se gusta la dulzura del pan de los ángeles; donde la devota oracion que tomó al hombre casi desconfiado por sus pecados, le deja alegre y confiado del perdon dellos. ¡Oh dichosa esta espiritual María, en la cual Jesus se concibe, y de la cual nasce, y en la cual tan dulce y alegremente se halla!

Mas aquí es de notar que estos sanctos Reyes le buscaron para adorarlo con toda reverencia; así vosotros los espirituales reyes (que son las fuerzas principales del ánima devota), buscad á este Señor con los Reyes, para adorarle y ofrendarle. Adoradle con reverencia, porque él es vuestro Criador, Redemptor y Glorificador; Criador en la formacion de la vida natural, y Redemptor en la reformacion de la vida espiritual, y Glorificador en la remuneracion de la vida eterna. Por tanto, Reyes, adorad este Señor con reverencia, porque es Rey potentísimo; y con la decencia debida, porque es maestro sapientísimo; y con alegría espiritual, porque es príncipe liberalísimo. Y no os contenteis con sola la adoracion, sino acompañalda con vuestras ofrendas. Ofrescelde oro de caridad encendidísima, y encienso de consolacion devotísima, y mirra de contricion amarguísima. El oro de amor, por los bienes recebidos; y el encienso de la devocion, por los bienes que os tiene aparejados; y la mirra de la contricion, por los pecados que teneis cometidos. El oro ofresced á la eternidad de su divinidad, y el encienso á la sanctidad de su ánima, y la mirra á la pasibilidad de su cuerpo.

CAPITULO VIII.

La purificacion de nuestra Señora, y la presentacion del niño Jesus en el templo.

La purificacion de la sacratísima Vírgen nuestra Señora, cuenta Sant Lúcas por estas palabras (*a*):

Despues de cumplidos los dias de la purificacion de Maria, segun la ley de Moisen, llevaron al niño Jesus al templo para presentarlo al Señor, segun que estaba escripto en la ley, la cual mandaba que todo hijo varon que abriese el vientre de la madre, fuese sanctificado y ofrescido al Señor. Y asimesmo para ofrescer la ofrenda que mandaba la ley, que era un par de tórtolas ó de palominos. Y habia un hombre en Hierusalem, que tenia por nombre Simeon, el cual era justo y temeroso de Dios, y vivia esperando la consolacion de Israel; y el Espíritu Sancto moraba en él. Y habia recebido respuesta del Espíritu Sancto, que no veria la muerte hasta que viese al ungido del Señor. Y á la sazon movido por el Espíritu Sancto vino al templo. Y como trajesen al niño Jesus sus padres, para hacer lo que era costumbre segun la ley, él le tomó en sus brazos, y alabó á Dios, y dijo:

(*a*) Luc. 2.

Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun la promesa de tu palabra; porque ya han visto mis ojos tu salud, la cual aparejaste ante la cara de todos los pueblos, la cual será luz para que sean alumbradas las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel. Y estaba el Padre y la madre de Jesus maravillándose de las cosas que dél se decian. Y bendijólos Simeon, y dijo á María su Madre: Mira que este Niño está puesto aquí para caida, y para levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo. Y tu ánima será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos.

Y habia una mujer profetisa, llamada Anna, hija de Fanuel, del tribu de Aser. Esta era mujer de muchos dias, y habia vivido con su marido siete años dende su virginidad, y era ya viuda hasta los ochenta y cuatro años de su edad, la cual nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones dia y noche. La cual sobrevino á esta mesma hora, y alababa á Dios, y hablaba dél á todos los que esperaban la redempcion de Israel. Y despues que acabaron todo lo que habian de hacer segun la ley, volviéronse á la provincia de Galilea, á su ciudad Nazaret. Y el Niño crescia, y era confortado, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Hasta aquí son palabras del Evangelista.

§. 1.

De algunas consideraciones sobre este misterio.

Acerca deste sagrado misterio considera primeramente cómo cumplido ya el número de los dias que señalaba la ley, despidiéndose la Vírgen de aquel sancto pesebre, y dejándolo lleno de lágrimas y de gracias para la devocion de los fieles, se parte para Hierusalem á cumplir el mandamiento de la ley. Entra pues la Vírgen con el Niño en los brazos por las puertas de la ciudad. ¡Oh sancto Niño! esta es la ciudad donde, segun está de vos profetizado (*b*), habeis de obrar grandes maravillas. Porque aquí habeis de hacer una hazaña mayor que fué criar al mundo; pues mayor cosa es redemir el mundo, que criarlo de nuevo. Este es el campo donde habeis de pelear con aquel famoso gigante Golías con cinco llagas mortales (*c*) recebidas en vuestro cuerpo, y con el báculo de la cruz, donde le venceréis y cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con vuestra muerte, y el pecado con la pena del pecado. Esta es la tela donde habeis de justar; paseadla agora, Señor, muy de espacio, para que tengais muy bien reconocidos los pasos della. Agora la pasearéis á caballo, despues á pié; agora llevándoos la Vírgen en sus brazos, despues llevando vos la cruz en vuestros hombros. Aquel monte que veis en lo alto, ¡oh qué encuentro, Señor mio, daréis y recibiréis en él! Porque vos allí perderéis la vida; mas destruiréis el reino del pecado, y derribaréis por tierra al príncipe deste mundo. ¡Oh cuán diferente ofrescimiento será aquel deste de hoy! Hoy seréis ofrescido y redemido, allí seréis ofrescido y redemptor. Hoy seréis redemido con cinco siclos que darán por vos; allí será el mundo redemido con cinco llagas, que recebiréis por él. Hoy seréis ofrescido en los brazos de Simeon, allí en los brazos de la cruz. Este es agora el sacrificio de la mañana, aquel será el de la tarde.

(*b*) Psal. 98. 13. 19. et Isai. 12. 37. 46. et Ierem. 5. Joel. 2. Danie. 9. (*c*) 1. Reg. 17.

Síguese luego en el sancto Evangelio, que habia en Hierusalem un sancto varon, llamado Simeon, el cual habia recebido palabra del Espíritu Sancto, que no veria la muerte hasta ver nascido el Salvador del mundo. En lo cual paresce verificarse lo que dice Sant Ambrosio (*d*), que no solamente los ángeles, y los profetas, y los pastores, y los padres, mas tambien los sanctos viejos dan testimonio del nascimiento del Señor. Todas las edades y todos los linajes de personas testifican la verdad de los misterios advenideros, y los milagros acaescidos. La Vírgen engendra, la estéril pare, el mudo habla, Elisabet profetiza, los magos adoran, el niño Juan encerrado en las entrañas de su madre se alegra, la sancta viuda Anna alaba, y el justo Simeon espera. Y con razon se llama justo; porque no tanto procuraba su salud, cuanto la commun de todos; deseando por una parte salir de la cárcel del cuerpo, mas por otra cobdiciando ver al Señor prometido; porque sabía él bien cuán dichosos habian de ser los ojos que lo viesen. Hasta aquí son palabras de Sant Ambrosio. Sobre las cuales podemos muy bien exclamar con Augustino, diciendo (*e*): Estas son, Señor Jesu, las maravillas que dan agora testimonio de tu grandeza: ántes que las olas de la mar obedesciesen á tu imperio, ántes que la furia de los vientos por tu mandado cesase, ántes que los muertos por tu llamamiento resuscitasen, y el sol, muriendo tú, se escuresciese, y la tierra, resuscitando tú, se estremeciese, y los cielos, subiendo tú á ellos, se abriesen. De manera que aun andando como Niño en los brazos de la Madre, ya eras conoscido por Señor de todo el universo.

Mas tornando á la sagrada Vírgen, viene este dia á ofrescer al templo su primogénito y unigénito, con la ofrenda que la ley mandaba á los pobres (*f*), que era un par de tórtolas ó de palominos. Donde es mucho para considerar la pobreza de la sancta Vírgen, pues no ofresció cordero, que era ofrenda de los ricos, sino un par de tórtolas ó de palominos, que era ofrenda de pobres. Y habiendo recebido pocos dias ántes tan grandes presentes y tesoros de aquellos sanctos Reyes, ya los habia repartido por pobres; quedándose en el mesmo estado de pobreza que estaba ántes: como la que llena del Espíritu Sancto entendia que la voluntad del Hijo era de rico hacerse pobre, para enriquescernos con su pobreza. Entra pues la sancta Vírgen en el templo material, para ofrescer el templo vivo y espiritual que llevaba en sus brazos. ¡Oh maravillosa novedad! Ofréscese el templo en el templo. Ofréscese Dios á Dios, preséntase ante Dios el que nunca se apartó de Dios, es redimido por cinco siclos el que es redempcion de todos los hombres, es ofrescido por manos de la Vírgen el que es ofrenda de todo el mundo. Vuelve la Vírgen su depósito al mesmo Señor que se lo habia encomendado: y corren los rios al lugar de do salieron, para que vuelvan á correr (*g*).

Mas aquí es mucho de considerar que no solo se ofresce aquí esta ofrenda al Padre eterno, sino tambien se entrega hoy por manos de la Vírgen en los brazos de la Iglesia, y de todas las ánimas fieles, cuyo agente era el sancto Simeon, que representa la persona de la Iglesia. De suerte que aquel Señor, por cuyo deseo sospiraba el

(*d*) Lib. 2. Comment. in cap. 2. Luc. (*e*) In operib. excus. Antuerp. 1576. sermon. 9. de temp. cap. 3. vel sermon. 15.
(*f*) Levit. 12. (*g*) Eccle. 1.

mundo con todos los escogidos, y por cuya esperanza y penosa dilacion estaba suspensa la naturaleza humana, hoy lo da la sacratísima Vírgen á todos los fieles, y ellos lo reciben en sus brazos por manos de Simeon. Porque, ¿qué habia de hacer sino dar lo que tenia, la que tales ejemplos de liberalidad y misericordia veía en su mesmo Hijo? Veía cómo él se habia dado á los hombres en precio de su redempcion, en ejemplo de su conversacion, en compañía de su destierro, y en premio de su bienaventuranza; pues ¿qué habia de hacer la que tales ejemplos tenia de largueza, sino darnos todo cuanto bien tenia, que era este celestial tesoro? Esta donacion fué ratificada por autoridad de toda la sanctísima Trinidad. Porque por autoridad del Padre, dada en la ley, y por voluntad del Hijo que se ofresció para nuestro remedio, y por inspiracion del Espíritu Sancto que trajo á Simeon al templo, y por manos de la sacratisima Vírgen, que como verdadera Madre poseía este tesoro, se nos hace hoy esta firme y verdadera donacion; porque en los otros misterios pasados aun no lo habia recebido la Iglesia con esta manera de solemnidad, mas hoy por manos de la Vírgen (que era persona commun) en el templo de Dios (que era lugar commun), siendo procurador de la Iglesia el sancto Simeon (amador del bien commun), recibe la Iglesia este don en sus brazos, y es introducida por él, y amparada en su posesion; y así canta y se gloría este dia, diciendo (*h*): Recebido habemos, Señor, vuestra misericordia en medio de vuestro templo; y así como vuestro nombre es grande, así es grande la gloria y alabanza de vuestra Majestad en toda la tierra. Corred pues agora todos los fieles á este templo, para que os quepa parte desta ofrenda tan gloriosa. Todos los que teneis sed, venid á las aguas, y los que no teneis oro ni plata, venid á recebir este don celestial. Corred, viejos, y cantad con Simeon. Corred, viudas, y predicad con Anna. Corred, vírgines, y alegraos con María. Corred, varones, y ceñíos de fortaleza con Josef. Corred, niños, y juntaos con el niño Jesus. Corred, justos, y recebid gracia. Corred, pecadores, y recebid perdon. Corred, ángeles, y maravillaos de ver á Dios redemido, y á la Vírgen purificada, y al Señor de todas las cosas humillado y subjecto á la ley. Y aprehended en la escuela deste Niño, cómo siendo Dios tan alto, le agradan los corazones humildes en el cielo y en la tierra.

§. II.

De otras consideraciones sobre este misterio.

Despues desto considera mas en particular el alegría y consolacion que este sancto viejo recebió en este dia. Los evangelistas ordinariamente no escriben mas que la historia de los misterios, dejando todo lo interior (que son los afectos y sentimientos de las personas) á la devota inquisicion del piadoso lector. Pues cuáles hayan sido los sentimientos y alegrías deste sancto varon, viendo con sus ojos, y recibiendo en sus brazos al Salvador del mundo, ¿quién lo podrá explicar? Veía el sancto hombre el mundo lleno de maldades y pecados: veía millares de ánimas descender cada dia á los infiernos: dolíanle entrañablemente (como á verdadero justo) las ofensas de Dios, y el perdimiento de tantas ánimas; deseaba tanto el remedio destos males, cuanto era el dolor que padescia por verlos. Sabía que este remedio estaba librado en la venida deste Señor; daba voces dia y noche, clamando y sospirando por ella, acordándose que estaba escripto por Isaías (*i*): Los que teneis memoria del Señor, no calleis, ni ceseis de importunarle, hasta que haga á Hierusalem materia de alabanza en toda la tierra. Pues cuando viese ya el sancto varon cumplidos tan largos y tan ansiosos deseos; cuando viese ya oidas sus oraciones, y recebidas sus lágrimas; cuando viese ante sí nascido el remedio del mundo; cuando viese al Hijo en los brazos de la Madre, como una preciosa margarita engastada en oro precioso: y no solamente lo viese con sus ojos, sino tambien lo tomase en sus brazos, y en ellos lo adorase y reverenciase (como quien tan claro conoscia por espíritu de Dios lo que en ellos tenia); cuando todo esto viese y contemplase, ¿qué haria, qué diria, qué sentiria, qué lágrimas derramaria? Qué gracias y alabanzas daria á quien para tanto tiempo lo habia guardado? ¿Con qué devocion, con qué amor, con qué temor extenderia sus brazos para recebir en ellos aquel tesoro? ¿Qué rios de lágrimas correrian por aquella cara, y por aquellas venerables canas, con las cuales regaria el rostro del Niño que entre sus pechos tenia? Qué de besos le daria? ¿Cómo lo apretaria en sus brazos, diciendo con la Esposa en los Cantares (*k*): Hallado he al que ama mi ánima; téngole, no le dejaré?

Y ¿qué gozo juntamente recebiria la Vírgen viendo las lágrimas, y devocion deste sancto viejo, y considerando por cuántas partes comenzaba ya á resplandescer la gloria de su Hijo, y cómo cada dia crescian mas los testimonios de quien él era? Mas esta alegría no fué del todo pura como las pasadas; sino mezclada con un amarguísimo cáliz de dolor, que se comenzó en este dia, y se acabó juntamente con la vida. Porque cuando aquel varon lleno del espíritu de Dios, entre la confesion y alabanzas del Niño, comenzó á profetizar los grandes trabajos y contradiciones que el mundo le habia de hacer, y el cuchillo de dolor que habia de traspasar el ánima de su innocentísima Madre, allí se echó acíbar en los placeres de su vida; porque apénas tuvo gozo tan puro, que no fuese aguado con el sobresalto y con los temores deste dia. Cuyos trabajos, cuanto ménos distintamente conoscia, tanto el amor se los hacia sospechar mayores. ¿Qué haces, sancto varon? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor á esta Vírgen? Dejárasla agora en su sancta simplicidad, y no le dijeras cosa, cuya noticia le sea perpetuo martirio toda la vida. ¡Oh si supieses qué vena de dolores le has descubierto con esa palabra, y qué materia de trabajos le has dado con esa tan dolorosa profecía! Si nada deso le fuera revelado, viviera en una perpetua paz y alegría; viviria en continuo gozo con la presencia de su Hijo; mas de aquí adelante su vida será una cruz y una muerte prolija. ¡Oh cuántas lágrimas, oh cuántos gemidos pudieras redemir con el silencio desa palabra! Pues ¿qué consejo fué el tuyo en querer decir lo que tanto la habia de lastimar? No fué cierto consejo tuyo, sino del Espíritu Sancto; porque el mesmo que te enseñó lo que estaba por venir, te lo mando revelar. No enseña Dios lo que se ha de decir, y calla el tiempo en que se ha de decir; porque el que es maestro de lo uno,

(*h*) Psal. 47.

(*i*) Isai. 62. (*k*) Cant. 3.

es tambien maestro de lo otro. Pues ¿por qué, Señor, quisistes lastimar así el corazon desta Vírgen? Por qué quisistes que viviese siempre con tormento, la que nunca cometió pecado? Sin dubda la causa fué, porque en todo quisistes que fuésen conformes la Madre y el Hijo, y que pues esta Vírgen era la mas perfecta de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Sancto de los sanctos. Y porque la mayor gloria deste Señor fué haber padescido tantos dolores por obediencia del Padre, no era razon que faltase parte desta gloria á su sanctísima Madre. Y así como el Hijo siempre tuvo la cruz delante de sus ojos, padesciendo con la memoria della; así la Vírgen tuviese ante los suyos esta mesma cruz, y padesciese con esa mesma memoria. Pues ¿dónde están agora los que infaman los trabajos? ¿Los que tanto huyen las asperezas de la vida? Los que con todas sus fuerzas buscan el regalo y el descanso, y en él ponen su felicidad? Si estos fueran verdaderos bienes, no carescieran dellos las dos mejores personas del mundo; y si los contrarios fueran verdaderos males, no estuvieran tan llenos dellos. Pues ¿de qué te quejas, enfermo, pobre y atribulado, porque Dios te trate de la manera que trató á su Hijo y á su Madre? Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el padre da á un hijo suyo muy amado; pues ¿por qué nos agraviamos de la medicina de las tribulaciones, de que tanta parte dió el Padre eterno á las dos mas amadas personas del mundo? Quien con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores y beneficios de Dios, no sé yo cuál otro le pueda bastar.

Despues desto considera los ejercicios y la vida de aquella bienaventurada viuda, ejemplo de todas las viudas, y aun de todas las vírgines y casadas. De la cual dice el Evangelista que nunca salia del templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones, dia y noche. ¡Qué convenientes ejercicios para viuda, ayuno y oracion! El ayuno mortifica la carne, la oracion levanta el espíritu; el ayuno sanctifica el cuerpo, la oracion purifica el ánima; el ayuno mortifica las pasiones, la oracion hinche el corazon de buenos deseos; el ayuno templa la vihuela, la oracion hace la música; el ayuno meresce las consolaciones, la oracion las recibe; el ayuno alimpia el ánima de los vicios, la oracion la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oracion triunfa de Dios. Y son tan connexas estas virtudes entre sí, que apénas se pueden hallar la una sin la otra; porque ni en el trabajo del ayuno y asperezas podria el hombre perseverar sin el regalo de la oracion, ni la oracion se podria cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno.

Y en estos dos ejercicios perseveraba esta sancta mujer hasta los ochenta y cuatro años de su vida, donde tan poca necesidad habria de ayunos para domar la carne, así por la mucha edad, como por tan largo hábito de castidad. Mas todavía en esta edad ayunaba la sancta vieja (como ayunaban aquellos sanctos padres del yermo), no ya para domar la carne, sino para levantar el espíritu, y para hacer guerra perpetua al amor proprio, y para despedir de sí todos los cuidados de las cosas corporales, para poder del todo emplearse en el cuidado de las espirituales. Pues á los tales revela Dios sus misterios, y les da parte de sus secretos, y les descubre la buena nueva de su Evangelio, como lo significó el profeta cuando dijo (*l*): ¿A quién enseñará Dios su sabiduría, y á quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche, y á los apartados de los pechos: esto es, á los que por su amor se apartaron y destetaron todos los regalos y placeres del mundo: para que los que por él renunciaron todos los deleites del cuerpo, sean siempre llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto.

§. III.

De cómo el ánima devota presenta con la Virgen al niño Jesus en el templo.

Despues que el ánima religiosa espiritualmente concibió dentro de sí al niño Jesus, y le parió, poniendo por obra el buen propósito concebido, y gustó la dulzura y suavidad del nombre de Jesus, y hallado y adorado con los reyes este Señor, ¿qué le falta, sino que caminando á la celestial Hierusalem, y entrando en el templo, presente al Padre el Hijo de la Vírgen? Sube pues, ó espiritual María, no ya á las montañas, sino á las moradas de la celestial Hierusalem, é hincadas humilmente las rodillas en el sacro palacio de aquella ciudad soberana delante del trono de la beatísima Trinidad, ofresce y presenta al eterno Padre su unigénito Hijo. Y alaba primeramente á Dios Padre, por cuya inspiracion concebiste el propósito de la buena vida. Glorifica á Dios Hijo, por cuya informacion pusiste el buen propósito por obra. Bendice y sanctifica al Espíritu Sancto, con cuya consolacion hasta agora perseveraste en los buenos ejercicios. ¡Oh ánima devota! glorifica á Dios Padre en todos los dones suyos y bienes tuyos; porque él es el que con secretas inspiraciones te sacó del mundo, diciendo (*m*): Vuélvete, vuélvete, Sunamítis; vuélvete, vuélvete á mí. Glorifica tambien en todas tus obras á Dios Hijo, porque él es el que con su secreta informacion te libró del poder del demonio, diciéndote (*n*) que tomases su yugo sobre tí, y sacudieses el yugo del demonio de tus hombros: enseñándote que este yugo era amarguísimo, y el suyo suavísimo, y que aquel iba á parar en los eternos tormentos, y este al puerto de la salud perdurable. Aquel yugo si tiene suavidad, es engañosa y de un momento; mas la dulzura que este trae consigo, da verdadera y eterna gloria. Aquel yugo levanta un poco á los que lo traen, para confundirlos eternalmente, mas el que este trajere, por un poco de tiempo se humillará, mas despues para siempre reinará. Esta es pues la doctrina con que el Hijo de Dios por sí y por sus ministros te reformó y libró de los engaños del demonio, y de los halagos de la carne y del mundo. Glorifica tambien al Espíritu Sancto; porque él con la dulzura de sus consolaciones te esforzó en el bien, diciendo (*o*): Venid á mí, todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os daré refrigerio. Porque desta manera un ánima delicada, flaca y enferma, acostumbrada á los deleites del mundo, y á los gozos del siglo, y embriagada con el vino del cáliz de Babilionia, ¿cómo pudiera perseverar y aprovechar en el bien comenzado, estando presa y atada con los lazos de los pecados, y entre tantas redes del enemigo antiguo, entre tantos malos consejos, entre tantos impedimentos de la virtud, y entre tanta muchedumbre de saetas de amigos, y parientes, y conocidos, que te querian apartar del cami-

(*l*) Isai. 28. (*m*) Cant. 6. (*n*) Matt. 11. (*o*) Matt. 11.

no del cielo, si no fueras misericordiosamente ayudada y dulcemente recreada con la gracia y consolacion del Espíritu Sancto? A él pues atribuye todos estos bienes, y no á tí; y dile con pura y devota intencion (*p*): Todas mis obras habeis obrado, Señor, en mí: delante de vuestros ojos nada soy, y nada puedo, y de vuestra misericordia es todo lo que soy: sin la cual ninguna cosa puedo hacer que os sea agradable. Pues á vos, clementísimo Padre de misericordia, ofrezco lo que es vuestro, y á vos lo encomiendo todo, y á vos humilmente reconozco por dador de todos los bienes. A vos, ó beatísimo Padre, sea alabanza, á vos gloria, á vos hacimiento de gracias, pórque con vuestro infinito poder de nada me criastes. A vos alabo y glorifico, beatísimo Hijo; porque con vuestra eterna sabiduría me librastes de la muerte eterna. A vos bendigo, adoro y santifico, beatísimo Espíritu Sancto; que por vuestra piedad y clemencia me llamastes del pecado á la gracia, del destierro á la patria, del trabajo al descanso, y de la tristeza del mundo á los deleites, y alegría, y consolacion de vuestro espíritu.

CAPITULO IX.

De la huida á Egipto

Despues de idos á su region los magos, dice Sant Mateo evangelista (*a*) que el ángel del Señor apareció á Josef, diciéndole: Levántate y toma al Niño y á su Madre, y huye á tierra de Egipto; porque Heródes ha de buscar al Niño para le matar. El cual levantándose tomó al Niño y á su Madre y fuese á Egipto, y estábase allí hasta la muerte de Heródes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta (*b*): De Egipto llamé á mi Hijo. Entónces Heródes, viendo que habia sido burlado de los magos, airóse mucho. Y enviando sus ministros, mató todos cuantos niños habia en Betlem y en toda su tierra de dos años abajo, segun el tiempo que él habia preguntado á los magos. Entónces se cumplió lo que habia dicho el Profeta (*c*): En la tierra de Ramá fué oida la voz de mucho llanto y aullido con que Raquel lloraba sus hijos, y no quiso recebir consolacion por verlos muertos.

Pues muerto ya Heródes, el ángel del Señor apareció en sueños á Josef diciendo: Levántate y toma al Niño y á su Madre, y vuélvete á la tierra de Israel; porque ya son muertos los que querian matar al Niño. El cual como se levantase, tomó al Niño y á su Madre, y vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea por Heródes su padre, temió ir á ella. Y amonestado en sueños, fuese á la provincia de Galilea, y moró en Nazaret; para que se cumpliese lo que estaba dicho por los profetas: Que el Salvador será llamado Nazareo. Lo susodicho es del evangelista Sant Mateo.

§. ÚNICO.

De las consideraciones sobre este misterio.

Hasta aquí, sacratísima Vírgen, todo ha sido alegrías, todo favores del cielo, todo maravillas sobre maravillas. Tiempo es ya que comenceis á beber del cáliz de vuestro Hijo, y á saber qué cosa son los trabajos deste mundo. Tiempo hay, dice el Sabio (*d*), de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos. Hasta aquí fué tiempo de gozar de los abrazos de vuestro Hijo; ya es tiempo que comenceis á beber del cáliz que él bebió. No espereis, Señora, otra fruta deste mundo. En valle de lágrimas estamos, en lugar de destierro, en tierra de condenados, junto á los rios de Babilonia, donde están enmudescidos los órganos de Sion (*e*), y donde tan pocas veces se oyen cantares de alegría. Por tanto aparejaos, Vírgen, para las lágrimas; pues el tiempo y el lugar no os convidan á otra cosa. Hoy se cierra vuestra *alleluya*; hoy se da fin á vuestros placeres, y se os da á comer de la amarguísima fruta deste siglo.

Consideremos pues con qué priesa se levantaría la sacratísima Vírgen en esta hora, y tomaria en sus brazos al Niño, y dejaria su pobre casa, y sin despedirse de nadie (porque la priesa del negocio no daba lugar á mas), comenzaria á andar á gran priesa su camino. Porque la que tambien sabía estimar el tesoro que tenia, no haria caso de perder todas las cosas, por asegurar tan grande bien. ¡Oh noche escura! Oh noche tenebrosa! Oh noche de lágrimas y de dolor! Oh si desta manera supiesen los hombres estimar á Cristo; si supiesen poner el cobro que convenía en este tesoro, que cuando corriese riesgo de perder á él, ó de perder todo lo demas, supiesen perder para ganar; y aun tuviesen con el Apóstol todas las pérdidas por ganancias (*f*), cuando con ellas conservasen este bien! Porque si la astuta serpiente sabe poner todo el cuerpo á peligro por asegurar la cabeza (en la cual consiste su vida), ¿cuánto mas debiamos nosotros poner á riesgo todo lo al, por asegurar á Cristo, nuestra cabeza, en quien está nuestra vida?

Pues tornando á vos, Vírgen sanctísima, ¿qué tan grandes fuéron los trabajos que pasastes en esta jornada desamparando vuestra tierra, vuestra casa y vuestros dulces conoscidos y parientes, y caminando á tierras extrañas, y tierras de idólatras é infieles, con ese tan delicado Niño en vuestros brazos, donde ni teníades casa, ni abrigo, ni hacienda para servirlo? Si entre vuestros naturales no hallastes mas que un establo y un pesebre para el nascimiento del Niño ¿qué hallaríades entre infieles, bárbaros y extraños? ¿Dónde aportaríades? ¿Quién os acogería? Quién usaria con vos de caridad, donde reinaba la infidelidad? Y sobre todo esto, ¿qué sentiria vuestro piadoso corazon, morando en tierra de infieles, viendo allí tan desterrado y muerto el conoscimiento de Dios, y tan vivo el culto y servicio de los demonios? Si del sancto Lot se dice (*g*) que moraba entre aquellos que atormentaban el ánima del justo con sus malas obras; y si del apóstol Sant Pablo se lee (*h*) que se afligia su espíritu viendo la ciudad de Aténas dada al culto de los ídolos, ¿qué sentiríades vos, que cuanto mayor gracia teníades, tanto mas sentíades la deshonra de Dios, y el perdimiento de tantas almas? Y tú, oh sanctísimo Niño, ¿por qué tan presto quieres comenzar á padescer trabajos? Por qué no quieres perdonar á los tiernos años desa edad?

Mas no solo este argumento, sino tambien la crueldad de Heródes nos declara la perversidad y malicia del mundo; de la cual trata copiosamente Gregorio Niseno, hermano de Sant Basilio, por estas palabras (*i*): Esta sentencia de Heródes, no solo nos descubre la extremada y nunca vista crueldad deste tiranno, sino tambien su grandísima ceguedad y locura. Porque, ¿qué era lo que

(*p*) Isai. 26. (*a*) Matt. 2. (*b*) Oseæ. 11. (*c*) Hiere. 31. (*d*) Eccl. 3.

(*e*) Psal. 136. (*f*) Philip. 3. (*g*) 2. Petr. 2. (*h*) Act. 17. (*i*) Greg. Nisen. serm. de Nativ. Domini, propè fin. tom. 1.

le movia á la matanza de tantos niños? Responderá él, que por la estrella del cielo, que los magos le dijeron que era señal de ser nascido un nuevo Rey. Pues dime, loco, si ese nuevo Rey es tan poderoso que puede alterar los cielos, luego fuera está de tu jurisdiccion. ¿Pues por qué mandaste publicar tan cruel edicto contra estos niños? ¿Qué maleficio cometieron? Qué causa te dieron para tan cruel sentencia, pues no vemos en ellos otra culpa mas que haber nascido? Y por sola esta causa hinches la ciudad de verdugos, y mandas juntar las madres con sus hijos; y es de creer que tambien los padres y los parientes se hallarian presentes á este tan doloroso espectáculo. ¿Mas qué palabras bastarán para escribir y poner ante los ojos aquella tan grande calamidad, y aquellas lágrimas y música tan confusa y lamentable de los niños, de las madres, de los padres y de los parientes, que todos lastimosamente daban voces y clamaban contra las amenazas de aquellos crueles carniceros? ¿Quién podrá con palabras representar de la manera que estaba el verdugo del niño, con el espada desenvainada en la mano, con los ojos sangrientos y encarnizados, y con palabras furiosas, tirando con la una mano el niño hácia sí, y con la otra levantando el espada para herirle: y por otra parte, cómo la triste madre tiraba el niño para sí, poniendo sus cervices al golpe del espada por no ver con sus ojos despedazar sus entrañas? Quién declarará el sentimiento de los padres, los ruegos, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos; pues todas estas cosas juntas concurrian en un mismo tiempo? Quién tendrá lágrimas para llorar tantas figuras y maneras de calamidades, y los dolores de las madres, considerando cómo el miserable niño por una parte estaba mamando á los pechos, y por otra recebia el golpe del espada que lo atravesaba de parte á parte; y cómo la miserable madre, por un cabo daba la teta al niño, y por otra recebia en su seno la sangre dél? Y muchas veces acaesceria que el cruel verdugo, errando el golpe traspasase juntamente la madre y el hijo con la mesma estocada, y así se juntaria en uno la sangre de ambos. Y porque la cruel sentencia del tiranno mandaba matar todos los niños de dos años abajo, acaesceria tambien en este tiempo tener una madre dos hijos, en lo cual se me representa otro espectáculo mas triste que el pasado; que es ver dos carniceros par de una sola madre; el uno tirando por el hijo mayor, y el otro por el menor que estaba mamando. Pues, ¿cual sería el sentimiento de la miserable madre que en esto se viese, partiéndole el corazon por medio, y poniéndola en dubda á cual de los dos verdugos acudiria, pues ambos tiraban los niños, uno por la una parte y otro por otra, oyendo al uno dar voces y llorar, y al otro tartamudeando llamar con lágrimas á su madre, y pedirle socorro? ¿Pues la pobre madre qué haria? ¿Adónde iria? Adónde se volveria? ¿A cuál de los clamores responderia? ¿Y cuál de las muertes primero lloraria? Pues igualmente la apretaban los estímulos y amor de naturaleza. Hasta aquí son palabras de Gregorio Niseno, las cuales quise referir aquí tan por extenso, para que por aquí se vea hasta adónde llega la malicia del corazon humano, y señaladamente hasta dónde llega el desordenado apetito de la honra y de la propria excelencia; para lo cual pon los ojos en este hecho, y mira lo que este malvado rey intentó por conservarse en la honra y estado que tenia. ¿Qué mayor crueldad, qué mayor fiereza, que derramar tanta sangre, despedazar tantos niños, lastimar tantas madres, dejar tantos padres sin hijos, y tantas casas sin herederos, por asegurar siete años de reinado? ¡Oh ciega maldad, oh invidia loca (dice Sant Leon Papa) que piensas de perturbar con tu furor el consejo divino! Mira que el Señor del mundo no busca el reino temporal, pues viene á dar el eterno. ¿Para qué pues intentas pervertir la órden incommutable de las cosas que tiene Dios asentadas? Para qué quieres tú tomar la mano, y anticipar la maldad de otro? La muerte de Cristo no es para este tiempo. Primero se ha de ordenar el Evangelio, primero se ha de predicar el reino de Dios, primero se han de curar los enfermos, primero se han de hacer los milagros.

Mira pues en qué extremo de males despeñó la soberbia y el amor del señorío á este malaventurado, pues no solo le hizo mas cruel que todas las fieras, sino tambien el mas loco de todos los locos. Esta es pues, hermano mio, la miseria del corazon humano; esta es la naturaleza del amor desordenado de sí mesmo; hasta aquí llega el amor de la propria excelencia, y hasta aquí has de creer tú tambien de tí que llegarias, si tuvieras la mesma causa, ó si no fueses prevenido con la divina gracia.

Mas sobre todo esto es mucho de considerar la grandeza de la divina bondad, que en la gloria destos niños resplandesce. ¿Qué mayor bondad y largueza que aceptar Dios, no solo por sacrificio, sino por martirio, una muerte padescida, no por voluntad, sino por necesidad; donde no hubo querer, sino fuerza; donde no hubo merescimiento, sino acaescimiento; donde no hubo corazon de mártir, aunque habia cuerpo de mártir; donde no hubo devocion en el que moria, sino crueldad en el que mataba; y donde finalmente habia cuchillo de tiranno, y no habia espíritu de mártir? Mas todo esto que faltaba suplió la divina gracia, la cual mudó los desastres en coronas, y los acaescimientos en merescimientos. Porque no es mayor la malicia de Heródes, que la bondad de Dios; y si aquella maldad se extendió á dar pena sin culpa, no es mucho que esta bondad se extienda á dar corona sin merescimiento. Mira pues, desconfiado, mira, pusilánime y escrupuloso, que por cada niñería piensas ser condenado, cuánto mejor Dios tienes de lo que pensabas, cuán amador de los hombres, cuán deseoso de su salud, cuán amigo de dar su gloria; pues tales ocasiones busca para darla, y con tales servicios se contenta. Si (como dijo un filósofo) el liberal á veces busca achaques para hacer mercedes, ¿cuánto mas hará esto aquel que sobre todas sus virtudes es alabado de misericordioso y liberal? No es lo que á este Señor agrada el cuerpo solo de las obras, sino el espíritu con que se hacen (que es la buena voluntad); mas el que tanta hambre tiene de nuestro bien, contentóse en estos niños con lo que halló, supliendo con su gracia lo que faltaba, y añadiendo con su bondad lo que no habia en la edad. ¡Oh bienaventurados niños, dichosamente nascidos, pero mas dichosamente muertos! Mueren (dice Eusebio Emiseno) por Cristo los niños; por la justicia muere la innocencia. ¡Cuán dichosa edad, que aun no puede hallar á Cristo, y ya merece morir por Cristo; y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasion! Cuán dichosamente nascieron; pues á la primera entrada del nascimiento les salió á

recebir la vida eterna! Hallaron luego al principio de la vida el fin de la vida; mas con el mismo fin de la vida compraron el principio de la eternidad. No parescen aun maduros para la muerte, mas dichosamente mueren para la vida; apénas habian probado la presente, y ya reciben la venidera; apénas los habian puesto en las cunas, y ya reciben las coronas; son arrebatados de los brazos de sus madres, y de ahí son llevados á los coros de los ángeles.

CAPITULO X.

De cómo se perdió el niño Jesus de edad de doce años.

Entre los misterios de la infancia y niñez del Salvador, es muy dulce de contemplar cómo se perdió el niño Jesus en el templo: donde muchas veces acaescerá que buscando con la Madre el hijo perdido, cobren y hallen los perdidos. Pues para esto es de saber que mandaba Dios en la ley, que tres veces en el año paresciesen delante dél todos los hijos varones. Y por esto la sacratísima Vírgen, como persona de tanta obediencia, llevaba aquel sancto Niño á Hierusalem, á presentarlo delante Dios en el templo, y cumplir aquella ley (*a*). Pues siendo el Niño de doce años (que es el mas florido y mas gracioso tercio de la vida) subió con él á Hierusalem; y como el sancto Niño les desaparesciese, y despues de buscado entre los parientes y conoscidos no se hallase, volviéronse otra vez á Hierusalem, y rodearon toda la ciudad y todas las plazas y lugares della, preguntando á todos los que encontraban, por el Niño. Nadie les sabía dar razon de lo que preguntaban. Pasáronse en esto tres dias y tres noches, en que la sacratísima Vírgen ni dormiria, ni reposaria, viendo que le habia faltado su tesoro, y temiendo aun mayores peligros. Porque como tanta parte de la vida se le hobiese pasado en huidas y sobresaltos, y agora viese que el Niño, que tan doméstico y obediente era, le habia desaparecido, eran tan grandes los temores y dolores desta ausencia, que no hay lengua que los pueda explicar. Y está muy clara la razon. Porque el dolor y todos los otros sentimientos fúndanse en amor; y así cuanto el amor es mayor, tanto es mayor el temor y el dolor, con todos los otros afectos y accidentes del amor. Pues ¿quién podrá explicar la grandeza del amor que la sacratísima Vírgen tenia á su Hijo? Porque este fué el mayor de cuantos amores ninguna pura criatura ha tenido en el mundo, ni tendrá jamas. Y este amor cada dia crescia con los continuos actos de virtudes, merescedoras de mayor gracia y amor. Pues si los rios cuando llegan á la mar (por muy pequeños que sean) entran muy poderosos por las muchas acogidas de agua que toman, ¿cuál estaria entónces este amor, que al principio era tan grande, á cabo de tantos años de crescimientos, con tan grandes avenidas y crescientes de amor? Pues si tan grande era el amor deste tesoro, ¿cuál sería el dolor de haberlo perdido, pues tan grande es el dolor como el amor? No hay palabras que esto puedan explicar. Mas porque de la grandeza del amor y el dolor desta Vírgen tratamos bastantemente en el *Vita Cristi* del Memorial, no dirémos mas en este lugar.

Pues queriendo el Espíritu Sancto dar fin á este martirio de la Vírgen, ordenó que fuese á buscar al Hijo en su proprio lugar, que es el templo y casa de Dios. Porque comun cosa es hallarse lo que se busca en su proprio lugar. Y pues el templo es lugar de Dios, en él es razon que se busque, y ahí se hallará. El templo es casa de oracion, y ahí es cierto que se halla á Dios. Y por esto, cuando tú, hermano, te hallares triste, desconsolado, distraido, tibio, seco y sin una centella de devocion, entra en este templo, persevera en la oracion, que si fielmente y húmilmente perseverares en ella, sin dubda hallarás á Dios, y el indicio de lo haber hallado, será la devocion, y la suavidad, y el esfuerzo y alegría que allí recebirás.

Pues cuando la sacratísima Vírgen alzó los ojos, y vió aquella luz que tanto deseaba; cuando la piadosa mujer, trastornada toda la ciudad, halló la pieza de oro que habia perdido, ¿quién podrá explicar el alegría que recebió? Si tan grande fué la tristeza de perderla, ¿cuál sería el alegría de hallarla? Quedáronse las mesmas lágrimas en sus ojos, mas mudóse la causa dellas; porque ántes eran lágrimas de tristeza, agora lágrimas de alegría. Hermosa es la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulacion, dice el Sabio (*b*), como la sombra en el estío, como el agua fria en la sed, como la serenidad despues de los nublados escuros. Pues ¿qué tal sería aquella misericordia y aquella luz despues de las tinieblas de tanta tristeza? Llegóse la Madre donde estaba el Hijo, no aguardó á que se acabase la disputa, no se empachó de tanta gente como allí estaba; entra por medio de todos, y no pára hasta llegar á su amado. Mas ¿de qué manera le halló? Asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos. No era todo hablar, ni todo oir, sino á veces oia con paciencia, y á veces preguntaba con discrecion; y era tan grande la cordura que tenia en lo uno y en lo otro (mayormente en las respuestas), que todos estaban suspensos y atónitos de ver en aquella tan tierna edad, tan grande seso, tan grande sabiduría, tanta elocuencia, tanto reposo, tanta gravedad, tanta prudencia y tantas maravillas como en aquel divino rostro, en aquellos ojos y aquellas palabras resplandescian. Porque aunque allí no veian por de fuera mas que figura de hombre, todavía parescia haber allí otra cosa mas que humana. Porque así como muchas veces la agudeza de los ingenios, y la mansedumbre de los corazones resplandesce en los rostros y en los ojos (que son como intérpretes y testigos del ánimo), así aquella divinidad soberana, que en aquel pequeño cuerpo estaba encerrada, echaba sus rayos á fuera, y descubria algo de lo que dentro se escondia; como vemos en el sol, que aunque esté cubierto con alguna nube, todavía descubre algo de su resplandor. Por esto con mucha razon se maravillaban los que presentes estaban, y entre sí decian: ¿Qué es esto? Qué niño es este? Qué novedad es esta? Qué sabiduría es esta en tales años? Cuyo hijo es este niño? ¿Dónde pudo saber tanto en tan poco tiempo? ¿De qué tierra es? ¿Dónde ha estado hasta agora encerrado este tesoro? Estas y otras cosas semejantes dirian aquellos hombres.

Pues como la sanctísima Vírgen hallase al Hijo en esta disposision, dice el Evangelista que se llegó á él, y le dijo: Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así? Mirad que vuestro padre y yo, con dolor os andamos buscando. Respóndele el Hijo: ¿Para qué me buscábades? No sabíades que en estos negocios que son de mi Padre, me

(*a*) Deut. 16.

(*b*) Eccl. 35.

convenía á mí estar? Aspera respuesta paresce esta de hijo á madre; mas en esto se nos da ejemplo de la gravedad y entereza que debemos tener para con nuestros padres, cuando nos fueren impedimento para las cosas de Dios; aunque en lo demas deban ser acatados y obedescidos. Y el mismo Señor que nos enseñó lo uno, nos enseñó lo otro. Porque luego dice el Evangelista (*c*) que se fué con ellos, y que les era obediente en todo lo que le mandaban. ¡Oh palabra de grande admiracion! Era (dice) súbdito á ellos. ¿Quién á quién? dice Sant Bernardo (*d*). Dios á los hombres. Dios (digo) cuyos súbditos son los ángeles, á quien obedescen los principados y potestades, obedesce á María; y no solo á María, sino tambien á Josef por amor de María. Maravillate de ambas cosas, y escoge de qué mas te debas maravillar, ó de la grandísima humildad del Hijo, ó de la grandísima dignidad de la Madre; porque lo uno y lo otro es cosa de grande admiracion. Que Dios se subjecte á una mujer, humildad es sin ejemplo; y que una mujer tenga mando sobre Dios, dignidad es sin comparacion. Entre las alabanzas de las vírgines señaladamente se canta que siguen al Cordero por do quiera que va. Pues si tan grande gloria es seguir al Cordero, ¿cuánto mayor será ir delante dél? Aprehende, hombre, á obedescer; aprehende, tierra, á subjectarte; aprehende, polvo, á hacer lo que te mandan. ¿Dios se humilla, y tú te ensalzas? Dios se subjecta á los hombres, y tú, deseando señorear, te antepones á tu Hacedor? Porque ciertamente, cuantas veces deseo mandar á los otros, tantas procuro anteponerme á Dios. Si por ser hombre te desdeñas de imitar el ejemplo de otro hombre, no te desdeñes de imitar siquiera el de tu Hacedor. Si no lo puedes seguir por do quier que va, á lo ménos síguele adonde por tí descendió. Esto es, si no puedes subir á la alta senda de la virginidad, á lo ménos sigue á Dios por el segurísimo camino de la humildad, del cual si se apartaren las vírgines, sin dubda ya no siguen al Cordero por do quiera que va. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

Mas no solo de humildad, mas tambien de obediencia tenemos aquí maravilloso ejemplo. Porque ¿quién á quién se desdeñará ya de obedescer, pues el Señor de los ángeles vino á obedescer á los hombres? Si todo el saber de Dios, y todo el poder, y toda la majestad así se subjecta, y así obedesce, y así acude donde le mandan una mujer y un pobre oficial, ¿cómo no se confunden los presumptuosos, y los puntosos, y los que andan midiendo, como con un compas, las cortesías y reverencias? Si aquí el cielo se pone debajo de la tierra, ¿cómo la tierra se quiere subir sobre los cielos, y se desdeña de hacer lo que hace Dios?

§. I.

De la causa por qué el Niño se apartó de su Madre.

Mas entre otras muchas cosas que hay que considerar en este paso, una de las principales es saber por qué el Señor permitió que esta innocentísima Vírgen padesciese un tan grave dolor, como fué el que por espacio destos tres dias y noches padesció. ¿Por qué, Señor, consentistes que una Vírgen tan pura y tan ajena de culpa padesciese tan grande pena, pues la pena se hizo para castigo de la culpa? Bastara, Señor, aquel cuchillo que atravesó su ánima con las palabras de Simeon, las cuales quisistes que tan temprano oyesen sus oídos, para que toda la vida le fuese un martirio de temor y de dolor, y para que nunca tuviese gozo tan puro, que no se aguase con el sobresalto y memoria de aquellas palabras. Bastaba el sobresalto de aquella temerosa noche en que huyó á Egipto, y los siete años de destierro que allí padesció entre idólatras infieles. ¿Por qué quereis agora renovar todos los dolores pasados, quitando al Hijo de la presencia de la Madre, en tiempo que reinaba el hijo de Heródes, Arquelao, heredero de la ambicion y tiranía de su padre; por cuya causa huyó otra vez de Judea á Galilea por revelacion del Angel? ¿Qué es esto, Señor? ¿Toda la vida se le ha de pasar á esta innocente Vírgen en lágrimas y en gemidos? ¿Por qué usais de tan grande severidad con persona que tanto amais?

Muchas causas habria cierto para esto; porque si Dios tanta cuenta tiene con todos los cabellos de los suyos (*e*): ¿cuánta tendria con los trabajos desta Vírgen, que fué mas suya que ninguna otra pura criatura, pues no fué sola sierva suya, como todos, sino madre suya, como nadie? Mas todas estas causas se reducen á dos: conviene saber, gloria de la Vírgen, y provecho del hombre.

Porque (cuanto á lo primero) sabida cosa es que no hay mayor gloria ni mayor merescimiento en este mundo, que padescer trabajos y dolores por amor de Dios. Porque ninguna cosa hay que mas agrade á Dios entre todas las virtudes, que el amor; y como haya muchos grados y pruebas deste amor, aquel es mas fino, mas probado y mas excelente, que llega á padescer de buena voluntad trabajos por el amado. Y por esto el apóstol Sant Pablo se gloriaba tanto en las tribulaciones (*f*); y por esto el apóstol Sanctiago quiere que tengamos toda la alegría y contentamiento en ellas (*g*); porque por ellas se ejercita la paciencia, que es la obra mas perfecta, y que mas perfectamente descubre la fineza del amor de Dios. Por donde Sant Pablo (*h*), queriendo probar á los de Corinto que era apóstol de Cristo, trae por argumento los milagros que hacia en su nombre, y la paciencia que tenia en los trabajos que padescia por él. Pues si tanta gloria es padescer trabajos por Dios, no era razon que esta Vírgen, que fué la mas sancta de las sanctas, y la mas perfecta de las perfectas, caresciese desta gloria; sino que ántes, así como fué la mayor de todos en perfeccion, así se aventajase sobre todos en la cruz y paciencia de los trabajos. Esta pues fué la primera causa deste dolor, que sirve para gloria y honra de la Vírgen.

Hay otros dos tambien que sirven para consolacion y provecho nuestro. Porque quisó el Padre eterno que esta Vírgen fuese tambien en su manera, como el Hijo, medianera y abogada de los hombres. Por donde así como el Hijo, segun dice el Apóstol (*i*), convenía que fuese participante de nuestras fatigas y dolores, para que fuese fiel y misericordioso Pontífice y abogado de los hombres, y que supiese, no solo por teórica, como Dios, sino por experiencia, como hombre pasible, qué cosa eran trabajos y dolores, para que así estuviésemos mas ciertos de su compasion y misericordia (como de consorte y compañero de nuestras miserias); así tambien convenía que la Vírgen (pues la encaminaba Dios para este efecto) supiese tambien por experiencia, de todas estas angustias y miserias: para que estuviésemos mas

(*c*) Luc. 2. (*d*) Bernard. sup. Missus est. Homil. 1. propè finem.

(*e*) Luc. 12. et 21. (*f*) 2. Cor. 12. (*g*) Jacob. 1. (*h*) 2. Cor. 12. (*i*) Hebr. 4.

ciertos, que como mujer de dolores y madre de misericordia, sabria compadecerse de los miserables, y hacer oficio de fiel medianera y abogada por ellos. En lo cual paresce cuán grande fué la piedad y misericordia de Dios para con los hombres, pues para consolar á ellos consintió que fuese lastimada esta tan amada esposa suya, con este cuchillo de dolor.

Esta consideracion sirve tambien para consuelo de aquellos á quien Dios muchas veces espiritualmente desaparesce, privándolos de las consolaciones espirituales y del alegría de su presencia, y destetándolos á tiempos de aquella dulce leche que beben de sus pechos. Porque muchos, cuando esto les falta, piensan que todo está ya perdido, y que los tiene Dios despedidos de su amistad y gracia, y con esto caen en tentaciones de pusilanimidad, tristeza y desconfianza, con que pierden aquella fortaleza y vigor de ánimo que es necesaria para andar por el camino de Dios. Pues para consuelo destos apénas hay cosa que mas ayude, que considerar la innocencia desta Vírgen y la ausencia deste Niño. Porque si con tan grande innocencia se compadesció ausencia de tanto dolor, no es mucho que se haga con los siervos lo que se hizo con la señora. Y aunque esto muchas veces proceda de nuestra negligencia (por no poner tanto recaudo en conservar la gracia de la devocion con la memoria continua de nuestro Señor); pero muchas veces acaesce sin culpa, por sola voluntad y dispensacion divina, como á esta Vírgen acaesció.

Y dado caso que muchas veces acaezca esto sin culpa, mas nunca jamas acaesce sin causa. Y la causa no es otra que gloria de Dios y provecho del hombre. Porque por aquí se ve claro, que pues el hombre no tiene en su mano esta alegría espiritual, ni la alcanza cuando la procura, entienda que no es aquella tanto obra suya, cuanto misericordia divina. De donde procede que por mucho que Dios le consuele, y le regale, y levante sobre las nubes, se quede en su propria estimacion tan bajo y tan sin presumpcion, como si nada tuviera; pues aquello que tiene no es proprio, sino ajeno, como una vestidura prestada á cierto tiempo, hasta que su dueño se la pida.

Tambien esto sirve (como dice Sant Buenaventura) de una agua fuerte, y como de un recio purgatorio para limpiar y purificar las ánimas de los justos. Porque cuanto estos han gustado y conoscido mas por experiencia la dignidad y suavidad desta salutacion celestial, tanto mas sienten la falta della. La cual llevada con humildad, y paciencia, y hacimiento de gracias, es uno de los agradables sacrificios que se ofrescen á Dios. Porque esto es en espíritu sacrificar á Isaac, que quiere decir alegría, cuando el hombre huelga por amor y obediencia de Dios carescer deste fructo del Espíritu Sancto. Por donde así como la lima hace el hierro muy hermoso, limando y gastando todo el orin que tiene por defuera, así la lima espiritual desta tribulacion gasta todo el orin de nuestros pecados, y deja al ánima pura y limpia de toda fealdad. Estas pues son las causas por donde el Señor permite este trago de su ausencia en sus escogidos, para que por él gocen de todos estos provechos, y por esto lo permitó en su innocentísima Madre, para que con el ejemplo della se consolasen en este trabajo, teniéndola por compañera de su dolor.

Otras causas hay tambien deste desamparo de Dios, de las cuales se trata copiosamente en la segunda parte del libro de la Oracion y Meditacion.

§. II.

Aquí se trata de la manera que el ánima devota ha de buscar al niño Jesus despues de perdido.

Mas porque despues de perdido espiritualmente el niño Jesus, conviene buscarlo con la sancta Vírgen, y no descansar hasta hallarlo; cómo esto se haya de hacer, y con cuánto fervor y diligencia se debe buscar, la Esposa nos lo enseña en el libro de Cantares (*k*). La cual, viéndose ausente del Esposo, le da voces, y pide que vuelva á gran priesa, diciendo: Vuélvete, amado mio, con la lijereza del gamo y de la cabra montés, cuando corren por los montes de Betel. Esta voz, dice Sant Bernardo sobre este paso (*l*), es un continuo deseo que el ánima religiosa tiene de la vuelta del Esposo. Y cuál sea el ánima que meresce este nombre de Esposa, decláralo el mismo sancto por estas palabras (*m*): Dame un ánima á quien este Esposo muchas veces espiritualmente visite, á quien la familiaridad de la conversacion haya dado atrevimiento, y el gusto de la suavidad hambre, y el menosprecio de todas las cosas quietud y ocio para emplearse toda en Dios; y á esta tal pondré yo luego esta voz y este nombre de Esposa, y esta es la que llama y da priesa porque vuelva. Mas como el Esposo no luego acudió á esta voz, cresciendo con esta dilacion el deseo, aparéjase á buscarle con toda diligencia. Y buscóle primero en su camilla (*n*), que es en el lugar acostumbrado del recogimiento, y como no le halló, levántase de ahí, y cerca toda la ciudad, y corre por todas las plazas y lugares, y no le halla (*o*). Pregunta otrosí á todos los que por el camino encuentra, y ninguno le da nuevas dél. Pues ¿qué deseo, qué ardor es este, que hace á la Esposa levantarse de noche, y no tener empacho de parescer en público, y correr por toda la ciudad, y preguntar públicamente y á cada paso por el amado, y no desistir desta demanda por ningnna via, ni por la dificultad del trabajo, ni por perder el tiempo del sueño, ni por la vergüenza de esposa, ni por los temores de la noche? Pues ¿qué nos representa este tan grande ardor y diligencia, sino el fervor y cuidado con que el ánima que meresce nombre de Esposa de Cristo, le busca cuando siente que está ausente? Porque ve que esta ausencia (como dice el mismo Sancto) es criadora de tristeza y hastío espiritual, causadora de sospechas, estímulo de impaciencia, madrastra de la caridad y madre de la desconfianza. Por lo cual no sin causa la Esposa trabaja, porfía, busca, persevèra y sospira por la presencia del amado.

Mas es agora de ver adónde lo ha de buscar para que lo halle. Tres lugares señala Sant Buenaventura, donde el ánima devota y religiosa halla á este Señor, y en estos quiere él que lo busquemos, y así dice él (*p*): Buscad á este Señor con la Esposa en el huerto de sus deleites, donde anda y pasea con las doncellas (que son las ánimas devotas); donde coge lirios con las vírgines, donde come el fructo de sus manzanas (que son las buenas obras) con las ánimas aprovechadas. Buscaldo tambien en la casa de los vinos preciosos (*q*), que embriagan las ánimas, donde tiene aparejada la cena, á la cual solamente convida las ánimas puras y limpias que siguen al

(*k*) Cant. 2. (*l*) Bernard. sup. Cant. serm. 74. (*m*) Ibidem.
(*n*) Idem. serm. 75. (*o*) Cant. 3. (*p*) Cant. 5. (*q*) Cant. 2.

Cordero por do quiera que va. En la cual cena él se ciñe, y las hace asentar á la mesa, y personalmente asistiendo les administra diversos manjares, así de su altísima y sacratísima divinidad, como de su dulcísima y sanctísima humanidad. Porque en este convite beben los amigos, y son embriagados los muy familiares amigos (*r*). Buscaldo tambien en la recámara de su palacio sagrado, donde reposa con la Esposa celestial (*s*), donde duerme al mediodía, cuando con el resplandor de la luz eterna alumbra las ánimas, y con el ardor de la caridad las inflamma en su amor. En este lugar inspira en los oídos de la Esposa los secretos de su profunda sabiduría, y en este le hace mercedes conformes á su inestimable magnificencia. Aquí la regala, y la consuela, y le dice: Pídeme lo que quisieres, y dársete ha. Aquí se oyen tales y tan grandes maravillas, que se entienden, mas no se hablan, ó porque no se pueden explicar, ó porque los hombres que aun viven como hombres, no las pueden entender. ¡Oh dichosos los que hallan á Jesus en esta recámara secreta, y los que tienen ya licencia para entrar en este retrete! Oh cuán pocos son los que le hallan en el huerto de sus deleites, y ménos los que le hallan en la casa de los vinos preciosos, y mucho ménos los que pueden entrar en esta secreta recámara! Mas el reposo y sueño espiritual del ánima que por aquí ha entrado, defiende y guarda el Esposo, diciendo (*t*): Conjúroos, hijas de Hierusalem, que no desperteis, ni hagais velar á la amada, hasta que ella quiera despertar. Y por tanto los que aun tomais gusto en las cosas de la tierra y tratais negocios temporales, contentaos con que despues de haber buscado diligentemente á Jesus, le halleis con los Reyes en el pesebre. Porque vuestra consciencia por ventura no está aun hecha verjel de deleites, donde florescen las devotas meditaciones, donde dan olor de sí las obras virtuosas, y donde se gustan las sanctas afecciones.

Mas si por la piedad y misericordia grande deste Señor, despues de muchas lágrimas y gemidos, y despues de arredrados de los tratos y negocios del siglo, vistes al Esposo por un breve espacio en el huerto de sus deleites; ó (por mejor decir) llegando hasta las puertas de la casa de los vinos, vistes por entre los resquicios de la puerta al Esposo adornado y ceñido, pasando, y ministrando, y ofresciendo á sus amigos diversos vinos y manjares de deleites; y despedidos por los porteros deste lugar, volvistes á los acostumbrados negocios del mundo; más compungidos despues, y acordándoos de aquella alegría espiritual que experimentastes en el huerto de los deleites, y de aquella gloriosa fiesta y convite que como dende léjos por los agujeros de la puerta vistes en la casa de los vinos (donde por un breve espacio gozastes de una tan grande alegría, que sobrepuja todas las alegrías del mundo); en tal caso buscad con la sacratísima Vírgen al niño Jesus perdido en el templo; y buscaldo como ella lo buscó, con dolor, con tristeza, con gemidos y llanto. Y andando en busca dél, decid en vuestro corazon: ¡Oh, cuándo te hallarémos, consolador á quien esperamos; cuando te hallarémos, alegría nuestra, que deseamos! Oh, si nuestra ánima pudiese agora volver siquiera una vez, si no á los brazos y consolaciones del Esposo, á lo ménos á las puertas del verjel de los deleites y de la casa de los vinos, donde se siente el olor suavísimo de-

(*r*) Cant. 5. (*s*) Cant. 2. (*t*) Cant. 3.

llos! ¡Miserable de mí, que dejé en el templo al amantísimo Jesus, cuando saliendo de ahí me volví á los tratos y negocios del mundo! ¡Oh miserable de mí, desamparada y llena de desconsolacion y vergüenza! ¿Por qué no obedescí á sus consejos? Por qué no perseveré en la obediencia de sus palabras, pues en el tiempo que yo gocé de su presencia y de su alegría, todas las cosas me sucedian bien, y cuando yo á él tenia, todas las cosas me sobraban? Mas, ¡oh miserable de mí! que por la pobreza de las cosas del mundo, perdí las verdaderas riquezas; por la aspereza de sus trabajos, perdí los deleites del cielo; por los cuidados y congojas desta vida, perdí el reposo de mi ánima y la dulzura del espíritu; por los negocios ajenos, olvidé á mí mesmo, y por regir á los hombres, olvidé á mi Dios, mi amado, mi consolador y mi dulcísimo Jesus. Pues ¿qué haré, adónde iré, dónde lo buscaré para que otra vez le halle?

(1) Algunas veces me ha acontescido perder por estos cuidados á mi Señor; mas luego, ayudándome el clementísimo Padre de misericordia, en cuya viña trabajo, á cuya voluntad por consejo de mis mayores obedezco, por cuya gloria muchas veces me privo de sus consolaciones, por ocupar el corazon en sus negocios, y por cuya honra me pongo á diversos trabajos; mas todavía, ayudándome (como dije) su acostumbrada piedad, despues de perdido, buscándolo con grandes gemidos y lágrimas, entre ellas mesmas lo hallé con grande alegría de mi corazon. ¡Oh si agora otra vez lo hallase desta manera! Paréseme que nunca lo dejaria, sino que con todas mis fuerzas lo tendria. Pues ¿qué haré? Levantarme he, y buscaré al que ama mi ánima, y despues de acabados los negocios y cuidados, llegarme he al lugar de la oracion. Y si esto no me bastare, buscarlo he con la Vírgen entre los parientes y conoscidos: esto es, entre las personas espirituales y devotas; ca en estos mora él, y en estos hace su habitacion, cuando los otros lo pierden. Estos son con quien él mora en la soledad, cuando el estruendo de las ondas y cuidados de mis pensamientos lo hacen huir de mí. Pobre de mí, que cuando yo estuve en la soledad, como aquellos, le tuve, y le poseí, y le abracé, al que agora, distraido con cuidados y ocupado en negocios, miserablemente perdí. Decidme pues agora, ¡oh vosotras ánimas religiosas, vosotras que apartadas del mundo estáis entregadas á la consideracion de las cosas divinas, si vistes por allá al que ama mi ánima! Ciertamente sé que le teneis y poseeis, y que le sentis y le gozais. Dadme agora pues por caridad lo que dando no perdeis, y comunicando no dejais. Porque si agora por la distraccion de los cuidados se entibió el fervor de la caridad, espero en la bondad del Señor que no se perdió el hábito de la caridad. Y si por las ocupaciones dejé de estar conversando familiarmente con el amado, mas confío en él que no me aparte de su amor. Y si por entender un poco en la edificacion de los prójimos no me allegué á él con todas las fuerzas de mi ánima, pero tuve deseo de volver á él. Y para confesar la verdad, no para gloria mia, sino para mover mi Señor á piedad, humildemente alego, que no por mi provecho, sino por su consejo; no por mi ambicion, sino por su gloria; no por el alabanza de la prelacía, sino por la salud de los prójimos, me entregué á los cuidados y negocios. Pues ¿por qué tengo de carescer de la presencia del

(1) Aquí habla en su persona Sant Buenaventura.

amado, por lo que con piadosa intencion y casi gimiendo hice? Muchas veces por servir al amigo se aparta el hombre del alegría de su presencia, mas esto se repara despues con el alegría comun de ambos. Desta manera yo algunas veces dejé á él por amor dél. Pues si por amplificar su gloria padescí tantos trabajos, persécuciones y contradicciones, y murmuraciones de malos, y agora vuelvo á él gimiendo y llorando, ¿por ventura tengo de carescer de su consolacion, siquiera para respirar entre tantos trabajos? Y si él en su Evangelio nos llama á sí, diciendo (*v*): Venid á mí, todos los que trabajais y estáis cargados, que yo os daré refrigerio; ¿por ventura yo, que por honra suya sufro el peso del dia y del calor (*x*), siquiera despues del trabajo no comeré de las migajas que caen de la mesa de mis señores (*y*)? Nunca Dios quiera que con solos vosotros los contemplativos more el amado, y que el labrador que trabaja sea despreciado y desechado; pues, como dice la Escriptura (*z*), conviene que el labrador algunas veces guste del fructo de la patria celestial, porque no desfallezca en el trabajo. Por donde no solo la sacratísima Vírgen gozó deste Señor; mas tambien Marta la ocupada lo tuvo muchas veces por huésped en su casa (*a*). Por tanto yo, confiando en la divina clemencia, que por tantos ejemplos de misericordia se nos decubre, unas veces buscaré con la sacratísima Vírgen á Jesus en el templo, y otras veces con la Esposa en su palacio, y otras con los sanctos Reyes en el diversorio. Todo lo susodicho es de Sant Buenaventura. Y así muchas destas sentencias sirven para consolacion é instruccion de las personas espirituales, que ó por la necesidad de la caridad, ó por la obediencia de sus mayores, dejan por un breve espacio los ejercicios del recogimiento, por acudir á las necesidades de los prójimos, ó á los negocios encomendados por sus mayores; los cuales, acabados los negocios, deben volver con aquellos sanctos animales de Ecequiel (*b*), como relámpagos, á lo interior de sus ejercicios, alegando húmilmente ante el Señor estas causas de su distraimiento, para alcanzar la gracia de su consolacion. Verdad es que nunca el siervo de Dios de tal manera se ha de entregar á los negocios que trata (por justificados que sean), que del todo pierda de vista la guia; ántes siempre debe trabajar por traer el horno de su corazon caliente, porque pueda despues fácilmente con poca leña y poco trabajo cocer su pan.

CAPITULO XI.

Del sancto Baptismo, y del proceso, ejemplos, trabajos y doctrina del Salvador.

Hasta aquí, Redemptor y Señor del mundo, habemos tratado de los principios de vuestra vida sanctísima hasta los doce años de vuestra edad. Y pues habemos contemplado las obras y trabajos de niño, justo es que tambien contemplemos los de grande; porque en estos tenemos mas que considerar. Pues cuando se llegó ya el tiempo en que habíades de comenzar á poner la mano en obras grandes, levantastes os á obrar la salud de vuestro pueblo, y alegrastes os como gigante, para correr el camino de nuestra mortalidad y pobreza (*a*). Y por enseñarnos primeramente la virtud de la humildad, de la cual habíades comenzado ántes el principio de vuestra doctrina, quisiste que la primera obra de grande, fuese tambien de humilde. Porque siendo vos Cordero de innocencia, fuistes á vuestro siervo Sant Juan, que á la sazon estaba baptizando publicanos y pecadores (*b*), y puesto en medio dellos, húmilmente le pediste que os baptizase.

Mas despues que en el baptismo sonó aquella voz del Padre que decia: Este es mi amado Hijo, en quien yo me agradé; luego sois llevado por el Espíritu Sancto al desierto, á pelear con el enemigo (*c*). Allí ayunastes, y orastes cuarenta dias, ántes que comenzásedes la predicacion del Evangelio, para enseñarnos tambien con qué género de aparejo nos habemos de apercebir, cuando quisiéremos comenzar alguna obra señalada. Allí peleastes con nuestro adversario, y vencistes á nuestro vencedor, y á él quitastes las fuerzas, y á nosotros las añadistes, para que así lo pudiésemos vencer. A todos estos encuentros os ofrecistes por nuestro amor, y ninguna cosa tuvistes por dificultosa para vos, que fuese para nosotros provechosa. No os apartó deste trabajo, ni la soledad del desierto, ni la fatiga del ayuno, ni los combates del demonio, ni la aspereza de la penitencia, ni el trabajo del orar y del velar. Siempre teníades ante los ojos las necesidades y flaquezas de vuestros miembros; y por eso, como fidelísima cabeza, trabajábades por sanarlos y proveerlos de todos los bienes con el tesoro de vuestros merescimientos; para que todo lo que faltaba á nosotros, lo tuviésemos en vos. Vos sois aquel que dijistes por vuestra boca sanctísima (*d*): Yo, Padre, sanctifico á mí por ellos, para que ellos de verdad sean sanctos; para que así como todos habíamos sido destruidos por la culpa de uno, así fuésemos sanctificados y reparados por la sanctidad y merescimiento de otro.

Despues desto, porque la lumbre divina que estaba encubierta debajo del velo de vuestra humildad, era razon que se descubriese para alumbrar los que estaban en tinieblas y sombra de muerte, comenzastes á conversar con los hombres, y á predicarles la doctrina del Evangelio. Mas ¿quién podrá agora explicar cuán maravillosamente os hubistes en esta obra, cuán piadosamente llamábades los pecadores á penitencia (*e*), cuán liberalmente los convidábades con vuestra gracia (*f*), y con cuántas promesas y amenazas procurábades de vencer su dureza (*g*)? Cuántos caminos anduvistes por toda aquella tierra, buscando ánimas (*h*); con cuánta benignidad recebíades á los que á vos venían (*i*); con cuánta misericordia perdonábades sus culpas, y sanábades sus llagas (*k*); cuán dulcemente acudíades adonde os llamaban (*l*), y cuán mansamente respondíades á los que os contradecian (*m*)? Cuán blandamente tratábades vuestros discípulos (*n*); cuán amorosamente reprehendíades su rudeza y poco saber (*o*), y cuán sin cesar dia y noche los amonestábades y encaminábades á todo bien (*p*)? No huíades de los pecadores, no teníades asco de los leprosos, no desechábades los publicanos y pecadores (*q*). A todos os dábades el que venistes para todos, sabiendo que no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos (*r*). No os cansábades ni de caminar, ni de predicar, ni de sufrir tantas contradic-

(*v*) Matt. 11. (*x*) Matt. 20. (*y*) Idem. 15. (*z*) 2. Tim. 2.
(*a*) Luc. 10. et c. (*b*) Ezech. 1. (*a*) Psal. 18.

(*b*) Matt. 3. (*c*) Matt. 4. (*d*) Joan. 17. (*e*) Matt. 9. (*f*) Idem 25. (*g*) Joan. 4. (*h*) Luc. 15. (*i*) Marc. 2. (*k*) Matt. 9. (*l*) Joan. 8. (*m*) Luc. 22. (*n*) Matt. 15. (*o*) Luc. 12. et c. (*p*) Matt. 8. (*q*) Luc. 17. (*r*) Matt. 9.

ciones. El dia dábades á los prójimos, la noche os íbades á los montes, y velábades en oracion por ellos (*s*). Estos eran vuestros maitines y fiestas, buscar en todo la salud de los hombres y la gloria de Dios. Este decíades (*t*) que era vuestro comer y vuestro beber, hacer la voluntad de vuestro Padre, y acabar la obra de nuestra redempcion, que él os habia encomendado. No os apartó desto la dificultad del negocio, no la grandeza de la deuda, no la contradiccion de los hombres, no la ingratitud de los malos, no la aspereza de los caminos, de la hambre, de la sed, del frio y del calor, con todos los otros males; ántes, como á otro Jacob (*v*), os parescia poco esto por la grandeza del amor que teníades á vuestra Esposa la Iglesia. ¡Oh fidelísimo pastor, y cuán bien mirastes por la hacienda del Padre (*x*), y cuántos trabajos padescistes en guardarla! Dia y noche velábades sobre ella (*y*), y huía el sueño de vuestros ojos; y todo lo que el lobo habia llevado, pagastes vos con las septenas.

§. I.

De la doctrina y predicacion del Salvador.

Esto se ha dicho generalmente de la vida de nuestro Salvador. Mas para mayor luz y conoscimiento della, será bien tratar mas en particular de la excelencia de su doctrina, de los ejemplos admirables de sus virtudes, y de los trabajos de su vida sanctísima.

Cuanto á lo primero, una de las consideraciones mas cuotidianas del verdadero cristiano, habia de ser la ley de Dios, y la doctrina de sus sanctos mandamientos. Por donde entre las alabanzas del varon justo, una de las principales es que pensará en la ley del Señor dia y noche (*z*). Y el profeta David en sus salmos á cada paso se gloría del amor que tenia á esta sancta ley (*a*), y cómo todo el dia tenia su pensamiento en ella, y cómo esta consideracion le era mas dulce que el panar y la miel (*b*). Pues si tan dulce cosa era á este sancto considerar las palabras y mandamientos de aquella antigua ley, ¿cuánto mas dulce será considerar los del Evangelio? Aquellos mandamientos en mucha parte eran corporales, estos por la mayor parte son espirituales; aquellos temporales, estos eternos; aquella era ley de siervos, esta de hijos; aquella fué dada por manos de los hombres, aunque sanctos hombres, esta por mano del mismo Verbo eterno, y sabiduría de Dios. Por donde por la excelencia del dador de la ley, se puede conoscer la excelencia de la ley. Porque para este Señor se guardaba el mejor vino del convite; el cual habia de convertir el agua fria de la ley, en el dulce y precioso vino del Evangelio.

De suerte que como un solo Dios sea el autor de la gracia y de la naturaleza, por el mismo órden que procede en las obras de naturaleza, procede comunmente en las de la gracia, que es, levantando siempre las cosas de ménos á mas, esto es, de ménos perfecto á mas perfecto. El pintor primero debuja la imágen groseramente con un carbon, y despues la perfecciona con todos sus matices y colores. La naturaleza primero informa el cuerpo del niño en el vientre de su madre con una forma de planta, y despues le infunde la forma de hombre. Pues por estos mismos términos procedió el autor de la gracia, que primero dió al mundo, cuando estaba grosero y rudo, una ley por la mayor parte corporal, y despues de informado ya con esta, le dió ley espiritual. Primero le debujó, como con un perfil, una imperfecta imágen de justicia en la ley, y despues añadió en el Evangelio todos los colores y matices que faltaban para la perfeccion desta imágen. Cuando un hombre tiene muy enmarañados los cabellos, por haber mucho tiempo que no entró peine en ellos, no luego se peina con los dientes agudos del peine, sino con los mas gruesos, y esto hecho, luego puede fácilmente usar de los agudos, con que queda mejor peinado. Pues como el mundo estaba tan desgreñado, por haber tantos mil años que no habia entrado el peine de la ley en él, porque no la habia, no convenía que luego de primera instancia quisiese Dios meter en aquella melena tan crespa el peine menudo y delicado del Evangelio, hasta que primero entrase el mas grosero de la ley.

Y por tanto el que ha pasado por la ley al Evangelio, el que desea y sospira para la perfeccion de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo, y el que quiere ser perfecto, como su Padre que está en los cielos lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio, y en todos los consejos y palabras de Cristo; porque aquí hallará toda la perfeccion que se puede desear. Y no es menester para esto gastar mucho tiempo, ni revolver muchos libros, porque en solas ocho palabras de Sant Mateo está summada muy gran parte desta perfeccion. Si no, párate á considerar atentamente aquellas ocho bienaventuranzas de Cristo (*c*), aquella pobreza voluntaria, que de un golpe corta la raiz de todos los pecados, y cuidados, y trabajos, y negocios del mundo, que es la cobdicia; aquella mansedumbre de corderos, que excusa todos los odios, y iras, y contiendas de los hombres; aquellas piadosas lágrimas con que el ánima es otra vez baptizada, refrigerada y regada, para que dé fructo de vida eterna; aquella hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia, y las flores que preceden al fructo de las virtudes; aquella misericordia que proveyendo á las necesidades ajenas, remedia las suyas, y asegura para el tiempo del menester la divina misericordia; aquella limpieza de corazon, donde resplandescen los rayos de la divina luz, como en un espejo muy claro; aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios, é imitador de aquella infinita bondad y caridad para con los hombres; y sobre todo, aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo, y lo constituye en aquella region de paz y tranquilidad, adonde no llegan las peregrinas impresiones y nublados deste siglo tempestuoso, y de donde ve, como debajo de sus piés, todas la nieblas y torbellinos del mundo. Pues quien quiera que todas estas virtudes atentamente considerare, verá en estas ocho bienaventuranzas resumida la mayor parte de la perfeccion evangélica. Entre las cuales la primera y la postrera son tan hermanas, que á ambas se promete un mismo galardon, y á ambas luego de presente: como quiera que á todas las otras se prometa en el tiempo venidero. Por donde dice Sant Bernardo (*b*) que son grandes las alas de la pobreza, pues tan presto suben al hombre de la tierra al cielo, y lo hacen señor y poseedor de

(*s*) Luc. 6. (*t*) Joan. 4. (*v*) Gen. 29. (*x*) Joan. 10. et 17.
(*y*) Luc. 6. (*z*) Psalm. 1. (*a*) Psalm. 118. (*b*) Psalm. 18.
(*c*) Matt. 5. (*d*) Bernard. serm. 4. de Advent. Dom.

aquella tan esclarecida heredad. Aunque no llama este santo pobreza la que no es de solo nombre (*d*), sino aquella que voluntariamente huelga de padescer necesidades por amor de Dios, y la que de tal manera abre las puertas á esta virtud, que tambien las abre á todos sus allegados y compañeros, que son hambre, sed, calor, frio y desnudez, con todos los demas.

Mira despues desto la alteza de los consejos que están repartidos por todo el cuerpo del Evangelio, en los cuales verás claramente con cuánta razon el profeta Isaías puso al Salvador por excelencia nombre de Consiliario (*f*), por la alteza destos admirables consejos que dió al mundo. Tal es el consejo de vender todas las cosas (*g*) y darlas por amor de Dios, para tenerlas seguras en el cielo. El consejo de la castidad (*h*), que es imitadora de la pureza de los ángeles, y de aquellos bienaventurados moradores del cielo. El consejo de no pleitear (*i*) ni defender la capa por términos de justicia, por no perder la caridad con el prójimo y la paz de la consciencia. El consejo del no resistir á los malos y perseguidores (*k*), sino estar aparejado para dar un carrillo á quien os hiriere en el otro. El consejo de hacer bien á los que mal nos hacen (*l*), y decir bien de los que dicen mal, y rogar por ellos, que es como un traslado de aquella infinita bondad y largueza de Dios, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos (*m*), y llueve sobre justos y pecadores (*n*). El consejo de la continua y perpetua oracion (*o*); del nunca jurar ni por un cabello de la cabeza (*p*); y del negar á sí mismo y su propria voluntad (*q*), y tomar su cruz cada dia, y seguir á Cristo, y dejar padre y madre, y todas las cosas, y á sí mismo por su amor. Pues ¿qué cosa mas alta, ni mas perfecta, ni mas divina que esta manera de consejos? ¿De dónde pudo venir esta perfeccion al mundo, sino de la policía del cielo? Y ¿quién podia tener osadía para aconsejar estas cosas á los hombres, sino quien tenia tambien poder para dar el Espíritu Sancto, y hacer de los hombres ángeles? ¿Por ventura, dice Dios á Job (*r*), sabrás tú, como yo, la órden del cielo, y podrás poner la razon della en la tierra? Solo aquel Señor de los cielos pudo saber esto, y solo él fué poderoso para abajar el cielo á la tierra, y subir la tierra al cielo, haciendo que los hombres pudiesen en su manera imitar la pureza y perfeccion de los ángeles. Esta es pues la perfeccion de la vida evangélica que trajo al mundo el Hijo de Dios, de la tierra de donde vino, que era el cielo.

§. II.

De las virtudes y ejemplos del Salvador

Y porque no pienses que esto es solo decir y no hacer, considera luego cuánto mas resplandescen estas mesmas virtudes en los ejemplos que en las palabras del Salvador. Si no dime: ¿qué tan pobre fué aquel que nasció en un establo, y fué reclinado en un pesebre, y pudo con verdad decir aquellas palabras (*s*): Las raposas tienen cuevas, y las aves del aire nidos; y el hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza? Pues ¿qué mayor pobreza que ser mas pobre que los pájaros y que los animales del campo? Y si por esta pobreza de espíritu se entiende la humildad (como algunos doctores entienden), ¿quién mas humilde que aquel que siendo Dios y Señor de los ángeles, vino á decir aquellas palabras (*t*): Yo soy gusano y no hombre; oprobrio de los hombres, y deshecho del mundo? Quién mas manso que aquel que por eso es llamado en las Escripturas Cordero, y testificado con figura de paloma (*v*), por la incomprehensible mansedumbre de su vida? Quién derramó mas lágrimas que aquel que se obligó á llorar y entristecerse por todos los pecados del mundo (*x*)? Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia, que aquel que por poner esta justicia en la tierra echó tantos caminos, padesció tantos trabajos, sufrió tantas contradicciones y derramó toda su sangre en una cruz? Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquel que ni con todas las aguas de la pasion pudo apagar esta sed (*y*), cuyas entrañas estaban abrasadas con el deseo y celo de la honra de Dios, y de la hermosura de su casa? Quién mas misericordioso que aquel á quien la misericordia hizo tomar sobre sí todas las miserias de los hombres, para que por este medio fuesen todos libres dellas? Quién mas misericordioso que aquel que corrió toda aquella tierra de Judea, sanando todos los atormentados del demonio (*z*), alumbrando los ciegos, sanando los cojos, alimpiando los leprosos, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, y ejercitando todas las obras de misericordia con tanto trabajo suyo, y con tan poco agradescimiento del mundo? ¿Qué tan limpio fué aquel que recebiendo en sí las deudas y máculas de todos los pecados del mundo, quedó tan limpio y tan hermoso como estaba de ántes? Qué tan pacífico fué aquel que solo hizo paz entre cielos y tierra (*a*), entre Dios y los hombres, entre judíos y gentiles, quebrando todas las iras y furias de todas estas enemistades en su propria carne? Qué tanto padesció por la justicia aquel cuya muerte y cuya vida fué toda una perpetua cruz por la obediencia y por la gloria del Padre, y por la predicacion de su doctrina?

Pues entrando por los otros consejos; ¿quién así dejó de litigar, como aquel que acusado ante el juez con tantos falsos testimonios, no abrió su boca, ni respondió palabra (*b*); tanto que el mismo juez estaba espantado de tan gran silencio entre tantas acusaciones? ¿Quién así dejó de resistir á los malos, como aquel de quien dice el Profeta (*c*) que así como oveja sería llevado á la muerte, y así como cordero delante de quien le tresquila, enmudeceria y no abriria su boca? Quién tan fielmente cumplió el consejo de amar los enemigos, como aquel que la primera palabra que habló en la cruz, fué rogar al Padre por ellos, y quien la mesma sangre que allí derramó, derramó tambien por ellos? ¿Qué tan ocupado andaba en oracion el que gastaba los dias con los prójimos, y pasaba las noches de claro por los montes en oracion (*d*)? Pues ¿qué diré de aquella su ardentísima caridad, de aquella perfectísima obediencia hasta la muerte, de aquella fidelidad para con el Padre, de aquel amor para con los prójimos, y de aquella paciencia inexpugnable en los trabajos, y de

(*e*) Serm. 1. in fest. Omn. Sanctor. (*f*) Isai. 9. (*g*) Matt. 13. et 19. (*h*) Ibidem. (*i*) Matt. 5. (*k*) Ibidem. (*l*) Luc. 6. (*m*) Matt. 5. (*n*) Luc. 18. (*o*) Matt. 5. (*p*) Luc. 9. (*q*) Idem. 14. (*r*) Job. 38. (*s*) Matt. 8.

(*t*) Psalm. 21. (*v*) Isai. 16. Joan. 1. (*x*) Matt. 26. Luc. 19. Matt. 26. (*y*) Joan. 19. Psalm. 68. Joan. 2. (*z*) Acto. 10.
(*a*) Coloss. 1. (*b*) Matt. 26. et 27. (*c*) Isai. 53. (*d*) Luc. 6

aquella tan encendida sed y deseo de la gloria de Dios, y de la salud de los hombres (*e*)?

§. III.

De los trabajos del Salvador.

Mas ¿cuán mal supo, Señor, conoscer el mundo el resplandor destos ejemplos y doctrina tan admirable? No hay cosa mas alegre ni mas visible que la luz; mas si la luz es muy clara, y los ojos están enfermos, no hay cosa para ellos ménos visible, y mas aborrescible. Pues así acaesció á estos malaventurados; que como enfermaron con la medicina, así se cegaron con la luz. Hacíades maravillas, y decian que érades hechicero (*f*); alanzábades los demonios, y decian que érades endemoniado (*g*); reprehendíades los vicios, y tenian os por alborotador de pueblos (*h*); recebíades á los pecadores, y tenian os por uno dellos (*i*); comíades con los publicanos por sanarlos, y tenian os por comedor y bebedor de vino (*k*); predicábades con espíritu y fervor maravilloso, y decian que érades sandio (*l*). Vos haciades como quien érades, y ellos hacian como quien eran. Por eso no os indignábades, prudentísimo Señor; ántes mucho mas os compadescíades dellos, porque sabíades muy bien cuánta sea la cegüedad del mundo, y cuán dañada quedó la naturaleza humana por el pecado.

Pues demas destas infamias y títulos ignominiosos, ¿quién podrá explicar los trabajos que este Señor padesció, buscando como buen pastor la oveja perdida, por montes y valles (*m*), para traerla al aprisco sobre sus hombros? ¿Qué de caminos echó para esto, qué de ayunos, qué de peregrinaciones, caminando de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia? Qué aldea hubo tan pobre, que no quedase honrada y esclarescida con su presencia, y donde no amanesciese este nuevo sol de justicia, y donde no dejase rastro y memoria de sus virtudes? Pues ¿cuántas necesidades padesceria en estos caminos? Cuánta pobreza, cuántas contradicciones, cuántas injurias, cuánta hambre, sed, frio y calor, con todo lo demas que en los caminos suelen los pobres caminantes padescer? Testigos son desto los discípulos, que de pura hambre estrujaban las espigas aun en dia de sábado para comer (*n*). Testigos los de Nazaret, que una vez lo quisieron despeñar (*o*); y los de Judea, que tantas veces le quisieron prender y apedrear. Testigos los genezarenos, y tambien los samaritanos, que en su tierra no le quisieron recebir ni hospedar (*p*). Donde como los discípulos con celo sin discrecion le preguntasen: ¿Señor, quereis que mandemos que venga fuego del cielo que los queme? el Señor de los ángeles con inestimable suavidad y mansedumbre respondió: No sabeis cuál sea el espíritu que mora en vuestras ánimas, pues eso decis. El hijo del hombre no vino á destruir ánimas, sino á salvarlas. Desta manera pues anduvo el Salvador en este mundo, peregrinando en su propria morada. De cuya peregrinacion se maravillaba el Profeta, cuando decia (*q*): ¿Por qué, Señor, has de ser como peregrino en la tierra, y como caminante que anda á buscar posada donde repose?

Y siendo tantos los caminos, no leemos que jamas el Salvador caminase á caballo, excepto aquella vez que entró en Hierusalen (*r*); sino siempre á pié, y no solo á pié, sino tambien descalzo, como muchos piadosos autores lo dicen. Porque mandando él á sus discípulos que fuesen descalzos á predicar (*s*), no es de creer que él anduviese calzado. Y que esto se deba entender á la letra, paresce claro, por lo que al tiempo de la pasion les preguntó, diciendo (*t*): Cuando os envié sin alforjas, y sin zapatos, ¿por ventura faltóos algo? Y ellos respondieron que no. De donde paresce que no preguntaba aquí por alforjas, ni por zapatos espirituales, sino materiales. Asimesmo, cuando la sancta Magdalena lavó sus piés con lágrimas (*v*), y los enjugó con sus cabellos, y ungió con ungüento, de creer es que no halló allí zapatos que desatase y descalzase. Pues ¿qué padesceria un tan delicado cuerpo en tantos y tan trabajosos caminos, y con tan pobre aparejo y provision para caminar? Encaresce el Apóstol los trabajos de sus caminos en una epístola (*x*); muchos de los cuales padesceria el Salvador en los caminos, como los padescian sus discípulos; porque quien quiso padescer mas trabajosa muerte que ellos, no habia de buscar vida mas regalada que ellos.

Pues de las deshonras y persecuciones que padesció, ¿qué diré? En unas partes (como ya dijimos) lo querian prender, en otras apedrear, en otras despeñar, en otras atar como á furioso, y en otras lo echaron de su sinagoga y público ayuntamiento (*y*). Pues ¿de qué te quejas tú, hermano, si el mundo usa contigo de su acostumbrado oficio, y te hace malos tratamientos, pues así los hizo al mismo Hijo de Dios? ¿Cómo quieres que tenga ley con los siervos, pues no la tuvo con su Señor? Si al padre de la familia llamaron Beelzebub, ¿cuánto mas, dice él (*z*), lo llamarán á sus criados? Como si dijera: Si todavía pusieron boca en una persona que con tanta sabiduría y providencia ordenaba todas las cosas, y que con tanta prudencia y medida pesaba todas sus palabras y obras, ¿qué harán con vosotros, que no teneis tanta gracia y sabiduría para todo esto? Antes se habia de confundir el perfecto cristiano, viendo á su Señor tan mal tratado del mundo, si se viese bien tratado dél. Porque si es verdad que los perros no ladran á los de casa, sino á los extraños, ¿cómo se tiene por extraño del mundo aquel contra quien no ladra el mundo? Cómo se tiene por discípulo de Cristo, y por hijo deste Padre y por miembros desta cabeza, si no le paresce en una cosa tan propria y tan continua de su vida?

Cata aquí pues, ó ánima mia, un espejo en que te puedes mirar, y una medicina eficacísima con que puedes curar tus llagas, que es la vida y ejemplos del Salvador. ¡Oh medicina (dice Sant Augustin) que curas todos los males, que humillas las cosas altas, que esfuerzas las flacas, que cortas las superfluas y enderezas todas las aviesas y torcidas! ¿Qué soberbia se puede curar, si con la humildad del Hijo de Dios no se cura? Qué avaricia se puede sanar, si con la pobreza del Hijo de Dios no se sana? Qué ira se puede amansar, si con la mansedumbre del Hijo de Dios no se amansa? Y sobre todo esto, ¿qué corazon puede haber tan desamorado, que con tantos y tales beneficios no se encienda en caridad y amor? Para todo pues tenemos aparejo en este tan hermoso retablo. Aquí tenemos qué mirar, y qué imitar, y qué llorar, y con qué nos alegrar, y de qué nos maravi-

(*e*) Luc. 12. (*f*) Luc. 11. (*g*) Joan. 7. (*h*) Luc. 23. (*i*) Mat. 11. (*k*) Ibidem. (*l*) Joan. 10. (*m*) Luc. 15. (*n*) Matt. 12. (*o*) Luc. 4 (*p*) Luc. 8. et 9 (*q*) Hiere. 14.

(*r*) Matt. 21. (*s*) Luc. 10. (*t*) Luc. 22. (*v*) Luc. 7. (*x*) 2. Cor. 11. (*y*) Marc. 3. Luc. 4. (*z*) Matt. 10.

llar, y con qué nos consolar, y con qué curar nuestras llagas, y con qué provocarnos á amar aquel que tanto nos amó, y tantas maneras de trabajos por nuestra causa padesció.

CAPITULO XII.

De cómo se hubo el Salvador con cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Adúltera, Cananea, y María Magdalena.

Mas porque entre todas las virtudes del Salvador principalmente resplandesce la grandeza de su misericordia, la cual señaladamente se nos descubrió en esta primera venida al mundo, añadirémos aquí tres señalados ejemplos desta virtud, de la cual usó con cuatro mujeres pecadoras; una de las cuales fué la Samaritana. Mira pues cómo aquel Señor de todo lo criado, aquel que es palabra y sabiduría eterna del Padre, se pone á hablar tan familiarmente con una mujer de cántaro, y mujer samaritana, y mujer de cinco maridos, y tan ignorante y grosera para las cosas espirituales, que apénas entendia cosa que le dijesen. Mira pues con todo esto cuán benignamente la habla, cuán discretamente la enseña, cuán piadosamente la desengaña, y cuán maravillosa y claramente se le descubre, y dice quién era. Porque apénas se hallará paso en el Evangelio donde tan clara y distintamente el Salvador dijese que él era Mesías, como aquí; donde tan abiertamente dijo (*a*): Yo soy, que hablo contigo. De manera que aquel sacrosancto misterio, que tantos tiempos estuvo encubierto á la mayor parte del mundo, aquí es revelado, sin alguna manera de figura ni de velo, á una mujer en quien tantas bajezas concurrian. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia, qué mayor largueza que esta de que el Señor usa tan de gracia, con quien tan léjos estaba de pedirla ni merecerla? ¡Oh maravillosa piedad y clemencia del Salvador, que así se communica á los hombres, y así llama y trae á sí los pecadores! ¿Cómo te negarás, Señor, á los que con todo su corazon te buscan, pues tan benignamente te ofresces y descubres á quien no te buscaba? ¿Qué méritos tenia una mujer de cinco maridos, y samaritana? Qué tenia que ver con tu gracia la que no salió de su casa á buscar gracia, sino á coger agua? Y no viniendo mas que á llevar agua del pozo, encontró con la fuente de vida, y bebió tan copiosamente della, que de samaritana quedó echa evangelista.

Y no es ménos de considerar en este Evangelio aquel cansancio de Cristo, de quien dice el Evangelista, que fatigado del camino estaba asentado así sobre el brocal del pozo, porque ya era cerca del mediodía. Estaba, dice, asentado así. ¿Cómo así? Así como si fuera él quien quiera de por ahí, así como estuviera cualquier de los otros communes caminantes y peregrinos, así como si no fuera él el descanso de los ángeles, y la hartura del mundo, y la gloria de todos los bienaventurados. Como si nada desto fuera, así estaba allí solo, cansado, asoleado, despeado, fatigado del trabajo del camino, y de la hambre, y de la sed, como cualquiera de los otros hombres pobres y flacos. ¿Quién fuera tan dichoso, que acertara en esta coyuntura á pasar por aquel lugar, y considerados los caminos y cansancios deste Señor, se llegara húmilmente á él y le preguntára: Señor, ¿Qué vida es esta que vivis? ¿En qué andais? ¿Qué buscais por tantos caminos y carreras? Qué manera de vida es esta tan trabajosa que teneis, caminando de lugar en lugar, de provincia en provincia, ya de Judea á Galilea, ya de Galilea á Judea; sin que ni los cansancios de los caminos, ni las contradicciones del mundo os aparten deste propósito? Nunca reposais, nunca tomais una hora de descanso; de dia andais por los lugares, de noche por los montes orando. Pues ¿qué tesoro es este que buscais con tanto trabajo? Lo que á esto se podia responder es, que como buen pastor andaba en busca de su ganado descarriado. Dolíale mucho su descarriamiento y perdimiento; y por esto no habia camino ni trabajo á que no se pusiese por reducirlas á su majada. Cata aquí pues, ó ánima mia, por qué caminos, y con qué trabajo te buscó este piadoso Señor, y lo que hizo para volverte á su Padre. Mira pues con qué priesa, con qué celo, y con qué amor te buscaba aquel en cuya persona se dijo (*b*): Si daré yo sueño á mis ojos, y consentiré plegarse mis párpados, hasta que halle lugar para el Señor, y morada para el Dios de Jacob. Y en su mesma persona tambien se dijeron aquellas palabras de Isaías (*c*): Hecisteme servir en tus pecados, y dísteme bien en qué entender en tus maldades.

Esta era su vida, esta su ganancia, este su descanso y su tesoro, buscar por todas vias la salud de nuestras ánimas y la gloria de su Padre. De aquí nació que cuando los discípulos, despues de ida la samaritana, vinieron y le pusieron la comida delante, respondió el benignísimo Señor: Ya yo tengo otro manjar que comer que vosotros no sabeis. Y como los discípulos no entendiesen este lenguaje, porque no tenian el mesmo espíritu, díjoles el Señor: Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió, y dar cabo á la obra que me encomendó, que es la salud de los hombres. Como si dijera: Estas son mis fiestas, esta mi hartura, hacer la voluntad de mi Padre, y procurar por todas vias la amplificacion de su gloria. Dichoso aquel que puede decir estas palabras de corazon, que de tal manera tiene hambre y sed de justicia, de tal manera desea la honra de Dios y el bien de los prójimos, que ninguna cuenta tiene consigo ni con su proprio provecho; y aunque esté en summa necesidad y pobreza, todo lo tiene por bien empleado con tanto que sus bajezas y miserias sirvan para la gloria de Dios y bien de sus hermanos.

§. I.

De la mujer tomada en adulterio.

Si fué grande la misericordia de que el Señor usó con la samaritana, tambien fué grande la que usó con la mujer adultera. Porque poniéndosela delante los fariseos (*d*) y diciéndole que la ley la mandaba apedrear, el Señor se inclinó, y comenzó á escribir tales cosas en el suelo, que cada uno determinó de volver las espaldas y desistir de su acusacion. Y como la mujer quedase sola, preguntóle el Salvador: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió ella: Ninguno, Señor. Pues ni yo (dijo él) te condenaré; vete en paz, y no vuelvas mas á pecar. ¡Oh palabras dulces! Oh boca de oro! Oh entrañas mas que de cera! Verdaderamente, Señor, panar de miel son vuestros labios, y miel y leche está corriendo de vuestra lengua. ¡Oh verdaderamente cordero, que ni teneis ira ni armas para hacer mal á nadie! Con razon, por cierto,

(*a*) Joan. 4.

(*b*) Psal. 131. (*c*) Isai. 43. (*d*) Joan. 8.

os llamó Sant Juan Baptista Cordero (*e*); y con razon os llama así el Evangelista en todo su Apocalipsi (*f*): Ambos testigos de un mesmo nombre os llaman tambien por un mesmo nombre; porque les habia dado el Espíritu Sancto á entender la grandeza de vuestra mansedumbre. Y no es de otra condicion vuestro Padre celestial que vos; pues en esto y en todo lo demas sois Hijo de Padre; y quien ve á vos, ve á vuestro Padre. Cuya mansedumbre y misericordia habia experimentado el Profeta, cuando decia (*g*): Dulce y recto es el Señor; y por esto dará ley á los que tropiezan en el camino. Enderezará á los mansos en juicio, enseñará á los que fueren mansos sus caminos. Y en otro lugar, maravillado desta summa bondad y suavidad, comienza un salmo, diciendo (*h*): ¡Cuán bueno es el Dios de Israel á los que son de recto corazon!

Y para mayor confirmacion desta doctrina, es mucho de considerar lo que Sant Augustin nota (*i*) sobre las palabras deste Evangelio, donde se dice que los fariseos le pusieron esta mujer delante para acusarle. ¿A qué propósito? ¿Por qué razon? ¿Qué merescia el Señor por los pecados ajenos? A esto responde Sant Augustin, diciendo que era tan grande la misericordia y mansedumbre que resplandescia en la persona de nuestro Salvador, y en todas sus palabras, y obras, y manera de vida; y era tal la fama de mansedumbre y misericordia que por toda aquella tierra tenia, por las continuas obras de misericordia que hacia, que paresció á aquellos maliciosos y serpentinos corazones, que no era posible que hombre que tanto se preciaba de piadoso y manso, sacase por su boca palabras sangrientas, ni diese contra nadie sentencia de muerte, aunque la diese la mesma ley; y que así por esta causa le podrian acusar como á quebrantador de la ley. De suerte que la grandeza de la mansedumbre del Señor, dió lugar á esta nuéva invencion de aquellos malsines. Mas la sabiduría de Dios venció la malicia, y la serpiente de Moisen tragó las serpientes de los encantadores (*k*); porque de tal manera trazó el Señor este negocio, que la mujer quedó absuelta, y ellos se fuéron condenados y confusos.

Aquí tienen un grande motivo de confianza todos los escrupulosos y desconfiados, no para descuidarse en el servicio deste Señor (que cuanto es mas bueno, tanto meresce ser mas servido y amado), sino para fiarse dél, y presentarle sus gemidos y peticiones confiadamente, y no ahogarse, y congojarse, y dejarse vencer del espíritu de la tristeza, cuando caen en algunos defectos livianos, que no se excusan en esta vida; considerando que el remedio de todo esto se ha de tratar con un Señor de tan grande misericordia; pues está cierto que la mesma piedad y misericordia que tuvo en la tierra, no la ha perdido en el cielo; y pues esta mujer adúltera salió tan bien librada de sus manos, no ménos lo saldrán los que se llegaren á él, si lloraren su mala vida, y de todo corazon propusieren la emienda.

Aquí tambien tienen todos los deseosos de la imitacion de Cristo en que señaladamente le deban imitar. Porque pues él fué tan extremado en estas virtudes, en ellas tambien lo debe ser el que desea parescerse con él. Y no es pequeña gloria del siervo imitar á su Señor en aquello de que él mas se precia, y que mas en él resplandesce. Especialmente considerando que la virtud de la mansedumbre principalmente resplandesce en los justos, así como el vicio contrario en los que no lo son. En figura de lo cual leemos aquella notable diferencia que habia entre los dos hermanos de un vientre, Jacob y Esaú; el uno de los cuales representa la persona de los justos, y el otro de los pecadores; y del uno se dice que era velloso y crespo, y del otro que era de muy blandas carnes (*l*); para que por lo uno entiendas la aspereza y bronquedad de los malos, y por lo otro la blandura y mansedumbre de los buenos.

(*e*) Joan. 1. (*f*) Apoc. 5. (*g*) Psal. 24. (*h*) Psal. 72.
(*i*) Augustin. tractat. 33 Joan. de cap. 8. tom. 9. (*k*) Exod. 7.

§. II.

De la mujer Cananea.

La historia de la mujer cananea escribe Sant Mateo Evangelista por estas palabras (*m*): Saliendo Jesus de la tierra de Judea, vino á las partes de Tiro y de Sidon. Salió pues de allí una mujer cananea, dando voces al Señor, y diciéndole: Ten misericordia, Señor, de mí, hijo de David; porque mi hija es malamente atormentada del demonio. Mas el Señor no le respondió palabra. Y allegándose sus discípulos, rogábanle diciendo que la despidiese, porque venía clamando en pos dellos. A los cuales él respondió: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Mas ella vino, y adorándole, dijo: Señor, ayudadme. A la cual él respondió: No es bien tomar el pan de los hijos, y darlo á los perros. Mas ella dijo: Sí, Señor, porque los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entónces le respondió Jesus: O mujer, grande es tu fe; hágase como tú lo quieres. Y luego fué sana su hija dende aquella hora. Hasta aquí son palabras del Evangelista. En las cuales se nos descubre otra nueva manera de misericordia del Salvador, no menor que las pasadas, aunque en lo de fuera parezca otra cosa. Porque si miramos atentamente esta historia, hallarémos cuatro gracias señaladas que el Salvador hizo á esta mujer, y á todos nosotros en ella. La primera fué oir su oracion, y hacer lo que le pidió, que fué sanar su hija. La segunda, que la alabó y engrandesció su fe, diciendo: O mujer, grande es tu fe; hágase lo que tú quieres. La tercera, que el mismo Señor que exteriormente la despedia, interiormente la atraia, é inspiraba en su ánima aquella grande fe y perseverancia con que le importunaba. Porque si la fe es el primero de los dones de Dios, ¿cuánto mas lo será la grande fe de que esta mujer es alabada? La cuarta fué, que no solo usó aquí de misericordia con ella, sino tambien con todos nosotros; porque por este ejemplo nos convidó á la perseverancia de la oracion, y nos dió aviso que no desconfiásemos cuando luego no fuésemos oidos, sino que perseveráse-mos con esta mujer en nuestra demanda; porque así finalmente seríamos oidos y remediados como ella. En lo cual paresce cuánto haya sido esta misericordia mayor que la pasada, pues aquella fué para sola una mujer adultera, mas esta fué para toda la Iglesia, la cual por este ejemplo entiende la condicion y estilo de nuestro Señor, y se anima á perseverar en la oracion, aunque al principio sienta disfavor.

Mas pues esta mujer se nos propone aquí por ejemplo de oracion, será bien tratar de qué manera la hayamos

(*l*) Genes. 25 et 27 (*m*) Matt. 15.

de imitar. Porque apénas hay cosa en esta materia que por este ejemplo no nos sea enseñada.

Porque primeramente aquí nos enseñan á recurrir á Dios en todas nuestras tribulaciones y necesidades, segun que ella lo hizo; la cual (como nota Orígenes) siendo infiel y sirviendo á los demonios, no recurrió á ellos, ni á los hombres que tenian trato con ellos, sino al verdadero Salvador y remediador del mundo. Porque esto es proprio de la oracion, ser universal remedio de todos los males. Y por este título alababa esta virtud uno de aquellos padres antiguos (como refiere Teodoreto en la Historia religiosa), diciendo que los médicos usaban de diversas medicinas para diversas maneras de enfermedades, unas para unas, y otras para otras; mas el cristiano para todos los males tiene una general y eficacísima medicina, que es la devota y perseverante oracion, la cual nunca jamas vuelve vacía.

Mas de las condiciones y virtudes con que ha de ir acompañada nuestra oracion para que sea eficaz, aunque habemos tratado en otros lugares, todavía no dejaré de apuntar aquí tres muy principales condiciones de la perfecta oracion, que Sant Buenaventura notó en la oracion desta mujer (*n*). La primera de las cuales es la fe (de que esta mujer fué alabada), á la cual señaladamente se atribuye el impetrar mercedes de Dios, segun aquellas palabras del mesmo Señor que dice (*o*): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la recibiréis, y dárseos ha. La razon desto entre otras muchas es, porque este linaje de fe, que trae consigo una firme confianza en la bondad y misericordia de Dios, es una de las cosas que mas glorifica y honra á Dios, el cual tiene por oficio honrar á quien le honra, y glorificar á quien le glorifica. Para cuyo entendimiento es de saber que hay dos maneras de alabar las cosas; una por palabras, y otra por obras. Por palabras puede alabar un médico la triaca que tiene compuesta, diciendo que vale contra toda ponzoña. Mas por obra la alaba el que callando se deja picar de una víbora, y despues tomando la triaca sana. Esta segunda manera de alabanza ya se ve cuánto es mas cierta y verdadera que la otra, pues la una alaba debajo de buenas prendas, y la otra no; y la una es de palabras, y la otra de obras; por donde cuanto va de decir á hacer, tanto va de la una alabanza á la otra.

Pues desta segunda manera la fe alaba y glorifica la bondad y misericordia de Dios, cuando en medio de los peligros y batallas está segura y alegre con esta confianza; y sobre esta prenda acomete cosas árduas, y parte lo que tiene con los pobres, estando segura y confiada en la bondad deste Señor, que nunca faltará á quien espera en él, y se pone en trabajos y necesidades por su amor. Muy pocos son (aunque sean virtuosos) los que llegan á este grado de confianza. Mas dichoso y bienaventurado el que aquí llegó, como paresce haber llegado esta mujer cananea, pues entre tantos disfavores y desvíos del Señor, siempre confió que su bondad y misericordia no le habia de faltar. Por lo cual, no sin causa, alabó el Señor su fe, diciendo: O mujer, grande es tu fe; hágase como tú lo quieres. Donde es mucho de notar, que solas dos exclamaciones desta figura hallamos en todo el sancto Evangelio, y ambas casi á un propósito; la una fué con las palabras susodichas, y la otra cuando, hablando con un hombre desconfiado, dijo: ¡Oh generacion incrédula y perversa! ¿cuánto tiempo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Pues estas dos exclamaciones bastantemente declaran, cuánto agrada al Señor esta manera de fe acompañada con la confianza, y cuánto le desagrada la incredulidad y la desconfianza.

La segunda virtud que ha de acompañar nuestra oracion (como ya en otros lugares dijimos) es la humildad, la cual tuvo esta mujer; pues mostrándole el Señor (á lo que parescia de fuera) tantos disfavores, y llamando á los cananeos perros, diciendo que no era bien quitar el pan de la boca de los hijos, y darlo á los perros, ella reconosció este nombre por suyo, y como tal pidió no le negase lo que se suele dar á los perros, que son las migajas que caen de la mesa de sus señores; con la cual humildad agradó tanto al Salvador, que, como refiere Sant Marcos, evangelista (*p*), le respondió: Por esa palabra que dijiste, vete, que tu hija es ya sana.

La tercera virtud que nos ayuda mucho á alcanzar lo que pedimos es la perseverancia, la cual señaladamente resplandesce en esta mujer; pues ni por estas respuestas, al parescer ásperas, dejó de pedir é importunar hasta que alcanzó lo que deseaba. Esta virtud es grandemente necesaria para alcanzar lo que pedimos. Porque el Señor muchas veces dilata las mercedes, porque crezcan los deseos, y porque no se tengan en poco, y así se guarden mejor, y se agradezcan mas; y asimismo por ejercitar en este tiempo nuestra fe, nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra esperanza y nuestra perseverancia, como lo vemos claramente verificado en esta mujer. Porque á no estar estos provechos de por medio, ¿qué le costaba á aquel abismo de bondad (que ninguna cosa pierde dando) dar luego lo que se le pide? Mas quiere él sacar estos provechos nuestros con la dilacion, y quiere tambien que siempre padezcamos necesidades por tomarnos por hambre: esto es, porque siempre tengamos ocasiones y estímulos que nos muevan á pedir, tratar y conversar siempre con él, por el gran fructo que desta communicacion nos viene; pues, como dice el Apóstol (*q*), el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él. Por tanto no desmaye el ánima devota, cuando no luego fuere oida ó consolada; sino espere con paciencia la visitacion del Señor, porque en fin vendrá, y no tardará. Y plugniese á su misericordia que tan presto acudiese el hombre á su llamado, como él acude al nuestro; pues es cierto que mucho mas tardamos nosotros en acudir á él, que él á nosotros. Por donde cuando él llama á la Esposa en los Cantares (*r*), cuatro veces repite esta palabra, diciendo: Vuélvete, vuélvete, Sunamítis; vuélvete, vuélvete para que te veamos. Mas cuando ella llama á él, una sola vez pronuncia esta misma palabra, diciendo (*s*): Vuélvete, amado mio, con la lijereza que corre el gamo y la cabra montés por los montes de Betel. Pues en estas maneras de llamarnos quiso el Espíritu Sancto significar cuánto mas á punto está él para responder á nuestro llamado, que nosotros al suyo.

§. III.

De lo que hemos de pedir en la oracion á imitacion de la Cananea.

Hasta aquí nos ha enseñado esta cananea de la mane-

(*n*) S. Bonaventur. in Medital. Vitæ Christi. (*o*) Marc. 11.

(*p*) Marc. 7. (*q*) 1. Cor. 6 (*r*) Cant. 6. (*s*) Cantic. 2.

ra que habemos de pedir, y las virtudes con que habemos de acompañar nuestra oracion; mas allende desto nos enseña qué es lo que habemos de pedir. Porque ella pidió que su hija fuese librada de la vejacion y tormentos del demonio, y nosotros señaladamente habemos de pedir victoria y mortificacion de nuestros apetitos y pasiones, con las cuales el demonio malamente veja y atormenta nuestras ánimas. Las cuales no tienen otros verdugos mayores que sus proprios apetitos y pasiones, deseando mil maneras de cosas, que no pueden alcanzar, y pudriéndose y congojándose porque no las alcanzan. Y por tanto debe el siervo de Dios acompañar su oracion con el ejercicio de la mortificacion, procurando siempre por enfrenar sus apetitos, pidiendo favor y gracia para esto, y clamando con la cananea: Ten misericordia de mí, Señor, porque mi hija, que es mi ánima, es malamente atormentada del demonio, el cual me hace guerra, inquieta y desasosiega con la desórden de las pasiones y apetitos que él causó. Desta manera juntará el hombre el encienso con la mirra, que es la oracion con la mortificacion, y será libre del engaño en que muchas personas caen el dia de hoy; las cuales, teniendo particular cuidado del ejercicio de la oracion, tienen poco ó ninguno de contradecir y mortificar sus apetitos y proprias voluntades, sin lo cual será de poco fructo su ejercicio, pues nadie puede llegar á hacer la voluntad divina, si no renuncia primero la suya propria.

¡Oh dichosa y bienaventurada el ánima que con estas cuatro virtudes acompaña su oracion, que son: confianza, humildad, perseverancia, y mortificacion de sus apetitos; porque siempre alcanzará del Señor lo que le pidiere, y le hallará todas las veces que le buscare! Y como los apóstoles rogaron por la cananea, así el ángel de la guarda rogará por ella, y acabará con el Señor que le otorgue su peticion. Deste primer fructo y efecto de la oracion dice Sant Bernardo así (*t*): Cada vez que hablo de la oracion, me paresce que oigo dentro de mi corazon estos pensamientos: ¿Qué quiere decir, que nunca cesando de la oracion, hay muchos que no experimentan el fructo della? Porque cuales llegamos á la oracion, tales salimos della. Nadie nos responde palabra: nadie paresce que nos da algo. Mas tú, hermano, sigue el juicio de la fe, y no el de la experiencia; porque la fe es verdadera, y la experiencia engañosa. Pues ¿qué es lo que dice la fe, sino lo que prometió el Hijo de Dios, cuando dijo (*v*): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la recebiréis, y dárseos ha? Por tanto ninguno de vosotros tenga en poco su oracion; porque os certifico que aquel á quien rogamos, no la tiene en poco, y ántes que salga de nuestro pecho, él la tiene ya escripta en su libro. Y una de dos cosas podemos esperar sin falta; que ó nos dará lo que pedimos, ó lo que nos fuere mas saludable. Ca nosotros no sabemos lo que nos cumple; mas el Señor, compadeciéndose de nuestra ignorancia, danos lo que mas nos conviene. Mas cuando pedimos lo contrario, no nos oye; poro danos otra cosa mejor, así como lo hace el padre carnal, que cuando el niño le pide el pan y el cuchillo, dale el pan partido, y no le da el cuchillo.

Este es el primer fructo de la oracion, que es ser impetratoria, para lo cual nos ayuda (como dije) nuestro ángel. Tiene tambien otro fructo, que es alegrar y esforzar nuestro espíritu con la devocion, y con el fervor de la caridad y consolacion del Espíritu Sancto. Lo cual dice Sant Bernardo por estas palabras (*x*): Los que tienen por estudio darse á la oracion, experimentan lo que agora dije. Muchas veces nos llegamos al altar, y comenzamos á orar con un corazon tibio y seco, y perseverando en este sancto ejercicio, súbitamente se infunde la gracia de la devocion, y se enciende el corazon, y se hinchen las entrañas con las avenidas y crescientes de la divina piedad; y si no faltare quien exprima la leche suavísima de la dulzura espiritual, los pechos divinos nunca cesarán de correr. Este es el segundo y muy principal fructo de la oracion, para el cual no ménos ayuda nuestro sancto ángel, que para el pasado. Y pudiendo yo alegar para esto muchos ejemplos, no traeré mas que uno solo del devotísimo Bernardo, que hablando de sí mesmo, dice estas palabras (*y*): Muchas veces me acaesce que estando mi ánima sospirando, y haciendo oracion sin cesar, y afligiéndose con grandes deseos, aquel deseado que así se busca, habiendo piedad del ánima que le desea, le sale al camino; la cual con la experiencia desta visitacion y consolacion, dice con el Profeta (*z*): Bueno eres, Señor, para los que esperan en tí, y para el ánima que te busca. Mas el ángel, que es uno de los compañeros del Esposo, y está diputado por ministro y testigo desta secreta visitacion y salutacion de ambos, ¿cómo se alegra? Cómo se deleita con la tal ánima? Y como volviéndose al Señor, le dice: Gracias te doy, Señor de la majestad, porque le cumplistes el deseo de su corazon. Y volviéndose al ánima, nunca cesa de solicitarla con secretos movimientos, diciéndole (*a*): Alégrate en el Señor, y él cumplira las peticiones de tu corazon. Item (*b*): Espera en el Señor, y guarda sus caminos (*c*); y si se tardare, espérale; porque viniendo, vendrá, y no tardará. Y volviéndose otra vez al Señor, le ruega por el ánima, diciéndole (*d*): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así esta desea á tí, Señor. Esta ánima te deseó en la noche, y su espíritu con todas sus entrañas veló por la mañana á tí (*e*). Mira, Señor, que todo el dia tiene sus manos extendidas á tí. Despídela, Señor, misericordiosamente; porque clama en pos de tí (*f*). Fiel intercesor por cierto, que sabiendo el amor de ambas las partes, sin tener celo desto, no busca su gloria, sino la de su Señor: entreviniendo fielmente entre la amada y el amado; ofresciendo deseos, y trayendo dones; despertando á ella, y aplacando á él. Y algunas veces (aunque pocas) los viene á carear y representar uno á otro, ó recebiendo á ella, ó trayendo á él. Porque como es doméstico y conoscido en el palacio, no teme que le cierren la puerta, y cada dia ve la cara del Padre. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo.

§. IV.

De la conversion de la Magdalena.

Aunque haya muchos y diversos caminos para ir al cielo, todos ellos finalmente se reducen á dos: uno es el de la innocencia, y otro el de la penitencia; uno es de aquellos que nunca pecaron, y otro de aquellos que despues de haber pecado hicieron penitencia de sus pe-

(*t*) Bernard. serm. 5. Quadr. in. med. (*v*) Marc. 11.

(*x*) Bernard. serm. 9. sup. Cant. non longè à fine. (*y*) Serm. 51. sup. Cant. ante med (*z*) Thren. 3. (*a*) Psal. 36. (*b*) Ibidem. (*c*) Abac. 2. (*d*) Psal. 41. (*e*) Psal. 87. (*f*) Matt. 15.

cados. Por aquel camino fué la sacratísima Vírgen nuestra Señora, y Sant Juan Baptista, y otros tales que nunca pecaron mortalmente, y por este van todos los demas. Fuera destos dos caminos no hay otro; porque todos los que se han de salvar, ó han de ser innocentes, ó han de ser penitentes.

Pues porque en los caminos son menester guias, para estos dos caminos proveyó la divina sabiduría de dos guias muy principales que fuesen delante. Estas, dice la Iglesia (*g*), que son dos Marías: María, Madre del Salvavor, para que fuese espejo de innocencia; y María Magdalena, para que lo fuese de penitencia. Pues segun esto, todos los que caminan por el camino de la innocencia, (si algunos hay que por aquí caminen), pongan los ojos en la primera María, para ver si van bien encaminados; mas los que caminan por el de la penitencia, pónganlos en esta segunda: miren si tienen algo de aquel espíritu vehemente, de aquel dolor tan grande, de aquella fe tan viva, de aquel amor tan encendido, de aquel menosprecio del mundo, y por ahí juzgarán de su penitencia qué tal es; porque si nada desto hay en ellos, no es su penitencia verdadera. Y tales paresce que son las penitencias de aquellos que apénas han acabado de confesarse, cuando luego vuelven á todas las maldades pasadas. Pues por esto, quien quisiere examinar su penitencia, vaya á este contraste, y examínela por él, y no por su vana estimacion. Mas para mejor entender este negocio en que tanto nos va, será necesario tratar de la manera que nuestro Señor infunde en las ánimas el espíritu de la verdadera penitencia, y de qué manera obra esta mudanza tan grande, como es de la mala vida á la buena; y entendido esto, verémos claro de la manera que en esta sancta pecadora la obró.

Pues para esto es de saber que (como los filósofos dicen) del maravillarse los hombres vinieron á filosofar: queriendo decir, que de ver las maravillas de las cosas criadas y espantarse dellas, vinieron á inquirir las causas dellas; y halladas las causas, hallaron luego la ciencia. Porque no es otra cosa ciencia, sino conoscimiento de los efectos y de las causas de do proceden. Desta manera viendo los eclipses del sol, y las crescientes y menguantes de la luna, y otras cosas desta cualidad, y maravillándose dellas, alcanzaron la ciencia de la filosofía. Pues en esta conversion de la bienaventurada Magdalena se nos ofresce ocasion para hacer otro tanto; porque aquí se nos representa una obra de grande admiracion, que es una conversion de las mayores que ha habido, por haber pasado esta mujer de un tan grande extremo de maldad á otro extremo de bondad. Porque tres cosas trae consigo el vicio sensual, en que esta mujer era culpada. La primera, como dice Sancto Tomas (*h*), es ceguedad de entendimiento; porque la fuerza desta pasion absorbe y escurece el juicio de la razon. La segunda trae tambien dureza de corazon, que es hacer el hombre insensible para las cosas espirituales. Porque como la blandura del corazon nazca de la consideracion y lumbre del entendimiento, escurescido el entendimiento, luego queda endurecido como piedra el corazon. Y sobre todo esto, es este un vicio que pone fuego á todo lo bueno que hay en el ánima. Porque no solo abrasa y quema todos los bienes de gracia, mas tambien los de naturaleza; como lo vemos por experiencia en una mujer pública, que no solo está desamparada de la divina gracia, mas no tiene vergüenza, ni honra, ni temor de las gentes. Pues si estas son las propriedades deste vicio, ¿cómo no será cosa de grande admiracion ver una penitencia tan admirable en una persona tan perdida? ¿De dónde tanta luz y conoscimiento de Dios, en quien tan ciego tenia el entendimiento? De dónde tanta abundancia de lágrimas, en quien tan endurescido tenia el corazon? De dónde tantas virtudes, tanta fe, tanta caridad, tanta humildad, tanta confianza, tanta devocion y tanto menosprecio del mundo, en el corazon donde tanto estrago habia hecho este vicio, que es (como dijimos) un fuego abrasador que todo lo quema? Y si estas lágrimas y penitencias fueran de Sant Pedro, despues que negó al Salvador, no nos maravilláramos mucho; porque quien tanto conoscimiento tenia deste Señor, quien tantos milagros habia visto, no nos maravilláramos de que sintiera mucho la grandeza de su culpa, sabiendo tambien lo que perdia por ella. Mas una mujer tan ignorante de todo esto, tan insensible y hecha piedra para todas las cosas de Dios, venir á derramar tantas lágrimas por sus culpas, cosa es por cierto de grande admiracion. Maravíllanse los hombres de haber hecho Dios salir un rio de agua de una piedra dura (*i*): yo me maravillo mas, que deste corazon mas duro y mas insensible que piedra, haya salido tan grande abundancia de agua, que bastase para lavar los piés del Salvador. Pues siendo esta obra tan admirable, razon será que esta admiracion nos mueva á filosofar sobre ella, que es querer saber la causa y el principio della: esto es, de qué manera, por qué medios, y con qué instrumentos obró Dios esta tan súpita y tan grande mudanza en esta ánima; y no solo en esta, sino en otras muchas que muy poderosamente ha convertido y convierte cada dia. ¿Qué darian los hombres por saber de qué manera se podia hacer de cobre oro, que es lo que llaman alquimia, si la hay? Pues ¿cuánto mas es para desear, saber de qué manera hace Dios de la tierra cielo, de la carne espíritu, y del hombre ángel?

Pues para esto es de saber que aunque haya habido algunas conversiones de pecadores miraculosas, como fué la de Sant Pablo, Sant Mateo, y otras tales, en que los hombres súpitamente mudaron las voluntades del mal al bien, y se convirtieron á Dios; pero regularmente hablando, siempre suelen preceder diversos movimientos y alteraciones en el corazon, ántes que el hombre perfectamente se convierta y vuelva á su Criador. Porque así como el arte y la naturaleza no hacen sus obras en un instante, sino van poco á poco disponiendo la materia, y despues de ya dispuesta, en un instante se introduce la forma; así aquí primero dispone y molifica Dios el corazon del hombre con algunas inspiraciones, con que secretamente le dice dentro de su ánima: Mira cuánto tiempo ha que vives mal, mira cuántos millares de pecados tienes hechos contra Dios, mira cuánto te ha sufrido y esperado, y con todo esto cuántos beneficios te ha hecho, y de cuántos males te ha librado. Acuérdate que fulano murió súpitamente, y fulano sin confesion, y fulano sin testamento, y fulano estando en medio de los fuegos del mundo, y que tú tambien pudieras

(*g*) In Offic. B. Mar. Magdal. (*h*) 2. 2. q. 55. art 6. in corp. et q. 155. art. 5.

(*i*) Psal. 77.

haber muerto como todos estos. Mira no se canse Dios de esperarte, como lo hizo con esotros; pues no tienes tú mas seguro que ellos. Mira que así como Dios es misericordioso para perdonar al penitente, así es justo para castigar al rebelde; y desos tales están los infiernos llenos. Mira que la pena del infierno no es así como quiera, porque es pena eterna, y pena de carescer de Dios para siempre, y pena de ardor en aquellas vivas y vengadoras llamas. Pues si se ternia por intolerable tormento tener la mano una hora sobre unas brasas de fuego, ¿cómo no miras lo que será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en aquel fuego, no por una hora, sino por espacio de una eternidad, que no tiene cabo? Si tendrias por intolerable trabajo estar acostado en una cama por espacio de veinta ó treinta años, aunque fuese de rosas y flores; ¿cómo no miras lo que será estar acostado en aquella calera de fuego, en aquel horno de Babilonia (cuyas llamas subian cuarenta y nueve cobdos en alto), no por espacio de veinte ó treinta años, sino de treinta mil cuentos de millones de años? Estas son las aldabadas y representaciones con que nuestro Señor comienza á alterar el ánima, y sacarla de aquel abismo, y de aquellas tinieblas en que está. Siente el hombre estos movimientos por una parte, y por otra ve lo que esto le importa; mas por otra parte se pone en armas toda la malicia de la carne, representándole las dificultades desta mudanza, y el divorcio que ha de hacer de todos los gustos y contentamientos del mundo, á los cuales ha de dar libelo de repudio, que es cosa muy dura.

Desta manera anda el ánima batallando y fluctuando con estas ondas, una la trae y otra la lleva; hasta que finalmente en medio desta batalla acude Dios con un particular socorro, que es con un poderosísimo movimiento, el cual de tal manera alumbra el entendimiento del hombre, y mueve su voluntad, que le hace decir un quiero muy de véras y muy determinado. Esto es, quiero volver á Dios, quiero emendar mi vida, quiero romper con el mundo, quiero dejar no solamente los pecados, mas tambien las ocasiones dellos. Finalmente, quiero tratar de mi salvacion, que es el mayor de todos los negocios: ca todo lo demas es vanidad.

Pues en este instante, obrando Dios juntamente con el hombre, es él justificado y recebido de Dios por hijo, y ungido con su gracia. Por donde se ve lo que dijimos, cómo poco á poco lleva Dios hasta el cabo este negocio. Y así paresce que es como cuando uno quiere encender fuego en leña verde, que primero sopla una vez y otra, y se cansa, y llora con el humo, hasta que despues finalmente viene á dar un grande soplo, y luego súpitamente levántase una llama con que se enciende el fuego. Pues esa mesma órden (regularmente hablando) guarda Dios en esta obra. Porque primero os envía una inspiracion, y despues otra y otra, y como con estas no se acaba el negocio, acude con otra poderosísima, la cual levanta una clarísima llama en el entendimiento, que es principio de toda esta obra tan admirable; porque desta luz, como de una raiz, nasce todo lo demas que se requiere para esta obra de la justificacion.

Y si alguno preguntare qué cosa sea esta luz, digo que es un conoscimiento sobrenatural que Dios de nuevo infunde en el entendimiento del hombre, el cual por una manera maravillosa le da á conoscer la bondad de Dios, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado, la vanidad del mundo, el peligro y engaño en que hasta entónces vivió; el cual lleva en pos de sí la voluntad, y le hace dar de mano á las vanidades y engaños del mundo, amar á su Criador, y aborrescer sobre todas las cosas el pecado.

Pues esta luz es el primer principio, y como raiz de toda la justificacion; y así es la primera cosa que Dios para esto obra en nuestra ánima. De donde así como cuando Dios crió el mundo, la primera cosa corporal que hizo, y la primera palabra que habló, fué esta (*k*): Hágase luz, y luego fué hecha luz; así en la regeneracion del hombre (que es en su justificacion) la primera cosa que hace, y la primera palabra que dice es: Hágase luz, como si dijese: Esta ánima está envuelta en las tinieblas de Egipto, las cuales hacen que no vea el despeñadero y peligro en que está; pues amanezca aquí un nuevo rayo de luz, para que vea cómo está.

Todo esto se ve á la letra cumplido en la conversion desta sancta penitente, la cual cuenta Sant Lúcas por estas palabras (*l*). Dice que un fariseo de aquellos tiempos rogó á Cristo que quisiese un dia ser su huésped. Aceptó el Salvador este convite, y asentóse con él á la mesa. Habia en aquella ciudad una mujer pecadora, que era esta bienaventurada penitente, hermana de Lázaro y de Marta. Y llámala pecadora, porque era mujer de mal vivir, y por tal conoscida en toda la tierra. ¡Oh sabiduría de Dios! Una de las cosas mas viles y bajas que hay en el mundo es una mala mujer, la cual dice el Eclesiástico (*m*) que es hollada y despreciada de todos, como el estiércol que está en el camino. Y con ser esto así, puso Dios los ojos en esta, sin haber que mirar en ella, para hacerla ejemplo de penitencia, y una de las principales estrellas de su Iglesia. ¿Por qué razon? No hay por qué; sino solo aquello que dijo el Profeta (*n*): Hízome salvo, porque quiso salvarme. El por qué es, para gloria de su gracia, para ejemplo de su misericordia, para muestra de su bondad, para que entendamos que nuestro bien procede originalmente de su sancta voluntad; y por consiguiente que todo nuestro bien procede de sus manos, y que á él lo atribuyamos, y á él lo pidamos, y dél estemos colgados; y así seamos mas humildes, mas solícitos, mas agradescidos y mas temerosos, mas humildes por nuestra pobreza, mas solicitos por nuestro peligro, mas agradescidos por su gracia, y mas temerosos por nuestra flaqueza.

Pues esta dichosa mujer, despertada primero por la opinion y doctrina de Cristo, alumbrada por su gracia, y movida con un muy grande espíritu de penitencia, como supo que el Salvador estaba en casa del fariseo, sin mas aguardar lugar ni sazon (porque la fuerza del dolor y del amor no le daban lugar para mas), cúbrese su manto, y toma un bote de ungüento precioso en las manos, no procurado ántes de aquel tiempo para redemir pecados, sino para multiplicar pecados, y no para ungir á Cristo, sino para sacrificar al demonio. Pues con estas armas é instrumentos del pecado va á hacer guerra al mesmo pecado. Entra en la casa donde estaba comiendo el Salvador; y no osó parescer ante sus ojos, porque la vergüenza y la confusion de sus pecados no le dieron atrevimiento para esto, sino rodeando por las espaldas, vino á derribarse á sus piés, sobre los cuales derramó tantas lágrimas, que bastaron para lavarlos. Y así como

(*k*) Genes. 1. (*l*) Luc. 7. (*m*) Eccl. 9. (*n*) Psal. 17.

el agua de piés fué extraña y de nueva manera, así tambien lo fué la tohalla con que los limpió, que fuéron los cabellos. Y no contenta con esto, comienza á besar aquellos sacratísimos piés, y ungirlos con aquel precioso ungüento. De manera que todas aquellas cosas con que servía al mundo, consagró al servicio de Cristo, y de todas aquellas armas é instrumentos del pecado, hizo remedios contra el pecado. De los ojos hizo fuentes para lavar las mancillas de su ánima, de los cabellos hizo lienzo para limpiarlas, de la boca hizo porta paz para recebir la de Cristo, y del ungüento hizo bálsamo para curar las llagas de su ánima y encubrir el hedor de su mala vida. Y es mucho para considerar que lo que ella obraba por de fuera, obraba el Señor interiormente en su ánima por otra mas excelente manera. Ella venía, y él la traia; ella le ungia los piés con ungüento, y él ungia el ánima con su gracia; ella lavaba sus piés con lágrimas, él lavaba su ánima con su sangre; ella le enjugaba los piés con sus cabellos, él adornaba su ánima con virtudes; ella le besaba los piés con grande amor, y él le daba aquel beso de paz que se dió al hijo pródigo en su conversion.

Entre todos estos oficios no se cuentan ningunas palabras que hablase; porque bastaban por palabras las lágrimas, bastaban los gemidos, bastaban los deseos, como dice el Profeta (*o*): Señor, delante de vos está mi deseo; y mi gemido no está de vos escondido. ¡Oh qué palabras estas tan eficaces! Oh lágrima humilde (dice Sant Hierónimo), tuya es la potencia, tuyo es el reino; no has miedo al tribunal del juez, á los acusadores pones silencio, no hay quien te impida la entrada, vences al invencible, atas las manos al Omnipotente.

Estas lágrimas llama Sant Bernardo vino de ángeles (*p*), porque en ellas hay sabor de vida, sabor de gracia y gusto de indulgencia. Tiene por cierto él mucha razon de llamarlas vino de ángeles; mas yo las llamo tambien agua de ángeles. Suelen los hombres destilar una manera de agua olorosa, no de una sola yerba olorosa, sino de muchas y diversas, y esta llaman agua de ángeles, que tiene muchos y suaves olores, conforme á las yerbas de que se destila. Pues tales eran estas lágrimas, las cuales no procedian de una sola causa ó de un afecto, sino de muchos y diversos; porque ellas eran lágrimas de fe, lágrimas de esperanza, lágrimas de amor, lágrimas de dolor y lágrimas de devocion. Todos estos afectos y movimientos habia en aquel piadoso corazon, y todos estos se resolvian en lágrimas con el fuego de la caridad, y se destilaban por los ojos; y así salia esta agua de ángeles mas olorosa que la que acá distilan los hombres.

Pues desta conversion y penitencia tan admirable fué el orígen y primer principio aquel nuevo rayo de luz con que el Salvador alumbró las tinieblas desta sancta pecadora, de la cual procedieron todos estos sanctos movimientos y afectos. Porque esta luz le abrió los ojos, y con ella vió la horrible figura de aquellos monstruos infernales de que estaba cercada, y espantada de tan extraño peligro, corrió luego á buscar el remedio. Y así parte luego en medio del dia, sin aguardar mas consejo, ni tiempo, ni sazon; y métese por medio del convite y de los convidados á buscar á Cristo. ¿Qué haces, mujer? Mira que no es ese tiempo ni lugar aparejado para lo que quieres. Nadie para este negocio busca testigos ni lugares públicos, sino tinieblas y soledad. Porque así lo hizo aquel príncipe de los fariseos, Nicodemus, que vino de noche á buscar al Salvador (*q*). No se pierde nada que aguardes siquiera una hora mas para ese negocio. No oye ninguna destas razones, porque la vehemencia y la priesa del dolor, y del temor, y del espanto de sí misma, de tal manera ocupaban su entendimiento, que no podia entender sino sola la grandeza de su peligro. Todo esto obraba aquella luz y aquella candela que Dios habia metido en su ánima. Ella obraba dentro della este tan grande sobresalto y temor; y no solo temor, sino tambien amor; y amor tan grande, que dijo el Señor: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho. Y no solo obró amor, sino tambien dolor, y tan gran dolor, que le hizo derramar tanta abundancia de lágrimas; y no solo dolor, sino vergüenza y confusion; y no solo vergüenza de Cristo, sino tambien menosprecio del mundo; pues tan poco caso hizo del decir de las gentes, y de los juicios del fariseo, para dejar por eso de hacer lo que cumplia á su salvacion. Y no solo obró esto, mas juntamente con ello un tan gran deseo de satisfacer á Dios por las ofensas que tenia hechas, que despues de subido el Salvador al cielo (aunque habia ya alcanzado, *vivæ vocis oráculo*, jubileo é indulgencia plenísima de sus pecados), estuvo treinta años en una peña, haciendo penitencia, donde cada dia era maravillosamente arrebatada en lo alto entre los coros de los ángeles, para mostrar Dios en esto la virtud y eficacia de la verdadera penitencia, que suele hacer á los buenos penitentes iguales á los ángeles.

Y para mayor confirmacion desto leemos en los Evangelios hallarse la Magdalena al lado de la Vírgen gloriosa: que es, María la pecadora par de la innocente; para que por aquí entendamos cómo algunas veces los buenos penitentes se igualan con los innocentes, y aun á veces los pasan adelante, como lo significó aquel sancto penitente, que dijo (*r*): Rociarme has, Señor, con un hisopo, y seré limpio; lavarme has, y pararme he mas blanco que la nieve. Decir que será mas blanco que la nieve, es decir que el penitente llegará á quedar mas blanco que el innocente: como es de creer que esta sancta pecadora tiene hoy mas gloria en el cielo, que muchos de los que nunca mortalmente pecaron. Imitemos pues todos esta manera de penitencia, para que así vengamos á ser merescedores de su gloria.

CAPITULO XIII.

De la entrada del Salvador en Hierusalem, y de la fiesta de los ramos.

Así como la entrada del Salvador en este mundo fué con grandísima gloria, con cantares de ángeles, con resplandor de estrellas, adoracion de magos y de pastores; así la salida dél, ó por mejor decir, la entrada en Hierusalem para ofrescerse en sacrificio por la salud del mundo, fué tambien con grande gloria (*a*): pues toda aquella ciudad se trastornó, y lo salió á recebir con ramos de olivas y palmas, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, y repetir todos casi las mismas voces y alabanzas que los ángeles cantaron, diciendo: Paz sea en el cielo, y gloria en las alturas, como escribe Sant

(*o*) Psal. 37. (*p*) Super Cantic. serm. 30.

(*q*) Joan. 3. (*r*) Psal. 50. (*a*) Matt. 21. Marc. 11. Luc. 19. Joan. 12.

Lúcas (*b*). Y no es cosa ménos admirable considerar con cuán humilde caballería quiso el Salvador recebir esta honra; porque no fuera otra que una ásna y un pollino enjaezados con los pobres mantos de los discípulos. Y desta manera entró aquel Cordero pascual á sacrificarse por nosotros en la ciudad de Hierusalem. Y porque todo lo que en esta entrada acaesció está lleno de misterios, á nosotros pertenesce escudriñar húmilmente en todas estas cosas la sabiduría y consejo divino, en cuanto nos fuere concedido.

Pues una de las causas (entre otras) que señalan los sanctos doctores desta tan solemne entrada y recebimiento, fué haber querido representar el Padre eterno en ella, como en una pintura, el fructo que hizo la venida de su Hijo al mundo, y iba agora á ejecutar con el sacrificio de su pasion. Porque para este tiempo y para este trabajo no habia cosa que mas á propósito viniese para quien lo habia de pasar, que ponerle delante el fructo dél. Y así confiesa el Apóstol que fué, cuando hablando de la pasion del Salvador, dijo (*c*) que poniendo él ante sus ojos el gozo de nuestra redempcion, sufrió la cruz, y no hizo caso de la confusion y abatimiento del mundo. Considera pues en esta entrada por una parte la humildad con que el Señor entra, y por otra la solemnidad con que el pueblo le recibe. El entra, como lo representa la profecía de Zacarías (*d*), pobre, humilde y manso, asentado sobre una asnilla como un pobre caminante, acompañado de doce pescadores, no ménos pobres: y con no traer mas estruendo ni mas aparato, el recebimiento que toda la ciudad le hizo fué tan solemne como está declarado. Pues ¿qué es esto, sino un perfectísimo retrato de la mudanza que el mundo hizo, y de la fe que recebió cuando este Señor vino á él, y esto no con otros instrumentos que con la humildad de la encarnacion, y con la ignominia de su pasion, y con la predicacion de unos pobres y rudos pescadores?

Estaba todo el mundo hecho un templo de idolatría, un castillo de ladrones, una cueva de basiliscos y serpientes, una plaza de engaños, una casa de confusion, un abismo de tinieblas, y muy poco ménos que un infierno de demonios encarnados. De donde el sol sale hasta donde se pone, por todas las islas, y mares y tierras, eran adorados, por Dios, los demonios: y para honra de tales monstruos se edificaban solemnísimos templos, humeaban los altares, y se quemaba encienso, y se ofrecian sacrificios. Y porque la idolotría es madre de todos los vicios, juntamente con ella reinaban todas las torpezas, todas las abominaciones, todas las maldades y vicios del mundo. De suerte que estaba el demonio, que es aquel fuerte armado del Evangelio (*e*), poseyendo pacíficamente el principado de la tierra, sacándolo del servicio y obediencia de su legítimo y verdadero Señor.

Estando pues las cosas en este estado, sobrevino otro mas fuerte que él, que fué este Señor; el cual le quitó las armas de las manos, y tomóle todos los despojos, que son las ánimas y las criaturas de Dios, que él tenia tiranizadas, y derribó sus altares por tierra, y la silla de su idolatría, que él tenia usurpada en el mundo. ¿Mas con qué armas hizo esto? No con las armas de Saul doradas, sino con un cayado y una honda (*f*) quebrantó las fuerzas de aquel poderoso gigante: quiero decir, no peleando con la gloria de su majestad, ni con la potencia de su divinidad, sino con la flaqueza de su humanidad: esto es, con la humildad de su encarnacion, y con la ignominia de pasion, y con la humilde predicacion de unos pobres pescadores derribó la monarquía y potencia deste tan grande tiranno. Con una quijada de una bestia desbarató Samson el ejército de los filisteos armados (*g*), y Cristo con la flaqueza de sus discípulos quebrantó las fuerzas y potencia del mundo. Porque tanto es mas gloriosa la victoria, cuanto las armas son mas flacas: y tal convenía que fuese la victoria con que Dios triunfase del demonio, no peleando con él con las armas de su poder, sino con las de su flaqueza. Esta manera de victoria tan gloriosa representó en una palabra muy al proprio el profeta Isaías, cuando dijo (*h*) que el Salvador nos habia librado del captiverio y yugo del demonio, de la manera que él libró á los hijos de Israel de la subjeccion y vasallaje de Madian por mano de Gedeon (*i*). Gedeon venció este rey potentísimo con solos trescientos hombres, los cuales en la una mano tenian cada uno una trompeta, y en la otra un cántaro, dentro del cual traian una lumbre encendida, la cual despues de quebrados los cántaros comenzó á resplandescer y á alumbrar aquella noche escura. Pues con este sonido de trompetas, y con estas lumbres encendidas fué desbaratado aquel grande ejército de Madian. Pues ¿qué necesidad tenia aquel poder infinito de Dios de usar deste ardid de guerra para desbaratar sus enemigos, si no nos quisiera representar aquí algun misterio? ¿Y qué cosa se puede representar mas al proprio, que el triunfo del mundo, y del príncipe deste mundo, que nos tenia captivos? Porque Gedeon venció con solos trescientos soldados, Cristo con muy pequeño número de discípulos; aquel con el sonido de las trompetas, Cristo con el de la predicacion Evangélica; aquel quebrantando los cántaros y resplandeciendo la luz que estaba dentro dellos, Cristo con la muerte de los sanctos mártires y predicadores, y con la luz y resplandor de sus virtudes, que señaladamente resplandesció en la batalla de sus martirios. De manera que la voz de la doctrina, y el resplandor de la vida, y la paciencia del martirio y de los trabajos, fuéron los instrumentos con que nuestro Gedeon venció toda la potencia de los reyes y emperadores del mundo, y todas las fuerzas del infierno, y nos libró del captiverio del pecado. Gracias pues sean dadas á vos, Señor, porque tan maravillosa y costosamente nos librastes, pues no solo con vuestra sangre y con la humildad de vuestra pasion, mas tambien con la sangre y muerte de tantos mártires fundastes vuestra Iglesia, y nos sacastes del captiverio de aquel dragon infernal.

Pues esta es la manera de victoria que aquí escribe, no solo el profeta Isaías, sino tambien Zacarías, alegado á este propósito por los evangelistas, diciendo (*k*): Alégrate, hija de Sion; gózate, hija de Hierusalem; porque tu Rey viene para ti pobre y manso, asentado sobre una asna y un pollino. Y añade luego la victoria que con este tan humilde aparato alcanzará, diciendo: El destruirá los carros de Efraim, y los caballos de Hierusalem, y hará pedazos los arcos de la batalla, y predicará paz á las gentes, y su poder se extenderá de mar á mar, y dende el rio hasta los términos de la tierra. En

(*b*) Luc. 2. (*c*) Hebr. 12. (*d*) Zachar. 9. (*e*) Luc. 11.
(*f*) 1. Reg. 17.

(*g*) Judic. 15. (*h*) Isai. 9. (*i*) Jud. 7. (*k*) Zachar. 9.

las cuales palabras nos es significada esta general victoria de los príncipes del mundo, y de los ídolos que por ellos eran adorados y defendidos, en lugar de los cuales el imperio romano (que tenía la monarquía del mundo) y los príncipes de la tierra, recebieron y adoraron este verdadero Señor por su verdadero Dios (*l*), y gozaron de aquella paz que sobrepuja todo sentido, que él trajo consigo al mundo, reconciliándolo con su Criador y Señor. Esto es pues lo que nos representa el recebimiento de toda aquella ciudad, que con tanta solemnidad recebió á este Señor, confesándolo por verdadero Rey y Salvador del mundo, y pidiéndole salud en las alturas, como á verdadero Dios y Señor dellas.

Mas no fué solo este el beneficio que recebió el mundo con la venida deste Señor, mediante la fe; mas tambien fué renovado con la hermosura de la justicia, y de las virtudes que en aquella gloriosa edad florescieron. Porque entónces se cumplió lo que el profeta Isaías habia profetizado, diciendo (*m*): En las cuevas donde primero moraban los dragones, nascerán verduras de juncos y cañaverales: para significar que donde ántes reinaba la ponzoña y la fiereza de los hombres que vivian como dragones, y como miembros de aquel dragon infernal que en ellos inspiraba su misma ponzoña, y así los hacia tales cual él era, ahí abundó tanto la virtud y la gracia, que las cuevas destos dragones se hicieron jardines de flores eternas, que es de perfectísimos varones; los cuales despreciadas todas las cosas del mundo y su misma carne, no trataban mas que de las cosas del cielo: lo cual nos representan aquellos que en este recebimiento echaban sus vestiduras por tierra para ser pisadas de todos. Esto pusieron por obra señaladamente los sanctos mártires, los cuales con grande alegría se dejaron despedazar, y arrastrar, y padescer todas las maneras de tormentos que la ingeniosa crueldad de los tiranos y de los demonios pudo inventar, ántes que perder un punto de la fe y amor que tenian con este Señor. En persona de los cuales dice el Apóstol (*n*): Hasta la hora presente andamos hambrientos, y sedientos, y desnudos, y abofeteados, sin tener un rincon en que meternos, y sin tener un pedazo de pan que comer, si no lo ganamos por nuestras manos. Maldicen nos, y bendicimos; persiguen nos, y sufrímoslo; blasfeman de nosotros, y rogamos á Dios por quien nos blasfema; y finalmente, hemos venido á ser como unos estropajos y desechos del mundo, y como unos hombres á quien todo el mundo tiene por tan abominables y sacrílegos, que con ninguna cosa piensan mas aplacar á Dios que con nuestra muerte. Estos pues son figurados por aquellos que tendian sus vestiduras por tierra (*o*), para que fuesen pisadas y despreciadas, por servir con esto á la gloria de aquel Señor, diciendo con el mismo Apóstol (*p*): Será glorificado Cristo en mi cuerpo, así con la muerte, como con la vida; porque mi vida es Cristo, y mi muerte es ganancia.

Otros hubo que ya que no perdieron las vidas, porque no hubo ocasion para eso, dejaron por él las haciendas, renunciando todo cuanto poseian, para que se repartiese por pobres: como lo hacian los primeros cristianos, que vendian sus haciendas, y ponian el precio dellas á los piés de los apóstoles. Y estos son los que recebieron al Señor con ramos de olivas, por las cuales se entiende la misericordia, que es una de las obras mas principales y proprias de la vida cristiana, que así como consiste en caridad, así tiene por principalísimo ejercicio las obras de misericordia, que son efectos de esa mesma caridad. Por lo cual dijo Sant Ambrosio (*q*), que la summa de toda la disciplina cristiana consistia en obras de misericordia y piedad. Otros hubo que no teniendo que dar por amor de Dios, se dieron á sí mismos, haciendo de sí sacrificio, entrando en los cláustros y monasterios, y castigando sus cuerpos, y crucificando sus apetitos en la cruz de la obediencia por amor de Dios. Y otros que aun pasaron mas adelante, porque no contentos con la cruz de la vida monástica pasaron á los trabajos de la soledad, morando en los desiertos, alejados no solo de la compañía, sino tambien de todos los regalos y gustos de la vida humana, haciendo vida de ángeles en la tierra, y conversando en el cielo, y ocupándose continuamente en las alabanzas divinas, y en la contemplacion de las cosas celestiales, como hicieron los Paulos, Antonios, Pafnucios, Macarios, Arsenios é Hilariones, y otros innumerables que hicieron vida de ángeles en los desiertos de Egipto, y del monte Sinaí, y en otros muchos lugares. Y estos son figurados por los que recebian al Señor con cantares de alabanza, confesando su reino y pidiéndole salud en las alturas.

§. ÚNICO.

Del ejemplo que se nos da en este recebimiento.

Despues desto tenemos en este sagrado Evangelio un maravilloso ejemplo y medicina para curar una comun dolencia de la naturaleza humana, que es el apetito de la gloria del mundo, el cual procura siempre de atizar y encender nuestro comun adversario; porque sabe él muy bien que despues de ciegos con este amor, en lo demas no le queda que hacer, porque por aquí tiene la puerta abierta para todo lo que quiere. Y es cosa maravillosa ver en este caso el artificio deste embaidor; porque con ser esta gloria una cosa tan breve, tan frágil, tan engañosa y de tan poco ser, él la pinta con tales colores, que hace á los hombres hacer tan grandes extremos por ella. En lo cual me paresce que se há como unos grandes matemáticos, los cuales por arte de perspectiva figuran ciertas líneas en unas tablas, con tal proporcion y artificio, que no siendo á la verdad mas que esto, si las mirais por un cierto agujero que ellos saben ordenar, paresce que están allí las mas hermosas figuras del mundo, como quiera que á la verdad no están mas que unas rayas desnudas. Tal pues me paresce el artificio deste grande engañador, pues siendo las honras deste mundo una cosa tan sin sér, él nos las pinta y representa de tal manera, que por ellas despreciamos vida, y alma, y todo lo que Dios promete.

¿Pues quieres tú agora ver la grandeza deste engaño? No vamos mas léjos; pon los ojos en esta honra que aquí el mundo hizo á este Señor, y en ella verás lo que es la gloria del mundo. Lo cual declara Sant Bernardo por estas palabras (*r*): El mismo pueblo, en el mismo tiempo, y en el mismo lugar donde le recebió con tan gran triunfo, de ahí á pocos dias le pidió la muerte y le puso en cruz. ¡Oh cuán diferentes voces eran por una parte: Crucifícalo, crucifícalo; y por otra: Bendicto sea el que

(*l*) Philip. 4. (*m*) Isai. 35. (*n*) 1. Cor. 4. (*o*) Joan. 16. (*p*) Philip. 1.

(*q*) Ambros. Comment. in 1. Epist. ad Tim. de c. 4. t. 5.
(*r*) Serm. 1. Dominica. in Ramis. palm.

viene en el nombre del Señor; salva nos en las alturas! ¡Cuán diferentes voces son llamarlo agora Rey de Israel, y de ahí á pocos dias decir: No tenemos Rey, sino á César! Cuán diferente cosa son agora ramos verdes y floridos, y poco despues espinas, azotes y cruz! Y á quien primero sirvieron con sus proprias vestiduras, de ahí á poco le desnudaron de las suyas, y echaron suertes sobre ellas. Y finalmente, al que hoy predicaban por Hijo de David, que es por el mas sancto de los sanctos, mañana le tienen por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabas. ¿Pues qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y abonos dél?

Pues segun esto, ¿cómo no se corren los hombres de hacer tanto caso deste monstruo, de estimar en tanto su gloria, de hacer tanto caso de sus juicios, y dar tantos pasos por su servicio? Cómo no se afrentan de hacer tantas expensas para agradar á sus ojos, para quedar en su memoria, pues está claro que su memoria es como la del huésped de un dia que va de camino (*s*)? Cosa es por cierto de gran lástima, despues del beneficio de la redempcion de Cristo, ver los hombres tan captivos y tan esclavos del mundo, y ver lo que hacen por tenerle propicio. Muchos hay que no son señores de sí mismos, ni tienen libertad para hacer mil cosas que para sus cuerpos y ánimas eran necesarias, si temen que no las aprobará el mundo, aunque las apruebe y mande Dios; haciendo mas caso del qué dirán las gentes, que de lo que en fin de la vida les dirá Dios. Otros hay que por ser mas honrados en el mundo, por tener con qué apascentar ojos ajenos, por dejar de sí memoria en el mundo con títulos, con mayorazgos y edificios soberbios, ayunan toda la vida, y hacen ayunar su familia, robando el mundo, y agraviando á los suyos, para que así crezcan los instrumentos desta gloria á costa ajena. Y no acaban los miserables de entender siquiera por este ejemplo cuán caro compran la memoria de un mundo tan olvidadizo y tan ingrato. Pues ¡oh ciegos, oh mendigos y miserables! ¿en qué andais? Qué buscais? Qué pretendeis desa bestia de muchas cabezas? ¿Por qué despues de redemidos y libertados por Cristo, os quereis volver á ser esclavos dese mismo tiranno? El cual como es falso y engañoso, así tambien lo son todas sus cosas; porque tambien ellas prometen lo que no cumplen, y paresce que tienen lo que no dan. No son mas (como decia Platon) que unas sombras é imágines contrahechas de los bienes verdaderos; y nosotros, como animales brutos, no sabemos hacer diferencia de lo que es á lo que paresce. Y así nos acaesce como á los perrillos y cabritillos, que si les poneis el dedo en la boca, comienzan á mamar en él, pensando que es la teta de la madre, porque algun tanto se paresce con ella. ¿Pues qué mayor miseria que venir el hombre á no tener mas discrecion que las bestias, y á no saber hacer diferencia entre la apariencia de las cosas y la existencia dellas, y estar tomando placer con las figuras de los bienes, como si fuesen verdaderos? Dime, hombre miserable que andas por todas las criaturas buscando deleites, ¿qué leche, qué hartura, qué paz has hallado en todos esos pechos que has mamado? ¿Cuántas veces donde buscabas leche hallaste acibar, y donde miel, hallaste hiel? Cuántas veces en la hacienda, ó estado, ó casamiento, donde pensabas hallar descanso, hallaste tormento y ocasion de trabajos y cuidados? Esa es la leche que se halla en los pechos del mundo, á los cuales tiene Dios echada su maldicion por su Profeta, diciendo (*t*): Señor ¿qué darás tú á los malos? Dales, Señor, vientre estéril y pechos secos; para que ni nazca dellos fructo de bendicion, por falta de sus buenas obras; ni tengan leche de consolacion, por la muchedumbre de sus miserias.

Mas aunque nada desto fuese así, y que el mundo en todo fuese fiel, ¿qué nos aprovecharán todas sus cosas al tiempo de la mayor necesidad? A la hora de la cuenta ¿qué nos aprovecharán todos esos ídolos que adoramos, que son todas aquellas cosas en que pusimos nuestra felicidad y esperanza? Allí es donde claramente se conosce la vanidad y engaño de todas estas cosas, y allí es donde hasta los malos caen en la cuenta de sus yerros, y dicen aquellas palabras del libro de la Sabiduría (*v*): ¿Qué nos aprovecha nuestra soberbia, y qué fructo nos acarreó la jactancia en nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo que va por la posta. En lo cual tambien se ve cuán grande sea nuestra ceguedad y locura, que siendo las cosas del mundo lo que son, y huyendo siempre de nosotros, corremos á rienda suelta tras dellas; y por el contrario, siendo las cosas de Dios lo que son, y ofresciéndosenos tan de gracia, no hacemos caso dellas. Aprovechemos pues, hermanos, con este desengaño que se nos da en esta entrada de Cristo; para que conoscidos y despreciados los halagos deste mundo lisonjero y mentiroso, estimemos y procuremos los verdaderos bienes, que nos hagan en esta vida verdaderamente ricos por gracia, y despues bienaventurados en la gloria.

PREÁMBULO PARA ENTENDER EL ESPÍRITU É INTENTO DESTA ORACION QUE SE PONE ÁNTES DEL MISTERIO DE LA SAGRADA PASION.

Sabida cosa es que todas las obras que nuestro Señor tiene hechas, así de naturaleza como de gracia, son para manifestacion de su gloria. Y aunque todas ellas sean altísimas y divinísimas, y tales que dan bien testimonio de la excelencia de su Hacedor; mas el misterio de su sagrada Pasion descubre tanto esta gloria, que todas ellas quedan escurecidas con el resplandor y hermosura della; en la cual por una manera admirable se nos descubrió la grandeza de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la sanctidad y providencia deste Señor. Y así la consideracion deste misterio es mas poderosa para mover nuestros corazones á amor, temor, imitacion de las virtudes del Salvador, y agradescimiento deste tan grande beneficio. Mas para esto es necesaria una especial lumbre del Espíritu Sancto, para entender algo de la excelencia deste misterio. La cual tenia Sant Buenaventura, y conforme al sentimiento y fructo que sacaba desta consideracion, ordenó esta siguiente oracion, en un libro que hizo, llamado Estímulo de amor de Dios, la cual da claro testimonio de lo dicho. Y con este presupuesto se entenderá mejor el intento y espíritu desta oracion.

Siguese una muy devota oracion de Sant Buenaventura, para pedir al Señor sentimiento del misterio de su sagrada Pasion.

(*s*) Sap. 5.

(*t*) Osee. 9. (*v*) Sap. 5.

Salvador y Señor mio Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los señores: haced, Señor, lodo con vuestra saliva (x), y untad los ojos deste ciego dende su nascimiento, para que pueda ver la hermosura de vuestras sacratísimas llagas. Hacedme entrar en el arca mística, y en el verdadero templo (que es vos mesmo) para que puedan mis ojos ver lo que en vuestro cuerpo y en vuestra ánima padescistes por mí, y la voluntad y amor con que lo padescistes. Recebidme, Señor, como aquel hijo pródigo, á comer con vos el becerro grueso, asado con fuego de amor en la cruz. ¡Oh verdadero Maestro, enseñadme los tesoros de la beatísima sabiduría de vuestra muy dolorosa muerte! Otra vez, Señor, otra vez tened por bien abrir vuestro costado á mí, vuestro siervo muy malo; porque estos ojos que robaron mi ánima, hallen en vuestro costado sus despojos.

¡Oh buen Jesu! mirad que mi corazon es endurecido como piedra, si no fuere ablandado con vuestra sangre bendicta. Mucho de vos y muy mucho de vos está alejado mi corazon, si no fuere recogido en el abertura de vuestro sagrado pecho.

¡Oh buen pastor! mirad que yo soy aquella oveja herrada que pereció (y), por la cual pusistes la vida en la cruz; véisla aquí, Señor, yo soy; recebidla, Señor, y acogedla en vuestras entrañas y en el pasto de vuestras sacratísimas llagas. Guardadme, Señor, y encerradme en ellas, porque sin vuestras llagas yo soy llagado, y sin vuestra muerte soy muerto, y sin vuestras deshonras soy deshonrado, y sin vuestros azotes soy azotado, no con azote de igualdad, sino con azote de maldad. Porque yo no supe perseverar en vuestra beatísima pasion, soy como nada; y porque me olvidé de la flaqueza de vuestra pasion, soy enflaquescido; y porque me aparté de los dolores de vuestras espinas y heridas, ha sido malamente herida mi ánima con las espinas de sus pasiones y cobdicias. ¿Qué diré? Que si mi corazon no se abre á sentir vuestros dolores, luego se abre á todas las vanidades; y si no se sabe esconder en vuestras llagas sagradas, luego cae en manos de los ladrones. Ca vuestra pasion es medicina eficacísima contra todos los vicios. Contra la soberbia es su humildad, contra la vanagloria su abatimiento, contra el avaricia su largueza, y contra la invidia su caridad, y así contra todos los otros vicios. Ella es la que cierra los oídos, para que no oigan cosas vanas; cubre los ojos, para que no vean cosas peligrosas; guarda la boca para que no se desmande en palabras desordenadas; ata las manos y abrázalas con aquel sancto madero, para que no se extiendan á cosas ilícitas; y los piés enclava en la cruz, porque no anden por caminos de vanidad. Esta es la que enciende el amor, de consuno acrescienta la devocion y levanta el espíritu á la contemplacion divina.

Pues, Señor, esta muy cruel y deshonrada pasion os pido me deis por esposa. Juntadla conmigo con atadura que no se pueda soltar (z), porque sobre toda hermosura y sobre todos los deleites y bienes del mundo la amé. Pésame de corazon, porque muchas veces por mi maldad la deseché de mí, llegándome á otras cosas; mas agora vengo ya, y la busco y la quiero. No hagais, Señor, conmigo segun rigor de justicia, sino segun la muchedumbre de vuestra misericordia. Pues, Señor mio, esta os suplico me deis, pues yo la quiero con todas mis entrañas. Esta sola me basta, sola dulcemente me cria y me recrea en esta vida. Esta es mi vida, esta mi consolacion, esta mis deleites, y mi ley, y mi sabiduría. Esta atrae dulcemente mi corazon, y lo lleva en pos de sí, y lo guia por su camino; y sin ella voy perdido y descaminado. ¡Oh buen Jesu! otra cosa no cobdicio en esta vida sino ser del todo crucificado con vos. Pues, Señor, ó vos me dad la muerte corporal, ó imprimid vuestra muerte en mi corazon. Miserable de mí, ¿para qué nascí, sino para abrazaros en la cruz y para descansar en vuestras llagas? Mas quiero subir en esta vida con vos al monte de la cruz, que con los otros escogidos apóstoles al monte de la transfiguracion; y mas dulce es para mí veros con los ojos del ánima escupido, que transfigurado. Señor, esta beatísima pasion quiero, esta pido, esta cobdicio de lo íntimo de mis entrañas. Por esta renuncio todas las cosas, y á mí mesmo tambien con ellas. Esta sea mi refugio, y mi morada, y toda mi consolacion, porque vuestra sangre preciosa me embriaga, y vuestros dolores parten mi corazon.

Señor, por mí hecistes el cielo y la tierra, el sol, y la luna, y las estrellas, el fuego, y el aire, y el agua, y todo lo que en ellos es. Mas ¿quién os pidió algunas destas cosas? Sin que os las pidiésemos, y sin que las meresciésemos, nos las distes por sola vuestra gracia. Y agora insisto continuamente pidiendo la deshonra de vuestra pasion, y no puedo alcanzar una muy pequeña parte della. Pues mirad, Señor, que todas estas cosas visibles tengo despedidas por esta; y á vos os vuelvo humilmente todo lo que por mí criastes, y solamente me dad vuestras sacratísimas llagas. Estas ensalzan mi corazon sobre el cielo, alumbran mi entendimiento mas que el sol y la luna, encienden mi voluntad mas que el fuego, avivan mis palabras mas que el aire, ablandan mi corazon mas que el agua, sostienen y hacen fructificar mi ánima mas que la tierra. Esta es mas deleitable que los árboles y flores, mas dulce que todos los manjares, mas preciosa que el oro y piedras preciosas. Y aun ciertamente todas estas cosas no son sino vanidad comparadas con ella. Esta os pido, Señor: esta me dad por esposa. No os pido la hermosura del cielo, sino la deshonra de la cruz; no los deleites del mundo, sino las angustias de vuestra muerte. Presto, Señor mio, presto dádmela, ca no quiero ni puedo vivir sin ella. No quiero desposarme con ella, sino casarme, y consumar luego este sancto matrimonio, para que sea sancto y firme. Mas ¿quién soy yo, Señor, para que ose pedir por esposa la que vos dais á vuestros grandes amigos en prendas de vuestra amistad? Mas, Señor, aunque yo sea vanidad y corrupcion, siempre confío y espero en vuestra gran misericordia. Y aunque yo no tenga la pureza y sanctidad de vuestra Madre para estar al pié de la cruz, habiendo compasion de vos; mas tengo la maldad del ladron, por donde pueda ser justiciado y crucificado con vos. Y si no soy como aquel sagrado velo del templo, para que haya de ser rasgado con vuestra muerte; á lo ménos soy sepultura hedionda que debo ser abierta por el abertura de vuestro precioso costado. ¿Qué quereis, dulcísimo Señor, que haya en mi corazon, que no sienta vuestros dolores? Si las piedras se hacen pedazos cuando vos padeceis, yo soy duro como piedra; y si la tierra hace su sentimiento, yo tambien soy formado de tierra. Pues ¿qué falta en mí, ó de maldad, ó de bajeza, ó de du-

(x) Joan 9. (y) Luc. 15. (z) Sap. 7.

reza, porque no haya de hacer sentimiento en vuestra sagrada muerte? Y si no soy celestial, para que habiendo de vos compasion haya de ser escurescido, soy de conversacion infernal, para que en estos tres dias de muerte deba ser de vos visitado. Pues, Señor, no sea impedimento mi maldad para que ayunteis con mi ánima esta esposa tan noble; porque sin dubda ella es mas hermosa que todas las cosas hermosas, y en ella resplandescen todas las gracias. En ella fué Dios muy honrado, y en ella resplandesció la grandeza de su bondad, y de su misericordia, y de su justicia. La sabiduría della hirió al soberbio, y la virtud della trasladó las ánimas del infierno al paraíso, y por el merescimiento della fué reconciliado y redemido el mundo. El color violado della cria los humildes, el azucena blanca de su pureza los innocentes, y la púrpura de su preciosa sangre á los fervientes en caridad. En esta resplandesció la humildad perfecta, y la virginidad pura, y la caridad cumplida, y la paciencia consumada. Con esta resuscitan los muertos, con estas se justifican los pecadores, en esta se glorían los justos, y con esta se vencen los enemigos. Con su dulce tocamiento son curados los enfermos, y con su gusto suavísimo son recreados y fortalecidos los perfectos. ¡Oh hijas de Hierusalem! esta es mi esposa, y mi querida, y todo el deseo de mi ánima. Esta vence al demonio mi enemigo, castiga mi carne, mortifica mis pasiones, enfrena mis cobdicias, y aparta de mi corazon el amor del mundo.

Pues léjos sea de mí gloriarme en otra cosa sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por la cual el mundo es crucificado á mí, y yo al mundo. Por cierto, Señor, gran gloria es para mí, que por mí hecistes los tiempos y criastes todas las cosas; pero mayor gloria es para mí que vos, Dios eterno, tuvistes por bien haceros temporal, y nascer en este mundo por mí. Mucho os debo porque me hecistes á vuestra imágen y semejanza; pero mucho mas os debo porque tomastes forma de siervo, y os hecistes semejante á mi. Gran beneficio es haber sido el hombre hecho á imágen de Dios; pero mayor es sin comparacion haberse hecho Dios á imágen del hombre. Mucho os debo porque con tantos beneficios cuantas criaturas hay en el mundo me sustentais y gobernais; pero mucho mas os debo porque vos, fuente de todos los bienes, quisistes padescer hambre, y sed, y frio, y cansancio por mí. Gran gloria es para mí que me distes señorío sobre todos los animales que criastes; pero mayor gloria es que vos os subjetastes á una mujer y á un oficial por mí (a). Gran gloria es para mí que si yo fuera vuestro amigo me honraran los ángeles en el cielo; pero mayor gloria es para mí que siendo yo vuestro enemigo, quisistes ser deshonrado por mí, y escupido en la tierra. Gran gloria es para mí que si fuere justo, seré rico y bienaventurado con vos; pero mayor gloria es para mí que siendo pecador y malo, quisistes sufrir extrema necesidad y pobreza por mí, pues al tiempo del nascer no tuvistes otra casa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino la cruz, ni otra almohada sino una corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre. Muchas gracias os debo por los deleites que me daréis en vuestra gloria si bien viviere; pero muchas mas, porque siendo yo un vaso de corrupcion, vos que sois rio de deleites, fuistes lleno de amarguras por mí. Gran misericordia es para mí que si viviere como ángel en la tierra, estaré asentado entre los ángeles en el cielo; pero mucho mayor misericordia es, que habiendo vivido como un demonio, vos, Señor de los ángeles, estáis puesto entre los ladrones por mí. Pues léjos sea de mí gloriarme en otra cosa, que en la cruz de mi Señor Jesucristo, pues en ella y por ella tanta gloria y tanto bien se me concede. ¿En qué me debo yo gloriar, si no en la honra de Dios, y en la salud del hombre? Pues ¿dónde se halla lo uno y lo otro perfectamente sino en la cruz? Allí fué Dios honrado como él merescia, con tan grande sacrificio y obediencia, y allí fué el hombre amado mas de lo que merescia, con tan grande beneficio y redempcion.

(a) Luc. 2.

CAPITULO XIV.

Del lavatorio de los piés de los discípulos.

Costumbre era de algunos sanctos cuando estaban ya para morir, como quien estaba al cabo de la jornada, un pié en esta vida y otro en la otra, decir algunas sentencias notables para edificacion y doctrina de sus discípulos, entendiendo que lo que en aquella hora se decia, demas de ser notable, les quedaba mas impreso en la memoria. Y así unos encomendaban la virtud de la caridad, otros la humildad, otros la pobreza de espíritu, otros la mortificacion de la propria voluntad, y otros otras virtudes, segun la devocion y parescer que cada uno tenia. Y pues este dia el Sancto de los sanctos, y el Maestro de los maestros está para partir desta vida, razon será que todos los que nos preciamos del nombre de cristianos y discípulos suyos, estémos agora mas atentos á todo lo que hace y dice en este paso; porque todo ello ha de ser materia de grande edificacion y provecho. El mejor vino guardó el Salvador para el fin del convite (a). El cisne dicen (b) que cuando quiere morir canta mas dulcemente, y la candela cuando está ya para acabarse da mayores llamaradas, y así este Señor, que vino á ser lumbre del mundo, agora que está para acabar, ha de resplandescer con mayor claridad de ejemplos y doctrinas. Por donde conviene agora mas que otro tiempo, asistir con mayor atencion á todo lo que en esta hora nos declara.

Júntase con esto otra razon, que es comenzar este Señor á hacer hoy su testamento, el cual acabará mañana espirando en la cruz, donde encomendará su ánima al Padre, á su discípulo la Madre, el cuerpo á la sepultura, el paraíso al ladron (c), y su vida al mundo, y hasta sus vestiduras á los que le han de desnudar y poner en cruz (d). Pero hoy nos deja en su testamento dos piezas las mas ricas que en el mundo se pudieran dejar, que son, su preciosísima carne y sangre, las cuales ordenó para mantenimiento de nuestra vida, para provision de nuestro camino, para medicina de nuestras llagas, para socorro de nuestros trabajos, para memoria de su caridad y para prenda segura de la heredad eterna; pues tanto vale esta prenda como la hacienda sobre que está empeñada. Y esta manda quedó confirmada con la muerte del testador. Porque por eso el Testamento viejo pudo ser revocado, por quedar vivo el testador; mas aquí, como despues de hecha la manda y otorgado el testamento, muere, queda para siempre

(a) Joan. 2. (b) D. Hier. ad Nepot. tom. 1. Epi. (c) Luc. 23. (d) Joan. 19.

fija é irrevocable. Y por esto tambien, como por lo pasado, nos conviene tener atencion, para ver la parte que nos cabe en este testamento.

Pues comenzando el Evangelista á tratar destos misterios, primero declara el tiempo en que fuéron obrados, que fué la Pascua. Y esta Pascua era una solemnísima fiesta que los judíos celebraban en memoria de aquel grande beneficio que Dios les habia hecho, librándolos del captiverio de Egipto, y encaminándolos á la tierra de promision, ahogando sus enemigos en el mar Bermejo, y obrando todo esto por medio del sacrificio de un cordero, que les era mandado. Pues como todo esto era figura de nuestra redempcion, ordenó la sabiduría divina que en el mesmo tiempo que se celebraba la figura, se celebrase la verdad. De manera que en el mesmo dia que fuéron librados los hijos de Israel del captiverio de Egipto, fuimos nosotros librados de la servidumbre y captiverio del demonio; aquellos en aquel dia fuéron encaminados á la tierra de promision, y á nosotros en este se abrieron las puertas del cielo, que es la verdadera tierra de promision. En aquel dia fuéron anegados los carros de Faraon y los enemigos del pueblo de Israel en el mar Bermejo, y en este fuéron ahogados nuestros pecados en el mar de la sangre de Cristo. Todo aquello se obró por el sacrificio de un cordero, y todo estotro obró el Hijo de Dios por el sacrificio de sí mesmo, que es verdadero Cordero que quita los pecados del mundo (*e*). Y pues lo uno era figura de lo otro, convenientísima cosa era que en el mesmo dia que se celebraba la figura, se obrase la verdad, para que no solo hubiese concordia entre los misterios con la semejanza de la historia, sino tambien con el mesmo tiempo en que se celebraba. Y así vinieron á carearse y juntarse en uno la figura y la verdad, el cuerpo y la sombra dese mesmo cuerpo, el Testamento viejo y el nuevo, las promesas divinas y el cumplimiento dellas, el cordero figurativo y el verdadero. Y es cierto cosa muy dulce y admirable para considerar, ver cómo en el primer dia de los panes ácimos, segun refiere Sant Lúcas (*f*), que se sacrificaba el cordero material, por cuyo sacrificio fuéron librados los hijos de Israel del captiverio de Egipto, en este mesmo se sacrificase el verdadero Cordero, por cuyos merescimientos habia de ser el mundo redemido y librado del captiverio del demonio. Y digo en el mesmo dia, porque los judíos cuentan los dias, no de la mañana á la noche, sino de la víspera de un dia hasta la de otro.

Pues así se ve claro cuán proporcionado viene lo uno con otro, y cuán perfectamente se obró en Cristo lo que tenia trazado el Espíritu Sancto. Desta manera se están mirando los dos querubines el uno al otro, teniendo el arca del Testamento en medio; porque ambos los dos Testamentos nuevo y viejo miran á Cristo, y el uno cumple lo que el otro promete; no solo en el mesmo modo, sino en el mesmo tiempo. Por lo cual convenientísimamente el Salvador quiso celebrar la Pascua nueva, cuando se celebraba la vieja (*g*). Donde los antiguos sacramentos se encontraron con los nuevos, y con ellos se acabaron. Y desta manera se verifica aquí aquella promesa de la ley, que dice (*h*): Comeréis los manjares añejos, y viniendo los nuevos desecharéis los viejos. Porque así como con la presencia del sol desaparescen las estrellas, así con la presencia deste nobilísimo sacrificio cesaron todos los otros sacrificios; porque este solo sin comparacion vale mas que todos ellos.

(*e*) Joan. 1. (*f*) Luc. 22. (*g*) D. Leo. Pap. ser. 7. de Passione Domini. (*h*) Levit. 26.

Despues desto comienza luego el Evangelista á tratar de la causa de todos estos misterios y beneficios, que es la grandeza de la caridad de Cristo, de la cual dice (*i*) *que habiendo él amado á los suyos que tenia en este mundo, en el fin de la vida señaladamente los amó.* Lo cual dice, no porque con la vida cresciese la caridad de Cristo, como tampoco crescia su gracia, sino porque entónces aguardó él á darnos mayores muestras de su amor. Dicen los filósofos, que el movimiento natural es mas lijero al fin que al principio; y con este podemos comparar el amor de Cristo, á lo ménos cuanto á las señales y muestras dél. Los otros amores, aunque sean de los muy bien casados, no son desta calidad. Veréis una mujer en pasamiento, que tiene hijos y marido, la cual en este tiempo tiene muy poca cuenta con ellos, porque los accidentes de la enfermedad, y la presencia de la muerte, y el temor de la cuenta, y el horror de la sepultura, de tal manera ocupan su corazon, que no la dejan acordarse de otra cosa. Y así no podemos decir aquí que el amor es mayor que el dolor; sino ántes el dolor es mayor, pues ahoga y sume al amor; ni tampoco que este amor sea mas fuerte que la muerte, pues la memoria sola della basta para entibiarlo. Mas el amor de Cristo no fué desta manera, porque no pudo tanto la memoria y presencia de la muerte, que fuese causa de entibiarse ó encubrirse algun tanto la llama desta caridad. Porque este es aquel amor de quien se dice en el libro de los Cantares (*k*), que las muchas aguas de las tribulaciones no pudieron apagar la llama desta caridad, ni los grandes rios la pudieron cubrir. Porque entónces trató este Señor á sus discípulos con mas dulces palabras, y les hizo mayores beneficios, y ordenó mas divinos sacramentos, y nos dejó mas admirables ejemplos. Entre los cuales uno fué de profundísima humildad y perfectísima caridad, prostrándose á los piés de los discípulos, y lavándolos con sus divinas manos.

§. 1.

De los misterios contenidos en esta accion del Salvador.

Pues queriendo el Evangelista contar este ejemplo de tan grande humildad, trata primero de la grandeza de la Majestad deste Señor, para que, como hacen los pintores, se descubra mejor lo prieto par de lo blanco, que es la grandeza desta humildad en presencia desta Majestad. Dice pues (*l*) *que siendo este Señor aquel en cuyas manos habia puesto el Padre todas las cosas*, los cielos, la tierra, el infierno, los ángeles y los hombres, con todo lo demas, determinó de poner aquellas manos en que estaba todo lo criado, debajo de los piés de unos pobres pescadores. Y así dice *que se levantó de la mesa, y se quitó las vestiduras, y echó agua en una bacia, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos.* Estas vestiduras que aquí el Salvador se quitó, no solo sirven para el lavatorio de los piés, sino tambien para representar el misterio de nuestra redempcion; porque así para lo uno como para lo otro se desnudó este Se-

(*i*) Joan. 13. (*k*) Cant. 8. (*l*) Joan. 13.

ñor de sus vestiduras. ¿Cuáles son las vestiduras de Dios? Dice David (*m*) que está cubierto de claridad y de lumbre, así como de vestidura. Y Sant Juan dice (*n*) que trae escripto y broslado en esta vestidura: Rey de los reyes, y Señor de los señores. Pues segun esto las ropas de que este Señor está vestido, son su claridad, su hermosura, su gloria, su sabiduría, su omnipotencia, su inmortalidad y bienaventuranza. Pues de todas estas vestiduras se despojó él, cuanto á nuestra vista, para lavar los pecados del mundo. Porque entónces señaladamente los lavó, cuando en la cruz derramó toda su sangre. ¿Pues qué cosa mas desnuda, que el Hijo de Dios en la cruz? ¿Dónde está, Señor, ahí vuestra fortaleza? Dónde vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra gloria y vuestra figura, pues el Profeta dice (*o*) que la perdistes, y que no fuistes conoscido por ella? Y si estas cosas son divinas, ¿dónde está vuestra fama, vuestra honra, vuestros discípulos, vuestra compañía, y dónde finalmente aquella vuestra manada, y aquel ganado hermoso que tan diligentemente apascentábades? ¿Qué se hizo todo eso? ¿En qué se resolvió? No veo en vos un solo hilo desas ricas vestiduras. Vuestro poder es tenido por flaqueza, la sabiduría por locura, la bondad por maleficio, y la hermosura por fealdad. ¡Oh verdadero Samson (*p*)! ¿quién tresquiló los cabellos de vuestra fortaleza, y os ató de piés y manos, y os entregó en poder de los filisteos? Claro está, Señor, que esto hizo el amor de vuestra Esposa la Iglesia, y el deseo que tuviste de sanctificarla y lavarla con vuestra sangre, y para este lavatorio os levantastes de la mesa del cielo, y bajastes á este mundo, donde disimulando la hermosura de vuestra gloria, lavastes las mancillas de nuestras ánimas.

Desnudo pues ya y ceñido el Salvador, dice el Evangelista *que echó agua en una bacia, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos*, entre los cuales estaba Júdas, y no hay que dudar sino que no lo exceptaria de aquel comun beneficio, sino que tambien le lavaria los piés como á todos los otros. ¿Qué espectáculo pudo ser de mayor admiracion? Admirable cosa es ver á Dios entre dos ladrones, y admirable es verle prostrado á los piés de Júdas. ¿Qué cosa mas admirable que esta? Señor, oí tus palabras, y temí (*q*); consideré tus obras, y quedé pasmado. Y sobre todo esto, no contento con haberle lavado los piés, dice Sant Crisóstomo (*r*), que tambien le hizo participante del sacramento de su cuerpo y de su sangre; de suerte que la mesma sangre que el perverso habia vendido, le dió él para remedio de su pecado, si quisiera recebirlo. Y todo esto no bastó para vencer un corazon de quien estaba apoderado Satanas. Tan grande es la fuerza con que este fuerte armado defiende lo que posee (*s*).

¡Qué proprio lugar este para los que no quieren humillarse á pedir perdon de las injurias, ni perdonarlas; para los que dicen que ni pueden hablar, ni aun ver de los ojos á quien les hizo una sinrazon! Veis aquí á Dios vendido por dinero, y derribado á los piés de quien le vendió. Y ¡qué proprio tambien esto para los que andan tasando las honras, y midiendo las cortesías, á fulano esta, y á fulano la otra, estando el Señor de los ángeles derribado á los piés de Júdas!

Mas dejemos agora á Júdas y vengamos á Pedro. Pues como él vió prostrado ante sus piés al Salvador: *Tú* (dice), *Señor, ¿lavas á mi los piés?* ¡Tú, á quien sirve toda la naturaleza criada, á quien alaban los ángeles, adoran las dominaciones, tremen las potestades; ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo, á quien alaban las estrellas de la mañana: tú quieres lavar á mí los piés! Tú á mí! ¿Quién eres tú, y quién soy yo? Tú eres el que eres, y yo soy el que no soy. Tú eres un Señor de tanta majestad y gloria, que toda la universidad de las criaturas, los cielos, la tierra, la mar, los ángeles y los hombres, y finalmente toda esta máquina tan grande y tan admirable, con todo lo que en ella es, puesta delante de tí no es mas que una pequeña estrella delante del sol; porque todo lo escurece tu gloria, todo lo afea tu hermosura, todo lo deshace tu grandeza (*t*). Todas las gentes así son delante de tí, como sino fuesen (*v*), y como nada son reputadas en tu presencia. Tal es tu sér, tal tu grandeza, que todo esto delante de tí no es mas, como dice el Sabio (*x*), que un grano de peso que se carga sobre la balanza, ó una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pues ¡oh Dios mio y gloria mia! si todo el universo (que es tan grande) puesto delante de tí no es mas que esto, yo que tan pequeña parte soy del universo, ¿qué pareceré delante de tí? ¿Cómo me llamaré? ¿Qué nombre me pondré? ¿Gusano, mosquito, hormiga? No sé por cierto cómo me llame; porque á esta cuenta aun todos estos nombres me vienen largos. Pues siendo tú tal cual eres, y yo tal cual soy, ¿cómo me quieres lavar los piés? Todo esto y mucho mas sentia y decia Sant Pedro en su corazon, como quien por revelacion del Padre conoscia la dignidad y gloria del Hijo. Mas el Salvador, aunque aceptó su humildad y reverencia, no dejó de proseguir la obra comenzada, poniendo silencio á Sant Pedro, y mandándole, so pena de privacion de su amistad y gracia, que aceptase aquel beneficio.

Acabado pues el lavatorio, dice el Evangelista (*y*), que tomó el Salvador sus vestiduras, y asentado en aquella cátedra de la filosofía celestial, comenzó á declarar lo que aquella obra significaba. *¿Entendeis* (dice él) *lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decis bien: porque de verdad lo soy. Pues si yo siendo vuestro Maestro y Señor os lavé los piés, razon será que vosotros tambien los laveis unos á otros. Ejemplo os he dado, para que como yo lo hice, así vosotros lo hagais.* De suerte que toda esta cerimonia tiraba principalmente á este fin, que es á dejarnos un muy palpable y manifiesto ejemplo de humildad, y dejarlo al fin de la vida, entre las postreras mandas y encomiendas della, para que quedase mas encargado y mas impreso en nuestra memoria. Pues, Señor: si esto principalmente pretendiades en esta obra, ¿no bastaban los ejemplos de la vida pasada, que toda ella fué un perfectísimo dechado de humildad? ¿Qué habeis enseñado hasta aquí sino humildad? Qué nos representa el haber bajado del cielo á la tierra, el haber nascido en un establo, y ser inclinado en un pesebre, y circuncidado como pecador, y presentado y redemido en el templo como siervo, y huir á Egipto como flaco, y ser baptizado como publicano, y perseguido y murmurado como malhechor? Qué

(*m*) Psal. 103. (*n*) Apoc. 19. (*o*) Isai. 53. (*p*) Judic. 16.
(*q*) Abac. 3. (*r*) Homil. de proditione Judæ, non longè à fine, tom. 3. (*s*) Luc. 11.

(*t*) Dan. 1. (*v*) Esdr. 6. (*x*) Sapic. 11. (*y*) Joan. 13.

nos representa pues todo esto, sino humildad? Qué otra cosa significa el haber escogido la madre humilde, y la pátria humilde, y la compañía humilde, y el hábito, y la vida, y el tratamiento de vuestra persona tan humilde, sino darnos en todo esto ejemplos de humildad?

Y si estos ejemplos os parescian pequeños, ¿no bastaran los de vuestra pasion, que tan cercana estaba, donde habíades de parescer, como dice Isaías (*z*), el postrero de todos los hombres; y como dice David (*a*), oprobrio de los hombres y desecho del mundo? ¿Donde habíades de ser preso como ladron, atado cómo esclavo, escupido como blasfemo, escarnescido como loco, azotado como malhechor, y crucificado entre ladrones como uno dellos, y finalmente tenido en ménos que Barrabas? Pues si tantos ejemplos de humildad estaban dados, y tantos estaban á la mano para darse, ¿qué necesidad habia de añadir este nuevo á todos los otros?

Nadie puede entender este misterio, sino solo aquel que con lumbre del cielo tuviere conoscida por una parte la excelencia desta virtud, y por otra la dificultad grande que hay en alcanzarla. Y por esto aquel Señor, que tan bien tenia tomados los pulsos á nuestro corazon, cargó tanto la mano en esta parte; porque sabía cuánto nos importaba este negocio. Es tanta parte esta virtud para enseñarnos el camino de la verdad (que es camino del cielo), que dijo Sant Augustin estas palabras (*b*): Si me preguntares cuál es el camino para venir en conoscimiento de la verdad, responderte he que la humildad; y si la segunda vez me preguntares cuál sea el camino para venir en conoscimiento de la verdad, responderte he que la humildad; y si la tercera vez y mil veces me preguntares esta pregunta, siempre te volveré la mesma respuesta. Manera de hablar fué esta, en que este Sancto encareció todo lo que podia esta virtud, y cierto con mucha razon. Porque si tratamos de la utilidad y fructo della, ¿qué cosa hay para que no aproveche? Si quieres alcanzar misericordia delante de Dios, para esto ayuda la humildad; porque por aquí la alcanzó, no solo el publicano del Evangelio, sino tambien Achab, rey idólatra y perverso (*c*). Si quieres tener parte en la gracia del Evangelio, para esto sirve la humildad, pues el mismo Salvador dice (*d*) que fué enviado á evangelizar á los pobres, que son los humildes, y á estos dice él que predica y ofrece la gloria y la buena nueva del Evangelio. Si quieres alcanzar espíritu de sabiduría y conoscimiento de Dios, este dice el mismo Señor (*e*), que está escondido á los sabios y prudentes del mundo, y se revela á los pequeñuelos, que son los humildes. Si quieres que sea oida tu oracion, para eso tambien ayuda esta virtud, pues está escripto (*f*), que la oracion del que se humilla penetra los cielos, y no descansa hasta alcanzar lo que pide. Si quieres vivir debajo de la proteccion y sombra de Dios, eso tambien se alcanza por medio de la humildad, y así dice David (*g*): El Señor es guarda de los pequeñuelos; hízeme yo uno dellos, y hízose él mi guarda. Si quieres disponer y aparejar tu ánima para la divina gracia, la humildad señaladamente nos dispone y apareja para eso; porque así como todas las aguas naturalmente corren para bajo, así todas las gracias para el corazon del humilde. Por lo cual se dice (*h*), que en la venida de Cristo los montes se abajarian, y los valles se levantarian; que es lo que mas claramente profetizó la sacratísima Vírgen en su Cántico, cuando dijo (*i*): A los poderosos derribó el Señor de su silla, y levantó los humildes; á los hambrientos hinchió de bienes, y á los ricos dejó vacíos. Y ricos llama aquí á los que se tienen por tales, que son los soberbios, que presumen de sus virtudes y merescimientos, como presumia aquel fariseo del Evangelio. Si descas otrosí conservarte en esa misma gracia, y defenderte de los lazos del enemigo, esa misma virtud te conservará; pues es cierto que no son otras las artes y medios con que se conserva la gracia, que aquellos con que se alcanza. Lo cual dice Sant Bernardo por estas palabras (*k*): Verdaderamente he conoscido que ninguna cosa hay tan poderosa para conservar y alcanzar la gracia, como no tener pensamientos altos, ni presumir de sí, sino ántes vivir siempre con temor. Y si señaladamente quieres conservar en tu ánima la virtud de la caridad (en la cual consiste la summa de toda la vida cristiana), ten por cierto que no hay cosa que mas ayude á conservarla, que la humildad. Porque así como el fuego se conserva envuelto en la ceniza, así se conserva el fuego de la caridad con la ceniza de la humildad. Y demas desto, si mucho deseas honrar y glorificar á Dios, cuanto mas te humillares delante dél, mas lo honrarás; pues como dice el Eclesiástico (*l*): Grande es la potencia de Dios, y de los humildes señaladamente es honrado. Y el profeta Baruch (*m*): No los muertos (dice él) que están en el infierno, cuyo espíritu es recebido en las entrañas de la tierra, sino el ánima que está triste por la grandeza de sus pecados, y la que anda inclinada hácia la tierra, y debilitada, y los ojos escurescidos de llorar, esa es, Señor, la que de verdad os glorifica. Finalmente, si deseas que tu ánima sea templo vivo de Cristo, donde él repose, donde duerma, donde more, y donde tenga sus deleites, abraza con todo estudio esta virtud; porque esta hace á los hombres templos vivos de Dios, como lo dice Sant Augustin por estas palabras (*n*): ¡Oh cuán alto sois, Señor! mas los humildes de corazon son las casas donde vos morais. Y por esta causa el Salvador se llama en los Cantares lirio de los valles, para dar á entender que él es aquella flor hermosísima sobre que se asentó el Espíritu Sancto, la cual nace y se conserva, no en los montes altos, sino en los valles humildes.

Y para concluir en pocas palabras, es tanta parte esta virtud para alcanzar toda sanctidad y justicia, que dice un doctor: ¿Quién es sancto? El humilde. Y ¿quién mas sancto? El mas humilde. Y ¿quién sanctísimo? El humilísimo. Lo cual dice así, no porque (propriamente hablando) la medida de la sanctidad se tome de la humildad (porque esta se toma de la caridad), sino porque de tal manera ayuda y dispone esta virtud para esa misma caridad, que donde hay grande humildad, hay tambien grande caridad.

§. II.

De la humildad que nos encomendó el Salvador en esta accion.

Pues si tan grandes son las prerogativas y excelencias desta virtud, ¿qué maravilla es que aquel tan sabio Maestro y Señor de las virtudes nos la encomendase y engrandesciese tanto, para que así como la grandeza del

(*z*) Isai. 53. (*a*) Psal. 21. (*b*) Augus. Epist. 56. ad Dioscor. longè à medio, et ante fine. tom. 2. (*c*) Reg. 21. (*d*) Luc. 4. (*e*) Mat. 11. (*f*) Eccl. 35. (*g*) Psal. 114. (*h*) Luc. 3.

(*i*) Luc. 1. (*k*) Serm. 54. sup. Cant. post med. (*l*) Eccl. 3. (*m*) Baruch. 2. (*n*) Aug. hom. 50. de pœnitentia, in princ. tom. 10.

amor que los hombres tienen al dinero, les hizo descender á las entrañas de la tierra á buscarlo, así el amor que cobrasen á esta virtud con estas nuevas que el Señor les daba della, los inclinase á humillarse, y á descender al mas bajo lugar del mundo, donde se hallan, no minas de oro y plata, sino este tan precioso tesoro?

Especialmente que no solo la utilidad, sino tambien la dificultad desta virtud pedia esta misma encomienda y encarescimiento; la cual es tan grande, cuan grande es la ambicion y apetito de honra que los hombres tienen, que es mayor de lo que se puede explicar con palabras. El cual apetito es el mayor contrario y enemigo que tiene esta virtud, ayudado para esto de las fuerzas del demonio, padre de la soberbia, que sopla este deseo y levanta las llamas deste horno de Babilonia cuarenta y nueve cobdos en alto.

Pues si esta virtud por una parte es tan provechosa, y por otra tan dificultosa de alcanzar, no es maravilla que aquel tan sabio médico cargase tanto la mano en esta parte; pues tan bien tenia entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, y sabía que todos estos granos de acibar eran necesarios para evacuarlo, y y aun pluguiese á Dios que todo esto bastase. Por donde así como los médicos curan unos contrarios con otros, así entendiendo muy bien este médico del cielo cuán grande era nuestra vanidad, la quiso curar con ejemplos de profundísima humildad.

Y si estas nuevas bastaren para inclinar tu corazon al amor desta virtud, avísote que no te contentes con sola la imágen y aparencia della (como hacen algunos) que en lo de fuera son humildes, y en lo de dentro soberbios; á los cuales reprehende Sant Hierónimo en una epístola por estas palabras: Huye la humildad fingida, y abraza la verdadera que Cristo nos enseñó; en la cual no hay soberbia disimulada. Porque muchos siguen la sombra desta virtud, y pocos la verdad. Fácil cosa es traer la vestidura vil, saludar blandamente, besar las manos y las rodillas, y prometer humildad con la cabeza inclinada y con los ojos bajos, hablar con voz humilde, sospirar muchas veces, y á cada palabra llamarse miserable y pecador. Y si al que esto hace tocáredes con una palabra liviana, luego veréis cómo levanta las sobrecejas, hincha la garganta, y muda aquel blando sonido de voz en clamores. Y en otra carta hablando al mesmo propósito, dice así (*o*): Ninguna cosa hay que nos haga mas gratos á Dios y á los hombres, que siendo grandes en el mérito de la vida, seamos pequeños en nuestra reputacion. Por tanto procura alcanzar la verdadera humildad; no aquella que se muestra con la figura del cuerpo, con palabras blandas, sino la que sale del corazon. Porque una cosa es tener la virtud, y otra la figura della; y muy mas fea es la soberbia que se esconde entre las señales de humildad; porque no sé cómo suelen ser mas torpes los vicios que se cubren con capa de virtud.

Tambien conviene aquí advertir que entre todas cuantas tentaciones hay, apénas se hallará alguna ni mas subtil, ni mas peligrosa, ni mas dificultosa de conocer, que es la de la soberbia. Porque las tentaciones de los otros vicios, como son las de la carne, de odio, de invidia, de ira, y deseos de venganza, ¿quién no ve claro ser tentaciones de pecados manifiestos y conoscidos? Mas la de la soberbia muchas veces entra con piés de lana, lisonjeando al hombre y dándole á entender que es discreto, que es para mucho, que es merescedor de oficios y cargos honrosos, ó que es mejor y para mas que los otros, y mas merescedor de honras que ellos, y otras cosas desta calidad, las cuales fácilmente cree el hombre de sí, por el demasiado amor que se tiene, con que se ciega y engaña. Este es uno de los grandes peligros desta vida, y de que mayores males se suelen seguir. Por lo cual el amador de la humildad ha de velar siempre sobre la guarda de sí mesmo. Y cuando algun pensamiento desta calidad llamare á las puertas de su corazon, debe acudir con gran presteza á sacudirlo de sí, presuponiendo que el tal pensamiento es inspirado por aquel dragon infernal, que es Lucifer, rey de todos los hijos de soberbia; el cual debajo de aquella lisonja halagüeña, le quiere emponzoñar é infundir el espíritu con que él de ángel se hizo demonio. Y asimesmo no debe sentir de sí mas que de un cuerpo muerto, y hediondo, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mesmo no pueda sufrir. Y para esto traiga á la memoria aquellas palabras del Apóstol (*p*): El que piensa de sí que es algo, siendo nada, él mesmo se engaña. Y las otras que dicen (*q*): ¿Qué tienes que no hayas recebido? Y si lo recebiste, ¿de qué te glorías como si nada recebieras? Y en otro lugar (*r*): No somos, dice él, suficientes para tener un sancto pensamiento de nosotros, como de nosotros; mas toda nuestra suficiencia viene de Dios. Y en otro lugar (*s*): Obrad, hermanos, dice él, lo que toca á vuestra salvacion con temor y temblor; porque del Señor viene así el desear el bien, como el ponerlo por obra. Así que, pues todo lo bueno es de Dios, quien atribuye algo á sí mesmo, ó se gloria vanamente en ello, es ladron de la gloria de Dios.

CAPITULO XV.

De la institucion del sanctísimo Sacramento.

Despues del lavatorio de los piés se sigue aquel beneficio admirable, que fué la institucion del sanctísimo Sacramento; la cual está llena de inestimable caridad y providencia. Porque viendo el Salvador cómo partiéndose desta vida, quedábamos solos y desamparados en medio de tantos enemigos, para remedio de todos estos males, instituyó este divino Sacramento, en el cual él mesmo se quedase con nosotros para compañía de nuestra soledad, para mantenimiento de nuestras ánimas, para medicina de nuestras llagas, para esfuerzo de nuestra flaqueza, para escudo de nuestros enemigos y para gusto de los deleites eternos. ¡Oh maravilloso convite, oh pan del cielo, oh manjar de vida, oh banquete real, oh sacramento de maravillosa virtud, por el cual se pueblan los cielos, y se vencen los demonios, y se reparan los hombres! Por tí vencieron los mártires, contigo se armaron los confesores, á tí deben su pureza las vírgines, por tí los justos triunfaron del mundo, y por tí los verdaderos penitentes son llevados al cielo.

Maravilloso es Dios en todas sus obras (*a*), mas mucho mas lo es en esta. Por donde entre los nombres que puso el profeta Isaías al Salvador, uno dellos es Admirable (*b*); porque todos los pasos y misterios de su vida sanctísima, son de grande admiracion. Mas entre

(*o*) Ad Celantiam, longè à medio.

(*p*) Galat. 6. (*q*) 1. Cor. 4. (*r*) 2. Cor. 3. (*s*) Philip. 2. (*a*) Psal. 8. (*b*) Isai. 9.

todos verdaderamente lo es este sanctísimo Sacramento; por lo cual, no sin causa es figurado por el manná, el cual no solo con las propriedades, sino tambien con el nombre, nos representa la grandeza deste misterio. Porque manná es palabra de admiracion (c), que en lengua hebrea quiere decir: ¿Qué es esto? Lo cual muy al proprio conviene á este misterio; porque él es tal, que quien atentamente lo considerare, no podrá dejar de maravillarse y preguntar muchas veces en su corazon: ¿Qué es esto? ¡Que aquella Majestad infinita, que no cabe en cielos y tierra, quiere estrecharse en una hostia consagrada! ¿Qué es esto? ¡Que aquel que mora en los cielos entre los coros de los ángeles, quiera morar en la tierra con los hijos de los hombres! ¿Qué es esto? ¡Que otra vez quiera el Señor de la majestad venir al mundo, y ser entregado en manos de pecadores! ¿Qué es esto? ¡Que aquel que es una mesma substancia con el Padre y con el Espíritu Sancto, se quiera hacer una misma cosa con el hombre! ¿Qué manjar es este que tanto esfuerza los corazones, que tanto alumbra los entendimientos, que tanto enciende las voluntades, que tanto purifica las ánimas? Qué convite es este? Qué piedad es esta? Qué amor es este? Qué entrañas de misericordia fuéron estas? Ciertamente esta es dádiva digna de tal dador, obra de su bondad, muestra de su caridad y testimonio de su misericordia. ¡Oh pan de ángeles, manjar de vida, esfuerzo de nuestra flaqueza, compañía de nuestra peregrinacion, alegría de nuestro destierro, participacion de los merescimientos de Cristo, y union suavísima de nuestro espíritu con Dios!

Pues como aquí haya muchas cosas de que maravillarnos, maravíllate, ánima mia, sobre todas de la grandeza del beneficio que el Señor aquí te hace, mediante los efectos deste sanctísimo Sacramento. Entre los cuales (como sean innumerables) el primero y mas principal es, hacer al hombre divino, que es hacerlo semejante á Dios en la sanctidad y pureza de la vida, y despues en la bienaventuranza de la gloria. Y porque esta es una dignidad tan grande, que podria parescer increible, mira cómo lo dice así el mesmo Salvador por estas palabras (d): Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es beber. El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él. De donde nasce que estando Dios en el hombre, y el hombre en Dios, venga á hacerse, como dice el Apóstol (e), un espíritu y una cosa con él; que es la mayor gloria y dignidad que en esta vida se puede alcanzar.

Pues hinquemos agora todos las rodillas, y convoquemos á todas las criaturas para que nos ayuden á dar gracias por tan grande gracia. Mirastes, Señor, con ojos piadosos la bajeza de nuestra condicion, y determinastes por solas las entrañas de vuestra misericordia, levantarnos della por una tan alta manera como era hacernos una cosa con vos. ¡Oh maravillosa dispensacion de vuestra gracia! ¿Qué cosa mas admirable que ver una criatura tan baja por naturaleza, y tanto mas baja por culpa, que sea por gracia levantada á lo mas alto del cielo, y no pare hasta llegar á Dios? Pues ¿qué se le podrá, Señor, pegar al que se juntare con vos, sino hacerse semejante á vos? Qué se le pega al algodon de juntarse con el almizcle, sino su mesma suavidad y fragrancia? Qué se le communica al hierro de juntarse con el fuego, sino hacerse todo fuego? Pues ¿qué se puede pegar al que se allegare á Dios, sino hacerse divino?

¡Oh clementísimo Señor! ¿qué mas habíades de hacer para nuestro remedio de lo que hecistes? ¡Oh maravillosa gracia! Oh maravilloso trueque de la divina bondad! Tomastes, Señor, nuestra mortal y flaca humanidad, y dístesnos vuestra excelentísima divinidad. Verdaderamente los tesoros de vuestra gracia derramastes sobre nosotros, y abierto el corazon que teníades de Padre, rompistes las venas de vuestra excelentísima caridad, y dejásteslas correr sobre vuestros hijos. Aquí ya declarastes por obra cuán encendido estaba vuestro corazon en nuestro amor; y porque ese divino fuego no se podia mas ya encubrir, salió afuera la llama de su resplandor, haciéndonos esta tan grande merced de que gozamos, no una sola vez, ni solo un dia, sino todo el tiempo de nuestra vida. ¡Oh maravillosa bondad, oh inefable caridad, oh largueza nunca oida, donde el mesmo dador es la dádiva, y el siervo recibe á su Señor, y el hombre come del pan de los ángeles, y al ministro sirve su Señor, y se le ofresce en manjar de vida eterna.

¡Oh cuánto resplandesce en este misterio, Salvador mio, vuestra bondad, vuestro poder y vuestra sabiduría! ¿Qué mayor bondad que comunicarse tan estrechamente tan grande Dios á tan bajas criaturas? Qué mayor poder que encerrarse debajo de una especie de pan Dios y hombre todo junto, y partirse en tantas partes sin diminuirse? Qué mayor sabiduría que hallar tan conveniente y tan saludable remedio para la cura de nuestras enfermedades? Convenía sin dubda que los que por una comida habiamos perdido la vida, por otra la recobrásemos; y que así como el fructo de un árbol nos destruyó, así el fructo de otro árbol nos reparase. Del fructo de quel árbol se dijo (f): En cualquier dia que comieres dél, morirás. Mas deste por el contrario se dice (g): Quien comiere deste pan, vivirá para siempre. De suerte que recibiendo y conservando en sí la virtud y gracia que este pan del cielo da, vivirá el hombre en este mundo vida celestial y divina, y esa mesma vida se continuará en toda la eternidad; pues acá y allá viven los justos la mesma vida, que es vida espiritual y divina. Y así este manjar se diferencia de los otros manjares, y del mismo manná que se dió á los padres, porque estos no dan mas que vida temporal, mas este da vida eterna: la cual se comienza en esta vida, y con la muerte no solo no se acaba, mas ántes se confirma y perpetúa.

Convenía tambien que pues que todos habiamos sido mordidos de aquella ponzoñosa serpiente, que tuviésemos alguna triaca con que sanásemos de aquella dolencia, y esta fué la que ordenó este médico del cielo en este manjar; porque no es otra cosa este divino Sacramento, sino una espiritual triaca contra aquella antigua ponzoña.

Convenía tambien que así como habia en el mundo una carne dañada, que corrompia todas las ánimas que con ella se juntaban, así hubiese otra carne purísima que purificase todas las ánimas que con ella se juntasen. No hay mas que dos carnes en el mundo, una de Adam, inficionada con el pecado, y otra de Cristo, concebida de Espíritu Sancto. Pues así como en juntándose nuestra ánima con aquella carne en el vientre de nuestras ma-

(c) Exod. 1. (d) Joan. 6. (e) 1. Cor. 6.

(f) Genes. 2. (g) Joan. 6.

dres, contrae la mácula del pecado original, y todos los males que se siguen dél; así en juntándose con estotra carne purísima por medio deste sacramento, es llena de gracia y de todos los bienes que se siguen della. Allí es el hombre unido con Adam, y así se hace participante de todos los males de Adam; aquí es unido con Cristo, y así se hace participante de todos los beneficios de Cristo. Venid pues agora todas las ánimas amadoras de Cristo, y asentáos á esta mesa, y comed deste manjar, y hacéos una cosa con vuestro Criador. No os contenteis con abrazarlo espiritualmente en vuestro espíritu; sino abrazadlo tambien corporalmente por medio deste sanctísimo Sacramento. Porque así como aquel eterno amador no se contentó con amar espiritualmente á la naturaleza humana, sino tambien se juntó con ella corporalmente por medio de su encarnacion; así no nos habemos de contentar con amarlo espiritualmente hasta juntarnos con él por medio desta sagrada comunion. Mayormente considerando que no tenemos otro mayor socorro para cumplir con todas nuestras obligaciones, y proveer á todas nuestras necesidades, que este divino Sacramento. Porque tres cosas (entre otras muchas) tienen cercado al hombre por todas partes: conviene saber, la muchedumbre de los beneficios divinos, por los cuales ha de dar gracias; y la de sus pecados, para los cuales ha de pedir perdon; y la de sus necesidades y flaquezas, para quien ha de pedir remedio. Para esto habia antiguamente en la ley tres cosas (*h*); que eran ofrendas que los hombres ofrescian á Dios por los beneficios recebidos, y sacrificios que ofrescian por los pecados cometidos, y otro género de sacrificios que llamaban víctimas, que ofrescian para impetrar salud y remedio para sus necesidades. Pues en lugar destas tres cosas, nos proveyó divinamente el Salvador de mayores y mejores remedios, instituyendo este sanctísimo Sacramento. Porque él es la mas preciosa ofrenda que podemos ofrescer al Padre por sus beneficios, y él es sacrificio aceptísimo para alcanzar perdon de nuestros pecados, y él es la víctima gloriosa por quien conseguimos remedio para todas nuestras necesidades. Así que, hombre, que por tantos beneficios estás obligado y de tantos pecados cargado, y de tantas necesidades cercado, allégate á este divino misterio, para que por él pagues los beneficios, redimas las deudas de los pecados y proveas á todas tus necesidades. Y cuando el temor te dijere que es atrevimiento osar llegarte á este Señor, respóndele que estas tres obligaciones te han puesto en esta necesidad, y que este es uno de los principales medios que te dejó para cumplir con ellas.

Y pues esta fué tan grande misericordia y obra de su divina Providencia, acuérdate de dar perpetuas gracias por ella, la cual así como encierra en sí á aquel que es todas las cosas, así comprehende en sí todas las virtudes y gracias. Pues si el sancto rey David (*i*) exhortaba á Hierusalem á que alabase al Señor, porque le daba hartura y abundancia deste pan de trigo material, que no hace mas que matar la hambre del cuerpo, ¿cuántas gracias y alabanzas debemos dar por este pan que apaga la hambre de las ánimas, que es pan de ángeles, y pan de vida, amasado de aquel grano de trigo, que cayendo en la tierra dió fructo de vida perdurable?

(*h*) Levit. 1. 4. 7. etc. (*i*) Psalm. 147.

CAPITULO XVI.

Siguese la historia de la sagrada Pasion, sacada en parte de un sermon devotísimo del bienaventurado Sant Bernardo (*a*): aunque otros le atribuyen á Sant Anselmo.

Acabado el lavatorio de los piés, y la institucion del sanctísimo Sacramento, y predicado aquel divino sermon, en el cual encomendastes, Señor, á vuestros discípulos muy encarescidamente el mandamiento de la caridad, y la virtud de la paciencia, ofresciéndoles el reino de vuestro Padre, fuistes con ellos al lugar donde os habia de hallar el discípulo traidor, y allí descubristes á vuestros discípulos la grandeza de la tristeza de vuestra ánima, diciendo (*b*): *Triste está mi ánima hasta la muerte.* Y apartado un poco dellos, y puestas las rodillas en tierra, y prostrado sobre vuestro rostro, hecistes oracion al Padre, diciendo: *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.* Y la grandeza de la angustia que en este tiempo padecistes, claramente se conoscia por aquel sudor de sangre que gota á gota corria hasta caer en tierra. Señor mio Jesu, ¿de dónde procedió esta oracion acompañada con tanta angustia y tristeza? ¿Por ventura no os ofrecistes vos voluntariamente al sacrificio de la pasion? Si por cierto. Mas paresce, Señor, haber vos querido padescer esto para consolacion de los miembros flacos de vuestro cuerpo místico; para que no desmaye nadie, cuando la carne flaca rehusare los trabajos, estando el espíritu prompto para ellos. Y tambien quisistes mostrar claramente por estos indicios la flaqueza de la carne que tomastes por nuestro amor, y los dolores que en ella padescistes; para que claramente viésemos que verdaderamente tomastes sobre vos nuestros dolores; porque así tuviésemos mayores motivos para os amar. Porque claramente se ve que aquellas palabras de vuestra oracion procedieron de la carne flaca, pues luego dijistes: *El espíritu está prompto, mas la carne es enferma.*

Sobre este paso exclama un religioso doctor, y dice así: No creo yo, Salvador mio, que algun hombre sintiese jamas tan grande agonía, ni tan fuerte turbacion dentro de sí. Testigo es este tan extraño sudor de sangre, que exprimió de vuestras venas la grandeza del dolor. Porque ¿de quién jamas se lee, que puesto en angustia, por grande que fuese, sudase sangre, sino de vos, ó suavísimo esposo de sangre (*c*)? Porque con la representacion tan viva de los tormentos que os estaban aparejados, era tan fuertemente combatida la parte sensitiva de vuestra ánima (á quien es natural aborrescer las cosas contrarias al cuerpo), que os hacia naturalmente haber miedo, angustiar y entristeceros. ¡Oh buen Jesu, cuán pesada fué para vos, Señor, la carga de nuestros pecados! En otro tiempo habia dicho vuestro Padre por sus profetas (*d*): Trabajé sufriendo: conviene saber, las maldades de los hombres; pero vos agora mas al proprio lo podeis decir, y con mas justa razon. Porque de véras trabajábades sufriendo, cuando tanto pesaban sobre vos nuestras maldades, que como el racimo de uvas en el lagar se resuelve todo en mosto con el peso que le cargan, así vuestra bendicta carne, apesgada con la grande carga del dolor, derramaba licuor de sangre. De manera que habiendo vos puesto sobre nuestros hombros

(*a*) Ad calcem operum: Jesum Nazarenum, etc. (*b*) Mat. 26.
(*c*) Exod. 4. (*d*) Hier. 6.

yugo suave y carga liviana, nosotros la pusimos sobre el vuestro tan pesada, que ningun otro hombre la pudiera llevar sino vos. Este fué el primer lagar que pisastes, de donde sacastes el vino para la Vírgen hija de Judá (*e*); esto es, para vuestra esposa la Iglesia. Dende aquí comenzais á teñir vuestra ropa de sangre y á llamaros esposo de sangre (*f*); aunque ya en vuestra circuncision distes principio á esto mesmo. Pero aquella era ley commun de los niños; mas agora (cosa nunca jamas vista ni oida) por sudor derramais sangre. Pues, ¡oh buen Jesu, cuál estaba vuestro piadoso corazon puesto en artículo de tanta necesidad! Oh Padre celestial! ¿qué haceis cuando vuestro unigénito Hijo está caido en tierra delante de vos con tanta fatiga? ¿Por ventura no considerais que es engendrado de vuestra substancia el que veis así cubierto de sudor de sangre? En vos esperaron aquellos antiguos padres, patriarcas y profetas, y vos los librastes (*g*); á vos dieron voces, y no fuéron confundidos. Pues ¿cómo vuestro unigénito Hijo (que ningun pecado hizo, ni en su boca se halló engaño) es por vos desamparado? ¿Cómo puede ser que padre se muestre tan severo contra hijo, y Padre tan bueno, contra Hijo tan bueno, tan innocente y tan amado? ¿Por ventura, Padre sancto, no está ya del todo aplacada vuestra ira con este espectáculo tan doloroso? Mirad que ya ha sufrido lo que no mereció; ya os ha satisfecho por nuestras maldades; ya ha pagado por nuestro rescate sobrado precio; pues una sola gota deste sudor vale mas que todo lo que se puede apreciar. Y con todo esto (¡oh maravillosa justicia!) no os dais por satisfecho; ántes todo este trabajo teneis por ensayo de la pasion venidera. En el madero de la cruz pusistes vuestros ojos; y hasta que en él veais puesto vuestro Hijo no os dais por satisfecho; porque aquella muerte ordenastes que fuese castigo del delicto que en él árbol se cometió; para que el demonio que por el árbol venció al hombre, en el árbol fuese vencido.

Por tanto, queriendo el Padre celestial esforzar su unigénito Hijo para mas dura batalla, envió un ángel del cielo que le confortase, tratando con él (como lo hicieron Moisen y Elías en la transfiguracion) el fructo inestimable que de su sagrada Pasion habia de resultar á la gloria del Padre, y á la salud del mundo. ¡Oh misterio de grande admiracion! ¿Cómo es esto? ¿Vos, fortaleza y gloria de los ángeles, consentis ser animado y consolado de un ángel? Verdaderamente, Padre celestial, abajado habeis vuestro Hijo, y subjectado á los ángeles (*h*); pues le enviais ángel que le consuele y esfuerce. ¡Oh buen Jesu, cuánto, Señor, os humillais, y en cuán bajo lugar os poneis! Por cierto si no fuera así vuestra voluntad y la de vuestro Padre, mas tolerable fuera que todos los hombres perescieran, que venir vos, Hijo unigénito de Dios, á tan grande extremo de afliccion. Mas pues así lo quisistes y asentastes, y la caridad con que nos amastes ántes que el mundo se hiciese, nos mostrastes en esta obra, conviene á nosotros recebir este beneficio con ánimo agradescido, con temor y temblor, y daros gracias de todo corazon, y con todas nuestras fuerzas recompensar vuestro amor con el nuestro, pues vos así nos amastes primero.

(*e*) Thren. 1. (*f*) Isai. 63. Exod. 4. (*g*) Psalm. 21. (*h*) Psalm. 8.

§. I.

Del ejemplo de orar que se nos da en esta oracion del Salvador.

En esta oracion del Salvador no solo se nos da ejemplo de orar en todas nuestras necesidades y tribulaciones, sino tambien se nos propone una perfectísima forma de oracion, con todas las cualidades y condiciones que ha de tener. Porque seis cosas paresce que se requieren para la perfecta oracion; que son soledad, humildad, atencion, perseverancia, resignacion y compañía de buenas obras; las cuales todas se hallan perfectísimamente en esta oracion del Salvador. Porque primeramente aquí vemos cómo escogió el lugar conveniente y solitario para su oracion, cuando se fué al monte Olivete, y se apartó de sus discípulos para esto. No porque él tuviese necesidad deste aparejo; sino para declararnos con su ejemplo lo que ántes nos habia enseñado por palabra, cuando dijo (*i*): Cuando orares, entra en tu retraimiento, y cerradas las puertas, ora á tu Padre en escondido. El cual retraimiento no solo se entiende del espíritu, sino tambien del cuerpo, cuando se puede haber; para que desembarazado el hombre de todas las cosas, pueda con todo su corazon vacar á Dios. Esta es aquella soledad adonde huyó la mujer del Apocalipsi, cuando el furioso dragon abiertas sus gargantas acometió á tragarla (*k*); para darnos á entender que uno de los mayores remedios que tenemos contra las tentaciones del enemigo, es recorrer en este tiempo á la soledad y silencio de la oracion; como el mismo Señor lo significó aquí á sus discípulos, cuando despues de haberles dicho que Satanas andaba muy solícito para aventarlos, como á trigo en la era (*l*), les proveyó deste linaje de remedio, diciendo: Velad y orad, porque no entreis en tentacion.

La segunda cosa que para esto se requiere es la humildad, segun aquello del Eclesiástico, que dice (*m*): La oracion del que se humilla penetrará las nubes, y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea. Pues esta humildad nos enseñó aquí el Salvador, cuando se prostró en tierra para hacer oracion; porque aquella prostracion exterior era señal de la profundísima humildad con que aquella ánima sanctísima se prostraba ante la Majestad de Dios cuando le hablaba; y así conviene que hable con el Señor de la gloria el que de suyo no es mas que polvo y ceniza.

La tercera cosa que se requiere es atencion; porque como en la oracion hable el hombre con Dios, gran desacato sería, sino tuviese atencion á lo que le dice; si la boca sola hablase con él, y el corazon anduviese de propósito derramando por las plazas. Pues qué tan grande haya sido la atencion con que el Señor aquí oró, pregúntalo á aquella agonía mortal de corazon, y á aquel sudor de sangre que della procedia; por ahí verás cuán bien cumplia aquello del Salmo que dice (*n*): Clamé con todo mi corazon, óyeme, Señor; porque esta es la manera de orar que él suele siempre oir.

La cuarta cosa que se requiere es perseverancia; porque no luego da el Señor lo que le pedimos, sino ántes quiere que con mucha instancia y por muchos dias lo procurémos é importunemos; para que mejor entendamos cuyos son los dones que tenemos, y los sepamos

(*i*) Mat. 6. (*k*) Apoc. 12. (*l*) Luc. 22. (*m*) Eccl. 35. (*n*) Psalm. 118.

preciar, y guardar, y agradescer á cuyos son. Por lo cual no debe el hombre desistir de su demanda, cuando no es luego despachado á su gusto; sino persevere, importune y llame con la Cananea, hasta que el Señor que nos da la perseverancia del pedir, nos dé tambien lo que pedimos; porque es cierto que si nos diere lo uno, no nos negará lo otro; como lo significó el Profeta, cuando dijo (*o*): Bendicto sea el Señor, que no apartó mi oracion ni su misericordia de mí. Sobre las cuales palabras dice Sant Augustin (*p*): Ten por cierto que si Dios no aparta tu oracion de ti, tampoco apartará su misericordia de tí; porque nunca él da gracia de perseverancia en la oracion, sin dar aquello porque se ora. Pues para esta perseverancia ¿qué mas eficaz ejemplo que el desta oracion del Señor, que siendo Hijo de Dios, é infinitamente amado de su Padre, no contento con la primera oracion que hizo, añadió la segunda y la tercera, repitiendo las mismas palabras, y haciendo, como dice el Evangelista (*q*), mas prolija y larga su oracion? Pues si el mismo Hijo de Dios no desiste de su demanda la primera vez, sino añade una vez á otra, ¿cómo desiste el gusanillo cargado de pecados, si luego de primera instancia no es despachado á su voluntad? Si persevera el Hijo de Dios orando, ¿cómo no persevera el hombre? Si ora el médico, ¿cómo no ora el enfermo? Si persevera clamando aquel que es fuente de todos los bienes, ¿cómo no perseverará aquel que es abismo de todos los males?

La quinta cosa que se requiere es resignacion de la propria voluntad; esto es, que ponga el hombre todos sus deseos y peticiones en las manos de Dios, y todo lo remita al beneplácito de su divina voluntad; porque si esto hizo el mesmo Hijo de Dios, pidiendo que no se hiciese la voluntad suya, sino la del Padre, ¿cuánto mas lo debe pedir aquel que ni sabe lo que se pide, ni entiende lo que cumple? Dichosos aquellos que así lo hacen de todo corazon; los que de tal manera están resignados en las manos de Dios, que no tienen otra voluntad sino la suya. Porque un querer y no querer es la mas perfecta amistad que hay.

La última cosa que se requiere es que el que ora, de tal manera haga su oracion, que no por eso deje de acudir á las necesidades de los prójimos, mayormente si fuesen obligatorias; porque por ventura, si se está mucho tiempo con Moisen en el monte hablando con Dios, no vengan los súbditos en el entre tanto á fundir algun becerro de metal, y adorarlo por Dios. Y por esto el Salvador con maravillosa providencia de tal manera se apartaba á hacer oracion, que no dejaba de acudir á los discípulos, despertándolos y exhortándolos á esa mesma oracion; ejercitando juntamente el oficio de la vida activa y contemplativa, sin que lo uno impidiese á lo otro. Este ejemplo debian mirar mucho todos los que se dan á ejercicios de oracion y devocion; porque no se entreguen de tal manera á ellos, que del todo desamparen la vida de aquellos por quien Dios derramó su sangre. Las cortinas del tabernáculo mandó Dios que fuesen de grana dos veces teñida (*r*); para significar por aquí las dos maneras de amor que han de tener todos los fieles, figurados en estas cortinas; que son amor de Dios, y amor del prójimo. Y pues en el hombre ha de haber estos dos amores, conviene tambien que haya sus dos maneras de ejercicios para ellos; que son por una parte los de la oracion y contemplacion, con los cuales cresce el amor de Dios; y por otra los de las obras de piedad y misericordia, con que servimos al amor del prójimo. Y por esto, como dice Sant Gregorio (*s*), de tal manera nos habemos de dar á la oracion, que no nos olvidemos de los prójimos; y de tal manera habemos de acudir á los prójimos, que no desamparemos el estudio de la oracion; sin el cual vendrémos á enflaquescernos, y enfriarnos, y á faltar en lo uno y en lo otro.

(*o*) Psalm. 65. (*p*) In fine expos. hujus Psalm. tom. 8.
(*q*) Luc. 22. (*r*) Exod. 26.

§. II.

Oracion á Cristo en el Huerto para pedir buena muerte.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, por aquella amarguísima angustia que en tanto estrecho te puso en el monte Olivete, y por aquel grande espanto y temblor que tan vehementemente apretaron tu carne sanctísima, cuando te hicieron decir que tu ánima estaba triste hasta la muerte, te rogamos con ánima humilde, y con el cuerpo derribado por tierra, que en la última hora de nuestra partida, cuando en aquella postrera angustia el temor y temblor ocupare nuestro corazon y entendimiento, tengas por bien socorrernos, dándonos en aquella triste agonía fortaleza y confianza de tu misericordia. ¡Oh suavísimo maestro! no nos desampares en aquel tan terrible aprieto; mas como á tí envió tu Padre un ángel del cielo que te consolase, así tú, Señor, manda venir y acompañarnos en aquella hora tu sancto ángel, que nos fortalezca contra todos los combates del enemigo, y en todas las cosas nos ayude, y no consienta que el ejército de los malignos prevalezca contra nosotros con sus tentaciones, ó nos engañe con sus persuasiones mentirosas. Arma tambien y confirma nuestro corazon con la virtud de tu sufrimiento; para que ninguna adversidad ni dolencia, por larga y recia que sea, nos traiga á impaciencia, ó fastidio, ó murmuracion; mas en todo y por todo esté nuestra ánima subjecta y ofrescida á tu voluntad, así para la enfermedad como para la sanidad, así para la adversidad como para la prosperidad, así para la muerte como para la vida; de la manera que tú, Señor, posponias tu natural voluntad á la de tu Padre, diciendo: No se haga mi voluntad, sino la tuya. No te suplicamos, Señor, nos dés dulce muerte, ni pequeños dolores, ni fáciles enfermedades; todo esto dejamos á tu piedad, para que lo disponga, no segun nuestro deseo, mas segun nuestra necesidad y provecho. La merced que te pedimos es, que en cualquier acaescimiento nos dés fortaleza tal, que con ningun peso se doble; mas estemos fuertes é inmovibles hasta el último momento de nuestra vida, para que de la compañía que en esta vida tenemos contigo por gracia, merezcamos, partiendo de aquí, pasar á la que contigo tienen los sanctos por gloria.

§. III.

Prosigue la historia de la sagrada Pasion con las palabras del sermon de Sant Bernardo.

Bien se vió, Señor y Salvador nuestro, el cumplimiento de aquellas palabras que en vuestra oracion dijistes: *El espíritu está prompto, mas la carne flaca.*

(*s*) Greg. 1. p. Pastor. cap. 7. et in Evang. Hom. 30. prop. fin. et Epist. 57. tom 2.

Pues acabada la oracion, con tan grande esfuerzo y voluntad os ofrescistes á aquellos crueles carniceros que juntamente con el discípulo traidor vinieron á prenderos con lanternas, y hachas, y armas. Y llegando aquella bestia fiera á daros paz en el rostro, no la arredrastes de vos, mas ántes dulcemente aplicastes aquella boca sanctísima, en que nunca se halló engaño, á aquella que estaba llena de malicia. ¡Oh innocente Cordero de Dios! ¿qué teneis vos que ver con este lobo? Qué concordia hay entre vos y ese hijo de Satanas? Mas esta, Señor, fué obra de inestimable bondad, querer hacer de vuestra parte todo lo que podia ablandar la pertinacia de aquel malvado corazon; y así no olvidándoos de la amistad pasada, lo amonestastes diciendo: Amigo, ¿á qué veniste? Y juntamente quisistes herir su corazon, poniéndole delante el horror de su maldad, cuando le dijistes: *¡Oh Júdas! ¿besando vendes al hijo del hombre?*

Despues desto, llegaron luego los filisteos á prender á nuestro fuerte Samson (*t*). No los espantó ver que en aquella hora de la prision los derribastes en tierra con vuestro poderoso brazo, no para defenderos, sino para mostrar que ninguna cosa podia la presumpcion humana contra vos, sino cuanto le permitiésedes vos. Mas ¿quién podrá oir sin gemidos de qué manera pusieron sus manos en vos, y con cuánta crueldad ataron las vuestras, y de qué manera os prendieron, Cordero mansísimo, que ninguna palabra contra ellos hablastes; y así os llevaron atado injuriosamente como á ladron? Y ni aun en este tiempo no dejastes de usar de vuestra acostumbrada misericordia y dulzura con vuestros enemigos, pues sanastes la herida de uno dellos, y refrenastes la osadía y celo indiscreto del discípulo que se queria poner en armas para defenderos. Maldito sea el furor y pertinacia de tales enemigos; pues ni la grandeza deste milagro los convenció, ni la piedad deste singular beneficio los ablandó.

Despues desto fuistes presentado ante el consejo de los perversos pontífices; y por haber confesado, como convenía, la verdad, fuístes como blasfemo, sentenciado por merescedor de muerte. Amantísimo Señor, ¿cuán grandes injurias padescistes allí de vuestra propria gente? Allí escupieron con sus bocas sucias, y cubrieron con un velo aquel divino rostro, en quien desean mirar los ángeles, el cual hinche de alegría los cielos; y con sus sacrílegas manos le abofetearon y dieron de pescozones, como á un esclavo despreciado, al que era Señor de todo lo criado. Y no contentos con esto, así atado os presentaron ante la presencia de Pilato, procurando la muerte á quien no habia cometido pecado, y pidiendo perdon para un homicida, teniendo en mas precio al lobo que al cordero innocente. ¡Oh mala contratacion! No ignoraba aquel perverso juez que toda esta tempestad habia levantado la envidia de vuestros adversarios; mas con todo esto no apartó sus manos sacrílegas de vos, ántes hinchió vuestra ánima sanctísima de amargura sin causa; porque mandó herir vuestra purísima y virginal carne con crueles azotes, añadiendo llagas á llagas, y heridas á heridas. Escogido Hijo de Dios, ¿qué pecados habíades cometido, merescedores de tanta amargura y confusion? Por cierto, Señor, ningunos. Yo, yo, hombre perdido, fuí la causa de vuestra perdicion; yo fuí el que comí la fruta aceda, y vuestros dientes padescieron la dentera; pues pagastes lo que no debíades.

Mas con todo esto no quedó satisfecha la crueldad de vuestros enemigos, porque despues desto fuístes entregado en las manos de los soldados; de manera que no se contentaron con veros sentenciado á muerte, sino quisieron tambien afligir vuestra ánima sanctísima con crueles escarnios. Y así hallamos escripto que se juntó una compañía de soldados contra vos, y desnudándoos vuestras ropas, os vistiéron una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre vuestra cabeza, y una caña por ceptro real en la mano derecha; é hincadas las rodillas en tierra, escarnescian de vos, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos; y daban os bofetadas, y escupian vuestro rostro, y tomándoos la caña de la mano, herian os con ella en la cabeza.

Mira pues agora, ánima mia, quién sea este Señor, que teniendo imágen de rey, está como siervo despreciado, lleno de confusion. Está coronado con corona; mas esa corona traspasa su cabeza con agudas espinas. Está vestido de púrpura real; mas en ella no es honrado, sino despreciado. Tiene por ceptro real una caña en la mano; mas con ella le hieren en la cabeza. Adóranlo hincadas las rodillas, y llámanlo rey; mas escupen su rostro, y danle de bofetadas y pescozones.

§. IV.

De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas, y del pregon de su muerte.

Despues destos crueles escarnios, cargaron la cruz sobre aquellos hombros molidos (*v*) y quebrantados con los azotes y trabajos pasados; y desta manera llevaron al Cordero mansísimo al lugar del sacrificio, donde fué despojado de sus vestiduras, y afijado con clavos en el sancto madero, y puesto entre dos ladrones, y atravesado con una lanza, derramando por cinco llagas copiosos rios de sangre, para lavatorio y rescate del mundo. Y no es de creer que en este auto faltase la voz pública del pregonero, que á grandes voces fuese diciendo, cómo aquella justicia se hacia por mandado del presidente Pilato, contra aquel hombre, por malhechor y revolvedor de pueblos; y que así era razon que muriese quien tales culpas habia cometido. ¡Oh mal pregonero! Oh falso y mentiroso pregon! Lo que el presidente Pilato hace no es justicia, sino muy gran sinjusticia, pues condena á muerte al que tres veces confesó que no tenia culpa. Mas quien hace esta justicia es el Presidente del cielo, delante de cuyos ojos se cometen todos los pecados del mundo; el cual es tan justo, que ni uno solo quiere que quede sin castigo. Y porque todo el mundo no tiene valor para satisfacer por un solo pecado, levantó la espada de su justicia, é hirió con ella á este innocente Cordero, que solo entre los hombres era poderoso para pagar por todos los pecados. Y hácese esta justicia en él, no pregonada por este mal pregonero, sino por muchos sanctos profetas, que muchos siglos ántes pregonaron y dijeron (*x*) que por la maldad de su pueblo habia de ser este Señor herido, y que por nuestras culpas habia de ser atormentado.

Mas, ¡oh Padre justísimo, que tan rigurosos ojos poneis contra los pecados! ¿por qué no mirais que tambien es contra justicia castigar al innocente, como dejar de castigar al culpado? ¿Cómo se puede llamar justicia, y

(*t*) Judic. 16. (*v*) Joan. 19.

(*x*) Isai. 53.

hecha por vos que sois la misma justicia, que el mas inocente y libre de pecado, sea mas disciplinado y cargado de tormentos, que ningun culpado fué? Cómo es posible que sea justicia caber tanto castigo donde hay tanta innocencia? ¡Oh lumbre que tal ordenaste en tu alto y profundo consejo! alumbra los ojos de nuestro corazon, para que consideremos las maravillas desta tu obra tan llena de amor, y tan conforme á justicia, para que sintiendo della como debemos, te cantemos en ella misericordia y justicia (y), con mayor razon que en otra alguna.

No se hace pues sinjusticia ni gravio al que por sí no debe nada, si él se quiere obligar á deberlo. Ni tiene ménos derecho el juez para mandar hacer ejecucion en el fiador, que de voluntad se obliga, que en el principal deudor, en quien está la raiz de la obligacion. Porque si su innocencia lo hace libre, el amor con que se puso á fiar lo hace obligado. Y aquella justicia que sería injusticia, si mirando á él lo castigasen, es muy justa, cuando mirando que representa la persona del culpado, lo castigan y tratan como si él mismo pecara. Y desta manera es vuestro castigo, Señor; pues cuan libre os hizo vuestra innocencia, tan obligado os hace vuestra caridad. Apartado de pecadores, y muy mas alto y limpio que el cielo sois, como dice el Apóstol (z); mas muy junto os veo agora con los pecadores, y muy abatido, hasta ser puesto en lugar dellos, padesciendo lo que ellos deben. Pues por esto, Salvador mio, descendistes hasta el profundo de las aguas, sin hallar sobre qué estribar; por esto quisistes ser desamparado del Padre, y tratado con inestimable rigor; para que gustando vos los tormentos sin algun consuelo, á semejanza de siervo, fuésemos, los merescedores del infierno, llevados al cielo.

La causa pues de vuestra muerte es, que vuestro amor os hace morir, y no vuestra culpa. Y por eso, aunque Pilato mirando vuestra innocencia, dijo que no hallaba en vos causa para que muriésedes; pero nosotros mirando vuestro corazon, hallamos tantas causas de vuestros trabajos, cuantas culpas hay en nosotros. ¡Ay de nos, que tales fuimos, que así afeamos con nuestras culpas al hermosísimo en su innocencia, y metimos por lanzas y fuegos al merescedor de todo descanso! Pregónese pues, Señor, á honra de vuestro amor, y deshonra de nuestra maldad, que vos justamente padesceis; mas la culpa de lo que padesceis nuestra es. Y por esto quien en una palabra quisiere oir vuestro pregon, sepa que es este: *Quien tanto ama, y á tales ama, justo es que tales cosas padezca.*

¡Oh ánima mia, y cuán grande motivo tienes aquí, no solo para amar, sino tambien para esperar en este Señor! Dime, ¿cómo será posible no amar á quien tanto te amó, que por puro amor se puso á padescer los azotes y sentencia de muerte que tú merescias? ¿Cuál hermano por hermano, cuál padre por hijo, cuál mujer por marido se puso jamas á padescer los tormentos que á otro se debian? Haz pues agora cuenta que estuviese algun hombre preso en la cárcel, y sentenciado á muerte, y que estando ya para salir al degolladero con sus insignias de muerte, entrase un amigo suyo en la cárcel, y se vistiese de aquellas mismas vestiduras, y echando fuera al culpado, se quedase en su lugar, y viniese á padescer la pena del otro. Dime, si esto así pasase, ¿qué tanto diríamos que amaba al culpado quien así pusiese la vida por él? Qué amor puede ser comparado con este? Pues, ¡oh Rey de gloria, que viéndome estar ya sentenciado á arder en las llamas eternas, movido con entrañas de compasion descendistes del cielo á la cárcel deste siglo, y tomando imágen de pecador os pusistes en mi lugar, y fuistes sentenciado á muerte por lo que yo debia! Pues quien á tal extremo llegó por mí, ¿qué tan grande es el amor que me tenia? Qué llama de caridad era la que hasta aquí llegó, y llegara á mucho mas, si mas fuera necesario? ¡Oh Jesu, redempcion nuestra, amor nuestro y todo nuestro deseo! ¿qué piedad fué la que os movió á tomar tal carga sobre vos? Pues ¿cómo no amaré yo á quien con tan claros testimonios me descubrió la grandeza de su amor? Mas insensible sería que las bestias, mas cruel que los tigres, y mas duro que las piedras y el hierro el que de tal amor no se dejase vencer.

Y no solo el amor, sino tambien la confianza se confirma con este beneficio. Porque ¿cómo no esperaré yo la gracia, y la gloria, y el perdon de mis pecados, teniendo tal paga y tal pagador, que salió delante de Dios por ellos? Si fué justicia que el innocente fuese tan castigado, y el precioso tan despreciado, porque quiso pagar por los pecadores, ¿no será tambien justicia que los culpados, por quien pagó, sean libres de sus culpas, y justificados delante de Dios? Halló la justicia razon para entrar en casa del sancto que nada debia, y ejecutar en él un tan espantoso rigor de justicia, ¿y no la hallará la misericordia para entrar en casa del culpado, y quitarle sus culpas, y soltarle sus penas? Mayor maravilla es que Dios sea sentenciado, condenado, pregonado y muerto en cruz, que no ser recebido el enemigo por amigo, y tratado como hijo el que habia hecho obras de traidor, cuando se arrepiente y vuelve á Dios. Y pues ya lo mas se hizo, no se debe de dubdar de lo que es ménos.

Levántese pues agora, Señor, vuestra misericordia, y ejercite sus blanduras y halagos en los culpados; pues ya se levantó la justicia, y ejercitó su rigor en el innocente. Porque aunque á ellos por ellos no se deba la blandura, débeseles por vuestro amado Hijo, pues tan á su costa se la ganó. Misericordia es ser ellos salvos, si á ellos se mira; mas justicia es, mirando á él, y justicia tienen, teniendo á él.

Y pues tanta fué la caridad con que este Señor se quiso poner en las tales deshonras, porque la honra de su Padre fuese satisfecha, y las ánimas de los hombres remediadas: en ninguna manera es razon ni justicia que obra tan agradable ante los ojos del Padre, quede sin galardon, y sin ser agradescida y pregonada en el mundo. Mándase pregonar la justicia que se hace contra él, y dicen que vos lo heris por nuestros pecados: mandad, Señor, pregonar lo que su obediencia, paciencia, humildad y caridad os agradó, y lo que vale ante vos. Digan, Señor, vuestros profetas, digan vuestros apóstoles y evangelistas, y diga el cielo y la tierra que vos mismo, que justamente condenais, piadosamente absolveis; que vos mortificais, y dais vida; abatis hasta los abismos, y sacais dellos. Por este pues que va condenado al monte Calvario, son absueltos los pecados del mundo; y siendo este Hijo mortificado y deshonrado, somos resuscitados y preciados delante de vuestros ojos los que éramos hi-

(y) Psal. 100. (z) Hebr. 7.

jos de muerte. Bendicta sea pues la innocencia condenada, que á tantos condenados absuelve; y bendicta la justicia blasfemada, que á tantos pecadores justifica.

Y pues sus merescimientos no tienen cuento, y lo que por ellos pide es salvacion de ánimas, sin dubda no le será negada esta peticion. Porque no es razon que quien fué tan harto de oprobrios, quede hambriento de lo que tanto deseó; ni que el piadoso Padre aflija otra vez con no darle ánimas, al que ya afligió con darle tormentos. Heridas recebió en su cuerpo; obren en nuestras ánimas la salud que por ellas se meresció. Tratado fué como pecador el que era justo; seamos los pecadores tratados delante de Dios como justos. El padesció la muerte y las penas que nosotros debiamos, y descendió al profundo de las aguas (*a*) con los dolores que sufrió; justo es que no castigue el Padre una culpa dos veces, sino que dé por libre al deudor si fuere penitente, pues el piadoso fiador tan á su costa le pagó por él.

Cayósele á un hijo de un profeta el hierro de una hacha, con que cortaba leña, en el rio Jordan (*b*), y mandóle el profeta Eliseo que echase el astil de palo en el mesmo rio, y como esto hiciese, tornó á subir el hierro que estaba en lo bajo, y juntóse con su astil como de ántes. ¡Oh precioso madero! Oh árbol de vida, que por las culpas del mundo quisistes descender al piélago de todas las penas del mundo, aunque nadastes sobre las aguas de los trabajos, porque nunca ellos pudieron ahogar ni vencer vuestra paciencia ni vuestro amor! Y pues vos ya fuístes arrojado en las aguas de las amarguras debidas á nuestras culpas, justo es que los culpados, que estábamos como hierro pesado sumidos en el abismo con la carga de nuestros males, subamos hácia arriba, y nademos sobre las aguas, hasta juntarnos con vos, como miembros con su cabeza, para que así lo que fuere de vos, sea tambien de nosotros.

Pues siendo esto así, ¿quién acusará al que estuviere á una con vos (*c*)? Quién condenará al que se juntare con tal condenado? Cuando David salió á los montes huyendo del rey Saul, dice la Escriptura (*d*) que se hizo capitan de deudores y atribulados; y no ménos lo es nuestro verdadero David, pues que descendió del seno del Padre al desierto deste mundo. Pues por él manda el Padre eterno pregonar con mucha razon, que sepan todos que por la muerte de su Hijo rigurosa se concede á los culpados gracioso perdon, y no solo perdon, mas adopcion de hijos y herencia del cielo. Este es el concierto que con nuestro Noé hizo Dios (*e*), que pasado el diluvio de las muchas aguas que sobre él cayeron, hace nuevos capítulos y asientos de paz, diciendo que ántes se moverán los montes y temblarán los collados, que deje de otorgar su misericordia á los que por este Hijo la pidieren como deben.

§. V.

Consideracion de Sant Bernardo (*f*) de la gloria de la pasion de Cristo nuestro Señor, y de la imitacion de su cruz.

Hasta aquí viste, ánima mia, las flaquezas deste Señor, para compadecerte dél; agora es razon que pongas los ojos en la grandeza de su Majestad, para maravillarte dél; porque luego dice el sancto Evangelio (*g*) que dende la hora de sexta hasta la hora de nona se cubrió de tinieblas todo el mundo: el sol se escuresció, el velo del templo se rasgó de alto á bajo, la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, las sepulturas de los muertos se abrieron, y muchos cuerpos de los sanctos, que dormian en el polvo de la tierra, resuscitaron. ¿Quién es este de quien el cielo y la tierra se compadesce, y cuya muerte resuscita los muertos? Entiende, ánima mia, que este es tu Señor Dios, tu Salvador y Redemptor, verdadero Dios y verdadero hombre, el cual solo se halló sin mácula de pecado entre todos los hombres, y con todo eso es tenido por malo, reputado por leproso y por el mas bajo de los hombres, y desechado como hijo abortivo del vientre de su malaventurada madre la Sinagoga. ¡Oh cuán feo paresce aquí el mas hermoso de los hijos de los hombres, el cual fué herido por nuestros pecados, y maltratado por nuestras maldades! Y así fué hecho un perfectísimo sacrificio, y holocausto suavísimo ante el acatamiento del Padre eterno, para aplacar la indignacion que tenia contra nosotros, y merescernos con su abatimiento las sillas del cielo. Mirad pues, ó Padre clementísimo, dende vuestro sanctuario, y desa alta morada del cielo, y contemplad esta sagrada hostia que os ofresce este summo Sacerdote y Hijo vuestro, por los pecados de sus hermanos, y apláquese la ira que meresce nuestra malicia. Mirad, Señor, que la voz de la sangre de nuestro hermano Abel está clamando á vos dende la tierra (*h*). Conoced, Padre eterno, esa vestidura sangrienta de vuestro hijo Josef (*i*), á quien la bestia fiera de la Sinagoga mató, y tiñó su vestidura con sangre, y la rasgó por cinco partes. Esta es, Señor, la vestidura que este innocente Josef dejó en las manos de la mala mujer de Egipto (*k*), queriendo mas perder la vestidura, que faltar al mandamiento de vuestra obediencia. Mas agora nosotros, Padre eterno, conoscemos que vuestro hijo Josef vive (*l*), y que tiene el señorío y principado de toda la tierra de Egipto, y de todos los lugares de vuestro imperio. Porque salido por vuestra voluntad de la cárcel de la muerte y del infierno, tresquilados ya los cabellos de nuestra mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de inmortalidad, fué gloriosamente recebido y ensalzado por vos, y coronado de gloria y honra está asentado á vuestra diestra, donde se presenta ante vuestro acatamiento por nosotros, como quien es nuestro verdadero hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Mirad pues, ó clementísimo Padre, en la cara de vuestro Cristo, que os fué obediente hasta la muerte, y nunca se aparten de vuestros ojos esas preciosas señales de sus llagas; para que siempre os acordeis de la satisfaccion y descargo que ya teneis recebido por nuestras maldades. ¡Oh si quisiésedes pesar en esa balanza de la cruz nuestros pecados, por los cuales merescimos vuestra ira (*m*)! Sin dubda mucho mas pesaria esa pasion de vuestro Hijo, y mas merescedora es de que por ella useis con nosotros de misericordia, que la carga de nuestros pecados, para que por ellos nos castigueis con vuestra ira. Gracias os dén, Señor, todas las lenguas criadas por esa tan abundante gracia, por la cual nos distes á vuestro único Hijo, y lo entregastes á la muerte; para que en él tuviésemos un muy fiel y poderoso abogado delante de vos. Y ¿qué gracias, otrosí, daré yo, vil hombrecillo, polvo y ceniza, á vos, benigno Jesu, fortísimo celador y amador de nuestra salud, por

(*a*) Psal. 68. (*b*) 4. Reg. 6. (*c*) Rom. 1. (*d*) 1. Reg. 22. (*e*) Gen. 9. (*f*) Serm ut suprà. (*g*) Matt. 27. Luc. 23.

(*h*) Gen. 4. (*i*) Gen. 37. (*k*) Gen. 39. (*l*) Gen. 45. (*m*) Job. 6.

este tan grande beneficio? Porque ¿qué mas habíades de hacer de lo que hecistes? Pues vos todo entero dende la planta del pié hasta la cabeza os quisistes sumir en las aguas de la pasion, por sacar á mi dellas, y entraron estas aguas en vuestra ánima (n), porque no entrasen en la mia, y quisistes perder vuestra vida, porque no se perdiese la mia. Por lo cual me veo muy obligado y cargado con dos grandes deudas; ca porque me distes vuestra vida, os soy deudor de la mia; y por la mia os tengo dos obligaciones: la una porque me la distes cuando la criástes, y la otra porque despues de perdida, con vuestra muerte me la restituistes. Pues por esta deuda no tengo cosa que mas justamente os pueda ofrescer, que esa mesma vida que vos me distes y restituistes. Mas qué pueda yo ofresceros por esa vida divina, que pusistes por la mia, no lo sé, ni hay cosa en mí con que esta deuda se pueda recompensar. Porque si yo pudiese ofresceros el cielo, y la tierra, y todo cuanto está debajo del cielo por ella, no podria igualar con esta deuda. Y aun para que pueda yo ofresceros eso poco que en mí hay, y me es posible, tengo de ser ayudado y prevenido con vuestra gracia; de manera que esto tambien es beneficio vuestro y deuda mia. Porque debiéndoos yo de amar y de imitar con todas mis fuerzas, con toda mi ánima y con todo mi corazon, ¿cómo podré hacer esto sin vos? Llégnese pues mi ánima á vos, pues toda su virtud pende de vos.

Pues agora, Redemptor y Salvador mio, á vos adoro, en vos confío, en vos espero, y con todos los deseos que puedo sospiro por vos. A las preciosas señales de vuestra pasion (con las cuales obrastes nuestra salud), me inclino, y la bandera real de vuestra cruz vencedora, en vuestro nombre adoro, y vuestra corona de espinas, vuestros clavos teñidos con la sangre, y la lanza escondida en vuestro lado, vuestras llagas, vuestra sangre, vuestra muerte, vuestra sepultura, vuestra gloriosa y victoriosa resurreccion, húmilmente glorifico y adoro. Todas estas cosas me dan olores de vida, y con la suavidad deste olor resuscitad, Señor, mi ánima de muerte á vida.

§. VI.

De cómo habemos de imitar espiritualmente el misterio de la cruz.

Dadme pues, Señor, gracia para que pueda yo en alguna manera representar en mi vida el misterio de vuestra sagrada Pasion. Y para esto poned primeramente sobre los hombros de vuestro siervo aquella suave cruz, que es árbol de vida á todos los que la llevan: aquella cruz cuya anchura es la caridad, y cuya altura es la omnipotencia, y cuya profundidad es el abismo de la sabiduría; porque así corra yo alegremente en pos de vos, y lleve la carga de la cruz que mis enemigos pusieron sobre mí. En aquella cruz (que es en vos mesmo) enclavad, Señor, mis piés y manos, y conformadme todo con el misterio de vuestra pasion. Dadme que me aparte de todos los deseos carnales, que vos aborresceis, y abrace todas las virtudes, que vos amais, y que en lo uno y en lo otro no busque mi gloria, sino la vuestra. Enclavad, Señor, en aquella soberana cruz mi mano izquierda con el clavo de la templanza, y la derecha con el de la justicia. Dadme, Señor, que siempre piense en vuestros mandamientos, y que todos mis cuidados ponga en vos. Y enclavad mi pié derecho en esa cruz con el clavo de la prudencia, y que el pié izquierdo, que es mi sensualidad, esté tambien enclavado con el clavo de la fortaleza; para que la miserable felicidad desta vida resbaladiza no enflaquezca y debilite la virtud de mi espíritu.

Y porque en alguna manera se represente en mi ánima la corona de vuestras espinas, dadme que yo sea herido con la compuncion y memoria de mis pecados, y con la compasion de los trabajos de mis prójimos, y con el celo de la gloria y honra de vuestro sancto nombre. Tambien deseo participar de la esponja llena de vinagre; para que de tal manera sea alumbrado mi entendimiento, que vea claro cómo toda la gloria del mundo es mas vana que una esponja, y todos sus deleites y apetitos mas acedos que el vinagre. Tal, Señor, me parezca el cáliz dorado de Babilonia, que emponzoña toda la tierra (o); para que no me embriague con su falsa y engañosa dulzura, como suele engañar á aquellos que llaman á la luz tinieblas, y á las tinieblas luz, y tienen lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce. Mas el vino mezclado con hiel tenga yo siempre por sospechoso, pues vos no lo quisistes beber; el cual vino figuraba la amargura de la invidia y malicia de aquellos que os crucificaban, la cual esté siempre léjos de mí. Dadme, Señor, que pueda yo imitar esa vuestra muerte dadora de vida, muriendo á los apetitos de mi carne, y viviendo segun la ley del espíritu.

Y porque pueda yo en alguna manera gloriarme que traigo plenariamente representada toda vuestra pasion en mi ánima, así como la insaciable malicia de vuestros enemigos atravesó vuestro cuerpo despues de muerto con una lanza, así hiera y traspase mi corazon la virtud de vuestra palabra, que es mas penetradora que una lanza muy aguda (p), para que de mi lado derecho, en lugar de sangre y agua, salga siempre vuestro amor y el de los prójimos. Y despues desto envolved, Señor, mi ánima en una sábana limpia, y escondedme en vuestro sepulcro hasta que pase vuestro furor, y al tercero dia resuscitalda: esto es, despues del primer dia del trabajo, y del segundo, que es del castigo, en el tercero, del sábado, que es el dia del descanso, tened por bien resuscitarme en compañía de todos vuestros hijos; para que vea yo vuestra cara, y sea lleno del alegría de vuestro rostro. ¡Oh Salvador mio y Dios mio! venga, ruégoos, venga aquel dia en el cual vea con los ojos lo que confieso con la boca, y finalmente alcance lo que agora espero, y lo que como dende léjos saludo, y abrace con los brazos de mi ánima lo que agora deseo con todas mis fuerzas, y así me vea sumido y anegado en el mar de vuestra gloria. ¡Oh buen Jesu, redemptor de los perdidos, salvador de los redemidos, esperanza de los desterrados, esfuerzo de los que trabajan, anchura del espíritu congojado, dulce socorro y suave refrigerio del ánima llorosa que corre en pos de vos, única alegría y galardon de todos los ciudadanos del cielo, fuente abundantísima de todas las gracias, generoso Hijo del summo Dios, bendigan os, Señor, todas las cosas en lo alto del cielo, y en lo bajo de la tierra! Grande sois vos y grande vuestro nombre. ¡Oh hermosura clarísima que nunca se marchita! Oh claridad y resplandor de la luz eterna,

(n) Psal. 68.

(o) Apoc. 17. (p) Hebr. 4.

vida que da vida á todo lo que vive, luz que alumbra á todo lo que tiene lumbre, ante cuyo trono están millares de relámpagos resplandescientes! Oh eterno, substancial, inaccesible, clarísimo y dulcísimo rio, que mana de aquella fuente escondida á los ojos de los mortales, cuyo nascimiento es sin principio, cuya profundidad es sin suelo, cuya altura es sin término, cuya anchura no se puede escudriñar, y cuya pureza no se puede enturbiar! Vos salistes del corazon altísimo de Dios, y de aquel abismo impenetrable de su eternidad; vida de vida, lumbre de lumbre, eterno de eterno, inmenso de inmenso, y en todo igual á él, de cuya plenitud y abundancia participamos todos (*q*). Vos, que sois fuente copiosa de gracia, tened por bien de mitigar el amargura de las aguas salobres del mar grande deste mundo con la dulzura de vuestra gracia; pues vos sois rio de olio de alegría, rio de vino purísimo, y arroyo de caridad. De vos y de vuestro Padre procede el Espíritu Sancto consolador, igual entre ambos, y union de ambos, que á ambos une con union de caridad indivisible; el cual enviado á la tierra, todo lo hinche, todo lo conserva y todo lo sustenta (*r*). Este es, Señor, aquel arroyo abundoso de deleites, de donde bebe aquella gloriosa y delicada ciudad de Hierusalem (*s*), y embriagados los moradores della con esta maravillosa suavidad y alegría, os cantan siempre himnos y cantares de alabanzas; con cuyas gotas os piden, Señor, que sean refociladas las gargantas secas deste vuestro pueblo desterrado. Habed por bien, piadoso Padre, que los perrillos coman de las migajas que caen de la mesa de su Señor (*t*). Rociad, cielos, dende lo alto (*v*), y la nubes llueva sobre nosotros ese justo que nos ha de salvar. Estas primicias de vuestro pueblo purgad, Señor: renovad, alumbrad, alegrad y confirmad, é inflammad con ese fuego del cielo, y juntad los corazones de los fieles con vos, para que todos sean uno, y una cosa sepan, una busquen, una alcancen; y así bendigan á vos, Dios de los dioses, en Sion: que vivis y reinais en los siglos de los siglos. *Amen.*

CAPITULO XVII.

Síguese una devota meditacion sobre las siete palabras que el Salvador habló en la cruz.

Apareja agora tus oídos, ánima mia, y oye la dulce música de aquellas siete palabras que tu rey David cantó en la arpa de la cruz (*a*); porque esta es la música que verdaderamente lanza el espíritu malo del corazon. Mira pues con cuánta piedad y mansedumbre pronunció este Señor la primera palabra, diciendo (*b*): *Padre, perdona á estos, que no saben lo que hacen.* Primero que consuele á su Madre, primero que provea á sus amigos, primero que encomiende al Padre su espíritu, provee á sus perseguidores de remedio. Y entre tantas cosas como se habian de proveer con sus palabras, la primera provision es para ellos. ¡Oh bondad sin medida! Oh inestimable caridad! En el tiempo que estaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo (que fuéron los autores de la muerte del Salvador) acrescentando los dolores de su sanctísimo cuerpo con palabras sangrientas que tiraban como saetas á su piadoso corazon, entónces levanta él la voz al Padre, diciendo: *Perdona, Padre, á estos, que no saben lo que hacen.* No habia ya mas dolores con que atormentar al cuerpo azotado, descoyuntado y crucificado; y no contenta su ira y rabia con tan extraños tormentos, añadieron estos nuevos escarnios. Porque unos meneando las cabezas, decian: ¡Ah! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar, haz agora salvo á tí mesmo. Otros decian: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la cruz, y creerémos en él. Tiene su confianza puesta en Dios; líbrelo si quisiere, pues él dijo que era Hijo de Dios. Pues en el tiempo que aquellos miembros de Satanas, despues de haber crucificado el cuerpo del Señor con clavos, crucifican su piadoso corazon con sus lenguas, el mansísimo Cordero, teniendo mas compasion de la perdicion de sus ánimas, que dolor de sus proprias injurias, hace esta oracion al Padre por ellos. Nosotros cuando somos injuriados, aguardamos á que el tiempo cure nuestras pasiones, y queremos que entre tanto esté ociosa la virtud y la razon. Aguardamos tambien que la humildad y reconocimiento de nuestros malhechores nos aplaque; y así venga á ser el perdon, mas virtud ajena que nuestra. Nada desto mira el Salvador: no aguarda que se cierren las llagas, ni que el tiempo cure las injurias, sino en medio de las heridas de su cuerpo, y de las palabras que tiraban como saetas á su corazon, saca él palabras de corazon, no herido con yerba, sino herido de amor y compasion. Todos sus miembros y sentidos tenia impedidos y atormentados, cada uno con su proprio tormento: los piés y manos enclavados, y todos los otros miembros descoyuntados y estirados en la cruz. Sola la lengua estaba libre (aunque amargada con la hiel que le habian dado), y esta que sola quedada suelta, emplea agora en hacer oracion por quien le hacia tanto mal.

Pues ¡oh Cordero de infinita piedad y mansedumbre! no seais para con los enemigos piadoso, y para con los vuestros severo; ni sea medio para medrar con vos, ser cruel y duro contra vos. Aquí, Señor, me presento derribado á vuestros piés, no escandalizándome con vuestra muerte, sino predicando vuestra gloria; no haciendo burla de vuestra pasion, sino compadesciéndome de vuestro dolor. Pues levantad, Señor, la voz, y encomendadme á vuestro dulce Padre, y decidle: Padre, perdona á este pecador, que no supo lo que se hizo.

Esta fué la primera palabra, llena de caridad y misericordia, que el Salvador habló. La segunda fué al ládron que le confesaba por Rey, y le pedia se acordase dél, diciendo (*c*): *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino.* Sobre este paso Eusebio Emiseno dice así: En este mismo tiempo, cuando preguntado el apóstol Sant Pedro por la criada del Pontífice, respondió que no conoció tal hombre, este ladron que no le habia conoscido, le confesó por Rey. ¡Cuán singular y cuán maravillosa devocion fué esta! En aquel tiempo confesó el ladron, cuando el discípulo escogido negó. ¿Cuánto mas gloriosa cosa fué confesar el ladron por Rey al Salvador lleno de tormentos, que si lo viera haciendo milagros? Y por eso no sin causa meresció tanto. Mas veamos las palabras que dijo: *Acuérdate de mí, Señor, cuando estuvieres en tu reino.* No dijo: Si eres Dios, líbrame deste presente tormento, sino, pues eres Dios, líbrame del juicio advenidero. ¡Cuán presto el ma-

(*q*) Joan. 1. (*r*) Psal. 45. (*s*) Apoc. 22. (*t*) Matt. 15. (*v*) Isai. 45. (*a*) 1. Reg. 16. (*b*) Luc. 23 (*c*) Luc. 23.

gisterio del Espíritu Sancto le alumbró, por el cual representándosele el rigor deste juicio, fué su espíritu lleno de temor! Aquí confesó al Señor por juez del mundo, y por Rey de los siglos. No habia sido discípulo, y ya es maestro, y de ladron se hace confesor. *Acuérdate,* dice, *Señor, de mí.* Con esta palabra alivió el dolor de sus tormentos. Y digo alivió, porque, aunque la pena comenzó en ladron, despues por nueva manera se vino á acabar en mártir. Hasta aquí son palabras de Eusebio. Maravíllase tambien sobre este paso Sant Ambrosio (*d*) de la oracion deste sancto ladron, y de ver cómo llamó á Cristo, Rey, viéndole padescer pena de ladron. Porque ¿qué insignias de rey veia en él para llamarle por este nombre? Entendió pues este ladron, que aquellas heridas que el Señor padescia no eran suyas, sino del ladron, y por esto le comenzó á amar mucho; porque en él reconosció sus proprias llagas. Porque si él creyera que aquellas heridas eran proprias de Cristo, nunca le llamara Rey. Mas porque entendió ser ajenas, le confesó por verdadero Rey. Ca ningunas insignias son mas proprias de rey, que padescer por el bien de sus vasallos.

Pues ¿quién viendo esta confesion, no se maravillará del abismo de las obras de Dios? Estaba el Salvador en aquella hora el mas afligido y despreciado de todos los hombres, desamparado de sus discípulos, negado de Pedro, vendido de Júdas, blasfemado de los judíos, escarnescido de los gentiles y casi descreido de todos. Y al tiempo que los otros le descreyeron y negaron, este ladron le adora, y le confiesa, y le llama Rey, diciendo: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino.* Véelo condenado, y reconóscelo por Dios; tiénelo por compañero en los tormentos, y pídele el reino de los cielos. Y los discípulos habian conversado con Cristo, y oido su maravillosa doctrina, y visto la innocencia de su vida, la alteza de sus virtudes, la grandeza de sus milagros, y con todo esto perdieron la fe en aquella sazon, y este ignorante ladron, que nada desto habia oido ni visto, ni sabía otra cosa sino robar, agora sobrepuja á los apóstoles en la constancia, y en la fortaleza, y en la confesion de la fe. ¡Oh cuánto puede el mas bajo de los hombres con la gracia divina, y cuán poco puede el mayor de todos ellos sin ella! Por aquí verán lo que deben á Dios todos los escogidos (cuya persona representa este ladron), los cuales son salvos por la infinita bondad y misericordia de Dios, como este lo fué. Porque ¿quién no ve que la fe y conoscimiento deste ladron fué gracia singular y misericordia de Dios? Mira lo que pidió, y verás claro lo que creyó. No pidió nada para este siglo (pues ya él estaba casi fuera del siglo), sino pidió mercedes para el siglo advenidero, confesando que aquel que estaba allí con él crucificado, era poderoso para dárselas, y esto, no como rogador ó tercero, sino como Rey y Señor del cielo, cuando por tal lo confesó. Pues ¿cómo podia un ladron alcanzar en tal tiempo tan maravillosa luz, y creer cosa al parescer tan increible, si no fuera por especial privilegio de Dios?

Y no solo resplandesce aquí la fe, sino tambien la humildad, compañera de la fe, en esta oracion. *Acuérdate* (dice), *Señor, de mí, cuando estuvieres en tu reino.* No te pido silla á la diestra, ni á la siniestra; ni tampoco pido cosa para este mundo, pues tu reino no es deste mundo (*e*); sino que cuando estuvieres en el reino de los cielos, te quieras acordar de mí. No de mis pecados, ni de mis errores, ni de los hurtos que tengo hechos; sino de que soy hombre flaco y enfermo, y criatura tuya, hecha á tu imágen y semejanza. Acuérdate que por mí criastes todas las cosas, y por mí tomaste carne humana, y por mí predicaste, ayunaste, oraste, caminaste, sudaste, y por mí has trabajado toda la vida, y agora mueres en cruz. Acuérdate que (pues soy hombre, aunque pecador), soy hermano tuyo, y redemido por tu sangre. No te demando grandes cosas, porque me tengo por indigno dellas. No te oso pedir el reino de los cielos, porque no es razon que tal ribaldo como yo sea recebido en tal lugar. Ni te pido que me lleves allá, síquiera para servir á aquellos celestiales ciudadanos; porque tampoco merezco esto. Solamente pido me tengas en tu memoria, y no te quieras olvidar de quien quisiste tener por compañero en el tormento. No mires á mi malicia, sino á tu bondad, la cual te ha hecho abrir esas puertas de misericordia por todo ese sagrado cuerpo; á las cuales llamo y doy voces como necesitado y mendigo. Por estas deseo entrar, y (si me fuese posible) por ellas querria robar agora los tesoros de tu gracia, y ser ladron en la muerte como lo he sido en la vida. He visto cómo ruegas al Padre, por los mismos que te crucifican, con tanta clemencia, y como los excusas en tu oracion, diciendo que no saben lo que hacen. Esto me da atrevimiento (aunque sea ladron) para que ose encomendarme á tí. Pues sabes de dolores, y sientes qué cosa es estar colgado en una cruz, apiádate deste pobre que así ves padescer. No es sola esta cruz la que me atormenta, otras tres padezco sin esta. La una es de dolor que tengo de mi compañero, viendo que muere en su pecado, blasfemando de tí; la otra es de temor grande que tengo de las penas del infierno, debidas á mis pecados; la tercera es de compasion, viendo á tí y á tu innocentísima Madre padescer tan gran dolor. Mas con todo eso, si yo supiese que te habias de acordar de mí, todas estas cruces me serían dulces, y en medio de mis dolores me ternia por consolado.

Responde Cristo: *En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraiso.* ¡Oh maravillosa magnificencia y largueza de Dios! Mira cuánto mas le dieron de lo que él pedia. El pedia estar en la memoria de Cristo, y Cristo le promete el reino del cielo. Y ¿cuándo, si piensas? Hoy, dice; esto es, en el mismo dia. Y ¿en cuya compañía? En la del mismo Cristo. *Hoy,* dice, *serás conmigo.* Y ¿á quién se promete esto? A un vilísimo ladron, que por sus hurtos padescia, y poco ántes con su compañero blasfemaba. Mas ¿por qué causa se le promete tan grande bien? Porque húmilmente lo pidió. ¡Oh virtud inestimable de la sangre de Cristo, que es la que obra todas estas maravillas, y la que hace nuestras oraciones valerosas ante Dios! Mas ¿qué mucho era que en aquel dia del Viérnes sancto, cuando se abrieron las puertas de todos los divinos tesoros, cuando Cristo con tanta largueza vertia su sangre, y rasgados sus piés y manos derramaba por aquellas aberturas tanta abundancia de misericordias, que le alcanzase una sola gota á este ladron? Al primer ladron del mundo dijo Dios: Tierra eres, y en tierra te volverás (*f*), y al postrer ladron del viejo Testamento dice Cristo: *Hoy serás conmigo en el paraiso.* Mira cuán grande es la virtud de la sagrada Pasion,

(*d*) Ambros. fer. 4. hebdomad. Sanct. ser. 49. tom. 5. (*e*) Joann. 18.

(*f*) Genes. 3.

y cuán provechosa cosa es hablar con Cristo crucificado.

Mas no tome nadie ocasion por este ejemplo, de aguardar á convertirse á la hora de la muerte; porque este, así como fué el postrer de los milagros de Cristo, así en este género fué el mayor. Este fué un particular privilegio que convenía para la gloria de aquel dia, y para declarar la virtud y eficacia de aquella celestial triaca, que Dios habia ordenado para remedio de los pecados. Y pues este fué privilegio particular, y no ley universal, nadie debe tomar por regla universal de todos, lo que fué particular privilegio de uno.

§. ÚNICO.

Del dolor que nuestra Señora padesció al pié de la cruz.

A este espectáculo tan doloroso se halló presente la sacratísima Vírgen (*g*), y no de léjos (como se escribe de los otros amigos y conoscidos), sino junto al pié de la cruz. Estaba, dice el Evangelista (*h*), par de la cruz la Madre de Jesu. No solamente estaba par de la cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del Hijo, mas aun estaba en pié. ¡Oh fortaleza de ánimo! Oh maravillosa constancia! El mundo se trastornaba, la tierra se estremecia, las columnas del cielo temblaban, y los miembros virginales están quedos en su lugar. Las piedras se hacian pedazos, y está entero el corazon de la Madre. Su corazon estaba hecho un mar de amargura, y las olas deste mar subian hasta los cielos; mas el marinero era tan diestro, y llevaba en sus manos el gobernalle con tan maravillosa prudencia, que no bastó para desatinarlo una tan espantosa tormenta, ni apartallo un punto de la voluntad de Dios.

Mas con esta conformidad de voluntad no se podia excusar en su ánima un espantoso dolor, viendo con sus ojos lo que el amantísimo Hijo padescia. Conforme á lo cual dice Sant Bernardo (*i*): ¿Qué pecho puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras, que no se muevan á compasion, ¡oh dulcísima Madre! considerando las lágrimas y dolores que padesciste al pié de la cruz, cuando viste á tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? Qué corazon puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y sospiros, y el quebrantamiento de tu corazon, cuando estando en este lugar, viste á tu amado Hijo tan maltratado, y no lo pudiste socorrer; vístelo desnudo, y no lo pudiste vestir; vístelo transido de sed, y no lo pudiste dar á beber; vistelo injuriado, y no lo pudiste defender; vistelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por él; viste escupido su rostro, y no le podias alimpiar: finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podias enjugar, ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salia, ni juntar en uno los rostros tan conoscidos y tan amados, y morir así abrazada con él? Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que aquel sancto viejo te pronosticó ántes que muriese, diciendo que un cuchillo de dolor traspasaria tu corazon.

Pues, ¡oh piadosísima Vírgen! ¿por qué, Señora, quisistes acrescentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisistes hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parescer en lugares públicos; no es de corazon de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama, ¿y vos venis á ver el Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz? Ya que determinais de vencer el corazon de madre, y quereis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os poneis tan cerca della, que hayais de llevar en vuestro manto perpetua memoria deste dolor? Remedio no se lo podeis dar, sino ántes con vuestra presencia acrescentarle su tormento. Porque solo esto le faltaba para acrescentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos sangrientos y desmayados, y os viese al pié de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquescidos los sentidos, y escurescidos los ojos con la sombra de la muerte, no podia devisar de léjos, os pusistes tan cerca, para que clara y distinctamente os conosciese, y viese esos brazos en que fué recebido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales (con cuya leche fué criado) hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles bienaventurados, estas dos figuras, si por ventura las conosceis. Mirad, cielos, esta crueldad, y dad muestras de dolor. Cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Escuresced el aire claro; porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo; porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda (*k*). ¡Oh cielos, que tan serenos fuistes criados, oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros escurecistes vuestra gloria en esta pena; si vosotros, que érades insensibles, la sentistes á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y los pechos virginales de la Madre? ¡Oh vosotros, dice ella (*l*), que pasais por el camino, parad mientes y mirad si hay dolor semejante á mi dolor! Verdaderamente no hay dolor semejante á tu dolor; porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

Pues, ¡oh Redemptor y Salvador del mundo! si los ladrones desean que os acordeis y tengais memoria dellos, ¿cuánto mas lo deseará vuestra bendictísima Madre? Y si vos teneis memoria de los robadores, ¿cómo no la tendreis de los robados? Bien veo, Redemptor mio, que no la teneis olvidada; porque el dolor con que su presencia aflige vuestro corazon, no os la deja olvidar, ántes creo que allá dentro de vuestra ánima le hablábades muchas veces, y le decíades: ¡Oh innocente y afligida Vírgen! ¿qué consuelo te daré? Tu consuelo sería mio; mas porque no lo hay hoy para mí, tampoco lo hay para tí. Si consuelo es condolerme de tí, mas siento los dolores de tu corazon, que los de mi cuerpo, y mas siento ver correr esas lágrimas por tus ojos, que esta sangre por mi cuerpo. ¡Oh Madre dulcísima! ¿dónde están agora los gozos que conmigo tuviste? Llegada es ya la hora en que te tengo de ser corporalmente quitado, y en que se ha de partir esta tan amada y tan antigua compañía. Pues ¿con qué palabras me despediré de ti al tiempo de la partida? Si te llamo Madre al tiempo que pierdes al Hijo, atormentarse han tus entrañas con esta voz. Si del todo no te hablo, ni me despido de tí en tan largo camino, añadirse ha otro dolor á tu dolor. Llamarte he pues, no Madre, sino mujer, diciendo: *Mujer, cata ahí á tu Hijo.*

¡Oh Vírgen sanctísima! si deseábades oir alguna palabra, esta es la mas conveniente que se os podia decir;

(*g*) Matt. 27. Marc. 15. (*h*) Joan. 19. (*i*) Serm. de planctu Virg. Mar.

(*k*) 1. Reg. 5. 6. (*l*) Thren. 1.

pues en ella se provee de compañia para vuestra soledad, y se os da otro hijo por el que perdeis. Consolaos pues con este consuelo. Antes con él se renueva mi dolor; porque con la comparacion de lo que me dan, veo mas claro lo que me quitan. Tal es y tan nuevo mi dolor, que cresce con los remedios. Quiero contemplar, dice Sant Augustin (*m*), ¡oh bendictísima Madre, hija y ama deste Señor! qué tal haya sido este dolor. Ves á tu único Hijo crucificado; mudas el Maestro en el discípulo; el Señor en el criado; el que todo lo puede, en el que todo desfallesce. Verdaderamente atraviesa tu ánima un cuchillo de dolor, y penetra tu corazon la lanza, y rompen tus entrañas los clavos, y despedaza tu espiritu entristescido, la vista del Hijo crucificado. Desfallescido han tus fuerzas, enmudescido ha tu lengua, agotado se han las fuentes de tus ojos, y marchitádose ha la flor de tu hermosura. Las heridas del Hijo son heridas tuyas; la cruz suya es tambien tuya, y la muerte suya, tuya es. Dime, Madre, ¿dónde dejas al Hijo? Hija, ¿dónde dejas al Padre? Ama, ¿cómo desamparas al que criaste? ¡Cuán de mejor gana perdieras la vida, que tan dulce compañía! Mártir eres, y mas que mártir, pues sacrificas mas que la vida. Dos martirios y dos altares hallarás, ánima mia, en este dia: uno en el cuerpo de Cristo, y otro en el corazon de la Vírgen; en el uno se sacrifica la carne del Hijo, y en el otro el ánima de la Madre.

Despues desta tercera palabra, dicha á la bendicta Madre, síguese la cuarta, enderezada al Padre eterno. Al cual con dolorosa voz clamó diciendo (*n*): *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Esta palabra nos descubre una de las principales circunstancias que entrevinieron en la sagrada Pasion, por la cual entendemos la grandeza de los dolores que el Salvador en ella padesció. Porque dado caso que muchos de los sanctos mártires padescieron horribles y nunca vistos tormentos; pero la divina bondad y misericordia acudíales al mejor tiempo con nuevos socorros y milagros; unas veces quitando su virtud al fuego que los cercaba, otras amansando las fieras á quien los arrojaban, otras curando de noche las llagas que recebian de dia, y otras veces de otras muchas maneras. Y demas desto, el fervor de la caridad y amor de Dios, por cuya gloria padescian, y la esperanza tan cierta y segura que tenian de que acabando de correr los filos del cuchillo por la garganta, habian sus ánimas de volar á la gloria, y ver y gozar eternalmente de la hermosura del Señor que tanto amaban, de tal manera los alegraba, que disminuia gran parte de sus dolores. Porque así vemos que la mujer muy deseosa de hijos no siente tanto los dolores del parto, considerando ser ellos camino para alcanzar lo que desea. Mas en Cristo nuestro Salvador no hubo este lugar; porque dado caso que el menor de sus trabajos bastaba para redemir mil mundos, por la dignidad infinita de aquella divina persona que los padescia, mas quiso él por la grandeza de su bondad padescer los mayores que jamas se padescieron; para que fuese mas copiosa nuestra redempcion, y para consuelo y esfuerzo de los sanctos mártires que habian de morir por él: y para que tambien nosotros tuviésemos con esto mayores incentivos de amor, y mayores motivos de esperanza, mas ilustres ejemplos de humildad y paciencia, y mas claras muestras de la grandeza de su bondad y caridad. Y por esto él mismo cerró las puertas á todas las maneras de consolaciones que le podian venir del cielo y de la tierra, de su Padre soberano y de sí mismo. Y esto es lo que él significó, cuando en el salmo dijo (*o*) que estaba sumido en el profundo de las aguas, y que no hallaba sobre qué hacer pié, porque no habia en el cielo ni en la tierra ningun linaje de alivio que mitigase la fuerza de sus dolores. El desamparo de los hombres significó en el mismo salmo, cuando dijo (*p*): Extraño soy hecho á mis hermanos, y peregrino á los hijos de mi Madre. Esperé si habia alguno que juntamente conmigo se entristesciese, y no le hubo: busqué quien me consolase, y no le hallé. Lo cual dijo el Salvador para significar el desamparo de los apóstoles, y de todos los otros discípulos y amigos que miraban su pasion de léjos. Porque la sancta Madre, que presente tenia, no aliviaba, sino agravaba su dolor. Pues así como en este salmo declaró el desamparo de los hombres, así agora con esta dolorosa palabra declaró el de su eterno Padre, diciendo: *Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Este fué el mas triste canto, y la mas dolorosa voz que se oyó jamas en todas las generaciones. Canten los profetas los dolores que sintieron por los males del mundo; levante la voz Hieremías en sus lamentaciones; suenen por todas partes cantares de dolor, que esta es la voz que mas deben nuestras ánimas de sentir.

Mas porque en estas palabras: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* pregunta el Hijo al Padre por la causa de su desamparo, todos podemos responder á esto con verdad, que por nuestro amparo fué él desamparado; porque por remediar el mundo, desamparó el Padre á su amantísimo Hijo; por amparar el siervo, desamparó al Señor. Por donde con mucha razon exclama la Iglesia (*q*): ¡Oh inefable amor y caridad de Dios, que por redemir al siervo entregastes á la muerte al Hijo! Pues ¿cuánto nos obliga esto á amar á quien así nos amó? Cuánto es lo que esta tan lamentable y dolorosa voz pide al hombre? Dice Salomon (*r*) que el que cierra las orejas al clamor del pobre, él clamará y no será oido. Pues si tan gran culpa es no oir la voz de un pobre mendigo, ¿cuál será no oir la de tal pobre que así clama dende la cruz, representándonos nuestra obligacion?

La quinta palabra fué, *Sitio* (*s*), que quiere decir: *He sed.* ¿Qué es ésto, Salvador mio?, dice Sant Bernardo (*t*). Mas pena os da la sed, que la cruz; pues no quejándoos de la cruz, os quejais de la sed. ¿Qué sed es esta que tanto os fatiga? Ciertamente no otra que el deseo de nuestra salud, de nuestra fe y de nuestro remedio; porque esto es como si dijera: Mas me duelen vuestros males, que los mios; y mas siento vuestras culpas, que los tormentos de mi cruz. Pues si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversion y penitencia la apagarian. Y yo, mas crudo que vuestros mismos enemigos, no os doy este refrigerio. ¡Oh Vírgen sanctísima! ¿qué sintió vuestro piadoso corazon con esta palabra, cuando vistes el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuistes poderosa para dar un jarro de agua al Hijo que la pedia muriendo? ¿Dónde están agora, ó Magdalena, aquellas lágrimas que derra-

(*m*) Meditat. cap. 41. tom. 9. (*n*) Matt. 27.

(*o*) Psalm. 68. (*p*) Ibidem. (*q*) Pro Sabbato Sancto. ad bened. Cœrei Pasch. (*r*) Prov. 21. (*s*) Joan. 18. (*t*) Super illud Joan. 15. Ego sum vitis vera, cap. 13.

maste sobre los piés del Salvador? Dónde están las vuestras, ó serenísima Vírgen? Pues ¿cómo no subis á aquella cruz, y siquiera con esas lágrimas de vuestros ojos no refrescais aquellos labios cárdenos y desequidos, y refrigerais los ardores de aquella sed?

La sexta palabra fué, cuando estando ya el Salvador para espirar, dijo (*v*): *Consummatum est*, que quiere decir: *Acabado es*. Levantaria entónces sus honestísimos ojos la Vírgen, á ver si con esta palabra se acababa la vida del Hijo. ¿Cuál destas cosas deseais, Vírgen? ¿Deseais por ventura que se acaben sus dolores? Si se acaban sus dolores, tambien se ha de acabar su vida. ¿Pues deseais que se acabe la vida? No es de madre tal deseo. Pues ¿qué deseais? Nueva manera de dolor es esta, pues no sabeis qué desear.

Pues ¿qué sentiria el corazon de la Vírgen, cuando levantase sus ojos á mirar la cara del Hijo, y en la amarillez y mudanzas della, conosciese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiria cuando viese perderse la color del rostro, teñirse los labios de color de muerte, afilarse las narices, escurescerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza, y levantarse el sagrado pecho? ¿Conosceis vos, Señora mia, esa figura? Conosceis cuya es esa tan enronquecida voz? ¿Cómo se ha descolorido el rubí en que se miraban vuestros ojos? Cómo se ha marchitado la flor de la mañana? Cómo se ha eclipsado el sol del médiodía? ¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos deste dia! ¿adónde miraréis que no sea con intolerable dolor? Si mirais á lo alto, veis las insignias y los mensajeros de la muerte en la cara del Hijo. Si mirais á lo bajo, veis la tierra toda arroyada y encharcada de su sangre. Pues ¿adónde, Vírgen, miraréis, cuando el cielo y la tierra paresce que han hoy conjurado contra vos? ¿Cómo pueden esos piadosísimos ojos ver los hilos de la sangre viva correr junto á vuestros piés, y no morir?

Mas agora descansará ya el ánima sanctísima de vuestro Hijo. Oid la postrera de sus palabras, que dice (*x*): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu. ¡Oh dulce dejo, oh dulce muerte, oh dulce sangre, oh dulces llagas, oh dulce madero, oh dulce peso, oh inestimable caridad, que por llevar los miserables desterrados al cielo, mueres tú, Señor de los cielos, en un madero!

Suplícote, Señor mio, por el dolor deste apartamiento, que al tiempo que esta pobre ánima se apartare deste cuerpo (pues nadie puede carescer deste doloroso apartamiento), sea yo favorescido con la virtud deste misterio, y acabe con las palabras que tú acabaste, encomendando mi espíritu en tus manos, y recibiéndolo tú en ellas. En medio desas llagas preciosas se acabe el postrer punto de mi vida, y en medio desta preciosa sangre sea el postrero de mis gemidos. *Amen*.

CAPITULO XVIII.

De la grandeza de los dolores de la pasion de nuestro Salvador, donde se pone un summario de todas las circunstancias que agravaron esta sagrada Pasion.

Aunque debemos mucho á nuestro Salvador por los grandes bienes que por su sagrada Pasion nos merescio, pero mucho mas sin comparacion le debemos por el medio que para esto escogió, que fuéron los dolores que en ella padesció. Porque no es cosa nueva, sino muy natural, y muy usada en nuestro Dios, communicarnos sus bienes; mas es muy nueva y muy extraña padescer nuestros males, esto es, nuestros dolores; y cuanto estos fuéron mayores, tanto es mayor la obligacion al amor y servicio que por esto le debemos.

Mas aquí es de notar que aunque fuéron grandes los dolores de su pasion, no fuéron menores las injurias y vituperios que en ella sufrió, como lo verá claro quien discurriere por todos los pasos della, en los cuales hallará juntos summo dolor y summa ignominia, y será bien declarar la causa desto.

Para lo cual es de notar, que en cada pecado mortal hay dos deformidades. La una es el desordenado amor y gusto de la criatura, que nos mueve á pecar; y la otra es el menosprecio de la Majestad de Dios y de sus mandamientos, los cuales despreciamos cuando pecamos. Y esta deformidad es mayor que la pasada, como nos lo da á entender el rey David, cuando acusándose en el salmo del pecado que habia cometido contra su vasallo, y contra la mujer dél, dice, hablando con Dios (*a*): Contra ti solo pequé; dando á entender que no hacia tanto caso de la ofensa de los prójimos, cuanto de la de Dios, por haber despreciado sus mandamientos, que esto prohibian. Es pues agora de saber, que por cuanto el Salvador pretendia en su pasion satisfacer á la divina justicia por nuestros pecados (en los cuales hay estas dos deformidades susodichas), así quiso que su sagrada Pasion fuese llena de dolores, para satisfacer por nuestros malos gustos, y tambien de vituperios, para satisfacer por los menosprecios é injurias cometidas contra la divina Majestad. Y por esto, cuando el hombre procediendo por la historia de la sagrada Pasion se espantare de ver al Señor de la Majestad escupido, abofeteado, escarnescido, y vestido ya de blanco, ya de colorado, y tenido en ménos que Barrabas, y crucificado entre ladrones, cesará este espanto, cuando considerare que todas estas injurias padesce por satisfacer por las que nosotros cometimos contra esa soberana Majestad. Porque tales injurias tal satisfaccion habian menester.

Mas tratando agora de la grandeza de sus dolores, es cosa de grandísima consideracion lo que todos los doctores sobre esto dicen: esto es, que los dolores que el Salvador padesció sobrepujan á cuantos se han padescido en esta vida, no haciendo aquí comparacion de los de la otra, por ser de otra condicion. Para lo cual traen por argumento aquella agonía que su ánima sanctísima padesció en la oracion del Huerto, y aquel sudor de sangre, el cual como nunca fué visto en el mundo, así fué indicio del mayor de los dolores del mundo, esto coligen, así del linage de muerte que padesció, como de todas las circunstancias que en ella intervinieron. Las cuales apuntarémos aquí summariamente, remitiendo el sentimiento y la explicacion dellas á la devocion del piadoso lector.

1. Entre estas circunstancias, la primera es haber el Salvador cerrado la puerta á todas las consolaciones que del cielo y de la tierra, de su Padre, y de sí mismo, y de cualquiera otra parte le pudieran venir. Lo cual se colige claro de la grandeza del deseo que él tenia de padescer por las causas susodichas. Y por esto no habia él de admitir cosa que diminuyese la grandeza de los

(*v*) Joan. 19. (*x*) Luc. 23.

(*a*) Psalm. 50.

dolores que él mismo deseaba padescer. El cual desamparo declaró él mismo en la cruz, cuando dijo: *Dios mio, ¿por qué, Dios mio, me desamparaste?* Desta consolacion no carescieron los mártires; por donde el Apóstol por su parte decia (*b*), que le sobraba el alegría en todas sus tribulaciones, y pedia á sus discípulos que se alegrasen con él.

II. Otra circunstancia fué la delicadeza de la complexion de su cuerpo, que era perfectísima y muy sentible, como de cuerpo formado por el Espíritu Sancto. Asimismo su carne era toda virginal y muy tierna, como tomada de solas las entrañas virginales de nuestra Señora, y por lo uno y por lo otro era muy sentible

III. Mas comenzando agora por la historia de la sagrada Pasion, y corriendo por todos los pasos y circunstancias della, la primera que se nos ofresce es la oracion del Huerto, y aquella agonía y sudor de sangre, de que ya hecimos mencion, y aquellas dolorosas palabras que entónces el Salvador dijo á sus discípulos (*c*): Triste está mi ánima hasta la muerte: esto es, tal es la tristeza que padezco, que bastaria para causarme la muerte, si yo no lo impidiese. Lo mucho que esto se debe sentir, quede para la devocion de los que aman á este Señor.

IV. Otra circunstancia fué la venta de Júdas y la perdicion del ánima de aquel discípulo que él habia escogido y hecho del número de sus doce apóstoles, y dado poder para hacer milagros como ellos; y sobre todo habia lavado aquellos malvados piés con sus sagradas manos. Lo cual el Salvador sintió tanto, que cenando con los discípulos mostró una grande turbacion, diciendo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Sintió tambien aquí aquellas horribles palabras del discípulo, que dijo á los príncipes de los sacerdotes: ¿Qué me quereis dar, y yo lo pondré en vuestras manos? Y no ménos sintió las que dijo á los alguaciles que con él venian: A quien yo diere paz en el rostro, ese es el que buscais (*d*); echad manos dél, y llevadlo á buen recaudo. ¿Pues qué cosa mas horrible que vender el discípulo por tan bajo precio al Señor de la Majestad, de quien tantos beneficios habia recebido, y venderlo á tan crueles enemigos, que le deseaban beber la sangre? ¡Oh admirables juicios de Dios! Cuando la mujer pecadora salió del pecado, entónces el discípulo entró en el infierno.

V. Otra circunstancia allende desta, fué la manera de la prision con tanto estruendo de armas; la cual mostró el Salvador que sentia, cuando dijo (*e*): Como á ladron me venistes á prender con espadas y lanzas; habiendo yo tantas veces predicado en el templo, sin que tocásedes en mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas que son los demonios.

VI. Otra fué atarle los brazos con cordeles, tan apretadamente, que se los desollaban; y no contentos con esto, para mayor seguridad le echaron una soga á la garganta. Lo cual representa el sacerdote revestido con el manípulo que trae en un brazo, y con la estola que se pone al cuello.

VII. Otra fué el desamparo de los discípulos que él habia doctrinado y confirmado en la fe con tantos milagros (*f*); y sin embargo desto, todos le desempararon y huyeron, dejando aquel mansísimo Cordero solo en poder de tantos lobos. Que es lo que el Salvador declaró en el salmo, cuando dijo (*g*): Busqué quien me consolase, y no lo hallé. Lo cual dice, no porque él buscase consolacion de nadie (como arriba dijimos), sino porque le faltaron y desampararon los que le habian de consolar.

VIII. Otra fué la bofetada que el Salvador recibió en casa de Annas. Porque respondiendo él mansamente á lo que el falso pontífice le preguntaba, uno de los ministros que allí asistian le dió una bofetada; al cual el Salvador con toda humildad y mansedumbre dijo (*h*): Si mal hablé, muéstrame en qué; y si no, ¿por qué me hieres?

IX. Esta fué una sola bofetada; mas ¿quién podrá sin dolor y admiracion considerar, no una, sino muchas bofetadas y pescozones que este innocentísimo Cordero recibió en casa del pontífice Caifas (*i*), donde escupieron su divino rostro y le cubieron los ojos, y dándole pescozones, unos y otros decian: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? ¿Pues qué cosa de mayor admiracion, que jugar con el Señor de la Majestad al juego de los muchachos, que juegan: Adevina quien te dió? Tal vituperio y tal injuria como esta se requería para satisfacer á las injurias con que nosotros injuriamos á la divina Majestad cuando pecamos.

X. Otra circunstancia que grandemente lastimó el corazon del Salvador fué la negacion de Sant Pedro (*k*), cuando en presencia dél con tantos juramentos le negó. Por lo cual el mesmo Señor volvió su rostro hácia él para darle noticia de su pecado é infundir en su ánima el dolor y arrepentimiento dél.

XI. Otra fué la presentacion delante del rey Heródes, donde el Salvador, siendo muchas veces preguntado por el rey, no le respondió palabra (*l*); porque su vana curiosidad y maldad no la merescia. Por donde así él como todos sus cortesanos le tuvieron por loco, y como á tal le vistieron una ropa blanca. Y vestido así, lo llevaron por las calles públicas á la audiencia de Pilato.

XII. Otra fué la injuria de los azotes (*m*), que no es castigo de gente noble, sino de ladrones y de esclavos, y gente vil y baja. Donde es cosa lastimera ver desnudar al Salvador y azotarle con crueles azotes, con los cuales rasgaban sus purísimas y delicadísimas carnes. Y no eran solos cuarenta azotes los que le daban, conforme á la ley de Moisen (*n*), sino los que quiso la furia y crueldad de sus enemigos. Lo cual sufrió el Salvador pacientísimamente, por esforzar con este ejemplo á mártires y vírgines innumerables, que desta manera habian de ser por él azotados.

XIII. Otra circunstancia, no ménos dolorosa que esta, fué la coronacion de espinas, que gravemente le lastimaban (*o*). Esta fué formalmente una cruelísima farsa que aquellos malvados quisieron hacer de Cristo como de un rey fingido, para fiesta de los otros soldados; y así le pusieron insignias de rey, que fué esta cruel corona, y una vestidura colorada, que era vestidura de reyes, y una caña por ceptro en la mano. Y esto hecho, las cerimonias eran hincarse de rodillas, y saludarlo como á rey, y darle bofetadas, y escupirle en la cara, y herirle con la caña en la cabeza. ¿Pues qué cosa mas cruel, mas ignominiosa y mas para sentir? Y porque la ignominia desta farsa fuese mas pública y mas festejada,

(*b*) 2. Cor. 7. Coloss. 1. (*c*) Matt. 26. (*d*) Mar. 14. (*e*) Ibidem. (*f*) Mat. 26.

(*g*) Psal. 68. (*h*) Joan. 18. (*i*) Luc. 22. (*k*) Ub supr. (*l*) Luc. 23. (*m*) Joan. 19. (*n*) Deut. 25. (*o*) Matt. 27.

convocaron todos los soldados de la guarda del Presidente, para que todos gozasen de la fiesta, y todos los que quisiesen diesen bofetadas, y escupiesen aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Pues con tales ensayos como este quiso el Salvador satisfacer por las injuras con que ofendimos aquella soberana Majestad, y por las galas y tocados de las mujeres, que son redes para enlazar las ánimas de los hombres livianos.

XIV. Otra fué el *Ecce Homo* (*p*), cuando Pilato sacó á vista del pueblo furioso al Salvador, azotado y coronado de espinas, y vestido de aquella púrpura, con el rostro afeado con los hilos de sangre que de las espinas por su rostro corrian, y con las salivas de aquellas infernales bocas, que habia recebido la noche pasada en casa de Caifas, y con las que de presente en la coronacion de espinas habia recebido de los soldados; y ni las unas ni las otras habia el Señor alimpiado, pues él queria voluntariamente padescer aquella fealdad por hermosear con ella nuestras ánimas. Finalmente, tan afeado salió el Salvador á vista del pueblo, que le pareció al juez bastaria esto para mover á compasion aquellos corazones de hierro.

XV. Otra fué un abatimiento tan grande, que preguntando el juez al pueblo (*q*) á cuál de los dos querian que perdonase la vida por razon de la fiesta de la Pascua, fué tan espantosa la ceguedad de aquel malaventurado y miserable pueblo, que todos á una voz dijeron que viviese Barrabas y muriese Cristo. ¿Pues á qué mayor extremo de humildad pudo abajar el Hijo de Dios, que á ser tenido en ménos que Barrabas, y por ménos digno de la vida? Aquí tienen los hombres altivos y presumptuosos un grande ejemplo para confundir su vanidad y soberbia.

XVI. Otra fué cargar sobre sus delicados hombros, molidos con los azotes y vigilias de la noche pasada, el peso de la cruz (*r*), y que él mesmo llevase el instrumento en que habia de padescer.

XVII. Otra fué una crueldad jamas vista, la cual fué mezclar en el vino mirrado que daban á los padescientes, amarguísima hiel (*s*). ¿Pues cómo pudo caber en corazones humanos tal invencion de crueldad?

XVIII. Otra fué, que al tiempo que desnudaron al Salvador para tenderle en la cruz, estiraron la túnica interior que estaba pegada á las llagas y sangre de los azotes, con tanta inhumanidad, que reventó la sangre dellas, no sin mucho dolor.

XIX. Síguese despues desto el tormento de la cruz. En la cual contemplemos primeramente el mesmo tormento, que es gravísimo. Porque no es muerte acelerada, como la de los que degüellan ó ahogan; sino prolija, que dura mas tiempo; y las heridas son en piés y manos, que son las partes mas sentibles de nuestros cuerpos, por estar mas llenas de niervos, que son los órganos y instrumentos del sentir, y así el dolor que causan es mucho mayor; y demas desto el peso del cuerpo, que siempre carga para bajo, está continuamente desgarrando estas cuatro llagas, las cuales son como cuatro puñaladas hincadas por el corazon, que todas juntas en un mesmo tiempo atormentan al que padesce.

XX. Otra fué querer el Salvador para mayor dolor é ignominia ser puesto en la cruz desnudo, con lo cual crescian los dolores de las llagas; porque si Sant Pedro la noche ántes, estando vestido y calzado, padescia frio, ¿qué haria el Salvador estando desnudo de piés á cabeza, no solo de su ropa, sino tambien de la piel que habian rasgado los azotes, y viendo á los soldados repartir entre sí y echar suertes sobre sus vestiduras?

XXI. Otra fué haber querido él que el lugar de la ignominia de su pasion fuese aquella populosa ciudad de Hierusalem; habiendo él ordenado que la gloria de su nascimiento, celebrado y cantado por los ángeles, fuese en el aldea de Betlem; dándonos en esto ejemplo de encubrir las honras y de aceptar por la honra de Dios cualquier ignominia y deshonra.

XXII. Otra fué el tiempo que él escogió para la pasion, que fué cuando todo el reino habia acudido á celebrar la Pascua del cordero en esta ciudad de Hierusalem (porque no se podia celebrar fuera della), donde era infinita la gente que allí se ajuntaba: para que así fuese mas pública la vergüenza é ignominia de su pasion. Mayormente habiendo precedido aquel solemne recebimiento del domingo pasado con los ramos (*t*); porque materia es de grande sentimiento caer súbitamente de tan grande gloria en tan grande ignominia, y que los que en un lugar daban voces, diciendo: Bendicto sea el que viene en el nombre del Señor; en otro dijesen (*v*): Muera, muera como grande engañador.

XXIII. Otra fué, crucificarlo en compañía de ladrones infames, y él en medio como príncipe y capitan dellos.

XXIV. Otra fué, que estando el Salvador penando con el tormento de la cruz y de los azotes pasados, no quedasen aun contentos sus enemigos; sino que demas desto le acrescentasen los dolores con vituperios y escarnios, porque unos decian (*x*): ¡Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar! Otros decian: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la cruz y creerémos en él.

XXV. Otra crueldad fué, que estando el Salvador con grandísima sed, por estar desequido con la mucha sangre que habia derramado, y quejándose de la sed, no hubiese quien diese una gota de agua á quien la pedia muriendo; ni su bendicta Madre se la pudiese dar, sino que en lugar de agua le diesen vinagre (*y*).

XXVI. Otra fué no ménos dolorosa que todas las pasadas, que fué ver él á su innocentísima Madre presente, la cual sabia él que su ánima estaba consigo crucificada y traspasada con sus clavos y espinas; mayormente oyendo con sus oídos las martilladas con que le hincaban los clavos en piés y manos, y viendo con sus ojos los arroyos de sangre que dellas corrian. Porque si no es de corazon de madre ver un hijo morir con su honra y en su cama; ¿cuál sería el corazon desta inocente Madre en ver morir al Hijo, y tal hijo, en una cruz con tan grande grita é ignominia. Esto que con palabras no se puede explicar, quede para la devota consideracion del que este misterio contempla.

XXVII Sobre todos estos dolores de su cuerpo hay otros sin comparacion mayores, que fuéron los de su ánima, entre los cuales el primero era un intensísimo dolor por los pecados cometidos contra Dios en todos los mundos, pasados, presentes y venideros, por cuya satisfaccion padescia. Porque como él conoscia tan claramente la alteza de la Majestad ofendida, así tenia un incomprensible dolor por la indignidad destas ofensas: la

(*p*) Joan. 19. (*q*) Matt. 27. (*r*) Joan. 19. (*s*) Matt. 27.

(*t*) Matt. 21. (*v*) Luc. 23. (*x*) arc. 15. (*y*) Joan. 19.

cual no conosce sino quien conosce la alteza desta Majestad.

XXVIII. Otro dolor era el desconocimiento de los hombres, muchos de los cuales por su negligencia no habian de querer aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio que él les habia ganado con su sangre.

XXIX. Otro dolor era la ceguedad y perdicion de aquel miserable pueblo, y el pecado que tan caro les habia de costar, así en esta vida como en la otra. Lo cual sintió en tanto grado, que la primera palabra que habló en la cruz, ántes aun que consolase su bendicta Madre, fué hacer oracion por él, diciendo (z): Padre, perdona á estos, que no entienden lo que hacen.

XXX. Asimesmo sentia el desagradecimiento de aquel pueblo, que habiendo recebido tan grandes beneficios en la cura de los enfermos y endemoniados, y visto tantos milagros, y oido tan excelente doctrina, acompañada con tan maravillosos ejemplos de su vida sanctísima, le pagaron todo esto con procurarle la muerte; que es aquello de que el mesmo Señor se queja en el salmo, diciendo (a): Diéronme males por bienes, y odio por el amor que yo les tenia.

Pues por todas estas cosas juntas que aquí habemos referido, concluyen los doctores lo que al principio propusimos; esto es, que los dolores de la pasion del Salvador sobrepujan á cuantos se han padescido en este mundo despues que Dios lo crió.

Y la causa desto fué la grandeza de la caridad del Salvador, el cual pretendia con los dolores de su pasion satisfacer á las ofensas cometidas contra la divina Majestad, y remediar al hombre. Por esto quiso que fuesen gravísimos los dolores de su pasion, porque así fuese mas perfecta esta satisfaccion, y mas copiosa nuestra redempcion.

Tiene pues aquí, el deseoso de meditar este soberano misterio de la sagrada Pasion, treinta pasos dolorosos (que son como otras tantas estaciones) que andar, procediendo por esta órden, y deteniéndose en cada uno destos lugares cuanto su devocion le sirviere; no porque sea necesario correr por todos, sino por solos aquellos que bastaren para cebar y sustentar su devocion; deteniéndose en aquel en que mas miel y devocion ó compasion hallare. Y la commodidad que se sigue de ser tantos estos pasos y tan dolorosos, es que si no hallare devocion en uno, hallarla ha en otro ó en otros. Porque harto duro será el corazon que entre tantos pasos dolorosos, en ninguno sienta compuncion ó devocion.

Mas acerca desto es de notar que en esta piadosa meditacion no solo habemos de procurar compasion de los dolores del Salvador, sino tambien habemos de despertarnos á amar á quien tanto nos amó, y dar gracias á quien tan grande beneficio nos hizo, y por tan caro precio nos compró; y trabajar por imitar algo de las virtudes que en este misterio mas que en otra parte resplandescen, como luego declararémos. Y sobre todo aviso, que tener cualquiera destos afectos y sentimientos es un especialísimo don de nuestro Señor. Y por tanto le habemos de suplicar, que por reverencia de aquella grande bondad y caridad que á padescer todo esto le movió, nos haga otra merced, que es darnos el sentimiento dello; sin el cual el remedio suyo se convertiria en daño nuestro. Y así reconozcamos lo que el Apóstol dice (b): que no somos suficientes para pensar una cosa buena con nuestras habilidades y suficiencia, sino que toda ella nos ha de venir de Dios; y al cabo de nuestro ejercicio habemos de pedir al Padre eterno por todos los dolores de su bendicto Hijo, todas las virtudes de que tenemos mayor deseo ó mayor necesidad; juntando nuestra oracion y confianza en aquellas dulcísimas palabras del Salvador, que dicen (c): En verdad, en verdad os digo, que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, os será otorgada; como si dijera: Es tan grande el amor y respecto que mi Padre me tiene, y el deseo de honrarme, que ninguna cosa le pediréis por amor de mí, que no os la conceda. Y por esto este aviso habemos de tener en todas nuestras peticiones: que siempre pidamos lo que pedimos, por él.

(z) Luc. 23. (a) Psal. 108. (b) 2. Cor. 3.

§ I.

Aviso para este sancto ejercicio.

Uno de los principales avisos que han de tener los que tienen por ejercicio meditar los pasos dolorosos de la sagrada Pasion, es que juntamente con la consideracion de lo que el Señor padesce, levanten los ojos á considerar estas dos circunstancias: conviene saber, la alteza de aquella soberana Majestad que lo padesce, y la causa por qué lo padesce. Porque cuando el ánima religiosa se levanta á considerar esta alteza del soberano Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, ante cuyo acatamiento tiemblan los poderes y columnas del cielo; cuando de aquí se abate a considerar estas bajezas tan extrañas, acaéscele lo que á un hombre que está en una torre altísima, y se pone dende allí á mirar una gran profundidad que está debajo. Porque con esto viene á estremecerse todo y desfallescer. Y esto mesmo acaesce al ánima devota en este paso, quedando atónita y espantada deste tan extraño abatimiento del Señor de la Majestad.

Mas cuando despues desto considera la causa que á toda esta tempestad de trabajos movió al Salvador, y ve que no fué algun interese nuevo, que de aquí se le siguiese (pues *ab æterno* estuvo tan glorioso y tan rico como agora está), sino sola su bondad, y un deseo encendidísimo de remediarnos por este medio, de que tantos bienes se nos seguian; suele cuando esto considera, totalmente desfallescer el espíritu, y queda como alienado y fuera de sí con el espanto de una tan extraña bondad y caridad.

Mas no se ha de contentar el hombre con el fructo desta admiracion, sino entremeta tambien aquí el de la imitacion de las virtudes del Salvador (como arriba dijimos), cuales fuéron su caridad encendidísima, su humildad profundísima, su altísima obediencia y su perfectísima paciencia y mansedumbre, y la aspereza y pobreza de su vida; pues cuando padeció, no tuvo otra cama sino el madero de la cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre. Estas y otras semejantes virtudes nos propone el Salvador en su sagrada Pasion, para que nos esforcemos á imitar algo de lo que segun nuestra flaqueza pudiéremos. Porque este es el principal fructo que se ha de sacar deste ejercicio. En lo cual se engañan muchos, que todo su intento es derramar algunas lágrimas de compasion, viendo lo que el Señor padesce: y si despues les tocan en alguna cosa que duela, ó los obligan á alguna

(c) Joan. 14.

obra dificultosa ó trabajosa, están tan flacos en esta parte, como si nada hubiesen pensado.

Sepan pues estos, y sepan todos, que una de las principales causas que movió al Salvador á redemirnos por este medio de trabajos (pudiendo con una sola gota de sangre y aun sin ella remediarnos), fué por animarnos con su ejemplo á abrazar los trabajos por su amor. Porque vió él que la vida cristiana, guardada conforme á la doctrina del Evangelio, es una perpetua cruz; y vió que todas las virtudes están vestidas y cercadas de dificultades y trabajos; y vió tambien que ninguna cosa nos podia mas mover al amor dellos que su ejemplo. Y viendo cómo él en su propria naturaleza no los podia padescer, llegó este su deseo y caridad á tan grande extremo, que juntó consigo una naturaleza pasible; y esto con tan grande union y liga, que todo lo que segun aquella naturaleza padesce, se diga que lo padesce él. Pues deste ejemplo procedió aquella incomparable fortaleza y constancia de los mártires, y la soledad y abstinencia de los monjes, y la pobreza y aspereza de vida de todas las religiones y religiosos, y la pureza de todos aquellos que en todo género de estados sirven á Dios con la mortificacion de sus pasiones y proprias voluntades; para que, como el Apóstol dice (*d*), padesciendo con Cristo, reinemos juntamente con él en todos los siglos de los siglos, *Amen.*

Mas esta misma órden con mucha mayor razon convenía que se guardase en la obra de nuestra reparacion, para que por la via que entró el pecado en el mundo, entrase tambien el remedio. Y así como un hombre fué causa de todos nuestros males, así otro lo fuese de todos nuestros bienes: para que el mal que entró en el mundo por la desobediencia y soberbia de uno, se remediase por la obediencia y humildad de otro, como en otras partes está ya declarado. Esta tan esencial conveniencia nos declaró el Apóstol en la epístola escripta á los romanos (*e*), por la cual verémos cómo aquel Señor, que es autor de las obras de la naturaleza y de la gracia, guarda la mesma órden y proporcion en las unas que en las otras, como dijimos.

§. II.

Siguense seis preguntas, que contienen la summa de cuanto en este postrer capítulo está dicho.

Concluida esta materia, me paresció añadir aquí brevemente seis preguntas que comprehenden la summa de de todo lo que hasta aquí está dicho, y prueban eficacísimamente la verdad de nuestros misterios.

Pues ante todas las cosas pregunto agora, que si este soberano Señor (que todas sus obras ordena para manifestacion de sus perfecciones y de su gloria) quisiese hacer una obra, en la cual nos manifestase la grandeza destas sus perfecciones: conviene saber, la grandeza de su bondad, de su caridad, de su benignidad, de su providencia, de su misericordia y de su justicia, ¿qué obra pudiera hacer en que mas estas perfecciones suyas se declararan, que en hacerse hombre y morir en cruz por remedio de los hombres: esto es, por los grandes bienes que de aquí se siguieron para la sanctificacion y redempcion de los hombres, como arriba queda declarado?

Cónstanos tambien que la summa de toda la vida cristiana consiste en apartarnos del mal, y hacer bien (*f*): que es aborrescer los vicios y abrazar las virtudes. Pregunto pues: ¿Qué pudiera nuestro Señor hacer con toda su sabiduría para declarar el aborrescimiento que tiene á los vicios, y amor á las virtudes, que bajar del cielo á la tierra, y hacerse hombre, y morir en cruz para inducirnos al aborrescimiento de lo uno y amor á lo otro?

Cónstanos tambien que el fin y la summa de toda la ley cristiana, y de todos los mandamientos y consejos evangélicos, es el amor de Dios. Pregunto pues: ¿Qué mas pudiera hacer nuestro Señor con toda su sabiduría para encender en nuestros corazones su amor, que hacerse hombre y morir por nuestro amor? Porque por esto dijo él (*g*) que venía á poner fuego en la tierra, porque tales obras hizo y tales muestras de su amor nos dió, que basten para abrasar todos los corazones de los hombres en su amor.

Cónstanos tambien que la raiz y fundamento de todas las virtudes (despues de la fe) es la humildad. Pregunto pues: ¿Qué mas pudiera hacer este Señor para inducirnos al amor desta virtud, que hacerse hombre, y nascer en un establo, y morir en cruz? Lo cual hizo por dejarnos un eficacísimo ejemplo y motivo desta virtud, como la Iglesia lo canta en la oracion del domingo de Ramos.

Cónstanos tambien que el instrumento general para alcanzar todas las virtudes es la paciencia y el amor de los trabajos, por estar todas las virtudes vestidas de dificultad y trabajo: el cual se vence con la paciencia y amor desos trabajos. Por lo cual dice el Salvador (*h*) que los justos dan su fructo en paciencia. Y Prudencio dice que todas las virtudes están como viudas, si les falta el esfuerzo y el socorro de la paciencia. Siendo esto así, ¿qué pudiera hacer nuestro Señor para hacernos amadores desta virtud, sino padescer él los mayores trabajos y dolores que jamas en el mundo se padescieron? Y pudiéndonos redemir con una sola gota de su sangre, quiso derramar cuanta tenia por esta causa.

Cónstanos tambien que, como el Profeta dice (*i*), falta de consideracion es causa de todos nuestros males: y por consiguiente el ejercicio y uso della lo será de nuestros bienes. Pregunto pues: ¿Qué materia de consideracion nos pudiera proponer el Salvador mas alta para los sabios, y mas fácil para los simples, y mas eficaz para movernos á devocion y compunccion é imitacion de sus virtudes, que la sagrada Pasion? Y sobre todo esto, ¿qué cosa habia que mas nos pudiese levantar, y que mas nos abriera camino para el conoscimiento de las perfecciones divinas (que aquí y en todas las obras criadas resplandescen) que ella?

CAPITULO XIX.

Meditacion primera, de la triunfante resurreccion del Salvador; en la cual se trata de la alegría de los sanctos padres del limbo, y de cómo el demonio fué este dia vencido y saqueado.

Despues del dia de la resurreccion general de los justos (en el cual recebirán cumplido galardon de sus trabajos), ningun dia ha habido en el mundo de mayor y mas general alegría, que este de la resurreccion de Cristo. Porque ninguna persona hay en el mundo á quien no cupiese parte desta alegría. Hoy se alegran los ángeles y los hombres, los vivos y los muertos, los cielos y la tierra; y hasta al mesmo infierno cupo parte desta alegría. Porque este dia por virtud de la resurreccion de Cristo, se abre el

(*d*) Rom. 8. 2. Tim. 2. (*e*) Rom. 5. (*f*) Titum. 2.

(*g*) Luc. 12 (*h*) Luc. 8. (*i*) Hiere. 12.

infierno, y se renueva el mundo, y se nos descubre camino para el cielo; y el infierno abierto suelta los muertos, y el mundo renovado recibe los vivos, y el cielo descubierto aposenta los resuscitados. Ninguno pues se tenga por extraño desta fiesta, ninguno, por pecador que sea, se tenga por excluido desta general alegría; porque, como dice Máximo, la resurreccion de Cristo á los muertos es vida, á los sanctos gloria, y á los pecadores perdon y misericordia. Porque si por virtud deste misterio entra hoy el ladron en el paraíso, ¿por qué desconfiará del perdon el cristiano? Y si de aquel tuvo el Señor misericordia cuando moria, ¿por qué no la tendrá deste cuando resuscita? Y si la humildad de la pasion tanto dió al que la confesaba, ¿cuánto dará la gloria de la resurreccion á quien la honra? Porque mas aparejada suele estar para hacer mercedes la alegre victoria, que la triste captividad.

Por aquí pues paresce que este dia, resuscitando Cristo, no solo resuscitó con él nuestra justicia y nuestra vida, sino tambien nuestra esperanza y alegría. Y así podemos ya muy bien decir todos con el Profeta (*a*): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Antes se habian entristescido en Dios muerto, mas agora se alegraron contemplándolo resuscitado. Y siendo esto así, muy triste y muy escuro ha de estar el corazon (si ya no estuviere muerto) si no resuscitare este dia, sintiendo dentro de sí nuevos rayos y resplandores de alegría.

Pues como en este dia haya muchas estaciones que andar en compañía de Cristo, señaladamente se nos ofresce aquí la primera jornada que este Señor hizo al limbo, á visitar y rescatar aquellos sanctos padres, que en aquel lugar tanto tiempo estaban detenidos esperando este dia. Por donde acabando el Salvador de espirar en la cruz, su ánima sanctísima, unida al Verbo divino, descendió á aquellas cuevas del limbo á visitar los sanctos que vivieron en su temor, y murieron con su esperanza; los cuales no podian entrar en la gloria hasta que por la muerte de Cristo fuese pagada la commun deuda del género humano. Esto nos figuraba aquella misteriosa órden que Dios tenia dada en el Testamento viejo para remedio de los delincuentes (*b*), señalando lugares adonde huyesen, en los cuales los mandaba estar hasta que muriese el summo sacerdote que por tiempo fuese; por cuya muerte quedaban ellos absueltos y libres de aquel destierro, y restituidos en su antigua patria y libertad. Pues ¿con qué imágen se pudiera mas al vivo representar el remedio y la libertad que nos vino por la muerte de Cristo, summo Pontífice y eterno Sacerdote del mundo? Todos pecamos en Adam, porque todos estábamos en él como miembros en su cabeza, y como ramas en su raiz; y así por natural consecuencia y órden de la divina justicia, la dolencia del padre pasó á los hijos, y el vicio de la raiz se extendió por las ramas, y el mal de la cabeza alcanzó á los miembros. Pues por esta causa fuimos todos desterrados del paraíso, que es la commun patria para que todos fuimos criados. Mas este destierro se habia de acabar con la muerte del summo Sacerdote Cristo, el cual ofresció á sí mismo en sacrificio, por la deuda commun del género humano; y así con la muerte que él no debia, pagó la que todos debiamos, pues no era razon que él muriese de balde. Y satisfecha desta manera la deuda, acabóse nuestro destierro; y así fuimos por él restituidos á nuestra patria. Esta es pues la muerte del summo Sacerdote, por la cual esperaban todos los padres que en el limbo estaban detenidos, con la cual fuéron libertados; aunque quiso el mismo libertador, por la grandeza de su caridad, ir en persona á darles estas buenas nuevas, alegrándolos con su presencia y sacándolos de aquel captiverio por su persona. Donde se nos representan grandes ejemplos de virtudes en esta obra. Porque por aquí primeramente se ve cuán hasta al cabo llevó el Señor este negocio de nuestra salvacion, de que se habia encargado; pues no contento con haber echado tantos caminos por él, como fué del cielo á la tierra, y de la tierra á la cruz, y de la cruz al sepulcro, y pagado con esto tan perfectamente todas nuestras deudas, no paró hasta descender al mas bajo lugar del mundo, que es el infierno, á saquear allí el demonio y triunfar de nuestro adversario, y á visitar los suyos, y sacarlos de allí con su poderosa mano, y no parar hasta subirlos consigo al cielo, llevando todas las cosas de cabo á cabo con tanta fortaleza, y disponiéndolas con tanta suavidad (*c*).

Donde tambien nos enseñó que los negocios de la honra de Dios y de la salvacion de las ánimas debemos estimar en tanto, que por bajos que sean, no los habemos de fiar de nadie, ni hacerlos por manos de terceros y vicarios; sino ejecutarlos por nosotros mismos, aunque seamos príncipes y reyes de la tierra; pues en hecho de verdad servir á Dios es reinar.

Aquí tambien nos dió ejemplo de inestimable humildad; pues siendo él verdadero Dios y Señor de todo lo criado, siendo él la honra, la riqueza, y la hermosura, y el resplandor de la gloria del Padre; estando él asentado sobre los querubines, y teniendo debajo de sus piés toda esta tan grande máquina del mundo, no se desdeñó de bajar al mas profundo, mas escuro y mas bajo lugar del mundo, por amor de sus escogidos. Porque aunque él no descendió allí como pecador, sino como triunfador, todavía fué obra de inestimable humildad querer descender en su propria ánima á lugar tan feo y tan desterrado del cielo, á visitar él por sí á los suyos, y darles él mismo la nueva de su rescate. Aquí tambien nos dió evidente muestra de aquella tan encendida sed y amor que tiene de la salud de las ánimas; pues de tan alto á tan bajo lugar se abatió aquella águila real, donde vió que habia ánimas en que poder cebarse. Porque así como el amor excesivo del dinero hizo á los hombres cavar hasta las entrañas de la tierra (como dice el poeta) para sacar de allí las riquezas que la naturaleza habia soterrado, y puesto par de las sombras del infierno, así el amor encendidísimo que este dulcísimo Señor tiene á las ánimas, le hizo descender hasta las mas bajas partes de la tierra, á buscar este tan precioso tesoro, que el principe de las tinieblas le habia usurpado.

§. I.

Del alegría de los sanctos padres del limbo.

Mas entre otras cosas muy dulces que se pueden considerar en esta descendida del Señor, una de las principales es el alegría que aquellos sanctos padres recebieron con su presencia; para que por aquí vean los hombres cuán dichosa sea la suerte de los que sirven á Dios, puesto caso que esto no se pueda explicar con palabras, ni comprender con nuestros groseros entendimientos. Mas

(*a*) Psal. 83. (*b*) Num. 35. Deut. 4. Josue, 20.

(*c*) Sap. 8.

todavía, por algunas conjecturas, podrémos barruntar algo de la grandeza desta alegría. Entre las cuales la primera es considerar la distancia de los extremos y estados destos sanctos; que es de dónde adónde fuéron traspasados en un momento; de cuán grandes miserias á cuán grande felicidad, de cuán tristes tinieblas á cuán grande luz, de cuán miserable destierro á cuán dulce patria, de qué captiverio á qué libertad, de cuán escura noche á cuán claro dia de la eternidad. Porque si solo salir de aquellas tinieblas fuera grandísima alegría, ¿qué sería salir dellas, y salir para tan grande luz, tan grande gloria y tan grande felicidad? No se ofrescen acá en la tierra ejemplos de cosas semejantes con que poderlas explicar; porque como todo lo desta vida es poco, no viene á propósito de compararse con las cosas de la otra, que son sin comparacion mayores. Todavía leemos en las vidas de los emperadores, que fuéron una vez los romanos á hacer emperador á un hombre de baja suerte, aunque valeroso por su persona. Y teniendo él por cierto que lo iban á matar, por razones y conjecturas que para eso tenia, y teniendo ya tragada la muerte, y pidiendo que se la diesen, y acabasen ya, ellos le certificaron que le venian á hacer emperador, y así lo hicieron. Pues en este caso, ¿qué tan grande sería el alegría deste hombre con esta tan extraña mudanza, como era pasar de la muerte (que es lo último de las cosas terribles) á la monarquía del Imperio Romano, que era la última fortuna á que un hombre en este mundo puede llegar? Pues siendo esto así, ¿qué tan grande sería el alegría que recebirian estos bienaventurados padres, pasando de un estado tan bajo á otro tan alto, que comparadas con él todas las monarquías del mundo, es comparar un punto con todo el cerco del cielo?

Otra conjectura aun tenemos desta alegría, que es la grandeza del deseo con que estos sanctos desearon este dia. Porque cuanto el deseo es mas antiguo, y de cosa mas excelente, tanto suele ser mayor; porque estas son como dos espuelas que avivan los deseos. De lo uno dice el sabio (*d*) que la esperanza que se dilata aflige el ánima; y de lo otro dice Sant Gregorio (*e*), que los sanctos deseos crescen con la dilacion. Pues siendo esto así, ¿qué tanto habrian crescido estos tan sanctos deseos con la dilacion de tantos años? Porque si un rio de agua, por pequeño que sea, si le haceis una gran represa y deteneis el agua por muchos dias, cuando despues se suelta la represa, sale con tan grande ímpetu, ¿qué harian los deseos represados y detenidos por espacio de tantos mil años? Porque ánimas habia allí que habian esperado dos mil años por este dia, y otras tres mil, y otras cuatro y cinco mil, dende el principio del mundo. Pues ¿cuál sería el deseo represado y la esperanza dilatada por tantos años? Porque si á un enfermo que está una noche de invierno con un dolor agudo ó con una recia calentura, dando vuelcos en la cama sin reposar, se le hace la noche un año, deseando que amanezca el dia, y que entre un rayo de luz por la ventana, que tan poca parte ha de ser para curar su dolencia; si tan breve espacio paresce tan largo, y tan pequeño remedio se desea tanto, ¿qué sentirian los que á cabo de tantos años padescian las tinieblas de aquella noche tan prolija, y deseaban un tan gran remedio, como era la venida de Cristo? No se puede esto explicar con palabras. Pues si el deseo por todas estas razones era tan grande, ¿cuál sería el gozo de ver este deseo ya cumplido, pues no es otra cosa gozo sino cumplimiento del deseo, ni es otra cosa deseo sino un movimiento de nuestro corazon, que tiene por término el bien deseado, en el cual reposa y descansa? Con esto se junta el alegría que estos sanctos recebirian de ver el cumplimiento de las palabras de Dios y la fidelidad de sus promesas; considerando cómo á cabo de tantos mil años, en fin cumplió Dios fielmente lo que á sus siervos tenia prometido; y cómo era verdad lo que el Profeta dijo (*f*): El aparescerá en el fin, y no mentirá; y si tardare, espérale; porque él vendrá, y no tardará. Luego al principio del mundo, apénas era acabado el pecado, cuando este Señor prometió el remedio. Y aunque se dilató por tantos años, todavía cumplió él fidelísimamente lo que habia prometido, y envió remedio á aquellos que con entera fe y confianza habian esperado, y con esta virtud partieron deste siglo, como lo muestra el sancto patriarca Jacob, que acabó la vida con estas palabras (*g*): Tu salud esperaré, Señor. Estaba Daniel en Babilonia dentro del lago de los leones, adonde la invidia de los malos le tenia puesto, y con estar los leones hambrientos (porque no les daban de comer, porque despachasen mas presto al sancto Profeta), con todo esto las bestias hambrientas, teniendo el manjar delante, estuvieron ayunas, y contra su natural fiereza usaron de misericordia, y tuvieron mayor acatamiento al cuerpo sancto las bestias brutas que las criaturas racionales; dando en esto á entender que no hizo al hombre subjecto á las bestias la naturaleza, sino la culpa. Pues estando así el sancto Profeta, ayuno entre las bestias ayunas (á las cuales dice Sant Basilio (*h*) que con el ejemplo de su ayuno enseñaba á ayunar) acordóse Dios de su fiel siervo, que entre las gargantas de los leones no habia perdido su esperanza, y envió un ángel á que trajese á Abacuc por un cabello de su cabeza, dende Judea hasta Caldea, con la comida que llevaba á unos segadores. El cual, puesto sobre el lago de los leones, dijo (*i*): Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía Dios. Entónces el sancto Profeta, enternecido y regalado su corazon con este maravilloso cuidado y providencia paternal de Dios, dijo estas palabras: Acordástete de mí, Señor Dios mio, y no desamparaste á los que esperan en tí. Nadie podrá aquí explicar con qué lágrimas, con qué afecto, con qué devocion y regalo de corazon diria el Profeta estas palabras, viendo en esta obra, como en un clarísimo espejo, las entrañas de misericordia y bondad de Dios para con los suyos, y la providencia y paternal cuidado que tiene dellos. Pues si tal estaria con esta visitacion el ánima deste Profeta, ¿cuáles estarian las destos bienaventurados, viéndose tan maravillosamente visitados, no por ángeles, sino por el mismo Señor de los ángeles; y librados, no del lago de los leones, sino del lago del infierno, trayéndoles de comer, no manjar de segadores, sino pan de ángeles? Pues lo que va aquí de beneficio á beneficio, eso va de alegría á alegría, y de devocion á devocion.

Y aun cresció mucho mas esta alegría, considerando el medio tan piadoso y tan admirable por donde aquel Señor los quiso remediar; que fué subjectándose á

(*d*) Prov. 13. (*e*) Greg. lib. 9. Moral. cap. 20.

(*f*) Abac. 2. (*g*) Gen. 49. (*h*) Basil. homil. 1. de jejunio.
(*i*) Dan. 14.

una tan cruel y deshonrada muerte, por dar á ellos una tan gloriosa y bienaventurada vida; y bebiendo el cáliz de la Pasion, por dar á beber á ellos el cáliz de los deleites eternos, pudiendo él remediarlos con mucho menor trabajo. Y reconosciendo en esto las entrañas de la infinita bondad y caridad de Dios, cuán de verdad dirian aquellas palabras que canta la Iglesia (*k*): ¡Oh inefable caridad y amor de Dios, que por remediar al siervo, entregaste á la muerte el Hijo! Donde se les ofreceria luego el misterio de aquella ley de Dios, que ordenando las cerimonias con que se habia de comer el cordero pascual, una dellas fué que no le quebrasen los huesos (*l*). Porque ¿qué cordero pascual es este, sino aquel innocentísimo y mansísimo Señor, por cuyo sacrificio fuimos todos librados de las tinieblas y captiverio del verdadero Egipto; que es, del mundo, del demonio y del pecado? Y ¿cuáles son los huesos ó miembros místicos deste Cordero, sino todos los fieles por quien él padesció? Pues ¿qué mayor piedad que dar el Señor licencia para que matasen, y despedazasen, y comiesen este Cordero, y hiciesen dél lo que quisiesen, con tal que perdonasen á los huesos, y no tocasen en ellos? Como si mas claramente dijera: Al Hijo sí; al siervo no. Al Hijo sacrificad, crucificad y despedazad; mas á los siervos no toqueis, ni les hagais mal alguno; pues él paga por ellos. Que es lo mesmo que el Señor dijo la noche de su pasion á los que le venían á prender (*m*): Yo soy á quien buscais; si á mí quereis, dejad á estos ir. Pues cuando estos sanctos llenos del Espíritu Sancto, penetrasen con la luz que tenian la grandeza desta caridad y misericordia, y viesen cuánto bien les habia venido á costa de aquel Señor, ¿qué sentirian sus ánimas, qué gracias, qué alabanzas darian á Dios?

Sobre todos estos motivos de alegría que sobraban para cualquier materia de gozo, hubo aun otro sin comparacion mayor; que fué la vision clara de la esencia divina, que luego en aquel lugar les fué mostrada en su misma hermosura; donde en el mismo infierno tuvieron el paraíso, y en él todos cuantos bienes la voluntad humana puede desear. Porque así como no hay en el cielo ni en la tierra mayor bien que Dios, así no hay mayor gozo que poseer y ver á Dios. Pues díme agora, si se puede decir; concurriendo aquí tantas y tan grandes causas de alegría, como eran la mudanza de un extremo á otro tan distante, la antigüedad y grandeza deste deseo, la consideracion de la fidelidad y providencia de Dios para con los suyos, y del medio tan misericordioso que buscó para salvarlos, y junto con esto la vision clara del mesmo Dios, que es el puerto y fin de todos nuestros deseos, ¿qué tan grande sería el alegría que de tantas y tan poderosas causas procederia? Qué dirian, qué harian, con qué amor, con qué suavidad abrazarian aquel soberano Señor que así los habia librado? No hay entendimiento acá en la tierra que puede llegar á tantear esto como es, y ponerlo en su lugar. La razon es, porque las cosas espirituales y divinas están muy léjos de nosotros, que somos muy groseros y materiales; y junto con esto nuestra vista es muy corta para este género de cosas, tanto que hasta los mismos filósofos dijeron que los ojos de nuestro entendimiento eran tan ciegos para ver las cosas espirituales y divinas, como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Pues si estas cosas distan tanto de nuestra vista, y la vista es tan corta, ¿qué se puede seguir de aquí, sino parescernos mucho menores de lo que son? Ca por esta causa las estrellas del cielo nos parecen tan pequeñas; porque ellas están muy léjos, y nuestra vista es muy corta; por donde siendo algunas dellas setenta, y ochenta veces mayores que toda la tierra, dende acá nos parescen tan pequeñas como la lumbre de una candela. Pues no ménos distan las cosas espirituales y divinas de nosotros, y no es ménos corta la vista de nuestro entendimiento, de donde nasce que siendo ellas en su género grandísimas, á nosotros parezcan pequeñas. Y aun esta es la causa de ser tales cuales somos, porque no sabemos estimar lo que nos va en ser lo que debiamos; porque si los hombres entendiesen, no como de léjos, sino como de cerca, qué tan grande sea la gloria que Dios tiene aparejada para los suyos, cuán grande sean las riquezas y la hermosura de Dios, de que los buenos han de gozar, y cuán grandes las obligaciones que le tenemos por razon de sus beneficios, especialmente por el de la redempcion, ¿quién habria que tuviese corazon ó manos para ofender á tal Señor? El remedio deste mal sería (para no engañarnos en el juicio y estima destas cosas) que cuando nos ponemos á tantearlas, desengañásemos al entendimiento con la fe; así como corregimos á los ojos con la razon, cuando ellos juzgan que una estrella es poco mayor que una candela. Pues así conviene que desengañe la fe al entendimiento; y cuando él juzgare las cosas divinas por pequeñas, dígale: Engáñaste, razon; porque sin ninguna comparacion son mayores; sino que la distancia dellas, y tu muy corta vista, te ciega; y por tanto no son tales cuales tú juzgas; sino cual es la fe, y las palabras de Dios te dicen que son. Por lo cual esta alegría de los sanctos, de que aquí habemos tratado, sin comparacion fué mucho mayor de lo que nuestro entendimiento puede por lo dicho comprehender.

§. II.

De los sentimientos y palabras que dirian los sanctos padres del limbo.

Y si esto no alcanzamos, mucho ménos alcanzarémos lo que pasaria en aquellas ánimas bienaventuradas, y las palabras que dirian á su Redemptor. A lo ménos es cierto que no dejarian de tener por bien empleados todos los trabajos pasados, y tan largas esperanzas, por solo gozar una hora de aquella tan grande alegría. Y así paresce que dirian: Redemptor y Señor nuestro, aquí habemos estado muchas ánimas esperando por vuestra venida por tantos millares de años como vos sabeis, detenidas en esta carcelería. Y demas desto, en el mundo pasamos muchas persecuciones y contradicciones de los malos, por vuestro servicio. Aquí hallaréis muchas ánimas, cuyos cuerpos fuéron, unos apedreados, otros aserrados, otros atravesados con barras de hierro, otros por muchos años encarcelados, y otros que anduvieron desterrados por las soledades y desiertos, pobres, angustiados y afligidos, y perseguidos del mundo (*n*). Mas todo cuanto en el otro mundo padescimos, y cuanto aquí habemos esperado, damos por muy bien empleado por sola esta hora y alegría de vuestra presencia. Y si vos, Señor, fuéredes contento que tornemos á estar aquí

(*k*) Sabbat. Sanct. pro benedic. Cærei Pasch. (*l*) Exod. 22. Num. 9. Joan. 19. (*m*) Joan. 18.

(*n*) Hebr. 11.

hasta el dia del juicio, todo lo tendrémos por bien empleado por esta sola hora. Bendicto seais vos, Señor, que así nos visitastes; y bendictos todos los trabajos, dolores y persecuciones que en el mundo padescimos por vos, pues tanto bien nos acarrearon; y bendictos todos aquellos que os aman y hacen vuestra voluntad, pues tanto bien les está guardado.

Es cierto que todo esto y mucho mas sentirian y dirian aquellas bienaventuradas ánimas. Para que por aquí veas, cristiano, qué bienes te están aparejados, y qué pierdes por no ponerte á un pequeño y momentáneo trabajo por tan grande galardon. Los trabajos destos sanctos, cualesquiera que fueseu, ya pasaron; mas no pasará su descanso, sino para siempre durará. Pues ¿quién no tendrá por dichosa esta suerte? Quién no se tuviera por bienaventurado en ser desta compañía? Mas no desmayes tú agora, si fueres él que debes; porque mucho mas aventajada es la suerte que te cabe. Porque tu trabajo será menor, por ser mayor la gracia que agora se nos da; y el galardon mas cercano; pues ya están abiertas las puertas del paraíso; de manera que saliendo dese cuerpo, luego en ese punto puedes ser bienaventurado, si no tuvieres que satisfacer en el purgatorio. Porque ya se rasgó el velo del templo (*o*), y se descubrió la gloria del sanctuario, y se quitó el querubin que guarda las puertas del paraíso (*p*) con la espada que tenia en la mano; porque los filos de la espada se embotaron en el cuerpo de Cristo, y el fuego se apagó con el agua de su precioso costado.

Sale pues el noble triunfador del infierno con aquella presa gloriosa. Mas aquí es de notar que este tan rico despojo no lo alcanzó el Salvador por sola fuerza de armas; sino tambien por título de justicia. Porque por haber el príncipe del infierno injustamente procurado la muerte del Salvador (sobre quien él no tenia poder, porque no tenia pecado), justamente meresció perder lo que injustamente habia tirannizado. De suerte que la misma órden de justicia que hubo en desposeer al primer hombre del paraíso, hubo en desposeer al demonio de lo que tenia usurpado. Porque al primer hombre fué concedido que comiese de todos los árboles del paraíso (*q*), excepto uno que le fué vedado. Mas él no contento con tan larga licencia, puso tambien las manos en este que le era prohibido; por lo cual perdió todos los demas que le eran dados. Pues desta manera permitió Dios al demonio, como á su verdugo y carcelero, que prendiese á todos los hijos de Adam por el tributo del pecado; mas si alguno caresciese dél, no tenia el demonio jurisdiccion sobre él. Y porque él urdió la muerte al Salvador, que estaba libre de pecado, justamente fué desposeido de todo lo que tenia en su reino tirannizado.

Y no solo lo despojó, mas tambien lo desarmó y enflaquesció por la mesma culpa. Porque como elegantemente dice Eusebio Emiseno, esta bestia fiera llegó á tragar el ánima de Cristo cuando espiró en la cruz, para llevarle á su reino, como llevaba á las otras. Mas dió el bocado en tal parte, que le quedaron los dientes hincados en él; y así ya no tiene dientes ni armas con que pelear; porque en Cristo y por Cristo las perdió. Y así no pelea agora sino con los labios desarmados, y con el silbo de sus palabras, solicitándonos á pecar con sus malos consejos y sugestiones; á las cuales fácilmente puede el hombre resistir con la gracia de Cristo. Por aquí pues paresce cuán mal librado quedó el demonio desta cabalgada; porque por una parte fué despojado y saqueado de todos los tesoros que en su reino tenia dende el principio del mundo ayuntados (que eran las ánimas de todos aquellos sanctos), y por otra quedó enflaquescido y desarmado; y por el cõntrario el Salvador despues de la humildad de la cruz fué glorificado y ensalzado. Esto nos representa muy al vivo la caida de Aman, y la gloria de Mardoqueo, á quien el perverso Aman, privado del rey Asuero, y la segunda persona en todo su reino, tenia aparejada una horca para ponerlo en ella, y despues destruir á toda su generacion. Y estando las cosas en este estado, rodeó Dios los negocios de tal manera, que la maldad que tenia tramada Aman, cayese sobre su cabeza; y la suerte y caida de Mardoqueo se mudase en nueva gloria (*r*). Porque el Aman fué puesto en aquella horca, y Mardoqueo sucedió en la privanza y gloria de Aman. Esto mismo pues obró el Salvador del mundo en este dia; pues el príncipe de las tinieblas que le procuró la muerte, fué por él aquí vencido y despojado de sus tesoros; y el Salvador fué glorificado y ensalzado; y los prisioneros que el tiranno tenia, le fuéron tomados y colocados en el reino del cielo, que él por su soberbia habia perdido. Estas son las obras, y las maravillas, y consejos de la justicia y providencia divina.

Desta manera pues sale este Señor victorioso de la muerte; saqueado el infierno, y debilitado nuestro adversario; y de ahí hace otro camino para el sepulcro, donde su sacratísimo cuerpo le estaba esperando, y donde triunfando de la muerte, resuscitó vivo como estaba de ántes. Cuya resurreccion nos representa la vara de Moisen (*s*), que cayendo en la tierra se hizo serpiente; mas no perseveró en aquella figura porque luego tornó á la que tenia de ántes. Así Cristo, que es la vara real de la virtud de Dios, caido en tierra, tomó imágen de serpiente (que es animal infame y maldicto de Dios; cuya imágen tomó por nuestra causa, muriendo con ignominioso título de malhechor), mas no duró mucho en esa imágen, porque al tercer dia resuscitó de la muerte, y volvió la vara al sér que tenia ántes. Y lo que nos representó la vara de Moisen, nos representó tambien su mano (*t*), la cual encerrada en su seno, salió leprosa; y tornándola otra vez al seno, salió sana como estaba de ántes. Pues así este Señor, teniendo imágen de leproso, esto es, de pecador, como dice Isaías (*v*), despues salió del sepulcro vivo y limpio como estaba de ántes, con gloria y privilegios de inmortalidad.

CAPITULO XX.

Meditacion segunda del mismo misterio de la resurreccion del Salvador, en la cual principalmente se trata (entre otros aparescimientos) de cómo apareció á la bienaventurada María Magdalena, segun lo refiere el evangelista Sant Juan.

Así como todas las criaturas del mundo se entristescieron en el dia de la pasion del Salvador (*a*), porque el sol se escureció, y la tierra tembió, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó, por ver á su commun Señor padescer tan cruel muerte; así por el contrario este dia de su resurreccion todas las cosas se alegran por verle resuscitado y glorio-

(*o*) Marc. 15. (*p*) Gen. 3. (*q*) Gen. 2.

(*r*) Esther. 7. (*s*) Exod. 4. (*t*) Exod. 4. (*v*) Isaiæ 53.
(*a*) Matt. 27.

so. El cielo se alegra, y abre sus puertas de par en par (que hasta allí habian estado cerradas) para recebir dentro de sí hasta los ladrones. El infierno se alegra, porque dél salen hoy libres los prisioneros que el príncipe de aquel lugar tenia captivos en pena del commun pecado. La tierra se alegra, porque hoy sale della el fructo alto y precioso de que habla Isaías, cuando della se levanta, y resuscita el primogénito de los muertos, y el Príncipe de los reyes de la tierra (*b*). ¿Pues qué diré de la escuela de Cristo, y de su sacratísima Madre, y del colegio apostólico, y de todos aquellos sanctos discípulos y piadosas mujeres á quien tanto lastimó la muerte de Cristo? Porque juntamente con su amado Maestro resuscitó tambien su esperanza, su vida, su gloria, su apostolado, su justicia, y todos los otros bienes y promesas de Cristo. Por donde así como en el dia de la pasion hubo muchas estaciones que andar, siguiendo al Señor en todos sus pasos dolorosos; así en este dia hay tambien muchas que andar, acompañándole en todos sus caminos alegres y gloriosos, como se dijo en la meditacion pasada. Porque un camino fué de la cruz al limbo, de que ya tratamos. Otro camino fué al sancto sepulcro, donde aquella ánima sanctísima recebió el sacratísimo cuerpo que allí la esperaba, y del mas afeado de todos los cuerpos, hizo el mas hermoso y resplandesciente de todos ellos. Porque justo era que quien tanto habia servido y padescido en aquella jornada, gozase enteramente de los fructos y despojos de la victoria. Otro camino fué del sepulcro (*c*) á ofrescerse á aquellas sanctas mujeres, que venian á buscarle con preciosos ungüentos para ungir su sacratísimo cuerpo, no esperando su resurreccion; á las cuales gratificó su devocion con mostrárseles resuscitado, y saludarlas dulcemente, y hacerlas predicadoras de la gloria de su resurreccion, enviándolas á los discípulos á que les diesen testimonio della. Otro fué á los discípulos que iban al castillo de Emaus (*d*), con los cuales se juntó en figura y hábito de peregrino, caminando con ellos todo aquel camino, preguntándoles por la causa de su tristeza, é informándolos con su doctrina, y declarándoles por todas las Escripturas divinas cómo convenía que Cristo padesciese, y que así entrase en su gloria. En la cual jornada maravillosamente los enseñó, y alumbró, y consoló, y encendió sus corazones en caridad y amor, y al cabo los confirmó en la fe de su resurreccion, abriéndoles los ojos, y dándoseles á conoscer en el partir del pan. Otro camino fué á visitar á los discípulos, que estaban todos, excepto Sancto Tomé (*e*), ayuntados y encerrados en una casa por temor de los judíos, adonde entró, cerradas las puertas (porque esto es proprio de los cuerpos gloriosos), y mostrándoles las preciosas llagas de sus manos y costado, y entregándoles á palpar su cuerpo, y comiendo en presencia dellos para mayor testimonio de la verdad, acabó de vencer su incredulidad, y los confirmó en la fe de su resurreccion. Otro camino fué á Sant Pedro, como refieren los evangelistas (*f*), aunque no declaran cómo. En lo cual nos quiso este Señor dar á entender el respecto y cuidado que tiene de los verdaderos penitentes, que con amargura de corazon lavan las máculas de sus pecados; pues no contento con esta general visitacion de todos los discípulos, quiso particularmente visitar á este, y mudar sus lágrimas en alegría con la vista de su presencia, y con el perdon de su culpa. Y el mesmo cuidado que tuvo el Señor resuscitado, tuvo el ángel que á las sanctas mujeres denunció su resurreccion, diciendo: Id, decid á sus discípulos y á Pedro, que el Señor irá á Galilea, y que allá lo verán resuscitado.

Entre estas visitaciones, la mas dulce y devota de contemplar, es la que creemos con mucha razon haberse hecho á la sacratísima Vírgen nuestra Señora, á quien despues del Hijo cupo mas parte del cáliz de su pasion. Porque aunque esto no refieran los evangelistas, mas no hay en ello que dubdar. Porque si á todos los otros discípulos y discípulas visitó y apareció este Señor; ¿cómo habia de olvidar á su santísima Madre, que mas merescia, que mas lo amaba, que mas lo deseaba, y que mas habia sentido los dolores de su pasion, y la soledad de su ausencia? Mayormente siendo el estilo deste Señor, que segun la muchedumbre de los dolores que por él padescen los suyos, así sea la de las consolaciones con que los consuela (*g*). Y si este Señor, aun estando en la cruz, sumido en aquel piélago de tantos dolores, no perdió el cuidado y providencia desta Señora; ántes allí la proveyó del mayor consuelo que le podia quedar, encomendándola al mayor amigo que entónces tenia en este mundo (*h*); ¿cómo agora estando triunfante y glorioso le habia de negar esta alegría, con que habia su espíritu de resuscitar despues de tantas tinieblas? Lo que aquí pasaria entre tal Madre y tal Hijo, los abrazos y deleites de aquellos bienaventurados corazones, ¿qué pluma los podrá escribir? Porque cuanto las cosas son mas altas, tanto mas las perdemos de vista, y tanto mas salen de la jurisdiccion y comprehension de nuestros entendimientos. Ni tampoco es de dubdar que muchos de aquellos sanctos patriarcas que con el Señor resuscitaron, juntamente con él visitasen tambien la Vírgen, y le diesen por una parte el parabien de la resurreccion de su Hijo, y por otra las gracias de ser ella la medianera por quien tanto bien les habia venido. Porque pues dicen los evangelistas que estos sanctos vinieron á la ciudad de Hierusalem, y aparescieron y visitaron á muchos, ¿cómo habian de dejar de visitar y presentarse á esta Señora que tanta parte fué de su liberacion? Cuenta la Escriptura divina (*i*), que despues que aquella sancta Judit acabó aquella hazaña tan memorable de cortar la cabeza á Holoférnes, y desbaratar con esto todo el poder de los asirios, y libertar su patria, que vino el summo sacerdote de Hierusalem con todos los ancianos de la ciudad á visitar á Judit; y él con todos á una voz le dijeron estas palabras: Tú, gloria de Hierusalem, tú, alegría de Israel, tú, honra de nuestro pueblo; pues tuviste tan esforzado corazon, y heciste una obra tan varonil. Por lo cual serás eternalmente bendicta. A lo cual todo el pueblo respondió: *Amen, amen*. Pues si estas alabanzas meresce la que cortó la cabeza á Holoférnes, ¿qué merescerá aquella famosa mujer, de quien al principio del mundo pronunció Dios que quebrantaria la cabeza de la serpiente maldita; porque de sus entrañas saldria quien destruyese la tiranía y potencia del demonio? Y si aquellos con tanto fervor vinieron de Hierusalem á Betulia por ver una mujer que tal hazaña habia obrado, ¿con qué alegría vendrian los sanctos patriarcas y profetas á ver aquella estrella de Jacob, y aquella vara de Jesé, de quien tantas cosas estaban profetizadas?

(*b*) Isai. 4. (*c*) Luc. 24. (*d*) Ibidem. (*e*) Joan. 20. (*f*) Luc. 24.

(*g*) Palm. 93. (*h*) Joan. 19. (*i*) Judith. 15.

Pues todas estas tan alegres estaciones y caminos tiene el ánima religiosa que andar en este dia, siguiendo los pasos deste Señor, contemplando la hermosura de su cuerpo glorioso, y viendo la caridad y diligencia con que el buen pastor andaba recogiendo el ganado descarriado (*k*), confirmándolo en la fe y esperanza de la resurreccion, con el ejemplo de la suya. Mas porque entre estos aparescimientos, el primero, segun la historia de los evangelistas, fué á María Magdalena, de quien el Señor habia sacado siete demonios; y con haber sido tan grande pecadora, por su gran fervor y devocion meresció ser la primera que vió al Salvador resuscitado, desta señaladamente tratarémos aquí, para edificacion y doctrina de los verdaderos penitentes, y de todos aquellos que buscan este Señor de todo corazon.

§. I.

De cómo el Salvador apareció á María Magdalena.

Mas para entender y gustar mas esta sagrada historia, conviene declarar primero la grandeza de la caridad con que esta bienaventurada mujer amaba al Salvador, de la cual hallamos grandes argumentos y motivos en el sancto Evangelio. El primero de los cuales es el testimonio que dió el mesmo Salvador, defendiéndola del fariseo que la acusaba por pecadora, declarando la grandeza de su caridad, la cual no solo no impedian los pecados pasados, mas ántes ocasionalmente la habian acrescentado. Y esto manifiestamente prueba él, diciendo que así como un deudor á quien su acreedor perdonó mayor deuda, suele mas amar que aquel á quien le perdonó la menor; así esta sancta pecadora, cuanto mas lo habia sido, y mayor deuda se le habia perdonado, tanto mayor beneficio habia recebido, y tanto mas amaba á su bienhechor. En lo cual se ve cuán gran verdad sea lo que el Apóstol dice (*l*) : que todas las cosas sirven para mayor bien á los escogidos de Dios; pues aun de los mesmos pecados que hicieron, toman motivo para mas amar á quien los perdonó. Esto nos representa el temor de los hijos de Israel, cuando vieron á los egipcios entrar armados por el mar Bermejo en su seguimiento (*m*), y así dieron voces á Moisen, quejándose porque los habia engañado en sacarlos de Egipto; mas despues que los vieron ahogados en la mar, el temor se mudó en alegría y en voces de alabanza; y así comenzaron á cantar, diciendo (*n*) : Cantemos al Señor, que magníficamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero ahogó en la mar. Pues estos egipcios, enemigos del pueblo de Dios, figuras son de nuestros pecados, que son nuestros verdaderos enemigos. Los cuales así como estando vivos nos persiguen y hacen desmayar; así despues de muertos y perdonados dan á los justos mayor motivo de alabar y amar á quien tanto les perdonó, y de tan grandes males los libró. Y cuanto mas crescido fué el perdon, tanto es mayor el motivo del amor. Y así dice el Salvador que acaesció á esta sancta pecadora (*o*), la cual amó mucho, porque le perdonaron mucho. Y los indicios deste amor fué aquel tan nuevo servicio y cerimonia nunca vista en el mundo, que fué lavarle los piés con lágrimas, y enjugarlos con sus cabellos, y ungirlos con preciosísimo ungüento, y besarlos tantas veces con tanta reverencia y devocion, y todo eso sin buscar el silencio de la noche secreta, como hizo Nicodemus (*p*), para este servicio; sino en presencia de tantos juicios y convidados que en este auto se hallaron, como persona que tenia su corazon tan ocupado de amor y de dolor, que no le quedaba sentido para ver otra cosa. Pues ¿cuándo nunca se vió tal cerimonia, tal servicio, tal manera de honra, tal agua de piés, destilada por los ojos, y calentada con el fuego de la caridad; y tal tohalla para enjugarlos, como eran sus proprios cabellos? Pues este servicio tan extraordinario, demas del testimonio del Señor, da bien á entender cuán extraordinario era el amor de donde procedia; pues por los efectos se juzgan las causas, y por las obras el corazon.

Cresció aun mas este amor con la familiaridad de Cristo, que despues deste perdon se siguió; donde oyendo tantas veces su doctrina, siguiendo sus pasos, contemplando sus virtudes, y hospedándolo en su propria casa, con cada cosa destas se encendia de cada vez mas en su sancto corazon la llama deste divino amor. Y así leemos que entrando el Salvador una vez en su casa, y andando Marta su hermana muy solícita en aderezar lo necesario para tal huésped y tal compañía; ella ni tenia manos ni corazon para entender en nada, sino asentada á los piés del Salvador, estaba tan colgada de sus divinas palabras, y tan trasportada en él, que olvidada de todas las cosas, pudiera decir como Sant Pedro en el monte, cuando vió al Salvador transfigurado (*q*) : Señor, bueno es que estemos aquí, y que no haya mas mundo, ni mas comer ni beber, ni mas mudanza deste estado felicísimo en que agora estamos. Y acusando Marta este olvido de su hermana, el Salvador la defendió, diciendo (*r*) que habia escogido la mejor parte, la cual no le sería quitada. En lo cual manifiestamente dió á entender la grande devocion y amor con que oia sus palabras, pues esta obra de tanto descanso antepuso el mesmo Salvador, á la mas alta obra de hospitalidad que nunca se hizo en el mundo.

Y no ménos crescia esta mesma caridad con la vista de tantas maravillas y señales como á cada paso veía obrar á aquel Señor, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, lanzando los demonios, alimpiando los leprosos, abriendo las bocas de los mudos, y curando con su palabra todas las enfermedades del mundo. Porque cada milagro destos, como era nueva confirmacion de la fe, así era nuevo incentivo de la caridad, que es forma y vida desa fe. Pero mucho mas cresció con la resurreccion de Lázaro, su hermano (*s*), de cuatro dias muerto, y hediondo, el cual demas de ser grandísimo milagro, fué tambien grandísimo beneficio; porque fué restituirle un hermano muy amado, que para el linaje flaco de las mujeres le era hermano, y padre, y marido. Porque si con la resurreccion deste muerto resuscitó la fe y la caridad de muchos que presentes estaban, que convencidos con este milagro creyeron en Cristo, ¿qué haria la fe y la caridad de aquella ánima sancta con tan extraño milagro y con tan grande beneficio? Creo cierto que quedó con la vista desta maravilla tan atónita, tan traspasada, y tan absorta en el amor, y reverencia, y estima de aquel Señor, cuanto ninguna lengua del mundo podria declarar. Pero cada uno por sí mesmo podrá barruntar algo desto, si se pusiere á pensar lo que sintiera si presente se hallara, y viera á un hombre mortal mandar á un muerto puesto en un sepulcro que saliese

(*k*) Joan. 10. (*l*) Rom. 8. (*m*) Exod. 14. (*n*) Exod. 15.
(*o*) Luc. 7.

(*p*) Joan. 3. (*q*) Matt. 17. (*r*) Luc. 10. (*s*) Joan. 11.

fuera, y lo viese salir vivo, y andar entre los hombres, con la virtud de sola esta palabra. Y de aquí nasció aquel tan grande y tan nuevo servicio que esta sancta mujer volvió á hacer al Señor. Porque estando él pocos dias despues deste milagro cenando en casa de Simon, leproso, con el mesmo Lázaro y con otros huéspedes, y sirviendo Marta en aquella cena, María tomó una libra de ungüento preciosísimo, hecho de las espigas de una yerba muy olorosa, que se llama nardo (porque otro se hace de las hojas de la mesma yerba, no tan precioso), y deseando declarar con alguna obra exterior la grandeza del amor y devocion que ardia en sus entrañas, quebró el bote de alabastro, y derramóle encima de la cabeza del Salvador, en presencia de todos los convidados (*t*). Y no contenta con esto, derríbase á sus piés, y allí torna á ungirlos con aquel mesmo ungüento precioso, y enjugarlos con sus cabellos. Y si así como aquel ungüento valía trecientos dineros, valiera trecientos mundos, tal era la caridad de María, y tal el deseo de honrar y servir aquel Señor, que tuviera por bien empleado gastarlos todos en su servicio. Y esta tan grande caridad fué la causa por donde el Señor aprobó tanto esta obra, y la defendió de los murmuradores, y quiso que fuese galardonada aun en este mundo con fama y gloria perpetua desta mujer. Porque por lo demas, poca gana tenia el Señor desta uncion de los piés y de la cabeza, pues tenia sus piés ofrescidos á los clavos de la cruz, y la cabeza á la corona de espinas. Y por aquí se ve cuánto mas adelante pasaba el fervor de la caridad de María, que el de los discípulos; pues ellos tuvieron por desperdiciado aquel gasto, teniéndolo aquella mujer por tan bien empleado, por lo mucho que entendia merescer aquel Señor.

Desta mesma caridad tambien nasció el acompañar al Señor en todos los pasos de su pasion (cuando de los apóstoles unos le negaron, y otros le desampararon), y esto no de léjos, como le seguian todos los otros sus devotos y conoscidos, sino pegada al pié de la cruz, junto con la sanctísima Madre (*v*). Y de aquí tambien nasció, despues de la cruz, buscarle con tantas lágrimas en el sepulcro, y traer ungüentos para ungirlo; sin que bastase ni la muerte tan ignominiosa de la cruz entre dos ladrones, ni la condenacion de todo aquel senado de pontífices y sacerdotes, para entibiar ni menoscabar la devocion y la reverencia debida á este Señor. Y así le amaba, y estimaba, y llamaba su Señor, como lo llamó cuando los ángeles le preguntaron por qué lloraba, á los cuales ella respondió (*x*): Porque me han tomado mi Señor, y no sé dónde le pusieron.

Todas estas cosas bien consideradas asaz declaran la grandeza del amor que esta sancta pecadora tenia al Salvador, y entendida esta, se podrá mejor entender la historia deste tan dulce y devoto aparescimiento, cuya declaracion pondrémos aquí, recopilada de diversos doctores, y señaladamente de Orígenes, que la escribió mas devotamente.

§. II.

De las diligencias que la Magdalena hizo hasta que Cristo se le apareció resuscitado.

Dice pues el evangelista Sant Juan que despues que esta sancta mujer fué á los discípulos, y señaladamente á Sant Pedro y Sant Juan, á darles nuevas de cómo el cuerpo del Salvador no estaba en el sepulcro (*y*), y ellos vinieron, y hallaron ser así, y se tornaron para su casa, donde estaban encerrados por temor de los judíos, esta mujer se quedó allí llorando, y sin esperanza esperaba, y esperando perseveraba; porque la grandeza del amor la hacia esperar y perseverar. Y si Sant Pedro y Sant Juan temieron, y por eso se fuéron, María no temia; porque no le quedaba que temer. Porque habia perdido su Maestro, al cual amaba con tan grande amor, que perdido él, ni tenia que amar, ni que esperar, ni que temer, ni que perder; por lo cual tenia por mejor el morir que el vivir: porque por ventura muriendo hallara á quien no podia hallar viviendo.

Estaba pues allí, dice el Evangelista, par del monumento llorando. El amor la hacia estar, y el dolor la forzaba á llorar; y lloraba, por creer que le habian tomado á quien ella buscaba. Este dolor era nuevo; porque ántes lloraba porque le habian muerto su maestro, y agora porque se lo habian quitado. El cual en parte era mayor que el pasado; porque carescia de toda consolacion. Ca el primer dolor de haber perdido el maestro vivo, aunque era grande, todavía tenia alguna manera de consuelo; porque le quedaba el cuerpo muerto, y desta consolacion es agora privada, por no hallarle. Venía ella al monumento, trayendo consigo ungüentos que habia aparejado, para que así como ántes habia ungido sus piés, agora ungiese su sacratísimo cuerpo, y como ántes habia regado los piés de su Maestro por la muerte de su ánima, agora regase tambien con ellas el monumento por la muerte dél. Y no hallando el cuerpo, cesó el trabajo de ungirle, y cresció la causa de llorarle. Faltóle el Maestro para su servicio, mas no para su dolor; faltó á quien ungiese, mas no á quien llorase.

Estando pues así María, inclinóse, y tornó á mirar otra vez el monumento. No se contentaba con haberle ya visto una vez por sí, y otra con los discípulos, sino tornó otra vez á mirar; porque la grandeza del deseo le hacia no fiarse de sus ojos, ni tener ninguna diligencia por demasiada en busca de lo que tanto amaba. Así lo hacen los que buscan alguna piedra preciosa, ó otra cosa de gran valor que perdieron, que muchas veces vuelven y revuelven el mesmo lugar que ya vieron, para ver si por ventura hallarán las postreras veces lo que en las primeras no hallaron. Y no fué del todo ociosa esta diligencia; porque ya que no vió al Señor que buscaba, vió sus criados, que eran dos ángeles vestidos de blanco, asentados uno á los piés y otro á la cabecera, donde estaba el cuerpo de Jesus. Aquí vemos el fructo de las ánimas que buscan á Dios. Porque ya que no hallen luego lo que desean, mas en el camino de lo que buscan, les depara Dios cosas con que se acrescienten sus deseos; porque, como dice Sant Augustin (*z*), el que de todo corazon busca á Dios, ya tiene parte de lo que desea cuando lo busca; porque no lo buscara con tan grande fervor, si no tuviese alguna prenda ó rastro dél. Los discípulos vinieron al monumento, y volviéronse luego, y por eso no vieron los ángeles; mas esta sancta mujer, que fielmente perseveró, los vió, y no solo á los ángeles, mas tambien al mesmo Señor de los ángeles: para que veas cuánto vale la paciencia y perseverancia para hallar á Dios.

(*t*) Marc. 14. (*v*) Joan. 19. (*x*) Joan. 20.

(*y*) Joan. 20. (*z*) De Trin. lib. 15. in pr. tom. 3. et tract. 74. in Joan.

Dícenle pues los ángeles: Mujer, ¿por qué lloras? No ignoraban los sanctos ángeles la causa de las lágrimas de María, que tan conocida era, mas pregúntanle por qué llora, porque huelgan con esta pregunta de renovarle la memoria y la causa de sus lágrimas, por el gusto que tomaban en ellas. Porque si, como dice Sant Bernardo (*a*), las lágrimas de los penitentes son vino de los ángeles, las cuales proceden de dolor, ¿cuánto mas lo serían estas que procedian de amor?

Pues á esta pregunta por qué lloras, responde María: Porque me han tomado mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Esto lloro, esto siento, esta es la causa de mis lágrimas. Cuando era vivo, en él estaba toda mi felicidad y gloria, y todo mi descanso, y entónces servíale con lo que tenia, hospedábale en mi casa, y seguia sus pisadas, oia su doctrina, ungia sus sagrados piés, y con esto descansaba el amor que ardia en mi corazon, teniendo estos respiraderos y ejercicios en que emplearse; agora todo esto ha cesado, y no me quedaba otro servicio que le poder hacer, sino ungir su precioso cuerpo y acompañarle en este monumento. Y como vi que este solo consuelo y ejercicio que me quedaba me han quitado, lloro, y lloraré miéntras no hallare este bien. Cosa es esta que declara grandemente la caridad desta sancta mujer. Los padres no ven la hora de echar al hijo muerto de casa, la mujer hace otro tanto con su marido, y esta mujer no tiene otro refrigerio sino estar siempre en compañía deste sancto cuerpo. En lo cual se ve bien la diferencia del amor de Dios á todos los otros amores; porque los otros aman por su provecho, y por esto cesa el amor cuando falta el provecho; mas el amor puro de Dios, como no mira á sí, sino á la gloria y servicio de Dios, no tiene cuenta sino con Dios. Y entónces solamente se entristesce, cuando le quitan la materia de servirle; como acaesció á esta sancta mujer. Pues por eso (dice ella) lloro; porque me han llevado mi Señor, y no sé dónde le han puesto (*b*). ¿Dónde estás, maestro mio? Dónde te llevaron, alegría mia? Dónde te escondieron, dulcedumbre mia? ¿Pues tan poco pareció á tus enemigos lo que habian hecho en tu cuerpo vivo, que no lo quieren perdonar aun despues de muerto? ¿Qué es esto, Salvador mio, que ni en vida ni en muerte has de tener descanso? ¿Dónde, Señor, iré? Adónde te buscaré? ¿A quién preguntaré por tí? Angustias me cercan por todas partes, y no sé qué consejo tome. Si estoy par del sepulcro, no hallo lo que deseo; si me fuere, no sé donde vaya. Apartarme deste monumento es muerte para mí; estar aquí es dolor irremediable. Pero mejor me es guardar el sepulcro de mi Señor, que apartarme dél. Aquí pues estaré, y aquí moriré, siquiera para que me entierren aquí par de mi Señor. Viviendo estaré par dél, y muriendo me llegaré á él, y así ni muerta ni viva dél me apartaré. Mas ¡oh miserable de mí! ¿Por qué no miré yo todo esto, cuando vi sepultar á mi Señor? Por qué me fui deste lugar? Por qué no perseveré aquí siempre par dél? Ca no llorara yo agora por habérmelo llevado; porque ó no lo dejara llevar, ó me fuera tras de los que lo llevaron. Mas yo, miserable, quise guardar la ley, y perdí al Señor de la ley; obedecí á la ley, y no guardé aquel á quien obedesce la ley. Pues ¿qué haré? ¿Con quién me aconsejaré? ¡Oh todo amable! Oh todo digno de ser deseado! Vuélveme, Señor, el alegría saludable de tu presencia (*c*). ¡Oh esperanza mia! no sea yo confundida por esperar en tí.

(*a*) Sup. Cant. serm. 30. (*b*) Joan. 20.

Pues ¿por qué, ó buen Jesu, por qué, Señor, no mirais á las piadosas lágrimas y deseos desta mujer? Por qué la dejais tanto tiempo llorar y buscaros de balde? ¿Dónde están aquellas palabras que dijistes (*d*): Yo amo á quien me ama, y quien por la mañana velare á mí, hallarme ha? Dónde está aquella palabra que distes á esta mujer, cuando le dijistes (*e*): María escogió la mejor parte, la cual nunca le será quitada? Pues ¿cuál es la parte que ella escogió sino á vos? A vos escogió, á vos amó, en vos puso toda su esperanza, todo lo trocó y renunció por vos. Pues si dejado todo lo otro no halla á vos, ¿qué le quedará? ¿Cómo se cumplirá aquella palabra que le distes, cuando dijistes que nunca le sería quitada?

No se pudieron contener mas aquellas entrañas de piedad y misericordia, que no acudiesen á las lágrimas de tanta fidelidad y amor. Por las cuales el Salvador, con haberle enviado los ángeles, vino tambien el mesmo Señor de los ángeles á enjugarlas, y por mejor decir, á trocar las lágrimas de su tristeza en lágrimas de alegría. Dichosas lágrimas, que tantas cosas acabaron con Dios. Con lágrimas alcanzó perdon de sus pecados, con lágrimas alcanzó la resurreccion de su hermano defuncto, por sus lágrimas meresció tener á los ángeles por consoladores, y al mesmo Señor de los ángeles, y ser ella la primera á quien el Salvador resuscitado aparesciese, y hiciese apóstola de sus apóstoles. Grande es la virtud y potencia de las lágrimas, las cuales atan la manos del Omnipotente, y vencen al invencible; aplacan la ira del juez, y la mudan en misericordia.

§. III.

De cómo Cristo se apareció á la Magdalena en forma de hortelano.

Volviendo pues el rostro María, vió al Señor y no le conosció; ántes le parescia ser hortelano de aquel huerto. Y no erró mucho en este juicio, porque sin dubda hortelano es este Señor; y este oficio venía á hacer en el ánima de María, arrancando della las espinas de su infidelidad é ignorancia. Hortelano es tambien en el ánima donde mora; porque ahí siembra simientes de sanctas inspiraciones y buenos deseos; ahí planta las plantas fructuosas de las virtudes, y riégalas con las lágrimas de nuestra devocion. Porque no crescen tanto los sembrados con el riego del cielo, cuanto crescen las virtudes con este riego espiritual. Finalmente, como hortelano guarda con muy gran recaudo su huerta, para que no entren los ladrones, que son los demonios, por tantos postigos y entraderos como hay en esta huerta (que son todos los sentidos interiores y exteriores de nuestra ánima) á robar el fructo de la buena consciencia. Porque ¿de dónde nace estar un ánima por muchos años sin cometer un pecado mortal, viviendo entre tantos ladrones como son los demonios, sino por guarda deste hortelano, que no duerme, mirando por sus huertas?

Así que no erraba mucho María en este juicio, aunque verdaderamente no conoscia al Señor, teniéndole delante. Porque como ella juntamente amaba y dudaba, porque no esperaba la resurreccion; por esto veia al Señor y no lo conoscia; porque el amor merescia que le viese, y la dubda y desconfianza que no le conosciese. Cosa es esta

(*c*) Psal. 50. (*d*) Prov. 8. (*e*) Luc. 10.

que por especial dispensacion de Dios acaesce muchas veces á los justos, que tenga al Señor dentro de sí y que les parezca estar muy léjos dél; porque así conviene para su ejercicio y merescimiento. Así acaesció al bienaventurado Sant Antonio, que aparesciéndole una vez el Salvador, despues de quedar él muy maltratado de los demonios, díjole el sancto varon: ¿Dónde estabas, ¡oh buen Jesu! dónde estabas? ¿Por qué no te hallaste aquí al principio para que me ayudaras y sanaras mis llagas? Al cual el Salvador respondió: Antonio, aquí estuve mirando como peleabas; y porque tan bien peleaste, haré que en todo el mundo seas nombrado. Desta manera tambien Sancta Catalina de Sena, siendo fuertemente combatida de los demonios con falsísimas imaginaciones, aparesciéndole el Salvador, y querellándose ella por qué la habia desamparado, respondió él que no la habia desamparado, ántes que él estaba en medio de su corazon, y que él era el que hacia que aquellas imaginaciones no la venciesen. Lo mesmo hizo con el sancto Job (*f*), dándole paciencia en tan extraños trabajos; aunque él tantas veces se quejaba que el Señor le habia desamparado y que no lo queria oir ni ver; ántes se le habia mudado de piadoso en riguroso, y que con su mano poderosa le sacudia de sí. Pues desta manera se ha el Señor muchas veces con los suyos, mayormente con los atribulados y con los que andan muy fervorosos en busca dél. Porque á los unos y á los otros paresce que está muy léjos, y no está sino muy cerca; porque ni los unos tendrian paciencia, si él no se la diese, ni los otros perseveraran en su demanda, si él no los esforzase. Esto es pues lo que aquí se nos representa, así en este aparescimiento como en el de los discípulos que iban á Emaus (*g*), á quien el Señor parescia peregrino, como aquí á María hortelano; porque en el un lugar y en el otro, teniendo al Señor presente, no le conoscian.

Dice pues el Señor á María: ¿Mujer, por qué lloras? ¿A quién buscas? ¡Oh Rey de gloria, oh consolador de tristes! ¿venis á consolar y hablais palabras de tanta desconsolacion? Porque ninguna cosa hay que mas renueve las llagas y mas avive el dolor de la persona desconsolada, que preguntarle por quién llora y á quién busca, porque eso es refrescarle la memoria de lo que ama, y la ausencia de lo que siente, y las causas de su dolor. Por lo cual dijo el Profeta (*h*): Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, cuando preguntaron á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios? Porque renovándole al sancto profeta la memoria de quien tanto amaba, y la ausencia de tan grande bien, no se podia contener sin deshacerse en lágrimas noche y dia. Pues siendo esto así, ¿por qué, Señor, usais deste lenguaje tan lastimero con persona que tanto amais? Creo sin dubda que la causa desto fué el gusto grande que el Señor en estas lágrimas tomaba; porque aunque eran lágrimas de dolor, no miraba él al dolor, sino á la causa, que era el amor. El cual agrada tanto á este Señor, que en el cielo ni en la tierra no hay cosa que le agrade como su amor; y si otra cosa alguna le agrada, es porque va vestida y adornada desta virtud, sin la cual, ni la fe, ni la esperanza, ni el martirio, ni lenguas de ángeles ni de hombres le agradan.

Mujer (dice) ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? ¡Oh deseo de su corazon (dice Orígenes)! ¿por qué, Señor, le preguntais por qué lloras y á quién buscas? Ella muy poco ha con sus proprios ojos, y con gran dolor de corazon vió crucificada su esperanza; y ¿vos le preguntais agora por qué lloras? Ella vió tres dias ha vuestras manos, con las cuales muchas veces habia sido bendicta, y vuestros piés, los cuales ella habia besado y regado con lágrimas, enclavados con hierro en una cruz; ¿y vos le preguntais por qué llora? Ella vió este dia espirar su espíritu cuando vos espirastes, ¿y vos preguntáisle por qué llora? Y agora sobre todo esto, cree ella que han hurtado vuestro sacratísimo cuerpo, el cual venia á ungir, por recebir en esto alguna consolacion; ¿y vos decis por qué lloras y á quién buscas? Vos sabeis que á vos solo busca, á vos solo ama, y por vos desprecia todas las cosas; ¿y vos preguntáisle á quién busca? Dulce Maestro, ¿para qué provocais el espíritu desta mujer? Para qué enterneceis sus entrañas? Toda está suspensa en vos, toda mora en vos, y de tal manera os busca, que buscándoos, ninguna otra cosa piensa sino en vos, y por esto por ventura no os conoce, porque no está en sí, sino fuera de sí por amor de vos. ¿Pues por qué le preguntais por qué lloras y á quién buscas? Lo susodicho es de Orígenes.

Mas ella pensando que era hortelano, díjole (*i*): Señor, si tú lo tomaste, dime donde lo pusiste, porque yo lo llevaré. Bien paresce estar fuera de si esta sancta mujer, pues cuantas palabras pronuncia, tantas ignorancias dice. Porque lo primero, no responde á propósito, ni entiende lo que le preguntan; porque no entiende mas de lo que ama, ni tiene sentido para otra cosa. Y demas desto, llama señor al hortelano, que era demasiada cortesía para quien tan bajo oficio tenia. Y junto con esto, no habla por nombres, sino por pronombres, diciendo: Si tú lo tomaste, dime donde lo pusiste: porque yo lo llevaré. Parecíale que todos estaban en lo que ella estaba, y que así no habia necesidad de mas declaracion. Tambien paresce disparate presuponer que el hortelano andaba tomando los cuerpos de los muertos; y mucho mayor, ya que por algun misterio lo hubiese tomado, que luego por una palabra le diese á quien no conoscia. Todo esto obraba el amor, el cual tan sanctamente la hacia errar; aunque mayor yerro era tener al Señor delante y no conoscerlo, porque como estaba enferma de amor, de tal manera se le habian escurescido los ojos con esta enfermedad, que no veia á quien veia; porque veia á Jesus, y no sabía que era Jesus. ¡Oh María, si buscas á Jesus, ahí tienes á Jesus! Mas por ventura por esto no le conosces hallándole vivo, porque le buscabas muerto. Sin dubda esta es la causa porque él no te aparescia; porque ¿cómo te habia de aparescer, si tú no le buscabas? Porque tú buscabas lo que no era, y no buscabas lo que era; buscabas á Jesus, y no buscabas á Jesus; y por eso viéndole, no le conosces. ¡Oh piadoso y dulce Maestro! no puedo del todo excusar esta discípula tuya; no puedo defender este su error; porque tal te buscaba, cual te habia visto y cual te habia dejado en el monumento. Habia visto quitar de la cruz el cuerpo defuncto, y ponerlo en el monumento; y tan grande era el dolor que habia recebido de tu muerte y de tu sepultura, que no le quedaba esperanza de tu resurreccion y de tu vida. Finalmente, Josef puso tu cuerpo en el monumento, y María sepultó con él juntamente su espíritu; y de tal manera lo juntó con tu sacratísimo cuerpo, que

Job. 30. (*g*) Luc. 24. (*h*) Psal. 41.

(*i*) Jean. 20.

mas fácil cosa fuera apartar el ánima del cuerpo á quien daba vida, que apartarla del tuyo, á quien ella amaba. Porque el espíritu de María mas estaba en tu cuerpo que en el suyo; y por eso cuando buscaba tu cuerpo, buscaba tambien su espíritu; y despues que perdió el cuerpo tuyo, perdió el espíritu suyo; y por eso ¿qué maravilla es que no te conozca, pues no tiene espíritu con que te haya de conoscer? Por tanto vuélvele, Señor, su espíritu, y luego recobrará su sentido y dejará el error en que está. Mas ¿cómo podia errar la que así te amaba y así se dolia? Sin dubda si erraba, no conoscia que erraba; y así este error no procedia de error, sino de amor. Por tanto, misericordioso y justo Juez, el amor que tiene para contigo, y el dolor que tiene de tí, la excusa delante de tí, para que no mires el error de la mujer, sino el amor de la discípula, la cual no por error, sino por dolor y amor lloraba, y por eso te dice: Señor, si tú lo tomaste, dime donde lo pusiste, que yo lo llevaré. ¿Qué es esto, mujer? Qué dices? Josef temió, y no osó tomar el cuerpo de la cruz sino de noche y con licencia de Pilato; y María no espera por la noche, ni hace caso de Pilato, sino osadamente promete, diciendo: Yo lo llevaré. ¡Oh María! Y si por ventura el cuerpo de Jesu estuviera en casa del príncipe de los sacerdotes, donde el príncipe de los apóstoles, estando calentándose con los otros al fuego, le negó ¿qué harás? Yo, dice, lo llevaré. ¡Oh maravillosa fortaleza de mujer! Oh mujer, oh mujer! Y si la sierva, portera desa casa, te preguntare algo, ¿qué dirás? Yo lo llevaré. ¡Oh inefable amor! Oh maravillosa constancia! Ningun lugar excepta, ninguno señala; sin temor dice, absolutamente promete: Dime donde le pusiste, que yo le llevaré (*k*). ¡Oh mujer! Grande es tu fe, grande tu fortaleza. Pues tú ¡oh buen Maestro! ¿por qué dejas de decir lo que se sigue: Hágase como tú quieres? ¿Por ventura has te olvidado de tu acostumbrada misericordia? No quieras, oh buen Maestro, dilatar mas el consuelo desta mujer, pues ha tres dias que espera por tí, y no tiene que comer, ni tiene con que mate la hambre de su ánima, si manifestándote tú no le das el pan de tu cuerpo; con cuyos pedazos apague la hambre de su corazon. Pues si tú no quieres que desfallezca en el camino, remedia la hambre de su ánima con la dulcedumbre deste manjar; pues tú eres pan vivo que en tí encierras toda suavidad. Porque no podrá durar mucho la vida de su cuerpo, si tú no te le descubrieres presto, que eres la vida de su ánima.

§. IV.

De cómo Cristo se dió á conoscer á la Magdalena.

No se dilató pues mucho la misericordia del Señor, ni duró mucho esta disimulacion; sino de la manera que el patriarca Josef se disimuló un poco con sus hermanos cuando fuéron á Egipto (*l*), pero en cabo, vencido de su nobleza y del amor fraternal, dulcemente se les descubrió; así este nobilísimo Señor, despues desta breve disimulacion, luego muy dulcemente se descubrió á la discípula, llamándola por su acostumbrado nombre María. ¿Qué palabras podrán aquí explicar adonde llegó el alegría, la devocion, el amor, la admiracion y el espanto que de tan grande maravilla concibió, hallando tanto mas de lo que deseaba, pues buscando el cuerpo muerto, halló á su Señor vivo y vencedor de la muerte?

(*k*) Matt. 15. (*l*) Gen. 45.

Maravilla fué cierto cómo no espiró aquí el ánima de María con tan grande materia de admiracion y alegría. ¡Oh Señor, cuán grande es vuestro poder, pues con una sola palabra podeis enriquecer y alegrar tanto un ánima! Mas no es mucho que quien con una palabra crió el mundo, con una resuscite un corazon. No huyen tan presto las tinieblas de la presencia del sol, cuanto desaparecieron todas sus tristezas con la virtud desta palabra. Las tristezas se fuéron, mas las lágrimas se quedaron, aunque trocadas las causas; porque las unas eran de dolor y las otras de alegría; aunque unas y otras procedian de su amor. Mucha familiaridad y amor le mostró el Salvador con esta palabra; pero mucho mas mostraria con el tono y aire de la voz, el cual el Evangelista no escribe, porque la palabra puédese escribir, mas no la figura de la voz.

A una palabra respondió María otra palabra, y no ménos significativa. Porque diciendo el Salvador: María, respondió ella: Maestro; conviene á saber: Maestro del cielo, Maestro del mundo, Maestro de mi ánima, Maestro de los mansos y humildes de corazon. No dijo mas que esta palabra; porque con la fuerza del afecto estaba tan atada y envarada la lengua, que no podia decir mas, habiendo tanto que decir y que preguntar sobre tan grande mudanza y tan inefable misterio. Mas el afecto que no se declaró con palabras, comenzó á declarar por obras, arrojándose á los piés del Señor, á los cuales tenia derecho por antigua posesion, y en los cuales habia hallado todo su tesoro. Lavándolos con lágrimas, halló el perdon de sus pecados (*m*); asentada par destos piés, oía la doctrina de su boca; derribada á estos piés pidió la resurreccion de su hermano (*n*); estos piés tornó á ungir en casa de Simon leproso, y agora los quiere adorar, y besar las sacratísimas señales de las llagas que veia en ellos. Asentábase María como humilde (segun el consejo del Salvador) en el lugar mas bajo del convite; y por esto no es mucho que la subiesen al mas alto, pues tomando ella los piés siempre, le daba el Señor la mano con los nuevos favores que le hacia.

Respóndele el Salvador: No quieras tocarme, porque aun no he subido á mi Padre. No rehusaba el Salvador que esta sancta mujer adorase y besase su sacratísimos piés; pues no negó esto de ahí á poco espacio á las sanctas mujeres que volvian del monumento, en cuya compañía venía la mesma María. Y esto se entiende por lo que luego dice: Aun no he subido á mi Padre. Pensaba esta sancta mujer que el Salvador era ya subido al cielo, y vuelto á su Padre, como él tantas veces habia repetido esta palabra, consolando á sus discípulos, y dándoles cuenta de su partida. Y porque presuponia que el Salvador estaba en el cielo, y que no lo habia de ver mas que aquella vez en este mundo, quiso lograrlo mas enteramente; y así se derribó á sus piés para que no se le fuese tan presto. A la cual respondió el Señor las palabras susodichas, como si dijera: No me detengas, no pienses que me voy, ni que será esta la postrera vez que me verás; porque aun acá estoy en el mundo, y estaré por algunos dias, porque no he subido á mi Padre como tú imaginas.

Y acabadas estas palabras despídela el Salvador, diciendo: Corre, ve á mis hermanos, y díles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.

(*m*) Luc. 7 et 10. (*n*) Joan. 11. Matt. 26. Marc. 14.

¿Qué mas dulce lenguaje, qué mayor significacion de humildad y amor que esta? Con mucha razon encaresce el Apóstol (*o*) esta tan grande humildad del altísimo Hijo de Dios, que no se despreció de llamar hermanos suyos y hijos de un mesmo Padre, á unos pobres pescadores, que eran como estropajos del mundo, y que poco ántes desleal y cobardemente huyeron y le desampararon en medio de sus enemigos, sin embargo de haberle visto tantas veces obrar tantos milagros. Bien paresce, Señor, que no mudastes la condicion que mostrastes en este mundo despues que lo dejastes, sino que aquella mesma suavidad y blandura que teníades ántes, teneis agora; y que el tratamiento que haciades á los vuestros estando con ellos, les haceis agora, despues que los dejastes; porque no se muda vuestro corazon con los lugares, ni se diferencia con los tiempos, ni se altera con la nueva dignidad y gloria de vuestro cuerpo y de vuestro nombre que agora teneis. Y por esto con mucha razon se deben consolar, animar y gloriar los vuestros en vos, como hermanos de tal hermano y como hijos de tal Padre, pues así los llamais vos. Y no es menor la suavidad y dignacion de las palabras que se siguen: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Porque ¿qué mayor gloria y dignidad para el hombre, que tener á Dios por padre? Y ¿qué mayor humildad para el Hijo de Dios, que tener á nuestro Dios por suyo? ¿Por cuál os debemos mas, Señor, ó porque á vuestro Padre hecistes nuestro, ó porque á nuestro Dios hecistes vuestro? Ni puede ser mayor honra que la primera, ni mayor humildad que la segunda, la cual nos mereció la gloria de la primera. Porque por el mérito de aquella tan grande humildad como fué abajarse el Hijo de Dios á hacerse hijo del hombre, nos levanta á esta tan grande gloria, que el hijo del hombre se hiciese Hijo de Dios.

De toda esta tan dulce y tan devota historia, entre otras muchas cosas, la principal que sacamos es entender el fervor con que se ha de buscar á Dios, y el fructo que alcanzan los que desta manera le buscan. Porque sin dubda así como Dios puso esta mujer en la Iglesia, por ejemplo de penitencia á los pecadores, así la propone por ejemplo de buscar á Dios para los justos. Porque los unos verán en ella cómo han de hacer penitencia, y el fructo que por ella se alcanza, y los otros la diligencia con que han de buscar á Dios, y que lo alcanzarán si así le buscaren. ¡Oh pues tú, que herido ya con el amor de Dios, aspiras á la perfeccion dese amor y de la divina sabiduría, en la cual se halla Dios! búscalo de la manera que esta mujer lo buscó; búscalo con amor, con dolor, con diligencia, con lágrimas, con instancia, y sobre todo con perseverancia, y no dudes sino que lo hallarás. Y no te parezca mucho buscarlo con tanto cuidado; porque como Dios disponga todas las cosas suavemente, quiere que los medios tengan proporcion con el fin, y así quiere que un tan gran tesoro con tan grande ansia sea buscado. No te espanten los trabajos desta jornada, no los temores de la noche, no el miedo de los soldados, que son los demonios, no la memoria de los pecados pasados, pues nada desto desmayó ni acobardó á esta sancta pecadora para insistir en su demanda, y por esto mereció primero que todos ver aquel resplandesciente sol de justicia glorioso y resuscitado: ¡Oh consuelo de pecadores! Oh esfuerzo de los que buscan á Dios! Una mujer de quien el Salvador habia lanzado siete demonios, que es, como declara Sant Gregorio (*p*), la universidad de todos los pecados, en que esta mujer estaba sumida (que sería dificultosa y fea cosa contarlos agora por sus nombres), sin embargo desto, porque buscó con tantas ansias, con tantas lágrimas y con tanta perseverancia el cuerpo de su Señor, mereció esta visitacion primero que los apóstoles, y primero que el príncipe de los apóstoles, y primero que el discípulo singularmente amado entre los otros apóstoles. ¡Oh cuánto resplandesce aqui la bondad y nobleza de Dios, y el deseo de atraer los pecadores á sí, y consolar á los que con todo su corazon le buscan, pues tales favores, tal acogimiento y tal tratamiento hace á los que se vuelven á él! En lo cual paresce cuán verdadera sea aquella palabra de Dios que por un profeta promete, diciendo (*q*): Si buscares á Dios, hallarle has cuando le buscares con todo tu corazon, y con todo el quebrantamiento de tu ánima, como vemos que esta mujer lo buscaba. Mas con esta ansia se ha de juntar la perseverancia, cual ella tambien tuvo, la cual por eso halló, porque perseveró. Por esto hacia Dios tan grande caso en los sacrificios de la ley, que no se le ofresciese animal sin cola y sin oreja (*r*); para dar á entender que lo que principalmente nos pide, es obediencia y perseverancia. Porque destas dos piezas se hace la ropa de justicia, que cubre al hombre de piés á cabeza, figurada en aquella que su Padre hizo á Josef (*s*), que era de muchos colores, y llegaba hasta los tobillos, para significar la vestidura de justicia, que se compone de diversas virtudes, y llega con el don de la perseverancia hasta el fin de la vida.

Y no desmaye el que así busca á Dios, cuando viere que se dilata el cumplimiento de su deseo; porque por eso se dilata, porque con la dilacion crezca, y el crescimiento del deseo sea motivo de mayores diligencias y de mayores merescimientos; porque el tal deseo es don de Dios, y por tal se cuenta en el libro de la Sabiduría, cuando el Sabio dice (*t*), que da Dios á los justos cobdicia entrañable de la sabiduría. Aprende pues, ó hombre pecador, desta mujer pecadora; aprende á llorar el ausencia de Dios, y desear su presencia; aprende á amar á Jesu, esperar en Jesu, buscar á Jesu y no temer ninguna adversidad, ni recebir ninguna consolacion fuera de Jesu. Búscale en el monumento de tu corazon, y revuelve la piedra de la dureza dél, y mira si está Jesus en él; y si no le hallares, busca, persevera, y llora é inclina tu cerviz, abajándote y humillándote hasta el polvo de la tierra, y torna á mirar otra vez; y ten por cierto, que si con esta fe le buscares en este monumento, y perseverares buscándole, y te inclinares humillándote, y desechares de ti por ejemplo de María toda otra consolacion fuera de Jesus, finalmente le hallarás, y en él hallarás aun en este valle de lágrimas, riquezas y consolaciones que no se pueden explicar.

CAPITULO XXI

De la subida de nuestro Salvador á los cielos.

Despues del misterio de la Resurreccion del Salvador, se sigue el postrero de su gloriosa Ascension, el cual, como dice Sant Bernardo (*a*), es el fin de todas las otras fiestas de Cristo, y dichoso término de todos sus

(*o*) Hebr. 2.

(*p*) In Evang. Hom. 33. (*q*) Hiere. 29. (*r*) Levit. 22. (*s*) Gene. 37. (*t*) Sap. 6. 8. etc. (*a*) Serm. 2. de Ascens. Domin. in princip.

caminos y trabajos. Porque él es el que descendió, y el que subió sobre todos los cielos; porque diese cabo á todas las cosas que para nuestra salvacion eran necesarias. La historia deste misterio escribe Sant Lúcas (*b*), diciendo que pasados cuarenta dias despues de la resurreccion, habiendo el Señor aparescido á los discípulos muchas veces en este tiempo, como se llegase la hora de su gloriosa subida, llamó á todos, y llevólos al monte Olivete, que es junto de Betania. ¿Quién dubdará que se hallase presente á esta fiesta la sacratísima Vírgen nuestra Señora? No era cierto razon que se partiese el Salvador un tan largo camino sin despedirse de su sanctísima Madre. ¿Habíale de ver subir en la cruz, y no le habia de ver subir á los cielos? Habia de padescer los trabajos del monte Calvario, y no habia de gozar del alegría del monte Olivete? No es esta la condicion de nuestro Señor, sino que si padesciéremos con él, reinarémos con él; y si fuéremos compañeros de sus dolores, tambien lo serémos de sus alegrías. Pues si los apóstoles, á quien tan pequeña parte cupo de los dolores de Cristo en comparacion de la Vírgen (porque dellos huyeron, dellos le negaron), fuéron convidados á esta fiesta, la bienaventurada Madre, á quien tanta parte cupo deste cáliz, ¿habia de ser excluida della? No por cierto. Allí estuvo, allí se halló, allí vió con sus ojos levantarse el fructo de su vientre sobre las estrellas del cielo.

Pues junta toda esta gloriosa compañía, comenzó el Salvador á dar órden en lo que despues de su ida los discípulos habian de hacer, y díceles así: Vosotros, discípulos mios, recebiréis en vuestras ánimas la virtud del Espíritu Sancto que vendrá sobre vosotros, y esforzados con ella, seréis testigos mios en Hierusalem, y en Judea, y Samaria, y en toda la tierra. Como si dijera: Vosotros, hijos mios y ovejas de mi manada, fuistes testigos de toda mi vida; vistes la doctrina que he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradicciones que he sufrido, los tormentos é injurias, y la muerte que por el remedio del mundo he padescido. Vistes mi resurreccion, y veréis agora mi ascension. Despues de la cual recebiréis el Espíritu Sancto, para que eternalmente more con vosotros, y con todos los que por vosotros creyeron. Pues id con la bendicion de mi Padre por todo el mundo, y predicad mi Evangelio á toda criatura (*c*). Predicad estas buenas nuevas al mundo, que yo, siendo natural Hijo de Dios, me hice hombre para hacer á los hombres dioses; que morí para matar su muerte; que resuscité para reparar su vida, y que yo subo á los cielos á aparejar su gloria. Yo os envío de la manera que me envió mi Padre (*d*). Desengañad los hombres, perdonad los pecados, y hacedlos participantes de mis merescimientos y trabajos. Decidles que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos; que teman á Dios, que se les acuerde que hay juicio, que hay otra vida, que hay paraíso é infierno; para buenos y malos, y que es Dios testigo y juez de las obras humanas.

Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos la soledad que les quedaba de todo su bien, y la orfandad de tal Padre, ¿qué sentirian, qué harian, qué dirian? ¿Cuán gran dolor, dice Sant Bernardo (*e*), y cuán gran temor, si pensais, hermanos, entró en aquellos pechos apostólicos, cuando viesen al Señor que tanto amaban, levantarse en el aire y apartarse de su compañía? Grande sin dubda era este dolor, viendo que los dejaba aquel por quien ellos habian dejado todas las cosas. Por lo cual no podian los hijos del Esposo dejar de llorar, viendo que se les iba el Esposo (*f*). Y no era menor el temor que el dolor, viendo que quedaban en medio de tantos y tan poderosos enemigos, no estando aun armados con virtud y fortaleza del cielo. Pues viéndose desta manera, ¿qué sentirian, qué harian? Unos se derribarian á sus piés, otros le besarian aquellas sacratísimas manos, otros se colgarian de sus hombros, y todos á una voz le dirian: ¿Cómo, Señor, nos dejais solos y huérfanos entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin Padre, los discípulos sin Maestro, las ovejas sin pastor, y los soldados flacos sin su capitan? ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros; dónde quedarémos sin vos? ¿Qué vida será la nuestra, faltándonos tal arrimo, tal guia y tal compañía? A todas estas querellas les respondió benignamente el Salvador, prometiéndoles la venida y favor del Espíritu Sancto, y su perpetua asistencia y providencia, que nunca jamas les faltaria.

Entre estas y otras palabras, llegándose ya la hora de la subida, comienzan los ángeles á decir aquellas palabras del Profeta (*g*): Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, vos y el arca de vuestra sanctificacion; esa arca, de donde se pagó la deuda de todo el mundo; esa arca, en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos; esa arca de sanctificacion y de amistad, por la cual fuéron los hombres sanctificados y reconciliados con Dios. Llevad pues con vos esa arca gloriosa de vuestra humanidad, para que la que fué compañera en los trabajos, lo sea en la gloria, y la que estuvo afijada en el sancto madero, reine para siempre con vos en el cielo. Levántase pues esta arca, y comienza á subir aquel cuerpo glorioso á lo alto en una nube resplandesciente. El iba subiendo, y los discípulos suspensos y atónitos de ver ir por el aire á su Elías volando, y ya que no podian seguirle con los cuerpos, seguíanle con los ojos y con los corazones. ¡Qué vista, qué atencion, qué impresion de ojos en ojos, y de corazon en corazones! Levantadas las manos en alto, dice Sant Lúcas (*h*), subia al cielo, y les daba su bendicion. ¡Oh, quién se hallara allí presente para que le alcanzara parte desta bendicion, y se despidiera deste Señor! Oh, cuán dichosa procesion esta, dice Sant Bernardo (*i*), en la cual ni aun los mismos apóstoles fuéron dignos de ser admitidos! Oh, quién fuera tan dichoso, ya que en esta procesion no se hallara, que á lo ménos estuviera presente al tiempo desta partida, y se despidiera deste Señor! Sentia muy bien esta soledad y ausencia el bienaventurado Sant Augustin, cuando dulcemente se quejaba, diciendo (*k*): Fuístete, consolador mio, y no te despediste de mí; subiendo á lo alto diste la bendicion á los tuyos, y no lo ví. Los ángeles prometieron que volverias otra vez al mundo, y no lo oí. Con estas y otras semejantes palabras significaba este sancto la soledad que sentia su ánima con la partida deste Señor. Y no ménos sentia esto el devotísimo Bernardo, diciendo así (*l*): ¿Qué tengo yo que ver con estas solemnidades? ¿Quién me consolará, Se-

(*b*) Act. 1. (*c*) Marc. 16. (*d*) Joan. 20. (*e*) Serm. 2. Ascens. ante med.

(*f*) Matt. 9. (*g*) Psal. 131. (*h*) Luc. 24. (*i*) Ubi supr. (*k*) Meditat. cap. 41. tom. 9. (*l*) Serm. 2. de Ascens. in med.

ñor Jesu, pues no te ví yo colgado en la cruz, afeado con llagas, amarillo con la presencia de la muerte; pues no me compadecí del crucificado, ni serví al muerto, para que lavara yo siquiera la sangre de tus heridas con mis lágrimas? ¿Cómo te fuiste sin saludarme, cuando vestido de ropas de gloria te subiste al cielo? Sin dubda no admitiera consolacion mi ánima, si los ángeles con alegre voz no me previnieran, diciendo (*m*): Varones de Galilea, ¿qué estáis aquí mirando al cielo? Este Señor que veis subir al cielo, desta manera tornará cuando vuelva á juzgar al mundo. Así vendrá por cierto, de la manera que subió, y no de la manera que descendió; porque descendió primero con grande humildad á salvar las ánimas, mas descenderá despues con grande gloria á resuscitar los cuerpos, y dar á cada uno segun su merescido. Verle he yo, aunque no agora, y mirarlo he, aunque no tan de cerca. Este manojo de las primicias de nuestra humanidad está ya ofrescido al Padre, y puesto á su mano derecha: despues se ofrescerá todo lo que falta.

Mas ¿qué lengua podrá explicar con cuánta fiesta y alegría fué recebida aquella sacratísima humanidad en el cielo? Costumbre era de los romanos, cuando algun señalado capitan habia hecho grandes hazañas, aparejarle un muy solemne recebimiento, rompiendo los muros por donde entrase, y acompañándole, y dando voces todo el pueblo, y predicando sus loores. Y desta manera entraba en un carro triunfal, acompañado de los captivos y prisioneros que consigo traia. Pues si esto se hace acá en la tierra, ¿qué haria aquella corte celestial á este grande capitan, que triunfó del mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno, y que tanto número de ánimas libres de captiverio traia consigo? Qué fiesta se haria aquel dia? Qué cantos, qué músicas, qué loores, qué recebimiento? Qué sería oir las voces de los ángeles y de todos aquellos cortesanos celestiales? ¡Oh Señor! ¿qué mudanza es esta tan grande? ¡Quien os vió en aquel viernes, y quien os ve en este jueves! Quien os vió en el monte Calvario, y quien os ve hoy en el monte Olivete! ¡Allí tan solo, aquí tan acompañado! Allí subido en un madero, aquí levantado sobre las nubes del cielo! Allí crucificado entre ladrones, aquí acompañado de coros de ángeles! Allí enclavado y condenado, aquí libre y libertador de condenados! Finalmente, allí muriendo y padesciendo, aquí gozando y triunfando de la mesma muerte! Caminó Jacob á la tierra de Mesopotamia por dar lugar á la ira de su hermano, y como hombre que iba huyendo, caminaba solo y pobre, sin mas que un bordon en la mano, con el cual pasó el rio Jordan. Y á cabo de cierto tiempo, tornando por allí con grande prosperidad, acordándose de la pobreza con que por allí habia pasado, levantando los ojos al cielo, dijo: Bendicto seais vos, Señor, porque con un palo en la mano pasé este rio, y agora torno con dos compañías de hombres y de ganados. Figura es esta de Cristo nuestro Salvador, el cual pasó las aguas desta vida mortal con un palo en la mano, que fué el madero de la cruz; y agora vuelve con dos compañías, una de ángeles y otra de hombres: esto es, de las ánimas de muchos sanctos patriarcas y profetas, que dende el principio del mundo esperaban por su venida, y le venian acompañando. Allí venía el innocente Abel, y el justo Noé, y el obediente Abrahan, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el prudente Josef, y el pacientísimo Job, y el manso Moisen, y el sancto Ecequias, y el elegante Esaías, y el afligido Hieremías. Entre los cuales venía el cantor celestial con su arpa en la mano, cantando delante de la verdadera arca del Testamento, convidando á los otros á que alabasen y glorificasen á este Señor, diciendo (*n*): Cantad al Señor cantar nuevo; porque ha obrado grandes maravillas. ¿Por qué (veamos) cantar nuevo? Porque ningun cantar viejo responde á esta fiesta, ni iguala con el merescimiento deste dia, y por esto nueva fiesta y nueva gloria, con nuevos loores ha de ser celebrada. Pues ¿qué cantar nuevo cantarémos? El cantar será (*o*): Mira cuán buena cosa es y cuán alegre morar ya los hermanos en uno. Estos dos hermanos son el cuerpo y el espíritu de Cristo, los cuales hasta agora vivian en diversos estados; porque el cuerpo padescia los tormentos, y el espíritu gozaba de deleites eternos. Mas en este dia ya moran los hermanos en uno, pues el cuerpo y el espíritu suben glorificados al cielo; y habiendo sido tan desiguales en la vida, participan agora una mesma gloria. Desta manera pues, con estas alabanzas, con estos cantares, y con esta tan gloriosa compañía, sube aquella sacratísima humanidad sobre todos los cielos, hasta llegar á ser colocada á la diestra del Padre. Porque el que se habia humillado mas que todas las criaturas por la obediencia y gloria del Padre, fuese sublimado sobre todas ellas, y asentado á su diestra. De modo que aquella naturaleza á quien fué dicho (*p*): Polvo eres, y en polvo te volverás; agora es levantada del polvo de la tierra, y subida sobre todos los cielos.

§. I.

De los grandes fructos que se nos siguieron de la subida del Señor á los cielos.

Como haya muchas cosas que considerar así en este misterio como en todos los pasos de la vida y muerte de nuestro Salvador, una de las mas principales y que mas mueve nuestro corazon á su amor, es ver cuán enteramente se entregó este Señor á nuestro provecho, y cómo en todas las obras que hizo, quiso ser mas nuestro que suyo, tomando para sí el trabajo, y communicándonos el provecho; y cómo finalmente dende el dia de su nascimiento hasta el de su gloriosa ascension, ningun paso dió, ninguna obra hizo que no militase para nuestro bien. Escribe Sant Juan en el Apocalipsi (*q*), que vió salir de la silla de Dios y del Cordero, un hermosísimo rio que resplandescia como un cristal, y que á la ribera deste rio nascia un árbol de vida, que daba doce fructos, segun los doce meses del año, y que las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. De manera que no habia en el árbol cosa que no fuese de provecho; pues él era árbol de vida, y el fructo era fructo de vida, y hasta las hojas eran hojas de vida. Lo cual todo á ninguna persona compete mejor que á nuestro Salvador, que es verdadero árbol de vida, y que todo cuanto en este mundo hizo y dijo, fué para darnos vida. Vino á este mundo para alumbrarnos con su doctrina; conversó con nosotros para informarnos con su ejemplo; murió por nosotros para redemirnos con su sangre; fué sepultado en un sepulcro para vencer nuestra

(*m*) Act. 1.

(*n*) Psal. 97. (*o*) Psal. 132. (*p*) Gen. 3. (*q*) Apoc. 22.

muerte; descendió al infierno para prender y saquear nuestro adversario; resuscitó despues de muerto para esperanza de nuestra resurreccion; subió á los cielos para abrirnos el camino dellos; y inviónos de ahí el Espíritu Sancto, para que mediante su virtud nos hiciese espirituales y sanctos. Así que de tal manera se entregó todo á nosotros, de tal manera nos amó y nos juntó consigo, que apénas hizo cosa alguna que no tuviesen los hombres parte en ella; porque no puede tener ninguna gloria la cabeza, que no quepa tambien su parte á los miembros.

Y por esta causa con mucha razon se compara él mismo con la gallina que cria, en el sancto Evangelio (*r*); no solo porque él nos defiende de nuestro adversario, y ampara debajo de sus alas, como hace la gallina para defender los pollos del milano, sino tambien porque así como la gallina cuando halla alguna cosa que comer, luego comienza á piar y llamar á sus pollos para que coman lo que ella descubrió, quedándose ella ayuna y flaca; así este piadosísimo Señor se hubo con nosotros, ayunando para hartarnos, empobresciéndose para enriquescernos, humillándose para levantarnos, muriendo para resuscitarnos, y padesciendo para darnos descanso; y (lo que es mas) que aun esta gloria que tomó hoy para sí, tambien la tomó para nosotros. De suerte que no ménos nos ayuda agora estando en el cielo, que nos ayudara si estuviera en la tierra. En lo cual se ve claro la diferencia que hay de la sanctidad y trabajos de Cristo, á la de todos los otros sanctos; porque estos fuéron sanctos principalmente para sí, y trabajaron para sí; mas la sanctidad y los trabajos de Cristo, de tal manera fuéron suyos, que tambien sirvieron para nuestro remedio, como lo significó el mesmo Señor, cuando dijo (*s*): Yo, Padre, sanctifico á mí por ellos, porque ellos sean sanctos de verdad. Y así todas las obras de su vida sanctísima, su nascimiento, su circuncision, su destierro, sus caminos, sus oraciones, sus lágrimas, sus ayunos, su muerte, su cruz, su sepultura, y hasta su resurreccion y ascension, todo sirvió para nuestro remedio. Porque así como la culpa del primer hombre redundó en todos nosotros, así tambien la gracia del segundo se derivó á todos. Sino que hay gran diferencia entre la destruccion y la reparacion. Porque para lo primero bastó una golosina y una desobediencia, mas para lo segundo sirvió todo lo que este Señor hizo, dende el dia que nasció hasta que subió al cielo, y lo que hará hasta la fin del mundo. Porque claro está que mucho mas dificultoso es el reedificar, que el destruir; pues para destruir un palació real basta ponerle un tizon de fuego, mas para edificarlo son menester muchas manos, mucho tiempo, y mucha hacienda. Pues á esto vino del cielo este Señor, y esto es para lo que sirvieron todas sus obras, y cuanto hizo en este mundo, y cuánto agora hace en el cielo.

Mas por ventura dirás: Ya que así sea en todas las obras deste Señor, ¿cómo se podrá eso verificar en el misterio de su ascension, pues esta subida no fué para trabajar, sino para reinar; quiero decir, no para merescernos con sus trabajos el reino del cielo, sino para gozar él eternalmente deste descanso? Y demas desto, ¿cómo puede ser provecho nuestro ausentarse este Señor de nosotros, y dejarnos en este mundo solos sin su presencia, faltarnos sus palabras, que eran palabras de vida; sus ejemplos, que eran tan grandes estímulos de virtud; y sus milagros, que eran tan grandes testimonios de la fe, como todo lo demas? ¿Cómo puede ser esto provecho nuestro, principalmente en el estado en que agora está, que es de perfecto comprehensor, donde ya no puede merescer como ántes?

Oye agora la respuesta, para que veas la parte que te cabe desta gloria, y entiendas que no ménos debes al Señor por este misterio, que por todos los otros. Para lo cual primeramente has de presuponer, que así como este Señor cuando descendió del cielo á la tierra, de tal manera descendió á la tierra que no dejó el cielo; así tambien cuando subió de la tierra al cielo, de tal manera subió al cielo, que no desamparó la tierra. Porque aunque subió segun la humanidad, no subió segun la divinidad; porque esta en todo lugar está presente. Ni aun de tal manera subió con la humanidad, que del todo nos dejase sin ella; pues así como Elías cuando se despidió del mundo dejó el palio á su discípulo Eliseo (*t*): así este Señor cuando subió al cielo, nos dejó tambien el palio de su sacratísima carne en el sanctísimo Sacramento.

Presupuesto pues este principio, veamos cuántos y cuán maravillosos fructos se nos siguieron de su subida. Primeramente, el mayor provecho que el hombre puede recebir en esta vida es aprovechar en aquellas tres virtudes altísimas y nobilísimas con que Dios se honra, que son fe, esperanza y caridad; y para todas ellas nos aprovechó grandemente el misterio desta gloriosa subida, como dice Sancto Tomas (*v*). Porque primeramente aprovechó para mayor perfeccion de la fe; porque á la condicion de la fe pertenesce que sea de las cosas que no se ven (*x*): para lo cual convenía que este Señor, que es el objecto principal de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista; para que así fuese nuestra fe de otra condicion que la de Sancto Tomé, á quien fué dicho (*y*): Porque me viste, Tomé, creiste: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.

Lo segundo aprovechónos para la esperanza de la otra vida (*z*), para la cual se nos dieron aquí certísimas prendas y seguros. Porque vemos hoy subir aquella sacratísima humanidad al cielo. Vemos aquellos miembros que poco ántes habian estado en el sepulcro, ser colocados entre los coros de los ángeles; vemos aquel cuerpo mortal ser recebido en el gremio de la inmortalidad; vemos que aquella naturaleza, á quien se cerraron las puertas del paraíso, y se defendian con la espada del querubin (*a*), sube agora sobre todos los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos (*b*).

Mas no es sola esta la prenda de nuestra esperanza, sino otra sin comparacion mayor: que es ser Cristo nuestra cabeza, y nosotros sus miembros. Pues si la gloria de la cabeza es tambien de los miembros, y si adonde está la cabeza es razon que esté el cuerpo, y esta cabeza hoy entra en el cielo: luego todos los miembros no solo tienen razon para esperar el cielo, mas ya en él tienen tomada la posesion del cielo.

Y no solo la esperanza de la gloria, que es fin de nuestro camino, sino tambien para la esperanza de todas las ayudas y medios que para esto se requieren, y para

(*r*) Matt. 23. (*s*) Joan. 17.

(*t*) 4. Reg. 20. (*v*) 3. p. q. 57. art. 1. ad 3. (*x*) Hebr. 11. (*y*) Joan. 20. (*z*) D. Thom. ubi supra. (*a*) Gen. 3. (*b*) Psal. 103.

el remedio de todas las necesidades y trabajos desta vida, que es el mayor tesoro, y la mayor consolacion que en este mundo se puede tener. Esta consolacion es una certidumbre que el hombre cristiano tiene, de que el que se quiso hacer hombre por él, es el que tiene cargo de todas sus cosas, el que siempre mira por él, el que está velando sobre sus necesidades, el que oye sus oraciones, el que habla en su favor y procura su bien. Pues quien tuvo tanta caridad, que nos buscó con tantos trabajos, y nos buscó para nos dar tantos bienes, y nunca en sus trabajos se olvidó de nosotros, ni perdió un punto de su caridad para con nosotros, ménos se olvidará estando tan sin trabajos, y estando con el mesmo amor. Los bienes ya están ganados para él y para nosotros; no los querrá negar quien los ganó tanto á su costa. Si andando en el mundo fué nuestro procurador, y oyó nuestras peticiones, no ménos las oirá estando en la silla de su poder, y en posesion de tan grandes bienes.

Lo tercero, sirve tambien esta subida del Señor para encender nuestra caridad, y levantar nuestros deseos y pensamientos al cielo (*c*); porque si son tantos y tan grandes los beneficios deste Señor, no solo en aquel poco de tiempo que anduvo en la tierra, sino los que agora y para siempre recebimos estando en el cielo (donde no ménos obra nuestra salud, haciendo oficio de abogado, que aquí la obró, haciendo oficio de Redemptor), ¿cómo no entregaremos todo nuestro amor á quien todo se entregó en todos los lugares y tiempos á nosotros? Y si, como el mesmo Señor dice (*d*), donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazon; si todo nuestro tesoro es Cristo, ¿dónde es razon que esté todo nuestro corazon sino con él? Porque así como el avariento siempre tiene su corazon en los dineros, y el ambicioso en las honras, así tambien como Cristo sea todo nuestro tesoro, nuestra honra, nuestra gloria, y todo nuestro bien (pues todas las cosas tenemos en él), claro está que poniéndonos Dios este tesoro en el cielo, nos obligó á tener allá nuestro corazon. Porque si aquel sancto Profeta, que todo su bien tenia en solo Dios, decia (*e*): ¿Qué tengo yo, Señor, que ver en el cielo, ni qué deseo yo de vos sobre la tierra? ¿Por qué no dirá otro tanto el ánima que todo su bien tiene en solo Cristo? Esto era lo que hacia á los sanctos, cuando en este mundo vivian, estar aquí con solo el cuerpo, y con el corazon y pensamiento en aquella bienaventurada region. Esto era lo que hacia al Apóstol decir (*f*) que su conversacion era en los cielos, por estar en ellos aquel por cuyo amor tenia todas las cosas del mundo por estiércol. Y á esto mesmo convida él á los colosenses en una epístola, donde dice (*g*): Hermanos, si resuscitastes ya con Cristo, buscad las cosas que están en lo alto, donde Cristo está asentado á la diestra del Padre; en estas tened vuestro gusto, y no en las de la tierra. Como si dijera: Hermanos, si imitastes ya con la novedad de vuestra vida la resurreccion de Cristo, imitad tambien el misterio de su ascension, levantando vuestro espíritu á la contemplacion y amor de las cosas del cielo. En las cuales palabras quiere el Apóstol que pues Cristo, que es todo nuestro bien, está en el cielo, allá esté tambien todo nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría y nuestro pensamiento. Quiere que de allá esperemos el remedio de nuestras necesidades, el alivio de nuestros trabajos, la lumbre para nuestros caminos, la ley de nuestra vida, y finalmente, que así como todo este mundo inferior pende del cielo y de las influencias dél, así todo nuestro espíritu esté como colgado de Cristo, que está en el cielo, y de los beneficios y favores dél. Porque los que lo contrario hacen (quiero decir, los que viven en la tierra, y tienen todas sus raices y esperanza en ella) deshacen con la obra lo que confiesan por la boca, y contradicen con sus costumbres á lo que predican con sus palabras; pues confesando por una parte que todo su tesoro, su esperanza y su remedio está en el cielo, tienen todos sus gustos, su amor y esperanzas en la tierra.

Declarando Moisen á los hijos de Israel la condicion de la tierra de promision (adonde los encaminaba), díceles así (*h*): Esta tierra que nos ha de dar el Señor no es como la de Egipto, que se riega con agua de pié, y con las crecientes del rio Nilo; sino es tierra que se riega con agua del cielo; sobre la cual tiene el Señor puestos sus ojos dende el principio hasta fin del año, para visitarla con su rocío. Pues ¿qué es esto sino darnos á entender cuán diferentes sean las suertes y los ejercicios de los hijos deste siglo, y de los hijos de Dios? Porque, como dice Sant Agustin (*i*), ni los malos tienen nada en el cielo, ni los buenos en este mundo. Y por tanto el oficio de los malos ha de ser andar siempre escarbando en la tierra, y sirviendo al mundo, donde tienen su remedio; mas el de los buenos ha de ser poner siempre los ojos en el cielo, donde está todo su tesoro, y de donde esperan su remedio, diciendo con el Profeta (*k*): Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro; mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

§. II.

De cómo debemos seguir al Salvador con los buenos deseos.

Pues segun esta doctrina, el que desea conformar la vida que vive con la fe que profesa, y responder como debe á la grandeza deste misterio, conviene que todo su corazon, sus gustos, y todos sus sentidos tenga en el cielo, pues en él está todo su bien; y aunque aquí more con el cuerpo, allí esté con el espíritu y con el deseo. Entre los hijos del patriarca Jacob, el mas amado era Josef; y como su padre, que ya le habia llorado por muerto, supiese que estaba vivo, y que era señor de toda la tierra de Egipto (*l*), fué tan grande el deseo que tuvo de verle, que se determinó de ir á visitarle, con tan firme propósito, que ni la carga de la edad (que era ya de ciento y treinta años), ni el trabajo del camino, ni la dificultad de la mudanza de tan grande casa, bastaron para divertirlo deste propósito: tanto es lo que puede el amor. Pues si esto hacia este patriarca por el amor de un solo hijo, teniendo otros muchos en casa; ¿qué sería razon que hiciesen los hombres por Cristo, pues ni tienen otro padre, ni otro bien, ni otro salvador, ni otro tesoro? ¿Por qué no lo seguirémos, á lo ménos con el corazon y con el deseo, ya que no podemos con el cuerpo? Porque una de las causas porque se ausentó de nosotros, fué porque tras dél se fuesen nuestros corazones, y morasen con él. Y en este sentido declara Sant Ber-

(*c*) D. Thom. ubi supr. (*d*) Matt. 6. (*e*) Psal. 72. (*f*) Philip. 3. (*g*) Coloss. 3.

(*h*) Deut. 11. (*i*) Sup. Psal. 72. ad v. 15. (*k*) Psalm. 120. (*l*) Genes. 45.

nardo (*m*) aquellas palabras que el Señor dijo á sus discípulos (*n*): Conviene á vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Espíritu Sancto. ¿Por qué, Señor? ¿Por ventura es contrario el Hijo al Espíritu Sancto, porque haya de impedir el uno la venida del otro? Claro está que no. Mas la causa es, porque este espíritu celestial no mora sino en corazones celestiales, los cuales, muerta la aficion de las cosas de la tierra, viven por amor y deseo en el cielo; y para que tales fuesen los corazones de los discípulos, convenía que su Maestro se subiese al cielo; para que, pues era cierto que no le habian de desamparar do quiera que fuese (pues el amor no sufre apartamiento), le siguiesen con los corazones al cielo, y así se hiciesen capaces del Espíritu Sancto. Pues por esta causa se les fué el buen Maestro; porque llevase tras sí sus corazones, y encendiese con la ausencia su deseo. El cual deseo es uno de los principales aparejos que para recebir al Espíritu Sancto se requieren. Por esta causa dice Clemente Alejandrino que crió Dios al hombre en el paraíso con la posesion y señorío de todas las cosas; porque no teniendo cosa que desear en la tierra, todo su deseo trasladase al cielo; porque á trueque de sanctos deseos suele el Señor conceder sus beneficios. Y así dice él por Isaías (*o*): Todos los que teneis sed venid á las aguas; y los que no teneis dineros, daos priesa á venir, y comprar, y comer. Venid y comprad, sin dinero y sin otra cosa de precio, vino y leche. ¿Qué es esto, Señor? ¿Cómo por una parte decis que compre, y por otra que no es menester oro, ni plata, ni cosa que lo valga? Porque sabía muy bien el Espíritu Sancto, que el precio porque se compran las cosas del cielo es el ardentísimo deseo dellas; segun que el Salvador lo mostró, cuando en una parte dijo (*p*): El que tiene sed, venga á mí, y beba; y en otra, cuando dijo (*q*): Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos se verán hartos.

Y si por ventura piensas que te piden mucho, obligándote á dejar el mundo, levanta los ojos á considerar lo que te dan por esta renunciacion. Porque no es mucho dejar tierra por cielo, bienes temporales por eternos, y criaturas por el Criador; porque todo esto se da á quien estotro deja. Ca despues que aquel Señor consintió en ser vendido por treinta dineros, quedó, como dice Cipriano (*r*), tan habituado á darse por poco, que se da al hombre, porque el hombre se da á él. De lo cual tenemos prenda segura en aquellas palabras que sobre este misterio mandó el Salvador decir á sus discípulos (*s*): Mirad que subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios. Con las cuales palabras nos entregó la posesion deste tesoro, dándonos á Dios por Padre nuestro y por nuestro Dios. Sobre lo cual dice el mesmo Cipriano (*t*), que por la parte que Dios es nuestro Dios, somos suyos; y por la que es nuestro Padre, es él nuestro. Por donde concluye, diciendo: *Homo, cujus Deus est, quid amplius quærit? Si sufficis tu Deo, sufficiat tibi Deus. Bonorum tuorum non indiget, nec conferre potes ei quicquam, nec auferre. Te solum bonitate, non necesitate, requirit.* Quiere decir: El hombre, cuyo es Dios, ¿qué mas quiere? Si tu bastas para Dios, ¿por qué no bastará Dios para tí? Esto es, si Dios se contenta contigo, ¿por qué no te contentarás tú con él? Mira que él no tiene necesidad de tus bienes; pues nada le puedes dar ni quitar. De manera que si él te busca, no te busca por necesidad, sino por su bondad. Pues ¿qué mayor riqueza que esta? Bienaventurado llaman los hombres al pueblo que está lleno de los bienes de la tierra, dice el Profeta (*v*), mas yo llamo (dice él) bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. Y si basta para tus riquezas tener á Dios por tu Dios, ¿cuánto mayor riqueza será tenerle por Padre, y á Cristo por hermano, y partir con él la mesma herencia del cielo? Pues siendo esto así, ¿qué resta sino que contentos con este bien, despreciemos todo lo demas, cumpliendo aquello que dice Sant Gregorio (*x*). Ninguna cosa nos deleite acá bajo, pues tenemos Padre en lo alto?

Y para hacer este trueque nos ayuda el mesmo Hijo de Dios y hermano nuestro, no solo ofresciéndonos esta gloria, sino ayudándonos con su gracia. Porque por esto se dice que subiendo á lo alto llevó captivo nuestro captiverio (*y*), y repartió sus dones á los hombres. Ca este captiverio eran los hombres, los cuales eran voluntariamente captivos de sus mesmos apetitos, y del mundo, y del demonio, á cuya voluntad obedescian; á los cuales de tal manera libertó, que no los dejó del todo libres, sino mudó su captiverio en otro mejor; porque donde eran captivos del demonio, hízolos captivos de Dios; dándoles gracia para que con tanta voluntad abrazasen las cosas del cielo, cuanto ántes abrazaban las de la tierra; y tan captivos tuviese sus corazones el amor de Cristo, cuanto ántes los habia tenido el amor del mundo. Y esto obró mediante los dones que nos envió del cielo; y especialmente mediante la caridad que nos dió por el Espíritu Sancto; la cual por una maravillosa é inefable manera, de tal suerte transforma y trueca los corazones donde perfectamente mora, que los aficiona mucho mas á las cosas de Dios, que nunca lo fuéron á las cosas del mundo. Lo cual manifiestamente nos declara la caridad de Sant Pablo y de todos los sanctos; porque ninguno de todos los mundanos con tanta aficion se aplicó, ni padesció tanto por las cosas de la tierra, cuanto ellos lo hicieron por los bienes del cielo. Lo cual todo se debe á este Señor, que subiendo al cielo no quiso ir sin nosotros; pues con estos garfios y cadenas de sus dones prendió nuestros corazones, y los llevó en pos de sí.

§. III.

De cómo debemos seguir al Salvador tambien con buenas obras.

Mas no nos debemos contentar con seguirle de tal manera con solos deseos, sino sigámosle tambien con nuestras obras; porque tal sea nuestra vida, que merezca la compañía de su gloria; que es el puerto de todos nuestros deseos, el fin de todos nuestros caminos y el premio de todos nuestros trabajos. Mas ¿quién será tan sabio que sepa atinar este camino? Quién tan dichoso que alcance este premio? Quién, dice el Profeta (*z*), subirá al monte del Señor? A esto responde el mismo Profeta, diciendo que el que tuviere las manos inocentes, y el corazon limpio. Esto es, aquel cuya

(*m*) Serm. 3. de Ascens. ant. med. et de cad. ser. 5. longè post med. et in Pentecost. serm. 3. in princip. (*n*) Joan. 16. (*o*) Isai. 55.
(*p*) Joan. 7. (*q*) Matt. 5. (*r*) Serm. de Ascens. Christ.
(*s*) Joan. 20. (*t*) Ubi sup.

(*v*) Psal. 143. (*x*) Lib. 18. Mor. cap. 6. (*y*) Psal. 67. Ephes. 4.
(*z*) Psal. 23.

vida fuere toda limpia, no solo en los ojos de los hombres, sino tambien en los de Dios; el que ni con malas obras escandalizare su prójimo, ni con malos pensamientos ofendiere á Dios, ese es el que merescerá subir á este lugar. En lo cual contesta con lo que Sant Juan escribe en su revelacion (*a*), diciendo que aquella ciudad soberana es toda de oro purísimo, semejante á un vidrio muy claro; y por esto que no admite en su compañía cosa sucia, como indigna de la pureza de tal lugar. Porque todas las cosas naturalmente aborrescen sus contrarios, y huelgan con sus semejantes; porque con los unos se destruyen, y con los otros se conservan. Y esto mesmo nos representan los ángeles, que esta fiesta aparescieron á los discípulos en el monte Olivete, vestidos de ropas blancas, acompañando la subida del Redemptor; para significar la pureza é innocencia de que han de estar vestidos los que han de acompañar al Señor en esta jornada. Porque (como dice Eusebio Emiseno) con el autor de la bondad no sube la malicia, y con el maestro de la humildad no sube la soberbia, ni con el amigo de la paz, la discordia, ni con el hijo de la Vírgen la deshonestidad, ni con el padre de las virtudes la fealdad de los vicios, ni con el justo los pecadores. Pues siendo esto así, entendamos (dice el mesmo) cuánta pureza conviene que tengan los que quieren entrar en la region de los justos y en el palacio real de Cristo. Si algun hombre entrase en alguna ciudad riquísima y muy resplandesciente, poblada de muy nobles y claros ciudadanos, estando él vestido de ropas sucias y remendadas, con los piés descalzos y la cara manchada, ¿cuán lleno de vergüenza y confusion andaria por esta ciudad? Pues segun esto, ¿parésceos que el resplandor de aquella ciudad celestial, poblada de tan nobles é ilustres moradores, podrá recebir en sí un ánima abominable, inficionada con el cieno hediondo de la corrupcion, trayendo consigo las vergonzosas señales de los vicios carnales, y las fealdades de sus deshonestas lujurias? ¿No está claro que la arredrarán del acatamiento de aquel Rey soberano, y le dirán (*b*): Amigo, ¿cómo entraste aquí sin traer ropa de fiesta? Y como él no tenga qué responder, luego será pronunciada contra él aquella temerosa sentencia, que dice: Atado de piés y manos (esto es, condenadas todas sus obras, y todo el curso de su mala vida) echaldo en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crugir de dientes. Procuremos pues, hermanos, que al tiempo deste juicio no halle en nosotros el juez ninguna fealdad ni malicia. Mientra vivimos en este cuerpo mortal, aparejo tenemos para lavar estas fealdades, y curar estas heridas, y soldar todas las quiebras de nuestra vida. Mas los que engañados con falsa seguridad no redimiéremos aquí nuestras culpas, despues con intolerable dolor las llevarémos ante la presencia de los sanctos, y ante la Majestad del juez temeroso. Y ¿qué será de nosotros si con tan feo hábito paresciéremos delante de aquel nobilísimo senado de todos los sanctos? ¡Qué dia será aquel, qué temor, qué espectáculo del cielo y de la tierra, cuando entre las religiosas hazañas y merescimientos de los otros se presenten nuestras fealdades! ¿Qué cosa mas intolerable, que descubrirse allí la deshonra y vergüenza de los malos, cuando se manifieste y publique la gloria de los buenos? Porque mucho mas fea parescerá la causa de los vicios en presencia de tan excelentes virtudes. Pues segun esto, ¿qué espanto será, qué miseria y tristeza, cuando la miserable ánima, avergonzada con la fealdad de las culpas antiguas, y amancillada con la torpeza de sus deshonestidades, sea presentada delante del concilio de los apóstoles y mártires, y de aquellos resplandescientes coros de ángeles; cuando vea que le ponen delante una tan prolija tela de todas las confusiones y vergüenzas de su vida; cuando por comun voz y sentencia de todos, y tambien de su mesma consciencia, se vea condenada? Todas estas cosas, hermanos, que allí no se pueden curar, aquí se pueden redimir. Trabajemos pues con todas nuestras fuerzas, porque como nuestro Salvador este dia subió al cielo con nuestro cuerpo, así nosotros, hechos miembros suyos, con sanctos deseos y obras virtuosas sigamos nuestra cabeza. Subamos en pos dél por caridad, por amor, por compuncion, por benevolencia y concordia, y subamos tambien (si os paresce) con el ayuda de nuestras mesmas pasiones. Y si me preguntáredes de qué manera podrémos con esta ayuda de las pasiones subir; respondo que esto podrá ser, trabajando cada uno de nosotros por subjectarlas, poniéndolas debajo de los piés, y domándolas con ánimo generoso. Ca desta manera harémos dellas escalones para subir á lo alto. Porque ellas mesmas nos levantarán sobre nosotros si estuviesen debajo de nosotros. Y desta manera harémos de nuestros vicios escalones para el cielo, si los pusiéremos debajo de nuestro mando. Lo susodicho es de Eusebio Emiseno. Lo cual quise escribir tan por extenso en la historia deste misterio, porque como en él hicieron mencion los ángeles de la venida del Salvador á juicio, convenía hacer tambien aquí mencion della: para lo cual sirven las palabras susodichas.

Esta pues fué la despedida de nuestro Salvador, la cual concluye el evangelista Sant Matheo con las mas dulces palabras que el mundo pudiera desear. Porque acabando el Señor de mandar á los discípulos que fuesen por todo el mundo, y predicasen la buena nueva del Evangelio, y baptizasen los hombres, y les enseñasen á guardar todo lo que él les habia enseñado, añadió estas postreras palabras (*c*): Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta que se acabe el mundo. Oh palabras divinas! Oh palabras mas dulces que la miel y mas suaves que todo licuor suave! En las cuales hallarán los tristes consuelo, los enfermos medicina, los desterrados compañía, los necesitados remedio, los tentados esfuerzo, los humildes abrigo, y los pobres y atribulados fiel socorro de todos sus males, pues á todos ellos asiste con paternal cuidado y providencia, quien por su remedio puso la vida. Y en prendas desta particular asistencia, se quedó él mesmo con nosotros en el sanctísimo Sacramento del Altar, que en todas las iglesias de la cristiandad está siempre depositado: para que por aquí entendamos que no ménos está presente á todas las oraciones y necesidades de los suyos, que lo está á los ojos corporales en este sacramento. ¿Qué resta pues sino que todos demos infinitas gracias á este amantísimo Señor, que tan enteramente se ofresció todo á nuestra salud, y que todos le alabemos con aquellas palabras con que Sant Juan Evangelista dice en su Apocalipsi que le alaban los bienaventurados en el cielo, diciendo: Bendicion, claridad, sabiduria, hacimiento de gracias, honra,

(*a*) Apoc. 21. (*b*) Matt. 22. (*c*) Matt. 28.

virtud y fortaleza sea siempre á nuestro Dios en los siglos de los siglos! *Amen.*

CAPITULO XXII.

De la venida del Espíritu Sancto

En esta gloriosa venida del Espíritu Sancto podemos primeramente considerar la inmensa bondad de nuestro Señor para con los hombres, pues habiéndoles dado ya á su unigénito Hijo, les dió agora al Espíritu Sancto. Y así como el Hijo de tal manera vino al mundo, que tambien se quedó con nosotros en el sanctísimo Sacramento, así nos dió tambien al Espíritu Sancto, para que eternalmente estuviese en la Iglesia, y en los corazones de los fieles, enseñándolos y guiándolos por camino seguro á la vida eterna. En lo cual paresce que se hubo el eterno Padre con el mundo, como una madre que cria un hijo chiquito, al cual despues que ha dado uno de los pechos, le da tambien el otro, para que no le falte mantenimiento con que se sustente.

Cuán grande sea la excelencia deste misterio, parescerá claro á quien considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador, se ordenaron á este; porque todo cuanto él en esta vida hizo y padesció, á este fin lo ordenó: como quien tanto procuró en todas las cosas nuestra salvacion, la cual consiste en morar en nuestras ánimas el Espíritu Sancto. Vese tambien esto, porque una de las cosas que mas veces el Salvador nos prometió en el Evangelio, fué esta venida del Espíritu Sancto. Y así podemos decir que una buena parte del Evangelio es profecía desta venida; y que como los profetas fuéron profetas de Cristo, así Cristo fué profeta del Espíritu Sancto: por donde entenderémos cuán alto sea el misterio, pues tal profeta meresció tener.

Vese tambien esto por la excelencia desta dádiva y por los efectos que en el ánima obra. Porque ¿qué cosa mas dulce de contemplar, que ver este divino Espíritu morar en un ánima, y estar allí alumbrándola, enseñándola, enamorándola, animándola, esforzándola, purificándola é hinchéndola de aquellos sus riquísimos dones? Pues ¿no es cosa admirable ver un Dios tan grande, tan poderoso, tan glorioso, que se quiera inclinar á morar en el hombrecillo, que hoy es y mañana desaparesce, y que él por sí mismo quiera entender en la sanctificacion y reformacion de su vida?

Mas veamos agora la historia deste misterio, como la cuenta Sant Lúcas. Dice pues él (*a*) que despidiéndose el Salvador de sus discípulos para subir al cielo, al tiempo de la partida les mandó que estuviesen en Hierusalem, hasta que fuesen vestidos y fortalescidos con la virtud y poder del Espíritu Sancto. Con este recaudo se volvieron ellos del monte Olivete al Cenáculo de Hierusalem, donde se recogió aquella innocente manada de los discípulos y discípulas del Salvador, que por todos eran ciento y veinte personas. Y de todos ellos dice el evangelista que perseveraban en oracion con María, Madre de Jesu, y con otras sanctas mujeres que seguian á este Señor. Acordábanse de aquellas palabras con que él nos exhortaba á la oracion diciendo (*b*): Si vosotros siendo malos, dais buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará el Espíritu Sancto á los que se lo pidieren? Y por este mismo medio habemos todos de negociar con nuestro Padre celestial, pidiéndole este mismo espíritu. Mas esta peticion para subir al cielo ha de ir acompañada con gemidos y deseos entrañables del corazon, pues está escrito (*c*) que el deseo de los pobres oyó Dios. Tal era la oracion destos sanctos discípulos cuando esperaban la venida del Espíritu Sancto para su abrigo y remedio. Porque veíanse huérfanos y desamparados de su Maestro, veíanse puestos en medio de tantos enemigos, entendian que el remedio destos males consistia en la venida deste segundo Maestro que esperaban, no sabían cuánto él dilataria su venida, clamaban noche y dia de lo íntimo de su corazon, diciendo: ¿Cuándo, Señor, nos habeis de enviar ese Maestro y consolador que nos prometió vuestro Hijo? ¿Hasta cuando habeis de dilatar esa tan grande misericordia? Mirad, Señor, nuestro desamparo, nuestro desabrigo, nuestra orfandad y nuestro grande peligro. Mirad que ninguna otra cosa nos queda debajo del cielo, sino esta prenda de vuestro Hijo. Nosotros somos los que perseveramos con él en todas sus tribulaciones y caminos. Por él dejamos barco y redes, y todo lo que en este mundo poseíamos; por él somos corridos é infamados entre las gentes; por él andamos á sombra de tejados, y estamos aquí encerrados, sin osar parescer entre los hombres: y no es justo que sean desamparados los que son perseguidos por vuestro amor. Y pues esta es una de las primeras honras que dais á nuestro Maestro por aquella grande obediencia suya; mostrad, Señor, en la grandeza desta gracia cuánto os agradó aquella tan perfecta obediencia.

Estas y otras semejantes palabras repetian, y esta peticion le representaban continuamente. Estaban en compañía de los discípulos aquellas piadosas mujeres que seguian al Cordero por do quiera que iba, y sustentaban con sus limosnas al que mantiene todas las criaturas. Y sobre todo, estaba allí la sacratísima Vírgen como gobernadora y presidente de aquel sagrado colegio en absencia de su Hijo, guiando aquel ganado á lo interior del desierto: que es al secreto del recogimiento y perseverancia de la oracion, como la que sabía cuánto importaba la perseverancia desta virtud para recebir al Espíritu Sancto. ¡Quién fuera tan dichoso que merescierа hallarse en aquella bienaventurada compañía, y oir aquellos gemidos, y ver aquellas lágrimas, perseverar en aquellas oraciones, mirar el rostro de aquella serenísima Reina de los ángeles, y aquellas lágrimas que de sus purísimos ojos corrian, y ver de qué manera aparejaria aquellos pechos apostólicos para la venida del Espíritu Sancto! Era ella su Esposa, secretaria de sus misterios, testigo de sus maravillas: y así sabía muy bien cómo se habian de aparejar los corazones para este huésped, y entendia que uno de los principales medios para esto era perseverar dia y noche en oracion. Porque si un tahur juega dende la prima noche hasta la mañana, sin dormir y sin cansar, con esperanza de desquitarse de lo que ha perdido, ó de ganar algo de nuevo, ¿qué mucho era hacer los hombres otro tanto por recebir el Espíritu Sancto? Ca sin dubda, si gastásemos parte de la noche luchando y porfiando en la oracion con nuestro Señor, como lo hizo el patriarca Jacob (*d*), cierto es que receberíamos la gracia de su bendicion, como él la recibió.

Estando pues los discípulos ocupados en este ejercicio

(*a*) Act. 1. (*b*) Luc. 11.

(*c*) Psal. 9. (*d*) Gen. 32.

diez dias despues de que el Salvador habia subido al cielo, descendió el Espíritu Sancto en forma de un gran viento (*e*), y en figura de lenguas de fuego, y asentóse sobre las cabezas de los discípulos. Y fué tan grande la claridad, y el amor, y la suavidad y conoscimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin salir en público, y decir á grandes voces en todas las lenguas las grandezas y maravillas dél. En otro lugar dijimos que los que se ejercitan en la consideracion de los misterios y vida de nuestro Salvador, no se han de contentar con mirar solamente aquella imágen de las cosas que se representan en la historia; sino procurar tambien de penetrar estos misterios con los ojos intelectuales del ánima, hasta llegar á entender los ánimos y pensamientos de las personas que allí se nos proponen; conjeturando por lo que se vé de fuera en el cuerpo, lo que en el ánimo está encerrado. Pues esto debemos hacer en este misterio, donde vemos unos hombres tan flacos y tan cobardes, que el mas esforzado de ellos negó á su Maestro por temor de una mozuela; y que él y todos sus compañeres estaban allí escondidos y acobardados, sin osar parescer ante los hombres. Vemos pues que en este dia descendió el Espíritu Sancto sobre ellos con tanta abundancia de sus dones y gracias, que despues de Cristo y su bendicta Madre, nadie fué tan enriquecido como ellos. Pues segun esto ¿cuál sería la luz, el amor, la suavidad, el celo de la gloria de Dios y la fortaleza que aquellos sagrados pechos recebirian? ¿Cuán grande sería el conoscimiento que por aquí recebirian de la infinita bondad y hermosura de Dios, pues no se pudieron contener sin salir á dar voces, y pregonar la grandeza de sus maravillas? ¿Qué verian aquellos en cuyas ánimas resplandescia el sol de mediodía con tan grandes resplandores? Que dirian, qué sentirian, qué gustarian y qué harian, viéndose abrasados y transformados en Dios con aquella tan grande luz? Paresce que si en aquella sazon no dieran estas voces, que reventaran y se hicieran pedazos, como las tinajas nuevas cuando hierven con el nuevo mosto. Creo tambien que fué tanto lo que alcanzaron de la bondad, y caridad y hermosura de Dios, y que lo amaron con tan grande amor, que si tuvieran mil vidas, con grandisima alegría las ofrescieran por él, los que ántes por muy pequeña ocasion desampararon á su Maestro, y lo dejaron solo en poder de sus enemigos. Creo tambien que fué tan grande el deseo que tuvieron de la gloria de Dios, y de que los hombres conosciesen y amasen esta tan grande bondad, que cada uno dellos tomara por partido ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos, como Sant Pablo lo deseaba (*f*). Y con este deseo ardian, morian, abrasábanse, y derretíanse sus entrañas con deseo de la honra de Dios y de la salvacion de sus prójimos. Y no fuéron defraudados de lo que tanto deseaban; porque con una llama de aquel fuego abrasaron allí tres mil hombres, y con otra cinco mil: y así cada dia iban abrasando el mundo, hasta que llegó esta llama á los últimos fines de la tierra, y hicieron que el Dios que solamente era conoscido (aunque mal servido) en Judea, fuese conoscido y adorado en el mundo. De manera que abrasados ellos, abrasaron los otros; inflamados los inflamaron, y sanctificados por este espíritu del cielo, sanctificaron el mundo.

(*e*) Act. 2. (*f*) Rom. 9.

CAPITULO XXIII.

La asumpcion de nuestra Señora.

Entre todas las fiestas que la sancta madre Iglesia celebra de la Vírgen nuestra Señora, esta de su gloriosa Asumpcion se puede con mas razon llamar fiesta suya. Porque en todas las otras fiestas de sus misterios, aunque fuéron muy gloriosos, siempre hubo algo de la fructa desta tierra, que es valle de lágrimas; quiero decir, que siempre hubo alguna mistura de trabajo y de dolor. Porque en la concepcion del Hijo habia que recelar la sospecha del esposo, que no sabía el misterio. En la natividad no faltaron lágrimas, así del Niño como de la Madre, viéndolo ella en lugar tan pobre y desabrigado. En la circumcision sobraba causa de dolor, viendo ella que el Niño padescia con la herida que recebia. En la adoracion de los Reyes, ya Heródes tenia determinado buscar el Niño para matarlo. Mas, en la fiesta de la purificacion, aunque fué muy gloriosa, se echó acíbar en todos los gustos y alegrías de la Vírgen, considerando lo que el sancto Simeon le profetizó, de los dolores y contradicciones que el Hijo bendicto habia de padescer. Mas en la fiesta de hoy, como no es fiesta de la tierra sino del cielo, no hay sombra ni memoria de trabajo. Antes aquí se mudan los dolores en gozos, y las lágrimas en alegrías, y las deshonras é ignominias en honras y gloria, y la tempestad de los trabajos pasados en tranquilidad y bonanza. Aquí la que se vió al pie de la cruz la mas afligida de las mujeres, se ve agora ensalzada sobre los coros de los ángeles.

La gloria desta fiesta nos representa la Iglesia en el Evangelio que se canta en ella, que trata de las dos hermanas, Marta y María Magdalena (*a*). Mas aunque la letra dél no sirve á este misterio, pero en el sentido espiritual ninguna cosa podia venir mas á propósito. Trátase en él cómo el Salvador entró en un castillo, y que una mujer, por nombre Marta, lo hospedó en su casa, y que esta tenia una hermana, por nombre María, la cual asentada á los piés del Salvador, estaba oyendo con mucha atencion sus palabras; y así una entendia en apascentar el cuerpo de Cristo con su servicio, y la otra el espíritu dél con su devocion. Todas estas cosas perfectísimamente competen á nuestra Señora, y todas declaran la grandeza del galardon que este dia recibe por ellas. De manera que ella es el castillo donde vino Cristo, ella la casa donde fué hospedado, ella la Marta que le servía, y ella la María que con silencio oia sus palabras, y la que escogió la mejor parte, que nunca le será quitada. Declaremos cada cosa destas.

Primeramente, ella fué este castillo inexpugnable por razon de su fe y fortaleza. Y así se dice della en los Cantares (*b*), que es como la torre de David, edificada con sus baluartes, y con mil escudos que están colgados della, y con todo género de armas de caballeros esforzados. Pues esta torre es el ánima desta sacratísima Vírgen, fortalescida con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto; con las cuales estuvo tan armada y fornescida, que toda la potencia del mundo, de la carne y del demonio nunca pudieron tomar una sola almena dél, porque nunca la pudieron hacer desvarar en un solo pecado venial. Mujer de carne era, en este mundo vivia, con la gente del mundo conversaba, á las necesidades de su cuerpo

(*a*) Luc. 10. (*b*) Cant. 4.

servía, sobre todos los lazos y peligros deste mundo andaba; y con todo esto tenia el Espíritu Sancto tan á recaudo este castillo (¡oh cosa de grande admiracion!), que en sesenta años de vida, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en pensar excedió en un punto el compas de la razon y de la ley de Dios. Este privilegio á sola ella, como á Madre de Dios, fué concedido; el cual ni á los apóstoles se otorgó. Porque voz es commun de todos ellos (*c*): Si dijéremos que no tenemos pecados, mentimos, y no hablamos verdad. Y por eso les dijo el Salvador que en su oracion dijesen (*d*): Perdona, Señor, nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.

Fué tambien esta Vírgen casa donde el Salvador fué recebido y aposentado. Porque aunque sea verdad que todos los justos son casas y templos donde mora Dios, mas esta Señora por otra manera mas excelente meresce este nombre, pues en ella moró Dios por especial manera; pues no solo moró en su ánima con mayor abundancia de gracia, sino tambien en su cuerpo, tomando della carne humana. Por lo cual con mucha razon se llama templo vivo de Dios, arca del Testamento, silla de la sabiduría, trono del verdadero Salomon y paraíso terrenal del segundo Adam. Esta es aquella casa que aparejó la huéspeda de Eliseo á este mesmo Profeta (*e*), que era un pequeño aposento con una cama, y mesa, y silla, y un candelero para servicio del Profeta cuando por allí pasase. Estas fuéron las alhajas con que el Espíritu Sancto aparejó el ánima desta Vírgen para hospedar al verdadero Eliseo cuando á este mundo viniese. El aposento pequeño fué su humildad, la cama es el descanso de la oracion, la mesa el fructo de las buenas obras, la silla la perseverancia, el candelero la luz del buen ejemplo y buena vida. Estos pues fuéron los aderezos de la casa donde el Salvador fué recebido. Y estos mismos ha de procurar el que desea tener á Dios en su ánima.

Tambien compete á esta Vírgen con mucha razon el nombre y oficio de Marta. Porque si Marta es la que algunas veces recebió al Salvador en su casa, y le sirvió, ¿cuánto mas lo será la que lo aposentó en sus entrañas, la que lo envolvió, cuando nasció, en pañales, la que lo reclinó en el pesebre, la que lo trajo en sus brazos, la que le dió leche á sus pechos, la que huyó con él á Egipto, la que trabajaba dia y noche para sustentarlo, la que lo siguió siempre en su vida, la que le acompañó en la muerte, y la que se halló al pie de la cruz, y della lo recebió en sus brazos, y acompañó hasta la sepultura? Si es Marta la que recoge al peregrino y viste al desnudo, ¿cómo no lo será la que tantas veces dió de comer á este nuevo peregrino, y lo vistió de nuestra humanidad? De aquella mujer fuerte escribe Salomon (*f*) que hizo una tela de lino, y la vendió, y dió un cinto al cananeo. ¿Qué tela es esta y qué cinto, sino aquella sagrada humanidad de Cristo, con la cual esta sancta mujer ciñió y estrechó al que hinche cielos y tierra? Este vestido le vendió el dia de la encarnacion; y hoy se lo pagan en el dia de su asumpcion, y le dan por él el señorío de todo el mundo.

Y no ménos compete á esta Señora el nombre de María, que de Marta. Porque si María es la que asentada á los piés de Cristo oye sus palabras, ¿cómo no lo será la que tantas veces gozó desta mesma doctrina? ¿Cuántas veces, ó serenísima Vírgen, asentada á estos mesmos piés oías desta celestial boca palabras de vida eterna? ¡Cuán de buena voluntad enseñaria tal maestro á tal discípula! Grande gusto es para el labrador sembrar en buena tierra, y para el pescador tender la red en agua fértil; y no ménos lo sería para este Maestro predicar á tales oídos. ¿Cuántas veces ella asentada á la mesa, perderia el gusto y la comida por estar suspensa, viendo comer en su pobre mesa al que mantiene los ángeles en la gloria? Cuántas veces acostada junto al Niño en la cama, perderia el sueño contemplando cómo dormia aquel Niño, que velaba gobernando el mundo? Pues si el oficio de María era contemplar en Dios, ¿cuándo esta Vírgen dejó de contemplar en él, por mas ocupada que estuviese? Si María Magdalena con tanta devocion y lágrimas lavaba los piés de Cristo, y enjugaba con sus cabellos, ¿qué pasaria en el corazon desta Vírgen cuando envolvia al Niño, y lo desenvolvia, cuando lo arrollaba, cuando lo halagaba, cuando lo calentaba y abrigaba en sus virginales pechos, y cuando despues de pasado un año masticaba la Vírgen algun bocado de mas substancia, y le ponia en la boquita del Niño? ¡Y cuán sin asco aceptaria él este servicio! ¿Con qué reverencia estaria acostada al lado del sancto Niño, teniendo su divina cara junta con aquel en cuya faz desean mirar los ángeles? ¿Y cuál podemos entender que era la pureza y sanctidad de la que para este tan alto ministerio *ab æterno* fué escogida?

Mas ya es tiempo que tratemos del galardon que se dió á tales servicios, que son los privilegios que le fuéron concedidos este dia. Entre los cuales uno fué (segun que refiere Sant Dionisio) hallarse los apóstoles presentes á la hora de su fallescimiento, lo cual sería para ella materia de grande consolacion, mas para ellos de grande soledad, viendo que ya quedaban del todo huérfanos de padre y madre. Otro privilegio fué ser llevada al cielo en cuerpo y ánima, y que su purísima carne, como la del Hijo bendicto, no padesciese corrupcion. Lo cual afirma Sant Augustin, diciendo (*g*): Aquella purísima carne de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada á los gusanos para que la comiesen, como no lo puedo creer, así no lo oso decir. Otro privilegio fué la fiesta y recebimiento tan solemne que se le haria á la salida deste mundo. ¡Oh quién se hallara en aquella procesion tan gloriosa, y gozara de aquella solemnidad! Leemos de algunos sanctos, que fuéron llevados por los ángeles con voces y cantos celestiales hasta el lugar de la sepultura, como se escribe de Sant Martin; y aun de aquel pobrecico Lázaro, dice el Evangelio (*h*) que fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; pues si esta honra se hace á los sanctos, ¿qué se haría á la Madre del Sancto de los sanctos? mayormente habiendo ella sido medianera de la gloria dellos, pues por su mano recibieron el fructo de la vida. Pues siendo esto así, ¿qué harian el dia de su triunfo, el dia que se les ofrescia ocasion para mostrar el agradescimiento y voluntad que tenian al Hijo y á la Madre? ¿Con qué alegría la saldrian á recebir en medio de esos aires? ¿Cuál sería aquel recebimiento? ¿Qué voces, qué alabanzas, qué melodías, qué músicas allí se oirian? ¿Y qué sería ver con las voces de los hombres tambien las de los ángeles, y el es

(*c*) 1. Joan. 1. (*d*) Matt. 6. (*e*) 4. Reg. 4. (*f*) Prov. 31.

(*g*) Serm. de Assumpt. B. Vir. tom. 9. a. c. 3. et deinceps.
(*h*) Luc. 16.

panto dellos cuando viesen una criatura de tan baja especie, como es una mujer, nascida y criada en este mundo, levantarse sobre todas las criaturas, y dejar á sus espaldas todos los coros de los ángeles, y poner su silla al lado de Dios? Y así maravillados desta grande novedad y gloria, comenzaron á decir (*i*): ¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, y recostada sobre su amado? Otros considerando el olor suavísimo de sus virtudes, decian (*k*): ¿Quién es esta que sube como en una vara delgada de humo de mirra, y encienso, y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes? Otros considerando la grandeza de su resplandor y hermosura, decian (*l*): ¿Quién es esta que sube á lo alto, como la luz de la mañana cuando comienza á esclarescer; hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados? Cuál sería pues aquí el alegría de los ángeles, acordándose que por medio desta Señora fuéron sus sillas reparadas? Cuál la de los profetas, viendo ya presente con sus ojos la que tantos años ántes habian visto en espíritu? Cuál la de los sanctos patriarcas, viendo aquella hija suya, cuyo resplandor alumbraba sus ánimas, cuya esperanza sostenia sus vidas, y cuya memoria los consolaba en su destierro? Desta manera pues fué recebida y llevada esta Vírgen sanctísima al trono que le tenia Dios *ab æterno* aparejado. Y aunque esta fiesta sea suya, pero tambien es nuestra; pues ella es nuestra Madre, y nuestra abogada, nuestra medianera. Porque así como el Hijo mostrando sus llagas al Padre, aboga por nosotros; así esta Señora mostrando al Hijo los pechos virginales con que lo crió, aboga por nosotros. Y como el Hijo es nuestro medianero ante la cara del Padre, así ella tambien lo es ante la presencia del Hijo, donde reside gozando de inestimables deleites, y rogando por los pecadores.

CAPITULO XXIV.

De la coronacion de nuestra Señora.

Despues de la subida de la Vírgen gloriosa al cielo, síguese luego su coronacion, que es la grandeza de la gloria que por sus merescimientos y trabajos le fué dada, que es el postrero de los misterios del rosario. En la contemplacion deste misterio, los devotos de la Vírgen se alegran con ella, y gozan en su manera de lo que ella goza. Sirve tambien este misterio para que considerando la grandeza de la gloria que tiene nuestro Señor aparejada para los piadosos merescimientos y trabajos de los suyos, se animen ellos mas á trabajar por este galardon.

La grandeza desta gloria verémos claramente cuando la misericordia de nuestro Señor nos sacare desta cárcel, y llevare á su compañía. Mas miéntras esto se dilata, podrémos por algunas conjecturas entender algo della. Porque esta gloria corresponde á los servicios desta Vírgen, y á la profundidad de su humildad, y á la alteza de su dignidad, y á la grandeza de sus trabajos. Declaremos cada cosa destas. Los servicios desta Vírgen criando y sirviendo al Hijo de Dios, y acompañándolo hasta la cruz, y hasta la sepultura, fuéron los mayores del mundo; y así por ellos le compete el mejor lugar del mundo. La humildad fué la mayor de todas, y así será tambien la gloria. Porque si Lucifer, por ser el mayor de los soberbios, cayó en el mas bajo de los lugares; la que fué mas humilde de las humildes, ¿dónde estará, sino en el mas alto lugar del mundo? Y si la honra de la madre es honra del hijo, ¿qué lugar tendrá guardado tal Hijo para tal Madre; pues la honra della es honra dél? Y si, como dice el Apóstol (*a*), cada uno recebirá el galardon conforme á sus trabajos, ¿qué corona y qué galardon recebirá hoy la que toda la vida trajo ante los ojos la cruz, y la muerte, y las persecuciones del Hijo? Y sobre todo esto, ¿qué trabajo fué para ella estar tantos años en este destierro, absente del Hijo que tanto amaba? Si la madre de Tobías se desperescia por la absencia de un hijo que mucho amaba (*b*), ¿qué haria esta Señora por la absencia tan larga de tal Hijo, y tanto mas amado? Entendia esto aquel que decia: Deseo ser desatado y verme con Cristo. De todos los sanctos se dice que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia (*c*). Pues ¿qué haria esta Vírgen siendo la mas sancta de los sanctos, y la que tanto mas deseaba verse con Cristo? Si es commun voz de todos los sanctos: así como el siervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á tí, mi Dios; solo él sabe lo que en este tiempo esta Vírgen padesceria; solo él sabe lo que sentia cuando en la oracion decia: Venga á nos, Señor, tu reino; y tambien la obediencia con que luego decia: Hágase, Señor, tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. Pues ¿por qué, Señor, quisistes que esta innocentísima Vírgen tantos trabajos padesciese, y tanto tiempo fuese mártir? Todo esto fué para nuestro provecho, como los trabajos del Hijo, así tambien los de la Madre. Quiso él que esta Vírgen fuese ejemplo y consolacion de todas las mujeres. Quiso que fuese ejemplo de las vírgines siendo Vírgen, y de las casadas siendo casada, y de las viudas y desamparadas siendo ella viuda, para que así se consolasen con su ejemplo, y le pidiesen confiadamente socorro, considerando que como el Hijo, por haber sido en este mundo perseguido y atribulado, sabe socorrer á los atribulados; así la Madre, por haber visto los trabajos de las mujeres, será commun socorro de todas ellas. Pues si el galardon de Dios ha de ser conforme á los trabajos, y á los servicios, y merescimientos, quien tales merescimientos tuvo, ¿qué galardon recebiria? No hay aquí que responder mas de lo que Sant Bernardo dice (*d*), que como la Vírgen hospedó á Cristo cuando vino á este mundo en el mejor lugar del mundo (que fué su templo virginal), así cuando ella subió deste mundo al cielo, fué aposentada en el mejor lugar del cielo (que fué á la mano derecha de su Hijo) para que así pueda ya decir, con la Esposa (*e*): A la sombra de mi amado estoy asentada, y su fructo es dulce á mi garganta.

Pues ¿cuál sería el alegría de aquel maternal corazon cuando viese ante sus ojos el Hijo tan amado y tan deseado, cuando lo adorase, y abrazase, y diese paz en su divino rostro, y viese cuán dulcemente la llamaba él y convidaba, diciendo (*f*): Levántate y date priesa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven á mí, ca el invierno es ya pasado, y las aguas y torbellinos de los dolores han cesado, y las flores han aparescido en nuestra tierra? Pues ¿qué lengua podrá explicar hasta dónde llegó esta alegría? Cuando el patriarca Jacob vió vivo á su hijo Josef muy querido (*g*), al cual tenia por muerto, y supo que era señor de toda la tierra de Egipto,

(*i*) Cant. 8. (*k*) Cant. 3. (*l*) Cant. 6.

(*a*) 2. Cor. 5. (*b*) Tob. 5. (*c*) Philipp. 1. (*d*) Serm. 1. in Assumptione B. Virg. (*e*) Cant. 2. (*f*) Ubi supr. (*g*) Gene. 46.

prorumpió en aquellas palabras de tanta alegría: Ya, hijo, moriré alegre; porque ví tu cara, y te dejo vivo. Pues segun esto, ¿qué haria esta Vírgen cuando á cabo de doce años, en los cuales dia y noche sospiraba por la presencia de su Hijo, lo viese ante sí glorioso y Señor de todo lo criado? Pues ¿qué palabras bastarán para explicar esta alegría? ¡Oh, por cuán bien empleadas daríades entónces, Señora, vuestras lágrimas, vuestros dolores, vuestros caminos y vuestros trabajos! Oh dichosas lágrimas que merescieron tal consolacion, y dichosos trabajos á que se ofresce tal galardon! Pues el alegría del Hijo en ver su dulcísima Madre ya despenada y descansada, ¿quién la entenderá? Porque cuanto era mayor la caridad del Hijo que la de la Madre, y cuanto es mayor gloria para Dios hacer mercedes, que á la criatura recebirlas, tanto fué mayor aquí el alegría del Hijo que la de su Madre, por grandísima que fuese.

Pues el lugar donde la asentaron, ¿cuál sería, en cuál de los coros celestiales sería colocada? Porque todos ellos tenian cierta manera de accion y derecho para pedirla para sí. Los hombres decian que á ellos les pertenescia, por ser del linaje humano. Los ángeles decian que á ellos pertenescia, porque aunque la naturaleza era humana, la vida fué mas que angélica. Las vírgines otrosí la pedian para su coro, porque ella fué guia y reina de las vírgines, y la primera inventora de la virginidad. Los mártires tambien la querian para sí, diciendo que ella fué mártir, y mas que mártir al pié de la cruz. Pues ya los apóstoles la piden para sí, porque fué maestra y señora dellos, y vicaria en absencia de su Hijo. Pues á todas estas peticiones se da por sentencia, que no pertenesce á la dignidad singular de la Madre de Dios estar en compañía de otros, sino que ella esté por sí sola, y haga coro por sí, donde no tenga compañía alguna, sino que sea singular en la gloria, como fué singular en la vida, y así fué colocada al lado de su amantísimo Hijo, como en figura se representó en la madre de Salomon (*h*), que entrando una vez á ver á su hijo, levantóse el hijo á recebirla, y mandó poner un trono á su lado en que la madre se asentase. Pues ¿cuánto con mayor razon el Hijo de Dios, que nos mandó honrar á los padres, asentaria á su lado su bendicta Madre, y tal Madre? Ca justo era que la que á su lado se halló al pié de la cruz penando en la tierra, se hallase á su mesmo lado gozando en el cielo, y que como en la tierra fué participante de la pena del Hijo, así agora lo fuese de la grandeza de su gloria. Y á este propósito aplica Sant Bernardo (*i*) aquello del Apocalipsi, donde dice Sant Juan que apareció en el cielo una mujer vestida del sol, la cual debajo de sus piés tenia la luna, y encima de la cabeza una corona de doce estrellas. Con mucha razon dice este sancto, que la Vírgen nuestra Señora estaba vestida del sol; porque estaba toda cercada y envestida de aquella luz inaccesible: para que entendamos que ninguna cosa habia en ella que no estuviese abrasada y encendida con amor. ¡Oh, Señora, cuán familiar, cuán vecina y cuán íntima eres á Dios! ¡Cuánta gracia hallaste en sus ojos (*k*)! El está en tí, y tú en él; tú vistes á él, y él viste á tí. Tú le vistes con la susbtancia de nuestra carne, y él viste á tí con la gloria de su Majestad. Tú vistes al sol con una nube, y él te viste con el mesmo sol. Tiene tambien la luna debajo de los piés, para que entendamos que reina sobre todo lo que es mudable. Solo Dios, que no se muda, es mas que ella. Pero lo que no es Dios, no es tal como ella. Dice mas, que tiene en la cabeza una corona de doce estrellas. Porque ¿cómo no será coronada con estrellas la que se viste del sol, y la que mas esclaresce con su resplandor á las mesmas estrellas?

(*h*) 3. Reg. 2. (*i*) Serm. sup. locum eundem. inter Serm. de B. Virg. (*k*) Luc. 1.

Pues esta Señora no es ménos grande en la misericordia que en su gloria, y así en todas nuestras necesidades nos acojamos á ella, pues ella nos fué dada por commun remedio de todos los males, y dadora de todos los bienes. Ella nos dió al reparador del cielo, al vencedor del infierno, al Salvador del mundo, á la alegría de los ángeles, á la salud de los hombres, á la corona de los sanctos y á la lumbre del paraíso. Y así como el Hijo subiendo á lo alto envió dones á los hombres (*l*), así la Vírgen hará lo mesmo, porque ni le falta poder, pues es Reina del cielo, ni tampoco voluntad, pues es Reina de misericordia y abogada de los pecadores.

CAPITULO XXV.

De cuán excelente sea la devocion del rosario de nuestra Señora, y de los quince misterios que contienen.

Pues en este libro se ha tratado hasta aquí de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, es agora de saber que entre otros muchos fructos para que sirve esta doctrina, uno dellos es saber por aquí la historia de los misterios del rosario, y por esto me paresció dar aquí brevemente la razon por la cual esta devocion es tan universal, y tan celebrada y encomendada en la Iglesia cristiana, y declarar cuáles sean los misterios que comprehende, para que con mayor estudio y diligencia los devotos de nuestra Señora se apliquen á ella.

Es pues agora de saber, que el principio de toda nuestra bienaventuranza consiste con el conoscimiento de Dios. Mas á este soberano Señor no podemos en esta vida conoscer en sí mesmo, sino en sus obras; y entre estas las mas excelentes fuéron las de la sagrada humanidad. De donde se sigue que este es el medio mas excelente que hay para venir en conoscimiento de la soberana deidad por medio de la sagrada humanidad. Y así no es otra cosa la devocion del rosario (si se platica como conviene), sino meditacion de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador y de su sanctísima Madre, los cuales andan juntos, porque en todos ellos entrevino la Vírgen nuestra Señora con su Hijo bendicto, mayormente en los de su sancta niñez.

§. ÚNICO.

Division de los misterios, y modo de tratarlos fructuosamente.

Y para los que no están ejercitados en esta devocion, advertirémos aquí que ella se reparte en quince misterios principales de la vida de nuestro Salvador y de su sancta Madre, que son cinco gozosos, y cinco dolorosos, y otros cinco gloriosos. Los cinco primeros gozosos son: la Anunciacion del Angel á nuestra Señora, la Visitacion á Sancta Elisabet, la Natividad del Salvador, la Adoracion de los Reyes magos, la Purificacion de nuestra Señora y Presentacion de su Hijo en el templo, ó cuando despues de perdido lo halló en el mesmo templo. Los cinco dolorosos son: la Oracion del Huerto, los Azotes á la columna, la Coronacion de espinas, el llevar la cruz

(*l*) Psal. 67. Ephes. 4.

á cuestas, el ser crucificado en ella, con lo cual se junta el oficio de la sepultura y la soledad de nuestra Señora. Mas los cinco misterios gloriosos son: la Resurreccion del Salvador, con el aparescimiento á la sagrada Vírgen y á los discípulos y discípulas, la subida al cielo, en la cual piadosamente creemos haberse hallado la Vírgen sanctísima, porque justo era que la que se halló presente á los dolores del monte Calvario, no caresciese de la fiesta y gloria del monte Olivete. El tercero misterio glorioso fué la venida del Espíritu Sancto, á la cual esta Vírgen se hálló presente con los discípulos y discípulas de su Hijo. El cuarto fué su gloriosa Asumpcion, y el quinto la gloria de su coronacion.

Pues el que quisiere cumplir con esta devocion, no se ha de contentar con rezar secamente las Ave Marías que el rosario comprehende, sino rezando con la boca, debe en el corazon ir rumiando y meditando estos misterios susodichos, deteniéndose en cada uno con la devocion que el Espíritu Sancto le administrare. Para lo cual le servirá todo lo que se ha tratado en este libro acerca de los misterios de la vida del Salvador; porque habiéndolos primero leido con atencion y devocion, ellos le darán motivos y consideraciones para despertar su devocion, humillándose primero, y pidiendo á nuestro Señor le quiera dar el sentimiento entrañable de lo que él en este mundo por nosotros hizo y padesció. Porque él solo es el que da á los humildes y diligentes el verdadero sentimiento destos misterios. Pues con esta devocion (que pertenesce á la gloria del Hijo y de la Madre) alcanzará el hombre la gracia y favor de ambos, para que le sean favorables en todos los negocios y trabajos desta vida, y mucho mas en el postrer trance de la muerte, para que ayudado en este paso, vaya á gozar y ver esta sancta Vírgen con su precioso Hijo en el cielo. Al cual sea honra y gloria en todos los siglos de los siglos. *Amen.*

VERSOS DE M. MARULO,

EN QUE SE TOCAN CUASI TODAS LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TRATADO DEL VITA CHRISTI: PREGUNTANDO EL CRISTIANO, Y RESPONDIENDOLE CRISTO BREVEMENTE DENDE LA CRUZ.

PREGUNTA EL CRISTIANO.

P. Piadoso y clementísimo Señor, ¿por qué te vestiste de carne humana, y quisiste bajar del cielo á la tierra?

R. Para que el hombre terreno (á quien su culpa habia derribado) pudiese con mi favor y ayuda subir dende la tierra al cielo.

P. ¿Quién á ti (que eres innocente, y estabas libre de pecado) forzó á padescer muerte y dolores por los pecados?

R. El amor grande que tuve al hombre, para que lavado él con mi sangre, se hiciese hábil para morar en el cielo.

P. ¿Por qué tienes los brazos tendidos en ese madero, y los piés juntos y traspasados con un clavo.

R. Porque de una parte y de otra llamo las gentes del mundo, y las vengo á juntar en union de una mesma fe.

P. ¿Por qué estando en esa cruz, tienes inclinada la cabeza, y los ojos húmilmente bajos y puestos en tierra?

R. Porque con esta figura enseño á los hombres á no levantarse con soberbia, sino abajar húmilmente la cerviz, y ponerla debajo de mi yugo.

P. ¿Por qué estás en esta cruz desnudo, y por qué está ese rostro y ese divino cuerpo tan consumido y tan flaco?

R. Porque con esto quise enseñarte á despreciar las riquezas y bienes deste mundo, y á padescer hambre y pobreza conmigo.

P. ¿Por qué tienes cubiertos los lomos con un velo de lienzo? ¿Qué es lo que me significa esa cobertura real?

R. De aquí quiero que aprendas que me agradan los cuerpos limpios y castos, y que aborrezco toda torpeza y fealdad.

P. ¿Qué quieren decir esas bofetadas, salivas, azotes, corona de espinas, y los otros tormentos y cruz?

R. Que tenga paciencia en las injurias, y no quiera dar mal por mal, el que desea sobre las estrellas del cielo vivir en perpetua paz.

La vida es breve, el trabajo pequeño, el galardon grande, y que durará para siempre.

Mas si alguno hay que no sienta la grandeza del premio, á lo ménos muévalo el miedo, y el horrible tormento, y horrible compañía de aquella cárcel infernal.

Y aquellos fuegos que nunca se apagan, y aquellas tinieblas que nunca resplandescen, y aquel gusano que siempre muerde, y aquella miseria que nunca cesa.

Porque tales cosas están guardadas para los que agora tiene captivos la vana honra, y el fugitivo deleite, engañándolos con diversos halagos.

Ofresciendo riquezas á los avarientos, descanso á los perezosos, torpes pasatiempos á los carnales, vino precioso á los amigos del vientre, pompa y fausto á los soberbios, y despojos á los esforzados.

Con este cebo, engañado el pueblo miserable, olvidado de su propria salud, camina derecho y corre á su perdicion.

Y ni oye mis amonestaciones, ni hace caso de mis ejemplos, y finalmente no tiene cuenta con mi juicio.

Pues cuando venga este horrible juicio, este dia será dia de ira, dia de tinieblas y de torbellinos.

Cuando los cielos se estremecerán y sacudirán de si las estrellas, que caerán del cielo en la tierra.

Entónces espantará al mundo la luna con cara sangrienta, y el sol se escurescerá, y esconderá los rayos de su luz.

Todas las cosas temblarán, y el mundo se acabará, y hasta los coros de los ángeles se estremecerán.

Una llama de fuego abrasador volará por el mun-

do, y la mar y la tierra quedarán hechos una foguera.

Entónces vendré yo con gran poder y majestad, asentado en una nube resplandesciente.

Al derredor de mi vendrán millares de sanctos gloriosos, y millares de espíritus bienaventurados.

Luego una trompeta dará un terrible sonido de lo alto, el cual rasgue las tierras, y llegue al profundo de los infiernos.

Y luego sin tardanza resuscitarán todos aquellos que perdida la lumbre de la vida, nuestra gran madre la tierra recibió en su grande gremio.

Y estará toda esta compañía resuscitada delante de mi justo tribunal, esperando con temeroso corazon la terrible sentencia de mi juicio.

Ninguna cosa secreta ni escondida pasará sin exámen, aunque sea lo que el hombre pensó dentro de su corazon.

Y segun los méritos se dará á cada uno su galardon; á unos vida perpetua, á otros muerte que nunca morirá.

O pues, hombres miserables, que estáis enredados con tantos engaños : miéntras teneis poder agora, sacad vuestros piés desos lazos.

Abrid los ojos y velad; porque el dia escuro deste tiempo no os tome desapercibidos y cargados de sueño.

Mirad con cuánta lijereza huyen y se pasan los tiempos, y cómo las horas apresuradas no saben sentir tardanza.

Dichoso aquel que emplea bien los dias de la vida, y piensa que el fin dél ó será hoy ó será mañana.

HABLA DEL CRUCIFIJO,

QUE ESTÁ Á LA ENTRADA DE LA IGLESIA, COMPUESTA EN VERSO POR LACTANCIO FIRMIANO.

«Quien quiera que por aquí pasas, y subes por estas gradas del templo, espera un poco, y pon los ojos en mí, que siendo innocente, por tus culpas tan cruel muerte padescí. Yo soy aquel que habiendo lástima de la caida miserable del género humano, vine á este mundo á ser medianero de paz, y perdon copioso de la culpa commun. Aquí se dió una clarísima luz á la tierra, aquí está la imágen de la verdadera salud, aquí soy tu descanso, camino derecho, redempcion verdadera, bandera de Dios, y estandarte real, digno de perpetua recordacion.

»Por tu causa y por amor de tu vida entré en el vientre de una Vírgen; por tí fuí hecho hombre; y por tí padescí terrible muerte, sin hallar descanso en todos los fines de la tierra, sino en todo lugar amenazas, y en todo lugar trabajos. El establo y las majadas ásperas de Judea fuéron la hospedería de mi nascimiento, y las compañeras de mi pobre Madre. Aquí entre las bestias brutas tuve una cama de paja en un angosto y humilde pesebre. Los primeros años de mi edad viví en tierra de Egipto, desterrado del reino de Heródes; y vuelto de allí, gasté los otros en Judea, donde siempre padescí hambre, siempre trabajos y extrema pobreza. Y con esto siempre trabajé por encaminar á los hombres con saludables consejos al estudio de la virtud, acompañando y confirmando mi doctrina con obras maravillosas. Por las cuales cosas la malvada Hierusalem, movida con crueles odios y rabiosa invidia, y ciega con furor, extendió sus manos contra mí, y me procuró, en una terrible cruz, muerte cruel. La cual si yo quisiera explicar por sus partes, y tú quisieres conmigo acompañarme, y sentir todos mis dolores, pon primero ante los ojos los ayuntamientos y consejos de mis enemigos, y las celadas que me armaron, y el precio vil de mi innocente sangre, y los besos fingidos de mi discípulo, y el acometimiento y los clamores de aquella cruel compañía. Piensa tambien aquellos crueles azotes, y aquellas criminosas lenguas tan aparejadas para mentir, aquellos testigos falsos, y aquel perverso juicio del ciego presidente, y aquella grande y pesada cruz cargada sobre mis enflaquescidos hombros y espaldas cansadas, y aquellos pasos dolorosos con que caminé á la mesma cruz. Y despues de puesto en ella mírame levantado en alto, desviado de los ojos de la dulce Madre, y rodéame dende los piés hasta la cabeza por todas partes. Mira los cabellos cuajados con sangre, y la cerviz ensangrentada debajo dellos, la cabeza agujerada con crueles espinas, corriendo hilos de sangre viva sobre el divino rostro. Mira tambien los ojos cerrados y escurecidos, y las mejillas afligidas, y la lengua seca y atosicada con hiel, y el rostro amarillo con la presencia de la muerte. Mira los brazos extendidos, y las manos atravesadas con clavos, y la herida grande en el costado, y el rio de sangre que mana della; los piés enclavados, y todos los miembros sangrientos. Hinca pues las rodillas, y adora este venerable madero de la cruz, y besando la tierra sangrienta con boca humilde, derrama sobre ella muchas lágrimas, y nunca me pierdas de vista, ni me apartes de tu corazon, siguiendo siempre los pasos de mi vida. Y considerando estos tormentos y esta muerte cruel, con todos los otras innumerables trabajos y dolores mios, aprende de aquí á padescer adversidades, y tener perpetuo cuidado de tu salud.»

HIMNO EN ALABANZA DE CRISTO.

«A Jesu las vírgenes castas, á Jesu la sancta juventud, á Jesu los varones, los viejos y las mujeres ancianas alabemos, en cuya fe vivimos; el cual nos favoresce y ama con amor de padre. Eterno Hijo del summo Dios, criador de las estrellas, de la tierra y de la mar, ninguna cosa encierra en sí la inmensidad del cielo, y la redondez grande de la tierra, que no sea hecho por tu diestra. Tú asentado en el seno del Padre, sustentas y gobiernas todas las cosas. Tú con tu inmensa caridad apiadado de nuestra miseria, te vestiste de cuerpo mortal, y enclavado en una áspera cruz, con tu muerte nos libraste de los fuegos eternos. Tú vencida la muerte, volviendo á tu palacio real, colocastes contigo á los tuyos en esa parte del cielo dorada. A tí canta dias y noches la compañía de los moradores del cielo. De tí da testimonio aquel eterno Espíritu, diciendo que eres único autor de nuestra salud. Tú eres reposo, lumbre, y deleite de las ánimas. Tú eres pastor y cordero, que quitas los pecados del mundo. Tú eres eterno Pontífice, poderoso para aplacar la ira del Padre soberano. Pues ¿quién no te alabará, Señor? Quién no te amará con todo su corazon? Pues ¡oh benigno Jesu! enciende, Señor, mi ánima en este amor; muéstrame ese rostro hermoso, y haz bienaventurados mis ojos con los tuyos, y no quieras negar, ó sancto amador, al que te ama, beso de paz. Tú eres Esposo de mi ánima, á tí busca ella, á tí con lágrimas llama. Tú, Sancto, habiéndola librado de la muerte con tu muerte, y herídola con tu amor, no la has de aborrescer. Pues ¿por qué la miserable no siente la dulzura de tu presencia? Oyeme, Dios mio y Salvador mio; dame corazon que te ame, pues ninguna cosa hay mas dulce que arder siempre en tu amor.»

PREAMBULO,

SOBRE LA FILOMENA DE SANT BUENAVENTURA, QUE AQUÍ SE AÑADIÓ.

Una de las mas principales llagas que por el pecado nos vinieron, y la que toda la vida habiamos de sentir y llorar, es el grande apetito que tenemos de las cosas sensuales, y el poco gusto que tenemos de las espirituales; pues para las unas tenemos el apetito tan vivo, y para las otras tan prostrado. Por tanto, así como á los enfermos (cuando tienen perdida la gana del comer) les buscamos mil maneras de manjares y guisados para despertarles el apetito, así tambien conviene hacer lo mismo con los que están espiritualmente enfermos, para encender en ellos el deseo y gusto de las cosas espirituales. Para lo cual me paresció añadir al fin deste libro la Filomena de Sant Buenaventura; lo uno por ser summario de toda la vida de Cristo (de que aquí habemos tratado), y lo otro por ser esta una muy graciosa y devota invencion que este sancto doctor buscó para despertar en las ánimas el gusto y apetito de las cosas espirituales. Y porque no desprecie el cristiano lector esta invencion, acuérdese cuán gran doctor y cuán gran prelado fué este sancto, pues á los siete años de su profesion leyó en Paris con gran fama las sentencias, y á los trece della fué electo en general de toda su órden, y despues creado obispo y cardenal. Pues este varon, por tantos títulos grande, fué tan devoto de los misterios de la sagrada humanidad, que muy grande parte de su doctrina empleó en escribir diversos tratados, dellos grandes, dellos pequeños, de la vida y muerte del Salvador; guisando este manjar celestial de muchas maneras, para que nunca pudiese dar en rostro, ni causar hastío en los lectores; y exhortando á todas las personas espirituales á la meditacion de la vida y pasion deste Señor.

Pues el argumento deste tratado es fingir que un ánima muy encendida en el amor de Cristo, y muy desconsolada por su ausencia, le envía á visitar por una filomena (que es el pájaro que llamamos ruiseñor), lo uno para que con la armonía de su voz le dé una dulce música, y lo otro para que le dé cuenta de la soledad y y tristeza que padesce por su ausencia. Mas despues de este exordio (presuponiendo que esta filomena es el ánima devota que dijimos) hace una larga comparacion del canto material desta ave, y de su muerte, con los cantares espirituales desta ánima, y con la muerte espiritual con que viene á morir juntamente con Cristo en la cruz. El escribió todo esto en verso, por ser este estilo muy acommodado á los dulces y devotos afectos, y á la materia que aquí se trata. Mas yo trasladé, no todo, sino un pedazo deste tratado, en prosa, por no saber poner esto en verso castellano como ello hubiera de ser.

FILOMENA DE SANT BUENAVENTURA.

Filomena que con tu dulce canto recreas los ánimos fatigados, y das al mundo nuevas del fin del invierno, y del principio alegre del verano, ruégote quieras venir agora á mi llamado.

Ven, y enviarte he á do yo no puedo caminar, para que con tu dulce canto recrees á mi amado, al cual yo triste no puedo agora visitar.

Por tanto ruégote, ave piadosa, quieras suplir esta falta, saludando dulcemente por mí al amado, y dándole nuevas de lo que padezco por su deseo.

Y si alguno preguntare por qué te escogí para que fueses mi mensajero, la causa es, porque leí que así tu canto como tu fin es figura de grandes misterios.

Por tanto (ó amado lector), está agora atento; porque si notares bien el canto desta ave, y le quisieres imitar, este oficio te hará presto músico celestial.

Porque desta ave se lee, que el dia que siente allegarse su muerte, se sube en un árbol alto, y ántes que el sol salga, comienza á cantar muy dulcemente.

Con su dulce canto previene la mañana, mas salido

ya el sol, á la hora de prima levanta mas la voz, y canta con mayor dulzura.

Más cuando el sol se va empinando, y el calor va cresciendo, entónces cantando se deshace, y cuanto mas alto canta, tanto mas se enciende.

Pero al mediodía, cuando el mundo arde, entónces rompe las entrañas con grandes clamores; y así da fin á su canto con grandes dolores.

Desta manera pues acabado el canto de nuestra filomena, llegada ya la hora de nona, inclinada la cabeza da fin á su vida.

Esta filomena figura es del ánima religiosa, la cual levantándose luego por la mañana, canta muy devotamente una dulce cancion.

Porque para confirmacion de su esperanza celebra un misterioso dia, cuyas horas son los beneficios divinos en que ella dulcemente contempla.

Porque la hora del alba es aquel dichoso estado en que el hombre fué por Dios criado; y la hora de prima es cuando en el mundo nasció, y la de tercia cuando con los hombres conversó.

La de sexta es cuando él quiso ser preso, y atado, escupido, herido y abofeteado, y finalmente, puesto en cruz, y en ella enclavado.

Mas la hora de nona es cuando con clamor y lágrimas espiró en la cruz, y la de vísperas, cuando su sagrado cuerpo fué depositado en el sepulcro.

Pues este es el místico dia desta espiritual filomena, la cual subiéndose en el árbol de la sancta Cruz, canta dulcemente las seis horas deste dia; y así da fin á su vida, cuando su amado esposo en la cruz espira.

Luego pues muy de mañana, levantando el corazon á lo alto, alaba y glorifica á su Criador, que tan maravillosamente la formó, diciendo:

Cuando vos, Señor, me criastes, entónces declarastes la grandeza de vuestro amor; pues ante todo merescimiento me amastes de pura gracia, y heciste participante de vuestra gloria.

¡Oh cuán maravillosa dignidad me fué aquí concedida, cuando la imágen divina fué en mi ánima impresa! Pero cresceria mas esta gloria, si la primera culpa no lo impidiera.

Porque tú, oh summa bondad, me querias tener unida contigo, y que tuviese en el cielo mi morada, tratándome en esto como hija muy querida.

Unica suavidad, única dulzura, piadoso robador de los corazones que te aman, todo lo que soy y tengo, á tí lo ofrezco, y á tí vuelvo, Señor, tu mesmo depósito.

En esta consideracion ocupa el ánima el alba deste dia, y de ahí pasa á la hora de prima, devotamente contemplando cómo nasció el Salvador en este mundo.

Aquí se derrite el ánima por amor, espantada de tan grande bondad, viendo al Criador de todo llorando en un pesebre como los otros niños.

Llora pues ella tambien, y llorando dice: ¡Oh fuente de piedad! ¿quién te envolvió en pañales de tanta pobreza? Quién te hizo darte tan de gracia al mundo, sino el amor grande que nos tuviste, y el ardor de tu caridad?

¡Oh muy dulce Niño, y Niño sin par, dichoso aquel que ahí te pudo abrazar, y besar tus piés y manos, y emplearse todo en te servir!

¡Ay de mí, que no te puedo halagar, y llorar con el que lloraba, y adorar aquellos tiernos miembrecitos, y estar siempre junto á aquel pesebre!

Pienso que el sancto Niño no se agraviara; ántes creo que como los otros niños, mirándome se sonriera, y viéndome llorar, conmigo llorara, y fácilmente mis culpas perdonara.

Dichoso aquel que en este tiempo pudiera alcanzar de la sancta Vírgen que le quisiera aceptar por su esclavillo, con tal que siquiera una vez al dia le dejara adorar y besar los sagrados piés de aquel sancto Niño.

¡Oh, cuán de buena gana yo le sirviera; cuán alegremente fuera por agua, y cuán de buena voluntad aquellos sanctos pañales lavara!

Desta manera pues, herida el ánima devota, comienza á amar la sancta pobreza; la abstinencia y la pobre vestidura, y á menospreciar la gloria del mundo.

Pues contemplando desta manera el nascimiento del Niño, y cantando cantares de alabanza en esta hora, pasa luego á la tercia, y comienza á pensar las fatigas que padesció en el mundo andando por él, y enseñando á los hombres.

Entónces ella con muchas lágrimas contempla sus trabajos, la hambre, la sed, los frios, los calores que misericordiosamente padesció por los pecadores, deseando renovar su vida y curar sus dolores.

Y ardiendo en llamas de vivo amor, da voces esta ave bienaventurada, deseando morir al mundo, á quien hiede su gloria: tanto es delicada.

Clama pues y dice: ¡Oh dulce predicador, socorro de los desterrados, y amador de los pobres, reposo de los penitentes, y piadoso consolador; á tí, Señor, han de correr el justo y el pecador.

¡Dichoso aquel á quien fué dado ser discípulo deste Maestro, y conversar siempre con él, y gustar sus palabras, en cuya comparacion todos los deleites del mundo están llenos de dolor!

Pues contemplando el ánima estos trabajos, comienza á cantar gracias al Señor, y á inflammarse mas en sus alabanzas; y desta manera se acaba la hora de tercia.

Aquí derrama muchas lágrimas, glorificando á este Señor que tantos caminos anduvo, y tanto padesció por nuestro amor.

En esta hora el ánima está como alienada y tomada de vino; mas á la hora del mediodía, cuando arde el sol, deseando ser traspasada con saetas de amor, comienza á contemplar la pasion del Señor.

Y vertiendo muchas lágrimas, pone los ojos en el Cordero delicado, Cordero sin mancilla, de espinas coronado, herido con azotes, y con clavos traspasado, y con la herida del costado todo ensangrentado.

Entónces la piadosa ánima da voces y clamores, viendo al Señor cercado de dolores, mirando su rostro amarillo, y sus ojos mortales.

Pues ¿cómo, Señor (dice), así convenía que tú, manso Cordero, padescieses muerte tan indigna? Mas así habias ordenado de vencer nuestro enemigo, y darnos esta muestra de tu grande amor.

Un anzuelo te aparejó la caridad, cuando te movió á morir por el hombre; y el cebo con que lo cubrió, fué nuestra salud, y con él te prendió.

Mas tú bien conoscias el anzuelo escondido; pero todavía quisiste caer en él, porque el amor del cebo te tenia preso.

Y así por este amor que me tuviste, de buena voluntad te dejaste prender, cuando al Padre te ofresciste, y con tu preciosa sangre lavaste mis culpas.

Por tanto, Señor, no descansaré hasta que venga á morir contigo; y de dar clamores nunca cesaré, ni este deseo se entibiará en mí.

Ni de otra manera se templará este dolor, con el cual mi corazon es atormentado, si tú ¡oh fuente de dulzura! no fueres el médico desta llaga.

Despues desto la devota ánima, ardiendo en amor, pierde las fuerzas, sin poder mas hablar; pero cresciendo esta llama, viene á caer enferma deste mal.

Y perdido ya el órgano de la voz, palpitando con la lengua, sin poder hablar, mas recompensando las palabras con abundancia de lágrimas, llora sin consuelo la pasion del Señor.

Porque en este estado nada le contenta, sino gemidos, sospiros y llantos; ni aparta los ojos de la cruz del Señor.

Y de tal manera contempla sus dolores, como si le tuviese ante sí presente; ni desvía los ojos de la sancta Cruz, porque ahí está el ojo do está el corazon.

Gemidos, y sospiros, y lágrimas, y lamentaciones son sus deleites, su comer y su beber, con los cuales esta nueva mártir acrescienta su dolor.

Llegada á este estado, desecha todo lo terreno, y el alegría del mundo tiene por veneno. Mas llegando á la nona, acaba su vida, cuando la fuerza del amor rompe su corazon.

Porque cuando se acuerda que en la hora de nona dijo el Señor: *Consummatum est*, da ella voces, diciendo que esta voz despedazó su corazon, y la hizo espirar juntamente con él.

Y no pudiendo sufrir golpe tan grande, muere (como dicho es) esta dichosa muerte; porque luego se le abren las puertas del cielo, y la hacen compañera y hermana de los sanctos.

Por esta tal muerte no hay misa de *requiem*; ántes el principio de la misa es: *Gaudeamos*. Porque si por el mártir hacemos oracion (como dice el decreto) derogamos al sancto.

Ea pues, dulce ánima, ea, dulce rosa, lirio de los valles, y perla preciosa, á quien la fealdad de la carne siempre fué penosa, dichoso tu acabamiento, y tu muerte gloriosa.

Dichosa, pues gozas del descanso deseado entre los brazos del Esposo adormecida; y con su divino espíritu firmemente unida, recibes dél besos de cumplida paz.

Ya cesan los ojos y las fuentes de lágrimas, porque ya recibes el fructo de tus obras; pues aquel por quien escapaste las ondas del siglo, con dulces abrazos consuela tu llanto.

Mas ya doy fin á este cantar, por no enfadar al cristiano lector; porque si quisiese escribir cuán delicioso es este estado, y cuán glorioso, los malos dirian que soy mentiroso.

Pero diga el mundo lo que quisiere. Mas tú, amado hermano, imita á esta mártir; y cuando tal fueres, pide al Señor, el cantar destos mártires te quiera enseñar.

Frecuentemos, hermana, este nuevo canto, porque no nos fatiguen las penas desta vida; ca el ánima que canta con esta melodía, acabada la vida la reciben Jesus y María.

Entónces cesarán los llantos y dolores entre los coros de los sanctos ángeles; porque cantando llegarás á estos coros, eternalmente unida con el Rey de los siglos.

BREVE TRATADO

EN QUE SE DECLARA DE LA MANERA QUE SE PODRÁ PROPONER LA DOCTRINA DE NUESTRA SANTA FE Y RELIGION CRISTIANA Á LOS NUEVOS FIELES (1).

AL CRISTIANO LECTOR.

QUIEN atentamente considerare la cualidad de los tiempos en que agora vivimos, verá cumplida la profecía de David (*a*): el cual dice que vendrá tiempo en que las tierras fértiles y llenas de rios y fuentes de aguas se habian de volver en páramos y sequedades; y por el contrario, que en estos sequedales y tierras estériles habian de nascer rios y fuentes de aguas, con que se habian de hacer tierras fértiles y fructuosas. Esta profecía se cumplió cuando la tierra de Judea, en la cual estaba el culto y veneracion de Dios, que daba fructo de buenas obras, se hizo tierra yerma y estéril por el pecado de su incredulidad; y por el contrario, la gentilidad, que era estéril de buenas obras, se hizo fértil y fructuosa por medio de la fe. Con cuya conversion se templó el dolor que mostró el Salvador cuando lloró sobre la ciudad de Hierusalem, viendo el azote que le estaba aparejado (*b*). Lo cual figuró el Espíritu Sancto en el casamiento del patriarca Isaac con su esposa Rebecca (*c*), á la cual amó con tan grande amor, que (segun dice la Escriptura) con él templó el dolor que tenia de la muerte de su madre Sara. Pues así nuestro verdadero Isaac, Cristo, hijo de la Sinagoga, segun la carne (cuya muerte espiritual lloró y sintió mas que su propia muerte) templó este dolor con la nueva esposa con que se desposó, que fué la iglesia de la gentilidad.

Digo pues que esta misma profecía vemos tambien cumplirse en nuestros dias, cuando Alemaña y Inglaterra, donde corrian tantas fuentes de aguas de gracia y de sabiduría, se han hecho estériles é infructuosas con sus herejías. Y en este tiempo, cuando la fe por esta parte se iba estrechando, se fué por otra dilatando por las tierras de Oriente y Occidente, y por estos nuevos mundos que en nuestros dias se han descubierto. Y así se cumple agora en estas naciones que se han depravado, el castigo que el Salvador denunció á los fariseos, diciendo (*d*): Quitarse os ha el reino de Dios, y darse ha á gente que fructifique con él.

Y como para aquella conversion de la gentilidad tomó nuestro Señor por ministros á los apóstoles y á los varones apostólicos y evangélicos, así despierta agora nuevos espíritus de sanctos religiosos franciscos, augustinos y dominicos; los cuales, movidos con celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las ánimas, se ofrescen á los peligros de la mar y trabajos de las tierras de bárbaros no conocidas, por esta causa; haciendo el oficio de aquellas nubes que el profeta Esaías (*e*) vió ir volando, y llevando consigo el agua de la gracia y de la doctrina para regar con ella las tierras estériles y secas de la gentilidad, para que así dén fructos de vida eterna: muchos de los cuales han honrado y glorificado su ministerio con la sangre que por él han derramado.

Mas porque la mies es copiosísima, y todas las naciones de gentiles están dando voces y pidiendo cristiandad, y para desmontar tantas breñas como hay en ellas eran necesarios mas obreros; la divina Providencia (que nunca falta en las cosas necesarias), ofrecida esta ocasion,

(1) Aunque este tratado se anuncia en el primer tomo, en el encabezamiento de la quinta parte de la introduccion del Símbolo de la Fe, fué preciso suprimirlo allí é insertarlo aquí para conciliar en lo posible la igualdad de volúmenes. (*a*) Psal. 106. (*b*) Luc. 19. (*c*) Gene. 24. (*d*) Matt. 21. (*e*) Esai. 60.

determinó multiplicar los obreros ; y así demas de los padres susodichos de las órdenes mendicantes, crió otra nueva religion de los padres de la Compañía de Jesu, los cuales, desocupados de todos los otros ejercicios que este ministerio les pudieran impedir, todo su estudio y trabajos emplean en el negocio de la salvacion de las ánimas, no solo en las tierras cultivadas de los fieles, sino tambien en las incultas de los herejes y infieles, navegando hasta el cabo del mundo; y esto con tanto fructo, que ya tienen ofrecidas las primicias de sus trabajos á los piés del vicario de Cristo. Y á ellos otrosí, como á los fieles obreros, ha honrado nuestro Señor con haber derramado su sangre por él, no solo entre los infieles, sino tambien entre los herejes de nuestros tiempos.

Pues viendo yo que en esta edad se abren tantas puertas entre los gentiles para la dilatacion de la fe, porque me cupiese alguna partecilla en esta obra de tanto merecimiento, quise al fin deste libro servir con mi cornadillo, escribiendo este breve tratado, en que se declara el modo que se podrá tener en enseñar y persuadir nuestra sancta fe á los infieles. Aunque acometí esto no sin alguna confusion y vergüenza mia ; porque me vino á la memoria el poco caso ó escarnio que hizo, aquel famoso capitan Annibal, de un gran filósofo, el cual no habiéndose hallado en alguna guerra, presumió tratar del arte militar delante de un capitan que tantos años habia peleado con el pueblo romano, vencedor del mundo : teniendo por loco á quien sin experiencia de la guerra trataba della ante un capitan tan experimentado. Digo esto, porque estando yo arrinconado en una celda, quiero enseñar de la manera que se podrán proponer los misterios de nuestra fe, á los que traen las manos en la masa, y á quien la divina gracia habrá enseñado lo que la especulacion sola sin experiencia no alcanza. Mas con todo eso tomé atrevimiento para lo dicho , porque en nuestra Introduccion del Símbolo, y en este Summario della, se trata de los principales misterios de nuestra fe, que han de ser explicados á los catecúmenos, ó á los infieles; y á mí pertenecia apuntar los lugares donde estos misterios están escriptos: para que de ahí tome el prudente maestro lo que sirviere para su propósito, y fuere mas acomodado á la capacidad dél que ha de ser enseñado. Por tanto nadie espere aquí de mí nuevas razones ó sentencias, porque este tratadillo no es para eso ; sino ántes es uno como reportorio de los lugares adonde se escriben las materias de lo que se ha de enseñar. Por lo cual será necesario que el prudente maestro esté visto en estos dos libros, adonde me refiero, ó á lo ménos en este Summario. Servirá tambien esta mi deligencia para despertar los ingenios de los que tienen experiencia deste oficio, para que añadan á esta escriptura lo que la experiencia y el Espíritu Sancto les hubiere enseñado ; que es el verdadero maestro desta doctrina.

BREVE TRATADO

EN QUE SE DECLARA DE LA MANERA QUE SE PODRÁ PROPONER LA DOCTRINA DE NUESTRA SANTA FE Y RELIGION CRISTIANA, Á LOS NUEVOS FIELES.

CAPITULO PRIMERO.

En que se explica el intento y propósito deste tratado.

Porque en las Indias Orientales hay algunos reyes gentiles que desean abrazar nuestra sancta fe y religion, parecióme proponer aquí alguna forma, cómo esto se pueda mas cómodamente hacer. De lo cual Sant Augustin en el cuarto tomo de sus obras hizo un tratado (*a*), de donde podrán tomar los padres que en este piadoso oficio entienden, lo que mejor les pareciere. Y porque los gentiles ántes de su conversion no dan crédito á las sanctas Escripturas, sino á la razon (que es una lumbre natural que Dios infundió en nuestros entendimientos (*b*), la cual á ningun hombre falta), por esta via deben á los principios proceder, por mas fácil. Para lo cual les podrá servir nuestro Summario del Símbolo de la fe, que por la mayor parte procede por esta via, declarando y confirmando los principales misterios de nuestra fe, por la conveniencia que la razon humana tiene con ellos. Aunque mucho mas podrán servir para esto algunos capítulos del libro cuyo es este Summario, los cuales apuntarémos aquí en sus lugares. Para lo cual conviene que el que tiene este oficio á cargo, esté resoluto en esta doctrina, para que tome della lo que mas hiciere á su propósito.

Mas ante todas las cosas debe él poner ante los ojos el fructo y merecimiento desta obra, la cual es tan grande que con ningun género de palabras se puede explicar; pues nos consta que, como dice Sant Gregorio (*c*), no hay sacrificio mas acepto á Dios que la conversion de las ánimas, cuanto mas siguiéndose de aquí la dilatacion de la fe, de la cual se sigue la salvacion de otras muchas ánimas.

Y sepa cierto que al que en esto entiende, no han de faltar grandes contradicciones y persecuciones, porque en ninguna cosa se aprovecha el demonio mas de sus fuerzas y artes, que en esta; viendo que le quieren privar de su reino y silla, que tiene tirannizada de muchos años. Mas confíe en el Señor (cuya es esta obra) y pida con gemidos y oraciones entrañables su ayuda; y sepa cierto que haciéndolo así, no le faltará el favor de aquel Señor, que á pesar de los monarcas del mundo, y de los mismos demonios y poderes infernales, fundó su Iglesia y destruyó la idolatría. No falte perseverancia y confianza, porque nunca faltará la proteccion divina. Porque pues él desea que todos los hombres se salven (*d*) y vengan al conoscimiento de la verdad, y él mismo dice que tiene otras ovejas que no son de su manada, y que á él conviene traerlas á ella, para que así venga á hacerse un corral y un pastor (*e*); no negará su favor y ayuda para la obra que él tiene determinada.

Mas así como esta obra es de grande utilidad, así no es de menor dificultad. Porque persuadir á los infieles el misterio de la sanctísima Trinidad, y de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, y del sanctísimo Sacramento del Altar, ya se ve cuánta dificultad hay en este negocio, y cuánta necesidad tiene del socorro de las oraciones continuas quien entiende en él. Por donde los que por esta via se convierten á la fe, mas se pueden llamar hijos de lágrimas y de oraciones, que de palabras y sermones, como lo fué Sant Augustin de las lágrimas de sancta Mónica su madre (*f*).

Y por razon de la dificultad que estos misterios tienen, no conviene luego proponerlos, hasta que el hombre esté mas asentado y fundado en lo que pertenece á la doctrina moral. Y porque algunos de los señores gentiles quieren que se les proponga la summa de la fe en pocas palabras, y otros quieren ser enseñados en toda nuestra doctrina; lo uno y lo otro propondrémos aquí, cuanto por el Señor nos fuere concedido. Pues habiendo de proponer la summa de nuestra fe en breve, se podrá usar del principio siguiente.

CAPITULO II.

Cómo se podrá proponer la summa de nuestra fe en pocas palabras.

El principal cuidado que debe tener todo hombre de entendimiento y razon, ha de ser de conoscer á Dios su Criador, y saber de la manera que lo ha de servir y honrar. A lo cual nos inclina la misma naturaleza. Porque así como ella imprimió en los corazones de los hijos un natural amor y reverencia para con sus padres; así tambien imprimió en el de todos los hombres, una reverencia y amor para con Dios, que es Padre de los padres, y Señor y gobernador universal de todo este mundo, y dador de todos los bienes con que se sustenta nuestra vida. Y de aquí es que por maravilla se hallará en el mundo nacion tan bárbara y tan fiera, que aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, y cómo haya de ser honrado, no tenga alguna noticia dél, y no le honre con alguna ceremonia, aunque yerre en lo uno y en lo otro.

Pues como sea cosa tan natural y tan debida, servir, amar y honrar á Dios, es necesario saber de la manera que él quiere ser legítimamente honrado y venerado. Porque hay muchas sectas en el mundo con que los hombres ignorantes pretenden honrar á Dios; de las cuales unas son supersticiosas, otras vanas, otras deshonestas, otras crueles y sangrientas, en que se derrama

(*a*) Lib. de Catechid. rudibus. (*b*) Psalm. 4. et D. Thom. sup. ipsum. (*c*) In 1. Reg. 14. (*d*) 1. Tim. 2.

(*e*) Joan. 10. (*f*) Aug. lib. 3. Conf. cap. 12.

sangre humana, las cuales todas son indignas de la majestad y bondad de Dios; pues á él ninguna cosa agrada sino la virtud y sanctidad, y ninguna desagrada sino el pecado y la maldad.

Pues segun esto el principio y fundamento de la religion cristiana (dejados por agora los otros misterios á parte) consiste en tres cosas principales. Entre las cuales la primera y mas principal es confesar que como hay un solo mundo, así hay un solo Dios que lo crió, y lo gobierna con su providencia. Asimismo conviene confesar que Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que ni hay en el mundo otra mayor, ni se puede imaginar otra mayor. Y que en él están todas las perfecciones y grandezas que el entendimiento humano puede comprehender, con otras infinitas que no alcanza. Y así confesamos que en él hay sabiduría infinita, poder infinito, bondad infinita, hermosura infinita, justicia y sanctidad infinita, y riquezas y grandezas infinitas. Y entre estas perfecciones suyas, de la que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas alabado y glorificado, es la bondad y sanctidad. Y asi aquellos espíritus soberanos que en el cielo asisten delante dél, perpetuamente lo están alabando, diciendo (*a*): Sancto, sancto, sancto es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de su gloria; que es de las obras maravillosas de su sabiduría. Y como él tanto se precia de la bondad y sanctidad, de aquí nasce ser summamente amigo de los buenos, y summamente enemigo y aborrescedor de los malos, en cuanto malos. Esta es pues la primera parte de la verdadera religion con que Dios ha de ser venerado; que es sentir alta y magníficamente de sus grandezas, confesando que en él están todas las perfecciones en summo grado de perfeccion, y sin alguna imperfeccion.

Despues desto la segunda cosa que él nos pide, es que vivamos conforme á la lumbre natural de la razon que él infundió en nuestros corazones. Porque esta sin maestro alguno nos declara cuál es lo bueno y cuál lo malo, y nos dice que debemos seguir lo uno, y aborrescer lo otro. Porque como Dios imprimió un instincto natural en la oveja, y en cualquier otro animal, con el cual conosce cuál es la yerba buena, y cuál la mala y ponzoñosa, y la inclina á comer de la una y dejar la otra, así él mismo infundió esta lumbre en nuestros corazones, que nos declara cuál sea lo bueno, y cuál lo malo y ponzoñoso, y nos mueve á procurar lo uno y huir lo otro.

Pues esta lumbre nos enseña que habemos de amar á Dios sobre todas las cosas, y á los otros hombres como á nosotros mismos. Y conforme á esto nos dice que lo que queremos para nosotros, queramos para ellos, y lo que no queremos para nosotros, no lo queramos para ellos. Esta misma lumbre natural nos declara cuáles sean las obras malas y ponzoñosas que matan nuestras ánimas, las cuales son, hurtar, adulterar, infamar, injuriar, matar, mentir, engañar, jurar el nombre de Dios en vano, y (lo que es peor) blasfemarlo. Asimismo nos enseña cuáles sean las buenas y saludables obras que dan vida á las mismas ánimas, como son honrar á Dios, y honrar tambien despues de Dios á sus ministros y sacerdotes, y á nuestros padres, y á nuestros príncipes y señores, y á nuestros bienhechores, y socorrer y hacer el bien que pudiéremos á los pobres y necesitados.

Todo esto nos enseña la ley natural, que es la lumbre que el Criador infundió en nuestros corazones, para enseñarnos á bien vivir, y para que nadie (si fuese malo) pudiese alegar ignorancia; pues dentro de si tiene el maestro que todo esto le declara. Y aunque sean muchas las cosas que Dios, mediante esta lumbre, nos manda; pero todas ellas se resumen en dos mandamientos, que son amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros prójimos como á nosotros mismos.

A estas dos cosas susodichas (en que consiste la summa de la religion cristiana) se añade otra que sirve para la guarda destas, la cual es creer que Dios tiene cuenta con las vidas y obras de los hombres, para dar á cada uno segun su merescido; á los malos castigo y pena, y á los buenos gloria perdurable. Porque como él sea summamente bueno y sancto, y esta sea (segun dijimos) la perfeccion de que él mas se precia, síguese que él ha de ser summamente amigo de los buenos, y summamente enemigo de los malos, y así dará á cada uno su pago conforme á la vida que hubiere vivido. De lo cual se trata en e capítulo que se signe.

Y de aquí se infiere la inmortalidad de las ánimas, para que en ellas se ejecuten las leyes de la divina justicia; porque de otra manera no se podrian salvar. Esta doctrina pertenece á la divina Providencia, que tiene cuenta con los buenos y con los malos, de la cual se trata copiosamente en la primera parte de nuestra Introduccion del Símbolo en el capítulo treinta y seis, de donde podrá el maestro tomar lo que le pareciere necesario.

Mas volviendo al propósito, qué tan grande sea la gloria que en la otra vida se dará á los buenos, no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Porque si en este mundo (donde tantas ofensas se hacen á Dios) crió él cosas tan hermosas y tan vistosas, como es la verdura de los campos, la frescura de las arboledas, la hermosura de las flores y de las aves, de las fuentes, del oro, de la plata, de las piedras preciosas, y sobre todo la hermosura de los cielos, del sol, de la luna, y de tan grande número de resplandescientes estrellas, ¿qué tendrá allá desotra banda del cielo, donde él mora, para gloria de sus escogidos? Pues si la divina magnificencia tales cosas da aun á los viciosos, ¿cuáles tendrá guardadas para los virtuosos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores dará á quien los hubiere merescido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto mas será en pagar los servicios? No se puede comprehender la gloria que dará á los agradescidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Mas la grandeza del castigo y pena que él tiene aparejada para los malos (que son los quebrantadores desta ley natural que está dicha), tampoco se puede explicar con palabras. Porque como Dios sea summamente bueno, como tiene summo amor á los buenos, así tiene summo aborrescimiento á los perversos y malos. Por donde como es incomprehensible la gloria que tiene aparejada para los unos, así lo es tambien la pena que tiene deputada para los otros. Lo uno y lo otro declara Sant Augustin por estas palabras (*b*): Como ningun gozo desta vida puede igualarse con el gozo de los buenos en la gloria, así ninguna pena hay tan grande en este mundo, que iguale con la que los malos padescen en el infierno. Porque en este malaventurado lugar hay fuego

(*a*) Esai. 6.

(*b*) Serm. 181. de tem. In Append. ver. 39. cap. 18. tom. 10. et alibi sæpe.

abrasador, frio intolerable, tinieblas palpables, hedor incomportable, gusano inmortal, blasfemias rabiosas, perpetuas maldiciones, vision de dragones y serpientes, y desesperacion de todos los bienes. Y sobre todo esto hay allí muerte sin muerte, dolor sin remision, arrepentimiento sin fructo, y penitencia sin esperanza de perdon.

§. ÚNICO.

Doctrina de la resurreccion universal.

Si sobre lo dicho quisiere el maestro tratar de la resurreccion de los cuerpos, y del dia del juicio, puédelo continuar, diciendo así:

Demas de lo dicho confiesa la fe y religion cristiana la resurreccion general de todos los cuerpos. Porque quiere aquel justísimo Juez, que así como los buenos con cuerpos y ánimas trabajaron en el servicio de su Criador, así en ambos sean galardonados; y como los malos tambien con ambas cosas le ofendieron, en ambas sean penitenciados; porque tenga el cuerpo su parte en la pena, pues la tuvo en la culpa, ántes él por la mayor parte fué la causa della. Ni se puede decir que esto sea imposible á Dios; porque el que de un poco de sangre de una mujer formó nuestro cuerpo en las entrañas de la madre, con todos los miembros, y sentidos, y órganos que tiene, tambien lo podrá volver á renovar del polvo y ceniza en que se resolvió, cuando quisiere. Y el que de una pepita de un naranjo crió un árbol, y de un piñoncillo un pino tan grande, y finalmente quien de nada crió este tan grande mundo, mucho mas podrá de la tierra en que el cuerpo muerto se convertió, volver á rehacerlo.

Pues el dia señalado en que todos estos cuerpos han de resuscitar, es el postrero del mundo, en el cual han de ser juzgados y sentenciados todos los hombres conforme á sus obras. Mas ántes deste dia precederán grandes y espantosas señales que denuncien el fin del mundo. Porque así como cuando el hombre (que se llama mundo menor) está para morir, comienzan á desfallescer y dar señal de la muerte vecina todos los miembros del cuerpo: levántase el pecho, acórtase el anhélito, hiélanse las piernas, enronquécese la voz, afílanse las narices, escuréscense los ojos, demúdase la color del rostro, y todos los otros miembros comienzan á sentir su fin; así cuando el mundo mayor (que es este en que vivimos), despues de cumplido el número de los escogidos que han de poblar el cielo, se haya de acabar, han de preceder señales y alteraciones grandes en todas las principales partes dél: esto es, en el cielo, en la tierra, en la mar, en el aire, y en los mismos hombres que son la principal parte dél. Entónces el sol se cubrirá de tinieblas, y la luna se teñirá de sangre, y las estrellas parecerá que caen del cielo, y el aire estará lleno de truenos y relámpagos temerosos; la mar dará horribles bramidos, que sonarán de muy léjos, y levantará sus olas tan alto, que parecerá haber de cubrir la tierra. Con las cuales cosas los hombres andarán como alienados y fuera de sí, transidos y descoloridos por los grandes temores que destos pronósticos concibirán. Y ántes desto arderá el mundo con disensiones y guerras, y habrá grandes temblores de tierra, y pestilencias, y hambres, y otras señales espantosas del cielo.

Estando pues el mundo en este estado, enviará el Juez soberano un arcángel, el cual con el sonido de una grande trompeta llamará á todos los hombres vivos y muertos para que vengan á juicio. Y á este terrible sonido, por virtud de aquel omnipotente Señor, que de nada crió este tan grande mundo, resuscitarán todos los hombres que son, fuéron y serán, y todos se juntarán en el lugar que para esto la divina justicia señalará, donde estarán todos desnudos é iguales, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes; y los reyes potentísimos se hallarán allí tan solos, cuanto aquí estuvieron acompañados; y tan humildes, cuanto aquí estuvieron ensalzados; y tan pobres, cuanto aquí estuvieron ricos y poderosos. Todos ellos estarán allí temblando y esperando la suerte que les ha de caber. Entónces descenderá del cielo el Hijo de Dios con gran poder y majestad, acompañado de todos aquellos espíritus soberanos, para juzgar el mundo y dar á cada uno su merecido segun la vida que vivió.

Lo cual todo por virtud de Dios se hará en muy breve espacio. Y á los buenos dirá (*c*): Venid, benditos de mi Padre, etc. Y por el contrario á los malos: Id, malditos, al fuego eterno, donde para siempre arderán en vivas llamas, despedidos de la compañía de Dios y de todos sus escogidos, donde desearán la muerte, y la muerte huirá dellos. Y su oficio perpetuo será maldecir y blasfemar del cielo y de la tierra, y de los padres que los engendraron, y de la vida que vivieron, y de cuanto en este mundo mal gozaron.

Esta materia bien tratada sirve grandemente para atemorizar los corazones de los hombres. Porque tratándola el Apóstol ante el presidente Féliz (*d*), el cual, como gentil, no daba crédito á los misterios de nuestra fe, con todo eso dice la Escriptura que se estremeció todo por temor de lo que habia oido al Apóstol desta materia. Y este temor dispone mucho los corazones para recebir la fe, que es principio para librar deste tan grande mal.

Esta pues parece que será la manera que se podrá tener para declarar la summa de nuestra religion á los que quieren saberla.

CAPITULO III.

De la manera en que se deben proponer en particular los misterios de nuestra fe á los que pretendemos catequizar: que es introducirlos en el conoscimiento della.

En el capítulo pasado dijimos cómo se debe aparejar el buen maestro cuando pretende atraer á los que han sido infieles al conoscimiento de los misterios de nuestra fe. Agora dirémos cómo se debe aparejar el que la quiere recebir. Y primero debe ser preguntado, qué es lo que le mueve á ser cristiano. Y si entendiere que es algun interese y provecho humano, débelo desengañar, y decirle que no entra por la puerta que debe, para recebir la fe. Porque si á este le mueven respectos, ó temores, ó intereses humanos, cuando esos le faltaren, tan fácilmente desechará la fe, como la recibió. Procure pues el maestro de rectificarle su intencion, diciéndole que su intento sea servir y glorificar á Dios su Criador y Señor, y salvar su ánima, y librarla de las penas que han de padescer todos los malos.

Y porque el negocio de su salvacion es el mayor de cuantos negocios hay en el mundo, conviene que se disponga para recebirlo con grande humildad; porque Dios es amigo de los humildes, y enemigo de los soberbios

(*c*) Matth. 25. (*d*) Act. 24.

que confían en sí mismos y en sus ingenios (a). Por tanto se debe humillar ante aquella soberana Majestad, y entender que dél le ha de venir la luz y el conoscimiento desta tan importante verdad. Porque así como todos los bienes y fructos de la tierra proceden del movimiento de los cielos, así entienda que todos los bienes espirituales del ánima tambien nos vienen de allá. Porque como sea mayor cosa el buen sér que el sér; si este sér natural y corporal nos viene de lo alto, mucho mas ha de venir dese lugar lo que pertenece al buen sér, que consiste en el conoscimiento y amor de nuestro Criador. Y por esto debe el hombre (como está dicho) humillarse y pedirle esta luz con que alcance el conoscimiento desta verdad.

Requiérese tambien de su parte, que al principio esté dócil, y crea lo que se le dijere. Porque (como dicen los filósofos) conviene que el que comienza á aprender, crea al maestro que le enseña, aunque por entónces no le dé la razon de las cosas; porque despues cuando mas entrare en la ciencia entenderá la razon dellas, por la dependencia que tienen unas de otras.

Tambien es necesario que no quiera saber luego toda la doctrina de la fe junta; porque en ella hay muchas cosas que saber, y si él lo quisiere abarcar todo de una vez, confundirse ha con la muchedumbre dellas. Y por tanto debe ir poco á poco procediendo á este conocimiento; porque ellas tienen tal dependencia y consecuencia entre sí, que las unas van dando luz á las otras. Y porque en esta doctrina hay unas cosas mas claras, y otras ménos claras, comenzarémos por las mas claras y fáciles, y despues procederémos á las demas.

CAPITULO IV.

Cómo en este mundo hay un solo Dios y Señor, y que es imposible haber muchos dioses; y cómo es necesario que haya alguna verdadera religion con que él sea servido y honrado.

Presupuestos los avisos susodichos, comenzará el maestro á doctrinar su catecúmeno, siguiendo (si le pareciere) la órden de las partes de nuestro Summario, y tomando dél lo que mas hiciere á su propósito, como aquí le irémos apuntando. Y primeramente le propondrá las tres sentencias y verdades siguientes.

La primera, que en este mundo hay un soberano Rey y Señor, que es Dios, el cual es la cosa mas alta y mas perfecta de cuantas el entendimiento humano puede comprehender (como en el capítulo precedente declaramos). Para prueba desto sirven las demonstraciones que al principio del primer tratado de nuestro Summario pusimos, de las cuales escogerá el maestro las que le parecieren mas acommodadas á la capacidad de su discípulo.

Y puesto caso que no se vea este soberano Señor con ojos corporales, no por eso deja él de ser el que es. Porque no hay cosa mas cierta que tener nosotros ánima en nuestros cuerpos (pues por ella vivimos, y nos movemos y sentimos, y sin ella todo esto falta), y con saber cierto que la tenemos, no por eso la vemos; por ser ella substancia espiritual é invisible, como es el mismo Dios á cuya imágen fué ella criada; mas conocémosla por sus efectos, como conocemos que en este mundo hay un supremo gobernador, por los efectos que vemos en él, tan acomodados á la conservacion y sustentacion de nuestra vida, aunque no lo veamos.

Lo segundo conviene presuponer que este soberano Señor tiene providencia de todas las cosas criadas, para conservarlas en sus naturalezas, y encaminarlas á sus fines, y á todo lo que conviene para su conservacion. Porque primeramente él tiene providencia de todos los brutos animales, dándoles todas las habilidades y inclinaciones que sirven para su conservacion: esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse de los peligros, y para la cura de sus enfermedades, y para la criacion de sus hijuelos; como mas largamente está declarado en el primer tratado deste Summario.

La segunda verdad es, que este soberano Señor tiene especial providencia de las cosas humanas. Porque primeramente la tiene de nuestros cuerpos, para los cuales singularmente crió muchas cosas que no sirven para los otros animales, sino para solo el provecho y recreacion del hombre; como mas largamente queda declarado en el primer tratado deste mismo Summario, que trata de la divina Providencia. De donde se infiere, que si tiene providencia de los cuerpos, mucho mas la tendrá de las ánimas. Porque como sea verdad que los cuerpos se criaron para servicio de las ánimas, si la tiene de los cuerpos que son semejantes á las bestias, ¿cómo no la tendrá de las ánimas, que son hechas á su imágen y semejanza? Y si es verdad que el cuerpo es el esclavo, y el ánima la señora, ¿cómo ha de tener mas cuidado del esclavo que de su señora?

Y si contra esto se alegaren los desconciertos y desórdenes de la vida humana, á esto se responde que es diferente la providencia que Dios tiene de los brutos, de la que tiene de los hombres. Porque la de los brutos es siempre de una manera; porque como ellos no tienen libre albedrío, no hay en ellos bien ni mal moral, para ser merecedores de castigo ó de galardon. Mas en el hombre es lo contrario; porque como tiene este albedrío, puede usar bien y mal dél, ó guardando las leyes y mandamientos divinos, ó quebrantándolos. Y por tanto la providencia que tiene de los hombres, es conforme al mérito ó demérito dellos, galardonando los buenos, y castigando los malos, á veces en este mundo, y despues en el otro, conforme las leyes de su justicia.

Porque cónstanos que lo que es un rey en su reino, es Dios en este gran reino del mundo que él crió. Por donde si el buen rey guarda justicia en su reino, castigando los malos y honrando los buenos (porque de otra manera sería tiranno), ¿cuánto mas aquel Rey soberano (que es summamente justo y perfecto en todas sus obras) guardará justicia en este su grande reino, galardonando los fieles y obedientes siervos, y castigando los rebeldes y desobedientes? Y porque esto no se hace siempre en esta vida (pues vemos muchos buenos perseguidos y maltratados, y muchos malos por el contrario ricos y prosperados), síguese necesariamente que lo que no se hace en esta vida, se ha de hacer en la otra; para que así tenga lugar la divina justicia. Y por esta razon alcanzaron algunos filósofos gentiles (como fué Plutarco), que nuestras ánimas eran inmortales; para que despues de salidas del cuerpo se ejecutasen en ellas las leyes de la divina justicia. Por lo cual dice este filósofo que la divina Providencia y la inmortalidad de las ánimas andan juntas, y se concluye la una de la otra. Esta es pues la

(a) Prov. 3. Jacob. 4.

mayor consolacion y esfuerzo para bien obrar que tienen los buenos; saber que está su galardon cierto y seguro en Dios. Y este es el mayor azote y tormento que padescen los malos, entender que hay Dios, que es justísimo juez, el cual ha de castigar sus torpezas, y tiranías, y maldades. Y por esto no querrian ellos (cuanto es de su parte) que hubiese Dios que los castigase, por pecar mas á su salvo, y con ménos remordimiento de su consciencia.

§. ÚNICO.

Ha de excluir la pluralidad de dioses.

Despues desto enseñará el maestro que no hay mas de un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses, por las razones que en la primera parte de nuestra Introduccion apuntamos (*a*).

Y dejadas aparte otras, bastará al presente sola esta; por si hay (pongo por ejemplo) dos dioses diferentes entre sí, necesariamente ha de tener el uno dellos alguna cosa con que se diferencie del otro. Pregunto pues, ó esta cosa es perfeccion, ó imperfeccion. Si es imperfeccion, ya este no será Dios; porque en Dios no cabe imperfeccion. Mas si fuere perfeccion, ya el que della carece no será Dios, pues carece desa perfeccion; porque Dios es una cosa summamente perfecta, en el cual ninguna perfeccion ha de faltar.

Verdad es que aunque no hay muchos dioses, hay muchos ángeles, que son unos espíritus altísimos, potentísimos y nobilísimos, que asisten delante dél, y le glorifican, y por cuyo ministerio mueve él los cielos y gobierna este mundo. Mas estos llámanse hijos adoptivos de Dios, mas no se llaman, ni son dioses; porque este nombre de Dios es incommunicable, y á solo el Criador pertenesce, y no á sus criaturas, por altísimas que sean. Y de aquí se ocasionó el error de los gentiles que creian haber muchos dioses, atribuyendo á las criaturas el nombre incommunicable del Criador.

Otras ocasiones hubo tambien para el mismo error, que fuéron ser los hombres tan groseros que no creian haber en el mundo otra cosa sino la que se percibia por los sentidos corporales; no mirando que el ánima que tienen dentro de sí, es una substancia nobilísima, la cual (como ya dijimos) por ninguno de los sentidos corporales se conoce. Y de aquí procedió que viendo estos hombres groseros la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas, y el provecho que dellas recibian, les atribuian divinidad (*b*). Otros por lisonjear á sus reyes (mayormente si eran bienquistos) los hacian dioses. Otros por consolarse en las muertes de sus hijos muy queridos los deificaban, y decian que estaban en el cielo hechos dioses, y con este engaño, y con las fiestas y sacrificios que les hacian, se consolaban. Otros por el grande amor que tenian á sí mismos, á cualquier cosa de que recebian algun notable provecho, atribuian divinidad; y así la atribuyeron á los que enseñaron á arar y estercolar los campos, y á los que inventaron la medicina, y á los bueyes, por el gran beneficio que se recibe dellos. Pues ¿qué mas diré? Otros llegaron á tan grande extremo de locura que, como M. Antonio Sabel refiere (*c*), adoraban los ajos y cebollas, por hallar este manjar muy fácil para los que poco tienen. Y esto permitió Dios por justo juicio, para que los que desampararon al verdadero Dios, viniesen á caer en errores tan horribles y monstruosos. Concluyamos pues que así como en este mundo no hay mas de un sol, que produce todas las cosas corporales, y en el reino un rey que tiene suprema jurisdiccion, de quien la tienen todos los inferiores que lo gobiernan, y en el hombre (que se llama mundo menor) no hay mas que una ánima sola, que es principio y causa de todas las obras del hombre; así en este mundo no hay mas que un solo Dios, el cual es en este mundo mayor lo que es el ánima en el hombre, que se llama mundo menor. Porque como esta ánima, siendo una simple forma, es principio y causa de todas las obras del hombre (porque ella es la que ve en los ojos, y oye en los oídos, y huele en las narices, y gusta en el paladar, y siente en todo el cuerpo, y ella misma es la que digiere el manjar en el estómago, y lo hace sangre en el hígado, y la reparte por las venas, y la que engendra los espíritus vitales, y animales, y finalmente la que da vida, calor, sentido y movimiento á todos los miembros del cuerpo); así nuestro grande Dios, siendo una simplicísima substancia, es principio y causa universal de todas cuantas obras se hacen en este mundo, sino es del pecado.

Declarado pues por este medio cómo no hay en este mundo mas que un solo Dios, gobernador y Señor de todo lo criado, proceda luego á declarar la otra verdad que de aquí se sigue, conviene saber: que este soberano Rey y Señor ha de ser amado, reverenciado y honrado sobre todas las cosas, así por la soberanía y grandeza de su majestad y señorío, como por los innumerables beneficios que dél recebimos, que son cuantas criaturas hay en este mundo, pues todas las crió él y deputó para el servicio y sustentacion de nuestra vida.

Esta razon convenció á todas las naciones del mundo, por bárbaras que eran, á entender que estaban obligadas á honrar y servir á este comun Señor, y dador de todos los bienes. Mas como no tenian lumbre del cielo que les enseñase de qué manera habia de ser este comun Señor legítimamente honrado y venerado, vinieron á desvariar en diversas maneras de sectas, con que pretendian honrallo con cosas indignas de su majestad y bondad. Porque como él sea summamente bueno, ninguna cosa le agrada sino la virtud y sanctidad, y ninguna le ofende sino el vicio y la maldad. Pues como sea verdad que este Señor haya de ser sancta y legítimamente venerado, síguese necesariamente que ha de haber alguna tal religion que sea digna de su bondad, y le sea agradable. Esta pues decimos que es la religion cristiana, lo cual se declarará en el capítulo siguiente. Estas tres verdades susodichas están probadas y declaradas en el primer tratado deste Summario, y de ahí puede tomar el maestro lo que mejor le paresciere, segun la capacidad del discípulo. Las cuales tres verdades son tan ciertas y averiguadas en la lumbre natural de la razon, que ningun hombre que la tenga las podrá negar.

CAPITULO V.

Que sola la fe y religion cristiana es la cierta y la verdadera.

Despues destas tres verdades se sigue la cuarta, y esta es: que supuesto ya y aprobado que ha de haber alguna verdadera religion en el mundo con que Dios sea honrado, decimos que esta es la que profesa la religion cris-

(*a*) Tom. 4. c. 3. Y en este tom. Part. 5. c. 2. tract. 1 (*b*) Augustin. lib. 18. de Civit. Dei. et alibi sæpe. (*c*) M. Ant. Sabel. lib. de Exemplis.

tiana. Esta cuarta verdad se prueba en todo el segundo tratado deste Summario (*a*), declarando que todas las condiciones y excelencias que ha de tener la verdadera religion se hallan en ella.

Entre estas condiciones y excelencias la primera es, que la verdadera religion con que Dios ha de ser legítima y sanctamente venerado, ha de ser revelada por el mismo Dios, para que sea cierta y verdadera. Porque si á su providencia pertenesce proveer á todas las necesidades de sus criaturas, mucho mas debe proveer al hombre en las suyas; pues para servicio dél fuéron ellas criadas. Y entre las necesidades del hombre la mayor es saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios; porque de aquí pende todo el bien de su cuerpo, y mucho mas de su alma, y no era razon que faltase él en esta que es la mayor de sus necesidades. Porque si tantas diferencias de manjares crió para mantener el cuerpo, y tantas yerbas medicinales para curarlo, no habia de desamparar el ánima, que sin comparacion es mas noble que el cuerpo. Y no era razon que dejase esto al entendimiento y discrecion del hombre, pues por la muchedumbre de sectas y falsas religiones que en el mundo ha habido, se ve claro cuán inhábil es su entendimiento para alcanzar esta verdad. Pues esto tuvo él por bien de revelarnos por el ministerio de los ángeles y de los profetas, los cuales fuéron hombres sanctísimos, y como á tales damos crédito en las cosas que de parte de Dios nos denunciaron, como á órganos, y ministros, y embajadores suyos; á cuya providencia pertenecia declararnos de la manera que él queria ser de nosotros servido y reverenciado. Y esta es la que nos enseña la religion cristiana, como la mas perfecta y verdadera de todas cuantas ha habido en el mundo. Porque quien atentamente esto considerare, hallará que todas las condiciones que ha de tener una verdadera religion, se hallan perfectísimamente en ella; porque ninguna de cuantas ha habido en el mundo, siente mas alta y magníficamente de las grandezas de Dios, que ella: ninguna tiene mejores leyes y mandamientos, y mas conformes á la lumbre natural de la razon, que ella: ninguna favorece mas la virtud, y desfavorece el vicio, que ella; pues tan grandes premios promete al uno, y tan grandes amenazas y castigos al otro: ninguna que por tantos, tan sabios y tan sanctos doctores haya sido aprobada y defendida, como ella: ninguna por cuya verdad y confesion tanta sangre de mártires se haya derramado, como por ella: ninguna que por tanta infinidad de milagros haya sido confirmada, como ella. Lo cual se ve por las historias eclesiásticas, y por las vidas de los sanctos, por las canonizaciones dellos, y por las vidas que Sant Hierónimo escribió (*b*), y por los milagros que Sant Augustin refiere en los libros de la Ciudad de Dios (*c*), y por los que refiere Teodoreto en su Historia, y Sant Gregorio en los Diálogos, y Sulpicio Severo en los suyos, y por los que se escriben en las Corónicas de las órdenes, etc. Ninguna otrosí hay que con tantos testimonios de profetas esté aprobada como ella. Y sobre todo esto, como por la condicion de los efectos se conozca la de las causas, ninguna ha habido que tan excelentes efectos haya obrado en el mundo, como ella; pues della manó el destierro de la mayor pestilencia del mundo, que era el pecado de la idolatría, y della nació una infinita muchedumbre de sanctos y sanctas: esto es, de mártires, de confesores, de vírgines, de monjes y religiosos que en ella han florescido. Lo cual brevemente se ve por los martirologios, donde se hallan para cada dia del año tantos sanctos y sanctas en todo género de sanctidad. Pues segun esto, ¿cuál podrémos juzgar que será el árbol que tales fructos lleva? Cuál la religion que tales efectos ha producido en el mundo? Esta es la regla general por donde conoscemos la excelencia de las cosas. Porque aquel tenemos por mas excelente médico, que mas enfermos sana; aquel por mejor abogado, que en mas causas vence; y aquel por mejor maestro, que mas y mejores discípulos saca. Pues como la religion cristiana sea escuela y maestra de las virtudes, y desta escuela haya salido tan copiosa mies de virtud y sanctidad, síguese necesariamente que esta sea la mejor maestra y mas excelente religion de cuantas se han visto en el mundo. La declaracion de todas estas excelencias se hallará en el segundo tratado deste Summario, que de solo esto trata.

(*a*) Desde el cap. 5. (*b*) Lib. De Vit. PP. (*c*) Aug. lib. 22. de Civ. Dei. cap. 8.

CAPITULO VI.

De los siete sacramentos.

Declarado este fundamento de la religion cristiana, que se comprehende con la lumbre natural de la razon, síguese tratar de la sobrenatural, que es de las cosas que se alcanzan por la fe. Entre las cuáles son las dos mas principales el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, el cual misterio presupone el de la sanctísima Trinidad; pues nos consta que la segunda persona della fué la que tomó carne humana. Mas porque estos dos misterios son muy altos, y al principio desta doctrina conviene comenzar por las cosas mas fáciles, y mas vecinas á nuestra razon, parece que estos dos tan grandes misterios se deben reservar para el fin de la doctrina, y tratar luego de los sacramentos, que son remedio de las flaquezas que cada dia experimentamos en nuestra vida; á las cuales no era razon que la divina Providencia faltase; pero esto será con toda brevedad. Es pues de saber que estos sacramentos son medicinas espirituales de nuestras ánimas, ordenadas por aquel Médico que vino del cielo á curarnos deste género de enfermedades.

Para cuyo entendimiento habemos de tomar por fundamento una muy celebrada sentencia de filósofos, los cuales dicen que el autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias á sus criaturas; como se podrá ver en las habilidades que dió á los brutos animales para buscar su mantenimiento, y para defenderse en sus peligros, y para criar sus hijos, y curarse en sus enfermedades, como en el tratado primero deste Summario se declaró. Pues como sea verdad que la divina Providencia tenga mayor cuidado de las cosas mas nobles que de las ménos nobles, y el hombre sea mas noble que todas estas criaturas inferiores, síguese que con mayor cuidado ha de proveer á las necesidades y enfermedades del hombre, que á las de las otras criaturas. Y como entre las dos partes del hombre, el ánima sea sin comparacion mas excelente que el cuerpo, tambien se sigue que con mayor cuidado ha de proveer á las necesidades y dolencias della, que á las dél.

Es pues agora de saber que la mayor dolencia que el hombre en su ánima tiene, es la mala inclinacion de sus apetitos y malos deseos; porque estos lo mueven é inci-

tan vehementemente á todos los vicios y pecados. Y esta dolencia no se cura con el conoscimiento de lo bueno y de lo malo, que se nos da por la doctrina de la ley divina; porque no pecan tanto los hombres por la ignorancia desto, cuanto por la corrupcion y desórden de su apetito. Por lo cual en esta parte, donde está la dolencia, se ha de poner la medicina.

Esta medicina es la divina gracia, la cual demas de hacer el ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, trae consigo todas las virtudes, con las cuales queda ella armada y fortalecida para guardar todos los mandamientos divinos, y resistir á todas las contradicciones y tentaciones del enemigo, y á todos los apetitos y malos deseos de su carne.

Siendo pues esta la mayor necesidad y dolencia de nuestras ánimas, síguese que aquel Señor, amador dellas, y que no falta (como está dicho) en las cosas necesarias, habia de proveer á esta, que es la mayor de todas. Y así lo hizo instituyendo los sanctos sacramentos; los cuales tienen virtud para dar esta gracia que decimos, con que se cura esta dolencia susodicha. Y aunque todos estos sacramentos concuerdan entre sí en un efecto comun, que es dar gracia; pero demas desto tiene cada uno su virtud y efecto particular, conforme á la necesidad y dolencia para cuyo remedio fué instituido; y con esto se diferencian los unos de los otros.

§. I.

Del número de los sacramentos.

Agora será razon tratar del número de los sacramentos. Para lo cual se debe presuponer que así como el cuerpo y el ánima son como hermanos, así son semejantes en sus necesidades. Por donde así como nuestros cuerpos nascen, y despues de nascidos crecen, y para esto y para conservarse en la vida tienen necesidad de mantenimiento corporal con que se sustenten; y muchas veces enferman, y tienen necesidad de medicinas para ser curados; y despues de curados quedan por algun tiempo débiles y flacos con las reliquias de la enfermedad pasada; así tambien hay estas mismas necesidades y mudanzas espiritualmente en nuestras ánimas, como en el proceso se verá. Y para el remedio destas cinco necesidades ordenó nuestro Salvador cinco sacramentos, que son baptismo, confirmacion, el sacramento del altar, y el de la confesion, y de la extrema-uncion. Los cuales sirven para el remedio de cinco necesidades espirituales que nuestras ánimas padescen, semejantes á las otras cinco que tienen nuestros cuerpos. Los cuales son sacramentos de necesidad; porque obligan á todo fiel cristiano que tiene uso de razon. Mas sobre estos hay otros dos, que son órden y matrimonio, y estos pertenescen á los que quisieren tomar algunos destos dos estados.

Pues destos sacramentos tratarémos aquí summariamente, apuntando solo aquello que se puede proponer á un catecúmeno. Lo demas (como esta materia de sacramentos sea muy trillada) quedará para la disposicion del que la enseña.

§. II.

De los sacramentos en particular.

Entre estos sacramentos el primero es el baptismo, que es comun remedio del pecado original en que somos todos concebidos, y de todos los otros pecados actuales que el hombre hasta entónces hubiere cometido. Y por razon de lo primero se administra este sacramento á los niños de tierna edad, ántes que tengan uso de razon, entreviniendo aquí la fe de sus padres, ó padrinos, ó de la Iglesia. Porque quiso la divina Providencia que así como este pecado original se contrajo por voluntad y culpa ajena (que fué la del primer padre, que pecó), así se pudiese curar por la fe ajena (como está dicho) sin actual voluntad del niño baptizado.

Mas en las personas que tienen ya uso de razon, requiérese que haya determinacion de propria voluntad, y aborrescimiento de la mala vida pasada, con propósito de la emienda. Y en estos no solo quita el pecado original, sino tambien todos los otros actuales que hasta aquel punto hubiere el hombre cometido, sin que dellos quede culpa ni pena. Porque este sacramento es como nascimiento en la vida espiritual (en la cual nace el hombre cuando se baptiza); y así como en el nascimiento y generacion de una cosa no queda nada de aquello de que se engendró (como vemos que en el pollo que se engendra de un huevo, no queda nada del huevo de que se engendró); así en el hombre que nasce en esta nueva vida espiritual, no queda nada de la vida vieja; que es de las culpas y pecados della. De modo que si el hombre entónces muriese, iria derecho á gozar de Dios. Y esta tan grande gracia y perdon general se da á los baptizados, por el mérito del sacrificio y sangre de Cristo, que satisfizo por todos nuestros pecados. Y por esto se administra este sacramento por agua (que alimpia todas las inmundicias): para que la materia en que se administra de fuera en el cuerpo, declare el efecto que obra de dentro en el ánima, que es alimpiarla de todo pecado. Pues cuando el hombre se llega á recebir este sacramento, debe reconocer la merced que nuestro Señor le hace por virtud de la sangre de Cristo; porque allí lo recibe por hijo, y lo hace heredero de su reino, y le infunde la gracia, con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto; y así queda hecho templo vivo suyo.

El segundo sacramento es el de la confirmacion, que sirve para fortalecer el ánima, así para la confesion de la fe, cuando corre algun peligro, como para resistir á los combates y tentaciones del enemigo. Porque así como un niño despues de nascido, cresce y cobra fuerzas para los trabajos; así la divina Providencia ordenó que despues de nacida el ánima en esta nueva vida por el sacramento del baptismo, fuese fortalecida para lo dicho por virtud deste segundo sacramento de la confirmacion.

Síguese el tercero sacramento del altar, que es el mas alto y divino de los sacramentos. Porque en él está la presencia real y verdadera de aquel Señor que es fuente de la gracia, que por él se nos da en mayor abundancia. Porque por virtud de las palabras de la consagracion, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Porque aquel Señor que de nada crió este mundo, muy bien podrá por el ministerio del sacerdote mudar una substancia en otra, como lo hizo en el milagro de las bodas, donde mudó el agua en vino (*a*). Lo cual declara Sant Ambrosio por estas palabras (*b*): Si tan grande es la fuerza de las palabras de Cristo, que

(*a*) Joann. 2. (*b*) Ambros. lib. de Initiaddis, cap. 9. tom. 4.

por virtud dellas comenzaron á tener sér las cosas que no lo tenian cuando fuéron criadas, ¿cuánto mas virtud tendrán para mudar las cosas que ya tienen sér, y convertirlas en otras? Porque mucho mayor cosa es hacer de nada algo, que mudar una substancia en otra.

Las virtudes y efectos deste sacramento declara la materia del pan en que se administra. Porque todos los efectos que obra el manjar en los cuerpos, esos mismos obra este pan celestial espiritualmente en las ánimas. Porque él las conserva en la pureza de la nueva vida, y las hace crescer y aprovechar en ella, y les da fuerzas espirituales para perseverar en los trabajos de la virtud, y resistir á las tentaciones del enemigo, y los recrea con el gusto de la suavidad espiritual. Y allende desto sirve este sacramento para dar perdon de las negligencias y defectos de cada dia; y á veces se alcanza por él perdon de los pecados mortales, haciendo al hombre de atrito contrito; que es propriedad commun de todos los sacramentos de la ley de gracia.

§. III.

Necesidad que hay deste sacramento en la Iglesia.

La necesidad que habia en la Iglesia deste pan celestial para perseverar en la vida espiritual, es la que hay del manjar material para conservarnos en la vida corporal. Porque el calor natural que tenemos en nuestros cuerpos, está siempre consumiendo la substancia dellos; y por esta causa es necesario el mantenimiento, para que con él se repare lo que con este calor se gasta. Pues como en nuestros cuerpos hay este calor que gasta nuestra substancia, así en el ánima hay otro calor, no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos y cobdicias, el cual cuanto mas enciende los deseos sensuales de nuestro cuerpo, tanto mas debilita y enflaquece el fervor y buenos propósitos del espíritu. Por lo cual tenemos necesidad de reparar lo que en nosotros siempre gasta y disminuye este amor sensual. Lo cual es oficio proprio deste divino Sacramento, por la virtud sobrenatural que en él puso el que lo instituyó, que fué el mismo autor y fuente de la gracia. De lo cual parece cuánta necesidad tenemos de frecuentar este summo Sacramento; para que así como tenemos dentro de nuestras ánimas un perpetuo gastador, tengamos un perpetuo reparador, para que no desfallezca la vida de nuestra ánima con lo que este gasta.

Por lo dicho tambien se entiende con cuánta devocion y reverencia, y con cuánta pureza de consciencia se deba el hombre disponer para llegarse á este misterio; pues en él se llega á recibir en su ánima á aquel Señor de cuya Majestad tiemblan todos los poderes y principados del cielo, que en este sacramento real y verdaderamente está, como dicho es.

§. IV.

De los demas sacramentos.

Vengamos al cuarto sacramento, de la penitencia. La necesidad que dél tenemos, se conoce tambien por la condicion y naturaleza de nuestros cuerpos, los cuales muchas veces suelen enfermar. Para remedio de los cuales la divina Providencia (que en nada falta) crió mil maneras de remedios, de yerbas y aguas medicinales, conforme á la cualidad y condicion de las dolencias. Mas para las espirituales proveyó de un general remedio, que es el sacramento de la penitencia, en el cual por virtud de las palabras de la absolucion que el sacerdote pronuncia, se da perdon de los pecados á los que están dispuestos y aparejados para ello.

Y la disposicion y aparejo es, que al hombre le pese de todo corazon por haber ofendido á un tan grande Dios y Señor, y á un tan piadoso Padre como él; y junto con esto, que tenga firme propósito de no ofenderle adelante en cosa de pecado mortal: y hecho esto, se confiese de todos sus pecados, con propósito de cumplir la penitencia que le dieren, con todo lo demas que el confesor le mandare.

El quinto sacramento de los personales es el de la extrema-uncion, que suele administrarse en la postrera necesidad; y su efecto es curar las reliquias de los pecados que quedan de la mala vida pasada, para que el ánima del que muere, vaya mas limpia y apurada á presentarse en el juicio divino.

Los otros dos sacramentos, que son de la órden y matrimonio, no son para todos, sino para solos aquellos que quieren tomar alguno destos dos estados que hay en la Iglesia cristiana. Porque como en cualquiera dellos haya sus espirituales cargas y obligaciones, con las cuales no puede el hombre perfectamente cumplir, si no es ayudado con especial favor de la divina gracia; por tanto aquella soberana Providencia, que no falta en las necesidades de nuestra vida (como está ya dicho), ordenó estos dos sacramentos para dar á los que los reciben especial favor, y gracia proporcionada al remedio destas necesidades.

Esto se ha dicho aquí summariamente; lo demas podrá poner de su casa el que enseña esta doctrina, pues la materia es muy sabida; aunque de la necesidad que hubo de ordenarse sacramentos, se trató en el segundo tratado deste Summario, en la séptima excelencia de la religion cristiana; que es tener sola ella sacramentos. Mas del sancto Sacramento del Altar se trata mas copiosamente al fin del cuarto tratado deste Summario, de donde podrá tomar el que enseña, lo que hiciere mas á su propósito.

CAPITULO VII.

Del misterio inefable de la sanctísima Trinidad.

Despues desto será necesario tratar del misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios. Y porque este misterio presupone el de la sanctísima Trinidad (porque la persona del Hijo de Dios fué la que encarnó y padeció), será necesario tratar ántes deste misterio. Para lo cual podrá usar el maestro deste principio, haciendo cuenta que habla con su catecúmeno, por estas palabras.

En la plática pasada os dije, hermano, que esta doctrina de la religion cristiana nos fué revelada y enseñada por el mismo Dios. Agora habeis de saber que en esta doctrina hay cosas que se alcanzan por la lumbre de la razon, y otras mas altas que sobrepujan la facultad della, las cuales sirven para gloria y conocimiento de Dios, y para la sanctificacion y reformacion del hombre. Las primeras son estas que hasta aquí habemos tratado: conviene saber, que en este mundo hay Dios, que es supremo y universal Señor de todas las cosas, y que él merece ser amado, servido y honrado sobre todas ellas, y que la mas legítima y sancta manera de honrarle es

sentir altísimamente de sus grandezas y perfecciones, y vivir segun la ley natural, que es conforme á la lumbre que él imprimió en nuestros corazones. Todas estas cosas son tan conformes á esta lumbre natural de la razon, que quien quiera que no la tuviere pervertida y depravada, fácilmente las concederá.

Mas el mismo Señor que nos enseñó estas que son tan claras, nos reveló otras mas altas, que sobrepujan la facultad de nuestra razon, mas no por eso merecen ser ménos creidas que las pasadas; porque la verdad dellas quiso nuestro Señor que fuese testificada por muchos milagros, y por el testimonio de los profetas de que ántes hecimos mencion, y por el testimonio de mártires innumerables que padescieron mil géneros de tormentos por la confesion desta verdad, y la confirmaron con su sangre; y asimismo por la confesion de innumerables varones doctísimos y sanctísimos que la predicaron y defendieron con sus escripturas, de todos los que la contradecian. Y sobre todo esto la testifica y confirma Dios en los corazones de los fieles, alumbrando sus entendimientos con la lumbre de la fe, para que sin ver milagros ni razones, crean todos estos misterios con tanta firmeza, que estén aparejados á morir por esta verdad. Y esto es lo que hacia á los mártires padescer mil tormentos por ella.

Mas por sobrepujar estas cosas la facultad de nuestra razon, no por eso militán contra la verdad de nuestra religion; mas ántes sirven para la confirmacion della. Lo cual declararémos por este ejemplo. La diferencia que hay entre el médico y el cocinero de un príncipe, esa hay entre el falso profeta y el verdadero: porque el cocinero no tiene mas cuenta que con el sabor del manjar, mas el médico no la tiene con esto, sino con la salud del príncipe, ora sea el manjar sabroso, ora desabrido. Pues desta manera decimos que los falsos profetas no tienen cuenta con la pureza de la verdad, sino con lo que es agradable al pueblo: conviene saber, lo que es fácil de creer, y fácil y sabroso de hacer para ser creidos del pueblo; como se ve en la ley que Mahoma predicó. Mas los verdaderos profetas no tienen cuenta con esto, sino con el fiel de la verdad, ora sea sabrosa ó desabrida, fácil ó dificultosa de creer. Porque fian de Dios que él hará creibles las cosas que en su nombre y para gloria suya se predican. Y por tanto, indicio es de ser la doctrina verdadera, sobrepujar ella la facultad de nuestra razon, y ser contraria á los gustos y apetitos de nuestra carne.

§. ÚNICO.

Explicacion deste inefable misterio, con algunas comparaciones.

Pues entre estas cosas tan altas, la primera es el misterio de la sanctísima Trinidad, en la cual confesamos de nuestro Señor Dios una excelencia que tiene alguna semejanza con la de los reyes. Porque estos por la parte que son reyes, tienen algunas preeminencias que á ninguno de sus vasallos competen. Porque tienen ceptro y corona real, y suprema jurisdiccion y mando en todo su reino; por donde á nadie son subjectos, mas ántes todos son subjectos á ellos: con lo cual se diferencia dellos. Y que esta diferencia sea conforme á la naturaleza de la majestad real, mostró el mismo Criador en la república de las abejas, entre las cuales diferenció al rey dellas; porque tiene otra manera de cuerpo y de figura que ninguna de sus abejas tiene. Pues conforme á esto, decimos que Dios nuestro Señor (que es soberano Rey de todo este universo) tiene tambien cosas en que se diferencia de todas sus criaturas. Entre las cuales una es, que como sea verdad que entre las criaturas racionales donde hay una substancia no hay mas que una sola persona; en este soberano Señor, no habiendo en él mas que una sola substancia, hay tres personas distintas, que son Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto. Entre las cuales el Padre produce al Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Sancto. Este misterio no se puede probar por nuestra flaca y corta razon; porque es tan alto que se pierde de vista. Ni tampoco hay ejemplos de cosa semejante en las cosas criadas, porque como sea infinita la distancia que hay entre el Criador y las criaturas, no puede haber en ellas cosa que sea semejante á él, sino son algunas comparaciones imperfectas que sirven para despertar algun tanto nuestra rudeza. Desta manera hacemos comparacion del sol, que por ser la mas noble de todas las criaturas corporales, tiene alguna semejanza con este soberano Señor. Porque como en él hay tres cosas, que son el mismo sol, y la luz que procede dél, y el calor que procede de ambas cosas; así en este misterio confesamos la persona del Padre, y la del Hijo, que procede del Padre, y la del Espíritu Sancto, que procede de ambos.

Otra comparacion hallarémos en nuestra ánima, que como fué hecha á imágen de Dios, tiene alguna semejanza con él. Porque ella tiene tres facultades ó potencias, que llamamos ánima intelectiva, sensitiva y vegetativa. Con la intelectiva entendemos las cosas espirituales, á imitacion de los ángeles; con la sensitiva conocemos las cosas corporales, mediante los cinco sentidos, como tambien las conocen los brutos; y con la vegetativa se mantiene y sustenta nuestro cuerpo, y se digiere el manjar, y se convierte en nuestra substancia; la cual tambien se halla por sí sola en las plantas, que crescen y se mantienen con el humor de la tierra. Y es cierto cosa notable, que con hallarse cada una destas tres ánimas por sí sola en estas tres órdenes de criaturas, en el hombre están todas tres juntas; en el cual se hallan estas tres virtudes y facultades, que son la intelectiva, sensitiva y vegetativa, siendo una sola ánima. Pues desta manera decimos que hay en aquella soberana deidad tres personas distintas, que son Padre, Hijo y Espíritu Sancto; y con todo eso no hay mas que una sola esencia divina, y por eso no hay tres dioses, sino un solo Dios. De modo que como en nuestra mano tenemos cinco dedos distinctos entre sí, y con todo eso no hay cinco manos, sino una sola mano, de la cual proceden estos cinco dedos; así en aquella altísima naturaleza hay tres personas distinctas, pero no hay tres substancias, sino una sola substancia; y por eso no hay tres Dioses, sino un solo Dios.

Y cuando en este divino misterio nombramos Padre y Hijo, no habemos de imaginar cosa alguna corporal; porque como Dios sea un espíritu purísimo y simplicísimo, todo lo que hace es con solo su divino entendimiento y voluntad. Y con solo esto crió los ángeles, y crió este mundo y cuantas cosas hay en él. Y por eso esta generacion divina es toda espiritual, sin que entrevenga en ella cosa alguna corporal. Porque Dios nuestro Señor que á todas las criaturas deste mundo inferior que

tienen vida, dió fecundidad y virtud para engendrar y producir hijos semejantes á sí (y así el hombre engendra otro hombre, y el animal otro animal, y la planta otra planta), no habia él de ser estéril, y carecer de hijo que por una manera inefable engendrase.

Ni es maravilla que no alcance nuestro entendimiento la manera desta generacion divina. Porque si todos los entendimientos humanos no alcanzan cómo se engendra un niño en las entrañas de su madre (esto es, cómo de una poca de sangre se engendra y forma un cuerpo con tanta variedad de miembros, y órganos, y sentidos, con tantas diferencias de venas, de arterias, de nervos, y sobre todo, cómo de una materia tan líquida como es la sangre se forman por una parte los huesos duros, y por otra la carne blanda), si esta generacion corporal no se alcanza, ¿cómo se alcanzará la manera de aquella divina generacion, que sobrepuja todo entendimiento?

Otros ejemplos de cosas materiales escribimos en nuestra Introduccion del Simbolo (a): unos para dar á entender, aunque imperfectamente, este misterio; y otros para humillar el entendimiento del hombre, mostrando cuán poco alcanza aun de las cosas que se ven con los ojos, y palpan con las manos, para que conosciendo su ignorancia y rudeza se humille, y no presuma alcanzar con su flaca razon este tan alto misterio. Porque si los filósofos confiesan ser tan flaca la vista de nuestro entendimiento para entender las cosas altas de la naturaleza, como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol, ¿qué maravilla es ser aun mas flacos para entender la mas alta cosa que hay en el mundo, que es la alteza de aquella divina substancia que sobrepuja todo entendimiento criado? Muy bien dijo un sabio: Los hombres á quien fué dado el entendimiento limitado y por medida, no pueden comprehender las cosas que no tienen límite ni medida. Plinio dijo que en las obras del autor de la naturaleza, que es Dios, hay algunas tan admirables, que al juicio humano parecen increibles, por no alcanzar la razon y causa dellas. Pues si tan admirable es el Criador en sus obras, ¿cuánto mas lo será en sí mismo? Y si falta la razon para entender sus obras, ¿cuánto mas faltará para entender á el autor dellas? Y por esto gran locura es la de los hombres que no creen que podrá ser lo que ellos no pueden entender, siendo tantas las cosas que no alcanza nuestra rudeza.

Todo lo sobredicho hallará el prudente maestro declarado en la cuarta parte del libro alegado, en el diálogo tercero, que trata de la sanctísima Trinidad; y de allí podrá tomar lo que le pareciere mas fácil, y mas acomodado á la capacidad del enseñado, añadiendo que estamos obligados á amar y servir á nuestro Criador con todas las potencias de nuestra ánima, entre las cuales tienen el principado el entendimiento y la voluntad, y así como el mayor servicio que le puede hacer la voluntad, no es cuando ama los amigos, sino cuando por su amor ama los enemigos; así el mayor que le puede hacer nuestro entendimiento, no es cuando entiende las cosas claras que se alcanzan por razon, sino cuando se cautiva, y mortifica, y humilla, creyendo las cosas que exceden la facultad de la razon, cuando lo manda Dios.

(a) Part. 4. Tratad. 2. Dial. 3. §. 2. y 3.

CAPITULO VIII.

Del inefable misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios.

El mas alto misterio que profesa la fe y religion cristiana, es el de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios. Por tanto el que desea declarar este misterio, conviene que vaya prevenido con muchas y fervientes oraciones, y confíe en el Señor cuya es esta obra, que no le faltará. Porque pues él fué poderoso para hacer creer al mundo que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, Criador de los cielos y de la tierra, y que de tal manera lo creyese, que millares de cuentos de hombres padeciesen mil géneros de tormentos por esta verdad, tambien lo podrá hacer agora, pues la obra y la gloria della es suya. Podrá pues el que enseña proceder desta manera.

En la plática pasada declaramos cómo en la fe y religion cristiana habia algunas cosas que se alcanzaban por la lumbre de la razon natural, y otras mas altas que exceden la facultad de la razon. Entre las cuales la mas principal, y la que es fundamento de nuestra fe, es creer que la segunda persona de la sanctísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, descendió del cielo á la tierra para dar órden como los hombres subiesen al cielo: que es para que viviesen con tal sanctidad y pureza, que meresciesen ir á gozar de Dios en su gloria.

Y porque este misterio es muy alto, asi como á los lugares altos no podemos subir sino por muchos escalones, así tampoco podemos llegar al conoscimiento deste misterio tan alto, sino presuponiendo algunas sentencias que sean como escalones para venir al conocimiento dél. Entre los cuales el primero es saber que la inmensa bondad de Dios es el principio y causa de todas cuantas obras ha hecho y hará siempre. Por esta crió el mundo, y por ella lo gobierna y provee de todas las cosas, sin embargo de las ofensas que cada dia recibe de los hombres ingratos, haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre las tierras de los justos y de los pecadores (a). Este es el primer escalon desta subida.

El segundo es entender que la condicion y naturaleza de la bondad es hacer bien, y communicar el bien que tiene, á todos. Y como Dios sea summamente bueno, asi, cuanto es de su parte, es summamente communicativo de sus bienes á sus criaturas, y á cada una segun la capacidad y condicion de su naturaleza. Y así vemos cómo á los animales brutos dió todas las facultades y habilidades que sirven para su conservacion, y cada año los multiplica de nuevo, y así los provee de nuevo pasto y mantenimiento con que se sustenten y vivan; porque no es capaz la naturaleza destos animales de mayores bienes que estos.

Pero como Dios sea summamente bueno, y así sea summamente communicativo de sus bienes, no se contenta con la communicacion destos bienes tan bajos, sino determinó criar otras mas altas criaturas, á las cuales communicase las riquezas de su misma bienaventuranza y gloria. De modo que siendo él glorioso y bienaventurado con la vista de su misma hermosura, fué tan magnífico y liberal, que no quiso ser él solo bienaventurado, sino crió tambien dos órdenes de criaturas nobilísimas, hechas á su imágen y semejanza, para que

(a) Matth. 5.

fuesen capaces de su gloria, que fuéron los ángeles y los hombres; los ángeles en el cielo, y los hombres en la tierra; los unos, que son substancias espirituales sin cuerpos, y los otros con cuerpos, como son los hombres, que de cuerpo y espíritu están compuestos.

Mas porque las obras de Dios son perfectas como él lo es, así como crió estas dos órdenes de criaturas para tan alto fin, así las proveyó de todas las virtudes y perfecciones que para conseguirle se requieren. Porque como en los palacios de los reyes no se admiten los hombres andrajosos y desarrapados, sino muy bien ataviados y vestidos; así en aquel palacio celestial (donde reside el Rey de los reyes) no pueden entrar los hombres sensuales y carnales, porque estos son los andrajosos y mal vestidos que allí no son admitidos.

Mas con esta condicion concedió el Criador esta dignidad á los unos y á los otros: que siéndole fieles y obedientes, y usando bien de la gracia y beneficios recebidos, alcanzasen este bien soberano; pero si hiciesen lo contrario, lo perdiesen por su pecado. Porque esto pide la rectitud y órden de la divina justicia.

Dejemos agora los hombres, y tratemos de los ángeles. Los cuales se dividieron en dos partes. Porque unos, reconociendo que todos los bienes que tenian eran de Dios, dados graciosamente, se humillaron profundamente ante su acatamiento, y se ofrescieron con toda su voluntad y amor á ser perpetuamente sus fieles servidores, y obedecer á sus sanctos mandamientos. Y porque los ángeles son de tal cualidad, que nunca se mudan (como los hombres) en lo que una vez se determinan, por esto fuéron luego confirmados en gracia, y levantados á la vision beatífica de la divina hermosura; y en ella perseveran, y eternalmente perseverarán.

Mas entre los ángeles hubo uno hermosísimo y perfectísimo, que, segun siente Sant Gregorio (*b*), era el mas alto de todos, el cual habiendo de ser mas agradecido, y mas humilde, y mas subjecto al Criador que así lo habia sublimado, no lo hizo así, sino enamorado de su misma hermosura, se ufanó con ella, y deseó alcanzar por sus proprias fuerzas la semejanza de Dios. Por lo cual, como desagradecido y soberbio, fué desterrado de aquel glorioso lugar (donde no habitan sino los humildes), y porque otra gran muchedumbre de ángeles siguió el ejemplo y consejo deste maldito ángel, fuéron juntamente con él desterrados del cielo.

Los cuales estando obstinados en su malicia, y desesperados de volver al lugar que perdieron, tienen un rabioso odio contra Dios que los condenó, y trabajan con todas sus fuerzas y artes por escurecer su gloria, y apartar á los hombres de su servicio, y de la guarda de sus mandamientos. Y como ellos no pudieron alcanzar aquel principado que pretendian en el cielo, trabajan por alcanzarlo en la tierra, engañando los hombres miserables, y haciéndose adorar dellos en los ídolos, por los apartar del culto y veneracion del verdadero Dios, y introduciendo en el mundo mil diferencias de sectas y falsas religiones, tanto que en solas las islas de Japon dicen haber veinte y cuatro sectas diferentes, en las cuales, dejado el verdadero Dios que rige los cielos y la tierra, adoran las estatuas de los demonios. A otros persuade que las ánimas que tenemos son mortales, y que no hay mas que nacer y morir. Y asentado esto, entréganse á todos los vicios, y cobdicias, y robos, y carnalidades, como gente que ninguna cuenta tiene con Dios. Y así viven como puras bestias, que no sienten, ni buscan mas que lo presente, ni procuran mas que los bienes del cuerpo; teniendo entendimiento y ánima racional, capaz del mismo Dios, y hecha á imágen dél; pues tienen entendimiento, y voluntad, y libre albedrío como él.

(*b*) Greg. in Evangel. hom. 34.

§. I.

Dignidad y gracia en que Dios crió al hombre, y su lastimosa pérdida por la culpa.

Dejemos agora al ángel, y vengamos al hombre, el cual (como está dicho) crió Dios para el mismo fin que el ángel. Para lo que sirve á este propósito, se puede ayudar el doctor de lo que se contiene en este Summario en el capítulo tercero del tercer tratado, declarando las gracias y preeminencia con que Dios crió al hombre para conseguir este fin; y lo segundo, cómo cayó y perdió esta gracia y justicia original que habia recebido, y los males en que incurrió por esta pérdida. Entre los cuales el mayor es nascer con una inclinacion habitual de amar mas á sí y á sus cosas, que á Dios; del cual amor proceden todos los pecados del mundo, y toda la corrupcion de la vida humana.

Para cuyo entendimiento es de saber que deste amor proprio, cuando está desordenado, nascen aquellos tres malos amores que Sant Juan escribe (*c*), que son amor desordenado de la honra, y de la hacienda, y de los deleites sensuales; y destos tres amores (cuando están desordenados) proceden todos los pecados del mundo. Porque (comenzando por el desordenado amor de la honra) ¿quién podrá explicar las guerras, las muertes, las vanidades, los trajes, los gastos y prodigalidades de excesos que trae consigo el amor desordenado de la propria excelencia, y del querer mandar, y aventajarse, y señalarse entre los otros? Pues de la cobdicia del dinero ¿cuántos engaños, cuántas marañas, cuántas usuras, cuántos robos, cuántas tiranías, cuántas sinjusticias, y cuántas opresiones de pobres han nascido? Pues los pecados que se siguen del amor excesivo de los deleites corporales, ¿quién los explicará? Porque de aquí procede la gula con todas las invenciones de manjares y sabores exquisitos y golosinas que los hombres sensuales han inventado, con los gastos excesivos que para esto se requieren. De aquí las carnalidades, y lujurias, y deshonestidades, y torpezas, y hechicerías, y adulterios, y muertes de hombres que de aquí se han ocasionado. Y de aquí se siguen las envidias de los que nos pasan adelante, y las iras y venganzas de los que ponen impedimento á nuestros apetitos y deseos. Y de aquí se derivan los bandos, y parcialidades, y odios, y enemistades, que duran toda la vida. Y por abreviar, de aquí nascen todos cuantos pecados se hacen en el mundo; porque ninguno peca sino con alguna pretension ó interese, y deseo de alcanzar algo de lo susodicho. Esta es pues la raiz y dolencia de todos los hombres, los cuales nacen con esta perversa inclinacion, y esta procede de haber el hombre perdido la gracia y justicia original con que Dios lo crió.

Deste mal tan grande se siguen otros tres grandes males, entre los cuales uno es estar los hombres en desgracia y enemistad de Dios, el cual como sea infinita y

(*c*) 1 Joann. 2.

summa bondad, aborresce summamente al malo, en cuanto malo, y á su maldad. Y desta enemistad se sigue que no tiene él de los tales aquel cuidado y providencia paternal que tiene de los que le sirven y aman. Y así el demonio, viéndolos en este estado, entra en ellos, y se apodera dellos, y los derriba en mil despeñaderos de pecados y males, así del cuerpo como del ánima.

Y de aquí se sigue el postrero de todos los males, que es quedar el hombre desterrado de la compañia y gloria de Dios y de todos los bienaventurados, y sentenciado á las penas del infierno. Este es pues en summa el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado; y digo por el pecado, porque está claro que no habia de criar aquel sapientísimo artífice Dios, al hombre con tan rebeldes inclinaciones, y tan contrarias á su mismo Hacedor y Señor (pues todas sus obras son perfectas como él lo es), sino el pecado junto con el demonio que lo atizó, fué causa desta tan grande repugnancia y desórden.

§. II.

Cómo determinó Dios humanado remediar al hombre caido.

Explicada esta dolencia, declare cómo nuestro Señor por las entradas de su misericordia determinó remediar al hombre caido, por la mas alta manera de remedio que se podia hallar, que fué descendiendo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y ofresciéndose (como verdadero hombre que era) en sacrificio por la salud del mundo.

Preguntará alguno: ¿Por qué causa aquella summa sabiduría escogió este medio tan costoso y trabajoso para nuestra salud y redempcion? A esto brevemente se responde que la causa fué los inestimables bienes y provechos que de aquí se siguieron para la sanctificacion y salvacion de nuestras ánimas (que es para hacernos buenos y bienaventurados, como él lo es), de los cuales careciamos si por otro medio fuéramos redemidos. Y puesto caso que él pudiera acabar este negocio por otros muchos medios si quisiera; mas esta es regla general en todas las obras de Dios, que communmente no mira él lo que puede hacer de poder absoluto, sino lo que conviene á la gloria de su sancto nombre, y al remedio de nuestras miserias; y para esto ningun medio habia mas excelente que este, como en el proceso se verá.

Pues teniendo respecto á lo dicho, confesamos que ningun medio habia mas eficaz para la sanctificacion y reparacion del hombre, que este. Para lo cual es de saber que en dos cosas consiste la perfeccion del hombre, que es en la reformacion de su entendimiento, y en la de su voluntad, que son las dos partes principales en que consiste el sér del hombre, por las cuales se dice ser hecho á imágen y semejanza de Dios. Por donde, reformadas estas dos partes y puestas en su perfeccion, queda el hombre reformado y perficionado. Pues para esta reformacion ninguna cosa hay debajo del cielo que mas sirva, que el misterio de la sagrada Pasion. Lo cual se declara brevemente en el tercer tratado deste Summario, y señaladamente en los capítulos V, VI, VII, VIII y XI, y de aquí tomará el maestro lo que mejor le pareciere para la prueba y declaracion de lo susodicho, por no repetir aquí lo que allí está declarado.

Y por lo contenido en estos capítulos parece claro cuán grandes ayudas se nos dan en la sagrada Pasion para la sanctificacion y justificacion de nuestras ánimas; esto es, cuánta luz para el conocimiento de nuestro Criador, y cuántos motivos y estímulos para todas las virtudes, y para cada una dellas en particular. Porque quien atentamente considerare este negocio, hallará que de tal manera nos ayuda la sagrada Pasion á alcanzar cada una destas virtudes, como si para sola ella fuera ordenada, y no para las otras. Porque si tratamos del amor de Dios, ¿qué cosa mas poderosa para encender en nosotros este amor? Si de la humildad, ¿qué cosa mas eficaz para humillarnos? Si de la paciencia, si de la obediencia, si de la mansedumbre ó de cualquier de las otras virtudes, ¿quién no ve cuántos motivos tenemos en la sagrada Pasion para todas ellas?

CAPITULO IX.

Cómo la summa de todo nuestro bien consiste en la caridad y amor para con Dios, y cuán grandes impedimentos tenian los hombres para levantarse á este amor, y por cuán alta y singular manera los quitó el Salvador por medio de su sacratísima Encarnacion y Pasion.

Agora es de saber que entre estos grandes fructos de virtudes que se siguen de la sagrada Pasion, uno de los mas principales fué encender los corazones de los hombres en el amor de su Criador, como él mismo lo declaró cuando dijo (*a*): Fuego vine á poner en la tierra; ¿qué tengo de querer sino que arda? Para cuyo entendimiento es de saber que el amor de Dios es el fin de todas las leyes y mandamientos divinos; porque todos ellos se ordenan á este divino amor, sin el cual ninguna cosa agrada á Dios, y con el cual todas las cosas le agradan. Ni él pide ni quiere de nosotros otra cosa mas principalmente que este amor, porque en él se comprehenden todas las otras virtudes con que él es servido. La razon desto es, porque el que de verdad y de todo su corazon ama á Dios, desea tambien con el mismo ímpetu y fuerza agradarle; y como sepa que ninguna cosa le agrada sino solas las virtudes y buenas obras, de aquí es que con el mismo ardor que se mueve á amar á Dios, se mueve tambien al amor de todas estas virtudes. Y del mismo amor, de do procede el deseo de agradarle, tambien procede el temor de ofenderle. Y porque ninguna cosa le ofende sino solos los pecados, de aquí le viene un tan gran aborrescimiento dellos, que ántes se ofrescerá á perder la vida, y mil vidas, que ofenderle. Por lo cual todo se ve que el amor de Dios no solo es fin de todos los mandamientos divinos, sino tambien un compendio y summario dellos. Y por esto dijo el Apóstol (*b*): *Qui diligit, legem implevit; plenitudo enim legis est dilectio.*

Mas con ser este un tan grande bien, eran grandes los impedimentos que los hombres tenian para amar á Dios, si carecian de fe; porque el amor presupone conoscimiento de la bondad de la cosa que ha de ser amada. Y por esto dijo Sant Augustin (*c*) que podemos amar las cosas que nunca vimos, mas no las que no conoscemos. Pero el conoscimiento que los hombres sin fe tenian de Dios, era muy flaco y muy incierto. Porque como nuestra ánima, miéntras mora en la cárcel deste cuerpo, no pueda entender sino lo que entra por las puertas de los sentidos corporales, y Dios nuestro Señor (como espi-

(*a*) Luc. 12. (*b*) Rom. 13. (*c*) De Trinitate, lib. 10. cap. 1. tom. 3.

ritu purísimo) esté levantado infinitamente sobre todo lo corporal; de aquí es que ni él puede entrar por estos sentidos, ni ser conocido por ellos. Tenian tambien los hombres ignorancia de todas aquellas perfecciones divinas que sirven para encender nuestro amor para con él. Porque no sabían si él tenia providencia y cuidado de las cosas humanas (pues muchos filósofos la negaron), y así no sabían si tenia misericordia para socorrer á nuestras miserias, y justicia para castigar nuestras culpas; y tampoco tenian noticia del amor que Dios tiene á los buenos, y aborrescimiento á los malos. Y segun lo dicho tampoco sabía el hombre si era amado de Dios, ó no; y así le faltaba el mayor incentivo de amor, que es ser amado del que quiere amar.

Pues deste amor divino para con el hombre estaba él muy dubdoso, porque no veia él en sí cosa digna del amor deste tan grande y tan prudente amador. De lo cual aun los sanctos se maravillaban; y así decia uno dellos (*d*): ¿Quién, Señor, es el hombre, para que tú le engrandezcas, y para que pongas en él tu corazon (que es tu amor)? De lo mismo se maravillaba David (*e*), como quien tan perfectamente conoscia la vanidad y bajeza del hombre. Siendo pues esto así, faltaba al hombre el mayor estímulo de amor, que era saber si era amado de Dios, paresciéndole que cosa tan vil no podia ser amada de tan gran Señor.

Habia tambien otras causas para dubdar deste divino amor. Porque commun sentencia es de los sabios, que la semejanza es causa de amor. Pues segun esto ¿qué semejanza podia haber entre el hombre y Dios? Dios altísimo, y el hombre bajísimo; Dios riquísimo, y el hombre pobrísimo; Dios felicísimo, y el hombre miserabilísimo; Dios inmortal y impasible, y el hombre mortal y pasible; Dios la misma bondad, el hombre lleno de toda maldad; Dios espíritu purísimo, y el hombre cercado de carne impurísima; finalmente, Dios invisible, y el hombre visible y tan subjecto á este sentido, que apénas puede amar lo que no ve.

Sobre todo esto era grande impedimento para este amor la distancia de los lugares; que es, Dios en el cielo entre los ángeles, y el hombre en la tierra entre los gusanos. Asimismo era grande impedimento la distancia de las naturalezas divina y humana; que es la mayor desemejanza y desproporcion que hay para fraguarse este amor; pues el amor es union de los que se aman, y se hacen entre sí una misma cosa por amor. Por donde no se puede negar sino que todos estos impedimentos tenian los hombres que carecian de fe, para amar á su Criador.

§. I.

Por el misterio de su sagrada humanidad quitó el Salvador todos estos impedimentos de su amor.

Viendo pues esto el Hijo de Dios, y conociendo que todo nuestro mal era carecer deste sancto amor, y todo nuestro bien tenerle; movido con entrañas de infinita caridad y misericordia, determinó cortar de raiz y de un golpe todos estos impedimentos de nuestro amor para con él. ¿Mas de qué manera? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! Con solo el misterio de su sacratísima Encarnacion quitó perfectísimamente todos estos impedimentos de su amor. Porque por medio della el que era invisible, se hizo visible, y el que era espíritu purísimo se vistió de carne flaca, y el que era Dios se hizo hombre, y el que era Señor se hizo nuestro hermano, y el que era inmortal é impasible se hizo mortal y pasible, y el que estaba exento de todas las miserias, se subjectó por nuestro amor á ellas. Lo cual divinamente nos representaron Elías y su discípulo Eliseo (*f*), porque para dar vida á un niño muerto se tendieron sobre él, encogiendo sus cuerpos á la medida del niño, poniendo sus ojos sobre los ojos dél, y sus piés y manos sobre los piés y manos dél; y desta manera proporcionando sus cuerpos y haciéndolos semejantes al cuerpo del niño muerto, le dieron vida. Pues esto mismo hizo nuestro grande Dios, acomodándose y haciéndose semejante al hombre, de la manera que está dicho: y así le restituyó la vida de gracia que por el pecado y falta de amor habia perdido. Y desta manera quitó las nieblas de nuestros entendimientos y las ignorancias que dél teniamos. Porque con esto nos declaró la providenica y cuidado que tenia de las cosas humanas, y la misericordia para socorrer á nuestras miserias, y el amor que tiene á la virtud, y el aborrescimiento del pecado, pues murió por destruirlo. Lo cual todo en pocas palabras nos representa la Iglesia, cuando canta que por el misterio del Verbo de Dios encarnado se dió nueva luz á los ojos de nuestra ánima (*g*), para que conosciendo á Dios hecho ya visible, nos levantemos al conoscimiento y amor de las cosas invisibles. Y (como dice Sant Buenaventura) viendo á Dios vestido de carne, le pudiesen conocer, imitar y amar los corazones de carne. Por donde dice Sant Bernardo (*h*) que viendo Dios á los hombres hechos carnales, les puso tan grande dulcedumbre en la carne que por ellos tomó, que ha de ser de durísimo corazon quien no le amare con todas sus fuerzas; y el que ántes no amaba á Dios considerándolo en espíritu, lo ame agora viéndolo hecho carne.

§. II.

No contento el Salvador con quitar á nuestro amor los impedimentos, le puso los mayores incentivos.

Mas no contento este Señor con habernos quitado todos los impedimentos deste amor (como está dicho), acrescentó los mayores estímulos y motivos de amor que se podian hallar. Porque demas de la imágen y semejanza que tomó haciéndose hombre y vistiéndose de nuestra carne, ofresció su vida á la muerte por librarnos della, que es el mayor indicio de amor de cuantos hay. Y así dijo él (*i*): No hay mayor muestra de amor que poner el hombre su vida por la de sus amigos.

Mas para ponderar la grandeza deste amor, conviene poner ante los ojos todo lo que este grande amador por nuestra causa padesció. Porque bien mirado, ¿qué son todos los dolores de su ánima, y todas las llagas de su cuerpo, sino testimonios de su amor, y voces que nos predican la grandeza dél? Y quien le contempla de piés á cabeza cubierto de llagas, en cada una dellas halla una fuente de amor. Para que así veamos con cuánta razon dijo el Salvador que habia venido á poner fuego en la tierra, y deseaba que ardiese.

Por donde concluye Sant Augustin (*k*) que una de

(*d*) Job. 7. (*e*) Psalm. 143.

(*f*) 3. Reg. 17. 4. Reg. 4. (*g*) In Præfatione Nativ. Dom.
(*h*) in Natal. Dom. serm. 3. (*i*) Joann. 15. (*k*) Augustin. de Catech. rudic. cap. 4.

las mas principales causas porque el Salvador vino al mundo, fué querer encender nuestros corazones en su amor con esta tan grande muestra de amor; por ser este el mayor estímulo de amor que hay. Lo cual prueba el mismo Sancto por ejemplo de los amores profanos. Porque una de las cosas que mas procuran los que desean ser amados de alguna persona, es declararle por obras ó por palabras la grandeza del amor que le tienen.

En lo cual todo se ve lo que al principio propusimos: esto es, cuán conveniente medio fué este que la divina bondad y sabiduría escogió para nuestra salud; pues tantos y tan grandes estímulos por aquí se nos dieron, no solo para el amor de nuestro Criador (que es lo principal), sino para todas las otras virtudes, como está ya declarado. Y no es menester mucha filosofía ni mucho discurso para el conoscimiento desta verdad; porque basta poner los ojos en la mudanza que hizo el mundo despues de la venida del Salvador á él. Porque luego vimos tanta muchedumbre de sanctos y sanctas, tantos enjambres de monjes que moraban en los desiertos, tantos coros de purísimas vírgines, y tanta infinidad de mártires gloriosísimos que despues desto se siguieron; donde vimos los altos abajados (*l*), los furiosos amansados, los soberbios humillados, los disolutos recogidos; donde se juntaron los lobos con los corderos, y los leones con los becerros, sin recebir algun daño dellos. Por las cuales semejanzas nos declaran los profetas el estado en que el mundo estaba cuando el Salvador vino á él, y la mudanza que hizo despues de su venida. Por donde así como conocemos la excelencia de la medicina por los efectos que obra en los cuerpos de los enfermos; así conocerémos la virtud y eficacia de la venida del Salvador al mundo, por los efectos y mudanzas que con su venida obró en él.

(*l*) Esai. 11. 40. 65. Luc. 1.

CAPITULO X.

De las preguntas que se pueden hacer sobre el misterio de la sagrada Pasion, y de las respuestas dellas.

Declarada la razon y conveniencia deste misterio divino, quédanos agora responder á algunas preguntas que la prudencia humana puede hacer acerca dél. Entre las cuales la primera es, maravillarse los hombres de que aquella altísima Majestad descendiese á juntarse con una cosa tan baja como es la naturaleza humana. Despues desto se maravillan de la grande humildad, pobreza y aspereza de vida en que este soberano Señor vivió. Estas cuatro preguntas se proponen en los cuatro postreros capítulos del tercer tratado deste Summario, y en ellos hallará el prudente lector la respuesta dellas. Y por eso no hay para que repetirlas aquí.

Esto baste para despertar el ingenio de los obreros deste sancto oficio. Para lo demas podrá ayudar lo que está escripto en esta quinta parte, ó en nuestra Introduccion del Símbolo de la fe. Pero mas ayudará la experiencia del negocio, y el favor y espíritu de aquel Señor de quien está escripto (*a*): *Dominus dabit verbum Evangelizantibus, virtute multa. Cui est honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

(*a*) Psalm. 76.

FIN DEL TOMO II DE LAS OBRAS DE FRAY LUIS DE GRANADA.

INDICE.

DE LA ORACION Y CONSIDERACION.

Prólogo y argumento deste libro. 1

Primera parte. — Capítulo primero.—De la utilidad y necesidad de la consideracion. 3
Cap. ii. — De cinco partes que puede tener la oracion. . . 10
Cap. iii. — De la preparacion que se requiere para ántes de la oracion. 11
Cap. iv. — De la licion. 12
Cap. v. — De la meditacion. 13
Cap. vi. — Del hacimiento de gracia. . . . . id.
Cap. vii. — De la peticion. . . . . id.
Cap. viii. — De algunos avisos que se han de tener en estas cinco partes susodichas, especialmente acerca de la meditacion. 15
Cap. ix. — Comienzan las siete primeras meditaciones para los dias de la semana en la noche. 20
Cap. x. — Síguense las otras siete meditaciones para los mismos dias de la semana por la mañana. 63
Cap. último. — De seis cosas que debemos meditar en la Pasion del Salvador. 89

Segunda parte. — Capítulo primero. — En el cual se declara qué cosa sea devocion. 96
Cap. ii. — De las cosas que ayudan para alcanzar la verdadera devocion, y primero del deseo grande della. . . 98
Cap. iii. — De las cosas que impiden á la devocion. . . . 112
Cap. iv. — De las tentaciones mas comunes que suelen fatigar á las personas que se dan á la oracion. 125
Cap. v. — De algunos avisos que se deben tener en estos ejercicios contra los engaños del enemigo 141

Tercera parte. — Prólogo. 158

Tratado primero. — Primera parte. — De la virtud y excelencia de la virtud. 161
Segunda parte. — De la necesidad de la oracion. . . . 170
Tercera parte. — De la continuacion y perseverancia de la oracion. 174
Tratado II. — De la virtud del ayuno y asperezas corporales. 179
Primera parte. — De los bienes espirituales para que aprovecha el ayuno. . . . . id.
Segunda parte. — De los bienes corporales para que aprovecha el ayuno. 184
Tratado iii. — De la limosna y misericordia. 191

MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

Prólogo. 205

Tratado primero. — Capítulo primero. — De las penas que nuestro Señor tiene amenazadas á los que viven mal. . 205
Cap. ii. — De la gloria de los bienaventurados. 209
Cap. iii. — De los bienes que de presente promete nuestro Señor á los buenos. 211
Cap. iv. — Que no debe el hombre dilatar para adelante su conversion; pues tiene tantas deudas que descargar por razon de las culpas de la vida pasada. 213
Cap. v. — Conclusion de todo lo susodicho. 214

Tratado ii. — De la penitencia y confesion. — Prólogo. . 215

Capítulo primero. — De la primera parte de la penitencia, que es la contricion, y de los medios por do se alcanza. id.
Cap. ii. — De los principales medios por do se alcanza la contricion, y especialmente el dolor de los pecados. . 217
Cap. iii. — De las consideraciones que pueden ayudar á tener dolor y aborrescimiento de los pecados, y primero de la muchedumbre dellos. 218
Cap. iv. — Oracion para despertar en el ánima compuneccion y dolor de los pecados. 222
Cap. v. — Síguese otra oracion para pedir perdon de los pecados. . . . . id.
Cap. vi. — Otra oracion para pedir perdon de los pecados. . 223
Cap. vii. — De los fructos y provechos grandes que se siguen de la verdadera contricion. 225
De la segunda parte de la penitencia, que es la confesion.
Capítulo primero. — De siete cosas que se deben guardar en la confesion. 226
Cap. ii. — De los casos en que la confesion es ninguna, y se debe iterar. 229
De la tercera parte de la penitencia, que es la satisfaccion. — Capítulo primero. 234
Cap. ii. — Del origen y causa de la satisfaccion. 235
Cap. iii. — De las tres principales obras con que satisfacemos á Dios. 238
Cap. iv. — Síguese una breve manera de confesar, para las personas que se confiesan á menudo. 241

Tratado iii. — De cómo nos habemos de aparejar para la sagrada Communion. 242

Capítulo primero. — Del aparejo que se requiere para la sagrada Communion. . . . . id.
Cap. ii. — De la primera cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de consciencia. 243
Cap. iii. — De la segunda cosa que se requiere para comulgar, que es pureza de intencion. 245
Cap. iv. — De la tercera cosa que se requiere para recebir este sacramento, que es actual devocion. 246
Cap. v. — Que se debe tomar tiempo para entender en este aparejo susodicho. 249
Cap. vi. — Lo que se ha de hacer ántes de la communion. . 250
Cap. vii. — De lo que se debe hacer al tiempo de la communion y despues della. 251
Cap. viii. — Del uso de los sacramentos y del provecho que se recibe con la frecuencia dellos. 255
Cap. ix. — Cuál sea la causa del poco gusto y devocion que algunos tienen cuando celebran y comulgan. 256
Cap. x. — Si es bueno comulgar muy á menudo. 257
Tratado iv. — Prólogo. 267
Capítulo primero. — Comienza la primera regla de la vida cristiana, en la cual se trata de la victoria del pecado y de los remedios generales que hay contra él. . . . . id.
Cap. ii. — De las mas comunes tentaciones de los que comienzan á servir á Dios, mayormente en las religiones. 274
Capítulo primero. — Del fin desta doctrina, que es la imitacion de Cristo. 276
Cap. ii. — Del ejercicio y uso de diversas virtudes. 278
Cap. iii. — De lo que debe el hombre hacer para con Dios, para consigo y para con sus prójimos. 284

Cap. iv. — De doce cosas muy principales que el siervo de Dios debe hacer. 286
Cap. v. — De doce maneras de defectos que se deben mucho evitar en la vida espiritual. 287

Tratado. v. — De la oracion vocal. 288

Capítulo primero. — De la dificultad que hay en guardar la ley de Dios, de cómo el remedio desta dificultad es la gracia, y cómo esta se alcanza por la oracion. . . . id.
Cap. ii. — De seis condiciones que ha de tener la buena oracion. 295
Cap. iii. — Del tiempo que ha de durar la oracion. . . . 302
Cap. iv. — De dos maneras de oracion, vocal y mental . . 304
Cap. v. — Siguense unas siete muy devotas oraciones, etc. . 305
Cap. vi. — Siguense otras siete oraciones, etc. 310
Cap. vii. — Siguense siete muy devotas oraciones, etc. . . 323

Tratado vi. — Prólogo. 328

Capítulo primero. — Del fructo de la oracion mental. . . id.
Cap. ii. — De la materia de la oracion mental. . . . . id.
Cap. iii. — De cinco partes que pueden entrevenir en este sancto ejercicio. 330
Cap. iv. — Síguese un devoto memorial de los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, donde primero se trata de la consideracion destos sagrados misterios. 334
Cap. v. — Comienzan los principales misterios de la sacratísima vida, y dolorosa muerte y gloriosa resurreccion de nuestro Salvador. . . . . id.
Cap. vi. — Preámbulo de la sagrada Pasion, en el cual se trata de la manera que debemos tener en considerarla. . 351
Cap. vii. — Del conocimiento de sí mismo. 371

Tratado vii. — Del amor de Dios, en el cual consiste la perfeccion de la vida cristiana. . . . . id.

Primera parte. — Capítulo primero. — Que cosa sea caridad y de los fructos y excelencias della. 377
Cap. ii. — De cómo la perfeccion de la vida cristiana consiste en la perfeccion de la caridad, y cuál sea la perfeccion desa caridad. 382
Cap. iii. — Del principal medio por do se alcanza el amor de Dios; que es un ardentísimo deseo dél. 383
Cap. iv. — De otros medios mas particulares que sirven para alcanzar el amor de Dios. 385
Cap. v. — De los principales impedimentos del amor de Dios, y primero del amor proprio. 388
Cap. vi. — De algunos avisos necesarios para los que buscan el amor de Dios, y primero del humilde conoscimiento de sí mesmo. 391
Cap. vii. — De las principales señales de nuestro aprovechamiento. 393
Segunda parte. — Preambulo. 394
Capítulo primero. — Síguese una devota consideracion de los beneficios divinos. 395

ADICIONES AL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

Al cristiano lector. 412

Capítulo primero. — De nueve grandes excelencias que tiene el amor de Dios. 416
Cap. ii. — De los principales medios por do se alcanza el amor de Dios. 424
Cap. iii. — Del primer medio que se requiere para alcanzar el amor de Dios, que es victoria del amor proprio. . . 426
Cap. iv. — De los medios y ayuda que hay para alcanzar victoria del amor desordenado de sí mesmo. 429
Cap. v. — De la purificacion y mortificacion de la propria voluntad. 433
Cap. vi. — De la mortificacion y purificacion de los apetitos y pasiones naturales. 435
Cap. vii. — De la mortificacion de las malas inclinaciones y resabios particulares de cada uno. 436
Cap. viii. — De la victoria y purificacion de todos los pecados. 437
Cap. ix. — De otros impedimentos del amor de Dios, y señaladamente de las ocupaciones, cuando son demasiadas. 438
Segunda parte. — Capítulo primero. — Del primero destos ejercicios, que es la continua memoria de Dios, y peticion deste divino amor. 439
Cap. ii. — De los ejercicios particulares de cada dia, y del fervor con que se ha de procurar y pedir el amor de nuestro Señor. 443
Cap. iii. — De la pureza de la intencion de las buenas obras. 445
Cap. iv. — De la pureza y guarda del corazon. . . . id.
Cap. v. — De la paz y quietud interior del alma. 446
Cap. vi. — De la virtud de la humildad. 447
Cap. vii. — Síguese un muy devoto ejercicio del conoscimiento y desprecio de sí mesmo. 450
Cap. viii. — Oracion para pedir á nuestro Señor la virtud de la humildad. 452
Cap. ix. — Segundo aviso: de la discrecion y templanza que en estos ejercicios sanctos se debe tener. . . . . id.
Cap. x. — Tercer aviso: del cuidado que se debe tener de todas las virtudes. 453
Cap. xi. — Guarto aviso: de la fortaleza y diligencia que se requiere para alcanzar el amor de Dios. 454
Cap. xii. — Quinto aviso: de la virtud de la perseverancia. . 557
Cap. xiii. — Preámbulo para las consideraciones siguientes. 558
Cap. xiv. — Síguense otras siete consideraciones de las perfecciones divinas. 470
Cap. xv. — Queja de nuestro Salvador contra los hombres, porque concurriendo en él todas las causas y razones de amor, emplean su amor en las cosas perecederas, dejando á él. 494

MEDITACIONES MUY DEVOTAS.

Capítulo primero. — De cuánto fructo sea la consideracion de la vida y muerte de nuestro Redemptor. 497
Cap. ii. — De la conveniencia del misterio inefable de la Encarnacion de nuestro Salvador. 500
Cap. iii. — De la hermosura y excelencia de la sacratísima humanidad de nuestro Redemptor; segun se declara en en la tercera parte de nuestra introduccion del Símbolo, en el diálogo segundo. 503
Cap. iv. — De la revelacion de la virginidad y parto de nuestra Señora, al sancto Josef. 510
Cap. v. — Del nascimiento glorioso de nuestro Redemptor. . 512
Cap. vi. — Del misterio de la circuncision, y del glorioso nombre que fué puesto al Salvador. 517
Cap. vii. — De la adoracion de los Reyes. 520
Cap. viii. — La purificacion de nuestra Señora, y la presentacion del niño Jesus en el templo. 522
Cap. ix. — De la huida á Egipto. 526
Cap. x. — De cómo se perdió el niño Jesus de edad de doce años. 528
Cap. xi. — Del santo Baptismo, y del proceso, ejemplos, trabajos y doctrina del Salvador. 532
Cap. xii. — De cómo se hubo el Salvador con cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Adúltera, Cananea y María Magdalena. 536
Cap. xiii. — De la entrada del Salvador en Hierusalem, y de la fiesta de los ramos. 542
Cap. xiv. — Del lavatorio de los piés de los discípulos. . . 547
Cap. xv. — De la institucion del Sanctísimo Sacramento. . 551
Cap. xvi. — Síguese la historia de la sagrada Pasion, sacada en parte de un sermon devotísimo del bienaventurado Sant Bernardo; aunque otros le atribuyen á Sant Anselmo. 553
Cap. xvii. — Síguese una devota meditacion sobre las siete palabras que el Salvador habló en la cruz. 560
Cap. xviii. — De la grandeza de los dolores de la pasion de nuestro Salvador, donde se pone un summario de todas las circunstancias que agravaron esta sagrada Pasion. . 564
Cap. xix. — Meditacion primera, de la triunfante resurreccion del Salvador; en la cual se trata de la alegría de los sanctos padres del limbo, y de cómo el demonio fue este dia vencido y saqueado. 568
Cap. xx. — Meditacion segunda del mismo misterio de la resurreccion del Salvador, en la cual principalmente se trata (entre otros aparescimientos) de cómo apareció á la bienaventurada María Magdalena, segun lo refiere el evangelista Sant Juan. 572
Cap. xxi. — De la subida de nuestro Salvador á los cielos. . 579
Cap. xxii. — De la venida del Espíritu Sancto. 586
Cap. xxiii. — De la asumpcion de Nuestra Señora. 587
Cap. xxiv. — De la coronacion de Nuestra Señora. 589
Cap. xxv. — De cuán excelente sea la devocion del rosario de Nuestra Señora, y de los quince misterios que contiene. 590

VERSOS DE M. MARULO, en que se tocan cuasi todas las materias contenidas en el tratado del *Vita christi*. . . 591

HABLA DEL CRUCIFIJO, que está á la entrada de la iglésia, compuesta en verso por Lactancio Firmiano. . . 592

HIMNO EN ALABANZA DE CRISTO. 595

PREÁMBULO, sobre la Filomena de Sant Buenaventura, que aquí se añadió. 595

BREVE TRATADO en que se declara de la manera que se podrá proponer la doctrina de nuestra santa fe y religion cristiana á los nuevos fieles. 596

AL CRISTIANO LECTOR. . . . . id.

CAPITULO PRIMERO. — En que se explica el intento y propósito deste tratado. 598

CAP. II. — Cómo se podrá proponer la summa de nuestra fe en pocas palabras. . . . . id.

CAP. III. — De la manera en que se deben proponer en particular los misterios de nuestra santa fe á los que pretendemos catequizar: que es introducirlos en el conocimiento della. 600

CAP. IV. — Cómo en este mundo hay un solo Dios y Señor, y que es imposible haber muchos dioses; y cómo es necesario que haya alguna verdadera religion con que él sea servido y honrado. 601

CAP. V. — Que sola la fe y religion cristiana es la cierta y la verdadera. 602

CAP. VI. — De los siete sacramentos. 603

CAP. VII. — Del misterio inefable de la sanctísima Trinidad. 605

CAP. VIII. — Del inefable misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios. 607

CAP. IX. — Cómo la summa de todo nuestro bien consiste en la caridad y amor para con Dios, y cuán grandes impedimentos tenian los hombres para levantarse á este amor, y por cuán alta y singular manera los quitó el Salvador por medio de su sacratísima Encarnacion y Pasion. . . 609

CAP. X. — De las preguntas que se pueden hacer sobre el misterio de la sagrada Pasion, y de las respuestas dellas. . 611

FIN DEL ÍNDICE.

CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.8

Biblioteca de autores
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY